

Henry Kissinger

327.73
K47 m

Mis Memorias

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
DEPTO. DE ADQUISICION

EDITORIAL ATLANTIDA, S. A.
Azopardo, 579 - Buenos Aires - Argentina

Título original: White House Years

Traducción: Realizada por el equipo de traductores de Editorial Atlántida, S. A.

© 1979 de Henry Kissinger

© 1979 de Editorial Atlántida, S. L. de Buenos Aires

Cuarta edición 1980

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro podrá ser reproducida de ninguna manera, electrónica o mecánica, incluido sistemas de almacenaje y recuperación de datos, sin permiso escrito del Editor, excepto por un crítico que podrá citar breves pasajes en un comentario.

ISBN: 84-7408-021-5

Depósito Legal: M. 2.399-1980

Distribuidor en España: Editorial Cosmos, S. A., c/ Oquendo, n.º 23.—Madrid-6 (España)

Fotocomposición Velázquez, S. A. Eraso, 36. Madrid

Printed in Spain

Impreso en España

Mateu Cromo. Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n. Pinto

estilo normal

781621

MIS MEMORIAS: por HENRY KISSINGER

Este trabajo monumental, en el que el doctor Kissinger cubre sus primeros cuatro años (enero de 1969-enero de 1973) como asistente del presidente Nixon para asuntos de seguridad nacional y también como el más íntimo consejero del presidente en su política exterior, es el libro más significativo que haya sido producido por miembros de la administración Nixon.

Entre los innumerables y críticos momentos que el doctor Kissinger recuerda en sus memorias, están su primer encuentro con Nixon, su viaje secreto a China, la primera negociación SALT, la crisis jordana de 1970, la guerra indo-pakistaní de 1971, y las históricas reuniones cumbre en Pekín y Moscú. Cubre también las principales controversias sobre la política seguida en Indochina durante ese período, incluyendo los acontecimientos de Laos, el derrocamiento del príncipe Sihanouk de Camboya, sus conversaciones secretas con los norvietnamitas en París, la conferencia de prensa donde pronunciara la frase «la paz al alcance de la mano» y la interrupción de las conversaciones que condujo a los «bombardeos de Navidad» de 1972. Ofrece también su visión de los conflictos del Medio Oriente, la ruptura de Sadat con los soviéticos, la elección de Salvador Allende en Chile, temas relacionados con la estrategia de defensa y las relaciones con Europa y Japón. Otros momentos culminantes del libro son sus relaciones con Nixon, brillantes retratos de los más importantes líderes extranjeros y sus opiniones sobre la conducción de las crisis y sobre el arte de la diplomacia.

Pocos hombres han tenido tanta influencia en la arena de la política exterior norteamericana como Henry Kissinger. **Mis Memorias**, su propio relato, es una valiosa y permanente contribución a la historia de esos momentos cruciales.

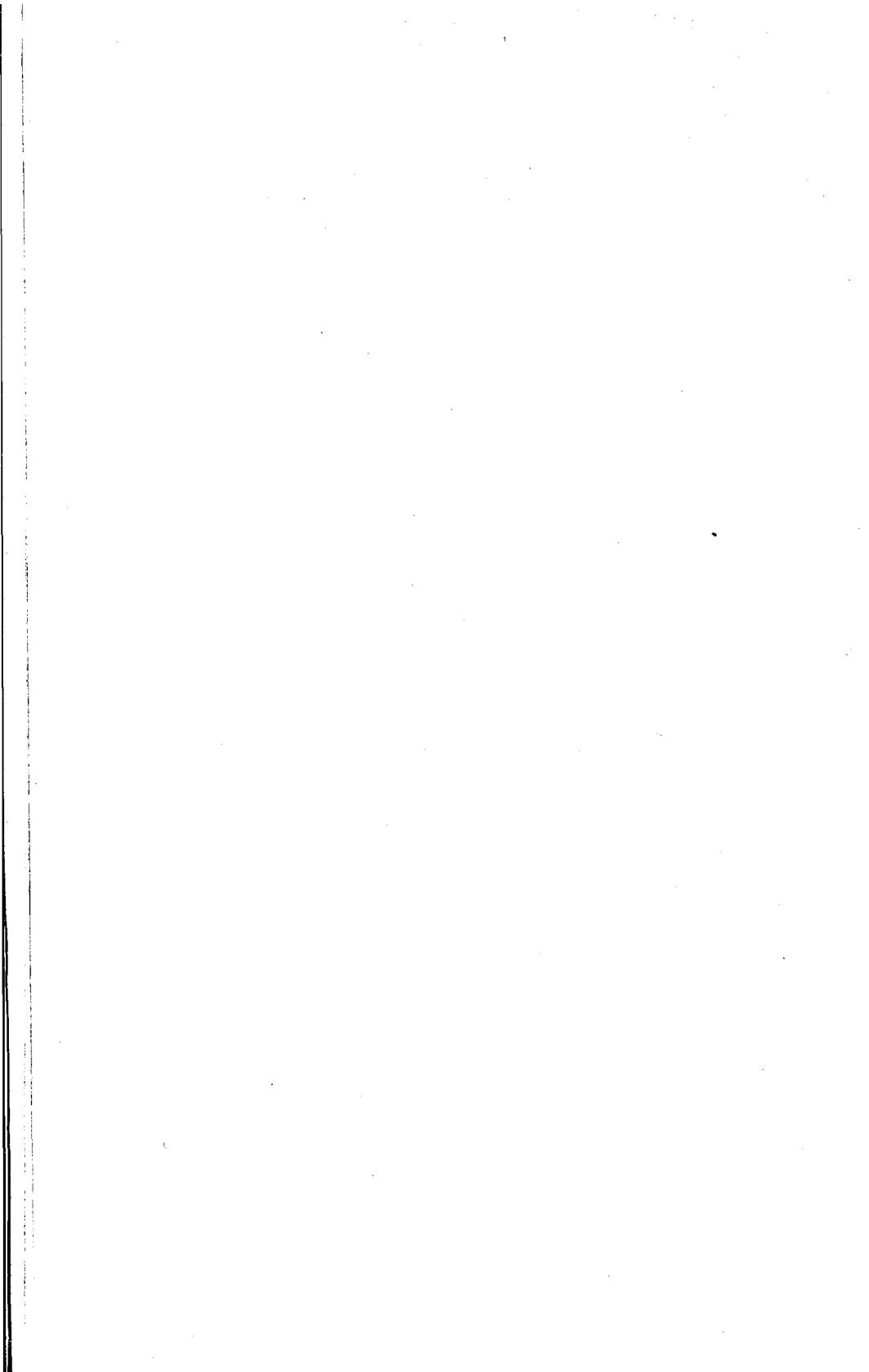
El ex secretario de Estado, Henry Kissinger, se graduó *summa cum Laude* en el Harvard College y ocupó distintos cargos docentes sobre asuntos gubernamentales e internacionales en Harvard desde 1957 hasta 1969. Fue *Guffenhein Fellow* en 1965-1966, y ha escrito numerosos libros y artículos sobre política, estrategia de defensa y asuntos internacionales. Ha sido muchas veces honrado por sus servicios públicos e internacionales. En 1973 recibió el premio Nobel de la paz y en 1977 la Medalla Presidencial de la Libertad. Fue secretario de Estado con los presidentes Nixon y Ford desde 1973 hasta 1977.

112
A3

Mis
Memorias

TAMBIÉN POR HENRY KISSINGER.

- *Un mundo restaurado* (Fondo de Cultura de México, 1973).
- *Armas nucleares y política internacional* (Ediciones Rialp, 1962).
- *The Necessity for Choice: Prospects of American Foreign Policy*.
- *Crisis de la seguridad europea* (Dopesa, 1973).
- *Política exterior americana* (Plaza y Janés, S. A., 1970).
- Como editor: *Problems of National Strategy: A Book of Readings*.



ÍNDICE

Fotografías	256-257, 512-513 y 960-961
Mapas	800-801
Prólogo	11

PRIMERA PARTE:

COMIENZOS

I. Una invitación	17
Nelson Rockefeller	17
La llamada telefónica	20
Encuentro con Nixon	21
Encuentros en el Hotel Pierre	22
II. Período de inocencia: la transición	26
Familiarizándonos	26
El equipo inquieto	31
Organizándonos	40
Volviendo a lo substancial	46
III. Las convicciones de un estadista aprendiz	51
Una perspectiva de historiador	51
La experiencia norteamericana	52
Problemas de un nuevo equilibrio	58

SEGUNDA PARTE:

1969: EL COMIENZO DEL VIAJE

IV. Viaje europeo	65
Nixon visita Europa	65

Desazón de la Alianza Occidental	70
Londres y la «relación especial»	74
Bonn, Berlín y el enigma de Alemania	80
Interludio romano	83
El coloso De Gaulle	86
V. Primeros contactos con Moscú	91
Presentación a Anatoly Dobrynin	91
El persistente problema filosófico de las relaciones entre EEUU y la URSS	92
Reflexiones durante el período de transición	100
Actitudes del público y del Congreso: una racha de primavera	103
El canal	109
Preparativos para SALT	115
Comercio entre Este y Oeste	117
Europa oriental: visita de Nixon a Rumania	120
Conclusión	122
VI. Primeros pasos hacia China	126
Primeros síntomas	129
Los choques en el río Ussuri	131
Rumores de guerra	138
La política triangular	144
VII. Estrategia y política de defensa	147
La defensa y el equilibrio estratégico	147
El debate de Defensa	149
Sistemas Antimisiles Balísticos (ABM)	153
Vehículos de reentrada con cabezas múltiples independientemente guiadas (MIRV)	157
El ataque al presupuesto de Defensa	159
Doctrina estratégica	161
Armas nucleares tácticas	163
Guerras de uno y medio	164
La doctrina Nixon	166
VIII. La agonía del Vietnam	169
Mi experiencia	172
Lo que encontramos	175
Ataques norvietnamitas y bombardeos a Camboya	178

Diplomacia para un acuerdo de paz	187
La misión Vance.....	195
Regreso a la noria.....	197
El comienzo de los retiros de tropas	198
Una reunión secreta con Xuan Thuy.....	202
Otra revaluación.....	206
Las palomas no pacificables	210
¿Quiénes son?	218
¿Por qué hacen manifestaciones?.....	218
Su impacto político	219
¿Qué se puede hacer?	219
¿Se puede ganar algo?	219
Buscando una estrategia	220
IX. Primeras pruebas en Asia	226
El derribo.....	226
Japón.....	232
Okinawa.....	234
Espejismos textiles.....	241
X. Palabras y sombras. Evolución de la estrategia de Medio Oriente.....	245
Abundancia de iniciativas.....	250
Visitantes del Medio Oriente.....	256
Diplomacia: propuestas siempre nuevas.....	259
Otra iniciativa más.....	262
Golda Meir.....	264
El plan Rogers.....	266
La estrategia en evolución.....	268
XI. La Alianza inquieta.....	271
Dilemas del éxito europeo.....	271
Consultas.....	273
La partida de De Gaulle y la Unidad europea.....	276
La defensa común: la percepción norteamericana.....	278
Relaciones entre el Este y el Oeste en Europa	286
Berlín y la Ostpolitik de Brandt.....	288
Conferencia de Seguridad europea.....	292
Visita de líderes europeos a Washington: 1970	295
Nuevas ideas sobre el Mercado Común.....	301

TERCERA PARTE:

1970-1971: DEL TORBELLINO A LA ESPERANZA

XII. La guerra se extiende.....	307
Regreso a las negociaciones secretas.....	309
El consejero especial Le Duc Tho y la primera ronda de conversaciones..	312
El entreacto de Laos.....	317
La caída de Sihanouk.....	322
El anuncio del retiro de tropas del 20 de abril.....	334
El ataque a los santuarios norvietnamitas.....	339
El elusivo cuartel general comunista y otras batallas.....	354
Las luchas domésticas.....	357
El balance final.....	362
XIII. El enemigo soviético: Europa y una reunión cumbre SALT.....	366
Caliente y frío.....	366
Ostpolitik.....	371
SALT y el debate sobre defensa.....	375
En busca de una reunión cumbre con Moscú.....	386
XIV. Medio Oriente 1970.....	391
La carta de Kosygin.....	392
Aparecen en Egipto soldados y misiles soviéticos.....	397
Una iniciativa diplomática norteamericana.....	402
Cese del fuego y tregua.....	407
Israel se retira de las negociaciones.....	413
XV. Un otoño en crisis: Jordania.....	415
Crisis en Jordania.....	415
Iraqíes y jordanos muestran sus cartas.....	417
La crisis de los secuestros.....	419
Jugada final con los guerrilleros.....	425
La invasión siria.....	430
XVI. Un otoño de crisis: base soviética de submarinos en Cienfuegos.....	440
Un mensaje de Moscú.....	440
Una flotilla rumbo a Cienfuegos.....	442

Acción perentoria.....	445
Solución a la crisis	451
XVII. Un otoño de crisis: Chile.....	455
Salvador Allende.....	456
Influencia e intervención: el Comité 40.....	458
La elección chilena de 1970.....	460
El golpe que nunca fue.....	466
Allende asume el poder.....	471
XVIII. Invitación a Pekín.....	476
El fin del canal de Varsovia.....	476
Relaciones triangulares.....	482
El canal paquistaní.....	486
La diplomacia del Ping-Pong.....	492
Mensaje del primer ministro Chou En-lai.....	496
Planes y dificultades.....	499
XIX. El viaje a Pekín.....	509
«Polo I»: Preludio.....	509
El reino medio: primera reunión con Chou En-lai.....	515
El anuncio que sorprendió al mundo.....	524
«La carta china».....	529
China en las Naciones Unidas.....	534
«Polo II».....	536
Las Naciones Unidas.....	543
XX. Las relaciones EEUU-URSS: brecha en dos frentes.....	546
Relaciones norteamericano-soviéticas.....	546
Los disturbios polacos.....	552
El canal se torna operativo.....	557
Las negociaciones SALT y el acuerdo del 20 de Mayo.....	560
La negociación de Berlín.....	569
Finalmente, la reunión cumbre.....	575
XXI. La tendencia: la crisis indo-paquistaní de 1971.....	582
Orígenes de la tragedia.....	582
Dos ciclones.....	586

Enérgicas medidas militares	588
Se acelera la crisis.....	593
El tratado de amistad soviético-indio	598
Contactos con exiliados de Bangladesh.....	600
La sra. Gandhi viene a Washington.....	602
La guerra entre India y Pakistán	610
La guerra se extiende.....	616
Clímax: Una decisión irrevocable.....	622
El saldo.....	629
XXII. Crisis en la Alianza. La enmienda Mansfield y la confrontación económica . . .	634
Viaje al Mediterráneo.....	634
El funeral de De Gaulle y la visita de Heath.....	645
La enmienda Mansfield: la vieja guardia en la brecha.....	647
La crisis económica: el segundo «golpe Nixon».....	654
Consultas de alto nivel: la última rueda.....	662
XXIII. Vietnam 1970-1971.....	666
La presión sobre Hanoi.....	666
Los ocho puntos de Madame Binh.....	670
Determinación de una estrategia	677
La operación Laos.....	678
Lam Son 719: la operación militar.....	687
Las marchas sobre Washington.....	693
Se reanudan las negociaciones.....	697
Las elecciones presidenciales de Vietnam del Sur.....	707
Se revelan las conversaciones secretas.....	711

CUARTA PARTE:

1972. DE LA GUERRA A LA PAZ

XXIV. Viaje de Nixon a China.....	721
La misión Haig.....	721
La llegada: el apretón de manos.....	724
Mao Tse-tung.....	726
Paseos, conversaciones y brindis.....	732
El comunicado de Shangai.....	738
Evaluaciones.....	747

XXV. Hanoi arroja los dados: la ofensiva primaveral de Vietnam	753
Invasión.....	753
La concentración de fuerzas.....	754
Maniobras diplomáticas.....	756
¿Qué estrategia?.....	761
XXVI. El viaje secreto a Moscú	771
Preparación de la reunión cumbre.....	773
Leonid Brezhnev.....	780
Conversaciones con Brezhnev y Gromyko.....	784
Desacuerdo con el Presidente.....	791
XXVII. La confrontación: minado de los puertos norvietnamitas	799
Preparativos para la toma de decisiones.....	799
La reunión secreta del 2 de Mayo.....	801
El minado de Vietnam del Norte.....	805
La reunión cumbre en la cuerda floja.....	813
Conclusión.....	821
XXVIII. La reunión cumbre en Moscú	825
Richard Nixon en el Kremlin.....	825
Saludos y encuentros.....	829
La estructura de poder soviética: Kosygin y Podgorny.....	833
Vuelta número uno sobre SALT: Brezhnev y Nixon.....	834
Confrontación en la dacha.....	839
Concluyen las negociaciones SALT.....	843
Gromyko y el Medio Oriente.....	855
¿Qué se obtuvo de la reunión cumbre?.....	859
XXIX. Secuelas de la reunión cumbre	863
Visita al Sha de Irán.....	863
Regreso a través de Varsovia.....	868
El pacto soviético sobre cereales.....	870
Actitudes europeas.....	873
XXX. Sadat expulsa a los soviéticos	875
La muerte de Nasser.....	875
La idea de un acuerdo transitorio.....	878
El memorándum fantasma.....	880

Activa participación.....	881
Exploraciones de trastienda.....	884
Egipto abre un canal secreto con los Estados Unidos.....	886
XXXI. Del estancamiento a la apertura.....	893
El desconcierto de Hanoi.....	893
El estancamiento es puesto a prueba.....	896
Una visita a Saigón.....	905
Interludio: las reuniones del 15 y el 27 de septiembre.....	913
La apertura: la reunión del 8 de octubre.....	920
XXXII. El difícil camino hacia la paz.....	933
Interludio en París.....	936
Consultas con Thieu.....	937
Los primeros ruidos lejanos.....	942
Enfrentamiento con Thieu.....	946
El viaje de regreso.....	955
XXXIII. «La paz al alcance de la mano».....	958
Hanoi revela los términos del acuerdo.....	958
Interludio por elecciones.....	965
Haig visita nuevamente Saigón.....	968
Se reanudan las reuniones con Le Duc Tho.....	971
Las conversaciones de diciembre: se interrumpe la negociación.....	979
El bombardeo de Navidad.....	992
Se reanudan las negociaciones.....	1000
Las rondas de enero.....	1003
Thieu cede.....	1008
XXXIV. Al fin la paz.....	1010
Notas de los capítulos.....	1017
Índice.....	1033

BANCO DE LA REPUBLICA
 BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
 CATALOGACION

BANCO DE LA REPUBLICA
 BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
 DEPTO. DE ADQUISICION

El autor agradece a los siguientes editores que le permitieron citar párrafos de material selecto:

La Institución Brookings, por *Temas centrales de la política exterior norteamericana*, por Henry A. Kissinger.

Charles L. Schulze, por *Alternativas presupuestarias después de Vietnam*, por Carl Kaysen. «Estrategia militar, fuerzas militares y control de armamentos», de Kermit Gordon, editado en la *Agenda para la nación*, 1968. Reimpreso con autorización.

Encounter, por «Paz y poder», noviembre 1968, por Zbigniew Brzezinski.

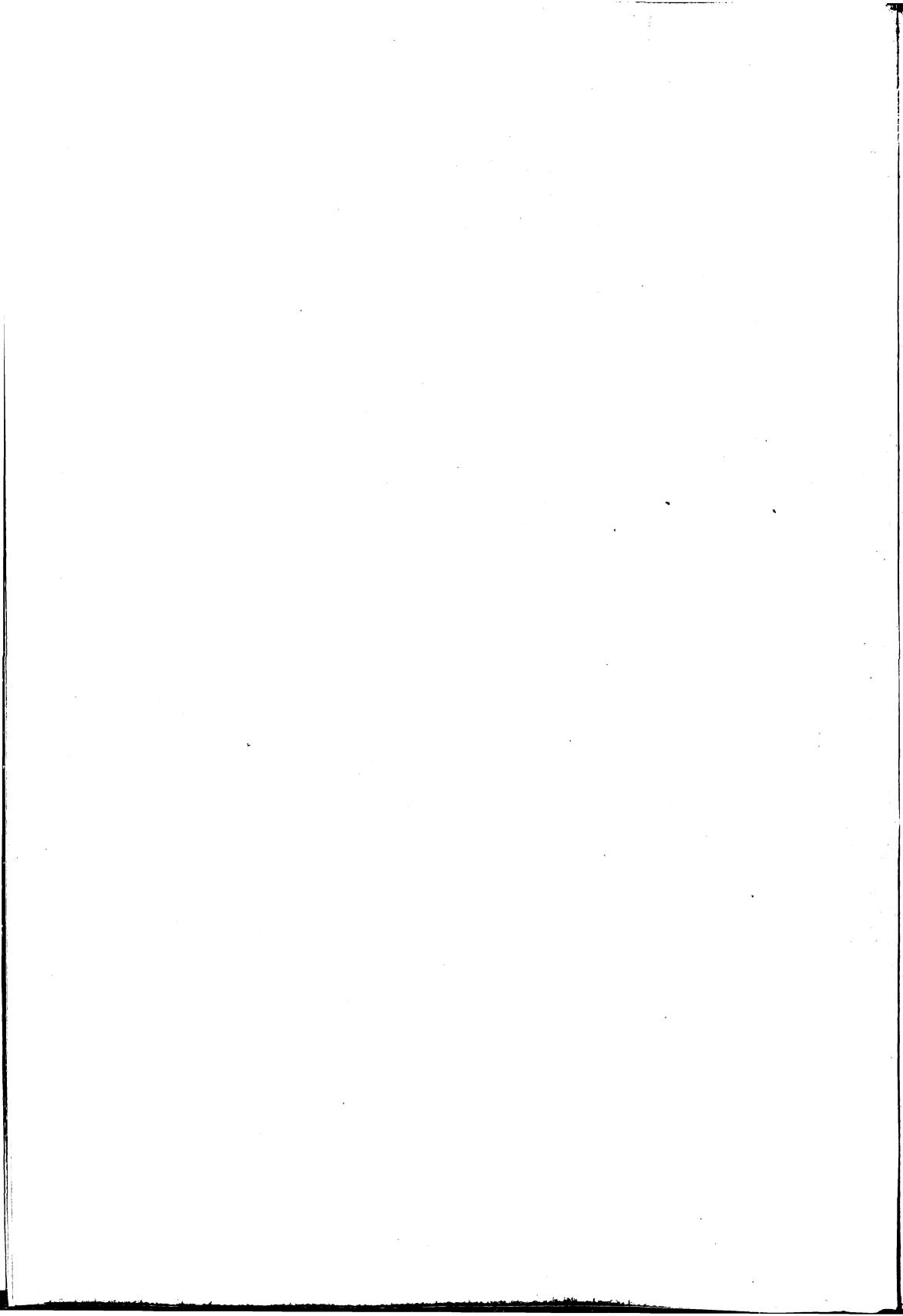
Asuntos exteriores, por Henry Kissinger, «Las negociaciones con Vietnam», derechos reservados 1968, por el Consejo de Relaciones Exteriores, Inc. Y «Asia después de Vietnam», por Richard M. Nixon, derechos reservados 1967, por el Consejo de Relaciones Exteriores, Inc. Reimpreso con autorización.

Al *New York Times*, por extractos, 1969, 1970, 1971, 1972, de la New York Times Company, reimpresos con autorización.

Imprenta de la Universidad de Oxford, por «Los Estados Unidos en Vietnam», por Guenter Lewy, 1978.

Time Inc., por extractos del *Time*, derechos reservados 1969, 1970, Time Inc. Todos los derechos reservados.

El autor agradece asimismo al *Milwaukee Journal*, al *St. Louis Post-Dispatch*, al *Washington Post* y al *Washington Star*.



PROLOGO

Para bien o para mal fui llamado para desempeñar un papel prominente en el diseño y la ejecución de la política exterior de los Estados Unidos, primero como asesor del presidente Nixon para asuntos de seguridad nacional y luego como secretario de estado en la administración de los presidentes Nixon y Ford. Este libro es el relato de nuestras relaciones exteriores durante el primer período presidencial de Richard Nixon —desde mi nombramiento como asesor de seguridad nacional después de la elección de noviembre de 1968, hasta el final de las negociaciones sobre Vietnam, que coincidieron aproximadamente con el comienzo del segundo período de Nixon en enero de 1973—.

Inevitablemente es historia vista a través de mis ojos —un retrato de lo que vi, pensé e hice— e inevitablemente también debí seleccionar y condensar.

Un documento completo, en el sentido de los historiadores, deberá esperar la publicación de otros documentos, memorias y biografías, no todos de origen norteamericano.

El período que cubre este volumen se caracterizó por divisiones domésticas e inquietud internacional; fue el momento en que los Estados Unidos pasaron a un mundo en el que ya no eran predominantes, si bien todavía mantenían gran influencia. Fue una transición penosa, y espero que no haya sido sin buenos resultados, la que comenzó el proceso de una nueva, y a largo plazo tal vez aún más fructífera, contribución norteamericana a las perspectivas de las sociedades libres. Para algunos, el tratamiento en este volumen de asuntos controvertidos, especialmente la guerra de Vietnam, será una visión desde un lado de las barricadas que no les es familiar. Esta visión es presentada acá tan honestamente como me ha sido posible, con la intención de reconciliar, no de ganar, puntos retrospectivos en debate. Como nación podemos superar nuestras divisiones sólo reconociendo que los dirigentes a ambos lados de las barricadas eran gente seria.

En un próximo volumen cubriré el período de enero de 1973 hasta enero de 1977, durante cuya mayor parte fui secretario de estado. En ese volumen se discutirán temas tales como Watergate y la renuncia de Richard Nixon; la guerra en Medio Oriente en octubre de 1973 y la «diplomacia de lanzadera» que la siguió; problemas económicos internacionales tales como la crisis del petróleo y el diálogo Norte-Sur; Sudáfrica; la caída de Salvador Allende y nuestra política latinoamericana; la toma del poder por parte de los comunistas en Indochina; las negociaciones sobre SALT II; la evolución de nuestras relaciones con China; la presidencia de Gerald Ford y la campaña electoral de 1976, y otros asuntos.

Sobre algunos temas tal vez deba tocar acontecimientos del período 1969-1972 que se omiten acá por razones de espacio o de continuidad. Los lectores que tienen

este pesado volumen en sus manos tal vez encuentren difícil creer que algo ha quedado sin decir, pero tal vez se sientan agradecidos de que algunos asuntos hayan sido dejados para un segundo volumen.

Al escribir este relato he tratado de confiar en mi memoria sólo el mínimo indispensable; he podido referirme a abundantes pruebas documentales y, para una parte de ese período, a un diario que llevaba. Tengo intención de dejar una copia anotada de este volumen con todos mis papeles para que sea usada por estudiosos que algún día quieran analizar este período con más detalles.

Una de las paradojas de la era de los memorándums y de las máquinas Xerox, de la proliferación de las burocracias y la compulsión por registrarlo todo, es que escribir la historia se haya convertido tal vez en una tarea casi imposible.

Cuando un historiador trata temas de siglos pasados, el problema es encontrar suficiente material contemporáneo. Si un estudioso de impecables antecedentes e inatacable objetividad se viera en la situación de tener libre acceso a los millones de documentos de cualquiera de los modernos períodos de cuatro años, tendría grandes dificultades en saber por dónde comenzar. Los registros escritos, por su propio volumen, obscurecerían tanto como iluminarían; no proveerían ningún criterio para determinar cuáles documentos han sido producidos para proveer un alibi y cuáles auténticamente sirvieron para guiar decisiones, cuáles reflejan una auténtica participación y cuáles fueron preparados en ignorancia de los acontecimientos claves. Antes de la era de las comunicaciones instantáneas, las instrucciones a un negociador debían ser conceptuales y por lo tanto daban una clara idea de los pensamientos del estadista; en la era de los teletipos, esas instrucciones son generalmente tácticas o técnicas y por ello son mudas en cuanto a propósitos y premisas más amplios. Los archivos oficiales de nuestro período no necesariamente discriminan cuáles decisiones fueron tomadas en «la trastienda» eliminando procedimientos formales o qué cosas fueron resueltas oralmente sin jamás llegar a formar parte de los registros formales.

Los relatos de conversaciones hechos por los propios participantes pueden fácilmente ser autojustificaciones *ex post facto*. (Dean Acheson dijo una vez que jamás había leído un informe sobre una conversación en la que el autor resultara perdedor.)

Con una selectiva presentación de documentos uno puede demostrar casi cualquier cosa. Las prácticas contemporáneas de revelaciones no autorizadas o liberalizadas son casi una garantía de que cada documento sea escrito con un ojo puesto en la autoprotección. Las ganancias del periodista son las pérdidas del historiador.

Quien ha participado en grandes acontecimientos, por supuesto, no es inmune a estas tendencias cuando escribe su propia versión. Obviamente su perspectiva se verá afectada por su propia participación: el impulso de explicar se mezcla con el impulso de defender. Pero quien ha participado tiene por lo menos una contribución muy importante que hacer para escribir la historia: sabe cuáles de los millones de posibles consideraciones en realidad influyeron en las decisiones en las que se vio envuelto; sabe cuáles son los documentos que reflejan la realidad y puede recordar cuáles opiniones fueron tomadas seriamente, cuáles fueron rechazadas, así como también sabe qué razonamientos estuvieron detrás de las distintas selecciones hechas. Nada de esto demuestra que su juicio fue correcto; sólo muestra en qué estuvo basado. Si están hechas con cierta distancia, las memorias de quien ha participado pueden ayudar al futuro historiador a juzgar cómo fueron las cosas, aun (y tal vez especialmente) cuando con el correr del tiempo se tengan a disposición más pruebas sobre todas las dimensiones de los acontecimientos.

Tengo una gran deuda de gratitud con aquéllos que me ayudaron en la preparación de este libro. Peter W. Rotman, amigo, confidente e invaluable asociado durante una década y media, supervisó la investigación; él mismo se hizo cargo de

importantes investigaciones y me ayudó con la selección de material, el control y muchas otras tareas; sin él, este trabajo jamás habría sido terminado. William G. Hyland, otro íntimo asociado y amigo de mucho tiempo, contribuyó mucho en las investigaciones, especialmente sobre Europa, las relaciones Este-Oeste y SALT. Rosemary Neaher Niehuss y Mary E. Brownell, también colegas mías en el gobierno, fueron excepcionalmente hábiles, dedicadas y de gran ayuda en sus investigaciones y en la revisión del manuscrito.

Winston Lord y William D. Rogers permitieron que abusara de su amistad imponiéndoles la tarea de leer el libro entero. Hicieron innumerables y sabias sugerencias y una importante contribución a la preparación editorial. Otros que leyeron parte del manuscrito fueron Brent Scowcroft, Lawrence S. Eagleburger, David Ginsburg, Richard Helms, John Preeman, Samuel Halpern, Jessica Catto y John Kenneth Falbraith. No voy a simular que acepté todas las sugerencias de un grupo tan variado. Pero igualmente les agradezco los esfuerzos realizados.

Harold Evans, ayudado por Oscar Turnill, leyó el volumen entero con brillante ojo editorial; entre ambos me enseñaron cómo la corrección hábil e inteligente puede contribuir a la organización e iluminación de la prosa. Betsy Pitha y el ahora difunto Ned Bradford, de Little Brown, fueron cuidadosos y ayudaron mucho al revisar el manuscrito. El índice fue preparado con gran habilidad por Melissa Clemence. Catherine de Sibour, Kathleen Troia y Jeffrey Yacker también me ayudaron con las investigaciones.

También merecen mi agradecimiento Daniel J. Borstin, bibliotecario del Congreso, y todos aquéllos que trabajan en la división de manuscritos: John C. Broderick, Paul T. Heffron, John Knowlton y su dedicado equipo. Reciban mi gratitud por su cortesía y ayuda con respecto a mis papeles, de los cuales ellos son ahora custodios. Las facilidades que nos proporcionaron para el trabajo fueron un gran aliento para mí y para mis ayudantes. El tratamiento de todo el material secreto usado en este libro ha sido elaborado en colaboración con la oficina del consejero de seguridad nacional, Dr. Zbigniew Brzezinski, a quien expreso mi agradecimiento. El presidente Nixon ha permitido generosamente que cite algún material de sus archivos presidenciales.

Estoy particularmente agradecido a mi asistente personal, M. Christine Vick, quien se encargó de organizar el manejo del manuscrito y lo escribió a máquina en sus diferentes borradores, manteniendo al mismo tiempo el trabajo cotidiano al día. Cheryl Womble y Mary Beth Baluta ayudaron eficientemente con la máquina de escribir. Todos trabajaron muchas horas extra.

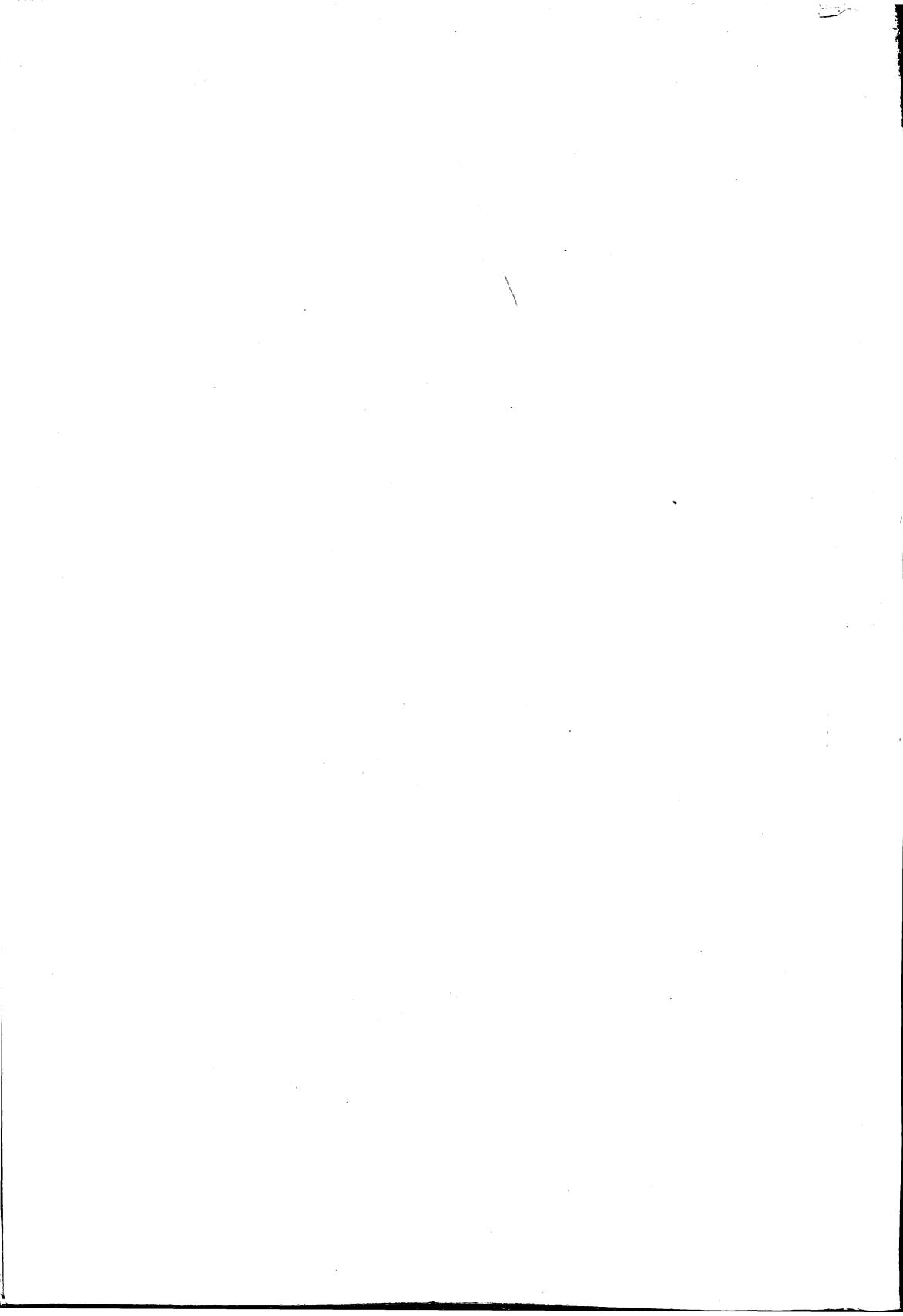
Mi esposa Nancy me alentó con sus consejos y su amor; como siempre, ella actuó como mi conciencia.

He dedicado este libro a Nelson A. Rockefeller. Fue mi amigo durante veinticinco años hasta su prematura muerte en enero de este año.

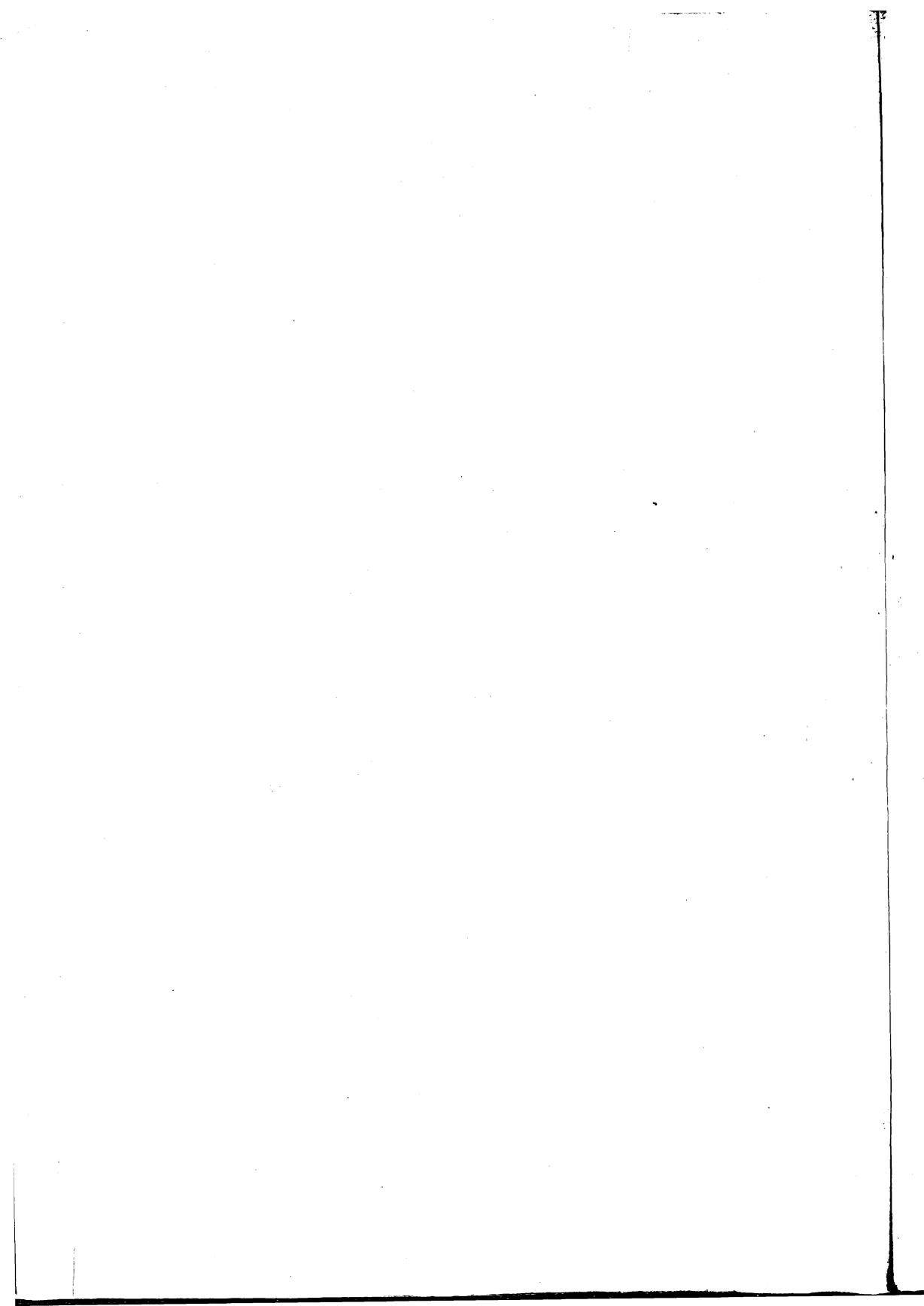
Sólo yo soy responsable por el contenido de este libro, así como tampoco escapo a la responsabilidad por mis acciones en él descritas.

WASHINGTON D. C.

Junio de 1979.



Primera Parte
LOS COMIENZOS



Capítulo I

UNA INVITACION

La toma de posesión tuvo lugar en un día ventoso, frío y luminoso. Yo me encontraba en la plataforma, inmediatamente detrás del nuevo gabinete, y observé a Lyndon Johnson que llegó caminando por el pasillo, por última vez a los sonos de «Saludo al Jefe». Me pregunté qué pensaba esta trágica y poderosa figura al terminar un mandato que había empezado con elevadas aspiraciones y finalizaba en medio de dolorosas divisiones/ ¿Cómo este hombre de consenso había terminado con un país desgarrado? Johnson estaba allí como un águila enjaulada, orgulloso, digno, sin prestarse a frivolidades, los ojos fijos en alturas distantes que ahora nunca alcanzaría.

Sonó otra fanfarria y el presidente electo, Richard Nixon, apareció en la cima de la escalinata del Capitolio. Vestía levita y sus pantalones, como siempre, quedábanle un poco cortos. Su mandíbula proyectábase desafiante hacia adelante, y sin embargo él parecía inseguro, como si no estuviera del todo convencido de hallarse allí. Emanaba de su persona alivio e incredulidad al mismo tiempo. Por fin había llegado, después de la más improbable de las carreras, y de una de las más extraordinarias hazañas de autodisciplina en la historia política norteamericana. Parecía alborozado, como si apenas hubiera podido esperar que terminara la ceremonia para poner en marcha el sueño de toda una vida. Empero, también parecía gastado, hasta frágil, como un corredor de maratón que se hubiera agotado en una gran carrera. Como siempre, era difícil saber si lo que Nixon estaba realmente disfrutando era la ocasión, o la imagen previa que de ella tenía. Nixon bajó los escalones y prestó juramento al cargo con su voz firme y profunda.

NELSON ROCKEFELLER

Mi propia sensación de sorpresa por encontrarme allí era palpable. Apenas ocho semanas atrás, la sugerencia de que yo podría participar en la toma de posesión como uno de los asesores más allegados al nuevo presidente habría parecido descabellada. Hasta entonces, toda mi experiencia política había tenido lugar en compañía de aquéllos que se consideraban en mortal oposición a Richard Nixon. Más de diez años había enseñado en la Universidad de Harvard, donde el desprecio hacia Nixon era ortodoxia establecida en el cuerpo de profesores. Y la persona que más influyera en mi vida había sido un hombre a quien Nixon derrotó dos veces en fútiles búsquedas de la nominación presidencial: Nelson Rockefeller.✓

Fue Nelson Rockefeller quien me introdujo en la política de alto nivel, en 1955, cuando él era Asistente Especial para Asuntos de Seguridad Nacional del presidente Eisenhower. En aquella ocasión, él reunió un grupo de académicos, entre quienes estuve incluido, con la tarea de redactar un documento para el presidente sobre un problema diplomático fundamental: cómo podía Estados Unidos tomar la iniciativa en los asuntos internacionales y articular sus objetivos de largo alcance.

Fue un encuentro revelador. Rockefeller entró en el salón palmeando las espaldas de los académicos reunidos, sonriendo, y dirigiéndose a cada uno por la aproximación más cercana de su nombre de pila que podía recordar. Sin embargo, esto, y su aura de encanto puramente

norteamericano, sirvieron al mismo tiempo para establecer su lejanía: cuando todos son llamados por sus nombres de pila y con la misma amigabilidad, las relaciones pierden su significado personal. Rockefeller se sentó a escuchar mientras cada uno de nosotros, intoxicados por nuestra proximidad al poder (y, me atrevo a decir, a la riqueza) hacía todo lo posible por impresionarle con nuestra agudeza práctica. Un profesor tras otro ofrecieron inteligentes consejos tácticos sobre como manejar a las naciones o, por lo menos, a la burocracia; sobre como tratar con un presidente a quien no conocíamos; o (el perenne problema de los asesores de seguridad nacional) cómo prevalecer sobre un secretario de Estado igualmente desconocido. Cuando terminamos, la sonrisa desapareció del rostro de Rockefeller y sus ojos cobraron una expresión que después yo llegaría a conocer tan bien, y que indicaba que había llegado el momento de los asuntos serios. Dijo él: «No les he traído aquí, caballeros, para que me digan cómo maniobrar en Washington. Ese es mi trabajo. El trabajo de ustedes es decirme lo que está bien. Si pueden convencerme, yo lo llevaré hasta el presidente. Y si no puedo venderse a él, renunciaré.»

Rockefeller demostró ser fiel a su palabra. Escribimos un informe; una de las ideas del mismo, la propuesta de «cielos abiertos», fue aceptada. Las secciones donde se exponían objetivos de largo alcance nacieron muertas, en parte debido al estado de ánimo de autosatisfacción prevaleciente en el país, pero especialmente a causa de la oposición de un secretario de Estado poderoso que insistía en imponer sus propias convicciones. A fines de 1955, Rockefeller renunció.

Yo había sido parte de una típica empresa de Rockefeller. De todas las figuras públicas que he conocido, él tenía la fe más absoluta, casi conmovedora, en la fuerza de las ideas. Empleaba recursos enormes para tratar de averiguar cual era «la cosa correcta» que había de hacer. Sus campañas nacionales estaban basadas en la ilusión de que la forma de ganarse delegados en las convenciones políticas nacionales era presentar programas sustantivos superiores. Gastaba una cantidad atormentadora de tiempo en sus discursos. Atípico como podría parecer, en un sentido él era quintaesencialmente norteamericano por su ilimitada energía, su genio pragmático y su optimismo inextinguible. Los obstáculos estaban allí para ser superados; los problemas eran oportunidades. El no podía imaginar que un mal no pudiera ser corregido, o que una aspiración honorable estuviera fuera de alcance. Para otras naciones, la utopía es un pasado venturoso que jamás podrá recuperarse; para los norteamericanos, no está más lejos que la intensidad de su dedicación.

Nelson Rockefeller, estoy seguro, hubiera sido un gran presidente. Poseía en abundancia las cualidades de coraje y visión que constituyen el criterio de prueba del liderazgo. Pero, en los momentos en que su meta hubiera podido realizarse, en 1960 y nuevamente en 1968, inesperadamente vaciló. Al servicio de sus ideas podía ser implacable y actuar con sangre fría; era increíblemente persistente. Empero, había en él una ambivalencia profunda. Una especie de escrupulo aristocrático le impedía lanzarse a la búsqueda del premio con la necesaria concentración y lo llevaba a agotarse en esfuerzos para hacerse merecedor del cargo. Toda su educación le hacía retroceder automáticamente ante la posibilidad de aparecer ante el pueblo al que deseaba servir como persiguiendo una meta personal; siendo ya tan privilegiado, sentía que no tenía derecho a pedir nada más para él mismo como individuo. De modo que buscaba llegar al cargo tratando de presentar a la nación la visión más amplia de sus posibilidades y el mejor plan sobre cómo alcanzarlas.

En un sentido profundo, Nelson Rockefeller sufría de la incapacidad hereditaria de los hombres muy ricos en una sociedad igualitaria. Quería tener seguridades de que él había trascendido lo que era inherentemente ambiguo: que su carrera se debía al mérito y no a la riqueza, que se la había ganado por logros personales y que no la había adquirido por herencia. En países con tradiciones aristocráticas (en Gran Bretaña, por ejemplo, hasta mucho después de la Segunda Guerra Mundial), una clase alta entraba y salía de los altos cargos, convencida de que la responsabilidad pública le pertenecía por derecho. El mérito se daba por descontado. Pero en Estados Unidos, los vástagos de las grandes familias son extremadamente sensibles a la acusación de adquirir poder a través del ejercicio visible de la influencia o la riqueza; ellos creen que deben ganarse sus cargos por derecho propio. Pero así como una mujer hermosa no puede estar segura de ser deseada «por ella misma» (ciertamente, «ella misma» es inseparable de su belleza), en Norteamérica un hombre rico no puede estar seguro de qué fue lo que le llevó a su posición en la vida pública. Si es afortunado, aprende a tiempo que esto tiene poca importancia. En las altas funciones políticas será medido por las dificultades que supere y las realizacio-

nes que produzca, no por su dinero ni por los motivos que impulsaron a quienes le llevaron a esa posición. La historia no juzgará el comienzo, sino las realizaciones.

Nelson Rockefeller nunca resolvió completamente este dilema. Después de su intempestiva muerte, se dijo a menudo que no había llegado a la presidencia pese a ser un Rockefeller. Lo opuesto está más cerca de la verdad. Fracaso, principalmente, *porque* era un Rockefeller. No vacilaba en gastar grandes sumas para sus campañas políticas, pero, al mismo tiempo, sentía una desordenada obligación de justificar su ambición con sus programas y una renuencia extraordinaria a hacer realidad sus sueños valiéndose de lo que él consideraba el degradante galanteo de los delegados a convenciones nacionales. No es ésa exactamente la forma en que trabaja nuestro proceso político, vinculado, como lo está, más a personalidades que a programas.

A lo largo de tres convenciones, Rockefeller luchó por lo que consideraba respetables plataformas partidarias, en desafío a una de las lecciones más seguras de la historia política norteamericana: que las plataformas partidarias sirven durante el fugaz momento en que los delegados se reúnen para elegir un candidato del partido, y a continuación se desvanecen silenciosamente de la memoria del público. En 1960 adelantó un amplio e importante programa apenas a tres semanas de la Convención Nacional Republicana, cuando su exclusión ya estaba ordenada de antemano y no había ninguna esperanza práctica de alterar el resultado. Por este medio, obligó a Nixon a adherirse al famoso «Compacto de la Quinta Avenida» (un documento redactado en el departamento de Rockefeller), inclinando la plataforma republicana en una dirección compatible con sus puntos de vista. Pero pagó un precio gravoso en términos de su posición en el partido. En 1964 se opuso a Barry Goldwater contra todos los dictados de la prudencia, porque estaba auténticamente convencido de que Goldwater era, en aquellos días, una máscara para una peligrosa forma de extremismo conservador (aunque llegó a admirarlo después). Y los partidarios menos moderados de Goldwater respondieron tratando de sacar a Rockefeller a fuerza de abucheos del palco de la convención republicana. En 1968 se retiró de la contienda en el mes de marzo, cuando todavía tenía una posibilidad, y después, cuando Nixon se hubo asegurado una superioridad matemática, volvió a entrar en la carrera publicando una serie de detalladas y reflexivas proposiciones políticas.

El contraste con el estilo de Richard Nixon no hubiera podido ser más grande. En la Norteamérica contemporánea, el poder se vuelca cada vez más hacia los poseídos por un deseo casi obsesivo de ganarlo. Quien no se vuelque monomaniacamente al proceso de la nominación, quien lo tema o lo desprecie, siempre estará persiguiendo un espejismo, por más notables que sean sus demás condiciones para el cargo. Con los candidatos para las más altas funciones, lo mismo que con los atletas, todo depende de un sentido del tiempo, de una capacidad intuitiva para aprovechar la oportunidad. Los delegados a las convenciones viven la existencia comprimida de las mariposas. Por un breve período son admirados, cortejados, presionados, halagados, adulados, interminablemente acosados. Al día siguiente de haber elegido, vuelven al olvido. Por lo tanto, son extremadamente sensibles a las dudas en sí mismo que pueda tener cualquier candidato.

Las cualidades necesarias para arrebatar la candidatura a la presidencia norteamericana de un cuerpo tan transitorio pueden tener muy poco en común con las cualidades requeridas para gobernar; ciertamente, mientras las exigencias del proceso de nominación se tornan más intensas con cada elección, ambos tipos de cualidades pueden volverse cada vez más incompatibles. El proceso de nominación confiere el premio a un candidato experto en organización que pueda dar expresión política a la necesidad del momento, a un maestro de la ambigüedad y el consenso, capaz de subordinar programas a las exigencias de hacerse de una amplia coalición. Un hombre que entienda la compleja esencia del proceso de nominación, como lo entendía Nixon de manera suprema, inevitablemente derrotará a un candidato que busque la meta poniendo el acento en lo substancial.

Como personalidad, Nelson Rockefeller era todo lo diferente de Adlai Stevenson como pueden serlo dos hombres. Rockefeller estaba hecho de un material más austero; era mucho más decidido. Y sin embargo, sus destinos fueron curiosamente paralelos. Frente a la oportunidad vacilaban, o más bien desdafiaban dar forma a sus oportunidades aplicando los medios requeridos por la nueva política. Si esto era peligroso para un demócrata, resultaba fatal para un republicano, cuyo partido, habiendo estado fuera del poder por una generación, se había retraído hacia una ortodoxia y una disciplina que lo volvían sumamente receloso de los programas novedosos y audaces. Así como Stevenson fue derrotado por la organización de Kennedy en 1961,

Rockefeller fue derrotado por la máquina de Nixon en 1960 y nuevamente en 1968. El intenso disgusto de Rockefeller hacia Nixon provenía de muchos factores, pero el crucial era la rebelión intuitiva contra la política de manipulación que, sin embargo, puede ser la esencia de la moderna política presidencial norteamericana.

Además, la rivalidad entre Rockefeller y Nixon no carecía de un ingrediente de antipatía personal que trascendía hasta la que se generaba automáticamente en una competencia por un único premio. Nixon pensaba que Rockefeller era un aficionado egoísta que podría arruinar lo que no fuera capaz de controlar, un representante del «establishment» que lo había tratado con condescendencia durante su vida política. Rockefeller consideraba a Nixon un oportunista amoral, sin la visión y el idealismo necesarios para conformar el destino de nuestra nación.

En 1968 yo compartía muchas de esas actitudes hacia Nixon, aunque tenía poca evidencia sobre la cual basar mi juicio. Asistí a la valiente conferencia de prensa en la que Rockefeller reconoció la victoria de Nixon, y me sentí terriblemente mal. Mis sentimientos eran muy similares a los de un periodista que había cubierto la campaña de Rockefeller y que se derrumbó en el bar del Americana Hotel cuando la misma terminó. «Este es el último político», dijo él, «con quien me vincularé emocionalmente. Los políticos son como los perros. Su expectativa de vida es demasiado corta para que una vinculación afectiva pueda ser tolerable». Un hombre que hubiera podido ser uno de nuestros más grandes presidentes nunca alcanzaría su objetivo. El saberlo fue sumamente duro para sus amigos, porque estábamos convencidos de que si no hubiera sido por errores tácticos y vacilaciones, todo habría sido diferente.

LA LLAMADA TELEFÓNICA

Unos meses después de aquel día deprimente (con Richard Nixon ya presidente electo), almorzaba yo en la ciudad de Nueva York con el gobernador Rockefeller y un grupo de sus asesores, en su pequeño departamento del cuarto piso del Museo de Arte Primitivo. Era el viernes 22 de noviembre de 1968. El museo, que él donó, se conectaba con el despacho de gobernador de Rockefeller en la calle Cincuenta y cinco Oeste por medio de un pasaje cubierto que atravesaba un callejón trasero. El departamento fue diseñado por el arquitecto Wallace Harrison, quién construyó también el Rockefeller Center. En sus paredes, dramáticamente curvadas y terminadas en rojo, colgaban cuadros de Toulouse-Lautrec; pinturas invalorables que estaban guardadas en armarios, por falta de espacio para colgarlas. En ese espléndido entorno discutíamos las actitudes que debería tomar Rockefeller ante una posible oferta de integrar el gabinete de Nixon, y que puesto en el gabinete debía pedir, si le daban a elegir.

Las opiniones estaban divididas. Un grupo de asesores sostenía que la influencia de Rockefeller sería mayor como gobernador de un estado importante, con control sobre la organización de un partido político, y mecenazgo. Otros consideraban ilusoria la influencia indirecta. Difícilmente podría un gobernador influir sobre la política nacional, ni de forma permanente ni ocasional, y cualquier intento de hacerlo era probable que reabriera antiguas heridas en circunstancias especialmente desfavorables. Rockefeller se inclinaba por la primera opinión, y sostenía que le sería difícil servir como subordinado, especialmente de Nixon.

Yo era de la opinión de que, si se daba la oportunidad, Rockefeller debía integrar el gabinete; insistí, además, en que él sería más feliz como secretario de Defensa. Pensaba que el presidente electo casi con seguridad pondría en práctica su anunciada intención de actuar como su propio secretario de Estado. Además, me parecía que el Departamento de Estado no ofrecía la autonomía requerida por la personalidad de Rockefeller. Como secretario de Defensa, sería capaz de llevar a cabo sus planes sobre seguridad nacional, que databan de décadas atrás. Por el ejemplo de Robert McNamara, también creía yo que el secretario de Defensa podía desempeñar un papel importante en el trazado de la política exterior.

Estábamos debatiendo estas consideraciones en forma inconexa cuando fuimos interrumpidos por una llamada telefónica desde la oficina del presidente electo. Fue un punzante recordatorio de la frustrada carrera de Rockefeller en política nacional que quien llamaba fuera el secretario de entrevistas de Nixon, Dwight Chapin, quien interrumpía la conferencia de estrategia de Rockefeller para pedirme a mí (y no a Rockefeller) que me reuniera con su jefe. En retrospectiva, es evidente que esta llamada telefónica tornaba inútil nuestra discusión. Nadie en el almuerzo imaginó que el propósito de la llamada pudiera ser ofrecerme un cargo importante en la nueva administración.

La llamada no me produjo ni expectativas ni entusiasmo. Durante mi larga asociación con Rockefeller, yo había servido como consultor de la Casa Blanca en los primeros días de la administración de John Kennedy, cuando los profesores pasaron por primera vez de responsabilidades de consejeros a responsabilidades operacionales. El presidente Kennedy, quien había leído mi libro recientemente publicado *The Necessity for Choice* (o por lo menos un largo comentario sobre el mismo publicado en la revista *New Yorker*), me pidió que me uniera al equipo de la Casa Blanca. Tuvimos una larga conversación en la cual quedé fascinado por la vitalidad de Kennedy y por su mente incisiva, aunque en aquella primera etapa no me pareció que la confianza en sí mismo de Kennedy igualara a su energía y su alada imaginación. Tampoco me dio la impresión de que su asistente especial para Seguridad Nacional, mi ex colega de Harvard, McGeorge Bundy, compartiera el sentido de urgencia del presidente por añadir al equipo de la Casa Blanca otro profesor a nivel académico comparable. En cualquier caso, tenía renuencia a cortar mi conexión con Rockefeller, de modo que convinimos en que yo pasaría uno o dos días a la semana en la Casa Blanca como consultor.

La misma naturaleza de una asesoría externa, y mi propio egocentrismo académico, todavía no atemperado por la exposición a las diarias presiones de la presidencia, se combinaron para hacer de esto una experiencia frustrante en todo sentido. Un consultor regular está demasiado alejado para participar en decisiones rápidas, y sin embargo demasiado íntimamente involucrado para mantener la distancia y el misterio interiores del asesor externo. Casi inevitablemente se convierte en una carga, tanto para aquellos que deben ayudarlo como para aquellos a quienes asesora. Teniendo entonces poca comprensión de la forma en que trabaja la presidencia, consumí mis energías ofreciendo asesoramientos indeseados y, en nuestro contacto infrecuente, infligiendo al presidente Kennedy disquisiciones aprendidas sobre las cuales él nada hubiera podido hacer, aún en el caso improbable de que ellas despertaran su interés. Fue con una sensación de mutuo alivio con la que nos separamos a mediados de 1962.

ENCUENTRO CON RICHARD NIXON

Con este antecedente tan poco prometedor, no tenía yo razones para esperar que me invitaran a unirme a la administración Nixon. Yo no conocía al presidente electo. Mi amigo William F. Buckley (h), el columnista conservador habíame dicho durante años que Nixon era subestimado por sus críticos y que era más inteligente y sensible de lo que suponían sus opositores. Pero no tuve oportunidad de formarme mi propio juicio hasta después de las elecciones de 1968.

Sólo una vez me había encontrado con Nixon, cuando ambos asistimos a una fiesta de Navidad en el departamento de Clare Luce, en 1967. Nixon llegó a la fiesta justamente cuando estaba a punto de retirarme. La señora Luce nos llevó a la biblioteca. Nixon dijo que había leído mi libro, *Nuclear Weapons and Foreign Policy*, había aprendido de él y me había escrito una nota al respecto, que yo, para mi incomodidad, había olvidado. Respondí en forma estirada, menos por el prejuicio de dos décadas que por lo embarazoso de nuestra reunión. Por esa época, todavía me sentía incómodo en las conversaciones intrascendentes, y Richard Nixon no ha superado hasta hoy sus propias inhibiciones sociales. Intercambiamos unas pocas cortesías forzadas y nos fuimos por nuestros respectivos caminos.

Mi primer encuentro con el equipo de Nixon tuvo lugar en la Convención Republicana de Miami en 1968. Antes de la votación, pero cuando la nominación de Nixon ya era obvia, me reuní con Richard V. Allen, entonces el asesor principal de Nixon en política exterior, para tratar de llegar a un acuerdo sobre una plataforma de Vietnam que nos evitara un enfrentamiento en la convención. Con la nominación asegurada, las fuerzas de Nixon no pensaban que tuviera sentido librar una áspera batalla sobre temas substanciales, como las que habían perturbado las dos convenciones anteriores. Surgió un compromiso más bien flojo que nosotros, los del campo de Rockefeller (con muy poco para celebrar), recibimos como una victoria moral.

Después de la convención regresé a Harvard, pensando que mi contribución al proceso político norteamericano estaba completa. Durante la campaña de 1968, varios emisarios de Nixon (algunos autodesignados) me llamaron por teléfono para pedirme asesoramiento. Asumí la posición de que respondería a preguntas específicas sobre política exterior, pero que no brindaría asesoramiento general ni ofrecería sugerencias. Era la misma respuesta que daba a las preguntas del equipo de Humphrey.

En todo caso, solamente una pregunta me fue planteada por la organización de Nixon. A principios de octubre de 1968, Bill Buckley me presentó a John Mitchell, administrador de la campaña de Nixon. Mitchell me preguntó si yo creía que la administración Johnson accedería a detener los bombardeos en Vietnam a cambio de la apertura de negociaciones antes de las elecciones. Respondí que me parecía sumamente probable que los norvietnamitas desearan un alto a los bombardeos en esos términos, y que ellos buscarían la forma de atraer a ambos candidatos hacia esa posición. Por tanto, creía que era probable que Hanoi accediera a ello inmediatamente antes de las elecciones. Aconsejé no hacer del asunto un tema de discusión. Mitchell verificó conmigo esta opinión una o dos veces más durante la campaña. En un momento me instó a que llamara a un cierto señor Haldeman si llegaba a recibir alguna información sólida, y me dio un número telefónico. Jamás lo usé. Mi limitada impresión del equipo de Nixon fue la de un grupo totalmente sumergido en la mecánica de la elección, que postergaba los temas de fondo hasta que terminara la campaña, en una actitud característica del equipo de cualquier contendiente por la presidencia.

ENCUENTROS EN EL HOTEL PIERRE

En respuesta a la llamada telefónica de Chapin, me presenté a las diez de la mañana del lunes 25 de noviembre en el cuartel general de transición de Nixon, en el piso treinta y nueve del Hotel Pierre, no sabiendo qué tenía que esperar. No esperaba una conversación que cambiaría mi vida; creía probable que el presidente quisiera conocer mis opiniones sobre problemas de política extranjera anteriores a él. Jóvenes prolijos y activos controlaban cámaras de seguridad en el área de recepción, donde fui saludado por uno de los más prolijos, activos y jóvenes, que resultó ser Dwight Chapin. Con firme cortesía, llevóme a una amplia sala, al final del vestíbulo y me dijo que el presidente electo estaría conmigo en seguida. Yo no sabía entonces que Nixon era penosamente tímido. Conocer a nuevas personas le llenaba de un vago temor, especialmente si se trataba de personas que estaban en posición de desairarle o contradecirle. Como era su costumbre antes de encuentros de ese tipo, probablemente Nixon se encontraba en una habitación contigua, tranquilizando sus nervios y repasando sus comentarios, indudablemente revisando notas en una libreta que jamás dejaba ver a sus visitantes.

Cuando por fin Nixon entró en la habitación, lo hizo con un despliegue de vivacidad que no logró ocultar un extraordinario nerviosismo. Se sentó en un sofá dando la espalda a una ventana que se abría sobre la Quinta Avenida, y me indicó que me sentara en un sillón frente a él. Sus modales eran casi tímidos; sus movimientos eran ligeramente vagos y sin relación con lo que estaba diciendo, como si detrás de palabras y gestos hubieran dos impulsos diferentes. Hablaba en voz baja y suave. Mientras lo hacía, bebía una tras otra tazas de café que le traían sin que él las pidiera.

Su tema era la tarea de instalar su nuevo gobierno. Tenía un masivo problema de organización, dijo. Tenía muy poca confianza en el Departamento de Estado. El personal del mismo no tenía lealtad hacia él; el servicio exterior lo había despreciado como vicepresidente e ignorado ni bien quedó fuera del cargo. Estaba decidido a dirigir la política exterior desde la Casa Blanca. Pensaba que la administración Johnson había ignorado a los militares y que sus procedimientos para la toma de decisiones no daban al presidente opciones reales. Sentía que era imperativo excluir la CIA de la formulación de la política; el personal de la misma estaba constituido por liberales de universidades prestigiosas, que, tras una fachada de objetividad analítica, impulsaban, por lo general, sus propias preferencias. Siempre se le habían opuesto políticamente. Nixon me invitó a opinar sobre estos temas.

Repuse que él no debía juzgar la actitud del servicio exterior por su conducta hacia un candidato o hasta un vicepresidente. En cualquier caso, un presidente que supera lo que pensaba sería siempre capaz de dominar la política exterior. Sabía demasiado poco acerca de la CIA para tener una opinión. Admití que había necesidad de un proceso más formal para la toma de decisiones. Las decisiones de la administración Johnson habían sido tomadas con demasiada frecuencia en sesiones informales, a menudo en comidas (los famosos almuerzos de los martes) sin trabajo de equipo ni de revisión. Por tanto, era difícil saber exactamente cuáles habían sido las decisiones tomadas. Aun con la mejor buena voluntad, cada agencia interesada sentíase tentada de interpretar los a menudo ambiguos resultados de esas reuniones en la forma que fuera más adecuada a sus propios preconceptos. Y, por supuesto, existía una alta probabilidad

de error y malos entendidos. Había poca oportunidad para enfoques conceptuales, acción consecuente o un sentido de los matices. Me parecía necesaria una estructura más sistemática. Debería evitar el riguroso formalismo de la administración Eisenhower, en la cual el proceso de formular políticas tomaba demasiado a menudo el carácter de tratados «ad hoc» entre departamentos soberanos. Pero me parecían esenciales una coherencia y una precisión nuevas.

Nixon esbozó algunas de sus opiniones sobre política exterior. Quedé impresionado por su perceptividad y conocimiento, tan opuestos a mi previa imagen de él. Me preguntó cuál debería ser, en mi opinión, el objetivo de su diplomacia. Repuse que el problema principal era liberar nuestra política exterior de sus violentas fluctuaciones históricas entre euforia y pánico, y de la ilusión de que las decisiones dependían principalmente de las idiosincrasias de quienes las tomaban. La política tenía que ser relacionada a algunos principios básicos de interés nacional que trascendieran a cualquier administración en particular y, por lo tanto, fueran mantenidos cuando cambiaran los presidentes.

En este punto la conversación se tornó menos precisa. El temor de Nixon a los desaires lo llevaba a hacer propuestas en forma tan elíptica que a menudo era difícil saber lo que estaba tratando de decir, si es que en realidad estaba sugiriendo algo. Después de contactos frecuentes, llegué a entender mejor sus sutiles rodeos; aprendí que, para Nixon, las palabras eran como bolas de billar; lo que importaba no era el impacto inicial sino la carambola. En este primer encuentro yo no tenía otra alternativa que tomar al presidente electo al pie de la letra. Lo que entendí fue que me estaba preguntando si, en principio, estaría dispuesto a unirme a su administración en alguna función de planeamiento. Respondí que en el caso de que se ofreciera al gobernador Rockefeller un cargo en el gabinete, me sentiría feliz de servir en su equipo. El presidente electo no hizo más comentarios sobre mi futuro. Sugirió que pusiera en un memorándum mis opiniones sobre la estructura de gobierno más efectiva.

En retrospectiva, es evidente que mi comentario anuló cualquier mínima posibilidad que hubiera podido existir de un nombramiento de Rockefeller. Richard Nixon no tenía intenciones de permitir que yo entrara en su administración prendido de los faldones de Nelson Rockefeller; estaba aún menos dispuesto a crear una situación en la cual yo pudiera tener que elegir entre los dos hombres. Uno de mis atractivos para Nixon, como comprendí más tarde, era que mi designación demostraría su capacidad para atraerse a un intelectual de Harvard; que yo viniera del entorno de Rockefeller hacía que la perspectiva fuera todavía más interesante.

Para indicar que la conversación se acercaba a un final, Nixon apretó un botón. Apareció un hombre de aspecto formal, acicalado, con el pelo bien corto, que fue presentado como Bob Haldeman. Nixon dijo a Haldeman que hiciera instalar una línea telefónica directa con mi oficina en Harvard a fin de que el presidente electo pudiera continuar más tarde la conversación. Haldeman anotó esta curiosa solicitud, que presuponía la ausencia de conexiones telefónicas normales entre Nueva York y Cambridge, en una libreta. Nunca hizo nada para instalar la línea.

Cuando me separé del presidente electo, no tenía ninguna idea precisa de lo que él esperaba de mí. De la conversación no había quedado en claro si Nixon deseaba asesoramiento o dedicación, y en el segundo caso, a qué. Cuando me retiraba, Haldeman me pidió que entrara en su oficina, que estaba al lado de la de Nixon. Nada dijo para iluminarme en mi básica cuestión, y yo no pregunté. En cambio, Haldeman pareció ansioso por describirme su trabajo. Me explicó de manera informal que su función principal era evitar que quedaran cabos sueltos. Él se ocuparía de que ningún memorándum llegara al presidente sin el comentario del miembro adecuado del equipo de la Casa Blanca, y de que un miembro de ese equipo estuviera presente en toda conversación con el presidente, para garantizar el asesoramiento. También señaló que cambiaría el título del personal «senior» de la Casa Blanca de «Asistente Especial del Presidente» por «Asistente del Presidente», puesto que nadie sabía lo que significaba «Especial». Habiéndose librado de esos pronunciamientos en una forma que no invitaba a hacer comentarios, Haldeman me despidió cordialmente.

Regresé a Harvard a primeras horas de esa tarde, a tiempo para dictar mi seminario de las cuatro de la tarde sobre Política de Seguridad. Hubo un murmullo general de interés acerca de mi entrevista con el presidente electo, pero ninguna especulación seria acerca de que pudieran ofrecerme un cargo en la nueva administración. Ningún periódico inquirió sobre la reunión, y pocos amigos parecieron interesados.

Al día siguiente recibí una llamada telefónica de Nelson Rockefeller. Había visto al presidente electo y había sido informado de que podría prestar un mayor servicio al país como gober-

nador de Nueva York que como miembro del gabinete. Debido a las cruciales elecciones a realizarse en 1970, había dicho Nixon, era esencial que Rockefeller continuara encabezando la fórmula electoral en el estado. Nixon había hecho muchas preguntas sobre mí, especialmente sobre mi desempeño bajo presión. Rockefeller me dijo que había dado al presidente electo plenas seguridades sobre ese punto. Rockefeller relató superficialmente la conversación, sin hacer comentarios; no expresó ninguna opinión sobre si yo debería trabajar a las órdenes de Nixon.

Una hora más tarde recibí una segunda llamada telefónica. Ésta fue de la oficina de John Mitchell para sugerir una entrevista para el día siguiente; el tema sería mi posición dentro de la nueva administración. No me explicó de qué posición hablaba, si él creía que ya me la habían ofrecido o si se trataría, simplemente, de otra conversación exploratoria.

Fui esa tarde a Nueva York y llamé a McGeorge Bundy, quien después de dejar la Casa Blanca había convertido en jefe de la Fundación Ford. Bundy y yo habíamos tenido a lo largo de los años una relación ambivalente. Yo admiraba su brillantez aún cuando él la ponía, con demasiada frecuencia, al servicio de ideas que, más que ser substanciales, estaban de moda. Lo consideraba más sensible y gentil de lo que sugerían sus modales ocasionalmente bruscos. El tenía tendencia a tratarme con la mezcla de cortesía y condescendencia subconsciente que los bostonianos de clase alta reservan para la gente que, según los cánones de Nueva Inglaterra, tiene antecedentes exóticos y un estilo personal excesivamente intensos.

Haciendo un balance, tengo a Bundy en muy alta estima. Si hubiera vivido en un período menos revolucionario, su carrera podría muy bien haber rivalizado con la de su ídolo Henry Stimson, cuya biografía editó. Bundy habría pasado por altas funciones gubernamentales hasta que su experiencia igualara a su brillantez y su discernimiento a su confianza en sí mismo. La desgracia de Bundy fue iniciarse en el servicio gubernamental en una época de conmociones dentro de los mismos grupos e instituciones que hubieran debido servirle como puntos de referencia. Así, él estaba siempre del lado de la moda, pero en el momento en que la moda empezaba a decaer. Halcón respecto de Vietnam, quedó desorientado por la desmoralización del «establishment», cuyas máximas habían llevado a la guerra; era un conservador de alma cuyas asociaciones anteriores lo llevaron hacia causas por las cuales, en esencia, no sentía ninguna pasión. Tironeo por sus convicciones y sus instintos, entre su inteligencia y su necesidad de apoyo emocional, Bundy perdió gradualmente las influencias que hubieran podido convertirle en un consejero público permanente como John McCloy o David Bruce; indudablemente poseía el brillo, el carácter y la formación para prestar a la nación servicios más grandes de los que el destino había permitido hasta entonces.

Tan alta era mi consideración por Bundy que él fue la única persona a la que consulté antes de mi entrevista con Mitchell. Le dije que esperaba que me ofrecieran un cargo en el Departamento de Estado. La estimación de Bundy del nivel apropiado para mí quedó reflejada en su comentario de que sería desafortunado si el presidente electo nombrara secretarios asistentes antes de designar al secretario de Estado. La experiencia de Kennedy demostraba, dijo, que este procedimiento minaba la autoridad del secretario sin aumentar la influencia del presidente. Bundy me exhortó a que, si me daban a elegir, buscara el cargo de director de personal de planeamiento de política, suponiendo que el secretario de Estado fuera alguien a quien yo conociera y en quien tuviera confianza. En principio, no expresó ninguna objeción fuerte a que yo ingresara en la administración Nixon.

Encontré a John Mitchell sentado detrás de su escritorio y chupando su pipa. Confiado en sí mismo, taciturno, irradiaba autoridad. Fue directamente al grano:

—¿Qué ha decidido acerca del trabajo en seguridad nacional?

—No sabía que me lo hubieran ofrecido.

—Oh, Jesucristo —dijo Mitchell—, él lo enredó todo otra vez.

Mitchell se levantó de su sillón giratorio y salió caminando pesadamente de la habitación. Volvió a los cinco minutos con la información de que el presidente electo deseaba verme, y me acompañó al vestíbulo.

Esta vez estaba claro lo que Nixon tenía en la mente; se me ofreció el puesto de asesor de seguridad. El presidente electo repitió en esencia los mismos argumentos que expusiera dos días antes, acentuando con más fuerza su opinión sobre la incompetencia de la CIA y su falta de confianza en el Departamento de Estado. El cargo de asesor de seguridad era, por lo tanto, crucial para él y para su plan de dirigir la política exterior desde la Casa Blanca. Hablamos brevemente sobre el trabajo. Yo insistí en que, en todos mis anteriores desempeños como asesor,

me había negado a tratar con la prensa. El presidente electo admitió prestamente que debería continuar con mi reticencia. Ninguno de los dos demostramos tener visión de futuro en este aspecto.

No tuve necesidad de recordarme que éste era todavía el mismo Richard Nixon que por más de dos décadas había sido, políticamente, un anatema; por esa razón, si no por otras, no me sentí capaz de aceptar el cargo inmediatamente. Dije al presidente electo que yo no le serviría de nada sin el apoyo moral de mis amigos y relaciones (un criterio que resultó falso). Pedí una semana para consultarles.

Este extraordinario pedido reflejaba bastante la insularidad de la profesión académica y la arrogancia del cuerpo de profesores de Harvard. Allí estaba el presidente electo de Estados Unidos, ofreciendo uno de los cargos de más influencia en el mundo a un profesor nacido en el extranjero, y ese profesor vacilaba para poder hablar con colegas quienes, como un solo hombre, habían votado contra Nixon y era seguro que se le opondrían en el futuro. El presidente electo estaba corriendo un riesgo político quizás enorme; el candidato a asesor se mostraba renuente a arriesgar la estima de sus relaciones académicas. Nixon hubiera estado muy justificado si me hubiese dicho que olvidara todo el asunto. En cambio, aceptó la demora con más gracia de la que merecía mi solicitud. Casi conmovedoramente, me sugirió los nombres de algunos profesores que lo habían conocido en la Universidad de Duke, quienes podrían darme de los antecedentes morales de él un cuadro más equilibrado que el que probablemente me darían en Harvard. Añadió que se sentiría complacido si yo llevaba regularmente intelectuales a la Casa Blanca para asegurarnos de que teníamos ante nosotros la gama más amplia de ideas. Tenía una consideración particularmente elevada por hombres como Alastair Bucham, del Reino Unido, y Raymond Aron, de Francia.

Inmediatamente después de esta entrevista, inicié mis consultas entre amigos y colegas. Unánimemente, me urgieron a que aceptara. El consejo estuvo, sin duda, motivado por el deseo de conocer a alguien influyente en Washington que pudiera darles el acceso directo al poder que se había convertido en adicción de tantos académicos como secuela de los años de Kennedy. Allí fueron sembradas las semillas de futuros malos entendidos. Algunos amigos y colegas pudieron ver en nuestra relación no solamente una garantía de acceso, sino también una seguridad de que sus opiniones prevalecerían. El cauteloso antagonismo entre Nixon y los intelectuales tenía una profunda base, tanto en filosofía como en personalidad. En realidad, Nixon no confiaba en ellos más de lo que ellos lo aceptaban; ocasionalmente podían coexistir, nunca cooperar. Y aunque respetaba a mis colegas y apreciaba a muchos de ellos, como asesor presidencial mi lealtad estaría comprometida con mi jefe, cuya política, después de todo, yo contribuiría a formar. Con el transcurso del tiempo, esta diferencia de perspectiva causaría mucha angustia a ambas partes.

La conversación decisiva fue con Nelson Rockefeller. Yo no tenía alternativa, dijo él. Un pedido así era una obligación. Rehuser hubiera sido un acto de puro egoísmo. Si rechazaba el ofrecimiento me culparía a mí mismo por cada fracaso en política exterior, y ciertamente merecería críticas severas. A la tarde del viernes 29 de noviembre, una semana después de recibir aquella primera llamada telefónica en el comedor de Rockefeller, y dos días después de que me ofrecieron un cargo, llamé a Bryce Harlow, asesor de Nixon, y le pedí que transmitiera al presidente electo que me sentiría honrado en aceptar.

El anuncio fue fijado para el lunes 2 de diciembre a las diez de la mañana.

Así fue como el presidente electo y yo subimos al podio del salón de baile del Hotel Pierre, para la que resultó mi primera conferencia de prensa. Como era habitual, Nixon estaba nerviosa y, en su ansiedad por desviar cualquier crítica, anunció un programa substancialmente diferente del que había hablado en privado conmigo. Su asesor en Seguridad Nacional cumpliría, primariamente, funciones de planificación, dijo. Tenía intenciones de designar un secretario de Estado fuerte; el asesor de seguridad no se interpondría entre el presidente y el secretario de Estado. El asesor de seguridad se ocuparía de asuntos de largo alcance, no de asuntos tácticos. Yo confirmé que eso reflejaba mi propia forma de pensar y añadí que no me proponía hablar públicamente sobre temas de política exterior.

Pero las promesas de cada nueva administración son como hojas en un mar turbulento. Ningún presidente electo, ni sus asesores, tienen la posibilidad de saber a qué orilla serán finalmente llevados por esa tormenta de plazos urgentes, información ambigua, alternativas complejas y presiones multiplicadas que descienden sobre todos los líderes de una gran nación.

Capítulo II

PERIODO DE INOCENCIA - LA TRANSICION

FAMILIARIZÁNDONOS

El período inmediatamente posterior a una victoria electoral es un momento de embelesada inocencia. El presidente electo se encuentra liberado de la torturante incertidumbre y de las exigencias físicas y psicológicas de su lucha por el premio mayor. Por primera vez en meses, y quizás en años, puede volver su atención hacia temas substanciales. El y quienes le rodean comparten la euforia de la inminente autoridad, pero todavía no están acosados por las ambigüedades y las presiones. Sus consejeros vense súbitamente catapultados de la oscuridad a la luz de las candilejas. Todas sus palabras y sus actos ahora son analizados por periodistas, diplomáticos y servicios de inteligencia extranjeros en busca de pistas sobre la futura política. Habitualmente ese escrutinio es en vano; quienes rodean a un candidato no tienen tiempo de abocarse al problema de gobernar; tampoco han sido seleccionados por su dominio de los grandes temas. Y después que terminaron las elecciones, pronto se ven consumidos por los problemas prácticos de organizar una nueva administración.

Así pasó conmigo. Una de las tareas más delicadas de un recién designado es cómo manejar la transición con sus predecesores. Yo permanecí fuera de Washington todo lo que me fue posible. Walt Rostow, asesor de seguridad del presidente Johnson, me dio un despacho en el edificio de oficinas ejecutivas vecino a la Casa Blanca, y sugirió generosamente que yo empezara a seguir los cables diarios. Eso me pareció tonto, puesto que yo no disponía de un equipo que me ayudara a evaluar la información que contenían.

Mis sentimientos hacia Johnson y Rostow eran cálidos y amistosos; poco después de mi nombramiento los visité para presentarles mis respetos. Había estado unas pocas veces con el presidente Johnson, pero nunca trabajé directamente para él. En 1967, conduje para él una negociación con los norvietnamitas, a través de dos intermediarios franceses. En esa tarea, asistí a una reunión que él mantuvo en la sala del gabinete con sus asesores principales. Quedé impresionado y curiosamente conmovido por ese hombre tosco y poderoso, tan dominante y sin embargo tan inseguro, tan imponente y sin embargo tan vulnerable. La tragedia del presidente Johnson fue que se lo identificó con una desventura nacional que hacía tiempo estaba preparándose cuando él asumió el cargo, y que, en el campo de la política exterior, sus finamente sintonizadas antenas políticas resultaron ineficaces. El presidente Johnson no tomaba con naturalidad las relaciones internacionales. Uno jamás tenía la impresión de que él pensaría espontáneamente en ellas, por ejemplo, mientras se afeitaba. No confiaba en su propio criterio y, por lo tanto, apoyábase en asesores, la mayoría de los cuales no habían sido nombrados por él y cuyas formas de pensar no estaba realmente de acuerdo con la de él. Muchos de esos asesores estaban ellos mismos desorientados en medio de las conmociones de los años sesenta. Algunos empezaron a sentirse inquietos con las consecuencias de sus propias recomendaciones y comenzaron a trabajar en contra de políticas que ellos mismos habían trazado.

Ningún presidente ha luchado tan desesperadamente para obtener aprobación, y ninguno, desde Andrew Johnson, fue tan malignamente atacado. LBJ trabajó para ganarse un lugar especial en la historia; sus logros legislativos y su auténtico humanitarismo se lo depararán con el tiempo. Pero las mismas cualidades de compromiso y consultas sobre las cuales se basaron

sus éxitos políticos domésticos, resultaron desastrosas en política exterior. Demasiado duro para el ala liberal de su partido, demasiado vacilante para sus elementos más conservadores, Lyndon Johnson jamás pudo lanzar una empresa internacional que se ganara el apoyo sincero de su partido o de la nación. Siguió consejos que creyó mejor informados que sus instintos más elementales, y finalmente se aisló de todos sus apoyos, como también de sus raíces emocionales.

Cuando lo visité en la Oficina Oval, el presidente Johnson estaba de humor melancólico. Para el que se va, la transición (como aprendí más tarde) es una época sombría. Los atributos superficiales del poder todavía existen; la burocracia continúa produciendo papeleo para la decisión ejecutiva. Pero la autoridad está deslizándose de las manos. Las decisiones que los funcionarios desaprueben serán demoradas en su aplicación; los gobiernos extranjeros siguen haciendo los gestos de la diplomacia, pero reservan sus mejores esfuerzos y su verdadera atención para el nuevo equipo. Y sin embargo, tan familiar se ha vuelto el ejercicio del poder que su pérdida es sentida sólo débil e intermitentemente. Pasan días en que uno cumple sus tareas como si sus acciones todavía importaran.

Así fue con el presidente Johnson. En sus días, las paredes de la Oficina Oval estaban cubiertas de aparatos de televisión y teletipos que vomitaban ruidosamente su material. Era extraño ver al dirigente más poderoso del mundo, con acceso instantáneo a toda la información de nuestros servicios de inteligencia, saltar periódicamente para ver lo que estaban revelando los teletipos.

Se lanzó a un largo soliloquio sobre la guerra de Vietnam. Insistió en que aplicásemos presión militar y al mismo tiempo llevásemos adelante negociaciones serias; no describió con precisión qué tenía pensado para ninguno de esos dos cursos de acción. Me aconsejó asegurarme de que la burocracia fuera leal; él había sido destruido, en parte, por filtraciones sistemáticas.

—Tengo un consejo que darle, profesor —dijo él, y me inclinó hacia adelante para aprovechar la sabiduría destilada de décadas de función pública—. Lea a los columnistas —continué—, y si ellos califican a un miembro de su equipo de juicioso, dedicado o cualquier otro adjetivo favorable, despídalo inmediatamente. El es la fuente de filtraciones.

Sali de la Oficina Oval decidido a hacer todo lo posible para evitar a la nueva administración las penurias y el aislamiento de los días finales de Johnson.

Sin embargo, el período de transición me dejaba poco tiempo para esas reflexiones. Mi problema inmediato era más mundano: establecer mi relación con los asesores que habían estado con Nixon durante la campaña, y reclutar un equipo.

El equipo de Nixon hubiera debido poseer cualidades sobrehumanas de tolerancia para no resentirse ante un extraño que parecía tener lo mejor de todos los mundos: lo que ellos consideraban el aura elegante de un profesor de Harvard amigo de Rockefeller y una asociación con el presidente electo después de la victoria. Después de todo, yo no sólo estuve ausente de la lucha electoral; figuré entre aquellos que, o habían sido hostiles a Nixon, o lo habían despreciado. Una de las tareas más penosas de un nuevo presidente es eliminar del equipo que lo ayudó a llegar al poder a los hombres y mujeres que no podrán ayudarlo en su ejercicio. Esto lleva a una rivalidad casi inevitable entre aquellos que han apoyado al presidente electo durante su su jornada hacia las elecciones y los recién llegados que aparecen ante la vieja guardia como intrusos para cosechar los frutos del trabajo de los veteranos. Tiene que haber recién llegados, porque las cualidades de un ayudante de campaña son diferentes de las de un hacedor de política. Se requiere una personalidad muy especial para unirse a un aspirante a presidente en las primeras etapas de la campaña, cuando las probabilidades en contra son habitualmente abrumadoras. Las tareas de una campaña son sumamente técnicas y algunas son exigentes: la preparación de programas, el anticipo de reuniones y mitines, el inacabable cortejar a delegados y a representantes de los medios de comunicación. Los miembros del equipo de un candidato son elegidos (o se ofrecen voluntariamente) sobre la base de lealtad y resistencia; ellos brindan apoyo emocional en una situación inherentemente ansiosa. Con la más firme de las resoluciones, o con las mejores intenciones, pocos pueden predecir lo que harán o dirán cuando la evasiva meta del alto cargo se haya alcanzado por fin; su desempeño durante la campaña no ofrece ninguna pista sobre cuales serán sus aptitudes en el Poder Ejecutivo.

Este era un problema especial para el equipo de Nixon. Los pocos leales que permanecieron con Nixon después de su derrota para la gobernación de California en 1962, ejemplificaban una dedicación y una fe casi perversas. Según toda la sabiduría convencional, la carrera política de

Nixon estaba terminada. Su empecinada lucha por llegar a la presidencia estaba convirtiéndose en un chiste nacional (LBJ lo ridiculizó como un «campañista crónico»). No había recompensas prontas ni obvias (ni siquiera para quienes apostaban a largo plazo) en permanecer junto a tan improbable aspirante. Solamente perdedores congénitos lo hubieran arriesgado todo en una empresa con tan pocas posibilidades. Era casi seguro que esos hombres y mujeres se sentirían sitiados; inherentemente, carecían de capacidad para proyectarse.

Tampoco carecía esta actitud de una base en los hechos: la paranoia no necesita ser justificada para ser real. Cuando Nixon se trasladó a Nueva York en 1962, fue dejado de lado por personas cuyo respeto él pudo esperar en su condición de ex vicepresidente de Estados Unidos que había estado a punto de convertirse en presidente. Nunca fue invitado por las que él consideraba las «mejores» familias. Esto exacerbó y consolidó su ya fuerte tendencia a sentirse rodeado de enemigos. Sus asociados compartían esta sensación de aislamiento y resentimiento. El equipo de Nixon dispuso sus carretas a su alrededor desde el comienzo; estuvo asediado «in mente» mucho antes de estarlo de hecho.

Esta mentalidad de fortaleza, que tendría un efecto tan corrosivo sobre la administración, se revelaba de muchas formas. El equipo era temperamentalmente incapaz, por ejemplo, de explotar las oportunidades que brindaba la vida social de Washington para aceitar las ruedas de la política nacional. Washington es una ciudad de una sola industria, donde el trabajo es un estilo de vida. Todos en los más altos niveles del gobierno se encuentran constantemente en las interminables conferencias por medio de las cuales el gobierno se ejerce a sí mismo; después encuentran a las mismas personas en las primeras horas de la noche, junto con una constelación de periodistas veteranos, figuras de sociedad, miembros poderosos del congreso y los pocos integrantes del «establishment» permanente de Washington. Para todos los propósitos prácticos, no hay otro tópico de conversación excepto el gobierno, y eso, en Washington, generalmente no significa el propósito nacional, sino las relaciones entre una y otra de las personalidades clave de la administración del momento: quién, en cualquier momento dado, está «arriba» y quién está «abajo».

Los criterios de esta vida social son brutales. Están substancialmente encadenados al poder, a su ejercicio y a su declinación. Una persona es aceptada ni bien entra en los círculos fascinantes de los que tienen el poder. Con rarísimas excepciones, es descartada cuando terminan sus funciones, deja de publicarse su columna o cesa de pertenecer al congreso. Es inútil gastar esfuerzos para romper este círculo encantado; la afiliación (o, por lo menos, su disponibilidad) es casi automática; pero también lo es la exclusión final. En Washington, por lo tanto, la apariencia de poder es casi tan importante como su realidad; de hecho, la apariencia es frecuentemente su realidad esencial. Puesto que el tema de quién «está» arriba y quién «abajo» lo absorbe todo, a veces se libran luchas nada más que sobre abstractas designaciones burocráticas.

Precisamente debido a que la vida oficial es tan formal, la vida social brinda un mecanismo para medir lo intangible y captar matices. Tendencias que no son discernibles en reuniones formales, pueden ser captadas por periodistas, embajadores y funcionarios veteranos. Es en sus cenas y recepciones donde se crean las relaciones sin las cuales la maquinaria del gobierno se detendría de pronto.

El desdén del séquito de Nixon por esta faceta de Washington complicaba sus acciones y lo privaba de sensibilidad para responder a ansiedades domésticas en gestación. Debo decir que yo también ignoraba los estilos de Washington o del gobierno cuando proclamé en la conferencia de prensa en la que se anunció mi nuevo cargo, que no tendría tratos con la prensa. Ni bien fue anunciado mi nombramiento, importantes miembros de la prensa empezaron a llamar. Me sentí bastante intimidado por los hombres famosos a quienes había leído o escuchado durante años y que ahora conocía personalmente. Vi a Walter Lippmann, James «Scotty» Reston, y Joseph Alsop (de ellos, Reston y Alsop se convertirían en amigos personales; Lippmann caería enfermo poco después). Lippmann me insistió en la necesidad de poner los compromisos norteamericanos en línea con nuestros recursos, especialmente en Indochina y Medio Oriente. Reston me habló, entonces y después, con paternal buena voluntad teñida de escepticismo calvinista, acerca de la imperfectibilidad del hombre. Joe Alsop me entrevistó con una actitud que sugería que sus criterios para determinar mi capacidad para los altos cargos serían más severos que los de Nixon. Me dio a entender que su conocimiento del problema de Indochina excedía de lejos al de cualquier neófito asesor presidencial. Tuve la impresión de que había dejado en suspenso

su juicio sobre la sabiduría de la elección del presidente y que yo estaría a prueba por cierto tiempo.

Los editores de *Newsweek* me invitaron a reunirme con ellos. Pedantemente, expliqué una vez más la incompatibilidad entre mi cargo y cualquier declaración de importancia que pudiera hacer a la prensa. Recibieron esta afirmación con la divertida tolerancia que se reserva a los aficionados o a las víctimas.

Pronto comprobé lo ingenua que era mi actitud. Una de las funciones más importantes del asesor presidencial es explicar las políticas y los propósitos del presidente. Aprendí que no podía ignorar los medios de difusión y empecé a recibir a periodistas, aunque al principio casi siempre a iniciativa de ellos. Experimenté la relación simbiótica entre medios y gobierno que se da en Washington. Por más que pueda no gustarle al periodista, él ejerce parcialmente una función gubernamental. Es la única persona en la ciudad que puede estar razonablemente segura de que todo aquel que importa lo escucha o lo oye. Los funcionarios lo buscan para llevar sus proyectos favoritos a la atención general, para equilibrar las cosas, o para modificar una decisión que va en contra de ellos. Cualquiera que sea el motivo del funcionario, no puede ser desinteresado. Como mínimo, busca colocarse él mismo bajo la luz más favorable. Para el observador experimentado de Washington, la lectura cuidadosa de la prensa, o lo que dicen los comentaristas importantes, brinda una información sobre la corriente de las cruzadas de la burocracia, o la subterránea acumulación de corrientes políticas contrarias.

El periodista tiene motivos comparablemente interesados en sus contactos con el funcionario. Debe cortejar y adular al funcionario, porque sin su buena voluntad veríase privado de información. Pero no puede dejarse seducir (el sueño secreto de la mayoría de los funcionarios) si no quiere perder su objetividad. Una relación de amor y odio es casi inevitable. Los funcionarios se sienten tentados a creer que las relaciones sociales plantan los cimientos para un tratamiento favorable; los periodistas demuestran a menudo su «objetividad» atacando precisamente a quienes los llenan de atenciones. Si ambos son realistas y maduros, establecerán un mutuo respeto. El funcionario reconocerá que no es la seducción sino la integridad personal del periodista lo que garantizará al final un trato justo. El periodista aceptará que para el funcionario lo más importante es el deber, y que sus requerimientos no siempre son idénticos a la provisión de información. Si tanto los que hacen la política como sus intérpretes pueden respetar la función vital de cada uno, la resultante «relación de trabajo» puede ser una de las garantías más fuertes de una sociedad libre.

Pronto descubrí también que otras de mis ideas originales no podría sobrevivir. Yo había pensado que podría continuar enseñando en Harvard hasta inmediatamente antes de la toma de posesión. Fue imposible. Tuve que educarme a mí mismo sobre mis obligaciones; tuve que instalar la maquinaria de análisis y planeamiento prometida por el presidente electo durante su campaña. Parte de mi educación la obtuve consultando a muchos hombres y mujeres que ocuparon posiciones prominentes en las administraciones de Eisenhower, Kennedy y Johnson. En todo el período de posguerra, la política exterior ha sido ennoblecida por un grupo de hombres distinguidos, quienes después de establecer su eminencia en otros campos, se consagraron a la función pública. Dean Acheson, David K. E. Bruce, Ellsworth Bunker, Averell Harriman, John McCloy, Robert Lovett, Douglas Dillon, entre otros, representaron un conjunto único de talentos, una aristocracia dedicada al servicio de esta nación, en defensa de principios y más allá de partidismos. Los pueblos libres les deben gratitud por lo que hicieron y lograron; presidentes y secretarios de Estado se han sentido apoyados por su patriotismo incuestionable y su sabiduría liberalmente brindada. Mientras estuve en el cargo, siempre estuvieron disponibles para aconsejar sin condiciones previas; tampoco hubo temor de que usaran la información gubernamental para obtener ventajas personales o políticas. Desafortunadamente, cuando asumí mi cargo todos ellos tenían más de setenta años. Mi generación tenía hombres iguales a ellos en inteligencia, pero ninguno había sido aún lo suficientemente probado para desarrollar la entrega y la integridad que caracterizó a sus predecesores. Cuando el otro grupo deja la función pública, se lleva consigo uno de los factores reguladores y orientadores de nuestra política exterior.

El miembro de este grupo a quien vi con más frecuencia en el período de transición fue John McCloy; después, cuando me trasladé a Washington, Dean Acheson y David Bruce se convirtieron en íntimos amigos y consejeros. Con el cuerpo de un luchador y una cabeza de bala, John McCloy parecía más un gnomo jovial que un prominente abogado de Nueva York y perenne

consejero de presidentes y secretarios de Estado. En la superficie, su influencia era difícil de apreciar. Nunca cumplió funciones a nivel de gabinete; los cargos que ocupó fueron importantes pero no decisivos. Podía hacer perder tiempo con su inclinación a las anécdotas; su inteligencia era equilibrada más que penetrante. Pero los altos funcionarios siempre enfrentan decisiones intrincadas. Presidentes y secretarios de Estado encontraron en John McCloy un piloto de confianza para guiarlos por bajíos traicioneros. Raramente daba soluciones a problemas difíciles, pero nunca dejaba de brindar la seguridad psicológica y moral que hace posibles las soluciones. En mi primer día de regreso a mi oficina después de una negociación fracasada en Medio Oriente en 1975, pedí a John McCloy que viniera a verme. El vino, como se lo pedí, sin un murmullo. Sólo semanas más tarde me enteré de que había sido su octogésimo cumpleaños y que había dejado una celebración familiar, sin siquiera soñar en sugerir una postergación de veinticuatro horas. Siempre estaba disponible. Siempre fue prudente.

Cuando empecé a elegir mi equipo, inmediatamente se produjeron fricciones con el de Nixon. Por costumbre, la responsabilidad de elegir el Consejo Nacional de Seguridad recae en el asesor en seguridad nacional del presidente. Como primer designado presidencial en el área de política exterior, tuve la ventaja de empezar a reclutar temprano. Como asesor de la Casa Blanca, no estaba limitado por prácticas departamentales o del servicio civil. Así, no contenido por restricciones burocráticas, y con el asentimiento del presidente electo para construir una nueva organización desde los cimientos, estaba decidido a reclutar a los individuos más capaces y fuertes que pudiera encontrar.

Si bien tengo opiniones sólidas, siempre consideré esencial probarlas contra hombres y mujeres de inteligencia y carácter; aquellos que me hacen frente se ganan mi respeto y a menudo se convierten en mis asociados más cercanos. Si mi equipo iba a tener influencia decisiva en la orientación del planeamiento interdepartamental, tenía que compensar con calidad lo que le faltaba en cantidad. Ciertamente, su reducido tamaño podía ser una ventaja, puesto que nos sería posible evitar las interminables negociaciones internas que entorpecen organizaciones más grandes. De modo que busqué hombres y mujeres jóvenes y los ascendí rápidamente, en el razonamiento de que alguien bien avanzado en su carrera habría alcanzado su cota de rendimiento y sería improbable que rindiera mucho más en mi equipo que en su posición actual. Recluté funcionarios profesionales del servicio exterior, del Departamento de Defensa y de la comunidad de inteligencia, tanto para aprovechar su experiencia como para que me ayudaran a orientarme en el laberinto burocrático; contraté gente de talento del mundo académico. Para equilibrar, busqué representantes de tantos puntos de vista diferentes como me fue posible.

Asumí la posición de que me inclinaría ante objeciones de seguridad, pero que no aceptaría más criterio que la calidad. Peter Flanigan, un asociado de Nixon responsable de nombramientos políticos (y que después se convertiría en un buen amigo), me envió los nombres de seis personas a quienes se les había prometido nombramientos políticos. Después de entrevistar a algunos de ellos, rechacé a todos. En dos casos, por lo menos, Haldeman desafió mis selecciones para el equipo por motivos de seguridad, que resultaron ser más una cuestión de convicciones liberales y una propensión a hablar con periodistas. En ambos casos me impuse a Haldeman.

Nixon, invariablemente, me apoyó. Tenía sus dudas privadas y más tarde, cuando empezaron a aumentar las presiones públicas, comenzó a mirar mi equipo con inquietud. Sospechaba que él no gustaba a algunos de mis colegas, lo cual era cierto, y que algunos alimentaban el debate con filtraciones, de lo cual nunca hubo ninguna prueba. Pero durante el período de transición. Nixon apoyó mis elecciones. Lo hizo porque trataba la política exterior en forma diferente al área doméstica. En política doméstica, había usado (y volvería a usar) tácticas rudas, y se apoyaba en algunos asociados extraños. Para ser justo, Nixon siguió convencido hasta el final de que en el área doméstica estaba siguiendo una práctica tradicional por la cual un «establishment» hipócrita, siguiendo un incomprensible doble código, lo condenaba solamente a él. Pero la política exterior la veía como algo aparte. Cuando el interés nacional básico y la seguridad y el progreso del mundo libre estaban involucrados, su criterio era hacer lo que era correcto, no lo normal, cualquiera fuera la práctica convencional, y cuando era necesario, contra la sabiduría convencional. Sólo en casos rarísimos permitía que los intereses partidarios interfirieran en las decisiones de política exterior.

Aunque algunas de mis selecciones resultaron al final desacertadas, la dedicación y capacidad de mi equipo contribuyeron fundamentalmente a los éxitos de política exterior de la primera administración Nixon. Los miembros claves (Winston Lord, Laurence Eagleburger, Helmut

Sonnenfeldt, William Hyland, Harold Saunders, Peter Rodman y Alexander Haig) permanecieron conmigo a través de todas las vicisitudes, y además se convirtieron en íntimos amigos. La alta calidad de este equipo fue un motivo importante para la creciente influencia de la oficina del asesor en seguridad nacional del presidente, y la viabilidad de mi oficina se hizo crucial, puesto que Richard Nixon nombró un gabinete de hombres capaces, astutos y voluntariosos que nunca pudo operar efectivamente como equipo.

EL EQUIPO INQUIETO

Richard Nixon fue, en un sentido, el primer presidente republicano en treinta y seis años. Dwight Eisenhower fue electo integrando la fórmula republicana, pero poco debía al Partido Republicano, y se condujo en consecuencia. En casi dos generaciones fuera de la función pública, el Partido Republicano había perdido la costumbre de las responsabilidades del poder. Las consecuencias se hicieron evidentes poco después de la toma de posesión. Las delegaciones del partido en el Congreso actuaban a menudo como si estuvieran en la oposición a un presidente republicano. Los miembros de la nueva administración (desconocidos entre sí y desconcertados por la compleja personalidad del presidente) nunca formaron realmente un equipo cohesionado.

Un sociólogo francés (1) ha escrito que todo ejecutivo que esté por debajo de la cúspide de una organización enfrenta una alternativa fundamental: puede verse a sí mismo como el sustituto del jefe de la organización y cargar sobre sus hombros algo del peso de decisiones burocráticas impopulares. O puede convertirse en portavoz de sus subordinados, y enfrentarse de esa forma al jefe del ejecutivo con la necesidad de asumir toda la responsabilidad de las decisiones dolorosas. Si sigue el primer curso de acción, es probable que se haga impopular en la burocracia (por lo menos, a corto plazo) pero contribuirá a generar cohesión, un sentido de dirección y finalmente una alta moral. Si carga el peso de toda decisión difícil sobre los hombros de su superior (si insiste en hacer el papel de «buen tipo»), puede ganarse la buena voluntad de sus subordinados pero sacrificará disciplina y efectividad; al final, se pagará un precio en moral institucional. Semejante actitud, además, atrae las mismas bofetadas que trata de evitar; enfoca la atención sobre los obstáculos en vez de los propósitos.

Este desafío a los ejecutivos en cualquier campo, en Washington se complica por la estrecha relación existente entre el gobierno y los medios de difusión. Funcionarios disgustados utilizan la prensa para defender su caso. Los medios de difusión tienen un alto incentivo para sondear en busca de desacuerdos dentro de la administración; a algunos periodistas no les importa contribuir a la discordia como medio de generar una historia. El Congreso busca cada vez más la materia prima para muchas de sus audiencias en los conflictos de los altos funcionarios. Por lo tanto, se pone un premio a las tendencias divisionistas, las crisis de Washington y las batallas burocráticas.

Pocas dudas pueden quedar de que el llamado equipo de Nixon nunca existió excepto en la Casa Blanca, y que aún allí se desintegró después bajo las presiones. Hubo varias razones para ello. Muchos en los medios de difusión sentían antipatía hacia Nixon por su filosofía y sus antecedentes. De esa forma se creó la tentación de atribuir el mérito de los acontecimientos más favorables a los asociados más admirados y cargarle a él la culpa de todo lo que fuera impopular. Hubiera sido necesario que esos asociados tuvieran cualidades sobrehumanas de dedicación y contención para rechazar los laureles conferidos. Ninguno, incluido yo mismo, llegaba a poseer esas cualidades.

Como resultado, desarrollóse una inversión de la práctica tradicional. En la mayoría de las administraciones, las buenas noticias son anunciadas por la Casa Blanca y las noticias impopulares se dejan a los departamentos para que éstos las difundan; en la administración Nixon, la burocracia adquirió una gran habilidad para dejar filtrar prematuramente las noticias buenas a fin de asignarse el crédito de las mismas, y para revelar las malas noticias de forma que la culpa recayera sobre el presidente. Esto, a su vez, reforzó la ya fuerte tendencia de Nixon a creerse rodeado de una conspiración que llegaba hasta sus colegas del gabinete; ello no hizo otra cosa que aumentar su ya marcada inclinación al retraimiento y al aislamiento. La administración convirtióse en un conjunto de baronías presididas por señores feudales que protegían sus territorios lo mejor que podían de las incursiones de una autoridad central que arremetía periódicamente desde su fortaleza, llena de partidarios celosos de afirmar su poder.

A su debido tiempo, me beneficié de este estado de cosas y de esta tendencia de los medios de difusión. Irónicamente, una de las razones por las cuales el presidente me confió tanta responsabilidad y tantas misiones fue porque yo estaba más bajo su control que el gabinete. Puesto que yo era poco conocido al empezar, también era su manera de asegurarse de que por lo menos algo del mérito sería atribuido a la Casa Blanca.

Nixon complicó este problema con un estilo administrativo tan indirecto, y con una elección de colegas de gabinete con quienes su relación personal era tan compleja (para describirla en la forma más caritativa), que jamás se desarrolló un sentido de auténtico trabajo de equipo. Este fue especialmente el caso con respecto a su secretario de Estado. ✓

Yo no conocía a William Pierce Rogers cuando fue elegido. Poco después de mi designación, Nixon y yo mantuvimos una breve conversación sobre su elección de secretario de Estado. Dijo él que estaba buscando un buen negociador más que un hacedor de política, papel que reservaba para sí y para su asesor en asuntos de seguridad nacional. Y debido a su desconfianza por el servicio exterior, Nixon quería un ejecutivo fuerte que asegurara el apoyo del Departamento de Estado a las políticas del presidente. Nixon me dejó con la impresión de que su primer elegido era el embajador Robert Murphy, sobresaliente diplomático retirado y en esa época presidente del directorio de Corning Glass. Murphy había servido con distinción en muchos altos cargos y yo llegué a valorar su criterio e inteligencia. Años más tarde, Nixon me dijo que Murphy rechazó el ofrecimiento del cargo.

Pocos días después de mi propia designación me encontré por primera vez con William Rogers en el salón comedor de la suite de Nixon en el Hotel Pierre. El presidente electo me había pedido que charlara con Rogers y luego le comunicara mis impresiones. Sólo me dijo que Rogers estaba siendo considerado para un alto cargo en política exterior. Como ni Rogers ni yo sabíamos exactamente cual era el objeto de nuestra reunión, nuestra conversación fue inconexa y un poco tensa. No me formé ninguna impresión en ningún sentido, excepto que encontré a Rogers afable.

Al día siguiente, sin haberme hablado sobre mi encuentro ni pedirme mis opiniones, Nixon me informó que William Rogers sería su secretario de Estado. Dijo que él y Rogers habían sido buenos amigos en la administración Eisenhower, cuando Rogers era procurador general, aunque su amistad habíase visto erosionada cuando ambos dejaron las funciones públicas. Como abogados en la práctica privada, los dos habían llegado a competir por clientes, y en una ocasión, aseguró Nixon, Rogers se las arregló por medio de maniobras para quitarle una cuenta especialmente valiosa. Pese a esa nube sobre sus relaciones, él consideraba a Rogers el hombre ideal para el cargo. Nixon consideraba positiva la falta de familiaridad de Rogers con el tema, porque ello le garantizaba que la dirección de la política exterior permanecería dentro de la Casa Blanca. Al mismo tiempo, dijo Nixon, Rogers era uno de los hombres más duros, más fríos, más egocéntricos y ambiciosos que conoció jamás. Como negociador haría que los soviéticos sufrieran pataletas. Y «los chicos del Departamento de Estado» harán bien en ser cuidadosos, porque Rogers no tolerará ninguna tontería. Pocos secretarios de Estado pueden haber sido elegidos debido a la confianza del presidente en sus ignorancias sobre política exterior.

Probablemente no era justo designar para el cargo más alto en el gabinete a alguien cuya formación y experiencia toda se había desarrollado en otro campo. Rogers había sido un procurador general sobresaliente. Pero el viejo adagio de que los hombres crecen hasta llenar sus cargos no es veraz, según mi experiencia. Los altos cargos enseñan a tomar decisiones, pero no lo substancial del proceso. Los miembros de gabinete pronto se ven abrumados por las insistentes exigencias de la dirección de sus departamentos. En general, un período en un alto cargo consume capital intelectual; no lo crea. La mayoría de los altos funcionarios dejan sus cargos con la percepción que tenían al entrar; aprenden cómo tomar decisiones, pero no qué decisiones tomar. Y cuando menos saben al empezar, son más dependientes de la única fuente de conocimiento disponible: los funcionarios permanentes. Inseguros de su propio criterio, ignorantes de las alternativas, poco pueden elegir, excepto seguir el consejo de los expertos.

Este es un problema especial para un secretario de Estado. Él se encuentra a la cabeza de una organización dotada con el grupo de hombres y mujeres posiblemente más capaces y profesionales de la función pública. Son inteligentes, competentes, leales y trabajadores. Pero el reverso de su dedicación es la convicción de que toda una vida de servicio y estudio les ha dado una perspicacia que trasciende los puntos de vista no entrenados, y de arraigo superficial, de los designados políticos. Cuando existe una dirección fuerte, su profesionalismo hace del servicio

exterior una herramienta invaluable e indispensable para hacer política. En esas circunstancias, el servicio exterior conviértese en un instrumento disciplinado y finamente templado; sus ocasionales actos de terquedad generan un diálogo importante, y a veces excitante. Pero cuando no hay una mano fuerte al timón, el espíritu de clanes tiende a imponerse a la disciplina. Ciertos funcionarios se convierten en abogados de los países con los que tratan y no en portavoces de la política nacional; los secretarios adjuntos impulsan casi exclusivamente los asuntos de sus áreas. Los funcionarios pelearán por intereses parroquiales con tenacidad extraordinaria y una astucia burocrática agudizada por décadas de lucha por la supervivencia. Cumplirán las instrucciones claras y precisas con gran lealtad, pero no es fácil persuadir al típico funcionario del servicio exterior de que una instrucción con la que disiente es clara y precisa.

Los procedimientos del Departamento de Estado están bien diseñados para alentar la terquedad burocrática. Pese a lo que se dice (de labios para afuera) de planificación, existe una fuerte propensión a favor de hacer política en respuesta a cables y en formas de cables. El secretario de Estado novicio encuentra así, sobre su escritorio, no análisis de política u opciones, sino rimeros de despachos a los cuales se le pide dé curso y que lo haga con urgencia, por favor. Difícilmente podrá saber lo suficiente acerca de todos los temas a que algunos, o quizás ninguno, se refieren, para formarse una opinión. En todo caso, por esos borradores de cables no se enterará de las alternativas que tiene. Aun si se impone y rechaza un borrador en particular, es probable que el mismo vuelva a él con una modificación tan ligera que solamente un estudioso del derecho podría notar la diferencia. Cuando más tarde llegué a ser secretario de Estado, descubrí que, aun para alguien que hizo de la política exterior el trabajo de su vida, dominar la maquinaria de cables del Departamento de Estado resulta un esfuerzo hercúleo. Desdichado el no iniciado que queda a merced de esa extraordinaria y dedicada banda de expertos.

La ironía de la decisión de Nixon de elegir como secretario de Estado a alguien con poca preparación substancial fue que, de esa forma, acrecentó la influencia de las dos instituciones en que desconfiaba más, el servicio exterior y la prensa. Porque el nuevo secretario de Estado tenía, en efecto, dos posibilidades para elegir. Podía seguir las pautas de la Casa Blanca y convertirse en el abogado de la política presidencial ante el Departamento, el Congreso y el país, o podía erigirse en portavoz de sus subordinados. En una época más tranquila, el secretario Rogers tal vez hubiera podido equilibrar las exigencias que se le planteaban. Pero en la conmoción de la discordia doméstica causada por Vietnam, hubiese necesitado, para hacerlo, más confianza en sí mismo y más conocimientos de lo que razonablemente podía esperarse que poseyera. Como resultado, pareció preocupado, como es natural, por evitar los ataques infligidos a su predecesor Dean Rusk. Puesto que tenía tendencia a identificar el estado de ánimo nacional y del Congreso con la posición editorial de los principales periódicos del este, y como éstos también influían poderosamente sobre los subordinados de él, Rogers, en coyunturas críticas, no se sintió dispuesto a librar batalla por el presidente, y a menudo apoyó una posición distinta a la de Nixon.

Paradójicamente, esa tendencia en él pudo haber sido reforzada por el recuerdo de su amistad con Nixon en los años cincuenta. Entonces había sido Rogers el socio psicológicamente dominante. En consecuencia, no podía entender que, en realidad, él se hallaba en una posición claramente subordinada en esta nueva relación. Menos aún podía enfrentar la proposición de que pudo ser designado, por lo menos en parte, porque su antiguo amigo quiso invertir los roles y establecer una relación en la cual, jerárquicamente y substantivamente, fuera él, Nixon, quien diera el tono para los dos.

Esta curiosa relación entre los dos hombres tuvo la consecuencia de enaltecer mi posición, pero mi papel fue claramente un resultado de esa relación y no la causa de ella. Desde el principio, Nixon estuvo decidido a dominar las negociaciones más importantes. Por ejemplo, excluyó a su secretario de Estado de su primera reunión con el embajador soviético Anatoly Dobrynin el 17 de febrero de 1969, cuatro semanas después de la toma de posesión, en un momento en que para mí hubiera sido inconcebible sugerir semejante proceder. La práctica, establecida antes de que estuviera consolidada mi posición, continuó. A lo largo de todo su mandato, cuando un visitante oficial era recibido por Nixon en la Oficina Oval para una larga discusión, yo era el único otro norteamericano presente.

El tira y afloja sobre la responsabilidad por la política exterior empezó temprano. Por su parte, el secretario Rogers asumió la posición de que cumpliría órdenes con las que disienta solamente si las mismas le eran transmitidas personalmente por el presidente. Esto era preci-

samente lo que Nixon, psicológicamente, era incapaz de hacer. Recurriría a cualquier subterfugio para evitar una confrontación personal. Enviaría cartas explicando lo que quería decir, usaría emisarios. Pero como Rogers creía, bastante correctamente, que esas cartas eran redactadas en borrador por mí o por mi equipo, no les daba mucho crédito, aunque estuvieran firmadas por el presidente. Frustraba al emisario, habitualmente John Mitchell, invocando su vieja amistad con el presidente y afirmando que él entendía mejor a Nixon. Esta contienda, que quedaba parcialmente disimulada porque ambos hombres echaban la culpa a terceras partes, era interminable. Nixon ordenaba repetidamente que todos los cables despachados tenían que ser visados por la Casa Blanca. Pero esto era frecuentemente eludido y, en cualquier caso, los medios por los cuales un secretario de Estado puede comunicarse con sus subordinados son demasiado múltiples para ser controlados por una orden.

Con el tiempo, el presidente, o yo en su nombre, a fin de evitar estas interminables confrontaciones, llegamos a tratar cada vez más con los líderes extranjeros a través de canales que vinculaban directamente la Sala de Situación de la Casa Blanca con el campo (los llamados «canales traseros»). Este proceso empezó al día siguiente a la toma de posesión. El nuevo presidente quería cambiar las instrucciones de negociación con Vietnam, elaboradas en el Departamento de Estado y que reflejaban el enfoque de la administración anterior. Pero también quería evitar una controversia. Por lo tanto, me pidió que llamara por teléfono al embajador Henry Cabot Lodge, nuestro negociador en París, para sugerir que Lodge enviara a través de canales regulares, y como si fueran recomendaciones de él, el curso de acción que prefería el presidente. Lodge accedió prestamente. Como esos procedimientos eran complicados y no funcionarían en la mayoría de los casos, Nixon trasladó cada vez más las negociaciones delicadas a la Casa Blanca, donde él podía supervisarlas directamente, adjudicarse personalmente el mérito, y evitar las disputas o la inercia burocráticas que le resultaban tan desagradables.

El presidente también era capaz de disociarse de las empresas exteriores del Departamento de Estado. Así, en marzo de 1969, Nixon me pidió que informara privadamente al embajador Dobrynin que el secretario de Estado, en su primera larga conversación sobre Vietnam con el enviado soviético, había ido más allá del pensamiento del presidente. No lo hice inmediatamente, esperando más bien que surgiera un tema concreto. Sin embargo, no puede haber dudas de que las conductas, tanto de la Casa Blanca como del Departamento de Estado, pusieron al tanto de nuestro debate interno a los soviéticos, quienes hicieron todo lo posible por explotarlo. Nixon ocultó a Rogers sus contactos privados con el presidente de Vietnam del Norte, Ho Chi Minh, en julio-agosto de 1969, hasta cuarenta y ocho horas antes de revelarlo por televisión, en noviembre. A principios de 1970, Nixon mandó decir a la comunidad judía, por medio de su ayudante Leonard Garment y del procurador general John Mitchell, que el «plan Rogers» para Medio Oriente estaba adecuadamente denominado y que no se había originado en la Casa Blanca. En mayo de 1971, el secretario de Estado ni siquiera sabía de las negociaciones realizadas a través de canales entre la Casa Blanca y el Kremlin, y que llevaron al gran adelanto en las conversaciones SALT (tratado de limitación de armas estratégicas), hasta setenta y dos horas antes de que se hiciera un anuncio formal. En julio de 1971, Rogers fue informado de mi viaje secreto a China sólo cuando yo ya estaba en camino. En abril de 1972, el presidente dio a Rogers una explicación tan retorcida de mi viaje a Moscú (que había sido arreglado secretamente y al que Rogers se opuso cuando le informaron a último momento), que complicó las negociaciones. Ejemplos como éstos podrían multiplicarse interminablemente.

No es mi intención sugerir que me resistía a la conducta de Nixon con sus más altos funcionarios del gabinete; desde el principio, mi presencia la hacía técnicamente posible y, después de un tiempo, indudablemente, la alenté. Como la abrumadora mayoría de los altos funcionarios, tenía yo fuertes opiniones y no desperdiciaba oportunidad de hacerlas prevalecer. Lo que hace tolerables, y ciertamente regocijantes, la tensión y el agotamiento de las altas funciones, es la convicción de que uno está haciendo una contribución a un mundo mejor. Hasta qué grado jugaron un papel motivos menos elevados de vanidad y sed de poder, es difícil determinarlos a esta distancia; es improbable que esos motivos estuvieran enteramente ausentes. Pero estoy convencido de que en cualquier administración Nixon, la política exterior habría estado centralizada en la Casa Blanca, cualesquiera fueran las prácticas administrativas y las personalidades.

Cuando Nixon nombró a una personalidad fuerte, experto en política exterior, como asesor de seguridad, la competencia con el secretario de Estado tornóse inevitable, aunque al principio no lo advertí. Las dos funciones son inherentemente competitivas si ambos tratan de de-

sempeñar un papel político importante. Todos los incentivos son para la controversia; ciertamente, si ellos llegaran a coincidir, no habría necesidad de tenerlos a los dos. Aunque no pensaba así en aquella época, he llegado a convencerme de que un presidente debería hacer del secretario de Estado su principal asesor, y usar al asesor en seguridad nacional primariamente como un alto administrador y coordinador, para tener la certeza de que todo punto de vista de importancia es escuchado. Si el asesor en seguridad nacional se vuelve activo en el desarrollo y articulación de la política, inevitablemente debe disminuir al secretario de Estado y reducir su efectividad. Los gobiernos extranjeros se confunden e, igualmente peligroso, tienen la oportunidad de lanzar una parte de nuestro gobierno contra otra; el Departamento de Estado se desmoraliza y se retrae a un parroquialismo. Si el presidente no tiene confianza en su secretario de Estado, debe reemplazarlo y no supervisararlo a través de un ayudante personal. En la administración Nixon, este prominente papel del secretario de Estado fue imposibilitado por la desconfianza de Nixon por la burocracia del Departamento de Estado, por su relación con Rogers, por la inexperiencia de Rogers y por mis propias fuertes convicciones. La comprensible insistencia de Rogers sobre las prerrogativas de su cargo complicaron el problema y tuvieron la irónica consecuencia de debilitar su posición. En una disputa burocrática, el bando que no tenga mejor argumento que su derecho jerárquico tiene probabilidades de perder. Los presidentes escuchan a los asesores cuyas opiniones creen necesitar, no a los que insisten en ser escuchados debido al organigrama.

Más allá de estos motivos, las tensiones en la maquinaria política de Nixon fueron producidas también por una honrada diferencia de perspectivas entre el secretario y yo. En realidad, Rogers era más capaz de lo que aparentaba; tenía una aguda mente analítica y un sobresaliente sentido común. Pero su perspectiva era táctica; como abogado, estaba entrenado para tratar con los asuntos a medida que surgían. Mi enfoque era estratégico y geopolítico; yo intentaba relacionar los acontecimientos unos con otros, crear incentivos o presiones en una parte del mundo para influir sobre los acontecimientos en otra. Rogers estaba agudamente afinado con los requerimientos de negociaciones particulares. Yo quería acumular matices para una estrategia de largo alcance. Rogers se preocupaba de la reacción inmediata del Congreso y los medios de comunicación, lo que era, hasta cierto punto, su responsabilidad como principal portavoz en relaciones exteriores. Yo me preocupaba más por los resultados dentro de unos años. Inevitablemente, Rogers debió considerarme un egoísta entrometido que arruinaba sus relaciones con el presidente; yo tenía tendencia a considerarlo como un neófito insensible que amenazaba el cuidadoso trazado de nuestra política exterior. La relación estaba condenada a deteriorarse. Si ambos hubiéramos sido más sensatos, habríamos comprendido que hubiésemos servido mejor al país solucionando nuestras diferencias personales y apoyándonos uno al otro. Esto habría reducido la tentación de Nixon de manipular tensiones a las que temía, pero que a la vez fomentaba. Pero todos nuestros intentos de reunirnos regularmente fracasaron. Rogers era demasiado orgulloso, yo demasiado arrogante intelectualmente, y ambos éramos demasiado inseguros para adoptar un curso de acción que nos hubiera ahorrado muchas angustias innecesarias y dolores de cabeza burocráticos.

Pero nada de esto hubiera tenido importancia si Nixon y Rogers hubiesen sido, en realidad, tan íntimos como sinceramente pudieron creer. El prerrequisito indispensable de un secretario de Estado es la completa confianza del presidente. Los secretarios de éxito, como Dean Acheson o John Foster Dulles, establecieron todos una íntima relación de trabajo con sus presidentes. Los que trataron de competir con su presidente, como Robert Lansing o James Byrnes, pronto perdieron su influencia o su cargo. Acheson acentuaba frecuentemente que, si bien sentíase libre de disentir vigorosamente con el presidente Truman, nunca lo ponía en una posición límite de probar su autoridad, y que tampoco se hubiera unido jamás a una maquinación de otros miembros del gabinete para ejercer presión sobre el presidente. Un presidente necesita asesoramiento substancial, pero también requiere socorro emocional. Debe saber que sus consejeros son fuertes y que confían en sí mismos, pero también debe sentir que le tienen compasión por el aislamiento y las responsabilidades de su cargo, y que no aumentarán voluntariamente sus cargas psicológicas. Este intangible ingrediente de compasión era precisamente lo que faltaba entre el presidente Nixon y su primer secretario de Estado, en parte por razones que se remontaban a una época anterior a la administración Nixon. La misma intimidad de su relación anterior impedía a Rogers actuar sobre esta verdad, y a Nixon admitirla.

Las relaciones eran diferentes con el otro alto miembro del gabinete en el campo de política exterior, el secretario de Defensa Melvin Laird. Como con el Departamento de Estado, durante

varios días estuve bajo la impresión de que había otra persona elegida para el cargo, que el senador Henry M. Jackson aceptaría el ofrecimiento del presidente. Cuando él lo rechazó, fui informado de la decisión del señor Nixon en favor de Mel Laird. Yo no fui consultado.

Conocí a Laird en la Convención Republicana de 1964. Allí fue presidente del comité de plataforma y aventajó astutamente a las fuerzas de Rockefeller. Más tarde, contribuí a una colección de ensayos sobre conservadurismo que él compiló (2). Mel Laird era un político profesional; hablaba un idioma que Nixon entendía. Nixon no tenía ninguna reserva psicológica, ni cuentas viejas que arreglar, con su secretario de Defensa. Habiendo servido en el subcomité de Defensa de la Comisión de Presupuesto de la Cámara de Representantes durante la mayoría de sus dieciséis años en el Congreso, Laird conocía profundamente su tema antes de asumir el cargo. Y Laird tenía un apoyo importante. Como conservaba su influencia en el Congreso, especialmente a través de su amistad con el poderoso presidente del Comité de Presupuesto de la Cámara de Representantes, George Mahon, Laird no podía ser ignorado por el presidente sin serios riesgos. Y mientras que las maniobras de Laird eran a menudo tan bizantinas en su complejidad y carácter indirecto como las de Nixon, él lograba con entusiasmo y sorprendente buena voluntad lo que Nixon realizaba con sombría determinación e introvertido resentimiento. A Laird gustábase ganar, pero a diferencia de Nixon, no obtenía gran placer al ver perder a otro. Había en él una alegría y un pícaro buen humor que hacía que trabajar con él pudiera ser tan gratificante como en ocasiones era exasperante.

Laird actuaba en la suposición de que él tenía un derecho constitucional a tratar de burlar y sobrepujar a cualquiera con quien lo pusiera en contacto su cargo. Esto era en parte un juego, y en parte el esfuerzo de un político sazonado para proteger sus opciones y cosechar, de paso, toda la publicidad que estuviera disponible. Laird era un maestro de la filtración inspirada. Después de un tiempo, aprendí que cuando Laird llamaba temprano por la mañana para quejarse de un artículo periodístico, probablemente la fuente era él. Elliot Richardson solía decir, no sin amabilidad, que cuando Laird empleaba una de sus frases favoritas, «¿Entiende lo que quiero decir?», no había forma de adivinar lo que quería decir.

Laird era muy capaz de venir a una reunión en la Casa Blanca con los jefes de Estado Mayor Conjunto, apoyar la posición de ellos, después señalar privadamente sus reservas al presidente y a mí, sólo para elaborar más tarde un tercer enfoque con su amigo George Mahon. Las maniobras de Nixon y Laird para robarse el mérito de cada anuncio de retiro de tropas de Vietnam se realizaban con todo el arte de una obra de teatro Kabuki, con una mezcla de política cortesana florentina del siglo xv. Las embestidas y fintas de estos dos endurecidos profesionales, cada uno tratando de adivinar las intenciones del otro y al mismo tiempo confundirlo, no pueden ser expuestas biográficamente; solamente una novela o una obra de teatro podrían hacerles justicia. Pero era un juego que Nixon, menos dado a jugar, más mortal, y con las cartas de triunfo de la presidencia en la mano, raramente perdía.

Siempre que se le permitiera cierta forma razonable de salvar la cara maniobrando hasta otra posición sin embarazo, Laird aceptaba los reveses burocráticos sin rencor. Pero insistía en tener su día en el tribunal. Trabajando con él, los argumentos intelectuales eran útiles sólo marginalmente, y las órdenes directas resultaban suicidas. Eventualmente aprendí que era más seguro empezar una batalla con Laird cerrándole hasta donde fuera posible todas sus vías de escape burocráticas o del Congreso, suponiendo que yo pudiera descubrirlas, lo cual no siempre era fácil. Pero aun con esas tácticas, yo perdía con tanta frecuencia como ganaba.

John Ehrlichman, también asistente del presidente, consideraba cobarde mi forma de proceder. En 1971, desando unas tierras propiedad del Ejército, en Hawai, para hacer un parque nacional, Ehrlichman decidió que me enseñaría cómo tratar con Laird. Siguiendo la mejor teoría administrativa del predominio de la Casa Blanca, Ehrlichman, sin molestarse en tocar ninguna base burocrática o del Congreso, transmitió a Laird una orden directa de ceder las tierras. Laird trató este torpe procedimiento en la forma en que un torero maneja las embestidas de un toro: aceleró sus planes de usar las tierras para dos hoteles de recreo del Ejército. Junto con su amigo Mahon, presentó un proyecto en el Congreso que anulaba prolijamente la orden que había recibido, sin dejar de afirmar todo el tiempo que cumpliría todas las órdenes de la Casa Blanca permitidas por el Congreso. Los hoteles aún siguen allí bajo control del ejército; el parque nacional todavía es el sueño de un proyectista. Ehrlichman aprendió en la forma difícil que hay dimensiones de la ciencia política que no se enseñan en las universidades, y que estar acertado en lo substancial no siempre garantiza el éxito en Washington.

Como político finamente sazonado, Laird no creía en librar batallas perdidas. Podía resolver problemas cotidianos con gran destreza; le preocupaban menos aquellos que pudieran surgir mañana. En períodos de calma podía resultar enloquecedor. En las crisis era espléndido, fuerte, leal, audaz, y elocuente para defender las decisiones presidenciales, incluidas aquéllas a las que se había opuesto en los consejos de gobierno. Laird sirvió como secretario de Defensa cuando nuestro poderío militar estaba siendo implacablemente atacado por la mayoría del Congreso, los medios de comunicación, el mundo académico y los grupos antidesfensa. Preservó los tendones de nuestro poderío y sentó las bases para la expansión, cuando el estado de ánimo del público cambiara más tarde. Melvin Laird mantuvo nuestro poderío nacional a través de un período de extraordinaria turbulencia. Esto fue un logro mayor.¹⁵

Debajo del nivel del gabinete había otro escalón de asesores influyentes: el jefe del Estado Mayor Conjunto, general Earle Wheeler, y el director de la Agencia Central de Inteligencia, Richard Helms.

Cuando Nixon asumió la presidencia, «Bus» Wheeler estaba en su último año como jefe del Estado Mayor Conjunto. Su período debió haber terminado en julio de 1968, pero Johnson, generosamente, lo extendió un año más para dar a su sucesor la oportunidad de elegir al próximo presidente del Estado Mayor Conjunto. La integridad y la experiencia de Wheeler resultaron tan indispensables, que Nixon extendió su período por otro año más. Alto, elegante, sereno, Wheeler, por esa época, estaba profundamente desilusionado. Parecía un águila cansada, con sus suaves ojos oscuros atentos al origen del próximo golpe. Había vivido los años sesenta, cuando jóvenes analistas de sistemas fueron llevados al Pentágono para sacudir el «establishment» militar cuestionando axiomas de larga data. Intelectualmente, los analistas de sistemas estuvieron más veces acertados que equivocados; pero pronto aprendieron que la forma en que es formulada una pregunta puede, a menudo, predeterminar la respuesta, y sus esfuerzos, en el santo nombre de la objetividad, terminaron frecuentemente impulsando preconceptos personales.

Dejando de lado el mal uso del análisis de sistemas, hay una verdad que los altos oficiales militares han aprendido en una vida de servicio y que no se presta a una articulación formal: que el poder tiene un componente psicológico y no solamente técnico. Los hombres pueden ser conducidos por las estadísticas sólo hasta cierto punto; después predominan valores más fundamentales. En el análisis final, la profesión militar es el arte de prevalecer, y mientras que en nuestra época esto requiere cálculos más cuidadosos que en el pasado, depende también de factores psicológicos elementales que son difíciles de cuantificar. Los militares se encontraron diseñando armas sobre la base de criterios abstractos, desarrollando estrategias en las que realmente no creían, y finalmente conduciendo una guerra que no comprendían. Es cierto que los militares provocaron algunos de sus propios problemas. Se dejaron arrastrar demasiado fácilmente. Se acomodaron a la nueva administración mientras que, interiormente, la desaprobaban. En Vietnam, adoptaron su estrategia tradicional de desgaste heredada de Grant, Pershing y Marshall; no comprendieron plenamente que el desgaste es casi imposible de aplicar en una guerra de guerrillas contra un enemigo que no *tiene* que pelear porque puede fundirse entre la población. Esto actuó a favor de un liderazgo civil que impuso aún más restricciones; el tradicionalismo militar y la supersofisticación civil combináronse para desperdiciar cualquier oportunidad que hubiera de terminar rápidamente la guerra en un momento en que Johnson todavía gozaba de amplio apoyo público. Mientras más se prolongara la guerra, más se inclinaría el equilibrio psicológico en contra de nosotros y más frustrantes se volverían los esfuerzos militares.

A lo largo de los años sesenta, los militares enfrentaron el dilema entre su aceptación de la supremacía civil inculcada a través de generaciones de servicio y sus premoniciones de desastre, entre tratar de hacer que funcionara el nuevo sistema y rebelarse contra él. Sintieronse desmoralizados por el orden de procurarse armas en las que no creían y por la necesidad de librar una guerra cuyos propósitos resultaban cada vez más escurridizos. Surgió una nueva raza de oficiales militares: hombres que aprendieron la nueva jerga, que podían presentar los argumentos del análisis de sistemas (tan de moda) en forma más articulada que la generación anterior y que eran más hábiles en maniobras burocráticas. En ciertos niveles, esto facilitó las relaciones entre civiles y militares; en un nivel más profundo, privó al proceso de hacer políticas de los elementos más simples, más crudos quizás, pero tal vez más relevantes, que son necesarios en el análisis final, cuando los hechos quedan reducidos a una confrontación armada.

Earle Wheeler desempeñó sus funciones durante esta transición y ésta no le deparó tranquilidad. El creía, acertadamente, que el asesoramiento militar no había sido tomado con la

suficiente seriedad en el Pentágono de los años sesenta, pero, cuando llegó el momento de presentar una alternativa, él no ofreció más que ajustes marginales del statu quo. El valoraba su acceso directo al nuevo presidente, pero raramente lo usaba, en parte porque Laird desalentaba las reuniones entre el presidente y el jefe del Estado Mayor Conjunto en las que él no participaba. Los reparos de Wheeler tomaban más a menudo la forma de expresar sus preocupaciones ante mí, privadamente, que en una abierta confrontación con sus superiores. En la reunión de junio de 1969 en Hawai, donde Nixon buscó aprobación militar para su plan de retirada de Vietnam, me resultó evidente que Wheeler y el general Creighton Abrams (nuestro comandante en Vietnam) no hubieran podido sentirse más desdichados. Todos los instintos les decían que era improbable que pudiéramos prevalecer reduciendo nuestra fuerza. Mientras más fuerzas retirásemos, menores serían las probabilidades de lograr un resultado final tolerable. Pero ellos no tuvieron la confianza en sí mismos para decírselo a sus jefes civiles, quienes, incluido yo, sosteníamos que las retiradas eran esenciales a fin de sostener las bases domésticas para una solución política honorable. Wheeler y Abrams calmaron sus premoniciones insistiendo en el menor retroceso posible. Pero pronto comprobaron que habían dado su aquiescencia a un plan que fue aumentando su propio impulso. Como los programas de retirada se convirtieron en parte del presupuesto militar, solamente hubieran podido hacerse más lentos al precio de renunciar a la modernización de armamentos.

Los altos oficiales militares siempre deben lograr un equilibrio entre sus convicciones y su conocimiento de que, para ser efectivos, deben sobrevivir a fin de luchar en otro momento. Su innato respeto por el comandante en jefe los tienta a hallar una razón militar para lo que consideran difícilmente tolerable. Al contrario de lo que sostiene parte de la mitología pública, raramente se enfrentan con el comandante en jefe; buscan excusas para apoyarlo, no para oponérsele. De esta forma, Wheeler participó en una serie de decisiones a cualquiera de las cuales hubiera podido defender, pero cuyo impacto acumulativo no hubiera podido justificar ante sí mismo. Era él un caballero hasta la médula, un excelente oficial que ayudó a su país en épocas trágicas y que fue, él mismo, devorado por ellas.

El sucesor de Wheeler, almirante Thomas Moorer, era una personalidad más elemental que Wheeler. Había pasado los años sesenta en puestos de comando, lo cual, si bien no estuvo desprovisto de frustraciones, no produjo el agotamiento físico y psicológico propio de los altos niveles en Washington. No obstante ser un astuto batallador burocrático, Moorer no fingía ninguna sutileza académica. En todo caso, exageraba la actitud de inocente muchacho del campo, atrapado en una jungla de timadores. Lo que sus opiniones carecían en elegancia lo compensaba con claridad de expresión. En la época en que asumió su cargo, Vietnam habíase convertido en una acción de retaguardia. El condujo esta penosa fase de retirada con dignidad. Ningún presidente hubiera podido contar con un asesor militar más leal.

Otro miembro del equipo de seguridad nacional era Richard Helms, a quien Nixon heredó como director de la Agencia Central de Inteligencia. Yo había conocido a Helms en el período Kennedy cuando, a solicitud de la Casa Blanca, en 1961, mantuve con él una conversación general sobre la crisis de Berlín. Su profesionalismo me impresionó, tanto entonces como después. No volvimos a reunirnos hasta después de que fui designado asesor del presidente, cuando en la Sala de Situación de la Casa Blanca él me explicó la estructura y operación de su agencia.

En esa época la situación de Helms era delicada. Aún más que al Departamento de Estado, Nixon consideraba la CIA como un refugio de intelectuales aristocráticos que se le oponían. Y con Helms sentíase personalmente incómodo, puesto que sospechaba que Helms era muy apreciado por el mundillo social de Georgetown, al que Nixon atribuía muchas de sus dificultades. Yo no tenía opiniones formadas sobre Helms pero me opuse a su reemplazo. Pensé que era peligroso convertir la CIA en un premio político cuyo director cambiaría con cada nuevo presidente. Nixon cedió. Aceptó retener a Helms como director de la CIA, pero propuso interrumpir la asistencia de Helms a las reuniones del Consejo Nacional de Seguridad. Esto, a su vez, fue objetado por Laird, quien señaló acertadamente que si el Consejo Nacional de Seguridad consideraba decisiones importantes en ausencia del director de la Agencia Central de Inteligencia, el presidente quedaría peligrosamente vulnerable a críticas del Congreso y del público. Nixon cedió una vez más. Aceptó permitir que Helms asistiera a las reuniones del Consejo Nacional de Seguridad, pero sólo para dar informes relacionados con los hechos. No se le permitiría ofrecer recomendaciones y tendría que abandonar la sala del gabinete tan pronto como acabara de dar su informe. Helms retuvo este status anómalo durante seis semanas. Con el tiempo la situación tornóse

demasiado embarazosa, demasiado artificial, demasiado contraproducente para ser sostenida; habitualmente la información de inteligencia era sumamente relevante para la discusión aun después de presentado el informe formal; después de todo, mucho dependía de la evaluación de las consecuencias de las diversas opciones consideradas. Eventualmente, Helms se convirtió en un participante regular de las reuniones del Consejo Nacional de Seguridad, aunque nunca en persona de confianza del presidente.

Mi cargo de asesor para Asuntos de Seguridad Nacional requería inevitablemente una estrecha cooperación con el director de la CIA. Es del director de quien espera el presidente recibir una advertencia a tiempo; es al director a quien se dirige primero el asesor para enterarse de los hechos de una crisis y tener un análisis de los acontecimientos. Y como las decisiones giran sobre la percepción de las consecuencias de las acciones, la evaluación de la CIA casi puede equivaler a una recomendación para la adopción de políticas.

Disciplinado, meticulosamente justo y discreto, Helms cumplía sus obligaciones con la total objetividad que es esencial para un servicio de inteligencia efectivo. Durante años no tuvimos contactos sociales directos; nos encontrábamos con muy poca frecuencia en cenas en las casas de otras personas. Yo respetaba a Helms no porque él fuera simpático, aunque ciertamente lo era, sino por su perspicacia profesional y su integridad. Nunca ofrecía consejos sobre políticas que trascendieran las cuestiones que le eran planteadas, aunque jamás vacilaba en advertir a la Casa Blanca de peligros, aun cuando sus opiniones fueran contrarias a las preconcepciones del presidente o de su asesor de seguridad. Defendía su terreno donde hombres de menor valía hubieran recurrido a ambigüedades. En los primeros tiempos de la administración, surgió una escuela de pensamiento que afirmaba que las cabezas triples de los misiles intercontinentales soviéticos SS-9 eran un vehículo de reingreso múltiple independientemente guiado (MIRV), apuntado a nuestros silos de misiles Minuteman. La CIA sostenía que la cabeza no podía ser apuntada y dirigida independientemente. Yo me inclinaba por la interpretación más ominosa. Para clarificar la cuestión, adopté un procedimiento muy censurado por los tradicionalistas que custodiaban celosamente la independencia del proceso de estimación. Reuní a todos los analistas en la Sala de Situación de la Casa Blanca y adopté el papel de abogado del diablo, interrogando y examinando estrechamente a los analistas. Helms se mantuvo en sus trece; más tarde se demostró que estaba acertado.

Nadie que no esté templado en muchas batallas asciende a director de la CIA tras pasar todo el escalafón; Helms era fuerte y prudente. Su urbanidad corría pareja con una tenacidad extraordinaria; su sonrisa no siempre incluía sus ojos. Había visto llegar y partir las administraciones y comprendía que, en Washington, el conocimiento significaba poder. De él se presumía que sabía mucho y él no se molestaba en desmentir esa creencia. Al mismo tiempo, nunca supe que él hiciera mal uso de sus conocimientos o su poder. Nunca olvidaba que su integridad garantizaba su efectividad, que su mejor arma con los presidentes era una reputación de confianza.

Los análisis de la CIA, sin embargo, no eran infalibles. Lejos de ser la banda agresiva de aventureros internacionales tan fácilmente pintada por sus críticos, habitualmente la Agencia erraba por el lado de la interpretación de moda en el «establishment» de Washington.

En mi experiencia, la CIA desarrollaba motivos para la inacción con mayor frecuencia que para arremetidas audaces. Sus analistas sabían demasiado bien que nadie fue castigado jamás por no haber previsto una oportunidad, pero que muchas carreras han sido truncadas por no haber predicho un riesgo. Por lo tanto, la comunidad de inteligencia siempre se ha sentido tentada a predecir sombrías consecuencias para cualquier posible curso de acción, actitud que alienta más la parálisis que la aventura. Después de cada crisis, sale a la superficie en la prensa algún oscuro informe o análisis de inteligencia que pretende haberla predicho, pero que fue tontamente ignorado por los hacedores de la política. Lo que esas afirmaciones omiten mencionar es que, cuando el escepticismo se vuelve demasiado rutinario, pierde todo significado; cuando los informes no son llevados específicamente a la atención de los más altos niveles, se pierden en el ruido de fondo burocrático, especialmente porque por cada informe admonitorio uno puede, probablemente, encontrar en los archivos un informe que se le opone.

Pese a estas reservas, encontré la CIA manejada por hombres y mujeres dedicados y absolutamente indispensables. Helms servía bien a su país y a su presidente. Merecía algo más que las acusaciones que mancharon la parte final de su carrera pública después de treinta años de servicios tan distinguidos.

Esos eran los hombres del equipo que reunió el nuevo presidente para dar forma a una estrategia global, mientras buscaba al mismo tiempo desembarazar el país de una guerra que le habían legado sus predecesores. Los miembros del gabinete se reunieron por primera vez el 12 de diciembre de 1968 en una sesión para familiarizarse unos con otros, en el Hotel Shoreham, Washington. Fue todo un presagio el hecho de que los informes que esbozaban los problemas que enfrentaba la nueva administración fueron hechos no por los funcionarios del gabinete (designados apenas el día antes), sino por los asesores presidenciales, incluido yo mismo, que en la mayoría de los casos habíamos sido designados una semana antes. Nunca podrá saberse si esos hombres hábiles, astutos y fuertes hubieran podido formar un equipo cohesionado bajo otra dirección; su complejo jefe eligió manejarlos como asesores dispares y separados, mientras él emprendía su solitario viaje con un sistema de hacer política que centralizaba el poder en la Casa Blanca.

ORGANIZÁNDONOS

En un discurso por radio el 24 de octubre de 1968, el candidato presidencial Richard Nixon prometió «reestablecer el Consejo Nacional de Seguridad en su papel prominente en el planeamiento de la seguridad nacional». Fue tan lejos como atribuir «la mayoría de nuestros reveses serios en el extranjero a la incapacidad o falta de inclinación de los sucesores del presidente Eisenhower a hacer uso de este importante Consejo». Cuando el presidente electo anunció mi designación el 2 de diciembre de 1968, reveló que «el doctor Kissinger ha establecido, o está estableciendo en estos momentos, lo que yo considero un interesante y nuevo procedimiento para asegurar que el próximo presidente de Estados Unidos no escuche solamente lo que quiera escuchar...» Nixon no explicó cómo hubiera podido yo lograr todo eso en los tres días transcurridos desde mi aceptación de la designación.

Coincidió con el presidente electo acerca de la importancia de restablecer la maquinaria del Consejo Nacional de Seguridad. Una declaración emitida por el gobernador Nelson Rockefeller el 21 de junio de 1968, durante su campaña por la nominación, reflejaba mis opiniones:

No existe un procedimiento de equipo regular para llegar a las decisiones; en cambio, se forman grupos *ad hoc* cuando surge la necesidad. No hay disponible ninguna agencia en equipo para controlar la puesta en marcha de las decisiones. No existe un punto focal para planeamiento a largo plazo sobre una base de cooperación entre las agencias. Sin un foco administrativo central, la política exterior resulta en una serie de decisiones no relacionadas, orientadas por las crisis, *ad hoc* y posteriores a los hechos en naturaleza. Nos convertimos en prisioneros de los acontecimientos.

Quando fui nombrado, no tenía pensado ningún plan organizativo. Mi mayor preocupación era que una gran burocracia, por más organizada que esté, tiende a frenar la creatividad. Confunde política sabia con administración fluida. En el estado moderno, las burocracias se vuelven tan grandes que demasiado a menudo se gasta más tiempo en dirigir las que en definir sus propósitos. Una burocracia compleja tiene un incentivo para exagerar la complejidad técnica y minimizar el alcance o importancia del discernimiento político; favorece el statu quo porque, a menos que se produzca una catástrofe no ambigua, el status quo tiene la ventaja de la familiaridad y nunca es posible demostrar que otro curso de acción habría deparado resultados superiores. Me parecía que no había sido por accidente que la mayoría de los grandes estadistas habían estado trabados en permanente lucha con los expertos de sus departamentos del exterior, porque el alcance de la concepción de un estadista se opone a la inclinación del experto hacia el mínimo riesgo.

La complejidad del gobierno moderno torna esenciales a las grandes burocracias; pero la necesidad de innovación también crea el imperativo de definir propósitos que van más allá de las normas administrativas. Al final, no existe ninguna respuesta puramente organizativa; es, sobre todo, un problema de liderazgo. Los remedios organizativos no pueden, ellos solos, eliminar la tendencia a esperar las crisis y a evitar la planificación de largo alcance. Nos impusimos la tarea de hacer un esfuerzo consciente para conformar el entorno internacional de acuerdo a una concepción de propósitos norteamericanos en vez de aguardar a que los acontecimientos impusieran la necesidad de una decisión.

Mi desdichada experiencia como consultor regular, pero exterior, del presidente Kennedy resultó invalorable. Entonces aprendí cuales son las diferencias entre asesoramiento y autoridad. La calidad de estadista exige, sobre todo, sentido de los matices y las proporciones, capacidad de percibir lo esencial entre la masa de hecho aparentes, e intuición sobre cuál de las hipótesis igualmente plausibles acerca del futuro tiene probabilidades de resultar verdadera. Y la autoridad es esencial, como el poder hacerse cargo de una secuencia de acontecimientos y de imponer cierto rumbo. Ocasionalmente, un asesor externo puede brindar perspectiva; casi nunca posee conocimientos suficientes para asesorar sensatamente sobre movimientos tácticos. Antes de servir como consultor de Kennedy yo creía, como la mayoría de los intelectuales, que el proceso de toma de decisiones era principalmente intelectual y que todo lo que uno tenía que hacer era entrar en la oficina del presidente y convencerlo de lo acertado de las opiniones de uno. Pronto comprendí que esta perspectiva es tan peligrosamente inmadura como ampliamente difundida. Es verdad que, en nuestro sistema, el presidente tiene la autoridad para tomar decisiones; posee un mayor margen para actuar a su discreción que el jefe del ejecutivo de cualquier otro gran país, probablemente incluida la Unión Soviética. Pero el programa de actividades de un presidente es tan agitado, que él tiene poco tiempo para reflexiones abstractas. Casi todos sus visitantes son suplicantes o abogados, y la mayoría de sus causas son extremadamente plausibles, lo cual, en primer lugar, es lo que les permitió llegar a la Oficina Oval. Como resultado, una de las tareas más difíciles del presidente es elegir entre interminables argumentos que suenan igualmente convincentes. Las decisiones fáciles no llegan hasta él; son realizadas a niveles inferiores. Por lo tanto, a medida que avanza su período presidencial y salvo en crisis extremas, un presidente llega a buscar cada vez más sus decisiones en la confianza que tiene en sus asesores. Se vuelve cada vez más consciente de las presiones burocráticas y políticas que caen sobre él; asuntos de substancia tienden a fundirse en su mente con las personalidades que corporizan las consideraciones en conflicto.

Una decisión presidencial es siempre una amalgama de criterio, confianza en sus asociados y también preocupación por la moral de ellos. Todo presidente descubre pronto que su problema no es solamente dar una orden sino hacerla realizar, y esto requiere cooperación voluntaria. Las órdenes burocráticamente impopulares pueden ser eludidas en una variedad de formas. Pueden ser interpretadas por hábil exégesis para que den un resultado lo más cercano posible a lo que, en primer lugar, deseaba el departamento más involucrado; pueden ser interminablemente demoradas en su aplicación; las filtraciones pueden sabotear una política provocando controversias. Y está la intangible cualidad humana; privados de la mayoría de los contactos normales, los presidentes siéntense agudamente incómodos con asociados disconformes, y tratan de evitar el problema, de ser posible.

Para servir de ayuda al presidente, la maquinaria de toma de decisiones debe reunir, por lo tanto, varios criterios. Debe ser compatible con la personalidad y el estilo de él. Debe impulsar la acción; la charla sin rumbo y sin contenido operacional produce parálisis. Sobre todo, debe ser sensible a la relación psicológica entre el presidente y sus asesores cercanos, debe dar a los asesores del presidente la posibilidad de fortalecer su confianza en sí mismo y darle, empero, opciones reales; ofrecer perspectiva y, sin embargo, no convertir cada asunto en una confrontación de voluntades. Debe dar lugar a que el presidente pueda actuar a su propia discreción sin promover la megalomanía que a menudo se desarrolla en los que ocupan cargos donde tienen pocos iguales. Al mismo tiempo, si todas las decisiones son canalizadas hacia la oficina del presidente, pronto él estará recargado de trivialidades y perderá el beneficio de la competencia técnica y la experiencia acumulada de los funcionarios permanentes.

Si las decisiones claves se toman informalmente en reuniones no preparadas, la tendencia a ser complaciente con el presidente y cooperativo con los colegas puede viciar la articulación de verdaderas opciones. Este me pareció un problema en la toma de decisiones durante las administraciones de Kennedy y de Johnson. Por otra parte, si los procedimientos se vuelven demasiado formales, si el presidente es lo suficientemente humilde para subordinar su criterio a un consenso burocrático (como sucedía en la administración Eisenhower), existe el peligro de que, en la práctica, él solamente pueda elegir entre aprobar o desaprobado un único curso de acción recomendado. Como no se le habla de alternativas o de las consecuencias de una desaprobación, un sistema semejante desarrolla una tendencia hacia el mínimo común denominador. Sacrifica propósito a eficiencia administrativa. Esto puede resultar aliviado por ocasionales espasmos de terquedad presidencial, destinados a convencer a otros (y a sí mismo) de su autori-

dad, pero esos estallidos erráticos están condenados a ser temporales, puesto que su negativa a aceptar la recomendación convenida le deja sin alternativa operacional. ✕

Permitir que el presidente hiciera una verdadera elección me parecía esencial, no sólo para establecer una auténtica autoridad presidencial sino, también, para enaltecer su liderazgo dándole la seguridad en sí mismo que proviene de saber que se han considerado todas las alternativas válidas. Poner ante el presidente la gama más completa de opciones y de sus consecuencias probables era, ciertamente, la tarea principal del asesor de seguridad nacional. Ningún presidente puede evitar los fracasos en algunos problemas, alguna vez durante su período en el poder; yo no quería que se dijera jamás que habían ocurrido a causa de acontecimientos que eran previsibles, pero que no habían sido considerados. Con la ayuda de Morton Halperin, un joven colega de Harvard, y del general Andrew Goodpaster, ex asesor del presidente Eisenhower, me puse a trabajar.

El general Goodpaster estaba asignado al equipo de transición de Nixon sobre la base de una licencia temporal de su puesto de comandante delegado en Saigón. Había ayudado a dirigir el sistema del Consejo Nacional de Seguridad durante una parte de la presidencia de Eisenhower, y en esa condición había atraído la atención de Nixon. Graduado en Princeton, pertenecía a la nueva camada de oficiales superiores esclarecidos (si ésta es la palabra) por estudios de postgrado en universidades civiles. La combinación de formación militar y cultura universitaria puede producir, a menudo, un estilo tan metódico que linda con la pedantería, pero también puede dar una perspectiva mucho más amplia que la de otros oficiales de alto rango. Es posible que los militares sobrestimaran la flexibilidad académica de Goodpaster y que los académicos se dejaran llevar por el fenómeno de un general intelectual. Quedaba el hecho de que el general Goodpaster era un hombre de vasta experiencia, gran honradez y considerable habilidad.

A fines de diciembre de 1968, me encontraba preparado para someter mis recomendaciones al presidente electo. El 27 de diciembre le envié un memorándum sobre las fortalezas y las debilidades del sistema anterior, como las veía yo: la flexibilidad, pero la confusión ocasional de los procedimientos de Johnson; la formalidad, pero también la rigidez de la estructura de Eisenhower que ponía al presidente ante un consenso burocrático, pero que no le presentaba verdaderas opciones. Nuestra tarea, sostenía yo allí, era combinar los mejores aspectos de los dos sistemas: la regularidad y eficiencia del Consejo Nacional de Seguridad, unida a procedimientos que aseguraran que el presidente y sus más altos consejeros consideraran todas las alternativas realistas, los costos y beneficios de cada una y las opiniones y recomendaciones separadas de todas las agencias interesadas. El Consejo Nacional de Seguridad tendría que apoyarse en una estructura de subcomités. Como el mismo Consejo, éstos incluirían representantes de todas las agencias involucradas; su tarea sería preparar análisis de política que presentarían los hechos, problemas y opciones. Grupos interdepartamentales que cubrieran temas diferentes serían presididos por un secretario de Estado o (si era apropiado) de Defensa Adjunto. Como en el período de Eisenhower, el asesor de seguridad del presidente presidiría un grupo de análisis que estudiaría estos documentos de inter-agencias antes de presentarlos al Consejo Nacional de Seguridad en pleno, presidido por el presidente.

Hacia el final de mi memorándum aparecía una oración inocua: «La elaborada maquinaria del Consejo Nacional de Seguridad hace innecesario el funcionamiento continuado del Grupo Interdepartamental Superior existente.» Esta propuesta de abolir el Grupo Interdepartamental Superior provocaría una batahola burocrática monumental, la primera en la nueva administración. Aunque esta disputa pueda parecer esotérica, su manejo reveló mucho acerca del estilo del presidente electo y su resultado afectó la percepción de autoridad dentro del gobierno para toda la duración de la presidencia de Nixon.

El Grupo Interdepartamental Superior («SIG» en jerga burocrática) había sido establecido en 1967. Estaba integrado por los más altos funcionarios del gobierno, inmediatamente por debajo del nivel de gabinete (los subsecretarios de Estado, Defensa y Tesoro, el director delegado de la CIA y el jefe del Estado Mayor Conjunto). Lo presidía el subsecretario de Estado. Su función era revisar las opciones a ser presentadas al Consejo Nacional de Seguridad y seguir la realización de las decisiones tomadas. El SIG supervisaba una batería de grupos interdepartamentales que cubrían regiones diferentes del mundo; éstos también estaban presididos por representantes del Departamento de Estado. No es necesario decir que el Departamento de Estado consideraba esta estructura como un gran triunfo burocrático, porque la misma santificaba formalmente la preminencia del Departamento en política exterior. Igualmente pre-

decible era la insatisfacción en cada uno de los demás departamentos. No importaba que el Consejo Nacional de Seguridad se hubiera reunido raras veces en la administración Johnson y que, por lo tanto, el Grupo Interdepartamental Superior hubiese tenido muy poco que hacer. Tampoco importaba que la realización de los almuerzos de los martes, donde se tomaban las decisiones, quedara fuera de la estructura del SIG. Para el Departamento de Estado, su preeminencia, por más hueca y formal que fuera, era un símbolo crucial. Y no estaba desacertado, dada la tendencia de Washington a identificar la realidad del poder con sus apariencias.

Al principio, yo era agnóstico. Antes de una de las primeras reuniones con el presidente electo, había hecho algunas notas estableciendo los requerimientos de mi cargo en la Casa Blanca, como lo veía yo. Estas notas no dejaban ninguna duda de que mi primer instinto era continuar con la estructura existente, puesto que sugería convertirme en miembro ex officio del SIG y que mi equipo participara en los distintos grupos interdepartamentales. El presidente electo no aceptaría nada de esto. Firmemente persuadido de la hostilidad del servicio exterior hacia él, Nixon se negó rotundamente a considerar la conservación del SIG. Mis notas después de una reunión reflejan esta instrucción: «La influencia del Departamento de Estado debe ser reducida.»

El general Goodpaster y el ex presidente Eisenhower adoptaron una línea igualmente fuerte, aunque por razones menos personales. Poco después de mi designación, el general Goodpaster me llevó a visitar al ex presidente, quien estaba en cama en el Hospital Walter Reed, del Ejército. El ex presidente estaba adelgazado por su enfermedad y casi inmovilizado por un marcapasos. Yo no lo había visto nunca hasta entonces, y tenía de él la convencional opinión académica de que era un héroe de guerra genial, pero inarticulado, que había resultado un presidente más bien inefectivo. Dos libros y varios artículos míos deploraban el vacío de liderazgo de su administración, opinión que después modifiqué. Sucesivos ataques cardíacos dejaban pocas dudas de que no le quedaba mucha vida. Pese a eso, su energía me sorprendió. Su sintaxis, que tan torpe parecía en letras de molde, tornábase mucho más gráfica al ser animada por sus ojos fríos, azul profundo, extraordinariamente penetrantes, y al recibir el énfasis de su voz todavía imponente.

Eisenhower insistió en que la estructura del SIG debía terminar, porque el Pentágono jamás aceptaría voluntariamente el dominio del Departamento de Estado en el proceso de la seguridad nacional. O intentaría dejar cabos sueltos o contraatacaría por medio de filtraciones. Él había tenido la fortuna de contar con un secretario de Estado fuerte, pero la influencia de Dulles había derivado de la confianza que le tenía el presidente, y no de la maquinaria del Departamento de Estado. Y pese a toda su admiración por Dulles, él había insistido siempre en retener en la Casa Blanca el control de la maquinaria del Consejo Nacional de Seguridad.

Con el transcurso del tiempo llegué a comprender que el presidente Eisenhower estaba acertado. Las instrucciones de Nixon podían haber sido motivadas por cuestiones personales; no obstante, reflejaban las necesidades presidenciales. Un presidente no debería dejar la presentación de opciones a uno de los departamentos o agencias del gabinete. Como las opiniones de los departamentos están a menudo en conflicto, poner a uno de ellos a cargo de la presentación de opciones sería percibido por los otros como la concesión de una ventaja injusta. Además, la fuerte inclinación de todos los departamentos es reducir el alcance de decisión presidencial, no extenderlo. Están organizados para desarrollar una política preferida, no una gama de opciones. Si se lo obliga a presentar opciones, el departamento típico presentará dos alternativas absurdas como espantajos, rodeando como dos paréntesis su opción preferida, que habitualmente aparece en el medio. Un tomador de decisiones totalmente ignorante podría satisfacer a sus departamentos eligiendo ciegamente la opción 2 de cualesquiera tres elecciones que le sean sometidas. Todo departamento, finalmente, siente terror a un veto del presidente; todos tienen, por lo tanto, un fuerte incentivo para oscurecer sus diferencias. Las opciones tienden a desaparecer en un consenso vacío que al final del día permite a cada agencia o departamento una máxima elasticidad para seguir su preferencia original. Se necesita un equipo presidencial fuerte, dedicado y honesto para asegurar que el presidente tiene ante sí opciones auténticas y no ficticias.

El plan que sometí al presidente electo no era especialmente original. Era, en realidad, el sistema de Eisenhower, inclinado de algún modo a favor del Departamento de Estado, ya que seguía reservando para el Departamento la presidencia de los diversos subcomités. Un sistema similar, pero con un control formal de la Casa Blanca aún mayor, había sido completamente dominado por el secretario de Estado Dulles en la administración Eisenhower.

Sin embargo, en el período de transición no fue ésta la apreciación de los departamentos. El presidente electo reunió a sus más altos designados (William Rogers, Melvin Laird y yo) en Key Biscayne, Florida, el 28 de diciembre de 1968, para discutir mis propuestas organizativas. Característicamente, Nixon había aprobado mi memorándum el día anterior, privando de tema a la reunión, aunque los otros participantes lo ignoraban. Como tantas reuniones de la administración Nixon, la sesión de Key Biscayne tenía su guión determinado por anticipado. Después de un diálogo sin rumbo, Nixon informó a sus futuros colegas de gabinete que había aprobado la estructura esbozada en mi memorándum. No hubo ninguna objeción, lo cual pudo deberse a que los secretarios designados no habían obtenido asesoramiento de equipo o a que el presidente electo presentó sus opiniones en una forma tan elíptica que su significado no fue asimilado de inmediato. Su único cambio fue excluir del Consejo de Seguridad Nacional al director de la Agencia Central de Inteligencia.

Una vez que abandonaron Key Biscayne, Rogers y Laird se retractaron rápidamente. Tal vez por su larga familiaridad con el presidente electo, no consideraban que la aprobación del memorándum por Nixon era definitiva.

El primero en hacerse oír fue Laird, quien en el proceso me sometió por primera vez a su técnica patentada de guerra burocrática: lanzar una cortina de humo de grandes objeciones en las cuales no estaba realmente interesado, pero que reducían el punto que realmente le importaba a proporciones tan pequeñas, que negárselo hubiera parecido positivamente indecente. Aplicando esta táctica, Laird habló conmigo y después elevó un memorándum que señalaba algunos desacuerdos fundamentales con el nuevo sistema propuesto. Objetaba la falta de acceso directo al presidente que tendría la comunidad de inteligencia; temía que el equipo del Consejo Nacional de Seguridad monopolizara el derecho a iniciar estudios; de alguna manera contradictoria, pedía seguridades contra altos funcionarios que «eludirían el CNS e irían directamente al presidente como práctica regular». (Su preocupación principal era evitar que el jefe del Estado Mayor Conjunto ejerciera demasiado al pie de la letra su prerrogativa legal de principal asesor militar del presidente.) Pero cuando me reuní con Laird para cenar en el Sheraton Carlton Hotel de Washington a fin de discutir su memorándum, resultó que él sólo buscaba la participación del director de la CIA en las reuniones del CNS y el derecho a proponer la iniciación de estudios. Estas solicitudes fueron fácilmente satisfechas.

Sin embargo, las objeciones de Rogers apuntaban al corazón del sistema. Rogers comprobó que sus nuevos subordinados asignaban extremada importancia a la presidencia del SIG ejercida por el Departamento de Estado, y a la función de ese grupo como cámara compensadora para todos los asuntos del CNS. Alexis Johnson, recientemente nombrado subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, era el campeón principal del punto de vista del Departamento de Estado. Uno de los más distinguidos funcionarios del Servicio Exterior, hábil, disciplinado, prudente y leal, Alex Johnson representaba con gran capacidad una institución que llegué a admirar: el cuerpo de diplomáticos profesionales que sirven a nuestro país desde el anonimato y con dedicación, sin tener en cuenta la administración, y que, por lo tanto, aseguran la continuidad de nuestra política exterior. Estas mismas cualidades impulsaron a Alex Johnson a alentar a Bill Rogers a que librara una acción de retaguardia en defensa de la preeminencia del Departamento de Estado, aunque cinco minutos de conversación con Nixon hubieran bastado para que no quedara ninguna duda de que el presidente electo no la toleraría jamás.

El 7 de enero escribí al presidente electo para explicar los asuntos en disputa con el Departamento de Estado. El Departamento de Estado proponía seguir siendo el «agente ejecutivo» del presidente para el trazado y conducción de la política exterior. El Departamento de Estado quería controlar el personal de la maquinaria interdepartamental; también insistía en tener autoridad para resolver disputas con otros departamentos y en el derecho a plantear desacuerdos con el CNS. Explicué al presidente electo que los procedimientos que él ya había aprobado correspondían a sus instrucciones. El Departamento de Estado estaría plenamente representado en la nueva estructura del CNS, presidiría los Grupos Interdepartamentales y participaría en el Grupo de Revisión y en el CNS. Sólo la revisión final estaría a cargo de la Casa Blanca, como había ocurrido durante la administración Eisenhower. Aunque yo no había empezado con una preferencia fuerte, no creía que Nixon pudiera permitirse una retirada sobre el tema. Si lo dejaba sin resolver, iniciaría su administración con un enconado enfrentamiento burocrático; si daba marcha atrás, su propia decisión de Key Biscayne alentaría nuevos desafíos.

En este punto experimenté por primera vez dos de los atributos distintivos de Nixon. Nixon

podía ser muy decisivo. Casi invariablemente durante su presidencia, sus decisiones fueron valientes y fuertes, y a menudo tomadas en soledad, contra el consejo de todos los expertos. Pero cuando era posible, Nixon tomaba estas decisiones solitarias sobre la base de memorándums o con unos pocos ayudantes muy íntimos. Aborrecía enfrentarse a colegas con quienes disenta y no era capaz de discutir con un amigo que lo desaprobaba. William Rogers era ambas cosas. Súbitamente, Nixon no estuvo disponible por varios días. Cuando yo lo veía, me decía vagamente que el problema organizativo se resolvería solo, sin indicar cómo, y pasaba a otros asuntos. El público poco oía del nuevo sistema del CNS que tan triunfalmente fuera anunciado tres semanas antes. A fin de llevar las cosas a una definición, el general Goodpaster y yo redactamos una orden y la elevamos para la firma presidencial. En lenguaje burocrático, la titulamos Memorándum de Decisión de Seguridad Nacional 2 (abreviado: NSDM 2) (*). El NSDM 2 establecía formalmente el sistema del CNS siguiendo las líneas que Nixon había aprobado en Kay Biscayne.

Concurrentemente, traté de negociar un arreglo sobre el asunto. Y Goodpaster, yo y mi asistente Larry Eagleburger visitamos el Departamento de Estado para reunirnos con Rogers y su subsecretario designado, Elliot Richardson, en la oficina dispuesta para Rogers durante la transición. Goodpaster defendió enérgicamente la orden. Rogers siguió un libreto repitiendo su insistencia en que el Departamento de Estado encabezara toda la maquinaria del CNS. Richardson empezó del lado de Rogers, pero eventualmente cambió y defendió el NSDM 2 con bastante eficacia. Sospecho que Richardson comprendió que ésa era la preferencia del presidente, y creo que su mente precisa de abogado vio también su sentido y simetría. Sin embargo, Nixon no estaba dispuesto a aceptar el NSDM 2 tal como estaba redactado, ni las objeciones de Rogers. La razón tenía poco que ver con la substancia; el problema básico de él era táctico. Dadas las instrucciones específicas de Nixon, sus fuertes opiniones sobre la necesidad de un sistema de Consejo Nacional de Seguridad, y su profunda desconfianza por el Departamento de Estado, el resultado difícilmente estaba en duda. Pero cómo materializar sus preferencias sin dar una orden directa era otra cuestión. Mientras todos tenían oficinas en el Hotel Pierre de Nueva York, Nixon veía que aun una orden escrita o acción a través de un intermediario (normalmente su método preferido) eran difíciles de llevarse a cabo. Por lo tanto, continuaba envolviéndose en silencio y ambigüedad acerca del tema crucial de nuestra maquinaria de política exterior.

Cuando Nixon volvió a recluirse para trabajar en su discurso inaugural, la situación cambió. La distancia geográfica proveyó el mecanismo para resolver la disputa. Inesperadamente, recibí una llamada telefónica de Haldeman informándome que el presidente electo había decidido firmar el NSDM 2, y que cualquiera que se opusiera debería presentar la renuncia. Era todo el más puro Nixon: una instrucción definida, seguida de exasperante ambigüedad y demoras, que enmascaraban la búsqueda de un medio indirecto de solución, coronado por una decisión súbita, transmitida al perdedor por dos intermediarios consecutivos. Ello también explica por qué sus ayudantes de la Casa Blanca llegaron a desempeñar un papel tan dominante. Ellos eran los amortiguadores que absorbían a interlocutores indeseados, categoría que incluía a cualquiera que quisiera expresar un desacuerdo cara a cara. Ellos transmitían instrucciones impopulares. Ellos soportaban el peso de la ira departamental.

El NSDM 2 fue firmado el 19 de enero y difundido poco después de la toma de posesión del 20 de enero.

A la luz de las firmes convicciones de Nixon, el resultado de esta disputa estaba decidido de antemano. Tampoco fue un crucial otorgamiento de poder a mí, como se ha sostenido a menudo (3). Este incidente fue menos importante en términos de poder real que en apariencia y en lo que preanunciaba acerca de las relaciones del presidente con sus asesores principales. El hecho fue que la contienda terminó en lo que se percibió como una victoria mía, porque me ayudó a establecer mi autoridad desde el comienzo. Además, resultó la primera de aparentemente interminables escaramuzas entre el presidente y su secretario de Estado, tanto más ásperas para ambos desde que cada uno habitualmente encontraba a alguien a quien echarle la culpa del desacuerdo. Fue la futilidad de estas batallas lo que conformó en la práctica, mucho más que en el organigrama, la relativa influencia de los asesores claves de Nixon. Y el verdadero origen de

(*) El NSDM 1 era una instrucción técnica que creaba dos series de órdenes presidenciales: Memorándums de Estudio de Seguridad Nacional (NSSM) y Memorándums de Decisión de Seguridad Nacional (NSDM).

nuestros procedimientos para hacer política estuvo en la determinación de Nixon (anterior a mi designación) de conducir la política exterior desde la Casa Blanca, en su desconfianza por la burocracia existente, unida a la congruencia de su filosofía y la mía, y en la relativa inexperiencia del nuevo secretario de Estado.

Es cierto que la organización hizo más fácil el control de la Casa Blanca. La misma me dio medios de involucrar a mí y a mi equipo en las etapas iniciales de la formulación de políticas. Aunque esto no fue previsto al comienzo, también hizo posibles las negociaciones secretas en las cuales, con el paso del tiempo, me vi cada vez más envuelto. Nixon y yo podíamos usar la maquinaria interdepartamental para educarnos a nosotros mismos encargando documentos de planificación sobre negociaciones que, en lo que hacía a la burocracia, eran hipotéticas; esos estudios nos informaban de la gama de opciones y de lo que podría encontrar apoyo dentro del gobierno. De esa forma, podíamos poner las ideas departamentales en práctica fuera de los canales formales. Por más que pueda parecer extraño, nunca negocié sin una importante contribución departamental, aun cuando los departamentos no supieran lo que yo estaba haciendo. <

Pero en el análisis final, la influencia de un asesor presidencial deriva casi exclusivamente de la confianza del presidente, no de disposiciones administrativas. Mi papel seguramente hubiera sido casi el mismo si hubiese continuado el sistema de Johnson. Mucho cuenta la proximidad; la oportunidad de conferenciar con el presidente varias veces al día es a menudo de importancia decisiva, mucho más que la presidencia de comités o el derecho a presentar opciones. Por razones que deben dejarse a los estudiantes de psicología, todo presidente desde Kennedy parece haber confiado en sus ayudantes de la Casa Blanca más que en su gabinete. Podría deberse a que ellos son más dependientes de él; podría ser que, libres de las presiones de dirigir una gran burocracia, los ayudantes presidenciales pueden atender más plenamente los caprichos presidenciales; podría ser tan simple como la tranquilidad y seguridad psicológica conferida por la proximidad de tener la oficina allí, cruzando el «hall». En el caso de Nixon, el papel de los ayudantes fue magnificado por los hábitos de trabajo del presidente. Nixon tenía tendencia a trabajar por arremetidas. Durante los períodos en que se retraía, contaba con sus ayudantes para que se ocuparan de las decisiones cotidianas; durante los espasmos de extrema actividad, se apoyaba en sus ayudantes para filtrar sus órdenes más impetuosas. Y ellos eran necesarios para evitar las confrontaciones cara a cara que tanto le desagradaban y que tanto temía. Y ellos estaban para proteger a Nixon de órdenes impulsivas o de su tendencia a complacer a los visitantes que recibía. El sistema del equipo de Haldeman no «aislaba» al presidente, como se ha dicho a menudo; Nixon insistía en aislarse; era la única forma en que podía reunir sus recursos psicológicos y en que sus instrucciones podían recibir una revisión sistemática.

En este contexto, el control de la maquinaria interdepartamental y el derecho a presentar opciones en las reuniones del CNS eran útiles, pero no decisivos. Después de todo, las opciones eran preparadas por comités interdepartamentales y habitualmente debatidas en las reuniones del CNS en presencia de todos los principales, cualquiera de los cuales (y aún más devastador, una combinación de ellos) tenía derecho a objetar si la presentación era unilateral. Y había un control todavía más fundamental: un presidente no olvidaría fácilmente un fracaso resultante de una inadecuada presentación de los asuntos.

Eventualmente, aunque no durante el primer año y medio, me convertí en el asesor principal. Hasta fines de 1970 tuve influencia, pero no dominante. A partir de entonces, mi peso aumentó a medida que Nixon fue tratando de eludir las demoras, y a veces la oposición de los departamentos. Queda el hecho de que la maquinaria del CNS fue usada más plenamente antes de que mi autoridad fue confirmada, mientras que, después, las decisiones tácticas se tomaron, cada vez más, fuera del sistema, en conversaciones personales con el presidente.

VOLVIENDO A LO SUBSTANCIAL

En el período de transición, los problemas de substancia aparecen habitualmente como solicitudes de entrevistas o pedidos de continuidad. Casi desde el momento en que fue anunciado mi trabajo, los diplomáticos extranjeros empezaron a pedir entrevistas, impulsados por la necesidad de elevar informes y a fin de obtener un comienzo favorable en sus tratos con la nueva administración. La administración saliente trataba de ganar el apoyo de los nuevos designados para sus preferencias.

Nosotros teníamos un respeto considerable por los miembros principales de la administración, muchos de los cuales habían servido en Washington cinco u ocho años. Hicimos lo posible por facilitarles su transición a la vida privada. Ningún comentario crítico sobre ningún funcionario clave de la administración Johnson salió del equipo de Nixon, ni antes ni después de la toma de posesión. Se hizo un esfuerzo para tratarlos con cortesía y aprovechar sus experiencias; regularmente nos reuníamos con el ex presidente Johnson y algunos de sus asesores, años después de que dejaran los cargos. Más tarde, casi todas las veces que se abría una embajada importante, primero era ofrecida a Dean Rusk; a Cyrus Vance se le pidió que emprendiera una delicada misión.

Pero no podíamos continuar la política exterior por impulso; no estábamos dispuestos a sumergir nuestras dudas acerca de algunas de las tendencias y procedimientos existentes. A este respecto, el problema más penoso fue cómo tratar el continuado esfuerzo de la administración Johnson para arreglar un encuentro en la cumbre entre el presidente saliente y el premier soviético, Alexei Kosygin. El presidente Johnson había usado la ocasión de la firma del Tratado de no proliferación, el 1 de julio de 1968, para anunciar que los dos gobiernos habían accedido a iniciar conversaciones sobre limitación de armas estratégicas. Para el 21 de agosto estaba programado un anuncio conjunto para revelar que esas negociaciones serían lanzadas el 30 de septiembre, en una reunión cumbre entre Kosygin y Johnson, en Leningrado. Este anuncio fue abortado por la invasión soviética de Checoslovaquia.

Sin embargo, la administración Johnson siguió presionando para realizar una reunión cumbre aun después de la invasión de Checoslovaquia y hasta después de las elecciones presidenciales norteamericanas. La Unión Soviética, por su parte, estaba ansiosa de ello. Los soviéticos querían comprometer a Estados Unidos en el principio de limitación de armas estratégicas antes de que el presidente Nixon tomara posesión (entonces podrían culpar a Nixon de cualquier estancamiento, comparándolo con su predecesor); también procuraban purgar la atmósfera diplomática del hedor de la invasión de Checoslovaquia. El 14 de noviembre de 1968, una semana después de la elección de Nixon, el embajador Dobrynin dijo al asesor presidencial Walt Rostow que su gobierno consideraba importante no perder el impulso en las conversaciones sobre cohetes y que era igualmente importante que se creara una buena atmósfera para la ratificación del Tratado de no proliferación. Sería una gran contribución al futuro de las relaciones soviético norteamericanas, agregó Dobrynin, si el presidente Johnson sentaba una base para avanzar rápidamente con la nueva administración. Aunque Rostow replicó que la continuada presencia de tropas soviéticas en Checoslovaquia era un problema, la conversación giró hacia una discusión de una reunión cumbre. Y tan tarde como el 15 de diciembre, el secretario de Defensa, Clark Clifford, en el programa de televisión «Face the Nation» (Cara a la Nación), instaba vigorosamente a una pronta reunión cumbre entre Estados Unidos y la Unión Soviética para lanzar las negociaciones sobre armas estratégicas.

Era imposible no sentirse conmovido por la ansiedad del presidente Johnson de pasar a la historia como autor de un gran avance hacia la paz, mientras que el destino, la personalidad y los acontecimientos le impedían realizar su sueño. Tan brutalmente vilipendiado por una política de Vietnam que parcialmente heredó, era comprensible que el presidente Johnson quisiera dejar el cargo con una nota de esperanza. No obstante, nosotros considerábamos inapropiada una reunión cumbre soviético-norteamericana durante el período de transición. Tampoco un presidente de Estados Unidos debía reunirse con líderes soviéticos a meses de la invasión de Checoslovaquia. El impacto de un gesto semejante habría sido devastador, especialmente en Europa Occidental. Era especialmente insensato para una administración parcialmente incapacitada. Cualquier cosa que se lograra tendría que ser llevada adelante por funcionarios que no habrían intervenido en negociarla o darle forma. La Unión Soviética, con continuidad en sus dirigentes, podría surgir como el intérprete autorizado de cualquier acuerdo alcanzado. Y cualquier cambio de política que la nueva administración pudiera desear introducir, podría ser criticado como una ruptura de un solemne compromiso internacional, o comparado desfavorablemente con su administración predecesora.

Por lo tanto, una de las primeras decisiones tomadas después de que se anunció mi designación el 2 de diciembre, fue descartar una reunión cumbre antes de la toma de posesión. El 8 de diciembre, el asesor de Nixon, Robert Ellsworth, con quien la embajada soviética había mantenido contacto durante la campaña, recibió instrucciones de explicar al encargado de negocios soviético, Yuri N. Chernyakov, que el presidente electo no vería favorablemente una reunión

cumbre antes del 20 de enero. Yo dije lo mismo a Boris Sedov, un agente de la KGB, quien aparentemente había estado encargado de Rockefeller durante la campaña, y que desde entonces se había pegado a mis talones. El 18 de diciembre, Chernyakov entregó a Ellsworth una respuesta soviética en el Plaza Hotel de Nueva York. La nota soviética explicaba que la reunión cumbre había sido propuesta primero por Estados Unidos en julio, luego nuevamente a mediados de septiembre y finalmente a fines de noviembre. Los soviéticos habían supuesto que el presidente electo había sido mantenido al tanto. Ahora que «la situación a este respecto» se había «clarificado», los soviéticos reconocían que era «dificultoso» para ellos juzgar el éxito que hubiera podido tener una reunión cumbre bajo las presentes circunstancias. Chernyakov añadió que se sentiría complacido de transmitir a Moscú una respuesta del presidente electo. No hubo ninguna respuesta. Fue el fin de la idea de la reunión cumbre.

Los contactos con Sedov continuaron esporádicamente. Su mayor preocupación era que Nixon incluyera algo en su discurso inaugural en el sentido de que mantenía abiertas las líneas de comunicación con Moscú. Decía que eso sería bien recibido en el Kremlin. No estaba claro si esta solicitud reflejaba un intento de Sedov de demostrar su influencia a sus superiores de Moscú o si se trataba de un intento político serio del Politburó. En cualquier caso, no vi ningún inconveniente en ello. El discurso inaugural de Nixon proclamó a todas las naciones que «durante esta administración nuestras líneas de comunicación estarán abiertas» y ofreció otras expresiones, ahora comunes, de nuestra devoción por la paz (4).

Otro problema del período de transición resultó en gran parte autoinfligido: la llamada misión Scranton.

Había visto brevemente a William Scranton durante su abortado intento por la presidencia en 1964. Después llegué a trabajar en estrecho contacto con él cuando fue nuestro embajador ante las Naciones Unidas. Lo encontré dedicado y capaz. Reacio a dedicarnos todo su tiempo, siempre estaba disponible para asesoramiento y misiones especiales. A principios de diciembre de 1968, Nixon lo envió durante nueve días a seis países de Medio Oriente, como enviado personal. Después de cruzar el puente Allenby desde Jordania hacia la orilla occidental en poder de Israel, el 9 de diciembre, Scranton habló a los reporteros en Jericó y añadió una nueva expresión al vocabulario de la diplomacia del Medio Oriente: «Es importante que la política de Estados Unidos se vuelva más equitativa» en el área, proclamó, añadiendo que por «equitativa» quería decir que Estados Unidos debía tratar «con todos los países del área y no necesariamente con uno». Cuando Scranton llegó a Roma el 11 de diciembre, anunció que la administración Nixon trazaría un nuevo «plan de paz» para Medio Oriente. Esto provocó conmoción en Israel, e hizo que Ronald Ziegler, portavoz de prensa de Nixon, declarara ese mismo día que los comentarios sobre una política «equitativa» y un nuevo «plan de paz» no eran necesariamente los del presidente electo. Pero cuando Scranton regresó el 13 de diciembre para informar a Nixon, dio después una conferencia de prensa y, siendo un hombre de convicciones, repitió su declaración de que Estados Unidos debía tener «una política más equitativa» en Medio Oriente. Oleadas de alarma recorrieron Israel y sacudieron a los defensores de Israel en Estados Unidos. Tuvimos una oportunidad de calmar la situación cuando Nixon y yo nos reunimos el 13 de diciembre con el ministro de Defensa israelí, Moshe Dayan. Compartiendo el deseo de Nixon de no iniciar la nueva administración con una disputa entre Estados Unidos e Israel, Dayan negó públicamente informaciones ofiosas en el sentido de que Israel estaba disgustado con la visita de Scranton. Su gobierno pensaba, explicó Dayan ambiguamente a la prensa, que Scranton partió de Israel con «una mejor apreciación de las cosas». El incidente de Scranton quedó atrás, pero la dura roca de un punto muerto en el Medio Oriente persistía.

No fue ésta nuestra única exposición a las complejidades de Medio Oriente. El 17 de diciembre, el presidente electo reunióse con el emir de Kuwait ante el insistente pedido del presidente Johnson, quien, acertadamente, hizo una cuestión personal de que su último visitante oficial fuera recibido también por Nixon. La ocasión fue notable, principalmente porque me dio mi primera oportunidad de preparar al presidente electo para una reunión de alto nivel, prueba en la que fracasé sin gloria. Yo suponía que el conflicto árabe-israelí estaría en primer lugar entre las preocupaciones del emir, y preparé un erudito memorándum sobre el tema. Desafortunadamente, el emir no hubiera podido estar menos interesado. El deseaba saber qué planes tenía la nueva administración para el Golfo Pérsico después de que el Reino Unido hubiera desocupado el área, como se había anunciado que lo haría en 1971. ¿Cuáles era las intenciones norteamericanas si, por ejemplo, Irak atacaba a Kuwait? Nixon me dirigió la mirada vidriosa que reservaba

para las ocasiones en las cuales, en su opinión, la ineptitud de sus asesores lo colocaba en una posición incómoda. Varonilmente, replicó que tendría que estudiar la cuestión, pero que, por supuesto, nosotros estábamos interesados en la integridad territorial de todos los estados del área; qué medidas tácticas adoptaríamos, dependería, naturalmente, de las circunstancias. El emir pareció satisfecho con esta délfica declaración.

Más tarde aprendí a mejorar mis pronósticos, si era necesario, preguntando por adelantado al visitante qué temas tenía intención de plantear a Nixon.

En el período de transición, una nueva administración debe tener cuidado de no intervenir en las operaciones cotidianas de política exterior. Pero puede hacer gestos para establecer una atmósfera positiva. A principios de enero, el presidente electo envió cálidas cartas al presidente Charles de Gaulle, al primer ministro Harold Wilson, el canciller Kurt Kiesinger y al secretario general de la OTAN, Manlio Brosio, afirmando la prioridad que pensaba asignar al fortalecimiento de los vínculos atlánticos. También enviáronse amistosos mensajes al primer ministro japonés Eisaku Sato, al presidente Josip Broz Tito y al Papa Paulo VI.

La iniciativa diplomática más importante del período de transición fue hacia Hanoi. Por sugestión mía, el presidente electo inició dos intercambios con los norvietnamitas a fines de diciembre y principios de enero, que acentuaban nuestra disposición a emprender negociaciones serias. El intermediario fue mi amigo Jean Sainteny, ex delegado general francés en Hanoi. Estos contactos resultaron abortados debido a que los norvietnamitas, habiendo logrado un alto unilateral en los bombardeos, inmediatamente plantearon la exigencia de que Estados Unidos derrocará el gobierno de Saigón.

Vietnam fue, en realidad, el tema de nuestra principal equivocación durante la transición. Era como si Vietnam tuviera una capacidad congénita para oscurecer el discernimiento norteamericano. Unos pocos días antes de la toma de posesión, hicimos posible para los negociadores arreglar el estancamiento que venía entorpeciendo la iniciación de negociaciones formales desde el 1 de noviembre: la disputa sobre la forma de la mesa de negociaciones y la designación de las partes que habrían de sentarse a su alrededor. No era esto un asunto trivial; era de gran significado simbólico para nuestros aliados survietnamitas, quienes, considerándose ellos mismos el gobierno legítimo, no estaban dispuestos a conferir un status igual al brazo armado de Hanoi en el sur, el Frente de Liberación Nacional. Durante tres meses, por lo tanto, Saigón habíase resistido a la propuesta de Hanoi de una mesa de cuatro lados en torno de la cual Hanoi, el FLN, Saigón y Estados Unidos tendrían cada uno un status igual. Con esta propuesta Hanoi pretendía usar el comienzo de las negociaciones para establecer el FLN como un gobierno alternativo.

A mediados de enero, la Unión Soviética ofreció súbitamente una transacción en nombre de los norvietnamitas. Rápidamente se llegó a un acuerdo para una mesa circular sin placas con nombres, ni banderas, ni marcas, arreglo lo suficientemente ambiguo para que los comunistas hablaran de cuatro lados y Estados Unidos y Vietnam del Sur de dos (los aliados contra los comunistas). El motivo de los comunistas era transparente. Si el estancamiento continuaba hasta la nueva administración, el nuevo presidente, cuyos pronunciamientos públicos sonaban ciertamente belicosos, podría suspender el alto en los bombardeos. Si el estancamiento se superaba después de la toma de posesión, la nueva administración podría usar este signo de «progreso» para fortalecer su apoyo público y, en consecuencia, su resistencia contra la guerra psicológica que Hanoi se disponía a lanzar en contra de ella. El arreglo con una administración saliente en sus últimos días en funciones habría de resolver ambos problemas para los norvietnamitas.

Para nosotros hubiera sido fácil alentar a los survietnamitas a que se resistieran y bloquearan el acuerdo hasta después de la toma de posesión. Saigón lo haría de todos modos, aun si nosotros no decíamos nada. Pero Bill Rogers autorizó al secretario de Estado Rusk a informar a Saigón que el presidente electo exhortaba a aceptar la transacción *antes* de la toma de posesión. Y Nixon, pese a mi insistencia, no creyó que podía echarse atrás en este compromiso. Así, a la administración saliente se le dio, en sus últimos días en funciones, una oportunidad de celebrar un éxito. El éxito carecía de significado en sí, porque como había previsto Hanoi, debilitaba al nuevo gabinete condenándolo a un inmediato estancamiento que no tardaría en reavivir el debate doméstico. No hubieron muchas semanas hasta que Nixon fue acusado de inflexibilidad como consecuencia de los insuficientes progresos substanciales en las negociaciones.

El período de transición resultó demasiado breve; siempre lo es. A mediodía del 20 de enero,

bajo el viento frío que barría la plataforma sobre la escalinata del Capitolio, observé a Nixon prestar juramento a su cargo. Ahora nos tocaba a nosotros, los que asumíamos nuestras nuevas obligaciones con esperanzas, pero también con cierto pavor, tomar las decisiones que podrían conformar el futuro de nuestro país y determinar las perspectivas de paz y libertad en el mundo.

Capítulo III

LAS CONVICCIONES DE UN ESTADISTA APRENDIZ

UNA PERSPECTIVA DE HISTORIADOR

El momento de responsabilidad es profundamente esclarecedor, especialmente para alguien de formación académica. Obligado súbitamente a hacer la transición de reflexión a decisión, debí aprender la diferencia entre una conclusión y una política. Ya no bastaba ser plausible en argumentos; había que ser convincente en acción. Los problemas ya no eran teóricos; los interlocutores ya no eran polemistas en un debate sino países soberanos, algunos de los cuales poseían fuerza física para hacer prevalecer sus opiniones.

Todo estadista es, en parte, prisionero de la necesidad. Se ve enfrentado a un ambiente que él no creó, y está conformado por una historia personal que ya no puede cambiar. Es una ilusión creer que los dirigentes ganan en profundidad a medida que ganan en experiencia. Como he dicho, las convicciones que los líderes han adquirido antes de llegar a los altos cargos son el capital intelectual que consumirán mientras estén en funciones. Los líderes tienen poco tiempo para reflexionar. Se encuentran atrapados en una batalla interminable, en la que lo urgente se impone constantemente a lo importante. La vida pública de toda figura política es una lucha continua para rescatar un elemento de opción de la presión de las circunstancias.

Cuando asumí mis funciones, llevaba conmigo una filosofía formada en dos décadas de estudio de la historia. La historia no es, desde luego, un libro de cocina que ofrece recetas ya probadas. Enseña por analogía, no por aforismos. Puede ilustrar las consecuencias de las acciones en situaciones comparables; empero, cada generación debe descubrir por sí misma qué situaciones son, en realidad, comparables. Ninguna disciplina académica puede aliviarnos de la carga de las decisiones difíciles.

He escrito un libro y varios artículos sobre la diplomacia del siglo diecinueve. Mi motivación era comprender el proceso por el cual Europa, después de las guerras napoleónicas, estableció una paz que duró un siglo; también quería saber por qué esa paz se derrumbó en 1914. Pero nunca llegué a concebir que los esquemas y estrategias de períodos anteriores pudieran aplicarse al presente al pie de la letra. Al asumir mis funciones, estaba convencido de que el pasado nos enseñaría algunas lecciones importantes. Pero también era consciente de que entrábamos en un período para el que no había precedentes: en la capacidad de destrucción de las armas, en la velocidad de difusión de las ideas, en el impacto global de las políticas exteriores, en la posibilidad técnica de realizar los antiquísimos sueños de mejorar la condición de la humanidad.

Si algo enseña la historia, es que no puede haber paz sin equilibrio, ni justicia sin contención o moderación. Pero yo creía, igualmente, que ninguna nación podía enfrentar, o siquiera definir sus opciones, sin una brújula moral que marcara un rumbo a través de las ambigüedades de la realidad y diera, de esa forma, significado a sus sacrificios. La disposición a caminar sobre esta fina línea marca la diferencia entre la percepción de la moralidad que tiene el estadista y la que tiene el académico, o cualquier otro extraño. Este último piensa en términos absolutos; para él, lo correcto y lo incorrecto están definidos en su concepción. El líder político no puede darse ese lujo. Puede, muy raramente, alcanzar su meta sin hacerlo por etapas; cualquier paso parcial es inherentemente imperfecto en lo moral y, sin embargo, sin él es imposible aproximarse a la

moralidad. La prueba del filósofo es el razonamiento detrás de sus máximas; la prueba del estadista es no solamente la concreción de sus objetivos, sino la catástrofe que evita. La humanidad nunca sabrá de lo que se ha librado a causa de riesgos evitados o de acciones tomadas que impidieron consecuencias desastrosas, por lo menos porque, una vez evitadas, las consecuencias no pueden ser demostradas. Por lo tanto, el diálogo entre el académico y el estadista es probable que sea siempre inconcluyente. Sin filosofía, la política no tendrá normas; pero sin la disposición a escrudñar en la oscuridad y arriesgar algunos pasos vacilantes en la incertidumbre, la humanidad nunca conocerá la paz.

La historia no conoce posadas ni lugares de descanso. Todas las acciones de las que nos informa la historia pasaron por periodos de declinación. Empero, hay un margen entre necesidad y accidente, en el cual el estadista, por medio de perseverancia e intuición, debe optar y conformar de esa forma el destino de su pueblo. Ignorar las condiciones objetivas es peligroso; ocultarse tras la inevitabilidad histórica equivale a abdicación moral, es descuidar los elementos de fortaleza e inspiración que a través de los siglos han sostenido a la humanidad. La responsabilidad del estadista es luchar contra la transitoriedad y no insistir en ser pagado en la moneda de la eternidad. Podrá saber que la historia es la enemiga de la permanencia, pero ningún líder tiene derecho a la resignación. Él le debe a su pueblo luchar, construir, crear y resistir a la decadencia que amenaza a todas las instituciones humanas.

LA EXPERIENCIA NORTEAMERICANA

Llegué a las altas funciones en un periodo especialmente complejo de nuestra vida nacional. En la vida de las naciones, como en la de los seres humanos, a menudo se llega a un punto donde las posibilidades aparentemente ilimitadas de la juventud se reducen súbitamente y hay que aceptar el hecho de que ya no todas las opciones están abiertas. Esta noción puede inspirar un nuevo ímpetu creativo, menos inocente quizá que la ingenua exuberancia de los primeros años, pero más complejo y, al final, más permanente. Nunca es fácil el proceso de aceptación de los propios límites. Puede terminar en desesperación o en rebelión; puede producir un odio a uno mismo que convierte las transacciones inevitables en una sensación de falta de adecuación.

Norteamérica atravesó un periodo semejante de dudas y de odio a sí misma a fines de los años sesenta. El desencadenante fue la guerra de Vietnam. Fue un conflicto en el que se entró gradualmente durante dos administraciones, y que, para 1969, había resultado en más de 31.000 norteamericanos muertos, sin perspectivas de pronta solución. Empezó con abrumadora aprobación del público y del congreso, pero esa aprobación evolucionó primero hacia el escepticismo y luego hacia una rebelión crecientemente hostil. Para demasiados, una guerra para resistir la agresión se convirtió en un símbolo de la maldad norteamericana fundamental. Una década que empezó con la audaz declaración de que Norteamérica pagaría cualquier precio y soportaría cualquier carga para asegurar la supervivencia y el triunfo de la libertad, terminaba en una agonía de asesinatos, disturbios urbanos y violentas demostraciones. Los años sesenta señalaban el fin de nuestra inocencia; esto era indudable. Lo que quedaba por determinar era si podríamos aprender de esta experiencia o si consumiríamos nuestra esencia rebelándonos contra la realidad de nuestra madurez.

La agitación de los años sesenta fue aún más perturbadora para los norteamericanos porque llegó al finalizar un extraordinario periodo de realizaciones norteamericanas. Habíamos construido alianzas que preservaban la paz y alentaban el crecimiento de democracias industriales en América del Norte, Europa Occidental y Japón. Habíamos ayudado a crear instituciones económicas internacionales que alimentaron una prosperidad global durante una generación. Habíamos promovido la descolonización y encabezado la ayuda al desarrollo de nuevas naciones. En un planeta encogido por las comunicaciones y la tecnología, en un mundo que, o estaba devastado por la guerra o luchando en los primeros pasos de la nacionalidad, Estados Unidos tenía todos los motivos para sentirse orgulloso de su contribución global, su energía, su idealismo y sus realizaciones perdurables.

Quedaba el hecho de que al finalizar veinte años de esfuerzos, Norteamérica no estaba en paz consigo misma. El consenso que había sostenido nuestra política exterior de posguerra habíase perdido. Los hombres y mujeres que habían apoyado nuestros logros y compromisos internacionales estaban desmoralizados por lo que consideraban nuestro fracaso en Vietnam.

Demasiados de nuestros jóvenes se rebelaban contra los triunfos de sus padres, atacaban lo que decían era una extensión excesiva de nuestros compromisos y se burlaban de los valores que habían animado las realizaciones. Estaba creciendo un nuevo aislacionismo. Mientras que en los años veinte nos habíamos retirado del mundo por considerarnos demasiado buenos para él, el insidioso tema de los años sesenta era que debíamos retirarnos del mundo porque éramos demasiado malos para ese mismo mundo.

No debe sorprender que las dudas norteamericanas resultaran contagiosas; es difícil para las naciones extranjeras tener más confianza en otro país que en ellas mismas. Los intelectuales europeos empezaron a decir que la Guerra Fría era causada por la política norteamericana, además de la soviética, y exhortaron a sus gobiernos a romper el círculo vicioso por medio de iniciativas de paz propias. Muchos líderes europeos, atendiendo a ese estado de ánimo, se convirtieron en fervientes abogados de la *détente*, desempeñando el papel de «puente» entre este y oeste, visitando Moscú, explorando vínculos con Pekín, instando al desarme y al comercio entre este y oeste.

Estas protestas estuvieron todas muy bien hasta que Estados Unidos, a fines de los años sesenta, empezó a tomarlas en serio y a adoptar la política en ellas implícita. Súbitamente, los estadistas europeos invirtieron el rumbo. Ahora se mostraban temerosos de un condominio soviético-estadounidense, de una «Super Yalta» donde los líderes norteamericanos y soviéticos arreglarían los asuntos globales pasando sobre las cabezas de los gobiernos europeos. En el año de la invasión soviética a Checoslovaquia, Estados Unidos fue acusado por muchos de sus aliados de ser a un mismo tiempo demasiado belicoso en el Sudeste Asiático y demasiado complaciente en sus tratos con la Unión Soviética. Esta ambivalencia corroía la unidad de la O.T.A.N. Acobardada por los acontecimientos en Checoslovaquia, presionada por la opinión pública hacia la conciliación, impulsada por la convicción de fortalecer la seguridad, la Alianza Occidental quedó inmovilizada, como un barco muerto en el agua.

Una incertidumbre similar marcó nuestras otras políticas. Por dos décadas, nuestros contactos con China habían estado limitados a recriminaciones recíprocas en esporádicos encuentros de embajadores en Varsovia. El Medio Oriente estaba en situación explosiva, pero después de la guerra de 1967 no había ninguna diplomacia en marcha. Nuestras divisiones domésticas impedían las iniciativas decisivas. Norteamérica parecía reducida a la pasividad en un mundo en el cual, con todas nuestras dudas en nosotros mismos, solamente nuestro poderío podía ofrecer seguridad, solamente nuestra dedicación podía sostener la esperanza.

En mi opinión, enfrentábamos un problema más profundo. Vietnam no fue una causa de nuestras dificultades sino un símbolo. Nos hallábamos en un período de penosas adaptaciones a una transformación profunda de la política global; se nos obligaba a aceptar la realidad de la tensión entre nuestra historia y nuestras necesidades. Durante dos siglos, la participación de Norteamérica en el mundo pareció oscilar entre exceso de intervención y exceso de retraimiento, entre esperar demasiado de nuestra fuerza y sentirnos avergonzados de ella, entre una optimista exuberancia y la frustración ante las ambigüedades de un mundo imperfecto. Yo estaba convencido de que la causa más profunda de nuestra inquietud nacional era la comprensión (si bien todavía débilmente percibida) de que estábamos asemejándonos a otras naciones en la necesidad de reconocer que nuestro poderío, si bien vasto, tenía límites. Nuestros recursos no eran ya infinitos en relación a nuestros problemas; en cambio, teníamos que establecer prioridades, tanto intelectuales como materiales. En los años cincuenta y sesenta habíamos intentado soluciones definitivas a problemas específicos; ahora nuestro desafío era dar forma a un mundo y a un papel norteamericano al que estuviéramos permanentemente comprometidos, y que ya no podría seguir apoyándose en la ilusión de que nuestros esfuerzos tenían un punto terminal.

Cualquier Administración elegida en 1968 habría enfrentado este problema. Era una tarea colosal en las mejores circunstancias; la guerra de Vietnam la convertía en una empresa desgarradora y angustiante.

Nuestra historia nos preparó mal. Irónicamente, nuestros Padres Fundadores fueron estadistas sofisticados que entendieron el equilibrio de poder europeo y lo manejaron brillantemente, primero para obtener la independencia norteamericana y después para preservarla. La perspicaz diplomacia de Franklin y Jefferson comprometió a los enemigos de Gran Bretaña (Francia, España y Rusia) a favor nuestro; fortalecida así nuestra posición negociadora, John Jay se aseguró el reconocimiento de la Corona Británica y liquidó los problemas residuales de nuestra

guerra con Inglaterra. En ese punto, sin embargo, dentro de las mejores tradiciones del equilibrio de poder europeo, nos separamos de nuestros aliados temporales y seguimos nuestro propio camino. Durante más de tres décadas después de la independencia, vivimos precariamente, como otras naciones. Llegamos al borde de la guerra con Francia y soportamos la toma de nuestra capital por fuerzas británicas. Pero nos movimos con sagacidad para aprovechar las nuevas oportunidades. La eliminación efectiva de Francia y España del Hemisferio Occidental, el nuevo peligro de la expansión rusa en el Pacífico noroccidental, y el creciente alejamiento de Gran Bretaña de las naciones europeas nos llevó, en 1823, a concertar la Doctrina Monroe con Gran Bretaña y excluir de nuestro hemisferio el poderío europeo.

La perspectiva de Gran Bretaña era la del equilibrio europeo. El primer ministro Canning percibía que la Doctrina Monroe «llamaba a la existencia al Nuevo Mundo para corregir el equilibrio del Viejo». Pero en el Nuevo Mundo, significaba que éramos libres de volver nuestras espaldas a Europa y dedicar nuestras energías a abrir el continente hacia el oeste. Durante los cien años de Waterloo a 1914, estuvimos escudados por nuestra lejanía geográfica y el poderío naval británico, que mantenía la estabilidad global.

Mientras Estados Unidos crecía en fuerza y las rivalidades europeas se centraban en Europa, África y Asia, los norteamericanos llegamos a considerar al aislamiento conferido por los dos grandes océanos como la pauta normal de las relaciones exteriores. Con bastante arrogancia, atribuimos enteramente nuestra seguridad a la superioridad de nuestras creencias en vez de al peso de nuestro poder o a los afortunados accidentes de la historia y la geografía. Después de la conmovición napoleónica, Norteamérica mantúvose apartada de los conflictos europeos de todo el siglo diecinueve, aunque para redondear nuestro territorio y mantener nuestra unidad nacional, libramos tantas guerras como cualquier país europeo y probablemente sufrimos más bajas. Pero estas guerras no eran vistas en términos de un concepto de relaciones internacionales; para los norteamericanos, reflejaban el imperativo de un destino manifiesto.

Los norteamericanos, fueran descendientes del Mayflower o refugiados de las fallidas revoluciones de 1848, llegamos a creernos inmunes a las necesidades que impulsaban a otras naciones. Había también, desde luego, una vena pragmática y realista. La percepción del papel del poderío marítimo que tenía el almirante Mahan demostraba que los norteamericanos podían pensar profundamente en términos geopolíticos. Los métodos por los que adquirimos las Filipinas y el Canal de Panamá demostraron que la política de fuerza no estaba del todo abandonada. No obstante, el pensamiento político norteamericano había llegado a mirar cada vez con más recelo la diplomacia. Las armas y las alianzas eran consideradas inmorales y reaccionarias. Las negociaciones eran tratadas menos como un medio de reconciliar nuestros intereses con nuestros ideales que como una trampa para enredarnos en las interminables reyertas de un mundo moralmente cuestionable. Nuestra innata inclinación a la rectitud e integridad, nuestro instinto por la política abierta y ruidosa, nuestra desconfianza por los modales europeos y las élites continentales, se unían para producir una creciente impaciencia con los métodos estilizados de la diplomacia europea y su tendencia a los compromisos ambiguos. En su momento, hasta la compra de Alaska, que terminó sacando a los rusos de nuestro continente, fue considerada una colosal locura, explicable solamente por la credulidad norteamericana frente a las maquinaciones diplomáticas del Viejo Mundo. Sólo con enormes dificultades se logró persuadir al Congreso para que aprobara los siete millones de dólares a fin de cerrar el negocio.

La mitología de la insidiosa superioridad extranjera en las artes de la diplomacia se ha prolongado hasta el siglo veinte. Will Rogers estaba seguro de obtener siempre una carcajada cuando decía: «Norteamérica nunca perdió una guerra y nunca ganó una conferencia».

De esa forma, Norteamérica ingresó en el siglo veinte muy falta de preparación para el papel que le tocaría desempeñar. La perspicaz inteligencia con la que nuestros Padres Fundadores aseguraron nuestra independencia estaba olvidada; se despreciaban las técnicas con las que todas las naciones deben preservar sus intereses. Como observara Lord Bryce en 1888 en *The American Commonwealth*, Norteamérica había estado navegando «en un mar estival», pero un banco de nubes asomaba «en el horizonte y ahora ya no está lejos una época de nieblas y sombras, donde pueden ocultarse peligros, cuya forma y magnitud, ella (Norteamérica) difícilmente puede conjeturar».

Aunque Norteamérica no comprendería sus consecuencias por muchas décadas, la Pax Británica en la que habíase apoyado tanto tiempo estaba terminando. Nos habíamos desarrollado hasta convertirnos en la mayor potencia económica del mundo; y rápidamente estábamos

convirtiéndonos en la única nación democrática con poderío suficiente para mantener un precario equilibrio mundial.

Nuestra entrada en la Primera Guerra Mundial fue el resultado inevitable de nuestro interés geopolítico en mantener la libertad de los mares y evitar la dominación de Europa por una potencia hostil. Pero fieles a nuestra tradición, elegimos interpretar nuestra participación en términos legales e idealistas. Libramos la guerra «para terminar con todas las guerras» y «hacer al mundo seguro para la democracia». La desilusión, inevitable con un resultado imperfecto, desató la marea de aislacionismo. Volvimos a caer en nuestra preferencia por la ley en repetidos intentos de legislar un final para los conflictos internacionales: mecanismos automáticos para la seguridad colectiva, nuevos planes de desarme, el pacto Kellog-Briand para eliminar la guerra. Nuestra negativa a aceptar que la política exterior debe empezar por la seguridad nos llevó, en los años entre las dos guerras, a tratar a aliados como rivales cuyos armamentos tenían que ser limitados porque las armas, por definición, contribuían a las tensiones internacionales. Buscamos chivos emisarios (los llamados «fabricantes de municiones») para explicar por qué nos habíamos metido en una empresa tan sórdida como la Primera Guerra Mundial. Los servicios de inteligencia eran considerados indignos, cuando no una amenaza a nuestras libertades. La actividad económica era considerada la única forma defendible de intervención norteamericana en el extranjero; sus objetivos eran humanitarios, ejemplificados por los esfuerzos de ayuda de Herbert Hoover, o esencialmente pasivos: comercio libre, como abogaba Cordell Hull.

Más tarde, cuando el totalitarismo estaba en ascenso y todo el orden internacional se encontraba amenazado, nos aferramos a nuestro aislacionismo, que se había transformado de una preferencia política en una convicción moral. Virtualmente, abandonamos las precauciones básicas necesarias para nuestra seguridad nacional. Sólo con grandes dificultades pudo el presidente Roosevelt tomar las primeras medidas contra la amenaza creciente, ayudando a Gran Bretaña por medio de subterfugios y reconstruyendo nuestro poderío militar. La Segunda Guerra Mundial ya estaba bien avanzada cuando fuimos sacudidos y arrancados del aislacionismo por un ataque sorpresa contra territorio norteamericano. Pero después, absorbidos por la victoria total, desechamos la noción de que la seguridad del mundo de posguerra podría depender de una suerte de equilibrio de poder. Así, nos sentimos muy sorprendidos por las consecuencias inmediatas de la guerra. El hecho central del período de posguerra fue que la destrucción de Alemania e Italia y el agotamiento de Gran Bretaña y Francia atrajeron el poderío soviético hacia el corazón del continente Europeo y, por un tiempo, Europa Occidental pareció quedar a merced de la Unión Soviética. La renovada hostilidad ideológica de Moscú desafiaba cada vez más nuestras cómodas suposiciones de épocas de guerra acerca de la armonía internacional de posguerra. Y nuestros hombres de ciencia habían desencadenado la fuerza del átomo, provocando una revolución en armamentos que distinguió a nuestra época de todo lo sucedido antes.

Cuando Dean Acheson dijo que él estaba «presente en la creación», no se refería solamente a la creación de nuestra política exterior de posguerra, sino a una nueva era de nuestra historia. Después de dos guerras mundiales en este siglo, las responsabilidades y cargas del liderazgo mundial resultaban ineludibles. Estados Unidos habíase convertido, a pesar suyo, en el guardián del nuevo equilibrio. El mérito perdurable de esa generación de norteamericanos es que asumieron esa responsabilidad con energía, imaginación y habilidad. Al ayudar a la reconstrucción de Europa y alentar su unidad, al dar forma a instituciones de cooperación económica y extender la protección de nuestras alianzas, ellos salvaron las posibilidades de la libertad. Este estallido de creatividad es uno de los momentos gloriosos de la historia norteamericana.

Empero, este período de exuberancia estaba destinado a terminar, aunque no fuera más que porque inevitablemente nos encontramos con las consecuencias de nuestro éxito. La recuperación de Europa y Japón requirió ajustes en nuestras relaciones de alianza; era seguro que el mundo en desarrollo de nuevas naciones, cuya independencia habíamos promovido, reclamaría una participación mayor en la prosperidad global. Y nada que hubiéramos podido hacer hubiese impedido que la Unión Soviética se recuperase de la guerra y se afirmara en su nuevo poderío. Nuestros primeros éxitos de posguerra no nos equiparon para una nueva era de problemas más complejos. Nuestros programas iniciales, como el Plan Marshall y el Punto Cuatro, expresaban nuestro idealismo, nuestro *know-how* técnico y nuestra habilidad para superar problemas con recursos. En un sentido, estábamos aplicando los preceptos de nuestro propio *New Deal*, y esperábamos que los conflictos políticos se disolverían en el progreso económico. Así fue en Europa y las partes de Asia donde existían estructuras políticas; lo sería menos en las

numerosas naciones nuevas. En el mundo bipolar relativamente simple de la Guerra Fría, nos mantuvimos firmes frente a la presión y el chantaje en Berlín, en Corea, en Berlín otra vez y finalmente durante la crisis de los misiles en Cuba. Esos fueron éxitos. Pero en un sentido importante, sólo habíamos empezado a arañar la superficie del problema de largo alcance de nuestras relaciones con la Unión Soviética en la era termonuclear, que pronto produciría desafíos más ambiguos.

Nuestro problema más profundo era conceptual. Debido a que se creía que la paz era «normal», se esperaba que muchos de nuestros grandes esfuerzos internacionales traerían un resultado final, restableciendo la normalidad al superar un obstáculo interpuesto. De los programas para la recuperación económica europea se esperaba que traerían prosperidad duradera. Los esfuerzos para consolidar la seguridad apuntaban a un arreglo definitivo con la Unión Soviética. Esto estaba implícito en el concepto de «contención» que expresaba nuestra política de posguerra hacia la Unión Soviética (1).

Según el famoso artículo de George Kennan publicado en *Foreign Affairs* en 1947 y firmado «X», nuestra tarea era resistir los avances soviéticos con contrafuerza, esperando pacientemente el ablandamiento del sistema soviético. Según se aplicó en la diplomacia de Dean Acheson, y hasta cierto grado en la de John Foster Dulles, debíamos aguardar hasta que hubiéramos acumulado fuerzas para contener la agresión soviética, especialmente el ataque a Europa Central que ocupaba nuestro pensamiento estratégico. Después de que se hubiera logrado la contención, empezaría a actuar la diplomacia. «Lo que debemos hacer», dijo el secretario de Estado Acheson, «es crear situaciones de fuerza; debemos construir fuerza, y si creamos esa fuerza, creo que toda la situación en el mundo empieza a cambiar... con ese cambio viene una diferencia en las posiciones negociadoras de las diversas partes, y de ello esperaría que surgiera de parte del Kremlin una disposición a aceptar los hechos...» (2).

Esta definición de contención trataba la fuerza y la diplomacia como dos fases o elementos distintos de la política. Apuntaba a una negociación definitiva pero no suministraba ninguna guía sobre el contenido de esas negociaciones. Sugería que la fuerza era evidente por sí misma y que una vez que empezaran las negociaciones, su contenido también sería evidente por sí mismo. No respondía la pregunta de cómo se demostraría la situación de fuerza en ausencia de un ataque directo a nosotros o a nuestros aliados. Tampoco aclaraba qué sucedería después de que hubiéramos alcanzado una posición de fuerza si nuestro adversario, en vez de negociar, se dedicaba a erosionarla o a amenazar nuestros flancos.

Esta política de contención fallaba de tres maneras. Primero, nuestra concepción excesivamente militar del equilibrio de poder (y su corolario, la política de postergar las negociaciones para un arreglo de posguerra), paradójicamente, dio tiempo a la Unión Soviética para consolidar sus conquistas y corregir el equilibrio nuclear. Es cierto que en el período de inmediata posguerra los ejércitos soviéticos en Europa Central eran mucho más grandes que las fuerzas desplegadas contra ellos; Europa Occidental se hallaba postrada y Estados Unidos estaba desmovilizado. Pero la fuerza verdadera de la Unión Soviética no era más que una fracción de la nuestra. La Unión Soviética estaba agotada por cuatro años de guerra y 20 millones de bajas. Nosotros teníamos un monopolio atómico y, durante veinte años, tuvimos una vasta superioridad nuclear. Nuestro poderío relativo nunca fue mayor que al comienzo de lo que pronto se denominaría la Guerra Fría.

Segundo, la naturaleza de la tecnología militar era tal, que ya no podía pensarse que el equilibrio de poder era uniforme. Las armas nucleares eran tan devastadoras que a medida que crecían los arsenales, resultaban cada vez menos útiles para repeler toda agresión concebible. Durante un tiempo, esta realidad estuvo oscurecida por nuestro monopolio nuclear, y después por nuestra preponderancia numérica. Pero se llegó inevitablemente al punto en que la tecnología capacitó al Kremlin para plantear riesgos que reducían la credibilidad de la amenaza de represalia nuclear. Desde entonces, el control del equilibrio de poder militar requirió vigilancia en dos niveles: ser lo suficientemente fuertes no sólo estratégicamente con poderío nuclear sino, también, localmente con armas convencionales. Las declaraciones formales de la inigualada sinceridad de nuestra garantía nuclear no eliminarían el hecho del empate nuclear y la consiguiente necesidad de defensas regionales alternativas. Empero, cada década ha tenido que volver a aprender la dualidad esencial de nuestra carga.

Tercero, nuestra doctrina de contención jamás podía ser una respuesta adecuada al moderno impacto de la ideología comunista, que transforma las relaciones entre estados en conflictos

entre filosofías y plantea amenazas al equilibrio de poder a través de levantamientos domésticos.

En resumen, nunca comprendimos del todo que mientras nuestro poder absoluto crecía, nuestra posición *relativa* estaba destinada a declinar a medida que la URSS se recuperaba de la Segunda Guerra Mundial. Nuestra posición militar y diplomática nunca fue más favorable que en el *comienzo mismo* de la política de contención a fines de los años cuarenta. Ese fue el momento de intentar una discusión seria sobre el futuro de Europa. Perdimos nuestra oportunidad.

En realidad, me inclino a dudar que Stalin esperó originalmente encerrar a toda Europa Oriental en su órbita de satélites; sus primeros pasos de posguerra (como permitir elecciones libres en Polonia, Checoslovaquia y Hungría, que los comunistas perdieron todas) sugieren que pudo haber estado dispuesto a aceptar para ellas un status similar al de Finlandia. Inesperadamente, nosotros postergamos las negociaciones serias hasta que hubimos desmovilizado más de nuestra fuerza potencial. Así dimos a la Unión Soviética tiempo; la mercadería más preciosa que necesitaba para consolidar sus conquistas y recobrar de la guerra.

Como había sucedido antes con frecuencia, Winston Churchill comprendió mejor la situación. En un discurso olvidado de octubre de 1948, durante su período fuera de la función pública, dijo:

La pregunta está hecha: ¿Qué sucederá cuando ellos tengan la bomba atómica y hayan acumulado una gran cantidad? Podéis juzgar por vosotros mismos lo que sucederá entonces por lo que está sucediendo ahora. Si estas cosas se hacen con leña verde, ¿qué no se hará con la seca? Si ellos pueden continuar, mes tras mes, perturbando y atormentando el mundo, confiando en nuestras altruistas y cristianas inhibiciones contra el uso de este extraño nuevo poder, ¿qué harán cuando ellos mismos posean grandes cantidades de bombas atómicas?... Nadie que esté en su sano juicio puede creer que tenemos ante nosotros un ilimitado período de tiempo. Tenemos que poner fin a las cosas y hacer un arreglo final. No deberíamos seguir mostrándonos imprevisores, incompetentes, aguardando a que suceda algo, con lo que quiero decir algo malo para nosotros. Las naciones occidentales tendrán muchas más probabilidades de formular sus justas demandas mientras posean el poderío atómico y antes de que los comunistas rusos también lo hayan conseguido (3).

Así fue que las dos guerras en las que intervino Norteamérica después de 1945 (Corea y Vietnam) no correspondieron a ninguna de nuestras expectativas políticas o estratégicas. Corea fue una guerra que no se inició con un ataque a Estados Unidos o a nuestros aliados más importantes. No estuvo apuntada al corazón de Europa. Tampoco involucró directamente a la URSS. No debe sorprender que aquellos responsables en Washington la vieran como una diversión estratégica para arrastrarnos hacia Asia mientras la Unión Soviética preparaba una masacre en Europa. Nuestra conducción de la guerra fue, por lo tanto, tentativa. Nuestros objetivos fluctuaron con la situación militar. En diversos momentos, nuestro objetivo declarado fue repeler la agresión, lograr la unificación de Corea, la seguridad de nuestras fuerzas o un armisticio garantizado para ratificar el empate militar.

Nuestra percepción de fuerza y diplomacia como fases distintas y sucesivas de la política exterior nos impidió negociar para solucionar la guerra de Corea después del desembarco en Inchón, cuando estábamos en la más fuerte posición militar; en cambio, nos tentó a escalar nuestros objetivos. Un año después, también nos llevó a detener las operaciones militares, excepto las de naturaleza puramente defensiva, en el momento en que se iniciaban las negociaciones, eliminando así el mayor incentivo que tenía el enemigo para un rápido arreglo diplomático. Actuamos como si el proceso de negociaciones operara según su propia lógica inherente, independiente del equilibrio militar. Es claro que las presiones militares podían poner en peligro las negociaciones al contrariar a nuestro enemigo, o demostrando mala fe. No debe sorprender que siguiera un estancamiento de casi dos años, durante el cual nuestras bajas igualaron a las que habíamos soportado cuando las hostilidades se desarrollaban sin restricciones. El tratar la fuerza y la diplomacia como fenómenos distintos hizo que nuestra fuerza careciera de propósito y que a nuestras negociaciones les faltara fuerza.

El resultado fue una convulsión doméstica que representó la primera fractura en el nuevo consenso nacional sobre política exterior: el conflicto entre el general Douglas MacArthur y

la cúpula dirigente civil y militar de Washington. MacArthur abogaba por la victoria en el Lejano Oriente. Sus críticos argumentaban, entre otras cosas, que debíamos conservar nuestra fuerza para un posible e inminente enfrentamiento total con la Unión Soviética, probablemente en Europa. MacArthur objetó las órdenes que se le impartieron porque le parecieron demasiado limitativas en términos de nuestro concepto tradicional de la guerra; para los dirigentes políticos, por el contrario, Corea era una diversión estratégica: era una guerra demasiado grande en términos de la percepción que tenía Washington de Europa como escenario definitivo.

Dada la amenaza que pronto representaría el creciente arsenal nuclear soviético, es posible dudar de las premisas de que el tiempo estaba de nuestra parte o de que, en una guerra total, nosotros teníamos más que perder que la Unión Soviética. La paradoja que nunca resolvimos fue que entramos en la guerra de Corea porque temimos que si dejábamos de hacerlo, se produciría un peligro mucho más grande en Europa en el futuro cercano. Pero entonces, la misma renuncia a enfrentar una embestida total en Europa circunscribió severamente los riesgos que estábamos dispuestos a correr para prevalecer en Corea. El estancamiento resultante desgastó nuestra cohesión doméstica y contribuyó al ataque a nuestras libertades en la forma del macarthismo.

Diez años después encontramos el mismo dilema en Vietnam. Una vez más nos vimos involucrados porque consideramos la guerra de Indochina como la manifestación de una estrategia comunista global y coordinada. Nuevamente tratamos de limitar nuestros riesgos porque la misma amenaza global, de la que Indochina parecía una parte, también hacía aparecer Vietnam como un lugar improductivo para una acción definitiva. En cada etapa, tratamos de mantener nuestros riesgos por debajo del nivel que, según nuestra estimación, habría desencadenado la intervención china o soviética. En resumen, nuestra percepción de la amenaza global nos tentó a intervenir en empresas distantes y, al mismo tiempo, nos impidió enfrentarlas en forma concluyente. Una vez más, una guerra en la que entramos con gran apoyo público, convirtiéndose en un atolladero frustrante que perdió gradualmente la aceptación pública.

Para 1969, la guerra de Vietnam habíase convertido en una pesadilla nacional que estimulaba un ataque contra toda nuestra política exterior de posguerra. La convicción, hasta entonces casi unánime, de que la Guerra Fría había sido causada por la intransigencia soviética, fue desafiada por una minoría vocinglera, y a veces violenta, que empezó a insistir en que la belicosidad norteamericana, el militarismo norteamericano y el imperialismo económico norteamericano eran la raíz y la causa de las tensiones internacionales. Este radicalismo casero nunca tuvo muchos adherentes auténticos; se derrumbó instantáneamente cuando nos retiramos de Vietnam. Lo que resulta chocante no es tanto su atractivo temporal como su efecto destructor de desmoralizar a los mismos grupos de los que hubiera podido esperarse que defendieran las premisas y realizaciones de la política de posguerra. El «establishment» internacionalista, que había sido el responsable de las grandes realizaciones de nuestra política exterior, derrumbóse ante la arremetida de estos niños que le cuestionaban todos sus valores.

La Administración Nixon fue la primera de la generación de posguerra que tuvo que conducir la política exterior sin el consenso nacional que sostuvo ampliamente a sus predecesores desde 1947. Y nuestra tarea era, por lo menos, más compleja. No solamente enfrentábamos las dislocaciones de una guerra sino que necesitábamos articular una nueva política exterior para una nueva era. Más tarde o más temprano, la guerra de Vietnam terminaría. ¿Cuál era el reto que enfrentábamos? ¿Cuáles eran nuestras metas en el mundo? ¿Seríamos capaces de dar forma a un nuevo consenso que pudiera reconciliar nuestro idealismo y nuestras responsabilidades, nuestra seguridad y nuestros valores, nuestros sueños y nuestras posibilidades?

PROBLEMAS DE UN NUEVO EQUILIBRIO

Ya cuando iniciamos nuestras funciones era evidente que la agonía de Vietnam amenazaba con producir, en relación a los asuntos internacionales, un nuevo desencanto capaz de atraer a Norteamérica hacia dentro de sí misma, para curarse sus heridas y renunciar a su liderazgo mundial. Esto habría sido una profunda tragedia, mucho más grave que la misma tragedia de Vietnam. Habríamos vuelto a nuestro ciclo histórico de exuberante hiperextensión y ceñudo aislacionismo. Y esta vez, abandonaríamos un mundo mucho más complejo, más peligroso, más dependiente del liderazgo norteamericano que el mundo de los años treinta. Por lo tanto,

la Administración Nixon vio que su tarea era plantar los cimientos de una política exterior norteamericana de largo alcance, aun cuando se liquidara nuestra intervención en Indochina. El manejo de las crisis, foco académico de los años sesenta, ya no era suficiente. Las crisis eran síntomas de problemas más profundos que, si se los dejaba empeorar, resultarían cada vez más difíciles de manejar. La exuberancia moral había inspirado tanto el exceso de intervencionismo como el aislacionismo. Era mi convicción que un claro concepto de nuestros intereses nacionales fundamentales serviría como lastre para la moderación y añadiría continuidad a nuestra política exterior. Nuestro idealismo no debía ser excusa para la irresponsabilidad sino una fuente de coraje, energía, confianza en nosotros mismos, y rumbo. Sólo así podríamos dar forma a un sistema internacional emergente, sin precedentes por sus peligros, sus promesas y lo global de su naturaleza.

Puesto que nos aquejaba una enfermedad más profunda que Vietnam, su solución era menos una cuestión de pericia que de filosofía. En un ensayo publicado pocas semanas antes de las elecciones de 1968, cuando ni siquiera sospechaba que me pedirían que pusiera a prueba mis ideas, escribí:

La desazón contemporánea es, sin duda, explotada por algunos cuyos propósitos son muy claros. Pero que la desazón exista para ser explotada es prueba de una profunda insatisfacción con las cualidades meramente administrativas y orientadas hacia el consumo del estado moderno, y con un mundo que parece generar crisis por inercia. El estado burocrático moderno, con toda su panoplia de poderío, a menudo se ve sacudido hasta sus cimientos por causas aparentemente triviales. Su fragilidad, y la revolución mundial de la juventud, especialmente en los países adelantados y entre los relativamente ricos, sugiere un vacío espiritual, un hastío casi metafísico con un entorno político que acentúa cada vez más los desafíos burocráticos y está dedicado a propósitos no más profundos que la comodidad material...

En la mejor de las circunstancias, la próxima administración se verá acosada por crisis. En casi todas las áreas del mundo hemos estado viviendo del capital, cuidándonos de lo inmediato, raramente ocupándonos de los problemas subyacentes. Es probable que estas dificultades se multipliquen cuando se haga evidente que uno de los legados de la guerra de Vietnam será una fuerte renuencia norteamericana a arriesgarse en intervenciones de ultramar.

Una nueva administración tiene derecho a pedir compasión y comprensión al pueblo norteamericano. Pero no debe fundar su reclamo en dar ligeramente respuestas técnicas a asuntos difíciles; debe, sobre todo, hacer las preguntas correctas. Debe reconocer que, en el campo de la política exterior, jamás seremos capaces de contribuir a la construcción de un orden mundial estable y creativo a menos que primero nos formemos un concepto del mismo (4).

El cambio más ominoso que diferenciaba nuestro período era la transformación de la naturaleza de la fuerza. Hasta el comienzo de la era nuclear, hubiera sido inconcebible que un país poseyera demasiado poderío militar para un uso político efectivo; todo aumento de poderío era, al menos teóricamente, políticamente útil. La era nuclear destruyó esta medida tradicional. Un país podría ser bastante fuerte para destruir a un adversario y, sin embargo, no ser ya capaz de proteger del ataque a su propia población. Por una ironía de la historia, un aumento gargantuesco de fuerzas erosionó la relación entre fuerza y política. En adelante, las grandes potencias nucleares serían capaces de devastarse una a otra. Pero también tendrían gran dificultad en hacer pesar su fuerza en las cuestiones con más probabilidades de suceder. Podrían ser capaces de conjurar amenazas directas a su propia supervivencia; no serían necesariamente capaces de usar su fuerza para imponer su voluntad. La capacidad de destruir resultaba difícil de traducir en una amenaza plausible, aun contra países sin capacidad de represalia. El margen de las superpotencias sobre los estados no nucleares ha venido ensanchándose; empero, lo pavoroso de la fuerza de aquéllas ha incrementado sus inhibiciones. A medida que la fuerza se hacía más terrible, también se volvía más abstracta, más intangible, más elusiva.

La política militar que adoptamos fue la disuasión. Pero la disuasión es un fenómeno psicológico. Depende, sobre todo, de lo que un agresor potencial considere un riesgo inaceptable. En la era nuclear, un timo tomado en serio es útil; una amenaza seria tomada como timo puede

ser desastrosa. Mientras más se prolonga el éxito de la persuasión más difícil resulta demostrar lo que la hace funcionar. ¿La paz fue mantenida por el riesgo de guerra, o porque el adversario, en primer lugar, nunca tuvo intención de agredir? No es por accidente que los movimientos de paz se hayan multiplicado mientras más tiempo ha sido mantenida la paz. Pero si la persuasión es efectiva, correríamos un grave peligro desmantelando las fuerzas que la sostienen. Las armas nucleares han consolidado la rigidez política de un mundo de dos potencias. Los guardianes del equilibrio del siglo diecinueve estaban dispuestos a ajustarlo según los cambios en la estructura de poder. Los responsables de la política de las superpotencias en la segunda mitad del siglo veinte tienen mucho menos confianza en la capacidad del equilibrio de corregirse a sí mismos después de ser perturbados. El «equilibrio» entre las superpotencias se ha vuelto al mismo tiempo precario e inflexible. A medida que el mundo se ha vuelto bipolar, también ha perdido la perspectiva para los matices; una ganancia para un lado aparece como una pérdida absoluta para el otro. Todo asunto parece llevar en sí la cuestión de la supervivencia. La diplomacia se torna rígida; las relaciones son inherentemente cautelosas.

Al mismo tiempo, y resulta bastante extraño, la bipolaridad militar ha alentado, y no disminuido, la difusión global del poder político. Los países pequeños se sienten empujados por un deseo de protección y un deseo de escapar al dominio de las grandes potencias. En el grado en que los aliados más pequeños dudan de si su socio mayor arriesgaría su propia supervivencia para preservar la de ellos, siéntense impulsados a buscar medios independientes para defenderse ellos mismos. Aun cuando cuentan con el socio mayor para que los defienda, se sienten tentados a llevar adelante políticas exteriores independientes, en desafío a los deseos del protector. Es probable que el audaz desafío de Charles de Gaulle a Estados Unidos en los años sesenta reflejara más su convicción de que Estados Unidos no tendría otra alternativa que defender a Francia en caso de ataque soviético que su proclamado temor a que no lo hiciera. De manera similar, las nuevas naciones han demostrado ser adeptas a lanzar astutamente a las superpotencias una contra otra, aun cuando el predominio militar de las superpotencias es enorme y sigue creciendo.

Todo nuevo presidente aprende pronto que se encuentra frente a dos obligaciones aparentemente contradictorias. Debe montar fuerzas apropiadas para proteger la seguridad de Norteamérica y sus aliados. Y también debe enfrentar la necesidad moral de evitar la guerra nuclear. Si él es percibido de otro modo, perderá el apoyo doméstico que necesitaría si una confrontación resultara inevitable. Debe, al mismo tiempo, reunir fuerzas y disciplinar el uso de las mismas; debe mantener la preparación de Norteamérica tanto para la defensa como para la paz. No puede hacer ninguna de esas cosas sin un público que tenga confianza en sus propósitos. Antes de poder actuar como un guía práctico, un presidente debe establecer su liderazgo moral.

El escurridizo problema de la paz hubiera sido bastante difícil en cualquier circunstancia; en nuestra época está complicado por el conflicto ideológico. En períodos fuertemente influidos por la ideología, las lealtades políticas ya no coinciden con las fronteras nacionales. Los partidos comunistas de todas partes defienden una filosofía que se arroga validez universal e inevitabilidad histórica, y no vacilan en aliarse a una nación extranjera, a menudo en conflicto con la propia; naciones nuevas son inundadas por una ideología cuyo dogma central, si no es comunista, es poderosamente antioccidental en nombre del anti-imperialismo. Un nuevo y crucial conflicto es la lucha ideológica entre moderados y radicalizados en el mundo en desarrollo. En tales condiciones, una conmoción doméstica en cualquier país puede provocar un cambio importante en las alineaciones internacionales. Las naciones empiezan a sentirse amenazadas no solamente por políticas extranjeras sino también, y quizás especialmente, por transformaciones domésticas. Un régimen comunista liberalizado en Praga, que de ningún modo amenazaba la preminencia soviética en política exterior, hizo, en 1968, que la Unión Soviética invadiera Checoslovaquia antes que arriesgarse al contagio de ideas que pudieran difundirse a otras partes de su imperio. Diez años más tarde, el levantamiento de Irán sacudió la estabilidad de todo Medio Oriente.

Y todas estas confrontaciones e incertidumbres se manifestaban por primera vez a una escala global. A lo largo de la historia, los diversos continentes existieron en relativo aislamiento. Tan recientemente como cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, las decisiones cruciales de la política mundial se tomaban en unas pocas capitales europeas. El período de posguerra fue el primero en el cual *todos* los continentes interactuaron. En 1945, la comunidad mundial comprendía cincuenta y una naciones; para 1968 se habían más que duplicado, hasta cerca de ciento treinta.

Las comunicaciones modernas transmitían instantáneamente noticias e ideas. Acontecimientos que solían ser locales —guerras, rivalidades, escándalos, conmociones domésticas, tragedias naturales— empezaron súbitamente a asumir significación global. Cuando la Administración Nixon inició sus funciones, todos los elementos de las relaciones internacionales estaban simultáneamente en estado de fluidez.

Por un lado, las democracias industriales habían acrecentado su bienestar económico y su vitalidad política. Inevitablemente, esto era un reto a nuestro predominio anterior en nuestras alianzas. La mayoría de los dirigentes norteamericanos tendían a echar la culpa al atemorizador, enigmático Charles de Gaulle. Yo no compartía la opinión convencional sobre de Gaulle; no lo veía como causa de las dificultades y dudas de entonces sino como síntoma de cambios estructurales de profunda raíz en la relación atlántica. No era natural que las decisiones importantes que afectaban el destino de países tan ricos en tradiciones, orgullo nacional y poderío económico como Europa Occidental y Japón, se tomaran a miles de millas de distancia. Yo había insistido durante años que era en beneficio del interés nacional norteamericano favorecer que las responsabilidades fueran compartidas. Si Estados Unidos insistía en ser el fideicomisario de todas las áreas no comunistas, nos agotaríamos psicológicamente mucho antes de hacerlo físicamente. Un mundo con más centros de decisión, creía yo, era plenamente compatible con nuestros intereses, además de nuestros ideales. Por esto me opuse a los esfuerzos de las administraciones Kennedy y Johnson para hacer abortar el programa nuclear francés, y si era posible hasta el británico, y a la tendencia de Washington, en los años sesenta, de convertir la consulta en la exégesis de las prescripciones norteamericanas.

Al mismo tiempo, el llamado Tercer Mundo de naciones en desarrollo ponía a prueba nuestro entendimiento intelectual y político. Nuestras experiencias del New Deal y el Plan Marshall no eran del todo a propósito para promover el progreso económico y la construcción nacional en países sin ninguna tradición política y sin una clase media de gerentes y administradores. En cambio, los líderes a menudo se veían abrumados por la tarea de establecer la cohesión. No estábamos tratando con economías maduras sino con sociedades que daban los primeros pasos vacilantes hacia la modernización. Era evidente que la construcción nacional dependía en forma crucial de la capacidad de establecer la autoridad política. La ayuda económica, al acelerar la erosión del orden tradicional (frecuentemente feudal), a menudo hacía que la estabilidad política fuera todavía más difícil de alcanzar. Por una de las ironías de la historia, el marxismo ha resultado atractivo para las naciones en desarrollo, no a causa de la teoría económica de la que se enorgullece, sino porque ha ofrecido una respuesta al problema de la legitimidad y autoridad políticas, una fórmula para la movilización social, una justificación del poder político, un medio de canalizar los resentimientos contra la dominación cultural y política de Occidente como método para promover la unidad. La democracia tiene menos atractivo, no a causa de los pecados de Occidente, sino porque los líderes de la mayoría de los países en desarrollo no pasaron por los riesgos de la lucha anticolonial con el objeto de hacerse prescindibles. Por una broma histórica, una filosofía materialista, que no ha resuelto los problemas económicos de ningún país, se ha difundido a causa de sus declaraciones morales, mientras que Occidente, que profesa una filosofía idealista, se confundía a sí mismo con remedios técnicos y económicos que muy poco, o nada, tenían que ver con el problema espiritual y político subyacente.

Así, la nueva administración se enfrentaba a un mundo de turbulencia y complejidad, que requeriría de nosotros cualidades sin precedentes en la experiencia norteamericana. Simultáneamente teníamos que terminar una guerra, manejar una rivalidad global con la Unión Soviética a la sombra de las armas nucleares, revigorizar nuestra alianza con las democracias industriales e integrar a las nuevas naciones en un nuevo equilibrio mundial que duraría sólo si era compatible con las aspiraciones de todas las naciones. Teníamos que dedicarnos a nuevas tareas de construcción, aun cuando habíamos aprendido a conocer los límites de nuestras capacidades. Teníamos que encontrar dentro de nosotros mismos la energía moral para perseverar, mientras nuestra sociedad era asaltada por la duda.

A fines del siglo dieciocho, el filósofo Emmanuel Kant, en su ensayo *Paz perpetua*, escribió que la paz mundial era inevitable; la misma llegaría o porque todas las naciones compartirían el mismo sentido de justicia, o porque un ciclo de guerras de violencia siempre creciente enseñaría a los hombres la futilidad del conflicto. Nuestro período estaba dando nuevo significado a la predicción de Kant. Cuando las naciones son capaces de infligir decenas de millones de bajas en cuestión de horas, la paz se convierte en un imperativo moral. Nadie que asumiera el poder

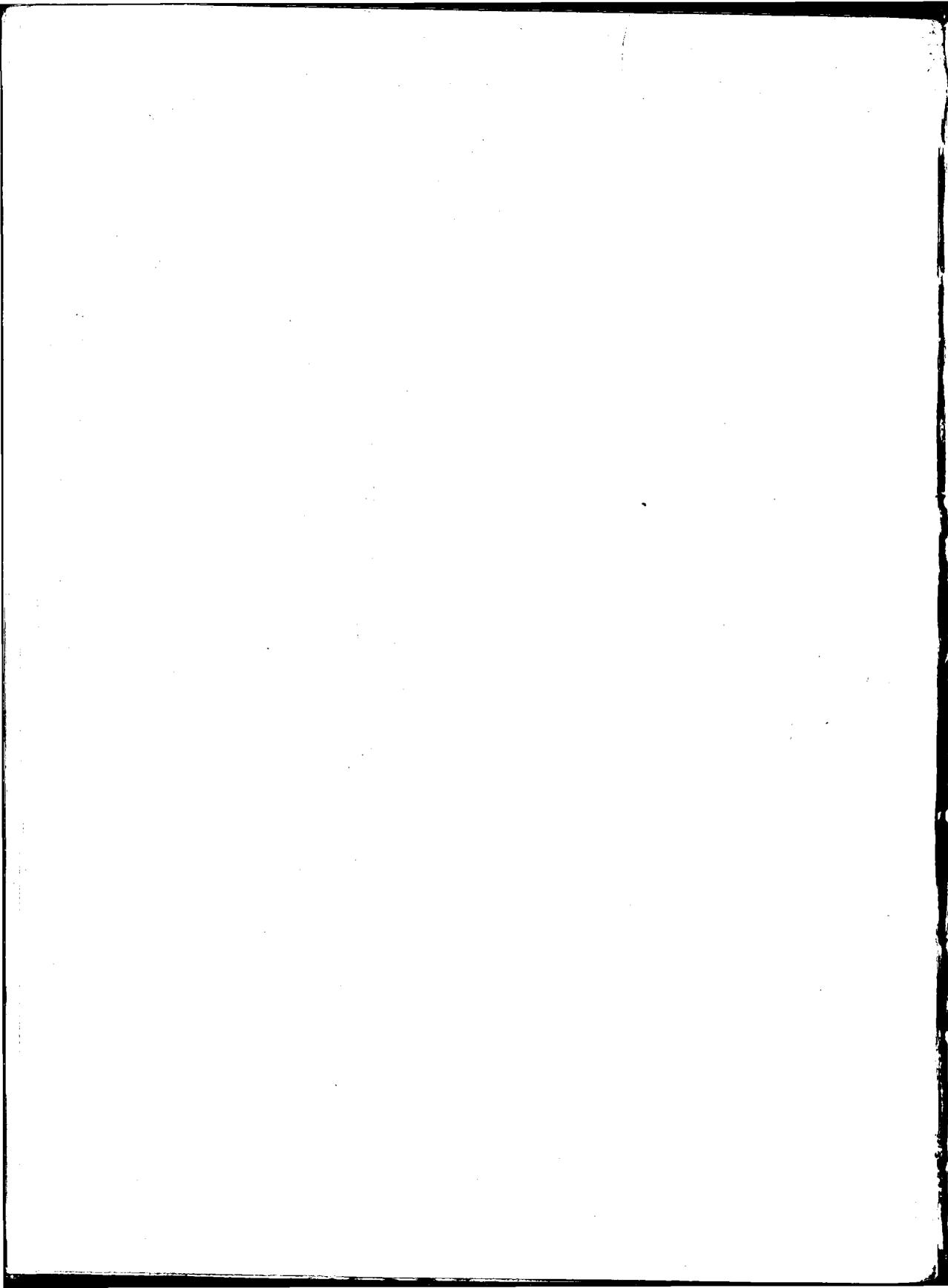
podría eludir esta responsabilidad fundamental. Pero el dilema clave de nuestra época está en que si la búsqueda de la paz se vuelve el *único* objetivo de la política, el miedo a la guerra se convierte en arma en manos de los más despiadados; ello lleva al desarme moral. Cómo trabajar tanto por la paz como por la justicia, por un final de la guerra que no conduzca a la tiranía, por una dedicación a la justicia que no resulte en un cataclismo: encontrar ese equilibrio es la perpetua tarea del estadista de la era nuclear.

Estas, entonces, eran las percepciones acerca de las cuales yo había reflexionado y escrito como profesor. Pronto serían puestas a prueba por los acontecimientos. Porque una vez que un nuevo presidente ha prestado juramento, no hay más tiempo para la reflexión serena. El artífice de la política es entonces como un hombre en la cuerda floja: solamente avanzando puede evitar una caída precipitada. 4



Segunda Parte

1969: EL COMIENZO DEL VIAJE



Capítulo IV

VIAJE EUROPEO

NIXON VISITA EUROPA

Richard Nixon partió en su primer viaje al exterior como presidente el 23 de febrero de 1969, desde la Base Andrews de la Fuerza Aérea, cerca de Washington. Era una lluviosa mañana de domingo. Una llovizna insistente empapaba a la multitud que había viajado la media hora desde el centro para desearle buen viaje. Estaba presente el gabinete, y también los líderes de ambos bloques del Congreso. Una bandada de fotógrafos trataba de ubicarse en posiciones favorables tras una barrera metálica.

Era todavía el período de luna de miel, la primera vez que Nixon disfrutaba de apoyo popular y de amplias simpatías en toda su vida. Regocijábese en ello, como un hombre que hubiera llegado a un oasis luego de atravesar un desierto inhóspito. Era demasiado perspicaz para no advertir la ironía de ser elogiado por cualidades de conciliación que contradecían los antecedentes de toda su vida pública. Sabía mejor que nadie que las aclamaciones de hoy podrían convertirse en los vituperios de mañana. Pero ahora se solazaba bajo una aprobación a la que no estaba acostumbrado.

Nixon bromeó fugazmente y con inquietud con los notables sobre el pavimento del aeropuerto y a continuación se acercó al micrófono para hacer su declaración de partida. Fue una actuación característica de Nixon. Lo que dijo sobre política exterior fue sensato y modesto. Iba a Europa a consultar con amigos. Esto significaba «verdaderas» consultas, porque «no buscamos solamente su apoyo sino su consejo en muchas partes del mundo» (una bofetada al deterioro de las relaciones atlánticas bajo sus predecesores, que había criticado durante su campaña). Pero el resto de sus comentarios tuvo esa curiosa cualidad pesimista con la que tan a menudo se las arreglaba para enfriar el entusiasmo y la buena voluntad. Había temido durante semanas que pudieran producirse manifestaciones de él, que al ser pasadas por la televisión podrían debilitar su posición doméstica. Nixon tenía la creencia de que podía neutralizar el aguijón de un suceso desfavorable anticipándose al mismo. Si dejaba bien en claro que esperaba dificultades, el daño sería menor. Ocasionalmente, estuvo acertado. Más a menudo, las predicciones de problemas u oposición sólo conseguían hacerlo aparecer a la defensiva si resultaban falsas, o cortejando al desastre si se materializaban. Esta partida fue una de aquellas ocasiones. Él eligió dedicar más de la mitad de su breve declaración a la posibilidad de demostraciones hostiles; las despreció diciendo que las mismas representaban solamente una pequeña fracción del público, y que no le detendrían en su búsqueda de la paz. En parte provocativa, curiosamente vulnerable, la declaración no estuvo calculada para inspirar, pero reflejó con precisión las complejidades del hombre que debería dar forma al destino de nuestro país durante unos turbulentos cinco años y medio.

No escuché el final de su declaración porque antes de que él hubiera terminado, los hombres de avanzada nos empujaron, a mi y a otros miembros de la comitiva, a bordo del avión presidencial, el *Fuerza Aérea Uno*. Había dos razones para este procedimiento, que se siguió en todos los viajes presidenciales. Los planificadores querían que el avión partiera en el segundo después de que la puerta se cerraba tras el presidente. Más importante aún, estaban decididos a que cuando Nixon estuviera parado en la rampa para saludar a la multitud y para beneficio de los fotógrafos, las fotografías no mostraran a nadie más que a él.

Todo esto, y mucho más en este viaje, era obra de John Erlichman y los hombres de avanzada, así llamados porque un pequeño grupo de ellos descendía en cada escala presidencial días antes de la llegada del presidente, a fin de planear todos los movimientos del jefe. Erlichman fue el principal hombre de avanzada de Nixon durante la campaña de 1968. Había ingresado al equipo de Nixon en 1962, cuando las perspectivas de éxito eran mínimas y solamente una dedicación abrasadora podía sostener su quijotesca empresa.

Nadie podía prosperar en el entorno de Nixon sin adoptar un aire de rudeza; lo que empezaba como una pose afectada podía, si se lo mantenía el tiempo suficiente, convertirse en un estilo de vida. No consideré a Ehrlichman un hombre naturalmente rudo; en realidad, tenía predisposición a ser amable. Tenía una familia atractiva a la que adoraba. Habriase sentido más a gusto dando forma a un programa doméstico para el futuro, tarea que eventualmente se le asignó. Pero era ambicioso. Él quería, sobre todo, ser reconocido como figura descollante en la Casa Blanca. Precisamente porque ello no se produjo espontáneamente, podía ser extraordinariamente agresivo y hasta desagradable en la prosecución de ese objetivo. A mi me respetaba y me envidiaba porque pensaba (no erróneamente desde su punto de vista) que yo espumaba la crema de las glorias del poder mientras que él tenía que sufrir el continuo ostracismo social que resultaba de la mutua desconfianza de los viejos acólitos de Nixon y del establishment de Washington. Aprovechó varias oportunidades de fastidiarme, a menudo realizando investigaciones sobre filtraciones de información diseñadas para poner en duda la confiabilidad de mi equipo. Pero también era, a menudo, muy servicial y alentador. La mayor parte del tiempo nuestras relaciones fueron cordiales. En un ambiente diferente, habría podido prestar un gran servicio a su país. En la Casa Blanca de Nixon fue, en su momento, destruido por el culto del tipo rudo y la corrosiva mentalidad de asedio que contribuyeron a desencadenar las mismas pesadillas que él más temía. Ehrlichman era amigo y competidor de H. R. (Bob) Haldeman, y su relación mejoró a medida que Ehrlichman fue ascendiendo al poder por el lado substancial de la actividad de la Casa Blanca, en lo que Haldeman estaba agresivamente desinteresado. Pero en este viaje había una tensión considerable, porque Haldeman estaba decidido a tener a los hombres de avanzada enteramente bajo su control. Lo consiguió. Fue el último viaje en que Ehrlichman dirigió a los hombres de avanzada. A partir de allí, la responsabilidad fue asumida por Dwight Chapin, un lugarteniente de Haldeman.

Ehrlichman tenía sus manos llenas, porque un viaje presidencial es una empresa, logística mayor. Durante varios años entendí tan poco de esto, que cuando en ocasión de mi viaje secreto a Pekín, en julio de 1971, Chou En-Lai me preguntó como sería de numerosa la comitiva de Nixon, yo calculé alrededor de cincuenta. Fue una demostración de ignorancia que mereció una condescendiente piedad de Haldeman. Solamente los agentes del Servicio Secreto que acompañaban al presidente excedían esa cantidad. Estaba después el equipo inmediato, y las secretarías, portadores de equipajes, y los pelotones de técnicos en comunicaciones, puesto que dondequiera que el presidente viaje, él y su equipo deben poder comunicarse instantáneamente con cualquier parte del mundo, por teletipo o teléfono. Además, un presidente no puede viajar sin los muchos asesores y representantes departamentales, para quienes la presencia en un viaje presidencial es un codiciado símbolo de status, aun cuando no participen en ninguna reunión y apenas vean al presidente. Y la prensa viajera supera frecuentemente los trescientos. En total, una comitiva presidencial típica es de seiscientas a ochocientas personas.

Mover a todo el séquito sin problemas en un viaje vertiginoso no es proeza pequeña. La prensa sola es una tarea mayor. Los periodistas deben cubrir los arribos y las partidas presidenciales. Para solucionar este problema, el avión de la prensa habitualmente despega después que el *Fuerza Aérea Uno* (a fin de que los periodistas puedan presenciar la partida), pero luego se le adelanta en vuelo y aterriza antes (para poder cubrir la llegada). Además, un reducido «pool» de prensa de cuatro a seis miembros vuela en el *Fuerza Aérea Uno*. Los periodistas deben estar presentes en todos los acontecimientos importantes, y además deben tener oportunidad de escribir y transmitir sus artículos.

La ligeramenta desconcertada comitiva oficial está en el centro de esta pasmosa empresa. Se le da a cada uno un librito donde se describen todos los acontecimientos y movimientos, cronometrados literalmente al minuto, junto con planos que indican donde tendrá que ubicarse cada uno durante las ceremonias, las comodidades para dormir, participación en reuniones y otras informaciones vitales. Una obediencia de esclavos es el único curso de acción seguro, aunque se necesita toda la fuerza y, a veces, la cordura que se puedan reunir. Cuando yo era

asesor del presidente, cargo que pese a su gran poder figura bastante bajo en rango protocolar, me sentaba bastante lejos de la cabecera principal. Empleaba mucho tiempo calculando la distancia que me separaba de la persona presidencial y las probabilidades que tenía de llegar a mi automóvil antes de que arrancara la limousine presidencial. En una espléndida cena formal en el enorme salón comedor del Palacio Real de Madrid, una elegante dama española sentada a mi lado dijo: «Daría cualquier cosa por saber lo que está pensando un hombre tan brillante como usted.» Debí quedar intrigada sobre la estabilidad mental de los altos funcionarios norteamericanos cuando respondí: «Francamente, estoy al borde del pánico pensando que no podré llegar a tiempo para tomar mi automóvil en la caravana oficial.»

La jornada europea fue mi primera introducción a estos ritos de pasaje presidencial y a las cabriolas de los hombres de avanzada: ellos eran individuos prolijos, eficientes y disciplinados que Haldeman elegía orgullosamente en agencias de publicidad y puestos de ejecutivos junior.

Algunos trabajaban «full-time» como hombres de avanzada; otros eran voluntarios cuyo empleo principal estaba en el sector privado. Lo que les faltaba en ideales y antecedentes, lo compensaban con diligencia. Más tarde se haría evidente lo débil que era el compromiso con el futuro de esas personas sin pasado. Aquellos cuya lealtad principal es hacia su propio progreso, no tienen escrúpulos cuando esa carrera está amenazada. Durante el período de Watergate, esto produjo el poco edificante espectáculo de una carrera hacia los botes salvavidas en la que cada pequeño César buscaba salvarse empujando por la borda a sus hermanos de sangre.

Sin embargo, en 1969 Watergate estaba infinitamente remoto. El equipo de avanzada halló base en el pico de su confianza, afilados como navajas por las campañas políticas. Se habían metido en sus cabezas que su única obligación era con el presidente. Puesto que durante una campaña los anfitriones de cada escala diaria eran dejados atrás, la consideración por los sentimientos de esos desconocidos dispensables no era parte de sus caracteres. Su única responsabilidad era asegurarse de que todo se desarrollara fluidamente para Nixon, quien jamás debía enfrentarse con las contingencias inesperadas que tanto detestaba. Y era su tarea arreglar los extensos períodos de descanso (que figuraban como «tiempo de staff» en los comunicados a la prensa) que él necesitaba para conservar su capacidad de concentración y prepararse para sus encuentros importantes. Sobre todo, el equipo de avanzada se consideraba responsable de asegurar que Nixon fuera visto por otros solamente bajo las luces más favorables. Esto llevaba en ocasiones a cosas absurdas. En una visita oficial a Ottawa en 1972, un hombre de avanzada decidió que los muebles color castaño del despacho de Trudeau no favorecerían a Nixon en la televisión y se propuso redecorar la oficina privada del primer ministro con sillones tapizados de azul. Fue detenido a último momento por un incrédulo miembro de la oficina de Trudeau, casi incoherente de indignación.

En la gira europea, primera exposición de los hombres de avanzada al mundo de la diplomacia, ellos resolvieron sus problemas actuando como si estuvieran dirigiendo una escala política en Des Moines. No prestaron ninguna atención a nuestros embajadores, en muchos de los cuales desconfiaban por considerarlos remanentes de la administración demócrata, y apenas prestaron atención a los gobiernos soberanos que fueron nuestros anfitriones. Cuando Ehrlichman trató de prescribir una lista de invitados para una cena en el Nro. 10 de Downing Street, David Bruce, nuestro embajador en Londres, que mucho había visto en una distinguida carrera diplomática como para dejarse intimidar por una nueva administración, cablegrafió: «Seguramente lo absurdo de decir al primer ministro británico a quien puede invitar a cenar en su propia casa no necesita explicación.» Otros hombres de avanzada en París que revisaban la residencia de nuestro embajador allí, provocaron palpitaciones adicionales. Vieron algunas fotografías de John Kennedy. Fue necesaria una dispensa especial de alto nivel para que al embajador Sargent Shriver (casado con Eunice, hermana del presidente Kennedy) se le permitiera dejar a la vista las fotografías de su cuñado. Pero aparte de estas locuras ocasionales, los hombres de avanzada manejaron bien la logística (siete escalas en siete días sin un descanso) y todo se desarrolló perfectamente, como en un ejercicio notablemente bien planeado.

Una vez a bordo del *Fuerza Aérea Uno*, Nixon dedicaba diligentemente su atención a sus papeles informativos, que eran extraordinarios en sus alcances y detalles. Los discursos, por supuesto, ya estaban redactados. No importa lo que se diga, ningún presidente tiene tiempo para redactar sus propios discursos. Los discursos de Nixon sobre política exterior tenían todos el mismo origen: un detallado esbozo preparado por el equipo del CNS, bajo mi supervisión, al que Nixon revisaba y quizás alteraba un poco, antes de asignarlo a un escritor de discursos. Cuando

tenía que hacer un discurso vital, él mismo podía reescribir extensamente, especialmente al comienzo y al final, con especial atención a cualquier implicación política. Si él creía que yo debía aprobar los cambios retóricos, yo podía ver el texto final, pero no en caso contrario. En un vertiginoso viaje al extranjero como el que emprendíamos, no había tiempo para demasiadas revisiones, y los discursos eran pronunciados casi como salían de las manos de los escritores de discursos.

La elección de escritores de discursos siempre determinaba el tono, y con no poca frecuencia la substancia, de un discurso presidencial. La idea común es que los escritores de discursos son instrumentos pasivos que dócilmente ponen en prosa elegante el pensamiento de sus jefes. Por el contrario, la vasta mayoría son jefes frustrados que tratan de usar su posición privilegiada para exponer sus propias ideas. Bien al tanto de que una frase presidencial puede ser usada por la burocracia como una carta de privilegio, tratan de monopolizar el proceso final, racionalizando sus esfuerzos como una lucha por el alma del presidente. Fuera lo que fuere por lo que estuviéramos luchando, entre mi equipo y los escritores de discursos hubo enconados encuentros cuando nosotros detectamos las mutaciones que ellos habían introducido.

El equipo de escritores de discursos de Nixon era extraordinariamente talentoso y variado y llevaba la especialización hasta el punto de que había un escritor para cada cuerda que Nixon quería tocar. En este viaje, donde trabajábamos bien juntos, el principal escritor de discursos era Bill Safire, esporádicamente ingenioso, flexible, con un brillante sentido de las relaciones públicas y una capacidad para modificar una frase, que a veces oscurecía su significado, en inteligentes aliteraciones. Safire era el escritor de discursos menos propenso a introducir en ellos su propio brillo substantivo, aunque su estilo era tan individual que Nixon raramente lo usaba para las ocasiones que quería señalar con su propia retórica. Sensato, equilibrado, inclinado hacia el lado liberal, era usado cuando el presidente quería mostrarse elevado, filosófico, de alguna forma por encima de partidismos. Patrick Buchanan era el conservador residente, hondamente receloso con aquellos de quienes sospechaba que apartaban a Nixon de su natural orientación derechista, convencido de que un complot de intelectuales estaba confundiendo la pristina cualidad de la filosofía del presidente, no dispuesto a aceptar que era propio de la naturaleza de nuestro multifacético jefe mostrar caras diferentes a personas diferentes. Raramente se lo usaba para los discursos de Nixon sobre política exterior; yo sólo puedo recordar el discurso sobre Camboya.

Además de una carpeta de discursos, Nixon tenía voluminosos libros de información preparados para él por mi equipo y el Departamento de Estado. Incluían un documento general-conceptual que explicaba nuestros objetivos, la estrategia para alcanzarlos, y su relación con nuestra política exterior general. Había además «puntos de conversación» para cada país, en los que se discutían los temas que probablemente surgirían, y material biográfico sobre los líderes a quienes conocería. En deferencia a las predilecciones del presidente, los puntos de conversación trataban de convertir cada encuentro, hasta el mayor grado posible, en una pieza con guión predeterminado. Se dividían en los temas que probablemente sacarían a colación las diversas personalidades: enumeraban las respuestas sugeridas y advertían qué temas delicados debían ser evitados.

Yo había adquirido ya cierta experiencia en la importancia que estos preparativos tenían para Nixon. El encuentro con cualquier persona nueva llenaba a Nixon de un temor indefinido. Sentía miedo a verse ante una pregunta inesperada, algún tema no previsto o alguna línea de discusión para la que no estuviera preparado, y que pudiera hacerle aparecer menos en control de los acontecimientos de lo que requería la imagen que tenía de sí mismo. Por lo tanto, insistía en recibir papeles preparatorios que describieran en meticuloso detalle cualquier curso posible de conversación. Pero como Nixon no quería admitir que necesitaba ser orientado, se imponía la extraordinaria disciplina de aprender de memoria esos memorándums. Y para mostrar lo bien que lo hacía, además de jugar los jueguitos que tanto le deleitaban, se mantenía lo más cerca posible del borde de lo que se le había aconsejado evitar. A veces lo hacía muy bien, mientras sus asesores cruzaban los dedos interiormente. Nunca llegó a pasar el borde del precipicio.

Mientras el *Fuerza Aérea Uno* volaba hacia Europa, el presidente, además de memorizar punto por punto esos papeles, dedicábase a un largo ensayo sobre de Gaulle, adaptado de un libro que escribí sobre la alianza de la OTAN, titulado *The Troubled Partnership* (La asociación problemática) (*). Me encontré aguardando con ansiedad los días que vendrían. Por supuesto,

(*) Este libro alcanzó modestas cifras de venta, como era de esperar en un volumen sobre asuntos de la OTAN, excepto en una localidad donde vendió extraordinariamente bien. Luego de una investigación, comprobóse que el librero más importante del lugar lo había colocado en un estante junto a los manuales de matrimonio.

regresaba al continente donde nació; pero las reales razones de mi interés, que habían tenido salida en *The Troubled Partnership*, eran las realidades geopolíticas y los lazos históricos entre países que compartían historias, valores e instituciones similares.

Más tarde quedaríamos ahitos de recepciones en aeropuertos, pero sería difícil exagerar la emoción sentida cuando el *Fuerza Aérea Uno* arribó a Bruselas después del oscurecer. Ni bien se abrió la puerta del avión, nos vimos bañados en las luces de la televisión. Una alfombra roja se extendía junto a una guardia de honor. El gentil y sensible Balduino, rey de los belgas, fue al pie de la rampa para saludar al presidente, quien proclamó, en su breve declaración al llegar, que el viaje inauguraría una nueva búsqueda de la paz. Citó a Woodrow Wilson, siempre uno de sus héroes. Había dignatarios belgas y de la OTAN; técnicamente, la visita a Bruselas era para visitar el cuartel general de la OTAN, pero los belgas reclamaron la noche para ellos y fuimos llevados al imponente Palacio Real, en el corazón de la ciudad. El rey Balduino se retiró después de algunas cortesías, y el presidente quedó con el primer ministro belga Gaston Eyskens, ministro de Relaciones Exteriores Pierre Harmel, el secretario de Estado Rogers, y yo. Los belgas quedaron desconcertados por mi presencia; su protocolo no preveía la presencia de asesores presidenciales. Mi asistencia también alteraba el exacto equilibrio numérico tan querido al corazón de los diplomáticos. Puesto que no sabían cómo librarse de mí, añadieron un miembro de la oficina del primer ministro para su bando.

Los ministros belgas no eran una excepción a la regla de que todos los líderes a quienes veríamos consideraban su objetivo principal establecer una relación personal estrecha con Nixon, y quizás aún más importante, que se percibiera que así lo hacían. Pese a las animosidades que Nixon pudiera despertar en Estados Unidos, entonces o después, en Europa la amistad con el presidente de Estados Unidos se consideraba capital político. Además, los que habían conocido a Nixon cuando él no estaba en funciones, tenían opiniones favorables de él, especialmente de su conocimiento de los asuntos mundiales. Este respeto por su competencia en política exterior incrementóse progresivamente durante su permanencia en el cargo.

Eyskens, un hombre pequeño, de cuerpo robusto, acentuó el interés de Bélgica en una Europa unida. Bélgica esperaba que terminara la reyerta anglo-francesa que bloqueaba el ingreso de Gran Bretaña a la Comunidad Económica Europea. Obviamente inquieto ante un posible condominio franco-alemán, Eyskens sostuvo que el ingreso británico en el Mercado Común resultaría en un mejor equilibrio y en un freno al excesivo nacionalismo. No ofreció ninguna sugerencia sobre lo que Bélgica podría hacer para ayudar a este proceso, excepto un ofrecimiento de buena voluntad. Su esperanza parecía ser que alguien (quizás Estados Unidos) produciría el resultado deseado. La segunda preocupación de los dirigentes belgas era la *détente*. Como a la mayoría de los líderes europeos, les preocupaba la reputación de belicoso de Nixon. Evidentemente, creían que necesitábamos que se nos insistiera en la conveniencia del relajamiento de tensiones. La Unión Soviética, se nos dijo, quería la *détente* causa del deseo de su pueblo de recibir mercaderías de consumo, y de su temor a China. Se nos exhortó a buscar activamente la *détente*, pero también aclararon que había pocas posibilidades de un incremento en los esfuerzos europeos para la defensa; esencialmente, pedían una continuada y substancial presencia de tropas norteamericanas en Europa. Hubo una discreta alusión a los problemas domésticos causados a los gobiernos europeos por la guerra de Vietnam.

Nixon estaba a sus anchas en diálogos formales de este tipo. Calmosamente, explicó su consagración a una nueva era de paz y admitió que ésta solamente podría cimentarse sobre el poderío occidental. Destacó su devoción por la unidad atlántica y su determinación a consultar a nuestros aliados antes de emprender iniciativas importantes.

A la mañana siguiente, Nixon pronunció un importante discurso ante el Consejo del Atlántico Norte, la asamblea de los embajadores permanentes de la Alianza. Planteó una serie de cuestiones a las que tendría que volcarse la Alianza durante los próximos veinte años:

La OTAN empezó su existencia debido a la amenaza de la Unión Soviética. ¿Cuál es hoy la naturaleza de esa amenaza?

Cuando se fundó la OTAN, las economías de Europa todavía estaban desquiciadas por la guerra. Ahora, son florecientes. ¿Cómo debería reflejarse esto por medio de cambios en las relaciones entre los socios de la OTAN?

Todos estamos luchando con problemas de un medio ambiente moderno, que son los subproductos de nuestras tecnologías avanzadas; problemas como la polución del aire

y del agua, y la congestión de nuestras ciudades. Juntos, podemos avanzar dramáticamente en nuestro dominio de esos problemas. ¿Por qué medios podemos cooperar mejor para producir esto?

Ratificó la decisión norteamericana de iniciar, después de adecuados preparativos, negociaciones con la Unión Soviética sobre una amplia gama de temas. Pero su propósito básico era revigorar la Alianza.

El vínculo que une a Europa y Norteamérica no es la contemplación del peligro, que se relaja o se tensa según las fluctuaciones del temor.

Los vínculos que unen a nuestros continentes son la tradición común de libertad, el deseo común de progreso, la pasión común por la paz.

En ese espíritu más constructivo, miremos a las situaciones nuevas con ojos nuevos, y al hacerlo, demos un ejemplo al mundo.

Sería una exageración decir que los representantes reunidos en el consejo respondieron eléctricamente. Eran embajadores reunidos con un jefe de estado; no estaban acostumbrados, ni tampoco autorizados a lanzarse a un debate profundo en esas ocasiones. Además, el presidente visitaría otras cuatro capitales; sería un temerario embajador aquel que presumiera de reemplazar a sus jefes. De modo que los embajadores respondieron como un solo hombre con expresiones de gratificación por la consagración del presidente a la OTAN. Todos evitaron dar la impresión de que sus países podrían estar dispuestos a incrementar sus esfuerzos para la defensa; fueron unánimes, sin embargo, acerca de la necesidad de la permanencia de las fuerzas norteamericanas en Europa. El embajador francés fue el único que advirtió acerca de la incompatibilidad potencial de *détente* y defensa y alertó al presidente contra la posibilidad de dar aunque sea la impresión de un condominio con la Unión Soviética.

La visita a Bruselas fue un muestrario de los problemas de las relaciones europeo-norteamericanas en 1969. Había incertidumbre acerca del futuro de Europa. La actitud hacia la defensa común era una curiosa mezcla de falta de disposición al aumento de los esfuerzos europeos y temor a una retirada norteamericana. Los líderes europeos nos exhortaban a la *détente* con el este, pero nosotros teníamos la incómoda sensación de que el motivo principal era sacar de los hombros europeos la carga de las decisiones difíciles. Y Vietnam ponía a los gobiernos europeos ante un problema: sentían la necesidad de responder a las presiones domésticas, pero por su propia seguridad temían una humillación o derrota norteamericana, y se abstendían de dar cualquier paso que pudiera contribuir a ello. Era evidente que todas nuestras percepciones y planificaciones se hallaban a punto de ser puestas a prueba; y es necesario recordar cómo veíamos la relación Atlántica, sus inquietudes y desuniones, a medida que la filosofía dejaba paso a la política.

DESAZÓN DE LA ALIANZA OCCIDENTAL

A fines de los años sesenta, la Alianza Atlántica se encontraba en un estado de desorden que era aún más doloroso porque seguía a un período de éxitos extraordinarios. La iniciativa norteamericana había producido el Plan Marshall; los recursos norteamericanos habían impulsado la recuperación económica de Europa; fuerzas militares norteamericanas habían consolidado la seguridad europea. Europeos sensatos como Jean Monnet, Robert Schumann, Alcide de Gasperi, Konrad Adenauer y Paul Henri Spaak habían apadrinado el concepto de integración europea dentro del marco de una asociación con Estados Unidos. A veces inspirando a esos grandes europeos, más a menudo siguiendo su orientación, la política norteamericana hacia Europa durante este período había sido sensible y coherente. Todas las administraciones norteamericanas de posguerra habían apoyado la idea de la unidad política europea basada en instituciones federales supranacionales. Solamente una Europa federal, se creía, podría terminar con las guerras europeas, constituirse en un contrapeso efectivo para la URSS, unir indisolublemente a Alemania con occidente, actuar como socio e igual frente a Estados Unidos y compartir con nosotros las cargas y obligaciones del liderazgo mundial.

En mi ensayo escrito en 1968, sugerí que dos décadas de presencia militar norteamericana

en Europa habían reducido el temor a una invasión soviética y a una retirada norteamericana, y la Europa nueva, más fuerte, actuaría probablemente en forma diferente a la Europa de 1949: «Estados Unidos no podía esperar perpetuar el accidente del agotamiento europeo de posguerra en una pauta permanente de relaciones internacionales. La recuperación económica de Europa llevaba inevitablemente a un regreso a presiones políticas más tradicionales» (1). Y nuevamente, en *The Troubled Partnership*: «Una Europa unida es probable que insista en una visión específicamente europea de los asuntos mundiales; lo cual es otra forma de decir que desafiará a la hegemonía norteamericana en la política atlántica. Esto puede ser muy bien un precio que valga la pena pagar por la unidad europea; pero la política norteamericana ha sufrido de una falta de disposición a reconocer que hay que pagar un precio» (2).

Hacia 1968, el cambio en los fundamentos de nuestra relación atlántica había producido decepción y ansiedad evidentes. Walt Rostow, asesor especial del Presidente Johnson para Asuntos de Seguridad Nacional, enumeraba la política europea entre sus decepciones al dejar el cargo (3), y Francis Bator, un profesor de Harvard en la Casa Blanca de Johnson, declaró francamente que las primeras nociones de integración política atlántica habían perdido influencia: «Ninguna de las visiones globales diseñadas para arreglar la Segunda Guerra Mundial y evitar una tercera está avanzando hacia su realización» (4).

En Europa, Alastair Buchan, durante años director del prestigioso Instituto para Estudios Estratégicos, de Londres, escribió en 1968 que era un momento de bajar en la marea de asuntos europeos:

La claridad que la Guerra Fría imponía en las relaciones entre los países del mundo desarrollado, en especial el sentido de solidaridad dentro de cada una de las dos alianzas principales, se ha vuelto borrosa; la suposición de una comunidad natural de intereses entre las naciones del mundo atlántico se ha debilitado, y lo mismo un equivalente sentido de identidad entre Europa Oriental y la Unión Soviética; la creencia de que la asociación económica dentro de Europa Occidental llevaría naturalmente a la asociación política ha sido cuestionada; y muchas fuentes tradicionales de división entre las potencias europeas, el nacionalismo y una menguante confianza en los gobiernos, que enmudecieron durante gran parte de la era de posguerra, han empezado a reafirmarse. (5)

Los cambios estructurales en la Alianza Atlántica tuvieron su origen en el campo de la seguridad, que dio el primer impulso para la formación de la Alianza Atlántica. La Alianza Atlántica fue formada para proveer a la defensa común; su estrategia militar estaba basada en la amenaza norteamericana de lanzar una guerra nuclear total en defensa de Europa. Fuerzas norteamericanas de tierra y aire fueron despachadas a Europa en los años cincuenta, aun cuando la estrategia oficial era la represalia masiva por fuerzas con base en Estados Unidos. En lo que hacía a nuestros aliados europeos, Estados Unidos se vería privado de todo elemento de opción al involucrar a fuerzas estadounidenses en un conflicto desde el comienzo. Frente a los riesgos de la guerra moderna, los europeos consideraban que la reiteración constante de la determinación norteamericana era insuficiente, si no ingenua. Demasiados países europeos habían sido abandonados por sus aliados (o ellos mismos habían abandonado a aliados) para sentirse totalmente reconfortados con las seguridades teóricas que se convirtieron en el producto principal de las reuniones de la OTAN. Nuestras tropas, para decirlo directamente, eran queridas como rehenes.

Siendo ese el caso, nuestros aliados no tenían incentivos para contribuir a una real capacidad para la defensa regional. Es cierto que nuestros aliados europeos hacían esfuerzos propios para la defensa, a fin de evitar las quejas del Congreso de que nosotros estábamos soportando toda la carga. Pero el esfuerzo europeo estaba afectado de ambivalencia en su médula. Demasiado grande para ser una mera presencia simbólica, demasiado pequeño para resistir a una arremetida general soviética, el «establishment» militar aliado era una reunión accidental de fuerzas en busca de una misión. Las tropas mejor entrenadas y equipadas, las de Estados Unidos, estaban en el sur, custodiando el paisaje más hermoso, primariamente porque allí estaban cuando la guerra terminó en 1945. Desafortunadamente, las rutas tradicionales de invasión están ubicadas al norte de la llanura alemana, la cual era responsabilidad de algunas fuerzas alemanas y británicas que tenían el apoyo logístico menos efectivo. Las armas de las diversas fuerzas eran (y son) una mezcla de arsenales de varias nacionalidades; ni el equipo, ni los criterios para usarlo, estaban normalizados. La OTAN a fines de los años sesenta (y me temo que hoy) era suficiente-

mente fuerte para resistir en las primeras fases de un conflicto, pero habría sido incapaz de concluirlo. Pero eso era quizás exactamente lo que deseaban nuestros aliados; precisamente allí estaba la garantía de una eventual respuesta norteamericana con armas nucleares estratégicas.

Los intentos periódicos de racionalizar la estructura de defensa en Europa estaban condenados a tropezar con resistencias. Cualquier iniciativa norteamericana para fortalecer las defensas locales provocaba preguntas sobre si era un artilugio para reducir nuestro compromiso nuclear. Por lo menos algunos de nuestros aliados sentían la preocupación de que, dada una alternativa, nosotros podríamos no acudir en absoluto en su defensa, o en cualquier caso retirarla si (y cuando) la marea de la batalla en tierra volvierase en contra de nosotros. Los europeos temían, al mismo tiempo, la devastación de una guerra nuclear en su continente densamente poblado y nuestra aparentemente creciente renuencia a recurrir a las armas nucleares. Querían hacer creer a la Unión Soviética que cualquier ataque pondría en acción al arsenal nuclear norteamericano. Sin embargo, si el «bluf» fallaba, no estaban ansiosos de que nosotros ejecutáramos la amenaza en suelo de ellos. Su secreta esperanza, que nunca se atrevían a articular, era que la defensa de Europa sería conducida como un intercambio nuclear intercontinental por encima de sus cabezas; para defender a sus países, se invitaba a Norteamérica a correr el mismo riesgo de devastación nuclear al que ellos trataban de escapar.

Las reales preocupaciones de cada lado permanecían enmascaradas. Los europeos no se atrevían a hacer explícitos sus temores, para que los mismos no se convirtieran en profecías materializables. Estados Unidos proclamaba virtuosamente una incontrovertible buena fe, pero no quería admitir que la ecuación estratégica habíase alterado más allá de lo que pudiera repararse con palabras. Durante la mayor parte del período de posguerra, la Unión Soviética había estado virtualmente indefensa contra un primer golpe norteamericano. Tampoco podía mejorar significativamente su posición atacando, puesto que nuestro contragolpe hubiera significado riesgos inaceptables. Por lo tanto, nuestras fuerzas estratégicas eran un freno efectivo contra cualquier ataque terrestre soviético. A comienzos de los años sesenta (pese a nuestra obsesión inicial con una inexistente «brecha de misiles»), nuestras fuerzas de represalia eran todavía tan superiores que las aventuras militares locales soviéticas seguían siendo extremadamente temerarias. Pero a mediados de los años sesenta, luego de la crisis de los misiles cubanos, los soviéticos empezaron a aumentar su arsenal estratégico a un ritmo que estaba pensado para elevar las bajas norteamericanas en un conflicto nuclear (no importa cómo empezara) a decenas de millones. Cuando asumimos nuestras funciones en 1969, el cálculo de bajas en caso de un *segundo* golpe soviético era de más de 50 millones de muertos por efectos *inmediatos* (por no mencionar muertes posteriores por radiación).

Pretender que semejante perspectiva no afectaría la disposición norteamericana a recurrir a las armas nucleares hubiera sido una evasión de responsabilidad. El crecimiento del poderío nuclear soviético estaba destinado a restar credibilidad a una respuesta nuclear automática total con cada año que pasaba.

Hubiera sido igualmente irresponsable ignorar la profunda preocupación que esta nueva situación creaba en Europa. Los esfuerzos norteamericanos de los años sesenta por seguir siendo los únicos custodios de armas nucleares en la Alianza, expresados en nuestra oposición a los programas nucleares de Gran Bretaña y de Francia, eran interpretados (por más líderes europeos de los que lo admitían) como un intento de Estados Unidos de reservarse para sí la definición de lo que constituían los intereses vitales de toda la Alianza. En su forma más extrema, el intento norteamericano de monopolizar las decisiones nucleares centrales podía ser presentado como asegurándonos la opción (cualquiera fuera nuestra intención inmediata) de desacoplar nuestra defensa de la de nuestros aliados. Esta era la pesadilla europea, y sigue siéndolo. Después de su retiro en 1969, de Gaulle expresó esta preocupación en su forma más brutal en una conversación con André Malraux: «Pese a su poderío, no creo que Estados Unidos tenga una política a largo plazo. Su deseo, y algún día lo satisfecerá, es abandonar a Europa. Usted lo verá» (6).

En los años sesenta, Estados Unidos estuvo generalmente acertado en análisis puramente militares; nuestros aliados, en general, actuaban como avestruces. Estaban tan poco dispuestos a confrontar la modificada relación estratégica o a hacer un mayor esfuerzo para la defensa, como estaban prontos a atribuir a complejas y a veces tortuosas intenciones norteamericanas lo que era, en realidad y en gran parte, resultado de una inexorable evolución tecnológica. Al mismo tiempo, Estados Unidos fue lento en reconocer que el asunto era político, y, en último análisis, psicológico. Era de esperar que en condiciones de incipiente paridad, las superpotencias

nucleares intentarían hacer más predecible y manejable el entorno nuclear. Pero este mismo intento estaba destinado a aparecer ante los otros como un condominio en ciernes: claramente, ponía restricciones a nuestra decisión de recurrir a la guerra nuclear, sobre la cual Europa basaba su seguridad. Los aliados protestaban por consultas insuficientes, pero sus preocupaciones difícilmente hubieran sido apaciguadas con consultas plenas. Una vez que Estados Unidos y la Unión Soviética poseyeran cada uno fuerzas de represalia invulnerables, capaces de infligir daños inaceptables, la cohesión aliada dependería de la capacidad de asegurar que las percepciones norteamericanas y europea de intereses vitales fueran congruentes que fueran percibidas como tales por la Unión Soviética.

De esa forma, los debates estratégicos eran solamente la punta del iceberg. El desafío más profundo era que, después de siglos de preminencia europea, el centro de gravedad de los asuntos mundiales estaba alejándose de Europa. Para que las naciones desempeñen un papel internacional importante, deben creer que sus decisiones importan. Desde mediados del siglo dieciocho en adelante, las decisiones de las potencias europeas determinaban la guerra y la paz, el progreso o el estancamiento. Los conflictos en otros continentes eran a menudo alentados, si no protagonizados, por europeos. El progreso económico dependía de capital europeo y de tecnología europea. La Primera Guerra Mundial (sin sentido en su origen, inútil en sus resultados) produjo una catástrofe fuera de toda proporción con los asuntos en juego. Noventa por ciento de los graduados británicos de Oxford en 1914, perecieron como oficiales jóvenes en la carnicería de la Gran Guerra. Precisamente a causa de que el sufrimiento fue tan vasto e inesperado, después de un siglo de ingenua creencia en el progreso ininterrumpido, la confianza de Europa en sí misma fue sacudida y erosionados sus cimientos económicos. La Segunda Guerra Mundial y el período de descolonización completaron el proceso, reduciendo aún más los horizontes y acentuando la sensación de impotencia. Súbitamente, los gobiernos europeos advirtieron que su seguridad y prosperidad dependían de decisiones tomadas lejos de allí; de ser actores principales habíanse convertido en actores de reparto. Así, después de 1945, Europa enfrentó una crisis de espíritu que iba más allá de sus recursos materiales todavía considerables. La tensión real entre Estados Unidos y Europa giraba en torno de la búsqueda por parte de Europa de un sentido de identidad y relevancia en un mundo en el que ya no controlaba las decisiones finales.

La respuesta norteamericana en los años sesenta fue simple. Los intereses norteamericanos y europeos, afirmamos nosotros, eran idénticos; no había ninguna posibilidad de que Estados Unidos pusiera en peligro a sabiendas los intereses vitales de sus aliados, ya fuera en la diplomacia o en la estrategia. El verdadero obstáculo a la cooperación aliada, sosteníamos, era la diferencia de poderío entre Europa y Estados Unidos. Europa asumiría responsabilidades globales a medida que aumentara su poderío y esto vendría de la integración sobre una base supranacional. Los abogados norteamericanos de la unidad europea a veces la apoyaban más apasionadamente que sus colegas europeos. Unos pocos europeos reflexivos, sin embargo, se preguntaban si todo sería tan simple. Dudaban de si «compartir la carga» (la frase de la jerga) resolvería los problemas de identidad o de propósito nacional. Europa, pensaban ellos, necesitaba un propósito político propio y no simplemente una misión técnica en una empresa conjunta.

Quienes argumentaban que Europa estaría más dispuesta a compartir cargas globales si estaba federalmente integrada, me parecía, tenían un concepto demasiado mecánico de la historia. Yo no creía que los países compartían cargas meramente porque eran capaces de hacerlo. A lo largo de la mayor parte de su historia, Estados Unidos tuvo los recursos pero no la inclinación para desempeñar un papel global; por el contrario, muchos países europeos seguían teniendo compromisos de ultramar aun después de que sus recursos empezaron a reducirse. El más grande imperio colonial en los años sesenta y parte de los setenta era detentado por Portugal, uno de los miembros más débiles de la OTAN. El compartir la carga entre aliados era probable solamente si se reunían dos condiciones: Europa tenía que desarrollar su propia percepción de las relaciones internacionales, y tenía que convencerse de que nosotros no podíamos, o no deseábamos, soportar solos la carga. Ninguna de esas condiciones se daba a fines de los años sesenta. Los europeos estaban absorbidos en problemas domésticos. Y cuando buscaban seguridades contra una retirada norteamericana, lo hacían no por una división del trabajo con nosotros, sino duplicando nuestras fuerzas, o construyendo armas estratégicas propias. Europa necesitaría articular una política propia antes de asumir mayores cargas o responsabilidades.

Yo favorecía la unidad europea, pero era agnóstico acerca de la forma que la misma tomaría.

si sería una confederación de naciones-estados o una federación supranacional. Yo quería que Europa jugara un papel internacional más grande, pero debíamos enfrentar el hecho de que este papel derivaría de una concepción independiente que no siempre coincidiría con la nuestra. Poco antes de las elecciones, escribí sobre nuestras relaciones con Europa:

Ningún país puede actuar sabiamente y en forma simultánea en todas las partes del globo y en todo momento. Un mundo más pluralista, especialmente en relaciones con amigos, corresponde profundamente a nuestro interés a largo plazo. La multipolaridad política, si bien resulta difícil habituarse a ella, es la condición previa para un nuevo período de creatividad. Por más que admitirlo pueda ser penoso, podríamos beneficiarnos de un contrapeso que disciplinaría nuestra ocasional impetuosidad y, al brindar perspectiva histórica, modificaría nuestra inclinación por las soluciones abstractas y «finales» (7).

La vitalidad de los pueblos libres sería probada por la respuesta que dieran al antiguo dilema de la libertad: como reconciliar diversidad y unidad, independencia y colaboración, libertad y seguridad.

LONDRES Y LA «RELACIÓN ESPECIAL»

De Bruselas, Nixon voló a Londres. La naturalidad y calidez de su bienvenida ocultaron el hecho de que acababa de tener lugar una gran tormenta: una desagradable disputa entre Gran Bretaña y Francia sobre el futuro de Europa, sintomática de lo que teníamos por delante.

Los relámpagos habían empezado en conversaciones privadas que el presidente de Gaulle había mantenido con el embajador británico en París, Christopher Soames, quien siendo yerno de Winston Churchill, estaba familiarizado con los grandes y no se dejaba intimidar demasiado por la «grandeur». La controversia decía mucho acerca del debate dentro de Europa y la Alianza como un todo. El 4 de febrero de 1969, el presidente de Gaulle y el embajador Soames conversaron en el Palacio del Eliseo (la residencia y oficinas presidenciales) sobre el futuro de Europa; tuvieron otra reunión sobre el mismo tema el 14 de febrero. Después de eso, los británicos informaron a sus otros aliados, incluidos nosotros, que el general de Gaulle había descrito su concepto del futuro de Europa en términos más bien provocativos y de alguna manera novedosos.

Para crear una Europa auténticamente independiente, capaz de tomar decisiones sobre cuestiones de importancia global, de Gaulle había dicho que, primero que todo, sería necesario que los europeos se liberaran del estorbo de la OTAN, con su «dominación y maquinaria norteamericanas». Una organización política europea exitosa tendría que apoyarse en un concierto de las potencias europeas más importantes: Francia, Inglaterra, Alemania e Italia. Y en esa relación, el elemento central tendría que ser un entendimiento y cooperación anglo-franceses. Segundo, en este proceso la estructura del Mercado Común tendría que cambiar, y de Gaulle, en cualquier caso, tenía poca confianza en el futuro del mismo. En cambio, podía prever su reemplazo por una especie de amplia zona de comercio libre, especialmente para productos agrícolas. Tercero, puesto que la relación anglo-francesa sería la piedra basal de este concepto, el general estaba dispuesto a mantener discusiones bilaterales *privadas* con Gran Bretaña sobre problemas económicos, monetarios, políticos y financieros. Dijo que recibiría bien una iniciativa británica para esas conversaciones.

Los británicos nos dijeron que habían respondido a de Gaulle que el Reino Unido todavía deseaba unirse al Mercado Común y que esperaban que las negociaciones pudieran reiniciarse pronto. Aunque las opiniones británicas sobre la OTAN, las relaciones con Estados Unidos, y la conveniencia de un directorio de cuatro potencias en Europa diferían materialmente de las de de Gaulle, Gran Bretaña consideraba muy significativas las propuestas del general. Estaba dispuesta seguir discutiéndolas, pero solamente sobre la base de que a sus socios de la OTAN se los mantuviera completamente informados. Con respecto a esto, Soames dijo a de Gaulle, en su segunda reunión, que el primer ministro Wilson había considerado su deber informar al canciller alemán Kiesinger cuando los dos se reunieron en Bonn, el 13 y 14 de febrero. Los británicos también comunicaron la esencia de las conversaciones de Gaulle-Soames a nosotros, a los belgas y a otros aliados; la noticia difundióse como reguero de pólvora en la OTAN.

El 17 y 18 de febrero, los embajadores franceses en capitales europeas trataron de averiguar

cuánto de las conversaciones de Gaulle-Soames se había difundido y de ofrecer seguridades de que el general no tenía intención de provocar la ruptura de la OTAN. Simplemente, él había dicho a Soames —dijeron los embajadores— que la expansión del Mercado Común modificaría inevitablemente su carácter y que su subsiguiente dirección tendría que ser estrechamente revisada.

Para el 21 de febrero, la disputa sobre quién había dicho qué a quién, había alcanzado tales proporciones que tanto los británicos como los franceses sintieron obligados a dejar que las versiones de su rival se filtraran a la prensa. Un artículo de fondo del *Times* de Londres coincidía bastante con la primera versión que nos transmitieron ellos privadamente. Un inspirado artículo en *Le Figaro*, de París, replicó que de Gaulle simplemente había esbozado sus opiniones de una Europa independiente, la cual podría realizarse «sin tener ningún efecto sobre la concepción de la OTAN». *Le Figaro*, para completar la cosa, atacaba al embajador Soames personalmente por haber difundido en Europa una «versión sensacional» de los comentarios del general, que «arrojaba dudas sobre la credibilidad del señor Soames». El ministro de relaciones exteriores francés, Michel Debré, declaró públicamente poco después que el general solamente había querido averiguar si los británicos estaban interesados en conversaciones exploratorias sobre «perspectivas políticas y económicas europeas».

Como viejos guerreros de una batalla cuyo recuerdo inspira emoción y heroísmo, todos los veteranos norteamericanos de controversias anteriores con de Gaulle se precipitaron a la palestra. La nueva administración fue inundada con propuestas, de dentro y de fuera de nuestro gobierno, de aprovechar la oportunidad de reafirmar nuestra dedicación a una Europa federal y rechazar la propuesta de de Gaulle (que, de todos modos, no nos había sido formulada a nosotros) para un directorio especial de las más grandes potencias europeas. Se pedía a la nueva administración que recogiera la lanza caída de su predecesor y arremetiera una vez más contra los molinos de viento del dogma europeo, para reiniciar el áspero debate con Francia exactamente donde había quedado suspendido por nuestras elecciones.

Esto, estábamos decididos a no hacerlo. Pensábamos que la organización de Europa debía ser decidida por los europeos. Estados Unidos había malgastado demasiado prestigio en esas disputas doctrinales. El 22 de febrero, el día previo al de nuestro vuelo a Europa, envié a Nixon una breve versión del asunto, que terminaba como sigue:

Creo que de Gaulle expuso sus opiniones sobre el futuro de Europa a Soames en términos muy parecidos a los que nos informaron originalmente los británicos. En todo caso, la esperanza de una Europa independiente de la «dominación» norteamericana y guiada por el concierto de las más grandes potencias europeas está en completa consonancia con las opiniones registradas de de Gaulle. También es característico que de Gaulle reconociera que semejante concierto tendría que basarse en un acuerdo anglo-francés, si bien sobre la suposición de que Inglaterra se emancipará de cualquier «relación especial» con Estados Unidos...

Usted será presionado para que haga comentarios.

Recomiendo que usted:

1. Ratifique nuestro compromiso con la OTAN.
2. Ratifique nuestro tradicional apoyo a la unidad europea, incluyendo el ingreso británico al Mercado Común, pero que
3. Deje bien en claro que no nos inmiscuiremos en debates entre europeos sobre formas, métodos y momento oportuno para dar los pasos hacia la unidad.

Nixon siguió este enfoque cuidadosamente y sutilmente en sus conversaciones privadas; yo lo repetí a menudo a la prensa antes y después de la gira europea. Interrogado sobre la controversia Soames-de Gaulle, el 21 de febrero dije: «De nuestra incumbencia es la relación de Estados Unidos con Europa, no los arreglos internos de Europa». Usamos la controversia Soames-de Gaulle para dejar en claro que nuestro énfasis estaría sobre las relaciones atlánticas y dejaríamos a los europeos la elaboración de los arreglos internos de Europa. A la larga, esta sería la posición que más contribuiría al ingreso de Gran Bretaña en el Mercado Común.

Nixon llegó a Londres desde Bruselas la lluviosa mañana de un lunes. En el aeropuerto de Heathrow, fue recibido por el primer ministro Harold Wilson y el secretario del exterior Michael Stewart. La cremonia fue sobria porque Nixon temía ser acusado de andar divirtiéndose mientras

ardía la guerra de Vietnam, y pidió que el protocolo se limitara a un mínimo. Fue un sacrificio doloroso porque él amaba intensamente el ceremonial, especialmente en Gran Bretaña, donde la pompa oficial ha sido elevada a una forma de arte mayor. Más que en ninguna otra parte, el protocolo de estado británico tranquiliza hábilmente al inseguro y le sugiere que merece sus honores por sus propios méritos.

Harold Wilson saludó a Nixon con la paternal bonhomía del jefe de una antigua familia que ha conocido épocas mejores, pero que todavía es capaz de evocar recuerdos de la sabiduría, dignidad y poderío que, en primer lugar, establecieron el nombre de la familia. Dirigió una punzada a de Gaulle al anunciar su rechazo de «actitudes que miran hacia adentro» en relaciones exteriores y las comparó desfavorablemente con el «más amplio concepto mundial» propugnado por Nixon, y al que prometió apoyar. Pero el tema más importante de Wilson fue el que se había vuelto ritual en toda Europa Occidental: que la Alianza tenía que pasar de la seguridad a fines tan positivos como «cooperación y paz». El propósito de la Alianza a fines de los años sesenta ya no era la defensa, por lo menos en la retórica pública; su principal justificación estaba convirtiéndose en el relajamiento de la tensión. Nixon jamás iba a dejarse superar por las proclamaciones altisonantes de otros. Respondió con una frase que usaría a muerte en la campaña de 1972 con una consiguiente inflación de expectativas de *détente*: «Creo, como que hoy estoy aquí, que podemos conseguir una paz duradera en nuestra época.» Estaba de un humor eufórico. Encaró directamente el tema de la llamada «relación especial» entre Gran Bretaña y Estados Unidos, que tan litigioso resultaba dentro de nuestro gobierno, refiriéndose explícitamente al mismo dos veces, y en los términos más positivos.

Esto causó no pocas penurias a muchos de los integracionistas europeos del Departamento de Estado y fuera del gobierno. Los abogados (casi fanáticos) de la unidad europea estaban ansiosos de terminar con la «relación especial» con nuestro aliado más viejo, como un supuesto favor a Gran Bretaña para facilitar su ingreso al Mercado Común. Consideraban que era esencial privar a Gran Bretaña de cualquier status especial con nosotros, a fin de no frustrar el papel que le tocaría a Gran Bretaña en la Europa que ellos soñaban. Exhortaban a un igualitarismo formal, no afectado por la tradición o las concepciones del interés nacional, como la mejor garantía de su Gran Designio.

Aunque hubiera sido deseable, cosa que yo dudaba, esto resultaba impracticable. Porque la relación especial con Gran Bretaña era peculiarmente impermeable a teorías abstractas; no dependía de arreglos formales; derivaba, en parte, del recuerdo del heroico esfuerzo británico de la época de la guerra; reflejaba el lenguaje y la cultura comunes de dos pueblos hermanos. Debía no poco a la sobria autodisciplina por medio de la cual Gran Bretaña había logrado conservar su influencia política después de que su poderío físico se hubo desvanecido. Cuando Gran Bretaña emergió de la Segunda Guerra Mundial, demasiado debilitada para insistir en sus puntos de vista, no perdió tiempo en lamentar un pasado irrecuperable. En cambio, los dirigentes británicos elaboraron tenazmente una «relación» especial con nosotros. Esta fue, en realidad, una pauta de consultas tan íntimas de hecho, que se volvió psicológicamente imposible ignorar los puntos de vista británicos. Evolucionaron hacia un hábito de consultas tan regular, que la acción norteamericana autónoma llegó, de alguna manera, a parecerse a la violación de los reglamentos de un club. Sobre todo, ellos usaron efectivamente una abundancia de sabiduría y de integridad de conducta tan excepcional, que los sucesivos líderes norteamericanos llegaron a considerar de su interés obtener el consejo británico antes de tomar decisiones importantes. Era una relación extraordinaria porque no se apoyaba en ninguna base legal; no estaba formalizada por ningún documento; era continuada por los sucesivos gobiernos británicos como si no fuera concebible ninguna otra alternativa. La influencia de Gran Bretaña era grande precisamente porque nunca insistía en ella; la «relación especial» demostraba el valor de los intangibles.

Un rasgo de la relación anglo norteamericana era el grado en el que la sutileza diplomática superaba los desacuerdos substanciales. En realidad, los puntos de vista sobre integración europea que tenían los dirigentes británicos estaban más cerca de los de de Gaulle que de los nuestros; una Europa «integrada», «supranacional», era un anatema tanto en Gran Bretaña como en Francia. La mayor diferencia entre los franceses y los británicos era que los dirigentes británicos nos concedían a nosotros la teoría (de integración europea o Alianza Atlántica), mientras buscaban dar forma a su ejecución a través de los más estrechos contactos con nosotros. Mientras de Gaulle trataba de ponernos frente a hechos consumados y retos doctri-

nales, Gran Bretaña convertía a la conciliación en un arma, haciendo que fuera moralmente inconcebible ignorar sus puntos de vista.

Yo consideraba que los ataques provenientes desde dentro de nuestro gobierno contra la relación especial eran mezquinos y formalistas. El cortar nuestros vínculos especiales (suponiendo que ello pudiera hacerse) minaría la confianza británica y a nosotros no nos depararía nada. En una charla informativa del 21 de febrero, antes de nuestra partida hacia Europa, señalé:

Mi opinión personal sobre este asunto es que no sufrimos en el mundo de tal exceso de amigos que debamos desalentar a aquellos que sienten hacia nosotros una amistad especial. Yo diría que la respuesta a la relación especial con Gran Bretaña debería ser elevar a otros países al mismo status, en vez de desalentar a Gran Bretaña hacia una relación menos cálida con Estados Unidos.

Nixon aceptó mi consejo de no dejarse envolver en la controversia Soames-de Gaulle; tampoco tenía mucho interés en la disputa mientras la misma estuviera confinada a murmuraciones burocráticas teóricas y obtusas. Como creía en la «relación especial», resolvió el tema con su declaración de llegada.

Esto encajaba bien con el enfoque de nuestros anfitriones. Todo era en tono menor, personal, y sutilmente halagador. Llegaron a extremos extraordinarios para hacernos sentir cómodos sin ser cargos, para estar disponibles para un cambio de opiniones sin pedir ninguna acción norteamericana específica a cambio. Del aeropuerto nos llevaron a Chequers, la residencia campestre del primer ministro, que es confortable pero no ostentosa, llena de recuerdos históricos apenas suficientes para evocar el glorioso pasado de Gran Bretaña. Pero a semejanza de sus ocupantes, es sutil y discreta en su lección y su influencia. La primera conversación tuvo lugar allí, después de la cena, y fue una pequeña reunión privada de Nixon y Wilson, Rogers y Stewart, Sir Burke Trend, secretario del gabinete británico y yo.

Cuando nos encontramos con él por primera vez, Harold Wilson tenía reputación de político marrullero cuya penetrante inteligencia estaba manchada por una ausencia de confiabilidad final. Algunos miembros de la administración saliente lo consideraban demasiado cercano al ala izquierda del Partido Laborista; esto, y su vanidad, se suponía que lo hacían sumamente susceptible a las zalamerías soviéticas. Y se lo acusaba de que no vacilaba en aprovechar nuestras dificultades en Vietnam para consolidar su propia posición doméstica. En mi experiencia con Wilson, ninguna de estas críticas resultó justificada. Es verdad que cualquier dirigente laborista tiene que tomar en cuenta los puntos de vista del ala izquierda de su partido. Tampoco era él el primero de los premiers británicos que se presentaba a sí mismo como un apóstol especial de paz con el este. Harold Macmillan, después de todo, habiase ganado el apodo de «Super Mac» al aparecer en Moscú, en el pico de la crisis de Berlín, predicando conciliación y tocado con un gorro de astracán. En mi experiencia, Wilson era un amigo sincero de Estados Unidos. Sus lazos emocionales, como los de la mayoría de los británicos, estaban tendidos a través del océano y no del Canal, hacia esa región que, en Gran Bretaña, es significativamente denominada «Europa». Él había pasado mucho tiempo en Estados Unidos y creía sinceramente en la asociación anglo-norteamericana. No fue un gesto teatral invitar a Nixon, como lo hizo, a asistir a una reunión del gabinete, honor sin precedentes para un extranjero. En cuanto a la confiabilidad de Wilson, no estoy en posición de juzgar su conducta en la escena británica. Con Estados Unidos, siempre me resultó un hombre de palabra. El representaba un fenómeno curioso en la política británica: su generación de líderes del Partido Laborista estaban emocionalmente más cerca de Estados Unidos que muchos líderes del Partido Conservador. Los tories parecían resentidos por la pérdida de la preminencia física a favor de Estados Unidos, especialmente después de lo que ellos consideraban nuestra traición sobre Suez.

Aunque formado en Oxford, donde enseñé economía durante varios años, Wilson casi no tenía ningún interés en las ideas abstractas. Lo fascinaba la manipulación del poder político; disfrutaba en la empresa de resolver problemas definibles. Los objetivos de largo alcance apenas despertaban en él una atención superficial. No veía sentido en la planificación, porque tenía plena confianza en que sus muchas aptitudes le permitirían superar cualquier situación difícil. Wilson tenía una memoria extraordinaria que le permitía recordar la posición exacta en una página de una frase que había leído muchos años atrás. Era una aptitud que le deleitaba mostrar; exhibía una aptitud casi igual para encontrar oportunidades de hacerlo. Personalmente era más

bien frío, rudo (no diferente a Nixon), y conmovedoramente ansioso por obtener aprobación, especialmente de aquellos a quienes respetaba. Esta categoría incluía generalmente a hombres de poder o del mundo académico; valoraba especialmente sus estrechas relaciones con presidentes norteamericanos. Enseguida sugirió a Nixon que se llamaran por sus nombres de pila. Una glacial mirada de Nixon hizo fracasar esta idea. Pero el incidente no modificó la actitud amistosa de Wilson hacia Estados Unidos. Yo, personalmente, le tenía simpatía; él jamás nos dejó en la estacada.

Su colega, el secretario del exterior Michael Stewart, era una personalidad diferente. Bien intencionado, ligeramente pedante, antes de ser primero ministro de educación y después secretario del exterior, había sido maestro de escuela, y lo demostraba. Deleitábase en disquisiciones morales que podían hacer distraer a Nixon. Como muchos que llegaron tarde en la vida a asumir responsabilidad internacional, actuaba como si ello consistiera en la proclamación de máximas teóricas. Stewart, sin embargo, estaba dedicado por convicción a favorecer la estrecha relación entre nuestros países. Pese a sus muchas dudas, defendió nuestra posición en Vietnam en un debate en la Oxford Union con más vigor y destreza de la que exhibían muchos de los norteamericanos que habían tomado la decisión de enviar nuestras tropas allí; nunca expresaba sus reservas a extraños. Era un hombre decente y sólido, no brillante ni de gran visión, pero de la cualidad terca y porfiada a la que Gran Bretaña debe mucho de su grandeza.

El tercer británico importante en la cena era Sir (más tarde lord) Burke Trend, secretario del gabinete. Su cargo era tan poderoso como anónimo. Veterano funcionario que retuvo su posición a través de todos los cambios de administración, él preparaba las minutas para las reuniones del gabinete, supervisaba la maquinaria del servicio civil permanente y brindaba el desinteresado consejo de décadas de experiencia acumulada. La influencia inherente a este cargo era usada por Burke Trend con especial efectividad. Burke Trend era un hombre menudo, erudito, con un destello en los ojos y modales que sugerían sabiduría y prudencia. Guió discretamente la discusión lejos de bajíos que él sabía que habían provocado naufragios en impetuosas aventuras anteriores. Con gran habilidad, hacía que los ministros del Gabinete parecieran más competentes de lo que hubieran podido ser. Era un hombre de espíritu generoso. Su erudición y sus consejos figuraban entre los beneficios que recibíamos de la relación especial.

La cena en Chequers pareció un acontecimiento de familia. La discusión fue un *tour d'horizon* de los asuntos mundiales. Se inició en el comedor de paredes recubiertas con madera y continuó entre copas de coñac en la famosa Long Gallery. Hombres que tendrían que dar forma al futuro de sus países para los próximos años se evaluaron mutuamente y quedaron, en general, contentos con los resultados.

Más tarde, Nixon me llamó a su suite en el Claridge's para pasar revista a los acontecimientos del día. El día había empezado en el Consejo de la OTAN en Bruselas, y terminado en la residencia del primer ministro británico, a la que Nixon atribuía una historia de varios siglos. No tuve el coraje de decirle que Chequers cumplía sus funciones actuales solamente desde la Primera Guerra Mundial. Él estaba eufórico; adoraba las discretas ceremonias y era lo suficientemente nuevo en eso para que la sucesión de acontecimientos le hiciera estremecerse. Aterrizar con el *Fuerza Aérea Uno* en suelo extranjero, ser recibido por un rey y luego por un primer ministro, pasar revista a guardias de honor, visitar Chequers; todo eso era la culminación de sus sueños juveniles, y representaba la idea que tenía de las altas funciones, aparentemente inalcanzables para un joven pobre, en cierta forma resentido, oriundo de un pueblecito de California. Ello produjo una de las pocas ocasiones de alegría casi espontánea que he presenciado en mi trato con este hombre retraído y escurridizo. Aunque la discusión del día no había resuelto ningún asunto importante, a Nixon encantábanle las conversaciones filosóficas que no involucraban confrontaciones ni regateos por cuestiones de detalle. Nixon necesitaba desesperadamente que le dijeran lo bien que se había desempeñado. Como lo haría en otras ocasiones, me pidió que relatará una y otra vez su destacado papel en los acontecimientos del día. Ya se había acostado, y como sucedía ocasionalmente cuando se hallaba bajo tensión, empezó a enredarse con las palabras o a luchar para darles forma muy cuidadosamente. Fue fácil tranquilizarlo. Si bien el día no había deparado ningún desafío abrumador, él se había conducido con dignidad y habilidad.

Al día siguiente, en la sala del gabinete de Downing Street Nro. 10 (residencia, además de oficinas, del primer ministro), un grupo más grande por ambos lados tocó los temas de la noche anterior. Los tópicos principales fueron la decisión de Gran Bretaña de renovar su solicitud de

ingreso al Mercado Común, el futuro de la OTAN y el curso de las relaciones entre este y oeste. Los ministros británicos declararon que procuraban obtener la afiliación en Europa menos por los beneficios económicos que por los beneficios políticos de una Europa más abierta hacia afuera, que ellos podrían contribuir a formar. Nixon manifestó hallarse de acuerdo con este concepto, pero acentuó que el mismo no podía ser promovido por la hostilidad norteamericana hacia de Gaulle. Nosotros trataríamos de mejorar las relaciones de Norteamérica con Francia; si bien esto no alteraría los puntos de vista básicos de de Gaulle, podría volverlo más tratable para llegar a acuerdos prácticos. Los ministros británicos aseguraron que esa era exactamente la opinión de ellos, como si nunca hubiera tenido lugar la controversia Soames-de Gaulle.

La discusión sobre la OTAN reveló una vez más las ambivalencias de la Alianza Atlántica. Todos coincidieron con la apreciación de Nixon de que la Unión Soviética estaba cerrando la brecha nuclear y que nosotros haríamos bien, frente a las presiones del Congreso, en mantener los nuevos programas de defensa que estábamos iniciando. Pero no hubo disposición a extraer la obvia conclusión de que las defensas europeas tendrían que ser fortalecidas. Wilson dijo que la OTAN necesitaba una nueva doctrina estratégica; dudaba de que ningún país europeo estuviera dispuesto a emprender un aumento importante en sus gastos de defensa, por temor de que entonces Estados Unidos limitara su participación. Wilson dejó a nuestro cargo imaginar cuál podría ser la importancia de una nueva doctrina estratégica que no englobara nuevas fuerzas.

Michael Stewart contribuyó con lo que estaba volviéndose el tema europeo corriente. Nuestra negociación con la Unión Soviética, especialmente sobre limitación de armas estratégicas, era esencial. La generación joven ya no apoyaría a la Alianza Atlántica únicamente como un instrumento para la defensa; para la unidad de Occidente, era esencial que también vieran en la misma un vehículo para la *détente*. Tenía razón, pero allí mismo revelaba la profunda ambivalencia de nuestros aliados europeos. En épocas de tensión creciente, temían a la rigidez norteamericana; en época de relajamiento de tensión, temían a un condominio de Estados Unidos y la Unión Soviética. Nos exhortaban a que fuéramos firmes, y luego ofrecían su mediación para romper el estancamiento resultante. Insistían en que los consultáramos antes de hacer nada, pero querían libertad y autonomía para seguir sin restricciones su propia diplomacia de *détente*. Si llegaban a percibir que bloqueábamos la *détente*, perderíamos el apoyo de nuestros aliados europeos occidentales, quienes acelerarían sus propios contactos con el este, sin ninguna estrategia coordinada; serían demasiado débiles para resistir simultáneas presiones domésticas y soviéticas. Nos encontrábamos en la paradójica posición de que tendríamos que asumir un papel de liderazgo en las relaciones entre este y oeste si queríamos mantener unida a la Alianza y establecer ciertas reglas de juego para los contactos entre este y oeste. Pero si avanzábamos demasiado de prisa o despertábamos esperanzas infundadas, minaríamos nuestra causa a favor de la fuerza militar, que era la única base segura para tratar con la Unión Soviética. Era un problema que persistiría mucho después de que todos los participantes en la discusión de Downing Street hubieran dejado sus cargos.

Hubo un almuerzo en el Palacio de Buckingham, con la reina Isabel. Me pareció que de ella se había difundido una imagen estereotipada errónea de mujer mas bien sosa. Posee un ingenio travieso y me impresionó su conocimiento de los asuntos mundiales y su perspicacia para juzgar a las personalidades involucradas. A primeras horas de la tarde, el presidente habló al personal de la embajada de Estados Unidos y se reunió con un grupo de editores e intelectuales británicos.

La noche fue memorable porque mostró un aspecto de Nixon escasamente conocido por el público. Durante la primavera de 1968, Harold Wilson cometió el extraordinario error de apostar a una victoria demócrata; en consecuencia, designó a John Freeman, viejo amigo de Hubert Humphrey, embajador en Washington. La decisión amenazaba con tener consecuencias desastrosas. Freeman había sido un ministro laborista del ala izquierda de su partido. Había renunciado en ásperos términos, disconforme con la política de salud del gobierno y luego se hizo de un nombre como entrevistador en la televisión y después como director del semanario izquierdista *New Statesman* (Nuevo estadista), y alto comisionado británico en la India. Mientras era director del *Statesman*, Freeman celebró la derrota de Nixon en California felicitando a los norteamericanos por haber eliminado a «un hombre sin principios excepto la disposición a sacrificarlo todo a la causa de Dick Nixon». Cuando Nixon ganó las elecciones, siete meses después de la designación de Freeman, Wilson lamentó su embarazosa elección. Debe reconocérsele el mérito de que se negó a cambiar de embajador. Nixon se indignó. Desde el comienzo de su administración, juró que no tendría nada que ver con Freeman. Se vio apoyado por el

general Eisenhower, quien le dijo, en mi presencia, en enero antes del viaje a Europa, que el nombramiento de Freeman era un insulto no solamente a Nixon como persona sino a la presidencia. Pero puesto que era impensable que nosotros declarásemos *persona non grata* a un embajador británico, pareció que a Nixon no le quedaba otra cosa por hacer como no fuera dificultar y entorpecer en todo lo posible la gestión de Freeman. No había dudas de que era capaz de hacerlo. Nuestros hombres de avanzada solicitaron a Wilson que eliminara a Freeman de la lista de invitados a la cena en honor al presidente que tendría lugar en Downing Street Nro. 10. Wilson, valientemente, se negó, y todos esperamos la noche llenos de recelos.

Pero Nixon era capaz de sorprender. Al terminar la cena, se levantó para hacer un brindis. Mirando directamente a Freeman, quien estaba sentado en el lado opuesto de la mesa, dijo: «Algunos dicen que hay un nuevo Nixon y se preguntan si hay un nuevo Freeman. Me gustaría que todo esto quedara atrás. Después de todo, él es el nuevo diplomático y yo soy el nuevo estadista, tratando de hacer todo lo que podamos por la paz en el mundo.»

El impacto fue electrizante. Wilson calificó al brindis como el más gracioso que hubiera escuchado en Downing Street Nro. 10. Escribió una nota a Nixon en su menú: «No se puede garantizar haber nacido Lord. Es posible, como usted lo ha demostrado, garantizar haber nacido caballero.» El habitualmente imperturbable Freeman estuvo cerca de las lágrimas. Así nació una misión en Washington que resultó un éxito espectacular. John Freeman fue uno de los embajadores más efectivos con quienes traté. La razón no era sencilla. Su estilo no era muy propicio. Freeman evitaba las lisonjas; recibía socialmente sólo a aquellos a quienes respetaba, hacía pocos esfuerzos para convertir a su embajada en un salón de moda. Cuando tenía un mensaje que entregar, lo prefaciaba con una declaración muy formal de que estaba siguiendo instrucciones. Pero Freeman estaba dispuesto a ir más allá de sus instrucciones para expresar sus opiniones personales. Como era un hombre de excepcional inteligencia y de sólida integridad, esto resultó muy pronto invalorable. Tenía una perspicaz mente geopolítica y, como se comprobó después, compartía bastante nuestra filosofía sobre las relaciones exteriores. Yo tenía tanta consideración por el criterio de Freeman que frecuentemente lo consultaba sobre temas que estaban fuera de su área oficial; en dos o tres ocasiones, le permití leer borradores de discursos presidenciales, aprovechándome de sus talentos de editor. Tenía todo el derecho a informar de todas sus conversaciones a su primer ministro; casi con certeza, lo hizo. Pero la intimidad y confianza de nuestra relación especial permitía precisamente esa colaboración tan cordial.

Nixon, por su parte, primero llegó a confiar y después a simpatizar con Freeman. Freeman fue el único embajador invitado a la Casa Blanca para una ocasión social durante el primer período de Nixon. También se convirtió en uno de mis amigos más allegados; esa amistad ha sobrevivido a nuestros períodos en funciones. La considero una de las más grandes recompensas de mi paso por función pública.

Así, el viaje a Londres terminó con una nota especial de buena voluntad. Durante el mismo quedaron expuestas más ambivalencias que las que se resolvieron. Pero tal como había sido la intención, sentó las bases de una fructífera colaboración posterior.

BONN, BERLÍN Y EL ENIGMA DE ALEMANIA

Nuestra escala siguiente era Bonn. La situación de la República Federal de Alemania era más compleja. La política alemana pasaba por un período pre-electoral y nosotros llegamos durante una incipiente crisis de Berlín. El presidente de Alemania Occidental, figura principalmente ceremonial, es elegido en una sesión conjunta de las dos cámaras del parlamento alemán. En todas las ocasiones anteriores la elección había tenido lugar en el edificio del antiguo Reichstag, en Berlín Occidental. Esto se hacía para acentuar la reclamación de Bonn de representar la continuidad del legítimo estado alemán. Los soviéticos y sus socios germano-orientales anteriormente habían ignorado este desafío implícito; pero en 1969 sentíanse suficientemente fuertes para hacer una cuestión de ello. Protestaron contra la reunión electoral en Berlín sobre la base de que Berlín Occidental no era legalmente parte de la República Federal. Empezaron a poner trabas en las rutas de acceso, por primera vez desde 1962.

Esto estaba destinado a causar profunda ansiedad en Bonn. La vulnerabilidad de Berlín habíase vuelto proverbial. Había incertidumbre acerca de cómo reaccionaría la nueva administración. Había una difundida inquietud causada, en parte, por la expuesta posición de Ale-

mania y en parte por disputas políticas con las dos administraciones que nos habían precedido. Bonn había estado en desacuerdo con el acento que ponía McNamara en la defensa regional no nuclear, por temor a que la misma pudiera tentar a los soviéticos a lanzar una agresión. Bonn veía en el tratado de no proliferación nuclear un claro ejemplo de discriminación contra ellos en el campo nuclear. Bonn estaba resentida por las presiones norteamericanas para que pagaran por el estacionamiento de tropas norteamericanas en territorio alemán. Dos cancilleres, Konrad Adenauer y Ludwig Erhard, habían visto que sus alejamientos del cargo eran acelerados por sus controversias con las administraciones Kennedy y Johnson.

Todo esto reflejaba la vacilante posición psicológica del aparentemente tan poderoso nuevo estado alemán. Derrotada en dos guerras, llevados el estigma del pasado nazi, desmembrada y dividida, Alemania Occidental era una economía en busca de un propósito político. No existía en Bonn ese aplomo británico nacido de siglos de ininterrumpida evolución política y gloria imperial. La misma Bonn, elegida como nueva capital para comodidad personal del primer canciller de posguerra (está cerca del pueblecito donde vivía Adenauer) y que no representaba ninguna tradición anterior de gobierno, simbolizaba el carácter precario de la resurrección alemana de posguerra. La República Federal era como un árbol imponente con raíces superficiales, vulnerable a súbitas ráfagas de viento.

La debilidad de su posición reflejábanse en la sensación de inseguridad de sus líderes. Adenauer, un auténtico gran hombre, consideró su primera obligación restablecer para Alemania una reputación de confiabilidad. Rechazó resueltamente muchas tentaciones de explotar las oportunidades que tenía Alemania de maniobrar entre el este y el oeste. Resistió las acusaciones de su oposición doméstica de que su rumbo pro-occidental amenazaba las perspectivas de reunificación alemana. Desdeñó las ocasionales lisonjas del este. En cambio, trató de injertar a Alemania en Europa, y a Europa en la Alianza Atlántica, tan plenamente que el nacionalismo que había causado los desastres de Alemania nunca más tuviera la oportunidad de infestar a su pueblo.

Adenauer logró un éxito dramático. Una docena de años después de la creación de la República Federal, su orientación pro-occidental ya no era motivo de debates domésticos en Alemania. La oposición, que ayer había pedido una Alemania neutral equidistante del este y el oeste, cambió dramáticamente su programa y ahora competía con el gobierno en proclamar su apoyo a los lazos con occidente, aun en el campo militar. Por una vuelta del destino, los jóvenes brillantes que dirigieron la administración Kennedy eligieron ese momento para exhortar a una mayor flexibilidad hacia el este al hombre que tanto valor había puesto en la firmeza y confiabilidad y que acababa de cumplir la hazaña de conseguir un consenso nacional en apoyo de su política de estrechos vínculos atlánticos. Esto contribuyó a producir un revuelo doméstico en Alemania en los años sesenta, y una inversión de papeles. La oposición social demócrata, que una década antes había tratado de reanimar al latente nacionalismo alemán y se había opuesto a la orientación pro-occidental de Adenauer, ahora criticaba al gobierno por poner en peligro la vinculación norteamericana. Los demócrata cristianos, todavía en el gobierno, aferrábanse rígidamente a los principios de los años cincuenta. Su casi obsesión por la continuidad provocó la impaciencia de una administración norteamericana ansiosa de dar vuelta la página, convencida de la validez de sus Grandes Designios, y en general más cómoda con los grupos izquierdistas, o por lo menos reformistas, que con los conservadores demócrata cristianos que habían construido la Europa de posguerra.

Así, los dilemas inherentes de las políticas alemanas de posguerra volviéronse explícitos. Sólo entre las potencias europeas, la República Federal tenía objetivos nacionales sin realizar. Esta aspiración a la reunificación se expresaba en una negativa a tratar con el régimen de Alemania Occidental y a mantener relaciones diplomáticas con cualquier gobierno que lo hiciera. (Esta fue la llamada Doctrina Hallstein). Pero ningún otro gobierno europeo compartía este objetivo alemán. Para todos ellos, una Alemania unificada evocaba viejas pesadillas de hegemonía alemana; compartían la agudeza de Clemenceau, quien dijo que su afecto por Alemania era tan grande que deseaba dos Alemanias. Sabían, además, que la unidad alemana era solamente alcanzable por medio de un masivo enfrentamiento con la Unión Soviética. De esta forma, existía un golfo inevitable entre el objetivo declarado de la República Federal de unidad alemana y las acciones que serían necesarias para realizarla. Y este golfo capacitaba a la Unión Soviética a presionar a Alemania Occidental en confrontaciones periódicas sobre Berlín, que estaban, por lo menos parcialmente, diseñadas para arrancar a la República Federal su

aceptación del statu quo y a obligar a sus aliados de la OTAN a disociarse de las aspiraciones nacionales de aquella.

Expuestos en la línea del frente de una Europa dividida, sujetos a repetidas presiones del este, conscientes del profundo residuo de desconfianza en occidente, doloridos por sus objetivos nacionales no cumplidos, los líderes de Alemania Occidental vieron en la conexión norteamericana su ancla de salvación. No aspiraban a desempeñar un papel en los asuntos mundiales. Carecían de la seguridad en ellos mismos para tratar de influir sobre nuestra política en una escala más amplia. Su objetivo era más modesto: asegurarse de que podrían contar con nosotros para la defensa y de que no habría cambios drásticos de política hacia el este que dejaran a Alemania expuesta, sea físicamente o psicológicamente.

Por lo tanto, nuestro turbulento proceso político tendía a inquietar a los alemanes occidentales. El periódico ascenso de nuevas administraciones, que proclamaban estentóreamente nuevos enfoques o la obsolescencia de las políticas anteriores, conjuraban el espectro de que en alguna futura vuelta de la rueda llegaría la temida disociación de Norteamérica y Europa.

La misión de Nixon de restablecer la confianza y estabilidad en Bonn fue especialmente oportuna puesto que, no obstante la crisis de Berlín, la política alemana se hallaba en un estado de transición. Adenauer había renunciado como canciller en octubre de 1963 y lo había sucedido Erhard, entonces tremendamente popular como el arquitecto del «milagro» alemán de la recuperación económica. Pero como había predicho Adenauer, la competencia de Erhard en economía no estaba acompañada por una competencia similar en política. La coalición gobernante de demócratas cristianos y demócratas libres se deshizo; en 1966, se formó entre demócratas cristianos y social demócratas una nueva coalición llamada la Gran Coalición, con Kurt Georg Kiesinger como canciller y Willy Brandt como vicecanciller y ministro de relaciones exteriores.

Resultó una funesta decisión para los moderadamente conservadores demócratas cristianos, quienes habían dominado durante todo el período de posguerra. Los social demócratas habían languidecido en una oposición que amenazaba con volverse permanente. La razón principal era que suficientes electores consideraban que este partido, pese a sus honrosos antecedentes democráticos, era heredero de demasiadas tradiciones radicales para que pudiera confiársele las responsabilidades de gobierno. La Gran Coalición, instrumentada por el brillante estratega social demócrata Herbert Wehner, resolvía el dilema de si los social demócratas estaban realmente capacitados para gobernar; su mera participación en el gobierno les dio por fin suficientes votos adicionales para obtener la victoria electoral hacia fines de 1969. Por más penoso que haya resultado para los demócratas cristianos el error de cálculo que dio origen a la Gran Coalición, ésta produjo un auge de la democracia en Alemania. Demostró que los social demócratas eran, realmente, un partido democrático responsable; esto evitó en Alemania la radicalización o polarización de la vida política que era endémica en tantos otros países europeos.

Pero este resultado todavía no se había producido. El gobierno que nos dio la bienvenida en Bonn, pese a su exaltado título de Gran Coalición, estaba hondamente dividido. Sus figuras principales estarían, dentro de pocos meses, luchando entre ellas en una elección; casi todo lo dicho durante nuestra visita reflejó una cuidadosa pugna por ubicarse en posiciones favorables. El canciller Kiesinger (*), cortés, grave, obstinado, anunciando lo banal con un aire de gran profundidad, se encontraba en una trampa política porque cada día en el cargo favorecía a su oponente principal, quien también era vicecanciller: Willy Brandt. Brandt, rudo, sólido, básicamente comunicativo pese a sus modales cordiales, no sugería en ningún sentido que se considerara subordinado al canciller.

Donde el gobierno británico habíase mostrado ambivalente respecto de los temas de disuasión, *détente*, unidad occidental y relaciones entre este y oeste, los líderes alemanes eran individualmente más claros pero se hallaban divididos entre ellos. Ambos coincidían en la firmeza

(*) El destino de Kiesinger demuestra la forma en que las carreras políticas pueden frustrarse por accidente. En las elecciones de septiembre, Kiesinger recibió la segunda mayor cantidad de votos populares obtenida jamás por un demócrata cristiano. Pero por única vez en el período de posguerra, un diminuto partido neo-nazi disputó la elección y lo privó, a través de una artimaña de la ley electoral alemana, de bancas suficientes para obtener una mayoría. Esto permitió a los social demócratas y demócratas libres formar una coalición y condenar a la oposición al partido de Kiesinger, que tenía el mayor número de bancas. Kiesinger cruzó allí mismo esa fina línea divisoria entre ser exaltado como un genio político y ser despreciado como el fallido líder cuyo partido perdió el poder durante la permanencia de él en funciones. Cuando escribía esto, la UDC todavía no lo había recuperado.

respecto de Berlín, pro la armonía no pasaba de allí. Kiesinger propugnaba una línea dura hacia el este. Brandt acentuaba formalmente matices de componenda. Sin embargo, no se necesitaba mucha imaginación para deducir que estaba dispuesto a tragarse la píldora del reconocimiento de Alemania Oriental. Kiesinger valoraba mucho la conexión francesa; Brandt estaba dispuesto a apoyar el ingreso británico al Mercado Común. Las opiniones de Kiesinger estaban más cerca de las de Nixon; las de Brandt eran más compatibles con las convicciones de nuestro Departamento de Estado. Así, las conversaciones en Bonn dejaron en claro que hasta que no se realizaran las elecciones de otoño, la política alemana estaría prácticamente en suspenso.

La visita a Alemania Occidental concluyó con una excursión a Berlín. Enormes multitudes saludaron la caravana presidencial, pero Nixon no las tuvo todas consigo pues le preocupaba que la recepción popular fuera comparada desfavorablemente con la que se brindó a Kennedy en 1963. Solamente después de que se le aseguró repetidas veces que no había lugar a comparaciones desfavorables, se relajó algo. (Advertí que la ruta de la caravana tenía forma de «S», a fin de que las «multitudes» pudieran trasladarse rápidamente de una calle a otra. Me dijeron que esta treta también se usó durante la visita de Kennedy.)

Nixon trató de conjurar otra crisis de Berlín jugando, apenas iniciado su período en funciones, el prestigio de la presidencia inequívocamente a favor de Berlín. Así lo hizo en un elocuente discurso en la fábrica Siemens: «Cuatro presidentes antes que yo han defendido este principio, y les digo, aquí y ahora, que yo también me aferro a este principio: Berlín debe seguir libre. No digo esto en espíritu de bravuconería o beligerancia. Simplemente, estoy afirmando un hecho irrevocable de la vida internacional.»

INTERLUDIO ROMANO

Italia era nuestra próxima escala. El cambio de la disciplinada formalidad de Berlín al caos exuberante del aeropuerto de Roma resultó dramático. En la alegre confusión, el secretario de Estado Rogers fue llevado a pasar revista a la guardia de honor hasta que un petrificado hombre de avanzada se recuperó de su shock y lo reemplazó por el presidente Nixon. Después de eso, todo se desarrolló fluidamente, aunque siempre al borde de un precipicio.

Esta fue la primera de mis muchas visitas a Italia durante mi período en funciones. Siempre amé la belleza del paisaje y la extraordinaria humanidad de su gente. Pero cada visita confirmaba el hecho de que Italia seguía leyes políticas diferentes y que tenía del estado un concepto distinto del resto de Europa Occidental. Quizás los italianos eran demasiado civilizados, demasiado imbuidos del valor del individuo para asumir la dedicación total a los objetivos políticos que durante más de un siglo y medio habían impulsado las rivalidades y ambiciones de otros países de Europa. Sin duda, los problemas domésticos de Italia exigían tanta atención a los más altos dirigentes, que la política exterior pasaba a un segundo plano. Estaba, además, el hecho de que Roma capital era menos el foro de una conciencia nacional que de una tradición histórica. Había sido el centro de gobierno de un antiguo imperio. Después, durante un milenio y medio, fue la capital de los estados papales; por cierto, el Palacio del Quirinal, ahora residencia del presidente de Italia, fue residencia de verano de los papas hasta 1871. En contraste con otras capitales europeas, Roma no fue el punto irradiador de la unificación de Italia; más bien, fue añadida a Italia una década después de que el estado entró en existencia. El gobierno italiano trasladóse a la ciudad del papa; el papado siguió siendo la institución central de Roma.

Cualquiera que fuera la razón, cada visita me dejó con la sensación de que su propósito primordial quedaba cumplido con nuestro arribo al aeropuerto. Esto simbolizaba que Estados Unidos tomaba en serio a Italia, y proporcionaba pruebas fotográficas de que los dirigentes italianos eran consultados. Logrado esto, los ministros italianos actuaban como si fueran demasiado conocedores del mundo como para fingir que sus puntos de vista sobre asuntos internacionales pudieran afectar a los acontecimientos.

Durante mi período en funciones, el cargo de primer ministro fue alternativamente desempeñado por Mariano Rumor y Aldo Moro, con un ocasional y breve interludio de Emilio Colombo. El líder que no era primer ministro se desempeñaba entonces como ministro de relaciones exteriores. Rumor irradiaba amistad, buena voluntad, indudable ansiedad por agradar. Era, obviamente, el director de una maquinaria partidaria, que salía a la superficie cuando era menester hacer bajar la temperatura y que dispensaba buena voluntad entre las diversas facciones

demócrata cristianas. Colombo era un intelectual. Cortés, precavido, más un experto que un líder, parecía subir a la cima cuando las facciones estaban enfrentadas y se necesitaba un primer ministro curador, que no inclinara la balanza en ninguna dirección hasta que se hubiera negociado un nuevo equilibrio. Moro era, claramente, el más formidable. Era tan inteligente como taciturno; tenía reputación de extraordinariamente inteligente. Mi única evidencia de esto fue la bizantina complejidad de la estructura de sus oraciones. Pero yo tenía sobre él un efecto soporífero; consideraba un éxito mantenerlo despierto y más de una vez se quedó dormido estando reunido conmigo. Los asuntos internacionales, evidentemente no interesaban a Moro. Él era el estratega por excelencia del partido, el que articularía nuevas aperturas en política doméstica con extraordinaria sutileza; la política exterior era una cartera que asumía como base de poder, jamás por seguir una vocación. Obviamente, los líderes italianos eran elegidos para que reflejaran las necesidades domésticas y sobre todo el equilibrio interno del partido Demócrata Cristiano.

Los presidentes a quienes serví jamás entendieron esto completamente. Sufriendo de la ilusión de que el primer ministro italiano poseía autoridad ejecutiva, intentaron discusiones que llevaban implícitas decisiones específicas. Ningún primer ministro italiano que conocí alentó semejante actitud, la cual, en opinión de ellos, solamente podía resultar de un crudo intento de lisonja, o de ignorancia. Ellos sabían que encabezaban coaliciones inestables; tenían derecho a presidir las reuniones del gabinete pero no a impartir órdenes obligatorias. Las decisiones se tomaban por un consenso que incluía a muchas personas ajenas al gobierno. En discusiones con primeros ministros o ministros de relaciones exteriores, la política doméstica seguía siendo la preocupación principal. El ministerio de relaciones exteriores italiano incluía algunos de los diplomáticos más distinguidos y reflexivos que conocí. Empero, a veces era imposible evitar la impresión de que discutir asuntos internacionales con su ministro de relaciones exteriores era correr el riesgo de aburrirlo.

Había, en realidad, muchas razones para preocuparse por la situación interna italiana. El Partido Demócrata Cristiano había gobernado a Italia desde la guerra. Estaba de moda decir que no había resuelto los problemas fundamentales italianos y que la ineficiencia estaba muy difundida y la corrupción era general. Pero esto era verdad sólo en parte. Italia había logrado un notable progreso económico; su economía había crecido a un ritmo promedio del cinco y medio por ciento sobre la década anterior. Pero lo mismo que en todas partes, el proceso de desarrollo producía dislocaciones que amenazaban la estabilidad política. Los campesinos del sur de Italia habían sido siempre muy pobres; estaban moralmente apoyados por la tradición y la iglesia. El desarrollo económico transplantaba a esos hombres y mujeres a las fábricas del norte. En esta readaptación masiva, su principal apoyo espiritual era el Partido Comunista, que los recibía en las estaciones ferroviarias y los apoyaba en su desarraigo. Si la cantidad de votos comunistas permanecía constante pese al crecimiento económico y en contra de todas las teorías de moda, se debía en gran parte a que el partido era considerado por muchos como el garante de su seguridad, y a que el gobierno de Roma no lograba establecer el contacto humano tan decisivo en Italia.

La interminable obsesión norteamericana por las soluciones institucionales complicaba el problema. Durante la mayor parte del período de posguerra, Italia había sido gobernada por una coalición de demócratas cristianos y partidos moderados de izquierda y derecha. Los social demócratas representaban el ala izquierda del grupo gobernante; su rasgo distintivo era su negativa a trabajar con los comunistas. La oposición eran los comunistas, apoyados por los socialistas a la izquierda, y los monárquicos y fascistas la derecha. En 1963, Estados Unidos decidió apoyar la llamada «apertura a la izquierda». Su objetivo era una coalición entre los socialistas del ala izquierda y los demócratas cristianos, en la esperanza de aislar a los comunistas. Bajo considerable presión norteamericana, esta coalición fue de hecho negociada.

Los resultados, aunque postergados por más de una década, fueron precisamente lo opuesto de lo que se buscó. Con la nueva coalición, el partido social demócrata perdió su principal razón de existencia, o sea su papel de oposición no comunista y de izquierda. Con cada elección fue declinando hasta hacerse progresivamente insignificante. El partido Liberal, de libre empresa, fue expulsado del gobierno como precio del ingreso de los socialistas; también fue declinando en cada elección. Los socialistas del ala izquierda no se beneficiaron, porque siguieron en coalición con los comunistas en las provincias mientras que gobernaban con los demócratas cristianos en Roma. Semejante partido sólo podía agotarse a sí mismo en la ambivalencia; no dis-

puesto a renunciar a ninguna de sus alianzas, tampoco podía funcionar como barrera contra los comunistas en las provincias, ni aspirar a reformar a los demócratas cristianos en Roma.

Así, lejos de aislar a los comunistas, la apertura a la izquierda los convirtió en el único partido opositor importante. Al destruir a los partidos democráticos más pequeños, el experimento privó de flexibilidad al sistema político italiano. En adelante, cualquier crisis de gobierno iría a beneficiar a los comunistas; Italia enfrentaba, cada vez más, la opción entre demócratas cristianos, congelados en la inmovilidad, y un cambio antidemocrático radical. A fines de la década del sesenta, este ominoso proceso histórico empezaba a hacerse evidente. Los ministros todavía proclamaban su anticomunismo, pero la aritmética electoral desmentía esas proclamaciones. Cualquier cambio fundamental amenazaría no solamente al dominio del partido gobernante sino al mismo sistema democrático.

Roma fue la única capital donde Nixon fue recibido con disturbios de importancia. Los comunistas todavía no habían hecho su ostensible conversión pública a la OTAN (que vendría cuando estuvieran al borde del poder y la misma ofreciera beneficios tácticos). Hicieron demostraciones con el slogan de «OTAN fuera de Italia e Italia fuera de la OTAN». Nixon repitió sus temas básicos de las otras escalas: su compromiso de realizar amplias consultas, su cauteloso enfoque para tratar con la Unión Soviética, su deseo de paz. Todo esto fue bastante bien recibido por los líderes italianos, aunque como si fueran noticias llegadas de un planeta distante: interesante, pero básicamente irrelevante para sus preocupaciones principales.

Las reuniones se realizaron en una forma algo fortuita. El presidente Giuseppe Saragat insistió en reunirse con Nixon sin sus ministros, porque tenía miedo a expresar delante de ellos sus malos presentimientos acerca de los progresos de los comunistas. Saragat mostróse lúcido y precavido en esas conversaciones privadas, pero su impacto fue atenuado por el hecho constitucional de que el presidente italiano no es parte del proceso político. Saragat ofreció una enorme cena oficial en el ornamentado Palacio del Quirinal. Como ello no permitió ninguna conversación seria, y puesto que nadie tenía idea de cual de los muchos líderes italianos desempeñaría un papel importante en los años venideros, Nixon recibió uno por uno a un gran número de ellos en una de las salas más pequeñas del palacio, mientras se servía coñac al resto de los comensales. La impresión creada por este procedimiento fue más caleidoscópica que ilustrativa. Ningún líder de ninguno de los partidos tenía ningún programa concreto puesto que su acción en funciones, si es que llegaba a desempeñarlas, dependería menos de sus convicciones personales que del equilibrio de fuerzas que encontraría allí.

En una forma curiosa, Italia todavía no había roto con sus tradiciones renacentistas. Sus partidos actuaban como los grupos de ciudades estado que dominaron gran parte de la historia de Italia. Los demócratas cristianos eran una combinación de Nápoles y Florencia, sofocando seductoramente los cambios con modales blandos, y manejando a sus rivales con las sutiles estratagemas de Maquiavello; los comunistas eran Piemonte reforzado por Moscú, como fuera alentado por Francia el Piemonte tradicional, disciplinados, racionales, rigurosos. El partido republicano era como una modesta ciudad estado como Módena, apoyándose en el prestigio de su inteligencia. Solamente los socialistas tenían problemas. Aspiraban a contar con cimientos nacionales y europeos que tenían pocas raíces en la historia italiana.

Muchas de esas tendencias surgieron en una gran reunión formal con el gobierno, a la que asistieron casi todos los ministros, y que se realizó en Villa Madonna, un hermoso palacio renacentista desde donde se domina todo el paisaje de Roma. Fue precedida de una reunión privada de Nixon y el primer ministro Rumor, que estaba condenada a no llegar a ninguna conclusión puesto que Rumor no podía hacer ningún compromiso sin sus ministros, y los ministros reunidos, a su vez, eran demasiado numerosos para permitir una discusión focalizada en la sesión plenaria (a la que Nixon, en todo caso, tenía que aborrecer a causa de su gran tamaño). La preocupación italiana era que terminara la guerra de Vietnam a fin de privar a los comunistas de ese tema de propaganda, alentar el ingreso británico al Mercado Común, reducir las tendencias degaullistas y conciliar al este a fin de dar un propósito a la Alianza. Estas proposiciones fueron planteadas como exhortaciones amistosas a un aliado de confianza; no fueron acompañadas por ninguna propuesta específica. Los ministros italianos guardaron silencio sobre temas de defensa.

EL COLOSO DE GAULLE

La última escala de la odisea de Nixon fue París, donde fuimos recibidos en el aeropuerto por la figura extraordinaria de Charles de Gaulle, presidente de la Quinta República Francesa. De Gaulle irradiaba autoridad. Cuatro semanas más tarde, visitaría Washington para asistir a los funerales del presidente Eisenhower. Su presencia en la recepción ofrecida por Nixon fue tan imponente, que se convirtió en centro de atención en cualquier lugar que estuviera. Otros jefes de gobierno y muchos senadores que habitualmente proclamaban su antipatía por los generales autoritarios, se amontonaron a su alrededor y lo trataron como si fuera algún extraño espécimen. Se tenía la sensación de que si se acercaba a una ventana, el centro de gravedad podía desplazarse y toda la habitación se inclinaría arrojando a todos al jardín.

De Gaulle habíase convertido en el portavoz del estado nación y de la autonomía europea de Estados Unidos. La lógica gala lo tentaba a menudo a llevar sus postulados a extremos innecesariamente hirientes para los norteamericanos. Cuando asumimos nuestras funciones, la mutua desconfianza había hecho imposibles las discusiones serenas; de Gaulle se había convertido en un anatema para los responsables de nuestra política. Y estos sentimientos eran retribuidos. Era una lástima, porque de Gaulle había planteado un asunto importante acerca de la naturaleza de la cooperación internacional. Washington soñaba con una estructura que hiciera físicamente imposibles las acciones separadas, por el recurso de asignar a cada socio una porción de la tarea general. De Gaulle insistía en que la cooperación solamente sería efectiva si cada socio tenía una opción real; por lo tanto, todo aliado debía, por lo menos teóricamente, poder actuar de manera autónoma. Washington, postulando una trama de intereses comunes, confiaba en las consultas para disolver los desacuerdos. Y desde el punto de vista norteamericano, la influencia en ese proceso de consulta era proporcional a la contribución de una nación al esfuerzo común, más o menos parecido a la posesión de acciones de una sociedad anónima.

De Gaulle, como hijo de un continente cubierto de ruinas que demostraban la fragilidad de la previsión humana, no aceptaba un enfoque tan institucional. La autoconfianza europea, en su opinión, requería no solamente la oportunidad de consultar; también dependía de las opciones disponibles en caso de que el desacuerdo estuviera más allá de una posible solución. En consecuencia, donde los portavoces norteamericanos acentuaban la asociación, de Gaulle enfatizaba el equilibrio. Para de Gaulle, las relaciones sanas dependían menos de la buena voluntad y disposición personales a cooperar que de un equilibrio de presiones y de la comprensión de la relación de fuerzas. «El hombre, limitado por su naturaleza, es infinito en sus deseos», argumentaba. «El mundo está por lo tanto, lleno de fuerzas opuestas. Por supuesto, la sabiduría humana ha triunfado a menudo en la tarea de evitar que estas rivalidades degeneraran en conflictos asesinos. Pero la competencia de fuerzas es condición de la vida. Nuestro país se encuentra hoy enfrentado a esta ley de las especies, como lo estuvo durante dos mil años.» (8). El arte del estadista, razonaba de Gaulle, era entender las tendencias de la historia. Un gran líder puede ser inteligente, pero sobre todo debe ser lúcido y perspicaz. Para de Gaulle, la *grandeur* no era simplemente fuerza física, sino poderío reforzado por propósito moral. Tampoco la competencia, en su opinión, involucraba inevitablemente un conflicto físico. Paradójicamente, de Gaulle podía ver a la asociación verdadera emergiendo solamente de una contienda de voluntades, porque sólo de esta manera cada lado conservaría el respeto a sí mismo: «Sí, la vida internacional, como la vida en general, es una batalla. La batalla que está librando nuestro país tiende a unir y no a dividir, a honrar y no a rebajar, a liberar y no a dominar. Así, es fiel a su misión, que siempre fue y sigue siendo, humana y universal» (9).

Con esta filosofía, a de Gaulle le era imposible aceptar la convicción norteamericana de la obsolescencia del estado nación. El problema no era que él quisiera reactivar las tradicionales rivalidades de Europa, como alegaban muchos de sus críticos norteamericanos. Por el contrario, afirmaba apasionadamente el objetivo de la unidad para Europa. Pero donde los «integracionistas» norteamericanos y europeos insistían en que la unidad europea exigía que el estado nación fuera incluido dentro de una estructura supranacional, de Gaulle sostenía que la identidad de Europa, y en último análisis su unidad, dependían de la vitalidad y confianza en ellas mismas de las tradicionales entidades nacionales europeas. Para de Gaulle, los estados eran la única fuente legítima de poder; solamente ellos podían actuar responsablemente: «Es verdad que la nación es un elemento humano y sentimental, mientras que Europa puede ser construida

sobre las bases de elementos activos, autorizados y responsables. ¿Qué elementos? Los estados, por supuesto; porque, a este respecto, solamente los estados son válidos, legítimos y capaces de realizaciones. Ya he dicho, y lo repito, que en la época presente no puede haber ninguna otra Europa que una Europa de estados, aparte, por supuesto, de los mitos, las tradiciones y los desfiles» (10). Y: «Los estados son, en verdad, muy diferentes unos de otros: cada uno de ellos tiene su propio espíritu, su propia historia, su propio idioma, sus propios infortunios, glorias y ambiciones. Pero esos estados son las únicas entidades que tienen derecho a ordenar y autoridad para actuar» (11).

Cuando en 1963 de Gaulle excluyó a Gran Bretaña del Mercado Común, la indignación de Washington tomó una forma casi palpable. Cuando en 1966 se retiró del Comando Integrado de la OTAN, esa indignación convirtióse en ánimo vengativo. Gran parte de nuestra política europea de fines de los años sesenta fue un esfuerzo fútil de aislar a Francia y castigarla, fútil porque algunos europeos coincidían con de Gaulle y otros eran demasiado débiles para oponérsele.

Como he señalado, nunca participé en las críticas al general de Gaulle; en realidad, yo pensaba que nuestra política europea de los años sesenta estaba, en general, erróneamente concebida. Me parecía que éramos extraordinariamente insensibles a los problemas psicológicos de un país como Francia que sobrevivió apenas a dos guerras mundiales, que fue humillado en 1940 y que en 1958, 1960 y 1962 estuvo al borde de la guerra civil. La tarea dominante de De Gaulle era restablecer la fe de Francia en sí misma. Lo bien que lo logró quedó demostrado por el hecho de que tres años después de la guerra de Argelia (que la mayoría de los observadores esperaba que enervaría a Francia durante décadas con divisiones internas), la queja común era que Francia estaba llevando adelante una política exterior más vigorosa y afirmativa de lo que su capacidad real hubiera permitido.

Estaba persuadido de que una Europa que procurara desempeñar un papel internacional, aunque ocasionalmente fuera afirmativo, nos interesaba más que una Europa sumisa que abdicara de sus responsabilidades so pretexto de seguir un liderazgo norteamericano. Tampoco la actitud de de Gaulle hacia las instituciones supranacionales me parecía extraordinaria. Gran Bretaña tenía exactamente el mismo punto de vista; la diferencia principal era que los estadistas británicos, típicamente, expresaban sus desacuerdos sobre bases más pragmáticas y en una forma menos doctrinaria (*). Nosotros no teníamos necesidad de insistir en estructuras que consagraran nuestra posición de liderazgo porque, librados a sus propios medios, los europeos llegarían con toda probabilidad a conclusiones, sobre sus intereses vitales, paralelas a las nuestras en la mayoría de las cuestiones relativas a la seguridad del área atlántica. Las opiniones de Nixon coincidían con las mías, aunque él dábales un matiz menos teórico.

Antes y durante nuestra visita a París, aprovechamos todas las oportunidades de acentuar nuestra determinación de poner fin a las viejas disputas con Francia. El 28 de febrero dije a la prensa en París:

Es la convicción del presidente que no favorece a los propósitos de Estados Unidos ni de Francia tener malas relaciones evitables. El mensaje más claro que hemos recibido en todos los países visitados fue... que ellos no quieren verse en la situación de tener que elegir entre Estados Unidos y Francia... Creo que si no estamos en un orgánico y permanente conflicto con Francia, hacemos posible que cada país exprese su decisión sobre los méritos del caso...

Nixon expresó su personal admiración por de Gaulle en la suntuosa cena oficial en el Palacio del Elíseo. Caracterizó la vida de de Gaulle como «una epopeya de coraje, una epopeya también de liderazgo raras veces igualada en la historia mundial, liderazgo que ahora ha colocado a esta gran nación en el correcto lugar que debía ocupar en la familia de las naciones». Describió a de Gaulle como «un líder que se ha convertido en un gigante entre los hombres, porque ha

(*) Ambos partidos de Gran Bretaña rechazaban a las instituciones supranacionales. Cuando Harold MacMillan anunció la primera solicitud británica de ingreso al Mercado Común en julio de 1961, aseguró al Parlamento que él no tenía interés en un «sistema federalista» que estuviera basado en una «analogía completamente falsa» con la unión federal norteamericana. El líder del Partido Laborista, Hugh Gaitskill, se oponía a la afiliación británica porque, pese a las seguridades dadas por MacMillan, temía que Gran Bretaña pudiera perder la libertad de conducir su propia política socialista doméstica si se sumergía en una Europa demócrata cristiana.

tenido la visión, y porque ha tenido la sabiduría que ahora el mundo busca para resolver sus difíciles problemas». De Gaulle retribuyó con respetuosa calidez, haciendo el gesto (raro en él) de asistir a la cena ofrecida por Nixon en la embajada norteamericana.

Nixon y de Gaulle tuvieron tres largas reuniones. Yo asistí solamente a una pero leí la transcripción de las otras hecha por nuestro talentoso intérprete, el general Vernon A. Walters. De Gaulle habló con el dominio gráfico del idioma sobre el que se apoyaba una parte tan grande de su autoridad. Su alcance histórico hacía que la necesidad apareciera como la criada de la percepción del estadista. Las relaciones de este y oeste fueron el tema de su primera reunión, realizada en el Palacio del Elíseo. De Gaulle habló del pueblo chino y de la necesidad de evitar que fueran «aislados dentro de su propia cólera». Pidió la terminación de la guerra de Vietnam, sugiriendo que usáramos un límite de tiempo en nuestra retirada como un medio de obtener un acuerdo político, pero habiendo esbozado el objetivo, no suministró ningún indicio sobre la forma de alcanzarlo. Exhortó a buscar una solución impuesta en el Medio Oriente; esto debería lograrse en un foro de cuatro potencias, pensaba él. Cuando Nixon sugirió conversaciones paralelas entre Estados Unidos y la Unión Soviética, de Gaulle hizo una demostración de indiferencia apenas disimulada por su extremada reserva. De Gaulle no tenía ningún interés en tentar a un condominio de EE.UU. y la URSS. (Esto será discutido más extensamente en el Capítulo X sobre Medio Oriente).

En cuanto a la Unión Soviética, de Gaulle combinó una insistencia sobre la necesidad de una defensa fuerte con un extenso argumento histórico en pro de la necesidad de la *détente*. Estaba Rusia y estaba el comunismo, dijo. Los comunistas ya no estaban avanzando; el peligro del comunismo no había desaparecido, pero ya no podría conquistar al mundo. Era demasiado tarde para eso. La dinámica había terminado. Rusia era un vasto país con una larga historia, grandes recursos, orgullo y ambiciones que no eran necesariamente comunistas. Si bien los líderes soviéticos verían con deleite que Estados Unidos y Europa disminuyeran sus esfuerzos para la defensa, no era probable que avanzaran hacia el oeste. Ello conduciría a una guerra general, y Moscú sabía que no podía ganarla. Estados Unidos no podría permitirle conquistar Europa, porque eso también significaría la conquista de Asia y el asilamiento de Estados Unidos en el continente americano. En una guerra, Moscú podía obtener un éxito inicial, pero Estados Unidos usaría eventualmente todo su poderío y destruiría a Rusia.

La preocupación principal de los líderes soviéticos, dijo de Gaulle, era China. Los rusos veían a sus relaciones con el oeste y Estados Unidos a la luz de los problemas que esperaban tener con Pekín. Así, con prudencia y cierta flexibilidad occidental, ellos podrían muy bien optar por una política de acercamiento con el oeste a fin de asegurarse de que el oeste no pactaría con China a espaldas de ellos. De esta forma eran sinceros en su deseo de *détente*, según estaba convencido de Gaulle. Y pensaba que la *détente* podía servir también a otros propósitos occidentales. La misma significaba contactos, viajes, intercambio de mercaderías y de opiniones. La tendencia hacia la libertad y la dignidad, que no estaba muerta en Europa Oriental, seguramente florecería en una atmósfera de *détente*. Cuando la gente se ve al borde de la guerra, siempre hay un pretexto para apretar el control, pero esto no sería mantenido cuando las tensiones se relajaran. Además, ¿cuál era la alternativa? Si no se quería desatar la guerra o demoler el muro de Berlín, no había ninguna alternativa excepto no hacer nada. Y ese era siempre el peor curso de acción posible.

Por lo tanto, de Gaulle aprobaba los contactos norteamericanos con los soviéticos, y veía en ellos una aplicación de principios que él ya estaba empleando. Pero previno contra una connivencia entre EEUU y la URSS. Estados Unidos debía tener «compañía» cuando hiciera esos acuerdos; debía evitar lo que «alguna gente» llamaba una «idea de Yalta». Pero no era un abogado de la *détente* tan ferviente como para desear un acuerdo bilateral soviético-norteamericano.

Nixon y de Gaulle reunieron un día después en el Palacio del Gran Trianón de Versalles. El general mostré elocuente acerca de las relaciones atlánticas. Esbozó su percepción de Europa: de Italia aprisionada en el Mediterráneo y aislada por los Alpes; de Alemania, la fuente de todos los infortunios europeos, cortada en dos y vigilada por ambos lados; de Francia, un país continental con acceso al mar; de Gran Bretaña, frente a los océanos y hecha para el comercio de ultramar. Estos cuatro países, los únicos de verdadero peso en Europa, eran tan diferentes en sus idiomas, costumbres, historias e intereses como lo eran en sus ubicaciones geográficas. Ellos, y no alguna abstracta concepción de la integración, eran la realidad política de una Europa que no existía más allá de ellos.

De Gaulle acentuó que era imperativo que los soviéticos supieran que Estados Unidos permanecería junto a sus aliados de Europa en caso de ataque. Pero la OTAN, el comando integrado, era otra cosa. No puso objeción a la disposición de otros países a aceptar un protectorado norteamericano. Pero para Francia, la integración implicaba una renuncia a su propia defensa. Si se libraba una guerra por una OTAN integrada, el pueblo francés sentiría que era una guerra norteamericana, y no francesa. Esto significaría el fin del esfuerzo nacional, y en consecuencia, el fin de la política nacional francesa. Francia, así desmoralizada, volvería entonces rápidamente a una posición como cuando tenía treinta partidos políticos. En opinión de de Gaulle, Francia, quizá paradójicamente, prestaría el mayor servicio a la Alianza siendo independiente.

Estas opiniones, tan contrarias a las concepciones norteamericanas de posguerra, eran las de un país antiguo que habíase vuelto escéptico a través de muchos entusiasmos destrozados y consciente de que para ser importante para otros, Francia tenía, primero, que nada, significar algo para sí misma. El general, mientras rechazaba la integración de las fuerzas militares, favorecía la coordinación de las políticas exteriores. Nuestro enfoque en el pasado había tendido a ser el reverso de lo anterior. La administración Nixon trataba de lograr la coordinación en ambos campos.

Hubo una breve tercera reunión, en el Eliseo, sobre Vietnam, China y las relaciones bilaterales. Sobre Vietnam, de Gaulle resumió sus opiniones de la primera reunión. Me ocuparé de la discusión sobre China en el capítulo adecuado. Sobre asuntos bilaterales Nixon sostuvo sabiamente que no había ninguna forma de salvar las disputas teóricas dentro de la Alianza; por lo tanto, debían hacerse esfuerzos para trabajar juntos sobre proyectos concretos de interés común. Con esto, de Gaulle estuvo de acuerdo.

Excepto sobre Europa y en la fuerza de su presentación, las ideas de de Gaulle no diferían drásticamente de la de los otros líderes de Europa Occidental. Propugnaba una defensa fuerte; eso era el prerrequisito de una era de negociaciones. No hizo ningún esfuerzo mayor que los de sus colegas por reconciliar la incompatibilidad potencial entre *détente* y defensa: a una *détente* más exitosa, menos incentivos para la defensa. La mayor diferencia estaba en que sus colegas justificaban sus políticas de este-oeste con las presiones domésticas; de Gaulle ponía sus ideas al servicio de una visión histórica.

Sería agradable decir que mi propio contacto con de Gaulle estuvo a un nivel igual al de la sensación de importancia histórica que me provocaba su presencia. Desafortunadamente no fue así. El general consideraba a los asesores presidenciales como funcionarios cuyas opiniones solamente debían ser solicitadas para permitir a sus jefes aclarar algún punto técnico; no los trataba como a entidades autónomas. Al final de la cena en el Eliseo, mientras servían los licores, un ayudante me dijo que el general quería verme. Sin el menor intento de charla banal, de Gaulle me recibió con la pregunta: «¿Por qué no se van de Vietnam?».

«Porque,» repuse yo, «una súbita retirada podría causarnos un problema de credibilidad.

«¿Dónde?» preguntó el general. Yo mencioné el Medio Oriente.

«Qué curioso,» dijo el general desde treinta centímetros por encima de mi cabeza. «Es precisamente en Medio Oriente donde creo que los enemigos de ustedes tienen el problema de credibilidad.»

Al día siguiente, se me pidió que me reuniera, antes de almorzar, con los dos presidentes. Nixon tuvo la sorprendente idea de preguntarme qué pensaba de los puntos de vista sobre Europa del general de Gaulle. Y yo tuve el criterio extraordinariamente pobre de responder al pedido de Nixon. De Gaulle consideró tan insólita esta invitación, que al prepararse para la impertinencia de mi opinión, se elevó a una altura todavía más imponente. «Me resulta fascinante,» dije yo. «Pero no sé cómo el presidente evitará que Alemania domine a la Europa que acaba de describir.» De Gaulle, presa de profunda melancolía ante tanta torpeza, pareció crecer otros tres centímetros mientras me contemplaba con la altanería natural de un nevado pico alpino hacia un pequeño promontorio a sus pies. «*Par la guerre,*» dijo sencillamente (por la guerra).

A fin de darme una oportunidad con un tema presumiblemente al alcance de un profesor, de Gaulle inició una discusión sobre historia. Me preguntó cuál diplomático del siglo diecinueve me había impresionado más. «Bismarck,» repuse yo.

«¿Por qué,» preguntó el general.

«Por su moderación después de la victoria,» dije. Si me hubiera detenido allí, todo habría podido salir bien. Desafortunadamente, yo estaba pasando una mala racha y continué. «Él fracasó sólo una vez, cuando en 1871, contra su propia opinión, cedió al deseo del Estado Mayor

de anexarse Alsacia y Lorena. Él siempre decía que había logrado más de lo que era conveniente para Alemania.»

En este punto, de Gaulle renunció.

«Me alegro de que Bismarck no se haya salido con la suya,» dijo. «Ello nos dio la oportunidad de reconquistar todo en 1918.»

No creo haber causado una impresión duradera en el gran líder francés.

La escala en París fue la culminación del primer viaje a Europa de Nixon. Regresó a Roma para una breve reunión con el Papa, en la que se discutieron la atracción filosófica del comunismo y la inquietud de la juventud, antes de volver a casa.

Cuando llegamos a la Base Andrews, Nixon tenía sobrados motivos para sentirse satisfecho con su visita a Europa. Su resumen ante los líderes del Congreso fue un relato honesto. Habíase propuesto establecer una nueva relación de confianza con los líderes europeos. Había triunfado dentro de los límites de lo que era posible en un solo viaje. Había tratado de mantener a Estados Unidos fuera de las disputas internas europeas. Se habían hecho progresos en todos esos aspectos. Hasta cierto grado, había calmado los temores europeos de una connivencia soviético-norteamericanas a expensas de ellos; había formulado advertencias contra la *détente* por sí misma, como promotora del peligro de la complacencia. Había acentuado la necesidad de un equitativo compartir de cargas en la OTAN y de adaptar la doctrina de la Alianza a nuevas realidades. Se había dado un primer paso hacia un nuevo espíritu de consultas.

Evidentemente, ninguna visita presidencial ni ningún intercambio presidencial de opiniones hubieran podido, ellos solos, superar las ambivalencias dentro de la Alianza: entre el temor a un acuerdo soviético-norteamericano y la aspiración a la *détente*; entre el instinto por una defensa fuerte y la tentación a sacrificar los programas militares a los programas domésticos; entre el deseo de un compromiso permanente de tropas norteamericanas y la preocupación de que Europa fuera defendida por fuerzas estratégicas norteamericanas que no eran parte de la OTAN. Pero los asuntos habían sido definidos, y tendríamos el resto de la presidencia para dar forma a las respuestas.



Capítulo V

PRIMEROS CONTACTOS CON MOSCU

PRESENTACIÓN A ANATOLY DOBRYNIN

La embajada de la Unión Soviética en Estados Unidos fue, cuando se la construyó a principios del siglo, una majestuosa mansión particular. Pero ha perdido su jardín. Altos y modernos edificios de oficinas miran condescendientes desde arriba a esta rechoncha intrusa victoriana, que no es ni funcional ni elegante. En su techo crece una selva tupida de antenas de radio. Esta parafernalia sugiere un extraordinario interés de parte de los empleados de la embajada soviética en mirar televisión norteamericana, o algún propósito más utilitario, como satisfacer una insaciable fascinación por las llamadas telefónicas norteamericanas.

Al entrar a la embajada, se llega a un largo corredor al final del cual un agente soviético de seguridad vigila las pantallas de un circuito cerrado de televisión. En el primer piso hay varios salones amplios, de cielos rasos altos, que estaban bastante ruinosos hasta que recibieron una nueva mano de pintura y sus ornamentos dorados fueron restaurados en honor de la visita de Leonid Brezhnev en 1973. Estos salones fueron, indudablemente, los salones de recibir cuando los propietarios capitalistas todavía eran dueños de la residencia. Ahora se los usa solamente para recepciones y cenas numerosas.

El 14 de febrero de 1969 fui invitado a mi primera recepción oficial en la embajada soviética. Era en honor de Georgi Arbatov, director de un instituto soviético de investigación especializado en estudios sobre Estados Unidos. Arbatov era un fiel intérprete de la línea del Kremlin, con quien me había encontrado en varias conferencias internacionales sobre control de armas cuando yo aún era profesor. Sabía mucho sobre Norteamérica y era hábil para adaptar sus argumentos a las modas prevaletentes. Era especialmente sutil para explotar el inagotable masoquismo de los intelectuales norteamericanos, que tenían por artículo de fe que toda dificultad en las relaciones entre EEUU y la URSS debía ser causada por la estupidez o la intransigencia norteamericanas. Era sumamente ingenioso para demostrar cómo los rechazos norteamericanos frustraban a los pacíficos y sensibles líderes del Kremlin, quienes, por nuestra inflexibilidad, veíanse llevados contra su voluntad a conflictos que ofendían sus naturalezas inherentemente gentiles.

En esa noche de febrero en particular, los salones de la embajada estaban atestados con la multitud habitual de los cócteles de Washington: funcionarios de nivel medio, algunos personajes influyentes en los pasillos del Capitolio, y ocasionales congresistas. No era una reunión brillante según las pautas de Washington. El embajador, Anatoly Dobrynin, estaba en su departamento del piso de arriba, recuperándose de un ataque de gripe. El anfitrión era el encargado de negocios soviético, Yuri Chernyakov.

Saludé a Arbatov, me mezclé un poco con la gente, y me disponía a retirarme cuando un funcionario soviético subalterno me tironeó la manga. Me preguntó si podía dedicar unos minutos a su jefe.

Era nuestro primer encuentro. Encontré a Dobrynin vestido con una bata, en el segundo salón de su pequeño departamento, que debió ser los dormitorios en el diseño original. Dos salas de dimensiones medianas, amuebladas casi de manera idéntica en el estilo centroeuropeo, pesado y excesivamente tapizado, que yo recordaba de mi juventud en Alemania, se comunicaban entre sí. Dobrynin me saludó con ojos sonrientes y alertas, y con el fingido aire de

confianza de alguien que ya ha sondeado su ración diaria de altos funcionarios norteamericanos. Sugirió que como íbamos a trabajar estrechamente unidos, nos llamáramos por nuestros nombres de pila. Desde ese momento, él sería «Anatol» y yo «Henry» (o más a menudo «Khenry», puesto que el idioma ruso no tiene el sonido de «h») (*). Dijo que acababa de regresar de la Unión Soviética donde le habían hecho un chequeo médico en el mismo sanatorio frecuentado por Brezhnev, Kosygin y Podgorny. Dejó en suspenso si ellos habían estado con él allí o si él los había visto en el Kremlin. Dijo que tenía un mensaje verbal de sus líderes que quería transmitir personalmente al nuevo presidente. Me contó que estaba en Washington desde 1962 y que había experimentado muchas crisis. En todo ese tiempo, había mantenido una relación de confianza personal con los más altos funcionarios; esperaba que fuera igual con la nueva administración, al margen de las fluctuaciones de las relaciones oficiales. Con expresión meditabunda, comentó que se habían perdido grandes oportunidades en las relaciones soviético-norteamericanas, especialmente entre 1959 y 1963. Él había sido jefe de la división norteamericana del ministerio del Exterior soviético durante ese período, y sabía que Khrushchev había buscado seriamente un acuerdo con Estados Unidos. La oportunidad habíase perdido entonces; no debíamos perder las oportunidades que se nos presentaran ahora.

Dije a Dobrynin que la administración Nixon estaba dispuesta a relajar las tensiones sobre la base de reciprocidad. Pero no creíamos que esas tensiones se debían a malos entendidos. Surgían de causas reales, con las que tendríamos que vérnoslas si era que deseábamos hacer verdaderos progresos. La mención de Dobrynin del período 1959-1963 como una oportunidad perdida, señalé, estaba condenada a sonar de manera extraña en los oídos norteamericanos. Aquel período, después de todo, había sido la época de los dos ultimátums sobre Berlín, de la brutal conducta de Khrushchev hacia Kennedy en Viena, de la crisis de los misiles en Cuba y de la ruptura unilateral de la moratoria de ensayos nucleares por partes de la Unión Soviética. Si los dirigentes soviéticos buscaban un acuerdo con la nueva administración con esos métodos, las crisis serían inevitables; más «oportunidades» se perderían.

Dobrynin sonrió y admitió que no todos los errores fueron de los norteamericanos. Yo prometí arreglar una pronta entrevista con Nixon.

EL PERSISTENTE PROBLEMA FILOSÓFICO DE LAS RELACIONES ENTRE EEUU Y LA URSS

Pocos asuntos de política exterior han agriado más el debate doméstico norteamericano, o desafiado nuestras categorías de pensamiento tradicionales, como las relaciones con la Unión Soviética. Nuestra experiencia histórica nos preparó muy poco para tratar con un adversario de poderío comparable, sobre una base permanente. Nunca tuvimos necesidad de enfrentar a naciones marcadamente opuestas a nosotros, salvo durante breves períodos de grandes esfuerzos. El choque producido por la animosidad rusa después de 1945 fue aún mayor debido a que la gran alianza de la época de guerra había alentado la confianza en que la paz sería mantenida por una coalición permanente de vencedores. En vez de ello, nos vimos de repente en un mundo de rivalidad política y lucha ideológica, ensombrecido por armas pavorosas que al mismo tiempo que aumentaban las tensiones, las hacían insolubles. No debe sorprender que el rompecabezas de las relaciones con la otra superpotencia nuclear haya sido una preocupación persistente para la política exterior norteamericana de posguerra.

Es notable que alguna vez hayamos pensado que podríamos retirarnos a nuestro aislamiento tradicional. Dos guerras mundiales habían destruido el sistema internacional que había dominado los asuntos mundiales durante doscientos años. Alemania y Japón desaparecerían temporalmente como factores importantes; China estaba desgarrada por la guerra civil. Toda potencia de importancia, con excepción de Gran Bretaña, había sido ocupada durante la guerra, o como resultado de ella. Y Gran Bretaña estaba tan agotada por su heroica lucha, que ya no podía desempeñar su papel histórico de guardiana del equilibrio. De alguna manera, acariábamos la idea de que ese vacío duraría mientras nosotros, a meses de la victoria, desmovilizábamos nuestro vasto establecimiento militar. Nuestra diplomacia buscaba la conciliación, el desarme y la cooperación global a través de las Naciones Unidas. Nuestro sueño secreto de los primeros años de posguerra era desempeñar el papel que se arrojaría más tarde el primer mi-

(*) Hablamos en inglés. No me río de él porque hablara con acento.

nistro Nehru; nos habría gustado que otro país, Gran Bretaña por ejemplo, mantuviera el equilibrio de poder mientras nosotros, noblemente, mediábamos en sus conflictos con la Unión Soviética. Sintomático de esta actitud fue que el presidente Truman rehusara detenerse en Gran Bretaña en el camino hacia o desde la conferencia de Postdam, porque no quería aparecer en coalición contra nuestro aliado soviético. Nuestra tradicional repugnancia por la política de equilibrio de poder pospuso nuestra comprensión del hecho de que el mismo carácter total de nuestra victoria había creado un marcado desequilibrio de fuerzas e influencias en el centro de Europa. La desmovilización norteamericana convirtiéndose en una oportunidad soviética; aceleró la dominación comunista de todo el este de Europa, que hasta pudo no estar entre las expectativas originales de Stalin, y produjo una difundida alarma e inseguridad en países alrededor de la periferia soviética.

Nuestra edad de la inocencia terminó en 1947, cuando Gran Bretaña nos informó que ya no podría asegurar la defensa de Grecia y Turquía. Fuimos obligados a dar un paso al frente, pero no meramente como garantes verbales de la integridad nacional. Nos gutara o no, estábamos asumiendo la responsabilidad histórica de preservar el equilibrio de poder; y estábamos mal preparados para la tarea. En ambas guerras mundiales, creímos que la victoria significaba paz, y aún en las crisis de 1947 seguimos creyendo que el problema de mantener el equilibrio global consistía en enfrentarnos con una dislocación temporal de cierto orden natural de cosas. Veíamos al poder en términos militares y habiendo desmantelado recientemente las enormes fuerzas de una guerra mundial, pensábamos que necesitábamos una fuerza similar antes de poder emprender cualquier negociación seria con la Unión Soviética. Una vez que hubiéramos contenido los impulsos expansionistas de la URSS, razonábamos, la diplomacia volvería otra vez por sus fueros como ejercicio de buena voluntad y conciliación.

Pero el manejo de un equilibrio de poder es una empresa permanente, no una tarea que tenga un final previsible. En gran medida, este es un fenómeno psicológico; si una igualdad de poder es percibida, no será puesta a prueba. Los cálculos deben incluir el poder potencial además del poder real, no solamente la posesión del poder, sino también la voluntad de hacerlo pesar. El manejo del equilibrio requiere perseverancia, sutileza, no poco coraje y, sobre todo, comprender sus exigencias.

Como lo he expuesto en el Capítulo III, nuestra primera respuesta fue la política de contención, según la cual no podía tener lugar ninguna negociación seria con la Unión Soviética hasta que primero no hubiéramos aumentado y consolidado nuestra fuerza; después, esperábamos que los dirigentes soviéticos aprenderían a valorar las ventajas de la paz. Paradójicamente, este enfoque exageraba la ventaja militar soviética, subestimaba nuestro poder potencial y nuestras ventajas psicológicas (por no mencionar nuestro monopolio nuclear), y daba a la Unión Soviética el tiempo que necesitaba con desesperación para consolidar sus conquistas y corregir el desequilibrio nuclear.

También he mencionado la transformación de la naturaleza del poder producida por las armas nucleares. Debido a que las armas nucleares son tan cataclísmicas, resultan difícilmente utilizables en toda una gama de desafíos: agresiones de sondeo, guerra de guerrillas, crisis locales. La debilidad de la estrategia de «represalias masivas» de Dulles en los años cincuenta (la doctrina de que nos reservábamos el derecho de tomar represalias contra desafíos locales con la amenaza de lanzar la guerra estratégica) no estaba en que nos acercaba a la guerra nuclear, sino en que, en una crisis, solamente nos daba a elegir entre la guerra nuclear y hacer nada. Terminamos haciendo nada (o usando fuerzas convencionales, como en el Líbano en 1958, lo cual contradecía nuestra estrategia proclamada).

Este era el contexto dentro del cual Estados Unidos intentaba ponerse a compás con la dinámica del sistema soviético.

El rasgo más singular de la política exterior soviética es, por supuesto, la ideología comunista, que transforma a las relaciones entre estados en conflictos entre filosofías. Es una doctrina de la historia y también una fuerza motivante. Desde Lenin a Stalin, Khrushchev, Brezhnev y quienquiera que le suceda, los líderes soviéticos han estado parcialmente motivados por una autoproclamada perspicacia para interpretar las fuerzas de la historia, y por la convicción de que la causa de ellos es la causa de la inevitabilidad histórica. Su ideología enseña que la lucha de clases y el determinismo económico hacen inevitable el alzamiento revolucionario. El conflicto entre las fuerzas de la revolución y la contrarrevolución es irreconciliable. Para las democracias industriales, la paz aparece como una condición naturalmente alcanzable; es la compo-

sición de las diferencias, la ausencia de lucha. Para los líderes soviéticos, por el contrario, la lucha no termina con la transacción sino con la victoria de un bando. La paz permanente, según la teoría comunista, solamente puede lograrse aboliendo la lucha de clases, y la lucha de clases sólo puede terminar con la victoria comunista. Ergo, cualquier avance soviético, no importa lo belicoso que sea, favorece a la causa de la paz mientras que cualquier política capitalista, no importa lo conciliadora que sea, sirve a los objetivos de la guerra. «Hasta que el conflicto final (entre capitalismo y comunismo) no haya sido decidido», decía Lenin, «continuará el estado de guerra detestable... El sentimentalismo no es un crimen menor que la cobardía en la guerra» (1). Las declaraciones de líderes o analistas occidentales que acentúan la importancia de la buena voluntad, sólo pueden ser tomadas por los líderes soviéticos como muestras de hipocresía o estupidez, propaganda o ignorancia.

En consecuencia, la política soviética usa un vocabulario propio. En 1939, era la Liga de las Naciones la que, según la propaganda soviética, amenazaba a la paz al condenar el ataque soviético a Finlandia. Mientras que en el otoño de 1956 los tanques soviéticos masacraban a civiles en Hungría, la Organización de las Naciones Unidas fue acusada por Moscú de amenazar a la paz al discutir la intervención armada soviética. Cuando en 1968 la Unión Soviética y sus aliadas del Pacto de Varsovia invadieron Checoslovaquia, lo hicieron en medio de una cortina de humo de acusaciones contra Estados Unidos, Alemania Occidental y la OTAN por «interferir», aun cuando Occidente decidió hacerse atrás y no complicarse en Checoslovaquia. En 1978, la URSS «previno» a Estados Unidos que no intervenga en Irán, no porque lo temiera sino porque sabía que no sucedería; era una forma de acelerar la desmoralización de aquellos que hubieran podido resistir al alzamiento que ya estaba teniendo lugar. A los dirigentes soviéticos no los abruma ningún sentimiento de duda en ellos mismos ni de culpa liberal. No tienen oposición doméstica que cuestione la moralidad de sus acciones. El resultado es una política exterior libre para llenar cada vacío, para explotar cada oportunidad, para materializar las inferencias de su doctrina. La política está constreñida principalmente por los cálculos de las condiciones objetivas. Las proclamadas intenciones pacíficas de los soviéticos deben ser juzgadas por su vocabulario. Pueden muy bien ser «sinceras», pero por razones pragmáticas. Cuando existe peligro de guerra nuclear, indudablemente son sinceros porque los líderes soviéticos no tienen intenciones de suicidarse. Pero fundamentalmente, reflejan menos un principio y más un criterio de que la realoción de fuerzas es desfavorable para la presión militar. Y hasta durante las más intensas ofensivas de paz, los líderes soviéticos jamás disimularon sus intenciones de librar una guerra permanente por las mentes de los hombres.

En su informe al Congreso del Partido, subrayando su nueva consagración a la coexistencia, Khrushchev explicó su política en términos puramente tácticos: «No hay duda de que en una cantidad de países capitalistas el derrocamiento violento de la burguesía... (es) inevitable. Pero las formas de revolución social varían... La mayor o menor intensidad que la lucha pueda asumir, el uso o el no uso de la violencia en la transición hacia el socialismo, dependen de la resistencia de los explotadores...» (2).

A las tendencias históricas se las considera inmunes a los compromisos tácticos. La teoría marxista se combina con la ventaja nacional rusa para ubicar a la Unión Soviética al lado de todos los movimientos radicalizados antioccidentales del Tercer Mundo, al margen de los acuerdos prácticos que se hagan entre este y oeste sobre cuestiones nucleares. Leonid Brezhnev dijo, en el Vigésimocuarto Congreso del Partido, a fines de marzo de 1971:

Declaramos que, a la vez que seguirá coherentemente su política de paz y amistad entre las naciones, la Unión Soviética continuará librando una lucha decidida contra el imperialismo, y rechazando firmemente los malos designios y las subversiones de los agresores. Como en el pasado, daremos un apoyo continuo a la lucha de los pueblos por la democracia, la liberación nacional y el socialismo.

Su colega, el presidente soviético Nikolai Podgorny, declaró en noviembre de 1973:

Como lo ve el pueblo soviético, un mundo justo y democrático no puede ser alcanzado sin la liberación nacional y social de los pueblos. La lucha de la Unión Soviética por el relajamiento de las tensiones internacionales, por la coexistencia pacífica entre estados y sistemas diferentes, no representa, y no puede representar, un alejamiento de los principios de clase de nuestra política exterior (3).

De ese modo, la arena de la lucha internacional se expande para incluir las políticas internas y las estructuras sociales de los países, burlándose de la norma de derecho internacional que condena la intervención en los asuntos internos de un país. En los siglos en que las naciones europeas dominaban al mundo, un país podía aumentar su influencia sólo por adquisición territorial; ésta era visible y provocaba, después de un tiempo, la resistencia unida de los amenazados por la alteración del orden establecido. Pero en el período de posguerra es posible modificar el equilibrio de poder por medio de acontecimientos (alzamientos, revoluciones, subversión) dentro del territorio soberano de otro país. De esa forma, la ideología presenta un desafío masivo a la estabilidad del sistema internacional, como los alzamientos napoleónicos después de la revolución francesa, o las guerras religiosas que conmocionaron a Europa durante siglos. La ideología trasciende límites, elude restricciones y desprecia a la tolerancia o la conciliación.

La política soviética es también, por supuesto, heredera de una antigua tradición de nacionalismo ruso. A lo largo de los siglos, el extraño imperio ruso ha ido dilatándose a partir del ducado de Moscovia, extendiéndose hacia el este y el oeste a través de planicies interminables donde ningún obstáculo geográfico, excepto la distancia, pone límites a la ambición humana, inundando lo que se resistía, absorbiendo lo que se rendía. Este mar de tierra, es claro, ha sido una tentación también para los invasores, pero mientras que al final terminó por devorar a todos los conquistadores, ayudado no poco por un clima duro, ha impelido al pueblo ruso que lo ha soportado a identificar seguridad con aumentar la distancia que lo separaba de los países circundantes. Quizá por esta historia insegura, quizá por una sensación de inferioridad, los gobernantes de Rusia, comunistas o zares, han respondido identificando seguridad no solamente con distancia sino también con dominación. Nunca creyeron que podrían ganarse un consenso moral entre otros pueblos. Absoluta seguridad para Rusia ha significado infinita inseguridad para todos sus vecinos. La diferencia del comunismo leninista fue que, por primera vez en la historia rusa, dio al instinto expansionista una formulación teórica que se aplicaba universalmente a todo el globo. Salvó las conciencias rusas; complicó el problema para todos los otros pueblos.

Estos impulsos perdurables de nacionalismo e ideología que yacen detrás de la política soviética, hacen resaltar la irrelevancia de gran parte del debate occidental sobre si esta o aquella movida soviética es el prelude de un conflicto global o, alternativamente, si alguna nueva apertura indica un deshielo, un cambio de espíritu. La pregunta es formulada continuamente: ¿Cuáles son los objetivos finales de la Unión Soviética? ¿Cuáles son las verdaderas intenciones de los dirigentes soviéticos? Podría ser una pregunta equivocada. Parece sugerir que la respuesta yace en los secretos vericuetos de las mentes de los líderes soviéticos, como si Brezhnev pudiera divulgarla si se lo despertara en mitad de la noche o se lo sorprendiera en un momento de descuido. Concentrarse en la cuestión de los objetivos finales está destinado a dejar a las democracias inseguras y vacilantes ante cada nueva movida geopolítica soviética, mientras tratan de analizar y debatir entre ellas si el valor intrínseco del área en juego es de alguna «importancia estratégica», o si anuncia un giro hacia una línea dura. Estas no son las alternativas como las ven los líderes soviéticos. La práctica soviética, confiada en el fluir de la historia, es promover el desgaste de los adversarios por medio de incrementos graduales y no jugarlo todo a un solo tiro de dados. «Aceptar la batalla en un momento en que es obviamente ventajosa para el enemigo y no para nosotros, es un crimen», escribió Lenin (4). Según el mismo principio, dejar de intervenir en el conflicto cuando la relación de fuerzas es favorable, es igualmente un crimen. Por lo tanto, la elección de táctica soviética está determinada, en cada momento y en cada lugar, por la evaluación que hagan ellos de la «correlación objetiva de fuerzas», que como marxistas, se enorgullecen de dominar.

Me parece más útil, por lo tanto, ver a la estrategia soviética esencialmente como una estrategia de oportunismo despiadado. Ninguna oportunidad de aumentar las ganancias debe dejarse de lado por los conceptos occidentales de buena voluntad. La inmensa reserva de simpatía acumulada durante la Segunda Guerra Mundial fue sacrificada sin vacilación para obtener un bastión en Europa oriental. La conferencia cumbre de 1955, en Ginebra, fue usada para perpetuar la posición soviética en Alemania Oriental y abrió el camino al convenio sobre armas de la URSS con Egipto, que ayudó a producir dos décadas de agitación en Medio Oriente. En 1962, una nueva administración que ansiosamente, casi implorando, expresaba su deseo de una nueva era de relaciones entre EEUU y la URSS, fue confrontada con un ultimátum sobre Berlín y una crisis de misiles en Cuba. En 1975-1976, un posible acuerdo SALT no evitó el despacho a Angola de fuerzas cubanas, apoyadas por los soviéticos. En 1977, la esperanzada perspectiva

de una nueva administración, ansiosa de revivir la *détente*, no alteró el equilibrio en favor de la contención cuando una oportunidad de una guerra «por poder» se presentó sola en Etiopía. En cada elección de política, los líderes soviéticos han identificado sus intereses no con la buena voluntad de países que la doctrina soviética define como orgánicamente hostiles, sino con la oportunidad estratégica, como la veían ellos. Esperar que los líderes soviéticos se abstengan de explotar circunstancias que consideren favorables es interpretar mal la historia. Por lo tanto, impedir las oportunidades soviéticas es la esencia de la responsabilidad de Occidente. Nos toca a *nosotros* definir los límites de los objetivos soviéticos.

Este es un objetivo alcanzable. El imponente monolito de los estados totalitarios a menudo oscurece sus debilidades latentes. El sistema soviético es políticamente inestable: no tiene ningún mecanismo de sucesión. De los cuatro secretarios generales del Partido Comunista Soviético, dos han muerto en funciones; el tercero fue destituido por procedimientos tipo golpe palaciego; el destino del cuarto no está definido al escribir esto. Precisamente porque no hay ningún medio «legítimo» para reemplazar líderes, todos ellos envejecen juntos en funciones. Una pesada maquinaria burocrática y la complejidad de la dirección colectiva hace difícil que la política exterior soviética muestre gran brillantez o siquiera respuestas rápidas a acontecimientos que se produzcan con cierta velocidad.

Tampoco su sistema económico es impresionante. Irónicamente, en un país que exalta el determinismo económico, el nivel de vida de la Unión Soviética, tierra rica en recursos, todavía se arrastra detrás de sus satélites europeos orientales, más de sesenta años después del advenimiento de los comunistas. Con el tiempo, esta ineficiencia está destinada a producir tensiones y reclamaciones sobre los recursos que ahora se destinan predominantemente a preparativos militares. Tampoco es probable que el Partido Comunista permanezca para siempre monolítico e incuestionado. El sistema de planificación total lleva a burocracias demasiado grandes por arriba, que compiten entre ellas y son incómodamente arbitradas por los ancianos líderes del Politburó. Es una de las ironías de los elaborados estados comunistas que el Partido Comunista no tenga ninguna función real, aunque se infiltra en todos los aspectos de la sociedad. No se lo necesita para dirigir la economía, para la administración o para el gobierno. Más bien, encarna una estructura de privilegio; se justifica a sí mismo por la vigilancia contra enemigos, domésticos y extranjeros, produciendo así un interés en mantener las tensiones. Más tarde o más temprano, esta función esencialmente parásita está destinada a provocar presiones internas, especialmente en un estado compuesto por muchas nacionalidades.

Nada podría ser más equivocado que caer en la mítica creencia en un inexorable avance soviético cuidadosamente orquestado por algunos superplanificadores. La coexistencia sobre la base del equilibrio de fuerzas debería, por lo tanto, estar a nuestro alcance, siempre que la naturaleza del desafío sea correctamente entendida. Pero esto es, precisamente, lo que las democracias tienen dificultad de entender. Los temas dominantes en las percepciones occidentales de la Unión Soviética han sido recurrentes: primero, que los propósitos soviéticos ya han cambiado y los líderes soviéticos están a punto de concentrarse en el desarrollo económico en vez de aventuras extranjeras; segundo, que mejorías en la atmósfera y buenas relaciones con los líderes soviéticos contribuirán a reducir la hostilidad; y tercero, que el Kremlin está dividido entre halcones y palomas y que el deber de las democracias occidentales es fortalecer a las palomas con una política de conciliación.

La ansiedad que tantos, en el mundo no comunista, demuestran por declarar el fin de las tensiones y peligros de la Guerra Fría no deja de resultar conmovedora. En los años veinte, el prominente historiador norteamericano Michael Florinsky argumentaba: «Los ex cruzados de la revolución a cualquier costo han cambiado sus espadas por máquinas herramientas, y ahora confían más en los resultados de su trabajo que en la acción directa para lograr la victoria final del proletariado» (5). En los años treinta, las libertades democráticas descritas en la Constitución Soviética eran admiradas en Europa y Estados Unidos mientras estaba creciendo el Archipiélago Gulag, los juicios de las purgas hacían burla de todo concepto de justicia y la Unión Soviética se convertía en el primer país en hacer una apertura hacia Hitler. Después que Stalin desbandó al Comintern en 1943, el senador Tom Conally, de Texas, difícilmente conocido por su blandura hacia el comunismo, fue citado diciendo: «Los rusos han estado, desde años, cambiando su economía y acercándose al abandono del comunismo, y todo el mundo occidental sentiráse gratificado ante la culminación feliz de los esfuerzos de ellos» (6). El subsecretario de Estado Summer Welles escribió: «A la terminación de la presente guerra, el gobierno sovié-

tico indudablemente tendrá que dedicar sus principales energías a la rehabilitación y reconstrucción de sus ciudades y territorios devastados, al problema de la industrialización y a lograr una elevación en el nivel de vida del pueblo» (7).

Este tema de que la Unión Soviética preferiría el desarrollo económico no murió nunca. Las democracias occidentales, extrapolando de su propia experiencia doméstica, suponen que las frustraciones populares son atenuadas por el desarrollo económico y que el progreso económico es un objetivo más racional que las aventuras extranjeras. En 1959, Averell Harriman escribió: «Creo que el señor Khrushchev está intensamente ansioso por mejorar el nivel de vida soviético. Creo que mira hacia el actual plan de siete años como el éxito coronador de la revolución comunista y como un punto crucial en la vida del pueblo soviético. También lo considera un monumento a sí mismo, que lo señalará en la historia como uno de los grandes benefactores de su país» (8). Las amargas decepciones que siguieron no alteraron este pensamiento.

Así, en febrero de 1964, el secretario de Estado Dean Rusk, difícilmente una paloma, afirmó confiadamente: «Ellos (los comunistas) parecen haber empezado a comprender que existe una contradicción insoluble entre las exigencias de promover el comunismo mundial por la fuerza y las necesidades del estado y el pueblo soviéticos» (9). La represión de los alzamientos de Alemania Oriental y de Hungría, las varias confrontaciones sobre Berlín, la crisis de los misiles en Cuba, la invasión de Checoslovaquia, los suministros masivos a Vietnam del Norte, la interminable búsqueda de puntos débiles en África, nada de eso afectó la persistente convicción de muchos de que era inminente un cambio de actitud soviética y de que los soviéticos preferirían el desarrollo económico a las aventuras extranjeras. (Por supuesto, una razón por la que ha sido difícil probar esta última proposición es que las democracias occidentales jamás han insistido en que la Unión Soviética eligiera: los créditos y el comercio han continuado aun en períodos de agresividad soviética.)

Igualmente persistente ha sido la convicción de que en el Kremlin se libra una lucha continua en la que Norteamérica puede ayudar a los elementos más amantes de la paz por medio de una política conciliadora. Occidente se ha mostrado diligente en encontrar coartadas a una sucesión de líderes soviéticos; el del momento siempre era considerado el líder de la facción «liberal», cosa que sucedió hasta con el mismo Stalin. Quizás el ejemplo definitivo de esta actitud occidental fue escrito en 1945; hoy podemos apreciar la ironía del mismo. Después de la conferencia de Yalta, el asesor de la Casa Blanca Harry Hopkins dijo al escritor Robert Sherwood:

Los rusos han demostrado que pueden ser razonables y tener visión de futuro, y no quedó ninguna duda en la mente del presidente, ni en la mía, de que podríamos vivir con ellos en paz hasta tan lejos en el futuro como cualquiera podría imaginar. Pero tengo que hacer un reparo a eso: creo que todos tenemos en nuestras mentes la reserva de que no podríamos predecir cuáles serían los resultados si algo le sucediera a Stalin. Estamos seguros de que podríamos contar con que él se mostrara razonable, sensible y comprensivo, pero no podríamos estar seguros de quién o qué puede estar detrás de él en el Kremlin (10).

«La posibilidad de que la supervivencia del régimen liberal de Nikita S. Khrushchev se apoye sobre una reunión este año entre el Premier soviético y líderes occidentales está siendo discutida por diplomáticos de occidente», informaba *The New York Times* el 5 de mayo de 1959, una opinión que condujo a la visita de Khrushchev a Washington en 1959. Después de que el esfuerzo de Khrushchev por cambiar el equilibrio estratégico se frustrara con la crisis de los misiles cubanos, los expertos de Washington especularon que él estaba luchando contra partidarios de una línea dura en el Kremlin y que necesitaba comprensión y apoyo de Estados Unidos si no se quería que esos partidarios de la línea dura prevalecieran, ignorando el hecho de que fue el mismo Khrushchev quien envió los misiles a Cuba y que si se lo atacaba era, principalmente, porque había fracasado (11). Puede argumentarse que fortaleceríamos más a los elementos moderados que pudiera haber en el Kremlin por medio de la firmeza, demostrando así los riesgos de las aventuras soviéticas, que creando la impresión de que movimientos aparentemente marginales pueden ser hechos con libertad.

La idea de la lucha en el Kremlin sobre la que Norteamérica debería tratar de influir, suma fuerza a la otra dominante de que las tensiones son causadas por malos entendidos personales que pueden erradicarse con simpatía y sinceridad. Un poco más de dos años después de entrar

en funciones con la promesa de que arrollaría al comunismo, la administración Eisenhower encaró una conferencia cumbre con los soviéticos en la que la magia personal del presidente Eisenhower fue ensalzada como la introductora de una nueva era. «Nadie desearía subestimar el cambio de actitud rusa,» decía el *New York Herald Tribune* el 21 de julio de 1955. «Sin eso, nada hubiera sido posible... Pero sigue siendo un logro del presidente Eisenhower haber comprendido el cambio, aprovechado la apertura y aprovecharla en beneficio de la paz mundial.» El 1 de agosto de 1955, la revista *Life* afirmaba: «El principal resultado de la conferencia de Ginebra es tan simple y sorprendente, que los cínicos aún lo cuestionan y los norteamericanos, por otras razones, lo encuentran un poco difícil de entender. El título de campeón de la paz ha cambiado de manos. En la mente de Europa, que otorga este título no oficial, el mismo ha pasado de Moscú a Washington.» En primer lugar, quedaba por aclarar cómo un país que en rápida sucesión convirtió en satélites a toda Europa Oriental, bloqueó Berlín y reprimió una revuelta en Alemania Oriental pudo haber sido calificado para el campeonato de la paz. Pero la creencia de que la paz dependía de buenas relaciones personales estaba extraordinariamente difundida aún en los años cincuenta. La afirmación más elocuente de esta actitud la hizo el entonces secretario del Exterior británico, Harold Macmillan, al finalizar la conferencia de ministros de relaciones exteriores de 1955. Esta reunión quedó estancada precisamente porque la conferencia en la cumbre que la precedió había logrado el objetivo soviético de llegar a un relajamiento de tensiones enteramente a través de enfoques no substanciales:

¿Por qué esta reunión (la reunión cumbre) envió una corriente de esperanzas y expectativas alrededor del mundo? No fue que las discusiones resultaran especialmente notables... No fue que se haya logrado un acuerdo muy sensacional. No fue, en realidad, lo que hicieron o dijeron. Lo que cautivó la imaginación del mundo fue el hecho de la amistosa reunión de los jefes de los dos grandes grupos en que está dividido el mundo. Estos hombres, soportando sus inmensas cargas, se reunieron, hablaron y bromearon juntos como mortales comunes... El espíritu de Ginebra fue, realmente, un regreso a las relaciones humanas normales (12).

Un año después esos mismos líderes soviéticos reprimían el levantamiento en Hungría y amenazaban a Gran Bretaña y a Francia con la guerra nuclear por la crisis en Medio Oriente, después de que Estados Unidos se disoció ostentadamente de sus aliados. Sin embargo, una década después, el presidente Johnson expresó, en su mensaje sobre el estado de la Unión, la esperanza de que los sucesores de Khrushchev también pudieran visitar Estados Unidos, a fin de reducir los riesgos de malos entendidos personales.

Si hemos de vivir juntos y en paz, debemos llegar a conocernos mejor.

Estoy seguro de que el pueblo norteamericano recibiría muy bien la oportunidad de escuchar a los líderes soviéticos por nuestra televisión, como me gustaría a mí que el pueblo soviético escuche a nuestros líderes en su televisión.

Espero que los nuevos dirigentes soviéticos puedan visitar Norteamérica a fin de que puedan informarse directamente sobre nuestro país.

Frente al ambiguo desafío de la Unión Soviética, Occidente se paralizó, además, no solamente por excesos de conciliación sino por excesos de truculencia. En cada década, la alternativa de políticas de conciliación sentimental era planteada en términos de beligerancia litúrgica, como si la enfática proclamación de anticomunismo hubiera bastado para hacer derrumbar las murallas. Junto con la idea de que había habido un cambio básico en el sistema soviético, existía la creencia de que los propósitos soviéticos nunca podrían ser modificados, lo cual habría hecho del estado soviético el primero en la historia que fuera inmune a los cambios históricos. A quienes denunciaban la intransigencia norteamericana se les oponían otros que no podían imaginar que ningún acuerdo con la Unión Soviética pudiera llegar a contemplar a nuestros intereses; a veces, el hecho mismo de que los soviéticos deseaban un acuerdo era presentado como argumento en contra del mismo. Estas dos actitudes se originaban en la misma falacia de que había algún punto terminal en la tensión internacional, recompensa de la buena voluntad, o de la dureza. Pasaban por alto la realidad de que estábamos tratando con un sistema demasiado hostil ideológicamente para una conciliación instantánea, y militarmente demasiado poderoso

para destruirlo. Teníamos que evitar que aprovechara las oportunidades estratégicas; pero también debíamos tener suficiente confianza en nuestro propio criterio para concertar acuerdos que permitieran ganar tiempo, tiempo necesario para que el estancamiento inherente al sistema comunista produjera su corrosión y para permitir que la necesidad de la coexistencia basada en la contención fuera comprendida.

He criticado a estas dos escuelas que influyeron sobre todas las administraciones de posguerra en la década previa a mi entrada en la función pública:

La obsesión por las intenciones soviéticas hace que Occidente sea complaciente durante períodos de *détente* y quede consternado durante las crisis. Un tono soviético benigno es interpretado un logro de la paz; la hostilidad soviética es considerada señal de un nuevo período de tensión y habitualmente hace pensar en contramedidas puramente militares. De esta forma, Occidente nunca está preparado para un cambio de rumbo soviético; ha estado igualmente falto de preparación para la *détente* y para la intransigencia (13).

* * *

El ardor de las discusiones a veces oscurecía el hecho de que los abogados y opositores de la negociación coincidían en sus presupuestos fundamentales. Estaban de acuerdo en que un arreglo efectivo suponía un cambio en el sistema soviético. Eran unánimes en la creencia de que la diplomacia occidental debía tratar de influir sobre los acontecimientos soviéticos internos. Ambos grupos daban la impresión de que la naturaleza de un posible acuerdo con el mundo comunista era perfectamente obvia... Diferían principalmente en cuanto a la oportunidad. Los opositores a la negociación sostenían que el cambio de actitud soviético estaba aún en el futuro, mientras que sus abogados afirmaban que ya había tenido lugar...

En el proceso, prestábase más atención a si debíamos negociar que acerca de qué teníamos que negociar. La disputa sobre acontecimientos soviéticos domésticos restaba energías a la elaboración de nuestros propósitos. Nos llevaba a hacer una cuestión de lo que hubiera debido darse por descontado: nuestra disposición a negociar. Y nos apartaba de la elaboración de un programa concreto que, él solo, habría hecho que las negociaciones tuvieran un significado (14).

En la época en que la administración Nixon asumió sus funciones, el balance político difícilmente arrojaba un saldo favorable. La Unión Soviética acababa de ocupar Checoslovaquia. Estaba suministrando cantidades masivas de armas a Vietnam del Norte; sin su ayuda a Hanoi, hubiera podido estar asegurada una negociación exitosa? No había mostrado disposición a contribuir a llegar a un acuerdo en el Medio Oriente. Y la Unión Soviética, en ese punto, estaba acercándose a la igualdad en armas estratégicas. La decisiva superioridad norteamericana, que había caracterizado a todo el período de posguerra, había terminado en 1967, interrumpiendo el techo autoimpuesto de 1.000 ICBM Minuteman, 656 SLBM Polaris y 54 ICBM Titán (*). Para 1969, era evidente que la cantidad de misiles soviéticos capaces de llegar a Estados Unidos pronto igualaría la de todos los misiles norteamericanos disponibles para una represalia contra la Unión Soviética, y si los programas de producción soviéticos continuaban en los años setenta, llegarían a excederlos.

La nueva administración tenía que intentar resolver una serie de contradicciones. Cualquier cosa que se dijera sobre el creciente poderío soviético, la ideología comunista, el expansionismo ruso y el intervencionismo soviético, nadie que asumiera el poder a fines de los años sesenta podía dejar de sentirse pasmado ante las dimensiones sin precedentes del desafío de la paz. Ninguna retórica belicosa podía oscurecer el hecho de que los arsenales nucleares existentes bastaban para destruir a la humanidad; ningún grado de desconfianza hacia la Unión Soviética podía justificar la adopción de la política tradicional de equilibrio de fuerzas de resolver las crisis por medio de confrontaciones. No podía haber obligación más grande que evitar la catástrofe de la guerra nuclear. Empero, el mero sentimentalismo era traicionero. Confundiría tanto a

(*) ICBM: misil balístico intercontinental; SLBM: misil balístico lanzado desde submarino.

nuestro pueblo como a los dirigentes comunistas, exponiendo al primero al shock y tentando a los segundos a considerar las negociaciones como un instrumento viable de guerra política. Teníamos que reconocer que en nuestra casa y entre nuestros aliados podríamos obtener apoyo para actuar con firmeza en las crisis solamente si podíamos demostrar que las mismas no eran causadas por nosotros. Pero al tratar de construir un mundo más pacífico, también hubiera sido una locura adormecer al pueblo y dejarlo ignorante de la naturaleza de un desafío ideológico y geopolítico que duraría generaciones, o eludir la impopularidad de gastar para la defensa táctica y estratégica. No iba a ser fácil para una democracia, en medio de una guerra divisiva en Asia.

Para quienes ocupan cargos de responsabilidad, su dedicación a la paz y la libertad no se prueba por la emoción de sus pronunciamientos. Nosotros teníamos que expresar nuestra dedicación por medio de la disciplina con que defenderíamos nuestros valores, y crear, sin embargo, condiciones para la seguridad a largo plazo. Teníamos que enseñar a nuestro pueblo a enfrentar su responsabilidad permanente, no a esperar que las tensiones, o nuestro adversario, desapareciera, aunque fuera dentro de milenios. Semejante curso de acción puede no ser cómodo ni fácil, especialmente para un pueblo impaciente como el nuestro. Pero las generaciones futuras nos juzgarían según hubiéramos dejado un mundo más o menos seguro que el que habíamos encontrado, un mundo que preservara la paz sin abdicaciones y fortaleciera la confianza y las esperanzas de los pueblos libres.

REFLEXIONES DURANTE EL PERÍODO DE TRANSICIÓN

El Kremlin tiene tendencia a mirar a una administración norteamericana nueva con agudos recelos. Las burocracias detestan lo imprevisible, y los líderes soviéticos operan en un entorno burocrático bizantino de normas intransigentes. Pueden adaptarse a la firmeza sostenida; se ponen nerviosos frente a cambios rápidos, que minan la confianza que tienen sus colegas en su criterio y dominio de los acontecimientos. Era inútil, deducimos, tratar de apaciguar esta inquietud al comienzo de una nueva administración por medio de apelaciones a un sentido de comunidad moral, porque toda la formación y toda la ideología de los líderes soviéticos niega esta posibilidad. El interés es una pauta que entienden mejor. No es por accidente que en las relaciones entre la Unión Soviética y otras sociedades, los líderes occidentales más propensos a demostrar «comprensión» por sus contrapartidas soviéticas hayan sido los menos exitosos. Una cúpula dirigente soviética orgullosa de su superior comprensión de las fuentes objetivas de motivación política no puede admitir que se deja llevar por consideraciones transitorias. De ese modo, los esfuerzos casi implorantes de la administración Kennedy no lograron hacer progresos hasta que se restableció un equilibrio psicológico, primero con el aumento de poderío militar estadounidense después de las presiones sobre Berlín, y luego por la crisis de los misiles en Cuba. Después de estos acontecimientos, se hicieron algunos progresos.

Por contraste, en el Kremlin conocían a Nixon como perseguidor de comunistas; pero nunca permitieron que la antipatía personal se interpusiera en el camino del interés nacional soviético. Stalin, después de todo, había hecho una apertura hacia Hitler a semanas de la llegada de los nazis al poder. Pese a la desconfianza mutua, las relaciones entre el Kremlin y la administración Nixon se desarrollaron en forma más práctica y ordenada que en períodos anteriores, y generalmente estuvieron libres del efecto de montaña rusa de esperanzas primero exaltadas y luego defraudadas. Ese extraño dúo, Nixon y Brezhnev, desarrolló al final un modus vivendi porque cada uno llegó a comprender la percepción que tenía el otro de su propio interés. Nixon había visitado la Unión Soviética en una época anterior de su carrera, cuando mantuvo, como vicepresidente, su famoso «debate de la cocina» con Khrushchev. Nixon tenía una percepción mucho más aguda de la características de la cúpula dirigente soviética que cualquier otro contendiente presidencial reciente. A Moscú preocupábale que el flamante presidente iniciara una nueva ronda de acumulación de armas que sometería a esfuerzos a la economía soviética. Pero estaba dispuesta a averiguar el precio a pagar para evitar esa perspectiva, aun mientras asumía su ensayada ficción de impermeabilidad a las amenazas y recurría a su táctica tradicional de tratar de minar el apoyo doméstico norteamericano a la política que temía.

A la relación le llevó cierto tiempo prosperar, pero cuando lo hizo no fue por casualidad. Ningún tema ocupó más la atención del presidente electo durante el período de transición;

él y yo pasamos horas juntos trazando el rumbo que seguiríamos. Nixon había llegado al problema por una ruta más política que yo. Habiéndose ganado su reputación por su anticomunismo duro, a veces estridente, estaba decidido a mantener su tradicional electorado de conservadores. Consideraba que su reputación de partidario de una línea dura era un elemento invaluable para la conducción de nuestra política. Pero comprendía que, como presidente, necesitaría extender su base política hacia el centro; por cierto, veía con astucia que tenía en las relaciones entre este y oeste una oportunidad a largo plazo para construirse su nueva mayoría. Tenía tendencia a combinar estos agudos instintos con criterios extremadamente personales. Había sentido temor de que la conferencia cumbre de Glassboro pudiera restablecer la fortuna de Johnson, de ahí que consideraba que los soviéticos habían entrado en connivencia con los demócratas para arruinarlo. Pero también había visto cómo los inconcluyentes resultados hicieron que la popularidad de Johnson se disparara tan rápidamente como había nacido; de allí su determinación a no hacer una conferencia cumbre a menos que el éxito pudiera ser garantizado.

Mi enfoque, como esbocé antes, era bastante similar, si bien resultaba de alguna forma más teórico, dada mi formación académica. El 12 de diciembre de 1968, el presidente electo me pidió que informara al nuevo gabinete sobre nuestro enfoque en política exterior. Dije a mis nuevos colegas que me parecía que la política exterior soviética era tironeada desde dos direcciones. Había presiones en favor de la conciliación con Occidente, provenientes de un deseo creciente de bienes de consumo, del temor a la guerra, y quizás de quienes deseaban un relajamiento de los controles del estado policial. Al mismo tiempo, había presiones a favor de una confrontación continuada con Estados Unidos, surgidas de la ideología comunista, de la desconfianza de los líderes, del aparato del partido, de los militares, y de los que temían que cualquier relajamiento de tensiones sólo consiguiera alentar a los satélites a un nuevo intento de aflojar las ataduras con que los tenía sujetos Moscú. Desde la invasión de agosto a Checoslovaquia, la política exterior de Moscú habíase centrado en dos problemas: cómo superar el efecto chocante de la invasión sobre el resto del mundo comunista, y cómo limitar sus pérdidas en otras partes, especialmente cómo reducir el daño a las relaciones soviético-norteamericanas.

Por la última razón, los soviéticos parecían especialmente ansiosos de mantener abierta la posibilidad de conversaciones sobre limitación de armas estratégicas. Esto tenía muchos motivos: podía ser un medio táctico de recuperar respetabilidad; podía ser una maniobra para dividir a la Alianza haciendo surgir temores de un condominio soviético-norteamericano, podía ser que creyeran que un equilibrio estratégico razonablemente estable era inevitable y que, por lo tanto, hubieran decidido tratar de estabilizar la carrera de armamentos en el nivel de entonces. Nuestra respuesta dependía de nuestra concepción del problema. Nuestra política pasada había sido, a menudo, de «construcción de confianza» por la confianza misma, en la creencia de que a medida que creciera la confianza las tensiones disminuirían. Pero si se adoptaba el punto de vista de que las tensiones surgían como resultado de diferencias sobre asuntos concretos, la forma de enfocar el problema era trabajar sobre esas diferencias. Una paz duradera dependía de la solución de los asuntos políticos que dividían a las dos superpotencias nucleares.

En realidad, hablé casi en el mismo tono a un representante soviético importante. Cuando el 18 de diciembre vi en el Hotel Pierre a Boris Sedov, el agente de la KGB disfrazado de consejero de embajada, le dije que el presidente electo hablaba muy en serio cuando se refería a una era de negociación. La cúpula dirigente soviética hallaría a la nueva administración dispuesta a negociar acuerdos duraderos que reflejaran intereses reales. Nosotros creíamos que había habido demasiada preocupación por los aspectos secundarios y no la suficiente por los aspectos substanciales. En opinión de la nueva administración, había diferencias reales entre Estados Unidos y la Unión Soviética y esas diferencias tendrían que ser reducidas para que hubiera un genuino relajamiento de tensiones. Estábamos, dije, dispuestos a hablar sobre limitación de armas estratégicas. Pero no nos precipitaríamos a conversar antes de haber analizado el problema. También juzgaríamos los propósitos de la Unión Soviética por su disposición a avanzar en un amplio frente, especialmente por su actitud en Medio Oriente y Vietnam. Esperábamos moderación soviética en los lugares problemáticos de todo el mundo. (Esta era la famosa doctrina del «encadenamiento».) Yo esperaba que él transmitiría estas consideraciones a Moscú.

Moscú envió una respuesta apaciguadora. El 2 de enero de 1969, Sedov me trajo un mensaje en el que los líderes soviéticos se dissociaban de la «opinión pesimista» que decían haber visto expresada «en muchas partes del mundo» sobre el presidente electo. La «principal preocupación de Moscú» no eran los antecedentes pasados de Nixon sino que nuestros dirigentes estuvieran

o no animados por «un sentido de la realidad». El desarme era de importancia primordial. Los líderes soviéticos reconocían que nuestras relaciones serían afectadas favorablemente por un acuerdo sobre el problema de Vietnam, una solución política en Medio Oriente y un «enfoque realista» en Europa en general y Alemania en particular. El Kremlin no dejaba de señalar sus propios «intereses especiales» en Europa oriental.

Ahora ambos bandos habían expresado sus posiciones básicas. La nueva administración quería usar la preocupación soviética acerca de sus intenciones para llevar al Kremlin a discusiones sobre Vietnam. Por lo tanto, insistimos en que las negociaciones sobre todos los temas se realizaran simultáneamente. Los líderes soviéticos estaban especialmente preocupados por el impacto de una nueva carrera armamentista en la economía soviética; en consecuencia, daban prioridad a la limitación de armamentos. Esto tenía para ellos la ventaja adicional de que el solo hecho de que se realizaran las conversaciones, al margen de los resultados, dificultaría la aprobación por el Congreso de nuevas sumas para el presupuesto de defensa en Estados Unidos, y, aunque nosotros todavía no lo percibíamos, inquietaría a los chinos.

Por supuesto, nada más podía suceder hasta que la nueva administración no hubiera asumido el poder. Pero en nuestras deliberaciones en el Hotel Pierre, el presidente electo y yo destilamos una serie de principios básicos que caracterizarían nuestro enfoque de las relaciones soviético-norteamericanas mientras estuviéramos en funciones.

El principio de concreción. Insistiríamos en que toda negociación entre Estados Unidos y la Unión Soviética tratara causas específicas de tensiones en vez de temas vagos y generales. Las reuniones en la cumbre, si es que iban a ser significativas, tendrían que ser bien preparadas y reflejar negociaciones que ya hubieran registrado progresos considerables por canales diplomáticos. Tomaríamos en serio la posición ideológica de los líderes soviéticos; no nos engañaríamos acerca de los intereses incompatibles de nuestros dos países en muchas áreas. No pretenderíamos que las buenas relaciones personales o la retórica sentimental terminarían con las tensiones del período de posguerra. Pero estábamos dispuestos a explorar áreas de interés común y a concertar acuerdos precisos basados en una estricta reciprocidad.

El principio de contención. Las relaciones razonables entre las superpotencias no podrían sobrevivir al intento constante de buscar ventajas unilaterales y explotar áreas de crisis. Estábamos decididos a resistir las aventuras soviéticas; al mismo tiempo, estábamos dispuestos a negociar un auténtico aflojamiento de tensiones. No aceptaríamos una dédente pensada para adormecer a víctimas potenciales; estábamos dispuestos a aceptar una dédente basada en mutua contención. Adoptaríamos un enfoque de zanahoria y garrote, listos a imponer penalidades al aventurerismo y dispuestos a expandir relaciones en el contexto de una conducta responsable.

El principio de encadenamiento. Insistíamos en que para que el progreso de las relaciones entre las superpotencias fuera real, tenía que realizarse en un amplio frente. En nuestra opinión, los acontecimientos en diferentes partes del mundo se relacionaban entre sí; todavía más la conducta soviética en diferentes partes del mundo. Partíamos de la premisa de que separar los asuntos en compartimentos distintos alentaría a los líderes soviéticos a creer que podían usar la cooperación en un área como válvula de seguridad, mientras buscaban en otra parte ventajas unilaterales. Esto era inaceptable. Nixon expresó esta opinión en su primera conferencia de prensa, el 27 de enero de 1969. Las conversaciones sobre limitación de armas estratégicas con la Unión Soviética serían más productivas, dijo Nixon, si se las llevaba a cabo «en una forma y en un momento que al mismo tiempo promuevan, de ser posible, el progreso en problemas políticos importantes». En declaraciones a los reporteros, el 6 de febrero, usé explícitamente el término «encadenamiento»: «Para tomar la cuestión del encadenamiento entre los entornos político y estratégico (al presidente) le gustaría tratar el tema de la paz en todo el frente en que la paz está amenazada y no solamente en el militar.»

Tan fuerte es la tradición pragmática del pensamiento político norteamericano que este concepto de encadenamiento fue ampliamente criticado en 1969. Se pensó que era una idiosincrasia, un artilugio gratuito para demorar las negociaciones sobre control de armamentos. Desde el comienzo fue repudiado como si reflejara la preferencia política de una administración en particular. En nuestra opinión, el encadenamiento existía en dos formas: primero, cuando un diplomático encadena deliberadamente en una negociación dos objetivos separados; o en virtud de la realidad, porque en un mundo interdependiente, las acciones de una gran potencia están inevitablemente relacionadas y tienen consecuencias que rebasan el asunto o región inmediatamente involucrados.

La nueva administración recurría a veces al encadenamiento en el primer sentido: por ejemplo, cuando hacíamos del acuerdo sobre la guerra de Vietnam una condición para adelantar en áreas de interés para los soviéticos, como Medio Oriente, el intercambio comercial o la limitación de armamentos. Pero en un sentido mucho más importante, el encadenamiento era una realidad, no una decisión. La demostración de impotencia norteamericana en una parte del mundo, como Asia o África, inevitablemente erosionaría nuestra credibilidad en otras partes del mundo, como Medio Oriente. (Por eso estábamos tan decididos a que nuestra retirada de Vietnam tuviera lugar no como un colapso sino como una estrategia norteamericana.) Nuestra posición en las negociaciones sobre control de armamentos no podía separarse del resultante equilibrio militar, ni de nuestras responsabilidades como la mayor potencia militar de un sistema global de alianzas. Por el mismo motivo, casi seguramente la limitación de armas no podría sobrevivir a un período de crecientes tensiones internacionales. Veíamos al encadenamiento, en resumen, como sinónimo de un punto de vista estratégico y geopolítico. Ignorar la interconexión de los acontecimientos era minar la coherencia de *toda* la política.

Sin embargo, el encadenamiento no es un concepto natural para los norteamericanos, quienes tradicionalmente han percibido a la política exterior como una empresa episódica. Nuestras organizaciones burocráticas, divididas en oficinas regionales y funcionales, y ciertamente nuestra tradición académica de especialización, acentúan la tendencia a compartimentalizar. El pragmatismo norteamericano lleva a una tendencia a examinar los temas separadamente: a resolver los problemas según sus méritos, sin un sentido de tiempo o contexto, o de la trama sin costuras de la realidad. Y la tradición legal norteamericana alienta una rígida atención a los «hechos del caso», una desconfianza por las abstracciones.

Empero, en política exterior es imposible escapar a la necesidad de un marco conceptual integrador. En asuntos domésticos, las nuevas iniciativas son definidas por medio del proceso legislativo; las iniciativas dramáticas pueden ser la única forma de lanzar un nuevo programa. En política exterior, las iniciativas más importantes requieren cuidadosos preparativos; los resultados pueden demorar años en salir a la luz, el éxito requiere un sentido de la historia, una comprensión de las múltiples fuerzas que no están bajo nuestro control, y una visión amplia de la trama de los acontecimientos. El test de la política doméstica es el mérito de una ley; el de la política exterior, los matices y las interrelaciones.

La tarea más dificultosa para un hacedor de política en asuntos extranjeros es establecer prioridades. Un marco de referencias conceptual que «encadene» los acontecimientos es una herramienta esencial. La ausencia de encadenamiento produce exactamente lo contrario de la libertad de acción; los responsables de la política se ven obligados a responder a intereses sectoriales, cercados por presiones y sin una brújula fija. El secretario de Estado se convierte en prisionero de sus oficinas geográficas; el presidente es impulsado excesivamente por sus agencias. Ambos corren el peligro de convertirse en prisioneros de los acontecimientos.

Por lo tanto, el encadenamiento era otro de los intentos de la nueva administración de liberar nuestra política exterior de las oscilaciones entre exceso de extensión y aislacionismo y de basarla sobre una firme concepción del interés nacional.

ACTITUDES DEL PÚBLICO Y DEL CONGRESO: UNA RACHA DE PRIMAVERA

Uno de los elementos grotescos de la elección de Richard Nixon fue que muchos que lo habían combatido por su estridente oposición al comunismo debieron interpretar su elección como un mandato para nuevas aperturas hacia la Unión Soviética. La administración Nixon fue saludada con una andanada de consejos de avanzar rápidamente para mejorar las relaciones con la Unión Soviética. Pronto Nixon fue considerado deficiente en este aspecto, demasiado receloso de las intenciones soviéticas, demasiado obsesionado con el poderío militar, demasiado resistente a las necesidades de la *détente*.

Una de las propuestas era una reunión cumbre «para conocerse»; su propósito sería iniciar las conversaciones sobre armas estratégicas que había preparado la administración Johnson, y mejorar el clima de relaciones personales. Esto fue ampliamente expuesto por Zbigniew Brzezinski, quien escribió que «sería un expediente útil, tanto simbólica como prácticamente, iniciar la costumbre de mantener anualmente una reunión informal de trabajo entre los jefes de gobierno norteamericano y soviético... La reunión no necesitaría tener siempre una agenda

formal... Su propósito sería dar a los jefes de las dos primeras potencias nucleares una oportunidad regular de un intercambio personal de puntos de vista y de mantener contacto personal (15).

Una campaña empezó a exhortar a la administración a que eliminara las barreras al comercio entre este y oeste y usara la promesa de una relación económica intensificada como cuña para abrir un diálogo político. Las dos superpotencias tenían intereses económicos complementarios y estos, se argumentaba, podían erosionar la desconfianza política. Marshal Shulman, prominente experto en la Unión Soviética, escribió: «Estos intereses comunes pueden no disolver las diferencias que ahora impulsan a la competencia soviético-norteamericana, pero con el tiempo pueden hacer que esas diferencias parezcan menos importantes (16). Un panel de la Asociación de las Naciones Unidas, presidido por Arthur Goldberg e integrado por varios expertos, emitió un informe el 7 de febrero de 1969, escasamente cinco meses después de Checoslovaquia, exhortando al levantamiento de restricciones al comercio entre este y oeste como «una cuestión de la mayor prioridad». El Congreso escuchó el llamado. Durante 1968 habíanse realizado audiencias en el Senado, y estaba realizándose una nueva serie sobre las virtudes de un comercio más intenso con la Unión Soviética.

Por supuesto, el control de armamentos era visto casi universalmente como un área para hacer un adelanto importante: primero a causa del mutuo interés en evitar la guerra nuclear, y segundo a causa de que se pensaba que el nivel de fuerzas estratégicas era groseramente parejo en 1969. Un grupo de estudio del Consejo para las Relaciones Exteriores presidido por Carl Kaysen (asesor delegado de seguridad nacional en la administración Kennedy) e integrado por muchos de los especialistas académicos más sobresalientes en control de armamentos, envió en enero de 1969 un informe al presidente electo, urgiéndole a lograr, como un «imperativo», un pronto acuerdo sobre limitación de armas estratégicas. El mismo afirmaba que podía perderse una rara oportunidad, y exhortaba a una moratoria unilateral del despliegue norteamericano de misiles antibalísticos (ABM) y vehículos de reingreso múltiple con ojivas independientemente guiadas, a fin de hacer posible un acuerdo sobre limitación de armas estratégicas. El panel de la Asociación de las Naciones Unidas citado más arriba expresaba «la necesaria y urgente iniciación de negociaciones bilaterales sobre misiles estratégicos con la Unión Soviética».

En Europa, surgía una tendencia, hasta cierto punto intensificada por nuestra intervención en Vietnam, a distanciarse de alguna forma de la política norteamericana hacia la Unión Soviética. De Gaulle fue el pionero en hacer negocios bilateralmente con la Unión Soviética y visitó Moscú en 1966. Primeros ministros británicos de ambos partidos posaron en el Kremlin con gorros de astracán para demostrar su dedicatoria a la paz. En Alemania Occidental, ya antes de la ascensión de Willy Brandt a canciller en 1969, la Gran Coalición de la que Brandt era ministro del exterior deshelo la rígida postura anterior de Alemania hacia Europa Oriental y entabló conversaciones directas con la Unión Soviética. Mientras más rígida era la postura de EEUU hacia la URSS, mayor era la tentación de los líderes aliados a desempeñar el papel de «puente» entre el este y el oeste. A los líderes europeos resultábales tentador asegurar a sus públicos que no permitirían que la imprudencia norteamericana llevara a una guerra mundial. A los países aliados les parecía prudente demostrar interés en reducciones mutuas de fuerzas y en la propuesta de larga data de los soviéticos para una Conferencia de Seguridad Europea. En estas circunstancias, existía la posibilidad real de que se desarrollara una «détente diferencial»; la Unión Soviética podía adoptar esas actitudes en Europa mientras se mantenía intransigente sobre asuntos globales de nuestro interés, insertando de esa forma una cuña entre nosotros y nuestros aliados.

El impulso dominante en todo Occidente, en Estados Unidos tanto como en Europa, era reasumir la activa búsqueda de la détente y no permitir que la invasión a Checoslovaquia la perturbara. El presidente Johnson declaró, en un discurso dirigido a la B'nai B'rith el 10 de septiembre de 1968, apenas tres semanas después de la invasión a Checoslovaquia: «Esperamos, y trataremos, hacer de este revés un episodio muy temporal.» Resultaba curioso que a pocos días de Checoslovaquia se pidiera a Norteamérica que demostrara su buena fe. Tampoco estaba claro cuáles hechos concretos justificaban la indudable sensación de esperanza y urgencia resumida en un editorial del *Washington Star*, que el 9 de marzo llegó a la conclusión de que «si ha de haber un momento para la détente, es este». En esta atmósfera, la Unión Soviética eligió el día de la toma de posesión para pedir el comienzo inmediato de conversaciones sobre limitación de armas estratégicas (que serían denominadas SALT).

El presidente no estaba dispuesto a dejarse arrastrar. Estaba decidido a dar a los líderes soviéticos la impresión de que no negociaría simplemente para crear una atmósfera mejor, que no se reuniría en la cumbre sin una debida preparación y sin la perspectiva de algún logro genuino, y que no aceptaría un proceso en el que la Unión Soviética pudiera determinar la agenda de conferencias. Yo compartía estos puntos de vista. Necesitábamos tiempo para definir nuestros objetivos, para desarrollar nuestra estrategia y para determinar las actitudes soviéticas sobre cuestiones que considerábamos vitales. No creíamos que la oportunidad resultara tan fugaz como sugerían los abogados de conversaciones inmediatas, ni que los líderes soviéticos reaccionarían en forma tan petulante. En realidad, creíamos que la forma perfecta para arruinar una negociación era concurrir a ella sin preparación o dejar creer a los líderes soviéticos que podíamos ser presionados por la propaganda.

En realidad, estábamos bastante deseosos de iniciar negociaciones, quizá de un alcance sin precedentes, apuntando a acuerdos fundamentales. Pero queríamos que esas negociaciones reflejaran una estrategia deliberada, no una reacción a maniobras soviéticas; considerábamos esencial crear el equilibrio correcto de incentivos. En mi declaración a la prensa del 6 de febrero acentué la importancia del encadenamiento: «Lo que hemos pedido... es que debería haber cierta indicación de una disposición a reducir el nivel de tensiones políticas, alguna demostración de algo que sea más que palabras; que junto con la reducción de la competencia armamentista habrá un intento de reducir los conflictos en el campo político.» En términos concretos, esto significaba que no ignoraríamos, como hicieron nuestros predecesores, el papel de la Unión Soviética en hacer posible la guerra en Vietnam. Tampoco nos abstendríamos de tratar de explotar las ansiedades soviéticas (sobre China, por ejemplo) para impulsarla hacia una política más amplia y flexible.

Pero el temperamento del público y del Congreso era decididamente diferente. La andanada de críticas al concepto de encadenamiento y a la estrategia del presidente hacia la Unión Soviética, cuando la misma se hizo evidente, era desusada para el período de luna de miel de un período presidencial. «Evidentemente, las conversaciones sobre misiles pueden empezar cuando lo desee el señor Nixon», editorializó *The Washington Post* un día después de la toma de posesión. «Ellos le ofrecen una oportunidad inmediata, la primera que recibe, para aplicar su expresada creencia de que la 'era de confrontación' en las relaciones entre este y oeste ha dejado paso a una 'era de negociación'... Ponerse a prueba en el papel más elevado que se asignó a sí mismo, el de 'hacedor de la paz', está en sus manos.» La revista *Time*, en la edición que siguió a la toma de posesión (31 de enero), alentó expectativas de rápidos progresos: «Los rusos eligieron el día de toma de posesión de Nixon para sondear a Estados Unidos y acentuar ante el mundo que la siguiente movida le corresponde a Washington... Algunos diplomáticos y expertos en desarme de Washington creen que Nixon y Rogers ya han llegado a la conclusión de que esas conversaciones deben realizarse, y que una conferencia podría empezar dentro de dos a cuatro meses.»

Pero, continuaba el servicial consejo, si se quería aprovechar esta oportunidad, la apertura de las conversaciones tendría que estar libre de toda precondición o encadenamiento. «El presidente ha indicado», editorializaba *The New York Times* el 18 de febrero, «que tiene intención de abandonar la política norteamericana de los últimos doce años encadenando las negociaciones soviético-norteamericanas sobre control de armamentos con las de temas políticos. Pero nada tendría más probabilidades de alarmar a los aliados de la OTAN... la clase de negociaciones directas que parece tener en la mente, cubriendo una cantidad de cuestiones pendientes entre este y oeste, indudablemente provocará preocupación en la mayoría de los países occidentales, justamente cuando el señor Nixon está tratando de ganarse su confianza. Además, los asuntos políticos entre este y oeste, tales como Medio Oriente, Vietnam y Alemania, serán difíciles de arreglar, mientras que el asunto de las armas estratégicas está maduro para ser resuelto.» (A los pocos meses, nuestros aliados estarían alarmados precisamente por la posibilidad de una desvinculación de los temas.) *The Washington Post* se expresó en un tono similar el 5 de abril:

El presidente Nixon tiene que dejar de perder tiempo y avanzar rápidamente hacia las conversaciones sobre misiles con los rusos. El período de gracia concedido a un nuevo presidente para informarse y establecer sus propias tácticas ha terminado. Empero, la administración Nixon sigue demorando el asunto... Bueno, ¿cuándo? Los rusos han estado preparados casi un año.

Y sobre el encadenamiento:

La realidad es demasiado compleja y escurridiza para permitir a ningún presidente creer que puede alinear tantos patos diferentes en una sola fila. El control de armamentos tiene un valor y una urgencia enteramente separado del estado de las cuestiones políticas. Además, toda la historia pasada de las relaciones entre este y oeste previene contra el encadenamiento.

Era «más urgente que nunca» iniciar las conversaciones, escribió *Business Week* el 22 de marzo. «La administración Nixon está arrastrando los pies», había escrito R.H. Shackford, de los periódicos Scripps-Howard, el 19 de febrero. *The New York Post* exigía, el 27 de marzo, que la administración «cese inmediatamente de dar largas al asunto».

Importantes senadores y otras figuras públicas tocaban la misma melodía. Nuestros predecesores nos dieron un período de gracia de una duración máxima de pocas semanas. El senador Frank Church, de Idaho, advirtió en el senado, el 4 de febrero, que debíamos acudir al rescate de las «palomas» del Kremlin: «La posición y credibilidad de los miembros del gobierno soviético que defienden las conversaciones sobre misiles será perjudicada, quizás irreparablemente si el presidente Nixon escucha a los que, en Estados Unidos, se oponen a conversaciones inmediatas sobre limitación de misiles». El senador Albert Gore, de Tennessee, abrió las audiencias de su subcomité de desarme a principios de marzo, declarando: «Podría ser que tengamos ahora mismo una oportunidad sin paralelos para evitar una inminente escalada de otra carrera de armas nucleares.» El ex secretario de Defensa Clark Clifford, quien dos meses antes había presentado para su aprobación un presupuesto de defensa que destinaba fondos para misiles ABM y MIRV, a mediados de marzo pronunció un discurso en el que pedía un congelamiento de los programas que él mismo propusiera: «El hecho cierto es que nunca más podríamos encontrarnos en una posición tan favorable como la que hoy disfrutamos para iniciar conversaciones sobre un congelamiento de los armamentos nucleares estratégicos. De aquí a un año, o de aquí a seis meses, el desarrollo tecnológico podría muy bien hacer que el acuerdo sobre limitación de armas fuera más difícil de desarrollar e instrumentar que en este momento» (17).

Estas opiniones hallaban eco dentro de la burocracia. Los diplomáticos siempre están a favor de las negociaciones; las mismas son la savia vital de la profesión. Los asuntos soviéticos, en el Departamento de Estado, han atraído a algunos de nuestros funcionarios más distinguidos del servicio exterior, hombres como Llewellyn Thompson, Charles Bohlen y George Kennan. La suya ha sido una especialidad poco apreciada. Ellos trataron de mantener vivo el interés en la relación con los soviéticos durante un período en que el mero reconocimiento de la Unión Soviética (no efectivizado hasta 1933) parecía el límite final para la diplomacia de Estados Unidos. Quedaron apabullados cuando, durante la Segunda Guerra Mundial, el rechazo apriori de todo lo que era soviético dio lugar a una aceptación indiscriminada. Ellos escribieron, durante ese período, proféticos análisis sobre la dinámica de la sociedad soviética. George Kennan estuvo más cerca que ningún diplomático de nuestra historia de ser el autor de la doctrina diplomática de su era. Quizás era inevitable que toda una vida de especialización produjera una consagración a las relaciones soviético-norteamericanas que no carecía de un componente emocional. Habiendo sufrido durante décadas, cuando las comunicaciones estuvieron prácticamente cortadas parcialmente por la severidad de nuestro enfoque pero, sobre todo, por la paranoia del régimen soviético bajo Stalin, estos diplomáticos veían en las periódicas ofensivas de paz posteriores a Stalin el comienzo, por fin, de la materialización de las esperanzas de toda la vida.

Cuando nosotros asumimos funciones, Llewellyn Thompson, en especial, entonces el principal asesor del Departamento de Estado en cuestiones soviéticas, instó a la rápida aceptación de las aperturas soviéticas a fin de evitar que el equilibrio de fuerzas dentro del Kremlin volviera a favorecer a la línea dura. El hecho de que el 25 de enero Nixon ratificara, en una reunión del Consejo Nacional de Seguridad, su determinación a controlar desde la Casa Blanca las negociaciones con la Unión Soviética, no contuvo la marea. No afectó al impulso burocrático el hecho de que el presidente usara todas las oportunidades de acentuar que no deseaba comprometerse a una fecha específica para conversaciones sobre limitación de armas hasta que hubiera explorado el espíritu de cooperación soviético en temas políticos, especialmente Vietnam.

Los procedimientos del Consejo Nacional de Seguridad que supuestamente establecían mi control dictatorial, no pudieron, en esta instancia, producir ningún enfoque coherente ni política

establecida. En ese mismo mes solicité un estudio de enfoques alternativos y opiniones «sobre la naturaleza de las relaciones entre EEUU y la URSS en su sentido más amplio.» El resultado fue un sintético documento de opciones preparado por el Departamento de Estado donde, en un estilo que pronto se volvería standard, la única opción viable, «Relación Limitada con el Adversario», se presentaba entre otras dos obviamente falsas: hostilidad y conciliación al extremo. Hasta la definición de «Relación Limitada con el Adversario» estaba redactada de tal manera que permitía a cada agencia seguir sin impedimentos sus preferencias. Un problema principal era la rotunda negativa del presidente a confrontar a sus asesores directamente con la cuestión central. Nunca tuvo lugar una reunión en la que el tema fuera formalmente analizado y definido, porque Nixon quería evitar una confrontación cara a cara con su secretario de Estado. En cambio, el 4 de febrero Nixon envió una carta a Rogers, Laird y Helms (pero en realidad destinada a Rogers) donde reiteraba el principio de encadenamiento como política oficial:

Creo que el tono de nuestros contactos públicos y privados acerca de y con la Unión Soviética debería ser calmo, cortés y no polémico...

Creo que la base para un acuerdo viable es un mutuo reconocimiento de nuestros intereses vitales. Debemos reconocer que la Unión Soviética tiene intereses; en las presentes circunstancias no podemos dejar de tomarlos en cuenta al definir los nuestros. Debemos hacer que no queden dudas en los dirigentes soviéticos de que esperamos que ellos adopten hacia nosotros un enfoque similar... En el pasado, a menudo hemos intentado arreglar las cosas en un acceso de entusiasmo, confiando en la diplomacia personal. Pero el «espíritu» que caracterizó a varios encuentros carecía de una base sólida de interés mutuo, y por lo tanto, cada reunión en la cumbre fue seguida, menos de un año después, por una crisis.

Estoy convencido de que los grandes asuntos están fundamentalmente interrelacionados. No quiero con esto establecer encadenamientos artificiales entre elementos específicos de uno u otro tema o entre pasos tácticos que pudiéramos decidirnos a dar. Pero creo que una crisis o confrontación en un lugar y una verdadera cooperación en otro no pueden mantenerse simultáneamente. Reconozco que la administración anterior adoptó el punto de vista de que cuando percibíamos un interés mutuo en una cuestión con la URSS, debíamos buscar un acuerdo e intentar aislarlo todo lo posible de las oscilaciones de conflictos en otras partes. Esto puede muy bien estar acertado en numerosas cuestiones bilaterales y prácticas como intercambios científicos o culturales. Pero sobre las cuestiones cruciales de nuestra época, creo que debemos buscar progresar en un frente por lo menos lo suficientemente amplio para dejar en claro que vemos cierta relación entre temas políticos y militares. Creo que debemos hacer entender a los líderes soviéticos que no pueden esperar cosechar los beneficios de la cooperación en un área mientras en otras partes tratan de sacar ventajas de la tensión o la confrontación. Semejante curso de acción lleva en sí el peligro de que los soviéticos usen las conversaciones sobre armas como válvula de seguridad para la intransigencia en otras partes.

Querría ilustrar lo que pienso acerca de un caso de inmediato y difundido interés: las conversaciones propuestas sobre armas estratégicas. Creo que nuestra decisión sobre cuándo y cómo proceder no depende exclusivamente de nuestra revisión de temas puramente militares y técnicos, aunque los mismos son de importancia clave. Esta decisión debería ser tomada también a la luz del contexto político prevaleciente y, en especial, a la luz del progreso logrado hacia la estabilización de la explosiva situación de Medio Oriente, y a la luz de las conversaciones de París sobre Vietnam. Creo que debo conservar la libertad de asegurar, hasta el grado en que tengamos control sobre ello, que el cronograma de conversaciones con la Unión Soviética sobre armas estratégicas sea óptimo. En realidad, esto puede significar demorarnos más de lo requerido para nuestra revisión de los temas técnicos. Ciertamente, significa que deberíamos, por lo menos en nuestra posición pública, mantener abierta la opción de que podría no haber conversaciones en absoluto.

La carta expresaba lo que Nixon pensaba en realidad, si bien con muchas desviaciones. Pero puesto que se supuso (correctamente) que la carta fue redactada por mí y mi equipo, se la despreció como reflejo del maligno impacto del asesor del presidente. El Departamento de Estado

estaba de lo más ansioso por liberalizar unilateralmente el comercio entre este y oeste, por injertarnos nosotros mismos en el conflicto de Medio Oriente en una forma que magnificaba en vez de reducir la influencia soviética, y sobre todo por comenzar las SALT lo antes posible. Cualquier directiva de la Casa Blanca en sentido contrario era interpretada con la mayor elasticidad posible, si no se la ignoraba totalmente. (En este caso la carta, siendo una misiva personal a uno de los secretarios del gabinete, indudablemente no llegó a la burocracia.)

Pese a la declaración nada ambigua y aparentemente explícita del presidente en el sentido de que creía en el encadenamiento y que no deseaba una apertura no condicionada de las SALT, el 19 de marzo nuestro negociador de desarme, Gerard C. Smith, dijo a su contraparte soviético en Ginebra que el comienzo de las SALT «no necesita estar vinculado, en alguna especie de fórmula de envoltura, al acuerdo sobre problemas internacionales específicos.» El 27 de marzo el secretario de Estado Rogers declaró ante la Comisión de relaciones exteriores del Senado que «esperamos que esas conversaciones puedan empezar dentro de pocos meses... Ya hemos acordado con la Unión Soviética que tendremos esas conversaciones bastante pronto.» Preguntado en una conferencia de prensa del 7 de abril si había algo que se interpusiera en el camino de las SALT, Rogers repuso: «No, no hay nada que se interponga en el camino, y las mismas pueden empezar pronto. Ahora nos encontramos en el proceso de prepararlas, y esperamos que empiecen a fines de primavera o comienzos de verano.» Un borrador del Departamento de Estado para el discurso del presidente ante el Consejo del Atlántico Norte, del 10 de abril, hacía anunciar al presidente: «Hoy he dado instrucciones a nuestro embajador en Moscú para que avise al gobierno soviético que estaríamos complacidos de iniciar estas conversaciones en Ginebra, en abril...» dejándole al presidente el espacio para poner la fecha de algo que explícitamente había rechazado cinco semanas atrás. La estratagema era evidente: el Departamento de Estado, pensando que el presidente había sido indebidamente influido por mí, trataba de hacerme a un lado por medio de un escritor de discursos.

Esa primavera, la burocracia desmenuzaba la política declarada del presidente y alimentaba las expectativas respecto de las conversaciones sobre limitación de armas. En *The New York Times* del 18 de abril, se informaba de «funcionarios» que sostenían que los acuerdos sobre armas con la Unión Soviética eran «un objetivo primordial de la política exterior de Nixon.» El 22 de abril, el *Times* citaba a «diplomáticos norteamericanos» especulando sobre las conversaciones SALT en junio. El 4 de mayo, Llewellyn Thompson dijo a Dobrynin que Rogers esperaba discutir un lugar y una fecha con Dobrynin antes de que Rogers partiera el 12 de mayo en su viaje a Asia. El 8 de mayo, Rogers dijo a Dobrynin que esperaba poder discutir una fecha, lugar y modalidades inmediatamente después de su regreso de Asia, citando la fecha tentativa de «comienzos de verano». El mismo día, nuestro embajador en Moscú, Jacob Beam, vio al ministro del exterior delegado soviético V. Kuznetsov y, por instrucciones de Rogers, repitió las fechas tentativas de junio o julio; Kuznetsov dijo que los soviéticos estaban listos. El 13 de mayo, Chalmers Roberts dijo en *The Washington Post*, citando fuentes de la administración, que Rogers reuniríase con Dobrynin el 29 de mayo y fijaría una fecha; se decía que los soviéticos reiteraron que se encontraban listos. El 14 de mayo, UPI informó desde Ginebra que Estados Unidos estaba listo para iniciar las SALT a comienzos de julio. El 14 de mayo, el gobierno británico se puso en contacto con el Departamento de Estado para pedir orientación sobre la forma de comentar públicamente el tema SALT, que las circunstancias les habían hecho considerar inminentes. Otros aliados de la OTAN, bajo la misma impresión, les siguieron de inmediato. El 16 de mayo, en Washington, Gerard Smith informó sobre las SALT al embajador germano occidental Rolf Pauls, estimando que las negociaciones probablemente tendrían que ocuparse tanto de MIRV como de ABM y que podían empezar «en el verano».

Estas declaraciones apresuradas y presiones acumulativas no eran resultado de una diferencia conceptual articulada entre el presidente y el secretario de Estado. Eran una serie de desviaciones tácticas de la política de la Casa Blanca. Estaban dirigidas a cristalizar una decisión. Lo que lograban era malgastar, al por mayor, ventajas que nosotros queríamos atesorar de acuerdo a una cuidadosa estrategia. Los soviéticos estaban ansiosos de comenzar las SALT; nosotros queríamos llevar a los soviéticos hacia otros asuntos, como Vietnam. Durante un breve período en la primavera de aquel primer año, la visible discrepancia entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado dio a la Unión Soviética una oportunidad de maniobrar dentro de nuestro gobierno para incitar al Departamento de Estado, a los medios y al Congreso, como una manera deliberada de presionar a la Casa Blanca.

El impacto acumulativo de toda la indisciplina burocrática, más las presiones de los medios y el Congreso, tuvo el efecto de que debimos abandonar nuestra intención de usar la apertura de las conversaciones SALT como palanca para otras negociaciones. El 11 de junio autorizamos a Rogers e informar a los soviéticos que estábamos listos para comenzar las SALT, sólo para encontrarnos con cuatro meses de impedimentos soviéticos.

Pero la victoria de la burocracia fue pírrica. Después de ceder sobre la fecha de iniciación, Nixon, apoyado por mí, desplazó cada vez más hacia la Casa Blanca la conducción de las negociaciones. Si bien su inclinación por el secreto lo habría impulsado a esto, de cualquier forma, la indisciplina de la burocracia actuó como factor acelerante. Los líderes soviéticos pronto aprendieron que si bien el presidente podía ser reacio a enfrentar a su secretario de Estado y aunque era capaz, de tanto en tanto, de retirarse tácticamente, Nixon no tenía ninguna intención de dejar a otros la fundamental determinación de nuestra política exterior. Una vez que los soviéticos comprendieron que las decisiones que realmente se cumplían eran las tomadas por el presidente, desarrolló un contacto directo entre el embajador Dobrynin y la Casa Blanca. Surgió a la existencia lo que llegó a conocerse en la jerga soviético-norteamericana como «el Canal».

EL CANAL

Mi reunión con el embajador extraordinario soviético en su departamento, el 14 de febrero, fue la primera de una serie de entrevistas íntimas que se continuaron durante ocho años. En forma creciente, los asuntos más sensibles en las relaciones entre EEUU y la URSS empezaron a ser manejados entre Dobrynin y yo. Nos reuníamos casi invariablemente en la Sala de Mapas de la Casa Blanca, una estancia agradable al lado de la Entrada Diplomática, cuya visión está impedida por los arbustos de rododendros plantados en el jardín. Franklin Roosevelt había usado como sala de planeamiento durante la Segunda Guerra Mundial y de allí derivaba su nombre.

Dobrynin y yo empezamos a mantener negociaciones preliminares sobre casi todos los asuntos importantes, él en nombre del Politburó, yo como confidente de Nixon. De manera informal, clarificábamos los objetivos básicos de nuestros gobiernos y cuando nuestras conversaciones permitían esperar acuerdos específicos, el tema era trasladado a canales diplomáticos convencionales. Si las negociaciones formales llegaban a un estancamiento, el Canal podía abrirse nuevamente. Desarrollamos algunos procedimientos para evitar la clase de estancamiento que solamente hubiera podido resolverse con un acto de fuerza. Con permiso del presidente, a veces yo esbozaba nuestro punto de vista como si fuera una idea propia, afirmando que estaba «pensando en alta voz». Dobrynin me daba entonces la reacción del Kremlin, sobre la misma base de no compromiso. A veces el procedimiento se invertía. Ninguno de los dos estaba impedido de plantear el tema formalmente a causa de la reacción adversa del otro. Pero por lo menos se evitaban las confrontaciones por inadvertencia. Era una forma de explorar el terreno, de evitar estancamientos graves.

Dobrynin resultaba admirablemente adecuado para este delicado papel. Los embajadores tienen hoy en día poca libertad como negociadores. El teléfono y el télex desde sus capitales les dan instrucciones detalladas; también pueden cambiarlas en una hora. Pero si bien los embajadores de la era del jet se han convertido en carteros diplomáticos, resultan esenciales como intérpretes políticos, y *antes* de que haya una emergencia. Los funcionarios que trabajan en sus capitales pasan tanto tiempo dirigiendo pesadas burocracias que tienen poco sentido de las complejidades de otras capitales y otros líderes; mucho menos, ciertamente, que en los días en que los diplomáticos importantes del mundo provenían todos de antecedentes similares y se comunicaban dentro del mismo marco cultural. No hay sustituto para la perspicacia de un hombre destacado en el lugar, que alterna lo suficiente para tomar el pulso a la vida política sin que la misma lo absorba tanto como para perder la perspectiva. Su papel es crucial en las crisis, cuando las apreciaciones que afectan cuestiones de vida y muerte dependen de una sutil y rápida comprensión de intangibles.

Este es un desafío especial para los embajadores soviéticos. Ellos son productos de una burocracia que premia la disciplina y desalienta la iniciativa; de una sociedad históricamente desconfiada de los extranjeros; de un pueblo que oculta su latente inseguridad tras una pesada agresividad. Con ciertos diplomáticos soviéticos se tiene la incómoda sensación de que informan

en una forma que se ajusta a los preconceptos de sus lejanos pero siempre vigilantes superiores, porque de esta manera pueden evitar con facilidad la acusación de errores de apreciación. Ciertamente, la mayoría de los diplomáticos soviéticos se aferran rígidamente a posiciones formales, porque nunca podrán ser acusados en Moscú de compromisos o transacciones innecesarias si no demuestran iniciativa. Repiten argumentos conocidos porque no pueden arriesgar un desafío a la ortodoxia ideológica. Sólo raramente explican las razones de sus posiciones, siempre en los términos más formales, porque no quieren correr el riesgo de ser acusados de una gestión equivocada o de sugerir sin autorización que los objetivos soviéticos son negociables.

Dobrynin evitaba estas deformaciones profesionales. Era el producto clásico de una sociedad comunista. Nacido en una numerosa familia de doce hijos, y el primero de ellos que fue a una universidad, se benefició del sistema que tan hábilmente representaba. Había estudiado para ingeniero en electricidad y entró en el ministerio del exterior durante la guerra. Ya fuera que debía su flexibilidad a su formación en un tema relativamente libre de ideología paralizante, o que se tratara de una disposición natural, era uno de los pocos diplomáticos soviéticos que conocí que podía entender la psicología de otros. Era afable no solamente según los modelos soviéticos (que dejan amplio espacio para la zafiedad) sino según cualquier criterio. Sabía cómo hablar a los norteamericanos en una forma brillantemente sintonizada con nuestros prejuicios. También era especialmente habilidoso para evocar el inagotable sentimiento de culpa norteamericano, machacando persistentemente, pero de manera agradable, la impresión de que todo estancamiento era culpa de nosotros.

Yo nunca olvidaba que Dobrynin era miembro del Comité Central del Partido Comunista Soviético; nunca caí en el engaño de pensar que sus modales condescendientes reflejaran alguna favorable predisposición hacia mí o hacia Occidente. No tenía dudas de que si los intereses de su país lo requerían, él podía ser tan despiadado y lleno de duplicidad como cualquier otro dirigente soviético. Yo daba por descontado que su efectividad dependía de la habilidad con que reflejaba las políticas de su gobierno, no sus preferencias personales. Pero consideraba que su apoyo sin cuestionamientos a la línea soviética era una ventaja, no un inconveniente; ello nos permitía medir con precisión las políticas de sus jefes y consolidaba su propia influencia en el Kremlin. Para nuestros propósitos, hubiera sido suficiente con que él tuviera una extraordinaria comprensión de la política norteamericana; sin excepción, la misma era aguda y hasta sensata. Esto nos daba cierta confianza en que el Kremlin tendría a su disposición una evaluación sofisticada de las condiciones de aquí. Una correcta comprensión no podía garantizar que Moscú eligiera la respuesta que preferíamos, pero reducía las posibilidades de un grosero error de cálculo.

Dobrynin estaba libre de la tendencia a entregarse a los pequeños fraudes con los que los diplomáticos soviéticos comunes demostraban su diligencia a sus superiores; él comprendía que una reputación de confianza es una ventaja importante en política exterior. Sutil y disciplinado, amable en su actitud aunque precavido en su conducta, Dobrynin moviase en los altos niveles de Washington con consumada habilidad. Su papel personal, dentro de las posibilidades de un embajador, era casi seguramente beneficioso para las relaciones entre EEUU y la URSS. Si algún día se produjera el auténtico relajamiento de tensiones y peligros que exige nuestro período, Anatoly Dobrynin habrá hecho una importante contribución a ello.

En febrero de 1969 estábamos en los comienzos. Cada lado seguía tratando de hacerse una impresión más completa del otro. El pedido de Dobrynin de una entrevista con el presidente puso a Nixon ante un problema esencial y de procedimiento. En lo tocante al procedimiento, Nixon deseaba establecer su dominio sobre las negociaciones con la Unión Soviética; en su opinión, esto requería la exclusión de Rogers, quien podía mostrarse demasiado ansioso y reclamar el mérito de cualquier progreso que pudiera lograrse. En lo substancial, quería iniciar el enfoque del encadenamiento a su propio ritmo. Nixon trató de solucionar el problema Rogers en su estilo habitual, dejando que Haldeman cargara con la responsabilidad (y sin duda, Haldeman la descargó sobre mí). Haldeman dijo al secretario de Estado que la mejor garantía de que no se alentarían demasiadas expectativas era que Rogers estuviera ausente de la reunión. La asistencia de Rogers daría una sensación de urgencia, contraria a nuestra estrategia; podía llevar a una indebida sensación de optimismo. Rogers, no acostumbrado a semejante solicitud de parte de su antiguo amigo, se mostró resistente a estas consideraciones; buena parte del fin de semana se empleó en rechazar los pedidos de Rogers (básicamente justificados) de que el secretario de Estado participara en la reunión entre el nuevo presidente y el embajador soviético.

Pero esta era la clase de asuntos en la cual Nixon no cedía nunca mientras pudiera encontrar

a alguien que hiciera el trabajo sucio. Como forma de conservar el prestigio institucional, se invitó a Malcolm Toon, entonces director de asuntos soviéticos en el Departamento de Estado (y después embajador de primera clase en Moscú). Sin embargo, hasta eso fue privado de significado porque Nixon nos despidió a Toon y a mí al final de la sesión y después dijo a Dobrynin que las cuestiones de sensibilidad especial debían ser tratadas conmigo primero.

Así, el Canal quedó formalmente establecido.

Antes de su reunión con Dobrynin, Nixon me pidió que escribiera un memorándum esbozando lo que era probable que dijera Dobrynin, sus objetivos y la actitud general que yo recomendaría. La respuesta que le envié predecía que la línea que seguiría Dobrynin sería probablemente asegurarnos que la Unión Soviética estaba lista para iniciar negociaciones, especialmente sobre las SALT; expresar preocupación porque nosotros no habíamos sido suficientemente receptivos a la postura conciliadora de la Unión Soviética desde el 20 de enero; sugerir que no debíamos dejar pasar la oportunidad favorable; y establecer un canal directo entre el presidente y los dirigentes rusos. Recomendé que si Dobrynin traía un mensaje de los dirigentes soviéticos, el presidente debía mostrarse receptivo a las proposiciones concretas, pero no dejar que ellos impusieran el ritmo por medio de vagos ofrecimientos de hablar sin indicaciones de posibilidades más substanciales. Debíamos insistir en que el progreso dependía de acuerdos específicos, no de la diplomacia personal. Cualquier reunión cumbre debía realizarse al final de cuidadosos preparativos. Sobre temas específicos, el mensaje debía ser que el continuo hostigamiento de las rutas de acceso a Berlín a raíz de las elecciones presidenciales alemanas pondría fin a toda esperanza de negociación, que en Medio Oriente cada parte debía usar su influencia en favor de la contención y de una diplomacia flexible; que estábamos decididos a terminar la guerra de Vietnam y que todas nuestras relaciones con los soviéticos dependían de la ayuda que nos dieran para arreglar ese conflicto. También incluí una ambigua formulación a los efectos de que si el apoyo soviético no se materializaba, «nosotros no excluiríamos la posibilidad de que otros que tenían interés fueran contactados para obtener algún adelanto...» Esta era una críptica referencia a los chinos, que no resultaría opaca para el astuto Dobrynin.

Como era su costumbre, Nixon subrayó cuidadosamente las frases de mi memorándum que le parecieran significativas. Señaló el pasaje que acentuaba nuestra dedicación a la integridad y vitalidad de Berlín. Subrayó casi todas las frases de las secciones sobre Medio Oriente y Vietnam; marcó la referencia a China.

En reuniones con líderes extranjeros Nixon era un excelente expositor de posiciones cuidadosamente preparadas; también comprendía las psicologías extranjeras mejor que las de la mayoría de los norteamericanos; tal vez a éstos no los consideraba una amenaza. Pero las negociaciones de toma y daca poníanlo nervioso; detestaba todo encuentro personal que no fuera una pieza cuidadosamente preparada, le resultaba penoso insistir directamente en sus puntos de vista. Era impaciente con los puntos pequeños y reacio a confrontar los prolongados estancamientos que son los mecanismos por los cuales se logran habitualmente los acuerdos. Aunque Nixon sobresalía en discusiones conceptuales, era demasiado orgulloso para admitir ante los visitantes que necesitaba la asistencia siquiera de un memorándum. Como se ha señalado, conducía sus encuentros diplomáticos aprendiendo de memoria los puntos de conversación preparados para él, los cuales, en justicia, eran redactados para reflejar sus puntos de vista tal como habían sido previamente discutidos entre nosotros.

La antipatía de Nixon por las negociaciones personales no era, en un presidente, una debilidad sino una fuerza. Algunos de los desastres de nuestra historia diplomática han sido perpetrados por presidentes que se creyeron negociadores. Como regla general, los requerimientos del cargo impiden el seguimiento y la atención que exigen las negociaciones detalladas. Además, cuando los presidentes se convierten en negociadores, no quedan vías de escape para la diplomacia. Las concesiones no pueden ser revocadas sin deshonor. Un estancamiento pone en juego el prestigio personal del cargo; una equivocación requiere una admisión de error. Y puesto que los jefes de gobierno no habrían elegido esta carrera sin una saludable dosis de egocentrismo, las negociaciones pueden deteriorarse rápidamente desde la inflexibilidad hasta la confrontación. Las negociaciones a niveles inferiores (y hasta el secretario de Estado es un nivel inferior en relación al presidente) permite al jefe de gobierno intervenir en momentos cruciales; pueden hacerse ajustes a un costo mucho menor. Para cuando los jefes de gobierno aparecen en escena, los textos de acuerdo ya deberían haber sido convenidos (así sucedió la mayoría de las veces con los presidentes a quienes serví), aunque pueden dejarse abiertos uno o dos puntos para justificar la afir-

mación de que la intervención de los jefes de gobierno fue lo que arregló la cuestión. Los presidentes, es claro, son responsables de dar forma a la estrategia general. Ellos deben tomar las decisiones clave; por esto son responsables, y por esto merecen todo el crédito, no importa cuánta ayuda hayan recibido en el proceso. Cuando intentan la instrumentalización táctica de sus propias estrategias, están cortejando al desastre. Nixon nunca cometió esa equivocación.

La primera reunión entre Dobrynin y Nixon tuvo lugar el 17 de febrero de 1969. Dobrynin, ahora recuperado de la gripe, entró en la Oficina Oval, fue presentado al presidente y expuso los puntos de vista de su gobierno siguiendo líneas muy similares a las que expusiera en su conversación conmigo de pocos días antes. Sugirió la posibilidad de un encuentro en la cumbre; no rechazó el encadenamiento. Por el contrario, manifestó la buena disposición soviética a negociar simultáneamente sobre una cantidad de asuntos. Dijo que la Unión Soviética estaba dispuesta a usar su influencia para hallar una solución en Medio Oriente. Y preguntó cuándo podríamos estar listos para empezar conversaciones sobre la limitación de armas estratégicas.

Nixon, con la actitud formal que adoptaba cuando estaba excitado, replicó que las reuniones en la cumbre necesitaban cuidadosos preparativos. Acentuó la importancia de la contención de las superpotencias sobre una base global; insistió en la necesidad de desactivar la detonante situación de Medio Oriente y de Vietnam. También las conversaciones sobre limitación de armas, dijo, requerían cuidadosos preparativos, y el congelamiento de los armamentos no aseguraría la paz a menos que hubiera también contención política. Acentuó la importancia que asignábamos al status de Berlín, a lo que Dobrynin repuso que la Unión Soviética haría lo posible por calmar la situación.

Tipico de la inseguridad de Nixon con los encuentros personales fue que ese día me llamó cuatro veces a su oficina para asegurarse de que se había desempeñado bien. Él pensaba que había sido una áspera confrontación. Mi impresión era exactamente la opuesta: que la reunión había sido conciliatoria. O por lo menos, que se desarrolló como era de esperar en la apertura de una partida de ajedrez entre expertos. Cada lado hizo movidas para conservar la máxima cantidad de opciones; cada lado trató de protegerse contra alguna movida inesperada del adversario. Pude decir sinceramente a Nixon que se había desempeñado lo mejor que era posible.

A la mañana siguiente, 18 de febrero, envié a Nixon un memorándum con mis reflexiones sobre esa primera reunión. Mis conclusiones fueron:

Creo que la actual línea soviética de conciliación e interés en negociaciones, especialmente sobre control de armas pero también sobre Medio Oriente, surge en gran medida de la incertidumbre de ellos acerca de los planes de esta administración. Evidentemente, les preocupa que usted pueda decidir el lanzamiento de nuevos programas de armas que requerirían nuevas y costosas decisiones en Moscú; esperan que unas prontas negociaciones por lo menos contrarrestarían esas tendencias en Washington. (Dudo de que sobre este punto haya mucha división en el Kremlin, aunque puede haberlas, y substanciales, acerca de los reales términos de un acuerdo con nosotros.) En pocas palabras, creo que en este momento de incertidumbre acerca de nuestras intenciones (los soviéticos lo ven como un momento de enfrentamiento entre fuerzas «razonables» y «aventureras» aquí), Moscú desea comprometerlos. Algunos argumentarán que, dejando de lado el motivo, no deberíamos dejar pasar este momento de interés soviético a fin de que Moscú no vuelva a una hostilidad total. Mi opinión es que deberíamos tratar de utilizar este interés soviético, surgido como creo de la ansiedad, para llevarlos a reconocer las verdaderas fuentes de tensión, especialmente en Medio Oriente, pero también en Vietnam. Este enfoque también requeriría continuada firmeza por nuestra parte en Berlín.

Era demasiado pronto para calibrar qué buscaban los soviéticos. Dobrynin había asentido al encadenamiento solamente en el sentido de que los líderes soviéticos indicaban su disposición a negociar sobre un frente amplio; no aceptaban que el resultado de una negociación fuera condición para el progreso de otra. Dobrynin había admitido blandamente que el progreso hacia la paz de Vietnam ayudaría a mejorar las relaciones en general; pero esta formulación también era coherente con un intento de chantajearnos por medio de un «encadenamiento invertido». El ofrecimiento soviético de ayuda en Medio Oriente en la práctica podía significar (y en realidad así fue) que ellos sólo estaban dispuestos a apoyar a sus amigos árabes.

Como resultó después, no íbamos a salir de nuestro estancamiento con los soviéticos hasta

1971. Contactos inconcluyentes en 1969 degeneraron en una serie de confrontaciones que duraron a lo largo de todo 1970. En 1969, en unas diez ocasiones en nuestras reuniones semanales con Dobrynin, traté de obtener la cooperación soviética para terminar la guerra de Vietnam. Dobrynin mostró siempre evasivo. Negó que la Unión Soviética tuviera algún interés en continuar la guerra; advirtió (muy débilmente, en retrospectiva) contra la escalada; nunca presentó una propuesta concreta para terminar la guerra.

Al presidente no le fue mejor. El 26 de marzo Nixon escribió al premier soviético Alexei Kosygin siguiendo las líneas de su conversación con Dobrynin del 17 de febrero. (Leonid Brezhnev, secretario general del Comité Central del Partido Comunista, no desempeñaría un papel público obvio en política exterior hasta mediados de 1971.) Kosygin respondió el 27 de mayo, añadiendo poco a la posición soviética conocida. El aspecto nuevo más destacado de su carta era que, probablemente alentado por las críticas domésticas norteamericanas a nuestro principio de encadenamiento, ahora desafiaba vigorosamente y abiertamente el concepto. Kosygin sostenía que, «teniendo en cuenta la complejidad de cada uno de estos problemas, difícilmente sea conveniente tratar de encadenarlos de alguna manera unos con otros.» Nosotros decidimos no discutir el punto; simplemente, continuaríamos nuestro enfoque en la práctica.

El 14 de mayo, se le entregó a Dobrynin una copia adelantada del discurso del presidente sobre Vietnam. Por acuerdo previo, Nixon me llamó por teléfono mientras yo estaba reunido con Dobrynin y nos invitó a los dos al Salón Lincoln para enfatizar ante Dobrynin su decisión de terminar la guerra. No hubo respuesta soviética. Esa fue también la reacción soviética a nuestra propuesta de una misión de paz a Vietnam por Cyrus Vance (*). Fue en parte debido a la actitud soviética que Nixon programó para agosto su viaje a Rumania. Su propósito fue recordar a Moscú que teníamos opciones hacia Europa Oriental y también hacia la República Popular China, de la que Rumania se mostraba a veces partidaria. Y en otoño nos negamos a invitar a Andrei Gromyko a Washington para el ahora casi tradicional *tour d'horizon* con el presidente, en ocasión de la visita anual de Gromyko a Nueva York para la Asamblea General de las NU. Dijimos que el presidente recibiría al ministro del Exterior soviético si se solicitaba una audiencia, cosa que los soviéticos se negaron a hacer.

En la conducta soviética de 1969 había una monótona uniformidad que dejaba pocas dudas acerca de su básica preferente por lo accesorio antes que por lo substancial. Para abril, como referí antes, una serie de declaraciones públicas de niveles inferiores y de filtraciones no autorizadas en la Casa Blanca, había precipitado un compromiso a iniciar las conversaciones SALT para «fines de primavera o comienzos de verano». Cuando el 11 de junio la Casa Blanca autorizó que se informara a los soviéticos que estábamos listos para empezar, nuestra burocracia esperó confiadamente una respuesta en cuestión de semanas, o menos. En realidad, los soviéticos no respondieron durante más de cuatro meses. La razón fue, casi seguramente, que querían esperar la terminación del debate en el Senado sobre los ABM y no arruinar el argumento de nuestros críticos de que nuestro programa de ABM era incompatible con negociaciones sobre control de armas.

Cualquiera que fuera la razón, no fue hasta el 20 de octubre que Dobrynin visitó al presidente para informarle de la disposición soviética a fijar una fecha para la apertura de las conversaciones SALT. Dobrynin aprovechó la ocasión para quejarse del lento avance de las relaciones soviético-norteamericanas en general. Nixon replicó que la Unión Soviética tenía todo el derecho de tomar sus propias decisiones, pero que el avance general dependía de la actitud soviética respecto de Vietnam. Para ratificar el punto, al día siguiente entregué a Dobrynin, como *aide-mémoire*, la porción referente a Vietnam de la transcripción de su conversación con el presidente, donde yo había acentuado deliberadamente algunos puntos, para consumo de Moscú. Dobrynin, como era su costumbre, no había tomado notas durante la reunión con Nixon, pero advirtió las discrepancias y preguntó cuál versión debía transmitir a Moscú como oficial. Díjele que usara la versión escrita.

Tampoco avanzábamos en seguridad europea, especialmente en Berlín. Los alemanes orientales iniciaron una minicrisis estorbando las rutas de acceso como protesta por la elección presidencial federal en Berlín Occidental, aunque tres elecciones anteriores habíanse realizado sin incidentes. El 22 de febrero, en las vísperas de su primera visita a Europa, Nixon ordenó una intensificación del tráfico militar estadounidense hacia Berlín Occidental. Lo hizo pese al angus-

(*) Estas discusiones soviético-norteamericanas sobre Vietnam se describen más adelante en el Capítulo VIII.

tiado desacuerdo del Departamento de Estado. El incidente pasó porque Dobrynin había prometido a Nixon, el 17 de febrero, que la Unión Soviética mantendría calma la situación. El 5 de marzo, la elección federal tuvo lugar en el edificio del Reichstag sin que hubiera ninguna crisis, y el hostigamiento cesó. Cuando me entrevisté con el primer ministro chino Chou En-lai en mi viaje secreto de julio de 1971, él ofreció su propia interpretación de esos acontecimientos. Dijo que la Unión Soviética había montado deliberadamente los incidentes fronterizos con China de marzo de 1969, para producir una diversión mientras los parlamentarios germano-occidentales viajaban sin impedimentos a Berlín. En opinión de Chou, los incidentes fronterizos fueron fabricados para permitir a los soviéticos «eludir sus responsabilidades sobre Berlín».

En cualquier caso, el Presidente Nixon hizo una propuesta pública de una negociación sobre Berlín en su discurso en la fábrica Siemens en Berlín Occidental, el 27 de febrero, en ocasión de su gira europea. Después de ratificar nuestra decisión de defender la ciudad, expresó la esperanza de que Berlín pudiera convertirse en un objeto de «negociación... y reconciliación» en vez de amenazas y coerción. También incluyóse un ofrecimiento a discutir sobre Berlín en la carta del presidente a Kosygin del 26 de marzo. En la reunión de abril de la OTAN en Washington, los tres aliados occidentales responsables de Berlín (Francia, Gran Bretaña y Estados Unidos) fueron exhortados por la República Federal a tratar con los soviéticos acerca de Berlín. Las consultas aliadas con ese propósito siguieron durante el verano. El 10 de julio, Gromyko declaró públicamente la disposición soviética «a intercambiar opiniones sobre cómo podrían evitarse las complicaciones concernientes a Berlín Occidental ahora y en el futuro». El canciller alemán occidental Kurt Kiesinger, que no dejaba de advertir los beneficios de un aflojamiento de tensiones para las elecciones alemanas programadas para septiembre, exhortó a una rápida aceptación. El 7 de agosto, los aliados occidentales indicaron su disposición a iniciar conversaciones. Los soviéticos esperaron hasta el 24 de septiembre, o sea inmediatamente antes de las elecciones alemanas, antes de dar una respuesta evasiva; la misma hacía poco más que repetir las frases generales de Gromyko y afirmar la soberanía del régimen alemán oriental (todavía no reconocida por ninguna de las potencias occidentales). Los soviéticos eludían todo compromiso de hablar de mejorar los accesos y en cambio proponían una negociación sobre reducir las actividades alemanas occidentales en Berlín.

Esta respuesta soviética me pareció que no constituía «virtualmente ningún adelanto substancial», como la describí en un memorándum al presidente. Una vez más los soviéticos estaban buscando todas las ventajas secundarias que rodeaban la apertura de negociaciones u otro asunto importante, sin ninguna indicación de que estuvieran dispuestos a hacer progresos substanciales. Concluía yo: «Obviamente, no tienen ninguna prisa. Y no veo razones para que la tenemos nosotros, especialmente desde que al impulsar las negociaciones se correría cierto riesgo de obligar a los soviéticos simplemente a repetir su rígido apoyo a la 'soberanía' de Alemania Oriental.»

Lo que los líderes soviéticos trataron de arreglar acerca de Berlín fueron conversaciones bilaterales con Estados Unidos. Kosygin, en su carta del 27 de mayo, había recogido la oferta del presidente de discutir el tema, y Dobrynin, en su conversación con Nixon el 20 de octubre, hizo la propuesta formal. Dada la falta de disposición de los soviéticos para discutir el mejoramiento de los accesos a Berlín que deseábamos nosotros, recomendé que desalentáramos la idea de conversaciones bilaterales. Los soviéticos las usarían para despertar sospechas entre nuestros aliados. Para nosotros, sería mejor mantener por el momento este asunto dentro del foro regular de cuatro potencias, sugerí.

Los soviéticos adoptaron una táctica similar en Medio Oriente. Una vez más presentaron urgentes pedidos de conversaciones. Cuando las mismas empezaron, como describiré en el Capítulo X, los soviéticos adoptaron la posición radicalizada común de los árabes, que debían saber que no era negociable. Durante meses se nos dijo que la Unión Soviética no podía pedir concesiones a sus clientes mientras Estados Unidos no hubiera aclarado su posición sobre fronteras; nosotros por fin lo hicimos el 28 de octubre, aceptando, en substancia, las fronteras de 1967. Por dos meses no se recibió ninguna respuesta soviética; cuando la misma llegó, no ofrecía nada. En lo que concierne a los soviéticos, 1969 no tuvo nada de concreto.

Pero si los soviéticos se mostraron dilatorios, no faltaron exhortaciones norteamericanas para acelerar las negociaciones en casi todas las áreas.

PREPARATIVOS PARA SALT

A principios de marzo de 1969, el embajador Gerard C. Smith fue designado negociador principal para las SALT y jefe de la Agencia de Control de Armas y Desarme. Aunque disentiáramos a menudo, la consideré una designación excelente. Dedicado, infatigable y sagaz, Smith era uno de esos talentosos ejecutivos que sirven a administraciones sucesivas y representan el ideal del funcionario público. Era fácil subestimarle debido a sus modales ocasionalmente tediosos. Pero conocía su camino en Washington; no era ningún novicio en el juego burocrático. Considerando que carecía de base de poder real, era capaz de generar presiones sorprendentes. Era hábil en redactar instrucciones para él mismo que sólo permitían a sus superiores nominales una influencia mínima sobre sus poderes discrecionales; era muy sagaz para interpretar directivas con las que no estaba de acuerdo y hacer que las mismas se adaptaran a sus preferencias. Además, siempre era honorable y animoso, un estólido guerrero para una buena causa. Esa causa era el control de armas; la misión de su agencia era mantener el objetivo vivo dentro de nuestro gobierno. Él lo hacía con indomable persistencia.

He descrito antes las presiones que llevaron a la administración a ofrecer una fecha de apertura de las conversaciones SALT, y cómo, contrariando a los que habían lanzado esa campaña, los soviéticos no respondieron durante cuatro meses. Afortunadamente, esto nos dio la ventaja de tiempo adicional para preparativos y nos permitió imponer coherencia a las negociaciones cuando finalmente se iniciaron.

El 6 de marzo yo había emitido una directiva solicitando opciones para la posición de EEUU en las negociaciones. Este pedido fue satisfecho casi de inmediato. Los funcionarios de segundo y tercer nivel eran, en su mayoría, veteranos de la anterior administración. Naturalmente, la opción que preferían era la que Johnson habría propuesto a Kosygin si su acariciada conferencia cumbre en Leningrado hubiera tenido lugar. La burocracia trabajó todo el verano de 1968 y dio a luz a una elaborada propuesta de consenso. Una ventaja importante era que la misma había sido aceptada por el Estado Mayor Conjunto. Este triunfo burocrático menor, sin embargo, perdía algo de lustre cuando se examinaba su rasgo principal: un congelamiento de misiles estratégicos de base terrestre y marítima. Aunque en 1969 el creciente arsenal soviético de misiles con base terrestre empezaba a acercarse al nuestro en número, los rusos seguían muy rezagados en misiles lanzados desde submarinos. Cuando se sumaba nuestra gran ventaja en bombarderos intercontinentales (omitidos de la propuesta), la probabilidad de que los soviéticos aceptaran el congelamiento no era abrumadora.

Mis esfuerzos para ampliar las opciones del presidente tropezaron con desusadas dificultades burocráticas. Nixon tenía un agudo interés en la estrategia SALT y en los canales a través de los cuales sería negociada. Pero los detalles de los diversos planes lo aburrían; en realidad, me dejó a mí la selección de opciones. Empero, si la burocracia se hubiera enterado de esto, todo vestigio de disciplina habría desaparecido. Por lo tanto, y desoyendo las impacientes protestas de Nixon, programé una serie de reuniones del CNS donde se presentaron las opciones a un presidente irritado y con mirada vidriosa, de modo que las directivas pudieran ser impartidas con alguna apariencia razonable de su autoridad.

A fin de poner cierto orden en la discusión del CNS pedí una gama de opciones, incluyendo tanto enfoques limitados como enfoques amplios. La convicción con que las mismas fueron preparadas quedó demostrada por el hecho de que, cuando se las sometió a análisis, todas las opciones menos una nos dejaban estratégicamente *peor* que si no hubiera ningún acuerdo. La inesperada demora en la apertura de las SALT nos dio la oportunidad de poner la casa en orden. Aprendí mucho de un panel interagencias que establecimos Richardson y yo con la misión de realizar un análisis sistemático de las consecuencias de una limitación de los MIRV, la posibilidad de verificar esa limitación y las posibilidades de arriesgar una evasión. Unas semanas después amplí esta tarea para que cubriera no sólo los MIRV sino todas las armas estratégicas que fueran, potencialmente, objeto de negociación. Se pidió a la CÍA que evaluara la posibilidad de verificar cada limitación de arma propuesta, cómo podríamos verificar el cumplimiento, cuánto fraude podía tener lugar antes de ser descubierto, y las consecuencias estratégicas de una posible violación. Al Departamento de Defensa se le solicitó que analizara las medidas reparadoras disponibles y el tiempo que llevaría prepararlas. Cuando los primeros documentos de opciones preparados por el panel interagencias llegaron al Grupo de Revisión, dije a mis colegas que la mente vacilaba ante las combinaciones posibles de posiciones de negociación y que no

sería justo pedir al presidente que las clasificara. De modo que volvimos a la mesa de trabajo y probamos un nuevo enfoque. Analizamos las limitaciones posibles arma por arma, solas y después en combinación. Las limitaciones posibles fueron agrupadas en unos siete paquetes, a cada uno de los cuales consideramos compatible con nuestra seguridad; los mismos tendrían que servir como bloques o ladrillos para construir propuestas específicas, o para modificarlas. De esa forma, nos hallábamos en posición de responder flexiblemente a las ideas soviéticas sin tener que desarrollar cada vez una nueva posición estadounidense. El resultado fue el más amplio estudio sobre las derivaciones estratégicas y de verificación de control de armas emprendido jamás por nuestro gobierno, y probablemente por ningún gobierno. Nuestra posición de negociación no reflejaría un compromiso burocrático sino un cuidadoso análisis de consecuencias y objetivos.

Un beneficio no buscado de estos estudios fue la educación y el freno a la burocracia que me brindaron para mis posteriores negociaciones sobre las SALT con Dobrynin a través del Canal de la Casa Blanca. Me permitieron saber cuáles opciones contaban con consenso burocrático y mantener, sin embargo, el secreto de las conversaciones. Así podría tratar con Dobrynin sabiendo que estaba sobre terreno relativamente seguro. (Sin embargo, esto no me protegió totalmente de la acción de los zagueros de los lunes a la mañana).

La primera sesión oficial de las SALT tenía que empezar en Helsinki el 17 de noviembre de 1969. Cuando examiné los diversos bloques de construcción y la falta de un consenso gubernamental, me pareció más prudente tratar la sesión como si fuera exploratoria. No queríamos dar a la Unión Soviética la oportunidad de apuntarse un golpe de propaganda, o arriesgarnos a un fracaso presentando propuestas claramente inaceptables. Gerard Smith apoyó este punto de vista por motivos propios: temía que las instrucciones que con toda probabilidad impartiría el presidente pudieran no ser de su agrado y esperaba usar la primera sesión para extraer de los soviéticos propuestas (que él favorecía) para una prohibición de ABM y una moratoria de las pruebas de MIRV. Como sucede a menudo en las grandes burocracias, motivos diferentes produjeron instrucciones al efecto de que las conversaciones de apertura deberían desarrollar un programa de trabajo y sacar a la luz los puntos de vista soviéticos sobre procedimientos. Nosotros expresaríamos claramente nuestra disposición a discutir limitaciones, tanto de sistemas de armas defensivas como ofensivas. Se acentuaría la posibilidad de verificación. Para frenar entusiasmos excesivos, se instruyó a la delegación que derivara a Washington toda propuesta sobre los MIRV, u otra moratoria.

La primera ronda de conversaciones sobre limitación de armas estratégicas empezó como estaba programado y duró hasta el 22 de diciembre. Se produjo un temprano impasse sobre lo que constituía un arma estratégica. Los soviéticos definían como «estratégica» toda arma que pudiera llegar al territorio del otro bando, abarcando así a nuestra aviación con bases avanzadas en Europa Occidental y a nuestra aviación con base en portaviones, pero excluyendo claramente a los misiles de ellos de alcance medio e intermedio y a una gran flota de bombarderos medianos apuntados a Europa Occidental. El proyecto tenía la ventaja política adicional de elaborar una distinción entre nuestra seguridad y la de Europa Occidental, generando tensión en la Alianza Occidental. No es necesario decir que rechazamos la definición soviética. De manera similar, los soviéticos plantearon el asunto de la «no diseminación» de armas nucleares, lo que cuestionaba nuestra cooperación con nuestro aliado británico sobre asuntos nucleares y, desde luego, posiblemente con todo el «establishment» de defensa de la OTAN.

Los soviéticos estaban muy ansiosos de hablar acerca del sistema de armas al que tantos expertos se habían opuesto porque, alegaban, él mismo haría imposibles todas las negociaciones SALT: el ABM. Y con no poca sorpresa de nuestra delegación SALT, los soviéticos no mostraron interés en una prohibición de los MIRV. No la plantearon, ni respondieron cuando nosotros sacamos el tema a relucir. En general, el tono de ellos fue preciso, no polémico, formal y serio.

Yo evalué los resultados en una charla con la prensa en Washington, el 18 de diciembre:

Antes de ir a Helsinki, muchas personas nos dijeron que si no íbamos allí con una posición, los soviéticos dejarían de terneros confianza, o nos dijeron que si no llevábamos una posición detallada, los soviéticos llenarían el campo con algo espectacular.

En realidad, parece que sucedió una cosa curiosa: que los preparativos de los soviéticos han tomado la misma forma que los nuestros; es decir, que ellos han hecho un aná-

lisis detallado de los problemas y a eso yo lo considero uno de los signos más alentadores, al margen de lo que pueda suceder en la siguiente fase de las conversaciones.

El proceso SALT, con todas sus tensiones burocráticas, había puesto las cosas en el punto en que las queríamos nosotros. No habíamos renunciado a ningún programa estratégico como precio de admisión. No habíamos hecho concesiones unilaterales. Habíamos educado a nuestro gobierno sobre la importancia y la complejidad del tema. Habíamos dejado en claro para los soviéticos que ellos tendrían que ser precisos, que con la propaganda no llegarían a ninguna parte. Pero también estábamos comprometidos a progresar. No trataríamos a las armas nucleares simplemente como a otras armas; una vez iniciado el curso de acción, avanzaríamos hacia la limitación de armas estratégicas sin ilusiones, pero también con la convicción de que las futuras generaciones debían saber que nosotros aprovechamos todas las oportunidades de hacer retroceder el espectro de la guerra nuclear. No descuidaríamos nuestras defensas, no correríamos el riesgo de quedar rezagados, nunca olvidamos que el futuro de la libertad dependía de nuestro poderío nuclear. Pero el armamentismo nuclear era diferente a cualquier otra carrera de armas de la historia. Ponia en juego las vidas de todos los seres humanos. Imponía una obligación que nosotros no teníamos derecho de eludir.

COMERCIO ENTRE ESTE Y OESTE

Una de las curiosidades del comunismo es que una ideología fundada en la influencia inexorable de la economía tenga que ser tan mala cumplidora de promesas. Cada vez que las economías de mercado y las economías comunistas compitieron en circunstancias más o menos comparables, las economías comunistas quedaron muy rezagadas. Cualquiera que sea el criterio de comparación, cuando se compara a Alemania occidental con Alemania oriental, Austria con Checoslovaquia, Corea del Norte con Corea del Sur, Vietnam del Norte con Vietnam del Sur antes de la forzada unificación, las economías de mercado producen más y mejores bienes y servicios, llenan más necesidades humanas y crean sociedades mucho más pluralistas que sus contrapartes comunistas. Solamente en una categoría las economías comunistas se imponen: en la acumulación de poderío militar. Desafortunadamente, la historia no ofrece ninguna garantía de que un estilo de vida más humano y benévolo prevalecerá inevitablemente. Aquellos dispuestos a privarse durante décadas pueden ser capaces de lograr el dominio militar; más tarde o más temprano, la fuerza superior produce casi inevitablemente ventajas políticas para el lado más poderoso. Este es un desafío que las democracias industriales no se atreven a dejar de enfrentar.

Hay muchas razones para la performance inferior. Aun con el desarrollo de las modernas computadoras —ellas mismas una sofisticada industria central en la que las economías comunistas están rezagadas—, la planificación no puede escapar a los cuellos de botella y a la burocracia. La planificación comunista no crea incentivos para que los gerentes produzcan más sino para que declaren un potencial productivo inferior a fin de no verse atrapados en la situación de no poder cumplir con las cuotas asignadas. Los ejecutivos comunistas tienen tendencia a acaparar materiales escasos para independizarse de los caprichos del proceso de planificación. Cualquiera que sean las causas, no debe sorprender que con las carencias y las trabas burocráticas, la Unión Soviética y los estados comunistas del este europeo hayan tratado, desde fines del decenio del cincuenta, de expandir el comercio con Occidente como atajo hacia el capital y la tecnología moderna. Nosotros, por nuestra parte, hemos impuesto restricciones desde el comienzo de la Guerra Fría a fines del decenio del cuarenta, ya sea unilateralmente, o en concierto con nuestros aliados. La ley norteamericana prohibía la extensión del tratamiento de nación más favorecida para las importaciones de países comunistas, con la excepción de Polonia y Yugoslavia.

Como resultado, las grandes reducciones tarifarias en posteriores negociaciones comerciales no se aplicaron, y las importaciones tuvieron que pagar las muy elevadas tarifas del Acta Smoot-Awley de 1930. Las exportaciones norteamericanas de productos e información técnica que pudieran aumentar el poderío militar y económico comunista necesitaban licencia, raramente ortogadas, según el Acta de Control de Exportaciones de 1949. Los créditos o garantías del Banco de Importación-Exportación de Estados Unidos para cualquier país que comerciara con Vietnam del Norte (en realidad, con todos los países comunistas) fueron prohibidos por la

llamada Enmienda Fino. Cualquier transacción financiera o comercial con Corea del Norte, Vietnam del Norte o Cuba y (hasta 1971) China, necesitaba una licencia especial. Una lista común de exportaciones estratégicas prohibidas, no tan severa como los embargos norteamericanos, fue llevada a cabo desde 1950 por el Comité Coordinador de Control de Exportaciones (COCOM), con representantes de los países de la OTAN y de Japón. Los viajes a muchos países comunistas estaban restringidos por la ley norteamericana.

La administración Nixon tomó el poder cuando casi todas estas restricciones estaban siendo atacadas en Estados Unidos. La opinión liberal las veía como arcaísmos de la Guerra Fría, la cual, sostenían ellos, estaba en proceso de liquidación. El 7 de octubre de 1966, el presidente Johnson había anunciado un cambio del «estrecho concepto de coexistencia a la visión más amplia de compromiso pacífico». Esto fue expresado en una serie de medidas liberalizantes menores sobre comercio y crédito que él pudo tomar dentro de su discrecionalidad administrativa. La apertura fue rechazada por Brezhnev el 16 de octubre: Estados Unidos trabajaba bajo una «extraña y persistente ilusión» si creía que las relaciones podían ser mejoradas mientras continuaba la guerra de Vietnam, haciendo así a Brezhnev el padre de la teoría del encadenamiento.

El asunto estuvo tranquilo durante dos años. Entonces, en la primavera de 1968, el ex consejero presidencial Theodore Sorensen y el ex subsecretario de Estado George Ball lanzaron una campaña exhortando a la eliminación de restricciones al comercio entre este y oeste. Se realizaron audiencias en el Senado en junio y julio de 1968. El senador Walter Mondale presentó una resolución exhortando a que estas barreras comerciales fueran levantadas. Las discusiones de 1968 quedaron sólo fugazmente apagadas por la invasión soviética a Checoslovaquia y por las elecciones presidenciales; rápidamente volvieron a recalentarse a principios de 1969, después de la toma de posesión de Nixon, porque el Acta de Control de Exportaciones de 1949 debía expirar el 30 de junio de ese año.

Se realizaron audiencias desde abril hasta fines de julio de 1969. El único punto de desacuerdo no era si la legislación existente debía ser suavizada, sino en qué grado debería hacerse. *The New York Times* declaraba el 3 de junio que las restricciones al comercio de EEUU eran «contra-productivas». Eran «políticas de la Guerra Fría» que resultaban «incoherentes con la teoría de la administración Nixon de que es hora de pasar de una era de confrontación a una de negociación y cooperación», instruyendo de manera muy servicial al presidente sobre cuál era su propia política. La aparente renuencia de la administración a liberalizar el Acta de Control de Exportaciones era «inexplicable». El argumento básico de senadores como J. William Fulbright, Walter Mondale y Edmund Muskie era que la Guerra Fría había terminado, que vincular el comercio a la política exterior sólo causaba recelos y tensiones. Mondale decía que las restricciones «estorbaban el crecimiento económico en EEUU, no en Europa Oriental». Muskie señaló que algunos rubros podían ser comprados a nuestros aliados europeos. Nicholas Katzenbach, ex subsecretario de Estado, construyó una pirámide política: comercio significaba la posibilidad de elegir más libremente para los consumidores y administradores soviéticos, lo cual era, a su vez, el comienzo de una sociedad más libre, y de una economía soviética más sofisticada que haría de freno a la ideología soviética y estimularía la disidencia. Mantener las restricciones por razones políticas, se decía, era económicamente autodestructivo y fútil políticamente, ya que favorecía a los soviéticos de línea dura.

Mi opinión era coherente con mi actitud general. Dadas las necesidades soviéticas, expandir el comercio sin un quid pro quo era un regalo; había muy poco que los soviéticos pudieran hacer por nosotros económicamente. No me parecía irracional pedir a cambio a la Unión Soviética contención en puntos problemáticos como Medio Oriente, Berlín y el Sudeste Asiático. Nixon tenía un punto de vista similar, con un agregado político. Ofreció a Dobrynin un incremento del comercio a cambio de ayuda en Vietnam, pero dudaba de que los soviéticos morderían el cebo. En caso negativo, no veía ningún sentido en contrariar a su antiguo electorado aceptando una legislación liberalizadora. Por el contrario, dada la posición «blanda» que estaba adoptando en Vietnam, usaba al comercio entre este y oeste para remozar sus credenciales conservadoras.

Dentro de la burocracia, el comercio entre este y oeste evocaba la familiar oposición al encadenamiento. Solamente el Departamento de Defensa apoyaba por lo general el punto de vista de la Casa Blanca. El Departamento de Estado favorecía la liberalización sobre la base de que mejoraría la atmósfera política, lo cual, por supuesto, era exactamente lo opuesto a la opinión de la Casa Blanca según la cual el comercio debía seguir al progreso político. La opinión del De-

partamento de Comercio era la más interesante porque reflejaba la sorprendente actitud de gran parte de la comunidad de negocios norteamericana. Los dirigentes de negocios son, desde luego, verbalmente anticomunistas. En lo abstracto predicaban una posición dura con los comunistas y son rápidos para culpar al gobierno por «ceder demasiado». Pero cuando se trata de comerciar, su actitud cambia. Durante mi período en funciones, los más fervientes abogados del comercio sin trabas entre este y oeste, estuvieron en el grupo de capitalistas tan vilipendiados por la teoría leninista. Son fervientes partidarios del mercado libre, por lo menos si ello significa más negocios para sus compañías. Critican como «interferencia gubernamental» al aparato de reglamentaciones y restricciones que es la única forma de subordinar las relaciones económicas a las metas políticas. Si la Unión Soviética puede entrar en nuestro mercado de créditos o mercaderías sobre la base de criterios puramente económicos, todas las palancas políticas desaparecen. Quizá los hombres de negocios son, además, especialmente susceptibles a la bonhomía con que los funcionarios soviéticos cortejan a los que quieren influir: un estilo de buena camaradería, ligeramente alcoholizada, no totalmente desconocido en algunas de las reuniones de las asociaciones comerciales capitalistas.

El comercio entre este y oeste se presentó como tema de discusión en una reunión del CNS, el 21 de mayo. La administración tenía que adoptar una posición sobre las propuestas presentadas en el Congreso para reemplazar el Acta de Control de Exportaciones, a punto de expirar, por una ley más adecuada al presente. El gobierno también tenía que decidir sobre una cantidad de licencias específicas solicitadas: materiales para una fundición en una nueva planta soviética de camiones, una planta de destilación de petróleo y una pequeña venta de 15 millones de dólares de maíz a la Unión Soviética, a precios del mercado mundial. Antes de la reunión, envié a Nixon un documento informativo que resumía las recomendaciones de las agencias junto con las mías. Mi opinión fue no oponerse sino acceder a una nueva ley que concediera al presidente autoridad discrecional solamente en retribución a un *quid pro quo* político. También recomendé poner la lista de control de exportaciones de Estados Unidos en línea con la lista de algún modo más liberal del COCOM, puesto que de otra manera, sólo conseguíamos perder negocios que iban a nuestros aliados, sin afectar la conducta comunista. Finalmente, apoyé el otorgamiento de una licencia para la planta de destilación de petróleo porque el largo tiempo necesario para su construcción nos daría un brazo de palanca duradero. Me opuse a las licencias para la fundición y la venta de maíz.

Nixon actuó en contra de mis recomendaciones. Fastidiado por la negativa soviética a ayudarnos en Vietnam, dijo en la reunión del CNS: «No acepto la filosofía de que el incremento del comercio lleva a una mejoría de las relaciones políticas. En realidad, sucede exactamente lo contrario. Mejores relaciones políticas conducen a una mejoría del comercio.» Esta también era mi opinión, pero Nixon la llevaba un paso más adelante. Decretó que la administración se opusiera a todos los esfuerzos legislativos para liberalizar el comercio; los proyectos específicos, incluida la planta de extracción de petróleo, serían «puestos sobre hielo» por el momento. Señalé que el consenso general era que debíamos poner nuestra lista restringida en línea con la lista del COCOM, excepto para computadoras y otros artículos clave en los cuales todavía teníamos efectivamente un monopolio. El presidente estuvo de acuerdo. El 28 de marzo se impartió una directiva. Me ocupé de que estuviera redactada en una forma relativamente positiva, manteniendo abierta la posibilidad de un incremento comercial si cambiaba el contexto político.

Ni bien fueron emitidas estas instrucciones, los departamentos empezaron a atacarlas. Los departamentos sólo aceptan decisiones que vayan contra ellos si se los supervisa estrechamente. De otra forma, las exégesis de los niveles inferiores pueden resultar pasmosas por su descaro. Corresponde al asesor del presidente en seguridad nacional ejercer estas funciones de policía. Pronto tuve las manos llenas. Pese a las órdenes explícitas del presidente en la reunión del 21 de mayo de que el comercio no debía ser liberalizado, en julio el Departamento de Comercio estuvo a punto de anunciar el levantamiento de controles administrativos en alrededor de treinta rubros para exportar a la Unión Soviética y Europa Oriental. Esto se basaba en la proposición de que Nixon había reglamentado solamente en contra de la legislación liberalizadora, no contra la facilitación del comercio por resoluciones administrativas; por lo tanto, el Departamento de Comercio se consideraba libre para emprender una importante liberalización del comercio entre este y oeste *dentro* de las leyes existentes. Detuve este intento, pero debí luchar contra proyectos similares a intervalos regulares. En octubre, por ejemplo, los departamentos de Estado y de Comercio pidieron autorización para una venta de computadoras a la URSS para sus comuni-

caciones con Europa Oriental; el secretario de Comercio, Maurice Stans, quiso levantar el control sobre una larga lista de 135 artículos sin ninguna reciprocidad política. Desaprobé estas solicitudes.

Sin embargo, fuimos un poco más complacientes con Europa Oriental, pero nuevamente al servicio de una estrategia política. Nuestro comercio fue usado como zanahoria para los países que seguían políticas relativamente independientes de la Unión Soviética. Así, cuando el 28 de junio se anunció el viaje del presidente de Rumania, pedí a Elliot Richardson y al comité de subsecretarios del CNS que recomendaran concesiones comerciales que pudieran ser ofrecidas a los rumanos. Después de la visita del presidente a Rumania, la Casa Blanca promovió activamente el comercio con Rumania por medio de todos los pasos administrativos que se pudieran tomar. Maury Stans era imaginativo, y el asesor científico Lee DuBridge propuso excelentes ideas para cooperación técnica. Sin embargo, ni bien nos abrimos hacia Rumania, los diversos departamentos presionaron para la liberalización del comercio con *toda* Europa Oriental. Esto habría minado nuestra estrategia deliberada de usar selectivamente el comercio para alentar la autonomía política. Nos llevó muchos meses afirmar nuestra posición.

Después de prolongado debate, el Congreso aprobó en diciembre el Acta de Administración de Exportación de 1969, que liberalizaba la antigua Acta de Control de Exportaciones y declaraba que era política de EEUU favorecer la expansión del comercio pacífico con la Unión Soviética y Europa Oriental. Pero mucho de su realización se dejaba a discreción del presidente (*). Después de un tiempo, Moscú empezó a comprender que si deseaba un comercio más libre tendría que mostrar moderación en su conducta internacional y decidirse a permitir progresos en asuntos claves de política exterior. Eventualmente llegaría el momento en que, coherentemente con nuestra estrategia, trataríamos de ofrecer algunas concesiones después de que la Unión Soviética cooperara con nosotros en el campo político. Entonces nos encontramos, súbitamente, con un cambio de actitudes. Muchos de los que nos habían castigado por tratar de encadenar el comercio a la política exterior soviética empezaron a criticarnos por no vincularlo más agresivamente a la política soviética *doméstica*. Luego, también, tendríamos que dedicarnos seriamente al tema fundamental del comercio entre este y oeste: si se lo planifica bien, el mismo forja ciertos eslabones cuyo efecto acumulativo puede reforzar la moderación contra la agresividad soviética; pero también puede contribuir al poderío soviético. Es tan malo pasar por alto las posibilidades como ignorar los peligros.

EUROPA ORIENTAL: VISITA DE NIXON A RUMANIA

La división de Europa por el río Elba en Alemania central no corresponde a la tradición histórica ni a las aspiraciones de sus pueblos. En todos los países de Europa Oriental las tropas soviéticas han impuesto un régimen extraño; en tres de ellos, el Ejército Rojo ha aplastado revoluciones populares. En ningún país de Europa Oriental los comunistas podrían ganar una elección libre, aun después de una generación de gobierno totalitario. La Unión Soviética inició la ruta de la *détente* selectiva tratando de dividir a nuestros aliados de nosotros; a nosotros nos parecía que la *détente*, para ser auténtica, tenía que aplicarse tanto en Europa Oriental como en Europa Occidental.

Pero esto planteaba un problema de extraordinaria complejidad, e indudablemente trágico. Las clarinadas de la liberación fueron burladas en 1956, cuando nos mantuvimos a un lado mientras Hungría era brutalmente reprimida. Y nuevamente nos paralizamos en 1968, cuando fue aplastado el levantamiento de Praga. Nuestro pecado no fue tanto una traición como el desperdiciar expectativas que no podríamos cumplir. La administración Johnson había anunciado una política de «compromiso pacífico» tratando de promover el comercio y las relaciones culturales con Europa Oriental, pero no fue mucho más allá del enunciado de una teoría inteligente. Nosotros intentamos una política más diferenciada para alentar a los países de Europa Oriental a que actuaran más independientemente dentro de sus posibilidades. No hicimos promesas que no podríamos cumplir ni usamos una retórica que podría desencadenar acciones destinadas

(*) Irónicamente, a la luz de acontecimientos posteriores, no se dio al presidente el derecho a conceder el status de nación más favorecida a la Unión Soviética y Europa Oriental, aunque hubiéramos podido obtenerlo si lo pedíamos. Esto reapareció pocos años después, cuando nosotros buscamos esta autoridad y el ánimo del Congreso había mientras tanto, hecho un viaje de 180 grados.

al desastre. Recompensaríamos a quienes siguieran una política exterior más independiente y nos alejaríamos cuando una nación, por necesidad o por elección, siguiera servilmente la línea soviética. La *détente* diferencial podía funcionar en ambos sentidos.

Reaccionando a un informe sobre el tumultuoso recibimiento dado al astronauta Frank Borman en Checoslovaquia, el presidente me envió una nota a comienzos de junio de 1969: «Henry, creo que podríamos aguijonear a nuestros amigos de Moscú arreglando más visitas a los países de Europa Oriental. El pueblo de esos países, si se le da la oportunidad, recibirá con gran entusiasmo a nuestros funcionarios del gabinete y a otros.»

Pocas semanas después, Nixon tuvo una idea más concreta: él mismo debía visitar Europa Oriental. Sugería incluir a Rumania en su viaje alrededor del mundo, convirtiéndose así en el primer presidente norteamericano que hiciera una visita oficial a un país comunista. Lo hacía por dos razones: cuando él no estaba en funciones, había sido tratado con gran respeto por la cúpula dirigente rumana en una visita en 1967, en contraste con el tratamiento que le dieron en otros países de Europa Oriental. Nixon jamás olvidaba esa clase de cortesías. Pero su motivo principal era pinchar a los soviéticos, o como me dijo: «Cuando completemos ese viaje, se volverán locos pensando que estamos haciendo un juego chino.»

El 21 de junio, por instrucciones de Nixon, llamé al embajador de Rumania, Corneliu Bogdan, y le dije que el presidente estaba pensando en hacer una gira alrededor del mundo en la segunda mitad de julio, después de presenciar el descenso del Apolo 11 en el Pacífico. ¿Sería conveniente que el presidente se detuviera en Bucarest el 2 y el 3 de agosto? A las cuarenta y ocho horas, el 23 de junio, tuvimos la respuesta oficial de que el gobierno rumano recibiría bien la visita, pese al hecho de que la misma obligaría a posponer una conferencia del partido rumano programada desde hacía tiempo, y a la que había sido invitada la cúpula dirigente soviética. No podía haber prueba más fehaciente de la importancia que daba Rumania a una apertura separada hacia Washington y a una revista presidencial.?

El dramático anuncio se hizo el 28 de junio. Por primera vez, un presidente norteamericano visitaría una nación comunista en Europa Oriental. Dije blandamente en unas declaraciones a la prensa que la visita no era «un gesto antisoviético». El presidente tenía «muy agradables recuerdos» de los dirigentes rumanos, de cuando ellos lo recibieron cálidamente como ciudadano particular: «Estados Unidos está interesado en tratar a los países de Europa Oriental sobre la base de respeto mutuo... No sentimos ninguna obligación de preguntar a la Unión Soviética antes de hacer visitas a países soberanos.»

Tan difundida estaba la suposición de que la administración Nixon era irremediamente belicosa y antisoviética, que la visita a Rumania fue inmediatamente denunciada como temeraria. Algunos en el Departamento de Estado objetaron la visita a Rumania (que había sido convenida a través de canales de la Casa Blanca) como peligrosamente provocativa; temían que la misma minaría las conversaciones SALT y otras negociaciones. Los periódicos más importantes compartían esa opinión. La visita a Rumania fue atacada como «perturbadora» y como una posible amenaza a las SALT; era una «chambonada» que nos valdría el antagonismo innecesario de los soviéticos y que endurecería la actitud soviética sobre todas las cuestiones entre este y oeste, y que también representaría el otorgamiento de la bendición norteamericana a una «brutal dictadura comunista» (18).

Los soviéticos también reaccionaron, en una forma que no dejó ninguna duda de que comprendían el significado de la visita. La planeada asistencia de Brezhnev a la reprogramada conferencia del partido rumano fue cancelada. Pregunté a Bogdan, el 3 de julio, si su gobierno había dado a los soviéticos alguna información anticipada. Dijo que no sabía; creía que ellos debieron haber sido informados poco después del anuncio. Rumania tomaba sus propias decisiones, añadió.

El presidente llegó a Bucarest el 2 de agosto y tuvo lo que *The New York Times* describió como «una cálida recepción de centenares de miles de rumanos agitando banderas en la más grande y auténticamente amistosa bienvenida de su gira mundial». Visitó un mercado municipal y una escuela de danzas folklóricas, y se unió en una danza al presidente rumano, Nicolae Ceasescu. El *Times*, ahora convencido, exclamó editorialmente, el 5 de agosto, que la entusiasta bienvenida demostraba la buena voluntad de que gozaba Estados Unidos en Europa Oriental, que los temas presidenciales de paz, soberanía nacional y coexistencia pacífica no eran clisés para los europeos orientales, quienes recordaban vívidamente la invasión a Checoslovaquia.

La abrumadora exuberancia de la recepción brindaba a Nixon, estuvo, naturalmente, ins-

pirada y montada en parte por el gobierno. Pero aunque la recepción hubiera estado organizada, lo mismo fue una demostración extraordinaria de la independencia de Rumania de la Unión Soviética. Y habría sido difícil, si no imposible para cualquier gobierno, crear el regocijo, la emoción y la calidez humana de la demostración del público. Las calles de Bucarest estuvieron bordeadas de millares de personas en todo momento, a la espera de echar siquiera un vistazo al automóvil presidencial. No sólo se alinearon a lo largo de los bulevares que conducían desde el aeropuerto al centro de la ciudad y en los alrededores de la casa de huéspedes oficiales donde se alojó el presidente; esperaron horas y horas, bajo una lluvia tenaz, la aparición de Nixon en cualquier lugar que fuera. Resultó hondamente conmovedora la respuesta emocional del pueblo de un estado comunista que recibió con tanto alborozo su primera oportunidad de saludar al presidente de una nación que, para muchos de ellos, seguía siendo, como en el siglo diecinueve, el símbolo de la democracia y de la libertad humana. 22

Las declaraciones públicas de Nixon en Bucarest reflejaron los temas para entonces recurrentes de la política de Estados Unidos: la importancia de la coexistencia, el repudio a la doctrina Brezhnev, nuestro deseo de arreglar los problemas por medio de negociaciones concretas:

No vemos ningún valor ni en el intercambio de polémicas ni en una falsa euforia. Buscamos la substancial de la déntete, no su simple atmósfera.

Buscamos, en suma, una paz no de hegemonías y no de uniformidad artificial, sino una paz donde los legítimos intereses de todos sean respetados y todos sean salvaguardados.

También fue evidente que los dirigentes europeos orientales, lo mismo que nuestros propios aliados, temían la concreción de un pacto norteamericano-soviético a expensas de ellos. No era esta nuestra política; la visita del presidente (y sus posteriores visitas sin precedentes a Yugoslavia y Polonia) son la mejor demostración.

CONCLUSIÓN

Una de las innovaciones de la presidencia de Nixon fue la preparación de un informe anual sobre política exterior en nombre del presidente. Yo lo había propuesto en un memorándum a Nixon en el período de transición. Serviría como esbozo conceptual de la política exterior del presidente, como un informe sobre el estado de cosas y como una agenda para la acción. Simultáneamente, podría guiar a nuestra burocracia e informar de nuestro pensamiento a los gobiernos extranjeros.

Esta idea, tomada de la declaración anual de «Posición de Defensa» iniciada por Robert McNamara, creó toda una serie de problemas. Para empezar, el Departamento de Estado reclamó un interés de propietario, pese al hecho de que en toda la historia de la república el Departamento de Estado nunca había pensado en semejante informe. Esto condujo a la entonces habitual contienda de tira y afloja entre Rogers y yo, de la que la descripción más caritativa es que ninguno de los dos se condujo mejor con respecto al informe anual que con respecto a otros asuntos. El equipo del CNS y el Departamento de Estado empezaron a preparar borradores mientras trataban de ocultarse uno al otro este hecho. Yo y los miembros de mi equipo teníamos las ventajas de nuestra proximidad al presidente, y un conocimiento mucho mayor de sus puntos de vista. El borrador del Departamento de Estado se perjudicaba a sí mismo todavía más al tratar de complacer a cada uno de los feudos burocráticos en esa pesada estructura; con cada funcionario de sección insistiendo en que se mencionara al país o a los países de su área de responsabilidad, el borrador del Departamento de Estado no se distinguía por su empuje conceptual ni por su capacidad para afirmar debidamente ningún punto en particular.

Nixon resolvió esta disputa por medio de los métodos del mes de mayo anterior que ya estaban volviéndose típicos. Esperó hasta que Rogers estuvo fuera del país en una gira africana y ordenó que tanto el CNS como el Departamento de Estado podrían publicar informes, pero que el informe presidencial apareciera por lo menos un mes antes que el del Departamento de Estado. Esto desencadenó un frenético estallido de actividad para redactar el primer informe presidencial mientras mi agotado equipo trataba de manejarse con mis revisiones a sus borradores y con las objeciones de la burocracia. Al punto de la sorda lucha entre las agencias del gobierno

se llegó en 1971, cuando el Departamento de Estado objetó una frase acerca de la protección internacional de las especies amenazadas; nuestro borrador observaba, con cierto intento de vuelo literario, que esas criaturas resultaban un objeto adecuado para la cooperación internacional puesto que se movían sin respetar las fronteras nacionales y no podían ser totalmente protegidas por la acción nacional. El Departamento de Estado, siempre cuidadoso, recomendó cambiar la frase para que dijera que solamente «algunas» de esas criaturas se movían sin respetar las fronteras nacionales. No acepté la modificación, y corrí el riesgo de ofender a algún pájaro patriótico.

Una vez que el informe anual del presidente quedó establecida, produjo algunas de las más meditadas declaraciones gubernamentales sobre política exterior. Para nuestro pesar, nunca logramos realizar su propósito básico de plantear cuestiones fundamentales y expresar una filosofía. Por más que lo intentáramos, los medios de difusión cubrían solamente la sección sobre Vietnam, a la pesca de noticias calientes o de brechas de credibilidad, ignorando el resto como si no fuera digno de ser comentado. En 1973 nos metimos en otro problema. El informe fue emitido a principios de mayo, después de un año de conferencias cumbres con los chinos y los soviéticos y febriles negociaciones sobre Vietnam; la fecha que habíamos elegido semanas antes para dar el informe a publicidad resultó cuatro días posterior a las renunciaciones de Haldeman y Ehrlichman. No obstante, los informes cumplieron una función útil. Sirvieron como guías aproximadas a la burocracia. Fueron desudadamente francos. Resultaron invalorable para proporcionar matices de cambios a los gobiernos extranjeros. Como demostraré en varios capítulos, los cambios de actitud hacia China, en política de defensa, en Medio Oriente y otras partes estuvieron a menudo preanunciados en los informes anuales del presidente.

El primer informe del presidente, publicado el 18 de febrero de 1970, decía directamente que «nuestra relación total con la URSS está lejos de ser satisfactoria». Acerca de Vietnam, «en detrimento de la causa de la paz», los soviéticos «no ejercieron una influencia beneficiosa sobre los norvietnamitas en París» y cargaban con una pesada responsabilidad por la continuación de la guerra a causa de sus suministros de armas a Vietnam del Norte. En Medio Oriente, el informe reprochaba que «no hemos visto, del lado soviético, esa flexibilidad práctica y constructiva que es necesaria para una salida exitosa»; más aún, el informe señalaba «evidencia... de que la Unión Soviética busca en el área como un todo una posición que haría más probable la rivalidad entre las grandes potencias». (Esto quedaría demostrado en las dos crisis de Medio Oriente durante 1970.)

Estos juicios reflejaban la realidad de que la Unión Soviética estaba inmóvil en 1969. Pero casi imperceptiblemente, se registraba el comienzo de un lento movimiento hacia adelante. Las decisiones de política exterior de cualquier estado grande emergen de una complicada pauta de presiones burocráticas, domésticas e intercionales; la burocracia y el proceso político soviéticos son especialmente tortuosos. En 1969 los soviéticos tenían que vérselas con una nueva administración norteamericana (lo cual siempre representa un problema analítico para los dirigentes soviéticos) y nosotros, además, estábamos cambiando de procedimientos. Operar sobre un frente amplio en negociaciones simultáneas, por ejemplo, no sólo podía resultar algo meramente no familiar para el proceso soviético, sino que podía ejercer tensiones excesivas sobre su capacidad. Aunque el aparato sea enorme, se reduce en la cima a unos muy pocos tomadores de decisiones. Después sus órdenes se filtran a través de una pesada y complicada línea de mando. Las decisiones tienden a ser tomadas cuidadosamente, y como ponen en juego el prestigio de la máxima cúpula dirigente, son cambiadas sólo con la mayor renuencia. Además, en 1969 el conflicto con China debía ocupar gran parte de la atención de los líderes soviéticos. En marzo, y después en el verano, graves choques militares en la frontera chino-soviética desencadenaron una gran batalla de propaganda, debates políticos probablemente serios, y más tarde la apertura de conversaciones sobre fronteras.

Sin embargo, la razón más profunda del inmovilismo soviético de 1969 fue, indudablemente, que las condiciones todavía no habían generado incentivos y penalidades de magnitud suficiente para impulsar una decisión. Sobre Vietnam, los soviéticos pudieron ser moderadamente sinceros en su declarado interés de ayudarnos a terminar la guerra, sabedores de que la misma obstruía las relaciones soviético-norteamericanas; pero la difícil decisión de ejercer presión sobre su aliado jamás sería tomada en abstracto. Desde luego, mientras los riesgos para las relaciones soviético-norteamericanas siguieran siendo hipotéticos, y conjeturales los beneficios de un arreglo en Indochina, la línea de menor resistencia en Moscú era dar largas al asunto. En otras palabras,

las circunstancias no constituirían un estímulo para una decisión soviética. Ellos no enfrentaban ninguna penalidad por evadir nuestros pedidos de ayuda. Sus advertencias en contra de una escalada fueron tomadas en serio por nosotros en su momento, aunque en retrospectiva creo que fue un error. Al releer los documentos pertinentes para este volumen, me llama la atención el tono cauteloso y precavido de las declaraciones soviéticas. Condenaban la escalada porque «no resolvía nada», por «agravante de la situación internacional», por ser «peligrosa» en un sentido general. En ningún momento se aproximaron siquiera a la sugerencia de una amenaza. En una ocasión, Dobrynin señaló que si nosotros reanudáramos los bombardeos a Hanoi y Haiphong, interrumpidos por el presidente Johnson en 1968, los batallones de ingenieros chinos, retirados pocos años antes, podrían reingresar en Vietnam, lo cual aumentaría la influencia china en Hanoi. Yo dije que «nosotros podemos soportarlo, si ustedes pueden»; Dobrynin guardó silencio.

En retrospectiva, es evidente que sólo si hubiéramos puesto en peligro específico y tangible intereses soviéticos importantes, los soviéticos habrían tenido un incentivo para ejercer presión sobre sus monomaniacos clientes de Hanoi. Ofrecer alicientes positivos habría ayudado, pero a menos que se los hubiera combinado con riesgos planteados por nosotros, los riesgos habrían podido ser rechazados como embarazosos para la posición soviética en el mundo comunista. Cuando finalmente obtuvimos ayuda soviética en 1972, fue por medio de una combinación de presiones e incentivos. Pero antes de la ofensiva norvietnamita de Pascua de 1972, nunca estuvimos preparados para enfrentar las consecuencias domésticas e internacionales de semejante curso de acción.

Si las penalidades no resultaban claras para la cúpula dirigente soviética, tampoco lo eran las recompensas. El presidente declaró repetidamente que las negociaciones en Medio Oriente se acelerarían una vez que se arreglara la guerra de Vietnam; yo ratificaba sus declaraciones. Pero no nos hallábamos en posición de responder en términos precisos la pregunta que me hizo Dobrynin el 14 de mayo: «Suponiendo que la guerra se arregle, ¿qué harían ustedes para mejorar las relaciones?» La mejor respuesta que pudo ocurrírseme fue una conferencia cumbre y una inespecífica promesa de mejorar el comercio. En Medio Oriente, nuestro interés iba en contra del de Moscú; después de todo, la meta de nuestra estrategia era reducir la influencia soviética en Medio Oriente, y la de los soviéticos era aumentarla, o por lo menos conservarla. Tampoco estábamos dispuestos a intercambiar nuestro interés en Medio Oriente por un arreglo en Vietnam.

Sin duda, la política doméstica norteamericana alentaba las tendencias soviéticas a dar largas al asunto. El temprano temor de que Nixon se embarcase en un rearme masivo pronto desapareció cuando advirtieron que, ante la creciente oposición del Congreso, la administración podría considerarse afortunada si mantenía el presupuesto de defensa existente. Los nuevos programas militares eran ferozmente atacados; algunos se aprobaban sólo por el margen más estrecho; una vez que eran autorizados, su puesta en marcha era sistemáticamente obstaculizada y sus fondos se reducían anualmente. Todas las presiones estaban a favor de «reordenar prioridades» fuera de la defensa. Tampoco parecía probable que los aliados de Norteamérica apoyaran un curso de acción altamente riesgoso en Vietnam. Así, nuevamente, los soviéticos tenían pocos motivos para colaborar.

Pero si fuimos demasiado optimistas acerca de las relaciones norteamericano-soviéticas en 1969, empezamos a sentar las bases para progresar por medio de nuestros movimientos en otras áreas, demostrando así la validez del encadenamiento. Creamos una estrategia que condujo a la inversión de alianzas en Medio Oriente. Empezamos a movernos decididamente hacia China. Nuestro curso de acción en Vietnam hizo prescindible la ayuda soviética durante tres años, y después obtenible en 1972. Fortalecimos las relaciones de la Alianza. Entre disturbios y tensiones, hicimos comprender a los soviéticos que si nuestro estilo era sereno, nuestra política iba a ser seria y deliberada y, en el momento adecuado, audaz.

A fines de 1969 envié al presidente un análisis de la política soviética, que preparé con la ayuda de Hal Sonnenfeldt y Bill Hyland, de mi equipo. Empezaba con el rechazo de la proposición de que la política soviética seguía necesariamente un plan maestro:

Es siempre tentador acomodar los diversos movimientos soviéticos dentro de un gran diseño. Las marcas más esotéricas de kremlinología sostienen a menudo que todos y cada uno de los movimientos son parte de una partitura cuidadosamente orquestada en la que los acontecimientos van inexorablemente hacia el gran final.

La experiencia ha demostrado que este ha sido raramente el caso, si lo fue alguna vez. Desde la crisis cubana de los misiles a la guerra árabe-israelí y la invasión a Checoslovaquia, ha habido un considerable elemento de improvisación en la política soviética.

Yo sospechaba que ese era el caso en el presente. El Kremlin tenía en el aire varios globos de ensayo. Pero las acciones soviéticas parecían las respuestas a situaciones particulares. Algunos analistas veían una estrecha conexión táctica entre las conversaciones chino-soviéticas y la conducta soviética en las SALT. Al atar a Estados Unidos en unas conversaciones SALT prolongadas, los soviéticos podrían explotar la apariencia de una connivencia soviético-norteamericana contra China. El problema principal con esta teoría era que la posición soviética en las SALT tenía sentido sin necesidad de referirla a la situación china, y el deterioro de las conversaciones chinas podía ser fácilmente explicado por los méritos del caso. Los soviéticos habíanse mostrado evasivos en las SALT principalmente para explorar el terreno, como estábamos haciendo nosotros, y también para determinar hasta qué grado nos hallábamos sometidos a presiones domésticas para hacer concesiones o reducciones unilaterales en nuestros programas militares. Los chinos estaban respondiendo a las presiones militares soviéticas con sondeos hacia nosotros. Así, si los soviéticos planeaban sus movidas en las SALT para impresionar a los chinos, en cierto grado lo lograban pero el resultado podía no ser del agrado soviético. En realidad, podían acelerar los contactos chinos con nosotros. En Europa, en vez de adoptar una línea conciliadora para liberar sus energías a fin de enfrentar a China, los soviéticos mostrábanse inflexibles en las conversaciones con el nuevo gobierno de Willy Brandt, especialmente a causa del evidente anhelo de *détente* en Europa Occidental que parecía brindar una oportunidad de obtener ganancias fáciles por medio de la intransigencia.

Mi análisis concluía: «En resumen, no parece que exista un solo y único hilo unificador en la política soviética.»

Antes de que ese hilo unificador pudiera desarrollarse, los dirigentes soviéticos tantearon en varias direcciones a la vez. Solamente después de que nos resistimos en algunas enconadas confrontaciones durante 1970 y 1971, nuestras relaciones cambiaron para mejorar.

Capítulo VI

PRIMEROS PASOS HACIA CHINA

Cuando terminamos de redactar el comunicado que anunciaba mi visita secreta a China en julio de 1971, Chou En-lai comentó que la noticia sacudiría al mundo. Tenía razón. No sólo fue una sensación para los medios sino que, de la noche a la mañana, transformó la estructura de la política internacional. Después de veinte amargos años de aislamiento, un emisario norteamericano había pisado le misterioso suelo de Pekín. Y su presidente lo seguiría en poco tiempo. Parecía una cosa abrupta y sorprendente, pero detrás del climax había treinta meses de pacientes y deliberados preparativos que avanzaron cuidadosamente a medida que cada una de las partes tanteaban el camino, con desconfianza, como para que un rechazo no apareciera como una humillación. Los pasos fueron graduales de modo que la publicidad no desmoralizara a algún aliado nervioso ni diera alguna nueva oportunidad estratégica a aquellos que no miraban la negociación con buenos ojos.

Hasta nosotros mismos fuimos tomados por sorpresa. Originalmente no creíamos que la reconciliación fuera posible. Estábamos convencidos de que los chinos eran fanáticos y hostiles. Pero aun cuando al principio no sabíamos cuál era el camino acertado para lograrlo, tanto Nixon como yo creíamos en la importancia de una apertura hacia la República Popular China.

Los acontecimientos nos favorecieron, pero dudo que este acercamiento se hubiera producido del mismo modo decisivo en cualquier otra presidencia. Nixon tenía un extraordinario instinto que lo guiaba hacia las cosas esenciales. No se interesaba mucho por las tácticas o la meticulosa acumulación de matices y, efectivamente, una conversación extensa sobre los detalles de ejecución lo ponía nervioso. Una vez que establecía el rumbo de una política, casi invariablemente dejaba que yo planificara la estrategia y manejara la burocracia. Pero aun cuando yo había llegado independientemente a las mismas conclusiones que Nixon, y yo mismo había diseñado muchas de las jugadas, no tenía la fuerza política o la influencia burocrática como para llevar a cabo tan fundamental cambio de política por mi propia cuenta. Nixon comprendió instintivamente la esencia de la oportunidad y la apoyó con coherencia. Sus bases políticas estaban en la derecha, lo cual lo protegía de la acusación de ser «blando con el comunismo». Y su estilo administrativo se inclinaba naturalmente hacia las tácticas secretas y solitarias que esta política requería. Si el sistema del CSN para elaborar opciones le interesaba de alguna manera, era sólo por la información que le suministraba acerca de las opiniones de la burocracia, en la que no confiaba, y por la oportunidad que le ofrecía de disfrazar sus propios objetivos.

Había una diferencia marginal en nuestras perspectivas. Nixon veía en la apertura con China una mayor oportunidad de la que veía yo para presionar a la Unión Soviética obligándola a disminuir su ayuda a Vietnam; yo estaba más preocupado por el impacto de esta política en la estructura de las relaciones internacionales. Nixon creía que al terminar con el aislamiento de 800 millones de chinos desaparecía una gran amenaza para la paz. Para mí, una China activa en política exterior demandaría una diplomacia muy hábil para calibrar nuestras políticas dentro del más complicado contexto que surgiría, alterando todas las relaciones internacionales. Pero estas diferencias se basaban en el mismo criterio fundamental: si se podían desarrollar relaciones tanto con la Unión Soviética como con China, esa conexión triangular nos daría una mayor oportunidad estratégica para la paz. Ambos llegamos a la misma conclusión independiente-

mente. En un importante artículo aparecido en *Foreign Affairs* en octubre de 1967 Nixon escribió:

Al mirar las cosas a larga distancia, simplemente no podemos permitirnos dejar a China eternamente fuera de la familia de las naciones, alimentando sus propias fantasías, amando sus odios y amenazando a sus vecinos. No hay lugar en este pequeño planeta para que mil millones de sus habitantes potencialmente más aptos vivan en airado aislamiento. Pero podríamos equivocarnos desastrosamente si, al perseguir este objetivo a largo plazo, olvidáramos en el corto plazo aprender las lecciones de la historia.

Por lo tanto, para el corto plazo, esto significa una política de firme moderación, sin recompensas, de una contrapresión diseñada para persuadir a Pekín de que sus intereses veríanse bien servidos con sólo aceptar las reglas básicas de la convivencia internacional. Para el largo plazo, significa devolver a China a la comunidad mundial, pero devolverla como una nación grande y progresista, no como el epicentro de la revolución mundial.

En una entrevista para una revista el 9 de agosto de 1968, inmediatamente después de su nominación como candidato a presidente, Nixon insistió en que «no debemos olvidar a China. Siempre debemos buscar oportunidades para hablar con ella, así como con la URSS... No sólo debemos estar alertas a los cambios sino que también debemos provocarlos» (1).

China no ha aparecido demasiado en mis escritos. En 1961 escribí acerca de la posibilidad de una ruptura chino-soviética. Tal perspectiva, argüía yo, «no debe ser descartada» y si llegaba a producirse «nosotros deberíamos aprovecharla». Pero no podríamos promoverla nosotros mismos así como tampoco podríamos elaborar nuestra política con esa expectativa (2). (De hecho, ahora sabemos que la ruptura ya se ha producido.) En mi artículo sobre las negociaciones de Vietnam publicado en el número de enero de 1969 de *Foreign Affairs*, pero escrito tres meses antes, sostenía que «la doctrina soviética según la cual Moscú tiene derecho a intervenir para proteger las estructuras socialistas domésticas haría de una guerra chino-soviética una cosa por lo menos concebible. Pues las acusaciones de Moscú a Pekín han sido aún más agudas que las lanzadas contra Praga». Yo veía esto como un problema potencialmente serio para Hanoi y como un factor para presionar a Hanoi y llegar a un acuerdo. Y de modo más fundamental, en julio de 1968, antes de la invasión soviética a Checoslovaquia, había trabajado con Nelson Rockefeller en un discurso que él pronunciaría sobre las relaciones ruso-norteamericanas, el cual contenía un pasaje que presagiaba la política futura: «Deberemos aprender a tratar con imaginación a diferentes centros de poder comunista en competencia entre ellos. Yo comenzaría un diálogo con China comunista. En un sutil triángulo de relaciones entre Washington, Pekín y Moscú, mejoraríamos las posibilidades de comprensión con cada uno al mismo tiempo que aumentaríamos nuestras opciones respecto de ambos».

Mis conclusiones le debían algo a mi visión general de la conducción de la política exterior. Nuestras relaciones con posibles adversarios deberían ser tales que, pensaba yo, nuestras opciones de ellos entre sí. Si pudiéramos aliviar nuestra diplomacia del peso muerto de dos décadas, cada superpotencia comunista tendría un mayor incentivo para tratar con nosotros.

Si bien muchos estudiosos han señalado la urgencia de un acercamiento con China, esa actitud no ha sido compartida por muchos. Varios sinólogos han sugerido un mejoramiento de las relaciones como un fin en sí mismo, por el cual los norteamericanos deberían hacer concesiones. Un grupo de distinguidos profesores de Harvard y del Instituto de Tecnología de Massachusetts, por ejemplo, enviaron un memorándum sobre política china a Nixon durante el periodo de transición. Insistían en que nos acercáramos a China con iniciativas tales como la ruptura de nuestros lazos con Taiwan y la invitación a la República Popular a ingresar a las Naciones Unidas. En ese memorándum no se mencionaba, ni tampoco recuerdo a ningún experto en China que lo hiciera en ese momento, las oportunidades geopolíticas nuestras respecto de la Unión Soviética, ni tampoco la posibilidad de que China pudiera tener un incentivo para acercarse a nosotros sin necesidad de concesiones norteamericanas debido a su necesidad de un contrapeso norteamericano frente a la Unión Soviética.

Pero todas esas ideas sobre un acercamiento, cualquiera fuera su razón de ser, y debemos decirlo claramente, eran poco más que teorías nebulosas cuando la nueva administración inició sus funciones. Durante veinte años hubo un virtual aislamiento y hostilidad ideológica, marcada por la guerra de Corea en la que soldados norteamericanos y chinos lucharon ferozmente

unos contra otros. En Ginebra, en 1954, se habían iniciado conversaciones bilaterales entre funcionarios consulares de Estados Unidos y la República Popular China; fueron elevadas a nivel de embajadores en 1955 y más tarde se trasladaron a Varsovia. El 10 de septiembre de 1955 se llegó a un acuerdo sobre la repatriación de algunos individuos. Y eso fue todo. Durante las 134 reuniones mantenidas entre 1964 y 1968, el acuerdo de repatriación fue el único logro concreto.

El 28 de mayo de 1968 Pekín pospuso las conversaciones de Varsovia y sugirió dos fechas en noviembre, después de las elecciones presidenciales norteamericanas. Radio Pekín afirmó que «no hay nada que discutir en este momento». Las primeras débiles indicaciones de cambio se produjeron después de los acontecimientos del 21 de agosto de 1968; la invasión soviética a Checoslovaquia. Mientras que en los levantamientos de 1956 en Polonia y Hungría los chinos trataron de actuar como conciliadores, esta vez su reacción fue de extrema condenación a la Unión Soviética. El periódico del Partido Comunista Chino, *Diario del Pueblo*, el 17 de marzo de 1969, por ejemplo, calificó la invasión a Checoslovaquia de «agresión armada y ocupación militar» por parte de «la camarilla renegada revisionista soviética». Denunció la doctrina Brezhnev sobre la soberanía limitada como «una teoría claramente fascista». Pues en su sentido literal, la doctrina Brezhnev era aplicable tanto a China como a cualquier país de Europa Oriental; y dada la abierta hostilidad de China hacia la cúpula dirigente soviética, tal vez más aun a la República Popular.

Así pues, el 26 de noviembre de 1968, tres meses después de la invasión a Checoslovaquia e inmediatamente después de las elecciones en EEUU, Pekín propuso otra reunión con los norteamericanos en Varsovia para el 20 de febrero de 1969. Consecuente con la antigua tradición china de jamás revelar ninguna necesidad de cooperación de los extranjeros, Pekín adoptó un tono desafiante en su llamado a EEUU para unirse en «un acuerdo sobre los Cinco Principios de la Coexistencia Pacífica» y «para retirar todas sus fuerzas armadas de la provincia china de Taiwan así como de los estrechos de Taiwan y desmantelar todas las instalaciones militares de dicha provincia».

No había ninguna mención acerca de que la Unión Soviética estaba convirtiéndose en la principal preocupación de la política exterior china. La hostilidad chino-soviética tenía muchas raíces. Lo que comenzó como una estrecha alianza pronto demostró tener muchas tensiones, que en un primer momento fueron disimuladas. Existía una discrepancia ideológica acerca de la afirmación china de haber logrado el comunismo sin pasar por la etapa del socialismo, una doctrina de Mao-Tse-tung que implicaba una mayor pureza ideológica en la línea de Pekín que en la línea de Moscú. También existía una rivalidad nacional entre dos poderosos estados y una creciente desconfianza mutua. A fines de la década del 50 Khrushchev se negó a la cooperación nuclear; los chinos respondieron intensificando los ataques ideológicos. En 1959 la Unión Soviética retiró los consejeros técnicos y dio por terminada toda ayuda económica. La antipatía personal se enseñoreó entre los dos grupos de líderes comunistas, violando de ese modo todas las advertencias del Marxismo-Leninismo contra «la subjetividad». Los chinos resucitaron antiguas ofensas y exigieron la devolución de vastas franjas de territorio siberiano presuntamente tomadas por los zares en las épocas de expansión rusa.

Ya en 1969 el conflicto político comenzó a adquirir ominosa forma militar. Hasta aproximadamente 1965-66, existió a lo largo de la frontera chino-soviética un cierto equilibrio militar. Los niveles de fuerza en ambas partes eran bajos. Frente a Sinkiang las fuerzas soviéticas eran más numerosas; pero los chinos tenían superioridad numérica cerca de Manchuria. Las fuerzas soviéticas eran, por supuesto, considerablemente superiores en calidad y apoyo logístico. Los incidentes fronterizos comenzaron alrededor de 1959, y a partir de ese momento se sucedieron con creciente frecuencia. Sin embargo, durante varios años no se registraron movimientos de tropas en gran escala por parte de ninguno de los dos. Luego, en 1966, los soviéticos comenzaron a transferir unidades de combate, bien equipadas y entrenadas, de Europa Oriental al Lejano Oriente. Hicieron su aparición los cohetes nucleares de superficie a superficie. Lo que dio más preocupaciones a Pekín fue que, en enero de 1966, la Unión Soviética firmó un «Tratado de amistad, cooperación y ayuda mutua» de veinte años con Mongolia, que permitía el estacionamiento de tropas y la instalación de bases militares. El número de divisiones soviéticas en las fronteras aumentó de doce divisiones reducidas en 1964 a más de cuarenta divisiones modernizadas en 1970.

El 29 de noviembre de 1968 la administración Johnson, con el visto bueno del presidente

electo Nixon, aceptó la oferta china de reanudar las conversaciones en Varsovia. (Yo todavía no había sido nombrado asesor de Nixon.)

PRIMEROS SÍNTOMAS

En retrospectiva todas las políticas exitosas parecen haber estado predeterminadas. A los líderes les gusta demostrar su premonición por lo que ha funcionado bien, atribuyendo a los planes lo que generalmente comienza como una serie de improvisaciones. Las cosas no fueron distintas con la nueva política china. La nueva administración tenía la intención general de comenzarlo todo de nuevo. Pero con toda inocencia, no tenía una idea precisa de cómo hacerlo. Además, tenía que tomar en cuenta las realidades domésticas, la menor de las cuales no era el apoyo tradicional de Nixon entre los conservadores del «grupo pro-China» que jamás habían perdonado a Truman y Acheson por haber presuntamente traicionado a Chiang Kai-shek.

Los líderes de Pekín tenían probablemente el mismo problema. Es posible que Mao Tse-tung decidiera acercarse a los Estados Unidos poco después de la invasión a Checoslovaquia. Pero él gobernaba un país que acababa de salir de la Revolución Cultural. Mao había buscado con esta extraordinaria convulsión enfrentar la fatal tendencia de los estados comunistas hacia la burocratización y el estancamiento imponiendo desde arriba un permanente estado revolucionario. Seguramente ha sido éste uno de los pocos casos en la historia en que el jefe de un país destruye deliberadamente sus propias instituciones como parte de un proceso educativo. El impacto de la revolución en la política exterior queda revelado por el hecho de que en 1969 China tenía sólo un embajador cumpliendo servicios en el exterior (éste era Huang Hua, con sede en El Cairo, más tarde embajador en Estados Unidos y luego Ministro de Relaciones Exteriores).

Uno de los primeros y más importantes pasos dados por la administración Nixon fue algo que *no* hicimos. La administración Johnson había usado el fantasma del comunismo asiático conducido por Pekín como principal justificación para la guerra de Vietnam. El presidente Johnson en su discurso en la Johns Hopkins University, el 7 de abril de 1965, había dicho que «los dirigentes de Hanoi son presionados por Peiping» (*); la lucha en Vietnam era «parte de un plan más amplio de propósitos agresivos». En la misma vena, el secretario de Estado Dean Rusk, ante la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado, el 18 de febrero de 1966 consideró a Pekín la instigadora de la agresión y a Pekín y Hanoi unidos por acuerdos secretos. En contraste, la administración Nixon, desde el principio, jamás mencionó, y ni siquiera sugirió, motivos anticomunistas para nuestra participación en Vietnam. No estábamos de acuerdo con ese análisis; no necesitábamos enemigos adicionales.

Los primeros meses estuvieron llenos de tendencias contradictorias. En su discurso inaugural Nixon hizo una velada referencia al deseo de la nueva administración de dialogar con China: «Que todas las naciones sepan que durante esta administración nuestras líneas de comunicación estarán abiertas. Queremos un mundo abierto a las ideas, abierto al intercambio de personas y de bienes materiales un mundo en el que ningún pueblo, grande o pequeño, viva en amargo aislamiento». La frase «amargo aislamiento» era una alusión a su artículo de *Foreign Affairs* en 1967. Pero no hubo ninguna respuesta. Los chinos no iban a dejarse impresionar por una sola alusión conciliatoria.

Al día siguiente de la toma de posesión la agencia de noticias Nueva China (ANNC) denunció a Nixon como al nuevo «títere» elegido por la «camarilla del monopolio burgués» para llevar a cabo «las torpes ambiciones del imperialismo de EEUU y continuar con su agresión y expansión en el mundo». La retórica de tono menor de Nixon y las demostraciones en su contra el día de la asunción del mando en Washington revelaban, según la ANNC, que el imperialismo de Estados Unidos estaba «atacado por crisis» y se enfrentaba a «una lucha agonizante». El *Diario del Pueblo* del 27 de enero se solazaba con expresiones que anunciaban que el imperialismo de EEUU «estaba en sus últimas etapas». El artículo decía burlonamente: «Aun cuando está al final de su camino, Nixon tiene la audacia de hablar del futuro. Un hombre con un pie en la tumba trata de consolarse soñando con el paraíso. Esto es el delirio y el retorcerse de una clase que muere».

(*) Peiping era el nombre nacionalista chino de Pekín; usar este nombre era un insulto más.

El discurso inaugural de Nixon pudo haber sido muy de estadista, pero los chinos tenían escritores más punzantes.

Nixon estaba efectivamente un tanto esquizofrénico en los primeros días. Cinco días después de la toma de posesión, nos envió a mí y a Rogers un mensaje quejándose de que nuestro embajador en un país europeo no había logrado impedir que ese país anunciara su reconocimiento de Pekín. El embajador, dijo, era un «desastre»; y se nos dijo que «nos libráramos de él» inmediatamente. En su primera conferencia de prensa, el 27 de enero, se le preguntó a Nixon si tenía pensado mejorar las relaciones con China Comunista. Respondió con un largo sumario de la hostilidad china y concluyó diciendo que en la próxima reunión en Varsovia China tendría la oportunidad de demostrar si había cambiado su actitud. «Hasta que se produzcan algunos cambios por parte de ellos, sin embargo, no veo perspectivas inmediatas de cambio alguno en nuestra política».

La recíproca era, por supuesto, que si China cambiaba su actitud de algún modo no especificado, nosotros nos mostraríamos receptivos. Formalmente, esto no difería sustancialmente con las expresiones de las administraciones previas. Y era también un agudo contraste con las referencias más conciliatorias a la Unión Soviética, SALT y el Tratado de No Proliferación durante la misma conferencia de prensa. Para los suspicaces chinos esto debe haber parecido el temido condominio. Además ellos ya estaban atareados por otro incidente. Tres días antes de esta conferencia de prensa, el encargado de negocios chino en los Países Bajos se había fugado y pedido asilo en los Estados Unidos. El 6 de febrero los chinos portestaron. El 18 cancelaron la reunión de Varsovia a realizarse el 20 de febrero, aduciendo que Estados Unidos había «inclinado» al encargado de negocios «para que traicionara a su país y luego fue llevado por la CIA». Para no dejarse ganar de mano, Nixon, en su conferencia de prensa del 4 de marzo, echó más agua fría sobre las posibilidades de un acercamiento chino-norteamericano: «Al mirar hacia el futuro, podemos pensar en términos de un mejor entendimiento con China Roja. Pero debemos ser realistas teniendo en cuenta la ruptura china de las limitadas conversaciones de Varsovia que tenemos planeadas. No creo que por ahora debamos ser muy optimistas con respecto a ninguna apertura en esa dirección por ahora».

Sin embargo, el 1 de febrero, como reacción a una información que indicaba cierto temor en Europa Oriental acerca de un posible acercamiento chino-norteamericano, Nixon me envió un memorándum:

He tomado nota de lo que dice su informe del 31 de enero acerca de la fuente (de Europa Oriental). Creo que debemos alentar al máximo la imagen de que esta administración está explorando las posibilidades de un acercamiento (sic) con los chinos». Esto, por supuesto, debe ser hecho privadamente y de ninguna manera debe llegar a la prensa pública a través de nosotros. Sin embargo, en contactos con sus amigos, y particularmente en cualquier modo que pueda hacérselo saber a esa fuente, yo continuaría diseminando esa idea.

Ciertamente el memorándum no me pedía que hiciera nada respecto de los chinos; simplemente me instaba a crear la impresión de que estábamos *explorando* la posibilidad de una apertura hacia China. Además yo debía diseminar la idea no entre los amigos de los chinos sino entre los europeos orientales. La maniobra estaba destinada a inquietar a los soviéticos, y casi seguramente, dadas nuestras preocupaciones, proveer un incentivo para que ellos nos ayudaran a terminar la guerra en Vietnam.

Usé el memorándum de Nixon para iniciar una revisión de la política y el 5 de febrero pedí un estudio combinado de las distintas agencias sobre política china. Los departamentos y agencias debían examinar:

1. El estado actual de las relaciones de EEUU con China Comunista y la República de China;
2. La naturaleza de la amenaza chino comunista y sus intenciones en Asia;
3. La interacción entre la política de EEUU y las políticas de otros países importantes interesados en China;
4. Posibles actitudes de EEUU respecto de China y sus costos y riesgos.

China también figuró en las conversaciones de Nixon con el presidente de Gaulle durante la visita de aquél a París, el 1 de marzo de 1969. Nixon no le pidió específicamente a de Gaulle

ninguna ayuda en particular; en realidad fue de Gaulle quien tocó el tema y Nixon se mostró escéptico. En su terminología característicamente amplia, de Gaulle subrayó la importancia de China, una inmensa entidad con grandes recursos. A medida que pasaba el tiempo, los chinos harían sentir su influencia en todas partes del mundo; sus ambiciones estaban de acuerdo con sus habilidades. Era poco prudente aislarlos «en su propia cólera»; los contactos serían sumamente útiles. Nixon replicó que a corto plazo no habría ningún cambio, principalmente debido al inquietante impacto de una actitud así en el resto de Asia; pero a largo plazo, digamos unos diez años, tendríamos más comunicaciones con China, especialmente después de que comenzara a hacer progresos en armas nucleares. Esta respuesta indirecta de Nixon era un síntoma seguro de que tenía intenciones de mantener todas sus opciones abiertas. Era tan compatible con el objetivo de esperar diez años como con el objetivo de dar un paso en la primera oportunidad. En el mejor de los casos, reflejaba la realidad de que la nueva administración no tenía un plan definido.

Por lo tanto, el 14 de marzo hablamos otra vez en una dirección aparentemente antichina. Al anunciar nuestro programa ABM «Safeguard», el presidente le dio en parte la misma orientación antichina que había sido el móvil principal del programa ABM «Sentinel» de 1967 durante la administración Johnson. Las razones eran las mismas en las dos administraciones: parecía prudente contar con alguna protección contra lanzamientos accidentales o ataques deliberados de las potencias nucleares menores, sin intentar una defensa masiva de la población contra la Unión Soviética, cosa que provocaría problemas presupuestarios y de control de armamentos. «La amenaza china contra nuestra población» decía la declaración de Nixon, «así como el peligro de un ataque accidental, no pueden ser ignorados. Al aprobar este sistema, es posible reducir a un nivel mínimo el número de víctimas en EEUU en el caso de un ataque nuclear por parte de China en los años setenta, o de un ataque accidental de otro origen». Para empeorar las cosas desde el punto de vista chino, Nixon continuó con una sugerencia de que la Unión Soviética y Estados Unidos compartían un interés común en contener a China: «Supongo que la Unión Soviética se mostraría tan renuente como nosotros a dejar a su país desprotegido contra una potencial amenaza de China comunista. De modo que creo que ninguno de los dos países miraría con buenos ojos el abandono total del sistema, especialmente mientras subsista la amenaza china». La Agencia de noticias Nueva China denunció, el 16 de marzo sin provocar por ello sorpresa, la decisión sobre los ABM como «una conspiración de los norteamericanos con los revisionistas soviéticos para mantener la amenaza y el chantaje nucleares contra todos los pueblos del mundo, y particularmente contra el pueblo chino».

Así pues, en marzo de 1969, las relaciones chino americanas parecían esencialmente congeladas en el mismo estado de hostilidad, mutua incomprensión y desconfianza que las había caracterizado durante veinte años. La nueva administración tenía la idea, pero todavía no la estrategia, de un acercamiento hacia China. La política emerge cuando la idea encuentra la oportunidad. Y esa ocasión se presentó cuando tropas chinas y soviéticas chocaron en la helada tundra siberiana, a lo largo de un río del cual ninguno de nosotros había oído hablar. A partir de ese momento la ambigüedad desapareció y nos movimos sin mayores vacilaciones hacia un cambio fundamental en la diplomacia mundial.

LOS CHOQUES EN EL RÍO USSURI

En los más remotos confines del Asia nororiental, un breve espacio de los 6.400 kilómetros de frontera entre la Unión Soviética y China está demarcado por el río Ussuri. Si uno traza una línea recta desde Vladivostock en dirección nor-noreste hacia Khabarovsk, el Ussuri correría a lo largo de casi toda su extensión. En un punto desolado del río, a unos cuatrocientos kilómetros de Vladivostock, hay una pequeña isla llamada Damansky por los rusos y Chempao por los chinos. (Ver mapa páginas 800 y 801.) La isla tiene una extensión de unos ochocientos cincuenta metros cuadrados, está cubierta de bosques y deshabitada. Está un poco más cerca de la orilla china del río; la tierra firme frente a ella en ambos lados es pantanosa y escasamente poblada. Aparte de los ocasionales pescadores y leñadores de ambos países, la única presencia humana en la región la constituyen los puestos fronterizos chinos y rusos que protegen sus respectivas orillas. El límite con respecto a la isla jamás ha sido determinado. Los chinos han afirmado desde hace un tiempo que la línea de demarcación corre por el centro del río, lo que haría que

la isla fuera china. Los soviéticos sostienen que la frontera histórica coloca todo el lecho del río bajo control ruso. Hasta ahora nadie ha explicado adecuadamente por qué cada una de las partes ha dado tanta importancia a una isla desierta en un territorio yermo y prácticamente vacío.

En la mañana del 2 de marzo de 1969, según los relatos de la prensa soviética, 300 soldados chinos ubicados en la isla atacaron a una patrulla rusa de la guardia de fronteras con fuego de ametralladoras, matando a 23 hombres e hiriendo a 14 en una batalla de veinte minutos. Los soviéticos enviaron refuerzos y éstos también fueron atacados al llegar. Después de todo esto, ambas partes se retiraron de la isla (3).

Los soviéticos le dieron al choque una enorme e inmediata publicidad. En sí mismo el hecho no tenía precedentes. Parece haber sido la primera vez que uno de los dos países informó acerca de un incidente armado o sobre la existencia de bajas. Ambas partes intercambiaron notas de protesta y lanzaron una campaña de propaganda y de acusaciones. Los chinos afirmaron que las tropas rusas habían realizado dieciséis «instrusiones» en Chenpao desde 1967, ocho de ellas en enero y febrero de 1969; recitaron una larga lista de incursiones soviéticas sobre otras islas en disputa en el Ussuri, e incidentes de violencia y agresión contra pescadores, patrullas de fronteras y habitantes locales chinos. Unos 10.000 manifestantes chinos atacaron la embajada soviética en Pekín el 3 de marzo; manifestantes soviéticos, según se informa unos 100.000, atacaron la embajada china en Moscú el 7 de marzo, rompiendo ventanas y arrojando frascos de tinta. Las manifestaciones se extendieron a otras dieciocho ciudades soviéticas durante las dos semanas siguientes. *Estrella Roja*, el periódico del Ministerio de Defensa Soviético, informó el 8 de marzo que las tropas soviéticas en el Lejano Oriente habían sido puestas en estado de alerta. En una conferencia de prensa en el Ministerio de Relaciones Exteriores se mostraron fotografías de soldados soviéticos supuestamente muertos y mutilados por los chinos, y la televisión soviética difundió un programa especial sobre los choques fronterizos. Los periódicos chinos del 4 de marzo proclamaban: «¡Abajo los nuevos zares!» Radio Pekín informó que más de 400 millones de personas (la mitad de la población del país) tomaron parte en diversas manifestaciones en toda China.

En Washington estábamos todavía demasiado preocupados con Vietnam como para reaccionar ante acontecimientos cuyos orígenes poco comprendíamos y cuyo significado recién se hizo obvio algunas semanas después. Y si bien yo favorecía el establecimiento de una relación triangular como una teoría, tanto Nixon como yo todavía considerábamos a la República Popular China como la más agresiva de las potencias comunistas. Creíamos que lo más seguro era que China había comenzado el ataque.

Irónicamente, fue la pesada diplomacia soviética la que nos hizo pensar en nuestras oportunidades. El 11 de marzo, el emocionado embajador Dobrynin me presentó el caso del incidente en el Ussuri. Yo no había pedido nada, pero él insistió en hacerme un cruento relato de las atrocidades supuestamente cometidas por los chinos y en darme un informe detallado. Cuando traté de cambiar de tema sugiriendo que se trataba de un problema chino-soviético, Dobrynin insistió apasionadamente en que China era un problema para todo el mundo. Escuché atentamente, pensé mucho, pero no hice ningún comentario. Más tarde, esa misma noche, describí el encuentro al presidente. Nixon se mostró intrigado, y comentó cómo a veces acontecimientos inesperados pueden tener efectos de importancia. Le sugerí que estábamos en posición de ganar mucho desde el punto de vista estratégico. Nixon estuvo de acuerdo en que el incidente debió haber sacudido a los chinos.

En la mañana del 15 de marzo hubo un segundo choque fronterizo en Damansky-Chenpao. A diferencia del 2 de marzo, esta vez ambas partes estaban preparadas. La batalla duró más tiempo y las bajas fueron más numerosas. Los soviéticos habían aumentado sus patrullajes, y un grupo de exploración había acampado en la isla durante la noche del catorce, probablemente para preparar una trampa. Una dura lucha se produjo y continuó durante nueve horas con algunas interrupciones. Se usaron tanques, carros blindados, artillería y cohetes antitanque. Ambas partes se declararon victoriosas (aunque los chinos parecen haber retenido la posesión de la isla) (4).

El origen de estos incidentes probablemente permanezca oscuro para siempre. Pero el argumento chino acerca de que ellos reaccionaron ante una larga serie de intrusiones soviéticas tiene cierta plausibilidad. Después de todo, fuerzas inferiores habitualmente no atraen la derrota efectuando ataques no provocados. Poco más de dos años después, como ya lo he mencionado,

Chou En-Lai aseguró que los soviéticos comenzaron deliberadamente los incidentes para atraer la atención y apartarla de su fracaso al no poder impedir la elección del presidente federal de Alemania Occidental en Berlín. Sea cual fuere la verdadera causa, los diplomáticos comunistas se encargaron de que nosotros no ignoráramos los choques. Se dijo que a mediados de marzo, en Budapest, los soviéticos trataron de que el Pacto de Varsovia condenara a China como la agresora en el incidente del Ussuri. También pidieron a cada uno de los aliados del Pacto de Varsovia que enviaran «destacamentos militares simbólicos» al área fronteriza chino-soviética. Los rumanos bloquearon ambas iniciativas.

En la primera reunión privada de nuestros negociadores en París con los norvietnamitas el 22 de marzo, Xuan Thuy ofreció la sorprendente declaración de que Estados Unidos no ganaría nada tratando de aprovechar las divergencias entre la Unión Soviética y China. Los vietnamitas se apoyarían en ellos mismos, declaró. Estados Unidos no habían tocado ese tema ni en Washington ni en París (si bien yo lo había mencionado en mi artículo de *Foreign Affairs*). Pero Xuan Thuy insistió que tanto Moscú como Pekín habían ayudado a Vietnam del Norte durante años a pesar de las disputas que duraban hacia más de un decenio; y él no tenía ninguna duda de que continuarían haciéndolo.

El 28 de marzo, en una directiva para reconsiderar las restricciones comerciales con países comunistas, pedí específicamente una reconsideración de nuestro embargo comercial con «los países asiáticos comunistas».

El 3 de abril Dobrynin volvió a la carga. Había leído un informe de la prensa que decía que yo estaba abocado a una revisión de la política con China (presumiblemente las directivas de estudio del 5 de febrero). Quería saber más acerca de ese asunto. Si bien no habíamos tenido ninguna comunicación con los chinos, le di una respuesta evasiva que sugería que la decisión de un acercamiento dependía de nosotros. Dobrynin sugirió que todavía había tiempo para que las dos superpotencias organizaran los acontecimientos, pero que tal vez no sería siempre así. Agregó que muchos en la Unión Soviética pensaban que Taiwan podría convertirse en un estado independiente. Reuní toda la fuerza a mi alcance para parecer enigmático, y no respondí.

El 22 de abril nuestro embajador en Moscú, Jacob Beam, entregó una carta del presidente Nixon al Premier Kosygin que cubría una amplia gama de asuntos referentes a las relaciones entre Estados Unidos y la Unión Soviética. China deliberadamente no era mencionada. Sin embargo, le habíamos dado instrucciones a Beam para que añadiera verbalmente que no teníamos intenciones de explotar las dificultades chino-soviéticas, dando a entender con esto, por supuesto, que teníamos la capacidad para hacerlo si así lo decidíamos. Los soviéticos mordieron el anzuelo. El 27 de mayo, el Ministro de Relaciones Exteriores Gromyko visitó a Beam para entregar la respuesta de Kosygin. Gromyko añadió oralmente que la Unión Soviética tampoco explotaría *nuestros* problemas con China, y que, en general, las relaciones ruso-norteamericanas deberían basarse «en consideraciones de largo alcance».

La relación triangular, todavía muy tenue, había mostrado su primer temblor.

Mientras tanto, China no se había quedado dormida. El 1 de abril, Lin Piao, que pronto sería nombrado heredero de Mao, pronunció su informe político ante el Noveno Congreso Nacional del Partido Comunista Chino:

No debemos de ningún modo relajar nuestra vigilancia revolucionaria a causa de la victoria, y tampoco ignorar el peligro de que el imperialismo de Estados Unidos y el revisionismo soviético lancen un ataque de agresión en gran escala... El presidente Mao ha dicho hace mucho tiempo que no atacaremos, salvo que seamos atacados; y si somos atacados, ciertamente contraatacaremos. Si ellos insisten en luchar, los seguiremos y lucharemos hasta el final. La Revolución China fue ganada en el campo de batalla.

A pesar de su tono belicoso, el discurso tenía interesantes, fascinantes sugerencias. Enfatizaba que China no atacaría salvo que fuera atacada primero, con lo cual se atenuaban nuestros temores de una intervención china en Indochina. Mencionaba a la Unión Soviética y a Estados Unidos como amenazas semejantes para la República Popular, con lo cual se llenaba uno de los prerequisites de la diplomacia triangular: que Estados Unidos no fuera el principal enemigo.

El 29 de abril envié al presidente un resumen del Congreso del Partido Comunista Chino. El congreso parecía reflejar una lucha continua en China acerca de política interna, económica y social así como por el control político. La política exterior parecía ser igualmente incierta,

pero la preocupación china por los soviéticos, más que por el peligro norteamericano, daba la sensación de ir en aumento. Le informé a Nixon:

La dirección de la política no quedó determinada... El apoyo a la lucha de clases en el sudeste asiático, India e Israel fue confirmado por Lin Piao, pero recibió poco énfasis.

La denigración de Estados Unidos fue meramente formal.

Lin Piao mencionó que los chinos se habían negado al urgente pedido de diálogo de los rusos sobre el asunto fronterizo, pero indicó que China estaba considerando entrar en conversaciones sobre temas de límites.

Las declaraciones públicas no manifestaron ninguna preocupación china acerca de la posibilidad de guerra inminente con EEUU o la URSS.

El asunto de Vietnam fue tratado ligeramente y los chinos no han aprobado la posición de Corea del Norte durante la reciente tensión (*).

El congreso no tuvo palabras amables para ningún gobierno, y sólo las tuvo para un partido, el de Albania. Una combinación de rigidez moralista hacia otros comunistas, junto con un deseo expreso de ver la caída de sus vecinos no comunistas, es probable que les haga ganar la antipatía de ambos.

Sea cual fuere la significación histórica de mi análisis, una referencia en él a la permanente batalla de Mao para corregir la política educacional hizo que Nixon descubriera una comunidad de intereses con su tradicional enemigo. En el margen escribió: «HK: ¡Mao (también) lucha contra el 'establishment' educacional!».

Mientras el Congreso del Partido sesionaba en Pekín, se produjo una nueva batalla en el límite chino-soviético los días 16 y 17 de abril, esta vez a unos tres mil kilómetros al oeste, sobre la frontera entre Sinkiang y Kazakhsan. Otro choque se produjo el 25 de abril, y otro más el 2 de mayo. El 26 de abril, la URSS propuso públicamente a China la reanudación de las reuniones de la Comisión Conjunta para la Navegación en Ríos Limitrofes, que se habían suspendido en 1967. El 8 de mayo, la prensa soviética reveló maniobras militares de las fuerzas armadas soviéticas sobre la frontera con China. El 9 de mayo en la Orden del Día del Ministro de Defensa, Mariscal Andrei Grechko, que conmemoraba el 24.º aniversario de la Victoria, colocaba a China junto con Estados Unidos y Alemania Occidental entre los mayores enemigos de la URSS.

Aparentemente, los chinos sintieron la presión y el 11 de mayo aceptaron la propuesta soviética para renudar las discusiones sobre los ríos fronterizos. Sin embargo, se produjeron nuevos encuentros en el río Amur el 12 de mayo, luego el 15, el 25 y el 28; además hubo choques el 20 de mayo y el 10 de junio en la frontera de Sinkiang (véase mapa). Las hostilidades en Sinkiang me dieron la clave de quién sería el probable agresor. Originalmente había aceptado la opinión corriente de que los chinos eran el país más militante. Pero cuando miré un mapa detallado y advertí que los incidentes en Sinkiang ocurrieron a unos pocos kilómetros de una cabecera ferroviaria soviética y a muchos cientos de kilómetros de cualquier cabecera ferroviaria china, se me ocurrió pensar que los líderes militares chinos no habrían elegido un lugar tan poco propicio para un ataque. Después de esto comencé a mirar este problema de otro modo. Si la Unión Soviética era el agresor, nos enfrentábamos con un problema al mismo tiempo que con una oportunidad. El problema era que una invasión en gran escala a China podría hacer temblar no sólo el equilibrio geopolítico sino también el equilibrio psicológico del mundo; se crearía un impulso de irresistible fuerza. Pero no era fácil resistir una agresión así en nombre de un país con quien no existían ni relaciones diplomáticas, ni ninguna clase de comunicación efectiva a cualquier nivel.

La oportunidad era que China podría estar dispuesta a volver a la arena diplomática, y eso requeriría un ablandamiento de su previa hostilidad hacia Estados Unidos. En tales circunstancias, la amenaza china contra muchos de nuestros amigos en Asia declinaría; al mismo tiempo, al trasladar las preocupaciones de la Unión Soviética a su amplio perímetro asiático, disminuirían las presiones sobre Europa. Pero para que estas posibilidades fueran claras, necesitábamos algún modo de comunicación con los líderes chinos. Si nos apresurábamos en nuestros movimientos, o estos eran demasiado obvios —antes de que la Revolución Cultural hubiera cumplido su ciclo completo— los chinos podrían rechazar la apertura. Si lo hacíamos demasiado

(*) Se refiere al ataque norcoreano a un avión norteamericano EC-121 de reconocimiento.

lentamente, podríamos alimentar las sospechas chinas de una conspiración soviético-norteamericana, lo que los llevaría a hacer el mejor pacto posible con Moscú. En cuanto a los soviéticos, considerábamos que la opción china era útil para producir moderación; pero debíamos tener cuidado de no insistir demasiado como para provocar un ataque preventivo de los soviéticos a China. Y en nuestro país teníamos que superar el hábito mental de considerar a la República Popular como un irreconciliable enemigo, o como un país ofendido, preocupado sólo por el asunto de Taiwan.

Mi mayor preocupación en esta etapa era la de asegurarme que en nuestro gobierno se hicieran las preguntas adecuadas. Mis directivas del 5 de febrero habían producido una monografía sobre China firmada por las diversas agencias, que fue discutida por el Grupo de Revisión del CNS el 15 de mayo. El trabajo ponía gran atención sobre los problemas bilaterales convencionales chino-norteamericanos: Taiwan, admisión a las Naciones Unidas, comercio y turismo, y varios planes de desarme; también se discutían allí nuestros intereses encontrados en Asia. Todos estos problemas eran discutidos como si existieran en el vacío. No se hacía ninguna referencia a las derivaciones globales de las tensiones chino-soviéticas ni a nuestras oportunidades en una relación triangular. En la reunión combatí lo que a mi juicio parecía un excesivo énfasis en la ideología y la presunta militancia china; yo pensaba que el tema debía ser expuesto de otro modo. La monografía de las agencias daba por sentado que la política norteamericana tenía el objetivo esencialmente psicológico de hacer cambiar la mentalidad de los dirigentes chinos, de hacer que pasaran de una mentalidad militante a una mentalidad conciliatoria. Este análisis ignoraba el papel de China en la ecuación de poderes. Una nación de 800 millones, rodeada de estados débiles era un problema geopolítico, no importa quién gobernaba. ¿Cuáles de nuestros problemas con China eran causados por su tamaño y su situación y cuáles por su tipo de dirigentes? ¿Qué queríamos de China y cómo podríamos, razonablemente, influir en sus decisiones? ¿Cómo veíamos nosotros la evolución de las relaciones chino-soviéticas? ¿Hasta dónde podíamos influir en ellas y a qué lado debíamos favorecer? Yo también cuestionaba la opinión de la mayoría de los Kremlinólogos en el sentido de que cualquier intento de nuestra parte por mejorar nuestras relaciones con China arruinaría las relaciones con la Unión Soviética. La historia sugería que era generalmente más ventajoso alinearse con el más débil de dos socios antagónicos, pues esto servía como moderación para el más fuerte.

El 8 de junio, los soviéticos reanudaron su ofensiva diplomática. Brezhnev, en un discurso en la Conferencia Internacional de Partidos Comunistas en Moscú, denunció a Mao y reflató la idea de «un sistema de seguridad colectiva en Asia». No elaboró más el tema, pero un «sistema» tal sólo podía estar dirigido contra China. A fines de junio, los embajadores soviéticos hicieron esfuerzos coordinados para «denunciar» la política china ante los distintos gobiernos y para desalentar a varias naciones de Europa Occidental que querían reconocer a Pekín. La Unión Soviética buscaba expandir sus contactos con las naciones no comunistas de Asia; y sus sondeos se extendían hasta Taiwan. En una campaña para anular cualquier esfuerzo de China para romper su aislamiento, los diplomáticos soviéticos sugirieron que para mejor aislar a China, la Unión Soviética estaba dispuesta a evitar complicaciones en sus relaciones con Estados Unidos. Resumí todos estos síntomas que se acumulaban en un informe al presidente:

Creo que esto es una prueba sólida de la creciente obsesión de los líderes soviéticos con su problema con China... por lo menos sugiere que los soviéticos pueden volverse más flexibles para tratar los asuntos de este y oeste... Así, la preocupación soviética puede haber llegado finalmente al punto en que puede ser usada en nuestro beneficio, si es que ellos intentan en realidad asegurarse nuestra neutralidad en su política de contención de China, ya que no nuestra cooperación activa.

El presidente hizo entusiastas comentarios en el margen, por ejemplo: «Este es nuestro objetivo». Sugirió que «sutilmente alentáramos» a todos los países a los que los soviéticos presionaban para que no entablaran relaciones con Pekín, a que si lo hicieran (un dramático cambio después de sus quejas acerca de nuestro embajador en Europa, cinco días después de la toma de posesión).

Redoblamos entonces nuestros esfuerzos para establecer contacto con Pekín. El 26 de junio el presidente me envió una nota para que alentara al senador Mike Mansfield, que hacía mucho estaba interesado en China, seguir adelante con su pedido de visa para visitar China. Yo llevé

las instrucciones del Presidente un paso más adelante. Urgí a Bryce Harlow, en esa época a cargo de las relaciones de la Casa Blanca con el Congreso, para que incitara a Mansfield a hacer pública su iniciativa. Pero era necesario un gesto más explícito. Había llegado el momento de modificar nuestro embargo comercial contra China. El cambio en sí mismo no era importante, pero el simbolismo era amplio. Las preocupadas deliberaciones necesarias para dar este paso relativamente menor son una medida de la distancia que hemos recorrido desde entonces. La decisión surgió de un estudio general de las restricciones comerciales ordenado el 28 de marzo. Decidimos tratar al comercio chino como un caso especial. El 6 de junio firmé una directiva a las agencias: «El presidente ha decidido, basado en una política exterior más amplia, modificar algunos de nuestros controles comerciales con China». La Comisión de subsecretarios del CNS, prudentemente presidida por Elliot Richardson, recibió el pedido de preparar recomendaciones detalladas para poner en ejecución la decisión presidencial.

En un primer momento se supuso que cualquier implantación real debía esperar la aprobación del Congreso de la revisión de la Ley de Control de Exportaciones, cosa que se esperaba para el mes de septiembre. Pero Richardson y yo pronto nos dimos cuenta de que si esperábamos hasta entonces, los acontecimientos podrían adelantarnos en Asia, pues los mismos estaban acercándose al clímax. Le indiqué a Nixon que la directiva del 26 de junio con toda seguridad se filtraría y tal vez diera origen a un debate doméstico que disminuiría el impacto favorable en Pekín. Además, estaba el problema de las relaciones soviético-norteamericanas. Esperábamos anunciar en cualquier momento el comienzo de las conversaciones SALT; si uníamos esto con un ablandamiento de las restricciones comerciales con China quedaríamos expuestos a la acusación por parte de los sostenedores de las relaciones soviético-norteamericanas de que era una bofetada gratuita a los soviéticos y se nos consideraría culpables de cualquier interrupción de las conversaciones SALT. Del mismo modo, si la decisión se anunciaba después del regreso del presidente de su próximo viaje a Rumania (un amigo de China), ese viaje tomaría «una significación abiertamente antisoviética».

Richardson y yo finalmente nos pusimos de acuerdo en tres recomendaciones: 1.º, permitir a los turistas norteamericanos la compra de hasta cien dólares de productos chinos no comerciales; 2.º, eliminar la prohibición de viajar a la República Popular; y 3.º, permitir los embarques de cereales. El presidente estuvo de acuerdo con los dos primeros puntos, pero, siguiendo el consejo de senadores conservadores, desaprobó el tercero. Justo cuando estábamos listos para hacer el anuncio ocurrió una de esas cosas triviales e inesperadas que pueden echar por tierra los planes más prolijamente trazados. El 17 de julio, un yate tripulado por dos norteamericanos naufragó frente a Hong Kong; su bote salvavidas fue llevado a aguas territoriales chinas y ellos fueron capturados por los chinos. Richardson y yo decidimos posponer el anuncio unos cuantos días para ver si los chinos hacían jugar el incidente dentro de una campaña antinorteamericana. Pero Pekín guardó silencio. El 21 de julio de 1969, precisamente antes de la partida del presidente para su viaje alrededor del mundo, el Departamento de Estado hizo un verdadero y discreto anuncio que aliviaba (pero no eliminaba) las restricciones comerciales y turísticas respecto de la República Popular. El anuncio no esperaba ninguna reciprocidad; los chinos podían considerarlo sin reaccionar formalmente. El 26 de julio, los chinos liberaron a los dos navegantes norteamericanos. Chou En-lai, también, sabía cómo hacer cosas que no requirieran reciprocidad. Pekín había comprendido.

Ya entonces Nixon había partido en su viaje alrededor del mundo durante el cual pensaba dejar tarjetas de visita para los chinos en cada escala. Nixon comenzó inmediatamente a hacer correr la voz de nuestra disposición para una comunicación abierta con Pekín. En Indonesia y Thailandia dijo a los líderes que no tendríamos nada que ver con la propuesta soviética para un sistema de seguridad colectiva en Asia. Esta era una seguridad indirecta para los chinos, así como una advertencia de que resistiríamos la extensión de la influencia soviética en el Sudeste Asiático. Tal como le dijo al primer ministro de Thailandia: «Un condominio está fuera de cuestión».

Nixon habló más libremente con Yahya Khan, de Pakistán, y Nicolae Ceausescu, de Rumania, porque sabía que ambos eran amigos de China. El 1 de agosto, Nixon le dijo al presidente Yahya, en Lahore, que era su opinión personal —no compartida por el resto de su gobierno ni por muchos norteamericanos— que Asia no podría «salir adelante» si una nación tan grande como China permanecía aislada. (Nixon parecía pensar que su estatura política aumentaba si les hacía saber a los líderes extranjeros que actuaba en contra de los consejos

de sus subordinados, y que éstos se opondrían si supieran lo que él estaba haciendo. Qué es lo que estos líderes, acostumbrados a estructura jerárquicas más rígidas, pensaban de esas confesiones sólo lo sabremos cuando publiquen sus memorias.) En todo caso insistió en que Estados Unidos no participarían de ningún plan para aislar a China. Le pidió a Yahya que transmitiera sus sentimientos a los chinos en los más altos niveles. Más tarde, ese mismo día, Yahya organizó una reunión informativa para mí en la casa de huéspedes oficiales de Lahore, presidida por el mariscal del aire Sher Ali Khan, que recientemente había visitado China. El mariscal creía que los trastornos domésticos de China estaban declinando y que China pronto procuraría poner fin a su autoimpuesto aislamiento diplomático. También describió a los líderes chinos en términos totalmente contrarios a nuestros estereotipos, por entonces muy difundidos, de ideólogos irracionalmente fanáticos. Él los consideraba disciplinados, pragmáticos y confiables una vez que daban su palabra.

En los dos días siguientes, 2 y 3 de agosto, en Bucarest, Nixon volvió al mismo tema con el presidente Ceausescu. Una vez más rechazó enfáticamente el sistema de seguridad asiática sobre la base de que no era correcto que la Unión Soviética organizara una conspiración en Asia en contra de China. Dentro de 25 años China tendría mil millones de habitantes, decía Nixon. Si continuaba aislada se podría convertir en una fuerza explosiva. Nuestra política era la de tener buenas relaciones tanto con China como con la Unión Soviética. Esperaba que Rumania aceptara actuar como canal de comunicación con los chinos. Ceausescu indicó que estaba dispuesto a actuar de mensajero; prometió hacer llegar nuestras opiniones e informar sobre cualquier respuesta de los chinos.

En contra de nuestra expectativa, el canal rumano resultó ser de una sola dirección. Habíamos pensado que los chinos preferirían tratar con nosotros a través de intermediarios comunistas. En realidad, se mostraron demasiado preocupados, y tal vez hasta temerosos de la penetración soviética hasta en un país tan fieramente independiente como Rumania.

De vuelta a Washington, visité al embajador de Pakistán Agha Hilaly, para mantener a los paquistaníes en movimiento y para establecer un canal seguro. Hilaly era un profesional apto, proveniente de una antigua familia de Pakistán, activa durante mucho tiempo en las funciones públicas. Su hermano era, en aquella época, embajador en China y más tarde se convirtió en jefe permanente del ministerio de relaciones exteriores de Pakistán; en el decenio de 1950, la hermana de Hilaly —una precursora en la defensa de los derechos femeninos en una sociedad poco receptiva— había sido alumna mía en Harvard. Hilaly era meticuloso y discreto. Le pedí que insistiera ante el presidente Yahya que pensábamos que el mensaje de Nixon debía ser entregado a los chinos sólo en los más altos niveles. Mientras tanto Pakistán podría hacer saber nuestra actitud básica de modo discreto siempre que se presentara una ocasión natural. Le dije a Hilaly que Nixon prefería que el «canal Hilaly», en contacto conmigo, fuera el único punto confidencial de contacto para cualquier discusión posterior del tema. Hilaly sugirió que Yahya reservara las opiniones detalladas de Nixon para una conversación con Chou En-lai, quien se esperaba visitara Pakistán en un futuro cercano.

El 8 de agosto, el secretario de Estado Rogers pronunció un importante discurso en Canberra en el que expresó nuestros deseos de mejorar las relaciones con China:

Reconocemos, por supuesto, que la República de China en Taiwan y China Comunista en el continente son realidades de la vida. También sabemos que China continental jugará eventualmente un importante papel en los asuntos asiáticos y del Pacífico; pero ciertamente no será así en la medida en que sus líderes continúen teniendo una visión tan introvertida del mundo...

Esta es una de las razones por las que hemos estado tratando abrir un canal de comunicaciones. Hace apenas unos pocos días liberalizamos nuestra política para la compra de sus productos por parte de viajeros norteamericanos y para la visa de pasaportes para viajar a China. Nuestro propósito fue eliminar elementos irritantes en nuestras relaciones y ayudar a que el pueblo de China continental recuerde nuestra histórica amistad hacia ellos...

De ese modo, a fines de agosto ya nos habíamos comunicado con los chinos dando pasos unilaterales, a través de intermediarios y con declaraciones públicas. Todo esto fue ocurriendo a través de una serie de decisiones ad hoc. No había habido ninguna consideración formal de

la política con China a nivel de gabinete. El Consejo de Seguridad Nacional no se reunió para tratar este tema hasta agosto. Antes de que se reuniera le entregué al presidente mi análisis de las diferentes opiniones dentro del gobierno acerca de cómo debíamos manejar nuestras relaciones con China a la luz de nuestras relaciones con la Unión Soviética. Una opinión (que podríamos llamar «eslavófila») sostenía que los soviéticos sospechaban tanto de una conspiración chino-norteamericana que cualquier esfuerzo para mejorar las relaciones con China haría imposible toda cooperación soviético-norteamericana. Los que mantenían esta posición creían que debíamos dar máxima prioridad al mejoramiento de las relaciones con la Unión Soviética y, por esta razón, evitar los esfuerzos para aumentar los contactos con Pekín. Una opinión opuesta (una especie de actitud de «Realpolitik») argüía que los soviéticos seguramente serían conciliatorios, si temieran que de otro modo nosotros buscaríamos un acercamiento con Pekín. Esta línea de pensamiento nos instaba a extender nuestros contactos con China como medio de presionar a la Unión Soviética. Un tercer grupo, «Chinófilo», sostenía que nuestras relaciones con la Unión Soviética no debían constituirse en un factor importante en los diseños de nuestra política con China. Las acciones marginales para aumentar el nerviosismo soviético podían ser útiles, pero los cambios fundamentales en la relación EEUU-China debían ser determinados por otras consideraciones.

No es sorprendente que yo estuviera con los sostenedores de la Realpolitik.

Cuando en la reunión de CNS se discutieron estos asuntos, el 14 de agosto de 1969, poco fue lo que se decidió, pero el presidente sorprendió a sus colegas del gabinete con su revolucionaria tesis (que yo compartía profundamente) de que la Unión Soviética era la parte más agresiva y que iba en contra de nuestros intereses permitir que China fuera «aplastada» en una guerra chino-soviética. Era un acontecimiento importante en la política exterior norteamericana el hecho de que un presidente declarara que teníamos intereses estratégicos en la supervivencia de un importante país comunista, durante mucho tiempo enemigo y con el que no teníamos ningún contacto. La razón de que pensara en una guerra chino-soviética era que había habido un nuevo incremento de las tensiones en la frontera, cosa que nos producía graves preocupaciones. También reforzaba nuestra convicción de que la necesidad de contacto se hacía cada vez más urgente.

RUMORES DE GUERRA

El 8 de agosto, el mismo día del discurso de Rogers en Canberra, la URSS y la República Popular dieron por terminadas las conversaciones que se estaban llevando a cabo desde junio en Khabarovsk y firmaron un protocolo sobre navegación en los ríos limítrofes. Lejos de aliviar las tensiones, esto pareció aumentarlas. Unos pocos días más tarde se produjo un nuevo y cruento choque en la frontera, entre Sinkiang y Kazakhstan. El 14 de agosto *Pravda* informó acerca de preparativos de defensa civil en Kazakhstan; la Agencia de Noticias Nueva China acusó el 15 de agosto a la URSS de estar preparándose para una guerra y exhortaba al pueblo chino para que hiciera lo mismo.

Las señales de tensión se multiplicaban. El 18 de agosto, un especialista de nivel medio en asuntos soviéticos del Departamento de Estado, William Stearman, estaba almorzando con un funcionario de la embajada soviética cuando, inesperadamente, el ruso le preguntó cuál sería la reacción de los EEUU ante un ataque soviético a instalaciones nucleares chinas. Tomé el asunto con la suficiente seriedad como para convocar a una reunión en San Clemente el 25 de agosto con el Grupo de Acciones Especiales de Washington (WSAG), la subcomisión del CNS para planes de contingencia y organización de crisis. Les pedí que prepararan planes de contingencia para la política norteamericana en caso de una guerra chino-soviética. Cuando los trabajos del WGSA resultaron inadecuados, hice que un grupo de mi propio equipo intentara un análisis mejor. Tal como veremos en el capítulo XVIII, se hizo una monografía excelente, a principios de 1970, en la que se analizaba fríamente nuestro potencial para evitar una guerra o para influir en sus resultados. La convicción del presidente, expresada en la reunión del 14 de agosto del CNS, de que no podíamos permitir que China fuera «aplastada» ya no era un asunto hipotético. Si el cataclismo ocurría, Nixon y yo deberíamos enfrentar con muy poco apoyo por parte del resto del gobierno —y tal vez del país— algo que considerábamos como una necesidad estratégica.

La guerra de propaganda chino-soviética se intensificó notablemente a fines de agosto. El 28 de agosto, *Pravda* advirtió a China contra nuevas provocaciones armadas y apeló al resto del mundo para que se reconociera el peligro chino antes de que fuera demasiado tarde. *Pravda* añadía ominosamente que «ningún continente quedaría al margen si estallara una guerra en las presentes condiciones y con la tecnología de hoy, la disponibilidad de armas letales y los más modernos medios para su lanzamiento». Este mismo día, el Comité Central del Partido Comunista Chino emitió una orden pública exhortando nuevamente a la población a prepararse para la guerra, cosa que incluía la construcción acelerada de refugios subterráneos en las ciudades. A fines de agosto detectamos movimientos especiales de la Fuerza Aérea soviética en el lejano oriente. Esas maniobras, que permiten que todos los aparatos sean puestos en condiciones de disponibilidad simultáneamente, son a menudo signo de un posible ataque; y como mínimo, son una brutal advertencia en una intensa guerra de nervios. Esas maniobras continuaron durante todo setiembre.

En ocasión del trigésimo aniversario del comienzo de la Segunda Guerra Mundial, dos prominentes generales soviéticos blandieron sus sables contra Pekín. El 1 de septiembre, el comandante en jefe soviético y primer ministro delegado de Defensa, Mariscal Matvey Zakharov escribieron en *Izvestia*, el periódico del gobierno soviético, un artículo en el que recordaban particularmente el ataque soviético que destruyó al ejército japonés de siete millones de hombres en veinticinco días. El general S.P. Ivanov, comandante del Estado Mayor de la Superior Academia Militar, tocó el mismo tema en un artículo aparecido en *Estrella Roja* el 2 de septiembre.

Después de eso debimos hacer oír nuestra voz para de algún modo dejar en claro que no éramos indiferentes a esas amenazas soviéticas. El 27 de agosto, el director de la CIA Richard Helms había hablado en un almuerzo informativo ante un grupo de corresponsales diplomáticos, ocasión en que reveló que la Unión Soviética parecía estar sondeando a su hermandad de comunistas europeos sobre la posibilidad de un ataque preventivo a instalaciones nucleares chinas (5). El día 5 de septiembre, el subsecretario Elliot Richardson dijo ante una convención de la Asociación Americana de Ciencias Políticas:

En el caso de China Comunista, un mejoramiento a largo plazo en nuestras relaciones es de interés nacional para nosotros. No pretendemos explotar en nuestro beneficio la hostilidad entre la Unión Soviética y la República Popular. Las diferencias ideológicas entre los dos gigantes comunistas no son asunto nuestro. Sin embargo, no dejaremos de preocuparnos ante la transformación de esta disputa en una ruptura masiva de la paz y la seguridad internacionales.

Era otro paso revolucionario que daba Estados Unidos al tomar nota públicamente de una amenaza a un país con el que había mantenido una relación de hostilidad durante veinte años y con el cual no había ninguna clase de intercambio desde el advenimiento de la nueva administración.

No hubo un impacto inmediato. El 10 de septiembre un miembro de la misión soviética en Estados Unidos comentó displicentemente ante un delegado norteamericano que los soviéticos eran militarmente muy superiores a los chinos y que si la presente hostilidad china continuaba, sería inevitable un enfrentamiento militar. Ese mismo día la agencia soviética de noticias TASS acusó a los chinos de 488 violaciones premeditadas de la frontera soviética y de provocar enfrentamientos armados que involucraban a 2.500 chinos en el período que iba desde junio a mediados de agosto de 1969.

Hubo un breve interludio mientras se desarrollaba un dramático encuentro el 11 de septiembre entre los dos primeros ministros, Kosygin y Chou En-lai. Tanto uno como el otro habían visitado separadamente Hanoi para presentar sus condolencias por la muerte de Ho Chi Minh. La tensión entre sus países se reflejaba en el hecho de que Kosygin viajó a Hanoi a través de la India, en lugar de seguir la ruta mucho más corta sobre China, y también en el hecho de que abandonara Hanoi antes de la llegada de Chou. TASS informó que había partido para Moscú. Llegó hasta Dushanbe, en el Asia Central Soviética, cuando su avión cambió súbitamente de rumbo y se dirigió a Pekín por la que debe ser seguramente la ruta más larga desde Hanoi. Su breve encuentro con Chou en el aeropuerto de Pekín fue la primera reunión cumbre entre los dos países en cuatro años y medio.

Es un mito corriente el que dice que los altos funcionarios son informados inmediatamente

sobre los acontecimientos importantes. Lamentablemente, la información oficial casi invariablemente debe superar los obstáculos de la revisión burocrática o la necesidad de un memorándum explicativo para colocar el acontecimiento en la perspectiva de alguien. No es infrecuente que ocurra —en realidad ocurre con demasiada frecuencia para la estabilidad emocional del Consejero de Seguridad— que el presidente se entere de algún acontecimiento importante a través de los diarios. Y eso ocurrió con la entrevista Kosygin-Chou. Para mi vergüenza, el presidente leyó la información en el *Washington Star* antes de que yo le hubiera enviado un análisis. Me llamó y me preguntó cuál era mi reacción. Le respondí que a primera vista el anuncio conjunto de la reunión parecía más bien frío. La ausencia del rutinario adjetivo «fraternal» al describir la conversación implicaba una seria divergencia. Los chinos tal vez invitaron a Kosygin para que se detuviera, pensé, porque creían que era de interés para ellos que «las cosas se enfriaran». El presidente se preguntaba si eso significaba una «détente» entre ellos. Yo creía que no; me parecía más bien un esfuerzo de ambas partes para tomar posiciones para el siguiente asalto de su conflicto.

El origen de la reunión se prestaba a varias interpretaciones. El cambio de rumbo del vuelo de Kosygin podía dar la idea de una invitación de último momento por parte de los chinos. Por otra parte, el mínimo respeto otorgado a Kosygin, a quien no se le permitió salir del aeropuerto, y el hecho de que los soviéticos anunciaran primero la entrevista, podía significar que se trataba de una iniciativa soviética. Sea que se tratase de un acercamiento de China hacia un acuerdo o una última advertencia soviética a Pekín, era claro que las relaciones chino-soviéticas se acercaban a un punto de crisis.

El 16 de septiembre apareció en el *London Evening News* un ominoso artículo que confirmaba mis análisis. Victor Louis, un «periodista soviético free-lance» que pensábamos que era pagado por la KGB, a menudo lanzaba globos de ensayo y diseminaba información errónea. Ahora había escrito que «los teóricos marxistas» estaban considerando la posibilidad de una guerra chino-soviética y sugería que, si llegaba a ocurrir, «el mundo se enteraría de ello después del acontecimiento». Louis mencionaba la posibilidad de un ataque aéreo soviético contra el sitio de pruebas nucleares chinas en Lop Nor, Sinkiang. Aseguraba que una estación de radio clandestina, opuesta a Mao, estaba operando en China y que la misma había revelado la existencia de fuerzas anti Mao que, era «muy posible», podrían producir un líder que pidiera a otros países socialistas «ayuda fraternal». «Los acontecimientos durante el último año» decía Louis, han confirmado que los países socialistas tienen el derecho a interferir en los asuntos internos de otros países socialistas para defender sus intereses o los de aquellos que están amenazados».

Un ataque soviético a China no podría ser ignorado por nosotros. Eso afectaría el equilibrio de poder en el mundo y crearía la sensación de que se acercaba el momento del dominio soviético. Pero un desafío directo por parte de los norteamericanos no sería apoyado por nuestra opinión pública y hasta podría acelerar lo que intentábamos impedir.

El 29 de septiembre puse al día al presidente sobre las maniobras soviéticas durante el mes anterior y lo urgí para que hiciéramos algo más para responder:

Estoy preocupado por nuestra reacción ante esas pruebas. Los soviéticos tal vez no estén muy seguros respecto de su propia política china, y nuestras reacciones pueden figurar entre sus cálculos. Segundo, tal vez nos estén usando para crear la impresión en China y en el mundo de que nos están consultando en secreto y que nosotros miráramos con tolerancia sus acciones militares... Creo que debemos dejar en claro que nosotros no compartimos esas tácticas...

Antes de que el presidente pudiera hacer algo siguiendo estas recomendaciones, el 7 de octubre la Agencia de Noticias Nueva China anunció súbitamente que China había aceptado reanudar las negociaciones sobre los asuntos limítrofes, a nivel de ministro de Relaciones Exteriores Delegado, con la URSS. En una declaración conciliatoria China confirmó su deseo de llegar a un acuerdo pacífico; además, negó que estuviera exigiendo la devolución de los territorios tomados por la Rusia zarista en el siglo veinte. Al día siguiente, China publicó una propuesta de cinco puntos para retirar las tropas de ambas partes de las áreas en disputa. El 20 de octubre se reiniciaron las negociaciones en Pekín, conducidas por los ministros delegados Vasily V. Kuznetsov y Ch'iao Kuan-hua.

Tuve la impresión de que en la guerra de nervios China había dado un paso atrás. Escribí

al presidente que, en mi opinión, el cambio en la posición china se debía a dos factores: una creciente preocupación por un posible ataque soviético y la posible reafirmación del control de la política exterior por parte de la facción más pragmática representada por Chou En-lai. Pero no creía yo que hubiera ocurrido ningún cambio fundamental; las tensiones bajo la superficie no pueden ser aliviadas por acuerdos de procedimiento. Con su aprobación propuse explorar algunos nuevos pasos administrativos hacia China con Elliot Richardson. Nixon estuvo de acuerdo.

En este momento —cosa que no es sorprendente— el canal pakistaní súbitamente comenzó a dar señales de vida. El 10 de octubre, el mariscal del aire Sher Ali Khan, quien me había informado en Lahore, me hizo una visita en mi oficina de la Casa Blanca. Me informó que Yahya había hecho llegar un mensaje general a los chinos acerca de nuestros deseos de mejorar las relaciones, pero ahora sentía que necesitaba algo más específico para transmitir cuando llegara Chou En-lai a Pakistán. Le conté a Sher Ali del paso que Elliot Richardson y yo habíamos preparado unos días antes. Desde la guerra de Corea en 1950, dos destructores norteamericanos habían sido asignados para patrullar el estrecho de Taiwan con el objeto de simbolizar nuestro compromiso de defender a la República de China. En realidad, los destructores no eran parte de la defensa de la isla; su papel era primariamente simbólico. Richardson y yo obtuvimos el consentimiento del presidente para retirar la patrulla permanente; continuaríamos demostrando nuestro compromiso para la defensa de Taiwan por medio de quince tránsitos mensuales de otros barcos de guerra norteamericanos. El presidente Yahya estaba en libertad de comunicar esta decisión confidencialmente al embajador de China Comunista. Sin embargo, debía asegurarse de que no hubiera un malentendido con Pekín: nuestro compromiso básico con Taiwan permanecía inalterado; éste era simplemente un gesto como quitar un elemento irritante. Le dije a Sher Ali que me mantendría en contacto con el embajador Hilaly y le comunicaría cuando el presidente decidiera algo más preciso para decir a los chinos. Informé de todo esto a Nixon, quien escribió al final de mi informe: «K-también abrir posibilidades comerciales». Dado que Sher Ali ya había abandonado Washington y que yo quería evitar dar la impresión de ansiedad, decidí guardar esta perspectiva para la próxima reunión.

El 20 de octubre, el embajador Dobrynin, en la conversación con Nixon en la que transmitió la disposición soviética a iniciar las conversaciones SALT, también le advirtió formalmente contra cualquier intento de aprovecharse de las tensiones chino-soviéticas. Nixon le dijo que nuestra política con China no estaba dirigida contra la Unión Soviética. Al mismo tiempo, Estados Unidos no tenía intención de ser un enemigo permanente de la República Popular China, como tampoco de la Unión Soviética. Esperábamos aumentar el comercio, intercambiar personas, y eventualmente diplomáticos. Después de esta conversación escribí a Nixon mi evaluación:

Los soviéticos otra vez dejan ver sus íntimas sospechas de que estamos tratando de flirtear con China para ejercer presión sobre ellos. Nos advierten «por adelantado» que una idea semejante sólo puede conducir a graves equívocos y que podría interferir con el mejoramiento de las relaciones soviético norteamericanas. Usted ya ha respondido a este punto y creo que no hay ninguna ventaja en darle a los soviéticos excesivas seguridades. De cualquier modo, no debemos dejarnos apartar de nuestra política con China.

Y no nos apartaron. Para asegurarnos de que lo que queríamos decir había sido comprendido, el 26 de noviembre autoricé una señal adicional, propuesta por el Departamento de Estado, que consistía en dejar filtrar la decisión de terminar con la patrulla de destructores para que llegara a oídos de funcionarios chinos en Hong Kong.

Con esto comenzó un minuet entre nosotros y los chinos tan delicadamente organizado que ambas partes podían siempre asegurar que no estaban en contacto, tan estilizado que ninguna de las partes necesitaba llevar el peso de la iniciativa, tan elíptico que las relaciones existentes de ambas partes no eran amenazadas. Entre noviembre de 1969 y junio de 1970 hubieron por lo menos diez ocasiones en las que funcionarios de Estados Unidos en el exterior intercambiaron algunas palabras con funcionarios chinos en reuniones diplomáticas. Esto era un agudo contraste con lo que había ocurrido antes, cuando los chinos invariablemente interrumpían el contacto tan pronto como advertían que se encontraban con norteamericanos. En por lo menos cuatro ocasiones los funcionarios chinos iniciaron el contacto. Luego estos contactos comenzaron

a ir más allá de lo meramente social. En diciembre de 1969, nuestro cónsul general delegado en Hong Kong se enteró a través de un intermediario de confianza de «la opinión privada» de un funcionario comunista chino: mientras que todas las diferencias entre Estados Unidos y la República Popular necesitarían años para resolverse, alguna forma de relación podría establecerse antes de 1973.

Intentamos una iniciativa por nuestra cuenta. El 3 de septiembre, en los peores momentos de la amenaza de guerra, nuestro embajador en Polonia, Walter Stoessel, se entrevistó con el presidente en una visita rutinaria de cortesía. Yo conocía a Stoessel desde 1959 cuando fue designado miembro del Centro de Asuntos Internacionales de Harvard. Lo consideraba uno de los mejores funcionarios del servicio exterior, experto, reflexivo, disciplinado. Mientras esperábamos ver a Nixon le dije a Stoessel que se acercara al embajador de la República Popular en la próxima reunión social en que se encontraran y le dijera que estábamos dispuestos a iniciar serias conversaciones (*).

No ocurrió nada durante tres meses. Luego, el 3 de diciembre Stoessel logró ubicar a Lei Chang, el encargado de negocios chino, en un desfile de modas yugoslavas en el Palacio de la Cultura de Varsovia. Cuando Stoessel se le acercó, Lei Yang corrió escaleras abajo. Stoessel lo persiguió y le pasó el mensaje por medio del intérprete polaco de Lei. Para hacerles saber a los chinos que la actitud de Stoessel no había sido una decisión personal, hicimos que un vocero del Departamento de Estado anunciara en la próxima reunión de prensa semanal que Stoessel y Lei habían intercambiado unas palabras. Chou En-lai me dijo algunos años más tarde que casi le habíamos provocado un ataque al corazón al encargado de negocios y que Lei Yang, totalmente sin instrucciones para una contingencia así, había tratado de escapar de Stoessel porque no sabía cómo debía responder.

Pero Chou En-lai sí sabía. El 6 de diciembre la República Popular liberó a otros dos americanos que estaban detenidos desde el 16 de febrero, cuando su yate entró en aguas territoriales chinas frente a la provincia de Kwangtung (**).

El 11 de diciembre de 1969, para nuestra sorpresa, el embajador Stoessel fue invitado a la embajada china, primera invitación de este tipo en todo contacto chino-americano desde que los comunistas tomaron el poder en China. Stoessel respondió que se sentiría muy contento de llegar discretamente por la puerta trasera; se le dijo que ese cuidado no era necesario; la entrada principal era perfectamente conveniente (seguramente para evitar la posibilidad de que los soviéticos y su servicio de inteligencia se perdieran la ocasión). Y efectivamente Stoessel entró por la puerta principal y se encontró con los chinos en una atmósfera «cordial», como anunció el vocero del Departamento de Estado Robert McCloskey al día siguiente. Stoessel propuso la reanudación de las conversaciones de Varsovia; no se tocaron otros temas. Se acordó que habría otra reunión dentro de un mes.

Este contacto hecho por Stoessel fue la primera intervención operacional de la maquinaria regular del Departamento de Estado en la diplomacia con China. El subsecretario Elliot Richardson, el secretario asistente Marshall Green, sus equipos y analistas de alto nivel, hicieron contribuciones vitales a los diversos estudios llevados a cabo por el sistema del CNS; habían resuelto hábilmente varios esquemas para aliviar las restricciones comerciales. Pero el Departamento de Estado como institución no se había visto involucrado en la estrategia general y había tenido que conducir muy poca diplomacia. Ahora su burocracia comenzó a ponerse en actividad, pues su campo no es el análisis sino las negociaciones. Después de ver cómo los estudios llegan y se van no siente inclinación a discutir los documentos de planificación; pero lucha a muerte por cuestiones de instrucciones a embajadores. El Departamento de Estado está convencido de que la política se hace con mayor eficiencia por medio de cables. Dado el relativamente corto tiempo para reaccionar permitido por la mayoría de las negociaciones, esto tiene además la ventaja de mantener en un mínimo la intervención de extraños (tales como el presidente, y hasta el mismo secretario de Estado).

Las conversaciones de Varsovia desataron todos los reflejos latentes en el «establishment» del Departamento de Estado. El primero que se hizo oír fue el grupo que se especializaba en relaciones soviético-norteamericanas. Convencidos de que las superpotencias nucleares tenían

(*) Luego resultó que este embajador había sido reclamado por la Revolución Cultural; el funcionario más alto en Varsovia era el encargado de negocios.

(**) Éste fue un incidente distinto del episodio de julio descrito anteriormente.

la llave de la guerra y la paz, querían correr el mínimo de riesgos en esta relación y veían pocas ventajas compensatorias en un acercamiento con China. Por el contrario, una relación triangular, creían podría alterar toda posibilidad de predicción en la esfera política de ellos. El argumento de que unas mejores relaciones con China podrían mejorar realmente las relaciones con la Unión Soviética era considerado por este grupo como una cosa absurda o temeraria (*). El líder intelectual de este grupo era el brillante y dedicado ex embajador en la Unión Soviética Llewellyn Thompson, el experto más importante en asuntos soviéticos del Departamento de Estado. Ya en junio él y su igualmente distinguido colega Charles (Chip) Bohlen habían, por propia iniciativa, visitado a Nixon cuando se enteraron de que proyectábamos aliviar las restricciones comerciales con China. Con decisión, advirtieron al presidente contra cualquier intento de «usar» a China contra la Unión Soviética. Esto sólo traería desagradables consecuencias para las relaciones soviético-norteamericanas y para la paz mundial. Por supuesto, nosotros no teníamos en la mente algo tan torpe como «usar» a la República Popular contra la Unión Soviética; sólo queríamos crear un incentivo para que ambos mejoraran sus relaciones con nosotros. Nixon se comportó como de costumbre; dejó entrever simpatía en presencia de ellos y luego se burló de lo que consideraba la incorregible estupidez del servicio exterior tan pronto como abandonaron la habitación. †

Al enterarse de la inminente reanudación de las conversaciones de Varsovia, Llewellyn Thompson sugirió que mantuviéramos a Dobrynin informado de todos nuestros contactos. Rogers me transmitió esa proposición, asegurando que él no la apoyaba, pero que quería «darle al presidente la posibilidad de pensar en ella». Yo estaba en total desacuerdo. Ya que la Unión Soviética no nos informaba acerca de sus contactos con los chinos ni con otras naciones, no veía yo ninguna razón para extenderles una cortesía no recíproca o una seguridad gratuita. Además, no veía tampoco ningún beneficio en dar a los rusos la oportunidad de hacerle llegar a Pekín la noticia de que los manteníamos informados, aumentando de ese modo desde el principio las sospechas de los chinos. Nixon estuvo de acuerdo conmigo. El 12 de diciembre informé lo siguiente a Rogers: «El presidente... ha pedido que bajo ninguna circunstancia debemos informar a Dobrynin acerca de las conversaciones o de sus contenidos. Si Dobrynin pregunta, le responderemos con indiferencia que se refieren a asuntos de mutuo interés, pero nada más. El presidente está preocupado por lo que puedan decir, además de esto, funcionarios de niveles inferiores en conversaciones informales.»

Lamentablemente otro engranaje de la maquinaria burocrática estaba trabajando horas extra. El Departamento de Estado funciona por medio de un pasmoso sistema de controles por el que las distintas oficinas del departamento, así como gobiernos extranjeros, son informados, más o menos automáticamente, de los acontecimientos importantes. Los motivos son varios: asegurarse de que los funcionarios claves reciban información sobre asuntos que puedan afectarlos en el cumplimiento de sus funciones, generar un sentido de participación, dar seguridades a los aliados nerviosos, y a veces, en una profesión en que la información es poder, crear la obligación de un recíproco compartir de información. La dificultad estriba en que estos valiosos criterios son muy a menudo subordinados a consideraciones mezquinas de vanidad o prestigio burocrático y son obedecidos tan rutinariamente que los funcionarios superiores tienen grandes dificultades para controlarlos. A los pocos días fue obvio que el Departamento de Estado había enviado resúmenes de las conversaciones de Varsovia a nuestras embajadas en Tokio, Taipei y Moscú así como a nuestro consulado general en Hong Kong. Los gobiernos del Reino Unido, Australia, Canadá, Francia, Italia y Nueva Zelanda habían sido informados antes o después de la reunión de Stoessel. Si bien a todo el mundo se le había advertido que no hiciera comentarios en público, una tal diseminación de tan jugosa información era imposible que no se difundiera en el mundo diplomático. Cuando mencioné lo que se había hecho, el presidente

(*) Esto fue expresado del siguiente modo en un documento del Departamento de Estado presentado ante el Grupo de Revisión del CNS en septiembre:

La tolerancia soviética ante la apertura de los EEUU hacia Pekín puede ser substancial, pero estas aperturas introducirán de todos modos elementos irritantes en las relaciones EEUU-URSS. Además, si se llegara a producir una mejora importante en esas relaciones, los soviéticos podrían muy bien adoptar una línea más dura tanto en el interior como en asuntos internacionales. No es fácil predecir cuál será el punto en que las ventajas de una mejora de las relaciones China-EEUU podrían ser contrabalanceadas por un endurecimiento de las relaciones EEUU-URSS. El hecho de que eso sea posible indica que hay que tener mucha cautela en cualquier intento de mejorar las relaciones con China.

suspiró: «Mataremos a este niño antes de que nazca». La dificultad de controlar la enorme maquinaria burocrática de comunicaciones fue la principal razón por la cual el control de la diplomacia china fue gradualmente transferido a la Casa Blanca.

El 19 de diciembre tomamos otra iniciativa. Un discreto anuncio en el *Federal Register* informaba de un nuevo alivio en las restricciones comerciales: eliminación del límite de cien dólares para las compras de los turistas; autorización a subsidiarias extranjeras de compañías norteamericanas para que hicieran negocios con la República Popular de China; y dejar en manos del gobierno la decisión de qué se consideraba manufactura china, facilitando de este modo las importaciones de objetos de arte.

Súbitamente todos los canales parecieron cobrar vida. El 17 de diciembre el primer ministro delegado de Relaciones Exteriores de Rumania me visitó para informarme de la reacción china a la conversación de Nixon con Ceausescu. Los chinos habían escuchado correctamente; dijeron que estaban interesados en tener relaciones normales con Occidente; no tenían nada específico para comunicar. La República Popular parecía estar diciendo dos cosas: estaba dispuesta a hacer contacto, pero no necesariamente por el canal rumano. Ahora bien, al día siguiente, el embajador Agha Hilaly trajo las últimas noticias del canal paquistaní. Tenía mucho más para decir. Leyendo en una carta manuscrita —el modo en que todos los mensajes paquistaníes en ese canal eran transmitidos por razones de seguridad— Hilaly informó que Yahya le había hablado al embajador de nuestro interés general en mejorar relaciones y de nuestra decisión de retirar los dos destructores de patrulla en Taiwan. El embajador chino reaccionó en un primer momento con cierta frialdad, poniendo interrogantes sobre los motivos americanos, pero después de unos pocos días —obviamente al recibir instrucciones de Pekín— regresó con una respuesta más conciliatoria. Ahora expresaba la gratitud de Pekín por los esfuerzos de Pakistán y por el papel que había desempeñado. La liberación de los dos navegantes americanos el 6 de diciembre había sido una respuesta tangible a nuestra apertura, dijo Hilaly.

El presidente mantuvo la pelota en juego con una larga carta a Yahya sobre las relaciones de Estados Unidos con Pakistán. Sobre China, Nixon escribió: «Usted sabe cuánto interés tengo en que se produzca un diálogo más significativo con los líderes chinos. En el mejor de los casos este es un proceso lento, pero no lo hemos abandonado». Cuando le entregué esta carta a Hilaly el 23 de diciembre, él ya había recibido otro mensaje. Yahya ahora nos informaba de su «impresión» (en jerga diplomática, una comunicación de un alto funcionario chino pero no atribuible a nadie) de que los chinos estaban deseosos de reanudar las conversaciones de Varsovia sin condiciones previas. Estaba claro que los chinos atribuían especial valor al canal paquistaní ya que Pakistán estaba en una posición menos complicada respecto de las relaciones chino-soviéticas que Rumania.

LA POLÍTICA TRIANGULAR

De este modo, a fines de 1969, la relación de Estados Unidos con el mundo comunista se estaba convirtiendo lentamente en triangular. No considerábamos nuestra apertura hacia China como algo inherentemente antisoviético. Nuestro objetivo era purgar nuestra política exterior de todo sentimentalismo. No había ninguna razón para que limitáramos nuestros contactos con los más importantes países comunistas sólo a la Unión Soviética. Nos acercábamos a China no para expiar culpas liberales por nuestra política con China a fines del decenio de 1940, sino para dar forma a un equilibrio global. No era para conspirar en contra de la Unión Soviética sino para darnos una posición de equilibrio para usar con fines constructivos, para dar a cada potencia comunista una mejor participación en mejores relaciones con nosotros. Un equilibrio tal aseguraría la estabilidad entre las potencias mayores y hasta una eventual cooperación en los decenios de 1970 y 1980.

El 18 de diciembre, en una conferencia de prensa de fin de año en la Sala Este, traté de esbozar nuestra actitud general ante *ambas* potencias comunistas: «Siempre hemos dicho con claridad que no tenemos enemigos permanentes y que juzgaremos a otros países, incluyendo países comunistas, y específicamente países como China comunista, sobre la base de sus acciones y no sobre la base de sus ideologías domésticas». Hablé favorablemente del estilo positivo que se había desarrollado en nuestras relaciones con la Unión Soviética, de la ausencia de propaganda tendenciosa que había caracterizado intercambios anteriores. Estábamos dispuestos a negocia-

ciones serias. Nos prepararíamos meticulosamente. Pero insistiríamos en reciprocidad. Estábamos dispuestos a una reunión cumbre con los líderes soviéticos, pero preferiríamos que esa reunión fuera un progreso considerable, y no un fin en sí misma. Hablé de China en un tono más filosófico, ya que teníamos mucho que andar para despertar esa relación:

El pueblo chino es obviamente un gran pueblo. Tienen el más largo registro de gobierno ininterrumpido de una sola área de todas las civilizaciones existentes. En segundo lugar, 800 millones de personas que representan el 25 por ciento de la raza humana, son un factor que no puede ser ignorado. Ellos influirán sobre los asuntos internacionales al margen de nuestras intenciones y de las declaraciones políticas que adoptemos. Son una realidad. Y su política determinará, para bien o para mal, las posibilidades de paz y progreso. Y eso es independiente de lo que nosotros hagamos.

Si es verdad que el gran problema de la inmediata segunda posguerra fue evitar el caos, y si es verdad que el gran problema de los próximos 20 años es construir una paz más permanente, entonces nos parece imposible construir una paz, que nosotros definiríamos como algo más que evitar las crisis, si ignoramos a estos 800 millones de personas.

Y tampoco sobreestimamos lo que podemos hacer unilateralmente para acercarnos a ellos.

Ellos tomarán sus decisiones sobre la base de sus propias ideas acerca de sus necesidades y de su ideología. Pero hasta donde sus acciones puedan ser influidas por las nuestras, estamos dispuestos a entablar un diálogo con ellos.

El 22 de diciembre tuve una entrevista privada de fin de año con Dobrynin. Estaba tan seguro de que tocaría el tema de China que escribí mi respuesta para que el presidente la aprobara, cosa que hizo. Escribí:

Insistiré en que

- no aceptaré la premisa de que la hostilidad permanente es una ley de hierro para las relaciones EEUU-China;
- nuestra política no está dirigida contra la URSS;
- no tomamos partido en la disputa chino-soviética.

No me vería desilusionado. Dobrynin sacó el tema de China una vez más, y preguntó qué intenciones teníamos y qué habían respondido los chinos. Esquivé la pregunta dándole tan sólo las seguridades generales que había preparado.

A fines de 1969 era obvio que China, también, había tomado la decisión extratégica de buscar un acercamiento con nosotros, aun cuando esto alejara a la Unión Soviética y se volviera a los diálogos intermitentes sobre la disputa fronteriza. Cuando comenzó 1970, los chinos estuvieron de acuerdo en realizar otra reunión informal en la que Stoessel propondría la reanudación formal de las conversaciones de Varsovia a nivel de embajadores. La reunión se realizaría en la embajada norteamericana el 8 de enero. La preparación de esta reunión condujo a otra disputa menor con el Departamento de Estado. El presidente y yo estábamos ansiosos por aprovechar la ocasión de decir a los chinos que no participaríamos en un condominio soviético-norteamericano en Asia ni en ninguna otra parte. Queríamos que los chinos oyeran directamente lo que hasta ahora se les había dicho por medio de terceros. También existía el peligro de que mináramos la credibilidad de nuestros canales privados si los diplomáticos norteamericanos no repetían lo que el presidente y yo habíamos dicho en varias oportunidades a nuestros intermediarios.

Marshall Green, secretario de estado adjunto para el Este Asiático y asuntos del Pacífico, se resistió arguyendo que debíamos evitar temas de fondo en una reunión dedicada a procedimientos. Sin dudas había razones más profundas para esta resistencia: irritación ante la interferencia de la Casa Blanca; la sensación de que introducir consideraciones geopolíticas relacionadas con la Unión Soviética era gratuito para los especialistas en Asia Oriental; y, tal vez, también cautela respecto de la apertura china entre expertos acostumbrados a ver a China como una amenaza mayor, quizás todavía inhibidos por las dolorosas memorias de los castigos por los audaces pasos dados en dirección de China comunista durante la era de McCarthy.

Empero, la reunión de Varsovia el 8 de enero salió extraordinariamente bien. El encargado chino llegó llamativamente a la embajada de Estados Unidos en una limousine con la bandera

china. Los asuntos de procedimientos fueron arreglados amigablemente. Se acordó reanudar las reuniones formales y regulares en Varsovia entre embajadores. Y el mensaje del presidente acerca del condominio fue transmitido. Ambas partes evitaron la polémica (aun cuando la prensa china continuaba informando a su público de las «iniquidades» de la administración Nixon). Los chinos aceptaron el principio de reunirse alternativamente en las dos embajadas. La siguiente reunión fue fijada para el 20 de junio, en la embajada china. Lei Yang propuso que las reuniones fueran anunciadas.

De este modo, a un año y un día de la toma de posesión del presidente, la República Popular de China y Estados Unidos se embarcaban nuevamente conversaciones substanciales, por primera vez en más de dos años. Pero estas serían diferentes a cualquiera de las 134 reuniones que las habían precedido. Habían sido cuidadosamente preparadas durante meses de mensajes, primero indirectos pero crecientemente explícitos, de un deseo de producir un cambio fundamental en nuestras relaciones. Aun quedaba un largo camino por recorrer. Pero por fin estábamos al pie de una cadena montañosa que nos tomaría otros dieciocho meses atravesar.

Fue un momento de extraordinarias esperanzas. Más allá de las ventajas de la diplomacia triangular, había otras razones. Una era Vietnam. Una apertura con China podría ayudarnos a terminar con la agonía de la guerra. La explosión de Xuan Thuy el 22 de marzo había demostrado vívidamente la sensibilidad de Hanoi ante la creciente separación de sus dos aliados más importantes. Este conflicto chino-soviético complicaba la posición de Vietnam del Norte, pues (entre otras) la simple razón práctica era que buena parte de la ayuda militar de la Unión Soviética venía por tierra en ferrocarril a través de China y por lo tanto requería un mínimo de cooperación chino-soviética. Hanoi podría haber advertido el margen de maniobra que esa disputa nos daría, tal como ocurrió en 1972. Y cualquier iniciativa que nos ayudara a cubrir nuestras diferencias domésticas también privaría a Hanoi de una de sus mayores ventajas.

El impacto doméstico en Estados Unidos causado por nuestra iniciativa con China tenía una más profunda significación. La agonía de Vietnam parecía incluir la desesperanza acerca de la posibilidad de una política creativa, un odio por vernos envueltos en asuntos extranjeros, y en algunos grupos, un insidioso autodesprecio. El drama de terminar la separación con este gran pueblo, en términos humanos y por lo que significaba en cuanto a las perspectivas globales de paz, sería como una bocanada de aire fresco, un recordatorio de lo que Estados Unidos podría lograr como líder del mundo. Conseguir eso en medio de una guerra que nos dividía demostraría a otros países que todavía éramos un factor importante en los asuntos mundiales, capaces de actuar con audacia y habilidad para hacer progresar nuestros objetivos y aumentar nuestra seguridad y la de todos aquellos que confiaban en nosotros.

Capítulo VII

ESTRATEGIA Y POLITICA DE DEFENSA

LA DEFENSA Y EL EQUILIBRIO ESTRATÉGICO

A través de la historia, la influencia política de las naciones ha sido groseramente correlativa a su poderío militar. Mientras los estados pueden diferir en el valor moral y el prestigio de sus instituciones, la habilidad diplomática puede aumentar, pero nunca substituir a la fuerza militar. En el cómputo final, la debilidad ha tentado invariablemente a la agresión y la impotencia trae en su estela la abdicación de la política. Algunos países menores han desempeñado papeles significativos a escala mundial durante breves periodos, pero sólo cuando actuaban dentro del seguro marco de un equilibrio internacional. El equilibrio de poder, concepto muy difamado en los escritos políticos norteamericanos (raramente usado sin anteponerle el peyorativo «anticuado») ha sido, de hecho, condición previa para la paz. Desde luego, un cálculo del poder es solamente el comienzo de la política; no puede ser su único propósito. Persiste el hecho de que sin poderío, hasta los propósitos más elevados corren el riesgo de ser anulados por los dictados de otros.

Esta ha sido una lección dura de aprender para los norteamericanos. Protegidos por dos océanos, estuvimos persuadidos durante más de un siglo de que nos era innecesario abocarnos a temas de estrategia. Solos entre las grandes potencias, imaginábamos que podríamos prevalecer por medio de la pureza de nuestros motivos y que nuestro impacto sobre el mundo, de alguna manera, no estaba relacionado con nuestra fuerza física. Tendíamos a oscilar entre el aislamiento y accesos de intervención, cada uno concebido en términos moralistas. Hasta nuestros esfuerzos militares poseían una cualidad abstracta, centrada más en la logística que en la geopolítica. En nuestras guerras, generalmente derrotábamos a nuestro adversario por el peso de nuestros recursos más que por la audacia o las concepciones estratégicas.

Hacia fines del decenio de los años sesenta, una vez más estuvimos tentados a retirarnos hacia adentro. Las frustraciones de una guerra inconcluyente alentaban a algunos a afirmar que nuestros problemas debíanse a que estábamos demasiado involucrados en todo el mundo. Las críticas, originalmente dirigidas a la guerra de Vietnam, pronto se extendieron a todo el espectro de nuestros programas y compromisos militares. La opinión informada que había apoyado a una generación de esclarecido compromiso internacional de posguerra parecía estar volviéndose intensamente contraria al mismo.

Esto amenazaba con colocar a nuestra nación, y a otros pueblos libres, en una posición precaria. La estabilidad política de Europa y Japón, y la evolución futura de los países en desarrollo de América Latina, África y Asia, dependería de si Estados Unidos poseía poder relevante para sus objetivos y de si se lo creía capaz de defender sus intereses y los de sus amigos. Si la guerra de Vietnam desgastaba nuestra disposición a respaldar la seguridad de los pueblos libres con nuestro poderío militar, incontables millones estarían amenazados.

Desafortunadamente, nuestros afanes domésticos eran más agudos en un momento en que la tecnología, combinada con decisiones deliberadas anteriores, estaban alterando la naturaleza de nuestro equilibrio estratégico. Durante el periodo de posguerra, la Unión Soviética disfrutó de una enorme ventaja en fuerzas terrestres convencionales. Sin embargo, la capacidad militar soviética sufría de dos inconvenientes: el alcance soviético era relativamente corto ya que estaba

limitado a áreas vecinas a la Unión Soviética. Y la superioridad norteamericana en fuerzas nucleares estratégicas era abrumadora. La Unión Soviética no podía presionar con su ventaja local por temor a verse confrontada con la superioridad nuclear de Estados Unidos. Esta era la razón primaria por la cual la Unión Soviética, pese a bravatas ocasionales, nunca usó sus vastas fuerzas convencionales contra países aliados de Estados Unidos. Una de las ironías de nuestra época es que desde 1945 el Ejército Rojo ha sido usado, en fuerza, solamente contra aliados de la Unión Soviética (en Berlín Oriental en 1953, en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968, y en la frontera con China en 1969).

Sin embargo, para fines de los años sesenta el equilibrio nuclear estratégico se acercaba a la paridad. Esto hubiera debido cambiar todos los presupuestos de nuestra estrategia de posguerra. Desafortunadamente, en el preciso momento en que nuestro debate nacional hubiera debido concentrarse en las consecuencias de esta nueva situación, todos nuestros programas de defensa estaban siendo atacados. Eran tachados de excesivos, achacados a líderes despiadados y criticados porque contribuían a generar crisis y conflictos.

Las administraciones en funciones en los años sesenta decidieron conscientemente aceptar una paridad en armas estratégicas que consideraban inevitable; sin embargo, al aceptarla también la aceleraban. En los años sesenta, Estados Unidos detuvo voluntariamente la construcción de ICBM con base terrestre y de los SLBM de lanzamiento desde submarinos. No teníamos ningún programa para la construcción de bombarderos estratégicos adicionales. Se decidió mantener una fuerza estratégica consistente de 1.054 ICBM de base terrestre, 656 SLBM y alrededor de 400 bombarderos B-52. Adoptamos estos techos en un momento en que superábamos cómodamente las fuerzas estratégicas de la Unión Soviética. Pero estos techos no fueron cambiados ni siquiera cuando fue evidente que la Unión Soviética, reaccionando en parte a su humillación en la crisis cubana de los misiles de 1962, se lanzó a un esfuerzo masivo para aumentar su poderío militar en todas las categorías.

En el folklore norteamericano, la crisis cubana es recordada como una gran victoria norteamericana. Y ciertamente lo fue. Pero los gobiernos soviéticos y norteamericano extrajeron de ella conclusiones diametralmente opuestas. En la política norteamericana, la misma condujo a la búsqueda del control de armas y de la «détente», ejemplificada por los tratados de prohibición de ensayos y de no proliferación, y por cierto, la decisión de cesar nuestra construcción de misiles cuando hubiéramos alcanzado un número prefijado. En la Unión Soviética, por contraste, la humillación de Khrushchev en Cuba fue una de las causas de su derrocamiento, dos años más tarde. La esencia de la respuesta soviética a la experiencia cubana está ejemplificada en el punzante comentario de Vasily V. Kuztenov a John McCloy, cuando estos dos veteranos diplomáticos soviético y norteamericano negociaban los detalles del retiro de armas soviéticas de Cuba a fines de 1962: «¡Ustedes los norteamericanos nunca más podrán volver a hacernos esto!» (1) A partir de entonces, la Unión Soviética lanzó a un programa decidido, sistemático y a largo plazo para extender todas las categorías de su poder militar (sus misiles y bombarderos, sus tanques, submarinos y aviones caza) en su calidad tecnológica y alcance global. La crisis cubana de 1962 fue así un punto histórico crucial, pero no por las razones que tan complacientemente supusieron algunos norteamericanos.

Tres años después de la confrontación cubana, en 1965, el arsenal estratégico soviético comprendía alrededor de 220 ICBM y más de 100 SLBM. Para 1968, las cantidades habían crecido a cerca de 860 ICBM y más de 120 SLBM. En 1971 los soviéticos nos alcanzaron, y seguían construyendo. Nuestras estimaciones de los planes de ellos resultaban invariablemente bajas. El brillante analista Albert Wohlstetter ha demostrado convincentemente que la creencia de moda en los años sesenta de que el Pentágono exageraba los programas soviéticos para obtener partidas presupuestarias más elevadas era exactamente lo opuesto a la verdad. Los planificadores norteamericanos de los años cincuenta y sesenta *subestimaban* continuamente los planes de construcción de los soviéticos (2). Los programas soviéticos estuvieron siempre a un nivel mayor que nuestros cálculos, no al nivel de lo que se describía como «más probable», sino a lo que se enunciaba como «el peor caso». En vez de detenerse una vez alcanzada una paridad con nosotros, como esperaron algunos, los soviéticos continuaron construyendo hasta que se detuvieron en 1972 por los acuerdos SALT, y entonces se dedicaron a un energético programa de mejoramiento cualitativo.

La respuesta norteamericana al aumento de producción de armas soviético en la administración Johnson fue doble. Hubo una decisión de construir un sistema de defensa contra misiles

balísticos (ABM), pero la misma fue impuesta a la administración Johnson por un congreso excitado y a Nixon le tocó aplicarla. Y por el lado ofensivo, en vez de igualar la cantidad de misiles soviéticos, nuestros predecesores decidieron desarrollar ojivas MIRV a fin de multiplicar el poder ofensivo de cada uno de nuestros misiles existentes. Las primeras pruebas de vuelo de los MIRV norteamericanos tuvieron lugar en 1968. Nuestros predecesores también habían decidido basar nuestra fuerza estratégica en misiles livianos pero altamente precisos, el ICBM Minuteman y el SLBM Poseidón. Los soviéticos habían tomado la decisión opuesta, poniendo el acento en misiles mucho más grandes que los nuestros y, por lo tanto, capaces de transportar una mayor carga útil. Con el perfeccionamiento de la tecnología soviética, su ventaja en cantidad y en carga útil sería incrementada por una precisión mejorada. De modo que las decisiones de la administración Johnson determinaron el tamaño y el número de nuestros misiles a lo largo de nuestro período en funciones. Fue así porque para la mayoría de las armas nuevas, el período que debe transcurrir entre su concepción y su producción es, por lo menos, de seis años, y porque el Congreso se resistió a aprobar nuevos programas hasta el fin de la guerra de Vietnam. En consecuencia, ninguna decisión que tomáramos podía resultar en la producción de nuevas armas antes de mediados del decenio de los años sesenta. Y la oposición del congreso amenazaba con demorar esto todavía más.

Así, inexorablemente, la preponderancia abrumadora de que habíamos gozado en los años cuarenta y cincuenta estaba siendo erosionada, primero hasta la igualdad, eventualmente hasta la vulnerabilidad, de nuestras fuerzas de base terrestre. La mayor carga útil y la inminente superioridad numérica de los soviéticos sería equilibrada, por un tiempo, por nuestra ventaja tecnológica. Se creía que nosotros estábamos adelantados por lo menos cinco años en el desarrollo de los MIRV; la precisión de nuestros misiles era todavía superior, ingrediente crucial en cualquier cálculo sobre un hipotético enfrentamiento nuclear. Nuestra capacidad de mantener un grosero equilibrio estratégico todavía no estaba amenazada, siempre que nuestra superioridad tecnológica fuera explotada a pleno. Podíamos desplegar un sistema ABM para proteger nuestras ciudades o nuestros silos de misiles. También podíamos acelerar los trabajos preliminares de un bombardero más avanzado (luego conocido como el B-1), un nuevo submarino y un misil lanzado desde submarinos (el Trident), y un nuevo ICBM (el MX). Después de 1978 estaríamos, de ese modo, en una posición fuerte, siempre que todos los programas iniciados a principios de los años setenta fueran mantenidos. Dimos todos estos pasos, pero cada uno de ellos fue atacado tanto por el congreso como por los medios. Nuestro dilema estratégico era que sin esos futuros sistemas de armas nuestras fuerzas estratégicas volverían cada vez más vulnerables; aun con ellos, nuestros requerimientos de seguridad a largo plazo eran cambiantes.

Porque *aún con igualdad*, o con una ligera superioridad, cualquier nueva administración se enfrentaría con un desafío sin precedentes. Nuestras estrategias de defensa, concebidas en el período de nuestra superioridad, tenían que ser vueltas a examinar a la cruda luz de las nuevas realidades. Antes de que pasara mucho tiempo, un conflicto nuclear podría infligir a Estados Unidos decenas de millones de bajas. Existiría entonces un equilibrio de destructividad; y aun si por un tiempo nuestra capacidad de infligir bajas excedía a la de nuestros adversarios, era seguro que nuestra renuencia a recurrir a la guerra nuclear aumentaría dramáticamente. La credibilidad de las promesas norteamericanas de arriesgar un Armagedón en defensa de nuestros aliados estaba condenada a ser cuestionada. Esto planteaba preguntas críticas: ¿Cómo podríamos mantener la independencia y confianza en ellos mismos de países aliados, bajo la sombra de los ejércitos soviéticos de tierra (también en aumento) además de su arsenal nuclear en expansión? ¿Cuál sería nuestra estrategia para el uso de nuestras fuerzas nucleares? Si una guerra termonuclear total se volvía demasiado peligrosa, ¿seguirían siendo factibles las aplicaciones limitadas de fuerzas nucleares?

EL DEBATE DE DEFENSA

Esas preguntas habrían sido difíciles de responder en la mejor de las circunstancias. Desafortunadamente, el final de la década del sesenta y los comienzos de la del setenta difícilmente eran una época adecuada para un análisis sereno y racional de problemas estratégicos. La crítica apasionada a la guerra de Vietnam extendiéndose en un ataque al «establishment» de defensa como

un todo; por cierto, algunos veían en un ataque al presupuesto de defensa un medio para forzar la terminación de la guerra en el sudeste asiático. El «Reordenamiento de prioridades nacionales» desde programas de defensa a programas domésticos era el slogan del período; era un eufemismo para referirse a severas reducciones en el presupuesto de defensa. Los que se reían de la sintaxis y el liderazgo del general Eisenhower cuando él estaba en funciones, abrazaron presuntamente, como si fuera una verdad revelada, las advertencias que hiciera el general, en 1961, contra permitir que el denominado complejo militar-industrial adquiriera una influencia desproporcionada en la vida norteamericana. Las armas, especialmente las nuestras, eran consideradas la causa antes que los síntomas de tensión, porque se alegaba que nuestros programas desencadenaban respuestas soviéticas, en lugar de lo inverso. Las afirmaciones del gobierno de EEUU de que el aumento del arsenal soviético nos ponía frente a un auténtico problema de defensa eran ridiculizadas como producto habitual de la «maquinaria de propaganda del Pentágono» (3), regurgitado cada año para influir sobre las decisiones presupuestarias del Congreso. La percepción válida de que la carrera de armas estratégicas era diferente de cualquiera de las que la habían precedido era convertida en la proposición de que *cualquier* nuevo gasto para fuerzas estratégicas era absurdo, porque ya existían armas suficientes para destruir varias veces la humanidad. El estado de ánimo de la época quedó ejemplificado en una conferencia realizada en Washington en marzo de 1969, convocada por un grupo bipartidario de diez senadores y cerca de cuarenta representantes, sobre el tema «presupuesto militar y prioridades nacionales». Asistieron a la misma distinguidos estudiosos, científicos, ex funcionarios gubernamentales y miembros de ambas cámaras del Congreso. Su informe, publicado después bajo el título *Militarismo Norteamericano 1970*, decía que «nuestro país se halla en peligro de convertirse en un estado de seguridad nacional» (4). El grupo integrado por ochenta miembros de ambos partidos, denominado «Miembros del Congreso para la paz a través de la ley», emitió en julio un informe donde atacaba seis grandes programas de armamentos, incluyendo el ABM, en lo que *The New York Times* describió como un esfuerzo por «convertir el debate contra los misiles balísticos en un ataque mucho más amplio contra los gastos militares» (5). Todo lo que era militar se convirtió en objeto de ataque: programas, presupuestos, doctrinas estratégicas. Un anuncio a toda página atacando las defensas contra misiles balísticos, fue titulado, sarcásticamente: «sistema de antimisiles balísticos. De la misma gente que trajo a ustedes la guerra de Vietnam.» (6)

La «lección» de Vietnam más frecuentemente citada era que Estados Unidos tenía que reducir sus compromisos de ultramar. Se creó la impresión de que nuestros despliegues en el exterior, en vez de contener la agresión, en realidad la alentaban. Retirando las fuerzas estadounidenses de ultramar, se decía, la incidencia de conflictos globales descendería, haciendo posibles menores gastos de defensa. Del mismo modo, presupuestos militares reducidos obligarían al gobierno a reducir sus compromisos extranjeros. Un beneficio adicional sería que los fondos quedarían disponibles para programas domésticos de bienestar social.

La original teoría de que los presupuestos de defensa reducidos aumentaban la seguridad fue expresada a fines de 1968 por dos ex funcionarios de las administraciones Kennedy y Johnson. Los mismos eran Carl Kaysen, ex asesor delegado para asuntos de seguridad nacional bajo John Kennedy y después jefe del prestigioso Instituto para Estudios Avanzados de Princeton, y Charles L. Schultze, Director de la Oficina de Presupuesto durante la administración Johnson (7). Decía Kaysen:

Las nuevas realidades técnicas y políticas señalan la futilidad de una búsqueda de seguridad primariamente por medio del aumento del poderío militar y la creciente importancia de factores políticos como arreglos y acuerdos sobre control de armas. Ciertamente, dando importancia a estos factores, en los próximos cinco años tendremos una mejor perspectiva de alcanzar niveles más altos de seguridad (es decir, menos riesgos de daño a Estados Unidos y a sus intereses vitales, con fuerzas armadas y presupuestos militares un tercio menores que los de ahora) que la que tendríamos si continuamos en la línea de nuestra política pasada en una situación radicalmente alterada. Dicho simplemente, proceder a la limitación de armas, a la restricción de despliegues militares y al control de armamentos no sólo es más barato que continuar con nuestra competencia armamentista y confrontación militar; es más seguro.

Schultze llegaba a la conclusión de que el fin de la guerra de Vietnam permitiría una reducción del presupuesto de defensa del orden de los veinte a veintidós mil millones de dólares por año.

Pero le afligía que este «dividendo de la paz» estuviera en peligro de ser devorado por la producción de nuevas y poderosas armas, ya en marcha. Por lo tanto, exhortaba a una mayor vigilancia en la aprobación de nuevos programas. Kaysen argüía, y Schultze coincidía con él, que un ahorro adicional de quince a dieciséis mil millones por año podría realizarse, más allá de ese llamado «dividendo de la paz», si se hacían progresos en las negociaciones SALT y si nuestras fuerzas convencionales se reducían a una dimensión más modesta, como reflejo de una desescalada de los compromisos norteamericanos en el exterior.

De ese modo, los críticos extraían de la cada vez más cercana paridad nuclear la sorprendente conclusión de que debíamos reducir nuestras fuerzas *convencionales*, en las que ya éramos inferiores. Veían en la finalización de la guerra de Vietnam no una oportunidad de compensar una producción largo tiempo descuidada, sino una ocasión para reducir nuestro presupuesto de defensa. Por supuesto, estas reducciones podían justificarse solamente si disminuía el peligro en el extranjero o si las fuerzas existentes eran redundantes. Estos precisos argumentos fueron expresados en enero de 1970 por tres profesores de Harvard:

No está claro que las fuerzas (convencionales) contribuyan a evitar conflictos no nucleares serios o que tales conflictos sean suficientemente probables como para justificar el mantenimiento de esas fuerzas. Solamente los planificadores militares, comprometidos profesionalmente a creer en las peores contingencias, asignan hoy probabilidad significativa a un avance soviético repentino a través de la planicie del norte de Alemania, a un ataque sorpresa del Ejército Rojo contra el flanco del Mediterráneo de la OTAN, o siquiera a un no anunciado descenso de China comunista hacia Birmania o Tailandia. Del mismo modo, no está claro el papel que pueden desempeñar las fuerzas no nucleares norteamericanas en la clase de guerras menores que parecen probables (8).

El artículo no aclaraba la cuestión de si la probabilidad de un ataque soviético convencional podía ser afectada hasta cierto grado por el tamaño de las fuerzas enfrentadas; simplemente, daba por sentado que, puesto que no había habido agresión en el pasado, no habría ninguna en el futuro, y que, por lo tanto, estábamos manteniendo fuerzas innecesarias.

Es claro que resulta propio de la disuasión que nunca pueda probarse qué ha sido lo que evitó la agresión. ¿Es nuestra postura de defensa? ¿O es que, en primer lugar, nuestro adversario nunca tuvo intención de atacar? Paradójicamente, mientras más evite la agresión una postura militar dada, más argumentos suministra ello a quienes desean desmantelarla. Los tres profesores sostenían que una fuerza convencional menor permitiría reducciones de presupuesto de unos 30 mil millones de dólares, un presupuesto de defensa de 17 mil millones por debajo de la postura mínima postvietnam por la que abogaba el Pentágono, y 10 mil millones menos que la fuerza proyectada por el primer presupuesto de Nixon.

Los mismos argumentos fueron tomados, más significativamente, en el Congreso. El senador Mike Mansfield, líder de la mayoría, declaró en abril de 1969 que libraría una batalla para reducir por lo menos en 5 mil millones de dólares la partida para defensa de 77.600 millones pedidos en el primer presupuesto de la administración Nixon (que ya había sido reducido algo en relación al presupuesto presentado por la administración saliente). Mansfield apuntaba a quince programas de defensa diferentes. Por ejemplo, criticaba una propuesta de la marina de una flota de buques de despliegue logístico rápido como una de esas «típicas cosas que traen cola y sobre las cuales tenemos que ser muy cuidadosos» (9). En mayo, *The New York Times* informaba que «un sector numeroso del Congreso, impulsado por el clima antimilitar generado por la guerra de Vietnam, está buscando una forma efectiva de cortar los gastos militares continuamente ascendentes». Este esfuerzo de «cortar los gastos militares» era bipartidario e incluía a republicanos, como los senadores Mark Hatfield, de Oregón, y John Sherman Cooper, de Kentucky. El *Times* citaba al novel senador republicano William A. Saxbe, de Ohio: «Venimos al Senado con la actitud de que Nixon fue elegido a causa de la guerra, que la guerra derribó a Johnson y que derribará a Nixon a menos que él responda. Los que vinimos con este grupo, creemos que nuestra elección se debió a esa actitud nacional. Realmente, tengo esperanzas de que derrotaremos el ABM y de que seguiremos adelante, a partir de allí, atacando todo el complejo.» (10)

El 3 de junio, el Congreso avanzó en dos frentes. El Comité Económico Conjunto, encabe-

zado por el senador Williams Proxmire, inició ocho días de audiencias sobre cómo reducir el presupuesto de defensa. Charles Schultze, indiferente al hecho de que el presupuesto anterior había sido preparado durante su función como director de presupuesto, inició las audiencias sugiriendo que el Congreso creara un nuevo comité para revisar la declaración de posición del Departamento de Defensa y producir reducciones substanciales. Un piso más arriba, en el nuevo edificio de oficinas del Senado, el Comité de los Servicios Armados del Senado iniciaba una investigación sobre los mil quinientos millones de dólares de mayores costos del avión de supertransporte C-5A (el avión que tuvo más tarde importancia vital en la guerra de 1973 en Medio Oriente).

Estas presiones encontraban su inevitable expresión en la burocracia. El 17 de junio informé al presidente que un importante cuerpo de opinión en el Departamento de Estado, la agencia de Control de Armas y Desarme, y hasta en la CIA, creían firmemente que:

Las iniciativas estratégicas o la ratificación de la determinación estadounidense a mantenerse estratégicamente poderoso producirían decepción y preocupación en nuestros aliados a causa del temor de ellos a una carrera armamentista acelerada, y conducirían a un deterioro de las relaciones entre este y oeste debido a un endurecimiento de las actitudes soviéticas. También parece estar ampliamente difundida la creencia de que las decisiones estratégicas soviéticas son altamente sensibles a nuestras propias decisiones y que cada acción de EEUU provocaría una inmediata reacción soviética.

Comentando estas opiniones, escribí a Nixon:

No creo que las evidencias justifiquen la fuerza con que son sostenidas estas opiniones o la falta de fuerza de las opiniones en contra. Es igualmente plausible, a mi juicio, que el resultado sea que los europeos se sientan aliviados ante la clara demostración de la resolución estratégica estadounidense y que la cúpula dirigente soviética, enfrentada con problemas económicos muy reales, se muestre muy interesada en buscar una forma de desacelerar la competencia armamentista.

Desde el principio, Nixon estaba decidido a resistir esas tendencias, pues creía que el poderío norteamericano era no solamente defendible moralmente, sino crucial para la supervivencia de los países libres. Pero en el clima existente, fortalecer nuestras defensas no resultaba una tarea sencilla. No solamente la conducción de una guerra, sino las fibras de la seguridad nacional estaban siendo atacadas.

Para mí el debate produjo mucha tensión con antiguos amigos y ex asociados, con quienes había intervenido en reuniones sobre control de armas y en grupos de estudio durante más de una década. Coincidió con ellos en que las armas nucleares daban una dimensión única a la carrera armamentista. Es cierto que mis lecturas y mi interpretación de la historia no apoyaban la opinión de que todas las carreras de armas producían tensiones; las acumulaciones de armamentos, históricamente, eran más a menudo un reflejo antes que una causa de conflictos y desconfianza políticos. Pero en lo substancial, yo coincidía en que lo que señalaba nuestra época como un período de cambios revolucionarios era el alto estado de alistamiento de las armas estratégicas y su destructividad. Las fuerzas estratégicas, sumamente vulnerables y al mismo tiempo extremadamente poderosas, podían en una crisis tentar al otro bando a golpear primero, especialmente si temía perder sus medios de represalia en un primer golpe.

Como muchos en la comunidad académica, yo apoyaba una política consciente de estabilización en la carrera armamentista. También creía que los dirigentes nacionales tenían la obligación de liberarse de las nociones simplistas de que el poder militar solo traía seguridad, que venían de una época en que las equivocaciones tenían consecuencias menos catastróficas. En mi opinión, interesaba a ambos bandos reducir la vulnerabilidad de sus fuerzas de represalia: por acuerdo de mutua contención de ser posible, por acciones unilaterales de ser necesario. Todavía más importante, estaba convencido de que una sociedad democrática nunca sería capaz de arrosar los riesgos de la era nuclear a menos que su pueblo estuviera convencido de que sus dirigentes respondían racionalmente y con sabiduría a la existencia sin precedentes de armas de destrucción masiva. Dada la dinámica del sistema soviético, creía yo que los desafíos militares eran posibles, quizás hasta probables. Quería que Estados Unidos y sus aliados fueran capaces de enfrentarlos respaldados por una opinión pública unida. Una lección de Vietnam era que las contraofensivas firmes, que siempre involucran sacrificio, podían ser minadas por las divisiones

domésticas si nuestro pueblo creía que sus gobiernos buscaban o provocaban innecesariamente las confrontaciones.

Donde me apartaba de la opinión de mis amigos y ex colegas era en mi análisis de las motivaciones soviéticas. No aceptaba la proposición de, que la restricción unilateral en producción de armamentos por parte nuestra provocaría una respuesta comparable del Kremlin. Era probable que los dirigentes soviéticos, como creyentes en el predominio de «factores objetivos», interpretaran esos pasos menos como gestos de conciliación que como debilidad causada por presiones domésticas o económicas. Después de la crisis cubana de los misiles, la Unión Soviética seguía avanzando en la producción de todas las categorías importantes de armas. La abdicación norteamericana sólo conseguiría tentar las tendencias soviéticas a llenar todos los vacíos; la URSS aceptaría una estabilización de la carrera armamentista solamente si se la convencía de que no se la dejaría alcanzar la superioridad. Era de nuestro interés demostrar a la Unión Soviética que, dada la desigualdad de recursos, le sería imposible ganar una carrera de armas; que nosotros no nos quedaríamos inmóviles mientras el equilibrio cambiaba en contra nuestro y que si nos provocaban lo suficiente, podíamos, simplemente, superarlos.

Tampoco estaba de acuerdo con el análisis militar presentado tan a menudo por los críticos de nuestros programas de defensa. Era verdad que las nociones de superioridad militar tenían un significado diferente en la era nuclear; de ello no se infería que pudiéramos arriesgarnos a quedarnos inmóviles mientras nuestros adversarios construían febrilmente. Con el paso de los años, un creciente desequilibrio en contra de nosotros estaba destinado a privar de *toda* credibilidad a nuestras promesas de defender a nuestros aliados; en circunstancias extremas, ello podía tentar a lanzar un ataque contra Estados Unidos.

Aun si los riesgos que representaba para la Unión Soviética un intento de ataque a Estados Unidos parecieran siempre exorbitantes, un equilibrio estratégico deteriorado estaba destinado a tener consecuencias geopolíticas. Acentuaría nuestra conciencia inferioridad en fuerzas para la defensa regional. Los países de la periferia soviética sentiríanse cada vez más tentados a buscar seguridad en la componenda. Tampoco se agotaban nuestros peligros en actos deliberados de presión militar soviética. En un periodo revolucionario era concebibles muchas crisis no buscadas por ninguno de los dos bandos; la disposición soviética a correr riesgos indudablemente crecería mientras el equilibrio estratégico se alteraba en contra de nosotros. Esto no podía dejar de desmoralizar a los países que acudían a nosotros en busca de protección, ya fueran aliados, o técnicamente no alineados.

Por lo tanto, yo favorecía nuevos programas estratégicos y un fortalecimiento de la defensa convencional, aunque exhortaba, al mismo tiempo, a realizar mayores esfuerzos en negociaciones sobre control de armamentos. Con el tiempo, mis puntos de vista provocarían la ira tanto de conservadores como de liberales; de los primeros porque ellos se oponían a todo control de armamentos, de los últimos porque ellos se oponían a toda producción de armas. Por el mismo criterio, el debate de 1969 sobre el equilibrio militar vino a afectar las decisiones nacionales sobre producción de armas y negociaciones SALT durante todos los años de la administración Nixon.

El debate se centró en dos nuevos sistemas de armamentos: el programa ABM y la instalación de MIRV en nuestros misiles. La nueva administración heredó ambos programas de su predecesora. Pero la victoria de Nixon había alterado la ecuación política y liberaba a los demócratas contrarios a los programas de defensa que habían acallado sus opiniones cuando su propio partido estaba en el poder. Ellos se vieron reforzados muy pronto por algunos de los mismos funcionarios de la administración Johnson que habían originado esos programas y estaban ansiosos de volver a integrarse a la corriente principal de su partido. Aunque Nixon redujo el presupuesto de defensa sometido por Johnson en unos 1.100 millones de dólares, fue lo mismo vilipendiado casi inmediatamente por un insistente coro de críticos demócratas. Algunos republicanos, creyendo que el sentimiento antimilitar era el sentimiento predominante en el público, se les unieron.

SISTEMA ANTIMISILES BALÍSTICOS (ABM)

El sistema ABM habíase convertido en tema de polémicas en 1964, cuando fue evidente que la Unión Soviética estaba desplegando un sistema de defensa de misiles en los alrededores de

Moscú, aparentemente con la esperanza de proteger la capital de un ataque. Bajo constantes insistencias del Congreso, el secretario de Defensa, Robert McNamara, con considerable vacilación y renuencia, lanzó finalmente el programa ABM «Sentinel» en 1967. McNamara estaba influido por las doctrinas de control de armamentos y las presiones domésticas, por los imperativos de la defensa y los abogados de la moderación. Optó por un compromiso. Rechazó el concepto de defensa ABM plena de Estados Unidos contra un ataque total soviético. Tal sistema sería prohibitivamente costoso; pero había también una teoría de que el mismo podía ser percibido por los soviéticos como un paso hacia la capacidad de dar el primer golpe. (Un país con una defensa ABM total podía imaginar que era capaz de dar el primer golpe y luego usar su sistema ABM para interceptar el debilitado golpe de represalia.) La administración Johnson fue todavía más allá y desalentó activamente la idea de que el ABM «Sentinel» tuviera alguna utilidad para limitar el daño causado por un ataque soviético a Estados Unidos. La justificación principal presentada para lanzar el programa «Sentinel» en 1967 no fue la emanaza soviética sino el peligro menor de la pequeña fuerza de ICBM que China podría desarrollar a mediados del decenio de los años setenta. En su último informe al Congreso como secretario de Defensa, en enero de 1968, Clark Clifford insistió sobre el punto de vista de que, en el equilibrio estratégico, la defensa era secundaria: «Seguimos convencidos de que deberíamos continuar dando prioridad en la asignación de recursos disponibles al objetivo primario de nuestras fuerzas estratégicas, o sea, la destrucción asegurada.»

Para la época de la toma de posesión de Nixon, los sentimientos domésticos habían cambiado significativamente desde el período de mediados de los años sesenta, cuando el Congreso virtualmente impuso a McNamara las partidas presupuestarias para el ABM. La oposición al ABM crecía en el Congreso, lo mismo que en las comunidades académica y científica. Todos los instintos de Nixon era contrarios a una renuncia unilateral a un programa de armamentos, especialmente a uno aprobado por su predecesor. Yo compartía su punto de vista; consideraba altamente peligroso detener programas en el área de nuestra superioridad tradicional (tecnología avanzada) sin ninguna reciprocidad soviética.

Pero a fin de desarmar las críticas del público, Nixon pidió el 6 de febrero a su secretario de Defensa delegado, David Packard, que presidiera una revisión interagencia del programa ABM. Su propósito, según me dijo, era hacernos aparecer como prudentes y cuidadosos. Resultó un cálculo equivocado. Como en el caso de Vietnam, encontrar a los críticos a mitad de camino no apaciguó a la oposición sino que despertó sus apetitos. Alentó la creencia de que las mismas presiones políticas que habían llevado a la revisión podían hacer que la administración abandonara completamente el programa ABM. *The New York Times*, por ejemplo, no otorgó ningún mérito al presidente por haber ordenado la revisión sino que la atribuyó, no del todo incorrectamente, a presiones del Congreso. El *Times* argumentaba que el paso siguiente debía ser el cuestionamiento de toda una gama de proyectos militares: «La presión del Congreso que llevó a la administración Nixon a detener el despliegue del sistema de antimisiles balísticos «Sentinel» señala una saludable nueva disposición de la colina del Capitolio a desafiar al complejo militar-industrial, contra el que previniera hace ocho años el presidente Eisenhower.» Y: «Ahora que el ejercicio de ese derecho ha provocado una revisión del sistema ABM por parte de la administración, hay signos alentadores de que en la colina del Capitolio serán planteadas más cuestiones como éstas.» (11).

El 16 de febrero, el influyente presidente de la Comisión Conjunta de Energía Atómica del Congreso, representante Chet Holifield, dijo que se opondría a cualquier misil defensivo contra China o a cualquier base de anti-misiles a construirse cerca de su propio hogar, en California. Este curso de acción no dejaba ninguna posibilidad de exposición razonada del programa ABM. El 19 de febrero, el senador Edward Kennedy lanzó la acusación de que la revisión del ABM por el Pentágono tenía como finalidad principal apaciguar a los críticos. El 26 de febrero, en un discurso en la Universidad de Minnesota, Hubert Humphrey dijo que nosotros debíamos detener el despliegue del sistema ABM y «empezar, tan expeditivamente como sea posible, negociaciones con la Unión Soviética sobre la reducción de sistemas estratégicos ofensivos y defensivos». El 6 de marzo, el subcomité de desarme del senador Albert Gore inició audiencias sobre las consecuencias estratégicas y en política exterior de un sistema ABM. Casi sin excepción, los testigos se mostraron hostiles al sistema defensivo ABM.

Los fundamentos de la oposición eran varios, apasionados y no necesariamente coherentes. Seis distinguidos científicos —Hans Bethe, Herbert York, George Kistiakowsky, James R.

Killian, Wolfgang Panofsky y George Rathjens— declararon en marzo que el ABM no era confiable; era demasiado complejo tecnológicamente para funcionar con precisión adecuada. Un segundo argumento era que aun si el ABM funcionaba de acuerdo a lo planeado, sería fácilmente anulado por las diversas contramedidas soviéticas. Arrebatado por el entusiasmo por esta línea de razonamiento, el profesor Berthe esbozó en una sesión pública cinco métodos científicos para neutralizar nuestro sistema ABM, por las dudas de que a nuestro adversario se le hubiera pasado por alto alguno de ellos.

Por otra parte, el supuestamente inefectivo, impreciso y fácilmente neutralizable sistema ABM era considerado una amenaza porque podía desencadenar una carrera de armas y, en el proceso, podría muy bien debilitar el efecto disuasivo de las armas estratégicas. Construir un ABM, se argumentaba, implicaba que podíamos esperar un ataque soviético y tratar de neutralizarlo, mientras que la estrategia mejor era dejar creer a la Unión Soviética que lanzaríamos nuestros misiles inmediatamente de detectar un ataque: «Si yo fuera los rusos», dijo el senador Frank Church ante el subcomité del Senador Gore, «y supiera que un contraataque inmediato con Minutemen sería la respuesta norteamericana a cualquier primer golpe contra Estados Unidos, me sentiría mucho más reacio a lanzar el ataque que si creyera que Estados Unidos podría apoyarse en un sistema defensivo por el que yo, como ruso, sintiera desprecio. En otras palabras, me parece que el sistema defensivo del que usted habla, podría hasta llevar a los rusos a la conclusión de que ellos podrían arriesgarse a dar un primer golpe». El senador no explicó por qué se sentiría él más seguro cuando Estados Unidos pudiera protegerse solamente con la problemática respuesta dentro del tiempo de advertencia máximo disponible de 15 minutos, una estrategia que no podría funcionar a menos que el presidente delegara en comandantes de campo la autoridad de lanzar un ataque a la primera advertencia de que se acercaban misiles soviéticos, advertencia que luego podría resultar o no correcta.

Otros argumentaban que la presunta necesidad de nuestro sistema ABM se basaba en estimaciones exageradas de la efectividad del ABM soviético desplegado alrededor de Moscú. Sin embargo, los críticos sostenían que no había ninguna diferencia, aun si los soviéticos habían construido un ABM efectivo. Un programa ABM norteamericano, cualquiera que fuera la provocación para el mismo, desataría una nueva ronda en la carrera de armas que amenazaría las posibilidades de conversaciones sobre limitación de armas estratégicas. No se explicaba por qué un ABM norteamericano, aun a muchos años en el futuro, pondría en peligro las perspectivas de limitación de armas estratégicas mientras que no sucedía lo mismo con un sistema ABM soviético existente alrededor de Moscú.

Finalmente el ABM (como, por cierto, muchos otros programas militares) era atacado como una costosa diversión de recursos de programas domésticos. En realidad, las fuerzas estratégicas han sido siempre una pequeña fracción de nuestro presupuesto de defensa; la mayor parte de nuestro presupuesto de defensa se destina a fuerzas convencionales y mano de obra. En el año fiscal de 1970, las fuerzas estratégicas representaron alrededor de la *novena parte* del presupuesto total de defensa. Empero, un nuevo programa, altamente visible como el ABM, era un blanco natural para los ataques. En el debate en el Senado sobre el ABM, el senador Muskie argumentó:

La sombría cadena de hacinamiento urbano y declinación rural, de pobreza individual y desorganización social, de recursos malgastados y medio ambiente hostil, no será cortada por un gobierno insensible o por un sector privado que es inactivo, o que se preocupa por ganar el próximo contrato de armas.

El senador Mondale adoptó una línea similar:

Este inestimable equilibrio disuasivo está amenazado por el despliegue del sistema «Safeguard». Esta amenaza proviene de incertidumbres: incertidumbres de si un sistema antimisiles balísticos puede funcionar; incertidumbres que vienen, con la inevitable introducción de armas ofensivas, a negar la efectividad de una defensa ABM; las incertidumbres acerca de nuestras intenciones cuando el despliegue de más armas indica una decisión de gastar en materiales militares en vez de en necesidades pacíficas y domésticas.

A comienzos de 1969, el senador Edward Kennedy patrocinó la publicación de un libro donde se compilaba una batería completa de argumentos políticos, diplomáticos, económicos y militares contra el ABM norteamericano (12).

Esta era la atmósfera en la que se desarrollaba la revisión del ABM por la administración Nixon. David Packard concluyó su estudio a fines de febrero. Recomendaba que el programa «Sentinel» 1967 de la administración Johnson se continuara en una forma modificada. Primero, proponía que los radares ABM miraran no solamente hacia el norte, de donde podía venir un ataque con ICBM, sino también hacia el mar, desde donde los submarinos podían lanzar misiles. Segundo, Packard recomendaba que se usaran más misiles interceptores ABM para proteger nuestros silos de ICBM Minuteman. Tercero, instaba a una ligera reducción de la cantidad de misiles destinados a la defensa de ciudades. Las razones para las dos primeras recomendaciones eran militares: la defensa de la circunferencia de Estados Unidos se adoptaba como protección contra un ataque accidental desde cualquier cuadrante o contra un ataque deliberado pequeño (eufemismo por chino). También nos daría una opción a extender las defensas contra la Unión Soviética si fracasaban las negociaciones SALT. Y la protección de los silos Minuteman hacía más difícil un primer golpe soviético. La reducción de la defensa de la población era una decisión puramente política: estaba destinada a tranquilizar a los abogados del control de armas, temerosos de que una fuerte defensa de nuestra población pudiera parecer amenazante a los soviéticos. Nuestro dilema era que, aparentemente, sólo podíamos vender al Congreso un programa ABM si lo privábamos de efectividad contra nuestro adversario principal.

Yo estaba de acuerdo con la conclusión de que debíamos seguir adelante con el ABM. En mi opinión, los argumentos decisivos eran militares y diplomáticos. Los dirigentes y teóricos militares soviéticos nunca se habían adherido a las nociones académicas norteamericanas de que la vulnerabilidad era deseable o que el ABM era amenazante y desestabilizador. Como declaró el primer ministro Kosygin en una conferencia de prensa en Londres, en febrero de 1967, un sistema antimisiles balísticos «está destinado no a matar a la gente sino a salvar vidas humanas». Y dijo al presidente Johnson, en Glassboro, que renunciar a las armas defensivas era la proposición más absurda que había oído jamás. Además, como tenían cierto respeto por la tecnología norteamericana, los soviéticos sólo podían considerar un activo programa ABM norteamericano como anunciador de una superioridad norteamericana en un campo que consideraban importante.

Así, avanzar en un área de tecnología a la que los soviéticos se encontraban activamente dedicados no solamente resultaba deseable; el ofrecimiento de limitar nuestro sistema ABM podría convertirse en el mayor incentivo para que los soviéticos se prestaran a un acuerdo SALT. Nuestros propios misiles ofensivos nuevos estaban a años de distancia, y dado el clima en el Congreso, podrían no ser aprobados nunca. En el futuro inmediato no seríamos capaces de contrarrestar el alarmante aumento de misiles ofensivos soviéticos, excepto desplegando un sistema defensivo y acelerando el programa MIRV. Si estos dos programas eran cercenados (como exhortaban tantos en el Congreso) Estados Unidos quedaría sin ninguna opción estratégica en una época en que los soviéticos estaban construyendo de doscientos a trescientos misiles nuevos al año, posición a la larga intolerable. El razonamiento resultó correcto. El intercambio de la disposición soviética a limitar las fuerzas ofensivas por nuestra disposición a limitar el sistema ABM fue el esencial equilibrio de incentivos que produjo, tres años más tarde, los primeros acuerdos SALT.

Había otras razones que me llevaban a apoyar un despliegue limitado de ABM. Me parecía sumamente irresponsable ignorar simplemente la posibilidad de un ataque accidental o la perspectiva de armas nucleares en manos de más países. El único primer candidato era China; otros seguirían. Sin ninguna defensa, un lanzamiento accidental causaría daños enormes. Hasta una potencia nuclear pequeña podría chantajear a Estados Unidos. No veía yo el valor moral o político de convertir a la gente en rehenes por decisión deliberada.

Nixon enfrentaba lo que sería claramente una decisión controvertida; brevemente, hizo una pausa para verificar las posiciones de sus asociados. Laird estaba fuertemente a favor de seguir adelante. Rogers estaba un poco dudoso; ocasionalmente me llamaba para contarme que algunos de sus colegas del Departamento de Estado sugerían que limitáramos nuestro programa ABM a la investigación y el desarrollo antes que a la producción, pero insistía en que él no apoyaba necesariamente esas opiniones. Pregunté a Dave Packard si sería factible proceder de esa manera. Packard repuso que sería una forma de matar el programa. Si ahora retrocedíamos (lo cual era la consecuencia práctica de la propuesta), no era probable que el Congreso apoyara el despliegue al año siguiente. Los argumentos para ello no serían mejores entonces que ahora y los opositores habrían salido fortalecidos por haber impuesto una demora de un año. Además,

una pausa de un año resultaría en una demora real de dos o tres años para poner el sistema en operación: una vez cerradas las instalaciones de producción, se demoraría otro año o dos en empezar de nuevo. Por lo tanto, una decisión de posponer habría significado la decisión de que Estados Unidos estaría sin ninguna defensa contra misiles durante la mayor parte de los años setenta y sin ninguna seguridad de que los soviéticos se contendrían.

El 14 de marzo, Nixon anunció su decisión de seguir adelante con un programa ABM. El programa de Nixon proponía doce lugares diferentes para defensas de área, de los cuales cuatro también protegerían, con Minutemen, un total de diecinueve radares y varios centenares de misiles interceptores. Tenía que quedar completado para 1973. Para demostrar originalidad, el sistema «Sentinel» de Johnson ahora era rebautizado «Safeguard». Difería del «Sentinel», primordialmente, porque cubría todo Estados Unidos con radares, proporcionando una base mejor para una expansión rápida contra la Unión Soviética, y concentrándose algo más en la defensa de silos de ICBM. La declaración de Nixon decía, además:

He tomado conocimiento de la opinión que sostiene que comenzando la construcción de una defensa contra misiles balísticos, EEUU complicaría un acuerdo sobre armas estratégicas con la Unión Soviética.

No creo que la evidencia de años recientes apoye esa afirmación. El interés soviético en conversaciones estratégicas no se modificó por la decisión de la administración anterior de desplegar el sistema ABM Sentinel; en realidad, fue formalmente anunciada poco después. Creo que las modificaciones que hemos introducido en el programa anterior darán a la Unión Soviética todavía menos razones para ver en nuestros esfuerzos de defensa un obstáculo para las conversaciones. Además, quiero acentuar que en cualquier conversación sobre limitación de armas con la Unión Soviética, Estados Unidos estará plenamente dispuesto a discutir limitaciones de sistemas de armamentos tanto ofensivos como defensivos.

Este anuncio provocó un feroz y prolongado debate que duró desde marzo hasta bien entrado agosto. El 6 de agosto el Senado, en una votación cargada de suspenso, aprobó la autorización de fondos para el programa ABM por el mínimo margen de un voto.

Pero sus oponentes todavía no cedían. En años sucesivos se las arreglaron para reducir los fondos asignados hasta que el programa original «Safeguard» de 1969 de doce silos quedó reducido, en 1972, a tres. El tratado SALT de 1972 limitaba el sistema ABM a dos silos para cada país, incluyendo uno para la defensa de la autoridad comando nacional y uno para un silo ICBM. En 1974, Estados Unidos y la Unión Soviética enmendaron el tratado para limitar cada bando a una base (sea un silo ICBM o la autoridad de comando nacional). La insistencia del congreso y la desmoralización burocrática resultaron, en 1975, en una decisión unilateral de Estados Unidos de suprimir hasta la única base a la que estábamos autorizados por el tratado. Pero para entonces el programa ABM había cumplido su propósito mínimo de hacer posible el acuerdo SALT de 1972, el cual detuvo el incremento numérico de las fuerzas estratégicas ofensivas soviéticas. No obstante, siempre he considerado que la decisión de 1975 de abandonar nuestra última base fue una equivocación, aun cuando di mi aquiescencia.

VEHÍCULOS DE REENTRADA CON CABEZAS MÚLTIPLES INDEPENDIENTEMENTE GUIADAS (MIRV)

El tema MIRV era el reverso del problema ABM. Los MIRV habían sido desarrollados durante la administración Johnson para contrarrestar el despliegue soviético de una defensa ABM saturándola con más ojivas, y haciéndolo sin aumentar el número de misiles lanzados, lo que se pensaba que hubiera sido desestabilizador. La teoría era que si como reacción a la mayor producción soviética aumentábamos el número de nuestros misiles, alentaríamos la carrera de armas; si en cambio aumentábamos el número de ojivas transportadas por cada misil individual, podríamos garantizar nuestra capacidad de represalia sin correr ese riesgo. Si los soviéticos expandían su sistema ABM, nuestros misiles con cabezas múltiples podrían superarlos. Y aun si sólo una pequeña cantidad de nuestros misiles sobrevivía a un ataque por sorpresa, continuaba el argumento, esos pocos todavía serían capaces de infligir un daño inaceptable a un

agresor, porque portaban varias ojivas. El razonamiento era un poco brumoso porque las fuerzas MIRV daban, nuevamente, una ventaja considerable al atacante. Aun si ambos lados estaban iguales en, por ejemplo, 1.000 misiles con tres ojivas cada uno, el bando que golpeará primero sería capaz de enviar 3.000 ojivas contra 1.000 blancos, con una tentadora probabilidad de éxito. No se explicaba, ni tampoco era claro, por qué el aumento de la cantidad de ojivas resultaría más estabilizador que multiplicar el número de misiles. Tampoco se prestaba atención a nuestra situación cuando los soviéticos desarrollaran sus propios MIRV, después de lo cual sería nuevamente relevante la cantidad de misiles y su vulnerabilidad.

El tema MIRV no provocó un debate doméstico tan intenso como sucedió con el ABM. Una razón fue que la administración Johnson ya había destinado fondos para el MIRV y que las pruebas habían empezado en agosto de 1968. En realidad, el genio del MIRV ya estaba fuera de la botella. Pero se había programado la iniciación de una nueva ronda de pruebas del MIRV para el mes de mayo. Fue contra esto que los opositores concentraron su fuego, especialmente después de la decisión sobre el ABM que tomó Nixon el 14 de marzo. Vino luego lo que casi se había convertido en un ritual para los opositores a nuevos sistemas de armas. El nuevo sistema es criticado como innecesario y desestabilizador al mismo tiempo, como que duplica un arma perfectamente adecuada que ya existe, o como que se adelanta a otra potencialmente mucho mejor para la que todavía faltan unos diez años. Sobre todo, se alega que nuestro programa «inspira» los programas soviéticos; si nosotros ejercemos la contención, lo mismo hará nuestro adversario. (Es claro que, en el caso de ABM, se nos pedía que ejerciéramos la contención aunque nuestro adversario no había hecho lo mismo.) Este fue el argumento de los opositores a la bomba de hidrógeno; se lo usó nuevamente en el caso MIRV. En ambas instancias, los soviéticos seguían adelantando sus programas de desarrollo mientras en Norteamérica continuaba el debate.

En junio, el senador Clifford Case propuso una enmienda a una partida presupuestaria para poner fin a las pruebas MIRV; cuando esto fue rechazado por el comité respectivo, Case amenazó con proponerla en la cámara. El 17 de junio, el senador Edward Brooke presentó una resolución para una moratoria MIRV. La misma era copatrocinada por otros 40 senadores y Brooke me dijo que había por lo menos diez más que votarían por ella. El 15 de junio, el senador Thomas Eagleton exhortó al presidente a que detuviera el desarrollo del MIRV. En la cámara de representantes, el representante Jonathan Bingham presentó un proyecto de resolución exhortando a una moratoria; más de cien colegas suyos se le unieron. El 16 de junio, el representante John Anderson, presidente de la Conferencia Republicana de la cámara, recomendó una interrupción de las pruebas MIRV mientras se desarrollaran conversaciones sobre control de armamentos. El 9 de octubre, un subcomité de asuntos exteriores de la cámara de representantes produjo un informe solicitando al presidente que diera «alta prioridad» a un congelamiento de las pruebas MIRV en las negociaciones SALT.

El impulso de la campaña era para que Estados Unidos interrumpiera unilateralmente las pruebas MIRV como medio de alentar a los soviéticos a hacer lo mismo. *The New York Times* editorializó el 12 de junio: «Una forma de atraer al señor Kossygin a una suspensión de las pruebas MIRV sería ofrecerle suspender las pruebas MIRV norteamericanas, o hasta suspenderlas efectivamente con el anuncio de que no serán reanudadas mientras la Unión Soviética se abstenga de realizar pruebas con sus ojivas múltiples.» El 20 de junio, decía: «Ninguna decisión de las que enfrentará Nixon como presidente tiene probabilidades de ser más importante que la decisión que enfrenta para los próximos días sobre las propuestas de suspender los ensayos de vuelo del sistema MIRV... La continuación de los ensayos, aunque sea por unas pocas semanas más, amenaza con llevar el mundo más allá de un punto sin retorno, hacia una peligrosa, costosa y nueva ronda en la carrera de misiles.»

Varios expertos de la Casa Blanca en cuestiones del Congreso exhortaron a que accediéramos a una moratoria de las pruebas MIRV a fin de mejorar la actitud del Congreso hacia el programa ABM. Yo dudé de este razonamiento, y el 23 de mayo escribí al presidente que la interrupción de las pruebas MIRV «podía crear presiones para detener los programas Minuteman II y Poseidón (los misiles diseñados para transportar los MIRV)... reduciendo todavía más nuestros programas estratégicos». Puesto que un propósito importante de los MIRV era la penetración de las defensas ABM, la lógica que llevaría a los senadores que propugnaban una moratoria MIRV a convertirse en partidarios de «Safeguard» era «oscura».

El senador Brooke siguió presionando con su propuesta. En una conversación conmigo, el

23 de mayo, Brooke insistió en que si las pruebas eran completadas, entonces, ciertamente, «el genio estaría fuera de la botella»; todo el asunto era una cuestión de conciencia. La comunidad académica intervino; muchos de mis propios amigos en las universidades me escribieron para exhortarme a una interrupción unilateral de las pruebas MIRV.

Se nos presionaba para que diéramos dos pasos importantes: primero, abandonar nuestro ABM sin reciprocidad; segundo, posponer nuestro despliegue de MIRV, como gesto unilateral. En resumen, que abandonáramos nuestra defensa antimisiles y los medios de derrotar la que ya había desplegado la Unión Soviética. Se abogaba por todo esto mientras el arsenal de misiles de la Unión Soviética estaba creciendo al ritmo de doscientos a trescientos misiles al año. Si los soviéticos estaban construyendo mientras nosotros abandonábamos nuestros programas, ¿cuál sería su incentivo para negociar limitaciones en un acuerdo? Nuestra restricción unilateral sería un incentivo para que los soviéticos dieran largas al asunto a fin de inclinar el equilibrio a su favor todo lo que les fuera posible, mientras nosotros nos paralizábamos a nosotros mismos. Así, abandonar juntamente los programas ABM y MIRV, no sólo habría reducido significativamente las posibilidades de un acuerdo SALT, sino que, probablemente, habría garantizado la superioridad estratégica soviética durante una década.

Y así fue que cuando las conversaciones SALT empezaron en noviembre, en contra de las sombrías predicciones de los partidarios del control de armamentos, los soviéticos mostráronse ansiosos de negociar sobre el ABM; por otra parte, sólo demostraron interés en el *despliegue* de MIRV, quedando ellos mismos libres de realizar pruebas a fin de poder alcanzarnos tecnológicamente. Ni nuestro programa ABM, ni las pruebas MIRV, crearon problemas en las SALT. Por el contrario, las estimularon.

EL ATAQUE AL PRESUPUESTO DE DEFENSA

Sin embargo, el ataque contra los programas ABM y MIRV pronto se convirtió en un ataque al presupuesto de defensa como un todo. Nixon presentó su primer presupuesto completo el 2 de febrero de 1970. Trató de adelantarse a la oposición hablando elocuentemente de la necesidad de reordenar las prioridades nacionales; en su mensaje sobre el «estado de la Unión» y sobre el presupuesto, propuso incrementar fondos para la asistencia familiar, subsidios alimentarios, aire y agua más limpios y mejoras en los transportes. Su presupuesto de defensa de 73.500 millones de dólares era inferior en más de 5.000 millones a las partidas para defensa del año anterior. En realidad, sus propuestas de gastos fueron las primeras presentadas por un presidente en veinte años en las que la defensa figuraba con sumas inferiores a las destinadas a «necesidades humanas»: 37 por ciento iba para las fuerzas armadas, 41 por ciento para programas de bienestar social. (En el año anterior —esencialmente el presupuesto de Johnson— la defensa se llevó el 44 por ciento mientras que los programas de bienestar social se llevaron un 34 por ciento.) Richard Nixon había producido el «reordenamiento de prioridades» por el que sus críticos habían bregado apasionadamente durante años.

Yo no estaba del todo contento con esta tendencia puesto que, pese a todo lo que se habló de cortar solamente «lo gordo», estaba seguro de que terminaríamos reduciendo la efectividad de combate de nuestras fuerzas. De allí la ecuación militar se movería en la dirección equivocada con respecto a las fuerzas tanto estratégicas como convencionales. El 14 de enero de 1970 encaré la cuestión con John Ehrlichman, quien como asistente a cargo de programas domésticos defendía, naturalmente, las prioridades domésticas. Ehrlichman dijo que «todo el mundo» sabía que Defensa estaba llevándose demasiado. Yo repliqué, con una premonición que en el momento no advertí, que no «sabrían» eso en 1973 cuando estallara Medio Oriente. Pese a la afirmación de Haldeman de que Nixon estaba cansado de todo el tira y afloja presupuestario, ese mismo día expresé las mismas cosas al presidente: «El problema es que, dentro de dos o tres años, podría verse usted en una situación en que no tendrá fuerzas para una emergencia.»

Nixon mostróse comprensivo, pero calculó que si no ofrecía algunas reducciones, los críticos copiarían el proceso y desmantelarían todo el programa militar. Tenía razones para preocuparse. Sus reducciones nada hicieron para detener los gritos de los críticos, quienes las despreciaron por demasiado pequeñas. Nuestras fuerzas convencionales, se alegaba, eran excesivas e incompatibles con la reducción de compromisos implícita en la doctrina de Guam del presidente (ver página 166). El presupuesto de fuerzas estratégicas, se argumentaba, podía ser reducido

todavía más y seguir siendo igualmente disuasivo. El presupuesto de 1971 incluía programas a largo plazo que se decía sólo conseguirían hinchar futuros presupuestos, tales como portaviones y fuerzas aéreas además de costosas nuevas armas estratégicas. *The New York Times* se quejó, el 17 de enero de 1970, de que el recortado presupuesto de defensa de Nixon reflejaba solamente las reducciones que eran de esperar de la desescalada de las operaciones en Vietnam; las mismas no representaban «ningún cambio fundamental en estrategia; mucho menos un reordenamiento de prioridades». El 18 de enero James Reston escribió que el presupuesto de defensa podía reducirse, sin poner en peligro la seguridad, hasta alrededor de 58.000 a 63.000 millones de dólares, citando al ex secretario de Defensa Robert McNamara y su lugarteniente Roswell Gilpatric como fuentes autorizadas. El ex analista de la fuerza aérea A. Ernest Fitzgerald, quien había sido despedido por denunciar excesos de costos en los C-5A y era ahora portavoz de los grupos antidesfensa, dijo el 27 de enero que debían recortarse 23.000 millones del presupuesto de defensa, con 5.000 millones sacados de los fondos de producción y desarrollo. Un largo editorial de *The New York Times* de once días después, sostenía que había lugar para una reducción de 8.000 millones además de los 5.000 millones anticipados: 2.000 millones de dólares provenientes de una retirada acelerada de Vietnam, más de 4.000 millones de un recorte en las fuerzas para propósitos generales.

La opinión en el Congreso reflejaba los puntos de vista editoriales. En una reunión del Comité de política democrata sobre prioridades nacionales, realizada en febrero, Hubert Humphrey acusó a Nixon de dedicar miles de millones a fines militares a expensas de las necesidades de salud y educación. Ante el mismo grupo, el senador Edward Kennedy sugirió varias áreas donde podían hacerse reducciones adicionales, incluyendo el programa del bombardero B-1, el ABM «Safeguard» y las fuerzas norteamericanas convencionales en Europa:

No deberíamos repetir los errores de los años cincuenta y sesenta, cuando reaccionamos excesivamente a los temores de la guerra fría y ayudamos a estimular la ascendente carrera armamentista...

Puesto que el presupuesto federal está siendo drásticamente reducido en muchas áreas, ningún aspecto de los gastos militares debería quedar sin revisar. Creo que he demostrado que el presupuesto pedido por el presidente para el Departamento de Defensa está lejos de ser mínimo. Pueden hacerse, y se harán, reducciones adicionales perfectamente coherentes con una seguridad nacional aumentada (13).

El 2 de mayo, un grupo bipartidario de doce senadores anunció planes para una revisión rigurosa del presupuesto de defensa, con la intención de «reordenar las prioridades relativas entre seguridad militar y necesidades domésticas». Los senadores añadían: «Creemos que el resultado de dicha revisión puede reducir substancialmente el nivel general de gastos y darnos una seguridad grande, si no más grande, para Estados Unidos.» Un grupo de representantes y senadores liberales emitió un informe no oficial a fines de junio, recomendando reducciones adicionales por 4.650 millones de dólares, tomados de los programas para las pruebas y despliegue de MIRV, y de la producción del avión caza F-14, del bombardero F-111 y del ABM «Safeguard».

En diciembre de 1970, en el momento de su votación final sobre partidas para defensa, el Congreso ya había decidido una reducción adicional de 2.100 millones aun cuando Nixon ya había recortado 5.000 millones, o sea que la reducción total con respecto al año anterior fue de más de 7.000 millones. Pero aun esto no da la medida de la difundida atmósfera antimilitar, la hostilidad hacia los gastos de defensa, la probabilidad de que cualesquiera nuevos programas militares llevarían a enconadas batallas y la resultante nube de incertidumbre que se cernía sobre la planificación de la defensa y nuestra seguridad a largo plazo al terminar la década de los años sesenta.

Es verdad que los ataques más violentos fueron rechazados al final. El ABM fue aprobado; continuaron las pruebas MIRV; hasta logramos fondos para el B-1 y el Trident aunque a un ritmo lento; no se realizaron reducciones drásticas en nuestros vitales despliegues militares de ultramar. Pero en un momento en que la acelerada producción de armas de la Unión Soviética requería una revisión de fuerzas y de doctrina estratégica, las energías del Ejecutivo fueron consumidas por una acción de retaguardia para conservar un arsenal mínimo. Los planificadores del Pentágono fueron obligados a concentrarse en preservar la estructura de fuerzas existente en vez de adaptarla a circunstancias modificadas.

Probablemente las reducciones habrían sido mucho peores si Nixon no hubiera intentado responder al sentimiento nacional recortando él mismo el presupuesto de defensa, y si no hubiéramos aflojado las presiones presupuestarias retirando gradualmente tropas de Asia. Nunca lo sabremos. Después me he preguntado si no habría sido más sensato enfrentar el tema directamente. Tal vez debió realizarse un debate nacional total sobre nuestra posición de defensa en 1969. Las concesiones no lograron aplacar a los críticos y pudieron haber desmoralizado a los partidarios de una defensa fuerte; como en la controversia sobre Vietnam, ello tendió a aislar a la administración porque la misma pareció aceptar los preceptos de los críticos con los que, en realidad, disenta, e hizo que el debate se volcara hacia la utilización de suposiciones admitidas. Por la otra parte, elocuentes discursos presidenciales sobre la importancia de la defensa, como el de junio de 1969 ante la Academia de la Fuerza Aérea, fueron recibidos con burlas e indignación por los medios y el Congreso. El único tema en el Congreso no era si la defensa debía ser reducida, sino cuánto debía reducirse. Los partidarios de la defensa en el Congreso y el país no se precipitaron a las barricadas. En la orgía antimilitar provocada por Vietnam, haber desafiado el abrumador sentimiento del Congreso a favor de las «prioridades domésticas» hubiera sido, casi seguramente, un acto de inutilidad, como arrojar sal sobre las abiertas heridas del debate sobre Vietnam.

Al final, Nixon y Laird pudieron preservar lo esencial de nuestra estructura militar en años de agitación, reducciones presupuestarias y conflictos. La administración Nixon empezó programas nuevos esenciales (el B-1, el Trident, el misil crucero) y sentó los cimientos sobre los cuales sería posible construir cuando el sentimiento del Congreso cambiara, a mediados de los años sesenta.

DOCTRINA ESTRATÉGICA

En medio de esa agitación, mi equipo y yo, con firme apoyo del presidente, emprendimos una revisión de la doctrina militar. El propósito era capacitarnos a tiempo para planificar y defender nuestros programas militares de acuerdo a criterios razonados, adaptar nuestra estrategia a nuevas realidades, y tratar de sacar el debate público de la esfera emocional.

El primer problema era redefinir nuestra estrategia para la guerra nuclear general. De acuerdo a la doctrina de «destrucción asegurada» que había orientado a la administración anterior, disuadíamos a los soviéticos de atacar manteniendo fuerzas ofensivas capaces de lograr un nivel particular de muertes de civiles y de daños industriales (*). La estrategia no apuntaba a destruir las fuerzas de misiles o bombarderos del otro bando; un enfoque semejante habría encadenado nuestra estructura de fuerzas al nivel del otro bando, que era precisamente lo que los abogados de la «destrucción asegurada» trataban de evitar. Ellos preferían la aparente certidumbre de una pauta absoluta de destrucción definida en términos económicos (después de todo, el análisis de sistemas era una técnica de economistas), lo cual nos libraba de la necesidad de igualar el creciente poderío soviético. La cantidad de armas nucleares necesarias para lograr un enorme nivel de destrucción era fija, y no grande.

Notablemente, la doctrina de «destrucción asegurada», patrocinada por liberales que abogaban por el control de armas y que supuestamente estaban impulsados por sentimientos humanitarios, implica la estrategia más inhumana para conducir una guerra. El razonamiento era que mientras más horribles fueran las consecuencias de la guerra, menos probable sería que se recurriera a ella; mientras más controlables fueran sus consecuencias, mayor sería el riesgo de que una guerra tuviera realmente lugar. Por lo tanto, para Estados Unidos y la Unión Soviética era más deseable apuntar a la población del adversario que a las bases de misiles; si el exterminio mutuo era el único resultado, ningún bando recurriría a las armas nucleares. Lo que sucedería en caso de error de cálculo se dejaba al futuro. Tampoco se analizaba cómo podríamos defender a los aliados en esas circunstancias.

El dilema no resuelto por esta doctrina era psicológico. Estaba muy bien amenazar con el suicidio mutuo con fines de disuasión, especialmente en caso de una amenaza directa a la supervivencia nacional. Pero ningún presidente podía hacer creíble semejante amenaza excepto lle-

(*) En 1965, «destrucción asegurada» se definía en el Pentágono como la capacidad de destruir de un cuarto a un tercio de la población y dos tercios de la industria soviética; para 1968, se redujo a un quinto a un cuarto de la población y la mitad de la industria.

destrucción de genocidios!

vando adelante una diplomacia que sugiriera una alta irracionalidad, y esto, a su vez, era impedido por nuestro sistema político que nos exige presentar una imagen de ponderación y moderación. Y si la disuasión fracasaba y el presidente se enfrentaba finalmente con la decisión de tomar represalias, ¿quién asumiría la responsabilidad moral de recomendar una estrategia basada en el exterminio en masa de civiles? ¿Cómo podría Estados Unidos mantener juntos a sus aliados mientras la credibilidad de su estrategia se desgastaba? ¿Cómo trataríamos a las fuerzas soviéticas convencionales cuando los soviéticos creyeran que hablábamos en serio en lo de atacar sus ciudades, basando la estrategia en el exterminio de civiles?

Llevada un paso más adelante, la doctrina de «destrucción asegurada» conducía a la conclusión inexorable de que la vulnerabilidad de nuestra población era un *activo* que tranquilizaba a la Unión Soviética y garantizaba su moderación en una crisis. Por primera vez un país importante consideraba una ventaja aumentar *su propia* vulnerabilidad. «Destrucción asegurada» era una de esas teorías que suenan impresionantes en un seminario académico pero que son horriblemente impracticables por quien debe tomar decisiones en el mundo real y conducen a una catástrofe si son alguna vez llevadas a cabo.

También me preocupaba que a medida que nos acercáramos a la equivalencia estratégica entre Estados Unidos y la Unión Soviética, las fuerzas estratégicas pudieran ser usadas en un ataque menos que total. En junio de 1960 señalé al presidente el dilema que enfrentaría si se producía un ataque nuclear soviético limitado y le exhorté a que pidiera al Pentágono, que trazara estrategias para enfrentar contingencias distintas de un desafío nuclear total. El presidente estuvo de acuerdo. Se emitieron órdenes al efecto. Pero nuestro «establishment» militar resiste las intromisiones en doctrina estratégica aun cuando vengan de una Casa Blanca que trata de ser útil: Cuando asumí mis funciones, el ex secretario de Defensa, Robert McNamara me dijo que él había tratado durante siete años de dar más opciones al presidente. Finalmente renunció a ello, dijo, frente a la oposición burocrática, y decidió improvisar. Yo estaba decidido a conseguir algo mejor; lo logré sólo parcialmente. Los planificadores civiles de defensa eran reacios porque más opciones requerirían fuerzas nuevas, complicando las decisiones presupuestarias. Los jefes en servicio mostrábanse renuentes porque preferían negociar sus niveles de fuerzas regateando unos con otros, en vez de someterlos a la opinión de analistas civiles quienes, según había enseñado la experiencia, es más probable que los reduzcan en vez de fortalecerlos. Puesto que nuestras operaciones militares son planificadas por comandos combinados no subordinados a los servicios militares, los diversos jefes de estado mayor son más las cabezas de empresas dedicadas a procurarse medios que de organizaciones responsables de aplicar la estrategia. Se muestran sumamente recelosos ante cualquier formulación doctrinal que después pueda interferir con sus decisiones para procurarse medios. Así sucedió que una orden presidencial de 1969 pidiendo una explicación razonada de los programas navales jamás fue respondida satisfactoriamente en los ocho años en que presté servicio en Washington. A la respuesta siempre le faltaba poco para ser insubordinación, y mucho para ser útil. Pese a recordatorios semestrales, figuraba en los libros como incompleta cuando nos alejamos de las funciones. La misma actitud existía en otras ramas de las fuerzas armadas.

Algo más de progreso logróse en el desarrollo de una estrategia más discriminativa para una guerra total, parcialmente como resultado de considerables presiones de la Casa Blanca. Los jefes del Estado Mayor Conjunto cooperaron porque entendían que la doctrina de «destrucción asegurada» llevaría inevitablemente a decisiones políticas de detener o descuidar el perfeccionamiento de nuestras fuerzas estratégicas y, con el tiempo, a reducir las. Por lo tanto, en 1969 desarrollamos nuevos criterios de «suficiencia estratégica» que relacionaban nuestro planeamiento estratégico no sólo con la destrucción de civiles sino, también, con blancos militares. Estos criterios nos dieron un mejor marco de referencia para la planificación a largo plazo y la modernización de nuestras fuerzas; nos permitieron resistir las reducciones presupuestarias del Congreso con explicaciones racionales, ya que no por reflejo; nos daban por lo menos la capacidad teórica de usar fuerzas para otros objetivos que no fueran el exterminio masivo de poblaciones.

Traducir estas innovaciones doctrinales en planes operacionales resultó mucho más difícil. La planificación empezó inmediatamente, pero no fue completada hasta la gestión de James R. Schlesinger como secretario de Defensa (1973-1975). Se produjeron entonces algunas opciones nuevas de blancos. Desafortunadamente, cuando estuvieron desarrolladas ya habían sido superadas por los adelantos de la tecnología. Las bajas esperadas en una guerra nuclear habíanse

duplicado aun para opciones nucleares mínimas. El secretario de Defensa, Harold Brown ha continuado este esfuerzo en la administración Carter. Lograr una estrategia nuclear más discriminativa, preservando por lo menos alguna esperanza de vida civilizada, sigue siendo aún hoy una de las tareas más difíciles de realizar, y requiere una reforma substancial de nuestro «establishment» militar. Si no es resuelto, más tarde o más temprano el problema paralizará nuestra estrategia y nuestra política exterior.

ARMAS NUCLEARES TACTICAS

Un problema similar existe con respecto a las armas nucleares tácticas. Se podría haber pensado que si nuestras fuerzas estratégicas tendían hacia la paridad con la Unión Soviética y si, al mismo tiempo, éramos inferiores en fuerzas militares convencionales, debíamos dar más importancia a las fuerzas nucleares tácticas. Por cierto, esta era la proclamada estrategia de «respuesta flexible» de la OTAN. Pero dentro de nuestro gobierno había poco entusiasmo por este concepto. Los funcionarios civiles del Pentágono y del Departamento de Estado, especialmente los expertos en análisis de sistemas, estaban ansiosos por crear una clara «barrera cortafuego» entre las armas convencionales y las nucleares y demorar lo más posible la decisión de recurrir a *cualquier* arma nuclear. Por lo tanto, eran reacios a apoyarse en armas nucleares tácticas, de las que pensaban que tendían a borrar toda distinción entre estrategia nuclear y convencional.

Un pasaje de un estudio interagencia sobre las opciones militares de la OTAN reflejaba este estado mental. Este estudio en particular era incapaz de encontrar ningún uso para las armas nucleares en la OTAN, aunque en nuestro arsenal se contaban por millares: «El papel primario de nuestras fuerzas nucleares en Europa», decía el estudio, «es elevar la estimación soviética de los costos esperados de la agresión y añadir gran incertidumbre a sus cálculos. Las fuerzas nucleares no tienen necesariamente un impacto decisivo en la probabilidad o forma de la agresión.» Esta era una declaración sorprendente para un país que había preservado durante más de veinte años la paz en Europa apoyándose en su preponderancia nuclear. Tampoco estaba claro cómo fuerzas de las que se pensaba que no tenían un impacto decisivo, podían afectar los cálculos de un agresor potencial. Era una actitud derrotista abjurar tanto de las fuerzas nucleares estratégicas como de las tácticas, porque ningún país de la OTAN, incluido el nuestro, estaba preparado para emprender el aumento masivo de fuerzas convencionales, lo que era la única alternativa.

Para confundir más las cosas, mientras los analistas civiles norteamericanos rechazaban el uso de armas nucleares tácticas por ineficaces y porque involucraban el peligro de una escalada, nuestros aliados seguían un curso que contradecía la teoría prevaleciente en Washington. Ellos exhortaban a que se garantizara un empleo temprano de armas nucleares tácticas y, simultáneamente, la inmunidad de sus territorios al uso de las mismas. Inevitables discusiones que habían estado desarrollándose desde 1968 en el Grupo de Planificación Nuclear de la OTAN empezaron a producir serias diferencias de opinión.

Este grupo había sido establecido por el secretario de Defensa Robert McNamara como medio por el cual nuestros aliados pudieran participar en decisiones nucleares sin adquirir ellos mismos armas nucleares (*). Denis Healey, entonces Ministro de Defensa británico, explicó el punto de vista de su gobierno cuando Nixon visitó Londres en febrero de 1969. En opinión de Healey, las fuerzas convencionales de la OTAN serían capaces de resistir solamente unos pocos días; de allí que el empleo temprano de armas nucleares fuera esencial. Healey acentuó la crucial importancia de hacer entender a los soviéticos que Occidente preferiría desarrollar una escalada hacia la confrontación estratégica antes que rendirse. Por la otra parte, la OTAN debía tratar de reducir la devastación a un mínimo. El Grupo de Planificación Nuclear estaba trabajando en la solución de este acertijo; su «solución» era el uso de un número muy pequeño de armas nucleares tácticas como advertencia de que las cosas estaban yéndose de las manos.

Lo que pedía Gran Bretaña, apoyada por Alemania Occidental, llegó a denominarse «uso demostrativo» de armas nucleares. Esto significaba lanzar un arma nuclear en alguna localidad remota, que no involucrara muchas bajas (en el aire sobre el Mediterráneo, por ejemplo) como señal de un uso más drástico si fallaba la advertencia. Este concepto nunca terminó de conven-

(*) El GPN estaba compuesto por cuatro miembros permanentes y tres rotativos a intervalos de dieciocho meses. Los miembros permanentes eran Estados Unidos, Gran Bretaña, Alemania Occidental e Italia. (Francia, para mantener su independencia en cuestiones nucleares, se negó a participar.)

cerme. Yo creía que la Unión Soviética no atacaría Europa Occidental sin esperar una respuesta nuclear. Una reacción que estaba destinada a no tener ninguna relevancia militar, sugeriría más vacilación que determinación; así, en vez de disuadir al atacante, más probablemente lo alentaría. Si había que usar armas nucleares, necesitábamos un concepto por el cual las mismas pudieran detener un ataque en tierra. Una respuesta vacilante o ineficaz correría el riesgo de dejarnos sin otras opciones que la rendición o el holocausto.

¿Pero qué era una respuesta eficaz? Dada la imposibilidad política de reunir adecuadas fuerzas convencionales, los europeos veían las armas nucleares como los más efectivos elementos de disuasión. Pero temían el uso de las mismas en sus territorios; lo que a nosotros nos parecía «limitado», para ellos podía ser desastroso. El real objetivo de nuestros aliados, subrayando el dilema de las armas nucleares tácticas, ha sido comprometer a Estados Unidos al uso temprano de armas nucleares *estratégicas*, lo que significaría una guerra nuclear entre Estados Unidos y la Unión Soviética, librada por encima de sus cabezas. Esto era precisamente lo que resultaba inaceptable a los planificadores norteamericanos. Nuestra estrategia, entonces y ahora, debe contemplar el uso final de armas nucleares estratégicas si Europa no puede ser defendida de otra manera. Pero también debe tratar de desarrollar otras opciones, para incrementar la credibilidad del elemento disuasor y también para permitir una aplicación flexible de nuestra fuerza en caso de que fallara la disuasión.

En 1969 surgió un compromiso temporal que calmó efectivamente la disputa. El Grupo de Planificación Nuclear mantuvo abierta la posibilidad tanto de usos «demostrativos» como «operacionales» de las armas nucleares tácticas. En otras palabras, se evitó una decisión. Laird estuvo acertado cuando dijo al presidente: «Sigue en pie el problema a largo plazo de la divergencia entre los puntos de vista norteamericano y europeo.»

GUERRAS DE UNO Y MEDIO

Mientras el tema nuclear no estuviera resuelto (y quizás no podría serlo nunca), una adaptación importante de nuestra doctrina estratégica tuvo lugar en 1969. Estaba destinada a tener profundas consecuencias en nuestra política exterior. Lo que empezó como una discusión altamente esotérica de estrategia militar convirtióse en una de nuestras más importantes señales a la República Popular China de que deseábamos mejorar nuestras relaciones con ellos.

Cuando la administración Nixon inició sus funciones, la doctrina prevaleciente para las fuerzas convencionales era la llamada estrategia de «guerra de dos y medio»; de acuerdo a la misma, Estados Unidos necesitaba fuerzas suficientes para: 1.º montar una defensa inicial (noventa días) de Europa Occidental contra un ataque soviético; 2.º hacer una defensa sostenida contra un ataque general chino al Sudeste Asiático o a Corea; y 3.º enfrentar, además, una contingencia en otra parte; por ejemplo, Medio Oriente. Nuestra planificación estratégica daba por sentado lo que desmentían las realidades políticas: que enfrentábamos un monolito comunista; que una guerra general involucraría casi seguramente un ataque simultáneo a nuestros intereses vitales por la Unión Soviética y China comunista. Es cierto que nunca optamos por reunir las fuerzas convencionales contempladas por esta ambiciosa estrategia. En términos militares, la estrategia de «guerra de dos y medio» era un ejercicio en el papel, en el que ciertas divisiones se asignaban a Europa y otras a Asia. Sin embargo, su resultado más importante era psicológico. Conectaba tan inextricablemente en nuestro pensamiento con las amenazas china y soviética, que cualquier análisis del posible uso de armas nucleares tendía a presuponer que la Unión Soviética y China eran una sola área blanco. Políticamente, ello inhibía nuestra comprensión de la creciente división entre los gigantes comunistas y la oportunidad que esto representaba para Estados Unidos.

En una de mis primeras iniciativas como asesor de seguridad, lancé una revisión de las suposiciones del concepto de guerra de dos y medio. Un grupo interdepartamental respondió con cinco opiniones, que mi equipo y yo redujimos a tres. Cada estrategia alternativa fue analizada en términos de las contingencias que nos permitiría enfrentar y de sus derivaciones presupuestarias. Las estrategias para la OTAN fueron unidas con estrategias para Asia en varias combinaciones. Estas combinaciones fueron entonces relacionadas a proyectados gastos domésticos, de modo que el presidente pudiera decidir qué nivel de riesgo correría si renunciaba a una es-

trategia en particular en aras de un programa doméstico específico. Las tres opciones fueron las siguientes:

- Estrategia 1: mantendría fuerzas convencionales para una defensa inicial (noventa días) de Europa Occidental contra un gran ataque soviético, y para asistencia simultánea (por apoyo logístico y fuerzas estadounidenses de combate limitadas) a un aliado asiático contra amenazas de una invasión china en gran escala.

- Estrategia 2: mantendría fuerzas capaces, ya sea de una defensa inicial de la OTAN, o de una defensa contra un ataque chino en gran escala a Corea o el Sudeste asiático. Es decir, que no mantendríamos fuerzas para luchar en gran escala en Europa y en Asia simultáneamente.

- Estrategia 3: (esencialmente nuestra estrategia antes de la guerra de Vietnam), mantendría fuerzas para una defensa inicial de la OTAN y una defensa de Corea o del Sudeste Asiático contra un ataque chino en gran escala. Las fuerzas serían capaces de enfrentar *simultáneamente* las grandes amenazas del Pacto de Varsovia y de China.

El 6 de octubre de 1969 escribí al presidente enumerando las opciones y sus derivaciones militares y presupuestarias. Las agencias tenían opiniones diversas, que transmití fielmente, pero en caso de opiniones divididas el presidente, como siempre, solicitaba mi recomendación. Lo exhorté a que aprobara la Estrategia 2: «Creo que es improbable un ataque del Pacto de Varsovia en Europa simultáneo con un ataque chino convencional en Asia. En todo caso, no creo que un ataque semejante deba enfrentarse con fuerzas de tierra.»

Nixon aceptó mi recomendación. Fue una de las decisiones más importantes de su presidencia. Primero que todo, armonizaba doctrina con capacidad. Nunca habíamos generado las fuerzas requeridas por la doctrina de guerra de dos y medio; la brecha entre nuestras declaraciones y nuestra política real seguramente crearía confusión en las mentes de agresores potenciales y presentaría graves riesgos si intentábamos aplicarla. No había ninguna perspectiva realista de que los chinos y los soviéticos se movieran al mismo tiempo contra nosotros. Pero si se producía un ataque conjunto de China y la Unión Soviética, nos enfrentaríamos con una amenaza al equilibrio global; pretender que en esas circunstancias limitaríamos nuestra respuesta a una guerra convencional en dos áreas muy separadas multiplicaría nuestros peligros.

Las derivaciones políticas fueron todavía más decisivas. Tuvimos que dejar de lado la obsesión de un monolito comunista. Al vincular los objetivos soviéticos con los chinos creábamos presuposiciones que circunscribían la flexibilidad de nuestra diplomacia y que estaban en contra del evidente antagonismo entre las dos mayores potencias comunistas. La reorientación de nuestra estrategia fue una señal para la República Popular China de que nosotros considerábamos sus propósitos objetivos como separables de los de la Unión Soviética y de que nuestra política militar no veía en China una gran amenaza. Aunque nuestro cambio de doctrina jamás fue reconocido por Pekín, es inconcebible que fuera ignorado por esos cuidadosos estudiantes de geopolítica que analizaban meticulosamente todas las declaraciones públicas norteamericanas. Porque no solamente empezamos a reflejar el nuevo diseño estratégico en nuestra planificación militar para la guerra convencional y para la guerra nuclear; para no dejar dudas sobre nuestras intenciones, dimos el paso extraordinario de ofrecer una explicación razonada en el primer informe sobre política exterior del presidente al Congreso, el 18 de febrero de 1970, siguiendo las líneas de análisis que acabo de describir. Las frases claves decían:

En el esfuerzo por armonizar doctrina con capacidad, elegimos la que podría describirse como una estrategia de guerra de 1 y 1/2. Bajo la misma, mantendremos en tiempo de paz fuerzas para propósitos generales, adecuadas para enfrentar simultáneamente un gran ataque comunista en Europa o en Asia, asistir a los aliados contra amenazas no chinas en Asia, y enfrentar una contingencia en otra parte.

La elección de esta estrategia se basó en las consideraciones siguientes:

- La capacidad de nuestras fuerzas nucleares estratégicas y locales sirve como elemento de disuasión contra un ataque soviético en gran escala en la Europa de la OTAN o un ataque chino a nuestros aliados asiáticos.

- Las perspectivas de un ataque coordinado en dos frentes contra nuestros aliados por Rusia y China son bajas, a causa de los riesgos de una guerra nuclear y de la improbabilidad de una cooperación chino-soviética.

Y Europa Occidental, no Asia, fue señalado como el teatro más probable de la amenaza. Estábamos, en resumen, más preocupados por el peligro soviético que por la agresión china.

Habíamos enviado una importante señal a China. Ya no trataríamos un conflicto con la URSS como si incluyera automáticamente a la República Popular China. Trataríamos a nuestros dos adversarios sobre la base de sus acciones hacia nosotros, no de su ideología; reconocíamos públicamente sus diferencias y la improbabilidad de su cooperación. Dimos a los chinos una opción para que se acercaran a nosotros.

LA DOCTRINA NIXON

La nueva estrategia definía las fuerzas que generaríamos. Al contrario de lo sucedido en los años sesenta, las metas declaradas para nuestros niveles de fuerzas fueron efectivamente alcanzadas. Pero persistía la necesidad de relacionar nuestras intenciones con los intereses de aliados y amigos, especialmente en Asia. En contraste con algunos de nuestros críticos domésticos, estos países amenazados consideraban irreversible nuestra retirada de Vietnam. Temían que, en el proceso, Estados Unidos pudiera desentenderse de *todas* sus responsabilidades y dar la espalda a *todos* sus intereses en la región. Países no aliados de nosotros preguntábanse si empezariamos a definir nuestros intereses de seguridad en el Pacífico en términos estrictamente legales, limitados a los países con los que teníamos compromisos escritos. ¿Dónde dejaría esto a países de gran importancia estratégica, como India o Indonesia? Y los que tenían compromisos escritos preguntábanse cómo los interpretaríamos nosotros.

Considerando los ataques domésticos al exceso de compromisos norteamericanos y los intentos por reducir hasta nuestros compromisos con la OTAN, esas preguntas no eran ingenuas ni triviales. Pero si Estados Unidos era percibido como abdicando de su papel en Asia, serían probables cambios dramáticos en las políticas exteriores, y quizás la revolución doméstica, en países de importancia clave. Por otra parte, no tenía sentido adoptar una doctrina para la defensa común que no contaría con consenso doméstico.

En preparación para la gira asiática del presidente del verano de 1969, Nixon y yo discutimos a menudo este problema. Llegamos a la conclusión de que era importante hacer una distinción entre tres tipos de peligros para la seguridad: subversión interna, ataque externo por un país asiático vecino, y agresión por una potencia nuclear (en términos prácticos, la Unión Soviética o la República Popular China). Al nivel más alto de la amenaza, teníamos que hacer explícita nuestra firme oposición a los designios agresivos de cualquier gran potencia en Asia. En el extremo inferior del espectro, teníamos que evitar vernos involucrados en guerras civiles. Para el área gris intermedia, ninguna fórmula simple sería suficiente. La intención original había sido desarrollar un discurso presidencial siguiendo esta línea, en algún momento del verano. En una charla con la prensa en la Casa Blanca, esboqué, el 18 de julio, la filosofía de la administración para Asia después de Vietnam:

El asunto de la naturaleza de los compromisos toma a menudo en Estados Unidos la forma de una discusión sobre obligaciones legales. Pero a un nivel más profundo, y al nivel que tiene que interesar al presidente, la relación de Estados Unidos con otros países depende parcialmente, desde luego, de las relaciones legales pero más fundamentalmente de la concepción que tiene Estados Unidos de su papel en el mundo y de la importancia intrínseca de los países en relación con la seguridad general y el progreso general.

* * *

Lo que queremos discutir es, como señalé, cómo estos países visualizan su propio futuro, porque cuando se mira hacia adelante, a la próxima década, es evidente que el futuro de Asia, del sudeste asiático que visitaremos, tendrá que depender no de prescripciones hechas en Washington sino del dinamismo, la creatividad y la cooperación en la región.

Seguimos dispuestos a participar, pero no podemos suministrar todas las concepciones y todos los recursos. La iniciativa tiene que trasladarse cada vez más a esa región. Por esta razón, es importante que consideremos nuestros puntos de vista sobre el futuro de ellos.

Después, con sorpresa de mi parte, Nixon tocó el tema en lo que yo esperaba que sería una charla informativa informal con la prensa, el 25 de julio, en un club de oficiales en Guam. Estábamos en nuestro camino a las Filipinas. Fue al terminar un largo día. Habíamos viajado varias horas cruzando varios husos horarios, vía isla Johnson, para presenciar el descenso de los primeros hombres que pisaron la luna. Esto impulsó a Nixon a comentar que habíamos sido testigos de «la semana más grande de la historia del mundo desde la Creación», declaración que dejó algo estupefacto al clérigo del grupo. Hasta hoy no creo que Nixon tuviera intención de hacer un pronunciamiento político importante en Guam; su propósito original había sido producir algunas noticias a causa del período de vacío originado al cruzar la línea internacional de cambio de fecha. Que un pronunciamiento formal no estuvo al principio en la mente de Nixon queda indicado por el hecho de que sus comentarios fueron hechos en una sesión informativa (14). Pero llevado quizá por la ocasión, Nixon, en una declaración efectiva y a menudo elocuente, expuso sus preocupaciones y enfoque sobre Asia.

Nixon veía peligros militares potenciales en Asia provenientes de un país grande, China Comunista, y de dos relativamente pequeños, Corea del Norte y Vietnam del Norte. Pero dijo: «Debemos evitar esa clase de política que haga a los países tan dependientes de nosotros que nos veamos arrastrados a conflictos como el que tenemos en Vietnam». Inevitablemente, los corresponsales presionaron para que especificara. Nixon replicó:

Creo que ha llegado la hora de que Estados Unidos, en nuestras relaciones con todos nuestros amigos asiáticos, debe ser más enfático en dos puntos: Uno, que mantendremos nuestros compromisos de tratados, por ejemplo, con Tailandia bajo la SEATO; pero, dos, que en lo que concierne al problema de la seguridad interna, al problema de la defensa militar excepto ante la amenaza de una gran potencia con intervención de armas nucleares, Estados Unidos alentará, y tiene derecho a esperar, que este problema sea manejado, y su responsabilidad asumida, por las mismas naciones asiáticas.

Esto dejaba todavía abierta la pregunta de qué se haría acerca de la agresión que no proviniera de una potencia nuclear ni de la subversión interna. Nixon sugirió que esto podría ser encarado por un sistema colectivo asiático de seguridad, en cinco o diez años: «En lo que hace a una amenaza diferente de la planteada por una potencia nuclear... éste es un objetivo que las naciones asiáticas libres, las naciones asiáticas independientes, pueden buscar y que Estados Unidos apoyaría.» Eludió una pregunta posterior sobre lo que haríamos en el período intermedio, antes de que semejante sistema de seguridad entrara en existencia.

Nixon produjo más noticias de las que le pidieron. Estos comentarios formulados en una conferencia de prensa informal causaron sensación y dominaron las conversaciones de él en todas las partes de Asia que visitó. Al principio sorprendido por su impacto, Nixon pronto las elevó a una doctrina con su nombre. En realidad, gastó una considerable cantidad de su tiempo para asegurarse de que la etiqueta inicial de «Doctrina de Guam» fuera rápidamente suplantada, en el léxico periodístico, por una frase más impresionante que llevara el nombre de la persona en vez del lugar. Nixon elaboró posteriormente sus comentarios informales en tres puntos claves en su discurso sobre Vietnam del 3 de noviembre de 1969, y en su informe sobre política exterior del 18 de febrero de 1970:

Estados Unidos mantendrá todos sus compromisos de tratados.

Brindaremos protección si una potencia nuclear amenaza la libertad de una nación aliada a nosotros, o a una nación cuya supervivencia consideremos vital para nuestra seguridad y para la seguridad de la región como un todo.

En casos de otros tipos de agresión daremos asistencia económica y militar cuando nos la soliciten y resulte apropiada. Pero procuraremos que la nación directamente amenazada asuma la responsabilidad primaria de suministrar los hombres para su defensa.

En un nivel, en la doctrina Nixon había menos de lo que se aparentaba. Si estábamos dispuestos a mantener nuestros compromisos de tratados, esto cubría a Japón, Corea del Sur, las Filipinas, Taiwan, Tailandia y Vietnam del Sur. Si ahora prometíamos proteger de las potencias nucleares hasta a países no alineados, esto involucraba países como Indonesia y Malasia contra hipotéticos ataques de China. Lo que la doctrina Nixon excluía era la participación nor-

teamericana automática en guerras entre otras potencias asiáticas, aunque pudiéramos ofrecer asistencia económica y militar. Que ya no debíamos complicarnos en guerras civiles era, en 1969, sabiduría convencional.

Por la otra parte, una declaración formal de la posición norteamericana ofrecía, por primera vez, criterios claros a amigos y enemigos. Domésticamente, daba una respuesta coherente a las acusaciones de exceso de extensión; hasta quienes abogaban por un atrincheramiento aún más profundo tuvieron que tomar seriamente el alcance y las derivaciones de la declaración de Nixon. Y las naciones de Asia que temían una retirada norteamericana encontraron en las declaraciones de Guam una tranquilidad considerable una vez que las comprendieron.

Una consecuencia irónica fue que aquéllos, dentro y fuera de nuestro gobierno, que querían un atrincheramiento aún más intenso empezaron a invocar la doctrina Nixon en contra de su autor. Resultó gracioso (y exasperante) durante las discusiones sobre Camboya, por ejemplo, escuchar que la asistencia norteamericana estaba descartada por la doctrina que llevaba el apellido del hombre ansioso de ayudar a un país amenazado y que no reconocía esa presunta incompatibilidad.

Así, en medio de un intenso debate doméstico sobre defensa, pudimos preservar una base desde donde más tarde se podría construir, cuando cambiaran los sentimientos del Congreso y del público. Desarrollamos una estrategia militar que se adecuaba a nuestra capacidad para enfrentar los peligros más plausibles. Y adelantamos una doctrina para la seguridad del área del Pacífico que daba nueva tranquilidad a nuestros aliados y amigos. De todas las realizaciones del primer período de Nixon, considero entre las más importantes la preservación de los tendones de nuestro poderío militar. Sin ello, todos los esfuerzos para relajar las tensiones habrían fracasado. Porque la moderación es una virtud sólo en aquéllos de quienes se cree que tienen posibilidad de elegir.

Capítulo VIII

LA AGONIA DE VIETNAM ✓

Aún hoy no puedo escribir sobre Vietnam sin sentir dolor y tristeza? Cuando asumimos nuestras funciones, más de medio millón de norteamericanos luchaban en una guerra a dieciséis mil kilómetros de la patria. Su número todavía seguía aumentando según un programa establecido por nuestros predecesores. Nos encontramos sin ningún plan para una retirada. Treinta y un mil ya habían muerto. Cualesquiera fueran nuestros objetivos originales en esa guerra, para 1969 nuestra credibilidad en el exterior, la confianza en nuestros compromisos y nuestra cohesión interna se hallaban en peligro a causa de una guerra que se libraba tan lejos de Norteamérica como lo permite nuestro planeta. Nuestra participación había empezado abiertamente, con el apoyo casi unánime del Congreso, del público y de los medios (1). Pero para 1969 nuestro país estaba escindido por la protesta y la zozobra, que a veces tomaban formas violentas y feroces. La tolerancia cívica en la que debe vivir una sociedad democrática habíase perdido. Ningún gobierno puede funcionar sin un mínimo de confianza popular. Todo esto disipábase ante la severidad de nuestras alternativas y el encono creciente de nuestra controversia doméstica.

Algún día los psicólogos y sociólogos podrán explicar qué tiene esa tierra distante y monocromática, de verdes montañas y campos que se funden con un mar azul, y que durante milenios actuó como un imán para extranjeros que buscaron la gloria y hallaron solamente frustración, que creyeron que en esos campos y junglas debían establecerse ciertos principios y entraron allí sólo para retirarse llenos de desencanto. ¿Qué inspiró a ese pueblo a tales extremos de heroísmo y monomanía, que una sucesión de extranjeros buscaron allí la clave de un enigma y se vieron expulsados con una insistencia feroz que no sólo desbarataba el esfuerzo de los extranjeros sino que ponía en peligro su propio equilibrio interior?

Nuestros predecesores habían entrado allí inocentes, convencidos de que la cruel guerra civil representaba el borde cortante de un diseño global. En cuatro años de lucha no habían sido capaces de desarrollar una estrategia para lograr la victoria, y a la luz de nuestros conocimientos actuales podemos decir que esa estrategia era inalcanzable. Habían hecho lo suficiente para producir un compromiso mayor del poderío y la credibilidad norteamericanos, pero no para llevarlo a una conclusión. En el último año de la Administración Johnson, los comunistas lanzaron una ofensiva en todo el territorio. Pocos estudiosos del tema cuestionan hoy que la misma fue derrotada en forma masiva. Pero su magnitud y el sacrificio que demandó la convirtieron en una victoria psicológica. Bajo el impacto de la ofensiva del Tet, primero limitamos y después cesamos nuestros bombardeos a Vietnam del Norte a cambio de nada, excepto la iniciación de negociaciones que nuestro adversario obstaculizó de inmediato. Declinaba el apoyo del público a una guerra que no solamente parecía imposible ganar, sino también de terminar.

Y en nuestro país, la oposición crecía. La misma se componía de muchos ramales: pacifistas sinceros que detestaban ver a su país involucrado en matanzas a miles de kilómetros de distancia, pragmáticos que no lograban vislumbrar ninguna salida razonable, aislacionistas que deseaban poner fin a las intervenciones de Norteamérica en ultramar, idealistas que consideraban incompatibles nuestros valores morales con los horrores de una guerra llevada por primera vez a sus hogares por la televisión. Y esos grupos eran incitados por una pequeña minoría que ex-

presaba el rencor incipiente de los años sesenta con tácticas de choque obscenas y violentas y manifestaban su aversión a Norteamérica, su «sistema» y su «maldad».

Todos esos grupos habíanse combinado para provocar el más áspero de los caos en la Convención Demócrata de 1968, la violencia en las universidades y la confusión y desmoralización de los grupos dirigentes que habían animado las grandes iniciativas norteamericanas de posguerra en política exterior.

Richard Nixon heredó esa situación. De todas las opciones, él era probablemente el menos capacitado para efectuar el acto de gracia que hubiera podido lograr la reconciliación con los miembros responsables de la oposición. Considerándose blanco permanente de una conspiración liberal decidida a destituirlo, era incapaz de ver en el cataclismo desencadenado por la guerra de Vietnam otra cosa que no fuera una continuación del antiguo y prolongado ataque a su existencia política. Aunque simpatizaba con la angustia de los que protestaban auténticamente más de lo que éstos sabían, nunca pudo reunir la confianza en sí mismo ni la amplitud de espíritu necesarias para acercarse a ellos. Adoptó la premisa de que enfrentábamos una lucha interna mortal y en el proceso contribuyó a acelerarla y hacerla más enconada.

En justicia, es menester reconocer que él tuvo muy poca ayuda. Después de todo, Hubert Humphrey, cuya vida toda fue una búsqueda de reconciliación, había sido tratado apenas mejor durante su campaña por la presidencia. Y después de que Nixon asumió sus funciones, aquéllos que habían creado nuestra intervención en Vietnam pasaron primero a la neutralidad y después a la oposición, cargando a Nixon con la responsabilidad de una guerra que él había heredado y luego atacándolo en nombre de soluciones que ellos mismos no habían defendido ni ejecutado cuando tuvieron la oportunidad.

La Administración Nixon inició sus funciones decidida a poner fin a nuestra intervención en Vietnam. Pero pronto chocó con la realidad que también había acosado a su predecesor. Durante casi una generación, la seguridad y el progreso de los pueblos libres había dependido de la confianza en Norteamérica. Simplemente, no podíamos retirarnos de una empresa que involucraba a dos administraciones, cinco países aliados y treinta y un mil muertos, como si estuviéramos cambiando de canal de televisión. Muchos nos exhortaban a «emular a de Gaulle», pero pasaban por alto que hasta de Gaulle necesitó cuatro años para desembarazar a su país de Argelia, porque él también pensaba que era importante para Francia emerger de sus problemas con su cohesión interna y su estatura internacional intactas. Desligó a Francia de Argelia como un acto de política, no como un colapso, en una forma que reflejaba una decisión nacional y no una derrota.

Una terminación similar de la guerra era aún más importante para Estados Unidos. Como líderes de las alianzas democráticas, teníamos que recordar que muchas naciones y millones de personas basaban su seguridad y su disposición a seguir siendo nuestros aliados en nuestra confianza en nosotros mismos. Ningún responsable serio de la política podía permitirse sucumbir a la moda de bajar de sus pedestales al «prestigio», el «honor», la «credibilidad». Porque el hecho de que una gran potencia abandonara a un pequeño país a la tiranía, simplemente para obtener alivio a nuestros problemas, me parecía, y sigue pareciéndome hoy, profundamente inmoral y destructivo para nuestros esfuerzos por construir una nueva pauta más pacífica de relaciones internacionales.

No podíamos revitalizar la Alianza Atlántica si sus gobiernos eran acometidos por dudas sobre la continuidad del poderío norteamericano. No seríamos capaces de llevar la Unión Soviética hacia el imperativo de la contención y moderación mutuas con el fondo de una capitulación en una guerra importante. No podríamos lograr nuestra apertura hacia China si nuestro valor como contrapeso parecía anulado por un colapso que nos mostraba como inoperantes respecto de la seguridad asiática. Nuestro éxito en la diplomacia para Medio Oriente dependería de si lográbamos convencer a nuestro aliado de nuestra fiabilidad y a sus adversarios de que éramos impermeables a las amenazas de presiones militares o hasta de chantaje. Claramente, el pueblo norteamericano quería terminar la guerra, pero cada encuesta, y ciertamente la elección de Nixon (y el voto de Wallace), hacía igualmente evidente que consideraban honorables los objetivos de su país y que no veían con agrado una humillación norteamericana. La nueva Administración tenía que respetar las preocupaciones y puntos de vista de los opositores a la guerra, pero también la angustia de las familias cuyos hijos habían sufrido y muerto por su país y que no querían que, después del hecho, esos sacrificios resultaran vanos.

Los principios del honor y de la responsabilidad norteamericanos no eran para mí frases

vacías. Las sentía profundamente. Nací en Alemania, en el pueblo bávaro de Fuerth, seis meses antes del frustrado «putsch» de Hitler en una cervecería de Munich, la capital de Baviera. Nuremberg, de la que Fuerth era vecina con la misma relación física y psicológica que Brooklyn tiene con Nueva York, era conocida por su fervor nazi, sus masivos mítines del partido y las notorias leyes raciales. Hasta que emigré a Norteamérica, mi familia y yo soportamos el ostracismo y la discriminación progresivos. Mi padre perdió su empleo de maestro en el que había trabajado toda su vida; los amigos de juventud de mis padres dejaron de frecuentarlos. Fui obligado a asistir a una escuela segregada. Cada salida a la calle resultaba una aventura, porque mis contemporáneos alemanes eran libres de golpear a un niño judío sin interferencia policial.

A través de ese período, Norteamérica adquirió para mí una cualidad maravillosa. Cuando era niño, la veía como un sueño, como un lugar increíble donde la tolerancia era una cosa natural y la libertad personal no conocía restricciones. Y más tarde, cuando supe que Norteamérica también tenía grandes problemas, no pude olvidar su cualidad inspiradora para las víctimas de la persecución, para mi familia y para mí durante aquellos años crueles y degradantes. Siempre recordaba el estremecimiento que me producía caminar por las calles de Nueva York. Cuando veía un grupo de niños, empezaba a cruzar a la otra acera para evitar que me golpearan. Y entonces recordaba dónde me encontraba.

Por lo tanto, siempre he tenido un sentimiento especial por lo que significa Norteamérica, cosa que quizás los ciudadanos nativos dan por descontada. No podía aceptar ese detestar el país propio que tomaba cualquier imperfección como excusa para denigrar un experimento precioso, cuya importancia para el resto del mundo había sido parte de mi vida. Sentíame enormemente gratificado por la oportunidad de pagar mi deuda con una sociedad cuyos defectos reconocía, pero a los que veía en una perspectiva diferente; los mismos no podían impedirme percibir su idealismo, su grandeza y su humanidad como una encarnación de las esperanzas de la raza humana.

La conmoción doméstica del debate sobre Vietnam, por lo tanto, me dolía profundamente. No estaba de acuerdo con muchas de las decisiones que habían provocado el «impasse» en Indochina; sentía, sin embargo, que mi designación para un alto cargo traía consigo la responsabilidad de ayudar a poner fin a la guerra en una forma compatible con el autorespeto norteamericano y con el interés que todos los hombres y mujeres de buena voluntad tenían en el poderío y los propósitos norteamericanos. Me parecía importante que Norteamérica no fuera humillada ni que cayera en la frustración, sino que abandonara Vietnam en una forma que hasta los que protestaban consideraran después un reflejo de una decisión norteamericana, decisión tomada con dignidad y respeto hacia nosotros mismos. Irónicamente, en vista de los cargos de «pesimismo histórico» que se me formularon después, era precisamente el asunto de nuestra confianza en nosotros mismos y de la fe en nuestro futuro lo que consideré que estaba en juego en el desenlace en Vietnam.

Creía en la altura moral de mi país de adopción. Norteamérica, sola entre los países libres, era lo suficientemente poderosa para garantizar la seguridad global contra las fuerzas de la tiranía. Solamente Norteamérica poseía la fuerza y la decencia para inspirar a otros pueblos que luchaban por su identidad, por el progreso y por la dignidad. En los años treinta, cuando las democracias enfrentaban el peligro más grande, Norteamérica esperaba a un costado para acudir al rescate de Europa. Ahora no había nadie que acudiera al rescate de Norteamérica si abandonábamos nuestras responsabilidades internacionales o sucumbíamos al odio contra nosotros mismos.

A diferencia de la mayoría de mis contemporáneos, yo había experimentado la fragilidad de la urdimbre de la sociedad moderna. Había visto que el resultado probable de la disolución de todos los lazos sociales y del minado de todos los valores básicos es el extremismo, la desesperanza y la brutalidad. Un pueblo no debe perder la fe en sí mismo; quienes se regodean en las imperfecciones de su sociedad o las convierten en excusa para una orgía nihilista, usualmente terminan erosionando toda restricción social y moral; eventualmente, en su ataque despiadado a todas las creencias, multiplican el sufrimiento.

Nunca pude llegar a pensar que la guerra de Vietnam era una monstruosa conspiración criminal, como estaba de moda en ciertos círculos. En mi opinión, nuestra entrada en la guerra no había sido el producto de una psicosis militarista sino de un ingenuo idealismo que quería enderezar todos los entuertos del mundo y creía que la buena voluntad norteamericana constituía su propia eficacia. Había visitado Vietnam como profesor. No vi allí a norteamericanos feroces

—aunque, como en todas las guerras, existían— sino a jóvenes dedicados que diariamente enfrentaban la muerte pese a las divisiones que desgarraban la patria; mi recuerdo era de muchos norteamericanos idealistas trabajando en condiciones imposibles para llevar gobierno, bienestar y desarrollo a un pueblo aterrorizado y desasosegado. Pensaba que el país debía algo al sacrificio de ellos y no sólo a los que protestaban ruidosamente. Algunos de los críticos veían Vietnam como un drama moralizador, donde los malos tenían que ser castigados antes de que cayera el telón final y donde cualquier intento para salvar el autorespeto en el desenlace incrementaba los males. Yo la consideraba una tragedia auténtica. Nadie tenía el monopolio de la angustia.

Pensaba que mi papel era ayudar a mi país de adopción a curar sus heridas y conservar su fe para poder volver a dedicarse a las grandes tareas de construcción que estaban aguardándolo.

MI EXPERIENCIA

Mi propia exposición a Vietnam fue imperceptiblemente gradual y progresivamente esclarecedora; siguió paralelamente las simplificaciones que llevaron a nuestro gobierno a una aventura cuyo costo final resultó desproporcionado con cualquier ventaja concebible. Y compartí el desencanto gradual.

A principios de los años sesenta no presté mucha atención a Vietnam. Europa, la estrategia y el control de armamentos eran mis especialidades académicas. En cuanto a mis opiniones, compartía la idea convencional de que la guerra era un esfuerzo de Vietnam del Norte para apoderarse de Vietnam del Sur por la fuerza militar. Sigo creyendo esto. A principios de los años sesenta no se me ocurrió la posibilidad de enviar tropas norteamericanas de combate. Como se señala en el Capítulo VI, la administración Johnson consideraba a Pekín como inspiradora de la agresión en Vietnam. La administración Kennedy, que había enviado los primeros 16.000 asesores militares norteamericanos a Vietnam, también quedó fascinada por el fenómeno de la guerra de guerrillas, aunque atribuyó su inspiración a un discurso de Nikita Khrushchev de enero de 1961 en el que se defendían las «guerras de liberación nacional».

Cuando la administración Kennedy envió a Vietnam esos 16.000 asesores, recuerdo haber preguntado a Walt Rostow, entonces director de equipo de planeamiento de política del Departamento de Estado, qué le hacía pensar que los podríamos triunfar con esa cantidad cuando los franceses no lograron hacerlo con varios centenares de miles. Rostow me dio la rápida respuesta que los atareados funcionarios reservan para los aficionados que deberían ocuparse de sus propios asuntos. Los franceses, explicó, como si estuviera enseñando el abecedario a un analfabeto, no entendieron la guerra de guerrillas y carecían de la movilidad de las fuerzas norteamericanas. Yo no seguí con el tema puesto que en aquellos días mi interés en Vietnam era más bien superficial.

No fue hasta noviembre de 1963 que hice una crítica firme a una política del gobierno, y respecto de un tema que disfrutaba de amplio apoyo. Me sentí pasmado por el directo papel que evidentemente había desempeñado Estados Unidos en el derrocamiento del presidente de Vietnam del Sur, Ngo Dinh Diem, que condujo a su asesinato. Esta locura nos comprometió a un curso de acción que no pudimos prever mientras se minaban las bases políticas; en la purga que siguió, el país se vio privado de toda su administración civil. Que nosotros conspiráramos para derrocar un gobierno amigo estaba destinado a sacudir la confianza de otros aliados del Sudeste asiático. Yo cuestionaba la suposición que nos había conducido a esa situación. Ngo Dinh Diem tuvo que ser derrocado, sostenían sus opositores, incluyendo gran parte del cuerpo de periodistas en Saigón, porque la guerra contra los comunistas no sería continuada con la energía o el apoyo popular adecuados mientras Diem estuviera en el poder. Su hermano era acusado de buscar una transacción con los comunistas, precisamente lo que siete años más tarde sería la ortodoxia de muchos de esos mismos críticos y por cuya negativa querían ahora el derrocamiento de Thieu. Pero puesto que la guerra se relacionaba con la legitimidad del gobierno no comunista de Vietnam del Sur, derrocar ese gobierno era una forma original de ganarla. Las supuestas ventajas militares no podrían contrarrestar la pérdida de autoridad política. Y nos veríamos comprometidos mucho más profundamente, en el aspecto moral, con el gobierno que hubiéramos llevado al poder. Hoy sabemos que Hanoi llegó a la misma conclusión. Mientras apoyaba activamente la guerra de guerrillas, no comprometió sus fuerzas

regulares hasta después del derrocamiento de Diem. Yo estaba en el proceso de escribir un artículo siguiendo estos planteamientos y prediciendo un drástico deterioro en Vietnam, cuando el presidente Kennedy fue asesinado. Decidí que sería de mal gusto seguir adelante.

En 1964 alenté al gobernador Rockefeller a que hablara vigorosamente sobre Vietnam en su campaña para las primarias. Ni él ni yo teníamos una opinión clara sobre una estrategia apropiada y ni él ni yo preveíamos el envío de tropas de combate norteamericanas. Sin embargo, hacia 1965 yo pertenecía a la mayoría silenciosa que apoyaba el envío por la administración Johnson de fuerzas para resistir la intervención, ahora clara y directa, de Hanoi.

Dejé de ser un espectador a comienzos de agosto de 1965 cuando Henry Cabot Lodge, un viejo amigo que estaba entonces como embajador en Saigón, me pidió que visitara Vietnam como consultor suyo. Viajé a Vietnam primero por dos semanas en octubre y noviembre de 1965, nuevamente por diez días en julio de 1966, y una tercera vez por unos pocos días en octubre de 1966 a solicitud de Averell Harriman. Lodge me dio carta blanca para investigar cualquier tema de mi elección y puso a mi disposición los servicios de la embajada.

Pronto comprendí que nos habíamos complicado en una guerra que no sabíamos cómo ganar ni cómo concluir. Los santuarios del enemigo en Laos y Camboya impedían el logro del objetivo militar clásico de la guerra: la destrucción del poderío militar del enemigo. En Vietnam del Norte estábamos comprometidos en una campaña de bombardeos lo bastante vigorosa para movilizar en contra de nosotros la opinión mundial, pero demasiado indecisa y gradual para resultar decisiva. Así, nuestro adversario encontrábase en posición de controlar el ritmo de las operaciones militares y el nivel de bajas, tanto suyas como nuestras. Y el nivel de bajas norteamericanas iría a convertirse en un elemento crucial para la opinión pública norteamericana.

Me convencí de que en una guerra civil, las «victorias» militares carecían de significado a menos que derivaran en una realidad política que pudiera sobrevivir a nuestra retirada final. Las negociaciones tendrían lugar solamente cuando Hanoi comprendiera que se enfrentaba a una pérdida progresiva de su influencia política sobre la población local mientras más tiempo se prolongara la guerra. Esta era una tarea monumental. Los norvietnamitas y el Viet Cong, luchando en terreno familiar, sólo necesitaban mantenerse para seguir constituyendo fuerzas suficientemente fuertes, capaces de dominar la población después de que Estados Unidos se cansara de la guerra. Nuestra tarea era mucho más compleja: teníamos que librar la guerra y fortalecer simultáneamente a los survietnamitas para que sobrevivieran sin nosotros. En otras palabras, teníamos que volvernos dispensables. Un principio cardinal de la guerra de guerrillas es que la guerrilla gana si no pierde; los ejércitos regulares pierden si no ganan. Estábamos librando una guerra militar contra un enemigo escurridizo; nuestro adversario libraba una guerra contra una población estacionaria. Desde el principio dudé de que nuestros planificadores hubieran comprendido esto. En mi camino a Vietnam en octubre de 1965, me detuve en nuestro cuartel general del Pacífico, en Hawai. Después de mi primera sesión informativa sobre Vietnam, escribí en mi diario:

Me impresionó el hecho de que nadie pudo explicarme realmente cómo, aun en las suposiciones más favorables, terminará la guerra de Vietnam... No creo que hayamos empezado a resolver el problema básico, que es psicológico. Me parece que los norvietnamitas y el Viet Cong deben estar diciéndose que aun si sus esperanzas de una victoria este año se vieran frustradas (debido a la intervención norteamericana), existe una posibilidad, y hasta una probabilidad, de que si pueden prolongar la guerra lo suficiente, terminarán por agotarnos. ¿Cómo hay que hacer para convencer a un pueblo de que uno está dispuesto a quedarse indefinidamente a 16.000 kilómetros de su país peleando contra adversarios que luchan en su propio suelo? Si fracasamos en nuestras operaciones en el Pacífico, no será debido a un fracaso en el campo técnico sino a una dificultad para sincronizar objetivos militares y políticos en una situación para la que este «establishment» militar enormemente complejo no está diseñado.

Me parecía que las unidades regulares norvietnamitas, que eran el blanco principal de nuestras operaciones militares, desempeñaban la función de capa del torero: atraían a nuestras fuerzas hacia áreas políticamente insignificantes mientras que la infraestructura del Viet Cong minaba el control del gobierno survietnamita sobre las áreas rurales pobladas. Después de visitar una provincia vietnamita el 21 de octubre de 1965, escribí en mi diario:

Es evidente que aquí están desarrollándose dos guerras separadas: (A) reflejada en las estadísticas del ejército sobre seguridad de las unidades militares; y (B) la que afecta a la población. Los dos criterios no encajan. Para el ejército, una carretera está abierta cuando por ella puede viajar un convoy. Para el aldeano, una carretera está abierta cuando puede viajar por ella sin pagar impuestos. Para el ejército una aldea está segura cuando puede estacionar a sus fuerzas allí. Para la población, una aldea está segura cuando tiene protección no solamente de los ataques de unidades organizadas del VC (*) sino, también, del terrorismo del VC.

En ausencia de criterios de éxito, el autoengaño reemplazaba al análisis. Cuando visité la provincia de Vinh Long en octubre de 1965, pregunté al jefe de la misma qué porcentaje de su provincia estaba pacificado; me respondió con orgullo que el 80 por ciento. Cuando viajé a Vietnam por segunda vez en julio de 1966, me propuse visitar las mismas provincias a fin de evaluar los cambios. En Vinh Long, el mismo jefe provincial me dijo que se habían hecho progresos enormes desde mi última visita. Cuando le pregunté qué porcentaje de la provincia estaba pacificado ahora, me dijo orgullosamente que el 70 por ciento.

Resumí mis impresiones de mi primera visita en una carta a Henry Cabot Lodge fechada el 3 de diciembre de 1965:

Oscureciéndolo todo hay un problema social, o quizá filosófico: Los vietnamitas tienen la sensación de ser un pueblo distinto pero tienen poco sentido de nacionalidad. Nuestra tarea más profunda, entonces, es descubrir cómo puede ser construida una nación cuando la sociedad está desgarrada por cismas internos y en medio de una guerra civil. Todos los países nuevos tienen el problema de lograr la cohesión política; ninguno ha tenido que hacerlo bajo presiones tan abrumadoras como Vietnam.

El 18 de agosto de 1966, después de mi segunda visita a Vietnam, escribí otra carta a Lodge: «La franqueza me obliga a decir que no encontré ningún cambio substancial en las provincias...» El intento de los funcionarios norteamericanos de juzgar la seguridad en las zonas rurales era un intento de cuantificar intangibles. Quizá debido a la inexperiencia de nuestros consejeros provinciales (cuyo turno de servicio era tan corto que para el tiempo en que habían aprendido su trabajo tenían que marcharse), nuestro esfuerzo carecía de perspectiva política. Por ejemplo, algunas zonas mencionadas como pacificadas podían estar en esas condiciones debido a que el Vietcong consideraba conveniente dejar que la agricultura siguiera sin perturbaciones para disponer de una fuente de abastecimientos para ellos, puesto que ellos recaudaban regularmente los impuestos. Añadí algunas recomendaciones: que la embajada debía intentar una evaluación más precisa de la situación de seguridad, que el gobierno local debía ser fortalecido, y que las prioridades debían ser firmemente establecidas. También necesitábamos urgentemente una estrategia para las negociaciones, que la Administración proclamaba constantemente tener deseos de iniciar. Porque una negociación sería el comienzo, no el final, de nuestras dificultades.

Y yo tenía cierta limitada experiencia en tratar con los norvietnamitas.

Entre julio y octubre de 1967, a pedido de la administración Johnson, hice de intermediario en un esfuerzo por hacer que empezaran las negociaciones. Envié mensajes a través de dos intelectuales franceses a quienes conocía, uno de los cuales fue amigo de Ho Chi Minh en los años cuarenta y que hasta le ofreció hospitalidad en su casa cuando Ho estuvo en París para negociar con los franceses. Me autorizaron a que alentara a mis amigos a que fueran a Hanoi para ofrecer términos de compromiso para un alto a los bombardeos como preludeo a una negociación. Ellos fueron y se reunieron con Ho Chi Minh. Durante varios meses estuve viajando a intervalos a París para entregar o recibir mensajes de los norvietnamitas. Finalmente el esfuerzo fracasó, aunque fue un paso en dirección al acuerdo que resultó en un alto a los bombardeos y en la apertura de conversaciones de paz un año después.

Después de que estas negociaciones por fin empezaron, a fines de 1968 publiqué mi evaluación en un artículo de *Foreign Affairs* (2). Fue escrito antes de mi designación como asesor de seguridad pero publicado después. Expresaba mis conclusiones básicas:

(*) Viet Cong (N. del T.).

- que nuestra estrategia militar era incapaz de producir la victoria;
- que nuestras operaciones militares tenían que ser engranadas con objetivos de negociación claramente definidos;
- que el gobierno survietnamita sólo podría sobrevivir si desarrollaba un programa político que pudiera atraer a los survietnamitas no comunistas;
- que Estados Unidos debía ceder una creciente responsabilidad en la conducción de la guerra a los survietnamitas;
- que si en las negociaciones Hanoi se mostraba intransigente y la guerra continuaba, deberíamos procurar alcanzar unilateralmente tantos objetivos como fuera posible;
- que en nuestras negociaciones deberíamos concentrarnos en asuntos militares como el cese del fuego, mientras dejábamos la distribución del poder político a los partidos vietnamitas.

Hasta cierto grado, coincidía con los críticos de ambos lados del espectro político. Con su conducción de la guerra, la administración Johnson había abandonado cualquier posibilidad de una victoria militar convencional que pudo haber existido. Había establecido un techo a nuestros niveles de fuerza y aceptado un alto a los bombardeos. Una salida honorable dependía de nuestra capacidad para crear incentivos políticos que movieran a Hanoi hacia una transacción, lo cual sería imposible a menos que pudiéramos convertir nuestra posición militar en el terreno en una estructura política duradera. Nuestra posición de negociación tenía que ganar un apoyo público sostenido en nuestro país a fin de que Hanoi comprendiera que nada podría ganar enredándonos en conversaciones prolongadas. Poner todas estas piezas en su lugar mientras nos retirábamos sería la tarea de cualquier nueva administración.

Pero si en enero de 1969 sentía profunda inquietud acerca de la guerra, disentía con muchos de los críticos en varios aspectos. No apoyaba una retirada incondicional. Para 1969, más de quinientos mil norteamericanos que luchaban allí, más de 70.000 soldados de países aliados y 31.000 muertos habían dilucidado la cuestión de si el resultado era importante para nosotros y para todos los que dependían de nosotros. Tampoco estaba de acuerdo con muchos críticos de la guerra que actuaban como si la paz dependiera sobre todo de *nuestra* buena voluntad. Los hombres duros de Hanoi, que habían pasado sus vidas luchando, no atribuían a la transacción una categoría moral. Impulsados por la épica saga de la historia vietnamita —una historia de guerras contra los chinos, los franceses, los japoneses y ahora nosotros— habían sostenido su indudable heroísmo soñando con la victoria; se avendrían a una transacción solamente sobre la base del cálculo y la necesidad. Una paz negociada resultaría del cálculo de riesgos por ambos bandos, no de un impulso de sentimiento. Este criterio me separaría para siempre de muchos de los que protestaban, aunque estaba de acuerdo con su análisis de que la guerra estaba agotando nuestra fuerza nacional y tenía que ser liquidada.

LO QUE ENCONTRAMOS <

Es un dudoso logro de muchos de nuestros críticos, incluidos muchos de las administraciones que habían provocado nuestra intervención en Vietnam, haber centrado el debate sobre la guerra en torno a los actos de la administración Nixon, como si hubiera sido Nixon quien nos llevó a Vietnam. Conviene recordar que el 20 de enero de 1969, cuando Nixon asumió sus funciones, más de medio millón de soldados norteamericanos *estaban* en Vietnam; ciertamente, esa cantidad estaba elevándose hacia el techo de 549.500 hombres que había sido establecido por la administración anterior en abril de 1968. (La máxima cantidad de soldados fue de alrededor de 543.000, en abril de 1969.) El costo de nuestros esfuerzos en Vietnam había sido de 30 mil millones de dólares en el año fiscal de 1969 (*). Las bajas norteamericanas habían estado llegando a un promedio de 200 por semana durante la segunda mitad de 1968; en 1968, el total de norteamericanos muertos en combate fue de 14.592. El 20 de enero, el total acumulado de norteamericanos muertos en acción en Vietnam desde 1961 llegaba a superar los 31.000; las bajas survietnamitas estaban cerca de 90.000.

(*) De esto, 24 mil millones correspondían al «costo adicional», es decir, excluyendo los costos en que se habría incurrido de todos modos para mantener nuestras fuerzas en caso de que la guerra no hubiera estado desarrollándose.

La lucha parecía empatada. Habíamos derrotado decididamente la ofensiva del Tet de 1968; pero el golpe que representó para el apoyo público norteamericano a la guerra llevó a la detención de los bombardeos y a presiones multiplicadas que solicitaban nuestra retirada. Las fuerzas regulares de nuestro aliado survietnamita llegaban a 826.000, superando holgadamente a las de un año antes (743.000). También estaban mucho mejor equipados. Pero su tarea era como para intimidar: custodiar una frontera sin caminos y de casi 1.000 kilómetros y garantizar al mismo tiempo la seguridad de la población. Y aunque los cuadros del vietcong habían sido diezmados en la ofensiva del Tet, las fuerzas del ejército regular de Vietnam del Norte llenaban los vacíos. Casi toda la lucha era librada ahora por unidades del ejército de Vietnam del Norte, en contra de la mitología de «guerra del pueblo».

Vietnam del Sur parecía más estable políticamente que en ningún momento de los cuatro años anteriores. Nguyen Van Thieu, noroesteño de nacimiento, había sido elegido presidente en 1967 y en su gobierno tenía a más sureños y nacionalistas respetados, como el primer ministro Tran Van Huong. Empero, nuestra embajada en Saigón estimaba que existía todavía una infraestructura comunista en el 80 por ciento de las aldeas. Se calculaba que el 75 por ciento de la población total y el 81 por ciento de la población rural se encontraba bajo cierta influencia comunista, o por lo menos sometida a requisas comunistas de su arroz y otros productos. En otras palabras, la situación en las zonas rurales no había cambiado substancialmente desde mi última visita en octubre de 1966.

La estrategia del enemigo era crear una máxima sensación de inseguridad sin tratar de retener ningún territorio que pudiera convertirse en blanco de los ataques norteamericanos y provocar una batalla campal. En cambio, los norvietnamitas lanzaban ataques esporádicos en todas las áreas de Vietnam del Sur. Unidades del ejército atacaban a fuerzas norteamericanas para causar bajas; las operaciones de guerrilla estaban destinadas a perturbar la pacificación; continuamente se hacían esfuerzos para fortalecer la infraestructura comunista con miras a un copamiento eventual.

En la segunda mitad de 1968, el general Creighton («Abe») Abrams reemplazó al general William Westmoreland como comandante de Estados Unidos en Vietnam. Abrams había sido comandante de tanque bajo George Patton y conducido el batallón que liberó Bastogne en la Batalla de la Saliente de las Ardenas. Abrams alteró la estrategia norteamericana. Abandonó las operaciones ofensivas en gran escala contra las fuerzas de los comunistas y se concentró en proteger a la población. Fueron desplegadas tropas norteamericanas para la defensa en profundidad alrededor de las ciudades importantes. Hizo replugar dos divisiones norteamericanas de la parte norte del país hacia la parte sur, más poblada. Este fue un beneficio militar del alto en los bombardeos que el presidente Johnson anunciara el 1 de noviembre de 1968, puesto que los norvietnamitas había accedido entonces a no violar la Zona Desmilitarizada (ZDM) ni lanzar ataques indiscriminados contra ciudades importantes.

El alto en los bombardeos habíase producido por dos razones esenciales. Los opositores a la guerra habían concentrado sus críticas en los bombardeos: parcialmente debido a su costo, parcialmente porque era algo que Estados Unidos podía detener unilateralmente (a diferencia del resto de la lucha), y parcialmente porque Hanoi había sugerido astutamente que un alto en los bombardeos llevaría a rápidas negociaciones y que las mismas resultarían en un rápido acuerdo. El 31 de marzo de 1968, el presidente Johnson anunció su retirada de la contienda presidencial y un alto de los bombardeos por encima del paralelo veinte. En París se inició una negociación entre Estados Unidos y la República Democrática de Vietnam (*), pero quedó limitada a la cuestión de procedimientos de cómo iniciar las conversaciones. El 1 de noviembre, el presidente Johnson accedió a un completo alto de los bombardeos, aunque continuaron los bombardeos al corredor de abastecimientos que los norvietnamitas tenían a través de Laos (la llamada «ruta de Ho Chi Minh») y los vuelos de reconocimiento. Hubo un «entendimiento» de que no habría «ataques indiscriminados a ciudades importantes» (como Saigón, Danang y Hué); no se lanzarían ataques de artillería, cohetes o morteros desde, a través y dentro de la zona desmilitarizada; no habría movimientos de tropas desde, a través y dentro de la ZDM ni tampoco movimientos ni reunión de tropas cerca de la ZDM «que fueran amenazantes para el otro lado». Hanoi nunca accedió explícitamente a tomar estas previsiones sino que, más

(*) República Democrática de Vietnam (abreviado RDV o RDVN) era el nombre oficial de Vietnam del Norte.

bien, «asintió con el silencio», apoyado por las seguridades dadas por el primer ministro soviético Alexei Kosygin al presidente Johnson en una carta del 28 de octubre de 1968, de que las «dudas con respecto a la posición de la parte vietnamita son infundadas». Averell Harriman, principal negociador norteamericano, dijo a los norvietnamitas en París, el 4 de noviembre, que los ataques indiscriminados a las ciudades importantes «crearían una situación que no permitiría las conversaciones serias y tampoco el mantenimiento del cese de los bombardeos».

Según resultaron las cosas, las conversaciones serias no empezaron tan rápidamente como Hanoi nos había hecho creer. Como ya he descrito en el Capítulo II, hubo un tira y afloja de tres meses sobre la forma de la mesa, que fue en realidad una disputa sobre el status de la organización del frente de Hanoi en el sur: el Frente Nacional de Liberación (FNL). La reyerta terminó el 16 de enero de 1969, cuatro días antes de que asumiéramos nuestras funciones. El día que Nixon asumió la presidencia, ninguna sesión de negociación substancial había tenido lugar.

Cuando el nuevo equipo se hizo cargo, nuestra primera necesidad era una evaluación segura y fiable de la situación. Nuestro deseo de desarrollar inmediatamente una estrategia coherente iba contra la exigüidad de los hechos, nuestro intento de modificar la práctica establecida se oponía a la inercia de la sabiduría convencional. Vietnam fue brevemente discutido en la reunión del CNS del 25 de enero. Pero el equipo era demasiado nuevo y los funcionarios de carrera estaban demasiado desmoralizados. Los informes presentados no ofrecieron ideas imaginativas a un nuevo presidente que estaba ansioso de recibirlas, aunque fuera de los militares. Durante años los militares habían estado quejándose de que los funcionarios civiles los tenían con la trailla corta. Pero cuando Nixon los presionó para que propusieran nuevas estrategias, todo lo que pudieron pensar fue reanudar los bombardeos al norte. La única instrucción nueva impartida por Nixon en este punto fue detener las constantes controversias con Saigón; no tenía intención de satisfacer los deseos de Hanoi minando la estructura política de Vietnam del Sur.

Nuestra sed de información fue el origen de la primera instrucción de estudio emitida por la nueva Administración. El Memorandum de estudio de seguridad nacional (MESN) 1, titulado «Situación en Vietnam», pedía a los departamentos y agencias que respondieran a una enorme lista de seis páginas, a un espacio, de veintiocho preguntas principales y cincuenta subsidiarias. A cada agencia se le pidió que respondiera por separado para hacer destacar cualquier desacuerdo con el fin de detectar claramente las cuestiones motivo de controversia y los diferentes puntos de vista. El MESN 1 pedía explicaciones de los acontecimientos (por ejemplo, «¿Por qué está la RDV en París?», o «¿Por qué unidades del ejército norvietnamita abandonaron Vietnam del Sur en el verano y otoño pasado?»). Inquiría sobre los factores políticos que afectaban las negociaciones, las disponibilidades militares del enemigo, las disponibilidades de Vietnam del Sur, el progreso de la seguridad en las zonas rurales, la escena política en Saigón y la estrategia y operaciones militares de Estados Unidos. En todos los casos, preguntábamos: «¿Cuál es la evidencia?», o «¿Cómo es de adecuada nuestra información?».

Desafortunadamente, las preguntas confirman a veces las perplejidades que las han hecho surgir, en vez de conducir a su solución. Las respuestas al cuestionario del MESN 1 llegaron en febrero; mi equipo las resumió y analizó en un documento de cuarenta y cuatro páginas que se hizo circular entre los miembros del Grupo de Revisión del CNS el 14 de marzo (3). Quizá no deba sorprender que el resumen permitiera comprobar que la burocracia estaba dividida siguiendo líneas muy similares al resto del país. Había una escuela de pensamiento relativamente optimista que incluía a Ellsworth Bunker (nuestro embajador en Saigón), al Estado Mayor Conjunto, al general Abrams y al almirante John McCain (nuestro comandante del Pacífico). Este grupo creía que los norvietnamitas habían accedido a sostener conversaciones de paz en París debido a su debilidad militar, que las ganancias obtenidas de la pacificación eran reales y debían «ser mantenidas», y que las «corrientes eran favorables». El punto de vista opuesto reflejaba el lado civil del Pentágono, la CIA y, en grado no menor, el Departamento de Estado. Reconocía los adelantos en la capacidad de Vietnam del Sur pero sostenía que la misma «ha producido esencialmente un empate». Sostenía que las ventajas de la pacificación eran «exageradas y frágiles», que estaba haciéndose «un progreso político inadecuado», que el enemigo no estaba manejándose en París ni en el terreno por debilidad y que «un acuerdo amplio es la única salida factible para Vietnam».

Había acuerdo en que el vietcong y los norvietnamitas iniciaban la mayoría de las acciones militares y esto determinaba el nivel de bajas de ambas partes; que el enemigo no había modi-

ficado sus objetivos; y que Hanoi estaba siguiendo un rumbo «básicamente independiente de Moscú o de Pekín». Sin embargo, había desacuerdos perturbadoramente amplios dentro de la comunidad de inteligencia sobre hechos tan elementales como la dimensión y despliegue de las fuerzas enemigas, y la importancia de Camboya, especialmente el puerto de Sihanoukville, como ruta de abastecimientos. Las respuestas dejaban en claro que no había consenso sobre los hechos, y mucho menos sobre política.

Antes de que pudiéramos resolver nuestro debate interno —o siquiera dirigirlo— Hanoi restó validez a nuestros análisis lanzando, el 22 de febrero de 1969, una ofensiva en todo el territorio de Vietnam del Sur.

ATAQUES NORVIETNAMITAS Y BOMBARDEOS A CAMBOYA

El entendimiento de 1968 con los norvietnamitas que llevó a la detención de los bombardeos incluía la «esperanza» de que no habría ataques a las grandes ciudades o a través de la ZDM. Cuando asumimos nuestras funciones, sin embargo, la infiltración enemiga estaba aumentando, lo que constituía un fuerte indicio de que se estaba preparando una nueva ofensiva.

El único plan que encontramos para esa contingencia era la reanudación de los bombardeos en el norte. El 24 de noviembre de 1968, el secretario de Defensa Clark Clifford había declarado en el programa «Temas y respuestas» de la cadena ABC de televisión: «Si ellos, en algún momento, nos demuestran que no proceden con seriedad y que no se conducen con buena fe, no tengo dudas de que el presidente tendrá que volver a nuestro concepto anterior y eso significa mantener la presión sobre el enemigo, lo que incluiría los bombardeos, de ser necesarios.» Averell Harriman expuso la misma posición en una charla con la prensa en la Casa Blanca el 4 de diciembre de 1968. El general Earle Wheeler, presidente del Estado Mayor Conjunto, no hacía más que seguir la doctrina heredada cuando dijo a Nixon, en la reunión del CNS del 25 de enero de 1969, que en Vietnam se estaba haciendo todo lo posible, «excepto bombardear el norte».

Nadie de la nueva administración, sin embargo, podía anticipar sin sentir disgusto una reanudación de los bombardeos sobre el norte. Estábamos saboreando la luna de miel que sigue a la toma de posesión de un nuevo presidente; Nixon nunca había disfrutado anteriormente de la aprobación de los medios periodísticos. Ninguno de nosotros estaba preparado para soportar la conmoción interna que provocaría una reanudación de los bombardeos, aunque la misma fuera resultado directo de la violación por parte de los norvietnamitas de los entendimientos que habían llevado al alto de los bombardeos. Sobre todo, aún no habíamos renunciado a la esperanza, en el primer mes de la nueva presidencia, de unir a la nación tras un programa honorable para dar solución a la guerra.

Desafortunadamente, era difícil encontrar alternativas a los bombardeos contra el norte. El 30 de enero me reuní en el Pentágono con Laird y Wheeler para explorar cómo podríamos responder en caso de producirse una ofensiva enemiga en Vietnam del Sur. Wheeler reiteró que las fuerzas norteamericanas en Vietnam del Sur estaban ya totalmente comprometidas; la única respuesta efectiva serían operaciones en la ZDM o reanudar los bombardeos al norte. Laird objetó la última sugerición, y afirmó enfáticamente que la interrupción de los bombardeos había alentado las expectativas públicas de que la guerra estaba en vías de terminar. Tampoco yo era partidario de ello porque estaba ansioso de dar una oportunidad a las negociaciones. El 1 de febrero Nixon me envió una nota: «No me gustan las sugerencias que veo virtualmente en cada informe de prensa de que nosotros 'esperamos una iniciativa comunista en Vietnam del Sur'. Creo que si se produce una iniciativa, debe ser nuestra y no de ellos.» Pero mi solicitud a los jefes de Estado Mayor de que presentaran sugerencias produjo la respuesta, ahora familiar, de esbozar varios niveles de ataques aéreos o navales contra blancos en Vietnam del Norte, y la renuencia de Mel Laird, y mía, a aceptar esa recomendación. Se pensó entonces en el bombardeo de los santuarios norvietnamitas en Camboya por razones exactamente opuestas a lo que se llegó a suponer: no fue por un deseo de extender la guerra, sino de evitar los bombardeos a Vietnam del Norte y de detener una contraofensiva no provocada que estaba costando 400 vidas norteamericanas por semana.

Los revisionistas se han concentrado a veces en el supuesto ataque de la administración Nixon al «status neutral» de un país «pacífico». Estas acusaciones pasan por alto el hecho de que el territorio involucrado ya no era camboyano en ningún sentido práctico. Durante cuatro

años, cuatro divisiones norvietnamitas habían estado operando en territorio camboyano desde una cadena de bases a lo largo de la frontera survietnamita. En 1978, los vencedores comunistas en Camboya calcularon la no invitada presencia norvietnamita en el nordeste de Camboya, durante los años 1969 y 1970, en alrededor de 300.000 hombres, lo que excedía de lejos nuestros cálculos (4). Los funcionarios camboyanos habían sido excluidos de su territorio; la zona casi no contenía población camboyana (*). Estaba enteramente controlada por los norvietnamitas. Desde esos territorios, las fuerzas norvietnamitas lanzaban ataques contra Vietnam del Sur, infligían bajas, perturbaban al gobierno y después se retiraban a la protección de un país formalmente neutral. Se necesita una apología calculada, y no discernimiento, para argumentar que Estados Unidos estaba violando la neutralidad de un país pacífico cuando, con el aliento de Camboya y en defensa propia, bombardeábamos esporádicamente territorios en los cuales durante años no había regido ningún acto de gobierno camboyano, que estaban o mínimamente poblados o totalmente despoblados por civiles, y que se encontraban ocupados en violación de la neutralidad camboyana por un enemigo que mataba desde esos santuarios a centenares de norteamericanos y survietnamitas.

Fue del general Wheeler de quien vino la primera sugerencia. Cuando Laird expresó el 30 de enero sus dudas de que una reanudación de los bombardeos al norte fuera políticamente soportable, Wheeler propuso, como alternativa, ataques contra el complejo de bases que los norvietnamitas habían establecido ilegalmente cruzando la frontera camboyana. El 9 de febrero, el general Abrams cablegrafió desde Saigón al general Wheeler diciendo que informaciones obtenidas de un desertor, además de reconocimientos aéreos, indicaban que el cuartel general comunista para todo Vietnam del Sur estaba ubicado cruzando la frontera camboyana. (Como novicio, quedé más impresionado por la evidencia aparentemente definitiva de lo que lo estaría después. Según resultó, los dirigentes comunistas de Phnom Penh confirmaron ocho años más tarde que la información proporcionada por el desertor había sido exacta en ese aspecto.) Abrams solicitó autorización para atacar el cuartel general desde el aire con aviones B-52. El embajador Bunker apoyó la idea en un cable separado enviado a través del Departamento de Estado.

Estas recomendaciones cayeron sobre terreno fértil. En el período de transición, el 8 de enero de 1969, el presidente electo me había enviado una nota: «Cuando haga su estudio sobre Vietnam, quiero un informe preciso sobre lo que tiene el enemigo en Camboya y sobre lo que estamos haciendo, si éste es el caso, para destruir sus instalaciones allí. Creo que un cambio muy definido de la política hacia Camboya sea probablemente una de las primeras cosas que tengamos que hacer.» El general Goodpaster redactó para mi firma una respuesta con información detallada sobre las áreas de base norvietnamitas a lo largo de la frontera camboyana. Informaba allí que «nuestro comando de campo en Vietnam del Sur está convencido de que la vasta cantidad de abastecimientos que entran en Camboya lo hace a través de Sihanoukville... Lo que nosotros estamos haciendo al respecto es muy limitado... El comando de campo ha hecho varias solicitudes de autorización para entrar en Camboya a fin de realizar operaciones preventivas y de perseguir en su retirada a fuerzas que nos han atacado. Todas esas solicitudes han sido denegadas o todavía están pendientes de resolución.»

La importancia de Sihanoukville era uno de los asuntos discutidos en el estudio del MESN 1. El mando militar estadounidense en Saigón estaba convencido de que entre octubre de 1967 y septiembre de 1968, unas diez mil toneladas de armas habían entrado por Sihanoukville. Pero la CIA y el Departamento de Estado cuestionaban esto. Según ellos, el flujo de abastecimientos por la ruta de Ho Chi Minh a través de Laos era más que adecuado para satisfacer los requerimientos externos de todas las fuerzas comunistas en Vietnam del Sur. En este debate de analistas, es claro, estaba en juego si los santuarios camboyanos eran un blanco tan crucial que debía ser atacado; como sucede con demasiada frecuencia, las estimaciones de inteligencia seguían, más que inspiraban, los puntos de vista políticos de las agencias. Quienes estaban a favor de los ataques a los santuarios, ponían énfasis en la importancia de Sihanoukville; quienes se oponían, la despreciaban. (Cuando en abril de 1970 fuerzas estadounidenses y survietnamitas entraron

(*) Los desertores comunistas que ayudaron a determinar la ubicación del cuartel general norvietnamita, informaron que a ningún camboyano se le permitía entrar en el área del cuartel general. El general Abrams informó de esto al presidente en febrero, junto con la seguridad de que el blanco se hallaba por lo menos a un kilómetro de distancia de cualquier aldea camboyana conocida.

en esos santuarios, los documentos hallados en los archivos comunistas indicaron que los embarques a través de Camboya excedían de lejos las estimaciones militares más altas.)

Pero al margen de la disputa sobre si el material viajaba a través de Sihanoukville o por la ruta de Ho Chi Minh, no se discutía la amenaza que para las fuerzas norteamericanas y survietnamitas representaban las bases en Camboya.

El 18 de febrero, uní la información de un equipo de dos hombres de Saigón con la de Laird, el secretario delegado Packard, el general Wheeler y el ayudante militar de Laird, coronel Rober E. Pursley. Informé al presidente de la convicción del general Abrams de que en las áreas blanco no vivía ningún civil camboyano. No obstante, aconsejé no proceder a un bombardeo no provocado de los santuarios. Debíamos dar una oportunidad a las negociaciones, argumenté, y tratar de conservar el apoyo del público a nuestra política. Podíamos volver a pasar revista a la situación a fines de marzo —clásico recurso burocrático de dar largas a un asunto, para aliviar la frustración de aquéllos cuyas opiniones serán rechazadas. Nixon aprobó esa recomendación el 22 de febrero, el día anterior a su partida hacia Europa.

El mismo día que Nixon decidió postergar la acción contra los santuarios, los norvietnamitas transformaron la vaga planificación de contingencia en una necesidad de enfrentarse con una crisis y manejarla. Después de semanas de preparativos anteriores a la nueva Administración, Hanoi lanzó una ofensiva en todo el territorio. Los norteamericanos muertos en acción fueron 453 en la primera semana, 336 en la segunda y 351 en la tercera, más numerosas aún las bajas survietnamitas, llegando a un promedio de 500 por semana. Fue un acto de cinismo extraordinario. En París no se había realizado ninguna sesión substancial de negociación con nuestra nueva delegación encabezada por Henry Cabot Lodge; la nueva Administración apenas había podido dar forma a su política. Fuera por accidente o por un acto deliberado, la ofensiva empezó un día antes de un programado viaje presidencial a ultramar, paralizando de esa manera nuestra respuesta y humillando al nuevo presidente. Tuvo lugar pese al hecho de que Nixon había comunicado con los norvietnamitas en el período de transición (como veremos más adelante) para acentuar su deseo de terminar la guerra sobre la base de autorespeto y honor para todas las partes involucradas. Sin siquiera probar la sinceridad de esas declaraciones, el primer movimiento importante de Hanoi fue aumentar la matanza de norteamericanos. En un informe al presidente, señaló que los norvietnamitas fueron capaces de causar «un número de bajas relativamente elevado entre las fuerzas estadounidenses y survietnamitas, sin exponer sus propias unidades principales».

Nixon recibió un informe militar sobre la ofensiva enemiga en la Oficina Oval, rodeado de pilas de libros de hojas movibles con informes compilados por mi equipo y el Departamento de Estado sobre cada país que visitaría. (Más tarde Nixon usaba la Oficina Oval sólo para ocasiones ceremoniales; habitualmente, prefería trabajar en su oficina informal del edificio de oficinas ejecutivas.) Nixon hojeaba los libros tratando de memorizarlos, y rezongaba por el trabajo que esto le costaba. También estaba sobreexcitado. Todos sus instintos le aconsejaban responder con violencia a la cínica maniobra de Hanoi. Durante años había acusado a sus predecesores de debilidad para reaccionar a los avances comunistas. Pero también estaba ansioso de que su primer viaje al exterior como presidente fuera un éxito. Las represalias norteamericanas podían provocar disturbios en Europa; la pasividad podía envalentonar a nuestro adversario. Nixon no resolvió inmediatamente este dilema. La única reacción de la Casa Blanca el día que empezó la ofensiva fue una llamada telefónica mía al embajador soviético Dobrynin. El presidente quería que Moscú supiera, le dije, que si continuaba la ofensiva norvietnamita nosotros tomaríamos represalias.

Pero al día siguiente, 23 de febrero, mientras volábamos de Washington a Bruselas, Nixon se decidió y súbitamente ordenó el bombardeo de los santuarios camboyanos. Me pareció que una decisión de esa magnitud no podía ser simplemente comunicada a Washington y Saigón con un mensaje desde el *Fuerza Aérea Uno* sin consultar a los funcionarios correspondientes y sin un plan detallado para enfrentar las consecuencias. Por lo tanto, recomendé a Nixon que postergara la orden final de ejecución cuarenta y ocho horas y envié un mensaje urgente al coronel Haig, entonces mi ayudante militar en Washington, para que se reuniera conmigo en Bruselas, junto con un experto del Pentágono. Quería revisar una vez más las operaciones militares y elaborar un plan diplomático.

Haig, Haldeman (en representación de Nixon, quien no hubiera podido asistir sin llamar la atención), el oficial de planificación del Pentágono y yo nos reunimos a bordo del *Fuerza*

Aérea Uno en el aeropuerto de Bruselas la mañana del 24 de febrero, poco antes de que el presidente hablara en el cuartel general de la OTAN. El avión que usaba Nixon había sido construido según las especificaciones de Johnson. Directamente detrás de un salón de audiencias del presidente había un recinto para reuniones con un enorme sillón que encajaba en una mesa en forma de riñón; tanto el sillón como la mesa estaban equipados con botones que permitían moverlos como si tuvieran vida propia. El sillón podía adoptar varias posiciones; la mesa podía subir y bajar hidráulicamente. Si se apretaba el botón equivocado la mesa se hundía lentamente, quedando uno indefenso y encaramado en el sillón. La situación podía volverse crítica si al mismo tiempo subía la silla. En este entorno imponente elaboramos las líneas directrices para el bombardeo de los santuarios del enemigo: los bombardeos estarían limitados a ocho kilómetros dentro de la frontera. No anunciaríamos los ataques pero los admitiríamos si Camboya protestaba y ofreceríamos pagar compensaciones por cualquier daño a civiles. En el corto tiempo disponible, preparamos un cronograma militar y diplomático además de orientaciones sobre la forma en que se daría información a la prensa. Haig y el experto del Pentágono partieron inmediatamente a Washington para informar a Laird. Más tarde Nixon dio a Rogers una críptica versión de sus pensamientos, pero ningún detalle.

Antes de que terminara el día, Laird cablegrafió desde Washington expresando sus reservas. Creía que sería imposible mantener en secreto los bombardeos, que sería difícil manejar la prensa e imposible garantizar el apoyo del público. Exhortaba a demorar las acciones hasta un momento en que la provocación fuera más clara. Era sintomático del prevaleciente estado de ánimo vacilante, y del temor a despertar a la bestia dormida de la protesta pública. En retrospectiva, es sorprendente el grado hasta el cual todos nosotros nos concentramos en la cuestión legal de si el entendimiento había sido violado, y no en los cuatro centenares de norteamericanos muertos por semana con lo que Hanoi procuraba quebrantar nuestra voluntad antes de que pudiéramos desarrollar ningún curso de acción. Ahora resulta todavía más sorprendente que durante todo el período no se consideró seriamente la reanudación de los bombardeos a Vietnam del Norte; la interrupción de los bombardeos, decidida para acelerar un arreglo, estaba convirtiéndose en un fin en sí misma.

Yo coincidía con las conclusiones de Laird acerca de los bombardeos a Camboya, aunque no con su razonamiento. Pensaba que la falta de reacción a una actitud tan cínica de Hanoi frustraría nuestras esperanzas en las negociaciones; sólo podía ser interpretada por Hanoi como un signo de la impotencia de Nixon frente a las presiones domésticas; era probable que alentara nuevos desafíos militares si los norvietnamitas empezaban a someter a Nixon a las tensiones y presiones que con tanto éxito dedicaron a Johnson. Pero me preocupaba el cronograma. No me parecía sensato lanzar una nueva operación militar mientras el presidente estaba viajando por Europa, sujeto a posibles demostraciones hostiles e incapaz de reunirse y apoyarse en su propio gobierno. Tampoco me atraía la perspectiva de tener a Vietnam como tema principal de todas nuestras conferencias de prensa europeas o de tener que tratar privadamente, de ofrecer explicaciones a gobiernos aliados no siempre ansiosos de conciliar su apoyo privado a nuestro empeño en Vietnam con su postura pública de disociación. Todo eso le dije al presidente. Al día siguiente, cuando estábamos en Bonn, Nixon canceló el plan.

El llamado mini-Tet puso en evidencia lo precario de nuestra posición interna. La ofensiva del enemigo seguramente debió ser planeada durante muchos meses. Tuvo lugar cuando llevábamos cuatro semanas escasas en funciones y antes de que el enemigo pudiera saber cuáles eran nuestras intenciones, puesto que tampoco nosotros las conocíamos. Sin embargo, *The New York Times*, el 9 de marzo, culpó a la nueva Administración de haber provocado a Hanoi por dedicar un mes al estudio de las opciones de una guerra que involucraba una fuerza expedicionaria de 500.000 hombres: «El hecho lamentable es que las conversaciones de París han quedado en un punto muerto mientras el embajador Lodge espera de la Casa Blanca las instrucciones para hacer nuevas propuestas de paz o para iniciar conversaciones privadas de las cuales sólo podría surgir un verdadero adelanto. Todo ha quedado estancado mientras la Administración completa su revisión militar y diplomática.» Este tema pronto fue repetido en el Congreso.

El presidente adoptaba en público una posición moderada, mientras que en privado tascaba el freno. En una conferencia de prensa del 4 de marzo, declaró:

No hemos procedido de manera precipitada, pero el hecho de que hayamos demos-

trado paciencia y tolerancia no debe ser considerado un signo de debilidad. No vamos a tolerar la continuación de la violación de un entendimiento. Pero más que eso, no toleraremos ataques que resulten en bajas más numerosas entre nuestros hombres en un momento en que estamos tratando sinceramente de buscar la paz en la mesa de conferencias en París. Si estos ataques continúan, tendrán respuesta apropiada.

El 4 de marzo elevé al presidente, sin comentarios, un memorándum de Laird con recomendaciones opuestas a la propuesta del Estado Mayor Conjunto de atacar a Vietnam del Norte. Laird estaba lejos de ser una «paloma»; en circunstancias normales, sus instintos eran más bien favorables a una actitud belicosa. El habría preferido apuntar a la victoria. Pero también era un estudioso atento del ánimo del público y del Congreso. Era un político finamente sintonizado y en tal carácter había aprendido que quienes montan las barricadas pueden muy bien arruinar su futuro político. El no estaba dispuesto a hacer ese sacrificio. Por lo tanto, navegaba con gran cuidado entre sus convicciones, que favorecían alguna reacción militar, y su instinto político, que le aconsejaba moderación. Se oponía a bombardear Vietnam, pero apoyaba vigorosamente el ataque a los santuarios camboyanos. (Su único desacuerdo tenía que ver con la política de relaciones públicas; no creía posible mantener los bombardeos en secreto por motivos prácticos, no morales.) El presidente, siguiendo una lógica similar, ordenó un ataque a los santuarios camboyanos para el 9 de marzo. El 7 de marzo, Rogers planteó objeciones a causa de la posibilidad de conversaciones privadas en París.

Nixon anuló su orden por segunda vez. Cada vez que subía la colina y volvía a bajarla, aumentaban la impaciencia y los resentimientos de Nixon. Lo mismo que Laird, seguía diciendo que no quería atacar el norte, pero que quería hacer «algo». El 14 de marzo, preguntaron a Nixon en una conferencia de prensa si se le estaba agotando la paciencia. El replicó:

No obtengo ningún consuelo de los artículos que he visto en los periódicos de esta mañana referentes a que nuestras bajas en la semana pasada descendieron de 400 a 300. Esto todavía es demasiado elevado. Lo que nuestra respuesta debería ser, debe medirse en términos del efecto sobre las negociaciones de París. Sólo contestaré como lo hice antes... Hemos formulado una advertencia. No volveré a hacerlo. Y si llegamos a la conclusión de que el nivel de bajas es más alto de lo que deberíamos tolerar, emprenderemos acciones.

Al día siguiente, los norvietnamitas dispararon cinco cohetes contra Saigón, en una nueva escalada en violación del entendimiento. En las dos primeras semanas de marzo se produjeron treinta y dos ataques contra ciudades vietnamitas importantes. A las 15:35 del día en que los cohetes cayeron sobre Saigón, recibí una llamada telefónica del presidente. Ordenaba un ataque inmediato con bombarderos B-52 a los santuarios camboyanos. Culminando un mes de frustración, el presidente se mostró enfático: «El Departamento de Estado será notificado solamente después de alcanzado el punto sin retorno... La orden no es apelable.» («No apelable» era una frase favorita de Nixon, que quienes lo conocíamos llegamos a interpretar como síntoma de una considerable incertidumbre; esto, por supuesto, tendía a acelerar en vez de retardar las apelaciones.)

Dije al presidente que una decisión así no debía tomarse sin dar a sus principales asesores una oportunidad de expresar sus opiniones, aunque no fuera más que para protegerse él mismo de una reacción desfavorable del público. No había tiempo que perder. En cualquier caso había que elaborar un libreto detallado, y preparar las instrucciones llevaría por lo menos veinticuatro horas. Por lo tanto, se programó una reunión para el día siguiente en la Oficina Oval. Consulté a Laird, quien apoyó vigorosamente la posición del presidente. Para preparar la reunión, escribí un memorándum para el presidente enumerando los pros y los contras. Los riesgos iban desde una protesta camboyana formal a una enérgica reacción soviética; desde una seria oposición camboyana a explícitas represalias norvietnamitas, aunque era difícil imaginar qué escalada emprendería Hanoi, más allá de la que ya estaba realizando. Finalmente, existía el riesgo de un incremento de las críticas internas y de nuevas demostraciones contrarias a la guerra. Recomendé que nuestra delegación en París pidiera una reunión privada para el día del bombardeo a fin de acentuar nuestra preferencia por una solución negociada. Exhorté al presidente a que insistiera ante sus colaboradores en que el bombardeo propuesto no tenía que sentar un precedente.

Lo que mi lista no previó (lo que no se previó en ninguna de nuestras deliberaciones) fue lo que sucedió en realidad: ninguna reacción de ninguna clase, ni de Hanoi, ni de Phnom Penh, ni de Moscú, ni de Pekín.

La reunión realizada en la Oficina Oval a primeras horas de la tarde del domingo contó con la presencia de Rogers, Laird, Wheeler y yo. Era la primera vez que Nixon veíase frente a una decisión concreta en una crisis internacional desde que era presidente; también era la primera vez que tendría que enfrentar la oposición de sus colaboradores a un curso de acción al que ya estaba comprometido. La enfocó con tácticas que se convertirían en típicas de Nixon. Por una parte, había tomado su decisión y no estaba dispuesto a modificarla; en realidad, me había dado instrucciones de avisar al Departamento de Defensa veinticuatro horas antes de la reunión. Por otro lado, consideró necesario fingir que la decisión todavía seguía abierta a posibles cambios. Esto condujo a horas de discusiones que tan desagradables le resultaban y que reforzaban su tendencia a excluir a los recalcitrantes de deliberaciones futuras.

La reunión en la Oficina Oval siguió líneas predecibles. Laird y Wheeler defendieron vigorosamente los ataques. Rogers los objetó, no por motivos de política exterior sino domésticos. No planteó el status neutral de Camboya pues se daba por descontado (correctamente) que teníamos el derecho de contraatacar ante la flagrante violación de la neutralidad camboyana por parte de Vietnam del Norte, puesto que Camboya no estaba dispuesta o no era capaz de defender su status neutral (5). Rogers temía que estuviéramos a punto de meternos en un cenagal en el Congreso justamente cuando las cosas estaban calmándose. Hubo varias horas de discusión durante las cuales Nixon se permitió dejarse persuadir por Laird y Wheeler de hacer lo que él ya había ordenado. Habiendo expuesto previamente mis pensamientos en un memorandum, yo no hablé. Rogers accedió finalmente a un ataque con B-52 contra el área de base donde presuntamente se encontraba el cuartel general comunista. Estas deliberaciones son instructivas: un mes de ofensiva norvietnamita no provocada y más de un millar de norteamericanos muertos produjeron, después de semanas de angustiante discusión, exactamente una incursión norteamericana de represalia cinco kilómetros más adentro de la frontera camboyana, en un área que los norvietnamitas ocupaban desde hacía más de cuatro años. Y esto ingresaría al folklore como un ejemplo de «ilegalidad» desenfrenada.

Después de la reunión, los jefes del Estado Mayor trataron de incluir ataques adicionales a concentraciones de tropas norvietnamitas que violaban la zona desmilitarizada. Laird y yo convinimos que era más importante tener a Rogers con nosotros, y la propuesta no fue aprobada.

El ataque con B-52 tuvo lugar el 18 de marzo contra el Area de Base norvietnamita número 353, cinco kilómetros dentro de la frontera camboyana (ver mapa). Para este ataque, el Pentágono buscó en su bolsa sin fondo de nombres en clave y encontró «Desayuno», tan falto de significado como de buen gusto. Cuando un ataque aéreo acierta en un depósito de municiones o de combustibles, siempre se producen explosiones secundarias que proveen pruebas casi concluyentes del éxito de la incursión. La evaluación inicial de la tripulación del Desayuno del 18 de marzo informó de «un total de 73 explosiones secundarias en el área blanco que alcanzaron hasta cinco veces la intensidad normal de una secundaria típica».

Originariamente, el ataque al Area de Base 353 fue concebido como única incursión. Nixon ordenó otra a principios de abril de 1969, en parte porque no hubo ninguna reacción de Hanoi o Phnom Penh a la primera, en parte porque los resultados excedieron nuestras expectativas, pero sobre todo a causa de un acontecimiento lejano, en Corea del Norte. Nixon había querido reaccionar al derribamiento de un avión norteamericano de reconocimiento y desarmado, bombardeando Corea del Norte. (Había criticado severamente a Johnson por no haber adoptado medidas energéticas en respuesta a la captura por Corea del Norte del buque electrónico *Pueblo*.) Nixon se había contenido, especialmente a causa de la fuerte oposición de Rogers y Laird. Pero como sucedía siempre que reprimía sus instintos que lo impulsaban a adoptar una respuesta energética, Nixon buscó otro lugar para demostrar su temple. Nada temía más que la posibilidad de que lo tomaron por débil; además, tenía buenas razones de política exterior para no dejar creer a Hanoi que estaba paralizado.

Nixon ordenó eventualmente ataques a una serie de otras áreas de base camboyanas, todas a no más de ocho kilómetros de la frontera, y despobladas. El ataque al Area de Base 350 recibió el nombre en clave de «Postre»; el Area de Base 351 fue «Bocadillo», el Area de Base 352, «Cena». En la teoría de que todo lo que vale la pena de ser hecho conviene hacerlo en exceso, a toda la serie se le dio el nombre de «Menú». Desde abril hasta comienzos de agosto de 1969 los ataques

Richards

fueron intermitentes; cada uno fue específicamente aprobado por la Casa Blanca. Después, se dio autorización general y las incursiones se realizaron con regularidad. El mapa donde se define la estrecha franja de áreas de base, dentro de los ocho kilómetros a contar desde la frontera, refuta las acusaciones de «bombardeos masivos contra la neutral Camboya» que impulsaron a doce miembros del Comité Judicial de la Cámara de Representantes a proponer un proyecto de acusación en la teoría de que Nixon había ocultado al Congreso esta «conducta presidencial más chocante y más increíble que la conducta de cualquier presidente en cualquier guerra de toda la historia norteamericana», como la imaginó el representante Robert Drinan (6). Ni Camboya ni Vietnam del Norte dijeron jamás que se hubieran producido bajas entre los civiles. Las estadísticas de tonelaje arrojado durante estas incursiones, tan a menudo invocadas como ejemplo de la barbarie de la Administración, omiten convenientemente este aspecto saliente o el hecho de que las acciones estuvieron limitadas a una franja de apenas unos pocos kilómetros de ancho a lo largo de la frontera. La serie continuó hasta mayo de 1970, cuando empezaron abiertamente los ataques en apoyo a operaciones terrestres survietnamitas y norteamericanas contra las bases norvietnamitas.

Se enviaban al presidente informes periódicos sobre los ataques de Menú. En noviembre de 1969, él escribió «continuarlos» en uno de esos informes. En diciembre de 1969 y febrero de 1970 pidió una evaluación de su utilidad. En cada una de esas veces, Laird informó que el general Abrams y el embajador Bunker estaban convencidos (como informó él en una ocasión) de que «Menú ha sido una de las operaciones más eficaces en toda la guerra». El general Abrams atribuyó a las operaciones Menú el mérito de haber perturbado la logística del enemigo, lo cual hizo abortar ofensivas del enemigo y resultó en una reducción de la amenaza a toda la región de Saigón. Laird compartió la opinión de los jefes de Estado Mayor y del general Abrams de que los ataques de Menú «han sido efectivos y pueden seguir siéndolo, con riesgos aceptables».

La intención original había sido admitir el ataque Desayuno en respuesta a una reacción camboyana o norvietnamita, que anticipábamos firmemente. Por ejemplo, la CIA predijo en memorándums del 20 de febrero y del 6 de marzo que Hanoi trataría «con seguridad» o «casi con seguridad» de extraer ventajas de propaganda denunciando una extensión norteamericana del conflicto. El Departamento de Defensa dudaba que los ataques pudieran mantenerse en secreto; mi opinión sobre el tema era agnóstica. El 8 de marzo, en una conversación con Nixon, dije: «Packard y yo pensamos que si lo hacemos, y si el silencio acerca de ello no se mantiene, tenemos que sacar la cara y decir lo que hicimos.» El presidente se manifestó de acuerdo. El Departamento de Defensa preparó una admisión formal para el caso de una protesta camboyana.

Nuestra reticencia inicial tenía por motivo el deseo de evitar *forzar* a los norvietnamitas, al príncipe Sihanouk de Camboya y a los soviéticos y los chinos a reacciones públicas que quizá no estaban deseosos de hacer. Una declaración norteamericana voluntaria y espontánea habría obligado a Hanoi a dar una respuesta pública, tal vez a tomar represalias militares o a la interrupción de las conversaciones de paz. Hubiera obligado a Sihanouk a adoptar una posición pública de inclinación hacia Hanoi cuando trataba de caminar en la cuerda floja de la neutralidad. Habría provocado reacciones de la Unión Soviética y de China en medio de nuestra seria búsqueda de una diplomacia triangular.

Pero Hanoi *no* protestó. En realidad, su delegación en París aceptó la propuesta de Lodge de conversaciones privadas el 22 de marzo, a sólo setenta y dos horas de nuestra solicitud. Y Sihanouk no solamente no hizo objeciones, sino que trató a los bombardeos como algo que no le concernía, puesto que ocurría en áreas totalmente ocupadas por tropas norvietnamitas y no afectaba a camboyanos; por lo tanto, quedaba fuera de su control y de su conocimiento.

En realidad, nuestras relaciones con Camboya mejoraron dramáticamente durante el período de los bombardeos. El sutil y hábil número de equilibrismo de Sihanouk entre las presiones domésticas y las externas había sido motivo de asombro durante una década. Norodom Sihanouk, un príncipe hereditario, se las había arreglado para obtener de la población un apoyo masivo que parecía volverlo inatacable. Había establecido la independencia de su país y adquirido el aura de indispensable. Había maniobrado para mantener la neutralidad de su país. Después del acuerdo de Laos de 1962, había llegado a la conclusión de que los comunistas, a quienes odiaba, probablemente prevalecerían en Indochina. Se adaptaba a esa realidad permitiendo la instalación de áreas de base norvietnamitas en su país. En 1965 encontró un pretexto para romper las relaciones diplomáticas con nosotros. Empero, su colaboración con los comunistas era prestada con renuencia; Hanoi estaba alentando al Khmer Rojo (los comunistas camboyanos),

quienes iniciaron actividades guerrilleras mucho antes de cualquier acción norteamericana en Camboya; Sihanouk sentenció a muerte *in absentia* a los dirigentes comunistas. Por todas estas razones, apoyé vigorosamente la recomendación de Rogers al presidente en febrero de 1969 de que nos acercáramos a Sihanouk con la intención de mejorar las relaciones (*). Estas aperturas fueron recibidas favorablemente. Nuestra embajada en Phom Penh se reabrió, dirigida por un encargado de negocios.

La aquiescencia de Sihanouk a los bombardeos no hubiera debido causar sorpresa. Ya el 10 de enero de 1968, durante la Administración anterior, había dicho al emisario presidencial Chester Bowles:

No queremos a ningún vietnamita en Camboya... Estaremos muy contentos si ustedes solucionan nuestro problema. No nos oponemos a que los persigan en áreas deshabitadas. Estarían librándonos del vietcong. Para mí sólo cuenta Camboya. Quiero que obliguen al vietcong a marcharse de Camboya. En áreas despobladas, donde no hay camboyanos... en esos casos precisos cerraré los ojos.

El 13 de mayo de 1969, casi dos meses después de que empezaron los bombardeos, Sihanouk dio una conferencia de prensa que no hizo más que confirmar los bombardeos y negar las pérdidas de vidas civiles invitándonos, para todos los propósitos prácticos, a continuar:

No he protestado por los bombardeos a campamentos del vietcong porque no me he enterado de los bombardeos. Yo no tuve conocimiento de ellos, porque en ciertas áreas de Camboya no hay ningún camboyanos.

* * *

Camboya sólo protesta contra la destrucción de propiedades y vidas de camboyanos. Todo lo que puedo decir es que no puedo protestar si no estoy informado. Pero protestaré si se produce cualquier destrucción de vidas y propiedades camboyanas.

Aquí está... el primer informe acerca de varios bombardeos con B-52. Sin embargo, no he sido informado de nada porque no he perdido ninguna casa, ningún campesino, nada, nada. Nadie resultó muerto en esos cuarteles... nadie, ningún camboyanos.

* * *

Esto es lo que quiero decirles, caballeros. Si muere un búfalo o algún camboyanos, seré informado inmediatamente. Pero éste es un asunto entre los norteamericanos y el vietcong-vietminh, sin ningún testigo khmer (camboyanos). No hubo testigos khmer; ¿cómo puedo protestar? Pero esto no significa, y deseo remarcarlo, que permitiré la violación por parte de cualquiera de los bandos. Por favor, tomen nota de esto.

El 22 de agosto de 1969, Sihanouk dijo al senador Mansfield (*) (según informaron los cables):

No protestó por los bombardeos a su país porque fueron contra el vietcong y no afectaron a las aldeas ni a la población camboyanos. Declaró que gran parte de su información sobre bombardeos estadounidenses a regiones deshabitadas de Camboya le llegó de la prensa de Estados Unidos. Solicitó enérgicamente que se eviten incidentes donde corran peligro vidas camboyanas.

Y el 31 de julio de 1969, después de cuatro meses y medio de bombardeos a los santuarios norvietnamitas dentro de Camboya, Sihanouk invitó amistosamente a Nixon a visitar Camboya

(*) Resulta bastante interesante que el Departamento de Defensa y los jefes del Estado Mayor Conjunto se hayan opuesto a estas aperturas diplomáticas. Temían que las mismas pudiera interferir con las posibilidades de bombardear los santuarios camboyanos. Del Departamento de Defensa, recibí un memorándum advirtiendo contra esa «acción diplomática que implica una restricción o inhibición a cualquier expansión de las actuales operaciones destinadas a proteger a nuestras fuerzas en Vietnam». Esto fue firmado por Paul Warnke, entonces secretario adjunto de Defensa para asuntos de seguridad internacional.

(**) El senador Mansfield no conocía el programa Menú y supuso, indudablemente, que Sihanouk estaba hablando de bombardeos accidentales.

para resaltar la mejoría de las relaciones de Estados Unidos con Camboya. Las relaciones siguieron mejorando hasta que Sihanouk fue inesperadamente derrocado.

Nadie dudó de la legalidad de los ataques a las áreas de base usadas para matar a soldados norteamericanos y de países amigos, de las cuales toda autoridad camboyana estaba excluida y donde, según el mismo Sihanouk, no fue muerto ni siquiera un búfalo camboyano. No veíamos ningún sentido en anunciar lo que Camboya alentaba y Vietnam del Norte aceptaba. La razón del secreto era el deseo de evitar que el asunto derivara en una crisis internacional, lo cual casi con seguridad habría complicado nuestro esfuerzo diplomático o de guerra. La guerra había sido extendida a Camboya cuatro años antes por los norvietnamitas, quienes ocuparon su territorio. La guerra había sido escalada dentro de Vietnam desde el 22 de febrero, con ataques norvietnamitas a ciudades, en violación de los entendimientos de 1968. El bombardeo de áreas de base de las cuales los soldados norvietnamitas habían expulsado a todos los camboyanos a fin de poder matar más efectivamente a los soldados norteamericanos —a razón de cuatrocientos por semana— era una reacción defensiva mínima, plenamente compatible con el derecho internacional. Seguramente, habría sido apoyada por el público norteamericano. Se mantuvo en secreto porque un anuncio público habría sido un golpe gratuito al gobierno camboyano, que se habría visto obligado a exigir que nos detuviéramos; habría podido alentar a los norvietnamitas a tomar represalias. (¿Cómo habrían podido dejar de hacerlo si nosotros anunciábamos lo que estábamos haciendo?). Los norvietnamitas guardaron silencio porque no deseaban dar publicidad a su presencia ilegal en suelo camboyano. Nuestros bombardeos a esas bases salvaron vidas norteamericanas y survietnamitas.

Es por eso que las filtraciones a la prensa salidas de fuentes norteamericanas resultaron tan ultrajantes para Nixon y para mí. Relatos sobre incursiones aéreas con B-52 contra los santuarios de Camboya aparecieron en *The New York Times* el 26 de marzo y el 27 de abril y en el *Washington Post* el 27 de abril; un detallado artículo de William Beecher apareció en *The New York Times* el 9 de mayo; hubo otro en *The Wall Street Journal* el 16 de mayo; una historia de UPI, ampliamente difundida, apareció el 18 de mayo en el *Washington Post*; *Newsweek* informó del asunto el 2 de junio.

La convicción (que yo compartía) de que las filtraciones de operaciones militares a la prensa ponían innecesariamente en peligro vidas norteamericanas, llevó al presidente a consultar al procurador general y al director del FBI sobre medidas para ponerles remedio. J. Edgard Hoover recomendó grabaciones de conversaciones telefónicas que, según señaló, habían sido muy usadas para esos propósitos (y para otros mucho menos justificados) por las administraciones anteriores. El procurador general afirmó su legalidad. Nixon ordenó que se pusieran en marcha las medidas, en tres categorías de casos: funcionarios que tuvieran antecedentes adversos en sus prontuarios personales de seguridad; funcionarios que tuvieran acceso a la información clasificada que se había filtrado; e individuos cuyos nombres surgieran como posibilidades en el curso de la investigación según los dos criterios anteriores. Sobre la base de estos criterios, fueron establecidas diecisiete interferencias telefónicas por el FBI sobre trece funcionarios y cuatro periodistas, en algunos casos solamente durante unas pocas semanas, en otros hasta varios meses. (Mi oficina no estaba al tanto de eso.) Al contrario de lo que maliciosamente suele decirse, los altos funcionarios no pierden tiempo leyendo ansiosamente largas transcripciones de conversaciones personales. Lo que se recibía eran breves resúmenes (habitualmente de una página de extensión) de lo que el FBI consideraba discusiones sobre temas delicados, militares o de política exterior. Excepto en un caso, el umbral de sospecha del FBI era mucho más bajo que el de la Casa Blanca; hasta mayo de 1971, sólo se tomaron medidas en un caso. En ese punto Nixon interrumpió el envío de informes a mi oficina. Desde entonces, se enviaron solamente a Haldeman, quien venía recibiendo desde el principio.

En otro volumen me ocuparé de las cuestiones morales planteadas por las grabaciones de conversaciones telefónicas por razones de seguridad y el estilo político de la administración Nixon en general. Por el momento, sólo deseo consignar que toleré sin entusiasmo lo que no tenía razones para dudar que fuera una práctica gubernamental legal y establecida en esas circunstancias, realizada, según me dijeron, con mayor energía y menos salvaguardias en las administraciones anteriores. El motivo, que yo compartía vigorosamente, era evitar que vidas norteamericanas y survietnamitas fueran amenazadas por individuos (nunca descubiertos) que revelaban información militar que se les confiaba, a fin de minar políticas decididas luego de profunda consideración y, en nuestra opinión, justificadas tanto desde el punto de vista legal

como del interés nacional. Ahora creo que las salvaguardias más estrictas aplicadas desde entonces a las grabaciones de conversaciones telefónicas realizadas por motivos de seguridad, reflejan un interés nacional aún más fundamental. Pero esto no altera de ningún modo mi opinión sobre la inmoralidad de quienes, burlándose de la confianza que les había sido dispensada, intentaban sabotear la política nacional y poner en peligro vidas norteamericanas.

Al mismo tiempo, ahora creo que estuvimos equivocados al no ser más francos con los líderes del Congreso. Es cierto que el presidente Nixon y yo, el 11 de junio de 1969, tuvimos una reunión en la Oficina Oval con los senadores John Stennis y Richard Russell, presidentes de las comisiones senatoriales de las fuerzas armadas y de presupuesto, a quienes dimos extensa información. También se informó al líder de la minoría del senado, Everett Dirksen. En la cámara de representantes, los miembros Mendel Rivers y Leslie Arends, presidente y miembro por la minoría de la comisión de las fuerzas armadas de la Cámara de Representantes, además del líder de la minoría, Gerald Ford, fueron informados. Laird informó a miembros claves de las comisiones de fuerzas armadas y de presupuesto de ambas cámaras. Ninguno planteó la necesidad de consultar al Congreso en pleno. En aquella época, ésa era la práctica aceptada para informar de operaciones militares clasificadas al Congreso. Desde entonces, las normas para consultar al Congreso también han cambiado, indudablemente para mejorar.

Tampoco es verdad que los bombardeos sacaron a los norvietnamitas de los santuarios y así extendieron la guerra profundamente dentro de Camboya. Si las fuerzas norvietnamitas dejaban los santuarios, era para regresar a Vietnam del Norte y no para internarse más en Camboya, por lo menos hasta que Sihanouk fue inesperadamente derrocado un año después. Sólo entonces las fuerzas norvietnamitas empezaron deliberadamente a invadir y desbordar pueblos y posiciones militares camboyanas con el fin de aislar Phnom Penh y derrocar a los sucesores de Sihanouk, como describiré en un capítulo posterior (*). Y la guerra extendida, provocada por ese nuevo acto de agresión norvietnamita, aunque desgarradora y trágica, no era ningún secreto. Era plenamente conocida por nuestro público, debatida en el Congreso y ampliamente comentada en la prensa. Nuestras operaciones aéreas de entonces fueron conducidas bajo estrictas reglas de batalla, supervisadas por nuestro embajador en Phnom Penh y ayudadas por fotografía aérea, a fin de evitar en todo lo posible las áreas habitadas por civiles camboyanos. Los bombardeos «secretos» afectaban a territorios pequeños, casi deshabitados, y ocupados totalmente por los norvietnamitas.

La imagen de un gobierno belicoso y sediento de sangre que conspiraba para engañar es una caricatura de la realidad de individuos acosados, temerosos por igual de la capitulación en el campo de batalla y de una escalada más violenta, que debían optar por lo que consideraban un rumbo intermedio entre bombardear Vietnam del Norte y aceptar mansamente el ultraje de una ofensiva deshonrosa y sangrienta. Los ataques a los santuarios enemigos en Camboya fueron emprendidos con renuencia, como un último recurso, como una última respuesta, cuando nos enfrentamos con una ofensiva no provocada que costaba cuatrocientas vidas norteamericanas por semana. ¡Atacamos bases militares no pobladas por civiles y la mayoría a sólo ocho kilómetros de la frontera. Habríamos estado dispuestos a admitir los bombardeos y defenderlos si hubiera habido una protesta diplomática. No hubo ninguna protesta; Camboya no hizo objeciones, ni tampoco los norvietnamitas, los soviéticos ni los chinos. Por lo tanto, proceder secretamente volvióse un medio de mantener la presión sobre el enemigo sin complicar la delicada posición de Camboya, sin aumentar las tensiones internacionales en general, y sin precipitar el abandono de todos los límites. La decisión fue tomada con renuencia por un nuevo gobierno reacio a reanudar los bombardeos al norte y decidido a negociar un acuerdo, pero convencido de que una aquiescencia supina a una ofensiva comunista que costaba las vidas de miles de norteamericanos minaría todas las perspectivas de llegar a un arreglo y costaría más bajas todavía.

DIPLOMACIA PARA UN ACUERDO DE PAZ

Otra de las muchas paradojas de la experiencia de Vietnam era la rapidez de la escalada del debate público. Los términos de negociación eran presentados insistentemente al gobierno por

(*) En una conversación conmigo el 25 de abril de 1979, Sihanouk negó ante testigos que nuestros bombardeos hubieran tenido el efecto de impulsar a los norvietnamitas a avanzar hacia el oeste. Nuestros bombardeos «no los impresionaron», dijo en tono jovial. Ver capítulo XII.

los críticos de la guerra; se proponían concesiones específicas como esenciales para la paz hasta que eran aceptadas por el gobierno, momento en el que se las atacaba por inadecuadas. El programa de las «palomas» estaba en constante fluidez. (Habitualmente, Hanoi no se interesaba en ninguna de las propuestas de transacción de las «palomas»; las explotaba para minar nuestro apoyo interno pero casi nunca negoció sobre ellas. Pero esto es otro problema que será tratado más adelante.)

Un buen punto de referencia es la posición de las «palomas» durante la campaña presidencial de 1968. La administración Nixon (o yo, por lo menos) teníamos grandes esperanzas de unir al país porque estábamos dispuestos, en la búsqueda de negociaciones, a incorporar muchas de las ideas de las «palomas» de 1968. Esta resultó una ilusión ingenua.

El senador Robert Kennedy, por ejemplo, a comienzos de 1968 ofreció una propuesta para un «acuerdo negociado honorable» compatible con nuestras concepciones.

- un alto a los bombardeos a Vietnam del Norte;
- supervisión internacional (por las Naciones Unidas, la Comisión de Control Internacional, u otras organizaciones internacionales) de las acumulaciones «grandes» de tropas o de abastecimientos;
- reducción de las misiones norteamericanas de búsqueda y destrucción y un cambio en favor de la defensa de áreas densamente pobladas;
- negociaciones que incluyan a todas las partes involucradas en el conflicto, específicamente el FLN;
- elecciones libres internacionalmente garantizadas para permitir a los survietnamitas la elección de su propio gobierno;
- un entendimiento con nuestros adversarios en el sentido de que ninguna de las partes aumentará substancialmente el ritmo de infiltración o de refuerzos durante las negociaciones (7).

Después del asesinato de Robert Kennedy, tres destacados demócratas contrarios a la guerra —George McGovern, Eugene McCarthy y Edward Kennedy— unieron fuerzas en la Convención Demócrata de 1968 para apoyar la siguiente plataforma:

- un cese incondicional de todos los bombardeos a Vietnam del Norte;
- negociación de una retirada por fases y mutua de las fuerzas de Estados Unidos y Vietnam del Norte de Vietnam del Sur;
- alentar a Vietnam del Sur a «negociar una reconciliación política con el Frente de Liberación Nacional en busca de un gobierno «ampliamente representativo» para Vietnam del Sur;
- reducción de las operaciones ofensivas en Vietnam del Sur; «permitiendo así una pronta retirada de un número importante de tropas».

Esta propuesta fue *derrotada* en la Convención Demócrata porque se la consideró demasiado «paloma».

La plataforma demócrata de la mayoría era más «de halcones». Pedía la retirada mutua de todas las fuerzas externas, incluidas las de Vietnam del Norte, un cese de los bombardeos «cuando esta acción no signifique poner en peligro las vidas de nuestros soldados en el terreno», y elecciones libres con supervisión internacional. La plataforma republicana, en cuya preparación colaboré (8), rechazaba explícitamente la «paz a cualquier precio» o la «rendición camuflada». Pero prometía «un programa positivo que ofrecerá un arreglo justo y equitativo para todos». Criticaba a los demócratas porque carecían de un plan de paz, y prometía que una administración republicana «trabajaría vigorosa y sinceramente por las negociaciones de paz». También prometía una «progresiva desnorteamericanización de la guerra», pleno apoyo a nuestros soldados y una estrategia que se concentraría en la seguridad de la población y en el fortalecimiento de los survietnamitas.

Para agosto de 1969 habíamos ofrecido o emprendido unilateralmente todos los términos del programa «paloma» demócrata (que había sido derrotado en Chicago). Habíamos excedido las promesas de la plataforma republicana, en la esperanza de que nuestra demostración de flexibilidad alentaría la moderación en Hanoi y la unidad en nuestro país. Hanoi deseaba la

victoria, no la transacción. Y su negativa a negociar era aceptada como terminante por muchos críticos. Al mismo tiempo, varios de los funcionarios de la administración anterior recientemente retirados tampoco se sentían inhibidos por el papel que habían desempeñado llevándonos a la guerra o por el hecho de que en sus antecedentes había pocas o ninguna propuesta de paz, o de complicar las presiones del público con propuestas propias. (El secretario de Defensa Clark Clifford había declarado en diciembre de 1968: «Permítanme reiterar que en el momento presente no hay ningún plan para ninguna reducción neta de nuestro nivel de tropas en Vietnam.» Esto no le impidió, a seis meses de dejar el cargo, pedir que la nueva administración anunciara el retiro total de las fuerzas norteamericanas.) La única propuesta norteamericana de negociación que se remontaba a la administración anterior era la llamada fórmula de Manila, del 24 de octubre de 1966, que decía que «las fuerzas aliadas se retirarán, después de las debidas consultas, a medida que el otro bando retire sus fuerzas hacia el norte, cese la infiltración y de ese modo descienda el nivel de violencia. Estas fuerzas serán retiradas tan pronto como sea posible y no más tarde de seis meses después de que se hayan dado las condiciones mencionadas.» El gobierno survietnamita ofrecía, en «un programa de reconciliación nacional, abrir sus puertas a los vietnamitas que hubieran sido engañados o coaccionados para unirse al vietcong.» Los negociadores estadounidenses Averell Harriman y Cyrus Vance señalaron a los norvietnamitas, en conversaciones privadas realizadas en París el 15 de septiembre de 1968, que la fórmula de Manila significaba realmente retirada *mutua*, a empezar en forma simultánea, pero con la salvedad de que algunas fuerzas de Estados Unidos quedarían hasta seis meses después de que todos los norvietnamitas se hubieran retirado.

Durante el período de transición solicité las opiniones privadas tanto de Harriman como de Vance sobre posibles estrategias de negociación. Los dos no difirieron mucho de las posiciones formales de la administración Johnson.

Averell Harriman estaba completando la última misión diplomática regular de una carrera distinguida. Lo conocí cuando él era secretario de estado adjunto para asuntos de Asia oriental, a principios de la administración Kennedy. El canoso veterano cumplía con extraordinaria determinación los deberes de un cargo que hombres de menor estatura moral habrían rechazado como un descenso de categoría. El pertenecía a una generación que consideraba la función pública como una oportunidad de servir al país y no una ocasión de promoción personal. Una vez que ingresó en el servicio del gobierno, cuando tenía unos cuarenta años (antes de la Segunda Guerra Mundial), jamás se dedicó por entero a ninguna otra actividad. El estilo patricio de Harriman se combinaba con una vigorosa determinación a seguir defendiendo sus sólidas creencias. Fingía modales excéntricos y usaba su relativa sordera con grandes ventajas. Era capaz de permanecer en las reuniones fingiendo que no oía nada hasta que algún comentario atraía su interés, en cuyo caso podía mostrarse devastador o inspirador, dependiendo de si lo que había oído le gustaba. La actitud amodorrada, que podía dejar lugar a un súbito cierre de las mandíbulas, le había valido a Harriman, no por nada, el mote de «el cocodrilo».

Nadie podía dejar de sentirse impresionado por su dedicación, intensidad, experiencia y sabiduría. Harriman era el último estadista en actividad que había tratado personalmente a los grandes líderes de la Segunda Guerra Mundial: Churchill, Roosevelt y Stalin. Su paciencia y resistencia debíanse en parte a su vigor, pero en un sentido más hondo, ese vigor reflejaba un intelecto joven y vital. No emprendía ninguna misión en la que no creyera profundamente; tendía a hacer de cada misión una cruzada personal. Si no alcanzó los altos cargos para los cuales indudablemente lo calificaba su talento, fue en parte debido a la inseguridad que su poderosa personalidad despertaba en hombres inferiores y en parte debido a su tendencia a convertirse en apasionado portavoz de su mandato del momento, a veces con exclusión de consideraciones de mayor alcance.

Al comienzo del conflicto de Vietnam, Harriman habíase convencido de que una solución militar era imposible, parcialmente porque creía que las acciones necesarias para alcanzar la victoria podían desencadenar la intervención china. Después se convirtió en abogado incansable de las negociaciones. Era un luchador burocrático inexorable que no vacilaba en usar su simpatía y el prestigio de su fortuna para tejer una trama de relaciones sociales a fin de promover su causa. Y era hábil para usar la prensa.

Cuando lo vi durante la transición, era el funcionario público veterano de la nación, a punto de abandonar las conversaciones de París justamente cuando las mismas empezaban a volverse substanciales, mientras que yo me disponía a ingresar por primera vez en la función pública.

Con el paso de los años tuvimos nuestra cuota de desacuerdos. Pero eso no afectó la admiración y el afecto que sentía por él ni el trato cortés y servicial que él me dispensaba. Siempre lamenté que la profunda desconfianza del presidente Nixon hacia el «establishment» de la costa este y las propias inclinaciones de Harriman hayan impedido a la Administración bajo la cual serví usar formalmente a Harriman, aunque en mis años en funciones lo vi regularmente en forma privada, con gran beneficio para mí.

El 7 de enero de 1969, Harriman elevó un memorándum, no «visado» por la administración Johnson, donde expresaba lo que él pensaba que nosotros debíamos procurar. Debía pedirse que *todo* el personal norvietnamita, no solamente las unidades y cuadros del ejército regular, sino también los reemplazos norvietnamitas en las unidades guerrilleras del vietcong, abandonaran Vietnam del Sur. En caso de que las conversaciones se desarrollaran satisfactoriamente, él estaba dispuesto a recomendar la desescalada de las operaciones militares. Pero apoyaba enfáticamente la fórmula de Manila: «algunas fuerzas (de EEUU) pueden tener que permanecer en Vietnam por un tiempo considerable, hasta que estemos seguros de que todos los norvietnamitas se han retirado.» En el aspecto político Harriman era igualmente firme, en este caso con Saigón. Apoyaba un enfoque «de dos caminos» (que yo había recomendado en mi artículo de *Foreign Affairs* de enero de 1969), con los asuntos militares discutidos entre Estados Unidos y Hanoi y los asuntos políticos dejados a los partidos vietnamitas. Añadía, ácidamente, que Estados Unidos no «tenía obligación de conservar al gobierno actual». El lugarteniente de Harriman, Cyrus Vance, apoyó el mismo enfoque en un memorándum que me envió el 31 de diciembre de 1968.

Así, ambos altos negociadores, que poco después intervinieron activamente en el debate contra la guerra, dejaron sus cargos acentuando la importancia de la retirada *mutua*, de una demora de seis meses para completar la convenida retirada norteamericana a fin de verificar el cumplimiento por parte de los vietnamitas, de elecciones libres, y de dejar los aspectos políticos para ser negociados por los partidos vietnamitas solos. Los dos estaban convencidos de que debería permanecer indefinidamente una fuerza norteamericana residual. Ninguno exhortaba a la retirada norteamericana unilateral y ni siquiera la sugería, a un gobierno de coalición o al cese de fuego incondicional temas que antes de que pasara el año se convertirían en el eje del debate sobre Vietnam y en la contribución de los dos a ese debate.

La otra parte de la disputa era Hanoi. En la inocencia y la euforia del poder recientemente adquirido, alenté a Nixon, todavía presidente electo, a no perder tiempo para establecer sus buenas intenciones. Lo animé a que abriera un canal privado con Hanoi a través de mi amigo Jean Sainteny, un ex delegado general francés en Hanoi en ese entonces dedicado a actividades privadas. El 20 de diciembre de 1968 enviamos un mensaje a los norvietnamitas acentuando nuestra disposición a iniciar negociaciones serias:

1. La administración Nixon está dispuesta a emprender conversaciones serias.
2. Estas conversaciones tienen que basarse en el autorespeto y el honor de todas las partes.
3. La administración Nixon está dispuesta a llegar a un acuerdo honorable, pero a nada menos que eso.
4. Si Hanoi lo desea, la administración Nixon estaría dispuesta a discutir primero los objetivos finales.
5. Si Hanoi desea comunicar algunas de sus ideas generales antes del 20 de enero, las mismas serán examinadas con una actitud constructiva y en estricta reserva.

La respuesta norvietnamita del 31 de diciembre de 1968 no se ocupaba tanto del honor o del autorespeto. Planteaba brutalmente dos exigencias fundamentales: la retirada total de *todas* las fuerzas norteamericanas y el reemplazo de lo que Hanoi denominaba la «camarilla de Thieu-Ky-Huong», su frase favorita para designar a la cúpula dirigente de Saigón con la cual Hanoi hubiera tenido que negociar. Hanoi repitió simplemente la posición formal adelantada por el Comité Central del Frente de Liberación Nacional (Viet Cong) el 3 de noviembre de 1968, dos días después de la interrupción de los bombardeos por el presidente Johnson. Lejos de alentar algún sentido de reciprocidad, como tantos habían esperado, el alto de los bombardeos impulsó a Hanoi a plantear exigencias máximas en el campo político, empezando por el derrocamiento del gobierno que apoyábamos.

Así fue expuesta la administración Nixon por primera vez al exasperante estilo de los norvietnamitas. Hubiera sido imposible encontrar dos sociedades menos preparadas por el destino a entenderse entre ellas que la vietnamita y la norteamericana. Por un lado, la historia vietnamita y la ideología comunista combinábanse para producir un recelo casi morboso y un fariseísmo feroz. Esto se complicaba con un legado de lógica cartesiana del colonialismo francés que resultaba en una irritante técnica de apología doctrinaria. Cada propuesta norvietnamita era formulada como si fuera la única verdad lógica y cada exigencia era planteada en imperativo (Estados Unidos «deben»). Para 1971 ya estábamos tan condicionados que cuando los norvietnamitas decían «deberían» en vez de «deben» creíamos haber realizado grandes progresos. Por el otro lado estaba la creencia norteamericana en la eficacia de la buena voluntad y en la importancia de la transacción, cualidades destinadas a ser despreciadas por leninistas dedicados que se veían a sí mismos como portavoces inexorables de un futuro inevitable, de una verdad absoluta y de una superior cualidad moral. *verbo*

A lo largo de su historia, la supervivencia había dependido para los norvietnamitas de una sutil habilidad para manipular físicamente a extranjeros más poderosos; la apariencia de debilidad debía ser evitada casi a toda costa, y admitir la posibilidad de transacción les parecía lo mismo que otorgar cierta validez al punto de vista de la otra parte, concesión en sí misma inaceptable. Por lo tanto, el estilo de comunicación de los vietnamitas era indirecto y, según los cánones norteamericanos, tortuoso y desconcertante. Debido a que Estados Unidos se hizo grande asimilando a hombres y mujeres de diferentes culturas y creencias, hemos desarrollado una ética de tolerancia; habiendo tenido poca experiencia con cismas insuperables, nuestra forma de arreglar los conflictos era buscar una solución en algún punto intermedio entre las posiciones enfrentadas. Pero para los vietnamitas, esto significaba que no éramos serios en lo que proponíamos y que los tratábamos como frívolos. No habían luchado durante cuarenta años para llegar a una transacción. El método vietnamita de comunicación era opaco, diseñado para mantener abiertas tantas opciones como fuera posible y para minar nuestra posición interna. El nuestro era realista y positivo y preparado para encontrar fórmulas que pudieran reconciliar lo irreconciliable, cosa que Hanoi consideraba una artimaña o una debilidad que debía ser explotada.

Pero el problema fundamental era aún más profundo. Los norvietnamitas se consideraban envueltos en una lucha de vida o muerte; no trataban las conversaciones como una empresa separada de la lucha sino como una forma de esa lucha. Para ellos, las conversaciones de París no eran un medio de llegar a un arreglo sino un instrumento de guerra política. Eran un arma para agotarnos psicológicamente, separarnos de nuestro aliado survietnamita y dividir nuestra opinión pública por medio de vagas sugerencias de soluciones que no podían alcanzarse debido a la estupidez o la terquedad de nuestro gobierno. Los vietnamitas temían que usáramos el hecho de las negociaciones para ganarnos el apoyo público; no querían negociar porque cualquier apariencia de «progreso» podía acrecentar nuestra capacidad de resistir. Preferían las conversaciones secretas porque esto les daba una oportunidad de reconocer el terreno sin pagar el precio de la apariencia de progreso. Cuando establecían un acuerdo su motivo era producir un máximo impacto doméstico en Estados Unidos. La detención de los bombardeos tuvo lugar inmediatamente antes de las elecciones de 1968 a fin de comprometer a ella a ambos candidatos presidenciales; la forma de la mesa fue convenida inmediatamente antes de la toma de posesión para evitar que la nueva administración consolidara su posición al empezar con un «éxito». Durante la guerra fuimos acosados por la apariencia de gran razonabilidad que los norvietnamitas desplegaban ante visitantes, especialmente los opositores a la administración. Estos huéspedes eran tratados con gran cortesía y con un catálogo de hábiles y misteriosas palabras en código que permitían una variedad de interpretaciones, ninguna tan clara o tan firme o tan significativa como imaginaba el visitante. Todas se evaporaban ni bien nosotros las poníamos seriamente a prueba.

El éxito de la campaña diplomática norvietnamita para conseguir la suspensión de los bombardeos confirmaba su fe en las negociaciones como una forma de guerra psicológica. Habían invadido Vietnam del Sur, Laos y Camboya con importantes ejércitos y sin provocación; habían violado flagrantemente los acuerdos de Ginebra de 1962 sobre Laos, de los cuales éramos parte. Sin embargo, cuando Estados Unidos quiso hacer acuerdos internacionales y mantener la libertad de pueblos aliados, Hanoi exigió el fin de los bombardeos como precio de admisión a la sala de conferencias, y se impuso.

Desde el punto de vista de las negociaciones, la mejor estrategia para nosotros hubiera sido formular una propuesta muy generosa y luego atenernos a ella sin concesiones adicionales, hasta que fuera retribuida. Pero en la medida en que manteníamos una posición firme, estábamos sujetos a presiones domésticas y burocráticas que daban a Hanoi aún más incentivos para perseverar en su intransigencia. Como alternativa, hubiéramos podido hacer uno o dos gestos conciliatorios de desescalada y retirada para demostrar nuestra buena voluntad, para después negarnos a hacer más mientras no hubiese alguna concesión por parte de Hanoi. Esto también era impedido por nuestra situación interna. Hanoi usaba cada paso hacia la desescalada o la retirada como prueba de la validez de su causa y después lo condenaba como inadecuado. La definición de la calidad de adecuado era la posición máxima de Hanoi. En realidad, gastábamos la mayoría de nuestras energías en negociar con nosotros mismos.

Las conversaciones de París cayeron rápidamente dentro de un molde. En la sala de conferencias los vietnamitas actuaban como un severo tutor que reprendía a un alumno díscolo; el estudiante era calificado según sus respuestas a preguntas en cuya formulación no tenía derecho a participar, y según criterios determinados exclusivamente por el profesor. Fuera de la sala de conferencias, los vietnamitas creaban la impresión de que las negociaciones eran como una historia detectivesca. Daban pistas vagas cuyas respuestas nosotros teníamos que adivinar; si no dábamos con la solución del acertijo la guerra continuaría y seríamos acusados de «haber perdido una oportunidad». Muchos de nuestros críticos se dejaron envolver por este procedimiento. En nuestro debate público, el mismo era cuestionado raramente; apenas alguien preguntaba por qué Hanoi no presentaba una propuesta inteligente y por qué ellos tenían que proceder en forma tan alusiva e indirecta. Por supuesto, cuando Hanoi estuvo finalmente listo para llegar a un acuerdo (en octubre de 1972) demostró aptitud para una verdadera negociación, dio prueba de ser tan capaz de formular propuestas concretas como lo había sido previamente en la obcecación, tan impacientes como antes fueran dilatorios.

Entre el martillo de la presión antibélica y el yunque de Hanoi, no era sorprendente que hubiera importantes diferencias en las actitudes y expectativas de los diversos dirigentes de la nueva Administración. Pasó la mayor parte del año hasta que tuvimos una estrategia establecida para las negociaciones. El presidente era el más escéptico. No creía que las negociaciones llegarían a nada hasta que la situación militar cambiara fundamentalmente. Pensaba que Hanoi aceptaría una transacción solamente si no tenía ninguna otra opción. En general, favorecía una política de presión máxima; no estaba demasiado ansioso por negociar hasta que no se hubiera hecho algún progreso militar.

Rogers estaba en el otro extremo. Había adquirido su experiencia en la arena doméstica; no tenía opiniones ni puntos de vista establecidos sobre política exterior. Sus objetivos primarios eran evitar la controversia doméstica y la acusación de rigidez. Muchos en el Departamento de Estado compartían la perspectiva defendida por los principales periódicos o las figuras más intensamente «palomas» del Congreso, en parte por convicción y en parte por temor. El resultado práctico era que nos veíamos inundados con propuestas del Departamento de Estado cuyo rasgo principal era que contenían elementos que la otra parte había sugerido vagamente que podría aceptar. (Como se verá más adelante, esto resultaba casi invariablemente un espejismo.) Rogers a menudo planteaba estos proyectos con el argumento de que él no los apoyaba pero que no sería capaz de resistir las presiones del público a menos que, por lo menos, estuviéramos dispuestos a discutirlos en París. Desde luego, una vez que cualquiera de esas proposiciones estaba en la agenda para la discusión ya habíamos admitido su legitimidad, y pronto nos veríamos frente a la única opción de hasta dónde teníamos que determinar cuánto teníamos que ceder.

El punto de vista de Laird era más complicado. El era escéptico acerca de la utilidad de las negociaciones y acerca de la posibilidad de la victoria militar; y era políticamente astuto. Su mayor preocupación era sacar a Estados Unidos de Vietnam antes de que perdiéramos demasiado apoyo doméstico. Pero quería hacerlo sin un colapso de los survietnamitas. De allí su vigorosa defensa de la vietnamización. Generalmente apoyaba una línea dura en las negociaciones y el ritmo más rápido posible en el retiro de tropas. Se había convencido a sí mismo de que la vietnamización daría resultado; la misma se convirtió en su primera prioridad.

Yo tenía gran esperanza en las negociaciones. Quizás, tal como resultaron los hechos, esperaba más de lo que correspondía. Hasta pensaba que podría llegarse a una salida tolerable en el plazo de un año. Mucho del impulso para las negociaciones venía de mí. Como explicaré,

tenía mis dudas acerca de la vietnamización; tampoco creía que teníamos tiempo de alcanzar la victoria. Esa oportunidad, si existió alguna vez, fue perdida por nuestros predecesores. Sin embargo, para que tuviera éxito la diplomacia, teníamos que aprovechar económicamente nuestras ventajas para negociar. Necesitábamos una estrategia que hiciera que la continuación de la guerra fuera para Hanoi menos atractiva que un acuerdo. Yo apoyaba la estrategia de negociación a dos vías que Harriman y Vance habían propuesto en su memorándum del período de transición y que yo había esbozado en mi artículo de *Foreign Affairs*.

Pero el asunto no se desarrolló de esa manera. Más bien, durante varios meses tuvimos una disputa sobre la política heredada de retirada mutua descrita en la fórmula de Manila. En aquellos días lejanos todavía había un debate sobre si nuestras retiradas debían empezar solamente *después* de que los norvietnamitas hubieran completado su propia retirada o simultáneamente con la de ellos. El debate era absurdo, primero porque Hanoi no tenía ninguna intención de retirar sus propias fuerzas y segundo porque todo el mundo sabía que teníamos la intención de iniciar una retirada unilateral en pocos meses. Un segundo asunto con el que luchamos durante varios meses fue cómo tendría que ser de grande la fuerza residual que dejaríamos después de la retirada *mutua*. Todas las agencias estaban de acuerdo en que debería quedar una fuerza importante, probablemente de 100.000 tropas de apoyo. (Harriman y Vance habían patrocinado este punto de vista en su memorándum del período de transición.) El Departamento de Defensa proponía dejar también personal de combate. Este asunto también fue superado por los acontecimientos y las pasiones del público.

Un tercer debate se refería a la desescalada de la lucha en el campo de batalla. Nuestra delegación negociadora en París anticipó (erróneamente, según resultó) que Hanoi plantearía el tema e insistió en que estaríamos obligados a responder. El Departamento de Estado y nuestro equipo de París propusieron que ofreciéramos discutir la reducción de los ataques con B-52, de las operaciones ofensivas de EEUU y del empleo de artillería para destruir. Tanto nuestro comandante en Saigón como los jefes del Estado Mayor se opusieron vigorosamente e insistieron en que esas medidas cederían la iniciativa militar al enemigo y le permitirían reconstruir sus fuerzas en las áreas pobladas. Este también se convirtió en un debate carente de contenido práctico, puesto que Hanoi nunca mostró el menor interés en la desescalada, aun cuando nosotros la realizamos unilateralmente. Los norvietnamitas estaban menos interesados en detener la lucha que en ganarla.

Contra la terquedad de Hanoi, teníamos el ímpetu de una burocracia imaginativa, indisciplinada en esta etapa para cualquier estrategia de negociación. Con cualquier administración y al margen del asunto, a los negociadores norteamericanos habitualmente les gusta tener éxito. Inundan Washington con propuestas para romper el estancamiento, son incansables para pensar en nuevas iniciativas. Imperceptiblemente al principio, tienden a sumar sus propias presiones a las propuestas del otro lado. Animados por el alto valor que asignan a la disposición a llegar a una transacción, o por lo menos a la apariencia de ella, se vuelven inquietos con los estancamientos. Puesto que a menudo las decisiones de Washington son tomadas por procedimientos de oposición, los negociadores siéntense seguros al proponer concesiones de largo alcance, pues saben que otras agencias que sostienen opiniones opuestas se mostrarán igualmente unilaterales en su oposición. Al presidente le toca buscar un compromiso entre las presiones opuestas y no desarrollar una estrategia. Y es reacio a dominar el proceso en detalle, corre el riesgo de que cada contendiente burocrático siga unilateralmente su curso de acción favorito.

Así sucedió con las negociaciones en París. Durante febrero y comienzos de marzo, hubo constante presión de nuestra delegación en París para iniciar conversaciones privadas con Vietnam del Norte, basadas en toda clase de planes de transacción. Cuando la primera conversación privada substancial tuvo finalmente lugar el 22 de marzo, no resultó en una negociación sino en exigencias norvietnamitas de la retirada incondicional de todas las fuerzas norteamericanas y del desmantelamiento de la administración de Thieu-Ky-Huong (*).

En lugar de evaluar la situación, los distintos departamentos reaccionaron proponiendo ideas aparentemente inagotables para llegar a una transacción.

Rogers no dio en el blanco. En una conversación con el embajador soviético Dobrynin

(*) El único suceso digno de señalar en la primera reunión privada, ya mencionado en el capítulo VI, fue el exabrupto totalmente gratuito e inesperado del negociador norvietnamita Xuan Thuy Lodge, en París, cuando dijo que Estados Unidos no debía contar con la división chino-soviética para ayudarnos a arreglar la guerra de Vietnam, lo cual, debo decirlo, nos hizo notar oportunidades de las que no habíamos sido plenamente conscientes.

el 8 de marzo, Rogers abandonó unilateralmente el enfoque de doble vía de separar los asuntos políticos de los militares. Rogers dijo a Dobrynin que estábamos dispuestos a conversar simultáneamente sobre temas políticos y militares. Contrariando la decisión del presidente de no mantener conversaciones privadas mientras Saigón estaba siendo bombardeada por la artillería, Rogers propuso conversaciones privadas inmediatas con Hanoi. Y en contra de los precedentes, sugirió que las conversaciones privadas incluyeran a Saigón y al FLN. Rogers ni siquiera pidió como condición el cese de los ataques a los grandes centros poblados. No debe sorprendernos que Dobrynin respondiera que creía que lo que acababa de oír representaba un gran cambio en nuestra posición.

Me desesperé. Rogers, en mi opinión, había entregado elementos esenciales de nuestra posición sin la menor reciprocidad, y con ningún propósito; estaba malgastando nuestras ventajas para obtener titulares de un día, suponiendo que las conversaciones tuvieran éxito alguna vez. Nixon se mostró más filosófico. Nada está más lejos de la realidad que la imagen popular de Nixon como un presidente imperial ladrando órdenes a dóciles subordinados. Nixon detestaba dar órdenes directas, especialmente a aquéllos que podían disentir con él. Raramente castigaba a alguien; nunca desautorizaba a un miembro del gabinete. Cuando tropezaba con la insubordinación trataba de alcanzar su objetivo sin que el ofensor se diera cuenta. Esto podía hacerle llegar a la meta, pero poco había en favor de la disciplina y la cohesión. Con más frecuencia que la deseable, ello revelaba a los extraños una desunión que podían sentirse tentados a explotar. Con el tiempo condujo a una administración fragmentada en la cual, bajo presiones, casi todos los miembros cuidaban de sí mismos. En el sentimiento de aislamiento que esto producía en Nixon y la falta de cohesión de su equipo está una de las raíces de Watergate. Así sucedió en la reacción de Nixon a la *gaffe* de Rogers. No reiteró su estrategia a su secretario de Estado ni convocó a una reunión de asesores para insistir en su enfoque. En cambio, me envió a ver a Dobrynin el 11 de marzo para decirle que la impresión soviética de un cambio en la posición de Estados Unidos era «prematura». El 14 de marzo expliqué delicadamente a Rogers que el interés básico del presidente era que iniciáramos conversaciones privadas sobre una base bilateral entre nosotros y Hanoi, antes de ampliarlas para incluir a Saigón y al FLN. Rogers simplemente replicó que estaba «muy ansioso» por lograr que empezaran las conversaciones.

Después siguió Laird con un paso unilateral en el campo militar. El 1 de abril, luego de varias reuniones sobre el tema, Nixon impartió una orden prohibiendo cualquier propuesta de desescalada fuera del contexto de retirada mutua. Ese mismo día, el Pentágono anunció públicamente que estábamos reduciendo las salidas de B-52 en más del 10 por ciento a partir del 30 de junio, por consideraciones presupuestarias. Cuando me quejé, Laird explicó alegremente que no podía pagar una tasa más alta más allá del 30 de junio y que, en realidad, estaba continuando con la tasa más alta tres meses más de lo que había sido planeado por su predecesor. Ni el presidente ni yo habíamos sido puestos al tanto de ese plan o del anuncio.

Yo no tenía opinión fijada sobre el número de salidas de B-52, pero quería economizar nuestras más bien escasas ventajas para negociar. Si íbamos a desescalar, tenía que ser como parte de la negociación; el peor modo de hacerlo era unilateralmente en respuesta a presiones presupuestarias. En ausencia de una disposición presidencial a confrontar a su secretario de Defensa, negocié con Laird una declaración para la prensa, más bien ambigua: «Es política de Estados Unidos que las reducciones de operaciones militares deben ser producidas por la retirada mutua en fases de las fuerzas externas. Las cifras de planeamiento presupuestario serán ajustadas a esta política sobre la base de un revisión periódica.»

Pero el daño estaba hecho. Un periodista me dijo que tomaba la reducción de salidas de B-52 como una señal tanto para Hanoi como para Saigón, porque «una cosa como ésta no se hace por razones presupuestarias». Dijo que no podía ser interpretado por Hanoi como nada que no fuera una advertencia de que existían límites firmes a la intervención de Estados Unidos. Estuvo acertado en ambos juicios, aunque nos asignó demasiado mérito por un designio meditado. Finalmente, hicimos una virtud de la necesidad. Se instruyó al embajador Lodge para que citara la reducción de salidas de B-52 en su presentación pública en las conversaciones de paz en París. El presidente refirióse a la reducción de salidas en su discurso del 3 de noviembre. Ni entonces ni después los nada sentimentales dirigentes de Hanoi reconocieron estas concesiones. Ellos no pagaban regalos que ya se habían metido en el bolsillo.

Nuestra política corría constantemente el riesgo de fracasar por indecisión. Con Hanoi, arriesgábamos malgastar nuestra posición de negociación en una serie de concesiones no re-

tribuidas. En nuestro país, mientras más buscábamos aplacar a los críticos, más desalentábamos a los que estaban dispuestos a apoyar una estrategia para la victoria pero que no podían comprender el continuo sacrificio para algo tan elusivo como una retirada honorable. Y no estábamos ganándonos la aprobación de los que querían convertir la guerra en una lección moral sobre las imperfecciones de Norteamérica, aun después de que fuimos más allá del programa a favor del cual ellos habían estado haciendo demostraciones hacia apenas nueve meses.

LA MISION VANCE

Por todas estas razones, llegué a la conclusión de que el tiempo trabajaba contra nosotros y que debíamos encontrar algunos medios de acelerar las cosas. Traté de envolver a la Unión Soviética en una compleja maniobra y recomendé a Cyrus Vance como el hombre ideal para la misión.

Había conocido a Vance cuando él era secretario de defensa delegado en la administración Johnson. Reflexivo, de hablar pausado, honorable, me impresionó como el prototipo del abogado neoyorquino de grandes empresas, ejecutando meticulosamente sus misiones, aconsejando sabiamente a sus clientes. Detrás de sus modales controlados, creí detectar una veta apasionada, en armonía con opiniones progresistas no muy difundidas en los círculos en que él se movía. En la delegación de París, había llegado a compartir la ardiente dedicación de su jefe, Harriman, a un acuerdo negociado. Después de ser designado asesor para asuntos de seguridad nacional, recomendé a Vance para el cargo de subsecretario de Estado, segundo en jerarquía en el Departamento de Estado. Rogers accedió, y los dos no reunimos con Vance en la casa de Rogers, en Bethesda, Maryland. Vance no se comprometió pero no rechazó la propuesta inmediatamente. Vi a Vance una vez más, en una larga entrevista, para aclararle lo interesado que estaba el presidente electo en sus servicios, y lo importante que era para la nación contar con el beneficio de su experiencia. Robert McNamara, su antiguo jefe, añadió sus propias exhortaciones. Entonces Vance declinó, explicando que después de casi ocho años de servicio ininterrumpido en el gobierno, necesitaba volver a la vida privada. Cuando Vance dejó su cargo de jefe delegado de la delegación estadounidense en las conversaciones de paz de París el 19 de febrero de 1969, Nixon le envió un cálido cablegrama de agradecimiento. Yo admiraba la habilidad analítica de Vance y su criterio; lo apreciaba enormemente como ser humano.

La misión que tenía yo pensada estaba hecha a medida para sus cualidades. Era nada menos que obtener el apoyo de la Unión Soviética para un rápido arreglo de la guerra de Vietnam.

En todas mis conversaciones con Dobrynin yo había acentuado que una mejoría fundamental en las relaciones soviético-norteamericanas presuponía la cooperación soviética para solucionar la guerra de Vietnam. Dobrynin siempre había eludido una respuesta afirmando que la influencia soviética en Hanoi era extremadamente limitada. Como respuesta, nosotros dábamos largas a todas las negociaciones que interesaban a la Unión Soviética: las conversaciones sobre limitación de armas estratégicas, Medio Oriente, y expansión de relaciones económicas. Pero nunca habíamos hecho a los soviéticos una propuesta amplia sobre Vietnam.

Me reuní con Vance el 18 de marzo para explorar su disposición general a emprender una misión en Moscú. La misión propuesta involucraba encadenar la iniciación de las conversaciones SALT con un arreglo total en Vietnam. Vance sería enviado a Moscú para iniciar las discusiones SALT y en el mismo viaje reunirse secretamente con un alto representante norvietnamita. Vance llevaría poderes para hacer rápidos progresos en *ambas* áreas, tratando de mantenerlas vinculadas. (Lo que no dije a Vance es que recomendaría a Nixon una demostración de fuerza militar dirigida a Hanoi si la misión Vance fracasaba.) Al día siguiente, Vance formuló una cantidad de preguntas delicadas: ¿Cómo podrían relacionarse una con otra las dos negociaciones en Moscú? ¿Cómo habría tiempo para llevar a cabo adecuadamente las dos misiones? ¿Cómo podrían ser mantenidas en secreto para el equipo responsable de SALT estas conversaciones sobre Vietnam?

El 3 de abril, propuse formalmente la misión Vance al presidente. Señalé el dilema inherente en las negociaciones mientras las mismas se realizaban en París. Teníamos que convencer al público norteamericano de que estábamos ansiosos de terminar la guerra, y a Hanoi de que no estábamos tan ansiosos como para que ellos pudieran permitirse la esperanza de agotar nuestra paciencia y aguante. Teníamos que continuar con presiones militares suficientes para disuadir

a Hanoi de cualquier plan de convertir las negociaciones en otra Panmunjon, pero no actuar tan provocativamente como para tentarlos a luchar hasta el final. Nuestro gobierno tenía que ser suficientemente disciplinado para hablar con una sola voz. Las relaciones con Saigón tenían que ser lo suficientemente estrechas como para privar a Hanoi de la expectativa de que las negociaciones pudieran ser usadas para desmoralizar al gobierno survietnamita. Yo dudaba de nuestra capacidad de llenar estas condiciones. Creía que las presiones presupuestarias y las inminentes retiradas reducirían nuestras operaciones militares sin ninguna esperanza de reciprocidad. La delegación de París carecía de disciplina, nuestras divisiones internas hacían improbable que pudiéramos presentar una política coherente o evitar la oscilación entre los extremos. Crecería la tentación de cargar nuestras frustraciones sobre Saigón. Un arreglo temprano nos interesaba porque sospechaba que todas las tendencias que he descrito llevarían a una situación en la que nuestro programa mínimo de hoy podría ser mucho más fuerte que nuestra posición máxima un año después. Pero Hanoi no se movería sin alguna presión. Por lo tanto, la participación soviética podría ser crucial.

Por todas estas razones, recomendé que yo encarara a Dobrynin con la advertencia de que las relaciones norteamericano-soviéticas estaban en una encrucijada. El presidente, diría yo, estaba dispuesto a hacer adelantos en las relaciones norteamericano-soviéticas en un amplio frente. Pero la guerra de Vietnam era un gran obstáculo. Para resolver el «impasse», Nixon estaba dispuesto a enviar una delegación de alto nivel a Moscú, encabezada por Cyrus Vance, para acordar inmediatamente principios de limitación de armas estratégicas. Mientras estuviera en Moscú, Vance también tendría poderes para reunirse con un negociador de Vietnam del Norte y acordar con él sobre un arreglo militar y político para Indochina. (Puesto que Rogers ya había revelado el enfoque de doble vía, me pareció mejor desarrollar un programa político compatible con la supervivencia de Saigón.) En el aspecto militar, ofreceríamos garantías de que el FLN, si renunciaba a la violencia, podría participar en la vida política del país sin temor a represalias. Esto sería acompañado de un acuerdo sobre un Vietnam del Sur separado e independiente durante cinco años, después de lo cual habría negociaciones para la unificación. El presidente daría seis semanas al empeño para que tuviera éxito. Si el resultado de la misión Vance era positivo, el presidente también consideraría la posibilidad de «otras reuniones a niveles aún más altos» (es decir, una posible reunión cumbre).

Dije al presidente, y propuse dar un indicio a Dobrynin, que este curso de acción no debía aprobarse a menos que el presidente estuviera dispuesto a dar «enérgicos pasos de escalada» si fracasaba.

Los términos de paz, en mi memorándum a Nixon, iban más allá de todo lo que se había discutido en nuestro gobierno y hasta de lo que proponían la mayoría de las «palomas». Excedía, por ejemplo, los términos de la plataforma «paloma» derrotada en la Convención Demócrata ocho meses atrás. Incluía un cese de fuego, al que se oponía violentamente el Pentágono. Aceptaba la retirada completa (sin fuerzas residuales) y aceptaba que el FLN desempeñara un papel en la vida política de Saigón. En ese punto sabíamos de Hanoi demasiado poco para comprender que sus dirigentes estaban interesados en la victoria, no en un cese de fuego, y en el control político y no en un papel en unas elecciones libres.

La mañana del 5 de abril, cuando hablé con el presidente en Kay Biscayne, él se mostró dudoso de que el «truco Vance», como lo llamaba, diera resultado. Pero admitió que teníamos que hacer una jugada diplomática. El 12 de abril de 1969, para poner las cosas en movimiento, envié al presidente un memorándum reiterando los puntos que yo proponía usar con Dobrynin en una entrevista programada para el 14 de abril. Nixon aprobó el memorándum con unas pocas notas marginales manuscritas, que extendían el plazo a dos meses (en vez de seis semanas) y eran más explícitas que mi borrador en lo de condicionar las perspectivas de cooperación económica con los soviéticos.

Usando una técnica que más tarde emplearía frecuentemente, dejé leer a Dobrynin esos puntos de conversación junto con las iniciales y enmiendas manuscritas del presidente. Esto tenía la ventaja de evitar malos entendidos a la vez que certificaba que yo hablaba en nombre del presidente. Dobrynin tomó abundantes notas, deteniéndose de tanto en tanto para pedir una explicación. Cuando terminó, Dobrynin preguntó si hacíamos de un arreglo en Vietnam una condición para progresos en Medio Oriente, relaciones económicas y armas estratégicas. Repuse que estábamos dispuestos a seguir conversando pero que avanzaríamos más rápidamente si

sacábamos Vietnam del camino. También, si no había acuerdo podríamos adoptar medidas que crearían «una situación complicada».

Dobrynin fue elocuente al acentuar el deseo de Moscú de continuar negociando con nosotros, pasara lo que pasare en Vietnam. Especuló que China estaba intentando producir un choque entre la Unión Soviética y Estados Unidos. Una escalada de la guerra de Vietnam, añadió, sólo podría servir a los intereses de China. Dije que si esto era así, la Unión Soviética tenía con nosotros la obligación conjunta de evitar complicar las cosas. Las palabras de despedida de Dobrynin fueron que ésta había sido una conversación «muy importante».

Sin embargo, no recibimos respuesta de Moscú; ni rechazo, ni invitación, ni siquiera un reconocimiento para ganar tiempo. En junio, Dobrynin mencionó de pasada que nuestra propuesta había sido transmitida a Hanoi pero que no había caído favorablemente allí. La vez siguiente que Dobrynin me dijo algo de la misión Vance fue ocho meses más tarde, el 22 de diciembre, cuando en el curso de un pase de revista global él mencionó que Moscú había tratado de ser útil con la misión Vance. Sin embargo, Hanoi se había negado a hablar a menos que Estados Unidos accediera previamente a un gobierno de coalición. En vez de devolver una respuesta negativa, el Kremlin prefirió no decir nada. Respondí fríamente que por lo menos hubiera estado bien alguna forma de acuse recibo.

Hasta hoy no sé si Moscú transmitió la propuesta a Hanoi y al recibir una respuesta negativa decidió que no quería admitir su impotencia o correr el riesgo de alguna represalia norteamericana. También es posible que Moscú no haya transmitido nuestra propuesta porque las ganancias eran demasiado abstractas y los riesgos de la intervención soviética en caso de fracaso demasiado grandes. Me inclino por la segunda posibilidad. Dada la fanática insistencia de Hanoi en su independencia y su habilidad para navegar entre Moscú y Pekín, Moscú era demasiado arriesgado como sitio para una negociación decisiva. Pekín podría poner objeciones; Moscú podría usar la ocasión para acompañar nuestra maniobra y hacer concesiones en Indochina para fortalecer las relaciones entre las superpotencias. En cuanto a Moscú, no habría podido mostrarse abiertamente ansiosa de servir de anfitrión a una negociación de cuyos resultados ambas partes podrían hacerlo responsable y en los cuales no podría influir de manera decisiva. En 1971 ensayamos nuevamente el mismo enfoque, esta vez ofreciéndome yo como negociador. Nuevamente fuimos rechazados, probablemente por las mismas razones. En ausencia de presiones diplomáticas o militares, las negociaciones de Vietnam continuaron a paso laborioso.

REGRESO A LA NORIA

El 8 de mayo, en la décimosexta reunión plenaria en París, los comunistas presentaron con gran jactancia un programa de paz de diez puntos. Redactados en el para entonces habitual estilo de ultimátum, los Diez Puntos eran una enumeración de lo que Estados Unidos «debía» hacer para terminar la guerra. Exigían la retirada total, unilateral e incondicional de Estados Unidos, la abolición del gobierno survietnamita y reparaciones norteamericanas por daños de guerra. Proponían que el gobierno survietnamita fuera reemplazado por un gobierno de coalición que incluyera «todos los estratos sociales y las tendencias políticas que en Vietnam del Sur apoyaban la paz, la independencia y la neutralidad».

La propuesta de un gobierno de coalición no sonó irrazonable; muchos norteamericanos no recelosos la tomaron simplemente como un pedido de participación comunista en el gobierno de Saigón. Pero cuando empezamos a explorar su significado, comprobamos que los comunistas se reservaban el derecho de definir quiénes estaban por la «paz, independencia y neutralidad». El contenido operacional de los Diez Puntos era que después de haber decapitado al gobierno de Vietnam del Sur y desmoralizado a la población con una retirada incondicional y total, habríamos entrado en connivencia con los comunistas para obligar a los elementos no comunistas que quedaban a integrar una estructura que habría contenido al FLN y a cualquier grupo que solamente los comunistas podrían definir como aceptables. Tal era la definición comunista de un acuerdo político «justo» (*). No hace falta decir que cuando los comunistas tomaron el

(*) En julio de 1971, Le Duc Tho y yo revisamos una lista de políticos de Saigón que incluía a todos los dirigentes de la oposición que podrían ser aceptables según los criterios de inclinación a la «paz, neutralidad e independencia». Ninguno salió aprobado.

control en Saigón, no se estableció ningún gobierno de coalición; en realidad, hasta el FLN fue excluido de cualquier participación en el poder. Hoy, los norvietnamitas detentan todos los puestos claves en el sur. V.V.V.

La propuesta era unilateral en su contenido e insolente en su tono. Pero la mera existencia de un plan de paz comunista, por más extraordinaria que fuera su naturaleza, generó presiones del Congreso, la prensa y el público para no dejar pasar esta «oportunidad». Si no queríamos ser arrollados, era evidente que necesitábamos elaborar una posición propia muy clara. A fines de abril propuse al presidente que pronunciara un discurso presentando un plan de paz norteamericano. El 25 de abril llamé la atención del presidente hacia un comentario hecho por Xuan Thuy: «Si la administración Nixon tiene un gran programa de paz, como hace creer, ¿por qué no hace público ese programa?».

Pero el presidente vacilaba. Quería esperar un poco más una respuesta de Moscú sobre la misión Vance. También estaba inhibido por su inquietud acerca de la actitud de su secretario de Estado. Estaba seguro de que si el Departamento de Estado veía el borrador del discurso, lo haría filtrar a la prensa o propondría tantos agregados incompatibles con su estrategia que él habría tenido que aparecer como partidario de una línea dura si los rechazaba. Como era habitual, Nixon encontró una solución tan efectiva como tortuosa. Esperó a que Rogers hubiera partido en un viaje al Sudeste Asiático el 12 de mayo, y entonces me ordenó, ese mismo día, que supervisara la preparación de un discurso presidencial dentro de las próximas cuarenta y ocho horas.

El 14 de mayo, Nixon se presentó por la televisión nacional y desarrolló por primera vez las premisas de su política hacia Vietnam, los pasos que se habían dado y una nueva y concreta propuesta de negociación. Pasó revista a los actos de sus primeros cuatro meses en funciones: el freno a la ofensiva enemiga; la mejoría de nuestras relaciones con el gobierno de Saigón, el fortalecimiento de las fuerzas survietnamitas y, sobre todo, el desarrollo de una posición negociadora coherente.

Propuso un programa de ocho puntos que representaba un importante avance en la posición de negociación norteamericana respecto de la administración Johnson. Específicamente, abandonaba la fórmula de Manila (retirada de Hanoi seis meses antes que nosotros) y abogaba por la retirada simultánea. Empero, la retirada norvietnamita sería de facto (por «entendimiento informal») en vez de ser explícitamente admitida por Hanoi (*). Estados Unidos aceptaba la participación del FLN en la vida política de Vietnam del Sur y se comprometía a apoyar elecciones libres bajo supervisión internacional y a aceptar sus resultados. El presidente ofreció establecer un cronograma preciso para la retirada y también ceses de fuego bajo supervisión internacional. En resumen, el discurso del 14 de mayo brindaba todas las oportunidades para explorar las posibilidades de una contienda política imparcial. Las únicas condiciones que no reunía resultaron el sine qua non comunista: retirada incondicional de las fuerzas de Estados Unidos e instalación ilegal de un gobierno controlado por comunistas.

El negociador norvietnamita Xuan Thuy hizo alentar esperanzas inicialmente por medio de una reacción relativamente suave, señalando delicadamente que había «puntos de contacto» entre los Diez Puntos del FLN y los Ocho Puntos del discurso del 14 de mayo del presidente. Pero en las negociaciones formales, se negó inexorablemente a discutirlos. Pronto las negociaciones volvieron a la estéril reiteración de las posiciones norvietnamitas conocidas. El estancamiento continuó.

Y continuaron nuestros esfuerzos por superarlos. ???

EL COMIENZO DE LOS RETIROS DE TROPAS

Después del discurso del 14 de mayo esbozando nuestros términos de compromiso para negociar, nos volvimos al retiro unilateral de tropas norteamericanas. Habíamos heredado, según una de las frases de política exterior menos felices de este siglo, un compromiso general a «desnorteamericanizar» la guerra. La administración Johnson había iniciado la tarea de fortalecer

(*) En una charla informativa en la Casa Blanca, antes del discurso, expliqué: «No nos importa que ellos reconozcan que tienen fuerzas allí mientras den seguridades de que las fuerzas se retirarán, y nos conformaremos con arreglos supervisados que nos asegure que no quedan más fuerzas norvietnamitas en Vietnam del Sur».

el ejército survietnamita, pero no había ningún plan para retiradas norteamericanas. Como secretario de Defensa, Clark Clifford había dicho el 29 de septiembre de 1968, que «el nivel de combate es tal que estamos incrementando nuestras tropas, no reduciéndolas». En una conferencia de prensa del 10 de diciembre de 1968, Clifford reiteró que no había planes para ninguna reducción. En nuestra inocencia, pensábamos que los retiros de tropas norteamericanas podrían ayudarnos a ganar apoyo del público, de modo que las tropas que quedaran y nuestra posición doméstica fortalecida pudieran dar a Hanoi un incentivo para negociar seriamente. Al mismo tiempo, si fortalecíamos suficientemente a los survietnamitas, nuestras retiradas podrían llevarnos gradualmente a terminar nuestra intervención sin necesidad de un acuerdo con Hanoi.

Nixon apoyó la retirada por esas dos razones. En una conferencia de prensa el 14 de marzo estableció tres criterios para nuestras retiradas: la capacidad de los survietnamitas de defenderse sin tropas norteamericanas; progreso en las negociaciones de París; y el nivel de la actividad del enemigo. En realidad, la estrategia de Nixon en los primeros meses era tratar de debilitar al enemigo hasta el mayor grado posible, acelerar la modernización de las fuerzas de Saigón, y empezar entonces los retiros. El pensaba que sería un golpe de relaciones públicas.

En la reunión del CNS del 25 de enero de 1969, el general Wheeler había dicho que creía que el presidente Thieu accedería probablemente a una pequeña reducción de las fuerzas estadounidenses porque ello favorecería la posición interna de Nixon y daría la imagen de un Vietnam del Sur confiado en sí mismo. Rogers pensaba que podría comprar una cantidad indefinida de tiempo en nuestro país con un retiro de 50.000 hombres. Laird y Nixon se reservaron sus opiniones. El 6 de febrero, Thieu expresó públicamente su confianza en que una cantidad considerable de soldados norteamericanos pudieran dejar Vietnam en 1969. El general Goodpaster, entonces delegado del general Abrams, asistió a una reunión del CNS el 28 de marzo y dijo que el adelanto de los survietnamitas ya había sido substancial; en realidad estábamos próximos a «desnorteamericanizar» la guerra, dijo, pero aún no habíamos llegado al «punto de decisión». Laird habló: «Estoy de acuerdo», dijo, «pero no con su término 'desnorteamericanización'. Lo que necesitamos es un término como 'vietnamización' para poner el acento donde corresponde.» El presidente quedó impresionado. «Eso está muy bien, Mel», dijo. Así nació la «vietnamización».

El 10 de abril emití una instrucción solicitando a los departamentos y agencias que elaboraran un programa para vietnamizar la guerra. Nixon decidió que el momento estaba maduro poco después de su discurso del 14 de mayo. Y si quiso dar su declaración del 14 de mayo sin interferencias de Rogers, prefirió proceder a los retiros de tropas adelantándose a Laird.

Se dispuso una reunión para el 8 de junio con el presidente vietnamita Thieu para obtener su apoyo. El lugar sería la isla Midway en el Pacífico, elegida por temor a que una visita de Thieu a Estados Unidos provocara disturbios. Hawai fue rechazada porque Lyndon Johnson había tenido una reunión allí con los dirigentes vietnamitas. Un síntoma de la ciénaga en la que había caído nuestra sociedad a causa de la guerra de Vietnam fue que una reunión entre el presidente y el líder por cuyo país habían muerto más de treinta mil norteamericanos tuvo que tener lugar en una isla deshabitada en medio del Pacífico.

En el viaje a Midway, Nixon convocó una reunión en Honolulu para la tarde del 7 de junio con Rogers, Laird, el general Wheeler, el embajador Lodge y yo en la sala de reuniones del Hotel Kahala Hilton, con vista al Pacífico. También estuvieron allí el embajador Bunker, el general Abrams y el almirante McCain. La reunión era para tomar la decisión final sobre nuestra estrategia para la retirada. Fue evidente que los militares enfocaban el tema con pesar. Sabían en lo profundo de sus conciencias que era lo inverso de aquélla por lo que habían luchado. En cualquier forma que se lo presentara, haría imposible la victoria y hasta problemática una retirada honorable. Desde ese punto, estaríamos en una carrera entre la declinación de nuestra capacidad de combate y el fortalecimiento de las fuerzas survietnamitas, carrera cuyo resultado era incierto en el mejor de los casos.

Contrariamente a lo que afirma la mitología, los militares raramente se oponen a su comandante en jefe, aun en privado. Si pueden conjurar una justificación plausible a mitad de camino, superarán sus dudas y apoyarán una decisión presidencial. Era penoso ver al general Abrams, prototipo del comandante de combate, obviamente desdichado y accediendo, no obstante ello, a una retirada de 25.000 soldados combatientes. El supo entonces que estaba condenado a una acción de retaguardia, que el propósito de su comando sería cada vez más un objetivo logístico y no el triunfo en la batalla. Ya no le sería posible alcanzar la victoria que se nos había escapado

mientras nuestras fuerzas disminuían constantemente. Quedaba la tarea de vender esta proposición al presidente Thieu.

La reunión de Midway no pudo tener un escenario más surrealista. Durante siete horas, este atolón de no más de cinco kilómetros cuadrados fue invadido por la comitiva presidencial de más de quinientos funcionarios, personal de seguridad, técnicos en comunicaciones, periodistas y supernumerarios que se consideraban ellos mismos indispensables. El hangar del aeropuerto estaba recién pintado; la casa del comandante donde tenían que reunirse el presidente y Thieu recibió muebles nuevos y una mano de pintura, convirtiendo a ese oficial de la marina en el único beneficiario indudable de la reunión de Midway. Se llevaron por avión automóviles para transportar a las personas muy importantes, lo mismo que los suministros para un almuerzo oficial. Todo esto fue observado con ojos vidriosos por los albatros de patas negras, que son nativos de la isla y que se han vuelto insolentes después de ser protegidos durante generaciones por el Departamento del Interior. Nadie ha descubierto aún el vínculo místico entre esa lúgubre isla y esos pájaros extraños, que vuelan majestuosamente pero que despegan como tambaleantes aeroplanos después de un largo correteo. En Midway, la única isla que se dignan habitar, se pasean arrogantes por el medio de los caminos y provocan atascamientos de tránsito, sólo para divertirse, felices de saber que el Departamento del Interior penará severamente a cualquiera que dé paso al impulso muy humano de lanzarles una rápida patada.

La posición de Thieu en la reunión de Midway era menos envidiable que la de los albatros. Durante días habían circulado versiones (no desmentidas ni desalentadas por alguien de nuestro gobierno) de que el presidente Nixon anunciaría el comienzo de los retiros de fuerzas estadounidenses y de que ésto, a su vez, sería como una advertencia a Thieu para que pusiera su casa en orden. Con ésto, sus críticos generalmente se referían a la pronta instalación de una democracia estilo occidental, con un gobierno de coalición. Esos críticos raramente aclaraban cómo podrían asegurarse las libertades democráticas en un país ocupado por 300.000 soldados y guerrilleros hostiles. Se esperaba de Thieu que realizara en unos meses, y en medio de una guerra civil, lo que ningún dirigente del Sudeste asiático logró en décadas de paz. Se le pedía simultáneamente que ganara una guerra, adaptara su propia estructura de defensa al retiro de un gran contingente militar norteamericano y construyera instituciones democráticas en un país que no había conocido la paz durante una generación ni la democracia en toda su historia. Su legitimidad como líder nacionalista tenía que ser enaltecida por medio de reformas realizadas bajo presión, de la gran potencia que había intervenido en el derrocamiento de su predecesor y dejado así el país privado de su administración civil.

Fue una escena penosa cuando Nguyen Van Thieu, por cuyo país habían muerto hasta entonces 36.000 norteamericanos pero a quien no se le permitía visitar el territorio de su poderoso aliado, descendió airesamente la escalerilla del avión de la Pan American fletado especialmente. Sentí pena por él. No era culpa suya el haberse convertido en el foco de las presiones internas norteamericanas; después de todo, él era el representante de los millones de survietnamitas que no querían ser invadidos por el ejército norvietnamita. Venía de una cultura diferente a la nuestra, que operaba por medio de valores diferentes. Pero todos los vietnamitas tienen una dignidad innata, producida quizá por la historia cruel y sangrienta de esa tierra hermosa. Los vietnamitas no han «aceptado su destino» como hubiera afirmado el mito occidental sobre ellos; han luchado durante siglos contra extranjeros y entre ellos para determinar su destino nacional. Y aunque puedan resultar difíciles y hasta ofensivos, han sobrevivido por medio de una magnífica negativa a doblar sus cuellos bajo el enemigo o el aliado.

Hubieron dos sesiones. La decisiva tuvo lugar en la casa redecorada del comandante. Incluyó a Nixon y a mí, a Thieu y a su ayudante personal. En el club de oficiales hubo también una reunión de expertos que se ocupó sobre todo de cuestiones económicas y que fue presidida por los dos ministros del exterior. (Era una pauta que sería seguida en casi todas las reuniones de Nixon con dirigentes extranjeros.) Thieu no actuó como suplicante. Se condujo con seguridad; no pidió favores. Habíamos temido que el proyectado retiro de tropas produciría una escena incómoda. Thieu se nos adelantó proponiéndolo él mismo. Nosotros sugerimos la iniciación de contactos privados con Hanoi a nivel presidencial. Thieu accedió, con la condición de que se le informara de toda discusión política. Debido a que las cinco horas de diferencia con la costa este ponían la prensa bajo presión para el envío de sus despachos, los dos presidentes salieron de la casa del comandante después de una hora y media de discusión, y el presidente Nixon anunció el primer retiro de tropas norteamericanas.

Nixon estaba jubiloso. Consideraba el anuncio un triunfo político. Creía que le daría el tiempo necesario para desarrollar nuestra estrategia. Sus asesores, incluido yo, compartíamos esa opinión. Nos equivocamos en ambos cálculos. Habíamos cruzado una funesta línea divisoria. Los retiros aumentaron la desmoralización de las familias cuyos hijos seguían estando en peligro. Y no produjo ningún respiro ni alivio de la presión de los críticos, la mayoría de los cuales creyeron que puesto que esa presión había producido la decisión inicial de retirarse, más presión podría acelerar el proceso. No les importaba —incluso hasta algunos se habrían regocijado— si los retiros acelerados producían un colapso.

Ese mes de junio el ex secretario de defensa Clark Clifford, quien seis meses antes había declarado que no había ningún plan para la retirada norteamericana, publicó un artículo en *Foreign Affairs* que exhortaba enérgicamente al retiro unilateral de 100.000 soldados para fines de 1969, y de todo el restante personal de combate para fines de 1970, dejando solamente personal logístico y aéreo (9). El presidente Nixon, quien jamás cedía un punto en debate, replicó impetuosamente en una conferencia de prensa que esperaba mejorar el calendario de Clifford. Aunque se hicieron grandes esfuerzos para «interpretar» el comentario del presidente, el daño ya estaba hecho; nuestra insistencia en la retirada mutua quedó ya privada de toda virtualidad y plausibilidad. Nuestro compromiso a una retirada unilateral sería visto en nuestro país, en el extranjero, y especialmente en Vietnam, como irreversible. Los últimos elementos de flexibilidad se perdieron cuando el Departamento de Defensa empezó a planificar su presupuesto sobre la base de las esperadas reducciones de tropas; a partir de ese momento, la interrupción de los retiros habría producido un déficit financiero que habría afectado la producción de nuevas armas.

Por la otra parte, los norvietnamitas no estaban interesados en símbolos sino en la realidad. Analizaron fríamente los retiros, midiendo sus beneficios psicológicos para nosotros en términos de posición interna fortalecida contra la declinación de efectividad militar representada por una reducción del número de soldados norteamericanos. Hanoi siguió ejerciendo constante presión para obtener la mayor retirada posible en el menor tiempo posible. Mientras más automáticos se hacían nuestros retiros, menos útiles resultaban como arma para negociar; la exigencia de una retirada mutua fue perdiendo contenido a medida que se aceleraba nuestra retirada unilateral. Y mientras más rápida fuera nuestra retirada, aumentaba la posibilidad de un colapso survietnamita. Por lo tanto, los norvietnamitas se quejaban constantemente de que nuestros retiros de tropas no retribuidos eran solamente «gotas» o que nosotros no éramos «suficientemente claros» acerca de nuestras intenciones finales; nunca se desviaban de su posición de que nuestros pasos unilaterales no creaban ninguna obligación de parte de ellos. Al año estaban exigiendo un último plazo incondicional.

Estas realidades dominaban nuestras deliberaciones internas. En 1969, Laird había preparado cinco planes alternativos para retiros de tropas. En el extremo más bajo había un retiro de 50.000 soldados; en el extremo más alto, 100.000. En el medio había varias cantidades y composiciones de fuerzas. Rogers apoyaba una cifra de 85.000; Laird, consciente de las opiniones de los jefes del Estado Mayor Conjunto, apoyaba oficialmente la cifra más baja (50.000) pero en privado indicaba que no le importaría que la superaran. En cuanto al término más largo, Laird ofrecía calendarios que iban de dieciocho a cuarenta y dos meses y techos para la fuerza residual norteamericana —las fuerzas que quedarían hasta que se retiraran las fuerzas de Hanoi— entre 260.000 a 306.000. En un memorándum que envió al presidente el 2 de junio, Laird ofreció un calendario «factible» de cuarenta y dos meses (que extendía nuestra retirada hasta fines de 1971) y una fuerza residual de 260.000. Advirtió que en ausencia de reciprocidad norvietnamita, una retirada más rápida resultaría en graves reveses del programa de pacificación, en una declinación importante de la capacidad militar aliada y en la posibilidad de un colapso survietnamita.

Dentro de la burocracia desarrolláronse rápidamente dos tendencias. Puesto que el mérito (aparte del de Nixon) de empezar el plan de vietnamización iba al Pentágono, el Departamento de Estado podría obtener una participación en la gloria de poner fin a la guerra solamente redoblando sus esfuerzos políticos. Esto desencadenó una andanada de cables al desdichado Thieu para que acelerara el proceso de reformas políticas y económicas. En realidad, se puso en marcha un cambio arrollador en el sistema de tenencia de la tierra. Sin embargo, nuestras presiones pudieron haber debilitado su posición al hacer que sus reformas más bien extensas no parecieran el resultado de su fuerza y de su creciente confianza en sí mismo sino de las pre-

siones norteamericanas. El 11 de julio, Thieu ofreció elecciones libres en las que podían participar los comunistas, supervisadas por una comisión electoral mixta de vietnamitas que incluía a los comunistas y a un cuerpo de observadores internacionales. El secretario Rogers dejó filtrar algunos de sus detalles en una conferencia de prensa el 2 de julio, lo que impulsó a Thieu, por fastidio, a demorar el enviarnos un borrador anticipado de su nuevo programa.

Estos asuntos serían discutidos en una reunión del presidente con sus consejeros de alto nivel en el yate presidencial *Sequoia* el 7 de julio. Rogers, Laird, Wheeler, el Procurador General Mitchell, el general Robert Cushman (Director Delegado de la CIA), y yo estuvimos presentes. Llegado el momento, el principal tema de discusión fue el significado de una aparente calma en la lucha. ¿Era esta calma el resultado del agotamiento de Hanoi, de una nueva estrategia de negociación, o de un intento por parte de Hanoi de lograr la desescalada por un entendimiento tácito? Era sintomático de la confusión intelectual de la época que en el alivio que se sentía cuando una pausa en la lucha disminuían tanto las bajas como las presiones domésticas, nadie hacía la pregunta de si esa pausa no reflejaría el hecho de que nuestra estrategia estaba teniendo éxito y por lo tanto debía ser continuada. En lugar de ello, había unanimidad en que debíamos responder con una recíproca desescalada. Se decidió hacer un cambio básico en las órdenes de batalla del general Abrams. La existente «declaración de objetivo» para las fuerzas de EEUU en el Sudeste asiático, heredada de la administración Johnson, declaraba la ambiciosa intención de «derrotar» al enemigo y «forzar» su retirada a Vietnam del Norte. La nueva declaración (que entró en vigencia el 15 de agosto) se centraba en dar «máxima asistencia» a los survietnamitas para reforzar su poderío, apoyar los esfuerzos de pacificación y reducir los abastecimientos del enemigo. Luego resultó que el presidente a último momento cambió de idea y dio una contraorden a las nuevas instrucciones. Pero Laird ya las había impartido y así quedaron. No sé si el cambio de órdenes —que rápidamente se filtraron— significó una diferencia importante. Dado nuestro compromiso de retirada, reflejaba nuestras capacidades, fueran cuales fueren nuestras intenciones.

El 30 de julio, Nixon hizo una visita sorpresa a Saigón en su viaje alrededor del mundo. Fue allí contra el consejo del Servicio Secreto, y por razones de seguridad la visita no fue anunciada hasta el último momento. Nixon fue trasladado desde el aeropuerto al palacio presidencial en un helicóptero que pareció ascender rápidamente para salir del alcance de posibles francotiradores y luego se lanzó como una piedra arrojada con fuerza por entre los árboles de las oficinas de Thieu. Jamás me he enterado de cuántas veces los pilotos han ensayado esta maniobra o de cuál es el riesgo comparado con el riesgo de francotiradores. Nixon le dijo a Thieu que la continuación de los retiros era necesaria para mantener el apoyo del público norteamericano. También argumentó que era importante que las reducciones aparecieran como basadas en un organigrama sistemático y por iniciativa nuestra. Claramente estábamos dejando Vietnam, si era posible por medio de negociaciones, si era necesario por retiros unilaterales.

UNA REUNION SECRETA CON XUAN THUY

En junio inicié otro intento de negociación por medio de mi viejo amigo Jean Sainteny, el ex Delegado General francés en Hanoi. La mujer de Sainteny, Claude, había sido alumna mía en el verano de 1953 en un Seminario Internacional que yo dirigí en Harvard para prometedores jóvenes líderes extranjeros. Era escritora e historiadora, tan bella como inteligente. Después de casarse con Sainteny los visité ocasionalmente en su departamento de la Rue de Rivoli, frente a los jardines de las Tullerías. Sainteny era un hombre elegante y sumamente inteligente quien durante los años en que no hubo contacto entre los Estados Unidos y Hanoi me había dado mis primeras impresiones acerca de la mentalidad vietnamita. Pasamos mucho tiempo juntos y él me contaba sus experiencias en Hanoi y me daba su evaluación de nuestro compromiso en Vietnam. Como muchos franceses que habían servido en Indochina, consideraba que nuestra empresa no tenía ninguna esperanza —una actitud no desprovista de nacionalismo: ¿cómo podían los EEUU suponer que tendrían éxito donde los franceses habían fracasado? Pero al revés que muchos de sus compatriotas, él comprendía la importancia de una salida honorable para los EEUU y para otros pueblos libres. No tenía yo ninguna duda de que informaría de nuestros contactos a su gobierno. Esto era de una importancia secundaria ya que lo que él sabía no podría dar a Francia ningún beneficio unilateral; sólo satisfecería la curiosidad, no afectaría

la política. Confiaba en la honorabilidad de Sainteny, confiaba en que era capaz de hacer lo que le encomendábamos. Los norvietnamitas también tenían confianza en él. No se puede pedir más de un intermediario.

Así pues, el 24 de junio, sugerí al presidente que invitara a Sainteny a los EEUU para explorar una nueva iniciativa: «Mi comprensión de la situación es que, en vista del presente estado de ánimo de Hanoi, nuevas aperturas probablemente no sirvan para nada. Sin embargo, creo que debemos efectuar otra apertura tanto como para que quede registrada nuestra actitud, como por la falta de movimientos en las negociaciones de París». Sainteny vio al presidente en la Oficina Oval el 15 de julio. Ya que nadie sabía de su presencia en los Estados Unidos, yo tuve que actuar como intérprete. Dado el inseguro nivel de mi francés hablado, seguramente no contribuí mucho a la precisión y comprensión de los interlocutores. Sainteny indicó que estaría dispuesto a visitar Hanoi en nombre de nosotros para llevar nuestro mensaje. Alternativamente sugirió una reunión entre Le Duc Tho y yo, además de un miembro clave del Politburó Vietnamita que visitaba París de tanto en tanto y había participado en conversaciones privadas con Harriman.

Elegimos el primer camino. Se redactó una carta privada de Nixon a Ho Chi Minh. Le pedimos a Sainteny que la entregara personalmente en Hanoi. La carta subrayaba nuestro compromiso por la paz; ofrecíamos discutir los planes de Hanoi. Concluía así:

Ha llegado el momento de dar un paso adelante en la mesa de conferencia en dirección a una pronta resolución de esta trágica guerra. Nos encontrará abiertos y dispuestos para un esfuerzo común y para llevar la bendición de la paz al valiente pueblo de Vietnam. Que la historia registre que en esta crítica coyuntura ambas partes miraron la paz en lugar de considerar el conflicto y la guerra (10).

Pero los vietnamitas no se dejaron conmovir; se negaron hasta a dar a Sainteny una visa. La carta fue entregada al representante de Hanoi en París, Mai Van Bo. Decididos a lograr una salida le pedimos a Sainteny que organizara para mí una reunión con los negociadores norvietnamitas.

A fines de julio, acompañé al presidente en su viaje alrededor del mundo, comenzando con el amerizaje de la *Apolo 11* para luego visitar el Sudeste Asiático, India, Pakistán y Rumania. Me separé del grupo presidencial para visitar París y Bruselas mientras el presidente volaba de regreso. Mi reunión secreta estaba prevista realizarse en el departamento de Sainteny el 4 de agosto. Le Duc Tho había abandonado París y mi interlocutor sería Xuan Thuy, plenipotenciario de Hanoi para las conversaciones plenarias de paz en París. Esto, como supe luego, garantizaba que se diría poco más que las fórmulas habituales que habían llegado a dominar esas sesiones plenarias. Pues Xuan Thuy no era un responsable de la política, sino un funcionario. Representaba al Ministerio del Exterior y no al Partido Comunista, había sido enviado por Hanoi para leer la posición oficial en las sesiones públicas. Pequeño, con cara de Buda y una aguda mente, sonriendo perpetuamente, aun cuando decía las más ultrajantes cosas, no tenía ninguna autoridad para negociar. Su trabajo era la guerra psicológica. Cuando Hanoi quería conducir conversaciones serias, su «Consejero Especial» de la delegación en París, Le Duc Tho, llegaba de Vietnam del Norte. Él también podría ser descrito como flexible sólo con el más alto vuelo de la imaginación. Pero él, por lo menos, tenía autoridad, y al final fue él quien concluyó las negociaciones.

El pretexto de mi visita a París fue el de informar al presidente Georges Pompidou y al primer ministro Jacques Chaban-Delmas acerca del viaje alrededor del mundo del presidente Nixon. A última hora de la tarde del 4 de agosto, abandoné la embajada de los EEUU con la excusa de ir a pasear y, junto con mi asistente personal, Anthony Lake y nuestro agregado militar en París, el general Vernon Walters, fui al departamento de Sainteny no muy lejos en la Rue de Rivoli. En esa época yo no era perseguido por los periodistas; llegar al departamento de Sainteny sin ser visto no requería mucho esfuerzo. El general Walters estaba presente a causa de su genio como intérprete y porque tanto Nixon como yo teníamos absoluta confianza en él. (El organizaría todos mis primeros viajes para las negociaciones en París, así como algunos contactos con los chinos, con infalible precisión, imaginación y discreción.) Walters hablaba con fluidez nueve idiomas. Su capacidad como intérprete era fenomenal; era también un gran actor capaz no sólo de transmitir las palabras sino también las entonaciones y las actitudes del que hablaba.

Su predilección por lo dramático aseguraba que si la traducción tenía fallas éstas tendrían el sentido de mejorar el original, pero la tranquilidad del que hablaba no era alentada por el hecho de que Walters tenía tan buena memoria que se negaba a tomar notas. La reunión con Xuan Thuy duró tres horas y media, en parte porque se requería una doble traducción. Yo hablaba en inglés, Walter lo traducía al francés y luego el intérprete de Xuan Thuy lo traducía al vietnamés. Cuando Xuan Thuy hablaba, su intérprete pasaba del vietnamés al inglés.

Esperaba esta reunión con cierto nerviosismo. Esta sería la primera negociación en la que yo participaría como principal. Sería mi primera reunión con los elusivos norvietnamitas, a quienes había perseguido sin éxito durante un verano entero en nombre del presidente Johnson. Yo todavía creía a medias que podría hacerse un rápido progreso si podíamos convencerlos de nuestra sinceridad. Mis colegas y yo llegamos al departamento de Sainteny media hora antes de lo previsto. Sainteny nos condujo hasta la sala y nos mostró dónde estaban las bebidas. Su departamento contenía varias cosas valiosas de sus días en Vietnam. «Espero que si no se ponen de acuerdo no se arrojen la porcelana unos a otros», dijo Sainteny secamente. Luego se retiró.

Xuan Thuy y Mai Van Bo llegaron a la hora exacta. Estábamos sentados en sillones enfrentados, el grupo norteamericano de espaldas a la Rue de Rivoli, dejando la vista de los jardines de las Tullerías para los vietnamitas. Como en todas mis reuniones posteriores, quedé impresionado por su dignidad y silenciosa seguridad en sí mismos. Allí estaba ese grupo de hombres que habían hecho de la violencia y de la guerra de guerrillas su profesión; su contacto con el mundo exterior había sido esporádico y moldeado por las necesidades de sus muchas luchas. Pero al reunirse con la potencia más fuerte de la tierra, eran sutiles, disciplinados e infinitamente pacientes. Salvo en una ocasión —cuando envalentonados por los primeros éxitos de la ofensiva de primavera de 1972, se pusieron insolentes— siempre fueron corteses; jamás mostraron alguna inapropiada ansiedad; jamás se permitieron mostrarse nerviosos. Eran especialistas en guerra política, decididos a moverse sólo a su ritmo, a no dejarse seducir por los encantos o dominar por la impaciencia. Recibían las concesiones norteamericanas como si fuera algo que se les debiera sin admitir ninguna obligación de moderación recíproca. Consideraban que el compromiso era una confesión de debilidad. Sólo los impresionaban sus propias evaluaciones de los intereses de Hanoi. No admitían tener duda alguna; jamás podían conceder —ni siquiera a ellos mismos— que se sentían empujados o afectados por nuestros argumentos. Su objetivo era el poder total en Vietnam del Sur, o por lo menos una solución en la que sus oponentes quedarán tan desmoralizados que sería fácil destruirlos en la siguiente etapa. Se desviaron de su búsqueda de la victoria sólo después del colapso de la ofensiva de Pascua de 1972 que los dejó totalmente exhaustos.

Después del intercambio de comentarios, principalmente sobre mis frustrados esfuerzos de reunirme con Main Van Bo en 1967, dirigí mi atención al objetivo de esa reunión. Expresé mi respeto por el coraje y los sufrimientos del pueblo vietnamita. Los Estados Unidos sinceramente trataban de encontrar un acuerdo compatible con el autorespeto de ambas partes. Pero el hecho era que para el 1 de noviembre las negociaciones que habían comenzado con la suspensión de los bombardeos tendrían ya un año. En ese período los Estados Unidos habían hecho una serie de importantes gestos no retribuidos: habíamos dejado de enviar refuerzos, habíamos anunciado el retiro unilateral de 25.000 hombres, y habíamos prometido más retiros. Ofrecimos aceptar los resultados de elecciones libres con supervisión internacional en las que el FLN podría participar. No hubo ninguna reacción. Estaba yo en París, dije, para sugerir desde el más alto nivel posible y con gran honestidad que hiciéramos un gran esfuerzo para llegar a un acuerdo sobre el conflicto para cuando la negociación cumpliera un año —es decir, para el 1 de noviembre. Estábamos dispuestos a conversar sobre los Diez Puntos del FLN, pero no podíamos aceptar la afirmación de que al igual que los Diez Mandamientos estaban grabados en piedra y no podían ser sometidos a ninguna negociación. Era intolerable a largo plazo que fuéramos tratados en cada reunión como estudiantes en un examen sobre nuestra adecuada comprensión de la posición formal de Hanoi.

Propuse intensificar las negociaciones en un esfuerzo de encontrar un terreno común entre los Diez Puntos del FLN y los Ocho Puntos de Nixon del 14 de mayo. Específicamente, los Estados Unidos estaban dispuestos a retirar todas sus fuerzas, sin excepción, como parte de un programa de retiros mutuos. Estábamos dispuestos a aceptar el resultado de cualquier proceso político libre. Comprendíamos que no se podía esperar que ninguna de las partes entregara en la mesa de conferencias lo que no había sido concedido en el campo de batalla; creíamos

que un proceso equitativo debía registrar el equilibrio de las fuerzas políticas y militares. Así como no pedíamos el desmantelamiento del lado comunista, no debía pedírsenos que desmanteláramos los grupos no comunistas. Las negociaciones de éxito requieren que cada lado reconozca que su oponente no puede ser derrotado sin darse cuenta. En nombre del presidente, propuse que abriéramos un canal especial de contactos. Si las negociaciones resultaban serias, el presidente estaba dispuesto a reajustar las operaciones militares para facilitar un acuerdo. Al mismo tiempo, si para el 1 de noviembre no se había hecho ningún progreso, los Estados Unidos deberían considerar la toma de medidas de graves consecuencias (*).

Xuan Thuy escuchó impasiblemente sin la menor sugerencia de que se había enterado de algún cambio en la posición norteamericana. De hecho yo acababa de presentar el más amplio plan de paz norteamericano hasta el momento. Fui más allá de las posiciones más pacifistas de las «palomas» que eran apoyadas en la burocracia de Washington al ofrecer el retiro total de todas las tropas norteamericanas sin ninguna provisión para fuerzas residuales. Propuse una desescalada de las operaciones militares. Como era costumbre con los norvietnamitas, hizo varias preguntas aclaratorias, especialmente acerca de los procedimientos para una intensificación de las negociaciones, y se lanzó a un largo monólogo. Primero contó la epopeya de la lucha de Vietnam por la independencia a través de los siglos. Oíría yo muchas veces más este relato en los próximos cuatro años. Se convirtió en un ritual, como las oraciones antes de comer, salvo que esto llevaba mucho más tiempo. La heroica saga de cómo los vietnamitas habían derrotado a todos los extranjeros era impresionante, y hasta conmovedora, sin embargo, después de su constante repetición a lo largo de muchos años esta letanía se convirtió en una prueba para mi autocontrol. Al regresar al tema después de cuarenta y cinco minutos, Xuan Thuy negó que los Diez Puntos fueran, como había dicho yo, los Diez Mandamientos; sino que eran la «única base lógica y realista para terminar la guerra» —una distinción para cuya comprensión mi mente occidental carecía de sutileza.

Según Xuan Thuy había dos problemas, el militar y el político. La solución militar era la retirada completa de los Estados Unidos y lo que los norvietnamitas llamaban fuerzas «satélites» (tropas aportadas por países aliados). Los Estados Unidos habían sido muy imprecisos sobre este tema, dijo —con lo cual quería significar que no habíamos ofrecido un organigrama incondicional para la retirada. La solución política requería la eliminación de Thieu, Ky y Huong (presidente, vicepresidente y primer ministro de nuestros aliados) y el establecimiento de un gobierno de coalición compuesto del Gobierno Revolucionario Provisional Comunista (**) y de lo que quedaba de la administración de Saigón, siempre y cuando apoyaran «la paz, la independencia y la neutralidad». Los dos asuntos, el militar y el político, decía Xuan Thuy, estaban ligados; el uno no podía ser resuelto sin el otro. En otras palabras, ni siquiera la retirada unilateral de los Estados Unidos haría terminar la guerra o aseguraría la liberación de nuestros prisioneros.

De ese modo Hanoi continuaba insistiendo en que los Estados Unidos establecieran un nuevo gobierno en tales condiciones que bajo ellas el lado no comunista quedaría impotente por el retiro de las fuerzas norteamericanas y desmoralizado por la eliminación de sus líderes. Si los Estados Unidos tenía la insolencia de retirarse sin producir tal caos político, la guerra continuaría y nuestros prisioneros permanecerían en su poder. A lo largo de los años pasamos de una posición a otra, de la retirada mutua a la retirada unilateral, de las fuerzas residuales a la retirada completa. Pero Hanoi jamás cedió. No tendríamos ni la paz ni a nuestros prisioneros hasta que lográramos lo que Hanoi, aparentemente, no tenía confianza en lograr: derrocar a nuestro aliado.

Nosotros no estábamos dispuestos a hacer por los comunistas lo que ellos no podían hacer por sí mismos. Esto nos parecía un acto no honorable que pondría en tela de juicio la posición internacional norteamericana por mucho tiempo. Nuestra negativa para derrocar un gobierno aliado continuó siendo el único y crucial motivo del punto muerto de nuestras negociaciones hasta el 8 de octubre de 1972, cuando Hanoi retiró la exigencia.

(*) Nixon comentó lo mismo a varios gobiernos anfitriones en su viaje por el mundo, y a varios líderes políticos que visitaron Washington, con la esperanza de que estas advertencias se filtrarían hasta Hanoi. Así fue. Pero todavía no existía ningún plan para llevar a cabo la amenaza si no se producía algún progreso.

(**) «Gobierno Revolucionario Provisional» fue, a partir de junio de 1969, la denominación del Frente de Liberación Nacional.

Si bien Xuan Thuy y yo habíamos logrado poco, salvo reexponer nuestras posiciones establecidas de un modo menos agresivo, estuvimos de acuerdo en que cada parte estaba en libertad de ponerse en contacto con la otra y que debía haber otra reunión. Xuan Thuy indicó que Hanoi no quería intermediarios de otros países y nos pidió que nombráramos a un norteamericano para recibir o entregar mensajes en este canal. Designé al general Walters. Se envió un sumario al embajador Bunker en Saigón para que informara al presidente Thieu, quien había autorizado esas conversaciones secretas en la reunión de Midway y quien había sido permanentemente informado de mis negociaciones secretas desde el principio. En ausencia del embajador Lodge en París, su delegado, Philip Habib, recibió la información de mí.

El recientemente establecido canal no fue usado otra vez en 1969. Dos días más tarde, el 6 de agosto, se produjo un ataque comunista en Cam Ranh Bay, que difícilmente se podía explicar sobre la base de que debió haber sido planeado mucho antes de la reunión con Xuan Thuy. El 11 de agosto, sin embargo, las fuerzas comunistas atacaron más de cien ciudades, pueblos y bases en todo Vietnam del Sur, terminando las ocho semanas de tranquilidad en plena lucha. La más generosa interpretación no podía evitar llegar a la conclusión de que Hanoi no creía en los gestos, en las negociaciones, en la buena voluntad ni en la reciprocidad.

OTRA REVALUACION

Nixon reaccionó ante los nuevos ataques en Vietnam anunciando el 23 de agosto desde la Casa Blanca de San Clemente que difería la consideración del próximo retiro de tropas hasta su regreso a Washington. Hubo una demora poco usual y una aparentemente incierta reacción por parte de los norvietnamitas en París. La aparente demora en nuestra retirada unilateral había hecho pensar a Hanoi —una indicación de su respeto por las fuerzas norteamericanas— en lo que podría haber ocurrido si nuestra situación doméstica nos hubiera permitido mayor firmeza. Pero no se nos permitió esa firmeza. Si bien la decisión de Nixon estaba exactamente de acuerdo con dos de los tres criterios para el retiro de tropas que él había anunciado en marzo y repetido frecuentemente (actividad enemiga, progresos en París, y el mejoramiento de las fuerzas survietnamitas), el congreso y la prensa reaccionaron ultrajados ante la decisión.

El 25 de agosto, Ho Chi Minh respondió a la carta del presidente Nixon del 15 de julio. (En realidad la respuesta fue recibida el 30 de agosto, tres días antes de la muerte de Ho Chi Minh.) La carta de Ho, que no retribuía el saludo de Nixon al dirigirse a él con las palabras «Estimado señor presidente», reiteraba la posición pública de Vietnam del Norte de modo perentorio:

Nuestro pueblo vietnamita es profundamente devoto de la paz, una paz verdadera con independencia y verdadera libertad. Está decidido a luchar hasta el final, sin miedo a los sacrificios ni a las dificultades para así defender su país y los sagrados derechos nacionales. La solución general en 10 puntos del Frente de Liberación Nacional de Vietnam del Sur y del Gobierno Provisional Revolucionario de Vietnam del Sur es una base lógica y razonable para la terminación del problema en Vietnam. Se ha ganado la simpatía y el apoyo de los pueblos del mundo.

En su carta expresa usted el deseo de actuar por una paz justa. Para esto los Estados Unidos deben cesar su guerra de agresión y retirar sus tropas de Vietnam del Sur, respetar el derecho del pueblo de Vietnam del Sur y de la nación vietnamita para disponer de sí mismos sin influencias extranjeras. Esta es la manera correcta de resolver el problema vietnamita...

Sea cual fuere la razón de la respuesta de Ho —si estaba basada o no en un ultraje real o fingido— ésta dejaba en claro que Hanoi sólo se sentiría satisfecha con la victoria. Contaba con el agotamiento nervioso de los Estados Unidos; no toleraría la apariencia de un «progreso» en las negociaciones que nos permitiera aglutinar la opinión pública. Una muy natural reacción de nuestra parte hubiera sido dejar de traer soldados a casa, pero ahora los retiros habían cobrado su propia fuerza. Las reducciones eran siempre anunciadas por un período específico; era inevitable que las presiones, en parte públicas, en parte burocráticas, aumentaran al acercarse el final de cada período. La reacción del 23 de agosto a la beligerancia de Hanoi fue la última vez que Nixon trató de suspender los retiros.

El 12 de septiembre, se convocó otra reunión de CNS para discutir la próxima reducción de tropas. No hubo ningún debate. El 16 de septiembre el presidente anunció su decisión de bajar el número máximo de tropas en otros 40.500 para el 15 de diciembre. La reducción total en el límite ahora autorizado llegaba a 65.500. Esto era 15.000 más que lo que Rogers había considerado necesario al comienzo del año para convencer al público de que nuestras intenciones de terminar la guerra eran serias. Después del anuncio del 16 de septiembre nuestros retiros se hicieron inexorables; el presidente jamás volvió a permitir que pasara el final de un período de retiros sin anunciar un nuevo incremento para la próxima vez. Hanoi estaba ahora a punto de conseguir el segundo de sus objetivos sin reciprocidad: la suspensión de los bombardeos ahora conducía a la retirada unilateral. Habíamos recorrido un largo camino: habíamos aceptado la retirada total, habíamos comenzado a abandonar Vietnam unilateralmente y habíamos desescalado nuestras operaciones militares —todo esto sin la menor reacción de Hanoi.

Comenzaba yo a ponerme nervioso acerca del curso que seguiría nuestra política. En la reunión del CNS sobre Vietnam del 12 de septiembre no participé mucho en la discusión, pero casi al final exclamé: «Necesitamos un plan para terminar la guerra, no sólo para retirar las tropas. Eso es lo que la gente tiene en la mente». Dos días antes de la reunión había enviado al presidente un memorándum personal expresando mi profunda preocupación y cuestionando las suposiciones de la vietnamización. Los retiros serían para el público norteamericano como «empezar a rascarse»; cuanto más tropas retiráramos, más retiros se esperarían, llegando eventualmente a la exigencia de la retirada total unilateral, tal vez dentro de un año (cosa que efectivamente ocurrió). Argumenté que nuestra estrategia militar no podía funcionar con la suficiente rapidez contra la erosión de la opinión pública y predije, lamentablemente con acierto, que probablemente Hanoi esperaría hasta que nos hubiéramos retirado lo suficiente antes de lanzar un ataque total. En síntesis, no creía que nuestra política funcionaría. Mi memorándum del 10 de septiembre es reproducido en totalidad en las notas al final del libro (11).

A este memorándum hice seguir otro al día siguiente en el que señalaba las opciones políticas tal como las veía yo y le advertía una vez más que una estrategia que dependiera enteramente en la vietnamización no podría funcionar. Una parte de este memorándum aparece también en las notas de este libro (12).

Mi curso de acción preferido era aquél que había estado en el centro de la propuesta misión Vance: hacer la más amplia y generosa propuesta que fuéramos capaces, menos el derrocamiento de un gobierno aliado, pero asegurando una libre lucha política. Si esto era rechazado, suspenderíamos los retiros de tropas y pondríamos en cuarentena a Vietnam del Norte minando sus puertos y tal vez bombardeando las líneas de ferrocarriles que lo unían a China. El objetivo sería un rápido compromiso negociado. Como el planeamiento de la misión Vance había producido una detallada propuesta de paz, reuní a un grupo de miembros de confianza de mi equipo en la Sala de Situación de la Casa Blanca en septiembre y octubre para explorar la cara militar de esa moneda. Nuestra estrategia presente era tratar de caminar en una fina línea entre una retirada demasiado rápida para convencer a Hanoi de nuestra decisión y una demasiado lenta retirada para satisfacer al público americano. Suponiendo que el presidente perdiera la confianza otorgada a esta política y que no estuviera dispuesto a capitular, ¿cómo podría él forzar una rápida conclusión? Pedí un plan diseñado para producir el máximo efecto en la capacidad militar del enemigo; pedí también una evaluación de las consecuencias diplomáticas y un escenario para la negociación final.

Los planes recibieron el nombre de «Duck Hook» por razones que hoy se me escapan totalmente. Hal Sonnenfeldt y John Holdrodge escribieron análisis de las posibles reacciones soviética y china ante una importante re-escalada. Se prepararon evaluaciones legales y diplomáticas. Roger Morris, Tony Lake (*) y Peter Rodman trabajaron en un borrador para el discurso presidencial (partes del cual fueron usadas más adelante, el 3 de noviembre). El Estado Mayor Conjunto trazó un plan para minar los puertos norvietnamitas y destruir veintinueve objetivos de importancia militar y económica, en un ataque aéreo que duraría cuatro días. El plan también anticipaba ataques periódicos de cuarenta y ocho a setenta y dos horas si Hanoi continuaba evadiendo las negociaciones serias. La fecha límite era el 1 de noviembre de 1969, el primer

(*) Morris y Lake renunciaron más adelante, supuestamente por la operación de Camboya en 1970; en el otoño de 1969, sin embargo, no expresaron ningún escrúpulo moral sobre la mucho más dura opción que estábamos considerando.

aniversario de la suspensión de los bombardeos, cosa que nos había prometido negociaciones «prontas y rápidas».

Nuestros planes continuaron haciéndose de modo irregular. Cuando el escenario comenzó a tomar forma, llegué a la conclusión de que no parecía posible alcanzar una acción militar rápida y «decisiva» y de que no había en nuestra administración suficiente unanimidad para seguir un curso tan audaz y arriesgado. El 17 de octubre recomendé al presidente que difiriera la consideración de sus opciones hasta que pudiera evaluar la tasa de infiltración norvietnamita para el resto del año (*). Mis dudas acerca de la vietnamización persistían, reflejando los insolubles dilemas de responder tanto al ejército de Vietnam del Norte como a los críticos domésticos, de los cuales una gran mayoría objetaba violentamente la misma idea de una estrategia coherente. El 30 de octubre, escribí otro memorándum personal al presidente, presentando una vez más mis dudas acerca de los supuestos sobre los que se basaba nuestra política:

Hemos visto fracasar tantos programas en Vietnam después de ser anunciados con grandes fanfarrias, que he creído que debía presentar a usted en forma de sumario mis dudas acerca de los supuestos que sirven de base a la vietnamización. Para creer que este plan es realizable, debemos hacer suposiciones favorables sobre una serie de factores, y debemos creer que también Hanoi terminará por aceptarlas.

Los cálculos de los EEUU acerca del éxito de la vietnamización —y los cálculos, a su vez, de Hanoi, sobre el éxito de su estrategia— se basan en nuestros respectivos juicios acerca de:

—el ritmo de la oposición pública en los EEUU a que continuemos la lucha de cualquier modo. (La experiencia pasada indica que la vietnamización no lo hará disminuir de modo significativo.)

—la capacidad del gobierno de los EEUU para mantener su propia disciplina al llevar a cabo su política. (Al crecer las presiones, puede usted tener que enfrentarse a una creciente indisciplina dentro del gobierno con el consiguiente aumento de filtraciones a la prensa, etc.)

—la real capacidad del gobierno survietnamita y sus fuerzas armadas para reemplazar los retiros norteamericanos, tanto física como psicológicamente. (Acá faltan pruebas concluyentes; este hecho mismo, y la experiencia pasada, son un argumento contra el optimismo.)

—el grado en que las presentes pérdidas de Hanoi afectan su capacidad para seguir luchando —es decir, pérdidas en los cuadros militares, en la infraestructura política, etc. (Otra vez, las pruebas no son definitivas. La mayor parte de los informes de progresos se han referido a ganancias de seguridad de las fuerzas de los EEUU, no una permanente erosión de la fuerza política del enemigo.)

—capacidad del gobierno de Vietnam para obtener sólidos beneficios políticos de sus actuales progresos en la pacificación. (Nuevamente, los informes de progresos han sido principalmente sobre ganancias en seguridad detrás del escudo de los EEUU.)

Nuestra política de vietnamización se apoya pues en una serie de suposiciones favorables que pueden no ser precisas —si bien nadie puede estar seguro sobre la base de los presentes análisis.

Para ese entonces mis memorándums eran cada vez más quijotescos. La única real alternativa a la vietnamización era el retiro inmediato, o la escalada que era parte de la jugada de Vance y del plan Duck Hook. Ni siquiera los más fuertes críticos en las principales corrientes norteamericanas recomendaban el retiro inmediato en 1969. Hubiera sido una obvia traición el precipitar el colapso de nuestro aliado sin darle la posibilidad de sobrevivir por sí mismo. Hubiera hecho tambalear la confianza de Asia en los Estados Unidos, especialmente Japón; durante todo el período *ningún* líder europeo nos urgió a abandonar incondicionalmente la guerra que habíamos heredado. Dudo que nuestra apertura a China hubiera prosperado después de una tal humillación: China se acercaba lentamente a nosotros, después de todo, para encontrar

(*) En realidad esto era una evasión. La estrategia que implicaba el plan Duck Hook no hubiera tenido nada que ver con la tasa de infiltración. En realidad, basado en mi propia predicción, la infiltración no aumentaría hasta que redujéramos mucho más nuestras fuerzas. El plan debería haber sido relacionado primariamente con el progreso de las negociaciones.

un contrapeso a la creciente amenaza soviética en sus fronteras. No era ni siquiera lógicamente posible retirar 500.000 hombres instantáneamente; el Pentágono calculaba que se necesitaba un mínimo de doce a dieciocho meses para retirar la cantidad de hombres que habían ido a Vietnam en un período de cuatro años. Debían ser sacados en medio de la desintegración y el pánico que nuestro colapso ciertamente produciría; el ejército survietnamita de casi un millón de hombres podría muy bien volverse en contra de un aliado que los traicionaba de ese modo. Además no había casi ningún apoyo público para una cosa así; todas las encuestas manifestaban que el retiro unilateral era rechazado por una abrumadora mayoría. El público era tan ambivalente como los miembros del gobierno: quería que saliéramos de Vietnam, pero no querían la derrota. Por encima de todo, Hanoi había dejado en claro repetidas veces que la guerra no podría ser terminada, ni nuestros prisioneros liberados, ni siquiera con nuestra retirada unilateral. Se nos había dicho todo el tiempo que al salir también debíamos sacar a nuestros aliados del poder e instalar un gobierno de coalición dominado por los comunistas.

A partir de 1970, si bien no al principio, nuestros críticos nos presionaron para anunciar un plazo final para nuestra retirada. Pero eso era o bien una variante de la vietnamización o el equivalente de la capitulación. Si el plazo era arbitrario —es decir, demasiado corto— todo se desintegraría, y era la fórmula para el colapso. Si el plazo era realizable en términos de nuestros propios planes para la vietnamización, la única diferencia consistiría en que sería anunciado públicamente. El asunto a resolver era el juicio táctico de si un anuncio ayudaría o molestaría a nuestra salida de la guerra. Para bien o para mal nuestro juicio era que un anuncio público destruiría los últimos incentivos de Hanoi para negociar; simplemente esperaría a que nos fuéramos. ¿Y cómo podríamos explicar a las familias norteamericanas que las vidas de sus hijos eran arriesgadas cuando había un plan fijo para la retirada total? Es importante recordar que los críticos más responsables, incluyendo a Clark Clifford, al principio sólo pedían el retiro de tropas de *combate* a fines de 1970, dejando atrás una gran fuerza residual. Nuestros propios planes diferían de esto sólo por exactamente cuatro meses.

Otro argumento frecuentemente presionado sobre nosotros era que debíamos dejar de dar a Saigón un «veto» sobre nuestra posición de negociación; de modo más general era un ataque a la presunta opresividad del gobierno survietnamita. Sería absurdo negar que el gobierno en cuyo territorio estaban ubicadas nuestras fuerzas tuviera alguna influencia sobre nuestra política. Su confianza en sí mismo, su legitimidad y supervivencia eran después de todo los temas claves de la guerra; si caíamos por presiones que estuvieran más allá de su capacidad, estaríamos efectivamente aceptando los términos de Hanoi. Pero nuestra influencia en Saigón era mucho más grande que la de ellos sobre nosotros. No hay ninguna duda de que, como respuesta a nuestras presiones, el gobierno de Saigón hizo extraordinarios esfuerzos para ampliar su base y aceptó una lucha política con los comunistas. Se instituyó un importante plan de reforma agraria; se propuso una comisión electoral en la que los comunistas estarían representados. La política de Saigón era más pluralista y turbulenta que lo que sus críticos norteamericanos querían admitir —y mucho mejor en términos humanos que el frío totalitarismo de Vietnam del Norte, que era de hecho la alternativa que estaba en juego.

El problema de la seguridad interna del gobierno de Vietnam del Sur no era una débil excusa para la autocracia, sino la realidad del terrorismo organizado en las ciudades y los casi diarios asesinatos y raptos en el campo (*). La independencia y el peso político de los comandantes militares de Vietnam del Sur y su tendencia a la guerra de señores eran un desafío incluso a la autoridad personal de Thieu, para no mencionar un gobierno constitucional. Pero los Estados Unidos tienen que compartir algo de las culpas en esto, pues fue el derrocamiento de Ngo Dinh Diem en 1963, con la consecuente purga de la administración pública, lo que hizo a los regímenes que lo sucedieron tan dependientes de los militares. Obviamente, las prácticas políticas de un país próspero con una larga tradición de libertad no podían ser totalmente aplicadas en un país subdesarrollado destrozado por una guerra civil; no fueron aplicadas por el presidente Lincoln durante su propia guerra civil. El atacar a Thieu demasiado a menudo no era abogar por una reforma concreta, sino una excusa para nuestra abdicación.

El hecho era que las alternativas a simplemente retirarnos o a dismantelar Saigón eran la escalada o la vietnamización. Finalmente rechazamos la opción militar porque no creíamos

(*) Los asesinatos y los secuestros estaban generalmente dirigidos a los mejores, no a los peores, funcionarios de Saigón, incluyendo maestros, pues éstos materializaban las más importantes afirmaciones de Saigón para asegurarse el apoyo popular.

poder sostener el apoyo público por el tiempo requerido para triunfar; porque su resultado era problemático; y porque si hubiéramos tenido éxito, Saigón tal vez no hubiera estado en condiciones de hacerse cargo. En verdad, jamás la examiné más que a medias, principalmente porque yo y todos los miembros de la administración no sólo queríamos terminar la guerra, sino que ansiábamos hacerlo del modo menos convulsivo. Lo que separaba la administración de sus críticos moderados no era filosofía sino un matiz. Nuestro curso de acción se dirigía a la retirada; nuestro deseo de mantener flexibilidad y por ende nuestro rechazo de los plazos públicos eran debidos a nuestra permanente esperanza de que Hanoi pudiera en algún momento negociar pagando algún precio por nuestra retirada total.

LAS PALOMAS NO PACIFICABLES

El ambiente público general difícilmente podía percibir los matices. Pues la guerra había puesto en acción fuerzas que iban más allá de los asuntos mismos y emociones que trascendían la substancia del debate.

Una semana antes de la toma de posesión, el 12 de enero de 1969, el distinguido corresponsal diplomático del *Washington Post*, Chalmers Roberts, señaló perceptivamente el dilema de Nixon:

Suponemos que el país y el Congreso le darán al nuevo presidente seis meses para encontrar el camino de salida de la guerra de Vietnam con honor. Pero muy probablemente seis meses, o cualquier extensión determinada que las actitudes públicas puedan conceder, no será suficiente...

El presidente Nixon está obligado, no tanto por sus propias palabras como por el estado de ánimo nacional, a continuar el curso de Johnson...

La campaña electoral mostró claramente que la gran mayoría de los norteamericanos quieren salir de Vietnam, pero de un modo que no sea una burla a la pérdida de, hasta ahora, más de 31.000 vidas norteamericanas.

Esta combinación de actitudes restringe los movimientos del señor Nixon en lo que se refiere tanto al tiempo como a la substancia...

Y así fue. A medida que los meses pasaban en 1969, nos tuvimos que enfrentar a las protestas y demostraciones públicas así como a las apresuradas exigencias de los medios de comunicación masiva y del Congreso para hacer concesiones unilaterales en las negociaciones. El tema en común era: el obstáculo para la paz no era Hanoi, sino la inadecuada dedicación a la paz de su propio gobierno.

Las generaciones futuras tal vez encuentren difícil visualizar la convulsión doméstica que provocó la guerra de Vietnam. El 2 de julio de 1969, mujeres antibelicistas, destruyeron archivos de reclutamiento en Nueva York. El 6 de julio, miembros del movimiento pacifista femenino volaron a Toronto para reunirse con tres mujeres representantes del Vietcong. Los alcaldes de dos ciudades recurrieron al presidente para que dejara de enviar a sus hijos a Vietnam. Los manifestantes lanzaron una burlesca invasión sobre Fort Lewis el 15 de julio. Todas las semanas había manifestaciones frente al Pentágono, incluyendo encantadores gestos tales como arrojar sangre sobre las escalinatas. El 14 de agosto, doce jóvenes soldados de una base en Honolulu se refugiaron en una iglesia como un «acto de profunda preocupación por toda la injusticia inherente al sistema militar norteamericano». Un grupo llamado Ejecutivos de Negocios por la Paz en Vietnam se presentaron en la Casa Blanca el 28 de agosto para informar a la administración que «la luna de miel ha terminado». Mientras Nixon estuvo en la costa oeste en el mes de agosto se vio expuesto a repetidas manifestaciones en su residencia de San Clemente. El 3 de septiembre, un grupo de más de doscientos veinticinco psicólogos hicieron una manifestación frente a la Casa Blanca afirmando que la guerra de Vietnam era «la locura de nuestros tiempos». Los manifestantes leían listas de muertos de guerra y las hacían insertar en el *Congressional Record*. (Esto se convirtió en una actividad favorita de algunos ex miembros de las administraciones Johnson y Kennedy, quienes podrían haber tenido hacia sus sucesores una actitud mejor que la de implicar que eran indiferentes a los sacrificios y a las muertes.) Durante el mes de agosto los líderes de los movimientos de protesta anunciaron una serie de manifestaciones mensuales que comenzarían el 15 de octubre para ejercer presión sobre el gobierno —la llamada

Moratoria — Todo esto era cubierto por la prensa de modo conspicuo y en general con aprobación. Muy pocos, si es que hubo alguno, de los manifestantes opositores jamás apelaron a Hanoi por un poco de flexibilidad, o se mostraron dispuestos a aceptar que su propio gobierno pudiera ser sincero.

Al llegar el fin del verano y regresar los estudiantes a las universidades, al terminar el receso del Congreso, el ritmo de las protestas se aceleró. La muerte de Ho Chi Minh el 3 de septiembre fue considerada como una nueva oportunidad para superar el punto muerto en París, si bien todas las evidencias disponibles indicaban lo opuesto. Hubo clamores para que propusiéramos un cese de fuego como deferencia al líder que nos había causado tanto daño. Se esperaba que un semejante cese de fuego se convertiría en algo permanente, como si Hanoi pudiera ser llevado sin darse cuenta a un arreglo al que se había negado consistentemente. De hecho, observamos un cese de fuego el día de los funerales de Ho, y por supuesto no fue extendido por nuestros adversarios. A fines de ese verano Chalmers Roberts ofreció un serio análisis en el *Washington Post* del 5 de septiembre. Predijo que las pasiones antibelicistas recién comenzaban a encenderse:

(Al permanecer en San Clemente) el señor Nixon ha podido evitar las explicaciones de lo que está tratando de hacer respecto de la guerra. Con el Congreso cerrado y la generación universitaria en las playas... no ha habido un punto de reunión para los opositores a la guerra.

Pero todo esto seguramente ha de cambiar. El señor Nixon estará de regreso en la Casa Blanca el próximo martes y para entonces hasta el último parlamentario rezagado estará en la ciudad. Dentro de pocos días... los estudiantes habrán regresado al campus...

La muerte de Ho ha creado nuevos pedidos para nuevas iniciativas de Nixon. Y el representante de Ho en París, Xuan Thuy, pareció indicar el día martes que una masiva retirada norteamericana podría sacar a las conversaciones de París del punto muerto.

Ambas cosas seguramente serán un buen alimento para las palomas norteamericanas... El largo verano ha terminado y nuevas fuerzas comienzan a moverse en el área de la opinión pública norteamericana. El presidente tendrá que decir algo pronto y probablemente hacer más si quiere tener el apoyo público...

Las predicciones de Roberts resultaron ser sumamente precisas. El 3 de septiembre, el senador Edmund Muskie, de Maine, se quejó de que el plan del presidente Nixon para terminar la guerra era «muy ambiguo»; también se preguntaba si en efecto Nixon estaba buscando un arreglo negociado y no una victoria militar. («Victoria» se estaba convirtiendo en un insulto.) El 5 de septiembre los senadores John Sherman Cooper y Gaylord Nelson sugirieron que el presidente debía usar la «oportunidad» creada por la muerte de Ho Chi Minh para proponer nuevas iniciativas para terminar la guerra; pero no nos dijeron cómo ni en qué consistía esa oportunidad. El 6 de septiembre el senador líder de la mayoría, Mike Mansfield hizo la misma sugerencia. El 18 de septiembre, dos días después del anuncio del presidente de un retiro de 40.500 soldados más, el senador Edward Kennedy atacó la política del presidente en Vietnam y acusó al régimen de Saigón de ser el obstáculo fundamental para un arreglo. En una entrevista del 21 de septiembre, Cyrus Vance pidió un «cese de fuego sostenido» sugiriendo una «solución federal o confederal en puntos aislados» (13) (si bien habíamos propuesto un cese de fuego a Dobrynin como parte de la jugada de Vance, y Hanoi no había mostrado interés en ello). El 25 de septiembre, el representante Allard Lowenstein de Nueva York proclamó planes para movilizar el apoyo público para otro movimiento estilo «aplastemos a Johnson», esta vez con Nixon como objetivo. Ese mismo día, el senador Charles Goodell de Nueva York anunció que introduciría una resolución en el senado pidiendo el retiro de todas las fuerzas de los EEUU de Vietnam para fines de 1970.

A medida que la Moratoria del 15 de octubre se acercaba, los críticos parlamentarios de ambos partidos se hacían oír cada vez más. El 2 de octubre, el senador Mansfield visitó al presidente para proponer un cese de fuego sostenido. El mismo día el senador Eugene McCarthy anunció su apoyo a la propuesta de Goodell. El senador Charles Percy, el 3 de octubre urgió a la administración para que detuviera todas las ofensivas aliadas siempre y cuando el enemigo no se aprovechara de la situación; con esa misma fórmula se habían iniciado las discusiones sobre la detención de los bombardeos. Entre el 24 de septiembre y el 15 de octubre, once resoluciones antibélicas fueron introducidas en el congreso. Estas incluían la resolución del senador

Goodell de cortar los fondos para las fuerzas de combate de los EEUU para diciembre de 1970, el proyecto de ley de los senadores Mark Hatfield y Frank Church que pedían un plan para la retirada inmediata de Vietnam de todas las fuerzas norteamericanas, y la resolución de los senadores Jacob Javits y Clairborne Pell para el retiro de las fuerzas de combate para fines de 1970 y para la revocación de la Resolución del Golfo de Tonkin según la cual el presidente Johnson introdujo en primer lugar fuerzas de combate norteamericanas en Vietnam. Las declaraciones públicas de personalidades muy conocidas se multiplicaron. El 9 de octubre, Kingman Brewster, presidente de Yale, pidió el retiro incondicional de Vietnam. El 10 de octubre, setenta y nueve presidentes de colegios y universidades privados escribieron al presidente Nixon pidiéndole con urgencia un plan firme para la retirada. El 13 de octubre, Whitney Young de la Liga Nacional Urbana dio a conocer una declaración redactada con fuertes palabras calificando a la guerra de «desgaste moral y espiritual» y asegurando que esto exarcebaba las tensiones raciales en el frente doméstico. El 14 de octubre, el premier norvietnamita Pham Van Dong alimentó nuestro debate público con una carta abierta sin precedentes dirigida a los manifestantes norteamericanos antibelicistas en honor de la Moratoria, alabando su «lucha» como «un noble reflejo de las legítimas y urgentes exigencias del pueblo norteamericano... del pueblo vietnamita y de la gente progresista de los Estados Unidos contra la agresión estadounidense, que ciertamente se verá coronada con la victoria total».

Las manifestaciones de la Moratoria tuvieron lugar en todo el país el 15 de octubre. Una multitud de 20.000 personas colmó una concentración en el distrito financiero de Nueva York para oír a Bill Moyers, ex asistente y ex secretario de prensa del presidente Johnson, que urgía al presidente Nixon para que respondiera a los sentimientos antibelicistas. Treinta mil personas se reunieron en New Haven Green. Cincuenta mil se concentraron en los jardines del Monumento a Washington a la vista de la Casa Blanca. La manifestación en el Monumento fue precedida por una marcha alrededor de la ciudad de varios miles de personas llevando velas. En la Universidad George Washington, el doctor Benjamín Spock informó a una gran audiencia que el presidente Nixon era incapaz de terminar la guerra a causa de «las limitaciones de su personalidad». La manifestación en Boston, en la que 100.000 personas se reunieron en el parque central de la ciudad, pareció ser la más grande de todas. Miles de personas llenaban las calles adyacentes. Numerosos oradores, entre ellos el senador George McGovern, se dirigieron a la enorme multitud mientras un avión trazaba en el cielo el símbolo de la paz. Cada vez que un orador terminaba, la multitud prorrumpía en gritos coreando: «La paz ahora. La paz ahora». La característica común a todas estas manifestaciones era la convicción de que el gobierno norteamericano era el obstáculo para la paz; de que lo que se necesitaba no era un programa para una paz honorable —una idea que provocaba un condescendiente ridículo— sino instrucciones para la indeseabilidad de la guerra.

Tanto *Time* como *Newsweek* dedicaron varias páginas y vívidas imágenes a las manifestaciones en las principales ciudades y en los campus de las universidades. *Time* interpretó el mensaje de la Moratoria al presidente Nixon de este modo:

¿Cuál fue en realidad el mensaje del Día de la Moratoria al presidente Nixon? Muchos participantes pidieron el retiro inmediato y total de Vietnam de las fuerzas norteamericanas. Sin embargo la moratoria de ningún modo constituyó un pedido al presidente para esa solución, si bien ésta ganó una nueva respetabilidad y popularidad. Lo que el Día de la Moratoria elevó fue una inconfundible señal para Richard Nixon en el sentido de que debe hacer algo más para terminar la guerra, y debe hacerlo pronto. Salvo que el ritmo de progreso se acelere, tendrá grandes dificultades en mantener el apoyo doméstico para los dos o tres años que él cree que necesita para sacar a los EEUU de Vietnam con honor y de un modo que resguarde los intereses y la influencia de los EEUU en el mundo.

Aun con la perspectiva de una década, es difícil evitar la sensación de melancolía frente a este espectáculo de una nación que se divide en medio de una guerra difícil. Para octubre la administración había anunciado el retiro de tropas en un número superior a los 50.000, la reducción de las incursiones de B-52 en un 20 %, la reducción de las operaciones aéreas tácticas en un 25 %, y un cambio en las órdenes de campo de batalla al general Abrams que significaba una decisión de terminar las operaciones ofensivas. La administración anterior había enviado 550.000 norteamericanos a Vietnam, no tenía ninguna propuesta de negociación, salvo que se retiraría seis

meses después de la partida de los norvietnamitas, y había insistentemente dejado entrever que trataría de retener una gran fuerza residual después de eso. Sin embargo, no había ningún reparo en atacar y vilipendiar a un nuevo presidente que había ofrecido la retirada total doce meses después de un acuerdo, elecciones libres incluyendo al FLN, y comisiones electorales mixtas en las que FLN estaría representado, y que además había abierto el tema del cese del fuego.

El malestar público exponía de modo profundo la cuestión de la responsabilidad de los líderes hacia el público en una democracia. Feliz de aquel líder cuyas convicciones sobre lo que es de interés nacional coinciden con el estado de ánimo del público. ¿Pero cuál es su obligación cuando estas percepciones difieren? Una visión superficial de la democracia reduciría al líder a la pasividad y lo convertiría en un simple repetidor de la opinión pública tal como él la entiende. Pero tal cosa es una negación de las cualidades que el público tiene derecho a exigir de aquellos encargados de conducir sus asuntos. Los líderes son responsables no de la conducción de las encuestas de opinión pública, sino de las consecuencias de sus acciones. Se verán obligados a rendir cuentas de los desastres aun cuando la decisión que produjo la calamidad gozara de un amplio apoyo del público en el momento de ser tomada. El acuerdo de Munich de 1938 convirtió a Chamberlain en una figura sumamente popular y dejó para Churchill el papel de molesto alarmista; dieciocho meses después Chamberlain estaba terminado porque el acuerdo de Munich estaba desacreditado. Con la guerra de Vietnam el problema era todavía más complejo. Correcta o incorrectamente —yo todavía estoy convencido de que correctamente— pensábamos que la capitulación o medidas equivalentes sería el comienzo de un período de desintegración de la credibilidad norteamericana que sólo serviría para acelerar la inestabilidad mundial. La oposición era audible, a veces violenta; comprendía una gran minoría de graduados universitarios; ciertamente dominaba los medios de difusión masiva y hacía un uso completo de ellos. Pero en nuestra opinión estaba equivocada. No podíamos abandonar nuestras convicciones, y mucho menos ya que la mayoría del pueblo norteamericano parecía compartir nuestra visión. En ningún momento en 1969 las Encuestas Gallup mostraron el apoyo a la conducción de la guerra del presidente bajar del 44 por ciento (y entonces la oposición contaba con el 26 por ciento). En el pico de las masivas manifestaciones públicas en octubre, 58 por ciento del público apoyaba al presidente mientras que sólo un 32 por ciento estaba en contra.

Si estábamos dispuestos a hacer algún progreso en las negociaciones, era necesario convenir a Hanoi de que había algunas condiciones irreductibles más allá de las cuales no nos retiraríamos. Necesitábamos un programa en cuyo nombre concentrar el apoyo público. Pero a medida que pasaban los años, cada concesión producía exigencias por más concesiones. Frente a la prensa y a la oposición del congreso, jamás había un terreno firme sobre el cual apoyarse.

Las críticas a Hanoi eran prácticamente inexistentes. El punto muerto generalmente se atribuía a la miopía norteamericana si no a la malicia de nuestro gobierno; la terminación de la guerra era presentada como algo dentro de nuestro control y como deliberadamente evitada a causa de aberraciones psicológicas. Se creó la impresión de que entre nosotros y la solución se levantaba alguna concesión mágica, evitada principalmente por la rigidez de los EEUU, si no por defectos morales más substanciales. El asunto llegó a ser definido en términos que eran tanto hirientes como engañosos: quién estaba a favor y quién en contra de la guerra, a quién le gustaban los bombardeos y a quién no. Una notable excepción fue el *Washington Post*, que contra lo que Nixon pensaba de su inalterable hostilidad, era en realidad compasivo. Decía en una editorial del 12 de octubre:

La tragedia es que es tarde, que no había salvadores dentro o fuera del gobierno hace dos o tres años para organizar una Moratoria de Vietnam. Pues lo que va a ser difícil en la manifestación del miércoles no es la movilización; el problema vendrá al interpretarla y en la aplicación de una gran cantidad de protestas de algún modo práctico y sensato...

Hasta la gente más angustiada en sus plegarias, protestas y enseñanzas puede dar muy pocos consejos útiles o específicos al presidente: un fuerte grito para terminar la guerra, por mucho que se lo sienta en el corazón, no es una estrategia...

Es casi imposible creer, tanto por lo que el presidente hace como por cualquier cálculo razonable de dónde están sus mejores intereses, que él no es un miembro decidido de esta probable mayoría (de gente que desea un final para esta guerra).

Pero la pauta general puede ser demostrada por una relectura de las columnas editoriales del *New York Times*. En octubre de 1969 hice que Peter Rodman, un miembro de mi equipo, trazara la evolución de la posición editorial del *Times*. No era mi intención individualizar al *Times* para enojosas comparaciones; fue uno de los más inteligentes críticos y consideraba que hacia razonables propuestas para un compromiso, no meras exigencias para nuestra capitulación. Sin embargo la pauta de sus propuestas es ilustrativa de lo que enfrentábamos.

El *New York Times* en 1969 regularmente pedía que los EEUU hicieran concesiones cuando la otra parte se mostrara conciliatoria para, de ese modo, explicaba, aprovechar la oportunidad de la paz (14). También pedía concesiones, sin embargo, cuando la otra parte intensificaba la guerra, en este caso porque la escalada comunista demostraba que nuestros esfuerzos militares jamás producirían la paz (15). Los recurrentes pedidos de concesiones norteamericanas, sin importar la reacción de Hanoi, condujo al *Times* a una serie de propuestas constantemente en aumento. En 1968 el *Times* abogaba por el mutuo retiro, tanto por parte de los norvietnamitas como por parte de los EEUU, pero esto pronto se convirtió en una recomendación para que Estados Unidos iniciara el proceso con un retiro simbólico, luego en una exigencia de retiradas sin importar la reacción de Hanoi, y luego en presiones para un plan fijo e incondicional para la completa evacuación de las fuerzas de los Estados Unidos (16). En cuanto a la medida de los retiros norteamericanos, el *Times* primero pidió que EEUU simplemente «iniciara» o «comenzara» la reducción de tropas; un editorial en mayo se refería a las anunciadas reducciones norteamericanas de cincuenta a cien mil hombres como «substanciales». Cuando Nixon comenzó su programa de retiros en Midway en junio, esto fue primero bienvenido como «un paso hacia la liberación del compromiso»; en septiembre, sin embargo, gruñía que el retiro de 60.000 hombres era «tímido» y «simbólico»; que no era «significativo» ni «adecuado» (17).

La misma escalada de propuestas ocurría en la dimensión política. En mayo de 1969 *Times* pedía una «comisión electoral de coalición» para supervisar las elecciones libres en Vietnam del Sur. Pero menos de cuatro semanas más tarde —un mes antes de que Saigón ofreciera establecer precisamente una comisión conjunta semejante— la posición se había desarrollado hasta la negociación de «un acuerdo... sobre el futuro gobierno de Vietnam del Sur», es decir, una «coalición interina» (18). En cuanto a las tácticas militares, el *Times* comenzó pidiendo una reducción de las misiones de búsqueda y destrucción en abril de 1969. Sus propias columnas del 25 de julio revelan que esa reducción estaba por llevarse a cabo. A las dos semanas el *Times* pedía un cese de fuego permanente (19). Y hasta esto resultó insuficiente. Nixon lo ofreció el 7 de octubre de 1969; Hanoi inmediatamente lo rechazó. El *Times* continuó con sus críticas.

Cada una de estas crecientes concesiones eran propuestas como la clave de la paz y como el único modo de hacer avanzar las negociaciones (20). Una vez hecha, la concesión era brevemente aplaudida, y hasta se le pedía a Hanoi que respondiera (21). Pero cuando Hanoi ignoraba las propuestas, el resultado no era un pedido para que los EEUU se mantuvieran firmes, sino pedidos para hacer nuevas concesiones (22) basándose en que la falta de progreso era culpa de los EEUU (23) o de Saigón (24). La importancia de la concesión anterior era disminuida (25) o se argumentaba que Hanoi en realidad había actuado en reciprocidad (26), o que los EEUU habían endurecido su posición (27). Estos pedidos para nuevas concesiones norteamericanas eran regularmente explicados con el argumento de que los Estados Unidos tenían una especial obligación de demostrar su buena fe a la otra parte y de abandonar la búsqueda de la victoria militar (28). No se descubriría una semejante obligación para la otra parte. Esta evolución de la opinión editorial no era única. Era en realidad un vívido ejemplo de cómo nuestros críticos rara vez podían ser satisfechos durante mucho tiempo, *aun mediante la adopción de sus propias propuestas*.

Esta pauta se repetía en el Congreso. Por ejemplo, el senador William Fulbright reaccionó al discurso del presidente del 14 de mayo diciendo que si bien Nixon podría haber sido más accesible, no lo «criticaba por no haber ido más lejos». Sin embargo, el 22 de junio —a pesar del anuncio del retiro unilateral norteamericano de 25.000 hombres—, el senador dijo que se sentía desilusionado y que reabriría las audiencias sobre Vietnam del Comité de Relaciones Exteriores del Senado (29). Con el mismo tono reaccionó el senador Mike Mansfield al discurso del 14 de mayo diciendo que estaba «impresionado» y que parecía que «había mucho margen de movilidad». Dos semanas más tarde estaba atacando a la Administración porque su estrategia militar no le daba ninguna «indicación de que la guerra se terminaría» (30).

No hubo ni urbanidad ni tolerancia por parte de los líderes antibelicistas; implacablemente perseguían a aquellos que consideraban culpables. Walt Rostow no fue vuelto a nombrar en su

cátedra del Instituto de Tecnología de Massachussets; los servicios en el más alto nivel del gobierno durante ocho años obviamente habían reducido sus calificaciones para una cátedra en esa augusta institución. El nombramiento de William Bundy como editor de *Foreign Affairs* fue recibido con alaridos de protesta. Dean Rusk, después de ocho años de generoso, capaz y dedicado servicio como secretario de Estado, no pudo encontrar un trabajo durante meses, hasta que su alma mater, la Universidad de Georgia, lo nombró en una cátedra y le dio una secretaria por horas. Hubert Humphrey, ese gentil, conciliador y amable hombre, fue sometido a ataques tales que aun años después le hacían brotar las lágrimas. Tampoco el paso de una década suavizó la implacabilidad. En 1979, veinticuatro profesores de la Universidad de Nueva York protestaron contra el nombramiento de McGeorge Bundy como profesor por considerársele cómplice en una guerra de «genocidio». Un tercio del claustro profesoral de la Universidad de Chicago ese mismo mes protestó contra un premio a Robert McNamara por la misma razón —ignorando el auténtico genocidio que ha ocurrido desde entonces en Indochina después de la victoria comunista, ¿cosa que estos hombres trataban de impedir. Jamás se concedió que hombres serios pudieran haber perseguido, tal vez equivocadamente, honorables objetivos hace más de una década. Las palomas demostraron ser una malvada especie de pájaros.

Para mí, el destino más impresionante fue el de Robert McNamara, quien había sido obligado a dimitir como secretario de Defensa por Johnson en 1967 para luego pasar a ser presidente del Banco Mundial. Conocí a McNamara en 1961 poco después que el presidente Kennedy lo pusiera al frente del Pentágono. Me impresionó como un hombre brillante, dinámico, seguro de sí mismo. Aplaudí sus esfuerzos por poner nuestra política de defensa sobre bases más analíticas. Pero tenía yo la impresión de que exageraba los aspectos cuantitativos de los planes de defensa; al descuidar intangibles componentes psicológicos y políticos apuntaba a una predictabilidad que era ilusoria y provocaba innecesarias tensiones en nuestras alianzas. Sus ansiosos jóvenes asociados escondían sus convicciones morales detrás de un método de análisis aparentemente objetivo que oscurecía el hecho de que sus preguntas a menudo predeterminaban las respuestas, y estas respuestas llevaban a un estancamiento a largo plazo de nuestra tecnología militar.

A pesar de todos estos defectos McNamara hizo contribuciones substanciales como secretario de Defensa. Su objetivo de una actitud sistemática respecto de la política de defensa era algo que hacía falta desde hacía mucho tiempo; si bien yo no estaba de acuerdo con algunas de sus respuestas, estaba seguro de que había hecho las preguntas correctas. Pero aunque un extraordinario secretario de Defensa, McNamara demostró ser una elección lamentable para el manejo de una guerra. Los métodos que en general le habían servido mucho para manejar ese tan inmanejable departamento del gobierno, no eran tan apropiados para la conducción de un conflicto cuyo resultado también dependía de tantos intangibles psicológicos y políticos. Logró ser al mismo tiempo demasiado duro y demasiado ambiguo, demasiado estrechamente centrado en consideraciones de campo de batalla, y demasiado dispuesto a llegar a acuerdos según la atmósfera reinante. Pero por sobre todas las cosas McNamara no tenía su corazón en su cargo. Hubiera querido conectar el impresionante poder de nuestra nación con finalidades humanitarias; no tenía estómago para una guerra interminable; sufría de un profundo sentido de culpa por haber aceptado las decisiones que habían hecho que la guerra fuera inevitable e inconclusiva. Cuando volví de mi primer viaje a Vietnam en 1965, él fue el miembro de más alto rango de la administración Johnson que me recibió. Lo encontré torturado por la emergente inconclusión de la guerra; se debatía entre sus dudas y su sentido del deber, entre sus análisis y su lealtad. Sabía que podía restaurar muchas valiosas amistades con un dramático gesto de protesta, pero creía que no estaba bien pronunciarse cuando él mismo se consideraba parcialmente responsable y creía que podía promover sus convicciones más efectivamente desde su cargo que desde afuera.

En esto, McNamara, al final, se había convertido en una muestra de una realidad mucho más amplia. La misma ambivalencia había llegado a afectar la conducción de la guerra de esa administración produciendo su carácter tentativo, sus oscilaciones entre períodos de violencia y escapismo. Desde el principio McNamara insistía —es más, imploraba— en una paz negociada y no impuesta. Sus puertas estaban abiertas a todos aquellos angustiados por las frustraciones de Norteamérica. En los concilios del gobierno apoyaba la búsqueda de iniciativas diplomáticas más vigorosa y consistentemente que las agencias encargadas de buscar una solución. En 1967 fue la fuerza principal detrás de los intentos de negociar una suspensión de los bombardeos a través de dos intermediarios franceses. Estaba tan ansioso que me llamaba por teléfono después

de cada contacto con los norvietnamitas usando un nombre en clave tan transparente que debió engañar a los servicios de inteligencia que escuchaban durante un periodo de no más de diez segundos. Poco después del fracaso de esos intentos, Johnson lo obligó a dimitir, razonando —no del todo incorrectamente— que las dudas de McNamara hacían imposible el efectivo cumplimiento de sus funciones; eso en el mismo momento en que la denuncia pública contra el secretario de Defensa como belicista llegaba a su punto más alto, tanto que no podía aparecer en público sin encontrarse con las peores formas de ataque.

Después de su renuncia McNamara se condujo con su característica dignidad. A partir de 1969 no perdió oportunidad de sugerirme cursos de acción que aquellos que lo vilipendiaban hubieran recibido calurosamente. Si bien fue físicamente atacado en los campus y caricaturizado en la prensa como belicista, siempre tuvo clara conciencia de las angustias de quien hace la política y de su propia responsabilidad como para seguir la ruta elegida por algunos de sus ex asociados: condenar públicamente a la administración por un conflicto que ella no había comenzado aliviando así su propia posición personal. Sufrió cruelmente, pero jamás lo demostró.

En esa atmósfera se interrumpió la comunicación entre una administración que había heredado la guerra y que de acuerdo a cualquier criterio evidentemente buscaba terminarla, y aquellos elementos que anteriormente habían defendido la presidencia y el papel internacional de los EEUU. Parte de la razón era la desmoralización del mismo grupo de liderazgo que había apoyado las grandes iniciativas en el periodo de posguerra. La guerra en Indochina era la culminación de las desilusiones de una década que se había iniciado con los clárines de un resurgente idealismo y había terminado con asesinatos, discordia social y racial, y política radicalizada. Nuestros dilemas eran en gran parte el producto de doctrinas liberales de intervención reformista y teorías académicas de escalada gradual. El colapso de estas altas aspiraciones aplastó la confianza en sí mismo, sin la cual los «*establishments*» se hunden. Los líderes que habían inspirado nuestra política exterior estaban particularmente perturbados por la furia de nuestros estudiantes. Los ataques de estos jóvenes de clase media alta —que eran, después de todo, sus propios hijos— no eran simplemente a la política, sino a estilos de vida y valores hasta ese momento considerados sacrosantos. Estimulados por un sentido de culpa alentado por la moderna psiquiatría y por la elegante retórica radicalizada de la clase media alta suburbana, simbolizaban el fin de una era de simple fe en el progreso material. Irónicamente, la inseguridad de sus líderes convirtió las normales quejas de los jóvenes que maduran en una furia institucionalizada y en un trauma nacional.

Había otras causas que tenían que ver con la estructura de la política norteamericana. La guerra de Vietnam derrotó a Lyndon Johnson y a Hubert Humphrey en 1968, no porque todo el país estuviera en contra de la guerra (los votos para Wallace y para los republicanos, que reflejaban la opinión mayoritaria, estaban a favor de la intervención o no expresan nada), sino porque la guerra dividió su base de poder, el Partido Demócrata. Una vez fuera de la Casa Blanca, el Partido Demócrata encontró fácil y tentador unirse a la oposición a un presidente republicano sobre el asunto de Vietnam. Aquellos que se oponían a la guerra, pero apoyaban con renuencia a Johnson y Humphrey, ya no se veían constreñidos por la lealtad partidaria. En el lado republicano, Richard Nixon como presidente pudo reconciliar a la derecha republicana con un programa de retirada y un resultado inconcluyente, por lo que los conservadores podrían muy bien haber atacado a un presidente demócrata. Así pues no había contrapeso conservador para las cada vez más estridentes protestas. Al tranquilizar a la derecha, Nixon liberó al movimiento de protesta de sus ataduras; el centro de gravedad de la política norteamericana de ese modo pasó decisivamente al lado antibelicista, aun cuando el público no había cambiado su opinión básica.

El desafío esencial de la nueva administración Nixon era similar al de De Gaulle en Argelia: retirarse como expresión de una política y no como un colapso. Esto era aun más importante para los Estados Unidos, de cuya estabilidad dependían tantos otros países. Pero De Gaulle fue afortunado con su oposición: ésta venía de aquellos que querían la victoria y que pensaban que estaba concediendo demasiado. Esto le dio margen para maniobrar con los rebeldes argelinos; no podían menos que considerar la alternativa a De Gaulle como algo peor. Nuestra oposición venía de aquellos que querían una retirada más rápida, si no la derrota, y esto desmoronaba nuestra posición para negociar. Nuestros enemigos sólo podían beneficiarse con nuestro colapso doméstico. Así pues —aun cuando todas las encuestas demostraban que la mayoría del público de los EEUU estaba ansioso por una solución honorable y firmemente en contra de la capitulación, que había un sentimiento de que Nixon podía reunir consigo hábilmente todas las fuerzas

en muchas ocasiones — el impulso de la política norteamericana seguía la dirección de las concesiones unilaterales. Haber mantenido frenadas esas fuerzas turbulentas mientras desarrollábamos una confiada política de retirada con orden, no hubiera sido tarea fácil. Efectivamente, haber mantenido la iniciativa durante cuatro años y haber producido un acuerdo de compromiso y un equilibrio de fuerzas sobre el terreno en Vietnam, por precario que fuera, hubiera sido un «tour de force» político.

No se puede negar, sin embargo, que la lucha fue más ruda de lo que era necesario. El turbulento estado de ánimo nacional tocó a Nixon en sus partes más sensibles. El había tomado iniciativas que revertían el curso indicado por su antecesor; había retirado tropas y desescalado la guerra. Todos estos pasos le habían sido urgidos por los grupos de «establishment» a quienes envidiaba a la vez que desconfiaba de ellos. Y en lugar de ser aclamado, era castigado por no moverse con mayor rapidez por el camino sobre el que los otros ni siquiera se habían atrevido a dar el primer paso. No faltaba mucho para llegar a la opinión de que realmente se enfrentaba no a una diferencia política, sino a la misma conspiración liberal que había tratado de destruirlo desde el caso de Alger Hiss. Allí estaban los viejos enemigos en la prensa y en el «establishment», unidos una vez más; hasta aceptarían, y por qué no, insistirían en ello, la derrota de su país para cumplir con la vendetta de una generación. Además Nixon no tenía el menor instinto para comprender las explosiones de los jóvenes y particularmente de los estudiantes universitarios. Después de haber luchado mucho para terminar sus estudios en la universidad y después en la escuela de leyes, creía que debían sentirse agradecidos por tener la oportunidad de una educación superior. Tenía una alta opinión de las universidades de la Ivy League. Cuando los desórdenes comenzaron en Harvard en la primavera de 1969, me dijo que eso podía ser una buena señal, pues la más grande universidad del país sin dudas manejaría el desafío y de ese modo sentaría un ejemplo para todas las demás. Se mostró auténticamente preocupado cuando le di mi opinión de que de acuerdo a los procedimientos de Harvard nadie después de tres días sabría quién había hecho qué cosa a quién —que fue exactamente lo que sucedió. Con el recuerdo de su propia juventud, veía en el ultraje de aquellos que él consideraba excepcionalmente privilegiados nada más que un adoctrinamiento por parte de siniestras influencias hostiles a su persona. No tenía sensibilidad para la metafísica desesperación de aquellos que veían ante sí una vida de afluencia en un desierto espiritual. Si a lo que él se enfrentaba era a una batalla política por la supervivencia, más que a un debate de política exterior, se creía justificado en usar los mismos métodos que lo habían llevado hasta donde estaba. Respecto de asuntos auténticamente internacionales, Nixon era sensible a las sutilezas y se sentía cómodo con las tácticas de conciliación y compromiso. En las políticas era un luchador instintivo; recurría sin vacilaciones a usos de poder presidencial que jamás dejó de creer —con muchas pruebas a su favor— habían sido los mismos que usaron sus predecesores.

Tales tácticas eran inadecuadas para nuestra angustia nacional. Los puentes hay que construirlos y el jefe del ejecutivo del país, el único funcionario elegido por todo el país, debió haber dado el primer paso. Sin embargo esto era algo que Nixon no sabía cómo hacer. Era demasiado inseguro y, de modo extraño, demasiado vulnerable. En realidad mostró, por aquellos que protestaban, respeto en la práctica (para lo que nunca encontró palabras), al aceptar el programa de paz propuesto por ellos. Tal vez fuera precisamente la ironía de que ese programa estaba siendo llevado a cabo por el hombre que había sido anatema para ellos durante dos décadas lo que tanto amargó a algunos de sus críticos.

No hay ninguna duda de que la generosidad de espíritu no era una de las virtudes de Nixon; jamás podía superar sus resentimientos ni sus complejos. Pero tampoco recibió jamás compasión de sus críticos por la tarea que sus predecesores le habían legado. Había en el encono con que las dos partes se miraban entre sí, cierta torpe y obtusa autogratificación: la creencia de Nixon en una conspiración liberal y la opinión de los críticos en el sentido de que la administración Nixon estaba decidida a continuar la guerra por la guerra misma. Ambas cosas eran erróneas. En el proceso se anularon mutuamente a la par que se rebajaban.

Yo estaba de acuerdo con la política presidencial en Vietnam; yo mismo la elaboré en gran medida. Si había alguna crítica que yo pudiera hacer, sería que dilató las cosas al enfrentarse a las dolorosas opciones que tenía ante sí. Pero yo pensaba que los problemas domésticos de los EEUU iban mucho más a fondo que una lucha por el poder político llevada a cabo en nombre de una disputa sobre los términos de la paz en Vietnam. En un informe general en 1970 yo señalaba:

Si uno echa una mirada por el mundo, tiene que llegar a la conclusión de que el torbellino no es causado primariamente, o por lo menos exclusivamente, por las causas que se le atribuyen. Hay desórdenes estudiantiles en Berlín, donde los estudiantes participan en el gobierno (de la universidad), y hay desórdenes estudiantiles en París, donde no participan. Hay desórdenes en Oxford, que tiene el sistema de tutores, y también los hay en Roma, donde hay clases multitudinarias. Hay desórdenes en este país supuestamente a causa de Vietnam, por problemas raciales y por los ghettos urbanos, y también hay desórdenes en Holanda, que no tiene el problema de Vietnam, ni problemas raciales ni ghettos urbanos. En otras palabras, estamos frente a un problema de la sociedad contemporánea, el de cómo dar sentido a la vida de una generación, de una generación joven en estados que se están volviendo cada vez más burocráticos y tecnológicos.

Por estas razones, mi actitud hacia los que protestaban difería de la de Nixon. El veía en ellos un enemigo que debía ser derrotado; yo los consideraba como a estudiantes y colegas con quienes disentía, pero cuyo idealismo era indispensable para el futuro; yo trataba de construir puentes hacia ellos. Yo comprendía las angustias de los miembros no radicalizados de los movimientos de protesta; humanamente yo estaba cerca de muchos de ellos. Si bien yo estaba convencido de que sus políticas estaban profundamente equivocadas y su maniqueísmo simplista era profundamente peligroso para nuestra posición en el mundo y nuestra tranquilidad doméstica, siempre traté de mantener un diálogo serio entre la administración y sus críticos. En noviembre de 1969 Nixon pidió que comentara un memorándum que le había enviado Pat Moynihan, entonces consejero del presidente. Se describía allí una escena en un partido de fútbol entre Harvard y Princeton en el que los graduados reunidos —que representaban unos diez mil millones de dólares según Pat— lanzaron rugidos de apoyo cuando la banda de la Universidad de Harvard fue presentada, usando irónicamente una denigrante frase de Agnew, como «el afeminado cuerpo de snobs intelectuales de Harvard». Pat advertía que si bien Nixon tenía razón de oponerse a los intentos de hacer política en las calles, no debía desafiar innecesariamente a los jóvenes pues éstos tenían gran influencia sobre sus padres. Nixon había escrito comentarios marginales que indicaban su propio escepticismo sobre su capacidad para ganarles a los «tipos de Harvard». Por otra parte, estaba convencido de que su apoyo político y financiero provenía del sur, el medio oeste y California, que eran impermeables a los gritos de los grupos de Harvard. Sin embargo, una advertencia en el memorándum de Moynihan sobre los «increíbles poderes de ridiculización» de los jóvenes estaba significativamente subrayado por el presidente. Puse algunas ideas en mi respuesta del 15 de noviembre de 1969. Lo que sigue son algunos extractos.

¿QUIENES SON?

Son un grupo muy mezclado, tanto en sus orígenes sociales como en sus posiciones políticas y su capacidad de ayuda o daño. Entre los manifestantes de la Moratoria, algunos eran ciertamente los hijos de los ricos, y por lo tanto su posición política es una severa separación de sus padres. Sin embargo, muchos padres habían ido a la universidad gracias a la ley universitaria para soldados a fines de la década del cuarenta y luego votaron por Stevenson. Muchos de los manifestantes eran indudablemente la primera generación que llegaba a la universidad desde estratos urbanos predominantemente demócratas. Y si Tom Wicker habla por sí y por sus colegas al asegurar que esos «son nuestros hijos» que han salido a las calles, son también los hijos de algunos elementos profesionales tradicionalmente demócratas...

¿POR QUE HACEN MANIFESTACIONES?

Sus motivos son también sumamente variados. En un sentido amplio, muchos son víctimas de nuestra afluencia. Han tenido el ocio necesario para la autoconmiseración y la educación les ha permitido dirigirla hacia la crítica del «sistema» que está de moda. Pero los orígenes psicológicos son probablemente irrelevantes. La confusión, el ultraje o el evangelismo han absorbido las energías de los jóvenes de cada generación. El grupo sobre el cual habla Pat es especial simplemente por la amplitud de su conciencia y activismo político. Es un grupo, después de todo, extraído del mayor número de jóvenes educados de la historia.

Y hasta donde son políticamente conscientes, muchos son substancialmente anti «establishment» no sólo porque esa es la natural inclinación de la alienación juvenil, sino también porque esa es la principal tendencia de la literatura académica contemporánea. Las modernas sociología, psicología y ciencias políticas, etc., han arrojado una importante luz (como es correcto que sea) sobre las fallas de nuestra sociedad: De modo que parte de nuestra moderna literatura es también una poderosa crítica social. Es inevitable que esto caiga en terreno fértil —y que éste sea más grande que nunca— en un país que envía 8 millones de jóvenes a la universidad.

Los resultados prácticos están muy mezclados.

Una pequeña minoría se refugia (como siempre lo ha hecho) en un radicalismo insensato. Pero creo que la abrumadora mayoría de estos jóvenes en todo el país permanecen notablemente abiertos en términos de su futura afiliación política. Muchos de ellos son brillantes y reflexivos. Están empeñados en corregir los errores y encontrarse a sí mismos. Están ansiosos por participar, impacientes por obtener resultados tangibles. Desconfían de cada respuesta, están listos para sospechar que cada argumento por un gradual (*realista*) progreso (desde la paz en Vietnam hasta la integración racial) esconda alguna siniestra conspiración contra los objetivos.

SU IMPACTO POLITICO

... Se hacen formidables al agregar a sus propios votos una enorme explosión de activismo político, que inevitablemente tendrá influencia sobre otros así como sus padres. Buena prueba de ello es el fenómeno McCarthy.

Vietnam es sólo sintomático. Cuando este tema haya desaparecido, otro ocupará su lugar. Pues están luchando contra la posición del «establishment» tanto como contra un problema dado.

¿QUE SE PUEDE HACER?

Estoy de acuerdo con Moynihan en que atacar a este grupo directamente es contraproducente. Esto no quiere decir que haya que ser blando con los militantes. Hay una gran necesidad acá de un firme liderazgo, tanto en términos psicológicos como políticos...

Hay muy buenos argumentos para simplemente neutralizar su fuerza potencial evitando la colisión. Esto de ninguna manera significa conciliación, pero sí significa que la administración debe hacer ver que toma en serio a la mayoría responsable de estos jóvenes. La postura sería que ellos pueden estar equivocados en sus argumentos, pero que uno no duda de la autenticidad y sinceridad de sus preocupaciones.

¿SE PUEDE GANAR ALGO?

Más allá de su neutralización, puede existir la posibilidad de que, con el tiempo, usted pueda ganar a algunos de esos jóvenes para su causa. Las viejas disputas entre demócratas y republicanos de los años 40 y 50 no le incumben a esta generación de jóvenes norteamericanos.

Usted tiene algo básico en común con muchos de ellos, la convicción de que la maquinaria del liberalismo del New Deal debe ser fundamentalmente renovada. También comparte usted la preocupación de que los EEUU desempeñen un papel más equilibrado y moderado en el mundo. En realidad usted está dando vuelta la mayor parte de las cosas, dentro y fuera, que estos muchachos quieren ver dadas vueltas.

Con un esfuerzo coordinado y sensato para hacerles llegar la nueva actitud de su administración, usted puede muy bien ganar algunos conversos entre aquellos que ahora parecen irreducibles.

Sea que en realidad Nixon tuviera las opiniones que yo le atribuía, o sea que —como buen cortesano— yo trataba de influir su conducta al otorgarle una reputación que mantener, el hecho es que dediqué mucho tiempo y esfuerzo para reunirme con grupos antibelicistas. Haldeman se oponía a mis entrevistas con esos grupos, considerándolas en el mejor de los casos como una pérdida de mi tiempo, y en el peor, como aparentemente dando apoyo moral a oponentes

implacables. También tenía charlas informales con la prensa cada vez que había un discurso presidencial sobre Vietnam, y viajé por todo el país con el presidente durante 1970 hablando con grupos de periodistas de diarios, revistas, radio y televisión. Mi tema era constante, que la guerra debía ser terminada como un acto político, y no como reacción ante los manifestantes. En una reunión con un grupo de hombres de negocios en octubre de 1969, argumentaba yo que «la capitulación no terminaría con el fenómeno de las manifestaciones. Si los enfrentamientos callejeros han de triunfar en este asunto, eso podría alterar drásticamente el estilo de la política norteamericana. Algunos de los líderes son los mismos que hicieron desórdenes en Chicago por exigencias que hace mucho han sido cumplidas. El verdadero asunto es la autoridad de la presidencia, no de un presidente en particular».

La paradoja era que la administración y sus críticos podían frustrarse mutuamente, pero al hacerlo ninguno podía lograr lo que ambos ansiaban: un rápido fin negociado de la guerra en Vietnam. Todo este tiempo Hanoi permaneció fuera, fríamente observado cómo Estados Unidos negociaba no con sus adversarios sino consigo mismo.

BUSCANDO UNA ESTRATEGIA

Estábamos en el camino de salida de Vietnam, tratando de encontrar un curso intermedio entre la capitulación y el aparentemente interminable estancamiento que habíamos heredado. El éxito dependía de nuestra capacidad para mezclar una serie de movimientos diplomáticos, militares y políticos mientras enfrentábamos una implacable e impacientada protesta pública.

Nixon trató de ganar ascendiente sobre nuestra situación doméstica por medio de varias jugadas que iban más allá de nuestra posición negociadora y la desescalada. El 19 de septiembre, Nixon y Laird —quien ya había pedido al congreso el sorteo de reclutamiento— anunciaron en una charla de prensa en la Casa Blanca que la retirada de 60.000 hombres de Vietnam nos permitía cancelar los llamados de reclutamiento para noviembre y diciembre. Los llamados previstos para octubre podrían extenderse por todo el último trimestre de ese año. El Departamento de Defensa comenzó a limitar el reclutamiento de los muchachos de diecinueve años: el 26 de noviembre el presidente promulgó la ley que autorizaba el sorteo para reclutamiento.

En agosto se lanzó una campaña en nombre de los prisioneros de guerra en Vietnam exigiendo a los norvietnamitas que cumplieran con la Convención de Ginebra y con la inspección por parte de la Cruz Roja. A esto siguieron fuertes declaraciones norteamericanas en las conversaciones de paz de París y en la Conferencia Internacional de la Cruz Roja en septiembre de 1969. Cuarenta senadores firmaron una declaración condenando la brutalidad norvietnamita contra los prisioneros de guerra norteamericanos el día 13 de agosto; doscientos representantes firmaron una declaración similar en septiembre. La administración Johnson, por temor a las represalias, se había mostrado renuente a insistir en el asunto. La actitud de la administración Nixon demostró tener resultados beneficiosos sobre el tratamiento de los prisioneros de guerra de los EEUU. Al principio eso consiguió apoyo interno, si bien en años posteriores lo volvieron contra nosotros cuando el asunto de los prisioneros se convirtió en un argumento más para la retirada unilateral y el desmantelamiento del gobierno sudvietnamita.

Pero, como siempre, Nixon trató de ganar en todos los frentes; y como era bastante habitual, comenzó con una maniobra que pareció portentosa, si bien no reflejaba un plan definitivo. En suma, estaba haciendo «bluff». Ya he mencionado que en numerosas conversaciones con líderes extranjeros durante varios meses a fines de 1969, Nixon había creado la impresión de que el aniversario de la suspensión de los bombardeos el 1 de noviembre era una especie de plazo. En su viaje por todo el mundo dejó caer insinuaciones no muy sutiles de que su paciencia se estaba terminando y que si no se hacían progresos en París para el 1 de noviembre, tomaría medidas más drásticas. Hasta donde yo podía saberlo, Nixon sólo tenía una vaguísima idea de lo que tenía en mente. (Ciertamente no hubo ningún planeamiento previo por parte del equipo; Duck Hook se desarrolló como la ejecución de una amenaza que ya había sido hecha.) La primera vez que oí hablar del plazo fue cuando Nixon se lo expresó a Yahya Khan en agosto de 1969. Y dado que Nixon jamás permitía que el personal del Departamento de Estado (y sólo rara vez el secretario de Estado) participara de sus reuniones con líderes extranjeros, nadie más en nuestro gobierno siquiera se enteró de que se había hecho una amenaza.

Si bien Nixon continuaba refiriéndose al plazo, al mismo tiempo hacía jugadas que tendían

a viciar sus amenazas, tales como el anuncio de más retiros de tropas. A fines de septiembre me dijo en confidencia que contemplaba hacer «una jugada energética» antes del 15 de octubre para que no pareciera provocada por las manifestaciones de la Moratoria. Le aconsejé que no lo hiciera porque adelantarse a su propio plazo podría confundir a nuestros adversarios. Jamás insistió en la amenaza activamente; tal vez fuera un modo de convencerse a sí mismo — y quizás a la historia — de que él era el energético líder frenado por colegas más débiles.

El 27 de septiembre, Dobrynin me visitó para tratar de conseguir una invitación para que el ministro del Exterior, Andrei Gromyko, se entrevistara con el presidente cuando visitara los EEUU para la Asamblea General de la ONU. Durante nuestra conversación, Nixon — como lo habíamos convenido previamente — llamó a mi oficina y me pidió que le dijera a Dobrynin que Vietnam era el tema crucial de las relaciones entre EEUU y la URSS, que «el tren había ya abandonado la estación y seguía por las vías» (una frase favorita de Nixon usada, por ejemplo, después de las primarias de Oregón en 1968 para alentar a indecisos delegados a la convención). Repetí las observaciones de Nixon y agregué que la próxima jugada dependía de Hanoi.

El 6 de octubre, Nixon se reunió con Rogers y prohibió toda iniciativa diplomática sobre Vietnam hasta que Hanoi respondiera de algún modo; por primera vez mencionó su plazo del 1 de noviembre. Rogers tomó seriamente la amenaza porque, como me dijo el 8 de octubre, estaba convencido de que el presidente efectivamente tomaría alguna medida el 1 de noviembre, si bien no tenía al respecto ideas más claras que las que tenía yo. El 8 de octubre sugerí a Nixon que anunciara un informe al pueblo para alrededor del 1 de noviembre. Esto tendría la ventaja de mantener y tal vez aumentar la sensación de plazo en Hanoi y Moscú, lo que podría traer algunos beneficios en forma de inesperadas concesiones norvietnamitas. El 13 de octubre, la Casa Blanca anunció que el presidente pronunciaría un importante discurso para revisar la política en Vietnam el día 3 de noviembre. Se eligió esa fecha porque el 2 de noviembre se llevarían a cabo las elecciones de gobernador de Nueva Jersey, y Nixon no quería desatar un gran número de votos de protesta contra el candidato republicano, quien finalmente se convirtió en el primer gobernador republicano de Nueva Jersey en dieciséis años. Anunciar un discurso presidencial con tanta antelación fue una decisión audaz, pues provocaba incertidumbre y alentaba las presiones para modificar cualquier decisión que pudiera anunciar.

En el intervalo, Nixon trató de obtener el apoyo soviético. El 20 de octubre se reunió con Dobrynin, quien acababa de regresar de una de sus frecuentes consultas en Moscú. Nixon señaló que la suspensión de los bombardeos cumplía ya un año; si no se producía pronto algún progreso, los Estados Unidos tendrían que seguir sus propios métodos para terminar la guerra. Por otra parte, si la Unión Soviética cooperaba en hacer que la guerra llegara a una conclusión honorable, nosotros «haríamos algo dramático» para mejorar las relaciones de los EEUU con la URSS. Dobrynin no tenía preparada ninguna oferta norvietnamita, pero sí ofreció una especie de concesión soviética. Después de meses de finteos le habíamos indicado a los soviéticos en junio que estábamos dispuestos a comenzar las conversaciones sobre armas estratégicas inmediatamente. De modo característico, aun cuando los soviéticos habían expresado su disposición para esas conversaciones durante meses, una vez que nosotros nos comprometimos, ellos evadieron la respuesta. El 20 de octubre Dobrynin nos informó que la Unión Soviética estaría dispuesta a comenzar las conversaciones a mediados de noviembre.

Fue una jugada astuta. Como conocían la ansiedad de gran parte de nuestro gobierno por la iniciación de las negociaciones SALT, el Kremlin correctamente calculó que Nixon no podía negarse. En el consecuente clima de esperanza, cualquier escalada en Vietnam parecería hacer peligrar las perspectivas para una mayor relajación de las tensiones; esta inhibición se agregaría así a las presiones domésticas dramatizadas por la Moratoria de unos días antes. Los soviéticos, en suma, nos encadenaban. Sus cálculos resultaron ser correctos. A pesar de los esfuerzos de la Casa Blanca para demorar una respuesta sobre SALT hasta después del discurso del 3 de noviembre, Rogers insistió en anunciar nuestra aceptación el 25 de octubre. Nixon aceptó de mala gana porque de otro modo temía enfrentarse con una semana de filtraciones a la prensa.

Tal como era su hábito, Nixon trató de compensar sus pocos deseos de reprender a su viejo amigo aumentando la amenaza a los soviéticos. Me dijo inmediatamente que debía transmitir a Dobrynin que el presidente estaba «fuera de control» respecto de Vietnam. Al trabajar para Nixon uno debía discriminar entre las órdenes que daba y darle luego otra oportunidad respecto de aquellas que eran imposible de cumplir o peligrosas. Esta pertenecía a la última categoría. Yo sabía que Nixon no tenía pensado hacer nada el 1 de noviembre. Lanzar una vio-

lenta amenaza que no fuera seguida por alguna acción cualquiera, depreciaría nuestra moneda. De modo que esperé a ver si Nixon volvía a tocar el tema. No lo hizo.

Mientras tanto Nixon se aisló en Camp David para trabajar en su discurso del 3 de noviembre. La substancia fue provista por mi equipo y por mí mismo, pero Nixon escribió el principio y el fin en uno de sus ubicuos anotadores de papel amarillo y agregó adornos retóricos en la totalidad. Resultó ser una de las actuaciones públicas más fuertes de Nixon. Contra las recomendaciones de todo su gabinete, trazó una línea y no hizo concesiones a los manifestantes. Yo estuve de acuerdo con esto. El llevó su caso al pueblo, para ganar con ello el espacio que necesitaba para maniobrar para lo que él llamaba «una paz con honor». Todos quedaron atónitos por el discurso ya que desafiaba a los manifestantes, a los norvietnamitas y a todas las expectativas al no anunciar espectaculares cambios en nuestra posición de negociación ni retiro de tropas. Apeló a «la gran mayoría silenciosa» de norteamericanos para que apoyaran a su Comandante en Jefe. Por primera vez en una declaración presidencial se decía claramente lo que el presidente quería decir al afirmar que «tenía un plan para terminar la guerra»: la doble estrategia de vietnamización y negociaciones. Además señaló que la vietnamización ofrecía la perspectiva de una salida honorable que no dependía de la cooperación del otro lado.

Le aconsejé al presidente que no defendiera el compromiso original de tropas en Vietnam, que él había heredado, sino que presentara solamente su estrategia para sacarlas de allí. Nixon no estuvo de acuerdo y me dijo —ahora creo que con justa razón— que el público norteamericano no aceptaría el sacrificio por una guerra que no tuviera un propósito válido. El discurso, a pesar de su fuerte tono, marcaba algunos cambios sutiles en nuestra posición de negociación. Mientras que en el discurso del 14 de mayo proponía el retiro de «las mayores porciones» de nuestras fuerzas dentro de un año, con fuerzas residuales para controlar los acuerdos, el discurso del 3 de noviembre aceptaba el retiro *total* norteamericano en un año en caso de un acuerdo para el retiro mutuo, haciendo coincidir de este modo nuestra posición pública con nuestra posición privada con Xuan Thuy. El discurso del 14 de mayo hablaba de «ceses de fuego supervisados» que incluían la posibilidad de arreglos locales así como de arreglos generales; el discurso del 3 de noviembre hablaba de un «cese de fuego» en singular. Explicué en una charla con la prensa que seríamos flexibles; estábamos dispuestos a negociar tanto acuerdos locales como generales para el cese de hostilidades. Sin embargo, como lo declaró Nixon, el asunto no era una cuestión de detalles sino de principios básicos: «Hanoi se ha negado a siquiera discutir nuestras propuestas. Ellos exigen una aceptación incondicional de sus términos, que consisten en el retiro total e inmediato de las fuerzas norteamericanas de modo incondicional, y en el derrocamiento del gobierno de Vietnam del Sur al salir.»

Nixon mencionó los pasos dados para el retiro de las tropas norteamericanas: reducción de las operaciones aéreas y aumento del entrenamiento de las tropas sudvietnamitas. Enfatizó que la vietnamización preveía «el retiro completo de todas las fuerzas terrestres de combate y su reemplazo por fuerzas sudvietnamitas en un cronograma ordenadamente preparado». Tal como yo lo había sugerido, Nixon dio a publicidad la correspondencia secreta con Vietnam del Norte anterior a la toma de posesión, las repetidas discusiones con la Unión Soviética para promover las negociaciones, y las cartas secretas intercambiadas con Ho Chi Minh en julio y agosto, cuyos textos fueron dados a publicidad por la Casa Blanca. No reveló mi reunión secreta con Xuan Thuy. Pero explicó cándidamente que «no se ha hecho ningún progreso, salvo el acuerdo sobre la forma de la mesa de negociaciones».

Y enunció así el tema fundamental:

En San Francisco, hace unas semanas vi a unos manifestantes con carteles que decían: «Pierdan en Vietnam, traigan a nuestros muchachos».

Pues bien, una de las fortalezas de nuestra sociedad libre es que cualquier norteamericano tiene el derecho a llegar a esa conclusión y apoyar ese punto de vista. Pero como presidente de los Estados Unidos traicionaría a mi juramento si permitiera que la política de esta nación fuera dictada por la minoría que tiene esa opinión y que trata de imponerla a la nación organizando manifestaciones en las calles.

Durante casi 200 años la política de este país ha sido hecha al amparo de la Constitución por aquellos líderes en el congreso y la Casa Blanca elegidos por todo el pueblo. Si una minoría ruidosa, por ferviente que sea su causa, se impone sobre la razón y la voluntad de la mayoría, este país no tiene futuro como sociedad libre...

El discurso tuvo un efecto electrizante. Desde el instante en que terminó, la central telefónica de la Casa Blanca se vio asediada por llamadas de felicitación. Decenas de miles de telegramas de apoyo comenzaron a llegar y rápidamente abrumaron a los comentaristas generalmente críticos de la prensa y la televisión. No cabe ninguna duda de que parte del entusiasmo fue estimulado por los infatigables operativos de Haldeman quien había llamado a partidarios políticos en todo el país para que enviaran telegramas. Pero el diluvio fue más allá hasta de las capacidades de los genios de relaciones públicas de la Casa Blanca. Indudablemente Nixon había tocado un punto sensible. Las encuestas mostraron un importante aumento en su apoyo. El pueblo norteamericano podría estar cansándose de la guerra; pero no estaban dispuestos a la derrota.

Nixon estaba eufórico. Si bien profesaba indiferencia a la adulación pública, disfrutó enormemente esos momentos de aclamación que se le brindaban. Mantuvo los telegramas de felicitación amontonados en su escritorio en tal cantidad que la Oficina Oval no pudo ser usada para trabajar y durante varios días se negó a desprenderse de ellos.

Tan pronto como el estado de ánimo del público se aclaró, las presiones organizadas comenzaron a aflojar un poco, de modo que por primera vez desde enero, la administración tuvo un cierto margen de maniobra.

Pero necesitaríamos más que esto para superar y sobrepasar a los duros y obcecos líderes de Hanoi. En 1969 estos líderes no se habían comprometido en ningún esfuerzo que aun con la más generosa interpretación pudiera llamarse negociación. Se negaron a explorar y hasta discutir cualquier propuesta de compromiso —ni las elecciones libres, ni las comisiones electorales mixtas ni el cese de fuego—. Los retiros unilaterales de hombres y aviones no mejoraron la atmósfera; la desescalada no aceleró el proceso de negociaciones. Hanoi estaba decidido a quebrantar nuestra voluntad en el frente doméstico, y para lograrlo no podía permitir ni una chispa de esperanza o la apariencia de progreso. Por ser los últimos conversos leninistas del mundo, los norvietnamitas no tenían intenciones de compartir el poder.

Retrospectivamente, el razonamiento detrás de mi propuesta de la misión Vance en abril y mis críticas a la vietnamización en septiembre y octubre, fueron ciertamente correctos. El tiempo no estaba de nuestra parte y las concesiones progresivas alentaban más la intransigencia que el compromiso. Análíticamente, habría sido mejor ofrecer la propuesta más generosa que pudiera imaginarse. Y luego, si era rechazada, tratar de imponerla militarmente. Sólo esto, o algo semejante podría haber producido la cooperación soviética, pues en ausencia de una crisis no había ningún incentivo para que los soviéticos dieran un paso concreto. (Cuando se desarrolló finalmente una crisis en 1972, logramos una cierta cooperación rusa). Si hubiéramos ofrecido en un momento dramático todas las concesiones que eventualmente hicimos en tres años de guerra, y si las acciones militares que encaramos con fuerza progresivamente declinantes durante 1970, 1971 y 1972 en Camboya, Laos y Vietnam del Norte (aun sin el último ataque de bombarderos), hubieran sido llevadas a cabo todas juntas a principio de 1970, la guerra podría haber sido considerablemente acortada —si bien es difícil decir después de tanto tiempo si Saigón habría estado en condiciones de llevar todo el peso de quedarse sola después del acuerdo. Frente al torbellino doméstico y las divisiones dentro de la administración, no luché por más análisis teóricos. Me uní a la opinión general de que, en conjunto, la vietnamización era la mejor amalgama de nuestros imperativos internacionales, militares y domésticos.

Una vez embarcados en ella, no había modo de echarse atrás. Yo sabía que iba a ser dolorosa y larga —y señalé sus peligros en repetidas ocasiones al presidente —así como sabía que podría en última instancia fracasar. También yo creía que era mejor que las alternativas que nos proponían nuestros críticos domésticos.

Y así fue como el año terminó con dos evaluaciones. De la corrección de uno de ellos dependía el resultado de la guerra. El primer informe sobre política exterior del presidente al congreso, dado a conocer el 18 de febrero de 1970, resumía nuestra política en Vietnam en términos sorprendentemente sobrios. Pocas veces una declaración presidencial había sido tan cándida para admitir dudas y suscitar interrogantes:

Las afirmaciones de progreso en Vietnam han sido frecuentes durante el curso de nuestro compromiso allí. Y a menudo han resultado ser demasiado optimistas. Por cuidadosos que hayan sido nuestros planes, y por mucha fe que tuviéramos en el progreso de esos planes, tenemos conciencia de dos hechos básicos:

- No podemos tratar de engañar al enemigo, pues sabe qué es lo que realmente está ocurriendo.
- Ni debemos engañarnos a nosotros mismos. El pueblo norteamericano debe conocer toda la verdad. No podemos permitirnos perder su confianza en nuestro juicio y en nuestro liderazgo.

El informe admitía la existencia de problemas sin resolver y ofrecía un punto de referencia con el cual juzgar el progreso en el futuro. Admitíamos que la administración no conocía todavía las respuestas finales a los interrogantes que planteaba la guerra: acerca de las intenciones del enemigo, de las perspectivas de la vietnamización, y de la actitud del pueblo vietnamita:

- ¿Cuál es la capacidad del enemigo de montar operaciones sostenidas? ¿Podrían tener éxito en deshacer nuestras ganancias?
- ¿Hasta dónde llega realmente la mejora en la capacidad de nuestros aliados? En particular, ¿están los vietnamitas desarrollando el liderazgo, la capacidad logística, la habilidad táctica y la sensibilidad adecuadas para las necesidades de su pueblo, cosas indispensables para el éxito continuado?
- ¿Qué alternativas estratégicas quedan abiertas al enemigo frente a un éxito aliado continuado? ¿Si deciden conducir una guerra prolongada y de baja intensidad, podrían ellos simplemente esperar que los norteamericanos se retiren y luego, por medio de esfuerzos revitalizados, tomar nuevamente la iniciativa y derrotar a las fuerzas sudvietnamitas?
- Y lo que es más importante, ¿cuáles son las actitudes del pueblo vietnamita, cuya libertad de elección es el motivo de nuestra lucha? ¿Realmente no sienten ningún afecto por el Vietcong, o son indiferentes a ambas partes? ¿Qué se puede deducir de sus actitudes respecto a que las ganancias de la pacificación sean duraderas?

Esto no era una llamada de clarines para un enfrentamiento doméstico o para una victoria militar; era la sobria reflexión y el análisis de líderes cada vez más cautelosos a causa de las decepciones de una década, con serias intenciones de fundamentar su política en la realidad, y deseosos de aceptar un compromiso razonable.

Como los líderes de Hanoi estaban decididos a la victoria, su percepción de 1969 era la opuesta a la nuestra; ellos no tenían dudas respecto de los resultados; tampoco hablaban de compromiso. El objetivo de Hanoi era el monopolio del poder político. Esto era iluminado por un importante documento político del liderazgo político y militar comunista capturado a fines de 1969: la resolución núm. 9 de la oficina central para Vietnam del Sur, cuartel general del sur del Partido Comunista Norvietnamita. Se trataba de directivas de orientación para los cuadros en el terreno, que consideraban las concesiones norteamericanas no como esfuerzos para un compromiso, sino como pruebas de fracaso:

Su estrategia de «guerra limitada» está en bancarrota. Están encerrados en una muy seria crisis sobre estrategia y se han visto forzados a desescalar la guerra paso a paso y a adoptar la política de desamericanizar la guerra comenzando con un retiro de 25.000 hombres norteamericanos, con la esperanza de liberarse de su guerra de agresión en nuestro país...

Después de la gran victoria de la campaña de primavera (1969), nuestro ejército y nuestro pueblo han lanzado una nueva ofensiva en gran escala en el terreno militar, político y diplomático: lanzamos nuestra *ofensiva de verano* mientras presentábamos los *diez puntos* para la solución de paz en la Conferencia de París y continuamos con la formación del Congreso Nacional de Representantes del Pueblo que eligió un *Gobierno Revolucionario Provisional*. De este modo la administración Nixon, ya derrotada por nuestros sorprendentes ataques de la Campaña de Primavera de 1969, ha recibido duros golpes adicionales. A causa de estas nuevas derrotas en el campo de batalla y en la mesa de conferencias, Nixon está bajo severo ataque por parte del pueblo de los EEUU y de todo el mundo, exigiendo el fin de la guerra de agresión en Vietnam... El hecho de que Nixon se viera forzado a hacer conocer un programa de ocho puntos, a organizar la reunión con Thieu en Midway, y comenzara con el retiro de 25.000 hombres, refleja la inflexibilidad y dupli-

cidad del imperialismo de los EEUU; por otra parte, indica que *la crisis y el impasse por el que atraviesa la administración Nixon se está desarrollando aún más*. Esta es una *nueva oportunidad* que nos exige hacer grandes esfuerzos en todos los campos de operaciones para obtener la gran victoria.

Según la Oficina Central para Vietnam del Sur, los objetivos estratégicos para 1969 eran aumentar los muertos norteamericanos para aumentar las tensiones domésticas en los EEUU, el debilitamiento del ejército survietnamita y los esfuerzos de paz, y sobre estas bases forzar a los EEUU a aceptar «un gobierno de coalición trabajando para la reunificación de Vietnam»:

a) *Atacar fieramente a las tropas norteamericanas*, producirles fuertes pérdidas, causarles crecientes dificultades en todos los campos...

b) *Atacar fuertemente al ejército títere, aniquilar a los elementos más inflexibles del ejército títere y su administración, paralizar y desintegrar los elementos restantes...*

c) *Esforzarnos en aumentar nuestras fuerzas militares y políticas y desplegarlas en una posición crecientemente ofensiva...*

d) Continuar destruyendo y debilitando la administración títere en distintos niveles; *especialmente, derrotar los planes de pacificación del enemigo; eliminar la mayor parte de la administración títere... y promover el papel del Gobierno Revolucionario Provisional...*

e) Sobre estas bases, *aplastar la voluntad de agresión de los norteamericanos; forzarlos a abandonar sus intenciones de terminar la guerra en una posición fuerte, y a terminar la guerra rápidamente, a retirar las tropas mientras el ejército títere sea todavía demasiado débil para tomar la responsabilidad de los norteamericanos; forzar a los norteamericanos a aceptar una solución política*, y a reconocer un Vietnam del Sur democrático, pacífico y neutral con un gobierno de coalición nacional y democrático que trate de reunificar el país. (Los subrayados están en el original.)

Los norvietnamitas estaban sumamente seguros de sí mismos; era nuestro deber demostrarles que estaban equivocados. Yo mismo seguía las ambigüedades de nuestra compleja política con un peso en el corazón y no pocos malos augurios. Pero no había alternativa aceptable. Teníamos el deber de verlo todo del mejor modo que pudiera servir a la consecución del éxito, porque una derrota no sólo afectaría nuestro destino; el futuro de muchos otros pueblos dependía de su confianza en los EEUU. Debíamos continuar luchando —aun con renuencia— hasta que Hanoi cambiara la visión de sus posibilidades. Y si nos ateníamos a nuestro camino, con el tiempo Hanoi podría pedir un respiro, si no la paz. Deberíamos enfrentar la discordia en el proceso, porque se nos consideraría responsables por el desastre aun cuando éste fuera el resultado de las abrumadoras presiones domésticas. Considerábamos que era nuestra penosa responsabilidad continuar la lucha contra un implacable oponente hasta que lográramos un justo acuerdo compatible con nuestros valores, con nuestras responsabilidades internacionales y con las convicciones de la mayoría del pueblo norteamericano.

?

Capítulo IX

PRIMERAS PRUEBAS EN ASIA

Vietnam nos tentaba hacia una obsesión con un pequeño rincón de un vasto continente, mientras ese continente, a una escala mayor, estaba adquiriendo importancia en los asuntos mundiales.

Los intereses de seguridad de todas las grandes potencias mundiales se cruzan en Asia, especialmente en Asia nordoriental. China contiene el corazón del continente. El lejano Oriente soviético se extiende a través de la cima de Asia. Las islas japonesas cubren 3.200 kilómetros de océano, frente al continente. La presencia norteamericana en el Pacífico abarca toda la región. Europa occidental tiene importantes vínculos económicos con Asia y siente indirectamente los efectos de cualquier perturbación del equilibrio en el área.

Asia contiene más de la mitad de la población y los recursos mundiales. En las tres últimas décadas, la economía asiática del Pacífico ha experimentado un crecimiento más rápido que cualquier otra región. Es aquí donde hemos librado todas nuestras guerras desde 1945. Es aquí donde Estados Unidos mantiene su comercio de ultramar más intenso y de crecimiento más rápido.

La influencia de Norteamérica y Occidente estimuló la transformación de gran parte de Asia durante los últimos cien años. Desde los días de los trascendentalistas de Nueva Inglaterra hasta el período moderno, la cultura y las ideas asiáticas han influido en forma significativa sobre la vida intelectual norteamericana, reflejando de esa manera la universalidad de las aspiraciones humanas. El papel de Asia, por lo tanto, es potencialmente decisivo para la solución de la agenda contemporánea de paz y progreso y para la calidad de la vida.

En la primera mitad de 1969 fuimos puestos a prueba por nuestra primera gran crisis, que tuvo lugar en Asia, y recibimos elogios que no merecíamos. En otra prueba, en la misma región del mundo, un acto de perspicacia y visión de estadistas pasó inadvertido. Estas paradojas de los primeros meses de la administración fueron producidas por el incidente del EC-121, donde aceptamos la insensible destrucción y el derribamiento de un avión norteamericano desarmado, y por la devolución de Okinawa a la soberanía japonesa, donde sentamos las bases de una relación de creciente proximidad que resistió muchos golpes y convirtiéndose en elemento clave de la política exterior de Estados Unidos. Nuestra larga alianza con los extraordinarios japoneses, que no careció de momentos de farsa y frustración especialmente en cuestiones económicas, será tratada más adelante, en este mismo capítulo. Pero debo empezar con el EC-121, donde aprendimos tantas lecciones para las crisis aún más sombrías que nos aguardaban.

EL DERRIBO

El 14 de abril de 1969, a las 17, hora del este, un avión naval EC-12 norteamericano de la primera escuadrilla de la Flota de reconocimiento aéreo (un cuatrimotor a pistón Constellation, sin armamentos) despegó de la base aérea Atsugi, en Japón en una misión rutinaria de reconocimiento sobre el Mar del Japón. Esos vuelos eran importantes para obtener información sobre movimientos y disposiciones de tropas hostiles. Eran cruciales para advertirnos de ataques por sorpresa especialmente en Corea. El avión llevaba una tripulación de treinta hombres de

la marina y uno de la infantería de marina, y alrededor de seis toneladas de equipo. El aparato tenía instrucciones de volar desde Atsugi a un punto frente a la península de Musu, sobre la costa norcoreana (ver mapa páginas 800 y 801), hacer un número de órbitas sobre una elipse de unas 120 millas paralelamente a la costa de Corea del Norte, y aterrizar en la base aérea Osan, en la República de Corea. Las instrucciones vigentes para esta clase de misión establecían que el avión no debía acercarse a menos de cuarenta millas náuticas de la costa de Corea del Norte, a fin de que se encontrara en todo momento claramente sobre aguas internacionales (1). Corea del Norte reclamaba un mar territorial de doce millas. El 14 de abril, el comandante del avión tenía órdenes del comandante en jefe de la Flota del Pacífico de volar todavía más lejos de la costa norcoreana, y de no acercarse a menos de 50 millas náuticas.

Como se determinó después, el avión —seguido en todo momento por nuestro radar— se desvió ligeramente de su ruta aprobada, presumiblemente para investigar una señal electrónica. Pero en ningún momento se acercó a menos de cuarenta y ocho millas de la costa. Cuando fue alertado de que era posible un ataque —tres veces en diez minutos— el aparato acusó recibo de las instrucciones de interrumpir la misión y dejó su ruta rutinaria de reconocimiento para alejarse aún más, sobre aguas internacionales.

A una distancia de alrededor de noventa millas al sudeste de Chongjin, (Corea del Norte), a las 23:50, hora del este, el avión desapareció de nuestras pantallas de radar. El EC-121 había sido atacado y derribado por un avión MIG norcoreano, sobre el Mar del Japón. Se estrelló a unas noventa millas náuticas de la costa. No se encontraron sobrevivientes. Así se vio la Administración Nixon arrastrada a una crisis grave.

Ningún nuevo presidente puede saber realmente que clase de «equipo» tiene hasta que se enfrenta con una dificultad semejante. Su esencia está en la necesidad de tomar rápidamente y bajo presión decisiones de alto riesgo. En condiciones normales, nunca resulta claro si los altos asesores están brindando sus propias convicciones o, simplemente, reflejando el consenso de sus burocracias. Es más fácil jugar sobre seguro. Una reputación de moderación o sabiduría puede obtenerse fácilmente, porque el éxito o el fracaso quedan determinados solamente después de un intervalo, cuando causa y efecto han quedado oscurecidos. Pero una crisis proyecta un resplandor inmediato sobre hombres y políticas. Sobre todo, ilumina a aquéllos que protegen sus reputaciones y a aquéllos dispuestos a correr el riesgo. En un sentido, un presidente es afortunado si se enfrenta con una crisis al empezar; ello le permite sacudir y reorganizar su equipo.

No puede decirse que la nueva administración Nixon pasó el examen con notas distinguidas. No fue que se hubiera tomado la decisión equivocada, como creo que se hizo. Sobre todo, sucedió que nuestras deliberaciones fueron banales o irrelevantes y que raramente nos concentramos en el tema central. El sistema del CNS se convirtió en un medio de acumular opciones sin proporcionar perspectivas ni sentido de orientación.

Todos los principales estaban tan fascinados con el proceso de toma de decisiones que pasaron por alto sus propósitos al ordenar prioridades para la acción. Como en muchas nuevas administraciones, estaban más preocupados por evitar las acusaciones que habían hecho contra sus predecesores que en decidir el asunto por sus propios méritos. Esta reverencia por la retórica de campaña electoral es uno de los errores más serios, y más tentadores, de una nueva administración, a menudo llevada a creer que será juzgada por su diferencia de estilo en relación con sus predecesores. En realidad, en un año los coros de la campaña electoral casi siempre se disuelven en el olvido. La prueba de la nueva administración debe ser inevitablemente su dominio de los desafíos y no su memoria. No sufrirá penalidades por prevalecer con los métodos de su predecesora; no cosechará aplausos por fracasar con un estilo propio. Nixon estaba convencido de que Johnson había sufrido del «síndrome de Sala de Situación», queriendo decir con eso que su predecesor había sucumbido a la idea melodramática de que el mundo podía ser manejado, en las crisis, desde esta sala en el subsuelo de la Casa Blanca. Irónicamente, aunque Nixon previno contra el «síndrome de Sala de Situación», cayó él mismo víctima de él en la siguiente oportunidad.

La imagen de la Sala de Situación desmentía a la realidad. Es una habitación pequeña, incómoda, de techo bajo, que debe su principal utilidad a su ubicación al lado de un banco de teletipos y otros equipos de comunicaciones que vinculan a la Casa Blanca con embajadas alrededor del mundo. Su nombre deriva de la ilusión de un presidente anterior de que la situación internacional podía ser representada en cada momento por mapas en la pared. En mi época, los mapas no estaban actualizados ni visibles; en su lugar había cortinajes para añadir un toque

humano al austero y atestado recinto. La percepción de Nixon tenía cierto mérito, en que Johnson gustaba dar la impresión de que gastaba una buena cantidad de tiempo en planear incursiones individuales de bombarderos, pero después Nixon se convirtió en víctima de sus propias críticas. Debido a su ataque al síndrome de Sala de Situación, él y sus asociados eran reacios a reunir asesores allí (o en cualquier parte) al primer signo de dificultades. No quería verse involucrado en táctica o en planificación de batallas. Todo debía ser encarado con serenidad y frialdad.

Y así sucedió cuando se enteró de que el EC-121 había sido derribado. Pusimos en movimiento la maquinaria de crisis con gran deliberación, observándonos a nosotros mismos con fascinada atención ante cada detención, para asegurarnos de que no estábamos disparando desde la cadera. Desafortunadamente, el movimiento lento no tiene más probabilidades que el frenesí de garantizar un discernimiento correcto. La Sala de Situación fue notificada a las 00:50 del 15 de abril de que el EC-121 estaba siendo atacado por un avión norcoreano. Mi asesor militar, el coronel Alexander Haig, fue notificado a la 1:07. Tres minutos después, Haig me dijo que había habido un derribo no confirmado. Le pedí que reuniera toda la información y volviera a llamarme tan pronto el accidente fuera confirmado. No quería molestar al presidente hasta que el incidente fuera confirmado o fuera necesaria una decisión de él. A la 1:50 Haig llamó al coronel Robert Pursley, asesor militar de Laird Pursley decidió lo mismo que yo: como el derribo no estaba confirmado, no despertaría a Laird.

A las 2:17 Radio Pyongyang anunció que Corea del Norte había derribado un avión de reconocimiento de Estados Unidos cuando el aparato entró en el espacio aéreo coreano. Era una mentira descarada puesto que el avión, que en todo momento fue seguido por nuestro radar, jamás se acercó a menos de cuarenta y ocho millas de la costa coreana y fue derribado a una distancia de noventa millas. Pero por razones que hasta hoy no puedo comprender, todos decidieron ignorar la transmisión. Sobre la base de que no teníamos confirmación independiente, el derribo todavía se consideraba «no confirmado» a las 7:20, cuando informé a Nixon. Nunca se explicó por qué Corea del Norte anunciaría el derribo de un avión norteamericano a menos que fuera verdad.

Era como si alguien hubiera apretado un botón rotulado «manejo de crisis» y la respuesta obtenida hubiera sido «indiferencia». Nixon puso su ostentosa maquinaria del CNS en movimiento lento; era una buena manera de recoger opciones pero también de perder tiempo si se era renuente a actuar. Una reunión del Grupo de Revisión del CNS fue convocada para las primeras horas de la tarde que seguía al incidente, a fin de reunir opciones para una reunión del Consejo Nacional de Seguridad convocada para el día siguiente, 16 de abril, a las 10 de la mañana. Nixon no dio ninguna indicación de la acción que se proponía emprender. Esperaría a la presentación de las opciones. Era un proceder equivocado que indicaba, en realidad, que no tenía deseos de represalias. Está muy bien asegurarse de las alternativas. Pero cuando un avión norteamericano desarmado es derribado lejos de la costa, un proceso de toma de decisiones lento crea una presunción a favor de una eventual inacción. Lo que se necesitaba era cierto análisis de la naturaleza del desafío y de lo que ello presagiaba para la política norteamericana. Solamente en estos términos las opciones podían tener algún sentido. Hubo una fuente adicional de inhibición. Nixon había programado una conferencia de prensa para el 18 de abril, mucho antes de que estallara la crisis. Era una experiencia que habitualmente lo llenaba con tal combinación de temor y euforia, que no le dejaba energías para otras reflexiones.

Yo pensaba que nuestra reacción al derribamiento por Corea del Norte de un avión desarmado sobre aguas internacionales y sin provocación, sería interpretada por muchas naciones amigas, especialmente en Asia, como una prueba de la decisión de la nueva Administración. Me inclinaba por algún acto de represalia, pero tenía menos en claro cuál debía ser su naturaleza. El consejo de mi equipo aquel primer día, fue de una sorprendente calidad de halcones. Even Morton Halperin, quien más tarde se opondría vocalmente a las tendencias supuestamente belicosas de la Administración, recomendó un inmediato ataque aéreo. Pero dada la programación del CNS, ninguna fuerza militar podía ser puesta en movimiento por lo menos durante veinticuatro horas, lo cual resultó otro error. Una inmediata movilización de fuerzas militares por lo menos hubiera indicado a Corea del Norte que había cometido una ofensa grave. Podría haber inspirado un gesto que indicara que retrocedía, o que admitía la necesidad de alguna reparación. Esto fue, ciertamente, lo que sucedió cuando los norcoreanos golpearon hasta matarlos a dos oficiales norteamericanos en la zona desmilitarizada, en 1976.

En ausencia de una dirección definida, cada agencia desarrolló sus propias opciones, en-

granadas más o menos a sus intereses sectoriales. Mi equipo desarrolló alternativas que iban desde severas protestas diplomáticas a Panmunjom a la captura de buques norcoreanos en el mar, y varias clases de acciones militares, desde el minado del puerto de Wonsan hasta el bombardeo de la costa o el ataque a un aeropuerto. Lo que les faltaba a todos estos planes eran las fuerzas para desarrollarlos, o un plan operacional específico, o una acción especial que pudiéramos exigir a Corea del Norte. En su ausencia, nos enredamos en un ejercicio académico.

El Departamento de Estado estaba preocupado por una reunión de la Comisión de Armisticio convocada por los norcoreanos para el 18 de abril. El asunto era si asistiríamos, y en ese caso, qué diríamos, o si, en cambio, convendría insistir en una fecha alternativa. El Departamento de Estado nos envió un memorándum expresando reservas acerca de represalias militares. No dirigía sus objeciones a ninguna forma en particular de represalia militar, excepto la idea de capturar un buque coreano en el mar, a la que consideraba legalmente injustificada.

El Departamento de Defensa dio el paso más sorprendente de todos. Aparentemente sin consultar a ninguna otra agencia ni a la Casa Blanca, detuvo todos los vuelos de reconocimiento cerca de la Unión Soviética, China, el Mediterráneo y Cuba. Esto sólo lo supimos gradualmente cuando Nixon, grandilocuamente, ordenó escoltas militares para nuestros vuelos de reconocimiento en Corea el 17 de abril, sólo para descubrir que no había aviones que escoltar. Indudablemente, Laird estuvo acertado en su percepción de que, a lo largo de los años, estos vuelos habíanse multiplicado sin un análisis periódico de su necesidad. Hacía tiempo que era necesaria una revisión. Mi preocupación era que la detención de todos los reconocimientos en respuesta a un derribo daría una impresión de inseguridad; difícilmente sugeriría que la administración estaba decidida a defender sus derechos contra brutales desafíos.

Gran parte del día 15 de abril, por lo tanto, se malgastó en inconcluyentes ejercicios de planificación. Parecía existir un consenso creciente para capturar un buque de la armada coreana en el mar. Se pidieron análisis legales; los mismos llegaron a conclusiones diferentes pero perdieron su relevancia cuando se advirtió que no había buques coreanos en el mar ni los había habido desde la captura del *Pueblo*. Circulaba el rumor de que un buque de propiedad coreana, bajo registro holandés, estaba en alguna parte en el mar. Nixon quería capturarlo, y mantuvo ocupados a nuestros abogados durante la mayor parte del día. Resultó que no encontramos el barco. Por lo que sé, el mismo nunca existió.

En estas circunstancias, la reunión del CNS del 16 de abril fue dispersa y no arribó a conclusiones. No hubo discusión sobre el asunto fundamental: si nuestra falta de respuesta al derribo de un avión de reconocimiento desarmado sobre aguas internacionales no podría crear una impresión de indecisión que alentaría a nuestros enemigos en Hanoi y volvería más audaces a nuestros oponentes de otras partes. Al mismo tiempo, estaba la habitual renuencia de una nueva administración a poner en peligro la luna de miel; en esa época aún estábamos recibiendo elogios por nuestra moderación y contención en comparación con nuestros predecesores. Y existía un temor natural a vernos envueltos en una guerra en dos teatros. Laird señaló que era seguro que nuestro empeño en Vietnam sufriría si nos complicábamos en un peloteo con Corea del Norte. Muchas de estas consideraciones se hicieron en forma implícita y no fueron formalmente presentadas en la reunión. Se pasó revista a las opciones militares muy al azar, sin siquiera llevarlas al punto de un examen serio. Sufrían de la incapacidad de que las que parecían seguras eran inadecuadas para la provocación, mientras que las que parecían adecuadas al desafío parecían, a la vez, demasiado peligrosas en términos del temor a una guerra en dos frentes.

Después aprenderíamos que, en las crisis, la audacia es el curso de acción más seguro. La vacilación alienta al adversario a perseverar; hasta puede elevar las apuestas. En retrospectiva, está claro que nosotros sobreestimamos muchísimo la disposición de Corea del Norte a complirse en un peloteo. Como esto sucedía en los primeros tiempos de la administración, me limité, aquel primer día, a presentar las opciones; no hice ninguna recomendación. Nixon no llegó a ninguna conclusión en la reunión del CNS. Pasó gran parte del día preguntando sobre el barco coreano-holandés, que parecía ofrecer un *deus ex machina* para navegar entre peligrosas acciones militares, y la clase de pasividad que Nixon había criticado tan vociferantemente en relación con el *Pueblo*.

Al día siguiente, 17 de abril, Nixon tomó dos decisiones. Aceptó la segunda de varias opciones presentadas en el CNS: la reanudación de los reconocimientos aéreos acompañados por escoltas armadas. Y ordenó el traslado de dos portaviones al Mar de Japón para posibles ataques de

represalia. El razonamiento detrás del movimiento de los portaviones era que el uso de aviones tácticos con bases en Japón nos llevaría a complicadas consultas con el gobierno japonés, que seguramente trascenderían y provocarían protestas públicas, posiblemente poniendo en peligro las conversaciones sobre un Tratado de Seguridad con Japón. El empleo de bombarderos B-52 con base en Guam parecía una reacción exagerada. Todos pasaron convenientemente por alto los aviones estacionados en Corea del Sur. Todos, sin duda inconscientemente, hallaron reconfortante el hecho de que los portaviones tardarían tres días en llegar hasta lugares desde donde podrían lanzar sus aviones. Los halcones se dirían que estábamos haciendo algo; las palomas se consolarían pensando que todavía disponíamos de un margen de tiempo. Cada día que pasara haría aumentar las inhibiciones contra un ataque de represalia, más aún porque nosotros, ahora creo que erróneamente, no exigíamos a los norcoreanos nada cuya aceptación pudiera considerarse una compensación o cuya negativa hubiera justificado la represalia. Nuestra protesta a Panmunjom había sido débil; el Departamento de Estado había presionado a favor de un tono de no confrontación; Rogers habíase opuesto a presentar ninguna demanda. Nuestros movimientos políticos y militares estaban, substancialmente, desfasados. En este contexto, la decisión de trasladar los portaviones era, esencialmente, una forma de perder tiempo; parecía dura, pero sugería inacción.

El 17 de abril reuní a un grupo especial de manejo de crisis compuesto por representantes de medio nivel de los departamentos de Estado y de Defensa, la Agencia Central de Inteligencia, el Estado Mayor Conjunto, y yo, como presidente. Fue el núcleo de lo que se convertiría más tarde en el Grupo Washington de Acciones Especiales (WSAG), que manejó todas las crisis futuras. En ausencia de directivas claras, la planificación resultaba inconexa en este primer caso. No había ninguna verdadera determinación a emplear la fuerza: todas las discusiones eran teóricas y no se presentó ningún plan operacional.

La conferencia de prensa de Nixon del 18 de abril, anunciando la reanudación de los reconocimientos armados, fue tomada, en general, como nuestra respuesta oficial al derribo del avión, aún dentro de nuestro propio gobierno. Alex Johnson pensó que no tenía objeto continuar con nuestros planes de contingencia para una respuesta militar. Yo disentí. Sabía que Nixon, con la conferencia de prensa detrás, se dedicaría ahora a una seria consideración del asunto.

Avanzada la mañana del 18 de abril, inmediatamente después de la conferencia de prensa, Nixon y yo repasamos la situación. Dije a Nixon que si no exigía una compensación o, fracasado eso, si no emprendía una acción de represalia, sería probable que tuviera que actuar de manera más audaz más adelante. Sin embargo, había tres condiciones acerca de las cuales Nixon tenía que convencerse: primero, la acción tenía que ser importante; segundo, teníamos que estar preparados para sostenerla si Corea del Norte respondía (ciertamente no podíamos sostener una prolongada guerra en tierra); y tercero, él no podía usar la fuerza a menos que tuviera tras de sí un gobierno unido. Mi opinión era que Corea del Norte no escalaría, aunque el presidente debía actuar sobre la base de que sí lo haría. Sugerí hacer personalmente y en privado una encuesta entre Rogers, Laird y Helms acerca de sus opiniones individuales, para evitar el peligro de que en la reunión del CNS siguieran lo que podrían considerar las preferencias del presidente. Nixon accedió, parcialmente porque una conferencia de prensa, por lo general, dejábalo tan agotado que trataba de evitar tensiones durante varios días después.

Rogers, Laird y Helms se mostraron unánimes en su oposición a una represalia militar contra Corea del Norte; Rogers a causa del impacto sobre la opinión pública; Laird porque pensaba que perjudicaría al esfuerzo en Vietnam y porque no habría apoyo del Congreso; Helms por una combinación de esas razones. Más avanzado el 18 de abril, informé a Nixon del consenso de sus asesores y añadí la recomendación de que no podía correr esos riesgos sobre un tema cerrado en una época tan temprana de su período presidencial y con un equipo dividido. Nixon y yo nos reunimos en la Sala del Tratado, de la Residencia. En ningún momento yo había tenido la impresión de que Nixon estaba a favor de un ataque de represalia. Había dado demasiadas largas al asunto; no había presionado a favor de un ataque en las conversaciones personales; no se había dedicado al interminable maniobrar por medio del cual eludía a la oposición cuando ya tenía una decisión tomada. Ahora que tenía efectivamente una coartada, se despachó contra sus asesores. Se libró de Rogers y Laird en la primera oportunidad; jamás volvería a consultarlos en una crisis. Ordenó nuevas incursiones de nuestro programa secreto contra los santuarios de Camboya, a fin de que Hanoi no nos tomara por indecisos. Pero la línea de fondo

era que no ordenaría una respuesta militar contra Corea del Norte. En la mañana del 19 de abril, informé de ello al grupo interdepartamental.

Nixon, no obstante, ordenó que los portaviones siguieran su viaje hacia el Mar de Japón como demostración de fuerza. Fue una amenaza no relacionada con una comprensible exigencia de acción por el otro lado, y por lo tanto, con probabilidades de ser interpretada como una actitud vacía. En nuestra inexperiencia, ni siquiera habíamos pedido una compensación a Corea del Norte; no había condiciones que ellos debieran satisfacer, por lo tanto, tampoco había medios de llegar a una solución. Los portaviones continuaron su majestuosa navegación durante varios días más, perseguidos por una flotilla de embarcaciones y pequeños dirigibles japoneses que registraban el acontecimiento para la televisión. Qué hubiera sucedido si las cosas se ponían serias sólo puede conjeturarse; con toda probabilidad, varias luminarias de la televisión japonesa se habrían convertido en víctimas. Sin embargo, una vez que hubimos notificado a nuestra burocracia, se filtró rápidamente la información de que no habría represalias. La Fuerza de Tareas 71 (como se la llamaba por entonces) navegó pacíficamente en el Mar de Japón hasta el 23 de abril, provocando una débil y privada protesta soviética a la que nosotros respondimos enérgicamente. Hacia fin de mes, la crisis se había desinflado y muerto, sin dejar resultados en términos de una penalidad a los norcoreanos por la atrocidad cometida, y pocos residuos excepto la sensación de Nixon de no haber estado del todo a la altura de su primera prueba seria. (Sin duda, ésa fue mi estimación de mi propio desempeño.)

Todavía quedaba por tratar el residuo de la casi incomprensible decisión de Laird de suspender todos los vuelos de reconocimiento. (No fue hasta el 22 de abril que la Casa Blanca recibió un memorándum del Pentágono que detallaba la extensión de la suspensión: no sólo alrededor de Corea, sino también de China, la Unión Soviética y Cuba, y sobre el Mediterráneo.) La orden del presidente disponiendo reconocimientos armados fue aprovechada para provocar otra demora, sobre la base de que primero había que reunir escoltas adecuadas de cazas. Las preguntas diarias producían respuestas evasivas. Yo me sentía cada vez más preocupado, no porque considerara esencial todas las misiones de reconocimiento aéreo sino porque el precedente de que el derribo de un solo avión podía terminar con un sistema global de reconocimientos. Las tentaciones que creaba esto para otros incidentes parecían abrumadoras. Sólo el 8 de mayo, después de una detención de casi cuatro semanas, se reanudaron los reconocimientos normales.

El incidente del EC-121 no fue especialmente significativo por la decisión de no hacer nada. Fue un escape difícil, que probablemente debió resultar de otro modo pero sobre el cual podían disentir hombres razonables. Empero, mostró fallas importantes en nuestro proceso de toma de decisiones. No hicimos ninguna evaluación estratégica; en cambio, nos enredamos con expedientes técnicos. No hubo una enérgica dirección desde la Casa Blanca. No hicimos ningún movimiento político importante; nuestros despliegues militares tuvieron lugar en el vacío. Para manejar eficazmente las crisis, las agencias y departamentos involucrados tienen que conocer las intenciones del presidente. Deben ser estrechamente vigilados para asegurarse de que los movimientos diplomáticos y militares se ensamblan correctamente. En este caso nos faltó tanto maquinaria como concepción. No presentamos exigencias que Corea del Norte pudiera aceptar o rechazar. No reunimos ninguna fuerza que pudiera presentar una amenaza creíble hasta que pasó tanto tiempo que se hizo casi irrelevante. La coordinación fue pobre; el presidente, en realidad, no llegó a decidirse. Aún así, el EC-121 fue una bendición disfrazada. Las crisis futuras serían manejadas ágilmente y con una fuerte dirección central. Establecimos el Grupo Washington de Acciones Especiales (WSAG) con ese objetivo preciso. Logramos proyectar, a partir de allí, una impresión de propósitos mucho más fuerte. El disgusto de Nixon con Rogers y Laird estuvo injustificado. Ellos brindaron su mejor opinión, sinceramente. No obstante, el resultado fue confirmar a Nixon en su aislado proceso de toma de decisiones. En las crisis futuras, él sabría lo que quería y lo obtendría, aun cuando las maniobras para llegar a ese punto fueran frecuentemente retorcidas.

En general, juzgo que nuestra conducta en la crisis del EC-121 fue débil, indecisa y desorganizada, aunque entonces fue muy elogiada. Creo que pagamos por ello en muchas maneras intangibles, en amigos desmoralizados y en adversarios envalentonados. Afortunadamente, tuvo lugar temprano y sobre un asunto relativamente periférico. Y las lecciones que aprendimos favorecieron nuestro manejo posterior de las crisis.

JAPÓN

Japón y Estados Unidos han sido aliados durante más de veinte años; la piedra basal de nuestra política en el Pacífico es, sin duda, nuestra amistad, asociación e interdependencia con esa extraordinaria nación. Difícilmente podrían ser dos pueblos más diferentes que los pragmáticos, realistas, legalmente orientados, positivistas norteamericanos y los complejos, sutiles japoneses que operan por medio de alusiones y transmiten su significado a través de una sensibilidad indirecta, casi estética, en vez de palabras.

Japón y Estados Unidos se han conocido uno al otro durante un siglo y un cuarto. Nuestra relación ha pasado por una gama increíble de etapas: de curiosidad a competencia, conflicto, ocupación, reconciliación, a alianza y mutua dependencia. Los norteamericanos somos heterogéneos en nuestros orígenes y constantemente estamos buscando redefinir lo que tenemos en común. Japón, por el contrario, es un país de cohesión y homogeneidad desusadas. Para los norteamericanos, los contratos y las leyes son las principales garantías de la paz social. Los japoneses dependen menos de las reglas legales y formales para preservar la armonía social y más en la calidad de la relación humana y en pautas no formuladas de consenso y obligación.

Estados Unidos está bendecido con un territorio vasto y amplios recursos; la abundancia se da por descontada. Japón es una gran potencia industrial, pero su prosperidad es más reciente, y más vulnerable a causa de la dependencia de su industria de alimentos, energía, y materias primas importadas y de los mercados externos.

El tópico de que es curioso que dos naciones diferentes hayan llegado a unirse es, como la mayoría de los tópicos, verdadero en lo substancial. Pero también podría aplicarse a las relaciones de Japón con cualquier otro país. Porque los logros de Japón — y ocasionalmente sus reverses — han surgido de una sociedad cuyas estructuras, hábitos y formas de tomar decisiones son únicas, y en consecuencia aíslan a Japón de todas las otras culturas. La paradoja adicional es que los japoneses han usado a los extranjeros, adquiriendo lo mejor de sus métodos y tecnología para mantener su vigor e identidad.

Una hilera de islas frente a la costa china, con picos de montañas envueltos en niebla que se alzan de un mar turbulento, sus verdeantes valles brindando generosas cosechas a la disciplina de sus labriegos, pero con otros pocos recursos naturales, Japón florece como un triunfo de la disciplina, la fe y la dedicación. Sólo los más resistentes y sufridos pueden exprimir una vida de un ambiente tan difícil. Influidos intensamente por la cultura china pero elaborándola independientemente, los japoneses desarrollaron a lo largo de los siglos un estilo tan particular que se convirtió, al mismo tiempo, en una justificación de su existencia y en una defensa contra intrusiones del exterior, una fuerza de motivación nacional y hasta un arma. Japón se convirtió más en una familia que en una nación, gobernado menos por sus leyes (que reglamentaban solamente los fenómenos superficiales y las violaciones más groseras) que por un intrincado conjunto de acuerdos que asignaban a cada japonés un papel específico. Los valores y obligaciones feudales que en otros países estuvieron limitados a una reducida clase superior, se extendieron a toda la sociedad. En esas islas atestadas, hombres y mujeres llegaron a comprender que la supervivencia dependía de la disciplina y de la cooperación, y por lo tanto, de la supresión de todas las confrontaciones. La exquisita forma japonesa de comunicación depende de no adelantar jamás una proposición que pueda ser negada; en transmitir los más delicados matices de significado de una manera que pueda permitir la retirada sin pérdida de prestigio, y que, al mismo tiempo, imponga consideración por el punto de vista del otro. Las palabras, en los sutiles matices japoneses, son solamente una pequeña parte de ese delicado proceso. Cada gesto está investido de un significado simbólico, desde la reverencia como saludo, cuyas finas graduaciones indican una jerarquía, hasta los arreglos florales sobre una mesa.

Por supuesto, existen zonas oscuras en la intrincada y apretada estructura social japonesa. La misma da al individuo japonés un sentido de sí mismo y de ese modo produce la contención y el apoyo mutuo en el contexto japonés; pero fuera de Japón, esas mismas personas pueden sentirse desorientadas, hasta feroces, cuando los criterios de conducta se evaporan en confrontación con la conducta extranjera, aparentemente bárbara.

Lo sorprendente es que el respeto japonés hacia el pasado y el sentido de singularidad cultural no ha provocado estancamiento. Otras sociedades han pagado su consagración a la tradición con un alejamiento creciente de las corrientes de la modernidad. Japón convirtió su pasado feudal en una ventaja al extender sobre toda su sociedad un sentido de respeto compartido

que hace que sus diferencias internas no puedan jamás destruir la unidad esencial con la cual enfrentó a los extranjeros. Este espíritu de singularidad resultó más útil que, por ejemplo, la creencia de China en su superioridad cultural. Japón no perdió ningún prestigio al adoptar los métodos de otras sociedades; pudo permitirse adoptar casi cualquier sistema y seguir reteniendo su carácter japonés, que no dependía ni de formas de gobierno ni de métodos económicos, sino de un conjunto de relaciones sociales complicado y compartido. Lejos de convertirse en obstáculo para el progreso, la tradición proporcionó en Japón la seguridad emocional y, ciertamente, el impulso para ensayar lo nuevo.

Después de que Japón fue «abierto» por el comodoro Perry (un delicado eufemismo por lo que en cualquier otra parte hubiera conducido al comienzo de la colonización), los japoneses, con férrea determinación, adaptaron su sociedad feudal a los imperativos de la modernidad. La institución del emperador aseguraba la continuidad mientras ellos desarrollaban una nación industrial que en cincuenta años se hizo lo suficientemente fuerte como para derrotar a una gran potencia europea, Rusia, y adoptar, en otra generación, las formas de colonialismo a las que se había resistido y que condujeron a un conflicto mundial.

La derrota en la Segunda Guerra Mundial no afectó la extraordinaria cohesión y capacidad de recuperación de Japón. Parecía que Japón tenía un radar finamente calibrado que le permitía medir el equilibrio global de poder y adaptar sus instituciones a sus necesidades, confiado en que ninguna adaptación podía perturbar la esencia de la sociedad japonesa. La democracia parlamentaria reemplazó al autoritarismo, con el emperador conservado como el símbolo de la singularidad japonesa. Japón cambió sus instituciones, reparó la devastación de la guerra y emergió, en menos de dos décadas, más poderoso que nunca.

Enfrentado a la creciente competencia de otras economías en desarrollo de Asia libre, que empezaban a disfrutar los beneficios de la mano de obra hábil y barata que fuera una vez una ventaja monopolizada por Japón, los ejecutivos japoneses trasladaron brillantemente mano de obra y recursos de industrias afectadas por la competencia a otras donde persistía su ventaja relativa. No se permitió que el sistema que da a los trabajadores seguridad de empleo de por vida se convirtiera en una justificación para el inmovilismo. Desde luego, hasta cierto grado Japón se benefició al principio de la ayuda masiva norteamericana y luego de los reducidos gastos para la defensa, hechos posibles por su confianza en el Tratado de Seguridad con Estados Unidos. Pero el éxito es, sobre todo, un tributo a la cohesión de sus instituciones y al talento de su pueblo. La capacidad de recuperación que demostró Japón en la crisis energética de 1973 subraya este punto. En dos años, una nación dependiente de la importación para el 90 por ciento de su petróleo, logró salir de su déficit de balance de pagos y restaurar su excedente por medio de una sorprendente hazaña de voluntad nacional. En mi opinión, las decisiones japonesas han sido las más perspicaces e inteligentes de las de cualesquiera grandes naciones de la era de posguerra, aun cuando los líderes japoneses han actuado con el estilo moderado y anónimo que es característico de su cultura.

Cuando la administración Nixon asumió sus funciones, teníamos dos preocupaciones con Japón: nuestras agencias estaban preocupadas por el saldo crecientemente desfavorable de nuestra balanza comercial; nuestros departamentos políticos estaban presionando a Japón para que asumiera mayores responsabilidades en el desarrollo económico y la estabilidad política, y hasta en la seguridad de Asia. Estos objetivos eran suficientemente rectos y razonables, pero la verdad era que ni yo ni mis colegas poseíamos una percepción muy sutil de la cultura y psicología japonesas. Por lo tanto, cometimos muchas equivocaciones; me agrada pensar que aprendimos mucho y finalmente construimos una relación extraordinariamente estrecha después de infligir, al principio, algunos golpes innecesarios a la sensibilidad japonesa. Lo más difícil de comprender para nosotros era que las extraordinarias decisiones japonesas eran producidas por hombres que se enorgullecían de su estilo anónimo. Es cierto que hubo grandes primeros ministros. Pero ellos trabajaron recatadamente, transmitiendo la sensación de que sus políticas reflejaban el consenso de una sociedad, no la idiosincrasia de un individuo. Podían desempeñar sus funciones con mayor o menor habilidad. Sin embargo, en el análisis final eran el producto de una tradición continuada, que determinaría sus necesidades no por medio de personalidades dominantes sino infundiéndoles sus propósitos en toda la sociedad.

Todos nosotros, formados en el estilo occidental de toma de decisiones, donde el acento se pone sobre el acto de decidir, pasamos momentos exasperadamente difíciles tratando de captar este punto. Nuestro estilo de negociación es conversacional; consiste en persuadir al interlo-

cutor a que adopte nuestro curso de acción preferido. Pero un dirigente japonés no toma una decisión imponiendo su voluntad a sus subordinados; su arte consiste en conformar las preferencias de ellos para que tomen el rumbo deseado. Un dirigente japonés no anuncia una decisión; la evoca. Los occidentales deciden rápidamente pero nuestras decisiones requieren largo tiempo para ser ejecutadas, especialmente cuando son motivo de controversia. En nuestra burocracia, cada centro de poder tiene que ser persuadido o presionado; así se diluyen la espontaneidad o la disciplina de ejecución. En Japón, este proceso *precede* al establecimiento de una política. Por ende, la toma de decisiones es lenta, pero la ejecución es rápida y unánime; y recibe un impulso adicional debido a que todos los encargados de llevar a cabo una política, han participado en el proceso de darle forma.

A los japoneses no les gusta la confrontación, la cual produce un catálogo de ganadores y perdedores identificables; se sienten incómodos con empresas cuyo resultado sea impredecible. Con ellos, las reuniones son precedidas de las visitas de innumerables emisarios, quienes sondan sutilmente las derivaciones de la posición de uno. Después de esa etapa exploratoria viene un intervalo para que se forme el esencial consenso nacional antes de la etapa formal del acuerdo. Es por esto que los ministros japoneses hablan raramente en las reuniones internacionales; están allí para recoger materia prima para su propio proceso de toma de decisiones. Los intentos de eludir este proceso y de presionar al interlocutor japonés para llegar a un acuerdo producen ocasionalmente una apariencia de éxito, debido a que la legendaria cortesía japonesa puede impedir el discernimiento de lo que es posible. Pero casi nunca resultan en acción. Esto explica el éxito de las negociaciones de Okinawa y el fracaso de las negociaciones textiles en 1969-1970.

OKINAWA

Mucho después de que nuestra ocupación de posguerra de Japón hubiera terminado en 1952, Okinawa y las otras Islas Ryukyu seguían bajo administración militar norteamericana. Nadie disputaba seriamente que la soberanía final de las islas correspondía a Japón. Nosotros manteníamos el estado de ocupación porque Okinawa habíase convertido en una de nuestras bases militares más importantes en Asia. Contábamos con sus aeropuertos para la defensa de Corea y Taiwan; la usábamos como área de tráfico para Vietnam y como instalación de emergencia para los B-52. Allí almacenábamos armas nucleares. Pero por más importante que fuera Okinawa estratégicamente, nuestra ocupación continuada de la isla a fines de los años sesenta hipotecaba nuestras relaciones a largo plazo con Japón. En especial, arrojaba sombras sobre el Tratado de Seguridad norteamericano-japonés, en torno del cual estaba edificada toda nuestra estrategia asiática. El Tratado entró en vigor en 1960 en medio de extendidos disturbios antinorteamericanos en Japón, que hicieron abortar la planeada visita del Presidente Eisenhower (*). Su expiración estaba estipulada para diez años más tarde, después de un año de preaviso por cualquiera de las partes. Ello significaba que 1970 sería un año de renovada agitación contra el tratado, provocada por elementos antinorteamericanos de Japón. Estábamos condenados a esa desdichada perspectiva si las repetidas solicitudes japonesas de una revisión del status de Okinawa no obtenían una respuesta norteamericana favorable. Los japoneses nacionalistas y radicalizados estaban unidos respecto de este asunto, los últimos como parte de una campaña antinuclear de fuerza especial en la tierra de Hiroshima y Nagasaki, y los primeros para recuperar territorios perdidos que históricamente habían sido japoneses.

Cuando el presidente Johnson y el primer ministro Eisaku Sato se reunieron en noviembre de 1967, se dijo a los japoneses que debido a nuestras elecciones, el asunto tendría que esperar hasta 1969. Por lo tanto, el asunto Okinawa era urgente cuando Nixon tomó posesión de su cargo. En el período intermedio transcurrido desde las conversaciones Sato-Johnson no hizo otra cosa que caldearse más. Hubo demostraciones públicas de protesta por el uso de nuestras bases para operaciones en Vietnam. La visita de un portaviones nuclear a Sasebo supuestamente dejó trazas de radiactividad en el agua (que Estados Unidos negó que tuviera nada que ver con la visita del buque). En febrero de 1968, la legislatura de Okinawa aprobó una resolución contra el uso de la isla como base para bombarderos B-52, y los partidos socialistas de oposición presentaron una moción similar en el parlamento japonés. En noviembre de 1968,

(*) Nixon tenía esperanzas de completar la misión de Eisenhower y ser el primer Presidente norteamericano que visitaba Japón. La mala suerte también trabajó contra él. En noviembre de 1974, Gerald Ford hizo la visita a Tokio que estaba planeada para Nixon.

en las primeras elecciones directas allí, un socialista fue elegido jefe del ejecutivo en las Ryukyus. Como uno de sus primeros actos, anunció que establecería una comisión para estudiar el cierre gradual de las bases y la devolución de las islas a Japón.

El día después de la toma de posesión de Nixon ordené un estudio interagencias de nuestra política hacia Japón, colocando a Okinawa entre los asuntos prioritarios a examinar. La urgencia que asignaba el gobierno japonés a la devolución de Okinawa fue discutida brevemente ese mismo día en la primera reunión del CNS de Nixon y también en su primera reunión formal con los jefes del Estado Mayor Conjunto, el 27 de enero. El Estado Mayor consideraba de valor inestimable nuestras bases en Okinawa, no solamente por su conveniencia para las operaciones en Indochina sino para toda nuestra posición estratégica en el Pacífico. El Estado Mayor ya empezaba a aceptar el criterio del Departamento de Estado, apoyado por mí, de que la devolución a Japón era políticamente imperativa. Sin embargo, los jefes del Estado Mayor querían asegurarse el derecho de continuar usando las bases con un mínimo de interferencias (ninguna, si era posible). También deseaban tener el derecho de seguir almacenando armas nucleares en la isla. Si Okinawa era devuelta a Japón y nuestro uso quedaba sujeto a las mismas restricciones de nuestras bases en las islas en propiedad de Japón, las instalaciones no podrían usarse para operaciones de combate sin previa consulta con Japón. Las armas nucleares quedarían enteramente excluidas, restricción que habíamos aceptado en las islas principales debido a la especial sensibilidad de Japón como única nación que sufrió un ataque nuclear; esto nos presentaría un serio problema de reubicación, puesto que no había bases convenientes cercanas. Sin embargo, yo estaba decidido, en estrecha colaboración con el Departamento de Estado, a encontrar una solución que contemplara las necesidades de cada parte. Mientras se desarrollaban nuestros estudios interagencias, el primer ministro Sato habló a la Dieta japonesa, en febrero de 1969, de su «firme determinación» a volver a unir a Okinawa con Japón y a plantear la cuestión al nuevo presidente norteamericano. Como para subrayar este punto, los habitantes de Okinawa realizaron demostraciones masivas alrededor de un campo de aviación de Estados Unidos, en protesta por la presencia de aviones B-52 usados en nuestras operaciones en Indochina.

Aquí corresponden unas palabras acerca de mi amigo Eisaku Sato. Como todos los dirigentes japoneses, él operaba anónimamente; jamás pretendía tener poder de decisión más allá del consenso nacional. Empero, su fuerza moral era tan grande como para que quedaran pocas dudas de que contribuía a conformar ese consenso. Era él, no hace falta decirlo, japonés hasta la médula; también era un amigo sincero de Estados Unidos y veía en la asociación de los antiguos enemigos la mejor garantía para la paz y el progreso en Asia Oriental y toda la región del Pacífico. Su consagración fundamental era a Japón; su consagración en política exterior era a la alianza con Norteamérica; su pasión era la paz. Manejaba difíciles negociaciones con extraordinaria delicadeza y sabiduría. No merecía la mala suerte que fueron los choques de Nixon —el viaje secreto a Pekín y el paquete de medidas económicas del verano de 1971—, infligidos durante su permanencia en funciones. (Nosotros creímos que no teníamos alternativa, como explicaré en capítulos posteriores.) Era suficientemente generoso como para no permitir que ello perjudicara nuestras estrechas relaciones. Yo admiraba tanto su carácter que en junio de 1972, durante sus últimas dos semanas en el cargo de primer ministro, hice un viaje especial a Japón para consultarlo ostentadamente y cenar con él como demostración simbólica de nuestro respeto hacia este gran líder. Aun después que dejó el cargo, nunca visité Japón sin solicitar verlo. Me enorgullezco de haberlo tenido como amigo personal. Cuando ganó el Premio Nobel de 1974, lo considero como un lazo adicional entre nosotros. Para mí, él encarnaba la serena fortaleza interior, la sabiduría y la dignidad que son lo mejor de Japón. Murió demasiado pronto para todos los que creemos en la paz y la libertad. ?

Mientras avanzaba el estudio interagencias, yo elevaba frecuentes informes a Nixon. El 8 de marzo le envié un documento del Estado Mayor Conjunto, presentado por el secretario Laird, donde se reiteraba la preocupación de los jefes del Estado Mayor sobre el almacenamiento de armas nucleares y el uso irrestricto militar no nuclear de las bases. Diez días después envié a Nixon un memorándum esbozando los elementos esenciales de la decisión que tenía ante él. La realidad política era que las presiones en Japón en pro de la devolución eran ahora incontenibles; la agitación contra nuestra presencia no solamente constituía un peligro físico a nuestro uso de las bases sino que podía también amenazar la posición política de Sato y del Partido Liberal Democrático gobernante, el cual había iniciado y mantenido el alineamiento

de Japón con Estados Unidos durante dos décadas. En resumen, los costos militares y políticos de tratar de mantener el statu quo superaban al costo militar de contar de alguna manera con menos flexibilidad para operar las bases de Okinawa bajo soberanía japonesa. Ciertamente, nuestra negativa a negociar un acuerdo podía llevar, como cuestión práctica, a la pérdida total de las bases.

Por una vez, el gobierno de Estados Unidos estuvo unido en torno de un asunto. En abril pudimos lograr un consenso sobre los principios esenciales de nuestra política general hacia Japón. Hubo acuerdo en que Japón era la piedra basal de nuestra política asiática y en que nuestro objetivo básico era fortalecer esa relación. Trataríamos de continuar el Tratado de Seguridad, sin enmiendas, después de 1970, suponiendo que Japón no se viera desgarrado por cismas domésticos al respecto. Alentáramos a Japón a que desempeñara un papel político más grande en Asia y a que hiciera moderados incrementos en su capacidad de defensa, aunque no ejerceríamos presión para que reuniera fuerzas substancialmente más grandes. Se llegó a un acuerdo sobre estos principios en una reunión del Grupo de Revisión, el 25 de abril, y el 30 del mismo mes, en una reunión del CNS, los mismos recibieron la bendición de Nixon.

También se progresaba en los aspectos técnicos de la cuestión de la devolución. Los jefes de Estado Mayor habíanse resignado a reducir el número de bases en Okinawa; aceptaban que si no podíamos obtener el acuerdo japonés para el uso irrestricto de las bases para operaciones de combate en Asia, podríamos conformarnos con derechos irrestrictos para la defensa de Corea, Taiwan y Vietnam, reforzados por un reconocimiento japonés de los intereses comunes de defensa en Asia. En realidad, éste era un punto teórico sin diferencia práctica. Era difícil imaginar qué áreas querríamos defender desde Okinawa fuera de las mencionadas. El principal punto de desacuerdo era que los jefes de Estado Mayor insistían en un derecho continuado a usar nuestras instalaciones de Okinawa para el almacenaje de armas nucleares. En la reunión del CNS del 30 de abril, Alex Johnson, subsecretario de estado para asuntos políticos y ex embajador en Japón, resumió el asunto clave: si se la manejaba adecuadamente, nuestra devolución de Okinawa podría servir como incentivo para que Japón asumiera una mayor responsabilidad en la política y en la defensa de Asia. Pero el aspecto nuclear era sumamente delicado; necesitábamos demostrar cierta comprensión de la sensibilidad japonesa.

Las negociaciones sobre Okinawa que siguieron a la reunión del CNS, demuestran cuánta tensión nerviosa hubiera podido evitarse y cuánto más efectivamente habría funcionado nuestro gobierno si la Casa Blanca y el Departamento de Estado hubieran logrado la misma compatibilidad en otros asuntos. En la ejecución de la decisión de Nixon del 30 de abril, Alex Johnson dirigió el proceso interdepartamental cotidiano en Washington; el embajador Armin Meyer dirigió hábilmente las negociaciones en Tokio. Mi contribución fue brindar un clima general de apoyo e intervenir ante los japoneses en momentos claves. Consideré que mi papel era demostrar el interés del presidente por un resultado de éxito.

Con ese ánimo, el 21 de mayo discutí el punto de vista de Japón sobre su futuro papel en Asia con el embajador japonés, Takeso Shimoda. El acentuó que si el asunto Okinawa quedaba arreglado en 1969, Japón estaría dispuesto a asumir responsabilidades asiáticas en un grado mucho mayor. Yo reconocí que ése no era un compromiso exigible ni excesivamente preciso, de modo que me limité a darle seguridades igualmente nebulosas de que el presidente se acercaría a las próximas negociaciones con un espíritu positivo.

La decisión de Nixon sobre los aspectos técnicos fue comunicada a las agencias a fines de mayo. Seguía el consenso de la reunión del CNS: si obteníamos un entendimiento satisfactorio para el uso de las bases para la defensa de Corea, Taiwan y Vietnam, Nixon devolvería Okinawa a la soberanía japonesa y tendría en cuenta las sensibilidades japonesas con respecto al asunto nuclear. En otras palabras, sugería que no insistiría en el derecho a almacenar armas nucleares en Okinawa. A los cuatro días de esta directiva presidencial, su esencia se filtró subrepticamente a *The New York Times*. Nuestra posición de negociación estuvo así impresa y publicada antes de que las negociaciones siquiera hubieran empezado.

Las negociaciones formales entre funcionarios norteamericanos y japoneses empezaron con gran impulso en junio de 1969, por canales diplomáticos. Para entonces, otro asunto había surgido en el diálogo norteamericano japonés, no relacionado con Okinawa pero sí íntimamente vinculado: los textiles. Mientras que las negociaciones sobre Okinawa fueron ejemplo de alta política, el problema de los textiles resultó un caso de baja comedia, de frustración y casi de fiasco.

Por varias razones, nuestra balanza comercial con Japón era crónicamente deficitaria. Fuera a causa de la extraordinaria productividad japonesa, como sostenían los japoneses, o a causa de que los japoneses hacían «dumping» en el mercado norteamericano y ponían barreras a la penetración de su propio mercado por otros países, como insistían algunos de nuestros expertos en comercio, las exportaciones japonesas a Norteamérica, especialmente en productos manufacturados, excedían de lejos a las exportaciones norteamericanas a Japón. Japón gozaba de fácil acceso a nuestro mercado; nosotros no teníamos una igual oportunidad en Japón. El resultado era que la competencia japonesa convertíase en un desafío feroz y a veces abrumador para muchas industrias norteamericanas, y evocaban temores de desempleo provocado por las prácticas comerciales de otra nación. Los hombres de negocios, legisladores y funcionarios económicos norteamericanos reclamaban insistentemente algo más de flexibilidad japonesa en cuestiones económicas para facilitar el camino a la acción norteamericana respecto de Okinawa. Nuestras agencias económicas, cada una representativa de un diferente grupo de interés, bombardeaban a los japoneses con una andanada de demandas, incluyendo medidas para restringir las exportaciones japonesas de textiles de lana y sintéticos o para reducir las barreras a las inversiones de capitales norteamericanos. La plétora de propuestas era en realidad, contraproducente: los japoneses elegían las menos onerosas para ellos. Los japoneses tenían una política coherente; nosotros teníamos solamente un conjunto de demandas separadas. Esto permitía a los japoneses elegir de entre nuestros muchos esquemas los que les resultarían menos gravosos, a menudo involucrando rubros cuya exportación los japoneses ya habían cambiado. Decidieron, por ejemplo, liberalizar las condiciones para las inversiones norteamericanas en Japón, bien conscientes de que había muchos obstáculos administrativos, sociales y culturales más allá de la legislación formal; hasta anunciaron una empresa conjunta con Chrysler. Informé de esto a Nixon y recomendé que ordenáramos nuestras prioridades. Él estuvo de acuerdo y escribió en mi memorándum: «Esta liberalización de capitales no es importante para nosotros. Debemos conseguir algo sobre textiles.»

Los textiles eran un punto muy sensible para Nixon. Los empresarios textiles del sur norteamericano estaban entre los industriales más duramente golpeados por la competencia japonesa; muchas plantas habían tenido que cerrar; también representaban un poderoso y efectivo grupo de influencia. Esto había impulsado a Nixon candidato a hacer a los delegados y votantes sureños, en el año anterior, y como parte del inescrutable ritual tribal norteamericano asociado con años divisibles por cuatro, la rotunda promesa de que haría algo acerca del problema textil.

La nueva administración estaba decidida a cumplir la promesa de Nixon. El Secretario de Comercio Maurice Stans y los asesores de la Casa Blanca Robert Ellsworth y Peter Flanigan querían confrontar inmediatamente a los japoneses para obtener un acuerdo voluntario para reducir las exportaciones japonesas de textiles. Como político aficionado, yo no creía apropiado elegir una industria para una consideración especial hasta que hubieran sido completados nuestros estudios generales económicos y políticos. Por lo tanto di largas al asunto, ocultándome tras el proceso de toma de decisiones del CNS. Pronto recibí una lección: Nixon me dijo, en términos bien claros, que quería lograr un acuerdo sobre textiles y que yo, como asesor presidencial, tenía que contribuir a ese objetivo. Esto era más fácil de decir que de hacer debido a que mi ignorancia del tema era enciclopédica. Tuve que aprender todo un vocabulario de comercio internacional, como «técnicas de subsidio a la exportación», junto a la arcaica complejidad de los «puntos gatillo» (en los cuales entrarían en efecto las restricciones) y «categorías» (que estarían sujetas a restricciones), todo lo cual logré misericordiosamente volver a olvidar. El único elemento que perdura en mi memoria es el respeto hacia nuestros expertos económicos frente al ingenio japonés, que los llevaba a insistir en cubrir cada categoría de textiles concebible en las negociaciones; estaban convencidos de que si alguna quedaba afuera, los astutos japoneses usarían el agujero para evadir todo el acuerdo.

Con pena, y más tarde con lamentaciones, me vi catapultado dentro de esas negociaciones. Mi papel era dar el toque presidencial a posiciones que me entregaban Maury Stans y Peter Flanigan; yo sólo podía transmitir las, no negociarlas, porque una vez que abandonaba la posición que me daban no tenía asidero intelectual de ninguna clase. Como en una negociación posterior con Pompidou sobre asuntos monetarios, esto me hacía inmovible: sin una posición de retirada o la tentación a ser imaginativo por parte mía, quedaba a la otra parte ceder si quería llegar a un acuerdo.

Mis complicaciones empezaron cuando Sato, en buen estilo japonés, envió como explorador a un amigo personal suyo y mío, quien no tenía cargo oficial en el gobierno japonés. El «no oficial» estaba ahora negociando con el «no informado». Tanto el emisario como yo podíamos ser fácilmente desautorizados; pronto construimos una intrincada pieza de teatro Kabuki. El 18 de julio, el emisario de Sato vino a verme. Allí establecimos el canal secreto eludiendo las burocracias de ambos países (excepto que en este caso, debido a mi ignorancia del tema, yo mantenía meticulosamente informados a los actores principales de nuestro lado). Sato quería llegar a un entendimiento con Nixon sobre los temas básicos de principio, tanto en el asunto nuclear como en el de los textiles. Una vez que estuvieran establecidos los puntos básicos, se diría a las burocracias de ambos países que elaboraran los detalles. Llamé a Nixon y le conté de la propuesta de Sato. Se mostró entusiasta: «Probemos a hacerlo y no perdamos tiempo con el Departamento de Estado.»

Nixon siempre había sido perspicaz acerca de las relaciones con Japón. En su artículo publicado en *Foreign Affairs* en 1967, titulado «Asia después de Vietnam», había escrito:

No confiar hoy a Japón sus propias fuerzas armadas y no darle la responsabilidad de su propia defensa sería colocar a su pueblo y a su gobierno bajo una incapacidad que, cualesquiera que sean sus raíces en la penosa historia reciente, no se ajusta al papel que Japón *debe* desempeñar ayudando a consolidar la seguridad de Asia no comunista.

Y en el mismo artículo, la concepción de Nixon del importante papel de Japón en la seguridad regional relacionábase también con su punto de vista sobre la evolución del papel de Estados Unidos:

Cansados de la guerra, descorazonados con aliados, desilusionados con la ayuda, desalentados por las crisis domésticas, muchos norteamericanos están oyendo el llamado de un nuevo aislacionismo. Y no están solos: en todo el mundo existe una tendencia a volverse hacia adentro, a volverse provincianos y aislacionistas, tendencia muy peligrosa. Pero no podrá haber seguridad ni paz de aquí a una generación a menos que reconozcamos ahora lo vasto de las fuerzas actuantes en Asia, donde vive más de la mitad de la población mundial y donde está acumulándose el mayor potencial explosivo.

Pasé unos pocos días más revisando los asuntos con el emisario antes de mi partida con el presidente en el viaje para presenciar el descenso de la Apolo 11 y alrededor del mundo. El emisario y yo acordamos los planteamientos generales de un acuerdo sobre textiles que sería negociado a través de canales diplomáticos. El tema nuclear fue dejado para consideración posterior.

La atmósfera armoniosa fue alterada por uno de esos embrollos que nadie puede prever y que cuando suceden, parece que no terminarán nunca. Cierta gas nervioso del ejército de Estados Unidos había sido almacenado en tubos en Okinawa. Un mayor, cuyo sentido estético excedía a su buen criterio, decidió hacer pintar los tubos de blanco. El sopleteo con arena para alisar la superficie antes de pintarlos abrió accidentalmente agujeros en algunos tubos, y el gas escapó. La presión de los medios y del Congreso aumentó rápidamente. La atención japonesa centróse como nunca sobre Okinawa. Durante un par de semanas, gran parte del tiempo de personas serias fue consagrado a encontrar un lugar donde pudiera ser trasladado el gas en Estados Unidos, donde ningún estado quería tenerlo de paso hacia su destino final. Por último se lo trasladó a la isla Johnston, en medio del Pacífico, y allí se destruyó.

El Secretario de Estado Rogers visitó Tokio a fines de julio (separándose de la gira presidencial por el Sudeste Asiático) para continuar las conversaciones formales con los japoneses sobre Okinawa. Lo acompañaron Maury Stans y el Secretario de Agricultura Clifford Hardin, quienes se le unieron en conversaciones a nivel de gabinete sobre comercio y otros temas económicos. El comunicado posterior a sus reuniones reveló solamente que Rogers y el ministro del exterior Kiichi Aichi habían «discutido el problema de la devolución a Japón de los derechos administrativos sobre Okinawa». Pero los japoneses dejaron filtrar rápidamente a la prensa, y Rogers lo confirmó en una conferencia de prensa el 3 de agosto, que Estados Unidos había accedido en principio a la devolución de Okinawa. Esto reforzó la previa decisión de Nixon y Sato de confinar las discusiones más delicadas al menos poroso canal privado.

Las negociaciones avanzaban con suficiente fluidez como para que Sato fuera invitado a

viajar a Washington en noviembre para reuniones cruciales que arreglarían finalmente el asunto de Okinawa. En realidad, dos asuntos fueron dejados para los líderes: el almacenaje nuclear en Okinawa, que estaba explícito, y el asunto de los textiles, acerca del cual no podían revelarse las concesiones para no minar la base doméstica de Sato. Que el presidente insistía en un acuerdo sobre textiles me fue expresado muy claramente por el lado político de la Casa Blanca. Yo no sentía nada de entusiasmo por vincular un tema de importancia estratégica fundamental con un problema político doméstico transitorio, y chantajear efectivamente a los japoneses en un asunto de esa clase. Pero en 1969 no me hallaba en una posición lo suficientemente fuerte para bloquear el criterio colectivo.

Mientras que para Nixon evitar la confrontación era una idiosincrasia personal, para Sato era un imperativo cultural. Las necesidades de los dos líderes de tener un resultado bien ensayado coincidían totalmente. Por lo tanto, diez días antes, el emisario de Sato llegó para elaborar conmigo los principales entendimientos a concertar y el lenguaje a adoptar en el comunicado que se publicaría. Alex Johnson y el Secretario Asistente Marshall Green, quienes estaban al tanto de mis conversaciones confidenciales con el emisario de Sato, recomendaron mantener en reserva la decisión presidencial (de no insistir en el almacenaje nuclear) hasta último momento a fin de obtener las máximas concesiones en el asunto de los textiles. Dije friamente al emisario que la decisión final sobre el tema nuclear quedaría para la llegada de Sato, a fin de que la misma pudiera ser «logro de él cuando llegue aquí».

La estrategia funcionaba en el corto plazo; pero iba más allá de la capacidad de acción de Sato. Sato estaba en desventaja. Una vez que hubiera venido, no podría dejar fracasar las negociaciones sobre el tema nuclear, puesto que ello habría puesto en peligro la relación de seguridad con Estados Unidos, pilar de la política exterior japonesa. Por lo tanto, el emisario me dijo que Sato accedería a un acuerdo amplio por el cual los japoneses limitarían sus exportaciones textiles a Estados Unidos a niveles específicos. Maury Stans me dio una fórmula para esas limitaciones, que entregué en su forma prístina; por mí, hubiera podido estar escrita en japonés. El emisario voló a Tokio para informar a Sato; después de unos pocos días, confirmó que las limitaciones propuestas eran aceptables. Parecía estar listo el decorado para una reunión con éxito entre Nixon y Sato.

Entonces, dos días antes de la llegada de Sato, recibí una frenética llamada telefónica desde Tokio. Era el emisario de Sato. Para ocultar su identidad y confundir por dos minutos a cualquier servicio de inteligencia que estuviera escuchando, había adoptado el «nom de guerre» de «profesor Yoshida»; habló elípticamente de «mi amigo» (Sato) y «su amigo» (Nixon) al subrayar el problema de la línea telefónica abierta. (Las conversaciones de «mi amigo/su amigo» iban a convertirse en un rasgo característico de mi vida por un extenso período y finalmente pondrían a prueba mi cordura.) En esta conversación, él me informó que Sato («mi amigo») no podría arreglar el asunto textiles en una negociación secreta; simplemente, no podría cumplir sus promesas. Por razones domésticas, prefería hacer que la posición acordada surgiera de las conversaciones formales sobre comercio que se realizaban en Ginebra. «Yoshida» confirmó que el resultado sería las cifras específicas acordadas; pero que el proceso, de alguna manera demorado, permitiría la articulación del consenso japonés. Consulté a todas las partes interesadas de nuestro gobierno; todos estuvieron de acuerdo con este procedimiento. Hubiéramos debido darnos cuenta de lo que iba a suceder. Si Sato no era lo suficientemente fuerte para cumplir su acuerdo cuando Okinawa estuviera en la balanza, seguramente sería capaz de hacerlo en una negociación puramente comercial, donde las concesiones tendrían que ser hechas principalmente por el lado japonés y nosotros no tendríamos disponibles presiones obvias.

Sato llegó a la Casa Blanca el 19 de noviembre de 1969. Representaba a un país que se apoyaba en Norteamérica para toda su seguridad y política exterior. Su Japón contaba con la fuerza, la decisión y el liderazgo de Estados Unidos. Ciertamente, en el brindis de la cena de esa noche, Sato derramó elogios sobre la hazaña del alunizaje de la *Apolo 12*, que acababa de tener lugar; para Sato, esta fue «no sólo la victoria del superior poder de organización de Estados Unidos, sino también la victoria de la imaginación y el coraje del pueblo norteamericano».

Esta actitud animó su conversación con Nixon. Encontró a Nixon con un estado de ánimo favorablemente receptivo. Además de haber reflexionado sobre las relaciones norteamericano-japonesas, Nixon había visitado Japón seis veces como ciudadano particular y tenía una elevada opinión de su potencial y sus líderes. Admiraba especialmente al medio hermano de Sato, Nobusuke Kishi, el ex primer ministro que renunció a causa del embarazo que le produjo haber

tenido que cancelar la visita de Eisenhower planeada para 1960. Sato, también, ya le era favorablemente conocido.

Sato confirmó la vigorosa decisión de su gobierno de continuar el Tratado de Seguridad por un «periodo considerablemente largo». Un acuerdo sobre Okinawa, reafirmó Sato, sería una importante contribución para contrarrestar la oposición a las relaciones norteamericano-japonesas. Con Okinawa fuera del camino, indicó Sato, Japón sería capaz de incrementar su capacidad defensiva. Nixon expuso su posición personal hacia Japón siguiendo las líneas de su artículo de 1967 publicado en *Foreign Affairs*. Alentó a Japón a que asumiera un mayor papel en la defensa del Pacífico y expresó su placer ante los recientes esfuerzos japoneses de incrementar sus fuerzas aéreas y navales. Nixon también esperaba que Japón contribuiría al fortalecimiento de Asia libre por medio de asistencia económica y técnica a los países en desarrollo de la región. Sato estuvo de acuerdo con estas proposiciones, y desde luego, el comunicado conjunto afirmó la participación japonesa en la seguridad de Corea del Sur, Taiwan y Vietnam del Sur. Japón también hizo una promesa general de «hacer contribuciones activas adicionales a la paz y prosperidad de Asia». Para dar expresión simbólica a estos intereses comunes, se estableció una línea directa (teléfono rojo) entre Tokyo y Washington. (Al principio, estos preanuncios de activismo japonés fueron mal recibidos en Pekín. En mi primera visita a Pekín, Chou En-lai nos acusó de tentar a Japón hacia tradicionales sendas nacionalistas. Me llevó cierto tiempo convencerlo de que la alianza norteamericano-japonesa no estaba dirigida contra China; desde luego, la forma más segura de tentar al nacionalismo japonés hubiera sido que China y Estados Unidos se lanzaran a una competencia por los favores de Tokio.)

El efecto que tuvo todo esto sobre el asunto Okinawa fue que las expresiones filosóficas del interés japonés en la seguridad de Corea, Taiwan y Vietnam daban la fórmula para el principio del derecho esencialmente irrestricto a usar armas convencionales en defensa de esos países. Esto deja la cuestión nuclear. Nixon había accedido a renunciar al derecho de almacenar armas nucleares en Okinawa; nos parecía importante retener el derecho de volverlas a introducir en caso de emergencia. El resultado fue un complicado diálogo entre «Yoshida» y yo para hallar una fórmula que contemplara las necesidades domésticas de ambas partes. Los japoneses querían una declaración en el sentido de que a las armas nucleares se las trataría de acuerdo con «la política del gobierno japonés tal como la describió el primer ministro». Esto podía significar cualquier cosa; en el contexto japonés, estaba destinado a ser interpretado como prohibición de introducción de armas nucleares. Por la otra parte, nuestro Estado Mayor Conjunto insistía en *alguna* fórmula sobre la que pudiera basar la reintroducción de armas nucleares en una emergencia. En un sentido, estábamos discutiendo innecesariamente: una decisión de la magnitud de introducir armas nucleares no dependería de las cláusulas de un comunicado de larga data, sino de las condiciones imperantes en el momento. Empero, la devolución necesitaría aprobación doméstica en *ambos* países, y eso no se podría obtener sin alguna solución al dilema.

Alex Johnson y yo encontramos finalmente una fórmula tan ingeniosa como vacía. El Tratado de Seguridad norteamericano-japonés tenía una estipulación sobre consultas previas en casos de emergencia. Presenté esta fórmula a «Yoshida», quien a su vez obtuvo la aprobación de Sato.

Esto todavía dejaba pendiente el problema de cómo surgiría la fórmula y quién la haría emerger. «Yoshida» y yo elaboramos un cuidadoso guión que hicimos ensayar varias veces a nuestros jefes a fin de que quedaran los registros adecuados. «Yoshida» consultó con Sato, quien pensó que daría resultado.

Sato empezaría con la habitual posición japonesa de oponerse a *cualquier* introducción de armas nucleares. Nixon contestaría presentando una formulación muy dura de nuestra posición máxima. Sato, después de unos pocos minutos de reflexión, propondría el compromiso previamente acordado. Después de reflexionar sobre la cuestión, para beneficio de los funcionarios (o, por lo menos, «for the record»), Nixon aceptaría la «transacción» de Sato. De ese modo, la fórmula sería una idea japonesa; no había sido impuesta; los protocolos serían prístinos.

Con ese espinoso asunto fuera del camino, el resto se desarrolló fluidamente. Nixon y Sato acordaron que los derechos administrativos sobre Okinawa debían volver a Japón y que las discusiones técnicas se iniciarían con el objetivo de completar la devolución para 1972. (El plazo se cumplió: Okinawa fue devuelta a Japón el 15 de mayo de 1972.) El uso de las bases para conflictos convencionales se trató cuando ambas partes expresaron su acuerdo de que la devolución debía tener lugar «sin detrimento a la seguridad del Lejano Oriente» y, por lo tanto, «no debería

entorpecer el efectivo cumplimiento de las obligaciones internacionales asumidas por Estados Unidos para la defensa de países del Lejano Oriente, incluido Japón». El comunicado final de la visita de Sato señaló la promesa del presidente Nixon, con respecto a Okinawa, de reconocer «el especial sentimiento del pueblo japonés contrario a las armas nucleares.» En otras palabras, Okinawa sería tan «nuclearmente libre» como el resto de Japón, pero sin excluir las posibilidades de consultas conjuntas en emergencias, como estipulaba el Tratado de Seguridad (2). Sato expresó privadamente «honda gratitud» a Nixon por esta «magnánima» decisión de devolver Okinawa.

Así terminó una compleja negociación con un acto de perspicacia de estadistas cabales. Las crisis evitadas no hacen titulares. En la superficie, nosotros cedimos en Okinawa; en la realidad, preservamos las relaciones norteamericano-japonesas. Retiramos las armas nucleares de la isla y aceptamos algunas restricciones limitadas al uso convencional. Por medio de estas medidas evitamos perderlo todo. Nuestras bases en Okinawa han seguido operando sin ninguna interferencia ni oposición pública de importancia desde 1972. Y las negociaciones de Okinawa sentaron las bases para una fortalecida asociación con Japón. Nixon estaba eufórico y no estuvo muy desacertado cuando declaró en la partida de Sato: «En estas ocasiones se acostumbra decir que se inicia una nueva era en las relaciones de los dos países involucrados. Hoy, sin embargo, creo que no puede cuestionarse que, efectivamente, empieza una nueva era entre Estados Unidos y Japón, en nuestras relaciones no sólo bilateralmente en el Pacífico, sino en el mundo.» Y Sato respondió en un tono similar en una carta: «Estoy convencido de que nuestros dos países han entrado ahora en una era de relaciones mutuamente cooperativas, apoyadas en unos cimientos mucho más sólidos que antes.»

La felicidad sobre nuestra relación japonesa se intensificó con los resultados de las elecciones generales japonesas del 27 de diciembre de 1969, que devolvieron al poder a los demócratas liberales de Sato con una mayoría parlamentaria todavía mayor que lo esperado (288 de 486 en la cámara de diputados). Lo consideramos una aprobación a las negociaciones de Okinawa. Los japoneses partidarios de la relación norteamericana salieron fortalecidos; Sato, cuando se retirara, estaría en condiciones de influir sobre la elección de su sucesor. Con cierta justificación, el Informe sobre Política Exterior de Nixon, de febrero de 1970, citaba la iniciativa de Okinawa «entre las decisiones más importantes que he tomado como presidente».

ESPEJISMOS TEXTILES

Los textiles seguían siendo un problema mucho más espinoso. «Yoshida», que estaba en Washington desempeñando su papel de intermediario secreto, me llamó la noche siguiente a la llegada de Sato para decirme que éste tenía ciertas dudas sobre el guión por el cual nuestra fórmula para amplios límites a la exportación de textiles sería convenida en Ginebra, y que quería «pensarlo» un poco más. Expresé desaliento ante la posibilidad de que nuestro entendimiento pudiera derrumbarse tan rápidamente. A la mañana siguiente, «Yoshida» volvió a llamar para decir que «su amigo» se atendería al guión planeado. Después de las elecciones japonesas, Sato movería las cosas para obtener el resultado convenido en las conversaciones formales en Ginebra. Pero esto podría funcionar solamente si no se hacía referencia a los textiles en el comunicado. Puesto que la solución tenía que surgir de una negociación que todavía no había comenzado, difícilmente podía Sato indicar su resultado por adelantado. Y se perjudicaría la nueva relación si se daba la apariencia de que nosotros habíamos cambiado Okinawa por concesiones sobre textiles. Las porciones económicas del comunicado, por lo tanto, fueron bastante elocuentes acerca de otro de los temas favoritos de Maury Stans, comprometiéndolo al gobierno de Sato a levantar las barreras a las importaciones extranjeras y a las inversiones en Japón. Pero nada sobre el problema de los textiles.

Sin embargo, las cosas parecían seguir avanzando. En las conversaciones del segundo día con Nixon, Sato prometió explícitamente que el problema de los textiles sería resuelto según los deseos del presidente. Sato declaró que asumía toda la responsabilidad, que era su «credo personal» y su «voto» mantener su palabra, que comprometía su sinceridad y todos sus esfuerzos a tal fin. Nixon dijo que eso bastaba para él, y los dos líderes se estrecharon la mano. Sato no usó la palabra «amplio», pero «Yoshida» me aseguró en una conversación, esa noche, que Sato haría honor al entendimiento. Después de que Sato regresó a su país, «Yoshida» volvió a llamarme en diciembre para confirmar las seguridades de Sato en el sentido de que habría un acuerdo

bilateral sobre textiles que sería amplio en sus efectos, aunque la palabra no sería usada para evitarle problemas domésticos a Sato. Esto era bastante razonable, puesto que Sato acababa de convocar a elecciones generales para el 27 de diciembre.

En las negociaciones es peligroso apuntar a resultados que están más allá de las capacidades de la estructura doméstica de una de las partes, por no decir de ambas. El problema textil no fue finalmente resuelto como convinieron Nixon y Sato porque prácticamente nadie en ninguno de los dos gobiernos entendía cómo alcanzar el objetivo o ni siquiera cuál era precisamente el objetivo. Los funcionarios japoneses de niveles inferiores rechazaron inmediatamente nuestras propuestas oficiales basadas en el acuerdo Sato-Nixon. Yo llamé a «Yoshida», quien volvió a decirme que Sato haría honor al entendimiento pero que estaba manteniendo su existencia en secreto en Japón, en la esperanza de que ello le haría más fácil, políticamente y burocráticamente, producir el resultado deseado. Yo transmití todo esto a Alex Johnson, diciéndole: «Es un drama Kabuki». Resultó ser algo más parecido a un relato de Kafka.

Las discusiones formales norteamericano-japonesas sobre textiles continuaron a varios niveles; en ninguno de ellos el gobierno japonés ofreció o aceptó una posición parecida a la que Sato había prometido. Sato se enfrentaba con una inmovible oposición de la industria textil japonesa y de sus abogados en el Ministerio de Comercio Internacional e Industria (MITI), la contrapartida japonesa de nuestro Departamento de Comercio. No había ninguna forma legal por medio de la cual Sato pudiera forzar una solución a esta industria desfavorablemente dispuesta. En un momento, Sato realizó una recomposición de gabinete en la que reemplazó al ministro del MITI, pero el nuevo ministro resultó tan opuesto como el anterior al otorgamiento de concesiones.

Nuestra parte complicó el problema. Para hacer funcionar el guión Sato-Nixon nosotros teníamos que presentar una posición muy dura que permitiría a Sato presentar su acuerdo con Nixon como una transacción. Sin embargo, nuestros funcionarios de nivel medio, cuyo conocimiento de lo que era posible se basaba en las declaraciones de sus contrapartidas japonesas, nunca creyeron que podríamos lograr demandas máximas. Insistían en presentar lo que ellos consideraban posiciones realistas y no aferrarse a las posiciones de línea dura que requería el guión; nuestros negociadores presentaron lo que nosotros les dijimos que era el resultado convenido. Eso, desde luego, puso a Sato en la insostenible posición de pedirle que aceptara la posición norteamericana en vez de una exigencia dura, y provocó llamadas telefónicas desesperadas de «Yoshida» acusándome de quebrar el compromiso de presentar una posición norteamericana inicial que fuera dura. Seguramente, fue una de las poquísimas ocasiones en que un gobierno extranjero se quejó de haber recibido una propuesta demasiado conciliatoria. Mientras tanto, crecían las presiones en el Congreso de Estados Unidos para poner en marcha la artillería más pesada de la guerra económica: legislación para imponer severas restricciones de cuotas a las importaciones textiles japonesas. En vez de resolverse armoniosamente, el tema textil amenazaba con convertirse en una confrontación.

En febrero de 1970, «Yoshida» me invitó a Japón para resolver el problema. No del todo ansioso por sumergirme tan profundamente en una negociación que entendía poco y a cuya solución no podía aportar una contribución substancial, pedí a Alex Johnson que presentara una alternativa. Alex sugirió a Phil Trezise, un experto en comercio del Departamento de Estado. «Yoshida» rechazó a Trezise por ser de nivel demasiado bajo: quería un miembro del gabinete. La elección recayó sobre Maury Stans. Habiendo cumplido su deseo, «Yoshida» llamó cinco días más tarde para decirme que tendríamos que demorar. Los japoneses no podían poner su casa en orden; todavía no tendría sentido que Stans viajara.

En cambio, un negociador japonés llegó en marzo a Washington con propuestas que resultaron insatisfactorias; «Yoshida» me llamó para decirme que las propuestas sólo «parecían» inaceptables; la verdadera posición japonesa era más flexible. Esto no resultaba aparente para Alex Johnson, Maury Stans, o yo. Entonces recibí más llamadas telefónicas de «Yoshida» prometiendo propuestas mejores y rogándome que no interrumpiera la negociación. Hice mi ahora habitual ronda de verificaciones con Johnson y Stans, y dije a «Yoshida» que esperaríamos sus nuevas propuestas. Nunca sabremos lo que hubiera podido suceder, pero en ese punto un prominente hombre de negocios norteamericano, partidario del libre comercio y deseoso de hacer anular la legislación restrictiva, propuso en Tokio su propia fórmula de transacción. Actuaba por cuenta propia, pero los japoneses se refugiaron en sus propuestas. Estas eran menos de lo que había sugerido el Departamento de Estado, las que a su vez eran demasiado «blandas»

para permitir a Sato presentar una fórmula de transacción, y menos de lo que «Yoshida» me había llevado a creer que Sato podría estar dispuesto a ofrecer. Entonces no debe sorprender que los japoneses aceptaran rápidamente las ideas del hombre de negocios; por consejo de Stans y Johnson tuve que llamar a «Yoshida» para decirle que el hombre de negocios estaba actuando por su cuenta, sin autoridad. Nixon me dijo que «elaborara el trato» con el emisario de Sato; había «demasiada gente en la comedia». Yo estuve de acuerdo; era difícilmente sensato dejar que los japoneses eligieran la oferta que más les gustara.

La comedia se prolongó otros dos años más, con casi idéntico guión. El ministro del MITI japonés, Kiichi Miyazawa, visitó Washington en junio de 1970 y se reunió con Stans (con mi aprobación y la de Johnson). A Stans le pareció que las propuestas de Miyazawa renegaban de todo lo que los japoneses habían convenido durante el curso de las negociaciones y estaban aún más lejos de encarnar el plan de Sato (una «actitud kamikaze» sugirió sombríamente Stans). Esto llevó al presidente a cambiar la posición de la administración hacia una de sancionar «con renuencia» la legislación sobre cuotas. Varias veces hablé a Stans y Johnson de mis deseos de apartarme de la negociación. Ellos me alentaron a seguir; mi «canal no oficial» parecía ofrecer la única esperanza de lograr alguna clase de coordinación entre los caóticos empeños de las dos partes. Peter Flanigan, asistente presidencial para política económica internacional, fue incluido en el elenco en el otoño de 1970 y se hizo otro intento abortado de llegar a un acuerdo con los japoneses.

El primer ministro Sato vino a Norteamérica en el otoño para la celebración del aniversario de las Naciones Unidas. El ubicuo emisario lo precedió, aunque esta vez no era «Yoshida». El nuevo hombre insistió en que cuando Sato visitara a Nixon, deseaba dejar arreglado el asunto de los textiles como una cuestión de honor. Le exhorté vigorosamente a que no lo planteara a menos que Sato pudiera cumplir. Nixon comprendía que, a veces, insuperables obstáculos domésticos pueden frustrar las mejores intenciones de los estadistas; él mismo había tenido esa experiencia. Pero otro intento fallido podría perjudicar la confianza.

Sin embargo, Sato insistió en otro intento para resolver el problema textil. Se repitió la situación del año anterior. Sato dio a entender que estaba de acuerdo sobre catorce de dieciséis puntos importantes; dijo que quería dejar los dos restantes para su regreso, a fin de que la decisión final pudiera ser tomada en Tokio en vez de Washington. Después de decir adiós a Nixon, Sato dio la vuelta a la Casa Blanca hasta la West Executive Avenue y apareció inesperadamente en mi oficina. Quería reafirmar su compromiso frente a mis colaboradores, dijo. Allí mismo procedió a repetir lo que le había dicho a Nixon.

Lo hizo, y regresó a Tokio. Sin embargo, nada sucedió; las conversaciones siguieron estancadas. No tengo ninguna duda de que Sato era sincero en sus promesas. Era demasiado inteligente para intentar evasivas tan torpes, demasiado honorable para recurrir a artimañas con un país con el que simpatizaba sinceramente y con un presidente al que respetaba. Nosotros habíamos exigido demasiado de él; él prometió más de lo que debía, y sentíase sumamente embarazado por su incapacidad de cumplir. La culpa debe ser compartida.

A principios de 1971, el congresista Wilbur Mills, presidente del Comité de medios y arbitrios de la Cámara de representantes, realizó la extraordinaria proeza de negociar un acuerdo directamente con la industria textil japonesa. La industria textil estadounidense y la Casa Blanca denunciaron el acuerdo por insatisfactorio. El embajador viajero David Kennedy, ex secretario del Tesoro, fue puesto a cargo de las negociaciones textiles en 1971; éste fue el segundo «shock Nixon» de 1971 (después de la visita secreta a China), y fue, en gran medida, un producto del fracaso de las previas discusiones comerciales norteamericano-japonesas. Finalmente, bajo estos severos embates, combinados con la odiosa amenaza de cuotas impuestas por orden del Ejecutivo bajo el Acta de 1917 de comercio con el enemigo, los japoneses llegaron a un acuerdo con el embajador Kennedy el 15 de octubre de 1971.

Se ha hecho la crítica de que la llamada diplomacia Nixon-Kissinger demostró aquí su habitual mala comprensión del sistema político pluralista de un aliado democrático, en el cual los dirigentes nacionales no pueden dominar el proceso de toma de decisiones como en una dictadura (3). Si bien entonces yo no comprendía todas las sutilezas de la cultura política japonesa, llegué a entender muy bien el problema que estábamos enfrentando. En realidad, no se trataba de una negociación «por canales laterales» en el sentido usual; mantuve contacto con los principales funcionarios de los Departamentos de Estado y de Comercio en cada oportunidad, por necesidad, cualesquiera que fueron las exhortaciones de Nixon en contrario. Ciertamente, las

otras agencias esperaban que el canal de la Casa Blanca con Sato pudiera poner algo de sentido en la confusión de ambas partes. Tampoco la disputa surgió porque Nixon haya entendido mal una promesa elíptica de Sato, como se ha sugerido (4). La promesa explícita de Sato fue reiterada una y otra vez por su emisario designado. Podría decirse que el error básico fue la promesa electoral de Nixon, que costó un precio demasiado elevado en términos de nuestros objetivos de política exterior.

Pero el verdadero problema, desde luego, era más profundo, y es de importancia fundamental para el futuro de todas las democracias industriales. Mientras que Japón y Estados Unidos, y las naciones de Europa occidental, somos aliados políticos y militares, también somos inevitables competidores económicos. Como democracias, por cierto, nuestros sistemas dispersan el poder económico como lo hacen con la autoridad política por medio de la que se toman decisiones económicas. Ningún gobierno ha resuelto el problema de cómo llevar adelante políticas económicas nacionales autónomas sin crear tensiones con aliados políticos que son también rivales comerciales; menos aún hemos resuelto el desafío de coordinar objetivos económicos para reforzar la cohesión de los pueblos libres. Proclamamos la interdependencia pero hemos sido reacios a aceptar que esto involucra cierto grado de dependencia.

Así, las disputas comerciales entre las democracias industriales siguen con nosotros; las presiones competitivas y proteccionistas surgieron nuevamente después de que la crisis de energía de 1973-1974 lanzó al mundo industrial hacia una postergada recesión. El fiasco de los textiles fue un gran lapsus en el, por otras cosas, impresionante historial japonés de toma de decisiones en lo económico. Empero, la vulnerabilidad de la política norteamericana a las presiones proteccionistas que nos obligaron a arriesgar tanto en el empeño para obtener ese acuerdo de los japoneses (por lo menos para evitar imposiciones legislativas más brutales), sigue siendo una seria debilidad del sistema norteamericano. El proteccionismo es el recurso de los económicamente débiles; una política nacional más sensata procuraría aumentar la movilidad de la mano de obra y los recursos a fin de que podamos trasladarlos de nuestras industrias declinantes para fomentar nuestros sectores más productivos. Y el proteccionismo es, sobre todo, una posición insostenible para una nación que procura ser el líder de la alianza de las democracias industriales. Esto nos ha lanzado a un conflicto donde la necesidad del arte del estadista es reacentuar en el campo económico la fundamental comunidad de intereses que seguramente operaría frente a amenazas externas obvias a nuestra seguridad. El peligro es que choques económicos de creciente intensidad puedan minar esa misma comunidad de intereses y aspiraciones que es el baluarte de nuestra libertad. Todavía tenemos que ponernos a la altura de este desafío.

Capítulo X

PALABRAS Y SOMBRAS - EVOLUCION DE LA ESTRATEGIA DE MEDIO ORIENTE

Cuando asumí el cargo sabía poco sobre Medio Oriente. No había visitado nunca un país árabe; no estaba familiarizado con la liturgia de las negociaciones de Medio Oriente. La primera vez que oí una de las fórmulas establecidas de la diplomacia de la región fue durante una cena en la embajada británica, en febrero de 1969. Alguien invocó el lenguaje sacramental de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, murmurando algo acerca de la necesidad de una paz justa y duradera dentro de fronteras seguras y reconocidas. Consideré la frase tan perogrullesca que acusé al que la dijo de burlarse de mí. Fue un error que no volví a repetir. Para al fin de mi período en el cargo yo era como todos los otros expertos de Medio Oriente; la palabra era la realidad, la forma y la sustancia se habían diluído. Estaba inmerso en las ambigüedades, pasiones y frustraciones de esa región enloquecedora, heroica y estimulante. Si el lector encuentra que la diplomacia esbozada en este capítulo es un pantano agonizante de interminables maniobras y confusión, sabrá cómo me sentí.

MI conocimiento personal del área antes de 1969 estuvo limitado a tres breves visitas privadas a Israel durante la década del 60. Particularmente vívido es mi recuerdo de la visita al Kibbutz Ginossar, hogar de Yigal Allon, alumno de mi seminario internacional en Harvard en 1957 y más adelante colega como primer ministro delegado y ministro de relaciones exteriores de Israel. Su kibbutz está en las márgenes del Mar de Galilea. Cada pulgada cuadrada de su suelo intensamente cultivado fue arrancado con fe y sufrimiento de las hostiles circunstancias geográficas y políticas. A través del Mar de Galilea recuerdo haber visto un solitario bote de pesca en el borde del acantilado de las alturas del Golán, al alcance fácil de los rifles sirios. Pensé entonces qué poco entendían los filósofos materialistas acerca de la motivación humana. Acá había gente, sostenida por la fe, a través de dos milenios de persecución, llegadas para reclamar sueños que durante todo este tiempo habían sido más poderosos que su trágica realidad. Pero pensé también que el significado de esta fe no debía agotarse en la heroica defensa de un país que amenazaba convertirse en otro acosado ghetto. Más tarde o más temprano tendría que haber una reconciliación con los hombres y mujeres de la cima del acantilado. La paz en Medio Oriente no era sólo una necesidad física sino una satisfacción espiritual. No se me ocurrió nunca que algún día me uniría a la lucha para lograrla.

Tampoco apreciaba entonces completamente cómo la avalancha de palabras usadas para justificar las distintas demandas oscurecía más que iluminaba las posiciones fundamentales. En esa desolada región de desiertos y áridas montañas de donde habían surgido tres de las mayores religiones del mundo, hay una profunda tentación hacia la exaltación, magnificada por el hecho de que la geografía no ha puesto límites a la imaginación humana. Sólo los consagrados pueden sobrevivir en tan adversos topografía y clima; el principal solaz del hombre no es la naturaleza sino la fe y las relaciones humanas. En ningún otro lugar puede encontrarse tal colección de líderes de personalidad tan agudamente marcada; en ningún otro lugar las convicciones de los estadistas individuales juegan un papel tan esencial. El hombre está unido a sus semejantes por la fe, y la palabra tiene acá un papel frecuentemente decisivo. Ya sea en la exégesis talmúdica de los israelíes o en la tendencia de los árabes hacia la poesía épica, se cruza con mucha facilidad la línea más allá de lo que el oeste pragmático consideraría realidad empírica, hacia la esfera de la retórica apasionada. Pobre del extranjero desprevenido que interpreta literal-

mente esta exuberancia literaria y trata de hallar una solución preguntando a los adversarios lo que realmente desean.

Lo que las partes en el conflicto de Medio Oriente realmente quieren descansa profundamente en una amalgama de convicciones, resentimientos y sueños. Las posiciones formales son como las sombras en la caverna de Platón: reflejos de una trascendente realidad casi imposible de encerrar en los áridos legalismos de un proceso de negociaciones.

Esta confrontación sorprendente es en mucho producto del siglo veinte. El conflicto no ha durado miles de años, como frecuentemente se dice. Los movimientos del Sionismo y del Nacionalismo Árabe, con seguridad fueron generados en las últimas décadas del siglo diecinueve pero no estaban dirigidos uno contra otro. Sólo cuando los siglos de dominio otomano dejaron lugar al Mandato inglés, y surgió la perspectiva de autodeterminación para Palestina, comenzaron árabes y judíos, después de haber coexistido pacíficamente durante generaciones, su lucha mortal por el futuro político de esta tierra. La era moderna, que dio nacimiento a este conflicto comunero, lanzó después sobre el mismo todas sus posibilidades malévolas. El holocausto nazi añadió urgencia moral a la búsqueda de un estado judío. Pero ni bien estuvo establecido y aprobado por la comunidad internacional en 1947, se vio forzado a defender su independencia de sus vecinos árabes, quienes no veían por qué debían hacer sacrificios para reparar iniquidades europeas en las que no tomaron parte.

La victoria de Israel en la guerra de 1948-1949 a su vez alimentó las hogueras del nacionalismo árabe, mientras que los regímenes tradicionales caían bajo el hacha de la ideología radicalizada: el panarabismo y el socialismo. Entonces la región convirtióse en el punto focal de la rivalidad de la Guerra Fría, que exacerbó el conflicto local y trajo el peligro de que potencias externas pudieran ser arrastradas hasta una gran confrontación.

Israel existió durante veinte años sin el reconocimiento de sus vecinos, hostigado por las guerrillas, atacado en los foros internacionales y exprimido por el boicot económico árabe. Su misma forma expresaba la precaria calidad de su existencia como estado; tenía sólo 15 kilómetros de ancho en su punto más angosto entre la costa del Mediterráneo y la frontera jordana; la carretera principal entre la dividida Jerusalén y Tel Aviv en algunos lugares estaba a menos de cien metros de los puestos militares árabes. Con adversarios implacables en todas sus fronteras, la política exterior de Israel volvióse indistinguible de su política de defensa; su objetivo cardinal y final era lo que para la mayoría de las otras naciones es el punto de partida de su política exterior: la aceptación por sus vecinos de su derecho a la existencia. Naturalmente, vio en los territorios ocupados en 1967 una afirmación de la seguridad que vanamente había buscado a lo largo de su existencia. Luchaba tanto por el territorio como por el reconocimiento, renuente a admitir que estos objetivos podían resultar incompatibles.

Este golfo en las percepciones — en el cual, como en todas las tragedias, ambas partes representaban una verdad — es lo que ha dado al conflicto árabe-israelí su complejidad y su intratabilidad. Cuando las verdades chocan, la avenencia se convierte en la primera víctima. Los acuerdos se logran sólo a través de evasivas. Los progresos se evaporan a medida que las partes se acercan a lo específico. Esto se hizo cada vez más evidente cuando asumimos el cargo. El Oriente Medio estaba todavía sumergido en las secuelas de la Guerra de los Seis Días. Las posiciones se habían endurecido, la diplomacia estaba agotada y la hostilidad aumentaba.

El 5 de junio de 1967, Israel había sobrepasado sus fronteras, culminando una serie de hechos en los que la retórica árabe había escapado con las intenciones árabes. En mayo de 1967 la Unión Soviética había advertido a Egipto que era inminente un ataque israelí a Siria. Esto era falso; tanto si fue una mentira deliberada con el fin de provocar tensión y ganar algún mérito barato, como si se trató de un honesto malentendido, puso en movimiento un proceso fatídico. El presidente Gamal Abdel Nasser ordenó impetuosamente a su ejército invadir el Sinaí, que en la práctica había estado desmilitarizado desde 1956, y anunció que cerraba los estrechos de Tirán, que controlan el acceso al puerto israelí de Eilat en el Mar Rojo. Solicitó al secretario general de las Naciones Unidas, U Thant, la retirada de la Fuerza de Emergencia de las Naciones Unidas, que separaba las fuerzas israelíes y egipcias a lo largo de la frontera internacional. Es dudoso que Nasser buscara una definición militar; hasta es posible que se asombrara de la presteza con que U Thant accedió a sus requerimientos. Nasser quizás quisiera solamente adoptar una pose heroica.

A veces los hechos, burlando las intenciones de los actores, corren fuera de control. Una vez que el ejército árabe reemplazó las fuerzas de las Naciones Unidas en su frontera, Israel

no tuvo más remedio que movilizarse, porque el territorio de Israel era demasiado pequeño para absorber un primer golpe. Y una vez que Israel se movilizó, su decisión de pelear tuvo que tomarse en semanas, pues su economía no podía soportar la pérdida indefinida de mano de obra absorbida por la movilización y no podía desmovilizarse dejando el ejército egipcio en sus fronteras. Pero la diplomacia internacional actuaba lentamente. La investigación seguía a la consulta y la reafirmación; los estadistas del mundo discutieron varias fórmulas para vencer el anunciado bloqueo del estrecho de Tirán. Los inútiles intercambios siguieron hasta que Israel aniquiló la fuerza aérea egipcia con un ataque por sorpresa en la mañana del 5 de junio. La guerra terminó en seis días ocupando Israel territorios en Egipto, Siria y Jordania: el Sinaí, las Alturas del Golán, y la orilla oeste del Río Jordán. El nuevo territorio ocupado era tres veces mayor que el de Israel.

El radicalismo árabe creció exponencialmente inmediatamente después de la guerra de 1967. La política de Egipto, el principal país árabe, y en realidad, de la mayoría del mundo árabe, estaba aún conducida por el versátil Nasser. Las guerrillas palestinas que prosperaban en Jordania amenazaban la supervivencia del rey hachemita Hussein, moderado y pro-occidental; la agitación producida por esos mismos grupos mantuvieron el Líbano sin gobierno efectivo durante la mayor parte de 1969. La Unión Soviética se implantó más firmemente en la región enviando efectivos militares masivos a Egipto, Irak y Siria; los estados fronterizos árabes, habiendo cortado sus lazos con los Estados Unidos en 1967, se hicieron más dependientes del apoyo soviético, tanto diplomático como material. Cualquiera que fuera la posición diplomática formal de los soviéticos, su provisión de armas reforzó la tendencia irredentista e intransigente de la política árabe, expresada en la reunión cumbre árabe en Kartoum de fines de agosto de 1967 con la proclama unánime de los «tres nos»: «no a la paz con Israel, no a las negociaciones con Israel, no al reconocimiento de Israel».

Gradualmente, algunos sectores del mundo árabe comenzaron a entender que la intransigencia perpetuaria una continuada ocupación israelí de los territorios capturados. Mientras Siria daba la espalda a las negociaciones, Egipto y Jordania llevaron a cabo tentativas reticentes hacia alguna forma de arreglo. Exigieron el retiro de Israel a sus fronteras anteriores al 5 de junio de 1967, pero demostraron buena voluntad para considerar declaraciones de no-beligerancia, el derecho de cada estado a asegurar su existencia y el reconocimiento de Israel. Aunque esto marcó un avance importante respecto a la hostilidad que había caracterizado a los árabes durante dos décadas, no satisfacía los requerimientos de Israel: negociaciones directas, fronteras seguras y reconocidas (un eufemismo por cambio de fronteras), fronteras abiertas para viajar y negociar, y una garantía de libre navegación a través de las vías internacionales. Aún los árabes moderados no transigirían por menos de un retiro total y rechazan las conversaciones directas. (Al menos públicamente. Jordania, en realidad, mantenía contactos secretos directos con Israel durante ese período). Los árabes radicalizados rechazaron un proceso pacífico cualquiera fueran los términos. La organización de comandos palestinos AL Fatah en un anuncio político en Octubre de 1968 rechazó «todos los acuerdos destinados a interrumpir la lucha armada», advirtió a los gobiernos árabes contra la prosecución de tal política y se declaró a favor de «una sociedad libre, abierta, no sectaria, no racista en Palestina» (1) —en otras palabras, abolir totalmente el Estado de Israel.

La Resolución 242, sobre la que tanto habría de oír, simplemente disimuló estas diferencias cuando fue adoptada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas el 22 de noviembre de 1967, con la aprobación de los enemigos. Hablaba de una «paz justa y duradera» dentro de «fronteras seguras y reconocidas»; reclamaba el fin de «avisos o estados de beligerancia». el retiro de Israel «de los territorios ocupados en el reciente conflicto», y el reconocimiento de «la soberanía, integridad territorial e independencia política» de todos los estados. Pronto se hizo evidente que estas frases ambiguas eran aceptables para cada parte sólo porque las podían interpretar a su favor. Egipto y Jordania interpretaron la cláusula «retiro de los territorios ocupados» para solicitar el retiro de todo el suelo capturado; Israel tomó «fronteras seguras y reconocidas» para *excluir* un retorno a las líneas anteriores a la Guerra de los Seis Días de junio de 1967. Para Israel «retiro» significaba abandonar seguridades tangibles y demandaba un *quid pro quo*; para los árabes retiro significaba volver a lo que según su punto de vista les pertenecía —por lo tanto consideraban el retiro de Israel su derecho y no una concesión de los israelíes.

Estas perspectivas en pugna impregnaron la disputa en Medio Oriente e impidieron toda negociación verdadera; cada lado buscó lograr su principal fin como precio para entrar en ne-

gociaciones. Egipto insistió en que el retiro israelí debía *preceder* al cumplimiento o aún la negociación de cualquiera de las otras condiciones. Israel demandó conversaciones directas desde el comienzo, lo que tenía la doble ventaja de obtener al menos reconocimiento implícito y de minimizar el peligro de la imposición de las grandes potencias.

La aceptación jordana de la Resolución 242 había sido obtenida en 1967 por la promesa de nuestro embajador en las Naciones Unidas Arthur Goldberg de que bajo sus términos trabajaríamos por la devolución de la orilla occidental a Jordania con rectificaciones menores de fronteras y de que estaríamos dispuestos a usar nuestra influencia para obtener un papel para Jordania en Jerusalén. Dado que no se estaban llevando a cabo negociaciones, la promesa no tenía sentido.

La Resolución 242 instruía al secretario general U Thant para designar un representante especial para conversar con las partes y tratar de iniciar las negociaciones. Thant eligió al embajador sueco en Moscú, Gunnar Jarring. Para ver si de las voces disonantes podía lograrse alguna coherencia, Jarring comenzó su misión enviando cuestionarios a las partes preguntando sus posiciones. Después de meses de evasivas finalmente le dijeron, cada cual en su propio lenguaje retorcido, lo que ya habían declarado públicamente en lenguaje simple y muchas veces demagógico. Cuando Jarring visitó Medio Oriente comprobó que las posiciones verdaderas de las partes eran aún más incompatibles que sus declaraciones públicas.

Había mucho «pathos» en las emociones subyacentes a los argumentos de cada parte. Israel insistía en una «paz valedera». Sólo un país que nunca había conocido la paz podía darle tanta importancia a esa frase. Pues, ¿qué es una «paz valedera» entre naciones soberanas cuando uno de los atributos de la soberanía es el derecho a cambiar de opinión? Durante tres siglos, Francia y Alemania habían peleado guerras en casi todas las generaciones; cada una terminaba con un tratado formal de paz «valedera» que nada hacía para evitar la siguiente guerra. Ni las «fronteras abiertas» de 1914 evitaron una guerra mundial que sacudió Europa hasta sus cimientos. La mayoría de las guerras de la historia fueron libradas entre países que hasta entonces estaban en paz; fue locura particular de Medio Oriente el que sus guerras se iniciaran entre países que técnicamente ya estaban en guerra.

Nasser insistió en el retiro incondicional de todos los territorios ocupados, pero nunca explicó qué incentivo tendría Israel para retirarse, en vista de sus ambiguas ofertas de no beligerancia. Ni tampoco citó un ejemplo anterior de un arreglo de paz basado únicamente en el retiro incondicional del vencedor del territorio que había conquistado. Pero para Nasser, la perspectiva de reconocer a Israel era un trauma personal tal que la sola mención de la frase le parecía suficiente para obviar la necesidad de darle cualquier significado concreto.

En otras regiones del mundo estas circunstancias podrían haber producido un estancamiento interrumpido de tanto en tanto por una serie de guerras hasta que el agotamiento produjera el equilibrio que la inteligencia no había sido capaz de definir. Pero Medio Oriente, en la segunda mitad del siglo veinte, estaba en el remolino de la política global. Aunque al final de los años sesenta el petróleo no había sido considerado aún como un producto escaso, la importancia del Medio Oriente —en el cruce de continentes y civilizaciones— era entendida con mucha claridad. La Unión Soviética, que al final de los años cuarenta había descartado Medio Oriente considerándolo incapaz de ejercer alguna influencia (2), diez años más tarde había avanzado con una venta de armas y veinte años más tarde despachando miles de consejeros militares a Egipto. La presencia soviética constituía un importantísimo cambio geopolítico desde la Segunda Guerra Mundial. Por quince años ayudó a exacerbar el conflicto. A medida que pasaba el tiempo los soviéticos actuaron con mayor atrevimiento. En 1956, se mezclaron marginalmente en la crisis diplomática del Canal de Suez y lanzaron vagas amenazas de incursión militar *después* de que nuestra presión sobre Gran Bretaña y Francia hubo asegurado su posición. Después de 1967 el número de consejeros militares soviéticos en Medio Oriente se había quintuplicado. Durante la década del sesenta la influencia soviética en Egipto, Siria, Argelia, Iraq, Sudán y en los últimos años Libia, aumentó dramáticamente. La guerra de 1967, que ayudaron a provocar, permitió a los soviéticos por primera vez en la historia establecer una flota permanente de unos cincuenta barcos de guerra en el Mar Mediterráneo.

Los papeles de las potencias externas eran casi tan complejos como los de los actores principales. La Unión Soviética actuaba como abogada de la causa árabe; apoyaba las propuestas árabes y no ofrecía indicios de arreglo posible. Los países del oeste de Europa estaban divididos entre su impotencia y su premonición de los peligros económicos de otro conflicto. El más activo,

la Francia de de Gaulle, abrazó la causa de los árabes después de la Guerra de los Seis Días. En cuanto a Estados Unidos, el presidente Johnson, en el discurso del 19 de junio de 1967, trató de sortear los arrecifes de la controversia evitando cualquier precisión; en su disertación sobre fronteras, reconocimiento y derechos marítimos anunció lo que más tarde sería el lenguaje místico de la Resolución 242. Egipto, junto con otros estados árabes, había roto las relaciones diplomáticas con Estados Unidos después de la guerra de 1967. Estábamos entonces sin diplomáticos principales en las capitales de los países árabes claves, los que sin embargo demandaban nuestra ayuda en el proceso de negociaciones. Nasser insistía que presionáramos a Israel a su favor, ofreciendo a cambio la perspectiva de restaurar las relaciones diplomáticas con nosotros. Nunca aclaró por qué deberíamos pagar un precio por las restauración de unas relaciones que él había interrumpido bajo un pretexto totalmente falso (*).

Menos incentivo teníamos mientras su política continuara basándose en el apoyo soviético y alimentara pasiones extremas en todo el mundo árabe.

Siempre había considerado que era esencial reducir el alcance de las políticas aventureras soviéticas en Medio Oriente. Por esa razón la actuación de Estados Unidos en la crisis de Suez de 1956 me resultó deplorable. Deberíamos haber entendido que nuestro repentino retiro de sostén financiero para la represa de Asuán en Egipto sería el principio, no el fin, de una crisis. Y la crisis, cuando se produjo, fue erróneamente manejada, según mi punto de vista. Cualquiera que sea la opinión que uno tenga sobre la sabiduría de la acción militar Británica y Francesa, estaba convencido de que pagaríamos muy caro en los años por venir nuestra poco perspicaz actuación para la galería. No pensaba que maltratar a nuestros más próximos aliados nos ganaría la menor gratitud de Nasser o de aquéllos que lo admiraban; por el contrario, él se sentiría confirmado en un curso de acción fundamentalmente hostil a los intereses de occidente. Los gobiernos moderados sostenidos por el poder y el prestigio británicos, especialmente en Irak, probablemente se debilitarían, o quizá se arruinarían por lo que sólo podían ver cómo nuestro apoyo a los elementos radicalizados ejemplificados por Nasser. Gran Bretaña y Francia, sacudida su confianza en ellas mismas y su sentido de importancia global, se apresurarían a abandonar sus restantes responsabilidades internacionales. Las realidades del poder nos impulsarían entonces a llenar el vacío resultante en Medio Oriente y el este de Suez y tomar así sobre nuestros hombros toda la obligación moral de decisiones geopolíticas difíciles.

Cuando asumí mi alto cargo, estuve, sin embargo, en una posición diferente para aplicar mis puntos de vista sobre la política de Medio Oriente, que difería de la de las otras áreas. En cualquier otro sector, Nixon escucharía a las agencias por un rato y luego actuaría desde la Casa Blanca; así mi oficina asumía responsabilidades cada vez mayores. Pero en Medio Oriente, el presidente hacía una distinción entre mi planificación y mis funciones operativas. Me estaba permitido planear, advertir, demorar; podía forzar las deliberaciones en el CNS; pero hasta el final de 1971 no se me permitió conducir la diplomacia excepto en raras períodos de crisis aguda, tales como la invasión siria a Jordania en septiembre de 1970.

Las dos principales razones de esto, según mi opinión, fueron la ambivalente relación de Nixon con el secretario de Estado Rogers y su contribución a las responsabilidades nacionales de una política activa en el Medio Oriente. Debido a que la desconfianza de Nixon por el Departamento de Estado me favorecía e inevitablemente turbaba y frustraba a Rogers, Nixon constantemente buscaba medios de consolar a su viejo amigo. Se debía reservar algún área de la política exterior para la influencia predominante de Rogers. Pero lo que Nixon daba con una mano tendía a quitarlo con la otra. Las áreas que no le importaba ceder eran aquéllas en que el éxito era esquivo, tal como Africa, o aquéllas en que los riesgos de una reacción nacional eran altos. Medio Oriente satisfacía ambos criterios de Nixon. El calculaba que cualquier política activa fracasaría; además, casi seguramente atraería la ira de los partidarios de Israel. Por lo tanto, consideré útil sacar la Casa Blanca de la línea de fuego en todo lo que fuera posible.

También sospechaba que mi origen judío podría hacerme inclinar demasiado a favor de Israel. Y como otros presidentes, no dejaba de alimentar la inherente rivalidad (a pesar de las

(*) Nasser había acusado a Estados Unidos de participación militar directa al lado de Israel en la guerra de 1967. El presidente Johnson insistió en que Nasser se retractara de esta declaración antes de que las relaciones diplomáticas pudieran reiniciarse. Nasser lo hizo por intermedio de la prensa, pero Johnson insistió en que Nasser hiciera el gesto directamente a los Estados Unidos.

rituales protestas de lo contrario) entre las oficinas de la secretaría de Estado y el consejero de seguridad para mejorar su propio control.

Había otra razón de personalidad para el papel relativamente más activo del Departamento de Estado en el Medio Oriente, y la misma estaba en el carácter del secretario adjunto que había sido nombrado para encabezar su departamento de Asuntos del Cercano Oriente y sur de Asia. Vehemente, gregario, ocasionalmente frenético, Joseph Sisco no era un funcionario convencional del servicio exterior. Nunca había servido en ultramar; sólo la insistencia de Dean Rusk le había ganado un ascenso al más alto rango en el servicio, que la juntas de selección usando criterios más convencionales constantemente le negaron. Una vez allí, resultó ser la prueba viviente de lo que una conducción imaginativa puede lograr en el Departamento de Estado, aun con un presidente determinado a conducir su propia política exterior. Enormemente ingenioso, con talento para las estratagemas que son la savia vital de la diplomacia de Medio Oriente, ofreciendo a veces más soluciones que los problemas que había, Joe Sisco se apoderó de la iniciativa burocrática y nunca la entregó. Era diestro en las tácticas de Washington y rápidamente estableció una relación personal conmigo, percibiendo que en la administración Nixon la autoridad presidencial sería el juez definitivo. Al final, probablemente pasó tanto tiempo haciendo de mediador entre Rogers y yo como entre los árabes y los israelíes. La mayor parte de la información que la Casa Blanca recibía sobre el curso diario de las iniciativas del Departamento de Estado sobre Medio Oriente venían de Sisco a mí o a Hal Saunders, mi ayudante principal para Medio Oriente. Joe pudo mantenerse leal a sus dos jefes, Rogers y el presidente, y a ambos sirvió bien. Después de que me convertí en secretario de Estado le nombré subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, el cargo más alto de carrera política en el Departamento. En tales funciones se convirtió en un colaborador indispensable y en un íntimo amigo.

ABUNDANCIA DE INICIATIVAS

Cuando llega una nueva administración, se da por sentado que «resolverá» los importantes problemas mundiales; los nuevos presidentes culpan a sus predecesores por dejar asuntos «sin resolver». Es difícil para cualquier líder norteamericano aceptar el hecho de que en algunos conflictos las posiciones opuestas son simplemente irreconciliables. En realidad, cuando no existe buena disposición para llegar a un acuerdo, forzar los hechos prematuramente magnificará la inseguridad y la inestabilidad; los hechos que deben ser demorados pueden resultar acelerados; se generan presiones que no pueden ser controladas. Toda nueva administración debe aprender —con frecuencia, con dificultad— que una de las responsabilidades más difíciles de hacer política es la paciencia de elegir el momento preciso para la acción decisiva.

Muchas tentaciones de «hacer algo» esperaban a la nueva administración cuando se hizo cargo de sus tareas. A principios de febrero de 1969 las fuentes israelíes informaron que 1.288 incidentes de sabotaje y terrorismo habían tenido lugar en el año y medio desde la Guerra de los Seis Días hasta el fin de 1968: 920 incidentes en el frente jordano, 166 en la frontera egipcia, 37 en la línea de cese de fuego con Siria, 35 en la frontera libanesa y 130 en Gaza. Las pérdidas israelíes en el mismo período fueron 234 muertos y 765 heridos entre el personal militar y 47 muertos y 330 heridos entre los civiles —un impresionante total para un país con una población de dos millones y medio, equivalente a más de 20.000 muertos y 100.000 heridos para una nación del tamaño de Norteamérica. Israel tomó represalias con ataques aéreos sobre lo que se sospechaba eran bases guerrilleras en Jordania; realizó un ataque mayor contra el aeropuerto internacional de Beirut el 28 de diciembre de 1968, y los duelos de artillería a través del Canal de Suez se convirtieron en hechos habituales.

No faltaban invitaciones para que la diplomacia norteamericana se comprometiese. Dos en especial estaban esperando a la nueva administración: El 30 de diciembre los soviéticos habían sugerido un plan de paz para aplicar la Resolución 242; reflejaba la demanda árabe de un retiro total de los israelíes y una definición de paz tan mínima que era obviamente un imposible punto de partida. El 16 de junio de 1969, Francia propuso consultas entre cuatro potencias sobre Medio Oriente: Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia.

En nuestra reunión del CNS el 1 de febrero tuvimos que responder a estas iniciativas y decir básicamente como alejarnos de la política poco destacada de la época de Johnson. Rápidamente se hizo evidente que el Departamento de Estado estaba ansioso de lanzar una iniciativa

norteamericana. A qué objetivo o estrategia serviría ésta surgiría durante la negociación. El Departamento de Estado creía que era nuestra responsabilidad ayudar a salvar la brecha entre las partes y llevarlas a un acuerdo bajo Jarring. Además, dado que el fuego se estaba intensificando, razonaban, no podíamos ser indiferentes. Todas las partes en el área declaraban creer que Estados Unidos tenían la clave del acuerdo; por lo tanto, argumentaba el Departamento, debíamos comprometernos activamente. Se esperaba que se lograría una base común entre las partes así como entre las potencias externas por la simple acción del proceso de negociación. En cuanto al problema soviético, el Departamento sostenía que dado que Moscú parecía ganar explotando las tensiones en el área, un tratado de paz frustraría su estrategia. Al menos, tal procedimiento pondría a prueba las intenciones soviéticas.

El nuevo presidente estaba por sufrir su primera experiencia de la aplanadora burocracia. Es característico de la burocracia moverse por etapas casi imperceptibles hacia un fin que ella misma apenas puede percibir. El primer movimiento es generalmente pedir al presidente o al secretario de Estado autoridad para «explorar» una cierta conducta «en principio», con garantías de que esta decisión no creará precedentes ni obligaciones para dar otro paso y que los hacedores de política retendrán control absoluto sobre el proceso. Invariablemente, el primer paso implica una serie de otros pasos; la exploración de un asunto serio puede solamente revelar sus dificultades y acicatear las presiones para vencerlas. Al poco tiempo se requiere al presidente que actúe para eliminar un callejón sin salida que su propia política ha creado. Por supuesto, esto es exactamente lo que desean los defensores de una política activa; están más que ansiosos de proponer planes para quebrar el punto muerto. Muchos expertos en Medio Oriente habían sufrido con la postura indiferente del presidente Johnson hacia el conflicto, que ellos atribuían a la política interna. Su ansiedad estaba estimulada, además, por la creencia de algunos diplomáticos norteamericanos de que, de alguna manera, una crisis no es genuina a menos que seamos parte de ella. Este es el origen de la idea de que nunca debemos ser percibidos como indiferentes (nunca se especificó por quien) a las confrontaciones que surgen.

Yo tenía serias dudas en cuanto a apurarnos a entrar en negociaciones cuyos objetivos no habíamos definido y de cuyo resultado se nos iba a considerar responsables. También cuestionaba las suposiciones en que se basaban las recomendaciones. Me parecía improbable que encontráramos una base común entre las partes. No me gustaban particularmente los foros de negociación que se nos ofrecían. Dada la inclinación soviética y francesa hacia el punto de vista árabe (y la presión que esto ejercía sobre los británicos), era probable que un foro de cuatro potencias, tal como el propuesto por Francia, produjera una alineación contra Estados Unidos. Por otro lado, conversaciones entre dos potencias —Estados Unidos y la Unión Soviética— podrían, de tener algún éxito, dar a la Unión Soviética el crédito de habernos presionado a un arreglo en Medio Oriente, y si fracasaban, echarnos la culpa.

Más sería que la elección del foro era la premisa constante y fundamental —enunciada explícitamente por uno de los representantes del Departamento de Estado en la reunión del CNS del 1 de febrero— que Estados Unidos tendría que producir el acuerdo israelí. Significaba que se nos pedía que presionáramos a un aliado en nombre de países que, con la excepción de Jordania, habían roto relaciones con nosotros, seguido políticas generalmente hostiles hacia nosotros y eran clientes de Moscú. Por lo tanto, dudaba si era aconsejable la presión norteamericana para un acuerdo general hasta que pudiéramos ver más claramente qué concesiones harían los árabes y hasta que los que se beneficiarían de él fueran amigos de Norteamérica, no clientes de Moscú. Mientras tanto, prefería mucho más una negociación israelí-jordana, que involucraría a un amigo, y no una negociación israelí-egipcia en la cual tendríamos que responder por un protegido de Moscú. En pocas palabras, pensaba que el prerrequisito de una efectiva diplomacia para Medio Oriente era reducir la influencia soviética a fin de que el progreso no pudiera ser atribuido a sus presiones y de que los gobiernos moderados ganaran un poco de espacio para maniobrar.

Expresé mi preocupación al presidente al día siguiente. Me había invitado a acompañarlo al Hospital Walter Reed del Ejército para visitar al ex-presidente Eisenhower, entonces con una enfermedad avanzada que lo mató seis semanas después. Postrado en un sillón, Eisenhower parecía más extenuado que la última vez que lo había visto seis semanas atrás. Pasó casi todo el tiempo previniendo a Nixon contra las filtraciones en los procedimientos del CNS. Nixon le contó nuestra discusión sobre Medio Oriente. Eisenhower estaba en contra de una mayor participación de Norteamérica en las negociaciones. Quizá recordando la agonía por la que

pasó a causa de Suez en 1956, pensaba que lo mejor era dejar que las partes lo resolvieran entre ellas. Si participábamos activamente, nos veríamos forzados al final a convertirnos en árbitros y luego ofrecer a las partes nuestra propia garantía para cualquier arreglo final que surgiera. Esto nos mantendría enredados para siempre en las dificultades de Medio Oriente.

Al día siguiente, apenas había estado en mi oficina unos minutos cuando un airado Eisenhower llamaba por teléfono. Acababa de leer el artículo del *New York Times* informando que la reunión del CNS había determinado que Estados Unidos seguiría ahora una política más activa en Medio Oriente. Con un vigor que contradecía el recuerdo que yo tenía de su fragilidad —y un vocabulario gráfico en discrepancia con su sonrisa luminosa— me regañó por no apoyar al presidente al no restringir el número de participantes del CNS. Era mi deber, dijo, evitar los intentos de la burocracia de presionar al presidente con filtraciones de noticias como ésta. Lo sucedido subrayaba sus estrictos comentarios de la noche anterior; debíamos sacar nuestras manos de Medio Oriente.

El mismo día envié a Nixon mis reflexiones en un memorándum. Dí por cierto que él iba a decidir alguna forma de diplomacia activa, en respuesta al acicate del Departamento de Estado y a causa de las promesas hechas durante su campaña de una nueva iniciativa norteamericana. Traté de explicar los costos probables de tal procedimiento y mis dudas acerca de su éxito. Era verdad, razonaba, que las partes por sí solas nunca lograrían un acuerdo en medio de la violencia creciente. Pero no podía deducirse que lo haríamos mejor. Dudaba que Nasser se obligara a un mínimo de condiciones de paz que Israel aceptara. Un esfuerzo total para un acuerdo general probablemente fracasaría; estaríamos, por lo tanto, desperdiciando nuestro capital político, exacerbando las presiones hacia un conflicto y mermando nuestra capacidad de contenerlo si brotaba. Me parecía que sería mejor si nos restringíamos a un arreglo parcial, como el que logramos con Jordania, que tenía una larga y honorable historia de amistad con los Estados Unidos (*). Urgí al presidente, en el caso de que prosiguiera, a obtener del Departamento de Estado no sólo su propuesta de procedimientos, sino también el esquema básico de las condiciones de paz —la articulación de lo cual era, después de todo, fundamental.

Nixon y yo tuvimos una conversación privada en la tarde del 3 de febrero. Se sentía «atrapado». No podía rechazar de plano la propuesta francesa puesto que ello hipotecaría su esfuerzo por mejorar las relaciones con de Gaulle; veía también, en Medio Oriente, una palanca para arrancar a los soviéticos alguna cooperación en Vietnam. Y no quería imponerse al Departamento de Estado en un asunto en el cual sus puntos de vista eran sostenidos tan unánime y vigorosamente. Desgraciadamente, estos objetivos no eran compatibles. En mi opinión, le dije, era más probable que obtuviéramos cooperación soviética en Vietnam moviéndonos deliberadamente en Medio Oriente, donde los clientes soviéticos eran la parte débil, que aliviando sus apuros con conversaciones que darían a los soviéticos una oportunidad brillante de demostrar su utilidad a sus amigos árabes. Tampoco aplacaríamos a la burocracia siguiendo su jugada inicial; seguramente volverían con pedidos de instrucciones más específicas que nos llevarían directamente hacia una resbalosa pendiente. Si no éramos cuidadosos, se nos pediría superar todos los estancamientos presentando nuestro propio plan —que luego se nos pediría impusiésemos a las partes recalcitrantes.

Sin embargo, las decisiones en política exterior raramente emergen del análisis abstracto. Por las razones ya explicadas Nixon no quería imponerse al Departamento de Estado, enfrentarse a de Gaulle o desairar a la Unión Soviética. Comprendiendo esto, sugerí una forma de actuar sin comprometernos irrevocablemente. En vez de elegir entre foros de dos o cuatro potencias, podríamos conservar cierta libertad de acción aceptando *ambos*. Haríamos que la acción en el foro de cuatro potencias dependiera de las conversaciones exploratorias con los soviéticos. De esta manera podríamos intentar unir las discusiones sobre Medio Oriente a nuestros asuntos más amplios, incluyendo la ayuda soviética a Vietnam. Y en el foro de las cuatro potencias, nuestros aliados europeos vacilarían más en alinearse con los soviéticos contra nosotros, sabiendo que teníamos nuestra propia opción bilateral. Para evitar que el proceso ganara movimiento incontrolado, podríamos insistir en que el presidente revisara los resultados de las conversaciones exploratorias antes de seguir con las conversaciones formales.

El presidente estuvo de acuerdo. El 3 de febrero hice conocer la decisión a Rogers y Sisco.

(*) Este juicio resultó equivocado, pues la margen occidental y Jerusalén fueron para Israel los asuntos más difíciles de manejar.

El 5 de febrero, el Departamento de Estado, según fue instruido, anunció que Estados Unidos consideraba «favorablemente» la propuesta francesa y que comenzaríamos consultas con la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia, bilateralmente para desarrollar el «grado de entendimiento» que haría «fructífera y constructiva» una reunión posterior de los cuatro.

Mi plan no funcionó; era demasiado astuto para funcionar. Podía destacarme planeando estrategias y tratando de desviar las energías burocráticas pero no podía controlar el ritmo de las negociaciones. El Departamento trató mañosamente la táctica de la Casa Blanca como un soporífero para la política doméstica y se apresuró a completar las conversaciones «exploratorias» lo más rápidamente posible. En menos de dos semanas descubrí que el Departamento de Estado estaba ya planeando el movimiento siguiente: desarrollar principios substanciales totales para un arreglo de paz en Oriente Medio —exactamente lo que yo había esperado alargar por muchos meses.

La agitación interna se aceleraba a medida que lo hacía el ritmo de la diplomacia. A la semana del anuncio de nuestra «favorable» actitud hacia las conversaciones de las cuatro potencias, los defensores de Israel reaccionaron con el vigor que yo habría de conocer tan bien en los años por venir. Reflejaban la propia preocupación de Israel de que los extraños buscaran conversaciones directas con los árabes. El 13 de febrero, una delegación de seis congresistas, encabezada por Emanuel Celler de Nueva York y representando las autoridades de ambos partidos, me visitó, haciendo luego lo mismo con el presidente. Veían el comienzo de las conversaciones de las cuatro potencias como un signo de que Estados Unidos iba hacia un acuerdo impuesto; desconfiaban profundamente del foro y temían que se inclinaran hacia las posiciones francesas y soviéticas.

Si ya había preocupación en el Congreso sobre el foro de negociaciones, pude imaginar el clamor una vez que llegáramos a la substancia. La dramática brecha entre las dos posiciones fue puesta en evidencia nuevamente por las entrevistas concedidas por el presidente Nasser de Egipto y el primer ministro Levi Eshkol a una publicación norteamericana (3). Los egipcios exigieron el retiro total de Israel como condición previa para el cumplimiento por parte de los árabes de las otras disposiciones de la Resolución 242. El israelí hizo saber claramente que no volverían a las fronteras anteriores a la guerra bajo ninguna condición, y que él tenía ideas muy específicas acerca de los requisitos para la «paz». La situación se complicó, además, con la muerte del primer ministro Eshkol a fines de febrero, lo que significó que Israel enfrentaba la perspectiva de un complicado año político de elecciones hasta que Golda Meir, nombrada sucesora de Eshkol, recibió un nuevo mandato en las elecciones de octubre.

Esto solamente reforzó mi convicción de que no era momento para negociaciones activas. Y el desacuerdo estratégico resultante no fue nunca realmente solucionado. La burocracia quería terminar con las tensiones lo más rápidamente posible porque temía que el deterioro de la situación aumentase la influencia soviética. Yo pensaba que la demora nos favorecía porque nos permitía demostrar hasta a los árabes radicalizados que éramos indispensables para cualquier progreso y que no se nos podía forzar presionándonos. El Departamento de Estado quería impulsar el proceso de negociaciones aceptando al menos algunas de las ideas soviéticas, para facilitar el acuerdo. Yo quería frustrar a los radicalizados —que, de cualquier modo nos eran hostiles— demostrando que en Medio Oriente la amistad con Estados Unidos era la condición previa al avance diplomático. Cuando le dije a Sisco, a mediados de febrero, que no queríamos un éxito rápido en las consultas de las cuatro potencias en las Naciones Unidas en Nueva York, estaba empleando un lenguaje que iba en contra de todas las convicciones del Departamento.

Los soviéticos, mientras tanto, habían mordisqueado rápidamente nuestro cebo. Ya en mi primera reunión con Dobrynin el 14 de febrero, me dijo que la cúpula dirigente soviética estaba dispuesta a conversar bilateralmente con nosotros sobre Medio Oriente, preferiblemente fuera del marco de las NU. Repitió lo mismo durante su primera visita a Nixon el 17 de febrero. Nixon evadió la oferta de conversaciones confidenciales bilaterales sobre Medio Oriente a nivel de la Casa Blanca; mantuvo su punto de vista de que el «Canal» estaría disponible sólo a cambio de cooperación en Vietnam.

Las conversaciones del presidente en Europa durante su viaje a fin de febrero y principios de marzo de 1969 aumentaron las presiones sobre Estados Unidos para una participación activa. Los británicos y los franceses, naturalmente, querían que las principales conversaciones tuvieran lugar en el foro de las cuatro potencias; no objetaban, decididamente, las conversaciones paralelas entre Estados Unidos y la Unión Soviética, pero su entusiasmo por este procedimiento

no era muy marcado. De Gaulle comentó con olímpica indiferencia que Estados Unidos y la Unión Soviética podían hablar de lo que quisieran mientras no dieron la impresión de un condominio. Más allá de estas preocupaciones de procedimiento —y el apoyo general de de Gaulle a la retirada total de los israelíes junto con las garantías de las cuatro potencias— ningún líder europeo tenía una idea concreta de cómo llevar las partes a un acuerdo total. Generosamente nos dejaban a nosotros esos detalles.

Entonces, a principios de marzo, las presiones extranjeras y burocráticas se combinaron para generar un irresistible movimiento a favor de un papel norteamericano activo. Aún adelantándose a la decisión presidencial, Joe Sisco estaba ya tratando con Dobrynin las virtudes de las discusiones entre las dos potencias. El entusiasmo de Sisco estaba influido por el hecho de que él conduciría las conversaciones, mientras que las de las cuatro potencias estarían a cargo de Charles Yost, nuestro embajador en las NU.

Dobrynin, algo confuso, almorzando conmigo el 3 de marzo me apremió para que le aclarara la relación entre las conversaciones de las dos potencias, que estaba ansioso por comenzar, y el foro de las cuatro potencias. Trató de impresionarme revelándome que la Unión Soviética estaba dispuesta a discutir un arreglo total, o sea, un plan que requería la ejecución simultánea de todas sus condiciones, en contraste con la demanda anterior árabe-soviética de que el proceso comenzara con la retirada israelí. Quería saber en qué foro presentar su plan; indicó su preferencia por discutir algunos de los temas más delicados, como el de las fronteras, por intermedio de la Casa Blanca. Aplicando nuestra estrategia de usar el Medio Oriente como palanca para Vietnam, y consciente de la renuencia de Nixon a verme involucrado, evadí la propuesta y alenté a Dobrynin a seguir sus conversaciones bilaterales con Sisco.

Al día siguiente, 4 de marzo, le tocó al embajador de Israel inquirir acerca de nuestros propósitos. Yitzhak Rabin había sido un héroe de la guerra de la independencia de Israel y como jefe del Estado Mayor de las Fuerzas de Defensa de Israel fue un arquitecto de la victoria de la Guerra de los Seis Días. Excepto por su inteligencia y tenacidad, era un improbable embajador. Taciturno, tímido, reflexivo, nada propenso a la conversación intrascendente, Rabin poseía pocos de los atributos comúnmente asociados con la diplomacia. La gente repetitiva le aburría y los lugares comunes le ofendían; desafortunadamente para Rabin, estas cualidades no son escasas en Washington. Odiaba la ambigüedad, que es el material de la diplomacia. Llegué a apreciarlo mucho, aunque él hacía poco para alentar ese afecto. Su integridad y su brillo analítico para llegar a la médula del problema eran sorprendentes. Valoré su juicio, a menudo hasta en asuntos sin conexión con Medio Oriente, y confiaba en sus razones aún cuando las posiciones de su país no eran siempre idénticas a las nuestras. Nos hicimos buenos amigos y así seguimos a través de todas las vicisitudes y enfrentamientos que nuestros deberes nos imponían ocasionalmente.

En esa primera conversación no pude contestar su pregunta acerca de nuestra política; nosotros mismos no la habíamos determinado aún. Pero yo estaba razonablemente seguro que el presidente seguiría adelante con ambos foros. Mi consejo privado era que Israel preparara un programa concreto articulando una definición de «paz» con la que pudiera vivir; sólo esto nos podría dar criterios por los cuales juzgar los progresos.

Como temía, la velocidad de las negociaciones más que la estrategia planeada impulsaba las decisiones. Para principios de marzo, Sisco informó acerca del éxito que yo había creído más prudente posponer; había cumplido con sus primeras instrucciones y pedía las siguientes —que el Departamento había estado preparando desde hacía dos semanas para que el presidente no perdiera tiempo. En otras palabras, menos de un mes después de comenzar un proceso «deliberado», «exploratorio», Sisco y sus colegas estaban listos para proponer a Nixon que anunciara principios básicos totales. El argumento del Departamento de Estado era ahora exactamente opuesto a aquéllos por los cuales se había convencido al presidente de la necesidad de tales sondeos. Mientras que un mes antes se había argumentado que la decisión de iniciar conversaciones de las cuatro potencias no implicaba obligación en cuanto a la substancia, ahora se insistía en que no podían sostenerse los sondeos informales sin algún esquema específico, tal como un conjunto de principios. A menos que expresáramos nuestras ideas, se decía, estaríamos atados a posiciones menos equilibradas presentadas por las otras tres potencias. Y teníamos que hacerlo rápidamente. El Departamento de Estado urgía para que la programada visita del ministro israelí de relaciones exteriores Abba Eban, a mediados de marzo, fuera el momento definitivo para la decisión del presidente. Se debería decir a Eban que planeábamos presentar el docu-

mento en el foro de las cuatro potencias y con los soviéticos. El procedimiento que yo había planeado para demorar las cosas había sido ya agotado totalmente en menos de cuatro semanas.

Mis puntos de vista no habían sido modificados por los hechos del mes anterior. El 5 de marzo escribí al presidente, resumiendo mis preocupaciones:

Todos señalan que se espera que entreguemos a Israel en cualquier negociación. Los árabes suponen, equivocada pero irrevocablemente, que podemos hacer que Israel proceda como lo deseamos. Los franceses y los británicos suponen que pudimos hacer más de lo que hicimos. Quizá, sólo los soviéticos, que conocen las limitaciones de su propia influencia en El Cairo y Damasco, entienden en forma realista los límites de nuestra influencia en Jerusalén, pero ven demasiadas ventajas de propaganda en nuestro apoyo a Israel para admitir públicamente la verdad.

Sin embargo, todos dicen también que un arreglo este año es improbable, precisamente debido a que la política post Eshkol y electoral de Israel limitará estrictamente su capacidad para comprometerse.

Los argumentos que comúnmente se emplean para intentar lo improbable son que: 1.º, el intento en sí mismo sería un factor estabilizante en el Oriente Medio y, 2.º, llegar a un acuerdo este año es la única forma de socavar a los militantes palestinos. Pero podría presentarse una situación en que, 1.º, podría empeorarse más la situación actuando ahora que no haciéndolo y, 2.º, un acuerdo podría en realidad fortalecer a los palestinos y debilitar a los gobiernos árabes que lo aceptarían.

Nuestro dilema era que si presionábamos a Israel alentaríamos a los radicalizados árabes y a los clientes soviéticos, que lo verían como una reivindicación de su intransigencia y de su relación con los soviéticos; por la misma razón tal presión también podría llevar a Israel a acciones extremas, o al menos a atrincherarse y a no conceder nada. Si, por otro lado, fracasáramos en presionar a Israel, la culpa del estancamiento caería sobre nosotros. En caso que Israel estuviera conforme en acordar condiciones, los palestinos probablemente bloquearían el acuerdo, con el apoyo sirio e iraquí; un gobierno árabe moderado que aceptara el acuerdo sería atacado por los radicalizados. Hussein y hasta Nasser podrían volverse vulnerables. El resultado no sería simplemente una negociación fracasada sino un caos en aumento y un nuevo peligro de guerra. En otras palabras, dada la influencia y la intransigencia de los soviéticos, la militancia de Nasser y el poder de los fedayines, argumentaba yo, Medio Oriente no estaba listo para una iniciativa norteamericana total.

El Departamento de Estado apareció con una lista de «principios generales» que conducían precisamente en esa dirección. Aseguraba que el objeto de las negociaciones era un acuerdo contractual obligatorio, aunque no necesariamente un tratado de paz. Las conversaciones cara a cara «no eran esenciales» en la primera fase, pero probablemente tendrían que ocurrir «en algún momento». Los principios permitían cambios mínimos de las fronteras pre-existentes, pero tales cambios «no deberían reflejar el peso de la conquista». (La frase «el peso de la conquista» era un eufemismo del Departamento de Estado para insistir en el retiro casi total de Israel; había aparecido por primera vez en un discurso del presidente Johnson el 10 de septiembre de 1968). La pretensión clara detrás de los principios era que, mientras Gunnar Jarring de las NU tomara la iniciativa, con las conversaciones cuatripartitas y bipartitas «respaldándolo», el esfuerzo sólo daría resultado si Estados Unidos ejercía todo su peso sobre Israel. La primera versión de los principios generales del Departamento de Estado insistía en el retiro israelí a la frontera de antes de la guerra con Egipto y Jordania, excepto rectificaciones menores sólo en el caso de Jordania. En cuanto a esta disposición, pude moderar los principios del Departamento con Sisco, aunque de todos modos era inevitable una protesta israelí.

El 10 de marzo, Nixon aprobó la recomendación del Departamento de Estado de que el informe sobre los principios generales fuera presentado a Eban durante su visita; luego, el informe sería discutido punto por punto entre Sisco y Dobrynin y sometido al foro de las cuatro potencias como base para las consultas que allí se llevarían a cabo. Nixon me indicó que compartía mi escepticismo acerca de lo que podría resultar de ello, pero dijo que eso le daría al Departamento de Estado algo que hacer, mientras manejábamos Vietnam, SALT, Europa y China en la Casa Blanca. (No debe excluirse que pudo haber dado a Rogers la versión opuesta.) Rogers, con orgullo, reveló el nuevo enfoque en testimonio público ante el Comité de Relaciones Exteriores

del Senado el 27 de marzo, diciendo a los senadores que era «de interés directo de Estados Unidos ejercer cualquier influencia que tenga, en cualquier manera que sea útil y efectiva». Al pedir «fronteras seguras y reconocidas» y un estado de paz «asegurado contractualmente», Rogers agregó la fórmula crucial: «Según nuestro punto de vista las rectificaciones de la frontera preexistente deberían limitarse a las necesarias para una seguridad mutua y no reflejar el peso de la conquista.»

Las conversaciones de Sisco con Dobrynin se alargaron a nueve sesiones, entre el 18 de marzo y el 22 de abril, y siguieron los cauces predecibles. El único tópico discutido fue el informe de principios generales norteamericanos, insistiendo Dobrynin en presionar a Sisco para que fuera más específico. Ser más específico en este contexto significaba expresar una posición más firme acerca de las fronteras finales, lo que podría provocar una conmoción en Israel al evidenciar que nos habíamos acercado a la posición soviético-egipcia de un retiro total. Presentamos los principios generales a las cuatro potencias el 24 de marzo con el mismo resultado. Una vez más la posición norteamericana era el foco del debate, mientras nuestros aliados trataban de empujarnos a un esfuerzo mayor. «Un esfuerzo mayor» tenía el mismo significado operacional que ser «más específico». Estábamos siendo llevados de posición en posición, pidiéndonos incansablemente que modificáramos nuestras posiciones para rescatar una negociación que nosotros mismos habíamos comenzado presumiblemente para aflojar las presiones que soporábamos.

Para fines de marzo, envié un informe acerca de las conversaciones de las dos potencias al presidente:

Mientras hasta el momento hemos evitado los peores peligros de una posición improvisada, el peso total de las conversaciones todavía podría recaer sobre nosotros —para presentar todas las propuestas fundamentales y persuadir a Israel... Una buena definición de un acuerdo equitativo es uno que dejará disconformes a *ambas* partes. *De ser así, debemos tener la ayuda soviética, y los Soviets deben compartir la culpa por forzar una solución desagradable.*

Ya nos habíamos apartado de la posición de Israel; los soviéticos no nos habían retribuido diferenciando su posición de manera alguna de la de los árabes. Antes de dar otros pasos, reiteraba yo, necesitábamos desarrollar una posición de Estados Unidos que estuviera de acuerdo con las condiciones del arreglo final, sobre la táctica para llevarlo a cabo, sobre la forma de relacionar las conversaciones de las dos y las cuatro potencias y sobre cómo coordinar ambas con Jarring. De otra manera, acabaríamos en un caos.

Todas estas maniobras de procedimiento no nos librarían de la necesidad de escuchar los puntos de vista de las partes —un proceso que nos traería claramente a la realidad otra vez.

VISITANTES DEL MEDIO ORIENTE

El primero en ser escuchado fue el elocuente Abba Eban, que llegó a Washington a mediados de marzo. Había conocido socialmente a Eban en Israel cuando era ministro de educación; éste era mi primer contacto profesional con él. Nunca encontré a nadie que le igualara en su dominio del idioma inglés. Las oraciones surgían en construcciones fluidas lo suficientemente complicadas como para poner a prueba la inteligencia del oyente y, simultáneamente, dejarlo transportado por el virtuosismo del que hablaba. La prosa fluía uniformemente, sin altisonancias, susurrando inexorablemente como un claro arroyo de montaña. Interrumpir era casi imposible, porque uno sabía que tendría que hacerlo en un idioma que era casi bárbaro en comparación. Ninguna personalidad norteamericana o inglesa me recordaba tan intensamente que el inglés era para mí, en realidad, un idioma adquirido.

La elocuencia de Eban —para desventura de los que tenían que negociar con él— estaba aliada a una inteligencia de primera clase y un dominio completamente profesional de la diplomacia. Siempre estaba bien preparado; sabía lo que quería. Practicaba plenamente su máxima de que lo que no fuera un acuerdo ciento por ciento igual al punto de vista de Israel evidenciaba falta de objetividad. Aún la posición más comprensiva, digamos noventa por ciento, era lamentada como una «erosión», un «debilitamiento» o «pérdida de valor». Yo no estaba siempre

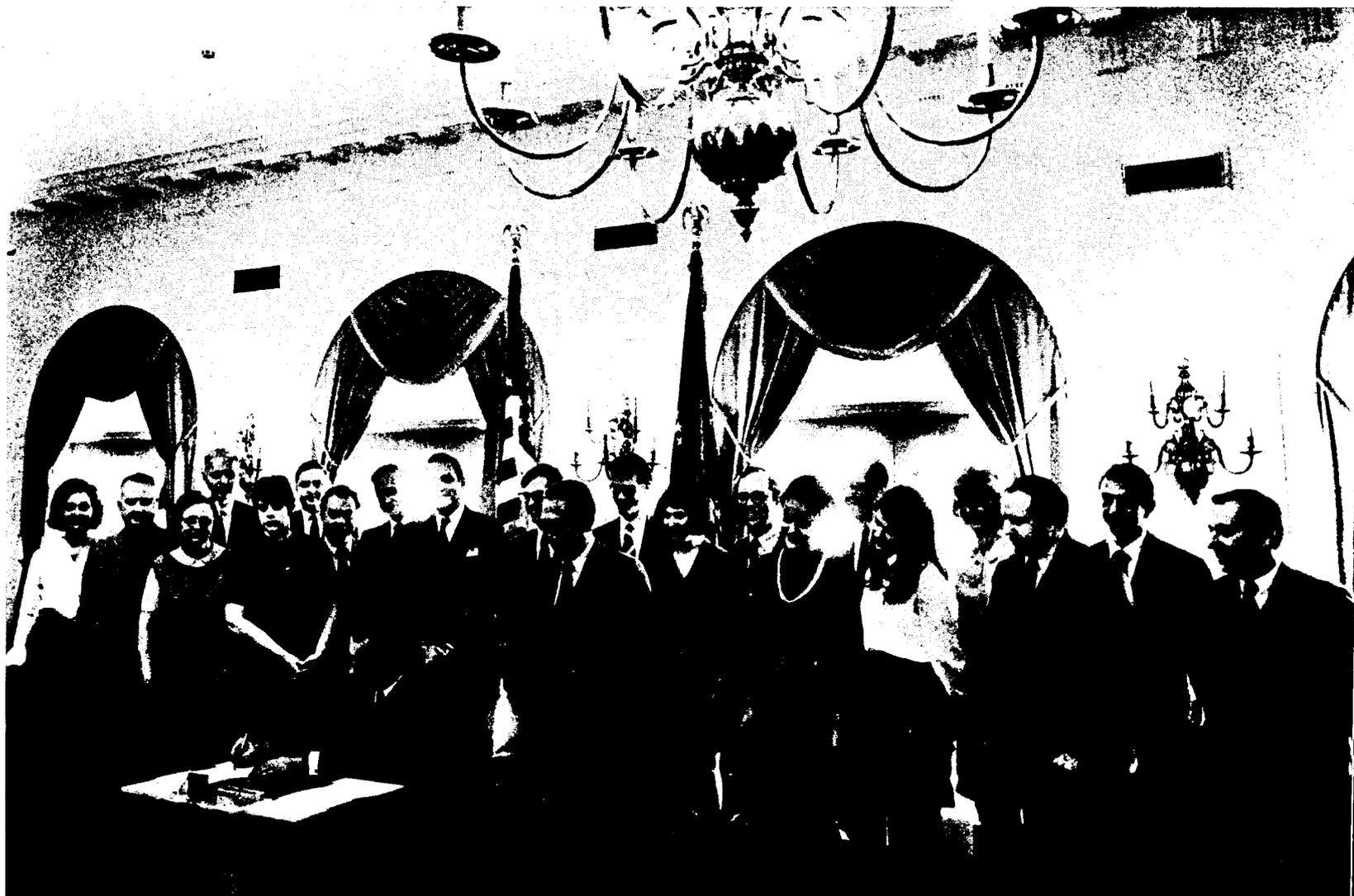


Con el presidente electo Nixon en la conferencia de prensa en que anunció mi nombramiento como consejero de seguridad nacional. Pierre Hotel, 2 de diciembre de 1968 (detrás de mí, el ayudante de política exterior de Nixon)





Con el coronel Alexander Haig, mi asesor militar, y Lawrence S. Eagleburger, mi asistente ejecutivo, mayo de 1969. Foto de la Casa Blanca.



Con mi equipo mientras el presidente firma el Informe de Política Exterior al Congreso, 25 de febrero de 1971. *Foto de la Casa Blanca.*



Un agradable momento con el secretario de Estado William Rogers en su oficina en el Departamento de Estado, a principios de 1969. *Alfred Eisenstaedt.*



En los escalones de la oficina privada de Nixon en el Edificio de Oficinas del Ejecutivo con Nixon y el secretario de Defensa, Melvin Laird. *Foto de la Casa Blanca.*



Antes de la primera reunión de Consejo Nacional de Seguridad, 21 de enero de 1969, buscando nuestros asientos. De izquierda a derecha: general Earle G. Wheeler, presidente del Estado Mayor Conjunto; Richard Helms, director de la CIA; H.A.K.; secretario de Estado Rogers; vicepresidente Spiro Agnew (de espaldas); secretario de Defensa Laird (parcialmente oculto); secretario del Tesoro David M. Kennedy. *Foto de la Casa Blanca.*



Mis padres, Louis y Paula Kissinger. *Harry Benson.*



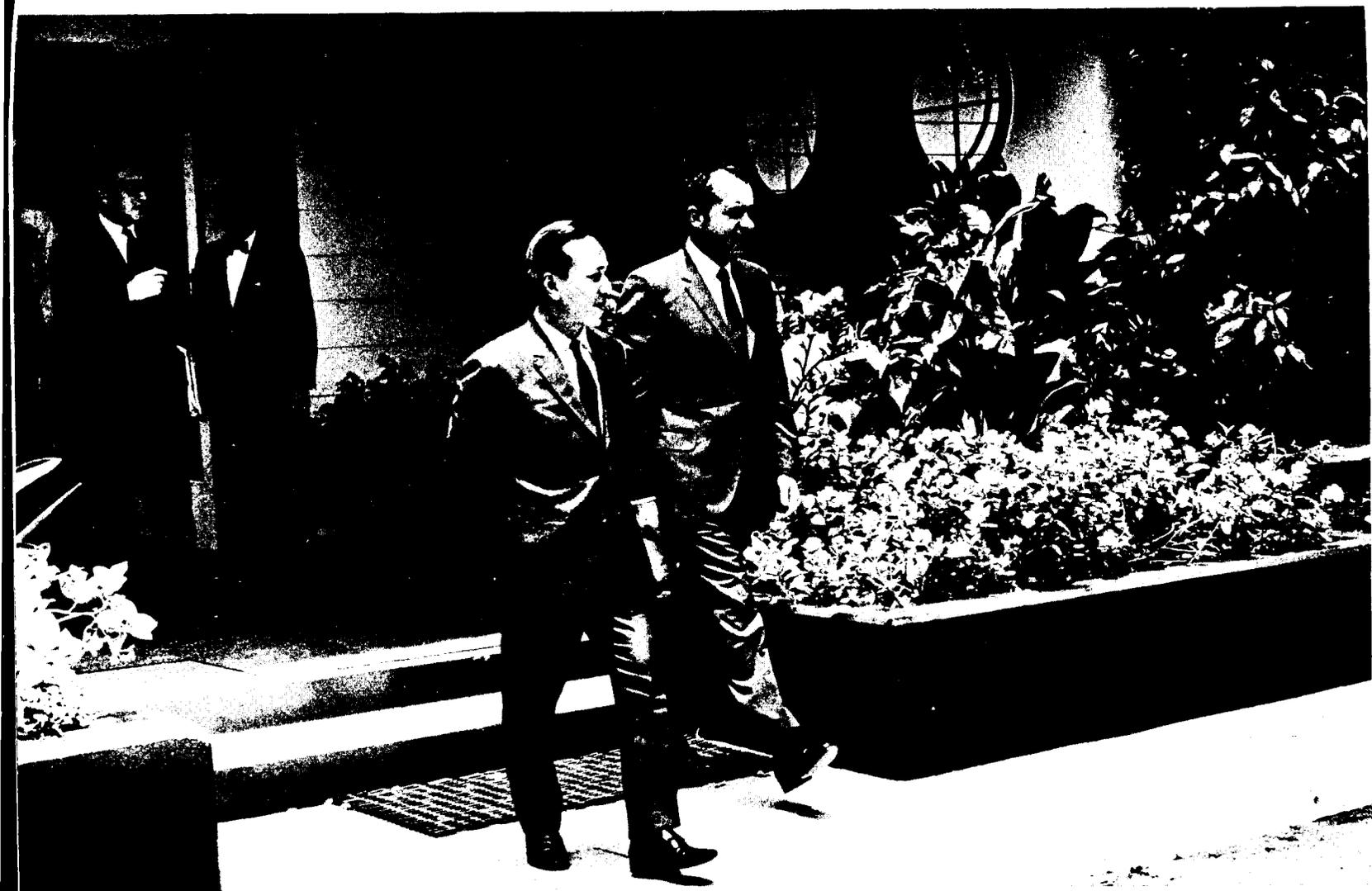
Mis hijos David y Elizabeth son presentados al ex presidente Lyndon B. Johnson y señora. *Foto de la Casa Blanca.*



Con el gobernador Rockefeller en un almuerzo en el National Press Club, 31 de octubre de 1972. De izquierda a derecha: H.A.K., Happy Rockefeller, Jim Cannon, gobernador Rockefeller. *John Metelsky.*



El gobernador Nelson Rockefeller y su ayudante Jim Cannon visitan a Nixon en San Clemente, 3 de septiembre de 1969. Foto de la Casa Blanca.



Nixon y el presidente Nguyen Van Thieu en Midway, 8 de junio de 1969. Foto de la Casa Blanca.



En el *Fuerza Aérea Uno*, en viaje a la reunión de Midway, junio de 1969. Desde la izquierda, en el sentido de las agujas del reloj: el presidente, Rogers Laird, general Earle Wheeler (presidente del Estado Mayor Conjunto), almirante John McCain (comandante del Pacífico), H.A.K., Henry Cabot Lodge (embajador en las conversaciones de París), Ellsworth Bunker (embajador en la República de Vietnam). *Foto de la Casa Blanca.*



Reunión con Thieu en Saigón, 30 de julio de 1969. Desde la izquierda, en el sentido de las agujas del reloj: Nixon, Thieu, ayudante Nguyen Phu Duc, H.A.K., Ellsworth Bunker. Foto de la Casa Blanca.



Arriba, izquierda: Reunión sobre Vietnam del Consejo Nacional de Seguridad, 12 de septiembre de 1969. Desde la izquierda, en el sentido de las agujas del reloj: H.A.K., ministro de Justicia John Mitchel, vicepresidente Spiro Agnew, almirante McCain, general Abrams, director de la CIA Richard Helms, embajador Philip Habib, embajador Bunker, Rogers, Nixon, Laird, general Wheeler. *Foto de la Casa Blanca.*



Arriba, derecha: El canciller de Alemania Occidental Kurt Kiesinger visita la Casa Blanca, 1 de abril de 1969, en ocasión de los funerales del presidente Eisenhower. *Foto de la Casa Blanca.*



Derecha: Con el primer ministro británico Harold Wilson en la base Mildenhall de la RAF, 3 de agosto de 1969. *Foto de la Casa Blanca.*

Escala en Chequers para comer con el primer ministro británico Edward Heath, 3 de octubre de 1970. (De izquierda a derecha, en tierra: Rogers, Nixon, Heath, jefe de protocolo de los EEUU Emil Mosbacher.) *Foto de la Casa Blanca.*

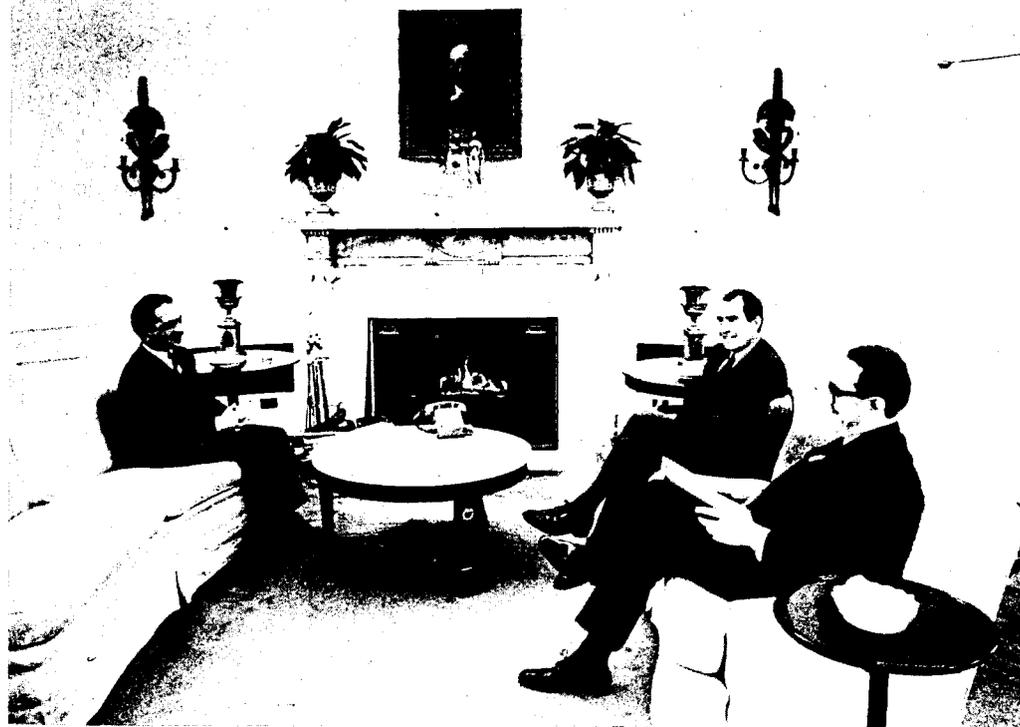




Con el canciller de Alemania Federal Willy Brandt y su ayudante Egon Bahr (centro), fotografía tomada en Munich, 9 de septiembre de 1972. *Presse-und-Informationsamt der Bundesregierung.*

Con el ex primer ministro japonés Eisaku Sato, en Tokio, después de su retiro (febrero de 1973). *Foto de la Casa Blanca.*

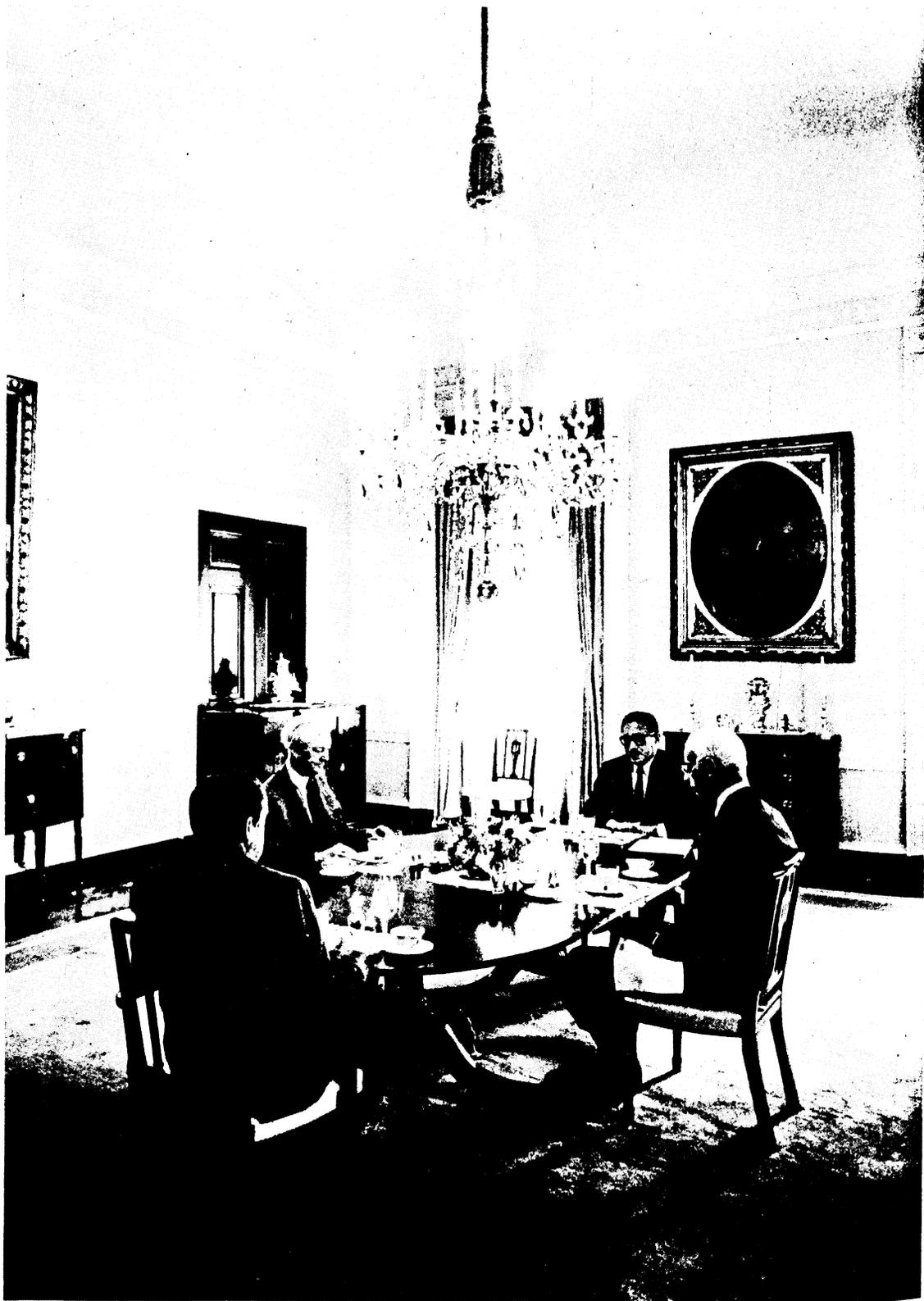




Arriba: El rey Hussein de Jordania visita la Casa Blanca, 8 de abril de 1969. *Foto de la Casa Blanca.*

Abajo: Dean Brown, nuestro nuevo embajador en Jordania, en San Clemente antes de su partida a Amman

Con
Satc
brei



Sesión de estrategia durante el desayuno con los embajadores David Bruce y Ellsworth Bunker, 22 de julio de 1970.

seguro de si sus colegas menos imaginativos en Israel apreciaban su elocuencia como yo lo hacía; su primer ministro, en ocasiones, parecía pasarlo por alto en favor de caminos menos ortodoxos. Pero difícilmente estaba yo en una posición moral fuerte como para objetar canales que pasaran por alto a un primer ministro.

Eban, vigorosamente, hizo caso omiso al concepto mismo de conversaciones bi y cuatripartitas, sobre la base de que la mayoría estaría contra Israel en cada grupo. Eban insistía en la exigencia israelí que, según él calculaba, era la que tenía menos probabilidad de ser satisfecha por los árabes: la insistencia sobre negociaciones directas y las firmas árabes en un tratado de paz conjunto. Un tratado de paz firmado era esencial, explicaba, debido al respeto especial que los árabes han mostrado siempre por las promesas escritas. No lo impresioné sugiriéndole que en mi lectura, que reconocía inadecuada, de la historia árabe, no había encontrado mayor o menor adhesión a los tratados firmados que en alguna otra parte del mundo.

Eban era demasiado astuto para perder tiempo debatiendo historia conmigo, sin embargo. El 13 de marzo tuvo una larga reunión con el secretario Rogers, en el curso de la cual se le mostró el informe de los principios generales, que rechazó, solicitando que no se presentara. Eban tenía firmes objeciones contra nuestros planteamientos sobre las fronteras. Los mismos parecían prejuzgar lo que, según insistía Israel, debía negociarse sólo entre las partes. Para que no nos sintiéramos demasiado confiados sobre cualquier otra parte del informe sobre principios, Eban rechazó la noción de la garantía de las grandes potencias. «Globalizando» todos los sucesos de Medio Oriente, decía, sólo convertiríamos el área en otro Berlín. Egipto no estaba listo para el tipo de paz que Israel requería; él estaba convencido de que la presencia soviética en Egipto hacía cada vez más improbable que Nasser fuera flexible. Una negociación con Jordania, más moderada y libre de la influencia soviética, era más alentadora.

Como análisis final, Eban no veía nada intolerable en el statu quo. Israel prefería que Estados Unidos evitara un papel activo y dejara a Jarring seguir su camino.

Ostensiblemente, Israel estaba deseoso de negociar pero era profundamente pesimista acerca de las probabilidades de un arreglo total. Esto significaba que no había forma de seguir el rumbo que nos habíamos fijado sin un choque masivo con Israel.

Cuando el ex presidente Eisenhower falleció el 28 de marzo, Nasser designó a Mahmud Fawzi, su consejero en asuntos extranjeros, para concurrir al funeral como representante egipcio. La presencia de Fawzi para honrar a un líder de un país con el cual Egipto no tenía relaciones diplomáticas fue una señal de especial respeto y cortesía. Fawzi era un caballero, un profesional con los atractivos modales de un egipcio educado y el aire cansado de alguien que ha visto demasiado de las debilidades humanas. Debido a que yo consideraba a Egipto un estado cliente de los soviéticos, no aproveché para entablar el contacto más humano que la ocasión brindaba. A la luz de mi experiencia posterior lo he lamentado.

La visita de Fawzi llegó después de casi una década y media de relaciones deterioradas entre Egipto y Estados Unidos. Durante la transición, Nasser había enviado una carta vaga al presidente electo, haciendo una lista de sus quejas contra Estados Unidos pero señalando que en las circunstancias propicias él estaría dispuesto a reanudar relaciones. Este había sido también el tema de Nasser cuando el gobernador Scranton visitara El Cairo a principios de diciembre; Egipto quería reanudar los lazos pero le gustaría tener como pretexto una política norteamericana más favorable en Medio Oriente.

Durante los primeros meses de 1969, Nasser repitió el pedido de un gesto norteamericano para romper el hielo. Detener la venta a Israel de los aviones jet Phantom F-4 fue una de sus ideas; no era probable que lo favoreciera ante los ojos de Israel. Aunque me parecía que Nasser sobrestimaba la merced que nos conferiría al reanudar las relaciones diplomáticas, escribí a Nixon en marzo que ya habíamos tomado varias de las medidas que Nasser había sugerido (si bien por diferentes razones). Habíamos realizado una diplomacia activa; habíamos enunciado principios generales; Rogers había anunciado una próxima actitud sobre las fronteras ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Parecía existir una base para unas posibles relaciones amistosas entre Washington y El Cairo.

Con este telón de fondo, tuve dos reuniones con Fawzi, preparatorias de su visita a Nixon el 11 de abril. Pero pronto se divulgó que Fawzi no tenía autoridad para reanudar relaciones diplomáticas. Él informaría de nuestra reacción a El Cairo; las relaciones podían reanudarse si se registraban algunos progresos concretos en Medio Oriente; no aclaró lo que quiso decir con esa frase. Egipto estaba ansioso de hacer progresos, en parte porque los soviéticos

lo estaban presionando, decía, hacia la paz. Parecían entender que no podrían ayudar a sus amigos árabes en ninguna otra forma; en un estancamiento la posición soviética en el mundo árabe era propensa a deteriorarse.

El punto final de Fawzi fue, por supuesto, precisamente la oportunidad estratégica que yo percibía para Estados Unidos. Si la posición soviética en Egipto podía deteriorarse cuanto más se demorara el arreglo, no teníamos incentivo alguno para aceptar la primera oferta soviética o egipcia, especialmente mientras la Unión Soviética mantuviera grandes fuerzas en Egipto y la diplomacia egipcia fuera orientada por Moscú. Las condiciones ofrecidas por Fawzi, en cualquier caso, no inspiraban optimismo. Egipto se negaba a firmar un documento conjunto con Israel; sus obligaciones se dirigirían sólo al Consejo de Seguridad donde la Unión Soviética tenía veto; no establecería relaciones diplomáticas con Israel; las fuerzas de paz de las NU podrían ser retiradas con un aviso de seis meses. Estas posiciones nunca serían suficientes para producir el retiro total israelí que Egipto exigía.

Fawzi cortésmente aseguró a Nixon el 11 de abril que Egipto estaba ansioso por reducir sus gastos militares y dedicar sus recursos a las obras internas. El no pedía a Estados Unidos que presionara a Israel a actuar contra sus intereses; requería, sí, un tratamiento equitativo para Egipto. En cuanto a reanudar relaciones, el momento no estaba maduro aún, dijo.

Hasta el día de hoy no he entendido los motivos de Nasser. Durante meses había enviado señales urgentes alentando la reanudación de relaciones. Envié a Fawzi reconocido como conciliador, a Washington. Fawzi se condujo hábilmente, pero en esa situación crucial sus instrucciones, para su obvia frustración, no le permitieron moverse. Nunca fue claro como pensaba Nasser que Nixon podría enfrentar la oposición interna, el rechazo israelí, y la indiferencia soviética, para sostener las metas principales de un país que rehusaba las relaciones diplomáticas con nosotros y cuya política exterior se mantenía fundamentalmente inamistosa. Nasser, en efecto, buscaba tratos con nosotros chantajeándonos, pero no tenía con qué amenazarnos. Cuando más tarde en ese mismo año la administración presentó planes precisos para las fronteras jordana y egipcia sobre planteamientos declarados aceptables por Nasser, éste se negó a aceptarlos y reanudar relaciones. Se complacía en su radicalismo, que consideraba esencial para sus ambiciones pan-árabes, y por esto se debe haber sentido obligado a mantenerse en perpetua confrontación con nosotros en Medio Oriente y el Tercer Mundo, aún al costo de arriesgar nuestra buena voluntad para encaminarnos en su dirección.

No tengo dudas de que Estados Unidos habría seguido su proceso de paz con más energía en los primeros tiempos del gobierno de Nixon si Nasser hubiera sido más flexible. Los principales obstáculos a un papel más activo de Norteamérica eran la política exterior antiamericana de Nasser y el papel dominante de la Unión Soviética en El Cairo. Fawzi no estaba en posición de asegurarnos que éstos no representaban principios fijos de la política egipcia. En cambio, con todo su encanto y siguiendo instrucciones de Nasser, Fawzi insistió calmadamente en conseguir todo por nada: el apoyo de Estados Unidos contra Israel, el apoyo soviético contra Estados Unidos y la conducción de los movimientos radicales en todo el Tercer Mundo. La política exterior no funciona de esa manera. Nasser no logró hacer la elección entre sus ambiciones retóricas y su intuición de los límites de la capacidad egipcia de lograr esas ambiciones. Murió sin haber hecho nunca la elección. Sólo su gran sucesor, Anwar Sadat, uniría las piezas.

El fracaso de la misión Fawzi afectó a otro visitante árabe, el valiente Rey Hussein de Jordania, que nunca había regateado su amistad con Estados Unidos. Hussein era uno de los más atractivos líderes políticos que yo haya conocido. El pequeño rey —como era afectuosamente llamado por nuestros funcionarios— animosamente defendía la causa árabe aun cuando sus hermanos árabes no retribuían su lealtad. Una vez que lo conocí razonablemente pude medir bien su irritación ante lo que consideraba insensibilidad o pedantería burocrática por el aumento de su legendaria cortesía; su uso del honorífico «sir» se multiplicaría mientras asumía un aspecto glacial. (Él, un monarca hereditario, me llamaba «sir» aún cuando yo era un simple asistente presidencial.)

Era tan valiente como cortés. Una vez me llevaba junto con Nancy, mi mujer, en su helicóptero en un espeluznante paseo a nivel de la copa de los árboles. Para haer que volara más alto, Nancy dijo inocentemente que ella no sabía que los helicópteros podían volar tan bajo. El Rey le aseguró que podían hacerlo más bajo aún, haciendo el resto del viaje casi a ras del suelo. De haber explotado la oportunidad podría haber obtenido mi aprobación a cualquier demanda política con sólo prometer volar más alto.

Hussein buscó reconciliar los papeles de nacionalista árabe y amigo de Estados Unidos con dignidad y coraje. Monarca prooccidental en el remolino del radicalismo árabe, mantuvo su independencia así como el respeto de gobernantes de la región donde menos fascinados podían estar por el principio dinástico. Aunque dependía substancialmente de la ayuda norteamericana, toleraba nuestros incómodos y a veces humillantes procedimientos sin perder jamás su compostura y paciencia, pero también sin descender jamás al papel de suplicante. Fue el primer líder árabe dispuesto a hacer la paz con Israel, manteniendo un contacto intermitente, si bien infructuoso con Jerusalén. Fue una desgracia que la fuerza de la posición negociadora de Hussein no igualara su moderación y que las opciones de las que disponía no igualaran su buena voluntad. Así, no tenía capacidad ni para la acción independiente ni para el chantaje, que son los materiales de la política de Medio Oriente. En 1969, los fedayines de la Organización para la Liberación de Palestina formaron un estado dentro de su estado, pero no lo desviaron de su curso moderado; meses más tarde (como veremos en el capítulo XV) valerosa y decisivamente confrontó el desafío de la OLP a su autoridad.

En su reunión con Nixon el 8 de abril, hablando también por Nasser, recalcó que ambos líderes se obligaban a la Resolución del Consejo de Seguridad 242 y estaban dispuestos a firmar cualquier documento con Israel *excepto* un tratado de paz. Hussein reconoció la necesidad de algunas rectificaciones menores de la línea de fronteras. Si Israel cedía Gaza al gobierno jordano, las rectificaciones en la margen occidental podrían ser bastantes substanciales. Puede parecer desafortunado, retrospectivamente, que no hubiera más indagaciones sobre un arreglo por separado jordano-israelí involucrando un intercambio de Gaza por los territorios de la margen occidental. Hussein aseguró que tanto él como Nasser estaban dispuestos a considerar zonas desmilitarizadas y el libre acceso por el Canal de Suez así como por los estrechos de Tirán. La presión de los extremistas árabes estaba acercando a Hussein y Nasser, dijo; Nasser estaba ansioso de reanudar sus vínculos con Estados Unidos. Pero el impacto conciliatorio de estos comentarios habían sido viciados en gran parte por las conversaciones de Fawzi conmigo y su decepcionante reunión con Nixon el 11 de abril, tal como ya se describió. <<<

DIPLOMACIA: PROPUESTAS SIEMPRE NUEVAS

El punto muerto entre las partes en Medio Oriente inevitablemente se reflejaba en las conversaciones de las cuatro y las dos potencias. La solución que parecía obvia a nuestros interlocutores en esas conversaciones era arrojarnos a la disputa para imponer una paz. El 14 de abril Dobrynin me dijo que el ensayo de las dos potencias requería proposiciones más concretas, particularmente en las fronteras. Lo que los soviéticos y los árabes querían era que fuéramos más específicos en lo que implicaban nuestras vagas formulaciones acerca de «rectificaciones menores» y el «peso de la conquista», es decir, que insistiéramos explícitamente en que el retiro de Israel fuera *total*. Asegurándome la ansiedad soviética para ayudar a promover un acuerdo, Dobrynin sugirió que tratásemos de reunir las propuestas de Estados Unidos y la Unión Soviética: si Estados Unidos presentaba posiciones más específicas en cada uno de los principios, los soviéticos se lo venderían a los árabes. Dado que, en realidad, Dobrynin estaba pidiéndonos que aceptáramos el programa árabe, no resultaba claro qué era lo que se proponía «venderles». A mí me parecía que estaba buscando obtener crédito en el mundo árabe a cambio de lo que sería una paz impuesta por nosotros a Israel. En el foro de las cuatro potencias se nos estaba presionando en la misma dirección. De Gaulle, que había honrado a Eisenhower concurriendo personalmente a los servicios en su memoria, había dicho a Nixon el 31 de marzo que las cuatro potencias deberían tratar de conciliar condiciones comunes para llegar a un acuerdo. Sin embargo, sabíamos por nuestras consultas en Nueva York que cada uno de los participantes tenía su propia idea de lo que deberían ser esas condiciones comunes —y que ninguna era aceptable para Israel. En cada foro se nos pedía que impusiéramos una paz para la cual no necesitábamos ningún foro. Este era precisamente el resultado que yo había predicho.

En casa, una mayoría de ambas Cámaras del Congreso se reunió para apoyar a Israel en una declaración pública: negociaciones directas, paz contractual y no presionar a Israel a retirarse prematuramente. Como en Vietnam, terminaríamos negociando con nosotros mismos.

No era sorprendente que cuanto más indecisas eran nuestras negociaciones de marzo y abril de 1969, tanto más intensa era la confrontación militar sobre el terreno. A medida que la

violencia aumentaba, U Thant advertía el 22 de abril que un «virtual estado de guerra activa» existía a lo largo del Canal de Suez; un portavoz de El Cairo declaró en 1967 el cese de fuego en ese vacío en el frente. Las confrontaciones aumentaron al tomar represalias Israel por los ataques de los fedayines desde Jordania; el Líbano declaró el estado de emergencia en un fútil intento de detener las incursiones de los fedayines desde su territorio. Se estaba llevando a cabo intensamente lo que se llamó «la guerra de desgaste».

En otras palabras, después de dos meses de una nueva iniciativa norteamericana, estábamos más o menos de vuelta al punto de partida. Habíamos probado otra vez lo que ya sabíamos: las partes tenían puntos de vista muy diferentes sobre el significado de «fronteras seguras y reconocidas», el momento y la extensión del retiro, la naturaleza del reconocimiento y, en verdad, el proceso de negociación.

Claramente, era necesaria otra revisión de la política a seguir.

Lo que había comenzado en febrero como una exploración para determinar la *factibilidad* de las negociaciones, para mayo se había convertido en una proposición de que Estados Unidos tenía la obligación de salvar las negociaciones produciendo nuevas propuestas cada vez más específicas. Pero no había forma de esquivar el hecho de que las propuestas de cada parte eran totalmente inaceptables para la otra. No se les podía inducir por procedimientos astutos a abandonar las posiciones que habían sostenido y por las que habían luchado en tres guerras durante veinte años. El creciente vacío entre ellos sólo podría salvarse con formulaciones tan ambiguas que simplemente repitieran las evasivas de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad.

En estas circunstancias, lo vital para nosotros no era qué propuestas generales haríamos sino si estábamos preparados para insistir, por medio de presiones si fuera necesario, en que nuestras propuestas se llevaran a cabo. Hasta que hubiéramos contestado esta pregunta —que significaba, según estaban redactadas las propuestas, presión sobre Israel— las negociaciones estaban condenadas a estancarse, de una manera u otra. Si nos ateníamos a nuestras vagas posiciones, las conversaciones de las dos y las cuatro potencias fracasarían, cayendo la culpa sobre Estados Unidos. Si éramos más específicos tendríamos una gran querrela con Israel sin ganar la amistad de los árabes. Por el contrario, la Unión Soviética y sus clientes serían los mayores beneficiarios. Y si evitábamos presionar a Israel, ya sea por razones de política doméstica o exterior, las negociaciones nuevamente llegarían a un alto. Para mí, ésta era la consecuencia inevitable de intentar un arreglo total cuando las posiciones de las partes estaban tan alejadas: los soviéticos apoyaban la posición árabe y nosotros todavía no nos habíamos colocado en el papel de mediador.

Rogers argüía que presentar un plan detallado mejoraría nuestra posición aún si fuera rechazado: según él no había forma de saber si un acuerdo era posible sin poner a prueba los puntos de vista egipcios, soviéticos e israelíes. Por lo tanto, el Departamento de Estado sometió a la aprobación presidencial un detallado borrador de un acuerdo de paz entre Egipto e Israel, basado en los lineamientos anteriores a junio 5 de 1967. Pronto seguiría un borrador del arreglo de paz entre Jordania e Israel.

Expresé mis profundas reservas al presidente. Predije que el plan probablemente conduciría a un violento disgusto con ambas partes. Seguramente las fronteras serían inaceptables para Israel. Los árabes, con el estado mental actual de Nasser, no estaban dispuestos a hacer los compromisos escritos necesarios para la paz. No mejoraría nuestras relaciones con los árabes; fortalecería la posición de los soviéticos; los soviéticos y sus clientes primero se atribuirían el mérito de habernos impulsado hasta allí y después podrían acusarnos de no avanzar lo suficiente y de culparnos de no obligar a Israel sobre lo que habíamos prometido.

Estos temas fueron debatidos ante el presidente en una reunión del CNS en la mañana del 25 de abril. El presidente, dividido entre las advertencias de mi memorándum y las presiones de su burocracia, evitó una decisión. Me pidió luego, en cambio, que trabajara con Sisco en modificar la propuesta del Departamento de Estado para mitigar los peligros que yo había previsto. El informe, tal como quedó modificado, fue aprobado por el presidente el 5 de mayo. Los cambios eran mayormente de retoque. Se sabía que el presidente no estaba dispuesto a desautorizar de plano a su secretario de Estado acerca de Medio Oriente; por ello, mi influencia era débil. En la nueva versión, Estados Unidos no presentaría un plan general para un acuerdo egipcio-israelí realizable de inmediato: sus disposiciones serían anunciadas paulatinamente en conversaciones sucesivas entre Sisco y Dobrynin. En segundo lugar, Estados Unidos no se obligaría inicialmente a forzar un retiro completo israelí del Sinaí; más bien, la formulación de fronteras

sería ambigua, con el retiro hacia la línea de fronteras anterior a la guerra «no excluido necesariamente». Estos cambios podían solo demorar —no detener— la aplanadora del Departamento de Estado; una vez que el presidente hubiese autorizado la posición final era seguro que sería propuesta de cualquier manera.

Esto era lo más seguro, pues Joe Sisco creía en las negociaciones pausadas. Tan pronto como el presidente aprobó la estrategia revisada, comenzó la segunda vuelta de conversaciones con Dobrynin. Él no perdió tiempo; comenzó el 6 de mayo y terminó el 9 de junio. Sisco rápidamente desveló las posiciones de Estados Unidos en los puntos claves. Pronto se hizo evidente que los soviéticos no iban a aceptarlos e invariablemente pedirían más. Por ejemplo, nosotros insistimos en las negociaciones directas árabe-israelíes en algún momento. Dobrynin quería restarle importancia a esto. En cuanto a las fronteras sosteníamos que «la anterior frontera internacional entre Egipto y el territorio bajo mandato de Palestina no está, necesariamente, excluida». La Unión Soviética exigía el retiro total a las líneas fronterizas de antes de la guerra sin cambios. Favorecíamos la desmilitarización de todo el Sinaí; los soviéticos no. Nosotros insistíamos en la navegación libre por las vías de aguas internacionales como los estrechos de Tirán y el Canal de Suez mientras que los soviéticos circunscribían su posición con referencia a la Convención de Constantinopla de 1888, cuyos términos eran ambiguos cuando se aplicaban a circunstancias corrientes. Había también diferencias por el asunto de los refugiados. El 11 de junio, Dobrynin se quejó ante mí del nuevo estancamiento; lamentaba la falta de precisión de Sisco, particularmente sus «abstractas» formulaciones acerca de las fronteras, como Dobrynin las llamaba (lo que al menos me demostraba que Joe se atenía a las instrucciones).

Todo este tiempo, Israel hacía saber en su modalidad inimitable que estaba aumentando su descontento por la nueva iniciativa norteamericana, aún cuando Dobrynin estaba atacando nuestras fórmulas desde el lado árabe. El 13 de mayo, el embajador Rabin inquirió el propósito de este nuevo diálogo norteamericano-soviético y expresó especial preocupación de que pudiéramos ceder en el asunto de las fronteras. Criticó, también, otros puntos. Israel todavía prefería trato directo con los árabes. La primer ministro Golda Meir envió una apasionada carta al presidente Nixon reiterando su preocupación de que Estados Unidos estaba influyendo sobre las negociaciones al predeterminar el resultado de los puntos principales. Para evitar que la situación se le fuera de las manos, Rabin sugirió que para calmar las cosas la señora Meir fuera invitada a Washington lo antes posible. No estábamos listos para un encuentro inmediato. Obtuve una invitación del presidente para que la señora Meir nos visitara en el otoño.

Nuevos combates salpicaron la lucha diplomática. En mayo, junio y julio, Medio Oriente estallaba diariamente con las incursiones de los fedayines desde Jordania y combates aéreos sobre los frentes egipcio y sirio; la señora Meir prometió que las represalias israelíes serían «rápidas y severas», devolviendo «septuplicado» los ataques árabes a Israel. En mayo, Nasser dijo a la revista TIME que un acuerdo era posible si Israel aceptaba una retirada total y daba a los palestinos la opción a volver —dos cosas que Israel ya había rechazado. En la misma entrevista dijo también que aceptaba la «realidad» de Israel, pero demostraba su ambivalencia ordenando a la prensa de El Cairo suprimir esa oración en la publicación de la entrevista. Luego, en un discurso importante el 23 de julio, Nasser pareció cambiar otra vez; proclamó que ahora Egipto estaba pasando a una «etapa de liberación» en su guerra con Israel, y condenaba a Estados Unidos y Gran Bretaña por apoyar a Israel. El 17 de junio el ministro soviético de Relaciones Exteriores Gromyko terminó una visita a El Cairo con un comunicado que comprometía todo el apoyo soviético a la lucha de Egipto para «liquidar las consecuencias de la agresión».

Ese mismo día, la Unión Soviética finalmente nos dio una contrapropuesta. La respuesta soviética tenía algunos elementos positivos: hablaba de trabajar por un acuerdo obligatorio y de reconocimiento a Israel. Pero mostraba poca flexibilidad en los puntos que nos importaban más: las negociaciones directas no eran mencionadas; las fronteras finales debían seguir rígidamente las líneas de 1967; permanecía vago el tema de la libertad de navegación; la definición de paz final omitía la obligación de controlar las guerrillas; y rehusaba incluir la proposición de que Israel tuviera algún control sobre los palestinos que retornarían a Israel.

Rogers, sin embargo, decidió que la respuesta soviética mostraba suficiente «movimiento de avance» como para merecer otra propuesta norteamericana. Dado que Dobrynin había vuelto a Moscú para consultas, el 30 de junio Rogers propuso que Joe Sisco viajara a Moscú para presentar algunas ideas nuevas. Específicamente, Rogers quería que Sisco fuera autorizado bajo su propia responsabilidad, como respaldo para poder retroceder, para jugar en Moscú, nues-

tra «carta de triunfo» —una explícita promesa de lograr las fronteras de pre-guerra— si los soviéticos se acercaban en los puntos sobre paz, seguridad y negociaciones directas.

Esto lo consideré prematuro, por decirlo bondadosamente. Según mi punto de vista, la respuesta soviética no significaba ninguna concesión. Básicamente, buscaba obtener de nosotros todo el programa árabe con fórmulas sutilmente evasivas y substancialmente no comprometidas. No mostraba ninguna voluntad de compensar nuestra coacción sobre Israel con presión similar sobre los árabes. Parecía planeado con el propósito dominante de demostrar la imprescindibilidad de la Unión Soviética para sus clientes árabes. Si seguíamos, una colisión con Israel era inevitable. Sin embargo, yo no estaba en posición de detener la iniciativa de Rogers. Recomendé al presidente que continuáramos con el viaje de Sisco mientras no ofreciéramos nuevas concesiones en las fronteras. Aconsejé al presidente: En esta etapa no le daría ninguna autoridad para obligarnos de manera alguna al lenguaje de la retirada. Eso nos pone muy a la delantera de Israel y delata nuestra posición sin ninguna ventaja. Creo que los rusos —no nosotros— deben poner la carnada. La estrategia que propuse era insistir en que la Unión Soviética pagara un precio con sus amigos árabes proporcionado al que se esperaba que nosotros pagáramos con Israel. Esto aseguraría una negociación más justa y pondría algunas tensiones en la relación soviético-egipcia. Nixon estuvo de acuerdo; Sisco fue autorizado a ir a Moscú pero no a llevar consigo ninguna nueva proposición sobre fronteras.

Sisco visitó Moscú del 14 al 17 de julio. Sus conversaciones fueron una réplica de los intercambios de los dos meses anteriores. Hasta él volvió escéptico acerca de la flexibilidad y las intenciones soviéticas. Informó al presidente que no encontró evidencias de que los soviéticos estuvieran dispuestos a presionar a Nasser en los temas principales de paz y negociaciones directas. Veían en Nasser su instrumento principal en Medio Oriente; no deseaban arriesgar ni la posición política de Nasser ni su propia influencia con él urgiéndole a hacer la paz en condiciones que no fueran las propias. En vez de presionar a Nasser, su estrategia parecía ser mantenerse firmes y desgastar nuestra posición hasta un punto en que estuviésemos dispuestos a imponer sus términos a Israel. Sisco llegó a la conclusión, correcta en mi opinión, de que nosotros también debíamos mantenernos firmes.

La misión Sisco aquietó el impulso de presentar iniciativas por dos meses exactamente. Aunque por el momento la Casa Blanca y el Departamento de Estado lograron un raro acuerdo de no hacer nada, se esperaba que la actividad diplomática se reanudara en el otoño. La llegada de dignatarios extranjeros, incluyendo las partes en la disputa del Medio Oriente, para la Asamblea General de las Naciones Unidas, generaría el incentivo así como la oportunidad de hacer otro intento.

OTRA INICIATIVA MÁS

Esto era particularmente cierto dado que, en Agosto, la lucha se inició otra vez en todos los frentes, especialmente peligrosa a lo largo del Canal de Suez. No fue calmada por el incendio de la Mezquita de Al Aqsa por un australiano desequilibrado. Los árabes, como era de suponer, culparon a Israel; tanto Nasser como el Rey Faisal de Arabia Saudita llamaron a una guerra santa para liberar Jerusalén. Los terroristas secuestraron un avión de TWA llevándolo a Damasco donde los pasajeros israelíes fueron retenidos durante varias semanas. El Partido Laborista de Israel, preparándose para las elecciones del otoño, proclamó su intención de mantener partes de los territorios ocupados cualquiera que fuesen los términos de paz.

Esta escena sombría exigía otra revisión de la política. Tomó la forma, ahora usual, de una presión del Departamento de Estado en busca de una iniciativa y mi insistencia en una elaboración previa de una estrategia precisa. Gromyko venía a la Asamblea General de las NU; Rogers y nuestro embajador en las NU, Charles Yost, pidieron permiso a Nixon para presentar el respaldo norteamericano a las fronteras de 1967, condicionadas a disposiciones satisfactorias de seguridad. Sisco adoptó una posición más prudente.

Estas presiones ilustran lo que considero la máxima básica en la elaboración de la política exterior norteamericana. Una vez que existe una posición de retroceso —por muy justificada que esté— será presentada de una manera u otra, primero con comentarios privados y trascendidos periodísticos y finalmente como una posición formal. Un presidente que autorice una posición semejante en la esperanza de que nunca tendrá que enfrentar sus consecuencias

está condenado a verse decepcionado. La existencia misma de un retroceso desgasta la tenacidad con la cual se mantiene la posición que ha sido aprobada. Y el proceso es acelerado si las prerrogativas burocráticas y los egos individuales son aplicados a tal posición y sus expectativas de éxito.

Por lo tanto, el debate ya familiar tuvo lugar una vez más, esta vez en una reunión del CNS el 11 de septiembre. Los representantes del Departamento de Estado arguían que al no proponer la posición de retroceso, el avance era imposible (un razonamiento que, si se insistía lo suficiente, nos llevaría eventualmente derecho hacia la posición soviética en todos los puntos). Yo cuestionaba la prudencia de una posición que seguramente sería rechazada por Israel y que ni siquiera podría ser aceptada por Egipto, ribeteada como estaba de condiciones de paz que ya habían sido rechazadas. En la próxima reunión, habiéndonos obligado a este curso de acción, seríamos inevitablemente presionados para moderar nuestra posición aún más y luego imponérsela a Israel.

Estábamos de vuelta a la controversia estratégica con la que habíamos comenzado en febrero. Los defensores de hacer más concesiones sostenían que el tiempo estaba en contra nuestra; cuanto más durara el estancamiento, más se deterioraría nuestra posición en el mundo árabe. Insistía en que lo opuesto era la verdad. Un estancamiento prolongado iba en nuestro favor; persuadiría a Egipto a enfrentar la realidad de que el tutelaje soviético y una política exterior radicalizada eran obstáculos para el avance y que sólo Estados Unidos podría lograr un acuerdo: demostraría la impotencia soviética y con el tiempo podría impulsar una reconstrucción fundamental de las políticas exteriores de los árabes y, especialmente, los egipcios. Rogers veía en las conversaciones de las dos potencias un medio por el cual la Unión Soviética nos ayudaría a salir de nuestro compromiso en Medio Oriente. Yo pensaba que eran los soviéticos los que enfrentaban el compromiso, dado que no tenían medio de lograr sus objetivos excepto con nuestra cooperación o por una guerra que sus clientes se arriesgaban a perder. Si nos manteníamos en calma, antes o después tendrían que pagar un precio por nuestra ayuda, ya sea en Medio Oriente o en algún otro lado. Rogers estaba preocupado de que Estados Unidos se encontrara solo en las conversaciones de las cuatro potencias; mi punto de vista era que esto era inherente en el foro y que no podría ser evitado mediante fórmulas inteligentes.

Antes de la reunión del 11 de septiembre del CNS el presidente había traído a John Mitchell a las discusiones para que le aconsejara en política interna respecto de las opciones que tenía ante él. Mitchell, a pesar de su pipa, su ceñudo exterior y su suerte posterior, era un hombre discreto y astuto. Nixon valoraba su juicio sobre política; él representaba al observador independiente y protector de los intereses del presidente, y probó su perspicacia en muchas ocasiones. Mitchell advirtió a Nixon, en esta oportunidad, de la crisis doméstica que iba a enfrentar —la inevitable querrela con Israel, sin esperanzas de lograr la paz.

Nixon estaba pues, bien preparado para la reunión del CNS y sondeó incisivamente a Rogers y a Sisco: «¿Conversan ustedes alguna vez con los israelíes?», les preguntó. «¿Cómo piensan que Israel va a reaccionar ante nuestra aceptación de las fronteras de 1967?» Rogers y Sisco le aseguraron que los israelíes estarían satisfechos con el paquete total dado que incluiría elementos de su propia definición de paz. Cuestioné ésto, señalando que si yo estaba en lo cierto y no estábamos preparados para presionar a Israel, perderíamos con los árabes, agregando al cargo de impotencia el de mala voluntad. El presidente decidió mantener el carácter de «exploratorias» a nuestras negociaciones hasta la visita de la señora Meir; mientras tanto, ordenó un estudio de los términos del acuerdo para Jordania y Siria, así como para Egipto. El procedimiento del CNS podría no tomarse en serio como un medio para producir opciones: tenía la gran ventaja de suministrar una excusa para demorar las decisiones.

Mitchell me dijo más tarde que el presidente no tenía nociones preconcebidas sobre cómo proceder. Nixon me dijo unas pocas semanas más tarde que estaba de acuerdo conmigo en que sería mejor demorar las propuestas específicas para ver qué tensiones podrían surgir entre los soviéticos y los egipcios: «Pueden quedarse con la cumbre y el comercio, pero que me maten si van a obtener el Medio Oriente.» Por lo tanto, Rogers y Sisco fueron instruidos para no decir nada nuevo en sus conversaciones con Gromyko.

GOLDA MEIR

Golda Meir llegó a Washington el 25 de septiembre en su primer viaje a los Estados Unidos como primera ministro israelí. Ella era única. Su niñez en la Rusia de los pogroms y su juventud como pionera en la agreste Palestina le habían enseñado que sólo los astutos tienen la oportunidad de sobrevivir y sólo aquéllos que pelean triunfan en el esfuerzo. Su áspero rostro era testigo del destino de un pueblo que había llegado a conocer demasiado bien las potencialidades de la inhumanidad del hombre. Sus ojos vigilantes dejaban en claro que no se proponía permitir que su pueblo sufriera, sin luchar para evitarlo. Sin embargo, anhelaba que realizaran su sueño de paz; su fortaleza no era sino el exterior de una pasión que sentía la muerte de cada soldado israelí como la pérdida de un miembro de su familia. Era fundadora de su nación. Cada centímetro de tierra por la que Israel había luchado era para ella prueba de la supervivencia de su pueblo; sería tenazmente defendida de sus enemigos; sólo se abandonaría por una garantía tangible de seguridad. Tenía una mente penetrante, imbuida de un sentido del humor agreste y malicioso. No era afectada a la retórica elevada, ni particularmente interesada en los puntos más sutiles de las tácticas negociadoras. Iba directamente al meollo de la cuestión. Contestaba con ironía y sagaz psicología. Hacia mí, actuaba como una tía benevolente hacia un sobrino especialmente favorecido, de modo que aún admitir la posibilidad de un desacuerdo era un desafío a la jerarquía familiar que producía un ultraje emocional. Era habitualmente calculado. Dice mi mujer que algunas de las representaciones teatrales más dramáticas que ha presenciado tuvieron lugar entre Golda Meir y yo cuando no estábamos de acuerdo. La señora Meir trataba al secretario Rogers como si los informes sobre sus puntos de vista no pudieran ser ciertos; estaba segura que una vez que él hubiera tenido oportunidad de explicarse, los malentendidos ocasionados por la inevitable insuficiencia de los telegramas se desvanecería; entonces, ella perdonaría. En cuanto a Nixon, la señora Meir lo consideraba como un viejo amigo del pueblo judío, lo cual era una noticia sorprendente para nosotros que estábamos más familiarizados con sus ambivalencias en ese punto. Pero le daba a Nixon una reputación que mantener. Y en la ocasión, hizo mucho por Israel, si no por afecto, por su cálculo característicamente poco sentimental acerca del interés nacional.

Los temas de la señora Meir con Nixon eran simples. Estados Unidos no debería dejar que Nasser eludiera la responsabilidad de hacer la paz haciendo que otros arreglen las condiciones; la Unión Soviética tenía que saber que Estados Unidos no permitiría que Israel fuera destruido; los árabes tenían que saber que Israel no era débil. Sólo esto traería la paz.

Nixon no se había destacado, sin embargo, por comprender generalidades. Mientras que estaba inquieto con las tácticas arrolladoras del Departamento de Estado, no creía ni por un momento que la paz vendría automáticamente si sólo nos manteníamos firmes. No estaba aún listo para presionar a Israel, mayormente por razones domésticas, y no tuvo dificultad en dar a Golda Meir seguridades de ayuda contra un ataque soviético. Y él quería un Israel fuerte, porque no quería que Estados Unidos tuviese que pelear las batallas de Israel, que también era exactamente el punto de vista de Golda Meir. Nixon pensaba que Nasser se moderaría sólo si se veía enfrentado a un poder arrollador.

Pero aún tenía ante él las recomendaciones políticas de su secretario de Estado; por lo tanto, difícilmente podía prometer que Estados Unidos nunca presentaría nuevas condiciones de paz. Se atascó, dando la impresión de que simpatizaba más con las preocupaciones de Israel que con su propia burocracia —lo que era cierto— y apareciendo con la fórmula de que Israel debería cambiar hacia una línea más blanda. Esto significaba que él respondería a los pedidos israelíes de armamentos si Israel mostraba cierta flexibilidad sobre algunos puntos de la negociación, que no serían muchos, según aseguraba vigorosamente.

Sería demasiado el pretender que la señora Meir estuvo de acuerdo; más preciso sería decir que se allanó a una formulación cuyo significado sólo el futuro revelaría. Ella se reservaría el derecho de presentar batalla entonces, si era necesario, y entonces elegiría como adversario a alguien de menor jerarquía que el presidente. Según se presentaron los acontecimientos, tuvo ocasión de presentar batalla muy pronto. La fórmula propuesta por el presidente trascendió a la prensa —implicando que la ayuda en armamentos en adelante estaría condicionada a la flexibilidad israelí ante las negociaciones. Las airadas protestas de la señora Meir estuvieron dirigidas (quizá correctamente) al Departamento de Estado.

Se avecinaba una seria batalla burocrática. El 27 de septiembre Dobrynin me visitó con la

perenne sugerencia soviética de una posición conjunta norteamericana-soviética, esta vez para suministrar propuestas a Jarring, el representante especial de las NU. La rechacé con el argumento de que mientras los soviéticos fueran tan poco serviciales en Vietnam, una acción conjunta en otro lugar sería «difícil». No tenía intenciones de actuar junto con la Unión Soviética cuando los soviéticos claramente esperaban sacar provecho de nuestros esfuerzos. Pero mi rechazo simplemente hizo que Dobrynin buscara otros canales. Continuó conversando intensamente con Sisco en septiembre y octubre. Retomando los hilos de la visita a Moscú, Sisco y Dobrynin rumiaban las distintas disposiciones de un posible acuerdo egipcio-israelí. Para el 14 de octubre, Sisco informaba que había suficiente progreso en procedimientos (como el mantenimiento de conversaciones indirectas en la isla de Rodas) para garantizar un movimiento de avance hacia el tema de las fronteras en la semana siguiente.

Tenía mis dudas acerca de este «progreso». Pensaba que los soviéticos estaban usando el Medio Oriente, como a SALT, para que Nixon pensara dos veces acerca de su amenazante plazo del 1.º de noviembre sobre Vietnam. (Ver capítulo VIII). Mis preocupaciones no fueron aliviadas por la reunión entre Dobrynin y el presidente el 20 de octubre. Dobrynin leyó de un *aide-mémoire*, culpando íntegramente a Washington por el «impasse» en el Medio Oriente. Nixon respondió vivamente, señalando que los soviéticos habían sido totalmente inflexibles en cuanto al retiro israelí sin indicar qué sacrificio le pedirían a Egipto; el cliente soviético había perdido la guerra, había perdido el territorio, y no estaba en posición de hacer demandas.

Mientras Nixon enfrentaba a Dobrynin, Sisco andaba a la búsqueda de la autorización para decirle a Dobrynin acerca de nuestra política de retroceso de aceptar la frontera de 1967 unida a las garantías de seguridad. Quería actuar en una reunión programada para el 28 de octubre. Discutí esto con el presidente, quien estuvo de acuerdo en que no habría iniciativas norteamericanas de ninguna clase antes del 1.º de noviembre, la fecha clave para Vietnam. En realidad, Nixon había dado la orden estricta de que no hubiera ningún contacto más con los soviéticos hasta que él dijera su importante discurso del 3 de noviembre sobre Vietnam. Sisco protestó, porque Rogers ya había prometido a Gromyko que Sisco y Dobrynin se reunirían el 28 de octubre. (Este no era en realidad un argumento concluyente, dado que Sisco podría siempre haberse demorado). Pero Nixon estaba tan absorto en Vietnam, preparando su discurso del 3 de noviembre y gestionando la Moratoria, que tenía aún menos coraje que de costumbre para pelear con su secretario de Estado. Cedió a regañadientes. En forma característica buscó defender sus apuestas pidiendo a John Mitchell y Leonard Garment —consultor del presidente y consejero de asuntos judíos— hacer saber a los líderes de la comunidad judía sus dudas acerca de la diplomacia del Departamento de Estado. Nixon dio a entender vigorosamente que él se ocuparía de que nada resultara de las mismas iniciativas que estaba autorizando.

Estábamos en la anormal situación de que Nixon se inclinaba por mi estrategia pero siguiendo la táctica de Rogers. Las razones para su relativa deferencia hacia Rogers en la política del Medio Oriente son las que mencioné al principio del capítulo. Nixon entendía muy bien que la diplomacia no iría a ningún lado; siempre que amenazara un estallido generalmente seguiría mi consejo de hacerlo abortar. Y la ironía final era que la política espasmódica resultante de agujinear iniciativas luego abortadas, era el equivalente funcional de lo que yo quería lograr por cálculo: ponernos en la posición fundamental en las negociaciones y demostrar la incapacidad soviética de lograr progresos.

Hasta que esto se demostrara, no había ventajas para Estados Unidos en continuar con una política activa. Ocasionalmente, Nixon se veía tentado a imponer un acuerdo. En uno de mis memorándums al final de 1969, informándole del pesimismo del Rey Hussein acerca de las probabilidades de paz en vista de la firme posición de Israel, Nixon escribió de su puño y letra: «Estoy empezando a pensar que tenemos que considerar que debemos dar pasos concretos unilateralmente para salvar a Israel de su propia destrucción.» Pero al volverlo a considerar, siempre se detenía, porque en 1969 los beneficiarios de tal curso de acción habrían sido la Unión Soviética y los clientes soviéticos ostensiblemente hostiles.

El 28 de octubre, Sisco al fin presentó a Dobrynin la posición de retroceso que el Departamento de Estado había estado ansioso de hacer conocer —obligándose los Estados Unidos a la frontera internacional de 1967 entre Israel y Egipto. Incluía disposiciones de paz y acuerdos de seguridad que el Departamento, sin prueba definida, apostaba que serían lo suficientemente atractivos para persuadir a Israel a retirarse y convencer a los soviéticos para que presionaran a Egipto. Ambas esperanzas serían frustradas.

Contrariamente a las predicciones del Departamento de Estado, nuestra oferta sólo originó una respuesta soviética que a nada comprometía, y, en contra de lo que Nasser nos había hecho creer anteriormente, el aceptar las fronteras anteriores a la guerra, no mejoró nuestras relaciones con él. En cambio, pronunció un fogoso discurso a su Asamblea Nacional el 6 de noviembre declarando que reclamaría los territorios ocupados a «sangre y fuego» en vez de «medias soluciones» políticas, y acusando a Estados Unidos de intervención militar en beneficio de Israel. Tan extremoso fue este estallido de Nasser que, en un raro movimiento, el Departamento de Estado emitió una réplica calificando la posición de Nasser de «rémora» para la paz. Poco tiempo después, el ministro egipcio de Relaciones Exteriores, Mahmoud Riad llamó a nuestro plan de paz (incluyendo sus nuevas líneas de frontera) «aún peor» que las propuestas anteriores. Aún más predecible fue la actitud israelí. Las concesiones en cuanto a la definición de la paz, que se suponía iban a conquistar la aprobación de Israel, fueron dejadas de lado. Israel protestó en los términos diplomáticos más enérgicos contra nuestra formulación de propuestas específicas sobre fronteras. Los defensores de Israel en Norteamérica expresaron su alarma. Y la lucha se incrementó una vez más especialmente a lo largo del Canal de Suez. El golpe en Libia en 1969 originó aprensiones sobre el futuro político del área (y nos cortó nuestros privilegios a tener bases allí).

El Líbano se estaba desintegrando; tuvimos reuniones de emergencia para revisar nuestros planes contingentes para el caso de que se declarara abiertamente una guerra civil. Entre nuestros amigos, los líderes moderados en el Medio Oriente —el Rey Hussein, el Rey Hassan de Marruecos, el Príncipe Fahd de Arabia Saudita, el Shah de Irán, y los libaneses— nos decían directamente o a través de sus enviados, de su desesperación por la creciente radicalización de la región.

EL PLAN ROGERS

Pero como el jugador durante una mala racha, los defensores de una participación norteamericana activa sólo querían aumentar la apuesta. Ignorando las posiciones claramente enunciadas por ambas partes, insistían en que una transacción aún era posible según nuestros planteamientos; continuaban creyendo que la flexibilidad israelí en el tema fronteras podía comprarse mejorando el contenido de las disposiciones de paz. A fines de noviembre, por lo tanto, el Departamento de Estado formalmente recomendó al presidente que fueran reanudadas las conversaciones de las cuatro potencias. Se propuso que sometiéramos a Jordania una proposición paralela a la de nuestro plan egipcio, abarcando básicamente los mismo principios. No podíamos hacer menos por un amigo que lo que hacíamos por un adversario, se decía, y de todos modos el presidente Johnson, en efecto, había prometido a Jordania las fronteras de 1967 con rectificaciones menores como carnada para su aceptación de la Resolución 242. Se sostenía que esto nos pondría en una posición equilibrada a los ojos del mundo y nos podría suministrar un punto de partida para posteriores negociaciones, aún si ahora fracasaban. No se aclaraba cuál era ese «mundo» a cuyos ojos se apelaba, ni cuál sería el beneficio a largo plazo de una propuesta que casi con seguridad no iba a ninguna parte. Nadie podía explicar por qué este escrito lograría una suerte más favorable que el documento egipcio o cuál era el propósito de acumular rechazos.

Al transmitir esta propuesta del Departamento de Estado al presidente repetí una vez más mi ya cansador estribillo de que estas formulaciones estaban condenadas a la futilidad. No podía concebirse ningún plan que salvara la brecha entre ambas partes: «No puede producirse una solución sin una presión masiva sobre Israel. Es más que seguro que va a terminar por hostilizar a ambas partes: Puede provocar una guerra.» Temía que Israel, en su frustración, pudiera atacar preventivamente, o que los países árabes recurrieran a la agresión cuando fracasáramos en imponer nuestras propuestas. Todas las iniciativas norteamericanas que se malograrán tenían valor para los soviéticos y fortalecían a los radicalizados.

Nixon programó una reunión del CNS para el 10 de diciembre a fin de considerar nuestro rumbo. Mientras tanto no debían presentarse más propuestas. El secretario Rogers, sin embargo, había planeado una declaración pública global sobre nuestra política de Medio Oriente en un discurso del 9 de diciembre. Era una rara elección de fechas, dado que el discurso tendría lugar veinticuatro horas *antes* de la reunión de CNS que se suponía debía decidir sobre este tema. Rogers aseguró al presidente que no pensaba abrir nuevos rumbos. Rogers y Sisco sostuvieron con éxito que el discurso no prejuzgaría ninguna decisión presidencial que surgiera de la reunión

del CNS del 10 de diciembre. (Era un juego de poderes para burlar al sistema del CNS que nunca habría dado resultado en otro asunto o en algún momento posterior).

Por lo tanto, Rogers habló el 9 de diciembre de 1969, a la Conferencia Galaxy sobre Educación de Adultos, un grupo indudablemente distinguido cuyo imperioso requerimiento de un pronunciamiento a alto nivel sobre Medio Oriente sigo aún sin comprender. La arenga se hizo famosa como el «Plan Rogers». Rogers insistió en que nuestra política era equilibrada y que ambas partes tenían que hacer concesiones. Y expuso las posiciones que Sisco y Yost habían estado presentando en los foros de las dos y las cuatro potencias. Rogers insistió en que las condiciones y obligaciones de paz tenían que ser definidas en términos específicos en temas tales como navegación libre y soberanía; disposiciones confiables de seguridad tendrían que ser halladas por las partes con la ayuda del embajador Jarring. Pero fue este planteamiento del asunto territorial lo que captó toda la atención:

Creemos que, mientras las partes deben establecer y convenir fronteras políticas reconocidas, cualquier cambio en las líneas preexistentes no debería reflejar el peso de la conquista y deben confinarse a alteraciones insustanciales requeridas por la mutua seguridad. No apoyamos el expansionismo. Creemos que las tropas deben ser retiradas como lo requiere la resolución. Apoyamos la seguridad de Israel así como también la seguridad de los estados árabes.

Aplicando estos principios al acuerdo egipcio-israelí, Rogers propuso el retiro de las fuerzas armadas israelíes a la frontera internacional entre Israel y Egipto.

A las pocas horas ya todos estaban atacando al discurso. Precisamente porque el mismo contenía elementos ya rechazados por ambas partes, estaba expuesto a ser atacado desde todas direcciones. La prensa árabe, principalmente la egipcia, trató el discurso como una treta norteamericana para hacer creer a los árabes que Estados Unidos era imparcial, así como para socavar las relaciones soviético-egipcias. Los soviéticos emitieron primero una declaración bastante conciliatoria diciendo que el discurso de Rogers estaba «vencido»; el problema verdadero era si Estados Unidos forzaría a Israel a retirarse. Más tarde, el *Pravda* se alineó con las reacciones egipcias y lo denunció como un intento norteamericano de enmascarar su parcialidad hacia Israel. El día después del discurso, el gabinete israelí rechazó todos los esfuerzos extranjeros para determinar límites; la primera ministro Meir dijo que Rogers estaba «predicando» y que las grandes potencias no podían hacer la paz en nombre de otros. La conferencia de los presidentes de las más importantes organizaciones judías norteamericanas expresó «grave preocupación»; los miembros del consejo pesaban. Eban fue enviado a Washington nuevamente para conferenciar con los funcionarios norteamericanos.

En esta atmósfera hostil, el Consejo Nacional de Seguridad consideró el 10 de diciembre la propuesta del Departamento de Estado para presentar un plan sobre Jordania comparable al plan sobre Egipto. Debe dejarse a los estudiosos de psicología administrativa averiguar qué fue lo que se posesionó del Departamento de Estado para hacerlo perseverar en algo que toda la evidencia señalaba como un fracaso seguro. Quizá cuando se ha invertido suficiente prestigio burocrático en una política, es más fácil verla fracasar que abandonarla.

Expresé a Rogers, con algo de mala fe, que a la luz de su discurso, no había necesidad de que Estados Unidos hiciera algo más. Esta táctica, debí haberlo sabido, no inmovilizaría la aplanadora. El Departamento envió una recomendación al presidente en el sentido de que un plan de paz detallado para Israel y Jordania —que según se dijo en su origen era sólo una «guía»— fuera presentado formalmente en las conversaciones de las cuatro potencias, para «redondear la posición norteamericana».

Para entonces el debate se había estilizado. Aquéllos que querían presentar propuestas específicas pensaban que eso mejoraría nuestra posición en el mundo árabe. Mi punto de vista era que si no estábamos dispuestos a imponer nuestras propuestas, con su simple presentación sólo ganaríamos dos o tres semanas antes de que nos viéramos nuevamente enfrentados con la opción de ofrecer algo más o dejar que las negociaciones fracasaran. Los proponentes de las especificaciones pensaban que podría inducirse a la Unión Soviética a la moderación. Yo creía que una corriente continua de concesiones norteamericanas aumentaría las tentaciones soviéticas de actuar como abogado de los radicales árabes. Los proponentes de una política activa querían ganar para nuestro lado a los regímenes radicales haciendo concesiones cada vez más generosas.

Sostuve que los regímenes radicalizados no pueden ser convencidos: era más probable su moderación si insistíamos en un cambio de rumbo como condición de un mayor compromiso norteamericano.

En la reunión misma del CNS, desafié la premisa principal de nuestra diplomacia de que un estancamiento prolongado fortalecía la posición de la Unión Soviética. Según mi opinión, el caso era lo contrario; cuanto más continuara el estancamiento más obvio sería que la Unión Soviética había fracasado en lograr lo que querían los árabes. A medida que pasaba el tiempo, sus clientes árabes estarían obligados a llegar a la conclusión de que la amistad con la Unión Soviética no era la clave para realizar sus fines. Antes o después, si nos manteníamos serenos, forzaríamos una reevaluación hasta de la política árabe más radical.

Esta era mi estrategia, que gradualmente se convirtió en nuestra política desde 1969 en adelante (sobre los cadáveres de varios planes de paz del Departamento de Estado, ametrallados por el paso de las partes por el área, más que por mí.) En 1972 y 1973 la estrategia comenzó a tener éxito.

El resultado de la reunión del CNS del 10 de diciembre fue, en un sentido, contrario al impulso de su discusión. Sin deseos de imponerse a su secretario de Estado, pero tampoco preparado para enfrentar las consecuencias de una acción perentoria con Israel, Nixon decidió dejar que la propuesta sobre Jordania continuara su curso mientras mantuviera a la Casa Blanca lo más lejos posible. Una vez más, esperaba desviar las críticas sobre el Departamento de Estado mientras ganaba cualquier beneficio diplomático que pudiera haber en la presentación del plan. El 17 de diciembre, por lo tanto, Nixon autorizó la presentación del plan sobre Jordania en las conversaciones de las cuatro potencias. Al mismo tiempo, que se dieran seguridades en privado a la señora Meir, por intermedio de Len Garment, de que no avanzaríamos más y que no forzaríamos nuestra propuesta.

Si bien la burocracia es conocida por su lentitud al poner en práctica órdenes con las que está en desacuerdo, su rapidez para llevar a cabo instrucciones que favorece y que teme sean cambiadas, resulta maravillosa de contemplar. El embajador Yost presentó el plan de Jordania el 18 de diciembre dentro de las veinticuatro horas de su aprobación.

A pesar de las seguridades de Nixon, los israelíes desataron una tormenta pública y privada sobre el discurso de Rogers, la reanudación de las conversaciones de las cuatro potencias y el plan sobre Jordania. La señora Meir llamó a una reunión especial de gabinete para considerar las relaciones de Norteamérica e Israel. Un funcionario israelí dijo a Len Garment que la señora Meir estaba «profundamente descorazonada» y «acongojada» y pensaba que la situación era un «escándalo» y «calamitosa». El ministro Eban culpó públicamente a Estados Unidos de haber ocultado detalles del plan para Jordania a Israel antes de presentarlo, aún cuando él había estado con Rogers el 16 de diciembre. Los funcionarios del Departamento de Estado replicaron que Rogers había descrito el plan a Eban en términos generales. El 22 de diciembre una delegación de líderes judío-americanos se encontraron con Rogers para expresarle su preocupación. El gabinete israelí emitió una declaración rechazando de plano las propuestas norteamericanas; se dijo que la señora Meir las consideraba un peligroso «apaciguamiento» de los árabes.

Para aquietar los temores israelíes, Sisco sugirió que explicáramos que las posiciones de la administración Nixon diferían poco de las de la anterior administración —subrayando la verdad doméstica de nuestra política de que una nueva administración nunca está más ansiosa de demostrar continuidad que cuando se encuentra en problemas. Recomendó, además, una decisión pronta y positiva sobre los requerimientos israelíes de ayuda económica y militar. Nixon lo aprobó. Esto puso en movimiento un ciclo en el cual todos los puntos de las negociaciones que Israel desaprobaba iban acompañados de una elevación de los programas de ayuda a Israel sin lograr un verdadero acuerdo de ideas entre ambos países.

LA ESTRATEGIA EN EVOLUCIÓN

Aunque habíamos pasado en menos de nueve meses de la discusión de principios generales a la presentación de planes específicos, no había progreso diplomático. Ni mejoraron las relaciones con Egipto. Una de las razones principales bien puede haber sido que teníamos poco contacto directo con Egipto, y Nasser sólo podía llegar a la conclusión de que cuanto más es-

perara, mejores serían nuestras ofertas. No tenía necesidad de elegir entre su relación con los soviéticos, sus políticas radicales, y la ayuda norteamericana, mientras cada pocos meses tuviera lugar otro movimiento norteamericano no correspondido. Nuestra posición en cuanto a las fronteras se había movido gradualmente en una dirección —desde el «peso de la conquista», a «rectificaciones», a «alteraciones insubstanciales». Ningún cambio análogo había ocurrido del lado radicalizado árabe o soviético sobre el tema crítico de la paz. Al mismo tiempo, la Unión Soviética no percibía aún que tenía mucho que perder en un estancamiento; todo lo que hizo fue agregar sus críticas a las de Nasser. El 23 de diciembre, después de dos meses de espera, los soviéticos finalmente replicaron a nuestra propuesta del 28 de octubre que sostenía esencialmente las fronteras de 1967. La rechazaron. Dobrynin se quejó ante mí de que las negociaciones del Medio Oriente estaban atascadas y no iban a ninguna parte. Moscú, dijo, quería ahora que Medio Oriente fuera uno de los temas discutidos en el Canal, dado que era claro que tales cuestiones sólo podrían ser arregladas al «más alto nivel». Le dije que teníamos poco que agregar a nuestras formulaciones existentes. Como tantas otras veces, los soviéticos nos habían salvado al exagerar su juego. Tanto las conversaciones de las cuatro potencias como las de las dos estaban muertas. Para entonces, Nixon compartía firmemente mi punto de vista de que no había llegado la época propicia para un acuerdo: pero prefería dejar que nuestra iniciativa se fuera evaporando, antes que dar una orden definitiva.

Durante el invierno, traté de reflejar sus puntos de vista al bosquejar el primer informe del presidente sobre política exterior. Para disminuir las expectativas del público, el primer borrador tenía una oración que decía que el conflicto árabe-israelí era «intratable». El Departamento de Estado dejó oír un aullido de protesta, arguyendo que este sombrío punto de vista tronchaba todos sus esfuerzos. En vez de presentar batalla, suavicé la frase, para leer en la versión final (publicada el 18 de febrero de 1970) que el problema árabe-israelí «tenía serios elementos de intratabilidad». Esto calmó a los expertos en Medio Oriente. La torpeza literaria de esta frase reflejaba el desasosegado compromiso burocrático. No puede hallarse mejor ejemplo que la vieja máxima que dice que un camello es un caballo dibujado por un comité.

Pero a través del estancamiento diplomático, los asuntos subyacentes se estaban aclarando. Las posiciones formales de las partes eran sólo la parte superior del iceberg. Los estados árabes, con la excepción de Jordania, no estaban dispuestos, evidentemente, a una paz verdadera expresada en el establecimiento de relaciones normales con Israel, o en una concreta definición de seguridad. Israel no estaba dispuesta a devolver todos los territorios —probablemente, ni siquiera a cambio de la definición de paz que estaba proponiendo. La brecha entre las posiciones de las partes era entonces, en realidad, intratable.

Nasser contaba con nosotros para librarlo de las consecuencias de su descuido de 1967. Pero no deseaba abandonar su papel de paladín del nacionalismo árabe, que lo forzaba a una postura estridentemente anti-norteamericana en casi todos los asuntos internacionales. Ni estaba dispuesto a abandonar la ilusión de que la mejor manera de comprometer a Estados Unidos era por medio del chantaje soviético. Esto lo llevó a manejar la mayoría de las negociaciones a través de Moscú, en vez de tratar directamente con nosotros. Los soviéticos, a su vez, ya sea por falta de imaginación o para mantener su pretensión de defensores del nacionalismo radicalizado, persistían en una rígida defensa de las máximas demandas árabes. No había ninguna razón por la que debiéramos sacarle las castañas del fuego a esta improbable alianza. Y por lo tanto, los distintos planes de negociaciones de 1969 abortaron.

Pero a través de este tumulto la inherente fortaleza de la posición norteamericana en Medio Oriente también surgió gradualmente. Nadie podía hacer la paz con nosotros. Solamente nosotros, no la Unión Soviética, podía ejercer influencia en Israel. Este país era demasiado fuerte para sucumbir a la presión militar, y podíamos bloquear toda la actividad diplomática hasta que los árabes mostraran su buena voluntad para retribuir las concesiones de Israel. Si nos manteníamos en calma y rehúsábamos a huir despavoridos, la naturaleza crucial de nuestra posición se haría más y más evidente. Nixon se equivocó, creyendo en mi estrategia, pero autorizando (y luego frustrando) la táctica del Departamento de Estado. En el proceso, parcialmente por omisión, comenzamos a seguir mi curso preferido. El estancamiento burocrático logró lo que yo auspiciaba como procedimiento político: un rumbo paciente e inamovible que con el tiempo iba a inducir a algunos líderes árabes a reconsiderar la utilidad de confiar en las armas soviéticas y de una postura radical para lograr sus fines. Una vez que se hizo claro —cualquiera fuera la razón— que no se nos podría extorsionar para lograr un acuerdo, los líderes árabes aprenderían gra-

dualmente que las presiones soviéticas sobre nosotros sólo producían estancamiento. Al final, ellos tendrían que venir a nosotros.

Por lo tanto en 1969, no sin debate y con mucha duda, se tendieron las bases para una posterior inversión de alianzas en el Medio Oriente. Pero llevó mucho tiempo, otras crisis, y una guerra angustiante el completarlo.

Capítulo XI

LA ALIANZA INQUIETA

DILEMAS DEL EXITO EUROPEO

Toda nueva Administración desde 1960 ha asumido sus funciones convencida de que su predecesora descuidó sus relaciones atlánticas, proclamando que daría prioridad al remedio de este descuido, y prometiendo nuevos y audaces programas. Irónicamente, cuanto mayor era la energía desarrollada, más parecían multiplicarse los problemas.

Esto no era por accidente. Existe una nostalgia perpetua acerca de las relaciones atlánticas que se remonta al Plan Marshall. Entonces, una atrevida propuesta norteamericana produjo una entusiasta y agradecida reacción europea; instituciones atlánticas y europeas surgieron profusamente para redactar un gran proyecto. Era el sueño secreto de la política exterior de los Estados Unidos hecho realidad: el liderazgo moral norteamericano dando lugar a un consenso espontáneo y auténtico; cooperación sin asomo de coerción; el destierro de los conceptos «anticuados» de interés nacional y política de poder.

En la vehemente exaltación de los años de la posguerra, se pasó por alto que las actitudes europeas no eran quizá tan originales como parecían; eran absolutamente compatibles con un sentido riguroso de los intereses nacionales. La consecuencia práctica del nuevo enfoque era permitir a un continente postrado y asolado obtener protección, ayuda económica y tecnología sin ninguna demanda de reciprocidad. Sin embargo, para toda una generación de líderes norteamericanos, esa experiencia representó el modelo ideal de las relaciones internacionales. Nunca reflexionaron que si bien la generosidad hace soportable la hegemonía, no la hace aceptable. La prueba no vendría en los años formativos de la «nueva» relación atlántica, sino cuando sus metas anunciadas estuvieran siendo alcanzadas. Entonces, cuando Europa hubiera reconquistado su poderío económico y su confianza política y los países europeos estuvieran en posición de *insistir* en sus propios puntos de vista, cuando, en otras palabras, existieran para ellos opciones verdaderas, sabríamos si habíamos participado en el nacimiento de una nueva era o en la renovación de los esquemas tradicionales.

Los años sesenta introdujeron el periodo de prueba. Claramente, habían surgido importantes instituciones nuevas de cooperación atlántica e integración europea. La consulta era más intensa y más genuina que en cualquiera de nuestras otras relaciones de política exterior. La integración económica europea estaba ayudando al comercio mundial y a las exportaciones norteamericanas, más que lesionándolas, como algunos habían temido. Europa estaba avanzando hacia la unidad política; si bien no siempre por rutas que aprobábamos. Al mismo tiempo, el logro mismo de los fines de los años cuarenta, comenzaba a contribuir a los malentendidos y las tensiones. Al hacerse más poderosa, Europa también se hizo más confiada; no sólo la consulta registraba un consenso, sino que cada vez más se convertía en el medio de expresar diferencias también. Los líderes norteamericanos, quienes creían haber superado el nacionalismo en el área atlántica, reaccionaron dotando a lo que llegó a llamarse «los grandes días del Plan Marshall» de una nostalgia que trascendía hasta su indiscutido éxito.

Pero, por definición, nuevos ordenamientos en relaciones internacionales pueden ser entendidos sólo a grandes intervalos; su mismo éxito entorpece su pronta repetición. En realidad, pueden ser puestos en peligro por los intentos de convertir un singular *tour de force* en

un estereotipo. Inevitablemente, al ir tomando forma la Europa de la posguerra, las relaciones atlánticas se hicieron más mundanas, los problemas menos dramáticos. De manera paradójica, la cooperación atlántica fue más exitosa cuando se concentró en funciones caseras; se volvió áspera cuando su meta se convirtió en «arquitectural». No fue diferente durante la administración Nixon. Como sus predecesores inmediatos tuvo más éxito cuanto más modestos eran sus fines: crear confianza, insistir en las consultas, mantener un consenso doméstico tras nuestros desplazamientos de tropas en Europa, dejar la integración europea a las iniciativas europeas. Sin embargo durante ese período fuimos acusados de «descuidar a nuestros aliados». Más tarde, cuando decidimos buscar la tradicional «revitalización» nos enfrentamos al dilema tanto de nuestros predecesores como de nuestros sucesores: que no se puede basar la política exterior en una búsqueda abstracta de plenitud psicológica.

En los primeros años de la administración Nixon la Alianza Occidental estaba en fermento, en gran parte debido a iniciativas que eran europeas en su origen: los esfuerzos de Wilson para asegurar la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común, la *Ostpolitik* de Brandt, el interés de de Gaulle y Pompidou en restaurar la conexión norteamericana. No aspirábamos a grandes ofensivas, pero tranquilamente alentábamos la admisión de Gran Bretaña en el Mercado Común. Nuestro papel fue decisivo para el triunfo final de la *Ostpolitik* y las negociaciones de Berlín. Mejoramos de manera significativa nuestra cooperación con Francia, y con éxito defendimos los desplazamientos de tropas norteamericanas en Europa contra los acérrimos esfuerzos del Congreso para reducirlos.

Resumí nuestro planteamiento en un memorándum al Presidente. Fue escrito en marzo de 1970, pero resulta apropiado en este punto. Nixon me había preguntado si todavía era necesaria la dirección norteamericana en los asuntos del Atlántico en vista del progreso en la integración europea. Era claro que Nixon necesitaba ser tranquilizado. Había sido educado en las convicciones de la generación de Arthur Vandenberg que dio apoyo bipartidario a nuestra alianza sin precedentes con Europa. La pregunta de Nixon era de la misma categoría que sus ocasionales cavilaciones acerca de no presentarse para un segundo período. Cuando preguntaba acerca de su futuro político estaba en realidad buscando que le confirmaran su imprescindibilidad. Con respecto a Europa esperaba escucharme reafirmar el artículo de fe de su aprendizaje político: que la dirección norteamericana seguía en el punto medio.

No tuve que forzar mis convicciones para dar este veredicto: era el centro de mis creencias. El peso y la conducción norteamericana todavía eran necesarios, yo explicaba, porque con todo su progreso económico, los europeos simplemente no habían desarrollado la cohesión, la estabilidad interna, o el deseo de igualar el poder de la Unión Soviética. La unidad de la Alianza, escribí, requería tres cosas de los Estados Unidos.

Primero, teníamos que mantenernos sobrios en nuestros tratos con la Unión Soviética. Si nos poníamos demasiado impetuosos, las naciones europeas temerían un convenio norteamericano-soviético. Esto les haría multiplicar sus propias iniciativas, quizá más allá de lo prudente, para protegerse haciendo sus propios arreglos con la URSS. Pero, paradójicamente, lo mismo sucedería si los Estados Unidos se mantuvieran en las trincheras de la Guerra Fría. En ese caso, los líderes europeos estarían tentados de aparecer ante sus pueblos como «mediadores» entre superpotencias belicosas. Los Estados Unidos tenían que conducir una política muy cuidadosa hacia la Unión Soviética: lo suficientemente vigorosa como para mantener el interés en la defensa común; lo suficientemente flexible como para evitar que nuestros aliados corran a Moscú como «mediadores».

Segundo, teníamos que ser minuciosos en las consultas. Nuestros aliados tenían que estar seguros de que sus intereses vitales estarían protegidos en negociaciones tales como SALT. A menos que nuestros propios antecedentes fueran impecables no podríamos mantener a los europeos en un alto nivel de consulta inter-aliada a su vez. Tercero, teníamos que evitar reducciones unilaterales de fuerzas norteamericanas en Europa, ya fuera impuesta por los apuros financieros del Ejecutivo o por el nuevo humor aislacionista del Congreso. Esto era una prueba crucial para nuestra conducción, puesto que reducciones importantes, cualquiera fuera su causa, socavarían seriamente la OTAN e impulsarían tendencias de sumisión a la Unión Soviética.

Estos eran los principios que buscábamos impulsar en nuestras relaciones con nuestros aliados atlánticos. No siempre tuvimos éxito. Pero los primeros años de la administración Nixon fueron años de progresos alentadores.

CONSULTAS

Cumpliendo las promesas de Nixon durante su primer viaje a Europa a principios de 1969, llevamos a cabo intensas consultas con las naciones aliadas en los meses siguientes. En marzo de 1969, Nixon se encontró en Washington con el Primer Ministro canadiense Pierre Trudeau. Las relaciones del Canadá con la OTAN siempre han tenido un carácter especial. A diferencia de los países europeos, Canadá no estaba directamente amenazado; a diferencia de los Estados Unidos, no podía ser decisivo para la defensa común; la contribución canadiense a la defensa sería marginal comparada con la de los más importantes países europeos o los Estados Unidos. Los lazos con Canadá, por lo tanto, tenían sobre todo un carácter fuertemente simbólico. Estaba preparado para mantener el principio de seguridad colectiva suministrando algunas fuerzas militares; al mismo tiempo favorecía vigorosamente la adopción de medidas para el relajamiento de las tensiones.

Sin embargo, la posición algo indiferente del Canadá, combinada con la alta calidad de su conducción, le daban una influencia que no estaba en proporción con su contribución militar. Conducía una política exterior global; participaba en los esfuerzos internacionales a favor de la paz; realizaba una contribución constructiva al diálogo entre naciones desarrolladas y en vías de desarrollo. Al mismo tiempo, Canadá tenía su relación propia y especial con los Estados Unidos. Dos tercios del comercio canadiense se realizaban con nosotros; la dependencia de su economía de la nuestra era tan grande como para ser una significativa renta interna dentro del Canadá. Éste, en realidad, estaba acosado por ambivalencias que, si bien eran diferentes de las de Europa, creaban sus propias complejidades. Requería al mismo tiempo íntimas relaciones con los Estados Unidos y un ocasional gesto de estridente independencia. Concretamente, esto significaba que su necesidad de mercados norteamericanos estaba en tensión constante con su tentación de imponer medidas económicas discriminatorias; su instinto a favor de la defensa común estaba en conflicto con la tentación de permanecer por encima de los conflictos como una especie de árbitro internacional. Convencidos de la necesidad de cooperar, impulsados por los imperativos domésticos hacia una confrontación, los líderes canadienses tenían un estrecho margen de maniobras que utilizaban con extraordinaria habilidad.

No podía decirse que Nixon y Trudeau fueran idealmente el uno para el otro. Vástago de una antigua familia de Quebec, elegante, brillante, enigmático, intelectual, Trudeau revivía todos los resentimientos de Nixon contra la gente de alcurnia, que según él siempre lo habían despreciado. Desdeñaba la forma evidente en que Trudeau disfrutaba la vida social; tendía a considerarlo blando en la defensa y en su actitud general hacia el Este, y sin embargo, cuando estaban juntos, Trudeau trataba a Nixon sin ninguna condescendencia y Nixon le brindaba a Trudeau tanto respeto como atención. Trabajaban juntos sin esfuerzo visible. Arreglaban los asuntos que tenían por delante y no volvían a sus comentarios personales menos caritativos hasta que cada uno estaba de vuelta en su capital.

El primer encuentro no fue una excepción. Trudeau sostuvo la posición de Nixon sobre la defensa con misiles anti-balísticos. Los informes de que retiraría a Canadá de la OTAN demostraron ser infundados. Los asuntos económicos fueron pasados a los expertos. Se acordaron, y además se llevaron a cabo, consultas frecuentes. Las relaciones entre Estados Unidos y Canadá demostraron que puede lograrse que el interés nacional trascienda las simpatías personales.

A fines de marzo de 1969, la muerte del presidente Eisenhower trajo a Washington una galaxia de líderes europeos, entre ellos Charles de Gaulle. Llegó llevando el uniforme de brigadier general francés. Nixon me envió a la Embajada francesa a darle la bienvenida y decirle que el sistema de comunicaciones de la Casa Blanca estaba a su disposición. De Gaulle, que a pesar de sus cuatro años de residencia en Londres nunca hablaba en inglés, mostró su reconocimiento contestando en inglés: «Diga a su Presidente que es un hombre muy cortés.»

Nixon y de Gaulle se reunieron en el Salón Oval por lo que resultó ser la última vez. Advertí a Nixon de antemano que evitara «cualquier sugerencia de que usted comparte la habitualmente amarga actitud del General contra el gobierno de Wilson», la prolongada consecuencia del asunto Soames. (Ver cap. IV). De Gaulle, en realidad, llevó a Nixon por un *tour d'horizon* que cubría la mayor parte de los puntos ya tratados un mes antes en París. Agregó algo nuevo: una advertencia acerca de cooperar con Alemania más allá de lo prudente. Se oponía a un acuerdo anglo-alemán recientemente concluido en relación a un proceso centrífugo para producir uranio enriquecido para reactores nucleares. Temía que esto fuera la cuña para que Alemania

entrara en el club nuclear; había que tener cuidado de no reavivar la ambición que había desgarrado a Europa dos veces en este siglo. Nixon replicó amablemente que esperaba se mantuviera una relación estrecha y amistosa entre Francia y Alemania.

En esta ocasión, de Gaulle apareció envuelto en un aire de abandono, de ser ya espectador de sus propias acciones, de hablar en abstracto acerca de un futuro en el que ya no influiría. Parecía preanunciar su retiro de unas semanas más tarde. Me hizo recordar una aguda historia que me había contado el Canciller Kiesinger, hacía pocas semanas en Bonn, en base a la cual él predecía que de Gaulle no sería jefe de estado por mucho tiempo más. Según Kiesinger, durante una de sus consultas regulares, de Gaulle había descrito las relaciones franco-germanas de la siguiente manera: «Nosotros y los alemanes hemos pasado mucho juntos. Hemos atravesado selvas rodeadas de animales salvajes. Hemos cruzado desiertos resecaos por el sol. Hemos subido montañas cubiertas de nieve, siempre buscando un tesoro escondido —competitivamente casi siempre, en época reciente cooperativamente—. Y ahora hemos aprendido que no hay ningún tesoro escondido y sólo la amistad nos queda.»

El funeral fue también la ocasión para la discusión de un tema fundamental de defensa que fuera suscitado por un viejo amigo, Denis Healey, entonces Ministro de Defensa del Reino Unido. Healey y yo nos conocíamos desde mediados de los años cincuenta cuando ambos escribíamos sobre problemas estratégicos. Era brillante y sociable, extraordinariamente bien informado e implacable en el debate. Su inquieto intelecto, algunas veces le hacía cambiar posiciones más rápidamente de lo que sus admiradores podían asimilar. Pero, como la mayoría de los políticos estaba agudamente en consonancia con los humores del momento, era siempre constructivo y estimulante.

Healey me había escrito una carta privada preguntándome cuál sería nuestra actitud acerca del agrupamiento de las naciones del oeste de Europa dentro de la OTAN para concertar sus posiciones en asuntos de defensa. La perspectiva de una junta europea de defensa dio origen a una cuestión interesante. Los «integracionistas» de nuestra burocracia, así como los de afuera, favorecían apasionadamente la unidad económica europea; al mismo tiempo, se oponían tenazmente a una identidad europea en el campo defensivo pues probablemente dividiría la Alianza. Yo creía que lo contrario era lo más probable. Hasta cierto punto, Europa y América eran rivales en asuntos económicos; por otra parte, no había riesgos ni penalidades en tal competencia. En el campo militar, no había contingencia imaginable en la cual Europa estuviera mejor sin la ayuda americana. Nuestros intereses vitales eran complementarios; la pena por una acción independiente era abrumadora. Yo estaba convencido que la identidad europea en el campo de defensa sería menos divisiva que la unidad económica europea que todos los dirigentes norteamericanos, incluyéndome, acogían con beneplácito. Sólo llegando a conclusiones independientes Europa vería la necesidad de fortalecer su esfuerzo defensivo.

Consideré el tema lo suficientemente importante como para pedir la guía del presidente antes de responder a Healey:

Algunos funcionarios norteamericanos... han señalado que una junta europea podría convertirse en una tercera fuerza agrupada alrededor de Francia, extrayendo su impulso principal hacia la unidad en el antiamericanismo...

Creo que los esfuerzos para crear una voz europea más coherente en la OTAN son de nuestro total interés, aunque no sin algunos problemas a corto plazo. Una coherencia europea mayor sería totalmente compatible con lo que usted ha dicho acerca de lo deseable que sería a largo plazo el poder ser capaz de tratar con Europa como verdadero socio igualitario.

Por lo tanto, recomendé que yo informara a Healey de nuestra reacción favorable, siempre que tal agrupamiento no se use como un medio de aislar a Francia.

Estábamos preparados a decir a los otros europeos que «una voz europea más unida y vigorosa logrará una sociedad atlántica más justa y productiva». Nixon aprobó este enfoque. Gradualmente fue tomando forma el «Eurogrupo», pero no surgió ningún consenso sobre el tema de la defensa. La razón era la falta de acuerdo acerca de la estructura política europea. Francia quería una voz europea unánime, pero no dentro de la OTAN; tendía a considerar la iniciativa británica como una manera de divulgar el tema del ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común. La burocracia norteamericana, cualquiera fuera la decisión del presidente, era

tibia; sostenía débilmente la cuestión y siempre que fuera posible se oponía subrepticamente a su aplicación. Los demás europeos eran ambivalentes. Favorecían la unidad en teoría pero temían que el intento de articular una unidad europea dentro de la OTAN podría dar a los Estados Unidos una coartada para reducir su aparato militar en Europa.

Estas actitudes llegaron a primer plano nuevamente durante la reunión de ministros de relaciones exteriores y de defensa en Washington para celebrar el vigésimo aniversario de la Alianza. El 9 de abril, en un memorándum, había instado a Nixon para que enfatizara nuestra obligación de mantener fuerzas norteamericanas poderosas en Europa; pero debería hacer hincapié también en que el apoyo del Congreso de los Estados Unidos requería contribuciones proporcionadas de nuestros aliados. Segundo, él necesitaba contrarrestar la idea de que la *détente* estaba a la vuelta de la esquina simplemente porque el tono soviético se había suavizado. Deberíamos indicar una disposición general para explorar áreas concretas para un acuerdo, más que simples vaguedades, con la Unión Soviética. Tercero, con respecto a los convenios europeos internos yo recomendaba que alentáramos a los miembros europeos de la OTAN a mejorar la colaboración entre ellos. Pero deberíamos evitar apoyar un método en particular; no debíamos ni unirnos a esfuerzo alguno para aislar a Francia, ni transmitir la idea de que una recompensa especial aguardaba a aquellos que hicieran convenios fuera de la Alianza.

Sobre todo, urgí al presidente a recalcar el principio de que «la seguridad de esta alianza debe ser construida de manera amplia para involucrar no sólo su seguridad física contra ataques externos sino la habilidad de nuestros países para enfrentar los problemas dentro de nuestras sociedades». ¿Para desarrollar un sentido de interés común sobre y más allá de la defensa, respaldé una idea, que Pat Moynihan había inspirado, para la creación de un Comité sobre los Desafíos de la Sociedad Moderna. Como naciones industriales modernas todas compartíamos los problemas de proteger el medio ambiente o mejorar el transporte, y seguramente los recursos e imaginación de las naciones occidentales podrían aplicarse al mejoramiento de la calidad de vida. Además, para dar una expresión tangible a su compromiso de aumentar las consultas, recomendé que el presidente propusiera que representantes de los Ministros de Relaciones Exteriores se encontraran al menos una vez entre las reuniones semi anuales de los ministros. Podrían intentar planes de más largo alcance especialmente para las relaciones Este-Oeste. Nixon aceptó estas recomendaciones y las presentó ante el Consejo del Atlántico Norte en un elocuente discurso en abril de 1969.

Se podría haber esperado que, después de quejarse durante años de una inadecuada atención norteamericana y consultas insuficientes, nuestros aliados abrazaran nuestras propuestas con entusiasmo. Pero esto era ignorar las corrientes psicológicas subyacentes. La pasión de la Alianza por las «consultas» significaba en la práctica el deseo de limitar la libertad de acción norteamericana; no todos nuestros aliados estaban preparados para restringir la propia. Un mecanismo de planeamiento político impulsaba la búsqueda francesa de la «independencia» y recibió una tibia acogida de parte de la República Federal de Alemania que defendía una política más nacional. El Comité para los Desafíos de la Sociedad Moderna fue recibido con la objeción de que la OTAN no estaba destinada a tratar tales problemas —un eco lejano de las expresiones privadas de *todos* los líderes aliados durante el viaje de Nixon a Europa de que la defensa común no era ya suficiente para inspirar a la generación más joven.

El comunicado final de la conferencia conmemorativa de abril fue, por lo tanto, extremadamente reservado. Solicitaba la «consideración» de la propuesta del presidente acerca de las reuniones periódicas de los representantes de los Ministros de Relaciones Exteriores y el «examen» de las formas en que los países podrían «mejorar el intercambio de puntos de vista y experiencia... ya sea por medio de las organizaciones internacionales apropiadas o de alguna otra manera, en la tarea de crear un medio ambiente mejor para sus sociedades». Fue claro que Europa era ambivalente acerca de las mayores iniciativas americanas; aceptaban los compromisos norteamericanos mientras no restringieran su propia libertad de acción. Al mismo tiempo, la nueva Administración estaba comenzando a enfrentar una renuencia creciente en este país para cumplir, no digamos expandir, nuestras propias obligaciones en Europa. Tendríamos que navegar entre estas arenosas costas por el resto del período presidencial de Nixon.

LA PARTIDA DE DE GAULLE Y LA UNIDAD EUROPEA

En 1969 logramos, en realidad, dispersar gran parte de la tensión que habíamos heredado dentro de la Alianza del Atlántico. La alta consideración que Nixon sentía por de Gaulle era retribuida. De Gaulle ciertamente no cambió sus principios básicos, pero ya no los forzó tan violentamente. La recepción dada a Nixon en Francia, la concurrencia de de Gaulle a la cena de reciprocidad en la Embajada Norteamericana, su gesto cordial de venir al funeral del General Eisenhower —todo ayudó a aliviar las tensiones previas. El mejoramiento de las relaciones franco-americanas, a su vez, hizo que las relaciones especiales anglo-americanas parecieran ser un obstáculo cada vez menor para que Gran Bretaña fuera miembro del Mercado Común. Estas tendencias se aceleraron cuando el presidente de Gaulle renunció abruptamente el 27 de abril de 1969. Había sido derrocado en dos referendums sobre asuntos esencialmente secundarios, uno en referencia a la estructura del gobierno local en Francia y el otro a la reforma del Senado. Renunciar por tales asuntos despertó la sospecha de que los referendums habían sido organizados, al menos en parte, para dar a de Gaulle un pretexto para abandonar el poder. Había llevado a cabo las dramáticas hazañas requeridas por las crisis que lo habían llevado al poder. Había consolidado nuevas instituciones políticas. Había logrado la descolonización del África francesa, mientras mantenía la auto confianza interna y el prestigio de Francia en las ex colonias.

Apenas superando una incipiente guerra civil, había recuperado el orgullo francés dándole un papel central en la política de Europa y la Alianza Occidental. Su desafío a los Estados Unidos tuvo en gran parte el propósito de inspirar a Francia seguridad en sí misma.

Pero los levantamientos estudiantiles de 1968 habían sacudido a de Gaulle. Y los desafíos que tuvo que enfrentar de ahí en adelante no eran de la magnitud que él considerara proporcionada a la imagen que tenía de sí mismo. Asegurar una economía creciente, arbitrar demandas en pugna acerca de recursos limitados, organizar y administrar un estado burocrático. Éstas eran tareas para lo que él llamaba, casi desdenosamente, «comisarios», no para figuras heroicas. Los referendums del 17 de abril brindaron la ocasión para una partida dramática en vez del lento desgaste de autoridad que él tanto temía. Después, todo fue soledad al retirarse de Gaulle a Colombey. No vio a ninguna personalidad política, no hizo ningún pronunciamiento, trabajó en sus memorias, y esperó su muerte.

Después de la renuncia de de Gaulle escribí al presidente bosquejando lo que creía iban a ser las consecuencias. Yo esperaba que Georges Pompidou surgiera como el sucesor de de Gaulle en una situación política más complicada. De Gaulle había logrado mantenerse por sobre los partidos políticos, apelando a la derecha con un programa doméstico moderado y a la izquierda con su independiente política exterior. Me parecía más probable que en el futuro la vida política francesa se caracterizaría por «un partido comunista grande y bien organizado en la extrema izquierda, y una amalgama siempre cambiante de partidos de izquierda, centro y derecha que gobernarían con un margen muy limitado que permitiría muy poco en cuanto a la aplicación de programas positivos». Anticipaba yo pocos cambios en cuanto a la política exterior francesa, aunque el estilo podría ser más complaciente. A más largo plazo, sin embargo, pensaba que «la política exterior francesa podría hacerse más difícil para nosotros. Con un gobierno menos firme, la izquierda podía muy bien colocarse en situación tal —muy común en otras democracias de Europa occidental— de ejercer el veto sobre las iniciativas de política extranjera que le desagraden». Estas predicciones demostraron ser si no equivocadas, por lo menos prematuras. Pompidou resultó ser un presidente fuerte, decidido y dominante, al menos hasta su último año en el poder, cuando estuvo atormentado por una cruel enfermedad (murió en 1974).

En el momento del alejamiento de de Gaulle, un estudio inter-agencias bajo la dirección del Departamento de Estado, preparó un meditado trabajo analítico que predecía que Pompidou se alejaría lenta y discretamente de la oposición de de Gaulle a la entrada de Gran Bretaña al Mercado Común; aceleraría el mejoramiento de las relaciones con los Estados Unidos que ya había comenzado con de Gaulle. Recomendé no tomar ninguna iniciativa específica durante la campaña electoral francesa. Preferiblemente, debíamos continuar expandiéndonos en cuanto «a los recientes esfuerzos de los Estados Unidos para dar un contenido práctico a una más íntima armonía política con Francia» y alentar «discretamente cualquier tendencia hacia una actitud francesa más cooperativa en lo concerniente a la OTAN».

Poco después de la segunda vuelta de las elecciones presidenciales, que dio a Pompidou la victoria sobre Alain Poher, me reuní con nuestro embajador en París, Sargent Shriver, para discutir una posible visita de Pompidou a los Estados Unidos. Propuse que la solución más simple sería substituir a de Gaulle por Pompidou, quien había aceptado visitar los Estados Unidos en enero o febrero de 1970. Shriver sondearía a Pompidou y luego se enviaría una invitación formal. Le dije a Shriver que el presidente estaba bien dispuesto a explorar la posibilidad de una cooperación militar con Francia. El presidente no dejaría que la «teología de la OTAN» se interpusiera en el camino de un aumento de la cooperación militar francesa con los Estados Unidos. No fue excluida ni siquiera la posibilidad de una cooperación limitada en el campo nuclear.

Antes de su visita oficial, sin embargo, tuve oportunidad de encontrarme con Pompidou de vuelta de la visita de Nixon a Asia y Rumania en agosto de 1969. El presidente se detuvo en un aeródromo en Gran Bretaña para informar al Primer Ministro Wilson, y yo dejé la comitiva para informar a Pompidou y el Consejo del Atlántico Norte (y también para encontrarme con Xuan Thuy). El Canciller Kiesinger llegaría a Washington en unos pocos días y yo recibiría su informe allí.

Pompidou expresó su reconocimiento por el gesto de Nixon de enviarme a París. Como en todos mis contactos posteriores lo encontré invariablemente cortés y extremadamente penetrante con el trato ligeramente sardónico de un graduado de las *grandes écoles*, las grandes instituciones educativas que han formado a tantos líderes franceses. Expresó su apoyo a la doctrina Guam de Nixon en el sentido de que los asiáticos deberían asumir una mayor responsabilidad por su futuro; él pensaba que esto debería tener validez para Europa también. En principio aceptó la invitación a los Estados Unidos para comienzos de 1970. Estaba deseoso de ayudar en el asunto de Vietnam, si se lo pedíamos, y dejó claro que no buscaría oportunidades para hostigarnos.

La precondition para la política de distanciamiento hacia Estados Unidos o Gran Bretaña seguida por de Gaulle, estaba desapareciendo, de todos modos, con el advenimiento del gobierno de Brandt en Alemania Occidental como resultado de las elecciones de septiembre de 1969. Brandt estaba a favor de la entrada de Gran Bretaña en el Mercado Común; su nueva política hacia el Este (*Ostpolitik*) hizo surgir el espectro de un rumbo más independiente y nacional para Alemania. Todo esto hizo que la participación de Gran Bretaña en Europa pareciera más atractiva a los franceses. Por lo tanto, en una reunión de los jefes de gobierno de la Comunidad Económica Europea el 2 de diciembre de 1969, se anunció con la aprobación francesa que la Comunidad estaba preparada para negociar con Gran Bretaña y considerar la cooperación política dentro de «el contexto de expansión».

Así, al final del año los Estados Unidos estaban cara a cara con el logro de uno de sus más antiguos objetivos —la expansión de la unidad europea. Durante dos décadas se había supuesto que una Europa unida facilitaría las relaciones atlánticas, que inevitablemente seguiría políticas compatibles mientras compartirían una parte mayor de nuestras cargas. Nunca había creído que los resultados de la integración europea serían tan automáticos. Se hacían cada vez más evidentes las divergencias sobre política monetaria y comercial. Era más probable que una Europa políticamente unida articulara sus propias ideas también en otras áreas. En una reunión interagencias del 11 de diciembre hice notar que nos enfrentaríamos con posiciones europeas mucho más dogmáticas en asunto tales como las negociaciones entre oriente y occidente y las inferencias proteccionistas del fortalecimiento del Mercado Común.

Pero era un lujo contemplar tales problemas, porque eran el resultado del éxito. Nuestra «discreción» en cuanto a la unidad europea había aumentado de manera importante las perspectivas de Gran Bretaña; nuestra negativa a participar en querellas intraeuropeas había fortalecido tanto las relaciones europeas como las atlánticas. Era seguro que los adherentes a una política anterior de «liderazgo» norteamericano declamado se sentían infelices ante nuestra reserva (1). En respuesta a una pregunta de Nixon, escribí al presidente el 29 de diciembre:

Ha habido algunas críticas sobre nuestra «discreción» en Europa por parte de aquellos que creen que deberíamos continuar la política de la administración anterior de involucrarnos activamente en los asuntos internos de Europa, siguiendo líneas conceptuales que, consideráramos, eran las mejores para Europa. Queda un grupo de estudiosos, ex funcionarios y periodistas de ambos lados del Atlántico que creen que a menos que Es-

tados Unidos provea el impulso, morirá el movimiento por la unidad europea, particularmente desde que el estímulo del miedo a los rusos ha desaparecido casi del todo.

En realidad nuestras relaciones con Europa han mejorado inconmensurablemente. El enfoque modificado que usted lanzó durante su viaje a Europa y que está basado en una preocupación creciente por lo que los europeos desean para ellos mismos y en un proceso de consultas muy mejorado acerca de los grandes asuntos que afectan a Europa, ha sido excepcionalmente exitoso. Un asunto pertinente, por supuesto, es el cambio que usted ha logrado en las relaciones con Francia, anteriormente tan deterioradas. Estoy personalmente convencido que está usted en el buen camino, y esto ha sido confirmado por mis numerosos contactos europeos de diferentes creencias políticas.

Durante 1969, los países del área atlántica estaban cada vez más absorbidos por los problemas domésticos; nosotros con Vietnam, los europeos con los cambios de gobierno, sus economías internas o la integración europea. Y se manifestaba ante todos los miembros de la Alianza un desafío enteramente nuevo: cómo mantener la seguridad mientras se buscaba mejorar —sistemáticamente por primera vez— las relaciones con el Este; cómo reconciliar nuestra solidaridad con una política de *détente*.

LA DEFENSA COMÚN: LA PERCEPCIÓN NORTEAMERICANA

Tres temas dominaron las discusiones sobre la defensa de la OTAN. Primero, la validez de la doctrina estratégica de «reacción flexible», que había sido adoptada oficialmente por la OTAN en 1967 bajo presión norteamericana. Segundo, la ubicación de la «carga» de la defensa común entre Europa y Estados Unidos; específicamente, si era posible un mayor esfuerzo europeo. Tercero, la magnitud de las fuerzas norteamericanas que quedaban en Europa.

La estrategia oficial de la reacción flexible fue auspiciada ante la OTAN por el Secretario de Defensa Robert McNamara después de que Francia se retirara del comando integrado de la OTAN. En los años cincuenta la estrategia militar de la Alianza descansaba en la amenaza de una represalia masiva —cualquier ataque a Europa sería respondido por un golpe nuclear norteamericano inmediato y total. Con el crecimiento de la provisión nuclear soviética, los Estados Unidos —inevitablemente— buscaron otras opciones y un espectro más amplio de elección. Bajo la doctrina de la reacción flexible todavía recurriríamos a la guerra total, de ser necesario, pero alcanzaríamos este punto sólo por una escalada gradual, comenzando con armas convencionales y llegando hasta las nucleares por etapas prudentes coordinadas con el grado de la amenaza. La estrategia había sido aceptada por nuestros aliados europeos con extrema preocupación y después de un debate de cinco años. Lo veían —correctamente— como un síntoma de la renuencia de los Estados Unidos a usar sus fuerzas nucleares. Temían que esa evidente renuencia pudiera hacer que los soviéticos trataran de explotar el desequilibrio de las fuerzas convencionales. Temían que una estrategia que redujera el peligro de una guerra nuclear pudiera hacer más posible una agresión convencional.

Las actitudes de McNamara aún prevalecían en nuestro gobierno. El 17 de junio de 1969, advertí al Presidente:

Parece haber en el Gobierno un punto de vista muy firme en cuanto a que hay muy poca relación entre nuestra posición estratégica (y también nuestra posición nuclear táctica) y el evitar o conducir una guerra convencional. Este punto de vista parece estar basado en dos conclusiones: *a)* nuestras fuerzas estratégicas pueden contribuir a evitar una guerra convencional sólo si tenemos una capacidad reconocida para golpear primero, lo que no es posible lograr, y *b)* la guerra nuclear táctica en Europa probablemente terminaría con nuestra derrota, de modo que no tenemos ningún incentivo para confiar en armas nucleares tácticas como una valla contra nuestra posición convencional.

Pero si estos juicios eran ciertos, nos enfrentábamos con un dilema casi insoluble. Si recurrir a nuestras fuerzas estratégicas se estaba haciendo demasiado riesgoso y si una guerra nuclear táctica terminaría probablemente en nuestra derrota, habíamos abdicado, en efecto, a una seria defensa de Europa. Seguramente, se podría argumentar —y muchos lo hicieron— que naciones

cuyas poblaciones y cuyo Producto Nacional Bruto eran, al menos, tres veces mayores que los de la Unión Soviética, debían poder montar una defensa convencional contra el Pacto de Varsovia. La dificultad estaba en que ningún miembro de la Alianza, incluyendo a los Estados Unidos, estaba preparado para hacer el esfuerzo. (En preparación para una reunión del CNS el 10 de septiembre, mi equipo estimó que el costo adicional de una defensa convencional de Europa sería de doce mil millones de dólares por año sólo para los Estados Unidos, en el momento mismo en que el Congreso insistía en drásticas reducciones en nuestro presupuesto de defensa). Tampoco había ninguna probabilidad de que los europeos aumentasen sus esfuerzos de modo que fuera suficiente para mantener una defensa convencional sostenida. Estaban bajo presión interna para demostrar avances hacia una *éente*; un aumento masivo para defensa era políticamente imposible. Y estaban convencidos, además, de que el aumento en sus fuerzas convencionales sólo alentaría una reducción ulterior de fuerzas norteamericanas. El resultado, según lo veían, sería disminuir la protección nuclear sin ningún aumento de la capacidad defensiva real.

Este tipo de razonamiento había llevado al Primer Ministro Wilson, durante la visita europea de Nixon, a afirmar que estaba a favor de una nueva doctrina estratégica mientras no significara un aumento importante en los gastos de defensa. Las dudas de de Gaulle de que los soviéticos marcharían hacia el «oeste», reflejaban esencialmente el mismo punto de vista; él estaba convencido de que aún si los Soviets disfrutaran de un éxito inicial, los Estados Unidos no tendrían otra alternativa que usar *todo* su poderío —incluyendo armas estratégicas— para evitar la pérdida de Europa Occidental. Por lo tanto, de Gaulle estaba más interesado en una pequeña fuerza estratégica propia como una valla contra la remota posibilidad de un fallo norteamericano en percibir nuestros intereses, que en una acumulación de fuerzas convencional. Expresado crudamente, el punto de vista predominante en Europa era que una disparidad en fuerzas convencionales en tierra era tolerable y hasta deseable, dado que la defensa de Europa descansaba finalmente en el factor disuasivo de las armas nucleares estratégicas norteamericanas.

El gobierno de los Estados Unidos llevó a cabo el reexamen de la estrategia de la OTAN, en 1969. En esencia veíamos cuatro alternativas:

- Una fuerza simbólica norteamericana en Europa que actuara como un «disparador».
- Una posición convencional de defensa capaz de una actuación no nuclear a corto plazo (90 días). (Esto era corriente en la estrategia de la OTAN.)
- Una defensa sostenida con fuerzas convencionales, adecuadas para defender a Europa indefinidamente sin recurrir a las armas nucleares contra las fuerzas existentes del Pacto de Varsovia.
- Una defensa total convencional que nos permitiría contrarrestar un ataque por parte del Pacto de Varsovia bajo movilización plena.

Al analizar estas cuatro estrategias, nuestras restricciones se hicieron dramáticamente evidentes. El concepto de «disparador» fue rechazado. Se oponía a nuestra necesidad de ganar tiempo para una decisión meditada en una cuestión tan terrible como la de iniciar una guerra nuclear, y los substanciales retiros de tropas que implicaba desmoralizarían a nuestros aliados europeos. También fue rechazada una defensa convencional sostenida de Europa. Señalé al presidente, antes de la reunión del CNS el 10 de diciembre, que todas nuestras agencias, excepto el Estado Mayor Conjunto, creían que nuestros aliados de la OTAN resistirían esta estrategia porque contemplaba un prolongado conflicto en tierra europea y por lo tanto desgastaría la credibilidad en nuestras intenciones de usar fuerzas nucleares en la defensa de Europa. Esto era aún más cierto en lo concerniente a la cuarta opción: defensa total. Un análisis de los costos presupuestarios de las cuatro estrategias limitaba más nuestras opciones. Una defensa convencional sostenida nos forzaría a abandonar *todos* los programas domésticos nuevos o, en su defecto, imponer una sobretasa de cuatro por ciento si el presidente se limitaba a los programas domésticos a los que ya estaba obligado (reformas de bienestar social, distribución de la renta y ordenamiento del movimiento de las masas urbanas).

La sensibilidad de los Aliados y las limitaciones presupuestarias nos forzaron así a reafirmar la estrategia existente de intentar una defensa convencional en noventa días. Pero un examen más a fondo expuso su fundamental vacuidad. Nuestros estudios demostraban que hasta los Estados Unidos, con una política declamatoria de resistir durante noventa días, no tenía sufi-

ciente provisión en ninguna categoría de suministros. Y nuestra capacidad de resistir sería determinada por la provisión crítica menor, no por algún número promedio teórico. Un intento de obtener del Pentágono una estimación de cuál era el rubro crítico que escaseaba, produjo una demora tan ofuscante que se hizo claro que agotaríamos algunos rubros esenciales mucho antes de los noventa días. Dado que las armas no estaban normalizadas, no era posible usar las reservas de un aliado para ayudar a otro. Además, nadie podía juzgar los niveles totales de las provisiones de la OTAN porque cada aliado computaba de manera diferente las tasas de consumo. Cualquiera fuera el criterio que se usara, era claro que la OTAN estaba lejos de satisfacer sus propios fines; la situación era caótica.

Al igual que nuestros predecesores, buscamos resolver el problema alentando a nuestros aliados a aumentar sus gastos de defensa. Mel Laird, al preparar la reunión del 28 de mayo del Comité de Planificación de Defensa de la OTAN, había solicitado autorización para urgir a nuestros aliados a aumentar su contribución a la OTAN en un cuatro por ciento anual desde 1971 hasta fin de 1975. Yo había apoyado la recomendación de Laird y el presidente la había aprobado. Los aliados, sin embargo, no querían acordar ningún porcentaje fijo; no irían más allá de obligarse a un «moderado» aumento y no definirían ninguna base sobre la cual calcular el mismo. En ausencia de una estrategia realista respaldada por la capacidad de ejecutarla, no había solución práctica al problema. Aún permanece sin solución.

A primera vista —en realidad a segunda también— parecería que en las nuevas circunstancias estratégicas no podría debatirse mucho la importancia de una misión continuada de las tropas norteamericanas en Europa. Con una paridad nuclear ya en camino, el significado de las fuerzas de tierra en el Continente —americanas y europeas— aumentaba. Pero todas las presiones sobre nosotros venían de la dirección opuesta. Nuestro compromiso de mantener tropas en Europa era sacudido por los ramalazos del terremoto de Vietnam. Los senadores Mansfield y Fulbright y muchos otros lo cuestionaron y lo vieron como otro ejemplo de nuestra expansión mundial que nos arriesgaba a ir a una guerra. Pronto iban a presentar resoluciones formales a este respecto. Reflejaban también un resentimiento general de que a veinte años de la terminación de la Segunda Guerra Mundial los europeos, con antecedentes de autonomía militar, no reclutaran aún fuerzas adecuadas para su propia defensa. Nuestra balanza de pagos, altamente desfavorable, además, requería una reducción de los costos de moneda extranjera, que se lograría por medio de la reducción de tropas en Europa. Esto originó un círculo vicioso: cuanto mayores las presiones para el retiro de tropas en Europa, menor la inclinación de nuestros aliados a aumentar sus efectivos militares a menos que justificasen ulteriores retiros norteamericanos.

En realidad, los Estados Unidos habían iniciado un proceso de retiro disimulado durante la administración Johnson. En 1967-1968 parte de una división del ejército y algunas unidades de la Fuerza Aérea habían sido enviadas de vuelta a los Estados Unidos; en conjunto casi 60.000 hombres volvieron a casa. Parte del equipo de estas unidades retiradas había quedado acumulado en pilas, y se llevaban a cabo ejercicios periódicos para demostrar nuestra capacidad de volver rápidamente por aire. Pero todas estas medidas pasaban por alto lo esencial: los europeos cuestionaban cada vez más no ya la capacidad, sino la voluntad de los Estados Unidos de hacer un esfuerzo total en su defensa. No cuestionaban la capacidad de nuestro transporte aéreo sino nuestra voluntad política.

El programa de reducción unilateral de la administración Johnson —con el acrónimo *Red-coste* («Reducción de Costos en Europa») — había sido justificado sobre la base de que se reducirían los gastos generales administrativos; la efectividad combatiente no se vería disminuida. Esto seguía los formalismos sacrosantos. El impacto acumulativo de estas reducciones tendía a sugerir que poseíamos en una época la institución militar más ampulosa que pueda imaginarse, o que su efectividad en el combate era tan baja que ninguna reducción la afectaría. El problema de la administración Nixon era cómo tratar las reducciones previstas hacía mucho tiempo y que ahora se llevaban a cabo en el mismo momento en que instábamos a nuestros aliados a hacer más.

En este punto, fuimos testigos del deslumbrante despliegue de Melvin Laird. Éste, unilateralmente, decidió hacer sus propias reducciones dentro de la OTAN —apenas tres meses después de urgir a nuestros aliados a aumentar sus gastos en un cuatro por ciento anual. A principios de septiembre de 1969, Laird propuso reducciones de las fuerzas navales asignadas a la OTAN de un portaviones de ataque, seis portaviones antisubmarinos y 48 destructores (ahora

desactivados en la costa del Pacífico). También recomendó reducir la prontitud de las unidades de Reserva Estratégica del Ejército asignadas a la OTAN y, más importante desde el punto de vista político, de los elementos de la Vigésimo Cuarta División de Infantería que se suponía volverían a la OTAN en caso de una crisis. Laird incluyó otra significativa frase: «Pueden ser necesarios otros cambios en nuestras fuerzas asignadas a la OTAN como resultado de la reducción de gastos de defensa ya anunciados y bajo examen.» Básicamente, Laird era un fervoroso defensor de la OTAN. ¿Por qué buscó cortar las fuerzas de la OTAN tan brusca y provocativamente?

La principal razón, por extraño que parezca, fue la preocupación de Laird para mantener el presupuesto de defensa y con él la capacidad de defensa de la OTAN. Él estaba bajo la presión de la Oficina del Presupuesto (representada por su Director Ayudante James R. Schlesinger) y el Congreso para reducir nuestro presupuesto de defensa en al menos cinco mil millones de dólares, además de las reducciones que Nixon había considerado oportuno hacer al asumir el cargo. Laird calculaba que la OTAN disfrutaba de un gran apoyo dentro y fuera del gobierno. Si podía demostrar que cortes totales en el presupuesto de defensa afectarían inmediatamente a la OTAN, podría hacer disminuir las presiones que exigían reducciones, o al menos contenerlas. Decidió que el mejor modo de detener el entusiasmo por las reducciones presupuestarias tanto en el poder ejecutivo como en el legislativo, era hacer que esas reducciones fueran lo más dolorosas posible. Esto resultó ser una evaluación correcta.

Pero para que esta estrategia tuviera éxito tenía que ser llevada a cabo con energía, cosa que a Laird jamás le faltaba. Y cuanto más plausible fuera la maniobra de Laird —cosa esencial para su éxito— más estragos provocaba a nuestra posición en la OTAN. Cuando transmití las recomendaciones de Laird a Nixon, escribí la siguiente nota:

Estos hechos, tal como se han conocido, van a ser leídos en la OTAN junto con otras indicaciones de que los Estados Unidos están, realmente, disminuyendo el cumplimiento de sus compromisos en Europa. Las reducciones de personal en ultramar y los distintos comentarios del Secretario Laird serán considerados parte de una tendencia... El hecho de que estas reducciones en efectividad y rapidez ya han ocurrido, por supuesto, da lugar al otro asunto de las consultas...

Para tener algún control sobre la situación, envié una directiva a los departamentos el 17 de septiembre prohibiendo más comentarios sobre reducciones públicamente o dentro de la OTAN, quedando pendiente un «memorándum para el presidente describiendo lo que ya ha tenido lugar» y suministrando recomendaciones para la consulta en la OTAN.

Pero Laird era muy rápido para mí. Diez días después de sus primeras recomendaciones envié otro memorándum al presidente recordándonos la críptica advertencia de su anterior comunicado de que eran posibles más reducciones: «Este es el caso ahora... Deberán requerirse más cambios en nuestras fuerzas navales asignadas a la OTAN una vez que sea completado nuestro análisis... Es probable que las reducciones sean interpretadas como inconsecuentes con sus afirmaciones a los europeos de que creemos que las fuerzas de la OTAN deberían ser mantenidas en los niveles habituales.» Laird, en realidad, le estaba diciendo al presidente que aumentara el presupuesto de defensa o rompiera su palabra a los líderes europeos.

Laird no explicaba qué podía haber pasado en diez días para que hubiera necesidad de otra reducción, ni porque, para empezar, no había informado a la Casa Blanca del alcance de sus intenciones. Era claro que estaba usando la reducción de tropas en Europa para forzar al presidente a aumentar el presupuesto de defensa. Para agregar un toque extravagante, Laird admitió que el Estado Mayor Conjunto creía que estos cortes implicarían riesgos adicionales para los Estados Unidos: «Estoy de acuerdo con los Jefes pero creo que estos cortes deben hacerse, dadas nuestras obligaciones en el SEA (Sudeste Asiático) y la ajustada situación fiscal corriente.» No había duda que el Comandante en Jefe estaba siendo chantajeado, ya sea para aumentar el presupuesto de defensa (que no estaba muy dispuesto a hacer debido a la oposición del Congreso) o a tomar dinero del sudeste de Asia, reduciendo así su flexibilidad para las negociaciones en Vietnam.

Una vez que Laird estuvo en posición de triunfar, sólo magnificaría las pérdidas al continuar la batalla. Laird procedió a desarrollar su plan. Pero yo busqué asegurar, de alguna manera, que no hubieran nuevas reducciones unilaterales. El 19 de septiembre escribí un resumen de

las decisiones de Laird y las objeciones de los jefes. Recomendé que se creara un Comité de Revisión del Programa de Defensa (CRPD), en el sistema del CNS para permitir a la Casa Blanca y a las otras agencias, tener voz en las decisiones de Laird. Nixon lo aprobó. El Comité fue creado y realizó algunos trabajos útiles. Sin embargo, la Casa Blanca nunca logró en política de defensa el control que tenía en política exterior. Laird era demasiado listo; el Comando Conjunto desconfiaba de las determinaciones externas sobre sus prioridades; además estábamos muy ocupados con el planeamiento y conducción de una estrategia geopolítica total. Pero si el CRPD no podía plasmar la política de defensa en conjunto, podía actuar —correctamente culpando a los que recortaban el presupuesto, no a Laird. Su predicción fue confirmada. El Secretario de la OTAN, general Manlio Brosio, visitó Washington el 14 de noviembre y habló de manera pesimista acerca de las perspectivas de aumentar los niveles de las fuerzas europeas mientras Norteamérica reducía sus tropas. También informó acerca de un interés creciente en la Alianza por las negociaciones con los soviéticos sobre reducciones mutuas de tropas. Dado que los Estados Unidos se irían retirando de todos modos, argumentaba, la OTAN bien podría negociar nuestras programadas reducciones por algunas concesiones soviéticas.

Nuestros aliados, no acostumbrados a las sutilezas de nuestro proceso político, no entendieron inmediatamente que todo esto era esencialmente por su propio bien. En la primera reunión del nuevo CRPD el 21 de octubre, el General Wheeler, el jefe del Estado Mayor Conjunto, predijo que tendríamos momentos muy difíciles con nuestros aliados —correctamente culpando a los que recortaban el presupuesto, no a Laird. Su predicción fue confirmada. El Secretario de la OTAN, general Manlio Brosio, visitó Washington el 14 de noviembre y habló de manera pesimista acerca de las perspectivas de aumentar los niveles de las fuerzas europeas mientras Norteamérica reducía sus tropas. También informó acerca de un interés creciente en la Alianza por las negociaciones con los soviéticos sobre reducciones mutuas de tropas. Dado que los Estados Unidos se irían retirando de todos modos, argumentaba, la OTAN bien podría negociar nuestras programadas reducciones por algunas concesiones soviéticas.

Para ser justos debe decirse que Laird había alcanzado su meta principal. Había atemorizado de tal manera a distintos grupos que el presupuesto fue reducido en un mínimo absoluto. A la larga, esto era un gran beneficio para la OTAN y para la posición de defensa de los EEUU. Pero en 1969, ciertamente complicó las perspectivas de una nueva estrategia coherente de la OTAN y nos hizo pasar momentos angustiosos con nuestros aliados.

Básicamente, Laird había atraído la atención sobre un tema fundamental. Poca duda había de que las restricciones al presupuesto estaban amenazando socavar nuestra política exterior. Al año siguiente los mismos dilemas surgieron otra vez. Para junio de 1970, la preparación del presupuesto del año fiscal 1972 estaba en marcha. La oficina de Presupuesto (ahora llamada de Administración y Presupuesto u OAP) previó un presupuesto de defensa de 76 mil millones. Mel Laird, con mi apoyo, comenzó a esgrimir sus formidables poderes de maniobra. Consideró la suma de 79 mil millones como el mínimo irreductible; si tuviera que reducir tres mil millones el resultado sería nefasto, escribió al presidente. El genio de Laird, para pintar las más deplorables consecuencias si sus solicitudes en cuanto al presupuesto no eran satisfechas, no se había deteriorado; por el contrario se había agudizado por sus éxitos durante el año anterior. Sometió un inventario de reducciones que causaba vértigo, incluyendo la pérdida de cuatro portaviones, la desactivación de dos divisiones del ejército, el retiro de 130 a 140 de nuestros más viejos B-52 y la cancelación de otros programas mayores de proyectos. (Si una reducción de tres mil millones tuviera tal impacto, era sorprendente que el presupuesto total comprara tan pocas armas nuevas.)

Para considerar las opciones y sus consecuencias, convine una reunión del Comité de Revisión del Programa de Defensa. Paul McCracken, Presidente del Consejo de Consejeros Económicos, estaba preocupado de que el proyectado presupuesto federal de 237 mil millones «espantaría a la comunidad financiera» y desmoralizaría a la Junta de Reserva Federal hasta el punto de que podría desalentar nuestra recuperación económica. Acabáramos entonces de la peor forma posible —una economía inactiva y temores renovados de inflación. McCracken quería una reducción de seis mil millones, el doble de lo recomendado por la OAP. Del otro lado del libro mayor, el Secretario de Defensa Delegado, David Packard argüía que cualquier disminución en el presupuesto de defensa sería desastroso para nuestra seguridad.

Las decisiones se complicaron por la falta de habilidad de los servicios militares para presentar un criterio convenido para sus requerimientos. En los años de los presupuestos de defensa relativamente amplios cada servicio, simplemente, había impulsado su proyecto preferido, que estaba basado generalmente en lo que era técnicamente posible. Las presentaciones «acor-

dañas» del Estado Mayor Conjunto eran, generalmente, tratados de no agresión entre los distintos servicios sin relación, con una estrategia coherente. Dije a mis colegas: «Quiero una nota que le diga al Presidente: “Si usted hace esto, las consecuencias son éstas”.» Si ya no podíamos destruir el poder militar soviético, ¿cuál era el nivel correcto para nuestras fuerzas estratégicas? ¿Cuál sería el impacto de esa nueva situación en la defensa de países que estaban en la periferia soviética, incluyendo Europa? ¿Podría basarse indefinidamente la defensa de las áreas periféricas en una estrategia de exterminar poblaciones civiles? Al mismo tiempo que la amenaza norteamericana de lanzar una guerra nuclear total estaba perdiendo credibilidad, estábamos bajo presión simultánea de cercenar todas las otras fuerzas. «Estamos cercenando nuestras fuerzas generales y saliendo de lugares como Corea (*). ¿Cómo vamos a defender estas áreas? Este interrogante debe ser planteado al presidente. Debemos saber hacia dónde vamos.»

Resultó muy difícil conseguir que el tema fuera sometido al presidente de una manera aceptada por todos. Nadie tenía interés en investigar muy a fondo la doctrina y las fuerzas de la OTAN. Tal investigación bien podría poner en evidencia la incongruencia de un despliegue que era un compromiso entre el deseo europeo de garantizar una respuesta nuclear norteamericana y nuestro intento de asegurar que apelaríamos a ella sólo como un último recurso. Un examen serio de la estrategia convencional de la OTAN era inibido además por el temor de que tal estudio descubriera escasez de suministros esenciales que no podría ser remediada con el humor existente en los parlamentos y la prensa, y podría así dar el pretexto para reducciones unilaterales.

Reunión tras reunión seguí suscitando el tema de la creciente incongruencia entre nuestra estrategia y la posición de nuestras fuerzas. Nadie negó esta realidad, sin embargo nadie estaba dispuesto a hacer algo acerca de ella. En una sesión encontré imposible obtener una definición del término «marginamente efectivo», que había sido usado para describir una categoría de armas especificada en nuestros planes. Para culminar el asunto, arreglé una reunión del Estado Mayor Conjunto con Nixon para el 18 de agosto de 1970. Siguió el largamente respetado esquema de tales sesiones. Cada jefe explicó por qué su cuota del presupuesto recomendado era el mínimo requerido para llevar a cabo su «misión». Cada uno trataba la naturaleza de tal misión como incontrovertible y decidía no explicarla. Confundido por estas ambigüedades sostenidas, abrumado por los detalles técnicos, el presidente halló imposible determinar si los argumentos eran autocomplacientes o justificados. Generalmente, eran ambas cosas.

Al día siguiente —19 de agosto— hubo una reunión del CNS para examinar el presupuesto de defensa. La discusión se desarrolló de modo no concluyente. Nixon hizo afirmaciones que eran filosóficamente valederas, pero que no cambiaban el tope presupuestario; nuestra capacidad iba a estar determinada finalmente por el tope, no por sus exhortaciones. Nixon creía que era imperativo presentar un presupuesto «magro» para prevenir reducciones aún más severas de parte del Congreso. Todo lo que se logró en las discusiones fue llevar la reducción propuesta de seis mil millones a cuatro mil quinientos millones de dólares; el Congreso entonces rebanó otros tres mil millones. Expresé mis advertencias a Nixon en un memorándum:

Estamos en peligro de deslizarnos hacia un período de confianza en la represalia total, aunque esto sea absurdo. Debemos cuidar a nuestras fuerzas generales. Debemos tener fuerzas en las cuales creer. Debemos ser capaces de proyectar al exterior un poder creíble en una situación en que la guerra nuclear general ya no es una alternativa probable o razonable. Las fuerzas generales representan el modo en que nos ven nuestros aliados —son el contacto y la realidad.

En un memorándum, el 12 de noviembre, Mel Laird expresó que él también estaba preocupado acerca de la peligrosa declinación en la capacidad convencional.

Laird, Packard y yo nos consolábamos mutuamente con la determinación de que haríamos todo lo posible para compensar las insuficiencias de los años «malos» —los años no cubiertos por el presupuesto corriente. Desgraciadamente, por el momento, todas las presiones eran en dirección opuesta. La decisión de dirigirse hacia un ejército voluntario redujo aún más la obtención de armas. Ello forzó un aumento en las escalas de sueldos de modo que finalmente el 60 por

(*) Esto se refería a un plan para retirar una división de Corea, para compensar lo cual reforzaríamos las fuerzas en Corea del Sur.

ciento de nuestro presupuesto militar se destinaba a pagos y asignaciones (contra poco más del 30 por ciento en la Unión Soviética) dejando una suma mucho menor para armas. Y a pesar de tales incentivos hubo escasez de personal. Para noviembre de 1970, las fuerzas norteamericanas en Europa estaban en 17.000 hombres por debajo del número autorizado; casi los dos tercios de tal reducción había tenido lugar a partir de julio.

Y aún sólo el mantener las fuerzas existentes enfrentaría crecientes obstáculos políticos. El senador Mike Mansfield, líder de la mayoría del senado, usaba ahora la *Ostpolitik* de Brandt para justificar una reducción substancial de nuestras tropas en Europa (2). Cada vez que se aliviaban las tensiones, aumentaban las presiones para hacer reducciones en las fuerzas que habían hecho posible esas mismas distensiones. Algunos favorecían una reducción de la presencia militar norteamericana en Europa porque pensaban que ya no era necesaria; otros consideraban nuestro despliegue en ultramar económicamente insostenible. El senador Stuart Symington expresó al Secretario de Estado Ayudante Martin Hillenbrand:

El pueblo de los Estados Unidos quiere ver una reducción en los costos que tenemos en Europa y piensa, junto con todos los economistas con quienes he hablado antes, excepto usted, que esto afectaría significativa y favorablemente la economía de los Estados Unidos (3).

En el Congreso, los *defensores* de la OTAN argumentaron en nombre de la distribución de cargas, que si Europa no hacía algo más, nosotros haríamos menos (debido a las dificultades ingobernables de nuestra balanza de pagos). «La distribución de cargas» tenía, en realidad, las mismas consecuencias objetivas que las presiones presupuestarias: era una estación en el camino de reducir nuestras fuerzas en Europa y nuestra contribución a la seguridad europea.

Nuestros aliados europeos, conscientes de su vulnerabilidad militar, preocupados por igual acerca de sus temores de una abdicación norteamericana y de los riesgos políticos domésticos de expandir sus propias defensas, observaban nuestros debates con desconfianza. Temían a la vez nuestra retirada y nuestras presiones para que mejoraran sus defensas. Buscaban alguna salida a sus dilemas y encontraron dos expedientes, al menos intermedios.

Ambos fueron sugeridos en una frase del Informe sobre Política Exterior al presidente el 18 de febrero de 1970:

La forja de un entendimiento común en temas de seguridad básica mejorarán materialmente nuestra habilidad para tratar de modo sensato y realista las oportunidades y presiones de cambio que enfrentamos, incluyendo sugerencias en este país para lograr reducciones substanciales en los niveles de las tropas norteamericanas en Europa y la posibilidad de que la reducción equilibrada de fuerzas pudiera llegar a ser un tema de las discusiones entre Oriente y Occidente.

El Secretario General de la OTAN, el enérgico, capaz y bastante astuto General Manlio Brosio interpretó una frase borroneada por ayudantes del equipo como una señal presidencial de acción. Propuso que la OTAN llevara a cabo una revista de la defensa como medio de frenar los retiros norteamericanos. Y estaba aunando fuerzas detrás del creciente interés de la OTAN en negociaciones con el Este para la reducción mutua de fuerzas en Europa Central —lo que eventualmente llegó a ser conocido como reducciones mutuas y equilibradas de fuerzas o MBFR. Ambas cosas estaban diseñadas como Brosio admitió francamente a Nixon cuando se encontraron privadamente en Nápoles en septiembre de 1970— como medidas para poner freno a las decisiones norteamericanas unilaterales. Se suponía que el Congreso norteamericano no haría nada irrevocable hasta que ambas iniciativas hubieran sido investigadas y completadas. El renacimiento de la idea de reducciones mutuas no era dedicación apasionada a esta ambigua meta sino un intento —que la Administración no desalentaba— de prevenir las reducciones unilaterales norteamericanas.

El examen de la defensa propuesto por Brosio ocupó casi todo 1970. Como parte del mismo, el «Eurogroup» (la convención europea formada por iniciativa de Healey el año anterior) debía idear un programa de nuevas medidas para aumentar la defensa; esto era para neutralizar las críticas en el Congreso de Estados Unidos en el sentido de que los europeos no estaban haciendo lo suficiente. Nixon le dio un ímpetu adicional al proyecto cuando, en una reunión con

los comandantes de la OTAN en Nápoles durante su viaje mediterráneo en septiembre de 1970, insistió en que nuestro enfoque de la «distribución de cargas» prefería que los europeos hicieran gastos adicionales en su propia defensa, a las artimañas financieras para retribuir a los Estados Unidos el estacionamiento de sus tropas. Su afirmación de que no quería que los norteamericanos actuaran como mercenarios para los europeos era noble y teóricamente correcto; pero no ayudaba al esfuerzo desesperado de Mel Laird para obtener algún alivio presupuestario de cualquier forma (tal como el acuerdo con Alemania Occidental para pagarnos nuestras barracas y comprar armas norteamericanas, para compensar algunos de nuestros gastos presupuestarios). Mel Laird estaba realizando milagros en mantener nuestras fuerzas de la OTAN en niveles substanciales de existencia y tendiendo las bases para la modernización de nuestro arsenal estratégico. Pero la modernización de la OTAN estaba fuera de la cuestión cuando todos nuestros esfuerzos estaban dedicados a evitar que el Congreso legislara una reducción de fuerzas. El corresponsal del *Washington Post* en Bonn, en un largo artículo el 5 de octubre indicaba que las vigorosas afirmaciones del presidente no habían mitigado los temores de Europa sobre este tema: «Después de un largo período de dejar de lado el problema, en la esperanza de que se alejara solo, los miembros europeos de la OTAN están comenzando a comprender que les queda poco tiempo para contrarrestar las presiones en el Congreso norteamericano por una reducción total del compromiso de Estados Unidos con la OTAN.»

El proyecto del presupuesto militar no dejaba dudas de la dirección en la que nos presionaban el Congreso y el público. Aunque la cantidad de dólares del presupuesto era ligeramente más alta que en el precedente, la inflación y los costos del ejército voluntario produjeron una reducción significativa en términos de dólares estables. Nuestros aliados no tenían deseos de sortear la brecha; prefirieron realizar la revista de defensa de 1970 con medidas que evitaran obligaciones financieras importantes. El examen de defensa de la OTAN fue completado en diciembre de 1970, y sometido al consejo del Atlántico Norte. Ascendía a una contribución colectiva a la infraestructura de la OTAN (cobertizos para aviones, barracas, otras construcciones fijas) de 420 millones de dólares durante cinco años, mejoras a las fuerzas nacionales que sumaban 450 a 500 millones de dólares sobre el mismo período, y algunas otras medidas financieras que serían calculadas en unos 79 millones de dólares. Esto era el total de alrededor de mil millones, o 200 millones por año durante cinco años. No había forma de saber qué parte de esto era genuinamente nuevo y cuánto representaba simplemente cambios en la contabilidad. En el mejor de los casos, era un aumento casi comparable al uno y medio por ciento de nuestro presupuesto de defensa. La suma era demasiado poco importante para ir al corazón del problema. Lo mejor que podía decirse de él era que invertía la tendencia anterior hacia las reducciones. En conjunto, nuestros aliados contaban claramente con el *deus ex machina* de las reducciones mutuas de fuerzas con el Pacto de Varsovia.

Nos urgirían a mantener las fuerzas norteamericanas en Europa pendientes de las negociaciones y buscarían evitar gastos adicionales con el razonamiento de que no serían pertinentes en vista de los nuevos acuerdos sobre control de armamentos. Hicieron surgir todo un conjunto nuevo de problemas. Yo no tenía objeciones en usar MBFR como un freno en las reducciones unilaterales del Congreso. Pero mis dudas acerca de su complejidad y desventajas inherentes no se habían aliviado desde el año anterior. Escribí al presidente:

No hemos sido capaces de desarrollar un acercamiento a MBFR que mantendría o mejoraría la posición militar de la OTAN aunque pequeñas reducciones mutuas podrían tener un efecto adverso mínimo. No hemos sido capaces de identificar «obligaciones colaterales» negociables que inhibirían la movilización y refuerzo del Pacto sin dañar a la OTAN al mismo tiempo. Apenas hemos arañado la superficie en cuanto a pensar en los problemas de verificación.

En estas circunstancias una reunión del CNS del 19 de noviembre de 1970, revisar la estrategia de la OTAN serviría de poco excepto registrar nuestro dilema. Resumi el problema estratégico nuevamente en un memorándum al presidente:

...nosotros y nuestros aliados debemos mantener fuerzas convencionales lo suficientemente poderosas para poder contrarrestar la agresión soviética o la amenaza de ella, implícita en sus fuerzas substanciales. A menos que nosotros y nuestros aliados modifiquemos nuestra estrategia y fuerzas en la OTAN, de modo de poder suministrar este

potencial, pronto experimentaremos la gradual «neutralización» de Europa Occidental. Para evitar esta situación, debemos actuar vigorosamente para mantener la capacidad convencional de la OTAN mientras se desarrolla una estrategia para su uso que tenga sentido en esta nueva situación fundamentalmente estratégica.

El ataque a los gastos de defensa que surgieron de la guerra de Vietnam dificultó este esfuerzo hasta 1974.

La reunión del CNS del 19 de noviembre fue extraordinariamente seria e independiente. Por una vez no hubo maniobras burocráticas, porque todos los consejeros de alto nivel del presidente estaban de acuerdo en los temas más importantes. La reunión condujo a dos decisiones significativas: otra vigorosa reafirmación de nuestras obligaciones de tropas en Europa y una decisión de reexaminar todo el tema de las reducciones mutuas de fuerzas. El programa de mejoramiento de la defensa europea, por muy parco y esencialmente inaplicable que fuera, logró así su propósito inmediato. En la reunión de diciembre de los Ministros de Relaciones Exteriores de la Alianza, el Secretario Rogers leyó una carta de Nixon que anunciaba que a la luz de los crecientes esfuerzos de Europa para la defensa, los Estados Unidos mantendrían y mejorarían sus fuerzas en Europa y no las reducirían excepto en el contexto de reducciones mutuas negociadas con el Este.

En la naturaleza de las cosas, éstas eran medidas de conveniencia, suficientes para prevenir un desastre inmediato, inadecuadas como remedio a largo plazo. Una alianza, cuyo único medio de preservarse en su fortaleza era ofrecerse a negociar reducciones de fuerza (con un enemigo consciente de las enormes presiones en cuanto a reducciones unilaterales) no estaba en su fase más creativa, especialmente cuando la estructura de su fuerza básica era inadecuada. Un re-examen fundamental tendría que esperar a una restauración de nuestra unidad nacional con la terminación de la guerra de Vietnam.

RELACIONES ENTRE EL ESTE Y EL OESTE EN EUROPA

En 1969, la impaciencia con los rigores de la Guerra Fría abarcaba todo Occidente. Todos los líderes estaban bajo presión para demostrar su dedicación a la paz; la Unión Soviética jugó astutamente con estos puntos sensibles. Meses después de la brutal invasión a Checoslovaquia, los gobiernos *occidentales* habían sido llevados a la posición de sentirse obligados a probar su buena voluntad en las relaciones entre el Este y el Oeste.

En cada parada de su primer viaje a Europa, a principios de 1969, Nixon se había encontrado en discusiones sobre cómo responder a las aperturas soviéticas. Cada líder lo había instado a comenzar las negociaciones SALT tan rápidamente como fuera posible y a hacer consultas a medida que avanzaban; era irrefutable el axioma de que los soviéticos estaban listos para una verdadera *détente* debido a las presiones internas por bienes de consumo y a las externas de China. Se buscaba también la expansión del intercambio y el comercio. De Gaulle urgía vivamente un acercamiento a la Unión Soviética. Cuando Walter Scheel, jefe del Partido Democrático Libre de Alemania Occidental y al poco tiempo primer ministro, visitó a Nixon en junio, señaló que los europeos ya no tenían un condominio de Estados Unidos y la Unión Soviética: la mayor parte de la opinión pública europea no sólo apoyaba la *détente*, sino que quería ser parte del proceso.

Aunque Nixon era escéptico, y yo compartía su punto de vista, estas peticiones casi unánimes fueron un serio desafío para nosotros. En décadas anteriores, la rigidez norteamericana había sido el blanco de la crítica izquierdista en Europa, haciendo de la OTAN un tema de controversia en todos los países europeos y forzando a los líderes europeos a pasar a un clima de *détente*, intentando actuar como un «puente» entre el Este y el Oeste. El hecho escueto era que si los EEUU eran intransigentes, nos arriesgábamos a quedar aislados dentro de la Alianza y a empujar a Europa a la neutralidad. De manera similar, dentro de Norteamérica seríamos aporreados por nuestra belicosidad y la histeria sobre Vietnam se extendería a otras áreas de la política.

Por todas estas razones, llegamos a la conclusión de que podríamos mantener unida la Alianza de mejor manera aceptando el principio de *détente*, aunque estableciendo un claro criterio para determinar su curso. En su viaje por Europa, Nixon no se cansaba de predicar la doctrina de

su administración: estábamos preparados para una era de negociaciones, pero subsistirían substanciales elementos de confrontación; las negociaciones tenían que ser serias y concretas y no vaguedades. La unidad y fuerza en el Atlántico eran vitales a ese fin. Los soviéticos no debían abrigar esperanzas de dividir la Alianza por medio de una *détente* selectiva con algunos de los aliados y no con otros. Estábamos decididos a establecer una agenda que no permitiera a los soviéticos seleccionar sus propios asuntos, imponer su propia definición de *détente* o adormecer al Oeste para lograr su complacencia.

El primer problema difícil era SALT. Cuando Nixon asumió sus funciones, uno de los más insistentes argumentos de los devotos de la limitación de armas estratégicas era que los europeos la deseaban. Y en verdad, cuando demoramos las conversaciones en 1969 para registrar opiniones y ligar a SALT con otros asuntos, muchos líderes europeos subrayaron su urgencia. Esto les resultaba fácil, ya que no involucraba decisión alguna de su parte. Como me escribió uno de mis asociados después de un viaje a Europa: «Uno puede esperar un creciente apetito por una *détente*, aunque más no sea porque es mucho más agradable pensar en ella que en los problemas militares.» Pero la inevitable ambivalencia europea emergió cuando las negociaciones, que habían sido pedidas tan insistentemente, se acercaron realmente. Tan pronto como pusimos fecha para la apertura de SALT y comenzamos a informar a nuestros aliados, comenzaron a comprender las implicaciones estratégicas. Un acuerdo entre la Unión Soviética y los Estados Unidos para limitar las armas estratégicas, inevitablemente ratificaría la igualdad estratégica. No habría otra base para las negociaciones y nuestros informes les señalaban realmente la paridad que se aproximaba, aún *sin* un acuerdo, como resultado del constante aumento de las fuerzas soviéticas. Josef Luns, por entonces ministro del exterior de Holanda, dijo al presidente que la noción de paridad era una de las proposiciones más chocantes que había oído. En la misma forma, el Canciller Kiesinger comentó que él no había seguido de cerca la situación estratégica en los años cercanos; había llegado como una sorpresa «que provocaba a pensar» el darse cuenta cuán cerca estaban ambos bandos de la paridad. Nuestros aliados no tenían razón para sorprenderse, pero sí causa real de preocupación: la paridad estratégica estaba destinada a aumentar los peligros de la superioridad convencional que la Unión Soviética había mantenido por largo tiempo en el continente europeo.

El representante británico en la sesión informativa del Consejo de la OTAN del 30 de junio preguntó si, en vista de la tendencia en el desarrollo armamentista de ambas partes, éste era el momento para conversaciones. El Embajador de Alemania Occidental, Rolf Pauls dio en el clavo en una conversación que tuvo conmigo el 4 de julio: SALT marcaba el fin de la superioridad estratégica americana; la Unión Soviética erosionaría nuestro adelanto, ya sea a través de su propio desarrollo, o a través de negociaciones. Repliqué que odiaría pensar que la mayor potencia industrial mundial estuviera condenada a perder la carrera armamentista. Pero por causa de las decisiones adquisitivas tomadas en la década del 60, las tendencias en tecnología, las divisiones causadas por Vietnam y la dificultad general para obtener la aprobación del Congreso para *cualquier* programa estratégico nuevo, yo sabía que Pauls tenía razón.

Resumí la reacción europea para Nixon, el 8 de julio:

Es razonable estimar que algo del entusiasmo original por SALT se está desvaneciendo. Una de las razones es la preocupación subyacente por el efecto que tendría un acuerdo SALT. Algunos países aparentemente temen que un acuerdo basado en la paridad, le dejaría a la Unión Soviética un substancial margen de superioridad en las fuerzas convencionales en Europa y el resultado final sería que el factor general de disuasión en contra de los ataques soviéticos podría debilitarse. Hay también alguna preocupación, principalmente alemana, porque la conexión entre SALT y los asuntos políticos ya no se ha de mantener.

Afortunadamente para todos los interesados, la Unión Soviética obró con dilación para aceptar la fecha propuesta para la apertura de las negociaciones. Esto nos dio la oportunidad de completar nuestros estudios internos y llegar a un entendimiento satisfactorio con nuestros aliados europeos.

No podíamos disipar completamente la inquietud de nuestros aliados, aún cuando fuera causada en gran parte por su urgencia para impulsarnos a una *détente* y luego achicarse antes sus consecuencias. El 4 de julio, le había advertido al Embajador Pauls (solamente a medias en broma) que nuestros aliados harían bien en tener cuidado en adelante con lo que solicitaban con

insistencia, ya que a veces podíamos aceptar sus recomendaciones. El peligro para Europa surgía, no sólo por las concesiones unilaterales americanas como resultado de la *détente*, sin embargo; era consecuencia del hecho de que bajo condiciones de paridad estratégica, la desigualdad de las fuerzas en el continente europeo marcaría una diferencia, más tarde o más temprano. Los Gobiernos de la Alianza, por una variedad de razones, la mayoría domésticas, no querían o no podían tomar las necesarias medidas para remediarlo, y en su ausencia, estaban condenadas a aumentar peligrosamente. Y no había persuasión capaz de cambiar esto. Pero la sincronización de la unión aliada y las negociaciones Este-Oeste sobre muchos temas, dependían en un punto de vista mutuo del mundo en que vivimos, de los propósitos que buscábamos conseguir juntos y los requerimientos de la defensa común.

BERLÍN Y LA OSTPOLITIK DE BRANDT

Las relaciones entre el mundo comunista y el occidente no pueden tener nunca una textura uniforme. Las negociaciones SALT estaban confinadas a los Estados Unidos y la Unión Soviética, aunque nuestros aliados de la OTAN tuvieran un obvio interés en ellas. Berlín envolvía a todos los aliados de la guerra que tenían responsabilidad legal por la ciudad: Gran Bretaña, Francia, los Estados Unidos y la Unión Soviética. Ya que Berlín estaba técnicamente bajo ocupación militar, Alemania Occidental no tenía status legal que negociar. La casi eterna crisis de dos décadas había puesto en claro que la libertad de Berlín paradójicamente dependía de mantener su status como ciudad todavía ocupada. Esta era la única base legal sobre la que los Estados Unidos y sus aliados occidentales podían resistir las presiones de los soviéticos y de Alemania Oriental, por anómala que fuera ésta, una generación después de la finalización de la Segunda Guerra Mundial. En 1959 y nuevamente en 1961 y 1962, la fortaleza occidental para mantener sus derechos de ocupación y la falta de habilidad de Khrushchev para ceñirse a una línea de política, habían preservado la libertad de Berlín. Pero no había nada que cambiara las realidades geográficas de una ciudad aislada ciento sesenta kilómetros dentro del territorio comunista, sujeta a hostigamientos, susceptible en toda época a una nueva extorsión. Su vulnerabilidad simbolizaba la tenue naturaleza de las relaciones del Este con el Oeste; era prueba viviente de la importancia de nuestro concepto de la unión. Podíamos defender a Berlín solamente uniendo su libertad a otras preocupaciones de los soviéticos. Cualquier política que considerara a Berlín como un tema por separado, encontraría a los aliados occidentales en una notable desventaja de negociación, por causa de la vulnerabilidad militar de Berlín.

El problema de Berlín resurgió casi accidentalmente al comienzo de la presidencia de Nixon, principalmente como resultado de las excentricidades del ciclo constitucional alemán, que hizo de 1969 un año de elecciones presidenciales. Como ya he mencionado, las dos casas del Parlamento Federal Alemán intentaban, como antes, celebrar su sesión especial para elegir Presidente en Berlín Oeste en el viejo edificio del Reichstag. En diciembre de 1968, el Ministro del Exterior soviético protestó formalmente por la cercana sesión en Berlín, ante el Embajador de los Estados Unidos, Llewellyn Thompson. La administración Johnson decidió dejar la respuesta a su sucesor. El 22 de junio de 1969 el Secretario de Estado Rogers presentó al presidente un borrador rechazando la protesta soviética. Estuve de acuerdo con la respuesta que Rogers proponía, recomendando, sin embargo (sujeto a la concurrencia alemana), que no la enviáramos hasta mucho más cerca de la fecha de la elección presidencial alemana, que era el 5 de marzo. No me parecía de interés para nosotros invitar a lo que podría resultar un improductivo y acre intercambio. La respuesta fue demorada.

Los alemanes del Este comenzaron, por lo tanto, con algunas hostilidades menores al tránsito civil hacia Berlín. En los memorándums del 28 de enero y el 11 de febrero, le dije al Presidente que debíamos mantenernos tranquilos, ya que ese no parecía ser el momento para que la Unión Soviética buscara un enfrentamiento con nosotros. Le informé también de nuestros eventuales planes si las hostilidades continuaban o aumentaban. En mi ayuda memoria para la primera reunión del presidente con el Embajador Soviético Dobrynin el 17 de febrero, recomendé: «Me parece especialmente importante desilusionar a Dobrynin por la idea que la interferencia soviético-alemana del este en el acceso a Berlín en conexión con la Asamblea Federal que se reunirá allí el 5 de marzo, sea un asunto que no interesa a los Estados Unidos directamente.» Nixon impuso este punto severamente a Dobrynin en su encuentro del 17 de febrero. Dobrynin, demos-

trando que la Unión Soviética no estaba preparada para poner a prueba al nuevo presidente tan al comienzo de su mandato, se apresuró a asegurar al presidente, que su gobierno no buscaba un enfrentamiento.

El 22 de febrero, el día antes de la partida del presidente para Europa, Dobrynin me pasó un mensaje urgiéndome para intervenir en el gobierno de Kiesinger, para suspender las elecciones en Berlín. Esto nos permitiría «evitar tensiones innecesarias y cortar en seco una tendencia hacia el ascenso de las tensiones», decía la nota soviética. Rechacé la proposición; no pediríamos nada de eso a Kiesinger. Le advertí severamente a Dobrynin sobre los actos unilaterales y para subrayar mi advertencia, el presidente, por recomendación mía, ordenó una intensificación en el tránsito militar en las rutas de acceso a Berlín.

Como ya he descrito, mientras visitaba Berlín el 27 de febrero, en una visita a la fábrica de Siemens, Nixon reafirmó con firmeza el compromiso americano para lograr la libertad de la ciudad. «Que no haya error de cálculo. No hay acto unilateral, acto ilegal, ninguna forma de presión de cualquier fuente que sacuda la resolución de las naciones occidentales para defender su justa posición como protectores de la gente de Berlín liberada.» Después de nuestra vuelta y poco antes de la elección, Dobrynin se quejó suavemente sobre la retórica del presidente. Contesté que el presidente había simplemente reafirmado compromisos existentes y que consideraríamos cualquier dificultad en el acceso a Berlín como de la mayor gravedad. Nada podía contribuir más a calmar las tensiones que regularizar los procedimientos para el acceso a Berlín. Dobrynin sugirió por primera vez que existían «posibilidades positivas» para negociar sobre ese asunto. La elección del nuevo Presidente Federal, Gustav Heinemann tuvo lugar el 5 de marzo en Berlín sin nuevos incidentes. Habíamos mantenido nuestra primera, aún cuando menor, confrontación con los soviéticos.

Esta mini-crisis puso en marcha una serie de maniobras, que resultaron en una formal negociación sobre Berlín. Ninguno de los poderes occidentales y probablemente ni siquiera la Unión Soviética había intentado esto al comienzo de 1969. El proceso adquiría impulso, aunque lentamente. Pero después de muchos falsos comienzos culminó a fines del verano de 1971 en un nuevo acuerdo de los Cuatro Poderes, que puso por lo menos un temporario final a veinticinco años de tensiones por Berlín.

Bajo la luz de las insinuaciones de Dobrynin, en su carta del 26 de marzo a Kosygin, Nixon repetía su oferta para discutir sobre Berlín. Kosygin replicó el 27 de mayo a los efectos de que la Unión Soviética no tenía «objeciones» para discutir sobre Berlín, pero que la República Federal era responsable por cualquier tensión que existiera allí. Recomendé en contra de seguir hablando del tema en un canal bilateral: «Dudo que éste sea momento para precipitarse a conversaciones en gran escala. Después de la elección alemana (*), podríamos traer el tema ante el nuevo gobierno de Bonn y entonces considerar si y cómo proseguirlo con Moscú.»

Al no recibir nueva respuesta de los Estados Unidos, los soviéticos se lanzaron a la arena pública. El 10 de julio, el Ministro del Exterior Gromyko, pronunció un discurso afirmando la disposición soviética para «intercambiar puntos de vista sobre la forma de evitar, ahora y en el futuro, complicaciones en cuanto a Berlín Oeste». Brandt, que era todavía Ministro del Exterior y que había estado apurando a sus aliados desde la reunión ministerial de la OTAN en abril para tratar de negociar «mejoras» en el acceso para civiles sin decirnos cómo, buscaba ahora la rápida aceptación del ofrecimiento de Gromyko. Su sentido de la urgencia, a mi manera de ver, no dejaba de tener conexión con las inminentes elecciones alemanas. De cualquier modo, «rápida» en la engorrosa maquinaria de las consultas aliadas se traducía en una demora de cuatro semanas. El 7 de agosto, junto con los británicos y los franceses, informamos a la Unión Soviética de nuestra disposición para llevar a cabo conversaciones explorativas.

Los soviéticos, sin embargo, esperaron bastante más de un mes para devolver lo que era básicamente una respuesta desilusionante. Aceptaban las conversiones con las Cuatro Potencias, pero rechazaban toda discusión sobre mejoramiento del acceso a Berlín. Querían que las discusiones se centraran en restringir las actividades de la República Federal en Berlín Oeste.

El 20 de octubre, cuando nos encontramos con Nixon, Dobrynin trató otra vez de encauzar una negociación bilateral de los Estados Unidos y la Unión Soviética, proponiendo un formal cambio de ideas. Como mencioné en el Capítulo V, yo había prevenido al presidente en contra de esto: «Pienso que no debemos alentar la idea de conversaciones bilaterales soviético-norte-

(*) Las próximas elecciones parlamentarias programadas para septiembre de 1969.

americanas en Berlín en esta etapa. Los soviéticos las usarían para levantar sospechas entre los aliados y enfrentarnos unos con otros.

Creo que tendríamos que hacer todo lo posible para mantener este asunto en el forum cuatripartito por el momento y no presionarnos demasiado a nosotros mismos.»

En realidad, la política soviética sobre Berlín estaba alterando su foco hacia Bonn, después del advenimiento del nuevo gobierno de Willy Brandt.

Como resultado de la elección general alemana del 28 de septiembre de 1969 comenzó a actuar una nueva coalición de Socialdemócratas y Demócratas libres, comprometidos a nuevas aperturas hacia el Este (*). El líder de los Demócratas libres, Walter Scheel había anticipado este acercamiento en su conversación con Nixon el 13 de junio. Argumentó que la Doctrina Hallstein (que prohibía las relaciones diplomáticas con los gobiernos no comunistas que reconocieran a Alemania Este) aislaría la República Federal del Tercer Mundo. Una relación más íntima entre las dos Alemanias se hacía esencial, sobre la base de un arreglo para un nuevo tratado o alguna otra fórmula legal.

Pero tal política no dejaba de tener sus riesgos. El Departamento de Estado llegó a la conclusión (y yo estuve de acuerdo) que «bajo una coalición de los dos partidos socialistas, una política activa, pro-alemana y pro-Este tendría prioridad».

Compartí estos conceptos en un memorándum al presidente:

Debe remarcarse que hombres como Brandt, Wehner y el Ministro de Defensa Helmut Schmidt indudablemente se ven como conductores de una política responsable de reconciliación y normalización con el Este y no tienen la intención de permitir que esta política entre en conflicto con la asociación de Alemania Oeste. No pueden existir dudas en cuanto a su básica orientación Oeste. Pero su problema es controlar un proceso que, si resulta un fracaso, podría comprometer sus vidas políticas, y si tiene éxito, crear un impulso que podría sacudir la estabilidad doméstica de Alemania y sacar de quicio su posición interna.

Me pareció que la nueva *Ostpolitik* de Brandt, que en opinión de muchos era una política progresista en la búsqueda de una *détente*, podía, en manos menos escrupulosas, convertirse en una nueva forma del nacionalismo alemán clásico. Desde Bismark hasta Rapallo, era la esencia de la política exterior nacionalista alemana, el maniobrar libremente entre el Este y el Oeste. Por contraste, la política norteamericana (y alemana) desde la década del 40 había sido establecer firmemente la República Federal en el Oeste, en la Alianza del Atlántico y luego en la Comunidad Europea.

La elección de Brandt, en realidad, destacó en alto relieve el problema central de la política exterior alemana. La Nación alemana había estado dividida en dos estados por dos décadas. La brutal afirmación del poder soviético había impuesto un régimen comunista sobre el tercio del Este del país, contra la voluntad de su pueblo —la así llamada República Democrática Alemana. Era inverosímil, por supuesto, que en el centro de Europa, donde se había originado el nacionalismo, la comunidad mundial aceptara, si es que positivamente no endosara, la aceptación de un régimen impuesto artificialmente por tropas extranjeras, un régimen que no podría nunca ganar una elección libre. Tal «imperialismo» hubiera producido protestas y demostraciones en África o en Asia; en Europa Central, la aceptación de este statu quo se tornó en una prueba de todo lo razonable.

Cualquier gobierno de Alemania Occidental estaba obligado a reconocer la meta de la reunificación, pero en las circunstancias prevaletentes, esto se hacía inalcanzable sin un colapso masivo del poder soviético. Los aliados occidentales estaban dispuestos a esperar. No estaban preparados para correr riesgos de importancia en aras de la reunificación —en parte porque una Alemania unida levantaba en las mentes de muchos europeos del Oeste y en algunos americanos, el espectro de la hegemonía alemana.

Pero la República Federal no podía simplemente esperar; necesitaba un concepto plausible para tratar con una Alemania dividida. En las décadas de los cincuenta y los sesenta, los sucesivos gobiernos alemanes habían tratado de resolver este dilema condenando al régimen

(*) Nixon, asumiendo erróneamente que la pluralidad Demócrata Cristiana significaba que Kurt Kiesinger continuaría como Canciller, le había telefonado para felicitarlo. Cuando los Social-demócratas y los Demócratas Libres formaron una coalición de mayoría, Brandt perdonó graciosamente la equivocación, comentando: «Error es humano, especialmente a tanta distancia.»

alemán al ostracismo. Pero para 1970 más y más países estaban reconociendo a Alemania Oriental en desafío a la amenaza de Bonn de cortar relaciones (la doctrina Hallstein). La política corría cada vez mayor peligro de que el tiro saliera por la culata: amenazaba aislar a Bonn antes que a Alemania Oriental. Para mediados de la década del sesenta, la República Federal se había sentido obligada a hacer una «excepción» para los países del Este de Europa, con la débil excusa de que no eran libres en sus decisiones.

Yo había admirado mucho a Adenauer y su sabia insistencia en subordinar toda otra consideración a la necesidad de ganar para su país una reputación de confiabilidad y estabilidad; pero para la década del setenta, la política de reunificación de Adenauer podría llevar a la República Federal a un conflicto cada vez mayor tanto con los aliados como con los no comprometidos. Bonn se hubiera enfrentado con una posible crisis en el Este, prácticamente solo, si se hubiera aferrado a su primitivo curso. Contribuyó al mérito histórico de Brandt el que asumiera en lugar de Alemania la carga y la angustia impuestas por la necesidad.

No puedo sostener que me diera cuenta inmediatamente de esto, pero una vez que reconocí lo inevitable, busqué canalizarlo en una dirección constructiva, trabajando en estrecha colaboración con Brandt y sus colegas. El nacionalismo resurgente era un peligro, cualquiera fuera el curso que siguiera la República Federal; sería mejor evitarlo por medio de una relación de confianza, que hiciera que un camino separado apareciera como poco gratificante y riesgoso. Estábamos decididos a no desperdiciar esfuerzo alguno para cambiar la incompatibilidad latente entre los propósitos nacionales de Alemania y sus vínculos en el Atlántico y Europa.

Porque la motivación más profunda de las aperturas soviéticas para resguardar la República Federal y proteger a los otros aliados, era ejercer una *détente* selectiva —suavizar tensiones con algunos aliados mientras que mantenían una posición intransigente hacia nosotros. Podría lograrse elaborando presuntos conflictos de intereses entre nosotros y nuestros aliados, o manobrando de modo de hacernos aparecer como el obstáculo para el alivio de las tensiones. Cualquiera fuera la estrategia, su propósito era dividir la Alianza y aislarnos. Pero no estábamos sin recursos. La República Federal no poseía las herramientas para regateo que le permitieran conducir su *Ostpolitik* sobre una base puramente nacional —y nuestros aliados no podían pasársela sin nuestro paraguas de seguridad. La fuerza de negociación era demasiado despareja en los dos bandos en Berlín.

Con la ciudad aislada y Alemania Oriental ocupada, la República Federal necesitaba el apoyo de sus aliados. La unión era intrínseca. Para que la *Ostpolitik* tuviera éxito, tenía que estar relacionada con otros puntos que involucrara a la Alianza como un todo; solamente en esta forma tendría la Unión Soviética incentivos para llegar a un compromiso.

Esta era nuestra actitud cuando Brandt nos pidió que recibiéramos a su confidente político Egon Bahr el 13 de octubre, aún antes que el nuevo gobierno estuviera formalmente instalado. Yo había conocido a Egon Bahr en los días en que Brandt era alcalde de Berlín y Bahr era portavoz para la prensa. Renovamos nuestra relación cuando presidió el equipo de planeamiento político durante el ejercicio de Brandt como Ministro del Exterior. Bahr era un hombre de gran inteligencia y extraordinaria confianza en su habilidad para inventar fórmulas que disiparan un *impasse* diplomático. Se había dedicado a mejorar las relaciones de Alemania Occidental con el Este y creía que las buenas relaciones personales con las personalidades soviéticas y de Alemania Oriental podrían favorecer el esfuerzo. Su vanidad lo llevó a vanagloriarse de estos contactos y sin duda fue ocasionalmente explotado por sus contrapartes. Sus enemigos —que eran muchos— lo acusaron de simpatías pro-soviéticas y muchos desconfiaban de lo que interpretaban como tortuosidad. Aun cuando Bahr fuera un hombre de izquierda, yo lo consideraba por sobre todo como un nacionalista alemán que quería explotar la posición central de Alemania para negociar con ambas partes. Era del tipo que siempre había creído que Alemania podía cumplir su destino nacional solamente por amistad con el Este, o por lo menos evitando su enemistad. Bahr obviamente no estaba entregado a la unión del Oeste como la gente que habíamos conocido en el gobierno anterior; también se sentía libre de cualquier apego sentimental a los Estados Unidos. Para él, América era un peso que debía agregarse a la balanza de Alemania Occidental en la forma precisa y en el momento preciso; pero su prioridad era restaurar las relaciones entre las dos Alemanias, por encima de todo. En cuanto a su pretendida tortuosidad, yo me inclinaba a compartir el punto de vista de Metternich, que en una negociación, la persona perfectamente honesta era la más difícil de tratar. A mi, por lo menos, no me faltaba la confianza para confrontar sus tácticas.

De modo que recibí a Bahr con la actitud de establecer una relación cooperativista. El que yo pensara que la *Ostpolitik* probablemente llevara a una división permanente de Alemania antes que a unir la brecha, era irrelevante. El gobierno de Brandt no pedía nuestro consejo, sino nuestra colaboración en un curso en el cual ya la mayoría de las principales figuras se habían pronunciado. Pensé que debíamos recibir a Bahr de modo que disminuyera la desconfianza producida por el infortunado llamado telefónico de la noche de elecciones a Kiesinger. Me parecía importante trabajar con Bahr antes que en contra de él, ya que oponerse nos traería el oprobio de todos los alemanes de ambos partidos, que creían que Brandt merecía una oportunidad. Más aún, la trayectoria de Brandt era apoyada por todos los aliados con la posible excepción de Francia, que estaba sin embargo, poco dispuesta a explicitar su oposición. Y a la larga, el propósito de Brandt de lograr conciliación en Europa Central fue históricamente correcta, aunque a veces él la cultivara con un entusiasmo y tenacidad que debilitaba su posibilidad de regateo.

El primer resultado de la propuesta visita de Egon Bahr fue una disputa en cuanto a procedimiento con el Secretario de Estado. Rogers objetó el viaje sobre el no del todo irrazonable argumento de que las negociaciones debían llevarse a cabo en el Departamento de Estado. Rogers y yo, comportándonos como dos entidades soberanas, finalmente llegamos a un acuerdo: yo recibiría a Bahr pero no negociaría con él, y Martin Hillenbrand, Secretario Adjunto de Estado para Asuntos Europeos, estaría presente. No hubo desviación significativa de mi compromiso con Rogers en que Bahr, después de dejar la Casa Blanca por la puerta del frente, reentrara por un sótano a mantener una charla privada conmigo, en primer lugar para establecer un canal en el que pudiéramos mantenernos en contacto, fuera de los procedimientos formales. Como con mis canales con Dobrynin a Moscú, con Pakistán a China y ocasionalmente con Israel y hasta Egipto, mi contacto con Bahr se transformó en un canal no oficial de la Casa Blanca, por el cual Nixon podía manejar la diplomacia, evitando el Departamento de Estado.

Bahr nos informó de la trayectoria que intentaba seguir Brandt, subrayando que quería transitarla en cooperación y amistad con los Estados Unidos, aunque dejando pocas dudas de que la política en sí misma no estaba sujeta a discusión. El resultado principal fue que Brandt podía estar en estrecha consulta con nosotros y que nosotros podíamos cooperar con él. El 11 de noviembre, el nuevo Ministro Exterior, Walter Scheel, anunció que Bonn comenzaría en breve conversaciones con la Unión Soviética sobre un acuerdo sobre renuncia mutua de fuerzas. Se hizo una propuesta formal el 16 de noviembre (*). Mientras tanto los aliados occidentales decidieron contestar la propuesta soviética del 24 de septiembre en Berlín, ofreciendo su propio detallado juego de propuestas. Queríamos una garantía para el tránsito civil de superficie hacia y desde Berlín, procedimientos regularizados y simplificados de cruce para los berlineses del Oeste hacia Berlín Este y facilidades postales, telefónicas y otras comunicaciones entre las dos mitades de la ciudad. Esta nota fue despachada el 16 de diciembre.

Para entonces, una reunión de Ministros Extranjeros en la OTAN en diciembre, en EEUU, había establecido una serie de ligazones para evitar una «détente selectiva» y fortalecer la posición de regateo de Brandt. Hicimos que el acuerdo para una Conferencia de Seguridad Europea fuera condicionado al adelanto logrado en las conversaciones sobre Berlín y en las negociaciones soviético-alemanas. La *Ostpolitik* estaba siendo incrustada en una matriz de negociaciones que intensificaban la posición de pactar de la República Federal, pero que también ponía límites más allá de los cuales no se podía ir sin consenso aliado. En estas negociaciones potenciales, tal vez la más complicada fuera la Conferencia de Seguridad Europea.

CONFERENCIA DE SEGURIDAD EUROPEA

La idea de una Conferencia de Seguridad Europea había sido una cosa de rutina en las discusiones Este-Oeste durante una década y media. En 1960, la Unión Soviética la había propuesto repetidas veces, pero también fue repetidamente rechazada como fuera de tema, ya que era un transparente intento de prevenir el rearme alemán y el desarrollo de la OTAN y ciertamente

(*) Al acercarse primero a la Unión Soviética, el gobierno de Brandt tenía la esperanza de suavizar el camino para las subsiguientes negociaciones con Alemania Este y los otros satélites soviéticos vecinos. La Gran Coalición hacía tentativas de acercamiento a los países de Europa Oriental, sin haberlo hecho previamente con la Unión Soviética, por lo que los soviéticos los bloquearon.

para descorazonar *cualquier* papel norteamericano en Europa, ya que la propuesta generalmente excluía a los Estados Unidos como no «europeos». En la década de los cincuenta, varios observadores reflexivos —siendo el más notable George Kennan— también promovieron el retiro de las fuerzas de EEUU y la Unión Soviética de Europa Central. En el clima prevaleciente, tampoco se consideró esto seriamente aunque más no fuera porque las distancias a las que tendrían que retirarse ambos países eran tan dispares.

Cuando Nixon asumió su cargo, las condiciones políticas habían cambiado. En julio de 1966, las naciones del Pacto de Varsovia habían lanzado una «Declaración para fortalecer la paz y la seguridad en Europa», pidiendo una Conferencia de Seguridad Europea. En abril de 1967 siguió una conferencia de los Partidos Comunistas Europeos. Para diciembre de 1967, los gobiernos occidentales se enfrentaban a presiones domésticas para suavizar su oposición previa. En el informe Harmel a la OTAN de diciembre de 1967, así llamado por el Ministro del Exterior belga, la Alianza puso la búsqueda colectiva de «logros futuros con vistas a una relación más estable» con Europa oriental bien arriba en su lista de prioridades, dejando el primer puesto solamente para la disuación de agresiones. En junio de 1968, en el encuentro de sus Ministros extranjeros en Reykjavik, la OTAN señaló su disposición para discutir la reducción mutua y equilibrada de sus fuerzas (MBFR) —nuevo término técnico para desmovilización— con el Pacto de Varsovia.

La política comunista ha sido a menudo descrita como endemoniadamente inteligente, complicada, como siguiendo rutas bien planificadas con miras hacia la dominación mundial. Ésta no era mi impresión. Por el contrario, me parecía rígida en general y la sutileza no es la cualidad por la que la diplomacia soviética pasará a la historia. La Unión Soviética tiene en realidad espectacularmente poco éxito en imponer su causa por medio de la diplomacia o el consenso moral. Casi todos sus logros no han sido producto de su habilidad diplomática, sino de la amenaza o la realidad de despliegue del poder militar masivo.

Pero la diplomacia soviética tiene una gran cualidad; es extraordinariamente perseverante; sustituye persistencia por imaginación. No tiene presiones domésticas que la empujen constantemente a introducir nuevas ideas para romper un desacuerdo. No se la acusa de rigidez si propone variaciones de las mismas propuestas año tras año. No dan premios en el Politburó para investigar planes novedosos, lo que convierte a tanta diplomacia americana en una negociación con nosotros mismos. Como gotas de agua sobre una piedra, la repetición soviética tiene la tendencia de erosionar la resistencia de las democracias inquietas tarde o temprano. Las presiones se ejercen para aceptar la propuesta soviética «en principio», o por lo menos para hablar de ella. Una vez que el asunto ha sido aceptado como legítimo, la discusión pasa inmediatamente a los términos. La ansiedad por la relajación de las tensiones crea una presunción en favor de la agenda soviética. El deseo de llegar a un acuerdo favorece la constante presión para encontrar por lo menos algo que aceptar en la posición soviética.

Así ocurrió hasta cierto punto con la idea de la Conferencia de Seguridad Europea. Menospreciada en la década del cincuenta, rechazada en los años sesenta, finalmente logró ganar aceptación al pasar los años, como si dijéramos por omisión. La persistencia soviética estaba reforzada por los deseos domésticos de poner un punto final a la Guerra Fría, parcialmente por la desilusión causada por Vietnam. Como comenzaba a cuestionarse la conducción americana en la Alianza, la opinión pública de los países aliados buscaron alternativas para su seguridad. Como parecía que los Estados Unidos se retiraban de Europa, la idea de una reducción de fuerzas mutua adquirió respetabilidad. Algunos veían esta reducción mutua de fuerzas como algo deseable para ellos mismos; algunos lanzaron la idea como un medio de derrotar, o ganar alguna reciprocidad soviética por los retiros unilaterales americanos de Europa, que nuestro tumulto interno hacía aparecer como inevitable.

La Unión Soviética continuaba presionando, en parte para explotar el evidente interés occidental, en parte para distraer la atención de Checoslovaquia. El 17 de marzo de 1969, una reunión del Pacto de Varsovia en Budapest propuso formalmente una conferencia prematura sobre seguridad europea. Pedía reforzar los contactos políticos, económicos y culturales; reconocimiento de la inviolabilidad de las fronteras, incluyendo la frontera Oder-Neisse (entre Alemania Oriental y Polonia) y la frontera entre las Alemani Occidental y Oriental; reconocimiento mutuo, tanto de Alemania Oeste como de Alemania Este como estados soberanos; renuncia de la República Federal de sus reclamos para representar a todo el pueblo alemán y el reconocimiento de la separación de Berlín Oeste de la República Federal. Resumiendo,

era el programa soviético máximo para Europa, lanzado en nombre del acrecentamiento de la seguridad europea.

El 3 de abril, Dobrynin sometió la propuesta del Pacto de Varsovia ante la Casa Blanca a través del canal. Hasta fue acompañada con una concesión. Me dijo que por primera vez, la Unión Soviética no objetaría la participación de los Estados Unidos en lo que había sido previamente descrito como una «conferencia para toda Europa». Me llamó la atención también hacia el hecho que la Declaración de Budapest había abandonado el requisito de la previa declaración de disolución de los sistemas de alianza en Europa, o, en otras palabras, que Moscú estaba de acuerdo con la continuación de la OTAN.

Yo no estaba preparado para considerar el retiro de dos absurdas precondiciones como una concesión. Al escribirle al presidente el 4 de abril, señalé que «cualquiera que tenga seria intención de lograr algún adelanto en los problemas europeos sabe que debemos ser un equipo; no debíamos dejar que los soviéticos piensen que nos están haciendo un favor por concordar en un tan obvio hecho cotidiano».

Sin embargo, la aparentemente conciliatoria actitud de los soviéticos provocó una enorme ansiedad dentro de la Alianza. Cuando Mariano Rumor, entonces primer ministro italiano, fue a Washington para asistir al funeral de Eisenhower le dijo a Nixon que a pesar del intento propagandístico de las proposiciones soviéticas, la situación política italiana requería una próxima respuesta. Que el próximo *vis-à-vis* fuera una maniobra propagandística no era hazaña menor y evitar que se convirtiera en terreno resbaladizo, más difícil aún. Brandt estaba de acuerdo con una Conferencia de Seguridad Europea por la extraña razón de que legitimaría la presencia norteamericana en Europa. Pompidou la adoptaba como un medio de evitar aperturas particulares de Alemania hacia el Este, absorbiéndolas en un marco multilateral. Los líderes británicos la respaldaban como un medio de superar la Guerra Fría.

En estas circunstancias, hice notar al presidente que si rechazábamos la apertura soviética de plano, nos quedaríamos aislados dentro de la OTAN, pero que haríamos que nuestro acuerdo dependiera en principio del adelanto que lográramos en asuntos concretos europeos, especialmente Berlín. En un memorándum del 8 de abril recomendaba:

Una conferencia que no cuente con tales adelantos probablemente se encontraría con las naciones del Este de Europa alineadas estrechamente en una rígida posición soviética, mientras que los participantes occidentales competirían entre sí para encontrar la forma de «romper el impasse». El resultado neto sería una tendencia a retroceder en las perspectivas de una eventual resolución de los asuntos europeos. Consecuentemente, tendríamos que poner énfasis en la necesidad de conversaciones sobre temas concretos y de consultas dentro de la OTAN, que llevaran a desarrollar coherentes posiciones occidentales en tales temas.

Ésta fue la posición de los Estados Unidos y fue esencialmente adoptada por la reunión ministerial de la OTAN de abril de 1969.

La seguridad europea había sido así deliberadamente puesta en una vía lenta. No se darían pasos específicos hasta la próxima conferencia ministerial de la OTAN en diciembre; había estado conectada a temas concretos; se había hecho comprender lo imperativo de la participación americana y tenía que ser precedida por adelanto en la cuestión de Alemania.

Pero una vez lanzado, no puede detenerse un proceso diplomático simplemente por declaraciones formales —especialmente desde la oficina del consejero de seguridad en el sótano de la Casa Blanca. La buena política depende de la paciente acumulación de matices; había que tener cuidado que los movimientos individuales se orquestaran en una estrategia coherente. Rara es la vez que los temas políticos aparezcan en términos de negro y blanco. La mayoría de las veces dependen de matices de interpretación; las desviaciones de importancia en la política comienzan como partidas menores, cuyo efecto se hace evidente sólo al proyectarse al futuro. Era inevitable, por lo tanto, que la Conferencia de Seguridad Europea propusiera los mismos temas sobre ligazones y la filosofía de las relaciones Este-Oeste, que habían dividido nuestro gobierno todo el tiempo. El tratamiento de la Casa Blanca era para condicionar nuestra participación en la Conferencia a concesiones sobre Berlín y las negociaciones inter-alemanas. El Departamento de Estado consideró que una conferencia de seguridad sería un *forum* deseable, que podría forzarse para arrojar algunos resultados, tal vez sobre reducción balanceada

de fuerzas, tal vez sobre principios de coexistencia. Se oponía a la unión y como de costumbre, se quebraba ante la resistencia de la Casa Blanca. En 1971 comencé las charlas sobre Berlín sin que se dieran cuenta.

Mientras tanto, Dobrynin presionó con una propuesta de las naciones del Pacto de Varsovia, en cuanto a que una Conferencia de Seguridad Europea se reuniera en la primera mitad de 1970, con una agenda de dos puntos: renuncia al uso o amenaza de fuerza en las relaciones entre los estados europeos y el ensanche de las relaciones comerciales, económicas, técnicas y científicas entre los estados europeos. Me opuse, tanto a la fecha como a la agenda. No podíamos estar de acuerdo con una fecha hasta que otras negociaciones, especialmente sobre Berlín, hubieran progresado, ni podíamos permitir que los soviéticos centraran la atención sobre el reconocimiento del statu quo en Europa, hasta que los resultados de la *Ostpolitik* de Bonn fueran más claros; Bonn, no nosotros, debería asumir la responsabilidad de aceptar la división de Alemania. Y no tenía sentido expandir los vínculos comerciales y técnicos, si las tensiones persistían. El presidente dio instrucciones en esta línea.

Rogers pudo informar con alguna satisfacción al presidente, sobre la reunión ministerial de la OTAN en diciembre:

Sobre la Conferencia de Seguridad Europea y las relaciones Este-Oeste, hemos conseguido una realista y cauta posición de la OTAN, subrayando la necesidad de mayores investigaciones y perspectivas mejores en resultados significativos, antes de acordar ir a la Conferencia. También obtuvimos el acuerdo de la Alianza sobre las iniciativas de la OTAN *vis-à-vis* Europa Oriental, incluyendo la preparación de una posición de transacción para la reducción mutua y balanceada de fuerzas, y apoyo para iniciativas en Alemania y Berlín. Se contuvo la euforia por una conferencia por la conferencia misma.

Habíamos, de hecho, cortado la estrategia soviética de *détente* selectiva al unir temas claves unos con otros. Los soviéticos querían una Conferencia de Seguridad Europea, pero no la querían si no era a través de progresos en Berlín, donde teníamos veto como poder ocupante. La *Ostpolitik* de Brandt se inclinaba a confirmar el statu quo europeo, no importa cuánto hiciéramos nosotros, pero Brandt no podría obtener la ratificación por parte del Parlamento de su acuerdo con la Unión Soviética y Alemania Este, al no tener un acuerdo que mejorara el acceso a Berlín. Si no perdíamos la cabeza, por lo tanto, estábamos en posición de impulsar la *détente* y controlar su marcha, de modo de responder a los ruegos de nuestros aliados por un alivio de tensiones, llevando una negociación, tanto precisa como compatible con nuestra seguridad.

VISITA DE LÍDERES EUROPEOS A WASHINGTON: 1970

Había mucho de que conversar cuando los líderes de Europa Occidental, devolviendo la visita de Nixon del año pasado, descendieron sobre Washington a intervalos mensuales que comenzaron en enero de 1970. El primer visitante fue Harold Wilson; lo siguió Georges Pompidou a fines de febrero y Willy Brandt a comienzos de abril.

Wilson, como ocurría siempre con Nixon, adoptó su modo más paternal, como si fuera un banquero de un pueblo pequeño que ha decidido que la mejor manera de tratar con su cliente tan poco previsor, era darle ocasión de mantener su reputación de parsimonia. Le demostró a Nixon los beneficios de la política de Brandt, como si no pudiera concebirse otro tratamiento. Nixon, que no había acallado sus sospechas sobre Brandt, se limitó a indicar que no haríamos nada por oponernos. Al mismo tiempo, Wilson no desdeñaba utilizar la *Ostpolitik* para impulsar su meta de la entrada de Gran Bretaña en la Comunidad Europea, argumentando que el ingreso de Gran Bretaña podría servir para contener las ambiciones nacionalistas de Alemania.

Una gran parte de la conversación versó sobre Biafra, una provincia de Nigeria habitada por la tribu Ibo, que había tratado de separarse del gobierno central. Las fronteras de las naciones de África eran trazadas con crueldad por los poderes imperiales sobre la base de conveniencia administrativa, sin detenerse en vínculos tribales o lingüísticos. La unidad nacional dentro de las fronteras existentes estaba constantemente en peligro y era defendida apasionadamente. La secesión, especialmente con base tribal, amenazaba desorganizar el orden establecido y una vez sentado el precedente no habría estado seguro. La organización de la Unidad afri-

cana apoyaba firmemente la guerra del gobierno federal de Nigeria para preservar la unidad del país. Gran Bretaña hacía lo mismo, convencida que su tradición colonial le daba un conocimiento especial de los problemas africanos.

Por alguna razón, Biafra se había convertido en un tema de la campaña presidencial americana en 1968. Nixon había argumentado que los Estados Unidos no estaban haciendo lo suficiente para aliviar los sufrimientos civiles en la castigada provincia. Nuestro Departamento de Estado compartía el punto de vista británico de que cuestionar la soberanía de Nigeria era atraernos la hostilidad de las más populosas naciones de África y las sospechas de todas las otras. Me inclino a pensar que Nixon adoptó el punto de vista contrario, en parte porque le causaba bastante placer demostrar a algunos de los que lo atacaban por sus supuestos defectos morales, que también podían ser oportunistas.

Durante la visita de Wilson en enero de 1970, la guerra civil estaba llegando a un sangriento final en Nigeria. El gobierno central estaba por invadir la provincia sediciosa. Algunos estudios independientes habían indicado que si no llegaban alimentos inmediatamente a Biafra, un millón y medio de personas se moriría de hambre. El gobierno de Nigeria insistía en que toda la ayuda debía ser canalizada a través de él. La Casa Blanca —con Roger Morris, de mi equipo, desempeñando un enérgico y apasionado papel— buscaba la forma de enviar la ayuda directamente. Respaldé a Morris. Lo mismo hizo Nixon, feliz alguna vez de estar en el lado humano de un asunto. La ofuscación de los británicos y la demora del Departamento de Estado provocaron la discusión al poco tiempo y no pudimos nunca establecer el programa independiente de auxilio. Las tropas federales tomaron el control de la provincia y mataron la «independencia» de Biafra. Bajó un manto de silencio. Al final, el gobierno federal de Nigeria llevó a cabo una política de reconciliación con los derrotados Ibos con todo éxito. Hasta cierto punto, Wilson tuvo influencia en la política de Nixon, reprimiendo nuestros impulsos intervencionistas. Desde el punto de vista de nuestros intereses a largo plazo, tanto él como el Departamento de Estado tenían indudablemente razón.

Otro de los hechos que merece destacarse de la visita de Wilson fue su asistencia a un encuentro de rutina del CNS. Era la forma que tenía Nixon de compensarlo por su igualmente histórica presencia en la sesión del Gabinete británico cuando visitó Londres en febrero de 1969. Ambos sucesos eran en parte una charada, ya que era sabido que no podría ocurrir un debate serio delante de un líder extranjero, especialmente porque Nixon se sentía generalmente incómodo con cualquier discusión cuyo resultado no pudiera predecir. El tema elegido fue, con toda propiedad, la política americana hacia Europa. La maniobra burocrática que precedió a la reunión resultó ser mucho más interesante que la sesión en sí misma. Hacia un año que mi oficina había estado tratando de extraer un estudio sobre opciones en el asunto, del despacho europeo del Departamento de Estado. Se había resistido amargamente. El Departamento de Estado había considerado que la política europea era de su especial incumbencia y no quería admitir lo que era infortunadamente inherente a la presentación de opciones: la posibilidad de un cambio de política.

Después de meses de dilaciones sobre asuntos subsidiarios, surgió al fin un documento de opción conjunto —Consejo Nacional de Seguridad y el Departamento de Estado. Al someter la elección al presidente, se abrieron dificultosamente nuevas y chispeantes perspectivas, como: 1.º mantener el «rumbo actual», 2.º apoyar a una «Europa engrandecida» (refiriéndose a la entrada de Gran Bretaña y a una integración más estrecha), o 3.º la desvinculación de los EEUU. Y aquí nos encontramos con el artificio burocrático típico de dejar que el que toma las decisiones tenga solamente una opción, que, para su fácil identificación, se deja siempre en el medio. El caso clásico, bromeé, sería enfrentar al hacedor de la política con la elección entre una guerra nuclear, la política actual o la rendición. En este caso, la burocracia no se arriesgó. Las opciones 1.ª y 2.ª eran lo mismo; nuestro rumbo actual era una «Europa engrandecida». La «desvinculación norteamericana» tenía connotaciones peyorativas y carecía del apoyo de nuestro gobierno o de ningún gobierno aliado. Así que el consenso preestablecido abrazó rápidamente la política de apoyar una «Europa engrandecida». Nixon enunció la doctrina:

No he sido nunca de los que creen que los EEUU deban controlar los actos de Europa. Es de interés para los Estados Unidos tener una comunidad europea fuerte económica, política y militarmente, con el Reino Unido dentro de esa comunidad. He preferido que Europa se mueva independientemente, en línea paralela a los Estados Unidos. Una

Europa fuerte, sana e independiente será buena para el equilibrio del mundo. No hubiera resultado productivo para los EEUU jugar un papel de mano dura; lo que deseamos es una amistosa competencia con los Estados Unidos.

Generosamente, Wilson dijo en la reunión del Consejo Nacional de Seguridad que era «fascinante como forma de proceso gubernamental». Esto era, o un toque de afecto personal por las cosas al modo americano o una clásica subestimación británica. «Fascinante» fue seguramente lo menos que se podía decir de un procedimiento que provocó alternativas que nadie consideraría y que después de meses de estudios señalaron el curso —la incorporación británica en una Europa cada vez más integrada— que ya se estaba llevando a cabo.

A los pocos meses se entrevió que las cosas no eran tan sencillas. «La Europa engrandecida» se cumplió, pero fue también capaz de ser fieramente competitiva con nosotros, provocando tensiones no previstas en los grandes designios de los años sesenta. Pero para ese entonces, Harold Wilson no estaba en el gobierno. Había convocado una elección en junio, que esperaba confiadamente ganar, opinión compartida por todos nuestros hombres claves excepto Nixon, cuya predicción sobre la victoria de Heath se mantuvo invariable y nunca permitió que sus asociados olvidaran su afortunado vaticinio.

Las relaciones con nuestro próximo visitante, el presidente de Francia, Georges Pompidou, fueron más complejas. Era heredero de la tradición gaullista, habiendo sido primer ministro de de Gaulle por casi una década. De Gaulle lo había destituido después de los tumultos estudiantiles de 1969. Si de Gaulle no hubiera inesperadamente renunciado en la primavera de 1969, Pompidou casi seguramente se hubiera deslizado hacia la preferencia de la política francesa. Se refería raramente a de Gaulle, pero cuando lo hacía, se veía la profunda herida. No recuerdo ocasión en que mencionara las cualidades positivas de su predecesor, pero sí varias cuando habló de su retraimiento y su destructiva suspicacia. Y sin embargo, Pompidou era claramente un presidente al estilo de de Gaulle: él practicaba su propio retraimiento. Tenía un porte real, de acuerdo con el aspecto de monarquía electiva con que la Quinta República francesa había investido a su presidente, elegido por un término de siete años (reelegible). Era terriblemente consciente de las prerrogativas de su cargo, viendo en ellas, con algo de justicia, el símbolo de la recobrada unidad, confianza y la influencia francesas.

Pompidou era un hombre de extraordinaria inteligencia, dignidad y carácter. Sus ojos cautelosos, por debajo de pobladas cejas traicionaban el escepticismo de un hijo de Auvergne, esa dura región donde los campesinos franceses han sobrevivido a su tormentosa historia sin confiar excesivamente en la generosidad de sus vecinos. Era enormemente educado, uno de los pocos hombres de estado con los que era un placer discutir temas fuera de la política. Tenía la habilidad del incrédulo para llegar al corazón del asunto y la tendencia intelectual francesa de dotar los temas de una tortuosidad que reflejaba más su propia sofisticación que el criterio crudo utilizado por personalidades menos complejas. Y tenía un sardónico sentido del humor.

En lo que concierne a los Estados Unidos, las consideraciones de interés nacional estaban en conflicto ambivalente con los prejuicios del intelectual francés. Comprendía que continuar con las confrontaciones del período de Gaulle podía llevar al aislamiento de Francia; el desafiar a los Estados Unidos era ardid útil para confirmar la identidad nacional francesa, sólo mientras los Estados Unidos limitaran su descontento a las palabras. En última instancia, la relativa debilidad de Francia quedaría expuesta. Obligado a elegir entre Francia y los Estados Unidos, la mayoría de las naciones europeas —especialmente la República Federal alemana— tendrían que abandonar su conexión con Francia. Pompidou estaba, por lo tanto, determinado a seguir el camino, ya comenzado en las conversaciones entre Nixon y de Gaulle, de terminar con la hostilidad entre los dos países. E igual que de Gaulle, insistía en hacerlo sobre una base bilateral; desconfiaba de las organizaciones multilaterales o las decisiones que disolvieran la identidad francesa.

Al mismo tiempo, Pompidou tenía la innata sospecha, igual que muchos franceses, que al final, nada bueno saldría de los Estados Unidos. Salvo algunos representantes atípicos —como Nixon y, al margen, yo— Pompidou sentía poca confianza que los americanos comprendieran los asuntos internacionales y mucho menos un tan arcano tema como la filosofía política. Sentía no poca aprensión por nuestra característica combinación de buena voluntad, gran poderío y energía, cosa que podría hacer que los Estados Unidos destruyeran estructuras más frágiles, como la Comunidad Europea, o arriesgar la seguridad europea por exceso, ya sea de hostilidad,

o conciliación con Moscú. Como muchos de sus compatriotas, no dudaba que podríamos beneficiarnos con la instrucción francesa en sutileza. Buscó establecer contrapesos para nuestra presunta impetuosidad, aún cuando estuviéramos colaborando hasta un grado imprecedented en designios comunes.

A pesar de todas sus dudas y sospechas innatas, las relaciones con Francia mejoraron dramáticamente bajo Pompidou. Parecía que Nixon le gustaba por su comprensión de los asuntos internacionales y también por sus muchos gestos de amistad hacia Francia. Lo último incluía la asistencia de Nixon a la cena en honor de Pompidou en Nueva York después de demostraciones hostiles ocurridas en Chicago (que describiré más adelante) y, luego, el que volara a París para estar presente en el servicio religioso en memoria de de Gaulle en Nôtre Dame. (En realidad, Nixon fue la primera cabeza de estado que anunció su asistencia, forzando así a una cantidad de otros a seguirlo.) Por otra parte, como ya describiré luego, Pompidou fue extraordinariamente servicial al arreglar mis contactos secretos con los norvietnamitas, yendo tan lejos como para poner a mi disposición su jet para mi viaje dentro de Francia. Lo informaba regularmente sobre mis conversaciones con los norvietnamitas, y más que yo, lo hacía la mayoría de nuestros funcionarios superiores. Guardó una discreción total y nunca utilizó su generosidad para lograr ninguna clase de reciprocidad.

Las relaciones mejoraron sin duda porque Pompidou fue el primer presidente «normal» de la Quinta República, en el sentido que había llegado al cargo por elección y no a través de una incipiente guerra civil. Fue el primer presidente que pudo dirigir una política exterior sistemática enfocada en otros temas que no fueran sofocar guerras coloniales o buscando establecer la autonomía de Francia. Se hizo evidente en el proceso, que de Gaulle había construido más de lo que sus detractores americanos querían admitir. Su opinión de que Francia podía desempeñar un efectivo papel internacional si se dedicaba a intereses que consideraba como propios, resultó ser correcta. La afirmación de que una Francia independiente podría ser beneficiosa para Occidente fue puesta en ridículo cuando se enunció, pero resultó ser verdad. Bajo Pompidou y luego bajo su distinguido y capaz sucesor Valéry Giscard d'Estaing, la política exterior fue a menudo espinosa, pero siempre seria y consistente. Fundamentalmente fue compatible con nuestros propósitos, aun cuando sus tácticas fueran ocasionalmente discordantes. A veces era más estable y más perceptiva que la nuestra (como en África a fines de 1970).

Con su insistencia en llevar una política global bajo sus propios términos, Francia marcaba un creciente contraste con otros aliados europeos, incluyendo hasta a Gran Bretaña. Ésta tenía aún la experiencia y los recursos intelectuales de una gran potencia y estaba gobernada por líderes de amplia buena voluntad hacia los Estados Unidos. Pero con cada año que pasaba, actuaban cada vez menos como si sus decisiones importaran. Los británicos ofrecían sus consejos, generalmente sabios y raramente buscaban incluirlos en una política propia. Sus hombres de estado se conformaban con actuar como consultores honorarios en nuestras deliberaciones. En sus memorias, Brandt se vanaglorió por el hecho de que su país se había purgado a sí mismo de las aspiraciones para asumir un papel global (4). Por lo tanto, de los aliados de la OTAN, solamente Francia aspiraba a una política global y trataba de reunir los medios para cumplirla. Y muy al contrario de lo que había sido vaticinado en la década del sesenta, al pasar los años, la política independiente de Francia resultó ser de gran ayuda en extensas áreas. Así fue en África, donde no pudo ser nunca seducida por la sentimental ilusión de que el continente podía ser aislado de las realidades físicas e ideológicas del mundo contemporáneo, por medio del extenuante ejercicio de la buena voluntad.

Es verdad que la historia francesa y un sistema de educación cartesiana producía a veces teorías retorcidas sobre las motivaciones de terceros, especialmente americanos, que a veces era la causa de que la política francesa pidiera ser tranquilizada en contra de espejismos. Pero los líderes franceses se beneficiaban por la tradición de que no había necesidad de disculparse por consideraciones de interés nacional. El país había perdido más cuando se había comprometido en cruzadas ideológicas o confiado demasiado en los demás y había florecido cuando comprendió las exigencias del equilibrio de poder. El presidente francés y Nixon actuaban en la misma longitud de onda al ocuparse de asuntos internacionales.

Pompidou utilizó la ocasión de mi primera reunión secreta con Le Duc Tho en febrero de 1970 para invitarme a almorzar a su encantador departamento de la Ile St. Louis, el viejo corazón de París, a la vista de Nôtre Dame. Estaba claramente nervioso por lo que sería su primera visita a los Estados Unidos como presidente de Francia. Había habido informes de proyectadas

protestas contra la venta por parte de los franceses de aviones modernos a Libia y se sentía incómodo por sus próximos encuentros con nuestra impresionante prensa. Traté de tranquilizarlo sobre ambos aspectos. (De hecho, podría haberme ahorrado el aliento respecto de los medios; se condujo con natural aplomo con la prensa. Los manifestantes fueron otro asunto; fueron un fracaso.) Discutimos sobre la agenda de su inminente encuentro con Nixon y le aseguré que no lo pondríamos en aprietos. Pondríamos los puntos sobre cooperación práctica antes que sobre la teoría por la que pudiera ser justificable. Le dije que Nixon tenía pensado asistir a una cena en la Embajada francesa, la primera invitación de este tipo que había aceptado desde que había entrado a la Casa Blanca. Pompidou subrayó que estaba dispuesto a discutir todos los temas de interés común, siempre que se le ahorrara la liturgia de la integración de la OTAN. Aunque no revertiría la política de defensa nacional de de Gaulle, favorecería la cooperación práctica en el campo militar.

Nixon no necesitaba que se lo empujara a concentrarse sobre la practicidad de la cooperación; reflejaba su propia inclinación. En su primera entrevista con Pompidou, él habló sobre su tema favorito: equilibrio del poder. Era de interés para EEUU ver a una Europa económicamente fuerte, lo mismo que Japón. Pompidou fue derecho al centro de sus preocupaciones, que resultó ser la *Ostpolitik*. Como todos sus colegas, anunció que él confiaba en Brandt, pero temía que la política de Brandt pudiera desatar tendencias nacionalistas que fueran imposibles de controlar. El rasgo de impaciencia presente en el carácter alemán lo ponía nervioso. Las derrotas de dos guerras mundiales no habían sido definitivas, porque la fuerza combinada del resto del mundo había sido necesaria para ganarlas. El nacionalismo alemán podía surgir otra vez y, aunque había aprendido a ser paciente a través de las calamidades, podría llegar a ser aún más peligroso. Pompidou aseguró que era el temor de una Alemania resurgente lo que lo había obligado a revertir la oposición de de Gaulle a la entrada de Gran Bretaña en Europa. Los argumentos de Pompidou no fueron así muy diferentes de los de Wilson dos semanas atrás; todo el mundo quería que Gran Bretaña entrara al Mercado Común para ayudar a contener a Alemania. Pompidou fue aún más lejos al rumiar sobre un eje Londres-París como contrapeso al nacionalismo alemán incontrolado. Hasta Brandt apoyaba la entrada de Gran Bretaña, aunque obviamente por diferente razón. Buscaba contestarles a esos críticos que lo acusaban de una inclinación unilateral hacia el Este y fue el motivo de su inspirado discurso de La Haya a comienzos de diciembre, recomendando la entrada de Gran Bretaña al Mercado Común. En resumen, la apertura hacia el Este de Brandt tuvo la impensada consecuencia de acicatear la integración de Europa Oeste. De los tres líderes europeos, dos desconfiaban de las tendencias desatadas por el tercero y el tercero necesitaba un gesto con el que acallar estas sospechas. El ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común proveería el mecanismo.

Pompidou prosiguió con la actitud degaullista hacia la Unión Soviética. Aunque desconfiando profundamente de los propósitos soviéticos y temeroso del creciente poderío soviético, recomendó una política de relajamiento de tensiones. Los soviéticos, de acuerdo a Pompidou, estaban acosados por los chinos y necesitaban tranquilidad en el Oeste. Su deseo de relajar las tensiones se basaba por lo tanto, no en los sentimientos sino en la necesidad económica, política y militar. Querían también apoyo económico, especialmente para Europa Oriental y se sentirían tentados de pedirselo a Alemania. Alemania, como socio de los soviéticos sería demasiado peligroso, sin embargo, para la Unión Soviética y para el Oeste. Es por eso que Francia no estaba dispuesta a dejar que Alemania se adelantara con una política de *détente* (estableciendo en esta forma, sin intención, las precondiciones para una corrida a Moscú). Contactos más estrechos entre el Oeste y Rusia eran deseables por derecho propio, de acuerdo con Pompidou, ya que en última instancia debilitarían a Moscú al apelar a los elementos más liberales y reformistas de la sociedad soviética. Pompidou no explicó por qué el Kremlin abrazaría una política que por su análisis llevaría a la transformación del sistema. Tal vez quisiera significar que las políticas de países competitivos —especialmente superpotencias— a menudo involucran imposiciones del futuro y él apostaba por nosotros. Probablemente Pompidou estuviera por sobre todo preocupado por el legado de Richelieu. El impedir que Alemania resurgiera en las fronteras de Francia tenía mayor prioridad para él que el temor de una Rusia más distante, la cual, en el análisis final, debía ser manejada por nosotros.

En la visita de Pompidou se logró todo lo que fue posible, dada la ausencia de temas concretos que requirieran solución. Las conversaciones fueron cordiales y los dos líderes tenían percepciones similares de cuestiones europeas y de la Alianza, si no de la *détente*. Se hicieron

arreglos prácticos para las consultas íntimas, estableciendo un «teléfono rojo» directo y designando al ayudante de Pompidou, Michel Jobert, y a mí como contactos. Los dos líderes estuvieron de acuerdo en comenzar conversaciones militares bilaterales a nivel de Estado Mayor. La única nota discordante fue en Chicago, donde Pompidou y su esposa fueron atacados por manifestantes que protestaban por la venta de aviones franceses a Libia. Pompidou casi canceló el resto de su viaje. Se pudo disuadirlo sólo con dificultad y porque Nixon anunció que asistiría a la cena para Pompidou en Nueva York.

La historia se hace a veces de pequeños trozos. El incidente reforzó la inherente ambivalencia de Pompidou hacia los Estados Unidos. Intelectualmente, permaneció comprometido a relaciones más estrechas, pero emocionalmente no dejó nunca de considerar el incidente como un insulto a Francia y una grave descortesía para con su esposa. En la agonía de su último año de vida (estaba muriendo de cáncer) este rasgo emocional estaba destinado a reforzar cualquier desacuerdo de importancia que tuviera en el Año de Europa, enardeciendo las disputas que en ese momento eran aún más agravadas por Jobert, para entonces transformado, de asistente de equipo en ministro del exterior y de ayudante inadvertido en terror retórico de la diplomacia aliada.

Willy Brandt visitó Washington en abril de 1970. Como señal desacostumbrada de respeto, Nixon le había dado a Brandt la cabaña presidencial («Aspen») en Camp David para que descansara unos días antes del comienzo de las conversaciones formales. Como ya era costumbre antes de las conversaciones presidenciales importantes, me encontré con Brandt después del almuerzo en Camp David, para darle un adelanto de la opinión del presidente y sondearlo.

Brandt me recibió usando la chaqueta naval con su nombre y el sello presidencial, que era lo que se daba a los huéspedes como rutina. Se había sentido halagado por la invitación a Camp David (cerrado en general para los visitantes extranjeros) y la hospitalidad de la cabaña presidencial. Buscaba afectar gran confianza y bonhomía, pero se veía claramente que estaba preocupado por nuestra reacción a su *Ostpolitik*.

Lo tranquilicé; no habría ningún intento de cambiar su rumbo básico, no respaldaríamos ninguna estrategia particular de negociación, ni haríamos comentarios sobre términos específicos de su transacción. En esto debía tomar responsabilidad: no participaríamos en el debate doméstico alemán, de ningún lado. Apoyaríamos los objetivos de Brandt, dejaríamos pasar sus métodos en silencio, favoreceríamos las estrechas consultas con los aliados y advertiríamos contra el fomento excesivo de expectativas. Y además le daríamos una sensación de sociedad, que era el mejor respaldo contra los peligros latentes de una política puramente nacional. Brandt se sintió grandemente aliviado.

El encuentro entre Brandt y Nixon fue sorprendentemente cordial, siendo que ninguno de ellos hubiera buscado la compañía del otro, si no hubiera sido que el destino había arrojado la conducción de grandes naciones sobre ellos. Nixon tenía dudas genuinas sobre las que él consideraba personalidades de la izquierda y el hábito de Brandt de hacer largos silencios lo ponía nervioso. Nixon trató de hacerse disimular su *gaffe* de la noche de elecciones con un gracioso brindis en la cena, prometiendo que todos sus llamados telefónicos serían, de ahí en adelante, a través de los operadores de la Casa Blanca, porque cuando él lo hizo por sí mismo en la noche de la elección alemana fue a un número equivocado. Más importante aún, Brandt se fue de Washington con un endorso público a su política global.

En sus memorias, Brandt escribe que Nixon y yo no comprendimos la esencia de uno de sus comentarios más significativos. Era en sentido de que la propuesta soviética de una Conferencia de Seguridad Europea representaba un «vínculo novedoso con Europa, que no derivaba de los derechos legales adquiridos en la última guerra, ni descansaba completamente en el Pacto del Atlántico Norte» (5). Estaba equivocado. Sí nos dimos cuenta. Simplemente no estábamos persuadidos por el argumento y nos pareció más adecuado no insistir. El rasgo «novel» de la Conferencia de Seguridad Europea era la participación soviética en las deliberaciones. Estábamos dispuestos a negociar con los soviéticos sobre asuntos de importancia, pero considerábamos que la implicación de que era necesaria la aprobación soviética para legitimizar nuestro papel en Europa, era peligrosa. Para nosotros, la Conferencia de Seguridad Europea tenía que justificarse en terreno muy diferente.

Extrañamente, Vietnam tuvo un papel menor en las visitas de los líderes europeos. La opinión pública europea, por lo menos como se reflejaba en los medios de opinión, se oponía a la guerra. Pero los líderes europeos no registraron objeciones. Durante todo el período de la guerra no

recuerdo crítica alguna de un líder europeo, ni siquiera en una conversación privada. Parecían paralizados por el mismo dilema que enfrentábamos nosotros. Querían que la guerra terminara pronto porque habían descubierto que una parte de la intranquilidad política en sus propios países se debía al contagio de las universidades y los círculos intelectuales norteamericanos y porque temían que al pasar el tiempo, el conflicto pudiera minar nuestra capacidad para enfrentar amenazas a su propia seguridad. Pero también querían que la credibilidad norteamericana quedara intacta. Cuando Nixon describió nuestra estrategia en Vietnam, ni Brandt ni Wilson ofrecieron comentarios, pronunciando solamente voces de simpatía. Pompidou señaló que mientras los EEUU demostraran su deseo de terminar la guerra (lo que a su entender estábamos haciendo) él no trataría de cuestionar nuestras tácticas. Sabía cuán arduo y prolongado había sido el proceso de desentendimiento de Francia en Argel. Cuando Edward Heath asumió como Primer Ministro, argumentó vigorosamente que un retiro de los EEUU de Vietnam bajo condiciones que pudieran interpretarse como un colapso de la voluntad norteamericana, podría desatar una nueva ronda de agresiones soviéticas en Europa. Es imposible determinar si estas opiniones eran sinceras, o respuestas discretas de líderes incapaces de tomar decisiones específicas y adversos a comprometer sus relaciones con su principal aliado. Y no hace mucha diferencia. Los motivos escondidos pueden ser material para memorias. La expresión virtual de opiniones es lo que influye en la política.

Las visitas a Washington de los tres líderes europeos reveló que los tradicionales diagramas de política europea comenzaban a reafirmarse. Los británicos le habían dicho a Nixon que podrían reasumir su papel histórico al equilibrar los poderes continentales. Los franceses hablaban de la necesidad de mantener abierta la línea a Moscú, de modo de poder controlar las relaciones germano-soviéticas. Tanto los alemanes como los franceses, al principio de sus conversaciones en Washington, se movían claramente hacia Gran Bretaña, cada uno por sus propias razones nacionales. El resultado fue un consenso, por diferentes que fueran los motivos, para la entrada de Gran Bretaña al Mercado Común, nos enfrentábamos por primera vez con todas las implicaciones de lo que habíamos provocado.

NUEVAS IDEAS SOBRE EL MERCADO COMUN

Al pasar la comunidad europea agrandada de la teoría a la práctica, se puso en claro que las teorías más sentimentales de décadas anteriores habían descrito un cuadro demasiado sencillo. Una Europa económicamente fuerte podría tener más confianza en sí misma, pero también habría que pagar un precio por ello. A medida que la unión aduanera, que era la más tangible manifestación de la comunidad, comenzaba a afectar las exportaciones norteamericanas y Europa comenzó a competir con nosotros en otras áreas del mundo, nuestra comunidad bursátil empezó a inquietarse y sus rumores afectaron rápidamente las decisiones gubernamentales. Por primera vez, las relaciones del Atlántico fueron tema de controversia. En la primavera de 1970, ordené una consideración formal interagencias, de las relaciones atlánticas.

Para el otoño de 1970, el temor de los efectos de una comunidad europea expandida, especialmente en nuestras agencias comerciales, se había hecho voz corriente. Los departamentos del Tesoro, de Comercio y Agricultura, siguiendo los caminos probados y reales planes del Pentágono, habían construido un análisis «en peor caso» de las consecuencias del acrecentamiento del Mercado Común para incluir a Gran Bretaña y (se pensaba entonces) a Noruega (*). De hecho lo veían como un monstruo económico dominando el mundo comercial y las transacciones monetarias, con exclusión de los productos del agro y los artículos manufacturados y extendiendo gradualmente sus tentáculos hasta el Tercer Mundo. Este último temor había surgido por los pactos preferenciales por los cuales las naciones del Mercado Común establecían relaciones comerciales especiales y exclusivas con sus vecinos del Mediterráneo y las antiguas colonias. Si todas las colonias británicas (ahora socios del Commonwealth) formaran parte ahora de esta red de pactos comerciales exclusivos, estos peligros podían magnificarse. Un documento interagencia preparado por el CNS hacía notar:

(*) Los votantes noruegos rechazaron la asociación a la Comunidad europea por un referéndum del 26 de septiembre de 1972.

Nos veremos frente a una «Europa ampliada» al pasar el tiempo, con un Mercado Común de por lo menos diez socios activos, miembros asociados neutrales del Área de Libre Comercio Europeo (EFTA) y a pactos comerciales preferenciales con el Mediterráneo y la mayor parte de África por lo menos. Este grupo político englobaría más o menos la mitad del comercio mundial, comparándolo con nuestro 15 por ciento; tendría reservas monetarias que se acercarían al doble de las nuestras y tendrían el poder de ganarnos constantemente en las votaciones de las organizaciones económicas internacionales.

La ira de las agencias económicas se inflamó debido a un informe sobre la política exterior del presidente, que, para los que no habían participado en la redacción, era prácticamente una carta blanca para el nacionalismo económico europeo:

No ha disminuido nuestro apoyo hacia el fortalecimiento y ensanche de la Comunidad Europea. Reconocemos que nuestros intereses se verán necesariamente afectados por la evolución europea y podemos llegar a tener que hacer sacrificios en nombre de un interés común. Consideramos que el posible precio económico de una Europa verdaderamente unificada se ve sobrepasado por la ganancia en vitalidad política del Oeste como un todo.

El Tesoro y otras agencias pensaron que este pasaje impulsaba la presión económica que Europa pudiera ejercer sobre nosotros. Sería muy imprudente el gobierno que respaldara políticas que estimularan el despecho norteamericano por un pasaje aislado y ambiguo. Pero el pasaje fue un punto útil para un debate interagencias. Lo que las agencias del gobierno querían y propusieron seriamente en una reunión de agencias del 13 de mayo, fue una «reinterpretación» oficial del informe presidencial, de hecho una declaración de guerra al sistema de preferencias y tal vez hasta el concepto de la Comunidad europea. Las agencias económicas insistían en que usáramos las próximas negociaciones para la entrada británica en la Comunidad, para conducir la batalla.

El Departamento de Estado, que no sintió una abrumadora obligación de defender el informe cuyo borrador hicéramos con mi equipo, se sintió sin embargo horrorizado por este asalto sobre lo que había sido uno de los rasgos permanentes de la política exterior norteamericana. La expresión y la subsiguiente integración de la Comunidad europea había sido buscada por nosotros, especialmente en la década de 1960, a veces con mayor fervor que los europeos mismos. La política europea había sido resorte incuestionado de la oficina europea del Departamento de Estado y ellos desechaban toda alternativa para Gran Bretaña que no fuera su entrada a Europa. Ahora que este proyecto estaba tan próximo a la culminación, se arrojaba un desafío, no de parte de un dominante francés, sino de la parte menos esperada, dentro del gobierno de los Estados Unidos, amenazando no sólo su sustancia, sino su preeminencia burocrática. La oficina europea resistió, con tácticas de dilación y ofuscación consagradas por el tiempo. Se pasaron horas debatiendo si en un documento interagencia sobre la entrada británica debiera leerse que la integración europea «debía» o «podía» representar un problema. El Departamento de Estado luchó valerosamente en contra de cualquier afirmación amplia de las consecuencias económicas negativas de la Comunidad ampliada. Temía que la oposición americana se convirtiera en la víctima propiciatoria a mano, si por alguna razón las negociaciones por la entrada británica fallaran.

Pero aunque el Departamento de Estado tuviera razón en lo abstracto, pasaba por alto las realidades políticas, especialmente en un año de elecciones legislativas. Corría el riesgo congénito de ser obligado a colocarse en la posición de parecer «blando» en la defensa de los intereses norteamericanos. El sentimiento legislativo encontró rápidamente expresión en un proyecto de ley comercial altamente discriminatorio que apuntaba directamente a Europa y a Japón. Estaba siendo respaldada por el en ese entonces extremadamente poderoso presidente del Comité de gastos del Congreso, Wilbur Mills. Este proyecto de ley hubiera levantado altas barreras proteccionistas contra ciertas importaciones, especialmente textiles y zapatos. En el verano y otoño de 1970, se cernían claras amenazas de una guerra comercial, ya que los países del Mercado Común seguramente tomarían represalias contra nuestras exportaciones agrícolas. Paul McCracken le advirtió al presidente el 2 de julio del peligro y solicitó su intervención con Mills.

Estuve substancialmente de acuerdo con McCracken y el Departamento de Estado. Nunca estuve de acuerdo con la idea de que una Europa unificada automáticamente se lanzara a asumir nuestras cargas. Bajo mi punto de vista, habíamos hecho la elección estratégica equivocada en las décadas del cincuenta y del sesenta. Al subrayar la unificación económica de Europa habíamos puesto de relieve las dimensiones en que la competencia con nosotros iba a ocurrir y nuestros intereses seguramente iban a ser divergentes. Al desalentar la comunidad europea en el campo de la defensa, por lo menos después del fracaso del proyecto inicial de 1945, habíamos hecho descender el área en la cual era más probable que se superpusieran los intereses atlánticos; pero yo prefería la unidad europea de cualquier forma que fuera, a la cacofonía de nacionalidades conflictivas, cuya impotencia, tarde o temprano les obligaría a abandonar un serio interés por la política exterior, haciéndose neutrales funcionales, si no reales. Y no podíamos arriesgarnos a hacer naufragar la unidad europea sin romper la influencia política de los mismos grupos que en Europa habían apoyado una fuerte Alianza atlántica. La asociación de gran parte de África y países mediterráneos como España, Marruecos y Túnez, para no nombrar a Israel, con Europa occidental, era de interés geopolítico para el Oeste. Tratar de destruir la relación de estos países clave con Europa sería la máxima locura política.

El 30 de junio, en un memorándum al presidente, me puse decididamente de lado de los objetivos de nuestra política exterior. Sancionar los textiles o los zapatos sería un golpe para los países con situaciones domésticas delicadas: España, donde podía desbaratar nuestras negociaciones básicas y arriesgar nuestros vínculos con la España post-Franco; Italia, donde ganaban los comunistas y Japón. Pero para afectar a una decisión presidencial, no es suficiente oponer una recomendación; uno debe ofrecer una alternativa. En lo internacional propuse una gestión para poner nuestras preocupaciones ante la Comunidad Europea; y en lo doméstico un mecanismo que permitiera a las agencias económicas expresar sus opiniones ante el presidente. El Comité de Sub-secretarios del CNS sería aumentado con las agencias económicas y se les procuraría un resumen de observaciones acerca del impacto económico sobre la Comunidad europea. Este plan era en realidad una forma de permitir que las agencias económicas «ganaran» con la reinterpretación del informe presidencial, pero al mismo tiempo considerarlo como una política exterior antes que como un asunto económico a través de la presidencia del comité que trataba el problema. El requerimiento de que los asuntos en disputa fueran referidos al presidente —tan caro al corazón de las agencias económicas, temerosas de la dominación del Departamento de Estado— garantizaba que yo tendría ocasión de pesar en ello (si es que no la última palabra) si las consideraciones puramente comerciales amenazaban abrumar los imperativos de la política exterior.

Los Estados Unidos comenzaron las negociaciones con la Comunidad europea el 10 de octubre. La delegación europea estaba dirigida por Ralf Dahrendorf, un alemán liberal del Oeste, que representaba, en términos europeos, un representante de un partido que abarcaba el centro del espectro y que hablaba por la libre empresa. En una reunión conmigo el 15 de octubre, Dahrendorf enfatizó su «profunda preocupación» por las tendencias americanas en la política comercial. Su análisis de las perspectivas de la Comunidad no era demasiado consolador, sin embargo. Dahrendorf esperaba la entrada de Gran Bretaña, pero creía que la Comunidad ya no pensaba en términos de unidad política; la integración económica debía perseguirse por ella en sí. Esto es lo que yo describí a la reunión interagencias del 13 de mayo como lo peor para nosotros. Sin compensación por progreso político, la integración económica que llevaba hacia una competencia brutal y la revancha americana estaban destinadas a minar los apoyos a la Alianza desde ambas márgenes del Atlántico.

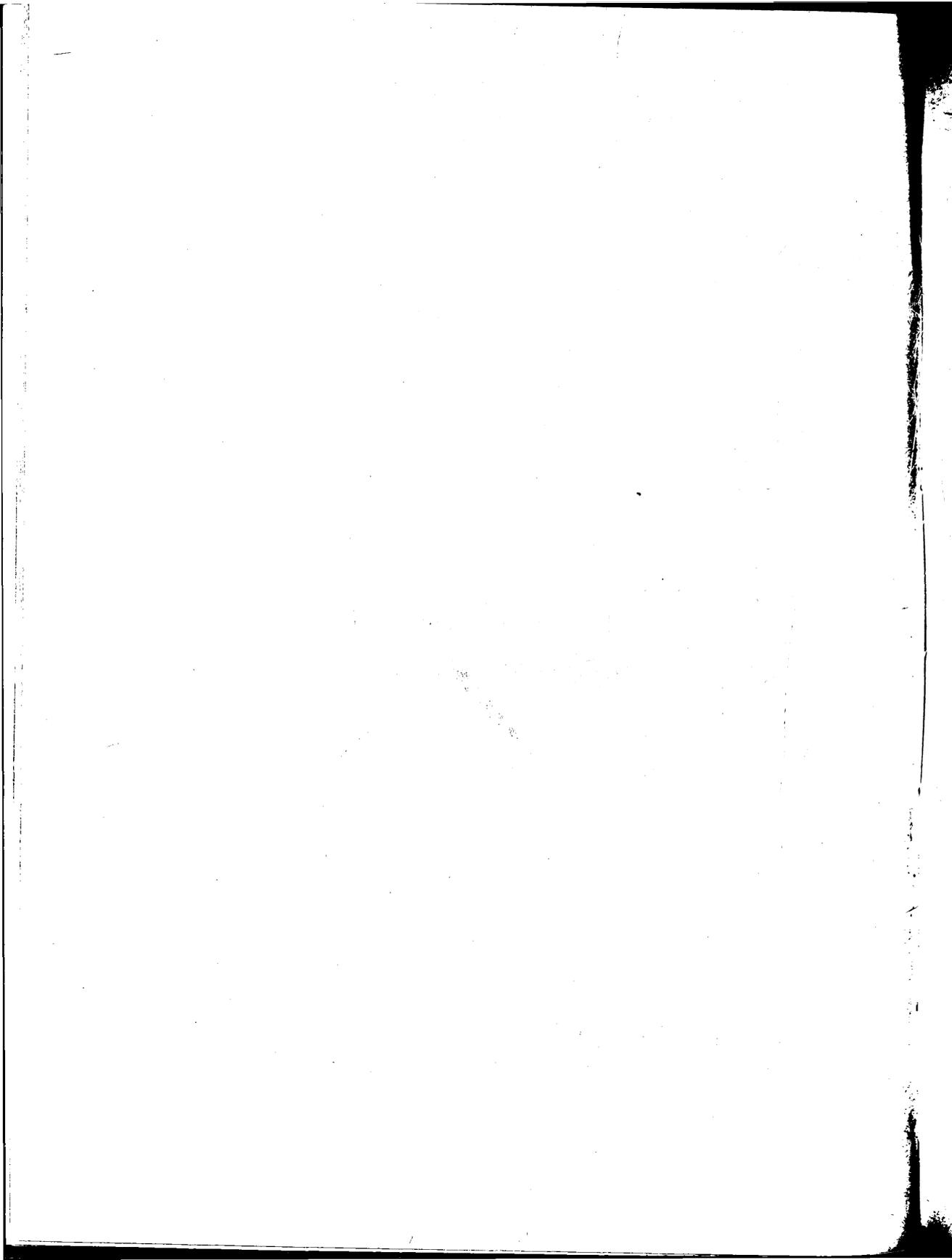
La precaria y cada vez más forzada relación entre los Estados Unidos y Europa se reflejó en una nota borroneada por el presidente. En un memorándum del 13 de noviembre en el cual lo ponía al corriente sobre las negociaciones con la Comunidad europea, escribió: «K, me parece que “protestamos” y seguimos quedándonos con la peor parte en nuestro trato con la Comunidad. La agricultura es un ejemplo destacado. Simplemente, el Congreso no va a tolerar esta actitud demasiado pasiva de nuestros representantes en estas negociaciones.» Nixon tenía mucho interés en el Atlántico como para quedarse pasivo ante la batalla destructiva. Apeló, sin resultado, a Wilbur Mills. La tendencia proteccionista era demasiado fuerte; Mills no fue persuadido y la legislación restrictiva para el comercio quedó pendiente en el Congreso a través del verano y el otoño de 1970. Hasta cierto punto, la mayoría silenciosa se desquitaba por sus frustraciones al contemplar cómo Norteamérica era «empujada» por todo el mundo. Nuestras

negociaciones con Europa se arrastraron sin conclusión por casi un año, hasta que en agosto de 1971, Nixon lo relegó aunque más no fuera temporariamente, con su dramática decisión del 15 de agosto de recaudar un sobrecargo del 10 por ciento sobre todas las importaciones, terminando con la convertibilidad del dólar a oro y estableciendo controles de salarios y precios.

Los primeros contactos habían, entonces, demostrado que la Alianza occidental era ambivalente sobre defensa común, dudosa en cuanto a relaciones con el Este y unida solamente en el ensanche de la Comunidad europea, lo que a su vez provocó una controversia económica con los Estados Unidos. Pero el proceso de consulta llevó a una articulación explícita de propósitos comunes. Los líderes occidentales empezaban a enfrentarse con los temas fundamentales. Las preguntas adecuadas comenzaban a ser hechas, aunque tomara un poco más de tiempo elaborar respuestas comúnmente aceptadas. El consenso entre las democracias es intrínsecamente más complejo que las negociaciones con los estados autoritarios. Nunca es simple la evolución de tutelaje a sociedad. Y esa evolución en la que estaba embarcada la Alianza Occidental serviría para demostrar que la libre asociación de los pueblos podía florecer con una nueva generación.

Tercera Parte

1970 - 1971: DEL TORBELLINO A LA ESPERANZA



Capítulo XII

LA GUERRA SE EXTIENDE

Todavía vivimos tanto con las convulsiones como con los mitos de 1970 en Indochina. La guerra envolvió Laos y Camboya. A principios de 1970, lo que más quería la todavía nueva administración era aliviar la guerra. Hubo un incremento deliberado de las acciones por parte de los norvietnamitas que ingeniosamente orquestaban los movimientos de sus ejércitos con la opinión pública americana mientras estábamos comprometidos en conversaciones secretas para la paz. En febrero se produjo una ofensiva norvietnamita por la llanura de los Jarros en Laos. En marzo los norvietnamitas comenzaron a aparecer por los santuarios a lo largo de la frontera de Camboya con Vietnam del Sur, la que habían estado ocupando sin la menor traza de legalidad desde 1965. Comenzaron a cortar las comunicaciones y a agredir Phnom Penh con el objetivo de derrocar el gobierno de Lon Nol, quien había reemplazado a Sihanouk sin nuestro conocimiento y sin nuestra participación. (Lon Nol fue reconocido tanto por la ONU como por la Unión Soviética.)

Sin embargo, las inflamadas condenas por las tragedias que se sucedían no caían sobre Hanoi sino sobre los Estados Unidos. En mis conversaciones en París con el emisario norvietnamita Le Duc Tho, éste rechazó la neutralidad tanto de Laos como de Camboya y enfatizó que era el destino de su pueblo no meramente apoderarse del Vietnam del Sur sino dominar la totalidad de Indochina. Estos alardes fueron hechos en secreto pero los movimientos militares que expresaban esas ambiciones eran suficientemente explícitos. Del inagotable masoquismo nacional surgió el folklore de que las decisiones norteamericanas desataron la pesadilla camboyana, y el mito sobrevive aún hoy cuando los vietnamitas, sin la excusa de la provocación norteamericana y apenas con algunos gritos de protesta en el mundo, han satisfecho finalmente la ambición de conquistar la totalidad de Indochina. Es verdad que en Camboya parece que una gavilla de ideólogos asesinos ha sido suplantada por un estado comunista organizado, pero esto ha sido llevado a cabo por las mismas fuerzas extranjeras que primero lo intentaron en 1970. La insaciable ambición por la hegemonía de Hanoi —no la vacilante y ambivalente reacción de los EEUU— es la causa que está en la raíz de la desgracia de Camboya.

Se sufrió y protestó mucho por nuestras reacciones militares, pero en nuestra opinión éstas fueron mínimas si queríamos llegar a una retirada que no fuera caótica. Ciertamente se cometieron errores, pero la persistencia de la imagen de que los funcionarios norteamericanos prepararon la caída del neutral príncipe Sihanouk en Camboya y agudizaron la guerra tanto en Camboya como en Laos, ilustra la fuerza de la emoción sobre la realidad. El Richard Nixon que el 30 de abril anunció nuestro asalto a los santuarios camboyanos fue el mismo presidente que el 20 de abril había anunciado el retiro de 150.000 soldados. La administración que finalmente actuó para impedir el total dominio comunista en Camboya, fue el mismo gobierno que había ofrecido la neutralización de Camboya el 4 de abril, que había sido despreciativamente rechazado. Las paradojas de Indochina son muchas y dolorosas. Fue Hanoi la que se mostró implacable, pero fue Norteamérica la que cosechó el torbellino hasta casi destrozar los nervios del Ejecutivo. Cada uno de estos importantes y entrelazados acontecimientos requiere un relato separado en este capítulo, pero debe comenzar con la realidad del gobierno en esa época, que era que, a fines de 1969 y comienzos de 1970, nos propusimos comprender lo que estaba ocurriendo en el terreno en Vietnam y hablar otra vez de la paz en secreto con Hanoi.

El trabajo de investigación había comenzado en el otoño de 1969 cuando Elliot Richardson y yo organizamos una comisión interagencias, el Grupo de Estudios Especiales sobre Vietnam, cuyos propósitos fueron resumidos por mí en un memorándum dirigido al presidente fechado el 5 de septiembre de 1969:

Al mirar hacia atrás sobre nuestra experiencia en los últimos años, es notable la frecuencia con que los funcionarios han permitido que sus prejuicios sobre Vietnam les hicieran seguir caminos equivocados, aun cuando un análisis cuidadoso y objetivo de hechos fácilmente accesibles debería haberlos hecho reaccionar de otro modo.

El grupo se reunió por primera vez el 20 de octubre. Elliot Richardson, Dave Packard, Richard Helms, los representantes del Estado Mayor Conjunto y de la Agencia de Inteligencia para la Defensa estaban presentes. Un Grupo de Trabajo, presidido por Larry Lynn y Bob Sansom de mi equipo, condujo un estudio intensivo sobre doce de las cuarenta y cuatro provincias de Vietnam del Sur para resolver el eterno problema de obtener una evaluación precisa de la situación del campo, es decir, la disputa sobre el control de la población rural.

Leí el trabajo de 100 páginas cubriéndolo con preguntas manuscritas. ¿Por qué, por ejemplo, fue que en 1965, 1966 y 1967 se me informó que los survietnamitas estaban haciendo progresos? ¿Qué había cambiado? ¿Sabían los consejeros norteamericanos qué era lo que estaban buscando? «He encontrado», escribí, «que los más incompetentes son aquellos que se satisfacen más fácilmente... Si uno encuentra que hay un bajo nivel de incidentes, ¿quiere esto decir que se está trabajando bien, o es esa la intención deliberada del enemigo? Si es lo último, ¿es una señal? ¿Cómo sabemos cuál es la infraestructura que hemos destruido?... Todo el mundo dice que la reforma agraria es importante. Eso no ha sucedido y sin embargo hacemos progresos hacia la pacificación. ¿Cómo es esto posible?». Después de que en un nuevo borrador se incorporaron las respuestas a mis preguntas, hice un sumario de las conclusiones del trabajo para el presidente el 22 de enero. El 38 por ciento de la población de Vietnam del Sur vivía en las ciudades, bastante segura bajo la autoridad y protección del gobierno (especialmente después del fracaso de la ofensiva Tet de 1968 que diezmó los cuadros del Viet Cong). Pero un objetivo principal de la estrategia del enemigo era ganar el control del 62 por ciento de la población que vivía en el campo, y con ello rodear las ciudades para que éstas cayeran «como frutas maduras». La conclusión del estudio era que desde septiembre de 1968 el control de las zonas rurales por parte del gobierno de Saigón había aumentado de un 20 a un 55 por ciento; y el control de los comunistas había bajado del 35 al 7 por ciento. Unos cuatro millones de vietnamitas campesinos vivían en áreas en disputa, durante el día controladas por Saigón y durante la noche por el Viet Cong. No podíamos estar seguros de que esos porcentajes favorables continuaran, sin embargo, mientras prosiguieran nuestros retiros de tropas.

Las estadísticas eran moderadamente alentadoras, pero también sabíamos que la confianza de los norvietnamitas permanecía incommovible. Entre el 14 y el 20 de diciembre de 1969, Hanoi publicó una serie de siete artículos escritos por su ministro de defensa, general Vo Nguyen Giap, cuyo tema principal era que una lucha prolongada podría derrotar la superior tecnología norteamericana. Predije ante el presidente, en un resumen de estos artículos que le envié el 7 de enero de 1970, que Hanoi trataría de ganar tiempo hasta que una cantidad suficiente de tropas americanas hubieran abandonado el lugar como para poder desafiar a las fuerzas armadas de Saigón sobre bases más equilibradas. Resumí mis dudas respecto de los optimistas informes de mediados de enero de este modo:

1.— Los norvietnamitas no pueden haber peleado durante 25 años sólo para retirarse sin hacer un último gran esfuerzo. Este esfuerzo podría materializarse de muchos modos: ataques a las fuerzas norteamericanas, a las fuerzas del Ejército de la República de Vietnam (*), o a las fuerzas locales. Pero si hubieran decidido no hacer ese esfuerzo, seguramente habrían sido más abiertos con respecto a las negociaciones. (Acá el Presidente escribió: «tiene sentido».)

2.— No tenemos ninguna prueba de que el ejército vietnamita haya realmente mejorado. Tal vez sea que las fuerzas del enemigo hayan sido disminuidas en lugar de que el ejército

(*) Es decir, las fuerzas survietnamitas.

vietnamita esté en mejores condiciones que en el pasado. Tal vez sea que cuando el enemigo retiró sus fuerzas más importantes y redujo su actividad en agosto y septiembre, quizás debido a nuestras amenazas en París a principios de agosto, ellos subestimaron el efecto que esto tendría sobre sus fuerzas de guerrilleros.

3.—Tal vez haya demasiada presión desde arriba para producir informes optimistas...

Por esta razón recomendé que el presidente enviara a mi asistente militar Alexander Haig y un equipo de analistas a hacer una inspección a Vietnam del Sur. Entre el 19 y el 29 de enero de 1970 inspeccionaron nueve provincias clave y confirmaron los resultados de nuestros estudios en Washington. Sin embargo, advirtieron que la tasa de mejora había decididamente disminuido en los últimos meses de 1969: «No hay señales de que el enemigo haya abandonado la lucha... Las presiones sobre el gobierno de Vietnam del Sur ejercidas por el retiro de tropas americanas puede llevar a... un deterioro en la eficiencia de la fuerza de seguridad territorial y a una pérdida de apoyo popular al gobierno de Vietnam del Sur.» Similares conclusiones fueron obtenidas por un estudio independiente de la CIA, lo que reveló un creciente pesimismo entre los líderes survietnamitas derivado del temor a una retirada norteamericana excesivamente apresurada. Cuando le envié este informe de la CIA a Nixon, él escribió: «K—La psicología es tremendamente importante. Ellos deben asumir responsabilidades si es que alguna vez van a tener confianza en sí mismos. En ese sentido tendremos que correr riesgos.»

Por supuesto, también había opiniones contrarias. Sir Robert Thompson, el experto británico en guerra de guerrillas, a quien se atribuía el diseño de la estrategia que derrotó la guerrilla comunista en Malasia, informó, después de una visita a Vietnam en noviembre de 1969, que Saigón tenía «una posición de triunfo» y podría mantenerla salvo que los Estados Unidos se retiraran demasiado rápidamente y redujeran su ayuda. Este informe fue enviado a todos los departamentos y —de algún modo contradiciendo las opiniones expresadas en el Grupo de Estudios Especiales sobre Vietnam— lo apoyaron.

Pero ninguna cantidad de estudios, por más objetiva y sinceramente que estuvieran hechos, podría resolver nuestro dilema básico. Un enemigo decidido a una lucha prolongada sólo podía ser obligado a un compromiso oponiéndole obstáculos insuperables en el campo. Sólo podíamos intentar algo semejante aumentando la capacidad survietnamita y rechazando todos los esfuerzos que Hanoi hiciera para interrumpir ese intento. Nuestra estrategia sería ciertamente discutida amargamente por una dedicada, ruidosa y creciente minoría de nuestro pueblo. El discurso del 3 de noviembre ganó un poco de tiempo para la vietnamización. Pero el tiempo vuela; teníamos que usar este respiro para fortalecernos en el campo. Simultáneamente, yo estaba decidido a sondear las perspectivas para las negociaciones —proceso por el cual cada una de las partes calcularía sus evaluaciones del otro—. Nosotros buscábamos llegar a un arreglo a partir de un aparentemente intratable estancamiento.

REGRESO A LAS NEGOCIACIONES SECRETAS

Siempre he creído que el momento óptimo para las negociaciones es cuando las cosas parecen ir bien. Ceder a las presiones es provocarlas; adquirir la reputación de tener el poder por poco tiempo es dar al otro lado un poderoso incentivo para dilatar las negociaciones. Cuando se hace una concesión voluntariamente, esto da un mayor incentivo para la reciprocidad. También provee la mejor garantía para permanecer en el poder. En las negociaciones que he conducido, siempre he tratado de determinar el más razonable resultado para luego llegar allí rápidamente en una o dos jugadas. Esto era burlescamente calificado como estrategia «de concesiones previas» por aquéllos a quienes les gusta hacer sus jugadas con cuentagotas y a último momento. Pero considero que esa estrategia es útil esencialmente para aplacar las burocracias y salvar las conciencias. Impresiona a los novatos como una demostración de dureza. Habitualmente resulta ser autodestructiva; el hecho de compartir el pastel alienta al otro a mantener el suyo hasta ver cuál es la siguiente concesión; sin jamás estar seguro de que uno ha llegado a una posición definitiva. De este modo, en las muchas negociaciones en las que he participado —con los vietnamitas y con otros— siempre he favorecido dar los grandes pasos cuando éstos son menos esperados, cuando hay un mínimo de presión, creando así la imagen de que uno

no ha de moverse de esa posición. Casi siempre me he opuesto a modificar nuestras posiciones en una negociación bajo presión.

En noviembre de 1969 nuestra posición parecía ser la más fuerte desde el comienzo de la administración Nixon. Nos habíamos resistido a la Moratoria; el presidente había llevado su caso al pueblo y había recibido un apoyo substancial. Henry Cabot Lodge había renunciado como embajador en las conversaciones de París por razones personales. Nixon, para demostrar su desagrado por los lentos progresos de las negociaciones, se negó a reemplazarlo. Hanoi interpretó esto como una señal de que podríamos terminar con el cese de bombardeos ligado a la apertura de las negociaciones. Después de haber boicoteado las conversaciones de París durante un año, ahora se hacían oír insistentemente reclamando el nombramiento de un negociador de alto nivel. Le sugerí a Nixon que podríamos usar este período para intentar otras conversaciones secretas. Los norvietnamitas no podrían usar el canal secreto de París para propaganda; si se negaban a hablar, eso podía ser usado en contra de ellos si los hacíamos público; y si Hanoi estaba dispuesto a un acuerdo —cosa que yo dudaba— sólo lo sabríamos en conversaciones secretas. De todos modos, si actuábamos con seriedad podríamos registrar todo para así demostrar que Hanoi era el obstáculo para las negociaciones.

Nixon era escéptico respecto de las negociaciones por una variedad de complejas razones. En un nivel, él no creía que Hanoi estuviera dispuesto a un arreglo en términos que nosotros pudiéramos aceptar sin haber sufrido importantes deterioros militares; en esto resultó tener razón. En general lo ponía nervioso cualquier proceso de negociación; detestaba tener que ponerse en una posición en la que tal vez fuera rechazado. Y por esa precisa razón siempre elaboraba cuidadosamente una excusa para el fracaso. Jamás fui a ninguna negociación sin una indicación escrita u oral para mantenerme firme y sin alguna expresión de Nixon en el sentido de que realmente no esperaba un éxito. Pero como Nixon, a pesar de toda su bravuconería, auténticamente quería la paz, inevitablemente aceptó mi argumento de que le debíamos a nuestro pueblo el explorar todas las posibilidades para llegar a un acuerdo honorable, por más remotas que parecieran las posibilidades, y dejar sentado que así lo habíamos hecho.

En consecuencia, a fines de noviembre de 1969 le pedimos al general Vernon Walters, nuestro agregado militar en París, que solicitara una audiencia privada con Xuan Thuy, la cual fue rápidamente concedida. Era la primera vez en la administración Nixon que nos acercábamos a los norvietnamitas directamente sin la intervención de un intermediario extranjero. Walters propuso otra entrevista secreta conmigo. Pero los norvietnamitas no estaban todavía dispuestos a hacerlo. Meticulosos en su planeamiento, no habían resuelto totalmente las implicaciones del discurso de Nixon del 3 de noviembre. O tal vez, dado que Xuan Thuy no era un hacedor de política, no veían el sentido que podía tener otra reunión a este nivel. Hanoi sentía que debía primero restablecer el equilibrio psicológico con una demostración de despreocupación.

Sea cual fuere la razón, el 12 de diciembre el general Walters fue llamado a los edificios de los norvietnamitas. Mai Van Bo, Delegado General de Vietnam del Norte en París, proclamó el desagrado de Hanoi respecto del tono «belicoso» del discurso del 3 de noviembre así como respecto a la negativa presidencial a nombrar un sustituto del mismo nivel para Henry Cabot Lodge. Señaló al mismo tiempo que la propuesta de Hanoi para una reunión en agosto era «lógica y razonable». Ya que nosotros habíamos rechazado esa oferta «lógica y razonable» anteriormente, no tenía sentido, decía Hanoi, una nueva reunión secreta, salvo que tuviéramos algo nuevo que decir.

Exactamente un año después del rechazo de Hanoi, persuadí a Nixon, con mucho esfuerzo, para que autorizara otro acercamiento. En consecuencia, el general Walters vio a Xuan Thuy el 14 de enero y sugirió una reunión en cualquier fin de semana después del 8 de febrero, «siempre y cuando ambas partes estuvieran descosas de ir más allá de la presente situación». Nixon seguía siendo escéptico. «No sé de qué quieren hablar estos payasos», me dijo, «pero la línea que adoptaremos será que o ellos hablan, o nosotros nos vamos. No me parece que éste sea un momento para concesiones».

Hanoi no respondió durante varias semanas. Pero el 26 de junio recibimos la primera indicación de que tal vez pronto se iniciara alguna negociación. Se anunció que Le Duc Tho, miembro del Politburó de Vietnam del Norte (de hecho el quinto hombre en la jerarquía) y principal negociador de Hanoi con Averell Harriman, asistiría al próximo Congreso del Partido Comunista Francés. Luego, el 16 de febrero, Walters fue llamado por los norvietnamitas quienes le informaron que nuestros insolentes interlocutores aceptaban una reunión para el 20 de febrero

o para el 21, y después de hacernos esperar durante más de un mes, exigían una respuesta de nuestra parte dentro de doce horas. Desde entonces he lamentado haber aceptado la fecha del 21 de febrero en ese plazo. Retrospectivamente, no me cabe ninguna duda de que al aceptar esta poco razonable exigencia dimos una innecesaria impresión de disponibilidad; eso le permitió a Hanoi sumar uno de esos puntos psicológicos que ellos estiman tanto. No produjo daños irreparables, pero nos hizo comenzar con el pie equivocado.

Y así comenzaron las negociaciones secretas entre Le Duc Tho y yo. Hubo tres reuniones entre el 20 de febrero y el 4 de abril de 1970.

El infatigable Walters estaba en su elemento. Si había algo que le divirtiera más que imitar a los hombres para quienes hacía las traducciones, era la organización de reuniones secretas. En un fin de semana o en el algún feriado, para hacer las cosas con más disimulo, yo abandonaba la Base Andrews de la Fuerza Aérea cerca de Washington en uno de los Boeing 707 de la flota presidencial, acompañado por una secretaria y dos o tres miembros de mi equipo. El manifiesto de vuelo indicaba que se trataba de uno de los periódicos vuelos de entrenamiento para controlar los itinerarios de los viajes presidenciales. Aterrizábamos en Avord, una base de la Fuerza Aérea Francesa cerca de Bourge, en la Francia central, donde los franceses tenían estacionados los Mirage y los transportes KC-135, bastante similares al Boeing presidencial. Mi avión se detenía lo suficiente como para que yo bajara; su desaparición de las pantallas de radar nunca excedía los veinticinco minutos; luego continuaba hasta el aeropuerto Rhein-Main de Frankfurt con mi secretaria. Mis compañeros y yo mientras tanto habíamos sido transferidos a un jet ejecutivo Mystère-20 que pertenecía al presidente Pompidou, en el que llegábamos al aeropuerto Villacoublay, un campo para aviones privados cerca de París.

Allí el general Walters subía a bordo para saludarme, justificadamente orgulloso de su organización (1). Nos conducía a mí y a mis colegas a un Citroën alquilado sin distintivos, asunto delicado para Walters ya que en un primer momento no había fondos oficiales disponibles para reembolsarle el gasto de un viaje que no podía ser aceptado por la embajada en París, en la que él estaba destinado formalmente. Walters generalmente me recordaba esto mientras nos conducía a su casa de departamentos en la sección Neully de París, donde nos hacía entrar de contrabando por el ascensor desde la cochera en el subsuelo hasta su departamento. En lo que se refería a su personal de servicio, yo era un general norteamericano de visita, llamado Harold A. Kirschman. Pasábamos la noche allí (él me prestaba su dormitorio) y seguíamos al día siguiente con Walters al volante hasta una casa en el n.º 11 de la rue Darthé en Choisy-le-Roi, un barrio de clase media baja a treinta minutos de las afueras de París, donde las reuniones secretas se celebraron durante un año y medio.

Esta rutina funcionó bien durante dos de los tres viajes, pero la reunión del 16 de marzo casi se frustra por un mal funcionamiento técnico en mi vuelo a París. Los pilotos súbitamente advirtieron que el sistema hidráulico para el aterrizaje no funcionaba y había que hacerlo bajar manualmente. Pero esto haría que fuera imposible subirlo otra vez hasta que se volviera a poner el fluido hidráulico. Un aterrizaje en Avord estaba fuera de cuestión pues los pilotos no sabían si en la base militar francesa había el equipo necesario para esta reparación simple, pero esencial. Y aun cuando allí hubiera un equipo disponible, llamaría la atención la desaparición de un vuelo de entrenamiento del avión presidencial por tanto tiempo de las pantallas de radar que lo seguían.

El avión debería ir al aeropuerto de Rhein-Main en Alemania; donde nadie sabía de nuestra presencia, ni mucho menos conocían nuestra misión ni nuestro problema. Dado que la burocracia del Departamento de Estado no había sido informada de mi viaje, no había modo de alertar a las autoridades alemanas sobre un avión francés que vendría a buscarme.

Afortunadamente los aviones presidenciales tienen soberbias comunicaciones. Anthony Lake, en esa época mi asistente especial, estableció contacto desde el avión con el general Walters en París por medio de una conexión de radio a través de Washington. Walters fue al Palacio Elysée —residencia del presidente de Francia— donde Michel Jobert, entonces Director General de la presidencia, y el mismo presidente Pompidou autorizaron al jet presidencial para recogerme, esta vez en Frankfurt.

Aterrizamos en un oscuro rincón del aeropuerto Rhein-Main; el jet de Pompidou ya estaba esperando. Todavía hoy no sé bajo qué pretextos Walters había conseguido una rampa para un Boeing 707 en tan inesperado lugar. Mi equipo y yo nos trasladamos rápidamente y a los diez minutos de aterrizar estábamos otra vez en vuelo. Walters asegura que la cooperación de Alemania Occidental fue acelerada por la creencia, alentada por él mismo, de que el pasajero

era una amiga secreta de Pompidou (2). La habilidad de Walters para lo dramático hizo que muchas cosas extraordinarias fueran posibles, pero muchas veces me he preguntado cómo pensaba que el sexo de los pasajeros pasaría inadvertido para el personal de tierra que nos esperaba.

De todos modos, Walters salvó nuestro viaje del 16 de marzo con la imaginación y la tenacidad que caracterizaba todo lo que él organizaba y una vez más estábamos en deuda con Jobert y con Pompidou. Cuando más adelante Jobert fue Ministro de Relaciones Exteriores, él y yo a menudo cruzamos nuestras espadas, pero durante las negociaciones de Vietnam él fue infaliblemente colaborador y discreto. Al igual que Pompidou, jamás violó nuestra confianza o buscó obtener algún beneficio especial por lo que sabía. Tampoco pidió ninguna recompensa por sus muchos actos de amistad.

La casa en Choisy-le-Roi donde nos reuníamos con los vietnamitas del norte podría haber pertenecido a un capataz de alguna de las fábricas de la zona. En la planta baja había una pequeña sala comunicada con un comedor todavía más pequeño, que daba a un jardín. En la sala, dos filas de sillones, pesadamente tapizados en rojo, se enfrentaban una a la otra. El grupo norteamericano —yo, Richard Smyser (mi experto en Vietnam), Tony Lake y el general Walters— estaba sentado contra la pared a la izquierda de la puerta; la delegación norvietnamita, en número de seis, se sentaba contra la otra pared. Había un metro o metro y medio de separación, además de eones de percepción entre los dos grupos.

En la primera reunión del 21 de febrero de 1970, Xuan Thuy me recibió y me condujo a la sala donde me presentó al hombre cuyo orgullo consistía en usar el título de Consejero Especial de Xuan Thuy, aun cuando como miembro del Politburó gobernante era de una categoría varias veces superior.

EL CONSEJERO ESPECIAL LE DUC THO Y LA PRIMERA RONDA DE CONVERSACIONES

Le Duc Tho, de cabellos grises, distinguido, llevaba invariablemente un traje Mao negro o marrón. Sus grandes ojos luminosos rara vez revelaban el fanatismo que lo había impulsado cuando tenía dieciséis años a unirse a las guerrillas comunistas antifrancesas. Siempre guardaba su compostura; sus modales, salvo en una o dos ocasiones, eran impecables. Siempre sabía lo que quería y servía a su causa con dedicación y habilidad.

Fue una lástima que su causa fuera la de quebrar la voluntad de los Estados Unidos para establecer el gobierno de Hanoi sobre un país que nosotros queríamos defender. Nuestro privado intercambio de ingenio se hacía cada vez más prolongado, a medida que nuestras reuniones progresaban y se desarrollaba un limitado contacto humano; todo revelaba que la profesión de Le Duc Tho era la revolución, pero su vocación era la guerra de guerrillas. Podía hablar elocuentemente de la paz, pero eso era una abstracción ajena a cualquier experiencia personal. Había pasado diez años de su vida en prisiones francesas. En 1973 me mostró un museo histórico en Hanoi, el cual admitió humildemente no haber visitado anteriormente. Los artefactos de la historia de Vietnam —organizados, irónicamente, por la administración colonial francesa— le recordaban a Le Duc Tho no las glorias de la cultura vietnamita, sino las prisiones de las ciudades o pueblos en los que habían excavado. Mientras atravesábamos las salas aprendí mucho sobre los méritos relativos del confinamiento solitario de varias prisiones, sobre los modos en que la policía descubre los disfraces de campesino, y otras sugerencias que serían de gran valor si yo alguna vez decidía dirigir una guerrilla en Indochina.

Le Duc Tho había sido sostenido a través de sus monumentalmente valientes actividades por una apasionada creencia en la disciplina leninista y fe en la nación vietnamita. Esto transformaba su suprema seguridad personal en la convicción de que era el destino de Vietnam no sólo dominar Indochina, sino la totalidad del sudeste asiático. Su sentido de la superioridad nacional hacía que el odio personal hacia los Estados Unidos fuera irrelevante; nosotros éramos simplemente una de las tantas hordas de extranjeros cuya ignorancia congénita a través de los siglos los había llevado a Indochina, donde la misión vietnamita consistía en repelerlos (no sin antes, pensaba yo a menudo, volvernos locos).

El leninismo de Le Duc Tho lo había convencido de que él comprendía mis motivaciones mejor que yo mismo. Su herencia vietnamita se expresaba en una obsesiva sospecha de que de algún modo se lo estaba engañando; en ocasiones yo sospechaba que la apariencia de ser atra-

pado le molestaría más que la realidad misma. Cuando la negociación finalmente se volvió seria después de cuatro años, él buscaba trampas en las más inocentes de nuestras propuestas. Al principio esto lo llevaba a dar conferencias, que a veces se volvían agotadoras, sobre su intolerancia a los trucos capitalistas.

Llegué a darme cuenta de que Le Duc Tho consideraba las negociaciones como si fueran otra batalla. Cualquier acuerdo que privara a Hanoi de la victoria final era a sus ojos, por definición, una trampa. Él estaba allí para desgastarme. Como representante de la verdad, él no tenía lugar para compromisos. Las propuestas de Hanoi eran presentadas como los únicos parámetros «lógicos y razonables» para una negociación. Los norvietnamitas eran «un pueblo oprimido»; a pesar de muchas pruebas históricas en sentido contrario, él los consideraba por definición incapaces de oprimir a otros. Norteamérica tenía toda la responsabilidad de la guerra. Nuestras propuestas para reducir las hostilidades, por medio de una desescalada o de un cese de fuego —tan de moda entre nuestros críticos— eran consideradas por Le Duc Tho como trampas u oportunidades para sembrar confusión. En su opinión, la única salida «razonable» para terminar el conflicto era la aceptación por parte de los Estados Unidos de los términos de Hanoi, que consistían en la retirada incondicional en una fecha fijada y el derrocamiento del gobierno survietnamita. Como portavoz de «la verdad», Le Duc Tho no tenía espacios lógicos para nuestros métodos de negociación; el intercambio de concesiones le parecía inmoral salvo que hubiera una necesidad superior, y hasta que eso sucediera, él estaba dispuesto a esperarnos indefinidamente. Parecía preocupado por su lugar en el panteón épico de las luchas vietnamitas; no podía considerar como a un igual a este bárbaro del otro lado del mar que pensaba que las elocuentes palabras eran un medio para torcer la inexorable marcha de la historia. Le Duc Tho estaba hecho indudablemente con la misma madera con que se hacen los héroes. Lo que comprendimos sólo con renuencia —y muchos en nuestro país jamás lo comprendieron— es que los héroes son así a causa de una determinación monomaniaca. Rara vez son hombres agradables; su rigidez se acerca al fanatismo; no se especializan en las cualidades necesarias para una paz negociada.

Felizmente para mi salud mental, la totalidad de las implicaciones de aquello contra lo que estaba luchando no se me hizo evidente en la primera reunión en la sórdida sala de la rue Darthé, de otro modo hubiera abandonado la empresa. Por lo menos habría frenado mi sentido de la anticipación —casi de alegría— de lo que sería la jugada de apertura en un diálogo por la paz.

Le Duc Tho me recibió con las displicentes y educadas maneras de alguien cuya superioridad es tan evidente, que no puede disimularla más que con una exhibición de educación cercana a la condescendencia. Se reía de mis bromas, a veces ruidosamente, a veces con la impaciencia propia de quien tiene importantes asuntos y está siendo demorado por trivialidades. Él sabía lo que quería; no había sufrido diez años de prisión y había hecho la guerra durante veinte años para ser seducido ahora por lo que los capitalistas consideraban encanto. La reunión del 21 de febrero se desarrolló en dos sesiones. Hablamos durante tres horas por la mañana; interrumpimos para permitir que el general Walters y yo almorzáramos con el presidente Pompidou en su departamento de la Ile St. Louis para conversar acerca de su inminente viaje a los Estados Unidos, como ya he mencionado. Reanudamos la reunión por la tarde a última hora. Mis interlocutores de Hanoi, típico de ellos, no creían que debían conceder nada, ni siquiera en un mínimo aspecto de procedimientos; no estuvieron de acuerdo en una reunión por la tarde hasta el momento mismo en que estaba por retirarme para ir a ver a Pompidou.

Todavía con la creencia de que la falta de confianza de Hanoi en nuestras intenciones era el principal obstáculo a una paz de compromiso, cosa que era un artículo de fe entre mis ex colegas académicos, abrí la sesión de la mañana con una declaración ya preparada acerca de nuestro compromiso para negociaciones serias. Insistí en que buscábamos lograr un acuerdo que resolviera los asuntos de una vez por todas; no queríamos repetir la experiencia de todos los acuerdos previos que sólo habían sido armisticios en una guerra interminable. Señalé que la posición de Hanoi no había mejorado desde mi reunión con Xuan Thuy en agosto. El presidente Nixon había demostrado que contaba con el apoyo público; el equilibrio de fuerzas en tierra no confirmaba la insistencia de Hanoi sobre el predominio político. Finalmente, era nuestro juicio «que la situación internacional tenía complicaciones que ya no podría hacer de Vietnam una preocupación unánime de otros países y esto podría significar que Vietnam ya no gozara del apoyo que otros países le brindan ahora» —una poco sutil referencia a la disputa chino-soviética.

Luego anuncié dos nuevos puntos: que los Estados Unidos estaban dispuestos a retirar *todas* sus fuerzas sin retener ninguna base en Vietnam; y que, al acordar una retirada *mutua*, no insistiríamos en que las tropas norvietnamitas estuvieran en la misma posición legal que las fuerzas norteamericanas. Buscábamos un final práctico, no teórico, de la guerra. Tampoco insistíamos en que Hanoi anunciara formalmente su retiro, siempre y cuando efectivamente éste fuera efectuado. Sobre esta base propuse que dejáramos de lado la propaganda y elaboráramos algunos principios de acuerdo. Estos podrían entonces ser materializados en las sesiones plenarias en la Avenue Kléber; estábamos dispuestos a enviar un nuevo negociador de alto nivel a París para completar un acuerdo.

Dado que Le Duc Tho era técnicamente sólo «Consejero Especial» de la delegación de Hanoi en París, Xuan Thuy, como cabeza formal de la delegación, formuló la primera respuesta. No podía dejar pasar esa oportunidad para impresionar a su superior con sus habilidades retóricas (el contenido había sido obviamente elaborado con anticipación). Insistió en que antes de cualquier negociación los Estados Unidos deberían fijar una fecha final para el retiro unilateral. Las negociaciones se referirían luego a las modalidades de nuestra retirada; no podrían ellos afectar esos planes. La única obligación recíproca de Vietnam del Norte sería la de no disparar contra nuestros hombres al abordar los barcos y aviones que usaran para partir. La lucha contra Vietnam del Sur continuaría hasta que el gobierno de Saigón fuera derrocado; no se mencionaba la liberación de nuestros prisioneros de guerra. Al continuar con su insistencia en negar el significado de cualquier gesto americano, Xuan Thuy ignoró la partida de más de 100.000 soldados calificándola de «retirada con cuentagotas». Nuestra reducción de B-52 en un 25 por ciento y el cambio en las órdenes militares que severamente disminuían las operaciones ofensivas por parte de las fuerzas norteamericanas no impedían la absurda afirmación de que nosotros estábamos escalando la guerra.

Por la tarde fue el turno de Le Duc Tho. Comenzó por contradecir mi afirmación de que los acontecimientos se habían declarado a favor nuestro desde agosto. «Sólo cuando tengamos la correcta evaluación del equilibrio de fuerzas», dijo Le Duc Tho en su papel de maestro leninista, «podremos tener la solución correcta». Reveló la importancia que Hanoi asignaba a nuestra opinión pública al darle un lugar de preeminencia en su presentación. Negó que la situación de Nixon a los ojos del pueblo hubiera mejorado, y citó las Encuestas Gallup que mostraban que el número de norteamericanos que favorecían el retiro inmediato había aumentado del 21 al 35 por ciento. Esto, sin embargo, era «sólo» opinión pública. «Además, he visto muchas declaraciones de la Comisión del Senado para Relaciones Exteriores, del Partido Demócrata, del señor Clifford, que exigen el retiro total de las fuerzas norteamericanas, el cambio de Thieu-Ky-Khiem (*), y el nombramiento de un sucesor al embajador Lodge.» Repliqué ásperamente que no volvería a prestar atención a ninguna cosa que Hanoi dijera acerca de la opinión pública norteamericana; Le Duc Tho estaba allí para negociar la posición vietnamita. Doloroso como me resultaba nuestras diferencias domésticas, no creía que era compatible con nuestra dignidad el discutir las con un adversario. Me llevó varias reuniones hacerles comprender eso, y nunca lo logré completamente.

Le Duc Tho atacó luego nuestras evaluaciones militares. Fue al centro del dilema de la vietnamización. Con gran agudeza señaló que nuestra estrategia era retirar fuerzas suficientes como para que el pueblo norteamericano pudiera soportar la guerra, a la par que simultáneamente pudiéramos fortalecer las fuerzas de Saigón como para que pudieran sostenerse solos. Luego formuló la pregunta que también me estaba atormentando a mí: «Antes había más de un millón de soldados americanos y títeres, y fracasaron. ¿Cómo podrían triunfar cuando dejen a los soldados títeres solos para continuar la lucha? Ahora, con sólo el apoyo de los Estados Unidos, ¿cómo pueden triunfar?»

De este análisis, las conclusiones de Le Duc Tho se desprendían inexorablemente. Insistía en que los problemas políticos y militares fueran tratados simultáneamente; una posición de la que nunca se separó hasta octubre de 1972. Según Le Duc Tho, el único tema militar en discusión era la liquidación incondicional de nuestra participación. El límite de seis meses para el retiro de fuerzas propuesto por el Frente de Liberación Nacional fue fijado y sería respetado sin tener en cuenta otros acuerdos. Sin embargo, aun cuando nos retiráramos, Hanoi dejaría de luchar sólo si se llegaba a un acuerdo político. Esto, a los ojos de Le Duc Tho, suponía

(*) Tran Thien Khiem, Primer Ministro de Vietnam del Sur, en reemplazo de Tran Van Huong.

el retiro del «belicoso» presidente Thieu, del vice presidente Ky y del primer ministro Khiem, y la creación de un gobierno de coalición compuesto por tres grupos: aquellos miembros de la «administración de Saigón» (excepto Thieu, Ky y Khiem) que auténticamente apoyaran «la paz, la independencia y la neutralidad»; fuerzas neutrales que cumplieran los mismos requisitos; y el comunista Frente de Liberación Nacional. Este determinaría quiénes eran los que apoyaban la «paz, la independencia y la neutralidad». Este gobierno de coalición, cargado como estaba a favor de Hanoi, no era sin embargo, la última palabra. Con un tercio de su composición comunista, con el resto aprobado por los comunistas y con todos los líderes anticomunistas eliminados, este gobierno entonces negociaría con el Frente de Liberación Nacional totalmente armado para llegar a una solución definitiva. Tho me consoló con que este generoso esquema abriría perspectivas llenas de esperanzas: «Si ustedes muestran buena voluntad y serias intenciones, el acuerdo llegará rápidamente».

En la reunión del 16 de marzo intenté otro método. Le propuse a Le Duc Tho que ninguna parte ejerciera presión militar sobre Vietnam ni en países «relacionados» durante las negociaciones; en otras palabras, una mutua desescalada de operaciones militares en toda Indochina. Eso fue despreciativamente rechazado con una pedante conferencia sobre el hecho de que cada guerra tiene sus momentos importantes, los cuales es imposible interferir. En la reunión del 4 de abril le repetí esta propuesta; una vez más los norvietnamitas la rechazaron sin el menor intento de análisis. El 16 de marzo también puse sobre la mesa un preciso plan mensual de la retirada total de las fuerzas americanas en un período de dieciséis meses. Los norvietnamitas dijeron que era inaceptable porque difería de la propuesta de doce meses en el discurso presidencial del 3 de noviembre. (Yo había dicho dieciséis meses porque ése era precisamente el plan que existía en el Pentágono y reflejaba la evaluación técnica de cuánto tiempo nos tomaría retirar nuestros 400.000 hombres restantes con sus equipos.) Cuando le expliqué que el plan era ilustrativo solamente y que los plazos serían por supuesto cumplidos de acuerdo a los pronunciamientos presidenciales, también fue rechazado porque Hanoi apoyaba el plazo «lógico y correcto» de seis meses propuesto por el Frente de Liberación Nacional. Nuestro plan era defectuoso, en opinión de Le Duc Tho, porque comenzaría a funcionar sólo después de haber completado el acuerdo, mientras que Hanoi quería que nos retiráramos incondicionalmente según un plan no relacionado con ningún otro tema. Además, Le Duc Tho se negó a discutir ninguna solución política que preservara ningún miembro del gobierno survietnamita; se burló de nuestra propuesta para comisiones electorales mixtas que incluyeron miembros de Viet Cong, cosa que propusimos como un medio justo para supervisar elecciones libres. Lo que se nos ofrecía eran términos de una rendición, no una negociación en sentido normal.

En la reunión del 4 de abril Xuan Thuy resumió las objeciones de Hanoi a nuestra posición. El plazo estaba «equivocado» porque era mayor que su exigencia de seis meses y dependía del acuerdo sobre otros asuntos; una retirada mutua era inaceptable; no era posible llegar a ningún acuerdo mientras Thieu, Ky y Khiem, y otros líderes opuestos a «la paz, la independencia y la neutralidad» permanecieran en sus funciones; nuestra delegación en París todavía carecía de un reemplazo de alto nivel de Lodge. Mis sugerencias de explorar los modos de organizar una justa lucha política fueron respondidas con la inmovible actitud de que sólo la caída del gobierno de Saigón podría resolver la cuestión política.

Los más ácidos comentarios, sin embargo, estaban dirigidos a Laos, donde la ofensiva norvietnamita acababa de ser lanzada, y a Camboya. Le Duc Tho nos acusó de escalar la guerra en Laos. Cuando le repliqué que una buena demostración de quién estaba haciendo qué cosa contra quién era observar qué lado era el que estaba avanzando, Le Duc Tho arguyó que nosotros habíamos «provocado» la ofensiva norvietnamita y que la lucha estaba siendo conducida por fuerzas de Laos de todas maneras. (Esto me hizo comentar que era notable lo bien que el Pathet Lao hablaba vietnamita.) En cuanto a Camboya, Le Duc Tho se mostró altivo e implacable, ridiculizando mi propuesta para su neutralización. La guerra en Indochina, insistió, se había convertido en una sola cosa, y sería conducida hasta el final sobre esas bases. Hablaré de Laos y de Camboya más adelante en este capítulo.

En síntesis, la posición de Hanoi tal como se desprendía de las tres reuniones con Le Duc Tho, era perentoria e implacable. Los norvietnamitas rechazaban el plan de una retirada mutua, la desescalada, la neutralización de Camboya y una comisión electoral mixta para Vietnam del Sur. La idea de Le Duc Tho de lo que debía ser una negociación consistía en proponer sus exigencias unilaterales. La esencia de esto era que los Estados Unidos se retiraran en un plazo

tan corto que la caída de Saigón fuera inevitable. Junto con nuestra salida debíamos desmantelar un gobierno aliado y establecer una alternativa cuya composición sería prescrita por Hanoi y cuyo único papel, aún entonces sería negociar los términos finales con el frente de Hanoi. Cuando le pregunté a Le Duc Tho si su programa político expresaba una preferencia o una condición, dijo simplemente: «Es una condición». Esta fue una condición a la que Hanoi se aferró con resolución hasta el otoño de 1972.

La primera serie de negociaciones secretas con Le Duc Tho terminó con su afirmación de que salvo que cambiáramos nuestra posición no había nada más que discutir (*).

Al revisar los archivos con la perspectiva del tiempo, estoy asombrado por mis propios informes extraordinariamente optimistas. Esto se debía en parte a mi deseo de mantener el canal abierto. Consciente del escepticismo de Nixon, caí en la trampa en que caen muchos negociadores: la de convertirme en abogado de mi propia negociación. No se produjo ningún daño, porque Hanoi jamás nos dio la oportunidad de tomar una decisión concreta. Otra razón para nuestro optimismo era que todavía éramos relativamente inocentes respecto de las teológicas sutilezas de la implacable guerra psicológica de Hanoi. Por ejemplo, le informé a Nixon después de la reunión del 16 de marzo que Hanoi había indicado una cierta disposición para discutir el retiro mutuo. En realidad, como fue evidente en la reunión siguiente, Le Duc Tho había insistido en que Hanoi discutiría el papel de sus propias fuerzas sólo después de nuestra retirada y únicamente con un gobierno de coalición en Saigón cuya composición insistía en controlar.

Los archivos no dejan duda alguna de que estábamos buscando excusas para que las negociaciones llegaran a buen término, para que no fracasaran. Lejos de estar determinados por una solución militar como nuestros críticos jamás se cansaban de insistir, hicimos todo lo posible para otorgar todos los beneficios de la duda con tal de llegar a un acuerdo negociado. Nixon compartía esta actitud positiva a pesar de su mayor pesimismo. Y estaba dispuesto a correr riesgos. Como preparación para la reunión de marzo, le escribí el 27 de febrero:

Las posiciones que desarrollemos deben ser lo suficientemente razonables como para ser atractivas, pero lo suficientemente fuertes como para no tener que retractarnos de ellas en otro canal de negociación más convencional, en caso de que este se interrumpiera... La falta de una posición acordada con el gobierno de Vietnam requerirá que usted tome decisiones sobre nuestra posición que podrían, si fueran reveladas más tarde, envolvernos en dificultades con Saigón. Esto es arriesgado, pero no veo otro modo de proceder si queremos mantener el impulso y el secreto.

Nixon escribió en el margen, junto a la última oración: «Ok— así se hará».

Tampoco puede acusársele con justicia a Thieu de haber sido un obstáculo, salvo en el sentido especial de que Hanoi objetaba su existencia. Yo telegrafíaba informes completos después de cada sesión en secreto al embajador Ellsworth Bunker en Saigón para que los transmitiera al presidente Thieu. Éste no opuso objeciones ni a los procedimientos ni a los contenidos. Sólo lentamente y casi al final del proceso, llegamos a darnos cuenta de que Thieu no estaba en realidad de acuerdo con nuestras posiciones. Al principio calculó que éstas nunca serían aceptadas y que la aceptación era su modo de mantener nuestro apoyo a la conducción de la guerra.

Una infeliz consecuencia de las conversaciones secretas fue la agudización de la compartimentalización de conocimientos, que fue tan destructiva en la administración Nixon. A Rogers

(*) Típico del imaginario terreno del debate público fue un artículo que apareció al día siguiente de mi primera reunión con Le Duc Tho en el *Philadelphia Bulletin*. Su autor, Roger Hilsman, había sido Asistente Secretario de Estado para Asuntos del Lejano Oriente durante el periodo de nuestra participación inicial en Vietnam. Aseguraba que el Presidente estaba «rechazando una oferta comunista de una paz más o menos inmediata en Vietnam en términos que muchos norteamericanos encontrarían perfectamente aceptables». Hilsman aseguró que su posición estaba apoyada por muchos expertos, incluyendo a Averell Harriman. Sobre la base de una exégesis de las délicas declaraciones de Hanoi, Hilsman y sus asociados aseguraban haber descubierto la siguiente oferta de paz:

- No habría elecciones, sino un viejo modo de acuerdo político por el que se instala un gobierno de coalición con representantes de todas las facciones políticas, comunistas y no comunistas.
 - Si bien en su propaganda ellos todavía insisten en el retiro total e inmediato de las tropas norteamericanas, privadamente han indicado que el retiro podría ser en términos de dos o tres años.
 - Posponer la unificación de los dos Vietnam para dentro de cinco o diez años.
 - Garantías internacionales para la integridad territorial de Laos y Camboya.
- Hanoi, por supuesto, había rechazado explícitamente cada uno de estos puntos.

no se le dijo nada de esto hasta bien avanzado el año 1971. Dado que David Bruce estaba informado después de haberse convertido en cabeza de nuestra delegación en París en julio de 1970 y Bruce era siempre mantenido al día, teníamos el curioso resultado de que estos embajadores sabían más que su jefe nominal. A Laird jamás se le informó nada formalmente, aunque estoy seguro de que tenía información adecuada acerca de quién estaba usando los aviones a su cargo y las posibles razones. Era un sistema muy pobre y aun cuando yo lo dirigía creo que jamás debiera ser imitado. La desconfianza de Nixon en los miembros de su gabinete exageró su ya muy fuerte autodeterminación. En parte por ignorancia y en parte porque no se sentían comprometidos por políticas que ellos no habían diseñado, sistemáticamente se oponían a nuestras iniciativas o contradecían nuestras estrategias, aun cuando éstas estaban claramente articuladas.

La primera ronda de negociaciones con Le Duc Tho fracasó porque la diplomacia siempre refleja un cierto equilibrio de fuerzas y las evaluaciones de Le Duc Tho no estaban tan equivocadas. Su percepción de la opinión pública en los Estados Unidos, y especialmente de los grupos dirigentes que él había identificado, era sumamente precisa. Los dilemas de la vietnamización eran reales. La falta de disciplina en la burocracia americana significaba que los desacuerdos filosóficos dentro de la rama ejecutiva comenzaban a ser obvios. En estas circunstancias, Le Duc Tho no veía ninguna razón para modificar sus exigencias de una retirada incondicional y el derrocamiento del gobierno de Saigón. Y no vería ninguna hasta dos años y medio después, cuando la situación militar no le dejó otra elección posible.

EL ENTREACTO DE LAOS

En el rincón noroeste de Indochina, enclavado entre cadenas de montañas y las llanuras del río Mekong, las tribus y pueblos de Laos, gobernados por un rey budista, habían llevado una existencia pacífica durante siglos y habían permanecido prácticamente intocados por las guerras y luchas de sus más belicosos vecinos. En el siglo diecinueve Laos fue conquistado por los franceses sin que se registrara ninguna resistencia, para luego ser gobernado por ellos desde Hanoi, al igual que el resto de Indochina.

Por una serie de pequeñas ironías, aquellas luchas por la independencia heredan las pretensiones imperiales de sus antiguos gobernantes coloniales. Así pues, los amos leninistas de Hanoi se vieron a sí mismos como los herederos naturales de todo lo que había sido gobernado por Francia desde el mismo cuartel general que ahora ellos ocupaban. Ya había habido previamente intentos por parte de Vietnam de conquistar Laos y Camboya en el siglo dieciocho y principios del siglo diecinueve (3); y ahora se agregaba una tendencia a emular la escalada del gobierno colonial francés. Después del acuerdo de Ginebra de 1954, que terminó con la presencia francesa, los pueblos amantes de la paz de Laos tuvieron la desgracia de estar a caballo de las convenientes rutas por las que Vietnam del Norte podría invadir el Sur haciendo un rodeo a la Zona Desmilitarizada impuesta por dicho acuerdo (4).

Desde el principio el Pathet Lao (los comunistas de Laos, dominados por Hanoi) retuvieron el control de dos provincias del noreste donde las disposiciones del gobierno en Vientiane jamás se ejecutaban. Ya en 1961 se había definido una triangular guerra civil entre el Pathet Lao en el noreste, las fuerzas neutrales en el centro del país, sobre la fabulosa llanura de los Jarros, y un grupo derechista a lo largo del río Mekong en la frontera con Tailandia. (Ver mapa páginas 800 y 801.) En 1961 más de 6.000 soldados norvietnamitas estaban comprometidos. El conflicto se hizo lo suficientemente grave como para que el presidente Kennedy advirtiera en una conferencia de prensa el 23 de marzo de 1961: «Laos está muy lejos de América, pero el mundo es pequeño... La seguridad de todo el sudeste asiático se verá en peligro si Laos pierde su independencia neutral». En mayo de 1961 se abrieron en Ginebra las negociaciones sobre el futuro de Laos. Como toda negociación con Hanoi, ésta fue dilatada. Siguiendo sus tácticas normales, Hanoi mantuvo la presión militar hasta que el presidente Kennedy envió 5.000 infantes de marina de los Estados Unidos a la vecina Tailandia en mayo de 1962. Dos meses después de esa demostración de fuerzas, un nuevo acuerdo en Ginebra fue firmado por catorce naciones, incluyendo el Vietnam del Norte y la URSS, en el que se afirmaba la neutralización de Laos. Al aceptar la propuesta de la URSS y de Vietnam del Norte, los Estados Unidos estuvieron de acuerdo en retirar todo el personal militar extranjero y en que se formara un gobierno de coalición, encabezado por el príncipe Souvanna Phouma, en quien estarían representadas las tres facciones.

Vietnam del Norte se burló de los acuerdos desde el día en que fueron firmados. El personal militar americano de 666 personas en Laos partió a través de controles internacionales; de los 6.000 norvietnamitas que había en el país sólo cuarenta (sí, cuarenta) pasaron esos controles; los otros miles se quedaron.

En abril de 1963 la precaria coalición se derrumbó. La lucha comenzó otra vez. El sur de Laos fue de hecho ocupado por el ejército norvietnamita, que construyó allí un intrincado sistema de rutas de infiltración hacia Vietnam del Sur: la llamada ruta Ho Chi Minh. En 1970 más de medio millón de tropas norvietnamitas habían entrado al sur a través de estos enderos. El número de tropas norvietnamitas estacionadas en Laos había aumentado a 67.000; diez veces el número que en 1961-1962 había precipitado una importante crisis bajo la presidencia de Kennedy.

Al iniciarse la segunda mitad de la década de 1960, los Estados Unidos se encontraron con que estaban aumentando cada vez más su apoyo al Premier Souvanna Phouma, el líder neutralista a quien originalmente nos habíamos opuesto, pero que había sido reconocido como líder por todos los contendientes en los acuerdos de Ginebra de 1962. Nuestro propósito era mantener un gobierno neutral y también asegurarnos el apoyo de Souvanna a nuestros esfuerzos para eliminar la ruta Ho Chi Minh. Dimos ayuda financiera al Real Ejército de Laos, a algunas fuerzas irregulares de las tribus de Meo conducidas por el general Vang Pao, y de tanto en tanto a los voluntarios tailandeses que operaban en Laos. La mayor parte de todo esto fue ocasionalmente publicado por la prensa; ya en 1970 todo esto era sabido por el Comité del Senado para Relaciones Exteriores, como consecuencia de varias reuniones secretas dirigidas por el senador Stuart Symington. Pero el gobierno de los Estados Unidos no lo reconoció nunca formalmente, para de este modo evitar darle a Hanoi el pretexto para justificar sus extensas violaciones de los Acuerdos de Ginebra y tomar control de la totalidad de Laos.

Esta historia es de cierta importancia porque a principios de 1970 Laos se convirtió brevemente en el centro de nuestras preocupaciones indochinas y de los debates domésticos. Una ofensiva norvietnamita amenazaba con apoderarse del norte de Laos. Los críticos domésticos usaron la ocasión para protestar ruidosamente acerca de los peligros en que podíamos caer para abrir otro compromiso «abierto» en Indochina sin darnos cuenta.

Hanoi estaba haciendo esencialmente dos guerras en Laos, si bien ambas tenían el mismo objetivo de hegemonía en Indochina. En el sur, la ruta Ho Chi Minh era el contacto de Hanoi con el campo de batalla en Vietnam del Sur. Al norte de Laos, Hanoi apoyaba al Pathet Lao, pero con moderación, creíamos nosotros, debido al temor de una reacción norteamericana o tailandesa. Sólo buscaba mantener la presión suficiente sobre el ejército de Laos como para impedirle que se convirtiera en un instrumento de autoridad. Se ocuparían de ello después de la victoria en Vietnam del Sur. Nosotros, por nuestra parte, no queríamos perturbar este difícil equilibrio. Ninguna administración americana podría de ningún modo desear una guerra en un país como Laos. No tendría sentido extender el conflicto hasta Laos, salvo por el mínimo requerido para nuestra propia protección, cuando tuviéramos que ocuparnos del retiro de tropas de Vietnam del Sur. Fue esta posición la que Vietnam del Norte perturbó a fines de enero de 1970, cuando súbitamente envió un refuerzo de 13.000 hombres y gran cantidad de equipos extra hacia la llanura de los Jarros, donde los neutrales estaban deteniendo al Pathet Lao. Eso amenazó a Souvanna y a nuestras relaciones con él. Si él abandonaba su aceptación de los bombardeos en la ruta Ho Chi Minh, el problema logístico de Hanoi se vería enormemente aliviado, exponiéndonos en Vietnam del Sur a un creciente peligro. Y lo que era peor, si las tropas norvietnamitas llegaban al Mekong, la guerra carecería de sentido para Tailandia. Bangkok estaría entonces presionada a lo largo de los cientos de kilómetros de río que separa la llanura donde no hay otros obstáculos. Casi con seguridad se nos negaría el uso de las bases aéreas de Tailandia, fundamentales para nuestros B-52 y nuestras operaciones tácticas aéreas en Vietnam.

El 23 de enero, con una inminente ofensiva enemiga, nuestro embajador en Laos, G. M. McMurtrie Godley, pidió ataques de B-52 contra una importante concentración norvietnamita que albergaba, se creía, 4.000 hombres; ésa habría sido la primera intervención de B-52 en el norte de Laos. Esto provocó en Washington un burocrático minué que decía mucho acerca de las ideas de nuestro gobierno. Nos encontrábamos entre funcionarios, que querían proteger las fuerzas norteamericanas por las que ellos sentían cierta responsabilidad, y un despiadado ataque del Congreso a esos funcionarios en sus deliberaciones.

Organicé una reunión del Grupo de Acciones Especiales de Washington para el 26 de enero

en la que se consideraría el pedido de Godley. Dos horas antes de la reunión Mel Laird me dijo que él estaba de acuerdo en usar los B-52 contra ese objetivo; por otra parte no quería que el asunto se discutiera en un foro de distintas agencias por miedo a las filtraciones. Laird urgió la aprobación por los mismos canales por los que se habían aprobado los ataques secretos en Camboya. Esta era la razón, me dijo, por la que había dado a sus representantes en el Grupo de Acciones Especiales instrucciones para que se pronunciaran en contra del uso de B-52 en el norte de Laos, aun cuando él estuviera de acuerdo. Los registros de la reunión mostrarían así la oposición del Pentágono, fuera cual fuese la opinión personal de Laird; el presidente recibiría todos los ataques por la decisión. Una hora antes de la reunión, Bill Rogers llamó para decirme que estaba en contra del uso de los B-52 en el norte de Laos y que Laird estaba de su parte. Apenas si expresé algunas dudas sobre esas afirmaciones, pero sugerí una reunión de los tres con el presidente. Lamentablemente, el presidente había elegido este momento para recluirse en Camp David para preparar su primer mensaje de veto rechazando un proyecto de ley de fondos para bienestar social. Tal como era su costumbre en esas ocasiones, no recibía llamadas telefónicas, ni siquiera mías. Cuando llegó el momento en que él estuvo nuevamente disponible, los principales actores habían hecho alguna declaración para protegerse contra cualquier posible desarrollo.

Por lo tanto comencé nuevamente mis conversaciones, esta vez con el general Earle Wheeler. Le pregunté si el objetivo del cual Laird había hablado podía ser atacado con aviones tácticos en lugar de hacerlo con B-52. (Por alguna razón, los ataques aéreos tácticos parecían provocar menos protestas que los ataques de B-52.) Wheeler me informó que ya estaba siendo atacado por aviones tácticos, pero éstos no podían compararse en efectividad con los B-52. Cuando volví a hablar con Laird éste insistió en que la concentración de 4.000 hombres de la fuerza enemiga pronto se dispersaría; era el mejor objetivo para los B-52 desde que él se había convertido en Secretario de Defensa. Por otra parte, decía, no se sentiría ofendido si esto era rechazado. Llegué a la conclusión de que era demasiado tarde para obtener el consenso en este objetivo en particular, pero le prometí obtener una clara decisión presidencial sobre los principios de un ataque semejante.

El 12 de febrero la temida ofensiva norvietnamita finalmente se produjo sobre la llanura de los Jarros. Al día siguiente, el premier Souvanna Phouma hizo un pedido formal de un ataque con B-52, el primero de varios pedidos similares. El 16 de febrero las fuerzas norvietnamitas y del Pathet Lao habían expulsado las fuerzas del gobierno de la mayor parte de las tierras altas que dominan los accesos a la llanura. El presidente convocó una reunión para la tarde del 16 de febrero con Laird, el Secretario de Estado Interino Richardson, Helms, el Almirante Moorer (Jefe Interino del Estado Mayor Conjunto), y yo. Recomendé que el presidente autorizara los ataques de los B-52 si el enemigo avanzaba más allá de Muong Soui, el punto más avanzado de la penetración comunista antes de la ofensiva gubernamental del verano anterior. El presidente estuvo de acuerdo. Los comunistas estuvieron más allá de Muong Soui en menos de 24 horas. Un ataque con tres B-52 fue lanzado la noche del 17 al 18 de febrero. Había sido necesario un mes de discusiones, una importante ofensiva norvietnamita y casi el colapso del frente laosiano para producir exactamente un ataque con aviones B-52. Hasta hoy no sé si Laird favorecía o se oponía a la acción; su actitud era compatible con ambas posiciones. Wheeler estuvo consistentemente a favor. Rogers pasó de la oposición a la indiferencia.

Pero un ataque con B-52 fue suficiente para desatar las protestas domésticas. Exactamente al día siguiente, el 19 de febrero, el *New York Times* informó que los B-52 habían sido desviados de Vietnam del Sur para atacar a los norvietnamitas y a las fuerzas del Pathet Lao al norte de Laos. Los señadores Eugene McCarthy y Frank Church no perdieron tiempo en deplorar la participación de los aviones y pilotos americanos en Laos; no hacían ninguna referencia a la ofensiva norvietnamita. El senador Mike Mansfield, también sin mencionar la continuada matanza por parte de los norvietnamitas, señaló la «escalada» americana el 21 de febrero. También aparecieron informes acerca de «norteamericanos armados y vestidos de civil» que apoyaban al comando de Laos (5). El 25 de febrero, los senadores Mathias, Mansfield, Gore, Symington, Cooper y Percy atacaron la «tendencia al secreto» de la administración acerca de lo que ellos llamaban «una creciente participación de los Estados Unidos». Los senadores Gore y Mansfield, el 25 de febrero, exigieron la publicación de los testimonios secretos de las subcomisiones presentados en octubre sobre la participación de los Estados Unidos. El senador Symington envió una carta al Secretario Rogers urgiéndole para que llamara al embajador Godley

en Laos para que atestiguará. El 27 de febrero el *Wall Street Journal* apoyó fríamente el uso de los B-52, pero advirtiendo contra una posterior escalada. El *Washington Post* el día 2 de marzo intervino con un punzante editorial titulado: «Laos: El viejo juego de las bombas».

Esta fue la culminación de una campaña de varios meses de duración en el Senado y en la prensa para llegar «a la verdad en Laos». El asunto no era conocer los hechos —éstos eran ampliamente conocidos— sino inducir al gobierno para que los confirmara públicamente, que era una cosa totalmente diferente. El Comité del Senado para Relaciones Exteriores tenía substancialmente un conocimiento completo a través de las investigaciones de su propio personal así como de las audiencias secretas. Del mismo modo los medios habían dado al público una imagen bastante precisa. El asunto para nosotros era hasta qué punto un reconocimiento oficial de nuestras operaciones en Laos aniquilaría lo que quedaba de los Acuerdos de 1962, le daría a Hanoi el pretexto para aumentar sus agresiones en el norte de Laos y avivaría aún más la apasionada controversia interna.

Nuestro papel en Laos había sido «secreto» durante tres administraciones de dos partidos precisamente porque cada presidente siempre quiso que ese papel fuera limitado. Revelar públicamente esos límites era tan peligroso para esta estrategia como lo era revelar la dimensión misma de nuestra participación. Y ahora se nos presionaba para que hiciéramos ambas cosas. Desde el punto de vista de los críticos, el tema era útil para un desafío a toda la cuestión Vietnam. Muchos hasta habrían considerado un beneficio extra el hecho de que la eventual caída de Laos condujera a una caída de Vietnam. No querían hechos, sino municiones.

A pesar de estos riesgos llegamos a la conclusión de que era necesaria alguna declaración formal de nuestra política e intenciones en Laos. El razonamiento que conducía a esta conclusión era un tanto bizantino. Laird quería una declaración pública que contrarrestara las filtraciones del Departamento de Estado que lo convertían a él en el villano de la pieza; para lograr este objetivo, la explicación debía venir de cualquier parte menos del Departamento de Defensa. Rogers se oponía a una declaración del Departamento de Estado por las mismas razones; no tenía él ningún deseo de saltar las barricadas a propósito de Laos. Sugirió que se hiciera público el testimonio secreto del Departamento de Estado que había sido presentado ante la Sub-Comisión Symington. Este se había comportado honorablemente. En aquellos lejanos tiempos, los secretos eran todavía sacrosantos en muchas Comisiones del Senado. Pero si la Administración diera su consentimiento, se dañaría la práctica y los principios de las sesiones secretas. En el futuro, lo único necesario para hacer que los testimonios secretos pasaran al dominio público sería la generación de una controversia pública; sería una tentación perpetua para que una comisión adversa estructurara las presentaciones secretas de modo tal que generara un máximo de publicidad contraria y luego se viera obligada a la revelación.

Explicué el asunto en un memorándum al presidente de este modo:

El verdadero asunto Laos está totalmente relacionado con Vietnam:

—No cabe duda de que los norvietnamitas pueden apoderarse de Laos en cualquier momento que decidan, suponiendo que estén dispuestos a pagar el precio político y psicológico de perturbar los acuerdos de 1962.

—En caso de que Vietnam del Norte se apoderara de Laos, todas nuestras negociaciones con respecto al conflicto en Vietnam se verían afectadas. En realidad, si las operaciones militares norvietnamitas en Laos triunfan hasta el punto de que Souvanna crea que debe sucumbir a su influencia para poder sobrevivir, podemos anticipar que él se negaría a permitirnos continuar nuestra intervención en la Ruta Ho Chi Minh, y de ese modo nuestras operaciones militares en Vietnam del Sur se verían catastróficamente dañadas.

—Estas son las consideraciones fundamentales, el resto son tonterías...

—El Departamento de Estado considera la publicación del testimonio de la Sub-Comisión Symington como el modo más simple de actuar. Podríamos así matar dos pájaros de un tiro: aplacar a Symington, Fullbright y otros y a la vez mostrar al público qué estamos realmente haciendo.

—Por otra parte, no es seguro que la publicación de las partes más delicadas del testimonio aplaque a los Senadores. Ellos *saben* qué está ocurriendo en Laos, y por qué. Las sesiones con el ejecutivo los han informado sobre ello...

—La publicación del testimonio ayudaría a los norvietnamitas a documentar su

caso en el sentido de que estamos violando los Acuerdos de Ginebra, sin admitir que ellos mismos los están violando y de ese modo afectarían seriamente las bases reales para nuestras acciones.

También haría más difícil para los soviéticos preservar su presente posición relativamente amistosa respecto del Real Gobierno de Laos...

—Además, al ceder en el caso de Laos, la actitud de la Administración de no publicar las partes delicadas de los procedimientos, sería dañada en relación con otros países. Podríamos tal vez abrir una verdadera caja de Pandora con muchos problemas para nosotros, no sólo desde el punto de vista doméstico, sino también en nuestras relaciones con otros países. Nuestra buena fe para preservar la santidad de los acuerdos internacionales ya no ofrecería ninguna seguridad, y la utilidad de los diplomáticos que los hayan negociado se vería comprometida. Estoy particularmente preocupado por la reacción de Tailandia, que ya ha cuestionado nuestro compromiso con ellos.

Una reunión de CNS el 27 de febrero trató nuestra posición pública respecto de Laos. La decisión, para gran alivio de los miembros de gabinete, fue que el equipo del CNS prepararía una declaración y ésta sería dada a publicidad por la Casa Blanca. Por qué acepté un procedimiento que pondría la Casa Blanca en la línea de fuego de cualquier disputa —sea inexperiencia burocrática o simplemente agotamiento después de tanto pasar la responsabilidad de uno a otro— es algo que en esta fecha tan lejana me resulta imposible determinar. Sea cual fuere la razón, el equipo del CNS comenzó rápidamente a preparar una declaración pública que explicara nuestra participación en Laos. Para evitar que apareciera excesivamente defensiva, le di la forma de una nueva propuesta a los dos co-presidentes de la Conferencia de Ginebra, Gran Bretaña y la Unión Soviética, para que se llamara a una nueva conferencia a los signatarios de los Acuerdos de 1962 para desarrollar nuevas garantías para la neutralidad de Laos. Yo no me hacía ninguna ilusión de que esto ocurriera. Ni Londres ni Moscú estaban ansiosos de exponerse por este asunto.

La declaración, publicada el 6 de marzo, era un relato total y honesto de la participación americana y de las razones para el secreto desde la administración Kennedy. Pero produjo una importante controversia a causa de una imprecisión generada en parte por la falta de meticulosidad de las agencias al proveer a mi equipo todos los detalles (la responsabilidad de todos modos no caería sobre ellos), y en parte por un honesto descuido burocrático. Nixon creyó que el mejor modo de demostrar que no había ningún norteamericano involucrado en combate terrestre en Laos, era enfatizar que ninguno había muerto en tales actividades. «Nadie se preocupa por los ataques de B-52 en Laos. Pero sí hay preocupación por nuestros muchachos allá», me había dicho Nixon después de la reunión del CNS. Winston Lord, mi nuevo asistente especial —que luego se convertiría en uno de mis más íntimos amigos— tuvo a su cargo la preparación de la declaración. Él y otros controlaron cuidadosamente con los otros departamentos. A ellos se les dio la impresión de que la única vacilación acerca de una afirmación de que ningún miembro del personal de los Estados Unidos había muerto en Laos, se relacionaba con algunas bajas entre los equipos de reconocimiento que esporádicamente habían entrado en el sur de Laos desde Vietnam para observar y tratar de impedir la infiltración de la Ruta Ho Chi Minh (el nombre en código de esta operación era «Operación Fuego de Pradera»). Dado que estas actividades estaban claramente relacionadas con la guerra en Vietnam y no tenían nada que ver con las batallas en el norte de Laos, creímos que podíamos confirmar una expresión como «ningún norteamericano destinado en Laos ha muerto en operaciones de combates terrestres».

Hacer una directa afirmación de hechos sobre asuntos que se extienden por más de una década es ciertamente un signo de inexperiencia. Jamás puede uno estar seguro sobre cuáles hechos han sido ocultados por la burocracia y pueden súbitamente aparecer. Pronto recibiría yo una lección sobre los peligros de ser demasiado categórico.

Después de que la declaración fuera publicada el 6 de marzo, la burocracia comenzó a dejar filtrar a la prensa lo que no había sido capaz de informar al presidente: que algunos pocos norteamericanos destinados en Laos, civiles y militares no en combate, habían efectivamente muerto a causa de fuego casual en los nueve años previos. La Casa Blanca se vio obligada a reconocer el 8 de marzo que ahora tenía información procedente del Departamento de Defensa en la que se afirmaba que seis civiles y un capitán del ejército «no comprometidos en operaciones de combate» habían muerto en Laos desde el comienzo de 1969. Un promedio de unos cuatro

norteamericanos civiles habían muerto en Laos en cada uno de los cinco años precedentes. El 10 de marzo, el Departamento de Defensa generosamente anunció que los militares cumpliendo servicio en Laos habían recibido el derecho «a paga por fuego enemigo» desde el 1 de enero de 1966. Una investigación subsiguiente para determinar quién era responsable por los errores produjo la nada sorprendente conclusión de que fueron el resultado de una serie de malentendidos y un fallo de comunicación. Lord hizo una autopsia siguiendo el proceso de preparación y las discusiones entre el Departamento de Defensa y el equipo de CNS; el resultado no refleja la agonía de este honorable y brillante hombre durante las que fueron sus primeras pocas semanas en el ingrato trabajo de ser mi asistente especial. Nixon estaba furioso por lo que consideraba un fallo de mi vanidoso equipo; durante una semana no pude conseguir una entrevista con él. Asumí toda la responsabilidad. El 9 de marzo escribí lo siguiente a Laird, con copia al Presidente:

Querido Mel:

Para evitar malos entendidos, quiero que sepa que sus recuerdos son correctos. Su equipo marcó dos veces la frase que se refiere a los muertos americanos en combate. Yo creí equivocadamente que esto era el resultado de FUEGO DE PRADERA y por lo tanto ajusté la declaración para tener en cuenta eso. Sin embargo, es obligación de mi función impedir errores como éste y por lo tanto usted no tiene ninguna responsabilidad.

Afectuosamente, Henry A. Kissinger.

Naturalmente, la prensa y el Congreso estaban furiosos por lo que consideraban —sobre la base de cuatro o cinco muertes no producidas en combate— una confirmada participación militar norteamericana en Laos. El debate público se centralizó en la nueva «falta de credibilidad» más que en la subyacente realidad de que la participación norteamericana en Laos era mínima y se podía demostrar y que Vietnam del Norte había lanzado una ofensiva.

La situación en Laos pronto dio otro grave giro. El avance comunista llegó al área de Long Thieng, la última plaza fuerte antes de Vientiane. También amenazó el cuartel general de Vang Pao, el líder de las tribus que estaban resistiendo la dominación comunista. Ante un inminente avance comunista sobre el Mekong, Tailandia ofreció enviar voluntarios a Long Thieng si el gobierno de Laos así lo requería. Esta propuesta fue poderosamente resistida por el Departamento de Estado y sólo recibió un tibio apoyo por parte de otras agencias en dos reuniones del Grupo de Acciones Especiales. Después de recibir un pedido formal tanto del gobierno de Laos como del de Tailandia, el presidente pasó por encima de las agencias. Él estaba convencido y yo estaba de acuerdo en eso, de que rechazar la oferta crearía dudas en Tailandia acerca de nuestro compromiso con su defensa y podría asustar a Souvanna. El 26 de marzo informé al Grupo de Acciones Especiales de Washington acerca de la decisión del presidente.

El gobierno de Laos lanzó una contraofensiva el 27 de marzo ayudado por voluntarios de Tailandia. Su intervención fue decisiva. El 31 de marzo las fuerzas del gobierno de Laos recapturaron la vecina Sam Thong; su aeropuerto pronto volvió a entrar en actividad y nuestros aviones comenzaron a llevar suministros. Las fuerzas norvietnamitas se retiraron del área de Long Thieng al día siguiente.

La crisis de Laos se apaciguó de este modo durante el resto del año; el equilibrio político y militar en el norte de Laos había sido mantenido. Pero la ruptura dentro de nuestro gobierno había sido dramatizada; y nuestra oposición desarrolló una desconfianza tan corrosiva que se nos acusó de provocar lo que queríamos evitar y se sospechó que nosotros organizamos lo que ocurrió después: un golpe de estado en la vecina Camboya. Los hechos eran diferentes.

LA CAÍDA DE SIHANOUK

Durante casi treinta años la vida política de Camboya ha sido sinónimo de la tempestuosa carrera y personalidad del Príncipe Norodom Sihanouk. Coronado rey en 1941 a la edad de dieciocho años, abdicó al trono en 1955 para asumir un activo papel como Primer Ministro; en junio de 1960, por voto unánime de la Asamblea Nacional de Camboya, fue elevado a Jefe de Estado. Fue Sihanouk quien guió el reino de Camboya a la independencia de Francia en 1953, dio forma a sus instituciones y dominó su conducta política.

Al conducir su país, Sihanouk hábilmente mantuvo un equilibrio entre Oriente y Occidente en su política global, entre la Unión Soviética y China al surgir el cisma comunista, entre las partes contendientes en la batalla de Vietnam, y entre la izquierda y la derecha dentro de su propio país. Voluble, errático, amante de las diversiones —«mercurial» sería la palabra justa— diestramente convirtió su país en un remanso de paz en medio de sangrientas guerras que devoraban el resto de Indochina. Finalmente —súbitamente— en 1970 el equilibrista perdió pie y cayó, y de ese modo condenó a su pueblo a un infierno mucho peor que el que sus vecinos jamás tuvieron que soportar.

El 7 de enero de 1970, el Príncipe Sihanouk, con su mujer Mónica y un grupo de once personas, abandonó su capital Phnom Penh por un periodo de vacaciones de dos meses en una clínica en Grasse, en la Riviera francesa. Era su costumbre «hacer una cura» allí cada dos años para aliviar las incomodidades de lo que él llamaba su «obesidad, problemas sanguíneos y albuminuria». Durante su ausencia el gobierno fue dejado en manos de líderes por él elegidos: el Presidente de la Asamblea Nacional (que se convirtió en Jefe Interino de Estado), el Primer Ministro Lon Nol (a quien Sihanouk había nombrado en agosto de 1969 y en septiembre había elogiado como «la única persona en quien puedo confiar a causa de su fidelidad al Trono y a la Nación») (*) y Sirik Matak Primer Ministro Delegado.

Las relaciones entre Sihanouk y su propio gobierno no siempre eran buenas. Los elementos izquierdistas habían sido desacreditados y expulsados por Sihanouk en años anteriores (los líderes del comunista Khmer Rojo habían sido condenados a muerte in absentia). Había algunas diferencias con el gabinete Lon Nol-Sirik Matak sobre la política económica de Sihanouk, su incapacidad para liberar el país de las fuerzas del Viet Cong y de Vietnam del Norte que ocupaban las regiones orientales, la corrupción de su entorno y su nada popular decisión de abrir un casino estatal en Phnom Penh. Pero ninguna de estas diferencias parecía ser lo suficientemente crítica en enero de 1970 como para impedir su partida hacia el sur de Francia.

Los Estados Unidos tenían aún menos predicciones de problemas. Habíamos restablecido las relaciones diplomáticas en julio de 1969, como ya lo hemos dicho, y teníamos una pequeña misión encabezada por el encargado de negocios Lloyd Rives. No había habido ningún programa de asistencia militar o económica de los Estados Unidos en Camboya desde que Sihanouk los canceló en 1963. Y, en gran parte debido a la insistencia del Senador Mansfield, ningún personal de la CIA había sido destinado a Phnom Penh después de la restauración de las relaciones diplomáticas. Durante enero, febrero y la primera mitad de marzo de 1970, los altos niveles del gobierno de los Estados Unidos estaban preocupados por la urgente crisis en Laos y la correspondiente intranquilidad interna. El 17 de marzo almorcé con Marshall Green y William Sullivan de la Oficina para el Este Asiático del Departamento de Estado. Nuestras conversaciones se centraron en China, Vietnam y Laos; mis notas sugieren que el tema de Camboya ni siquiera fue mencionado.

Desde el punto de vista norteamericano, el precario equilibrio político en la neutral Camboya, bajo la hábil, aunque impredecible, conducción de Sihanouk, era la mejor situación posible. Ciertamente, el uso de territorio camboyano por parte de Hanoi para lanzar operaciones militares contra nuestras fuerzas, en flagrante ignorancia de las leyes internacionales, era un peligro continuo. Pero en esto también se había establecido un cierto equilibrio. Sihanouk había aceptado, si bien no había alentado, nuestras operaciones aéreas contra esos santuarios; nosotros habíamos desistido de llevar a cabo operaciones terrestres más allá de la frontera; Hanoi continuaba usando esos santuarios, si bien a un costo más alto. Además teníamos alguna idea de lo precario que era el equilibrio interno de Camboya. Cuando el presidente Nixon se encontró con el presidente Thieu en Saigón el 30 de julio de 1969, Thieu le advirtió proféticamente que si el equilibrio en Camboya se veía alterado por la caída de Sihanouk, los comunistas finalmente ganarían:

El presidente (Nixon) le preguntó su opinión sobre Sihanouk. El presidente Thieu replicó que si bien Sihanouk era malo, no quería que hubiera algo peor. Agregó que sólo había dos grupos en Camboya que podían derrocar a Sihanouk, los militares o los comunistas; los militares eran débiles y deficientes, de modo que lo más posible era que

(*) Lon Nol fue también el representante de Sihanouk en las celebraciones del Día Nacional de China en Pekín el 1 de octubre de 1969 donde estuvo con Mao Tse-tung.

triunfaran los comunistas. Aun cuando los militares se lanzaran en contra de Sihanouk, tenía la sensación de que eventualmente los comunistas tomarían el poder. Lo que Sihanouk haga o pueda hacer depende en gran medida de lo que ocurra en Vietnam. Camboya es un país débil y si Sihanouk fuera derrocado, o si alentáramos el golpe, es muy posible que los comunistas tomen el poder.

Estábamos de acuerdo con esa evaluación. La tragedia de Camboya consistía en que sus tensiones internas finalmente alterarían el delicado equilibrio por el mantenimiento del cual tanto había luchado Sihanouk, desatando precisamente las fuerzas que Thieu había profetizado. El factor desencadenante fueron los santuarios comunistas desde los cuáles los norvietnamitas atormentaban a nuestras fuerzas. Esto hizo aumentar progresivamente el sentimiento nacionalista ofendido de los camboyanos, quienes a través de los siglos habían visto a sucesivos gobernantes vietnamitas colonizar sus tierras ancestrales; y hasta el área alrededor de Saigón fue tomada por los vietnamitas a los camboyanos a principios del siglo diecinueve. Si no se hubiera producido la ocupación francesa, es muy posible que toda Camboya hubiera tenido el mismo destino. La antipatía de los camboyanos por todo lo vietnamita tiene antiguas raíces. La incapacidad de Sihanouk para desalojar a los temidos norvietnamitas del suelo camboyanos deterioró su propia situación de un mes a otro.

Las declaraciones públicas de Sihanouk en ese período no dejan lugar a dudas respecto de a quiénes consideraba como una amenaza para la independencia de su país. Repetidas veces y en público protestó por la «agresión» norvietnamita y las infracciones cometidas contra la soberanía de Camboya. En junio de 1969, tres meses después de comenzados los bombardeos secretos, se quejó en una conferencia de prensa de que la provincia Ratanakiri de Camboya era «prácticamente territorio norvietnamita» y que fuerzas del Viet Minh (de Vietnam del Norte) y del Viet Cong se habían infiltrado en la provincia Svay Rieng. En el número de octubre de 1969 de *Sangkum*, un periódico del cual Sihanouk era el editor, apareció un artículo titulado «La presencia del Viet Cong y los norvietnamitas a lo largo de nuestras fronteras» en el que se protestaba en detalle por la ocupación norvietnamita; en un mapa se mostraba la ubicación de 35.000 a 40.000 soldados de las fuerzas norvietnamitas y del Viet Cong que ocupaban territorio camboyanos (cosa no inútil para nuestro servicio de inteligencia). En un artículo firmado del número de diciembre de 1969, Sihanouk llegó hasta a elogiar el papel desempeñado por los Estados Unidos en Vietnam. Decía que «con toda honestidad y objetividad», la presencia de las fuerzas norteamericanas en el sudeste asiático establecía un equilibrio regional de poderes que permitía a naciones pequeñas como Camboya «seguir siendo respetadas, si no cortejadas, por los campos socialistas europeos y hasta asiáticos». Los aliados de Norteamérica en Asia no podían compensar el retiro del poder norteamericano volviéndose a los comunistas porque, escribía Sihanouk, «como un pájaro frente a una serpiente, el pájaro, suave o no, siempre termina siendo devorado». Sihanouk terminaba su artículo con un sonoro apoyo a la Doctrina Nixon:

Es posible y hasta probable que la nueva Doctrina Nixon que prevé la no intervención de tropas norteamericanas... entre en funciones... Pero ellos (los norteamericanos) se verán obligados en su propio interés a apoyar a los nacionalistas populares en su resistencia contra el nuevo imperialismo, el del comunismo asiático... Si los EEUU dan ayuda sin condiciones y sin intervención física... tendrán ciertamente más esperanzas de ver la corriente del comunismo detenida que las que tendrían si trataran de hacerlo con sus propios soldados. En efecto, de ese modo contribuirían a cortar las alas de la propaganda subversiva del comunismo, que llama a la nación a la rebelión, y a la «liberación de la nación» cuando la región esté «ocupada» por fuerzas extranjeras...

Envié fragmentos de este artículo a Nixon el 12 de febrero de 1970. Siguiendo sus instrucciones también envié el texto completo al Senador Mansfield el 23 de febrero.

Sihanouk no tenía dudas de cuál de las dos partes había cometido la fundamental agresión en Indochina. Por ejemplo, en noviembre de 1969 el Viet Cong había disparado sobre un campamento de Fuerzas Especiales de los EEUU en Vietnam desde territorio camboyanos; la publicada respuesta norteamericana con ataques aéreos aparentemente mató a unos 25 camboyanos. Sihanouk protestó ante los Estados Unidos; nuestra política fue la de pagar compensaciones.

Sin embargo, en un discurso del 15 de diciembre, Sihanouk hizo responsables de este incidente a los norvietnamitas:

¿Quién desató el incidente Dak Dam? Fue el Viet Cong quien disparó a los norteamericanos desde nuestro territorio. Cuando fueron atacados, se enojaron y nos bombardearon. Luego el Viet Cong y el Viet Minh escaparon, y sólo los habitantes Khmer quedaron para convertirse en víctimas. Esa es la historia completa...

Los grandes poderes Rojos que aseguran ser nuestros amigos, los rojos europeos en las Naciones Unidas, nos han prohibido quejarnos ante las Naciones Unidas...

Sihanouk dijo a su público que no rompería relaciones diplomáticas con los Estados Unidos otra vez, como algunos pedían, porque si así lo hiciera, «tendríamos que hacer lo mismo con el Viet Minh y el Viet Cong, pues ellos todavía continúan cometiendo agresiones contra nuestro territorio aun después de haber establecido relaciones diplomáticas con ellos».

El 22 de febrero de 1970, hacia el final de sus vacaciones en Francia, Sihanouk anunció que de paso a su país en marzo tenía intenciones de visitar la Unión Soviética y China, «esos grandes y amistosos países» para solicitar su apoyo para reducir o eliminar la presencia norvietnamita en su país.

Pero por primera vez en su carrera Sihanouk perdió el control de los acontecimientos. El 8 de marzo, los pobladores de la provincia Svay Rieng de Camboya hicieron manifestaciones en contra de la ocupación norvietnamita. El 11 de marzo, 20.000 jóvenes camboyanos saquearon las embajadas de Vietnam del Norte y del Viet Cong en Phnom Penh. (El gobierno camboyanos claramente había tomado parte en la organización de las manifestaciones.) Ambas cámaras del Parlamento camboyanos hicieron una sesión especial conjunta y requirieron al gobierno que reafirmara la neutralidad de Camboya y que defendiera el territorio nacional. El Parlamento urgió una expansión del ejército camboyanos que Sihanouk había mantenido deliberadamente débil, pues temía que se volviera contra él.

Desde París, Sihanouk envió un telegrama público a su madre, la reina viuda que estaba en Phnom Penh, en el que denunciaba a «ciertas personalidades» de su gobierno que estaban tratando de «arrojar nuestro país a los brazos de una potencia capitalista imperialista». Anunció su intención de retornar a Phnom Penh inmediatamente «para dirigirse a la nación y al ejército para que ellos tomaran su decisión». En una entrevista mientras estaba todavía en París, Sihanouk advirtió a los norvietnamitas y al Viet Cong que si no respetaban la neutralidad de Camboya una facción pro-americana se apoderaría del gobierno (6). Por razones jamás totalmente explicadas, en París vaciló, sin embargo, y el vapor en Phnom Penh comenzó a aumentar la presión. El 12 de marzo el primer ministro delegado Sirik Metak anunció la suspensión de un acuerdo comercial con el Viet Cong y la expansión del ejército camboyanos en 10.000 hombres. Nuevas violencias anti-vietnamitas se desataron en Phnom Penh con ataques a los negocios e iglesias de la comunidad vietnamita. El 13 de marzo, el ministro de relaciones exteriores de Camboya anunció que había notificado a las embajadas de Vietnam del Norte y del Viet Cong que todas las fuerzas armadas vietnamitas comunistas debían abandonar el territorio camboyanos al oscurecer del 15 de marzo de 1970, es decir, dos días más tarde.

El mismo día, 13 de marzo, Sihanouk tomó su única y más fatal decisión. Abandonó París, no para regresar a Phnom Penh como había anunciado dos días antes, sino para realizar su proyectada visita a Moscú. Con la intención de retomar la iniciativa acerca de un asunto de gran importancia para su pueblo, anunció en París: «Voy a Moscú y a Pekín a pedirles que hagan cesar las actividades del Viet Cong y del Viet Minh en mi país». Hizo reimprimir una carta que había escrito en la Agencia de Noticias Khmer y en la que decía que lucharía «contra los vietnamitas comunistas que, aprovechando la situación militar, se infiltran y se instalan en nuestro territorio». A pesar de su primera intención de regresar rápidamente a Phnom Penh, a pesar del consejo del presidente Podgorny en el sentido de que volara a su país al día siguiente, Sihanouk pasó cinco días cruciales en Moscú tratando de conseguir ayuda militar. Era un último esfuerzo para aplacar a sus propios militares que estaban furiosos al no poder recibir nuevos equipos. Y aún así no se dirigió a Phnom Penh sino a Pekín. Según sus propias palabras, Sihanouk afirma en tono más bien defensivo que «necesitaba más tiempo para observar los desarrollos en Phnom Penh (7); en varios lugares afirma que Lon Nol y Sirik Matak hubieran bloqueado cualquier intento de regresar. Pero el 18 de marzo su propia legislatura lo derrocó y

justo entonces se cerraron los aeropuertos. Sihanouk se enteró de que había sido depuesto por boca del Primer Ministro Kosygin en camino de Moscú al aeropuerto de Vnukovo. Quedó estupefacto. Ninguno de sus ayudantes había tenido el coraje de decirle que ese mismo día, un poco antes, la Asamblea Nacional de Camboya y el Consejo del Reino, en total 92 personas, en otra sesión especial conjunta, habían votado por unanimidad deponerlo como jefe de estado.

Sihanouk llegó a Pekín para ser cordialmente recibido por el Premier Chou En-lai y homenajeado por los chinos como si nada hubiera cambiado; Chou le aseguró que China todavía lo consideraba jefe de su estado. En Phnom Penh, mientras tanto, el Parlamento Camboyano nombró a Chen Heng, a quien Sihanouk había dejado en su puesto, como jefe de estado provisional, en lugar de interino. No fue un golpe militar en el sentido clásico; era el gobierno de Sihanouk sin Sihanouk.

Un relato de la conducta de Sihanouk me llegó meses más tarde por boca de Jean Sainteny. Me encontré con él en su departamento en París el 27 de septiembre de 1970, antes de una reunión con los norvietnamitas. Me reveló que había almorzado con Sihanouk en París el mismo día en que las embajadas de Vietnam del Norte y del Viet Cong fueron atacadas en Phnom Penh (11 de marzo). En aquel momento Sihanouk proyectaba regresar inmediatamente —en cuyo caso Sainteny estaba convencido que no hubiera sido depuesto—. Según Sainteny, Sihanouk cambió de idea en parte porque la princesa Mónica deseaba visitar a sus hijos, que estudiaban en Praga y en Pekín. Otra razón fue, creo, que Sihanouk tenía una excesiva confianza; no podía creer que su gobierno corriera un peligro originado en hombres que, después de todo, debían sus cargos a él. También esperaba que Moscú lo ayudara a aplacar a sus militares, tanto con ayuda militar como con presiones sobre Hanoi para que abandonara Camboya. Finalmente (como me dijo Sihanouk más adelante) había recibido un cable de su madre en Phnom Penh en el que le advertía que era peligroso regresar.

Cualquier intento de evaluar las culpas por empujar a Camboya a la tormenta de un conflicto sangriento debe comenzar acá. Para Lon Nol y Sirik Matak, el paso crucial fue su acto de bravuconería al asumir la popular batalla contra las odiadas —y muy superiores— fuerzas de Vietnam del Norte y del Viet Cong. Para Sihanouk, el paso crucial fue su semana de vacilaciones, pues lo que Lon Nol y Sirik Matak temían, lo que Podgorny le aconsejaba, y los Estados Unidos también creía y prefería, era que el audaz regreso a Phnom Penh para enfrentar a sus oponentes hiciera cambiar el curso de los acontecimientos y fuera beneficioso para todos. Una vez reinstalado en el poder, Sihanouk podría haber retomado su papel de equilibrador desde su posición tradicional, la que describí a Nixon el 21 de abril como una posición de «colocarse deliberadamente en el ala de extrema izquierda del ala derecha». Nosotros ciertamente hubiéramos cooperado con este esfuerzo. Pero el 20 de marzo los acontecimientos estaban ya fuera de control.

El papel de los Estados Unidos durante estos acontecimientos no fue tan decidido como muchos imaginan, ni tan efectivo como otros pretenden. Preocupados con Laos durante los tres primeros meses del año y sin personal de inteligencia en Phnom Penh, encontramos que nuestra información estaba muy atrasada con respecto a los acontecimientos. Nosotros ni alentamos el derrocamiento de Sihanouk, ni tuvimos noticias de ello con anterioridad. Ni siquiera advertimos su importancia durante muchas semanas. Mi propia ignorancia de lo que estaba ocurriendo se refleja en dos memorándums dirigidos a Nixon. Si bien él recibía diariamente resúmenes de los acontecimientos claves, yo no le envié un análisis más largo de las primeras demostraciones contra Sihanouk (11 de marzo) hasta el 17 de marzo, una semana de retraso que indica que Camboya difícilmente fuera una preocupación prioritaria. Y lo que es más sorprendente en ese análisis es mi sugerencia de que todo podría haber sido un elaborado truco de Sihanouk:

Dada la aguda competencia entre Sirik Matak y Sihanouk, es posible que Sirik quisiera presentarle a Sihanouk un hecho consumado, o desafiarlo a una prueba en terrenos donde la posición de Sirik Matak sería popular. Por otra parte, nadie ha desafiado a Sihanouk tan directamente desde hace años, y es perfectamente posible que esto sea una elaborada maniobra que permitirá a Sihanouk pedir cooperación china y soviética para apresurar la partida del Viet Cong y del ejército norvietnamita, con el pretexto de que un gobierno dirigido por líderes derechistas lo derrocaría si esas fuerzas no se retiraban de Camboya.

La reciente conducta de Sihanouk y del Real Gobierno Khmer estaría de acuerdo

con cualquiera de las dos tesis, es decir, o una maniobra combinada, o bien Sihanouk efectivamente se enfrenta a un desafío por parte de Lon Nol y Sirik Matak.

Las motivaciones de las principales figuras en Phnom Penh eran totalmente oscuras para mí sobre todo teniendo en cuenta que Lon Nol había estado entre lo que se beneficiaban con el contrabando con las fuerzas comunistas que su gobierno ahora desafiaba. El 19 de marzo, en otro memorándum al presidente, todavía pensaba que Sihanouk podría intentar regresar a Phnom Penh y tratar de colocar las cosas en su sitio:

Lon Nol hasta ahora se ha contentado con ser el Número Dos, pero esto parece ser un directo desafío al poder. En el odio popular contra las incursiones de los vietnamitas comunistas había encontrado un buen apoyo para desafiar a Sihanouk (y el ejército alentó ese odio), pero los manejos de Lon Nol con los comunistas no sugieren que sea un ferviente anti comunista o un patriota anti vietnamita.

Opciones futuras. Esta situación probablemente seguirá uno de estos tres caminos:

—Un nuevo gobierno dominado por Lon Nol/Sirik Matak y apoyado por el ejército, con poco apoyo popular y obligado a comprar popularidad con actividades anti vietnamitas y progreso económico.

—Un débil compromiso semejante al pacto de los barones con el rey Juan en 1215, que permitiría a Sihanouk regresar como Jefe de Estado pero con poderes muy limitados. Esta sería una situación inestable, mientras Sihanouk maniobrara, probablemente con éxito, para envolver y eliminar a sus oponentes.

—Una victoria de Sihanouk haciendo que el ejército se vuelva contra Lon Nol.

Las implicaciones para la política exterior y para nosotros. El nacionalismo Khmer ha sido excitado contra la ocupación vietnamita comunista. Cualquier gobierno futuro probablemente tendrá que ser más circunspecto y discreto respecto de su cooperación con los vietnamitas. Lon Nol ha tomado ese partido y necesitará estar en condiciones de demostrar públicamente que está tomando medidas contra la ocupación vietnamita. Del mismo modo, Sihanouk no podrá durante algún tiempo exponerse a la acusación de ser «blando con los vietnamitas».

Esto creará serios problemas al Viet Cong y al ejército norvietnamita quienes tendrán razones considerables para adoptar una línea más hostil respecto de Camboya.

Ninguno de mis informes al presidente mencionaba participación alguna de la inteligencia de los Estados Unidos ni expresaba especial complacencia por el golpe. Tampoco los informes de la CIA contenían más predicciones, sin duda en parte porque la agencia había sido expulsada de Phnom Penh. No fue hasta el 18 de marzo —el día de la caída de Sihanouk— que un informe de la CIA circuló por Washington. Éste decía que los desórdenes promovidos por Lon Nol eran precursores de un golpe contra Sihanouk si éste se negaba a seguir una política contra Hanoi. La información había sido conseguida por medio de un comerciante asiático la semana anterior; el comerciante no era identificado. La demora en la distribución de este informe y el fallo de la CIA para predecir el derrocamiento de Sihanouk fueron más tarde objeto de una investigación por parte de la Comisión Presidencial Asesora de Inteligencia Exterior. No recuerdo ningún documento que predijera el golpe y que hubiera atraído mi atención antes de los hechos, y no he logrado encontrar ninguno entre mis papeles. A propósito de fallos de la inteligencia, debemos recordar que el líder, contra quien el golpe iba dirigido, tenía muchos más incentivos para conocer la verdad de su país, pero falló y no pudo anticipar el golpe.

El 20 de marzo Nixon y yo hablamos sobre una próxima conferencia de prensa que debía ofrecer él. Recomendé que no debía hacer comentarios sobre Camboya más allá de lo que se refería a la neutralidad de este país. Nixon estuvo de acuerdo y agregó que «Sihanouk puede regresar y tomar nuevamente el poder». En la conferencia de prensa, que tuvo lugar el 21 de marzo, Nixon calificó la situación en Camboya de «impredecible» y «fluida» y expresó esperanzas de que los norvietnamitas respetaran su neutralidad. Repitió en público lo que me había dicho privadamente, que todavía esperaba que Sihanouk regresara a Phnom Penh:

...como ustedes saben, hemos establecido relaciones temporales con el gobierno que ha sido elegido por el parlamento y continuaremos tratando con ese gobierno mien-

tras siga pareciendo ser el gobierno de la nación. Creo que cualquier especulación con respecto a qué rumbo tomará este gobierno, *qué ocurrirá con el príncipe Sihanouk cuando regrese*, sería prematura y no ayudaría en nada. (La bastardilla es mía.)

Nuestras prioridades se reflejaron en una reunión del Grupo de Acción Especial en Washington el 19 de marzo convocada para hablar de Laos y Camboya; la mayor parte de las conversaciones se refirieron a Laos. Los informes de mi equipo dirigidos a mí mostraban tanta preocupación por el *Columbia Eagle*, una nave norteamericana atrapada por los camboyanos después que dos marineros se amotinaron y la condujeron a Sihanoukville, como por las implicaciones a largo plazo del golpe. Sobre la situación política consideraban el resultado como incierto y todavía quedaba abierta la posibilidad del retorno de Sihanouk. Mis papeles incluían una pregunta clave: «¿Acaso la supuesta orientación más pro occidental de Lon Nol confirma la sospecha de que la partida de Sihanouk puede conducir a una creciente inestabilidad?».

Sin embargo, la ignorancia no nos protegía contra la necesidad de una decisión. No es sorprendente que el Poder Ejecutivo estuviera aún más dividido acerca de Camboya que lo que había estado respecto de Laos. Desde el primer momento Nixon estaba a favor de una más activa política. Junto al pasaje en mi memorándum del 17 de marzo en que le informaba sobre los planes de Lon Nol para ampliar el ejército camboyanos con 10.000 hombres más, Nixon escribió: «Hagamos un plan para ayudar al nuevo gobierno en este objetivo». No había hecho yo nada al respecto todavía cuando Nixon me devolvió mi memorándum del 19 de marzo donde le informaba sobre la caída de Sihanouk, con la siguiente nota: «Quiero que Helms desarrolle y aplique un plan de máxima ayuda a los elementos pro Estados Unidos de Camboya. No comunique esto al 303 (*) ni a la burocracia. Manéjelo como a nuestro ataque aéreo Menú». Haig transmitió el pedido presidencial directamente a Helms el 22 de marzo y yo proyecté una reunión con él para el día 23.

La respuesta de Helms fue principalmente sobre asuntos de procedimientos. Arguyó que la CIA podía hacer pocas recomendaciones realistas salvo que se le permitiera abrir una estación (término de la CIA para designar una oficina residente) en Phnom Penh. Bocetó acciones posibles que iban desde cargamentos aéreos clandestinos hasta obtener apoyo internacional para Lon Nol, pero dejó ver que la Agencia no podía proponer algo concreto hasta que tuviera mejor información. Por lo tanto el presidente decidió permitir a la CIA instalar una estación en Phnom Penh. Esto no resultó ser una tarea simple, pues el Departamento de Estado la combatió duramente en parte por miedo a lo que Mansfield pudiera hacer en el Congreso. El 1 de abril, mientras yo estaba de vacaciones —otra indicación segura de que yo no consideraba que la situación fuera crítica— el presidente llamó a Rogers y a Helms a la Oficina Oval y les informó de su orden para que la CIA abriera una oficina en Phnom Penh inmediatamente.

Sin embargo, sea porque Nixon se expresó elípticamente como a menudo lo hacía en presencia de Rogers, o porque el Departamento de Estado se sentía lo suficientemente fuerte como para ignorar una orden directa, los deseos del presidente simplemente no fueron cumplidos. El 12 de abril, al día siguiente, la CIA nombró a un comunicador y a un oficial para que fueran trasladados a Phnom Penh. Pero Rogers llamó a Helms y le dijo que no creía que eso fuera sensato, aunque estuvo de acuerdo en considerar el problema de comunicaciones. Hubo aún más demoras mientras el Departamento de Estado decidía si hacía o no un pedido formal al gobierno de Camboya. El 7 de abril, el encargado de negocios Lloyd Rives fue a ver a un funcionario menor de Camboya; esto aumentaba las posibilidades de un rechazo o por lo menos de una demora. Para el obvio asombro de la Oficina de Asuntos del Este Asiático, un permiso provisional fue concedido en el acto, con la promesa de una notificación oficial a corto plazo. El Departamento insistió en esperar a la respuesta oficial, y con otra táctica dilatoria recomendó que el equipo de comunicaciones fuera transportado en un vuelo comercial y no en un vuelo militar.

El 16 de abril, quince días después de la orden directa del presidente, ni el oficial de la CIA, ni el comunicador, ni el equipo habían sido trasladados. Si bien a Nixon le desagradaba dar órdenes directas, podía llegar a ser brutal si era provocado suficientemente. Llamó a Helms, a su delegado el general Cushman, a Haig y a mí (que ya había regresado de vacaciones) para

(*) La comisión 303, en esa época rebautizada como Comisión de los 40, era una comisión interdepartamental que supervisaba las actividades ocultas de inteligencia.

manifestar su indignación ante las demoras y el desafío a sus instrucciones. Como señal de su desagrado, ningún representante del Departamento de Estado fue invitado a la reunión. Nixon dio 24 horas como plazo máximo para introducir al oficial de la CIA y al comunicador. A eso agregó una vengativa bofetada al Departamento de Estado. Como el Departamento de Estado había protestado diciendo que el tamaño reducido de nuestra embajada allí era uno de los obstáculos, Nixon ordenó que un funcionario del Departamento de Estado en Phnom Penh abandonara la embajada para dejar más espacio.

Una vez más nos enfrentamos con una de las maravillas del estado moderno: la relativa incapacidad de los líderes para dominar su burocracia o para reducir sus poderes para llevar a cabo interminables exégesis. El período de veinticuatro horas se consumió en más dilaciones. Pasó una semana entera antes de que otra explosión presidencial finalmente produjera resultados. La reducción del personal de la embajada jamás fue llevado a cabo porque los acontecimientos se adelantaron a las órdenes presidenciales.

Hasta mediados de abril, por lo tanto, nuestra capacidad para observar o influir sobre la situación en Camboya se vio severamente limitada. Para entonces, sin embargo, el asunto no era ya una disputa entre facciones camboyanas, cuyo triunfo indistinto hubiera sido compatible con nuestros intereses. Pues en los últimos días de marzo Sihanouk tomó su segunda decisión fatal. Refugiado en Pekín (donde no manteníamos ninguna clase de contactos por ese entonces), Sihanouk unió su destino con Hanoi y se volvió violentamente contra los Estados Unidos. El 20 de marzo —dos días después de haber sido depuesto— declaró efectivamente la guerra al nuevo gobierno. Publicó una declaración llamando a un referéndum nacional y denunciando su derrocamiento como «absolutamente ilegal». Culpó de la «turbulencia» en Camboya a una conspiración de la CIA con el grupo traidor que lo había depuesto; defendió a los norvietnamitas en Camboya diciendo que estaban «resistiendo al imperialismo norteamericano». Al día siguiente, Sihanouk juró luchar «hasta la victoria o la muerte» contra el nuevo gobierno, al que denunció como «títere de los imperialistas norteamericanos». A partir de ese momento, el retorno de Sihanouk habría significado no una restauración de la neutralidad, sino la victoria de sus nuevos patronos comunistas, a quienes ya no podía controlar.

En represalia, la Asamblea Nacional de Camboya votó el 21 de marzo el arresto de Sihanouk y la acusación de traición si volvía. Los periódicos y las radios de Phnom Penh estaban llenos de desagradables informes acerca de su corrupta vida personal y de ataques a sus años de liderazgo. El 22 de marzo, después de tres días de evitar comentarios directos sobre los acontecimientos en Camboya, Vietnam del Norte calificó a los nuevos líderes de Camboya de «grupo pro-norteamericano de ultra derecha». El periódico oficial del partido en Hanoi *Nhan Dan* aseguró que la expulsión de Sihanouk había sido preparada por los Estados Unidos y afirmaba que «nuestro pueblo apoya totalmente la lucha del pueblo camboyano» contra los nuevos líderes. El 23 de marzo, Sihanouk prometió en una declaración de cinco puntos la formación de un «ejército de liberación» y de «un frente nacional unido» a la par que elogiaba la lucha anti norteamericana de los comunistas de Vietnam, Laos y Camboya.

A principios de abril las fuerzas norvietnamitas y del Viet Cong comenzaron a cumplir con la «promesa» de apoyo. Las fuerzas comunistas abandonaron sus bases y comenzaron a penetrar cada vez más hacia el interior de Camboya para derrocar al nuevo gobierno. El 3 de abril los norvietnamitas comenzaron a atacar a las fuerzas camboyanas en la provincia de Svay Rieng. El 10 de abril las tropas de Camboya fueron forzadas a evacuar las posiciones fronterizas del área de Pico de Loro. Los comunistas comenzaron a hostilizar el tráfico del río Mekong. Para el 16 de abril los norvietnamitas y las tropas del Viet Cong lanzaron ataques a la capital de la provincia de Takeo, al sur de Phnom Penh. Así fue como comenzó la guerra en Camboya, semanas antes de *cualquier* acción norteamericana. ??

Al mismo tiempo, Sihanouk denunció el 2 de abril a los Estados Unidos como «el principal y único culpable responsable de la guerra y de la inestabilidad política en tres países de Indochina». El 3 de abril apeló a sus compatriotas para que huyeran a la jungla y se unieran a las «zonas de resistencia que ya estaban allí». El 4 de abril el Premier Chou En-lai, mientras hacía una visita a Corea del Norte, formalmente apoyó al movimiento de resistencia de Sihanouk. El 14 de abril Radio Pekín informó acerca del establecimiento formal el 6 de abril del comité provisional del «frente nacional unido» de Sihanouk en la provincia Svay Rieng de Camboya. En síntesis, a mediados de abril, antes de que nosotros hubiéramos llevado a cabo *ninguna* acción significativa, Sihanouk había unido irrevocablemente sus fuerzas a los comunistas, los comunistas

se habían dedicado al derrocamiento del gobierno de Phnom Penh y las unidades norvietnamitas atacaban cada vez más al interior de Camboya.

La conducta de Le Duc Tho en las conversaciones secretas eliminó todas las dudas de que Hanoi hubiera formalmente ligado Camboya a la guerra de Vietnam. Enfatizó la intención de Hanoi de derrocar el gobierno de Phnom Penh para reemplazarlo con gente aceptable para Hanoi y de usar Camboya como una base para operaciones en Vietnam. En la reunión secreta del 16 de marzo —dos días antes de que Sihanouk fuera depuesto— Le Duc Tho nos acusó de haber organizado los desórdenes en Phnom Penh de cinco días antes, acusación que yo vigorosamente negué. Consideré las enojadas afirmaciones de Le Duc Tho suficientemente preocupantes como para informarle al presidente: «Sus comentarios sobre Camboya causan preocupación y pueden indicar una creciente presión allí».

Los temores por las intenciones generales de Hanoi sólo podían ser reforzados por el súbito incremento de acciones militares en Vietnam del Sur, el cual rompió la calma que había durado desde septiembre. El 31 de marzo, mientras continuaban las negociaciones con Le Duc Tho y ante nuestra oferta de desescalada, los norvietnamitas lanzaron numerosos ataques en todo el Vietnam del Sur. Las bajas norteamericanas en esa semana fueron 138, casi el doble del total de la semana anterior.

Todo esto preparó la escena para nuestra culminante entrevista en París del 4 de abril. Le Duc Tho nos acusó una vez más por los desórdenes de Camboya y efectivamente declaró la guerra al nuevo gobierno camboyano:

Ustedes creyeron que podrían usar un grupo de militares reaccionarios para derrocar a Norodom Sihanouk y con eso resolverlo todo. Pero es un modo simplista de pensar. Son precisamente sus acciones allí las que hacen que todo el pueblo de Camboya luche contra los agentes de los EEUU. El pueblo ha respondido a la llamada del príncipe Sihanouk y del Frente Nacional de Camboya. El pueblo Khmer se ha levantado con toda su fuerza para defender la libertad y la neutralidad.

Rechacé sus acusaciones enfáticamente, pero sin ningún resultado:

Trato desesperadamente de convencer al Consejero Especial de que no hemos tenido nada que ver con lo ocurrido en Phnom Penh, si bien me halaga la buena opinión que tiene de nuestros servicios de inteligencia. Si ellos supieran que yo estoy acá, les transmitiría esa opinión.

Otra vez, digámoslo, hagamos una simple prueba. ¿Quién tiene tropas en Camboya? No precisamente los Estados Unidos. Nuevamente me siento impresionado por la habilidad lingüística de los pueblos de la península de Indochina. Antes descubrimos que el Pathet Lao hablaba vietnamita, y ahora encontramos el mismo fenómeno en Camboya.

Hemos demostrado una gran moderación respecto a las bases que ustedes mantienen en Camboya y que ustedes usan para atacar nuestras fuerzas en Vietnam...

Enfatiqué ante Le Duc Tho que los Estados Unidos no buscaban extender la guerra. Para lograr este objetivo le propuse discutir *inmediatamente* pasos específicos para asegurar la neutralidad de Camboya:

Estamos dispuestos a discutir inmediatamente medidas concretas y específicas para garantizar la neutralidad de Camboya e impedir absolutamente que se convierta en un peón en cualquier conflicto internacional. Estamos dispuestos a hacerlo bilateralmente con usted o en cualquier marco internacional... Estaremos dispuestos a considerar propuestas razonables para garantizar que Laos y Camboya —especialmente Camboya, ya que es un problema nuevo— sigan siendo neutrales.

Pero Le Duc Tho rechazó cualquier sugerencia de neutralización o de una conferencia internacional. Los conflictos en Indochina se habían convertido ahora en uno solo, afirmó; ni siquiera discutiría la posibilidad de limitar la guerra a Vietnam. Camboya se había convertido

en un teatro de operaciones y Hanoi no aceptaría ninguna discusión sobre hacerla volver a la neutralidad. Más de tres semanas *antes* de nuestras acciones, Le Duc Tho dijo:

Los tres pueblos de Indochina —el de Vietnam, el de Laos y el pueblo Khmer— han tenido una tradicional unidad en su lucha contra el colonialismo. Esto no puede ser roto por ustedes. Ahora, enfrentados con una expansión de la guerra hacia Camboya por culpa de los Estados Unidos, los tres pueblos continuarán luchando hasta obtener la victoria, sin importar cuán grandes sean los sacrificios. !!!

Según Le Duc Tho no podía haber un acuerdo formal sobre la neutralización de Camboya. En lugar de ello, el régimen que había tomado el poder en Phnom Penh debía ser derrocado: «No reconocemos el gobierno de Lon Nol-Matak. Apoyamos los Cinco Puntos de Norodom Sihanouk. Estamos convencidos de que mientras el gobierno de Lon Nol-Matak permanezca en Camboya, el problema camboyano no podrá ser resuelto».

En Camboya, al igual que en Vietnam, ahora nos enfrentábamos con la propuesta de que la única llave para la paz era el derrocamiento del gobierno establecido (que la mayoría de las naciones, incluida la Unión Soviética, continuaba reconociendo). Un portavoz del Secretario General de las Naciones Unidas, U Thant, declaró el 6 de abril que las Naciones Unidas «tratarían con las autoridades que efectivamente tuvieran el control de la situación en Camboya», reconociendo de hecho el gobierno de Lon Nol.

En Camboya, como en Vietnam, había un rechazo de las negociaciones y una deliberada expansión de la guerra por parte de Hanoi. En Camboya, como en Vietnam, Hanoi sólo estaba dispuesta a discutir la toma total del poder. Por lo tanto la situación de Camboya había cambiado fundamentalmente. Tres semanas antes, en general hubiéramos preferido que Sihanouk permaneciera en su puesto. Ahora, si él regresaba, a causa de las presiones militares de Hanoi y como un instrumento de ellos, toda Camboya se convertiría en un santuario enemigo; la ruta de abastecimientos a través de Sihanoukville se haría doblemente amenazadora. Nuestra pesadilla, como señalaba el informe del equipo de planeamiento del 1 de abril, sería «un gobierno de Sihanouk dominado por los comunistas que ofrecería un seguro santuario y una base logística para el Viet Cong y el ejército norvietnamita».

El primer pedido oficial de Camboya de ayuda militar norteamericana vino mientras gradualmente nos dábamos cuenta con desagrado de la imposibilidad de la neutralidad de Camboya, debido a la insistencia de Hanoi acerca de una dominación comunista de *toda* Camboya. La noche del 9 de abril el comandante Lon Non, hermano menor de Lon Nol y comandante de la gendarmería de Phnom Penh, pidió una entrevista con un funcionario de la embajada. Lon Non habló de la ampliación del ejército camboyano de 35.000 hombres a más de 60.000; había una inmediata necesidad de 100.000 a 150.000 armas, y luego de 200.000 a 250.000, incluyendo municiones.

Nuestro encargado de negocios, Lloyd Rives, consideró estas cantidades exageradas y las necesidades imposibles de evaluar, ya que no se detallaban los tipos de armamento deseados. A Washington, Rives recomendó «una seria consideración de la posibilidad de proveer armas a través de uno o varios intermediarios, si pudieran hallarse». El pedido de Lon Non fue presentado ante el Comité 40 el 10 de abril. (En primer lugar se consideró que el asunto debía ser tratado por los conductos de inteligencia porque todavía estábamos ansiosos por evitar la intervención directa. Al entregar las armas clandestinamente evitaríamos darle a Hanoi un pretexto para un asalto total, y también ponía un límite intrínseco a las cantidades que debíamos proveer.) El consenso general era que las fuerzas y las armas norteamericanas debían permanecer fuera de Camboya. Nuestro principal interés, en eso se estaba de acuerdo, era impedir que Camboya fuera usada como una base de abastecimientos para Vietnam. Estábamos incluso preparados para aceptar un cierto grado de flexibilidad entre Lon Nol y el Viet Cong si esto resultaba ser esencial para la supervivencia del gobierno de Camboya. Buscamos organizar la ayuda militar a través de intermediarios, tal como Rives había recomendado. El Comité 40 decidió dar instrucciones a Rives para establecer un conducto privado de comunicación con el gobierno camboyano; también decidió un acercamiento a Francia para alentar una mayor ayuda francesa a Camboya, explorar otros posibles intermediarios y hacer que el Departamento de Defensa analizara qué armamentos y municiones *comunistas* capturados estaban disponibles en Vietnam del Sur para ser transferidos al ejército camboyano (hasta ahora equipado por los comunistas). No se autorizó ninguna asistencia militar norteamericana.

Rives llevó a cabo estas instrucciones con exuberancia selectiva, en armonía con la Oficina para Asuntos del Este de Asia y su apasionada dedicación a una versión de la neutralidad de Camboya más estricta que la propuesta por el mismo gobierno de Camboya (y totalmente rechazada por Hanoi). Convirtió la oferta de ayudar a través de un tercero en una disquisición sobre la renuencia norteamericana para involucrarse directamente. Sugirió al Ministro de Relaciones Exteriores de Camboya que Francia debería ser la fuente lógica de suministros militares, e informó con aprobación la respuesta del Ministro en el sentido de que dada la renuencia de los Estados Unidos a verse involucrados, el gobierno camboyano mantendría sólo un mínimo contacto con la embajada de los Estados Unidos.

Los comunistas no mostraban una moderación semejante. El 13 de abril un puesto de avanzada militar camboyano en la provincia de Kampot, cerca de la frontera survietnamita, fue arrasado. El 13 y 14 de abril varias posiciones militares camboyanas en la provincia de Takeo, al sur de Phnom Penh fueron capturadas. El gobierno camboyano informó el 14 de abril acerca de un ataque de «varios cientos» de Viet Cong a Koh Rocar, en la provincia de Prey Veng, a unos setenta kilómetros al noreste de Phnom Penh. El 15 de abril, un puesto camboyano en Sre Khtum en la provincia de Mondolkiri cayó a manos de los norvietnamitas, dejando la ciudad de O Rang, más al este de la ruta 131, aislada. También el 15 de abril, un puesto de avanzada en Krek, en la provincia de Kompong Cham, fue tomado por los comunistas, impidiendo así el acceso de los camboyanos a la capital provincial de Mimot, a caballo de la ruta 7. El 16 de abril la capital provincial de Takeo fue atacada por fuerzas vietnamitas comunistas que fueron rechazadas. Pero el 16 de abril se apoderaron de la ciudad de Tuk Meas en la provincia de Kampot. El mismo día una pequeña fuerza enemiga atacó un puesto al norte de Kratie y también atacó la ciudad de Chhlong al sur de la capital provincial (ver mapa páginas 800 y 801). La estrategia era claramente aislar a Phnom Penh de las provincias y provocar la caída de Lon Nol.

El premier Lon Nol declaró en una transmisión del 14 de abril que «a causa de la gravedad de la situación, se ha considerado necesario aceptar desde este momento toda ayuda incondicional procedente del extranjero». Acusó a los comunistas de montar «una escalada sistemática de actos de agresión». Cuando llevé esto a la atención del presidente, Nixon dijo que estaba decidido a no permitir que el nuevo gobierno camboyano cayera bajo la presión comunista. Convoqué una reunión del Grupo de Acción Especial de Washington para el 14 de abril. La composición del Grupo era esencialmente la misma que la del foro anterior con mayor presencia de asistentes, y los documentos eran manejados por conductos más formales. El cambio de foro reflejaba que el problema de Camboya había sobrepasado los límites de inteligencia. Una importante decisión política tal vez fuera requerida en un futuro no muy distante.

El comité podía ser nuevo, pero los participantes no habían cambiado su renuencia a ver a América involucrada. Pedí al Grupo de Acción Especial que recomendara el nivel y tipo de ayuda militar que daría seguridad psicológica a Lon Nol sin por ello dar un pretexto para una ofensiva aún mayor por parte de Hanoi. Hubo consenso en enviar hasta 3.000 rifles comunistas AK-47 capturados que estaban depositados en Vietnam del Sur y, para mantener nuestra desvinculación, hacerlos entregar a través de conductos survietnamitas. Todos, incluyéndome a mí, estuvimos de acuerdo en que era «prematureo» entregar rifles M-1 americanos. Por esa misma razón informé al Grupo que el presidente no estaba todavía dispuesto a aprobar la entrega de equipos personales para mil hombres (equipos americanos de armas de mano entregados ocasionalmente por la CIA a fuerzas amigas de modo encubierto). Respecto de equipos más pesados ni siquiera se inició una discusión. El Departamento de Estado se oponía incluso a entregar suministros médicos de modo abierto; finalmente se acordó dejar la elección del modo de entrega a los mismos camboyanos. En síntesis, tres semanas después de que los norvietnamitas hubieran abandonado sus santuarios y estuvieran tratando de aislar Phnom Penh, los Estados Unidos entregaron de forma clandestina exactamente 3.000 rifles capturados. No proporcionamos ninguna otra ayuda.

Al día siguiente el gobierno de Camboya presentó un pedido de ayuda militar y económica para ampliar su ejército a 200.000 hombres. Este pedido claramente excedía los límites de la política existente; también excedía en mucho lo que a nuestro juicio Camboya podía absorber. Otra reunión del Grupo de Acción Especial de Washington se realizó el 15 de abril. Se decidió que más que iniciar un suministro formal de armas de los Estados Unidos, canalizaríamos 5 millones de dólares a Camboya a través de algún gobierno amigo (al que luego reembolsaríamos); Camboya tendría así fondos para comprar sus propias armas en el mercado abierto.

La suma era por supuesto simbólica; de ninguna manera correspondía a las necesidades camboyanas, y mucho menos a los requerimientos de Camboya. Difícilmente pueda llamarse a esto una heroica o urgente respuesta a los pedidos de un gobierno, en cuyo suelo miles de norvietnamitas estaban sistemáticamente socavando su autoridad, matando a sus ciudadanos y ocupando su territorio.

Ahora ya era evidente el esquema de agresión externa. Las fuerzas norvietnamitas estaban atacando sobre toda Camboya, concentrándose especialmente sobre las capitales provinciales y sobre las comunicaciones hacia y desde Phnom Penh.

Contra este telón de fondo de creciente amenaza norvietnamita y de sus propias y crecientes frustraciones, el presidente se ocupó personalmente en acelerar la ayuda a Camboya. En una reunión con Helms y Cushman el 16 de abril, convocada principalmente para establecer la estación de la CIA en Phnom Penh, Nixon ordenó la entrega de 1.000 equipos personales, cosa que yo había rechazado cuarenta y ocho horas antes siguiendo sus propias instrucciones. Unos días después duplicó el fondo de emergencia aprobado por el Grupo elevándolo a 10 millones de dólares. En realidad ninguna de estas instrucciones pudo ser llevada a cabo antes de que los camboyanos fueran sobrepasados por una mayor escalada de Hanoi, y la decisión de Nixon dos semanas más tarde de avanzar contra los santuarios.

En el primer momento se produjo una cierta esperanzada excitación. Yakov Malik, el representante soviético permanente ante la ONU, sugirió en una conferencia de prensa el 16 de abril que «sólo una nueva Conferencia de Ginebra podría dar una nueva solución y relajar las tensiones en la península Indochina». Que la Unión Soviética pidiera una nueva Conferencia de Ginebra era un acontecimiento sensacional; inevitablemente evocaría paralelos con la terminación de la Guerra de Corea. Fue analizada solemnemente por el gobierno de los EEUU y recibió una masiva atención por parte de los medios de comunicación. Nosotros nos hubiéramos mostrado sumamente ansiosos por explorar esa posibilidad. Consideré que era prácticamente imposible que Malik hubiera hablado sin que Hanoi lo supiera con anterioridad —especialmente teniendo en cuenta que Le Duc Tho estaba en ese momento en Moscú—. Le di al presidente las siguientes posibles explicaciones:

—La posición norvietnamita es más débil que lo que nuestra inteligencia informa y Hanoi está particularmente preocupado por la posibilidad de otra larga guerra en Camboya. Necesita un respiro. Tal vez traten de suspender la conferencia después de obtenerlo. (Tanto la conferencia de 1954 como la de 1961-62 fueron interrumpidas por periodos de diversa duración.)

—Después de la interrupción de todos los contactos válidos en París, Hanoi siente la necesidad de un foro para tratar con nosotros seriamente. También puede querer tratar seriamente con el gobierno de Vietnam, cosa que puede hacer con mayor facilidad en una estructura mayor.

—Cualquier conversación acerca de una Conferencia de Ginebra (aún cuando no surja de ella una conferencia) haría refrenar nuestras represalias contra cualquier nueva medida militar que Hanoi pueda tomar. (Pero dudamos que los soviéticos se dejen usar de este modo cuando ellos tienen asuntos muy serios con nosotros en Viena, es decir, SALT.)

Pero antes de que pudiéramos responder, el 18 de abril, Malik se retractó de su «propuesta». Lo hizo con la sangre fría que ha caracterizado a los diplomáticos soviéticos por mucho tiempo en casos de retractaciones súbitas y que luego son consideradas como la esencia lógica de la ortodoxia. Repentinamente y sin ninguna explicación, Malik afirmó que una Conferencia de Ginebra sería poco realista y que «los americanos deben salir de Vietnam antes de que puedan darse pasos positivos». La ruta de la negociación fue otra vez cerrada con brusquedad. No había conferencia; la precondition para las negociaciones era el retiro unilateral de las fuerzas norteamericanas de Vietnam.

La irritación de Nixon por el ritmo lento de nuestra reacción continuaba creciendo. Al leer un informe sobre una base del Viet Cong en una zona montañosa en el interior de Camboya, ordenó un ataque de B-52 en menos de dos horas. Esto demostró ser muy poco práctico porque los B-52 hubieran demorado más de dos horas en llegar al lugar y porque el informe no había sido confirmado; y también por el indeseable simbolismo de un ataque de B-52 en el interior de Camboya antes de tomar otras decisiones fundamentales. Nixon insistió en una bélica cam-

paña psicológica para ligar a Sihanouk a los comunistas y para dramatizar el apoyo de los EEUU a Lon Nol. Tenía una exaltada opinión de la capacidad de la CIA para la «propaganda negra» y todavía más sobre sus efectos. Esta idea fue también rápidamente sobrepasada por los acontecimientos.

A mediados de abril, es decir, más de un mes después del golpe en Camboya, los Estados Unidos apenas si habían movido un dedo. Nosotros todavía no habíamos proporcionado ayuda militar, ni apoyo de inteligencia y sólo teníamos contactos formales con el nuevo gobierno. El mismo golpe se produjo sin la menor advertencia; sus consecuencias amenazaban no sólo la libertad de Camboya sino toda nuestra posición en Vietnam. En lugar de una franja de santuarios aislados cerca de la frontera con Vietnam, después de la caída del gobierno de Lon Nol, tendríamos que enfrentar a *toda* Camboya como una base comunista extendida sobre 900 kilómetros a lo largo de la frontera de Vietnam del Sur y con reducidas líneas de abastecimientos desde el mar. La vietnamización y el retiro norteamericano se verían desvirtuados. De ese modo estábamos siendo empujados a apoyar a Lon Nol con vacilaciones, con renuencia, como reacción a las cambiantes circunstancias en Camboya que nosotros no podíamos ni predecir ni controlar, y con una serie de medidas a medias que siempre quedaban atrás de una situación que se deterioraba rápidamente. De todas las partes que debían tomar las decisiones cruciales en ese período —Hanoi, Lon Nol, Sihanouk y los Estados Unidos— nosotros éramos quienes tenían menor libertad de elecciones. La documentación no deja dudas de que los norvietnamitas, también tomados por sorpresa por el golpe de marzo, tenían la mayor responsabilidad por los acontecimientos en Camboya. Su ocupación ilegal y arrogante del territorio camboyano había deshecho la frágil unidad del país neutral de Sihanouk; ellos crearon el Khmer Rojo como una fuerza contra Sihanouk mucho antes de su caída; lo usaron después para legitimar esa pequeña banda cuando fue al exilio. El 4 de abril Le Duc Tho se había negado a discutir no sólo un cese de fuego en cualquier lugar de Indochina, sino también cualquier plan para la neutralidad de Camboya. Fueron ellos, no nosotros, los que decidieron una guerra sin cuartel sobre el sangrante cuerpo de un pequeño reino neutral que lo único que quería era vivir tranquilo.

La agonía de Camboya, pues, se desarrolló con el determinismo de una tragedia griega. Los comunistas estaban decididos a una victoria total; el orgullo herido de Sihanouk lo llevó a hacer causa común con sus anteriores enemigos mortales; y para ese entonces nosotros comenzábamos a abandonar Indochina y a perder nuestro poder de controlar los acontecimientos.

Pero antes de que la suerte fuera finalmente echada, hubo un breve intervalo durante el cual, para poder mantener nuestra posición en Vietnam, debimos dar otro paso unilateral para debilitarla. Había llegado el momento de una nueva decisión de retirar tropas.

EL ANUNCIO DEL RETIRO DE TROPAS DEL 20 DE ABRIL

Superficialmente, el asunto era directo. El más reciente retiro (anunciado el 15 de diciembre de 1969) había sido de 50.000 hombres en un período de cuatro meses que se cumplía el 15 de abril de 1970. Con 115.000 hombres ya retirados, era claro que el próximo incremento comenzaría a reducir rápidamente nuestra fuerza de combate. El dilema era evidente. La reducción de tropas ciertamente limaba asperezas en nuestro país, pero reducía la necesidad de Hanoi de negociar nuestra desvinculación. Y si la vietnamización no compensaba los baches defensivos dejados por nuestra retirada, arriesgábamos no sólo nuestra fuerza para negociar, sino también la independencia de Vietnam del Sur y la entera base de nuestros sacrificios.

Si bien todas las agencias aprobaban de palabra la vietnamización, por lo menos tres escuelas de pensamiento se habían desarrollado a mediados de 1970. La experiencia del Secretario Rogers había sido en política interna. Era agudamente sensible a la opinión pública y a la del congreso. No tenía una visión instintiva de las consecuencias geopolíticas de una derrota norteamericana ni de lo que decisiones adoptadas por motivos de consideraciones domésticas podrían incidir en nuestras negociaciones. Él estaba de acuerdo con el mayor retiro posible en el menor tiempo posible; los efectos militares eran considerados por él como fuera de su jurisdicción. Su Departamento inundó a Saigón con una serie de propuestas de reformas políticas, más a tono con nuestras presiones del Congreso que con las realidades de un país deshecho por la guerra, con limitadas tradiciones democráticas, invadido por varios cientos de miles de tropas enemigas y guerrillas.

El Secretario Laird era el consejero presidencial más políticamente sutil. Él comprendía la ambivalencia del público, demostrada por cada encuesta. Se oponía a los retiros unilaterales, pero quería que la guerra terminara, y veía la reducción de nuestras fuerzas militares como un signo de progreso. Laird aspiraba a estar a tono con este estado de ánimo. Estaba dispuesto a dar a la vietnamización una verdadera posibilidad; durante largo tiempo favoreció una fuerza residual americana de varios cientos de miles. Pero quería llegar a esa fuerza residual rápidamente para así mantener la confianza del público. Consideraba que esto era importante para hacer que nuestra retirada pareciera lo más inexorable posible. También veía a Vietnam como un obstáculo a sus planes para modernizar nuestras fuerzas armadas; las presiones del Congreso para cortar su Presupuesto de Defensa serían reducidas, creía él, si se lo identificaba con el retiro de tropas. Trataba de garantizar su curso de acción preferido, engranando el ritmo de la retirada con el presupuesto de defensa de manera tal que cualquier desaceleración de los retiros se tradujera en una reducción presupuestaria. De esta manera se ganaba el apoyo de las fuerzas armadas a una rápida retirada, amenazándolas en sus nuevos proyectos más acariciados.

Inicialmente, yo había sido el más escéptico de los consejeros presidenciales, pero una vez embarcados en la vietnamización, hice cuanto más pude para que ésta fuera lograda. Sin embargo, era claro para mí —si no para todos mis colegas— que nuestro compromiso para la vietnamización reducía progresivamente otras opciones. Si nos hubiéramos preparado para aceptar la caída de Saigón podríamos haber adoptado cualquiera de las muchas propuestas para determinar un plazo, cosa que se había convertido en algo imprescindible en el debate público y del congreso y que además contaba con cierto apoyo por parte de los niveles medios de la administración. Pero si realmente lo que decíamos acerca de las consecuencias globales de la caída norteamericana tenía algún valor, debíamos dar a los survietnamitas tiempo para reemplazar las fuerzas norteamericanas sin ninguna catástrofe. Y si queríamos mantener las fuerzas de negociación, nuestra estrategia de retirada debía dar al presidente alguna opción para acelerarla o desacelerarla de acuerdo a las acciones enemigas. Esta era también la opinión de Nixon.

Estas diferencias de perspectiva, algunas de ellas de matices, otras más substanciales, adquirirían agudeza porque cada uno de los actores principales tenía suma conciencia de la percepción del público. Todos querían parte del crédito por el programa de retirada; ninguno quería recibir las acusaciones por los fracasos o derrotas que pudiera producir. Proliferaron los memorándums para que estuvieran disponibles como referencia posterior; los autores creían que la historia sería generosa con aquéllos que abogaban por grandes retiradas. El presidente, ansioso por obtener toda la publicidad favorable que fuera posible, cuidadosamente se adhería a sus propios consejos. Temía que si se mostraba más confiado, sus asociados dejarían escapar números de retiradas más grandes de los que estaba dispuesto a autorizar, poniéndolo de ese modo en desventaja a los ojos del público.

Este era un juego en el que Laird no sería fácilmente superado. Era un patriota cuyos instintos estaban todos dirigidos a ganar la guerra; era también un realista que comprendía que las perspectivas para ello eran por lo menos problemáticas. Era un político de alma. Estaba perfectamente dispuesto a apoyar una política más fuerte siempre y cuando no se lo identificara como su autor principal. En las crisis era formidable. Al enfrentarlas producía una lluvia de memorándums que hacía casi imposible determinar sus reales intenciones o —lo que era más importante para él— su precisa recomendación.

Cada decisión de retiro de tropas preparaba el escenario para otro de los sorprendentes *tours de force* de Laird. En 1970 Laird había comenzado temprano. El 27 de febrero le escribió al presidente explicándole que sus posibilidades presupuestarias para distribuir los «cada vez más escasos recursos» para las operaciones militares de los EEUU en Vietnam, durante los años fiscales de 1970 y 1971, se harían cada vez más difíciles. La situación presupuestaria era «estrecha bajo cualquier punto de vista razonable»; los cambios en las necesidades de combate también podrían producir nuevos «problemas de recursos» por lo que la reprogramación de fondos «no sería una tarea fácil». Laird recordaba al presidente que los planes presupuestarios para el año fiscal 1971 se habían basado en la suposición de una reducción de los esfuerzos de combate y de apoyo por parte de los EEUU, y estas limitaciones «restringen hasta un grado considerable nuestra capacidad de imponer nuevas operaciones». En otras palabras, Laird se oponía a operaciones militares nuevas o a la expansión de las existentes, pero trataba de culpar por cualquier fracaso a las limitaciones presupuestarias que impedían esas nuevas operaciones.

El 11 de marzo consulté la opinión del general Wheeler sobre los méritos relativos de un incremento en la retirada de cuatro meses (el período más largo que en ese entonces se consideraba) o dos retiradas de dos meses cada una. Wheeler respondió el 20 de marzo con un memorándum no firmado que hizo llegar al presidente a través de Haig, evitando de este modo el inconveniente de los canales del Departamento de Defensa y la certeza de la ira de Laird. Wheeler recomendaba la actitud de una sola retirada porque el mayor período daba una mayor flexibilidad y hacía posible retener unidades claves hasta el final del período. Sin embargo, Wheeler agregaba que prefería que no hubiera «ningún otro movimiento» a causa de la inseguridad de la situación general. Enérgicamente sugería demorar la decisión para la próxima retirada durante noventa días.

Laird volvió a entrar en el debate el 4 de abril con un largo memorándum cuya médula era recordar a todos que nuestro esfuerzo en Vietnam era «grande y costoso». Recomendaba una cifra mensual fija para la retirada y una reducción en las operaciones tácticas y de B-52 en proporción con nuestros retiros. Lanzándose en una incursión en los dominios del Departamento de Estado, Laird recomendaba que buscáramos una solución diplomática a nuestro problema. Urgía para que ofreciéramos un cese de fuego en Vietnam y nuevas y mayores propuestas para una desescalada en Laos y Camboya, para que nombráramos un nuevo embajador de alto nivel en las conversaciones de paz en París, o para que exploráramos la propuesta francesa para una conferencia sobre Indochina. Además de esto, Laird aseguraba su total dedicación a los programas y políticas del presidente.

Laird no puede ser culpado por no saber que estos esquemas ya habían sido rechazados por Le Duc Tho. Era, en efecto, una flaqueza de nuestro método de gobierno el que el Secretario de Defensa operara en un vacío tal. Pero su memorándum tocaba asuntos que iban más allá de sus conocimientos tácticos. Y todas sus proposiciones militares, como señalé en un memorándum al presidente, daban por supuesto que la amenaza enemiga declinaría paralelamente a nuestros retiros. Lo más posible era lo contrario.

Durante toda la guerra hubieron muchas exhortaciones, por parte de críticos dentro y fuera del gobierno, para evitar una solución militar y buscar una solución diplomática. Pero la verdad cruda es que esta distinción no sólo era inaceptable para nuestros adversarios; era incomprensible para ellos. Cada vez que me reuní con Le Duc Tho, pasó la mayor parte de nuestro tiempo describiendo la inutilidad de nuestra posición militar. Este era el factor «objetivo» que él suponía impulsaría nuestra eventual aceptación de las exigencias norvietnamitas. No había una alternativa puramente diplomática. Si los esfuerzos militares y políticos no se hacían coordinadamente, ambos resultarían estériles. Hasta 1972 Hanoi jamás nos dio una opción política; su posición negociadora consistía en exigir la retirada unilateral en plazos cortos y el derrocamiento del gobierno de Saigón. Hanoi tomaba esta actitud porque creía estar ganando; se decidió por un compromiso sólo después de que el equilibrio militar se hizo obvio.

Estaba yo más comprometido a una solución política y más dispuesto a producir fórmulas de negociación en ese sentido que cualquiera de los otros consejeros de alto nivel, pero era precisamente por esta razón por la que insistía en una estrategia militar que persuadiera a Hanoi para un compromiso y para negociar. Plazos fijos y retiradas automáticas no ayudaban a una solución política; disipaban nuestras bases de negociación. Temía yo que corriéramos el riesgo de tener un programa de retiradas demasiado lento como para satisfacer a nuestros críticos, pero demasiado drástico para ser militar o políticamente efectivo. Eso no era una política, sino una abdicación; haría que el colapso fuera inevitable en el mismo intento de dilatarlo.

El 8 de abril la evaluación del general Abrams llegó a la Casa Blanca. (En realidad había sido enviada casi tres semanas antes, pero a causa de que sus recomendaciones no eran las apetecidas, había sido detenido en el Pentágono para ser «analizada».) Apoyaba la recomendación de Wheeler respecto a una demora de 90 días en los retiros. Y desafiaba seriamente las reducciones propuestas por Laird en las operaciones aéreas tácticas y en las misiones de B-52. Abrams subrayaba que nuestros retiros lo forzaban a usar las fuerzas survietnamitas en un papel estático y defensivo. De modo que los B-52 se convertían en su única reserva estratégica. El 15 de abril envié al presidente un memorándum en el que argüía que dado que la vietnamización produciría ganancias «frágiles» y las fuerzas aliadas habían sido forzadas «casi hasta los límites de sus capacidades», las bruscas reducciones de operaciones aéreas, implicadas por el presupuesto de defensa, tenían derivaciones molestas. Recomendé que el presidente ordenara un estudio sobre cuáles operaciones aéreas serían necesarias para apoyar la vietnamización. Esa orden

fue dada el 17 de abril. Eso puso fin a las reducciones durante la crisis inmediata, pero la disminución de las operaciones aéreas volvieron a hacerse —casi imperceptiblemente— en el otoño, obligándonos a enviar substanciales refuerzos cuando se abrió la ofensiva enemiga en 1972.

Consideré seriamente los pedidos de Abrams y Wheeler para mantener los niveles de tropas, especialmente a la luz de las ofensivas norvietnamitas en Laos y en Camboya. Pero yo sabía también que detener la retirada durante noventa días desataría las mismas protestas públicas del verano anterior y haría que el eventual e inevitable retiro posterior de las tropas pareciera como una derrota. Mi conclusión era que un fallo primario estaba en los plazos aparentemente inmutables. Cada tantos meses se esperaba un anuncio y siempre desataba un debate dentro del Poder Ejecutivo así como en el público. Estos autoimpuestos plazos ponían a prueba nuestra paciencia y creaban dudas respecto de nuestros propósitos.

Por todas estas razones propuse que Nixon anunciara una gran retirada que se extendiera en el plazo de un año. Después de consultarlo con el general Wheeler, recomendé una reducción total de 150.000 hombres. Esto representaba un ligero aumento en el ritmo mensual de retiros; pero para compensarlo propuse que sólo un pequeño retiro se produciría dentro de los noventa días siguientes, con el máximo de retiros planeados para 1971. Nixon comprendió la ventaja estratégica que esto le daba y el favorable efecto en el público. Pero él también estaba convencido de que si revelaba sus intenciones a los suyos se vería rápidamente envuelto en una controversia en por lo menos tres frentes: tratarían de convertir sus planes en uno de cifras mensuales fijas; lo presionarían para que el ritmo fuera acelerado; y al final existió la casi certeza de una filtración organizada de modo tal como para crear la impresión de que otros habían recomendado cifras aún mayores.

El resultado fue una complicada partida de ajedrez burocrática por la que Nixon, con mi ayuda, se movería hacia una decisión ya tomada, mientras confundía a su gabinete en lo que a sus planes se refería. Primero necesitábamos las reacciones de Bunker y Abrams. El 6 de abril les envié un mensaje no oficial a ambos:

...cualquier anuncio que sea substancialmente menor que la pauta establecida anteriormente podría ser la fuente de mayores problemas con los críticos domésticos. Por lo tanto él está considerando anunciar la decisión de retirar por lo menos 150.000 hombres durante el próximo año con sólo un retiro simbólico, si es que se hace, en los próximos meses. Les agradecería sus opiniones sobre esta formulación.

Abrams y Bunker me informaron el 8 de abril que ellos, y a su juicio también el presidente Thieu, podrían aceptar un retiro de 150.000 a lo largo de un año, siempre y cuando el grueso de las fuerzas permanecieran durante el resto de 1970. Además, Bunker y Abrams insistían en que las misiones de B-52 fueran mantenidas al más alto nivel posible, particularmente en la primera mitad de 1971 cuando las reducciones de tropas serían rápidas y grandes.

En este momento los juegos burocráticos en Washington llegaron a nuevos grados de complejidad. Los escritores del presidente comenzaron a redactar el discurso que anunciaría los nuevos retiros, pero dejando las cifras y los tiempos en blanco. El 11 de abril notifiqué a Bunker y Abrams que el presidente ahora necesitaba el concurso de Thieu. Insistí en la necesidad del «más absoluto secreto» ya que nadie en Washington, salvo Nixon y yo, conocía las intenciones presidenciales; Bunker debía subrayar ante Thieu la importancia de evitar cualquier filtración. Al mismo tiempo las agencias enviaban instrucciones a Bunker basadas en sus propios estudios y preferencias, usando cifras substancialmente distintas de las que se estaban discutiendo en secreto. Bunker y Abrams hicieron un trabajo admirable manteniendo siempre en orden sus dos juegos de instrucciones. Thieu presentó las mismas salvedades acerca de tiempo y de las misiones aéreas que habían sido previamente informadas por Abrams y Bunker.

El 17 de abril Nixon fue a Hawai para recibir a los astronautas de la *Apolo 13* que regresaban. Para poder mantener la vigilancia sobre Camboya, así como sobre las maniobras acerca de los retiros, yo no lo acompañé. El almirante John McCain, nuestro comandante en el Pacífico, informó detalladamente a Nixon en Honolulu. Este valiente y rudo oficial podría haber pasado, por su actitud, su apariencia, su vigor y su manera de hablar, por Popeye el Marino. Su hijo había sido prisionero de guerra en Hanoi durante años; esta tragedia no había disminuido su valor. Luchaba por la victoria que su instinto y su entrenamiento le exigían y que las realidades políticas prohibían. McCain hizo ver a Nixon el peligro en Laos y en Camboya; reforzó la convicción de Nixon de que el ritmo de la retirada debía ser flexible.

Nixon y yo unimos fuerzas en San Clemente la noche del 19 de abril. Separado de su gabinete por cuatro mil quinientos kilómetros, Nixon anunció a la prensa que haría un discurso sobre el repliegue de fuerzas de Vietnam al día siguiente, pero se negó a dar ninguna indicación sobre su contenido. Nos vimos asediados por llamadas desde Washington, especialmente de Laird. Nixon se negó a atenderlas. Me dio instrucciones para que le dijera a Laird y Rogers a la mañana siguiente que pensaba anunciar sólo la cifra mensual, pero no el número total. Era exactamente lo opuesto a la verdad. Su propósito era evitar cualquier filtración sobre el total que él ya había decidido, o sobre cualquier otra cifra.

Más tarde, el mismo día veinte, en San Clemente —demasiado tarde para que hubiera filtraciones a los noticieros de la noche— comuniqué a Laird y Rogers la decisión del presidente: una retirada de 150.000 hombres para el fin de la primavera de 1971; 60.000 se retirarían en 1970 y los restantes 90.000 en 1971. Dentro de 1970 la mayor porción de retiros tendría lugar después del 1 de agosto. Nixon hizo este anuncio sorpresa el 20 de abril. Fue éste uno de los *tours de force* que mantenían nuestro esfuerzo sobre Vietnam. Cumplía con la necesidad política de un plan de retirada y con la necesidad militar de retener el número más grande posible de tropas durante los próximos meses críticos, mientras las fuerzas de Hanoi asaltaban Camboya y presionaban el avance en Laos. Fuera cuales fueren las maniobras burocráticas o las fluctuaciones mensuales del ritmo de la retirada, el hecho era que, en el término de un año teníamos proyectada una reducción total de 265.000 por debajo del límite máximo de 549.500 que habíamos encontrado cuando nos hicimos cargo.

Rogers apoyó la decisión del presidente, lamentando solamente que al eliminar los más frecuentes anuncios, el presidente se privaba de la posibilidad de periódicos escapes para la opinión pública. Laird quería que los retiros fueran distribuidos más equilibradamente; insistió en tener una entrevista con Nixon, cosa que preparé para el día siguiente en Washington. Nixon voló a la capital inmediatamente después del anuncio. Cuando se reunieron el 21 de abril, Nixon explicó a Laird que deberíamos hacer «un juego duro» durante los próximos dos o tres meses y por lo tanto había que posponer la retirada. Laird objetó: «Quiero que sepa que tiene un problema fiscal. Usted ya lo sabe, ¿verdad?» (una frase favorita de Laird, que usaba aún cuando uno no tuviera modo de saber lo que él acababa de comunicar —especialmente cuando uno no lo sabía—). El presidente le aseguró que sí lo sabía. Laird dijo al presidente que debía sacar 60.000 hombres para el momento de las elecciones para el congreso o «sería mejor que se olvidara de esas elecciones». Nixon replicó que sería juzgado no por cuántos hombres abandonaran Vietnam en un determinado periodo de tiempo, sino por cómo dejábamos Vietnam al final. Nixon dijo que «pensaría» acerca de la advertencia de Laird.

Cuando Nixon le decía a un miembro del gabinete que «lo pensaría» casi invariablemente significaba que quería evitar una confrontación directa y que confirmaría su decisión original a través de Haldeman o por un memorándum. Y así fue. Al día siguiente, 21 de abril, el presidente resumió una breve nota a Laird:

Memorándum al Secretario de Defensa:

Después de nuestra discusión de ayer por la tarde, quiero repetir mi decisión de que no más de 60.000 hombres serán replegados este año. Un plan a tal efecto será presentado por mí el 1 de mayo.

Hasta que yo haya revisado el plan no se efectuarán más retiros.

Laird aceptó la decisión con gracia aparente. Pero conocía suficientemente bien a su jefe como para volver a la carga en un momento más propicio. En agosto persuadió al presidente de que él podía dramatizar el éxito de la operación camboyanos mucho mejor retirando 90.000 hombres a fines de 1970 y 60.000 en 1971 —el opuesto exacto de la intención original del presidente—. Laird obtuvo lo que quería. Nixon aceptó en parte porque detestaba la controversia constante y en parte porque las elecciones parlamentarias eran inminentes.

He tratado el retiro de tropas con tanto detalle por la visión que da de dos problemas relacionados entre sí: los dilemas de liberarnos de una guerra que habíamos heredado, hostigados por la implacable crítica interna y por la implacable Hanoi; y el estilo de gobierno de la administración Nixon.

Los dilemas de nuestra política en Vietnam se ven reflejados en la distancia entre nuestra concepción de la realidad y la naturaleza del debate público. Nuestra realidad consistía en una

ofensiva enemiga en Laos y una presión en Camboya que amenazaba nuestra posición militar en Vietnam del Sur. Sin embargo, a medida que las amenazas objetivas aumentaban, se nos exigía continuar con el programa de retirada unilateral. El debate público se centraba en el peligro de caer en un nuevo «compromiso» en otros dos lejanos países. Nuestra realidad era que sólo impidiendo la caída de estos países podríamos nosotros fortalecer a los survietnamitas y de este modo permitirles hacerse cargo de la situación después de nuestra retirada sin que aquélla se convirtiera en un caos. El debate público desafió los cálculos militares sobre la base de que el esfuerzo militar era inútil y que, o bien estaba desconectado de nuestra diplomacia o era inconsistente con nuestras perspectivas diplomáticas. (Esto hubiera sido una novedad para el general Giap.) Ya conocíamos bastante bien a Le Duc Tho como para saber que sin una estrategia militar plausible no tendríamos una efectiva diplomacia.

En cuanto al estilo de gobierno de Nixon, él estaba dispuesto a tomar decisiones sin ilusiones. Una vez convencido, se lanzaba implacablemente y con valentía al centro del asunto; pero cada decisión polémica lo llevaba cada vez más a su envolvente soledad. Le era casi físicamente imposible enfrentarse a la gente que no estaba de acuerdo con él; y evitaba persuadir o inspirar a sus subordinados. Tomaba decisiones desde el interior de su autoimpuesto caparazón, pero no se mostraba dispuesto a comunicarse con aquéllos con quienes no estaba de acuerdo. Era la paradoja de un presidente fuerte en sus decisiones, pero incompleto en su liderazgo. El tomar y llevar a cabo decisiones dejó tantas cicatrices en él y en otros que se sacrificó la coherencia administrativa en aras de la discreción ejecutiva; esta deformación creaba el máximo incentivo a los subordinados más fuertes para evadir sus directrices. Dado que Nixon descuidaba todo esfuerzo por estimular el espíritu de equipo y habitualmente no comunicaba sus planes, su gabinete se sentía tentado a exagerar su propia autonomía. Esto a su vez reforzaba la convicción de Nixon de que la burocracia no lo apoyaba; y es verdad que ésta rara vez hacía grandes esfuerzos para poner en práctica el espíritu de sus decisiones. Todo esto se convirtió en un círculo vicioso en el que el presidente se aislaba cada vez más y llevaba las decisiones más importantes cada vez con más frecuencia al seno de la Casa Blanca, lo que por su parte aumentaba los resentimientos y el estado de ánimo desafiante de sus colaboradores.

Y muy pronto estos procedimientos serían puestos a prueba por otra crisis en la que la Casa Blanca sería el centro de la tormenta. La decisión acerca de lo que había que hacer respecto de Camboya era ineludible.

EL ATAQUE A LOS SANTUARIOS NORVIETNAMITAS

Los historiadores rara vez hacen justicia al «stress» psicológico que aqueja a los estadistas. Lo único que tienen disponible son documentos escritos por una variedad de motivos — bajo regulaciones contemporáneas sobre divulgación, que progresivamente disfrazan el documento — y no siempre relevantes en el momento de la decisión. Lo que ningún documento puede revelar es el impacto acumulado de los accidentes, los intangibles, los miedos y las vacilaciones.

Marzo y abril de 1970 fueron meses de gran tensión. Mis conversaciones con Le Duc Tho resultaron ser enloquecedoramente ambiguas. Nos enfrentábamos a lo que parecía ser una importante ofensiva en Laos; luego vino el golpe en Camboya, que pronto sería seguido por ataques norvietnamitas en todo el país; personal de combate soviético apareció en Egipto — primera vez que la Unión Soviética se arriesgaba a un combate fuera de la órbita satélite —. Entre todos estos acontecimientos el presidente se ponía cada vez más irritable. Nixon culpaba de sus frustraciones a la lenta y errática reacción de la burocracia ante sus deseos, cosa que él atribuía al legado de treinta años de administración demócrata. Haldeman bromeaba diciendo que el presidente estaba de «un humor encantador»; en el curso de una conversación telefónica sobre algún tema de importancia, Nixon le colgó siete veces el teléfono.

El 13 de abril, precisamente cuando Camboya se acercaba al momento decisivo, ocurrió algo en otra esfera que cobró un alto precio en la energía nerviosa de Nixon: el accidente de la *Apolo 13*. Inmediatamente después de su lanzamiento el 11 de abril, fue obvio que había un serio desperfecto y que los astronautas tal vez tuvieron que circunnavegar la luna en el atestado y frágil vehículo diseñado para el breve descenso lunar. Me enteré del accidente alrededor de las once de la noche. Traté de informar al presidente pero tropecé con uno de los implacables edictos con los que Haldeman establecía su autoridad: el presidente no podía ser despertado

sin su autorización específica. Autorización que se negó a dar por lo que él consideraba un problema técnico en el que no estaban involucradas consideraciones de política exterior. Le advertí a Haldeman que mantener al presidente en la ignorancia sería una cosa difícil de explicar; él insistió en que las relaciones públicas eran su dominio. A la mañana siguiente Ron Ziegler debió hacer malabarismos verbales para hacer ver, sin mentir directamente, que el presidente había estado al mando toda la noche.

El rescate de los astronautas absorbió mucho de la atención de Nixon durante la semana en que las presiones sobre Camboya se iban multiplicando. Además, la *Apolo 13* lo obligó a viajar a Hawai el 17 de abril para dar la bienvenida a los astronautas que casi milagrosamente habían sobrevivido a su choque con el infinito. El informe militar dado por el Almirante McCain aclaró los peligros que enfrentábamos en Camboya y el riesgo que corría la vietnamización. Esto magnificó el nerviosismo de Nixon y ayudó a acelerar sus decisiones. Pero por sobre todas las cosas había apremiantes razones objetivas para el estado de ánimo de Nixon, que nadie que asume responsabilidades presidenciales podría seriamente ignorar. Más adelante, durante el asunto Watergate, el senador Howard Baker hizo la famosa pregunta: «¿Qué es lo que sabía y cuándo lo supo?». La pregunta es apta para este caso también.

Las primeras dos semanas de abril habían sido testigos de una ola de ataques comunistas a ciudades y comunicaciones camboyanas. Ahora éstos aumentaban. El 17 de abril, varios puestos del gobierno camboyano cerca de la capital provincial de Senmonorom fueron capturados por los norvietnamitas. Ese mismo día, un portavoz militar de Camboya anunció que el enemigo había más que duplicado el área bajo su control durante las dos semanas precedentes. El 18 de abril un batallón del ejército camboyano fue duramente dañado en la orilla occidental del Mekong, a 40 kilómetros al sur de Phnom Penh. Un poco más al sur sobre el Mekong, un cuartel del ejército camboyano en Hung Loi fue sitiado durante una semana por una gran fuerza enemiga. El 20 de abril, las fuerzas enemigas atacaron infructuosamente Snuol en la provincia Kratie. En la provincia Kandal, las fuerzas comunistas capturaron temporalmente la ciudad de Saang, a unos treinta kilómetros al sur de Phnom Penh. El martes 21 de abril, al día siguiente del anuncio presidencial del retiro de tropas, las fuerzas comunistas atacaron la ciudad de Takeo y cortaron la ruta entre ella y Phnom Penh.

La pauta de las acciones militares comunistas se hacía cada vez más clara. (Ver mapa correspondiente). El general William Westmoreland, Jefe interino del Estado Mayor Conjunto en ausencia del general Wheeler, informó que las fuerzas armadas de Camboya eran sólo «marginamente efectivas» contra la superioridad de los norvietnamitas y del Viet Cong. Escribió: «El objetivo enemigo puede muy bien ser el de aislar la ciudad de Phnom Penh, ejercer presión militar sobre ella en todos los flancos y tal vez, en última instancia, traer a Sihanouk de regreso para retomar el control político en el momento apropiado».

Los comunistas aumentaban también sus presiones políticas. El 21 de abril el «Frente Nacional Unido de Camboya» de Sihanouk emitió una llamada para derrocar a Lon Nol a través de la radio clandestina del Viet Cong. El mismo día, Sihanouk radió un mensaje desde Pekín en el que, según la radio de Hanoi, urgía a los camboyanos: «Debéis inmediatamente abandonar y aislar a la camarilla de los reaccionarios Lon Nol-Sirik Matak, debéis apuntar vuestras armas contra esos traidores».

La historia revisionista ha pintado una imagen de una Camboya pacífica, neutral, alevosamente asaltada por las fuerzas norteamericanas y sumergida en una guerra civil que podría haber sido evitada si no fuera por la obsesión norteamericana por las soluciones militares. La realidad es otra. Sihanouk declaró la guerra al nuevo gobierno camboyano en fecha tan temprana como el 20 de marzo, dos días después de su caída, arrojándose en brazos de los comunistas que antes había tratado de rechazar y alojándose en Pekín, en ese entonces todavía considerada como la más revolucionaria capital del mundo y con la que, además, no teníamos ninguna clase de comunicación. En abril se produjo una ola de ataques comunistas para derrocar la estructura gubernamental existente en Camboya. El 16 de abril Le Duc Tho había rechazado todas las sugerencias de una desescalada de las actividades militares y el 4 de abril rechazó todas las sugerencias de neutralización. Había afirmado que los pueblos de Camboya, Laos y Vietnam eran uno solo y que lucharían hombro a hombro para reconquistar toda Indochina. En la segunda semana de abril los norvietnamitas estaban sistemáticamente extendiendo sus santuarios e integrándolos a la «zona liberada». Estaban rodeando Phnom Penh y aislándola de todos los accesos, usando la misma táctica que cinco años más tarde provocaría su caída.

Si estos pasos quedaban sin oposición, los santuarios comunistas, hasta ese momento limitados a estrechas zonas despobladas cerca de la frontera vietnamita, serían organizados en una única y enorme área de base de una profundidad y con un sistema logístico que les permitiría el movimiento rápido de unidades y abastecimientos. Hubiéramos preferido el viejo gobierno de Sihanouk, le dije a un grupo de senadores republicanos el 21 de abril. Pero los pronunciamientos de Sihanouk dejaban pocas dudas de que su elección no estaba ya abierta hacia nosotros. Si Lon Nol caía, el Sihanouk que retornaría no equilibraría las fuerzas opuestas en una neutralidad, sino que dirigiría un gobierno comunista. Sus necesidades (así como su vanidad ultrajada) lo forzarían a una purga de los grupos moderados de los que su libertad de movimientos entre las fuerzas opuestas había dependido previamente; se vería reducido a condición de títere. Sihanoukville se reabriría para los abastecimientos comunistas. La seguridad en toda la mitad sur de Vietnam del Sur sería drásticamente deteriorada.

Para el 21 de abril la agresividad de Hanoi había dejado al desnudo el asunto básico: si la vietnamización sería meramente una excusa para el colapso norteamericano, o si sería una estrategia seria diseñada para lograr una paz honorable. Si era lo primero, ni el ritmo de la retirada ni los acontecimientos en países vecinos eran importantes; en realidad cualquier cosa que acelerara la caída de Vietnam del Sur sería secretamente bienvenida. Algunos miembros de la oposición, como el senador McGovern adoptaron esta actitud. Si bien yo consideraba que esto iba en contra del interés nacional, era una cosa racional y honesta. Mis dificultades intelectuales surgían con aquéllos que pretendían que hubiera un curso de acción intermedio por el que se evitara la caída de Vietnam y al mismo tiempo ignorara la cercana toma del poder en Camboya por parte de los comunistas.

No había ninguna duda de que la conquista de Camboya por parte de Hanoi sin oposición podría ser el final de Vietnam del Sur. A mitad de una guerra, su principal aliado comenzaba a retirar sus fuerzas a ritmo cada vez más acelerado y a reducir su apoyo aéreo. A Saigón se le pedía que se hiciera cargo de todo en el preciso momento en que Hanoi aumentaba sus refuerzos muy por encima de los niveles del año anterior. Si Camboya llegaba a convertirse en un único campamento armado en ese momento, la catástrofe era inevitable. Saigón necesitaba tiempo para consolidar y mejorar sus fuerzas; los Estados Unidos debían mantener una amenaza creíble por tanto tiempo como fuera posible; y el potencial ofensivo de Hanoi debía ser debilitado haciendo reducir su infiltración y destruyendo sus abastecimientos. Era una carrera entre la vietnamización, la retirada americana y las ofensivas de Hanoi.

Estratégicamente, Camboya no podía ser considerada como un país separado de Vietnam. Las fuerzas comunistas camboyanas locales —los asesinos del Khmer Rojo— eran pequeñas en 1970 y totalmente dependientes de Hanoi en cuanto a sus abastecimientos. Las fuerzas que amenazaban a los survietnamitas y a los norteamericanos desde Camboya, eran *todas* fuerzas norvietnamitas; las áreas de base eran parte de la guerra en Vietnam. Las fuerzas norvietnamitas que se afanaban en cortar comunicaciones se habían apoderado ya de un cuarto del país. El peligro de ser «arrastrados a una nueva guerra en Camboya» era un espejismo; el enemigo en Camboya y en Vietnam era el mismo. Cualquier fuerza contra la que lucháramos en Camboya, no podría ser enfrentada en Vietnam, y viceversa. Para ese entonces la guerra era una sola guerra, tal como Le Duc Tho había dicho; había un torbellino en Camboya precisamente porque Hanoi estaba decidido a usarla como una base para la invasión de Vietnam del Sur y a establecer su hegemonía sobre Indochina.

El 21 de abril nos enfrentamos con una clara disyuntiva. Podíamos permitir que Vietnam del Norte se apoderara de toda Camboya, de modo que eso fuera una parte indiscutible del campo de batalla y luego atacarlo por aire y mar —hasta Rogers me dijo el 21 de abril que si los comunistas se apoderaban de Camboya, creía que todas las restricciones a los bombardeos debían terminar—. O, por otra parte, podríamos resistir la absorción de Camboya apoyando la independencia de un gobierno reconocido por las Naciones Unidas y un gran número de países, incluida la Unión Soviética (*).

(*) Curiosamente uno de los críticos más implacables de nuestra política en Camboya presenta el mismo análisis de cuáles eran nuestras opciones:

En marzo y abril la Administración había tenido libertad de elección para reaccionar a los acontecimientos en Camboya. Si se hubiera decidido no alentar, ni mucho menos armar, a Lon Nol, hubiera forzado el regreso de Sihanouk o, por lo menos, el intento por parte de Lon Nol de preservar la frágil neutralidad de su país. Esto no

No se había considerado atacar los santuarios antes del 21 de abril. La decisión final fue tomada el 28 de abril. Es importante por lo tanto revisar el proceso de toma de decisiones con cierto detalle para saber quién supo qué cosa y cuándo.

Sin duda el informe del almirante McCain al presidente el 18 de abril sirvió para enfocar sus incipientes ansiedades acerca de Camboya. Estaba lo suficientemente preocupado como para pedir a McCain que fuera a San Clemente y me diera el mismo informe el 20 de abril. No hay duda de que la tensión nerviosa acumulada en las últimas semanas hizo que Nixon estuviera un tanto agitado; pero eso no altera el hecho de que su análisis era esencialmente correcto. En el viaje a San Clemente para encontrarme con él, yo llegué a la misma conclusión. No veía cómo podíamos apartarnos y observar la caída de Camboya sin producir con eso la caída simultánea de todo lo que estábamos haciendo en Vietnam. Yo hubiera tocado el tema con Nixon si no fuera porque M. Cain en cierto sentido se me adelantó. La primera medida de Nixon a su regreso a Washington fue convocar una reunión con Helms y conmigo a las siete de la mañana del 21 de abril para que lo puséramos al día. El informe de Helms mostró que los vietnamitas estaban atacando todo el país y que Phnom Penh no podría resistir por mucho tiempo el ataque. Al discutir el status de nuestra (insignificante) reacción, Nixon descubrió que los cinco millones de dólares para armas para Camboya, aprobados por el Grupo de Acción Especial de Washington el 15 de abril y duplicado por él al poco tiempo, aún estaba retenido por dilaciones burocráticas. Tampoco el equipo de comunicaciones de la CIA, sobre el que había dado órdenes el 1 de abril y había insistido el 16 de abril, había sido entregado. Nixon estaba fuera de sí. Ordenó que se transfiriera inmediatamente el dinero y llamó a una reunión del CNS para el día siguiente para decidir una estrategia general.

Le pregunté al general Westmoreland sobre la factibilidad de operaciones militares en los santuarios por parte de las fuerzas survietnamitas. Pensaba él que éstas podrían ser efectivas, pero no decisivas sin apoyo norteamericano. También envié un mensaje secreto a Ellsworth Bunker pidiéndole «su juicio honesto», así como el de Abrams, sobre las consecuencias militares, políticas y psicológicas del regreso de Sihanouk, o de una victoria comunista en Camboya. También les pedí que sugirieran posibles contramedidas.

Desde febrero, los survietnamitas habían considerado ocasionales operaciones de penetración no profunda en la frontera —a una distancia de unos cuatro kilómetros— sobre los santuarios, con nuestro apoyo logístico. En grupos de una compañía o menores, estas operaciones estaban dirigidas a descubrir escondites de armas. El general Haig informó, después de su visita de enero a Vietnam del Sur que había escondites de abastecimientos enemigos a pocos kilómetros de la frontera de Camboya que no podrían ser efectivamente alcanzados por los B-52, pues estaban demasiado cerca de áreas pobladas. Laird había autorizado al general Abrams a dar apoyo logístico a las fuerzas survietnamitas para incursiones poco profundas cuando visitó Vietnam en febrero. Una de estas operaciones fronterizas por parte de las fuerzas survietnamitas había tenido lugar el 27 de marzo. Esta operación fue difundida por la prensa. Una

habría sido una solución ideal para Washington. Habría significado probablemente un gobierno dominado por Hanoi y como mínimo habría permitido a los comunistas continuar usando Sihanoukville (que Lon Nol rebautizó Kompong Som) y los santuarios. Pero como había señalado el eliminado Cálculo Nacional de Inteligencia, cualquier cosa que no fuera la ocupación permanente de ellos, significaría que los santuarios siempre serían un problema militar para Vietnam del Sur; esto era un hecho tanto de la geografía como de la guerra revolucionaria (8).

Este pasaje es interesante, primero, porque combina todos los equívocos acerca de los acontecimientos en Camboya en 1970. Mi relato no puede dejar dudas de que no alentamos a Lon Nol, y ni siquiera comenzamos a armarlo durante varias semanas después de que las tropas norvietnamitas estuvieron devastando un país neutral. La posibilidad de que Lon Nol restaurara la neutralidad de Camboya no existía; ésta había sido explícitamente rechazada por Le Duc Tho. Y para ese entonces Sihanouk ya no estaba en posición de ser neutral. Sólo podía regresar destruyendo la facción de Lon Nol, que antes constituía su propio gobierno, cuyo núcleo debía ahora equilibrarse contra sus nuevos «amigos» del Khmer Rojo. La real perspectiva ante nosotros, por lo tanto, era exactamente lo que el párrafo citado describe como el resultado más posible: la reapertura de Sihanoukville, un gobierno en Phnom Penh dominado por Hanoi y la reapertura de los santuarios, que ya no eran una franja aislada sino que comprendían la totalidad de Camboya oriental. Donde difiero totalmente con ese párrafo es en la afirmación de que teníamos «libertad de elección». Eso era precisamente lo que no teníamos, pues la perspectiva que describe habría significado un brusco cambio en el equilibrio militar de Indochina: una abrumadora, intolerable y decisiva amenaza a la supervivencia de Vietnam del Sur.

En cuanto al supuestamente «eliminado» Cálculo Nacional de Inteligencia, es otra ficción. Ningún cálculo de inteligencia fue jamás «eliminado» o inhibido por el CNS. Por rutina se distribuían a todas las agencias principales. La información de la CIA era un elemento importante para cada deliberación política, incluida la anterior a la decisión sobre Camboya. Nixon recibió informes completos del director Helms por lo menos en tres sesiones del CNS o en discusiones de gabinete en abril, y de hecho Nixon vio a Helms en privado en tres ocasiones adicionales.

segunda operación ocurrió al día siguiente y también fue difundida por la prensa. El Secretario de Prensa de la Casa Blanca, Ron Ziegler, declaró el 28 de marzo que los comandantes de campo norteamericanos estaban ahora autorizados a cruzar la frontera camboyana como reacción a las amenazas contra las fuerzas de los EEUU.

Al enterarme de la primera operación fronteriza, solicité un alto temporal de ellas hasta que pudiéramos alcanzar un juicio considerado y coordinado a la luz de la nueva situación y para evitar dar a Hanoi el pretexto para extender la guerra. No quería yo que la política fuera determinada por las decisiones tácticas de los comandantes de campo. Después de dejar estas instrucciones me tomé unas vacaciones, proyectadas desde hacía largo tiempo, que duraron una semana. En consecuencia Haig envió la correspondiente orden de realización a Bunker el 27 de marzo:

Si estas operaciones continúan, nos veremos sometidos a las acusaciones de que el Gobierno Survietnamita está arrastrando a los EEUU a una guerra ampliada.

Aún reconociendo que usted no es un agente libre en este sentido, el señor Kissinger espera que pueda alentar al presidente Thieu a no llevar a cabo esas operaciones salvo en situaciones en que las reglas vigentes del compromiso americano sean aplicables. El señor Kissinger quiere que usted sepa que si bien el presidente comprende los motivos survietnamitas, está preocupado por que los beneficios militares a corto plazo obtenidos por estas operaciones fronterizas sean eliminados por los riesgos a que podrían ser sometidos nuestros esfuerzos para mantener el nivel actual de apoyo doméstico a nuestra política general sobre Vietnam.

El 30 de marzo, tal como había sido ordenado, Bunker se reunió con Thieu y le explicó por qué había que suspender las operaciones fronterizas. Nuestro objetivo era impedir la expansión de la guerra, le dijo Bunker. Thieu aceptó nuestras recomendaciones. El 31 de marzo el *New York Times* advirtió que la disposición del gobierno de Camboya para permitir incursiones aliadas contra los santuarios comunistas podría involucrar a los EEUU aún más en la guerra. Acto seguido, el gobierno camboyano, el 31 de marzo «fiel a su política de estricta neutralidad», negó formalmente que los EEUU y Vietnam del Sur estuvieran autorizados a llevar a cabo esas incursiones.

Ese mismo día, mientras yo todavía estaba de vacaciones, Laird se había comunicado con el presidente para protestar por la suspensión de las operaciones fronterizas. Yo había dado instrucciones a Haig por teléfono para que tratara de demorar una respuesta hasta después de mi regreso, y de ninguna manera debía autorizar nuevas operaciones fronterizas antes de mi reunión con Le Duc Tho prevista para el 4 de abril. El presidente contradijo mis instrucciones. Ordenó a Haig que diera instrucciones a Bunker secretamente para que reiniciara las operaciones fronterizas, siempre y cuando se mantuvieran al mismo nivel de las realizadas antes de la moratoria y coordinadas con las fuerzas armadas camboyanas. Hasta donde puedo precisarlo ahora, durante las tres primeras semanas de abril se llevaron a cabo cuatro operaciones fronterizas no profundas (a una distancia de cuatro o cinco kilómetros), todas después de mi reunión del 4 de abril con Le Duc Tho, y ninguna duró más de un día.

En las últimas semanas de abril, las fuerzas comunistas aumentaron los asaltos a las ciudades camboyanas. El 22 de abril la ciudad fronteriza de Snuol fue atacada y el gobierno de Camboya hizo un nuevo pedido a las Naciones Unidas para que lo ayudaran a luchar contra los invasores. Esa llamada fue ignorada, al igual que todas las demás, si bien hubiera sido difícil encontrar un caso más flagrante de agresión. En Washington, el 22 de abril fue la ocasión de una gran reunión del CNS sobre Camboya; también fue el momento de una serie de mensajes mecanografiados del presidente a mí que reflejaban su crecientemente agitado estado de ánimo.

En el primer mensaje de Nixon, dictado a las cinco de la mañana, se insistía en la necesidad de una «jugada audaz» en Camboya, y expresaba su determinación de «hacer algo simbólico para ayudar a la supervivencia (de Lon Nol)» aún cuando temía que Lon Nol no pudiera lograrlo. Pensaba que habíamos «abandonado el juego» al preocuparnos por que la ayuda americana pudiera destruir la neutralidad de Lon Nol dando así a los norvietnamitas una excusa para intervenir; los comunistas jamás esperaban una «excusa», como lo habían demostrado en Hungría en 1956, en Checoslovaquia en 1968 y en Laos y Camboya. El presidente sugirió enviar al embajador Robert Murphy para dar seguridades a Lon Nol. «En el caso que yo decida seguir este curso de acción», Nixon quería que yo insistiera con «algunos de los blandos embaja-

dores de nuestros así llamados amigos en el mundo» en que su posición en este asunto nos demostraría «quiénes eran nuestros amigos». (El texto de este mensaje va al final) (9).

Un segundo mensaje más tarde ese mismo día insistía sobre el mismo tema: que yo debía llamar a los embajadores de Japón, Francia, Gran Bretaña y otros países amigos para insistirles en que contábamos con que nuestros aliados nos apoyaran. Un tercer memorándum comentaba una reciente carta de Sihanouk al senador Mansfield. Sihanouk comparaba el régimen de Lon Nol con Hitler y decía que «la más severa ideología —siempre y cuando esté basada en la justicia social— es infinitamente preferible a un régimen compuesto por gente sumamente corrompida y reaccionarios anti populares...» Sihanouk decía que estaba decidido a liberar su país, aun «al precio de un cambio ideológico en Camboya». Nixon sugería que Sihanouk «repetía los dictados de los comunistas en todo sentido», y me pedía que pasara la carta discretamente a Rogers y a Helms. Un cuarto mensaje me pedía que llamara al encargado soviético y le advirtiera que el presidente había tomado «una decisión de comando» para reaccionar si los comunistas se dirigían a Phnom Penh.

El ritmo de los acontecimientos no me dio oportunidad de cumplir con todas esas obligaciones. En una reunión con el presidente a última hora de la mañana del 22 de abril le aconsejé que no enviara a Murphy (ni a Dean Acheson, su última sugerencia) a Camboya porque sólo serviría para desatar un enorme debate y probablemente sería superado por las decisiones del CNS. Dijo el presidente: «Bueno, sea como fuere, quiero asegurarme que Camboya no se pierda sin haber hecho algo». Y continuó: «Todo el mundo viene siempre a mi oficina con sugerencias para el modo de perder. Nadie viene a sugerirme cómo ganar». El presidente ordenó el reemplazo de nuestro encargado, Lloyd Rives, en Phnom Penh y el apoyo norteamericano para las operaciones fronterizas. Como muchas de las órdenes de Nixon para despedir gente, está también intentaba mostrar su desagrado; no se suponía que había que cumplirla; jamás ocurría en niveles inferiores.

Mientras tanto, habíamos recibido una larga respuesta secreta de Bunker y Abrams, en la que se esbozaban horribles consecuencias si Sihanouk regresaba al poder como un títere comunista: la moral del Viet Cong y de los norvietnamitas se vería reforzada; la capacidad de Hanoi para dilatar la guerra sería reforzada; habría ondas explosivas en Vietnam del Sur; la vietnamización se vería amenazada. Bunker y Abrams recomendaban tanto un inmediato aumento de operaciones fronterizas no profundas como operaciones combinadas norteamericano-vietnamitas contra los santuarios comunistas claves.

La reunión de CNS tuvo en efecto tres opciones tácticas: no hacer nada (el curso preferido de los departamentos de Estado y Defensa); atacar los santuarios con sólo fuerzas survietnamitas (mi recomendación inicial); y usar cualesquiera fuerzas necesarias para neutralizar las áreas de base, incluyendo fuerzas de combate norteamericanas, cosa recomendada por Bunker, Abrams y el Estado Mayor Conjunto.

Dos áreas de base constituían una preocupación especial. La llamada Pico de Loro, la provincia camboyana Svay Rieng, que penetraba en Vietnam a sólo 50 kilómetros de Saigón. Habían protegido ejércitos norvietnamitas que atacaban Saigón y la región productora de maíz del delta durante todos los años de la guerra en Vietnam. Más al norte había una segunda área, cuyo nombre en código era *Anzuelo*. Nuestros analistas creían que la Oficina Central para Vietnam del Sur, el cuartel general comunista para todas las operaciones en el sur, estaba ubicada allí; también era el área de estacionamiento para la Séptima División Norvietnamita, que periódicamente amenazaba Saigón y siempre hostilizaba la vecina provincia Tay Ninh de Vietnam del Sur. *Anzuelo* estaba bien defendida; no creíamos que el ejército de Vietnam del Sur era lo suficientemente fuerte como para manejar ambas operaciones simultáneamente. Por lo tanto recomendar que las acciones fueran llevadas a cabo por los survietnamitas era lo mismo que optar por operaciones contra sólo una de las áreas.

Las decisiones fundamentales rara vez surgen de profundas discusiones. Cuando llega el momento de que un asunto sea tratado por el CNS, aquél ha sido ya analizado por tantas comisiones de niveles inferiores que los miembros del gabinete se comportan como actores en una obra muy ensayada; repiten básicamente lo que sus subordinados ya han anunciado en otros foros. En el CNS de Nixon había un factor adicional: el hecho de que cada participante sospechaba que casi con seguridad había más cosas que la que cada uno sabía. Como de costumbre, había también una ambivalencia entre la toma de posiciones compatible con sus complicados objetivos principales y el miedo a las consecuencias domésticas. Cualquier cosa que pudiera

ser presentada como una escalada en Vietnam producía sentimientos depresivos. Nadie alrededor de la mesa dudaba acerca de las consecuencias de un triunfo comunista en Camboya. Pero todos sabíamos que cualquier decisión que tomáramos provocaría seguramente otra fase de hostilidad, protestas y hasta violencia domésticas. Si Camboya caía, se nos presionaría aún más para una retirada unilateral; si aceptábamos cualquiera de las otras opciones se nos acusaría de «extender la guerra». No había término medio.

La decisión inicial de atacar los santuarios fue por lo tanto tomada en una reunión del CNS bastante sumisa y no muy ordenada. Rogers se oponía a operaciones fronterizas aún cuando fueran realizadas por los survietnamitas, pero él daba por supuesto que bombardeos no restringidos en Camboya producirían la caída del gobierno de Phnom Penh. Laird había sido el más fuerte abogado de las operaciones fronterizas poco profundas, pero se oponía a la recomendación del general Abrams de destruir totalmente los santuarios. Helms estaba en favor de cualquier acción que neutralizara los santuarios. Nixon normalmente anunciaba sus decisiones después de una reunión del CNS, no durante su desarrollo; lo pensaba y luego producía instrucciones por escrito o por medio de intermediarios. Hacía esto para enfatizar el hecho de que el CNS era un cuerpo consejero, y no ejecutivo, y también para evitar que sus órdenes fueran desafiadas. Esta vez Nixon cambió su procedimiento habitual. Dijo a sus colegas que aprobaba los ataques a las áreas de base por fuerzas survietnamitas con apoyo de EEUU. Dado que Vietnam del Sur sólo podía manejar una ofensiva. Wheeler recomendó que fueran a Pico de Loro. Esto condujo a un debate sobre la participación americana; Laird y Rogers trataban de reducirla a un mínimo absoluto, oponiéndose hasta a los consejos americanos y al apoyo aéreo táctico.

En este momento el vicepresidente Spiro Agnew habló. Pensaba que todo el debate era irrelevante. O los santuarios eran un peligro o no lo eran. Si valía la pena eliminarlos, él no comprendía todas esas vueltas acerca del papel de los norteamericanos, así como tampoco comprendía qué se ganaría atacando una sola área. Nuestro objetivo era que la vietnamización fuera lograda. Él apoyaba un ataque tanto a Anzuelo como a Pico de Loro, con fuerzas americanas incluidas. Agnew tenía razón. Si había algo que Nixon detestara más que encontrarse con un plan que él no había considerado, eso era que se le demostrara que era menos duro que sus consejeros. Si bien masticando rabia, se colocó directamente entre el vicepresidente y el gabinete. Autorizó el apoyo aéreo para la operación Pico de Loro pero sólo «sobre la base de que se demostrara su necesidad». Evitó comprometerse en lo de Anzuelo. Estas decisiones fueron luego enviadas por escrito. Después de la reunión, Nixon se quejó amargamente conmigo porque no le había yo prevenido acerca de las opiniones de Agnew, de las cuáles en realidad no tenía yo la menor idea. No me cabe ninguna duda de que la intervención de Agnew aceleró la decisión final de Nixon de ordenar un ataque a todos los santuarios y el uso de fuerzas americanas.

Al día siguiente, el 23 de abril, comenzó el esfuerzo de las distintas agencias por desviar hacia otro lado la protesta pública que se produciría con toda seguridad. Rogers pidió permiso para informar a los comités del congreso acerca de los grandes requerimientos de ayuda por parte de Camboya; su razonamiento era que esto haría que las operaciones planeadas parecerían moderadas en comparación; en realidad parecería un modo de evitar un programa de ayuda militar completo. Laird quería asegurarse de que ningún miembro del personal de tierra entrara a Camboya, ni siquiera los controles aéreos necesarios para el apoyo táctico aprobado por Nixon el día anterior. Tuve dos reuniones con el Grupo de Acción Especial de Washington el 23 de abril para organizar el cumplimiento de las decisiones de Nixon. No me sorprendió que los miembros del Grupo reflejaran las opiniones de sus jefes. El Departamento de Defensa quería que la autorización para cada ataque aéreo táctico viniera de Washington. Era difícil imaginarse qué objetivos permanecerían tanto tiempo como para esperar a tan complicado sistema. Después de dos reuniones los miembros del Grupo se pusieron de acuerdo, con cierta renuencia, para dar al general Abrams amplia autorización para usar aviones tácticos de los EEUU cuando fuera necesario, y autorizar a los controles aéreos norteamericanos para que acompañaran a los survietnamitas. Nixon aprobó ambas recomendaciones del Grupo el 24 de abril.

Los norvietnamitas, por su parte, estaban libres de tales inhibiciones. El jueves 23 de abril, las fuerzas norvietnamitas y del Viet Cong atacaron las ciudades camboyanas de Mimot y Angtasom, y capturaron un importante puente en la ruta 13 que une la ciudad de Snuol con la capital de la provincia Kratie. El cuartel general del ejército en Hung Loi, en la provincia Kandal, sitiado durante varios días, debió ser abandonado el 23 de abril a pesar de los ataques aéreos

survietnamitas. Dos puentes al oeste de Svay Rieng en la ruta 1 fueron capturados por el enemigo. Las fuerzas comunistas organizaron ataques de «golpear y huir» contra la ciudad costera de Kep que comenzaron el 23 de abril y continuaron el 24.

Los comunistas escalaban políticamente también. El 24 de abril se realizó una «Conferencia Cumbre de los Pueblos de Indochina» en un lugar desconocido en el área de la frontera entre Laos, Vietnam y China, convocada por iniciativa de Sihanouk para coordinar la estrategia entre los tres grupos insurgentes. Asistieron Sihanouk, el príncipe Souvanouvong del Pathet Lao, Nguyen Huu Tho del Viet Cong y Pham Van Dong, Premier de Vietnam del Norte. Una extensa Declaración Conjunta, dada a publicidad por Sihanouk el 27 de abril en Pekín, aseguraba «apoyo mutuo» en la «lucha contra el enemigo común», o sea «el imperialismo de los EEUU». Sihanouk, en su discurso de cierre de la conferencia, dio vivas al nacimiento de «Camboya del Pueblo».

Este fue un período de grandes tensiones. No creía yo que ni Camboya ni Vietnam del Sur podrían sobrevivir salvo que reaccionáramos a la ofensiva comunista. Pero también tenía dolorosa conciencia del remolino político que se produciría ciertamente después de un ataque a los santuarios, así como de las divisiones dentro de mi equipo. Deliberadamente había reclutado los más capaces hombres y mujeres jóvenes que había podido encontrar. Creí que era importante alentar su vitalidad e idealismo; me parecía muy importante que la preocupación que muchos de sus contemporáneos expresaban en protestas, encontrara un escape en el deseo de trabajar en las cosas más amplias por las que un gobierno trata de llegar a la paz. Tres de estos jóvenes que estaban muy cerca de mí eran Tony Lake, Roger Morris y Winston Lord. No sentían mucha simpatía por Nixon; emocionalmente hubieran preferido con toda seguridad un presidente demócrata. Luché mucho para mantener su compromiso porque los problemas que enfrentaba nuestro país no eran problemas de partido y porque estaba convencido de que ellos debían aprender que, en ciertas circunstancias, el mejor modo de demostrar la ética no es por medio de grandes gestos, sino por el deseo de perseverar a través de estadios imperfectos para llegar a un mundo mejor. Lake y Morris ya me habían comunicado en febrero su decisión de marcharse; teniendo en cuenta sus ambivalencias no querían seguir trabajando con toda la fuerza que se requería. Los mantuve en funciones de planificación menos exigentes hasta el otoño, cuando Lake volviera a sus cursos de postgrado y Morris se uniera al equipo del senador Mondale. Winston Lord se quedó; él se convirtió en un muy valioso colaborador y muy querido amigo.

Poco antes de la decisión final pasé mucho tiempo con Lake, Morris y Lord. Las objeciones mejor razonadas y argumentadas al curso de acción que proyectábamos no vinieron de los departamentos sino que fueron expresadas en un memorándum conjunto que ellos escribieron para mí. Irónicamente, sus razonamientos aceleraron la conclusión a la que me estaba acercando con renuencia: que nuestra única posibilidad realista era destruir los santuarios. Básicamente el diagnóstico de ellos era idéntico al mío. Uno de nuestros mayores objetivos, argumentaban, debía ser impedir el retorno de Sihanouk:

Si él volviera, eso sería como resultado de una decisión comunista, lo que implicaría seguridades concretas de que él cumpliría con su parte... Y lo que es más importante, el regreso de Sihanouk como un aliado comunista tendría serias repercusiones psicológicas en Vietnam y Laos, y por lo menos, daría argumentos a los oponentes de Thieu para atacarlo, especial y peligrosamente, entre los militares de línea dura.

Sin embargo, ese memorándum se oponía a las operaciones militares norteamericanas contra los santuarios. Lo que ellos proponían era:

Un gobierno neutral en Camboya con los líderes actuales u otros que no incluyera a Sihanouk, quien había llegado a un arreglo privado con los comunistas para que éstos usaran las áreas fronterizas del mismo modo que lo hacían antes. Esto significaría que el gobierno de Camboya se orientaría hacia el otro lado sin aceptarlo públicamente. Esto implicaría la posibilidad de continuar las operaciones Menú (los bombardeos secretos) y las operaciones fronterizas defensivas por parte del Gobierno de Vietnam (Saigón), sin una activa oposición camboyana a las actividades militares por parte de ambas fuerzas vietnamitas en la limitada área de frontera. Si bien no es una buena situación, esto sería mejor que un gobierno de Sihanouk que se opusiera activamente al Gobierno de Vietnam, que públicamente se opusiera a Menú, etc.

En otras palabras, mis tres jóvenes amigos y asociados consideraban que la continuación de los bombardeos secretos a Camboya y las incursiones no profundas en la frontera eran esenciales, pero las penetraciones profundas eran indefensibles; una distinción cuyo significado moral continúa escapándoseme. La salida preferida por ellos, la restauración del «statu quo anterior sin Sihanouk», era atractivo, pero inalcanzable. Para producirlo, urgían para que alentáramos al gobierno de Lon Nol a llegar a algún acuerdo con Hanoi, al mismo tiempo que se advirtiera a Hanoi que nos opondríamos a la imposición de Sihanouk. Pero no había posibilidad de un compromiso tal después de las declaraciones de Le Duc Tho del 4 de abril en el sentido de que Hanoi jamás trataría con Lon Nol. Lo más seguro sería que el mero intento de organizar un tal «solución» conduciría a la caída de Phnom Penh y a la victoria comunista. Tampoco podía yo concebir cómo las medidas para convencer a Hanoi de que nos opondríamos a Sihanouk hubieran sido compatibles con un compromiso. Camboya, lamentablemente, había sido ya polarizada, como resultado de fuerzas sobre las cuáles no teníamos control y estaban más allá de nuestra capacidad para reconciliarlas. Las alternativas propuestas eran, en síntesis, una evasión de nuestros difíciles problemas, un tranquilizador de conciencias, pero no una guía para la acción.

Cada vez me ponía más nervioso la decisión de la reunión del CNS, que era en efecto mi recomendación: limitar el ataque a los santuarios a las fuerzas survietnamitas. Agnew tenía razón; debíamos neutralizar todos los santuarios o abandonar el proyecto. Era difícil imaginar cómo una operación limitada en sólo un santuario, en la cual las fuerzas survietnamitas tenían en el mejor de los casos apoyo aéreo americano estrictamente limitado, podría marcar una diferencia decisiva. Estábamos en peligro de combinar todas las desventajas de los distintos cursos de acción. Seríamos castigados por la intervención en Camboya sin lograr ningún propósito estratégico.

Antes de que yo pudiera presentar estas opiniones a Nixon, ocurrió otro de esos hechos aparentemente triviales que aceleran el proceso de la historia. El periodista William Beecher dio a conocer en el *New York Times* el contenido de un cable sumamente secreto en el que se informaba a nuestro encargado en Phnom Penh que habíamos decidido proveer con rifles comunistas capturados al gobierno de Camboya. Nixon explotó. Las filtraciones, en el mejor de los casos, lo enfurecían; y ésta le pareció que era un claro intento por parte de la burocracia para generar presiones del congreso y del público contra cualquier ayuda a Camboya. Para empeorar las cosas, más o menos en el mismo momento, Nixon descubrió que el equipo de señales y el representante de la CIA que él había ordenado fueran enviados a Phnom Penh el 1 de abril y sobre el que había insistido el 16 de abril, aún no habían sido despachados.

Montó en una cólera monumental. La noche del 23 de abril me llamó por lo menos diez veces; tres de ellas a la casa del senador Fulbright, donde estaba yo en una reunión informal con miembros del Comité de Relaciones Exteriores del Senado. Como era su hábito cuando estaba extremadamente agitado, ladraba una orden y colgaba inmediatamente. Quería que nuestro encargado, Rives, fuera reemplazado inmediatamente; ordenó que se despidiera a Marshall Green; y luego de pensarlo un poco, su delegado Bill Sullivan debía ser también transferido; un avión de la Fuerza Aérea con personal de la CIA a bordo debía ser despachado inmediatamente a Phnom Penh; todos aquéllos que hubieran tenido acceso a ese cable serían sometidos a un examen con el detector de mentiras; se nombraría inmediatamente a un general para que se hiciera cargo de Camboya.

En esas circunstancias era habitualmente prudente no discutir y esperar veinticuatro horas para ver en cuál de esas órdenes insistiría Nixon después de haberse calmado. Pero resultó que no insistió en ninguna de ellas. (Yo hice que las comunicaciones de la CIA fueran enviadas a Phnom Penh en avión militar.) Pero su explosión del 23 de abril lo impulsó finalmente a aceptar el consejo de Agnew: actuar contra Anzuelo y Pico de Loro simultáneamente, usando fuerzas norteamericanas contra Anzuelo. Convocó a una reunión la mañana del 24 de abril con el almirante Moorer, presidente en ejercicio del Estado Mayor Conjunto, y con Helms y Cushman de la CIA. Nixon quería discutir una operación combinada de los EEUU con Vietnam del Sur contra Anzuelo, en paralelo con la operación Pico de Loro. Un reflejo de su extrema irritación por las dilaciones burocráticas fue la exclusión de Rogers y Laird de esa reunión con el pretexto de que sólo quería información militar y de inteligencia. Helms y Moorer estaban ambos fuertemente a favor de un ataque al santuario de Anzuelo. Tenían la seguridad de que eso forzaría a los vietnamitas a abandonar sus esfuerzos para rodear y aterrorizar a Phnom Penh. La des-

trucción de los abastecimientos harían ganar un tiempo valioso a la vietnamización. Pero Nixon no estaba todavía dispuesto a anunciar la decisión. En lugar de eso, se fue a Camp David en helicóptero para reflexionar un poco más y para encontrar un modo de atraer a su gabinete a un curso hacia el que él se inclinaba cada vez más. Mientras tanto dejó que yo me las viera con la burocracia.

La situación tenía sus aspectos absurdos. Los departamentos aún aplicaban dilaciones al apoyo aéreo norteamericano a las operaciones survietnamitas contra un santuario, cuando el presidente se inclinaba cada vez más por operaciones *combinadas* norteamericano-vietnamitas contra *todos* los santuarios. No me pareció correcto mantener al Secretario de Defensa ignorando la reunión entre el presidente en ejercicio del Estado Mayor Conjunto y el presidente; por lo tanto llamé a Laird y le describí la reunión como un informe militar sobre posibilidades, incluyendo un ataque americano a Anzuelo. Laird subrayó que sería sumamente deseable evitar la autorización de cualquier operación norteamericana antes de que Rogers presentara su testimonio ante el Comité del Senado para Relaciones Exteriores el 27 de abril; esto le permitiría a Rogers declarar con toda verdad que no había norteamericanos involucrados en Camboya. Laird informó que aún los Comités de las Fuerzas Armadas, habitualmente «halcones», estaban nerviosos por la participación norteamericana en Camboya. Laird también argumentaba —como lo haría en varias ocasiones durante los días siguientes— que Abrams y Wheeler realmente se oponían a la operación Anzuelo. Consulté con el almirante Moorer, quien aseguró (en una rápida traducción de su más colorido lenguaje naval) que su secretario estaba equivocado.

Una vez lanzado a su curso de acción, la determinación de Nixon era igual a sus inagotables recursos tácticos. Decidió adoptar la sugerencia de Rogers de asustar al Congreso con la perspectiva de pedidos monumentales de ayuda por parte de Camboya, pero lo usaría para justificar las operaciones *norteamericanas* en los santuarios, cosa que Rogers nunca pensó.

A pedido de Nixon solicité al presidente del Comité Senatorial de las Fuerzas Armadas, senador John Stennis de Mississippi, que se reuniera conmigo. Stennis pertenecía a esa generación de líderes del Senado que, habiendo alcanzado su posición por antigüedad y sintiéndose muy seguros en sus distritos electorales, materializaban en su experiencia acumulada un sentido de continuidad. En asuntos domésticos, especialmente los problemas raciales, a veces estos líderes estaban detrás de las nociones morales corrientes en esta época. Pero en seguridad nacional y en política exterior, eran torres de fortaleza. Muchos de ellos eran sureños, hijos de una región que había conocido su propia tragedia. Ellos comprendían, de un modo que la mayoría de las otras regiones no podían comprender, que puede haber desastres irrevocables, que el género humano es falible, que no se puede dar por sentada la perfección humana, que la virtud sin poder es impotente. Cortés, prudente y patriota, Stennis, al igual que su distinguido colega Richard Russell, era uno de los hombres que hacía que la separación de poderes funcionara bien, a pesar de su intangibilidad formal. Los presidentes podían confiar en su integridad, los miembros del gabinete podían contar con su respeto por los esfuerzos realizados.

Vi a Stennis la tarde del 24 de abril y le expliqué por qué las incursiones apoyadas por los EEUU a Camboya eran una necesidad militar si se seguía adelante con la vietnamización. Le mostré un mapa de las áreas de base, que eran una parte integral de la guerra en Vietnam. En medio de nuestra conversación Nixon llamó a mi oficina, como ya habíamos acordado que hiciera. Delante de Stennis resumí mi informe y le transmití la reacción de éste que era en general favorable. Luego Stennis tomó el teléfono y expresó su apoyo personalmente al presidente.

Una vez más revisé los planes con Wheeler y Helms y le pedí a éste último un estudio de contingencias sobre qué cosas podían salir mal. Subrayé que si tenía algunas vacilaciones debería decírmelas a mí; si llegaba a cambiar de ideas yo las transmitiría inmediatamente al presidente. Helms se mantuvo firme en sus recomendaciones previas. Estaba seguro de que pagaríamos el mismo precio doméstico por dos operaciones que por una, y los beneficios estratégicos serían incomparablemente más grandes en el ataque a dos puntas.

Luego pasé una hora con los miembros de mi equipo superior —Bill Watts y Larry Lynn, además de Lord, Lake y Morris— quienes se opusieron a la operación propuesta. Les daba una última oportunidad para expresar sus objeciones. Fue una penosa sesión, pues sentían un profundo desacuerdo con lo que estábamos planeando. Lake, Morris y Watts dimitieron.

Desde la reunión del CNS dos días antes, no se sabía nada de los secretarios de Estado y de Defensa. Ellos conocían los planes alternativos que preveían la participación de las fuerzas de los EEUU; efectivamente, Laird les había transmitido desde el principio los planes del Es-

tado Mayor Conjunto para un ataque en Anzuelo. Seguramente no habían podido dejar de advertir la creciente agitación del presidente; pero no podían creer que Nixon pudiera seriamente decidir autorizar una incursión de los EEUU. Se comportaban como si el problema fuera a desaparecer si ellos lo ignoraban; no ofrecieron ninguna alternativa y ni siquiera una crítica sistemática.

Urgí a Nixon a que convocara una reunión del CNS para dar a todas las partes una oportunidad de expresar sus opiniones. Tal como le dije a Helms: «Mi opinión y mi recomendación es que cualquier decisión debe ser discutida con los dos miembros del gabinete, aun cuando la decisión haya sido ya tomada y la orden esté en un cajón del escritorio. No se puede esperar que lo acepten sin antes darles la oportunidad de expresar sus opiniones». La reunión se realizaría el domingo 26 de abril por la tarde.

Ya en ese momento Nixon estaba decidido a seguir adelante; el único problema ahora era reducir al mínimo el inevitable enfrentamiento de Rogers y Laird. Cuando se sentía arrinconado, su veta romántica aparecía y se veía a sí mismo como un comandante militar asediado, en la tradición de Patton. Pero aparte de sus características personales, Nixon era quien proponía la pregunta fundamental: ¿Podemos, con la conciencia tranquila, continuar la retirada gradual de Vietnam mientras se abre Sihanoukville y toda Camboya se convierte en una gran área de bases contigua? Aquéllos dentro de la administración que se oponían estaban principalmente preocupados por la reacción doméstica. Nadie vino con una respuesta al dilema de cómo podríamos seguir adelante con la vietnamización si toda la frontera camboyana estaba abierta a una infiltración masiva. Ni tampoco la inacción evitaría nuestro problema doméstico. Si resistíamos, se nos acusaría de una escalada; pero si aceptábamos el triunfo comunista en Camboya y nuestras bajas comenzaban a aumentar, y Vietnam comenzaba a desintegrarse, se nos acusaría de seguir una estrategia inútil.

El sábado 25 de abril, Nixon me llamó a Camp David para revisar los planes. Yo caminaba sobre el borde de la piscina mientras él nadaba en el agua. Hablamos de la proyectada reunión del CNS para la tarde siguiente. Estaba decidido a seguir adelante con la operación Anzuelo, y hasta había comenzado a jugar con la idea de una operación mayor: tal vez deberíamos combinar un ataque a los santuarios camboyanos con la reanudación de los bombardeos en Vietnam del Norte así como con la colocación de minas en Haiphong. La oposición se pondría histérica de todos modos. Yo pensé que ésta era una de esas meditaciones que Nixon tendía a presentar para demostrar que era un duro, pero que realmente no tenía intenciones de llevar a cabo, si bien las podía usar más adelante para demostrar a sus amigos íntimos que su equipo le había defraudado. Tampoco podía concebir yo que el presidente pudiera salir de una crisis de tal magnitud con un equipo dividido. Por todas estas razones le repliqué que ya teníamos bastantes cosas en qué pensar; no podíamos abandonar una estrategia anunciada tan recientemente y con tanto énfasis.

Nixon cambió de tema después de diez minutos y jamás volvió a tocarlo. No creo que estuviera considerando seriamente esa posibilidad. Pero, en retrospectiva, creo que deberíamos haberla pensado con más seriedad. La desgracia de nuestras acciones militares en Vietnam eran sus vacilaciones. Siempre estábamos tratando de calcular con delicada precisión el absoluto mínimo de fuerzas o de tiempo, sin dejar margen para el error o para la confusión, alentando con ello a nuestros adversarios a mantenerse en sus posiciones hasta que nuestras dudas derrotaran nuestros esfuerzos.

Tal vez la más difícil lección que un líder nacional debe aprender a tomar es la que se refiere al uso de la fuerza militar, sus posibilidades básicas son actuar, o contenerse y no actuar. No podría quitarse de encima la maldición moral por usar la fuerza si emplea ésta a medias o ineficientemente. No hay premios por exhibir las propias dudas con vacilaciones; los estadistas no recogen elogios cuando fracasan por moderados. Una vez comprometidos, deben continuar en lo suyo. Si no están dispuestos a hacerlo, no deberían comprometer el poder de su nación. Ni las sucesivas administraciones ni los críticos comprendieron jamás totalmente esto durante la guerra de Vietnam. Y allí estaban muchas de las semillas de sus tragedias.

De todos modos, la sesión de estrategia junto a la piscina de Camp David no fue la última de las deliberaciones del día. Volamos de regreso a la capital y, a última hora de la tarde, Nixon invitó a John Mitchell a que se uniera a Bebe Rebozo y a mí para un crucero en el yate presidencial *Sequoia* por el Potomac. Las tensiones de los serios planes militares se transformaron en exaltación gracias a las libaciones, hasta el punto de producir un cierto extraño patriotismo

cuando se decidió que todos debían adoptar la posición de atención mientras el *Sequoia* pasaba junto al Mount Vernon — cosa que no fue lograda por todos con el mismo éxito —. Al regresar a la Casa Blanca, Nixon invitó a sus alegres colegas a ver la película *Patton*. Era la segunda vez que se me honraba de ese modo. Interesante como sin duda era el filme, logré escaparme durante una hora en la mitad de la función para hacer los preparativos de la reunión del CNS del día siguiente.

El domingo 26 de abril, tropas norvietnamitas y del Viet Cong dieron urgencia a nuestras deliberaciones al atacar naves comerciales en la ruta del río Mekong hacia Phnom Menh. Las fuerzas comunistas tomaron la ciudad de Angtassom. La línea férrea hacia el sur desde Phnom Penh estaba cortada en varios puntos en la provincia Takeo. Declaraciones de prensa de Hanoi y Pekín rechazaron la propuesta, hecha por Indonesia, de una conferencia asiática para restaurar la neutralidad de Camboya, propuesta que nosotros habríamos apoyado.

El presidente se reunió esa noche con sus principales consejeros del CNS —Rogers, Laird, Wheeler, Helms y yo— en su oficina de trabajo en el Edificio de Oficinas del Ejecutivo. Agnew no estaba incluido. Aún cuando no seguía el consejo de su vicepresidente, Nixon estaba todavía dolorido por la inesperada intervención de Agnew y estaba decidido a ser el hombre fuerte de esta reunión. Desde el principio, la reunión tomó un giro extraño. Helms presentó una evaluación de inteligencia en el sentido de que Hanoi estaba extendiendo sus áreas de bases, uniéndolas y tratando de crear una tal inseguridad en Phnom Penh que haría derrumbar al gobierno. Wheeler describió la propuesta operación norteamericana contra el complejo Anzuelo y una posibilidad de ampliarla a otras áreas. Nixon trató de evitar el enfrentamiento con sus secretarios de Estado y Defensa simulando que la reunión era meramente informativa. Luego enviaría sus órdenes escritas. Para mi sorpresa, tanto Rogers como Laird —quienes después de todo estaban familiarizados con los métodos de su elusivo jefe— aceptaron el simulacro de que se trataba de un abstracto ejercicio de planeamiento y no tomaron ninguna posición. Evitaron la cuestión de por qué Nixon llamaría a sus consejeros superiores un domingo por la noche para oír informes de planes de contingencias.

Nixon se sintió sumamente aliviado. Interpretó el silencio como asentimiento; de todos modos, logró evitar la controversia. Tan pronto como la reunión hubo terminado me llamó a los departamentos familiares y me dio instrucciones para que entregara órdenes autorizando el ataque en el área Anzuelo. Hice preparar el documento y él lo firmó. Sólo para asegurarse, el presidente primero visó la orden y luego, debajo de las iniciales, también firmó con su nombre completo:

Este imprimatur doble del presidente de ninguna manera garantizaba su cumplimiento. Presidía yo una reunión del Grupo de Acción Especial en la Sala de Situación a la mañana siguiente para discutir su realización cuando fui llamado afuera para recibir una llamada telefónica de Rogers. Este quería saber si la orden que acababa de llegar a sus manos significaba que el presidente había ordenado un ataque norteamericano sobre uno de los santuarios camboyanos. Concedí que difícilmente se podía interpretar de otro modo. Rogers dijo que eso lo pondría en una posición muy difícil con el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, ya que tenía pensado atestiguar esa misma tarde que no había ninguna intervención norteamericana en Camboya. Le sugerí que llamara al presidente.

Apenas había yo regresado a la Sala de Situación cuando otro alto miembro del gabinete

me llamó. Con su invariable táctica de presentar primero el problema en el que uno era más vulnerable, Laird objetó una frase de las instrucciones que señalaba al Grupo de Acción Especial de Washington como «la autoridad para empezar el plan». Laird arguyó que eso violaba la vía jerárquica que debía pasar por su oficina. Le respondí que substituyera la palabra «realizar» por «coordinar» u otra frase adecuada que él prefiriera. Luego Laird fue a lo que realmente le molestaba. Aseguró que la operación combinada Pico de Loro — Anzuelo costaría la vida de 800 hombres en combate en una semana. Arguyó que Abrams y Wheeler no pensaban que las dos operaciones fueran posibles. Cuando Wheeler había hablado el domingo por la tarde de dos operaciones sobre santuarios, según insistía Laird, se refería a Pico de Loro y al Area de Base 704, un santuario más al sur (que, como se vio después, servía perfectamente a los propósitos de Laird al estar inundado completamente en esta época del año). Sugerí que Laird también llamara al presidente.

Apenas se había reanudado la reunión del Grupo Especial cuando fui llamado afuera nuevamente; esta vez era Haldeman, quien me dijo que Rogers y Laird estaban en camino para entrevistarse con el Presidente. Me invitaba a participar, pero me recordaba que debía dejar al «presidente la conducción del juego».

La reunión del presidente con sus altos funcionarios del gabinete no carecía de una cierta cualidad surrealista. Rogers estaba principalmente preocupado por su aparición ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado esa tarde. Quería estar en condiciones de atestiguar que ningún norteamericano estaba involucrado en Camboya; por lo tanto pedía que el presidente retirara esa orden. Laird era más complicado. Insistió en sus temores por el alto número de bajas; daba a entender que había habido una terrible confusión acerca de las recomendaciones de Abrams, quien realmente se había referido a la inundada área de base del sur. Laird insistió una vez más en sus objeciones a la redacción de la orden, un punto (como él lo sabía muy bien) que yo ya había concedido.

Nixon habló poco y lo que dijo fue ambiguo, síntoma seguro para quien estuviera familiarizado con sus métodos de que sus intenciones eran no abandonar su decisión. Levantó la sesión diciendo a sus funcionarios del gabinete que los informaría a breve plazo. Apenas Rogers y Laird salieron, Nixon dejó caer todas sus frustraciones sobre mí. No podía comprender por qué sus altos consejeros jamás le daban un argumento estratégico y le hacían perder el tiempo con sus problemas políticos personales. No se dejaría doblegar por esta clase de conducta. Le recomendé que demorara la ejecución de su orden durante veinticuatro horas; y hasta podría retirarla temporalmente si eso aliviaba los problemas de Rogers. Mientras tanto, yo interrogaría a Bunker y Abrams en su nombre para verificar sus opiniones; debíamos asegurarnos de que no hubiera ningún malentendido ni acerca de sus recomendaciones ni acerca del número de bajas que esperaban. También debía yo pedir a Laird que enviara los cables sobre los que basaba su opinión de que los comandantes de campo no apoyaban las operaciones simultáneas contra Anzuelo y Pico de Loro. Nixon aceptó mis sugerencias. Retiró la orden e informó a sus miembros del gabinete que la decisión final sería tomada dentro de veinticuatro horas.

Mientras tanto envié un cable secreto al embajador Bunker pidiéndole su opinión y la del general Abrams sobre una serie de asuntos que necesitábamos saber con urgencia debido a la intención de un ataque combinado de EEUU y Vietnam del Sur a Anzuelo: si esto debía coincidir con la operación Pico de Loro o debía venir después de ella; si esfuerzos comparables dentro de Vietnam del Sur darían mejores resultados; si otras áreas de base — como la 704 — serían más ventajosas; cuántas bajas esperaban. El cable concluía (en nombre del presidente):

Me preocupa saber si el general Abrams realmente quiere conducir esta operación por sus propios méritos o si la apoya solamente porque supone que representa mis deseos. Por lo tanto, le ruego que me envíe su opinión y la del general Abrams sin ninguna deformación sobre todas estas preguntas y me dejaré guiar por ellas. Por favor, muéstreme este mensaje al general Abrams.

Al atardecer ya habían llegado el memorándum de Laird y el cable de Bunker y Abrams. Laird volvió a repetir su posición anterior: se oponía al uso de tropas norteamericanas de combate en Camboya; por lo tanto apoyaba la operación survietnamita contra Pico de Loro, apoyada, si fuera necesario, con un ataque al área 704, que también debía ser llevado a cabo por las fuerzas survietnamitas. Hay que decir en favor de Laird que una vez que Nixon decidió

la operación norteamericana, él no participó en el esfuerzo de moda en ese momento de deslindar responsabilidades; ni tampoco este maestro de las filtraciones triviales jamás reveló públicamente que él se había opuesto, por escrito, a la tremendamente importante acción en Camboya.

En cuanto a Abrams y Bunker, fuertemente recomendaron el ataque combinado aliado sobre Anzuelo como «lo más deseable», preferiblemente en paralelo con el ataque a Pico de Loro, que era el segundo objetivo en importancia. El área 704, confirmó Abrams, «no tiene la misma importancia» que las otras dos. Bunker y Abrams creían que ninguna operación dentro de Vietnam del Sur daría resultados comparables. Abrams astutamente no dio cálculo alguno sobre las probables bajas, pero se comprometió a hacer todo lo posible para mantener las bajas en un «mínimo absoluto».

No recibimos nada de Rogers, salvo las noticias de su testimonio ante el Comité de Relaciones Exteriores del Senado en el sentido de que todavía no se había tomado la decisión de usar fuerzas norteamericanas en Camboya.

Como en la mayoría de las decisiones con importantes consecuencias políticas, Nixon decidió llamar a John Mitchell. Los tres estuvimos hasta casi la medianoche revisando los memorándums y los pros y contras de las opciones disponibles. Al final, Nixon decidió reafirmar su decisión original y decirse a Laird y Rogers por la mañana, en presencia de Mitchell. Nixon me pidió que preparara una nueva orden cambiando la oración a la que Laird se había opuesto de modo que el Grupo de Acción Especial tuviera autoridad «de coordinación» y no de «realización». En todo lo demás la directiva permanecería sin ningún cambio.

A la mañana siguiente, martes 28 de abril, me reuní con Nixon y Mitchell desde las 9.30 hasta las 10.20 para revisar las operaciones una vez más. Nixon me pidió que me retirara por la puerta lateral antes de su reunión con Rogers y Laird; consideró deseable que yo no me convirtiera en el blanco de la crítica de los departamentos. En una reunión de veinte minutos con Rogers, Laird y Mitchell, el presidente reafirmó su decisión de seguir adelante con la operación combinada de los EEUU y Vietnam del Sur contra Anzuelo. Señaló que los Secretarios de Estado y de Defensa se habían opuesto al uso de fuerzas norteamericanas y que el Dr. Kissinger «se inclinaba desfavorablemente» contra eso. (Esto ya no era verdad; yo había cambiado mi opinión por lo menos una semana antes. En mi opinión Nixon me agrupó con sus dos miembros del gabinete por su habitual amalgama de complejas razones. Genuina y generosamente quería protegerme contra la reacción departamental; sin duda él también quería mantener su imagen de sí mismo como el solitario y asediado líder sorteando los obstáculos levantados por sus asociados.) Nixon les aseguró que dictaría un sumario de los acontecimientos que lo habían conducido a la decisión y que dejarían en claro las encontradas recomendaciones de sus consejeros superiores; los archivos registrarían su oposición; él asumiría la total responsabilidad. (Las notas de Mitchell de esta reunión están al final) (10).

Como se ve, la decisión final de continuar adelante no fue una erupción maniática de irracionalidad como las protestas posteriores trataron de hacer ver. Fue una decisión tomada muy cuidadosamente, con muchas vacilaciones, por un hombre que tuvo que disciplinar sus nervios casi cotidianamente para enfrentar a sus asociados y para superar la parcialmente inconsciente, parcialmente deliberada, dilación de sus departamentos ejecutivos. Fue una demostración de una cierta nobleza cuando asumió la total responsabilidad. La decisión no fue tomada a espaldas de sus consejeros superiores, como se ha afirmado — si bien otras lo fueron más adelante —. Nixon desautorizó a los miembros de su gabinete; pero no los mantuvo en la ignorancia. Esta es la esencia de la presidencia, la inescapable soledad del cargo, sumada en el caso de Nixon a la tendencia de sus principales colegas del gabinete a dejarlo con todo el peso para públicamente apartarse de él. Sus métodos secretos y retorcidos para tomar decisiones indudablemente reforzaban su proclividad a la autodeterminación. Pero sus opiniones eran bien conocidas; las agencias habían tenido muchas oportunidades para presentar su caso. El hecho está bien claro: en el asunto de Camboya, Nixon tenía razón. Y el presidente era él. No hay dudas de que las dilaciones en llevar a cabo las órdenes presidenciales directas, el análisis de claros deseos presidenciales para poder así deformarlas, ayudaron a confirmar a partir de entonces la ya fuerte predilección de Nixon por la toma de decisiones en secreto y aislado.

Un enfrentamiento con la gente que estaba en desacuerdo con él desgastaba mucho a Nixon. Después de la reunión en la Oficina Oval, se retiró a su escondite del Edificio de las Oficinas del Ejecutivo, para no salir hasta pronunciar su discurso del 30 de abril en el que anunció la

incursión en Camboya. Pasé horas esos días con él poniéndolo al día en los planes. Pat Buchanan redactó el discurso básico a partir de bosquejo general proporcionado por mi equipo. Pero su mayor fuerza vino de Nixon. El proporcionó la retórica y el tono; trabajó horas y horas cada día sobre diferentes versiones.

Una mañana me mostró una hoja de papel amarillo rayada sobre la que había anotado los diferentes pros y contras; yo saqué una hoja amarilla similar de mi bolsillo. Habíamos llegado prácticamente a las mismas conclusiones, tal vez eso fue así porque las habíamos repetido muchas veces verbalmente el uno al otro. Pero en los días anteriores al anuncio de esta fatídica decisión de los primeros tiempos de su presidencia, el presidente Richard Nixon estuvo prácticamente sólo, sentado en la penumbra de la habitación del Edificio de oficinas del Ejecutivo, con el tocadiscos funcionando y dejando oír suave música neoclásica, reflexionando, analizando, reuniendo sus pensamientos y su furia. La retórica «churchiliana» que emergió reflejaba menos la importancia presente de la decisión que su indudable sentido de desafío ante lo que sabía se convertiría en una colosal controversia sobre una decisión que él profundamente creía era correcta, y para la cual había recibido poco apoyo por parte de sus asociados.

Yo estaba muy ocupado entre la ayuda al presidente y la coordinación de la puesta en práctica de la decisión. Una vez que un miembro de un departamento del gabinete reconoce que una decisión es irrevocable y no puede ser revocada por minuciosa exágesis o filtraciones a la prensa, puede ser un magnífico instrumento, competente, eficiente, cuidadoso. Las reuniones del Grupo de Acción Especial, que en las semanas anteriores habían sido una pesadilla de evasiones y dilaciones, ahora eran ordenadas y precisas. U. Alexis Johnson, el maduro subsecretario de Estado para Asuntos Políticos, produjo uno de esos planes generales maestros (conocidos como «escenarios» en la jerga burocrática) que eran su especialidad, un horario de tareas de cada individuo y departamento clave hasta y después de la hora cero.

«Operación Picapiedra», como fue denominada, o *Toan Thang 42* (Victoria Total) para los survietnamitas, fue lanzada contra Pico de Loro durante la noche del 28 de abril. Unos cincuenta consejeros norteamericanos acompañaron las oleadas iniciales, a los que se sumaron veintidós más en los primeros cuatro días.

En el fatídico día 30 de abril, el presidente pronunció su discurso a las nueve de la noche, para explicar a un pueblo ansioso que «las acciones del enemigo en los últimos diez días claramente ponen en peligro las vidas de aquellos norteamericanos que están en Vietnam ahora y constituirían un riesgo inaceptable para aquéllos que permanezcan allí después del retiro de 150.000 hombres». Comenzó por explicar, con un mapa, que los norvietnamitas habían comenzado a amenazar Phnom Penh y a extender sus áreas de base anteriormente separadas hasta convertirlas «en una vasta área de estacionamiento y en un trampolín enemigo para atacar Vietnam del Sur a lo largo de 900 kilómetros de frontera». Teníamos tres posibilidades: no hacer nada; «proveer asistencia militar masiva a Camboya misma»; y limpiar los santuarios. La decisión que ahora él anunciaba era un asalto combinado de los EEUU y Vietnam del Sur al «cuartel general de la totalidad de las operaciones militares comunistas en Vietnam del Sur». La acción era limitada, temporal, no dirigida contra algún país fuera de la guerra, indispensable para la vietnamización y para mantener el número de bajas en un mínimo.

Con una retórica desproporcionada para el tema, aunque no para los esfuerzos y tensiones de las semanas que lo precedieron, el presidente enfatizó que los EEUU no serían «humillados»; no sucumbiríamos a la «anarquía»; no actuaríamos como «un gigante lamentable y desvalido». Tampoco seguiría él el camino fácil de echar todas las culpas sobre las administraciones anteriores. Era el Nixon de los mejores tiempos. Había «rechazado todas las consideraciones políticas»:

Que mi partido gane en noviembre no es nada comparado con las vidas de 400.000 valientes norteamericanos que luchan por nuestro país y por la causa de la paz y la libertad de Vietnam. Que yo sea presidente durante un sólo período es insignificante comparado con que, por nuestra incapacidad para actuar en esta crisis, los EEUU demuestren ser indignos de conducir las fuerzas de la libertad en este crítico período de la historia universal. Prefiero ser presidente durante un sólo período y hacer lo que creo es correcto, y no un presidente en dos períodos al precio de ver los EEUU convertidos en un poder de segunda categoría, de ver a esta nación aceptar la primera derrota en sus 190 años de historia.

Posteriormente, en las críticas, se dijo que éste era un discurso divisivo, apocalíptico en sus afirmaciones, excesivo en sus pretensiones. No tendría que enfrentarse a elecciones durante dos años más; sin duda personalizó el asunto excesivamente. Es verdad que el discurso fue insatisfactorio para aquéllos cuyo único objetivo era la terminación de la guerra en Vietnam y que identificaban este objetivo con la terminación de todas las operaciones de combate tan rápido como fuera posible sin tener en cuenta las consecuencias. Sin ninguna duda Nixon debió haber sido más compasivo con aquéllos auténticamente dolidos por las ambigüedades de una guerra inacabable tan extraña a nuestra experiencia nacional. Se entregó a las manos de sus críticos al presentar una operación esencialmente defensiva, limitada en el tiempo y en el espacio, como un acontecimiento que hace estremecer la tierra y pone a prueba las conciencias, dando así color a las acusaciones de sus críticos en el sentido de que había excedido sus atribuciones presidenciales al «extender» la guerra. Y agregó una frase que era tan irrelevante a su tesis central como falsa —que hasta ese momento no nos habíamos movido contra los santuarios— olvidando los bombardeos secretos.

Sin embargo, para ser justos, esos críticos hicieron pocos esfuerzos para ir más allá de la retórica y llegar a las realidades de la decisión. Porque más allá de las palabras, de autoconmiseración y vanagloria al mismo tiempo, los méritos del caso eran abrumadores. No habíamos alentado el golpe de estado en Camboya, ni siquiera sabíamos nada de eso. Prácticamente no habíamos hecho nada para explotarlo en nuestro beneficio durante cuatro semanas. Nos vimos lanzados a la acción cuando Le Duc Tho unió las guerras en Vietnam y en Camboya, cuando Sihanouk se arrojó en brazos de los comunistas, cuando las fuerzas norvietnamitas salieron de sus santuarios y comenzaron a penetrar cada vez más profundamente en Camboya con el obvio propósito de derrocar el gobierno y establecer así un área contigua desde la cual la guerra en la parte meridional de Vietnam del Sur podía ser continuada con una base logística grandemente ampliada. En estas circunstancias tendríamos que haber suspendido los retiros de tropas o la vietnamización se hubiera convertido en un subterfugio para el desmantelamiento de un país aliado. Que la retórica de Nixon fuera excesiva no cambiaba el hecho de que sólo teníamos las tres posibilidades que él señaló: No hacer nada era lo mismo que permitir la caída, tanto de Camboya como de Vietnam del Sur. Si nuestras intenciones de reducir nuestro compromiso en Vietnam y no abandonar a aquéllos que habían confiado en nosotros a su propio destino, eran serias, debíamos impedir la realización de los designios de Hanoi sobre Camboya. Las incursiones a los santuarios, en síntesis, era el único curso de acción compatible con una retirada controlada de Indochina, y con cualquier perspectiva de impedir a Hanoi que dominara la región.

EL ELUSIVO CUARTEL GENERAL COMUNISTA Y OTRAS BATALLAS

Las fuerzas americanas y survietnamitas avanzaron sobre el área Anzuelo a las 7.30 de la mañana, hora de Saigón, el 1 de mayo. Ese mismo día Nixon visitó el Centro Nacional de Comando Militar en el Pentágono y —sin previo aviso— ordenó lo que hacía mucho tiempo venía considerando, una incursión en todas las otras áreas de base. Como resultado, doce bases enemigas fueron atacadas en las primeras tres semanas. Algunas fueron operaciones aliadas combinadas; otras fueron conducidas por los survietnamitas solos con apoyo logístico y aéreo de los EEUU. Algunas fueron breves (de una semana a diez días); otras tuvieron la misma duración de la campaña.

Dos naves de la marina de los EEUU y aviones de patrulla naval se estacionaron frente al puerto de Sihanoukville (para ese entonces ya rebautizado Kompong Som) fuera del límite de doce millas. Debían observar el puerto y efectuar un bloqueo si eso fuera necesario. Esto terminó el 13 de junio. El 26 de mayo, las series secretas de Menú terminaron formalmente; los ataques de los B-52 continuaron como operaciones abiertas en apoyo de las fuerzas de tierra de los EEUU en Camboya. Además, se llevaron a cabo dos días de ataques aéreos en Vietnam del Norte contra tres complejos de abastecimientos enemigos, precisamente al norte de la Zona Desmilitarizada. El general Abrams había llamado la atención sobre este complejo logístico a fines de abril, pues lo consideraba el eje de los esfuerzos de abastecimientos del enemigo.

El discurso de Nixon había resaltado la presencia de la Oficina Central para Vietnam del Sur en el área Anzuelo y la había presentado como uno de los objetivos de nuestro asalto. Laird

había advertido correctamente contra esta referencia específica en el discurso, pero él no vio los borradores hasta un par de horas antes de que fuera pronunciado y Nixon no estaba dispuesto a cambiarlo. El resultado fue una de las famosas brechas de credibilidad autoprovocadas, irrelevante para el problema central, pero corrosiva para la confianza pública. Los comunistas camboyanos confirmaron ocho años más tarde lo que algunos norteamericanos no querían creer cuando Nixon lo dijo: la Oficina Central para Vietnam del Sur estaba efectivamente ubicada en el área Anzuelo (11). En mis informes a la prensa antes del discurso señalé que la Oficina Central enemiga era sumamente móvil y que no esperábamos capturarla intacta. Y efectivamente, el asalto al santuario Anzuelo afectó las operaciones de la Oficina Central y permitió capturar o destruir gran parte de su personal, abastecimientos e instalaciones. El 18 de mayo, la Oficina Central informó a sus unidades subordinadas que estaba siendo seriamente amenazada por los ataques aliados; ordenó a todas las estaciones de radio de su red que controlaran estrechamente ya que el cuartel general reanudaría las comunicaciones sólo brevemente cuando fuera necesario. La Oficina Central permaneció fuera del aire durante largos períodos mientras sus subordinados trataban insistentemente de reestablecer el contacto por radio. Pero dado que no podíamos revelar información de inteligencia, estábamos desprotegidos ante el implacable asedio de los medios de comunicación masiva sobre el elíptico cuartel general comunista.

Aparte de la Oficina Central, no cabía ninguna duda del éxito. Al final del primer mes se habían capturado cinco toneladas y media de documentos enemigos, incluyendo documentación vital del orden de batalla enemigo en Vietnam, con sus planes detallados para una campaña para derrocar el gobierno de Phnom Penh, y conocimientos de embarque para cargamentos a través de Sihanoukville que iban más allá de nuestras más altas estimaciones de la importancia de esta ciudad. El 22 de mayo, el Departamento de Defensa calculó que 12.000 tropas norvietnamitas estaban detenidas en los canales de infiltración a causa de nuestras operaciones. Las comunicaciones comunistas lamentaban el consumo de reservas por parte de la tropa y que había sido dispuesto para ser usado más adelante durante la estación de las lluvias. El número de desertores del lado comunista aumentó substancialmente. En su informe final a la nación a fines de junio, Nixon enumeró las cantidades de material capturado:

—22.892 armas individuales, suficientes para equipar unos 74 batallones fuertes de la infantería norvietnamita, y 2.509 equipos para la operación de armas pesadas, suficientes para equipar unos 25 batallones fuertes de la infantería norvietnamita;

—más de 15 millones de cargas de municiones, o sea aproximadamente lo que el enemigo ha disparado en Vietnam del Sur durante el año pasado;

—14 millones de libras de arroz, suficientes para alimentar todos los batallones de combate enemigos que se calculaba operaban en Vietnam del Sur durante cuatro meses;

—143.000 cohetes, morteros y cargas de rifles sin retroceso, que se usaban contra bases y ciudades. Basados en la experiencia reciente, el número de morteros, grandes cohetes y cargas para rifles sin retroceso es equivalente a lo que el enemigo dispara en unos 14 meses en Vietnam del Sur;

—más de 199.552 cargas antiaéreas, 5.482 minas, 62.022 granadas y 83.000 libras de explosivos, incluyendo 1.002 cargas de mochila;

—más de 435 vehículos y la destrucción de más de 11.688 bunkers y otras estructuras militares.

El impacto militar podría haber sido aún más grande si no hubiéramos retirado nuestras fuerzas arbitrariamente en dos meses. El enorme clamor doméstico fue profundamente perturbador.

Poco después de su discurso del 30 de abril, Nixon comenzó a presionarme para realizar retiros simbólicos primero, y luego retiros substanciales de tropas de los santuarios. El plazo del 30 de junio comenzó como una proyección improvisada y muy aproximada de Nixon para los líderes del Congreso sobre cuánto habría de durar el esfuerzo; pronto se convirtió en algo sagrado. En otro informe al Congreso súbitamente introdujo un límite de treinta kilómetros para las penetraciones norteamericanas (cosa que fue inexplicablemente traducida por el Pentágono a 21 millas). El presidente se acercaba peligrosamente al eterno error de nuestra política militar en Vietnam: actuar con suficiente fortaleza como para provocar tormentas de protesta, pero luego, por vacilaciones, parar nuestras acciones antes del impacto decisivo. Las limitaciones

de tiempo y geografía impuestas a las operaciones de nuestras fuerzas ayudaban sólo marginalmente a calmar al Congreso y a la prensa, pero ciertamente nos impedía obtener el beneficio total de las operaciones. Las áreas base se extendían sobre cientos de kilómetros cuadrados; los depósitos secretos no podían ser descubiertos más que por sistemáticas búsquedas; luego se necesitaba tiempo para retirar lo que se encontraba. El límite de tiempo no permitía una búsqueda completa. Y las restricciones geográficas simplificaban los planes del enemigo: simplemente retiraba sus fuerzas y algunos de sus escondites en esas áreas. Dudo que hubiéramos atraído mucha más hostilidad pública quedándonos los dos o tres meses adicionales necesarios para una cuidadosa búsqueda. Se podría así haber impedido que los comunistas mantuvieran algunas áreas de base desde las que ventualmente dominaron la misma Camboya. Pero las inhibiciones, si bien lamentables para el éxito total, no nos impidieron lograr nuestros objetivos principales. El ataque a los santuarios hizo que nuestra retirada de Vietnam fuera más fácil; salvó vidas; aún después de que los santuarios fueran reocupados por los comunistas, éstos carecían de los suministros suficientes como para una acción sostenida.

Los analistas de sistemas de mi propio equipo calcularon que nuestras operaciones destruyeron o capturaron hasta un 40 por ciento del total de depósitos enemigos en Camboya. Mi propia evaluación era más cautelosa. En los informes de prensa al principio de la operación y en conversaciones con el presidente, yo había predicho que la perturbación de los abastecimientos enemigos y de sus operaciones nos daría «un respiro» de seis a ocho meses. Después de un viaje a Indochina en nombre nuestro, Sir Robert Thompson creyó que los comunistas no estarían en condiciones de reparar sus abastecimientos durante la estación de las lluvias ese año o completar los depósitos durante la estación seca. Sólo después de la siguiente estación de lluvias podrían ellos llevar sus abastecimientos a los niveles anteriores. En otras palabras, él pensaba que habíamos ganado tanto como dos años.

Thompson resultó estar en lo cierto. Después de 1969 la guerra en Vietnam se había convertido en una carrera entre nuestras retiradas, el mejoramiento del ejército de Vietnam del Sur, y la capacidad de Hanoi para interrumpir el proceso lanzando ofensivas. Como la capacidad de combate de los EEUU disminuía, cualquier cosa que debilitara la capacidad de combate de Hanoi era vital para nosotros. Dado que Hanoi debía luchar lejos de sus bases domésticas, la interrupción de sus líneas logísticas y la disminución de sus depósitos echaban por tierra sus cálculos así como su capacidad. Fueran cuales fuesen las conclusiones de los analistas de sistemas, no hubo ningún combate importante durante casi dos años después del ataque en las áreas de Vietnam del Sur que habían estado más expuestas a hostilidades procedentes de los santuarios. El delta del Mekong y las áreas más pobladas fueron efectivamente aseguradas. Y cuando Hanoi lanzó una ofensiva general en la primavera de 1972, su mayor fuerza vino a través de la Zona Desmilitarizada, donde sus líneas de abastecimientos eran más cortas; sus ataques desde Camboya fueron los más débiles y los más fácilmente detenidos.

Para los norteamericanos, por supuesto, el criterio clave eran nuestras bajas. Durante el ataque a los santuarios el número se elevó por un momento, si bien nunca llegaron a más de un cuarto de las 800 bajas por semana que Laird temía. Después, el número de hombres muertos en acción cayó a menos de 100 por semana por primera vez en cuatro años. Y ese número continuó disminuyendo todos los meses a partir de ese momento. Para cada mes a partir de junio de 1970, la cifra de bajas fue menos de la mitad de la del correspondiente mes del año anterior. Para mayo de 1971, un año más tarde, había bajado a 35 por semana; en mayo de 1972, la cifra era de 10 por semana. No cabe duda de que el retiro de tropas americanas fue un factor importante; pero teníamos varios cientos de miles de americanos en Vietnam durante 1971, y si Hanoi hubiera tenido la capacidad, podría haber producido muchas más bajas que las que produjo. Que esto no fuera así se debió principalmente al respiro producido por la operación en Camboya.

Y en la arena internacional, las complicaciones con otros países, tan fieramente predichas por algunos críticos, no se materializaron. La Unión Soviética hizo ambiguas críticas no demasiado alejadas de amenazas específicas. El 14 de mayo, el premier soviético Kosygin ofreció una dura conferencia de prensa en la que se preguntaba qué confianza podían tener los soviéticos en las actividades internacionales de los EEUU, dada nuestra «violación» de la neutralidad de Camboya. Pero se negó a usar esta queja general en las conversaciones SALT. No dio el apoyo soviético a la Declaración de la Reunión Cumbre de «Los Pueblos de Indochina», y ni siquiera desautorizó al gobierno de Lon Nol. El 18 de mayo, el Ministro de Relaciones Exteriores Delegado de la Unión Soviética, Nikolay Firyubin, dijo a uno de nuestros aliados europeos que los

soviéticos proyectaban mantener su embajada en Phnom Penh ya que «no había otra cosa que hacer». Firyubin describió la situación en Camboya como confusa y a Sihanouk como a un prisionero de Pekín.

Los chinos, si bien con un lenguaje un poco más colorido, fueron igualmente prudentes. El 4 de mayo una declaración gubernamental «advirtió severamente» a los EEUU contra «su flagrante provocación». Recordando a todo el mundo la expresión del presidente Mao, que los Estados Unidos eran un «tigre de papel», China afirmó que los «tres pueblos de Indochina» triunfarían «seguramente» si se mantenían unidos. Un editorial del *Diario del Pueblo* del día siguiente insistió sobre los mismos temas, reconfortando a los revolucionarios indochinos con la idea de que «la vasta extensión del territorio de China es su segura zona de retaguardia». En otras palabras, como le dije al presidente, «los chinos han publicado una declaración que realmente quiere decir que no harán nada». El 20 de mayo se dio a publicidad una poco usual declaración en nombre del presidente Mao, con el tranquilo título de «¡Pueblos del mundo, uníos y defendeos de los agresores americanos y todos sus seguidores!». Mao apoyaba el nuevo gobierno en exilio de Sihanouk y la Declaración de la Reunión Cumbre de los Pueblos de Indochina, y señalaba una vez más que «el imperialismo de los EEUU, que aparece como un enorme monstruo, es en esencia un tigre de papel, que se debate en su lecho de muerte». Mi análisis, enviado al presidente el 23 de mayo, decía que esto también ofrecía poco a Hanoi, salvo aliento verbal.

Lejos de dañar nuestras relaciones con los dos gigantes comunistas, las operaciones en Camboya mejoraron nuestra posición al agregar otra manzana de la discordia entre Moscú y Pekín. Con el reconocimiento soviético del gobierno de Lon Nol, y el reconocimiento de Pekín a Sihanouk, la brecha chino-soviética fue transplantada a Indochina. El 10 de junio Dobrynin y yo estábamos nuevamente explorando negociaciones sobre SALT, el Medio Oriente y hasta una reunión cumbre norteamericano-soviética; las tensiones con Moscú que surgieron más avanzado el verano fueron el resultado de conflictos de intereses en otras partes del mundo. Y para fines de junio habíamos recibido inconfundibles señales de los chinos en el sentido de que estaban dispuestos a reabrir los contactos con nosotros.

La crisis no estaba ni en el campo de batalla ni en nuestra diplomacia, sino en el frente doméstico.

† LAS LUCHAS DOMÉSTICAS

Ninguno de estos éxitos tuvo efecto alguno en las erupciones de la primavera de 1970, haciendo con ello que el período de la incursión en Camboya fuera un periodo de extraordinaria tensión. Había entrado al gobierno con la esperanza de poder ayudar a restañar los cismas dentro de mi país de adopción trabajando para poner fin a la guerra. Simpatizaba yo con las angustias de los estudiantes, ansiosos por vivir el sueño americano de un mundo donde las ideas prevalecieran por su pureza sin las ambigüedades del recurso a la fuerza. La guerra en Vietnam fue el primer conflicto mostrado por la televisión e informado a través de una prensa básicamente hostil. La sordidez, los sufrimientos y la confusión inseparables de cualquier guerra se convirtieron en parte de la experiencia viva de los norteamericanos; muchos culparon de estas agonías a los defectos de sus propios líderes.

Desagradables como me parecían la brutalidad y arbitrariedad de algunos de los que protestaban, tenía un sentimiento especial por los estudiantes. Habían sido educados por escépticos, relativistas y psiquiatras; ahora estaban sin timón en un mundo del que exigían certeza sin sacrificios. Mi generación los había decepcionado al alentar la autoindulgencia sin darles raíces. Pasé una desproporcionada cantidad de tiempo durante los meses siguientes con grupos de estudiantes —diez en mayo solamente—. Me reuní con disconformes en sus casas privadas, escuché, expliqué, discutí. Pero mi simpatía por su angustia no podía oscurecer mis obligaciones hacia mi país, tal como yo las veía. En mi opinión estaban tan equivocados como enardecidos. Sus presiones dilataron el final de la guerra, no lo aceleraron; sus simplificaciones no acercaron la paz, la ansiedad por la cual no era su exclusivo monopolio. La emoción no era una política. Debíamos terminar la guerra, pero en condiciones tales que no disminuyera el poder de los EEUU para ayudar a construir un nuevo orden internacional del que el futuro de todos, hasta de aquéllos más exaltados, dependía.

Tampoco es justo culpar de la rebelión primariamente a la inflada retórica de Nixon, y ni siquiera a los acontecimientos de la Universidad Estatal de Kent. El diálogo en nuestra democracia se había interrumpido antes. El movimiento antibelicista había estado latente desde noviembre, a la espera de una nueva oportunidad. A mediados de abril se produjeron protestas en unas doscientas ciudades y pueblos, y el estado de ánimo era tal que las noticias del 28 de abril sobre las puramente survietnamitas operaciones en Pico de Loro provocaron acusaciones de una nueva escalada de la guerra. Esto fue dos días antes de la participación de soldados norteamericanos o del discurso de Nixon. Las fuerzas norvietnamitas habían estado atacando a través de Camboya durante más de un mes, sin que ello provocara la menor crítica a Hanoi. Sin embargo, la reacción survietnamita fue denunciada en el *New York Times* («una virtual renuncia del presidente a su promesa de retirarnos del sudeste asiático»), en el *Wall Street Journal* («los norteamericanos quieren una salida aceptable de Indochina, no un compromiso mayor») y en el *St. Louis Post-Dispatch* («una sorprendente escalada»). El empuje survietnamita había sido proyectado para ayudar a nuestra ordenada retirada. Pero en el Congreso casi inmediatamente se pusieron barreras para impedir la ayuda a Camboya, que sufría una salvaje invasión por parte de los mismos enemigos y hasta de las mismas unidades que luchaban contra nosotros en Vietnam. El senador J. William Fulbright, Presidente del Comité para Relaciones Exteriores del Senado, dijo a la NBC el 27 de abril, después del informe que había provocado en Rogers tanta angustia premonitoria, que el comité era virtualmente unánime en la opinión de que ayudar a Camboya en su resistencia «sería una nueva expansión de la guerra».

Todos los temas de las críticas de la posterior explosión estaban presentes antes del discurso del presidente. Estábamos escalando la guerra. Ninguna acción militar podía de modo alguno tener éxito; por lo tanto las afirmaciones en sentido contrario por parte del gobierno eran falsas. Se nos acusaba de tener tan poco control en nuestras decisiones que el menor paso era visto como dirigido a un compromiso abierto de cientos de miles soldados norteamericanos. Una brecha de credibilidad se había abierto ante cualquier esfuerzo por lograr una salida honorable de la guerra. De este modo, la prensa recibió los argumentos contenidos en el discurso de Nixon del 30 de abril con la simple contraafirmación: no le creyeron. Era una «alucinación militar» otra vez, según el *New York Times*: «El tiempo y la amarga experiencia han agotado la credulidad del pueblo y el congreso norteamericanos». Para el *Washington Post* era «una auto-renovación de la guerra» apoyada en «pruebas sospechosas, argumentos insidiosos y excesiva retórica». Para el *Miami Herald* «el guión en Camboya es sorprendentemente igual a los cuentos sobre Vietnam en los días de Kennedy y Johnson. Ya lo hemos oído todo antes, y muchas veces». El debate se encerraba en la pasión de las masas.

Así como todo esto germinaba antes del 30 de abril, el nuevo aumento en el «tempo» había comenzado con convocatorias para huelgas y marchas por parte de los dirigentes estudiantiles, quienes habían demostrado su habilidad para producir enfrentamientos en anteriores sesiones de protestas. Las declaraciones del presidente, entre sentimentales y estridentes, no ayudaban en una situación volátil en la que todo era susceptible de ser malinterpretado. Su improvisada referencia a los «idiotas que hacen volar la universidad», una expresión casual oída por los periodistas durante una visita al Pentágono, fue un innecesario desafío, si bien la intención era referirse sólo a un pequeño grupo de estudiantes que, al poner una bomba, habían quemado la investigación de toda la vida de un profesor en Stanford. Cuando el 4 de mayo cuatro estudiantes de la Kent State University fueron muertos por disparos de rifle de los hombres de la Guardia Nacional enviada por el gobernador de Ohio, James Rhodes, para mantener el orden después de varios días de violencia, se produjo una onda explosiva que llevó a la nación y a sus líderes cerca del agotamiento psicológico.

La administración respondió con una declaración de extraordinaria insensibilidad. Ron Ziegler recibió instrucciones de decir que las muertes «debían recordarnos a todos una vez más que cuando la disensión se vuelve violencia, invita a la tragedia».

La fuerza de las huelgas y protestas estudiantiles se aceleró inmediatamente. La intranquilidad y la violencia en las universidades sobrepasó la misma operación en Camboya como el problema principal ante los ojos del público. Washington adquirió el aspecto de una ciudad sitiada. Un tope de protesta pública masiva fue alcanzado el 9 de mayo cuando una multitud calculada entre 75.000 y 100.000 personas hicieron una manifestación en una cálida tarde de sábado en el Ellipse, el parque al sur de la Casa Blanca. La policía rodeó la Casa Blanca; un anillo de sesenta autobuses fue usado para proteger los terrenos del hogar del presidente.

Después del 9 de mayo, miles de estudiantes, a menudo dirigidos por el claustro profesoral, descendieron sobre la capital para denunciar la «escalada» y la «locura» del gobierno. Mil abogados presionaron al Congreso para dar por terminada la guerra. A éstos los siguieron treinta y tres rectores de universidades, arquitectos, médicos, funcionarios de salud pública, enfermeras, y 100 ejecutivos de corporaciones de Nueva York. La prensa alimentaba este estado de ánimo. Los editoriales expresaban sus dudas sobre las afirmaciones de éxito en Camboya que emitía el Pentágono. Más allá de estas demostraciones pacíficas por parte de estudiantes antibelicistas, éstos se mostraron adictos a tácticas llenas de imaginación para organizar disturbios que rayaban en la violencia directa. Unos dos mil estudiantes de la Columbia University se sentaron en las calles durante las horas punta. Se incendiaron varios edificios en las universidades como fogatas por la paz. Un incendio en la Syracuse University destruyó un edificio nuevo mientras dos mil quinientos estudiantes desfilaban en manifestación. Hubo manifestaciones estudiantiles en el distrito financiero de la ciudad de Nueva York los días 7 y 8 de mayo. En represalia, obreros que construían el World Trade Center bajaron a Wall Street y atacaron a los manifestantes con palos y otras armas improvisadas. El incidente hizo que muchos se dieran cuenta de que una ruptura del orden civil podría volverse peligrosamente contra los mismos manifestantes. Pero eso no hizo que las protestas disminuyeran; y sólo alentó a Nixon en su creencia de que las masas del público norteamericano estaban de su lado.

Efectivamente, las Encuestas Gallup mostraron un considerable apoyo a las acciones del presidente. Cuando se le preguntaba a la gente «¿Cree usted que los EEUU deberían enviar armas y material para ayudar a Camboya, o no?», el 48 por ciento de los interrogados respondió que sí, el 35 por ciento que no, el 11 por ciento no emitió opinión, mientras que el 6 por ciento no dio respuestas calificadas. Cuando se les preguntó: «¿Aprueba usted, o desaprueba, el modo en que el presidente Nixon está manejando la situación de Camboya?», el 50 por ciento expresó su aprobación; el 35 por ciento desaprobación; y el 15 por ciento no expresó ninguna opinión. Y el 53 por ciento de los interrogados expresó su aprobación por el modo en que Nixon estaba manejando la situación en Vietnam; el 37 por ciento expresó desaprobación; y el 10 por ciento no expresó opinión alguna.

La ola de críticas de los estudiantes y de los medios de comunicación masiva afectó poderosamente al Congreso. De la no poco razonable crítica a las inadecuadas consultas del presidente, se pasó a los intentos de legislar un retiro de tropas de Camboya y la prohibición de su reingreso. El 13 de mayo el debate comenzó en el Senado sobre la Ley de Ventas Militares al Exterior, a la que los senadores Frank Church y John Sherman Cooper proponían enmendar prohibiendo la extensión de la ayuda y actividad militar de los EEUU en Camboya después del 30 de junio. Por otra parte, una enmienda propuesta por el senador Robert Byrd otorgaría al presidente autoridad como para decidir cualquier acción que considerara necesaria para proteger las tropas de los EEUU en Vietnam del Sur. Esta enmienda fue rechazada por escaso margen, 52 a 47, el 11 de junio, en lo que se consideró una prueba de fuego. Los debates del Senado y las escaramuzas parlamentarias duraron siete semanas, hasta que el 30 de junio la enmienda Cooper-Church fue aprobada por el Senado en una votación nominal cuyo resultado fue 58-37. El Senado había votado para dar libertad a los comunistas en Camboya aun cuando a juicio del ejecutivo esto significaba condenar a Vietnam del Sur. El proyecto de ley pasó luego a una Conferencia Bicameral. La totalidad de la Ley de Ventas Militares al Exterior permaneció en Conferencia por el resto de 1970, detenida por la negativa de la Cámara de Representantes a aceptar la enmienda aprobada por el Senado. Para ese entonces el daño ya había sido hecho en esencia; en medio de una flagrante invasión norvietnamita, se decía al enemigo por boca del Senado que Camboya estaba desamparada.

Mientras la enmienda Cooper-Church se centraba en Camboya, la enmienda McGovern-Hatfield al Proyecto del Presupuesto de Defensa estaba dirigida a la terminación total de la guerra en Indochina por el simple expediente de cortar todos los fondos a fines de 1970, plazo luego extendido hasta el 31 de diciembre de 1971. La propuesta fue finalmente derrotada en el Senado el 1 de septiembre por un margen de 55-39. Pero la pauta era clara. Los oponentes a la guerra en el Senado introducirían una enmienda tras otra, forzando a la Administración a una interminable serie de acciones de retaguardia para preservar un mínimo de flexibilidad para las negociaciones. Esto sólo alentaba a Hanoi a dilatar las cosas, a esperar para cosechar los resultados del conflicto doméstico.

Todo esto aceleró el proceso de desilusiones. Los conservadores estaban desmoralizados

por una guerra que se había convertido en retirada, y los liberales estaban paralizados por lo que ellos mismos habían elaborado, pues no podían ignorar totalmente el hecho de que fue una administración liberal la que había enviado medio millón de norteamericanos a Indochina; se mostraban igualmente renuentes a enfrentar las implicaciones de sus acciones pasadas, así como a hacer algún esfuerzo para mantener la calma. Era una completa evasión de la responsabilidad. De modo bastante extraordinario, todos los grupos, oponentes y otros, hacían recaer la carga en la presidencia. Fue un gran chiste para los estudiantes cuando un profesor proclamó que «el modo de salir de Vietnam es en barco». La consecuencia práctica de todo esto fue que, en ausencia de cualquier alternativa seria, el gobierno quedaba solo con su propia política o aceptaba la capitulación.

La misma urdimbre del gobierno se estaba deshaciendo. Los miembros del Poder Ejecutivo estaban conmocionados. Después de todo, sus hijos y los amigos de sus hijos tomaban parte en esas manifestaciones. Unos 250 empleados del Departamento de Estado, incluyendo 50 funcionarios del Servicio Exterior, firmaron una declaración objetando la política. El mal disimulado desacuerdo entre los miembros del gabinete mostraba que el Poder Ejecutivo estaba casi tan dividido como el país. El secretario del Interior, Walter Hickel, protestó en público. El 8 de mayo, el *New York Times* informó que el Secretario de Estado había prohibido toda especulación acerca de su propia actitud — difícilmente un sonoro apoyo al presidente —. Un grupo de empleados tomó el edificio de los Cuerpos de Paz e izó una bandera del Viet Cong. Robert Finch, Secretario de Salud, Educación y Bienestar Social, se negó a disentir públicamente con su presidente y viejo amigo — como efectivamente lo había hecho en privado — y un gran número de sus funcionarios ocuparon el auditorio del departamento en señal de protesta. El presidente se veía a sí mismo como la firme roca en esta fuerte corriente, pero los remolinos produjeron efectos también en él. Aunque simulaba indiferencia, estaba profundamente herido por el odio de los disidentes. Habría dado mucho para obtener un poco del afecto que los estudiantes profesaban por envidiados y admirados Kennedy. En su ambivalencia Nixon llegó a un punto de agotamiento que causó gran preocupación a sus consejeros. Su extraña visita al Lincoln Memorial para reunirse con estudiantes a las cinco de la mañana del 9 de mayo era solamente la punta visible del iceberg psicológico.

El agotamiento era el sello de todos nosotros. Yo tuve que dejar mi departamento, siempre asediado por manifestantes, e instalarme en el subsuelo de la Casa Blanca para poder dormir un poco. A pesar de la necesidad de coordinar el control de la crisis, gran parte de mi propio tiempo lo pasaba con colegas nada alegres, casi dominados por el pánico; y aún más con estudiantes y colegas disidentes. Hablé largamente con Brian McDonnell y Thomas Mahoney, quienes me anunciaron que ayunarían en el Parque Lafayette hasta que todas las tropas norteamericanas fueran retiradas. Hablé en la Sala de Situación con un grupo de estudiantes de diferentes universidades y escuelas de graduados acerca de las causas y raíces, como yo las entendía, de su desesperanza, cosa que yo consideraba más profunda que la ansiedad por la guerra.

Estas conversaciones con estudiantes me resultaron más alentadoras que las que mantuve con los profesores manifestantes. Cuando almorcé en la Sala de Situación con un grupo de profesores de Harvard, la mayoría de los cuales había desempeñado altos cargos gubernamentales, a pedido de ellos, les ofrecí entrar en una honesta discusión sobre los razonamientos detrás de la decisión, pero de modo no oficial. Muchos de ellos habían sido mis colegas y amigos. Pero no quisieron aceptar el ofrecimiento. Estaban allí no como eminentes académicos, sino como figuras políticas, que representaban a un grupo en sus lugares de origen, una universidad inflamada por la tragedia de Kent State tanto como por la guerra. Habían proclamado ante los periodistas con anterioridad — pero no ante mí — que estaban allí para enfrentarse conmigo; anunciaron que a partir de ese momento se negarían a realizar cualquier investigación o a aceptar cualquier relación de consejeros con el gobierno.

Sus objeciones a la decisión camboyana demostró que las hipérboles no estaban limitadas sólo a la administración. Un distinguido profesor dio como su análisis considerado lo siguiente: «alguien se ha olvidado decirle al presidente que Camboya era un país; él ha actuado como si no supiera esto. ¿Nos hemos comprometido aún más en Camboya? Si así es, fue entonces una pésima política exterior». Estaba convencido de que esta operación «claramente amenaza los retiros norteamericanos» — cuando en realidad era todo lo contrario —. Este profesor estaba dispuesto a creer, sin ninguna prueba como base, que el Secretario de Defensa Laird ignoraba las operaciones militares antes de que el presidente las anunciara. Mantenía la sor-

prendente opinión de que «era un riesgo que no debía haberse corrido, aún cuando tuviera éxito en sus propios términos». Otros dijeron que la decisión era «incomprensible», «más horrible que cualquier cosa hecha por Johnson», «desastroso», «espantoso». Un profesor propuso la extraordinaria hipótesis de que una operación que durara ocho semanas a una distancia de treinta kilómetros podría llevar a nuestros comandantes militares a creer que el uso de armas nucleares era ahora concebible. Otro declaró que nosotros habíamos provocado todas las acciones del otro lado.

La reunión completó mi transición del mundo académico al mundo de los negocios. Estos eran los líderes de sus propias especialidades; hombres que habían sido amigos míos, académicos cuyas vidas de estudio debían haberles dado un sentido de la perspectiva. Que estuvieran en desacuerdo con nuestra decisión era comprensible; yo mismo había atravesado un largo proceso de vacilaciones antes de convencerme de que no había otra alternativa. Pero la falta de compasión, la exagerada soberbia, la negativa a ofrecer una alternativa, reforzaban dos convicciones: que para la paz interna de nuestro país, la guerra no había terminado, y también que, al hacerlo en términos compatibles con la menor responsabilidad internacional, no obtendríamos ninguna ayuda por parte de aquéllos con quienes había compartido mi vida profesional. Las heridas habría que restañarlas después que terminara la guerra. De hecho no fue así.

Camboya no era un problema moral; ni Nixon ni sus oponentes debieron haberlo presentado en esos términos. A lo que nos enfrentábamos era básicamente a una decisión táctica: si el uso de tropas norteamericanas para neutralizar los santuarios durante un período de ocho semanas, era el mejor modo de mantener el ritmo establecido y la seguridad de nuestra salida de Vietnam e impedir la dominación de Indochina por Hanoi. Los hombres razonables pueden disentir; en lugar de eso, la discusión racional terminó. La presentación del presidente, que colocaba su decisión al mismo nivel de crisis de las cruciales decisiones de la Segunda Guerra Mundial, fue atacada por los críticos con la imagen de un presidente fuera de control que se comportaba de modo totalmente irracional, que había provocado al enemigo y cuyas acciones eran inmorales, aun si tenían éxito.

Pero no era la incursión a Camboya el verdadero tema del debate. Era el mismo problema que había dividido el país durante la Moratoria el año anterior: si había algunos términos en los que los Estados Unidos debían insistir por su honor, su posición en el mundo y los sacrificios ya hechos, o si debía abandonar inmediata e incondicionalmente todos esos esfuerzos. Un acuerdo político como el propuesto por el senador Fulbright —no la rápida imposición de un gobierno comunista en Saigón— era precisamente lo que Hanoi había siempre rechazado, tal como me lo había confirmado Le Duc Tho en los términos más crudos no hacía todavía tres semanas. Lo que ninguno de los críticos moderados estaba dispuesto a admitir era que si seguíamos sus recomendaciones de negar ayuda a Camboya, pronto no tendríamos otra opción que aceptar los términos de Hanoi, que ninguno de ellos apoyaba. Nuestros oponentes seguían proclamando una suposición para la que no existía la menor prueba: que había alguna alternativa política alguna fórmula de neutralidad no especificada que estaba siendo deliberadamente ignorada. La decisión surgida del pánico de poner el 30 de junio como plazo para el retiro de nuestras fuerzas de Camboya era un concreto resultado de las presiones públicas.

La inseguridad fue aún mayor en los niveles intermedios del gobierno. Aquí el impacto de la protesta pública consistió en llevar la discusión, desde cómo hacer para que la operación tuviera éxito, a la elaboración de distintas restricciones: el uso de ataques aéreos tácticos; las operaciones de los survietnamitas en Camboya después de irnos el 30 de junio; el papel de los consejeros norteamericanos. La ambivalencia del gobierno en Washington era inevitable que se transmitiera a aquéllos en el campo de batalla, quienes pronto tuvieron la sensación de que Washington no estaba distribuyendo premios por esfuerzos imaginativos y audaces para proseguir las operaciones en Camboya. En este sentido Camboya era un microcosmos de todo nuestro esfuerzo en Indochina.

No hay ganadores cuando el diálogo en una democracia se interrumpe tan completamente. No puede haber una seria política nacional cuando se intenta forzar las decisiones por medio de un derrame de emociones y cuando aquéllos que ocupan los altos cargos se ven forzados a tomar medidas, en las que no creen realmente, sólo para acallar las protestas en la calle. Tal vez algunos de los críticos habrían sido más comprensivos si hubieran conocido mis conversaciones con Le Duc Tho, que estaban escondidas por la convicción de la administración de que el secreto era necesario para el éxito de las negociaciones. Y sin embargo, es imposible evitar

la impresión de que la mayoría de los críticos necesitaban los errores presidenciales sólo como pretexto. (Probablemente habrían denunciado la operación por poner en peligro las perspectivas de mis negociaciones, si las hubieran conocido.) Nos enfrentábamos a una emoción indiferenciada que rechazaba toda explicación como una repetición de las excesivas afirmaciones de las administraciones anteriores. Los críticos rara vez se dirigían a nuestro problema básico: cómo podríamos retirar nuestras fuerzas y reducir las operaciones militares —tal y como lo estábamos haciendo— mientras permitíamos que el enemigo abriera un nuevo frente.

El esfuerzo por encontrar una alternativa moderada a nuestra política condujo a una renovación de las presiones para un plazo fijo de la retirada total. El 7 de junio, el *Los Angeles Times* pidió una retirada completa e inmediata del sudeste asiático: «Ha llegado el momento para que los EEUU abandonen Vietnam, y lo hagan rápidamente y sin equívocas». Un período de dieciocho meses, decía el *Times* sin ninguna prueba, «sería mucho menos peligroso que la política seguida en este momento por el presidente». En julio la revista *Life* repetía lo mismo.

Lamentablemente, los argumentos para un plazo de retirada no mejoraban con el tiempo. O bien el plazo era compatible con la vietnamización, en cuyo caso coincidía con nuestra propia política, pero nos quitaría fuerza negociadora; o bien era arbitrario, en cuyo caso era un eufemismo por colapso; cosa que sería casi imposible de justificar por el riesgo de vidas durante el intervalo antes de que expirara el plazo. De modo que terminamos la operación en Camboya en un largo camino antes de salir de Vietnam, enfrentando un enemigo implacable y una igualmente implacable oposición doméstica.

EL BALANCE FINAL

La última víctima de nuestras angustias domésticas fue el gentil pueblo de Camboya. Años más tarde, cuando el gobierno de Camboya que nosotros apoyábamos cayó en manos comunistas, aquéllos que durante años exigieron que abandonáramos Camboya, tuvieron particular interés en tratar de evadir por cualquier medio toda responsabilidad por las horribles consecuencias que eran el resultado en parte de lo que ellos habían pedido. Se afirma en ciertos círculos que las tensiones internas de Camboya que hicieron caer a Sihanouk fueron el resultado del movimiento hacia el oeste de las fuerzas comunistas, presuntamente causado por nuestra incursión del 10 de mayo de 1970 (13) o nuestros bombardeos desde 1969 (14). En realidad, como es obvio al observar el mapa, el movimiento hacia el oeste por parte de los norvietnamitas comenzó en abril, antes de nuestra incursión, provocado sólo por un gobierno de Camboya que tuvo el atrevimiento de pedirles que abandonaran el suelo camboyano.

Si la incursión, los comunistas se habrían apoderado de Camboya muchos años antes. Que el gobierno de esos fanáticos ideólogos hubiera sido más benigno en esas condiciones, no es algo demasiado seguro; cuando los tiranos están tan alejados de sus pueblos, tan comprometidos con temibles experimentos de transformaciones sociales, tan doctrinarios, ningún criterio normal es válido. No se trataba de humanitarios mal comprendidos que, en un acceso de furia ante nuestras acciones de cinco años antes, se veían impulsados a masacrar a su propio pueblo.

En realidad se ha presentado el absurdo argumento, con una evidente falta de pruebas, de que la crueldad del Khmer Rojo en la victoria fue el producto de cinco años de esfuerzos norteamericanos y camboyanos para resistirlos (15). Nadie puede aceptar esto como una explicación adecuada, salvo los apologistas del Khmer Rojo. Sihanouk no lo cree; éstos eran los hombres que él había expulsado de Camboya en 1967 porque eran una amenaza para su país. En abril de 1979 me dijo que los líderes del Khmer Rojo «siempre fueron asesinos» desde el principio (16). Las acciones del Khmer Rojo en el poder eran la metódica aplicación de teorías económicas alimentadas durante décadas de fanatismo ideológico. El líder Khieu Samphan escribió en su disertación doctoral en París en 1950 que la economía camboyana y su estructura social debía ser transformada movilizandó «la dormida energía de la masa campesina» contra las ciudades corruptas: una teoría aplicada dos décadas más tarde con impresionante precisión y brutalidad, hasta el punto del genocidio (17).

Que Hanoi hubiera respetado la independencia de un Sihanouk neutral cuando aplastaba un régimen comunista amigo precisamente por el pecado de independencia, es algo que desafía toda posibilidad. Además eso ha sido confirmado por todas las declaraciones de Le Duc Tho. Nosotros nos habríamos arriesgado a la neutralidad de Sihanouk. Lamentablemente para fines

de abril de 1970 los acontecimientos y su propio ultraje lo habían colocado en una posición de la que sólo podría haber escapado como agente comunista. Fue Hanoi, llevada por un insaciable impulso para dominar Indochina, quien invadió Camboya a mediados de la década de los sesenta, quien organizó el Khmer Rojo mucho antes de que cayera alguna bomba americana en suelo camboyano; fueron las tropas vietnamitas las que trataban de estrangular Camboya el mes anterior a nuestro ataque limitado; y fueron las tropas norvietnamitas la que derrocaron al Khmer Rojo en 1978-1979. Si no hubiéramos invadido los santuarios en Camboya habríamos sido encerrados en 1970 en lugar de en 1975. Si algo condenó a los camboyanos libres, eso fue el temor a la guerra en los EEUU.

La pobre Camboya se convirtió gradualmente en el blanco de nuestras frustraciones nacionales. Nuestros críticos domésticos, derrotados en sus muchos esquemas para legislar un fin para la guerra de Vietnam, tuvieron más éxito al imponer la abdicación en Camboya. Aun, cuando el mismo enemigo estaba usando Camboya como Base, Hanoi no tenía medios de presionar más de lo que estaba ya haciendo, de modo que cualquier aumento de la fuerza camboyana, necesariamente la debilitaría o pondría a la defensiva. Los consejeros norteamericanos fueron expulsados por ley de Camboya y la ayuda norteamericana fue reducida enormemente. Camboya ataba muchas de las fuerzas de Hanoi en el sur, pero nuestros fondos de ayuda fueron entregados a regañadientes, hasta una cantidad de 200 millones de dólares en 1970, y fueron calificados con la restricción de que no podían ser gastados en «mantener el gobierno de Lon Nol» — una sorprendente política de ayudar a un país sin dar asistencia a su gobierno —. Esto reflejaba tanto el miedo a que fuéramos «atrapados en Camboya», al igual que en los otros países de Indochina, como el ya vigente mito de que éramos prisioneros de Thieu y no de Hanoi. Jamás se aclaró cómo el deterioro de la posición de nuestros aliados en Camboya y Laos facilitaría nuestra desvinculación de Vietnam.

La prohibición del congreso a los consejeros militares en Camboya fue tomada tan literalmente por nuestro embajador que prohibió a nuestros agregados militares hasta viajar para informarse de la conducta de las unidades camboyanas. Camboya se convirtió en un lugar aislado: las fuerzas survietnamitas en sus áreas fronterizas y los aviones norteamericanos bombardeando las comunicaciones enemigas; y cuanto más débiles eran las fuerzas camboyanas, en gran medida como resultado de las limitaciones a nuestra ayuda, más tenían ellos que confiar en nuestros aviones como su única reserva estratégica. Y la menor ironía no fue que los críticos produjeron lo que profesaban detestar: un aumento del poderío aéreo. No se permitió nada decisivo; a los norvietnamitas se les dio tiempo para reforzar el Khmer Rojo cuando podrían haber sido duramente prisionados anteriormente. El ejército camboyano tenía que vivir según la versión dada por las «palomas» de la Doctrina Nixon: languidecer hasta que sus implacables enemigos comunistas reunieran las fuerzas para un asalto total y mientras una Norteamérica doctrinaria gradualmente ahogaba su capacidad de resistencia.

El dilema de Camboya tocó hasta a dos miembros del equipo del Comité del Senado para Relaciones Extranjeras, Richard M. Moose y James G. Lowenstein, cuyas visitas anuales al sudeste asiático habían sido el terror de nuestros funcionarios porque ambos se oponían a la guerra y eran adeptos a destapar los enredos burocráticos. Sus informes eran un disparo semestral en el ataque del congreso a nuestra política en Vietnam. Sin embargo, en una visita a Camboya a fines de 1970, Moose y Lowenstein llegaron a conclusiones no muy diferentes de las nuestras, y tuvieron el coraje de hacerlas conocer. La esencia de su informe era que los EEUU estaban haciendo muy poco por Camboya, que el gobierno de Camboya tenía un amplio apoyo popular, y que los EEUU estaban defraudando a Camboya:

Nos pareció que hay un considerable apoyo al gobierno del general Lon Nol entre los jóvenes y los intelectuales, en claro contraste con la situación en Vietnam del Sur, y entre los funcionarios y empleados públicos así como entre los miembros del Senado y la Asamblea... Hay un evidente sentido de unidad y objetivos nacionales, así como una determinación de defender su país sin tropas extranjeras...

Los camboyanos encuentran difícil comprender los complicados y comprometidos elementos del dilema norteamericano en el sudeste asiático hoy. Mirando hacia atrás, hacia las pautas de conducta norteamericana en Asia durante las últimas dos décadas, se asombran ante los síntomas de vacilación norteamericana en armarlos para defenderse contra una fuerza invasora armada por China y la Unión Soviética.

Si bien los informes Mooser-Lowenstein anteriores, que apoyaban los prejuicios corrientes, habían sido prolijamente impresos y ampliamente distribuidos, este informe fue detenido durante varios días por el Comité. Luego, aparentemente bajo presión por parte de algunos de sus miembros, fue dado a conocer, pero del modo más discreto posible. El senador Fulbright simplemente lo insertó en la *Congressional Record* el 16 de diciembre de 1970, junto con algunos editoriales periodísticos, sin llamar la atención sobre él y sin una lectura pública (18).

Tal vez el ataque a los santuarios era una cosa muy importante, sobre la que individuos honestos y serios podían muy bien disentir. Pero una vez que las fuerzas norvietnamitas se distribuyeron por todo el país, una vez que se hubo creado una «zona liberada» y puesta bajo control comunista como un paso hacia el derrocamiento del gobierno no comunista en Phnom Penh (todo esto antes de cualquier reacción norteamericana), la suerte quedó echada. Atacar los santuarios impediría el colapso inmediato de Camboya, pero no podía eliminar la amenaza a largo plazo. Aquéllos que se habían opuesto a la decisión original ahora trataban de revertirla bloqueando nuestra ayuda al gobierno de Camboya. Pero esto no cambió la decisión ni impidió la expansión de la guerra; lo único que logró fue dar a Hanoi y al Khmer Rojo un tiempo de respiro para el asalto final. Condenó lo que quedaba de esperanzas para una Camboya independiente, libre y neutral. Cualesquiera sean los méritos del debate de 1970, se puede elaborar un fuerte caso para la afirmación de que Camboya fue en última instancia la víctima de la ruptura de nuestro proceso político democrático: tanto el gobierno como sus críticos bloquearon mutuamente sus objetivos y frustraron sus políticas, impidiendo de este modo una estrategia coherente. De esta mezcla de decisiones norvietnamitas, camboyanas y norteamericanas los acontecimientos se sucedieron con el determinismo de una tragedia griega hasta que descendió sobre ese gentil país un horror que no merecía y que ninguno de nosotros tiene derecho a olvidar.

En junio de 1970 no creíamos que las cosas estaban ordenadas como para acabar trágicamente. Todavía tratábamos de lograr el equilibrio entre la firmeza y la conciliación que otorgaría grandes incentivos a la negociación. Es por esto que pedimos al general Walters que entregara un mensaje el 8 de mayo de 1970 en el que se proponía otra reunión con Le Duc Tho. No esperaba yo que Hanoi lo aceptara inmediatamente. El 6 de mayo, Hanoi había hecho «posponer» la prevista sesión pública de negociaciones de la *Avenue Kléber* hasta el 14 de mayo y publicó otra declaración en apoyo del Khmer Rojo. Pero aun esta dilación fue hecha, como dijo mi equipo, «de un modo bastante cauteloso», revelando una disposición a mantener el canal de negociaciones abierto, aunque no fuera más que para no darnos ningún pretexto para abrogar el cese de los bombardeos. Hanoi no respondió durante muchas semanas al ofrecimiento de reanudar las conversaciones secretas con Le Duc Tho. El 5 de junio rechazó nuestra propuesta para otra reunión, calificándola de «suspensión temporal».

Pero resultaba claro que habría un nuevo «round» de diplomacia cuando el polvo se asentara y en el campo emergiera un nuevo equilibrio de fuerzas. El 25 de mayo pedí, por lo tanto, a los departamentos y agencias, un estudio de iniciativas que los Estados Unidos pudieran tomar en Indochina. También propuse al presidente que nombráramos un nuevo negociador de alto nivel en París. Los norvietnamitas habían pedido esto con insistencia tanto en conversaciones públicas como en conversaciones privadas. Jamás pensé que el solo hecho de nombrar un negociador haría que las negociaciones salieran de un punto muerto; el principal interés de Hanoi por el foro de París era impedir que reanudáramos los bombardeos al norte con la excusa de que las conversaciones no eran serias. Sin embargo, yo pensaba que un nombramiento de alto nivel le quitaría a Hanoi un elemento de propaganda. Sugerí el nombre de David K. E. Bruce; Nixon estuvo entusiastamente de acuerdo; Bruce aceptó con ese sentido del deber tan característico de este extraordinario diplomático.

Jamás he conocido un funcionario público más notable ni un hombre tan excelente. Hijo de una vieja familia de Maryland, tenía profundas raíces tanto en Maryland como en Virginia y había sido en diferentes oportunidades miembro de las legislaturas de ambos estados. Había escrito sobre los primeros presidentes, y sus admiradores encontraban en él muchas de las mismas sólidas cualidades. Dedicó su vida a la función pública. Y había demostrado su coraje en la Organización de Servicios Estratégicos durante la Segunda Guerra Mundial. Apuesto, rico, emocionalmente seguro, estaba libre de la insistencia para hacer prevalecer sus opiniones por la que muchos hombres de menor estatura convierten la función pública en un ejercicio de sus egos. Su actitud hacía claro que servía a una causa que iba más allá de la duración de una vida individual; transmitía la convicción de que su país representaba valores que necesitaban cuidado

y que valía la pena defender. Su dignidad revelaba su excelencia; su mesurada elocuencia confirmaba que en personas de calidad la substancia y la forma no podían ser separadas. Veía al hombre como al único ser capaz de mejorar por medio de la razón y el tacto en un mundo cuyas imperfecciones cederían —si bien gradualmente— a la paciencia y a la buena voluntad.

Bruce jamás se negaba al pedido honorable de un presidente; ni evaluaba esos pedidos en términos de beneficios personales. Durante treinta años sirvió a presidentes de ambos partidos como embajador de los EEUU en Londres, París y Bonn. Trabajaría para los presidentes Nixon y Ford en las negociaciones de Vietnam, en Pekín, en la OTAN. Siempre con distinción. Decía lo que pensaba, si era necesario explícitamente, pero no usaba sus propios esfuerzos como un medio de progreso personal. En una palabra, era un hombre con personalidad.

Pocos hombres han influido tanto en mí como David Bruce. En algunas de las más importantes decisiones, instintivamente me dirigía a él. No siempre seguí su consejo; jamás dejé de beneficiarme con sus juicios, su sentido del humor, su tacto infalible. Impedía que yo me tomara demasiado en serio a mí mismo; jamás dejó de inspirar en mí la convicción de que el futuro de nuestra nación era una seria responsabilidad.

En julio de 1970, David Bruce, a la edad de 72 años y con una salud debilitada, se embarcó en una misión en la que sabía que sus interlocutores tenían como objetivo primario desgastarlo. Comprendía que las habilidades polémicas no podían sustituir el objetivo equilibrio de fuerzas en el que sus interlocutores hacían tanto hincapié. Habría poca gloria para él en París; él no la buscaba. Pero sabía que el honor de una nación no es un asunto superficial; no habíamos atravesado los siglos para traicionar a aquéllos que confiaban en nuestras promesas.

Era un camino largo, que ciertamente sería penoso. Pero con David Bruce como compañía el peso sería más tolerable. Y cualquier esfuerzo al que estuviera dispuesto a someterse, tenía el fuerte sello de ser en interés de la nación.

Capítulo XIII

EL ENIGMA SOVIETICO: EUROPA Y UNA REUNION CUMBRE SALT

CALIENTE Y FRIO

A menudo las superpotencias se comportan como dos ciegos fuertemente armados que se mueven a tientas en una habitación, cada uno creyéndose en peligro mortal por las acciones del otro a quien supone dotado de perfecta visión. Cada lado debería saber que la incertidumbre, el compromiso y la incoherencia son frecuentemente la esencia del hacer político. Empero, cada uno tiende a asignar al otro bando una consistencia, perspicacia y coherencia que su propia experiencia desmiente. Es claro que, con el tiempo, hasta dos ciegos armados en una habitación pueden hacerse enorme daño uno al otro, por no hablar del peligro de la misma habitación.

El problema de las relaciones norteamericano-soviéticas no es solamente que existen dos burocracias competidoras con sus suposiciones y conjeturas; también hay concepciones conflictivas de lo que es negociación. Los norteamericanos tendemos a creer que cada negociación tiene su lógica propia, que su resultado depende en grado importante de la habilidad para negociar, de la buena voluntad y de la facilidad para la transacción. Pero si uno de los bandos en una negociación tiene solamente un mandato vago acompañado de un deseo general de llegar a un acuerdo, la «negociabilidad» (una frase elegante que significa que uno conoce lo que aceptará el otro lado) se convierte en un fin en sí misma y el resultado está predeterminado: la negociación verá la constante retirada de la parte que está dedicada a la misma. La persistencia en una posición negociadora es criticada domésticamente como «rígida», «empecinada» y «carente de imaginación». Nunca ninguna posición es final. Los críticos exigen mayor flexibilidad; pronto se adelanta la proposición de que Estados Unidos tiene la obligación de superar el estancamiento ofreciendo concesiones. El otro lado, advertido de que nosotros estamos, en efecto, apostando contra nosotros mismos, tiene la motivación máxima para mantenerse rígido a fin de descubrir qué más podemos ofrecerle.

Estos atributos de los negociadores norteamericanos complicaron nuestros esfuerzos en 1969; con el agravante de nuestro debate doméstico. Dentro de la Administración, teníamos que librar una batalla aparentemente interminable contra aquéllos que querían alimentar el impulso de las negociaciones con gestos de buena voluntad. No pocos sostenían, por ejemplo, que debíamos abandonar nuestros programas ABM y MIRV a fin de no arruinar las perspectivas de una limitación de armas estratégicas, aunque, en realidad, ABM y MIRV resultaron ser una de nuestras pocas cartas para jugar. De manera similar, se nos advertía que una apertura hacia China sería causa de un retroceso en las relaciones con la Unión Soviética; en realidad, la apertura pondría fin a un estancamiento sobre varios asuntos con la URSS.

Nuestras divisiones internas dieron a la cúpula dirigente soviética una oportunidad irresistible de aserrarnos el piso: Por ejemplo, el Kremlin insistiría en su ansiedad por empezar las negociaciones SALT. Mientras que la Casa Blanca trataría de encadenar nuestra respuesta a la conducta soviética general, el resto de nuestro gobierno encontraría formas innumerables, desde filtraciones a la prensa a trascendidos informales, de hacer saber que estaba listo, realmente ansioso de iniciar las conversaciones. La embajada soviética, bajo la sofisticada dirección de Dobrynin, difundía entre periodistas y líderes del Congreso que el comercio constituiría una importante contribución al aflojamiento de tensiones. Cuando la Casa Blanca trataba

de insistir en que el comercio acompaña y no precede a la mejoría de las relaciones políticas, los diversos departamentos, además de miembros importantes del Congreso, presionaban insistentemente a favor del levantamiento de las restricciones comerciales. Así, la mayor parte de nuestro primer año fue gastada en convencer a los soviéticos y a nuestra propia burocracia de que teníamos intención de basar nuestras negociaciones en un cálculo del interés nacional, no en frases abstractas, y en una estricta reciprocidad, no en «gestos» o «señales». Hacia fines de 1969, ningún lado había logrado ninguno de sus objetivos iniciales, pero también parecía que la cuidadosa esgrima estaba a punto de finalizar. El Canal (mis conversaciones con el embajador soviético Anatoly Dobrynin) habíase tornado crecientemente activo a fines de 1969, habitualmente a iniciativa soviética. Nosotros habíamos logrado dejar en claro para los soviéticos, y con un poco de retraso a la burocracia, que el punto de vista decisivo era el del Presidente. Pero lo que pasó a través del *Canal* a principios de 1970 fue tan inconcluyente como un gambito de apertura en el ajedrez. Cada jugador estaba decidido a evitar un error irreparable; las jugadas eran cuidadosas; revelaban lo menos posible de las intenciones y, por lo tanto, inspiraban una cautela todavía mayor por parte del contrincante.

Cuando Dobrynin y yo nos reunimos para una revisión general el 22 de diciembre de 1969, él comentó graciosamente que Moscú esperaba tener que tratar con Nixon por otros siete años. Esto era un tiempo demasiado largo para que Moscú aguardara nuestra partida; desde luego, sería demasiado largo para Hanoi. Sorprendiéndonos, él sugirió que Moscú no tenía ningún interés real en el Sudeste Asiático; se había visto involucrada sobre la base de un «malentendido»; no explicó en qué consistía el malentendido. China, según Dobrynin, era la única beneficiaria de la continuación de la guerra.

Dobrynin enumeró lo que dijo que eran las frustraciones de la Unión Soviética: la presión de la Administración a favor del ABM, las estancadas negociaciones de Medio Oriente, la negativa a invitar a Gromyko a la Casa Blanca mientras Nixon recibía al ministro delegado del exterior de Rumania, nuestro intento de hacer que cada negociación fuera la condición de otra (encadenamiento). Todo esto culminó en su pregunta de si podíamos iniciar discusiones fundamentales en el *Canal* aun si decidíamos postergar la realización y los acuerdos hasta que la guerra de Vietnam hubiera terminado. Dije a Dobrynin que consideraba probable una respuesta positiva.

Volvimos a reunirnos el 20 de enero de 1970. El pretexto fue una nota de protesta soviética por las reuniones de comisiones del parlamento germano federal en Berlín Occidental. Significativamente, la nota fue entregada en el *Canal* presidencial, donde no recibiría publicidad; Moscú, obviamente, no deseaba una crisis en Europa Central.

Dobrynin aprovechó la ocasión para preguntar acerca de nuestra reciente ronda de conversaciones en Varsovia con los chinos. Esperaba que yo comprendiera que era éste un punto «neurálgico» con Moscú. ¿Le informaría yo? Esta constante inquietud soviética acerca de China me resulta tan explicable ahora como entonces; la misma inseguridad quedó en evidencia casi una década más tarde con respecto al tratado chino-japonés. Las incesantes preguntas no podían rendir un beneficio positivo. Si la Unión Soviética tenía una razón real para preocuparse, era improbable que recibiera una respuesta veraz; era más probable que nos recordara nuestra oportunidad estratégica, y éste fue, ciertamente, el resultado en 1969. Indudablemente, los superiores de Dobrynin en Moscú pensaban, en su modo burocrático, que no podían ser acusados de ignorancia sobre las conversaciones de Varsovia si podían presentar pruebas de haber preguntado, sin percibir lo inseguro que ese medio podía parecer.

Siempre me opuse a informar a Moscú de nuestras conversaciones con los chinos porque ello daba a los soviéticos una oportunidad demasiado fácil de hacer llegar su propia versión a Pekín para estimular los temores chinos a un condominio soviético-norteamericano. Por lo tanto, respondí que si para Moscú era tan «neurálgico», sus superiores no creerían en nada de lo que yo le dijera a él. Aun sin una información debía ser evidente que nosotros no nos hallábamos en posición de «usar» a China como una amenaza militar. Al mismo tiempo, Moscú tenía que comprender que también nosotros teníamos nuestro punto «neurálgico», que era Vietnam. Señalé que las recientes transmisiones hechas por prisioneros de guerra por Radio Moscú eran un acto inamistoso.

Sin embargo, el propósito real de Dobrynin en la reunión era continuar el diálogo del 22 de diciembre sobre el uso del *Canal*. Primero hizo un intento más bien torpe (algo nada característico en él) de sondearme sobre una reunión cumbre, preguntando acerca de un supuesto

comentario del embajador japonés en el sentido de que Nixon tenía la intención de reunirse con los líderes soviéticos a fines de verano o comienzos de otoño. Le aseguré que cuando estuviéramos preparados para una reunión cumbre no haríamos nuestro acercamiento a través de otro país.

Por último, transmitió la reacción de Moscú a nuestro diálogo anterior. La cúpula dirigente soviética aprobaba la realización de discusiones serias en el *Canal*. El propuso que tratáramos un tema por vez. Pronto ofrecería los puntos de vista soviéticos sobre seguridad europea; quizás antes de que se reanudaran las conversaciones SALT en abril, yo podía esbozar nuestro enfoque básico. Estuve de acuerdo con este procedimiento.

Así, para fines de enero de 1970 parecía que nos hallábamos al comienzo de un diálogo serio. Pero, como sucedía tan a menudo, los soviéticos cambiaron imprevisiblemente de rumbo. La prometida discusión sobre seguridad europea nunca tuvo lugar; Dobrynin, simplemente, no retomó el tema. Tampoco hubieron conversaciones SALT que resultaran substanciales. En cambio, Dobrynin apareció en mi oficina el 31 de enero con una advertencia del premier Kosygin sobre acciones militares israelíes a lo largo del Canal de Suez. Si continuaban las incursiones aéreas profundas de los israelíes en territorio egipcio, decía la nota, la Unión Soviética «veríase obligada a ocuparse de que los estados árabes tuvieran a su disposición los medios para rechazar a Israel». Una fría pero cortés carta de Nixon rechazó el argumento y no dejó ninguna duda de que Estados Unidos resistiría cualquier escalada soviética en Medio Oriente (*). El 10 de febrero Dobrynin volvió a la carga, un poco contrito, y arguyó que la carta de Kosygin no había querido presentar una amenaza sino definir un dilema.

Una semana después, Dobrynin apareció con un queja extraordinaria que nuevamente demostraba la congénita inseguridad soviética, y al mismo tiempo nos ponía hábilmente a la defensiva. Señaló que en el recientemente publicado Informe Presidencial sobre Política Exterior, una pieza de 40.000 palabras, los únicos dirigentes extranjeros mencionados por sus nombres eran los presidentes Thieu y Ceasescu. Era probable que sus jefes llegaran a la conclusión de que no los tomábamos en serio. Hice cortésmente a un lado este sorprendente punto diciéndole, sin mucho ingenio, que el informe había sido escrito especialmente para un público norteamericano. A continuación Dobrynin preguntó acerca de una frase inocua en el capítulo sobre Europa del mismo informe acerca de que «la única constante» en el mundo era «la inevitabilidad del cambio». ¿Significaba eso que ya no reconocíamos las líneas divisorias existentes en Europa? Repuse que era curioso que un marxista objetara una referencia filosófica a la inevitabilidad del cambio. No dejábamos de reconocer las fronteras nacionales existentes, pero no reconocíamos como frontera nacional el límite germano oriental. Sabía que los soviéticos estaban a punto de iniciar delicadas negociaciones con el canciller Willy Brandt acerca de acuerdos internos alemanes, y no iba a proporcionarles más elementos a su favor.

Dobrynin volvió a asegurarme que sus dirigentes estaban ansiosos por continuar los diálogos confidenciales que él mantenía conmigo, especialmente sobre las SALT. Sin embargo, aún no tenía instrucciones sobre qué tema específico desarrollar. Entonces, el 10 de marzo, poco antes de la programada iniciación de las conversaciones SALT, Dobrynin planteó la cuestión de si él y yo deberíamos concentrarnos en un acuerdo SALT «amplio» o «dimitado». Le dije que el problema principal era concretar sobre algo. A una semana de esta conversación, nos enteramos de que el más avanzado misil antiaéreo soviético (el SA-3) estaba llegando a Egipto, junto con personal soviético para manejarlo. Así, a los diez días volví a reunirme con Dobrynin y le dije con firmeza que eso hacía recordar la conducta de ellos durante la crisis cubana de los misiles. Con toda seguridad, nosotros nos ocuparíamos de que el equilibrio militar fuera mantenido. El 13 de abril, Dobrynin exploró nuevamente la posibilidad de un diálogo sobre las SALT: Moscú consideraría una señal de buena fe el que yo esbozara nuestra posición antes de llegar a la mesa de conversaciones en Viena. Esto permitiría que fuera considerada en los más altos niveles del Kremlin antes de que los expertos de los ministerios maniobraran hasta situarse en una posición de total inflexibilidad.

Antes de que pudiéramos continuar con esos temas, Dobrynin fue llamado a Moscú para consultas, y se produjo la crisis de Camboya. Pero había sucedido lo suficiente para dejar en claro que el Kremlin no tenía ninguna línea clara. Simultáneamente, trataba de ejercer presión y de mostrarse complaciente. Abría temas que luego no seguía y provocaba una confrontación

(*) Para detalles, ver capítulo XIV.

en Medio Oriente sin propósito definible. ¿Qué había tras esa conducta que se prestaba a confusión?

EL ENIGMA DE LA CONDUCTA SOVIETICA

Aun en los períodos de mayor calma, la imagen de una cúpula dirigente soviética operando sobre la base de profundos cálculos de largo alcance, es probable que sea exagerada. El Politburó, un comité habitualmente de quince poderosos dirigentes, toma las decisiones finales. Es cierto que el Secretario General del Partido (Leonid Brezhnev desde 1964) tiene la voz más importante. El puede determinar la agenda de las reuniones del Politburó; él controla el Secretariado; él tiene peso decisivo en la elección de nuevos miembros. No obstante, desde Stalin ningún Secretario General ha podido actuar enteramente a su discreción; aun cuando Brezhnev era cada vez más prominente desde 1971, debía obtener un consenso; indudablemente, hay escuelas de pensamiento y centros de influencia que compiten entre sí, y a los que es necesario reconciliar sobre cada tema.

La pesada naturaleza de esta maquinaria está magnificada por la marcada separación entre el cuerpo responsable de la política, el Politburó, y los órganos ejecutivos del gobierno. La burocracia tiene derecho a opinar solamente dentro de su área de competencia; parece que no tiene derecho a opinar respecto de la especialidad de otro departamento, aunque en lo substancial estén relacionados. Así, el Ministerio de Asuntos Extranjeros puede expresar sus opiniones sobre las derivaciones políticas de los controles de armamentos propuestos, pero no sobre aspectos militares. El Ministerio de Defensa es la única autoridad en cuestiones militares; tiene poco peso en la diplomacia. Todas las disputas entre departamentos son resueltas por el Politburó. Hasta 1973, cuando Gromyko y el mariscal Grechko ingresaron al Politburó, ni el Ministerio del Exterior ni el Ministerio de Defensa, que ellos encabezaban, habían tenido representación en ese cuerpo desde hacia más de una década. Antes de que él fuera ascendido al Politburó, yo tuve ocasionalmente la impresión de que me hallaba mejor informado que Gromyko sobre los despliegues militares soviéticos. Era evidente que nuestros negociadores SALT hacían sentirse incómodos a los oficiales militares de la delegación soviética cuando discutían disposiciones militares soviéticas frente a diplomáticos soviéticos; poco después de empezar, uno de sus oficiales sugirió privadamente a nuestra delegación que sería mejor que los temas técnicos militares no fueran planteados delante de diplomáticos.

Así, el proceso de hacer política soviético es engorroso, aun cuando el Secretario General es preminente y el Politburó es unificado. Tiende a tornarse rígido durante los períodos de cambio de autoridades. En esas circunstancias, las líneas principales de la política, una vez decididas, son seguidas con una empeñada rigidez reforzada por la terquedad rusa. Durante las luchas por el poder, es muy posible que se sigan rumbos incompatibles hasta que alguna crisis imponga la necesidad de una decisión clara y definida. La Unión Soviética ha caído en crisis que fueron, en substancia, no planificadas y que amenazaron la buena voluntad porque algún acontecimiento (como un inminente congreso partidario) monopolizaba la atención de la cúpula dirigente o daba mayor peso a alguna parte de su enorme y compleja maquinaria burocrática.

Un período semejante se dio a principios de 1970. Cuando Nixon llegó a presidente, Alexei Kosygin, el premier, parecía ser la figura dominante en política exterior del Politburó. Las comunicaciones de la cúpula dirigente soviética eran enviadas en su nombre; él se había reunido con el presidente Johnson en Glassboro. Cuando se hicieron sondeos para una reunión cumbre, su nombre era mencionado invariablemente. Pero era igualmente obvio que durante este período Brezhnev estaba adquiriendo mayor influencia. Parecía extender su papel desde la dirección de los asuntos del partido y la economía doméstica a la política internacional. Un Congreso del Partido, habitualmente convocado cada cuatro años, estaba programado para 1970. (En realidad, no tuvo lugar hasta la primavera de 1971.) Esa sería la ocasión para establecer la preminencia de Brezhnev; después de la primavera de 1971, casi todos los contactos de alto nivel fueron con él.

Esto significaba que 1970 era un año de transición, en el cual la cúpula dirigente soviética, quizás absorbida en sus propias maniobras internas, reaccionaba tácticamente a los acontecimientos. Además, la agitación doméstica norteamericana en torno de la guerra de Vietnam les tentó a explotar las oportunidades para obtener ganancias.

El 2 de febrero, envié un memorándum al presidente señalando que este periodo de ajustes estaba exacerbado por serias y crónicas dificultades domésticas soviéticas. La tasa de crecimiento económico era declinante, en gran parte debido al retraso tecnológico. Después de la caída de Khrushchev, los nuevos líderes se habían dedicado a incrementar el suministro de bienes de consumo y, al mismo tiempo, a elevar los gastos para la defensa, incluyendo una gran inversión en la frontera china. Aunque esto exigía a la economía, la cúpula dirigente soviética había esperado que la reforma industrial proveería nuevos estímulos a la inversión y al crecimiento. Estas esperanzas habíanse frustrado: «La razón, por supuesto, es que los dirigentes soviéticos son reacios a enfrentar el fracaso de sus propias reformas industriales. Ninguno de los dirigentes puede sugerir un nuevo programa de reformas capaz de alentar el progreso económico y, al mismo tiempo, preservar el control político central. Este es un dilema soviético básico.» (A esto, Nixon añadió su propio comentario al margen: «El punto crítico.»)

Por lo tanto, era probable que se desarrollara una lucha en la cima, concluía yo:

El Congreso del Partido, que se espera para este año, puede traer problemas a alguien. Todos los altos dirigentes querrán asegurarse de que quienes los apoyan retengan posiciones clave. El grupo más viejo, dirigido por Brezhnev, puede tratar de extender su mandato al Congreso, mientras que el grupo más joven se inclinará a bloquear esta posibilidad.

Al final, las tensiones internas no llegaron al punto de ruptura. Però dos de los individuos que identifiqué como pertenecientes al grupo «más joven», Dimitri Polyansky y Aleksandr Shelepin, pronto fueron purgados de sus altas funciones. Aparentemente, Brezhnev coincidió con mi análisis de quién era más probable que luchara por el poder.

Las incertidumbres de la política del Kremlin siguieron durante la primavera. En un memorándum al presidente, el 5 de mayo, enumeré síntomas adicionales de políticas soviéticas confusas y contradictorias, tales como propuestas rápidamente retiradas y referencias en discursos a decisiones ya modificadas:

El consenso dentro del gobierno, del que participan algunos descolantes estudiosos, parece ser que tuvo, en realidad, problemas en la cúpula dirigente, pero la solución, aunque sea temporalmente, ha favorecido a Brezhnev.

Su imagen es más destacada, como resultado de una intensa exposición por la televisión nacional; su confianza, aparentemente, se refleja en sus discursos de largo alcance que cubren todos los tópicos importantes internos y externos. Y varios cambios de personal de segundo nivel sugieren que él está en la cúspide.

En junio de 1970, una reunión del Comité Central y las elecciones para el parlamento de la URSS (el Soviet Supremo) confirmaron el predominio de Brezhnev. En junio analicé para el presidente las probables consecuencias en política exterior:

El predominio y creciente poder de Brezhnev no se traducen inmediatamente en términos políticos. En el Congreso, él se identificó con el consumidor a expensas de la industria pesada y de la defensa, y con su «programa de paz». Reiteró ambos temas en su discurso de clausura. Más importante puede ser que si él está adquiriendo más poder, y por lo tanto probablemente más «libertad de acción», pueda sentirse inclinado a moverse en algunos de los asuntos internacionales en que estamos comprometidos: SALT, Berlín, etc.

Però antes de que los soviéticos se acomodaran en un rumbo de aflojamiento de tensiones, trataron de aislarnos por medio de la «détente selectiva»: mejorando las relaciones con nuestros aliados europeos mientras intensificaban las presiones sobre nosotros. Los dirigentes soviéticos vieron una apertura para esta maniobra en la política del nuevo canciller de Alemania Occidental; durante unos meses, la *Ostpolitik* ocupó el centro del escenario.

Con el paso de los meses, se hizo cada vez más evidente por qué Dobrynin no había cumplido con su ofrecimiento del 20 de enero de presentar los puntos de vista soviéticos sobre seguridad europea. Moscú creyó que le convendría más tratar directamente con Bonn que involucrarnos a nosotros. En el invierno de 1969, Willy Brandt, había tomado la iniciativa de ofrecer a la Unión Soviética y a Alemania Oriental la renuncia al uso de la fuerza y la aceptación del statu quo en Europa Central. Los líderes soviéticos y sus protegidos alemanes orientales estaban claramente intrigados ante la perspectiva de tratar, por primera vez desde los años treinta, con un gobierno alemán social demócrata. Simultáneamente, Moscú había abierto negociaciones con Pekín sobre su larga disputa fronteriza. Como probablemente lo veían los soviéticos, había cierta posibilidad de aliviar presiones en ambos frentes al mismo tiempo; si podían asegurarse la aceptación de Brandt del statu quo en Europa, esto aumentaría el aislamiento de los chinos. Y un acuerdo, directamente entre Bonn y Moscú, llevaba consigo el dividendo adicional de excluir a Estados Unidos de la solución de uno de los mayores problemas europeos, sentando un precedente que podría impulsar a otros europeos a mirar cada vez más hacia Moscú que hacia Washington. Con el tiempo, esto estaba destinado a debilitar los lazos de la OTAN.

Si bien, como ya indiqué, yo opinaba que la decisión de Brandt de modificar las políticas de sus predecesores demócrata cristianos era inevitable y potencialmente beneficiosa; ello sucedería solamente si los soviéticos no adquirían una influencia excesiva sobre la política alemana y europea. A menos que pudiéramos obtener cierto control sobre el proceso, Brandt se volvería cada vez más dependiente de la Unión Soviética y de la buena voluntad de la misma para el cumplimiento de las metas alemanas en la nueva política. El 16 de febrero escribí al presidente sobre las posibles consecuencias:

Los aspectos más inquietantes de la *Ostpolitik*, sin embargo, tienen un alcance en cierta forma mayor. Mientras él esté negociando con los países del este sobre los temas que están actualmente sobre la mesa (reconocimiento de la República Democrática Alemana, la línea Oder-Niese, varios acuerdos posibles para Berlín), Brandt no debería tener ninguna dificultad seria para mantener su política básicamente pro occidental.

Pero suponiendo que Brandt logre un grado de normalización, él o su sucesor podrían descubrir, antes de que pasara mucho tiempo, que los esperados beneficios dejan de desarrollarse...

Habiendo ya invertido fuertemente en su política hacia el este, los alemanes podían verse en este punto enfrentados a decisiones dolorosas. Debe recordarse que en los años cincuenta, muchos alemanes, social demócratas, bajo Schumacher pero tradicionalmente conservadores, fascinados por el este o atraídos por la visión de una Alemania que sirviera de puente entre el este y el oeste, se oponían a la incorporación de Bonn a las instituciones occidentales sobre la base de que ello sellaría para siempre la división de Alemania e impediría la recuperación de un papel alemán activo en el este. Esta clase de debate acerca de la posición básica de Alemania podría volver a ocurrir en una forma más divisoria, no sólo inflamando los asuntos domésticos alemanes sino generando, entre los asociados occidentales de Alemania, recelos sobre su fiabilidad como socio (*).

Empero, no tenía sentido tratar de hacer descarrilar la política de Brandt; la única opción disponible para nosotros era dar a lo inevitable una dirección constructiva. La coalición de Brandt había sido elegida por el programa que ahora estaba realizando. Nosotros podíamos hacer abortar su *Ostpolitik* solamente por medio de una intervención masiva en la política interna alemana, la alineación de nuestros aliados y, como tenía el presidente Pompidou, la transformación de la OTAN en una alianza germano-norteamericana para la liberación de Europa Oriental. Y nosotros no teníamos ninguna alternativa que ofrecer. Eran sus temores a una «política de liberación» alemana lo que había movido a Pompidou y a Harold Wilson a apoyar públicamente el enfoque de Brandt y a presionarnos en privado para que los siguiéramos. Tampoco nuestra opinión pública entendería una política de insistir en la reunificación alemana *contra* los deseos del gobierno alemán; no podíamos ser más alemanes que los ale-

(*) Algo como esto parece estar sucediendo en Bonn mientras se escribe este libro.

manes. Por el contrario, cada vez más seríamos objeto de la acusación de que habíamos destruido esperanzadas perspectivas de eliminar las duras consecuencias de la división de Alemania.

Por lo tanto, exhorté a Nixon a que apoyara la política de Brandt y a que usara nuestra influencia para injertarla dentro de un marco de referencia más amplio que el nacionalismo alemán. Brandt hizo su parte para calmar la ansiedad manteniendo un contacto estrecho. Es verdad que el nuevo gobierno alemán informaba más que consultaba. Informaban de progresos; no pedían consejos. Pero también era esto lo que preferíamos nosotros. Lo último que queríamos era que se nos hiciera responsables por posiciones de negociación alemanas que en Alemania Occidental estaban convirtiéndose en tema de enconados debates. Dije a Nixon que «cualquier apoyo que demos a Brandt no deberá ser más que un apoyo general a las relaciones de la República Federal con el este, sin aprobar movimientos específicos de los alemanes».

Tampoco nos faltaban recursos para evitar que la Unión Soviética usara la *Ostpolitik* para separarnos de nuestros aliados europeos. Por lo pronto, ningún dirigente alemán occidental podía permitirse llevar adelante una política que nosotros desaprobáramos intensamente. Su posición doméstica no lo soportaría; sus propias convicciones lo desmentían; ningún cálculo racional de beneficios podía alentarlos. Además, mientras más lejos fuera Brandt hacia el reconocimiento de Alemania Oriental, más imperativo se volvía para él un acuerdo sobre Berlín. Berlín se convertía en la clave de todo el acertijo, por una simple razón. Cualesquiera fueran los tratados que Brandt negociara con la URSS y Alemania Oriental, tendrían que ser ratificados por el Parlamento alemán occidental, donde su coalición tenía la más estrecha de las mayorías. Un acuerdo que mejorara la seguridad de Berlín era el más tangible y convincente *quid pro quo* para los controvertidos tratados de Brandt, que esencialmente consagraban la aceptación por Alemania de su propia división. Era evidente que sólo con un acuerdo sobre Berlín serían ratificados los tratados de Brandt con el este. Un acuerdo sobre Berlín requería la concurrencia de las cuatro potencias de la época de la guerra (Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia y la Unión Soviética). Así, nuestra cooperación activa resultaba crucial; solamente nosotros teníamos la fuerza suficiente para contrabalancear la realidad del aislamiento de Berlín; con el tiempo alcanzaríamos a tener una voz decisiva en el proceso, aunque el mismo ya hubiera comenzado.

Dentro de este marco de referencia, sin entusiasmo pero no sin confianza, dimos nuestro apoyo a la histórica decisión de Brandt. En una declaración sobre política del 14 de enero de 1970, él había planteado seis principios para negociar con el este, incluyendo el mantenimiento de los derechos de las Cuatro Potencias en Berlín y la mejoría de las condiciones en la ciudad. Cinco días después, el líder del Partido Comunista Alemán, Walter Ulbricht, accedió a negociar sin condiciones previas sobre las relaciones intergermanas. En otro movimiento sorpresa, el 11 de febrero, el premier alemán oriental, Willi Stoph, propuso conversaciones directas. Después de un poco de tira y afloja sobre ubicación, se convino en que los dos líderes se reunirían en Erfurt, Alemania Oriental, el 19 de marzo. En forma paralela a los movimientos entre las dos Alemanias, Bonn también había iniciado discusiones con la Unión Soviética sobre un tratado de renuncia al empleo de la fuerza. Los contactos preliminares iniciados por el embajador alemán occidental en Moscú habían resultado en un previsible estancamiento debido a la insistencia soviética en que la República Federal reconociera primero a Alemania Oriental. Brandt decidió entonces escalar el nivel de conversaciones designando a Egon Bahr, su confidente, para que encabezara la segunda rueda de conversaciones. Bahr me informó de este paso por un canal irregular. El 20 de febrero, después de su regreso de Moscú, Bahr usó nuevamente ese canal para transmitir su evaluación en general optimista de las conversaciones mantenidas allí. El creía que los soviéticos estaban «seriamente interesados» en la posibilidad de un tratado de renuncia al empleo de la fuerza y que se hallaban a punto de presentar propuestas concretas aprobadas por el Politburó.

Pero las conversaciones de Bahr también le habían hecho comprender que la vinculación con Berlín era nuestro as en la manga. Bahr me aseguró que había presionado a Gromyko para que accediera a un tráfico de civiles sin impedimentos hacia Berlín, un *quid pro quo* esencial para la opinión pública alemana. Gromyko no había reaccionado, pero había tomado nota. Bahr quería asegurarse de que las negociaciones sobre Berlín no se arrastraran detrás de las conversaciones alemanas. Yo tenía la opinión opuesta; una vez que las conversaciones alemanas estuvieran completadas, nuestra posición negociadora sobre Berlín se vería sumamente mejorada a causa de que los soviéticos estarían ansiosos de ver ratificados los tratados con el este.

Después de haber demorado las conversaciones sobre Berlín durante seis meses, los soviéticos empezaron a percibir las mismas realidades. El 10 de febrero, los soviéticos invitaron formalmente a Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia a iniciar negociaciones sobre Berlín el 18 de febrero. El corto período de aviso era totalmente antirrealista, dados los glaciales procedimientos de las consultas entre los aliados. Pero revelaba la ansiedad soviética; acrecentaba nuestra oportunidad de mejorar nuestra posición en Berlín mientras no dejáramos que nos apuraran. Recomendé al presidente que aceptáramos la propuesta soviética pero que graduáramos las conversaciones en fases a fin de que los soviéticos no pudieran lanzar a los aliados unos contra otros por medio de dos series simultáneas de conversaciones. Esto condujo a un cuidadoso minué en el cual ni nosotros ni nuestro aliado alemán podíamos hacer explícitas nuestras posiciones. Brandt quería acelerar las negociaciones sobre Berlín a fin de poder usarlas como palanca política y, si era necesario, cargar sobre nosotros cualquier fracaso de su *Ostpolitik*. Nosotros, por el contrario, preferíamos un ritmo más lento, para que no nos pidieran que pagáramos el progreso en las negociaciones intergermanas con la moneda de los derechos de las Cuatro Potencias en Berlín.

Brandt escribió a Nixon el 25 de febrero informándole formalmente de la visita de Bahr a Moscú y exhortándolo gentilmente a iniciar pronto las negociaciones sobre Berlín. Nosotros esperamos hasta el 12 de marzo para responder. La carta de Nixon aceptaba trabajar para una posición occidental unificada; sugeríamos que las conversaciones de Cuatro Potencias sobre Berlín podían empezar el 26 de marzo. Las complejidades de la cuestión Berlín, la necesidad de desarrollar una posición occidental común, y las opiniones agudamente conflictivas elaboradas a lo largo de los años, todo, aseguraba que las negociaciones sobre Berlín serían prolongadas. Brandt podía ver un ritmo mucho más veloz en sus iniciativas bilaterales; el estilo de Bahr, su negociador principal, lo hacía inevitable. Todo esto aumentaba nuestras ventajas. Para decirlo diplomáticamente, yo no consideraba que el lento ritmo de las conversaciones sobre Berlín fuera una desventaja táctica.

La reunión de Brandt con Willi Stoph en Erfurt fue un gran éxito. El fue recibido con gran entusiasmo por las multitudes alemanas orientales, que empezaron a cantar «Willy, Willy», y luego, advirtiendo que ambos participantes llevaban un mismo nombre de pila, cambiaron sus cánticos por «Willy Brandt». No resultó ningún acuerdo importante; la importancia estuvo en que, por primera vez, los líderes de una Alemania dividida se encontraron y conversaron. La clásica posición occidental, de que cualquier arreglo europeo suponía la reunificación de Alemania, pasó allí a la historia.

Este era el estado de cosas cuando Brandt hizo su primera visita a Washington como canciller, tres semanas más tarde. Antes del arribo de Brandt, vi en privado a Egon Bahr el 7 de abril en mi oficina de la Casa Blanca. El me informó con más detalles de sus conversaciones en Moscú, aunque por alguna razón omitió tres «nuevos documentos» que había entregado a los soviéticos pero que no fueron discutidos con nosotros. (¡Dobrynin, que jamás dejaba pasar la oportunidad de ensanchar cualquier grieta potencial en la unidad aliada, me los había mencionado!) Bahr tenía confianza en que los soviéticos exhortarían a los alemanes orientales a normalizar las relaciones entre Bonn y Alemania Oriental, y en que facilitarían los accesos a Berlín. Lo que queríamos nosotros, por supuesto, no era un gesto administrativo soviético revocable a voluntad sino un régimen legal para asegurar la viabilidad de Berlín Occidental. La reunión de Brandt con Nixon se desarrolló bien, como he descrito en el Capítulo XI. Brandt partió de Washington con un apoyo general a su política. Las conversaciones entre la Unión Soviética y Alemania Occidental se reiniciaron del 12 al 22 de mayo y resultaron en un acuerdo sobre «principios». En la reunión semestral de Ministros de relaciones exteriores de la Alianza Atlántica realizada en Roma los días 26 y 27 de mayo, Brandt recibió el sólido apoyo de sus aliados.

Mientras tanto, crecían las controversias dentro de Alemania Occidental. Los opositores demócratas cristianos lanzaron un enconado ataque a la política de Brandt. El ex canciller Kiesinger advertía que faltaban «cinco minutos para medio día»; Rainer Barzel, quien disputaba con éxito el liderazgo de la oposición a Kiesinger, declaró ominosamente: «hay que dar media vuelta antes de que sea demasiado tarde». Los documentos de negociación de Egon Bahr filtráronse a la prensa alemana, inflamando aún más las pasiones. El furor hizo obvio que ningún tratado con la Unión Soviética sería ratificado a menos que hubiera un acuerdo satisfactorio sobre Berlín.

Brandt, alentado por un buen resultado en una elección local en junio, decidió avanzar hacia la fase final de sus negociaciones con la Unión Soviética, designando al Ministro del Exterior Walter Scheel, negociador principal. Después de doce días en Moscú, Scheel bosquejó el borrador de un tratado sobre la renuncia al uso de la fuerza con el Ministro del Exterior Gromyko, y cinco días más tarde Brandt voló a Moscú para firmar el tratado y aprovechar la oportunidad de una larga conversación con Brezhnev. La República Federal cruzó su Rubicón: aceptó la división de Alemania; selló el statu quo en Europa Central.

Dos días más tarde Brandt escribió a Nixon, diciendo que había acentuado la importancia crucial de resolver el problema de Berlín tanto ante Kosygin como ante Brezhnev. Los soviéticos habían sido informados oficial y repetidamente de que el tratado no entraría en vigor a menos que se llegara a un acuerdo satisfactorio sobre Berlín. El 17 de agosto, Bahr visitó nuevamente Washington para informarme sobre el viaje de Brandt a Moscú. Su preocupación principal era enfatizar el deseo de Brandt de obtener rápidos progresos en Berlín. Había un peligro, según señalé al presidente, de que estuvieran preparándonos para hacer de cabeza de turco en caso de que el intrincado conjunto de negociaciones se derrumbara. Pero yo creía que las cosas habían ido demasiado lejos para eso. Nos habíamos convertido en el elemento decisivo, aunque ni Moscú, ni la República Federal, comprenderían plenamente esto hasta cinco meses después.

Los soviéticos habían dado largas a las conversaciones sobre Berlín hasta la conclusión de su propio tratado con la República Federal. Sin duda, calculaban que los alemanes occidentales ejercerían entonces presión sobre nosotros para facilitar un arreglo sobre Berlín; como ellos hicieron, por cierto, sin mucho entusiasmo. Pero éste era un grave error de cálculo. El margen de maniobra de Bonn era limitado; había agotado su provisión de concesiones; no estaba en posición de presionarnos para obtener más. Para buena parte de la opinión pública alemana, el tratado con la Unión Soviética no parecía equitativo; Bonn abandonaba sus reclamaciones nacionales a cambio de una mejoría de la atmósfera y una mayor facilidad para los contactos interalemanes, que, para empezar, nunca debieron interrumpirse. El destino del tratado en el Parlamento dependía ahora de claras concesiones soviéticas sobre Berlín. El encadenamiento entre el tratado y Berlín estaba trabajando claramente en contra, no a favor, de Moscú. Es cierto que las negociaciones sobre Berlín serían complicadas. Los aliados occidentales buscaban una garantía soviética, antes que alemana oriental, de libre acceso a través de territorio de Alemania Oriental. Esto estaba destinado a ser resistido por Alemania Oriental. Pero los soviéticos tenían otro fuerte incentivo para superar las vacilaciones alemanas orientales. Una conferencia sobre seguridad europea jamás podría realizarse sin nuestro acuerdo. Nosotros dejamos claramente establecido que ni siquiera la consideraríamos antes de que hubieran concluido las conversaciones sobre Berlín. De ese modo, habíamos enjaezado a la bestia de la «détente», haciendo que tanto una conferencia sobre seguridad europea como la ratificación de los tratados de Brandt con el este dependieran de un acuerdo sobre Berlín que se ajustara a nuestros objetivos.

Mientras tanto, teníamos que contener a nuestros aliados. Brandt quería que la Alianza se pusiera de acuerdo sobre criterios para reducciones de fuerza mutuas y equilibradas en Europa, a fin de prepararse para las negociaciones y también para evitar la retirada unilateral de tropas norteamericanas. Gran Bretaña exhortaba a la creación inmediata de una comisión permanente para las relaciones entre este y oeste. Eludimos la iniciativa alemana apoyando una serie canadiense de principios generales, de inspirada vaguedad, para reducciones de fuerzas mutuas y equilibradas. Y nos opusimos completamente a la propuesta británica. No queríamos ninguna institución que sumara fuerzas a las ya excesivas presiones para un relajamiento de tensiones basado en cosas no substanciales.

El tiempo estaba de nuestra parte; nos encontrábamos en una posición fuerte, siempre que nos mantuviéramos tranquilos. Esto no fue inmediatamente evidente para los soviéticos, que seguían considerando el acuerdo con la República Federal como un gran paso en la «détente» selectiva y continuaban sus intentos de usarlo para debilitar la cohesión aliada por medio de una serie de crisis apuntadas a Estados Unidos. Fueron necesarios unos meses de firmeza para hacer entender al Kremlin las realidades con que tendría que enfrentarse.

SALT Y EL DEBATE SOBRE DEFENSA

Sin embargo, había una negociación con Moscú que estaba desarrollando una vida propia: las negociaciones SALT, que se alternaban entre Helsinki y Viena. La primera fase de estas conversaciones, realizada en Helsinki, había sido exploratoria; las reuniones serían reanudadas en Viena a mediados de abril de 1970. La principal preocupación soviética había sido limitar los ABM, dramático cambio desde el comentario de Kosygin al presidente Johnson en Glassboro de que la idea de limitar las defensas contra misiles era una de las más absurdas que había escuchado jamás. Razonablemente, podría extraerse la conclusión de que lo que cambió las percepciones soviéticas fue nuestra decisión de desarrollar un sistema ABM propio. Lamentablemente, esta idea no estaba muy extendida. En realidad, el enconado debate de 1969 sobre los ABM se repitió, en lo substancial, en 1970, ahora sobre las dimensiones de un programa ya aprobado. La cuestión era si debíamos limitar nuestros ABM a la denominada Fase I, en las dos ubicaciones que protegerían los campos de Minuteman ICBM, que fueran aprobadas por estrecho margen por el Congreso anterior, o si debíamos pasar a la Fase II, acercándonos a nuestro anunciado objetivo de proteger nuestra población de lanzamientos accidentales y de ataques de terceros países.

El 23 de enero de 1970, en una reunión del CNS, resumí los puntos de vista en conflicto. Era el perenne debate sobre si el interés soviético en llegar a una transacción resultaría más alentado por gestos unilaterales norteamericanos o presentando al Kremlin riesgos y programas que ellos estuvieran ansiosos de detener. La cuestión había enardecido nuestro debate sobre la defensa, desde la bomba de hidrógeno hasta el bombardeo B-1. No conozco ninguna instancia donde la contención unilateral norteamericana produjera una respuesta soviética duradera.

Los abogados de los gestos unilaterales pedían una moratoria de despliegues adicionales de ABM norteamericanos y citaban el interés soviético en limitar los sistemas defensivos. Pensaban ellos que la suspensión de nuestro programa sería una señal indicativa de nuestra seriedad de propósitos; en el proceso, los críticos de los ABM en el Congreso quedarían conformes. La moratoria siempre podría ser levantada si los soviéticos entorpecían las negociaciones. Este punto de vista era apoyado por el Departamento de Estado y por la Agencia de Control de Armas y Desarme (ACDA). Sin embargo, aquéllos que querían seguir adelante con la Fase II, incluido yo, argumentábamos que la suspensión de nuestro programa ABM frustraría las posibilidades de un acuerdo. Las actitudes soviéticas hacia la defensa de misiles habían sido modificadas completamente por la iniciación de nuestro programa; ellos no tendrían ningún incentivo para negociar seriamente cuando nosotros hubiéramos cesado la construcción, y menos aún puesto que nuestra oposición en el Congreso, habiendo detenido la Fase I, seguramente trataría de eliminar el programa ABM completamente. Los soviéticos podrían alcanzar su objetivo de matar nuestro programa ABM simplemente entorpeciendo y dando largas a las negociaciones. Me parecía improbable que nuestra moratoria fuera levantada, por más que los soviéticos forzaran un estancamiento. Las moratorias siempre son vendidas por medio de vehementes promesas de que las condiciones sobre las cuales se basan serán celosamente cumplidas; casi nunca terminan a menos que haya una provocación tal que sea imposible ignorarla.

En la reunión del 23 de enero fue imposible llegar a una decisión; el tema había rebasado las conversaciones SALT y el programa ABM para extenderse hasta el debate nacional sobre la naturaleza de la seguridad de nuestro país.

La frase dominante de todos los ataques a nuestro programa de defensa era la necesidad de «reordenar las prioridades nacionales», un eufemismo por reducir el presupuesto de defensa. Era la contrapartida del debate sobre Vietnam en el campo de la estrategia. La plétora de enmiendas para restringir el uso de fondos para Vietnam pronto fue extendida a programas específicos de armamentos. El senador George McGovern propuso suprimir el bombardero B-1; los senadores William Proxmire y Richard Schweiber urgieron una postergación del acción de transporte C-5A hasta que terminara una investigación de las dolencias financieras de Lockheed; el senador Birch Bayh quería limitar la dimensión total de nuestras fuerzas armadas. El senador Edward Brooke estaba consagrado a su campaña anual contra los ABM y los MIRV. No había resoluciones ni discursos que indicaran que el presupuesto de defensa pudiera ser insuficiente. Los creyentes en una defensa fuerte estaban claramente llevando a cabo una acción de retaguardia.

Lo mismo que con Vietnam, estábamos atrapados en un círculo vicioso. Para conservar algún apoyo para la defensa nacional, Nixon pensaba que tenía que aparecer como sensible a las presiones para que se recortara el presupuesto de defensa y se redujera el porcentaje del producto nacional bruto destinado a fines militares. Todos los altos funcionarios de la Administración, excepto Laird y yo, estuvieron de acuerdo con esto. Temían que, de otro modo, el Congreso aplicaría las drásticas reducciones presupuestarias propuestas por los fanáticos antimilitares en el Congreso, los medios de difusión y el ambiente académico. Yo tenía mis serias dudas. Temía el impacto diplomático a largo plazo de la persistente reducción de nuestras fuerzas en el mismo momento en que estábamos perdiendo nuestra relativa superioridad estratégica, y mientras nos estábamos retirando visiblemente del sudeste asiático y mientras los gastos militares soviéticos crecían rápidamente.

El presupuesto de defensa de Nixon, anunciado el 2 de febrero de 1970, pedía una reducción de más de 5.000 millones de dólares con relación al año anterior. (La cifra, desde luego, no lo dice todo porque hasta el presupuesto del año anterior había sido insuficiente, gracias a las mismas presiones que operaban en 1969.) El presupuesto de defensa representaba alrededor del 7 por ciento del producto nacional bruto comparado con el 8,7 por ciento del año anterior, y el 34,6 por ciento del presupuesto nacional, comparado con el 37,7 por ciento de 1969. (Ciertamente, el presupuesto de defensa propuesto, en términos reales, estaba solamente a un 7 por ciento por encima del último presupuesto de tiempo de paz de 1964, aunque la guerra de Vietnam continuaba.) Dentro de esas restricciones, Mel Laird realizó un milagro de capacidad administrativa y de planificación al incrementar, aunque fuera ligeramente, *todos* los programas estratégicos: el bombardero B-1, el misil y submarino Trident, el ICBM Minuteman III, y el ABM «Safeguard».

Pero el efecto de la reducción era, no obstante, insidioso. Nos impedía desarrollar una reacción coherente ante el creciente desequilibrio en las fuerzas convencionales. Congeló nuestros planes estratégicos en adaptaciones de lo ya existente. Movía al Pentágono a desatender el programa ABM, que tanto nos costaba domésticamente y que era la médula de nuestra estrategia SALT, porque los fondos para el mismo afectarían a otras prioridades. De ese modo, nos encontrábamos negociando el desarme en tres frentes: en Viena y Helsinki con los soviéticos; en casa, dentro de nuestro gobierno y con el Congreso. Y hasta el presupuesto de defensa notablemente reducido era atacado en el Congreso. El líder de la mayoría del senado, Mike Mansfield, objetaba la Fase II del programa ABM aun antes de que fuera oficialmente presentada. El 31 de enero, preanunciando un nuevo debate en el senado, dijo: «¿Cuándo diablos irá a terminar? ¿Qué le pasará al pueblo? ¿De dónde sale el dinero?» El senador J. William Fulbright calificó como la Fase II del ABM como «un gran error». Cuando el 2 de febrero se anunció el nuevo presupuesto, las críticas se iniciaron con vehemencia. El senador Mansfield indicó que el nuevo presupuesto, si bien más bajo que el del año anterior, todavía era demasiado elevado. Advirtió que el mismo contenía «dinero semilla» para muchos proyectos nuevos. Tenía razón, aunque después de haber tenido voluntariamente nuestra producción de misiles en los años sesenta, ese dinero era lo menos que podía pedir la nueva Administración ante el implacable crecimiento de las fuerzas estratégicas soviéticas.

En mayo, un grupo bipartidario de senadores, incluidos George McGovern, Philip Hart, William Fulbright, Walter Mondale, Clifford Case y Mark Hatfield, presentaron un presupuesto alternativo exigiendo reducciones más severas. El 15 de junio, otro grupo de senadores y representantes liberales recomendó una reducción adicional de 4.500 millones, específicamente recortando dinero del programa MIRV, de la Fase II del ABM «Safeguard» y de los fondos destinados a la producción del caza naval F-14. Un informe de la Brookings Institution, preparado por altos funcionarios de la Administración anterior, esbozó un presupuesto de defensa de «opción baja» de 59.000 millones de dólares, 14.000 millones menos que el presidente (1). El 17 de agosto de 1970, *The Washington Post* resumió concisamente la situación:

Lo que alguna vez fue un procedimiento legislativo casi rutinario, la aprobación de los gastos militares anuales, ahora se ha convertido en una batalla prolongada y frecuentemente enconada sobre todo un conjunto de programas y políticas militares... (El largo debate sobre el programa ABM) ha oscurecido lo que es, en realidad, el ataque más extendido a toda clase de actividades militares lanzado jamás desde la colina del Capitolio.

Esta llamada a la retracción de nuestra defensa resultaba aún más notable a la luz del incremento acelerado de las fuerzas estratégicas y convencionales soviéticas. La Unión Soviética tenía 250 ICBM operacionales a mediados de 1966, 570 a mediados de 1967, 900 en septiembre de 1968; y en septiembre de 1969 nos superaron con 1.060. Hacia fines de 1970, se esperaba que tendrían cerca de 1.300 ICBM. (Resultaron tener 1.440.) Nadie sabía cuál podría ser el límite superior; las estimaciones de los servicios de inteligencia para los cinco años anteriores habían sido siempre demasiado bajas. Los misiles soviéticos lanzados desde submarinos se esperaba que aumentarían de 45 en septiembre de 1968 a más de 900 para 1975. Al mismo tiempo, la expansión y modernización de las fuerzas soviéticas convencionales, tanto en Europa como en el Lejano Oriente, se realizaban rápidamente.

El Congreso y la prensa desafiaban estas realidades como típicas tácticas del Pentágono para infundir temores y mantener un inflado presupuesto de defensa. Hasta algunos firmes abogados de una defensa fuerte empezaron a vacilar. El senador Henry Jackson, defensor clave del programa ABM que estaba por presentarse a su reelección, se oponía a la construcción de bases ABM cerca de su estado natal de Washington. El senador John Pastore, influyente presidente del Comité Conjunto de Energía Atómica, se oponía a cualquier extensión del ABM más allá de las dos bases ya aprobadas por el Congreso: «La gente de mi estado se pregunta por qué más dinero para la educación es inflacionario mientras que más dinero para Safeguard no lo es» (2). El representante Mendel Rivers, poderoso presidente del Comité de las Fuerzas Armadas de la Cámara de Representantes, apoyaba cortes presupuestarios al programa ABM para fortalecer la armada, en una demostración de la manera en que las presiones presupuestarias estaban dando forma a las prioridades del Pentágono. Hasta el presidente de la Cámara de Representantes, Carl Albert, largo tiempo partidarios de una defensa fuerte, quejándose de que los programas domésticos, especialmente los del medio ambiente, estaban siendo desplazados para beneficio de la defensa, crítica de la que se hicieron eco miembros clave de la Cámara tales como Chet Holifield y Charles Vanik.

Ésta era la atmósfera en la que la Administración tenía que desarrollar no solamente un programa de defensa viable sino, también, una estrategia SALT coherente. Los críticos posteriores de las SALT olvidan lo difícil que resultaba mantener programas estratégicos siquiera embrionarios a principios de la década del setenta y cómo algunos de ellos hasta se unieron al ataque (3). La Administración tuvo que recurrir a todas sus fuerzas para evitar que el Congreso impusiera unilateralmente lo que nosotros estábamos tratando de negociar recíprocamente con los rusos. Enfrentábamos constantes ataques a nuestros despliegues de tropas en ultramar, incluyendo la batalla anual sobre los intentos de reducir nuestras fuerzas en Europa. Cuando negociábamos su mutua limitación en 1972, el sistema ABM estaba a punto de ser eliminado por el Congreso o reducido a un prototipo sin importancia, el sistema MIRV fue combatido hasta que el primer acuerdo SALT, al permitir la modernización, puso fin al debate. Si deseaba mantener un programa de defensa adecuado, la Administración se vería impulsada cada vez más al regateo sobre programas individuales de armamentos, es decir, a pretextar que estaba construyéndolos no para llenar necesidades estratégicas sino para renunciar a los mismos en las negociaciones sobre control de armas. Esto podía servir de ayuda para salvar programas mínimos, pero no era probable que produjera una doctrina estratégica profunda.

El debate sobre el programa ABM ejemplificaba nuestro dilema. En un nivel era altamente técnico, fuera del alcance de la mayoría de los profanos. Al mismo tiempo incluía serios aspectos de doctrina estratégica y llegaba hasta la médula de nuestras negociaciones sobre control de armas con la Unión Soviética. Cada uno de los enfoques en conflicto tenía sus propios portavoces en la burocracia y el Congreso. Cual de ellos prevalecía dependía de muchos factores, incluyendo uno accidental sobre si el tema se planteaba como un problema de defensa o como un elemento de negociación para las SALT. Esto explica, en parte, por qué la Administración terminó adoptando dos posiciones incompatibles en el programa ABM. Lo que se propugnaba en el presupuesto de defensa, donde predominaba el Pentágono, era bastante incoherente con la posición que adoptábamos en las SALT, que surgía de un complejo proceso entre agencias que incluía el Departamento de Estado, el Departamento de Defensa, el Estado Mayor Conjunto, a la ACDA y el equipo del CNS. Y la cacofonía de la controversia pública se imponía gradualmente impidiendo la consideración sistemática de ningún caso.

La explicación razonada del ABM presentada por dos Administraciones era que el mismo daría protección a nuestra población contra ataques de terceros países y cierta seguridad contra

accidentes; la defensa de nuestro ICBM Minuteman había sido un objetivo subsidiario. Sin embargo, nuestro programa actual tendía cada vez más a seguir la última dirección. El 7 de febrero expliqué nuestro dilema al presidente. Si el ABM debía cumplir su propósito proclamado, tendríamos que iniciar la Fase II, o sea la defensa de nuestra población por lo menos contra ataques de un tercer país o contra lanzamientos accidentales. El paso siguiente más lógico sería avanzar con un campo más de misiles (la Base Whiteman de la Fuerza Aérea, en Missouri) y una base adecuada para defender la población en el Pacífico Nordoccidental. (Whiteman, estando cerca de Saint Louis, tenía la ventaja adicional de brindar, además, cierta defensa a la población.) Sin embargo, la ubicación en el noroeste era objetada por el senador Jackson, lanzado a su campaña. La siguiente mejor alternativa era Whiteman más una ubicación que protegiera Washington, D. C. (En la jerga técnica, esto era la Autoridad Nacional de Comando o NCA.) Pero la ya apasionada oposición se volvería aún más vehemente si nosotros tratáramos de proteger a «políticos y generales», por no mencionar la dificultad de encontrar los terrenos necesarios a no más de 24 kilómetros de Washington. Por todas estas razones, Laird recomendó solamente Whiteman. Yo tenía serias dudas acerca de la lógica de realizar un programa presentado un año antes como defensa de la población contra ataques de terceros países, protegiendo bases de misiles de ataques de la Unión Soviética.

Nixon, convencido de que el Congreso no aprobaría otra cosa, pero prefiriendo el ilógico despliegue de los ABM a nada, optó por la recomendación de Laird a favor de Whiteman. Así, en un año, las presiones públicas y del Congreso alteraron en 180 grados el carácter y objetivos de nuestro programa ABM.

Como casi siempre sucede, la retirada de la Administración enardeció a los críticos en vez de calmarlos. Aquéllos dentro del gobierno que se habían opuesto a todo el concepto del sistema ABM sintieron alentados para lanzar otra campaña. La Agencia de Control de Armas y Desarme siempre se había mostrado poco entusiasta, en el mejor de los casos, en su apoyo al programa ABM. (Esto, desde luego, había impulsado a Nixon a enviarme una nota en abril, diciendo que Gerard Smith debería apoyar el programa ABM o renunciar al cargo de director de la ACDA. Yo transmití el mensaje a Smith en forma algo atenuada, porque cualesquiera que hubieran podido ser sus opiniones, él había apoyado leal y honorablemente la política de la Administración. Sin embargo, no siempre podía controlar las expresiones que vertían en privado sus apasionados subordinados.) El 10 de marzo, hasta el Comité Asesor General sobre Control de Armas y Desarme del presidente, presidido por el leal John McCloy, reflejó el sentimiento prevaleciente y recomendó una prohibición completa de los ABM además de la suspensión de las pruebas de los MIRV. Una semana después, el 18 de marzo, durante la primera reunión del Grupo de Revisión del CNS para examinar los asuntos, Guerry Smith dijo que la delegación SALT debía recibir instrucciones de buscar una mutua prohibición total de los ABM.

Al pasar las semanas, Smith, Rogers, Elliot Richardson y Paul Nitze de la delegación SALT, insistieron en que desarrolláramos un sistema ABM limitado a Washington, principalmente sobre la base de que ello haría que nuestro programa fuera simétrico con el despliegue ABM soviético alrededor de Moscú. Así, los requerimientos burocráticos y diplomáticos en torno de las negociaciones SALT chocaban con nuestro programa de defensa. Altos funcionarios que habían apoyado, y ciertamente recomendado tres ubicaciones en el centro del país como parte de nuestro presupuesto de defensa, estaban, súbitamente, y con relación a las SALT, exhortando a realizar un despliegue radicalmente diferente centrado en Washington, lo cual nunca había sido presentado en el Congreso. Si los soviéticos aceptaban nuestra posición, tendríamos que deshacer lo que estábamos construyendo y empezar de nuevo desde cero.

Todo esto clamaba por cierta coherencia. En respuesta a mi solicitud a ese efecto, una confusa colección de nueve variaciones diferentes de limitaciones al programa ABM fue presentada orgullosamente por un comité de expertos de las diversas agencias. En la reunión del Grupo de Revisión que yo presidí el 25 de marzo, me quejé de que el proceso estaba volviéndose caótico. Para que el presidente tomara una decisión, teníamos que ofrecerle algunos conceptos generales relacionados con nuestra estrategia nacional y no ponerlo ante la necesidad de arbitrar en complejísima controversias técnicas.

El Consejo Nacional de Seguridad se reunió en pleno el 25 de marzo. Como yo había temido, la discusión se convirtió en una serie de exposiciones no relacionadas sobre temas de alta ciencia. ¿Cómo limitaríamos las redes de radar de cada lado? ¿Y cómo garantizaríamos que los misiles

tierra-aire (SAM) contra aviones no serían perfeccionados secretamente hasta convertirlos en antimisiles ABM? (*) Laird Packard y el general Wheeler, si bien poco entusiastas respecto del ABM, eran apasionados partidarios del sistema MIRV. Exigieron la inspección in situ como precio de la limitación de los MIRV aunque fueron menos claros acerca de qué había que inspeccionar y de quiénes debían hacerlo. Rogers y Smith sostuvieron sus ahora bien conocidas posiciones, presionando por una prohibición del ABM y la suspensión del MIRV. Como los temas fueron debatidos de manera abstracta y no reducidos a opciones separadas de negociación, no fue posible una decisión presidencial.

Alguien dejó filtrar la posición del Pentágono a Chalmers Roberts, del *Washington Post*, el 27 de marzo, para provocar una reacción pública. Ciertamente, en menos de dos semanas, los propulsores del punto de vista del Departamento de Estado y de la ACDA presentaron una resolución siguiendo los planteamientos de la tomada por el Senado el 9 de abril, la cual, por el margen abrumador de 72 a 6, exhortaba al presidente a proponer que ambas partes «suspendan inmediatamente el despliegue de todas las armas nucleares estratégicas ofensivas y defensivas». La resolución fue iniciada por Ed Brooke y John Sherman Cooper (dos republicanos); Henry Jackson la apoyó. El senador Edmund Muskie abogaba por una «pausa estratégica intermedia», que incluyera el cese de las pruebas de vuelo de los MIRV. Sería una «pausa de negociador», porque sin ella «todas las posibilidades de prohibir los MIRV y el sistema ABM están perdidas», dijo. Hasta el líder republicano del senado, Hugh Scott, dijo que la resolución era una «orientación útil y sin trabas» para el presidente.

En vísperas de la iniciación de la próxima ronda de conversaciones SALT en Viena, programada para el 16 de abril, no había consenso; había una babel de voces discordantes. Como el presidente me había encargado a mí el ordenamiento de las opciones SALT (sin decirselo a los otros miembros del gabinete), decidí que era esencial, primero, combinar las diversas opiniones en paquetes distintos a fin de que el presidente pudiera tomar una decisión sobre objetivos generales en vez de abstrusos problemas técnicos. El 27 de marzo impartí una instrucción pidiendo a las agencias que redujeran el caos a cuatro opciones para la decisión presidencial.

Cuatro opciones de creciente amplitud (imaginativamente rotuladas A, B, C y D) fueron presentadas en la reunión del CNS del 8 de abril de 1970:

- Opción A, limitaba los ICBM y SLBM al total de EEUU de 1.710 y congelaba el número de bombarderos (527 para EEUU y 195 para los soviéticos). Permitía un nivel de ABM «Safeguard» de doce instalaciones. En otras palabras, exigía una reducción de la fuerza de misiles soviéticos mientras dejaba intactos nuestro programa ABM y nuestra fuerza de bombarderos. Las agencias no tuvieron dificultad en ponerse de acuerdo sobre esta opción; dejaban a cargo de Gerry Smith la tarea de convencer a la Unión Soviética.

- Opción B, ofrecía las mismas limitaciones de sistemas ofensivos que la Opción A. Pero bajo esta opción, el sistema ABM quedaba limitado a las Autoridades Nacionales de Comando (NCA), o sea Washington y Moscú, o si no, se los prohibía completamente.

- Opción C, incluía las mismas limitaciones de sistemas ofensivos que las opciones A y B. Igual que la Opción B, limitaba el sistema ABM a las NCA o a cero. Pero añadía una prohibición de los MIRV (no contemplada en las dos primeras opciones) siempre que los soviéticos accedieran a la inspección in situ.

- Opción D. Era una cosa diferente. Proponía una reducción importante, descendiendo desde nuestro total existente de 1.710 ICBM y SLBM a razón de 100 por año hasta que ambas partes alcanzaran un nivel de 1.000 para 1978. Los ABM, prohibidos o limitados a NCA; no había prohibición de MIRV.

Estas opciones ejemplificaban el atolladero en que se encontraba el Poder Ejecutivo. Las agencias podían coincidir solamente en dos posiciones con respecto al sistema ABM; o el programa «Safeguard» existente (que nosotros ya sabíamos que ni siquiera los senadores partidarios del ABM seguían apoyando) o una defensa de Washington, D. C., que iba en contra de lo que el presidente ya había recomendado al Congreso. Además, todos los expertos en

(*) La frase de la jerga para denominar este problema era «SAM Upgrade» (SAM Ascendente), que alguien sugirió que era el nombre de un nuevo analista de mi equipo.

cuestiones del Congreso coincidían en que éste jamás aprobaría la instalación de ABM alrededor de Washington. Y sin embargo, este programa condenado de antemano era el único programa en el cual podían unirse *todas* las agencias con relación al tema SALT.

En retrospectiva, se me hace difícil explicar cómo esta opción pudo ser considerada, y mucho menos adoptada. El consenso demuestra hasta qué grado las mezquinas consideraciones burocráticas pueden imponerse a lo substancial. El Pentágono temía una prohibición completa del sistema ABM, y por lo tanto apoyaba la NCA porque ello, por lo menos, mantendría viva la tecnología ABM y serviría de base para una expansión futura. El departamento de Estado y la ACDA preferían la prohibición completa del programa ABM, pero aceptaban la NCA porque era simétrica con el programa de la Unión Soviética y, por lo tanto, resultaba negociable. Aún más, apoyaban la NCA porque casi con seguridad nos llevaría a la opción preferida de ellos (prohibición total del ABM) puesto que el Congreso la rechazaría. Yo, a mi vez, accedí pese a no estar de acuerdo, por la no muy elevada razón de que, sobre un tema tan técnico, sabía que el presidente se mostraría reacio a batallar con las agencias responsables de su patrocinación.

Pero igualmente la propuesta de proteger la NCA era una torpeza de primera clase; carecía de todo sentido. Con ella proponíamos a los soviéticos un programa que sabíamos que el Congreso no aprobaría y al Congreso un programa opuesto a lo que estábamos ofreciendo a los soviéticos. Afortunadamente no resultó ningún daño permanente. Gracias a la codicia soviética, logramos enmendar nuestro error antes de meternos en un atolladero sin esperanzas.

Las discusiones sobre las SALT en la reunión del CNS del 8 de abril tuvieron toda la cualidad evasiva de una obra del teatro Kabuki. Cada departamento invocó complicados argumentos técnicos en los que se usaban los mismos hechos para llegar a conclusiones diferentes. Cada uno de los jefes presentó dos posiciones: una en la que creía, y otra más dura como apertura que él calculaba que la Unión Soviética rechazaría. De ese modo él podía demostrar que era un «negociador duro» y, al mismo tiempo, presentar su propuesta preferida como alternativa. Toda esta esgrima y finteo se realizó ante un presidente aburrido hasta la distracción. Su expresión obnubilada demostraba que consideraba la mayoría de los argumentos como basura esotérica; él trataba de calcular el impacto político y la posibilidad de vender las diversas opciones, de las cuales sólo le interesaban los rasgos sobresalientes.

Gerry Smith apoyó la Opción C (pocos ABM y prohibición de los MIRV) pero estaba dispuesto a aceptar la reducción, u Opción D. Dave Packard y el almirante Moorer, en representación de la Secretaría de Defensa y del Estado Mayor Conjunto respectivamente, preferían la limitación menor (Opción A, limitativa de las armas ofensivas pero que admitía el «Safeguard») como un buen «punto de partida»; como alternativa, Packard apoyó sorprendentemente el proyecto de reducción de la Opción D (que evitaría la anual reyerta sobre los fondos para Defensa). Paul Nitze adujo que aún con cantidades congeladas, los soviéticos lograrían superioridad con el tiempo, a causa de su ventaja en capacidad de peso lanzado. Apoyaba la Opción D, la de mayores reducciones. Se opuso a la prohibición de los MIRV con el argumento de que ello permitiría a los soviéticos actualizarse en una de las pocas áreas donde nosotros llevábamos cierta ventaja. John McCloy comentó que el enfoque de Nitze era «loco» pero no explicó como había llegado a esa inamistosa conclusión. Rogers apoyaba la opción de mayores reducciones, pero estaba dispuesto a aceptar la Opción A.

La alegre tarea de destilar algunas recomendaciones a partir de esta confusión me tocó a mí. Lamento tener que admitir que al hacerlo, fui influido por consideraciones burocráticas y políticas más que en ningún otro conjunto de decisiones durante mi permanencia en funciones. Básicamente, el asesor de seguridad no debería prestarse a ese juego; debería someter al presidente su propio mejor criterio sobre los méritos de los casos y dejar las consideraciones burocráticas y políticas al presidente. Pero en el caso SALT, yo sabía que mis recomendaciones tendrían un peso inusual. Nixon simplemente no aprendería lo suficientemente bien los detalles técnicos como para elegir con sensatez. Si bien me sentía muy dispuesto a pasar por encima de los departamentos en temas que el presidente seguía de cerca, cuando me encontraba efectivamente solo sentíame obligado a ejercer mi mandato sólo dentro de los amplios límites establecidos por el consenso del gobierno.

Yo consideraba la Opción B (congelamiento de armas ofensivas y un nivel convenido de ABM) a más realista y coherente con nuestros intereses. (Yo prefería substituir las ubicaciones existentes por la NCA. En realidad, esto fue lo que finalmente surgió, aunque al principio

no lo recomendó ninguna agencia.) Esto nos daría la mayor flexibilidad para la modernización. Detendría la producción soviética de armas ofensivas, lo cual era nuestra más urgente preocupación. Proveería un techo desde el cual podrían negociarse reducciones posteriores. Congelaríamos nuestro sistema ABM, que el Congreso estaba en el proceso de suprimir, a cambio de un congelamiento soviético de armas ofensivas que ellos todavía estaban construyendo.

Pero si la Opción B hubiera sido presentada como nuestra posición preferida, se habría desatado el infierno en el Congreso y en la burocracia. Habrían clamado que ni siquiera habíamos «explorado» una prohibición de ABM o MIRV. Habría tenido una fría recepción en el Pentágono, el cual, si bien no estaba ansioso de construir el «Safeguard», no estaba dispuesto a corporizar sus convicciones en un ofrecimiento de limitarlo. El Departamento de Defensa prefería la Opción A, que limitaba las armas ofensivas que estaban construyendo los soviéticos pero dejaba armas, en las que nosotros llevábamos la delantera (igual que en las ofensivas), sin restricciones. Aunque la Opción A no fue la de partida, la imposibilidad de alcanzarla siempre podría atribuirse a la falta de vigilancia de nuestros negociadores. En cualquier caso, los obstáculos domésticos a la Opción A eran aún más serios que los de la Opción B.

En cuanto a las dos opciones más «amplias», yo estaba convencido de que los soviéticos jamás accederían a una prohibición de la tecnología MIRV antes de que por lo menos hubieran probado sus MIRV, ni tampoco aceptarían la inspección in situ. Y no creía que la Unión Soviética aceptaría la importante reducción de misiles ofensivos propuesta en la Opción D; era muy probable que considerarían que esto apuntaba a hacerles dar marcha atrás a mitad de camino de su producción mientras que nuestra fuerza de bombarderos quedaban sin restricciones. Por otra parte, cada una de estas opciones era compatible con nuestra seguridad y en muchos sentidos era una mejora sobre lo que podía producir una carrera armamentista.

Mi solución fue recomendar al presidente que tomáramos las Opciones C y D como nuestras posiciones de apertura. Esto respondería a los partidarios de la prohibición de MIRV y ABM del Congreso y la burocracia; nos daría la posición pública positiva de haber propugnado limitaciones amplias. Si los soviéticos aceptaban estas propuestas, habríamos dado un gran paso adelante. Si las rechazaban, cosa que yo esperaba firmemente, podríamos presentar entonces la Opción B desde una posición doméstica y burocrática mucho más fuerte. Si los soviéticos nos sorprendían aceptando nuestra oferta, el resultado sería compatible con nuestra seguridad. El presidente estuvo de acuerdo. El 10 de abril impartí instrucciones sobre el particular.

Durante este tiempo, mantuve contactos ocasionales con Dobrynin. El 18 de febrero, él me preguntó qué posición teníamos intención de adoptar sobre el tema ABM y si preferíamos un acuerdo limitado o uno amplio. Convinimos volver a reunirnos el 10 de marzo, y yo llevé conmigo a Larry Lynn, el experto de mi equipo en análisis de sistemas, para que explicara nuestro pensamiento general sobre el ABM. Sin embargo, Dobrynin sólo formuló unas pocas preguntas como para llenar las apariencias, y en seguida pidió quedar a solas conmigo. En un tono que sugería que me estaba haciendo partícipe de alguna noticia importante, señaló que el Kremlin estaba dispuesto a un acuerdo limitado o a uno amplio; un enfoque amplio podría ser más conveniente, porque llevaría, además, a una solución de otros problemas políticos. Todo resultaba muy titilante pero sin significado operacional, porque Dobrynin todavía no definió lo que entendían los soviéticos por «amplio» o «limitado». Repliqué que ahora nuestro requerimiento principal era ser concretos.

La habilidad de Dobrynin para poner a la defensiva a su interlocutor norteamericano era infinita. El 7 de abril se lamentó de que ambos bandos estuvieran acercándose a la reanudación de las conversaciones SALT con sólo el conocimiento más mínimo de las posiciones del otro; él no podía recordar ninguna negociación en la que las dos partes hayan sido tan ignorantes de los propósitos de la otra. Pero parecía hacernos los únicos responsables de este estado de cosas; no se mostró ni siquiera ligeramente embarazado por la idea de que nada impedía a la Unión Soviética hacer su contribución al esclarecimiento general. A lo largo de las negociaciones SALT, sin ninguna excepción que yo pueda recordar, las propuestas soviéticas fueron totalmente ventajosas para ellos y, por lo tanto, inaceptables, o fueron reacciones a propuestas nuestras.

El 9 de abril (pensando en las Opciones C y D) dije a Dobrynin, con aprobación del Presidente, que podíamos presentar varias propuestas amplias en Viena. Si, sin embargo, los soviéticos decidían en el ínterin que estaban interesados en un acuerdo más limitado, también está-

bamos dispuestos a explorarlo. Dobrynin prometió una respuesta a su regreso de Moscú, a donde debía viajar nuevamente para consultas.

Resultó que la respuesta no vino de él sino en el curso de las mismas conversaciones en Viena, que se reanudaron el 16 de abril. Y lo que tenían en la mente los soviéticos, como veremos, no era un acuerdo sobre armas estratégicas limitado ni amplio sino una alianza política contra China.

Las negociaciones de Viena cayeron en la pauta que yo había anticipado. La delegación de Estados Unidos, como era de esperar, presentó primero la Opción C y después la Opción D. Las limitaciones de armas ofensivas en ambos proyectos fueron rápidamente rechazadas por los negociadores soviéticos. Por la otra parte, los soviéticos aceptaron nuestra propuesta de que el ABM fuera limitado a las capitales nacionales con una velocidad sorprendente y sin precedentes: en pocos días. Los soviéticos sabían distinguir una cosa buena cuando la veían. No les importaba conservar lo que tenían mientras nos permitían quedarnos con lo que el Congreso no aprobaría jamás.

Pero los perjudicó su tentación a jugar excesivamente en esa mano. En vez de arrancar los dientes al programa estratégico norteamericano que más les preocupaba (el AMB), presentando una propuesta razonable de limitación de armas ofensivas, los soviéticos sugirieron un proyecto tan descaradamente leonino que hasta los propulsores más rabiosos de las limitaciones no podían aceptarlo. La posición soviética pedía un techo para las cantidades adicionales de ICBM, SLBM y bombarderos pesados. No ofrecían números, pero insistían en contar todos los sistemas capaces de llegar a la URSS por su despliegue geográfico; en otras palabras, todos nuestros bombarderos en Europa y nuestros portaviones. Se prohibiría el despliegue y producción de MIRV, pero no las pruebas de vuelo. Esto, por supuesto, era una evidente artimaña por medio de la cual los soviéticos podrían continuar su propio desarrollo y pruebas de vuelo de MIRV mientras que nuestros despliegues quedaban congelados, hasta que ellos pudieran alcanzarnos. Y no había forma segura y confiable de vigilar el cumplimiento de una prohibición de la producción.

Los soviéticos mostráronse flexibles solamente con respecto a los intereses de sus aliados. El temor general de la delegación SALT de que la incursión camboyana pudiera perjudicar las negociaciones resultó infundado. Kosygin limitóse a formular una queja elíptica en una conferencia de prensa; la delegación soviética en Viena ignoró Camboya y siguió trabajando como siempre. Y eso significaba interminables y esotéricos debates, porque estaba volviéndose evidente que las conversaciones SALT estaban en un pantano.

Nuestros funcionarios empezaban a inquietarse, algunos porque querían nuevas instrucciones para superar el estancamiento, otros porque temían esas instrucciones. Gerry Smith, jefe de nuestra delegación en Viena y en constante comunicación con Washington, estaba enfrascado en negociaciones internas conmigo, que eran complejas porque los dos nos conocíamos demasiado bien. Él quería más libertad y yo estaba decidido a evitarlo. El 20 de mayo, Smith me informó que la delegación había agotado sus instrucciones y necesitaría «órdenes de allanamiento» más allá de la «sagrada escritura» de las instrucciones. Yo no estaba dispuesto a entregar ese cheque en blanco. Había notado la tendencia de algunos de los miembros más apasionados de la delegación a presentar a los soviéticos proyectos propios. Cuando la contraparte rusa de uno no respondía, fuera por desconcierto o porque no tenía instrucciones, el miembro de la delegación informaba ansiosamente a Washington que el ruso «no estaba en desacuerdo» o «demostraba gran interés», sugiriendo que su propia preferencia era, claramente, también la preferencia de los rusos. Para frenar todo ese desorden, pedí una propuesta específica a Smith, además de las opiniones de las otras agencias.

El resultado fue que todas las agencias, como yo esperaba que hicieran, estaban empujando a converger hacia la Opción B (congelamiento de misiles y ABM a nivel NCA) que habían ignorado cuatro semanas antes. Todos coincidían en que debíamos aceptar un techo para sistemas ofensivos de alrededor de 2.000 vehículos transportadores, con los MIRV permitidos. Los expertos de Defensa apoyaban los MIRV a fin de contrarrestar la superioridad numérica nuclear soviética en vehículos portadores y de penetrar las defensas soviéticas ABM. (De cualquier modo, todos estaban de acuerdo en que la propuesta soviética de prohibir la producción de MIRV, pero permitir las pruebas MIRV, era totalmente inaceptable.) El Departamento de Estado y la ACDA pedían una prohibición total del ABM, mientras que Defensa quería aferrarse a la NCA (aunque en la práctica, esto habría terminado con el sistema ABM). La pre-

sentación aislada más interesante fue la del Departamento de Defensa. El secretario delegado Dave Packard insistió en que un congelamiento temprano de armas ofensivas era imperativo porque la reducción de nuestro presupuesto de defensa haría casi imposible mantener las fuerzas estratégicas existentes y muchos menos incrementarlas (4). Urgió una rápida conclusión del tratado SALT sobre la base de las cifras existentes.

En otras palabras, las presiones del Congreso y de otros orígenes estaban amenazando con privarnos de toda palanca para negociar; se nos pedía que detuviéramos la producción de armas de los soviéticos amenazándolos con reducir nuestras propias fuerzas. Estas circunstancias fueron olvidadas después que logramos un acuerdo en 1972 y las críticas dejaron de ser peligrosas. Entonces los límites numéricos, que eran casi exactamente los mismos propuestos por los diversos departamentos en 1970 y urgentemente solicitados por el Pentágono, súbitamente se convirtieron en motivo de controversia. La detención de la producción soviética a cambio de mantener nuestro programa existente, que apenas pudimos lograr ante el ataque del Congreso y la prensa, era presentada por algunos como una «concesión unilateral» por parte de los EEUU.

Lo que enfrentábamos quedó demostrado por una votación sobre el sistema ABM realizada en el Comité de las Fuerzas Armadas del Senado. Él mismo aprobó los dos sitios ya autorizados, pero solamente otros dos para defensas de Minuteman. El ABM como sistema de defensa de área quedaba terminado; en realidad, existía un grave peligro de que el Senado eliminara los dos sitios cuando el proyecto de autorización llegara a la cámara. Teníamos ahora un programa carente de explicación racional, y una posición SALT que nos exigía dismantelar lo que habíamos construido y construir algo que no habíamos solicitado.

Mientras tanto, en Viena, Smith presionaba por una nueva opción mientras el negociador soviético Vladimir Semenov sugería un receso. Me puse en contacto con Dobrynin para determinar las intenciones soviéticas. Aún más importante, Nixon inició su contienda de tres años con Smith sobre quién se quedaría con el crédito de SALT pidiéndome que transmitiera a Dobrynin que un acuerdo SALT debería producirse en una conferencia cumbre y no en Viena.

Me reuní con Dobrynin en la Sala de Mapas de la Casa Blanca por la tarde del 23 de junio. La sugerencia de Semenov de un pronto receso, dije, podía tener tres interpretaciones. Primera, la Unión Soviética no quería llegar de ninguna manera a un acuerdo SALT ese año; segunda, la Unión Soviética deseaba un acuerdo en Viena y estaba usando esa artimaña para obtener una propuesta norteamericana diferente; o tercera, la Unión Soviética quería un acuerdo pero no en Viena, y estaba dando largas a las conversaciones para permitir que los líderes máximos arreglaran el asunto. Yo agradecería la orientación de Dobrynin. Dobrynin replicó que la primera interpretación estaba claramente fuera de la cuestión. La Unión Soviética deseaba un acuerdo SALT, aunque nuestras dos posiciones aún no estaban lo suficientemente próximas como para predecir una fecha definida. En cuanto a Viena, era opinión de la Unión Soviética que un acuerdo que incluyera armas ofensivas y defensivas no podría ser alcanzado en el tiempo disponible. Él no tenía instrucciones de Moscú sobre una reunión cumbre y tendría que preguntar a Moscú. Sin embargo, dejó bien claro que Moscú prefería un acuerdo que sólo limitara el sistema ABM. Por fin sabíamos cómo definían los soviéticos un acuerdo limitado.

La mañana del 25 de junio partí con el presidente hacia San Clemente. Después de nuestra partida, Dobrynin respondió con un *aide-memoire* proponiendo efectivamente dos acuerdos inmediatos: uno limitando los sistemas ABM a Moscú y Washington, y un segundo sobre el problema de «reducir el peligro de guerra de misiles nucleares entre los EEUU y la URSS resultante del uso accidental o no sancionado de armas nucleares». En otras palabras, los soviéticos querían detener el único programa estratégico que nosotros estábamos construyendo entonces mientras que rechazaban todas las limitaciones de misiles *ofensivos*, que eran nuestra principal preocupación. La delegación soviética, decía Dobrynin, tenía las instrucciones necesarias para proceder en esa forma.

En cuanto al acuerdo sobre «guerra accidental», tenía las características de una trampa caza bobos de primera clase. Si buscaba proteger las superpotencias de un mal funcionamiento técnico de sus propias armas, podría hacerse estableciendo rápidas vías de comunicación y procedimientos acordados para reaccionar. Pero si el uso «no sancionado» se refería a las armas de otras potencias nucleares, enfrentábamos un problema político mayor. Estaríamos cooperando con la Unión Soviética contra dos aliados —el Reino Unido y Francia— y contra la República Popular China, con la cual estábamos entonces tratando de establecer contacto.

Que esto era lo que tenían en la mente los soviéticos tornóse evidente cuando, el 30 de junio, inesperadamente, Semenov, en Viena, empezó a extenderse sobre los peligros de lanzamientos no autorizados o accidentales de misiles. Y el 2 de julio, Semenov dijo privadamente a un miembro de nuestra delegación que «lo que necesitamos hacer es asumir conjuntamente la posición de que los dos gobiernos tienen intención de actuar juntos para evitar el estallido de la guerra por la acción provocativa, accidental o no autorizada de cualquier procedencia. Necesitamos hacerles saber (a otros países) que actuaremos juntos para enfrenar cualquier intento de provocación». Esto era una violación de las reglas de nuestro *Canal*, que se suponía debía limitarse a exploraciones al nivel Nixon-Brezhnev, explicable quizás por la dificultad que tenían los soviéticos para concebir un Poder Ejecutivo que practicaba la separación de poderes dentro de sí mismo.

De todos modos, el 4 de julio envié la propuesta de Dobrynin a Gerry Smith para que hiciera sus comentarios. Smith respondió el 5 de julio que la misma le parecía «demasiado limitada para ser de la conveniencia de Estados Unidos. Cualquier restricción del ABM de Estados Unidos debería acompañarse de restricciones del sistema de armas ofensivas de la Unión Soviética. El deseo de un resultado positivo en Viena no debería llevarnos a compromisos prematuros».

Estuve de acuerdo con Smith, con una salvedad. Coincidi en que la propuesta para un acuerdo ABM sola resultaba demasiado limitada; pero el ofrecimiento tenía un alcance mucho mayor en términos de la pretendida convivencia antichina reflejada en la trêta de la guerra accidental. Llegué a la conclusión de que sería mejor hacer retornar rápidamente las conversaciones SALT a su tema original: el control de las armas nucleares estratégicas. Con aprobación de Nixon, informé a Smith que deberíamos insistir en vincular las limitaciones ofensivas con las defensivas, porque limitar las armas soviéticas ofensivas era nuestro objetivo principal en las SALT, y porque nosotros no detendríamos sin reciprocidad el único nuevo sistema de armas que estábamos construyendo. Y no estropearíamos nuestra prometedora política hacia China dejando implícito un condominio norteamericano-soviético al hacer acuerdos dirigidos contra terceros países. La mejor contrapropuesta sería hacer una proposición más realista que las Opciones C y D, sobre las cuales podríamos después asumir una posición para el largo plazo.

Por lo tanto, sometí al presidente un largo memorándum sugiriendo una nueva propuesta siguiendo las directrices de la Opción B. Sin embargo, consideré esencial eliminar la propuesta sobre la NCA, que en lo que a nosotros hacía, equivalía a una prohibición del sistema ABM. Mi posición preferida era mantener el despliegue que ambos bandos estaban construyendo. Pero una prohibición del sistema ABM era mejor que la propuesta NCA porque, por lo menos, significaría la eliminación del ABM soviético, que yo consideraba el beneficiario principal del plan NCA. Además, ofrecer una prohibición ABM tenía las mismas consecuencias burocráticas prácticas que adelantar la Opción C, más temprano en el año. Era seguro que sería rechazada, especialmente si era vinculada a un congelamiento de armas ofensivas, y nos permitiría avanzar desde allí para insistir en que las instalaciones de los sitios existentes fueran continuadas. Por lo tanto, recomendé que el presidente autorizara a nuestra delegación a proponer la prohibición del sistema ABM como alternativa a la NCA (sin retirar todavía la última). El presidente aprobó mi recomendación y el 9 de julio se emitió una orden a ese efecto. Esta propuesta, sujeta a refinamiento adicional, fue expuesta por la delegación por el resto de la sesión de Viena, hasta el receso del 14 de agosto.

Esta posición era un adelanto importante; introducía algunos de los elementos que se convirtieron en los acuerdos SALT de 1972. Nos permitía avanzar con un desarrollo tecnológico crucial (MIRV) y completar de ese modo nuestro contrapeso a las crecientes cantidades soviéticas que sabíamos iban en aumento; no detenía ningún programa ofensivo que nosotros estuviéramos contemplando construir. Nos comprometía a una firme vinculación entre limitaciones ofensivas y defensivas; no limitaríamos nuestro programa ABM —permitiéndolo el Congreso— excepto a cambio del fin de la producción de sistemas ofensivos soviéticos. Dejaba bien en claro nuestra negativa a permitir que el SALT limitara nuestras bases aéreas avanzadas que defendían Europa Occidental y Asia. Y proponer una prohibición del sistema ABM era el primer paso hacia la salida de la incómoda posición NCA.

Los soviéticos, como lo hacían a menudo, mostráronse demasiado codiciosos. Pensaron que podrían mejorar aún más los términos esperando que nuestras presiones domésticas resultaran en reducciones unilaterales. Ellos querían detener nuestro programa ABM; no estaban

todavía dispuestos a enfrentar un congelamiento ofensivo, quizá a causa de que su propia producción no había avanzado aún lo suficiente. No obstante, en una reunión con el Comité Asesor McCloy a fines de julio de 1970, predije que se llegaría a un acuerdo SALT siguiendo las directrices de nuestra propuesta en el plazo de dos años. Nos adelantamos dos meses a ese plazo.

Mientras tanto, me preocupaba la tendencia de que SALT desarrollara en las mentes de muchos un impulso propio; temía —como resultó correctamente— que todo el peso de las relaciones entre este y oeste pudiera ser soportado por los acuerdos SALT. Esto me llevó, el 13 de julio, a enviar un memorándum al presidente advirtiéndole contra considerar a los acuerdos SALT como el acontecimiento del milenio. Señalé que aún bajo las condiciones de los acuerdos SALT, la Unión Soviética sería capaz, con el tiempo, de amenazar nuestros misiles con base terrestre a través de una combinación de peso lanzado, perfeccionamiento en la precisión y el desarrollo de los MIRV. «Los soviéticos podrían estar muy confiados en que nunca más volverán a verse en una posición de inferioridad estratégica. Ciertamente, esperarán obtener considerables ganancias políticas de la ratificación formal de la igualdad estratégica.» Indudablemente, los chinos temerían que un acuerdo SALT preanunciara un condominio soviético-norteamericano: «Ellos verán la posibilidad de un relajamiento general en el frente occidental de la URSS, y podrían sospechar un acuerdo táctico en el cual Estados Unidos concedería a los soviéticos mano libre para tratar con China.» En cuanto a las relaciones norteamericano-soviéticas, seguirían estando marcadas por la ambigua combinación de amenaza y promesa inherente a un conflicto ideológico que se desarrolla contra el fondo de espantosas armas de destrucción masiva:

Ninguno de los acuerdos de control de armas de posguerra con la URSS ha resultado el punto crucial que esperaban sus abogados. Empero, un acuerdo SALT, aun si es limitado, probablemente tendría un efecto mucho más profundo.

Los soviéticos están trazando actualmente el próximo plan quinquenal, y preparándose para el Vigésimo-cuarto Congreso del Partido. Además, existe considerable evidencia de que la cúpula dirigente probablemente será reformada. Un acuerdo en estas circunstancias no puede dejar de influir sobre el curso de la política soviética...

Al mismo tiempo, y sobre esto deberíamos ser bien claros, esto no impedirá que los dirigentes soviéticos avancen drásticamente en Europa Oriental si sienten que los efectos de la «détente» minan la hegemonía soviética allí; no impedirá que los soviéticos traten de defender sus intereses y perjudicar los nuestros en Europa Occidental, Medio Oriente, Mediterráneo, y otras partes. Además, la cúpula gobernante soviética seguirá mostrándose altamente sensible a cualquier contaminación de su sociedad causada por intercambios aumentados y por el levantamiento de las barreras opuestas al libre movimiento de personas e ideas. Los soviéticos probablemente razonarán que nuestro interés en la preservación del acuerdo es suficientemente grande para obligarnos a tolerar una gama semejante de acciones soviéticas, especialmente si no hay evidencia plausible de que la URSS estuviera violando los términos reales del acuerdo SALT...

En mi opinión, SALT no era una panacea. Veía en el mismo una oportunidad de corregir el equilibrio estratégico pero también de crear las condiciones de moderación política sin las cuales las crisis en escalada eran, en mi opinión, inevitables, sucediera lo que sucediere con SALT. Militarmente, el SALT demoraría la producción soviética de armas y así postergaría la amenaza a nuestras fuerzas con base en tierra. Podría ayudarnos a conservar los tendones de nuestra defensa y a adelantarnos numéricamente frente al tempestuoso disenso producido por Vietnam. SALT podría iniciar el proceso de moderación mutua sin el cual la humanidad enfrentaría, más tarde o más temprano, un Armagedón. Tendría que producir un cambio de conducta política. Pero SALT tendría que estar injertada en una estrategia general que preservara la coherencia de la Alianza Occidental y dejara espacio para una apertura hacia China. SALT era ciertamente importante; pero nosotros no debíamos convertir en rehén de SALT toda nuestra política exterior.

Sólo nos queda ocuparnos de la paradoja final del proceso SALT: el voto del Senado sobre el programa ABM. Nos hallábamos en una posición increíble. Se le pedía al Senado que aprobara la construcción de un sitio ABM adicional y el trabajo preliminar de otros cinco sitios, en el mismo momento en que nuestra delegación en Viena proponía a los soviéticos o la prohibi-

ción total del ABM o un sistema limitado a Washington, para el que ni siquiera habíamos solicitado fondos. Ciertamente, ya teníamos un principio de acuerdo con los soviéticos sobre la defensa ABM de las capitales. Esta confusión, sin duda, no fue la hora más orgullosa de la administración Nixon.

La contradicción entre la posición SALT y el pedido de presupuesto volvióse cada vez más embarazosa a medida que empezó a filtrarse la posición SALT. Por lo tanto, el 23 de julio me reuní con diez importantes senadores y representantes para persuadirlos a que apoyaran el plan de la Administración sobre el sistema ABM a fin de fortalecer nuestra posición en SALT. La votación final en el Senado tuvo lugar el 12 de agosto de 1970. La enmienda propuesta por los senadores John Sherman Cooper y Philip Hart para descartar toda construcción adicional fue derrotada por 52 a 47. La votación fue acompañada por un contratiempo acerca de un telegrama dirigido a los senadores por Gerard Smith, desde Viena, donde las conversaciones estaban a punto de concluir. Smith envió un cauteloso mensaje afirmando que «Safeguard» era un elemento importante en su negociación, lo cual era lo más que podía estirar sus convicciones en deferencia a la Administración, a la que servía con honor y lealtad. De acuerdo a *The New York Times*, el telegrama de Smith fue decisivo para cambiar los votos de los senadores Thomas McIntyre y James Pearson. McIntyre dijo a la prensa que una fuente altamente ubicada, en Viena, «dejó muy en claro que el éxito de las negociaciones se apoya casi exclusivamente en que no permanezcamos «estáticos» en nuestra posición ABM.» Así Gerry Smith, el apasionado abogado de una prohibición completa del sistema ABM y objeto de las iras de Nixon en abril, salvó el día para «Safeguard».

EN BUSCA DE UNA REUNIÓN CUMBRE CON MOSCÚ

Más tarde o más temprano, todo presidente desde Roosevelt se ha convencido de que debía actuar personalmente en las relaciones entre este y oeste a través de reuniones cara a cara con los dirigentes soviéticos. Es humano tener deseos de lograr un progreso decisivo hacia la paz. Y nadie es más consciente de las catastróficas posibilidades de la tecnología nuclear que el presidente que soporta la carga de la decisión final. Los presidentes siéntense fortalecidos en esta tentación por un público norteamericano que tiende a ver las relaciones internacionales en términos del juego de personalidades individuales. Y un presidente raramente llega a su prominente posición sin un ego normal; tampoco es probable que su entorno desestime su apreciación de sí mismo. Casi por definición, él tiene una enorme confianza en su fuerza de persuasión; después de todo, la misma lo ha llevado donde está. Tampoco son los Presidentes indiferentes a los beneficios políticos de una reunión cumbre bien popularizada, especialmente en un año de elecciones. Es la culminación de la «oportunidad de fotografías».

Nixon era menos dado a estas tendencias que la mayoría. Era demasiado escéptico para creer que una reunión podría alterar el curso de los acontecimientos. Era demasiado experimentado en política internacional para no apreciar que las tensiones de décadas entre las grandes potencias no son el resultado de animosidades personales. Además, no le gustaban mucho las negociaciones cara a cara; lo ponían inquieto. Y para él había —como siempre—un fuerte elemento personal. Habiendo visto subir la popularidad de Johnson después de la reunión con Kosygin en Glassboro, y luego caer cuando los resultados fueron efímeros, Nixon, quien había sido presa de pánico ante la posibilidad de que Glassboro amenazara sus propias perspectivas presidenciales, sacó la conclusión de que debía evitar una trampa similar. Por todas estas razones, Nixon asumió el cargo convencido de que las reuniones cumbre solamente podrían tener éxito si eran bien preparadas. Su intención original era usar la posibilidad de una reunión cumbre solamente cuando ello fuera un medio de obtener importantes concesiones soviéticas.

Y sin embargo, en 1970, Nixon arrojó al viento los cálculos prudentes por una de las pocas veces que lo haría en su presidencia, e insistió en una reunión cumbre. Atormentado por los agitadores contrarios a la guerra, pensó que podría paralizarlos por medio de un dramático movimiento en pro de la paz. La reunión con los soviéticos a pocos días de Camboya podría demostrar a Hanoi que en un juego más largo podía resultar dispensable; esto, ciertamente, fue lo que sucedió en 1972. También preveía beneficios para las elecciones legislativas de otoño.

Así, a medida que avanzaba el año, Nixon empezó a ponerse cada vez más ansioso por tener una reunión cumbre con Moscú. Lo que empezó como una maniobra llegó a un punto cercano

a la obsesión hasta que una de las eternas ansiedades soviéticas —extraer ganancias unilaterales de una negociación— nos ahorró serias dificultades.

Como he dicho, la idea de la reunión cumbre fue lanzada de modo bastante inocuo cuando, el 20 de enero de 1970, Dobrynin hizo uno de sus periódicos sondeos. Siguiendo nuestra política establecida, yo derramé agua fría sobre la idea. Pero para abril la actitud de Nixon había cambiado. Él no preveía logros importantes en política exterior para 1970, y volvióse esperanzado hacia la idea de una reunión cumbre.

Yo seguía con mis serias dudas. Aunque había desacuerdos tácticos ocasionales y tensiones causadas por el interjuego de nuestras personalidades, ésta sería una de las raras veces en nuestra relación en que disentí totalmente con Nixon sobre una cuestión importante de política exterior. Creía yo que las razones que nos habían hecho mantenernos fríos sobre una conferencia cumbre en 1969 eran aún más válidas en 1970. Los soviéticos no nos habían dado ninguna ayuda en Vietnam. SALT todavía seguía estancado en lo substancial. Los soviéticos acababan de introducir personal combatiente en Medio Oriente, primera acción de esa clase de los soviéticos desde el período de posguerra. Ninguna negociación con los soviéticos había progresado hasta un punto donde el éxito estuviera garantizado. Nuestra iniciativa china todavía estaba en la balanza; fácilmente podría arruinarse por la apariencia de una connivencia con los soviéticos. De tal modo, una conferencia cumbre podía fracasar fácilmente; o si no, a fin de salvarla, nos veríamos inducidos a concertar acuerdos y empresas que más tarde podríamos lamentar amargamente. Finalmente, aunque esto no podía hacerlo explícito, no creía que una negociación cara a cara sobre los muchos asuntos sin resolver fuera el fuerte de Nixon.

Pero Nixon se mantuvo firme. A comienzos de abril me dio instrucciones de explorar las posibilidades de una cumbre en 1970 por medio del Canal con Dobrynin. Yo disentí por motivos tácticos, pero sin que hubiera involucrado ningún principio moral. De modo que seguí adelante, con reservas y todo. El 7 de abril Dobrynin me invitó a la embajada soviética. Tenía unos filmes sobre cacerías de tigres en Siberia, que él creyó erróneamente que me fascinarían. Durante la cena me dio una apertura diciendo que, en su experiencia, todas las Administraciones siempre se movían demasiado lentamente con las relaciones soviético-norteamericanas al principio de su período, y demasiado rápidamente hacia el final, cuando ya no tenía ningún sentido. Citó el ejemplo de los esfuerzos de Lyndon Johnson de realizar una reunión cumbre durante sus últimos seis meses en funciones. Repuse cautelosamente que para nosotros, una conferencia cumbre era una cuestión práctica; todo dependía de su resultado probable. No nos oponíamos en principio si teníamos alguna seguridad de resultados concretos.

Dobrynin era un consumado profesional y comprendió inmediatamente lo que yo estaba diciendo. Hasta entonces él y sus dirigidos habían operado en la suposición de que no habría ninguna reunión cumbre antes de 1971 ó 1972, dijo. ¿Se habían equivocado? Respondí cautamente que una reunión cumbre podría ser posible si era inminente algún adelanto importante sobre un tema de mutuo interés, como Vietnam o SALT. Yo estaba dispuesto, sin embargo, a discutir ahora los principios generales. Dobrynin, aunque evidentemente no tenía instrucciones, decidió poner a prueba nuestra ansiedad. Sugirió que la forma más fácil sería que el premier Kosygin encabezara la delegación soviética a la Asamblea General de las Naciones Unidas en tofoño y que se reuniera con el Presidente en ese contexto. (La reunión cumbre en 1970 todavía era percibida por ambas partes como a realizarse entre Nixon y Kosygin, no Brezhnev.) Yo tenía confianza en que el presidente no quería repetir la experiencia de Johnson de reunirse en el contexto de la ONU. Pero dije a Dobrynin que trataría de obtener la opinión del presidente.

Volvimos a reunirnos dos días más tarde después de consultar a Nixon. Dije oficialmente a Dobrynin que preferíamos una reunión cumbre separada de la ONU. Su propósito debería ser dar la bendición a un acuerdo SALT o romper el estancamiento en las negociaciones SALT. Dobrynin tenía ahora la información que necesitaba. Nos prometió una respuesta después que regresara de Moscú donde iría para consultas. Camboya no interrumpió este diálogo. Dobrynin regresó a principios de junio mientras los santuarios camboyanos seguían siendo atacados por fuerzas norteamericanas. La ansiedad de Nixon por una reunión cumbre habíase incrementado en relación directa con las críticas del público durante las semanas anteriores. ¿Qué desconcertaría más a sus oponentes que verlo aparecer inesperadamente como un constructor de la paz y sentándose a conversar con los soviéticos mientras aporreaba a los aliados de éstos? Decidió hacer un gran esfuerzo en favor de una reunión cumbre antes de las elecciones legislativas. Por lo tanto, invité a Dobrynin a comer conmigo a bordo del yate presidencial

Sequoia y a pasar revista a toda la gama de las relaciones norteamericano-soviéticas mientras navegábamos por el Potomac.

Antes de nuestra partida, Nixon se reunió brevemente conmigo y con Dobrynin en la Sala de Mapas de la Casa Blanca. Dijo a Dobrynin que estaba dispuesto a olvidar el pasado; había llegado el momento de poner las relaciones norteamericano-soviéticas sobre una base nueva. Estaba dispuesto a consagrarse personalmente a este esfuerzo. Dobrynin coincidió en que no tenía sentido un debate sobre el pasado. Evitando cuidadosamente la sugerencia de una reunión cumbre, Dobrynin hizo un fuerte alegato a favor de la cooperación soviético-norteamericana en Medio Oriente, donde los soviéticos acababan de escalar las tensiones hasta niveles sin precedentes al enviar avanzados misiles antiaéreos manejados por personal soviético. Obviamente, Moscú quería que le pagaran por la reunión cumbre por adelantado; mientras más ansiosos parecíamos nosotros, más elevado sería el precio.

El cruceo a bordo del *Sequoia* no cambió esta impresión. Dobrynin se prestó a discutir en detalle todos los temas sobresalientes, especialmente los de interés para la Unión Soviética. Planteó la cuestión de las SALT, del Medio Oriente y el Sudeste Asiático. Pero sobre la reunión cumbre, mostróse opaco. Afirmó que la redacción inicial del Kremlin había sido favorable, pero que después Camboya había hecho surgir la idea de que nuestra propuesta era una maniobra para obtener la aquiescencia soviética a una política dura en Indochina. Negué eso e insinué que nuestro interés continuaba ahora que la operación camboyana estaba acercándose al final. Dobrynin no mordió este cebo del mismo modo que no había mordido el presentado por Nixon. Volvió a la cuestión de cómo tratar con las SALT y el Medio Oriente, y exhortó a que las continuáramos por nuestro *Canal*. Obviamente, podían jugar dos a este juego de embrollos.

Nos reunimos nuevamente el 23 de junio. Esta vez, la reunión cumbre no fue mencionada directamente. En cambio, después de tocar el tema Medio Oriente, como se verá en el próximo capítulo, pregunté sobre las intenciones soviéticas en relación a las negociaciones SALT. Dobrynin declaró no tener instrucciones, pero prometió una pronta respuesta. En realidad, la respuesta soviética llegó muy pronto. Fue el *aide-mémoire* del 25 de junio, proponiendo la pronta conclusión de un acuerdo de limitar el sistema ABM, acompañado del plan para reducir el peligro de «guerra accidental».

La connivencia en contra de China sería el verdadero precio soviético de una reunión cumbre. Ello volvió a surgir en la mejor tradición de las novelas de espionaje: Semenov se encontró con Smith en la Ópera de Viena y le entregó un papel sin firma esbozando la noción soviética de un acuerdo sobre guerra accidental. Si una «provocación» nuclear fuera «preparada» por un tercer país, cada parte debería informar al otro. Si tenía lugar un acto provocativo, cada parte estaría obligada a emprender acciones de represalia contra el país ofensor. Las dos partes deberían realizar consultas regulares sobre estos temas. En realidad, se nos pedía que diéramos a la Unión Soviética mano libre contra China; era un flagrante disfraz del condominio.

Nixon pudo estar dispuesto a actuar contra mi criterio táctico en relación a una reunión cumbre, pero cuando estaban en juego nuestros intereses nacionales fundamentales o nuestra estrategia global general, no necesitaba consejos. Él y yo estuvimos completamente de acuerdo en que la propuesta sobre guerra accidental debía ser rechazada, y pronto. El 9 de julio vi a Dobrynin para decirle que la apertura de Semenov era inaceptable. Dije que había dos aspectos en el problema de guerra accidental. Uno era la posibilidad de accidentes auténticos que requerían salvaguardias técnicas y medios de notificación. En esto estábamos dispuestos a trabajar con la Unión Soviética. (Ciertamente, ello llevó eventualmente a un acuerdo firmado el 30 de septiembre de 1971.) La cooperación política que implicara un cambio importante en los alineamientos internacionales y apuntara claramente contra terceros países estaba fuera de la cuestión.

Dobrynin pretendió suavemente ignorar la apertura de Semenov, una idea inconcebible. (Sin embargo, probablemente la misma vino por medio de Semenov precisamente para que los soviéticos pudieran negarla si nosotros reaccionábamos desfavorablemente.) Dobrynin cambió rápidamente la conversación hacia el acuerdo ABM. En este punto le recordé que desde abril habíamos estado hablando de una reunión al más alto nivel. No habíamos tenido respuesta; era hora de dejar de andar por las ramas. Dobrynin murmuró algo acerca de Camboya y de las dificultades planteadas por el próximo Congreso del Partido en Moscú. Luego eligió la incómoda ruta de fingir que él no había entendido plenamente nuestras aperturas. ¿Podía informar a Moscú que 1.º, el presidente estaba proponiendo una reunión en la cumbre y, 2.º, que en ella se discutiría una reapreciación fundamental de las relaciones soviético-norteamericanas?

Cuando a Dobrynin le daban instrucciones de dar largas a los asuntos, era un maestro; ni siquiera le importaba fingir que él era un poco estúpido. Por supuesto, sus preguntas habían sido respondidas varias veces en los últimos tres meses, y más recientemente por el mismo presidente, tres semanas atrás. Conociendo la ansiedad del presidente por una reunión cumbre, yo le seguí el juego y aseguré solemnemente a Dobrynin que podía informar en el sentido que había indicado. Pero en esta ocasión sus perplejidades eran tan interminables que uno hubiera podido preguntarse cómo había llegado tan alto en el servicio diplomático de su país. ¿Nosotros estábamos pensando en 1971 ó 1972?, preguntó. No, repuse yo, nosotros pensábamos en 1970. Pensó seriamente en esto. ¿Antes o después de las elecciones?, preguntó este meticuloso estudiante soviético de nuestra política democrática. En esta trampa no tuve necesidad de caer. Se lo haría saber después de escuchar la reacción de Moscú al proyecto en general, repliqué.

Pero no llegaría ninguna reacción soviética. En cambio, Dobrynin trajo el 20 de julio un *aide-mémoire* pidiendo la ayuda norteamericana para convocar una conferencia sobre seguridad europea. Evidentemente, la cúpula dirigente soviética tenía una larga lista de compras, y no iban a satisfacer la ansiedad de Nixon sin pasar por toda la lista para ver cuánto de la misma podían conseguir. Pero también aquí nosotros teníamos una estrategia bien establecida; y yo me mantuve inmovible.

Mientras tanto Dobrynin regresó una vez más a Moscú para consultas sobre los mismos temas que decía que había estado consultando en abril y mayo. A comienzos de agosto, un hombre de negocios norteamericano que decía tener importantes contactos soviéticos, informó que los dirigentes soviéticos esperaban ver al Presidente en otoño. Usé este pretexto el 13 de agosto para inquirir de Yuri Vorontsov, delegado de Dobrynin, qué estaba sucediendo. Habíamos hecho un círculo completo: era la misma artimaña que Dobrynin había usado en enero

El 19 de agosto recibimos una respuesta formal. Los dirigentes soviéticos tenían un «enfoque positivo» de la idea de una reunión cumbre, siempre que la misma fuera cuidadosamente preparada. También invitaba a que sugiriéramos ideas para una agenda. Estaban jugando nuestro juego de 1969. El 24 de agosto, en nombre mío, mi delegado Al Haig dio a Vorontsov una agenda que mencionaba las negociaciones SALT, la seguridad europea, Medio Oriente, «principios de coexistencia» y comercio como temas posibles, sin indicar nuestra posición en ninguno de esos tópicos. Invitamos a los soviéticos a que presentaran contrapropuestas. No vendría ninguna. No volvimos a oír nada sobre la reunión cumbre que viniera del Kremlin hasta que Dobrynin regresó por fin a Washington en septiembre, haciendo ruidos positivos adicionales pero acompañándolos de una propuesta de procedimientos sobre trabajos preparatorios preliminares que postergarían la reunión cumbre hasta bien entrado el año 1971. Era obvio que los soviéticos estaban usando la reunión cumbre como otra forma de presionarnos en un verano lleno de crisis.

Fue lo mejor que pudo sucedernos. Yo me estremecía ante los resultados que habría tenido una reunión cumbre en 1970. Domésticamente, era nuestro punto bajo. Todavía nos hallábamos en la etapa de plantar cimientos, o de sondeos tentativos. Todavía no habíamos logrado los progresos y las sorpresas políticas que establecieron nuestra competencia un año después. Habríamos estado bajo tremendas presiones para traer algunos éxitos a casa, y fracasado eso, no habríamos visto en una posición doméstica aún peor. El cuidadoso encadenamiento del tratado alemán y las negociaciones sobre Berlín habría podido ser destruido, y las negociaciones europeas con Moscú, en vez de ser controladas, podrían habérsenos escapado de las manos. La presión para un acuerdo solamente de ABM habría podido resultar incontentible; ciertamente, el 11 de julio, Nixon me dijo específicamente que él pagaría ese precio con tal de poder ver a Brezhnev. Esperé que él volcara eso en instrucciones formales; no lo hizo, parcialmente porque los soviéticos no dieron la oportunidad. Pero pocas dudas me quedan de que en el contexto de una reunión cumbre, el Congreso habría podido muy bien matar el programa ABM sin ayuda de nadie. La crisis de Medio Oriente se habría acelerado. La iniciativa china podría haber sido arrancada en retazo. Puesto que los acuerdos no hubieran podido ser firmados por adelantado, Nixon habría estado en desventaja al verse forzado a prolongadas y detalladas negociaciones, con las que siempre se sentía incómodo.

Los dirigentes soviéticos, afortunadamente para nosotros, arrojaron todo esto por la borda a fin de anotarse puntos mezquinos. Esto vale la pena que sea tenido presente por todos aquellos que perciben cada acción soviética como parte de un plan maestro brillantemente calculado. Moscú reconocía bastante bien la obvia ventaja táctica que ellos podían obtener de la ansiedad

de Nixon por realizar una reunión cumbre. Pero se habían sentido tan molestos por la visita de Nixon a Rumania, por su negativa a recibir a Gromyko en 1969 y nuestra remota postura en Medio Oriente, y sintieron tan tentados a exprimir de nosotros el máximo de concesiones, que perdieron lo que pudo ser una gran oportunidad estratégica. Querían que se les pagara por adelantado el precio que pedían por la reunión cumbre y que después se les volviera a pagar en la reunión cumbre. Trataron de obtener una alianza de hecho contra China, una conferencia de seguridad europea y un acuerdo SALT en los términos de ellos, todo como precio *de entrada* a la reunión cumbre.

Nixon no estaba tan ansioso. Tampoco era incompetente. No accedió a ninguna de esas demandas y los soviéticos no consiguieron nada.

Los líderes soviéticos actuaron tan insensatamente en parte porque creían que nos habían aislado con sus iniciativas europeas, en parte porque nos imaginaban paralizados por Vietnam. En el verano de 1970, probablemente no pensaron que necesitaban tratar urgentemente con nosotros, calculando que las razones que nos habían llevado a presionar por una reunión cumbre en 1970 nos pondrían más tarde todavía más ansiosos. Además, estaban en el proceso de fomentar tensiones en Medio Oriente y de intentar despliegues militares en el Caribe que debieron parecerles promisorios de oportunidades aún mayores al año siguiente. Y una conferencia cumbre hubiera hecho extremadamente embarazosas esas acciones.

Pero la primera prueba de las condiciones del estadista es la evaluación precisa de la relación negociadora. Esta prueba no fue aprobada por los soviéticos en el verano de 1970. Nixon buscaba una reunión cumbre pero no la necesitaba tan desesperadamente como pensaba Moscú. Las negociaciones alemanas estaban destinadas a ponernos finalmente a nosotros en el asiento del conductor de la diplomacia europea. Nuestro período más débil con respecto a las SALT había quedado atrás, y aquí también los soviéticos habían jugado a nuestro favor al mostrarse inflexibles. El rechazo soviético a nuestras opciones razonables puso fin a nuestro debate doméstico sobre el MIRV y, hasta cierto grado, el ABM. Podíamos mantenernos en nuestra posición sin presiones domésticas intolerables hasta el progreso final. Medio Oriente se movía en una dirección en la que, con todos sus altibajos, la incapacidad soviética de dar forma a los acontecimientos estaba volviéndose más evidente a medida que pasaban los meses. Y nosotros teníamos un as en la manga con nuestra iniciativa china.

El verano de crisis en que estas evaluaciones serían puestas a severa prueba todavía estaba delante nuestro. Pero las crisis templan las Administraciones cuando no las destrazan. Revelan con quienes se puede contar. Establecen el equilibrio de fuerzas, internacionalmente y dentro de un gobierno. Y Nixon, con todos sus complejos métodos de gobierno, estaba en sus mejores momentos cuando las presiones lo arrinconaban y lo obligaban a tomar decisiones. El verano y el otoño de 1970 se convirtieron en un período así. Y como había sucedido tan a menudo, su génesis estuvo en Medio Oriente.

Capítulo XIV

MEDIO ORIENTE 1970

Al comenzar 1970, los dioses de la guerra inspeccionaban sus armas, ya que estaba claro que pronto las necesitarían. Diariamente había combates a lo largo del Canal de Suez. Posteriormente, en enero, Israel comenzó ataques aéreos de «profunda penetración» con bombardeos alrededor de El Cairo destinados a poner en evidencia la impotencia de Nasser y forzar un fin a la denominada guerra de desgaste. A la Primer Ministro israelí Golda Meir se le atribuyeron declaraciones en el sentido de que la paz no era posible mientras Nasser gobernara Egipto. En el frente del Jordán se intensificaba el círculo vicioso de ataques fedayines y represalias israelíes. Israel y Siria chocaron en el Golán. Finalmente, a fines de enero, Nasser hizo una inesperada visita secreta a Moscú. A partir de allí, los problemas del Medio Oriente comenzaron progresivamente a tener que ver con las relaciones entre las superpotencias.

Los Estados Unidos se encontraban disminuidos a esta altura por un serio desacuerdo en el seno de nuestro gobierno por la naturaleza del problema. La impresión del Departamento de Estado era que el centro de nuestras dificultades era el conflicto territorial árabe-israelí. Una vez que se resolviera, sostenían los expertos, disminuiría la influencia de los árabes radicalizados y con ella la de la Unión Soviética en el Medio Oriente. Estos puntos de vista guiaron nuestra diplomacia a lo largo de 1969 y nos obligaron a presentar gran número de propuestas específicas para acuerdos amplios.

Tuve grandes dudas acerca de estas suposiciones y el curso que parecían sugerir. Mi posición, como le expliqué al presidente en un memorándum, era que la radicalización árabe estaba motivada por cinco causas: La conquista de territorios por parte de Israel; la mera existencia de Israel: insatisfacciones sociales y económicas; oposición a los intereses occidentales; y oposición a los árabes moderados. Sólo la primera de estas causas podría solucionarse con un acuerdo. Las otras persistirían. El capitalismo occidental continuaría siendo anatema para los radicalizados. Los regímenes árabes moderados continuarían siendo inaceptables. Las causas de inquietud económica y social persistirían. Israel seguiría allí para los árabes radicalizados. Y los israelíes así lo comprendieron. Era precisamente porque su problema era la existencia de Israel, y no sus fronteras particulares, que se mostraban tan esquivos a renunciar a sus conquistas.

Yo no estaba convencido de que la influencia soviética disminuiría con una solución para el conflicto árabe-israelí. Mucho de ello dependería de la forma y los detalles del acuerdo. Una aproximación amplia que involucrara a todas las partes favorecería indudablemente a los radicalizados, dando a los gobierno más intransigentes el poder de veto sobre la totalidad del proceso. Si el acuerdo apareciera entonces como resultado de la presión o el chantaje soviético, los regímenes radicalizados con su orientación antioccidental y prosoviética se fortalecerían. Los territorios se verían como regresando a la influencia soviética.

Necesitábamos trabajar no solamente para llegar a cualquier solución, sino también para demostrar que los progresos podían lograrse más fácilmente a través de nuestros amigos; en otras palabras, que los moderados tenían la llave para la paz en el Medio Oriente. Yo estaba convencido de que estábamos en una posición fuerte para enseñar esa lección. «La ventaja para nosotros», le dije a Nixon a principios de febrero, «es que los árabes se darán cuenta de que es Estados Unidos y no la Unión Soviética quien tiene la llave para lo que ellos quieren». Y en una

reunión del Alto Grupo de Revisores el 25 de febrero, destacué: «En algún momento se hará evidente que el tiempo no está trabajando para los soviéticos. Si ellos no pueden tener de vuelta los territorios, los árabes podrían muy bien venir a nosotros». Por lo tanto, no debemos temer al chantaje, no debemos ser presa del pánico ante la retórica radicalizada; la paciencia debe ser nuestra arma. Por el mismo motivo, una vez que la brecha se haya producido y los árabes moderados hayan vuelto a nosotros, debemos movernos para lograr progresos diplomáticos.

Pero yo no estaba en posición de desarrollar una estrategia de ese tipo. Nixon le había asignado el Medio Oriente a Rogers. El era contrario a intervenir aun cuando tenía segundas intenciones. Tampoco estaba convencido —a esta altura— de que mi estrategia fuera correcta. Aún creía que la Unión Soviética había sido el ganador político de la guerra de 1967. No había abandonado cierta vaga idea respecto a un intercambio con la Unión Soviética respecto del Medio Oriente y Vietnam. Se consideraba menos obligado con los electores judíos de lo que cualquiera de sus predecesores había estado y estaba ansioso por demostrar que era inmune a sus presiones. También tenía sus dudas sobre hasta qué punto mi fe judía podía parcializar mi posición. Normalmente yo hubiera adaptado sus opciones estratégicas y hubiera guiado tácticamente a los departamentos. Pero estuve impedido de hacerlo en la política para el Medio Oriente hasta fines de 1971.

De esta manera, nuestra política en el Medio Oriente careció del más elemental sentido de dirección que Nixon usualmente exigía y yo normalmente impuse. Dejé asuntos a la deriva, confiado en que con mi ayuda siempre podría superar problemas fuera de control. Permitted un grado de discreción al Departamento de Estado impensable en cualquier otra área. Pero a causa de que cuando todo estaba dicho y hecho sus convicciones estaban más cerca de las mías que de las de Rogers, aplicó los frenos lo suficientemente a menudo como para prevenir una aplicación coherente de la política del Departamento de Estado.

En el proceso tuvimos que aprender la penosa lección de que los eventos sólo pueden ser dominados por aquellos que tienen un claro panorama de los objetivos. Una nación no gana recompensas por confundir mascarada con moderación. El adversario puede confundir buenos sentimientos con complacencia y moderación con debilidad. Puede sorprenderse verdaderamente —realmente sentirse engañado— cuando después de mucho trabajo finalmente retornamos a la defensa de nuestros intereses. El resultado es una crisis.

Desde la perspectiva de una década, no dudo que nuestro deseo de evitar nuevas declaraciones enérgicas en el año de Camboya, los tumultos internos, y los anhelos compulsivos por hallar soluciones sin relación con las necesidades psicológicas de las partes del Medio Oriente, propiciaron los ensayos soviéticos. También creo que fue nuestra enérgica decisión de resistir a esos ensayos lo que nos dio la base para un eventual vuelco hacia las negociaciones, tanto en el Medio Oriente como con la Unión Soviética en general.

LA CARTA DE KOSYGIN

El 31 de enero de 1970, el embajador Dobrynin entregó una carta del Premier soviético Alexei Kosygin al presidente en mi oficina en la Casa Blanca. Normalmente, hubiera formado parte del Canal especial. Sin embargo, en esta ocasión fuimos informados de que comunicaciones similares habían sido enviadas al primer ministro Wilson y al presidente Pompidou. Dado que teníamos la certeza de que británicos y franceses nos consultarían, no tuvimos más remedio que volcarla a nuestros canales regulares. Obviamente, una vez que el intercambio se hubo vuelto tan formal estuvo a punto de hacerse público.

La carta de Kosygin nos advirtió que Israel había reanudado efectivamente operaciones militares contra los estados árabes. La Unión Soviética estaba estudiando hasta qué punto las operaciones israelíes habían sido coordinadas a través de acciones diplomáticas de «ciertos poderes» —una no muy sutil insinuación de que nuestras inocentes propuestas de paz de 1969 habían sido una cubierta para los ataques aéreos de penetración profunda de Israel. Si los ataques israelíes continúan, decía la carta, «la Unión Soviética se verá obligada a ocuparse de que los estados árabes tengan a su disposición medios con los que puedan rechazar efectivamente al arrogante agresor». Kosygin exhortó a los Cuatro Poderes a «obligar» a Israel a cesar sus ataques y a establecer una paz duradera comenzando con «la más rápida retirada de las fuerzas israelíes de todos los territorios árabes ocupados».

Ante lo expeditivo de esta carta a Nixon, yo destacué que esta era la primera amenaza soviética a la nueva Administración. Aun cuando Kosygin se cuidó bien de amenazar con alguna acción específica, «la posición de que Israel debe retirarse antes de que se arreglen otros temas es una regresión a la posición soviética de 1967, que parece negar muchos de los progresos logrados en las conversaciones soviético-estadounidenses del verano pasado». Al mismo tiempo, vi la carta de Kosygin como parte del proceso a través del cual nuestra posición más fuerte en el Medio Oriente estaba siendo demostrada:

Nuestra posición de mantenernos firmes les crea a ellos (los soviéticos) el siguiente dilema: Si ellos *no* están de acuerdo con nuestras propuestas, no logran nada, la responsabilidad por una escalada cae sobre ellos y su cliente perderá si la escalada lleva a un enfrentamiento importante. Si ellos *sí* están de acuerdo, tendrán que entregar a su cliente a nuestros términos. La estrategia de nuestra respuesta que propuse es rechazar enérgicamente la amenaza soviética; condicionar la observación israelí del cese del fuego a la correspondencia del otro bando, incluyendo a las fuerzas irregulares; presionar a los soviéticos para que estudien sus puntos de vista sobre lo que los árabes pueden llegar a comprometer de sí mismos si Israel se retira.

Por una vez nuestro gobierno estaba de acuerdo en una respuesta. Rogers y Sisco estuvieron de acuerdo en que necesitábamos una respuesta firme. Una respuesta presidencial fue enviada el 4 de febrero. Rechazó enérgicamente las acusaciones soviéticas. Destacó que el cese del fuego había sido violado por *ambos* lados; había sido Egipto el que deliberadamente inició a principios de 1969 el ciclo de escalada al comenzar la guerra de desgaste. La respuesta de Nixon advirtió que la amenaza soviética de aumentar los envíos de armas, de concretarse, podría sumir a las más importantes potencias más profundamente en el conflicto: «Los Estados Unidos observan cuidadosamente el balance relativo en el Medio Oriente y no vacilaremos en proveer de armas a países amigos si crecen las necesidades». El mensaje concluyó rechazando la posición soviética de que Israel debía retirarse *antes* de que otros aspectos de la paz pudieran concretarse.

El mismo día envié al Presidente nuevas reflexiones sobre la nota soviética. Consideré la nota inadecuada y por lo tanto, perturbadora.

No hace falta emplear mucha inteligencia para esperar que al menos los Estados Unidos (si no Francia y el Reino Unido) replicaran que favorece la reimplantación del cese del fuego sobre una base recíproca... Así el objetivo del movimiento soviético será fijar la responsabilidad para lograr el cese del fuego de Nasser y los árabes, y a través de ellos de los propios soviéticos, antes que de nosotros y de los israelíes.

Dos días más tarde, en un extenso análisis para el presidente sobre temas básicos de la estrategia para el Medio Oriente, reiteré mi punto de vista: «Ahora que él (Nasser) ha virado hacia Moscú apoyándose en nosotros para presionar a Israel a poner fin al bombardeo, está a punto de darse cuenta de la incapacidad soviética para sacarlo del atoladero».

Precisamente porque la carta de Kosygin parecía tan difusa y pedía cosas que en realidad no podían realizarse, yo comencé a estar convencido de que no se trataba de un movimiento aislado; debía ser parte de un programa más amplio, casi con certeza algo previo a cierta acción concreta en el campo militar. Su vaguedad podría interpretarse como el deseo de desalentar una respuesta que podría interferir con decisiones ya tomadas. De las autobiografías de Anwar Sadat y Mohammed Heykal ahora sabemos con certeza que mientras Nasser estaba en Moscú a fines de enero se adoptó la decisión de enviar a Egipto los más sofisticados misiles antiaéreos soviéticos. La carta de Kosygin no fue una advertencia sino una cortina de humo.

En la primera semana de febrero aparecieron indicaciones de que los soviéticos podían enviar armas a Egipto. Expresé a Nixon mis dudas de que se tratara solamente de equipos militares. Si las nuevas armas simplemente fueran a engrosar los arsenales existentes, podían ser destruidas por los israelíes; si eran más sofisticadas, los egipcios no estaban en condiciones de manejarlas. Esto dio pie a una posibilidad más siniestra: si los soviéticos buscaban hacer algo efectivo contra los ataques israelíes, «esto parece casi con certeza involucrar a personal soviético». Leyendo mi análisis, Nixon escribió en el margen: «Pienso que es hora de hablar directamente sobre esto con los soviéticos. La idea de Acheson —‘dejar que las cenizas se asienten’— no fun-

cionará (*). 'Negociar en cualquier lado' no servirá. Debemos hacer una prueba en una conversación bilateral para ver si es posible un trato que convenga a nuestros intereses».

Para satisfacer los deseos de Nixon me moví en dos frentes. Nuestro embajador en Moscú, Jacob Beam, había recibido instrucciones del Departamento de Estado para decir al Ministro de Relaciones Exteriores Gromyko que los Estados Unidos estaban preparados para trabajar por la reimplantación del cese del fuego y para discutir la limitación de armas de ambos lados. La respuesta de Gromyko a Beam el 11 de febrero fue no comprometida. La Unión Soviética, dijo, no considerará un cese del fuego a menos que Israel primero ponga fin a sus ataques de profunda penetración. No estaba en desacuerdo con discutir la limitación de armas, pero no mientras Israel ocupara tierras árabes; en otras palabras, Israel debía retirarse de los territorios ocupados en 1967. Todo esto podía ser acordado en las conversaciones entre las dos potencias, que la Unión Soviética estaba dispuesta a reanudar.

Una razón para la evasiva de Gromyko era indudablemente que la Unión Soviética ya estaba examinando una declaración más autorizada, de la posición americana. El día antes, el 10 de febrero, me reuní con Dobrynin en nombre del presidente, y para el momento en que Beam tuvo su entrevista con Gromyko los soviéticos no podían haber completado el análisis de mi mensaje. Le dije a Dobrynin que «queremos que los líderes soviéticos sepan que el envío de personal de combate soviético al Medio Oriente será visto con la más grave preocupación. Elegimos este medio de comunicación porque no queremos una confrontación formal». Al mismo tiempo, reflejando las instrucciones de Nixon, le expresé a Dobrynin nuestro deseo de iniciar conversaciones bilaterales sobre el Medio Oriente en el Canal especial.

Dobrynin nunca desperdició una reunión, aun cuando era claro que no tenía instrucciones —y ese era el caso ahora. Se refugió en su letanía de quejas por las acciones norteamericanas; la experiencia le había enseñado que en el «establishment» de Washington existía un inagotable depósito de masoquismo deseoso de asumir la culpa por cada *impasse*. Apelando a esta treta, objetó la publicidad que rodeó a la carta de Kosygin (que los soviéticos por supuesto habían incentivado con la difusión simultánea en París y Londres) y la posición pública del Departamento de Estado que, argumentó, había interpretado erróneamente como un rechazo, la respuesta de Moscú en diciembre a nuestras propuestas sobre límites (el Plan Rogers). Esta última revelación se le había escapado claramente a cualquiera que haya leído la nota de Moscú en diciembre, incluso a mí. Tampoco le habían dado previamente esa interpretación los soviéticos.

No volvió a oírse de los líderes soviéticos por casi un mes. Traté de emplear ese intervalo para una planificación contingente anticipándome a algún movimiento soviético significativo —casi seguramente incluyendo el envío de tropas al Medio Oriente. Las varias reuniones mantenidas con el Grupo de Acción Especial de Washington pusieron en evidencia una vez más las divisiones que atormentaron el debate interno en 1969. Mi punto de vista era que si los soviéticos comprometían personal militar no teníamos otra opción que resistir, sin tener en cuenta las causas del problema que desencadenó la acción. No podíamos aceptar una nueva presencia militar soviética, a menos que estuviéramos preparados para ver cómo los árabes radicalizados recibían un respaldo quizás decisivo. Quise una revisión de nuestros planes en caso que los soviéticos amenazaran a Israel con represalias. También pedí la adopción de medidas para impedir el desgaste que podría sufrir la fuerza aérea israelí si los soviéticos incorporaban equipos sofisticados manejados por su propio personal.

Los departamentos eran menos entusiastas. La mayoría en el gobierno atribuía el *impasse* a la intransigencia israelí. Todos (excepto yo) estaban convencidos de que una nueva ayuda en gran escala a Israel, a esta altura, haría «saltar las cosas». Como con los planes contingentes, nadie podía pensar en una excusa potable para resistir el esfuerzo de pensar en el futuro, pero era claro que la ejecución de cualquier respuesta militar a algún importante movimiento soviético enfrentaría la masiva oposición burocrática. El Departamento de Defensa presentó un memorándum formal dejando en claro que prefería las opciones políticas —que significarían, como en Vietnam, que algún otro departamento soportaría la carga y el riesgo. No aclaró cómo íbamos a lograr la total retirada israelí (que parecía ser la única opción política en discusión) o como, si aparecían en escena tropas soviéticas, la retirada no aparecería como el resultado de la presión soviética.

(*) Referencia a una carta de Dean Acheson en enero en la que nos urgía a tratar con el Medio Oriente con «inteligente desprecio». Ya en ese momento Nixon había indicado su aceptación general con la actitud de Acheson.

La actitud de Nixon era ambivalente, matizada por consideraciones tanto domésticas como internacionales. Estuvo de acuerdo con mi análisis geopolítico. En uno de mis memorándums escribió: «La imparcialidad es la política correcta. Pero por sobre todo, nuestro interés es el que dé más problemas a los soviéticos. No dejemos que el conflicto árabe-israelí nos oculte ese interés». Al mismo tiempo, se apoyó en los puntos de vista del departamento en el sentido de que las políticas de Israel eran las causas básicas de las dificultades y expresó sus dudas sobre hasta que punto la impotencia soviética para lograr progresos desencantaría realmente a los árabes. En un memorándum en el que yo había sugerido esta posibilidad, él anotó: «Estoy completamente en desacuerdo con esta conclusión —los soviéticos saben que los árabes son lentos para conversar. Hemos estado regocijándonos con las derrotas soviéticas en el Medio Oriente desde el 67— y el Departamento de Estado y sus colaboradores dijeron que «la guerra de junio fue una derrota para los soviéticos. No lo fue. Se convirtieron en amigos de los árabes y los Estados Unidos fueron su enemigo. El largo plazo es lo que conviene a sus intereses».

El problema, por supuesto, era como conciliar las dos notas de Nixon; como ocasionaria problemas a los soviéticos mientras les dejaba emerger como fuerza dominante en la región permitiendo la incorporación de tropas de combate. Nixon nunca analizó esos temas abstractamente, prefiriendo esperar que se hiciera necesaria una respuesta. Su habitual ambivalencia ante los desacuerdos entre sus subordinados —al mismo tiempo alentándolos y reaccionando sólo cuando se volcaban a su despacho— era también aplicada a las implicaciones de la crisis del Medio Oriente. El presidente estaba convencido de que la mayoría de los líderes de la comunidad judía se habían opuesto a él a lo largo de su carrera política. El pequeño porcentaje de judíos que lo votaron, solía bromear, tenía que estar tan loco que probablemente lo atacaría aun cuando apoyara a Israel. Le encantaba decir a sus aliados y visitantes que la «camarilla judía» no le afectaba.

Desafortunadamente para su propia imagen, rara vez tuvo ocasión de demostrar en la práctica su teoría. Pero en casi todos los asuntos prácticos, su análisis geopolítico despojado de sentimentalismo le llevaba finalmente a posiciones no muy lejanas a las que otros podían adoptar sobre la base de políticas étnicas. Podía amenazar privadamente con represalias lamentables a cualquier elector que pensaba que lo molestaba. Podía hacer gestos para demostrar —a veces a sí mismo— que estaba libre de las tradicionales influencias que habían sufrido otros presidentes. Pero al final del día, cuando se enfrentaba con las realidades del poder en el Medio Oriente —tras muchas angustias y maniobras— podía seguir, en defensa del interés nacional, la misma estrategia: reducir la influencia soviética, debilitando la posición de los árabes radicalizados, fortaleciendo a los árabes moderados, y apuntalando la seguridad de Israel. Así, Nixon y yo a menudo transitábamos diferentes caminos, pero en los momentos de decisión sobre el Medio Oriente nos reuníamos, nos poníamos de acuerdo y actuábamos apoyándonos mutuamente.

En febrero, nuestro gobierno consideraba la lista anual de compras en asistencia militar israelí. En 1970 esa lista comprendió 25 jets cazabombarderos F-4 Phantom, 100 bombarderos de ataque A-4 Skyhawk, y un número substancial de tanques y vehículos blindados para transportar de tropas, a pagar mediante varias formas de crédito americano. El consenso de los departamentos era que Israel podía mantener su superioridad militar en los siguientes tres a cinco años sin nuevas entregas substanciales. Esta posición era apoyada por una apreciación interagencias fundamentada en el misterioso discernimiento de sistemas de análisis que mostraba claramente el paralelismo de las preferencias políticas de los jefes de las agencias. (Con el desarrollo de los acontecimientos, la guerra del Medio Oriente en 1973 demostró que aún después de las razonablemente importantes entregas militares de 1970-73 el balance militar en el Medio Oriente se había vuelto más precario de lo que cualquiera de nuestros analistas hubiera pronosticado). El generalizado rechazo de nuestra burocracia para disponer nuevos envíos de armas a Israel se vio reforzado por cartas de advertencia de nuestros amigos en el mundo árabe, como el Rey de Marruecos y el Rey de Jordania.

Las deliberaciones gubernamentales tendían así a una mínima respuesta, cuando ocurrió algo que, a pesar de no tener una relevancia directa en el asunto, forzó una resolución sobre el tema. A fines de febrero, el presidente Pompidou realizaba una visita oficial a los Estados Unidos, a la que Nixon atribuyó gran importancia. Insensible a la probable reacción interna en los Estados Unidos, probablemente indiferente a ella, Pompidou concretó en enero un acuerdo armamentista con el nuevo gobierno revolucionario del Coronel Muammar Gaddafi para vender a Libia más de un centenar de aviones Mirage en cuatro años. No existía una necesidad racional

libia de tal número de aviones; en realidad, en ese momento había sólo unos pocos pilotos en toda Libia capaces de volar aviones de alto rendimiento. Claramente, esos aviones iban a ser utilizados por otros países árabes, probablemente Egipto. Como era de prever, los simpatizantes de Israel en el Congreso estadounidense y protestaron enérgicamente. Hubo manifestaciones en cada ciudad que visitaron Pompidou y su esposa. Un incidente particularmente escandaloso ocurrió en Chicago, donde algunos manifestantes fueron particularmente agresivos con la señora Pompidou cuando junto con su esposo abandonaban un hotel. Pompidou cortó abruptamente su visita a Chicago y regresó a Nueva York. Durante algunas horas pareció que podría cancelar también su estancia en Nueva York y regresar a Francia. Pompidou nunca olvidó este inexcusable incidente; marcó su actitud hacia los Estados Unidos para siempre.

Nixon estaba fuera de sí. Reaccionó de dos maneras, una generosa, la otra despreciable. El gesto generoso fue volar inesperadamente a Nueva York el 2 de marzo para asistir a una cena en honor de Pompidou en la que pronunció un discurso tan gracioso como cálido. La reacción vengativa consistió en una orden presidencial directamente al Departamento de Estado vía Joe Sisco —aparentemente para evitar que fuera a través de mí— para diferir indefinidamente la consideración del paquete armamentista para Israel. Si hubiera sido consultado, yo seguramente habría enfatizado en lo poco prudente de castigar a un país extranjero por las acciones de una minoría americana y seducir a la Unión Soviética con la idea de un camino libre de obstáculos.

Estas fueron, en realidad, las aclaraciones que hice cuando, como era su característica, Nixon comenzó a pensar diferente sobre la orden que había dado a Sisco unas horas antes. Le pidió a Haldeman que me dijera que esa no era una decisión final y que pensaría sobre ello en el avión que lo llevaría a Nueva York para asistir a la cena de Pompidou. Cuando Haldeman era asignado a una tarea como ésta, uno podía estar seguro de que el presidente hablaba en serio. El estudiantamente cultivado desinterés de Haldeman en realidad evitaba el debate. Sin embargo, jugó un papel terapéutico; se convirtió en un canal para la protesta pero sin maneras de realizarla. Imposibilitado de llegar a Nixon, advertí a Haldeman que la decisión del presidente había aumentado la posibilidad de una explosión en el Medio Oriente; darle la espalda a Israel nos llevaría a una confrontación simultánea con los soviéticos y con los israelíes. Israel a duras penas podía evitar el pánico y podría anticiparse; los soviéticos estaban a punto de envalentornarse por nuestra visible disociación de nuestro aliado. Supimos que los soviéticos estaban planeando algún movimiento militar no precisado; este no era el momento para que el presidente diera la orden de cortar la ayuda militar a Israel, contra quien estaba dirigido este inminente movimiento soviético. Haldeman, con la sufrida paciencia del hombre entre dos fuegos, el de su jefe y el de aquéllos que —incomprensible para Haldeman— tomaban seriamente la realidad, me aseguró que la cuestión se arreglaría. No me dijo cómo. Estaba equivocado.

El Departamento de Estado, cuando recibe una orden que su burocracia aprueba, es una institución extremadamente eficiente. Cuando quiere dejar exhaustos a los recalitrantes superiores, los proyectos de memorándum vagan por sus laberínticos canales durante semanas y aún por meses. Pero cuando recibe una instrucción que considera sensata, el papeleo se completa súbitamente en cuestión de horas y la burocracia se transforma en un accionar maravilloso. De esta manera, en menos de 36 horas desde que Nixon diera la orden a Sisco, Rogers le envió un memorándum avisándole que ya había preparado y tenía listo un proyecto para «llevar a cabo su decisión de posponer por ahora la cuestión de aviones adicionales a Israel».

Consideré insensato en extremo anunciar una decisión de ese tipo antes de que tuviéramos una idea sobre el próximo movimiento soviético en el Medio Oriente. Hasta ahora yo había tenido suficiente experiencia con los cambios de idea de Nixon como para estar seguro de que trataría, según las palabras de Haldeman, de recomponer las cosas. Por lo tanto, al transmitir el memorándum al presidente, le señalé que mientras las implicaciones domésticas eran autoevidentes, «en el exterior, la apariencia de sucumbir a la presión soviética no puede arreglarse con una simple negativa». Por lo tanto, sugerí que las recomendaciones de Rogers fueran modificadas para suavizar los vientos para Israel. Ya sea que acordáramos reemplazar los aviones perdidos en el período 1969-1971 (hasta un determinado número para evitar un incentivo a costosas incursiones), o que mantuviéramos abierta la línea de producción y destináramos un número específico de Phantoms y Skyhawks que pudieran ser entregados inmediatamente a Israel si una incorporación masiva de armamento soviético pusiera en peligro el balance militar. Hasta Sisco me había dicho (privadamente) que estaba de acuerdo con mi posición. Para evitar algunas

de las reacciones de la postergación, recomendé que el Departamento de Estado, no la Casa Blanca, la anunciara.

Mi propuesta demostró que yo no tenía la posición dominante para el Medio Oriente. Lo mejor que puede decirse al respecto es que permitió una pausa mientras el presidente reconsideraba su decisión. De esa manera, evitaríamos tentar a los soviéticos en el mismo momento en que daban los toques finales a su próximo movimiento.

No tuvimos que esperar mucho para ello.

APARECEN EN EGIPTO SOLDADOS Y MISILES SOVIÉTICOS

El 10 de marzo, Dobrynin apareció en la Casa Blanca con la respuesta del Kremlin a mi declaración del 10 de febrero advirtiendo contra el envío de tropas de combate soviéticas. Nos reunimos en la oficina del asesor militar del presidente, ya que el Cuartro de Mapas por alguna razón no estaba disponible. La oficina del asesor militar en el ala este de la Casa Blanca está, por su ubicación, lejos del área política. Las oficinas de los más relevantes asistentes están agrupadas alrededor de la Oficina Oval en el ala oeste. No hay peor referencia para medir la importancia de los asistentes de la Casa Blanca que su proximidad al asiento del poder; muchos ayudantes prefieren un armario en el ala oeste antes que correr el riesgo de perder status en oficinas más amplias y elegantes en el ala este, a unos 300 metros, o en la Oficina Ejecutiva, cruzando la calle. Pero precisamente porque las oficinas en el ala este se acomodan mejor a los temas sociales o logísticos, era un buen lugar para una reunión discreta.

Dobrynin exudaba afabilidad. Con respecto a las exhortaciones americanas para un cese del fuego, me expresó la convicción de sus líderes de que «si los israelíes ponen fin a sus bombardeos a la RAU (Egipto), la RAU de su parte acordará frenar sus acciones, sin, por supuesto, ninguna declaración oficial al respecto». En otras palabras, Dobrynin estaba ofreciendo un cese del fuego de facto a lo largo del Canal de Suez. Más aún, Dobrynin está feliz al anunciar que había sido autorizado a reanudar las conversaciones bilaterales con Rogers. Me dio un anticipo de dos «concesiones» que presentaría en esas conversaciones: primero, un acuerdo para el Medio Oriente no terminaría simplemente con el estado de guerra, sino que podría establecer un estado de paz; y segundo, los gobiernos árabes tomarían bajo su control las operaciones de fuerzas guerrilleras desde su territorio.

Había menos en esas «concesiones» de lo que podía imaginarse. El que la sugerencia de que un acuerdo de paz podría establecer la paz fuera presentado como una concesión, daba una idea de la política de tierra inexistente utilizada para el Medio Oriente. Pedirle a Israel que se retirara de todos los territorios ocupados sin ofrecerle lo que es normal entre la mayoría de los estados, literalmente paz, hubiera sido un absurdo. Tampoco podía ser considerado un sacrificio un compromiso para poner fin a los ataques guerrilleros después de acordar la paz; nadie podría haber mantenido la propuesta contraria. Aun así, la oferta de Dobrynin para un cese del fuego me pareció lo suficientemente significativa como para que no le hiciera notar que los soviéticos aún no habían contestado el punto principal de la conversación del 10 de febrero —mi advertencia contra el envío de sus tropas de combate. La razón de esta omisión también quedaría en claro muy pronto.

Informé al presidente con prematuro júbilo: «Dobrynin hizo un número de significativas concesiones... En las negociaciones sobre Egipto nuestra política de relativa firmeza ha tenido éxito en todos los temas analizados. La Unión Soviética ha hecho un primer movimiento y, aunque puede no ser suficiente, por lo menos demostró que mantenernos firmes y no ofrecer concesiones era el camino correcto». El presidente reaccionó a este aparente ablanzamiento de la actitud soviética modificando su decisión original con respecto a la ayuda militar a Israel. Asumiendo que no podría acercarse a Israel con la propuesta de cese del fuego mientras rechazara sus pedidos de asistencia militar, Nixon aprobó ese mismo día mi sugerencia de reemplazar las pérdidas aéreas israelíes con hasta ocho Phantoms y veinte Skyhawks en 1970. Apoyó con presteza la sugerencia de que el Departamento de Estado diera la mala noticia de la suspensión del paquete global, pero agregó un capricho nixoniano: Yo debería informar inmediatamente al embajador israelí Rabin de la decisión de Nixon de reemplazar los aviones perdidos.

El 12 de marzo me reuní con Rabin para informarle sobre la propuesta de cese del fuego de Dobrynin y también para ponerlo al tanto de la decisión presidencial. Al mismo tiempo pedí

que Israel cesara sus ataques de penetración profunda y acordara un cese del fuego no declarado. Un ayuda memoria del presidente formalizó el pedido y el compromiso.

Yitzhak Rabin tenía varias cualidades extraordinarias, pero el don de las relaciones humanas no era una de ellas. Si hubiera tenido en sus manos a su antojo todo el Comando Estratégico Aéreo de los Estados Unidos, habría (a) adoptado la actitud de que Israel estaba recibiendo, al menos, lo que le correspondía, y (b) encontrado algún inconveniente técnico en los aviones que convirtieron su aceptación por parte de Israel en una concesión a nosotros. Como era de prever, no cambió de táctica. En realidad, Rabin entregó dos mensajes de la señora Meir a Nixon (uno de ellos manuscrito). Los mensajes estaban originados por informes ya en circulación pública en el sentido de que podríamos posponer o rechazar los pedidos para el envío de aviones a Israel. La señora Meir escribió que una decisión de ese tipo aumentaría el peligro militar para Israel y al mismo tiempo daría fuerzas a nuevas agresiones soviéticas y árabes. El sentimiento de «abandono», temía, aumentará la desesperación y la capacidad de comportamiento irracional en Israel. «No se puede exagerar la seriedad de la situación que resultará».

Rabin también era generalmente pesimista sobre el cese del fuego. Ayudará a Nasser; no resolverá nada. Sin embargo, consideró la propuesta lo suficientemente importante como para llevarla a Jerusalén personalmente. Voló a Israel y regresó cinco días después con la respuesta del gabinete: Israel aceptaría un cese del fuego no declarado siempre que simultáneamente cesara toda actividad militar, el número de reemplazos se duplicara, y que hubiera una declaración pública anunciando las seguridades de Nixon de mantener la fortaleza aérea israelí y el balance militar en el Medio Oriente. (Yo estaba descubriendo ahora directamente por primera vez las tácticas de negociación israelíes. Con su combinación de persistencia y maniobras envolventes, los israelíes mantienen en su interlocutor sólo los últimos vestigios de cordura y coherencia que necesita para firmar el acuerdo final.)

Sin embargo, antes de que pudiera ser resuelto el problema con Israel, finalmente nos enteramos de cuál era la maniobra militar que los soviéticos preparaban en Egipto. El mismo día —17 de marzo— que los israelíes aceptaron el cese del fuego, Rabin me informó que un importante cargamento de armas había llegado a Egipto, incluyendo el más avanzado sistema antiaéreo soviético: los misiles tierra-aire SA-3. Este tipo de armamento jamás había sido entregado por los soviéticos a ningún país extranjero, ni siquiera a Vietnam del Norte. Peor aún, los misiles llegaron junto a 1.500 asesores militares soviéticos. Por supuesto, éste era sólo el primer paso de una maniobra militar soviética más importante. Marcaba un único cambio en la política soviética: nunca antes habían comprometido sus propias fuerzas militares por un país no comunista. Me di cuenta de que mientras los soviéticos aumentaban sus fuerzas desarrollarían un posesivo interés en protegerlas y luego en mostrar los resultados de sus compromisos.

La experiencia indica que los movimientos militares soviéticos, que por lo general comienzan tentativamente, deben ser resistidos al principio, inequívocamente, y de tal forma que los líderes soviéticos tengan una justificación para retirarse. Si ese momento pasa, el compromiso crece tanto que es difícil dar marcha atrás antes de una crisis importante. Pero una respuesta enérgica cuando el desafío aún es ambiguo es particularmente difícil de llevar a cabo. La evidencia, por definición, es que lo mejor es no ser terminante. Las primeras etapas de una construcción están generalmente limitadas por la necesidad de establecer una infraestructura logística. Las agencias de inteligencia —contrariamente al mitológico concepto de descuidadas aventureras que se tiene de ellas— atienden su seguridad; generalmente se aglutinan tras una hipótesis cauta. Según mi experiencia, en casi todas las crisis se ha presentado una discusión inicial sobre hasta qué punto nos enfrentamos a un real desafío —un debate que rápidamente se expande desde la rama ejecutiva al Congreso. Aquellos opuestos a una respuesta firme argumentan que la Administración está «sobreactuando». Y si la Administración actúa a tiempo y conjura el peligro, sentirán que estaban probadamente en lo cierto. En lo que se equivocan es que la decisión real está entre sobreactuar simultáneamente (y aceptar el desafío) o dejar que los acontecimientos se precipiten. Para el momento en que las verdaderas dimensiones de la amenaza se hagan evidentes —cuando todos están de acuerdo en su aplastante naturaleza— es a menudo demasiado tarde para hacer algo. En algún momento, la pregunta sobre qué provoca un movimiento soviético se hace irrelevante; la política americana debe luchar con las consecuencias, no con las causas.

Así ocurrió con la reacción de la administración Nixon a la aparición de misiles y tropas de combate soviéticas en Egipto en la primavera de 1970. Preocupados por Vietnam, Camboya y Laos, sacudidos por los problemas domésticos, más de la mitad convencida de que la beli-

gerancia israelí había provocado la maniobra soviética, el gobierno de los Estados Unidos vaciló y perdió toda oportunidad que se le presentó para enfrentar el desafío.

Nuestra primera reacción fue en la dirección correcta. El 20 de marzo, llamé a Dobrynin para reprimirlo. Le dije que habíamos considerado con extrema seriedad la comunicación soviética del 10 de marzo. Habíamos, en efecto, recomendado a Israel un cese del fuego; Israel había aceptado en principio. Pero en el preciso momento en que yo estaba listo para acordar con él una fecha para el cese del fuego, nos habíamos enterado del envío de misiles SA-3 y tropas de combate soviéticas. Las tropas habían sido enviadas a pesar de mi explícita advertencia sobre los peligros de un paso como ése. La táctica, dije, me recordaba la crisis de los misiles cubanos. No teníamos otra alternativa que poner fin a todos nuestros esfuerzos para el cese del fuego e informar convenientemente a Israel.

Dobrynin no volvió sobre el tema hasta el 7 de abril, cuando preguntó si estábamos dispuestos a cambiar de punto de vista acerca del despliegue de armamento soviético si éste era limitado a Alejandría, El Cairo y Aswan; fue vago con respecto a las tropas. Le pregunté si esta era una propuesta formal. Me contestó que me lo haría saber. Nunca lo hizo.

Una vez que planteamos el desafío, nuestro próximo movimiento debió haber sido seguir en esa línea. La respuesta apropiada al envío de modernos misiles y tropas de combate soviéticas debió haber sido aumentar la ayuda militar a Israel —no una mera promesa de reemplazar unos pocos aviones. Esto habría mostrado que enfrentaríamos cualquier escalada soviética y que las presiones militares soviéticas no eran el camino para resolver los problemas políticos del Medio Oriente —una primera condición esencial para promover la moderación y completar lo que yo consideraba la estrategia óptima. Lo razonable de mi punto de vista fue sensatamente corroborado por Bill Hyland, un experto en asuntos soviéticos de mi equipo, el 8 de junio:

Los soviéticos respetan el poder y la fuerza. Consideran muy importante el poderío militar. Esto no significa, por supuesto, que estén ansiosos por luchar, o que crean en el uso indiscriminado de la fuerza. Pero no entienden la moderación; los confunde, y al final los lleva a la conclusión de que sólo hay espacio para su propio movimiento ofensivo.

Si los Estados Unidos no apoyan ostensiblemente a Israel con asistencia militar, los soviéticos considerarán por qué nos negamos a hacerlo. En último caso, pensarán que estamos disuadidos por preocupaciones domésticas, políticas y económicas o a causa de las consecuencias de la escalada militar.

No logré que fuera considerada una estrategia de ese tipo. Nuestras agencias responsabilizaron a Israel por la tensión a lo largo del Canal de Suez, argumentando —no sin pruebas— que Israel había provocado la reacción soviética con sus ataques de profunda penetración. Su «solución» a la maniobra militar soviética era presionar a Israel para ser más flexible. Se gastó un tiempo precioso discutiendo irrelevancias. Nuestra comunidad de inteligencia se concentró en tratar de evaluar hasta qué punto, en términos precisos, se había desequilibrado en realidad el balance militar. Todo esto ocultó el punto esencial. Cualquiera sea el punto de vista sobre una mayor flexibilidad israelí, primero debemos enfrentar a los soviéticos y los árabes radicalizados. De otra manera, las concesiones de Israel serían consideradas como el resultado de la presión militar soviética. Nuestra posición se deterioraría a medida que aumentaran las demandas. Una vez que los soviéticos se establecieran con un papel de combate en el Medio Oriente y nosotros aceptáramos ese papel, el balance político podría cambiar drásticamente y el equilibrio militar desaparecería en el momento que los soviéticos quisieran. Israel no estaba libre de culpa por el estado actual de la situación, pero nosotros estaríamos en condiciones de luchar con el problema político sólo después de superar el desafío militar.

Este punto de vista no prevaleció, dado que yo estaba todavía en los primeros años de mi papel de asesor presidencial y el Medio Oriente era sustancialmente campo del Departamento de Estado. En cualquier evento, a esta altura de mi carrera en la Casa Blanca, mi influencia era mayor cuando los puntos de vista de las agencias diferían y el presidente no tenía formada su propia posición; yo tenía menos posibilidades de prevalecer cuando había unanimidad entre las agencias, particularmente sobre el Medio Oriente. Y en este caso, la evaluación de Nixon estaba mucho más ligada a la de los departamentos que a la mía. Consumió mucho de su tiempo en Camboya, anhelaba una reunión cumbre con Moscú; se esperanzó en que el problema desapareciera, y, si no ocurriera así, que entre él y yo pudiéramos superarlo luego.

De hecho, en este momento la decisión anterior de Nixon de mantener en suspenso el paquete de suministro de armas a Israel —adoptada en circunstancias muy distintas— se cerró sobre él. El Departamento de Estado había seguido adelante con el engorroso proceso de preparar una declaración pública sobre la decisión del suministro de armas. Y habían proseguido con sus consultas a líderes clave del Congreso, aún después de las noticias sobre el último movimiento soviético. La idea era que nuestra acción mostraría nuestra «buena fe» a los árabes; por lo menos impediría la explosión que nuestras agencias consideraban inevitable si continuábamos con nuestras entregas adicionales de «ferretería». Desalentado por rechazos previos y convencido de que la decisión del presidente estaba tomada, dejé que los acontecimientos siguieran su curso. Retrocediendo, creo que me equivoqué al no ser más enfático. Mientras así sucedía, el 23 de marzo —menos de una semana después que nos enteramos del envío de tropas soviéticas a Egipto— Rogers anunció que «a nuestro juicio, la capacidad aérea de Israel es suficiente para satisfacer sus necesidades actuales... El presidente ha decidido mantener en suspenso por ahora una decisión con respecto al pedido de Israel...».

Para estar seguros, la declaración agregó que «si ocurren cosas que puedan desequilibrar el actual balance, o si a nuestro juicio los desarrollos políticos lo justifican, el presidente no vacilará en reconsiderar...». Esta salvedad estaba sobrentendida por lo soporífica que era. Ninguna afirmación verbal podría ocultar el hecho de que menos de una semana después del envío de tropas de combate soviéticas al Medio Oriente, y tres días después de cancelar la discusión sobre el cese del fuego con Dobrynin, los Estados Unidos habían negado públicamente aviones adicionales a Israel. La decisión pareció incluso insinuar que las más sofisticadas armas soviéticas y el envío de tropas de combate no afectaron el balance militar, una deducción que casi invitó a su aumento.

Un viaje largamente planeado por Joe Sisco al Medio Oriente —en apariencias para consultar a los embajadores, pero en realidad para sondear la factibilidad de proyectos de paz— reforzó la impresión de la indiferencia americana hacia la presencia militar soviética. De esta manera, la misión de Sisco, tan inmediata a una exhibición de poderío soviético, pareció sugerir que la presencia de tropas soviéticas en Egipto no era obstáculo e incluso podría ser un estímulo para los esfuerzos de paz estadounidenses. Los israelíes, por su parte, atrapados entre la Unión Soviética y los Estados Unidos, suspendieron sus ataques de profunda penetración y adoptaron una política de represalias más selectiva. Un gesto que dos semanas antes habría contribuido a mejorar la atmósfera, se convirtió en una concesión al chantaje militar soviético. Y para combinar los errores, Nixon eligió este momento para iniciar sus insinuaciones para una reunión cumbre soviético-estadounidense —haciendo desaparecer cualquier titubeo soviético existente. Abril de 1970 no fue uno de los mejores meses de la administración Nixon.

Fue inevitable, dada nuestra débil respuesta, que los soviéticos dieran otra vuelta de tuerca. Los misiles soviéticos se multiplicaron; el número de tropas aumentó dramáticamente a alrededor de 10.000 efectivos en las siguientes seis semanas. Rabin me informó el 24 de abril que pilotos soviéticos habían estado volando en misiones de defensa en el interior egipcio. De esta manera, la fuerza aérea egipcia podía atacar posiciones israelíes a lo largo del Canal y se estaba volviendo más agresiva. El combate aéreo entre pilotos soviéticos e israelíes era una virtual realidad.

Finalmente, el gobierno estadounidense reaccionó. La Casa Blanca anunció una «inmediata y completa revisión» de la situación. Nixon me autorizó el 30 de abril (el día que anunció la operación camboyana) a anticiparle a Rabin que les suministraríamos más aviones a pesar de su decisión previa. Todavía estaba lo suficientemente preocupado por la reacción árabe como para pedir que no se hiciera publicidad, quitando algún efecto disuasivo a la decisión. Y como no dio detalles sobre la cantidad que tenía en mente, se decidió por semanas de cabildeos adicionales interagencias provenientes de aquellos que en principio se habían opuesto a cualquier venta de aviones. Pero ni aun la aparición de pilotos soviéticos alteró los cautos análisis oficiales. El consenso de inteligencia era que la misión soviética era puramente defensiva. Pero la comunidad de inteligencia no propuso atraparse en una declaración inequívoca; una cláusula de escape advirtió que «un cambio en la situación podría alterar radicalmente su misión con escasa o ninguna advertencia previa» —que era por supuesto el centro del problema.

El 12 de mayo, en el pico de la histeria de Camboya, yo estaba lo suficientemente preocupado como para sintetizar el *impasse* en desarrollo para Nixon: Nasser estaba dispuesto a ganar en la espera a los israelíes y la señora Meir pensaba que no había paz posible con Nasser. La señora

Meir estaba dispuesta a esperar hasta que hubiera un cambio de fondo en el lado árabe. Israel quería que los Estados Unidos enfrentaran con más firmeza a los soviéticos y le suministraran más aviones. Hasta Sisco recomendaba ahora —como resultado de su viaje— una revaluación de las más importantes posiciones acerca de la estrategia americana. Sisco estaba en lo cierto, porque esas posiciones habían sido equivocadas en su totalidad:

- Habíamos asumido que conversaciones entre las más importantes potencias podrían quebrar el *impasse*. De hecho, no habían cambiado significativamente la posición de ninguna de las partes.

- Habíamos asumido que los soviéticos, para calmar la situación y limitar su participación en Egipto, podrían mostrar interés en presionar a Nasser para un compromiso. Por el contrario, Moscú había profundizado su compromiso militar, estimulando de esa manera la guerra de desgaste de Nasser contra Israel.

- Habíamos asumido que Israel podría finalmente estar de acuerdo con una propuesta americana adecuadamente balanceada. Pero los israelíes habían rechazado de plano varios de nuestros planes, mientras nos pedían apoyo militar y económico hubiera o no progresos en las negociaciones.

- Habíamos asumido que el tema de los palestinos podía ser discutido en un acuerdo exclusivamente como un problema de refugiados. Sin embargo, se habían transformado en una fuerza cuasi independiente con veto político en Jordania, y quizás aun en El Líbano.

Mi memorándum propuso una revisión fundamental de nuestra política para el Medio Oriente. Las circunstancias que vivíamos impidieron el acopio de energías para una batalla de ese tipo. El desgaste físico y psíquico de la incursión en Camboya fue demasiado grande. Sólo durante Watergate Nixon estuvo tan consumido y conmocionado; no estaba preparado para aumentar sus problemas. Cuando volvió al Medio Oriente, fue en el contexto de una iniciativa de paz del Departamento de Estado cuya consecuencia práctica fue ratificar la maniobra soviética.

De esta manera, la crisis en el Medio Oriente se agudizó. El 1 de mayo, Nasser dirigió un abierto mensaje a Nixon en un discurso cuyo tono perentorio destacó el debilitamiento de nuestra posición. Los Estados Unidos «deben ordenar a Israel que se retire de los territorios árabes ocupados». Si no pudiéramos lograrlo, Nasser exigió que nos abstuviéramos «de dar cualquier nuevo apoyo a Israel en tanto continuara ocupando nuestros territorios árabes —ya sea apoyo político, militar o económico». De otra manera, «los árabes deberán llegar a la inevitable conclusión de que los Estados Unidos desean que Israel continúe ocupando nuestros territorios y que dicte los términos de la rendición». Que los planes de predominio soviético en el Medio Oriente eran algo más que el fruto de elucubradas imaginaciones quedó en evidencia cuando Nasser dijo a un distinguido visitante americano, Eugene Black, un ex titular del Banco Mundial, que preferiría que cualquier iniciativa diplomática estadounidense se condujera a través de la Unión Soviética; no confiaba lo suficiente en nosotros como para negociar directamente.

En esta atmósfera, los departamentos se resistieron a la decisión de Nixon de mantener abierta la línea de suministros a Israel (cuando los actuales contratos de entregas de aviones vencían en julio) mediante demoras en su preparación y utilizando la artimaña de que no había precisado ninguna cantidad total. El tema surgió eventualmente con el debate general sobre la estrategia del Medio Oriente. Formalmente la disputa se disolvió en la esencialmente falsa alternativa de si buscábamos una «estrategia política» o una «confrontación con la Unión Soviética». Cuando las cosas están planteadas de esta manera, los altos estadistas deberían cuidarse. Nadie en su sano juicio rechazaría una solución política; la confrontación difícilmente pueda ser considerada un objetivo político. El problema con que nos enfrentábamos en el Medio Oriente en 1970 era, sin embargo, totalmente diferente; era hasta qué punto podía alcanzarse una solución política sin dejar en claro antes a la Unión Soviética y sus aliados radicalizados que la presión militar no tendría éxito. En una situación así, si la confrontación es rechazada por una cuestión de principio, el término «solución política» se transforma en un eufemismo para asegurar los términos del contrario. Como dije, algo exasperado, durante una reunión del Alto Grupo de Revisores: «...Lo que desalentará a los soviéticos es el temor a una confrontación con nosotros. Tenemos que pensar el modo de hacerles entender esa idea a ellos».

Pero aún no había llegado el momento para una evaluación de ese tipo. Hostigado por la

protesta pública, centralizada en Vietnam, semiesperanzado en una negociación con Moscú, el Cuerpo Ejecutivo estaba dividido entre sus premoniciones y sus esperanzas, entre la realidad de un desafío soviético y la pesadilla de las crisis simultáneas. Reflejando esta ambivalencia, el 2 de junio Rogers llamó a Dobrynin para leerle la declaración extraordinaria que sigue, sin informarme a mí y (por lo que sé) tampoco a Nixon:

La Unión Soviética ha sostenido que las actividades militares soviéticas en la RAU continuarán siendo defensivas. Queremos dejar en claro que no vemos el envío de tropas soviéticas, aéreas o de tierra, en la zona de combate del Canal, como defensivo, dado que una acción de ese tipo sólo puede ser en apoyo de la anunciada política de la RAU de violar las resoluciones de cese del fuego del Consejo de Seguridad. Creemos que el envío de tropas soviéticas a la delicada zona de combate del Canal de Suez [a menos de treinta kilómetros del canal] podría llevar a serias escaladas con consecuencias impredecibles a las que los Estados Unidos no permanecerán indiferentes...

En apariencia, esto era una enérgica advertencia. Lo que logró, sin embargo, fue dar a los soviéticos un cheque en blanco; accedió a la presencia de tropas de combate soviéticas en Egipto, excepto en las inmediaciones del Canal de Suez. Los soviéticos en realidad se enteraron de que estaban en libertad para estacionar fuerzas substanciales en Egipto, siempre que no las ubicaran directamente en la zona de combate. Eso es lo que hicieron. Y en un plazo de dos meses estuvieron en condiciones de hacer avanzar sus unidades rápidamente hacia la zona de combate cuando se les presentara la oportunidad. Mi adjunto Bill Hyland resumió así la creciente crisis:

Considerando nuestra posición y la paralización de los ataques profundos de Israel, los soviéticos deben haber llegado a la conclusión de que hemos accedido a su intervención directa. En realidad, deben haber interpretado nuestra última declaración (la de Rogers a Dobrynin) como una confirmación de que aceptamos el argumento soviético de participación «defensiva», y sólo están preocupados de que un movimiento hacia el Canal no será considerado «defensivo»...

El criterio convencional es que los soviéticos probablemente no se moverán, fundamentalmente a causa del riesgo de combate con los israelíes. Existe, sin embargo, alguna evidencia de que ya están «empujando» lentamente (la construcción de instalaciones a lo largo del Canal). Más aun, hacer tal cosa parecería una lógica extensión de la estrategia soviética. El objetivo a corto plazo de los soviéticos en el Medio Oriente es destruir la influencia occidental. El principal enemigo no es Israel, sino Occidente en general y los Estados Unidos en particular. La vía para el desplazamiento de Occidente descansa ahora en que los soviéticos puedan demostrar que no sólo pueden proteger a sus clientes, sino revertir las pérdidas que sufrieron en 1967...

Las advertencias solamente no son suficiente. En realidad, ya hemos presentado varias advertencias serias y cuanto más presentamos menos las creen. Romper los contactos no nos lleva a ningún lado, y enviar tropas es, por lo menos, prematuro... A causa de que el envío de aviones a Israel se ha convertido en la vara para medir nuestra política, se ha vuelto, quizás desafortunadamente, la única salida inmediata.

Sólo *después* de demostrar nuestra disposición hacia esa medida, podemos esperar convencer a Israel de la necesidad de hacer alguna concesión política y persuadir a los soviéticos y los árabes de que no estamos impresionados por sus recientes movimientos.

Pero el gobierno de los Estados Unidos todavía no estaba listo para avanzar en esa dirección. Y cuanto más tardáramos, más alto sería el precio. Nos dimos cuenta con pena, aunque lentamente. Los acontecimientos finalmente forzaron nuestra decisión. Sobre el otoño, produjeron una serie de confrontaciones durante las cuales el avance soviético fue primero atajado y finalmente dio marcha atrás.

UNA INICIATIVA DIPLOMÁTICA NORTEAMERICANA

Nuestro primer movimiento fue lo opuesto a una confrontación; fue otra iniciativa de paz. Traté de utilizar una reunión del CNS el 10 de junio para lograr una revisión fundamental de

nuestra estrategia. El Departamento de Estado se me anticipó convirtiéndola en una discusión de una decisión táctica. Rogers planeó montar un complejo escenario que comprendía una iniciativa diplomática americana para lograr que las partes «dejen de matarse y comiencen a conversar». Se pediría a Israel y Egipto que aceptaran un cese del fuego e iniciaran negociaciones indirectas supervisadas por el representante de la ONU Gunnar Jarring. Para entusiasmar a Israel, Estados Unidos ofrecería —en respuesta a sus necesidades armamentistas— tres Phantoms para julio y agosto y cuatro Phantoms y Skyhawks por mes para reemplazar de allí en adelante. Estos acuerdos de suministros estaban sujetos, sin embargo, a revisiones «si las negociaciones habían comenzado y mostraban signos de progreso».

Sorprendentemente, el Departamento de Estado dio de esta manera a Israel un incentivo para que las negociaciones fracasaran; las ventas de aviones serían revisadas sólo si las negociaciones «mostraban signos de progreso». Y el escenario propuesto no consideraba en modo alguno el crítico problema de la presencia de tropas soviéticas en Egipto. Yo había advertido a Nixon de mis preocupaciones antes de la reunión del CNS. Destaqué que las negociaciones debían encuadrarse en el contexto de los recientes —y continuados— movimientos soviéticos:

El carácter de la maniobra soviética en la RAU no debería menospreciarse. Puede usted escuchar el argumento (del Departamento de Defensa) de que esa maniobra fue precipitada por la acción israelí o de que es puramente defensiva y no amenaza a Israel. Estos argumentos no abordan el punto principal. Este es un giro único en la política soviética; nunca antes los soviéticos han puesto a sus propias fuerzas en riesgo de combate por un gobierno no comunista.

Se argumenta que ahora que los soviéticos han socorrido a Nasser ambos pueden repentinamente cambiar de opinión y estar dispuestos a negociar seriamente. Me parece dudoso. Habiendo logrado una victoria psicológica con aparente impunidad, la táctica soviética ha sido generalmente consolidar en primer término sus ganancias para aumentar luego la presión, tanteando el camino paso a paso.

En la reunión del CNS del 10 de junio, el Director de la CIA, Helms, sintetizó la situación. Los soviéticos tenían entre cuatro y cinco regimientos de SA-3 y entre tres y cinco escuadrones de MIG-21 con pilotos soviéticos en Egipto; no había dudas acerca de las cifras. Las tropas soviéticas enviadas desde marzo sumaban ahora 10.000 hombres. La capacidad egipcia para destruir el poderío aéreo israelí había crecido sensiblemente. Las crecientes pérdidas podrían crear nuevas presiones psicológicas sobre Israel. Sin su opción prioritaria, Israel tenía un abrumador incentivo para controlar el área a lo largo del Canal de Suez. De esta manera, los interrogantes centrales eran si los soviéticos enviarían sus SA-3 hacia el Canal, agregando sus aviones, y si Israel iba a abstenerse de enfrentarlos si lo hacían. De cualquier manera, la situación se volvería rápidamente desventajosa para Israel ante un súbito movimiento ofensivo del complejo militar soviético.

Rogers presentó entonces el proyecto del Departamento de Estado para un cese del fuego y conversaciones con mediación de Jarring como si el informe de Helms no hubiera existido. De hecho, la propuesta, al igual que su conversación del 2 de junio con Dobrynin, ratificó la presencia de tropas soviéticas en Egipto.

Nixon se remitió a opacas declaraciones filosóficas que indicaban que no está dispuesto para una discusión de posiciones básicas. Especuló acerca del impacto de la crisis de Suez en 1956 sobre el concepto británico de considerarse un poder mundial. Consideró el fracaso para enfrentar el problema de los refugiados árabes como uno de los más importantes traspiés del período de postguerra. Aun cuando estábamos considerando una iniciativa unilateral americana, reflexionó sobre el proyecto para un emprendimiento conjunto soviético-estadounidense, anticipando sin duda una reunión que yo iba a mantener esa noche con Dobrynin a bordo del yate presidencial *Sequoia* para discutir su idea de un encuentro cumbre. Todo este tortuoso laberinto no era más que una cortina de humo para evitar que Nixon difiriera una decisión formal. Nixon no pensaba realmente que el plan diplomático del Departamento de Estado funcionara, pero al mismo tiempo no tenía estómago para dominar a Rogers. Privadamente me dijo que pensaba que la actual situación en el Medio Oriente nos llevaría al desastre. Yo estuve de acuerdo, agregando que lo peor que podíamos hacer era embarcarnos en una política «unas pocas armas y una pequeña propuesta». (Esto no excluye que Nixon le dijera a Rogers lo contrario).

Mi reunión con Dobrynin en el *Sequoia* en la noche del 10 de junio no fue concluyente. Dobrynin reiteró su posición de que negociáramos sobre el Medio Oriente a través del Canal Especial. No rechazé la posibilidad para dar algún apoyo a los anhelos de Nixon de concretar la reunión cumbre. Pero insistí en que sólo podría llevarse a cabo si la Unión Soviética pedía a sus amigos árabes sacrificios proporcionados con las concesiones territoriales que nosotros tendríamos que exigir a Israel. Más aún, la presencia de tropas de combate soviéticas en el Medio Oriente era una profunda preocupación para los Estados Unidos. Por lo tanto, era crucial para nosotros saber hasta qué punto la Unión Soviética estaba dispuesta a retirar sus fuerzas militares como parte de una paz negociada. Dobrynin respondió que pediría instrucciones.

La reunión con Dobrynin fortaleció aún más mi convencimiento de que estábamos en el camino equivocado; el necesario balance de fuerzas para negociaciones efectivas simplemente no existía. El 16 de junio envié a Nixon otro informe advirtiéndole contra la iniciativa propuesta. La nueva propuesta de «dejar de matarse y comenzar a conversar» debía ser considerada con el telón de fondo de nuestras compulsivas iniciativas de paz del año anterior: «Ellos envalentonaron a los árabes, que aumentaron sus presiones fronterizas. Israel comenzó sus ataques de penetración profunda que, a su vez, movieron a Nasser a permitir el flujo masivo de tropas e influencia soviéticas». Me parece que la nueva propuesta contiene los mismos peligros; nos daría como máximo dos meses:

La iniciativa del Departamento de Estado nos hubiera obligado a forzar a los israelíes a volver a sus fronteras anteriores a la guerra, mientras no recibían más aviones después del verano. Les tendríamos que pedir que cedieran dos elementos claves de su seguridad al mismo tiempo —sus conquistas territoriales y la posibilidad de obtener más aviones. Una paz con fronteras más vulnerables podría afectar su arsenal aéreo. Por otra parte, si Israel cree que podrá obtener mejor asistencia aérea si las negociaciones fracasan, no tendrá ningún incentivo para hacer que éstas prosperen...

Nasser podría interpretar nuestra acción como una maniobra a medias. Dudaría seriamente de que pudiéramos presionar realmente a Israel a retirarse sobre la base de una promesa de seis aviones y la posibilidad de nuevas entregas luego...

Para los soviéticos, la propuesta del Departamento de Estado podría ser un gesto débil ante la continuada expansión de su influencia. Nuestra fórmula tendría consecuencias militares sin trascendencia y sería demasiado vacilante para convencerlos de que estamos dispuestos a enfrentar su escalada en el área. Ellos consideraron dudoso nuestro anuncio de marzo; pensarían lo mismo de éste.

Fundamentalmente, yo consideraba inoportuna la adopción de una iniciativa importante a menos que solucionara la cuestión de la presencia de tropas soviéticas, que parecía ser el centro del problema. Por lo tanto, sugerí una alternativa: le diríamos explícitamente a Nasser que sólo los Estados Unidos podrían lograr la retirada israelí; todos los otros caminos serían ilusorios y nosotros nos ocuparíamos de que así fuera. Pero sólo podíamos exigir la retirada israelí en el contexto de la seguridad de Israel apoyada por substanciales entregas militares americanas y de un Egipto que deseara negociar detalladas condiciones de paz. Las tropas soviéticas deberían retirarse como condición para un acuerdo.

Un contacto de este tipo, argumenté, daría a Israel un incentivo para negociar al ofrecerle determinadas medidas de seguridad, una paz por contrato y la retirada de las tropas soviéticas. Daría a Egipto una mayor posibilidad de recuperar el Sinaí. Los soviéticos se verían ante el peligro de un enfrentamiento con un Israel bien pertrechado y la válvula de escape de un acuerdo aceptable. Pero advertí a Nixon que aceptar mi plan podría sumergirnos en una burocrática pesadilla: «Poco después de nuestra experiencia en Camboya, usted deberá dejar de lado las recomendaciones de sus principales asesores e imponer una política completamente diferente sobre una burocracia muy renuente, que al utilizarse podrá ser reforzada».

Casi seguramente por estas razones Nixon prefirió no enfrentar el problema a esa altura. La política implícita en mi recomendación requeriría otros tres años para lograr su aprobación. El 18 de junio, el presidente se hizo eco de la propuesta del Departamento de Estado. Pensó que de cualquier manera sería rechazada; prefería hallarse en un punto muerto que tener otra disputa con su burocracia. De esta manera, tres meses después de haber desechado un cese del fuego a causa del primer envío de tropas soviéticas de un millar de efectivos al Medio Oriente, aceptamos

otro aun cuando las fuerzas soviéticas habían crecido a diez mil hombres. Este simple hecho marcó nuestros pasos en el Medio Oriente hasta que la Unión Soviética se extralimitó en septiembre y nos dio una nueva oportunidad para restaurar el balance tanto físico como psicológico.

El Departamento de Estado respondió a la decisión de Nixon con celeridad. La propuesta de un cese del fuego y la realización de conversaciones supervisadas por Jarring fue transmitida de inmediato privadamente a Israel, Egipto, la Unión Soviética y también a Jordania. Fue anunciada públicamente el 25 de junio.

La primera respuesta explosiva vino de Israel. Ya alarmada por las demoras en los envíos militares y por la débil reacción americana al envío de tropas soviéticas, Israel hizo objeciones a varias partes de nuestra propuesta, pero fundamentalmente a la vaguedad de la promesa de entregarle aviones. Una carta de Nixon preparada por el Departamento de Estado y enviada el 20 de junio no diluyó las preocupaciones de la señora Meir porque explicaba, oscuramente, que el envío de aviones estaba condicionado en las negociaciones sólo «con respecto al tiempo» —en otras palabras que pospondríamos los envíos ya acordados si en nuestro criterio esto ayudara a las negociaciones. Los israelíes, no sin razón, consideraron que esta excepción quitaba mucho de su significado al compromiso. Nixon, quien en su larga campaña consideraba las promesas como moneda corriente para enfrentarse con los problemas del mañana, tuvo una solución típicamente nixoniana. Me dijo privadamente que yo debería ver a Rabin y «decirle que hemos escrito la carta para hacerla oficial. Estamos dispuestos a continuar con el envío de aviones a menos que haya un cambio enorme». (Pero no precisó lo que nosotros consideraríamos un cambio enorme).

Entonces fue el turno de Moscú. El 23 de junio Dobrynin reaccionó más bien indiferentemente a nuestra apertura para el Medio Oriente. Le pregunté si Moscú le había dado alguna respuesta acerca de mi planteamiento de considerar la retirada de tropas de combate soviéticas; me contestó que yo le había presentado tantos interrogantes que no podía tenerlos a todos en mente. Dobrynin debe haber pensado que podía evadir el tema ya que la iniciativa formal del Departamento de Estado no hacía referencia a las tropas soviéticas. Manifestó sentirse ultrajado por lo que consideró un intento americano «unilateral» de hacerse cargo de la diplomacia en el Medio Oriente. Las negociaciones son ahora nuestro problema, aseguró, pero expresó sus sospechas de que más tarde tendríamos que volver a Moscú. No supo qué «concesiones» podríamos encontrar entonces. El 29 de junio, Gromyko le dijo en Moscú al embajador Beam que los soviéticos estudiaban nuestra propuesta, pero que no veían nada nuevo en ella y que contenía todos los errores de los esfuerzos previos.

Egipto continuaba encerrándose en su propio silencio.

En estas condiciones decidimos dejar claro que el presidente no actuaba con debilidad y que la presencia de tropas soviéticas era un problema serio. El 26 de junio, durante una reunión informativa en San Clemente, tomé la iniciativa de llamar la atención sobre la presencia militar soviética en Egipto. Las intenciones originales de la Unión Soviética al enviar fuerzas de combate al Medio Oriente son irrelevantes, dije. Aun si fueron enviadas para apoyar a Nasser, su continuada presencia representa una amenaza estratégica que debe ser enfrentada: «Estamos tratando de llegar a un acuerdo de manera que se fortalezcan los regímenes moderados, y no los radicalizados. Estamos tratando de *expulsar la presencia militar soviética*, no tanto los asesores, sino los pilotos y las tropas de combate, antes de que se establezcan firmemente», [el subrayado ha sido agregado].

La manera más adecuada, si no elegante, de describir la reacción, es decir, que se desató el infierno. Fui acusado por el Departamento de Estado y por los expertos de los medios de comunicación de tratar de echar a pique la iniciativa de paz, de formular vanagloriosas amenazas más allá de nuestra capacidad de llevarlas a cabo. Las críticas llovieron de todas partes excepto de los soviéticos, que son generalmente provocativos sólo cuando pueden calcular un amplio margen de seguridad y que habían escuchado privadamente estos puntos de vista durante tres meses. El 30 de junio, en una reunión sobre la operación en Camboya, fui presionado por mi supuesta amenaza de «expulsar» a los rusos. Me mantuve en mi posición; la presencia militar soviética en Egipto entrañaba una peligrosa situación nueva. Quizás debería haber utilizado una expresión más blanda que «expulsar», dije, pero una presencia bélica soviética es incompatible con la paz. Más aún, «en algún grado de la presencia soviética en el Medio Oriente habrá algunas fuerzas árabes indígenas que tendrán sus propias razones para no querer sustituir un colonialismo por otro». Tres años más tarde esta predicción se hizo realidad.

Hacia el 1 de julio, Nixon se había recuperado substancialmente del trauma de Camboya. Y aunque no estaba preparado aún para sumergirse en el conflicto árabe-israelí, no necesitó informarse del peligro geopolítico que entrañaba la presencia de tropas soviéticas en Egipto. Mientras Rogers estaba de viaje, Nixon se valió de una entrevista televisiva para expresar su acuerdo esencial con mi análisis. Advirtió que las dos superpotencias podrían verse involucradas en una confrontación en el Medio Oriente y que los Estados Unidos no tolerarían el desequilibrio del balance militar en la región. «Si el balance de poder cambia donde Israel es más débil que sus vecinos, habrá guerra. Por lo tanto, es de interés de los Estados Unidos mantener el equilibrio... Si la Unión Soviética va en apoyo de la RAU, se hace necesario para los Estados Unidos evaluar lo que hace la Unión Soviética y si el balance de poder se altera, haremos lo que sea necesario para mantener la fortaleza de Israel palmo a palmo con sus vecinos».

El Secretario de Estado no sabía nada de esto. Desde Europa protestó enérgicamente porque «su» iniciativa de paz estaba siendo torpedeada; incluso reprendió a Sisco por apoyar al presidente en una aparición televisiva el 12 de julio.

Pero las susceptibilidades soviéticas no son tan delicadas; sus cálculos están basados en una evaluación de sus intereses, no en el aire. Ahora que Moscú sospechaba que podríamos ponernos firmes, la conducta de Dobrynin en dos reuniones que mantuvimos el 7 y el 9 de julio no pudo ser más cordial. Se mostró cooperativo; pronto tendría algo que decir acerca del Medio Oriente. No hizo referencia a nuestra advertencia. Como estaban las cosas, eso había dejado muy pronto de tener importancia. Para principios de julio, el complejo de misiles soviéticos, tras asegurar la protección de El Cairo, Alejandría y Aswan, había comenzado a moverse lentamente hacia el Canal de Suez, a pesar de la advertencia de Rogers a Dobrynin el 2 de junio. Sinteticé lo que supimos por Nixon el 22 de julio: Soviéticos y egipcios estaban construyendo una nueva barrera de defensa más o menos paralela al Canal de Suez y a una distancia de veinte a treinta millas náuticas de la vía navegable. Esta barrera incluía asentamientos para tres SA-3 y once SA-2 que, por supuesto, podían aumentarse. Estaba lo suficientemente cerca del Canal como para proteger las posiciones de artillería egipcia que disparaban a través de él. En forma mínima, la capacidad egipcia para una guerra de desgaste había sido sensiblemente aumentada; si el sistema crecía en tamaño y continuaba su avance —como todo parecía indicarlo— podría sentar las bases para una ofensiva egipcia en el Sinaí.

Resumiendo, estábamos viviendo por primera vez en la administración Nixon la técnica soviética de utilizar una presencia militar para aumentar su influencia geopolítica. Dentro de lo que considera órbita soviética, el Kremlin utiliza sus tropas masiva, rápida y despiadadamente. Pero cuando actúa detrás de la línea que divide el Este y el Oeste, se mueve con infinito cuidado. Su primera penetración es generalmente moderada y justificada en motivos defensivos. A esa altura, es relativamente simple forzar una retirada presentando cierta oposición. Cuando no encuentran resistencia, los soviéticos se inclinan por escalar posiciones rápidamente. Es notable que una pauta tan recurrente que se acerca a un estereotipo pueda provocar —desde Egipto a Angola y a Etiopía— las mismas dudas y vacilaciones que, lejos de alentar la moderación, sirven únicamente para garantizar que la intervención soviética se haga masiva.

Así estaba el Medio Oriente en julio de 1970. Lo que había comenzado como una maniobra protectora contra los ataques de penetración profunda de Israel estaba a punto de transformar toda la ecuación estratégica. Algunos de nuestros analistas de sistemas comenzaron a hacer notar que para Israel sería mejor tener equipos capaces de resistir una invasión a través del Canal, que desperdiciar sus aviones en vanos esfuerzos por destruir el creciente sistema de defensa aérea al otro lado del Canal. Estos argumentos desecharon la idea de que una estrategia defensiva implica una guerra de desgaste, una perspectiva fundamentalmente impracticable para un país que se veía superado en número en una proporción de treinta a uno. Israel se acercaba al punto de la desesperación, que podría inducirla a acciones preventivas antes de que el equilibrio se alterara irrevocablemente. Nasser podría volverse temerario con la euforia. Los soviéticos se estaban volviendo indispensables para los árabes radicalizados. Los Estados Unidos parecían incapaces de percibir la esencia del peligro, que era el crecimiento de la posición militar soviética en Egipto y el cambio en el balance de poder de la región. Habíamos desgastado nuestro prestigio en iniciar conversaciones basadas en premisas incompatibles y en pagar a cada una de las partes por ponerse de acuerdo en negociar una paz que ellas necesitaban más urgentemente que nosotros —a los israelíes con aviones y a Nasser con insinuaciones de apoyo a sus demandas territoriales. Lo que ofrecimos a cada parte sólo compuso en escasa medida las tensiones.

El 1 de julio, Golda Meir envió una agria carta al presidente. Destacando que baterías SA-2 y SA-3 estaban siendo instaladas para cubrir el Canal de Suez, afirmó: «Mientras se desarrollaban estos acontecimientos, se nos decía que el balance de poder permanecía intacto». Advertía que Israel no tendría otra alternativa que bombardear esas instalaciones. Pero si Israel atacaba asentamientos de misiles manejados en parte por personal soviético, había una real posibilidad de que los soviéticos se defendieran con sus propios aviones. Un enfrentamiento directo entre Israel y la Unión Soviética era un peligro que no podíamos ignorar por más tiempo. Inicié una planificación urgente con agencias poco entusiastas que aún murmuraban acerca de la posibilidad de forzar a Israel a ser más flexible en las negociaciones —una posición irrelevante para el problema con que nos enfrentábamos.

Luego, el 21 de julio —cuando el choque armado parecía inevitable— Nasser aceptó súbitamente nuestras propuestas para un cese del fuego y negociaciones.

CESE DEL FUEGO Y TREGUA

Por qué Nasser aceptó nuestras propuestas a esta altura de los acontecimientos, no se sabrá hasta que se hagan públicos los archivos egipcios y soviéticos. Puede haber temido un ataque preventivo israelí. Él y sus asesores soviéticos pueden haber interpretado que las declaraciones de prensa de Nixon y mías encerraban un peligro de participación americana. Es más probable, a la luz de los acontecimientos posteriores, que él y los soviéticos hayan decidido, desde el principio, utilizar la propuesta de cese del fuego en forma más efectiva que la abortada iniciativa de marzo, como una cubierta para llevar adelante la operación de los misiles con un mínimo riesgo.

La administración estaba eufórica. Rogers se atribuía el crédito de haber proyectado la iniciativa —un clamor privadamente dispuesto por Sisco, que insistía en que él era el padre de la idea. Nixon estaba convencido de que su declaración del 1 de julio había hecho que la trampa funcionara. La humildad no es mi fuerte, yo pensaba que parte del «éxito» descansaba en mis enérgicas declaraciones del 26 y el 26 y el 30 de junio y en mis conversaciones con Dobrynin. Probablemente, en cierta medida todos teníamos razón. De todas maneras, pronto nos dimos cuenta de que nuestra euforia era prematura.

La euforia inicial fue deliberadamente incentivada por Dobrynin el 23 de julio. Se valió de una ceremonia en la Casa Blanca para dar la bienvenida al presidente de Finlandia, Urho Kekkonen —Dobrynin estaba presente como decano del cuerpo diplomático— para darme un anticipo de la posición que presentaría esa tarde el Departamento de Estado. La actitud soviética hacia un temporario cese del fuego era positiva y la Unión Soviética también apoyaba la reanudación de la misión Jarring. Sin embargo, Moscú creía que Jarring debía tener guías concretas, como el significado de las resoluciones de la ONU cuya aplicación se suponía debía promover. Por lo tanto, Dobrynin exigió que las conversaciones entre las dos superpotencias y las cuatro partes involucradas se aceleraran para desarrollar soluciones sobre los temas en discusión. Demostrando que los soviéticos conocían nuestros procedimientos, Dobrynin también le trajo a Rogers un mensaje especial. Al entregar la nota oficialmente al Departamento de Estado, Dobrynin le dijo a Rogers lo que se negó a negociar conmigo —que los soviéticos estaban de acuerdo en incluir una tregua militar en el cese del fuego. En compensación, me entregó una carta —de cuya existencia Rogers no estaba enterado— respondiendo finalmente a mis interrogantes del 10 y el 23 de junio acerca de la continuada presencia de tropas soviéticas en el Medio Oriente. Según la nota, los soviéticos —después de un amplio acuerdo político— «probablemente» estarían dispuestos a considerar una retirada en tanto ésta fuera una obligación *mutua*. Cuando le aclaré que no teníamos tropas en el Medio Oriente, Dobrynin primero dijo que eso era lo mejor para nosotros y que el punto de la mutua obligación había sido introducido como una cuestión de principio por razones de imagen. Luego se desdijo argumentando que los EEUU tendrían que retirar su personal militar de Irán.

Si hubiéramos comprendido mejor la situación, nos habríamos dado cuenta que sólo estaba superado el obstáculo más fácil. Las negociaciones que habíamos acordado iban con certeza a un punto muerto, ya que Egipto aún exigía la vuelta a las fronteras de 1967 e Israel reiteraba sus demandas de substanciales trueques territoriales. Egipto esperaba la presión americana sobre Israel; Israel, bajo el slogan «no a un acuerdo obligado», quería tener una mano libre. Nixon aún no había decidido lo que haría cuando se hiciera evidente la paralización de las conver-

saciones. Tampoco exudaba seguridad la nota soviética. No definía los términos de «cese del fuego» o «tregua». Reiteraba la interpretación soviética de la base para la misión de Jarring, que en todos los puntos significativos era idéntica al programa árabe radicalizado. Sus intenciones de discutir la retirada de tropas estaban protegidas por la palabra «probablemente» y ligadas a la absurda exigencia del retiro de personal militar estadounidense de Irán. Sobre todo, los soviéticos podrían estar simplemente repitiendo la maniobra de marzo anterior. La oferta de un cese del fuego había sido utilizada entonces como una cortina de humo para ocultar el envío de tropas a Egipto; la aplicación del cese del fuego podría esconder, y luego proteger, el adelantamiento del complejo de misiles soviéticos hacia el Canal.

A esta altura, esas consideraciones eran generalmente dejadas de lado porque nuestro gobierno estaba preocupado con la reacción israelí a nuestra iniciativa, que era bastante estrechosa, mezcla de nervioso comportamiento con punzante retórica. Pero esto no es raro. Dos mil años de sufrimiento habían grabado profundamente la premonición de tragedia en el espíritu del pueblo judío. Y la posición de Israel como una débil nación de tres millones de habitantes rodeada por cien millones de enemigos potenciales, en una región que ha visto cómo imperios y estados se levantaban y caían, es una advertencia constante para cada israelí de lo transitorio de la existencia histórica. El margen de supervivencia de Israel es tan estrecho que sus líderes desconfían del gran gesto o de la magnificencia de la posición diplomática; identifican supervivencia con cálculo preciso, que para los extraños puede parecer (y a veces lo es) enmarañada obstinación. Aun cuando los líderes israelíes aceptan una propuesta de paz, primero se resisten firmemente, lo que sirve a sus propósitos de mostrar que no son ellos los iniciadores y, por lo tanto, desalientan nuevas demandas para concesiones israelíes. Y su aceptación generalmente está acompañada de interminables pedidos de seguridades, memorándums aclaratorios y explicaciones secretas —todo destinado a limitar la libertad de acción de un más que volátil aliado a ocho mil kilómetros de distancia que le provee de armas, sostiene su economía, protege su diplomacia y tiene una compulsión casi sin límites para ofrecer planes de paz.

Esta tendencia es apoyada por un sistema político en el que los gobiernos son generalmente turbulentas coaliciones de varios partidos y facciones autónomas. Un sistema así no ayuda a tomar rápidas decisiones o a flexibilizar la diplomacia. Cualquier líder que apoye una concesión puede ser blanco de la ira de sus colegas y denunciado chillantemente en el Parlamento si no dé traidor, por lo menos de idiota útil de los astutos (o tontos) americanos. Una reunión del gabinete israelí está más dispuesta a desmenuzar propuestas de paz hasta destrozarlas que a desarrollar una política de largo alcance. Israel a veces encuentra más fácil desviar la responsabilidad de las decisiones difíciles a su gran aliado que adoptar una propia; la «presión americana» puede ser una excusa para lo que muchos líderes israelíes saben íntimamente que de cualquier manera es necesario para Israel.

Para Israel, responder entusiastamente a la propuesta de cese del fuego y al proyecto de negociación, hubiera sido entonces estar totalmente fuera de lugar. Hicieron falta casi otras dos semanas de intercambios diplomáticos e intervenciones presidenciales para provocar una respuesta favorable de mala gana. El 23 de julio, Nixon envió otro mensaje a la señora Meir urgiéndole a aprovechar la aceptación árabe de la iniciativa americana. Al mismo tiempo le aseguró que no forzaríamos a Israel a aceptar la interpretación árabe de la resolución 242 del Consejo de Seguridad de la ONU en la preparación de las guías para la misión Jarring. Fue una suerte que esa carta no fuera publicada hasta más tarde; a los árabes se les había dado la idea exactamente contraria cuando se les presentó la iniciativa del cese del fuego.

Israel contestó con pedidos de asistencia militar adicional, especialmente armas para hacer frente a los misiles tierra-aire soviéticos. Prometimos considerarlos benévolamente. Israel pidió nuevas explicaciones sobre nuestra posición en temas como retiradas y refugiados. Nuestras respuestas fueron poco clarificadoras porque no había una posición unificada en la Administración y porque aquellos que tenían ideas claras temían exponerlas ante la posibilidad de frustrar el consentimiento israelí a la iniciativa. El 30 de julio Nixon declaró temerariamente en una conferencia de prensa que Israel podría participar de las conversaciones con confianza, «sin temor de que por sus negociaciones su posición se pueda ver comprometida o amenazada en ese período». Finalmente, el 31 de julio, nos enteramos de que el gabinete israelí había decidido en principio responder «afirmativamente»; una respuesta formal se haría conocer en breve. El presidente acogió entusiastamente la decisión en una declaración desde San Clemente.

Las preocupaciones israelíes estaban lejos de ser una fantasía. Sin temor a dudas, los so-

viéticos y los egipcios estaban utilizando el periodo previo al cese del fuego para un veloz emplazamiento de misiles a lo largo del Canal, violando el espíritu si no la letra de la proyectada tregua. Los misiles pronto estarían en condiciones no sólo de proteger las posiciones de artillería egipcias en el margen occidental del Canal, sino también de poder disparar a través de él y proteger un desembarco egipcio. Y en un cese del fuego esos misiles estarían fuera de consideración.

El 5 de agosto, Rabin se apresuró a mostrarnos un sombrío panorama. Hasta catorce emplazamientos de misiles habían sido trasladados a menos de 50 kilómetros del Canal de Suez; otros tres emplazamientos habían sido movidos a una distancia de entre diez y veinte kilómetros. Los días 25, 27 y 30 de julio aviones piloteados por personal soviético se habían enfrentado con aparatos israelíes; el 30 de julio cuatro aviones piloteados por soviéticos habían sido derribados por la fuerza aérea israelí. Rabin reiteró la determinación israelí de no permitir nuevos desplazamientos hacia el Canal de instalaciones misilísticas. Puso tanto énfasis en esta afirmación durante una conversación que mantuvimos el 5 de agosto por la noche, que pensé que los israelíes podían lanzar en ese momento un ataque por tierra contra los emplazamientos de los SA-3 cercanos al Canal antes de que se concretara el cese del fuego, y así se lo informé a Nixon. A último momento, el gabinete israelí se pronunció en contra de una maniobra de ese tipo. Yo nunca había sabido hasta qué punto Rabin exageraba la posibilidad del ataque o si habría un cambio de ánimo de último minuto en Jerusalén. De cualquier modo, Israel nos informó oficialmente de su aceptación del cese del fuego el 6 de agosto. Rogers y Sisco se apresuraron a empezar antes de que alguien cambiara de opinión, dejando de lado algunos detalles del proceso con respecto a la misión Jarring que irritaron a los israelíes.

El cese del fuego entró en vigencia el 7 de agosto, pero cargado de funesta ambigüedad. Existía un acuerdo de cese del fuego entre Egipto e Israel que también contemplaba una tregua militar en una zona de 50 km de ancho a cada lado del canal; desafortunadamente el texto acordado era tan vago como las acciones que estaban prohibidas por el compromiso de la tregua. Un «entendimiento» separado entre Israel y los Estados Unidos trató de llenar esa brecha precisando nuestro punto de vista conjunto sobre qué medidas considerábamos que podrían constituir violaciones al acuerdo egipcio-israelí (*).

Nuestro encargado de negocios en El Cairo recibió instrucciones de informar a los egipcios sobre el entendimiento israelí-americano y aclararles que éste era sólo «ilustrativo» sobre las actividades que podrían ser consideradas violaciones de la tregua. Aparte del hecho de que no era evidente como un entendimiento entre Israel y los Estados Unidos podría comprometer a Egipto y la Unión Soviética, había también un serio problema de tiempo. Los egipcios aceptaron formalmente nuestra propuesta en las primeras horas del 7 de agosto, hora estadounidense, y el cese del fuego entró en vigencia a la 01.00 a.m. hora de El Cairo. Pero a causa de negociaciones de último momento con Israel, el representante del Departamento de Estado no comunicó la lista «ilustrativa» de posibles violaciones a Egipto hasta las 02.50 p.m. del 9 de agosto, hora de El Cairo más de treinta horas después. Este detalle fue muy importante; los israelíes denunciaron posteriormente que Egipto había violado la tregua entre el 8 y el 9 de agosto, antes de que los egipcios tuvieran una forma precisa de saber que habíamos llegado a un entendimiento.

Los documentos y «clarificaciones» también fueron entregados a los soviéticos. Pero Moscú no era formalmente una de las partes involucradas en el cese del fuego o la tregua. Y como las acusaciones de violaciones se sucedían, los soviéticos insistieron en que no estaban comprometidos, a pesar de sus murmullos de aprobación del 23 de julio.

Desde esta precaria base se lanzó la primera iniciativa para las negociaciones entre las partes desde 1967. El primer día del cese del fuego hubo calma a lo largo del Canal, a pesar de que los guerrilleros palestinos con base en Jordania se habían prometido solemnemente no respetarlo. Mientras aprovechaban la oportunidad para pedir una vez más una total retirada israelí, los soviéticos también calificaron el cese del fuego como un «importante primer paso». El gobierno de los Estados Unidos comenzó a prepararse para las conversaciones con Jarring y a estudiar los pedidos de ayuda militar de Israel. Sisco dijo incluso en una reunión del Grupo de Revisión del CNS el 12 de agosto que, mirando más allá de las conversaciones con Jarring, ya había comenzado a esbozar un «acuerdo total» que incluiría propuestas definitivas de fronteras finales.

(*) Estas previsiones incluían la prohibición de «a) introducir, hacer avanzar, construir u otra forma de instalar misiles en esa zona; b) construir estructuras de hormigón para el emplazamiento de misiles; c) desarrollar cualquier tarea para el emplazamiento de nuevos sitios para misiles; d) salvo el consentimiento para el mantenimiento de las instalaciones ya montadas, no debería introducirse ninguna mejora en los emplazamientos existentes».

Nuestro debate interno sobre los pedidos de ayuda israelíes se convirtieron rápidamente en argumentos abstractos sobre qué tipo de estrategia israelí debíamos apoyar. Esto demoró la decisión, dado que el tipo de arma dependía de un acuerdo previo entre las agencias sobre doctrina militar. Estas discusiones más o menos esotéricas fueron pronto dejadas de lado ante las denuncias israelíes de que la tregua militar estaba siendo violada.

La información sobre los primeros movimientos egipcio-soviéticos era confusa y habían sido dramatizadas, sin duda, por la publicidad israelí. Su verificación no se veía facilitada por el asombroso hecho de que la tregua se iniciaba en medio de la noche, cuando los aviones de reconocimiento y los satélites, siempre que hubieran sido avisados en tan corto tiempo, poco podían hacer. Pero no había dudas de que se había registrado un importante movimiento de avance del complejo egipcio-soviético de defensa aérea en las casi tres semanas que mediaron entre la aceptación egipcia de la propuesta americana y el comienzo del cese del fuego y la tregua. Casi con seguridad, lo que estaba en construcción al aceptar la propuesta había sido completado al entrar en vigencia el cese del fuego. Esto podía ser simple cinismo; también podía haberse dado el caso de que soviéticos y egipcios hubieran sido tomados por sorpresa por la desusada velocidad con que nuestra burocracia se movió para concretar el cese del fuego.

Para el 13 de agosto las acusaciones israelíes de violaciones egipcio-soviéticas llegaron a nuestra prensa. En Israel Menachem Begin retiró su partido opositor de la coalición de emergencia en que había participado desde 1967 y atacó violentamente a Golda Meir por haber aceptado el plan de los Estados Unidos. No obstante, el Departamento de Estado adoptó la posición de que los Estados Unidos habían considerado los informes israelíes de violación de la tregua sin llegar a ninguna conclusión. Nuestro embajador en Israel, Walworth Barbour, recibió instrucciones de exigir al gobierno israelí que pusiera fin a la discusión pública del problema. En lugar de ello, se le pidió que designara rápidamente a su representante para las conversaciones con Jarring.

El 15 de agosto vino a verme el embajador Rabin. Me presentó un informe de Golda Meir reiterando la evidencia de que 14 SA-2 apoyados por SA-3 habían sido desplazados hacia la zona de tregua. Como resultado, Israel había perdido cinco Phantoms (esas son las sorpresas de un cese del fuego en el Medio Oriente). En otras palabras, después de nuestra débil respuesta al primer avance, que tuvo lugar más o menos cuando se iniciaba la tregua, soviéticos y egipcios habían hecho desplazamientos *adicionales*, pero esta vez violando claramente el acuerdo. La señora Meir pidió plantear el caso personalmente al presidente. El pedido fue considerado inoportuno por el Departamento de Estado, que estaba ansioso por lograr que se iniciaran las conversaciones con Jarring. Yo arreglé en cambio una oportunidad para que Rabin presentara el problema a Nixon. Rabin aprovechó la ocasión para quejarse enérgicamente por la negativa de nuestra comunidad de inteligencia a aceptar la evidencia presentada por Israel; las violaciones eran genuinas, dijo. El resultado fue que Nixon estuvo de acuerdo en el rápido envío de misiles Shrike para hacer frente a los SA-3 y luego aceptó ver a la señora Meir en septiembre, cuando ella viajara para el vigésimoquinto aniversario de las Naciones Unidas.

Había algo de cierto en las quejas de Rabin por la negativa de la inteligencia estadounidense a reconocer las violaciones. Como le expliqué al presidente:

Israel, con su supervivencia en juego, no puede arriesgarse... La naturaleza de la situación de Israel está destinada a influir sobre su interpretación de acontecimientos ambiguos. Nosotros, del otro lado, tenemos un incentivo para minimizar esa evidencia, dado que las consecuencias de comprobar violaciones son tan desagradables. Las violaciones nos obligarían a elegir entre hacer algo respecto a ellas y correr el riesgo del fracaso de nuestra iniciativa, o no hacer nada y renegar de nuestras promesas a Israel, enfrentando la amenaza de que se vuelque a la acción militar. Por lo tanto, nos inclinamos por dar la espalda para evitar llegar a la conclusión de que los árabes están violando el cese del fuego, a menos que la evidencia sea concreta.

Cualquiera fuera la razón, es probable que nuestra vacilante primer respuesta haya dado fuerzas a Nasser para acelerar el avance de los misiles. En realidad, éramos testigos de una nueva versión de los eventos de la primavera: un movimiento soviético aparentemente marginal, seguido por una pausa de consolidación y análisis de nuestra reacción, sucedida a su vez por una rápida, dramática escalada. En verdad, la evidencia en la primera mitad de agosto era tan

ambigua como lo era el hecho de que las supuestas violaciones habían tenido lugar poco antes o poco después de que entrara en vigencia el cese del fuego. Sin embargo, no había dudas que cuando sucedió se desafió la advertencia del Secretario de Estado a Dobrynin el 2 de junio, en el sentido que los misiles soviéticos emplazados a menos de 30 kilómetros del Canal no serían considerados defensivos.

Para el 19 de agosto se había recibido nueva evidencia confirmando las acusaciones israelíes de claras violaciones a la tregua. Esto obligó al Departamento de Estado a una acción formal. Pero la respuesta pública, a través de una declaración del encargado de prensa del Departamento, fue nuevamente tan débil que pareció sugerir que nos aferrábamos a pretextos para evitar la acción en vez de buscar soluciones:

Hemos llegado a la conclusión de que hubo desplazamientos de misiles tierra-aire hacia la zona oeste del Canal de Suez más o menos en la fecha en que entró en vigencia el cese del fuego. Hay alguna evidencia de que este movimiento continuó aún después del cese del fuego, aunque nuestra evidencia no es absoluta... Estamos examinando información adicional de Israel... No nos anticiparemos haciendo ahora nuevas declaraciones públicas sobre este tema...

A continuación de la declaración pública, Egipto fue informado de la evidencia que teníamos. Pero como la evidencia no era «absoluta», dijimos a los egipcios que no haríamos acusaciones públicas; les recordamos sobre cuáles eran consideradas violaciones y advertimos nuevas actividades de ese tipo que podrían amenazar las conversaciones de paz. Los soviéticos también fueron informados de lo tratado en El Cairo. Finalmente se hizo un esfuerzo importante para persuadir a los israelíes de reaccionar con moderación y no provocar futuras dificultades con la publicidad. El 22 de agosto se presentó a El Cairo un segundo informe con evidencia «incontrovertible» de violaciones.

Si los Estados Unidos protestan por algo, deben hacerlo energicamente y con una descripción de la solución que esperan. Un tono quejumbroso es el menos indicado para obtener una respuesta satisfactoria; sugiere que la protesta puede estar dirigida a cubrir sólo las apariencias. Priva al país ofensor de un pretexto doméstico para alterar su decisión. Esto es particularmente importante cuando el problema es políticamente sensitivo y la política adoptada difícil de rever. El 24 de agosto, el día que Jarring anunció el inicio de las conversaciones de paz que comprendían a los delegados jefe de Israel, Egipto y Jordania ante la ONU, Egipto rechazó categóricamente nuestras acusaciones de violación. El Cairo adoptó la posición de que sus acciones eran coincidentes con su interpretación del acuerdo; que no desplazaría misiles adicionales en la zona, pero se reservaba el derecho de «rotarlos» hacia y desde la zona; que no construiría nuevos asentamientos, pero se reservaba el derecho de «mantener» y «reparar» los ya existentes; que Israel estaba violando el cese del fuego y que la entrega de armas americanas a Israel se oponía a las seguridades dadas por Rogers, lo mismo que al acuerdo de cese del fuego.

Ante esta circunstancia, advertí al presidente de que estábamos poniendo en juego todo nuestro crédito con los israelíes simplemente para establecer un cese del fuego antes de que las conversaciones comenzaran. Y estas conversaciones seguramente sacarían a la luz desacuerdos aún más profundos. Los soviéticos y Nasser «deben sentirse inclinados a creer que nosotros deseamos consentir con sus violaciones del cese del fuego, a pesar de nuestras advertencias directas y de las promesas a Israel. Esto tiene consecuencias serias para nuestra actual iniciativa en el Medio Oriente, en general para los proyectos a largo plazo para el área y para las relaciones soviético-estadounidenses». Era crucial adoptar una línea de conducta más enérgica contra las violaciones del cese del fuego y hacer saber a los soviéticos sus responsabilidades.

Una discusión racional sobre estos temas se hizo casi imposible a causa de los extraordinarios procedimientos diplomáticos que se habían desarrollado en los dieciocho meses previos, y por la rivalidad personal entre Rogers y yo. La inclinación de Nixon por manejarse a través de sus asesores antes que con su Gabinete podía controlarse —aunque con gran tensión— en tanto fuera la Casa Blanca quien llevara las riendas. Pero cuando el control operacional de negociaciones delicadas escapaba a la Casa Blanca, la debilidad del sistema se hacía evidente. El Departamento de Estado simplemente no sabía lo suficiente acerca del pensamiento del presidente como para comprender los matices de su política. Su tendencia a desviar asuntos en su dirección preferida y a interpretar las instrucciones presidenciales en una forma compatible

con sus propios preconceptos, empeoraba las cosas. Era imposible formular instrucciones presidenciales con alguna confianza en que los intangibles fundamentales serían comprendidos o aplicados.

Yo podría haber actuado como un intermediario si mis relaciones con Rogers hubieran sido mejores. Pero para el verano de 1970 se había dado cuenta de que estaba siendo excluido de las decisiones importantes en casi todos los temas, excepto el Medio Oriente, o se los presentaban tan tarde que su papel era más bien el de un formalizador que el de un formulador de política. De hecho, se le debe haber ocurrido que no podía ser casualidad que tantas decisiones presidenciales se adoptaran cuando él estaba de viaje en el exterior. Su orgullo no le permitía admitir que esto sólo podía ocurrir por insistencia de su viejo amigo, el presidente. Por lo tanto, me echaba la culpa a mí. Tampoco estaba totalmente equivocado. Nixon desconfiaba del Departamento de Estado y quería que los asuntos delicados fueran manejados exclusivamente por la Casa Blanca, pero mi presencia hizo posible los dos procedimientos y yo estaba ansioso por aprovechar la brecha para conducir las negociaciones con mi pequeño equipo sin conexiones con las agencias. Los procedimientos tan desagradables para Rogers eran claramente instigados por Nixon; también es evidente que yo los fomentaba. Ni Rogers ni yo facilitamos las cosas para superar un *impasse* que deberíamos haber reconocido no ayudaba al interés nacional. Si hubiéramos estado dispuestos a dejar de lado nuestros considerables egos, podríamos haber complementado ambos esfuerzos. Aún así, por supuesto, hubieran persistido grandes diferencias de política y tácticas.

El Medio Oriente era uno de los problemas sobre los que Rogers tenía la responsabilidad y la autoridad. Y el cese del fuego en el Medio Oriente había aparecido como un gran triunfo, el primer logro incontrovertido de la administración Nixon en política exterior. Con razón, Rogers se negaba a considerar la posibilidad de que pudiera fallar; era particularmente sensible a cualquier insinuación de interferencia de la Casa Blanca. Se inclinaba por considerar mis preocupaciones como un intento de privarle de su gloria. Sisco estaba atrapado en el medio. Heroicamente trató de navegar entre las conflictivas y ocasionalmente irreconciliables perspectivas, y de permanecer leal a ambos, al Secretario y al Presidente. A menudo estabilizaba el barco, pero no estaba en posición de darle un rumbo preciso.

Sólo el presidente podía hacerlo, pero como había decidido no apoyarse en el equipo del CNS en lo que se refería al Medio Oriente y desconfiaba de la maquinaria del Departamento de Estado, se había quedado sin instrumento para una acción gubernamental sostenida. Su respuesta habitual a las controversias entre sus asesores era la dilación. En las áreas que estaban bajo control de la Casa Blanca esta actitud no provocó daños mayores porque en alguna manera yo pude manejar los acontecimientos hasta que éstos forzarán una decisión presidencial. Pero en las especiales circunstancias del Medio Oriente, el procedimiento corrió el riesgo de ser superado por los acontecimientos —un peligro aumentado por el descanso anual de Nixon en agosto en San Clemente, que frenó la marcha administrativa de todos los temas presidenciales. Además, Nixon todavía estaba encaprichado con la idea de que debería cargar personalmente con una reunión cumbre con la Unión Soviética.

Una reunión realizada el 24 de agosto en San Clemente entre el Presidente, Rogers, Sisco y yo terminó inconclusa y mordazmente cuando Rogers me acusó de tratar de fomentar una crisis con mi insistencia sobre las violaciones del cese del fuego. Pero las crisis no se evitan negando las circunstancias que las producen o culpando al portador de las malas nuevas. Para fines de agosto, los acontecimientos comenzaron a mostrar su propia lógica; estábamos en peligro de perder nuestro margen de decisión precisamente porque pretendimos extenderlo mediante el ejercicio activo de la buena voluntad.

El 28 de agosto los soviéticos se inclinaron claramente hacia el lado de Nasser en esta disputa, aprovechando una comunicación estadounidense del 8 de agosto en la que les informábamos que estábamos supervisando el cese del fuego con aviones U-2 de reconocimiento. (Considero que esa comunicación fue un error, porque podía alentar a los soviéticos a adoptar una posición sobre una maniobra necesaria para supervisar el acuerdo. Es generalmente imprudente en diplomacia presentar un tema cuando uno no está preparado para aceptar la respuesta). Su respuesta, a Sisco en Washington y a Beam en Moscú, fue de censura por los vuelos de los U-2, que fueron calificados como un «nuevo elemento de complicación»; desde el punto de vista soviético los vuelos contradecían los términos del cese del fuego, violaban la soberanía egipcia, involucraban «complicaciones extremadamente serias» y también corrían «el riesgo de una

sorpresa especial». Informé al presidente, destacando que los soviéticos probablemente tuvieran toda la razón de estar preocupados por la verificación imparcial del cese del fuego. Sería más fácil para los soviéticos y para Nasser rechazar las acusaciones de violación si éstas se basaban únicamente en la vigilancia israelí.

Para el 29 de agosto el jefe de la Oficina de Inteligencia e Investigación del Departamento de Estado, Ray Cline, había llegado a la conclusión de que en vez de un emplazamiento de SA-2 dentro de la zona de 30 kilómetros, por el que habíamos protestado la semana anterior, había ahora siete u ocho, además de tres o cuatro emplazamientos de SA-3. A su juicio, la mayoría de estas instalaciones casi seguramente habían sido construidas después que entrara en vigencia el cese del fuego. El 31 de agosto, un informe de la CIA confirmó estas conclusiones.

Una reunión del presidente con sus más altos asesores —Rogers, Moorer, Laird, Helms y yo— era ahora inevitable, y se llevó a cabo el 1 de septiembre en San Clemente. El presidente ordenó que se enviara una enérgica protesta a El Cairo y Moscú y que se pidiera a Israel que enviara un representante a las conversaciones con Jarring que se llevarían a cabo en Nueva York. El 3 de septiembre, el Departamento de Estado confirmó públicamente las violaciones, esta vez menos ambiguamente aunque todavía con considerable moderación, y anticipó que solamente consideraría el asunto a través de los canales diplomáticos; simultáneamente continuó exhortando a que se iniciaran las conversaciones con Jarring.

Tanto Egipto como la Unión Soviética continuaron rechazando nuestras protestas. El Cairo negó las acusaciones el 4 de septiembre, denunciando de paso nuestra continuada asistencia militar a Israel, como una inconsistencia con las supuestas promesas de moderación. El 6 de septiembre, el viceministro de relaciones exteriores Sergei Vinogradov le dijo a Beam que la Unión Soviética no había firmado un acuerdo para el cese del fuego con los Estados Unidos y, por lo tanto, no era responsable por ninguna violación. Vinogradov destacó el «raro acuerdo» por el que los Estados Unidos supervisaban el cese del fuego sin ningún pedido de Egipto y violaban el territorio egipcio al sobrevolar el Sinaí. Más o menos al mismo tiempo, el encargado de negocios soviéticos entregó un mensaje en Washington expresando preocupación por un supuesto inminente ataque israelí contra los emplazamientos misilísticos. Los soviéticos nos pidieron que adoptáramos medidas para impedirlo. No teníamos ninguna evidencia. Pensé que esto era parte del perenne esfuerzo soviético para ponernos a la defensiva. Le dije a Sisco que transmitiera la advertencia a los israelíes sin hacer comentarios, pero que no informara a los soviéticos que lo habíamos hecho. No había ningún sentido en dejarles ganar puntos fácilmente como protectores de los árabes.

ISRAEL SE RETIRA DE LAS NEGOCIACIONES

Tras todas estas disputas y violaciones no fue una sorpresa que el 6 de septiembre Israel anunciara que no podía participar en las conversaciones supervisadas por Jarring. El mismo día, los guerrilleros palestinos secuestraron tres aviones. Lo que un mes atrás había comenzado como un paso hacia la paz se precipitaba ahora a una confrontación. Me incliné por compartir el punto de vista del experto en temas soviéticos de mi equipo, Hal Sonnenfeldt, en esa oportunidad y luego un colaborador invaluable, que en septiembre me envió un análisis esbozando una analogía de la crisis de los misiles cubanos:

...mi profunda preocupación (es) que en la actual situación en el Medio Oriente podemos haber llevado a los soviéticos a creer que los engaños en el cese del fuego fueron un problema de indiferencia hacia nosotros y, de esa manera, haber contribuido a una crisis potencialmente mucho mayor... La naturaleza, el tiempo y la velocidad de nuestra iniciativa para el cese del fuego, la relativa vaguedad de sus términos, la informalidad de su consumación, nuestra negativa a reconocer las violaciones y nuestras otras declaraciones y acciones *después* que comenzaron las violaciones, pueden haber llevado a los soviéticos a pensar que todo lo que realmente nos preocupaba era llegar a un cese del fuego en un período preelectoral durante el cual preferimos no enfrentarnos a la difícil alternativa de una guerra abierta continuada... De esta manera, deben haberse sorprendido con nuestra consiguiente indignación aparentemente real por lo que estaba ocurriendo (habiendo dado mientras tanto a la RAU y a ellos mismos la luz verde para cometer las

violaciones y aumentar así su prestigio). O pueden pensar, aún ahora, que estamos meramente sobreactuando.

Al mismo tiempo, el experto en el Medio Oriente de mi equipo, Hal Saunders, me informó que las violaciones egipcias y soviéticas se habían *acelerado* después de nuestras protestas de principios de septiembre. Saunders, otro muy buen analista e inteligente asesor, era conocido no precisamente por su tendencia anti árabe. Sin embargo, me informó que, de acuerdo con una fotografía tomada por un U-2 *después* de nuestras presentaciones de principios de septiembre a Moscú y El Cairo:

...es evidente que los egipcios continúan con los desplazamientos de unidades SAM en violación de la tregua militar dispuesta en el acuerdo de cese del fuego. No han realizado ningún movimiento para rectificar la situación de las 24 instalaciones por las que hemos protestado... Hemos apreciado por lo menos un 50 por ciento de aumento en el número de instalaciones SAM ocupadas desde el 10 de agosto... La actividad no está disminuyendo... El complejo defensivo misilístico a lo largo del Canal parecería significar más para los egipcios que las conversaciones de paz, dado que los israelíes han dejado bien en claro que no pueden continuar con las conversaciones hasta que sea restaurada la situación anterior al cese del fuego...

Aun así, algunos empecinados analistas estaban decididos a restaurar las conversaciones de paz acomodando los hechos a su conveniencia. Un imaginativo experto del Departamento de Defensa apareció con la extraordinaria teoría de que, al fin y al cabo, quizás Nasser no hubiera violado la tregua. No podía excluirse la posibilidad, argumentaba, de que los misiles hubieran sido *escondidos* en la franja de 50 kilómetros antes de que entrara en vigencia el cese del fuego, para volver a la superficie luego. Por lo tanto, no habían sido «introducidos» en la zona; la tregua no había sido violada. Este complicado razonamiento no explicaba por qué los egipcios esconderían sus misiles cuando su empleo estaba permitido y los descubrirían cuando estaba prohibido. Tampoco era posible precisar a través de fotografías aéreas tinglados o depósitos con capacidad suficiente para albergar tanto material, ya que para esconder los misiles en la arena habría hecho falta un hoyo del tamaño de las pirámides.

Era simplemente no asumir el hecho de que para mediados de septiembre nuestras iniciativas habían llegado a un *impasse*. Entretanto, habíamos completado las entregas de armas solicitadas por Israel, mantenidas en suspenso desde marzo. Terminamos por incrementarlas, no tanto para ganar la flexibilidad israelí en las negociaciones, sino para prevenir un ataque israelí contra el avance de los misiles egipcios que nosotros no habíamos sido capaces de impedir; no ganamos nada por el lado de Israel y magnificamos el descontento de los árabes. Los soviéticos habían establecido una presencia bélica en Egipto que ya amenazaba a Israel y sería útil más tarde, aliada con Nasser, contra cualquier gobierno árabe moderado. Nuestras acciones no dominaron los acontecimientos; los siguieron, y a menudo parecieron ser superadas abrumadoramente por ellos. Y el mayor peligro radicaba en la aparente falta de perceptibilidad soviética a nuestra determinación.

Casi inevitablemente, nuevas crisis se abatieron sobre la Administración en septiembre. Nos enfrentábamos simultáneamente con una guerra civil en Jordania, un intento soviético de construir una base submarina en Cuba y la llegada al poder de Allende en Chile. Era al mismo tiempo el periodo más peligroso y más decisivo de la nueva Administración — mucho más peligroso que la incursión en Camboya por toda la histeria y la atención pública que provocó. Sólo después de superar esa tormenta podrían comenzar a colocarse en su lugar los varios componentes de nuestra diplomacia global, tan laboriosamente montados a lo largo de un año y medio.

Capítulo XV

UN OTOÑO DE CRISIS: JORDANIA

En un período de tres semanas en septiembre de 1970, tres importantes crisis agobiaron a la administración en rincones del mundo separados por miles de kilómetros.

No podrían haber sido más diferentes. Una era una guerra civil en reino del desierto — Jordania— entre el real gobierno y las guerrillas armadas que querían asegurarse una base para atacar a un país vecino; la segunda fue un repentino intento de la Unión Soviética de crear una base de submarinos nucleares en Cienfuegos, Cuba, con la perspectiva de una confrontación directa de las superpotencias; la tercera fue una elección en un importante país de América del Sur —Chile— en la que se arriesgaba la toma del poder por parte de radicales aliados con los comunistas. Las causas de estos acontecimientos eran fundamentalmente diferentes, como lo eran las preocupaciones que provocaban para la política norteamericana. Y sin embargo, todas representaban, o nos parecía a nosotros que representaban, diferentes aspectos de un global desafío comunista. Ninguno podría haber triunfado sin el ímpetu o el aliento comunista. El empuje militar soviético en Egipto y sus incitaciones a los árabes radicalizados generó la crisis en Jordania; la base naval en Cuba era un directo desafío soviético; y las elecciones en Chile, con todas sus ambigüedades, presentaba la posibilidad de que una nación se uniera a la familia comunista por un proceso democrático por primera vez en la historia.

CRISIS EN JORDANIA

A través de toda la historia las fronteras del Medio Oriente se han movido junto con las cambiantes arenas. La nación árabe, gloriosa en su construcción política durante los quinientos años después del nacimiento del Islam en 622 D.d.C., se encontró después, casi por un período de la misma duración, bajo la dominación de varios gobernantes extranjeros. La nacionalidad se convirtió inmediatamente en un concepto místico y en una visión casi profética, en un sueño que inspiraba fervientes creyentes y acciones heroicas, pero casi nunca en una realidad. El último de estos imperios extranjeros, el Otomano, fue expulsado de la región como resultado de la Primera Guerra Mundial. Pero no fue sucedido, como muchos nacionalistas árabes habían esperado, por un único estado unificado. En lugar de ello, durante otra generación, el Medio Oriente fue dividido en estados semiindependientes bajo la tutela de las potencias europeas. Cada uno de estos países luchó por la independencia; y lograron la total soberanía con el fin de la Segunda Guerra Mundial.

Uno de estos estados era el Reino Hachemita de Jordania. Llamado Transjordania antes de 1949, había surgido después de la Primera Guerra Mundial cuando la Liga de las Naciones dio a Gran Bretaña un Mandato para gobernar Palestina, que entonces incluía todos los territorios desde el Irak hasta el Mediterráneo. En 1921, Gran Bretaña separó de su Mandato lo que entonces era un desierto sin rumbos para convertirlo en un reino para sus aliados Hachemitas, quienes habían sido defraudados en sus esperanzas por otros reinos. En este poco prometedor terreno, gobernantes de talento y un industrioso pueblo construyeron el estado jordano, que desde su nacimiento ha sido un elemento de moderación, progreso y estabilidad en el Medio Oriente. La partición de Palestina llevó al reino Hachemita hasta la ribera occidental del río

Jordán. Allí gobernó con su característica iluminación hasta que, por un exceso de solidaridad árabe, se vio involucrado en la implacable jugada de Nasser en 1967. Como resultado, perdió la populosa y fértil ribera occidental que quedó en manos israelíes.

Las guerrillas fedayines —refugiados palestinos de las muchas guerras árabes-israelíes— se establecieron en Jordania, especialmente después de 1967, en campamentos de base bien organizados desde los cuales lanzaban incursiones hacia Israel y los territorios ocupados por Israel. Además, 17.000 soldados iraquíes, que representaban al más radicalizado de los regimientos árabes, permanecían acampadas en Jordania oriental, como remanentes de la guerra de 1967. El rey Hussein no podía expulsar a ninguno de esos grupos de su país sin ser desafiado por su falta de «solidaridad árabe». La presencia de esas fuerzas armadas radicalizadas tanto demostraba la ascendencia del radicalismo árabe en la época de Nasser, como perpetuaba la debilidad de la autoridad de Hussein. Ni tampoco los fedayines ni los iraquíes se mostraban vacilantes para ejercer su poder con extrema firmeza. Las guerrillas realizaban expediciones contra Israel sin tener en cuenta los riesgos que eso suponía para Jordania; los iraquíes llevaban a cabo maniobras militares en territorio jordano.

El ejército jordano, descendiente de la legendaria Legión Árabe entrenada por el general británico Sir John Glubb (Glubb Pasha) en la década de los años cuarenta, estaba compuesto en gran parte por beduinos fieramente leales al rey Hussein. Pero en 1970 se encontró comprometido en dos frentes: la protección del rey contra los fedayines (y los iraquíes) y la defensa del territorio jordano contra las represalias israelíes después de las incursiones de los fedayines. Jordania aprendió (como el Líbano seis años más tarde) que los países que hospedan guerrillas corren enormes riesgos. Están en constante peligro de perder el control de sus propios destinos porque otros deciden la cuestión de la guerra o la paz en lugar de ellos mismos. Efectivamente, si la guerrilla se hace lo suficientemente fuerte, tarde o temprano trata de reemplazar la autoridad del gobierno anfitrión.

En el verano de 1970 el joven, capaz y valiente rey se vio en un grave peligro. Las guerrillas, resentidas por sus esfuerzos por promover un acuerdo político con Israel, desafiaban cada vez más a su ejército. El 9 de junio se produjo un atentado contra su vida. Hussein depuso a algunos de sus líderes militares y asumió el mando personalmente. Pero se mostró renuente a luchar contra los palestinos, a quienes había gobernado hasta 1967 y esperaba volver a unir en su reino. Las condiciones en Amman se deterioraban. El 11 de junio le informé a Nixon que en opinión de nuestro encargado de negocios (nuestro nuevo embajador, Dean Brown, no había llegado todavía), «la situación era insostenible». Nuestro embajador en Amman recibió autoridad para evacuar familiares y personal no esencial (unas cuatrocientas personas, si todos decidían partir).

Ese mismo día convoqué una reunión del Grupo de Acciones Especiales de Washington, nuestro mecanismo interagencias para el control de las crisis. Nos enfrentábamos a dos importantes contingencias: primero, la evacuación de los norteamericanos, si fuera necesario por medios militares; y segundo, nuestra respuesta en caso que el rey Hussein pidiera nuestra ayuda para mantener su autoridad contra los fedayines o contra la intervención externa por parte de Irak o Siria, ambos países gobernados por líderes aún más extremos y pro soviéticos que Nasser.

Dentro del Grupo de Acciones Especiales las opiniones variaban ampliamente respecto de la prudencia y hasta la factibilidad de la acción militar norteamericana. Si el ejército jordano llegaba a perder el control de los aeropuertos, la evacuación de los norteamericanos podría requerir el envío de tropas, una perspectiva que no llenaba de entusiasmo a los líderes políticos ni a los líderes militares. El problema, y las renuencias, serían aún mayores si el rey pedía la ayuda norteamericana para asegurar la continuidad de su gobierno. Hubo vacilaciones hasta para *hacer planes* respecto de tales contingencias. Las operaciones en Camboya no habían aún terminado, nuestras fuerzas se extendían demasiado por todo el mundo, y los piquetes que rodeaban la Casa Blanca eran testigos de nuestra desunión doméstica. Una acción militar en Jordania era también técnicamente difícil porque en los más de diez años desde nuestro desembarco en el Líbano habíamos perdido las áreas de etapa entonces disponibles (en Libia, Grecia y Turquía) o el derecho a usarlas para conflictos en el Medio Oriente. La renuencia a pensar en la intervención militar norteamericana era reforzada por la convicción de muchos de que aun cuando tuviera éxito, eso desacreditaría a Hussein en el resto del mundo árabe y tal vez se convirtiera en su sentencia de muerte.

Yo sentía una particular inclinación por ayudar a Hussein si de alguna manera era posible. Así como había buscado aplastar a Nasser en la medida en que se apoyara tanto en su conexión

soviética y apoyara a su vez todos los movimientos radicalizados, ahora me parecía importante demostrar que la amistad con los Estados Unidos tenía también sus beneficios. Hussein siempre había abogado por la moderación, se había resistido a la marea radicalizada, y había evitado las posturas antioccidentales. Estaba en dificultades a causa de su renuencia a dar rienda suelta a las guerrillas. Su caída radicalizaría todo el Medio Oriente. Israel no podía permitir el establecimiento de bases guerrilleras a todo lo largo de su frontera con Jordania. Otra guerra en el Medio Oriente sería inminente. Así pues, Jordania, en mi opinión, era una prueba de nuestra capacidad para controlar los acontecimientos en la región. Nixon compartía esta idea. En la reunión del CNS del 17 de junio dijo:

Spongamos que más adelante en el verano recibimos un pedido del Líbano o de Jordania para que los ayudemos, o que suceda algo en el Líbano. ¿Qué podemos hacer?... Habrá llegado el momento en que la credibilidad de los EEUU será puesta a prueba en esa área. La verdadera pregunta será: ¿actuaremos? Nuestra acción debe ser considerada en ese sentido. Debemos estar preparados... ¿Es un asunto realmente militar, o se trata de nuestra credibilidad como potencia en esa área?

El 22 de junio volví a reunir al Grupo de Acciones Especiales de Washington para poner en práctica el expreso deseo del presidente de realizar algún plan finalmente. Para ese entonces el peligro inmediato se había atenuado y los departamentos estaban dispuestos a hacer planes para contingencias que no pensaban llegarían a producirse. Aun cuando la evacuación de ciudadanos norteamericanos continuaba, Hussein había emergido de la crisis gravemente debilitado. Un informe al presidente redactado por Hal Saunders, de mi equipo, a principios de julio abundaba en expresiones ominosas: «La autoridad y prestigio del régimen Hachemita continuará declinando. La credibilidad internacional de Jordania se verá aún más comprometida... Una mayor libertad de acción de los fedayines producirá inevitablemente más serias rupturas del cese del fuego en el Valle del Jordán... Hussein se enfrenta a un incierto futuro político...»

El momento de la prueba en Jordania por lo tanto parecía inminente. Nuestros planes de contingencia —por poco entusiasmo que hubiera al encararlos— nos fueron útiles cuando a principios de septiembre la mecha se encendió y casi se convirtió en una conflagración general en el Medio Oriente.

IRAQUÍES Y JORDANOS MUESTRAN SUS CARTAS

En cualquier administración hay acontecimientos que no son previstos por los servicios de inteligencia; en efecto, probablemente son imprevisibles porque también sorprenden a la víctima que tiene mayor interés en impedirlos. La perturbación del equilibrio puede comenzar como un acontecimiento relativamente menor; sus ondas expansivas cada vez más amplias lo convierten en una crisis que o bien hace que quede fuera de control o se resuelve en una súbita calma que indica que se ha logrado un nuevo equilibrio. Durante el período de crisis los elementos a partir de los cuales se da forma a una política, súbitamente, se hacen fluidos. En el caos resultante el estadista debe actuar bajo presiones constantes. Paradójicamente, esto confiere una poco común capacidad para la acción creativa; de pronto todo depende en la capacidad de dominar e imponer coherencia en acontecimientos confusos y aparentemente inconexos. Idealmente esto debería ocurrir sin el uso de la fuerza; sin embargo, hay ocasiones en que sólo se puede evitar el uso de la fuerza amenazando con usarla.

Algunos imaginan el control de una crisis como un enloquecido asunto en el que los hombres clave de la política convergen sobre la Casa Blanca en sus automóviles, en el que desesperados funcionarios son bombardeados por nerviosos ayudantes que corren de un lado a otro con los cables de las últimas noticias. Curiosamente, he descubierto que esto no es correcto; los períodos de crisis, ciertamente, involucran una gran tensión, pero también se caracterizan por una extraña tranquilidad. Todos los pequeños detalles cotidianos son eliminados: se los ignora, se los pospone, o son manejados por los subordinados. Los choques de personalidades son reducidos; demasiadas cosas están en juego como para que operen los celos normales. En una crisis sólo los fuertes luchan por obtener responsabilidad; el resto se siente intimidado pues sabe que el fracaso requerirá un chivo expiatorio. Muchos se esconden detrás de un consenso al que se

negarán a dar forma; otros se concentran en el registro de objeciones que proveerán las excusas después del acontecimiento. Los pocos dispuestos a vérselas con las circunstanancias permanecen generalmente imperturbados en el ojo del huracán. Alrededor de ellos todo es conmoción; ellos actúan en soledad y con una gran quietud que se convierte, al acercarse la resolución, en agotamiento, excitación o desesperación.

El acontecimiento que desató todas las fuerzas en Jordania ocurrió el 1 de septiembre cuando las guerrillas palestinas intentaron por segunda vez en tres meses asesinar al rey Hussein, atacando su caravana de automóviles. Inmediatamente se desató la lucha entre el ejército leal y los fedayines. Los iraquíes amenazaron con usar sus tropas estacionadas en Jordania para «tomar todas las medidas necesarias para proteger la acción de los fedayines». La noche anterior el rey había ya informado a los funcionarios de nuestra embajada que podría verse forzado a dar pasos más drásticos. El rey expresó la esperanza de poder contar con el apoyo norteamericano. Pensaba que una enérgica declaración pública por parte de los Estados Unidos podría desalentar la intervención externa; y aun mejor sería una declaración conjunta con la Unión Soviética.

La respuesta del Departamento de Estado a este mensaje difícilmente pueda ser calificada de eléctrica. Preocupados por conservar sus iniciativas de paz, renuentes a agregar Jordania a una bandeja ya sobrecargada de violaciones al cese de fuego en Egipto, los funcionarios responsables no elevaron inmediatamente (que yo sepa) el asunto a la Casa Blanca o siquiera a nivel interagencias. En lugar de eso, una sorprendente respuesta anodina fue despachada al día siguiente, informando al rey que las advertencias públicas por parte de los EEUU tenían muchas implicaciones que debían ser pesadas cuidadosamente —una perogrullada que no debe haber transmitido mucho al asediado Hussein. Una razón para la inicial indiferencia fue la convencional prudencia de los expertos en el Medio Oriente en el sentido de que los árabes eran tan excitables que cualquier advertencia pública podría llevarlos a excesos. Este juicio, en mi opinión, confunde volubilidad con conducta errática; durante las crisis he visto que la mayoría de los líderes árabes son circunspectos y calculadores.

Más tarde ese mismo 1 de septiembre, Irak dio a conocer otro ultimátum advirtiendo que si los bombardeos jordanos sobre los fedayines no cesaban a las 11 de la noche, el ejército iraquí tomaría medidas para hacerlos cesar. Zaid Rifai, consejero cercano del rey (y ex alumno mío en Harvard) informó a nuestra embajada, y renovó el pedido del rey de una declaración de las grandes potencias. También preguntaba si sabíamos qué haría Israel si Irak entraba en acción.

Esto último era una pregunta de gran importancia. Era improbable que Israel permitiera que Irak, el más radicalizado estado árabe, llevara sus fuerzas cerca de sus fronteras; así como también era muy posible que el ejército de Israel permaneciera inactivo mientras las guerrillas palestinas ocupaban el Valle de Jordania. Pero que las fuerzas armadas israelíes se le unieran en su conflicto no era una cosa trivial para el rey. El defender su independencia política no tenía ningún incentivo para destruir su posición moral en el mundo árabe. La cuestión de las intenciones israelíes no era nueva. Había sido presentada por primera vez en nombre de Hussein el 4 de agosto cuando las tropas iraquíes estacionadas en Jordania oriental, como una forma de chantaje, se habían negado a terminar sus maniobras en el tiempo indicado. Nuestro embajador en Israel informó a Washington la posibilidad de que Israel atacara si las tropas iraquíes se movían hacia el oeste; él no tocó el tema con el gobierno israelí. La oficina del Cercano Oriente del Departamento de Estado estaba tan insegura respecto de este tema que no se envió ninguna respuesta a la pregunta jordana en ese momento. La necesidad de hacerlo desapareció temporalmente al aliviarse la situación.

En septiembre el problema se renovó, como ocurre con todos los asuntos no resueltos, y con él la necesidad de determinar cuál sería la reacción de Israel. El Departamento de Estado adoptó su no poco común práctica de dilaciones, probablemente porque no quería complicar aún más los esfuerzos para tratar las violaciones del cese de fuego egipcio-israelí. El 2 de septiembre nuestro embajador Jacob Beam en Moscú visitó al ministro delegado del exterior de la URSS, Sergei Vinogradov, y en su estilo mesurado trató de lograr la influencia soviética para moderar a sus amigos iraquíes. Vinogradov simuló una preocupación de hermano mayor. La Unión Soviética estaba interesada en preservar las condiciones favorables para las conversaciones de paz, pero no sabía nada, dijo, acerca de ningún ultimátum iraquí; por lo tanto era difícil para Moscú adoptar una posición oficial. Vinogradov dio su opinión personal en el sentido de que Irak no intervendría en los asuntos jordanos —pero, una vez más, dijo, nadie podría predecir lo que ocurriría en el Medio Oriente. En suma, Moscú mantenía abierta sus opciones. El hecho

de que Anatoly Dobrynin permaneciera en Moscú durante la última parte del verano no dejaba lugar a dudas de que los soviéticos no estaban dispuestos a hacer ningún esfuerzo para apaciguar la situación. El asunto, por lo tanto, debía ser resuelto en el terreno.

En Amman, el 2 de septiembre, Zaid Rifai informó a nuestra embajada que los iraquíes no habían cumplido su amenaza. Tres días más tarde reafirmó su interés en una declaración de las grandes potencias urgiendo a la moderación. Como reflejo de la actitud del Departamento de Estado, nuestro encargado respondió a las renovadas preguntas jordanas acerca de las intenciones de Israel con la extraordinaria declaración de que no podía imaginar a Jordania aceptando ayuda de su enemigo Israel contra un país árabe. El rey, ciertamente, era demasiado sutil para expresar las cosas de ese modo y demasiado inteligente como para necesitar lecciones dadas por funcionarios norteamericanos sobre las implicaciones de su propia pregunta.

Mientras tanto la situación en Amman continuaba mejorando; comenzaron las conversaciones entre el gobierno de Jordania y los líderes moderados de los fedayines. El 3 de septiembre, Beam, en Moscú, presentó nuestras protestas por las violaciones del cese de fuego a lo largo del Canal de Suez. En el curso de esa conversación Vinogradov describió las cosas en Jordania como ni mejores ni peores; no hizo ninguna referencia a alguna intercesión soviética con Irak. Para subrayar la importancia que atribuíamos a los acontecimientos en Jordania, Nixon recibió el 4 de septiembre a nuestro nuevo embajador en Jordania, Dean Brown, en San Clemente.

Para el 5 de septiembre la crisis parecía haber sido conjurada. Una señal más fue la súbita advertencia soviética hecha a nosotros contra un cruce israelí del canal, cosa que ellos aseguraban era inminente. (Como ya ha sido descrito, esto también tenía la función de desviar la atención de las violaciones al cese de fuego de los egipcios y los soviéticos.) Es una táctica estereotipada de los soviéticos el lanzar una amenaza cuando una crisis en la que se han negado a participar comienza a aliviarse; evidentemente esperan con ello dar la impresión, después de los acontecimientos, de haber sido el factor principal en la resolución del problema y de ese modo establecer una reclamación de compensaciones. (Por ejemplo, en 1956 los soviéticos enviaron una dura advertencia a París y Londres para que desistieran de una invasión a Suez cuando la decisión de retirarse era ya obvia.) Si bien se había impedido que los fedayines se hicieran cargo de la situación, el poder del rey estaba lejos de haber sido restaurado. Las maniobras de Irak seguían siendo un penoso recordatorio de su decreciente autoridad en su propio país. La actitud norteamericana —limitada a nerviosos sermones— había sido ambigua, muy lejos de ser una acción que pudiera afectar la situación concretamente y mucho menos dominarla. Sin embargo la calma era engañosa. Los acontecimientos, en realidad, estaban cada vez más fuera de control.

LA CRISIS DE LOS SECUESTROS

Jamás ha habido una explicación satisfactoria de por qué los fedayines actuaron como lo hicieron durante el período que ellos mismos más tarde describieron como «Septiembre Negro». Al principio del mes Nasser y los soviéticos habían logrado con éxito mover su sistema de misiles hasta el Canal. Los Estados Unidos se preparaban a presionar a Israel para entrar en negociaciones en las que Jordania iba también a participar, a la espera de una retirada de la ribera occidental. Si se lo dejaba tranquilo, el proceso tenía muchos elementos de esperanza para los árabes. El predominio militar de Israel a lo largo del Canal había sido quebrado; las presiones sobre Israel seguramente se multiplicarían una vez que comenzaran las negociaciones. Pero los extremistas entre los fedayines tenían sus ojos puestos en otra parte; su objetivo no era la paz con Israel, sino su destrucción. Todavía no estaban reconocidos como una entidad política; eran tratados internacionalmente como refugiados, objeto de una mezcla de miedo y adulación en el mundo árabe; como criminales terroristas en Israel. No aspiraban a un acuerdo político en el que sus exigencias serían comprometidas; buscaban una base bajo su control desde donde pudieran lanzar un ataque decisivo contra Israel para destruirlo. En este sentido sus intenciones de acabar con los progresos diplomáticos tenía una base racional. Por otra parte, los palestinos estaban también ganando progresivamente terreno en Jordania. Se estaban acercando a la autonomía; por excederse en su juego destruyeron sus propias posibilidades y terminaron siendo expulsados al Líbano. Y la crisis que produjeron, irónicamente, dio a los Estados Unidos la oportunidad de recuperar mucho de lo que se había perdido con las vacilaciones del mes anterior, abriendo de ese modo el camino a la diplomacia de los años siguientes.

La crisis estalló el 6 de septiembre cuando algunos miembros del Frente Popular Marxista para la Liberación de Palestina (FPMLP), el ala más extremista del movimiento fedayín, secuestró varios aviones. Un Jumbo 747 de Pan American fue desviado al aeropuerto de El Cairo, sus pasajeros fueron liberados y el avión fue volado poco después de aterrizar. Un 707 norteamericano de la TWA y un DC-8 de Swissair fueron desviados por los fedayines hasta Dawson Field, una pista de tierra a unos cuarenta y cinco kilómetros de Amman. El 9 de septiembre un DC-10 británico fue también secuestrado y desviado junto con los otros hasta Dawson Field. El secuestro de un avión israelí fue frustrado por su personal de seguridad.

En total estos secuestros involucraron varios cientos de pasajeros, incluyendo suizos, alemanes, británicos, franceses, norteamericanos y otros. El grupo más vulnerable eran los israelíes y aquéllos de doble nacionalidad —es decir aquéllos que tenía a la vez pasaporte estadounidense y pasaporte israelí. El 7 de septiembre, el FPMLP ofreció liberar a todos los pasajeros, excepto los israelíes y los de doble nacionalidad, a cambio de la liberación de todos los fedayines detenidos en las cárceles de Suiza, Alemania y Gran Bretaña. Dieron un plazo de setenta y dos horas.

Nuestra preocupación inmediata era impedir la retención de ciudadanos norteamericanos, junto con los israelíes, después que los otros rehenes fueran liberados. Tampoco podíamos aceptar jerarquías establecidas por extranjeros entre ciudadanos estadounidenses. Sabíamos que Israel seguía una política de jamás ceder ante el chantaje. Temían que si alguna vez cedían, ningún guerrillero podría ser mantenido en prisión y el terrorismo se vería alentado. Nuestra propia opinión era prácticamente la misma. Los países europeos involucrados no creían que podían adoptar una posición tan dura. Los urgimos para que por lo menos negociáramos como grupo.

El 8 de septiembre, Rogers convocó una reunión en su oficina del Departamento de Estado por la mañana. Asistimos a ella Laird, Helms, Alexis Johnson, Joe Sisco y yo.

Las afirmaciones de un «síndrome de Sala de Situaciones», del cual ya hemos hablado en el capítulo IX con respecto al EC-121 derribado, a veces incluyen la acusación de que los funcionarios preparan las crisis para satisfacer sus ideas románticas de heroísmo militar y machismo. Esto es absurdo. Por una razón, porque la Sala de Situación es incómoda, antiestética y esencialmente opresiva, como ya la he descrito. Por otra, las discusiones allí son generalmente de un alto nivel técnico. A causa de la proximidad de los más avanzados equipos de comunicaciones, aquéllos que deliberan en la Sala de Situación tienen acceso instantáneo a la última información. Ya que ellos son generalmente funcionarios por debajo del gabinete, hay buenas posibilidades de que las decisiones sean tomadas sistemáticamente por medio de análisis para luego ser referidas a niveles más altos para su revisión.

El riesgo de decisiones apresuradas no está allí sino en las reuniones ad hoc en la Oficina Oval, en la sala del gabinete, o en las oficinas personales de los miembros del gabinete. Allí el peligro de que se confunda posibilidad con verdad y de que la fluidez oratoria anule el frío análisis, es real. Es allí donde, en ausencia del trabajo del equipo, las decisiones pueden tomarse sin que se apoyen en los hechos, donde los individuos hablan más para impresionar que para dilucidar, en momentos en que la precisión es crucial. Allí la tentación de que un fugaz y superficial consenso ratifique las suposiciones no examinadas, es mucho más grande que en la Sala de Situación. Existen allí los riesgos simultáneos de parálisis e impulsividad. Los dirigentes no pueden realmente saber las consecuencias de sus recomendaciones salvo que éstas sean traducidas a específicos términos operativos.

Y eso fue lo que ocurrió en la oficina de Rogers. Ideas descontroladas dominaron la inconexa discusión. Por ejemplo, se dedicó bastante tiempo al posible uso de algún gas que paralizara los nervios de las víctimas sin que éstas lo supieran para usar contra los secuestradores. La falta de conocimiento acerca de si existía o no un gas adecuado en nuestros arsenales no impidió la conversación más que la ausencia de una idea de cómo sería usado, o de cómo sería organizada o sostenida cualquier acción militar. Rogers concluyó con la convicción con la que había comenzado la reunión: no se podía hacer nada. El uso de tropas americanas era desde el punto de vista militar prácticamente imposible; Hussein no se movería en contra de los palestinos; y la intervención israelí sería su sentencia de muerte.

Los mismos argumentos fueron repetidos por la tarde en una reunión con el presidente. Laird, Rogers, Sisco, Johnson y yo estábamos presentes, junto con J. Edgar Hoover y John Mitchell, quien se refirió a las implicaciones domésticas de los secuestros. El presidente no tomó ninguna decisión. Más temprano, me había dicho privadamente que el secuestro debía ser usado como un pretexto para aplastar a los fedayines; en la reunión no repitió el comentario. Lo que

si dijo fue que prefería, *in extremis*, una intervención militar norteamericana a una intervención israelí. Rogers objetó diciendo que pagaríamos un gran precio por un acto esencialmente inútil.

El presidente se volvió a mí. Le repliqué que nos enfrentábamos con dos problemas, la seguridad de los rehenes y el futuro de Jordania. Si los fedayines podían usar Jordania como su base principal y en ese proceso destruir la autoridad del rey —uno de los pocos gobernantes de la región que se distinguía por su moderación y sus simpatías pro occidentales— todo el Medio Oriente se vería revolucionado. Dos meses después de nuestras iniciativas de paz, el equilibrio militar a lo largo del Canal sería alterado por violaciones en el mismo momento en que el equilibrio político a lo largo del frente jordano fuera destruido por la fuerza. No podíamos aceptar esa situación al mismo tiempo que vacilábamos en otros asuntos, que nos lavábamos las manos, que urgíamos para que se reanudaran las conversaciones de paz, para luego proclamar nuestra impotencia.

Dado que ninguno estaba ansioso por enfrentar las implicaciones de este análisis, la discusión se centró en la prevención de los secuestros. Mel Laird habló acerca de aparatos electrónicos para la seguridad de los aeropuertos en el futuro. El presidente decidió que estaba de acuerdo tanto con los guardias armados como con los aparatos electrónicos; se dirigió a mí para que «coordinara» estos esfuerzos y le pidió a Laird que tomara «sobre sí la responsabilidad». Dio instrucciones a Rogers para presionar iniciativas diplomáticas. Mi confusión respecto a qué quería decir todo esto no se aclaró cuando el presidente entró a mi oficina diez minutos después de la reunión y dijo que reconocía que teníamos un «terrible problema burocrático»: todos los funcionarios del gabinete querían «hacer algo»; él le había dado a cada uno algo para hacer; yo debía organizarlo. No me dijo cómo, y ni siquiera qué tenía exactamente en mente.

Mientras, recibíamos perturbadores relatos desde Amman. El ejército jordano, se nos informaba, estaba en un virtual estado de motín a causa de lo que ellos consideraban insultos y provocaciones por parte de los fedayines. Leales al rey, pero negándose a aceptar nuevos compromisos, amenazaban con tomar el asunto en sus manos por el propio bien del rey. La presión aumentaba sobre Hussein para que actuara con la fuerza.

Con la aprobación del presidente, y para poner fin a la confusión burocrática, puse en marcha la maquinaria de crisis del CNS el 9 de septiembre. Durante diecisiete días a partir de ese momento, el Grupo de Acciones Especiales de Washington se reunió por lo menos una vez por día, prácticamente todos los días, para discutir las opciones, preparar los planes de emergencia y para poner en práctica las decisiones sobre una base coordinada. Esto era más que un paso de procedimientos; era una advertencia a la burocracia en el sentido de que las vacilaciones acerca de las violaciones del cese de fuego no se repetirían si la situación en Jordania se deterioraba. Mi presidencia del Grupo de Acción Especial implicaba la amenaza de que cualquier asunto no resuelto sería pasado directamente a Nixon.

El presidente es crucial en una crisis. Debe estar suficientemente cerca del proceso como para dar ímpetu a las decisiones finales; sin embargo no debe estar envuelto por los detalles como para perder de vista el total examen de las alternativas. Kennedy prudentemente no participó de las discusiones preliminares durante la crisis de los misiles en Cuba en 1962. Nixon siguió el mismo procedimiento durante la crisis de Jordania de 1970 y en casi todas las crisis de su presidencia. De hecho, en tales situaciones él estaba en su elemento. No simulaba ejercer sus responsabilidades como Comandante en Jefe mezclándose nerviosamente en los detalles tácticos o en las deliberaciones formativas; dejaba el manejo de esas cosas a la maquinaria gubernamental bajo mi supervisión. Podía vacilar antes de comprometerse, a veces de manera enloquecedora. Pero tenía un gran sentido de la oportunidad; instintivamente sabía cuando había llegado el momento de la decisión, y actuaba luego con resolución, especialmente si podía aislarse de la excesiva controversia personal.

En la fase preliminar de la crisis de Jordania yo presentaba por lo menos dos, y en ocasiones tres, informes de situación al presidente. Estos lo ponían al tanto de las recomendaciones del Grupo de Acción Especial, de los acontecimientos en Amman, y del progreso de las negociaciones para la liberación de los rehenes. Dado que todas las agencias relevantes estaban representadas en el Grupo de Acción Especial, se podía suponer que informes completos llegaban a los funcionarios del gabinete correspondiente, quienes, por supuesto, tenían la oportunidad de apelar por cualquier desacuerdo al presidente. Durante las fases agudas de la crisis —especialmente los últimos tres días— Nixon convocó reuniones con los principales dirigentes para revisar las recomendaciones del Grupo de Acción Especial de Washington.

El 9 de septiembre, el problema primario era fijar el rumbo. En mi opinión una política de éxito debe por lo menos tener tres componentes: un cuidadoso análisis para determinar la amplitud realista de las posibilidades, una meticulosa preparación y una temprana toma de la iniciativa. La pasividad en una crisis conduce a una creciente impotencia; uno se ve forzado a reaccionar ante asuntos y en contextos preparados para la propia máxima desventaja. Por contraste, el lado que tiene la iniciativa puede ocupar las energías de sus oponentes en el análisis. Y ya que el oponente siempre supondrá la peor contingencia, hasta los movimientos relativamente menores pueden provocar que adopte grandes medidas preventivas, salvo que sean tan obviamente engañosos que provoquen desprecio. Para una máxima efectividad las acciones de uno deben ser sostenidas; deben parecer implacables, inexorables; las vacilaciones o el gradualismo invita los intentos de probar nuestra resolución equiparando el compromiso.

El 9 de septiembre el Grupo de Acción Especial se reunió en la Sala de Situación de la Casa Blanca durante una hora a partir de las once y media de la mañana. La información de inteligencia revelaba que el plazo para los rehenes había sido extendido; no sabíamos por cuanto tiempo. Estuvimos de acuerdo en que la presión de los EEUU debía ser ejercida para evitar que los países europeos intentaran negociaciones separadas que no les dejarían otra salida que la de ceder ante los secuestradores. Eso haría que los EEUU quedaran aislados, sin recursos para liberar a nuestros ciudadanos, salvo que se presionara a Israel, que creía, como nosotros, que rendirse ante los terroristas y su chantaje era algo inaceptable. Y también nuestra opinión era compartida por el capaz representante del Comité Internacional de la Cruz Roja, André Rochat, quien estaba conduciendo las negociaciones con los palestinos. Envié una nota a los respectivos gobiernos: «En caso de una liberación no coordinada de palestinos, el Comité se verá obligado a renunciar al mandato que le ha sido confiado».

Pero si queríamos impedir que las negociaciones se prolongaran indefinidamente, teníamos, en mi opinión, que comenzar a demostrar determinación y a ejercer presión. Una actitud de impotente desprecio sólo prolongaría nuestra agonía. La resolución norteamericana era tan crucial para el destino de los rehenes como para la supervivencia del rey. En efecto, de modo curioso, el futuro del rey y el de los rehenes habían comenzado a fundirse. Si cientos de rehenes eran matados en su territorio, la caída de la autoridad real en Jordania sería obvia a los ojos de todo el mundo. Cada sucesiva crisis sin resolución había debilitado a Hussein un poco más, las cosas se dirigían al momento en que todos deberían mostrar sus cartas. O Hussein, desesperado, se lanzaba contra los fedayines, o los fedayines lo destronaban.

Hasta que ese desafío fuera resuelto ninguna iniciativa de paz tenía la menor posibilidad; Israel jamás discutiría nuevas fronteras con un gobierno que no controlaba su propio país. Dado que todos estaban de acuerdo en que una operación de rescate era una última instancia, hice una lista de tres contingencias para las que era necesario estar preparados: un ataque de los fedayines a los rehenes, cosa que requeriría un rescate de emergencia; la ruptura del orden en Amman, lo requeriría la evacuación de los norteamericanos; una jugada final entre los fedayines y Hussein, involucrando tal vez también a Siria e Irak. Un análisis de nuestras capacidades indicaba que sólo teníamos cuatro brigadas en condiciones de llegar rápidamente a Jordania, y una operación semejante involucraría nuestra entera reserva estratégica. Se necesitarían 48 horas para comprometer la brigada que estaba en Alemania, setenta y dos horas para comprometer la 82.ª División Aerotransportada. La intervención de estas fuerzas requeriría derechos de paso aéreo o un acceso terrestre a través de países vecinos. Pedí a los jefes del Estado Mayor Conjunto que presentaran en veinticuatro horas propuestas para aumentar el estado de alerta de las fuerzas en Europa, un estudio de las consecuencias operacionales de una demora en el compromiso militar norteamericano en Jordania, fuerzas requeridas para cada una de las contingencias, y los relativos despliegues necesarios para desalentar la intervención soviética.

Mientras tanto era esencial que se transmitiera a todas las partes la sensación de que estábamos tomando las cosas en serio. El presidente ordenó al portaviones *Independence* de la Sexta Flota que se dirigiera al este, frente a las costas del Líbano, acompañado por cuatro destructores a los que debían agregarse veinticuatro horas más tarde dos destructores más. Seis C-130 debían estacionarse en la base aérea de Incirlik en Turquía para ser usados en la evacuación de los norteamericanos. Estas medidas serían tomadas sin ser anunciadas. Era seguro que la inteligencia soviética, probablemente ayudada por el proceso normal de filtraciones del Pentágono, haría que la maniobra se hiciera pública. Nuestro silencio les daría una ominosa calidad.

El asunto se hizo más complicado cuando el Grupo de Acción Especial consideró bajo qué circunstancias se usarían esas fuerzas. Nadie se regocijaba ante otro compromiso militar mientras varios cientos de miles de norteamericanos estaban todavía luchando en el sudeste asiático. Deberíamos comprometer toda nuestra reserva estratégica y abastecerla por aire; quedaríamos vulnerables a un empuje soviético en cualquier otro lugar. Las operaciones serían difíciles de sostener; nuestras líneas de abastecimientos eran tenues y debían cruzar varios países extranjeros. Cuanto más durara la guerra, más complicada se haría nuestra posición. Si Israel intervenía en Jordania por su cuenta, nos veríamos conduciendo operaciones militares paralelas con diferentes objetivos. Y lo que era peor para nuestra posición en el mundo árabe y para nuestro prestigio, si nos veíamos en dificultades podríamos tener que pedir ayuda a Israel.

Por todas estas razones yo consideraba deseable para nuestros intereses a largo plazo separar nuestras acciones militares de las de Israel. Mi opinión era que las fuerzas norteamericanas debían ser usadas para la evacuación de norteamericanos pues esto podía ser hecho rápidamente y representaba un interés norteamericano directo; pero en el caso de un conflicto mayor provocado por una jugada siria o iraquí, pensaba que había que dejar a los países más directamente interesados que tomaran sobre sí la principal responsabilidad. Dado que yo consideraba como casi segura una reacción israelí ante una jugada siria o iraquí, creía que el mejor uso de nuestro poder en esa contingencia era desalentar la intervención soviética en contra de Israel. Sobre estas propuestas se desarrolló un cierto consenso.

Le informé a Nixon. Él todavía mantenía su opinión anterior de que cualquier operación militar debía ser solamente norteamericana; quería que nos moviéramos solos contra la intervención iraquí o siria, o contra los desórdenes de los fedayines, dejando a Israel fuera.

La posición del consejero de seguridad es extremadamente delicada cuando está en desacuerdo con el presidente. Éste debe tener la certeza de que su consejero actuará como una extensión de sí y se ocupará de que sus deseos sean llevados a cabo por los departamentos. Por otra parte, el presidente debe estar seguro de que se le advertirá si sus órdenes son peligrosas. Esto era especialmente importante en el caso de Nixon, dada su tendencia a impetuosas declaraciones que jamás esperaba ver realizadas. En la crisis de Jordania resolví el problema teniendo dos planes de emergencia preparados simultáneamente: uno incluyendo la preferencia del presidente por una acción unilateral norteamericana; el otro, reflejando la opinión del Grupo de Acción Especial de que los Estados Unidos debían sólo impedir la intervención externa. De ese modo el presidente estaría en condiciones de elegir cuando llegara el momento de la decisión.

El 9 de septiembre, el encargado de negocios soviético Yuli M. Vorontsov nos informó (a través de Sisco) que los soviéticos habían urgido a la moderación tanto a Jordania como a Irak. Sin embargo el lenguaje de la admonición soviética difícilmente había sido calculado para extinguir el fuego. Moscú había dicho a los árabes que la moderación era deseable porque los conflictos entre ellos sólo servirían para ayudar a sus enemigos, especialmente «a los agresores israelíes y las fuerzas imperialistas detrás de ellos» —una bofetada a nosotros. En mi opinión, el Kremlin estaba jugando en la crisis jordana del mismo modo que había jugado en el cese de fuego. Formalmente hacía los ruidos adecuados, pero no hacía nada constructivo para revertir la tendencia de la crisis. Al informar a Jordania que nos consideraba como enemigos de los árabes, la Unión Soviética atacaba los cimientos mismos de la tradicional política jordana. El envío al Departamento de Estado de esta maniobra sin intentar suavizar el lenguaje era también provocativo; obviamente Moscú no creía todavía que estaba corriendo serios riesgos.

El Grupo de Acción Especial se reunió nuevamente la tarde del 10 de septiembre. Para ese momento los palestinos habían cambiado sus exigencias, en parte como resultado del frente unido que habíamos logrado mantener. Los británicos, los suizos y los alemanes habían aceptado entregar los prisioneros fedayines en su custodia sólo después que todos los rehenes fueran liberados. Los palestinos propusieron entonces el intercambio de todas las mujeres, los niños y los pasajeros enfermos por todos los fedayines retenidos en Europa; los hombres serían rescatados por todos los fedayines detenidos en Israel.

Aceleramos nuestros planes de emergencia. Una vez que los departamentos comprenden que la Casa Blanca habla en serio, frecuentemente descubren posibilidades de acción no imaginadas cuando creen que el curso es uno de riesgo mínimo. En la reunión del Grupo de Acción Especial del 10 de septiembre el almirante Moorer informó que las medidas de alerta previamente acordadas habían reducido el tiempo de reacción de nuestras fuerzas en Europa a casi la mitad. Había encontrado dos submarinos para enviar al Mediterráneo a seguir a la flota soviética. Una

maniobra anfibia frente a Creta debía terminar el 14 de septiembre; las fuerzas involucradas, que incluían un equipo de desembarco de infantes de marina, podían ser mantenidas frente a las costas del Líbano si la crisis continuaba. Pedí al Estado Mayor Conjunto que estudiara si era posible para los Estados Unidos mantener operaciones militares continuadas en Jordania, y si era posible, cómo debía llevarse a cabo, en caso de que el presidente siguiera adelante con su preferencia por una acción unilateral norteamericana. Yo sabía que el grupo se oponía a tal cosa, pero no quería encontrarme en la situación de que el presidente ordenara algo «y nosotros no supiéramos qué hacer...» Helms expresó la opinión de que Hussein probablemente trataría de evitar una jugada final con los fedayines por temor a la intervención de Siria o Irak. Yo no estaba de acuerdo; «Eso significaría su fin. No hay modo en que él pueda recuperar el control sin luchar». Consideraba yo que el enfrentamiento era inevitablemente, aun cuando una tregua había sido acordada entre el gobierno y los fedayines. Era un debate al que los acontecimientos darían respuesta muy pronto; no era necesario resolverlo en abstracto. Habíamos hecho todo lo que era posible hacer para la tormenta que se avecinaba.

El 11 de septiembre las medidas de alerta de los días anteriores comenzaron a dar resultados. Los rumores de los movimientos de nuestra flota fueron traducidos por el molino de chismes en Amman en informes de inminente intervención norteamericana. El representante de la Cruz Roja, Rochat informó que reinaba una «fantástica tensión» en el cuartel general fedayin, y él esperaba absolutamente que éstos se lanzaran a alguna acción para demostrar que no se dejarían intimidar. Todos los aviones habían sido preparados para ser volados, pero los pasajeros habían sido sacados. Que nuestra amenaza no dejaba de tener sus efectos se hizo obvio al final del día cuando los fedayines súbitamente liberaron un grupo de ochenta y ocho rehenes, incluyendo a algunos norteamericanos, pero no aquéllos que tenían doble nacionalidad.

La diferencia entre Rogers y yo respecto a nuestra actitud en el manejo de una crisis se hizo clara ese día. Rogers consideraba deseable dar seguridades a los adversarios nerviosos en el sentido de que no teníamos intenciones de hacerles daño. Mi opinión era la opuesta. Una vez embarcados en un enfrentamiento, el mejor y más seguro curso era ser implacables. Rogers pensaba que al apaciguar la atmósfera se contribuiría a una solución; yo creía que era el peligro de que la situación se escapara de las manos lo que proveía un incentivo para un rápido acuerdo. Rogers entonces informó a los líderes del congreso con los mismos argumentos que había usado tres días antes ante el presidente: habíamos considerado todas las medidas militares posibles para rescatar a los rehenes y habíamos llegado a la conclusión que ninguna podía funcionar, viciando de ese modo el impacto de las maniobras militares organizadas para crear exactamente la impresión opuesta. Fue afortunado que los palestinos creyeran en nuestras acciones y no en nuestras palabras; probablemente consideraron el informe al congreso como un intento de hacerlos caer en una trampa.

Esa mañana el presidente, Laird, Rogers y yo nos reunimos con los líderes del Congreso en la Oficina Oval. Repentinamente fui sacado de la reunión por un desesperado Sisco, quien traía consigo un informe de que a causa de los movimientos de la Sexta Flota los palestinos amenazaban con matar a los rehenes restantes. Concluimos la reunión con los líderes tan pronto como fue posible sin crear pánico. El presidente les pidió a Laird y a Rogers que se quedaran e invitó a Sisco para que se nos uniera. Sisco y Rogers insistían en una declaración pública desmintiendo cualquier acción militar norteamericana. Yo me oponía. Dar seguridades a los fedayines sólo sería un premio a amenazas ultrajantes, un fortalecimiento de su posición en las negociaciones, y un más arduo problema para nosotros más adelante si teníamos que actuar en una emergencia. En lugar de ello, yo prefería una comunicación a los gobiernos árabes en el sentido de que la muerte de los rehenes tendría serias consecuencias. Nixon apoyó mi recomendación.

Como resultado redacté una declaración cuidadosamente ambigua para ser leída por Ron Ziegler que simplemente dirigía la atención a una declaración de la Cruz Roja en la que se afirmaba que no se «contemplaba» la posibilidad de una acción militar. Esto podía querer decir cualquier cosa. Sisco y yo también redactamos una nota de advertencia a los gobiernos árabes sobre los rehenes. Aun cuando el mensaje había sido ordenado por el presidente y su texto aprobado por él, los expertos árabes del Departamento de Estado intervinieron en último momento con el argumento de que las amenazas seguramente harían reaccionar a los susceptibles árabes en dirección contraria a la que se esperaba. No insistí y urgí al presidente para que abandonara el asunto. Este no era el momento para agrios debates sobre un telegrama. Las decisiones serían determinadas por las acciones y no por las palabras.

Con la aprobación del presidente le dije al almirante Moorer que la Sexta Flota no debía ser demasiado meticulosa respecto al mantenimiento del silencio de la radio. De este modo los soviéticos se enterarían rápidamente de los movimientos de nuestra flota; y así haríamos llegar una advertencia de manera mucho más seria que con una nota diplomática. El 12 de septiembre los palestinos volaron los tres aviones vacíos con espectacular efecto en el público, y continuaron reteniendo a los rehenes en varios lugares desconocidos en Amman. Nixon y yo hablamos de la creciente posibilidad de tener que usar nuestros planes de emergencia y ponerlos en práctica. Le recordé la opinión de las agencias en el Grupo de Acción Especial en el sentido de que sería preferible usar fuerzas terrestres norteamericanas para la evacuación, pero que en el caso de un enfrentamiento final entre el rey y los fedayines apoyados por fuerzas iraquíes, debíamos dejar que los israelíes tomaran la carga. El presidente todavía no quería saber nada de una intervención israelí; quería usar fuerzas norteamericanas para las dos contingencias. No era esencial que resolviéramos las diferencias precisamente en ese momento. Pero la preferencia de Nixon tuvo el efecto práctico de que yo presionara al Grupo de Acción Especial para que moviera más fuerzas americanas dentro del área con mayor rapidez que lo que de otro modo se habría hecho.

El 13 y 14 de septiembre nuestra mayor preocupación era la creciente evidencia de que por lo menos los alemanes y probablemente los británicos, estaban al borde de romper el frente unido de negociaciones para intervenir separadamente en favor de sus compatriotas. Este temor fue reforzado por una declaración palestina en la que se afirmaba que los rehenes norteamericanos serían tratados como israelíes. Buques de guerra soviéticos comenzaban a seguir a nuestra Sexta Flota frente a las costas del Líbano; pero el equilibrio de las fuerzas navales en el Mediterráneo estaba abrumadoramente a nuestro favor y creciendo más cada día. No había habido ningún contacto diplomático con la Unión Soviética desde el 9 de septiembre. El Kremlin parecía haber supuesto que el curso más ventajoso era observar desde un costado la desintegración del reino de Jordania y la creciente derrota de los Estados Unidos.

Eso resultó ser un cálculo equivocado. En toda crisis se llega a un punto en que una parte debe decidir si se queda con lo ganado o apuesta para obtener más. Si la Unión Soviética alrededor del 10 de septiembre hubieran presionado para obtener la liberación de los rehenes y un cese de fuego, las ganancias para los fedayines habrían sido enormes y la autoridad del rey se habría debilitado gravemente. La inestabilidad en Jordania se habría sumado a la inseguridad a lo largo del Canal de Suez; el prestigio soviético habría sido demostrado y reforzado. Pero al ponerse demasiado ambiciosos —al no ayudar a poner freno a sus clientes— los soviéticos nos dieron la oportunidad de restaurar el equilibrio antes de que el peso de las fuerzas cambiara fundamentalmente.

Al final de la segunda semana de septiembre los palestinos habían ya destruido los cuatro aviones, pero no habían logrado ninguna concesión básica por parte de los norteamericanos así como tampoco de los israelíes. Nuestro tono se había hecho cada vez más firme; y por sobre todas las cosas, estábamos casi permanentemente aumentando nuestras fuerzas militares en el área. En ese momento, sea porque nuestra medidas preparativas le habían dado apoyo psicológico, sea porque estaba llegando al punto de desesperación, el pequeño y duro rey resolvió un enfrentamiento total con los fedayines. La jugada final que algunos de nosotros esperábamos y otros temían estaba finalmente sobre nosotros.

JUGADA FINAL CON LOS GUERRILLEROS

A última hora del 15 de septiembre, Dean Brown, nuestro recién llegado embajador en Jordania, envió un urgente mensaje desde Amman diciendo que Hussein había decidido reestablecer la ley y el orden en su capital. Después de rodear la ciudad con tropas del ejército leal, el rey anunciaría la formación de un gobierno militar a primeras horas del 16 de septiembre. No quería insistir demasiado en el asunto, pero si los fedayines resistían, estaba dispuesto a usar cualquier fuerza que fuera necesaria para afirmar su autoridad. Hussein pedía urgentemente que los Estados Unidos usaran su influencia para que impidieran a Israel perjudicar o agravar la situación. El rey también señalaba que podría tener que pedir asistencia si otros estados árabes intervenían. Dean Brown agregaba su propia evaluación: si bien las cosas están más cerca que antes de una jugada final, el rey podría estar alardeando; también podría ser que estuviera dando

el primer paso hacia una compleja negociación que podría terminar en un compromiso. Brown tampoco creía en una posible intervención de Irak o Siria. Yo estaba convencido de lo contrario; en mi opinión la jugada final era ahora inevitable. Los acontecimientos del día siguiente resolverían las cosas.

El cable de Brown llegó mientras yo estaba en viaje en helicóptero hacia Aerlie House, en Virginia, una de las muchas propiedades privadas en la Costa Este donadas para actividades filantrópicas o académicas. Melvin Laird era homenajeado por sus servicios para la salud pública mientras estuvo en la Cámara de Representantes. Laird había reunido a todos sus asociados y amigos, lo que significaba lo más importante de Washington. El Grupo de Acción Especial de Washington estaba allí en pleno vestido de etiqueta: Packard, Moorer, Helms, Sisco y yo. En el momento de comenzar la comida recibí una llamada telefónica de Al Haig durante la cual me informó acerca del mensaje de Dean Brown. Poco después, alrededor de las nueve de la noche, recibí otra llamada telefónica. Haig me informaba que Sir Denis Greenhill, el jefe permanente del Foreign Office británico, había tratado de comunicarse conmigo. En mi ausencia le transmitió a Haig la opinión del gobierno de Su Majestad en el sentido de que una batalla frontal entre el ejército jordano y los fedayines parecía inevitable. En nombre del primer ministro Edward Heath quería saber cuáles eran nuestras intenciones, especialmente en el caso de que el rey se viera en dificultades. Además, ¿cuál era nuestra actitud respecto a la intervención de Israel? El primer ministro podría querer hablar personalmente con el presidente más tarde esa misma noche.

Eso era un claro ejemplo de la «relación especial» entre Gran Bretaña y los Estados Unidos, que permite el intercambio de ideas al más alto nivel fuera de los canales oficiales sin formalidades ni protocolos. Era también una señal de advertencia que no podía ser ignorada. El mensaje de Brown había dejado lugar para algunas dudas, pero Heath no pensaría en llamar a Nixon si Gran Bretaña no juzgara que la situación era grave. Si el presidente iba a hablar con el primer ministro, necesitábamos ordenar nuestros pensamientos. Después de consultarlo con Laird, Packard y Sisco, reuní a los miembros del Grupo de Acción Especial y regresamos a Washington en helicóptero.

El Grupo se reunió a las 10:30 de la noche y continuó hasta cerca de la medianoche en la Sala de Situación de la Casa Blanca, para seguir luego en mi oficina del piso de arriba. Todavía vestidos con nuestras elegantes ropas de etiqueta, revisamos las posibles contingencias: apertura de las hostilidades entre el rey y los fedayines; participación iraquí (por alguna razón desconocida, nadie, ni en Amman ni en Washington esperaba una intervención siria); intervención armada de los Estados Unidos, por lo menos para la evacuación. La reunión confirmó las opiniones de la semana previa. El rey probablemente derrotaría a los fedayines. Israel intervendría casi con seguridad si los fedayines parecían llevar ventaja; ciertamente lo haría si Irak hacía algún movimiento. Si Israel entraba en acción, todos estaban de acuerdo en que los Estados Unidos debía permanecer a un costado, pero debía bloquear la represalia soviética contra Israel. Para demostrar nuestro apoyo debíamos ofrecer apoyo material al rey inmediatamente. De cualquier manera que se desarrollaran las cosas, nuestra disponibilidad debía ser intensificada.

Alrededor de la medianoche del 15 de septiembre llamé a Greenhill por un teléfono de seguridad (*), que se supone hace imposible las interceptaciones. Esto se logra haciendo que la conversación sea casi ininteligible para los interlocutores, lo que tienta a gritar con tanta fuerza como para que cualquiera que no esté demasiado lejos pueda oír, aumentando así los riesgos de seguridad. Le dije a Greenhill que dábamos suma importancia a la supervivencia de Hussein. El presidente no había tomado una decisión final, pero no debía excluirse la posibilidad de la intervención militar norteamericana como último recurso.

Fui un instrumento en la formación de la opinión del Grupo de Acción Especial. Yo consideraba que era esencial preservar el gobierno de Husein; era importante demostrar que la amistad con Occidente y una política exterior moderada serían premiadas con efectivo apoyo norteamericano. Era necesario detener la progresiva radicalización del Medio Oriente, que había sido acelerada por el envío de misiles y personal de combate soviéticos a Egipto. Había que demostrar que la técnica de Nasser de chantajear a los EEUU con amenazas soviéticas era inútil.

En mi opinión nuestro más efectivo papel sería aumentar rápida y amenazadoramente nues-

(*) Los verdes teléfonos de seguridad en todo el gobierno de los EEUU tienen una placa circular roja que dice «Teléfono de Seguridad». El mío, gracias al perverso sentido del humor de mi equipo, tiene la leyenda en alemán incorrecto: «Sichen Telefon».

tras fuerzas militares en el Mediterráneo para desalentar la intervención de los regímenes árabes radicalizados en Jordania, para dar apoyo psicológico al rey y para equilibrar y abrumar alguna reacción soviética (incluyendo, si fuera necesario, la intervención militar). La agrupación de nuestro poderío militar en el Mediterráneo y la ambigüedad de nuestros pronunciamientos debían ser usados para fortalecer a Hussein, impedir la participación de sus oponentes y desalentar a los soviéticos.

En consecuencia, a la mañana siguiente, 16 de septiembre, después de otra breve reunión del Grupo de Acción Especial para revisar nuestra posición, envié instrucciones a las agencias pidiendo planes diplomáticos y militares detallados para las siguientes contingencias: abastecimiento de material para las fuerzas jordanas; intervención armada de los EEUU para la evacuación; ataques aéreos o terrestres de los EEUU en apoyo de Hussein en el caso de intervención externa (la preferencia del presidente); la aceptación de EEUU de ataques aéreos o terrestres por parte de los israelíes (la preferencia del Grupo de Acción Especial de Washington). También pedí que los planes existentes para «desalentar la intervención soviética» fueran adaptados a la situación que se estaba desarrollando. Todos los planes y situaciones serían revisados al mediodía del 18 de septiembre.

Esa mañana, también, envié un informe al presidente resumiendo las conclusiones de la reunión de la noche anterior del Grupo de Acción Especial. Inesperadamente, su reacción fue vehemente. Tenía una campaña electoral en su mente y todavía tenía esperanzas de una reunión cumbre con Moscú. Preguntó si había habido alguna necesidad para una reunión de emergencia del Grupo de Acción Especial y cubrió mi informe sobre las opiniones del Grupo de Acción Especial con furiosos comentarios manuscritos. Escribió que prefería que no hubiera ningún enfrentamiento; si éste era inevitable, quería que se usaran fuerzas norteamericanas; se oponía a cualquier movimiento militar israelí, salvo que él específicamente lo autorizara con antelación, cosa que, él mismo lo hacía ver, jamás haría. No me sorprendió su preferencia por demostrar el poder norteamericano directa y unilateralmente; ésta había sido su opinión consistente. Yo estaba convencido de que una vez que hubiera estudiado todas las implicaciones, cambiaría de idea. No hubo tiempo para discutir ya que Nixon partió inmediatamente en un viaje electoral a Kansas City, a la Universidad del Estado de Kansas y a Chicago.

El 16 de septiembre fue un día tranquilo. Sisco y yo hicimos un rápido viaje a Chicago para una sesión informativa con periodistas del medio oeste. Tal como se había previsto, el rey anunció la formación de un gobierno militar, pero no llevó a cabo ninguna acción militar en Amman. Sin embargo, con Dean Brown tocó el tema de su particular preocupación de que Siria, no Irak, pudiera intervenir. El cable informativo de Brown no le daba importancia a esto; nadie en el gobierno lo tomaba seriamente; nuestras preocupaciones todavía se concentraban en Irak porque éste ya tenía 17.000 soldados en Jordania. Respecto de los secuestros, luchábamos por mantener unido el frente de las potencias occidentales y resistíamos los intentos europeos por negociar separadamente en favor de sus conciudadanos.

El 17 de septiembre estas discusiones se convirtieron en pura teoría pues Hussein audazmente ordenó a su ejército que entrara en Amman. Se inició una lucha en gran escala que se extendió al norte de Jordania alrededor de una concentración palestina en la ciudad de Irbid (véase el mapa en página correspondiente). Reuní el Grupo de Acción Especial dos veces ese día. El embajador Brown recibió instrucciones de informar a Hussein que los Estados Unidos apoyaban sus esfuerzos y que Brown transmitiría rápidamente cualquier pedido de asistencia material. Se le dijo a Brown para su propia información que el apoyo militar norteamericano contra la intervención exterior no estaba excluido. Nuestro encargado en Israel recibió instrucciones de obtener la evaluación israelí. (De todos modos Nixon debía entrevistarse con Golda Meir el 18.) Nos manteníamos en estrecho contacto con Gran Bretaña, por medio de frecuentes conversaciones telefónicas con Greenhill y le transmitimos al Sha, cuyo apoyo en cualquier crisis en el Medio Oriente era crucial, nuestra visión del problema.

Pero decidimos no comunicarnos con la Unión Soviética. Dije al Grupo de Acción Especial que habíamos hablado demasiado con Moscú sin recibir ninguna respuesta satisfactoria: «Dejemos que ellos vengan a nosotros». Repetí eso mismo en una conversación con Nixon durante la que aprobó las recomendaciones del Grupo: «Creo que debemos ser enigmáticos y no decir nada. Ellos se enterarán (de nuestros movimientos militares)».

Pues ahora que la guerra civil se había declarado en Jordania, un rápido despliegue de las fuerzas de los Estados Unidos era vital para desalentar cualquier tentación. El transporte Sara-

toga, que estaba estacionado frente a Malta, recibió órdenes de unirse al *Independence* cerca de la costa libanesa, acompañado por un crucero y doce destructores. Un tercer transporte, el *John F. Kennedy*, fue despachado para unirse a la Sexta Flota; le tomaría nueve días llegar allí desde Puerto Rico, pero sus movimientos no podían pasar inadvertidos por mucho tiempo para la inteligencia soviética. La fuerza especial anfibia, con 1.200 infantes de marina, que acababa de terminar sus maniobras frente a Creta, recibió órdenes de permanecer en una posición a 36 horas de distancia del Líbano. A ésta se uniría el crucero *Springfield*. El transporte de helicópteros *Guam* y un grupo especial que lo acompañaba estaba en camino para recoger otro grupo de infantes de marina en Camp Lejeune. Se les ordenó acelerar sus movimientos hacia el Mediterráneo.

Discutí todo esto en gran detalle con Nixon, que estaba ahora en Chicago. Aprobó todos esos despliegues con gran entusiasmo, pues tocaban su fibra romántica: «Lo principal es que no hay nada mejor que un pequeño enfrentamiento de vez en cuando, un poco de excitación». Con grandes dificultades pudimos disuadirlo de anunciar públicamente todos nuestros movimientos militares, cosa que hubiera creado una gran atmósfera de crisis; los anuncios habrían sido contraproducentes, pues habría que haberlos acompañado de demasiadas seguridades al público, quitando de ese modo el efecto de nuestros despliegues. Más tarde, ese día, Nixon cambió de idea. Ahora estaba de acuerdo en que era mejor no publicar ninguna advertencia, continuar moviendo nuestras fuerzas y tratar a los soviéticos con fría indiferencia.

Podía permitirse el lujo de ser generoso, pues se había convertido en la noticia principal en una reunión informal con los editores del *Chicago Sun-Times* esa mañana. Yo había urgido a Haldeman que mantuviera la reunión sobre asuntos generales y en tono menor, pero la definición de esos términos en una Casa Blanca en viaje era impredecible, especialmente en un año de elecciones. Cuando esa reunión comenzó, Nixon acababa de enterarse del comienzo de la guerra civil en Jordania. Si bien generalmente su autodisciplina era monumental, ésta podía ser quebrada por la emoción en momentos de gran tensión. Estimulado por las noticias y por los movimientos militares que acababa de aprobar, Nixon procedió a decir a los sorprendidos editores que si Irak o Siria intervenían en Jordania, sólo los Estados Unidos o Israel podrían detenerlos; él prefería que fueran los EEUU quienes lo hicieran. (Era ésa también su manera de hacerme llegar su opinión sin un enfrentamiento.) Arrastrado por el espíritu de la ocasión, Nixon agregó que haría pagar caro a los rusos por sus aventuras con los misiles a lo largo del Canal de Suez. «Intervendremos si la situación es tal que nuestra intervención puede decidirla». Era mucho esperar suponer que noticias tan sensacionales no fueran publicadas. El *Sun-Times* publicó la cita exacta en su primera edición. Si bien fue retirada cuando Ziegler insistió en observar las reglas de las reuniones informales, esto sólo aumentó su impacto en política exterior (*).

Si bien Nixon se mostró afligido después del hecho, consideré que en general sus declaraciones eran de gran ayuda. Cuando me informaron acerca de ellas, lo hizo el jefe de la Agencia de Informaciones de los EEUU, Frank Shakespeare, y dije que el asunto no me provocaba ningún dolor. Eso demostraría a nuestra burocracia que mis presiones para una concentración en el Mediterráneo reflejaban la actitud del presidente y no eran una cosa personal mía; y en efecto esto les hizo saber que su verdadera opción estaba entre el planeamiento sistemático entre agencias y las decisiones ad hoc en las que ellos no participarían. Una vez que convencí a Rogers de que no había sido yo quien aconsejé a Nixon que lo produjera, el incidente condujo a un breve período de mejores relaciones entre nosotros.

En cuanto a los países que nos preocupaban más, la Unión Soviética y los estados árabes radicalizados, el impacto de las declaraciones de Nixon seguramente sería beneficioso, pues demostraría que hablábamos en serio. Por la tarde informé al presidente que las tropas iraquíes permanecían alertadas mientras el ejército jordano aplastaba las fuerzas fedayines cerca de ellas. Y las acciones norteamericanas durante el día, incluyendo las declaraciones presidenciales, seguramente fortalecerían la resolución de nuestro valiente amigo, el rey de Jordania.

El viernes 18 de septiembre, el día de descanso musulmán, las tropas jordanas sistemáticamente restauraban su control en Amman, si bien más lentamente. Encontraron una fuerte resistencia también en el norte, donde los palestinos habían proclamado una «zona liberada». Siria, a sólo quince kilómetros, hacía ruidos amenazadores. El ejército iraquí permanecía inactivo; cuando fue necesario, salió fuera de los lugares de peligro. De Nasser no se supo nada.

(*) Que Nixon no se sintió particularmente afectado quedó demostrado por el hecho de que más tarde felicitó al autor de la nota, Peter Lisagor, por su hábil y cuidadoso manejo del asunto (1).

Durante el día Nixon recibió a Golda Meir en la Casa Blanca. La mayor parte de su conversación se refirió a los pedidos de ayuda israelí y a las violaciones egipcio-soviéticas del cese de fuego a lo largo del Canal de Suez, lo cual reflejaba la convicción de ambos líderes de que el rey seguramente prevalecería y que la crisis estaba casi terminada. Nixon dijo que esperaba que Israel no hiciera nada precipitadamente. El primer ministro aseguró a Nixon que Israel no haría ningún movimiento sin informar a los EEUU, y que no veía ninguna necesidad de hacerlo.

Fue también un día de intensas especulaciones periodísticas sobre lo que habría querido decir el presidente en sus comentarios en Chicago. La adversa reacción fue un tormentoso aviso de lo que tendríamos que enfrentar si tratábamos de llevar a cabo las preferencias estratégicas del presidente para una acción unilateral norteamericana. El sumamente respetado senador Richard Russell de Georgia, presidente del Comité de Presupuesto, miembro importante del Comité de los Servicios Armados, y constante apoyo de una línea dura, telefonó a Rogers para decirle que se oponía absolutamente al uso de cualquier fuerza norteamericana en el Medio Oriente.

El 18 de septiembre también se hizo evidente que Moscú nos había oído. El encargado soviético se entrevistó con el Asistente Delegado del Secretario de Estado, Rodgers Davies, para entregarle un mensaje de su gobierno. Había desaparecido la indiferencia y el tono de superioridad con el que Moscú había respondido a la acusación de violaciones del cese de fuego a lo largo del Canal; también estaba ausente la incendiaria invocación de los peligros del imperialismo con que había llamado a la moderación a las distintas partes la semana anterior. En lugar de ello los soviéticos expresaban su preocupación por la crecientemente compleja situación en el Medio Oriente; no había ninguna evaluación de culpas. Moscú expresaba su «esperanza» de que los Estados Unidos compartieran su opinión de que todos los estados «incluyendo aquéllos que no pertenecen a la región» ejercitaran la prudencia. Además «esperaba» que los Estados Unidos usaran su influencia con Israel en ese sentido. Por su parte la Unión Soviética había urgido a los gobiernos de Jordania, Irak, Siria y Egipto a que terminaran la guerra civil en Jordania. «Estamos buscando también el modo de hacer llegar nuestro punto de vista a los líderes del movimiento palestino.» De este modo nos hacían saber (probablemente con veracidad) que Moscú había perdido contacto con los fedayines, y se desligaba de sus acciones, especialmente respecto a los rehenes.

No había ninguna «advertencia» contra desagradables consecuencias comunes en la diplomacia soviética cuando el riesgo de tener que llevarlas a cabo era mínimo o cuando el equilibrio de fuerzas les era favorable. Tampoco había ninguna acusación de conspiración norteamericana con el rey. El tono era más bien de dolor, ofreciendo seguridades de que el gobierno soviético «como siempre» estaba de acuerdo en una solución de la crisis del Medio Oriente sobre la base de la Resolución 242 del Consejo de Seguridad. El mismo tono tenía el comentario de TASS en el que se nos advertía contra una intervención en términos cuya ambigüedad no podía escapar a los clientes del Kremlin en el Medio Oriente.

Todo esto tendía a confirmar un análisis hecho más temprano ese día por Hal Sonnenfeldt, de mi equipo, en una predicción de probables reacciones soviéticas ante nuestros despliegues y diplomacia:

El aspecto práctico es que los soviéticos no estarán felices de ver el poderío militar de los EEUU usado en esa área de modo alguno. Deberán denunciarlo, hostilizarlos (incluyendo baladronadas y el reconocimiento de las cercanas bases en la RAU contra la Sexta Flota), y en general oponerse a nosotros. El precedente es lo que, por sobre todas las cosas, les preocupará, y la demostración de que podemos usar, y usaremos, nuestro poderío aéreo; además la presencia naval arrojará sombras sobre sus cálculos de hasta donde llegaríamos en apoyo a Israel más adelante en alguna nueva crisis. También les preocupará nuestra posición internacional en general. (Todo esto será así si nuestras operaciones tienen éxito y se las ve de este modo.)

La convicción de que los soviéticos estaban buscando una salida fue reforzada por una conversación entre el ministro delegado del exterior Vasily Kuznetsov y el embajador Beam el 19 de septiembre, día en que el ejército jordano continuaba su lento pero innegable progreso contra los fedayines. Kuznetsov expresó la «esperanza» de que no tuviéramos intenciones de

intervenir en Jordania ya que esto crearía «dificultades» a todas las naciones con intereses en esa área. Inquirió acerca del propósito del agrupamiento de la Sexta Flota. Beam respondió que no tenía informaciones acerca de despliegues militares, lo que era por una parte verdad, y por otra, la respuesta más adecuada para alimentar las inseguridades soviéticas.

La mejor estrategia, en mi opinión, no era ofrecer seguridades, sino provocar una situación en la que los soviéticos sólo pudieran aliviar sus preocupaciones urgiendo a sus radicalizados amigos para que se abstuvieran de intervenir y haciendo que la crisis terminara decididamente. Por esta razón insistí en que no se entregara una respuesta por el momento. Después de todo, los soviéticos nos habían hecho esperar diez días antes de responder nuestra nota sobre las violaciones del cese de fuego. El silencio era el mejor camino intermedio entre dar seguridades, que serían contraproducentes, e intransigencia, que podía convertirse en provocación.

En general, yo creía que nos acercábamos al final de la crisis con gran parte de nuestra credibilidad restablecida. La noche del 19 de septiembre visité a Nixon, que estaba en Camp David, para informarle sobre el mensaje soviético. Le sugerí que eso indicaba una inminente retirada. Nixon, siempre escéptico para las buenas noticias, expresó sus dudas; siempre que los soviéticos ofrecían seguridades, dijo, algo siniestro estaba por ocurrir. Tenía razón.

La mañana del domingo 20 de septiembre los tanques sirios invadieron Jordania.

LA INVASIÓN SIRIA

Durante acontecimientos que cambian velozmente aquéllos que están en el centro de las decisiones se ven abrumados por un diluvio de informaciones compuestas de conjeturas, conocimiento, esperanza y preocupación. Luego esa información debe ser tamizada a través de sus propios preconceptos. Muy rara vez emerge una imagen coherente; en cierto sentido la coherencia debe ser impuesta sobre los acontecimientos por el que toma las decisiones, quien recoge el desafío y lo convierte en una oportunidad para evaluar correctamente tanto las circunstancias como su margen de acción creadora. En las crisis esta agilidad es comparable a la del atleta. Las decisiones deben ser tomadas muy rápidamente; la resistencia física es probada tanto como la percepción, porque una enorme cantidad de tiempo debe emplearse asegurándose que cada una de las figuras clave en casa y en el exterior actúe sobre la base de la misma información y propósitos. Sean cuales fuesen los juegos burocráticos que se juegan en tiempos normales, durante las crisis, me aseguro de que cada agencia tenga la misma información y de que los dirigentes y sus principales asociados sean ansiosos colaboradores en el objetivo general.

La selección de hechos en el torbellino de informes fue particularmente difícil durante la crisis de Jordania. Después que el rey hizo entrar las tropas en Amman, nuestra embajada quedó sin comunicaciones con Palacio. Ocasionalmente el rey y Rifai se comunicaban por teléfono con nuestro embajador. Había un irregular uso de la radio entre el palacio y la embajada, pero la transmisión era abierta, fácilmente interceptable y por lo tanto de poca confianza. Tuvimos suerte en tener en el lugar a Dean Brown, uno de los más capaces, valientes y cultivados diplomáticos. De tanto en tanto iba a buscar al rey y a Rifai en un carro armado; obviamente esto no contribuía a las rápidas comunicaciones. Los británicos fueron más afortunados; su embajada estaba más cerca de palacio. Así pues el rey en algunas ocasiones nos mandaba mensajes vía Londres. Esto inevitablemente producía una demora en las comunicaciones ya que el gobierno británico, comprensiblemente, quería agregar sus propios comentarios, tanto más cuanto que Londres estaba un tanto preocupado de que nosotros actuáramos precipitadamente. Ese juicio era equivocado, pero no la impresión ya que por lo menos la Casa Blanca consideraba que era una barrera contra las acciones precipitadas el hecho de que Londres informara a las otras capitales que las cosas amenazaban con escaparse de las manos. Con delicadeza, Londres suprimió sus desconfianzas respecto de nosotros, sin por ello dejar de sugerir que ellos favorecían un ritmo más mesurado.

El sábado 19 de septiembre, recibimos los primeros informes de que tanques sirios habían tomado posiciones unos doscientos cincuenta metros dentro de Jordania. Pero dado que el informe procedía de un funcionario británico en El Cairo, y Londres no había considerado necesario dar demasiada importancia al asunto, nosotros tampoco se la atribuimos. A pesar de todas las dificultades en las comunicaciones, creíamos que el rey Hussein habría encontrado algún modo de comunicarse con nosotros si estuviera muy preocupado.

Sin embargo, el domingo 20 de septiembre no había ya ninguna duda de lo que estaba ocurriendo. Alrededor de las seis de la mañana, hora de Washington, tanto el rey como Rifai en contactos telefónicos separados con Brown habían informado acerca de dos importantes incursiones de tanques sirios en Ramtha. Los jordanos habían puesto fuera de acción treinta tanques y los habían hecho retroceder. Hussein pedía ayuda norteamericana, sin especificar nada más. A las 12:30, hora de Washington, Rifai fue más concreto, en nombre del rey pedía reconocimiento aéreo para determinar si los sirios traían fuerzas adicionales. Más o menos a esa misma hora dos brigadas blindadas sirias más entraban en Jordania y atacaban en un ancho frente; esto no lo confirmaríamos hasta más adelante esa misma tarde.

No me cabía ninguna duda de que este desafío debía ser recogido. Si no actuábamos, la crisis del Medio Oriente se agudizaría al pasar la iniciativa a manos de los radicalizados y sus protectores soviéticos. Si teníamos éxito, los moderados árabes recibirían la posibilidad de seguir adelante. En general yo era optimista. El equilibrio de fuerzas estaba a nuestro favor tanto localmente como en general. Le expresé al presidente más tarde esa noche lo siguiente: que los soviéticos «o bien eran incompetentes o estaban forzándonos a mostrar el juego. Si eran incompetentes tendríamos una fácil victoria». No necesitaba agregar que si ellos habían decidido llegar a una jugada final, no tendríamos ninguna opción en ningún caso.

Después de varias consultas entre Rogers, Sisco y yo, una serie de medidas inmediatas se tomaron. Sisco y yo conjuntamente redactamos una declaración que fue hecha pública en nombre de Rogers, exigiendo en lenguaje perentorio el inmediato retiro de las fuerzas sirias y advirtiendo sobre los peligros de una expansión del conflicto. Esa tarde Sisco visitó a Vorontsov y le entregó un violento mensaje. Formalmente una respuesta al mensaje soviético del 18 de septiembre; la parte operativa de nuestra nota decía:

En este momento, la situación está siendo agravada progresiva y peligrosamente por la intervención en territorio jordano de fuerzas blindadas de Siria y por la concentración de más fuerzas ofensivas en Siria a lo largo de la frontera con Jordania. El gobierno de los EEUU ha condenado esta intervención en Jordania y ha pedido el retiro inmediato de las fuerzas invasoras. Esta intolerable e irresponsable acción de Siria, si no es inmediatamente detenida y revertida, podría conducir a una expansión del presente conflicto. El gobierno de los EEUU pide al gobierno soviético que interceda con el gobierno de Siria haciéndole ver los graves peligros de su presente curso de acción y la necesidad tanto de retirar estas fuerzas sin demora alguna del territorio jordano como de desistir de cualquier otra intervención en Jordania. El gobierno soviético no puede no tener conciencia de las serias consecuencias que pueden producirse con la expansión del conflicto. Por su parte, el gobierno de los EEUU está pidiendo moderación a todas las otras partes en el área.

En el curso de la tarde del domingo recomendé —y el presidente aprobó desde Camp David— hacer regresar la brigada aerotransportada en Alemania a su punto de embarque desde un área de maniobras hacia la que se le había permitido dirigirse el 18 de septiembre cuando la crisis pareció estar apaciguándose. El ejercicio de maniobra largamente proyectado extendía el tiempo de reacción de la brigada en diez horas; en su base local su estado de alerta se reduciría a cuatro horas. Se ordenó que un batallón se preparara para ser lanzado en paracaídas. A las cinco de la tarde pedimos a nuestra embajada en Bonn que notificara al gobierno alemán acerca de los movimientos de la brigada aerotransportada. Explicábamos que tal disponibilidad era necesaria por la posibilidad de tener que evacuar a los norteamericanos en Jordania. La brigada recibió órdenes de moverse con rapidez y abiertamente sin ninguna precaución de seguridad; queríamos que la inteligencia la advirtiera inmediatamente. El gobierno alemán seguramente haría correr la voz de nuestros movimientos a los gobiernos europeos amigos. Dean Brown recibió instrucciones de transmitir a Hussein nuestras declaraciones públicas y nuestra nota a los soviéticos, y de no cerrar las puertas a una posible intervención de los Estados Unidos.

Durante la tarde, la escalada del nuevo ataque sirio se hizo patente. Habíamos continuado nuestros planes con la suposición de una reacción militar norteamericana o israelí; todos en el gobierno estaban de acuerdo en que las dos cosas no debían ocurrir simultáneamente. El 17 de septiembre transmití al Grupo de Acción Especial la preferencia del presidente de resistir la intervención iraquí o siria primariamente con fuerzas estadounidenses. Pedí que cada posibilidad

fuera examinada a la luz de tres criterios: ¿Quién tenía mejores razones para la acción? ¿Quién podía sostener mejor la acción? ¿Quién tenía la mayor capacidad para evitar la escalada? Les pedí que dieran los mejores argumentos para la acción norteamericana, y los mejores también para permanecer inactivos y desalentar a los soviéticos mientras los israelíes se movían. Estos trabajos estuvieron disponibles para el presidente durante el fin de semana. No podría decir si los leyó o no.

Para poder hacer una recomendación final al presidente convoqué una reunión del Grupo de Acción Especial de Washington a las siete de la tarde del domingo 20 de septiembre. Desde ese momento hasta la reunión del CNS la mañana siguiente, la crisis para nosotros en Washington tomó la forma de casi ininterrumpidas reuniones y llamadas telefónicas. La atmósfera será mejor percibida siguiendo los acontecimientos de la noche hora por hora.

Desde las 7:10 a las 7:50 de la tarde los principales componentes del Grupo de Acción Especial nos reunimos en la Sala de Situación en el subsuelo de la Casa Blanca, principalmente para ponernos mutuamente al tanto de los acontecimientos de las últimas horas y mirar nuevamente los planes de emergencia. Los informes militares y de inteligencia indicaban que la situación era bastante equilibrada. Gran parte de la discusión fue un típico trauma burocrático sobre trivialidades. Se enviarían dos hospitales de campaña móviles como respuesta al pedido de ayuda del rey; el debate era si debíamos enviarlos como una contribución norteamericana o bajo alguna égida multilateral. Una rápida revisión de los pros y los contras de la intervención militar norteamericana fortaleció nuestra convicción de que nuestras fuerzas serían mejor empleadas en contener la interferencia soviética en las operaciones israelíes. Para ser efectivos unilateralmente, tendríamos que comprometer nuestra entera reserva estratégica; tendríamos que estirarnos al máximo en dos teatros de acciones sumamente separados, quedando desnudos ante cualquier nueva contingencia. Nuestras fuerzas tendrían que acudir sin equipos pesados y con apoyo aéreo sólo dado por los transportes. Nuestra única línea de abastecimientos aéreos era por sobre Israel, asociándonos con ellos, cuando la separación era la principal razón para una acción norteamericana. Si nos veíamos en dificultades, tendríamos que acudir a Israel por ayuda. En síntesis, si la situación en Jordania quedaba fuera de control sólo podría ser remediada con un golpe contra Siria, para lo cual las fuerzas israelíes estaban en mejores condiciones.

A las 7:50 el presidente, de regreso de Camp David, me llamó a su oficina. Él y yo habíamos estado en frecuente contacto durante ese domingo por la tarde. Repetí mis preocupaciones acerca de una acción unilateral norteamericana en varias ocasiones en varias ocasiones de la línea del consenso del Grupo de Acción Especial; más tarde ese día cambió de opinión; precisamente antes de la reunión del Grupo de Acción Especial me dijo que si había alguna reacción militar no debía ser por parte de nosotros. Rápidamente puse al tanto a Nixon. Sugerí que llamar a los miembros más importantes del Grupo de Acción Especial a su oficina para transmitirles algunas de sus ideas y el aliento psicológico que sólo puede venir del líder presidencial. Si bien su opinión ahora coincidía con la del Grupo de Acción Especial, insistí en que no revelara su cambio de idea para que el Grupo pudiera revisar todas las opciones otra vez, libre del deseo de cumplir con las preferencias del presidente. Entonces podría estar seguro de obtener el mejor juicio; podía tomar la decisión formalmente después de terminada la reunión del Grupo.

Una vez que llegó al punto de la decisión, Nixon actuó con una especie de coraje sin alegría, desesperado, empujado por su visión y comprensión de la realidad internacional y su instinto fatalista de que nada de lo que él tocara sería jamás coronado por el éxito. El mayor problema en ese momento era evitar que el coraje se convirtiera en algo implacable y la firmeza en bravuconada. En esas situaciones él no se preocupaba por ventajas políticas a corto plazo; hacía lo que según él era necesario para el interés nacional tal como él lo comprendía. No se puede pedir más de ningún presidente. Muchos han hecho menos.

Desde más o menos las ocho a las ocho y veinte de la noche, Nixon estuvo reunido con los principales miembros del Grupo —Alex Johnson, Tom Moorer, Dick Helms, David Packard, Joe Sisco. Les dirigió una enérgica arenga expresando su valoración por los esfuerzos realizados. Les dijo que nuestra tarea era salvar al rey contra cualquier intervención externa; esperaba sus juicios sin tener en cuenta lo que ellos pudieran haber previamente pensado que eran las preferencias presidenciales. Insistió en que yo hablaría por él.

A las 8:20, los convenientemente inspirados miembros del Grupo de Acción Especial de Washington abandonaron la oficina del presidente y reanudaron sus deliberaciones en el subsuelo, en la Sala de Situación. Yo me quedé unos diez minutos más para revisar las opciones

con el presidente. Ambos estábamos de acuerdo en que las posibilidades favorecían nuestro éxito si permanecíamos firmes sin ser truculentos y jugábamos bien nuestras cartas.

Alrededor de las 8:20 también, Denis Greenhill llamó por el teléfono de seguridad. Como yo estaba en la Oficina Oval, Haig tomó la llamada en la Sala de Situación. Greenhill pasó el mensaje que Hussein le había dado al embajador británico por la mañana y había repetido otra vez dos horas antes de la llamada telefónica: considerando el deterioro de la situación el rey pedía inmediatos ataques aéreos.

A las 8:35 volví a la reunión del Grupo, que continuó hasta alrededor de las 9:15 de la noche. El mensaje británico reforzó la predisposición en favor de dejar lugar para el movimiento israelí. No teníamos suficiente información de inteligencia ni sobre los objetivos como para responder rápidamente al pedido del rey con fuerzas norteamericanas. Al mismo tiempo, si los Estados Unidos debían mantener a raya la intervención soviética, tendríamos que acelerar nuestra disponibilidad. Con ello también mejoraríamos nuestra capacidad para llevar a cabo operaciones aéreas en caso de que los israelíes se mostraran más renuentes a actuar que lo que habíamos anticipado. El grupo aprobó las siguientes recomendaciones al presidente:

- mejorar aún más el estado de alerta de la brigada aerotransportada en Alemania;
- poner en estado de alerta total la 82.ª División Aerotransportada (esto sin duda se filtraría y de ese modo forzaría a una rápida decisión tanto por parte de Damasco como por parte de Moscú);
- enviar un avión de reconocimiento desde algún transporte hasta Tel Aviv para recoger información sobre objetivos (esto sin duda sería descubierto por los radares egipcios y soviéticos y serviría como señal de que la acción militar norteamericana podría estar cerca).

En otras palabras, aumentaríamos la idea de que se preparaba una intervención norteamericana o israelí.

En mi opinión lo que parece «equilibrado» o «seguro» en una crisis es a menudo lo más peligroso. La escalada gradual tienta a los oponentes a equiparar cada movimiento; lo que pretende ser una demostración de moderación puede ser interpretada como falta de resolución; las seguridades pueden proveer una predecible lista de controles y por lo tanto un incentivo para esperar, prolongando así las condiciones de riesgo inherente. Un líder debe elegir cuidadosa y deliberadamente los asuntos sobre los cuales provocar un enfrentamiento. Debe hacerlo sólo por objetivos importantes. Una vez que se ha comprometido, sin embargo, su obligación es terminar el enfrentamiento rápidamente. Por esta razón debe transmitir la impresión de ser implacable. Debe estar dispuesto a escalar rápida y brutalmente hasta el punto en que el oponente no puede permitirse el lujo de experimentar.

Alrededor de las 9:27 de la noche le pedí a Sisco que me acompañara a transmitir las recomendaciones del Grupo al presidente; como funcionario que operaba en el centro de todas las comunicaciones, era crucial que Sisco comprendiera todos los matices del pensamiento de la Casa Blanca. Eso también ayudaría a que Rogers se mantuviera informado; había decidido estar cerca de un teléfono en su casa para esperar los desarrollos. Primero tuvimos que encontrar al presidente, pues Nixon había decidido ir a jugar a los bolos. Con la ayuda del Servicio Secreto finalmente lo descubrimos en un oscuro pasaje del subsuelo del edificio de oficinas del ejecutivo. Nixon escuchó tranquilamente nuestro informe mientras sostenía incongruentemente una pelota de bolos en sus manos. Fue una de las pocas ocasiones en que vi al presidente sin chaqueta ni corbata. Dijo que cualquier cosa que se hiciera debía tener éxito; estaba decidido a detener el ataque sirio. Estuvo de acuerdo en que debíamos ponernos urgentemente en contacto con el embajador de Israel. Le dije que yo llamaría a Rabin.

Alrededor de las diez de la noche, regresé a mi oficina de la Casa Blanca e hice la llamada. Resultó que Rabin estaba en una comida en Nueva York en honor de Golda Meir. Tuvo que abandonar el estrado y ser llevado a un lugar razonablemente seguro, si bien durante toda la conversación pude oír el lejano murmullo de voces. Le advertí que Sisco también estaba en la línea y le pregunté qué información tenía Israel sobre los movimientos sirios. Rabin respondió que Israel calculaba unos doscientos tanques sirios ubicados en el área de Irbid. Le informé a Rabin que nos habían pedido ayuda, pero nosotros no teníamos información de inteligencia. ¿Podría Israel enviar aviones de reconocimiento al amanecer (en ese momento a sólo tres horas en el Medio Oriente) y darnos su opinión? Rabin, que no era ningún tonto, preguntó si estaría-

mos de acuerdo con un ataque aéreo israelí si inteligencia indicaba importantes avances sirios. Le repliqué que preferiríamos pronunciar ese juicio *después* de analizar los resultados del reconocimiento. Estábamos hablando de esto cuando me alcanzaron otro mensaje del rey, esta vez directamente a nosotros. Le dije a Rabin que tendría que llamarlo nuevamente luego.

El mensaje de Hussein había llegado por teléfono a nuestro embajador dos horas antes. Hablaba de un serio deterioro después de una nueva y masiva invasión siria (el ataque de las dos brigadas al mediodía). Las fuerzas jordanas ya no estaban en contacto entre sí; Irbid estaba ocupada. Las tropas en la capital estaban inquietas. En opinión del rey los ataques aéreos eran imperativos para salvar su país; y pronto tal vez también pidiera tropas terrestres. Invirtiendo su proceder anterior, nos pidió que informáramos a Gran Bretaña de su problema.

A las 10:10 de la noche Sisco y yo conjuntamente llamamos por teléfono a Rogers desde mi oficina y le transmitimos al secretario la conversación con Rabin y el nuevo y desesperado mensaje del rey. Nos sentíamos inclinados a recomendar al presidente, le dijimos, que aprobara un ataque aéreo israelí. Rogers estuvo de acuerdo en que no teníamos otra opción.

A las 10:12, ya conocedores de la ruta, Sisco y yo volvimos a la galería de bolos. (Jamás volví a ver esa galería después de esa fatídica noche.) Le transmitimos al presidente el pedido del rey y la opinión unánime de sus principales consejeros de alto nivel. Aceptó nuestras recomendaciones y nos autorizó a ponernos en contacto con Rabin. A las 10:25 Sisco y yo encontramos el camino hacia mi oficina.

A las 10:35 hice otra llamada a Rabin con Sisco en la línea. En el momento en que la conexión se terminaba de establecer, Nixon entró en mi oficina, habiéndolo terminado su partida de bolos, conservadoramente vestido como de costumbre. Le transmití a Rabin la información que habíamos recibido de Jordania, sin especificar la fuente. Después de haberlo conversado con el presidente y el secretario, podía informarle que si el reconocimiento de Israel confirmaba lo que él me había dicho, estaríamos de acuerdo con un ataque aéreo por parte de Israel. Nosotros pagaríamos las pérdidas materiales, y haríamos todo lo posible para impedir la interferencia soviética. Rabin cuidadosamente repitió lo que le había dicho para asegurarse de que había comprendido bien; tendría que consultar con su primer ministro.

A las 10:45, a la luz de la posibilidad de que Israel pudiera actuar durante nuestra noche, volví a llamar a sesión al Grupo de Acción Especial a medianoche y pedí a mi equipo (especialmente a Hal Saunders y a Richard Kennedy) que reunieran toda la información relevante. Luego llamé al embajador británico John Freeman para informarle sobre el mensaje del rey. Le dije que habíamos estado en contacto con el embajador de Israel, pero no entré en detalles. Nixon, que todavía estaba en mi oficina, charlaba conmigo entre llamada y llamada.

A las 11:15 llamé al secretario privado del primer ministro Heath por la línea de seguridad para leerle el mensaje del rey, para informarle que nos habíamos puesto en contacto con el embajador israelí y que Israel enviaría un reconocimiento que determinaría su próximo paso. Nixon sugirió que dejara de usar el teléfono de seguridad pues más gente en la Avenida Pennsylvania podía oír mis gritos que la que pudiera interceptar mi llamada en una línea abierta.

A las 11:30 Rabin llamó de vuelta con la respuesta de la señora Meir. Israel enviaría los aviones de reconocimiento con las primeras luces. La situación alrededor de Irbid era «bastante desagradable»; los líderes militares de Israel no estaban convencidos de que las operaciones aéreas serían suficiente. Israel pasaría sus opiniones a Washington después de estudiar los resultados del reconocimiento, pero no llevaría a cabo ninguna acción sin nuevas consultas. Nixon oyó también mi parte de esta conversación, pero no hizo ningún comentario. Luego abandonó mi oficina.

A medianoche, el Grupo se reunió otra vez en la Sala de Situación. Informé sobre lo que había ocurrido desde la última reunión. Discutimos lo que había que hacer si Israel atacaba durante las próximas veinticuatro horas. Requerí urgentes estudios durante la noche sobre cuatro temas: planes de emergencia contra posibles movimientos soviéticos; paquetes de ayuda para Israel y Jordania para compensar las pérdidas; un escenario para informes al congreso; y un plan diplomático para informar a los aliados y urgir a los soviéticos a permanecer fuera. Con respecto a los soviéticos, insistí: «Tenemos dos objetivos: uno, hacer que usen su influencia con los sirios para hacerlos retirar; dos, asegurarnos de que no crean que pueden escapar del dilema de una acción de Israel presionando a los israelíes... creo que un error ahora podría darnos problemas más adelante».

A las 0:45 de la madrugada llamé a Rogers para comunicarle mi conversación con Rabin

y la reunión del Grupo Especial. Le pregunté si había tenido algún problema. Ninguno. Por una vez los funcionarios de alto nivel estaban unidos. Alrededor de la una de la mañana llamé a Nixon para darle un breve informe sobre la reunión del Grupo. Escuchó mi sumario de las predicciones de las distintas agencias acerca de las reacciones soviéticas. Cuando le dije que el Departamento de Defensa temía que los soviéticos lanzaran ataques aéreos contra Israel en represalia, replicó: «No lo creo».

Me fui a casa, a la cama. Eran las dos de la mañana del lunes 21 de septiembre.

A las 5:15 Al Haig me despertó. Acababa de recibir una llamada de Rabin. Si bien no había todavía ningún informe de reconocimiento, Rabin decía que los israelíes consideraban que sólo ataques aéreos no serían suficiente; acción de *superficie* sería también necesaria. Israel agradecería la opinión norteamericana en dos o tres horas.

A las 5:35 llamé por teléfono y desperté al presidente para comunicarle la respuesta preliminar de Rabin. Insistí en que postergara la decisión y convocara una reunión de sus principales consejeros a las 7:30 de la mañana. Pero Nixon sabía que un pedido de acción de superficie por parte de los israelíes produciría una seria controversia, y eso era precisamente lo que él no quería. «Tomaremos la decisión ahora mismo», me dijo. Revisó los pros y los contras de un ataque terrestre israelí conmigo durante un rato. Me pidió que llamara a Sisco para saber su opinión.

Comencé a discutir con Haig la prudencia de llamar a Sisco sin involucrar a Rogers, y cuando acababa yo de resolver que debía llamar a Rogers, Nixon volvió a llamar. Había decidido aprobar la acción de superficie de Israel y dictó un deliberado mensaje para transmitir a Rabin. Dijo: «Ya lo he decidido. No consulte con nadie más. Dígale (a Rabin) 'adelante'».

No podía yo permitir que el presidente corriera el riesgo de un importante enfrentamiento con la Unión Soviética sin consultar con sus principales consejeros. Una operación de superficie de Israel podía provocar una guerra en Medio Oriente. Mi deber para con Nixon era consultar con Rogers y Laird. Además no había tanta urgencia. Israel seguramente no se movería por tierra sin movilización. Llamé a Sisco, quien dijo que estaba de acuerdo con la decisión del presidente. Luego llamé a Rogers, quien tenía serias reservas, especialmente en ausencia de un pedido formal de Jordania para apoyo terrestre. Laird fue ambiguo; quería considerar la inteligencia. Entre estas llamadas —que fueron todas hechas desde mi casa— el presidente me llamó varias veces para agregar puntualizaciones a su decisión. A las 7:10 le insistí otra vez para que convocara a una reunión de sus principales consejeros, en vista de las diferencias de opinión entre ellos. Ahora, con renuencia, aceptó. Haig informó a Rabin que no habría ninguna respuesta norteamericana hasta media mañana.

A partir de este momento no es necesario un relato hora por hora, pues los asuntos principales se habían definido durante los acontecimientos de la noche. Nuestro gobierno era unánime en la aprobación de los ataques aéreos de Israel; había diferencia de opiniones en cuanto a las operaciones terrestres de los israelíes. No creía yo que el asunto requería una resolución inmediata pues la respuesta de Israel, si bien agregaba la complicación de una amenaza de guerra por tierra, también aportaba una oportunidad política. Si Israel consideraba que era esencial una acción terrestre, tendría que movilizar. La movilización demoraría por lo menos cuarenta y ocho horas. E Israel no podía darse el lujo de *no* movilizar, porque no podía permitir una victoria siria, fuera cual fuese nuestra última reacción. De este modo lográbamos un respiro —si el rey podía resistir— durante el cual las presiones sobre Siria aumentarían y quizás llegarían al punto en que la crisis se resolvería sin apelar a la guerra. Cuando Siria viera el aumento de las fuerzas israelíes en las Alturas de Golan en el flanco de su empuje hacia Jordania, no podría menos que ponerse sumamente nerviosa. Seguramente Nasser presionaría para poner fin a las operaciones que pronto podrían ponerlo frente al imposible dilema que lo llevó al desastre en 1967: o rompía la solidaridad árabe permaneciendo al margen, o se arriesgaba a otra humillante derrota al intervenir. Y las mismas consideraciones seguramente presionarían a los soviéticos. En suma, la movilización israelí, agregada a nuestros despliegues, podría asustar a todos nuestros adversarios y a la vez dar tiempo para una solución sin llegar a la guerra.

El Consejo Nacional de Seguridad se reunió a las 8:45 del lunes 21 de septiembre. Si bien la discusión se centró principalmente en el asunto práctico de cómo responder a la pregunta israelí acerca de nuestra actitud respecto de las operaciones de superficie, realmente fue otra vez un debate filosófico sobre cómo manejar las crisis. Rogers creía en una escalada muy lenta y moderada, si es que había alguna. Nixon, al igual que yo, creía que éste era el camino más seguro para

que una crisis se volviera inmanejable. Rogers se oponía básicamente a la participación terrestre de Israel por muchas razones, incluyendo el temor de un enfrentamiento con los soviéticos. Nixon y yo sosteníamos que si se deseaba evitar el enfrentamiento con los soviéticos debíamos crear rápidamente un cálculo de riesgos que ellos no estuvieran dispuestos a enfrentar, en lugar de permitirles caer en la tentación de igualar nuestros movimientos graduales. Rogers quería hacer que la última decisión dependiera de si los sirios se movían al sur de Irbíd; en mi opinión la crisis se terminaría sólo con la total retirada de Siria de su «zona liberada» en el norte de Jordania. Nixon finalmente decidió que Sisco podía informar a Israel que los Estados Unidos estaba de acuerdo con la acción terrestre en principio, sujeta a la determinación del rey en una consulta previa a la decisión final.

Yo tenía mis dudas acerca de preguntar a Hussein. Dado que en mi opinión Israel sólo debía intervenir si los jordanos estaban al borde del colapso, no debíamos comprometer la ya precaria situación del rey en el mundo árabe haciéndole preguntas que él no podía permitirse responder. Hussein podía muy bien aceptar lo que él jamás podría pedir. Pero para el inmediato manejo de las crisis eso no tenía importancia. La movilización israelí había ya comenzado con silencio; cuando se agregara a nuestros despliegues, crearía su propia amenaza y realidad.

Si el gobierno de Israel hubiera estado ansioso por atacar, nuestra respuesta calificada podría haber creado dudas que tal vez se hubieran transmitido a nuestros oponentes. Afortunadamente, Israel tenía sus propias evaluaciones estratégicas, que la hicieron movilizar sin esperar una respuesta final, y de ese modo siguió nuestro ritmo preferido. Insaciable en su búsqueda de seguridades, y mostrando una notable cautela, el gobierno de Israel presentó una serie de preguntas sobre la política norteamericana en el caso de hostilidades. La preparación de las respuestas se llevó la mayor parte del día. No fue necesario tomar ninguna decisión acerca de las operaciones terrestres durante ese tiempo. Mientras tanto, dos brigadas israelíes se dirigían a las alturas de Golán, amenazando el flanco de las fuerzas sirias en Jordania.

Durante la mañana se recibió un mensaje del presidente francés Pompidou en el que expresaba su «gran preocupación» sobre la posible intervención norteamericana y urgía a Nixon para que pesara cuidadosamente sus decisiones. El mensaje no era especialmente útil, ni tampoco dejaba de advertir la intención de Francia de separarse de nosotros en medio de una crisis. Sin embargo tenía la indirecta virtud de demostrar que nuestros despliegues estaban siendo advertidos. Lo que preocupaba a París podía también inquietar a Moscú y Damasco.

El resto del lunes 21 de septiembre fue dedicado a reuniones del Grupo de Acción Especial para mejorar nuestra preparación militar y a redactar una respuesta a las preguntas de Israel de modo tal de no darles un veto sobre nuestras relaciones con otros países.

El acontecimiento más importante ocurrió a última hora de ese día. El encargado soviético Yuli Vorontsov visitó a Sisco con una respuesta a nuestro mensaje del día anterior en el que se exigía la inmediata retirada siria. La velocidad de la respuesta —veinticuatro horas, comparadas con las demoras de semanas para responder nuestras quejas sobre las violaciones del cese de fuego— demostraba que el Kremlin estaba realmente preocupado. El tono del mensaje era realmente suave, considerando la amenazadora, casi insolente, apertura de nuestros despliegues. El gobierno soviético señalaba que nosotros parecíamos compartir su preocupación acerca de la cada vez más grave situación en Jordania y que nosotros «también» (sic) considerábamos que la intervención en los asuntos de Jordania de otros estados era inaceptable. Después de haberse así alineado oblicuamente contra la intervención siria, los soviéticos expresaban la «esperanza» —un muy suave término diplomático— de que nosotros también urgiéramos a seguir un curso semejante a Israel. Para no dejar ninguna ambigüedad en el sentido de que estaba presionando a Siria para que se retirara, la nota soviética agregaba: «El gobierno soviético adopta la misma línea en sus contactos con el gobierno de Siria».

Sisco hábilmente completó las premoniciones soviéticas siguiendo nuestra estrategia de crear el máximo temor de una posible acción norteamericana. Cuando Vorontsov le preguntó si Jordania había pedido nuestra ayuda, Sisco replicó que no estaba autorizado a decir nada sobre nuestros mensajes con el rey. Cuando Vorontsov preguntó sobre los propósitos de los movimientos de la Sexta Flota, Joe simplemente tomó nota de la pregunta. En general, encontré que la actitud de Vorontsov era alentadora. Salvo que los soviéticos estuvieran engañándonos, estaban diciendo que presionaban al radicalizado gobierno de Siria para detener la invasión. Y engañarnos mientras nuestra fuerza en el Mediterráneo crecía día a día e Israel se estaba movi-
lizando hubiera sido extremadamente insensato.

Este fue el consenso también de otra reunión del Consejo Nacional de Seguridad a las seis de la tarde. Me limité a informaciones fácticas y concluí diciendo que no se necesitaba una decisión final hasta el día siguiente.

Habían sido unas veinticuatro horas tensas, pero potencialmente decisivas. Lo que comenzó como un inminente colapso jordano comenzaba a revertirse. Esto se debía, sobre todas las cosas, al coraje del rey y su leal ejército. Pero fue también porque nuestros despliegues y seguridad de apoyo material fortalecieron su determinación a la vez que inspiraban dudas y por lo tanto vacilaciones entre sus adversarios. Yo tenía la suficiente confianza como para decir al presidente en dos conversaciones telefónicas antes de que se retirara, que no cancelara un viaje al Mediterráneo que debía comenzar el domingo siguiente, 27 de septiembre: «Si los israelíes no se mueven para el jueves las cosas se aplazarán».

La reunión del Grupo de Acción Especial a las 8:30 de la mañana siguiente, martes 22 de septiembre, recibió buenas noticias. Los jordanos, alentados por nuestros movimientos y por el hecho de que la fuerza aérea siria (a las órdenes de un general llamado Hafez Asad) estaba notablemente fuera del combate, comenzaban a atacar a los tanques sirios alrededor de Irbid desde el aire. El cálculo era que Siria había perdido 120 tanques, de 60 a 90 a manos de los jordanos, el resto debido a desperfectos técnicos. Las fuerzas iraquíes —que habían sido nuestra preocupación original— todavía permanecían inactivas. Egipto nos informó que los soviéticos habían realizado un serio esfuerzo para que Siria reconsiderara su acción en Jordania. Las fuerzas israelíes en las Alturas del Golán continuaban aumentando. Con la situación militar estabilizada, Sisco y yo estuvimos de acuerdo en que debíamos pedir otra vez a Rabin que no se realizara movimiento militar israelí alguno sin consulta previa. Al mismo tiempo, para mantener la presión, aumentamos nuestra disponibilidad aún más. Aviones adicionales, cazas y transportes, fueron enviados a Europa. Todos los comandos unificados fueron puestos en una aumentada alerta de inteligencia. Dos batallones de la 82.º División Aerotransportada fueron puestos en una alerta especial de seis horas.

Mi agenda muestra varias reuniones con el presidente. Una reunión del CNS al mediodía duró sólo media hora y concluyó con una decisión presidencial de enviar un mensaje de aliento y apoyo a Hussein. Básicamente, como le dije al presidente, habíamos llegado al punto en que se había hecho todo lo que era posible; nuestros planes de contingencia estaban básicamente completos para cualquier opción por la que él se decidiera. La máxima presión disponible había sido concentrada; la decisión final dependería de cómo los otros la evaluarán y de sus reacciones.

En el curso de la tarde recibimos dos respuestas, una de Jordania y la otra de Israel. El rey se mostraba ambivalente respecto de los ataques aéreos israelíes y negativo respecto del apoyo terrestre de Israel. Los israelíes a su vez nos informaban que su acción de superficie, si se producía, sería limitada a Jordania (esto es, no atacarían Siria). Israel también quería una mayor clarificación de nuestras intenciones, lo que nos aseguraba que Israel estaba lejos de estar ansiosa por atacar. Los dos mensajes tendían a anularse mutuamente. Pero para ese entonces las opciones finales de Damasco y Moscú dependerían de desarrollos ya ocurridos: nuestros aumentos y la movilización israelí.

Mi optimismo se vio reforzado por una conversación con el encargado soviético. Contrario a mi práctica usual de jamás asistir a recepciones en las embajadas, decidí detenerme en una reunión en la misión egipcia la noche del 22 de septiembre para demostrar que nuestra política no era antiárabe. Vorontsov me detuvo con gran excitación a la vista de muchos otros invitados y me preguntó por qué no habíamos respondido a la nota soviética del día anterior. Le respondí que no había nada que pudiéramos agregar a lo que ya habíamos pedido el domingo: las tropas sirias debían retirarse. Vorontsov preguntó si consideraríamos suficiente si los sirios se detenían donde estaban. Insistí en su regreso a Siria. Vorontsov luego simuló estar preocupado por nuestro bienestar. Jordania, afirmó, no era un interés vital soviético, pero la intervención norteamericana provocaría terribles dificultades a los Estados Unidos en todo el mundo árabe. «En ese caso —repliqué— quédese tranquilo porque de cualquier modo sale ganando.»

Todo esto ocurría en un lugar donde cualquier invitado podía oír, incluyendo los periodistas. Obviamente, Vorontsov estaba ansioso de que su opinión fuera conocida. George Sherman del *Washington Star* escribió al día siguiente:

Vorontsov fue inusualmente honesto respecto del deseo soviético de que terminara la intervención siria.

Dijo que los contactos soviéticos con Siria todavía no han concluido. Y al ser interrogado especialmente incluyó a Siria, así como a Israel y a los Estados Unidos, en la afirmación general de que ellos creen «que no debe haber intervención externa de ninguna especie».

Los diplomáticos soviéticos en todo el mundo estaban haciendo comentarios similares. La pregunta sin responder era si estas presiones tendrían resultado en Damasco antes de que los acontecimientos en Jordania impusieran su propio ritmo.

Al manejar la conclusión de cualquier crisis, el problema es calibrar las presiones para producir el máximo incentivo para el acuerdo sin dar a la otra parte la impresión de que no hay modo de evitar el enfrentamiento. Paradójicamente, tal vez el momento más crítico se produce cuando los oponentes parecen dispuestos al acuerdo; entonces aparece la natural tentación de relajarse y tal vez aliviar el proceso con un gesto de buena voluntad. Esto es casi siempre un error; el momento de la conciliación viene *después* de superada la crisis y de que el acuerdo o el *modus vivendi* ha sido efectivamente alcanzado. Entonces la moderación puede ser atribuida a la generosidad y a la buena voluntad; antes, puede hacer abortar las esperanzadas perspectivas alentando dudas de último momento respecto de si el costo del acuerdo necesita realmente ser pagado. La suspensión de nuestras acciones militares en Corea en 1951, cuando comenzaron las conversaciones para el cese del fuego, casi con toda seguridad prolongaron las negociaciones; en retrospectiva presentaría el mismo argumento respecto a la suspensión de los bombardeos en Vietnam en 1968, si bien entonces yo tenía una opinión diferente.

Esta es la razón por la que el miércoles 23 de septiembre, aun cuando una retirada siria era probable, insistí en aumentar nuestras fuerzas en el Mediterráneo. El 23 de septiembre sería un día crítico. Si las fuerzas sirias no se retiraban —si por ejemplo, simplemente se atrincheraban—, el punto de máxima presión pasaría. Israel intervendría con todas sus consecuencias, o demostraríamos que estábamos engañando. Luego la guerra podría comenzar otra vez —o los sirios mantendrían una «zona liberada» dentro de Jordania, comprometiendo así la supervivencia del rey. Me pareció más prudente fortalecer el peso de la amenaza hasta que supiéramos efectivamente que las fuerzas sirias se habían retirado. Aflojar la tensión ahora seguramente transmitiría la señal equivocada en un momento crítico. Por lo tanto se autorizó a cuatro destructores más para que abandonara a los Estados Unidos en dirección al Mediterráneo; se registró el paso de dos submarinos de ataque a través del Estrecho de Gibraltar el 25 de septiembre y el 29 de septiembre. El planteamiento de contingencias contra la intervención soviética continuó en la reunión del Grupo de Acción Especial por la mañana.

Esta era la esencia del desacuerdo entre Rogers y yo en la reunión del Consejo Nacional de Seguridad más tarde esa mañana. Rogers, con la crisis en vías de solucionarse, súbitamente descubrió que las declaraciones de apoyo a las acciones de Israel que el presidente había aprobado dos días antes en su presencia eran compromisos abiertos y pidió que fueran formalmente revocadas. Me pareció que no era éste el momento para generar una disputa que seguramente se filtraría e inevitablemente provocaría interrogantes acerca de nuestra resolución en las mentes israelíes, soviéticas y sirias. Habría tiempo suficiente de aclarar lo dicho *después* de estar seguros de que los tanques sirios se habían retirado. Además, habíamos indicado el día anterior que no favorecíamos la acción unilateral israelí, y los únicos signos que Israel había mostrado eran de una gran cautela. El presidente apoyaba mi opinión, pero pidió a Sisco que reiterara nuestro pedido a Rabin de no actuar sin consulta. Israel nos dio sus seguridades más tarde ese mismo día sin ninguna calificación.

Mis anotaciones muestran que el presidente y yo nos reunimos cinco veces entre la reunión de las 9:30 del CNS y las 2:50 de la tarde, momento en que recibimos información concreta de que los tanques sirios se estaban retirando de Jordania.

Sólo quedaba el agradable resultado del éxito. Llamé a cada uno de los miembros del Grupo de Acción Especial de Washington y les agradecí su extraordinario apoyo. Estaba especialmente agradecido por la contribución de Joe Sisco. Había sido un eslabón indispensable entre el Departamento de Estado y la Casa Blanca, además de ocuparse de las jugadas diplomáticas con eficiencia y celeridad. El rey Hussein envió su agradecimiento y admiración al presidente. Se organizaron reuniones informativas para el congreso y para la prensa.

Hasta Anatoly Dobrynin apareció otra vez en Washington el jueves 24 de septiembre, como si quisiera subrayar que había vuelto la normalidad. Me vino a visitar el 24 de septiembre, ex-

presando su dolor porque nosotros no habíamos respondido la nota soviética del 21 de septiembre. Yo le repliqué que durante el curso del año cada nota soviética había sido seguida por una acción poco amistosa poco compatible con ella; por lo tanto, simplemente esperamos los acontecimientos. Dobrynin me aseguró que la Unión Soviética no conocía el plan de Siria para invadir Jordania. ¡Debilitó su argumento considerablemente cuando me aseguró que los consejeros soviéticos abandonaron sus unidades sirias antes de que éstas cruzaran la frontera! Dijo agradablemente que el Kremlin estaba ansioso por dejar que lo pasado fuera pasado y quería consultar acerca de asuntos del Medio Oriente. Evadi esto diciendo que lo hablaría con el presidente; mientras tanto podía asegurarle que los Estados Unidos no encararían ninguna acción militar en Jordania salvo que otras fuerzas exteriores intervinieran.

Ese mismo día, también, enviamos el siguiente mensaje a Israel:

De acuerdo a la última información disponible, las fuerzas que invadieron Jordania se han retirado a Siria. Creemos que los pasos que dio Israel contribuyeron en gran medida a la retirada. Agradecemos la rápida y positiva reacción de Israel ante nuestro pedido. Como las circunstancias serán diferentes si hay otro ataque, consideramos que todos los aspectos de nuestras comunicaciones con respecto a esta invasión siria a Jordania ya no tienen aplicación y entendemos que Israel está de acuerdo en ello. Si una nueva situación se produce, tendremos que analizar las cosas de nuevo.

Las fuerzas de la moderación en el Medio Oriente habían sido preservadas. El rey había salido adelante por su propio coraje y decisión. Sin embargo todo ello hubiera sido en vano sin la amistad de los EEUU. Los soviéticos se echaron atrás, aumentando con otro gesto el creciente desencanto árabe con Moscú.

La crisis de Jordania había terminado. Pero el reposo no duraría mucho. A las cuarenta y ocho horas del retiro de los tanques sirios nos enfrentamos a otra crisis —esta vez a causa de una base naval soviética en Cuba.

Capítulo XVI

UN OTOÑO DE CRISIS:

BASE SOVIÉTICA DE SUBMARINOS EN CIENFUEGOS

UN MENSAJE DE MOSCÚ

Durante la mayor parte de aquel crítico otoño de 1970, la Unión Soviética estuvo representada en Washington por un encargado de negocios amable, inteligente, discreto, pero bastante impotente: Yuri M. Vorontsov. El embajador Anatoly Dobrynin había sido llamado para consultas. Me enteré más tarde de que la ausencia de Dobrynin reflejaba a menudo el deseo del Kremlin de que no tuviera lugar ninguna conversación importante, aún en este caso —o quizá especialmente en este caso— de la reunión cumbre con la que estábamos jugando. Vorontsov tenía un rango bastante alto, pero esos diplomáticos soviéticos tienen poca libertad para actuar a discreción; habitualmente transmiten rudamente sus mensajes y después toman cuidadosa nota de la respuesta, limitando la discusión a unas pocas preguntas obvias y no aventurándose a pretender que tienen alguna opinión propia. Así, cuando Vorontsov se mostraba jovial, uno podía estar seguro de que lo hacía siguiendo instrucciones; cuando se mostraba severo, era el Kremlin quien se ponía ceñudo.

A fines de julio, en San Clemente, recibí una llamada de Vorontsov, quien dijo que tenía un mensaje para entregarme lo antes posible después de mi regreso a Washington; supuse que tenía que ver con el asentimiento soviético a la reunión cumbre. Nos reunimos el 4 de agosto en mi oficina de la Casa Blanca, y Vorontsov burbujeaba de jovialidad. No tenía noticias de Moscú sobre una reunión cumbre, de la que sabía que estaba siendo considerada activa y favorablemente; las relaciones entre nuestros países, pensaba él, habían dado un «giro favorable». Lo que venía a transmitir era el deseo de su gobierno de reafirmar el entendimiento entre Kennedy y Khrushchev de 1962 con respecto a Cuba: «Nos agradaría acentuar que en la cuestión cubana nosotros procedemos como antes, según el entendimiento sobre esta cuestión establecido en el pasado, y que esperamos que la parte norteamericana también se adherirá estrictamente a este entendimiento.»

Quedé intrigado, y así lo expresé. No estaba al tanto de ninguna tensión especial sobre Cuba; no estábamos haciendo nada desusado; no había razón obvia por la cual la Unión Soviética pudiera plantear la cuestión. Vorontsov mostróse blandamente tranquilizador. Habían circulado, me dijo, artículos periodísticos sobre aviones norteamericanos para fortalecer la base naval de Guantánamo y sobre supuestas actividades militares rusas en Cuba. Además me leyó una nota sobre actividades subversivas contra Cuba realizadas por exiliados que operaban desde Florida. Pregunté en qué forma deseaba Moscú confirmar el entendimiento de 1962 y qué pensaba Vorontsov que era el entendimiento. Él dijo que bastaría una declaración verbal mía, y explicó que el entendimiento consistía en que nosotros no invadiríamos Cuba con fuerzas militares. Dije que tendría que discutir la cuestión con el presidente y que le avisaría.

Inmediatamente pedí al Departamento de Estado sus antecedentes e interpretaciones del entendimiento de 1962. Alex Johnson me envió resúmenes de la correspondencia Kennedy-Khrushchev y un sumario de las posteriores negociaciones entre John McCloy y Vasily Kuznetsov sobre los acuerdos bajo los cuales fueron retirados los misiles y los bombarderos soviéticos. Surgió de allí que no había ningún entendimiento formal en el sentido de un acuerdo,

fuera oral o escrito. Sin embargo, los intercambios de notas eran suficientemente largos y detallados para constituirse en tranquilidades para ambas partes, como se lo describí al presidente:

Los diálogos Kennedy-Khrushchev indican claramente que hubo un entendimiento implícito de que nosotros accederíamos a proporcionar las seguridades contra una invasión de Cuba si la Unión Soviética retiraba de Cuba sus misiles ofensivos bajo observación de la ONU y aceptaba, con las salvaguardias razonables, detener la reintroducción en Cuba de sistemas de armas similares. Sin embargo, el acuerdo nunca fue explícitamente completado porque los soviéticos no accedieron a un sistema aceptable de verificación (a causa de la oposición de Castro) y nosotros nunca hicimos una promesa formal de no invadir. Las negociaciones entre McCloy y Kuznetsov, que estuvieron diseñadas para elaborar medios satisfactorios de formalizar el «entendimiento» Kennedy-Khrushchev, finalmente terminaron en un fiasco.

El «entendimiento» que tenemos con los soviéticos, por lo tanto, es implícito y nunca fue formalmente concluido. En realidad, los soviéticos retiraron sus misiles y no existe evidencia de que hayan vuelto a introducirlos; y nosotros, es claro, no hemos invadido Cuba.

Estados Unidos, también, hizo pública su posición que nunca fue discutida. La cuestión de una base naval o de submarinos ha surgido sólo fugazmente. John McCloy planteó el tema con Kuznetsov el 5 de noviembre de 1962, declarando que Estados Unidos objetaba el establecimiento de *cualquier* base militar soviética en Cuba. Kuznetsov dijo que comprendía.

Cuba era para Nixon un problema neurálgico. Cuando disputó la presidencia en 1960, ello surgió en los famosos debates con Kennedy por la televisión. Pocos días antes del debate del 21 de octubre de 1960, Kennedy abogó por la intervención de fuerzas norteamericanas para derribar a Fidel Castro; en aquellos días, una posición fuerte no era considerada incompatible con una filosofía política liberal. Nixon, quien estaba al tanto de los planes de lo que resultó la abortada invasión de Bahía de los Cochinos, sintióse obligado a desaprobar la propuesta. Si su propósito era proteger los planes secretos, como declaró, o afirmar su propia capacidad de estadista en contraste con la «inexperiencia» de Kennedy, más tarde se convenció a sí mismo de que su patriótica discreción había contribuido a su derrota. En sus memorias, Nixon relató con cierta amargura: «En aquel debate, Kennedy transmitió la imagen —a 60 millones de personas— de que él era más duro que yo hacia Castro y el comunismo» (1). Nixon estaba decidido a que nadie pudiera volver a hacer esta acusación.

Nixon tampoco terminó con Cuba en 1960. En 1962, cuando luchaba por la gobernación de California, la crisis de los misiles cubanos dominó las tres últimas semanas de la campaña, periodo que Nixon siempre consideró crucial para el resultado. Aunque él ya había quedado rezagado para entonces, estaba convencido de que la crisis le había privado de la oportunidad de recuperarse. Nunca dejó de creer que Kennedy había cronometrado la demostración de fuerza para aumentar las posibilidades demócratas en las elecciones de mitad de periodo. Para Nixon, la coincidencia de Cuba con una campaña electoral desencadenaba oleadas de presentimientos. En su opinión, nada debía evitarse más que una crisis cubana en un año de elecciones legislativas.

Pero a mediados de agosto de 1970, nada estaba más lejano de nuestros pensamientos. Nixon y yo hasta especulamos que el mensaje transmitido por Vorontsov podía ser una muestra de buena voluntad soviética a fin de mejorar la atmósfera para una reunión cumbre en otoño. Nuestra complacencia se reflejó en nuestra reacción a un informe del FBI que, como por casualidad, nos llegó el 5 de agosto; en él se afirmaba que dos barcos contratados por exiliados cubanos de Miami tratarían de hundir un buque tanque soviético que viajaba hacia Cuba. Nixon, quien habitualmente simpatizaba con los exiliados cubanos, vino inmediatamente en que nosotros debíamos destinar dos unidades de la Guardia Costera para seguir al buque tanque y protegerlo de ser necesario; un ataque a un buque tanque soviético habría sido difícil de explicar a Moscú después de su mensaje. Resultó que el ataque nunca se materializó. No teníamos otra razón especial de preocupación. El avión de reconocimiento U-2 que realizaba periódicas misiones de reconocimiento había notado un incremento de actividad soviética dentro y en los alrededores de Cuba. Pero nada se había detectado que pudiera indicar una violación del «entendimiento».

El 7 de agosto di a Vorontsov nuestra respuesta. La misma señalaba con satisfacción las seguridades del gobierno soviético de que los entendimientos de 1962 seguían en pleno vigor. Definíamos los entendimientos como que prohibían el emplazamiento de cualquier arma ofensiva de cualquier clase o cualquier sistema de lanzamiento ofensivo en territorio cubano. Reafirmábamos que, en retribución, nosotros no usaríamos la fuerza militar para producir un cambio en la estructura gubernamental de Cuba. Yo añadía, como una observación «personal», que habían habido vuelos de reconocimiento soviéticos frente a nuestra Costa Este por bombarderos transformados que usaban Cuba como destino final. En nuestra opinión esto acercábase a los límites exteriores del entendimiento. Reducir esos vuelos a un mínimo absoluto seguramente ayudaría a nuestra relación; ello sería notado, de manera similar, si se ejercía la mayor contención con respecto a las operaciones navales soviéticas en el Caribe.

Vorontsov expresó su aprecio por el buen espíritu con que yo había hecho esas observaciones; estaba seguro de que el Kremlin se sentiría feliz de recibir nuestra confirmación de los entendimientos de 1962. Repitió su anterior impresión de que nuestras relaciones habían tomado un claro giro para mejorar.

A la luz de los acontecimientos, es difícil imaginar lo que Vorontsov o sus amos pudieron haber estado pensando. En política exterior, las artimañas toscas llevan casi siempre a la derrota. Aún en una percepción maquiavélica de las relaciones internacionales, la pérdida de confianza resultante necesita ser equilibrada por algún beneficio decisivo. Y las transformaciones decisivas son difíciles de producir. Ciertamente, lo que los soviéticos estaban haciendo en Cuba a fines del verano de 1970 involucraba riesgos que estaban fuera de proporción con las probables ganancias.

UNA FLOTILLA RUMBO A CIENFUEGOS

En la costa sur de Cuba hay un puerto llamado Cienfuegos. A su rada sólo puede llegarse por un único canal que lleva a una bahía salpicada por una cantidad de islas pequeñas y rodeada de empinados acantilados. En una de esas islas, llamada Cayo Alcatraz, un avión U-2 fotografió el 26 de agosto nuevas actividades de construcción que no habían sido evidentes durante un vuelo de once días atrás. Parecía que venía desarrollándose desde hacía varios días: todo lo que podía identificarse definitivamente eran obras en un muelle y en algunas nuevas baracas. En sí mismo, ello no era desusado. Lo que le daba algo más que una importancia pasajera era otra información de inteligencia: una flotilla de barcos soviéticos navegaba rumbo a Cuba; consistía de un submarino pequeño, un crucero con misiles teleguiados, un destructor con misiles teleguiados, un remolcador de salvamento oceánico, un buque pesado de salvamento, un mercante tanque y un navío anfibio de desembarco que llevaba dos barcasas de veinticuatro metros. El submarino pequeño y las barcasas eran del tipo usado normalmente para prestar servicios a submarinos nucleares. La composición de esta fuerza de tareas era tan sin precedentes que parecía que se trataba de algo más que una visita de cortesía. Súbitamente, una sucesión de hechos ocurridos durante buena parte del año empezaron a adquirir un nuevo significado.

Castro consideró la conducta de Khrushchev en la crisis de los misiles como una rendición abyecta. Las relaciones entre Moscú y La Habana deterioráronse dramáticamente. En 1967, Castro fue tan lejos que atacó públicamente a los soviéticos por no haber prestado ayuda efectiva a sus amigos árabes durante la Guerra de los Seis Días. Se resistió a los esfuerzos soviéticos para eliminar a los chinos del movimiento comunista y continuó su política radical de «exportar la revolución» a América Latina sin ayuda soviética. Kosygin se reunió con Castro en 1967, pero en ese mes de noviembre, en la época del quincuagésimo aniversario de la revolución soviética, los cubanos virtualmente boicotearon las festividades de Moscú enviando una delegación de bajo nivel que partió casi inmediatamente sin haber sido recibida por ningún dirigente soviético prominente. Sin embargo, las relaciones empezaron a mejorar después de la muerte del Che Guevara en octubre de 1967. En la primavera de 1968 se firmó un nuevo acuerdo comercial, incluyendo un crédito soviético de más de 300 millones de dólares. En agosto de 1968 Cuba apoyó la invasión a Checoslovaquia, aunque tardíamente y con reservas. A comienzos de 1969 los soviéticos reiniciaron embarques regulares de asistencia militar por primera vez en un año; también refinanciaron el déficit comercial cubano con la URSS. Para la época de la Conferencia de Partidos Comunistas de junio de 1969, el delegado cubano dijo grandilocuente-

mente que La Habana apoyaría a Moscú en caso de una «provocación o agresión contra el pueblo soviético, venga de donde venga». Fue la primera vez que Cuba se puso del lado ruso en la disputa chino-soviética.

El mes siguiente, julio de 1969, los soviéticos realizaron su primera visita naval a Cuba. Siete barcos, incluyendo dos submarinos de ataque propulsado a diesel y uno nuclear, hicieron una visita a un puerto y después realizaron algunas maniobras en el Golfo de México; la fuerza naval dejó la zona después de visitar Martinica y Barbados. Simultáneamente, un nuevo submarino soviético de clase Y con misiles balísticos empezó su primer patrullamiento en el Atlántico Norte.

En noviembre de 1969, las relaciones cubano-soviéticas en el campo militar avanzaron un paso más. El ministro de defensa soviético, mariscal Andrei Grechko, realizó una muy aireada visita a Cuba, acompañado por el jefe delegado del estado mayor naval soviético. Después del acontecimiento, parece probable que fue esta visita la que condujo a los hechos que voy a describir. En los meses que siguieron a la visita, en todo caso, la actividad militar soviética dentro y alrededor de Cuba aumentó gradualmente, casi con seguridad para que nosotros nos acostumbráramos a una presencia naval soviética en el Caribe. En abril de 1970, el ministro de defensa cubano, Raúl Castro, retribuyó la visita de Grechko con una estada de cinco semanas en la Unión Soviética, donde se reunió con Leonid Brezhnev. El 22 de abril, en un discurso para el Día de Lenin, Fidel Castro proclamó su disposición a establecer vínculos militares más estrechos con la Unión Soviética. Poco después, aviones de reconocimiento de largo alcance empezaron a volar desde el norte de la URSS a Cuba; los mismos eran bombarderos a reacción Tu-95 equipados con cúpulas electrónicas claramente visibles. Tres vuelos separados precedieron la segunda visita de una fuerza de tareas soviética, que tuvo lugar en abril, en vísperas de un importante ejercicio naval soviético («Okean») en el Atlántico Norte. Esta vez, llegaron siete barcos para una visita de dos semanas a Cienfuegos. Los mismos incluían un submarino común y uno de propulsión nuclear de clase E-II, armado con misiles de corto alcance diseñados para usarlos contra embarcaciones.

Ni la CIA ni el Departamento de Defensa agitaron banderas en la ocasión, pero el ritmo creciente de esta actividad aérea y naval soviética me preocupó lo suficiente para informar al presidente el 1 de junio de 1970:

Si bien las visitas navales soviéticas pueden ser parte de la tendencia general de años recientes a aumentar la actividad naval soviética aún más lejos de los puertos domésticos soviéticos, también pueden ser un esfuerzo para «acostumbrar» a Washington a un mayor uso de Cuba por los soviéticos, por medio del gradual establecimiento del precedente de visitas navales y de la presencia de una flota soviética activa y de unidades aéreas. Es concebible que los soviéticos quieran mantener unidades navales soviéticas en el Caribe y Atlántico Sur sobre una base más o menos permanente, reabasteciéndose de combustible y otros suministros en Cuba... Sería importante mantener vigilancia sobre esta situación.

Más adelante, en junio, el experto en asuntos latinoamericanos de mi equipo del CNS, Viron P. (Pete) Vaky me llamó la atención sobre un estudio de la CIA que sugería que los soviéticos podrían intentar, si bien cautelosamente, establecer una nueva facilidad en Cuba, como una instalación para servir a barcos o a aviones de reconocimiento.

Éste era el telón de fondo contra el cual observábamos llegar la flotilla soviética a Cienfuegos, el 9 de septiembre. Al día siguiente se le unió el tanque mercante. Se ordenaron vuelos diarios de aviones U-2 a iniciarse en el primer día despejado, que resultó el 14 de septiembre.

En este punto, la preocupación de la Administración era mucho más la flotilla que las nuevas instalaciones costeras. En un gesto inusual. Mel Laird había invitado el 2 de septiembre a los reporteros del Pentágono a tomar café en su comedor privado, para una conferencia de prensa improvisada. Laird tocó una cantidad de temas, incluido Medio Oriente. Sin embargo, fueron sus comentarios sobre Cuba los que ocuparon los titulares. Laird llamó la atención sobre los cinco barcos soviéticos que navegaban hacia el Caribe, diciendo que las noticias sobre ellos debían hacerse públicas porque había «pruebas de que la "fuerza de tareas" soviética tenía armas capaces de llegar a Estados Unidos». Pero, añadió, «yo no veo una crisis» porque Norteamérica tiene «suficiente poderío nuclear para disuadir a un atacante» (2). Sin embargo, la historia recibió

de la prensa muy poca atención sostenida. Cuba quedaba muy desplazada por las violaciones del cese de fuego a lo largo del Canal de Suez y la creciente crisis en Jordania, lo cual pudo haber sido una razón por la que los soviéticos estuvieran tan poco ansiosos de ayudar a tranquilizar Medio Oriente. Una muestra de los tiempos que corrían fue que, mientras Jordania ardía y los soviéticos construían una base de submarinos en Cuba, el Senado debatía el programa ABM a partir de la premisa de que los despliegues estratégicos norteamericanos resultaban de alguna manera provocativos.

La reacción cubana a nuestros vuelos diarios de aviones U-2 indicó que estaba sucediendo algo inusual. Nuestro primer vuelo, el 14 de septiembre, debió ser interrumpido porque cazas MIG empezaron a seguirlo. Otro vuelo alrededor de la periferia de la isla también fue interceptado y la misión debió terminar. El 15 de septiembre, un avión antisubmarino de la marina norteamericana fue interceptado y seguido durante cien kilómetros mientras los MIG hacían varias pasadas rasantes. Yo me preocupé lo suficiente para advertir a la Unión Soviética, el 16 de septiembre, que submarinos portadores de misiles o de armas nucleares operando desde Cuba, o el prestarles servicios allí, tendría graves consecuencias. Usé como vehículo unas declaraciones a la prensa en Chicago. Como todavía no teníamos ninguna evidencia concreta de una política establecida, me detuve antes de hacer una acusación directa en el sentido de que los soviéticos estaban efectivamente haciendo esas cosas. Pareció mejor dejarles abierta una línea de retirada.

Pero resultó que, ese mismo día, un U-2 estaba recogiendo evidencias concluyentes. Lo que mostró la fotografía fue que, en menos de tres semanas, la Unión Soviética se había apresurado a terminar una instalación costera bastante importante. Dos nuevas barracas y edificios administrativos se irguieron súbitamente en Cayo Alcatraz, que sólo un mes atrás estaba desierta. Rápidamente se construyeron instalaciones de recreo incluidas una cancha de baloncesto y otra de fútbol. Esto dejó en mis ojos la indeleble impresión de que se trataba de una base rusa, puesto que, como viejo aficionado al fútbol, yo sabía que los cubanos no practican ese juego. Aún más importante, el submarino de carga estaba amarrado como si fuera en forma permanente, a cuatro boyas en la bahía. Junto al submarino había dos barcasas de apoyo, que habían sido desembarcadas del buque de desembarco. El submarino de carga estaba así en posición de prestar servicios a submarinos nucleares. Redes antisubmarinas guardaban la entrada del puerto. En tierra firme, a pocos kilómetros de la ciudad de Cienfuegos, había surgido un nuevo muelle, un depósito para almacenar combustible, y las primeras etapas de una importante instalación de comunicaciones, indudablemente el vínculo radial con Moscú, custodiada por misiles antiaéreos y radar de vigilancia. Lo que veíamos, en resumen, tenía todas las características de una base naval soviética permanente.

Reuní la información para Nixon en un memorándum del 18 de septiembre, junto con una recapitulación de mis diálogos con Vorontsov. Concluía:

Las placas fotográficas de hoy confirman que pese a lo conversado entre Vorontsov y yo, los soviéticos han procedido precipitadamente a establecer una instalación en la Bahía de Cienfuegos, probablemente destinada a servir de base a submarinos en el Caribe. Debido a la gravedad de esta situación, he pedido a la CIA que me provea de un análisis a las 12:30 de hoy, hora en que evaluaremos cuidadosamente todo el alcance de la evidencia fotográfica que tenemos ahora, en un esfuerzo para determinar con mayor precisión todo el alcance de la actividad soviética en Cuba. También he iniciado, con carácter urgente, un análisis detallado de las derivaciones estratégicas de esta situación.

El análisis de inteligencia que recibí más avanzado el día llegaba a la conclusión de que los soviéticos estaban «estableciendo una instalación de apoyo (en Cienfuegos) a operaciones navales en el Caribe y el Atlántico». Añadía ominosamente que «unidades navales soviéticas, incluyendo submarinos de propulsión nuclear, pronto podrían estar operando regularmente con base en el puerto cubano de Cienfuegos». Nuestros expertos navales señalaron que una instalación permanente en Cuba reduciría notablemente el tiempo que perdían los submarinos soviéticos en hacer largas travesías hasta áreas de operación en el Atlántico. El resultado sería incrementar en aproximadamente un tercio el tiempo que los submarinos soviéticos portadores de misiles nucleares podían permanecer en posiciones de tiro apuntando a Estados Unidos, o incrementar, también aproximadamente en un tercio, la cantidad de submarinos apostados

en cualquier momento dado. Esto habría sido un salto enorme en la capacidad estratégica de la Unión Soviética contra Estados Unidos.

ACCIÓN PERENTORIA

Las pruebas de la existencia de la base naval soviética en Cuba nos llegaban mientras estábamos negociando la liberación de rehenes retenidos en Amman, mientras las tropas de Hussein avanzaban lentamente contra los fedayines, mientras las fuerzas norteamericanas eran llevadas precipitadamente al Mediterráneo o movilizadas, mientras continuaban las violaciones al cese de fuego a lo largo del Canal de Suez, y mientras tratábamos de elaborar una respuesta a la pluralidad de Allende en Chile. Enfrentábamos esa pesadilla de los hacedores de política: crisis simultáneas en partes del globo muy separadas.

La reacción de los altos funcionarios reflejaba eso. El Secretario de Estado Rogers me dijo, el 18 de septiembre, día en que los informes de inteligencia sobre Cienfuegos fueron confirmados en Washington, que debíamos cuidarnos de la «tensión de alto nivel». Quería él que cualquier documento de trabajo fuera restringido al mínimo a fin de «no crear una crisis en la mente del público». El asunto clave, es claro, no era si había una crisis en la mente del público, sino si existía una crisis objetivamente y si nosotros podíamos aceptar una base naval soviética permanente en Cuba, cualquiera que fuera su importancia militar inmediata, en medio del despacho de tropas soviéticas a Egipto. Dije a Rogers que pediría para el día siguiente una reunión restringida del WSAG (Grupo de acciones especiales de Washington) a fin de tener una oportunidad para ordenar nuestras ideas y reunir cualquier información de inteligencia adicional que pudiéramos obtener.

El WSAG se reunió, como estaba programado, el 19 de septiembre, coincidiendo con la disminución del fuego en Jordania, inmediatamente antes de la invasión siria. Debido a que la información sobre Cienfuegos había sido restringida, no hubo una verdadera preparación de equipo. Por lo tanto, las opiniones giraron en estilo de conversación, más o menos al azar. No hubo disputa acerca de los hechos: todos coincidieron en que una base capaz de servir a submarinos nucleares estaba siendo construida y que los soviéticos estaban tratando de burlar el entendimiento Kennedy-Krushchev al ubicar la mayoría de las instalaciones apartadas de la costa. Hubo cierta discusión sobre si las actividades soviéticas violaban el «entendimiento»; yo recordé al grupo que en 1962, el presidente Kennedy había reaccionado no porque el despliegue de misiles soviéticos hubiera sido «ilegal» —en realidad, era técnicamente «legal»— sino porque él consideraba que constituía una amenaza a la seguridad de Estados Unidos. El grupo trató entonces de medir con precisión el grado en que una base plenamente operativa afectaría el equilibrio estratégico (un tema que también fue debatido durante la crisis de los misiles de 1962).

Estas reacciones reflejaban la dificultad que tienen los norteamericanos para manejarse con la estrategia soviética de ambigüedad. Evidentemente, nos encontrábamos ante una nueva instalación naval. Había sido construida clandestinamente en menos de tres semanas. Aun si no se añadían nuevas instalaciones, la ya construida aumentaría la capacidad soviética de mantener submarinos portadores de misiles balísticos en posiciones de combate. Si era ampliada, podría duplicar efectivamente la fuerza de misiles soviéticos con base en submarinos apuntada contra nosotros. Si los soviéticos procedían en la forma que les era habitual, los primeros despliegues, de no encontrar resistencia, serían seguidos por un rápido aumento adicional. La experiencia de la acumulación de misiles a lo largo del Canal de Suez sería repetida, esta vez en contra de nosotros. Pero nuestro gobierno todavía no podía estar muy seguro de lo que se traían entre manos los soviéticos, y así vacilábamos acerca de nuestra respuesta. Como tanto el presidente como el Secretario de Estado deseaban evitar una atmósfera de crisis hasta tanto no hubiéramos fijado nuestro curso de acción, pedí a cada agencia representada en el WSAG que presentara sus evaluaciones y recomendaciones el 21 de septiembre, sobre una base muy restringida. El Departamento de Estado, en particular, tendría que solicitar las opiniones del embajador Llewellyn Thompson, entonces nuestro principal experto en cuestiones soviéticas.

Llewellyn Thompson respondió que la jugada soviética era en alto grado simbólica; era un síntoma del complejo de inferioridad de ellos. Pese a toda la invectiva ideológica, nosotros éramos el modelo de gran potencia que la Unión Soviética trataba de emular, yendo rezagada unos quince años en su evolución. En otras palabras, sugería Thompson, ahora los soviéticos

estaban desarrollando bases navales de ultramar en imitación de nuestros empeños de una década y media atrás. El remedio que el Departamento de Estado proponía era una conversación tranquila entre Rogers y Gromyko en Nueva York, cuando se encontraran normalmente en la Asamblea General de las Naciones Unidas, a realizarse dentro de un mes. Rogers podría entonces transmitir nuestra preocupación. Thompson no ofreció ninguna sugerencia sobre lo que deberíamos hacer si Gromyko se mantenía inmovible, como sucedería casi con seguridad.

La estimación del Departamento de Defensa y el Estado Mayor Conjunto era diametralmente opuesta. Consideraban ellos que una base de submarinos en Cienfuegos constituía una amenaza estratégica a Estados Unidos; en opinión de ellos, eso permitiría a los submarinos soviéticos extender su tiempo operacional en el mar y aumentaría la capacidad de la flota submarina soviética para operar en el Golfo de México, exponiendo así áreas adicionales de Estados Unidos a un ataque con misiles balísticos. El Departamento de Defensa y el Estado Mayor Conjunto explicaban en términos técnicos la forma en que operaría una base semejante. Naturalmente, recomendaban la eliminación de la base, pero como en tantos documentos militares de planificación, dejaban a la cúpula política la tarea de imaginar cómo alcanzar un objetivo tan amplio. Un paso propuesto era demorar el retiro de algunos de nuestros buques de guerra más antiguos; quedaba a la imaginación determinar cómo esto indicaría nuestra resolución o alejaría a los soviéticos de Cuba. Otra sensata sugerencia, seis semanas después de Camboya, era llamar a las reservas.

Yo veía la jugada soviética más allá de sus derivaciones militares; era una parte de un proceso de tanteos que se desarrollaba en partes diferentes del mundo. El Kremlin, quizás había adquirido más audacia cuando nosotros reaccionamos al envío de tropas de combate a Medio Oriente presionando a Israel para que aceptara un cese de fuego. Yo prefería intensamente enfrentar inmediatamente el desafío para que los soviéticos no interpretaran mal nuestra complacencia y escalaran sus despliegues hasta un punto en que solamente una gran crisis habría podido eliminar la base. Me opuse a procedimientos que implicaran pérdida de tiempo, como esperar la conversación Rogers-Gromyko dentro de un mes. Los soviéticos sabían que nosotros estábamos fotografiando Cienfuegos casi diariamente; si no hacíamos nada, tenían que suponer que estábamos consintiendo. Si después, súbitamente, los enfrentábamos, podrían verse sin espacio para maniobrar; la crisis consiguiente podría muy bien agudizarse por la creencia de ellos en que les habíamos preparado una trampa para someterlos a una gran humillación. Además, estábamos esperando una inminente respuesta a nuestra sugerencia de una reunión cumbre. Si la respuesta soviética era positiva, nos veríamos ante obstáculos adicionales al confrontarlos, y si así lo hacíamos, tendríamos que hacerlo abruptamente y a un nivel en que se pondría en juego el prestigio de los líderes de ambas partes, tornándose aún más difícil contener la crisis.

Sin embargo, el hecho de que la mayor parte del equipo fuera naval, indicaba, para mí, que los soviéticos se habían reservado una salida. Si los desafiábamos, se encresparían; hasta podrían regatear; pero si se lo permitíamos, se retirarían. No era fácil convencer al presidente de esta estrategia; en realidad, nunca lo conseguí. El enfrentamiento final fue desencadenado por un accidente.

Una potencial crisis cubana durante una elección tocaba un nervio desnudo en Nixon. Para cualquiera que lo conociera, era imposible que él tolerara la instalación de una base en Cuba por cualquier periodo de tiempo. Demasiado de su vida política había estado vinculado con adoptar una posición dura sobre este asunto; su amistad con Charles «Bebe» Rebozo, quien odiaba a Castro con feroz pasión latina, garantizaba que él estaría expuesto constantemente a argumentos para que adoptara una línea dura; jamás querría aparecer como débil ante su viejo amigo. Más tarde o más temprano devolvería el golpe, y entonces no descansaría hasta haber logrado su objetivo. Pero ahora nos encontrábamos en medio de la crisis jordana; los tanques sirios acababan de entrar en Jordania; según todo lo que Nixon sabía, esa crisis podría desencadenar un enfrentamiento perentorio con la Unión Soviética. El presidente se concentró en la amenaza más inmediata. Y Nixon habíase convencido a sí mismo de que mientras Vietnam provocaba ataques de la prensa y del Congreso a la credibilidad presidencial, una nueva crisis cubana de misiles en un año de elecciones generaría un cinismo público masivo. Por último, Nixon tenía programado partir el 27 de septiembre para su viaje al Mediterráneo, en el que había puesto su corazón, esperando con impaciencia una demostración de poder de fuego a cargo de la Sexta Flota. No veía cómo podría abandonar el país si estábamos en medio de una crisis cubana.

Por todas estas razones, la estrategia preferida de Nixon era enfrentar a los soviéticos inmediatamente después de las elecciones. Aceptó mi análisis, pero por un período intermedio eligió la política de Rogers de postergación tranquilizadora.

Es cierto que su reacción inicial a mi memorándum que resumía los resultados de la misión del U-2 del 16 de septiembre pareció terminante. Su nota manuscrita decía:

Quiero un informe, muy urgente, sobre: 1.º, Qué puede hacer la CIA para apoyar cualquier clase de acción que irrite a Castro; 2.º, Qué acciones que no hayamos emprendido ya podemos emprender para boicotear a las naciones que comercian con Castro; 3.º, Lo más importante, qué acciones, encubiertas o no, podemos emprender para instalar misiles en Turquía (o una base en el Mar Negro), cualquier cosa que nos dé algo para negociar.

Pero bajo un examen más atento, todas esas opciones significarían pérdida de tiempo. El hostigamiento a Castro había sido ensayado y había fracasado en los años sesenta; llevaría meses organizarlo; «irritar» a Castro no tendría ningún efecto sobre la base soviética. Apretar el boicót a Cuba sería aún más lento; iría en contra de la tendencia prevaleciente en las políticas de nuestros aliados y tampoco tendría un efecto importante a corto plazo. Poner misiles en Turquía, de donde habían sido retirados como resultado de la crisis de los misiles cubanos, difícilmente sería factible con rapidez. Y si lo conseguíamos, serían fuertemente afectadas nuestras relaciones con Turquía cuando los turcos se enteraran de que los usábamos solamente como «algo para negociar».

El 19 de septiembre, cuando informé a Nixon de los resultados de la reunión del WSAG, él me ordenó que tranquilizara todo el asunto. No quería, dijo, ningún «senador payaso» pidiendo un bloqueo cubano en medio de unas elecciones (como hicieron los senadores republicanos en 1962). Nos encontrábamos en una posición anómala. El presidente se encaminaba hacia una confrontación, pero su deseo de demorar el enfrentamiento dos meses aumentaba grandemente los riesgos.

Cada vez que fracasaba la persuasión personal, yo apelaba a Haldeman, quien transmitía los pensamientos de uno en forma fiel y literal, sin injertar sus propios puntos de vista. Era riesgoso apelar a Haldeman puesto que era probable que él interpretara cualquier preocupación intensa como un síntoma de inestabilidad emocional; tenía una fe incommovible en que no había dificultad que no pudiera ser rectificada por medio de buenas relaciones públicas. Pero era seguro que comunicaría mi inquietud a Nixon, aunque la tratara como fruto de mi sobreexcitación. Dije a Haldeman que el presidente no estaba enfocando el asunto real. Si había una crisis en noviembre o diciembre, tendríamos gran dificultad para explicar por qué no habíamos hecho nada en septiembre; los soviéticos podrían sacar conclusiones equivocadas de los simultáneos preparativos para la reunión cumbre y dar pasos que hicieran que la situación se descontrolara.

La reunión del CNS del 23 de septiembre ayudó a concentrar las mentes de los altos funcionarios. Parte de la información de inteligencia presentada indicaba que teníamos algo de tiempo; otra parte intensificaba la sensación de urgencia. Del lado tranquilizador estaba la convicción de Helms de que si los soviéticos tenían intenciones de que submarinos portadores de misiles balísticos tuvieran en Cuba una base permanente, necesitarían equipo pesado adicional, especialmente grandes grúas. Este equipo todavía no estaba en Cienfuegos. Además, no teníamos noticias de que hubiera ningún submarino con misiles en el área. Por la otra parte, teníamos otras informaciones de inteligencia que sugerían que a bordo de uno de los barcos podría haber armas nucleares. De todos modos, el presidente decidió proceder siguiendo los planteamientos que él ya me había indicado en privado. Pidió planes de contingencia para el minado de Cienfuegos, el bloqueo a Cuba, el seguimiento de buques soviéticos y el levantamiento de todas las restricciones impuestas a la comunidad de exiliados cubanos, a ser realizados en algún momento en el futuro. En el intervalo, ordenó una posición pública muy moderada, limitada simplemente a señalar que estábamos al tanto de lo que sucedía y que nos manteníamos vigilantes. Mel Laird señaló que eso no daría resultado: demasiadas personas sabían lo que estaba pasando; la historia trascendería.

Debe recordarse que en el momento de la reunión del CNS del 23 de septiembre nosotros aún ignorábamos que los tanques sirios habían dado media vuelta y que la invasión a Jordania

había terminado. La demora del presidente era, por lo tanto, comprensible. No obstante, yo me sentía extremadamente inquieto. Pensaba que la política propuesta tenía probabilidades de tentar a los soviéticos a escalar sus actividades en el Caribe; no veía cómo podríamos pasar de una posición moderada en septiembre a una confrontación en noviembre si las instalaciones existentes seguían igual, o cómo explicaríamos una acción perentoria si los soviéticos practicaban una expansión lenta y gradual. Si mientras tanto los soviéticos aceptaban nuestra propuesta de una reunión cumbre, el problema se tornaría casi imposible de manejar. En pocas palabras, mientras más esperásemos, más difíciles serían las decisiones, tanto para nosotros como para los soviéticos, cuando nosotros los desafiáramos, y más difícil resultaría contener la inevitable crisis.

Convoqué a una reunión restringida del WSAG en la Sala de Situación, el 24 de septiembre (un día después de que los tanques sirios dieron media vuelta) para llevar a cabo las decisiones del presidente sobre Cuba, aunque estaba en desacuerdo con ellas. La discusión trató enteramente de lo que se diría a la prensa si las construcciones en Cienfuegos tomaban estado público mientras el presidente se encontraba en Europa. Se decidió que si se presentaba el tema, Defensa expondría los hechos descarnadamente pero no haría comentarios; el Departamento de Estado expresaría la opinión de que la introducción de armas ofensivas sería vista con preocupación; y la Casa Blanca limitaría a declarar que el presidente había sido informado y que seguía la marcha de los acontecimientos. A los funcionarios de prensa departamentales se les dio una detallada descripción de los hechos; estaba destinada a servirles de orientación, no a usarla en declaraciones a la prensa. Estábamos en camino de poner en marcha la decisión del presidente cuando la misma pasó a ser irrelevante a causa de un enredo burocrático de proporciones monumentales.

Primero, Dobrynin regresó a Washington después de su ausencia de siete semanas. Exultante de buena voluntad, quejándose en broma de que yo había roto mi promesa de no organizar una crisis en su ausencia (se refería a Jordania), llamó la tarde del 24 de septiembre para decir que tenía un mensaje concerniente a Jordania y a la reunión cumbre, con instrucciones de entregarlo personalmente al presidente. Informé de esto a Nixon, quien no estaba deseoso de ver a Dobrynin. Temía que los soviéticos estuvieran rechazando la reunión cumbre y no deseaba recibir personalmente una negativa. Le dije que probablemente los soviéticos no lo rechazaran a él sino que trataran de demorar la reunión cumbre hasta 1971. Sin embargo, ambos conyinimos en que haber tenido esperando al presidente seis semanas la respuesta a una reunión cumbre propuesta en agosto para octubre, era un acto de descortesía que no merecía una audiencia personal. Tampoco quería Nixon ver a Dobrynin sin mencionar Cuba, y no veía manera de discutir sobre Cienfuegos sin desencadenar una crisis no deseada o dejar la impresión de que consentíamos. Finalmente se decidió que yo recibiría el mensaje de Dobrynin; era la mejor señal de frialdad que podíamos dar a los soviéticos. Cuando se lo dije, Dobrynin fingió que tendría que consultar con Moscú.

Por fin Dobrynin y yo nos reunimos como era habitual en la Sala de Mapas de la Casa Blanca a las 10 de la mañana del viernes 25 de septiembre. Yo me adelanté a descartar una discusión general, aduciendo presiones de tiempo causadas por la inminente partida del presidente a Europa. El mensaje de Dobrynin era lo que yo esperaba: la Unión Soviética accedía en principio a una reunión cumbre; la agenda esbozada en nuestra comunicación del 18 de agosto era aceptable. Dobrynin no explicó por qué les había llevado tanto tiempo llegar a esta profunda conclusión. Sin embargo, el gobierno soviético prefería que la reunión cumbre tuviera lugar en 1971 después del Congreso del Partido en la primavera, lo que, en la práctica, significaba no antes de junio. Dobrynin preguntó a continuación si el presidente estaba pensando en Moscú como una posibilidad. Cuando yo admití por enésima vez que esa idea, ciertamente, había pasado por la mente del presidente, Dobrynin, no obstante, se detuvo antes de hacer una verdadera invitación. Dejó lugar y fecha para nuevas discusiones. También me informó que el premier Kosygin no asistiría a la celebración del vigésimo quinto aniversario de las Naciones Unidas en octubre de 1970, cortando así la posibilidad de una reunión de alto nivel antes de las elecciones legislativas. Dobrynin también trajo la reacción de los dirigentes soviéticos a la crisis de Jordania, que ya he descrito. Respondí fríamente que más tarde me pondría en contacto con él.

Cuando volví a mi oficina, el caos había hecho erupción. La mañana empezó con una columna de C. L. Sulzberger en *The New York Times*, la cual, bajo el título de «Feas nubes en

el sur», advertía de una posible base soviética de submarinos en Cienfuegos. Al contrario de nuestra cuidadosamente planeada orientación de prensa, el portavoz del Departamento de Defensa había proporcionado todos los detalles cuando le hicieron una pregunta en sus declaraciones de la mañana. Era una clásica mala interpretación de instrucciones de Washington. El portavoz del Pentágono había visto la orientación de contingencia pero no entendió que debía usarla solamente en un caso extremo y que no debía referirse en absoluto al material destinado para su propia información y orientación. Por lo tanto, dijo todo lo que sabía, dando un relato detallado de las construcciones y movimientos navales soviéticos de los últimos meses.

La reacción de la prensa fue como era de preveer. *The Associated Press* encabezó con: «El Pentágono dijo hoy que hay firmes indicaciones de que la Unión Soviética pueda estar instalando una base permanente de submarinos en Cuba.» *United Press International* informó: «El Departamento de Defensa dijo hoy que existen pruebas de que Rusia ha iniciado la construcción de una base de submarinos en Cuba.» Indudablemente, las noticias de la noche de la televisión y los matutinos del día siguiente dramatizarían aún más todo el asunto. Era inconcebible que el presidente pudiera abandonar el país dos días después sin alguna declaración de la Casa Blanca sobre la nueva «crisis». Aunque Mel Laird y Dave Packard llamaron para pedir disculpas por la inadvertida revelación del Pentágono, la grasa ya estaba en el fuego. Laird se ofreció a adoptar una línea dura a fin de que la Casa Blanca pudiera aparecer como conciliadora, pero yo no quise saber nada: «Podemos apagar el asunto y decir que es perfectamente natural, de modo que podamos emprender el viaje, pero entonces, ¿cómo podríamos enfrentarlos, que es lo que quiere hacer el presidente?»

Empero, cuando todo estaba dicho y hecho, los disparates del Pentágono fueron, en realidad, nuestra salvación. La originariamente planeada orientación para la prensa que contenía una versión de los hechos, eran tan reticente que seguramente a Moscú le habría parecido complaciente; el viaje al exterior del presidente habría dado una oportunidad para completar la construcción de la base; y la inevitable confrontación final habría sido más enconada y más peligrosa. Sin embargo, ahora nos veíamos obligados a seguir mi curso de acción preferido. Dije al presidente que no teníamos otra opción excepto enfrentar perentoriamente a los soviéticos, pero que debíamos hacerlo de tal manera que a ellos les quedara una salida. Propuse usar una conferencia de prensa sobre el viaje de Nixon al Mediterráneo, ya programada para esa tarde, para formular una enérgica advertencia a los soviéticos contra la construcción de una base de submarinos en Cuba; dejaría sin aclarar si la base ya existía, a fin de que quedara abierta una clara línea de retirada. Después llamaría a Dobrynin con el pretexto de darle una respuesta sobre la propuesta reunión cumbre y lo enfrentaría directamente, diciéndole que considerábamos Cienfuegos una base ofensiva y que la trataríamos en consecuencia. A continuación insistiríamos en su desmantelamiento. El viaje del presidente proveería un interludio para que así fuera.

Cuando las opciones estaban claramente definidas, Nixon siempre se mostraba lleno de decisión. Inmediatamente comprendió que apagar el asunto sólo conseguiría aumentar nuestros peligros. Aprobó mi recomendación y sugirió que yo pidiera al almirante Moorer que trasladara un destructor cerca de Cienfuegos para dar énfasis a nuestra advertencia. Con la audacia que le era característica en política exterior, Nixon autorizó un desafío a la Unión Soviética en vísperas de su partida en un viaje a ultramar. Por lo tanto, fui al Salón Este de la Casa Blanca para informar a la prensa destacada en la Casa Blanca, aparentemente, sobre el viaje del presidente. Cuando surgió la predecible pregunta sobre Cuba, respondí:

Con respecto a la actividad naval soviética en el Caribe, estamos, por supuesto, vigilando el desarrollo de la actividad naval soviética y de posibles construcciones que estarían realizándose allí. Estamos vigilando con mucha atención. La Unión Soviética puede estar segura de que nosotros consideraríamos la instalación de una base estratégica en el Caribe con la máxima seriedad.

Tal vez me gustaría llamar la atención sobre una declaración a la prensa que hizo el presidente Kennedy el 20 de noviembre de 1962, en la que dijo lo siguiente:

«Por nuestra parte, si todas las armas ofensivas son retiradas de Cuba y mantenidas fuera del hemisferio en el futuro, bajo verificaciones y salvaguardias adecuadas, y si Cuba no es usada para la exportación de agresivos propósitos comunistas, habrá paz en el Caribe.»

La parte importante, por supuesto, está aquí: «si todas las armas ofensivas son retiradas de Cuba y mantenidas fuera del hemisferio en el futuro». Ésta, por supuesto, sigue siendo la política de este gobierno.

Más adelante, en la conferencia de prensa, me preguntaron si no era ése un mal momento para que el presidente emprendiera un viaje. Respondí:

Estamos observando los acontecimientos en Cuba. En este momento no nos encontramos en posición de decir exactamente lo que los mismos significan. Seguiremos observándolos, y en el momento adecuado emprenderemos la acción que parezca indicada. No es probable que ocurra nada muy rápido ni dramático, y nos mantendremos en contacto muy estrecho con la situación.

Mi conferencia sobre el viaje del presidente estaba sujeta a un embargo de prensa: no podía usarse hasta el sábado 26 de septiembre, para los periódicos del domingo, día de la partida del presidente. Los periodistas presionaron a Ron Ziegler para que permitiéramos el uso inmediato de mi declaración sobre Cuba. Accedimos.

Dos horas más tarde de la conferencia, a las 16:30, me reuní nuevamente con Dobrynin en la Sala de Mapas. Lo había citado con el pretexto de darle una respuesta a sus preguntas sobre la conferencia cumbre; dos podían jugar al juego de usar las discusiones sobre la reunión cumbre para embotar un poco las aristas de la confrontación. Le dije que aceptábamos el principio de una reunión cumbre y sugeríamos junio o septiembre de 1971, según el estado de nuestros preparativos. Moscú era un sitio aceptable.

A continuación me volví hacia el propósito principal de la reunión. Sin duda, Dobrynin había visto los cables que informaban de mi conferencia de prensa de primeras horas de la tarde. Mis palabras habían sido cuidadosamente elegidas para sugerir que Estados Unidos todavía no conocía con claridad la naturaleza precisa de las actividades soviéticas en Cienfuegos. Yo quería que él entendiera que había dicho eso solamente para dar a su gobierno una oportunidad elegante de retirarse sin una confrontación pública. Nosotros considerábamos que la construcción de Cienfuegos era una inconfundible base de submarinos. Moscú no debía hacerse ilusiones; consideraríamos la continuación de las construcciones como un asunto de «máxima gravedad»; la base no podía permanecer. No nos detendríamos ante otras medidas, incluidos pasos públicos, si nos obligaban a ello; si los barcos, especialmente el submarino de carga, abandonaban Cienfuegos, lo consideraríamos un ejercicio de entrenamiento.

Dobrynin era un consumado profesional. Habitualmente se mostraba cordial, pero también sabía cuándo la seducción no servía de nada y cuándo su recurso habitual de enumerar nuestros pecados estaba fuera de lugar. El asunto, ahora, era una prueba entre grandes potencias, con importantes intereses nacionales involucrados. Por lo tanto, fue directamente al grano y no se anduvo con rodeos cuando trató de determinar el alcance y los límites de nuestro desafío. ¿Nosotros reclamábamos porque el entendimiento de 1962 había sido violado? Deseché esto como una sutileza legalista; en 1962, Kennedy había actuado sin protestar por la violación de un entendimiento. Cuba, para nosotros, era un lugar de extrema sensibilidad. Nosotros considerábamos la secuencia de acontecimientos, iniciada con la presentación de Vorontsov del 4 de agosto, como actos de extremada mala fe. Las instalaciones habían sido completadas como un fraude máximo; no podían permanecer. Dobrynin preguntó si iniciaríamos una gran campaña de prensa sobre el asunto, obviamente calculando la pérdida de prestigio que involucraría una retirada. Yo repuse que no teníamos esa intención; el presidente partía para pasar diez días en Europa y no habría más declaraciones sobre el tema durante ese período. De esa forma, los soviéticos tendrían una oportunidad para considerar si tomaban la ruta de la conciliación o la ruta de la confrontación; nosotros estábamos preparados para cualquiera de las dos. Estábamos decididos a que no hubiera en Cuba ninguna base soviética de submarinos. Cualquiera que fuere la fraseología del entendimiento de 1962, su intención no podía haber sido reemplazar los misiles con base terrestre por misiles con base en submarinos. Dobrynin dijo fríamente que informaría a Moscú y que se pondría en contacto.

Mantuvimos nuestra palabra; no hubo declaraciones del gobierno. Rogers y Laird iban con el presidente en el viaje, de modo que sería más fácil de lo normal mantener una política

de prensa coherente. Persistía el hecho de que a menos de cuarenta y ocho horas de la terminación de la invasión siria a Jordania, nos hallábamos cercanos a otra confrontación, esta vez con una superpotencia.

SOLUCIÓN A LA CRISIS

Naturalmente, no podíamos impedir las especulaciones periodísticas y del Congreso desencadenadas por las informaciones que ya habían trascendido. El *Washington Post* salió al día siguiente con el titular: «EEUU advierte a los rojos sobre base de submarinos en Cuba.» Pero el centro de atención seguía siendo la partida del presidente al Mediterráneo. La historia cubana crecía con cierta lentitud, y no había críticas porque Nixon partiera en medio de una crisis. El Senador Barry Goldwater fue citado en el *Washington Star* como diciendo que consideraba que la revelación del Pentágono de una posible base de submarinos nucleares en Cuba era prueba de un «serio empeño ruso por alcanzar la dominación mundial». El Senador Mike Mansfield fue citado también: «Lo veo con alarma. Plantea la cuestión más seria a la luz de la declaración del presidente Kennedy, después de la crisis de los misiles de 1962, de que las armas ofensivas deben ser mantenidas fuera del hemisferio occidental para asegurar "la paz en el Caribe".» La columna de James Reston del 27 de septiembre fue titulada: «Vuelta a Cuba y a la Guerra Fría», y su párrafo de encabezamiento decía: «Algo muy grave y peligroso está sucediendo ahora entre los líderes de Estados Unidos y la Unión Soviética. Es evidente que ellos están juzgándose equivocadamente unos a otros en el Sudeste asiático, Medio Oriente y Cuba, y esto podría ser trágico para ellos y para la paz del mundo.»

Pero estábamos en la era de Vietnam. Casi inmediatamente hubo una segunda ola de reacciones atacando a la Administración. El domingo 27 de septiembre, el Senador J. William Fulbright expresó su escepticismo en el programa de televisión «Temas y respuestas», en el apropiado momento en que la comitiva de Nixon partía de Washington: «Casi todos los años, inmediatamente antes de que se presente en el Senado un proyecto de presupuesto, tenemos historias como ésta; de modo que puede o no ser verdad.» Dijo que era una «proposición cuestionable» sostener que los soviéticos no tenían ningún derecho a estar en Cuba. Dudaba de que pudiéramos sacar de Cuba a los soviéticos por medio de una demostración de fuerza, porque ahora tenían un «grado de paridad». Opiniones escépticas de nuestra burocracia se abrieron camino hasta la primera página de *The New York Times* en un artículo del 30 de septiembre firmado por Tad Szulc:

Funcionarios norteamericanos dijeron hoy que Estados Unidos tiene solamente información dudosa y desactualizada para indicar que la Unión Soviética podría estar planeando la construcción de una base estratégica de submarinos en Cuba. Por esta razón, estos funcionarios, entre los que hay miembros de la comunidad de inteligencia, dijeron que se vieron en dificultades para explicar por qué la Casa Blanca eligió la semana pasada para advertir a Moscú contra la instalación de dicha base.

El tema fue recogido por el Senador Frank Church, quien después de una sesión informativa de inteligencia del 1 de octubre, sugirió que las pruebas presentadas no permitían extraer una conclusión razonable en uno u otro sentido. Y el 4 de octubre, Neil Sheehan, de *The New York Times*, informó sobre comentarios escépticos de una parte diferente de nuestra burocracia: «Los analistas militares dicen que no están seguros de lo que significa la nueva construcción frente a la costa de Cienfuegos, pero dicen que podría ser una pequeña instalación para alojamiento y recreo de tripulaciones de submarinos... En pocas palabras, los analistas piensan que los rusos no necesitan, y posiblemente no desean, ninguna gran base en Cienfuegos para los submarinos de Clase Y.» Esta no era la opinión del Estado Mayor Conjunto; también era evidente que nuestra falta de acción era la mejor manera de alentar a la Unión Soviética a construir cualquier cosa que le diera la gana y de ampliar cualquier cosa que estuviera construyendo...

Y lo que no notaba ninguno de los críticos era que de la Unión Soviética no llegaba ni una palabra, ya fuera un desmentido o una indignada protesta. En todo el período, solamente hubo un único y débil comentario quejándose de propaganda hostil.

Los soviéticos nos tomaron en serio. Ni bien regresamos a Washington el 5 de octubre,

Dobrynin solicitó una entrevista urgente. Llegó al día siguiente con dos mensajes, el primero para salvar la cara y para mostrar a los clientes árabes, expresaba satisfacción por mis seguridades, dadas el 25 de septiembre, de que no intervendríamos en Jordania si otros países se mantenían afuera. El Kremlin eligió interpretar esta reafirmación de la posición de la que nunca habíamos variado como una contribución constructiva, y quizás la presentaron a sus clientes árabes como si hubiera sido extraída por la diplomacia soviética. No me pareció que discutir eso tuviera algún objeto; en diplomacia, las reclamaciones sobre moderación futura se recogen donde se puede.

El mensaje soviético más importante se refería a Cienfuegos. Empezaba señalando la reafirmación del entendimiento de 1962 en el diálogo anterior y concluía con un compromiso preciso de que en Cuba no estaba construyéndose ninguna base:

La parte soviética no ha hecho y no está haciendo en Cuba —esto incluye la zona del puerto de Cienfuegos— nada que pudiera contradecir el mencionado entendimiento.

Después de repetir la habitual queja soviética sobre las bases norteamericanas de ultramar, y señalar que la Unión Soviética había propuesto en las conversaciones SALT limitar las áreas operativas de submarinos portadores de misiles balísticos, la nota concluía:

En todo caso, nos gustaría reafirmar una vez más que la parte soviética adhiere estrictamente esta parte del entendimiento sobre la cuestión cubana y que continuará haciéndolo en el futuro, en la suposición de que el lado norteamericano, como ha reafirmado el presidente Nixon, también observará estrictamente esta parte del entendimiento.

Verbalmente, Dobrynin añadió que si bien no podía afirmar que submarinos soviéticos no visitarían jamás puertos cubanos, estaba preparado para afirmar, en nombre de su gobierno, que submarinos portadores de misiles balísticos nunca visitarían Cuba en capacidad operativa. Yo repuse que debíamos asegurarnos de que los dos gobiernos entendieran la palabra «base» en la misma forma. Pronto volvería a comunicarme con él con algunos entendimientos esclarecedores.

La respuesta soviética fue claramente positiva en tono, comprometiéndose ellos a no establecer una base naval en Cuba, aunque la definición todavía era vaga. Y las acciones soviéticas fueron coherentes con la respuesta: después de mi declaración a la prensa, cesó la construcción de instalaciones portuarias, el dique seco flotante fue llevado a un muelle en vez de servir como instalación flotante de reparaciones, y al día siguiente partieron dos buques de la flotilla.

El 9 de octubre entregué a Dobrynin una definición escrita de una «base» operativa, elaborada con el capitán Rembrandt C. Robinson, enlace de mi equipo con el Estado Mayor Conjunto:

El gobierno de Estados Unidos entiende que la Unión Soviética no establecerá, utilizará, ni permitirá el establecimiento de ninguna instalación en Cuba que pueda ser empleada para apoyar o reparar unidades navales soviéticas capaces de transportar armas ofensivas; v. gr., submarinos o buques de superficie armados con misiles superficie a superficie, portadores de ojivas nucleares.

A continuación la nota enumeraba cinco actividades en particular, que de acuerdo al entendimiento no serían emprendidas. A fin de acentuar nuestra decisión, la encabezamos «Nota del Presidente».

Dobrynin aceptó el documento y dijo que tendría que esperar instrucciones de Moscú. Sin embargo, podía decirme ahora que TASS publicaría pronto una declaración formal. La misma apareció el 13 de octubre, y repitió la esencia del mensaje soviético del 6 de octubre. El portavoz del Departamento de Estado calificó la nota de «positiva». Y así era; ahora, por primera vez, los submarinos y los misiles o las unidades navales ofensivas quedaban incorporados a los entendimientos de 1962.

Una visión interesante de los laberintos de la mente soviética nos fue dada dos semanas más tarde. El Ministro del Exterior soviético Gromyko, que se hallaba en Estados Unidos para la Asamblea General de la ONU, vio al presidente el 22 de octubre. El 23 de octubre hablé con Dobrynin en la misión soviética en Nueva York porque Nixon todavía no había renunciado a

su empeño de obtener algún anuncio sobre la reunión cumbre antes de las elecciones, empresa condenada —afortunadamente para nosotros— al fracaso. Dobrynin sacó el tema Cuba. Dijo que Gromyko habíase sorprendido porque el presidente, después de aludir a ello fugazmente, no volvió a tocar el tema. Naturalmente, Gromyko se preguntaba cuál sería la razón. ¿Estáramos nosotros planeando algo nuevo? Para la retorcida, siempre recelosa, mente soviética, la omisión del presidente tenía connotaciones profundamente siniestras. En realidad, Nixon no siguió con ese tema porque no quiso tocar los sensibles diálogos Kissinger-Dobrynin en presencia de su Secretario de Estado. Pregunté a Dobrynin qué hubiera respondido Gromyko si el presidente hubiese insistido con el tema. Dobrynin dijo que Gromyko tenía instrucciones de decir lo siguiente: «Nosotros no tenemos una base de submarinos en Cuba ni estamos construyendo una instalación naval militar. No tenemos intención de poseer una instalación militar naval y nos atendremos estrictamente a nuestros entendimientos de 1962. También incorporamos a los entendimientos los intercambios habidos desde 1962 hasta hoy.» Dobrynin añadió que nuestra lista de actividades excluidas no podía ser un acuerdo formal porque carecía de reciprocidad, pero que la Unión Soviética entendía lo que nosotros queríamos decir con una «base». En otras palabras, la «Nota del Presidente» tenía, substancialmente, el mismo status que los entendimientos de 1962.

Pero con los soviéticos nada funciona tan simplemente. El buque para reparar submarinos y el remolcador de salvamento, acompañados por cuatro buques mercantes y cinco patrulleras cubanas, abandonaron ciertamente Cienfuegos el 10 de octubre. Sin embargo, el 16 de octubre regresaron al puerto cubano de Mariel, en la costa septentrional de Cuba. No partieron de Mariel hasta el 31 de octubre; entonces, después de navegar en dirección este, rodearon nuevamente la isla y llegaron una vez más a Cienfuegos el 7 de noviembre.

El 14 de noviembre protesté airadamente a Dobrynin. El 24 de noviembre, el ubícuo Vorontsov dijo a un periodista que la tarea de un buque de reparaciones de submarinos era prestar servicios a submarinos, y que esto es lo que haría, aunque en el mar. El 22 de diciembre dije a Dobrynin que prestar servicios a submarinos hacia o desde puertos cubanos «llevaría a la situación más grave entre Estados Unidos y la Unión Soviética». El 4 de enero de 1971, el presidente dio más fuerza a esto diciendo, en una entrevista por televisión: «En el caso de que submarinos nucleares fueran atendidos ya sea en Cuba o desde Cuba, ello constituiría una violación del entendimiento.» El 5 de enero la Casa Blanca amplió esta declaración, acentuando que la prestación de servicios a submarinos «en cualquier parte del mar» por buques de servicio precedentes de Cuba, estaba prohibida (3).

El buque de servicio dejó el Caribe el 3 de enero de 1971, sólo para ser reemplazado por un segundo buque que llegó a Cuba el 14 de febrero con otra fuerza de tareas soviética, incluyendo un submarino de ataque, de propulsión nuclear. En tres ocasiones protesté por esto a Dobrynin, y después de una reunión del WSAG, le entregué una nota el 22 de febrero, diciendo que la presencia de un buque de servicios en Cienfuegos durante 124 de los últimos 166 días no resultaba coherente con el entendimiento. El buque de servicios y el submarino partieron. Pero otra flota soviética más regresó en mayo, esta vez con buque de servicios y un submarino de propulsión nuclear, en un «viaje de entrenamiento», para hacer una «breve visita de descanso». Obviamente, los soviéticos creían que tenían una excusa en las visitas a puerto, y estaban explotándola descaradamente. Toda combinación concebible estaba siendo ensayada, excepto la más importante, es decir, la presencia de un buque de servicio en conjunción con un submarino de propulsión nuclear portador de misiles balísticos.

Entregamos otra enérgica protesta.

Debe recordarse que todo esto fue manejado casi enteramente por diplomacia privada. El proceso fue, esencialmente, una serie de mensajes por el Canal presidencial, apoyados por coordinación interagencias en el WSAG. En vez de una dramática confrontación como la de 1962, consideramos que la diplomacia silenciosa era más adecuada para dar a la URSS una oportunidad de retirarse sin humillación. Por medio de gran firmeza en las primeras etapas de construcción, evitamos una gran crisis y logramos nuestro objetivo. Las construcciones militares se detuvieron; el emplazamiento antiaéreo fue desmantelado; la instalación de comunicaciones nunca llegó a funcionar. El almirante Thomas Moorer, jefe del Estado Mayor Conjunto, pudo decir al «Economic Club» de Detroit, el 9 de noviembre de 1970, que la Unión Soviética no tenía una base de submarinos en Cuba.

Es verdad que los soviéticos nos fastidiaron un tiempo más con la excusa de visitas portua-

rias. Pero sin instalaciones costeras, las visitas a puertos carecen de significado estratégico. Y la prohibición formal de las visitas habría tenido derivaciones para el movimiento de la marina de Estados Unidos y nuestro principio de libertad en los mares. Lo que nos preocupaba en Cuba en 1970 era una expansión de la operatividad de los submarinos soviéticos con misiles balísticos contra Estados Unidos, merced a una base en el Caribe. Esto se evitó.

Por supuesto, no podemos olvidar el fraude que se había intentado. Tampoco ignoraríamos la realidad de que la contención soviética, cuando se obtenía, resultaba solamente de nuestra insistencia en forzar el asunto y de nuestra firme decisión. La administración Nixon había dicho muchas veces a Moscú que nosotros estábamos preparados para un período de mutua moderación y conciliación. En el otoño de 1970, Moscú decidió probar si esta disposición reflejaba indecisión, debilidad doméstica debida a Vietnam o la estrategia de un gobierno serio. Habiendo sido dada la respuesta, Moscú permitió que Cienfuegos retrocediera una vez más hacia una bien merecida oscuridad.

Capítulo XVII

UN OTOÑO DE CRISIS: CHILE

El 4 de septiembre de 1970, Salvador Allende Gossens obtuvo mayoría de votos en la elección presidencial chilena, con apenas un 36,2 por ciento de los votos populares, aventajando al segundo candidato, de los tres que eran, por 39.000 votos. Irónicamente, esto fue una *declinación* del 38,9 por ciento que había recibido en las elecciones de 1964 cuando había perdido ante Eduardo Frei Montalva. Pero en 1970, al popular Frei la ley le impedía sucederse a sí mismo, y el voto anti-Allende, aún más alto (62,7 por ciento), estaba dividido entre dos candidatos. El Congreso chileno tendría una decisiva votación como se requería cuando ningún candidato recibía mayoría electoral. Tradicionalmente, se apoyaba al candidato que tenía mayoría de sufragios; se esperaba hacerlo en este caso y nombrar a Salvador Allende presidente de Chile.

Edward Korry, nuestro embajador en Chile desde 1967 y originalmente nombrado por Kennedy, informaba:

Chile votó con calma para tener un estado marxista-leninista, la primer nación del mundo en hacer esta elección libremente y con conocimiento. *Su margen es de sólo un 1 por ciento pero es lo suficientemente amplio en el marco de la constitución chilena como para asegurar su triunfo como definitivo.* No hay razón para creer que las fuerzas armadas chilenas desaten una guerra civil o para que algún otro milagro se interponga para anular la victoria. Es un hecho triste que Chile haya tomado la ruta del comunismo, con sólo un poco más que un tercio (36 por ciento) de la población aprobando esta elección, pero es un hecho inmutable. *Tendrá un efecto muy profundo en América Latina y el resto del mundo; hemos sufrido una grave derrota, las consecuencias serán internas e internacionales;* sus repercusiones tendrán efectos inmediatos en algunos lugares y más retardados en otros.

Las oraciones fueron subrayadas por Nixon cuando le envié el informe de Korry. Éste estaba convencido de que «solamente Chile en el mundo occidental y democrático tiene las condiciones objetivas para permitir una transición constitucional única hacia un estado comunista con el gobierno de Allende». Citaba la fortaleza y organización de los partidos marxistas, los amplios poderes de la presidencia en Chile, la creciente tendencia ya muy avanzada hacia la intervención del estado en el sector económico, y el desorden entre las fuerzas democráticas en Chile.

Los resultados de la elección chilena llegaron justo cuando Moscú y El Cairo rechazaban nuestras protestas por las violaciones del cese de fuego en el Medio Oriente; Jordania temía un movimiento inmediato de las tropas iraquíes contra el rey; una fuerza naval soviética se apresuraba a llegar a Cuba. Para el 8 de septiembre, el día en que los acontecimientos chilenos fueron discutidos por primera vez por un comité interdepartamental, varios aviones habían sido asaltados en el Medio Oriente y la flotilla soviética estaba acercándose al puerto de Cienfuegos. Seis días más tarde, el 14 de septiembre, cuando volvió a tratarse el asunto de Chile, la situación de Jordania se había deteriorado, y los MIG cubanos interceptaron un U-2 en vuelo que buscaba fotografiar Cienfuegos, abortando la misión. En las semanas que siguieron, nuestro gobierno consideraba los acontecimientos chilenos, no aisladamente, sino contra el telón de fondo de la invasión siria en Jordania y de nuestros esfuerzos para forzar a la Unión Soviética a dismantelar

su instalación para el mantenimiento de los submarinos nucleares en el Caribe. La reacción debe ser considerada en este contexto.

De todos modos, la elección de Allende era un desafío a nuestro interés nacional. No podíamos reconciliarnos fácilmente con un segundo estado comunista en el Hemisferio Occidental. Estábamos persuadidos que pronto estaría incitando políticas antinorteamericanas, atacando la solidaridad del hemisferio, haciendo causa común con Cuba, y antes o después, estableciendo estrechas relaciones con la Unión Soviética. Y esto era aún más penoso porque Allende representaba una ruptura de la larga historia democrática de Chile y sería presidente no como una auténtica expresión de la mayoría sino por una casualidad favorable del sistema político chileno. El treinta y seis por ciento del voto popular no era realmente un mandato para la transformación irreversible de las instituciones políticas y económicas de Chile que Allende estaba decidido a efectuar.

Las anteriores administraciones norteamericanas habían llegado a la misma conclusión. Dos administraciones habían juzgado que un gobierno de Allende en Chile estaría en contra de los intereses fundamentales norteamericanos. Nuestra conclusión en 1970 fue sustancialmente la misma.

SALVADOR ALLENDE

El posterior martirio de Allende ha oscurecido su política. Aunque se haya proclamado socialista, sus fines y su filosofía no se parecían a los de la democracia social europea. Allende había fundado el Partido Socialista de Chile, que se diferenció del Partido Comunista al ser más radical en su programa, y no más democrático en su filosofía. Estaba dispuesto a llegar al poder por una elección *antes* de emprender la revolución; pero la transformación social y política que prometió después no difería mucho de la plataforma comunista. Era dogma central del programa del partido que las prácticas democráticas «burguesas» estaban fuera de lugar; por definición, la suya sería la última elección democrática.

De todos modos, Allende era el candidato de una coalición del Partido Comunista y su propio Partido Socialista, llamada Unidad Popular que incluía otros partidos menores. El programa de la Unidad Popular se comprometía a destruir el sistema presente y producir cambios «revolucionarios y profundos»; denunciaba la «explotación imperialista» y los «monopolios norteamericanos». Reclamaba una expropiación al por mayor de la tierra, las industrias básicas y el sistema comercial y bancario, y un sistema educacional «radicalmente transformado» y un «plan nacional para promover la cultura popular». Las partes principales del programa de la Unidad Popular eran copia exacta de la plataforma del Partido Comunista (1), cuya subordinación a la línea de Moscú fue demostrada por el hecho de que fue uno de los pocos partidos comunistas fuera de Europa oriental que aplaudieron la invasión soviética de Checoslovaquia. Entre los principios tomados de los comunistas había uno que exigía una legislatura unicameral y la subordinación del poder judicial a esta «Asamblea Popular»; el propósito era quebrar los controles, equilibrios y separación de poderes previstos por la legislatura bicameral y el poder judicial independientes de la Constitución chilena. La contribución del Partido Socialista al programa de la Unidad Popular incluía los pasajes que se oponían al «imperialismo», condenaban la «agresión» norteamericana a Vietnam, pidiendo «solidaridad activa» con Vietnam del Norte y declaraban la «solidaridad con la Revolución cubana, que es la vanguardia de la revolución y construcción del socialismo en América latina».

Otro pasaje notable denunciaba a la Organización de los Estados Americanos como un «agente y herramienta del Imperialismo norteamericano».

En 1967, Allende había sido uno de los fundadores de la Organización de la Solidaridad Latino-americana, un grupo con base en La Habana cuyo credo político, en las palabras de Régis Debray, un cronista adorador de revoluciones, estaba «basado en la concepción de una lucha armada continental contra el imperialismo norteamericano. Sus funciones básicas eran solidaridad, coordinación, y sostén de las luchas de liberación en todo el continente. La declaración de la sesión de clausura de la conferencia hizo un ataque frontal a las posiciones reformistas de algunos de los partidos de izquierda en América Latina, señalando que «la lucha armada revolucionaria constituye la línea de acción fundamental para la revolución latino-americana» (2). Durante la campaña para las elecciones en 1970, Allende afirmó como opinión personal:

«Cuba en el Caribe y un Chile socialista en el cono sur harán la revolución en América Latina.»

En realidad, no hay epíteto que Allende habría rechazado con más indignación que la noción de que era un reformador democrático. Uno no debería insultar innecesariamente la integridad de un hombre que pasó su vida dedicado a la revolución sosteniendo que es algo que él enfáticamente niega. En sus conversaciones de 1971 con Régis Debray —en la época en que él era, en realidad, el presidente constitucional de Chile— insistió en que las garantías democráticas que había aceptado en 1970 para persuadir al Congreso chileno a que ratificara su elección y a los militares a aceptar su acceso al cargo, eran una «necesidad táctica» (3) que no afectaba su compromiso a un levantamiento revolucionario: «En ese momento lo importante era obtener el control del gobierno» (4), decía Allende. Comparaba esta táctica con la decisión de Mao Tse-tung de permitir la empresa privada por unos pocos años después de que los comunistas chinos tomaran el poder en 1949 o con la moderación de Castro con respecto a Guantánamo (5).

Lo único que se puede inferir es que las garantías democráticas que Allende aceptó de mala gana y por su propia cuenta, por conveniencia temporal serían abandonadas en la primera oportunidad. Hacia una explícita distinción entre su gobierno y los primeros gobiernos del Frente Popular en Chile que, como los de Europa en los años treinta, habían incluido partidos democráticos; a éstos los menospreciaba como «burgueses» (6). «En el Frente Popular, Régis», dijo a Debray en 1971, «había un partido dominante, un partido mayoritario, el partido de la burguesía, el Partido Radical. Hoy no hay partido dominante en la Unión Popular, pero hay dos partidos de la clase trabajadora, partidos revolucionarios, partidos marxistas. Finalmente, camarada, el presidente de la República es socialista. Las cosas son diferentes, entonces, y he llegado a este cargo para lograr la transformación social y económica de Chile, abrir el camino al socialismo. Nuestro objetivo es un socialismo total, científico y marxista» (7).

Debray, no convenido aún preguntó: ¿Quién está usando a quién? ¿Quién está engañando a quién?» Allende contestó: «La respuesta es el proletariado. Si no fuese así yo no estaría acá» (8). En otro punto Allende explicó: «En cuanto al estado burgués en el presente, estamos tratando de superarlo. ¡De derrocarlo!» (9)

Lo que nos preocupaba acerca de Allende era su proclamada hostilidad a los Estados Unidos y su patente intención de crear efectivamente otra Cuba. Era su programa explícito, y en verdad su antiguo objetivo, establecer una dictadura irreversible y un desafío permanente a nuestra posición en el Hemisferio Occidental. Y en el mes de Cienfuegos no era absurdo tomar en serio las implicaciones militares de otro aliado soviético en América Latina. Nuestra preocupación por Allende estaba basada en la seguridad nacional, no en la economía.

La nacionalización de las propiedades de los norteamericanos no fue el problema. Nunca objetamos el principio de la ley internacional que permite la nacionalización por razones de interés público, aunque sí insistimos en una compensación rápida, adecuada y efectiva (cosa también prevista por la ley internacional). Todas las administraciones de la posguerra en los Estados Unidos han buscado desalentar la expropiación de compañías extranjeras por las naciones en desarrollo y, donde la nacionalización era inevitable, alentar a que se hiciera de modo tal que limitara el impacto adverso en el clima inversor general. Existía un mandato del Congreso, además, para terminar la asistencia económica bajo la Ley de Ayuda Exterior de 1961 si la propiedad norteamericana era expropiada sin compensación (la Enmienda Hickenlooper).

Pero nos habíamos tomado muchas molestias para no dejar que el asunto de las expropiaciones interfiriera con los objetivos de la política exterior de los Estados Unidos. Así, en Chile en 1969, antes de Allende, el embajador Korry había cooperado en lo que equivalía a la nacionalización negociada de la Compañía Anaconda. Y en Perú en ese mismo año, la administración Nixon forzó la legislación casi hasta el límite para lograr un arreglo equitativo de la nacionalización de las operaciones mineras de la International Petroleum Company sin invocar la legislación restrictiva. Repetidamente buscamos pretextos para posponer la aplicación de la Enmienda Hickenlooper y aclaramos que estábamos dispuestos a aceptar un pago compensatorio por la IPC de menos de su valor total, para mantener relaciones amistosas con un país importante —aun cuando Perú era gobernado por una junta militar de izquierdas que era agresivamente nacionalista, que se inclinaba hacia los elementos más radicales del Tercer Mundo—. Después de esfuerzos pacientes y sostenidos, elaboramos un «modus vivendi» con el gobierno peruano.

El desafío a nuestra política e intereses representado por Allende era fundamentalmente diferente. No era sólo nacionalizar propiedad; él reconocía su consagración al marxismo-leninismo totalitario. Era un admirador de la dictadura cubana y un resuelto opositor del «imperio»

lismo norteamericano». Su meta declarada por más de una década antes de ser presidente había sido minar nuestra posición en todo el hemisferio occidental, por la violencia si era necesario. Debido a que era un país continental, la capacidad de Chile para hacerlo era mucho mayor que la de Cuba, y ésta presentaba un desafío substancial; de hecho estábamos en medio de un enfrentamiento acerca de Cienfuegos cuando Allende fue elegido. Chile limitaba con Argentina, Perú y Bolivia, todas plagadas con movimientos radicalizados. El éxito de Allende habría tenido importancia también para el futuro de los partidos comunistas en Europa occidental, cuyas políticas inevitablemente socavarían la Alianza occidental fuesen cuales fuesen sus fluctuantes alegatos de respetabilidad. Ningún presidente responsable podría ver el acceso de Allende al poder con otro sentimiento que no fuera inquietud.

No había disputas en nuestro gobierno acerca de lo que representaba Allende. Nadie ponía en tela de juicio el primer cable de Korry prediciendo las consecuencias de la elección de Allende. La única discrepancia concernía a la capacidad de Allende para lograr sus fines ante la resistencia nativa, y qué podían hacer los EEUU en caso de que la predicción de Korry se cumpliera.

INFLUENCIA E INTERVENCIÓN: EL COMITÉ 40

Si y hasta qué grado los Estados Unidos deberían tratar de afectar los acontecimientos internos en otros países es un asunto complicado, cuya respuesta depende de una variedad de elementos, incluyendo el propio concepto del interés nacional. Los presidentes de ambos partidos han sentido la necesidad de mantener las operaciones en el área gris entre la diplomacia formal y la intervención militar durante el período de posguerra. Me desagrada comentar las operaciones secretas en letras de molde. Pero el material ya ha sido publicado por el Comité del Senado para el Estudio de las Operaciones del Gobierno con Respecto a las Actividades de Inteligencia (el llamado Comité Church) en un tendencioso informe de 1975 sobre Chile. No hay evidencia de que los autores del informe trataran de pesar las consecuencias de una victoria de Allende, que nosotros sentíamos tan agudamente por ese entonces.

Es irónico que algunos de aquellos que vociferaban condenando lo que llamaban «intervención en Chile» han sido sumamente insistentes en pedir presión por parte del gobierno contra los sucesores de Allende. Las restricciones a la ayuda norteamericana para Chile han sido mucho más severas contra el gobierno posterior a Allende que durante el período de éste. Es cierto que las medidas son de conocimiento público, pero la publicidad no cambia la consistencia con el principio de no intervención, sobre el que en parte se apoyaban las operaciones secretas de ataque. Paradójicamente, la intervención norteamericana en asuntos internos de otros países se ha multiplicado y se ha hecho menos discriminatoria desde que las operaciones secretas de la CIA han sido atacadas. En épocas anteriores, durante la Guerra Fría, las actividades de la CIA observaban ciertos límites: sus criterios eran política exterior y peligro para la seguridad nacional de los Estados Unidos, lo cual no era mucho. La nueva doctrina justifica la intervención ilimitada para promover cambios internos en países amigos y enemigos; ha sido dirigida contra países que no amenazan nuestra seguridad nacional y que pueden, en verdad, ser aliados de los Estados Unidos.

Por supuesto, las operaciones secretas tienen sus dificultades filosóficas y prácticas, especialmente para Norteamérica. Nuestro temperamento y nuestras tradiciones nacionales no se adaptan a ellas. Nuestro sistema de gobierno no se presta espontáneamente ni a la reserva ni a la sutileza que se requiere. Carecemos del elaborado aspecto conspirativo de nuestros adversarios. Aquellos que estén ansiosos por desmantelar nuestro sistema de inteligencia tendrán pocas dificultades en hallar ejemplos de acciones poco profesionales y transparentes. Pero los hombres y mujeres que han sido preparados para llevar a cabo misiones secretas, con recursos ridículamente inferiores generalmente a los de nuestros adversarios, merecen algo más de su país que los ataques implacables a los que se vieron expuestos, ataques que amenazan dejarnos indefensos en un área vital de nuestra seguridad nacional. ¿Pues enfrentamos un problema sin precedentes. Vivimos en una época de confrontación ideológica; a través de todas las etapas de coexistencia, los líderes soviéticos han insistido que ello no implicaba disminución alguna de la lucha ideológica. Los partidos comunistas de la línea soviética, en todo el mundo, difieren ocasionalmente con su socio mayor en Moscú sobre cuestiones de política comunista interna, como se debe esperar de hombres de fuerte voluntad, orientados hacia el poder, que han alcanzado preeminencia

a través de una despiadada competencia política. Casi nunca difieren en asuntos internacionales; aun los partidos comunistas más «aparentemente» independientes de Europa occidental y América Latina siguen la línea soviética en política exterior, casi sin excepciones significativas, y tales excepciones, la mayoría de las veces, son más radicales que lo que el Kremlin considera conveniente.

El problema no es simplemente tampoco un asunto de partidos comunistas. La política radical en el mundo de hoy abarca una red de organizaciones y grupos afines, que cubren el globo, llevando a cabo atrocidades terroristas o financiándolas, transfiriendo armas, infiltrando los distintos medios, buscando influir en los procesos políticos. Rastrear cómo son transferidos los fondos desde los canales comunistas formales a estas organizaciones es difícil. Nuestro embajador en Chile, por ejemplo, informó en septiembre de 1970 que una de las razones por las que estaba convencido de que Allende triunfaría en establecer un estado totalitario era que, «de los tres canales de TV en Santiago, en una sociedad aún libre, uno está totalmente controlado por los marxistas-leninistas de la Universidad de Chile, el otro es controlado por una combinación de marxistas y demócratas cristianos de extrema izquierda de la Universidad Católica y el tercero es del Estado». (El del Estado, por supuesto, también llegaría a ser dominado por las radicales después del acceso de Allende al poder.) Y durante todo 1970 recibimos informes verosímiles de que fondos secretos importantes y ayuda de Cuba y otras fuentes comunistas estaban siendo enviados a Allende.

En estas circunstancias, no era moral ni políticamente injustificado que los Estados Unidos apoyaran a aquellas fuerzas políticas internas que buscaban mantener un contrapeso democrático al dominio radical. Por el contrario, ningún líder nacional responsable hubiera hecho otra cosa. No había nada siniestro en el deseo de los Estados Unidos de hacer posible que los partidos democráticos mantuvieran periódicos o canales de radio y televisión competitivos. Estas consideraciones habían inducido a las administraciones Kennedy y Johnson a disponer más de tres millones de dólares entre 1962 y 1964 para la campaña del oponente de Allende, el reformista y capaz Eduardo Frei (aunque aparentemente sin el conocimiento de Frei) y tales consideraciones se hicieron particularmente agudas a la luz de la implacable campaña de Allende de acosamiento, intimidación y presiones económicas para dejar fuera de acción a los medios opositores y los partidos democráticos, una vez que asumiera el poder. Esto lo comentaré más extensamente en el próximo volumen.

Lo que el lector tiene derecho a saber, sin embargo, brevemente, es cómo en una sociedad democrática supervisamos actividades secretas para asegurarnos de que estuvieran en consonancia con nuestra ética y propósitos nacionales.

Cuando asumimos el cargo, las operaciones secretas estaban supervisadas por el llamado Comité 303 a causa de una orden presidencial (Memorándum sobre Acción de Seguridad Nacional 303) que expresaba su composición, funciones y responsabilidades. Tal mecanismo de coordinación interdepartamental ha existido con distintos nombres desde el Acta de Seguridad Nacional de 1947, que creó la CIA y el CNS. A principios de la administración Nixon, el Comité 303 fue identificado en una historia periodística. En esos lejanos días de inocencia, esto fue considerado quebrantamiento suficiente en la seguridad como para requerir un cambio de nombre. El memorándum 40 sobre Seguridad Nacional reafirmó las funciones del Comité el 17 de febrero de 1970; se le puso un nuevo rótulo, denominándolo según esta orden (10).

Para ese entonces, el Comité 40 estaba compuesto por el Procurador General, los Secretarios Comisionados de Estado y Defensa, el Director de la Central de Inteligencia, el Presidente del Estado Mayor Conjunto y el Delegado del Presidente para Asuntos de Seguridad Nacional, que actuaba como presidente. El Secretario de Estado Comisionado para el área en que se proponía la actividad secreta casi invariablemente concurría. En otras palabras, excepto por el Procurador General (*) la composición del Comité 40 era idéntica a la del Grupo Revisor Superior y al WSAG; incluía a los funcionarios superiores responsables de la marcha diaria de nuestros asuntos de seguridad nacional. Era, muy probablemente, el grupo más sensible a las ramificaciones de nuestra política exterior. (Su diferencia principal con el Grupo Revisor Superior era que estaban excluidos de él los miembros del equipo de cada uno.)

(*) El Procurador General había participado en el comité de supervisión de acciones secretas al menos desde la administración Kennedy; hoy es miembro regular.

El orden del día era propuesto generalmente por la Agencia Central de Inteligencia en consulta con mi oficina. La CIA, por lo general, aclaraba informalmente el orden del día con el Departamento de Estado y tenía la tendencia de diferir asuntos hasta haber resuelto las objeciones del Departamento; esto sucedió, por ejemplo, con Chile. (Dado que el Embajador, en ese campo, era técnicamente el supervisor del jefe local de la CIA, ésta había aprendido que necesitaba el apoyo del Departamento de Estado para operar con eficiencia.) Un funcionario de la CIA familiarizado con el proyecto en discusión informaba al Comité. Otro personal no estaba presente, excepto el experto del Departamento de Estado en el área en discusión. Un funcionario de la CIA, asignado al CNS para el caso, tomaba notas.

La aplastante mayoría de actividades secretas eran sugeridas por primera vez por la CIA o nuestro embajador en el extranjero; mientras estuve en mi cargo sólo rarisimas veces propuso la Casa Blanca asuntos en el orden del día. Chile fue una de ellas, y aun entonces el presidente sólo dio ímpetu a lo que ya el Comité 40 estaba haciendo por cuenta propia. El único cambio que hice en los procedimientos que heredé fue requerir que cada operación secreta o de reconocimiento aprobada fuera revisada al menos una vez al año por el Comité 40, para evitar que continuara por inercia burocrática una vez que la necesidad hubiese pasado.

Sujeta a la bendición presidencial, una vez que el Comité 40 aprobaba una actividad secreta —generalmente autorizando el empleo de una suma dada de dinero—, la CIA era responsable de su ejecución. El Comité 40 no supervisaba la conducción diaria de lo que había aprobado. Comúnmente, se le informaba sobre un programa especial una vez que había sido completado o en la revisión anual, o cuando se requería más dinero, aunque en situaciones críticas, como durante el primer mes después de la victoria de Allende, había exposiciones más frecuentes. En realidad la principal debilidad de procedimiento en nuestras operaciones secretas era que, mientras se iniciaban tras una revisión completa de la política exterior, no eran, de ahí en adelante, controladas con la misma atención hacia los detalles por los más altos niveles de nuestro gobierno; no había subcomités para controlar las operaciones. El Comité 40 autorizaba, pero no supervisaba. Teóricamente, los embajadores norteamericanos, en cuyos países se llevaban a cabo las operaciones secretas, debían encargarse de la supervisión. Pero pocas veces tenían el tiempo o la experiencia (*). Con respecto a Chile, la cuestión clave era si el advenimiento del gobierno de Allende era de suficiente importancia para nuestra seguridad nacional como para justificar la intervención del Comité 40.

LA ELECCIÓN CHILENA DE 1970

Como ya hice notar, dos administraciones anteriores habían llegado a la conclusión de que Salvador Allende y las fuerzas que lo respaldaban, constituían una amenaza suficiente a nuestros intereses para justificar nuestra oposición en la elección de 1964, con casi tres millones de dólares; ya en 1968 varios cientos de miles de dólares fueron destinados secretamente por nuestros predecesores para ayudar a vencer a las fuerzas de Allende en las elecciones legislativas chilenas de marzo de 1969. Nuestra ayuda oficial a Chile durante el gobierno de Frei totalizó mucho más de mil millones, el mayor programa per cápita hasta entonces en América Latina, en parte para fortalecer las fuerzas democráticas contra Allende. Era sabiduría convencional cuando asumió Nixon que el gobierno de Allende amenazaba nuestros intereses nacionales.

Cosa extraña, la administración Nixon fue inicialmente menos activa contra Allende que sus predecesores demócratas; en parte debido a su preocupación con tantas otras crisis; en parte por un cálculo equivocado del probable resultado de la elección chilena. El cálculo equivocado fue aceptado rápidamente dado que llevaba a la conclusión más cómoda: hacia innecesario enfrentar difíciles alternativas, como nos veríamos obligados a hacer en las condiciones de 1970.

El gobierno de los Estados Unidos había apoyado a Frei activamente, porque era el más popular y el más capaz hombre en Chile. Era una decisión moralmente simple porque nos permitía

(*) Al leer algunas de las comunicaciones internas de la Agencia, que fueron publicadas por el Comité Church —especialmente aquéllas posteriores al 15 de octubre de 1970—, he llegado a creer que debíamos haber insistido en el mismo trato para aquellos cables de la oficina del consejero de seguridad nacional del presidente, que aquél al que estaban sujetos los cables claves del Departamento de Estado.

tanto ser anticomunistas como estar del lado de las fuerzas reformistas y progresistas, apoyadas por la mayoría de los chilenos. Pero en 1970 no habíamos de ser tan afortunados; tendríamos que hacer una elección. Al presidente Frei le estaba impedido por la constitución chilena sucederle a sí mismo. Su partido Demócrata Cristiano había perdido terreno en la elección legislativa de 1969; su voto se había reducido en un 11 por ciento. El Partido Nacional Conservador había ganado, en consecuencia. Los demócratas cristianos se estaban desmembrando: los miembros más izquierdistas abandonaron cuando el partido rechazó su demanda de una «unión popular» con los partidos marxistas, y la máquina del partido cayó en las manos de las fuerzas contrarias a Frei, mucho más estridentes, menos entregadas a las tradiciones de democracia y sociedad abierta, menos verdaderamente reformistas, más hostiles a los Estados Unidos.

La polarización de la vida política chilena se evidenció cuando Frei, a pesar del generoso programa de ayuda norteamericana, se vio obligado por las presiones izquierdistas, a principios de 1969, a tomar dos medidas significativas. En vista de las protestas de estudiantes radicales, canceló una visita del gobernador Nelson Rockefeller, a quien Nixon había enviado en una gira por América Latina para ayudar a planear un nuevo acercamiento con el Hemisferio Occidental. Casi simultáneamente, Frei insistió en renegociar un acuerdo con las compañías norteamericanas de cobre que había sido concluido por su gobierno y aplicado sólo dos años antes, por el cual Chile había adquirido una parte substancial, aunque no en todos los casos predominante, de la propiedad de las minas de cobre. Ahora demandaba una mayoría inmediata y la adquisición progresiva por parte de Chile de las restantes acciones norteamericanas. Sin embargo, el deseo de fortalecer lo que nosotros y nuestros predecesores considerábamos la mejor esperanza para una democracia moderada en Chile era tan fuerte que el embajador Korry fue instruido para acordar condiciones mutuamente satisfactorias. «Satisfactorias» en este contexto era un concepto relativo, dado el conocimiento que tenían las compañías de que la alternativa era la expropiación lisa y llana. (Con la falta de visión política característica de muchas compañías multinacionales, Anaconda había permitido que su seguro de expropiación caducara, confiando en el arreglo anterior, para ahorrarse primas de seguro, lo que debilitaba más su capacidad para negociar.)

Había pues muchos avisos de tormenta en 1969. La creciente tendencia izquierdista de los demócratas cristianos chilenos y su menguante base popular hacían improbable que los partidos no revolucionarios pudieran unirse en torno a un único candidato como lo habían hecho en 1964. La perspectiva era una carrera muy pareja entre tres candidatos (un conservador, un débil demócrata cristiano y el izquierdista radical Allende) y una decisión final del Congreso, en la cual el grupo de Allende no estaba lejos de contar con una mayoría. Pero en 1969, la Casa Blanca estaba preocupada con Vietnam y su agitación doméstica, las relaciones soviéticas, Europa Occidental, las negociaciones de Okinawa con Japón, y los comienzos de la iniciativa china. Yo sabía muy poco acerca de Chile para contradecir a los expertos.

Ningún departamento nos llamó la atención sobre la gravedad de la situación. Aquellos que habrían favorecido un papel norteamericano más activo dudaban en desafiar la predisposición del Departamento de Estado contra un activo papel secreto. Chile es, en realidad, un ejemplo clásico de cómo pueden desarrollarse acontecimientos de la mayor importancia sin el conocimiento de la Casa Blanca porque las agencias especializadas no pueden ponerse de acuerdo sobre su significado: el «tratado de no agresión», por el cual las agencias tratan de evitar una confrontación en la cual la decisión pueda ir contra ellas, evitó que Chile llegara a nivel de la Casa Blanca en 1969. Seguramente, en varias ocasiones la CIA señaló que si quería montarse un serio esfuerzo en 1970, las preparaciones tenían que comenzar en 1969. Y en abril de 1969 la Agencia había calculado que la izquierda radical tenía probabilidad de ganar la presidencia. Pero éste era un juicio práctico de lo que habría que hacerse si existiera una decisión de repetir nuestras acciones de 1964; no era una recomendación para actuar. Además, cualquier recomendación de ese tipo seguramente enfrentaría la oposición inexorable de la Oficina Latino-Americana del Departamento de Estado, que no se resolvía a enfrentar las realidades políticas chilenas. En 1970 no había un candidato demócrata cristiano reformista aceptable que apoyar; el partido estaba dividido; su candidato era débil y jugaba con la izquierda radical. Si Allende había de ser detenido, tendría que ser con el conservador Alessandri. Aunque tenía credenciales democráticas impecables —en realidad, había precedido a Frei en la presidencia— la Oficina Latino-Americana no lo quería: ostensiblemente, por ser demasiado viejo; en realidad, porque no era considerado suficientemente progresista. Alguien, en la Oficina Latino-Americana, confundiendo reforma social con geo-

política, no consideraron la presidencia de Allende tan peligrosa como para superar sus prejuicios ideológicos contra Alessandri.

Irónicamente, la tendencia norteamericana a identificar la política con el desarrollo económico y técnico había contribuido, sin proponérselo, durante los últimos años de la administración Johnson, al debilitamiento de las fuerzas políticas reformistas que nuestros funcionarios preferían en realidad y que eran esenciales para resistir a los partidos revolucionarios. En 1968, dos años antes de la elección presidencial que llevó a Allende al poder, los Estados Unidos dejaron de dar ayuda económica a Chile sobre la base de que la economía chilena era mayormente autosuficiente. La interrupción de la ayuda norteamericana resultó impopular en Chile; socavó el elemento moderado representado por Frei; fue explotada por el ala anti-norteamericana más radical del partido gobernante, que apoyaba un programa económico sustancialmente similar al de los partidos radicales, confundiendo así más la situación electoral.

El acercamiento técnico al desarrollo floreció junto con un antimilitarismo doctrinario. En 1967, la política norteamericana se hizo cada vez menos amistosa hacia los militares chilenos (y los de las otras naciones amigas en el hemisferio). La teoría era la de alentar un desvío de recursos de los gastos militares hacia el desarrollo social y económico, sobre la premisa de que estos países no tenían necesidad de un aparato defensivo. Se puso un tope a nuestra venta de armas; finalizaron las concesiones para los programas de ayuda militar; Frei fue animado a promover distintos planes de desmilitarización y desarme para América Latina. Para octubre de 1969 el descontento en el ejército chileno sobre un rezagado profesionalismo y una paga inadecuada hizo erupción en un golpe contra el gobierno que no tuvo éxito. En respuesta, Frei instituyó un estado de emergencia; los rumores de descontento militar continuaron. La administración Nixon heredó, en Chile, un partido Demócrata Cristiano radicalizado y un profundo resentimiento por parte de los militares chilenos contra los Estados Unidos, así como contra los demócratas cristianos. Esto, casi con seguridad, acrecentó la capacidad de Allende de «comprar» o neutralizar a los militares en los primeros años de su mandato.

Nada ilustra con más claridad —quizá trágicamente— el peligro de aplicar las teorías abstractas de nuestras mejores escuelas de graduados a las complejidades domésticas de las sociedades extranjeras que la política hacia Chile en los años sesenta. La noción de que la reforma social y el desarrollo económico producían automáticamente estabilidad política —extraída de la experiencia de nuestro propio New Deal— tuvo una validez sumamente limitada en un país donde dos partidos radicales estaban determinados no a reformar, sino a derrocar el sistema. Nuestra negativa a enfrentar la realidad de que lo que estaba sucediendo era una lucha política mortal y no un debate entre profesores de economía, nos transformó para 1970 en una clase de gallina que cloqueaba nerviosamente cosas fuera de lugar desde los costados, cuando en 1964 éramos el elemento dominante.

Para completar este proceso de autoembotamiento, la Oficina Latino-Americana eligió este momento para atacar el concepto mismo de apoyo secreto para los partidos democráticos extranjeros, que había sido durante tanto tiempo una característica central de nuestro esfuerzo chileno. Los recursos para cualquier intento de bloquear el ascenso socialista-comunista al poder, razonaban, podrían y deberían, de ahí en adelante, hallarse enteramente *dentro* de Chile. Un estudio académico magnífico podría haberse escrito sobre ese tema, pero proponerlo repentinamente en 1970 era correr un riesgo inaceptable, para evitar el cual son contratados los hacedores de política. Era seguro que tal política desmoralizaría las fuerzas mismas que queríamos alentar; aquellos que se habían beneficiado con el apoyo norteamericano inferirían de ella una nueva indiferencia. En una elección pareja, el sutil cambio resultante en el equilibrio psicológico podría ser decisivo.

Yo apenas si me daba cuenta de estas tendencias en 1969. En realidad, el Comité 40 consideró el tema sólo cuatro veces durante los veintidós meses anteriores a la victoria de Allende el 4 de septiembre. En abril de 1969 decidió diferir cualquier decisión en cuanto a una posible necesidad de actuar; en marzo de 1970 destinó una suma insignificante para propaganda en apoyo de los candidatos democráticos, cinco meses antes de la elección; a fines de junio de 1970 destinó una suma algo mayor con el mismo propósito —pero en total una suma que era sólo el 15 por ciento de lo que los Estados Unidos habían gastado secretamente en 1964— y los fondos llegaron a Chile demasiado tarde, apenas cuatro semanas antes de la elección. En agosto de 1970, el Comité 40 decidió que nada más podía hacerse ahora antes de la elección. En otras palabras, en dos de las

cuatro reuniones no se tomó ninguna medida. Las otras aprobaron un esfuerzo parcial (*). Al principio la inacción era justificada diciendo que no había candidatos aún; por lo tanto, explicaban, no había base para formar un juicio o decidir una estrategia. Para principios de diciembre de 1969, sin embargo, esta excusa se desvaneció. Los conservadores nombraron al venerable septuagenario Alessandri, que ya había sido presidente de Chile. Los demócratas cristianos designaron a Radomiro Tomić, un representante de su ala izquierda cuyo programa difería del de Allende principalmente en procedimiento y en su sincera consagración al proceso democrático. Los comunistas se unieron en una coalición con los socialistas de Allende y eligieron a éste como candidato. Ya he descrito el virulento antiamericanismo y radicalismo del programa de Allende en 1970.

Ahora que había una carrera entre tres hombres, las agencias se consolaban con el hecho de que las encuestas daban la delantera cómodamente a Alessandri; por lo tanto, no había necesidad de una participación norteamericana.

Hasta bien entrado 1970 no nos concentramos en los peligros, mayormente debido a que las agencias con responsabilidad operativa llevaban a cabo un minué de tres esquinas que mantenía el problema alejado de un tratamiento a alto nivel. El embajador Korry opinaba que la victoria de Allende era equivalente a una toma de posesión comunista; sería imprudente actuar como si el gobierno de Allende pudiera ser distinto del de Castro; podría, en realidad, ser peor. Pero la Oficina Latinoamericana del Departamento de Estado no estaba de acuerdo; desestimaba tanto el parecido como el peligro de la victoria de Allende. No quería hacer nada para ayudar al conservador Alessandri. La CIA intentó ponerse del lado de Korry, pero no hasta el punto de pedir a la Casa Blanca que resolviera la diferencia; sabía que no podía operar sin un fuerte apoyo del Departamento de Estado. Así, el tratado de no agresión entre las agencias hizo que por cuatro meses yo no me enterara de que en diciembre de 1969 la embajada y la delegación de la CIA en Santiago habían sometido, en conjunto, una propuesta para contener a Allende; o de que el resultado de la conferencia resultante entre las agencias fue un acuerdo de que un informe, que incluyera los puntos de vista en conflicto, debía prepararse para el Comité 40. El Departamento de Estado y la CIA no facilitaron exactamente el proceso. Les llevó otros dos meses el ponerse de acuerdo acerca del informe; el 25 de marzo de 1970 lograron someter al Comité 40 un programa conjunto para una acción de «deterioro» contra Allende. Consistía en la ayuda norteamericana para la preparación de carteles, panfletos y anuncios oponiéndose a Allende sin sostener a Alessandri. La enorme suma de 135.000 dólares fue recomendada y aprobada (**). Pero el Departamento de Estado circunscribió el gasto de estos fondos aún más con una severa advertencia a efectos de que, si cualquiera de las actividades secretas tendían a respaldar a Alessandri, el apoyo del Departamento de Estado sería retirado inmediatamente. El concepto de derrotar a un candidato sin ayuda a su principal oponente era algo original; no era evidente cómo podría vencerse a Allende sin beneficiar a Alessandri. La consignación y la advertencia se anulaban mutuamente.

Mirando hacia atrás, es claro que yo debía haber estado más atento. Un consejero de seguridad sirve mejor a su presidente si nunca simplemente ratifica el consenso burocrático; debería ser siempre el abogado del diablo, el que incansablemente formula preguntas, el que sondea todo lo que se presenta como axiomático. Pero América Latina era un área en la que todavía no tenía experiencia propia. Estaba arrullado por las encuestas que predecían la victoria de Alessandri y por el consenso de las agencias; un consenso que nunca debería haber aceptado tan fácilmente en un área en la que tenía conocimientos de primera mano. Y en la primavera y el verano, Camboya reclamaba casi toda mi atención.

Era el 27 de junio cuando Chile volvió al orden del día del Comité 40, demasiado tarde para una acción efectiva en los restantes dos meses de la campaña presidencial chilena. La intranquilidad del embajador Korry acerca de la victoria de Allende se había multiplicado porque ahora enfrentábamos otro peligro: tanto los expertos de la CIA como del Departamento de Estado, repentinamente e inesperadamente, llegaron a la conclusión de que los defensores de Allende en el Congreso chileno podrían prevalecer aún cuando Allende perdiera, a menos que el margen de la victoria de Alessandri en la elección popular —aún sostenida con confianza— fuera superior a un cinco por ciento. Korry, por lo tanto, recomendaba un programa de dos fases: un aumento de la suma

(*) Sobre la base de cuatro reuniones en veintinueve meses —habiéndose llegado a una decisión sólo en dos— el Comité del Senado hizo oscuros cargos de que Chile había estado «por más de un año en la Orden del Día del Comité 40» (11).

(**) Todas estas cifras ya han sido publicadas por los comités del Congreso.

ya aprobada para las actividades de deterioro, y fondos para influir en el voto del Congreso.

El Departamento de Estado se opuso a ambas propuestas; el único argumento que había encontrado siquiera parcialmente persuasivo era un interrogante de Korry: «Si él (Allende) llegara al poder, ¿cuál sería nuestra respuesta a aquéllos que preguntaran qué hicimos?» Se aprobaron los gastos para el breve periodo restante de la campaña, y los mismos fueron, como indiqué, menores según las pautas de 1964. Para los estudiosos de la ciencia burocrática debe hacerse notar que el voto fue unánime; la Oficina Latinoamericana prefirió no quedar registrada como sosteniendo los puntos de vista que estaba defendiendo, preservando así su flexibilidad cualquiera que fuera el resultado y protegiéndose si el interrogante de Korry fuera repetido después de la victoria de Allende. Una decisión sobre la fase II —buscar el influir en el Congreso— fue diferida hasta después de la elección. La Oficina Latinoamericana se aseguró de que el embajador Korry no se engañara con la aprobación de fondos. Le informó que se oponía tanto al programa de preelección (fase I) como al de poselección (fase II) por razones filosóficas y reiteraba con los términos más enérgicos su objeción a usar los fondos ya aprobados para ayudar a Alessandri. No había peligro de tener problemas con Chile por exceso de entusiasmo o por un plan estratégico bien definido. Oponerse a Allende sin ayudar a Alessandri significaba fortalecer al débil demócrata-cristiano Tomic, reduciendo así el voto del único contrincante de Allende que tenía una oportunidad. Puede avalarse entonces la proposición de que la inclinación anti-Alessandri de nuestra burocracia aseguró la victoria de Allende.

Si los fondos aprobados en marzo eran demasiado escasos, los que fueron votados con tanta renuencia a fin de junio fueron demasiado tardíos. (Y también muy escasos.) La reunión del 27 de junio tuvo lugar apenas dos meses antes de la elección. Dada la necesidad de una aprobación formal por parte del presidente y el papeleo subsecuente, es improbable que cualquiera de estos fondos llegara a Chile antes de la segunda mitad de julio. Y para entonces la enbajada estaba constreñida por instrucciones que hacían casi imposible su uso efectivo (*).

A pesar de las encuestas optimistas —que en la reunión del 27 de junio todavía consideraban favorito a Alessandri por un cómodo margen— yo estaba comenzando a inquietarme. En consecuencia, a fines de julio emité el orden de analizar nuestras opciones en el caso que Allende ganara a pesar de todas las predicciones. Solicité respuesta urgente a las siguientes preguntas:

1. ¿Qué políticas y fines es probable que siga el gobierno de Allende? ¿Cuáles son las probables alternativas que puedan tener los acontecimientos en Chile bajo el gobierno de Allende?
2. ¿Cuál es la naturaleza y grado de amenaza de estas alternativas para los intereses norteamericanos, tanto en términos inmediatos como en términos de impacto sobre nuestros fines y posición a largo alcance?
3. ¿Qué opciones tienen los Estados Unidos para enfrentar estos problemas?

Mientras tanto, el Comité 40 se reunió nuevamente el 7 de agosto para pasar revista a los acontecimientos chilenos y reafirmar su decisión del 27 de junio. Estaba ya demasiado cercana la elección para que cualquier decisión hiciera alguna diferencia. El único tema en discusión era el de si se debían autorizar contactos exploratorios en el Congreso chileno en caso de que fuera necesaria la fase II. Los riesgos de ponerse en evidencia eran mayores que los beneficios marginales y la decisión quedó en suspenso.

Dado que mis preguntas políticas no involucraban operaciones secretas, fueron consideradas por el Grupo Revisor Superior, que como he señalado ya tenía los mismos miembros que el Comité 40 excepto por el Procurador General. Se permitía concurrir a los miembros de equipo y los documentos tenían una circulación mucho más amplia. La respuesta a mi pedido fue un trabajo preparado por un grupo de agencias presididas por el Departamento de Estado. Sus conclusiones reflejaban una extraña ambivalencia. Por un lado, expresaban que los Estados Unidos no tenían intereses vitales nacionales «dentro de Chile». Sin embargo, el significado de «dentro de Chile» no era explicado; ni la conclusión era sustentada por el análisis subsiguiente. Pues, al contestar mi pregunta acerca de qué amenaza podría significar el acceso de Allende para los intereses norteamericanos en el hemisferio, el grupo de agencias presentó una conclusión, que

(*) Supe más tarde que algunos representantes de la CIA habían aconsejado de manera informal a algunos intereses comerciales norteamericanos, a fin de julio y agosto, hacia dónde canalizar fondos durante la elección. Esto no se sabía en la Casa Blanca ni en el Departamento de Estado; de todos modos también era demasiado tarde. Mi propia actitud era de que cualquier acción secreta en Chile debería ser llevada a cabo sólo por nuestro gobierno; éste no era campo para la empresa privada. En consecuencia, rechazé la oferta de la ITT de un millón de dólares para ayudar a influir en la elección. Podía estar de acuerdo con el objetivo, pero no con el medio.

resumida por mi personal, hizo difícil entender cómo nuestro interés nacional no resultaba afectado.

Un gobierno de Allende atrincherado crearía considerables pérdidas políticas y psicológicas a los Estados Unidos:

- a) sería amenazada la cohesión hemisférica;
- b) se consolidaría en el hemisferio una fuente de política antinorteamericana;
- c) el prestigio y la influencia norteamericanas retrocederían con un correspondiente empuje para la Unión Soviética y el marxismo (*).

El Grupo Revisor Superior se reunió el 19 de agosto, pero no llegó a ninguna conclusión; mejor dicho, no pudo llegar a ninguna hasta las elecciones del 5 de septiembre. Sólo podíamos esperar con creciente inquietud que los votantes chilenos fueran a las urnas.

He comentado las deliberaciones de nuestro gobierno con tal extensión porque han sido descuidadas substancialmente en investigaciones anteriores del tema, quizá porque van tan en contra de las conclusiones preconcebidas. No dejan duda de que Estados Unidos sólo actuó en la forma mínima y más inefectiva antes de la elección chilena. No sólo los fondos fueron insuficientes para tener algún impacto significativo, sino que la insistencia en no apoyar al único candidato con probabilidad de vencer a Allende nos hizo dividir los recursos de manera tal que probablemente auspició la fragmentación de los votos en contra de Allende. Hubo renuencia a verse involucrado y resistencia aún mayor a la posibilidad de ser identificado con un candidato de antecedentes democráticos impecables, cuya principal desventaja a los ojos de nuestra burocracia era ser conservador. (Que esta opinión pueda haber llegado a sostenerse —no digamos prevalecer— en una administración Nixon demuestra una vez más cuán difícil es, aun para un presidente, imponer sus puntos de vista a la burocracia atrincherada.)

Para la época de la elección, había llegado a la conclusión de que había sido llevado a una posición incompatible con mis convicciones y, más importante aún, de las de Nixon. De haber creído en la primavera y verano de 1970 que había alguna posibilidad de una victoria de Allende, yo habría tenido la obligación hacia el presidente de darle una oportunidad de considerar un programa secreto de las proporciones del de 1964, incluyendo el respaldo a un solo candidato. Me sentía disgustado de que esta opción hubiera sido excluida sin ser discutida siquiera, primero con el argumento de que era innecesario un programa substancial, y más adelante porque entonces era demasiado tarde. Si el análisis unánime sometido al Grupo Revisor Superior el 19 de agosto delineando las implicaciones de una victoria de Allende hubiese sido correcto aun sólo en parte, el no examinar otras opciones con más anticipación fue inexcusable. La inclinación filosófica de nuestra burocracia, la confusión entre desarrollo económico y objetivos de política exterior, habían producido una parálisis. El punto de vista predominante en nuestro gobierno era aparentemente que se consideraba aceptable que el candidato radical recibiera fondos substanciales de Cuba y otras fuentes comunistas, pero incorrecto que los Estados Unidos ayudaran al candidato democrático con mejor oportunidad de éxito, aun si su programa era menos reformista de lo que algunos podrían haber deseado. Como más tarde resumí para el presidente:

El efecto neto de la posición del Departamento de Estado fue que nada podía hacerse para detener a Allende si ello significaba fortalecer a Alessandri. En vista del hecho de que la elección llegó a ser una carrera muy pareja entre Allende y Alessandri, con el demócrata cristiano Tomic siguiéndolos muy distanciado, la posición del Departamento de Estado contra el fortalecimiento de Alessandri nos neutralizó. Mientras que no es seguro que un programa de acción secreta menos circunscrito habría dado la victoria marginal a Alessandri, Helms siente que las probabilidades de éxito de un programa dilatado habrían sido razonablemente favorables. La victoria de Alessandri podría ha-

(*) El embajador Korry no tenía ilusiones acerca de las consecuencias de una victoria de Allende. Respondiendo a una pregunta sobre si sería posible un *modus vivendi*, él contestó: Un esfuerzo consciente para encontrar un *modus vivendi* es una hipótesis teórica sin relación con la realidad. Mientras en lo interno, el gobierno de Allende se moverá inicialmente con prudencia para tratar de mantener un marco de constitucionalidad y legalidad, estará entregado, como Allende ha dicho, a políticas que traten el imperialismo norteamericano como «el enemigo público número uno» en el hemisferio. Aparte de acciones específicas que incluyen la nacionalización de las industrias norteamericanas, reconocimiento de Cuba, Vietnam del Norte, etc., que en sí mismas harían prácticamente imposible un *modus vivendi* para los Estados Unidos, los profundos cambios en la estructura de Chile harán necesario probablemente un «enemigo» externo para justificar una revolución acelerada... Las fuerzas de Allende no pueden evitar llegar a la conclusión de que si él es investido los Estados Unidos han admitido su impotencia.

bernos presentado algunos problemas, pero evidentemente no habría sido tan amenazadora para nuestros intereses como la victoria de Allende; al menos, los serios problemas que ahora enfrentamos al tratar con el gobierno marxista de Chile podrían haberse pospuesto quizá por seis años.

Cualquier valoración imparcial de nuestra conducta posterior con Chile debe comenzar con este prólogo.

EL GOLPE QUE NUNCA FUE

En la elección del 4 de septiembre de 1970, como se dijo, el porcentaje de Allende representó una *disminución* del porcentaje que había recibido en 1964 cuando perdió con Frei, excepto que en 1970 el aún más alto número de votos contra Allende estaba dividido sin esperanzas. Según la constitución de Chile, dado que ningún candidato tenía la mayoría, el Congreso en sesión conjunta decidiría entre dos candidatos cincuenta días más tarde, el 24 de octubre.

Las maniobras para la carrera final del Congreso comenzó inmediatamente. El 5 de septiembre, en una conferencia de prensa, Allende aclamó su victoria y se comprometió a poner en práctica el radicalizado programa de la Unidad Popular sobre el que había hecho su campaña. Pero para calmar los temores del Congreso, comenzó a podar algunas de sus promesas. Aseguró que nunca favorecería un sistema de partido único en Chile; dijo que mantendría a Chile como miembro de la OEA (a pesar del compromiso del programa de Unidad Nacional de «denunciar» la organización); anunció además que pediría una reprogramación de la deuda pendiente de Chile, de 800 millones de dólares, con los Estados Unidos. (Él explicó más tarde a Régis Debray que él permaneció en la OEA para neutralizar las reacciones norteamericanas mientras sus convicciones verdaderas estaban en la Organización de Solidaridad Americana con base en La Habana, que él había ayudado a fundar.) (12) Al día siguiente, los partidarios de Alessandri indicaron que no aceptarían la victoria de Allende; pero su anuncio no estaba firmado por Alessandri, quien había declarado durante la campaña que reconocería al candidato que obtuviera más votos. El 7 de septiembre, Allende se reunió con el presidente Frei, quien acordó establecer un convenio de consultas con Allende (como lo habían hecho con Alessandri) en asuntos económicos. Mientras que rechazaba el pedido de Allende de un convenio similar en asuntos políticos, Frei sí convino en tomar medidas para prevenir el pánico económico en Chile.

La reacción en Washington, donde durante el verano todos se habían refugiado en encuestas consoladoras, fue una sorpresa aturdidora. Los funcionarios tienden a reaccionar ante las situaciones desagradables ignorándolas, en la esperanza de que desaparezcan. Frecuentemente lo hacen; no todas las catástrofes anunciadas ocurren en realidad. Pero cuando la sabiduría corriente alienta a la inacción, no deja margen para lo irrevocable. Y fue lo irrevocable lo que apareció ante nosotros tan inesperadamente en septiembre de 1970.

Nixon estaba fuera de sí. Por más de una década había criticado duramente las administraciones demócratas por permitir el establecimiento del poder comunista en Cuba. Y ahora, lo que él percibía —correctamente— como otra Cuba había surgido a la vida durante su propia administración sin que a él se le hubiera dado la oportunidad de tomar una decisión. Esto explica la virulencia de su reacción y su insistencia en hacer algo, *cualquier* cosa, que anulara la negligencia anterior. Como él culpaba al Departamento de Estado y al embajador (erróneamente en el último caso) por el estado de cosas existente, trató en todo lo posible de ignorar la burocracia. Esa actitud fue en realidad innecesaria, pues ahora que era casi demasiado tarde, todas las agencias se lanzaron a una frenética reevaluación. Algunos se sintieron algo avergonzados acerca de sus anteriores evaluaciones optimistas o dilaciones confiadas; todos se sentían frustrados; ahora al fin existía unanimidad sobre el hecho de que algo tenía que hacerse, espoleados por un presidente decidido. Desgraciadamente, ahora ya era muy tarde. Una fracción del esfuerzo a favor de candidato antes del 4 de septiembre bien podría haber evitado la nueva situación. Ahora nos veíamos forzados a improvisar mientras estábamos enfrentados a un plazo estricto sin ninguna preparación verdadera. Al escapársenos el tiempo, nuestras acciones eran realmente frenéticas (*).

(*) El interés acá es discutir los conocimientos, actitudes, decisiones y participación de la Casa Blanca, no dar un informe completo de las comunicaciones de la CIA. Considero la publicación de las deliberaciones del Comité 40 contra el interés público. Desgraciadamente, todos los documentos de este Comité citados acá han sido ya publicados por el Comité de la Iglesia.

Cuando el Comité 40 se reunió el 8 de septiembre para considerar Chile, era evidente que una decisión legislativa contra Allende era improbable: después de todo, habíamos estado preocupados sólo cuatro semanas antes de que el Congreso votara por Allende aun si Alessandri ganaba en mayoría de votos. No era absurdo esperar que el Congreso chileno *ejerciera* su elección independiente y negara la presidencia a un candidato de la minoría con un programa radical y ciertamente antidemocrático, cuando había aún una mayoría moderada abrumadora en el país. Pero sabíamos que esto no era probable. Sin verdadera convicción decidimos instruir al embajador Korry para que preparara una «valuación a sangre fría» de la posibilidad y probabilidad de un golpe militar y de los pros y contras involucrados en la «organización de una futura y efectiva oposición chilena a Allende».

La posibilidad de que Allende pudiera ser detenido revivió cuando el 9 de septiembre Alessandri anunció que él no se retiraría de la pugna en el Congreso. Anunció que si era elegido por el Congreso, él renunciaría y obligaría a nuevas elecciones, que repetirían el duelo entre Frei y Allende en 1964. Habiéndose interpuesto otra presidencia, por breve que fuera, Frei sería constitucionalmente elegible como candidato. Casi seguramente ganaría. En cuanto a los militares, el 10 de septiembre el Comandante en Jefe del Ejército, General René Schneider, comunicó a un grupo de oficiales chilenos que el ejército no intervendría en el proceso electoral. Sin embargo, el ejército demandaría «garantías» por parte de Allende de que lo mantendría como una institución completamente profesional y no sería politizada. El embajador Korry transmitió su propia convicción de que tales garantías no tendrían prácticamente ningún valor.

Yo había planeado una reunión del Comité 40 para el 14 de septiembre. El 12, a solicitud del presidente, pedí las sinceras recomendaciones de Korry en cuanto a los «posibles caminos abiertos a los Estados Unidos en la presente circunstancia». Nixon estaba cada vez más inquieto por lo que él consideraba el arrastrar de pies de la burocracia, y por la propensión del Departamento de Estado a hacer transacciones como de costumbre, que le recordaba lo que él consideraba nuestras primeras complacencias hacia Castro. (Esto en realidad no era justo. Cualquiera que fuera la dilación del Departamento antes de la elección chilena, sostuvo con fuerza y llevó a cabo activamente cada una de las subsiguientes decisiones del Comité 40.) Korry respondió esperanzado. Se informó que Frei estaba alarmado por la asunción de Allende e interesado en las posibles maneras de evitarla (*). El embajador Korry me sugirió una profunda reunión de prensa a cargo de un alto funcionario de Washington para hacer conocer los hechos sobre Chile al público norteamericano y transmitir a los chilenos indecisos la profundidad de nuestra preocupación.

El 14 de septiembre, el Comité 40 consideró lo que para ese entonces habíamos apodado el gambito «Rube Goldberg»: la elección y renuncia subsiguiente de Alessandri, dejando a Frei libre constitucionalmente para postularse en una elección inmediata especial. Se acordó autorizar a Korry a explorar esta posibilidad y apartar 250.000 dólares para proyectos en su sostén. El 15 de septiembre, Korry fue enterado por medio de un cable del subsecretario de Estado Alexis Johnson; se le pidió también que intensificara los contactos con los militares chilenos por medio de los miembros apropiados de su embajada «con el propósito de asegurarnos de que tenemos la inteligencia necesaria para una valoración independiente de la determinación de respaldar a Frei en el gambito reelectoral».

El 16 de septiembre, día en el cual fuimos informados que el rey Hussein estaba por iniciar una acción definitiva contra los fedayines y en el cual se hizo evidente que Cienfuegos estaba siendo transformado en una base de submarinos, di una conferencia de prensa a un grupo de editores y dueños de emisoras de radio del Medio Oeste en Chicago para que quedara constancia, entre otros temas, de nuestro punto de vista acerca del acceso de Allende al poder como Korry había solicitado:

La elección en Chile produjo un resultado por el cual el hombre respaldado por los comunistas, y probablemente comunista él mismo, tuvo la mayor cantidad de votos, superando en 30.000 a quien le seguía, que era conservador. Tuvo alrededor del 36,1 por ciento de los votos, por lo tanto tenía mayoría.

Los dos partidos no comunistas tenían entre ellos, por supuesto, el 64 por ciento de los

(*) Frei desde entonces ha negado enfáticamente que él se hubiera prestado a cualquier estratagema contra la constitución chilena. La información de Korry vino de los lugartenientes de Frei, que pueden haber actuado por cuenta propia. De todos modos, nosotros teníamos que actuar sobre la base de lo que nuestra Embajada consideraba eran los hechos.

votos, por lo tanto hay una mayoría absoluta no comunista, pero una mayoría relativa comunista. Lo digo para que se tenga una idea clara...

Ahora es bastante fácil predecir que, si Allende gana, hay una posibilidad de que establezca por un período de años algún tipo de gobierno comunista. En ese caso, lo habrá no en una isla fuera de la costa que no tiene una relación e impacto tradicionales en América Latina, sino en un importante país latinoamericano; tendrán un gobierno comunista al lado, por ejemplo, de Argentina, que está ya profundamente dividida, a lo largo de una extensa frontera, al lado de Perú, que ya se ha encaminado por rumbos con los que ha sido difícil tratar, y al lado de Bolivia, que también ha tomado un rumbo izquierdista antinorteamericano, aun sin ninguno de estos acontecimientos.

Por lo tanto, pienso que no debemos engañarnos con que una toma de posesión de Allende en Chile no presentará problemas masivos para nosotros, y para las fuerzas democráticas y para las fuerzas pronorteamericanas en América Latina, y en realidad en todo el hemisferio occidental.

Para entonces Nixon había asumido un papel personal. Había sido impulsado a actuar el 14 de septiembre por Agustín Edwards, el editor de *El Mercurio*, el periódico chileno más respetado que había venido a Washington a advertir cuales serían las consecuencias de la toma de Allende. Edwards se hospedaba en la casa de Don Kendall, principal funcionario ejecutivo de Pepsi-Cola, quien por casualidad traía a su padre a ver a Nixon ese mismo día. (Yo me había encontrado con Edwards y Mitchell durante el desayuno y le había pedido a Helms ver a Edwards por cualquier idea que pudiera tener.)

Después de encontrarse con Kendall, Nixon pidió a Helms, a Mitchell y a mí que fuésemos a su oficina en la tarde del 15 de septiembre. En una conversación que duró menos de quince minutos, Nixon le dijo a Helms que él quería un esfuerzo mayor para ver qué podría hacerse para evitar que Allende llegara al poder. Si hubiera una oportunidad en diez de librarnos de Allende, deberíamos probarla: si Helms necesitaba los millones, él lo aprobaría. El programa de ayuda a Chile sería interrumpido; su economía debía ser exprimida «hasta que gritase»; Helms debería dejar de lado a Korry e informar directamente a la Casa Blanca, que tomaría las decisiones finales. El objetivo entonces era aún el plan «Rube Goldberg»; Nixon en realidad no presentó ningún plan, sólo un deseo apasionado, desenfocado y nacido de la frustración, de hacer «algo».

Esta conversación es considerada ahora como el comienzo de lo que se llamó más tarde Vía II —en oposición a las decisiones formales del Comité 40, que retrospectivamente se convirtieron en Vía I— tan alegremente divulgadas por los comités del Congreso. Pero Vía II significaba menos de lo que parecía. Como he mostrado varias veces en este libro, Nixon era dado a las afirmaciones grandilocuentes sobre las que no insistía una vez que sus implicaciones se hacían evidentes para él. El temor de que visitantes incautos tomaran al presidente literalmente por asalto era, en realidad, una de las razones por las que Haldeman controlaba tan estrictamente el acceso hacia él. En el caso de Vía II, por ejemplo, no sólo no se gastaron los diez millones de dólares; ni siquiera fue reservada suma alguna específica. Los gastos, si los hubo, nunca pudieron haber sobrepasado unos pocos miles de dólares. Nunca fue más que un tanteo y una exploración de posibilidades, aun en el concepto de Helms.

Además, mientras el arranque del presidente indudablemente dio ímpetu y urgencia a los contactos con los militares así como al plan «Rube Goldberg», sólo llevaba a conclusiones a las que los departamentos estaban llegando por sí mismos. A través de la maquinaria regular del Comité 40 (Vía I), la embajada recibió instrucciones de seguir de cerca las actividades de la CIA que surgieran de la conversación de Helms con Nixon. Vía II era la expresión de la profunda desconfianza de Nixon por la maquinaria del Departamento de Estado, que él sospechaba frustraría la consideración de sus deseos. En este caso estaba equivocado, porque después de la elección de Allende no había diferencia significativa entre las agencias.

Nixon fue informado varias veces sobre Vía II por Tom Karamessines, director de las operaciones secretas de la CIA, siempre de manera pesimista. Todos los informes de la CIA para Haig y para mí eran igualmente negativos. Di por terminado el esfuerzo el 15 de octubre, como demostraré, después de un mes; Nixon aprobó. Vía I, con todo el respaldo del Departamento de Estado, trató de alentar un movimiento militar para producir una nueva elección en forma muy parecida a lo que deseaba el presidente. Fue igualmente un fracaso y abandonada a tiempo en el mismo punto; esta vez por el Comité 40.

Cualquiera que fuera el origen, Vía I (la propuesta formal del Comité 40) o Vía II (la propuesta unilateral de la CIA), las deliberaciones se hacían cada vez más sobre el papel de los militares chilenos. Para el 21 de septiembre se hacía evidente que Frei no estaba siguiendo ningún plan que resultara en su propia reelección. La fértil mente de Korrry se volvió hacia una maniobra (aparentemente arreglada por los asociados de Frei) por la cual los principales miembros del Gabinete renunciarían e inducirían a sus colegas a seguirlos. Esto, daría a Frei, si él no se oponía, un pretexto para reemplazarlos por oficiales militares. En otras palabras, se darían a Frei los medios para desencadenar una crisis constitucional, planeada, como en todos los casos, para llevar el país a otra elección, de modo que el pueblo tuviera que elegir entre Frei y Allende, entre democracia y dictadura potencial. Había duda en cuanto a la buena voluntad de Frei de hacer esto. Se percibía, sin embargo, que el principal obstáculo era el Comandante en Jefe del Ejército, el General Schneider, que asumió la posición de que si los políticos habían puesto a Chile en este enredo, les correspondía desembrollarlo. Otro escollo, según se informaba, estaba en el temor de los militares chilenos de que si actuaban fueran tratados como la Junta griega, es decir, acosados y privados de ayuda militar tanto por los Estados Unidos como por la izquierda.

Por lo tanto, el Comité 40 autorizó a Korrry a abordar a algunos jefes militares elegidos. Se daría a entender que su actuación no interrumpiría la ayuda militar norteamericana; no pudo determinar por medio de mis registros cuándo o a quién se pasaron estos mensajes ni tampoco si fueron pasados. Dudo ahora que estas instrucciones hayan llegado realmente a ponerse en práctica.

Desde el 26 de septiembre al 5 de octubre estuve ausente de Washington; fui primero a París a reunirme con el vicepresidente de Vietnam del Sur, Nguyen Cao Ky, y luego, secretamente, con el de Vietnam del Norte. Después de esto, me uní a Nixon en Roma para su viaje por los países del Mediterráneo en la noche del 27 de septiembre. En todas las oportunidades, Nixon alentaba a los gobiernos amigos a usar su influencia en Chile para evitar la ascensión de Allende o, al menos, no tratar su victoria como predeterminada. Encontró que no se hallaba solo en su preocupación por el futuro de Chile.

El Comité 40 se reunió el 29 de septiembre, en mi ausencia, bajo la presidencia del Subsecretario de Estado Johnson, y llegó a la conclusión de que los militares chilenos se moverían hacia una nueva elección sólo si temían una crisis económica y la interrupción de la ayuda militar norteamericana en caso de no hacerlo. Se aprobaron en mi ausencia medios para hacer saber a los militares chilenos que esos riesgos eran ciertos; para apoyarlos, fueron suprimidos embarques de ayuda militar. Después de la vuelta del presidente, una reunión del Comité 40 el 6 de octubre nos dejó con las mismas perplejidades que habían existido antes de nuestra partida. Frei no sólo no se movió; no hizo nada para evitar que el congreso del partido demócrata cristiano de octubre 5 respaldara condicionalmente la elección de Allende por el Congreso chileno. El gambito «Rude Goldberg» estaba ahora definitivamente muerto; el Congreso seguramente votaría por Allende. El tiempo también se estaba agotando en la ruta del cambio de gabinete para lograr una crisis constitucional. La única posibilidad restante para impedir el acceso de Allende era un golpe militar como preludio a nuevas elecciones. Reflejando el consenso, Alex Johnson y yo enviamos un cable a Korrry —en Vía I— pidiéndole que reforzara a los militares las serias consecuencias de una presidencia de Allende y autorizándolo a reiterar las seguridades de una continuada ayuda militar norteamericana si se movían.

Vía I y Vía II estaban en realidad mezclándose. El 10 de octubre la CIA informó al General Haig —como parte de Vía II— que las perspectivas de un golpe militar eran aún más débiles que antes. El 14 de octubre el representante de la CIA, Tom Karamessines, informó al Comité 40 —como parte de Vía I— que «no existe actualmente un clima de golpe». Indiqué al Comité que aparentemente era poco lo que podíamos hacer para influir en la situación chilena de una manera u otra. El 15 de octubre recibí un informe similar de Karamessines como parte de Vía II. La única posibilidad que quedaba era un plan de aficionados, organizado por un tal general Roberto Viaux para secuestrar al general Schneider y llevarlo a la Argentina. Informé a Nixon: «Vi a Karamessines hoy. El plan es desesperado. Lo descarté. Nada sería peor que un golpe abortivo». Nixon estuvo de acuerdo. Estaba ya resignado a la presidencia de Allende. Su mayor preocupación era la de cómo evitar que el Departamento de Estado lo presionara para reanudar relaciones de ayuda militar con el gobierno de Allende; si éste expropiaba propiedad norteamericana, la enmienda Hickenlooper debería aplicarse inmediatamente, ordenó.

De su reunión del 15 de octubre conmigo, Karamessines llevaba instrucciones de desalentar el golpe del general Viaux y un mandato general para «preservar nuestras ventajas» en Chile en la (claramente remota) posibilidad de que pudiera presentarse otra oportunidad. La CIA pasó estas instrucciones al grupo Viaux el 17 de octubre; nuestra representación en Santiago les advirtió que su plan fallaría, sería contraproducente, y no debería llevarse a cabo.

El Comité del Senado, supuestamente investigando planes de asesinato del gobierno de los Estados Unidos, utilizó gran parte de su informe de 1975 rumiando si Al Haig o yo estábamos engañando al Comité cuando testificamos que el plan del golpe se había dado por terminado el 15 de octubre o si la CIA procedió sin autoridad. Los hechos son éstos. El Comité del Senado descubrió un segundo grupo de conspiradores, además del de Viaux, con el cual la CIA estaba en contacto y que también planeaba secuestrar al General Schneider. Ni Haig ni yo supimos alguna vez de su existencia por la muy buena razón de que nunca hicieron nada. Cuando el 15 de octubre de 1970 ordené que se abandonaran los complots; Nixon, Haig y yo lo consideramos el fin, tanto de Vía I como de Vía II. El personal de la CIA en Chile aparentemente pensó que la orden se aplicaba sólo a Viaux; pensaron que estaban libres de continuar con el segundo grupo de conspiradores, de los cuales la Casa Blanca no tenía noticia. Hasta los proveyeron con tres ametralladoras el 19 de octubre, sin informar a nadie en la Casa Blanca. Unos conspiradores militares que necesitaban armas extranjeras no debían haberse considerado seriamente. Pues no lo eran. En una comedia de errores digna de los Keystone Kops, los conspiradores estaban dispuestos a secuestrar a Schneider en su auto después de una cena el 19 de octubre; fallaron porque él se retiró en otro auto. Al día siguiente lo intentaron otra vez, pero perdieron de vista a Schneider en el tránsito de Santiago. Las armas fueron devueltas sin usar a nuestra delegación de la CIA. Los conspiradores volvieron a su bien merecida oscuridad, de la cual disfrutaron hasta que sus actividades obtuvieron gran notoriedad gracias al Comité del Senado.

Entonces, el 22 de octubre, el grupo Viaux, al cual explícitamente se había dicho que desistiera por medio de la CIA el 17 de octubre, prosiguió por su cuenta, desafiando a la CIA y sin nuestro conocimiento. Trataron de secuestrar al general Schneider y estropearon todo. Schneider sacó su pistola en defensa propia y fue herido mortalmente. La muerte del general Schneider, ocasionada por el fracaso de un *complot de secuestro* que habíamos ordenado no llevar a cabo, y al que no alentamos, ni apoyamos, ni respaldamos, ni ayudamos, ni tampoco aprobamos, es uno de los hechos a que se dio más importancia en la investigación del Comité del Senado sobre los complots del *gobierno de los Estados Unidos para asesinar líderes extranjeros*.¹ En medio de todas sus insinuaciones el Comité del Senado averiguó que no hubo complot de los Estados Unidos para asesinar al general Schneider. En realidad nadie quería asesinarlo, ni siquiera el general Vieux. El asesinato nunca fue discutido ni supuesto en ninguna reunión del Comité 40 que se reuniera sobre cualquier tema durante mi gira, ni fue jamás considerado como parte de Vía II. Viaux planeó un secuestro; y le dijimos que no lo llevara a cabo; el segundo grupo de conspiradores no hizo nada. Y los planes de Vía I o Vía II, aun los más complicados que involucraban a los militares, fueron ideados para producir una nueva elección que iba a probar en una confrontación de dos hombres si el pueblo chileno quería un presidente democrático o uno confesadamente leninista. Es casi una certeza que, en una carrera de dos hombres, los chilenos seguramente habrían elegido al reformista demócrata Eduardo Frei.

Después del 15 de octubre nuestra atención se enfocó en el período post Allende. Solicité una reunión del Grupo Revisor Superior el 17 de octubre para discutir nuestras opciones después de la asunción de Allende. El 18 de octubre —antes de que se llevaran a cabo cualquiera de los distintos intentos golpistas— envié un memorándum al presidente que no puede dejar duda de que al más alto nivel todos los pensamientos de golpes de estado habían sido abandonados: «Ahora parece cierto que Allende será elegido presidente de Chile en las elecciones legislativas del 24 de octubre.»

Creo que estábamos en lo cierto en nuestra evaluación de los peligros para nuestros intereses y para el hemisferio occidental representados por la asunción de Allende a la presidencia. La solución que buscábamos era promover una bien definida elección popular entre las fuerzas democráticas y las totalitarias. Ayudar a tales fines me parecía bien entonces y me parece bien ahora. No puedo aceptar la proposición de que los Estados Unidos estén excluidos de actuar en esa área gris entre la diplomacia y la intervención militar, un mundo de sombras en el que nuestros adversarios tienen como instrumento un partido político, sus recursos extranjeros infinitamente superiores e innumerables organizaciones para enmascarar sus fines. El esfuerzo fue un esfuerzo

de aficionados, improvisado en medio del pánico y ejecutado en la confusión. Las «operaciones secretas» jamás llegaron a levantar vuelo; en contraste con 1964, hicimos muy poco y actuamos demasiado tarde. Allende asumió; no hubo golpe; no tuvimos más contactos destinados a organizar uno después de octubre de 1970 (a pesar de algunas insinuaciones en el informe del Senado). Cuando Allende fue finalmente derrocado, fue por su propia incompetencia e intransigencia; los líderes militares sin consultarnos fueron contra él por su propia iniciativa, porque estaban convencidos que intentaba apoderarse de todo el poder y estaba a punto de organizar su propio golpe con ese fin. Tenían buenas razones para pensar así, pero esto queda para mi segundo volumen.

ALLENDE ASUME EL PODER

Después del 15 de octubre la imposibilidad de evitar la asunción de Allende a la presidencia fue reconocida, y los funcionarios superiores se volcaban hacia el problema de las relaciones con el gobierno de Allende. El embajador Korry, que había insistido anteriormente que un *modus vivendi* con Allende era una ilusión, cambió de opinión y recomendó la inmediata apertura de las negociaciones con el presidente electo. Como Allende quería respetabilidad y legitimidad internacional, argüía ahora Korry, y como esto requería nuestra aceptación, deberíamos ofrecer no hostilidad a cambio de la limitación de Chile, especialmente en temas de expropiación. Le di a Korry oportunidad de exponer sus puntos de vista ante Nixon el 15 de octubre. Nixon estaba resignado a la asunción de Allende, pero no a cooperar con él. Replicó evasivamente y de ahí en adelante injustamente clasificó a Korry como un «tonto».

La recomendación de Korry ilustraba nuestro dilema político. Yo le esbozé para el Grupo Revisor Superior el 17 de octubre:

Si somos pública o prematuramente hostiles, nuestra actitud puede agrupar a los nacionalistas chilenos tras Allende. Si, por otro lado, somos acomodaticios, nos arriesgamos a dar apariencia de debilidad o indiferencia ante el establecimiento de un gobierno marxista en el hemisferio.

La conclusión que saqué de la reunión del otro día es que nadie cree que un arreglo a largo plazo sea posible. Sólo nos enfrentamos a una elección de táctica. La cuestión es si sería mejor si se viera que de las acciones de Allende surge una confrontación o si los Estados Unidos deberían moverse inmediatamente a una posición de hostilidad militar.

Al día siguiente esbozé el estado de cosas al presidente.

La toma de posesión de Allende, le escribí, tal como indiqué anteriormente, ahora parece cierta (*). El gobierno norteamericano fue unánime en que él era un marxista duro y consagrado, con una inclinación fuertemente antinorteamericana, que conduciría la oposición a la influencia norteamericana en el hemisferio y sistemáticamente promovería políticas hostiles a las nuestras. Seguramente expropiaría las inversiones norteamericanas, con toda seguridad sin una compensación adecuada. La sola existencia de tal gobierno animaría a los elementos hostiles a nosotros en otros países latinoamericanos. Era seguro que Allende se iniciaba desde una posición débil. La coalición que lo apoyaba era discola; la economía se estaba deteriorando; la tradición democrática de Chile inhibiría por un tiempo los movimientos para establecer un estado totalitario; los militares desconfiaban de él. «Para vencer estas debilidades», escribí a Nixon, «el plan de Allende será seguramente buscar legitimidad y respetabilidad; tranquilizar a los aprensivos o preocupados y moverse cuidadosamente para evitar unir prematuramente a la oposición contra él; mantener su oposición fragmentada y luego ir cercenando su poder poco a poco, como él es capaz. Si se le deja seguir su plan y su ritmo, probablemente tenga la capacidad y habilidad para consolidar su poder y neutralizar la oposición en un año o dos».

Enfrentábamos así el problema de que una política de conciliación no funcionaría: «Allende no va a modificar sus metas voluntariamente, ni es probable que tenga ningún interés en negociar tal modificación sólo para llevarse bien con nosotros. Una política de los Estados Unidos de buscar arreglos con él, por lo tanto, no es probable que lo desvíe de un curso antinorteamericano,

(*) No dejando duda de que no teníamos conocimiento anticipado del complot de Viaux del 22 de octubre.

si es que quiere y puede seguirlo.» En otras palabras, nuestra verdadera alternativa era la definida por el Grupo Revisor Superior: si debíamos adoptar una actitud abiertamente hostil o si sería mejor adoptar una postura «correcta» pero «fría», dejando a Allende el forzar la confrontación. Urgí al presidente para que este punto fuera tratado en una reunión del Consejo Nacional de Seguridad. Hice clara mi preferencia por evitar una confrontación y adoptar una posición «fría pero correcta».

Sin embargo, debían ser decididas de inmediato una cantidad de cuestiones específicas de protocolo. Se referían a nuestra actitud formal ante la asunción de Allende, ahora inminente. Propuse que Ron Ziegler declarara que habíamos tomado nota de la elección de Allende y que era cuestión de Chile determinar nuestras futuras relaciones; que enviáramos una pequeña delegación, no muy significativa, encabezada por el Secretario Ayudante de Estado, Charles Mayer, para concurrir a las ceremonias; que los embarques a los militares chilenos fueran reasumidos. Recomendé que cerráramos la estación de nuestra Fuerza Aérea para ensayos atmosféricos en Chile (ya que Allende seguramente lo pediría), y que consultáramos con los gobiernos claves de América Latina para tratar de coordinar la política hacia el nuevo presidente chileno en todo el hemisferio.

Nixon aprobó todas mis recomendaciones. Fueron entregadas a las agencias el 21 de octubre. El Congreso chileno votó a Allende como presidente el 24 de octubre. El 30 de octubre apoyé la recomendación del Departamento de Estado para que el Secretario Ayudante Mayer fuera autorizado a llevar un mensaje de felicitación, confirmando así que el presidente Nixon tenía conciencia del gran honor y responsabilidad otorgados a Allende por el pueblo chileno. No era un mensaje exuberante y sugerí que fuera oral y no escrito, pero observaba las cortesías aprobadas y dejaba el camino abierto para una respuesta conciliatoria, de elegir Allende ese camino.

El 30 de octubre Allende anunció la formación de su nuevo Gabinete de quince hombres fuertes. Todos los puestos claves fueron dados al partido comunista (Finanzas, Obras Públicas y Trabajo); el Ministerio de Economía a un independiente muy cercano a los comunistas; cuatro puestos al propio partido socialista de Allende (Interior, Relaciones Exteriores, Vivienda y Secretario de la Presidencia); otros siete a varios otros partidos radicales y menores. El nuevo ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, era tan izquierdista que en el pasado se había opuesto a las posiciones soviéticas por admiración a los más radicales comunistas chinos y cubanos.

En su discurso final a la nación el 31 de octubre, el saliente presidente Frei anunció su intención de permanecer políticamente activo como un oponente constructivo al gobierno de Allende. Instó a los chilenos a defender la democracia, advirtió contra el peligro de convertir las universidades en campos de batalla, y pareció reflejar la difundida preocupación acerca del futuro de las libertades políticas bajo Allende.

El 3 de noviembre Allende juró ante las Cámaras en reunión conjunta del Congreso. Juró mantener la integridad e independencia de la nación y mantener y obedecer su constitución. Pidió también «trabajo y sacrificio» a los chilenos, ambos necesarios para la construcción del socialismo. Concurrieron a las ceremonias de asunción del mando, representantes de más de sesenta países extranjeros, incluyendo delegaciones no oficiales de Vietnam del Norte, la República Popular de la China, Alemania del Este y Cuba (ésta última encabezada por el antiguo líder del partido socialista Carlos Rafael Rodríguez). Como anticipo de la inclinación anti-norteamericana de Allende, los líderes del partido de la independencia de Puerto Rico fueron invitados también a la ceremonia. En comentarios públicos relacionados con las festividades, se decía que Allende había expresado que planeaba llamar a un plebiscito si el Congreso (en el cual su Unidad Popular controlaba sólo 90 de los 200 votos) rechazaba las «nuevas formas» de gobierno que él pudiera proponer (13).

El 5 de noviembre, durante un discurso pronunciado durante una reunión que culminaba los tres días de celebraciones, Allende prometió una «república de la clase trabajadora» y culpó al sistema capitalista de las iniquidades sociales y económicas, y aludió a un programa de nacionalización en gran escala.

Charles Mayer fue recibido por Allende y entregó el mensaje de Nixon. Allende no dio muestras de un acercamiento conciliatorio. El tenor de su gobierno quedó fijado. Unos pocos días después, por ejemplo, fue descubierta una estatua del Che Guevara en un barrio obrero de San Miguel. Los militares revolucionarios latinoamericanos, incluyendo el Secretario General de

la federación de los Trabajadores Cubanos, estaban presentes en el homenaje, que fue caracterizado por multitudes que cantaban los himnos nacionales de Chile y Cuba (14).

Esta era la atmósfera que reinaba cuando se reunió el Consejo Nacional de Seguridad el 6 de noviembre para revisar nuestra política hacia Chile. Y no fue mejorada por un informe digno de confianza recibido ese día, que describía un encuentro clandestino entre Allende y los miembros del Ejército Nacional de Liberación Chileno, un grupo radical creado para promover la revolución en Bolivia. Se decía que Allende se había comprometido a que una vez que su gobierno estuviera firmemente establecido en el poder, Chile se convertiría en un centro de ayuda y entrenamiento para las organizaciones revolucionarias latinoamericanas, que buscaban «liberar» sus países por medio de la lucha armada.

Nixon aceptó, sin embargo, el consenso que sostenía una postura «fría, pero correcta». Él expresó su preocupación de que el éxito de la consolidación del poder de Allende animara a todos nuestros oponentes en América Latina y pudiera mover a los indecisos contra nosotros. Pero aceptó que una hostilidad abierta podría ser un arma en manos de Allende. Por lo tanto, se decidió por una política que estaba corporizada en una instrucción publicada el 9 de noviembre. Afirmaba que la postura pública de los Estados Unidos sería «correcta, pero fría, para evitar dar al gobierno de Allende una base sobre la que reunir el apoyo interno e internacional para la consolidación del régimen». Pero, al mismo tiempo, aunar presiones para evitar la consolidación de «un estado comunista en Chile, hostil a los intereses de los Estados Unidos y otras naciones del hemisferio». El presidente ordenó que no se emitieran garantías para nuevas inversiones privadas; que las viejas, de ser posible, se dieran por terminadas, y que usáramos nuestra influencia en las instituciones financieras internacionales para limitar el crédito u otra ayuda financiera a Chile. Por el momento, no deberían llevarse a cabo más compromisos bilaterales de ayuda económica. Sin embargo, se hizo una excepción con los programas humanitarios. Las obligaciones existentes serían cumplidas.

La orden era severa, pero menos drástica y decisiva de lo que parecía. (Lo era, por ejemplo, mucho menos que la política seguida más tarde contra Augusto Pinochet de Chile, o Anastasio Somoza de Nicaragua.) Con la nueva política de expropiación del gobierno chileno, sin compensaciones, destinada a desalentar la inversión extranjera, con una inflación alimentada por el gobierno que llegó a un 35 por ciento (el día de la muerte de Allende) y destruyó la clase media, y con el incumplimiento de sus obligaciones internacionales en 1971, el valor del crédito chileno habría caído drásticamente entre 1970 y 1973, cualquiera que hubiera sido la política de los Estados Unidos en las instituciones internacionales de crédito. Imprudente habría sido la institución financiera, nacional o internacional, que extendiera un crédito substancial a quien, en su declaración durante la campaña electoral de 1970 (Las Primeras Cuarenta Medidas del Gobierno Popular), se había comprometido a «renegar de las obligaciones con el Fondo Monetario Internacional», o quien en su programa de Unidad Nacional de 1970 había proclamado la intención de «expropiar el capital imperialista y... aumentar nuestra capacidad de autofinanciar nuestras actividades» y quien había considerado «absolutamente necesario revisar, denunciar o renunciar, según conviniere al caso, a aquellos tratados o acuerdos que involucren obligaciones que limiten nuestra soberanía, y, en particular, tratados de asistencia recíproca, pactos de ayuda mutua u otros pactos firmados por Chile con los EE.UU.».

En cuanto a los programas bilaterales de ayuda de los Estados Unidos, préstamos según ya se mencionó, fueron terminados en 1968 mientras Frei era aún presidente. Los programas de préstamos habían bajado hasta 40 millones de dólares en 1969 y 70 millones en 1970. Aún bajo el gobierno de Allende, la excepción para programas humanitarios resultó en la autorización de 16,8 millones de dólares en los programas de Alimentos para la Paz, unos 250.000 dólares en socorro especial para catástrofes, y acción favorable de los Estados Unidos en los préstamos del Banco Interamericano de Desarrollo de 11,5 millones de dólares a dos universidades chilenas en enero de 1971. Y el Cuerpo de Paz continuó. Mientras Allende estuvo en el gobierno, los Estados Unidos autorizaron más de 42 millones de dólares en ayuda militar, «concedidos para refinanciar la deuda de unos 250 millones de dólares de Chile, los préstamos del Fondo Monetario Internacional por 82,3 millones de dólares y cumplir con compromisos previos de ayuda que sumaban unos 25 millones. Así pues, Chile bajo Allende siguió siendo uno de los más grandes receptores de ayuda oficial norteamericana per cápita en América Latina. En total, Allende recibió nuevos créditos por casi 950 millones de dólares de distintas fuentes, incluyendo bastante más de 650 millones de dólares de fuentes comunistas» (15). Por penoso que pueda ser admitirlo

para aquéllos que buscan razones extrañas para los desastres económicos manejados por los comunistas, no fue la presión económica norteamericana sino la propia política de Allende la que lo hizo caer.

Allende no esperó mucho para llevar a cabo su programa. El 12 de noviembre anunció el restablecimiento de las relaciones diplomáticas con Cuba, en contravención con la resolución de la OEA de 1964, que Allende denunció como carente de «bases jurídicas y morales»; el nuevo acuerdo fue negociado por Carlos Rafael Rodríguez durante la asunción de Allende. El Departamento de Estado reaccionó al día siguiente con una declaración en la que «deploraba que Chile hubiese actuado sin recurrir al marco de consulta de la OEA. El gobierno de Allende también se movió rápidamente para firmar un pacto con la delegación de Corea del Norte. Si bien no mencionaba lazos diplomáticos, constituyó de todos modos un reconocimiento de facto. Chile inmediatamente se retiró de la Comisión de la ONU sobre Corea.

El primer movimiento de Allende contra la industria norteamericana ocurrió el 20 de noviembre, cuando ordenó una toma administrativa, bajo las disposiciones de la ley laboral de 1945, de dos compañías chilenas controladas por la Northern Indiana Brass y Ralston Purina.

Allende acusó a las compañías de haber negado trabajo intencionalmente a los chilenos. Esto fue seguido por un discurso el 26 de noviembre —al pleno del Partido Comunista— en el cual él declaró que su gobierno en poco tiempo propondría legislación para nacionalizar los intereses norteamericanos así como la banca chilena y extranjera, seguros y propiedad industrial no identificada. Se informó que la legislación sería acompañada probablemente por una propuesta para alterar la garantía a la propiedad privada en la constitución para permitir al gobierno tomar las instalaciones de trabajo (tal como plantas industriales y mineras), así como tierras de propiedad privada (ya autorizada). Este discurso fue seguido por la revelación de planes para la nacionalización en gran escala de las industrias básicas y el planeamiento y dirección central de las industrias, bancos, comercio y agricultura, como prometió en su programa de 1970. El ministro de finanzas de Allende, que reseñó el programa económico a un comité del Congreso chileno, culpó al «sistema capitalista y a los inversores extranjeros, especialmente norteamericanos, por los problemas económicos de Chile».

Al mes, Allende amnistiado a cientos de terroristas revolucionarios pertenecientes al MIR, una organización a la izquierda de los comunistas, dedicada a apoderarse del poder por la violencia. Dentro del año, en 1971, profundizando la brecha en la unidad del hemisferio, Fidel Castro hizo una visita que duró casi un mes. El viaje terminó con un comunicado conjunto afirmando la «lucha común» y la perspectiva común de ambos gobiernos y pueblos para «analizar la situación mundial», condenando la «intervención imperialista» en Vietnam, saludando la «crisis del sistema monetario capitalista» y «el gradual aumento substancial del poder económico, político, social y tecnológico del campo socialista».

Con el tiempo, el yerno cubano de Allende, Luis Fernández de Ona, que había estado involucrado activamente en planear la expedición boliviana del Che Guevara, tuvo una oficina en el Palacio Presidencial en Santiago. Allende organizó su propia fuerza privada de seguridad, formada principalmente por extremistas del grupo terrorista MIR, fuera de la estructura existente del ejército y la policía. Clandestinamente importó grandes cantidades de armas cubanas para armar a sus partidarios para las luchas callejeras —un interesante procedimiento para un presidente «constitucional». Entre diez y quince mil extranjeros sin visado llegaron para ayudar a organizar la guerrilla dentro de Chile y las actividades terroristas en los países vecinos. Se hicieron intentos para derrocar la estructura militar existente; un grupo de suboficiales intentaron un golpe para tomar la Marina con la aprobación tácita del presidente en 1971.

El mito de que Allende era un demócrata ha sido fomentado por aquéllos que condenan la violación de los derechos humanos sólo por la derecha. El hecho es que varias de las medidas de Allende fueron declaradas inconstitucionales y fuera de la ley por la Suprema Corte Chilena el 26 de mayo de 1973, por el Contralor General el 2 de julio de 1973 y por la Cámara de Diputados el 22 de agosto de 1973. Fue la oposición que él provocó dentro de Chile lo que dio lugar al golpe militar de 1973. En su concepción, planificación y ejecución nosotros no desempeñamos el más mínimo papel. ???

En noviembre de 1970 todo esto era todavía un futuro muy lejano. Habíamos sido incapaces de evitar el acceso de Allende al poder. Estábamos dispuestos a las transacciones, si Allende, contra todo lo que se esperaba, estuviera dispuesto a hacerlas. Pero también estábamos preparados para defender nuestros intereses en el caso más probable de que Allende cumpliera su palabra.

Así, Chile tomó su lugar en nuestro otoño de crisis. Habíamos prevalecido en Jordania y Cienfuegos, pero íbamos a enfrentar un desafío constante en el hemisferio occidental. Nuestras deliberaciones habían pulido nuestra capacidad de tratar otras futuras crisis. Habíamos soportado pruebas tanto más complicadas porque ocurrieron prácticamente en forma simultánea y al poco tiempo de la desquiciante experiencia de Camboya. Habiendo enfrentado los desafíos que nos impusieron, podíamos ahora forjar los hechos a la luz de nuestros propósitos.

Capítulo XVIII

INVITACION A PEKIN

EL FIN DEL CANAL DE VARSOVIA

Aparentemente la primera reunión oficial entre Estados Unidos y la República Popular de China durante la administración Nixon no constituía un hecho demasiado dramático. Se llevó a cabo en Varsovia, en la embajada china, el 20 de enero de 1970, con nuestro Embajador en Polonia, Walter Stoessel, sentado frente a Lei Yang, encargado de negocios de la República Popular. Era la primera reunión después de dos años, pero este tipo de reuniones a nivel de embajadores se habían llevado a cabo esporádicamente durante quince años y su principal importancia parecía ser el hecho de que representaban las conversaciones continuas más largas que no apuntaban a un solo logro importante. Se habían celebrado 134 reuniones y todas habían resultado estériles. El orden del día de la 135 reunión parecía igualmente inútil. La diferencia estaba en que después del tremendo desgaste burocrático en Washington, Stoessel tenía órdenes de decir algo distinto y, aparentemente, Lei Yang también.

El tópico principal de las 134 reuniones anteriores había sido nuestras relaciones con Taiwán, un típico círculo vicioso: no había solución posible mientras persistiera la hostilidad entre EEUU y China, y no cesaría la hostilidad mientras no se resolviera la cuestión Taiwán. Otros temas que surgían de cuando en cuando constituían los venerables sustitutos que provocaban la perplejidad de ambas partes: las reclamaciones norteamericanas de indemnización por nacionalización de bienes y deudas impagadas; los esfuerzos chinos por recuperar activos en los Estados Unidos que habían sido congelados después de 1949 por la Ley de Comercio con el enemigo; nuestros esfuerzos por lograr la liberación de prisioneros norteamericanos en China; e intentos esporádicos para lograr el ingreso de periodistas norteamericanos en China o para explorar las perspectivas para un intercambio comercial.

Todos los temas conocidos estaban listos para un nuevo y tedioso ensayo durante la 135 reunión. La Oficina del Departamento de Estado para Asuntos del Asia Oriental y del Pacífico estaba preparando las instrucciones para nuestra parte, pero como no conocían los mensajes transmitidos a los chinos durante el año precedente, no veían el motivo para cambiar un enfoque que había subsistido durante las 134 reuniones anteriores en Varsovia —sin resultado, es cierto, pero también sin debate ni controversia—. Pero a Nixon, como a mí, no le resultaba indiferente el venerado orden del día y veía en ello la oportunidad de transmitir a China un mensaje nuevo y más significativo. Ninguno de los temas del orden del día podía ser definido, y mucho menos resuelto, mientras Pekín considerara a los Estados Unidos como su principal enemigo extranjero y Washington viera a China como la fuente de toda agresión y actividad revolucionaria en Asia, incluso en Vietnam.

Durante veinte años, los artífices de la política norteamericana consideraron a China como un reino amenazador, caótico, fanático y hostil, difícil de comprender e imposible de dominar. Se habían convencido de que la guerra de Vietnam era un reflejo del expansionismo chino y que la revolución cultural derivaba de una obsesión por la pureza ideológica ajena, y no poco alarmante, al temperamento norteamericano. Los chinos, por su parte, consideraban que la dimensión de nuestro esfuerzo en Vietnam era desproporcionada con respecto a cualquier objetivo que quisiera lograrse, y por lo tanto creían que su único propósito razonable podía

ser transformar Indochina en un trampolín para un eventual asalto a China. Estos veinte años de estancamiento, que reflejaban puntos de vista apoyados sinceramente, habían cegado a nuestros expertos y sin duda también a sus homólogos en la República Popular, y no les permitían ver un cambio fundamental: una comunidad de intereses entre China y los Estados Unidos, que recientemente estaba surgiendo, y que aún no se percibía claramente. Los líderes de ambos países habían comenzado, por primera vez en una generación, a considerarse mutuamente en términos geopolíticos más que ideológicos.

Impulsada por la obvia amenaza de la acumulación de fuerzas soviéticas a lo largo de los más de 6.400 kilómetros de frontera común, China deseaba reducir su número de adversarios y obtener otro contrapeso para la presión soviética. Agobiada por los traumas de Vietnam, y sin embargo decidida a delinear una nueva era de relaciones internacionales, la administración Nixon estaba convencida de que el contacto con esta cuarta parte de la humanidad podía dar una nueva perspectiva a nuestra diplomacia. Ambas partes tenían que avanzar cautelosamente, tanteando el camino con gestos y mensajes significativos pero sutiles que podían desmentir si eran rechazados. Quizás no fue sorprendente que nuestros expertos pasaran por alto los cambios sutiles mediante los cuales los chinos manifestaban su deseo de alterar el curso; los vagos esfuerzos de los «Grupos de Amistad con China» en Estados Unidos también habían confundido la cuestión.

Muchos de ellos basaban sus puntos de vista en nociones abstractas de «buena voluntad» personal, o aún de culpa histórica, que a los políticos les resultaba difícil conciliar con las realidades de los intereses nacionales norteamericanos, o con los de la nueva China. Lo que los chinos deseaban no era la vacua benevolencia, ni los pasos prácticos que habían constituido la esencia del diálogo anterior, tales como el reconocimiento, el ingreso a las Naciones Unidas, las reclamaciones, el intercambio. Querían seguridad estratégica, deseaban que se diluyera un poco su pesadilla de encierro hostil. Esta nueva administración estaba preparada para proporcionarlo, y su tan proclamada falta de sentimentalismo era un elemento positivo porque estaba de acuerdo con las necesidades prácticas de China. Pero teníamos que superar los prejuicios de dos décadas, la garra paralizadora de los expertos que surgía en diferentes campos, y las extrañas rivalidades que existían en el seno de la Administración. Pensé que no podíamos hacer nada de esto si no rompíamos con el estancado ritual de Varsovia y, especialmente, hasta que coordináramos conversaciones de alto nivel entre emisarios especiales en una de las capitales, probablemente en Pekín.

Generalmente no se seleccionaba a los embajadores norteamericanos en Varsovia por su idoneidad en asuntos chinos. Para cada reunión, por lo tanto, había que enviar un funcionario de nivel medio con el texto de una declaración que había obtenido penosamente la aprobación de la burocracia y de los países amigos. Nuestro embajador leía luego esta declaración, y recibía una respuesta que sin duda había surgido de procedimientos análogos. Las facultades otorgadas a los embajadores no les permitían más que responder a algunas preguntas esclarecedoras. En la sesión siguiente leían una respuesta cuidadosamente preparada nuevamente en sus respectivas capitales. Todo esto llevaba mucho tiempo y no conducía a ninguna parte. En el clima de desconfianza que reinaba, ninguna de las dos partes podía estar segura del uso que se haría de una cándida presentación de verdaderos objetivos y puntos de vista. Y no se podía disolver esta atmósfera sin mantener una discusión franca. Consideré necesario llevar el diálogo a un nivel en que los negociadores pudieran dar y recibir y estuvieran suficientemente familiarizados con el pensamiento de sus líderes como para aprehender la estrategia subyacente. Quise utilizar la reunión del 20 de enero para indicar nuestro deseo de enviar un emisario a Pekín y sugerí al presidente que no importaba qué otra cosa se dijera mientras se incluyeran nuestros temas básicos: que deseábamos comenzar nuevamente; que no participaríamos en un condominio soviético-americano; y que íbamos a proceder no sobre la base de ideologías sino sobre una evaluación de intereses comunes.

Nada de esto era aceptable para quienes habían elaborado la política hacia China hasta ese momento. Cuando llegó la hora de redactar una declaración para que el Embajador Stoessel la leyera el 20 de enero, cada uno de estos temas fue combatido duramente. Los expertos sobre Asia no compartían nuestras esperanzas de un nuevo comienzo (en parte porque desconocían lo que pasaba por los canales secretos); los expertos sobre la Unión Soviética estaban inquietos porque temían que ésta adoptara una actitud hostil por el mero hecho de que se llevaran a cabo las conversaciones, y más aún si nosotros incluíamos seguridades sobre condominio. Se identi-

ficaba el progreso con la renuncia a las fuerzas en el estrecho de Taiwán, la participación en las negociaciones de control de armamentos, o con seguridades de una conducta pacífica en Asia, cosas que Pekín jamás iba a considerar excepto en un contexto más amplio. En cuanto al envío de un emisario a Pekín, el sólo mencionarlo les producía escalofríos pues la conducción de dichas conversaciones probablemente recayera en la Casa Blanca y quedara fuera del alcance del Departamento de Estado.

La disputa burocrática se resolvió mediante un arreglo a la tradicional manera burocrática: concedí al Departamento de Estado sus proyectos favoritos —las referencias a Taiwán, el control de armamentos, las reclamaciones y los bienes, los prisioneros, etc.— a cambio de los temas que yo consideraba fundamentales. Las instrucciones de Stoessel, tal como fueron redactadas finalmente, eran más veladas que lo que yo hubiera deseado, pero cuando llegué a conocer mejor a los chinos me di cuenta de que la sutileza, cualquiera sea su razón de ser, casi siempre los impresionaba. Los chinos, que han manejado extranjeros durante tres mil años —y no sin éxito— tienden a considerar la reiteración insistente como un eco sobre su sutileza.

Tal como sucedió, los chinos tenían una línea de pensamiento paralela. En la reunión del 20 de enero, Stoessel leyó una declaración que repetía que los Estados Unidos no buscaban «unirse en ningún condominio con la Unión Soviética en contra de China». Agregó una frase cuya franqueza oscureció la sangre burocrática derramada: los Estados Unidos «estarían dispuestos a considerar el envío de un representante a Pekín para mantener discusiones directas con sus funcionarios o a recibir a un representante del gobierno chino en Washington para estudiar más profundamente cualesquiera de los temas que he mencionado hoy en mis comentarios u otros asuntos que podamos convenir».

Lei Yang, el encargado de negocios chino, no respondió, por supuesto, a esta asombrosa salida, pero leyó una declaración notable por el tono conciliador de su retórica convencional sobre Taiwán, y por dos frases cargadas de contenido escondidas entre la conocida verborrea:

Estamos dispuestos a considerar y discutir cualesquiera ideas y sugerencias que el gobierno de los EEUU pueda proponer de acuerdo con los cinco principios de coexistencia pacífica, ayudando así realmente a reducir las tensiones entre China y los EEUU. Estas conversaciones pueden continuar manteniéndose a nivel de embajadores o bien a través de otros canales aceptables para ambas partes.

Dos discursos formales redactados en capitales a tres mil doscientos kilómetros de distancia una de otra habían hecho, en efecto, la misma propuesta. Pero la naturaleza de las reuniones de Varsovia significaba que debíamos esperar un mes antes de saber si la idea podía prosperar en la reunión siguiente.

Me sentí alentado a fines de enero cuando leí un informe sobre una conversación entre el premier chino Chou En-lai y el embajador de Pakistán en Pekín. El embajador encontró a Chou En-lai preocupado en primer lugar por la Unión Soviética, en segundo lugar por el resurgimiento del militarismo japonés. En cuanto a los EEUU, obviamente Chou nos consideraba, como una amenaza menor; parecía bastante preparado para mantener conversaciones de alto nivel con los Estados Unidos, siempre y cuando nosotros tomáramos la iniciativa. En realidad, según este informe, Chou En-lai había meditado sobre nuestra aparente reticencia «a dar un paso como el de Kosygin»; en otras palabras, a enviar un alto funcionario a Pekín.

Durante todo este tiempo, los soviéticos se mostraron típicamente torpes. Al día siguiente de la reunión de Varsovia, Dobrynin apareció en mi oficina, pidiendo información, sin contemplar el hecho de que Moscú nunca nos había concedido este favor con respecto a ningún tema. Cuando evadí su pedido, dijo que esperaba que no estuviéramos pensando en «utilizar» China como amenaza militar. Era una propuesta tan grotesca, cuando todo lo que había sucedido era sólo la lectura de un discurso fijo por parte de cada embajador, que simplemente la desdeñé con una sonrisa. Pero otros miembros de las embajadas soviéticas hicieron averiguaciones similares a otros niveles: obviamente, Pekín era un punto «neurálgico».

Mientras esperábamos la 136 reunión en Varsovia, redoblamos nuestra búsqueda de canales menos tensos. Uno de los castigos por los veinte años de aislamiento era que no teníamos idea de cómo abordar a los líderes chinos. Henry Cabot Lodge me presentó a un amigo suyo, el encargado de negocios en Pekín, de un país de Europa Occidental quien decía tener acceso al liderazgo chino. Con la venia de Nixon entregué a este diplomático un mensaje seña-

lando la dificultad de conducir conversaciones serias en Varsovia y sugiriendo otro canal a través de nuestro agregado militar en París, el general Vernon Walters (que había resultado ser tan apto coordinando mis reuniones con Le Duc Tho). El amigo de Lodge llevó el mensaje y algunas semanas más tarde informó fielmente que no había tenido oportunidad de entregarlo. Finalmente, diez meses después, el 1 de diciembre de 1970 nos informó que estaba a punto de hacerlo —no puedo imaginarme qué le hizo confiar en ello—, pero ya habíamos establecido un canal alternativo.

La reunión 136 en Varsovia, prevista para el 20 de febrero de 1970, puso nuevamente en pie de guerra la Casa Blanca y el Departamento de Estado. Nos enfrentábamos con el problema de cómo reaccionar si, como parecía probable, los chinos aceptaban nuestra propuesta de enviar un emisario a Pekín o de recibir al de ellos en Washington. Deseaba que Stoessel manifestara estar de acuerdo con ello, en principio, y que refiriese el asunto a Washington para dar luego una respuesta detallada. El Departamento de Estado hizo la extraordinaria recomendación de que nos retractáramos de nuestra iniciativa y simplemente acusáramos recibo a la respuesta china, sin comentarios. Aparte de la pérdida de control —y nada hace fluir tanto a la adrenalina burocrática como el defender sus prerrogativas cuando éstas están en peligro— decididamente el departamento de Estado se negaba a tener que explicar una nueva actitud a aliados desconfiados, neutrales insistentes, y a una Unión Soviética irritable, por no hablar de los medios de comunicación.

Prevaleció yo. Nixon me ordenó dar instrucciones a Stoessel para que respondiera en forma positiva, sin olvidarse, por supuesto, de recitar la letanía de las cuestiones bilaterales (Taiwán, reclamaciones, bienes, prisioneros, etc.) que habían servido de base para las 135 reuniones anteriores. Para asegurarnos de que los chinos entendieran nuestro mensaje, hablamos de China con una naturalidad sin precedentes en el Informe presidencial sobre Política Exterior, que se publicó dos días antes de la reunión en Varsovia de febrero: «Los chinos son un pueblo grande y vital que no debería permanecer aislado de la comunidad internacional. A la larga, no se puede concebir un orden internacional estable y duradero sin la contribución de esta nación de más de 700 millones de habitantes.» Resaltamos el hecho de que no nos preocupaba la retórica sino la política práctica. La clave de nuestras relaciones serían las acciones de cada uno para con el otro. El informe rechazaba explícitamente cualquier deseo de tomar partido por uno u otro bando en el conflicto chino-soviético y de allí la idea de condominio:

Nuestro deseo de mejorar las relaciones no es un medio táctico para explotar el enfrentamiento entre China y la Unión Soviética. Consideramos que no nos reporta beneficio alguno la intensificación de dicho conflicto y no tenemos intenciones de tomar partido en él. Los Estados Unidos tampoco están interesados en unirse a ningún dominio o coalición hostil de grandes potencias en contra de cualesquiera de los grandes países comunistas. Nuestra actitud es bien definida: la paz duradera será imposible mientras algunas naciones se consideren enemigas permanentes de otras.

En gran medida la parte del informe que trataba sobre la política de defensa, como ya dije, recalca que ya no considerábamos a la Unión Soviética y a la República Popular como un solo adversario. En adelante, nuestro planteamiento bélico se basaría en la suposición de que la agresión conjunta chino-soviética en contra de nosotros había dejado de ser una posibilidad inminente. Nos ocuparíamos de cada país separadamente sobre la base de su conducta para con nosotros.

Los mensajes fueron recibidos y comprendidos. En la 136 reunión, Lei Yang hizo una declaración extraordinariamente conciliatoria y aceptó nuestra propuesta de enviar un emisario a Pekín. Parecía que estábamos al borde de una apertura. Si bien nosotros manifestamos nuestro cambio de actitud antes de la reunión en Varsovia, los chinos lo hicieron inmediatamente después. El 22 de febrero recibimos una comunicación del Embajador pakistaní Hilaly diciendo que su presidente, Yahya Khan, creía que nuestras iniciativas habían estimulado a los chinos. El circunloquio indudablemente significaba que Yahya tenía información de los chinos, que preferían por el momento tratar con nosotros indirectamente. Según Yahya, los chinos estaban mucho menos preocupados ahora por una confabulación entre los EEUU y la URSS. Sin embargo, se alterarían si los Estados Unidos dieran la impresión de que la apertura china derivaba de su debilidad o sus temores. Las perspectivas para un mejoramiento gradual eran favorables,

especialmente dado que «se considera que la posibilidad de una expansión de la guerra de Vietnam ha disminuido. Ahora la posibilidad de una guerra entre Estados Unidos y China se considera muy remota». En otras palabras, Chou En-lai nos había entendido. Inclusive había captado, a principios de 1970, algo que tantos críticos norteamericanos no habían sabido reconocer, que nos íbamos de Vietnam. Unió esto con un indicio inconfundible de que China no tenía la menor intención de entrar en la guerra de Vietnam ni de atacar ningún otro interés vital norteamericano.

Inmediatamente le contesté a Hilaly que no podíamos controlar la especulación de la prensa, pero que la Casa Blanca iba a evitar escrupulosamente cualquier comentario que pudiera impugnar los móviles o la fortaleza de China. Nuevamente sugerí que abriéramos un canal más adecuado para intercambios confidenciales que las conversaciones en Varsovia. Nixon escribió «Bien» en mi memorándum informando sobre la conversación. El camino a Pekín estaba abierto, si estábamos preparados para recorrerlo hábil y delicadamente.

Pero era difícil superar la desconfianza arraigada durante dos décadas. Ahora que nos enfrentábamos a la aceptación de nuestras propuestas por parte de los chinos, resurgía toda la inquietud latente en nuestro gobierno. En la siguiente reunión en Varsovia no podríamos evitar el tema simplemente llenando el orden del día con el proyecto favorito de cada uno, ni siquiera la redacción más astuta de las instrucciones de Stoessel podría velar la realidad de que ahora debíamos responder a una invitación china para ir a Pekín.

La Oficina de Asia Oriental del Departamento de Estado opinaba que un viaje a Pekín, sin previo progreso sobre las cuestiones bilaterales que se habían discutido durante quince años, implicaba una concesión a los chinos y podía provocar malos entendidos por parte de los aliados, por no hablar de la hostilidad de Moscú. La Oficina deseaba que los chinos nos concedieran nuestras principales demandas *asiáticas* como precio de acceso a conversaciones de alto nivel. Mi punto de vista era que las cuestiones bilaterales eran secundarias a los imperativos que ahora impulsaban a los chinos. Sólo una extraordinaria preocupación por las intenciones de los rusos podía explicar el hecho de que los chinos desearan entrar en conversaciones con la nación calumniada como el archienemigo. Si estaba en lo cierto, lo que los chinos realmente deseaban discutir era el equilibrio general de poder. No me preocupaba el temor del Departamento de Estado de que los chinos quisieran atascarnos en negociaciones largas y humillantes en Pekín, no era posible que desearan humillarnos; la invitación a Pekín sólo tenía sentido si los chinos estaban tratando de *reducir* el número de sus enemigos. La simple apertura de conversaciones revolucionaría las relaciones internacionales demostrando que disponíamos de opciones que antes no teníamos y que éramos capaces de tomar iniciativas audaces aun soportando la presión de la guerra en Vietnam.

La opinión del Departamento de Estado se resumió en un memorándum de Rogers al presidente fechado el 10 de marzo, en el cual se proponía el 19 de marzo como fecha para la siguiente reunión a nivel de embajadores en Varsovia. Si consideramos las cuarenta y ocho horas necesarias para que el presidente lo estudiara, obviamente el memorándum estaba regulado teniendo en cuenta el hecho de que se iba a producir un retraso. Los chinos no podían prepararse para una reunión con tan poca anticipación. Además, el orden del día sugerido tornaba improbable que la reunión resultase fructífera: acuerdo, en principio, para la solución pacífica del problema de Taiwán y expansión del comercio y de los contactos mutuos; algún gesto unilateral de buena voluntad por parte de los chinos, como por ejemplo la liberación de norteamericanos o la ampliación de visados. Únicamente *después* de que los chinos hubieran cedido en estos puntos — Rogers esperaba muy optimista que esto llevara «varias» reuniones más en Varsovia — sería seguro discutir incluso las modalidades de un emisario de nivel más elevado a Pekín.

El 17 de marzo tuve un largo almuerzo en el Salón de Situación con Marshall Green, secretario de estado adjunto para asuntos de Asia Oriental y del Pacífico, durante el cual insistió nuevamente en la necesidad de algún indicio previo de la voluntad de los chinos de satisfacer nuestros intereses en las cuestiones bilaterales. Luego me escribió una nota personal resumiendo sus preocupaciones:

Ir a Pekín sin dicha aclaración crea el grave riesgo de que Pekín nos utilice para sus propios objetivos en sus relaciones con los soviéticos, sin ningún beneficio compensatorio, ni en términos de nuestras relaciones bilaterales con los chinos ni en términos de progreso en cuanto al relajamiento de las tensiones en otras partes, especialmente en el su-

deste asiático. Por el mismo motivo pienso que no deberíamos ofrecernos a discutir con los chinos los detalles de una reunión, tales como comunicaciones, personal, establecimiento de fechas, seguridad, etc., excepto cuando ya hayamos tomado la firme y definitiva decisión de llevar a cabo una reunión de este tipo. La discusión por nuestra parte de dichos detalles será interpretada por Pekín como un compromiso firme para realizar una reunión de nivel más alto y puede reforzar la creencia china de que no necesitan discutir «temas importantes» con nosotros hasta que no se lleve a cabo dicha reunión. Tomar ese compromiso en este momento debilitaría, pues, nuestra capacidad para presionar a los chinos ahora para que comprometan aún más sus propias intenciones y su posición negociadora en una reunión de nivel más alto.

No estuve de acuerdo. La visita de un emisario norteamericano a Pekín estaba destinada a desencadenar una revolución geopolítica; el efecto sobre Hanoi solamente sería traumático. Éstos eran abrumadores beneficios compensatorios. Al mismo tiempo, no podía concebir que en Varsovia los chinos hubieran concedido públicamente principios que daban marcha atrás a toda su política en Asia sin tener idea de nuestro enfoque general. Encontraríamos, por cierto, serias complicaciones en las relaciones con nuestros amigos asiáticos, pero de todos modos nos enfrentaríamos a ellas cuando China emergiera, como estaba destinada a hacerlo eventualmente, de su aislamiento voluntario. Los Estados Unidos debían decidir no constituirse en un observador impotente sino más bien formar los acontecimientos con un fin determinado.

Nixon compartía mi punto de vista. En el curso de varias conversaciones recalqué su deseo de apoyar el avance hacia Pekín y de enviar un enviado presidencial especial en lugar de un embajador convencional. Por supuesto, éste era precisamente el motivo por el cual el Departamento de Estado se mostraba tan temeroso de la empresa. Nixon sugirió que evitara la burocracia haciendo que el amigo de Lodge, el encargado europeo en Pekín, informara a los líderes chinos sobre nuestro acuerdo en principio para enviar un emisario presidencial. Aún no sabíamos que este supuesto promotor había exagerado desatinadamente sus posibilidades de acceder a los líderes chinos, pero como aún no había entregado su mensaje original no consideré útil molestarlo con algo tan sorprendente.

La lucha interna se prolongó una semana más de la fecha en que originalmente se pensaba llevar a cabo la reunión de Varsovia. Para apurar un poco las cosas envié un memorándum al Departamento de Estado el 20 de marzo, proponiendo una reunión inmediata en Varsovia e insistiendo para que las instrucciones de Stoessel reflejaran un enfoque «positivo» a la idea de conversaciones a nivel más alto; debíamos también recoger las indicaciones de Lei Yang en el sentido de que se podían discutir los problemas del Lejano Oriente en general y no solamente las tradicionales cuestiones bilaterales chino-americanas. El Departamento de Estado contestó que la fecha más próxima para la que podía preparar una declaración «depurada» era el 8 de abril (y yo me preguntaba si hubiera podido presentar una declaración no depurada si hubiéramos aprobado la fecha del 19 de marzo). Acepté esto; Pekín pidió el 15 de abril, aunque no se reveló si fue por razones tácticas o por causas de su propia burocracia (*). La demora permitió al Departamento de Estado buscar aún otra razón para posponer las conversaciones. Chiang Ching-kuo, vicepremier de la República de China (Taiwán) e hijo de Chiang Kai-sek, debía visitar Washington el 22 de abril. La oficina de Asia Oriental consideró que no era prudente programar conversaciones con Pekín en Varsovia dentro de las dos semanas previas o los diez días posteriores al viaje (nunca me dijeron cómo llegaron a estas cifras). El 1 de abril, por lo tanto, los Estados Unidos propusieron a los chinos el 30 de abril o cualquier día a partir de esa fecha. Los chinos, para entonces, claramente irritados, decidieron jugar ellos también con la dilación; esperaron cuatro semanas antes de responder. El 28 de abril sugirieron el 20 de mayo y aceptamos.

Fue extraordinario que recibiéramos siquiera respuesta. Para el 28 de abril Sihanouk, en Pekín, había establecido su gobierno camboyano en el exilio y su ejército de liberación. Chou En-lai había abrazado su causa apasionadamente. Las fuerzas survietnamitas estaban entrando en el Pico de Loro. Nuestras tropas estaban desplegadas para entrar en los santuarios. Frente a todo esto, China aceptó mantener más conversaciones cuyo objetivo era coordinar la visita

(*) Más tarde, en febrero de 1972, Mao explicó a Nixon que había habido cierta resistencia burocrática, o por lo menos laitud, por parte de los chinos.

de un representante del enemigo imperialista a Pekín. Sólo el 18 de mayo, casi tres semanas después del comienzo de nuestras operaciones en Camboya, los chinos difundieron a través de la Agencia de Noticias Nueva China una tensa declaración diciendo que en vista de la «descarada» invasión a Camboya, «el gobierno chino considera que ya no es conveniente que la 137 reunión de conversaciones chino-americanas a nivel de embajadores se lleven a cabo el 20 de mayo tal como se había programado originariamente. Referente a cuándo se llevará a cabo la reunión en el futuro, se decidirá más adelante, mediante consultas por parte del personal de enlace de ambas partes».

Lo mismo daba; China no podría haber asistido a dicha reunión sin arengarnos severamente sobre la cuestión de Indochina. Un clima de acritud hubiera sido inevitable. En cambio, la cancelación fue realizada en la forma más discreta posible. Sólo se consideraba «inconveniente» el momento para realizar la reunión y no el hecho de celebrarla; China hizo evidente su deseo de continuar las conversaciones e inclusive sugirió un procedimiento para hacerlo. Luego habría otras interrupciones debidas a acontecimientos que escapaban al control de ambas partes, pero a partir de ese momento China y Estados Unidos nunca estuvieron fuera de contacto mucho tiempo.

La cancelación del 20 de mayo fue providencial por otra razón. Simplemente nuestro gobierno no estaba preparado para hablar con una sola voz. Por supuesto, después de grandes esfuerzos, logré que se modificaran las instrucciones para el 20 de mayo para incluir una discusión de los aspectos técnicos de la visita de un emisario, y para autorizar a Stoessel a hablar sobre relaciones más amplias, especialmente en el Lejano Oriente. Pero los cambios fueron efectuados con tanta renuencia y arropados tan ostentosamente en la retórica convencional que obviamente Varsovia no serviría como sede de una discusión seria. No se podría tratar allí, y quizás ni siquiera entender, el interés que la Casa Blanca tenía en hablar con Pekín sobre las preocupaciones geopolíticas comunes. Nunca se reanudaron las conversaciones en Varsovia. Cuando establecimos el contacto, más tarde en ese mismo año, fue por un canal diferente, con un enfoque más definido.

RELACIONES TRIANGULARES

La falta de entendimiento dentro de nuestro gobierno sobre la estrategia para las conversaciones de Varsovia eran serias, aunque no la hubiera sobre la conveniencia general de continuar enviando señales de nuestra actitud conciliatoria hacia Pekín. El Departamento de Estado desmanteló hábilmente varios obstáculos para el comercio y los contactos establecidos durante la guerra de Corea.

El 16 de marzo se extendieron formalmente por otro período de seis meses las restricciones para viajar a Vietnam del Norte, Cuba, Corea del Norte y lo que por ese entonces se llamaba China Continental, aunque en la práctica se hiciera una excepción parcial para China. Se anunció que de ahí en adelante, los pasaportes norteamericanos serían revalidados para viajar allí con algún propósito «legítimo». El 29 de abril se liberaron los componentes y repuestos de artículos no estratégicos fabricados en otros países, para exportar a China. El objeto práctico era reducir las disputas con las naciones amigas sobre el alcance extraterritorial de nuestros controles; el propósito fundamental fue realizar un gesto político que Pekín no podía dejar de entender.

Yo seguí convencido de que las cautelosas aperturas de China hacia nosotros eran causadas por el rápido e inexorable desarrollo militar de los soviéticos en el Lejano Este. La perspectiva de un conflicto armado en la frontera chino-soviética nos ponía algunas elecciones de pesadilla enfrente nuestro. A través de todo el año 1969 yo había buscado concebir planes alternativos con la maquinaria interagencias, pero los departamentos y las agencias consideraban que nuestras posibilidades eran demasiado terribles de estudiar, por lo que nos daban únicamente cuidadosas evasivas. Su ingenioso catálogo de eventualidades parecía más un seguro contra las acusaciones de falta de previsión que un juego de posibilidades prácticas para el presidente. A principios de 1970, decidí pedir a mi propio equipo que hiciera planes nuestros, lo que resultó en un largo y reflexivo estudio, que sirvió por unos años como documento planificador básico. Fue criticado en un libro unos años más tarde, como otro ejemplo de un paso dado «a escondidas del resto del gobierno». Con modestia poco característica, el autor, que había salido de mi equipo, olvidó mencionar que él lo había escrito (1).

Mientras tanto, observábamos las relaciones chino-soviéticas de cerca. En abril de 1970 llegó un informe de algún progreso en las negociaciones chino-soviéticas por la frontera; Nixon lo leyó en su resumen de noticias matinal, una extremadamente completa recopilación de los reportajes de los medios de difusión, preparado todas las noches por un equipo eficiente de auxiliares de la Casa Blanca. Nixon solía marcar comentarios en los márgenes y éstos eran pasados al miembro apropiado del personal en un memorándum pomposo que escribía un ayudante de Haldeman en la voz pasiva, como si los garabatos de Nixon fueran truenos desde lo alto («Se pide que sea tomada nota del informe que apareció...»). Esta vez contesté que si bien el adelanto en las conversaciones por la frontera (que estaba sin confirmar) podría quitarle algo de urgencia al deseo de los chinos de tener un encuentro de alto nivel con nosotros, no cambiaría las realidades subyacentes:

Sabemos que los soviéticos se sienten extremadamente suspicaces de la política y las intenciones chinas y que los chinos han puesto muy en evidencia que no quieren tener nada que ver con los «nuevos zares», como llaman ahora los soviéticos... Así que no es fácil que se necesite algún cambio significativo en nuestra estrategia hacia la China comunista. Los chinos probablemente quieran aún continuar desarrollando el contacto con nosotros, como contrapeso a los soviéticos. Parece haber también algún interés de su parte para comenzar a operar comercialmente con nosotros. Pueden, sin embargo, creer que hay menos urgencia en movilizarse con las conversaciones de alto nivel en Pekín, encontrándonos con que el ritmo bastante rápido, que derivó de nuestros contactos con los chinos en Varsovia desde diciembre de 1969, disminuye.

Nixon hizo un círculo alrededor de las referencias a conversaciones con Pekín y escribió de puño y letra: «Procuramos que el Departamento de Estado no arrastre los pies en esto.»

Todos estos esfuerzos y especulaciones eran temporales rehenes de los sucesos de Camboya. Cuando se anunciaron las incursiones a los santuarios, se nos acusó tanto desde dentro como fuera del gobierno de torpedear las esperanzas de mejores relaciones tanto con Moscú como con Pekín y hasta se llegó a decir que los dos se verían empujados el uno hacia el otro en oposición a nosotros. Pero no ocurrió nada ni remotamente parecido; los obligados fuegos artificiales verbales y ninguna acción, de ninguna clase.

Como hemos visto en el capítulo XII, las declaraciones chinas del 4 y 5 de mayo «advertían severamente» a los Estados Unidos contra su «flagrante provocación». Consolaron a Hanoi, no con promesas de un apoyo en aumento, sino con la cita de la declaración del presidente Mao que decía que los Estados Unidos eran un «tigre de papel» y que la «vasta extensión de China es su segura retaguardia». Le dije al presidente: «Los chinos han hecho una declaración que dice en realidad que no van a hacer nada.»

Lejos de acercar a los dos gigantes comunistas, los sucesos de Camboya crearon solamente un nuevo campo de batalla para la rivalidad de Pekín y Moscú, maniobrando para conseguir influencia sobre las distintas fuerzas insurgentes de Indochina. Sihanouk permaneció oculto en su exilio en Pekín, para incomodidad de tanto Moscú como Hanoi, y, en un sentido más amplio, las reacciones temperamentales de los chinos y soviéticos por nuestros movimientos militares señalaban una vez más las posibilidades de que una diplomacia triangular ayudara a terminar la guerra. Se hizo inequívocamente aparente que ni uno ni otro de los poderes comunistas podía arriesgarse a una brusca ruptura con nosotros por Vietnam, por temor a que pudiéramos arrojar todo nuestro peso detrás del otro.

El 18 de mayo, *Pravda* publicó un amargo ataque contra China, acusando a la República Popular por haber rechazado los pedidos soviéticos de una acción conjunta en Camboya. Los chinos, agudamente sensitivos por tal acusación, respondieron aprestando su artillería más pesada y lanzando una declaración el 20 de mayo en nombre de Mao Tse-tung titulada «Gente del mundo, uníos y derrotad a los agresores que vienen de EEUU y a todos sus perros falderos». Quitándole la exuberante retórica, esta declaración revelaba también extraordinaria cautela. El análisis que hice para el presidente señalaba:

En esencia, es asombrosamente blando. Ofrece solamente «caluroso apoyo» a los tres pueblos de Indochina, sin utilizar siquiera las acostumbradas palabras sobre que China es una «retaguardia» para la lucha. Hace hincapié en que una nación pequeña

puede derrotar a una grande, lo que debe sonar muy poco consolador para Hanoi. No amenaza, no se compromete, no es especialmente injurioso hacia su persona y evita posiciones sobre asuntos contenciosos bilaterales.

Tácticamente, la declaración de Mao sirve para varios propósitos:

- Difunde sus acciones en Camboya.
- Agrega el prestigio personal de Mao al apoyo chino a Sihanouk.
- Avergüenza a los soviéticos al señalar especialmente que veinte (otros) países ses han reconocido a Sihanouk (lo que Moscú no había hecho, ni haría nunca).

Hanoi agradeció públicamente a Mao al día siguiente, pero en una declaración que exhibía sutiles discrepancias entre sus puntos de vista y los de Pekín. Mientras China había hablado de la necesidad de un frente unido de los pueblos de *Indochina* (una referencia, entre otras cosas, a los eternos desacuerdos entre los comunistas vietnamitas y los de Camboya). Hanoi llamó la atención sobre el imperativo de un *mundo comunista* unido, pidiéndole a Mao, en realidad, que arreglara sus diferencias con Moscú.

La declaración de Mao llegó a Washington en un momento en que Nixon estaba de humor particularmente festivo. Sin esperar mi análisis, ordenó que todo elemento de la Séptima flota que no se necesitara en Vietnam fuera trasladado al estrecho de Taiwán. «Material que se vea beligerante. Quiero que sepan que no estamos jugando... No quiero que preparen ningún documento extenso, nada de MESN (*). Quiero que llamen a Moorer y le digan que es una orden del Comandante en jefe. Se lo pueden decir a Laird. Sin apelación. Los quiero allí dentro de las 24 horas.» Era una de esas órdenes que los íntimamente asociados habían llegado a reconocer que servirían mejor al bien público si no eran cumplimentadas dentro de las 24 horas. Y como ya he indicado anteriormente, cuando Nixon utilizaba la frase «sin apelación», ésta dramatizaba su inseguridad. Tras tener la oportunidad de discutir conmigo el significado real de la declaración de Mao, Nixon lo pensó mejor en cuanto a nuevos despliegues en el estrecho de Taiwán. No era de interés nacional para nosotros unir Camboya a la seguridad de China; Mao había dejado un sinnúmero de aperturas para renovar la larga marcha de nuestros dos países el uno hacia el otro y nada se ganaría con cerrarlas en un ataque de resentimiento.

Hacia mediados de junio, cuando se habían calmado las emociones sobre Camboya, buscamos nuevamente reabrir los contactos. El 15 de junio, el General Walters recibió instrucciones de acercarse a su colega chino en París, un agregado de defensa llamada Fang Wen, diciendo que tenía un mensaje que entregar. Se dio un texto a Walters para leer, que contenía nuestro tema familiar: ya que el foro de Varsovia era demasiado público y demasiado formal, nos gustaría abrir otro canal para comunicaciones confidenciales. Pero nuestro canal secreto, que tanto había intrigado a los soviéticos, no tenía atractivo para los chinos todavía. Tal vez no comprendían cómo podía conducirse un gobierno serio en tal forma; si así pensaban, no estaban solos. (Más adelante se hicieron maestros en ellos.) El temible Walters trató de pasar su mensaje dos veces, una vez en el verano y otra vez en septiembre; ambas veces sin ningún éxito. Las dos veces, Walters encontró a Fang Wen y mencionó un mensaje de Washington y Fang Wen murmuró que tenía que informar a su gobierno y salió escapando en su coche. No hubo respuesta.

Podría haber sido que China tuviera también dificultades internas con la nueva política. Hay muchas razones para suponer que los países comunistas comparten la resistencia humana a la innovación; teníamos la impresión que se seguían varias (algunas veces en conflicto) opiniones políticas en Pekín simultáneamente, con los militares, encabezados por Lin Piao, respaldando específicamente una línea dura. (Esto pareció confirmarse cuando muchos de los líderes militares chinos de alto nivel fueron reemplazados al poco tiempo de mi viaje secreto a Pekín.) Por otra parte, se informó que Chou En-lai había dicho a los diplomáticos europeos del Este, a principios de junio, que Pekín esperaba reanudar los contactos con los Estados Unidos en Varsovia, terminando la «temporal» interrupción causada por la crisis camboyana. Chou hizo voluntariamente estos comentarios a varios visitantes en el contexto de expresar el deseo de China de mejorar las relaciones con países de todas partes (2). Esto parecía ser confirmado por la manera en que los chinos volvieron a posponer las conversaciones de Varsovia del 20 de junio, señalando que su reanudación sería «discutida más tarde, a su debido tiempo». Por otra

(*) MESN. Memorándum de estudios sobre seguridad nacional; era la orden acostumbrada del presidente pidiendo un estudio interagencias.

parte, se advertía también un trazo belicoso en la política china. El 27 de junio, los chinos «comemoraron» el vigésimo aniversario de la decisión del presidente Truman de interponer la Séptima flota en el estrecho de Taiwán, lo que fue denunciado como una «ocupación de EEUU del sagrado territorio de China, Taiwán, por medio de fuerzas armadas». Pekín acusó a los Estados Unidos de repetidas «intrusiones» militares en contra del territorio soberano de China, incluyendo trece incidentes iguales desde que Nixon había asumido el poder.

Como mayor motivo de preocupación, el 2 de julio, los chinos enviaron dos MIG-195 en un intento aparentemente premeditado de interceptar, y posiblemente derribar, los C-130 que volaban en una misión de inteligencia a unos ciento sesenta kilómetros de la costa china. Esta era la primera vez desde 1965 que China había intentado interceptar una misión rutinaria de reconocimiento. Le envié un memorándum al presidente sobre los «desconcertantes y hasta perturbadores» aspectos de este suceso. Enfatiqué que no podíamos abandonar nuestras misiones de inteligencia mar adentro, sin colocarnos en las manos de los que abogaban por una línea dura en China. Pero yo estaba sobre todo preocupado por lo que revelaba el incidente sobre las luchas internas chinas:

Tal vez, la hipótesis más plausible sea que alguien en la estructura de poder *quisiera* hacer naufragar las relaciones chino-estadounidenses. Descontando la estridencia acostumbrada de su lenguaje de propaganda, los chinos habían estado, alrededor de dos años, cautelosa y tentativamente, sondeándonos para ver lo que estaríamos dispuestos a hacer para mejorar las relaciones. Esta política se asocia generalmente con Chou En-lai y el grupo moderado que dominaba la política interna en el mismo período. En las dos últimas semanas ha habido evidencia de un resurgimiento de los fanáticos, con señales de que están luchando contra su relativa exclusión del partido reconstituido. La Fuerza aérea fue la más radical de los servicios armados durante la Revolución Cultural. El pretendido derribamiento puede haber estado relacionado con una lucha por el poder político, con la intención de detener la desviación hacia la moderación de la política exterior. Los agresores pueden también haber esperado que, al provocar nuestra reacción o declaraciones coléricas, podían desacreditar a los que proponían limitados ajustes con EEUU.

De pronto, el 10 de julio, pareció que los chinos habían resuelto su controversia interna. Pekín anunció la liberación del obispo James Walsh, que había sido arrestado en 1958 y sentenciado a 20 años de prisión como espía, en 1960. La revelación simultánea de que Hugh Redmond, un hombre de negocios norteamericano, sentenciado en Shangai en 1954 a cadena perpetua por espionaje, se había suicidado hacía tres meses, mitigó el júbilo, aunque el momento de la liberación del obispo Walsh era simbólica. Coincidió, y casi compensó, un anuncio de apertura de conversaciones con la Unión Soviética sobre la navegación en los ríos de frontera.

Por nuestra parte, continuamos con gestos que no podían rechazarse y no necesitaban ser reconocidos. Por ejemplo, en junio pasado, la General Motors solicitó autorización para incluir motores diésel norteamericanos y repuestos en un embarque a China de ochenta grandes camiones volquetes fabricados por la compañía Roberto Perlini en Italia. El Departamento de Defensa no puso objeciones para esta primera instancia de venta de repuestos a China. Los de Estado y Comercio recomendaron su aprobación. En un memorándum que envié al presidente el 13 de julio, apoyé a Estado y Comercio. Los chinos habían insistido que los motores diésel norteamericanos formaran parte de la venta, a pesar de su pretendida indiferencia para el comercio con EEUU y el hecho de que podían conseguirse otros motores. Podían estar poniendo a prueba nuestras intenciones. El 24 de julio, Nixon aprobó la transacción y el 28 de julio, el Departamento de Comercio reveló la decisión. El 26 de agosto, los Estados Unidos anunciaron el levantamiento de las restricciones que prohibían a compañías petroleras norteamericanas en el extranjero reabastecer a barcos foráneos que llevaran de o hacia China artículos considerados no estratégicos.

Aunque los chinos continuaron envolviéndose en el silencio, nosotros no mantuvimos en secreto la razón fundamental de nuestros actos. El 16 de septiembre de 1970 dije a un grupo de editores del medio oeste y a publicitarios de Chicago:

La más profunda rivalidad que pueda existir en el mundo hoy es... la que hay entre China comunista y la Unión Soviética. A lo largo de 6.400 kilómetros de frontera,

existen reclamaciones territoriales por un lado y un despliegue militar en el otro. Esta situación se ha agravado por la disputa entre los dos grandes estados comunistas sobre cuál de ellos representa el centro de la ortodoxia comunista, lo que otorga al conflicto una connotación casi religiosa.

Esto es lo que ponía urgencia al acercamiento con Pekín y era el motivo por el cual, a pesar de las interrupciones temporales, Washington y Pekín se movían inexorablemente el uno hacia el otro.

EL CANAL PAKISTANÍ

Todo esto estaba muy bien, pero tanto Nixon como yo estábamos convencidos de que la necesidad primordial era establecer un medio de comunicación confidencial, que estuviera libre de intereses burocráticos establecidos y liturgia tradicional, y en el que ambos bandos pudieran confiar. El 27 de septiembre, mientras yo estaba en París, mi amigo Jean Sainteny me dijo que él veía ocasionalmente al embajador chino, Huang Chen, socialmente. Le pedí que le mencionara nuestro deseo de un contacto directo. Sainteny lo hizo en diciembre.

Chou En-lai y Mao Tse-tung, independientemente uno del otro, decidieron que había llegado el momento de mandarnos una señal. Infortunadamente, sobrestimaron nuestra sutileza, pues lo que sugirieron era tan oblicuo, que nuestras toscas mentes occidentales se quedaron a oscuras. El 1 de octubre, día nacional de China, Chou En-lai llevó al escritor norteamericano Edgar Snow —viejo amigo de los comunistas— y a su esposa a situarse junto a Mao en Tien-An-Men (la Puerta de la Paz Celestial) y ser fotografiados mientras Mao pasaba revista al desfile anual de aniversario. Era un acto sin precedentes; ningún norteamericano había sido así honrado. El inescrutabile presidente estaba tratando de decir algo. (Como dijo más tarde Snow al referirse al incidente: «Nada de lo que los dirigentes chinos hacen en público está desprovisto de un propósito») (3). Eventualmente, vine a comprender que Mao intentaba simbolizar que las relaciones norteamericanas tenían ahora su atención personal; pero era para ese entonces una visión puramente académica —habíamos perdido el punto cuando tenía importancia—. Un exceso de sutileza había resultado en falta de comunicación.

Cuando Mao utilizaba un estoque, Nixon tomaba un martillo para mandar una señal. Casi en el mismo momento en que Snow estaba contemplando el desfile del día nacional chino, Nixon concedía una entrevista a la revista *Time*, enfocada sobre la recién concluida crisis jordana, y, bien escondida en la exposición de Nixon, estaba una preñada aseveración sobre el papel mundial que asumiría China y la parte que él mismo había tenido en ello:

Tal vez no se produzca en cinco años, tal vez ni siquiera en diez, pero será mejor que ocurra dentro de los próximos 20 años, o el mundo estará en un peligro mortal. Si algo quiero hacer antes de morir, es ir a China y, si yo no lo hago, quiero que mis hijos lo hagan (4).

Más adelante, en octubre, Nixon le dio otro empujón personal al asunto. Varias cabezas de gobierno vinieron a las Naciones Unidas para la celebración de su vigésimo quinto aniversario. Nixon recibió a muchos de ellos en Washington y aprovechó la oportunidad para señalar su interés en las relaciones chino-norteamericanas. Su encuentro en la Oficina Oval del 25 de octubre con el presidente Yahya Khan de Pakistán, que iba a visitar pronto Pekín, era de crucial importancia. El presidente informó a Yahya sobre todo lo que habíamos intentado y que había fallado, para incluir en las conversaciones de Varsovia. Le pidió que llevara el mensaje de que considerábamos el acercamiento chino-norteamericano como «esencial», que nunca nos uniríamos en un condominio contra China y que estábamos deseosos de enviar un emisario secreto de alto nivel a Pekín. Nixon mencionó a Robert Murphy, Thomas E. Dewey o a mí como posibles candidatos.

Al día siguiente, Nixon trató los mismos temas con el presidente de Rumania, Nicolás Ceaucescu, retomando la conversación mantenida durante su visita a Bucarest en 1969. Por si la conversación llegaba a oídos soviéticos —cosa nada improbable—, Nixon derramó mieles sobre su deseo de tener relaciones buenas tanto con China como con la Unión Soviética. Más tarde en

el día, Nixon utilizó la visita de Ceauçescu para dar públicamente un paso adelante. En el banquete oficial, Nixon brindó por los muchos intereses comunes de los Estados Unidos y Rumania, poniendo en lugar prominente el de las buenas relaciones, como las que Rumania tenía con los Estados Unidos, la Unión Soviética y la «República Popular de China». Era la primera mención del nombre oficial de China por parte de un presidente norteamericano. Para asegurarnos de que los rumanos habían comprendido el mensaje, yo reiteré los temas y el lenguaje de Nixon en una conversación privada con Ceauçescu en Blair House el 27 de octubre.

Todo lo que podíamos hacer ahora era esperar. Noviembre no era un mes favorable, porque en las Naciones Unidas habíamos tenido nuevamente éxito para bloquear la admisión de Pekín, espoleando a los escritores del *Diario del Pueblo* a utilizar una selección de su bien afilada invectiva. El 19 de noviembre, el día antes de la votación en la ONU, yo propicié dos estudios interagencias; uno concerniente a nuestra política de largo alcance con la República Popular China y el otro buscando una investigación de los asuntos de la representación china en las Naciones Unidas, bajo la luz del decreciente apoyo por parte de la ONU a nuestra posición (*).

Un informe sobre un tratado comercial entre Moscú y Pekín provocó otra ansiosa averiguación de Nixon a fines de noviembre. No me parecieron importantes las cantidades involucradas, ni creí que las diferencias chino-soviéticas se prestaran para una sencilla reconciliación. No había gesto comercial que pudiera alterar el hecho de que cuarenta divisiones soviéticas estuvieran acantonadas a lo largo de una frontera de 6.400 kilómetros no reconocida por China, ni podían las transacciones comerciales acallar la intranquilidad con que los dirigentes soviéticos se inclinaban a considerar a los 800 millones de irredentistas del Sur, que miraban codiciosamente los vastos y ricos espacios de Siberia, tan poco atractivos para los rusos, que son ambicionados por los chinos cualquiera sea el régimen que gobierne en la capital rusa. Como le escribí al presidente:

Tanto para los soviéticos como para los chinos, esta apariencia de relaciones más normales es un importante tanto contra la extendida especulación en el Oeste de que los dos países están tan preocupados por su continuada disputa, que serían susceptibles a presión para llegar a un arreglo importante con nosotros y los europeos del Oeste. Los signos de que las relaciones están mejorando son así útiles tanto para Pekín como para Moscú.

No obstante, casi todo esto está en el ámbito de la forma antes que de la esencia y no existe evidencia de que los problemas fundamentales puedan resolverse. En realidad, nuestra inteligencia muestra una mejora constante en la capacidad militar en la frontera chino-soviética y este hecho juega sin duda el mismo papel en la voluntad china de continuar dando señales de normalización de las relaciones estatales, posición que hace dos años rechazaban de plano.

Lo que no sabíamos en este momento era que los chinos ya nos habían enviados un mensaje de forma bastante diferente de todos lo que hubiéramos recibido anteriormente. El presidente Yahya Khan estuvo en China desde el 10 al 15 de noviembre y nosotros asumimos que nada había ocurrido, cuando, tres semanas más tarde, el 8 de diciembre, el Embajador Hilaly hizo contacto con Hal Saunders de mi personal y dijo que tenía un «mensaje» para mí en relación con el viaje de Yahya. Nunca tuvimos una adecuada explicación de por qué Yahya esperó casi tres semanas después de su retorno a Pakistán para transmitir el mensaje. Tal vez los chinos, por razones propias, establecieron la fecha en que debía ser comunicado; tal vez el motivo fueron los cuidadosos preparativos de Yahya. De cualquier forma, invité a Hilaly al día siguiente a la Casa Blanca, donde, unos pocos minutos después de las 6 de la tarde, me entregó en mi oficina un sobre conteniendo una misiva manuscrita sobre papel blanco bordeado de azul, que le había sido entregado en mano. Yahya no confiaba en la seguridad de la comunicación por cable. Ésta sería la forma de todos los mensajes que vinieran por el canal pakistaní. Hilaly dijo que no estaba autorizado a dejarme la misiva, por lo que tuvo que dictar el mensaje, hablando lentamente mientras yo lo copiaba. Estábamos tan inmersos en esta tarea mecánica, que no notamos la incongruencia de este elegante portavoz de la élite de una nación basada en una antigua religión, dictando una comunicación proveniente de un dirigente de una nación asiática mi-

(*) La realidad fue que Nixon me escribió una nota el 22 de noviembre urgiéndome para comenzar un estudio del problema ONU (5). Ya el estudio estaba en preparación para ese entonces.

litante revolucionaria, a un representante de un dirigente de un mundo capitalista occidental; o el fenómeno que representaba el que, en una era de comunicaciones instantáneas, hubiéramos vuelto a los métodos diplomáticos del siglo pasado —la nota escrita a mano, entregada por mensajero y leída en voz alta—. Un hecho de fundamental importancia se produjo en una manera pedante y casi prosaica.

De todos modos, yo estaba demasiado ocupado para dejar traslucir la excitación que sentía. Generalmente, los hechos individuales son en diplomacia parte de una serie; van surgiendo en una corriente continua, cuyo significado final podrá apreciarse solamente a través del prisma del tiempo. Como regla general, los hitos se advierten solamente en retrospectiva. Pero el mensaje traído por Hilaly era claramente un hecho importante. No era una sutil señal indirecta que pudiera ser desautorizada ante el primer indicio de dificultades; era un mensaje autorizado y personal de Chou En-lai a Nixon, que ponía énfasis en el hecho de que no hablaba solamente por sí mismo, sino por el presidente Mao y el vice-presidente Lin Piao. China, declaraba Chou, «siempre ha estado dispuesta y ha tratado siempre de negociar por medios pacíficos... Para poder discutir el asunto de la evacuación de los territorios chinos llamados Taiwán, sería muy bienvenido en Pekín un enviado especial del presidente Nixon». Chou En-lai observaba graciosamente que se habían recibido muchos otros mensajes de los Estados Unidos desde diversas fuentes, «pero ésta es la primera vez que la propuesta ha venido desde una Cabeza, a través de una Cabeza y hasta una Cabeza. Los Estados Unidos saben que Pakistán es un gran amigo de China y por eso es que concedemos tanta importancia al mensaje».

En resumen, se invitaba a un representante personal del presidente a Pekín. Por seguridad, el propósito del encuentro se decía que era «la evacuación de territorios chinos llamados Taiwán». Pero yo consideré que ésta era una fórmula de rutina, tal vez para asegurarse contra filtraciones o mala fe de Washington; sería casi una ruptura de pureza ideológica el enviar la invitación en otros términos a un archienemigo. Mao, Lin Piao y Chou En-lai no se disociarían con ninguna invitación tan evidentemente expuesta a no ser cumplida. Para sentirse ansiosos por la visita de un emisario norteamericano tenían que estar impulsados por un imperativo más profundo que el futuro de una de las provincias de China; tenía que involucrar la seguridad de China misma.

En cuanto Hilaly se fue, fui por el vestíbulo hasta la Oficina Oval, donde Nixon y yo conversamos largamente. Estuvimos de acuerdo en cuanto a nuestra disposición para aceptar la invitación. No podíamos, convinimos, limitar la agenda a Taiwán, estando seguros de que esto reflejaba las preferencias de China también, no importa lo poco inclinados que estuvieran a ponerlo en la comunicación. Hice por lo tanto el borrador de la respuesta que entregué a Hilaly el 16 de diciembre. Establecía un procedimiento también para nuestro bando. Ya que las notas chinas por el canal pakistaní eran escritas a mano, las nuestras fueron en adelante escritas a máquina sobre papel Xerox, sin membrete o marca de agua del gobierno de los Estados Unidos. No estaban firmadas (y nuestra burocracia no estaba informada).

Nuestra respuesta ponía bien en claro que los Estados Unidos estarían preparados para conversaciones de alto nivel en Pekín, para discutir

un amplio espectro de asuntos que existen entre la República Popular China y los Estados Unidos, incluyendo el asunto Taiwán... la reunión de Pekín no se limitaría solamente a la cuestión de Taiwán, sino que involucraría otros pasos destinados a mejorar las relaciones y a reducir tensiones. Con respecto a la presencia militar de los EEUU en Taiwán, sin embargo, la política del gobierno de los Estados Unidos es la de reducir su presencia militar en la región del Este de Asia y el Pacífico, a medida que disminuyan las tensiones en la zona.

(La última oración estaba destinada a estimular el interés chino por un arreglo de la guerra en Vietnam, ligando el retiro de tropas de Taiwán al fin de la guerra en Indochina. Era una fórmula que había sido utilizada en muchos estudios interagencias de nuestro gobierno, encontrando su camino casi sin cambios en la comunicación de Shanghai que cerró la visita de Nixon catorce meses más tarde. Nuestro mensaje proponía una reunión de funcionarios de menor rango, que prepararan la visita de un emisario. Las dos partes habían coincidido con una reunión en Pekín.

Una vez lanzados en este camino, los chinos multiplicaron sus señales. El 18 de diciembre,

Mao recibió a Edgar Snow en una larga entrevista, una acción que, sin embargo, volvió a sobrestimar nuestra sutileza y la capacidad de nuestra inteligencia. Mientras Nixon había expresado por primera vez públicamente su deseo de visitar China, en un reportaje de *Time* en octubre, Mao expresó por primera vez su deseo de dar la bienvenida a Nixon en lo que sería más tarde una entrevista concedida a *Life* (poniendo indudablemente el alma de Henry Luce en estado de tormento). Mao dijo secamente a Snow que «en este momento, los problemas entre China y los EEUU tendrán que solucionarse con Nixon». Por lo tanto, Mao «se sentiría feliz de conversar con él, como turista o como presidente». En una sutil maniobra, le dieron a Snow las notas de la intérprete Nancy T'ang sobre la conversación, pero no le permitieron publicar su artículo por varios meses. Los chinos calcularon seguramente que nos enteraríamos de la entrevista y que el manejo de la transcripción palabra por palabra, unida a una prohibición para publicar el artículo, le agregarían autenticidad. Si así pensaban, sufrieron una desilusión. No nos enteramos de la entrevista hasta meses más tarde y para ese entonces ya teníamos en nuestras manos la comunicación de Chou En-lai, suficientemente explícita para nuestras mentes occidentales (6).

Sin embargo, la entrevista de Snow con Mao es interesante por lo que nos dice de la manera de pensar de los dirigentes de China en diciembre de 1970. Demuestra que estaban considerando una visita presidencial en esa fecha prematura, una idea que todavía no se había abierto paso oficialmente en ninguna de nuestras comunicaciones. Revela que los chinos habían tomado nota de todos los pasos unilaterales de los Estados Unidos. Snow citó las palabras de un diplomático chino de alta envergadura diciendo: «Nixon se va de Vietnam.» Parecía que comprendían mejor la dirección de nuestra política en Vietnam en Tien-An-Men que en Harvard. Por supuesto que Snow dijo que fue nuestro bando el que pidió enviar un emisario a Pekín, pero la historia es algo diferente. Los dos bandos propusieron reuniones de alto nivel en la misma sesión de Varsovia del 20 de enero. Hasta que recibimos la invitación formal de China, habíamos tenido abierta la posibilidad de que Washington podía ser la sede. El artículo de Snow implicaba también que el presidente se había invitado a sí mismo a Pekín. En realidad, mientras que Nixon expresó un abstracto deseo de visitar China en su entrevista a *Time* en octubre de 1970, la primera referencia a una visita presidencial en cualquier intercambio mutuo llegó en un comentario de Chou En-lai, pronunciado el 11 de enero de 1971. Tal vez los chinos retenían la tradicional autoimagen de ser el Reino Medio adonde venían los bárbaros a ofrecer tributos; China no es la única de las grandes naciones a la que no les gusta aparecer como suplicante.

El 23 de diciembre, Jean Sainteny vio al embajador Huang Chen en París, y el embajador le dijo que había pasado a sus jefes el mensaje (que le había dado Sainteny en septiembre) indicando nuestro deseo de instalar un canal seguro. Era la forma que tenía Pekín de darle valor a otros acercamientos.

Al iniciarse el año 1971, los chinos enviaron otro importante mensaje, esta vez a través de Rumania. Obviamente, los chinos no estaban más seguros de poder comunicarse con nosotros, que nosotros con ellos. El embajador rumano Corneliu Bogdan me visitó en la Casa Blanca el 11 de enero, con un mensaje entregado al vice primer ministro Gheorghe Radulescu en una visita a Pekín a fines de noviembre (nuevamente sin explicación por la larga demora en entregarlo). Nos fue leído un mensaje de Chou En-lai en casi idéntica forma que el que pasó a través de Yahya y este mensaje también, se nos dijo, había sido «revisado por los presidentes Mao y Lin Piao». El mensaje decía que Taiwán era «uno de los temas principales» entre los Estados Unidos y China. Si los Estados Unidos estaban preparados para arreglar esto, un enviado especial sería bienvenido en Pekín. Sin embargo, había un enteramente nuevo y sorprendente comentario de Chou En-lai. Sugería apaciguadoramente que, ya que el presidente Nixon había visitado ya Bucarest y Belgrado, sería también bienvenido en Pekín.

Así se mencionó la visita presidencial a China por primera vez. Y al unir Pekín con Bucarest y Belgrado —dos capitales que habíamos visitado antes con motivo de su independencia de Moscú— Chou puso en claro que, sea lo que fuere lo que dijéramos formalmente de Taiwán, estaba interesado principalmente en el desafío soviético. Ninguna de las notas chinas hacía referencia a Indochina. La guerra de Vietnam podía impedir la tranquilidad doméstica de Norteamérica, pero no era obstáculo para la reconciliación con la República Popular China, el estado reconocidamente revolucionario en cuya frontera rugía la guerra y que había sido considerado cuatro años atrás como el instigador de ese conflicto. Señalé estos puntos en un memorándum a Nixon y él comentó en sus notas que no debíamos aparecer demasiado ansiosos de responder.

Seguendo sus indicaciones, yo esperé hasta el 29 de enero para contestar al embajador rumano. Él volvía a Bucarest a consultar y le hubiera parecido extraño que yo dejara pasar la ocasión sin una referencia a la comunicación de Chou En-lai. Para evitar cualquier malentendido o una explicación del significado de diferentes enunciaciones, le di a Bogdan un mensaje que era palabra por palabra el presentado a Hilaly hacía más de un mes. Estábamos preparados para conversar sobre todo el espectro de asuntos internacionales, incluyendo a Taiwán. La única diferencia era que el mensaje era oral, no mecanografiado, indicando nuestra ligera preferencia por el canal pakistaní. Nos parecía que la posición pakistaní frente a China y la Unión Soviética era menos complicada que la de Rumania. A Bucarest le hubiera sido difícil no informar a Moscú. No hacíamos referencia a una visita presidencial, ya que, hasta haber recibido una respuesta a nuestro previo mensaje referido a la agenda, hubiera sido prematuro y turbador.

Otra vez no había nada que hacer sino esperar. Utilicé el intervalo tratando de educarme sobre China. Entre mediados de diciembre y principios de abril, me encontré tres veces con grupos de académicos expertos en China, que venían de eminentes instituciones de altos estudios. Sería muy satisfactorio poder decir que mis anteriores colegas me transmitieron relámpagos de iluminadas visiones, pero, como yo debía haber recordado, los consejeros externos trabajan bajo dificultades a pesar de sus conocimientos. La mayor necesidad de consejo externo que tiene un hacedor de política yace en un reino intermedio entre la táctica y las metas. Las tácticas dependen generalmente tanto de la situación inmediata, que los de afuera, que no tienen acceso a los cables, pueden rara vez traer una contribución efectiva. En el otro extremo, las metas finales reflejan percepciones filosóficas y necesidades políticas y mientras un consejero puede arrojar alguna luz en estos tópicos, para ser efectivo debe estar al tanto de las percepciones del hacedor de política; los cambios de rumbo requieren confianza en sí mismo más que conocimiento experto. La dimensión en la que es más eficiente el auxilio exterior es el término medio —llevar al hacedor de política más allá de la urgencia pero hasta un poco antes de la culminación— o sea la perspectiva de dos a cinco años. Infortunadamente, ésta es normalmente la preocupación de rutina de los académicos interesados en los problemas políticos y parecería que se sintieran engañados, desprovistos de la excitación de la proximidad al poder, si son llamados a Washington para que no hagan nada más que lo que hacen en casa. Por eso, en lugar de concentrarse en el término medio, tienen la tendencia de ahogar al hacedor de política con consejos tácticos detallados, o con elaboradas recomendaciones sobre estrategia mayor hasta que, con los ojos vidriosos, se comienza a sentir un nuevo y desacostumbrado afecto por la burocracia conocida.

Y así ocurrió con los sinólogos al comienzo de 1971. Los expertos académicos en China estaban convencidos de que los asuntos que más interesaban a ese país eran Vietnam y Taiwán y en eso se equivocaban. Otra prioridad que me señalaron fue el control armamentista; los chinos ni siquiera trajeron esta cuestión al tapete y nos la rechazaron cuando nosotros lo hicimos; adoptaron consistentemente el punto de vista gaullista de que toda esta cuestión era solamente otra forma de conspiración estadounidense-soviética. Otra opinión casi universal de los expertos fue que *antes* que mejoraran las relaciones entre EEUU y la Unión Soviética, teníamos que reconocer a Pekín como el único gobierno de China, o por lo menos permitir que Pekín entrara a las Naciones Unidas. También era falso. La ruptura se produjo meses antes que lo segundo tuviera lugar y siete años antes que el presidente Carter hiciera lo anterior. Otra prioridad profesional fue el comercio bilateral y los intercambios (intercambios significaba que los profesores podrían visitar China); estas cosas resultaron ser de interés marginal para los chinos, que otorgaban lo indispensable cuando era necesario por motivos simbólicos. Más aún, era opinión generalizada que China insistiría en que aseguráramos nuestro retiro de Asia y lo opuesto resultó ser verdad. China nos quería desesperadamente *en* Asia, como contrapeso para la Unión Soviética. Escuché cortésmente las sugerencias de mis colegas, castigando mi impaciencia con el reconocimiento de que yo hubiera sido poco más relevante cuando actué como consultor académico para dos administraciones previas.

La segunda oportunidad para mi educación, mientras esperábamos la respuesta china, vino a colación traída por tres estudios interagencia solicitados en 1969 y 1970 en cuanto a la política china, la entrada en la ONU y nuestra estrategia militar en el Pacífico (*). Una ventaja del sistema CNS para la diplomacia secreta, en la que ahora estábamos envueltos, era que permitía al presi-

(*) El grupo principal de revisión se reunió el 12 de marzo y el CNS el 25 de marzo de 1971.

dente y a mí enterarnos de los puntos de vista e ideas de las agencias sin revelar nuestro plan táctico. En esta forma, aparte del estudio sobre nuestra posición militar en Asia, yo solicité un análisis sobre cuáles de nuestras fuerzas en Taiwán eran necesarias para las operaciones en Indochina y cuáles eran requeridas como parte del tratado de seguridad mutua con Taipei. Esto me dio alguna idea de lo que era posible conceder si es que teníamos que retirar algunas fuerzas al «disminuir las tensiones en el área». Como le dije al grupo principal de revisión: «algo que no hemos hecho nunca bien es extraer concesiones por cambios en los despliegues militares que íbamos a hacer de todos modos. Puede que no sea una mala idea tener este tipo de información disponible para Taiwán».

Se invirtió una buena cantidad de energía burocrática e intelectual en el asunto de la representación china en las Naciones Unidas, de lo que me ocuparé más adelante.

Otra preocupación, en febrero y comienzos de marzo de 1971, fue la campaña survietnamita de cortar, con ayuda logística y aérea nuestra, la ruta Ho Chi Minh en el brazo de Laos. Algunos de nuestros críticos en el Congreso y los medios de difusión eligieron ver en esta operación limitada —en la extremidad más al Sur de Laos, en un área donde no se había ejercido por casi una década el mandato del gobierno laosiano— una provocación a Pekín en la escala del avance de MacArthur sobre el Yalu en 1950. Los dudosos esfuerzos del hasta este momento muy desacreditado ejército de Vietnam del Sur fueron denunciados por muchos críticos como precursores de un ataque sobre Vietnam del Norte mismo, lo que, se decía, Pekín podría tratar de evitar. (Si los survietnamitas hubieran tenido en realidad tal capacidad, la guerra en Vietnam podría haber terminado de manera muy diferente.) Pero estábamos convencidos que China estaba jugando un juego mayor y no se iría a poner sola dentro de su peor pesadilla —una conspiración norteamericano-soviética— desatando una guerra contra nosotros en defensa de Hanoi en las inhóspitas junglas del sur de Laos.

Los hechos confirmaron este juicio. Por supuesto que el *Diario del Pueblo* del 4 de febrero de 1971 publicó una elocuente denuncia de las operaciones en Laos, pero en la misma forma que el año precedente acerca de Camboya, cuidadosamente evitó ataques personales contra Nixon; se citaba directamente a Mao una sola vez y sobre el mismo tema del año anterior sobre Camboya: «Fortaleciendo su unidad, apoyándose mutuamente y perseverando en una extensa guerra popular, los tres pueblos de Indochina vencerán seguramente todas las dificultades y obtendrán la victoria total.» En otras palabras, Vietnam era muy capaz de ganar su propia guerra; la China no se vería envuelta militarmente.

En caso de que no nos diéramos cuenta, los dirigentes chinos eligieron el día de la andanada del *Diario del Pueblo* para mandarnos otra señal. Ch'iao Kuan-hua, ayudante del ministro exterior chino, viejo amigo y asociado de Chou En-lai, dijo al embajador noruego en Pekín, Ole Aalgard, que China estaba en conocimiento de una nueva tendencia en la política norteamericana. La guerra en Indochina había hecho imposible retomar las conversaciones de Varsovia, dijo Ch'iao, pero, más tarde o más temprano, los chinos querían sentarse a conversar con nosotros. Expresó su especial deseo de encontrarse conmigo y pidió que la conversación nos fuera comunicada. Tomamos nota del mensaje y nos aseguramos doblemente de que China comprendiera nuestros propósitos limitados en Laos. Nixon declaró en su conferencia de prensa del 17 de febrero que «esta acción no está dirigida contra la China comunista. Está dirigida contra los norvietnamitas que están apuntando hacia Vietnam del Sur y Camboya. En consecuencia, yo no creo que los chinos comunistas tengan razón alguna para interpretar esto como una amenaza en su contra ni tampoco razón alguna para reaccionar ante ello». Era de notar también la moderación mostrada por Chou En-lai durante una visita a Hanoi desde el 5 al 8 de marzo. Ofreció a los norvietnamitas apoyo moral y material, pero se abstuvo de cualquier inyectiva en contra de Nixon o de amenazar con la intervención de China.

Mientras tanto, en el segundo Informe sobre política exterior del presidente, publicado el 25 de febrero de 1971, reiterábamos nuestro deseo de mejorar las relaciones. Por primera vez se hacía mención en un documento oficial norteamericano a la República Popular de China por su nombre oficial. Y continuábamos aflojando las restricciones para el comercio con China. El 15 de marzo, el Departamento de Estado reveló la decisión del presidente de terminar con todas las restricciones en el uso de pasaportes de los EEUU para viajar a la República Popular China; desde allí en adelante, se permitían visitas a China con un propósito legítimo. (Los chinos habían estado menos liberales con las visas de entrada, concediéndolas solamente a tres norteamericanos en dieciocho meses.) Siguiendo mis instrucciones, Ron Ziegler llamaba la atención

hacia la decisión, en un informe a la Casa Blanca: «Esperamos, pero no nos detendremos, por falta de reciprocidad.»

El 17 de marzo, los chinos demostraron hasta qué pináculos de invectiva eran capaces de llegar cuando querían resolver cosas; lanzaron un llameante ataque oral *contra la Unión Soviética*. Los tres mayores periódicos chinos publicaron un editorial conjunto sobre el Centenario de la Comuna de París de 1871, destacando que la victoria revolucionaria requirió el «poder de las masas revolucionarias». Brezhnev fue denunciado como un «renegado». Los Estados Unidos eran tratados de un modo marcadamente diferente y superficial. La Unión Soviética había tomado nuestro lugar como el principal enemigo de Pekín.

Aunque Moscú podía perder solamente al exhibir su sentido de vulnerabilidad, la China era un nervio demasiado al descubierto para que los soviéticos ignoraran ni siquiera un alanto verbal, como todos pudimos ver ahora. El 26 de marzo, un artículo en el semanario de asuntos exteriores soviético *Nuevos Tiempos* atacó amargamente a los Estados Unidos por llevar una «diplomacia de sonrisas» hacia China, con la esperanza de agravar aún más las relaciones chino-soviéticas. Se decía que hasta los grupos «ultrarreaccionarios» de los Estados Unidos estaban a favor de establecer vínculos con Pekín con estos siniestros propósitos.

Terminó el mes de marzo con el vigésimo cuarto congreso del partido comunista soviético en Moscú. El informe oficial del secretario general Brezhnev del 30 de marzo se lamentaba del existente estancamiento en las relaciones de la URSS con China, pero rechazando «resueltamente» las «difamatorias invenciones» sobre la Unión Soviética que se «difundían desde Pekín, instilándose en las mentes del pueblo chino».

Es de lo más absurdo y pernicioso sembrar el desacuerdo entre la China y la URSS, considerando que está ocurriendo en una situación en la que los imperialistas han estado adelantando su acción agresiva en contra de pueblos amantes de la libertad. Más que nunca, la situación demanda la cohesión y la acción conjunta de todas las fuerzas revolucionarias anti-imperialistas, en lugar de alentar las hostilidades entre estos estados, la URSS y China.

Pero las propuestas operacionales de Brezhnev probaron que Moscú tenía poca habilidad para evitar lo que temía. Proponía una conferencia de cinco naciones con poderío nuclear —los Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña, Francia y China— «en la que se considerarían los problemas de desarme nuclear en general». Como el rechazo por parte de Pekín de tales planes era ya una conclusión prevista, éste era un nuevo intento transparente de aislar a China. Y los Estados Unidos, si sabía cuáles eran sus propios intereses, no podía tener motivo para unirse a tales esfuerzos.

Para fines de marzo, la dirección estaba clara. Nos acercábamos al fin de la primera etapa de nuestro largo y difícil viaje. En este momento, Chou En-lai dio otro gigantesco paso adelante.

LA DIPLOMACIA DEL PING-PONG

Los dramáticos sucesos que estaban por estallar sobre nosotros fueron presagiados por la sistemática restauración por parte de China, de su diplomacia global, después de la parálisis auto impuesta por la Revolución Cultural. En mayo de 1969, Pekín había comenzado a reemplazar a sus embajadores, de los cuales todos, excepto uno, habían sido retirados durante el levantamiento; en 1970 buscó nuevos vínculos con países con los cuales no había tenido previamente relaciones diplomáticas. Para comienzos de abril de 1971, el secretario Rogers informó al presidente que Pekín había sido reconocido por siete nuevos países durante los seis meses pasados, más que en los siete años precedentes juntos. China estaba discutiendo la renovación de las relaciones diplomáticas con países tan diversos como Austria, Líbano, Perú y Camerún, informó Rogers. Había hecho aperturas para restaurar vínculos y establecer nuevas misiones económicas de ayuda en varios estados africanos; buscaba también mejores relaciones con Gran Bretaña y Japón y extendía sus tentáculos hasta las naciones europeas del Este, que estaban en la órbita soviética. De acuerdo con Rogers, muchos de los esfuerzos de Pekín parecían destinados a impulsar su apoyo para la admisión en las Naciones Unidas. Chou En-lai habló claramente con el encargado británico en Pekín el 3 de marzo, siendo el precio de las promocionadas re-

laciones anglo-chinas, el cambio de actitud de Gran Bretaña en el asunto de la admisión china en la ONU y el retiro del consulado británico en Taipei.

El 1 de abril de 1971, el Departamento de Estado informó de otras novedades interesantes. Chou En-lai, por ejemplo, había recibido al anterior ministro de asuntos extranjeros japonés, Aiichiro Fujiyama y le había dicho que «en algún momento será posible una repentina y dramática mejoría» en las relaciones con los Estados Unidos. Chou dijo que había leído «muy cuidadosamente» el informe del presidente sobre política exterior y «tomado nota específica del hecho de que, por primera vez, un presidente norteamericano había llamado a China por su nombre oficial». El mismo memorándum del Departamento de Estado incluía un informe de las recientes impresiones de Snow después de sus conversaciones con Mao y Chow. El Departamento de Estado no pudo haber tenido el texto completo de la entrevista, porque ignoraba el importante elemento de la invitación a Nixon, pero informaba en cambio, que Snow había salido de sus reuniones con la impresión de que «no hay perspectiva inmediata de mejorar las relaciones chino-estadounidenses por causa de la guerra en Indochina». Mao, decía el memorándum, no esperaba progresos en las relaciones EEUU-China antes de 1972. La depresiva conclusión fue desmentida, bien lo sabemos, por otra, aparentemente trivial, oración en el mismo informe, en un párrafo sobre las ambiguas relaciones de China con el Japón. Los dos países habían tenido sus dificultades, señalaba el Departamento, pero entre los signos positivos estaba el hecho de que «Pekín había enviado también su equipo de tenis de mesa a Japón para participar en un torneo internacional, la primera actividad deportiva de ese tipo en varios años». Cinco días más tarde, todos comprendimos el significado de esta oración.

El equipo de tenis de mesa de los Estados Unidos competía también en el torneo, el trigésimo primer campeonato mundial de tenis de mesa, a realizarse en Nagoya, Japón. Los nueve jóvenes norteamericanos de nuestro equipo no lo sabían, pero iban también a ser jugadores en una complicada partida de ajedrez. El 4 de abril, un día de descanso en la competencia, Glenn Cowan, un joven de diecinueve años del Colegio Estatal de Santa Mónica, cerca de Los Ángeles, se aproximó al capitán del equipo chino, el tres veces campeón del mundo Chuang Tse-tung y se las arregló para poder viajar con el ómnibus de la delegación china para una excursión a las granjas de perlas en la Península Mie. («Se las arregló» no da ciertamente la idea cabal, ya que los chinos no lo hubieran consentido si no hubieran llegado a Nagoya con las firmes instrucciones de hacerse amigos de los norteamericanos. Una de las más destacadas cualidades de los chinos es hacer que lo meticulosamente planeado aparezca como espontáneo.) Al día siguiente, Cowan esperó que Chuang terminara un partido y le ofreció una camiseta como obsequio. Cowan, alumno de segundo año especializado en historia y ciencias políticas, dijo más tarde que quería «promover la amistad con todo el mundo, incluyendo a los chinos». Para su sorpresa, Chuang aceptó, dándole en cambio un pañuelo chino con escenas chinas impresas (7).

El 6 de abril, para sorpresa inmensa de todos, los chinos invitaron al equipo norteamericano a visitar China. Graham B. Steenhoven, presidente de la Asociación de tenis de mesa norteamericana y encargado del equipo, telefoneó a la embajada norteamericana en Tokio pidiendo consejo. Sin dudar, el especialista chino de la embajada, William Cunningham, que no sabía nada de nuestras aperturas hacia Pekín, excepto nuestro deseo general de mejorar las relaciones, recomendó a Steenhoven que aceptara (8). Cunningham merece mucho crédito por su percepción e iniciativa. La burocracia de Washington fue menos osada. El 7 de abril, el Departamento de Estado, que quiso asegurarse de que no sería acusado de imprudencia, informó a la Casa Blanca: «Aunque no tenemos todavía medios de asegurarnos, la invitación puede tener la intención de, por lo menos en parte, ser un gesto en respuesta a las recientes iniciativas de EEUU.» La visita fue una sensación internacional; captó la imaginación del mundo, ayudada en no poco por el manejo cuidadoso de ambientación de Chou En-lai. Las emisoras de radio Pekín dieron lugar de privilegio a la noticia de la llegada del equipo a China, aunque varios otros equipos nacionales habían sido invitados también.

El día posterior a la invitación china al equipo norteamericano de ping-pong, Nixon pronunció un discurso sobre Vietnam. Anunció el retiro de 100.000 soldados norteamericanos más entre el 1 de mayo y el 1 de diciembre de 1971, haciendo también una resonante defensa de su política en Indochina, incluyendo la operación de Laos. Este discurso no tuvo efecto adverso alguno sobre Pekín. Los jugadores norteamericanos de tenis de mesa recibieron una deslumbrante recepción en China. El 14 de abril, en la Gran Sala del Pueblo, fueron recibidos por Chou En-lai mismo, un logro que era todavía una insatisfecha ambición de la mayoría de los diplo-

máticos occidentales destinados en Pekín. «Ustedes han abierto un nuevo capítulo en las relaciones de los pueblos norteamericano y chino», dijo el extraordinario primer ministro chino. «Confío en que este nuevo principio de nuestra amistad encontrará seguramente el apoyo masivo de nuestros dos pueblos.» Como los atónitos atletas no respondieron, el primer ministro siguió con el mismo tema: «¿No están de acuerdo conmigo?» Los norteamericanos rompieron en un aplauso. Rápidamente, invitaron al equipo chino a recorrer los Estados Unidos. La invitación fue inmediatamente aceptada.

Toda la empresa fue típica de Chou En-lai. Como todos los movimientos chinos, tenía tantas capas de significado, que la brillantemente pintada superficie era la parte menos significativa. Como es muy obvio, la invitación a los jóvenes norteamericanos simbolizaba el compromiso de China para mejorar las relaciones con los Estados Unidos y en un nivel más profundo daba la seguridad — más que ninguna comunicación diplomática a través de cualquier canal — de que el emisario que sería ahora seguramente invitado pisaría tierra amiga. Era una señal para la Casa Blanca de que nuestras iniciativas habían sido tenidos en cuenta. El hecho de que los jugadores no podían de ninguna manera representar una particular tendencia política, se unió al atractivo de la maniobra desde la perspectiva china. China podría marcar su tanto sin posibilidad de un desagradable comentario norteamericano. Chou En-lai también sabía hacer gestos que no pudieran rechazarse. Dentro de China ayudó a condicionar a la gente y a los cuadros partidarios para un inminente y revolucionario cambio de rumbo. Fue también una advertencia sutil para nosotros; si las aperturas chinas eran rechazadas, Pekín podría activar un acercamiento de persona a persona, buscando presionar su caso con una campaña pública, como estaba haciendo Hanoi.

Lo que tornaba la situación más curiosa era que estábamos esperando que Dobrynin volviera de la Unión Soviética en cualquier momento, con una invitación a la cumbre. El anuncio de una reunión cumbre con Moscú podría abortar la apertura china, y una diplomacia china demasiado activa podría frustrar nuestra política soviética por otra parte. De cualquier manera, la búsqueda perenne de los soviéticos por los adelantos mezquinos, trajo a Dobrynin de vuelta con otra respuesta dilatoria. Sus amos no habían todavía abandonado la idea de utilizar la reunión cumbre como cebo para obtener concesiones sobre Berlín. El exceso de astucia generalmente se vuelve en contra del que la usa; en este caso, teníamos cartas de las que el Politburó no tenía ni idea. Moscú nos solucionó nuestro problema y sus tácticas de presión nos permitieron proceder sin impedimentos a completar la construcción del triángulo.

En varios aspectos, las semanas que siguieron a la diplomacia del ping-pong fueron las más enloquecedoras de todo el tortuoso proceso. Sólo el presidente y yo comprendíamos las implicaciones totales del movimiento de Chou En-lai, porque éramos los únicos que conocíamos todas las comunicaciones entre Pekín y Washington. Sabíamos que iba a ocurrir algo grande, pero estábamos confundidos en cuanto al canal que se utilizaría y cuál sería la forma precisa que adoptaría. Como sucede a menudo en la víspera de los grandes acontecimientos, Nixon fue presa de premoniciones y esperanzas conflictivas, por la amalgama que había en él de altos designios nacionales y el cálculo político y personal. Temía que China se echara atrás en el último momento, lo que yo creía improbable. Al mismo tiempo, tenía reservas sobre lo que ya había sido decidido — que un emisario subalterno visitara Pekín antes del viaje presidencial —. Sin dejarse impresionar por el hecho de que nunca habíamos respondido a la apertura china en cuanto a la visita presidencial, quería ahora saltarse la etapa del emisario, para no empañar la gloria de su propio viaje. Le recordé que hacía tres meses que no sabíamos nada directamente de los chinos, sobre ninguna de las empresas y que era demasiado peligroso pensar en un viaje presidencial a China sin preparación previa. Nixon estaba excitado hasta la euforia por la perspectiva delante de nosotros, pero también se sentía atacado por su ansiedad crónica de que ninguna de sus empresas tendría alguna vez una terminación completamente satisfactoria.

Naturalmente, yo compartía el sentimiento de Nixon ante la ocasión. Creía menos que él en la posibilidad de que los chinos se retractaran o siguieran el camino de Hanoi de guerra psicológica. Después de todo, sus metas eran muy diferentes de las de Hanoi. Hanoi quería romper nuestra determinación y Pekín nos necesitaba como contrapeso para Moscú. Hanoi estaba inmerso en un ataque incesante a la autoridad de nuestro gobierno; el interés de China tenía que estar en un Washington que tuviera la autoridad y la determinación de mantener el equilibrio global del poder. Lo que más me inquietaba era si Pekín había comprendido nuestro método de gobierno lo suficiente como para saber por qué canal acercarse a nosotros.

Pero controlábamos los nervios. Nixon estaba de acuerdo con que debíamos seguir las aperturas de Pekín por las líneas ya establecidas y esperar un mensaje de nuestras enigmáticas contrapartes en el otro lado del globo. Enviamos más señales que indicaran nuestro rumbo estable. En 1970, la Junta de Sub-secretarios del CNS había recibido instrucciones para desarrollar un programa que aumentara los viajes y el comercio con China. Para mediados de marzo de 1971, se había completado una larga lista, catalogando cada paso posible, dentro de la discreción administrativa del presidente, que no necesitara aceptación china o reciprocidad. Llevados por el espíritu de la empresa, la Junta de Sub-secretarios recomendó la inmediata aprobación de todo el paquete. Yo tenía mis dudas. Aunque había sido uno de los promotores de la política de «pasos irrechazables», no favorecería un movimiento de esta magnitud sin reciprocidad y antes de conocer la naturaleza de la respuesta china. En un memorándum al presidente, del 25 de marzo —mucho antes de la invitación al equipo de ping-pong—, dividí la lista en tres componentes. El primer paquete mantendría el comercio con China algo por debajo del que podría existir con la Unión Soviética; la etapa II colocaría el comercio con China en paridad con el comercio con la Unión Soviética y la etapa III iría más allá del nivel del comercio con la Unión Soviética. Recomendé que el primer paquete fuera cumplido en un futuro cercano y unilateralmente y que la realización del segundo y tercero debería esperar el desarrollo de nuestras relaciones con China y estar apoyado en la reciprocidad.

Este memorándum estaba en el escritorio de Nixon cuando nos llegaron las noticias de la invitación ping-pong. Le dije que ésta era una óptima ocasión para la decisión presidencial. Nixon aprobó la estrategia básica el 12 de abril y ordenó que la etapa I fuera inmediatamente realizada. El 13 de abril lo notifiqué a varias agencias. El 14 de abril, la Casa Blanca, a través de Ron Ziegler, anunció la primera brecha importante en décadas del viejo embargo comercial contra China. Colocó las nuevas medidas en el contexto de la evolución habida, desde 1969, en la política china de la administración, aunque reconociendo, sobre bases de trasfondo, que los sucesos del ping-pong habían afectado la oportunidad del anuncio. El mismo día yo notifiqué a las agencias una decisión presidencial independiente de aprobar la venta a la República Popular China de camiones volquetes franceses con motores y cajas de cambio norteamericanos.

La política triangular, para ser efectiva, debe descansar sobre incentivos naturales y las preferencias de los jugadores. Debe evitar dar la impresión de que uno está «usando» a cualquiera de los contendientes contra el oro; si no, se vuelve uno vulnerable a la venganza o a la extorsión. La hostilidad que existía entre China y la Unión Soviética serviría mejor nuestros propósitos si manteníamos relaciones más íntimas con cualquiera de las partes, que las que ellos mantenían entre sí. El resto podía dejarse a la dinámica de los sucesos.

El 13 de abril llamé a Yuri Voronstov (una vez más «chargé d'affaires» soviético, cuyo destino parecía ser recibir noticias desagradables) para darle un día de adelanto sobre la noticia de nuestra decisión de abrir el comercio con China. Subrayé el hecho de que no reflejaba ningún intento anti-soviético. Este sistema es el pacificador convencional de la diplomacia; en él, el blanco de la maniobra recibe una formal aseveración que intenta enervar tanto como calmar y que desmentiría su propósito si fuera realmente creído. Los diplomáticos soviéticos no son reconocidos por su credulidad, pero pensé que las implicaciones hablaban por sí mismas. Insté a Ziegler a que denegara en la misma forma cualquier intento soviético de obtener información en la Casa Blanca. Hizo como le pedí, balanceándolo según sus instrucciones con una declaración en la que concordaba con Chou En-lai: «No se puede negar el hecho de que las iniciativas del presidente Nixon han dado vuelta a una nueva página en nuestras relaciones con China.»

«Los observadores de Washington» en Pekín deben haberse divertido con los signos de «luchas sectoriales» en Washington. Por una parte, el presidente estaba en la cresta de la euforia. En una sesión de la convención de la Sociedad Norteamericana de Editores de Diarios, Nixon se vanaglorió elocuentemente por sus objetivos a largo alcance al normalizar las relaciones entre los Estados Unidos y la República Popular de China, «el final del aislamiento de China continental del resto de la comunidad mundial». Delineó varios de los pasos que había dado y señaló que su política comenzaba a dar frutos. Siguiendo al pie de la letra su costumbre de caminar tan cerca del precipicio que sus consejeros se revolvián incómodos en sus sillas, mencionó que había recomendado a su hija Tricia y a su novio (que se casaban en junio) que China sería un hermoso lugar donde pasar la luna de miel. Nixon expresó su esperanza de que pudieran conocer China alguna vez. «En verdad, que me gustaría hacerlo en algún momento.»

En la otra parte, el vicepresidente Spiro Agnew dijo a un grupo de reporteros que estaba

en desacuerdo con la política de normalizar las relaciones con Pekín y que él se había opuesto a ello en una reunión del CNS, antes del episodio del ping-pong. Se suponía que la conversación era extraoficial, pero la discreción de los periodistas tiene sus límites. Nunca es fácil la relación entre un presidente y su vicepresidente; después de todo, es desconcertante tener a su lado a un hombre cuya ambición de la vida sería posible sólo por la muerte del otro. El sentimiento de Nixon de sentirse cercado por antagonistas potenciales no necesitaba prueba tan evidente. Consideró este desliz como otro ejemplo de la impropiedad de la posible sucesión de Agnew —punto de vista que mantenía sobre la mayoría de los candidatos potenciales— y ordenó a Haldeman que pidiera a Agnew que no hiciera otros comentarios sobre China.

Las ansiedades se multiplicaron mientras esperábamos y Nixon era corrido por el temor de que toda la empresa pudiera abortar. Finalmente, el 27 de abril decidimos dirigirnos directamente a los chinos. Se envió un correo a París con una carta para Jean Sainteny, pidiéndole urgentemente que entregara al embajador chino una propuesta formal de abrir un canal hacia nosotros en París. Elegimos París, porque había por lo menos la posibilidad de que el largo silencio de los chinos en los canales de Pakistán y Rumania se debiera a que no confiaban en ninguno de los dos. Sin embargo, la carta nunca fue entregada. Mientras iba en camino, se activó finalmente el canal pakistaní y detuvimos al mensajero.

El primer indicio se produjo a las 15,45 del 27 de abril. Hilaly me mandó decir que necesitaba verme urgentemente por cinco minutos. Cuando Hal Saunders le dijo que yo pensaba salir de vacaciones al día siguiente, Hilaly insistió que su mensaje no podía esperar. Lo recibí entonces a las 16,12. Me entregó un cuaderno de notas manuscrito de dos páginas, llevando una respuesta de Chou En-lai al mensaje del presidente Nixon del 16 de diciembre (recibido, como nos enteramos en ese momento, el 5 de enero). El mensaje, escrito con letra elegante, decía exactamente lo que sigue:

MENSAJE DEL PRIMER MINISTRO CHOU EN-LAI

El primer ministro Chou En-lai agradeció al presidente Yahya por entregar el mensaje del presidente Nixon el 5 de enero de 1971. El primer ministro Chou En-lai está muy agradecido al presidente Yahya y se sentirá muy agradecido si el presidente Yahya entrega el siguiente mensaje al presidente Nixon, palabra por palabra:

Debido a la situación en el momento, no ha sido posible contestar antes al mensaje del presidente de los Estados Unidos al primer ministro de la República Popular China.

En este momento, se renuevan los contactos entre la República Popular China y los Estados Unidos. Sin embargo, si las relaciones entre China y los EEUU han de reanudarse, fundamentalmente los EEUU deben retirar todas sus fuerzas armadas del territorio chino de Taiwán y la zona del Estrecho de Taiwán. Se puede encontrar una solución a este punto crucial sólo por medio de discusiones directas entre personas responsables de alto nivel de los dos países. Por lo tanto, el gobierno chino reafirma su deseo de recibir públicamente en Pekín a un enviado especial del presidente de los EEUU (por ejemplo, el Sr. Kissinger) o al secretario de estado de los EEUU o hasta al mismo presidente de los EEUU en persona, para una reunión y discusiones directas. Por supuesto, si el presidente de los EEUU considera que todavía no ha llegado el momento, puede diferirse la cuestión para una fecha posterior. En cuanto al modo, procedimientos y otros detalles de la reunión y discusiones de alto nivel en Pekín, como no tienen especial importancia, creemos que es enteramente posible realizar arreglos apropiados por medio de los buenos oficios del presidente Yahya Khan. 21 de abril de 1971.»

Le pregunté a Hilaly cuándo se había recibido este mensaje en Pakistán. Volvió a su oficina y me llamó para decirme que había llegado el 23 de abril. La demora se debía a que había sido enviado a Washington por un correo.

Nos quedaba solamente especular acerca de por qué Chou había esperado tanto tiempo para hacer contacto. Podía ser que la operación Laos influyera en el retraso o que los chinos se hubieran sentido perplejos como nosotros sobre el mejor canal. Habíamos ambos llegado a la misma conclusión en cuanto a Rumania; sencillamente era demasiado expuesto, demasiado tentador en cuanto a sus propias necesidades y demasiado mal colocado geográficamente para

manejar la última fase para establecer los contactos, por muy útil que hubiera resultado en las etapas preliminares. Los chinos habían probado con Noruega; nosotros habíamos intentado París. Sería interesante saber por qué Pekín había esquivado el último; tal vez tenían en alta estima la eficacia de la inteligencia francesa; tal vez se preocuparan por la penetración soviética; tal vez sus comunicaciones con París no eran adecuadas. Probablemente, a la clásica manera china, Chou En-lai estaba esperando a ver si los bárbaros solicitaban una invitación después de la cruda insinuación de la diplomacia ping-pong. Puede ser también que estuvieran intrigados por nuestro silencio, en la misma forma que lo estábamos nosotros por el de ellos. Nos salvamos a último momento, pero nuestro aparente autodomínio provocó que los chinos tuvieran que colocarse en la poco característica posición de tener que hacer la primera jugada.

Así que estábamos por fin en la terminación de un camino y en el comienzo de otro. El caluroso tono de Chou En-lai indicaba que no debíamos temer una humillación; se había abandonado el perentorio tono de anteriores comunicaciones. El tema de la propuesta reunión sería aún Taiwán, pero el énfasis recaía sobre el retiro de nuestras fuerzas más que en abandonar nuestras relaciones. Los chinos buscaban una reunión de alto nivel, cuyo propósito era una restauración fundamental de las relaciones con los Estados Unidos. El presidente había sido específicamente invitado, no simplemente con una comunicación oral que podía ser desautorizada, sino en un mensaje formal. Tampoco quería Chou En-lai arriesgarse a que subordinados «deformaran» nuestro común designio disputando sobre «modalidades». Al mantener las disposiciones técnicas en el canal pakistaní, se aseguraba la discreción, la consideración de alto nivel y las decisiones expeditas.

Hilaly dejó mi oficina después de escasos veinte minutos. Fui a ver al presidente inmediatamente. Lo encontré en la Sala Lincoln y le leí el mensaje. Hubo poca necesidad de conversación. El mensaje hablaba por sí solo.

Dentro de la hora siguiente, Nixon me llamó nuevamente por teléfono. Hasta los grandes sucesos se reducen al final a cuestiones operativas; lo primero era a quién enviar a China. No había habido intención originariamente de enviarme a mí y nos había parecido que David Bruce sería el emisario ideal; hasta había tocado el tema con Bruce a fines de mayo, ante la contingencia de una misión posterior. Pero nos dimos cuenta de que el papel que había jugado Bruce como cabeza de nuestra delegación en las conversaciones sobre la paz de Vietnam en París podría ser considerado por los chinos como una maniobra transparente; no queríamos contraataques en una etapa tan prematura. (Este juicio probó ser correcto. Pekín rechazó a Bruce como miembro de mi delegación para mi segundo viaje a China en octubre. Más adelante cambiarían de manera de pensar y le darían la bienvenida como primer jefe de nuestra oficina de enlace en Pekín.) Discutimos una larga lista de otros candidatos, incluyendo a George Bush y a Elliot Richardson. Se consideró largamente a Nelson Rockefeller, acompañado tal vez por Al Haig, pero ambos podrían presentar problemas para disponer un viaje secreto, o porque no estaban lo suficientemente familiarizados con los matices del pensamiento de Nixon o porque podrían distraer demasiada atención del viaje del propio Nixon. Nixon trajo a colación hasta el nombre de John Dewey varias veces, hablando elogiosamente de sus habilidades; desgraciadamente, Dewey no estaba disponible, ya que había muerto hacía unos meses. El nombre de Rogers no surgió, ni hubiera podido surgir, dada la determinación de Nixon de que él, y no el Departamento de Estado, debían ser considerados —con justicia— como los promotores de la política de China.

Conteniendo nuestra excitación, comentamos la trascendencia de la ocasión. Nixon pensaba que nuestra firmeza en Vietnam había pavimentado estratégicamente el camino, aun cuando causando de tanto en tanto alguna demora. Solamente podía tomarse en serio, por parte de los chinos, una Norteamérica fuerte en Asia. Dije al presidente que la marea estaba cambiando y comenzábamos a ver el contorno de un nuevo orden internacional. En realidad, habíamos unido varias tendencias de nuestra política, como habíamos planeado: «Lo hemos hecho ahora, de modo que tenemos todo unido.» Y así lo habíamos hecho con Europa, Berlín, SALT y el Medio Este. Nixon preguntó si un próximo anuncio sobre SALT (el acuerdo del 20 de mayo para considerar las limitaciones ofensivas y defensivas simultáneamente) molestaría a los chinos. Yo lo dudaba; estaban jugando un juego más importante. Nixon preguntó si la reunión cumbre con los soviéticos de septiembre —que todavía considerábamos posible— lastimaría la iniciativa china. No creía que los dirigentes soviéticos pudieran moverse con tanta rapidez; estaban esperando todavía que las protestas por Vietnam en el país nos debilitaran aún más; no habían

terminado con el proceso de exprimírnos para obtener nuevas concesiones, como precio de admisión a la cumbre. Me parecía que Chou En-lai había hecho «un análisis más sofisticado». En todo caso, si yo estuviera equivocado, nos enfrentaríamos simplemente con la elección de la prioridad de dos reuniones cumbre, una abrumadora riqueza. Estos problemas eran buenos de tener: un lujo que nos había faltado por dos años.

Los puestos altos implican a menudo ataques, frustraciones, cálculos mezquinos. Antes que los dramáticos picos que el público imagina, significan generalmente una acumulación de aparentemente interminables presiones y tensiones, en las cuales cada posible solución resulta ser solamente un boleto para un nuevo juego de problemas. El carácter de los líderes se prueba por su disposición para perseverar ante la incertidumbre y construir un futuro que ni pueden demostrar, ni completamente discernir. Pero de tanto en tanto, unos pocos tienen la oportunidad de participar en un suceso que *saben* establecerá una diferencia. Esa noche me fui a casa un poco más tarde que de costumbre y me senté solo a reflexionar en mi estudio. Por más de dos años, mi pesadilla era que Vietnam pudiera minar la confianza en sí misma de la nación, privándola de su decisiva capacidad de conservar libres a las naciones y sostener todas las esperanzas de progreso. Mientras el mundo de postguerra se derrumbaba y era más que nunca indispensable nuestra contribución creadora, estábamos en peligro de consumir nuestra substancia nacional en una lucha doméstica en un rincón del Sureste de Asia. Ocurriera lo que ocurriera en Indochina, tendríamos que comenzar una nueva era de relaciones internacionales, lo que sería una meta inalcanzable sin la dedicación y el consenso nacionales. El mensaje de Pekín me decía sobre todo que, a pesar de Indochina, teníamos una oportunidad de levantar la mirada del pueblo norteamericano hacia un futuro de oportunidades. Por una vez, existía ahora la perspectiva de que Norteamérica podía al fin comenzar a unirse detrás de una visión de un mundo más constructivo y más pacífico y la esperanza le sería dada por la demostración de que, hasta en la adversidad, Norteamérica tenía aún la fortaleza interna para las grandes empresas. Experimenté por primera vez en dos años un momento de exaltación y paz interior en medio de toda la excitación.

Nixon y yo nos encontramos otra vez al día siguiente en la Oficina Oval. Nixon me pidió que le leyera en voz alta la nota china a Haldeman y que le explicara su significado. No era que Nixon no la comprendiera, sino que quería saborear el momento de consumación al escuchar cómo se la describía a un viejo camarada de los lejanos días del exilio. Era una especie de reivindicación, una prueba de que toda la solicitud y todos los afanes de esos años no habían sido en vano.

Hubo aún otra discusión estéril sobre posibles emisarios, esta vez en presencia de Haldeman. Nixon estaba aún preocupado porque los chinos pudieran utilizar las mismas tácticas que Hanoi y ocasionar presión sobre nosotros, invitando a otras figuras políticas norteamericanas en oposición a nosotros (una aprehensión que no pudo nunca controlar). Yo cuestionaba esta posibilidad: los requerimientos estratégicos de Pekín no coincidían con los de Hanoi. No me gustaría que la apertura con China apareciera como arrancada por la fuerza; una Administración renuente no podría satisfacer la necesidad de China de una garantía en una emergencia. Washington era traído al campo de juego como un contrapeso para las presiones soviéticas y, desde el punto de vista chino, era de desear que este peso fuera grande y espontáneo. De todos modos, Nixon me pidió que desalentara una posible tentación por parte de Pekín de tratar con sus oponentes políticos; expresar mi disposición favorable era fácil, pero mucho más difícil saber qué hacer con ella.

Más tarde, en la misma mañana, Nixon me dijo que había decidido enviarme como emisario y que debía comenzar inmediatamente mis preparativos. Sus motivos eran encontrados, como ocurre siempre con los líderes políticos. Solamente los románticos de afuera pueden creer que los hombres que han prevalecido en una dura lucha por el poder toman sus decisiones exclusivamente sobre la base de ideas analíticas. El motivo principal de Nixon era indudablemente que yo era el que mejor comprendía nuestra política y que, al estar familiarizado con mi complicado jefe, sería capaz de concebir la clase de visita a Pekín con la que Nixon se sentiría más cómodo. Me pidió sin vergüenza que formulara los requerimientos en relaciones públicas de sus insistentemente ansiosos hombres de avanzada. Otro factor era indudablemente que de todos los emisarios potenciales, yo era el que estaba más sujeto a su control. Yo era miembro del personal de la Casa Blanca; no tenía modo de promocionar mis actividades si no era por la oficina de prensa de la Casa Blanca; mi éxito sería un éxito presidencial. No era muy conocido esencialmente para el público en general y, en los dos años y medio de estar en el cargo, no había tenido nunca una conferencia de prensa extraoficial.

No puedo decir que estaba muy sorprendido en ese momento. Sentí tal vez un inmenso alivio de que, después de tanto tiempo de preocupación con este designio, sería capaz de llevar esta empresa hasta su total realización. En cuanto a Nixon, no importa cuáles fueran sus complejas motivaciones, se le debe el tributo por su coraje al revolucionar nuestra política exterior de postguerra, a pesar del profundo trauma que él sabía que sufrirían sus tradicionales seguidores. Asistido solamente por su consejero de seguridad, sin la coartada que procuran los procesos normales de evacuación burocrática, autorizó una misión que, si hubiera fallado, hubiera seguramente producido una catástrofe política para él y una catástrofe internacional para su país. El que la diferencia estuviera a favor nuestro es irrelevante para la soledad de la elección una vez que se ha tomado y el que Nixon no fuera confiado normalmente, no cambia el hecho de que se necesitaba un hombre resuelto para caminar por el borde del precipicio con un único socio.

PLANES Y DIFICULTADES

Como nos habían tenido esperando por cuatro meses, no queríamos contestar formalmente de inmediato, para no aparecer demasiado ansiosos, pero la decisión debía trasladarse rápidamente a términos operacionales, especialmente dado que tanto Nixon como yo nos íbamos de vacaciones; él a San Clemente y yo a Palm Springs.

Fui a ver a Agha Hilaly el 28 de abril para darle una respuesta entretanto. Nuestros mensajes a los chinos eran esbozados primero por mí a mano, después discutidos con el presidente, para pasar luego por diversos borradores adicionales generalmente, para registrar los comentarios de Al Haig y Winston Lord y mis propios cambios de idea. Se pasaban entonces a máquina y se mostraban nuevamente a Nixon; mis registros dicen que él los aprobaba sin cambios.

Nuestra momentánea respuesta expresaba cómo apreciábamos la delicadeza y el tacto del presidente Yahya Khan y le agradecíamos a Chou En-lai por su comunicación, que evaluábamos como positiva, constructiva y amigable. Responderíamos con el mismo espíritu. Pekín podía esperar una respuesta durante la semana del 10 de mayo. Para registrar la preocupación del presidente en cuanto a que China pudiera contactar algunas otras figuras políticas norteamericanas y para evitar los nervios de los chinos, que podían provocar la apertura de nuevos y más complicados canales, le agregué algunas observaciones personales —y por lo tanto desechables. Sugerí que Yahya comunicara a Chou En-lai, como opinión propia, la importancia de confinar los intercambios de EEUU y China a este canal hasta que se hubiera instalado un vínculo oficial seguro. Esperábamos que los chinos no tomaran otras iniciativas hasta que hubiéramos entregado una respuesta formal y designado un emisario. Esto era sin prejuicio de una intensificación de intercambios de persona a persona —estudiantes, reporteros, hombres de letras— a quienes daríamos calurosa bienvenida. Destaqué el hecho de que esto debía ser comunicado, no como posición oficial norteamericana, sino como evaluaciones personales de nuestra actitud por parte de Yahya. No tenía duda alguna que Chou En-lai vería claro. El 5 de mayo, los pakistanís nos informaron que se habían pasado todos los mensajes a los chinos el 1 de mayo —justo el día en que manifestaciones desordenadas buscaron paralizar Washington, de modo, como proclamaban los organizadores, de persuadir al gobierno de la necesidad de poder trabajar en paz.

Pero antes de que el mensaje pudiera llegar a Pekín, nuestro curioso sistema de gobierno produjo una dificultad que complicó toda la empresa; el que no hiciera mayor daño fue un testimonio de la determinación con que la dirección china buscaba un entendimiento con nosotros. El Departamento de Estado no estaba, por supuesto, al tanto de los mensajes que iban y venían —aunque bien podría haberse dado cuenta de que algo se estaba preparando después de la diplomacia ping-pong y los muchos memorándums de estudios sobre la política china con los que habíamos estado fastidiando al sistema CNS. El único aspecto de la política china inequívocamente bajo su control era el asunto de la representación china en las Naciones Unidas; y lo consideraban con la intensidad de un privilegio lesionado.

El Departamento, calculando correctamente que el apoyo de la ONU a nuestra posición tradicional estaba diluyéndose, estaba ansioso por favorecer la admisión de la República Popular China en las Naciones Unidas, sin provocar la expulsión de Taiwán. Buscaba agradar a la rama liberal del Congreso, que estaba atormentándonos con Vietnam, sin enfrentarse a los conservadores, ni a un presidente que había conseguido mucha ayuda anteriormente de la

«antecámara china». Apareció entonces con diversos planes que tenían como factor común el de estar en oposición tanto a Taiwán como a la República Popular China y apoyados solamente por un pequeño grupo de periodistas y miembros del Congreso. Uno era la «universalidad»: que las dos porciones de todas las naciones divididas debían admitirse separadamente en las Naciones Unidas. Esto se acercaba a la solución de las dos Chinas, rechazada siempre con vehemencia por Taipei y también por Pekín y que hubiera provocado asimismo la oposición en ese momento, tanto de Corea del Sur como de Alemania Oeste. Otro esquema era admitir a la República Popular por mayoría de votos, dándole lugar en el Consejo de Seguridad, mientras Taiwán permanecería en un estado indefinido en la Asamblea General (bajo una argucia de procedimiento que indicaba la necesidad de los dos tercios de los votos para una expulsión). Esto era también inaceptable, tanto para Taiwán como para la República Popular, siendo aceptable sin embargo para muchos críticos domésticos de nuestra política con China; pero nos podría costar uno o dos años en la Asamblea General. El Departamento de Estado había estado presionando durante meses para conseguir una decisión presidencial sobre qué procedimiento seguir, porque necesitaba tiempo para suscribir el apoyo para la opción preferida. Yo había hecho tiempo, con acuerdo del presidente, porque no quería hacer peligrar los precarios comienzos de nuestra nueva política con China con un tema que sería provocativo, ya que admitía soluciones, y que sería en todo caso detenido por la evolución de nuestras relaciones con Pekín.

Era una reflexión sobre la naturaleza teológica de nuestro debate con China, que muchos expertos todavía consideraban la «solución» al asunto de las Naciones Unidas, litúrgicamente, como la absoluta precondición para cualquier adelanto en nuestras relaciones con Pekín; punto que no se había exigido en ninguna comunicación china, por ningún canal; en realidad ninguna comunicación china había alguna vez tocado el tema de la admisión en la ONU. Al no poder conseguir la resolución presidencial, el Departamento de Estado simplemente adelantó su posición teórica públicamente, para poder meter un pie en el debate burocrático. El 28 de abril, el portavoz del Departamento declaró, como nuestra posición, que la soberanía sobre Taiwán y Pescadores era «una cuestión sin solucionar, sujeta a futura resolución internacional», algo que las *dos* partes de la disputa china rechazaron, ya que ambas consideraban sus territorios como parte del estado soberano de China. El propósito de la declaración era permitirnos sentar las bases legales para la admisión de Pekín en la ONU, mientras reteníamos el asiento en la Asamblea General para Taipei. Para complicar aún más las cosas, el 29 de abril, el Secretario Rogers, que estaba en Londres para una reunión ministerial de la SEATO, apareció por televisión diciendo que la invitación de Mao a Nixon, como se publicó en la revista *Life* por Edgar Snow, estuvo «hecha en manera bastante casual» y que él no creía que fuera «una invitación seria». Continuó diciendo que la política exterior de China era «expansionista» en muchas formas, que la política china había sido «algo paranoica» hacia el resto del mundo y si nuestros esfuerzos para mejorar las relaciones con la URSS y China estimulaban su feudo, éste era un «dividendo», aunque, aclaraba, no nuestro objetivo. Un viaje de Nixon a China, agregaba Rogers, siguiendo la línea que su Oficina de Asia del Este había estado preconizando todo el tiempo, podría ser posible «en todas sus dimensiones», pero siempre que China decidiera unirse a la comunidad internacional en alguna forma no especificada y cumplimentara las «reglas de leyes internacionales».

El que Rogers no conociera nuestros intercambios excusaba esta confusión hasta cierto punto, pero no disminuía el impacto de sus observaciones. Nixon y yo nos quedamos como alcanzados por un rayo. Nos preocupaba que Pekín pudiera pensar que las declaraciones de Rogers fueran nuestra respuesta a su mensaje o llegaran a la conclusión de que nosotros pensáramos que China era susceptible a presiones, a pesar de sus advertencias de unos meses atrás para que no consideráramos su apertura hacia nosotros como un signo de debilidad —una declaración raramente hecha por países que en realidad se sienten fuertes. Los chinos estaban claramente preocupados por que pudiéramos intensificar nuestras exigencias y en ese caso, nos temíamos, podrían retornar a un amargo aislamiento o a otro período de beligerante retórica, para demostrar su impermeabilidad ante las presiones. Necesitábamos enviar una nota de confianza, pero no parecía conveniente recargar el canal pakistani, aparte del hecho de que no era fácil formular una desautorización de una declaración del secretario de estado que no hiciera más mal que bien. Nixon hizo lo que pudo para recobrar alguna perspectiva en una conferencia de prensa del 29 de abril. Puso en claro que no se había tomado decisión alguna en nuestra posición con respecto a la ONU; enumeró las distintas propuestas en su mesa, que iban desde una solución con las dos Chinas hasta a una sola representación. Era lo más lejos que

podía ir sin separarse públicamente de su secretario de estado. Incluyó una referencia conciliatoria a su posible visita a China, que probablemente tuviera más significado para Pekín que para Washington: «Deseo, y en verdad espero, visitar China Continental alguna vez en alguna posición —no sé en cuál posición.» Fue una representación maestra.

Una audición de radio china del 4 de mayo definió los límites de la aceptación china de nuestras jargarretas burocráticas. La aseveración del Departamento de Estado de que la posición de Taiwán era «una cuestión sin solucionar» se denunciaba como una «descarada intromisión» en los asuntos de China y «un acto de hostilidad hacia el pueblo chino». Pekín declaró enfáticamente que «hay una sola China en el mundo» y que «Taiwán es una parte inalienable del territorio sagrado de China». Describía la visita del equipo norteamericano de tenis de mesa a China como «un nuevo desarrollo» de la amistad entre Norteamérica y el pueblo de China, pero agregó que algunos pasos dados por la administración de Nixon para mejorar las relaciones EEUU-China eran «fraudulentos», intentos de «ganar capital político y poder salir de su aislada posición». La emisión era una advertencia a nosotros para que no fuéramos demasiado lejos, pero en realidad, no interrumpió nuestros intercambios.

Porque habían restricciones también en la libertad de acción de China. Podíamos ser proclives al hipo oficial, pero las divisiones que estaban en la frontera de China eran soviéticas. Los soviéticos habían movido nuevas unidades militares hasta la frontera con Mongolia, elevando el total de estas fuerzas a cuarenta y cuatro divisiones. Los chinos habían aumentado substancialmente sus propias fuerzas de tierra. Las conversaciones sobre la frontera entre la URSS y China estaban en un punto muerto. Brezhnev, en una reunión con los dirigentes de un Partido Comunista Occidental, había expresado considerable preocupación por el progreso de las relaciones EEUU-China. Un comentarista de televisión soviético había declarado el 25 de abril, con respecto a estas relaciones, que las «presiones no tienen efecto sobre la Unión Soviética y esa clase de política está condenada al fracaso». Los países que proclaman que no se ven afectados por la presión, están simulando o han tenido la buena fortuna de nunca haberse visto expuestos a ella.

Seguí planeando mi viaje a China. Me llevé a Palm Springs una bolsa de libros sobre filosofía china, historia y arte. Winston Lord tenía la responsabilidad de preparar el material informativo, tarea que se hacía tremendamente dolorosa por la necesidad de mantenerla en secreto para su hermosa, encantadora e inteligente esposa chino-norteamericana Betty, nacida en Shanghai y cuyos padres, originarios del continente, tenían estrechos vínculos con Taiwán. Winston se dedicó a llenar voluminosos cuadernos sobre cada tema concebible que pudiera surgir.

Para comenzar con los arreglos técnicos, envié un mensaje por el canal secreto el 3 de mayo a nuestro embajador en Pakistán, Joseph Farland:

Debido a razones muy especiales, conocidas sólo por el presidente y yo, el presidente desea que usted encuentre algún pretexto... personal para poder hacer un viaje a los Estados Unidos de modo que pueda conferenciar conmigo. Nuestra reunión deberá quedar completamente en secreto y su naturaleza no podrá ser revelada a nadie, excepto al presidente, a usted y a mí mismo... Reconozco las dificultades que le ocasionará este mensaje, pero estoy seguro de que se dará cuenta que la importancia que da el presidente a esta reunión debe ser la consideración primordial. El tema de nuestra reunión no requerirá preparación alguna de su parte.

El intrigado pero leal Farland viajó a Los Ángeles en lo que describió a sus superiores como un «asunto privado». Lo traje desde allí a Palm Springs en el avión privado de un amigo. El 7 de mayo nos encontramos secretamente en la casa particular donde yo estaba. Pasamos tres horas juntos, luego, Farland regresó al aeropuerto de Los Ángeles. No hubo registro del paso de Farland por Palm Springs.

Fuimos afortunados con que nuestro embajador en Pakistán en ese momento fuera un hombre que estaba fuera del personal del Servicio de Relaciones Exteriores. Un tradicionalista no hubiera nunca respondido sin asegurarse previamente por medio de una comunicación «personal» a sus jefes departamentales en Washington. Farland, por otra parte, era tan prosaicamente capaz como escrupuloso. Manejó la complicada disposición de mi viaje con inagotable habilidad y discreción. El 7 de mayo en Palm Springs revisé con él todas las comunicaciones con Pekín que habían venido por el canal pakistaní. Le dije que todos los dispositivos técnicos tendrían

que hacerse por medio de él, para evitar la posibilidad de la mala interpretación inherente al paso de material complejo a través de demasiadas manos. Farland podía también utilizar su personal en la embajada para probar la factibilidad de algunos de los arreglos, siempre que no les dijera cuál era su propósito real. En ese punto, mi idea era encontrarme con los representantes chinos o en Pakistán o en un aeropuerto conveniente en el sur de China. Dije a Farland que también le mantendría informado de todos los mensajes que enviara a Yahya a través de Hilaly. Contaría con él para controlar el personal de la embajada cuando yo estuviera en Pakistán y para respaldar mi excusa de «pantalla».

Farland recomendó que la reunión se llevara a cabo en China; sería mejor ser espiado por los chinos, que serían igualmente informados, que por los pakistaníes. Le dije que establecería un canal secreto por medio de nuestro agregado naval en Karachi, Almirante Elmo R. Zumwalt, hijo, Jefe de Operaciones Navales, quien ya había establecido un canal similar para mí con resultados satisfactorios durante las negociaciones de Berlín. (Más tarde encontramos que el canal naval era demasiado engorroso. Con la cooperación de Helms, logramos operar un sistema efectivo a través de la CIA.)

Los canales secretos eran en esos días un curioso fenómeno. Por cada burocracia que excluían, hacían que el que lo usaba se sometiera a otra, hasta que pudimos establecer canales que iban directamente desde la Casa Blanca, sin pasar por ninguna otra agencia. En esencia, un canal secreto es un sistema de comunicación que busca circunvalar los procedimientos normales, pero requiere, sin embargo, los medios de *alguien*. Generalmente, la parte excluida era el Departamento de Estado, que había sido su propia víctima a través de la tecnología y la costumbre; la tecnología, porque sus computadoras distribuyen automáticamente hasta los cables más importantes por todo el edificio siguiendo criterios preestablecidos; y costumbre, porque los diplomáticos viven intercambiando información y son infinitamente ingeniosos en evitar las restricciones formales. Es por eso que hasta el mismo Departamento de Estado ha instalado sus propios canales secretos internos y por eso mismo casi todos los presidentes modernos han buscado evadir la maquinaria formal de comunicaciones de Estado. Helms sabía cómo limitar el fluir de los cables y manejaba los canales secretos discreta y competentemente.

Describí a Farland el itinerario que había concebido. Dejaría Washington en un viaje de «información» que me llevaría a Saigón, Bangkok, Nueva Delhi, Islabamad y París. En cada escala planificaría muchas reuniones orientadoras, pero ninguna conferencia de prensa. No llevaría periodistas en mi avión. Para el momento en que llegara a Islabamad una semana más tarde, yo esperaba haber aburrido a los periodistas locales tanto y haber sido tan poco noticiable, que no habría gran interés por parte de la prensa en cubrirme. Farland me dijo que había solamente un corresponsal local norteamericano destinado a Islabamad.

Nos pusimos de acuerdo en que el plan más efectivo sería que yo llegara a Pakistán un viernes por la mañana. Farland me programaría un día lleno de actividades, tanto con la embajada como con el gobierno pakistaní. Si el presidente Yahya estuviera de acuerdo, podría invitarme a pasar el fin de semana en algún lugar adecuado, como el Paso Khyber o algún lugar en la montaña. Dejaría mi avión en algún lugar visible del aeropuerto y me iría a China en un avión norteamericano, pakistaní o chino estacionado en Pakistán. Tomaríamos la decisión final después de que conociéramos el emplazamiento y probado sus posibilidades. Reaparecería públicamente después de una ausencia de no más de treinta y seis horas y viajaría hacia occidente, hacia París. Farland opinaba que esto era posible, prometiendo hacer contacto con Yahya tan pronto como volviera. Le dije que le informaría a Hilaly del papel de Farland.

Mayo y junio trajeron oportunidades para dar un paso hacia adelante en nuestras relaciones económicas con China y también enviar señales alentadoras. El 7 de mayo, los Departamentos de Estado, Comercio, Tesoro y Transportes publicaron reglamentaciones que llevaban a la práctica el anuncio de la Casa Blanca del 14 de abril, para liberalizar las relaciones económicas con China. El Departamento del Tesoro quitó todos los controles en el uso de dólares estadounidenses y documentos con dólares (excepto los que estaban en las cuentas bloqueadas) en las transacciones con Pekín. Como resultado, los chino-norteamericanos tenían ahora permiso para enviar dólares a parientes en el continente. Se permitía también a los barcos con dueños norteamericanos bajo bandera extranjera, que se detuvieran en los puertos de China Continental. Los barcos con bandera de los Estados Unidos podían de ahí en adelante transportar mercadería destinada al continente, desde los EEUU hasta puertos no chinos y desde un puerto no comunista a otro.

El 9 de mayo volví a Washington de mis vacaciones en Palm Springs, habiendo preparado un borrador de respuesta a Chou En-lai por su último mensaje. Nixon lo aprobó al día siguiente por la mañana y al mediodía se lo entregué a Hilaly, sin firma:

El presidente Nixon ha estudiado cuidadosamente el mensaje del 21 de abril de 1971 de parte del primer ministro Chou En-lai, entregado por cortesía del presidente Yahya Khan. El presidente Nixon concuerda en que son necesarias conversaciones directas de alto nivel, para resolver las cuestiones que dividen a los Estados Unidos de América y la República Popular China. Por la importancia que asigna a la normalización de las relaciones entre nuestros dos países, el presidente Nixon está preparado para aceptar la sugerencia del primer ministro Chou En-lai de que él visite Pekín para mantener conversaciones directas con los dirigentes de la República Popular China. En tales reuniones, cada lado estará en libertad de proponer el tema que más le preocupe.

Para poder preparar la visita del presidente Nixon y establecer contactos confiables con los dirigentes de la República Popular, el presidente Nixon propone una reunión preliminar *secreta* entre su asistente para asuntos de seguridad nacional, Dr. Kissinger y el primer ministro Chou En-lai u otro apropiado funcionario chino de alto nivel. El Dr. Kissinger estará dispuesto a concurrir a tal reunión en suelo chino, preferentemente en alguna localidad dentro de una distancia de vuelo conveniente desde Pakistán, que sea sugerida por la República Popular China. El Dr. Kissinger estará autorizado para discutir las circunstancias que harían muy útil una visita del presidente Nixon y comenzar un preliminar intercambio de opiniones sobre todos los temas de mutuo interés. Si se considerara deseable que fuera un emisario especial a Pekín públicamente, entre la visita del Dr. Kissinger y la llegada del presidente Nixon, el Dr. Kissinger tendrá autoridad para disponerla. Se anticipa que la visita del presidente Nixon a Pekín podría anunciarse poco después de la reunión secreta del Dr. Kissinger con el primer ministro Chou En-lai. El Dr. Kissinger podrá estar preparado para viajar desde el 15 de junio en adelante.

Se propone que los detalles precisos del viaje del Dr. Kissinger, incluyendo punto de reunión, duración de la estadía, comunicaciones y asuntos similares, se discutan a través de los buenos oficios del presidente Yahya Khan. *Para guardar el secreto, es esencial que no se utilice ningún otro canal. Queda también comprendido que este primer encuentro entre el Dr. Kissinger y oficiales de alto nivel de la República Popular China se mantenga estrictamente en secreto* (subrayado en el original).

Nos enteramos más tarde que los chinos estaban extremadamente suspicaces por nuestro deseo de secreto, viendo tal vez en ello una treta para permitirnos revertir el curso rápidamente. La desconfianza china se componía también de dudas sobre nuestra habilidad para guardar confidencias (*). Resulta difícil ahora recapturar el sentimiento de mutua ignorancia entre los Estados Unidos y China en esos días. Excepto por las presentaciones formales en las conversaciones de Varsovia, no habíamos tenido contacto con los procedimientos chinos. Los mensajes citados en este volumen son casi literalmente nuestras únicas comunicaciones. Como los dirigentes chinos no creen en conversaciones sin propósito alguno, la mayoría de los diplomáticos occidentales en Pekín pasaban meses sin ver a ningún oficial chino de importancia y pocos de ellos se encontraban alguna vez con un dirigente chino de primera línea, salvo en las ocasiones exclusivamente ceremoniales. Por eso era que no existían ni los pequeños chismorreos que se intercambian ocasionalmente entre gobiernos amistosos; no teníamos ni idea de lo que íbamos a encontrar en Pekín.

Más aún, sabíamos que si se hiciera un anuncio antes de una visita, estaríamos atrapados entre los que deseaban un catálogo de concesiones y los que querían garantías de nuestra intransigencia. Los países extranjeros pedirían informes y confirmaciones sobre un encuentro cuya agenda consistía en nada menos que permitir que cada lado presentara los asuntos de importancia para él. Todo esto tomaría estado público y volvería a una capital con la cual nos podíamos comunicar solamente por intermedio de terceras partes. Algunos países hubieran tratado de apropiarse de nuestra visita y otros de bloquearla. El tierno brote tan cuidadosa-

(*) Más adelante escribió Edgar Snow: «Una sola cosa puede haber sorprendido a los chinos: el éxito del Sr. Kissinger de mantener en secreto su visita. La experiencia anterior con los diplomáticos norteamericanos durante la Segunda Guerra Mundial había convencido a los chinos de que los norteamericanos no sabían guardar secretos (9).»

mente nutrido por más de dos años podría haberse secado. Con el tiempo, los chinos llegaron a entender nuestras razones; no tengo dudas ahora de que el secreto de nuestro primer viaje se convirtió en una garantía de un sólido y bien manejado mejoramiento de las relaciones.

La parte más significativa de la nota fue nuestra aceptación formal de la invitación al presidente para visitar Pekín. Subrayamos el secreto, pero buscamos apaciguar las preocupaciones chinas al estar de acuerdo con que el viaje se anunciara inmediatamente después y que podría disponerse una segunda visita *pública* de un emisario antes de la visita de Nixon. Advertimos sobre el hecho de que no podíamos hablar solamente sobre Taiwán; cada lado sería libre de «proponer el tema que más le preocupe». Se recibió este mensaje en Pekín el 17 de mayo.

El 20 de mayo, después de meses de regateo, los Estados Unidos y la Unión Soviética anunciaron una apertura de procedimientos en las negociaciones SALT. Hasta aquí, los soviéticos habían insistido en que SALT tratara solamente la limitación de los misiles AB; ahora Moscú y Washington se pusieron de acuerdo para tratar simultáneamente las limitaciones ofensivas y las defensivas, como nosotros deseábamos. Nixon se había preocupado porque esto podría molestar a los chinos. A mí me preocupaba menos —la demostración de opciones es casi siempre una ventaja— pero pensé que era una ocasión de demostrar a Pekín las ventajas de la conexión norteamericana; podíamos asegurar directamente a los chinos, que el anuncio de SALT no implicaba un condominio estadounidense-soviético. Con aprobación del presidente, le mandé una copia por adelantado del anuncio oficial a Farland, para que se lo diera a Yahya, para los chinos. Un mensaje adjunto les aseguraba que no «concluiríamos ningún acuerdo que pueda estar directamente dirigido contra la República Popular China», y que estaría preparado para discutir «ese asunto y las cuestiones relacionadas» en mi próximo viaje secreto.

Mientras esperábamos la respuesta de Pekín, nos encontramos con que no éramos los únicos con una dificultosa burocracia. El 26 de mayo, un antiguo colega mío de Harvard me llamó para decirme excitadamente que había estado en Otawa el día anterior y que los miembros de la recién instalada misión china allí se habían lamentado de que el presidente Nixon había sido invitado a visitar China, pero que no lo haría. Era una señal extraña, caía lejos del blanco; un funcionario chino que conociera toda la historia sabría que los Estados Unidos habían respondido favorablemente a la invitación. Era también una advertencia —ya fuera así planeada o no— de lo que los chinos nos podían hacer públicamente si la iniciativa fallaba. Nos encontraríamos pronto a la defensiva pública por haber dejado de aprovechar la oportunidad de mejorar las relaciones chino-norteamericanas. Decidí restarle importancia a la posibilidad de una visita presidencial y ocupar las energías del profesor sugiriendo que él podía tratar de arreglar un encuentro entre el embajador chino en Canadá y yo cuando él llegara.

El 31 de mayo recibimos un excitado pero enigmático mensaje de Hilaly: venía en camino un extenso mensaje de Pekín por medio de un correo de Pakistán; Hilaly había recibido sólo elípticas alusiones sobre su contenido. Aparentemente era alentador y Hilaly estaba prácticamente seguro de que los chinos aceptaban la esencia de nuestra propuesta. Pasamos dos impacientes días esperando al mensajero pakistaní. El Departamento de Estado, inconsciente de nuestros designios y comprensiblemente ansioso para empezar a suscribir los votos de la ONU para la representación china, eligió ese momento para presionar sobre el presidente para que se decidiera por una versión modificada de su fórmula de las dos Chinas. El medio propuesto fue un discurso del secretario de estado hacia fines de junio. No podría imaginarse peor momento, que ilustrara los escollos de nuestro estilo de gobierno con dos canales. Pero Nixon no estaba dispuesto a enfrentarse a su Secretario en un marco donde tuviera que dar explicaciones. Anunció simplemente en una conferencia de prensa del 1 de junio, que él no tomaría ninguna decisión en el asunto de la representación china antes del 15 de julio. La fecha no había sido elegida accidentalmente. Llegó finalmente el mensajero de Islabamad. Hilaly me trajo rápidamente la contestación de Chou En-lai, a las 20,10 del día 2 de junio.

El primer ministro Chou En-lai ha estudiado seriamente los mensajes del presidente Nixon del 29 de abril, 17 de mayo y el 22 de mayo del año 1971 y le ha transmitido con mucho agrado al presidente Mao Tse-tung que el presidente Nixon está preparado para aceptar su sugerencia de visitar Pekín para tener conversaciones directas con los dirigentes de la República Popular China. El presidente Mao Tse-tung ha indicado que le agrada la visita del presidente Nixon y espera con ansiedad la ocasión de poder mantener

conversaciones directas con Su Excelencia el Presidente, en las cuales cada lado estará en libertad para someter el tema principal que más le preocupe. No hay necesidad de decir que la primera cuestión que debe decidirse es el tema crucial entre China y los Estados Unidos, o sea la forma concreta del retiro de todas las fuerzas armadas de EEUU de Taiwán y la zona del estrecho de Taiwán.

El primer ministro Chou En-lai recibirá con agrado al Dr. Kissinger en China, como al representante de los EEUU que vendrá con anterioridad para un encuentro preliminar secreto con funcionarios chinos de alto nivel, para preparar y hacer los arreglos convenientes para la visita del presidente Nixon a Pekín.

El primer ministro Chou En-lai sugiere que sería mejor que el Dr. Kissinger estableciera una fecha entre el 17 de junio y el 20 del mismo mes para su llegada a China y que puede volar directamente desde Islamabad hasta un aeropuerto chino no habilitado al público. En cuanto al vuelo, puede tomar un Boeing pakistaní o un avión especial chino que se enviaría para traerlo a China, si fuera necesario... El primer ministro Chou En-lai espera con mucho agrado la reunión con el Dr. Kissinger en China en un futuro cercano.

Sería difícil exagerar el alivio que sentí. Chou había aceptado nuestra propuesta de que cada lado estaría en libertad de someter los asuntos que más les preocuparan, lo que garantizaba una discusión de asuntos globales que era lo que más nos interesaba. Chou había nuevamente enmarcado el problema Taiwán en una forma muy susceptible de solución: el retiro de las fuerzas de los EEUU. Los dirigentes chinos no podían haber llegado tan lejos si no hubieran estado dispuestos, hasta ansiosos, por una reconsideración fundamental de las relaciones chino-norteamericanas.

Fui desde mi oficina en el ala Oeste hasta la mansión para informar al presidente. Nixon estaba dando una cena al presidente Anastasio Somoza de Nicaragua. Le dije al edecán militar que estaba fuera del Salón de banquetes, que era imperativo que el presidente me atendiera por unos minutos, tan pronto como pudiera. Esperé varios minutos caminando por la sala. Alrededor de las 21,30 salió el presidente. Le informé sobre el mensaje y me llevó a la Sala Lincoln, muy animado. Tomó dos vasos, un poco de brandy, y propuso un brindis por lo que se había logrado y por lo que faltaba por hacer. Nixon recuerda el brindis: «Henry, estamos haciendo un brindis, no por nosotros personalmente o por nuestro éxito o por la política de nuestra Administración, que ha hecho posible este mensaje y esta noche. Bebamos por las generaciones por venir, que tendrán una mejor oportunidad de vivir en paz por lo que nosotros hemos hecho» (10). Mis recuerdos no son tan precisos; probablemente era demasiado temprano para pronunciar tan exaltadas expresiones. Pero la cita refleja con exactitud la emoción y las esperanzas encendidas porque pudiéramos emerger desde la amargura y la división de una guerra frustrante con una nueva confianza nacional en el futuro de nuestro país.

Le entregué nuestra respuesta a Pekín —escrita por Winston Lord y por mí después de muchos borradores— a Hilaly dos días más tarde, en la tarde del 4 de junio. En ella, el presidente Nixon expresaba la apreciación de la calurosa bienvenida, que se extendía a mi visita. «Debido al poco tiempo que queda y la necesidad de buscar un adecuado pretexto para su viaje, el Dr. Kissinger encuentra ahora imposible dejar Washington antes de la primera semana de julio, por lo que el presidente Nixon propone que el Dr. Kissinger llegue a China el 9 de julio y parta el 11 de julio, viajando en un Boeing pakistaní desde Islamabad hasta Pekín.» (Este fue el programa que se utilizó.) Nuestro mensaje apreciaba la voluntad china de conservar el secreto y repetía que yo estaría autorizado para disponer un comunicado para ser anunciado poco después, «si esto es mutuamente deseado». Elegimos el fin de semana del 9 de julio, porque Rogers planeaba estar en Londres hacia fines de julio y no podríamos hacer un anuncio de un viaje presidencial a Pekín mientras el Secretario de Estado estaba viajando.

El 11 de junio, Chou En-lai aceptó la fecha del 9 de julio en una breve nota; más tarde nos enteramos que esto causó considerables inconvenientes y turbaciones, porque estaba programada una visita del primer ministro norcoreano Kin Il-sung. Yahya Khan, que tenía pocos motivos para estar contento en medio de sus penurias en Pakistán oriental, se sintió transportado por el espíritu de la misión. Hilaly me trajo una nota manuscrita de Yahya el 19 de junio: «El mensaje precedente de Pekín concluye el asunto finalmente. Asegure por favor a nuestro amigo que se harán arreglos a toda prueba por parte nuestra y que no debe sentir ansiedad sobre este punto.»

Ahora estábamos comprometidos y todo lo que restaba era la acción. El primer problema

era convencer al Secretario de Estado de la necesidad de que yo hiciera un largo «viaje informativo» a través de Asia, el primer viaje por el extranjero que yo haría solo como consejero de seguridad. Se mostró comprensiblemente renuente. Ya era bastante doloroso verme a mí y al equipo del CNS dominando los procesos políticos en Washington y más duro aún aceptar la propuesta de que yo comenzara a inmiscuirme en la conducción de la política extranjera al otro lado del mar. La objeción estaba en realidad bien impuesta. El Departamento de Estado sería el foco visible de nuestra política exterior y si el presidente no tenía confianza en su Secretario de Estado lo que debía hacer era reemplazarlo, no sustituirlo con el consejero de seguridad. Si no confía en el Departamento de Estado, el presidente debe exigir acatamiento a sus órdenes, no circunvalarlo con la maquinaria del CNS. Y sin embargo, aunque estos postulados están más allá de la discusión como parte teórica, no son tan fáciles de cumplir. Para lograr la esencial coherencia política, se necesita un Secretario de Estado fuerte, que al mismo tiempo esté bien preparado para cumplir los deseos del presidente, no sólo formalmente sino en todos los matices. La combinación ha sido una rareza histórica; en estos tiempos, una u otra de estas cualidades ha estado, ay, faltando.

En junio de 1971, yo tenía una perspectiva más desvinculada y, en cualquier caso, esta sabiduría era irrelevante para los problemas con los que nos enfrentábamos, ya que después de la aceptación del 9 de julio habíamos pasado el punto sin retorno. Hacía poca diferencia el que el Departamento de Estado protestara de que mi visita al subcontinente hindú estaba fuera de época o podría ser mal interpretada, a la vista de las tensiones causadas por los levantamientos en Pakistán Oriental. Investigué brevemente la posibilidad de entrar a China desde una base aérea en Okinawa, pero pensé que podía ser un triste símbolo para Pekín, e inútilmente humillante para Japón, emprender un viaje secreto desde donde reconocíamos como territorio japonés, sin consultar al gobierno japonés. Nixon se negaba a dar una orden directa y le asignó a Halde-man la tarea de ablandar a Rogers. Al fin, el Departamento de Estado retiró a regañadientes sus objeciones al viaje. Para poder informar a Rogers de mi último destino, Nixon concibió la idea de invitar a Rogers a San Clemente durante la mayor parte de la duración de mi viaje a Asia, de modo que pudiera darle la noticia de la mejor forma posible, o por lo menos bajo las condiciones más favorables.

La otra complicación surgió cuando toda la plana mayor del gobierno de los Estados Unidos pareció ser presa de un irrefrenable deseo de viajar a Taiwán, en el preciso momento en que estaba previsto mi viaje a Pekín. Teníamos que disuadir primero al vicepresidente Agnew, que quería hacer su largamente esperada visita a Chang Kai-shek, consolándolo con un viaje alrededor del mundo, enfocado en el Medio Este y en África. Mel Laird concibió la idea de inspeccionar las instalaciones defensivas de Taiwán justo en los días que yo estaría en Pekín y ya tenía programado ir a Japón y Corea a encontrarse con los ministros de defensa aliados. Laird era un buen soldado: sin preguntar las razones de mi pedido, reorganizó su plan de viaje.

Uno de los resultados de todas estas excursiones fue que no había avión presidencial disponible para mi viaje. El presidente necesitaba dos para su idea a San Clemente, Agnew tenía otro y Laird el último avión especial. Finalmente conseguimos reclutar un avión de mando del Comando Táctico Aéreo, lleno de equipo electrónico, extraordinariamente incómodo y con motores tan antiguos que necesitaba largas pistas. Al levantar vuelo daba la impresión que el avión prefería en realidad llegar a su destino por tierra.

Justo cuando todos los problemas técnicos y burocráticos parecían resolverse, tuvo lugar un suceso que cautivó la atención por casi todo el tiempo que quedaba antes de que saliera en mi misión: la publicación de los llamados Documentos del Pentágono. Después de luchar por meses para establecer un canal secreto con Pekín, habiendo vencido muchos obstáculos y sospechas, la repentina revelación de más de 7.000 páginas de documentos secretos cayó como un profundo golpe para la Administración. Los documentos no eran, por supuesto, de ninguna manera perjudiciales para la presidencia de Nixon y hubo en realidad alguna intención entre los operativos políticos de la Casa Blanca de explotarlos como evidencia de las maquinaciones de nuestros predecesores y las dificultades que habíamos heredado. Pero me parecía que tal actitud estaba en contra del interés público. Era imposible que nuestra política exterior adquiriera la continuidad de la que debían depender otras naciones y nuestro sistema de gobierno perdería seguramente toda su confianza, si cada presidente utilizaba su control sobre el proceso de desclasificación para arrojar manchas sobre sus predecesores o si su discreción al defender el sistema de desclasificación se convirtiera en un asunto partidista. La publicación de estos

documentos era selectiva, parcial y claramente diseñada como un arma en la guerra política. Arruinó injustamente reputaciones personales como las de John McNaughton, este distinguido servidor público, que yo sabía era opuesto esencialmente a la guerra y que fue retratado en los Documentos del Pentágono como un malévolos fomentador de la guerra. En 1971 ya no estaba vivo para defenderse, habiendo desaparecido con su familia en un accidente de avión.

Nuestra pesadilla en ese momento era que Pekín podría pensar que nuestro gobierno era demasiado inestable, demasiado acosado y demasiado inseguro para ser un socio útil. Esta masiva hemorragia de secretos de estado inevitablemente levantaría dudas sobre nuestra confiabilidad en las mentes de otros gobiernos, amigos o enemigos, y ciertamente sobre la estabilidad de nuestro sistema político. Al mismo tiempo, manteníamos conversaciones secretas con Vietnam del Norte que creíamos —erróneamente como vimos luego— que estaban próxima a una apertura. Estábamos en un punto importante de las sensibles conversaciones SALT y en las etapas finales de las delicadas negociaciones de Berlín, que dependían también del secreto.

Yo no sólo apoyé a Nixon en su oposición a este robo en masa y a esta revelación sin autorización, sino que lo alenté. Se hizo un esfuerzo sin éxito en la corte para bloquear la publicación por requerimiento judicial civil. (Esta idea no vino de mi parte, pero no la objeté.) No me enteré de otras medidas tomadas más adelante, de la sordidez, puerilidad e ineficacia de lo que eventualmente provocó la caída de la administración Nixon. Considero que esos métodos son inexcusables, pero sigo creyendo que el robo y la publicación de documentos oficiales hicieron un grave y pobre servicio a la nación. En ese caso, la divulgación de los documentos del Pentágono no impidió nuestra apertura con Pekín. Pero esto no cambia el principio. Nosotros no lo sabíamos en ese momento, ni los que robaron los documentos consideraron las consecuencias de su acción, ni les importó, ya que su propósito era, después de todo, minar la confianza que provocaba nuestro gobierno. Podemos solamente especular si nuestra vigorosa defensa del principio de confidencialidad tranquilizó a Pekín o si fue irrelevante.

Después de unas semanas de excitación, el viaje secreto estuvo finalmente casi sobre nosotros. Elegí a mis colaboradores: John Holdridge, funcionario del Servicio Exterior y especialista en China, que manejaba el este de Asia desde el equipo del CNS; Dick Smyser, otro funcionario del Servicio Exterior y el experto en Vietnam de mi equipo; Winston Lord, anteriormente de Estado y Defensa y ahora especial asistente mío en los asuntos más delicados, un confidente leal y amigo íntimo.

Siempre creí que el éxito de las negociaciones está en la preparación meticulosa. El negociador debe conocer no solamente el lado técnico del asunto, sino sus matices; debe, sobre todo, tener una definida concepción de sus objetivos y las rutas para llegar a ellos. Debe estudiar la psicología y los propósitos de su oponente y determinar si debe reconciliarlos con los propios y cómo hacerlo. Debe tener todo esto en la punta de los dedos, porque la impresión de indecisión provoca dudas o intransigencia; la necesidad de consultas frecuentes en la mesa de negociaciones mina la autoridad. Es por esto por lo que mis asociados y yo nos reunimos en Cayo Biscaya en el fin de semana, del 19 al 20 de junio, para revisar los papeles informativos, que ya habían sido escritos varias veces —y lo serían varias veces más antes de partir. (Solía yo contar una historia de un profesor de Harvard que exigió que un estudiante escribiera diez veces sucesivas nuevamente su prueba escrita, devolviendo cada una con el interrogante: «¿No puede hacerlo mejor?») Después de la décima vez, el estudiante exclamó exasperado. «No, no lo puedo hacer mejor.» «En ese caso», dijo el profesor «ahora lo leeremos». Aunque el cuento es apócrifo, mi equipo comenzó a creer que lo estaban viviendo.) Los volúmenes de papeles informativos incluían datos sobre los tópicos que yo esperaba discutir en China con Chou En-lai: Indochina, las relaciones soviéticas, India y Pakistán, comercio e intercambios, Taiwán y los norteamericanos prisioneros en China. Los papeles registraban las conocidas actitudes de Pekín sobre estos temas y delineaban las posiciones que yo debía tomar. (Gran parte de este material fue extraído de los estudios interagencias que habíamos ordenado dentro del sistema CNS.) Era un borrador de una declaración de iniciación y un documento general sobre el propósito del viaje y la estrategia a emplear. El ejercicio de componer estos documentos agudizó mis propios pensamientos; podían ser revisados por el presidente, dándole la oportunidad de aprobar y dar forma al tratamiento.

Durante ese mes de preparativos exhaustivos, teníamos también que cuidar el otro lado del triángulo. El 8 de junio llevé a Dobrynin a Camp David para discutir con tranquilidad las relaciones EEUU-Unión Soviética. Dobrynin me dijo bonachonamente que la Unión Soviética

tica no hacía objeción a una gradual mejoría de nuestras relaciones con China y hasta me dio la evaluación de determinados dirigentes soviéticos. Continuó con su juego del gato y el ratón en referencia a la reunión cumbre en Moscú. La fecha tentativa de septiembre de 1971 se estaba ahora diluyendo por variados pretextos, a medida que los soviéticos buscaban extraer concesiones adicionales sobre otras negociaciones, especialmente Berlín y una conferencia sobre seguridad europea. Pero se conformaba con tener cartas de las que el otro bando estaba ignorante. Cuando le dije a Dobrynin que después de catorce meses de exploraciones había llegado el momento de poner una fecha para la reunión cumbre, se debió imaginar otra vez que estaba tratando con una impaciencia explotable. En realidad yo no tenía mucha prisa, sino que quería simplemente determinar la secuencia de las vislumbradas cumbres. Prefería ligeramente que la reunión de Pekín viniera antes y si él me hubiera contestado favorablemente, hubiéramos tenido un difícil problema en cuanto a qué reunión debiera tener precedencia. Sin darse cuenta, los soviéticos nos resolvieron otra vez el problema. Traté de imaginar la reacción de Dobrynin si le dijera intempestivamente dónde estaría yo dentro de un mes.

El 10 de junio, la Casa Blanca publicó la lista de los artículos retirados de los controles de exportaciones en el comercio con China, de acuerdo con las disposiciones presidenciales del 14 de abril. Un comunicado a la prensa y una declaración de Ron Ziegler anunciaron que una amplia escala de artículos no estratégicos estaba a disposición para exportar a China y que las importaciones comerciales chinas se permitían por primera vez en veinte años. La declaración consignaba que «más adelante consideraremos la posibilidad de nuevas medidas» hacia China. La mayor parte de las restricciones unilaterales impuestas a China desde los años cuarenta y cincuenta estaban ahora siendo desmanteladas. Estaba terminando la etapa de las señales; ahora venían las negociaciones.

El 28 de junio, un artículo chismoso del *New York Times* me consideraba candidato a futuro embajador en Pekín. A Bill Rogers le pareció gracioso y yo bromeé diciendo que era probablemente una filtración del Departamento de Estado para llevarme lo más lejos posible de Washington. Rogers bromeó diciendo que no era un mal viaje, si uno quería alejarse de todo. Estuve de acuerdo. Me encantaba la comida, dije.

El 30 de junio, el secretario de prensa de la Casa Blanca hizo el breve anuncio, en su sesión informativa habitual, de que el presidente Nixon me enviaba a una misión para recoger información a Vietnam del Sur, desde el 2 al 5 de julio. Iría entonces a París a consultar al embajador David Bruce y en el camino a París conferenciaría con funcionarios de Tailandia, India y Pakistán. Para distraer aún más a los soviéticos, que estaban siempre informados por medio de Hanoi, yo había dispuesto otra reunión secreta con Le Duc Tho en París, para el 12 de julio. En esta forma, no había brecha en mi agenda que despertara sospechas.

Al fin amaneció el 1 de julio, el día en que yo y mis acompañantes nos introduciríamos en un abarrotado e incómodo avión para el viaje más trascendental de nuestras vidas.

Capítulo XIX

EL VIAJE A PEKIN

«POLO I»: PRELUDIO

Una de las más penosas reuniones de mi carrera fue la del 1 de julio de 1971. El embajador de la República de China, James Shen, vino a verme acerca del asunto de conservar el asiento de Taiwan en la próxima Asamblea General de las Naciones Unidas para votar sobre la representación china. Shen presentó una extensa objeción al plan del Departamento de Estado para una «representación dual» con el que se intentaba admitir a Pekín en la ONU sin expulsar a Taiwán. Me resultó difícil concentrarme en los detalles, pues el 1 de julio era el día en que debía partir en mi viaje a Asia para mis entrevistas secretas en Pekín. Ningún gobierno merecía menos lo que estaba por ocurrir que el de Taiwan. Había sido un aliado leal; su conducta respecto de nosotros había sido ejemplar. Sus representantes, muy especialmente su embajador, se habían comportado con esa sencilla seguridad y sutil inteligencia que caracterizaba al pueblo chino. Mi papel con respecto a Shen me resultaba muy doloroso, dado que yo sabía que no pasaría mucho tiempo para que su esotérica conversación sobre las maniobras de procedimiento de las Naciones Unidas fuera superada por hechos más elementales; pero no podía decirle nada y hasta era fundamental que yo mantuviera una actitud tan normal e indiferente como fuera posible.

Mi diario registra que además de Shen, me reuní con el consejero del presidente, Don Rumsfeld; con el ministro del exterior de México, Emilio Rabasa; y con el embajador de la India, L. K. Jha. También mantuve tres entrevistas con el presidente por un total de más de dos horas para revisar mis libros de informaciones. Relatos posteriores hablaban de reuniones nocturnas en la Sala Lincoln con un pensativo presidente y un reflexivo consejero de seguridad y el secretario de estado, planeando juntos la estrategia. Esas cosas eran principalmente tonterías de relaciones públicas. Más adelante un periodista me pidió una entrevista para hablar de esas reuniones, y le rogué a Haldeman que lo evitara. Él estuvo de acuerdo. «Uno puede mentir hasta un cierto punto», reconoció, agregando una nueva dimensión al imperativo moral de la veracidad. En realidad, si bien yo había conversado allí con Nixon cuando le entregué el mensaje del 2 de junio, rara vez nos reuníamos en la Sala Lincoln, y nunca con Rogers. Nuestras conversaciones sobre el viaje a China se realizaron casi siempre en la Oficina Oval o en el escondite de Nixon en el Edificio de Oficinas del Ejecutivo. El 1 de julio hablamos principalmente del impacto que una apertura hacia China podría producir en las actitudes soviéticas y en la guerra en Vietnam. Pasamos mucho tiempo analizando el orden en que las futuras reuniones cumbres con China y la Unión Soviética debían ser realizadas; Moscú todavía no había respondido acerca de la reunión de septiembre. Decidimos que fuera cual fuese la respuesta, la reunión cumbre de China debería ahora ser la primera.

El viaje agudizó la sensibilidad nerviosa de las antenas de relaciones públicas de Nixon. Al haber tomado las decisiones sin consultar con el ejecutivo ni con el Congreso, Nixon había quedado completamente desprotegido en caso de que algo saliera mal; en esas solitarias decisiones era un hombre sumamente valiente. Pero en su complicada personalidad las altas motivaciones estaban constantemente en guerra con consideraciones menos elevadas. Estaba ansioso por ser el primer líder americano que visitara Pekín; por lo tanto frecuentemente me pedía

que cambiara los lugares de mi visita a cualquier otro sitio en China. No sabía yo cómo presentar esto tanto a los chinos como a los pakistanos. Habíamos ya provocado sospechas al insistir en el secreto. Al no estar familiarizados con los servicios de seguridad chinos ni con los procedimientos internos de consulta, con toda seguridad alimentaríamos aún más esas sospechas al tratar de prescribir el lugar de las conversaciones. De modo que dilaté el asunto, como Nixon podía advertirlo en los mensajes a Pekín, los cuáles veía uno por uno antes de que se despacharan, en los que no se sugería ningún cambio de lugar. Abandoné Washington, sin embargo, todavía urgido para encontrar otro lugar.

Otro deseo de Nixon era que el comunicado que anunciara mi visita no mencionara mi nombre; quería que su nombre y el de Chou En-lai fueran los primeros en aparecer en los documentos chino-norteamericanos. Pero no me explicó cómo era posible anunciar la visita de un emisario norteamericano a Pekín sin revelar el nombre del emisario, salvo que uno quisiera ganarse la reputación en China de ser completamente inexcrutable. La realidad se encargó de resolver este problema. Nixon tampoco quería que los chinos le aseguraran que ninguna otra figura política norteamericana sería invitada antes de su visita. Mencioné esto indirectamente a Hilaly, pero decidí diferir un pedido tal hasta mi llegada a Pekín, pues ninguno de nosotros sabía con qué nos encontraríamos al llegar allí.

Aproximadamente una semana antes de mi partida le había mostrado al presidente el libro de informaciones que mi equipo y yo habíamos preparado. El enorme tomo negro había recibido el nombre, en código, «Polo», tal vez evocando a un antiguo visitante de la China de origen europeo. Nixon estudió el memorándum que lo acompañaba cuidadosamente y cubrió la primera página con notas manuscritas. El libro comenzaba con una monografía que bosquejaba los probables propósitos de China al invitarme y nuestros propósitos al aceptar.

Sin ninguna duda, argüía yo en mi monografía, los chinos esperaban elevar la posición internacional de su país y menoscarar la de Taiwan; de ello podría surgir algún desorden entre nuestros amigos y aliados; la Unión Soviética se vería enfrentada con nuevas complejidades. Tal vez resultara ser verdad lo que muchos expertos creían: que el objetivo básico de Pekín era hacer salir a los Estados Unidos de Asia; había sin duda algunas ventajas que obtener entre los revolucionarios militantes si nos humillaban a nosotros. Pero después de un balance, no creía yo que eso fuera posible o compatible con las circunstancias que habían producido mi visita y la invitación al presidente. «Hemos supuesto», decía mi memorándum, «que están en parte actuando en reacción a la amenaza militar soviética a lo largo de sus fronteras, y no los ayudaría en nada si es que ellos esperan usarnos de alguna manera como contrapeso de los soviéticos». La retirada norteamericana, que la propaganda china (y nuestros críticos domésticos) había pedido en los últimos años, tampoco serviría a los propósitos chinos, ya que dejaría un vacío que los soviéticos podrían intentar llenar. Los chinos tendrían que darse cuenta de que cualquier intento de ejercer presión contra nosotros podría generar suficiente resentimiento como para acelerar el muy temido condominio soviético-norteamericano. Con el tiempo, argüía mi memorándum, los chinos podrían hasta llegar a ver el valor de que continuaran las relaciones norteamericanas con Japón, que a los ojos de China se cernían enormes como rival y amenaza potencial.

En consecuencia, proponía yo que mi visita se concentrara en los aspectos fundamentales de la situación internacional que había provocado mi visita, en la conjunción de propósitos que cada lado parecía querer confirmar. Dentro de ese marco de referencias yo discutiría el papel internacional de China, alguna forma de entendimiento como para no recurrir a la fuerza en nuestras relaciones bilaterales, la reducción de nuestras fuerzas en Taiwan y las percepciones que China tenía de la Unión Soviética. Trataría de obtener alguna influencia moderadora en Indochina, teniendo en cuenta que esta reunión y la posterior reunión cumbre sin ninguna duda desmoralizaría grandemente a Hanoi. Trataríamos de establecer algún modo de comunicación que no dependiera de una tercera parte. Sin ninguna duda nos encontraríamos con la típica actitud del Reino Medio: nosotros éramos los bárbaros que veníamos a rendir tributo al centro de la cultura y de la política, pero podríamos tolerar esas pretensiones «debido a nuestra absoluta confianza en nuestro propio lugar en la historia y en nuestra fuerza nacional».

Además el libro de informaciones contenía una larga declaración de apertura sobre varios temas, y detallados trabajos de antecedentes. No puedo describir acá el detallado estudio que Nixon hizo de este material. Su procedimiento usual era concentrarse sobre el memorándum que acompañaba el trabajo e ignorar todo el resto del material. El 1 de julio Nixon y yo pasamos casi todo el tiempo juntos revisando los comentarios que él había escrito en la página de apertura.

Éstos contenían la invariable retórica de línea dura con la que me enviaba en cada misión. Quería que yo subrayara que si nos presionaban, él se volvería «más duro en Vietnam». Pensaba que yo debía mantener vigente una «posible maniobra de acercamiento a los soviéticos» para hacer ver la sutil comprensión de la diplomacia triangular. Quería también que enfatizara que el miedo de China por los japoneses sería disipado por una continuada alianza de los EEUU con Japón. No todas las preocupaciones de Nixon estaban en el plano de la alta política. También quería que repitiera una vez más lo que ya se había dicho a través de Hilaly —que él quería «una severa limitación a los visitantes políticos» antes de la visita presidencial. Me pidió que organizara el envío de un cargamento de granos antes de su propio viaje, lo que ayudaría a aplacar a sus críticos conservadores. Demostró su desagrado por Pierre Trudeau cuando comentó que los futuros contactos o canales con los chinos deberían realizarse en cualquier parte menos en Ottawa. Casi todo esto era chatarra sobre la que yo sabía que Nixon no volvería a insistir si lograba concertar la tan acariciada conferencia en la cumbre. Nixon tenía demasiada experiencia como para no saber que podríamos cubrir muchas páginas con palabras, pero no podríamos determinar los acontecimientos hasta que nos hubiéramos reunido con los chinos.

Partí de la Base Andrews de la Fuerza Aérea alrededor de las ocho de la noche. Visitaría Saigón, Bangkok y Nueva Delhi antes de aterrizar en Islamabad, capital de Pakistán y trampolín de mi verdadero destino. En cada etapa, fuera cual fuese el tema principal de conversación, traté de suavizar de antemano el impacto del anuncio que pronto vendría. Al hablar de la diplomacia del Ping-Pong y del aflojamiento de nuestras restricciones comerciales, explicaba las razones por las que nos habíamos decidido a intentar un acercamiento hacia China, subrayando principalmente las necesidades de un equilibrio global. Le dije a Indira Gandhi que continuaríamos oponiéndonos a las presiones militares no provocadas de cualquier potencia nuclear, tal como estaba enunciado en la Doctrina Nixon. Debemos esperar las memorias de mis interlocutores para saber si esto fue posteriormente considerado como duplicidad o comprendido como las únicas seguridades que las circunstancias nos permitían dar.

El héroe desconocido de este viaje fue Winston Lord. No sólo había él supervisado las importantes preparaciones, sino que también debía controlar la distribución de documentos dentro de mi grupo. Esta era una tarea monumental. Pues había tres niveles de información. Algunos sabían adónde iba yo y qué diría cuando llegara allí. Otros conocían mi destino, pero no mi agenda. Éstos estaban conmigo para ayudarme en las otras etapas. Y había otros que lo ignoraban todo. Lord debía controlar que cada grupo recibiera los papeles y planes adecuados a lo que ya sabían, y no otra cosa. Y debía hacer todo esto al mismo tiempo que se aseguraba de que los papeles informativos de cada etapa estuvieran al día, urgido siempre por mis proverbialmente gentiles y característicamente amables instrucciones. Logró conservar el respeto de todo el mundo y su propia cordura, lo que no fue el menor de los logros del viaje.

En todo el viaje recibí mensajes secretos desde Washington por medio de los cuales mi delegado Al Haig me mantenía en contacto con el febril estado de ánimo de la Casa Blanca. Haldeman hizo llegar una sugerencia presidencial en el sentido de que mi grupo se contuviera de comentar con el personal del Departamento de Estado los Papeles del Pentágono. Cuando cuestioné el significado de este extraño pedido, se hizo evidente que Haldeman estaba meramente expresando la antigua inquietud del presidente acerca de la lealtad de mi equipo; temía que mi gente pudiera alentar lo que él consideraba la simpatía de los funcionarios del Departamento de Estado por aquellos que habían dejado filtrar los documentos. A las pocas horas de mi abandono de la capital, Rogers demostró que había aprendido algunas lecciones burocráticas. Intentó usar mi ausencia para obtener la autorización presidencial para un viaje de Joe Sisco al Medio Oriente para otra serie de negociaciones; de hecho, dos emisarios ya estaban rumbo al Cairo para contactos preliminares cuando llegó el memorándum de Rogers. Era demasiado evidente que se trataba de una maniobra. Desde Saigón envié un cable diciendo que un viaje tal ahora sólo aceleraría las tensiones en el Medio Oriente y había que postergarlo. Le sugería el truco de llamar a una reunión del CNS sobre el Medio Oriente para una fecha inmediatamente posterior a mi regreso. El presidente estuvo de acuerdo.

La espera era aparentemente más irritante para aquellos que estaban en Washington que para nosotros que estábamos todos ocupados. Repetidas veces recibí instrucciones que una vez más decían lo que se me había dicho innumerables veces antes de partir: ningún nombre en los comunicados; ningún otro político en China antes que Nixon. Otra ola de pánico golpeó la Casa Blanca cuando ésta se enteró de que el columnista James Reston visitaría Pekín al mismo

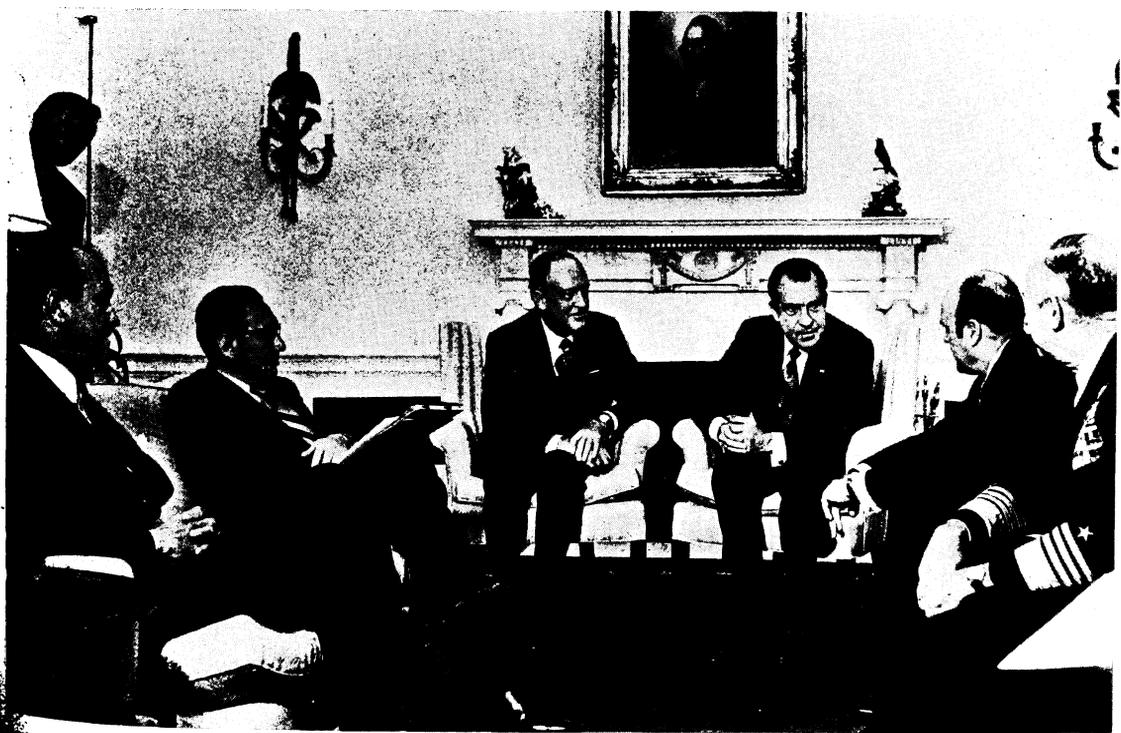
tiempo que yo. A la luz de este «sospechoso giro de los acontecimientos» se me dijo que enviara un urgente mensaje a mis «anfitriones» (nombre clave de los chinos, sutilmente elegido para confundir a los comunicadores ya que Pekín había sido mencionado anteriormente en el párrafo) en mi próxima etapa (Nueva Dehli) pidiéndoles que postergaran la visita de Reston o que me dieran «las seguridades necesarias». No podía imaginarme entrando a la embajada de Pekín en Nueva Delhi sin atraer por lo menos la atención de los indios. Por lo tanto, respondía en un cable: «Por lo que se refiere a Reston, la decisión de los anfitriones no será afectada por mis protestas... estoy seguro de que pueden mantener el secreto si quieren».

El 5 de julio, mientras estaba todavía en Bangkok, Haig me informó que Vorontsov había entregado la largamente esperada respuesta de los soviéticos acerca de una reunión cumbre. Ahora ellos proponían pasarla de septiembre de 1971, como ya estaba previsto, hasta más avanzado el año; y aún así, se la condicionaba a los progresos de otras negociaciones en curso y a la «suposición» de que nada ocurriría en el intervalo para complicar la situación. Una vez más, los soviéticos nos habían hecho un gran favor sin querer; ellos mismos se habían pasado de listos. La respuesta del Kremlin nos liberaba de las complejidades de organizar dos reuniones cumbres paralelas. Moscú no podría acusarnos por hablar primero con Pekín. Podíamos ahora completar nuestros planes con un mínimo de fricciones.

Le transmití a Haig que no entregara ninguna respuesta a Vorontsov y el embajador Kenneth Rush en Bonn debería encontrar algún pretexto para evitar posteriores negociaciones en Berlín hasta que yo regresara. Comenté que consideraba la respuesta soviética «no como una desventaja» porque la reunión cumbre con los soviéticos ahora podría llevarse a cabo más adelante y en circunstancias psicológicas mucho mejores. Nixon se sintió ultrajado por la respuesta soviética y buscaba el modo de tomar represalias. Mi consejo fue en contra de cualquier demostración de irritación, y en realidad en contra de cualquier reacción. Si hacíamos un juego «frío, deliberado» lo más probable era un resultado favorable. No podíamos permitirnos el lujo de «dejarnos llevar por el momento». Los diez días siguientes, estaba yo seguro, serían una mejor respuesta que cualquier otra reacción formal.

Contra el fondo de los temores de Washington y de las maniobras de las superpotencias, me dirigí a Islamabad. Mi estadía había sido cuidadosamente planeada por el infatigable Farland por medio de cables secretos de la CIA. Se usaron nombres en clave que podrían haber engañado a un niño de cinco años durante tres minutos (el mío era «el principal»). Un problema fue el de liberarme del ubicuo protocolo de una visita de alto nivel. Nuestra idea original fue que Yahya me invitara ostensiblemente a algún lugar en la montaña para una tranquila conversación. Esto tenía la desventaja de que debería programar una estadía de setenta y dos horas. En la inflamada atmósfera de la guerra civil en el Pakistán Oriental y la inundación de refugiados bengalíes en la India, permanecer en Pakistán un día más que en la India podría ser interpretado como favoritismo hacia Pakistán, con repercusiones en Nueva Delhi, en nuestra burocracia, en los medios y por sobre toda las cosas, en el Congreso. Yahya debería desaparecer durante dos días aumentando así los riesgos de una filtración por parte de los pakistaníes. Y de todos modos era poco apropiado usar a un jefe de estado sólo para mantener el secreto.

Por lo tanto yo había sugerido que publicáramos un plan que me hiciera estar en Pakistán sólo cuarenta y ocho horas, del 8 al 10 de julio, aproximadamente igual a mi estadía en la India. Al llegar yo me quejaría de un dolor de estómago. Se pedirían medicinas al dispensario de la embajada. Mis molestias se harían progresivamente peores hasta que Yahya me invitara durante una cena para usar la casa presidencial de descanso en Nathiagali, en las montañas, para recuperarme. Con este pretexto podría agregar un día más a mi estadía en Pakistán y así desaparecer dos días en Pekín. De todos modos las cosas no eran tan fáciles como parecían. Si yo me «sentía mal», ¿cómo podríamos evitar que el médico de la embajada corriera a atenderme? ¿Y cómo podría uno evitar que el personal de la embajada, entrenado por años de servicio exterior, estuviera a plena disposición de un enviado presidencial durante veinticuatro horas al día? Nuestro ingenioso embajador encontró una solución que puede ser resumida en su propio mensaje secreto: «El médico de la embajada ya no es problema. Parte el 6 de julio. La enfermera de la embajada es perfectamente contenable en estas circunstancias y no tratará de entrometerse. El Jefe Delegado de la Misión parte de vacaciones el 7 de julio; el Director de Ayuda de los EEUU sale también de vacaciones el 2 de julio. El resto de la gente es perfectamente manejable». Casi con toda seguridad era la primera vez en la larga y distinguida historia del Servicio Exterior que un embajador se enorgullecía de tener a toda su gente clave fuera de la ciudad para la visita

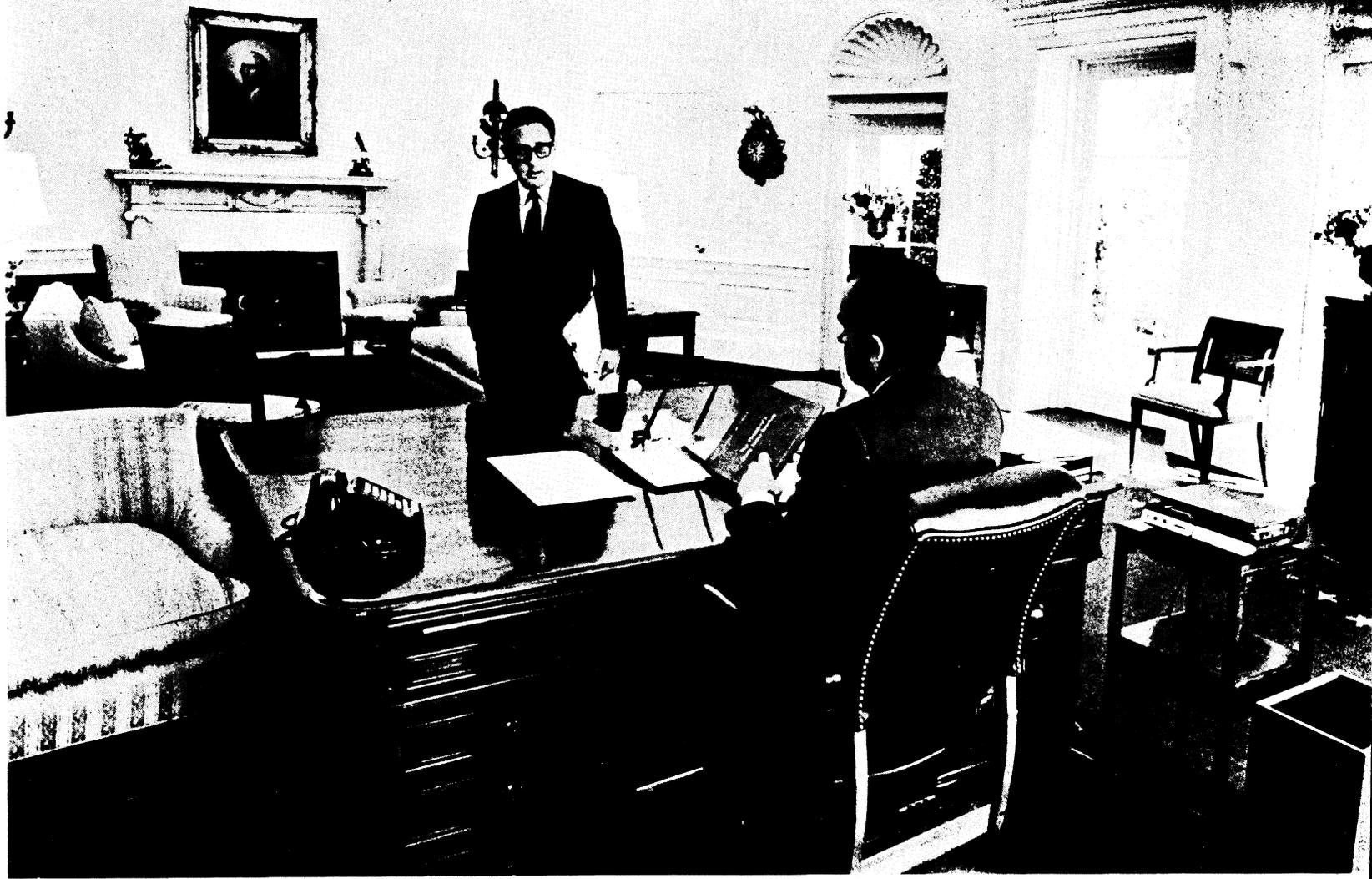


Arriba: Reunión en Irlanda para discutir la inminente iniciativa de cese de fuego en Vietnam, 3 de octubre de 1970. De izquierda a derecha: Bruce, Nixon, Rogers, H.A.K., Habib. *Foto de la Casa Blanca.*

Abajo: Planificando la operación en Laos, enero de 1971. De izquierda a derecha: Helms, H.A.K., Rogers, Nixon.



Recepción a mi llegada a Pakistán, 8 de julio de 1971, por parte de tres colegas que conocían mi verdadero destino último. De izquierda a derecha: embajador de los EE.UU., Joseph Farland, H.A.K., secretario del Exterior, Sultan Khan, y Agha Hilaly, embajador de Pakistán en los EE.UU. *International Communication Agency.*



En conversaciones después de haber comenzado la operación de Laos, 10 de febrero de 1971. Foto de la Casa Blanca.

Viaje secreto a Pekín.

BIBLIOTECA IUSAI DE MEXICO
CATALOGACION

Un banquete con Chou En-lai. *Official Chinese Photo.*





Reunión con Chou En-lai, 9 de julio de 1971. *Official Chinese Photo.*



Arribo secreto a Pekín, 9 de julio de 1971. De izquierda a derecha: Wang Hai-jung, Chi Chao-chu, mariscal Yeh Chien-ying, Huang Hua, H.A.K., Chang Wen-chin, Nancy T'ang. *Official Chinese Photo.*



Un paseo por la Ciudad Prohibida. Frente, de izquierda a derecha: Huang Hua, H.A.K., Chi Ch'ao-chu, director de los museos de China. Atrás, de izquierda a derecha: Winston Lord, Richard Symser, agente Jack Ready, no identificado, John Holdridge, agente Gary McLeod. *Official Chinese Photo.*



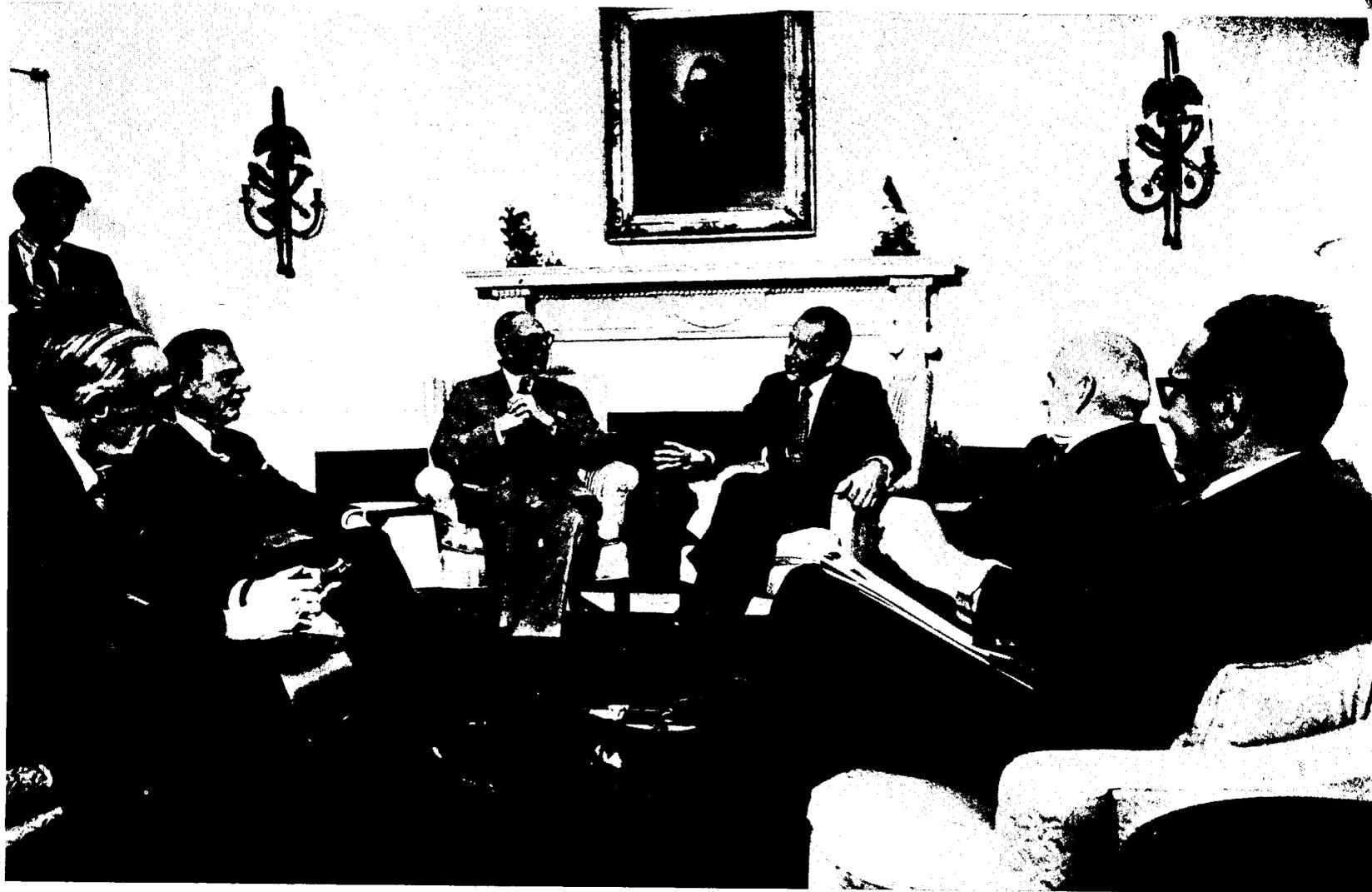
Nixon me recibe en San Clemente a mi regreso de Pekín, 13 de julio de 1971 (en la portezuela del helicóptero, Al Haig). *Foto de la Casa Blanca.*



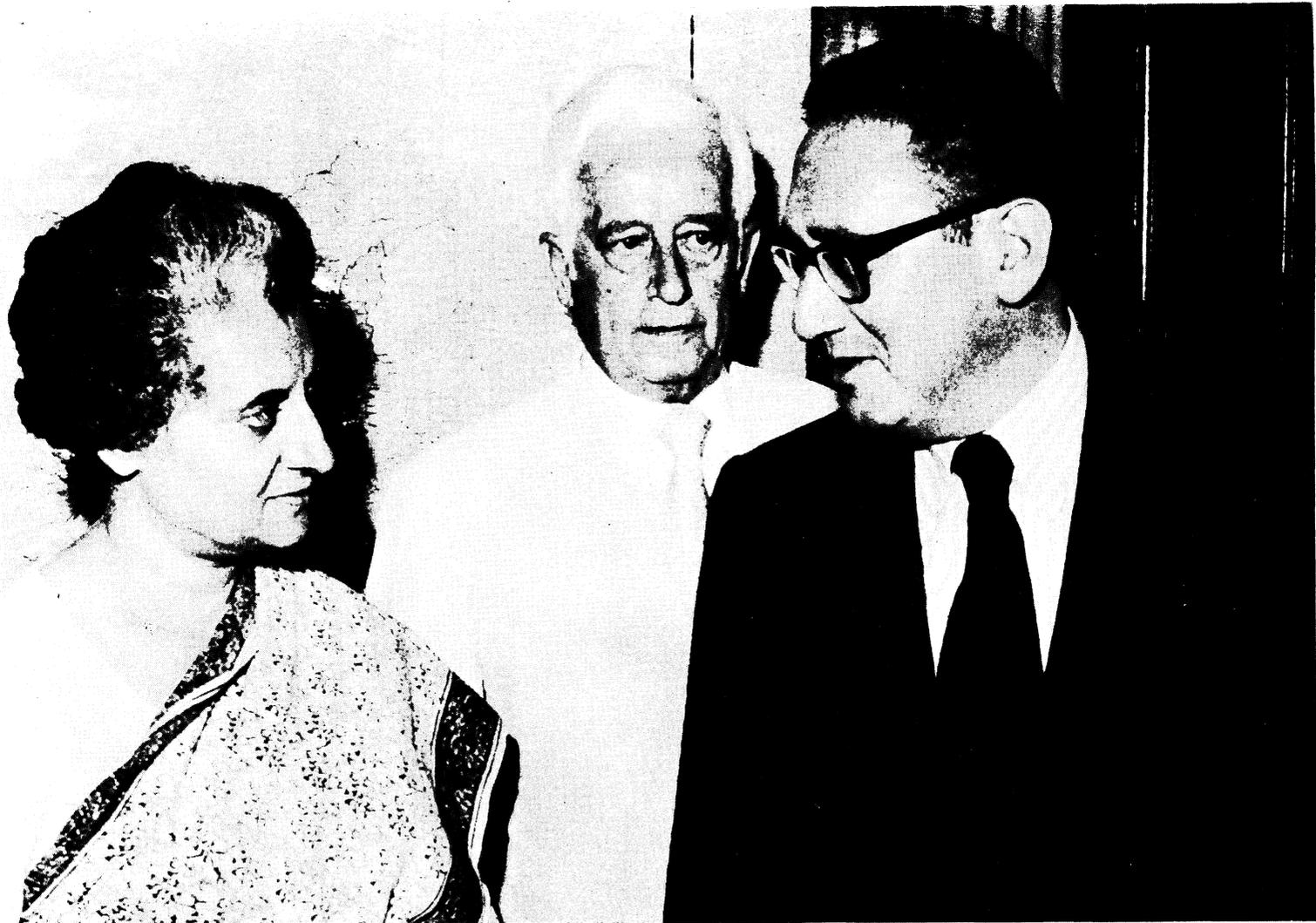
Después de mi viaje a China, septiembre de 1971. Foto de la Casa Blanca.



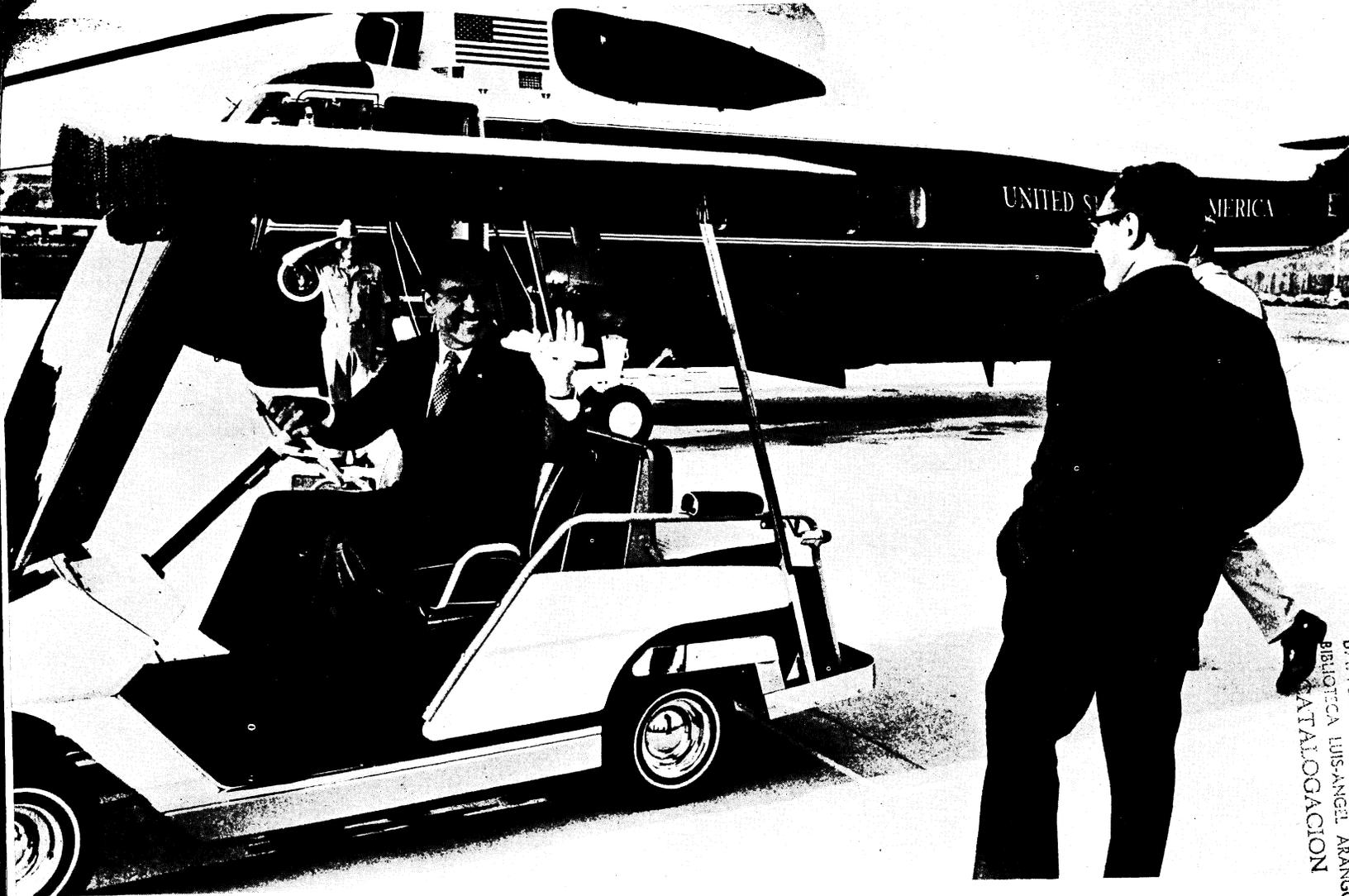
En la Gran Muralla durante mi segundo viaje a China, octubre de 1971. Foto de la Casa Blanca.



Nixon se reúne con la Vieja Guardia, diciembre de 1970. De izquierda a derecha: Lucius Clay, Thomas E. Dewey, Dean Acheson, Nixon, John McCloy, H.A.K.
Foto de la Casa Blanca.



Una visita con la primer ministro Indira Gandhi en Nueva Delhi mientras crece la crisis indo-pakistaní 7 de julio de 1971 (en el centro, el embajador de EE.UU., Kenneth Keating). *International Communication Agency; photo by R. N. Khanna*.



BANCO DE LA REPUBLICA
BIBLIOTECA LUIS-ANGEL ARANGO
CATALOGACION

En San Clemente, agosto de 1971. Foto de la Casa Blanca.



Secretario del Tesoro, John Connoly (foto tomada después de abandonar su cargo, julio de 1972). Foto de la Casa Blanca.

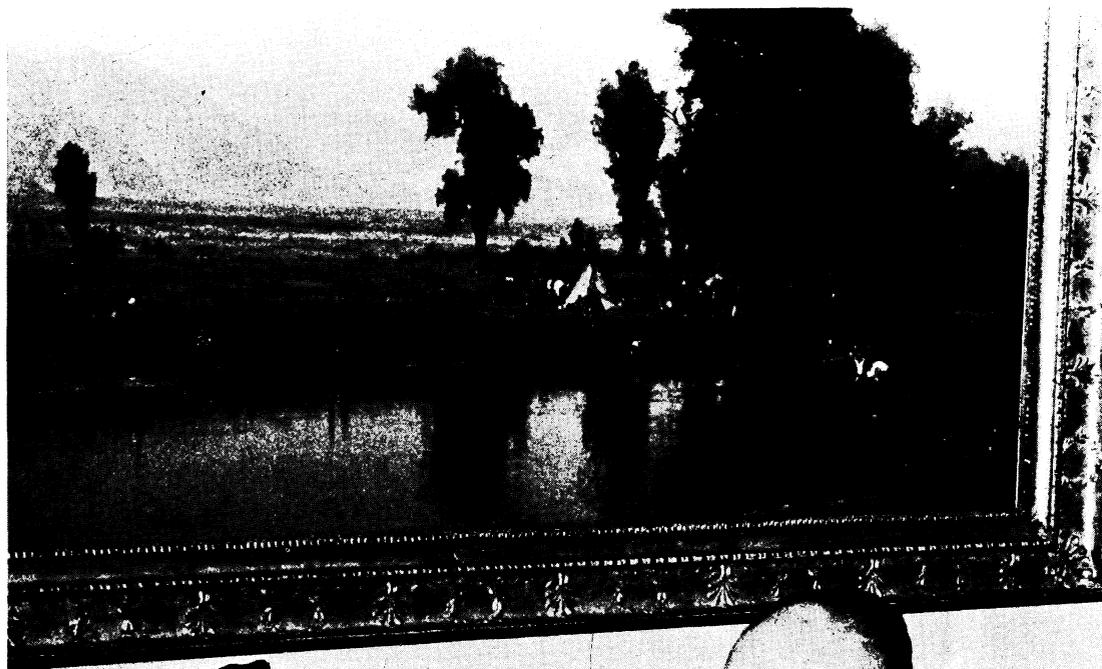


Con periodistas antes de mi partida en mi segundo viaje a China, 16 de octubre de 1971. Foto de la Casa Blanca.



En la oficina privada de Nixon en el Edificio de Oficinas del Ejecutivo, noviembre de 1971. Foto de la Casa Blanca.

... con el presidente cubano en un momento de un segundo viaje a China, 10 de octubre de 1971. Foto de la Casa Blanca.



El canal. En la Sala de Mapas con el embajador soviético Anatoly Dobrynin (tomada en marzo de 1972). Foto de la Casa Blanca.

de un representante del presidente, y que además fuera felicitado por Washington por su dedicación. (Los dioses decidieron castigarme por presunción humana; en Nueva Delhi me apareció un auténtico dolor de estómago que debí sufrir en secreto para no arruinar mi credibilidad cuando llegáramos a Pakistán.)

Nuestros planes preveían incluso la contingencia de ser descubiertos. En ese caso la Casa Blanca publicaría una declaración simple diciendo aproximadamente: «El Doctor Kissinger se reunirá con líderes de la República Popular de China a pedido de ellos. Habrá una declaración cuando el Doctor Kissinger regrese y le informe al presidente». No tenía yo ninguna ilusión de que una tan blanda declaración acallaría la reacción.

Mi visita a Islamabad se ciñó al libreto al pie de la letra. Hubo un almuerzo en la residencia del embajador Farland con lo que quedaba del equipo de la embajada, una reunión con el presidente Yahya, una charla con la prensa en la embajada, y luego otra comida privada con Yahya y sus colegas de más alto nivel. Probablemente yo fui el responsable del último día agradable que tuvo Yahya antes de ser derrocado como resultado de la guerra indopakistaní en diciembre de ese año. Pues Yahya estaba fascinado con la atmósfera de vigilantes y ladrones de toda la empresa. Personalmente revisó todos los detalles de mi partida clandestina; puso todas las facilidades de su gobierno a nuestra disposición y me prestó a su piloto personal de confianza. No pidió nada a cambio —contra lo que los medios afirmaron en su momento—. Su cortesía no fue igualada con un tratamiento tan generoso por parte de nuestro gobierno en medio del caos en Pakistán Oriental. Yahya era franco y expresivo, un soldado directo, de imaginación limitada atrapado después de la convulsión en Pakistán Oriental por acontecimientos para los cuales ni la experiencia ni su entrenamiento lo habían preparado. Cometió graves errores. Sin embargo, hizo un gran servicio a nuestro país; y debe quedar registrado que siempre actuó honorablemente con nosotros.

En el curso de la comida en mi honor Yahya comenzó a poner en práctica nuestros planes. Mi estómago se convirtió en tema de conversación general. Anunció a toda voz que el calor de Islamabad impediría mi recuperación; me urgía para que descansara en Nathiagali, una propiedad privada vecina a la casa de huéspedes presidenciales en las colinas por sobre Murree. Cuando yo me negué, él insistió, contra todas las pruebas dadas por la historia, en que en un país musulmán lo decisivo eran los deseos del anfitrión y no los del huésped. Fue tan convincente, que uno de mis agentes del Servicio Secreto que oyó la conversación, inmediatamente envió a un colega para hacer una visita de «avanzada» al lugar en las colinas. Alrededor de la medianoche el agente llamó sumamente preocupado; había inspeccionado la casa de huéspedes y la había encontrado inadecuada. Lo único que se podía hacer era pedir a los pakistaníes que detuvieran al poco feliz agente en Nathiagali hasta mi regreso de Pekín.

Una de las últimas comunicaciones que recibí de San Clemente antes de mi partida, me informaba que el presidente había por fin —el 8 de julio— informado al Secretario de Estado acerca de mi visita a China diciéndole que la visita era una decisión de último momento en respuesta a una invitación que yo había recibido en Pakistán. También se me informó secretamente, horas antes de mi partida hacia Pekín, que debía tener presente que los expertos en relaciones públicas consideraban el 15 de julio a las 10.30 de la noche, hora de Washington, como el momento óptimo para cualquier anuncio. Finalmente, se me advirtió que Mel Laird, en Tokio, había declarado en una conferencia de prensa japonesa que él no se oponía a un desarrollo independiente de la capacidad nuclear japonesa y que las conversaciones SALT confirmarían una paridad estratégica que podrían proveer un incentivo para el programa nuclear japonés.

Nada de esto pudo calmar mi excitación cuando me retiré alrededor de las once de la noche después de la comida con Yahya. Por única vez mientras estuve en funciones, tuve dificultad para dormir. Traté de imaginar lo que me esperaba. Por única vez, también, tuve una sensación de inseguridad acerca de tan importante misión en una capital desconocida donde estaría privado de toda comunicación.

A las tres y media de la mañana del 9 de julio me levanté en la casa de huéspedes en Islamabad y desayuné temprano. A las 4 de la mañana mi grupo y yo fuimos conducidos en vehículos militares pakistaníes al aeropuerto Chaklala, escoltados por el Secretario del Exterior Sultan Khan. Mis asistentes Winston Lord, John Holdridge y Dick Smyser estaban conmigo, así como los agentes del Servicio Secreto John D. Ready y Gary McLeod. Por sugerencia de Farland yo llevaba puestos un sombrero y anteojos negros para asegurarme de que ningún peatón casual me descubriera —contingencia bastante improbable a esa hora en Islamabad, donde mi nombre

era difícilmente famoso. Un Boeing 707 de las Aerolíneas Internacionales Pakistaníes esperaba en el sector militar del aeropuerto. El avión había hecho un viaje de prueba a Pekín entre el 6 y 7 de julio y había regresado con los tripulantes chinos que acompañarían el viaje del 9 de julio; éstos permanecieron a bordo y escondidos hasta que mi equipo y yo llegamos. El aparato era piloteado por el piloto personal de Yahya, quien había recibido instrucciones acerca de los peligros de ser interceptados por radio y debía por lo tanto ser muy mesurado. Mi propio avión estaba estacionado en la parte civil de Chaklala, bien lejos del Boeing de la Aerolínea Pakistaní y muy a la vista de cualquier periodista o personal de la embajada que pasara por ahí.

Antes de partir, escribí a mano un breve cable a Haig confirmándole que comprendía el momento para el anuncio del viaje de Nixon. Le informé a San Clemente que los chinos no sólo habían enviado tres tripulantes para acompañarme en el vuelo, sino también una delegación de cuatro funcionarios de alto nivel. El presidente Yahya me había dicho que los chinos se sentían «muy heridos» por la insistencia americana en mantener el secreto y probablemente preferían un anuncio total. «Salí bien parado» concluía mi mensaje. A las cuatro y media de la mañana estábamos en el aire hacia Pekín, un vuelo de casi cuatro mil kilómetros y casi cinco horas.

Poco más tarde, a las ocho de la mañana del 9 de julio, cuando ya nos acercábamos a Pekín, el plan de ocultamiento se puso en práctica. Una falsa caravana partió sin mí para el viaje de setenta y cinco kilómetros, que duraría unas tres horas, hacia Nathiagali; sus pasajeros incluían al embajador Farland, a mi ayudante David Halperin, otros dos agentes del Servicio Secreto, y el ayudante pakistaní M. M. Ahmed. Hal Saunders (que estaba familiarizado con los planes) permaneció en Islamabad para discutir asuntos bilaterales con los funcionarios pakistaníes y para hacerse cargo de las emergencias. A las nueve de la mañana del día siguiente (cuando yo ya había estado casi veinticuatro horas en Pekín) David Halperin, desde Nathiagali, telefoneó a Hal Saunders en Islamabad para «informarle» que yo necesitaba un día más de reposo y para cancelar todas mis entrevistas. Halperin también telefoneó al piloto de mi avión oficial y le pidió que incluyera los cambios necesarios en el plan de vuelo. La embajada recibió instrucciones para enviar cables a las restantes etapas — Teherán (una breve escala de reabastecimiento), París, San Clemente y también Washington— informándoles acerca de «mis planes modificados».

A bordo del Boeing pakistaní en el aeropuerto de Chaklala a primeras horas de la mañana del 9 de julio, la primera persona que vi fue Chang Wen-chin, jefe del Departamento para América, Europa y Oceanía del Ministerio del Exterior chino, a quien Chou En-lai, como símbolo de la importancia que atribuía a la visita, había enviado para escoltarme hasta Pekín. (Tal vez basado en la teoría de que todos los occidentales se parecen, el Foreign Office chino había agrupado a Europa Occidental, las tres Américas, Australia y Nueva Zelandia en un solo departamento.) Con el aspecto de un cardenal español en un cuadro de El Greco —aunque por supuesto con uniforme Mao— Chang combinaba una austera elegancia y una sutil inteligencia. Su dominio del inglés era sorprendente. Rara vez lo hablaba, pero le fue sumamente útil en las reuniones preparatorias. Nos recibió como si fuera la cosa más natural del mundo que un alto diplomático chino viajara casi cuatro mil kilómetros para acompañar a un funcionario capitalista a la sede de un gobierno que se autoproclamaba como la fuente principal de la revolución mundial.

Con él estaba el intérprete T'ang Wen-sheng —la formidable Nancy T'ang— nacida en Brooklyn y por lo tanto con un perfecto dominio del inglés americano. Yo le hacía la broma de que por haber ella nacido en los Estados Unidos, podría ser presidente, cosa que me estaba vedada por la Constitución. Era ésta una perspectiva que difícilmente le resultara tentadora; su inteligencia y su vivacidad durante mucho tiempo oscureció su fanática dedicación ideológica. Se consideraba a sí misma más que una intérprete y en varias ocasiones no vaciló en discutir con Chou En-lai en nuestra presencia. El tercer miembro del grupo de Chang era Wang Hai-jung, funcionaria del Ministerio del Exterior. Se decía que era nieta o biznieta de Mao; era una persona tímida, gentil, con la mirada de un cervatillo fácilmente asustable. (Las dos mujeres resultaron estar presentes en todas las reuniones con Mao así como en aquéllas con Chou.) El cuarto miembro era T'ang Lung-pin, del departamento de protocolo.

Jamás me había encontrado con chinos comunistas. Y debo agregar que tampoco lo habían hecho los miembros de mi grupo del Servicio Secreto, quienes no habían sido informados de mi destino y que casi sufrieron un ataque al corazón por lo que estaban presenciando. Sus funciones no eran solamente las de volar en un avión extranjero —cosa contraria a todos los prin-

cipios de su entrenamiento— sino además hacerlo conducidos por un grupo de chinos comunistas a lugares donde no había habido «avanzada» y en los que no tenían medios de distinguir quiénes constituían riesgos de seguridad. Jack Ready y Gary McLeod cumplieron con su deber pegándose a mí con fiera determinación en cualquier lugar en que estuviéramos; insistieron en sentarse junto a mí hasta en mis reuniones con Chou En-lai. (Más tarde los chinos excluyeron al personal de seguridad.) Cuidaron nuestras dos pesadas valijas llena de material secreto llevándolas consigo a todas partes, aún a las horas de las comidas y en el paseo por la Ciudad Prohibida. Se comportaban como si fueran capaces de enfrentar cualquier cosa que 800 millones de chinos pudieran arrojarles.

EL REINO MEDIO: PRIMERA REUNIÓN CON CHOU EN-LAI

No es a menudo que uno puede recapturar como adulto la cualidad que como joven nos hizo tener la sensación de que el tiempo se detenía; que daba a cada acontecimiento el misterio de la novedad; que hacía que cada experiencia fuera disfrutada a causa de su singularidad. A medida que crecemos nos conformamos con las cosas familiares para las que hemos desarrollado reacciones rutinarias. En cierta medida, en cuanto el mundo se hace más rutinario el tiempo parece acelerarse; la vida se convierte en un kaleidoscopio de experiencias aparentemente intercambiables. Sólo algún acontecimiento extraordinario verdaderamente, tanto nuevo como conmovedor, inusual y sobrecogedor, restaura la inocencia de los años en que cada día era una preciosa aventura para definir el sentido de la vida. Así fue como me sentí cuando el avión cruzaba las nevadas cumbres del Himalaya, lanzándose hacia el cielo en medio de los brillos rosados del sol que se alzaba. Volamos muy cerca de K-2, la segunda montaña más alta del mundo. Siempre he pensado en China como en un país densamente poblado y muy cultivado, pero volamos durante horas sobre yermos desiertos salpicados de oasis. Winston Lord se siente orgulloso de haber estado de pie en la parte de adelante del avión cuando el avión cruzó la frontera, y por lo tanto fue técnicamente el primer funcionario norteamericano en entrar a China.

Los chinos y nosotros estábamos sentados alrededor de una mesa conversando animadamente, como si no hubiera habido ni un día de interrupción en los contactos entre nuestras naciones; no había nada que nos hiciera recordar de los amargos insultos que sólo ayer habían sido la rutina en todos los discursos públicos de nuestras naciones al referirse la una a la otra. Delicadamente trataron de saber el porqué de nuestra insistencia en mantener el secreto. ¿Estábamos avergonzados acaso de reconocer que nos estábamos entrevistando con los líderes chinos? La ofensa de la negativa de John Foster Dulles a estrechar la mano de Chou En-lai en la conferencia de Ginebra sobre Indochina en 1954 no había sido olvidada. El incidente me fue mencionado durante el vuelo y en muchas otras ocasiones en los días siguientes y en las visitas posteriores. Le dije a Chang que el propósito de mi viaje era el de anunciar un nuevo período en nuestras relaciones, pero era mejor que primero nos pusiéramos de acuerdo en el contexto. Dijo que el Premier Chou En-lai estaba dispuesto a explorar todos los temas.

Aterrizamos en un aeropuerto militar en las afueras de Pekín, quince minutos después del mediodía, hora de Pekín, el viernes 9 de julio. Fuimos recibidos por el mariscal Yen Chien-ying, uno de los más altos miembros del Politburó Chino y vice presidente del Comité de Asuntos Militares; por Huang Hua, recientemente designado embajador en Canadá (luego primer embajador de China en las Naciones Unidas, y más tarde Ministro del Exterior); por Han Hsu, Jefe de Protocolo (más tarde Jefe Delegado de la Oficina China de Eniace en Washington); y otro intérprete, Chi Ch'ao-chu, quien había estudiado química en Harvard y desde entonces se había dedicado a mejores cosas. Había estado con Mao y con Edgard Snow durante la revista militar.

El mariscal Yen Chien-ying me llevó a la ciudad en una gran limosina, con las cortinas corridas. Al espiar a través de ellas vi amplias y limpias calles con poco tránsito, salvo las bicicletas. Atravesamos la inmensa Plaza Tien An Men. Nuestro destino era una casa de huéspedes para visitantes oficiales, una de las muchas que había en un gran parque encerrado por murallas en la parte occidental de la ciudad. El parque, me dijeron, incluía antes un lago imperial para la pesca. Cada una de las muchas casas de huéspedes oficiales está ubicada en una pequeña península conectada con su vecina por un pequeño y elegante puente. Todo el complejo da una sensación de extraordinaria amplitud, marcada sólo por el *shock* de un centinela que emerge

de su escondite detrás de los arbustos cuando uno intenta cruzar el puente. (Los centinelas fueron menos evidentes posteriormente y todo el parque quedó abierto a los visitantes.)

Las casas eran un legado del período de influencia soviética; estaban construidas en el pesado y solemne estilo victoriano que en los países comunistas confirma el status. En la sala de recepciones, recargada con pesados sillones y sofás formando un cuadrilátero, el mariscal Yeh nos hizo sentir cómodos y compartió el té con nosotros. En el viaje hacia la casa de huéspedes se disculpó por no poder darme una apropiada recepción pública; esto sería subsanado cuando el presidente visitara Pekín (una predicción que en realidad no sería jamás cumplida). El mariscal nos invitó a una de las muchas comidas de sorprendente cantidad y variedad que me hizo especular ante mis anfitriones que como hacía miles de años un chino había sido acusado de hacer morir de hambre a un huésped importante, ellos estaban decididos a no permitir que eso volviera a ocurrir.

Chou En-lai llegó a las cuatro y media. Su cara angulosa y expresiva estaba dominada por una penetrante mirada que transmitía una mezcla de intensidad y de reposo, de astucia y tranquilo aplomo. Llevaba una túnica Mao color gris delicadamente cortada, al mismo tiempo simple y elegante. Se movía con gracia y dignidad; llenaba una habitación no por su predominancia física (como ocurría con Mao o con de Gaulle) sino por su aire de tensión controlada, férrea disciplina y confianza en sí mismo, como si fuera un resorte recogido. Mostraba una fácil informalidad que, sin embargo, no engañaba al observador inteligente. La rápida sonrisa, la expresión de comprensión que hacía obvio que comprendía en inglés, aun sin traducción, el palpable estado de alerta, eran evidentemente los rasgos de un hombre a quien un candente medio siglo había marcado la vital importancia del autodomínio. Lo recibí en la puerta de la casa de huéspedes oficiales y ostentosamente estiré la mano. Chou me brindó una rápida sonrisa y la tomó. Fue el primer paso dado para dejar atrás la herencia del pasado.

A diferencia de Mao, Chou había vivido en el exterior. Nacido en una familia de clase media en 1898, fue un brillante estudiante en Francia y Alemania, donde también trabajó en la década de 1920. Cuando yo lo conocí, ya había sido líder del movimiento comunista chino durante más de cincuenta años. Había participado de la Larga Marcha. Era el único premier que la República Popular había tenido —casi durante veintidós años— y durante nueve de esos años había sido también Ministro del Exterior. Chou había negociado con el general Marshall en la década de 1940. Era una figura de dimensiones históricas. Se sentía igualmente cómodo en filosofía, en reminiscencias, en análisis histórico, en pruebas tácticas, en intercambios humorísticos. Su dominio de los hechos, en particular su conocimiento de acontecimientos norteamericanos y, también, de mis propios antecedentes, era notable. Había poco desperdicio tanto en sus palabras como en sus movimientos. Ambas cosas reflejaban las tensiones internas de un hombre preocupado, cosa en la que él insistía, por los interminables problemas diarios de un pueblo de 800 millones de personas y por el esfuerzo para preservar la fe ideológica para la próxima generación. Cómo invitar al presidente Nixon de un modo que tuviera en cuenta todas esas preocupaciones era evidentemente un asunto de cierta emoción y dificultad para él.

Pues era obvio que para los chinos, nuestra llegada tenía un significado aún más profundo que para el grupo norteamericano. Para nosotros era el principio de un ventajoso nuevo giro en las relaciones internacionales. Para los chinos no podía ser otra cosa que una crisis personal, intelectual y emocional. Habían comenzado como un pequeño grupo disidente sin ninguna esperanza de obtener la victoria, que había soportado la Larga Marcha, que había combatido al Japón y también luchado en una guerra civil, nos había enfrentado en Corea y luego a los soviéticos, y se había autoimpuesto una Revolución Cultural. Y sin embargo, allí estaban —conferenciando con el archienemigo de veinticinco años mientras nosotros interveníamos en lo que ellos consideraban una «guerra de liberación» en sus mismas fronteras— llevando a cabo un encuentro de contradicciones filosóficas. Esta ambivalencia moral estaba reflejada en una cierta melancólica cualidad de Chou, en la ocasional esquizofrenia de su presentación, en el acelerado ritmo en el que se redactaron los anuncios de mi visita, salpicados con relatos épicos de la Larga Marcha y comentarios sobre el inspirado liderazgo de Mao. Sin embargo, había en Chou una serenidad interna que le permitía, como pronto yo mismo lo vería, evitar las mezinquinias maniobras que caracterizaban nuestras negociaciones con otros comunistas. Todas nuestras reuniones en ésta y en las visitas subsiguientes duraban muchas horas (sesiones de cinco a siete horas no eran raras); sin embargo, en ninguna ocasión él reveló ninguna impaciencia o dio a entender que tenía otras cosas que hacer. Jamás fuimos interrumpidos por llamadas tele-

fónicas o por las necesidades burocráticas de dirigir un enorme estado. No sé cómo lo lograba. Yo solía bromear diciendo que los funcionarios de alto nivel en Washington no podrían disponer de tanto tiempo ni siquiera para el día del Juicio Final.

Chou podía también desplegar una extraordinaria gracia personal. Cuando algunos miembros menores de nuestro grupo se enfermaron, él los visitó. A pesar de nuestra diferencia protocolar en rango, insistió en que nuestras reuniones alternaran entre mi residencia y el Gran Salón del Pueblo así él venía a mí tantas veces como yo a él. Después de ponernos de acuerdo en que nuestro futuro punto de contacto sería París, Chou propuso igualmente que continuaríamos usando en ocasiones el canal pakistaní pues «en China tenemos un refrán que dice que uno no debe romper el puente después de haberlo cruzado».

En una ocasión (junio de 1972) le dije que los soldados que se adelantaban en los puentes que conectaban las diferentes residencias me hacían sentir como el plomero en la novela de Kafka *El Castillo*, quien, después de ser llamado para luego negársele la entrada, pasó toda su vida tratando de entrar, olvidando totalmente para qué se lo había llamado en primer lugar. No sabía por qué quería yo cruzar ese puente; pero sabía que quería hacerlo. Chou se rio, pero no hizo nada durante ese viaje. Mi próxima visita ocurrió en febrero de 1973; la última noche, mientras preparaba mi equipaje, una mujer de protocolo golpeó a mi puerta y me dijo que el premier me invitaba a una charla privada. Fuimos conducidos a otra residencia para visitantes al otro lado del lago donde Chou En-lai y yo conversamos hasta las tres de la mañana. Cuando me estaba yo despidiendo súbitamente me dijo en inglés: «Demos un paseo». Mientras continuábamos nuestra charla, cruzamos dos puentes; luego subió a su automóvil, que nos había estado siguiendo, y se marchó. Fue un gesto extraordinario.

Hasta los chinos parecían mirarlo con especial reverencia, parecían ver en él, único entre todos los líderes, una especial cualidad humana. En una visita a fines de 1975 le pregunté a una joven intérprete por la salud de Chou. Las lágrimas asomaron a sus ojos cuando me dijo que estaba gravemente enfermo. No fue un accidente que su muerte fuera hondamente sentida en China, o que las extraordinarias expresiones de deseo de una mayor libertad que aparecieron en China a fines de la década de 1970 invocaran y alabaran su nombre.

Chou En-lai, en síntesis, fue uno de los dos o tres hombres más impresionantes que he conocido. Civilizado, infinitamente paciente, de extraordinaria inteligencia, sutil, se movía en nuestras conversaciones con una gracia fácil que penetraba la esencia de nuestra nueva relación como si no hubiera otra alternativa sensata. El desafío de unir dos sociedades tan alejadas por la ideología y la historia era considerable. La sabiduría convencional habría aconsejado la eliminación de las causas específicas de tensión; pero había una causa de tensiones —Taiwan— que no permitía una rápida solución, mientras que las otras eran demasiado triviales como para proveer las bases de una relación duradera. La respuesta era discutir las cosas fundamentales: nuestras percepciones de asuntos globales y en especial de asuntos asiáticos, de un modo que clarificara nuestros propósitos y perspectivas y con ello cubrir dos décadas de mutua ignorancia. Precisamente porque había pocos asuntos prácticos para discutir, el elemento de confianza debía surgir de las conversaciones conceptuales. Chou y yo pasamos horas juntos esencialmente dando forma a los intangibles que llevarían a una mutua comprensión.

Chou sentó el tono dentro de la primera media hora de nuestro encuentro. Yo había preparado una larga y ligeramente pedante declaración de apertura donde se revisaba la historia de las relaciones chino-norteamericanas que habían conducido a la presente reunión. Al final de la parte introductoria, dije en un intento de elocuencia: «Muchos visitantes han venido a esta bella, y para nosotros, misteriosa tierra». Chou alzó su mano: «Encontrará que no es misteriosa. Cuando se familiarice con ella ya no será tan misteriosa como antes». Eso me tomó de sorpresa. Pero ciertamente Chou tenía razón. Nuestra preocupación no era por los asuntos bilaterales entre nosotros, por lo menos al principio. Teníamos que edificar confianza, quitar el misterio. Este era su principal propósito con respecto a mí, al igual que el mío con respecto a él.

Y de este modo ocurrió que las conversaciones entre Chou y yo fueron más largas y más profundas que con cualquier otro líder con quien me haya encontrado durante el ejercicio de mis funciones públicas, salvo tal vez con Anwar Sadat. Dos enemigos ideológicos presentaban sus respectivas visiones del mundo con una franqueza rara vez lograda entre aliados y con una profundidad que sólo se experimenta en presencia de un gran hombre. Durante mi primera visita, pasé diecisiete horas de conversaciones con Chou En-lai. En cada una de las posteriores

visitas durante el tiempo que él fue premier, pasábamos juntos entre seis y diez horas diarias por día sin interrupciones, salvo para comer. Y aún entonces la conversación era filosófica, humorosa e iluminadora. Lo mismo ocurrió cuando Nixon visitó China. Así se edificó la estructura que ha soportado muchas tensiones y ha emergido como uno de los pilares de las relaciones internacionales contemporáneas.

El impacto de personalidades no es nunca fácil de definir. No hay dudas de que China y los EEUU fueron acercados por necesidad; no fue una abstracta buena voluntad, sino intereses convergentes lo que me trajo a Pekín; no fue amistad personal con Chou, sino la percepción común del peligro lo que alentó la elaboración de nuestras relaciones. Pero el hecho de que esos intereses fueran percibidos con claridad y sobre ellos se actuara con decisión se debió a un liderazgo que —por ambas partes— hábilmente usó los márgenes de elecciones disponibles. Que China y los EEUU buscaran un acercamiento a principios de la década de 1970 fue algo inherente a la atmósfera mundial. Que ocurriera tan rápidamente y se desarrollara con tanta naturalidad se debe en gran parte a la luminosa personalidad y a la extraordinaria percepción del premier chino.

Por supuesto, Chou y yo nos usamos mutuamente; eso es, en un cierto nivel, el propósito de la diplomacia. Pero otro de sus propósitos es lograr una compatibilidad de objetivos; sólo el aficionado o el inseguro cree que puede permanentemente manejar al oponente. En política exterior uno jamás debe olvidar que se está tratando en ciclos recurrentes y en problemas consecutivos con la misma gente; las trampas sacrifican la estructura en aras de los beneficios temporarios. Confiabilidad es el cemento del orden internacional aún entre polos opuestos; la mezquindad es el enemigo de la permanencia. Esto Chou En-lai lo comprendía muy bien, y eso nos permitió lograr si no idénticos objetivos, por lo menos análisis comparables de lo que era necesario para usar el equilibrio internacional para nuestro beneficio mutuo en ese momento particular de la historia.

Chou jamás negoció para obtener puntos mezquinos. Pronto descubrí que el mejor modo de tratar con él era presentar una posición razonable, explicarla meticulosamente y luego atenerme a ella. En ocasiones llegué hasta el punto de dejarle ver nuestros estudios internos que apoyaban esas conclusiones. Chou actuaba del mismo modo; el método suicida era la inflexibilidad. En una ocasión, cuando se negociaba el Comunicado de Shanghai, objeté dos oraciones en la sección del comunicado que explicaba el punto de vista chino. Si bien nosotros no éramos responsables por lo que decían los chinos, yo creí que eso podía provocar una controversia en un comunicado conjunto. Le ofrecí retirar dos oraciones en la sección que mostraba la posición norteamericana a cambio. «Dele sus dos oraciones a su presidente, si quiere», dijo Chou con impaciencia. «Yo no las quiero. No tiene por qué hacer intercambio. Lo único que tiene que hacer es convencerme de las razones por las que nuestro lenguaje puede incomodar». Y mantuvo su palabra; los más notables pasajes desaparecieron del texto chino. (Como nada jamás se desperdicia en China, dos meses más tarde esas oraciones aparecieron nuevamente en un discurso chino en las Naciones Unidas, pero como era un documento unilateral podíamos ignorarlo.)

Yo no tenía ninguna ilusión respecto del sistema que Chou representaba ni tampoco dudaba de que al servir sus propósitos él podía ser un enemigo tan formidable como era fascinante en su papel de interlocutor. La nueva sociedad en China había sido lograda a un precio enorme, y según mi escala de valores, exorbitante. Los sacrificios en términos de libertad, espontaneidad, cultura, vida familiar, me parecían ir más allá de lo que cualquier grupo de líderes tiene el derecho moral de imponer sobre su pueblo. Los chinos eran practicantes con sangre fría de la política del poder, muy lejos de los humanitarios románticos imaginados en los círculos intelectuales occidentales. Y, sin embargo, cuando Chou murió sentí una gran tristeza. El mundo sería menos vibrante, las perspectivas serían vistas con menor claridad. Ninguno de los dos jamás olvidó que nuestra relación era esencialmente ambigua o ignoró la posibilidad de que, tal como hace sus cálculos la historia, nuestros dos países tendrían caminos paralelos sólo durante un fugaz momento. Después de eso, bien podía ocurrir que otra vez se encontraran en lados opuestos. Si ese día llegaba, los chinos se dedicarían a la confrontación con la misma determinación y astucia con que habían practicado la cooperación cuando ésta servía a sus intereses. Pero una de las satisfacciones de mi vida pública fue que en un momento, por breve que fuera en las medidas de la historia, pude trabajar con un gran hombre más allá de las barreras de la ideología en la interminable lucha de los estadistas por rescatar cierta permanencia de la tenue visión humana del futuro.

Chou En-lai y yo comenzamos nuestra primera conversación la tarde del 9 de julio en mi residencia unas cuatro horas después de mi arribo a Pekín. Nos enfrentábamos por sobre una mesa cubierta de verde, sentados incongruentemente en grandes sillones de mimbre del tipo que uno encuentra en lugares de veraneo pasados de moda. A su lado estaba el mariscal Yeh Chien-ying, también Huang Hua y Chang Wen-chin. Holdridge, Smyser y Lord componían mi equipo, todos nosotros bajo las alertas miradas de los agentes del Servicio Secreto Ready y McLeod, que nos iban a dejar a la merced de extranjeros no investigados. Tenía ante mí el voluminoso libro de información, al cual no volví a referirme después de que Chou interrumpió mi declaración de apertura. Chou, como siempre, usaba sólo una única hoja de papel con unas pocas palabras escritas, tal vez los títulos generales de lo que quería discutir.

Chou y yo habíamos ambos llegado a la conclusión de que el más importante resultado de esta primera reunión sería la comprensión por ambas partes de los propósitos fundamentales del otro. Y si nuestros juicios habían sido correctos, las necesidades que nos habían hecho acercarnos sentarían la dirección de nuestra relación futura, dejando claro que ningún lado pediría al otro que hiciera lo que sus valores o intereses prohibían. De ese modo surgió una conversación cuyo tono fácil y estilizado carácter, como si se tratara de un diálogo entre dos profesores de filosofía política, casi oscurecía el hecho de que la pena por el fracaso sería la continuación del aislamiento por una parte y la agudización de las dificultades internacionales por la otra. Una misión abortada aumentaría los riesgos de China. Envalentonaría sin duda a los soviéticos. Nos desacreditaría en el frente interno y fácilmente podría convertir nuestra retirada de Indochina en un caos. Si bien tanto Chou como yo conocíamos lo que cada uno arriesgaba y a pesar del inamovible plazo de cuarenta y ocho horas —yo debía reaparecer en Pakistán dentro de ese periodo si no queríamos despertar sospechas— ninguno de nosotros tocó en esa primera reunión el tema por el que mi viaje sería juzgado: nuestra capacidad para acordar la visita presidencial. Ambos actuamos como si eso fuera un asunto subsidiario sobre el que fácilmente se llegaría a un acuerdo. Al empujarnos mutuamente hacia el plazo, ambos buscábamos demostrar que teníamos otras posibilidades. Con cortesía, con disgresiones filosóficas y con humor ocasional tratábamos de hacer ver que todavía podíamos regresar, que aún no habíamos cruzado nuestro Rubicón. Y sin embargo, todo el tiempo supimos que el Rubicón ya estaba detrás de nosotros; que en realidad no podíamos seguir otra dirección que no fuera hacia adelante.

Hicimos una breve referencia a la visita presidencial al comienzo, y luego no volvimos al asunto hasta el final del segundo día, unas dieciocho horas antes de mi partida. En lugar de eso, Chou pasó algún tiempo en nuestra primera entrevista, que duró casi siete horas (incluyendo la cena), expresando su aprobación general de los conceptos bosquejados por Nixon en un discurso pronunciado en Kansas City el 6 de julio. Esto me colocó en una cierta desventaja pues yo ignoraba el hecho y el contenido de ese discurso, demostrándose con ello que hasta las más meticulosas preparaciones pueden sufrir accidentes. A la mañana siguiente Chou, en un gesto característico, me hizo llegar con mi desayuno su propia copia marcada del texto en inglés del discurso, con el pedido de que se la devolviera, pues era su única copia. Resultó ser una serie de comentarios extemporáneos hechos por el presidente en una reunión informativa con ejecutivos de los medios noticiosos del Medio Oeste sobre asuntos domésticos en la que participaron miembros del gabinete y ayudantes de la Casa Blanca. Nixon sorprendió o asombró a los ejecutivos reunidos al hablar del «contexto más amplio», «la relación entre estos programas (domésticos) y los problemas que los EEUU tienen en el mundo». Impulsado por la excitación que le producía lo que él sabía estaba por ocurrir, Nixon elogió a los chinos como «creativos, son productivos, son uno de los pueblos más capaces del mundo». Por esto era «esencial que esta administración diera los primeros pasos para terminar con el aislamiento de China Continental de la comunidad mundial». Veía un mundo futuro de «cinco grandes superpotencias económicas» (los Estados Unidos, Europa Occidental, Japón, la Unión Soviética y China) cuyas relaciones determinarían la estructura de la paz en nuestro tiempo. Chou rechazó el calificativo de «superpotencias»; China no jugaría ese juego. Era a la vez verdadero y prudente; China nos necesitaba precisamente porque no tenía la fuerza para contrabalancear a la Unión Soviética por sí misma.

Chou y yo, por un acuerdo tácito, no presionamos los temas polémicos al extremo. Taiwan sólo fue mencionada brevemente en la primera sesión. Pasamos más tiempo explicando nuestra política en Indochina, con énfasis especial en mis conversaciones secretas con Le Duc Tho, que por un momento fugaz parecían indicar la posibilidad de un avance. (A los pocos días teníamos prevista una reunión con Le Duc Tho.) Mientras que los soviéticos alardeaban de estar

al tanto de estas conversaciones secretas, Chou confesó no tener noticias de ellas; se limitó a hacer preguntas de fondo. Era un buen artillero para evitar que lo presionáramos para tomar posiciones. Nuestro primer día de conversaciones terminó a las once y veinte de la noche sin haber llegado a ningún acuerdo y sin ni siquiera haber discutido el asunto que requería una decisión.

La mañana del sábado 10 de julio fuimos conducidos a la Ciudad Prohibida, el antiguo Palacio Imperial construido en el siglo quince. El enorme espacio, normalmente una popular atracción turística, había sido cerrado al público por medio día para que nosotros, seis norteamericanos, hiciéramos una visita privada. Acompañados por Huang Hua, fuimos guiados a través de los bellamente proporcionados patios, salones y jardines, maravillados como muchos emisarios extranjeros lo habían estado antes que nosotros por la exquisita arquitectura en rojo y oro, las esculturas de piedra y los leones de bronce, los techos amarillos que parecían caer como cascadas sobre las arenas que formaban las muchas plazas, las vistas panorámicas de lo que otrora fue la residencia de los emperadores chinos quienes creían ser el centro del universo y durante largos períodos convirtieron sus pretensiones en realidad. El director de todos los museos arqueológicos chinos nos llevó a la exposición de tesoros recientemente excavados (muchos de los cuales más adelante irían de visita a los Estados Unidos).

Al mediodía se reanudaron mis reuniones con Chou en el Gran Salón del Pueblo; ese gigantesco edificio —algo entre el neoclasicismo de Mussolini y el barroco comunista— que enfrenta a la Ciudad Prohibida y fue construido en trece meses en 1959 para celebrar el décimo aniversario de la victoria comunista en la guerra civil china. Cada enorme salón dentro de él lleva el nombre de una provincia de China; hay una sala de banquetes que puede acomodar a varios miles de personas, por lo menos un teatro e innumerables otros lugares de reunión. Nos reunimos en el Salón Fukien, nombre de la provincia frente a Taiwan, una sutileza que —como la entrevista con Snow— lamentablemente no advertí, pues no conocía el nombre del salón, ni, para mi vergüenza, hubiera podido yo reconocer su significado. Hay una cierta ventaja en ser invenciblemente obtuso. (Chou se vio obligado a indicarme todo esto en una visita subsiguiente cuando nos reunimos en una sala diferente.)

El estado de ánimo en esta ocasión fue diferente del de la noche anterior. Con muy pocas preliminares Chou se lanzó en una poderosa presentación del punto de vista chino. Con pocos floreos retóricos Chou ofreció mucho de lo que más tarde vine a conocer como la liturgia de China Comunista: que había «muchos molinos bajo el cielo»; que Taiwan era parte de China; que China apoyaba «la justa lucha» de los norvietnamitas; que las grandes potencias conspiraban contra China (no sólo los Estados Unidos y la Unión Soviética, sino también el militarista Japón); que India era agresiva; que los soviéticos eran ambiciosos y amenazaban al mundo; que China no era, ni jamás quería serlo, una superpotencia como los EEUU o Rusia; que los Estados Unidos estaban en problemas porque nosotros «habíamos estirado demasiado la mano». Chou recitó esta implacable letanía y terminó con un interrogante que era un desafío: si, dadas nuestras enormes diferencias, tenía sentido una visita presidencial.

Respondí con igual firmeza señalando que Pekín había presentado el tema de la visita presidencial y que nosotros no podíamos aceptar ninguna condición. Yo no volvería a tocar el tema; los líderes chinos tenían que decidir si enviaban o no la invitación. Luego me lancé a un deliberadamente brusco rechazo punto por punto de la presentación de Chou. Este me detuvo después del primer punto diciéndome que el pato se enfriaría si no comíamos antes.

Durante el almuerzo de pato pekinés el estado de ánimo cambió y Chou recobró su gracia. Al terminar el almuerzo Chou tomó el tema de la Revolución Cultural. Yo protesté diciendo que eso era un asunto interno de China, pero Chou continuó, insistiendo en que si íbamos a tratar el uno con el otro, la comprensión de este drama era fundamental. Con una gracia que enmascaraba una indudable angustia, Chou describió a China como debatiéndose entre el miedo a la burocratización y los excesos del celo ideológico. Pintó el dilema de una sociedad educada en la fe de una única verdad cuando súbitamente muchas facciones que representaban diferentes verdades se lanzaron a luchar en las calles hasta que los frutos de cincuenta años de lucha se vieron amenazados. Contó que estuvo confinado a su oficina durante un par de días por los Guardias Rojos. Él había dudado de la necesidad de tan drásticas medidas, pero Mao había sido más sabio; tuvo la visión de mirar hacia el futuro. Al recordar esto, dudo que Chou habría tocado el tema si no hubiera querido desligarse de la Revolución Cultural, por lo menos hasta cierto punto, y si no hubiera querido indicar que ya había terminado.

Después del almuerzo reanudé mis réplicas durante una hora hasta que Chou súbitamente, del modo más natural del mundo, sugirió el verano de 1972 para la visita presidencial, como si lo único que quedara por decidir fuera la fecha. Agregó que consideraba prudente que nos reuniéramos primero con los líderes soviéticos. Como conocía las maniobras soviéticas respecto de la reunión cumbre, le respondí que si bien una reunión cumbre en Moscú era probable, las visitas debían llevarse a cabo en el orden que habían sido ya arregladas —primero Pekín, después Moscú. No tuve la impresión de que Chou estuviera molesto con esa información. Cuando le señalé que una reunión cumbre en el verano, cerca de la fecha de nuestras elecciones podría ser malinterpretada, Chou propuso la primavera de 1972. Acepté. Interrumpimos la reunión a las seis porque Chou debía presidir una comida para otro visitante que no nombró (después nos enteramos que se trataba del líder norcoreano Kim Il-sung). A Chou le gustaba trabajar desde el mediodía hasta las primeras horas de la mañana. Propuso que nos reuniéramos otra vez después de la cena, a las diez de la noche, para preparar el anuncio conjunto de mi visita.

Volví con mi equipo a mi residencia para comer. Todos los funcionarios habían súbitamente desaparecido y nos habían dejado solos con el personal de servicio de la casa. Fue una noche agonizante de reuniones que cambiaban de horario y luego eran pospuestas, de caminatas nocturnas hasta donde estaban los centinelas y una ansiedad apenas disimulada acerca de qué podría ocurrir. (Todas nuestras conversaciones sobre estrategia las realizábamos en esas caminatas, por temor a ser oídos.) Hasta donde nosotros podíamos adivinar, los chinos habían cambiado de idea. Finalmente, alrededor de las 11.15 de la noche, Chou apareció. La comida había terminado más tarde de lo previsto. Pero en lugar de abocarnos al comunicado, charlamos durante una hora sobre el futuro de India y Alemania. Su punto básico era que India había sido el agresor contra China en 1962; y había un gran peligro de que la misma política fuera aplicada al Pakistán en 1971. Designó a Huang Hua como su representante para preparar el anuncio, y luego partió.

Pero Huang Hua no apareció inmediatamente. La inexplicable espera fue mucho más ominosa, pues no estábamos hablando de un elaborado comunicado sino acerca de declaración de uno o dos párrafos anunciando la visita presidencial a Pekín. Jamás supimos si se trató de una táctica deliberada para ponernos nerviosos, o de una reunión del Politburó, o era que Mao insistía en revisar las conversaciones, o si, lo que era más probable, nos estábamos enfrentando a una combinación de las tres cosas. Finalmente Huang Hua apareció sin ofrecer una sola palabra de explicación, correcto, amable, imperturbable.

Huang Hua traía consigo un borrador del comunicado que produjo una inmediata controversia. En la mejor tradición del Reino Medio se sugería que Nixon había solicitado la invitación. Se afirmaba ahí que el propósito era una discusión sobre Taiwan como preludeo para la normalización de las relaciones. Rechacé ambas proposiciones.

No apareceríamos en Pekín como suplicantes. No acudiríamos con el único propósito de discutir el asunto de Taiwan o para simplemente buscar la «normalización de las relaciones». Habría que hacer referencia a otros asuntos de interés común. Huang Hua, en un gesto prudente, práctico y característico, sugirió que dejáramos de lado el borrador y nos dijéramos el uno al otro cuáles eran las necesidades respectivas. Claramente ninguna de las partes quería aparecer como suplicante; ambas querían un resultado positivo; no era beneficioso para nadie dar a entender que la agenda sería parcial. Pasamos dos horas con este asunto. Le expliqué nuestras preocupaciones de principio y nuestras necesidades domésticas: no apareceríamos como habiendo solicitado la invitación; Taiwan no podía ser el único tema de la agenda. Huang Hua señaló el fuerte impacto que el anuncio produciría en las masas chinas. Rara vez las negociaciones son tan directas, y casi nunca lo son con adversarios potenciales. Alrededor de la 1.40 de la mañana Huang Hua propuso una interrupción de treinta minutos, durante la cual ellos tratarían de elaborar un lenguaje aceptable para nosotros, y abandonó el lugar. Dimos otro paseo por los jardines y regresamos para aguardarlos; a las tres de la mañana se nos informó que ellos habían partido y que no regresarían hasta las nueve de la mañana.

Volvimos a reunirnos el domingo 11 de julio a las 9.40 de la mañana, durante tres horas y media, antes del inamovible plazo para la partida. Huang Hua continuaba siendo el portavoz chino y seguía mostrándose por primera vez el estilo chino para negociar. Como ya he dicho anteriormente, otros negociadores, ansiosos por impresionar a sus superiores o al público, a veces usan el método del «salame»; tratan de hacer que sus concesiones sean tan delgadas como sea posible durante el más largo tiempo posible. Este método transmite una ilusiónaria

impresión de dureza. Ya que ninguna de las dos partes sabe cuál es la última rodaja del salame, ambas se sienten tentadas de esperar hasta el final, alargando aún más el proceso. Inevitablemente, la presión crece por lo que ha absorbido tanto tiempo, energía y compromiso para triunfar; esto puede con toda facilidad llevar al negociador más allá de los límites prudentes. Preferí por sobre todas las cosas el estilo que los chinos empleaban con nosotros, y que Huang Hua me hizo conocer esa mañana. Consiste en determinar lo mejor posible la naturaleza de una solución razonable, llegar a ella de un salto y luego atenerse a esa posición. Siempre que me ha sido posible he tratado de adaptarlo a otras negociaciones que he conducido más tarde —este método ha sido criticado y calificado como la táctica de las «concesiones preventivas». En realidad si bien las concesiones iniciales parecen más grandes que las del método del salame, lo que finalmente se concede en general es casi con toda seguridad menor. La estrategia de llegar de un salto a una posición defendible, define la posición irreductible sin ambigüedades; es más fácil de defender que el impacto acumulativo durante un largo periodo de una serie de jugadas marginales en las que el procedimiento amenaza con dominar la substancia.

Sea como fuere, Huang Hua presentó un borrador a las 9.40 de esa mañana tan próximo a nuestras necesidades que podíamos aceptarlo con sólo cambiar una palabra. Fue un golpe de suerte que yo sugiriera que los chinos presentaran primero su versión: era mejor para nosotros que nuestra propia versión. (Cada una de las partes había hecho todo lo posible por considerar el punto de vista de la otra.) Ese fue el anuncio conjunto que Nixon leería el 15 de julio.

Tan pronto como el borrador estuvo listo, Chou En-lai, que había estado esperando en las cercanías, reapareció. Hablamos del establecimiento de un punto de contacto para el futuro y seleccionamos París. El general Walters trataría con el embajador chino allí, Huang Chen. Intercambiamos algunas ideas preliminares sobre el viaje del presidente. Cuando terminamos con nuestros asuntos, Chou, en un gesto característico, dedicó un tiempo poniéndome al día sobre las noticias internacionales que habían llegado a Pekín mientras yo había estado aislado de toda comunicación.

Nos despedimos de Chou, y mi equipo y yo junto con los otros chinos nos sentamos para un alegre almuerzo final. Todas las tensiones habían desaparecido. La cara normalmente impenetrable del mariscal Yeh era toda sonrisas. Durante el viaje al aeropuerto me habló de su vida. Había sido oficial del ejército nacionalista cuando oyó hablar de la pequeña banda de Mao en las montañas; se había unido a Mao porque lo veía principalmente como un maestro. Al acercarnos al avión pakistaní, comentó que ninguno de ellos durante la Larga Marcha jamás soñó con ver la victoria antes de morir. Pensaban que su lucha era para las generaciones futuras. Con la maestría china de hacer que lo cuidadosamente planeado aparezca espontáneo, en el momento en que llegamos al pie de la escalerilla, dijo: «Sin embargo, aquí estamos nosotros, y aquí está usted».

Ningún relato del viaje secreto puede ser completo sin la saga de mis camisas. Consciente de las vicisitudes de un agitado viaje de doce días por Asia, le había pedido a mi ayudante Dave Halperin que se asegurara de separar un par de camisas limpias durante todo el viaje reservándolas específicamente para Pekín. Sin duda le recordé esta necesidad a Halperin varias veces con mi habitual persistencia. Cuando el avión pakistaní alzó vuelo y se dirigió al Himalaya, Halperin, al volver a la casa en las colinas con los del Servicio Secreto, sufrió un shock al darse cuenta de que había separado las camisas tan cuidadosamente que yo no podía haberlas guardado. Ante esa idea se sintió físicamente enfermo. Quedé pasmado cuando, en el avión, quise cambiar de camisa antes de llegar a Pekín. Invoqué el nombre de Halperin con algo menos del afecto que sentía por él en realidad. Desesperado le pedí prestada unas camisas blancas a John Holdridge —un ex cadete de West Point delgado, de un metro noventa, cuyo cuerpo no coincidía exactamente con mi físico más bien compacto. Fotos de recuerdo tomadas por los chinos a mi grupo en mangas de camisa durante nuestro paseo por la Ciudad Prohibida me muestran sonriendo enigmáticamente con vestimentas que dan la apariencia de que no tengo cuello. La medida era lo de menos, pues estas camisas, al pertenecer a un viejo amante del Asia, tenían notorios rótulos que decían «Made in Taiwán». Yo decía la verdad literal cuando manifesté a nuestros anfitriones que Taiwán era una cosa muy cercana a mí.

Además también estaba el drama de James Reston. Scotty Reston, cuya presencia en Pekín había causado tanta preocupación en la Casa Blanca, no fue, naturalmente, ningún problema para los chinos. Él y su mujer llegaron a China del sur el 8 de julio, el día antes de mi arribo a Pekín. En Cantón, su guía oficial les informó de un «cambio de planes»; debían permanecer

en el área de Cantón durante dos días y luego seguir por tren a Pekín la noche del diez para llegar a la capital en la mañana del doce. Reston protestó y pidió volar a Pekín inmediatamente. Pero el *New York Times* no inspiraba el mismo terror en China que en Washington. Se le dijo que eso era imposible. Chou En-lai alegremente me informó el 10 de julio que Reston estaba en un tren lento que convenientemente demoraría su llegada a Pekín hasta bastante después de mi partida.

En la mañana del quince Reston fue informado del anuncio de mi visita a Pekín. Esto fue motivo de un gran dolor. «En ese preciso momento» contaba más adelante Reston (1), «o así me parece ahora, el primer dolor me atravesó el vientre. Esa noche tenía una temperatura de 40° y en mi delirio podía ver al doctor Kissinger flotando por el techo de mi habitación sonriéndome desde un encapotado rickshaw». Pero todo eso resultó ser en realidad, no mortificación periodística sino apendicitis aguda. El apéndice le fue sacado el 17 de julio en el Hospital Antiimperialista de Pekín (nombre entonces corriente para el edificio construido en 1916 por la Fundación Rockefeller, más tarde rebautizado Hospital de la Amistad justo a tiempo para la visita de Nixon). Aguja de acupuntura le fueron colocadas a Scotty en el codo y debajo de las rodillas para ayudar a aliviar las molestias post operatorias. Mientras estaba en cama con las agujas puestas, ninguna medicina, ni siquiera la medicina china, podría haberlo aliviado de la agonía que sentía por haber estado tan cerca de una gran noticia y haberla perdido.

Mis colegas y yo volamos de regreso a Pakistán el 11 de julio en un estado de gran excitación y llenos con un último round de platos chinos servidos a bordo del avión. También llevábamos la última versión en inglés de las obras de Mao y álbumes de fotografías de nuestra visita preparados durante la noche.

Lord y yo redactamos un informe al presidente; las conclusiones resumían nuestro estado de ánimo excesivamente exaltado y no precisamente humilde:

Hemos preparado el terreno para que usted y Mao den vuelta una página en la historia. Pero no debemos hacernos ilusiones sobre el futuro. Profundas diferencias y años de aislamiento se abren entre nosotros y los chinos. Serán inflexibles antes de la reunión cumbre y durante ella sobre el asunto de Taiwán y otros temas importantes. Además, serían enemigos implacables si nuestras relaciones se agriaran. Mi evaluación de esta gente es que son profundamente ideológicos, cerca del fanatismo en la intensidad de sus creencias. Al mismo tiempo despliegan una seguridad interna que les permite, dentro del marco de referencia de sus principios, ser meticulosos y confiables en su trato con los demás.

Por otra parte, el proceso que ahora hemos iniciado enviará grandes ondas de expansión por todo el mundo...

Sin embargo, sabíamos perfectamente lo que hacíamos cuando nos embarcamos en este curso. También sabíamos perfectamente que la alternativa era inaceptable: el permanente aislamiento de una cuarta parte de la población más talentosa del mundo, y de un país rico en logros pasados y en potenciales para el futuro.

Y hasta los riesgos pueden ser manejados y convertidos para nuestro provecho si mantenemos los nervios serenos y continuamos con nuestra política de modo responsable. Tendremos que aclarar muy bien con la Unión Soviética la permanente prioridad que asignamos a nuestras negociaciones concretas con ellos. Del mismo modo que no nos uniremos con ellos contra China, tampoco tenemos intención de unirnos con China contra ellos. Si es manejada con cuidado, nuestra nueva política china podría tener un resultado beneficioso respecto de Moscú.

Con Japón, nuestra tarea será hacerles ver que no estamos trasladando nuestra lealtad en Asia de Japón a China. En cuanto a Taiwan sólo podemos esperar poco más que una limitación de los daños reafirmando nuestras relaciones diplomáticas...

Para Asia y para todo el mundo necesitamos demostrar que estamos ampliando el horizonte de nuestra diplomacia de modo que, lejos de dañar los intereses de otros países, sea una ventaja para todos.

Nuestro trato, tanto con los chinos como con los demás, requerirá confiabilidad, precisión, delicadeza. Si podemos dominar este proceso, habremos hecho una revolución.

EL ANUNCIO QUE SORPRENDIO AL MUNDO

El viaje de regreso a Pakistán pareció más corto que el vuelo a Pekín. Estábamos todos eufóricos; una vez más un grupo de bárbaros había sucumbido a los sutiles halagos y hospitalidad de los chinos, tanto más fascinantes por su aspecto tan natural. Todos estábamos de acuerdo con Chou En-lai en que el anuncio, ahora firmemente previsto para el jueves siguiente a las diez y media de la noche, hora de Washington, haría «temblar al mundo». Cómo logramos mantener la seguridad al aterrizar en Pakistán, envuelto como veníamos por las obras de Mao y los álbumes chinos de fotografías, no me es posible ahora imaginarlo. Tal vez las medidas de seguridad funcionan mejor en tareas que nadie cree posibles.

Llegamos a Islamabad, al sector militar del aeropuerto de Chaklala alrededor de las tres de la tarde el 11 de julio. Sultán Khan, útil e inadvertido como siempre, estaba allí para recibirnos. Seguimos una ruta cíclica hasta Murree Road y de ahí de vuelta a Islamabad como si regresáramos de la colina. Hice una breve visita de cortesía a Yahya Khan, quien estaba feliz como un muchacho por haber logrado el éxito en este golpe. Le agradecí sus esfuerzos y por el espíritu con que lo había llevado todo a cabo. Cinco meses más tarde Yahya fue derrocado. No lo volvería a ver. Después, me aseguré de encontrarme con tantos funcionarios de la embajada de los EEUU como pude, incluso el funcionario que debía escoltarme, quien violando todos los procedimientos del Departamento de Estado había perdido el contacto conmigo y no lograba darse cuenta cómo había ocurrido eso. A las seis de la tarde estábamos ya en nuestro propio avión rumbo a occidente, a París vía Teherán. Llegué a Le Bourget bastante pasada la medianoche, terminando así una jornada que había comenzado con una reunión con Chou En-lai dieciocho horas antes.

Toda la atención en París estaba centrada en Vietnam. El Viet Cong acababa de publicar su programa anual de paz, una vez más pidiendo efectivamente el derrocamiento del gobierno survietnamita. Y el ritual anual de presión del Congreso y de la prensa, sobre nosotros para que mostráramos más flexibilidad comenzaba a hacerse sentir. Fui perseguido por los periodistas por todo París, no para determinar la causa de mi dolor de estómago, sino para saber si me reuniría con Le Duc Tho, de quien se sabía que estaba en París. Y resultó que efectivamente nos reunimos. David Bruce, jefe de nuestra delegación en París, entró a la embajada por la puerta principal donde la prensa hacía su guardia; obviamente él y yo revisaríamos la estrategia de Vietnam. (Bruce conocía tanto mi viaje a China como mis negociaciones secretas sobre Vietnam.) Escapé a través de una puerta trasera siguiendo uno de los procedimientos tan exuberante y eficientemente preparados por el general Walters (descriptos en el capítulo XII). Mi reunión secreta con los norvietnamitas duró tres horas; resultó ser la reunión que más esperanzas me dio. Durante algunas intoxicantes semanas creímos que abriríamos simultáneamente los senderos hacia la paz en Vietnam y hacia China; Winston Lord y yo, en el viaje de vuelta después de ver a Le Duc Tho, tuvimos suficiente soberbia como para especular sobre cuál sería considerado como el logro más importante históricamente. Después de entrar secretamente por la puerta trasera a la embajada, me reuní brevemente con los periodistas cuando despedí a Bruce.

Esa noche cené en un restaurante con mi amiga Margaret Osmer, una atractiva e inteligente periodista de televisión. Una norteamericana que estaba de vacaciones atrapada por el espíritu de la época me acusó el alta voz: era una vergüenza que estuviera en un restaurante con una joven cuando debería estar trabajando por la paz. El embajador Arthur Watson pasó a buscarme por el restaurante para llevarme a mi avión; la hora de la partida había sido fijada de modo que pudiera llegar a San Clemente por la mañana temprano.

Llegué a la Base Aérea El Toro, de la Infantería de Marina, en California a las 7 de la mañana del martes 13 de julio. Mi viaje alrededor del mundo había durado doce días. Al Haig, que había defendido la plaza heroica y eficientemente en mi ausencia, me recibió y viajó conmigo en el helicóptero que me llevó a San Clemente. Richard Nixon estaba impacientemente esperando en el helipuerto. Se había enterado del éxito de mi gestión cuando le cablegrafié la palabra clave que habíamos acordado cuando viajábamos hacia Teherán. La palabra era «Eureka». Esto lo había entusiasmado tanto que contra lo que habíamos convenido previamente, pidió un informe inmediato por cable. Se lo envió desde el avión y él me respondió agradeciendo efusivamente y tratando de hacer una broma al informarme que tendría un día libre cuando regresara. También me pedía que primero le diera a él un informe completo en privado, después de lo cual una versión «depurada» le sería dada a su «huésped» — nombre clave que usaba Haig para el

Secretario de Estado, que estaba también en San Clemente. Se nos felicitó mucho, después, por nuestra habilidad para mantener la información en secreto; al revisar ahora el intercambio de mensajes, me veo en la obligación de agradecer a nuestra pura buena suerte y a la extraordinaria discreción de la CIA, que manejaba esas comunicaciones.

Desde las 7.20 hasta las 9.30 de la mañana estuve con el presidente dándole un detallado informe de los acontecimientos y mi largo informe escrito. Ambos reconocíamos que habíamos abierto nuevas oportunidades para nuestra diplomacia. Inevitablemente habría repercusiones en la Unión Soviética, pero pensábamos que con el tiempo éstas serían beneficiosas. El impacto sobre la guerra de Vietnam sería profundo. Cuando nos despedimos, Chou me había deseado suerte en las negociaciones. Aunque dudaba que los líderes chinos pudieran o quisieran hacer algo para ayudar directamente, mi viaje sería una importante derrota para Hanoi. Haría desaparecer de las primeras planas los engañosos «Siete Puntos» del Viet Cong, pues cortaba la campaña de Hanoi para agotarnos psicológicamente y disminuir nuestro apoyo popular. El pueblo norteamericano vería que su gobierno era capaz de jugadas audaces por la paz. Esto alentaría a todos aquéllos que en todo el mundo hacían depender su seguridad y progreso en una América del Norte segura y resuelta. Nos enfrentaríamos con inevitables problemas en Japón y en Taiwan. Pero estos igualmente habrían surgido a medida que la ofensiva diplomática de Pekín se desarrollara. El viaje nos permitía dominar los acontecimientos en lugar de aguardarlos pasivamente.

Hablamos acerca de estas implicaciones en el modesto estudio de Nixon en las alturas de su residencia en San Clemente que miraban hacia el Pacífico. Era tentador imaginarse las lejanas costas de China, a miles de millas de distancia.

Haldeman se nos unió alrededor de las nueve y media y la conversación dio un giro práctico. Él quería saber el tamaño del contingente de periodistas que acompañaría al presidente. Mostró desagrado cuando se enteró de que yo no había acordado nada al respecto, e incredulidad cuando le informé que yo había transmitido a Chou En-lai un cálculo de alrededor de cincuenta personas; el contingente del Servicio Secreto sería más numeroso que eso, sin tener en cuenta al contingente de prensa. Haldeman no veía el sentido de hacer historia, si la televisión no estaba allí para transmitirlo. Esto condujo a una larga discusión de tira y afloje entre Nixon y Haldeman respecto de cómo obtener la máxima cobertura de prensa y especialmente de televisión, y al mismo tiempo retener algún control sobre quién iría. Era una de las inamovibles presunciones de Nixon el creer que podía chantajear a la prensa para que proyectara una más benigna imagen suya premiando con atenciones especiales a aquéllos que, según él, lo trataban con ecuanimidad. No es necesario decir que jamás lo logró; ni él ni Haldeman lograron obtener un veto sobre aquéllos elegidos por la prensa para ser enviados con Nixon a Pekín.

Más seria fue la cuestión de cómo presentaría el presidente el anuncio conjunto. Todos los cánones de la tradición en relaciones públicas aconsejaban uno de esos dramáticos y emocionales discursos que señalaron la presidencia de Nixon. Pero yo me opuse enérgicamente. Estábamos en los comienzos de una nueva relación; cuanto más la adornáramos, más complicaríamos la delicada diplomacia que debía darle cuerpo. Tendríamos que aplacar a preocupados adversarios; nos veríamos obligados a dar seguridades a amigos intranquilos. Ya llegaría el momento para todas esas tareas, pero en esta temprana etapa no debíamos prometer ni calificar. Nixon debía dejar que el anuncio, por breve y escueto que fuera, hablara por sí mismo. Nixon aceptó esto con cierta renuencia, Haldeman, con grandes dudas. Al cabo de un día Nixon se dejó envolver por el espíritu de la ocasión y se fue entusiasmado cada vez más con el impacto potencial de una presentación escueta y enigmática. Lord y yo preparamos un pequeño grupo de comentarios que acompañarían al anuncio (allí se fue mi día libre). Dos años y medio de planes, esfuerzos y anticipaciones, fueron reducidos a cuatrocientas palabras.

Había cierta inseguridad respecto a cómo anunciar la aparición del presidente. Si se pedía un horario en la televisión ciertamente habría especulaciones en el sentido de que el tema sería Vietnam; la desilusión resultante, según temía Haldeman, podría viciar el impacto del anuncio. Por lo tanto favorecía explícitamente declarar que el presidente se dirigiría a la nación acerca de un tema no relacionado con Vietnam. Me opuse también a esto. La especulación que un anuncio tal generaría sería contraproducente. Estaba yo convencido de que el presidente no debía disculparse al finalizar.

Finalmente Rogers se unió a nosotros. Le transmití la versión «depurada» de mi viaje, que Nixon había sugerido. Hablamos del papel que él debía desempeñar con los nuevos aconteci-

mientos. La notificación a los gobiernos extranjeros estaría a cargo del Departamento de Estado. Rogers asumió la tarea con eficiencia. Se desarrolló un plan. Comenzaría con Japón alrededor de una hora antes del discurso presidencial.

Las cuarenta y ocho horas siguientes pasaron en medio de la ansiedad de ver si podíamos mantener el secreto y de la descompresión que sigue a las grandes tensiones. En toda mi vida pública mis propias emociones estuvieron siempre un tanto desfasadas con respecto a mi entorno. Mis momentos de alegría ocurrían cuando era claro que el éxito de algún esfuerzo era probable; esto sucedía varios días, a veces semanas, antes de que el público y hasta algunos colegas se enteraran del asunto. Cuando el público recibía el impacto total, yo ya estaba ocupándome de la fase siguiente. No hay descansos en la política exterior; cada logro es obtenido con nuevos trabajos; cada avance debe ser consolidado con nuevos esfuerzos. Y así fueron esos tensos, aunque tranquilos, dos días en San Clemente antes del discurso presidencial. Mis colegas estaban preocupados por una aparición en un estudio de televisión que ocurriría cuarenta y ocho horas después. Yo tenía el cansancio de las diferencias horarias y una creciente preocupación sobre cómo manejar lo que habíamos producido.

La tarde del 15 de julio, Nixon alivió sus propias tensiones con una de esas actuaciones al borde de un precipicio con las que le gustaba demostrar su virtuosismo y, como regalo, atormentar a sus asociados. Al enterarse de que yo iba a almorzar con el periodista del *Sunday Times* de Londres, Henry Brandon y su esposa, Muffie, Nixon los invitó a ambos a su residencia. Mientras las mostraba las habitaciones y caminaban por el jardín, dejaba caer crípticas alusiones mientras yo temblaba ante el riesgo de comprometer nuestro secreto a último momento. Nixon habló pensativamente acerca de China en la lejana costa del Pacífico frente a nosotros, acerca de la necesidad de una nueva relación y de su deseo de hacer un viaje por Asia. Afortunadamente, habló tan elípticamente que Brandon se dio cuenta sólo retrospectivamente; con toda certeza logró poner a prueba mi equilibrio emocional (2).

A las 2.45 de la tarde, hora del Pacífico (5.45 hora del Este) del 15 de julio, la Casa Blanca del Oeste anunció crípticamente que el presidente haría una «importante declaración» a través de todas las redes de televisión y radio cinco horas más tarde. La Associated Press dio a publicidad un boletín unos veinte minutos después: «El presidente Nixon hará 'una importante declaración' a través de todas las redes de televisión y radio a las 10.30 de la noche (hora del Este) sobre un asunto secreto que la Casa Blanca del Oeste se niega a discutir con antelación».

A las 5.45 de la tarde (hora del Pacífico) partí junto con el presidente en helicóptero hacia Los Ángeles. En los estudios de televisión de la NBC en Burbank, Nixon apareció ante las cámaras y micrófonos que cubrían toda la nación y pronunció su breve discurso de siete minutos:

Buenas noches: He pedido este espacio en televisión esta noche para anunciar un importante desarrollo en nuestros esfuerzos para construir una paz duradera en el mundo.

Como lo he señalado en numerosas ocasiones en los últimos tres años, no puede haber una paz durable y estable sin la participación de la República Popular de China y sus 750 millones de habitantes. Esa es la razón por la que he tomado iniciativas en diferentes áreas para abrir las puertas a relaciones más normales entre nuestros dos países.

Con ese objetivo envié al doctor Kissinger, mi asesor para asuntos de seguridad nacional, a Pekín durante su reciente viaje por todo el mundo con el propósito de mantener conversaciones con el premier Chou En-lai.

El anuncio que ahora leeré es publicado simultáneamente en Pekín y en los Estados Unidos:

El premier Chou En-lai y el doctor Henry Kissinger, asesor para asuntos de seguridad nacional, han mantenido conversaciones en Pekín del 9 al 11 de julio de 1971. Al enterarse del expreso deseo del presidente Nixon de visitar la República Popular de China, el premier Chou En-lai, en nombre del gobierno de la República Popular de China, ha extendido una invitación al presidente Nixon para visitar China en una fecha apropiada antes de mayo de 1972. El presidente Nixon ha aceptado la invitación con placer.

La reunión de los líderes de China y de los EEUU tendrá como objetivo la normalización de las relaciones entre los dos países y también el intercambio de opiniones sobre asuntos de interés para ambas partes.

Anticipándome a las inevitables especulaciones que seguirán a este anuncio, quiero poner nuestra política en el contexto más claro posible.

Nuestra actitud de buscar una nueva relación con la República Popular de China no será a expensas de nuestros viejos amigos.

No está dirigida contra ninguna otra nación. Queremos relaciones amistosas con todas las naciones. Cualquier país puede ser nuestro amigo sin por ello ser enemigo de otro país.

He dado este paso a causa de mi profunda convicción de que todas las naciones serán beneficiadas con una reducción de las tensiones y una mejor relación entre los Estados Unidos y la República Popular de China.

Es con este espíritu con el que emprenderé lo que espero profundamente sea un viaje por la paz, paz no sólo para nuestra generación, sino también para futuras generaciones que pueblen esta tierra que compartimos. Gracias y buenas noches.

Quando Nixon abandonó los estudios de Burbank, un pequeño pero ruidoso grupo lo recibió con estribillos coreados que decían: «Salgamos de Vietnam.»

Unos cuarenta y cinco minutos más temprano, el coronel Richard T. Kennedy, a cargo de mis oficinas en Washington, había entregado al infortunado Vorontsov una copia del discurso de Nixon acompañada por una nota en la que se recordaba a los soviéticos que «la secuencia de acontecimientos que ha precedido al anuncio del 15 de julio» —una poco sutil referencia al modo en que los soviéticos habían jugado con nosotros sobre el asunto de la conferencia cumbre— reafirmaba nuestros deseos de colocar nuestras relaciones con los soviéticos sobre nuevas bases. Advertía sobre «los serios resultados» en caso de que nuestras esperanzas se vieran frustradas. Todas las seguridades en el discurso y en la nota no serían suficientes para endulzar el hecho de que las posiciones para negociar entre Washington y Moscú habían cambiado.

Nixon y su equipo superior fueron luego al restaurante Perino's de Los Ángeles, donde Nixon disfrutó de un irrefutable triunfo. Se acercó lentamente a nuestra mesa en un compartimiento en un rincón, saboreando las felicitaciones de algunos clientes del lugar e invitando los buenos deseos de otros que aún no habían oído las noticias. Celebramos con una cena de patas de cangrejo y una botella de Chateau Lafite-Rothschild 1961. Al retirarnos se detuvo una vez más en el vestíbulo deteniendo a otros invitados para presentarme como al hombre que viajó a Pekín, para asombro de varios que no habían estado pegados al aparato de televisión. La ocasión fue conmovedora. Nixon no era jactancioso; se comportó como si no pudiera creer totalmente lo que acababa de anunciar. Existía una timidez mutua: Nixon siempre se sentía incómodo ante extraños y los demás invitados no se sentían cómodos en presencia del presidente. En su momento de triunfo Richard Nixon era extrañamente vulnerable, a la espera del reconocimiento sin ser del todo capaz de cubrir la brecha por la que él mismo se aislaba de sus semejantes. En este sentido, la escena en Perino's simbolizaba el triunfo y la tragedia de Richard Nixon.

Siguieron varios días de excitación —y absurdos. Las felicitaciones llegaban de todas partes del globo. Los medios de información fueron casi unánimes en sus elogios. Hubieron también comentarios adversos, no sólo por parte de los conservadores sino también, lo que resulta muy interesante, por parte de unos pocos críticos liberales quienes temían que estuviéramos antagonizando innecesariamente a la Unión Soviética. Pero estas críticas fueron acalladas por un acontecimiento que se apoderó de la imaginación de todo el mundo. Tampoco nos faltaron consejos: algunos sugirieron que el presidente visitara Pekín y Moscú en el mismo viaje; cada grupo tenía su proyecto predilecto para que Nixon lo llevara a cabo (terminación de la guerra de Vietnam, expansión del intercambio, y otras cosas). Pero éste era un problema bueno de tener. Anteriormente no habíamos sido abrumados por voluntarios que ofrecieran apoyo a nuestra política.

La ansiedad viajera con destino a Taiwán de nuestro gabinete fue inmediatamente reemplazada por un casi insaciable deseo de nuestros funcionarios de más alto nivel por visitar Pekín por asuntos súbitamente esenciales. Senadores y representantes nos inundaron con sugerencias para viajar a China continental y pedidos para que usara mis nuevos contactos para obtener entrevistas con Chou En-lai. Hasta el agente de una cantante de clubes nocturnos logró llegar hasta nosotros para ofrecer los servicios de su cliente para una gira por los lugares nocturnos de China. Cuando se le dijo que no había clubes nocturnos en China, gruñó con incredulidad y consideró que era una excusa inaceptable de la arrogancia de la Casa Blanca.

Haldeman fue presionado por su jefe para que tratara al acontecimiento como una oportu-

nidad sin igual para «vender» a Nixon adornando el drama hasta convertirlo en un poema épico. Así nació la en gran parte apócrifa saga de las sesiones en la Sala Lincoln entre Nixon, Rogers y yo. Se me dieron detalladas instrucciones para informar a la prensa sobre los parecidos entre Chou En-lai y Nixon. Se requirieron heroicos esfuerzos para convencer al personal de la Casa Blanca intimidado por Haldeman, de que la historia sucede, no se inventa, y que esta vez, de todos modos, la moderación presidencial era la mejor política de relaciones públicas.

Nixon se sintió incómodo en primer momento al ver que los elogios provenían exuberantemente de los círculos liberales que él despreciaba mientras que los que venían de los conservadores que tenían su fidelidad emocional eran menos expresivos. Pero después de unos pocos días y algunos esfuerzos explicativos hasta los conservadores comenzaron a reconocer todo su potencial. La principal nota agria vino de Japón, cuyo primer ministro Eisaku Sato era un fiel amigo de los EEUU. Era particularmente doloroso incomodar a un hombre que tanto había hecho para cimentar la amistad entre nuestros dos países. El anuncio sobre China fue conocido en Japón como la primera «sorpresa de Nixon», que sería seguida por una segunda sorpresa un mes más tarde, la del programa económico de emergencia que imponía control de precios y salarios en el interior y restricciones comerciales y monetarias en el exterior.

Armin Meyer, nuestro capaz embajador en Japón en ese momento, fue uno de los más incomodados. Oyó el anuncio por la Radio de las Fuerzas Armadas mientras se hacía cortar el pelo y su primer pensamiento fue que la referencia de Nixon a «China» era un lapsus linguae. Según sus memorias (3), la reacción inicial de Meyer fue de amargura ante esa insensatez, una reacción compartida, según él, por muchos otros americanos y japoneses en Tokio. Sin embargo, «después de varios días y semanas de reflexión» Meyer llegó a la conclusión de que «el presidente y su asesor para asuntos de seguridad nacional no podían haber tratado el asunto de un modo intrínsecamente distinto, si se quería asegurar el resultado». Meyer proponía una serie de razones: que los japoneses eran crónicamente incapaces de mantener la confidencialidad; que otros países aliados (Taiwán, Corea, los aliados del sudeste asiático, OTAN) tenían tanto o más derechos a una consulta previa (para no mencionar a la Unión Soviética); que la política japonesa no era interrumpida por la nuestra, sino que sólo la privaba de su ansiada oportunidad de estar *adelante* de nosotros en un camino que ellos habían empezado a recorrer mucho antes de que lo hiciéramos nosotros —pues ya desde el 22 de enero de 1971 Sato había ofrecido públicamente aumentar los contactos comerciales y periodísticos con Pekín e iniciar conversaciones a nivel gubernamental.

Creo ahora que podríamos haber elegido un método más sensato para informar a los japoneses, aun cuando las consideraciones de Meyer impedirían una consulta previa. Con toda seguridad hubiera sido más cortés y considerado, por ejemplo, enviar a uno de mis asociados en el viaje a Pekín a Tokio para informar a Sato unas pocas horas antes del anuncio oficial. Esto hubiera combinado el secreto con una demostración de especial consideración por un amigo bueno y decente. Presionados por los acontecimientos, la idea no se le ocurrió a nadie; fue un serio error de modales. La acusación de «maltratar a nuestros aliados» fue esgrimida por muchos críticos cuya devoción por nuestras alianzas militares y por nuestros aliados conservadores había hasta ese momento permanecido escondida. Pero aun con la perspectiva de casi una década, no sé cómo el secreto fundamental podría haber sido evitado. La delicadeza del acontecimiento y la exclusividad de la oportunidad hacía que fuera esencial que los Estados Unidos pudieran controlar el contexto de la presentación.

En su discurso el presidente pudo insistir en el hecho de que nuestra política no estaba dirigida contra ninguna otra nación y no se llevaría a cabo a expensas de nuestros amigos. Por más que sean *clichés*, sólo hay que imaginar la confusión que se habría producido si la especulación libre hubiera sido la tónica. Si el viaje hubiera sido anunciado con antelación, hubiera desatado semanas de especulaciones a las que no hubiéramos podido responder. Los oponentes hubieran aprovechado la oportunidad para elaborar siniestras implicaciones que ninguna seguridad podría disipar del todo —especialmente dado que no controlábamos realmente la agenda de las conversaciones. Y hasta aquéllos que nos apoyaban abiertamente podrían crearnos incomodidades al proponer la agenda tradicional que tratábamos de superar. Además algunos países con mayores derechos a una consulta previa tendrían un gran incentivo para sabotear el viaje. Mantener nuestro control sobre la presentación del hecho era sinónimo de mantener el control de nuestra política y sus consecuencias. Así lo aceptaba el Informe de Política Exterior

del presidente, del 9 de febrero de 1972, cuando decía que pagamos un precio por el secreto, pero el precio era «inevitable» y las razones de ellos «irrefutables».

El resultado de mi viaje era imprevisible; no queríamos arriesgarnos a inflar las expectativas, a generar presiones y a forzar a ambas partes a adoptar posiciones públicas antes de que fueran conocidos los resultados. El efecto de choque del cambio de posiciones hubiera sido inevitable sin importar cómo se hubiera manejado el viaje (recuérdese la experiencia del Ping-Pong). De todos modos, argüía el informe, ninguna negociación importante con los chinos se llevaría a cabo hasta el viaje de Nixon, antes del cual tendríamos varios meses para consultar con nuestros aliados —una promesa fielmente cumplida.

Mi colega Bill Safire encontró un precedente para nuestra posición:

MEMORANDUM A:
DE:

Henry Kissinger
Bill Safire

He aquí una cita sobre los secretos que tal vez usted encuentre ocasión de usar:

«El más peligroso de todos los dilemas morales: Cuando nos vemos obligados a ocultar la verdad para ayudar a que la verdad triunfe.»

Dag Hammarskjöld

«LA CARTA CHINA»

La diplomacia triangular, con la que ahora nos hemos comprometido públicamente no fue, comprensiblemente, valorada por todos en primer momento. No podía ser el torpe intento de colocar a China en contra de la Unión Soviética. Nosotros no jugaríamos «la carta china». La hostilidad chinosoviética había seguido su propia dinámica. No la habíamos generado nosotros; y en realidad no tuvimos conocimiento de su intensidad durante la mayor parte de la década. Ni Pekín ni Moscú luchaban el uno contra el otro para obtener nuestros favores; trataban de conseguir nuestros favores porque estaban peleando entre ellos. Nosotros no podíamos «explotar» la rivalidad; ésta se explotaba a sí misma. En la medida en que tratábamos de agravar la rivalidad perderíamos en otros aspectos. Paradójicamente hasta podríamos intranquilizar a Pekín al hacerlo: hablar de una carta china implicaba que por un cierto precio podríamos no jugarla. Los chinos a menudo expresaron el temor de que una vez que cumpliéramos con nuestro objetivo respecto de Moscú, nos desembarazaríamos de Pekín. Mao nos advirtió contra la posibilidad de «subir a los hombros de China para alcanzar a Moscú». Cualquier intento de manipular a Pekín podría hacer que China se separara de nosotros, tal vez para reexaminar sus posibilidades con la Unión Soviética para obtener el control de su propio destino. Del mismo modo, cualquier intento de nuestra parte para jugar la carta china podría tentar a los soviéticos a terminar con la pesadilla de dos potencias hostiles en dos frentes dando un golpe en alguna dirección antes de que fuera demasiado tarde, probablemente contra China, que era la más débil y no estaría protegida por un sistema de alianza con los EEUU.

El juego se llamaba equilibrio. Nosotros no tratábamos de unirnos a China en un enfrentamiento provocativo con la Unión Soviética. Pero estábamos de acuerdo en la necesidad de doblegar las ambiciones geopolíticas de Moscú. El envío de tropas de combate a Egipto, las circunstancias que condujeron a la invasión siria de Jordania, la construcción de una base naval en Cienfuegos y los choques a lo largo de la frontera chino-soviética era todo parte de un desafío uniforme al equilibrio global que debía ser resistido. Además, tanto China como los Estados Unidos querían ampliar sus posibilidades diplomáticas: Pekín para escapar del autoimpuesto aislamiento de la Revolución Cultural; Washington, para fortalecer la seguridad en un sistema internacional menos dependiente para su estabilidad en la permanente intervención norteamericana.

Pero si bien China y los Estados Unidos se habían unido por una comunidad de intereses, no se pusieron de acuerdo automáticamente sobre cómo tratarlos; y allí estaban las semillas de las futuras dificultades. Pekín enfrentaba a Moscú con el mismo celo dedicado y sin compromisos que había prevalecido en su propia guerra civil. El desafío de Pekín era polémico y filosófico; se oponía no sólo a las aspiraciones geopolíticas de Moscú sino también a su preeminencia

ideológica. Estábamos de acuerdo en frenar las ambiciones geopolíticas, pero no teníamos ninguna razón para vernos envueltos en la disputa ideológica. Además la posesión de vastos arsenales de armas de destrucción masiva imponía sobre nosotros la responsabilidad fiduciaria de millones de vidas. Teníamos la obligación moral y política de luchar por la coexistencia, si eso era posible; no evitaríamos el enfrentamiento si se nos desafiaba, pero la era termonuclear invoca el imperativo de la moderación mutua. Los críticos —algunos de ellos en Pekín— podrían despreciar este esfuerzo y proclamar su futilidad; pero, paradójicamente, sólo prosiguiendo esos objetivos estaríamos en condiciones de unir a nuestro pueblo cuando necesitaríamos enfrentar las presiones militares.

Desde el principio, Nixon y yo —solos en medio de los principales responsables de la política— estábamos convencidos de que los Estados Unidos no podían aceptar un asalto militar soviético a China. Teníamos esta opinión antes de que se produjeran contactos de ninguna especie; impusimos planes de emergencia a una renuente burocracia ya en el verano de 1969. Obviamente esto no reflejaba ningún acuerdo entre Pekín y Washington. Ni siquiera las conversaciones de Varsovia había comenzado en esa época. Se basaba en una sobria evaluación geopolítica. Si Moscú lograba humillar a Pekín y reducirla a la impotencia, todo el peso del esfuerzo militar soviético sería arrojado a occidente. Una demostración tal de implacabilidad soviética y de impotencia norteamericana (o indiferencia —el resultado sería el mismo) alentaría la presentación de otras exigencias soviéticas desde Japón hasta Europa Occidental, para no hablar de los muchos pequeños países en la periferia soviética. Claramente, la diplomacia triangular requería agilidad. En cierto sentido no debíamos usar nuestros propios músculos sino, al igual que en judo, aprovechar el peso del adversario para impulsarlo en la dirección deseada. Si teníamos éxito tendríamos una más grande serie de opciones respecto de cualquiera de las partes que las que cada una tenía respecto de la otra; también existía siempre el riesgo de antagonizar a ambas partes. Resumí esta estrategia en un memorándum a Nixon (en octubre, antes de un segundo viaje a China):

Queremos que nuestra política china demuestre a Moscú que no puede hablar en nombre de todos los países comunistas, que es beneficioso para ellos llegar a acuerdos con nosotros, que deben tener en cuenta la posibilidad de la cooperación China-EEUU. Todo esto sin exacerbar la paranoia soviética. El impacto beneficioso sobre la URSS es tal vez la consecuencia singular más importante que obtendremos de la iniciativa hacia China.

Esto ya lo hemos logrado. No hay nada que los chinos deban hacer. Nuestros intereses aquí son congruentes y sólo necesitamos continuar por el sendero que hemos iniciado. La presión sobre los rusos es algo que obviamente jamás señalamos de modo explícito. Los hechos hablan por sí mismos.

Al mismo tiempo había una natural congruencia de intereses en algunos asuntos entre nosotros y China. Contra las opiniones académicas y de otros expertos, China no había cambiado su política respecto de nosotros tan marcadamente, sólo para recuperar Taiwán, a pesar de las muchas y prominentes menciones del caso. Quería tomar su lugar en los asuntos internacionales y demostrar al mundo su prestigio e importancia. Esto proveería cierta seguridad contra las presiones soviéticas y reduciría el peligro de un condominio soviético norteamericano. Le escribía a Nixon:

Los chinos quieren librarse de la amenaza de una guerra en dos frentes, introducir nuevos cálculos en Moscú sobre si atacar a China o apoyarse en ella, y tal vez hacer que la URSS sea más flexible en su trato con Pekín. De nosotros quieren específicamente seguridades contra una unión de los EEUU y la URSS.

Esto sí estábamos en condiciones de darles. Estas seguridades eran inherentes a nuestra iniciativa y en nuestro propio interés. Estábamos en una cuerda floja; debíamos tener cuidado de no inclinarnos hacia ningún lado —a pesar de los embates— o podríamos caer al abismo.

Desde mi primera visita le dije a Chou que continuaríamos tratando con Moscú, pero informaríamos en detalle a Pekín de cualquier entendimiento que afectara a los intereses chinos que pudiéramos considerar con los soviéticos, y tomaríamos en cuenta el punto de vista chino.

Estas seguridades fueron confirmadas por Nixon en un mensaje a Chou En-lai el 16 de julio; también enviamos el texto de un informe general sobre mi viaje a Pekín que yo había entregado a los periodistas el mismo 16 de julio, una cortesía con la intención de demostrar nuestro cuidado por favorecer la nueva relación.

Este mensaje fue el primer contacto en el nuevo canal de París sobre el que habíamos acordado en Pekín, y fue entregado el 19 de julio por el General Walters al embajador chino Huang Chen. Los mensajes por el canal de París eran redactados por mí y mi equipo, aprobados por Nixon, llevados en mano a París por un miembro del equipo de la Sala de Situación y entregado por el irreprochable Walters, quien rápidamente nos dio un incentivo para enviar mensajes adicionales al enviarnos gráficos relatos de sus reuniones con los hospitalarios chinos. Walter superó hasta sus propios *standars* de hipérbole al detallar la atmósfera, la escena, las personalidades, la cocina. Hombre de gustos precisos, Walters nos regalaba con descripciones de exóticas delicias, algunas de las cuales decía que las comía sólo como un deber patriótico. Él y Huang Chen, ambos militares, pronto estuvieron intercambiando relatos de guerra con un entusiasmo no disminuido por el hecho de que en algunos casos habían estado en la misma guerra pero en lados opuestos.

Tuvimos muchas ocasiones para usar el canal de París porque pronto fuimos inundados con comunicaciones de Moscú. Contra los temores de los expertos en asuntos soviéticos, Moscú no reaccionó con hostilidad, por lo menos al principio. Radio Moscú, en su servicio doméstico dio la noticia a los radioescuchas rusos, siguiendo el texto del comunicado casi textualmente, pero omitiendo la frase «El presidente Nixon ha aceptado la invitación con placer». El primer comentario soviético serio vino nueve días después. Con estudiada indiferencia *Pravda* declaró el 24 de julio: «Nadie acá en la Unión Soviética ve en los contactos chino-norteamericanos causa alguna para sorprenderse», y continuaba:

Por supuesto el posterior desarrollo de los acontecimientos revelará mejor las verdaderas intenciones de Pekín y de Washington. Nuestro partido y el estado tomarán en cuenta todas las posibles consecuencias de los contactos chino-norteamericanos. No es necesario decir que cualquier intención de usar los contactos entre Pekín y Washington para ejercer cierta «presión» sobre la Unión Soviética, o sobre los estados de la comunidad socialista, no será más que el resultado de una pérdida de contacto con la realidad.

Por supuesto, así como la presión no es ejercida con sólo proclamarla, no se termina con sólo negarla.

La auténtica reacción soviética fue diplomática, no propagandística. La Unión Soviética comenzó a moverse enérgicamente en dos frentes para tratar con la nueva realidad internacional. Primero trató rápidamente de mejorar sus relaciones con Washington: se mostró súbitamente ansiosa por crear la impresión de que se podían lograr cosas más importantes en Moscú que en Pekín.

El 19 de julio Dobrynin en tono un tanto plañidero inquirió si la nota soviética del 5 de julio, en la que se evadía la cuestión de la conferencia cumbre, había afectado nuestra política china. Evité una respuesta; la verdad, como ya lo he señalado, fue que facilitó nuestra ruta a Pekín; la hubiéramos seguido de todos modos, pero con más rodeos. Súbitamente, la reunión cumbre en Moscú ya no era elusiva. ¿Consideraría el presidente, preguntó Dobrynin, una visita a Moscú antes de visitar Pekín? Mi respuesta fue idéntica a la que le di a Chou En-lai: las reuniones cumbre tendrían lugar en el orden en que fueran anunciadas. Otras negociaciones detenidas durante meses comenzaron mágicamente a deshelarse: Berlín, por ejemplo, y las conversaciones para protegerse de una guerra nuclear accidental. Como describiré en otra parte, ambas negociaciones llegaron a término a las pocas semanas del anuncio acerca de Pekín.

Pero también había un lado ominoso en la política soviética. En el creciente conflicto indio-pakistaní la Unión Soviética descubrió una oportunidad para humillar a China y castigar a Pakistán por haber servido de intermediario. Las tensiones en el subcontinente se habían multiplicado después de que el gobierno militar de Pakistán trató de reprimir el intento de secesión de Pakistán Oriental. India y la Unión Soviética se vieron unidas en una natural alianza de pacto. Por su parte India había inicialmente recibido con beneplácito el anuncio de Nixon del 15 de julio expresado en una generosa declaración por parte del ministro del exterior Swaran Singh en el sentido de que era un «desarrollo positivo e importante». Pero ya el 20 de julio India comen-

zó a mostrar un cambio de ideas; empezó por invocar ficticios designios chino-norteamericanos acerca del subcontinente como pretexto para sus propios arreglos con la Unión Soviética. Al responder preguntas ante el Parlamento, Swaran Singh dijo: «No podemos considerarlo (al acercamiento chino-norteamericano) con ecuanimidad si significa dominación de esos dos países sobre esta región... No podemos en este momento eliminar totalmente tal posibilidad... (y) durante algún tiempo hemos estado considerando modos y medios de evitar que surgiera esta situación.» En una referencia a la Unión Soviética, Singh continuaba: «En esto no estamos solos. Hay otros países, tanto pequeños como grandes, que pueden sentirse más perturbados que nosotros.»

Lo que Singh tenía en mente se hizo público el 9 de agosto cuando India y la Unión Soviética firmaron un tratado de amistad, que prácticamente daba a India una garantía soviética contra la intervención de China si India entraba en guerra con Pakistán. Con esta acción la Unión Soviética deliberadamente abría la puerta a la guerra en el subcontinente; ése fue el primero de una serie de pasos durante la década de 1970 por los que los soviéticos alentaron los conflictos dando armas y seguridades a países con grandes incentivos para recurrir a la fuerza. Estaba yo de acuerdo con el perceptivo análisis de Hal Sonnenfeldt y Bill Hyland:

Los aspectos de escalada de esto son obvios: si los chinos son presionados por Pakistán a contrarrestar la jugada soviética, ¿qué harán? Si no hacen nada los soviéticos habrán obtenido una gran ganancia. Ciertamente uno de sus objetivos es exponer a China como a un aliado débil. Si, por otra parte, los chinos aceptan el desafío, entonces los soviéticos deben también responder para mantener su credibilidad, una credibilidad que deberá ser respaldada con, por lo menos, más armas sofisticadas soviéticas, etc.

De modo que el conflicto indo-pakistani se convierte en una suerte de choque chino-soviético a través de representantes.

Sonnenfeldt y Hyland también predijeron que los soviéticos podrían tratar de humillar a Rumania, que era un amigo de China. De hecho los soviéticos comenzaron a hacer una guerra de nervios contra ese país a fines del verano. Nosotros protestamos vigorosamente y tal vez contribuimos a que terminaran las hostilidades.

El único modo de proteger el tierno brote de nuestra política china de ser aplastada por esta combinación de abrazo y amenaza soviéticos era asegurarnos que Pekín comprendiera nuestras acciones. Para seguir esta línea aumentamos nuestros contactos con los chinos a través de París. Entre el 1 de agosto y fines de septiembre intercambiamos más mensajes que el total de intercambios en los últimos veinte años. Usé mis visitas a París para negociaciones secretas con Le Duc Tho para reunirme, también en secreto, tres veces con el embajador Huang Chen. Un veterano de la Larga Marcha, afable y capaz, Huan Chen se convertiría más tarde en el primer jefe de la oficina china de enlace en Washington. Me tomé gran trabajo para mantener informados a los chinos acerca de todas nuestras jugadas con Moscú y acerca de nuestras evaluaciones de las intenciones soviéticas. Mantuvimos a Pekín al tanto de la súbita disposición soviética para realizar una reunión cumbre; les advertimos con cuatro semanas de anticipación los contenidos tanto del acuerdo sobre la guerra accidental como del acuerdo sobre Berlín. Entre ambas partes hubo un intercambio de opiniones sobre el progresivo deterioro de la situación en el subcontinente indio. Al saber que China no estaba dispuesta a asistir a la conferencia de las cinco potencias nucleares, rechazamos la propuesta de Brezhnev para realizarla sobre la base de que una reunión semejante sólo tendría sentido si todas las partes asistieran.

Por supuesto a Pekín no se le ofreció un veto sobre nuestras políticas o nuestras acciones; ni tampoco ellos lo buscaron. Nuestro objetivo era asegurarnos que los líderes chinos comprendieran lo que hacíamos y por qué, y cómo veíamos nosotros la situación internacional. Los líderes chinos se mostraron indiferentes acerca de la información que les era entregada, una posición correcta respecto de desarrollos que ellos no podían alterar. Si bien no había dudas de que Pekín hubiera preferido que nosotros adoptáramos una actitud abiertamente antagonista respecto de Moscú, fue claro que nuestra actitud en política exterior era geopolítica y sin sentimentalismos. No estábamos dispuestos a pagar por la coexistencia con la moneda del equilibrio de poderes. Estábamos dispuestos a una *détente* —dada la oposición doméstica y externa— pero sólo si los soviéticos abandonaban las presiones militares y ponían en práctica la moderación política.

Dos temas ocuparon el nuevo canal de París, uno explícito, el otro tácito. El tema que recibió tratamiento formal fue un segundo viaje a China por mi parte para preparar la conferencia cumbre de Pekín. Pronto esto sería oscurecido por un tema que jamás discutimos, pero del que teníamos conciencia extrema: la caída de Lin Piao en China. La efervescencia había sido con toda seguridad producida por el nuevo y rápido cambio de la política china respecto de nosotros; así lo manifestó Mao a Nixon en febrero de 1972. Ciertamente reflejaba profundas tensiones en la política china. Pero nosotros jamás tocamos el tema. Un segundo viaje mío a China había ya sido mencionado en nuestros intercambios aún antes de mi visita de julio. En julio, Chou En-lai se mostró ansioso porque así ocurriera, tal vez para quitar cualquier estigma posible ligado al secreto de la primera visita, tal vez porque tenía la suficiente experiencia como para darse cuenta de que un viaje presidencial era demasiado arriesgado si los problemas importantes no eran arreglados antes.

Nixon estaba ansioso por hacer la próxima visita él mismo, pero pronto la necesidad venció a la vanidad. Nixon nunca dejó las reuniones cumbres libradas al azar; todas en las que participó estuvieron resueltas en sus partes principales antes de que él llegara. No participaba de ninguna —hasta sus desesperados últimos meses— sin tener una idea razonable de cuáles serían los resultados. Ése es el único curso razonable para que siga un presidente. Los jefes de gobierno tienen mucho en juego como para ser los principales negociadores. Generalmente están demasiado ocupados como para dominar los múltiples detalles de los que depende una negociación. Están demasiado centrados en sí mismos como para someterse con gracia a las inevitables presiones de una negociación dilatada. Si se llega a un punto muerto, no hay recursos. Además, las reuniones cumbres son demasiado breves como para permitir el meticuloso análisis que asegura la durabilidad de un acuerdo. Nixon comprendía esto y aprobó los preparativos para mi segunda visita.

Los intercambios con Pekín relativos a mi segunda visita también tuvieron sus momentos difíciles. Por una parte, aun en los milenios de su historia, los chinos nunca se habían enfrentado con un grupo presidencial de avanzada, especialmente uno cuyas habilidades habían sido depuradas por los agotadores viajes de un candidato por el corazón de los Estados Unidos, y disciplinadas por la monotemática obsesión de la Casa Blanca de Nixon por las relaciones públicas. Cuando le advertí a Chou En-lai que China había sobrevivido a las invasiones bárbaras, pero nunca se habían encontrado con hombres de avanzada, sólo fue parcialmente una broma. Un mensaje debió ser dedicado a explicar precisamente qué haría un grupo de avanzada y por qué su tamaño necesitaba ser casi igual a lo que en mi ingenuidad le había dicho a Chou que sería la totalidad del contingente presidencial. Además nunca un avión norteamericano había volado a China y esto planteaba complicaciones políticas y técnicas. Finalmente los chinos rechazaron mi sugerencia de que me acompañara David Bruce, a pesar de que Chou lo había aceptado en julio. Ahora Pekín invocaba «razones comprensibles» por las que había que considerar la irritación de Hanoi y las incandescentes acusaciones de Radio Moscú en el sentido de que Pekín había hecho un trato sobre Indochina.

Todos estos intercambios estaban ocurriendo contra el telón de fondo de ominosos y extraños informes que venían de Pekín. En septiembre súbitamente nos dimos cuenta de que todos los líderes de China habían desaparecido de la vista del público durante cinco días; todos los aviones chinos habían permanecido en tierra durante ese mismo tiempo. A medida que avanzaba el mes fue obvio que varios líderes claves habían sido sacados de sus cargos, incluyendo gran parte del alto liderazgo de las fuerzas armadas. El más notable entre los súbitamente desaparecidos estaba Lin Piao: ministro de defensa, vice premier del Consejo de Estado, vice presidente del Politburó del Partido Comunista, presidente del Comité de Asuntos Militares del Politburó; y designado por el Noveno Congreso del Partido en abril de 1969 como heredero y sucesor del presidente Mao Tse-tung. El 12 de septiembre un avión militar chino se estrelló misteriosamente en Mongolia. El 20 de septiembre se canceló el desfile anual para celebrar la Revolución China el 1 de octubre. Claramente algo muy importante estaba ocurriendo en China.

No teníamos información de primera mano. Las comunicaciones de los chinos a nosotros sobre otros temas continuaron; eran infaliblemente precisas. No hubo ninguna interrupción en los preparativos de mi viaje ni la menor sugerencia —salvo en nuestra prensa— de que la visita presidencial podría estar en peligro. Ocasionalmente hubo alguna aspereza por parte de Pekín, pero generalmente había una explicación adecuada para ello. Por una parte estaban nuestras súbitamente florecientes relaciones con la Unión Soviética. No sólo se llevaron a tér-

mino los acuerdos sobre Berlín y sobre la guerra accidental, sino que también Gromyko había visitado Washington para traer la invitación formal al presidente para que visitara Moscú. Mientras que el año anterior los soviéticos hacían todo lo posible para evitar cualquier especulación de la prensa acerca de la conferencia cumbre, ahora no veían el modo de acelerar al máximo un anuncio público. Los frenamos lo suficiente como para darnos tiempo para anunciar mi segundo viaje a Pekín el 5 de octubre. Exactamente una semana después anunciamos la conferencia cumbre de Moscú, prevista para mayo de 1972. Sean cuales hayan sido sus pensamientos íntimos, los chinos apretaron los dientes y no dijeron nada.

CHINA EN LAS NACIONES UNIDAS

Los preparativos para mi viaje de octubre coincidieron con el debate anual sobre si Taipei o Pekín debía representar a China en las Naciones Unidas. Nuestra apertura hacia Pekín efectivamente determinó el resultado del debate de la ONU, si bien no nos dimos cuenta de esto inmediatamente. Aún antes de 1971 habíamos estado comprometidos en una básicamente condenada acción de retaguardia. Ahora todos esos procesos se aceleraban.

La República de China era uno de los fundadores de las Naciones Unidas; era uno de los miembros permanentes originales del Consejo de Seguridad. Después de la Revolución de 1949, casi todos los años se hacía una votación en la Asamblea General sobre la cuestión de cuál gobierno —el de la República de China en Taiwán o el de la República Popular de China en Pekín— sería el representante «verdadero» de China. Al principio había una mayoría contra la admisión de Pekín. Pero con la admisión de docenas de nuevas naciones africanas y asiáticas, el número de países que apoyaban a Pekín aumentaba cada año. Los Estados Unidos se retiraron en una defensa de procedimiento de la posición de Taiwán. Desde 1961 en adelante nosotros y un grupo de aliados presentábamos anualmente una resolución que convertía a cualquier propuesta para cambiar la representación de China en un «Asunto Importante» que necesitaba una mayoría de dos tercios de la Asamblea General para su aprobación. En la medida en que pudiéramos conseguir una mayoría simple para la primera votación, podríamos entonces bloquear los intentos de Pekín consiguiendo un tercio más uno de los votos en la segunda.

En 1969 la resolución del Asunto Importante había sido aprobada por un amplio margen de 71 a favor, 48 en contra y 4 abstenciones. La resolución de Albania para aceptar a Pekín y expulsar a Taiwán fue luego derrotada por 48-56-21; teníamos una ventaja en la oposición de sólo ocho votos, comparados con los catorce del año anterior. Si bien la decisión de admitir a la República Popular sería todavía derrotada al no poder obtener la mayoría de dos tercios, las fuerzas pro Pekín se dirigían claramente hacia la apertura psicológica de una simple mayoría. No sólo se estaban admitiendo nuevas naciones a las Naciones Unidas cada año, sino también el tercermundismo de moda estaba penetrando en nuestro habitual bloque de apoyo latinoamericano y hasta nuestros aliados de OTAN estaban cada vez más nerviosos.

El 19 de junio de 1970, el secretario Rogers había enviado un memorándum al presidente en el que analizaba las alineaciones en la Asamblea General a medida que se acercaba la votación de 1970. Rogers especulaba (correctamente) que el status quo podría probablemente mantenerse en 1970, pero se estaba desgastando rápidamente. Advertía al presidente de la posible necesidad de cambiar de táctica, tal vez hacia una fórmula de «representación dual». Rogers no hacía ninguna recomendación e implicaba que favorecía el mantenimiento de la posición habitual de los EEUU de oposición a la admisión de Pekín en 1970; no se esperaba ninguna resolución presidencial.

Sin embargo, una eventual derrota era cada vez más posible. Canadá reconoció a Pekín el 13 de octubre de 1970. Ottawa nos informó que Canadá continuaría votando con nosotros sobre la resolución de Asunto Importante, pero que probablemente votaría por la resolución de Albania para aceptar a Pekín. A medida que se acercaba la votación de la Asamblea General, las presiones aumentaban. El senador Jacobs Javits, miembro de nuestra delegación en la Asamblea General, urgió a la Administración para que adoptara «una línea más positiva», que cambiáramos el énfasis de mantener a Pekín fuera, a mantener a Taiwán *dentro* de las Naciones Unidas. Los Estados Unidos hicieron un significativo movimiento en esa dirección cuando el 25 de octubre Ron Ziegler dejó entrever que objetábamos la expulsión de Taiwán, no la admisión de Pekín: «Los Estados Unidos se oponen a la admisión de Pekín en la ONU a expensas de la República de China.»

El 19 de noviembre ordené un estudio interagencias sobre el tema de la representación china a largo plazo. Al día siguiente se llevó a cabo la votación. La resolución de Asunto Importante fue aprobada por 66-52-7 (el margen de 14 votos contrastaba con el margen de 23 del año anterior). La resolución de Albania recibió 51 votos a favor, 49 en contra y 25 abstenciones. No fue aprobada por no haber obtenido los dos tercios, pero por primera vez una mayoría había votado en favor de Pekín.

Tal como habíamos temido, la mayoría por la resolución de Albania resultó ser clave desde el punto de vista psicológico. El ministro del exterior de Japón informó a nuestra embajada a principios de enero de 1971 acerca de su visión pesimista de las perspectivas de una fórmula de representación dual (hacia la que estábamos dirigiendo nuestros esfuerzos) y de la resolución de Asunto Importante. El 22 de enero el primer ministro Sato, en la sesión de apertura de la nueva Dieta habló del deseo de Japón para mejorar las relaciones bilaterales con Pekín y se ofreció a iniciar contactos gubernamentales. Gran Bretaña y Bélgica indicaron privadamente que habían esperado que la posición norteamericana fuera derrotada en 1971. El secretario general de las Naciones Unidas U Thant dijo que Pekín ganaría en 1972, y aparecieron síntomas de que la Secretaría General de la ONU estaba preparando planes de emergencia para la admisión de Pekín. Los británicos, con la esperanza de mejorar sus propios lazos con Pekín, llegaron a sugerir que podrían oponerse a nosotros en el asunto de la representación dual.

El Departamento de Estado había efectivamente elaborado una fórmula de representación dual, y pronto fue obvio que esto adquiriría caracteres propios de Catch-22. Si insistíamos con la táctica del Asunto Importante, que probablemente podría obtener apoyo de simple mayoría, sería rechazada por no obtener los dos tercios requeridos. Por otra parte, si abandonábamos el Asunto Importante, la resolución de Albania sería probablemente aprobada por simple mayoría y Taiwán sería expulsada. En una reunión del Grupo Superior de Revisión el 9 de marzo yo indiqué mis propias dudas sobre la fórmula de representación dual; si los otros países estaban tratando de lograr una salida elegante, nuestros diferentes gestos de representación dual serían útiles. Pero si estaban decididos a mejorar sus relaciones con Pekín, como nosotros, votarían para asegurar la admisión de Pekín, aun al costo de expulsar a Taiwán. Mi impresión era que esto último prevalecería. La representación era el único asunto relativo a China que estaba bajo el control del Departamento de Estado; y éste por lo tanto lo perseguía con indomable persistencia. Había otros incentivos para una actividad al máximo. El Departamento jamás había superado las acusaciones de la década del cincuenta en el sentido de que había sido «blando con el comunismo» en relación con China; muchas carreras del Servicio Exterior habían sido destruidas por este asunto. Muchos funcionarios del Departamento tenían lo que resultó ser un cálculo exagerado del poder del «grupo pro China». Y ahora, tal como ya lo he insinuado, se encontraba en la poco habitual posición de, al apoyar alguna forma de representación dual, complacer tanto a los votantes liberales como a los conservadores —a los liberales pues éstos verían en esa política una vía para que la República Popular ingresara a las Naciones Unidas, a los conservadores, porque era un esfuerzo para preservar el sitio de Taiwán de alguna manera. El único problema con la representación dual era que tanto Pekín como Taipei la rechazaban y cada vez era más difícil conseguir una mayoría que la apoyara.

Todo esto culminó en presiones para anunciar la posición de la representación dual al público, preferiblemente en un importante discurso del Secretario de Estado —en el momento en que estábamos dando los primeros pasos tentativos hacia Pekín. Es por ello que el Departamento de Estado, el 28 de abril —el día siguiente a la recepción de la invitación de Chou a Nixon— consideró el status de Taiwán como «no resuelto»; ése era el azúcar legal del apoyo del Departamento a la posición de la representación dual.

A medida que pasaban los meses crecían mis dudas acerca de la política propuesta por el Departamento de Estado. Era inevitable que ella provocara escándalo en nuestras relaciones con Pekín, y aún, hasta cierto punto con Taipei. No había ninguna posibilidad de que esta posición pudiera ser mantenida durante algún tiempo. Aquellos países ansiosos por obtener la buena voluntad de Pekín no apoyarían una maniobra tan evidente. Era una posición extraña y contraproducente. Nuestro nuevo apoyo a la admisión de Pekín, aumentaba el apoyo dado a Pekín; pero dado que Pekín rechazaba nuestra fórmula de representación dual, este nuevo apoyo se dirigía a la resolución de Albania de expulsar a Taipei, y no a nuestra preferencia de mantener a Taiwán dentro de la Asamblea General. Podríamos demorar la entrada de Pekín durante un año o dos, pero el resultado final estaba ya decidido.

Cada vez más yo favorecía la actitud de mantenernos en nuestra posición (bloquear Pekín), aun cuando estuviera condenada. Al menos se respetaban los principios y se evitaban las evasiones legalistas. Al final seríamos derrotados cualquiera fuese la posición adoptada, salvo que mantuviéramos una posición de hostilidad sin compromisos contra Pekín y convirtiéramos el asunto en una prueba para todas nuestras relaciones con otros países. Y nosotros, simplemente, no estábamos dispuestos a hacer una cosa así. En la reunión del CNS en que se discutió el tema, el 25 de marzo, después de oír lo referente a la representación dual, tanto el vice presidente Agnew como el secretario del tesoro Connally, argumentaron que saldríamos mejor parados en una derrota de una posición clara, que preparando nuestra propia derrota al tratar de conseguir como máximo una demora de uno o dos años. Nixon me dijo después que estaba de acuerdo con esa opinión.

Pero él, como yo, se mostraba renuente de secundar a Rogers en este asunto. Podríamos ser acusados de ser obstinados y de no intentar una potencialmente fructífera salida para salvar el lugar de Taipei, tanto más cuanto que el Departamento de Estado nos estaba diciendo que había alguna posibilidad que Pekín aceptara el esquema. Por lo tanto Nixon decidió demorar. Eventualmente dejaría al Departamento hacer lo que quería, pero no hasta que hiciéramos importantes progresos con Pekín, o que fuera obvio nuestro fracaso. No sin ciertas ansiedades, impidió un discurso sobre la representación dual por parte de Rogers en enero, luego hizo lo mismo en abril y finalmente en junio. Bajo constante presión para que anunciáramos nuestra posición, dijo en una conferencia de prensa el 1 de junio, como ya lo he mencionado, que no tomaría una decisión hasta mediados de julio.

En mi viaje secreto le dije a Chou En-lai cuál era la posición que pensábamos adoptar. Chou confirmó que la representación dual, en cualquier forma que se la presentara, no sería aceptada por Pekín; por otra parte, China había sobrevivido durante largo tiempo sin ser miembro de las Naciones Unidas y podía hacerlo durante un tiempo más. No tuve la impresión de que él considerara el asunto como de vital interés para las relaciones chino-americanas.

Convencido ahora de que el resultado era controlable, el presidente, después de mi regreso, autorizó a Rogers a proceder con la proposición de una fórmula de representación dual. Rogers lo hizo el 2 de agosto en una larga declaración en apoyo de la admisión de Pekín en la ONU, pero oponiéndose a la expulsión de Taipei. La Asamblea General determinaría la disposición del lugar de China en el Consejo de Seguridad. (A principios de septiembre nos vimos forzados a abandonar esta posición y hasta *recomendar* que el lugar de China en el Consejo de Seguridad le fuera dado a Pekín, en la esperanza de que la mayoría de los países se sintiera atraída por este compromiso). En una entrevista con James Reston el 5 de agosto, Chou En-lai con bastante gentileza rechazó esta propuesta considerándola —no sin razón— contradictoria. El 6 de agosto el embajador chino en Ottawa, mi nuevo amigo Huang Hua, le dijo al *New York Times* que China no aceptaría ese lugar de acuerdo a esa fórmula. Éste era casi el más retorcido y conciliatorio modo en que nuestra propuesta podía ser rechazada. Tanto Chou como Huang Hua insistían, sin embargo, en que el viaje del presidente a China no se vería amenazado por nuestra posición en la ONU.

El 22 de septiembre perdimos una importante votación sobre procedimientos que era un augurio de las cosas que vendrían. El comité general de la ONU colocó la resolución de Albania en la agenda antes de las resoluciones de los Estados Unidos para la representación dual. Como nosotros habíamos confinado el Asunto Importante al problema de la expulsión, era prácticamente seguro que Pekín sería admitido antes de que nuestra fórmula de representación dual fuera siquiera votada. Mientras nos batíamos en esta batalla de procedimiento, Pekín pidió que pospusiéramos el anuncio de mi viaje de octubre. (Es interesante notar que Pekín parecía tener la sensación de que el anuncio de mi viaje mientras se llevaban a cabo estas maniobras pudiera implicar la aprobación de nuestra fórmula por parte de ellos.) Mi viaje fue anunciado el 5 de octubre.

«POLO II»

Al revisar los intercambios que precedieron a lo que en código llamábamos «Polo II», es difícil imaginarse cómo jamás logramos llegar a Pekín tres meses antes usando sólo el canal pakistaní. En el intervalo habíamos logrado enredar la nueva relación con complejidades bu-

rocráticas. Los chinos estaban estupefactos ante el tamaño de lo que llamábamos un grupo de avanzada para el viaje presidencial, y por el hecho de que fuera necesario un tercer viaje por parte de un todavía más grande equipo técnico. Estaban por comenzar a conocer métodos de organización burocrática desconocidos hasta en el país que había inventado la burocracia dos milenios antes. La departamentalización de información que Winston Lord debió observar en mi primer viaje había crecido en complejidad al hacernos acompañar por un gran grupo de personal técnico en octubre. Mi grupo se dividiría en por lo menos cuatro niveles de información, que el infatigable Lord debía mantener en orden; Holdridge, Lord y yo conocíamos tanto la política como algunos aspectos técnicos del viaje del presidente (si bien ignorábamos cómo pensaba explotarlo en el frente doméstico). Dwight Chapin, asistente delegado del presidente y jefe del grupo de avanzada, tenía un total conocimiento de los asuntos técnicos (y probablemente sabía más que yo acerca de los planes de relaciones públicas). Los técnicos de seguridad y comunicaciones estaban familiarizados sólo con las necesidades a su cargo. Finalmente, había un representante del Departamento de Estado, el capaz, prudente e ingenioso viejo experto en China Alfred Jenkins. Era un experto en los asuntos bilaterales que habían sido la base de las discusiones chino-norteamericanas durante dos décadas; mi tarea consistía en darle un sentido de la participación sin dejarlo tomar parte en las discusiones geopolíticas clave ni, particularmente, en la redacción del comunicado.

Resolví este problema lo mejor que pude haciéndoles llegar a los chinos a través de nuestro canal de París una propuesta logística sobre mi viaje de tal complejidad que gente menos talentosa jamás hubiera podido llevarla a cabo a tiempo. Esto incluía varios niveles de reuniones, cada una adaptada a la «necesidad de saber» de cada grupo en particular, preferentemente a desarrollarse al mismo tiempo, de modo que Chou y yo y un restringido grupo pudiéramos ponernos de acuerdo sobre los asuntos más importantes sin ser molestados.

Los chinos, con una larga experiencia respecto de las extrañas costumbres de los bárbaros, tomaron todo esto con notable aplomo. Nos ayudaron a resolver nuestras complicaciones burocráticas como si fuera el servicio más natural que se pudiera ofrecer a un país al que seis meses antes se consideraba como el superenemigo capitalista. En efecto, los chinos organizaron las reuniones de un modo tan aparentemente espontáneo que daba la impresión que todo había sido idea de ellos. Primero, por supuesto, fueron necesarias muchas reuniones entre el intrépido general Walters y la embajada china en París. Informó en su estilo característico acerca de una reunión con el embajador Huang Chen rociada por el poderoso licor *maotai*, con el que yo estaba penosamente familiarizado:

Luego trajeron la comida. Primero, pasteles rellenos, pastelillos redondos también rellenos, camarones fritos, y finalmente sopa. Grandes cantidades de todas estas cosas eran depositadas regularmente en mi plato. Todo esto estaba acompañado por un vino tinto perfumado y un líquido incoloro que debe ser pariente de la gasolina de 110 octanos. Dado que el solo olor de los camarones me produce náuseas, tuve que empararlos en salsa de soja. Él advirtió con aprobación que yo podía comer con palillos. Cada trago del líquido incoloro me daba la impresión de que las mucosas de mi garganta habían desaparecido, pero luego, lamentablemente, el olor a pescado de los camarones, demostraba que no había sido así. Fui muy cauteloso con el fuerte brebaje, tanto para evitar emborracharme como para salvaguardar mi conducto alimentario. Hubo largas conversaciones sobre la cocina china en aquellos momentos en que podía yo hablar.

Antes de poder partir en mi viaje se produjo la ya casi tradicional disputa con el Departamento de Estado. Rogers se enteró de mi viaje unos pocos días antes de que fuera anunciado y objetó fieramente, esta vez su argumento era que eso interferiría con nuestra estrategia sobre la representación china en las Naciones Unidas. En principio él tenía razón; los presidentes no deberían enviar emisarios independientes del Secretario de Estado. Yo no creía que la votación en la ONU se vería seriamente afectada; como tampoco lo creía nuestro embajador en las Naciones Unidas, George Bush. Mi viaje de octubre sin dudas reforzó la convicción de que el surgimiento de China en la escena mundial era ya un hecho irrevocable. Por otra parte, también podía demostrar que era posible mantener relaciones normales con Pekín a la vez que nos oponíamos a la expulsión de Taiwán de las Naciones Unidas. (Los chinos, también, como se ha advertido, parecían temer que esto pudiera afectar en ambos sentidos.) Tratamos de hacer com-

prender esto a algunos aliados vacilantes. El problema no era el viaje de alguien, sino la actitud básica: ahora que Pekín emergía de su autoimpuesto aislamiento, los distintos países no basarían su voto en fórmulas legales, sino en la importancia política que asignaban a sus relaciones con Pekín. El verdadero punto divisorio había sido el anuncio de Nixon del 15 de julio. La votación sobre procedimientos del 22 de septiembre fue un anuncio de lo que vendría.

De todos modos, difícilmente podríamos cambiar la fecha de una visita acordada durante dos meses sin que nos costara algo en nuestras nuevas relaciones con Pekín. Si el viaje del presidente se produciría en la primera parte de 1972 —como era necesario para que no se superpusiera con la reunión cumbre de Moscú— no podríamos demorarla. (Fue afortunado que no pospusiéramos mi viaje. Si así lo hubiéramos hecho me hubiera encontrado en Pekín en medio de la guerra indo-pakistaní.)

De todos modos partí el 16 de octubre, esta vez mucho más cómodamente en el *Air Force One*, probando la ruta planeada para el viaje de Nixon con escalas en Hawai y Guam; esto era para permitir que el grupo presidencial llegara a China sin sentirse demasiado exhausto por los cambios de hora y el desgaste del viaje. Llegué a China el 20 de octubre, a una China que no hacía mucho había presenciado una purga masiva de sus máximos líderes. Los chinos estaban sufriendo una crisis filosófica, tironeados por los imperativos de la *Realpolitik* y los dictados de la ideología. Esto explicaba las frías, o por lo menos indiferentes, circunstancias de nuestra recepción. Cuando aterrizamos en Shanghai el tiempo era malo, estaba parcialmente nublado; sólo un puñado de funcionarios estaban ahí —los mismos cuatro que nos habían recibido en Islamabad en julio más dos representantes de la Oficina de Asuntos extranjeros de Shanghai. Sus modales eran correctos, pero moderados. En Pekín, también, el comité de recepción era similar al que nos había recibido cuando llegamos secretamente, si bien esta vez la visita había sido anunciada públicamente. Como anteriormente, el mariscal Yeh Chien-ying encabezaba el grupo de bienvenida, y esta vez se le había unido el ministro interino del exterior Chi P'eng-fei.

En nuestro viaje en coche hasta la misma casa de huéspedes oficiales en que habíamos estado anteriormente, la caravana llegó a la ciudad por las mismas calles que estaban otra vez cerradas al tránsito y estaban fuertemente custodiadas. Al entrar a nuestras habitaciones encontramos un boletín de propaganda en inglés que contenía en la tapa un llamado a los pueblos del mundo para «derrocar a los imperialistas norteamericanos y sus secuaces». Similares carteles habían sido pintados a lo largo de la ruta seguida por nuestra caravana, la mayoría de ellas en chino, pero había una o dos en inglés. Yo no tenía ninguna intención de aceptar insultos, sin importar la enorme trascendencia que yo asignaba a las relaciones chino-norteamericanas. Le di instrucciones a un miembro de mi equipo para que entregara el panfleto a algún funcionario del protocolo chino con el comentario de que debió haber sido olvidado por la gente del grupo que ocupó anteriormente el lugar. Hice que se juntaran los demás boletines y se los di a los chinos sin ningún comentario. Los recibieron en silencio.

Los chinos no habían construido el nuevo y delicado mecanismo de acercamiento a los Estados Unidos para que ahora fuera aplastado en el altar de la ideología. El hielo comenzó a disolverse tan pronto como Chou En-lai recibió a todo el grupo en el Gran Salón del Pueblo más tarde ese mismo día. Después de que fuera tomada una fotografía del grupo a la entrada de la sala de reuniones, Chou nos hizo sentar detrás de las inevitables tazas de té verde y luego procedió a pronunciar unas pocas palabras de bienvenida personal a cada uno de los miembros del grupo. El premier había estudiado bien las biografías y eligió a mis asociados con referencias a sus vidas profesionales y educativas, y en el caso de Al Jenkins, con referencias a su residencia en China hacía veinticinco años.

Nuestra sesión preliminar fue limitada a generalidades y a la agenda. Luego Chou En-lai encabezó un banquete en nuestro honor en el que pronunció un brindis de extraordinaria calidez, libre de toda controversia ideológica, sin la menor referencia a la guerra en Indochina. Dedicó mi visita a la amistad entre China y los Estados Unidos. Tampoco omitió el halago sutil cuando bromeó sobre mi inclinación por la filosofía, recogiendo un comentario hecho varios meses atrás —mi declaración de apertura en la que llamaba a China una tierra misteriosa. El brindis no fue publicado y dado que fue menos formal, da una mejor imagen del estilo de Chou que las notas oficiales:

Doctor Kissinger y amigos: quiero aprovechar esta oportunidad para dar la bienvenida al enviado especial del presidente Nixon, el doctor Kissinger y a los otros amigos

norteamericanos que han venido a China en esta visita intermedia. El propósito de la presente visita del doctor Kissinger es hacer los preparativos relativos a las discusiones políticas y arreglos técnicos de la visita del presidente Nixon.

Un nuevo capítulo se abrirá ahora en la historia de las relaciones entre China y los Estados Unidos, después de haber estado separados durante veintidós años, y podemos decir que el mérito de esto corresponde al presidente Mao Tse-tung y al presidente Nixon. Por supuesto debe siempre haber alguien que sirva de guía, y fue el doctor Kissinger que valientemente hizo una visita secreta a China, la llamada «tierra de misterios». Todo ello fue una cosa notable. Esta de ahora es la segunda visita del doctor Kissinger a una tierra que ya no debe ser considerada «misteriosa». Ha venido como amigo, y también ha traído con él a nuevos amigos.

En lo que a mí se refiere, si bien jamás he estado en los Estados Unidos, tengo unos cuantos amigos norteamericanos y los Estados Unidos no me son desconocidos. Es evidente que los sistemas sociales de nuestros dos países son diferentes y nuestras respectivas visiones del mundo —al doctor Kissinger le gusta usar la palabra «filosofía»— son totalmente diferentes, sin embargo esto no debe impedirnos encontrar terreno común. Las conversaciones chino norteamericanas han durado ya dieciséis años, sin encontrar ese terreno común. Ahora el presidente Nixon vendrá personalmente a Pekín para continuar el diálogo, y el doctor Kissinger es su hombre de avanzada. Esperamos que estas conversaciones lograrán resultados positivos.

Nuestros dos pueblos son grandes pueblos. Aunque nuestros dos países están separados por el vasto Océano Pacífico, la amistad une a nuestros dos pueblos. Después de recibir al equipo de tenis de mesa de los EEUU este año, hemos recibido también a otros amigos norteamericanos. Esperamos que esta nueva era será recibida con un nuevo espíritu.

Propongo un brindis por la amistad entre el gran pueblo norteamericano y el gran pueblo chino. ¡Y por la salud del doctor Kissinger y todos nuestros otros amigos!

La referencia de Chou a nuestra conversación anterior, como si se tratara de un diálogo continuo, era un toque característico, una de las más penetrantes habilidades chinas. Todo lo que los chinos me dijeron, fuera cual fuese el nivel de mi interlocutor, durante todas mis visitas era parte de un intrincado diseño —si bien con mi mente occidental más lenta demoré un tiempo en comprender el ritmo. Los temas de conversación proseguían entre reuniones separadas por varios meses como si jamás hubiera habido una interrupción.

Al final de la comida Chou caminó alrededor de la sala dándole la mano a todos los miembros de mi grupo, incluyendo miembros menores, secretarías y la tripulación de mi avión, y chocando las copas con ellos. Esto dio el tono cálido del resto del viaje, que en gran medida había sido preparado por los organizadores chinos para acostumbrar a su pueblo a la nueva relación.

Primero, sin embargo, los chinos debían aclarar el asunto de los boletines en nuestras habitaciones y los carteles que habíamos visto camino a la ciudad. El ministro interino del exterior me vino a buscar a la casa de huéspedes oficiales al día siguiente de nuestro arribo para acompañarme a una reunión con Chou En-lai. En el coche, en camino al Gran Salón del Pueblo, comentó que cada nación tiene sus propios medios de comunicarse con su pueblo; nosotros usábamos los periódicos y la televisión, los chinos usaban carteles murales. Me mostró uno de ellos junto al cual estábamos pasando como ejemplo. Estaba recién instalado en el lugar donde apenas el día anterior un cartel castigaba al imperialismo norteamericano y ahora se leía en inglés: «Bienvenido campeonato afro asiático de ping-pong.» Unos minutos más tarde Chou En-lai mencionó al pasar que nosotros debíamos observar las acciones de Pekín y no su retórica; la propaganda anti norteamericana era como «disparar un cañón descargado».

No sé si los carteles ofensivos habían sido puestos por los oponentes de Chou y luego Chou había usado mi protesta para hacer que Mao los eliminara; o si fueron colocados con la aprobación de Chou para probar los límites de nuestra tolerancia; o si habían sido puesto mucho tiempo antes y dejados ahí por inercia burocrática. Sea cual fuere la causa, no se produjeron más incidentes molestos. No volvimos a ver carteles hostiles y pudimos observar muchos ejemplos de carteles que habían sido borrados. (Cuando abandonamos Pekín cinco días más tarde, similares carteles en el aeropuerto habían sido reemplazados.)

El estado de ánimo cambió radicalmente después de eso. Efectivamente, el resto de mi visita fue marcada por arrolladora cortesía y amistad y, lo que es todavía más importante, por un enorme esfuerzo para imprimir en la mente del público chino que los norteamericanos estaban allí como honrados huéspedes. El día de nuestra llegada el diario oficial del partido publicó la lista del comité de bienvenida; su alto rango subrayaba la importancia que se atribuía a la visita. El 21 de octubre, el *Diario del Pueblo* tenía dos fotografías de Chou conmigo; era la primera vez en veinte años que un funcionario americano era retratado junto a un líder chino.

La noche del 22 de octubre fuimos llevados al Gran Salón del Pueblo para ver una ópera «revolucionaria» de Pekín —una forma de arte de verdaderamente sorprendente aburrimiento en la que los villanos eran la encarnación del mal y vestían de negro, los buenos vestían de rojo, y hasta donde pude entender, la muchacha se enamoraba de un tractor. Fuimos acompañados por el Mariscal Yeh Chien-ying, el ministro interino del exterior Chi P'eng-fei, el secretario del primer ministro y otras importantes personalidades chinas, en un auditorio donde, para nuestra sorpresa, habían sido reunidos unos quinientos funcionarios chinos de nivel intermedio. Era un grupo cuidadosamente seleccionado y era la primera vez que éramos expuestos a un grupo más amplio que el máximo liderazgo. Llegamos dos horas tarde pues una reunión con Chou había sido inesperadamente dilatada. En el momento de entrar, el mariscal Yeh y otros altos dignatarios comenzaron a aplaudir con fuerza, invitando una reacción por parte del público. Con toda honestidad debo admitir que los visitantes norteamericanos no hicieron precisamente que la sala se viniera abajo, en parte debido a que no conocíamos el hábito comunista de devolver el aplauso. De todos modos, la idea a transmitir era clara: estos norteamericanos eran sin duda *personae gratae*.

Al día siguiente, el 23 de octubre, mi exposición al público fue adelantada un paso más con una ostentosa aparición. Por la mañana fui llevado a visitar la Gran Muralla y las tumbas Ming, no del todo protegidas, como en julio, de los turistas curiosos. Por la tarde nuestros anfitriones organizaron una visita al Palacio de Verano, alrededor de una hora de viaje en coche al oeste de Pekín. Mi acompañante fue nuevamente el eminente mariscal Yeh, quien tuvo cuidado de que él y yo fuéramos adecuadamente mostrados juntos ante lo que los chinos llaman «las masas». El ministro interino del exterior y el secretario del primer ministro también estaban presentes. El punto máximo de este episodio fue tomar el té a bordo de un bote en medio del lago, claramente visibles por literalmente cientos de espectadores chinos —incluyendo además, un periodista norvietnamita que tomó fotografías. Chou mencionó luego su presencia y se disculpó. No puse ninguna objeción; no me molestaba que Hanoi recibiera el mensaje, y sospechaba que Chou tenía la misma intención. El hecho de que soplara un viento fuerte y frío no amedrentó a nuestros anfitriones; evidentemente querían que ese paseo en bote se llevara a cabo y sólo un huracán habría impedido este «contacto» con el pueblo chino.

El aumento gradual de mi exposición pública era una necesidad doméstica de los chinos, pero la prueba fundamental de nuestra visita sería nuestra habilidad para organizar el viaje presidencial, hacer avanzar un poco más nuestro acercamiento político y comenzar el acuerdo sobre el comunicado. Los detalles del viaje de Nixon fueron resueltos rápidamente. Propusimos dos fechas, 21 de febrero y 16 de marzo; Chou eligió la primera. Dado que las dimensiones del grupo propuesto eran tanto más grandes que las que yo había indicado en julio, hice que mi equipo preparara un libro de informaciones para Chou que mostrara las dimensiones del grupo que había acompañado al presidente en viajes anteriores, un «plan óptimo reducido» para la visita de Nixon a China y un «plan mínimo indispensable» que finalmente habíamos elaborado. Mi esperanza era que presentáramos una propuesta razonable, Chou no la discutiría. Los chinos estudiaron la información durante dos días y luego aceptaron lo que considerábamos un raquítico grupo presidencial, que así y todo incluía varios cientos de personas. Por alguna razón Chou usó esta ocasión para decirme que había visto la película *Patton*, después de enterarse de la admiración de Nixon por la película y por el tema.

El resto de los problemas técnicos se resolvieron tan fácilmente como era compatible con la obsesiva tosidez de los hombres del grupo de avanzada. El experto en comunicaciones apareció con un ambicioso plan por el que se habría apoderado de todas las líneas telefónicas de Pekín. Le dije a Chou que cuando termináramos él seguramente podría comunicarse con Washington; si también podría hacerlo con Shanghai, eso ya era otro asunto. El jefe de nuestro destacamento de seguridad se hizo notar al pedir una lista de subversivos en cada localidad que el presidente pudiera visitar. Esto provocó un problema interesante, porque en China los con-

servadores republicanos serían indudablemente considerados subversivos, y si preguntáramos cuántos simpatizantes comunistas había, obtendríamos la alarmante respuesta de 800 millones. Nuestro experto en seguridad también se resistió fieramente a la propuesta de que el presidente pudiera viajar en un avión chino o en una limosina china —en su manual no había ningún extranjero digno de confianza así como tampoco lo eran sus máquinas. Eventualmente, Nixon debió desautorizarlo.

Chou y yo pasamos más de veinticinco horas revisando la situación mundial, otras quince trabajando en una declaración que más tarde fue conocida como el Comunicado de Shanghai. La revisión de la situación mundial siguió las pautas establecidas en julio, pero fue más profunda. Chou y yo nos dábamos cuenta de que no estábamos en posición de llegar a acuerdos formales. Cada uno trataría de comprender los propósitos del otro así como las tácticas. En la medida que estas cosas fueran compatibles, conducirían a políticas complementarias.

Ya he expresado mi aprecio por las notables cualidades de Chou. No he conocido a otro líder —con la excepción de de Gaulle— que tuviera una comprensión semejante de los acontecimientos mundiales. Su conocimiento de los detalles era sorprendente, pero donde otros líderes usan los detalles para evitar la complejidad, Chou también tenía una extraordinaria comprensión de las relaciones entre acontecimientos. Era un ideólogo dedicado, pero usaba la fe que lo había sostenido a lo largo de décadas para disciplinar una naturaleza apasionada que lo llevaba a la más aguda y no sentimental evaluación de la realidad que yo, jamás haya encontrado. Chou no identificaba el liderazgo con la proclamación de idiosincrasias personales. Se daba cuenta de que los estadistas no pueden inventar la realidad, y le gustaba citar un viejo proverbio chino: «El navegante debe guiar su nave usando las olas, de otro modo éstas lo sumergirán.» El estadista necesita saber qué es lo que no puede ser cambiado así como comprender el margen disponible para la creatividad. De este modo extraordinario —sin jamás discutir las acciones comunes— los Estados Unidos y la República Popular continuaron el proceso de coordinar sus actitudes ante los temas de la paz y el equilibrio mundial.

El enfrentamiento más dramático fue acerca del comunicado de la visita de Nixon. Los observadores externos tienden a creer, y son alentados a hacerlo así por algunos jefes de gobierno, que estas declaraciones conjuntas crecen espontáneamente de las discusiones que se supone resumen. Lo opuesto es, generalmente, la verdad. Las discusiones de los jefes de gobierno están determinadas por un comunicado habitualmente redactado con anterioridad. Dejar la redacción del comunicado para el momento de la visita es cortejar el desastre. Las funciones protocolares consumen demasiado tiempo; el peligro de correr contra el tiempo es demasiado grande. Los jefes de gobierno deben usar su tiempo en las reuniones cumbre para comprender más profundamente las percepciones y el pensamiento de sus colegas, no para discutir el lenguaje. Esto los ayudará a tomar decisiones en el futuro; y puede ser fundamental en momentos de crisis.

Nixon me había dado autoridad para negociar el comunicado de su visita. Yo podía comunicarme con Washington por medio del teletipo que había en mi avión, pero Nixon no tenía personal disponible para controlar mis recomendaciones —todos los expertos en China estaban conmigo. Ni tampoco tenía intenciones de hacerlo; como en todas las negociaciones a partir de 1971, me había dado un amplio margen de discreción. Nixon había visto y aprobado un borrador del comunicado preparado por mí y mi equipo. Estaba escrito en el estilo convencional, realzando complicadas áreas de acuerdo y obscureciendo las diferencias con obvias generalizaciones; en este caso se dejaba entrever más terreno común del que en realidad existía. Le entregué este borrador a Chou En-lai la noche del 22 de octubre. A la noche siguiente Chou me transmitió su reacción inicial —que nuestro borrador podría servir de base para nuestra discusión. Naturalmente los chinos querían agregar sus opiniones en algunos lugares; el ministro interino del exterior Chi P'eng-fei comenzaría el proceso de re-preparación del comunicado conmigo la mañana siguiente.

Para mi sorpresa, a la hora señalada apareció el premier mismo. Del modo más inesperado, pronunció un áspero discurso de una hora —siguiendo directivas expresas de Mao, dijo. Declaró que nuestra actitud era inaceptable. El comunicado debía señalar las diferencias fundamentales; de otro modo la redacción tendría «una apariencia de falta de veracidad». Nuestro borrador llevaba consigo la implicación de que la paz era un fin en sí mismo; los chinos creían que la lucha era más importante que la paz, o por lo menos que la paz surgiría de la lucha. El nuestro simulaba ilusorios acuerdos; los chinos no temían enfrentarse con la realidad de las diferencias.

Además, nosotros deberíamos renunciar a nuestros lazos con Taiwán. Nuestro presente borrador era el tipo de banalidad que los soviéticos firmarían, pero que no era lo que querían decir ni observar.

Mi actitud normal en las negociaciones era conducirlas en un tono amable para poner cómoda a la otra parte, para evitar que cada tema fuera una prueba de voluntades, y para poder enfatizar el giro hacia la firmeza cuando había que trazar una línea. Por lo tanto repliqué de un modo inusualmente duro. Dije que respetaba las convicciones de Chou, pero que las proclamaciones de doctrina infalible estaban fuera de lugar en un comunicado. Los chinos no nos respetarían si comenzábamos nuestra nueva relación traicionando a nuestros viejos amigos. No renunciaríamos a nuestros lazos con Taiwán. Los problemas entre nosotros debían ser resueltos por la historia, no por la fuerza. Estábamos acá no simplemente para dejar registrado los desacuerdos filosóficos sino para abrir nuevos senderos. No podíamos sólo hacer una lista de desacuerdos; debía haber algún empuje hacia el futuro. No creía yo que debíamos arriesgarnos a redactar un comunicado desde cero durante la visita del presidente; pero quien debía decidir era Chou.

Después de un intervalo, Chou dijo que presentaría una propuesta de borrador más tarde ese mismo día. Después de llenarnos con pato asado, Chou entregó su papel esa noche. Su diseño no tenía precedentes. Afirmaba la posición china en una cantidad enorme de temas en términos extremadamente directos. Dejaba páginas en blanco para afirmar nuestra posición, que se suponía sería la contraria. Era intransigente respecto de Taiwán. En primer momento me sentí sorprendido. Terminar una visita presidencial con un catálogo de desacuerdos era algo extraordinario; era, creía yo también, inaceptable desde el punto de vista doméstico tanto como desde el punto de vista internacional. Pero al seguir reflexionando comencé a ver que la misma novedad de esta actitud podría resolver nuestras perplejidades. Una declaración de diferencias daría la seguridad a nuestros aliados y amigos de que sus intereses habían sido defendidos; si podíamos llegar a desarrollar algunas posiciones comunes, éstas serían vistas como las auténticas convicciones de líderes con principios. Evitaríamos la exégesis de las banalidades, que es la maldición del comunicado típico. Y no correríamos el riesgo de las contradicciones y la mala voluntad después de que se publicara el comunicado y cada una de las partes explicara el significado del lenguaje ambiguo en beneficio propio.

Después de otro breve intervalo le dije a Chou que aceptaría su actitud básica. El comunicado contendría una extensa declaración de diferencias; nosotros entregaríamos la posición norteamericana para esas áreas más tarde. Sin embargo, el lenguaje de los desacuerdos debía ser compatible con la ocasión. Algunas de las formulaciones chinas estaban redactadas de un modo rígido e inaceptable; el presidente no podía poner su nombre en un documento que repetía las posiciones típicas de la propaganda que se publicaban todos los días en los periódicos. No aceptaríamos un lenguaje que tendiera a ponernos a prueba o a humillar al presidente de los Estados Unidos, aun cuando fuera claramente rotulado como el punto de vista chino. También debería haber algunas posiciones comunes, de otro modo todo el viaje sería visto como un ejercicio de la futilidad. Prometí entregar un contraborrador a la mañana siguiente.

Se convirtió en una lucha de resistencia física. Lord volvió a redactar el comunicado mientras yo dormía tres horas. Luego él se fue a la cama y yo trabajé sobre su borrador durante el resto de la noche. Nos concentramos en el ablandamiento del lenguaje de la posición china, en la redacción de las secciones que expresaban la posición norteamericana, y en el desarrollo de algunos puntos comunes de acuerdo. Deliberadamente elegimos formulaciones moderadas de nuestro punto de vista pues ésta sería nuestra primera oportunidad de presentar los valores y los propósitos norteamericanos al público. Tratábamos de dar un tono de firmeza sin beligerancia.

Nuestro contraborrador del 25 de octubre inició una sesión que duró el día entero, interrumpida ocasionalmente durante varias horas mientras los chinos traducían nuestro texto, lo estudiaban y, sin duda, explicaban su posición ante Mao. Como ya lo he mencionado, Chou estuvo de acuerdo en omitir las más egregias oraciones de la exposición de la posición china. Bosquejamos las posiciones conjuntas clave, especialmente el párrafo que se refería a la oposición de ambos países a la hegemonía. (Si bien esto más tarde se convirtió en una admirada expresión china, realmente fue introducida primero por nosotros.)

Taiwán, como era de esperar, se convirtió en el asunto más difícil. Necesitábamos una fórmula que reconociera la unidad de China, que era uno de los puntos sobre el que Taipei y Pekín estaban de acuerdo, sin apoyar las reclamaciones de ninguna de las dos partes. Finalmente ex-

presé la posición norteamericana sobre Taiwán de este modo: «Los Estados Unidos reconocen que todos los chinos a ambos lados del Estrecho de Taiwán sostienen que sólo hay una China. El gobierno de los Estados Unidos no discute esa posición.» No creo que nada de lo que hice o dije impresionó tanto a Chou como esta ambigua fórmula con la que ambas partes pudieron vivir durante casi una década. (Para ser honesto debo decir que la adapté de un documento de proyectos del Departamento de Estado para negociaciones, que luego no prosiguieron, redactado en la década de los años cincuenta.) Los chinos pidieron un receso a las 11:35 de la noche. A las 4:45 de la mañana nos dieron un nuevo borrador chino y a las 5:30 Chou regresó. Él y yo refinamos el texto durante varias horas más hasta que a las 8:10, concluyendo una sesión de casi veinticuatro horas prácticamente sin interrupciones, nos habíamos puesto de acuerdo en las líneas principales de lo que luego sería conocido como el Comunicado de Shanghai. Era un documento inusual. Sus explícitos y a veces brutales desacuerdos daban énfasis a las posiciones compartidas —la preocupación por la hegemonía (un eufemismo para el expansionismo soviético), el compromiso para normalizar las relaciones. El párrafo sobre la relación de defensa de los EEUU respecto de Taiwán, quedó abierto, pero las posiciones de ambas partes estaban una al alcance de la otra, y las partes sobre las que se estaba de acuerdo necesitaban ser fortalecidas. Yo tenía confianza de que encontraríamos una solución final cuando regresara con Nixon en febrero.

Nuestra partida estaba prevista para las nueve de la mañana. Chou me acompañó hasta la puerta de la casa de huéspedes oficiales y por primera vez me habló en inglés: «Vuelva pronto para poder disfrutar de la conversación.»

LAS NACIONES UNIDAS

Apenas habíamos levantado vuelo rumbo a casa, cuando el teletipo comenzó a lanzar la noticia de que en las Naciones Unidas habíamos perdido la batalla para preservar el asiento de Taiwán. Chou me dijo más adelante que se había enterado de la votación precisamente antes de mi partida, pero que no había querido incomodarme siendo él el primero en informarme. Irónicamente, durante mi visita no tuve la impresión de que los chinos esperaban ganar esa votación. Chou se había referido al tema sólo una vez y muy brevemente, señalando que el status de Taiwán era más importante para Pekín que el convertirse en miembro de las Naciones Unidas: Pekín no ocuparía su lugar bajo nuestra fórmula de representación dual.

La votación se había producido una semana antes de lo previsto principalmente porque menos naciones que las esperadas decidieron hablar. Los que abogaban por la resolución de Albania decidieron forzar una votación el lunes 25 de octubre por la noche. Los heroicos esfuerzos de nuestro embajador ante la ONU, George Bush, no lograron detenerla. A las 9:47 de la noche las luces de tabulación por sobre el podio de la Asamblea General mostraron los resultados. La resolución sobre el Asunto Importante, que todavía nosotros habíamos esperado que triunfara, *perdió* por 59 votos en contra, 55 a favor y 15 abstenciones. Todos los aliados de la OTAN, salvo Luxemburgo, Portugal y Grecia, votaron «no» o se abstuvieron. El *New York Times* informó lo que sigue:

Los tanzanos, que estaban entre los que organizaban el apoyo a Pekín, saltaron de sus asientos en la primera fila y bailaron una pequeña danza de la victoria. Los argelinos, sus compañeros en la organización, se abrazaron unos a otros. Los albanos, tranquilamente, se dieron las manos. Otros se pusieron de pie, aplaudieron, gritaron. Rítmicos aplausos golpeaban las paredes. La votación sobre la resolución de Albania noventa minutos más tarde fue el anticlímax. El resultado fue de 76-35 y 17 abstenciones (sin ningún aliado de OTAN de parte de los norteamericanos) (4).

De este modo la resolución de Albania fue aprobada abrumadoramente. La resolución norteamericana para la representación dual y el lugar de Pekín en el Consejo de Seguridad, por lo que nuestro gobierno había trabajado tanto para su elaboración y promoción, jamás llegó a ser votada. Lo esencial de este asunto es que naciones amigas cambiaron de posición. Muchas de ellas hacía tiempo que se veían acosadas por el deseo de no oponerse a nosotros y por el interés de ganar el favor de la poderosa China. Mientras los EEUU estuvieron en una posición de hos-

tilidad hacia Pekín, temieron que el votar por la admisión de la República Popular les acarrearía alguna pena por nuestra parte. Una vez que nuestra actitud se dirigió dramáticamente a un acercamiento con China, dejaron de temer el posible castigo. De este modo todos los esfuerzos de los EEUU para llegar a una resolución de «razonable compromiso» fueron inútiles. Al votar por la admisión de Pekín, no sólo se servían los intereses geopolíticos de otros países, sino que también el apoyar a Pekín era un modo de satisfacer a las izquierdas domésticas, tanto más útil si aparecía desafiando a los Estados Unidos.

La reacción del Congreso fue amarga y sorprendentemente amplia. Había fuertes sentimientos de tomar represalias contra las Naciones Unidas y contra los países que habían votado la expulsión de Taiwán. El secretario Rogers, en una conferencia de prensa el martes 26 de octubre, dio la bienvenida a Pekín a las Naciones Unidas, pero dijo que los Estados Unidos «lamentaban profundamente» la expulsión de Taiwán; era un precedente «sumamente desafortunado que tendría muchos efectos adversos en el futuro». Dijo que la Administración no apoyaría una reducción de fondos para la ONU en represalia, pero, para anticiparse a los asaltos por parte del Congreso, sugirió que «las naciones miembros deben pensar seriamente» acerca de si la ONU estaba «viviendo más allá de sus posibilidades». Al día siguiente, miércoles 27 de octubre, Ron Ziegler dio a publicidad una declaración mucho más aguda. Al hablar apoyándose en notas tomadas durante una conversación mantenida más temprano con Nixon, Ziegler declaró que el presidente se sentía ultrajado por el «espectáculo» de «gritos, aplausos y danzas» después de la votación; Nixon encontraba que eso era una «desagradable demostración» de «no disimulada alegría» y «animosidad personal». Cuidadoso de no condenar la votación en sí misma, Ziegler advirtió que esa conducta ofensiva y poco digna «podía dañar seriamente el apoyo a las Naciones Unidas en todo el país y en el Congreso» y «hasta podría afectar las aportaciones de ayuda exterior», ya que algunos de los delegados que exhibieron tal alegría eran de países con los que los Estados Unidos habían sido «muy generosos». La declaración de Ziegler alentó la histeria en el Capitolio. Los más agresivos, cosa bastante sorprendente, fueron los liberales que siempre habían apoyado la admisión de Pekín a las Naciones Unidas. Reformas conservadoras para reducir la contribución de los EEUU a la ONU fueron presentadas en el senado. Pero un grupo de senadores liberales, en una votación sorpresiva a última hora del viernes 29 de octubre, en un ataque de histeria típico de la era de Vietnam, *mató* la totalidad del proyecto de ley de la Administración por tres mil trescientos millones de dólares para ayuda exterior, después de llenarlo de reformas antibelicistas e indicaciones para reemplazar ayuda bilateral por ayuda multilateral. Nixon, justificadamente, condenó esta «enormemente irresponsable acción que deshace veinticinco años de constructiva política exterior bipartidaria y produce inaceptables riesgos para la seguridad nacional de los Estados Unidos».

Mientras tanto regresé tarde el 26 de octubre a una Casa Blanca ya en estado de excitación. Muchos dentro del gobierno vieron una oportunidad para debilitar mi posición dejando filtrar comentarios en los que se acusaba por el resultado de la votación sobre China a mi viaje a Pekín. Y el presidente se ponía cada vez más nervioso por la publicidad que yo estaba recibiendo. Me había elegido para la misión secreta de julio en parte a causa de que yo era menos visible que cualquier otro candidato y era más fácilmente controlable. Pero Nixon, como cualquier otro presidente, no tenía intenciones de ser desplazado por su propio ayudante. Pude percibir los ruidos de las corrientes de Washington cuando se me dijo que me detuviera en Alaska en mi viaje de regreso de modo que no regresara a casa el día de la votación en la ONU (esto había sido pedido por Rogers)— lo que era un virtual reconocimiento de que mi viaje era el responsable del resultado. Y me hicieron desembarcar en un lejano rincón de la Base de la Fuerza Aérea Andrews, inaccesible a los periodistas y los fotógrafos.

No fue un recibimiento heroico, especialmente después de los agotadores esfuerzos de los días anteriores. Pero eso no sirvió de nada. No se puede hacer un problema político de un fracaso diplomático que se consideraba inevitable, por el solo hecho de que se hubiera producido un poco antes. Y si bien Nixon podía ser egoísta y mezquino, no iba a arriesgar un triunfo inminente ni un elemento clave de su política exterior.

El planeamiento de su viaje se aceleró y pronto desaparecieron las otras consideraciones. Pekín tomó su lugar en las Naciones Unidas, no sin una broma privada entre Chou y yo. El ministro del exterior delegado de China Ch'iao Kuan-hua demostró que los chinos jamás desperdician nada: incluyó en su discurso inaugural en las Naciones Unidas casi todos los puntos polémicos que yo había eliminado del borrador del comunicado. Yo, a mi vez, le di instrucciones

a George Bush para que expresara su pesar ante la decisión de Pekín de comenzar su participación en este cuerpo internacional «disparando varios cañones de retórica». Chou lo comprendería, aunque algunos escritores de editoriales encontraron que la metáfora era áspera y otros se hacían preguntas acerca de la extraña expresión.

El 15 de noviembre propuse en nuestro canal de París que la nueva misión china ante las Naciones Unidas fuera autorizada a tratar con sus colegas norteamericanos en una emergencia. Los chinos aceptaron esto el 20 de noviembre. Este lazo sería usado muy pronto durante la guerra indo-pakistaní. De hecho, me reuní secretamente en Nueva York una docena de veces durante el siguiente año y medio con Huang Hua, quien había sido rápidamente trasladado de Ottawa para convertirse en el embajador de China ante las Naciones Unidas. Estas reuniones, junto con mis viajes anuales a China, se convirtieron en el principal canal de comunicaciones hasta la creación de oficinas de comunicación en Washington y Pekín a mediados de 1973.

Para el día de Acción de Gracias, volando conmigo a San Clemente en el *Fuerza Aérea Uno* la prensa de la Casa Blanca bromeó con mi hijo David de 9 años, que le preguntó si él conocía la todavía secreta fecha del viaje de Nixon a China. David había oído por radio mencionar una fecha en marzo, y repitió eso. La prensa alegremente informó esto como una noticia exclusiva; durante varios días después fui perseguido por los periodistas que querían saber si castigaría a mi hijo por dejar filtrar secretos de estados. Pero los informes sobre la «filtración» de David eran tan incorrectos como el informe radial que había oído en primer lugar. El 29 de noviembre la Casa Blanca anunció la fecha acordada para la visita de Nixon a Pekín —afortunadamente para mi hijo, resultó ser el 21 de febrero de 1972.

El año que había comenzado con elípticos y tentativos mensajes a través de terceras partes a Pekín, había terminado con conversaciones cara a cara y varios canales directos. Después de no haber tenido comunicaciones con los líderes chinos durante veinte años, habíamos conducido una de las más extensas revisiones de las relaciones internacionales en toda mi experiencia diplomática. Un presidente norteamericano estaba por visitar la capital china; se estaba esencialmente de acuerdo sobre un comunicado. En un salto gigantesco habíamos transformado nuestra diplomacia. Habíamos traído nueva flexibilidad a nuestra política exterior. Habíamos capturado la iniciativa y también la imaginación de nuestro propio pueblo. Teníamos mucho camino por andar, por supuesto. Pero habíamos dado un nuevo primer paso y ya habíamos recorrido parte del sendero.

Capítulo XX

LAS RELACIONES EEUU-URSS: BRECHA EN DOS FRENTES

La visita de Andrei Gromyko a Washington se produjo en un breve interludio de calma en octubre de 1970 y Richard Nixon se entrevistó por primera vez como presidente, con un líder soviético. Las crisis de Cienfuegos y Jordania habían quedado atrás. Las conversaciones Salt debían reanudarse el 2 de noviembre, las conversaciones sobre Berlín recomenzaban y a pesar del engaño soviético en Cuba y el Medio Oriente, la reciente obsesión de Nixon con una reunión cumbre en Moscú no se había alcanzado. Encontrábamos en Gromyko un artesano maestro, un Ministro del Exterior que tenía que delinear una política para un Politburo sin tener mayor experiencia del mundo exterior y que tenía que dirigir los asuntos internacionales de una superpotencia desde una jungla burocrática, en la cual su único baluarte era su competencia. Era un sobreviviente. Había vivido en el período Stalin, había pasado la era Molotov en el Ministerio del Exterior y soportado la diplomacia de montaña rusa de Khrushchev. Tenía solamente treinta y cuatro años cuando se lo nombró embajador ante los Estados Unidos en 1943. Había sido Ministro del Exterior desde 1957, cuando reemplazó a Dimitri Shepilov, luego de una temporada como Embajador ante los Estados Unidos, desde 1946 hasta 1949. Desde entonces, se había reunido en la Oficina Oval con Roosevelt y todos los presidentes americanos que siguieron.

Y el precio de la supervivencia incluía también ser el blanco de las crudas bromas de quienquiera que fuese el máximo dirigente soviético; Khrushchev y Brezhnev se parecían en este aspecto. Khrushchev llegó a vanagloriarse una vez delante de un visitante extranjero, de que si se le pedía a Gromyko que se sentara sin pantalones sobre un bloque de hielo, lo haría sin preguntar nada, hasta que se le ordenara levantarse. El humor de Brezhnev, aunque menos grosero, seguía el mismo camino. Ninguno de los dos dejaba duda alguna de que, a sus ojos, una de las grandes condiciones de Gromyko era su adherencia literal a las órdenes, como un maleable instrumento del poder arbitrario.

La cara de Gromyko se arrugaba en sonrisas cuando era blanco de este tratamiento pesado. Sólo sus ojos permanecían cansados y ligeramente melancólicos, como los de un perro que ha sufrido las inexplicables locuras de su amo, aun cuando ha sabido torcerlas de acuerdo a su propia voluntad. Gromyko mantenía una especie de altiva dignidad a través de todo esto; era leal y complaciente, pero no obsecuente. E inevitablemente llegaba el punto donde su competencia dominaba las discusiones. Se convirtió en el indispensable timón de la política exterior soviética, en el consumado diplomático soviético, bien informado, seguro y tenaz. No entraba a ninguna negociación sin estar perfectamente enterado de los asuntos a tratar. Al principio conocía poco de armas estratégicas, pero aprendió tan bien, que llegó a poder dirigir tenaces acciones de retaguardia aun en los asuntos más triviales. En realidad, para él no existían decisiones menores; cada punto debía ser logrado con tenacidad imparcial, borrando toda línea divisoria, de modo de negociar sobre cosas que nunca hubieran sido consideradas esenciales. Una vez logró embarcarme en una discusión de un día entero sobre la forma de calcular el volumen de los misiles soviéticos, que no tenía relación con ningún misil soviético conocido y que era en realidad técnicamente absurdo, aunque lógicamente impecable. Era un punto enloquecedoramente teórico, esencialmente irrelevante, pero que, una vez traído al tapete debía ser exami-

nado, por si existiera alguna trampa. (Este resultó estar libre de trampas, ya que desapareció de las negociaciones la próxima sesión.) En otra ocasión reclamó porque cada uno de los recién planeados bombarderos B-1 de los Estados Unidos debía contarse como tres armas en los recuentos totales de SALT. Cuando se le preguntó por qué, hizo una pausa y luego argumentó que eran más rápidos y podían llegar sobre la Unión Soviética antes que los B-52. Que la velocidad fuera considerada con criterio estratégico, era idea nueva. No se alteró cuando se le señaló que los B-1 eran mucho más lentos que los misiles contados como uno. Finalmente, en un gran gesto, abandonó esta línea de argumentación, aun cuando se las arregló para considerar su gesto como una valiosa concesión, que debía reconocérsele.

Normalmente, Gromyko conocía todos los matices de cada asunto; era suicida negociar con él sin estar muy al tanto de los informes o las decisiones. Era infatigable e imperturbable. Cuando se enojaba, se sabía que había sido cuidadosamente planeado. Y curiosamente, esto le quitaba bastante el ácido; uno sabía que obviamente, no era nada personal. Tenía una prodigiosa memoria, lo que le permitía acreditar cada concesión lograda, por nimia que fuese, aunque sólo le hubiese sido sugerida. Se convertía entonces en el punto inicial de la ronda siguiente. Gromyko no creía en los golpes brillantes ni en maniobras dramáticas. Su cautela innata y la conducta doméstica de Moscú estaban en contra de él. Hasta que lo elevaron al Politburó en 1973, fue un organizador, no un hacedor de política. Más adelante se hizo visiblemente más influyente, más seguro de sí mismo; hacia el final de mi mandato, no dudaba en corregir aun a Brezhnev, si él pensaba que su jefe se había apartado de la línea establecida.

El método de negociación de Gromyko parecía un estereotipo; parecía el reflejo del carácter nacional y la historia rusa. En la misma forma que Rusia había hecho su expansión a través de los siglos, por medio de graduales inundaciones del territorio de la llanura que rodeaba el original Gran Ducado de Moscovia, Gromyko prefería la presión uniforme a la movida audaz. Pacientemente, acumulaba ganancias marginales hasta que se convertían en una diferencia mayor. Confiaba en la impaciencia de su oponente para extraer ganancias de otro modo inobtenibles. Se aferraba a sus propias concesiones hasta el último momento posible, casi invariablemente hacia el mismo final de la última sesión de negociaciones que se hubiera programado. Parecía razonar que no tenía sentido desperdiciarlas, mientras hubiera la mínima posibilidad de que el otro lado pudiera ceder primero. Contra negociadores sin experiencia —y comparados con Gromyko la mayoría de los negociadores eran inexpertos— esta técnica era extremadamente efectiva. Sin embargo, cuando uno la había aprendido, esta táctica tendía a volverse contra él. Llegaba el momento en que uno se daba cuenta de que si podía conservarse la propia compostura el tiempo necesario, Gromyko revelaría que tenía más en su alforja de lo que había estado preparado a admitir.

Siempre que era posible, Gromyko trataba de vender hasta la apertura de una negociación, o sea, que exigiría que una concesión fuera el precio por sentarse a la mesa de negociación. Después de eso, buscaría cansar a su oponente regateando hasta el agotamiento sobre «principios generales». Una vez logrado esto, obtendría una segunda grieta del asunto regateando sobre cómo hacerlo, de modo que los acuerdos de prueba tendían a disolverse en la exégesis de su significado. Aunque Gromyko hablara desaprobando las ligazones en general, él era un gran partidario de ligar cada detalle de una negociación a todos los otros. Ofrecía cada concesión condicionalmente, dependiendo de algún movimiento sobre algún otro tema. Solamente cuando este laborioso proceso le había demostrado —a él y tal vez aún más a sus superiores— que al limón no le quedaba jugo que exprimírle, haría la moción de un arreglo importante, y a menudo muy rápidamente.

Y entonces se imponía su innata desconfianza, mezclada con la inseguridad congénita del sistema y la estructura burocrática en la que él vivía. La única oportunidad en la que este maestro negociador dejaba traslucir alguna emoción, era en la última fase de la negociación, después de que el acuerdo estuviera en esencia completo. Entonces Gromyko parecía atrapado por un indefinible terror de que su oponente le jugara una treta de último momento. Trataba de apresurar la firma —demostrando así que las estólicas negociaciones de los pasados meses y años habían cobrado su tributo a su compostura, después de todo. O tal vez temía la maledicencia de sus colegas si su complicado método de lograr decisiones hubiera sido en vano. Todo este previo manoseo emergía entonces como irónico reflejo de una profunda ausencia de seguridad en sí mismo, del miedo de ser finalmente engañado, a pesar de sus más tenaces esfuerzos.

No hay duda de que el sistema soviético había formado el estilo de Gromyko. Tenía dema-

siada experiencia para no saber que algunas de las proposiciones que lanzaba eran irrealizables, aun cuando se las uniera a su persistencia tenaz. Pero probablemente él podía convencer a sus jefes y más adelante a sus colegas en el Politburó, sólo a través de una sucesión de atascamientos prolongados. Una mayor flexibilidad podría haber parecido sospechosamente una impureza ideológica, o simplemente blandura.

Cada negociador debe decidir en qué punto las ganancias marginales dejan de valer la pena por la pérdida de confianza provocada por la clase de regateo que resulta de la larga práctica. Los aficionados piensan que los diplomáticos son arteros, pero el diplomático sabio comprende que no puede engañar a su oponente; a la larga, una reputación de confiabilidad y juego limpio representan una buena recomendación. Los mismos negociadores se encuentran una y otra vez y su habilidad para entenderse con los otros se ve minada si, como diplomático, se adquiere la reputación de evasión o duplicidad. Pero no dan premios en el sistema soviético para la prohibición de largo alcance. Por eso, Gromyko usaba el procedimiento de dividir diferencias minúsculas, de vender cada cambio de posición marginal lo más caro posible. Él estaba en el menudeo, no en el negocio al por mayor. Para Gromyko, cada negociación era una *tabula rasa*; comenzaba como si no tuviera historia, sin establecer reclamo u obligación alguna para el futuro. La confianza, si es que tenía algún significado, dependía de un balance de intereses, que debían ser redefinidos desde abajo en cada negociación.

Si después de 1973 yo busqué mantener a Moscú fuera de las negociaciones del Medio Oriente, la razón era parcialmente geopolítica y parcialmente, el estilo de negociación soviético. Estaba convencido de que los progresos en la diplomacia del Medio Oriente dependían de su fluidez, de mantener las posiciones de las partes relativamente abiertas, hasta que hubieran explorado, no sólo el significado legal sino también el psicológico, de lo que se estaba hablando. Pero yo sabía que Gromyko, una vez involucrado, entregaría algunos documentos con cláusulas legales interminables y luego trabajaría minuciosamente cada una de ellas. Aun con la buena voluntad soviética (que yo no daba por supuesta) éste era el camino para el atolladero, para un veto a la mayoría de los elementos y de ahí tal vez hasta la explosión.

Algunas veces, la táctica de Gromyko dejaba un mal sabor. En ocasiones él —o los que tomaban las decisiones políticas— se extralimitaban. El absoluto rechazo a arriesgarse de ningún modo, el deseo de exprimir toda ganancia posible en una negociación, ocasionaba, como ya he demostrado, que los líderes soviéticos perdieran la oportunidad de una reunión cumbre en 1970, cuando nuestra posición de regateo estaba débil, o en 1971 antes de nuestro anuncio de la reunión cumbre de Pekín. Si los soviéticos hubieran respondido en 1970, hubieran por lo menos complicado nuestra iniciativa en China e inhibido nuestra libertad de maniobra en el Medio Oriente. Si el Kremlin hubiera acabado con su política del gato y el ratón con la reunión cumbre en la primavera de 1971 y hubiera anunciado una fecha, su posición de regateo se hubiera fortificado en gran forma. Nuestros eternos críticos y algunos kremlinólogos, hubieran sido los acusados por cada punto muerto en la negociación con Moscú o en nuestro movimiento hacia Pekín. Al continuar exprimiéndonos, inadvertidamente, el Kremlin le daba a nuestros diplomáticos un extraordinario campo de acción tanto hacia Pekín como hacia Moscú.

A pesar de todo, aprendí a respetar y apreciar a Gromyko. Dentro del marco impuesto por el sistema que él representaba, era honorable, y un hombre de palabra. Era difícil lograr que estuviera de acuerdo, pero se ajustaba a sus compromisos, o, si se veía obligado a cambiar de curso, lo hacía con visible embarazo. Tenía excelente sentido del humor, aun cuando su semblante fuera severo, pero el estilo norteamericano de bromear se le escapaba al principio. Nos encontramos por primera vez en una recepción ofrecida por el presidente a los jefes de las delegaciones en las Naciones Unidas en septiembre de 1969. Gromyko se me acercó y dijo: «Se parece Ud. a Henry Kissinger». Respondí: «Y Ud. es exacto a Richard Nixon». Le llevó algunos minutos digerirlo, especialmente porque su séquito no estaba dispuesto a comenzar a reír antes de recibir su señal. Para el año siguiente ya había absorbido el estilo. Cuando hablamos de cuál era la entrada que debía usar para sus encuentros con Nixon en la Casa Blanca, Gromyko decía que no tenía importancia, ya que los guardias lo saludarían y lo dejarían entrar en cuanto apareciera —¿quién iría a detener al presidente? Para asegurarse que todos, especialmente sus asociados, comprendieran que se trataba de una broma, lanzaba una sonora risotada, reminiscente de un Santa Claus callejero.

Durante la reunión cumbre de Moscú en 1972, se rompió una de nuestras máquinas Xerox. Conociendo la reputación orwelliana de ubicuidad de la KGB, durante una reunión en el ele-

gante Salón de Santa Catalina del Kremlin, le pregunté a Gromyko si nos podía mandar a hacer unas copias, si le poníamos algunos documentos bajo la luz de la araña. Sin alteración visible, Gromyko respondió que infortunadamente, las cámaras habían sido instaladas en la época de los zares y que eran adecuadas para fotografiar personas, pero no documentos.

La argucia verbal favorita de Gromyko era la negativa doble o hasta cuádruple. «No irrelevante», era para él la más rotunda afirmativa. Cuando las cosas andaban mal, su cara tomaba tal expresión de quejosa desventura, que uno se sentía tentado a ceder con compasiva obligatoriedad. Pero por sobre todo insistiría, cualquiera fuera el curso que había tomado, utilizando todo argumento que tuviera a mano. Una vez discutía sobre dos párrafos relativamente sin importancia de un documento. Insistió vociferando, que los párrafos —*todos* los párrafos— deberían estructurarse en un crescendo que culminara en una última frase impactante. Después de permitirle que obtuviera su punto, lo confronté con idéntico argumento para el párrafo siguiente. Gromyko respondió secamente que algunos párrafos debían arreglarse en una escala descendente. Le di entonces una sola opción; no podía tener ambas. Optó entonces por crescendo en los dos párrafos.

Sin duda alguna, Gromyko fue uno de los diplomáticos más hábiles con los que tuve que tratar. En un momento, estaba manejando simultáneamente negociaciones sobre limitación de armas estratégicas, prevención de guerra accidental, Berlín, comercio y una sucesión de asuntos menores. Se condujo con habilidad, paciencia y disciplina, en la cima de todos estos asuntos. No demostraba gran visión, ni impulsaba un atrayente modelo de orden mundial, pero tampoco lo hacía el régimen que él representaba. No era su misión o la concepción de su papel, el que tuviera que responder por lo fundamental. Y no habría perdurado tanto si lo hubiera hecho. Chou En-lai, que poseía el sentido de superioridad cultural de una civilización antigua, suavizaba la hostilidad ideológica con sus maneras insinuantes y una habilidad, aparentemente fácil de llegar al corazón de los asuntos. Gromyko, como voz de un país que nunca se había impuesto sino por el poder crudo, no tenía su seguridad; tenía que probar su temple a cada paso. Era fácil quitarle importancia. Su persistencia tenaz era un método deliberado de operación, no una medida de su sutileza. Protegía a su país en tiempos de turbulencia y confusión, disfrazaba sus debilidades, promocionaba sus propósitos. Se le escapaba la grandeza final, pero sabía lograr importantes objetivos y raramente cometía errores insalvables. Hay pocos ministros del exterior a quienes se les pueda rendir este tributo.

En octubre de 1970, yo estaba al comienzo de mi experiencia con Gromyko. Él llegó a Washington durante un breve período de esperanza. Después de la terminación oficial del asunto Cienfuegos, las relaciones entre EEUU y la URSS parecían mejorar. Se habían programado charlas sobre control armamentista en Berlín. El Medio Oriente se enfriaba. Parecía que había un principio de arreglo tanto en el tiempo como en la agenda de una reunión cumbre. Mientras que la respuesta soviética del 25 de septiembre había corrido la fecha de una reunión cumbre hasta 1971, no pareció, a los ansiosos ojos de Nixon, excluir los beneficios de un prematuro anuncio antes de las elecciones de noviembre. Nixon quería asegurarse también que la planificación de una eventual reunión cumbre quedara en el Canal de la Casa Blanca. Me pidió que explorara estas posibilidades con Dobrynin antes de encontrarse con Gromyko, especialmente para asegurarse que éste no dejara escapar delante de Rogers, que estaría presente, que habíamos estado explorando una reunión cumbre desde abril —el Secretario de Estado lo había sabido recién hacía unas pocas semanas.

Se hizo rápidamente aparente que las tensiones y sospechas del verano y otoño habían cobrado su tributo sobre ambas partes. Un encuentro preliminar con Dobrynin el 17 de octubre, se había puesto algo áspero. Además de su acostumbrada letanía de errores norteamericanos, dijo que Gromyko había venido a descubrir si nosotros habíamos tomado la decisión de adoptar una línea dura. Le contesté que encontraría al presidente preparado para explorar un panorama de un futuro más promisorio. Un discurso que el presidente planeaba pronunciar ante las Naciones Unidas en unos días, estaría concebido en términos conciliatorios. Dobrynin indicó que Gromyko estaría preparado para discutir la reunión cumbre con el presidente.

Antes de su encuentro con Gromyko, le escribí un memorándum al presidente, con los datos principales. El encuentro se llevaba a cabo, señalé, en un momento de inusual sensibilidad en las relaciones de Estados Unidos y el Soviet. Nos preguntábamos sobre la actuación soviética en el Medio Oriente, su incursión militar en Cuba, su continuo desarrollo estratégico, la política de *détente* selectiva en busca de nuestra división de los europeos. No teníamos buenas indica-

ciones en cuanto a las actitudes de los líderes soviéticos, al manipuleo que ejercerían anticipándose al congreso partidario y la distribución de poder dentro de la conducción soviética. Me opuse a todo intento de enfrentar facciones en el Kremlin, poco sabíamos de cómo manejar palomas contra halcones. Nos desempeñábamos mejor en nuestras relaciones con la Unión Soviética cuando cuidábamos de nuestros propios intereses y dejábamos que los soviéticos definieran los propios. El término presidencial estaba aún muy al comienzo para tener logros fundamentales, pero esto, debíamos aclarar, era incompatible con la presión incansable para lograr ventajas unilaterales y los constantes esfuerzos para explotar los puntos vulnerables, que había caracterizado a la política soviética reciente.

A la reunión del 22 de octubre, entre Gromyko y Nixon, asistimos Rogers, yo y Dobrynin (con intérpretes de ambos lados). Gromyko se quejó de lo mismo que Dobrynin había anunciado el 17 de octubre. Nixon, en parte porque quería mantener abierta la opción para la reunión cumbre, y en parte porque era su estilo, refutó de manera más general, acentuando la importancia de buscar áreas de acuerdo, especialmente sobre SALT y comercio. Hubo una reseña sobre el Medio Oriente, Berlín, seguridad europea y Vietnam. Gromyko no tuvo nada nuevo que aportar y Nixon reafirmó la posición norteamericana. La reunión aportó una atmósfera más cordial, pero ningún momento crucial de importancia.

Sin embargo, casi al final, Gromyko se refirió al tema que Nixon había aguardado ansiosamente: la idea de una reunión cumbre. Con su acostumbrada maestría para las dobles negativas, Gromyko concedió que los pensamientos del presidente en este asunto no estaban en conflicto con los de la conducción soviética, sugiriendo como fecha para el encuentro una posterior a abril de 1971, en Moscú. Nixon, para beneficio del escribiente del Departamento de Estado, hizo como que sopesaba la idea como algo nuevo y del momento. Estuvo de acuerdo que una reunión cumbre en Moscú sería algo dramático y en verdad, tan proclive a ser mal interpretado, que la decisión sobre su realización no debía lanzarse sobre el público incauto o el Congreso, a través de un trascendido; por lo tanto, recomendaba un anuncio prematuro. Pero Gromyko no se había sostenido casi quince años como ministro del exterior por conceder cosas por nada. Tenía la intención de utilizar la perspectiva de una reunión cumbre para presionar aún más sobre asuntos que preocupaban a la Unión Soviética, tal como Berlín. Comenzó a objetar; no había tenido en realidad intención de anunciar una reunión cumbre ni hoy ni mañana. Volvería a Moscú el 29 de octubre y poco tiempo después podría decidirse entre ellos la cuestión de fechas. Nixon, no queriendo seguir con el tema delante de un grupo tan grande, ofreció mostrarle a Gromyko su reducto en el edificio de oficinas ejecutivas. Allí, fuera de alcance del grupo, en la Oficina Oval, explicó a Gromyko que todas las preparaciones para la reunión cumbre deberían tener lugar entre Dobrynin y yo.

Al día siguiente, Nixon pronunció un discurso en las Naciones Unidas, concentrando la atención en las relaciones entre EEUU y la URSS. Sin disminuir las diferencias, Nixon tomó una línea conciliatoria y esperanzada, como yo le había dicho a Dobrynin que haría. Puso el acento sobre nuestros temas eternos: que era demasiado peligroso, en la era nuclear, utilizar el clásico modelo de explotar las tensiones para ganancias unilaterales, que los Estados Unidos deseaban pasar de una era de confrontación a una era de negociación, que estábamos dispuestos a conciliar problemas sobresalientes sobre la base de reciprocidad. Se le dio a Moscú la elección entre confrontación y negociación y la preferencia de Nixon estaba por la última.

Ese día, Nixon me envió a Dobrynin, que estaba en Nueva York acompañando a Gromyko a las Naciones Unidas, para un intento más de anuncio de la reunión cumbre. Nos gustaría anunciarla el 29 o 30 de octubre, desde San Clemente, le dije a Dobrynin. No había que estar muy enterado de la política americana, para comprender esta maniobra bastante transparente, tan cerca de nuestras elecciones legislativas. Dobrynin advirtió inmediatamente sobre la mala comunicación (sorprendente anuncio de parte de una superpotencia) y sobre la lentitud en tomar decisiones, aunque finalmente cedió y prometió informar a Gromyko y a Moscú, con intención de apresurar una respuesta.

Mientras tanto, el discurso de conciliación de Nixon en la ONU, había sido bien recibido. El *Christian Science Monitor* del 24 de octubre cargaba las tintas sobre los soviéticos. «El presidente está anunciando la diplomacia norteamericana regular. Aplaudimos su apelación responsable, de alto nivel. Urgimos a los conductores de Moscú a responder de la misma forma.» El *New York Times* del 25 de octubre, haciendo notar que estábamos en una «encrucijada», dijo

MIS MEMORIAS

que la respuesta de Moscú al nuevo interrogatorio de Nixon «contiene no sólo la respuesta a la *détente*, sino al futuro de la paz mundial».

Pero no estaba escrito que las relaciones mejoraran tan dramáticamente. Surgieron problemas menores casi espontáneamente, para agriar las cosas. Primero, dos generales norteamericanos sobrepasaron la frontera turco-soviética en un pequeño aeroplano Beechcraft, el 21 de octubre, aterrizando dentro de la Unión Soviética. No había duda que los desventurados oficiales habían cometido una honesta equivocación. Los líderes soviéticos, sin embargo, no sólo miraban los dientes de los caballos regalados, sino que solamente los entregarían a punta de pistola. Se le dieron instrucciones a Dobrynin para traer al tapete la cuestión de la liberación de un agente de espionaje soviético, Igor Ivanov. La idea de canjear dos generales, que no tenían nada que hacer con inteligencia, por un espía convicto era irritante, especialmente porque Dobrynin sabía que los Estados Unidos ya estaban considerando la liberación de Ivanov. Y entonces, en noviembre, un marinero lituano, Simas Kudirka, trató de desertar de su barcaza de pesca hasta el guardacostas norteamericano, durante una negociación pesquera en las costas de Massachusetts. El perplejo comandante del guardacostas permitió que los marineros soviéticos subieran a bordo y arrastraran a Kudirka a su barco. Esto enfureció a Nixon y a mí, pero todo había terminado, mucho antes que cualquier funcionario de alto rango pudiera intervenir. (Se supo más tarde que Kudirka tenía una válida pretensión para reclamar la nacionalidad norteamericana. Se le permitió emigrar a los Estados Unidos después que el presidente Ford intercediera privadamente ante Brezhnev.)

Pero la causa real de la altivez soviética estaba en otra parte. El motivo que Nixon tenía para buscar un anuncio prematuro era demasiado obvio y político y los soviéticos no estaban equivocados al considerarlo fuera de fecha, desde el punto de vista de la política exterior. El Politburó no quería una reunión cumbre hasta no zanjar el problema Berlín y temía que, una vez arreglada la reunión cumbre, nosotros no tuviéramos un adecuado incentivo para proceder. Otra, y probablemente la causa decisiva de la duda soviética, fue la condición incierta de las relaciones internas de la conducción soviética. Después del derrocamiento de Khrushchev en 1964, la Unión Soviética estaba gobernada por una troika de Brezhnev, Kosygin y Podgorny. Hasta bien entrado 1971, todas nuestras comunicaciones de alto nivel con la Unión Soviética se realizaban con Kosygin. Al acercarse el congreso partidario, se hacía evidente la dominación de Brezhnev, pero nosotros todavía presumíamos que el primer ministro Kosygin sería el huésped de Nixon. Gromyko no lo negó, cuando Nixon mencionó el nombre de Kosygin en ese sentido. Hasta que Moscú no hubiera sorteado sus prioridades internas, el Politburó tendría sumo cuidado de no arriesgar su cohesión en una reunión cumbre.

Finalmente, la conducción soviética no había aún acabado con las oportunidades para una *détente* selectiva en Europa. Suavizando las tensiones con los aliados de Europa Occidental, mientras mantenían la línea dura con nosotros, Moscú alentaba la esperanza de favorecer las divisiones con la alianza occidental. Ya que éramos culpados por las tensiones, la OTAN podría ser forzada a aparecer en Europa como un abtáculo para la paz, que tornaba la amistad con los Estados Unidos en una fuente de peligro antes que de seguridad. Una selectiva *détente* era una forma de alentar la neutralidad europea.

Cinco días después de la conversación Gromyko-Nixon, Dobrynin me trajo la respuesta a la proposición de un anuncio prematuro. Reafirmaba el deseo de Moscú de una reunión cumbre. Estaba de acuerdo con el presidente, que la reunión cumbre debería estar cuidadosamente preparada. Dobrynin y yo tendríamos que ponernos a trabajar en el asunto inmediatamente y, como parte de esta preparación, la fecha y el anuncio apropiado, podrían, por supuesto, discutirse. Pero era evidente que el 30 de octubre era prematuro. El conductor soviético rechazaba el «temor» de Nixon por un trascendido, ya que, con tan pocas personas enteradas, ese peligro era inexistente. Y en esta forma algo desdeñosa, los soviéticos evadieron la apertura de Nixon.

Pero si los líderes soviéticos creían que el tiempo estaba de su lado, no habían hecho cálculos correctos. No podían completar su política alemana sin cooperación nuestra, ya que el Parlamento alemán arrastraría los pies para ratificar los Tratados Orientales sin un arreglo en Berlín; y nosotros habíamos procurado que *esto* fuera dependiente de un mejoramiento de las relaciones entre Moscú y Washington. Unas pocas semanas más adelante, el Kremlin comenzó a darse cuenta de que su estrategia de *détente* selectiva no tendría buen resultado. Hacia mediados de diciembre de 1970, se encontró de pronto, enfrentado con un motín en su propia casa.

LOS DISTURBIOS POLACOS

El folklore insiste en que las revoluciones tienen lugar cuando las condiciones son desesperadas. La realidad, percibida desde Tocqueville, es que la mayoría de los levantamientos han tenido lugar cuando las condiciones parecían estar mejorando. Los que están completamente oprimidos están generalmente demasiado desmoralizados para rebelarse. Es en el momento en que los gobiernos toman demasiada confianza, cuando los cambios violentos parecen producirse, cuando el pueblo presente que tiene algún margen para maniobrar y cuando hay algún progreso que confirme sus expectativas.

Así ocurrió con Polonia. El 7 de diciembre de 1970, Brandt reconoció las nuevas fronteras de Polonia, abandonando el reclamo de Alemania de recobrar los territorios al este de la línea Oder-Neisse. Fue a Varsovia para firmar el tratado, se arrodilló ante el monumento del Ghetto de Varsovia, e hizo una conmovedora e histórica visita a Auschwitz. El líder del partido polaco, Wladyslaw Gomulka calculó, correctamente, que el tratado con Alemania tranquilizaría la eterna pesadilla polaca de una Alemania irredenta. Pensó, equivocadamente, que podía usar su recién adquirida popularidad para resolver las enfermedades económicas crónicas de Polonia. Las industrias masivamente ineficientes de Polonia habían aumentado su productividad, pero habían estado archivando artículos no queridos, hasta que, para 1970, sus inventarios habían alcanzado el sorprendente total del 50 % del producto nacional bruto. Dos malas cosechas consecutivas compusieron una crisis de alimentos, al faltar en el mercado. El desempleo tuvo algo que agregar a la tensión; al comienzo de 1970, 200.000 trabajadores «sobrantes» fueron despedidos. Estos factores combinados dieron a Polonia, desde 1966 hasta 1970, el ritmo más lento de aumento del salario real de Europa oriental.

El 13 de diciembre, escasamente una semana después de la firma del tratado de Alemania Oeste, el régimen polaco elevó el precio de los productos de la carne en cantidades que oscilaban entre un 10 y un 33 %. La primera señal de perturbación sobrevino en Gdansk, sobre la costa báltica. Las protestas de los trabajadores produjeron un levantamiento que se extendió a dos ciudades cercanas, Sopot y Gdynia. Para el 15 de diciembre, los trabajadores portuarios de Gdansk marchaban sobre el cuartel general del Partido Comunista. Dos días más tarde hubo que utilizar tanques para sofocar levantamientos en el puerto de Szczecin. El 18 de diciembre se extendieron las demostraciones al pueblo minero de Katowice. El 20 de diciembre, Gomulka fue reemplazado como secretario del Partido por Edward Gierek, quien dijo a la gente que los disturbios habían sido causados por «conceptos apresurados de política económica», que «suprimiremos». El 23 de diciembre, el Parlamento polaco nombró a Piotr Jaroszewicz en lugar del primer ministro Josef Cyrankiewicz. Inmediatamente congeló los precios de los alimentos por dos años.

Estos dramáticos sucesos nos presentaban dos desafíos; el más inmediato, foco de discusión gubernamental de Estados Unidos, era cómo podríamos reaccionar si los soviéticos reprimían los disturbios polacos militarmente. Desafortunadamente, los casi treinta años de historia de postguerra nos habían dejado pocas dudas en cuando a nuestra limitada capacidad para la intervención militar y los estudios contingentes nos lo confirmaron. Si no podíamos contener la represión soviética, eran pocos los medios con que contábamos para deshacerla.

En oposición a mis ideas en la crisis checa de 1968, estaba convencido de que los soviéticos no estarían dispuestos a emprender la ocupación militar de un país del tamaño y la importancia de Polonia. El aspecto más importante de los disturbios polacos eran las lecciones que los soviéticos podían derivar de ellos. La política soviética había buscado alentar la disociación de Europa Occidental de los Estados Unidos, pero, al estimular una mayor política nacional alemana, la Unión Soviética había evocado similares tendencias nacionales en Europa Oriental. Un acuerdo que resolviera los problemas de la política exterior nacional polaca sobre una base bilateral con Bonn, había animado al gobierno polaco a aliviar sus problemas domésticos sobre una base nacionalista y enfrentar así a la Unión Soviética con tendencias centrífugas en su imperio de Europa Oriental. Yo pensaba que los disturbios polacos empujarían a Moscú hacia los Estados Unidos. El 20 de diciembre escribí al presidente:

Los líderes soviéticos pueden también inclinarse a pensar que la *Ostpolitik* tiene un efecto perturbador en Europa Oriental. Por ejemplo, pueden pensar que el tratado con Alemania hizo creer a Gomulka que podía imponer precios impopulares sobre la pobla-

ción y por eso, Moscú podrá pretender también una pausa en sus relaciones con Bonn...

Al mismo tiempo, con esta *détente* con Bonn por lo menos temporariamente detenida, los líderes soviéticos, si prefieren mantener alguna imagen de *détente*, pueden inclinarse a demostrar alguna mejoría en sus relaciones con nosotros.

Así, para mediados de diciembre de 1970, la posición de regateo entre nosotros y Moscú había, a mi entender, variado y estábamos en realidad en la posición más fuerte desde que Nixon había asumido. Teníamos a Cienfuegos y Jordania detrás de nosotros; habíamos demostrado nuestra determinación de resistir las presiones; Moscú había experimentado la fragilidad de su dominio en Europa Oriental y nosotros teníamos una válvula de seguridad de la cual el Kremlin aún ni se había percatado. Alrededor de diez días atrás, habíamos recibido la primera comunicación directa de la conducción China, proponiendo conversaciones de alto nivel.

Después de entregar mi memorándum, mantuve varias conversaciones extensas con el presidente sobre esta situación. Le dije que había llegado el momento de probar el Canal entre Drobnyin y yo. Conjeturé que los soviéticos estaban preparados para romper los puntos muertos en una cantidad de negociaciones, entre las cuales SALT y Berlín eran especialmente importantes, ya que SALT podría tener influencia sobre nuestro presupuesto de defensa y Berlín pondría a prueba la cohesión aliada.

Dije que estábamos a punto de sufrir nuevamente el ataque ritual anual por parte del Congreso, por nuestro presupuesto de defensa, cuyo símbolo era el misil antibalístico (ABM), que era también nuestra ficha principal de regateo en las negociaciones SALT. Porque se estaban movilizandando las mismas fuerzas de batallas anteriores, las trincheras se verían frecuentadas por las mismas figuras que estaban ahora tan acostumbradas a la confrontación, que ésta se había convertido en un fin en sí misma. La delegación anual de figuras científicas y académicas aparecería en las sesiones del Congreso, oponiéndose todas a ABM, por ser tanto ineficaz como amenazante para la estabilidad estratégica. La repetición no había aún clarificado cómo ambas críticas podían ser válidas simultáneamente. Los principales Senadores tomarían el reto, sometiendo resoluciones que regularan nuestro despliegue militar o nuestra base de negociación —era el síndrome de Vietnam extendiéndose a otras áreas. El *New York Times* y el *Washington Post* proporcionarían el acompañamiento con editoriales dos veces por semana. Nuestro presupuesto de defensa sería podado, primero por la administración, para asegurarse el derecho de prioridad sobre los ataques del Congreso y luego por el Congreso, para afirmar sus prerrogativas y para cumplir con el mito asiduamente cultivado por diferentes grupos de paz, de que sólo si el Congreso mutilaba nuestro aparato militar, el Gobierno se comportaría y terminaría la guerra en Vietnam. Ya sea por acuerdo con los soviéticos o por imposición legislativa de una u otra forma, nos acercábamos al abandono unilateral del ABM.

Pero una vez que eso ocurriera, los soviéticos perderían todo incentivo para detener su aparato ofensivo. Es por eso que el presidente y yo insistíamos en ligar las limitaciones a nuestro programa ABM con el congelamiento del despliegue militar ofensivo de los soviéticos*. El Departamento de Defensa, no sólo apoyó, sino que insistió en este punto. En diciembre de 1970 urgió al presidente a abrir las negociaciones con ese fin: si fallábamos, las presiones del Congreso podrían hacernos perder palanca en el aparato estratégico soviético.

Sobre Berlín, le dije al presidente que pensaba que un acuerdo podría ser exigido por el parlamento alemán como precio por ratificar los tratados del canciller Brandt con Moscú. Esto requería nuestra aprobación, como uno de los cuatro poderes ocupantes (los Estados Unidos, la Unión Soviética, Gran Bretaña y Francia) y probablemente también nuestra diplomacia activa. Nuestro papel de pivote restringía las corrientes nacionalistas subterráneas de la *Ostpolitik* y forzaba a los soviéticos a buscar nuestro apoyo. Le describí los problemas de los soviéticos a Nixon en un memorándum:

Los soviéticos pueden estar bastante preocupados, porque no pueden asistir al Congreso del Partido en marzo con su política occidental enmarañada —sin progreso en Berlín, sin movimiento en cuanto a ratificar los tratados alemanes, ninguna posibilidad

(*) La propuesta anterior de congelar la construcción de armas ofensivas era, por supuesto, para ambas partes, pero como no teníamos desarrollo militar previsto para los próximos cinco años, el congelamiento era en realidad para los soviéticos.

de asistencia económica por parte de los alemanes del Oeste— salvo que nosotros tenemos la llave para esta complicada maraña de problemas en aumento.

Al mismo tiempo, teníamos un gran interés en mejorar la vida en Berlín, manteniendo la moral de su población y especialmente eliminar este eterno pretexto para la extorsión soviética. Lamentablemente, las negociaciones en Berlín estaban empantanadas en una confusión de complejidad legalista y burocrática. Cada propuesta debía encaminarse a través de una complicada maquinaria de Cuatro Poderes, que incidentalmente, excluía el país con más interés en el resultado: la República Federal Alemana, cuyos gobernantes asistían solamente a las reuniones de un grupo consultivo aliado. Dadas las dificultades de negociación de cada propuesta dentro de cada gobierno, luego entre los poderes occidentales y finalmente con los soviéticos, el progreso era glacial. Cada cambio involucraba semanas de controversia, comprensible solamente a unos pocos abogados, cuya extraña especialidad era el arcano asunto del Acuerdo de Postdam de 1945 y su posterior historia legal.

Las negociaciones presentaban para nosotros complejidades especiales. Por una parte, podíamos producir una mejora en el acceso a Berlín y trasladar la *Ostpolitik* a un marco multilateral solamente si estábamos preparados para sostener un prolongado punto crucial. Esto haría comprender a los soviéticos que necesitaban un acuerdo con Berlín más que nosotros y hasta cierto punto, lo habíamos logrado. Por otra parte, si no se lo manejaba con cuidado, un prolongado estancamiento que no ofreciera esperanzas de solución podría dañar las relaciones norteamericano-soviéticas en gran forma. Podríamos convertirnos en el verdugo, acusados por Brandt de bloquear su política y acusados por sus oponentes de haberlo dejado avanzar demasiado. Si se produjera otra crisis en Berlín, la responsabilidad nos podía caer encima. Constantemente nos decían los diplomáticos soviéticos, que Francia y la República Federal nos culpaban de los lentos progresos en Berlín. Aún cuando la intención soviética fuera claramente sembrar discordia, el informe tenía indudablemente algo de verdad, ya que nuestros aliados no desafiaban derivar las iras soviéticas sobre nosotros y Francia en particular parecía desear ser cortejada.

El estado de ánimo de Brandt subió a la superficie en una carta que escribió a Nixon el 12 de diciembre, urgiendo, no sin crítica implícita, una aceleración de las negociaciones con Berlín. Brandt recomendaba que las conversaciones se llevaran a cabo en una «conferencia continua». En estas circunstancias podíamos evitar que las negociaciones de Berlín salieran de su curso solamente si participábamos activamente; toda otra posición podría terminar o con concesiones peligrosas o con una crisis en Berlín. Yo tenía otra razón, que iba más allá del manejo táctico de las negociaciones específicas, para probar la viabilidad de una política de restricción mutua. Y a pesar de toda esta conmoción y estas crisis, a pesar de mi firme compromiso de evitar ganancias geopolíticas soviéticas, sentía una obligación moral y política de explorar las oportunidades de coexistencia, sin parar mientes en las pocas posibilidades aparentes. Todo líder político le debe a su pueblo la realidad tanto como la apariencia de ejercer sus mejores esfuerzos para evitarle a la humanidad un holocausto nuclear. Los escépticos se preocupan porque tal política puede, al cegar a las gentes libres ante ese peligro, minar su prontitud para defenderse. Los cismas de la guerra de Vietnam me impulsaron en la dirección opuesta. El «problema de la paz» ha sido explotado por algunos decididos a socavar la credulidad del gobierno y tal vez la unión de nuestra sociedad. No se les puede permitir este travieso monopolio. Si tuviéramos que resistir el expansionismo soviético, tendríamos, paradójicamente, que demostrar que todas las iniciativas pacíficas habían sido agotadas. En ese entonces retuve y aún lo hago hoy, la confianza en que la gente libre puede ejercer ambas: salvaguardar su seguridad a través de fuertes defensas y explorar al mismo tiempo las ambiguas promesas de paz. Y en verdad, si no pueden contemplar ambos objetivos, fallarán en los dos.

A la larga, pensé que un período de tranquilidad internacional llegaría a traer mayores problemas a la Unión Soviética que a nosotros, ya que su cohesión estaría en parte mantenida por la constante evocación de un peligro exterior. Estaba convencido que un largo período de paz, liberaría más tendencias centrífugas en los estados totalitarios, que en las democracias industriales. Una economía estancada, nacionalidades descontentas y los disidentes, absorberían cada vez más energías soviéticas. El futuro geopolítico de la Unión Soviética se haría más problemático a medida que China se fortaleciera y el Japón desterrara su trauma de derrotado. El tiempo no estaba necesariamente del lado de los soviéticos.

Comencé por tratar de comprobar que los líderes soviéticos estaban listos para conversa-

ciones serias, en una larga charla con Dobrynin el 22 de diciembre, dos días después de mi nota a Nixon sobre los disturbios polacos. Reiteré nuestra convicción de que la reciente política de Moscú era incompatible con la mejoría de las relaciones; el engaño en Cienfuegos y los siguientes intentos de probar los límites de nuestra comprensión; la agresividad soviética en el Medio Oriente; el hostigamiento en los corredores de Berlín; la demora en liberar a los dos errantes generales norteamericanos. Se hacía necesaria una decisión esencial. Si se proseguía la política de pequeñas ventajas, los alfilerazos podían convertirse fácilmente en heridas y las sospechas podían transformar la falta de comunicación en una crisis. Pero existía la posibilidad de una relación más constructiva. Propuse que utilizáramos el Canal para resolver algunos de los problemas sobresalientes, sobre una base de estricta reciprocidad. Algo debería y tendría que salir de nuestras conversaciones, además de recriminaciones mutuas.

Ya que Dobrynin no tenía instrucciones, lo único que pudo hacer fue resumir la ya establecida posición soviética en una forma conciliadora. Sin embargo, coincidió en la necesidad de que ambos revisáramos nuestros registros de negociaciones, para encontrar las áreas de posible flexibilidad.

El 6 de enero, Dobrynin me dejó una nota sobre Berlín en mi oficina de la Casa Blanca. Yo estaba en San Clemente con el presidente. Como de costumbre, implicaba una concesión expresando una queja; Gromyko se especializaba en las negativas dobles, tanto en la correspondencia diplomática como en las conversaciones personales. En esta ocasión, la queja era que los Estados Unidos no habían cumplido algo supuestamente prometido por Nixon en su conversación con Gromyko. Nixon había dicho que los Estados Unidos no podrían mostrar una mayor flexibilidad en cuanto a Berlín, si los soviéticos no aceptaban su relación orgánica con la República Federal. Mientras tanto, Moscú había pronunciado un délfico anuncio, que podía ser interpretado como reconocer una conexión umbilical sin, en realidad, describir su naturaleza o alguna obligación de parte de los soviéticos para hacerlo cumplir. La nota de Gromyko señalaba ese anuncio como una deslumbrante concesión que abría la posibilidad de negociar simultáneamente *todos* los asuntos, como en un paquete. Pero los soviéticos debieran haberlo pensado mejor. La respuesta de Nixon fue uno de esos floreos metafóricos con los cuales los jefes de gobierno evitan entrar en controversia en asuntos operacionales. Pero cualquiera fuera la intención de Nixon —y su motivo básico había sido atravesar la parte de Berlín de su agenda sin tener que hacer compromisos— la tortuosa nota de Dobrynin demostraba que estaban preparándose para cambiar de posición. En adelante insistieron que las conversaciones de Berlín se centraran en reducir las actividades de Alemania Occidental en la ciudad, a cambio de poco más que la confirmación del status previo. Ahora lanzaban insinuaciones de una disposición para cambiar las garantías soviéticas de acceso y mejoramiento de la vida en Berlín. Una negociación seria era posible sobre esta base.

Recomendé a Nixon que respondiéramos positivamente insistiendo en las garantías soviéticas de acceso y un status definitivamente legal para Berlín Oeste. Y también propuse unir las negociaciones de Berlín con los progresos de SALT y esto, a su vez, dependería de la voluntad soviética de congelar su aparato ofensivo. Nixon estuvo de acuerdo. Dobrynin había sido llamado a Moscú para una consulta urgente. Esto significaría que los líderes soviéticos querían estar fuera de alcance porque se acercaba una inminente crisis, o que querían evitar una respuesta a un pedido, o que en realidad estaban inmersos en una revisión política seria. La última hipótesis era la más plausible en esta instancia; Dobrynin había demorado su partida veinticuatro horas, para poder llevar nuestra respuesta al informante en Berlín.

Al volver de San Clemente, me reuní con Dobrynin, el 9 de enero de 1971, en la Embajada Soviética. El encuentro se tornó crucial. Introduce nuevas proposiciones sobre dos temas que había examinado en principio con Nixon; la primera era nuestra respuesta sobre Berlín. Le dije que no tenía sentido envolvernos en una exégesis abstracta de la conversación entre Gromyko y Nixon. Dos eran las cosas que queríamos de la Unión Soviética: primero un acceso mejorado a Berlín Oeste y segundo, garantía soviética de operatividad del nuevo acceso. No queríamos que la libertad de Berlín dependiera de la buena voluntad del régimen de Alemania Este, contra el cual teníamos poca influencia. Si los líderes soviéticos eran precisos en estos dos puntos, nos comprometeríamos más directamente en las negociaciones de Berlín. Estaríamos preparados para llevar a cabo conversaciones exploratorias en el Canal, y si anduvieran bien, volcar sus resultados en la establecida maquinaria de las Cuatro Potencias. Esto involucraría indudablemente consultas con los funcionarios de Alemania Oeste; no llegaríamos a ningún entendimiento con

los soviéticos, si no estaba previamente aprobado por Bonn. Yo proponía, como aclaré en una conversación posterior, una oportunidad para mayor rapidez, no para mayores concesiones.

Con respecto a SALT, propuse romper el punto muerto sobre la unión entre ABM y las limitaciones ofensivas*. Le dije a Dobrynin que aceptaríamos la propuesta soviética de negociar un tratado ABM siempre que los soviéticos se comprometieran a comenzar inmediatas tratativas sobre las limitaciones ofensivas; las dos negociaciones debían concluir simultáneamente. La limitación ofensiva consistiría en un entendimiento en que ninguna de las partes comenzaría la construcción de nuevos misiles ICBM con bases terrestres mientras las negociaciones proseguían. Más adelante lanzaríamos una nueva propuesta sobre misiles lanzados desde submarinos. Se advirtió el resultado en un intercambio de cartas entre el presidente y Kosygin (quien creíamos aún sería el interlocutor de Nixon). Lo que yo proponía tanto para SALT como para Berlín, era un mecanismo que abreviara la molesta maquinaria que hacía probable el punto muerto y la amargura pública cierta. Toda negociación exitosa debe basarse en un equilibrio de concesiones mutuas, pero el camino hacia este equilibrio es un proceso complejo. La secuencia de concesiones se torna crucial y se puede llegar a un aborto si cada movimiento debe defenderse individualmente, en lugar de como parte de un mosaico, hasta que el movimiento recíproco esté claro. Por eso es que es vital el secreto en la etapa formativa, como aprendieron en la administración de Carter cuando sus tentativas de diplomacia abierta hicieron explotar varias prometedoras iniciativas. La rapidez es también a veces esencial. Toda negociación llega a un punto crítico desde donde se mueve rápidamente hacia una conclusión, o muere de inanición y aquí es donde los más altos niveles del gobierno deben comprometerse para vencer la inercia burocrática. A Dobrynin le ofrecí un mecanismo y una seguridad de secreto y rapidez.

Dobrynin hizo penetrantes preguntas y mientras estaba en ello, buscó una apertura en el Medio Oriente también, pero yo lo detuve, ya que no creía que las condiciones estuvieran maduras. Para este momento, Dobrynin me conocía lo suficiente como para no tener ilusiones sobre mi intención de conducir las dos negociaciones —Berlín y SALT— formando tándem. Y yo había aprendido lo suficiente del sistema soviético para estar seguro de que la conducción soviética podía moverse sin dilaciones cuando quería. Dobrynin prometió una pronta respuesta y yo estaba seguro de que era una promesa que iba a cumplir.

Dobrynin volvió en menos de dos semanas; el 23 de enero vino a la Sala de Mapas rebosando entusiasmo. Dijo que el Politburó había estudiado nuestra proposición con gran interés. Había hablado con todos los líderes principales y podía decirme que las condiciones para una reunión cumbre eran ahora excelentes. (En realidad, yo no había tocado el tema el 9 de enero, pero Dobrynin vio sin duda, alguna ventaja en jugar sobre la ansiedad de Nixon por un golpe publicitario. Los líderes soviéticos preferirían julio o agosto y septiembre sería, sin duda, adecuado. Por supuesto debería lograrse antes algún progreso, pero todo el mundo estaba muy optimista. Habiéndose desembarazado de la concepción soviética de ligazón, Dobrynin se volvía hacia la nuestra. Los líderes soviéticos estaban encantados con que yo quisiera dedicarme a las charlas sobre Berlín. Brandt y Bahr le habían dicho que, de todos los líderes norteamericanos yo era el que mejor comprendía la situación alemana. (Probablemente esto fuera verdad y al mismo tiempo, Moscú debe haber pensado que halagar un poco mi vanidad no vendría mal.) Aunque no se establecerían las posiciones formales hasta que comenzaran realmente las conversaciones, Dobrynin podía decirme ahora que la sugerencia de que la Unión Soviética diera alguna garantía de acceso estaba siendo seriamente estudiada en Moscú. A medida que hablaba se hacía evidente que la presión sobre un rápido acuerdo estaba de parte de Moscú. Había comenzado a darse cuenta ahora que nunca conseguiría sus tan ansiados tratados orientales sin un acuerdo de Berlín. Y estaban decididos a pagar por ello.

En cuanto a SALT, Dobrynin no estaba aún en posición de ser definitorio. Había sin embargo una buena posibilidad de que Moscú aceptara la idea de combinar un tratado defensivo con un congelamiento ofensivo. Hizo una cantidad de preguntas prácticas. Una de ellas era tan difícil como embarazosa —en cuál de las muchas versiones del plan ABM que habían sido adelantadas, ya sea en las conversaciones SALT o al Congreso, estábamos interesados. Pude contestar débilmente que todavía no lo habíamos decidido. Era uno de esos casos donde lo que es verdad no

(*) No hubo carta presidencial a Brezhnev, ni encuentro del presidente con Dobrynin el 9 de enero, como sugieren algunos relatos (1), sino una iniciativa por medio del Canal presidencial con Dobrynin. (La primera comunicación entre Nixon y Brezhnev ocurrió en abril de 1971.)

tiene necesariamente que ser plausible. No les era fácil a los soviéticos manejarse dentro de nuestra postura legislativa (con el sistema de tres poderes protegiendo a los misiles ICBM), nuestra formal propuesta SALT (Comando nacional de autoridades, o sea Washington y Moscú) y la convicción personal de nuestro negociador SALT (que favorecía una prohibición total). Puse claro que SALT iría al mismo ritmo que las negociaciones de Berlín.

Los diplomáticos soviéticos nunca dejan de repasar un interminable catálogo de propuestas soviéticas. Parece ser que la teoría es que nunca se sabe cuándo un interlocutor puede inadvertidamente o distraídamente conceder algo y por lo menos, la conducción en Moscú parece requerir prueba tangible de que su representante no ha fallado por falta de persistencia. Después que yo había acabado con los viejos aliados de Dobrynin —la conferencia de seguridad europea y el medio Este primeros en la lista— acordamos encontrarnos regular y sistemáticamente, una vez que hubiera establecido el procedimiento apropiado.

Me estaba involucrando en dos negociaciones de complejidad casi teológica. Berlín envolvía los intereses vitales de tres aliados occidentales y la Unión Soviética, además de dos foros ya establecidos. Se acometió SALT en una negociación formal alternando entre Helsinki y Viena y demorada por una desatinada confusión de comités técnicos y de asuntos esenciales, algunos de los cuales yo presidía. Si no teníamos especial cuidado, podíamos terminar haciendo saltar todos los fusibles.

EL CANAL SE TORNA OPERATIVO

Hacia fines de 1970 habían pasado dos años de trabajar con Nixon; habíamos conversado largamente casi a diario, pasando todas las crisis en la más estrecha colaboración. Dejaba el manejo táctico cada vez más en mis manos. Durante el primer año o poco más, sometía a la aprobación de Nixon un bosquejo de lo que me proponía decirle a Dobrynin o a los norcoreanos por ejemplo, antes de cada encuentro. Lo cambiaba raramente, aunque raramente dejaba también de agregar exhortaciones de tono firme. Para fines de 1970, Nixon ya no necesitaba estos memorándums. Estaba de acuerdo con la estrategia, generalmente de viva voz y casi nunca intervenía en su instrumentación día a día. Después de cada sesión de negociación, yo le sometía un extenso memorándum y análisis. Nixon tenía así todas las oportunidades de determinar si sus deseos se cumplían, pero no recuerdo ninguna ocasión después de 1971, en la que él cambiara el curso de una negociación una vez que estaba en marcha. Yo sabía lo que Nixon quería lograr; juntos habíamos diseñado la estrategia; él no creía que el director debiera ser visto tocando cada instrumento de la orquesta.

Pero si podía estar seguro del respaldo de Nixon, caminaba sobre una delgada capa de hielo con el resto del gobierno. El riesgo que existe en las negociaciones con una burocracia grande, es que los que han sido excluidos siempre pueden aducir que pudieran haberlo hecho mejor y los menos comprometidos son los más tentados a hacerlo. Si no están involucrados en el proceso de mutuo ajuste, pueden enfatizar los objetivos máximos; sin darse cuenta de los obstáculos, pueden culpar cada concesión a la falta de firmeza o de habilidad de negociación. Los procedimientos desarrollados por mí acrecentaban la decisión en las negociaciones, pero hacían más difícil desarrollar un consenso detrás de los resultados.

Existía también el problema de dominar el tema. Mi equipo era demasiado chico para controlar dos complejas negociaciones simultáneas. El control de la maquinaria interdepartamental actuaba como sustituto. Me permitía utilizar la burocracia sin revelar nuestros propósitos. Podría introducir como tópico de planeamiento asuntos que en realidad estaban siendo negociados en secreto. En esta forma, yo podía conocer las opiniones de las agencias del gobierno (así como la necesaria atmósfera) sin tener que «clarificar» mi posición con ellos. Lo que yo proponía a Dobrynin reflejaría un consenso burocrático y era probablemente más firme de lo que hubiera sido una posición formal de negociación, porque las agencias toman generalmente una línea más dura en las reuniones interagencias de planeamiento, donde puede adquirirse la reputación de vigilancia sin riesgo, que en la preparación de una conferencia, donde siempre hay algunas agencias con un interés absoluto en el éxito.

Estos procedimientos extraordinarios fueron esencialmente necesarios por los métodos de un presidente que ni confiaba en su gabinete ni deseaba darle órdenes directas. Nixon temía las indiscreciones y le huía a imponer disciplina, pero estaba decidido a lograr sus propósitos.

Por eso favorecía procedimientos que no eran recomendados en los libros de texto sobre administración pública que, como el cangrejo, trabajaban secretamente alrededor de las estructuras existentes. Era desmoralizador para la burocracia, la cual, separada del proceso, reaccionó acentuando la independencia y obstinación que había ocasionado que Nixon la soslayara en primer lugar. Pero tuvo éxito, logrando esa elusiva mezcla de planeamiento laborioso y vigorosa articulación de la que depende la política exitosa. En 1971 y 1972, estos métodos produjeron el avance de SALT, la apertura hacia China, un acuerdo en Berlín, las reuniones cumbre de Pekín y Moscú, sin ningún retroceso. Los resultados debieran juzgarse por los méritos, aunque reconozco que se pagó un precio por la forma de lograrlos, que yo no creo deba volver a repetirse. En el caso de SALT, las negociaciones oficiales que se estaban llevando a cabo requerían las instrucciones formales periódicas del presidente. De esta manera, yo conocía los puntos de vista de las agencias, tanto en el planeamiento abstracto como en relación con la negociación presente. Se hacía claro que se ejercían presiones en aumento dentro del gobierno para llegar a un acuerdo sólo sobre misiles ABM. Varios miembros de la delegación SALT lo respaldaban explícitamente. El representante del Departamento de Defensa hubiera aceptado un acuerdo sólo sobre ABM, si se lo acompañaba con un congelamiento de misiles pesados solamente, dejando que los otros misiles quedaran libres. Gerard Smith estaba en favor de una prohibición de ABM o ACN a cambio de algunas limitaciones ofensivas sin especificación, pero el tratamiento de la ficha de regateo hacía que fuera difícil vender el programa ABM al Congreso, que no se sentía ansioso por gastar dinero en algo que tal vez tuviéramos que dismantelar. El Departamento de Estado se inclinaba a un acuerdo sólo sobre ABM, pero no deseaba ejercer presiones. En resumen, si tenía éxito en unir el tratado ABM con un congelamiento de todos los misiles estratégicos, estaría pisando sobre seguro en tierra burocrática, ya que habría conseguido más que lo que cualquier agencia estaba pidiendo.

Berlín era más complicado de manejar. Las posiciones legales habían aumentado en las décadas de las crisis de Berlín y, envueltas en tradición y un consenso duramente obtenido, no podían simplemente cambiarse por decisión presidencial. Nuestra política tenía que definirse con tres aliados, cualquiera de los cuales no permitiría que las anteriores acusaciones de arrastrar los pies de los EEUU impidiera culparnos de excesiva flexibilidad.

Era imposible proceder sin el respaldo total de Brandt y para esto, yo necesitaba al consejero más cercano a Brandt, Egon Bahr. Sin embargo, en algún momento de las conversaciones con los soviéticos terminaríamos en un foro de las Cuatro Potencias, por lo que necesitaba la cooperación de nuestro embajador en Bonn, Kenneth Rush, que dirigía ex officio las negociaciones formales de Berlín en lugar nuestro.

Rush había llegado a la embajada por el camino de la industria privada, siendo su último puesto superior, el de presidente y director de la Unión Carbide. Nixon lo conocía, porque había sido profesor de la Escuela de Abogacía, aunque no había conocido a Nixon entonces. Era amigo íntimo de John Mitchell, entonces procurador general. Resultó ser una de las mejores designaciones hechas por Nixon. Tranquilo, analítico, reflexivo, Rush jugó su papel en Bonn con sutileza y habilidad.

Los problemas de Bahr eran idénticos a los míos; tenía que manejar una negociación sin que su Ministerio del Exterior se enterara. Debido a la larga tradición burocrática de Bonn, era más difícil lograrlo allí que en Washington. No parecía existir canal de comunicación lo suficientemente confiable, ni Bahr podía venir a Washington con cualquier pretexto, sin encender nuevamente las disputas jurisdiccionales de los años anteriores. El Departamento de Estado insistiría en participar de cualquier conversación y la Oficina exterior alemana pediría un informe. Para salvar estos problemas, envié un correo a Bonn el 27 de enero, con cartas personales para Bahr y Rush. Le decía a Bahr que estábamos preparados para aceptar las sugerencias del canciller para apresurar las negociaciones de Berlín, porque lo que era urgente era que nos reuniéramos. Yo esperaba que viniera con la autoridad completa del canciller. Como propósito evidente de su viaje, yo había dado instrucciones al mensajero para llevarle una invitación al vicepresidente (como cabeza del Consejo Espacial) para estar presente en el lanzamiento del *Apollo 14* a la luna, el 31 de enero de 1971. Si Bahr aceptaba, yo estaría presente en la ocasión, haría arreglos para llevarlo a Nueva York y podríamos hablar en el avión. Bahr aceptó inmediatamente, partiendo hacia Washington dentro de las veinticuatro horas. Lo evité allí y nos encontramos en el vuelo hacia Cabo Kennedy el 30 de enero.

La carta para Ken Rush fue entregada por medio del mismo mensajero. Para justificar la

visita de Rush a Washington, dispuse un llamado telefónico de su amigo John Mitchell, que utilizó el pretexto de discutir citas políticas con el embajador. El Departamento de Estado autorizó la visita de Rush para «consultas» y me encontré con él la noche del 3 de febrero en el departamento de Mitchell en Watergate, por ese entonces un complejo habitacional poco conocido de Washington.

Le informé a Dobrynin que estaba trabajando (era seguro que su gobierno se enteraría por Bahr de cualquier manera) y agregué que Moscú podría querer presentar algo, para darle a todos los participantes un sentimiento de confianza. Para sorpresa mía, Dobrynin apareció dentro de las veinticuatro horas con un ofrecimiento de algo que la Unión Soviética había rechazado anteriormente. Los soviéticos habían insistido que los procedimientos sobre accesos le concernían solamente a las dos alemanias; nuestro recurso en caso de perturbaciones serían los procesos normales de leyes internacionales con respecto a Alemania Este, que nosotros ni siquiera reconocíamos, por lo que poco podíamos hacer para reforzar nuestros reclamos. Desde allí, los soviéticos habían buscado explotar la precaria locación geográfica de Berlín para promover el status internacional de Alemania Este y al mismo tiempo rechazar cualquier responsabilidad por las dificultades del acceso. Ahora proponían que en cualquier nuevo acuerdo sobre Berlín, cada una de las Cuatro Potencias tenía el derecho de llamar la atención de los otros en caso de violación —una tenue, aunque aún poco satisfactoria implicación de la responsabilidad de las Cuatro Potencias. Era solamente un intento de paso adelante hacia la esencial garantía soviética, pero el que conocía las tácticas de Gromyko sabía que él nunca comenzaría con una posición de apertura excesivamente generosa.

El subterfugio utilizado con Bahr tuvo éxito y el 30 de enero él y yo llegamos a tiempo a Cabo Kennedy para el lanzamiento del cohete a la luna. Yo había pensado siempre que observar los lanzamientos espaciales era solamente para niños, pero esa noche me emocioné profundamente cuando un pequeño grupo de los nuestros visitó el cohete Saturno V a la luz de la luna. Desde el puesto de avanzada de espectadores que están a kilómetros de distancia durante el despegue, el cohete parado allí solo, sin punto de referencia alguna, no parecía tan abrumado; pero más cerca, a la noche, nos empequeñecía su tamaño, avergonzándonos por su concepción.

Yo conocía el debate sobre la utilidad del programa espacial. La primera sensación de aventura estaba comenzando a sumergirse bajo la pelea por las prioridades nacionales. Reflexioné sin embargo, que necesitábamos el programa espacial, dejando de lado los argumentos científicos, porque una sociedad que no ensancha sus horizontes verá pronto que se estrechan. El argumento que debíamos resolver primero nuestros problemas en tierra antes de aventurarnos fuera del planeta, podía confinarnos para toda la eternidad; el mundo no dejaría nunca de tener problemas y si la humanidad no expande su visión, se convertirían en una obsesión antes que en un desafío. Colón no habría descubierto nunca América si la Europa del siglo quince hubiera aplicado el fácil slogan de resolver primero sus propios problemas y estos problemas, paradójicamente, se hubieran transformado en insolubles, sofocándose Europa en sus propias perplejidades. La fe ha sido la que proveyó la fuerza motivadora para la odisea diversificada de la humanidad. ¿Pero cómo se hace para soñar en una era tecnocrática? ¿Cómo hace la gente para recobrar la fe que hacía que pequeñas sociedades campesinas edificaran catedrales con torres que llegaban hasta el cielo, edificios que llevaban siglos terminar, grabar sobre piedra un testimonio de la perseverancia y vuelo de sus aspiraciones? Nadie sabía lo que podíamos encontrar en el espacio; la luna era solamente el pequeño primer peldaño. Recordé que un astronauta me contaba que su momento más fantástico ocurrió cuando finalmente entró en la cápsula para el despegue. Por primera vez no había trabajadores, todo era silencio mientras esperaba pronto ser lanzado a un viaje del que él sabía que no podía volver por sí mismo. Casi fue presa del pánico.

Mientras estaba allí parado en Cabo Kennedy con mi hija Elizabeth, de diez años y mi hijo David de ocho años, me pareció entonces que estábamos todos envueltos, cada uno a su manera, en esta clase especial de soledad. Ellos vivirían en un mundo subjetivamente diferente al mío y su percepción de la realidad era de diferente clase. Como niño había conocido solamente las fronteras nacionales; el espacio estaba más allá de mi imaginación. La televisión eran inconcebible. Ellos serían más literales y menos constreñidos; el horizonte no sería su límite como lo había sido para mí. Paradójicamente, su alcance físico probablemente fuera acompañado de un empobrecimiento de la imaginación. Mi generación había sido criada con libros, que fuerzan al lector a conjeturar su propia realidad; la realidad de mis hijos se les presentaba a diario en las pantallas de televisión y ellos podían pasivamente absorberla. Y sin embargo vivían en un mundo

en el cual los viajes de cientos de millones de kilómetros se decidían por un impulso dado en diez segundos y en gran parte debían permanecer inalterados —un concepto que no podía yo ni imaginar a su edad.

Para bien o para mal, pensé que era uno de los que tenía el poder para proveer el impulso inicial, haciendo que las generaciones futuras se convirtieran en pasajeros de viajes que no habían elegido. Si nuestros cálculos estaban equivocados, ni el navegante más hábil podría corregirlos. La responsabilidad de encontrar la trayectoria hacia un mundo donde nadie había estado era nuestra y estábamos también en peligro de lanzarlos hacia un vacío. Nuestra decisión más importante sería si comenzar un viaje, y la cualidad crucial necesaria era la fe en un futuro creado en parte a través del hecho en que nos habíamos comprometido.

Al partir los astronautas, que me habían instado a la reflexión, hacia la luna, Bahr y yo volvimos a Nueva York y en la intimidad del jet, conversamos todo el camino sobre Berlín. Bahr quería apresurar la negociación y estaba entusiasmado con mi disposición para participar. ¿Pero en qué forma, pensando en nuestras cabezas de gobierno, podíamos conducir las negociaciones principales, de las cuales nuestros ministros exteriores no tenían ni idea y cómo podíamos evitar que los soviéticos enfrentaran a las Cuatro Potencias unos con otros? Como yo sabía que Bahr está en estrecho contacto con los diplomáticos soviéticos, insistí en que debíamos mantenernos informados de cada contacto que tuviéramos con los soviéticos o los alemanes del Este sobre la cuestión de Berlín; por lo demás acordamos un intrincado proceso de consulta. Tanto Bahr como Rush tendrían que formular proposiciones en tres áreas —procedimientos de acceso, garantías y las actividades de la República Federal en Berlín— y además sondear las reacciones de los aliados. Yo luego las estudiaría con Dobrynin, Bahr y Rush y las reinstalaría en sus canales habituales. Contra lo que podía esperarse, este ajedrez tridimensional funcionó. En siete meses conseguimos un acuerdo que hasta ahora sirve.

Se hicieron arreglos con Ken Rush en nuestro encuentro de la noche del 3 de febrero en el departamento de John Mitchell. Rush acordó que probablemente no hubiera otro plan que funcionara en un marco práctico de tiempo. Si el estancamiento se prolongaba por demasiado tiempo, Brandt podría buscar romperlo por sí mismo, culpándonos por las aspiraciones nacionales incumplidas de Alemania e inaugurando tal vez un nuevo rumbo nacional mucho más independiente. Rush cuestionó nuestra posibilidad de controlar una crisis en Berlín y el tumulto doméstico acompañante durante la guerra de Vietnam.

Restaba instalar un canal de comunicación. La CIA estaba por cierto disponible. Rush pensaba que el jefe de la delegación no podría evitar traer alguno de sus subordinados, ya que estaba además muy conectado con el personal de la Embajada. Más importante aún, el jefe de la delegación no podía visitar con frecuencia a Bahr para recibir o transmitir mensajes sin levantar sospechas. Mi ayudante, Al Haig, encontró la solución. Trabajó con nuestro oficial de enlace con la ACN, Capitán de la Marina Rembrandt Robinson, un complicado lazo especial de comunicación a través de los canales de la Marina, con un oficial naval en Frankfurt. Fue establecido por el Jefe de Operaciones navales, Almirante Elmo Zumwalt, que más adelante fue un oponente oral de esa diplomacia. En un memorándum de Haig se describía al oficial de Frankfurt como de «toda confianza» y libre de toda «responsabilidad ante nuestra embajada o cualquier otro interés de inteligencia o departamental». No pude imaginarme lo que hacía en Frankfurt y no se me ocurrió preguntar, lo que tal vez fue mejor. De cualquier forma, el oficial naval era el vínculo crucial, con números telefónicos especiales para Bahr, Rush y él mismo. Los cables del Departamento de Estado sobre Berlín frecuentemente dejaban escapar algo; tenían una distribución demasiado amplia. Los mensajes por el canal naval nunca dejaron escapar nada y agradecíamos que se nos ahorraran complicaciones, porque para principios de febrero, tanto SALT como Berlín estaban maduros para negociaciones secretas.

LAS NEGOCIACIONES SALT Y EL ACUERDO DEL 20 DE MAYO

Cuando empecé a investigar con Dobrynin la apertura de SALT, las conversaciones formales, que se habían reanudado en Helsinki a principios de noviembre, estaban tan estancadas como nuestro debate doméstico. Había un acuerdo formal en nuestro gobierno de que los Estados Unidos debieran hacer hincapié en su última propuesta del 4 de agosto de 1970, que limitara a ambos bandos a un «número acordado» de misiles y bombarderos y el número de los

misiles pesados soviéticos a 250 (número que para fines de 1970 ya los soviéticos habían sobrepasado). Como ya he señalado, muchos miembros de la delegación SALT estaban debilitándose privadamente en sus compromisos con estas proposiciones.

Con respecto a ABM, nuestra posición de negociación era un torbellino. Los soviéticos habían aceptado nuestra propuesta de un sistema limitado a las Autoridades del Comando Nacional (ACN) para el cual ni habíamos pedido ni obtenido fondos del Congreso. Le habíamos pedido al Congreso fondos para tres locaciones que no incluían, sin embargo, la capital nacional. La brecha entre nuestra posición de negociación y nuestro programa real se estaba ensanchando. El Senador John Stennis dijo a Gerard Smith en octubre, que el asunto ABM estaba «agriando» todo el debate sobre el presupuesto de defensa aprobado por el Congreso.

Para clarificar el registro burocrático, le pregunté a Smith, por el canal reservado, si todavía opinaba que las limitaciones defensivas y ofensivas debieran mantenerse unidas. La respuesta de Smith no estaba exenta de ambigüedades, dejando abiertas, en realidad, todas las posibilidades de una prohibición sobre ABM en las negociaciones y por ende un veto de admisión de ABM por parte del Congreso. Su objeción personal era mantener un acuerdo separado para ABM, lo que los soviéticos ofrecieron nuevamente en diciembre. Insistió de todas maneras en que un rechazo «instantáneo» sería innecesariamente turbulento. El presidente podría querer «revisar» su política de oposición a un acuerdo separado para ABM, siendo el resultado final que todo el asunto ABM fue reabierto dentro de la administración.

En realidad, el debate sobre la posición SALT estaba convergiendo con la casi religiosa oposición anual al proyecto ABM. Comenzaron nuevamente a armarse las presiones públicas. El 17 de enero de 1971, el *New York Times* aceptaba por nosotros la oferta soviética sobre ABM, al condenar la insistencia del presidente de unir las armas ofensivas con las defensivas. El 26 de enero, el que estaba primero para la nominación presidencial por los demócratas, señor Edmund Muskie, anunció su contribución al fomento de la flexibilidad soviética. En su reciente visita a Moscú, le había dicho al primer ministro Kosygin, según aseveraba el senador, que «existía en los Estados Unidos un cuerpo de opinión que deseaba reducir el gasto para armas». El senador no consideró que era perjudicial para nuestra política exterior que un candidato presidencial le dijera al primer ministro soviético que miembros influyentes del Congreso estaban buscando cómo reducir nuestras defensas: «Dado que puedo decirlo aquí, en una sesión del Senado, no veo ni una maldita razón por la que no puedo decirselo a Kosygin» (2).

La campaña anti ABM recibió un inadvertido ímpetu cuando el secretario de defensa, Laird, reveló que los soviéticos parecían demorar la construcción de los nuevos misiles ICB. Esto fue considerado por muchos como una de las «señales» ubicuas de los soviéticos, por la cual esos desconfiados sujetos del Kremlin sugerían sus intenciones. Era un concepto engañoso, considerando el repetido abandono con el cual nos castigaban esos mismos líderes soviéticos, en todos los asuntos que realmente les importaban. La mencionada señal soviética produjo chispas sobre una carta de Gerard Smith al presidente, sugiriendo que declarásemos una tregua en los próximos despliegues de ABM, como señal de nuestra buena voluntad. Si se reanudara la construcción de misiles soviéticos, estaríamos en buena posición para lanzarnos a nuestro propio programa de misiles de defensa. Este tema, con variaciones, se repitió en los comentarios parlamentarios y periodísticos. El 1 de febrero, el senador Hubert Humphrey instó al Senado a congelar los programas MIRV y ABM. «Sin costo de nuestra parte», declaró Hubert Humphrey, «y con absoluta garantía por nuestra seguridad, podemos detener nuestra parte en la carrera de armamento nuclear en respuesta a actos ya efectuados en la Unión Soviética» (3). Para marzo, la «señal» soviética se había evaporado. Resultó que los soviéticos habían hecho solamente un paréntesis en la construcción de los SS-9, para poder comenzar la construcción de una nueva generación de misiles ICB, el SS-18, mientras continuaban levantando silos para los SS-11. En realidad hubieron más progresos en misiles soviéticos en 1971, que en todos los años, excepto uno, de la década anterior. Este hecho no alivió las tensiones en lo más mínimo para la reducción de los gastos de defensa. Ninguno de los que nos habían pedido que respondiéramos a la «señal» soviética de restricción, sugirió que reaccionáramos igual ante la escalada soviética.

Los toques de tambor para que detuviéramos los ABM y aflojáramos el ritmo en otros programas, continuó durante la primavera. El 3 de febrero, en una sesión a puertas cerradas del Comité de Relaciones Exteriores del Senado, el senador Frank Church apeló al presidente para que aceptara un «acuerdo sólo sobre ABM, como primer paso». El 26 de febrero, William Foster, jefe de la Agencia para el Desarme y el Control Armamentista en la administración del presi-

dente Johnson, pidió una «completa prohibición para el despliegue de los ABM, tanto de producción como de prueba» (4). Hacia fines de marzo, los senadores Humphrey, Harold Hughes y George McGovern se habían unido a la apelación por un acuerdo sólo sobre los ABM. El senador Stuart Symington propuso un congelamiento ABM mutuo, aduciendo que esto haría que MIRV fuera innecesario. El senador Muskie prometió sesiones a puertas cerradas para abril.

El 5 de abril, el *New York Times* endosó la previa sugerencia del senador Muskie de que los Estados Unidos abandonaran los programas Poseidon y Minuteman III y acordar una tregua mutua en el despliegue ABM —privándonos, en una sola terrible acometida, de todo programa estratégico. El 6 de abril, el senador Muskie se unió a sus colegas para abogar por un acuerdo que limitara o prohibiera los ABM como primer medida. Para principios de mayo se intensificó la crítica desde este grupo, con acusaciones a la administración por arrastrar los pies en cuanto a SALT, de modo de poder continuar la carrera armamentista. El senador Symington fue aún más lejos al acusar a la administración de «planear deliberadamente no llegar a un acuerdo sobre control de armas de ninguna clase» (5).

El argumento de la administración de que ABM era una útil «ganancia por regateo» fue duramente atacado. El senador Fulbright, presidente del comité de Relaciones Exteriores del Senado, adujo que el «razonamiento de ganancia por regateo» era falaz y servía solamente para intensificar la carrera armamentista. El *Christian Science Monitor* del 12 de mayo, acusó a la administración de triplicar el poderío de ataque nuclear de EEUU, mientras que los soviéticos no tenían despliegue alguno —extraordinaria conclusión a la vista de los procedimientos de construcción a un ritmo de 200 misiles por año durante casi una década. El *Washington Star* informó que el 13 de abril se estaba constituyendo una nueva coalición en contra del presupuesto militar, con el propósito de reducir los gastos para defensa de 6 a 8 mil millones de dólares. El senador William Proxmire lanzó su ataque contra los bombarderos estratégicos B-1, los nuevos portaaviones y submarinos, lo mismo que los aviones F-14 y F-15 y el helicóptero Cheyenne.

No hubo entonces ningún sistema de armas norteamericanas nuevo que no estuviera bajo el feroz ataque de los legisladores y los medios de difusión. Al mismo tiempo, el senador Mike Mansfield entregó a consideración su resolución anual de retirar la mitad de las fuerzas norteamericanas de Europa. Perdió por poco margen después de desesperada batalla (descrita en el Capítulo XXII).

El Congreso logró eventualmente cortar unos 3 billones de dólares de lo pedido por la administración. En el papel, habíamos pedido una asignación para armas ligeramente superior a la del año anterior; 73,5 mil millones de dólares en comparación con 68,7 mil millones, pero esto significaba considerablemente menos para gastar en armas, ya que se necesitaban 4,6 mil millones para pagar aumentos de salario, lo que se había impuesto por el cambio hacia un ejército de voluntarios, con el resto absorbido por la inflación. En 1971, como en el año anterior, la administración tuvo suerte al poder conservar la base para una futura expansión al mantener un lento pero constante programa para los bombarderos B-1, el submarino y el misil Trident y la moderna aviación táctica. De esta forma fue que apenas pudimos mantener nuestra posición de negociación en SALT, pero el peligro yacía en que más tarde o más temprano, uno u otro de estos programas cayera ante el incesante ataque del Congreso.

En esta atmósfera, el debate interno del año anterior se repitió. En una reunión del CNS del 27 de enero de 1971, una escuela de pensamiento, representada por el Departamento de Estado y la agencia de desarme y control armamentista, argumentó que debía dársele ímpetus a SALT disminuyendo el ritmo de nuestro programa ABM. Otros, como yo, manteníamos exactamente lo contrario, que el programa ABM era esencial para que pudiera haber esperanzas de que los soviéticos aceptaran la limitación ofensiva. Mel Laird y el Estado Mayor Conjunto querían seguir con un programa ABM «salvavidas» de cuatro emplazamientos, aunque sólo dos estaban actualmente en construcción y la edificación no había aún comenzado en el tercer emplazamiento autorizado en la base aérea Whiteman en Missouri. La discusión continuó interminablemente por otro mes más, sobre si teníamos que alinear la posición SALT con nuestro programa presente ABM.

Finalmente, Nixon puso freno a la discusión en marzo. Él estaba correctamente convencido de que el Congreso mataría la idea ACN como medio para prohibir los misiles ABM. El resultado fue una decisión presidencial del 11 de marzo, de continuar con el sistema «salvavidas» de cuatro emplazamientos y alinear la posición SALT con él. Fue tan fuerte la resistencia de los que favorecían una prohibición ABM o ACN, que la delegación SALT no presentó esta decisión

a los soviéticos sino después de constante hostigamiento por parte de mi oficina y una nueva orden formal el 22 de abril.

Contra este escenario es como deben mirarse mis negociaciones con Dobrynin. Los soviéticos deben haber estado tentados de esperar tranquilos y cosechar los resultados de nuestro debate doméstico, que podría revalorarlos de ninguna necesidad de reciprocidad. El 4 de febrero Dobrynin confirmó que el Politburó estaba dispuesto en principio a discutir el acoplamiento del acuerdo ABM con un congelamiento de los despliegues de misiles ofensivos. Pero la aparente concesión resultó ser solamente un boleto de entrada a una negociación dirigida con la característica política de montaña rusa de Moscú de alternar avances y retrocesos; de hacer concesiones vendidas una y otra vez. Y las negociaciones se hacían más complicadas aún porque la estrategia de Gromyko era opuesta a la mía. Cuando yo demoraba Berlín para apresurar los progresos en SALT, Gromyko detenía SALT para acelerar las discusiones sobre Berlín.

El 10 de febrero confirmó el entendimiento para ligar las limitaciones ofensivas y defensivas. Si los dos acuerdos no podían negociarse simultáneamente, los soviéticos considerarían que el congelamiento sobre despliegue ofensivo quedaría pendiente de la terminación de las negociaciones. Con respecto a ABM, Dobrynin expresó una preferencia por la opción ACN.

Con una negociación normal, esto hubiera terminado el asunto. Uno podía pasar de un acuerdo en principio a esbozar el documento relativamente simple que expresara la decisión de negociar las limitaciones ofensivas y defensivas simultáneamente. Los equipos técnicos se harían cargo entonces hasta que un punto muerto requiriera una solución a nivel político. Pero nada es tan sencillo con el Kremlin. Estábamos ahora expuestos a la táctica soviética de vender primero el principio y luego buscar vender la misma mercadería otra vez, en forma de materia substancial. Tal vez para ejercitar sus músculos — y más seguramente para seguir un programa burocrático diseñado hacía meses — los soviéticos enviaron otro transbordador submarino a Cienfuegos, con precedentes reacciones. El 22 de febrero yo llamé a Dobrynin y exigí su retiro inmediato; no habría negociación alguna con el transbordador en Cuba (partió poco después). Al mismo tiempo, le entregué a Dobrynin un borrador de un intercambio de cartas entre Nixon y Kosygin, que comprendiera el entendimiento que las limitaciones ofensivas y defensivas debían negociarse simultáneamente. Las cartas habían sido preparadas por mi equipo, ocasionando preparaciones interagencias para las discusiones sobre SALT. Y aquí se atascaron las cosas. En las reuniones del 26 de febrero y el 5 de marzo, Dobrynin dijo alegremente que todos sus conductores estaban fuera de Moscú preparando el cercano vigésimo cuarto Congreso partidario soviético, por lo que les era muy difícil concentrarse en un tópico tan complejo como SALT. No pude dejar de observar que no parecían tener problemas para concentrarse en el tema aún más complejo trabajoso de Berlín, sobre el que no pasaba una semana sin detallada comunicación de Moscú.

El tiempo se estaba haciendo muy importante, complicado por nuestros propios procedimientos. Las conversaciones oficiales sobre SALT se reanudarían en Viena el 15 de marzo y teníamos que formular nuevas instrucciones que eran, por lo menos, no incompatibles con lo que estaba ocurriendo en el Canal especial. Al mismo tiempo, Nixon comenzó a temer que Gerard Smith y no él obtuviera el crédito por la aparentemente inminente apertura de la ligazón de las limitaciones ofensivas con las defensivas. Ya había sufrido bastantes golpes en Vietnam y Camboya como para no sucumbir a la emoción humana de querer tener el mérito de las iniciativas identificadas con la paz. Le aseguré a Nixon que esa apertura podía ocurrir en Viena solamente si Moscú hacía el intento deliberado de saltarse el canal presidencial, no sólo en este asunto, sino en todos los otros. Esta sería una decisión fatal y en contra de los intereses soviéticos, por lo menos mientras los tratados orientales de Brandt siguieran en el aire. Sin embargo, la guerra de guerrillas continuaba, con Dobrynin entregándome el 12 de marzo un borrador soviético que volvía sobre el principio de simultaneidad de las limitaciones ofensivas y defensivas. Pedía un acuerdo sobre ABM «este año», confinado a las capitales nacionales (ACN); las limitaciones ofensivas se discutirían sólo *después* que se hubiera llegado a un acuerdo en este sentido y solamente «en principio». Este nuevo planteamiento de la posición formal soviética en las conversaciones SALT no podía ser serio; Dobrynin tenía que tener algo guardado. La proposición era presentada por los líderes soviéticos como prueba final en sí misma de que no llegaría a ninguna parte; ¿para qué servía un Canal especial que solamente repitiera el punto muerto del más ínfimo nivel? Tan pronto como rechacé la propuesta de Dobrynin, éste mostró inmediatamente su carta. No pidió tiempo para consultar a Moscú — que habría sido lo normal si el primer plan hubiera sido serio — sino que sugirió que tratáramos de unir los borradores soviéticos y norteamericanos

y tratar de zanjar las diferencias. Dobrynin había sido claramente equipado con alguna amplitud, si no nunca hubiera ofrecido replanteos con su única autoridad.

El 15 de marzo nos encontramos para intercambiar los nuevos borradores. No cambiaban la insistencia soviética sobre la *precedencia* del cuerdo sobre ABM por las limitaciones ofensivas, aunque sí omitía el principio de que se confinara ABM a las capitales. Nuestra versión continuaba uniendo las limitaciones ofensivas con las defensivas, mi primera meta.

Nos encontramos con Dobrynin al día siguiente para tratar de lograr una amalgama. Lo que resultó se acercó a unir nuestros requerimientos principales. Se les darían instrucciones a las dos delegaciones SALT para que llegaran «inmediatamente» a un acuerdo ABM. Esto podía lograrse por medio de un congelamiento sobre las «armas ofensivas estratégicas», o sea tanto los misiles ICB como los SLB. Se permitiría la modernización y el reabastecimiento, pero sólo con armas de la misma categoría. En otras palabras, los misiles pesados soviéticos (SS-9) que considerábamos una gran amenaza para nuestra fuerza de misiles Minuteman con base terrestre, serían congelados al nivel actual.

El 25 de marzo, le envié a Dobrynin lo que en la jerga diplomática llamamos una «nota oral» —una comunicación escrita pero sin firma, que se considera como la palabra hablada y que puede por lo tanto ser desconocida con mayor facilidad. Especificaba nuestra opinión en cuanto a los procedimientos a adoptar. Los términos de un acuerdo sobre misiles ABM y el congelamiento de armas ofensivas tendrían que ser negociado simultáneamente y terminados al mismo tiempo (dejaba la naturaleza de la limitación ABM a los negociadores). Los niveles permitidos serían de un número de armas operacionales o en proceso de construcción en la fecha en que comenzara a aplicarse el congelamiento.

Al día siguiente, 26 de marzo, Dobrynin trajo la respuesta soviética a nuestro borrador del 16 de marzo, en la que ni se lo aceptaba ni se lo rechazaba. Se aceptaba el principio de un congelamiento de armas ofensivas estratégicas, pero los detalles serían discutidos *después* de haberse llegado a un acuerdo sobre armas defensivas. En el misterioso mundo de la diplomacia soviética, donde cada concesión debe hacerse con el mínimo de gracia, esto implicaba un compromiso para discutir los tratados sucesivamente, pero firmarse simultáneamente. No lo podíamos aceptar. Una vez que se supiera que existía un tratado ABM, nos presionarían insistentemente para que firmáramos; al minuto de firmar, la ofensiva sobre congelamiento se hubiera evaporado. (Aún sin firmarlo, el Congreso no votaría nunca los fondos para el programa para misiles ABM, por lo que lo ideal sería, del punto de vista soviético, un inconsumado acuerdo ABM en el cual los Estados Unidos abandonararon unilateralmente el programa.)

Hacíamos algún progreso, pero a un ritmo extremadamente lento. No les dejé duda alguna de que insistiríamos sobre los principios de la nota sometida a consideración el día anterior. Dobrynin concedió que sus jefes podían no haber tenido tiempo de estudiarla, pero, afortunadamente, él estaría pronto en Moscú para informarles personalmente, ya que se lo había llamado recientemente para una nueva consulta. En el estilo al que yo estaba acostumbrado, Moscú demoraba las negociaciones aún más con el simple recurso de quitar del medio al negociador.

Durante todo este tiempo, las negociaciones SALT proseguían en Viena, agregando otra complicación, porque nuestros hombres no estaban al tanto del Canal especial. Para fines de marzo, Gerard Smith especulaba conmigo privadamente acerca de que había hecho todo lo posible, salvo que se le diera autoridad para incluir sistemas con miras a adelantos, en las negociaciones. Paul Nitze, representante del Departamento de Defensa sigirió que aceptáramos una prohibición de misiles AB como compensación por el congelamiento y eventual reducción de los misiles pesados soviéticos ICB (los SS-9). Internamente, continuaban las presiones para convencernos de aceptar la propuesta soviética sobre sólo misiles AB. La revista *Time*, el *Washington Post* y el senador Muskie estaban entre los que abogaban por esto. El senador Symington comparó el programa de misiles AB «Salvavidas» con una compañía de paracaídas que anunciara: «si no funciona, envíelo y le daremos otro nuevo» (6). Para ser honestos, nuestro estilo secreto de negociaciones nos hacía vulnerables a estas presiones, ya que nuestros críticos no sabían si sabíamos hacerlo mejor. Por otra parte, si lo hubieran sabido, nos hubieran presionado para que aceptáramos las proposiciones soviéticas en curso, las que todavía estábamos tratando de mejorar.

En verdad, ya que el debate público sobre armas ofensivas se enfocaba sobre el único programa ofensivo que *nosotros* teníamos —el despliegue de misiles con múltiples cabezas (MIRV)—

los Estados Unidos estaban eternamente a punto de ser obligados a abandonar (*antes* de cualquier tratado SALT) los dos sistemas de armas estratégicas que estábamos construyendo.

Afortunadamente, el 23 de abril, Dobrynin volvió de Moscú y nos salvó. Me entregó una nota, con el deliberado estilo glacial de los soviéticos, aceptando nuestra propuesta que las limitaciones ofensivas podían discutirse *antes* de llegar a un acuerdo sobre los misiles ABM; era una buena definición de simultaneidad, aunque redactada en una de las dobles negativas de Gromyko. Habíamos logrado nuestra primera base, aunque, típicamente, los soviéticos nos sacaron una concesión previa. El tratado debía depender de que nosotros aceptáramos un sistema de misiles ABM limitado a las capitales nacionales. Y sin embargo, nuevamente, el Politburó dispuso el capital moral sin esperanza de ganancia. Dobrynin debe haber sabido, aunque Gromyko se resistiera a admitirlo, que ACN había sido la ganga del año anterior. Por otra parte, los soviéticos no hubieran llegado tan lejos si no quisieran andar el resto del camino. El 26 de abril, en otra nota oral, les ofrecí una salida, sugiriendo que la decisión sobre la naturaleza de los emplazamientos que se permitiría en el tratado ABM, se difiriera hasta negociaciones subsiguientes. Sin embargo, la nota alertó a los soviéticos acerca de que la posición norteamericana estaría basada en el sistema que teníamos en construcción en el momento (o sea, la defensa de los emplazamientos de los misiles) y no sobre algún hipotético sistema centrado en los capitales. Dobrynin no podía dejar de marcar el punto en debate en cuanto a que, después de todo, los soviéticos estaban solamente aceptando nuestra propuesta ABM del año anterior. Reconocí un poco avergonzado esta verdad, pero puse bien en claro que no cederíamos.

Al acercarnos a un acuerdo, un incidente grotesco interrumpió nuestros esfuerzos el 2 de mayo. Vladimir Semenov, el negociador de SALT en Viena, le espetó de pronto a Smith en una cena privada la misma propuesta para un tratado ABM limitado a las capitales, seguido de un congelamiento de misiles ICB que debía discutirse *después* de concluido el tratado ABM, lo que había sido rechazado por mí hacia seis semanas. En otras palabras, Semenov lanzó la *vieja* posición soviética, después que Dobrynin había ya concedido la simultaneidad. Como sobrepasaba en mucho todo lo que los soviéticos habían concedido previamente en Viena y Smith no sabía que se le estaba ofreciendo lo que nosotros ya habíamos rechazado y mejorado, creyó encontrarse a las puertas de la apertura. Nos instó a aceptar, con lo que revelaba las presiones que hubiera tenido que soportar si la negociación hubiera quedado en los canales formales. Hasta el día de hoy no puedo comprender lo que Gromyko esperaba ganar con esta maniobra. Tal vez no pudo resistir la tentación de explotar nuestro sistema de doble canal y concedió autoridad para que investigaran hasta dónde querrían llegar nuestros negociadores formales. Tal vez buscaba hacer la prueba de si el presidente podría sostener el programa que yo había expuesto. Podía imaginarse que quería que Semenov interviniera en la acción y que éste a su vez quería probar que podía hacerlo mejor que Dobrynin. (No debiéramos asumir que el sistema soviético es más inmune que el nuestro a las luchas burocráticas internas, mejor podría decirse que están más virulentamente inclinados a ello.)

Cualquiera fuera la razón, la jugada de Semenov, a la vez que hizo sospechar de la buena fe soviética, circunvinó el Canal presidencial. También despertó una consideración formal dentro de nuestras agencias de gobierno, que pronto se extendió a los medios de difusión y a la presión legislativa, para aceptar este «compromiso». Yo estaba en Palm Springs, ostensiblemente de vacaciones y en realidad para preparar el viaje a China. Le pedí a Al Haig por lo tanto que enfrentara a Dobrynin. Dobrynin no tuvo explicación que dar. Señaló que Semenov había expresado la «vieja» posición, como si esto pudiera excusar la maniobra. Prometió controlar la situación.

Unos pocos días más tarde, el 9 de mayo, Semenov volvió al ataque, eligiendo como oportunidad esta vez un viaje en barco organizado por el gobierno austriaco para demostrar su tendencia a pasar por alto el Canal. Semenov llevó a Smith a un lado y le propuso que «este año» se concentraran en llegar a un acuerdo ABM, luego del cual habría una intensa negociación para el tratado sobre armas ofensivas. El despliegue de misiles ICB sería detenido «por un período de tiempo», mientras proseguían estas negociaciones. (Se había ahora graduado de la posición que tenía hacía seis semanas a la penúltima en orden ascendente. Insistía aún sobre negociaciones consecutivas y continuaba excluyendo los misiles lanzados desde submarinos.) Smith estaba jubiloso ante la «apertura» aparentemente nueva. Yo me encontré ante un dilema, no le podía decir a Smith que le habían vendido mercadería vieja, que la oferta de Semenov había sido sobrepasada por una mejor en un canal del que él no sabía nada. Lo mejor que pude hacer fue sugerir que Smith volviera dentro de una semana para revisar la oferta.

Mientras tanto, decidí definir la situación con Dobrynin. Al tratar con los soviéticos, se llega a un punto en que inevitablemente se hace importante poner drásticamente en claro que se han alcanzado los límites de flexibilidad, que ha llegado el momento de, o ponerse de acuerdo o terminar la negociación. Este es un asunto más complejo que ponerse simplemente «duro». Si se traza la línea demasiado pronto, los soviéticos cortarán en efecto la línea de negociación; si la línea es trazada demasiado tarde, ya no creerán que la cosa va en serio. El éxito en las negociaciones depende del manejo del tiempo y en ninguna parte es más cierto que con Moscú.

Lo que más tarde fue pasando a ser un procedimiento que utilizaríamos más de una vez, fue impuesto por la necesidad —o por la torpeza soviética— en mayo de 1971. Una vez que Smith retornara a Washington, la propuesta de Semenov sería el tema de deliberaciones formales interagencias, saliendo del control del Canal presidencial. El 11 de mayo mantuve una conversación algo brusca con Dobrynin. Los soviéticos, dije, podrían pensar que podían jugar dos canales uno contra el otro y en verdad que podríamos tener alguna dificultad en convencer a las agencias que lo que Dobrynin había concedido era en realidad factible, pero él no podía dudar de que, tarde o temprano, la tenacidad del presidente y mi control de la maquinaria burocrática pondrían las cosas donde las queríamos. El precio, continué, sería la pérdida de confianza en la seriedad de un Canal directo privado. La cólera del presidente ante lo que sólo podía considerar como una deliberada maniobra para quitarle crédito, sería masiva. Exigí una respuesta a nuestra propuesta del 26 de abril dentro de las veinticuatro horas, o trasladaríamos toda la cuestión a los canales oficiales. Lo mismo haríamos con las negociaciones de Berlín. Dobrynin trajo la respuesta el 12 de mayo. La Unión Soviética abandonaba su insistencia sobre el sistema ACN. Aceptaba la simultaneidad de negociación en la limitación de los sistemas ofensivos o defensivos.

Para el 15 de mayo habíamos coincidido en que se haría un anuncio el 20 de mayo y sobre el texto de un intercambio privado de cartas entre Nixon y Kosygin.

Este triunfo lo había causado considerable angustia a Nixon, porque ahora tendría que decirle a su secretario de estado que se habían llevado a cabo negociaciones sin su conocimiento durante meses y que estábamos a la víspera de un anuncio formal. Su primera reacción instintiva fue decir que una repentina comunicación soviética había inesperadamente provocado una apertura (ésta fue la explicación dada siete semanas más tarde para mi viaje a Pekín). Le aconsejé en contra de aseveraciones que no serían avaladas por los registros y que podían ser explotadas por los traviesos negociadores soviéticos. La siguiente idea de Nixon fue decir que él había escrito a Brezhnev en enero y que recién había recibido la respuesta. También me pronuncié en contra de esto, sobre más o menos los mismos términos. Finalmente, Nixon se libró del mal momento dejando que Haldeman le diera la noticia a su viejo amigo. El descrédito que recayó más adelante sobre Haldeman no debe oscurecer la fortaleza con la que asumía muchas tareas tan ingratas y que nunca se le agradecieron. Rogers aceptó la explicación ofrecida —la apócrifa carta de Brezhnev— con una compostura que hablaba en su favor.

A mí me dejaron la tarea de informar a Gerry Smith. No era tarea agradable. Sin entrar en mi desacuerdo con las opiniones políticas de Smith, yo respetaba su profesionalismo y lealtad. Le sería doloroso sentirse excluido de la culminación de años de trabajo y era demasiado esperar que nuestro negociador principal estuviera de acuerdo con que las negociaciones hubieran sido mucho más extensas y dudo que yo hubiera podido sostener nuestra posición final en vista de las presiones públicas para que cediéramos. Le mostré a Smith todos los intercambios con los soviéticos y un resumen de mis conversaciones. Smith se condujo con cortesía y discreción y aunque más adelante expresara una comprensible amargura en privado, cuando un proceder tal hubiera sido disminuir el mayor logro de la administración de Nixon en las relaciones Este-Oeste, él puso la unidad nacional antes que sus propios sentimientos.

Al mediodía del 20 de mayo de 1971, Nixon enfrentó a los periodistas de la Casa Blanca y lanzó lo que sería la primera de las sorpresas de ese año. Leyó el texto del anuncio, cuyas escuetas y algo retorcidas palabras le hacían justicia a todo el trabajo de los seis meses pasados y a su significado intrínseco:

El Gobierno de los Estados Unidos y el de la Unión Soviética, después de revisar el curso de sus conversaciones sobre la limitación de armas estratégicas, han acordado concentrarse este año en delinear un tratado para la limitación del despliegue de los sistemas de misiles antibalísticos (ABM). También han acordado que, al mismo tiempo que

se concluya con la redacción del tratado para limitar los misiles ABM llegarán a acuerdo sobre ciertas medidas con respecto a la limitación de armas ofensivas estratégicas.

Pero no había nada que estuviera destinado a seguir sobre rieles en esta negociación con los soviéticos. No acabábamos de anunciar la declaración conjunta cuando se me informó que la agencia noticiosa soviética TASS había publicado una versión diferente, implicando que la discusión de la limitación ofensiva llegaría «después» en lugar de «al mismo tiempo que» el acuerdo ABM. En otras palabras, nos enfrentábamos con un intento de deslizarnos hacia la primitiva posición soviética disfrazada como un trascendido de la prensa. Cuando le llamé la atención a Dobrynin sobre el hecho, arguyó tímidamente que TASS debía haber hecho una retraducción de un texto ruso (extraordinaria explicación, considerando que el documento original se había redactado en inglés). Desafortunadamente, insistió Dobrynin, era ahora demasiado tarde para comunicarse con Moscú, debido a la diferencia de hora. Le dije que dentro de dos horas yo tendría una sesión informativa sobre el anuncio y podría hablar, o de la duplicidad soviética o presentar el texto acordado como el primer paso importante hacia el logro de mejores relaciones. Él tenía que decidir. La ingeniosa solución del embajador fue escribir el texto correcto en inglés sobre papel de la embajada soviética. Estuvo así disponible, con el tiempo, para los especialistas en resquicios de credibilidad, que ya estaban descargando su artillería pesada. Fue la única vez, probablemente, que un comunicado para la prensa fuera distribuido desde la oficina de prensa de la Casa Blanca bajo un membrete soviético.

La apertura del 20 de mayo era de procedimiento en la superficie. Establecía que las limitaciones defensivas y ofensivas debían concluirse simultáneamente (*). Pero ocultaba más de lo que revelaban sus palabras. Por una parte, habíamos puesto enfrente del Politburó la esencia de nuestra posición SALT. El tratado SALT de 1972 conformaba lo que el entendimiento de mayo de 1971 implicaba: los soviéticos habían aceptado en realidad un congelamiento sobre nuevas construcciones de misiles estratégicos; habían concedido un sublímite en misiles pesados; habían en realidad abandonado su pretensión de que nuestra aviación en el extranjero fuera contabilizada y les habíamos hecho notar que los misiles para ser lanzados desde submarinos tendrían que ser limitados o justificados. Más aún, nos la habíamos arreglado para hacer pasar inadvertida nuestra propuesta ACN del año anterior. En resumen, el tratado final logrado un año después reflejaba en sus aspectos básicos los intercambios que llevaron hasta el anuncio del 20 de mayo.

Mucho después de firmarse los tratados SALT en mayo de 1972, se puso de moda criticar su pretendida «disparidad». Es verdad que el congelamiento conservó la brecha numérica entre la fuerza de misiles soviéticos y de los EEUU que se habían desarrollado durante la década anterior, durante cinco años más, pero como resultado de decisiones de nuestros predecesores, no existía programa norteamericano que pudiera haber producido nuevos misiles por lo menos en cinco años. Mel Laird señaló en una reunión de CNS que la primera fecha posible para los nuevos submarinos que estábamos planeando, era 1977; resultó ser demasiado optimista, con un margen de por lo menos dos años. En el intervalo, la Administración impulsó el desarrollo de dos nuevos programas —Tridente, B-1, Minuteman III, ABM y MIRV— en vista de la oposición activa y vocal del Congreso. Por eso el congelamiento de unidades no detuvo ningún programa norteamericano, pero sí detuvo un programa continuado soviético, que desplegabamos más de 200 misiles ICB y SLB por año. A cambio de esto, nosotros aceptábamos un límite sobre los misiles ABM, nuestra ficha de regateo, que de todos modos estaba por ser matada por nuestro Congreso.

Que lo hubiéramos logrado a pesar de una obviamente débil posición de regateo —estábamos, después de todo, en incapacidad de argüir plausiblemente que podíamos construirlos rápidamente si fallaba el tratado— se debió a diversos factores. La conducción soviética no quiso explotar las presiones domésticas desatadas por la guerra de Vietnam, llegando a esta decisión no por caridad, sino porque reconoció que el Canal especial podría representar su única oportunidad para un acuerdo fundamental durante el primer período de Nixon. Y los líderes estaban lo suficientemente enterados de la «inestabilidad» de Nixon —que era en realidad su forma de forzar

(*) Algunos expertos académicos en control de armas seguían creyendo que el presidente había aceptado la propuesta soviética y elogiaron a Nixon por haber llegado a un tratado sobre los misiles ABM solamente, cuando él había hecho exactamente lo contrario (7).

un asunto— como para no jugar con una incomodidad aparentemente doméstica, cuya débil base entendía Dobrynin, si no otros, mejor que algunos de nuestros críticos.

Y lo que es más importante, los soviéticos no podían arriesgarse a una crisis con nosotros, si querían que se concluyera el acuerdo de Berlín o se ratificaran los tratados con Alemania. Nunca se explicitó este vínculo, pero se reflejaba claramente en el camino de nuestras negociaciones. (Por ejemplo, durante la semana de la indiscreción de Semenov, le pedi a Rush que demorara un encuentro con el embajador soviético en Bonn con cualquier pretexto, por dos semanas. Y no había posibilidad de que el Parlamento alemán ratificara los tratados orientales de Brandt bajo las condiciones de la Guerra Fría. Teníamos nuestras propias buenas razones para no querer formar parte de las tensiones Este-Oeste, pero estábamos preparados para arriesgar esta posibilidad esperando un tratado SALT compatible con nuestra seguridad.

Internamente, el acuerdo del 20 de mayo nos concedió tiempo. Aquietó por un breve tiempo a los críticos que condenaban el insuficiente compromiso para lograr la paz de la Administración; dejó descansar el debate por la defensa, por lo que restaba del término de Nixon. Una vez que se hizo evidente que probablemente SALT tuviera éxito, las presiones sobre diferentes tipos de moratorias se calmaron. Los misiles AB quedaron en una etapa embrionaria, pero era inevitable, por un año. Obteníamos en realidad un mejor precio por ellos, que lo que hubiéramos creído posible después que el Comité de servicios armados del Senado había votado en mayo de 1971, confinar el despliegue a dos emplazamientos en ausencia de un tratado SALT.

Más aún, dentro del gobierno, el acuerdo del 20 de mayo se convirtió en un hito de la confirmación del dominio de la Casa Blanca en asuntos extranjeros. Durante los dos primeros años, el control de la Casa Blanca había estado confinado al enunciado de su política; ahora lo extendía a su ejecución. Simultáneamente, se estaban negociando tres iniciativas mayores, de las que la burocracia común estaba ignorante: el tratado SALT del 20 de mayo, las negociaciones de Berlín y la apertura hacia China. Ya he dicho que no considero que este procedimiento pudiera ser institucionalizado, pero debe también subrayarse que los departamentos hacían poco para estimular la confianza del presidente. Su tendencia a aprovecharse de la renuencia de Nixon para enfrentarse cara a cara, lo tentaba a entrar en una interminable guerra de guerrillas para evitar a sus propios subordinados, que nunca consideró suyos. ¿Qué venía antes, las sospechas de Nixon de toda una vida, o la desconfianza que tenía de él un gobierno equipado por la oposición durante una década? Es como la cuestión del huevo y la gallina. Nixon, ayudado por mí, encontró su propio método de resolver el problema, que alteraba ciertamente la moral departamental. Era injusto y desmoralizador para individuos como Smith; era duro para el personal del CNS, que tenía como única responsabilidad retener tres negociaciones mayores simultáneamente, en medio de la operación Laos. Se consumía una cantidad de energía en atender los canales duplicados, pero Nixon juzgó que, dada su convicción, su personalidad y sus subordinados, no había otra forma de obtener resultados.

Con respecto al entendimiento del 20 de mayo, tenía todas las razones para lamentarse de que en los canales comunes se hubiera arrastrado por meses, mientras nuestros departamentos discutían sobre las tres opciones ABM y las diferentes versiones del congelamiento, dejando traslucir sus planes favoritos en una tentativa de apropiarse exclusivamente sus decisiones. Los soviéticos hubieran ejercido constante presión para el acuerdo sobre sólo los misiles AB, movilizándolo con éxito a los medios de difusión poderosos, además de la presión legislativa para que nosotros lo aceptáramos. La ligazón esencial de las negociaciones de Berlín y SALT se hubiera, casi seguramente, perdido, dado la imposibilidad de afinar al máximo los movimientos de dos burocracias enteramente diferentes, cada una convencida de que su responsabilidad era lo suficientemente difícil y sus méritos valían la pena, de modo que se justificaba que procedieran separadamente.

El acuerdo del 20 de mayo jugó también un papel menor en nuestra iniciativa con China. Le demostró a Pekín que teníamos una opción hacia Moscú, mientras nos daba una oportunidad de demostrar que comprendíamos fundamentalmente las preocupaciones chinas. Usamos el canal pakistaní para informar a los líderes chinos de nuestra decisión y de las razones que teníamos para ello, poniendo en claro que rechazábamos cualquier ambición sobre condominio. El acuerdo del 20 de mayo, finalmente, fue la primera negociación EEUU-Unión Soviética sostenida a nivel presidencial —precursora de otras en los años por venir. Los dos gigantes nucleares estaban comenzando a tantear su camino —con muchos altos y bajos— hacia reglas de procedimiento para la coexistencia.

LA NEGOCIACIÓN DE BERLÍN

La negociación de la Unión Soviética sobre Berlín se llevó también a nivel secreto y a nivel oficial, pero Berlín excedió hasta ambos SALT en dificultades y jerga esotérica. Mientras que con SALT estábamos en completo dominio de nuestro lado, en Berlín, no sólo teníamos que tratar con la Unión Soviética, sino que debíamos mantenernos en sociedad con Gran Bretaña y Francia como potencias ocupantes, la República Federal alemana como el aliado más interesado y el gobierno de Berlín Oeste que, después de todo, representaba a la gente cuya oportunidad para vivir en libertad era lo que estaba en juego. Más aún, la negociación estaba enquistada por años de lucha sobre legalismos. No había escasamente un tema, desde la forma exacta de una estampilla en un pase, hasta el status legal de toda la ciudad, que no se hubiera discutido con los soviéticos durante las décadas del cincuenta y el sesenta. Cualquier iniciativa tenía que luchar contra un largo legado de fórmulas jurídicas acumuladas, además de soslayar el muro de piedra del principal negociador soviético, Pyotr A. Abrasimov, embajador soviético ante Alemania Este. No era un diplomático, sino un funcionario del partido comunista, cuya sola experiencia había sido tratar con europeos del Este. Era entonces perentorio y abrasivo aún para los niveles soviéticos. Le parecía muy duro tener que aceptar que no podía sencillamente darle directivas a los negociadores occidentales.

La posición de regateo occidental era fundamentalmente poco favorable. Los vínculos carreteros, ferroviarios y aéreos hacia Berlín Oeste eran presa fácil para el manoseo de soviéticos y alemanes del Este, sujetos a interrupciones aparentemente tan triviales que eran difíciles de objetar y que con su acumulativo impacto amenazaban profundamente, sin embargo, la libertad de Berlín. Se les prohibía a los berlineses del Oeste viajar a Berlín Este. No había servicio telefónico. Los servicios terrestres y ferroviarios para los civiles estaban bajo el control de Alemania Este, a la que ni siquiera reconocíamos en ese entonces. Técnicamente, el tránsito militar pasaba por un control soviético, pero hasta esto era una ficción, ya que la realidad era que un guardia alemán del Este controlaba las puertas mientras un oficial soviético haraganeaba en una casilla cercana, en caso de que surgiera una disputa.

Los «sectores occidentales» —el término era utilizado siempre por los aliados para destacar que Berlín era todavía una sola ciudad bajo ocupación de Cuatro Potencias— eran sostenidos económicamente por Alemania Oeste. En verdad, la República Federal había hecho un esfuerzo especial, tanto bajo el gobierno demócrata cristiano como el social democrático de Bonn, para establecer una presencia política y económica en Berlín. Estos esfuerzos habían sido apoyados y sostenidos por los tres poderes occidentales. Para poder mantener la posición de ocupación, sin embargo, que era la única base legal para evitar que los soviéticos contaran con Berlín, las tres potencias occidentales nunca reconocieron y la República Federal nunca reclamó, que Berlín Oeste era parte de la República Federal. Por eso es que era de gran interés para los EEUU establecer las obligaciones legales de la Unión Soviética para permitir el acceso legal a Berlín Oeste y entre Berlín Oeste y Este, que habían estado separadas una de la otra por un muro durante una década.

Durante diez años, la vulnerabilidad de Berlín había sido considerada por los soviéticos como una oportunidad para explotar y no como un incentivo para un acuerdo. Lo que teníamos en marcha para nosotros en 1971 era la preocupación de Moscú por conseguir la ratificación de los tratados orientales de Brandt. Porque era inherente a la *Ostpolitik* el que sus ventajas tangibles provinieran de un solo lado —después de todo, Bonn aceptaba la división de su país obteniendo a cambio nada más que mejora de la atmósfera política— un tratado de Berlín favorable tenía que aportar el *quid pro quo*. Moscú estaba así en la posición paradójica de que se le solicitaran concesiones no justificadas por el equilibrio local de fuerzas, de modo de obtener ganancias en otros asuntos de importancia. Era un caso clásico de ligazón. La consecuencia práctica de esta ligazón, sin embargo, fue que nos hiciéramos responsables en el proceso, por el éxito final de la política de Brandt.

Había que arreglar dos problemas mayores:

- las potencias occidentales querían una garantía soviética (no de Alemania Este) de que su acceso a Berlín fuera preferencial y sin obstáculos.
- la República Federal quería la aceptación soviética de vínculos políticos de importancia entre la República Federal y Berlín, eliminando los tradicionales pretextos para las presiones comunistas contra Berlín Oeste.

La Unión Soviética había comenzado negociaciones con las Cuatro Potencias, atacando los dos temas con su tradicional sutileza; enunciaba su posición máxima utilizando tácticas de martilleo. Con respecto al acceso, los soviéticos rechazaban toda competencia; insistían en que el tráfico que cruzaba Alemania Este no estaba bajo su control o influencia; era un asunto para que las dos Alemanias lo discutieran. Si los soviéticos, como una de las potencias ocupantes no tenían responsabilidad, entonces, siguiendo el razonamiento soviético, tampoco la tenían los aliados occidentales. El acceso civil a Berlín se convertía así en un asunto puramente alemán y cualquier crisis debía resolverse como un asunto interno de Alemania.

En cuanto a la «presencia federal», la posición soviética era la esencia de la sencillez. Los soviéticos no exigían más que la eliminación completa de todo vestigio de las actividades «ilegales» de Bonn en la ciudad, de las que incluían una lista enciclopédica. En su forma característica, Abrasimov exigió que se arreglara primero el asunto de la presencia federal; solamente entonces se hablaría sobre el acceso. Parecía que los soviéticos querían utilizar las negociaciones para hacer de Berlín Oeste una «ciudad libre» y la presión ejercida a ese fin había producido una crisis importante en los años 1958, 1959 y nuevamente en 1961. Eran las tácticas SALT nuevamente, en que los soviéticos también querían resolver el asunto de mayor importancia para Moscú —ABM— antes de tratar las cosas que nosotros queríamos. Cuál era el punto que los soviéticos creían obtener enunciando una propuesta que Brandt no podría lograr, quedará tal vez en el misterio para siempre. Otro cambio de política que los soviéticos quisieron aplicar justo cuando yo me vi personalmente involucrado, en febrero de 1971, fue tratar de soslayar las Cuatro Potencias totalmente. Un oficial de Alemania Este, Michael Kohl, apareció en Bonn para negociar la normalización de las relaciones entre Alemania Este y la República Federal. Yo ya había establecido el canal naval secreto, previamente descrito, para que Bahr, de la República Federal, nuestro embajador Ken Rush y yo pudiéramos mantenernos en contacto y lo usé por primera vez para prevenir a Bahr que no se dejara seducir y permitir que los soviéticos lo utilizaran como extremo de un foro totalmente alemán.

Mi próximo paso fue discutir con Dobrynin, el 10 de febrero, el borrador de la propuesta que los poderes occidentales habían sometido en las conversaciones de los Cuatro poderes del 5 de febrero. Ésta insitía sobre un acceso sin obstrucciones, respaldado por una garantía soviética. En cuanto a la presencia federal, el borrador ofrecía que órganos constitucionales, como el Parlamento que eligiera al presidente, no se reuniría más en Berlín y que todos los ministerios de Alemania Oeste se unirían bajo un único representante de la República Federal en Berlín. No era una gran concesión, ya que quedarían los funcionarios, pero le daba a los soviéticos una institución para guardar las apariencias con la que pudiera tratar. Todo lo que no estuviera prescrito sería permitido.

Ken Rush fue el peón indispensable. Él me mantenía informado para mis negociaciones con Dobrynin; se mantenía en estrecho contacto con los otros aliados occidentales para asegurarse de que las posiciones aliadas permanecían compatibles; tenía que reprimir también la propensión de Bahr hacia los esfuerzos solitarios y reclamar el crédito a los soviéticos por todas las concesiones hechas. Y todo esto sin que su propio Departamento de Estado lo supiese. Era una extraña manera de llevar un gobierno. El milagro era que funcionara, pero esto era debido en gran parte a la invariable habilidad de Rush.

Dobrynin comenzó por insistir en que los procedimientos para el acceso debían ser manejados por las dos Alemanias y luego, sorprendentemente, rastreó un compromiso: los soviéticos expresarían su responsabilidad por el acceso en la forma de una declaración unilateral de lo que ellos creían que era la posición de Alemania Este. Esta declaración sería entonces incorporada a una garantía general de todo el acuerdo. Tuve que admitir que esto sonaba como una clara posibilidad, ya que en realidad era la posición occidental de retirada, precisamente lo que estaba ya en discusión en los canales formales. (Hasta se me ocurrió que más que mi aceptación de un compromiso soviético, lo que estaba realmente ocurriendo en la reunión del 10 de febrero era la aceptación soviética de nuestra posición de retirada, que había sido informada a Moscú desde otra fuente, presumiblemente Bahr.)

Cuando notifiqué a Bahr y a Rush de mi conversación con Dobrynin, ambos afirmaron que tal garantía sería aceptable para los aliados occidentales, siempre que los procedimientos de acceso que estaban siendo garantizados estuvieran lo suficientemente detallados como para mejorar la viabilidad de Berlín. Dobrynin reaccionó el 22 de febrero sugiriendo que yo le sometiera un juego detallado de procedimientos de acceso. Esto arrojó a Bahr y a Rush a un fre-

nesí de borradores, complicados por frecuentes tamizados de los largos textos que venían en los cables dirigidos a mí por nuestro canal secreto. Su borrador representó una amalgama de las distintas posiciones aliadas y por lo tanto, pasible de aceptación en los foros aliados. El 26 de febrero le presenté este documento a Dobrynin.

El 15 de marzo, Dobrynin renovó su pedido de una concesión más occidental sobre la presencia federal. Contesté que no podíamos ir más allá de la posición aliada anunciada en febrero. Como indicación de lo ansiosos que estaban los soviéticos por algún adelanto, Dobrynin ofreció inmediatamente un compromiso: alguna presencia soviética en Berlín Oeste —por ejemplo un consulado— a cambio de la garantía soviética de acceso. Esto parecía conceder la definición de presencia federal enunciada por los aliados el 5 de febrero.

Pero nada, por supuesto, es tan sencillo en el sistema soviético. Para el 18 de marzo, Moscú, o tenía alguna segunda intención, o algún otro elemento de la burocracia soviética exigía pruebas de que no había nada más que conseguir. Dobrynin me entregó un borrador soviético completo y detallado de un tratado de Berlín que retiraba prácticamente todas las concesiones hechas durante el mes anterior. Me invitó a hacer comentarios antes que Moscú ofreciera el texto en las conversaciones de las Cuatro Potencias del 26 de marzo. Era imposible tratar con todos los esotéricos asuntos legales en un documento general con tan poco tiempo. Por otra parte, la presentación formal ante los Cuatro no era de decisiva importancia; la mayor implicación era que las Cuatro Potencias continuaran en conversación.

Después de consultar con Rush y con Bahr, le contesté a Dobrynin el 22 de marzo. No estaba en posición de ofrecer un contraborrador y no quería dejarme arrastrar a una negociación detallada de un documento soviético, lo que aseguraba que las negociaciones serían *muestras* concesiones. Para forzar a los soviéticos a moverse en nuestra dirección —lo que yo pensaba que harían— después de consultar con Rush, presenté una cantidad de principios generales. Primero, cualquier acuerdo tendría que afirmar los vínculos de Berlín con la República Federal y la aceptación soviética de la autoridad de las Potencias occidentales en Berlín Oeste. Segundo, la consideración de los accesos debía ser una sólida garantía de la Unión Soviética en cuanto a que el acceso de superficie a Berlín, tanto civil como militar, estuviera libre de obstáculos. Tercero, tendría que haber un compromiso soviético para mejorar el acceso entre las dos mitades de la ciudad. Cuarto, el acuerdo tendría que especificar que la forma de la representación de Berlín Oeste en el exterior era responsabilidad de los tres poderes —esto era un eufemismo para permitir que Alemania Este representara a Berlín, porque los poderes occidentales delegarían su autoridad en Bonn. Quinto y último, cualquier entendimiento que concerniera a la presencia soviética en Berlín Oeste tenía que manejarse fuera del tratado de las Cuatro Potencias en Berlín. Esto era para evitar que la Unión Soviética anulara las provisiones sobre accesos, utilizando el pretexto que se intervenía el ejercicio de sus funciones consulares en Berlín Oeste. Le entregué a Dobrynin un ayuda memoria que explicaba con considerable detalle las implicaciones prácticas de estas posiciones.

Dobrynin y yo tuvimos la idea de proponer conversaciones privadas entre Abrasimov y Rush. Resultó ser una de esas ideas que son más fáciles de concebir que de ejecutar. Abrasimov estaba en Berlín Este y Rush en Bonn. Se encontraban solamente en las reuniones de las Cuatro Potencias y el que uno de ellos hiciera contacto con el otro implicaba hacerse conspicuo ante los medios de difusión, al tener que cruzar los controles del muro. De encontrarse privadamente, aun en el contexto de una sesión de las Cuatro Potencias, sería cuestionado por los otros embajadores —e informado en los canales frontales del Departamento de Estado, provocando así demandas por un informe completo de parte de Washington.

Nos pareció haber vencido las dificultades y arreglamos un encuentro para el 25 de marzo. Abrasimov que, o no entendía el compromiso mutuo del sistema de los dos canales y su significado, o quería inundar el Canal Dobrynin (o ambas), hizo el papel de Semenov. Mandó un pedido para un encuentro privado con Rush por los canales frontales, creando una enorme y confusa especulación en Washington. Luego, en la misma forma misteriosa, canceló el pedido. Se volvió a planear el encuentro para la próxima sesión de las Cuatro Potencias del 16 de abril. Esta vez, Abrasimov culpó a Rush por el fracaso, por haberse retirado temprano. Era un subterfugio transparente, porque Rush había prevenido a todo el mundo que tenía que presidir una cena para la Orquesta Boston Pops esa noche en Bonn. Había algo más profundo que estaba sucediendo, tal vez un forcejeo entre el ministro soviético de asuntos extranjeros (representado por Dobrynin) y la maquinaria partidaria (representada por Abrasimov). O tal vez Gromyko

había decidido que su borrador de marzo era perdedor y no serviría nunca como base de negociación y elegía este camino para retirarlo. No es imposible que los soviéticos no confiaran en el canal Abrasimov-Rush solos y querían encontrar un foro que incluyera a Bahr, en quien obviamente tenían confianza. Cualquiera fuera la razón, cuando le sugerí a Dobrynin el 23 de abril que el embajador soviético en Bonn, Valentin Falin fuera puesto en lugar de Abrasimov, aceptó ansiosamente. Falin, Rush y Bahr podían encontrarse en Bonn sin atraer la atención y desde el punto de vista de Gromyko tenía probablemente la ventaja adicional de mantener todo en los canales del Ministerio del Exterior.

Obviamente, era necesario que me encontrara con Egon Bahr nuevamente. Una vez más necesitábamos un lugar que justificara nuestro encuentro. Elegimos la conferencia Bilderberg, una reunión informal anual de líderes políticos y financieros europeos y norteamericanos con fecha para el fin de semana 24-25 de abril, en Vermont. Allí en ese escenario selvático, rodeados de manifestaciones de grupos de izquierda que sospechaban que patrocinadores radicales como David Rockefeller y Jack Heinz estaban vendiendo Norteamérica al internacionalismo tenebroso, Bahr y yo revisamos el estado de las negociaciones. Hizo una ingeniosa sugerencia: que ambos bandos abandonaran las justificaciones legales de sus posiciones y trabajaran a su vez en describir sus responsabilidades prácticas y sus obligaciones. Estuve de acuerdo, sujeto a hablarlo con Rush, siempre que los procedimientos de acceso se explicaran con un exceso de detalle que desterrara toda incompreensión futura.

Estudié la proposición de Bahr con Dobrynin el lunes 26 de abril. Aceptó con una rapidez que sugería que no escuchaba esto por primera vez. No conozco diplomático soviético, incluyendo a Gromyko, que aceptara una propuesta importante sin referirse antes a Moscú. No estaba siempre absolutamente en claro cuántos eran los canales en operación y quién era el negociador principal. Me aseguré de la autoridad de Bahr insistiendo para que Rush solicitara el endorso personal de Brandt tanto para el procedimiento como para la esencia. Lo obtuvo el 30 de abril.

En mayo, aparentemente bajo presión soviética, el severo stalinista Walter Ulbricht fue reemplazado como jefe del Partido en Alemania Este, por Erich Honecker, ostensiblemente por razones de salud. Se decía que Honecker era más flexible —reconociendo que en la comunista Alemania Este, era un término terriblemente relativo.

Falin, Bahr y Rush se encontraron por primera vez en mayo. De ahí en adelante, el foco central de las negociaciones se cambió para ese foro, teniendo a Dobrynin y a mí para romper los puntos muertos. Cada uno de los tres negociadores principales informaba de todas las conversaciones separadas al otro (por lo menos en teoría) como único medio de evitar el caos. Una enorme cantidad de tráfico de cables saturaba frecuentemente el canal de comunicaciones especiales. La Marina se hizo cargo de más de lo que pensaba cuando consintió en servir de vínculo de comunicación. Se desempeñó bien.

El 10 de mayo, Falin, Bahr y Rush se volvieron a encontrar. Siguiendo mis instrucciones y sus propias creencias, Rush resistió las presiones de Bahr para someter las propuestas detalladas sobre procedimientos de acceso sin aprobación por parte de los otros aliados. Rush insistió en un encuentro previo con el Grupo de trabajo de las Potencias de ocupación occidentales. Esperábamos que aprobarían la nueva posición en principio y no preveíamos dificultades para obtener su consentimiento para los procedimientos de acceso detallados, especialmente si Bonn era el patrocinante. En presencia de Falin, Bahr objetó este proceder, insistiendo en someter las propuestas tentativas inmediatamente. Rush volvió sabiamente a negarse. Finalmente, el Grupo de trabajo admitió la nueva posición, que se presentó como un plan y no como un documento negociado.

Hubo otra semana de demora mientras Rush, siguiendo mis instrucciones, pospuso un encuentro con fecha para el 19 de mayo, como respuesta a la conducta de Semenov al utilizar mal el canal durante las conversaciones SALT. Después de la apertura SALT del 20 de mayo, dejé que las cosas prosiguieran su curso. Falin siguió la acostumbrada técnica de negociación soviética de retractarse el 4 de junio de lo que había concedido el 27 y el 28 de mayo, para devolverlo luego el 6 de junio. El resto del mes de junio fue utilizado por Rush, Bahr y Falin en redactar los increíblemente complejos y enredados documentos que constituyeron finalmente el tratado de Berlín. Cada una de estas sesiones producía acuerdos que yo revisaba en lugar del presidente y algunos puntos contenciosos, que revisaba con Dobrynin. En esta etapa, el esfuerzo básico soviético era tratar de limitar la significación de su garantía de acceso, insertando frases cali-

ficativas como «dentro de su área de competencia», o referencias vagas a «cánones de ley internacional», lo que les permitiría más adelante argumentar sobre su área de competencia o qué previsión de leyes internacionales se aplicaba a procedimientos de acceso a través de territorio soberano.

La obstrucción se produjo porque las negociaciones de Berlín se volvieron una de esas ocasiones en las que Gromyko parecía presa casi de pánico de que pudieran abortar en el umbral del éxito. Decidió extorsionarnos para llegar a una rápida decisión, haciendo un acuerdo final por una reunión cumbre acondicionada a la conclusión del tratado de Berlín. Si esto era porque estaba genuinamente preocupado, o porque quería conseguir alabanzas del Kremlin por su buena puntería, la consecuencia fue exactamente lo opuesto a sus intenciones. Una vez que quedó en claro que no habría reunión cumbre en setiembre, busqué demorar la conclusión del tratado de Berlín hasta después del anuncio de mi visita a Pekín. Esto calmaría las tentaciones soviéticas de utilizar nuestra apertura con China como pretexto para comenzar una nueva ronda de crisis. Triunfé, pero con dificultad. Hasta Rush, como todos los negociadores, se entusiasmó con la perspectiva de un tratado y comenzó a dilatar las cosas con gran repugnancia (sin saber, por supuesto, las razones involucradas). Al notar los aliados un aflojamiento en la posición soviética en la sesión formal de los Cuatro poderes, comenzaron también a ejercer presión para un rápido final.

El 7 de julio, el embajador Falin volvió de Moscú, donde había ido a consultar y le dijo muy serio a Bahr y a Rush que, para su sorpresa, Gromyko había aprobado todas las concesiones hechas en junio. Esto había ahorrado a Falin la necesidad de apelar a Kosygin y Brezhnev sobre la cabeza de Gromyko. Hasta los escépticos como yo, cuyas mentes, sobrecogidas por la visión de un Gromyko enterándose de la cuota de todo un mes de concesiones importantes por primera vez de labios de un subordinado que amenazaba pasar sobre su cabeza si era necesario, podían dudar de que los soviéticos pensaban sin duda ejercer presión sobre Berlín para llegar a una rápida conclusión.

Rush recibió otras instrucciones mías que debían ser necesariamente incomprensibles: demorar la ronda de negociaciones finales hasta después del 15 de julio. Cuando se anunció mi visita a Pekín, Bahr me informó que los rusos habían reaccionado emocionalmente en Bonn, pero que procederían con la negociación sobre Berlín de cualquier forma. No era un gran favor, ya que necesitaban un tratado de Berlín mucho más que nosotros. Resultó sin embargo un acto útil del servicio de inteligencia, indicando que el temor de nuestros kremlinólogos en cuanto a que la apertura con Pekín destruiría nuestras relaciones con Moscú, no tenía fundamento. Los hechos confirmaron esta primera señal, porque nueve días después de darle a Rush el visto bueno, él y Bahr se pusieron de acuerdo sobre el último punto contencioso.

Los soviéticos accedieron extender la protección consular de la República Federal a los ciudadanos de Berlín Oeste y su derecho de viajar con pasaportes de Alemania Oeste. A cambio de ello, consentimos con el plan de establecer un consulado soviético en Berlín, algo esencialmente diseñado para salvar las apariencias. No ayudaba a la teoría soviética de separar a Berlín Oeste de la República Federal, ya que existían consulados soviéticos en las ciudades de Alemania Oeste. (En los casi diez años en que ha estado en funciones el tratado de Berlín, el consulado soviético no ha tenido un papel destacado.)

Al finalizar el día, Rush usó el canal reservado con justificable orgullo: «Incluyo un borrador tentativo del tratado y no puedo creer que sea tan favorable como es. Falta la aprobación final suya, de Gromyko y Brandt respectivamente... Ayer obtuvimos de Falin prácticamente todo lo que quisimos.» Y tenía razón. Donde antes no existía base legal alguna para el acceso de civiles, se especificaban ahora procedimientos minuciosamente detallados, yendo hasta tecnicismos tales como el uso de bolsas cerradas para llevar artículos manufacturados. Donde antes la Unión Soviética se lavaba las manos en cuanto al acceso a Berlín, diciendo que ello debía ocurrir bajo mandato soberano de los alemanes del Este, ahora lo garantizaban. Se redujo ligeramente la presencia federal en Berlín Oeste, especialmente con respecto a actividades que nunca habían sido reconocidas por los aliados, tales como la elección presidencial cada cuatro años. Pero la Unión Soviética había aceptado el principio de que los vínculos entre la República Federal y Berlín podían «mantenerse y desarrollarse», sentando así una base legal para fortalecer los vínculos económicos y culturales entre Bonn y Berlín. El acuerdo autorizaba a Alemania Oeste a representar a Berlín en acuerdos internacionales o cuerpos de preceptos y permitía que los berlineses viajaran con pasaportes de Alemania Oeste. En resumen, el tratado implicaba y

provocaba una mejora substancial en las vidas y la seguridad de la población de Berlín. El texto logró en esencia la meta establecida por el borrador de las Cuatro Potencias presentado el 5 de febrero, corriendo paralelo a él, en realidad, en las categorías principales.

Pero la conclusión secreta del tratado entre nosotros, la República Federal y los soviéticos, dramatizó el problema burocrático provocado por nuestro sistema de dos canales. Debíamos procurar de alguna manera, que nuestro propio Departamento de Estado no complicara las cosas. Más aún, el tratado debía ser ratificado en el foro de las Cuatro Potencias, integrado por diplomáticos, exquisitamente conscientes de sus prerrogativas como representantes de las potencias ocupantes. Como agregado, la rapidez con que había procedido de pronto la «negociación», intrigaba a los que por una década habían estado acostumbrados al ritual de los estancamientos. El problema no era insuperable, ya que muchos elementos del borrador acordado habían sido diseñados con los documentos de planeamiento del Grupo de trabajo, pero tampoco era trivial. Rush y Abrasimov se las arreglaron para introducir los puntos no controvertidos, mientras Bahr asumió las provisiones más difíciles, con nuestro apoyo. Hasta ahí todo iba bien, pero cuando se reanudaron las conversaciones formales de las Cuatro Potencias el 10 de agosto, estaban por supuesto, bajo la dirección de la burocracia común, decidida a probar su temple. Repentinamente, Rush recibió instrucciones por los canales del Departamento de Estado, pidiendo que volviera a redactar párrafos ya acordados en negociaciones privadas. No eran cambios de importancia, pero sirvieron para levantar en la mente de Bahr la sospecha de que nos estábamos colocando en posición de poder ser acusados de mala fe. Me quejé a Dobrynin a mi vez por las tácticas tan rudas de Abrasimov, especialmente hacía el embajador británico, que no tenía mucha paciencia. El 18 y 19 de agosto, pareció que los problemas habían sido finalmente resueltos. Se logró el acuerdo aliado total. Rush envió un jubiloso cable por el canal secreto, diciendo que los burócratas habían sido contrarrestados (*).

La verdad era que recién despertaban. Por tercera vez en tres meses, se completaba una negociación en la cual la burocracia común no había participado y estaba en realidad ignorante de su existencia. No existe tratado que no pueda ser destruido totalmente por profesionales no involucrados en su negociación. La oficina para Alemania del Departamento de Estado no fue tan lejos; después de todo, los embajadores británico y francés habían aceptado el texto del tratado. Rogers se limitó a llamar a Rush para dos semanas de consultas, de modo que el Departamento pudiera «hacer una revisión intensa».

Estábamos en un serio problema; teníamos que convencer a los soviéticos, casi paranoicos, que la demora no era importante, pero no se le podía decir al Departamento de Estado que no tenía derecho de revisar un tratado de tanta importancia. No podíamos saber si no habría un burócrata quisquilloso que nos obligara a reabrir tópicos ya convenidos dos veces con los soviéticos, primero en los encuentros Rush-Bahr-Falin y luego nuevamente en las conversaciones a nivel embajador con Abrasimov. Se produjeron frenéticos llamados telefónicos entre el presidente, Rogers, Haldeman y Mitchell (como viejo amigo de Rush). Como de costumbre, Haldeman fue el encargado de componer las cosas. Brandt —a sugerencia mía— ejerció influencia en una fuerte carta a Nixon, endosando el tratado como un «logro importante»; esto serviría con Rogers. Nixon era un genio inventando explicaciones para un *fait accompli*. Solicitó la ayuda de su Secretario de Estado, argumentando que los europeos estaban tan molestos con las medidas económicas del 15 de agosto, que imponían una sobretasa del 10 por ciento sobre las importaciones, que teníamos que dejar que se salieran con la *suya*, por una vez (implicando que él no tenía nada que ver con la conclusión del tratado). Después de una reunión con Rush el 25 de agosto, Rogers entró en razones. El acto final de esta comedia fue una invitación presidencial a Rush a San Clemente el 27 de agosto. Esto culminó en una conferencia de prensa durante la que Rush anunció que había completado la revisión final con el presidente y que el tratado era «un gran triunfo para la política extranjera del presidente Nixon». Y con eso terminaron nuestras rencillas domésticas.

(*) Me doy cuenta que estoy describiendo una compleja negociación multilateral desde quizá la inadecuada perspectiva de un único participante. No sé qué contactos bilaterales se llevaron a cabo entre los otros participantes, cuya contribución puede haber igualado o excedido lo que yo estoy aquí recopilando. Por ejemplo, cuando Jean Sauvagnargues, el representante francés en estas conversaciones se hizo colega y amigo mío como ministro de asuntos extranjeros, se refirió varias veces a una contribución central hecha por él, y Sauvagnargues no era dado a vanagloriarse, pero sus comentarios eran enigmáticos para mí. No pedí aclaración, porque no tenía ningún deseo de reciprocación. Es muy posible que existieran otros contactos bilaterales con los soviéticos. Tendremos que esperar las memorias de los otros participantes.

Hubo todavía otra diversión grotesca; un pequeño juego comunista con las traducciones. Los alemanes del Este publicaron un texto que tenía variaciones considerables, no sólo con las versiones inglesas y rusas, sino con la de Alemania Oeste. Los franceses, sin embargo, se negaron a unirse a la presión para que los rusos hicieran que los alemanes del Este la cambiaran —el embajador francés, Jean Sauvagnargues se retiró furioso de una reunión. La posición francesa se basaba en su negativa para darle al alemán posición de idioma oficial. Aunque cara al corazón de los franceses, representaba una consideración interesante sobre un tratado que se ocupaba principalmente de asuntos alemanes. Pero, como ocurre a menudo en la diplomacia, una fórmula absurda en esencia fue la que terminó con la controversia. Sólo los textos en francés, ruso e inglés se consideraban «oficiales». Terminó la negociación con la anormalidad de no existir un autorizado texto en alemán del tratado que define el status de la antigua capital de Alemania y cuya ejecución está, hasta cierto punto, en manos de alemanes.

El Tratado cuatripartito de Berlín se firmó oficialmente el 3 de septiembre de 1971. Kenneth Rush, cuyos hábiles esfuerzos lo habían hecho posible, pagó el precio por todos sus excesos con un colapso físico que le llevó varias semanas para recobrar. Si la negociación por Berlín tiene un héroe, ése fue Rush. Se mantuvo fiel a nuestros aliados, controló la impaciencia de Bahr, llevó las negociaciones con dos juegos de embajadores soviéticos (en Berlín y en Bonn) con la mayor habilidad y discreción total. Sin él, nuestro esfuerzo no hubiera llegado a su dramático triunfo.

La técnica nada sentimental de las relaciones con los soviéticos estaba rindiendo ahora sus frutos. Estábamos demostrando que los cálculos de interés nacional eran mejores solventes de los puntos muertos en las relaciones Este-Oeste, que las apelaciones a un cambio de conducta. Aun cuando fuera rechazado por los teóricos, la unión se estaba logrando; habíamos mantenido SALT y Berlín en un tándem y logrado nuestros propósitos esenciales. Y, por supuesto, los soviéticos estaban razonablemente satisfechos con las concesiones de Brandt; sólo los aficionados creen en los pactos unilaterales.

FINALMENTE, LA REUNIÓN CUMBRE

Tanto las negociaciones SALT como las de Berlín tenían como motivo adicional, el intento de arreglar una reunión en la cumbre. Habíamos traído el asunto a colación en 1970, pero no habíamos podido avanzar sus perspectivas más allá de una sugerencia general presentada por Dobrynin por primera vez el 25 de septiembre de 1970, reforzada más tarde por Gromyko a Nixon, considerando como fecha aceptable, algún momento a fines del verano de 1971. No había llegado Gromyko, sin embargo, a una invitación formal y Dobrynin había continuado evitando fijar una fecha. Obviamente, los soviéticos consideraban que la posibilidad de encontrarse con sus líderes era una tan irresistible bendición para nosotros, que valía la pena venderla una y otra vez a un alto costo.

No fue hasta el 23 de enero de 1971, cuando yo consentí en discutir Berlín en el Canal de Dobrynin, que se apresuraron los preparativos para la reunión cumbre. Dobrynin comenzó a ser más específico en cuanto a fechas, aunque eludiendo siempre la concreción final. Se hacía evidente, que si yo unía Berlín con SALT, los soviéticos unían Berlín con la reunión cumbre. El problema con la estrategia de Moscú era que, al mismo tiempo, nosotros estábamos arreglando en silencio otra reunión cumbre con Pekín, lo que hacía que nuestra posición de regateo fuera mucho más firme de lo que podía parecer.

Dobrynin volvió sobre la reunión cumbre unas pocas veces más en febrero de 1971, reafirmando una fecha en otoño, pero sin estar dispuesto a discutir ninguna clase de arreglos. Luego, la reunión cumbre desapareció de nuestra agenda, porque la conducción soviética decía estar ocupada con el vigésimo cuarto Congreso partidario. A fines de marzo, Dobrynin partió para una de sus frecuentes consultas en Moscú, de modo que el otoño se tornó esquivo; debe haber un ángel de la guarda cuidándonos, porque estábamos lejos de estar preparados para una reunión cumbre.

El Congreso partidario estableció la preeminente posición de Brezhnev. Le escribí al presidente a mediados de abril, que en mi opinión, Brezhnev había surgido como la personalidad dominante. Saqué de ello perspectivas mezcladas:

...en los principales asuntos esenciales, Brezhnev casi seguramente se ve a sí mismo como operando con considerable fuerza. Será casi seguro que su pensión a hacer concesiones

se limite de acuerdo a ello, ya que calculará poder hacernos esperar de modo que el «asunto paz» cumpla su misión aquí, mientras se acerca la elección.

De todos modos, un razonable juicio esencial sería: (a) que Brezhnev tiene algo de libertad para una genuina negociación, y (b) posee algún incentivo para lograr alguna estabilización con nosotros, que lo ayude a lograr sus metas domésticas y controlar las tendencias separatistas de su imperio.

Nixon escribió en el margen: «Tendremos la respuesta en treinta días.»

La respuesta, sin embargo, mostró que los soviéticos no estaban mejor preparados para lograr una decisión claramente definida bajo la nueva conducción que bajo la antigua. Querían una reunión cumbre, pero también querían reasegurarse, utilizándola para incitarnos durante las negociaciones de Berlín. Deseaban una nueva relación, pero no confiaban lo suficiente en nosotros, como para dejarnos que completáramos una negociación que estaba tanto en nuestro interés como en el prestigio. Así, el 23 de abril, Dobrynin sugirió setiembre, pero uniendo la reunión cumbre explícitamente al tratado de Berlín. Yo reaccioné vivamente, insistiendo que no aceptaríamos condición alguna (esto no era poco solapado, viniendo de uno de los principales exponentes de la teoría de ligazón). Dobrynin, utilizando mis propios argumentos de enlace en mi contra, insistió que Moscú hablaba de la realidad, no de condiciones. No estaba muy agradecido de que Dobrynin se revelara como un alumno tan aplicado. El 26 de abril —el día antes de la confirmación final de la invitación de Pekín— le advertí a Dobrynin que no jugara con la reunión cumbre; la próxima vez que habláramos de ello, tendría que estar preparado para hacer un anuncio.

La próxima vez resultó ser el 8 de junio, en Camp David, adonde yo había invitado a Dobrynin para hacer una revisión general de las relaciones EEUU-Unión Soviética. Dobrynin aseveró con poca gracia que él contaba con la reelección de Nixon y luego utilizó el argumento para sugerir que no había apuro por una reunión cumbre. Seguiría a ritmo natural, después de terminar las negociaciones de Berlín. Fue una maniobra mezquina e innecesaria, porque Gromyko debía saber, a pesar de los cuentos épicos de hadas de Falin, que nos estábamos moviendo hacia una terminación temprana.

Para entonces, los planes de mi viaje a Pekín estaban bien adelantados. El 8 de junio en Camp David, me preocupaba más que los soviéticos tuvieran la reunión cumbre prematuramente empaquetada, que en dedicarme a encontrar una fecha apropiada para ambas. Lo último que deseaba era un anuncio público de un acuerdo norteamericano-soviético para una reunión cumbre, mientras yo iba en camino hacia Pekín. Por eso le pedí a Dobrynin que me diera una respuesta definitiva para fines de junio (tenía que partir el 1 de julio para mi viaje de doce días al Asia) si no septiembre ya no sería posible. Dobrynin pensó sin duda que la imposición revelaba una impaciencia que sería una pena no explotar. En realidad, era un reflejo de prudente reaseguro en un juego, cuya naturaleza los soviéticos no habían dominado aún. El 5 de julio, mientras yo estaba en Bangkok, cuatro días antes de llegar a Pekín, Moscú anuló la fecha de septiembre que había propuesto originariamente. El ayudante de Dobrynin, Vorontsov, trajo una respuesta para Haig, quien llamó a Lord a las tres de la madrugada, hablando en clave (que podía haber sido descifrada por un niño iletrado). La nota soviética, no sólo corría la fecha de la reunión cumbre, sino que introducía más condiciones. Admitía que se había producido algún movimiento en la discusión de algunas cuestiones (refiriéndose a Berlín). «Al mismo tiempo, no tenemos aún la certeza si se llegará a los acuerdos tan pronto como deseáramos.» Proponían una fecha mutuamente aceptable, más cercana al fin de 1971. La fecha del anuncio debía ser «fijada con precisión» en charlas complementarias —en otras palabras, otra dilación. Al final del mensaje había un párrafo que sugería que los soviéticos condicionaban la reunión cumbre no sólo a Berlín, sino al retraimiento norteamericano en general (pensando tal vez en Vietnam). «Es necesario que ambas partes no permitan nada en sus actividades que haga que la situación sea desfavorable para la preparación y realización de la reunión, debilitando las oportunidades de obtener resultados positivos en dicho encuentro.»

Le envié un cable a Haig diciendo que la nota de Vorontsov tenía sus ventajas. Podíamos ahora preparar la reunión cumbre siguiendo nuestro orden establecido; la Unión Soviética encontraría más difícil acusarnos de mala fe en nuestra apertura con Pekín (no un factor decisivo, pero sí influyente) y si los soviéticos aún deseaban seguir adelante con una reunión con la cumbre en Moscú —como yo creía probable— tendría lugar en circunstancias en que el equilibrio de

intereses fuera más visible. Como ya he señalado, le di instrucciones también a Ken Rush en Bonn, para demorar las conversaciones de Berlín por dos semanas.

No podíamos ignorar completamente el consejo de todos los principales expertos gubernamentales sobre la Unión Soviética en cuanto a que una apertura con China podría causar un endurecimiento en la política soviética. Aunque yo estaba en desacuerdo con este juicio, me pareció necesario sacar un seguro, en caso que yo estuviera equivocado. El 15 de julio, alrededor de cuarenta y cinco minutos antes del anuncio de mi viaje a Pekín, le enviamos un mensaje a los líderes soviéticos a través de Vorontsov, recordando tímidamente al gobierno soviético «la secuencia de sucesos que precedieron el anuncio». Reafirmábamos nuestra voluntad de continuar mejorando las relaciones. Subrayamos que el anuncio del 15 de julio no estaba dirigido a ningún país, pero que, sin embargo, estábamos preparados para todas las consecuencias.

No había motivo alguno para preocuparnos, como nuestro propio análisis previo de los motivos soviéticos nos debería haber demostrado. Los dirigentes soviéticos no desafían los factores objetivos; los ajustan. No estaban por empujarnos irrevocablemente hacia los chinos. Calcularon en su lugar, que tenían más que ofrecer. Resumiendo, el Kremlin jugó su papel en la relación triangular a regañadientes, esperando sin duda una oportunidad de desquitarse, pero sin elección posible por la lógica de los sucesos.

Cuando vi a Dobrynin el 19 de julio, cuatro días después que el mundo se había enterado que Nixon iría a Pekín, estuvo sumamente amable. Estaba ahora decididamente a favor de una reunión en Moscú. La pregunta era, ¿podría tener lugar antes que la de Pekín? Yo dí mi opinión personal de que las reuniones cumbre debían realizarse en el orden en que se decidieron, exactamente lo mismo que señalé en Pekín. Dobrynin, sin duda con graves problemas en Moscú por no haber previsto nuestra jugada, lamentaba que no le hubiéramos dado ninguna advertencia previa, aunque, al reflexionar, admitió que hubiera sido pedir demasiado. Y siguió preguntando sobre el impacto causado por el rechazo soviético de la fecha de setiembre para la visita de Nixon (probablemente para pasarle algo de la culpa a sus superiores). Tanto su tono como su comportamiento habían cambiado desde el anuncio de mi visita a China. Ahora que teníamos claramente otras opciones, la incómoda alternativa de la zanahoria colgada había desaparecido. Habíamos malinterpretado totalmente su mensaje del 5 de julio, aseguraba. Se produjo solamente por dificultades de horario; no reflejaba falta de interés en las reuniones de alto nivel. Como los líderes soviéticos visitarían Francia en octubre, la sugerencia de noviembre o diciembre había sido en gran parte una preferencia procesal. Me abstuve de recordarle las condiciones del juego del gato y el ratón que se habían extendido a lo largo de más de catorce meses.

Se hacía evidente la nueva táctica soviética. Era para demostrar, como ya he dicho, que en una diplomacia trilateral, Pekín nos daba una jugada, pero no una estrategia, Moscú podía ofrecer beneficios concretos. Como diría Brezhnev más adelante, Nixon «fue a Pekín para los banquetes, pero a Moscú para hacer negocios». Con esta conducta, Moscú trataba de hacerle entender a Moscú que no tenía opciones reales. La hostilidad hacia Moscú había provocado una acumulación masiva en la frontera; el intento de abrir canales hacia Washington llevaría solamente a que Moscú demostrara una vez más, que era el bando con las mayores ventajas.

No había razón para desilusionar a los soviéticos de sus creencias. El que tuviéramos a los poderes comunistas compitiendo para mantener buenas relaciones con nosotros sólo podía ser beneficiosa para la causa de la paz, la esencia de la estrategia triangular. Nuestro camino por toda esta maraña era jugar limpio con todos los implicados. Geopolíticamente, era contra nuestros intereses que la Unión Soviética dominara a China o que China derivara hacia Moscú. No haríamos nada, por lo tanto, para estimular los designios soviéticos para establecer la impotencia de China. En realidad, si fuera a ocurrir lo peor, yo estaba convencido de que no podíamos quedarnos con los brazos cruzados en caso de un ataque soviético a China —un punto de vista que pocos de mis colegas compartían.

Por otra parte, no podíamos querer provocar tal contingencia. Las tensiones chino-soviéticas seguían su propia lógica; no habían sido creadas por nosotros ni podían tampoco ser manipuladas por nosotros directamente. Cada uno de los antagonistas comunistas se iba a ver afectado por nuestras acciones; cada uno buscaría codearnos para la dirección que favorecieran; cada uno determinaría su relación con el otro en parte, en los términos de sus evaluaciones de nuestras intenciones y acciones. Pero tratar de manipularlos era convertirnos en sus prisioneros. No teníamos capacidad para agregar combustible a un conflicto de cuyo origen no sabíamos nada

y el intento de hacerlo probablemente tentara a los dos bandos a extorsionarnos consecutivamente.

Teníamos que caminar por una angosta vereda. Haríamos los acuerdos con la Unión Soviética que consideráramos de interés nacional, pero no les daríamos pie para visiones de dominio y resistiríamos cualquier intento por parte de Moscú de lograr hegemonía sobre China o ningún otro lado. Podíamos tener informada a China de nuestras negociaciones con la Unión Soviética y con bastantes detalles; tomaríamos en consideración los puntos de vista de Pekín. No cerráramos acuerdo alguno que apuntara a los intereses chinos. Pero no daríamos a Pekín un poder de veto sobre nuestros actos. Seguimos estos principios hacia ambos lados escrupulosamente desde el comienzo de la relación triangular —aunque como Moscú era la parte más fuerte, le informábamos con mucho menor precisión o frecuencia.

A principios de agosto de 1971 recomendé al presidente que abriera una comunicación directa con Brezhnev. Hasta entonces, los raros intercambios con los máximos dirigentes había sido a través de Kosygin, pero el Congreso partidario había aclarado —y Dobrynin había recalorado— que de ahí en adelante, Brezhnev tendría un creciente interés en la política extranjera. El 5 de agosto, por lo tanto, se envió una carta de Nixon a Brezhnev —cuyo borrador hicimos mi equipo y yo— estableciendo los elementos básicos de nuestra política hacia la Unión Soviética. Reiteraba el tema que habíamos destacado desde la toma de posesión de Nixon: que el adelanto de nuestras relaciones requería soluciones concretas, de las que SALT era una de las más importantes. Delineaba luego nuestras opiniones sobre otros asuntos sobre líneas bien definidas. Destacaba que procederíamos con la normalización de las relaciones con China, no como parte de una política que apuntara a la Unión Soviética, sino en persecución de nuestra concepción de un orden mundial establecido.

Después de eso, el ritmo de las relaciones se aceleró. El tono de las comunicaciones soviéticas se suavizó considerablemente. Habían desaparecido las condiciones de los tres meses anteriores o las cláusulas de liberación de responsabilidades, engranadas por la conducta norteamericana en general. El 10 de agosto, los soviéticos extendieron una invitación formal al presidente Nixon para visitar Moscú en mayo o junio de 1972. La nota soviética indicaba que la URSS se «congratulaba» de la normalización de las relaciones entre Pekín y Washington, con la advertencia en cuanto a que todo dependía del modo en que se desarrollaran estas relaciones. Como el que silba al pasar frente al cementerio, la nota aseveraba que los soviéticos no se dejaban impresionar «por cálculos transitorios, por importantes que parezcan». Pero en la misma forma en que nosotros podíamos arruinar la relación trilateral por aparecer como explotándola, tampoco podían los soviéticos escapar a sus consecuencias proclamando su irrelevancia.

Que Moscú, no importa lo que dijera, comprendía la realidad, se hizo aparente en todo lo que siguió. Después del anuncio del viaje del presidente a Pekín, los asuntos pendientes en Berlín se resolvieron en una semana, a nuestra conveniencia. El acuerdo sobre guerra accidental, que proveía rápida comunicación en caso de malfuncionamiento técnico, pero desprovisto de todas las implicaciones anti-China, se concluyó para fines de agosto. Se firmó el 30 de setiembre en Washington, durante la visita anual de Gromyko a los Estados Unidos, para la Asamblea general de la UN. El tono de todos nuestros otros tratos cambió dramáticamente. Se estaba llegando —por lo menos por el momento— a la coexistencia, no como causa de repentina perspicacia moral, sino a través de las necesidades del equilibrio internacional que habíamos ayudado a formular.

El 17 de agosto le dije a Dobrynin que aceptábamos la invitación a la cumbre. El resto del mes se pasó en redactar un anuncio que, como el de Pekín, buscaba evitar que cada bando apareciera como suplicante. Finalmente, el 7 de setiembre, Dobrynin y yo convinimos en una fórmula neutral que revelara que se había logrado suficiente progreso en las relaciones de los EEUU-Unión Soviética, como para que los dirigentes de los dos países se encontraran en la segunda mitad de mayo de 1972 en Moscú. El anuncio debía tener lugar el 12 de octubre, después de la visita de Gromyko a Washington.

Gromyko llegó a la Oficina Oval el 29 de setiembre de 1971 exudando jovialidad, con sus dobles negativas señalando todas hacia una dirección positiva. Anunció que Moscú consideraba la relación EEUU-Unión Soviética primordial para la paz mundial; Brezhnev lo tomaría bajo su responsabilidad personal. Señaló una nueva actitud hacia el Medio Oriente: la Unión Soviética estaría preparada para retirar sus fuerzas de combate de Egipto en caso de un arreglo final (tratado más extensamente en el capítulo 30). Fue tan lejos como para ofrecerse a llevar un mensaje

a Hanoi, declarando su interés en una pronta y satisfactoria conclusión de las negociaciones SALT.

Igual que el año anterior, se convino con anterioridad a la reunión, que Nixon llevara a Gromyko a su escondite en el edificio de las oficinas ejecutivas. Era vital que lo hiciera, porque nadie de nuestra burocracia sabía aún que se había llegado a un acuerdo sobre una reunión cumbre y mucho menos hablar del texto de un anuncio. Nixon volvió resplandeciente del encuentro privado a decirle a su Secretario de Estado que él y Gromyko habían recién dispuesto planes para la cumbre con Moscú, dando la impresión de que Gromyko había traído la invitación, que Nixon había aceptado en el momento y que los dos juntos habían negociado el anuncio. (Esto tenía la ventaja adicional de colocar a Nixon en el papel de negociador principal, reduciendo por lo tanto las tensiones entre Rogers y yo.) Gromyko jugó su papel algo avergonzado, pero con la cara de póker y el aplomo que le habían asistido durante décadas de la política infinitamente más letal del Kremlin.

Me encontré con Gromyko al día siguiente en la Embajada soviética. La atmósfera no pudo ser más cordial. No hubo más arrastrar de pies en relación con las limitaciones de armas ofensivas y defensivas de SALT; por el contrario, Gromyko no dejó duda alguna de que Moscú haría todo lo posible para completar los dos tratados a tiempo para la cumbre. Gromyko agregó de su cosecha que una próxima visita del presidente soviético Podgorny a Hanoi no había sido propuesta por Moscú, sino que había surgido por urgente solicitud de los norvietnamitas. Se preguntó si podríamos consentir un gobierno «neutro» en Saigón, excluyendo los comunistas tanto como a Thieu. Contesté que no desecharíamos a Thieu para llegar a un arreglo, pero que estábamos abiertos para un proceso político en el cual todas las fuerzas podían participar después de llegar a un arreglo. Gromyko pretendió que esta repetición de nuestra posición formal eran noticias que valía la pena transmitir a Hanoi. Considerando el hecho de que teníamos canales directos hasta los norvietnamitas, no le veía ventajas a la mediación soviética por la cual nunca podríamos estar seguros de si el mediador había entendido todas las sutilezas, o tenía el mismo interés nuestro en transmitir una información fidedigna. Reviví la idea que estuvo detrás de la misión de Vance de hacía dos años: le ofrecí ir a Moscú para mantener negociaciones de alto nivel con un superior norvietnamita, si Hanoi veía la posibilidad de un rápido arreglo.

Este ofrecimiento nos atrapó en un dilema burocrático. Desde mi viaje secreto, los soviéticos habían estado ansiosos para que yo visitara Moscú a preparar la reunión cumbre, deseando una absoluta paridad de tratamiento con Pekín. Como yo había hecho un viaje secreto a Pekín, ellos querían que hiciera un viaje secreto a Moscú. Gromyko me trajo la primera invitación, que se repitió por escrito el 1 de diciembre. Reflejaba también una real necesidad. Las reuniones cumbre son notoriamente pobres ocasiones para una negociación. Tienen un límite de tiempo prefijado, el protocolo gobierna y, si es que van a tener éxito, cualquier acuerdo de importancia debe ser negociado con anterioridad. Dada la organización de nuestro gobierno, yo era el interlocutor que podía ser más decisivo.

Nixon estuvo de acuerdo con la idea de mi viaje a Moscú, pero no vio modo de realizarla y mantenerse en buenos términos con Rogers. Tenía mucha razón en este juicio; yo lo compartí y no insití más en una visita hasta mucho más tarde, cuando estalló la ofensiva norvietnamita sobre nosotros, siete semanas antes de la cumbre programada, lo que hizo el contacto inmediato con Brezhnev imperativo. Nixon había evitado que Rogers visitara Moscú durante casi tres años, en parte porque quería ser el primer norteamericano de importancia que fuera allí y en parte porque él y Rogers raramente se consultaban exhaustivamente sobre los asuntos. Pero enviarme a mí hubiera sido inecesariamente agravante, hasta que los sucesos no lo exigieran.

La propuesta para mantener conversaciones de alto nivel sobre Vietnam en Moscú no tuvo mejor suerte que la iniciativa de la misión Vance, excepto que esta vez recibimos respuesta oficial. El 16 de octubre fuimos oficialmente informados por Dobrynin que Hanoi prefería tratar directamente con nosotros en lugar que con Moscú.

Durante el año 1971 habíamos detenido los continuos pedidos de nuestras agencias económicas para retirar las restricciones al comercio con la URSS. Nuestra estrategia era utilizar las concesiones comerciales como instrumento político, retirándolas cuando la conducta de los soviéticos era aventurera y suministrándolas en dosis medidas cuando los soviéticos se mostraban cooperativos. Favorecíamos en general los proyectos que requerían el suficiente tiempo de elaboración como para que tuviéramos continuo control sobre la conducta soviética. Deliberamos sobre un plan de una firma norteamericana para venderle maquinaria cortadora de engranajes para un planta soviética civil de camiones en el río Kama, durante dos años, por las

fuertes presiones ejercidas por nuestras agencias económicas y el Congreso. Recibimos muchas cartas amenazadoras de individuos firmemente anticomunistas hasta que vieron peligrar sus ganancias. Después que los soviéticos accedieron al compromiso sobre SALT el 20 de mayo, aprobamos rápidamente la planta. Algunos otros proyectos relacionados con la planta del río Kama fueron demorados hasta que hubiera una apertura sobre Berlín, después del anuncio de mi viaje a China. Se volvió a demorar otra parte nuevamente, durante la crisis India-Pakistán. El entonces asistente del presidente para asuntos económicos internacionales, Peter G. Peterson diseñó una efectiva coordinación que sometía todas las decisiones económicas a nuestra estrategia en política exterior. Desempeñó el mismo papel con habilidad y tacto después que llegó a ser secretario de comercio en 1972.

Esta era la manera en que controlábamos nuestros impulsos, culminando en 1971 con el anuncio de Nixon el 12 de octubre, de la reunión cumbre con Moscú para mayo de 1972. El año que había comenzado con un estancamiento, había visto la apertura con China, el deshielo en las relaciones con Moscú, la terminación de los tratados sobre Berlín y la guerra accidental y la apertura SALT. Vietnam podía también considerarse entre los progresos de ese año. Dominaba aún las pasiones de muchos, pero no era ahora una tan tremenda obsesión nacional, sino un doloroso legado que estaba en vías de resolución. Hanoi no podía dejar de sentirse afectado al saber que sus dos grandes aliados comunistas estaban ambos mejorando sus relaciones con Washington, a pesar de la guerra en Indochina. Esto tenía que mejorar nuestra posición de negociación. Más aún, varias iniciativas nuestras comenzaban a disipar la pesadilla en cuanto a que Vietnam socavaría el espíritu y la confianza de nuestro pueblo. Habíamos demostrado que Norteamérica era aún capaz de grandes empresas en medio de sus afanes. Podíamos ver delante nuestro las perspectivas de un nuevo orden internacional que reflejara las realidades de nuestra época y lograra la visión y dedicación de Norteamérica.

Todo esto se le debía en gran parte a Nixon que, con mi ayuda y su insistencia había logrado el control de la Casa Blanca sobre la política exterior. En 1971 nos hicimos cargo, no solamente del planeamiento, sino de la ejecución de grandes iniciativas. He dicho aquí que no considero que los métodos empleados fueran deseables en abstracto y en verdad que no debieran ser utilizados corrientemente, pero es difícil que un presidente pueda lograr nuevos puntos de partida a través del «sistema». Los departamentos y agencias prefieren operar con consenso general. Les gusta hacer política a través de sucesivas clarificaciones que oscurecen al que ha prevalecido y toda dirección bien definida. Tienen la tendencia de ser atraídos por lo que está de moda y resisten la confrontación entre ellos, con los medios de difusión o el Congreso. Cuando se los coharta no se amedrentan de la guerra política contra el presidente por medio de trascendidos y, en casos extremos, por el estímulo a las presiones legislativas. Todos los presidentes se han visto obligados a buscar la forma de evitar ser sofocados por la inercia burocrática en forma de procedimientos de evacuación o por medio de agencias económicas que persiguen objetivos sin guía política. No hay duda que Nixon recurrió a extremos para tratar de lograr dominio; había muchos miembros dedicados que hubieran estado dispuestos a ayudar, pero como ha demostrado el relato de la iniciativa china, la negociación SALT y el Medio Oriente, muchas de nuestras concepciones hubieran tropezado contra la sabiduría establecida.

El que Nixon hubiera preferido obviar el proceso antes que disciplinarlo reflejaba su personalidad. No altera el programa, que será enfrentado por cualquier presidente innovador. Nixon merece gran crédito por las rudas decisiones que tuvo que tomar ante enorme presión pública, por su dominio de la estrategia, por sus esfuerzos solitarios, por su coraje para correr riesgos, no sólo en la guerra, sino también por la paz. Su tratamiento administrativo era extraño y su costo humano poco atractivo, pero sin embargo la historia debe también registrar el hecho fundamental de que se obtuvieron grandes triunfos inalcanzables por los procedimientos convencionales.

No teníamos ilusiones en cuanto a la motivación soviética, pero no acepté, ni lo haría ahora, la suposición de que estábamos destinados a ser sobrepujados por los soviéticos en una lucha política. En verdad, la lucha podía ser doméstica, solamente si no temiéramos explorar las posibilidades de la coexistencia. Sólo así podríamos eliminar los desafíos, como pueblo unido; no había otra forma de sostener nuestras alianzas. Aunque los soviéticos se prepararan para la negociación o la confrontación, nuestra tarea sería la misma: los Estados Unidos tenían que ser los campeones de la paz, aunque asegurándose de que la búsqueda de la paz reflejara un sentimiento de justicia y no se convertiría en una estampida de concesiones unilaterales.

Estábamos utilizando una era de negociaciones para lograr *nuestros* propósitos de asegurar la paz y defender la libertad. Como le escribí a Nixon al informarle de mi conversación con Gromyko el 30 de septiembre:

Podemos esperar que los soviéticos, aún en esta nueva línea «positiva» estén persiguiendo sus propios intereses, obteniendo sólidos convenios para sus amigos y empujando tácticamente como lo hacen normalmente. Pero las perspectivas y las acciones recíprocas de sus dos reuniones cumbre nos darán suficiente palanca. Si jugamos bien nuestras cartas, podemos esperar algún resultado constructivo.

Capítulo XXI

LA TENDENCIA: LA CRISIS INDO-PAQUISTANI DE 1971

ORÍGENES DE LA TRAGEDIA

En toda Administración ocurre algún acontecimiento que dramatiza los límites de la previsión humana. En un año de incertidumbre en Vietnam, de apertura hacia China y de evolución en las relaciones con la Unión Soviética, no existía prácticamente nada que la administración quisiera enfrentar menos que una crisis en el sur asiático. Y para acentuar la característica condicional de todo nuestro planeamiento, la crisis se desencadenó, entre todas las cosas, por un ciclón.

Limitado al sur por el océano Índico, al norte por los Himalayas y al este por las montañas del Hindukush, que emergen del cielo como decididas a sellar sus moles imponentes y desapareciendo en el este en los pantanos y ríos de Bengala, el subcontinente indio ha existido a través de los milenios como un mundo aparte. Sus planicies norteñas hierven con un calor exasperante en verano y en invierno se ven asaltadas por copiosas heladas. Su exuberante sur invita a una vida de tranquilidad y reposo. Su pueblo políglota es testigo de las olas de conquistadores que descendieron sobre ellos a través de los pasajes de montaña, desde los desiertos vecinos y, en ocasiones, a través del mar. Hunos, mongoles, griegos, paquistaníes, mogules, afganos, portugueses y por último británicos, establecieron sus imperios para luego desvanecerse, dejando multitudes tan indiferentes a su llegada como a su partida.

A diferencia de China, que imponía sus propios moldes de leyes y cultura a los invasores con tal éxito que éstos llegaban a confundirse totalmente con el pueblo chino, la India superaba a los extranjeros segregándolos y no apropiándose de ellos. Los invasores podían erigir monumentos increíbles para su propia importancia, como para reafirmar su grandeza ante tan abrumadora indiferencia, pero el pueblo indio resistía creando relaciones impermeables a la influencia externa. Al igual que el Medio Oriente, India es cuna de grandes religiones. Pero a diferencia de lo sucedido en Medio Oriente, sus religiones no se basan en la exaltación sino en la resistencia, no han inspirado al hombre mediante visiones proféticas de promesas mesiánicas sino por dar testimonio de la fragilidad de la existencia humana. No ofrecen ninguna salvación personal sino el consuelo de un destino inevitable. Dado que el hombre se halla clasificado desde el nacimiento, su fracaso no es nunca personal. Sus cualidades se prueban por la capacidad para enfrentar su destino, no para conformarlo. El sistema de castas no atrae a las civilizaciones decididas a buscar la satisfacción en un solo lapso vital, pero suministra una extraordinaria elasticidad y consuelo en un encuadre a largo plazo. La religión hindú es orgullosa e independiente y no acepta conversos. O se nace en su seno o el consuelo y la seguridad que confiere es negada de por vida. A la luz de tal impermeabilidad, el conquistador extranjero es una última irrelevancia; el no indio no adquiere status en la sociedad de la India, permitiendo así la supervivencia de la civilización, y aun su prosperidad, a través de siglos de dominación extranjera. Por supuesto, tantas invasiones debieron dejar un resabio no solamente arquitectónico sino también humano. Los conquistadores musulmanes, representantes de una religión proselitista, ofrecieron la conversión masiva a los representantes de las castas más bajas como medio para aliviar su condición. Lo lograron sólo en forma parcial, porque una vez convertidos los nuevos musulmanes perdieron el respeto al que tienen derecho aun los que pertenecen a la casta más baja. Ahí fue donde se

arrojó la semilla del odio popular que desgarrara el subcontinente durante las generaciones pasadas.

Gran Bretaña fue sólo uno de los últimos conquistadores, reemplazando al Mogul musulmán y a algunos dirigentes hindúes del norte, apuntalando a dirigentes hindúes del sur y cumpliendo, al parecer, con el ciclo de los siglos. Pero en un aspecto importante, la conquista británica fue distinta. Es verdad que fue posible precisamente porque Gran Bretaña reemplazó un grupo de dirigentes por otro en un estilo que se había convertido en tradicional. Su base psicológica fue que el concepto de nacionalidad no existía aún. Pero fue Gran Bretaña quien dio al subcontinente —expresado hasta entonces en forma religiosa, cultural y geográfica— también una identidad política. Los británicos por primera vez suministraron una estructura de gobierno, una legislación y una administración homogéneas. Luego introdujeron los valores occidentales de nacionalismo y liberalismo. Resulta paradójico que fueran sus propias implantaciones de los valores de nacionalismo y democracia las que convirtieran a los británicos en «extranjeros», las que transformaran una expresión cultural en un movimiento político. Los dirigentes indios entrenados en escuelas británicas reclamaron para su pueblo los mismos valores de sus gobernantes. Y el desinterés de la resistencia británica demostró que la batalla moral se había perdido antes de iniciar la lucha física.

Al surgir la perspectiva de nacionalidad, los pueblos políglotas, que arrastraran hacia la India las corrientes invasoras, quedaron librados a su suerte con su número creciente, su pobreza agobiante y sobre todo, con el enfrentamiento entre unos y otros. Casi un tercio de la población total era musulmana, concentrada en Punjab Occidental y en Bengala Oriental, pero con importantes reductos diseminados por toda la India. Muchas de estas personas, entonces descastadas de la sociedad india, no podrían tolerar la idea de vivir en un estado secular dominado por aquéllos que los habían despreciado durante centurias. La solución tomada por los británicos en 1947 fue la partición conforme a divisiones religiosas.

Así nacieron, en medio de horrores inenarrables y de desórdenes nacionales, los estados de India y Pakistán. Pakistán estaba formado por dos unidades: la Occidental, dominada por el Punjab, y la Oriental, Bengala (*), separadas por mil seiscientos kilómetros de territorio indio, carentes de un idioma común, sin lazos económicos o históricos y unidas tan sólo por el islamismo y el miedo en común a la dominación hindú. La mera existencia de Pakistán constituía una afrenta para los nacionalistas indios que tenían, como otros líderes de movimientos de independencia, el sueño de reclamar la totalidad del territorio que se hallaba en poder del viejo régimen colonial. La India veía en su vecino estado musulmán una amenaza en potencia para su propia cohesión nacional. Desde el momento en que más de cincuenta millones de musulmanes permanecían sometidos al gobierno indio, tarde o temprano pedirían el derecho a su propia existencia nacional o de lo contrario la creación de Pakistán habría sido una determinación innecesaria impuesta por los británicos, cosa que muchos nacionalistas indios jamás cesaban de proclamar. Por su parte los paquistanies, conscientes de que hasta el indio perteneciente a la casta más baja se consideraba parte de un sistema superior al de los musulmanes, contemplaban a sus vecinos más grandes con temor, resentimiento y hasta con odio.

Existen pocos vecinos que tengan menos en común, a pesar de siglos de vivir uno al lado del otro, que los intrincados y complejos hindúes y los musulmanes, más simples y directos. Esto se ve reflejado en los contrastes que presentan sus arquitecturas respectivas. Los templos hindúes finamente tallados tienen escondrijos y rincones cuyos detalles aparentemente infinitos no tienen una perspectiva o un significado único. Las mezquitas y fuertes, con los cuáles los mogules han cubierto el tercio norte del subcontinente, son amplios, elegantes, románticos, contrastando su opulencia resplandeciente con la chatura y serenidad del paisaje que los rodea. Sus innumerables fuentes expresan el anhelo de poner un fin a ese entorno inhóspito y una nostalgia por regiones menos complejas que hayan impulsado al invasor.

Durante las décadas del 50 y del 60, Norteamérica, olvidada de estos países nuevos, abstraída en sí misma, intentó encuadrarlos en sus propios preconceptos. Aceptamos sin análisis el derecho reclamado por el primer ministro indio Jawahrlal Nehru de convertirse en el árbitro moral y neutral de los problemas mundiales. Apenas sí reparamos en el hecho de que ésta es precisamente la política mediante la cual una nación débil intenta influir en un nivel totalmente despropor-

(*) Bengala fue dividida por la partición de 1947. La zona del Este se convirtió en Pakistán Oriental. Bengala Occidental siguió formando parte de la India.

cionado con su poderío; ni tomamos en cuenta que muy rara vez la India acompañaba sus pretensiones internacionales con una disposición a asumir riesgos, excepto en el subcontinente en el cual se sentía destinado a la preminencia. Y tratamos a Pakistán simplemente como un aliado militar en potencia contra la agresión comunista. Nadie reconocía que la mayoría de los pakistaníes consideraban que la verdadera amenaza para su seguridad era la India, el mismo país al cual habíamos entronizado en el panteón de la moralidad abstracta y que a su vez juzgaba el hecho de que armásemos a Pakistán como un desafío que debilitaba paulatinamente nuestros intentos por fomentar su favor.

Al mismo tiempo sobreestimamos la viabilidad de obtener la aprobación política de la India y juzgamos erróneamente el objetivo de los esfuerzos militares de Pakistán. Eramos exageradamente sensibles a la «opinión mundial» que la India aparentaba representar. Pero también procuramos incluir a Pakistán en un concepto de moderación que sus dirigentes no compartían. La obligación legal de la defensa común se consideró un freno contra la agresión comunista aun cuando los miembros de las alianzas en cuestión hicieran muy poco para reforzar mutuamente las fuerzas recíprocas y tuvieran muy pocos objetivos en común. Pakistán se convirtió en nuestro aliado en el Tratado de Organización para el Sudeste Asiático (SEATO) y en el Tratado de Organización Central (CENTO) (1). En consecuencia, consideramos que Pakistán se hallaba entre los países que debían recibir ayuda armamentista cuyo destino era el de ser empleadas como defensa ante una agresión comunista. Pero los indios sospechaban que tendrían otro uso posible.

Las alianzas militares formadas durante la administración Eisenhower se convirtieron en objeto de polémicas en Norteamérica cuando la oposición demócrata las atacó como un ejemplo de cómo se exageraba la importancia de las consideraciones militares. La India se convirtió en especial favorita de los liberales norteamericanos, quienes veían en su sometimiento a la democracia los fundamentos de una asociación ideal y en su anhelado florecimiento económico la mejor refutación a los alegatos comunistas que afirmaban representar la ola del futuro. No es de extrañar que después del cambio de administración de 1961, se enfriara notablemente el interés de Washington por Pakistán. Las afirmaciones verbales de protección norteamericana sustituyeron cada vez más a las armas militares. (La multiplicación de tales afirmaciones volvieron a obsesionarnos en 1971.) Y durante todo ese tiempo la India trabajó con tenacidad y destreza para socavar las relaciones militares entre Pakistán y los Estados Unidos, aun luego de que la India creara una importante industria propia de armas y estableciera con la Unión Soviética un tratado militar de suministro bélico.

En 1965 la guerra indo pakistaní nos proporcionó un pretexto para desentendernos de alguna forma. Los Estados Unidos cesaron de suministrar equipo militar a ambos bandos (esta política se modificó parcialmente en 1966-1967, para permitir el envío de elementos no letales y de repuestos para todos los equipos). La aparente ecuanimidad fue ilusoria: su consecuencia práctica fue herir a Pakistán, ya que la India seguía recibiendo su armamento ya sea de los países comunistas o de sus propias fábricas. El presidente Johnson, consciente de lo tendencioso de su actitud, prometió transferir a Pakistán algunos tanques norteamericanos obsoletos a través de un tercero, que podía ser Turquía. Pero jamás concluyó la transacción, en parte porque no quería emplear el decreciente apoyo que le otorgaba el Congreso para utilizarlo en lo que debió considerar una decisión secundaria y en parte porque el intermediario cambió de idea.

Mi experiencia personal con el subcontinente debió prevenirme contra sus pasiones febriles. En enero de 1962, cuando trabajaba aún técnicamente como consultor del presidente Kennedy, la Agencia de Información de los Estados Unidos arregló para que pronunciara una serie de conferencias en el subcontinente. Nuestro embajador en la India y gran amigo mío, John Kenneth Galbraith, estaba bastante preocupado por el impacto que tendría sobre sus clientes, presuntamente sensibles y pacifistas, un profesor de Harvard cuyo principal derecho a la fama era un libro titulado *Armas Nucleares y Política Exterior*. Rápidamente calmé sus temores al enemistarme con Pakistán tan pronto llegué al aeropuerto de Nueva Delhi. En la inevitable conferencia de prensa repliqué a una pregunta sobre Cachemira con lo que consideré una respuesta diplomática: dije que no conocía lo suficiente sobre el tema para formarme un juicio. Cuando me interrogaron sobre el floreciente romance de Pakistán con China, admití con disgusto mi ignorancia acerca de un acontecimiento que, a la luz del juicio generalizado sobre la agresividad inherente a China, parecía absurdo. En consecuencia opiné que no podía pensar que Pakistán cometiera semejante tontería. Los dirigentes pakistaníes se sentían ya objeto de dis-

criminación porque un profesor de Harvard había sido nombrado embajador en Nueva Delhi, mientras que Islamabad recibió «solamente» un diplomático de carrera. Pero eran demasiado circunspectos para atacar a un amigo personal de Kennedy. La entrevista del aeropuerto constituyó un envío del cielo. Permitted a la prensa pakistani dar rienda suelta a su decepción contra otro profesor de Harvard menos cercano a Kennedy. Mi confesión de ignorancia sobre Cachemira fue transformada en un símbolo de la indiferencia norteamericana. El uso de la palabra «tontería» en la misma oración que «Pakistán» —aunque fuera para negar que Pakistán cometiera una tontería— se convirtió en un insulto nacional. Pero hubo una compensación. La campaña periodística pakistani me convirtió rápidamente en una figura importante en la India. Por lo menos en 1962 me acusaron de tender hacia la India.

Finalmente las cosas se calmaron lo suficiente como para permitirme mostrar la cara en Pakistán en ese mismo viaje. Inmediatamente probé que no había perdido la mano. Al regresar de Peshawar de una visita que efectuara al Paso de Khyber, fui abordado por un periodista pakistani que me preguntó si había notado algún signo de agitación en Pushtoon (*). Con la teoría de que había privado al subcontinente durante demasiado tiempo de mis sutilezas, repliqué: «No reconocería una agitación en Pushtoon si me golpeara en la cara». El titular resultante, «Kissinger No Reconoce A Los Pushtoonistanos», desató una protesta oficial afgana en Washington, pero consiguió por lo menos convertirme momentáneamente en un héroe para Pakistán. Ignoré qué más habría conseguido de haber proseguido mi impulso viajero de visitar Afganistán. Pero la USIA consideró que había obtenido sobradas ganancias en el intercambio cultural y que Norteamérica constituía un lugar más seguro para mi talento.

Mis experiencias debieron haberme hecho comprender que no debí dejarme envolver en el frenesí del subcontinente en 1971.

Cuando la administración Nixon asumió el poder, el objetivo de nuestra política en el subcontinente era simplemente tratar de no añadir más complicaciones a nuestra agenda. Durante veintidós difíciles años de coexistencia, la India y Pakistán habían librado dos guerras. Buscábamos mantener buenas relaciones con ambos países. Nixon, para decirlo suavemente, era menos susceptible que sus predecesores en lo referente al liderazgo moral de la India. En realidad consideraba nuestra supuesta sumisión para con la India un ejemplo claro de tontería liberal. Pero esto no fue impedimento para que realizara una visita a Nueva Delhi con moderado éxito en ocasión de su viaje alrededor del mundo en 1969. Bien pronto dejó de imaginar multitudes reunidas comparables a las que se congregaron el 1956 en ocasión de la visita de Eisenhower. La recepción fue moderada, formada por grupos normales, y las discusiones se catalogarían en el lenguaje de los comunicados como «constructivas» y «formales». En una comida, Nixon efectuó un elocuente brindis, rindiendo tributo a la sabiduría de Mahatma Gandhi y reflexionando pensativo acerca de la naturaleza de la paz en el mundo moderno.

Pero el Destino no había dispuesto que congeniaran Nixon y la Sra. Indira Gandhi, primer Ministro de la India e hija de Nehru. La actitud de heredera de la autoridad moral asumida por ella y sus broncos silencios hicieron aflorar las inseguridades de Nixon. Trataba a Nixon con una mezcla de desdén, por considerarlo un símbolo del capitalismo —actitud muy en boga en los países en vías de desarrollo— y con una chispa de desprecio, derivada del juicio que sobre él tenían sus amigos intelectuales y que no podían ser errados. Los comentarios de Nixon al terminar las reuniones no siempre fueron reproducibles. Por otra parte, el presidente comprendía a los dirigentes que no se dejaban arrastrar por sus sentimientos en la evaluación de los intereses nacionales. Una vez atravesada su retórica estridente y farisaica, se encontraban pocos pares de la Sra. Gandhi en su capacidad para la evaluación a sangre fría de los elementos de poder. La relación política fue, en esencia, muy superior a la personal.

Sean cuales fueren los sentimientos personales de Nixon sobre el primer ministro, la India continuó gozando durante su primera administración con muchos votos favorables en el Congreso y en el gobierno norteamericano. Todavía la Sra. Gandhi no había desilusionado a los norteamericanos con su prueba nuclear y con la autoritaria toma de poder. Permanecían en pie los lazos emocionales con la democracia más populosa del mundo. Anualmente la Administración proponía importantes asignaciones en concepto de ayuda que aceptaba el Congreso sin mayor oposición. Entre 1965 y 1971, la India recibió 4.200 millones de dólares en ayuda

(*) Se refiere a un movimiento destinado a separar de Pakistán la región fronteriza y unirla a la región de idioma similar del lado afgano del Paso de Khyber.

económica y alrededor de 1.500 millones correspondieron a los años durante los cuales gobernó Nixon.

Si la India recibía la calidez del Congreso y estaba sujeta a la indiferencia presidencial, con Pakistán sucedía exactamente lo contrario. Pakistán era uno de los países que habían recibido con respeto a Nixon cuando no estaba en el ejercicio del mando y él no lo olvidó nunca. Y los jefes militares pakistaníes, simuladores y directos, le resultaban más agradables que los dirigentes brahmanes de la India, complejos y de apariencia altiva. Por otra parte, Pakistán nunca había obtenido en Norteamérica la simpatía de la cual gozaba la India, por lo menos entre los grupos que conformaban la opinión. No representaba principios con los cuales pudieran identificarse los norteamericanos como lo hacían con las frases «progresistas» y con la moral de tono pacifista de la democracia más poblada del mundo. Por otra parte la India tenía mayor superficie y superaba a Pakistán en población entre cuatro y cinco veces. Existían motivos reales para avalar la prioridad adjudicada a la India.

Nixon introdujo muy pocas modificaciones en la política que heredara para con el subcontinente, salvo el tono más suave que impuso a las relaciones con Pakistán. Él y yo —los únicos funcionarios en conocimiento de los hechos— sentíamos un profundo agradecimiento por el papel que desempeñara Pakistán como puente hacia China. Fue un favor por el cual los líderes pakistaníes —dicho sea en su honor— jamás pidieron reciprocidad ni consideraciones especiales. El único gesto concreto de Nixon —y lo hizo por conservar la promesa efectuada por su antecesor— fue el de aprobar en el verano de 1970 el envío de un pequeño paquete de ayuda militar a Pakistán. Sería la excepción «por una y única vez» al embargo norteamericano. Incluía alrededor de veinte aviones y 300 transportes blindados de personal, pero ni tanques ni artillería. El paquete alcanzaba los 40 o 50 millones, dependiendo del tipo de aviones elegido. La India, que aumentaba sus adquisiciones militares en un promedio de 350 millones de dólares anuales —casi diez veces la cifra de Pakistán— levantó una tormenta de protestas. Al mismo tiempo la India nos acusaba de interferir en sus asuntos internos porque algunos miembros de nuestro personal diplomático —pertenecientes quizás a la embajada más numerosa de nuestro servicio exterior— solían frecuentar a líderes opositores. No cumplían con una estrategia concebida en Washington, sino que constituía parte de la natural actividad en un país con instituciones libres y era una extraña acusación viniendo de dirigentes de una democracia. Pero pronto la tormenta fue olvidada.

Para 1971 nuestras relaciones con India habían alcanzado un estado de tirantez exasperantemente cordial, tal como sucede con una pareja que no puede seguir conviviendo pero tampoco puede separarse. Las relaciones que manteníamos con Pakistán estaban señaladas por una amistad superficial y tenían poco contenido concreto. En el subcontinente, al menos, la alianza con los Estados Unidos no había producido beneficios notables con respecto a los no alineados.

A principio de 1971, ninguno de los más importantes responsables de nuestra política esperaba que el subcontinente saltara a la cumbre de nuestra agenda. No parecía que fuese necesario tomar decisiones inmediatas al respecto, exceptuando los programas anuales de ayuda y los esfuerzos por llevar alivio a los trágicos desastres naturales de fines de 1970. Era aparentemente el objeto ideal para estudios a largo plazo. Ordené que se efectuaran tres de ellos a fines de 1970. Dos estaban dirigidos a la fuerza naval soviética en el Océano Índico y sus implicaciones; el tercero examinaba nuestra política a largo plazo hacia la India y Pakistán, incluyendo los objetivos de la Unión Soviética y de China Comunista y la interrelación entre ellos. A cada uno de estos estudios se le dio fecha de finalización para mucho más adelante. No se aguardaba ninguna crisis seria.

DOS CICLONES

Desde su advenimiento como país, Pakistán había aspirado a la legitimidad sostenida. Después de la muerte de su fundador, ningún gobierno había cumplido su mandato. Cada cambio surgía como resultado de algún tipo de golpe, alternándose gobiernos militares y civiles, siempre con predominancia de los primeros. Se esperaba en 1970 un gobierno constitucional. Por fin se llevarían a cabo las elecciones en diciembre. El presidente pakistaní Yahya Khan visitó a Nixon en octubre, durante las celebraciones del vigésimo quinto aniversario de las Naciones Unidas, ocasión en la cual Nixon le entregó el mensaje para Chou En-lai al cual me he referido.

Aproveché la oportunidad para preguntarle a Yahya qué sucedería con los poderes del presidente después de las elecciones. Yahya no podía tener más confianza. Esperaba que surgiera una multiplicación de partidos tanto en Pakistán Occidental como en Pakistán Oriental, los que lucharían continuamente dentro de cada región del país, así como de zona a zona. En consecuencia, el presidente debería erigirse en árbitro de la política pakistani.

Antes de tener la posibilidad de comprobar sus predicciones, un ciclón devastador asoló Pakistán Oriental durante el 12 y el 13 de noviembre. Por muchos motivos, escribí a Nixon, éste constituía el más grande de los desastres del siglo en términos de destrucción de bienes y vidas humanas: se creía que el número de muertos superaba los 200.000. El programa extremo de ayuda ordenado por Nixon rozaría apenas la superficie del sufrimiento. Los esfuerzos de recuperación eran caóticos e inefectivos. La oposición culpaba al gobierno de Yahya de máxima incompetencia, y cosas aún peores. La tempestad política resultó al final tener efectos más destructivos aún que la natural.

Ya sea porque el ciclón cristalizó la oposición al gobierno central e incrementó el sentimiento de dolor e identidad de Pakistán Oriental, o porque Yahya juzgó mal la disposición de ánimo durante todo ese tiempo, lo cierto es que las elecciones celebradas el 7 de diciembre se convirtieron en un plebiscito sobre la actuación de Yahya durante la crisis y produjo una catástrofe para los dirigentes militares. La Liga Awami, defensora de la autonomía de Pakistán Oriental, obtuvo 167 del total de 169 escaños disputados en el Este, dándole una mayoría de 313 escaños en la Asamblea Nacional. Como consecuencia, su líder, Sheik Mujibur Rahman (conocido como Mujib) estaba destinado a erigirse en la figura indiscutible de Pakistán Oriental y a ejercer una poderosa influencia en todo el país. Para intensificar el drama político, Zulfikar Ali Bhutto, dirigente del Partido del Pueblo de Pakistán, surgió en Pakistán Occidental con una posición comparablemente predominante. Si bien era un opositor del régimen militar, Bhutto abogaba por un gobierno central fuerte y por un Pakistán unido. Resistía firmemente la insistencia de Mujib por la autonomía de Pakistán Oriental y en este punto estaba seguro de contar con el apoyo de los militares. (En realidad es posible que adoptara esa posición para que los militares lo aceptaran mejor.) La Liga Awami había presentado un programa de seis puntos propugnando la autonomía provincial de Pakistán Oriental que dejaba al gobierno central algunas responsabilidades vagas sólo en los campos de política exterior y defensa. Cada una de las dos unidades constitutivas de Pakistán, proponía, tendría su propia moneda, mantendría en forma separada sus cuentas para comercio exterior, impondría su propia política impositiva, establecería su propia política fiscal y mantendría sus unidades militares y paramilitares propias. Yahya y Bhutto rechazaron la propuesta considerándola como el equivalente a la secesión. Era inminente el estancamiento. O la crisis.

El 16 de febrero de 1971, solicité un estudio interagencias sobre las alternativas en el caso de que Pakistán intentara una ruptura. El 22 de febrero le envié al presidente mi propio análisis:

Hasta el momento (Mujib y Bhutto) han fracasado hasta en el intento de iniciar el consenso informal de una nueva constitución. El presidente Yahya sigue comprometido a entregar su gobierno militar a los políticos civiles, pero insiste en que no presidirá sobre la escisión de Pakistán... (Mujib) planifica actualmente atenerse a sus exigencias sobre la virtual autonomía de Pakistán Oriental y si no lo consigue— cosa que es muy factible— a declarar la independencia de Pakistán Oriental.

Yahya estaba atrapado entre su disgusto de hacer causa común con Bhutto y su resistencia a la cuasi-independencia de Pakistán pedida por Mujib. Postergó la reunión de la Asamblea General citada para principios de marzo a fin de permitir que los dirigentes políticos dispusieran de más tiempo para dirimir sus diferencias, pero su táctica provocó una mayor hostilidad en el Este. Por fin Yahya efectuó la convocatoria para el 25 de mayo, en la esperanza de que los dos oponentes civiles, enfrentados con un estancamiento capaz de destruir el país, optarían por transigir. También en este juicio se equivocó Yahya. Bhutto era sin duda el hombre más brillante de la política pakistani, siendo también arrogante y resuelto. Más tarde presidiría sobre la recuperación de su desmembrado país con capacidad de estadista y con valor. A comienzos de 1971 temía que un pacto haría descender sobre él la ira de esas mismas masas del Pakistán Occidental cuyo apoyo lo había llevado a los umbrales del poder. Por su parte, Mujib no podía contener las fuerzas que había desencadenado. Era mucho menos dispuestos hacerlo que Bhutto,

y poseía una mayor propensión a confiar en su propia retórica. Como personajes de una tragedia griega, cada uno de los populares líderes pakistaníes se negaba a permitir que el otro atravesase el umbral más allá del cual se hallaba el poder para ambos. Cederían ante la necesidad, pero no ante el otro.

A medida que aumentaban las tensiones, nuestro gobierno reexaminó sus opciones. El Grupo Superior de Revisión se reunió el 6 de marzo para considerar el estudio interagencias que yo había solicitado el 16 de febrero. Primaba la opinión general de que Pakistán no podría retener por la fuerza el Este. Dejé bien claro ante las agencias que el presidente se hallaba mal dispuesto a la posibilidad de un enfrentamiento con Yahya, pero que la Casa Blanca no haría objeciones a los esfuerzos realizados por otros países con el fin de disuadirlo del empleo de la fuerza. Si Pakistán se dividía, lo haría como resultado de su dinámica interna y no como consecuencia de las presiones norteamericanas. Todas las agencias estuvieron de acuerdo en que los Estados Unidos no debían verse involucrados. Era ésta también la posición asumida por Gran Bretaña, unida por una relación histórica más prolongada.

Durante el mes de marzo experimentamos las confusiones que jalonan el comienzo de toda crisis. En un importante discurso que pronunciara el 7 de marzo, Mujib estuvo cerca de la ruptura total con Pakistán Occidental, pero exigió que concluyera la vigencia de la ley marcial y que volviera al pueblo la conducción del país, dejando en claro que su objetivo seguía siendo la «emancipación» del Este. Yahya anunció que volaría hacia Dacca, la capital de Pakistán Oriental, para negociar con Mujib el 15 de marzo. Mientras tanto en la India, el primer ministro Gandhi obtenía a principios de marzo una abrumadora victoria en las elecciones generales. Hasta ese momento los acontecimientos de Pakistán habían constituido problemas internos de un país amigo. Podíamos tener nuestros puntos de vista, pero no eran parte constitutiva de la política exterior. Ocupada con la campaña electoral y con sus resultados inmediatos, la Sra. Gandhi adoptó una política no intervencionista. A mediados de marzo el director permanente del Ministerio del Exterior indio, T. N. Kaul, dijo a nuestro embajador en Nueva Delhi, Kenneth Keating, que la India quería que Pakistán permaneciese unido. El 17 de marzo el hábil embajador indio en Washington, L. K. Jha, me hizo un comentario similar. No existía la más leve indicación de que la India pudiera considerar que los problemas de la vecina Pakistán podrían afectar sus propios intereses vitales.

Pero a veces estallan los nervios de las figuras públicas. Incapaces de aceptar los hechos, intentan forzar el paso y pierden el equilibrio. Fue así que Yahya Khan, con menos de 40.000 efectivos, decidió establecer un gobierno militar sobre 75 millones de personas en Pakistán Oriental, surpimir la Liga Awami y arrestar al Sheik Mujibur Rahman.

Se había internacionalizado la crisis pakistaní.

ENÉRGICAS MEDIDAS MILITARES

Se ignora cuál fue el motivo que indujo a Yahya a dar el imprudente paso el 25 de mayo. Indudablemente la población bengalí despreciaba a los soldados pakistaníes reclutados casi exclusivamente en Pakistán Occidental. La versión de Mujib sobre autonomía parecía fundirse con el concepto independencia. Casi todas las naciones están dispuestas a luchar por su unidad aun cuando el sentimiento en la zona separatista sea en forma mayoritaria partidario de la secesión. Fue ése el caso de nuestra Guerra Civil, la posición de Nigeria respecto de Biafra y la del Congo respecto de Katanga. Sin embargo, el caso de Pakistán era único debido a que la provincia a secesionar se encontraba separada de Pakistán Occidental por miles de kilómetros de territorio indio. No existía posibilidad de que una pequeña fuerza militar leal a una parte del país pudiera contener indefinidamente a una población de más de 75 millones de la otra. Una vez desaparecido el apoyo bengalí a la unidad pakistaní, la integridad de Pakistán estaba terminada. Surgiría con certeza un estado de Bengala, con o sin intervención india. La única duda estribaba en cómo se efectuaría el cambio.

Queríamos mantenernos al margen dentro de lo posible, posición compartida por Gran Bretaña. Llegamos a recibir informes de Pakistán Occidental que evidenciaban sospechas sobre nuestro intento de favorecer la independencia de Pakistán Oriental, pero ni los británicos ni nosotros queríamos convertirnos en chivos expiatorios de la división del país. No teníamos muchos medios para influir sobre la situación y sí, por el contrario, todos los incentivos para man-

tener la buena voluntad pakistaní, ya que constituía nuestro principal lazo con Pekín. Pakistán era uno de los aliados más estrechos de China. En diciembre habíamos enviado un mensaje vía Pakistán aceptando el principio de un emisario en Pekín. Durante marzo y abril se multiplicaron los signos relativos a una inminente respuesta de China. Abril fue el mes de la diplomacia Ping-Pong.

Durante la primera etapa de la crisis, el consenso general de la opinión del gobierno norteamericano fue el de evitar las acciones precipitadas aun entre quienes ignoraban nuestra iniciativa en China. En una reunión del grupo de Acción Especial celebrada el 26 de marzo, repetí mi punto de vista según el cual el pronóstico era una guerra civil que conduciría a la independencia en forma rápida. Un representante del Departamento de Estado hizo notar que Gran Bretaña no deseaba verse mezclada en una política de presiones a Pakistán. Dije a mis colegas: «Conversé brevemente con el presidente antes de almorzar. Comparte la inclinación de todos. No quiere hacer nada. No desea verse llevado a una posición en la cual se lo pueda acusar de haber dado aliento a la partición de Pakistán. No está en favor de una política excesivamente activa».

No obstante comenzaron a aumentar las presiones para formalizar una política más activa. Durante el mes de abril, y a medida que llegaban noticias de las atrocidades cometidas por los pakistaníes en Bengala, la justificada cólera general fue en aumento. Nuestro cónsul general en Dacca enviaba telegramas a Washington solicitando con urgencia una sanción pública contra las represiones pakistaníes. A principios de abril otros miembros del personal consular firmaron un mensaje similar. El secretario Rogers me dijo que encontraba «ultrajante» que sus diplomáticos enviaran peticiones y no informes. Pero conforme al procedimiento favorito de los subordinados para quitar autoridad a sus superiores, los telegramas no se catalogaron como secretos y en consecuencia tuvieron amplia circulación. Las filtraciones en el Congreso y en la prensa eran inevitables. Un periodista pakistaní que visitara Pakistán Oriental escribió para el *Sunday Times* de Londres la primicia de una crónica sobre matanzas de los militares. Nuestro embajador en Nueva Delhi, Kenneth Keating, informó a Washington acerca de «su profunda impresión ante la masacre», añadiendo que «le preocupaba que los Estados Unidos se vieran expuestos por la peligrosa relación con un país en el cual reinaba el terror «militar». Exhortaba a que Norteamérica efectuara una crítica a «tales brutalidades» en forma rápida, pública y predominante, aconsejando que en el orden privado interviniéramos con Yahya Khan, que anuláramos «la excepción por una única vez», suspendiendo asimismo toda ayuda militar a Pakistán.

Enfrentábamos un dilema. Norteamérica no podía tolerar una brutal represión militar en la cual miles de civiles hallaban la muerte y millones huían hacia la India en busca de salvación. No existían dudas sobre las duras tácticas armadas de los militares pakistaníes. Pero por otra parte Pakistán constituía nuestra única vía de acceso a China, y si la cerrábamos podrían pasar meses antes de hallar otra solución alternativa. El problema golpeó a Washington, para colmo de males, en medio de uno de los brotes cíclicos de las manifestaciones por Vietnam. Para el 1 de mayo se planeaba una campaña masiva de desobediencia. Para algunos de nuestros críticos el silencio que guardábamos en el caso de Pakistán —cuyos motivos no podíamos explicar— constituía un síntoma más de la insensibilidad moral generalizada en el gobierno. No podían aceptar que el gobierno podía estar triturado por imperativos en conflicto y algunos tenían intereses creados para minar las posiciones gubernamentales en cualquiera de las actitudes que asumiera, creyendo que de esa forma harían fracasar nuestros esfuerzos en Vietnam. La administración reaccionó con espíritu igualmente poco generoso: existía algo de razón en los cargos de insensibilidad moral. Nixon ordenó el traslado del cónsul general de Dacca y ridiculizó a Keating por haberse «dejado convencer por los indios». Una víctima trágica de la guerra de Vietnam fue la posibilidad de un debate racional sobre política exterior.

El Departamento de Estado efectuó sus propios movimientos para adelantarse a las decisiones. Ignorante de la iniciativa china y poderosamente influido por su tradicional debilidad por la India, el Departamento de Estado procedió, sin autorización de la Casa Blanca, al embargo de nuevas armas destinadas a Pakistán. Fue así como se suspendieron las nuevas licencias para la venta de municiones y no se renovaron las licencias vencidas. Demoró la entrega de elementos provenientes del Departamento de Defensa y suspendió el paquete de «única excepción» de 1970. Se redujo el envío de armamentos a Pakistán en unos 35 millones de dólares, 5 millones pudieron embarcarse subrepticamente. (A principios de julio, estos 5 millones fueron objeto de discusión en el Congreso.) El Departamento de Estado también inició el ahogo de la ayuda económica a Pakistán, también sin el consentimiento de la Casa Blanca, aduciendo que los programas exis-

tentes no podían realizarse en todo el país debido a la guerra civil. Hal Saunders, mi experto en el equipo del Consejo Nacional de Seguridad, me escribió comentando que el Departamento de Estado había cambiado su posición anterior de desinterés por una de disociación respecto del gobierno pakistaní, pero «ellos no se confiesan a sí mismos que lo hacen, sino que justifican su actitud con fundamentos técnicos».

Cualquier persona familiarizada con la actitud de Nixon comprendería que tal política era contraria a sus deseos y quienes no estaban habituados deberían haber consultado con la Casa Blanca. La prioridad de las prerrogativas del presidente sirvió para explicar la actitud que asumíamos más tarde Nixon y yo. Durante el mes de abril mi mayor tarea consistió en lograr el control del proceso gubernamental, con dos objetivos: preservar el puente a Pekín y preservar la posibilidad de una solución política en Pakistán. Para ese entonces Islamabad constituía no solamente mi punto de contacto sino también el posible lugar para mi partida hacia China. Y comenzaron a surgir signos que evidenciaban que la solución propuesta por la India, referente al problema indudable de los millones de refugiados bengalíes, no era tanto para hacerlos regresar como para *acelerar* la desintegración de Pakistán (o para identificar de algún modo un objetivo con el otro). El 31 de marzo, el Parlamento indio expresó en forma unánime su «profunda simpatía y total apoyo» a los bengalíes. Ya el 1 de abril informé al presidente que «los indios parecían hallarse embarcados en una línea de actos diplomáticos públicos y de acciones furtivas capaces de aumentar el nivel de tensiones ya alto en el subcontinente, corriendo asimismo el riesgo de desencadenar una crisis internacional de proyecciones mucho más serias». El 14 de abril se estableció en Calcuta un gobierno de Bangladesh en el exilio. A mediados de abril recibimos el informe de que la India estaba entrenando a los refugiados bengalíes para convertirlos en guerrilleros en Pakistán Oriental (los llamados Mukti Bahini). Al finalizar abril supimos que la India se disponía a infiltrar 2.000 de estos guerrilleros en Pakistán Oriental.

Consideré correcto asumir una política de moderación, por encima y más allá de la conexión China. Para bien o para mal, la estrategia de la administración Nixon sobre problemas humanitarios no era un desafío a la soberanía que sería, indudablemente, rechazado sino un medio para ejercer nuestra influencia sin una confrontación pública. Mirando retrospectivamente, pienso que en ocasiones, basados en ese criterio fundamentalmente correcto, actuamos en forma petulante que alejó a quienes potencialmente pudieron apoyarnos. En el caso de Pakistán resulta apropiado ya que su gobierno era un aliado que, estábamos seguros, bien pronto comprendería la inutilidad de su empresa. Intentamos convencer a Yahya Khan para dirigir sus esfuerzos hacia la autonomía, aconsejándole en calidad de amigos que tomara medidas que, indudablemente, hubiese rechazado si las hubiéramos formulado públicamente. Tal como escribí al presidente el 29 de abril, el gobierno central «puede reconocer la necesidad de propugnar una mayor autonomía de Pakistán Oriental a fin de provocar la necesaria cooperación bengalí. Debemos enfrentar, en consecuencia, un período de transición hacia una mayor autonomía de Pakistán Oriental y quizás hacia una eventual independencia». No obstante, hice notar que la política de la India parecía dirigida a contrariar dicho entendimiento. «Al entrenar y equipar una fuerza de resistencia bengalí relativamente pequeña, la India puede ayudar a mantener una resistencia activa y a aumentar la posibilidad de una prolongada guerra de guerrillas. De todo lo observado, surge que la India intenta seguir ese curso».

Siguiendo con nuestro acostumbrado proceder, pedí en abril al Departamento de Estado que sugiriera opciones como preparativo para una decisión del presidente, relativa a cuál sería nuestra política a la luz de la extensión de la crisis. Una amplia decisión política suministraría un marco de referencia para manejar los problemas específicos de ayuda económica y militar a prestar a Pakistán, especialmente necesaria en vista de que el Departamento de Estado había comenzado a maniobrar conforme a sus propios deseos y finalidades. Como de costumbre, el Departamento mencionó sus opciones preferidas entre alternativas tan absurdas que no servían de modo alguno para fundamentar una política. (Una propuesta, por ejemplo, fue ofrecer un total apoyo a Yahya. Esto no solamente no concordaba con las convicciones de la Casa Blanca, sino que no constituía una línea de acción factible). Destilé una recomendación de entre todas las opciones propuestas por el Departamento de Estado. Para responder a los deseos del público y del Congreso, propuse que el presidente ratificara la acción no autorizada del Departamento de Estado a principios de abril según la cuál había cortado el suministro de elementos bélicos y permitido sólo el envío de algunos repuestos y de equipo no letal. Insté también a que la ayuda económica fuera utilizada como una zanahoria para lograr concesiones políticas, «para efectuar

esfuerzos serios destinados a ayudar a Yahya a terminar la guerra y establecer un arreglo que fuera de transición para el logro de la autonomía de Pakistán Oriental». El 2 de mayo Nixon aprobó mi recomendación, añadiendo una nota de su puño y letra: «A todos los colaboradores. En este momento no estrujen a Yahya. RN».

Pero nos enfrentamos con tres obstáculos: la política de la India, nuestro propio debate público y la indisciplina de nuestra burocracia.

El 18 de mayo, cuando ya estábamos en una fase avanzada de los preparativos de nuestro viaje secreto a Pekín con Islamabad, la Sra. Gandhi previno a Pakistán en un discurso público en el sentido de que la India «se hallaba totalmente dispuesta a luchar si la situación la forzaba a hacerlo». Los embajadores indios anunciaron a Gran Bretaña y a Francia que la India «podría verse obligada a actuar si así lo demandaban sus intereses nacionales» en vista del flujo de refugiados, que se estimaban en ese momento en casi tres millones (2). El agobio provocado por los refugiados era realmente monumental y no podía dejar de considerarse la posibilidad de tumultos comunales. Pero a medida que transcurrían las semanas, comenzamos a sospechar en forma más sostenida que la Sra. Gandhi percibía una oportunidad más amplia. A medida que Pakistán se aislaba más y más internacionalmente, ella parecía buscar en forma más pertinaz la humillación pakistani, intentando quizás dispersar las tendencias centrífugas desde el Este hacia el Oeste de Pakistán. Cuando los Estados Unidos aceptó absorber la mayor parte de los gastos para aliviar la situación de los refugiados, la India saltó para insistir en que el problema de los refugiados sería insoluble sin un acuerdo político. Pero los términos impuestos por la India para el logro del acuerdo sufrían una escalada semanal. Cuando Norteamérica se ofreció para aliviar el hambre en Pakistán Oriental, la India, conjuntamente con muchos dentro de Norteamérica, exigieron que el programa de ayuda fuese dirigido por un organismo internacional. El motivo era evidentemente el de asegurar una justa distribución, pero este sistema serviría al mismo tiempo para que el gobierno pakistani no obtuviera apoyo de sus propios habitantes.

En mayo de 1971, supimos de fuentes dignas de todo crédito, que la Sra. Gandhi había ordenado la planificación de un ataque relámpago «tipo israelí» sobre Pakistán Oriental. Y habíamos tenido pruebas de que la India había dispersado sus aviones y movilitado sus tropas de combate y armamentos hacia la frontera. Nixon dio a los informes tal grado de seriedad que ordenó el 23 de mayo, si la India lanzaba el ataque, la suspensión de la ayuda económica. El 26 de mayo reuní el WSAG para revisar nuestra política en caso de una guerra. Aproximadamente en esos momentos supimos que los dirigentes militares opinaban que la propuesta de la Sra. Gandhi sobre el ataque a Pakistán Oriental tenía demasiados riesgos. Temían la intervención china, la posibilidad de ayuda militar prestada a Pakistán por otros países —especialmente Irán—, la incertidumbre de que la Unión Soviética prosiguiera los reabastecimientos de armas y la posibilidad de tener que ocupar *totalmente* Pakistán para poder concluir la guerra. Los comandantes indios insistían, como mínimo, en aguardar hasta noviembre, época en la cual el tiempo reinante en el Himalaya dificultaría la intervención china.

Mientras la Sra. Gandhi trataba sistemáticamente de impugnar las objeciones y aguardaba que la nieve comenzara a caer en las montañas, nosotros tuvimos un respiro. (Debo consignar que la mayoría de los miembros del gobierno norteamericano no aceptaba que los informes eran veraces, cosa que yo sí aceptaba. La mayor parte de los funcionarios superiores consideraba improbable un ataque de la India.) Empleamos el intervalo en primer término para aumentar la ayuda que prestábamos a los refugiados, y fue así como la autorización originaria efectuada en la primavera de disponer de 2 millones y medio de dólares se multiplicó cien veces hasta alcanzar la cifra de 250 millones de dólares. Al mismo tiempo ejercimos presión sobre Pakistán para que tomara disposiciones políticas para lograr un acuerdo, exhortando en primer término a Yahya para que internacionalizara el esfuerzo de ayuda a Pakistán Oriental y luego que efectuara una propuesta política. También recomendamos la sustitución del gobernador militar del Este por un civil; alcanzamos éxito al lograr una amnistía general para todas las personas que hasta ese momento no estuvieran acusadas de actos criminales específicos.

El 28 de mayo Nixon envió cartas tanto a la Sra. Gandhi como a Yahya Khan delineando nuestra política. La carta dirigida a Yahya no estaba concebida precisamente en tono recio, reflejando la necesidad que teníamos de él como vía de acercamiento a Pekín. Pero no dejaba lugar a dudas acerca de nuestra tendencia de favorecer una solución política y no militar para el problema de Pakistán Oriental. Nixon reconocía la disposición de Yahya para aceptar la internacionalización de la ayuda, y alentaba a Yahya a proseguir con el curso de su «política

conciliatoria»: «También he notado con satisfacción su declaración pública de amnistía para los refugiados y a su compromiso de transferir el poder a las autoridades elegidas. Confío en que convertirá en realidad estas declaraciones». Nixon exhortaba a la moderación en las relaciones indo-pakistaníes considerándolas «absolutamente vitales» para reimplantar en Pakistán Oriental condiciones que permitieran «el regreso de los refugiados desde el territorio indio tan pronto como fuera posible».

En la carta que enviara paralelamente el presidente a la Sra. Gandhi el 28 de mayo, se refería a nuestro deseo de disminuir el flujo de refugiados hacia la India y a nuestra intención de ayudarlos financiera y técnicamente. Nixon le informaba asimismo de nuestros esfuerzos para impulsar a Yahya:

Hemos decidido actuar en primer término con serena diplomacia, tal como informáramos a su Embajador y a su Ministro de Relaciones Exteriores. Discutimos con el gobierno pakistaní acerca de la importancia de lograr un convenio político pacífico y de implantar nuevamente las condiciones necesarias para detener el éxodo de refugiados y permitirles regresar a sus hogares. Considero que éstas eran en parte las intenciones que motivaron la conferencia de prensa ofrecida por el presidente Yahya el 24 de mayo, y especialmente su aceptación pública de la cooperación internacional, el ofrecimiento de una amnistía para los refugiados y su compromiso para delegar el poder en representantes elegidos.

Nixon elogiaba a la India por la vitalidad de su régimen democrático y por sus progresos económicos y sociales, agregando una velada advertencia contra la solución militar: «Los amigos de la India se sentirían desilusionados si tal progreso se viera interrumpido por una guerra». El 31 de junio expliqué nuestra estrategia a Kenneth Keating. Yo estaba convencido de que Pakistán Oriental lograría eventualmente su independencia. Nuestra política consistía en «dejar decantar los acontecimientos para que se afirmen».

Durante el mes de junio, el ministro de relaciones exteriores indio llegó a Washington para instarnos a terminar con la ayuda militar y económica que prestábamos a Pakistán. India nos enfrentaba constantemente con disyuntivas dramáticas. Declaraban que la ola de refugiados obligaría a la India tarde o temprano a tomar medidas drásticas. Pero al mismo tiempo no hacían nada para disminuir la acción de los guerrilleros —en realidad los entrenaban, los equipaban y los alentaban— cuya infiltración proveniente de territorio indio garantizaba un estado de cosas que aumentaría el número de refugiados. A pesar de que Yahya había proclamado la amnistía, la India condicionó el retorno de refugiados a Pakistán Oriental al acuerdo político. Pero la India se reservaba el derecho de determinar qué constituiría un acuerdo político aceptable en el territorio soberano de su vecino. A mediados de junio, la Sra. Gandhi declaró que la India no aceptaría ninguna solución que involucrase la «muerte» de Bangladesh. En otras palabras, la condición impuesta por la India para no intervenir era la partición de Pakistán. Al rechazar la evolución hacia la autonomía, al alentar a los refugiados y evitar su regreso, la India había convertido en inevitable la creciente crisis.

En nuestro país, muchas personas pensaban en forma distinta. Lamentablemente los puntos discutidos comenzaron a impregnarse de la amargura y de las motivaciones inherentes al problema de Vietnam. Y la administración no colaboró al permanecer en silencio. El 10 de junio el representante Cornelius Gallagher de Nueva Jersey, presidente del subcomité de la Cámara encargado del problema, declaró en el recinto, tras una visita a los campos de refugiados indios, que la India había demostrado «una moderación casi increíble» frente al peso que significaban los refugiados. (Esto sucedía tres semanas antes de que la Sra. Gandhi efectuara su pública amenaza de ir a la guerra). El 17 de junio, el *New York Times* censuró a la administración calificando de «tardía» nuestra pública declaración pidiendo moderación a ambos oponentes. Nuestra exhortación sería infructuosa, decía el *Times*, si nosotros no uníamos la acción a la palabra, es decir si no interrumpíamos la ayuda norteamericana a Pakistán hasta tanto se lograra un auténtico convenio político en Pakistán Oriental. El *Times* también elogiaba a la Sra. Gandhi por haber demostrado una «notable» moderación frente al tremendo problema de los refugiados.

Entonces ocurrió una de esas cosas propias de los medios de comunicación que determinan que un acontecimiento secundario sustituya la discusión más amplia, enfocando y distorsionando en el proceso el tema fundamental. El 22 de junio el *New York Times* publicó una nota

comentando que un carguero pakistaní se disponía a zarpar desde Nueva York con una carga de equipo militar para Pakistán, en aparente violación a las prohibiciones oficialmente proclamadas por la administración. Pronto se lanzó la información de un segundo barco que zarpaba rumbo a Pakistán con otro cargamento de armas. Arreciaron las protestas del público, de la prensa y de la India. Al día siguiente el *New York Times* catalogaba el cargamento como «un abuso de confianza» para con el pueblo norteamericano, para con el Congreso y para la India y que «además» minaba la confianza norteamericana. El senador Stuart Symington dijo que era o bien un acto de ignorancia o de engaño premeditado. El anuncio efectuado el 24 de junio por el Departamento de Estado informando que Washington había dispuesto que se enviaran 70 millones de dólares adicionales a la India para ayudar a los refugiados pasó inadvertido frente a la información de que un tercer carguero partía desde Nueva York a Karachi con equipo militar.

Las acusaciones al gobierno por duplicidad no disminuyeron aunque el equipo en cuestión había sido adquirido según un permiso concedido *antes* de la prohibición y su envío estaba legalmente fuera de nuestro control, ni tampoco arreciaron porque el tercer carguero había zarpado cuatro días *antes* de que entrara en vigencia la suspensión de permisos emitida por el Departamento de Estado (3). Enfrentábamos otra brecha de credibilidad tan frecuentes durante el período de Vietnam. Nos era imposible convencer a la gente de que nos era imposible empezar un mecanismo para negar los permisos ya concedidos o de que el monto de la «filtración» era minúsculo y que no afectaría el equilibrio militar del subcontinente ni de Bengala. El *Washington Post* del 5 de julio apenas podía controlar su cólera. Decía:

Fue una actitud sorprendente y vergonzosa (que) debe entenderse en el contexto de la actual discusión sobre los Documentos del Pentágono que gira sobre el derecho del público a saber y el derecho del gobierno a ocultar. He aquí un clásico ejemplo de cómo trabaja realmente el sistema; a escondidas del conocimiento público, los funcionarios de la administración han venido suministrando armas a Pakistán mientras efectuaban anuncios claros y sistemáticos en el sentido de que dichos envíos habían sido interrumpidos.

Constituía una ironía que la «brecha de credibilidad» fuera originada por el Departamento de Estado cuya precipitada acción en el embargo había provocado la ira de la Casa Blanca. El Departamento de Estado, acorde en su mayoría con las críticas de los medios de difusión y del Congreso, se convirtió en el foco de ellas, sin tener intenciones de ello.

SE ACELERA LA CRISIS

Poco antes de mi partida hacia Asia, Yahya anunció el 28 de junio un plan para efectuar la transferencia del poder político a los civiles. Se proclamaría dentro de los cuatro meses una nueva constitución concebida por expertos. Los miembros de la Liga Awami que no estuvieran vinculados con la secesión podían ser electos para participar en el gobierno. Yahya no explicó a qué categoría de dirigentes se aplicaría tal norma.

Mientras me hallaba en viaje, recibí la perturbadora información de que la Unión Soviética había percibido por fin su oportunidad estratégica. Abandonando su anterior cautela, había hecho saber a la India su aprobación sobre las acciones guerrilleras efectuadas en Pakistán Oriental, prometiendo ayuda a la India en caso de represalias por parte de China. Se había añadido al conflicto una dimensión nueva y siniestra. (Esto ocurrió mucho *antes* de nuestra iniciativa para con China).

En mi visita a Nueva Delhi tenía dos misiones que de alguna forma se contradecían. Una de ellas consistía en preparar discretamente a la India para la noticia de mi visita a China. Haciendo notar la diplomacia Ping-pong y los dos años durante los cuáles habíamos efectuados aperturas comerciales y turísticas, acentué que inevitablemente continuaríamos mejorando nuestras relaciones con Pekín. Por otra parte, miráramos con malos ojos un ataque de China a la India efectuado sin provocación. Si este comentario no solicitado no desconcertaba totalmente a mis interlocutores, podría darles un breve momento de estímulo —si bien este lapso de euforia concluiría con el anuncio sobre mi viaje a China del 15 de julio—. Debemos esperar las memorias de mis interlocutores para ver si los ministros indios consideraron mis afirmaciones

como lo mejor que les podíamos ofrecer dada nuestra situación o si las consideraron como un esfuerzo para engañarlos. El tópico más importante de mis conversaciones en Nueva Delhi lo constituía la crisis de Pakistán Oriental. Le informé al presidente:

Parece existir un creciente sentido de inevitabilidad de guerra, o por lo menos de una amplia violencia hindú-musulmana y su origen no estriba necesariamente en el deseo de que así sea sino en el temor de no saber cómo evitarla...

Le aseguré (a la Sra. Gandhi) que toda nuestra política estaba dirigida a retener la suficiente influencia como para apresurar la instauración de condiciones que permitan regresar a los refugiados, aunque no podamos asegurar los resultados. Le pregunté cuánto tiempo consideraba ella que faltaba para que la situación se tornara inmanejable, y me replicó que la consideraba inmanejable ahora y que «mantienen unión por simple fuerza de voluntad».

En realidad, las conversaciones con los dirigentes indios siguieron el ritual de las semanas anteriores. Tal como lo había hecho en muchas ocasiones con Jha, el embajador indio en Washington, traté de asegurarles que anhelábamos mantener buenas relaciones con la India. No nos oponíamos a la autonomía bengalí y confiábamos en poder alentar una evolución favorable si tratábamos con Yahya como con un amigo y no como otro torturador. Invité a la Sra. Gandhi a visitar los Estados Unidos para efectuar con Nixon una revisión total de las relaciones indo-norteamericanas.

Pero la Sra. Gandhi y sus ministros no parecían muy propensos a conciliaciones. Evadieron la respuesta a la invitación a Washington. Proclamaron su deseo de mejorar las relaciones con los Estados Unidos, pero nos acusaron apasionadamente de haberlos engañado en la venta de armas a Pakistán. No disminuyó la estridencia de tales acusaciones por la realidad de los hechos: habíamos detenido los envíos de armas a Pakistán, incluyendo «la excepción por una y única vez»; no habíamos otorgado nuevos permisos y los únicos artículos que estaban en tránsito eran los que contaban con permisos librados antes de la prohibición. A la India no podía preocuparle seriamente este flujo minúsculo que por otra parte cesaría automáticamente cuando vencieran las licencias. Estimábamos que después de octubre no existirían más filtraciones. La Sra. Gandhi llegó a admitir que no eran las cantidades las que importaban, sino el simbolismo. En otras palabras, la India aspiraba a la desmoralización de Pakistán separándola de Norteamérica en forma notoria. Me sentí presionado para dar fin no sólo a la ayuda armamentista, sino también a la económica. Era evidente que a los dirigentes indios no les parecía extraño que un país que se había apartado de la mayoría de nuestros objetivos sobre política exterior, basándose en pertenecer a los no alineados, pidiera que rompésemos toda relación con un aliado que atravesaba, según la ley internacional, por un conflicto interno. Para julio, el monto de la contribución norteamericana para la ayuda de refugiados había alcanzado aproximadamente los cien millones de dólares, pero éste hecho no parecía modificar las críticas de la Sra. Gandhi referente a la actitud que habíamos tenido durante veinticuatro años para con Pakistán. Abandoné Nueva Delhi en la convicción de que la India se inclinaba por un enfrentamiento con Pakistán. Esperaba tan sólo que llegara el momento adecuado. La oportunidad de arreglar cuentas con un rival aislado por su propia incapacidad de ver correctamente era demasiado tentadora.

Durante mi visita a Islamabad, estuve preocupado por mi inminente viaje a Pekín. Pero tuve varias conversaciones con el presidente Yahya y con el secretario de relaciones exteriores, Sultan Khan. Los insté para que pusieran en marcha una amplia propuesta a los refugiados a fin de que retornaran a sus hogares logrando así quitar a la India el pretexto para ir a la guerra. Insisté ante Yahya y sus colaboradores para que aceleraran la internacionalización de la ayuda admitiendo que las Naciones Unidas supervisaran su distribución. Y recomendé la pronta designación de un gobierno civil para Pakistán Oriental. Yahya me prometió considerar tales sugerencias. Pero fundamentalmente ignoraba sus peligros y no se hallaba preparado para enfrentar las necesidades. Él y sus colegas no creían que la India pudiera estar proyectando una guerra, y suponiendo que lo hiciera, abrigaban el convencimiento de que ellos la ganarían. Cuando pregunté con todo tacto cuál era la ventaja india en cuanto a número y equipo, Yahya y sus colegas respondieron con bravatas refiriéndose a la histórica superioridad de los guerreros musulmanes.

No existía la más mínima duda: los líderes militares pakistaníes se encontraban atrapados

en un proceso que superaba sus posibilidades. No podían concebir el desmembramiento de su país, y los que podían hacerlo, no veían la posibilidad de sobrevivir políticamente a tal catástrofe si cooperaban con ella. No tenían una concepción de la magnitud del aislamiento psicológico y político en el cual habían sumido a su país mediante las brutales represiones. En teoría aceptaban que era imprescindible concebir un amplio programa si deseaban escapar de sus disyuntivas. Pero su definición de «amplio» era excesivamente animosa, legalista, técnica y fragmentada. El resultado fue que a lo largo de su crisis Pakistán jamás asumió una posición que se sostuviera internacionalmente. En realidad sus concesiones fragmentadas, si bien sumadas resultaban importantes, fueron un juguete en manos de la India, y constituyeron una prueba de que había algo malo sin que suministraran un remedio convincente. Yahya se encontró envuelto en un 'impasse' trágico. Acusado por sus colegas conservadores de poner en peligro la unidad nacional y por la opinión exterior de reprimir brutalmente la libertad, su actitud fue vacilante a juicio de los conservadores, fue demasiado lejos, y a juicio de la opinión pública mundial, especialmente la referida a los Estados Unidos, no fue suficiente.

En el transcurso de una comida que me ofrecieron la noche anterior a mi viaje a Pekín, tuve oportunidad de regañar a Yahya por el caos que había creado. «Todos me llaman dictador», vociferaba Yahya en su fingida imitación de los modales de Sandhurst. «¿Soy un dictador?», preguntaba por turno a todos los huéspedes, norteamericanos o pakistaníes. Todos respondieron con diversos grados de sinceridad que, por supuesto, Yahya no era un dictador. Cuando llegó mi turno le contesté: «Lo ignoro, Sr. presidente, pero para ser un dictador ha manejado bastante mal las elecciones».

La virulenta crisis surgió naturalmente en mis conversaciones en Pekín. La concepción de Chou En-lai no podía ser más diferente que la convencional sabiduría de Washington. Simplemente consideraba que la India era el país agresor, y dedicó una hora del escaso tiempo del que disponíamos para relatar su versión de los enfrentamientos chino-indios de 1962, los cuáles fueron según él provocados por usurpaciones de la India. Chou insistió en que China no permanecería indiferente si la India atacaba Pakistán. Llegó a pedirme que transmitiera a Yahya las expresiones del apoyo chino, gesto realmente dirigido a Washington, ya que Pekín tenía un embajador en Islamabad perfectamente capaz de entregar mensajes. Repliqué que Norteamérica estaba unida a Pakistán por lazos tradicionales y que le agradecemos sus arreglos para lograr la apertura con China. Continuaríamos manteniendo cordiales relaciones con la India pero nos opondríamos firmemente a cualquier acción militar india. No obstante nuestra desaprobación no tomaría la forma de ayuda militar o de medidas de tipo militar en beneficio de Pakistán.

Regresé a Washington con una premonición del desastre. Mi opinión era que India atacaría a Pakistán, con casi total seguridad, cuando terminaran los monzones. Si bien confiaba en que triunfaríamos en nuestro intento de lograr que Islamabad concediera la autonomía a Pakistán Oriental, dudaba que la India nos concediera el tiempo necesario y que en consecuencia se perdería la oportunidad, que no volvería repetirse en un futuro cercano, de arreglar cuentas con un país cuya mera existencia resultaba ofensiva para sus líderes. China podría entonces actuar. La Unión Soviética podría aprovechar la oportunidad para dar una lección a Pekín. Si nosotros abanábamos a Pakistán, como tan insistentemente nos pedían los medios de comunicación y el Congreso, podríamos tan sólo apresurar el peligro ya que así daríamos a la India una justificación más sólida para atacar. Pondría en peligro la iniciativa china. En esos momentos anteriores a la visita de Nixon a Pekín, no teníamos posibilidades de saber hasta qué punto estaba interesada China en una apertura hacia Washington.

Nixon convocó a una reunión del Consejo Nacional de Seguridad el 16 de julio, un día antes de anunciar su viaje a China. Era un síntoma de la seriedad con que tomaba la crisis. Me pidió que enumerara los problemas. Le respondí que aparentemente la India estaba dispuesta para la guerra y que personalmente no creía que Yahya tuviera la imaginación suficiente como para resolver los problemas políticos a tiempo para prevenir el ataque indio. Por otra parte 70.000 soldados de Pakistán Occidental (su número había aumentado desde marzo) no podían contener a 75 millones de pakistaníes orientales durante mucho tiempo. Nuestro objetivo debía ser una evolución que condujera hacia la independencia de Pakistán Oriental. Lamentablemente no había muchas posibilidades de lograrlo a tiempo para desbaratar el ataque indio. En consecuencia era necesario llevar a cabo esfuerzos inmediatos para detener y revertir el flujo de refugiados y eliminar así el pretexto para la guerra.

No hubo desacuerdo con mi análisis. Rogers añadió que a su juicio la India hacía todo lo posible para evitar que retornaran los refugiados. Nixon llegó a la conclusión de que pediría a los pakistaníes que hicieran el máximo esfuerzo por los refugiados. No apoyaríamos un ataque indio, y si la India empleaba la fuerza, cesaría toda ayuda norteamericana. Era necesario emplear todos los medios para evitar la guerra.

El 23 de julio el embajador pakistaní Agha Hilaly nos informó que su gobierno aceptaba nuestra sugerencia en el sentido de que la ONU supervisara las instalaciones de refugiados a fin de protegerlos contra represalias. Yahya aceptó también nuestro consejo de designar un administrador civil para controlar la ayuda y reubicación de refugiados. Urgí firmemente a Hilaly para que apresurara sus esfuerzos.

Lamentablemente India no colaboró. Las mismas razones por las cuales auspiciábamos la estrategia de concentrar a los refugiados, eran utilizadas para que la India las rechazara. El 15 de julio, el embajador de la India nos anunció que su país no aceptaba la propuesta de contener la actividad guerrillera procedente de su territorio. El 16 de julio Kaul, el secretario del exterior indio, nos hizo saber que la India no aceptaba personal de la ONU en su lado de la frontera, ni aun para manejar refugiados. Nuevamente el drama. Todos estábamos de acuerdo en que el único progreso político en el Este consistía en el retorno del ejército pakistaní a sus cuarteles, razón por la cual presionábamos para que se designase un administrador civil. Pero no había forma de inducir al ejército pakistaní a hacerlo mientras su vecino continuara con la guerra de guerrillas contra ellos. Por el contrario, anunciaron su propósito de continuar con su escalada. Pakistán había aceptado crear una instalación para refugiados bajo supervisión de la ONU. Pero tal medida no podía ser llevada a cabo si los refugiados no se enteraban de la oferta pakistaní debido a que se prohibía a los miembros del personal de la ONU todo contacto con ellos dentro de la India para explicarles qué se les prometía si regresaban. No existiendo en esos campos observadores externos, ni siquiera podíamos estar seguros de la cantidad de personas refugiadas.

Dos reuniones del Grupo de Revisión se efectuaron el 23 y el 30 de julio, para discutir estos problemas. No hubo asunto alguno —con la posible excepción de Camboya— en el cuál existiera mayor disociación entre la Casa Blanca y los departamentos que en la crisis indo-pakistaní del verano de 1971. Ningún otro problema contó con una desatención más notoria a las claras directivas presidenciales. El Departamento de Estado controlaba la maquinaria de ejecución. Nixon dejó en mis manos la responsabilidad de poner en funcionamiento su política, pidiéndome que lo mantuviera informado de las discrepancias. Pero con lo que tropezamos fue con constantes luchas intestinas sobre temas aparentemente superfluos, cada uno de los cuáles resultaba demasiado inconsistente o técnico como para ser llevado al presidente, pero cuya acumulación definiría el curso de la política nacional. Nixon no estaba preparado para invalidar la acción de su secretario de estado por asuntos que consideraba como secundarios y esta actitud dejó el campo libre para que el Departamento de Estado interpretara las instrucciones de Nixon conforme a sus preferencias personales, viciando en consecuencia el sentido que Nixon les impusiera.

Nadie podía hablar con Nixon por más de cinco minutos sin escucharlo comentar acerca de su profunda desconfianza sobre las motivaciones indias, sobre su preocupación por la ingerencia soviética y sobre todo sobre su deseo de no arriesgar la apertura para con China asumiendo posturas que podían interpretarse erróneamente. Nixon había ordenado en repetidas ocasiones que condujésemos a Pakistán hacia la concordia política mediante la comprensión y no por medio de presiones. Al Departamento de Estado le asistían todas las razones para sostener el punto de vista contrario: esa enorme presión de la opinión popular haría que Pakistán se tornara más dócil. Lo que violentaba las relaciones entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado era el esfuerzo realizado por este último para aplicar sus puntos de vista cuando el presidente había elegido una línea de acción distinta. Por ejemplo, a principios de septiembre supimos de fuentes pakistaníes que el Departamento de Estado había iniciado negociaciones privadas con ellos para finalizar con el envío del mínimo equipo militar para el cual se había otorgado permiso antes del 25 de marzo. La Casa Blanca consideraba que Pakistán se encontraba en un penoso proceso de desintegración y quería tomar en consideración la angustia de un viejo aliado, los horizontes limitados de sus dirigentes, las tensiones internas. En otras palabras, queríamos evitar el anuncio formal de un embargo aunque nuestras acciones eran equivalentes. El Departamento de Estado sentía mayor temor por las críticas domésticas y era reacio a asumir una posición antagónica con la India. Mi pesadilla era que ese esfuerzo por aplacar a la India provocara una guerra. Como le dije al Grupo Revisor el 30 de julio: «De-

bemos exhortar a Yahya a que vuelva a establecer la participación del pueblo en Pakistán Oriental. Pero el reloj de la guerra marcha en la India más aceleradamente que el reloj del convenio político. Estamos decididos a evitar la guerra». Había dicho al presidente el 27 de julio que el Departamento de Estado había comenzado a sofocar hasta la ayuda económica que le prestábamos a Pakistán: «Si existe algo capaz de tentar a la India para atacar, ello es el total desamparo de Pakistán». Cualesquiera fueran los méritos de esta discusión, el hecho es que Nixon era el presidente y que los departamentos, luego de exponer sus puntos de vista, estaban obligados a cumplir no sólo con la letra sino también con el espíritu de las decisiones presidenciales aun cuando para hacerlo tuvieran que enfrentar críticas externas u oposiciones del Congreso.

Se acentuó el problema por la anomalía según la cual una antigua reorganización del Departamento de Estado colocaba al subcontinente en la Oficina del Cercano Oriente cuya jurisdicción terminaba en la frontera este del subcontinente, excluyendo así a Asia Oriental y por lo tanto, cualquier consideración respecto de China. Los funcionarios de alto nivel, que deberían haber estado conscientes de las preocupaciones de China, habían sido excluidos de la apertura hacia Pekín. Por consiguiente, no había nadie en el Departamento de Estado que se considerara totalmente responsable por el «asunto chino» y nadie entendía cabalmente su sentido racional... y ése fue uno de los precios que debimos pagar por nuestros métodos administrativos no ortodoxos. En debates interagencias, muchas veces se acusaba a mi oficina de tener la obsesión de «proteger el viaje a China», como si preservarlo constituyera una decisión sin valor. Ninguno de los análisis burocráticos efectuados en ese período sobre India y Pakistán atacó directamente nuestra política respecto de China. La burocracia no rechazaba a Pekín. Simplemente lo ignoraba. El abismo de concepciones que separaba la Casa Blanca del resto del gobierno se hizo evidente en la documentación de opciones preparada para la reunión del Grupo Revisor a celebrarse el 23 de julio. En ella se recomendaba que si China intervenía en una guerra indo-pakistani, los Estados Unidos debían ampliar su ayuda militar a la India y coordinar su acción con la Unión Soviética y Gran Bretaña. No se podía imaginar nada más contrapuesto a la política exterior elegida por el presidente.

En el transcurso de una conferencia de prensa celebrada por Nixon el 4 de agosto, expuso sucintamente que no ejerceríamos presiones sobre Pakistán en forma pública. «Ello sería totalmente contraproducente. Estos son problemas que discutiremos sólo en forma privada». A pesar de esto, casi todas las propuestas operacionales formuladas por la burocracia estaban destinadas a aumentar la presión ejercida sobre Pakistán. Pregunté en la reunión del Grupo Revisor: «¿Qué podría hacer un enemigo contra Pakistán? Ya les hemos retirado la ayuda militar y económica. El presidente ha dicho repetidamente que debemos inclinarnos hacia Pakistán, pero cada propuesta que se formula está dirigida exactamente en dirección opuesta a tales instrucciones».

Tal como he mencionado, el Departamento de Estado había elevado la propuesta de que los restantes 3 ó 4 millones de dólares en armamentos fueran cancelados por convenio con Pakistán. La justificación era facilitar así el mantenimiento de nuestra ayuda económica. Seguí adelante con desagrado, pensando que no era una actitud correcta en vista de la ayuda que había prestado Pakistán en el asunto chino. Las negociaciones para terminar con el envío de armamentos llevaron dos meses. Concluyeron por fin a principios de noviembre, agravando a Pakistán y a tiempo para crear «una atmósfera favorable» para la visita de la Sra. Gandhi. Pero tan pronto Pakistán aceptó negociar el cese total de envío de armas, comenzaron las dilaciones en la ayuda económica. Durante el año 1971 no se efectuaron préstamos nuevos. Como dije ácidamente en la reunión del Grupo Revisor efectuada el 8 de septiembre, el Departamento de Estado «nos vendió una filtración seca de armas en retribución por una política seca de ayuda económica».

Y ninguna de estas maniobras estaba dirigida al problema central. Yo estaba convencido de que Pakistán Oriental se convertiría relativamente pronto en Bangladesh independiente. Pero resultaba imposible que Yahya lo lograra antes de octubre o noviembre, cuando había una mayor posibilidad de ataque indio. En consecuencia juzgué imperioso efectuar un esfuerzo total para aliviar el problema de los refugiados en forma inmediata, así como también ejercer el peso total de nuestra influencia para que Pakistán entrara lo más rápidamente posible, y en la medida que lo permitiera su estructura política, en un gobierno constitucional, el cual a su vez llevaría con toda certeza a producir la autonomía de Bangladesh y a su eventual independencia. Fue por ello que multiplicamos la contribución en concepto de ayuda, proporcionando más de 90 millones de dólares a la India y más de 150 millones de dólares para contribuir al

alivio supervisado internacionalmente del hambre y para revertir la ola de refugiados provenientes de Pakistán Oriental. Designamos a un funcionario de alto nivel y gran capacidad de nuestra Agencia para Desarrollo internacional, Maurice Williams, para que coordinara todo el plan norteamericano de alivio a los refugiados.

Pero fue inútil. Nuestras actitudes fueron aventajadas por la premeditada aceleración que la India imprimía a las tensiones. El 24 de julio Kaul rechazó nuevamente la idea de la presencia de representantes de la ONU en el lado indio de la frontera. El 4 de agosto, el embajador Jha rechazó las sugerencias del subsecretario de estado, John Irwin en el sentido de que la India controlara a los guerrilleros que operaban desde su territorio. Jha efectuó una nueva sugerencia: que Norteamérica aceptara la oferta de contactar con los exiliados de Bangladesh en Calcuta. Cuando lo hicimos, fue abortado en parte debido a las tácticas dilatorias de los indios.

EL TRATADO DE AMISTAD SOVIÉTICO-INDIO

El 9 de agosto cayó la bomba del Tratado de Amistad Soviético-Indio.

Supimos, en primer término por los periódicos, que el ministro de relaciones exteriores soviético Gromyko había concluido una visita a Nueva Delhi con la firma de un tratado de paz, amistad y cooperación con vigencia de veinte años. Sus suaves disposiciones no oscurecían el significado estratégico. Contenía las cláusulas usuales sobre amistad duradera, no interferencia en los asuntos privados y cooperación en materia económica, científica, técnica y cultural. Lo que es más importante, las dos partes se comprometían a consultar regularmente «sobre problemas internacionales importantes» que pudieran afectar a ambos. La disposición decisiva era el artículo IX en el cual se estipulaba que los signatarios se abstendrían de otorgar ayuda a cualquier tercer país que interviniera en un conflicto armado con el otro, comprometiéndose a ambas partes a consultar inmediatamente a fin de tomar «las medidas apropiadas efectivas» en caso de que una fuese atacada o amenazada con un ataque.

La reacción inicial de nuestro gobierno fue asombrosamente optimista. Es posible que la evaluación del servicio de información estuviera teñida inconscientemente por el concepto de larga data según el cual la India era un país pacifista, por encima de la política de poder. Tampoco resultaba fácil aceptar la tesis de que la hija de Nehru condujera deliberadamente a la India no alineada hacia una alianza de hecho con la Unión Soviética. El resultado fue la información recibida el 11 de agosto según la cual la Sra. Ghandi se encontraba resistiendo una ola de opinión popular que favorecía el enfrentamiento. Supuestamente los soviéticos temían que ella se viera obligada en contra de sus convicciones a reconocer a Bangladesh, provocando así la declaración de guerra pakistaní. Mediante la firma del tratado, proseguía el análisis, la URSS confirmó a la Sra. Grandhi un éxito diplomático que habría de ayudarla a mantener su política de moderación y reserva, y a su vez la Unión Soviética podría descansar, segura de que la India no sería utilizada para emplazamiento de bases hostiles.

Mirando retrospectivamente, pensamos que debió ser casi imposible urdir una apreciación tan fantasiosa. Fue un ejemplo clásico de cómo los prejuicios conforman los informes de inteligencia. No existían perspectivas reales de que ninguna base extranjera se estableciese en territorio indio y nada que justificara que la India se apartara de su antigua conducta y que el Soviet abandonara su cautela. Sabíamos que el freno principal para un conflicto militar era el temor de quienes elaboraban los planes militares de la India, de que una guerra desaprobada por los soviéticos cortaría el suministro de armas ruso e incitaría a China a intervenir. El Tratado de Amistad Soviético-Indio estaba destinado a terminar con esos temores, y en forma objetiva a aumentar el peligro de una guerra. La Unión Soviética había aprovechado una oportunidad estratégica. Era demasiado tentador demostrar la impotencia china y humillar a un amigo de China y de los Estados Unidos. Si China no tomaba medidas, la actitud revelaría impotencia y si China se revelaba, corría peligro de represalias soviéticas. Con este tratado, Moscú lanzó un fósforo en un barril de pólvora.

El día del anuncio del tratado, almorcé con el embajador indio a pedido suyo. L. K. Jha se desempeñó en Washington en un período difícil. Era un magnífico analista del escenario norteamericano e interpretaba sin sentimentalismos la política internacional. Por lo menos conmigo jamás empleó el tono amenazante de superioridad moral con el cual muchos diplomáticos indios consiguen agotar, si no la buena voluntad, por lo menos la paciencia de sus interlocutores.

Poseía gran talento para imprimir la versión india en los comunicados de prensa: siempre podía yo detectar sus huellas en las columnas periodísticas y el vernos en bandos opuestos constituyó una dolorosa experiencia. (A mí se me consideraba hábil para manejarme con los periodistas, pero en el problema indo-pakistaní Jha me superó.) Sentía gran estima y hasta afecto por Jha. Lo veía con mucha frecuencia ya sea en reuniones sociales o para cambiar ideas, en parte porque consideraba que la India era muy importante dentro del concierto de las naciones aunque no siempre estuviera de acuerdo con su política, y en parte porque siempre aprendía algo de sus medulares análisis.

En esa ocasión Jha trajo una carta de la Sra. Gandhi para el presidente. Cargaba las culpas de la tensión sobre Pakistán en forma total. Su carta no tomaba en cuenta nuestra gran ayuda económica para los refugiados ni nuestros esfuerzos por inducir al gobierno de Islamabad hacia la reconciliación. En su lugar, dedicaba mucho espacio a insinuar que habíamos engañado a la India con nuestra política de envío de armas y que en realidad habíamos alimentado *todas* las tensiones del subcontinente vendiendo armamentos a Pakistán entre 1954 y 1965. Rechazaba una vez más la presencia de miembros de la ONU en territorio indio. No hacía mención del tratado con la Unión Soviética pero hacía alusiones a que aceptaría la invitación a Washington que yo le hiciera en nombre de Nixon en ocasión de mi visita a Nueva Delhi en julio. Este gesto conciliatorio se unía a un listado de acusaciones que dejaba poco margen de duda acerca de quién formularía cargos cuando se entrevistaran ambos dirigentes.

Fue Jha el encargado de ofrecer las explicaciones formales sobre el tratado. Resultó interesante que su informe contradijera en forma total las críticas periodísticas según las cuales nosotros habíamos sido culpables de echar a la India en brazos de los soviéticos en un último esfuerzo desesperado. Jha confirmó mis sospechas: el tratado con los soviéticos no constituía la reacción ante la política norteamericana durante la crisis indo-pakistaní sino que era el resultado de una estrategia india cuidadosamente analizada cuyos preparativos habían demandado más de un año. Jamás comprendí por qué Jha consideraba que esto nos daría seguridades. (Dobrynin me comentó lo mismo) (4). Respondí que, literalmente, el tratado revestía una importancia secundaria, aunque resultaba difícil compaginarlo con la posición de no alineado asumida por la India. Lo que nos preocupaba era la posibilidad de que la India llegara a la conclusión de que en ese momento gozaba de toda la libertad para iniciar una acción contra Pakistán. No pude ser más claro al advertir que una guerra entre la India y Pakistán haría retroceder las relaciones indo-norteamericanas media década. No importaba qué le habían dicho otros miembros de la administración al embajador. Quería que comprendiese que la intervención militar en Pakistán Oriental significaría la gran probabilidad de detener la ayuda prestada a la India. No existían razones para que los Estados Unidos y la India disputaran acerca de un problema cuya solución parecía predeterminada. Creíamos seriamente que la India era una potencia a nivel mundial y queríamos mantener buenas relaciones con ella. Resultaba evidente que Bengala Oriental lograría su autonomía si le dábamos una oportunidad a lo inevitable, y queríamos llegar pacíficamente a esa situación. Jha negó que el tratado con los soviéticos fuera incompatible con su posición de país no alineado y evadió toda discusión sobre los problemas indo-pakistaníes aduciendo que la visita de la Sra. Gandhi nos daría la oportunidad de hablar. Una vez más le previne contra el intento de solución mediante la guerra; contando con nuestro apoyo, un proceso evolutivo llevaría a Bengala Oriental hacia su auto-determinación.

Pero a la India no le interesaba la evolución. Y Yahya no captaba el peligro que corría. Arrastrado por acontecimientos que superaban su capacidad, complicó nuestra tarea con una de esas actitudes truculentas que efectúan muchos hombres desesperados para convencerse de que aún tienen cierto margen de decisión. El 9 de agosto el régimen de Yahya anunció que se haría un juicio secreto a Mujib por traición. Jamás supe qué intentaba lograr Anuhya con este golpe. Estaba seguro de movilizar presiones mundiales aún mayores en su contra y de alimentar la hoguera de la intransigencia india. Bien pronto la Sra. Gandhi envió notas de protesta a los dirigentes de todo el mundo. Once senadores y cincuenta y ocho representantes exigieron que los Estados Unidos presionaran a Pakistán para que demostrara más piedad. El 11 de agosto el Secretario Rogers transmitió la preocupación norteamericana al embajador Hilaly.

El 11 de agosto concerté una entrevista entre el presidente y el Grupo Revisor a fin de evitar la inercia burocrática alimentada por la sospecha de que yo transmitía mis puntos de vista personales como si fueran órdenes del presidente. Nixon efectuó una sólida afirmación dentro del mismo planteamiento con que se había dirigido el 16 de julio al CNS. Quería que se efectuara

un amplio programa de ayuda a los refugiados y haría todo cuanto estuviera en sus manos para aliviar el sufrimiento. Opinaba que la mayor parte de los ataques provenientes de los medios de difusión tenían motivos políticos. Para sus críticos, Pakistán se había convertido en un sustituto de Vietnam, que se había vuelto irrelevante por la apertura hacia China. No diría nada de las acciones de Yahya; sin embargo, éstas no justificaban una guerra. Nadie debía dudar de su decisión de retirar toda ayuda a la India si atacaba. La conducta de los soviéticos le recordaba el comportamiento asumido por los mismos en Medio Oriente en 1967 cuando desencadenaron una secuencia de acontecimientos que por fin escaparon a todo control. No se efectuaría una agresión pública al gobierno pakistaní motivada por su evolución política. Dijo el presidente: «Manejaremos en forma privada el problema político».

Y ése fue nuestro curso de acción. El 14 de agosto, Nixon envió una carta a Yahya en la cual le solicitaba que acelerara el proceso de reconciliación nacional insistiendo en el programa de ayuda y consiguiendo el apoyo de los representantes electos de Pakistán Oriental. Escribía Nixon:

Tales medidas serán importantes para oponerlas a la corrosiva amenaza de insurrección y para restaurar la paz en esa parte del mundo. Asimismo apresurarán el momento en que los Estados Unidos y otros países puedan reanudar, dentro de una planificación internacional reconsiderada, la tarea de ayudar al desarrollo económico de su país, que se ha visto tan trágicamente complicado y detenido por los acontecimientos recientes.

A pesar de su fraseología diplomática, el significado profundo de la carta era claro: la ayuda económica continua estaba vinculada a la entrega del poder a representantes elegidos. En realidad, pedíamos en nombre de la amistad, la auto-determinación de Pakistán Oriental. Nuestra principal diferencia con Nueva Delhi era que ellos exigían un ritmo de cambio que podría destruir hasta la cohesión de Pakistán Occidental.

CONTACTOS CON EXILIADOS DE BANGLADESH

También aceptamos la sugerencia de Jha en el sentido de mantener contactos directos entre los Estados Unidos y los exiliados de Bangladesh en Calcuta. Esto condujo a la prosecución infructuosa de un convenio político durante tres meses, la cual hubiera podido llegar a algo si los indios y los bengalíes hubieran tenido interés en ello. El 30 de julio, el Sr. Qaiyum, miembro electo de la Liga Awami íntimamente vinculada al gobierno de Bangladesh en el exilio, se acercó a nuestro Consulado en Calcuta para decir que había sido designado para establecer contacto con los Estados Unidos. Regresaría en dos semanas por una respuesta. El Consulado informó de esta visita por los canales del Departamento de Estado.

Reconocimos que este contacto sería explosivo si se conociera en Islamabad, y debíamos suponer que la India tenía todos los motivos para hacerlo público. No obstante, luego de entrevistarme con el presidente, acepté la sugerencia del Departamento de Estado de que se recibiera a Qaiyum en nuestro Consulado a fin de comprobar la disposición favorable de la Liga Awami para negociar con el gobierno pakistaní. (Las instrucciones para esta iniciativa fueron preparadas por la Comisión de Asuntos de Medio Oriente del Departamento de Estado y depuradas en la Casa Blanca.) Qaiyum apareció puntualmente el 14 de agosto. Afirmó que si a Mujib se le permitiera participar en esas negociaciones su grupo podía arreglar rápidamente la independencia total siempre que Islamabad aceptara los seis puntos de la Liga Awami. Esperaba que los Estados Unidos pudieran fomentar tal evolución. En una segunda reunión celebrada pocos días más tarde, Qaiyum observó que una vez que la India reconociera a Bangladesh no sería posible ni siquiera esta propuesta para salvar las apariencias.

No creímos poder seguir adelante sin informar a Yahya; al tiempo que los contactos de Calcuta podrían ofrecer la oportunidad para impulsar a Islamabad hacia una solución política. El Departamento de Estado envió instrucciones al embajador Joseph Farland para que informase a Yahya sobre nuestros contactos en Calcuta y sobre la posibilidad de un acuerdo basado en los seis puntos. Se le pidió a Farland que evitara cualquier tipo de recomendación, pero la importancia de la maniobra no podía pasar inadvertida para Yahya. Normalmente los gobiernos no transmiten proposiciones en nombre de exiliados proscritos en su propio país.

La reacción de Yahya sorprendió por lo favorable. Reconociendo que se había tendido su propia trampa, buscaba una salida. Recibió con agrado la noticia de nuestros contactos en Calcuta, pidiendo sólo que le mantuviésemos informado. Hasta aceptó la sugerencia de Farland de emplear nuestros buenos oficios para arreglar contactos secretos entre su gobierno y los exilados bengalíes.

Cuando el 27 de agosto Qaiyum mostró interés en acelerar los contactos, dimos un paso más adelante. El 4 de septiembre Farland sugirió a Yahya que nosotros nos pondríamos en contacto con el «ministro del exterior» de Bangladesh, evidentemente para poner a prueba la buena fe de Qaiyum. Le informaríamos del deseo de Yahya de iniciar conversaciones secretas. Era realmente una proposición extraordinaria para ser efectuada al presidente de un país amigo la de decirle que queríamos entrevistar al «ministro del exterior» de un movimiento que ese país había proscrito por sedicioso, un funcionario cuyo solo título significaba como mínimo una modificación constitucional si no traición. Tal era el aprieto en que se hallaba Yahya, que accedió.

Yahya aceptó nuestras sugerencias en otros terrenos también. El 1 de septiembre designó a un gobernador civil para Pakistán Oriental, reemplazando al odiado administrador de la ley marcial. El 5 de septiembre Yahya extendió la amnistía previamente ofrecida a los refugiados, para alcanzar a todos los civiles exceptuando a aquéllos que se hallaban bajo acusaciones criminales ya instituidas. (Esto excluía sin embargo a Mujib). Más o menos en la misma época Yahya aseguró a Maury Williams, nuestro coordinador ayudante, que no se promulgaría la pena de muerte contra Mujib. El 1 de octubre Nixon anunció que pediría 250 millones de dólares de fondos adicionales para ayuda a los refugiados, llevando la contribución a casi el doble de la suma otorgada por el resto del mundo.

La forma más segura de incrementar una crisis es rechazar las iniciativas del lado opuesto sin ofrecer ninguna alternativa. Y eso fue lo que hizo la India. Ningún gobierno ofrece la totalidad de sus concesiones desde un principio y es posible que ni siquiera sepa hasta dónde puede llegar hasta tanto se realice algún proceso de negociación. Esto resultaba especialmente veraz en el caso de los atormentados líderes militares pakistanos en 1971. Ahora comprendían que su brutal represión en Pakistán Oriental iniciada el 25 de marzo había sido, utilizando la frase de Talleyrand, peor que un crimen: había sido un disparate. Si durante todas sus vidas habían luchado por un Pakistán unificado, les era imposible aceptar la partición de la mitad de su país. Yahya temía tanto una guerra motivada por su inflexibilidad como un derrocamiento basado en la acusación de que había efectuado demasiadas concesiones. Enfrentado con este dilema, buscó volcar la autoridad en un gobierno civil tan pronto como fuera posible, cargando sobre él la responsabilidad del desastre final. Mientras tanto esperaba impedir el conflicto efectuando ciertas concesiones mientras evitaba la intranquilidad de Pakistán Occidental.

Pero la Sra. Gandhi no tenía intenciones de permitir que los dirigentes pakistaníes huyeran tan fácilmente de sus problemas. Sabía que una vez iniciadas las discusiones entre Pakistán y la Liga Awami, podía surgir algún tipo de compromiso, India podría perder el control de los acontecimientos, cosa a la que no podía arriesgarse. La Sra. Gandhi sabía por otra parte que le sería difícil volver a ver a Pakistán en una situación tan desventajosa: China con las angustias de sus revueltas internas (el asunto Lin Piao), los Estados Unidos divididos por el problema de Vietnam y la Unión Soviética colocada casi incondicionalmente del lado de la India. El 1 de septiembre supimos que las fuerzas armadas indias se habían puesto en estado de alerta. Como era predecible, Pakistán reaccionó el 4 de septiembre movilizando efectivos hacia posiciones avanzadas cerca de la frontera entre Pakistán Occidental y la India. El 9 de septiembre, unidades de la única división armada india y una brigada armada independiente avanzaron hacia la frontera con Pakistán Occidental. El 16 de septiembre recibimos la información de que la India planificaba infiltrar alrededor de 9.000 guerrilleros más de la Mukti Bahini en Pakistán Oriental, y que iniciaría los operativos a principios de octubre.

Paralelamente nuestros contactos con los representantes de Bangladesh en Calcuta comenzaron a agotarse. El 9 de septiembre nuestro Cónsul se entrevistó con Qaiyum para arreglar una reunión con el «ministro del exterior» de Bangladesh. Pero en esa ocasión Qaiyum no sólo exigió la inmediata libertad de Mujib, sino también la partida inmediata del ejército pakistaní de Pakistán Oriental y una garantía de seguridad otorgada por las Naciones Unidas a Bangladesh. En otras palabras, pedía la independencia inmediata. El 14 de septiembre nos dijo Qaiyum que su «ministro del exterior no consideraba necesaria la reunión. Él atribuía su renuencia a la

vigilancia sin pausa ejercida por el gobierno indio el cual, decía, se inquietaba frente a cualquier contacto con los Estados Unidos. El 21 de septiembre Yahya puso en evidencia su ansiedad al preguntarle a Farland sobre nuestros contactos en Calcuta. Esperaba que Farland le tuviera informado si surgía alguna novedad. Esta actitud incitó a Farland a recomendar que se permitiera a nuestro Cónsul entrevistar al «presidente interino» del gobierno de Bangladesh en el exilio en caso de no ser posible hacerlo con el ministro del exterior.

Pero en Calcuta todas las señales parecían apuntar al lado contrario. El 23 de septiembre, Qaiyum envió un mensajero a nuestro Cónsul diciéndole que el gobierno indio conocía sus contactos con nosotros y que había formulado una advertencia formal en su contra. Respondimos proponiendo una reunión con el «presidente interino». Poco después se presentó Qaiyum personalmente para confirmar cuanto había dicho su mensajero: India quería que todos los contactos se diligenciaran a través de Nueva Delhi.

Al mismo tiempo los indios nos decían exactamente lo contrario... por lo menos en cuanto a los refugiados. Cuando proponíamos programas de ayuda conjunta indo-norteamericana recibíamos la estereotipada respuesta de que debía formularse con los representantes de Bangladesh en Calcuta. Es disculpable que sospecháramos que se dirigían a nosotros con evasivas: los indios nos obligaban a entendernos con los exilados bengalíes, quienes a su vez evitaban el contacto a alto nivel con la excusa del desagrado de los indios.

El 27 de septiembre Joe Sisco intentó solucionar la confusión proponiendo a Jha negociaciones directas entre representantes de Pakistán y de Bangladesh sin-condiciones. Jha fue negativo. Declaró no ver ningún adelanto en esta oferta (aun cuando dichas conversaciones significaban el reconocimiento de Bangladesh y no podían llevar a otro resultado que no fuera la autonomía y eventualmente la independencia). Echó mano a su sempiterna exigencia, sabiendo que no podíamos cumplirla en forma inmediata: pidió que todas las conversaciones mantenidas con los representantes de Bangladesh incluyeran a Mujib desde su comienzo y que enfocaran la independencia inmediata. (En ese momento la liberación de Mujib era fundamentalmente un problema de prestigio. El gobierno militar no se podía permitir iniciar negociaciones frente a un fracaso tan humillante. Por otra parte, debía ser algo claro que cualquier negociación que comenzara con la Liga Awami no podía avanzar mucho si su líder no era liberado finalmente de la cárcel.) Por fin al día siguiente el «ministro del exterior» de Bangladesh se entrevistó con nuestro Cónsul en Calcuta. Comentó que las conversaciones serían inútiles a menos que los Estados Unidos ejercieran su influencia para lograr los «deseos» bengalíes, entre los cuales se incluía la independencia total, la liberación de Mujib, la ayuda norteamericana y las relaciones normales. Para no dar lugar a la tentación de ceder, Qaiyum regresó el 3 de octubre con una nueva escalada de «deseos» por parte de Bangladesh. Quería que la Unión Soviética participara en las conversaciones. No veía la necesidad de efectuar concesiones, ya que el ejército indio mantendría ocupadas a las fuerzas pakistaníes en la frontera, liberando a los guerrilleros para el control final del país. El 6 de octubre Qaiyum rechazó una reunión entre nuestro Cónsul y el «presidente interino» de Bangladesh citando objeciones indias. El 20 de octubre otro antiguo oficial de Bangladesh, Hossain Ali, dijo a nuestro Cónsul que su organización no tenía interés en transmitir mensajes a Yahya y que la «solución obvia» era la liberación de Mujib y la inmediata independencia de Bangladesh. Hacia finales de octubre, la prensa india efectuaba advertencias públicas en contra de las negociaciones con «representantes extranjeros». En resumen, el esfuerzo por alentar las negociaciones entre el gobierno de Pakistán y el gobierno en el exilio de Bangladesh había terminado.

LA SRA. GANDHI VIENE A WASHINGTON

En forma simultánea, efectuamos todos los esfuerzos por llegar a un entendimiento con la India. En el curso de las conversaciones que sostuviera con el embajador Jha reiteraba mi tema constante. Considerábamos que los intereses a largo plazo de la India y de los Estados Unidos eran concordantes. Haríamos todo lo posible para convertir la visita de la Sra. Gandhi en un hito de nuestras relaciones. El 25 de agosto, el 11 de septiembre y el 8 de octubre recalqué que los Estados Unidos no insistían en que Bengala Oriental siguiera constituyendo parte de Pakistán. Por el contrario, aceptábamos la autonomía como inevitable y la independencia como probable. Una guerra no tenía sentido. Bangladesh sería reconocida en la primavera de 1972 si se daba

una oportunidad a los procedimientos empleados actualmente. Diferíamos en cuanto a métodos, no en cuanto a objetivos. Si la Sra. Gandhi estaba dispuesta a introducir mejoras fundamentales en nuestras relaciones, hallaría en nosotros la mejor buena voluntad. Pero si usaba su visita para cubrir un ataque militar indio, nuestras relaciones no serían recuperables a corto plazo. Se le dio instrucción al Departamento de Estado para que asumiera la misma posición. El 7 de octubre dije en una reunión del WSAG que si la India aceptara un proceso evolutivo lograría la mayoría de sus objetivos con nuestra ayuda. «Si colaboran con nosotros, podremos trabajar junto a ellos en el 90 por ciento de sus problemas, tales como la liberación de Mujib y el otorgamiento de cierto grado de autonomía a Bangladesh, y esos avances conducirían finalmente a la solución total».

A diferencia de nuestros críticos internos, Jha entendió perfectamente que no éramos anti-indios, y contó con tal postura para limitar nuestra reacción frente a lo que claramente planificaba hacer la India. Los indios continuaban invocando las intolerables responsabilidades que les significaban los refugiados que llegaban, según los informes de ese momento, a totalizar entre siete y ocho millones. Pero a pesar de ello, la India no alentaba su regreso luego de la amnistía de Yahya, ni cooperaba en el esfuerzo por detener su flujo, ni permitía que se destacara personal de la ONU en los campos para informar a los refugiados acerca de las condiciones de la amnistía. No asumía responsabilidad alguna en cuanto a la contribución de los guerrilleros bengalíes al caos. A pesar de que los guerrilleros eran reclutados en territorio indio, entrenados por oficiales indios, equipados con armas indias y apoyados por artillería india en el lado indio de la frontera, la India alegaba que no tenía control sobre ellos. Nueva Delhi hasta se negaba a prometer que los guerrilleros se abstendrían de interferir con abastecimientos de ayuda. Cada vez se hacían más explícitas las amenazas de guerra. Jha me informó el 8 de octubre que la India procedería a actuar hacia fines del año si no se cumplían sus condiciones, mientras el ministro y el secretario de relaciones exteriores efectuaba similares anuncios a nuestros diplomáticos destacados en Nueva Delhi. Deliberadamente la India había establecido un plazo tan breve, que no podía menos de sacudir la estructura constitucional de Pakistán.

La Unión Soviética desempeñó un papel altamente incendiario. A pesar de repetir constantemente su vocación pacifista, empleaba términos cuya neta procedencia era Nueva Delhi y representaban en consecuencia para la India un respaldo que garantizaría cualquier enfrentamiento. No obstante sus continuas afirmaciones recalcando su devoción nueva por la *détente*, utilizó la naciente mejoría de las relaciones con nosotros no para evitar una explosión sino para desviar las consecuencias. Moscú actuaba constantemente como un piromaniaco que pide reconocimiento por haber llamado al departamento de bomberos debido a un incendio que él mismo ha provocado.

Mi primera discusión sobre la crisis indo-pakistaní con Dobrynin tuvo lugar el 19 de julio, poco después de mi viaje secreto a Pekín. Dobrynin, emanando reconciliación, me preguntó mis puntos de vista. Le repliqué que estábamos a favor de una evolución política pacífica porque una guerra no podría localizarse. Dobrynin replicó que esa era también la opinión soviética; Moscú apoyaba los fines políticos de la India pero desalentaba violentamente toda aventura militar. Nos encontramos nuevamente el 17 de agosto, luego de la firma del Tratado de Amistad Soviético-Indio. Dobrynin me dio la misma interpretación que me ofreciera previamente Jha, insistiendo en que el tratado había estado en preparación durante largo tiempo. Ni el uno ni el otro me explicaron por qué suponían que la premeditación disminuiría nuestras preocupaciones. El tratado no estaba dirigido en contra de nadie, me dijo. (He notado que ésta es la fórmula convencional pacificadora que utilizan los diplomáticos para dar una seguridad formal a aquéllos a quienes desean mantener intranquilos. Es una forma elegante de sugerir que se tiene la capacidad para hacer más daño). Previene que reaccionáramos con todo rigor ante cualquier desafío militar. La respuesta de Dobrynin fue que la Unión Soviética exhortaba a la solución pacífica.

Lamentablemente, las actitudes soviéticas contradijeron cada vez más tales afirmaciones. Hacia fines de agosto recibimos pruebas indiscutibles de que, lejos de contener a los indios, Moscú había prometido utilizar su veto en las Naciones Unidas si se acusaba a la India como país agresor ante el Consejo de Seguridad. Más aún, si Pakistán o China atacaban a la India, la Unión Soviética respondería con un puente aéreo para suministrar equipo militar. En otras palabras, la Unión Soviética entregó a la Sra. Gandhi casi un cheque en blanco. Los relatos públicos referidos a la visita que efectuara la Sra. Gandhi a Moscú a fines de septiembre corroboraron mis interpretaciones. El premier Kosygin conjuntamente con la Sra. Gandhi exhortaron a Yahya

a terminar con las tensiones... echando la totalidad de la culpa a Pakistán. Kosygin declaró que una pronta conciliación política era esencial para evitar la guerra, ofreciendo el mayor respaldo dado por el Kremlin a la estrategia india. La visita efectuada por el presidente soviético Podgorny a la India a principios de octubre, puso aún más en evidencia ese apoyo.

El 29 de septiembre, Nixon se entrevistó con Gromyko en Washington y le dijo que nuestros dos países tenían un interés mutuo en evitar que la India fuera a la guerra. Gromyko se mantuvo reservado. Evitar la guerra era, efectivamente, lo que todos deseábamos. Pero lamentablemente él consideraba que el mayor riesgo de una confrontación armada residía sobre todo en la provocación pakistani. No ofreció pruebas del interesante juicio de que un país evidentemente más débil, desprovisto de suministro de armas, pudiera atacar al más fuerte. Tampoco aclaró por qué no se podía aguardar hasta marzo para ver qué podía hacerse después de la transmisión del poder a manos civiles en Pakistán.

El 9 de octubre pedí urgentemente la colaboración soviética para desalentar la infiltración de 40.000 guerrilleros en Pakistán Oriental, luego de recibir perturbadores informes sobre su inminente acción. Nuestro presidente, le dije a Dobrynin, adjudica una enorme importancia a evitar la guerra. Dobrynin no pudo ser más amistoso... ni cooperar menos. Los soviéticos apelaban a ambos bandos, me dijo, pero los indios dificultaban cada vez más las cosas. Le hice saber que estábamos preparados para considerar la posibilidad de una actuación conjunta con la URSS para superar de la crisis. El ofrecimiento jamás fue aceptado. La oportunidad de la India para humillar a Pakistán era también la oportunidad de la Unión Soviética para humillar a China. Moscú tenía todos los motivos para encender la hoguera. Pakistán era el país más débil. Norteamérica, que hubiera podido equilibrar el fiel de la balanza, estaba imposibilitada de ayudar a Pakistán debido al embargo autoimpuesto, al miedo provocado por Vietnam contra la intervención en cualquier conflicto en el exterior y por el sentimiento casi unánime expresado por el Congreso y por los medios de difusión según el cual la India tendría justificaciones para cada acción que pudiera efectuar. Y China se encontraba temporalmente paralizada por sus propios problemas.

A lo largo del mes de octubre, la administración Nixon estuvo sujeta al fuego graneado de las críticas. El 5 de octubre el Comité de Relaciones Exteriores del Senado votó la suspensión de la ayuda económica y militar norteamericana a Pakistán. Muchos senadores clamaban por medidas aún más drásticas. A esta actitud se sumó un comentario aparecido el 22 de octubre en el *Washington Post*:

La actitud norteamericana sigue siendo deshonrosa. Días pasados el Departamento de Estado emitió un débil pedido de moderación a ambos bandos. Fue una súplica casi grotesca debido a dos hechos íntimamente unidos: por una parte Pakistán es prácticamente el responsable único de la amenaza contra la paz y por otra parte Norteamérica es un colaborador —armas, suministros, apoyo político, ayuda, etc.— de ese bando. En realidad, el peligro para la paz en el subcontinente no estriba en las tradicionales divergencias entre la India y Pakistán si no la política pakistani de exportar un problema interno —en forma de refugiados— hacia la India. El liderazgo ejercido por Norteamérica para suministrar ayuda no es suficiente. Debe ser acompañado por firmes esfuerzos políticos a fin de inducir a Pakistán a que detenga la persecución de su propio pueblo.

Era indudable que Pakistán era culpable del origen de la crisis. Pero para octubre el problema central era cómo remediar el error original y evitar una guerra cuyas consecuencias irían mucho más allá del subcontinente. Con el despertar de nuestra iniciativa hacia China, el objetivo soviético era humillar a Pekín y demostrar la ineficacia de confiar tanto en China como en los Estados Unidos como aliados. Por otra parte si triunfaba con esas tácticas, era posible que se extendieran al Medio Oriente donde Egipto, que también tenía un tratado de amistad con Moscú, amenazaba, en ese llamado año de decisiones, con solucionar sus conflictos mediante la guerra. En mi opinión, si los soviéticos lograban señalar en el sur asiático la eficacia de la guerra y la impotencia de los Estados Unidos, se abrirían siniestras perspectivas en el Medio Oriente.

Convoqué a la WSAG en la Sala de Situación el 7 de octubre para considerar qué podíamos hacer para detener el flujo de la conflagración. Existía una preocupación parecida sobre la intervención china. Algunos propusieron efectuar una advertencia formal ante Pekín, que hubiera tenido como resultado práctico derribar otra inhibición más de la India. No obstante,

concluimos la reunión en armonía. El Departamento de Estado hizo la moción de que pidiéramos tanto a la India como a Pakistán que hicieran retroceder sus respectivas fuerzas militares de la frontera. Nos acercáramos a Moscú y a Teherán para que apoyaran esta idea. Se aclararía nuevamente a los adversarios que una guerra significaría el cese de la ayuda norteamericana. Se exhortaría a Pakistán a que abriera el diálogo con los dirigentes bengalíes electos en una moción no demasiado sutil para que reconsideraran su actitud para con Mujib. El plan del Departamento de Estado recibió la aprobación.

Mirando retrospectivamente resulta ahora claro que habíamos sobreestimado el impacto que nuestra amenaza de cortar la ayuda ejercería sobre la India. Debido a la complejidad de la determinación de qué era lo que estaba vendido y qué era lo que estaba en camino, el corte de la ayuda nunca es similar al quirúrgico. India calcularía —y lo hizo correctamente— que podía confiar en que el flujo de suministros había de continuar hasta tanto surgiera una nueva ola favorable en la opinión que permitiera reanudar la ayuda.

Nuestra primera apertura fue para con Yahya, con resultados alentadores. El 11 de octubre aceptó nuestra propuesta de retirada mutua de tropas de la frontera. Ahora nos proporcionó una guía para hallar la solución política. Convocaría una nueva Asamblea Nacional antes de finalizar el año proponiendo ante ella una Constitución. Poco después de la reunión de la Asamblea Nacional entregaría el poder a un gobierno civil. Tanto en Pakistán Oriental como en Pakistán Occidental se reunirían Asambleas provinciales. Pakistán Oriental tendría la mayoría en el gobierno nacional civil (garantizando en realidad un resultado compatible con las aspiraciones bengalíes). Prometió nuevamente que no se llevaría a cabo la sentencia de muerte impuesta a Mujib. Dentro de tres meses el gobierno civil decidiría sobre su futuro. El 16 de octubre nuestro encargado en Islamabad se entrevistó con Bhutto quien aceptó que la posición de liderazgo en el nuevo gobierno sería para Pakistán Oriental. Mujib podía desempeñar un papel activo. Quedaban muy pocas dudas sobre la capacidad de Pakistán Oriental para decidir su futuro una vez que Yahya se alejara del poder.

Los resultados obtenidos en la India fueron menos optimistas. El 12 de octubre, el embajador Keating entrevistó a Swaran Singh quien le transmitió el habitual listado de aficciones indias: los Estados Unidos no usaban convenientemente su influencia sobre Islamabad, los esfuerzos por iniciar un diálogo con los exilados de Bangladesh constituían un subterfugio para pasar por alto a Mujib. El ministro de relaciones exteriores indicó que el retiro de tropas efectuado en forma conjunta era inaceptable, pero que sería útil el retiro unilateral de los pakistaníes de la frontera, y la India podía reconsiderar la situación si efectivamente existía tal retiro. Sing no explicó cómo Pakistán podía retirar tropas mientras el ejército indio dejaba pasar en masa por las fronteras miles de guerrilleros infiltrados.

Al tener conocimiento de ese rechazo, Nixon ordenó a Haig el 19 de octubre que «volviera a la carga contra los indios sobre el tema». (Yo me encontraba en viaje hacia Pekín y Haig ocupaba mi puesto.) Antes de poder cumplir con las instrucciones, el secretario de defensa indio rechazó una vez más la retirada mutua, haciéndolo esta vez el 20 de octubre ante Maury Williams. No hay peligro, añadió el indio ominosamente, de una confrontación *accidental*.

El 18 de octubre, nuestro embajador en Moscú, Beam, presentó a Gromyko nuestra propuesta de retirada mutua. La misma fue apuntalada por la advertencia que efectuara Haig a Dobrynin en la que corroboraba el interés de Nixon. El 23 de octubre recibimos la respuesta soviética. Era idéntica a la de Nueva Delhi. El único método efectivo para evitar la guerra era la inmediata liberación de Mujib y «el rápido acuerdo político en Pakistán Oriental». El retiro mutuo de tropas podría considerarse útil solamente en el contexto del «conjunto de otras medidas». Resultaba claro que Moscú no colaboraría con nosotros en la tarea moderadora.

Mientras tanto, el peligro de guerra proseguía con su propio impulso. El 18 de octubre el ejército y la armada indios se pusieron en estado de alerta. Los choques en el Este aumentaban. El 1 de noviembre el ejército de la India emprendió una importante acción para silenciar las baterías de la artillería pakistani que, según ellos, había atacado el territorio indio. (Si se considera que las fuerzas pakistani en el Este eran superadas en una proporción de cinco a uno y que además debían luchar contra los guerrilleros, no podía ser muy grande su deseo de iniciar hostilidades). El 6 de noviembre, después de la reunión Nixon-Gandhi, supimos que pequeñas unidades del ejército regular indio habían comenzado a cruzar la frontera de Pakistán Oriental el 30 de octubre. El 1 de noviembre se inició el puente aéreo soviético de equipamiento para la India. El ministro delegado del exterior soviético, Nikolai Firubin, visitó Nueva Delhi hacia

finés de octubre. La prensa india informaba que solicitaba moderación. Es de presumir que fue ayudado en la empresa por la siguiente visita del mariscal Pavel S. Kutakhov, ministro delegado de defensa y jefe de Estado Mayor de la Fuerza Aérea soviética.

Hicimos otro esfuerzo más por disminuir las tensiones antes del arribo de la Sra. Gandhi a Washington. Le dimos instrucciones al embajador Farland para que sugiriera que Pakistán considerara el retiro *unilateral* de tropas de la frontera después de todo y que urgiera a Yahya para que llegase hasta el límite máximo de su flexibilidad para introducir cambio políticos. El 2 de noviembre Farland entregó a Yahya una carta de Nixon, cuyo tono no era excesivamente sutil:

Conozco la importancia que le adjudica al logro del máximo nivel de participación de los representantes electos por el pueblo de Pakistán Oriental. Creo también que estamos de acuerdo en que este proceso es esencial para restablecer en la zona oriental de su país las condiciones que logren detener el flujo de refugiados hacia la India y para conseguir un acuerdo político factible entre todo el pueblo pakistani.

Para nuestra sorpresa, Yahya aceptó el retiro unilateral. Al día siguiente su embajador en Washington reiteró el ofrecimiento de una reunión conmigo a condición de que la Sra. Gandhi estuviera de acuerdo en retirar las fuerzas indias «poco después». Además Yahya aceptó que el cese del pequeño flujo de armamentos que se enviaban podía anunciarse en ocasión de la visita de la primer ministro... una irritante concesión que efectuó con toda gracia. Finalmente, Yahya estaba dispuesto a mantener discusiones con algunos dirigentes de la Liga Awami, o con algunos dirigentes de Bangladesh residentes en la India que no tuvieran acusaciones por crímenes mayores, y añadió que podía considerar la posibilidad de reunirse con alguna persona designada por Mujib. Si queríamos algo más, era necesario que aguardásemos el advenimiento del gobierno civil, cosa que sucedería dos meses más tarde, conforme al calendario de Yahya. El 3 de noviembre, Bhutto le informó a Farland que eran fundamentales las conversaciones con representantes de Bangladesh, incluyendo a Mujib. En dos meses Bhutto se convertiría en dirigente, y quizás en el principal conductor, del gobierno civil de Pakistán.

Este era el contexto dentro del cual se desarrollaron las dos conversaciones más desafortunadas que mantuviera Nixon con un líder extranjero: las dos entrevistas del 4 y del 5 de noviembre con la primer ministro Indira Gandhi. No se trataba de que los participantes asumieran una actitud beligerante o un tono descortés. En realidad, en los encuentros ambos cumplieron cuidadosamente con las formalidades. Los jefes de gobierno aclaran en muy raras ocasiones sus desacuerdos, ya que no quieren solidificar un estancamiento del cual no tienen medios para salir. Esta actitud significaría reconocer o bien su falta de capacidad negociadora o su debilidad para tomar resoluciones. Esa incapacidad de los jefes de gobierno para conseguir un acuerdo intelectual tiende a reflejarse en monólogos que no guardan relación con lo dicho por la otra persona, o a sumirse en silencios embarazosos durante los cuales, sin duda, evalúan las consecuencias políticas del 'impasse'. O por el contrario —como sucedió en las conversaciones Nixon-Gandhi— el tema central es súbitamente abandonado.

El presidente y la primer ministro se sentaron en dos sillones de alto respaldo a ambos lados de la chimenea de la Oficina Oval, con el secretario de gabinete, P. N. Haksar, y yo en sendos sofás junto a los sillones. Luego de que los reporteros gráficos sacaran rápidamente sus instantáneas, y se retiraran, la Sra. Gandhi comenzó expresando su admiración por la forma en que Nixon había manejado el asunto de Vietnam y por la iniciativa hacia China, utilizando el tono que emplearía un profesor para halagar a un alumno poco aventajado. La alabanza perdió parte de su brillo cuando la Sra. Gandhi manifestó su satisfacción diciendo en tono presumido que Nixon había consumado en China lo que la India había recomendado durante la década pasada. Nixon reaccionó con una mirada de fría cortesía que significaba, para quienes lo conocían, que guardaba para sí su resentimiento sólo porque le disgustaban los enfrentamientos cara a cara.

El presidente no tenía tiempo para los modales condescendientes de la Sra. Gandhi. En privado se burlaba de sus pretensiones morales, que le causaban mayor irritación aún porque sospechaba que en la prosecución de sus fines tenía menos escrúpulos morales que él. En realidad la consideraba una profesional de la política de sangre fría. El 11 de agosto, Nixon había admitido ante el Grupo Revisor que en la posición de la Sra. Gandhi él hubiera asumido idéntica actitud.

Pero no estaba en la posición de ella, y en consecuencia quería ganar tiempo. Nixon deseaba, como ya he dicho, evitar un enfrentamiento porque sabía que una guerra constituiría una amenaza para nuestra concepción geopolítica, y ambos considerábamos que la autonomía de Pakistán Oriental era inevitable, si bien concediéndole un período de tiempo mayor que el sugerido por la India. (En realidad la India jamás estableció un calendario específico, dando a entender que ayer ya había sido demasiado tarde.)

La Sra. Gandhi, tan temible como condescendiente, no tenía ilusiones en cuanto a los objetivos de Nixon. Ella también enfrentaba sus propias presiones en conflicto. El Parlamento de su país se reuniría dentro de dos semanas, sediento de sangre. A pesar de que ella había contribuido en gran parte a crear esa atmósfera de crisis, la misma había tomado gran impulso y si no lograba controlarla podía escapársele de las manos. El desagrado que sentía por Nixon, expresado en la gélida formalidad de sus modales, era quizás en parte la resultante de reconocer con dolor que ese hombre, a quien toda su educación la obligaba a despreciar, concebía las relaciones internacionales en una forma muy similar a la suya. No era que fuese una hipócrita, como pensaba Nixon, pues esto suponía que tenía conciencia del abismo entre sus acciones y sus valores. En realidad para ella sus intereses y sus valores eran inseparables.

Mi propia opinión sobre la Sra. Gandhi era similar a la de Nixon, con la gran diferencia de que no me afectaba personalmente su aire de superioridad. Más tarde Nixon y yo seríamos acusados de tener prejuicios contra la India. Es un error total: una política seria debe basarse en el análisis, no en los sentimientos. Era cierto, como había sugerido, que no hallé en la historia de la India, o en la conducta de los indios hacia su propio pueblo o hacia sus vecinos, una sensibilidad moral especial. Desde mi punto de vista, la India había sobrevivido a lo largo de su turbulenta historia debido a su especialísima y sutil capacidad de apropiarse y luego manipular la psicología de los extranjeros. Las pretensiones morales de los dirigentes indios me parecían perfectamente armonizadas para explotar los complejos de culpa de un Occidente de tendencia liberal y ligeramente socialista. Constituían armas indispensables para un movimiento de independencia que era psicológicamente débil y que había empleado las divisiones éticas del poder colonial para paralizarlo. Eran invalores para un país nuevo, ansioso por justificar un papel que jamás lograría con la sola fuerza del poder.

La Sra. Gandhi poseía una fuerte personalidad que perseguía implacablemente el interés nacional de la India sin dobleces y con astucia. Yo respetaba su fortaleza, aún cuando su política resultara perjudicial para nuestros intereses nacionales, pero no podía estar de acuerdo con las pretensiones indias en cuanto a que podíamos «perder» la amistad de la India para siempre a menos que apoyáramos sus ambiciones de hegemonía en el subcontinente. Confiaba en que, fueran cuales fuesen las pasiones del momento, nunca podríamos «perder» ni tampoco «ganar» a la India en forma permanente. Desde mi punto de vista, la Sra. Gandhi aprovecharía menos que muchos otros nuestros intereses para emplearlos en contra de nosotros. No dejaría de lado a la ligera su posición de no alineamiento de la cual dependía su posición negociadora, incluyendo por lo menos la apariencia de una opción hacia los Estados Unidos. En el momento en que creyera que así lo requerían las necesidades de la India, la Sra. Gandhi cooperaría con nosotros con la misma falta de sentimientos con la cual en ese momento perseguía el desmembramiento de Pakistán. Restablecería nuestras tirantes relaciones en forma rápida inmediatamente después de terminado el estallido. Resultaba paradójico, pero en la medida que mayores eran las tensiones, más elevado resultaba su incentivo para restablecer al menos la apariencia de normalidad. Y es eso precisamente lo que sucedió.

Pero en noviembre de 1971 las relaciones se hallaban aún deterioradas. Todas las razones que tenía Nixon para ganar tiempo le asistían a la Sra. Gandhi para forzar la marcha. El inevitable surgimiento de Bangladesh —que nosotros postulábamos— enfrentaba a la India con violentos problemas a largo plazo. Porque Bangladesh era en realidad Bengala del Este, separado solamente por la religión del estado indio más rebelde y separatista: Bengala Occidental. Ambos compartían el idioma, la tradición, la cultura y, sobre todo, el explosivo carácter nacional. Ya sea que tomara la tendencia nacionalista o radical, con el tiempo Bangladesh acentuaría las tendencias centrífugas de la India. Podía sentar el precedente para la creación de otros países musulmanes, separado esta vez de la India. Una vez independiente, era posible que la herencia musulmana lo llevara a un acercamiento con Pakistán. Todas estas circunstancias obligaban a los planificadores de Nueva Delhi, poco inclinados al sentimentalismo, a acompañar su nacimiento con una demostración dramática de la supremacía india en el subcontinente.

Las concesiones cada vez mayores ofrecidas por Yahya agravaban el problema de la Sra. Gandhi. Si hubiera podido estar segura de que Yahya no era sincero, que no habría gobierno civil alguno, que no liberarían a Mujib, que Pakistán no sería primeramente autónomo y luego independiente en cuestión de meses, hubiera tirado de los hilos y usado el fracaso de nuestro programa como pretexto para un enfrentamiento. Era precisamente la convicción casi total del resultado favorable el motivo de la urgencia por entrar en acción. Un gobierno civil sacaría a Pakistán de su aislamiento. Una negociación entre representantes de Bangladesh y Pakistán podría circunscribir, sino terminar, la capacidad de la India para forzar el ritmo. La India debía actuar antes de que esta secuencia fuera cosa del pasado. La Sra. Gandhi iba a la guerra, no porque estuviera convencida de nuestro fracaso sino porque temía nuestro éxito.

Fue así como la conversación Nixon-Gandhi se convirtió en el diálogo clásico de los sordos. Los dos líderes no se escuchaban mutuamente no porque no se entendieran sino precisamente porque se entendían muy bien. Nixon acentuó su convicción de que la salida sería la autonomía de Pakistán Oriental, con su consecuente independencia. Todo cuanto pedíamos era un plan de acciones que no destrozara la cohesión de Pakistán Occidental, cuyo gobierno se encontraba en proceso de pasar a mano de civiles. Hizo una lista de lo que había logrado Estados Unidos mediante la persuasión: evitar la hambruna en Pakistán Oriental, la internacionalización de la ayuda, la designación de un civil como gobernador de Pakistán Oriental, la proclamación de una amnistía, la promesa de no ejecutar a Mujib, el convenio para el retiro unilateral de las fuerzas pakistaníes de la frontera y, lo que era muy importante, el deseo de Yahya de hablar con algunos dirigentes bengalíes. Dadas esas circunstancias, Estados Unidos se negaba simplemente a entender una guerra, y no la aceptaría como medio para solucionar problemas cuya gravedad no negaba.

La Sra. Gandhi escuchaba con reservada indiferencia lo que fue en realidad una de las mejores presentaciones de Nixon. No tocó ninguno de los puntos expuestos por el presidente aunque alguno de ellos, como la oferta de Pakistán de retirada unilateral y el deseo de Yahya de hablar con dirigentes de Bangladesh, los escuchaba personalmente por vez primera. Las concesiones efectuadas por Pakistán no tenían un interés fundamental para ella. Su real obsesión era la naturaleza de Pakistán, no las injusticias cometidas en una parte de ese país atormentado. Haciendo caso omiso de los hechos que habían provocado la crisis, dio una breve conferencia sobre la historia de Pakistán. Negó que se opusiera a su existencia, pero el análisis efectuado hizo muy poco en favor de sustentar sus palabras. Culpaban a su padre, afirmó, por haber aceptado la partición. Y existía un elemento de razón, dijo, en la repetida acusación de que la India había surgido como país por acción de líderes nativos del movimiento de independencia, mientras que Pakistán surgió por colaboradores británicos que, tan pronto se convirtieron en «independientes», procedieron a encarcelar a los auténticos batalladores de la independencia. Pakistán conformaba una estructura de pacotilla, unida tan sólo por el odio común hacia la India y alimentada por nuevas generaciones de dirigentes pakistaníes. Las condiciones imperantes en Pakistán Oriental eran el reflejo de las tendencias de *todo* Pakistán. Ni el Beluchistan ni la frontera noroeste pertenecían realmente a Pakistán. Ellos también querían y merecían una mayor autonomía, y nunca deberían haber sido parte del arreglo original.

Esta lección de historia difícilmente fue calculada para calmar la angustia provocada por las intenciones de la India. Era, en el mejor de los casos, inaplicable a los hechos y en el peor, una amenaza para la cohesión, inclusive de Pakistán Occidental. La Sra. Gandhi enfatizó los defectos congénitos de Pakistán con una insistencia tal que implicaba que limitar sus exigencias en cuanto a la secesión de Pakistán era un sinónimo de moderación india. Permitir que Pakistán Occidental continuara existiendo reflejaba la indulgencia de la India. Consideró las concesiones de Yahya del 2 de noviembre como un hecho de poca importancia. No se oponía a la retirada unilateral de Pakistán, pero se negaba a decir si la India haría lo propio, prometiendo una respuesta formal para el día siguiente. Nixon aseguró a la primer ministro que podía contar con nosotros para calmar la crisis, incluyendo nuestra intervención para que se acelerara la solución política. Pero la inflexible dama difirió ese tipo de discusión para otra entrevista.

Por la tarde volví a tratar las concesiones efectuadas por Yahya con su ayudante Haksar. Le aseguré que presionaríamos al gobierno civil que regiría pronto para que se inclinara por la libre determinación de Bengala. Yo preveía que en marzo Pakistán Oriental sería autónomo y que poco después adquiriría su independencia. Propuse que trabajáramos con un plan conjunto. Haksar no demostró interés.

Las conversaciones entre Nixon y la Sra. Gandhi efectuadas al día siguiente confirmaron lo ilusorio de las relaciones indo-norteamericanas. La Sra. Gandhi no hizo referencia alguna a Pakistán. Toda la reunión se limitó a efectuar un juicio mundial en cuyo transcurso la Sra. Gandhi efectuó preguntas incisivas sobre *nuestra* política exterior en todas partes, como si el subcontinente fuera un oasis de paz y estabilidad en el globo. Exceptuando en ese punto, nos concedió grados honoríficos. Por su parte Nixon no quería revivir el tema del día anterior, en parte porque detestaba las escenas desagradables y en parte porque juzgó correctamente que era esa la forma empleada por la Sra. Gandhi para rechazar nuestras diversas planificaciones. Constituyó una clásica demostración del motivo por el cual los jefes de estado no deben negociar jamás sobre temas en disputa. Debido a que el estancamiento es irreversible, tienden a evitar la precisión. De tal manera fue que la visita de la Sra. Gandhi concluyó sin que se efectuara progreso alguno en los temas importantes, ni siquiera en cuanto a los procedimientos para tal progreso.

Para el 10 de noviembre resultaba ya imposible ignorar las noticias de la penetración de tropas indias en Pakistán Oriental —según un informe confirmado, de dos batallones— y existía el peligro de represalias pakistaníes. Sisco convocó a los embajadores de Pakistán y de la India para instarlos a la moderación. El nuevo embajador pakistaní, N. A. Raza, prometió que su gobierno no efectuaría acciones que significaran provocación. Jha negó que la India estuviera involucrada, y nosotros no podíamos refutar tales mentiras sin revelar las fuentes de nuestro servicio informativo. Durante la primera quincena de noviembre recibimos información en el sentido de que varios oficiales indios hablaban sobre la probabilidad de que se iniciara un conflicto armado antes de fin de mes. Hubo sólo una semana de error.

El 12 de noviembre convoqué una reunión del WSAG. El Departamento de Estado propuso presionar a Yahya para que efectuara otro plan político extremo a fin de «ayudarlo a salir del problema que desembocaba en la guerra», como comentó un representante del Departamento de Estado. Lamentablemente, las únicas concesiones que no había efectuado eran la inmediata liberación de Mujib y la proclama de la independencia de la mitad de su país, concesiones que él consideraba humillantes, y que en consecuencia difería hasta el establecimiento del nuevo gobierno civil. No podía formularse sugerencia alguna con el tiempo suficiente para evitar los veloces avances de la India para entrar en guerra. La única posibilidad consistía en enviar a Nueva Delhi una demanda amenazante, y nadie quería hacerlo. Nuevamente repetí a mis colegas que debíamos alentar la evolución política pero que no podíamos tolerar la estrategia india de forzar el paso de tal modo que Pakistán Occidental no pudiera sobrevivir:

Si la Sra. Gandhi quería una salida, la ayudaríamos. Pero nos hemos roto las espaldas para colaborar con ella y ¿cómo nos ha retribuido? No ha aceptado ni uno de nuestros ofrecimientos. Le ha dirigido frases de elogio al presidente, pero éstas no se relacionaban con lo dicho por él. Intenta sencillamente confundirnos, con sus intrigas, como al villano de una comedia. La pregunta es si al contenerla dándole las dos terceras partes de lo que quiere no le estamos permitiendo tomar esto como base para su paso siguiente.

Pero el momento de las recriminaciones había pasado. Enfrentábamos una crisis con pocas armas, salvo la protesta. Volvimos a montar la maquinaria de los cables. Probaríamos un poco más la flexibilidad de Yahya con respecto a Mujib. El Departamento de Estado también envió despachos aconsejando moderación. La India apenas si se molestó en contestar, quejándose de que nuestras presentaciones diplomáticas la ponían en el mismo nivel que a Pakistán. Después de haber conseguido la mayoría de las concesiones pedidas, la diplomacia india se limitaba ahora a solicitar a través de su embajador la única condición que sabía era imposible de cumplir a corto plazo: la liberación de Mujib y su reconocimiento como único negociador con Pakistán.

Cumplí con mi parte entrevistando al secretario del exterior pakistaní, Sultan Khan, que visitó Washington el 15 de noviembre. Ese hombre respetable y capaz se había reunido conmigo en Islamabad al partir yo a Pekín sólo cuatro meses antes. Ahora debía urgirlo con todo el tacto posible para que mostrara la máxima flexibilidad con referencia a Mujib. Me respondió que desde su punto de vista el actual gobierno militar había llegado al límite de sus concesiones. Sin embargo, cuando el gobierno civil estuviera establecido, unas seis semanas después, el tema podría ser reconsiderado. El 18 de noviembre Yahya le dijo lo mismo al embajador Farland, haciendo hincapié en que su principal objetivo era aplicar un calendario para la instauración del gobierno civil: «Si entonces el gobierno civil quiere negociar con Bangladesh a través de

Mujib o por otro medio, será problema de ese gobierno civil y ajeno a mi decisión. Yo habré cumplido con mi objetivo de devolver el poder al pueblo».

Hablé en dos ocasiones con Dobrynin, el 15 y el 18 de noviembre. Las dos veces le previne que continuar con el puente aéreo de armas puesto en marcha por los soviéticos significaba aumentar las tensiones. Con toda suavidad Dobrynin me replicó que en realidad la Unión Soviética estaba exhortando a la moderación. El 19 de noviembre discutí con Jha un calendario según el cual Bengala Oriental lograría la total autonomía para marzo. Lo hizo a un lado.

Las posibilidades de paz disminuyen cuando el agresor en potencia ve el premio cercano a sus manos, cuando tiene superioridad abrumadora en el terreno y cuando percibe que su futura víctima se encuentra aislada, desmoralizada y desarmada. El 22 de noviembre estalló en el subcontinente la primera etapa de guerra en gran escala, pero pasó casi una semana antes de que lo admitiera la India y antes de que nuestras agencias pudieran aceptar sus implicaciones.

LA GUERRA ENTRE INDIA Y PAKISTÁN

El 22 de noviembre informé a Nixon:

Hoy los pakistaníes sostienen en sus informativos de radio que «sin mencionar una declaración formal de guerra, los indios han lanzado una ofensiva total contra Pakistán Oriental». Los indios afirman que estos informes son «absolutamente falsos». En ese punto no disponemos de pruebas independientes, pero en apariencia ha sucedido un incidente de gran magnitud.

Las crisis siempre se inician en medio de la confusión, y ésta fue mayor que las otras confusiones. El embajador de Pakistán carecía de informaciones. El secretario Rogers, cuyas fuentes no eran mejores que las mías, sólo podía remitirse a informes contradictorios. Nixon tenía impaciencia por llevar a la práctica su amenaza, reiterada desde mayo, en el sentido de terminar con la ayuda a la India. Para cortar de raíz toda crítica dentro del país quería anunciarlo como el cese de ayuda a ambos beligerantes, sabiendo que la ayuda a Pakistán había concluido totalmente. Le aconsejé que postergara el anuncio hasta después de la reunión de la WSAG convocada para esa tarde. Yo veía con escepticismo hasta el anuncio del cese para con Pakistán si resultaba luego que la India se consideraba como agresor. El asunto era excesivamente cínico y podía ser mal interpretado en Pekín. Nixon se inclinaba por la solución que más daño le provocara a la India.

Yo no tenía dudas acerca de que enfrentábamos el comienzo de una guerra indo-pakistaní que había sido iniciada por la India. A pesar de los mitos populares, las grandes unidades militares no luchan por accidente: existe un comando que las pone en movimiento. Ni con la mayor ofuscación podía considerarse posible que 70.000 pakistaníes ocupados en defenderse de una guerra de guerrillas atacaran a un ejército indio de 200.000 efectivos, o que la fuerza aérea pakistaní que totalizaba doce aviones en Pakistán Oriental pretendiera enfrentarse con los 200 aviones indios. Ni siquiera se fingía la legalidad. Yo no guardaba dudas —y Nixon lo creía aún más firmemente— de que la India había efectuado una escalada en sus exigencias continua y deliberadamente a fin de evitar que se llegara a un acuerdo. Nadie negaba que las represiones efectuadas en Bengala Oriental habían sido brutales e ilógicas o que los millones de refugiados habían significado un enorme peso para la economía india. Pero lo que había causado la guerra, conforme a los puntos de vista de Nixon y mío, era algo que iba más allá del problema de los refugiados: la firme determinación de la India de establecer su preeminencia en el subcontinente.

Pero nuestra principal preocupación iba más allá del subcontinente. La Unión Soviética podía haber refrenado a la India y eligió no hacerlo. En rigor, realmente la había alentado mediante la firma del Tratado de Amistad, dando apoyo diplomático a las exigencias indias, enviando material bélico con el puente aéreo y comprometiendo su derecho a veto en las resoluciones que no les fueran favorables en el Consejo de Seguridad de la ONU. El Soviet alentó a la India a explotar los tormentos de Pakistán en parte para dar un golpe a nuestro sistema de alianzas y en una medida mayor para demostrar la impotencia de China. Dado que a Moscú le preocupaba la situación que había unido a Pekín con Washington, la demostración de la poca fiabilidad

de Norteamérica como aliado podía dañar gravemente la nueva y precaria relación que manteníamos con China. Si hubiésemos seguido el consejo de nuestros críticos —separación total y pública de Pakistán y confrontación con ella en su momento de desesperación— hubiéramos actuado precisamente como el condominio norteamericano-ruso tan temido por Pekín, logrando así casi con seguridad deshacer todo lo logrado en la operación China. En las reuniones interagencias escuché repetidas veces que estábamos obsesionados por preservar el viaje a China. Pero como dije a Nixon: «Esa gente no entiende que sin el viaje a China no hubiéramos tenido un viaje de Moscú».

Tampoco defendíamos solamente principios abstractos de conducta internacional. La víctima de los ataques era un aliado —aunque muchos no quisieran admitirlo— al cual le habíamos hecho diversas promesas explícitas para el caso, precisamente, de una contingencia como la actual. Había tratados que nos comprometían claramente, reforzados por otras promesas que databan de 1959. Uno podía discutir la sabiduría de tales promesas (y gran parte de la burocracia deseaba tanto olvidarlas que durante un tiempo fue casi imposible para la Casa Blanca extraer copias de los informes efectuados en 1962), pero resultaba imposible ignorar la existencia de dichas promesas. Hacerlo, hubiera sido descorazonar a aliados tales como Irán y Turquía, que simpatizaban con Pakistán, con los que teníamos similares obligaciones y que contemplaban nuestra actitud como un símbolo de la firmeza norteamericana en caso de crisis potenciales que los afectaran a ellos. Eran muchos los intereses que se jugaban. El 5 de diciembre le dije a Nixon que el conflicto indo-pakistaní se convertiría en un ensayo general para el Medio Oriente en la primavera. Le repetí lo mismo a John Connally antes y después de la reunión del CNS celebrada el 6 de diciembre.

No se trataba de «salvar» a Pakistán Oriental. Tanto Nixon como yo habíamos reconocido hacía meses que su independencia resultaba inevitable: no era necesaria una guerra para lograrla. Luchábamos por preservar a Pakistán *Occidental* como estado independiente, ya que creíamos que el verdadero objetivo de la India era lograr su desintegración. Deseábamos evitar que se demostrara que las armas y el apoyo diplomático soviéticos eran totalmente decisivos en las crisis. El 4 de diciembre le dije a Nixon que precisamente debido a que nos retirábamos de Vietnam no podíamos permitir que se creara la impresión de que todos los problemas se debían solucionar por la fuerza. Si bien ya era demasiado tarde para evitar la guerra, aún teníamos la oportunidad —mediante la intensidad de nuestra reacción— de obligar a los soviéticos a hacer una pausa antes de iniciar otra aventura en algún otro lado. Como dije a Nixon el 5 de diciembre, era necesario amenazar lo suficiente como para desalentar actitudes similares de los amigos de los soviéticos en otras zonas, y especialmente en el Medio Oriente. Y si actuábamos con la astucia necesaria, podríamos detener la embestida india antes de que absorbiera y destruyera Pakistán Occidental.

Fue casi imposible empezar esa estrategia porque nuestros departamentos actuaban basados en premisas diferentes. Tenían miedo de enfrentar a la India. Veían que Pakistán estaba condenado a perder la guerra, a pesar de lo que hiciéramos. Y sabían que nuestra línea de acción no gozaba de popularidad en el congreso ni entre los medios de difusión. Y Nixon, si bien comprendía los hitos estratégicos, era incapaz de imponer la disciplina necesaria para llevar a la práctica los detalles operacionales.

El Servicio Exterior es un instrumento espléndido, altamente entrenado, consagrado a lo suyo y capaz. Cuando fui Secretario de Estado llegué a admirarlo como institución, a respetar a sus miembros y a mantener una estrecha amistad con muchos de ellos. Pero se requiere una firme capacidad de mando para imponer coherencia a los intereses, muchas veces estrechos de miras, de los distintos departamentos sensibles a las presiones cotidianas. Este hecho resulta más evidente si la política a lograr es impopular y difiere de las inclinaciones mantenidas durante largo tiempo. La voz de mando debe provenir del séptimo piso, es decir, de la oficina del Secretario de Estado y de su entorno más cercano. Lamentablemente para los dos, mis relaciones con Rogers se habían deteriorado hasta el punto de exacerbar nuestras diferencias en política y hacer peligrar su coherencia. Podía oponerse a mis recomendaciones simplemente para afirmar sus prerrogativas y trataba de evitarlo en todo lo posible. (Cuál de las dos cosas vino primero debe ser establecido por historiadores más neutrales.) Rogers estaba convencido de que nuestra línea de acción estaba equivocada y de que Nixon la seguía debido a mi funesta influencia. Yo pensaba que Rogers no comprendía las implicaciones geopolíticas. El resultado fue un estancamiento burocrático en el cual la Casa Blanca y los representantes del Departamento de Estado

se enfrentaban los unos con los otros como entidades soberanas compitiendo y no como miembros del mismo equipo y el presidente trataba de manejar la situación con rodeos de modo que eso aumentaba también las tensiones internas de nuestro gobierno.

El 22 de noviembre, en la primera reunión de la WSAG desde que comenzara la guerra, el Departamento de Estado adujo que no disponíamos de información suficiente como para tomar una decisión. Recomendó que presionáramos a *Pakistán* para que efectuase mayores concesiones políticas. A pesar de que la guerra constituía una clara violación a la Carta de las Naciones Unidas, el Departamento de Estado se mostró ambivalente ante la idea de remitirse a la ONU. Con la firme determinación de no enfrentarse con la India, consideró pertinente la presentación ante la ONU no para invocar las disposiciones de la Carta contra los ataques armados, sino solamente para lavarnos las manos en todo el problema. Pregunté —me temo que sin mucha paciencia— si tenía algún sentido premiar a la India por su agresión ejerciendo presiones sobre *Pakistán* para que efectuara mayores concesiones. ¿No era razonable pedirle a la India que aguardase cuatro semanas para comprobar los resultados de la transferencia de poder a manos civiles? En cuanto a la remisión a la ONU, le pedí al Departamento de Estado que preparara un escenario para la primera hora del día siguiente. Esa misma tarde el presidente me envió instrucciones a fin de que mandara cables en tono firme a Nueva Delhi, Moscú e Islamabad, previniendo en contra de la guerra. Nixon quería que se efectuara una advertencia especial a Moscú sobre el suministro de armas a la India.

Las consecuencias militares eran evidentes. *Pakistán* nos informó que dos brigadas indias operaban dentro de *Pakistán* Oriental. El 23 de noviembre Nixon recibió una carta de Yahya en la cual le describía los preparativos militares indios como si en efecto se estuviera tendiendo un lazo alrededor de las fuerzas gubernamentales de *Pakistán* Oriental y apretándolo mediante violentos ataques no provocados. Asegurando a Nixon su deseo de evitar la guerra aun en esa etapa, Yahya apelaba a su «iniciativa personal en la presente coyuntura» que podía ser «aún decisiva para prevenir una catástrofe».

El mismo día —23 de noviembre— recibimos una carta de la Sra. Gandhi, inexplicablemente fechada el día 18. Hablando como si tratara con un socio empeñado en una tarea común, la Sra. Gandhi se asignaba muy altas calificaciones por su moderación, que ella atribuía a su fe sobre la prevalencia de la justicia, cosa que fue «sustentada en la conversación que tuviera con Vd.». Mientras las unidades indias irrumpían en el país vecino, la Sra. Gandhi aconsejaba que no se efectuara la presentación ante el Consejo de Seguridad, argumentando que «tal actitud obstruiría el camino hacia las soluciones que buscamos conjuntamente». Resultaba una interesante doctrina sobre derecho internacional que un recurso ante las Naciones Unidas obstruyera la solución de un conflicto militar. Y la implicación de que, ahora que la India atacaba a su vecino, la búsqueda de solución era «conjunta» contribuyó bien poco a calmar el malhumor presidencial. La Sra. Gandhi apelaba a Nixon para que empleara su «gran valentía» para inspirar una solución y expresaba su esperanza de mejorar las relaciones entre los Estados Unidos y la India. No se dignaba aclarar qué soluciones pretendía y en qué consistiría la mejoría de relaciones entre la India y los Estados Unidos. Pero resultaba claro que no quería ser llamada a defender y justificar la política india ante la comunidad mundial reunida en la ONU.

La reunión del WSAG efectuada el 23 de noviembre no arrojó ninguna luz acerca de la dirección que debía tomar la influencia norteamericana —ahora requerida por ambos bandos—. El departamento de estado no puso objeción alguna a los telegramas dirigidos a Moscú e Islamabad pidiendo moderación (en el último caso, nadie creyó absurdo pedir a la víctima de un ataque que actuara con moderación). Fue el cable que debía mandarse a Nueva Delhi el que trajo problemas. El subsecretario de estado Irwin recomendó postergarlo hasta tanto tuviéramos confirmación del ataque indio proveniente de una fuente «independiente». «Sólo podemos seguir con este juego hasta un cierto punto», dije.

Tampoco el Departamento de Estado estaba dispuesto a cortar la ayuda a la India, como ordenaba Nixon. Sus representantes se preguntaban si el cese de ayuda era compatible con nuestros esfuerzos por refrenar a la Sra. Gandhi y dudaban de sus efectos. ¡Decían exactamente lo contrario a lo que habían alegado durante meses con referencia a *Pakistán*! Y después de meses de demostrar un enorme ingenio para que cesara el envío de armas hacia *Pakistán*, ahora parecían totalmente perdidos ante la perspectiva de hacer lo mismo con la India, alegando la dificultad de detener en embarque de equipos para cuyo envío ya existía licencia. Resultó también que terminar la ayuda económica para ambos bandos perjudicaría más a *Pakistán* que a la

India. Señalé lo que debió haber sido axiomático: que no tenía sentido abstenerse de cortar los envíos de equipo militar al país atacante cuando ya lo habíamos hecho con su víctima.

El 23 de noviembre fue también el día de mi primera entrevista secreta con los chinos en Nueva York. Huang Hua era ahora representante permanente de la República Popular China ante las Naciones Unidas. Pekín había dado su acuerdo para que utilizáramos a Huang Hua en Nueva York como contacto en asuntos de la ONU o para el caso de que hubiera mensajes de emergencia. El resto de las negociaciones seguiría conduciéndose vía París a partir de ahora. Consideré importante mantener a Pekín meticulosamente informado de nuestros movimientos. Como mínimo, los dirigentes chinos debían comprender que no estábamos confabulados con la Unión Soviética. Era necesario que Pekín apreciara nuestra decisión de resistir al expansionismo así como también los límites de nuestras posibilidades prácticas en este caso.

Huang Hua y yo nos reunimos en un lugar secreto de la zona Este de Nueva York, un miserable departamento en un edificio viejo de piedra arenisca que había utilizado la CIA como escondite. Uno de los requisitos era que no hubiese portero y sólo pocos ocupantes. De otra manera hubiéramos tentado al destino si muchos neoyorkinos con vista de lince hubiesen tenido ocasión de ver a tres diplomáticos chinos vestidos con trajes Mao entrando a un edificio al cual ingresaba enseguida Henry Kissinger. (Más tarde mudamos nuestro punto de reunión a otro departamento también humilde aunque algo más pretencioso, situado en las cercanías). Llegado este punto no podía hacer más que informar a Huang Hua sobre la situación militar. Le mostré el borrador de la resolución que presentaríamos ante el Consejo de Seguridad si se llevaba allí el problema, indicando que aún no habíamos tomado una decisión final. Huang Hua subrayó que China apoyaría a Pakistán en el Consejo de Seguridad, pero que seguiría las directivas de Pakistán en cuanto a la posibilidad de elevar el problema al organismo.

El 24 de noviembre, la Sra. Gandhi aceptó por vez primera que las tropas indias habían cruzado la frontera con Pakistán. Lo habían hecho una sola vez el 21 de noviembre. Informó al Parlamento de la India que las tropas indias habían actuado con los derechos conferidos por la defensa propia. Las futuras decisiones de cruzar la frontera serían dejadas en manos de aquéllos que estaban en el lugar, un grupo de comandantes que anhelaban demostrar su valor.

En vista de los acontecimientos, la reunión del WSAG del 24 de noviembre marcó el tiempo mientras aguardábamos las respuestas de nuestra gestión en Nueva Delhi, Islamabad y Moscú. Pregunté a los departamentos si tenían alguna duda acerca del hecho de que fuerzas regulares indias habían invadido Pakistán Oriental. Muchos aceptaron el hecho pero, y no obstante la admisión de la Sra. Gandhi, algunos representantes del Departamento de Estado opinaron que las pruebas no eran concluyentes. El consejo operacional que ofrecieron fue, nuevamente, presionar a Pakistán para que efectuase mayores concesiones políticas. Si había una «tendencia» en ese momento en el gobierno de los Estados Unidos, era en favor de la India. La parálisis burocrática tuvo como efecto práctico cooperar con la acción dilatoria que conducía la India en el frente diplomático.

Al mediodía del 24 de noviembre, Nixon se entrevistó con Rogers en la Oficina Oval. Su posición era acorde con la del WSAG, ya que Rogers adujo que no tenía suficiente prueba para llevar el asunto al Consejo de Seguridad. Lamentablemente los temas abordados a continuación fueron todos extremadamente técnicos: fraseología para un posible informe a la ONU y métodos para lograr diversos grados de cese de ayuda. Nixon odiaba este tipo de detalles y su discusión lo ponía visiblemente nervioso. En todo caso, invalidar a su viejo amigo iba en contra de sus normas. De tal manera, la reunión no fue concluyente. Más tarde Nixon, irritado, me preguntó cómo podría manejar a su secretario de estado; jugó un poco con la idea de que John Mitchel lo refrenara, pero en última instancia no hizo nada.

El resultado fue que cada uno continuó alegremente por su camino. El Departamento de Estado hizo públicas sus opiniones haciendo que su portavoz declarara en una informal reunión de prensa que los Estados Unidos no tenían pruebas para acusar a la India de agresión. Cuando el embajador pakistaní protestó ante el secretario, Rogers repitió que no teníamos «información independiente para confirmar o negar» la complicidad india en un ataque armado. Rogers explicó que Washington no quería verse en la situación de tener que tomar partido en cuanto a la veracidad de los informes contradictorios. Por supuesto, la ubicación de la línea de batalla muy adentro del territorio pakistaní debería habernos dado un buen indicio de quién era el probable agresor.

Las luchas burocráticas internas hicieron que pasara un tercer día sin que se produjera nin-

guna reacción de los EEUU. Ya he señalado en capítulos anteriores que las crisis pueden ser manejadas si se las domina pronto. Una vez que ganan su propia fuerza los compromisos de las partes involucradas tienden a llevarlas fuera de control. Una seria advertencia a la India el primer día, acompañada de una amenaza plausible de cortar la ayuda de modo brutal, podría haber hecho que la Sra. Gandhi se detuviera antes de la escalada. (Por supuesto hubiera sido mejor hacerlo *antes* del ataque.) Las dudas acerca de quién había atacado eran en gran parte espúreas. Las fuerzas guerrilleras no operan con tanques y aviones a lo largo de cientos de kilómetros de territorio. Las sombrías apelaciones a la moderación sólo revelaban nuestras vacilaciones, y tal vez sirvieron para acelerar más la acción militar india en lugar de moderarla.

La experiencia del embajador Keating con Swaran Singh el día de Acción de Gracias, el 25 de noviembre, reveló que India era implacable. En una tormentosa respuesta a nuestra apelación a la moderación, Singh se quejó de que no se habían producido progresos políticos desde la visita de la Sra. Gandhi. No nos dijo cómo podrían haberse producido ya que la primer ministro jamás se había dignado a reaccionar ante nuestras propuestas y no se comunicó con nosotros hasta el 23 de noviembre, hacia 48 horas. Dijo que si Pakistán retiraba unilateralmente sus tropas se crearía una nueva situación, pero se negó a decirnos si India haría lo mismo. Era Pakistán quien amenazaba a la India, dijo Singh, y no al revés. Cuando Keating se refirió a las tropas indias en territorio pakistaní, Singh tranquilamente respondió que eso no coincidía con los hechos que él conocía. Hasta Keating, quien apoyaba firmemente el punto de vista indio, y así lo había dicho al congreso, y además frecuentemente nos castigaba a Nixon y a mí en privado, se vio obligado a admitir moderadamente que Singh era «menos que totalmente franco conmigo con relación al personal militar dentro de Pakistán Oriental».

El 25 de noviembre, también, nos enteramos con certeza que la Sra. Gandhi había dicho a sus colegas que India continuaría sus ataques y los aumentaría. Y los comandantes respondían a sus palabras. El 26 de noviembre se produjeron nuevos ataques indios en el área de Jessore. La Unión Soviética bloqueó un intento japonés de convocar una reunión del Consejo de Seguridad. Se dijo al embajador Beam que la Unión Soviética apoyaría una terminación de las operaciones militares sólo si había una solución política satisfactoria para la India. Nixon llamó por teléfono al primer ministro británico Heath para expresarle su temor de que los objetivos indios podían ir muy bien más allá de Pakistán Oriental. Recibió expresiones en general de acuerdo, pero con una clara indicación de que Gran Bretaña se mantendría al margen.

El 26 de noviembre Farland logró ver a Yahya, quien aceptó la sugerencia de aquél en el sentido de pedir a la ONU que enviara observadores al lado pakistaní de la línea. También pediría que la ONU se hiciera cargo de las instalaciones para refugiados en Pakistán Oriental y consideraría la posibilidad de permitir a los opositores bengalíes entrevistarse con Mujib, todavía en prisión. En Nueva Delhi Keating vio a la Sra. Gandhi en el contexto de una visita de los senadores Frank Church y William Saxbe. Su línea se había endurecido aún más. Repitió la queja de que no había habido progresos políticos desde sus conversaciones con Nixon. De todos modos el problema ya no era Pakistán Oriental, sino la seguridad nacional de la India frente a vecinos inestables, dijo ella. Representando hasta el final el papel de una moderada, amante de la paz, abrumada por los acontecimientos, la Sra. Gandhi dijo que apenas si podía resistir la tremenda presión doméstica para tomar medidas aún más drásticas; sin embargo no era obvio qué más podía India hacer para hostigar, injuriar e invadir a su vecino.

El instinto de Nixon, nuevamente, le decía que respondiera a la Sra. Gandhi con un cese de ayuda. Lo exhorté a que esperara la siguiente jugada india. Estaríamos en una mejor posición cuando la provocación no fuera ambigua y los hechos incontestables. El Departamento de Estado presentó la idea de cartas presidenciales a Yahya, a la Sra. Gandhi y a Kosygin, esta vez urgiendo el retiro de tropas, aunque sin ninguna indicación de que habría algún castigo por no hacerlo. Si bien las cartas presidenciales se habían hecho tan frecuentes que su valor había disminuido, acepté la idea porque no haría ningún daño y podría proveer una plataforma para una acción más fuerte.

En la carta dirigida a la Sra. Gandhi, el presidente le informaba sobre la buena voluntad de Yahya para permitir la presencia de observadores de la ONU en el lado pakistaní de la frontera y le recordaba que seguía en pie la oferta de Pakistán de retirada unilateral. Notando que el primer ministro había admitido la presencia de fuerzas indias en territorio pakistaní, la carta hacía hincapié en que «el pueblo norteamericano no entendería que la India iniciara acciones conducentes a hostilidades en gran escala».

El mensaje dirigido a Kosygin apelaba una vez más a la cooperación de la Unión Soviética para lograr la solución pacífica a la crisis, exhortándolos a presionar sobre Nueva Delhi en el retiro de tropas. Fue un gesto inútil. La versión soviética de una solución aceptable era idéntica a la de la India.

La carta dirigida a Yahya tenía como finalidad disuadirlo de la idea de buscar alivio a las presiones a las que estaba sometido Pakistán Oriental atacando a la India desde el Oeste, donde estaba situado el grueso del ejército pakistani. Aun cuando esa iniciativa estuviera destinada al fracaso, los líderes desesperados debían pensar que era necesario tomarla por una cuestión de honor. Nos preocupaba el hecho de que un ataque pakistani en el Oeste daría simplemente el pretexto final para que la India completara la desintegración de *todo* Pakistán. La carta de Nixon enumeraba nuestros varios esfuerzos inútiles para contener a la India y prevenía contra la expansión de la guerra. Yahya recibió a Farland el 27 de noviembre. Estaba desesperado y deseando colaborar. Ofreció pedir de inmediato a las Naciones Unidas que designaran observadores para el lado pakistani de la frontera a fin de garantizar los esfuerzos defensivos. También permitió que Farland se entrevistara con el abogado de Mujib. (Cuando la guerra siguió su escalada, Yahya retiró su oferta.) Y reafirmó su deseo de ponerse en contacto con los miembros del gobierno provisional de Bangladesh en Calcuta «que no hallarán en mí falta de eco».

Es muy raro que el bando triunfador de una guerra desee pactar: cuanto más dure el conflicto mejor será su posición negociadora. El único freno está dado por el hecho de que si sobreactúa la situación puede desatar fuerzas externas que podrían privarlo del fruto de su victoria. Hacia fines de noviembre, la Sra. Gandhi saboreaba los frutos del éxito y ni la actitud de los Estados Unidos ni la de China le daban mucho motivo de preocupación. Se presionaba a la administración Nixon para que se volviera contra Pakistán; los chinos, en los finales de su Revolución Cultural, no estaban militarmente preparados y acababan de superar una crisis interna que involucraba la lealtad de sus militares.

Mientras tanto, un portavoz del Departamento de Estado hizo un comentario que demostraba las dificultades que encontraban sus colegas para cumplir con la estrategia de la Casa Blanca y romper con tres décadas de unión sentimental con la India. Un ex embajador norteamericano en Pakistán, Benjamín H. Oehlert, hijo, había escrito una carta al *New York Times* publicada el 3 de noviembre expresando que los Estados Unidos tenían obligación de acudir en ayuda de Pakistán «aun con nuestras armas y hombres si lo ataca algún otro país». El portavoz del Departamento de Estado replicó el 26 de noviembre a una pregunta que se le formulara diciendo que no existían tales compromisos secretos que obligaran a los Estados Unidos a acudir en ayuda de Pakistán. Si se ponía énfasis suficiente en la frase «armas y hombres» y si se hubiera permitido a un abogado sagaz que definiere el sentido de «obligación», tal declaración hubiera estado al borde de la verdad. Era asimismo la señal equivocada si buscábamos contener el asalto indio a un país aliado.

No se pudo localizar a la Sra. Gandhi para que recibiese la carta del presidente. Había decidido visitar sus tropas cerca de la frontera. Atacó a las superpotencias (a Estados Unidos en realidad) por tener el coraje de protestar «debido a que entramos en acción para defender nuestras fronteras». Era poco probable que el discurso modificara el pensamiento de los comandantes militares, que ahora tenían mayor discreción para atravesar la frontera, dirigiéndolo hacia la paz. Ese mismo día el ministro de defensa indio, Jagjivan Ram, expuso ante una multitud jubilosa en una reunión política efectuada en Calcuta que las fuerzas de la India tenían autorización para avanzar hacia Pakistán a fin de «silenciar» la artillería pakistani. En la misma reunión un conferenciante declaró: «La India destrozará a Pakistán en pedazos». Y el 28 de noviembre un coronel indio dijo a un periodista que una parte del gobierno norteamericano no quería reconocer todavía que «nuestras tropas se movilizaron porque Mikti Bahini pidió ayuda» (5).

Por fin Keating pudo encontrar a la Sra. Gandhi el 29 de noviembre y fue recibido con otro frío recital de las quejas indias. Los problemas de Yahya, apuntó con cierta razón, fueron creados por él mismo «y no nos encontramos en posición de facilitarle las cosas». No podía pedirle al pueblo que continuara esperando y, agregó ominosamente: «No puedo retenerlo». Cuando Keating intentó abordar el tema de las incursiones en la frontera, hacia Pakistán, la Sra. Gandhi lo interrumpió: «No podemos permitirnos escuchar consejos que nos debilitan».

Esto fue motivo de debate en el WSAG, que el 29 de noviembre discutió infructuosamente si la India había tomado la decisión de atacar antes o después de las conversaciones Nixon-Gandhi. La pregunta era tan poco pertinente como era lógica la respuesta. Resultaba bien claro

que la Sra. Gandhi lo había planificado todo con adelanto, usando el viaje no como un medio para hallar soluciones sino como una cortina de humo para sus acciones. No había otra forma de explicar cómo pudo completarse el despliegue indio en un periodo de diez días entre el regreso de la Sra. Gandhi y el primer operativo de cruce de frontera. Por fin WSAG comprendió que el presidente quería retirar parte de la ayuda a la India, pero el Departamento de Estado siguió librando una obstinada acción de retaguardia para que la reducción fuera mínima y las instrucciones lo suficientemente vagas como para permitir un máximo de discreción administrativa. Se llegó a tal nivel de confusión con la categoría de armas que debíamos dejar de enviar, que dije: «Tenemos contratos sin licencias y licencias sin contratos», preguntando cuáles daríamos por terminadas. Se traslucía que nuestro deseo era negarnos a otorgar nuevas licencias, basándose indudablemente en la teoría de que tal decisión podía siempre revertirse luego de que se enfriaran las pasiones creadas por la guerra. Debí saber por la facilidad con la cual se llegó a un acuerdo interagencias que el monto sería pequeño (alrededor de 17 millones de dólares). El primer paso —la prohibición de nuevas licencias para equipo militar para la India— fue anunciado el 1 de diciembre por el Departamento de Estado.

El 29 de noviembre informé a Pekín vía París todas nuestras aperturas para con otros países y sus respuestas.

El 30 de noviembre la Sra. Gandhi hizo aumentar un punto más las tensiones. Dirigiéndose a su Parlamento recibió con beneplácito la convocatoria para el retiro de tropas pero «las tropas que deben ser retiradas en forma inmediata son las tropas pakistanfes en Blangladesh». Echó un balde de agua fría a las negociaciones con Pakistán sobre la base de que sólo los representantes electos de Bangladesh podían decidir su futuro y que desde su punto de vista no se aceptaría menos que la «liberación». En consecuencia no quedaba nada por negociar con Pakistan que no fuera su desmembramiento.

Fue así como se reunió nuevamente el WSAG el 1 de diciembre para discutir si, luego de una semana de hostilidades, había llegado el momento de convocar al Consejo de Seguridad de la ONU y para tratar los pasos adicionales a dar para poner en práctica el cese de la ayuda prestada a la India. Resultó sorprendente la unanimidad internacional que acordó no dirigirse al Consejo de Seguridad. La India no deseaba dicha reunión porque no podía extender su hipocresía hasta ese Cuerpo y no admitir la invasión de un país soberano que era miembro de la ONU. La única posibilidad de evitar la condena la constituiría el veto de los soviéticos. Pakistán tampoco quería la discusión en el Consejo de Seguridad por temor a caer en una crítica generalizada por las represiones de Bengala Oriental y también porque deseaba mantener el foco de interés en la invitación formulada a los observadores de la ONU para que se estacionaran en el lado pakistani de la frontera, invitación que había sido ya formalmente sometida al Secretario General de la ONU. La Unión Soviética tampoco quería verse obligada a invocar el veto. Huang Hua me había dicho que China respaldaría cualquier deseo de Pakistán. Dentro de nuestro Departamento de Estado no existía tampoco el deseo de remitirse al Consejo de Seguridad por temor a la «tendencia» de las instrucciones de la Casa Blanca. Yo era reacio porque detestaba verme envuelto en el alboroto nacional que provocarían nuestras mociones. Existía en las Naciones Unidas un triste comentario según el cual cuando una invasión en gran escala contra un país importante era tratada por su víctima, su aliado, su agresor u otra gran potencia, resultaba peligroso atraer la atención oficial del cuerpo mundial apelando a su Carta.

LA GUERRA SE EXTIENDE

El 2 de diciembre, el embajador pakistani Raza entregó al presidente Nixon una carta en la cual se invocaba el artículo I del acuerdo bilateral celebrado entre los Estados Unidos y Pakistán en 1959 como fundamento para la ayuda norteamericana a Pakistán (6). De esa forma Pakistán apelaba oficialmente por las obligaciones de los Estados Unidos. El Departamento de Estado estuvo elocuente en su argumentación sosteniendo que no existía ninguna obligación que nos comprometiera y efectuando informes públicos al respecto. Señalaba que el artículo I se refería solamente a «acciones adecuadas» sujetas a nuestro proceso constitucional, sin especificar qué tipo de acción debía efectuarse. El Departamento de Estado afirmaba también que la obligación estaba calificada por su contexto, y que la resolución de la «Doctrina Eisenhower» de 1958 sobre Medio Oriente, se argumentaba, se proponía excluir una guerra indo-pakistani.

El Departamento de Estado se limitó simplemente a ignorar todas las otras comunicaciones entre nuestro gobierno y Pakistán.

La imagen de una gran nación comportándose como un leguleyo buscando salidas legales no era la más noble para alentar a otros aliados que también habían firmado tratados con nosotros o confiado en nuestras expresiones, ni para inducirlos a pensar que nuestras palabras significaban aproximadamente lo que habíamos dicho. El tratado con Pakistán era idéntico a otros acuerdos bilaterales y multilaterales, todos los cuales parecían tornarse dudosos. Y en el caso de Pakistán lo habíamos reforzado con afirmaciones adicionales de apoyo. La realidad era que a través de los decenios de relación con Pakistán se había generado una compleja comunicación con las administraciones de Kennedy y Johnson, más allá del pacto de 1959, algunas de ellas por escrito y otras verbales, cuyo contenido general establecía que los Estados Unidos ayudaría a Pakistán en el caso de ser atacado por la India (7). Con certeza su propósito había sido evitar la solicitud de armas por parte de Pakistán después del ataque indio de diciembre de 1961 a Goa y de la guerra indo-pakistaní de 1965. La afirmación del futuro apoyo norteamericano era el sustituto de la ayuda inmediata. Pero eso había empeorado la situación. Parecía ahora que los Estados Unidos habían evitado el envío de armas a un aliado prometiéndole en primer término una ayuda posterior si se materializaba la amenaza y faltando a su promesa en segundo lugar mediante el uso de exégesis legales superinteligentes.

No quiero sugerir con esto que debimos habernos atendido ciegamente a una política solamente por lo que nuestros predecesores habían dicho. Las decisiones de una gran potencia deben tomarse conforme a los requisitos del interés nacional tal como se perciban en el momento de tomar la decisión y no solamente por obligaciones abstractas de índole legal, sean éstas vagas o precisas. No se puede esperar que un país corra riesgos graves si sus intereses y obligaciones en el interior se han modificado totalmente. Pero es igualmente cierto que si una nación ignora sistemáticamente sus compromisos asumirá una pesada carga; su diplomacia perderá la flexibilidad que surge de tener la reputación de ser un país digno de confianza; no podrá ya satisfacer las demandas inmediatas de sus aliados con promesas de acciones futuras. Por otra parte, Pakistán era aliado de otros aliados — Irán, Turquía — y amigo de Arabia Saudita y de Jordania, aislados entonces en un Medio Oriente todavía radicalizado. Y era amigo de China, en estrecho contacto con un Pekín que se acercaba cautelosamente a nosotros con una relación nueva basándose en la esperanza de que fuéramos capaces de mantener el equilibrio global. No podíamos enfrentar la reputación de ser un país en el cual no se podía confiar.

Nixon estaba protegido en Cayo Biscayne; hablábamos frecuentemente. No tenía intención de comprometerse militarmente pero estaba decidido a hacer *algo*. Ordenó que las licencias restantes para envío de armas a los indios se cancelaran. Quería el corte total de la ayuda económica (esto no sucedería jamás, yo lo sabía, dados los prejuicios de nuestra burocracia). Quería que el Departamento de Estado hiciera una declaración castigando la intransigencia india. «Si no quieren hacerlo lo hará Ziegler desde Florida y será un estallido». Transmití esas instrucciones a Rogers, que se mostró poco entusiasta y comenzó a elucubrar la forma de realizar el anuncio lo suficientemente tarde como para que no acaparara las primeras planas de la prensa.

Una vez más nos sobrepasaron los acontecimientos del subcontinente. Yahya había sido acorralado por fin por su implacable enemigo de Nueva Delhi. A lo largo de la crisis, los prolongados períodos de inactividad paralizante de Yahya habían sido sucedidos por súbitos espasmos cuando buscaba corregir su difícil situación, generalmente demasiado tarde. Durante once días había permanecido inactivo mientras las fuerzas indias avanzaban cada vez más en el interior de Pakistán Oriental, desintegrando el país. Si sus fuerzas principales permanecían inactivas en las fronteras de Pakistán Occidental, su actitud significaría la abdicación. Pero responder hubiese sido caer en la trampa tendida por la India y dar el pretexto para una ofensiva total en el Este y posiblemente en el Oeste de Pakistán. Yahya eligió lo que consideraba el camino del honor. El 3 de diciembre lanzó su ejército en un ataque en el Oeste que, debió saberlo, era suicida. Guiado por su simple razonamiento militar decidió, como le dije a Nixon, que si Pakistán tenía que ser destruido o desmembrado, caería luchando.

La reacción de nuestro gobierno fue la de utilizar el ataque pakistaní como excusa para diferir la acusación a las transgresiones indias que Nixon ordenara el día anterior, con el pretexto de que una vez más carecíamos de toda la información. Esto condujo a repetidas discusiones que sostuve con Rogers que ahora opinaba que una vez extendida la guerra resultaba inevitable la remisión al Consejo de Seguridad. Criticar a la India en estas condiciones signi-

ficaba que nosotros asumíamos el papel judicial, cuando era preferible delegar esa misión al organismo internacional. En otras palabras, actuaríamos como jueces y no como aliados y ni siquiera como una superpotencia con intereses y compromisos. Habiéndose opuesto previamente al recurso del Consejo de Seguridad, el Departamento de Estado lo auspiciaba ahora como pretexto para evitar una respuesta unilateral de los Estados Unidos y para dilatar nuestra toma de posiciones. Por fin di mi consentimiento y permití que el Departamento de Estado eludiera la condena a la India ordenada por el presidente Nixon. Ahora que el Consejo de Seguridad se ocuparía de la situación como una guerra generalizada, podíamos exponer nuestro caso. Y yo sabía que George Bush, nuestro capaz embajador en la ONU, podría llevar adelante la política del presidente. El 3 de diciembre, después de muchos tira y aflojas, el Departamento de Estado anunció finalmente el cese de envío de armas a la India, lo cual constituía realmente una respuesta muy suave ante la apertura de hostilidades en gran escala en el subcontinente.

Para ese entonces Nixon se había puesto en marcha. Como siempre, su actitud estaba entretejida con muchas hebras. Quería preservar su iniciativa China y entendía que «el mal uso de la mano» pondría las mejores cartas en poder de la India. Quería que no se le echara a él la culpa de lo que estaba sucediendo. Temía entrar en conflicto con Rogers. Pero insistía en asumir toda la firmeza ante el Consejo de Seguridad. Sus iniciativas caían en cascada en mi despacho, muy específicas en indicar las direcciones y menos claras en la definición de los métodos.

En esta atmósfera se reunió el 3 de diciembre el WSAG para trazar un plan. Fue una reunión registrada en transcripciones que se filtraron hasta llegar a manos del comentarista periodístico Jack Anderson. Fuera del contexto, daban la impresión de que la Casa Blanca estuviese siguiendo los dictados de sus propios prejuicios, pero el temario puede entenderse sólo en el contexto de lo sucedido en los meses precedentes y de la frustrante y feroz resistencia de la burocracia frente a las explícitas decisiones presidenciales. «Cada media hora el presidente me da un rapapolvo diciendo que no somos lo suficientemente duros», comenté en lo que creí era la intimidad de la Sala de Situación. «En realidad no cree que cumplamos con sus deseos. El quiere que nos inclinemos por Pakistán y cree que cada uno de los informes y de las declaraciones tienden hacia el otro lado». Era por supuesto un relato crudo de la realidad.

Mis sarcasmos no modificaron las propensiones departamentales. Cuando transmití las instrucciones del presidente sobre el cese de ayuda económica a la India, el Departamento de Estado sugirió que tomásemos iguales medidas para con Pakistán... a pesar del punto de vista presidencial según el cual la India era la parte culpable por su belicosidad. Esto provocó mi exasperación y con ella otro juicio «tendencioso»: «Es difícil tender hacia Pakistán, como quiere el presidente, si cada vez que tomamos una medida con la India tenemos que hacer lo mismo con Pakistán. Retengan este juicio informalmente hasta que vea al presidente».

Los representantes del Departamento de Estado se hallaban muy incómodos en las reuniones interagencias. Castigados sarcásticamente por mí por su inercia, presionados por su propio jefe para que fueran menos agresivos en su oposición a la Casa Blanca, debían navegar en aguas traicioneras. Por ejemplo, el 4 de diciembre la Casa Blanca ordenó a Joe Sisco que hiciera un resumen informal a la prensa explicando nuestras críticas a la India. Lo hizo con toda lealtad y capacidad ante el intenso disgusto del secretario de estado que seguidamente le prohibió que apareciera en televisión para repetir los mismos temas. La responsabilidad de la situación que he descrito debe caer en los dirigentes, incluyéndome a mí. Me he referido a las batallas burocráticas no con el ánimo de echar culpas sino para aclarar el registro público de una situación que parece incomprensible sin esas batallas.

El problema giraba en torno a la perspectiva geopolítica de la Casa Blanca, opuesta a la perspectiva regional del Departamento de Estado y sobre el peso relativo que debía otorgarse a China y a India en la conducta de nuestra política exterior. La Casa Blanca juzgaba el conflicto como una ruda lucha de poder en la cual la India, alentada por la Unión Soviética, utilizaba la ineptitud del gobierno pakistaní y la fragilidad de su estructura política para forzar una solución en la crisis de Pakistán Oriental empleando medios militares cuando la alternativa política parecía fácilmente alcanzable. Les gustara o no a nuestros funcionarios, Pakistán era un aliado con el cual teníamos compromisos firmados, con el respaldo de afirmaciones hechas en privado. En consecuencia, su destino afectaría la actitud de varios países clave que creían en la seguridad de las promesas formuladas por los norteamericanos. La situación sería cuidadosamente contemplada por China. Y aquellos países del Medio Oriente que anhelaban solucionar sus problemas por la fuerza podían verse fácilmente tentados de adoptar métodos militares.

Y si su política en el subcontinente triunfaba con facilidad era posible que la Unión Soviética empleara tácticas similares en otras zonas explosivas, como en realidad lo hizo posteriormente cuando el caso Watergate minó la autoridad del Ejecutivo. Era evidente que el desmembramiento de Pakistán mediante la fuerza militar, y su eventual destrucción sin que Norteamérica interviniese para nada, tendría profunda repercusión internacional.

El punto de vista opuesto afirmaba que era innecesario sacrificar la amistad de la India, que nada podía hacerse para salvar a Pakistán Oriental, y que de todos modos sería indeseable hacerlo. Estábamos tomando la «posición china», se quejaba Rogers. Actuábamos impetuosamente. Corríamos el riesgo innecesario de participar en un conflicto armado. India era un país con un enorme potencial y necesitábamos de su amistad. Pero Nixon y yo no actuábamos impetuosamente. Estábamos convencidos de que el no alineamiento de la India derivaba no de su afecto hacia los Estados Unidos sino de su conciencia del interés nacional. Estos cálculos se reafirmarían tan pronto como terminara la crisis inmediata. Para nosotros el problema residía en la agresión a nivel internacional implícita en la confabulación indo-soviética. Dije al WSAG el 4 de diciembre que «todos saben que terminaremos teniendo la ocupación india en Pakistán Oriental». Pero debíamos actuar con firmeza para salvar intereses y amistades mayores. Actuábamos con mano débil, pero no se debe combinar la debilidad con la timidez. «Admito que no es una posición brillante», dije a Nixon el 5 de diciembre, «pero si fracasamos ahora los soviéticos no nos respetarán, los chinos nos despreciarán y los demás países sacarán sus propias conclusiones».

Por otra parte, una vez que la guerra se extendiera en el Oeste ya no se trataría de un problema del método para establecer Bangladesh sino de la supervivencia de Pakistán mismo. El potencial militar de la India era vastamente superior al de Pakistán, en parte como resultante de los seis años de embargo norteamericano a la venta de armas a ambos bandos que afectó especialmente a Pakistán. Debido a que la India tenía acceso a las armas soviéticas y a la gran industria propia de armamentos que poseía, era indudable que la India destruiría al ejército pakistaní. Los consejeros legales del Departamento de Estado podían encontrar la forma de demostrar que no estábamos ligados por obligaciones a Pakistán, pero el impacto geopolítico no sería menos serio por ello. Nuestro objetivo mínimo debía ser demostrar que no combinaríamos nuestra debilidad con la fatuidad. Debíamos actuar de tal manera que detuviéramos las aventuras en potencia a realizar por la Unión Soviética en cualquier otra parte, especialmente en el Medio Oriente, donde el nuevo presidente de Egipto acababa de proclamar 1972 como otro año de decisión.

Nuestra debilidad en el terreno nos obligaba a realizar un juego arriesgado. Cuando el débil actúa con limitaciones alienta mayores presiones y da a entender a sus enemigos la fortaleza que éstos tienen. No guardaba ilusiones acerca de nuestras ventajas, pero en situaciones de gran peligro muchas veces los dirigentes deben sustituir los haberes con la audacia. «Actuamos haciendo un terrible 'bluff' en un juego en el cual no tenemos buenas cartas», dije a Haldeman el 11 de diciembre, pidiéndole que presionara al presidente para que insistiera alguna vez en lograr cierta disciplina en nuestro gobierno. «A menos que convengamos una estrategia», dije el 9 de diciembre al apelar ante mis rebeldes colegas en la reunión de WSAG, «a menos que podamos hablar el mismo idioma y dejar de lado esas historias en conflicto de las distintas agencias y logremos que no se filtre más información subrepticia, no mereceremos triunfar».

Resultó imposible mantener unido al gobierno y no fue fácil que actuara con cierta coherencia. La mayor parte del día 4 de diciembre se empleó en tratar que el Departamento de Estado diera su acuerdo al discurso de George Bush desafiando la apelación a las armas de la India y apoyando la resolución del Consejo de Seguridad según la cual se pedía el cese de fuego y el retiro de fuerzas (es decir, a la India).

El 4 de diciembre Bush introdujo una resolución en éstos términos. El Consejo de Seguridad apoyó nuestra posición, siendo once los miembros que votaron favorablemente nuestra resolución. Pero no pudo adoptarse debido a que fue vetada por la Unión Soviética (Gran Bretaña y Francia se abstuvieron, dando otro ejemplo de la tendencia de nuestros aliados de Europa Occidental a dejarnos llevar solos el peso de la seguridad global). Sofocado el Consejo de Seguridad por el veto soviético, llevamos el caso a la Asamblea General conforme a la resolución de Unidad para la Paz. El 7 de diciembre predominamos en este cuerpo por 104 votos contra 11. Se opusieron a nosotros solamente el bloque soviético y la India.

Era una situación extraña. Durante años la administración fue acusada por sus críticos in-

ternos de no prestar la suficiente atención a la opinión mundial. Pero teníamos acá un problema que mereció de la comunidad mundial mayor apoyo que ningún otro surgido en una década. Por una vez casi todos los países no alineados estuvieron de nuestra parte. Muchos de ellos tenían conflictos en sus fronteras o divisiones étnicas y a ninguno le interesaba permitir que fuerzas externas se convirtieran en el árbitro final de tales disputas. El bloque soviético se encontró aislado como no lo había estado desde los primeros tiempos de las Naciones Unidas. El número que estaba de nuestra parte era abrumador. Sin embargo, los devotos de la opinión pública en nuestro país estaban ocupados fustigando a la Casa Blanca como si estuviera contrariando en forma irracional la opinión decente de la humanidad. Se daba muy poca consideración al impacto global de demostrar la impotencia norteamericana combinado con la parálisis de la ONU. Durante dos años habíamos estado hablando de las garantías del Consejo de Seguridad como la clave para la paz del Medio Oriente. ¿Cuáles serían las consecuencias para la diplomacia de Medio Oriente derivadas de un flagrante ataque armado en continuo desafío a las resoluciones de la ONU y sin que los Estados Unidos efectuaran acto alguno en beneficio del país aliado?

Mientras tanto la Unión Soviética ganaba tiempo para que la India completara sus operaciones militares. El 5 de diciembre, TASS efectuó una violenta declaración apoyando sin reservas a la India y oponiéndose a cualquier forma de cese de fuego a menos que estuviera acompañado de un acuerdo político basado en los «derechos legales» del pueblo de Pakistán Oriental. Cuando Nixon lo supo, decidió ejercer presión sobre Moscú. Como sucedía en la mayoría de las crisis, Dobrynin no se hallaba en la ciudad. Su encargado, Vorontsov, tenía autoridad solamente para recibir y para transmitir mensajes, pero no para negociar.

El 5 de diciembre informé a Vorontsov que estábamos en un punto crucial. El incentivo prestado por Moscú a la agresión india era incompatible con los progresos en las relaciones norteamericano-soviéticas. Vorontsov actuó en forma contemporizadora. La crisis estaría concluida en una semana. No tenía por qué ejercer impacto alguno en las relaciones norteamericano-soviéticas. Repliqué irritado que si la Unión Soviética continuaba en la actual tesitura no terminaría en una semana, sucediese lo que sucediese en el subcontinente.

El 6 de diciembre la Sra. Gandhi reconoció oficialmente la independencia de Bangladesh. Si bien esto había estado siempre implícito en su política, su declaración tuvo como efecto cerrar toda posibilidad de acuerdo político. Por fin el Departamento de Estado anunció el cese de la ayuda económica a India y Pakistán que Nixon había ordenado cuatro días antes (pero la formuló en tono tan indiferente que tuvo poco impacto).

Nixon convocó a una reunión del CNS el 6 de diciembre, convencido por fin de la necesidad de establecer cierta disciplina. Pero como siempre, sus esfuerzos fueron tan ambiguos que empeoraron la situación. Tomando Nixon un papel tan pasivo, la reunión sirvió solamente para evidenciar las diferencias filosóficas entre Rogers y yo, exacerbadas por enfrentamientos personales que en nada nos favorecieron. Nixon dejó claro su disgusto por la Sra. Gandhi pero para evitar situaciones desagradables no impartió órdenes operacionales. Acababan de salir sus consejeros cuando, gesto característico en él, me ordenó que trajera a John Connally y a Mel Laird para obligar a Rogers a obedecer a la Casa Blanca. Pero desde el momento que Rogers no había escuchado las palabras del propio Nixon, siguió pensando que cumplía con los deseos presidenciales y que yo seguía mi propio curso. Ziegler recibió instrucciones de Nixon para afirmar que las actitudes de la India estaban en «contra del rumbo internacional» según el cual las diferencias internacionales debían dirimirse pacíficamente. Pero los departamentos —sin tomar en cuenta que todo lo dicho por Ziegler necesitaba la aprobación de Haldeman o de Nixon— lo tomó como otra maniobra mía.

En esas circunstancias, cada vez más la política fue llevada a la Casa Blanca, donde Nixon y yo podíamos controlarla. Entonces los departamentos sentían tan sólo alegría al poder desligarse de las responsabilidades y echarnos las culpas de cuanto sucediera, como seguramente lo harían. Decidimos que la mayor esperanza de conseguir que la India no destragara a Pakistán Occidental era convencer a Moscú de que los acontecimientos desarrollados en el subcontinente podían comprometer sus planes para una reunión cumbre con los Estados Unidos. En tal caso, el Kremlin exigiría moderación a la India. Por ello, el 6 de diciembre se le entregó a Vorontsov una carta de Nixon a Brezhnev. Hacia hincapié en que «el espíritu con el cual aceptamos» una reunión cumbre requería «el máximo de moderación y acciones urgentes para concluir el conflicto y restituir la integridad territorial al subcontinente» y decía que la política del «hecho

consumado» utilizada por la India lograría solamente «complicar la situación internacional», «minar la confianza» y tener un «efecto contraproducente en la larga lista de otros problemas».

Esa misma noche, a las once, recibimos la respuesta soviética a mi conversación con Vorontsov del día anterior. Conciliatoria en su tono, asumía la postura tradicional del bando cuyas operaciones militares resultan favorables: ganaba tiempo. Los soviéticos negaban que lo que sucedía en el subcontinente representara un acontecimiento crucial. En una forma más elegante seguía los planteamientos de la TASS y apelaba a la solución política en Pakistán Oriental como condición previa para el cese de fuego. Y la definición soviética de solución política era idéntica a la de la India, es decir la independencia inmediata. Resultaba claro que Moscú deseaba que continuara la guerra.

Nixon, siguiendo mi recomendación, respondió ordenando la dilación en las negociaciones económicas con Moscú. Resultaba más fácil decirlo que hacerlo. Para ese entonces muchos departamentos tenían tantos intereses creados en el comercio entre el Este y el Oeste como para proteger sus pistas, aunque sólo fuera con la inercia para cumplir las órdenes. La resistencia era liderada por el secretario de comercio Stans que reflejaba el apasionado principio de muchos hombres de negocios según el cual no se debe sacrificar las ganancias a la política. Además Stans —evidentemente un anticomunista apasionado— creía haber establecido una buena relación personal con los líderes soviéticos y no deseaba malograrla por arcanas maniobras diplomáticas a miles de kilómetros.

El 7 de diciembre, Yahya nos informó que Pakistán Oriental se estaba desintegrando. Para nosotros la jornada se inició con un editorial del *Washington Post* que atacaba vivamente la política de la administración en el subcontinente, calificando el cese de nuestra ayuda a la India como «incomprensible», «puramente punitivo» y refiriéndose a sus razones como «dignas de risa». El *Post* llegó a esa conclusión el mismo día en que se disiparon las últimas dudas y se determinó que la situación había escapado a la libre determinación de Pakistán Oriental. Supimos de una fuente de la cual nunca tuvimos motivos para dudar —y aún no lo dudo— que la Sra. Gandhi estaba decidida a reducir a la impotencia también a Pakistán Occidental. Había señalado que la India no aceptaría ninguna convocatoria a la Asamblea General para un cese del fuego hasta tanto se «liberara» Bangladesh. Tras esto, la India procedería a la «liberación» de la zona sur de Azad Cachemira —la zona pakistani de Cachemira— y continuaría luchando hasta que el ejército y las fuerzas aéreas pakistani fueran destruidos. En otras palabras Pakistán Occidental sería desmembrado para quedar indefenso. La Sra. Gandhi también dijo a sus colegas que si los chinos «blandían la espada», los soviéticos cumplirían la promesa de efectuar la acción defensiva apropiada (*). Otros informantes indicaban que esto significaba una acción militar de distracción contra China en Sinkiang. Pakistán —Pakistán Occidental— no podía sobrevivir de ninguna manera ante esa combinación de presiones, y no se excluía una guerra chino-soviética.

Con tales antecedentes efectué un informe a la prensa que luego se convirtió en un tema muy controvertido. Lo hice porque Rogers había prohibido al personal del Departamento de Estado que diera informaciones públicas, ya que las divulgaciones no autorizadas y masivas tendían a minar lo que repetidamente ordenaba el presidente y porque era necesario presentar coherencia en nuestra posición. Yo aspiraba a aplicar vigorosamente nuestro razonamiento, a prevenir a la India sin dejar de asegurarle nuestra buena voluntad fundamental y a tratar de transmitir a los soviéticos que la situación se estaba tornando seria. Negué que la administración fuera «anti-india». Acentué que no habíamos perdonado la represión pakistani efectuada en Bengala Oriental en marzo de 1971. Habíamos terminado con la ayuda militar y efectuado los mayores esfuerzos para promover la solución política entre el gobierno pakistani y los oficiales de Bangladesh en Calcuta. No obstante opinábamos que la India era responsable de la guerra. India, señalé, «podía habernos dado un calendario o podía haber aguardado la instauración de un gobierno civil, que se implantaría sólo tres semanas más tarde, para probar si así surgía algún cambio en la situación...». Habíamos llegado a la conclusión de que «las acciones militares se

(*) Estos informes relativos a la ponderación india —entre las más importantes razones de nuestra política— fueron publicados por Jack Anderson sin entender, aparentemente, cuál era su significado (8).

habían iniciado sin mediar una causa adecuada». La India menospreció o ignoró nuestras propuestas. Previne a la Unión Soviética que tenía la obligación de actuar como una fuerza moderadora porque «los intentos de lograr ventajas unilaterales conducirían tarde o temprano a una escalada de tensiones que echaría por tierra las perspectivas de distensión» (9). Creía entonces y aún lo sigo creyendo, que esto representaba una justa exposición de los hechos.

George Bush, siguiendo instrucciones, avanzó un paso más en la ONU al rotular a la India como agresora. La solución auspiciada por nosotros en la Asamblea General, sobre el cese del fuego y la retirada de las fuerzas, obtuvo abrumador apoyo y se aprobó, como ya dije, por 104 votos contra 11. Pero ni nuestros informes ni la superioridad numérica del apoyo de la opinión mundial suavizaron las críticas de los medios de difusión y del Congreso. El *New York Times* ridiculizó mi argumento en el sentido de que podía haberse llegado a un acuerdo con Yahya. El *Washington Post* siguió expresando sus «serias reservas sobre la política pro-pakistaní del Sr. Nixon».

Para nosotros el problema residía en ese momento en evitar el desmembramiento de Pakistán Occidental. Dije al WSAG el 8 de diciembre:

Miremos ahora el problema central. Si la India se vuelve contra Pakistán Occidental, toma Azad Cachemira y aplasta las fuerzas aéreas y los tanques pakistaníes, varias cosas son inevitables. ¿Debemos nosotros, en plena conciencia, permitir la liberación de las mismas fuerzas desintegradoras en Pakistán Occidental como en el Oriental? Beluchistán y otros problemas comparables están destinados a destacarse, tal como indicara la Sra. Gandhi al presidente y como dijera en el seminario de la Universidad de Columbia en Nueva York. Entiendo que Pakistán quedaría indefenso y que Pakistán Occidental se convertiría en un estado vasallo.

CLIMAX: UNA DECISIÓN IRREVOCABLE

En realidad la única carta que nos quedaba por jugar consistía en demostrar a Moscú que corría el riesgo de poner en peligro intereses más importantes. Reconociéndolo, Nixon me sugirió en la tarde del 8 de diciembre que quizás podíamos cancelar la reunión cumbre de Moscú. Esto demostraba las dimensiones del disgusto del presidente pero no significaba necesariamente que tenía intenciones de que yo llevara adelante la sugerencia. La decisión tenía la ventaja adicional de establecer un precedente histórico de reciedumbre. Podía usarse posteriormente para demostrar que nuestros asociados habían titubeado mientras nosotros nos mantuvimos como una roca en un mar agitado. Antes de terminar la semana habría de comprender que aceptar literalmente las palabras del presidente significaba correr el riesgo de ganar su enojo. Pero en ese momento respondí a Nixon que esa actitud era prematura. Aún no habíamos recibido la respuesta oficial de Brezhnev al mensaje presidencial del 6 de diciembre. Y una vez comprometidos públicamente, los soviéticos no tendrían más incentivo para detener el asalto indio a Pakistán. Pero yo estaba en favor de acelerar las presiones, manteniendo en reserva la amenaza de cancelar la reunión cumbre. «El mayor problema de este momento es lograr que los rusos nos sigan respetando», dije. «Debemos evitar que la India ataque Pakistán Occidental: ése es nuestro principal objetivo». Si no hacíamos absolutamente nada «provocaremos que los soviéticos desencadenen acciones verdaderamente recias». Repetí lo mismo a Helms: «Si no hacemos nada es seguro que perderemos. Si hacemos algo, y lo hacemos con la suficiente audacia y con otros pasos simultáneos, podríamos lograr que los rusos abandonen sus juegos».

El 9 de diciembre recibimos la respuesta de Brezhnev. En cierta forma nos daba esperanzas, pues proponía el cese del fuego y la reiniciación de las negociaciones en Pakistán entre las partes en el mismo punto, decía el mensaje, en el cual se habían interrumpido. Si con esa actitud los soviéticos intentaban apremiar a las partes a retornar a las posiciones del 25 de marzo, había una promesa en el contenido. Suministraba un mínimo para iniciar negociaciones que, podía decirse, comenzaban dentro del marco de un Pakistán unificado aun cuando la independencia de Bangladesh estuviera preestablecida. Brezhnev también pedía negociaciones con Mujib, lo que llevaría tiempo. Este podía ser un medio para ganar tiempo mientras indagábamos sobre el significado de la propuesta de Moscú. Y debíamos asegurarnos de que la India no aprovechara el intervalo para llevar adelante su intención de destruir Pakistán Occidental.

La nefasta posibilidad se hizo más evidente en la conversación que sostuvieran el embajador indio y el subsecretario de estado. John Irwin citó a Jha a fin de que India diera la seguridad de que no tomaría territorio de Pakistán Occidental, incluido Azad Cachemira. Jha respondió que no existían intenciones de anexionar territorio en el Oeste pero que, sin embargo, debía consultar a Nueva Delhi con respecto a Azad Cachemira. (India jamás reconoció que Cachemira fuese parte de Pakistán y en consecuencia afirmaba que no desmembraba a Pakistán.) Concluyó la reunión con la afirmación efectuada por Irwin en el sentido de que nos aproximábamos a un 'climax' en las relaciones indo-norteamericanas.

Pakistán no tenía forma de sobrevivir a las pérdidas simultáneas de Bengala y de Cachemira; todas las fuerzas centrífugas quedarían en libertad. Utilizamos la visita realizada por el ministro de agricultura soviético Vladimir Matskevich al secretario de agricultura Earl Butz el 9 de diciembre como pretexto para recalcar nuestro sombrío punto de vista. Matskevich se mostró muy sorprendido cuando le invitaron a entrevistarse con el presidente en la Oficina Oval. Obstinado, espontáneo, chispeante y de cándida buena voluntad, Matskevich era portador de un saludo personal de Brezhnev, que aguardaba con impaciencia la reunión cumbre de Moscú. Nixon replicó que todo progreso en las relaciones norteamericano-soviéticas estaba amenazado por la guerra en el subcontinente. Insistíamos en el cese del fuego. Si la India lanzaba sus fuerzas contra Pakistán Occidental, los Estados Unidos no permanecerían quietos. Nixon añadió: «La Unión Soviética tiene un tratado con la India, nosotros tenemos otro con Pakistán. Debe Vd. reconocer la urgencia del cese de hostilidades y de un arreglo político para la crisis». Matskevich se encontraba en una posición espléndida para alegar que ése era un tema de alta política que escapaba a su competencia. Tampoco Vorontsov, que lo acompañaba, estaba en condiciones de ilustrarnos al respecto. Fue así como se ganó más tiempo para nuevos avances indios.

Las tensiones de nuestro gobierno salieron a la superficie el 9 de diciembre, cuando Nixon fuera de sí por los comentarios periodísticos que hacían referencia a varios altos miembros del cuerpo diplomático norteamericano que se oponían a la «tendencia anti india» del presidente, reunió a los principales funcionarios del WSAG. Les dijo que si bien no insistía en que el Departamento de Estado fuera leal con el presidente, afirmaba que debía guardar lealtad para con los Estados Unidos. Fueron comentarios emocionales que Nixon lamentó más tarde y que le restaron mucho apoyo. El Departamento de Estado era leal con su país según su propio criterio, el cual, evidentemente, discrepaba con la política presidencial. Y por otra parte, cumplía con las instrucciones impartidas por su secretario. Como dije a Alex Johnson, los cables con instrucciones dirigidas a Keating para criticar a Nueva Delhi tardaban semanas en ser redactados y pulidos. Los cables a Islamabad criticando a Pakistán se despachaban milagrosamente en dos horas.

El motivo fundamental, que muchos se negaban a ver, era que la Unión Soviética y la India hubieran podido terminar la crisis (y nuestras discusiones internas) con un simple gesto. Todo cuanto necesitábamos para que la situación siguiera su curso era la seguridad de que no se efectuarían ataques a Pakistán Occidental y que no se amputaría a Cachemira. Entonces la guerra de Pakistán Oriental hubiese decrecido por efectos de su propio impulso. Las fuerzas indias, con un margen de superioridad de seis a uno, dominaban en forma evidente. Pero era precisamente esa seguridad la que la India se negaba a dar y la Unión Soviética a alentar. Jha continuaba sin recibir instrucciones de Nueva Delhi. Vorontsov no se pronunció ni aun después de la intervención de Nixon.

El 10 de diciembre elaboramos con Yahya una nueva propuesta para las Naciones Unidas basada en la sugerencia de Brezhnev en el sentido de que se reiniciaran las negociaciones en el mismo punto en que se habían dejado. Nuestra propuesta dejaba de lado la exigencia de una retirada india y solicitaba que el cese del fuego y la detención fueran controlados por representantes de la ONU tanto en el Este como en el Oeste. Tan pronto como tuviera lugar el cese de fuego se iniciarían negociaciones dirigidas al retiro de tropas y a la satisfacción de las aspiraciones de los bengalíes. En resumen, Pakistán, a cambio de la terminación de las operaciones militares indias en el Oeste, estaba preparado para establecer el statu quo militar en el Este (casi totalmente ocupado por la India en ese momento) y para iniciar negociaciones cuyo único resultado posible sería el surgimiento del nuevo estado independiente de Bangladesh.

Sometí la propuesta a Vorontsov durante la mañana del 10 de diciembre. La acompañaba una carta de Nixon para Brezhnev en la cual se establecía que las propuestas de Brezhnev para el logro de una solución política en Pakistán Oriental se hallaban en proceso de aceptación. «Esto debe ser seguido por un cese inmediato del fuego en el Oeste». Siguiendo el mismo proce-

dimiento de la crisis de Cienfuegos, leí a Vorontsov las notas del 5 de noviembre de 1962 en las que los Estados Unidos prometían ayuda a Pakistán en caso de agresión india. Le previne que cumpliríamos con esta promesa. Vorontsov carecía de instrucciones, por supuesto. Tampoco tuvimos noticias suyas durante cuarenta y ocho horas.

«En política exterior», dijo Bismarck en una ocasión, «el valor y el triunfo no tienen un vínculo casual: son idénticos». Nixon tenía muchos defectos, pero en los momentos de crisis era notoriamente valiente. Una fuerza de portaaviones que teníamos en alerta recibió en ese momento la orden de dirigirse hacia la Bahía de Bengala con el objetivo aparente de evacuar a los norteamericanos pero con el fin real de enfatizar nuestras exhortaciones en contra de un ataque a Pakistán Occidental. Retuvimos las naves al este del estrecho de Malaca, a unas veinticuatro horas de viaje por mar de la Bahía de Bengala, debido a que yo quería consultar con los chinos antes de dar el siguiente paso. Al explicarle a Mel Laird la finalidad del movimiento de unidades de mar, le señalé que reconocíamos la ocupación india de Pakistán Oriental como un hecho consumado y que nuestro objetivo consistía en provocar temor ante la posibilidad de un ataque a Pakistán Occidental. (No le agregué que queríamos también tener las fuerzas en posición para el caso de que la Unión Soviética ejerciera presión sobre China.) Como siempre sucedía en medio de las crisis, Laird se mostró solidario y dispuesto a dar su apoyo.

Antes de mi partida hacia Nueva York para celebrar una reunión secreta con Huang Hua, recibí noticias de que el comandante pakistani en Pakistán Oriental había ofrecido un cese del fuego. El Departamento de Estado estaba alborozado. En la diaria discusión del WSAG, Alex Johnson discutió cómo llevarlo a la práctica. Yo me sentí desconcertado. Un cese del fuego por separado en el Este estaba exactamente en contra de lo que acababa de proponer a los soviéticos. Solucionaría el conflicto del Este, que ya declinaba, pero aumentaría nuestra principal preocupación al liberar al ejército y a la fuerza aérea de la India para un ataque total a Pakistán Occidental. Sabíamos que la Sra. Gandhi había ordenado un rápido traslado del ejército indio hacia el Oeste y un ataque total tan pronto concluyeran las operaciones contra Pakistán Oriental. Cité al embajador pakistani Raza y lo exhorté a que lograra que las propuestas de cese del fuego fueran compatibles con lo que ya habíamos convenido con Yahya. El WSAG aceptó hacer lo mismo por vía oficial. Un cese de fuego debía incluir *conjuntamente* a Pakistán Oriental y a Pakistán Occidental, de lo contrario el peligro en el Oeste aumentaría en la medida en que concluyesen las operaciones en Bengala. En consecuencia, Islamabad retiró temporalmente su propuesta de cese de hostilidades en el Este. Pero resultaba claro que así obtendríamos tan sólo un breve respiro. En poco tiempo más el ejército pakistani del este sería destruido, y las tropas indias estarían libres para lanzarse al asalto planificado sobre Pakistán Occidental. Era imperioso que forzáramos un desenlace.

Huang Hua y yo nos reunimos alrededor de las seis en el departamento del edificio sin ascensor de la CIA en el este de Nueva York. Sus paredes recargadas de espejos y sus pinturas chillonas sugerían otros propósitos que no eran precisamente la reunión de un representante del régimen puritano de los comunistas con el ayudante de un presidente, intentando salvar un lejano país, motivo de nuestra presencia allí.

Resumí en detalle a Huang Hua nuestro intercambio con todas las partes, incluidos los soviéticos. Le hablé de la información digna de todo crédito que obraba en nuestro poder acerca de los planes indios de destruir las fuerzas armadas de Pakistán Occidental. Llegamos a la desagradable conclusión de que si queríamos salvar a Pakistán de la total destrucción debíamos ejercer el máximo de nuestra presión política para lograr un cese del fuego como lo proponía el proyecto elaborado con Yahya. Ninguna otra acción evitaría la ofensiva planificada por la India contra Pakistán Occidental, cuyo éxito estaba predeterminado. Nosotros cumplíamos con nuestra parte estacionando una fuerza operativa de portaaviones en las proximidades del estrecho de Malaca.

Huang Hua, que evidentemente carecía de instrucciones, asumió una línea dura. Insistió en que un cese del fuego significaba una confabulación objetiva con los soviéticos. Se recompensaba la agresión. Pakistán Oriental habría sido sacrificado a fuerzas superiores. No debíamos abandonar el principio de la retirada india como condición *previa* a las negociaciones. Respondí en forma aguda que si Pakistán y China insistían en tal posición, procederíamos en concordancia en nuestra votación en la ONU. Pero de todos modos sería ineficaz: sería caer exactamente en manos de la estrategia de los indios y de los soviéticos para desmembrar *todo* Pakistán. Luego Huang Hua se refirió a la verdadera preocupación china: se estaba sentando el precedente de

que otros países podían también desmembrarse por la confabulación indo-soviética. Le repliqué que los Estados Unidos no permanecería indiferente ante nuevas maniobras soviéticas. Un ataque a China, especialmente, podría tener graves consecuencias. Era en realidad ése el motivo por el cual nos habíamos mantenido con tanta firmeza desafiando a la opinión pública, al Congreso y a la mayoría de los miembros de nuestra burocracia. Habíamos llegado hasta a movilizar nuestra flota hacia la zona amenazada. Se trataba de un estado de cosas realmente extraordinario: colaborábamos tácita, si no activamente, con un país al cual no reconocíamos. Huang Hua dijo que informaría al premier Chou En-lai sobre nuestros puntos de vista. Por ahora podía decirme —añadió— que China no dejaría jamás de luchar mientras existiera un rifle en sus armerías, y que seguramente incrementaría su ayuda a Pakistán. Tomé estas palabras —más tarde comprendí que equivocadamente— como una indicación de que China podría intervenir militarmente aún en esa etapa tardía.

Para incrementar las presiones sobre los soviéticos destinadas al cese del fuego, hice que Haig llamara a Vorontsov en la noche del 10 de diciembre, para informarle que los Estados Unidos tomarían firmes medidas, incluyendo movimientos de unidades navales, en caso de no recibir a la brevedad una respuesta satisfactoria a nuestra propuesta.

A la mañana siguiente, hallándome aún en la ciudad de Nueva York, me encontré para desayunar con Zulfikar Ali Bhutto, que había sido nombrado pocos días antes primer ministro delegado, en el elegante departamento que nuestro embajador en la ONU posee en las Torres del Waldorf. El papel chino de las paredes y los discretos camareros lograban casi hacer olvidar que a unos doce mil kilómetros de distancia colgaba de un hilo el futuro del país al cual pertenecía mi huésped. Elegante, elocuente y sutil, Bhutto era por lo menos un representante capaz de competir con los dirigentes indios en la lucha por atraer la atención pública. Su pasado era abigarrado. Artífice de la amistad de Pakistán con China en un momento en que los dirigentes norteamericanos contemplaban la República Popular como una amenaza a la paz mundial, no dejaba de entonar cánticos demagógicos anti-norteamericanos si le resultaba útil a sus propósitos dentro de su país. El legado de desconfianza, engendrado por su conducta aparatosa y a veces por sus actitudes cónicas, obsesionó a nuestro gobierno a lo largo de la vida política de Buttho. Yo lo encontraba brillante, encantador, poseedor de una penetración de talla mundial. Era capaz de distinguir la postura de la política. No soportaba con paciencia a los tontos y como eran muchos los que tenía que enfrentar, recogió más enemigos que la cuota normal. No se sentía realmente cómodo con el ritmo laborioso de los dirigentes militares pakistaníes. No hay duda que posteriormente se dejó arrastrar por el exceso de confianza en sí mismo y por su habilidad para maniobrar. Pero en los días de la tragedia que asolaba a su país supo mantener unidos los restos de su nación e infundir confianza a sus habitantes. En su hora de mayor necesidad salvó a su país de la total destrucción. Más tarde sucumbió por su exceso de orgullo. Pero la valentía y visión que demostró en 1971 debió valerle un destino mejor que el final trágico al que lo sometieron sus conciudadanos y que ensombreció la fama de clemencia que se les adjudicaba.

Cuando nos encontramos el 11 de diciembre, dije a Bhutto que Pakistán no se salvaría a través de la retórica de reciedumbre y burla, y que era necesario establecer una línea de acción que pudiésemos sustentar. Habíamos llegado al límite de las posibilidades: «No se trata de que no querramos ayudarlos, queremos protegerlos. Suena espléndidamente la proclama de principios, pero finalmente somos nosotros los que debemos asegurar su supervivencia». Lo insté para que elaboraran una postura en común con los chinos. No aceptaríamos que nos golpearan los mismos a quienes habíamos tratado de ayudar. Si se mantenían firmes les ayudaríamos a que la ONU aceptara resoluciones de forma pero perderíamos la capacidad de ser efectivos. Las próximas cuarenta y ocho horas habrían de ser decisivas. No las perderíamos posando para los libros de historia, le dije.

Bhutto actuó formal y comprensivamente. Conocía los hechos tan bien como yo; era un hombre sin ilusiones, preparado para hacer lo que fuese necesario, aunque resultara doloroso, para salvar lo que quedaba en pie de su país. Los chinos estaban desconcertados, me dijo, por el evidente cisma de nuestro gobierno. Durante la semana han escuchado demasiadas declaraciones contradictorias, desde el discurso pronunciado por George Bush acusando la agresión india hasta el informe del Departamento de Estado admitiendo una estricta neutralidad. ¿Qué pueden pensar? Le dije que los desacuerdos no eran ningún secreto, pero que tampoco era un secreto la posición de Nixon y mía, y la Casa Blanca era quien efectuaba la decisión final. Era su obligación colaborar con los que queríamos salvar a Pakistán Occidental. No permitiríamos que nuestros

opositores internos lograran el objetivo de confundir a nuestros amigos. Finalmente Bhutto y yo convinimos en que, si los rusos no respondían antes del mediodía siguiente, devolveríamos el problema al Consejo de Seguridad, tomando como pretexto el inminente fin de las hostilidades en Pakistán Oriental. Comenzaríamos exigiendo un cese del fuego y la retirada india, pero estableceríamos un simple cese del fuego aceptando en realidad el hecho consumado indio en Bengala. Debía confiar en Bhutto para asegurarme de que los chinos entendían nuestra posición.

De regreso a Washington, llamé a Vorontsov para informarle que tenía plazo hasta el 12 de diciembre y que de lo contrario procederíamos unilateralmente. Vorontsov me respondió que el ministro del exterior delegado, Vasily Kuznetsov había sido despachado a Nueva Delhi para efectuar arreglos destinados al logro de resultados satisfactorios y para exhortar a los indios a la moderación. Dije a Nixon que probablemente esto fuera verdad. Los indios no necesitaban del visitante soviético para fortalecer su decisión de destruir Pakistán y conocíamos a Kuznetsov como a un profesional moderado. Pero ya fuera que los soviéticos estuvieran presionando para el cese del fuego o incitando a los indios, nuestro rumbo sería el mismo. Debíamos aumentar las presiones hasta que la India nos asegurara que habría un cese de hostilidades y que no se produciría la anexión de la zona Occidental.

La India no estaba aún preparada para ninguna de estas contingencias. El ministro del exterior Singh, que se hallaba en Nueva York, objetó la devolución del problema a las Naciones Unidas y dijo que no existiendo decisión por parte de la ONU no era pertinente una resolución de cese del fuego. Negó bajo juramento que tuvieran ambiciones territoriales en Pakistán Occidental, pero aceptó, en forma notoria y a continuación, que la India no reconocía a Azad Cachemira como parte de Pakistán. Por fin el embajador Jha envió una respuesta a la pregunta que le enviara el subsecretario Irwin dos días antes, referida a las intenciones indias. Él también negaba la existencia de ambiciones territoriales, pero dejando al mismo tiempo abierta la opción sobre Cachemira. Cachemira, argumentó, pertenecía a la India y los pakistaníes se habían apropiado ilegalmente de la zona que retenían. Reunidas todas las frases conciliadoras, su significado era el de una evasiva meticulosa. La India y la Unión Soviética seguían negándose a reconocer el statu quo territorial en el Oeste y dejaban abierto con premeditación la posibilidad de una anexión que podía lograrse únicamente mediante la destrucción total del ejército pakistaní y la subsiguiente desintegración de Pakistán.

Tal era la situación cuando nos reunimos en la Oficina Oval Nixon, Haig y yo en la mañana del domingo 12 de diciembre, poco antes de que Nixon y yo partiéramos hacia las Azores para reunirnos con el presidente francés Pompidou. Existía una sensación de premura. Esperábamos algún tipo de reacción por parte de los chinos como respuesta a mi conversación con Huang Hua. Era característico de la administración Nixon que ni el secretario de estado ni el de defensa ni ningún otro representante de sus departamentos concurriera a esa reunión crucial donde se tomara, como se vería posteriormente, la primera decisión que suponía un riesgo de guerra en la relación soviético-china-norteamericana.

Rogers se hallaba en una reunión de la OTAN cuando la guerra se extendió a Pakistán Occidental. A su regreso hizo notar su disgusto con la política presidencial prohibiendo que Joe Sisco apareciera en televisión para defenderla. Como siempre, Nixon no estaba preparado ni para enfrentar a su viejo amigo ni para invalidar su actitud. Y Rogers no tenía ganas de verse comprometido. El resultado de la crisis no sería glorioso y evitar la catástrofe podría ser el único éxito, cosa que evidentemente no invitaba a la ovación.

Fue así como nos reunimos en la Oficina Oval Nixon, Haig y yo, en la soledad que envuelve a todas las crisis, rodeados de presiones en conflicto, de conjeturas y de tensiones gradualmente erigidas que evidentemente habrían de golpear sin que se supiera aún dónde. Vorontsov nos interrumpió a las 10,05 de la mañana para decirnos que la respuesta soviética se hallaba en camino. Esta nos aseguraba que la India no tenía intenciones agresoras para con el Oeste... pero una vez más guardaba silencio en el punto clave: sus propósitos territoriales en Cachemira. Resultaba tan compatible con una maniobra para ganar tiempo y llegar al hecho consumado, como lo era con un auténtico deseo de conciliación. Decidimos que la mejor forma de hacer notar la importancia que le asignábamos a la crisis era remitirla a las Naciones Unidas. Esta actitud nos daría la oportunidad para acentuar la urgencia de la situación así como también para enunciar nuestra propuesta de un cese del fuego.

En consecuencia a las 11,30 de la mañana enviamos un mensaje, que redactamos Haig y yo, por el teléfono rojo a Moscú a fin de mantener firmes las presiones. Fue la primera vez que se usó

el teléfono rojo en la administración Nixon (*). En realidad sabíamos que ese nexo telegráfico entre Moscú y Washington operaba con mayor lentitud que las comunicaciones procedentes de la embajada soviética. Pero confería un sentido de urgencia que posiblemente contribuyera a acelerar la decisión soviética. El mensaje de una carilla enviado por el teléfono rojo declaraba que luego de aguardar setenta y dos horas la respuesta soviética a la conversación mantenida con Vorontsov y Matskevich, el presidente había «puesto en marcha ciertas mociones» ante el Consejo de Seguridad de la ONU que tenían carácter irreversible. «Debo hacer notar también que las promesas de la India no son aún concretas. Sigo preparado para proceder en los términos establecidos en mi carta del 10 de diciembre»; en otras palabras, el perentorio cese del fuego y las inmediatas negociaciones. El mensaje de Nixon concluía así: «Deseo hacer recalcar con toda firmeza que el tiempo es un elemento esencial para evitar las consecuencias que ninguno desea enfrentar».

Cuando acabábamos de terminar de despachar el mensaje a Moscú por el teléfono rojo, recibimos noticias de que Huang Hua necesitaba verme con una respuesta urgente de Pekín. Era una actitud sin precedentes, ya que con anterioridad los chinos habían guardado invariablemente los mensajes hasta tanto *nosotros* solicitásemos una entrevista... una encantadora herencia del Reino Medio. Presumimos que sólo un asunto de gravedad podía haberlos inducido a tomar tal posición. Supusimos que se trataba de una ayuda militar de Pekín a Pakistán, insinuación que creí percibir cuarenta y ocho horas antes en mi conversación con Huang Hua. Si era verdad, nos encontraríamos en visperas de una confrontación decisiva. Porque si China efectuaba acciones militares, la Unión Soviética, de acuerdo a la información que poseíamos, estaba comprometida a usar la fuerza contra China. Tendríamos que decidir entonces si prestaríamos nuestra ayuda al país que hasta un año atrás habíamos considerado como nuestro más implacable enemigo.

Nixon comprendió inmediatamente que si la Unión Soviética triunfaba en su esfuerzo por humillar a China, desaparecería toda posibilidad de lograr el equilibrio mundial. Decidió, y yo estuve plenamente de acuerdo, que en caso de que la Unión Soviética atacara a China nosotros no asumiríamos una actitud pasiva. El país, al que no habíamos reconocido y con el cual no habíamos mantenido prácticamente contacto alguno durante dos décadas, obtendría, por lo menos en estas circunstancias, alguna ayuda de importancia. La naturaleza exacta de dicha ayuda se establecería cuando surgieran las circunstancias. Nixon tomó la decisión sin informar ni al secretario de estado ni al secretario de defensa, forma que no era la ideal para manejar una crisis. Debido a que Nixon y yo partíamos hacia las Azores, Al Haig y Win Lord deberían dirigirse a Nueva York para recibir el mensaje chino. Si el mensaje contenía lo que sospechábamos y temíamos, Haig tenía instrucciones de responder a los chinos que Norteamérica no ignoraría la intervención soviética. A los efectos de suministrar recursos militares para hacer efectiva nuestra estrategia y para reforzar el mensaje dirigido a Moscú, Nixon ordenó a la flota de portaaviones que avanzara a través del estrecho de Malaca hasta la bahía de Bengala.

Era apremiante determinar cuáles eran las intenciones de los soviéticos y convencerlos al mismo tiempo de que estábamos dispuestos a actuar. A las 11,45 llamé por teléfono a Vorontsov para informarle acerca del mensaje del teléfono rojo y del proyectado movimiento de flota, reafirmando también nuestro permanente deseo de colaborar conforme a los planteamientos de la carta dirigida a Brezhnev por el presidente —es decir, aceptar el inmediato cese del fuego—. Remitimos el problema al Consejo de Seguridad, pero estábamos dispuestos a conducir el debate de la ONU en tono conciliador. La elección quedaba en manos de la Unión Soviética. Vorontsov sugirió, basándose en sus propios informes de Kuznetsov, que nuestros objetivos eran comunes. Esperaba que para cuando se reuniera el Consejo de Seguridad, los esfuerzos realizados por los soviéticos en Nueva Delhi hubiesen dado resultados. Le respondí que el tiempo apremiaba.

Al mediodía, Ron Ziegler anunció que en vista del continuado desafío de la India ante la exigencia efectuada por la mayoría abrumadora de la Asamblea General para que cesaran las hostilidades, los Estados Unidos remitían ahora el problema al Consejo de Seguridad. Advertía: «Con Pakistán Oriental prácticamente ocupado por tropas indias, la prosecución de la guerra asumiría cada vez más el carácter de un ataque armado contra un país miembro de las Naciones Unidas».

Pero el mensaje chino no era lo que suponíamos. Por el contrario, aceptaba los procedimientos

(*) Posteriormente, Brezhnev usó el teléfono rojo durante la alarma de octubre de 1973 en la guerra de Medio Oriente.

de la ONU y la solución política que le había bosquejado a Huang Hua cuarenta y ocho horas antes, en la cual se solicitaba solamente el cese de fuego y la retirada, pero estableciendo que el cese del fuego fuera inmediato. El análisis efectuado por Chou En-lai coincidía con el nuestro. Asombrosamente, Pakistán, China y —si se podía creer en Vorontsov— la Unión Soviética trabajaban ahora en el mismo sentido bajo nuestra égida. Pero Nixon lo ignoraba cuando tomó su solitaria y valiente decisión. Si las cosas hubieran sucedido como habíamos anticipado, no hubiésemos tenido otra posibilidad que la de ayudar de alguna forma a China aun con la posible oposición de muchos miembros del gobierno, de los medios de comunicación y del Congreso. Y estábamos aún en medio de la guerra en Vietnam. Las críticas históricas que se efectúen sobre Nixon, cualesquiera sean sus conclusiones, no podrán dejar de puntualizar la valentía y patriotismo que demostró al tomar la decisión, a riesgo de un interés político inmediato, destinada a proteger el equilibrio mundial de poderes, en salvaguardia final de todos los pueblos libres.

Cuando recibimos el mensaje chino, contuvimos el movimiento de la flota durante veinticuatro horas a fin de dar a Moscú la oportunidad de responder al mensaje del teléfono rojo. La respuesta llegó, también por el teléfono rojo, a las 5 de la mañana del 13 de diciembre mientras el presidente y yo estábamos en las Azores. Repetía lo que ya nos había dicho Vorontsov: los soviéticos estaban «efectuando en la India una clarificación de todos los acontecimientos». Nos informarían sobre sus resultados sin demora. En consecuencia el problema quedó exactamente como lo definiera George Bush, según nuestras instrucciones, en el Consejo de Seguridad la noche anterior:

Surge ahora la duda en cuanto a las ulteriores intenciones de la India. Por ejemplo, ¿tiene intenciones la India de utilizar la situación actual para destruir el ejército pakistani en el Oeste? ¿Tiene intenciones de usar los contraataques efectuados en el oeste por los pakistaníes para anexionar territorio de Pakistán Occidental? ¿Es su objetivo tomar parte de la zona de Cachemira controlada por Pakistán, contrariando las resoluciones del Consejo de Seguridad de 1948, 1949 y 1950? Si no fueran ésas las intenciones indias, se hace necesaria una rápida desautorización. El Mundo tiene derecho a saber cuáles son las intenciones de la India. Los objetivos de Pakistán se han clarificado: aceptó la resolución de la Asamblea General aprobada por una votación de 104 contra 11. Mi gobierno ha formulado esta pregunta al gobierno indio repetidas veces durante la semana pasada. Lamento informar al Consejo que las respuestas indias no han sido satisfactorias ni tranquilizadoras.

Nuestra flota atravesó el estrecho de Malaca hasta la bahía de Bengala captando la atención de los medios de difusión. ¿Estábamos amenazando a la India? ¿Queríamos defender a Pakistán? ¿Habíamos perdido la cabeza? Se trataba de cálculos prudentes. Teníamos alrededor de setenta y dos horas para que terminara la guerra antes de que Pakistán Occidental fuera barrido por el torbellino. Ese era el tiempo que necesitaba la India para desplazar sus fuerzas y montar el asalto. Una vez destruidos el ejército y la fuerza aérea pakistaniés, la impotencia garantizaría la desintegración final del país. Era necesario advertir a los soviéticos que la situación también podía escapar a nuestro control. Debíamos estar preparados para respaldar a los chinos si a último momento éstos decidían por fin intervenir, habiendo fracasado nuestra iniciativa en la ONU. El Kremlin necesitaba una excusa para acelerar las presiones que afirmaba ejercer sobre la India. Aunque pareciera improbable un movimiento militar en contra de la India, no podíamos dar a la parte contraria una seguridad total. Era posible que no pudieran aceptar ni el menor riesgo de que procediéramos irracionalmente. Era también la mejor manera de dividir a la Unión Soviética y la India. Moscú estaba preparado para hostigarnos, pero a nuestro juicio no estaba preparado para correr un riesgo de orden bélico. El movimiento de la flota hacia la Bahía de Bengala no nos comprometía a asumir una actitud decisiva, pero creaba precisamente el margen de incertidumbre necesario para forzar una decisión de Nueva Delhi y de Moscú.

El 14 de diciembre a las 3 de la mañana se presentó Vorontsov para entregar en mano a Al Haig una nota soviética oficial. Un memorándum manuscrito de nueve páginas manifestaba ver «un acercamiento considerable en nuestra posición». Informaba sobre «firmes compromisos de la conducción india en el sentido de no tener planes para apoderarse de territorio perteneciente a Pakistán Occidental». Esto constituía un pequeño progreso, pero dejaba aún sin respuesta el hecho principal de que la India considerara como territorio pakistani la zona de Ca-

chemira que retenía Pakistán. Y guardaba silencio en el tema del cese del fuego. Tampoco se había escuchado una palabra procedente de la India. Y si no cesaba el fuego rápidamente, el ejército indio estaría en condiciones de acometer contra Pakistán Occidental convirtiendo así en académicas todas nuestras discusiones.

Fue por ello que en mi vuelo de regreso de las Azores dije al grupo de prensa en el *Fuerza Aérea Uno* que la conducta soviética en el subcontinente no era compatible con las mutuas limitaciones necesarias para la verdadera coexistencia. Si continuaba tal estado de cosas, deberíamos volver a evaluar la totalidad de nuestras relaciones, incluyendo la reunión cumbre. No había aclarado específicamente este último punto con Nixon ya que daba por sentado que reflejaba su pensamiento desde el momento en que me lo había mencionado directamente el 8 de diciembre. La amenaza de cancelar la reunión cumbre fue motivo para que el *Washington Post* rompiera con las reglas de la información básica identificándome como el portavoz en nombre del «derecho del pueblo a saber». Fue un acceso momentáneo de puritanismo doctrinario del cual se repuso posteriormente el *Post* a fin de ser invitado a otras reuniones informativas.

El alboroto resultante ocupó la mayor parte del 15 de diciembre. Aun cuando surgieron enfurecidas desautorizaciones del Departamento de Estado y hasta algunos desmentidos públicos de Ron Ziegler, el mensaje llegó a Moscú, que entonces comprendió que mi voz reflejaba el curso probable del pensamiento presidencial. (En realidad, si mis críticos dentro de la burocracia hubieran analizado la situación, habrían entendido que no me hubiese sido posible sobrevivir en otras condiciones, y mucho menos prevalecer). Vorontsov apareció varias veces con comentarios cada vez más urgentes de complacencia y con solicitudes en el sentido de darles un voto de confianza. En la mañana siguiente, 16 de diciembre, recibimos informes de buena fuente según los cuales Kuznetsov estaba efectuando realmente presiones para exhortar a Nueva Delhi a que aceptara el statu quo territorial en el Oeste, incluyendo a Cachemira.

Horas después en ese mismo día 15 de diciembre, el comandante de las diezmas fuerzas pakistaníes del Este reiteró su ofrecimiento de cese del fuego. Había resistido cinco días más de lo que considerábamos posible cuando se hiciera el primer ofrecimiento de cese el 10 de diciembre. La resistencia de sus fuerzas nos había dado tiempo para aumentar las presiones y evitar la embestida sobre Pakistán Occidental.

Al día siguiente la Sra. Gandhi ofreció el cese del fuego incondicional en el Oeste. No guardo la menor duda de que era una decisión tomada a disgusto y como resultado de la presión soviética la cual a su vez surgió por la insistencia norteamericana en la que incluyó el movimiento de la flota y la disposición de arriesgar la reunión cumbre. Este convencimiento nos fue muy útil cuando estalló Vietnam, cuatro meses después. Esta era también la opinión de Chou En-lai, como le dijera posteriormente a Bhutto, al comentarle que habíamos salvado a Pakistán Occidental.

La crisis había concluido. Habíamos evitado lo peor —lo que constituye a veces la máxima aspiración de un estadista—.

EL SALDO

La guerra indo-pakistani de 1971 constituyó quizás el problema más complejo de la primera administración de Nixon. No quiero significar que haya provocado emociones como las de Vietnam o que sus efectos fueran duraderos, aunque la errónea opinión sobre la «tendencia hacia Pakistán» pasó a integrar el folklore polémico como un caso de error político. Lo que dificultó tanto la crisis fue el hecho de que sus implicaciones eran mucho mayores que lo que transluce la percepción normal. El problema recayó sobre nosotros mientras Pakistán era la única vía hacia China. No disponíamos de otro medio de comunicación con Pekín. Una importante iniciativa norteamericana de fundamental importancia para el equilibrio global de poder no hubiese sobrevivido de haber conspirado con la Unión Soviética en la pública humillación de un amigo de China —y aliado nuestro—. El mero recurso de forzar a un socio de la Unión Soviética, respaldado por armas soviéticas y apoyado por promesas soviéticas, amenazaba la estructura misma del orden internacional en el momento preciso en que toda la estrategia que desplegábamos en el Medio Oriente dependía de demostrar la ineficacia de tales tácticas y cuando el peso norteamericano como factor en el mundo se había socavado por nuestras disensiones sobre Indochina. Desde nuestro punto de vista, el ataque a Pakistán constituía el

antecedente más peligroso del proceder soviético, y debíamos resistirnos si no queríamos tentar la escalada de revueltas. De haber dado nuestra conformidad a tales maniobras, hubiésemos enviado una señal equivocada a Moscú y desalentado a nuestros aliados, a China y a las fuerzas de moderación de otras zonas explosivas del mundo. Este fue en realidad el motivo por el cual los soviéticos hicieron posible desde el principio el ataque indio a Pakistán.

Pero un punto de vista estrictamente geopolítico no podía ser comprendido por quienes conducían las disertaciones públicas de la política exterior en nuestro país. (Por «geopolítico» me refiero al enfoque que toma en consideración los requisitos del equilibrio.) Esto dramatiza uno de los dilemas cruciales de la administración Nixon. Nixon y yo queríamos cimentar la política exterior norteamericana en una conciencia sobria de los intereses nacionales de valor permanente, y no en emociones fluctuantes como las que en el pasado nos llevaron tanto a excesos de intervencionismo como de abdicación. Juzgábamos a la India por el impacto de sus acciones y no por su jactancia o por el legado de veinte años de sentimentalismo. Pero nuestra evaluación dependía de supuestos acerca de las consecuencias más amplias del ataque indio. Para dar forma a los hechos es necesario actuar sobre la base de estimaciones cuya corrección no puede demostrarse. Todos los juicios a los que arribamos acerca de las implicaciones de un ataque a Pakistán eran indemostrables. Para el momento en que se aclararan las implicaciones, sería demasiado tarde. En realidad, para entonces podía haber surgido otra disputa sobre el origen real de las mismas.

La mayor parte de la opinión informada intentaba juzgar el enfrentamiento en el subcontinente por los méritos de los hechos que habían desencadenado la crisis. Era indudable que Pakistán había actuado imprudente y brutalmente y hasta en forma inmoral, aunque en un terreno claramente interno conforme a la legislación internacional. Pero aún en ese punto debo decir que abrigábamos un punto de vista totalmente distinto del sustentado por nuestros críticos. Sigo convencido hasta el momento actual que a la Sra. Gandhi no la motivó fundamentalmente el estado de Pakistán Oriental: existían muchas soluciones para su inevitable autonomía, algunas de las cuales las sugerimos nosotros. Por el contrario, alentada por el aislamiento de Pakistán, por el apoyo militar de la Unión Soviética, por las tensiones internas de China y por la división de Norteamérica, la Primer Ministro india resolvió en la primavera o en el verano de 1971 aprovechar la oportunidad para arreglar cuentas con Pakistán de una vez por todas y asegurar la preminencia de la India en el subcontinente. Su demora hasta noviembre tuvo por finalidad permitir que el ejército completara la instrucción y los preparativos y esperar a que las nieves invernales del Himalaya complicaran el acceso de los chinos. Después de tomada tal decisión, todas las concesiones efectuadas por Pakistán se tomaron como punto de partida para nuevas exigencias, efectuando una escalada de reclamaciones y disminuyendo el plazo para dar respuestas hasta el punto que se hizo inevitable el enfrentamiento. No teníamos ningún interés nacional en evitar la autodeterminación de Pakistán Oriental —en realidad presentamos varios planes para alcanzarla— pero estábamos comprometidos en el proceso que conduciría a tal fin. Queríamos que se lograra por evolución y no por un golpe traumático infligido a un país en cuya supervivencia los Estados Unidos, China y la comunidad mundial (como se viera repetidas veces en las votaciones de la ONU) tenían un *real* interés. Tampoco podía llegarse a la autodeterminación violando flagrantemente las reglas con las cuales debe regirse el mundo para sobrevivir. A fines de noviembre la India exigió, conforme a un calendario que aceptara Yahya a instancia nuestra, que se aboliera la ley marcial y que asumiera un gobierno civil a fines de diciembre. Estas condiciones hubieran desembocado casi seguramente en la autonomía de Pakistán Oriental, probablemente sin los excesos de brutalidad que incluyeron cargas de bayoneta efectuadas en público por el grupo guerrillero Mukti Bahini, entrenado en la India, cuando ellos a su vez aterrorizaron a Dacca.

Si la represión o la imprevisión internas de un gobierno se consideraran motivo justificado para la intervención externa, bien pronto el orden internacional carecería de todo tipo de restricción. En nombre de la moralidad se nos censuró duramente por haber apoyado el lado perdedor y ofendido al que triunfaba. Un interesante argumento «moral», para no mencionar que históricamente la prudencia y el equilibrio aconsejan generalmente colaborar con el más débil y desanimar al más fuerte. Luego de tres años de ser acusados por no dedicarnos lo suficiente a la causa de la paz, nos desafiaba ahora un columnista liberal con el peregrino argumento de que no siempre podía considerarse que la guerra era perjudicial porque a veces constituía un elemento de cambio (10). El principio parecía ser que si Richard Nixon estaba a favor de la paz, la guerra no podía ser tan mala.

Existe en Norteamérica una teoría idealista según la cual la política exterior consiste en una lucha entre el bien y el mal. Hay una tradición pragmática que busca resolver los «problemas» en el momento en que aparecen. Hay una tradición legalista que trata los problemas internacionales como si fueran casos jurídicos. No existe tradición geopolítica. Todas las corrientes de nuestra experiencia internacional van hacia el lado opuesto del punto al que queríamos arribar en el subcontinente en el otoño de 1971. La India gozaba de generalizada simpatía como la democracia más populosa del mundo. El problema a «resolver» era la auto determinación de Pakistán Oriental. El «caso» debía remitirse a las Naciones Unidas tal como Rogers no se cansó nunca de repetir. No se daba crédito a nuestras preocupaciones geopolíticas, que se atribuían a resentimientos personales, a tendencias anti-indias, a insensibilidad ante el sufrimiento o a una inmoralidad inexplicable.

Si hubiéramos seguido estos consejos, después de perder su lado oriental, Pakistán hubiese perdido Cachemira y posiblemente Beluchistán y otras zonas de su ala occidental. En otras palabras, se hubiera desintegrado totalmente. Manejamos la situación con cierta habilidad y considerando las pocas cartas con las que contábamos, con bastante osadía, evitando el desastre. Tuvimos éxito en el esfuerzo por confinar el conflicto al subcontinente. El juego de poder indio no sacudió los cimientos de nuestra política exterior ni desbarató nuestra iniciativa hacia China como bien pudo suceder y como seguramente esperaban los chinos. Pero como tales peligros no eran reconocidos por la generalidad, era inútil esperar comprensión para con nuestras motivaciones.

En cambio la atención se centró en los costos. Creíamos que resultarían tan momentáneos como inevitables. No pensábamos haber arriesgado en forma permanente nuestras relaciones con la India o haberlas volcado irrevocablemente hacia el lado soviético, tal como se nos acusaba apasionadamente. Tampoco podíamos competir con lo que ofrecía a India la Unión Soviética: seis años de envío de armas mientras nosotros efectuábamos un embargo a ambos bandos, las amenazas contra Pekín para impedir la intervención china y los dos vetos ante el Consejo de Seguridad para bloquear el cese del fuego y los esfuerzos de la ONU en pos de la paz. No podíamos ofrecer más que la URSS en tal dimensión, y no recuerdo que ninguno de nuestros críticos internos nos hiciera esa recomendación. En la misma forma en que a pesar de cortejarla durante dos décadas no tentamos a la India a dejar su no alineamiento, no lograríamos que se inclinara hacia un lado como resultado de que defendiéramos nuestros propios intereses. El no alineamiento permitía a la India deslizarse por los pasajes internacionales con el máximo de opciones. Por esa razón estábamos convencidos de que tarde o temprano buscaría un acercamiento hacia nosotros aunque no fuera más que para lograr que Rusia no tomara su postura como algo seguro. Cuando concluyó la crisis inmediata, recordé a Dobrynin el comentario que efectuara el ministro austriaco Schwarzenberg luego de que las tropas rusas ayudaran a sofocar la sublevación húngara de 1848: «Algún día asombraremos al mundo con la profundidad de nuestra ingratitud».

Y eso es exactamente lo que sucedió. Después de la crisis, las relaciones indo-norteamericanas volvieron rápidamente a su estado previo de frustrante incompreensión dentro del marco de objetivos compatibles. No tuvimos la fortuna de ahorrarnos las amenazas habituales, pero tres años más tarde las comisiones conjuntas indo-norteamericanas estaban trabajando en proyectos cooperativos en una variedad de campos económicos y culturales. El secretario del exterior Y. N. Kaul, que tan insidiosamente impulsara en 1971 la política de confrontación, fue enviado a Washington como embajador con el cargo de restablecer relaciones, tarea a la cual se abocó con la misma tenacidad que había caracterizado el implacable desmembramiento de Pakistán por parte de la India en 1971.

Nixon lo expuso claramente al decirle al primer ministro Heath en Bermuda el 20 de diciembre, después de concluida la crisis, explicando lo que habíamos querido lograr:

Sentía que si realmente la finalidad de la Sra. Gandhi era forzar a Pakistán para que se rindiera en el Oeste, la situación habría de tener graves repercusiones en el escenario mundial. Podría constituir una enseñanza para otras zonas del mundo. Los soviéticos nos habían puesto a prueba para ver si podíamos controlar los acontecimientos. Por supuesto, debe considerar Vd. los intereses mucho más importantes de Medio Oriente y Europa. Parte del motivo por el cual se efectuaron lentamente las retiradas de tropas de Vietnam fue el de dar el mensaje en el sentido de *no* estar dispuestos a pagar precio alguno

para terminar una guerra. Debemos preguntarnos ahora si estamos dispuestos a pagar algo para prevenir la guerra. Si no lo estamos, nos esperan días muy difíciles.

El punto de vista de Nixon, con el cual yo concordaba, no era compartido por los medios de difusión, ni por nuestra burocracia ni por el Congreso. La crisis también demostró que era errado el mito según el cual Nixon, ayudado por mí, actuaba como un pulpo manejando un gobierno totalmente ignorante de sus actividades. En algunas iniciativas, especialmente en el campo de las negociaciones bilaterales, ese juicio era real. Pero en otras áreas, los métodos empleados por Nixon eran el resultado de la rebeldía de la burocracia y nacían de su propia renuencia a imponer la disciplina en esa burocracia. Como era habitual, la crisis indo-pakistaní reflejó profundas divisiones dentro de nuestro gobierno, mezcladas con la vaguedad con la cual Nixon transmitía sus puntos de vista. El resultado fue lo opuesto al folklore: no lo constituyó el mayor dominio de la Casa Blanca sino la resistencia amarga de la retaguardia departamental; no se lograron instrucciones bien definidas sino maniobras elípticas destinadas a mantener abiertas las opciones; no se clarificó la incapacidad de las agencias para presentar sus puntos de vista sino la dificultad enfrentada por el Primer Mandatario para lograr que predominaran sus opiniones. El hecho de que tales circunstancias fueran el reflejo de las particularidades psicológicas de Nixon no modifica las conclusiones fundamentales.

La historia de la «tendencia» es menos un cuento de la obstinación presidencial que de la complejidad del manejo de un gobierno moderno, especialmente con un presidente mal dispuesto a ceder directamente ante la ley. No resulta procedente establecer quién tenía razón en esta disputa: un presidente debe contar con que sus opiniones se acepten aun cuando estén en contra de los preconceptos burocráticos.

He dicho repetidamente que las prácticas burocráticas de la administración Nixon fueron imprudentes y que no podían sustentarse a la larga. La justicia exige admitir que no cayeron en el vacío.

Recién había concluido la crisis cuando la Casa Blanca se vio envuelta en un torbellino de informaciones filtradas y de denuncias. El 13 de diciembre el columnista Jack Anderson comenzó a publicar resúmenes de notas del Departamento de Defensa sobre reuniones del WSAG. Nuestra oposición a las acciones militares de la India, nuestra postura *pública* por la cual nos atacaron, realmente aparecían como una revelación asombrosa que probaba que mentíamos al afirmar que nuestra tendencia no era anti-india. Ríos de información confidencial brotaban en los periódicos: cables de Kenneth Keating desde la India, por ejemplo, exhortando a ejercer presiones sobre Yahya o discutiendo mi informe interno del 7 de diciembre (11). Los movimientos de nuestra flota, generalmente secretos, llegaron hasta las columnas de la prensa. Rogers dio rienda suelta a años de frustración contradiciendo las declaraciones que hiciera yo en el *Fuerza Aérea Uno* y declarando en una conferencia de prensa el 23 de diciembre que la reunión cumbre de Moscú no se vio perjudicada de ninguna manera por los acontecimientos del subcontinente. Negó asimismo que tuviéramos obligación alguna para con Pakistán si la India la amenazaba, lo cual constituía una buena opinión de abogado. Al investigar la filtración de noticias comprobamos que un oficinista de la Armada que había trabajado como funcionario en mi equipo había copiado sistemáticamente los documentos del CNS que le confiáramos, pasándoselos a sus superiores en el Pentágono.

Nixon podía ser tan minúsculo en los períodos de calma como intrépido en medio de una crisis, tan mezquino en las relaciones con sus asociados como sagaz en la defensa de los intereses nacionales. Después de la primera exaltación de alegría ante el pedido del cese de fuego por parte de la Sra. Gandhi, Nixon impartió órdenes estrictas de que todos los informes pusieran de relieve el papel central que le correspondía a él. Pero a medida que aumentaron las críticas, comenzó a buscar la forma de eludir la línea de fuego. No hay dudas de que estaba influido en parte por un comprensible resentimiento de que fuera yo quien recibiera lo que él consideraba un reconocimiento exorbitante por los éxitos de la política exterior del gobierno, mientras toda la culpa de las medidas severas caía sobre sus hombros. Pero el motivo próximo era la reunión cumbre. Si bien Nixon había hablado de cancelar la reunión cumbre el 8 de diciembre, y se dispusiera a repetirlo nuevamente el 16 de diciembre, el hecho de que yo lo mencionara a la prensa el 14 de diciembre despertó todas sus ambivalencias. Tenía todos sus afanes puestos en completar el viaje que había planeado Eisenhower en 1960 y que no realizó nunca. Para él significaba mucho ser el primer presidente norteamericano que visitara Moscú. Si bien me respaldaba oficialmente,

en realidad no tenía intenciones de arriesgar ese golpe. El resultado fue un esfuerzo realizado por los expertos en relaciones públicas de la Casa Blanca para desviar hacia mí los ataques originados en nuestra conducta durante la crisis indo-pakistaní. La política se convirtió en *mi* política. Durante semanas no pude localizar a Nixon. Ziegler no efectuó ninguna declaración de apoyo ni negó los comentarios de prensa que consignaban que había caído en desgracia. No se amonestó a los departamentos a fin de que cesaran de filtrar noticias en mi contra. Nixon no pudo resistir la tentación de dejar que me retorciera 'lentamente, lentamente en el viento', para usar la contribución literaria de un período posterior. Fue una inflexible lección sobre la dependencia de los ayudantes presidenciales para con sus jefes. Yo no asimilé complaciente —ni siquiera maduramente— esa primera experiencia de crítica pública sostenida y de presiones presidenciales.

Y de pronto todo terminó. No existía la crisis en el subcontinente, y en consecuencia había desaparecido el punto focal de críticas enconadas. Bien pronto el presidente comenzó a dispensarme sus favores nuevamente y restablecimos el anterior vínculo circunspecto, estrecho en su esencia, reservado en el nivel personal. Había otros asuntos que reclamaban nuestra atención. La estructura básica de nuestra política exterior estaba intacta. Pronto se reanudaron los trabajos de planificación para las dos conferencias cumbres. Una serie de espectaculares sucesos internacionales pronto hicieron olvidar el episodio y obtuvieron un fuerte apoyo popular. Pekín había aprendido que nosotros tomábamos muy en serio los requerimientos del equilibrio de poder; Moscú había visto una reacción suficientemente fuerte como para no sentirse tentado a probarnos en áreas de interés más central. Habíamos sobrevivido a la tormenta con los cimientos intactos. Podíamos retomar nuestro curso.

Capítulo XXII

CRISIS EN LA ALIANZA: LA ENMIENDA MANSFIELD Y LA CONFRONTACION ECONOMICA

EL VIAJE POR EL MEDITERRÁNEO

Todos los viajes presidenciales son inevitablemente presentados como grandes ejercicios de diplomacia. Nadie que haya viajado con algún presidente puede aceptar eso seriamente para la mayoría de los viajes. La diplomacia opera por medio de puntos muertos, que es un modo por el que las dos partes pueden determinar la decisión del otro. Aun cuando tengan la personalidad necesaria, pocos jefes de gobierno tienen tiempo para resolver puntos muertos; sus reuniones son demasiado breves y las exigencias del protocolo demasiado pesadas. Por lo tanto los viajes de los jefes de gobierno generalmente tienen su justificación principal en la creación de un simbolismo, en la fijación de plazos para negociaciones de más bajo nivel, y en la posibilidad que tienen los líderes para analizarse mutuamente. Estos viajes son también un modo de demostrar intenciones y de enfatizar un compromiso.

Hay, por supuesto, una más pequeña ventaja política. Decir que Nixon al decidir su segundo viaje por Europa ignoraba el brillo que podría arrojar sobre las próximas elecciones parlamentarias, sería negarle las cualidades que lo habían llevado a la presidencia. Después de todo, había tratado de fijar una reunión cumbre con los soviéticos para ese período, y por un momento se sintió tentado con una reunión con los jefes de gobierno de Gran Bretaña, Francia y la República Federal, propuesta por Willy Brandt para dar ímpetu y sanción a su *Ostpolitik*. Pompidou se había negado porque quería evitar la implicación de que Brandt estaba negociando en nombre de Occidente como bloque. Y las opiniones de Nixon sobre la *Ostpolitik*, descritas más arriba, no lo impulsaban a endosarla de modo tan dramático. El viaje, por lo tanto, se realizaría con visitas a Italia, Yugoslavia, España e Irlanda, con una etapa por una noche con la Sexta Flota y un almuerzo con el nuevo primer ministro británico, Edward Heath, en Chequers. La centralización en el Mediterráneo y la etapa con la Sexta Flota enfatizaban nuestra determinación de desempeñar un papel en la seguridad y la evolución del área. La influencia en el Medio Oriente había estado creciendo desde 1967. Acabábamos de salir de las crisis del otoño en el Canal de Suez y en Jordania. Libia era ahora gobernada por un régimen radicalizado.

El viaje de Nixon comenzó en Roma el 27 de septiembre de 1970, donde me uní a él después de mi reunión con Xuan Thuy en París. Ese otoño la política italiana estaba en las garras de una de esas convulsionadas maniobras que para un extraño parecen un rutinario cambio de gobierno, pero que en realidad era una aceleración de la tendencia izquierdista característica de la política italiana desde la «apertura a la izquierda» en 1963. Cuando Nixon visitó Italia en 1969 Mariano Rumor era el primer ministro de un gobierno compuesto enteramente por demócratas cristianos, pero gobernando con el apoyo táctico de los socialistas. Durante el «otoño caliente» de 1969 los sindicatos, dominados por los comunistas, hicieron sentir su fuerza en una serie de violentas huelgas que a menudo terminaban en desórdenes. Los sindicatos lograron hacer aprobar el así llamado Estatuto Obrero, que además de aliviar muchas injusticias también desplazaba el equilibrio de fuerzas en las negociaciones laborales decisivamente hacia los sindicatos. Los comunistas de Europa Occidental no habían todavía descubierto las virtudes de la OTAN; ambas visitas de Nixon a Italia fueron recibidas con desórdenes organizados por los comunistas y dirigidos contra la OTAN, Vietnam y, para asegurarse, contra el presidente.

Las elecciones regionales italianas en junio habían detenido temporalmente el progreso comunista pero habían producido nuevas fricciones dentro de la coalición del gobierno. Los socialistas, al haber obtenido una ligera ganancia, interpretaron su éxito como un apoyo para ir más a la izquierda, y más aún dado que los partidos de la derecha estaban en crisis. Los demócrata cristianos se desbandaban, divididos entre un ala izquierda separada del comunismo principalmente por la fe religiosa, y un ala derecha, separada de los neo-fascistas principalmente por las convicciones democráticas. Los comunistas, con su disciplinada organización, hacían inclinar todo el espectro hacia la izquierda. Estaban siguiendo la estrategia de su teórico Antonio Gramsci, que consistía en infiltrarse sistemáticamente en las instituciones claves —los sindicatos, la justicia, las escuelas— antes de un empuje final para obtener la participación en el gobierno.

El 7 de julio, Rumor dimitió y Emilio Colombo se convirtió en primer ministro de una coalición de cuatro partidos (demócrata cristianos, republicanos, social demócratas y socialistas). Aldo Moro era el ministro del exterior. El gobierno en sí duró poco, pero la coalición no. La «apertura a la izquierda» había prosperado hasta el punto en que ya no era posible gobernar sin los socialistas. Y los socialistas a su vez se mostraban renuentes a ensanchar la separación entre ellos y los comunistas, con quienes estaban en coalición en muchos gobiernos provinciales. De este modo los comunistas tenían una creciente, si bien indirecta, influencia sobre el gobierno italiano —un resultado exactamente opuesto a las intenciones de los padres de la «apertura a la izquierda»—. Tanta inexactitud, en efecto, que en su momento, el astuto Aldo Moro decidió que podría usar a los comunistas para debilitar a los socialistas. Si la aceptación comunista era necesaria de todos modos, era mejor que fuera formalizada. La influencia comunista por lo tanto pasó de un grado de veto tácito a uno de veto formal con el auspicio de Moro.

Esas tendencias me parecían obvias en ese momento, pero eran ásperamente discutidas dentro y fuera del gobierno de los Estados Unidos. La sensación era que la influencia comunista o bien no estaba de hecho creciendo o no sería una cosa negativa si fuera así, ya que eso impulsaría a la Democracia Cristiana a una reforma. De todos modos no había nada concreto que se pudiera hacer para evitarlo. Los líderes políticos demócrata cristianos parecían convencidos de que las visitas periódicas de norteamericanos importantes confirmaban la importancia internacional de Italia y de ese modo fortalecían sus propias perspectivas. Y nosotros estábamos felices de poder hacerlo: la visita de Nixon tenía precisamente ese objetivo, al igual que mis posteriores visitas cuando fui secretario de estado. Jamás advertí evidencia alguna de que las visitas presidenciales o de otros funcionarios de alto nivel afectaran la política italiana de un modo u otro. Pero resulta difícil demostrar la negativa, pues no se sabe cuánto se hubiera acelerado la tendencia izquierdista si la ausencia de tales visitas hubieran sido interpretadas como negligencia norteamericana.

La sensación general de impotencia fue reflejada en un memorándum del Departamento de Estado al presidente el 22 de enero de 1970, que más tarde guardé en un archivo de vacuas recomendaciones. Se urgía en él a que «mantuviéramos el problema bajo estrecha observación y evaluación continua de los medios a nuestra disposición para hacer que nuestra opinión fuera conocida de modo discreto y efectivo». Respecto de cómo ser a la vez efectivo y discreto, el autor mantenía un prudente silencio. Para ser justo con él, debo decir que yo no tenía una idea mejor. Hay problemas que escapan del control de los hacedores de política norteamericanos. Lo mejor que pueden hacer es en algunas situaciones no acelerar las tendencias desfavorables proclamando el probable resultado como el deseable. (Este fue, en mi opinión, el error de la «apertura a la izquierda» en 1962 y los coqueteos con el eurocomunismo en 1977.)

Llegamos a Roma por la noche a una ceremonia de recepción llevada a cabo en el patio del Palacio del Quirinal por razones de seguridad. Vistosos lanceros a caballo se alineaban en ordenadas filas mientras se tocaban los himnos nacionales. El cantador himno nacional italiano es probablemente el menos marcial del mundo; no es fácil ir a la batalla al ritmo de lo que suena casi como un vals. Después de la ceremonia se desató el caos. El Quirinal, la ex residencia de verano del Papa, es una de las más grandes estructuras en su género en Europa. Una horda de periodistas y funcionarios nos empujaban en todas direcciones, llenándonos de pánico al darnos cuenta de que si uno se dirigía por el corredor equivocado nadie podría encontrarlo durante semanas. Finalmente, la multitud convergió al punto central de una enorme sala de recepciones. Nixon y yo fuimos separados para reunirnos con el presidente Saragat para una primera y privada revisión de la situación mundial.

Giuseppe Saragat, con mucho, el más impresionante de los líderes italianos: inteligente, decidido y un buen amigo de los Estados Unidos. Lamentablemente sufría de dos inconvenientes. Su partido, el social demócrata, se estaba atrofiando bajo el impacto de la «apertura a la izquierda» y por el decreciente control de las palancas de poder. Y su posición constitucional como jefe de estado le impedía una activa participación en el proceso político a pesar de su considerable influencia moral. Pero siempre valía la pena escuchar sus opiniones. Saragat estaba preocupado por la creciente influencia comunista. Pensaba que era una ilusión creer que las ganancias comunistas pudieran ser confinadas a su país; si no eran detenidos, seguramente se extenderían a otros lugares de Europa. Pero no ofreció ninguna solución. Dejó entrever que debía haber algún 'deus ex machina' que los Estados Unidos pudieran conjurar.

Fue elocuente acerca del impacto psicológico de las acciones norteamericanas sobre Europa. Nuestros debates internos sobre Vietnam estaban minando la confianza de Europa en nuestra estabilidad y equilibrio; esto afectaría la política de muchos países europeos. La *Ostpolitik* intranquilizaba a Saragat; era un modo para que la República Federal llegara a un acuerdo separado con Moscú; había sido desatada en parte por la disminución de la credibilidad norteamericana. Los Estados Unidos deberían tener cuidado de que la *détente* con la Unión Soviética apareciera como resultado de la fortaleza, de otro modo toda Europa seguiría el ejemplo de Alemania.

Esto le dio a Nixon la posibilidad de proclamar su compromiso con la OTAN, y no evitó las hipérboles. Estaba dispuesto a arriesgar su vida política por ella, y no tenía intenciones de «morir fácilmente». Fue una frase elocuente, si bien tal vez era una licencia dramática considerando las opciones ante nosotros. Nixon no se enfrentaba de ninguna manera a las duras alternativas que pintaba. La OTAN era el único pilar de nuestra política exterior que todavía contaba con cierto apoyo doméstico; los más neo aislacionistas proclamaban su devoción a ella aun cuando atacaban nuestros compromisos en otras partes. No había ninguna posibilidad de que Nixon muriera por este asunto. Cuando la reunión se amplió para incluir a los ministros del exterior, Nixon repitió con elocuencia sus creencias: «Si permitimos que esta gran alianza fracase, si permitimos que se fragmente, no por falta de capacidad económica para defender nuestros intereses sino por falta de voluntad, determinación, inteligencia y liderazgo para mantenerla y fortalecerla, eso sería una tragedia para la humanidad». Nixon había tocado el punto correcto. Era la voluntad de renovar la fe en la democracia lo que se desafiaba en demasiados países, en los desórdenes, en los enconos y las divisiones de la primera parte de la década de 1970.

La precisión de las discusiones no mejoraron en la residencia de huéspedes oficiales, Villa Madama, en otra de las colinas de Roma. La reunión allí ilustró los obstáculos fundamentales para un diálogo genuino. La política italiana —que tanto nos preocupaba— estaba fuera del marco de las discusiones formales. A su vez, los asuntos de política exterior aparecían como secundarios a los líderes italianos ante sus problemas internos, e irrelevantes porque estaban tan fuera del control de Italia como para que ésta pueda influir en algo. No fue accidental que las conversaciones se hicieran cada vez más superficiales a medida que el círculo de participantes se ampliaba.

El procedimiento fue el mismo que el seguido en el Quirinal. Primero hubo una reunión privada entre el primer ministro Colombo y Nixon, a la que asistieron sólo los intérpretes (parte del tiempo estuve yo ahí tomando notas). Luego vino una gran reunión en la que participó prácticamente toda la comitiva oficial de ambas partes. La reunión privada era necesaria para simular que el primer ministro italiano tenía autoridad ejecutiva comparable a la del presidente de los Estados Unidos o incluso a la del primer ministro británico. Pero, salvo en raras circunstancias, eso no es así. Los primeros ministros italianos presiden una coalición de muchas fuerzas autónomas; reflejan un equilibrio político, no una autoridad ejecutiva. Actúan no por decisión sino por compromiso. En este sentido el gobierno italiano es bastante similar al japonés, si bien aquél tiende a partir las diferencias en lugar de resolverlas por consenso. Y Colombo, de todos modos, era obviamente una figura interina. Era una fachada detrás de la cual el mucho más poderoso Moro estaba preparando, en su modo indirecto, casi imperceptible, los cambios fundamentales que llevarían al Partido Comunista cerca de los asientos del poder, mientras los demócratas cristianos trataban de suavizar sus aguijones revolucionarios. La sesión fue salvada de ser totalmente irrelevante cuando se informó al presidente que algunos de los rehenes de los raptos que habían desatado la crisis de Jordania estaban de paso por Roma. En ese momento se decidió que Nixon y Colombo debían volar en helicóptero hasta el aeropuerto para

expresar su satisfacción por el rescate —dejando a sus asociados que continuaran el amistoso intercambio—.

Todas estas reuniones fueron amontonadas en una mañana porque los planificadores habían preparado una visita al Vaticano por la tarde, desde donde el presidente se proponía partir para encontrarse con la Sexta Flota. Esto produjo una serie de incidentes que desató sin intención una de las obsesiones de Nixon y ocasionó una interminable desazón al equipo de la Casa Blanca.

El presidente de Italia dio un almuerzo en la sala de la torre del palacio del Quirinal, con vista a los lujuriantes techos y a las bellamente proporcionadas plazas de la Ciudad Eterna. En este glorioso escenario, a causa del poco tiempo disponible del presidente, se sirvió una exquisita comida en unos cincuenta y cinco minutos. Durante casi dos años sus asociados le habían oído quejarse por el inefable aburrimiento de las comidas oficiales. Había luchado y amenazado para que se redujera el tiempo que debía pasar en conversación social con sus visitantes. Había prestado atención personal a aquellos platos que aceleraban el servicio, y a aquéllos que debían ser totalmente eliminados. En algunas ocasiones hasta llegó a organizar que el intérprete llegara tarde, como un medio de reducir el tiempo de conversación. Pero el servicio más veloz que jamás se había obtenido, aun bajo la implacable supervisión de Haldeman —el record mundial de comidas en la Casa Blanca, por así decirlo— fue de una hora y veinte minutos. El almuerzo en el Quirinal fijó un nuevo record que él jamás permitió fuera olvidado por el personal de la Casa Blanca. Pero, ay, como muchos logros romanos, éste también resultó imposible de emular. Ni siquiera Haldeman logró reducir el servicio en la Casa Blanca por más de otros diez minutos. El Quirinal conservaba su campeonato de servicio veloz por quince minutos, lo que provocaba una perpetua y audible molestia en el presidente.

La visita al Vaticano fue una oportunidad de revisar la situación internacional con uno de los más sensibles e inteligentes hombres que he conocido durante mi servicio público: el Papa Pablo VI. El Santo Padre presidía una iglesia lanzada a la efervescencia por las tremendas reformas de su predecesor. Pero Juan XXIII murió después de sacudir el marco de referencia existente; no había todavía asentado la última dirección que sus cambios tomarían. Esta tarea quedó para Pablo VI. Éste había cumplido funciones en el servicio diplomático del Vaticano durante muchos años; comprendía muy bien que los cambios pueden adquirir fuerza propia y transformar las intenciones de los reformadores. Los santos se imponen por la pureza de sus motivos; las instituciones se sostienen por modelos perdurables. El Papa Pablo VI en muchos sentidos simbolizaba los esfuerzos de su época. Mejor que casi todas las figuras líderes que he conocido, comprendía los dilemas morales de un período en el que la tiranía marchaba bajo los emblemas de la libertad y en el que la «reforma» corría el riesgo de crear burocracias sin alma. Luchaba él por conservar un margen para la conciencia y la dignidad humanas. Sentía profundamente la angustia de un tiempo necesitado tanto de rápidas transformaciones como de certezas morales perdurables. Si bien ansiaba la paz, jamás pagaría por ella el precio de la justicia. El Papa Pablo no estaba libre de premoniciones, pero su fe lo sostenía con fuerza como para dejarse abandonar a ellas. Luchaba por aliviar el sufrimiento en un mundo, en algunos aspectos, demasiado torpe para su sutil inteligencia y sensibilidad, lo que lo hacía renuente a enfrentar directamente a algunas tendencias que él muy bien conocía. Jamás estuve en su presencia sin sentirme conmovido, y humilde a la vez, por la tremenda distancia entre las nociones de tiempo de los líderes políticos preocupados por las cosas obtenibles y los de una institución comprometida con lo eterno.

El Papa Pablo tenía un conocimiento amplio y detallado de los asuntos internacionales. Él y Nixon revisaron la situación mundial con general coincidencia. En un momento Nixon se puso elocuente respecto de la tendencia izquierdista de los sacerdotes en América Latina. El Santo Padre lo interrumpió delicadamente con una sonrisa: «En realidad, señor presidente, eso es más problemático para nosotros que para usted.»

La visita al Vaticano produjo una de esas escenas que son cómicas en retrospectiva, pero mortificantes cuando se experimentan. Nuestros hombres de avanzada habían concebido la extraordinaria idea de que el presidente debía partir hacia la Sexta Flota directamente desde la Plaza de San Pedro en un helicóptero militar de los EEUU. La Curia, sintiendo que eso representaba un despliegue militar suficiente para un día, sugirió con mucho tacto que el Secretario de Defensa no fuera incluido en la audiencia general que el Santo Padre ofrecería a los miembros de la comitiva oficial de Nixon después de la audiencia privada con el presidente.

Los planes se hicieron de acuerdo a eso, y Mel Laird no estaba con el grupo que mantenía diversas conversaciones mientras el Papa y Nixon conversaban en privado. Sin embargo, excluir a un experimentado político del ingenio de Laird de una audiencia papal requería algo más que la distribución de un organigrama impreso. En el momento en que la comitiva oficial se dirigía a la cámara papal para la audiencia general, Laird apareció súbitamente, masticando su eterno cigarro. Cuando se le preguntó qué estaba haciendo allí, murmuró algo acerca de estar buscando los helicópteros, aunque no estaba claro qué pensaba él que los aparatos pudieran estar haciendo *dentro* del Vaticano cuando estaban tan conspicuamente estacionados a cada lado del obelisco de la Plaza de San Pedro a la entrada del Vaticano. Urgí a Laird para que por lo menos eliminara el cigarro en presencia del Papa.

El grupo norteamericano fue situado en dos hileras en ángulos rectos respecto de Nixon y del Santo Padre, quienes estaban sentados uno junto a otro. El Papa estaba pronunciando un elegante y breve discurso cuando de pronto comenzó a salir humo del bolsillo de la chaqueta de Laird. Éste intentó apagar el fuego ocasionado por su cigarro, primero discretamente, para, luego, ostentadamente comenzar a dar palmadas para lograrlo. Algunos de los presentes cuyo ángulo de visión les impedía darse totalmente cuenta del Secretario de Defensa inmolándose delante del Papa, interpretaron los esfuerzos por apagar el fuego de Laird como un aplauso, al que se unieron. Sólo la sabiduría acumulada durante dos milenios permitió a los funcionarios del Vaticano simular que nada había ocurrido y hacer de este modo que las cosas se desarrollaran tal como estaba previsto.

Un hecho absurdo sucedió a otro. Como con todos los viajes de Nixon al exterior, había que crear y organizar lo que los hombres de avanzada llaman «oportunidad de fotografía» para alimentar con imágenes la televisión vespertina. Y había una implacable demanda por escenas en colores y escenas de multitudes. Dirigidos por Haldeman, cuya comprensión del concepto de soberanía no era su atributo más desarrollado, los hombres de avanzada caían sobre gobiernos sorprendidos por las modernas relaciones públicas tal como se practican en los EEUU pero sin deseos de ofender a la comitiva presidencial. Así pues el Vaticano, que tenía sus dudas acerca de que la imagen del equipo militar frente a San Pedro no desdecía de su misión espiritual, había finalmente cedido ante el argumento de que el apretado calendario del presidente no dejaba otra opción.

Lamentablemente, en el preciso momento de partir, los hombres de avanzada se dieron cuenta de que no había escenas de multitudes con Nixon en Roma. Esto no era algo extraño. Dignatarios extranjeros han estado visitando Roma desde que se tiene memoria. Los romanos, que viven donde los héroes han desfilado durante cientos de años, no se sienten muy emocionados por los líderes políticos. Básicamente, Roma es la ciudad de los Papas; sólo sus movimientos atraen la atención. Ni siquiera John Kennedy atrajo una multitud en Roma. Pero a Haldeman no le interesaban las comparaciones históricas. Aplicó la experiencia de muchos años de tomas por asalto en los EEUU: nada produce una multitud emocionada como un atascamiento del tránsito. Dado que la señora Nixon, según normas entonces vigentes de la Marina, no podía visitar la flota, se decidió en ese momento que el presidente la llevaría a su hotel en automóvil. Se improvisó una caravana de automóviles que partió hacia el centro de Roma en la hora más congestionada, mientras el resto de nosotros esperaba en los helicópteros frente al Vaticano. La operación no pudo haber tenido más éxito. Quienes no formábamos parte de la caravana no vimos a nuestro líder durante dos horas. Cuando los helicópteros finalmente alzaron vuelo, un exultante Haldeman nos dijo que el atascamiento del tránsito había sido monumental; la multitud era enorme; sus pasiones casi incontenibles. Todo esto había producido una extraordinaria película para televisión. Lo que pensó la Curia de los helicópteros esperando en la Plaza de San Pedro durante dos horas jamás se sabrá. Y probablemente eso sea lo mejor.

Llegamos al portaviones *Saratoga* por la noche para comenzar nuestra visita a la Sexta Flota. Hay algo abstracto y esotérico, por lo menos para los no iniciados, acerca de una flota en el mar. Sigue órdenes no oídas en reacción a peligros que rara vez se ven. Afecta a gente que casi nunca puede ver aquello que los amenaza o protege. Durante las crisis recientes la Sexta Flota había sido la principal extensión de nuestro poder militar en el Medio Oriente. Había ayudado a moldear los acontecimientos sin haber estado nunca a menos de doscientas millas de ellos. Sumamente vulnerable a los aviones de bases terrestres soviéticas, la Sexta Flota, a pesar de ello, tuvo un impacto decisivo, pues un ataque a ella hubiera hecho entrar en juego la fuerza completa de los EEUU. El dramático refuerzo de nuestro poder naval había sido un

inequívoco signo de nuestra determinación para impedir que la crisis de Jordania quedara fuera de control. La importancia de la flota había ido creciendo por la progresiva pérdida de nuestras bases terrestres y por las restricciones políticas impuestas a aquéllas que quedaban.

El plan original era pasar la noche en el transporte y observar una demostración de tiro al día siguiente. Pero éste sería uno de esos viajes en los que nada sale de acuerdo a lo planeado. Rogers, Laird y yo estábamos mirando una película —*A Man Called Horse*— en la sala de oficiales cuando nos entregaron un despacho de Reuters que contenía un informe no confirmado de la muerte de Nasser. Le alcancé el despacho a Rogers, quien me dijo que si fuera verdad seguramente nos hubiéramos enterado de ello por los canales oficiales. Estuve de acuerdo, y todos volvimos a mirar la película. Después de unos diez minutos comencé a ponerme nervioso; el despacho contenía una noticia que muy difícilmente no tuviera algún fundamento. Salí y me puse en contacto con Washington. Recibí la clásica respuesta: poco se sabía, salvo que Radio El Cairo había interrumpido sus programas regulares hacía varias horas y había comenzado a transmitir música fúnebre. «Consideramos que esto es sumamente inusual», decía cautelosamente el informe. La conclusión de que había habido alguna muerte de alto nivel no hubiera sido muy arriesgada.

Nixon se había retirado y Haldeman no autorizaba que se lo despertara hasta que la noticia fuera confirmada. Trabajé enloquecidamente con mis asociados para hacer planes alternativos para el viaje. Supusimos que Tito asistiría a los funerales de Nasser, eliminando así nuestra visita a Belgrado. Los cables comenzaron a ir y venir; se hacían llamadas a todas partes, gracias a la siempre eficaz agencia de comunicaciones de la Casa Blanca. Jugamos con la idea de invertir las etapas de Madrid y de Belgrado, pero nuestra embajada en Madrid pensaba que los obstáculos logísticos de adelantar todas las preparaciones cuarenta y ocho horas serían prácticamente imposibles de superar; nuestros hombres de avanzada estaban al borde del colapso nervioso ante la sola perspectiva. Por otra parte, no era fácil resolver qué hacer con un presidente durante cuarenta y ocho horas. El enorme aparato de una comitiva presidencial no puede simplemente imponerse a un país sin extensas preparaciones. Estábamos en el proceso de desarrollar varias alternativas cuando Tito nos sacó del problema a la mañana siguiente. Le daba más importancia al simbolismo de la primera visita presidencial a Belgrado que a los funerales de su amigo fallecido. Mientras tanto cuando la muerte de Nasser fue confirmada, yo había ya despertado a Nixon, le había dado la noticia, había obtenido su consentimiento de enviar una delegación de alto nivel al funeral y le había informado acerca de la situación no resuelta de su visita a Belgrado.

Varias horas más tarde, alrededor de las 2 de la mañana, me desperté sobresaltado y recordé que teníamos prevista una demostración de tiro para el día siguiente. Me pareció que conmemorar la muerte de Nasser haciendo explotar potentes explosivos en el Mediterráneo sería un acto de suprema insensibilidad. Después de consultarlo con Rogers y Laird, cancelé la operación sin despertar otra vez al presidente.

Resultó ser un tremendo error. Los asistentes presidenciales no deben abrumar a su jefe con trivialidades; después de un tiempo deberían conocer suficientemente bien las preferencias presidenciales como para poder tomar algunas decisiones en su nombre. Pero es mejor que estén seguros, pues no tienen ninguna autoridad, salvo la confianza presidencial. Nixon tenía grandes expectativas puestas en esa demostración. Casi con toda seguridad yo habría podido convencerlo de no hacerla, pero al presentarle el *fait accompli* a la mañana siguiente, se produjo un raro despliegue de mal humor nixoniano. Durante veinticuatro horas fui sometido a los pequeños gestos por los que los demás descubren el desprecio presidencial. Por ejemplo, fui enviado a un helicóptero secundario durante uno de los movimientos del presidente ese día. Fui situado en la periferia durante las reuniones en la nave capitana de la Sexta Flota. Pronto pasó la tormenta. Esto fue un pequeño anticipo de lo que ocurriría después de la crisis indo-pakistani. Yo tenía razón, pero también se me había dado una lección sobre los límites de mi autoridad.

Fuimos recibidos en el aeropuerto de Belgrado por el mariscal Tito en uniforme gris azulado con charreteras doradas; una vestimenta incongruente para un jefe de estado comunista, si no fuera por el hecho de que en ningún lugar de Europa se han preservado los valores de clase media de la década del 30 con tanta pureza como en las sociedades «sin clases» de Europa Oriental. Allí, donde la vida es tremendamente opaca, la burocracia sofocante y la planificación omnipresente, no es la idea del proletariado o la ideología marxista lo que mueve a los pueblos. La cohesión interna es lograda, aún después de una generación de gobierno comunista, por un nacionalismo de un tipo casi extinguido en la más cosmopolita Europa Occidental.

Josip Broz Tito era en ese momento el último superviviente en funciones de las legendarias figuras de la Segunda Guerra Mundial; un legendario jefe de guerrillas, el primer líder comunista que se atrevió a desafiar a Stalin, inventor del comunismo nacionalista, y ahora uno de los campeones del no alineamiento. Para septiembre de 1970 había veinticinco años que estaba en el poder. Transmitía la autoridad de un hombre que ha eliminado a todos sus posibles rivales. Sus modales eran los de la clase media centro europea; cortés, evidentemente disfrutando de la vida, un bastante autosatisfecho sentido del humor. Pero era también alerta y cauteloso. Sus ojos no siempre sonreían con su cara. Había aprendido a tratar con los capitalistas, pero no necesariamente a aceptarlos. En la era inmediata de posguerra había sido uno de los más intransigentes líderes comunistas. Hasta había habido un breve enfrentamiento con los Estados Unidos en 1946, cuando Yugoslavia derribó un avión de transporte norteamericano y detuvo a su tripulación.

Después de su ruptura con Stalin, la visión occidental de Tito cambió. Su preocupación para preservar su régimen fue vista —no en poca medida gracias a su propia habilidad— como una abjuración de los valores que habían ayudado a establecerlo. No se permitía olvidar el hecho de que Tito había roto con Stalin a causa del problema de la autonomía nacional, no sobre la validez de la teoría comunista. A través de todas las vicisitudes Tito continuaba siendo un fiel miembro de la fe leninista. Las necesidades de la supervivencia le forzaron a reasegurarse contra la agresión soviética, pero no modificaron significativamente las convicciones formadas por una vida de dedicación revolucionaria —ni debía esperarse que eso ocurriera—. Sólo una fuerte creencia podría haber sostenido a un hombre a través de los peligros y la tortura de las conspiraciones y la guerra de guerrillas. ¿Por qué habría de abandonar esas convicciones en su hora de la victoria?

La renuencia a aceptar este hecho ocasionó interminables malos entendidos. Yugoslavia era una ventaja para nosotros en los Balcanes y en menor grado en toda Europa Oriental. Simbolizaba la posibilidad de la independencia. Aliviaba hasta cierto punto la amenaza a la OTAN. Pero fuera de Europa, Tito proseguía con sus convicciones, que en general no eran coincidentes con los intereses ni con los ideales occidentales. Su simpatía por la revolución en los países en vías de desarrollo no difería significativamente de la de Moscú. Y en efecto, Tito era aún más agresivo en el auspicio de las naciones radicalizadas que se estaban desarrollando; veía en el apoyo a ellas una protección de su propia independencia y una inhibición política adicional a las presiones soviéticas. A su vez, su autonomía de los soviéticos le daba una mayor influencia en el mundo subdesarrollado que la que hubiera sido posible para cualquiera de los regímenes satélites de la Europa Oriental. Por lo tanto, Yugoslavia rara vez apoyaba nuestra posición en los foros internacionales. Era, por ejemplo, uno de los promotores de la resolución anual de la ONU para la independencia de Puerto Rico. En el Medio Oriente generalmente alentaba a los árabes radicalizados.

Yo analizaba esto con ecuanimidad. Yugoslavia no había roto con Stalin para hacernos un favor; no seguía su camino para beneficiar nuestros intereses. Sin embargo, fueran cuales fuesen los motivos de Tito, la autonomía de Yugoslavia mejoraba nuestra posición en el mundo. Stalin tenía ciertamente razón al preocuparse por el subversivo ejemplo que presentaba a otros países de Europa Oriental. Además, la seguridad de Europa era fortalecida por la negativa de Tito a firmar el tratado de Varsovia. Finalmente, había un límite más allá del cual no podía ir: no podía permitirse el lujo de oponérsenos hasta llegar al punto en que hiciera depender su seguridad de la buena voluntad de la Unión Soviética. Nos necesitaba para mantener su sentido del equilibrio. Por lo tanto, no disponíamos de ninguna presión para obtener sus favores. No teníamos ninguna razón para ser obsequiosos o renuentes a defender nuestros intereses con la misma intensidad con que él defendía los suyos.

Había varias áreas de cooperación potencialmente fructífera entre Yugoslavia y nosotros. Belgrado era una útil fuente de información acerca de las tendencias tanto en los países comunistas como en aquéllos en vía de desarrollo. También podía transmitir nuestras actitudes a sus amigos, si bien al tener demasiados objetivos separados no era un intermediario confiable en los detalles. Periódicos intercambios de alto nivel eran importantes para sincronizar políticas tanto como fuera posible y para subrayar nuestro interés en la independencia de Yugoslavia.

No tratábamos de hacer que Yugoslavia pasara a nuestro lado. Reconocíamos que su política de no alineación, como la de India, reflejaba un frío análisis de su propio interés. Los países seriamente no alineados —no aquéllos que, alejados de todo peligro, trafican con frases—

tratan de calcular el margen dentro del cual pueden manipular el equilibrio internacional. No arriesgarán su seguridad o bienestar en quijotescas actitudes contra nosotros (salvo que se vean tentados a hacerlo por la estupidez norteamericana o por su sentimentalismo). Ni tampoco correrán el riesgo de asociarse demasiado estrechamente con nosotros por más comprensiva de sus proclamaciones que sea nuestra política. Paradójicamente, si nos acercamos demasiado, ellos tendrán que separarse; cuando nosotros nos distanciamos, ellos tendrán que moverse hacia nosotros; ésta es la casi física ley de la no alineación. En suma, no sucumbimos a la sentimental ilusión de que la no alineación era el resultado de específicas ofensas o malos entendidos. Pero felicitábamos a los no alineados, y muy particularmente a Yugoslavia, al reconocer que estaban llevando adelante una política seria. Yugoslavia no podía ser seducida aceptándole su retórica, ni podía ser permanentemente antagonizada cuando defendíamos nuestros propios intereses.

La evaluación de la situación internacional que hacía Tito no era sentimental, era ligeramente doctrinaria y siempre resultaba interesante. En esta visita su principal interés estuvo centrado en el Medio Oriente. Nos advirtió que no pusieramos todas nuestras fichas en Israel. Consideraba a Nasser como el más alto líder del área; su muerte era un duro golpe a las esperanzas de paz. Nos dijo que durante la crisis de septiembre la Unión Soviética había presionado a Siria e Irak para que se retiraran del territorio jordano, cosa que concordaba con nuestra propia información. Algunos de sus colaboradores trataron de investigar cómo reaccionarían los Estados Unidos ante un ataque soviético a Yugoslavia. Tito jamás tocó el tema, tal vez porque era demasiado orgulloso, tal vez porque sabía que eso no ocurriría mientras él viviera. Nixon había ahora visitado dos capitales de Europa Oriental, Bucarest y Belgrado. El simbolismo era evidente. Los EEUU prestarían especial atención a aquellos países de Europa Oriental que proseguían una política exterior autónoma. Los chinos advertirían esto, como ya lo he mencionado.

La única otra cosa notable de nuestra visita a Belgrado fue el contacto de nuestros anfitriones comunistas con las maravillas de las relaciones públicas norteamericanas. El amargamente asediado Haldeman enfrentó en Belgrado el mismo problema que había enfrentado en Roma: la ausencia de «oportunidad de fotografía» en la que aparecieran multitudes. Su problema nacía en una inexplicable omisión de su equipo de avanzada. Uno de los actos presidenciales prefijados en cualquier país es la colocación de una ofrenda floral en la Tumba del Soldado Desconocido. Es un gesto hábil; no puede dejar de atraer a la multitud. Ese acto era el primero entre las actividades del presidente. Lamentablemente, la tumba yugoslava está ubicada a unos treinta kilómetros fuera de Belgrado. El equipo de avanzada había aparentemente olvidado informar de este hecho —o tal vez la distancia no fue advertida por nadie—. Mientras la caravana de automóviles se internaba más y más en los bosques donde ninguna multitud perturbaba la oportunidad para la reflexión, las radios que llevaban todos los hombres de avanzada transmitían cada vez con mayor insistencia los incrédulos intercambios entre Ziegler y Haldeman, cuyo ultraje conjunto no conocía límites. Pero Haldeman era un hombre de recursos. Durante el camino de regreso el coche presidencial abandonó súbitamente la caravana y, arrastrando a los otros automóviles, se dirigió al centro de Belgrado, donde la asombrada escolta policial finalmente lo alcanzó. Una vez más se desarrolló una monumental congestión de tránsito; una vez más la emoción del cautivo público alcanzó alturas extraordinarias. Y Nixon, en pie en el descubierto automóvil, saludó al público y efectivamente provocó un genuino entusiasmo.

Cualquiera fuera su satisfacción con una visita presidencial, Tito no pudo haberse sentido demasiado feliz de que Madrid fuera nuestra próxima etapa, de que fuéramos de la capital de un anciano autócrata al refugio de otro que era aún más antiguo que Tito. Franco había accedido al poder durante el ascenso fascista en Europa. No había permitido que la deuda que tenía con sus colegas dictadores se interpusiera en el camino de mantener neutral a su país durante la Segunda Guerra Mundial. Pero cuando los imperios fascistas cayeron, Franco se encontró en una poco favorable atmósfera internacional. Para el momento de la visita de Nixon, él había, sin embargo, sobrevivido a todas las presiones con la ayuda de su insularidad histórica y el orgulloso nacionalismo de su pueblo. Había auspiciado la modernización industrial de España gradualmente, aliviando su economía y echando las bases para el desarrollo, después de su muerte, de instituciones más liberales. En la década de 1970, muchos de aquéllos que reaccionan por rutina tenían dificultades en admitir que España era mucho menos represiva que *cualquier* estado comunista y que la mayoría de las naciones nuevas.

Ahora en su senectud, Franco había presidido sobre los destinos de su país por más de una generación. España estaba como suspendida, a la espera de que terminara una vida para poder así reunirse con la historia de Europa. Su ubicación hace que la importancia estratégica de España para Occidente sea obvia. Sólo por esta razón nos preocupaba que su política después de la partida de Franco se desarrollara con moderación —a despecho de la historia de España—. Nuestras opciones eran aislar y oponernos a un régimen existente o, mientras trabajábamos con él, ampliar nuestros contactos y por ende nuestra influencia en el período posterior a Franco. Elegimos este último camino.

El tema inmediato fue nuestra relación militar con España. Desde la década de 1950, sucesivas administraciones de ambos partidos habían concluido acuerdos con el gobierno de Franco para establecer bases para nuestros bombarderos estratégicos y los submarinos Polaris. Al acercarse su fin, el tema de los acuerdos surgía nuevamente y, como la mayoría de las medidas militares en esa era de la guerra de Vietnam, éstas fueron denunciadas por los oponentes como un innecesario y moralmente indefensible acuerdo con un país fascista. La administración no creía que, con el Medio Oriente hecho un torbellino y nuestras otras bases en el Mediterráneo en peligro, debiéramos abandonar nuestras bases en España y dar así la impresión de una retirada global norteamericana. Además no veíamos sentido a un enfrentamiento con un anciano autócrata cuyo término de poder estaba obviamente terminando, enfrentamiento que estimularía los proverbiales nacionalismo y orgullo españoles.

Alentar una España democrática después de Franco sería un desafío complejo en el mejor de los casos. La historia de España estaba marcada por una obsesión con lo final, con la muerte y el sacrificio, con lo trágico y lo heroico. Esto había producido grandiosas alternancias entre la anarquía y la autoridad, entre el caos y la disciplina total. Los españoles parecían sólo poder someterse a la exaltación, no unos a otros. No había precedentes en la historia de España de un cambio que fuera moderado y evolucionista, no digamos democrático, en lugar de radicalizado y violento. El ostracismo internacional corría el riesgo de convertir a España en prisionera de sus propias pasiones. Durante este período crucial de transición mantuvimos nuestra amistad con el futuro rey Juan Carlos y con los elementos moderados de la sociedad y el gobierno españoles. Efectivamente, la contribución norteamericana a la evolución de España durante la década de 1970 ha sido uno de los mayores logros de nuestra política exterior.

Nixon no era el primer presidente norteamericano que se detenía en Madrid. Eisenhower había hecho una visita triunfal en diciembre de 1959. Una de las obsesiones de Nixon consistía en asegurarse de que las multitudes que irían a verlo por lo menos igualaran, o, así esperaba, superarán a aquéllas de su predecesor, a quien a la vez respetaba y envidiaba. No había razones para preocuparse. Madrid ofreció a Nixon una magnífica recepción, manchada sólo por el hecho desafortunado de que la torre de control olvidó cerrar el aeropuerto después de su llegada y el rugido de los aviones a reacción ahogó los discursos de bienvenida. Dado que ambas partes tenían discursos de refinada banalidad, es muy posible que la historia no sienta su pérdida. En la ruta ceremonial hacia la ciudad ni siquiera Haldeman pudo quejarse de la espléndida y fotogénica escena mientras lanceros a caballo escoltaban a su jefe y a Franco, de pie en un automóvil abierto, en medio de escenas de enloquecido entusiasmo. Hasta pudo tranquilizar los nervios de Nixon acerca de comparaciones desfavorables con la recepción a Eisenhower, comentando sabiamente que una vez que las multitudes excedieran varios cientos de miles el único problema era anunciar una cifra aceptable.

De todas las visitas, ésta fue la que más transmitió el simbolismo del continuo interés norteamericano. Las negociaciones sobre las bases habían concluido; la transición posterior a Franco era un tema demasiado delicado como para ser aludido siquiera del modo más oblicuo. Y las conversaciones con Franco no fueron memorables —por lo menos para mí—, pero por otra razón. Cuando Nixon, acompañado por mí, visitó a Franco para lo que se consideraba serían profundas conversaciones, encontramos al anciano dictador exhausto por el largo viaje ceremonial y con tendencia a quedarse dormido mientras el presidente estaba hablando. Esto tuvo un efecto extrañamente hipnótico sobre mí. A pesar de mis más desesperados esfuerzos para contribuir al diálogo hispano norteamericano, por lo menos en el sentido de permanecer despierto, me quedé dormido. Nixon quedó intercambiando ideas con Gregorio López Bravo, el ministro del exterior de España, mientras Franco y yo nos recuperábamos de nuestro agotamiento. Yo fui admitido a esa reunión para tomar notas. Cualquier registro histórico del acon-

tecimiento que ahora pueda existir se lo debemos al despierto general Walters, que actuaba como intérprete.

Partimos y nos detuvimos a almorzar en Chequers, la residencia de campo de los primeros ministros británicos, para las primeras conversaciones de Nixon con Edward Heath. La relación con Heath fue una de las más complejas de la presidencia de Nixon. No había líder extranjero por el que Nixon sintiera tal consideración, especialmente en combinación con Sir Alec Douglas-Home, el secretario del exterior de Heath, a quien Nixon decididamente reverenciaba. Durante la campaña electoral británica, Nixon había sido un indiscutible partidario de los *Tories*. A pesar de la evidencia de las encuestas y en contra de la opinión de todos sus consejeros, incluida nuestra embajada en Londres, Nixon estaba convencido de que Heath triunfaría. Cuando su predicción se cumplió, estaba tan exultante que me llamó cuatro veces en una noche a Ciudad de México, donde estaba yo asistiendo a los partidos de la Copa Mundial de Fútbol, para expresar su alegría y recibir mi confirmación de su premonición. Nada quería tanto como una íntima colaboración como la que no concedería a ningún otro líder extranjero. Por fin, decía, habría un alma gemela en un país importante, un grupo de líderes que no se apoyaban en nosotros, a quienes no teníamos que adular constantemente, y de quienes podríamos aprender mucho.

Pero la relación nunca floreció. Como una pareja a la que se le ha dicho que deben enamorarse y que trata por todos los medios, pero inútilmente, de justificar esas expectativas. Heath y Nixon jamás lograron establecer la relación que Nixon, por lo menos, tanto ansiaba al principio. Ambos eran personalidades más bien austeras, vulnerables y ansiosos por ser aceptados, pero incapaces del acto de gracia que hubiera tendido el puente para terminar con su soledad. De todos los líderes políticos británicos, Heath fue el que mejor conocí y el que más me gustó cuando me hice cargo de mis funciones. Seguimos siendo buenos amigos, a pesar de algunas diferencias de opinión cuando ambos estábamos en el gobierno. Era uno de los más capaces líderes mundiales que he conocido. No estaba libre de los complejos impuestos por la historia de clases de Gran Bretaña. Había surgido de modestos principios hasta llegar a dirigir un partido imbuido con las tradiciones aristocráticas de Gran Bretaña. La implacabilidad necesaria para lograr su ambición no la ejercía con naturalidad y era más evidente por esa misma razón. Su famosa indiferencia era más aparente que real. Era una persona cálida y gentil que se anticipaba a ser rechazada y se defendía con una corrección formal (puntuada a menudo con una risa que se distinguía por su falta de alegría). En muchos sentidos era el menos típico de los líderes políticos británicos de la posguerra. Tenía una inclinación teórica más cercana a los europeos continentales que los demás, lo cual daba a sus ideas un baño abstracto que a veces se acercaba a lo doctrinario.

Y de todos los líderes británicos, Heath era probablemente también el menos comprometido emocionalmente con los Estados Unidos. No es que fuera anti norteamericano. Era más bien inmune a los elementos sentimentales del lazo forjado durante dos guerras. Para la mayoría de los líderes británicos, a pesar de los hechos de la geografía, Norteamérica está más cerca que «Europa». Esto es un vestigio de la época en que Gran Bretaña buscaba su satisfacción más allá de los océanos y el Continente era una fuente de peligros, jamás terreno para la autorealización. Heath, sin embargo, estaba persuadido de que el futuro de Gran Bretaña estaba en Europa y de que Gran Bretaña debía unirse a Europa no con renuncias y haciendo cálculos sino con auténtica convicción. Él fue el principal negociador durante los esfuerzos de Macmillan para entrar al Mercado Común, frustrados por el veto de de Gaulle en 1963. Más que semiconvencido por el argumento gaullista de que el principal obstáculo fue «la relación especial» de Gran Bretaña con los Estados Unidos, Heath, como primer ministro, estaba decidido a no repetir el error de Macmillan. Su compromiso con Europa era profundo: los Estados Unidos eran un país extranjero amigo, con derechos a la consideración que reflejaban su poderío e importancia, pero la «relación especial» era un obstáculo para la vocación británica por Europa. Heath se contentaba con disfrutar de un status no mayor que el de cualquier otro líder europeo en Washington. Y efectivamente estuvo muy cerca de *insistir* en no recibir un trato preferencial.

Comenzaba a nacer una paradoja. Wilson, en quien Nixon no confiaba, había logrado una más fácil y personal relación que Heath, a quien Nixon admiraba. El Partido Laborista, cuya filosofía doméstica congeniaba menos con una administración republicana, estableció un contacto más cercano que los conservadores, que en cierto sentido eran una especie de partido hermano. Parte de esto se debió a la personalidad de Heath y a sus convicciones; parte de lo

cual trajo a la superficie profundas corrientes del pensamiento *Tory*. El Partido Conservador percibía agudamente la declinación de papel global de Gran Bretaña, con el que estaba tan identificado históricamente. Algunos de sus elementos no estaban del todo libres de resentimiento contra el papel de los EEUU en el proceso de descolonización, desde las restricciones de Franklin Roosevelt durante la Segunda Guerra Mundial hasta la crisis de Suez en 1956.

Sea cual fuere la razón, Heath mantuvo a Washington a distancia. A cambio de nada se le ofrecía un status preferencial de consulta por el que sus predecesores habían luchado con paciencia y persistencia y no sin un dejo de adulación. Decidió no aprovechar la oportunidad, y al hacer este rechazo explícito suavizó la entrada de Gran Bretaña en Europa a la vez que complicó su relación con Washington. No hubo una reunión entre el presidente y el primer ministro inmediatamente después de la elección de Heath, como había esperado Nixon y como todo líder británico de la posguerra había tratado de hacer. Hubieron pocas llamadas personales por teléfono, aun cuando Nixon había dejado en claro con aquéllos encargados de manejar sus llamadas telefónicas que su negativa a recibir llamadas «no investigadas» no se aplicaba al primer ministro británico, y aun cuando repetidas veces urgió al embajador de Gran Bretaña, John Freeman, para que alentara este tipo de contacto. El nuevo primer ministro británico llevaba a cabo lo que los apóstoles norteamericanos de la integración europea habían urgido cuando Nixon se había hecho cargo y lo que entonces había explícitamente rechazado. En efecto, la invitación a Nixon a detenerse brevemente en Chequers —aun en la más cordial de las atmósferas— le sirvió a Heath para postergar una reunión consultiva formal una cuantos meses más. Le dio a Heath la oportunidad de presentar la reunión a sus colegas europeos como una cortesía informal en la que nada importante podría haberse concluido a causa de las presiones de tiempo, y de consultar a sus colegas europeos *antes* de lanzarse a un diálogo a través del Atlántico.

Los futuros historiadores tendrán que decidir si la evaluación de Heath acerca del estado de ánimo europeo fue correcta. ¿Realmente necesitaba pagar el precio en intimidad con Washington para confirmar sus credenciales europeas, especialmente en un momento en que Brandt y Pompidou se dirigían en dirección opuesta tratando de fortalecer los lazos de sus países con nosotros? ¿Pagó, efectivamente, un precio salvo por un pequeño cambio atmosférico? Heath siguió una política a largo plazo con visión y tenacidad. Puede argumentarse que al hacer la relación anglo norteamericana más formal, la adaptó a la inevitable realidad. Sin embargo, fue una lástima que un hombre tan formidable y tan atractivo tuviera un punto ciego respecto de la importancia de los intangibles.

Aparentemente, la reunión en Chequers no podría haber salido mejor. Nixon todavía atribuía la relativa indiferencia del nuevo gobierno británico a la necesidad de afirmarse, confundiendo así la práctica norteamericana con la británica. (Las administraciones británicas, al heredar un servicio administrativo permanente y al consistir en un puñado de líderes partidarios con larga experiencia parlamentaria en los distintos temas, generalmente no necesitan un extenso período de adaptación.) Las conversaciones se desarrollaron en dos sesiones. Antes de almorzar Heath se reunió con Nixon; sólo el secretario del gabinete, Sir Burke Trend y yo estábamos presentes también. Durante el almuerzo Rogers y Sir Alec se unieron al grupo. En total no fueron más de dos horas de conversaciones. Significativamente, el tema de Europa no se tocó para nada, salvo por el comentario general de Nixon en el sentido de que estábamos dispuestos a ayudar discretamente en las negociaciones británicas con la Comunidad Europea, una oferta sobre la que no se siguió hablando. Todas las conversaciones se refirieron a asuntos internacionales: Vietnam y África antes de almuerzo; el Medio Oriente después. Heath estaba a sus anchas en este tipo de diálogo —incisivo, decidido y astuto—. También compartía en líneas generales nuestra percepción de los asuntos internacionales. Llamó nuestra atención a la significación estratégica de África y del Océano Índico en un momento en que estas cosas no eran prioritarias en nuestra agenda. Estuvo de acuerdo con nosotros en que el modo de separarnos de Vietnam afectaría a todo el mundo, más allá del sudeste asiático: «Si los soviéticos creen que ustedes están en retirada y humillados, reactivarán su política en Europa». Bajo la forma de un informe sobre su asistencia a los funerales de Nasser, Sir Alec hizo dirigir nuestra atención delicadamente hacia el creciente activismo en el Medio Oriente, especialmente en las conversaciones de las Cuatro Potencias. Nixon no estuvo de acuerdo, pues creía, al igual que yo, que las fuerzas radicalizadas no habían llegado al final. Él creía que eran inevitables nuevas crisis, al margen de lo que nosotros pudiéramos hacer. No hubo tiempo para resolver el asunto pues debíamos partir hacia Irlanda si es que no queríamos llegar demasiado tarde para la tan ambicionada «opor-

tunidad de fotos». La reunión había sido útil, amistosa y hasta cálida, pero extrañamente inconcluyente, presagio de un futuro más complejo.

La última etapa del viaje presidencial era Irlanda. Mis notas informativas para Nixon decían el máximo que era posible: «La etapa en Irlanda no tiene un gran significado internacional, salvo que Irlanda no ha estado totalmente inactiva en los asuntos mundiales. Ha servido, y puede volver a hacerlo en el futuro, como constructivo y confiable neutral». Este valioso objetivo normalmente no requería la atención personal del presidente durante cuarenta y ocho horas. Esta visita tenía, francamente, un objetivo político doméstico. Permitiría a Nixon afirmar su ascendencia irlandesa ante los votantes norteamericanos de origen irlandés y pagar una obligación con un rico contribuyente norteamericano en cuyo extravagante castillo nos hospedábamos. El contribuyente decidió montar un espectáculo de historia irlandesa que comenzó a la una de la mañana y, dada la pasión y el drama del tema, no concluyó hasta alrededor de las cuatro y media. Por un accidente de cercanía mi equipo y yo nos convertimos en el blanco de la ira presidencial, si bien nosotros no teníamos nada que ver con la organización.

La visita de Nixon a Irlanda seguía los pasos de distinguidos precedentes. En realidad, los horarios nos dejaron bastante tranquilos. Un programa previo preparado por un hombre de avanzada que se había dejado llevar por su imaginación, proponía que Nixon encabezara una procesión del Día de San Patricio en Dublín. Afortunadamente para la salud mental de todos nosotros, la fecha era inadecuada y no se produjo ningún pretexto para un viaje presidencial a Europa en marzo.

La visita a Irlanda, que por otra parte era una visita convencional, inesperadamente proporcionó una de las noticias más importantes de todo el viaje, ocasionada por la revista de las negociaciones sobre Vietnam con David Bruce y Philip Habib, quienes habían volado desde París. (Como se relata en el capítulo siguiente, se estaba preparando un importante discurso presidencial, ofreciendo un cese de fuego permanente.) Esta reunión dio a la prensa una oportunidad para otra jornada de especulativas historias sobre Vietnam y sus perspectivas de paz. Nixon no podía escaparse del tema ni siquiera cuando buscaba sus raíces en Irlanda.

EL FUNERAL DE DE GAULLE Y LA VISITA DE HEATH

Al cabo de poco más de un mes de nuestro regreso, Nixon estaba otra vez en Europa, esta vez para asistir a la misa en memoria de Charles de Gaulle. En parte a causa de la inmediata decisión de Nixon de asistir, que fijó el nivel del protocolo y garantizó la asistencia de muchos otros jefes de estado, Pompidou y Nixon mantuvieron una reunión inusualmente cálida. Pompidou repitió su disposición para el ingreso de Gran Bretaña a la Comunidad Europea, apoyó nuestra actitud general para la solución del Vietnam, y expresó otra vez su preocupación por las tendencias a largo plazo de Alemania.

La visita, al ser rápidamente improvisada, no podía pasar sin sus aspectos absurdos. En un primer momento, Nixon indicó que quería partir inmediatamente después de la misa recordatoria. Para irritación de Haldeman, persuadió a Nixon que perdería muchas buenas voluntades si no se quedaba para la recepción que Pompidou ofrecería a las delegaciones visitantes a última hora de la tarde. La oposición de Haldeman era parcialmente una cuestión de prerrogativa; no le gustaban las interferencias en su área de jurisdicción, que eran los planes presidenciales. Pero lo más importante era que él conocía como nadie la crucial necesidad de descansos regulares de Nixon; eso era la garantía esencial para decisiones consistentes. Al proteger fieramente los horarios del presidente —especialmente los períodos de descanso, para los que en los comunicados de prensa se usaba el eufemismo «tiempo para el equipo»—, Haldeman sirvió a su país y contribuyó a las fuertes decisiones que fueron la característica de la presidencia de Nixon en política exterior.

Una vez que logré interferir con sus preciosos horarios, sin embargo, el problema de Haldeman se convirtió en el problema práctico de cómo llenar ese tiempo. Como muchos de los asociados de Nixon, él también sabía la afición de su jefe al restaurante Maxim's. Por lo tanto sugirió que tal vez Nixon quisiera almorzar allí con su comitiva oficial. La sola idea de que el presidente de los Estados Unidos fuera de la misa fúnebre en Notre Dame a comer a Maxim's era, por supuesto, intolerable. Pero no le pareció así a un exaltado Nixon cuando lo pensó después de una buena comida en la residencia de nuestro embajador, Arthur (Dick) Watson. Por

lo tanto se hicieron los planes para seguir adelante con el asunto. De modo excelentemente burocrático revestí mis objeciones de principio con el argumento técnico de que el presidente no podría de ningún modo ser fotografiado bebiendo vino después del servicio religioso. Mis objeciones fueron rechazadas. Se dio a conocer un edicto que reafirmaba Maxim's pero con la prohibición del vino durante la comida. Felizmente nuestro embajador era un hombre sensato. Por un golpe del destino, se le asignó a él en lugar de un hombre de avanzada que se pusiera en contacto con el restaurante. Llevé a Watson a un aparte y le advertí que su posición sería intolerable cuando el público francés se sintiera ultrajado por nuestra insensibilidad y esto afectaría las relaciones oficiales. No debía hacer nada esa noche. Si había alguna queja yo me haría responsable. Pero resultó que Nixon, después de una descansada noche de sueño, reconsideró las cosas. Cuando le dije a la mañana siguiente que con una actitud semejante desharía todo lo que había logrado con su viaje, me dio instrucciones para cancelar los preparativos. No tuve ninguna dificultad en prometerle una rápida ejecución de esta orden.

Edward Heath visitó Washington un mes más tarde, en diciembre de 1970, para realizar su primera consulta formal con Nixon. La perspectiva del ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común Europeo había hecho salir a la luz las crecientes tensiones entre Europa y los Estados Unidos. La razón subyacente era un choque de intereses debido esencialmente a la rivalidad económica entre los EEUU y la resurgente Europa. Parte de la disputa tenía una cierta cualidad de irreal. Hablábamos de comercio no discriminatorio, ignorando que un mercado común es de por sí discriminatorio; después de todo está formado por crecientes tarifas y otros obstáculos contra las importaciones del mundo externo que no se aplican al comercio entre los estados que lo componen. La inminencia del ingreso de Gran Bretaña nos forzaba a enfrentar un problema durante mucho tiempo ignorado e inherente a la misma idea de la integración europea. La visita de Heath definió las cosas; él no estaba en posición de resolverlo. No dejó ninguna duda acerca de las nuevas prioridades de la política británica. Subrayó especialmente que su objetivo principal era la entrada de Gran Bretaña al Mercado Común. Una vez dentro, Gran Bretaña desempeñaría un papel constructivo respecto de nuestras preocupaciones. Pero no podía arriesgarse a hacernos ninguna concesión antes de eso. No deseaba ni negociar asuntos del Mercado Común de manera bilateral con nosotros ni parecer —ni mucho menos ser— el Caballo de Troya de los EEUU en Europa. Ningún primer ministro británico anterior habría siquiera considerado la posibilidad de hacer una tal afirmación a un presidente estadounidense. Ni la amigable atmósfera ni la comprensiva respuesta de Nixon puede obscurecer el hecho de que estábamos presenciando una revolución en la política exterior de posguerra de Gran Bretaña.

Por dolorosa que fuera la transformación, esta revolución tenía sus aspectos positivos. La experiencia global de Gran Bretaña y su estilo pragmático no podían menos de ser útiles a los consejos europeos tanto si su posición estuviera coordinada de antemano con los Estados Unidos como si no. Heath con toda seguridad tenía razón en subrayar que el mayor beneficio que obtendríamos del ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común sería político y no económico. (Esto, por supuesto, volvía a traer la cuestión de cuán grande sería el precio económico que estábamos dispuestos a pagar por esos beneficios políticos.) Además sus conversaciones con Nixon sobre asuntos mundiales demostraron —como había ocurrido en Chequers— una substancial armonía de opiniones.

Al igual que los otros líderes europeos, Heath expresó sus preocupaciones acerca de las tendencias a largo plazo en Alemania; si bien como todos sus colegas, él tampoco lo había dicho en Bonn, dejando que nosotros, particularmente, lleváramos el peso de expresar lo que todos parecían temer. Se oponía a la idea de Brandt de una conferencia permanente sobre Berlín. Pensaba que los aliados debían transmitir a los soviéticos la necesidad de una reciprocidad, especialmente sobre Berlín, si es que la política de Brandt no iba a convertirse en una serie de concesiones unilaterales. Nixon estuvo de acuerdo y explicó nuestra noción de ligazón. Le aseguró a Heath que no permitiría que SALT diera superioridad estratégica a los soviéticos. Se hizo también una revisión de Indochina, otra vez con acuerdos substanciales. Heath era una nueva experiencia para los líderes norteamericanos: un primer ministro británico que basaba su política respecto de los EEUU no en lazos sentimentales, sino en fríos cálculos de intereses. Al mismo tiempo sus convicciones coincidían tan cercanamente con las nuestras que de esos intereses sólo podría resultar la colaboración.

La visita de Heath concluyó otro año de intensas consultas con los aliados. Después de algunas vacilaciones nosotros habíamos apoyado la apertura de la política de Brandt. La en-

trada de Gran Bretaña en Europa tendría con el tiempo importantes consecuencias. Pero en general estábamos comprometidos en una acción de mantenimiento. En la primera parte de 1971 estuvimos preocupados con los esfuerzos por cortar las comunicaciones norvietnamitas en Laos, la apertura hacia China y la apertura del 20 de mayo al ligar armas ofensivas con armas defensivas en las conversaciones SALT con la Unión Soviética.

Las presiones que compiten entre sí en los altos cargos tientan a uno a creer que un asunto diferido es un problema evitado; muy a menudo lo que ocurre es que se invita una crisis. Tanto las dimensiones militares como las domésticas de nuestra relación europea volvieron a perseguirnos en 1971.

LA ENMIENDA MANSFIELD: LA VIEJA GUARDIA EN LA BRECHA

La primera crisis fue militar. El 11 de mayo de 1971 nos enteramos, sin previo aviso, de que el suave senador, líder de la mayoría, Mike Mansfield reviviría su perenne proposición para reducir nuestras fuerzas en Europa en 150.000 hombres o en la mitad. El vehículo para ello sería una enmienda a la Ley de Extensión del Servicio Militar. Mansfield no era cualquier senador. Era el líder de la mayoría, ampliamente respetado por su ecuanimidad y universalmente querido por su decencia. Mansfield no era miembro de algún grupito radicalizado, sino un miembro con pleno derecho del «establishment» del senado, uno de aquéllos que formaban parte de esa pequeña banda de patriotas que había hecho que nuestro enloquecidamente delicado sistema de equilibrios y controles realmente funcionara. Era un apasionado oponente a la guerra en el sudeste asiático. Pero su oposición, si bien fiera, jamás traspasaba los límites de lo civilizado y la armonía social, cosas vitales para la democracia. En el fondo de su corazón, Mansfield era un aislacionista, ansioso por reducir todos los compromisos norteamericanos en el exterior, cosa que reflejaba la histórica nostalgia que trataba de mantener los valores morales de Norteamérica al margen de la contaminación al verse expuestos a los cálculos del poder y a las mezquinas disputas de miopes extranjeros.

La enmienda Mansfield se constituyó pues en un formidable desafío. Todos nuestros estudios indicaban que nuestras fuerzas convencionales en Europa necesitaban ser aumentadas, no reducidas; la enmienda Mansfield las desmantelaría. Si el senado de los Estados Unidos quedaba registrado como habiendo legislado una reducción masiva de tropas, la OTAN se hubiera unido a los otros elementos de nuestra política exterior como una víctima de la implacable controversia política doméstica. Pronto veríamos el proceso de vietnamización repetido en Europa, por el cual, para poder salvar el mínimo esencial, tendríamos que eliminar lo esencial. El objetivo a largo plazo de adaptar la defensa de la alianza a las nuevas realidades estratégicas sería destruido.

El asunto había salido a la luz como parte del debate anual sobre el presupuesto de defensa, que los críticos a nuestra política de Vietnam cada vez más convertían en un ataque a todos los elementos de nuestra estrategia militar. La administración, ya públicamente comprometida a un ejército de voluntarios, había pedido una extensión de dos años del servicio militar. Cuando el proyecto llegó al senado, el senador Mansfield revivió su propuesta anual para reducir las fuerzas norteamericanas en Europa, pero esta vez no en la forma de una «resolución del senado», como lo hacía generalmente, sino con fuerza de ley nacional. Pidió una votación para el día siguiente, 12 de mayo. Los líderes del senado de ambos partidos advirtieron a la Casa Blanca que Mansfield probablemente prevalecería.

Era sintomático del amargo y destructivo estado de ánimo del período y de la ruptura del consenso nacional que un proyecto de tal magnitud llegara al recinto del senado sin una sesión de comité y que tuviera serias posibilidades de ser aprobado. Nuestro enorme déficit en la balanza de pagos daba peso a cualquier pedido de limitación de gastos en el exterior; el respeto por Mansfield hizo que sus colegas se mostraran renuentes a votar contra él. Pero el verdadero problema iba más hondo. El malestar nacional hacía que el senado de los Estados Unidos se mostrara deseoso de hacer peligrar instituciones construidas sobre una base bipartidista en más de veinte años y cinco administraciones. Esta administración estaba dispuesta a resistirse. La Casa Blanca inmediatamente (el 12 de mayo) dio a conocer una declaración en la que se advertía que la enmienda tendría «un serio efecto en detrimento de la estructura de la alianza». Nuestra siguiente jugada era demorar la votación como para tener tiempo de reunir apoyo. Obtuvimos una extensión de cinco días

que, mezquina y casi absurda a la luz de los temas involucrados, probablemente fueron fundamentales.

Nuestra decisión de derrotar la enmienda Mansfield debió enfrentar serios obstáculos. Por una parte estaba la pasión de sus partidarios. Muchos de éstos estaban más preocupados por el sudeste asiático que por Europa Occidental, y otros consideraban un regalo extra el hecho de dismantelar la estructura de una política exterior que les parecía inaceptable y orientada hacia la guerra fría así como un importante factor de las tensiones internacionales. Pero el elemento decisivo fue que el «establishment» liberal, que a lo largo de un siglo había luchado por la importancia de un ejecutivo fuerte, había cambiado su posición y presionaba al congreso para controlar estrechamente una administración a la que se suponía ambiciosa de poder y obsesionada por la guerra.

Que el congreso desempeñara un papel importante en la conducción de la política exterior estaba más allá de cualquier argumento. Pero en los años de la década de 1970 la pasión abrumaba los análisis. Nuestro sistema no puede funcionar cuando el congreso y el presidente tienen objetivos conflictivos entre sí o cuando el congreso trata de prescribir las cotidianas decisiones tácticas. El congreso puede y debe analizar las consecuencias de la diplomacia. Pero no puede llevarla a cabo. Cuando lo ha intentado, los resultados han sido desafortunados, como lo explicaré en más detalle en mi segundo volumen. La principal función del congreso es aprobar leyes con pretensiones de permanencia; se ocupa de lo predecible. La diplomacia requiere ajustes constantes ante circunstancias cambiantes; debe dejar un margen para lo inesperado; lo no predecible es lo que siempre ocurre en los asuntos exteriores. Sutileza, flexibilidad y a veces ambigüedad son las herramientas de la diplomacia. En las leyes estas cosas son vicios; los requerimientos acá son certeza y claridad. La elaboración de las leyes y la diplomacia no sólo son opuestas en sus métodos y consecuencias sino que también se hacen de otro modo. La legislación a menudo emerge del compromiso entre intereses conflictivos; las coaliciones ad hoc se forman y desaparecen. Las coaliciones y los centros de poder del congreso cambian como reacción a los estímulos de los diferentes grupos de presión. La política exterior requiere una consistente visión del interés nacional. El legislador practica el arte de reconciliar a los grupos de presión sobre un tema en particular; el hacedor de política exterior trata con los mismos actores internacionales una y otra vez, y rara vez termina con un tema o da por finalizada una relación.

La enmienda Mansfield fue el resultado de una coalición de frustraciones. Pero pudo haber tenido graves consecuencias por mucho tiempo después que la coalición que la produjera hubiera desaparecido. Esto ilustra también que el congreso no está en posición de tomar decisiones tácticas coherentes porque su conocimiento del mosaico de la política exterior es muy fragmentado. La enmienda fue propuesta en una semana en la que concluimos las negociaciones para una apertura sobre SALT, organizamos el viaje secreto a Pekín, continuábamos comprometidos en delicadas conversaciones sobre Berlín, y organizábamos una serie de conversaciones privadas con los norvietnamitas. Aun si concedemos que la administración Nixon a veces llevaba su tendencia al secreto a límites excesivos, siempre se estarán produciendo delicadas negociaciones o estarán en fase de preparación de las que el congreso no tiene por qué saber nada. En realidad, la capacidad del congreso para hacer daño es considerable aun cuando las políticas afectadas son totalmente de dominio público. En mayo de 1971 el congreso sabía que se estaban llevando a cabo importantes negociaciones sobre SALT, sobre Berlín, y que estábamos urgiendo a nuestros aliados con cierto éxito para que mejoraran sus fuerzas en la OTAN. La enmienda Mansfield amenazó cada una de estas políticas.

Los hábitos del senado proveyeron otra complicación. Hasta algunos senadores que habían luchado por la alianza atlántica se veían ahora reclamados por sus convicciones y por el hecho de pertenecer a un exclusivo grupo; por la certeza que tenían acerca de los peligros en que la enmienda Mansfield ponía los intereses fundamentales de la política exterior norteamericana y por su renuencia a infligir una decidida derrota a un reverenciado colega. Quienes nos apoyaban en el senado urgían, por lo tanto, a un compromiso que evitara una reducción obligatoria específica y por el que se encomendara a la administración que negociara reducciones tanto con la Unión Soviética como con nuestros aliados europeos. El presidente debería informar al congreso el 5 de septiembre de 1971 y luego cada seis meses sobre los progresos de estas negociaciones.

Las opiniones dentro de la administración diferían. Rogers, así como el equipo de enlace con el congreso en la Casa Blanca y el Departamento de Estado, favorecían el compromiso. En su opinión la enmienda Mathias nos comprometía a nada más que consultas; era un claro

modo de evitar una reducción obligatoria. Laird no estaba de acuerdo, en gran parte por razones tácticas. Quería una votación directa sobre la enmienda Mansfield sin modificaciones; pensaba que cuanto «peor» fuera la enmienda, mayor sería nuestra posibilidad de ganar al final. Nixon tendía a estar de acuerdo con Laird. Estaba él profundamente comprometido con la alianza atlántica. Tenía la suficiente experiencia como para comprender que una vez que el principio de la reducción fuera aceptado, las compuertas quedarían abiertas. En esta ocasión estaba principalmente ocupado con la conclusión del entendimiento preliminar sobre SALT (ligando las limitaciones ofensivas a las defensivas), prevista para la semana siguiente, pero quería hacer todo lo que fuera necesario para derrotar la enmienda Mansfield. El peso de ese esfuerzo se me asignó a mí.

Y yo estaba más que ansioso por aceptarlo. Consideraba yo que la enmienda Mansfield era una seria amenaza a toda nuestra política exterior. La angustia nacional por Vietnam podía ser atribuida, por los países que dependían de nuestra estabilidad, a decisiones apresuradas y a una interminable guerra. Un ataque a nuestros despliegues en Europa, por otra parte, haría vacilar los mismos cimientos de nuestra política de posguerra. Me oponía vehementemente al propuesto compromiso. Aun cuando evitaba las reducciones, establecía el principio, y los informes semestrales revivirían las presiones para retiros unilaterales. La enmienda de compromiso era ya descrita —por el senador Humphrey por ejemplo— como una instrucción del congreso a la administración para llevar a cabo rápidas reducciones. Y una legión de otras enmiendas sobre el mismo tema estaban esperando la acción del senado. Si cualquiera de las muchas variantes del compromiso era aprobada, el programa de mejora de las fuerzas de la OTAN, por modesto que fuera, sería arrojado por la ventana; nuestros aliados se descorazonarían; y las negociaciones con la Unión Soviética sobre reducciones mutuas seguramente se atrofiarían. Nos pondríamos en el camino de la vietnamización de Europa.

Pasé la mayor parte del 12 de mayo en el teléfono, discutiendo ardientemente con estos argumentos con nuestros apoyos del senado. Líderes experimentados, como John Stennis, estaban convencidos de que Mansfield tenía los votos y que sólo un compromiso podría aplacarlo. Yo prefería la enmienda Mansfield. Todos los compromisos propuestos tenían la desventaja de convertir la administración en parte de la decisión de reducir tropas en Europa; una vez que hubiéramos cedido tanto terreno, pronto nos veríamos empujados de una posición de desventaja a otra. Al mismo tiempo, una votación directa proveería una oportunidad de demostrar que la esencia de nuestra política exterior de posguerra podía sobrevivir a nuestras divisiones por Vietnam. Por primera vez en la administración Nixon podríamos lograr movilizar a las personalidades del «establishment» que habían sido responsables por tantos de los grandes logros norteamericanos de posguerra.

Uno de los primeros fue Dean Acheson. La capacidad de admirar a otros no es mi característica más desarrollada. Esta debilidad no se aplicaba a la figura de Acheson, tan fuera de escala en sus logros, en sus pasiones, en sus convicciones morales y en sus prejuicios. Lo había conocido apenas hubo abandonado las funciones que amaba para retirarse a ese vacío que caracteriza la etapa siguiente de una gran misión, y a la soledad sólo conocida por aquéllos que han vivido con esfuerzos para una causa importante. Acheson una vez describió su abandono de las funciones públicas como el final de un romance. Lo había entrevistado yo en 1953 en su estudio legal; con agudos bigotes, estaba vestido de modo impecable, suficientemente aburrido con la práctica jurídica como para estar dispuesto a ayudar a un estudiante graduado en un trabajo de investigación sobre algún arcano aspecto de la guerra de Corea. Le hice preguntas académicas que mi relación posterior con él me enseñó que debió considerar rebuscadas e irrelevantes. Respondió con paciencia, a veces con acidez y siempre con precisión. Todo fue tolerablemente bien hasta que inquirí acerca de su reacción a uno de los particularmente musculosos despachos de MacArthur. «¿Se refiere usted a antes o después de ensuciarme los pantalones?», respondió este paradigma de la diplomacia del antiguo mundo. Nuestros caminos no volvieron a cruzarse nuevamente hasta que me invitó a almorzar algunos años más tarde y me dio esta descripción de una figura líder de una entonces nueva administración. «Me recuerda a un aficionado al lanzamiento de 'boomerang' practicando su arte en una sala llena de gente.»

Acheson era un hombre de dignidad, tanto en su persona como en sus opiniones sobre el proceso público. Sus esfuerzos estuvieron siempre al servicio de ideales que iban más allá de lo individual. Durante la mayor parte de tres décadas hizo contribuciones fundamentales para dar forma y diseñar la política exterior norteamericana. Él y el presidente a quien sirvió lealmente inicia-

ron la transformación del aislacionismo hacia el entendimiento de que sin la fuerza de Norteamérica el mundo no tendría paz y sin nuestro compromiso no conocería la esperanza. Esta pareja única dio forma a la alianza del Atlántico Norte, a la construcción de relaciones cooperativas con antiguos enemigos, a instituciones económicas que ayudaron a reconstruir Europa, y empujó un mundo deshecho por la guerra hacia la paz, la seguridad y una prosperidad sin precedentes.

Desde el punto de vista personal jamás podré olvidar el modo delicado —casi podría decir gentil— en que Dean Acheson me dio la bienvenida a Washington cuando llegué como consejero de seguridad nacional, y la sabiduría y paciencia con que trató de cubrir el hueco entre las percepciones de un profesor de Harvard y los requerimientos mínimos de la realidad. «¿Puedo expresarlo de este modo?», le pregunté una vez acerca de una proposición particularmente delicada. «Por cierto que puede hacerlo», dijo Dean, «pero no lo haga si quiere llegar a alguna parte».

Acheson valoraba la integridad moral, pero despreciaba a aquéllos que usaban el ideal como un instrumento para evitar lo posible. Se burlaba a menudo de las debilidades humanas, pero jamás denigró los valores de su nación. Luchó con todas sus fuerzas por la paz y la libertad, pero era demasiado sabio como para creer que los esfuerzos de cualquier hombre pudieran marcar más de una etapa en un viaje interminable. Justice Holmes dijo una vez en un discurso que Acheson usaba a menudo esta cita: «Ay, caballeros, no podemos vivir nuestros sueños. Seremos muy afortunados si podemos dar una muestra de lo mejor de nosotros y si podemos saber en nuestro corazón que fue hecho con nobleza». Dean Acheson ciertamente vivió sus sueños, y sin duda lo hizo con nobleza.

En su época fue objeto de muchos insultos, algunos de ellos lanzados por el presidente que ahora estaba en funciones. La creatividad, la excitación y los logros que tanto marcaron su época como secretario de estado fueron ensombrecidos por unas extendidas desconfianza y sospecha de las que él se convirtió en conspicuo símbolo. Pero supo enfrentar la adversidad con grandeza, con decisión y sin comprometer sus principios. Y la historia dio a Dean Acheson su más preciado espaldarazo: demostró que él tenía razón.

El descuidado tratamiento que le dio Nixon en la campaña de 1952 no impidió a Acheson ayudar a su presidente cuando éste lo necesitó casi dos décadas más tarde. Su lealtad era para con el cargo, no con el hombre. Había respondido a varios pedidos de consejo por parte de Nixon, y siempre sin publicidad. Ahora se ofrecía a hacerlo públicamente. Me dijo que llamaría a cualquier senador, si eso era de alguna ayuda, a cualquier periódico —si bien tenía la sensación de haber perdido su crédito con el *New York Times* y el *Washington Post*—. Me dio una lista de «valiosos» —John McCloy, George Ball, McGeorge Bundy, Cyrus Vance y otros— cuyo apoyo yo debía tratar de obtener. Le dije que le informaría después de hacer los sondeos.

La reacción fue dividida. Los contemporáneos de Acheson —como McCloy— vinieron en nuestra ayuda incondicionalmente. Mis propios contemporáneos todavía tenían sus futuros para proteger; estaban dispuestos a prestar sus nombres, pero no sus músculos; básicamente preferían el compromiso. George Ball era de edad intermedia, y así fue también su reacción. Nos dio su juicio de que el compromiso era necesario. Pero amaba luchar por una buena causa, y se puso a trabajar con pasión y efectividad características para la total derrota de la enmienda Mansfield.

Cuando informé a Acheson acerca de las diferentes reacciones, se le ocurrió otra idea: «Me parece que lo que necesitamos es una andanada de cañones y no sólo fuego graneado de mosquetes». Urgió para que el presidente reuniera inmediatamente un frente de ex secretarios de estado, secretarios de defensa, altos comisionados para Alemania, comandantes de la OTAN, y presidentes del Estado Mayor Conjunto. Este cuerpo bipartidista de política exterior de posguerra debería dar a conocer una declaración en apoyo de la decisión presidencial de mantener nuestra actual fuerza militar en Europa. Nixon compartía mi entusiasmo por la propuesta de Acheson. Se regocijaba ante la perspectiva de que por primera vez, y en efecto la única, en su vida pública tendría al «establishment» de su parte —esos hombres a quién él admiraba y despreciaba, cuya aprobación ansiaba y vilipendía—. ¿Cuántas tragedias podrían haber sido evitadas si se pudiera haber construido un puente permanente hacia ese grupo para dar seguridad interior a este solitario y complejo presidente? ¿Qué habría ocurrido si los hombres que habían sostenido la política de nuestra nación en su propio tiempo hubieran ayudado a Nixon a que abandonara la oscura tierra de sus temores y premoniciones, a ir más allá de su extraña sensación de no ser adecuado? Es una lástima que no haya ocurrido. Ambas partes tienen sus culpas.

La reunión a última hora de la tarde del 13 de mayo fue una espléndida ocasión. En la sala

del gabinete estaban presentes luminarias tales como Acheson, McCloy, Ball, Henry Cabot Lodge, Vance, Lucius Clay, Alfred Gruenter, Lauris Norstad y Lyman Lemnitzer. Fue la reunión final de la Vieja Guardia, un grupo unido por el interés nacional, todavía dedicados a la visión llena de confianza del orden mundial por el que el idealismo norteamericano había restaurado sociedades destrozadas por la guerra y había convertido a enemigos en aliados. Nixon estaba en su salsa. Pronunció un elocuente discurso: jamás había pedido a aquéllos presentes su apoyo para Vietnam. Pero jamás habían estado en desacuerdo con OTAN. El presidente recordó que desde el 80.º congreso, cuando el presidente Truman propuso el Tratado del Atlántico Norte y sus correspondientes programas, y un congreso republicano los apoyó, siempre habíamos estado todos de acuerdo en este asunto. El oponerse a la enmienda Mansfield representaba la continuidad de la política norteamericana. Aludiendo al título de la autobiografía de Acheson, dijo que él también había estado «presente el día de la creación». Tal vez estábamos al borde de una apertura con el mundo comunista (pensaba en SALT y en los preparativos de mi viaje a Pekín). Pero podríamos alcanzar esos objetivos sólo si la alianza atlántica permanecía firme.

Todos los presentes respondieron en el mismo espíritu. Hubo alguna discusión acerca de la posibilidad de un compromiso. Pero Acheson, que no compartía las renuencias de Nixon para comprometerse a un enfrentamiento cara a cara, la absorbió. En un momento estratégico Acheson sacó una breve declaración de apoyo para que los demás firmaran. Rogers —sin saber que el mismo Nixon había originado la idea de que Acheson preparara el borrador, tal vez intimidado por la elegante seguridad de su predecesor, tal vez preocupado por Mansfield con quien tendría que continuar trabajando— urgió para que fuera dejado sin efecto. Acheson, quien sabía que el consenso existente podría evaporarse una vez que todos volvieran a sus presiones normales, urgió para que hubiera un acuerdo de principio en el momento y que la declaración se diera a conocer tan pronto como fuera posible, pero no más tarde del sábado 15 de mayo, o sea cuarenta y ocho horas después. Nixon logró hacer saber a su secretario de estado que él estaba de acuerdo y Rogers se unió al consenso.

Acheson fue elegido para informar a la prensa. La reticencia no estaba dentro de su estilo. Dio su impresión de que el presidente estaba firmemente en contra de la propuesta de Mansfield o de cualquier variante de ella. Sería «una estupidez», dijo, y «un absurdo total» reducir fuerzas sin una reducción en las fuerzas soviéticas. Agregó que pensaba que podíamos ganar la votación. Informó que el presidente había llamado a la gente que había creado la OTAN y la habían llevado adelante durante veinte años. «Todos nosotros tenemos nuestros guantes de boxeo puestos». Cuando le preguntaron por qué la reunión había sido larga, replicó: «Todos somos demasiado viejos y todos somos elocuentes». George Ball agregó que fue un alivio oír decir al presidente que no quería un compromiso.

Después de echar de este modo las bases para el apoyo público, Nixon partió hacia Cayo Bizcayne dejando la dirección de la batalla en mis manos. En Bonn, McCloy había estado ocupado con Brandt, quien dio a conocer una efectiva declaración en la que advertía que un retiro unilateral por parte de los norteamericanos dejaría «la imborrable impresión de que los Estados Unidos se están retirando de Europa» transformando la *détente* en apaciguamiento. Brosio, en el Secretariado de la OTAN, publicó una carta al presidente advirtiéndole que una importante reducción de las fuerzas de los EEUU «haría perder toda credibilidad en la capacidad de OTAN para mantener sus compromisos».

El sábado, como se había decidido, se dio a publicidad una breve declaración presidencial desde Cayo Bizcayne en oposición a la enmienda Mansfield que fue inmediatamente apoyada por la luminosa lista de hombres que habían sido congregados. Además, el ex presidente Lyndon Johnson dio a conocer una declaración de apoyo; también vinieron apoyos por parte del ex secretario de estado Dean Rusk; de los ex secretarios de defensa Robert Lovett, Neil McElroy y Tom Gates; ex prominentes figuras del Departamento de Defensa tales como Roswell Gilpatric; de los diplomáticos Robert Murphy, Livingston Merchant y Douglas Dillon; ex comandantes de la OTAN como el general Matthew Ridway y de todos los ex Altos Comisionados para Alemania. Sólo Robert McNamara y Clark Clifford no participaron de la declaración conjunta; el primero porque era presidente del Banco Mundial y por lo tanto funcionario internacional; el segundo por razones que decidió no revelar.

La reacción de los medios de comunicación demostró que el viejo «establishment» de política exterior todavía tenía considerable peso. El *New York Times* publicó un editorial el 16 de mayo

titulado «La locura del senador Mansfield» en el que se criticaba la enmienda por haber venido en «un momento inoportuno» y se predecía el seguro rechazo, salvo «que el senado haya perdido todo sentido de la responsabilidad». Su «sola introducción podría dañar casi todas las presentes negociaciones y esfuerzos de los Estados Unidos y sus aliados». Y luego argumentaba que «aun una estrecha derrota de la enmienda hará temblar la confianza de los aliados europeos».

El mismo día de la declaración de Nixon, 15 de mayo, llegó una expresión de apoyo del más inesperado sector. En un importante discurso pronunciado en la Georgia soviética, Leonid Brezhnev hizo lo imposible para declarar explícitamente la disposición soviética para comenzar negociaciones sobre reducciones *mutuas* de tropas en Europa. Brezhnev dijo que los portavoces occidentales se estaban preguntando: «¿fuerzas armadas de quién —extranjeras o nacionales—, qué armamentos, nucleares o convencionales, habrán de ser reducidos?» Comparó una tal especulación con un hombre que tratara de juzgar la calidad de un vino por su apariencia y no por su sabor. «Traducido al lenguaje diplomático esto quiere decir: comenzar las negociaciones».

La administración, el congreso y los medios de comunicación se apoderaron por igual de la declaración de Brezhnev como del maná del cielo. Ésta era una salida para los inquietos partidarios de Mansfield así como para sus oponentes en la administración. Ambos bandos podían unirse detrás de la proposición de que la inminencia de las negociaciones hacía que la reducción de fuerzas norteamericanas unilateralmente fuera inoportuna. El 16 de mayo el *Washington Post* publicó un editorial titulado «La apuesta de Brezhnev; la oportunidad de Nixon», en la que se urgía para el pronto comienzo de las negociaciones para la mutua reducción de fuerzas. El *New York Times* y otros periódicos importantes continuaron en una línea similar. El 16 de mayo el secretario Rogers anunció que el embajador Jacob Beam había recibido instrucciones de pedir a los funcionarios soviéticos que explicaran un poco más el ofrecimiento de Brezhnev. Estábamos muy avanzados en el sendero de la derrota de Mansfield al comprometernos nosotros mismos a negociaciones cuyo contenido no estábamos todavía en condiciones de definir.

Qué fue lo que llevó a Brezhnev a hacer su ofrecimiento de una reducción mutua de fuerzas en ese día en particular no es claro. Era una política soviética de antigua data; había dicho exactamente lo mismo en un discurso en marzo. La enmienda Mansfield debe haber sorprendido al Kremlin aún más que a la administración. Ni tampoco podía esperar Moscú aprovechar una tal oportunidad. La propuesta de Brezhnev estaba sin duda diseñada para dar ímpetus a las negociaciones de Berlín al sugerir que abrirían las puertas de un futuro de esperanzas. Nada ilustra mejor la inflexibilidad de la compleja maquinaria soviética para elaborar la política que su decisión de seguir con su juego aun cuando se enfrentaba a los favorables vientos de Mansfield. Esto deberá ser analizado por aquéllos que ven cada maniobra soviética como parte de un bien elaborado plan; el impulso soviético resulta generalmente de la persistencia y de la fuerza bruta, no de la visión estratégica y ni siquiera de la flexibilidad táctica.

Como muchas veces anteriormente, nuestro mayor problema siguió siendo el deseo institucional de un compromiso en el senado y entre varios miembros de la administración —un deseo que aun el impacto combinado de los «valiosos» y de Brezhnev no podría eliminar totalmente. Le expliqué al senador Robert Griffin, el líder republicano, que ninguno de los compromisos propuestos era tan «inocuo» como él creía. Todos comprometían a la administración al principio del retiro unilateral y a los periódicos informes al congreso acerca de los «progresos». También le recordé a George Ball, quien lealmente estaba consiguiendo votos en el Capitolio a pesar de su creencia en la necesidad de un compromiso, que la Casa Blanca se mantendría firme. Cualquier sugerencia en otro sentido dentro de la administración no reflejaba las ideas del presidente.

La votación final llegó por fin el 19 de mayo. La enmienda de compromiso firmemente opuesta por la administración fue derrotada por 73 votos contra 24. Una enmienda similar propuesta por el senador Peter Dominick fue rechazada por 68 contra 29. Luego el senador Frank Church propuso una modificación a la posición de Mansfield, una reducción de sólo 50.000 hombres en lugar de los 150.000 propuestos por Mansfield. Esto fue rechazado por 81 contra 15. El estado de ánimo en el senado fue revelado por uno de nuestros partidarios quien se negó cuando traté de presionarlo para votar contra otra de esa serie de enmiendas: «¿Cuántas veces por día puede alguien votar no?» Finalmente, la enmienda Mansfield fue puesta a votación después de un apasionado discurso por parte del líder de la mayoría. Fue rechazado por 61 contra 36.

A la mañana siguiente, el 20 de mayo, Nixon anunció un adelanto en las negociaciones SALT.

Habíamos estado cerca del desastre. Apenas habíamos logrado evitar el desmantelamiento de veinticinco años de política exterior en el momento mismo de entrar en la etapa decisiva de las conversaciones SALT.

El debate dio un subproducto: nos dio ventajas en las negociaciones para las reducciones mutuas de fuerzas. Nuestra estrategia anterior había sido demorar, para ligar en parte esas negociaciones a otros asuntos, pero sobre todo porque realmente no habíamos pensado del todo qué sería deseable. Todos los planes que habíamos examinado aumentaban el desequilibrio de fuerzas en Europa Central. El Pacto de Varsovia tenía mucha más tropas que nosotros a lo largo del frente central; su ventaja inicial crecería rápidamente una vez que comenzara la movilización; particularmente a causa de la proximidad de las divisiones soviéticas en la Rusia europea. En tales circunstancias, el acuerdo de reducciones mutuas, si ambas partes reducían en porcentajes iguales, complicaría el problema de la OTAN; debilitaría el ya débilmente sostenido frente de la OTAN sin disminuir la capacidad soviética para reforzar. Uno de nuestros estudios mostraba que una reducción mutua del 10 por ciento no tendría ningún efecto substancial, una reducción del 30 por ciento mejoraría significativamente la posición del Pacto de Varsovia. Inevitablemente, esto llevó a la opinión de que el único acuerdo seguro eran las reducciones «asimétricas»; en otras palabras, que el Pacto de Varsovia redujera sus fuerzas en cantidades mayores que la OTAN. Esta idea fue fuertemente enfrentada por una burocracia dedicada a la propuesta de que lo que necesitábamos era ofrecer algo «negociable»; nadie creía que una actitud tan «desigual» sería aceptada por los soviéticos. El debate sobre la enmienda Mansfield hizo que nos viéramos obligados a analizar nuestras ideas *durante* las negociaciones sobre la reducción mutua y no antes, como preferíamos.

La jugada hacia las negociaciones fue efectuada con un gran empuje, dado en la reunión de los ministros del exterior de la OTAN que adoptó un plan de Rogers de exploraciones previas, a ser conducidas por el secretario general Brosio. Y Nixon, como siempre, fue su propio peor enemigo después de haber ganado la batalla. Eufórico por la apertura en las conversaciones SALT y por la votación del senado, usó una conferencia de prensa el 1 de junio para ganar un punto a sus torturadores liberales. Anunció que después de las consultas que estaban ya en marcha los Estados Unidos estarían dispuestos a «adelantarse» hacia esas negociaciones previas. De ese modo habría hecho que negociaciones para las que no estábamos preparados fueran casi inevitables si los soviéticos hubieran aprovechado la oportunidad. Afortunadamente ellos estaban con la atención en otra parte y esto nos dio tiempo para poner la casa en orden.

Después de haber tocado el tema de la reducción de tropas en Europa en un momento fortuito, durante el debate Mansfield, los soviéticos lo abandonaron. Tal vez lamentaban el favor que nos habían hecho al ayudar a derrotar la enmienda Mansfield. Tal vez ellos tenían las mismas dificultades que nosotros para desarrollar posiciones unificadas. Tal vez tenían el impacto sobre su control en Europa Oriental si se producía *cualquier* reducción soviética. Tal vez querían esperar hasta después de las negociaciones sobre Berlín. Tal vez Brezhnev simplemente había cometido un error.

Sea cual fuere la razón, apenas la OTAN mostró interés en reducciones mutuas de las fuerzas, los soviéticos crearon demoras, ligándolas a su proyecto preferido de la Conferencia sobre Seguridad Europea. Y se negaron a recibir a Brosio para conversaciones exploratorias arguyendo que no querían participar en negociaciones de bloque a bloque. Esto le venía muy bien a Francia, ya que París veía en la misión Brosio una disminución de su idolatrada independencia. Y Francia prefería la Conferencia sobre Seguridad Europea a las reducciones mutuas como un contrapeso a la diplomacia unilateral de Brandt. Los soviéticos insistían en que dicha conferencia fuera acordada primero. Nosotros, apoyados por todos los aliados, salvo Francia, adoptamos la posición de que ambas negociaciones debían tener lugar simultáneamente. Logramos mantener el asunto de las reducciones mutuas con vida para bloquear de ese modo cualquier iniciativa unilateral por parte del congreso; y al mismo tiempo logramos prolongar las negociaciones sin resultados desventajosos.

Después de todo, el debate sobre la enmienda Mansfield resultó ser un hito crucial en el debate norteamericano doméstico sobre política exterior, si bien ninguno de los participantes lo comprendió en su momento. Hasta entonces la administración había estado a la defensiva en todos los aspectos de su política. Habíamos librado desesperadas batallas de retaguardia para evitar la neutralización de nuestro presupuesto de defensa y la reducción unilateral de nuestras fuerzas. Con el anuncio SALT del 20 de mayo nosotros tomamos la iniciativa. A eso

siguió mi viaje secreto a Pekín, el anuncio de la reunión cumbre de Moscú y una casi ininterrumpida serie de jugadas inesperadas que capturaban los «temas de la paz» y mantenían a nuestros oponentes fuera de equilibrio. Años más tarde —cuando fue seguro hacerlo— algunos de los que más nos habían atacado cambiaron sus opiniones de acuerdo al estado de ánimo vigente en el público y nos criticaron por insuficiente atención a nuestros aliados; la *détente* fue atacada por estar «desgastada». Como ya he explicado más arriba, considerábamos una *détente* basada en estricta reciprocidad en interés de la nación. Pero sean cuales fueren las opiniones de cada uno sobre la *détente*, en el contexto de 1971 y 1972, las cuidadosamente calibradas medidas de la administración respecto de la Unión Soviética eran imperativas para impedir una directa carrera hacia la abdicación de la responsabilidad en los EEUU y entre los aliados. Nuestra disposición a discutir la *détente* había conducido a Brezhnev a una iniciativa sobre mutuas reducciones de fuerzas que salvaron nuestra entera estructura de defensa europea de ser destrozada por el congreso. Era un ejemplo clásico de por qué una tal política era necesaria para mantener los elementos indispensables de la seguridad nacional si queríamos evitar la destrucción de nuestra defensa nacional y la solidaridad de la alianza en la era de Vietnam.

LA CRISIS ECONÓMICA: EL SEGUNDO «GOLPE NIXON»

La enmienda Mansfield y la premura por negociar con los soviéticos ocultó temporalmente el conflicto económico que venía aumentando desde hacía un año. Se hizo patente en 1971 como resultado de tres desarrollos: el inminente ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común, el nombramiento de John Connally como secretario del tesoro, y el creciente desgaste del dólar.

Para mayo de 1971 los últimos obstáculos para el ingreso de Gran Bretaña habían sido superados. Como ya he explicado, Willy Brandt apoyaba el ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común, al menos en parte, para dar equilibrio a su *Ostpolitik*. Pompidou abandonó las reservas de de Gaulle por temor a que Francia quedara sola con una Alemania potencialmente nacionalista. Heath y Pompidou se reunieron el 20 y el 21 de mayo para resolver los problemas restantes, todos ellos sumamente técnicos. Luego, Pompidou, teniendo cuidado de no inflamar a los gaullistas de la línea dura, anunció los resultados esencialmente positivos en una doble negativa que habría hecho que Gromyko se sintiera orgulloso: «Sería irrazonable pensar que no llegaremos a un acuerdo.» Y mantuvo su palabra. Para julio Heath estuvo en posición de anunciar que sometería un acuerdo al Parlamento antes del fin de año.

Esta culminación de dos décadas de esfuerzos y de aliento norteamericano debería haber llegado como una gratificación para los Estados Unidos. Lamentablemente, coincidió con un período en que las frustraciones de Vietnam alentaban la xenofobia. Aquéllos que querían hacer tambalear el edificio de la política exterior norteamericana ahora hacían causa común con aquéllos que veían en la ampliación del Mercado Común un desafío a nuestra preeminencia económica. Ambos grupos trataban de reducir nuestros compromisos internacionales. Las críticas al sistema europeo de preferencias y al superávit de Japón en su comercio con nosotros comenzaron a aumentar. Y se añadió urgencia por los crecientemente obvios problemas del dólar, la moneda de reserva mundial. Una serie de factores —inflación, convenios salariales altos, y un déficit en la balanza de pagos cada vez peor— se combinaron y causaron una ola de venta de dólares al comenzar la primavera. Empezó a parecer que una importante transformación en las cotizaciones de cambio sólo podría ser detenida por una masiva y creciente intervención de los bancos centrales europeos. El 10 de mayo la República Federal de Alemania finalmente dejó de comprar dólares; el marco comenzó a flotar hacia arriba y el valor del dólar cayó. El aumento del valor del marco alemán en relación con el dólar —teóricamente y con el correr del tiempo— ayudaría nuestras exportaciones haciéndolas más baratas y disminuiría nuestras importaciones al aumentar sus costos. Fue una «victoria» a medias, ya que nuestras autoridades monetarias habían estado presionando para un reordenamiento de las tasas de cambio. Pero dado que eso había sido logrado por lo que los europeos consideraban «nuestro benigno abandono» del dólar, fue considerado como una táctica de presión para aumentar las ya grandes tensiones.

Mi propia participación en las deliberaciones económicas durante este período fue periférica. Desde el principio yo no había esperado desempeñar un papel importante en la economía internacional, cosa que —para decirlo con suavidad— no había sido un campo central de es-

tudio para mí. Sólo más tarde aprendí que las decisiones clave de la política económica no son técnicas sino políticas. En el primer momento consideré que tenía mis manos bastante llenas controlando los Departamentos de Estado y Defensa y la CIA como para tener también que hacerme cargo de Tesoro, Comercio y Agricultura. Tomé unas clases aceleradas con el profesor Richard N. Cooper de la Universidad de Yale para aprender los rudimentos del tema. Nombré a los brillantes economistas Fred Bergsten y Robert Homats en mi equipo. Pero en general me limité a observar. Así pues yo asistía a las reuniones sobre el tema y enviaba memorándums informativos al presidente. Pero no trataba de manejar, y mucho menos dominar, el proceso de formulación de política como lo hacía en otras áreas de seguridad nacional. (Esto no impidió a aquéllos que me criticaban por «dominar» Estado y Defensa, criticarme también por *no* dominar la política económica internacional.)

Estuve entusiastamente de acuerdo cuando, a pedido del director del OMB, George Shultz, se creó el nuevo cargo de Asistente del Presidente para Asuntos Económicos Internacionales en la Casa Blanca, aun cuando técnicamente representaba una disminución de mi poder. Peter Peterson, el primero en ocupar el cargo, y yo establecimos una estrecha relación de trabajo, reforzada por la amistad personal. Peterson, equipado con una mente sutil y de amplios alcances, me enseñó muchas cosas acerca de la economía internacional; lo respetaba enormemente, y esto era otra razón por la que rara vez intervenía yo, y esto sólo cuando algún importante asunto de política exterior parecía estar involucrado. Este arreglo funcionó bien hasta el ataque frontal contra el sistema de equipo de la Casa Blanca por parte del nuevo secretario del tesoro John Connally.

Connally había sido nombrado para ese cargo en diciembre de 1970. Nixon consideraba su elección de uno de los más formidables demócratas como un golpe extraordinario, cosa que lo hizo henchirse de orgullo durante varias semanas después. Pues hacia Connally no existía esa ambivalente sensación de competencia e inseguridad que caracterizaba las relaciones de Nixon con otros miembros del gabinete. A diferencia de Rogers y Laird, Connally no había tenido ningún contacto con Nixon durante las previas crisis en la vida de Richard Nixon. Por lo tanto, éste no tenía el mismo temor de no ser tomado suficientemente en serio; de Connally no necesitaba recibir constantemente la confirmación de que él era el presidente. La elegante autoconfianza de Connally era la imagen escapista que Nixon tenía de sí mismo. Era él una persona a la que Nixon jamás denigró a sus espaldas.

Y efectivamente Connally era la personalidad más formidable dentro del gabinete. Sumamente inteligente, soberbiamente dotado desde el punto de vista físico, tenía el aspecto y se comportaba como si hubiera nacido para dirigir. Su aspecto era sólo comparable a su ego —pero aquéllos que aspiran a la cima no deben ser criticados por ello; jamás podrían dirigir adecuadamente sin una extraordinaria autoconfianza—. Sus amables maneras jamás ocultaban la realidad de que no vacilaría en superar cualquier obstáculo a sus propósitos. Tenía un gran sentido del humor; pero ni aun cuando se reía daba la impresión de que el momento lo dominaba. No era tímido y no carecía de coraje. «En esta ciudad usted será medido», me dijo en una oportunidad, «por los enemigos que destruya. Cuanto más grandes sean ellos, más grande será usted». John Connally jamás temía a sus oponentes; disfrutaba del combate en defensa de sus convicciones. Sea lo que fuere que uno piense de sus opiniones, era un líder.

Como muchos tejanos hechos por sí mismos, prefería el ataque frontal a la maniobra indirecta. Estaba convencido de que el mejor modo de superar el malestar provocado por Vietnam era que nuestros líderes estuvieran visiblemente comprometidos en la dura defensa de los intereses norteamericanos. Inmediatamente demostró que la notoria «Guardia de Palacio» de Nixon, que obligaba a los miembros del gabinete a tratar con el presidente a través de asistentes de la Casa Blanca, no podría sobrevivir el desafío de un decidido miembro del gabinete. Simplemente ignoró a Peter Peterson en asuntos de política económica internacional. Se negó a enviar memorándums a través de él o a través de él recibir instrucciones; si necesitaba alguna guía de la Casa Blanca, simplemente cruzaba la calle desde el Tesoro y se dirigía a la Oficina Oval. Demostró que el dominio de la Casa Blanca del cual tanto se había escrito reflejaba la aceptación pasiva del gabinete tanto como del organigrama formal. Había reducido a Peterson al papel de un espectador aun antes de que Nixon terminara con la agonía de éste al nombrarlo secretario de comercio, una función que cumplió con gran distinción.

Connally no veía ninguna razón para tratar a los extranjeros con una ternura mayor. Creía que en última instancia los países sólo ceden ante las presiones. No tenía confianza en las con-

sultas, salvo desde una posición de fuerza superior. Su presencia como secretario del tesoro aseguraba que el diálogo económico con Europa no sería aburrido; también aseguraba que la contribución europea fuera algo más sólido que las rituales declaraciones de buenos deseos.

Ése era el estado de los asuntos burocráticos cuando en la primavera de 1971 la inminente entrada de Gran Bretaña al Mercado Común y las presiones sobre el dólar súbitamente reavivaron los temas y argumentos que se habían hecho habituales en el campo político y en el de seguridad. Así como la necesidad de «compartir las cargas de la defensa» se había convertido en un eufemismo para la reducción de fuerzas norteamericanas y para una política de retirada, también la recientemente encontrada fortaleza de las democracias industriales era invocada como un argumento para cambios estructurales en el sistema monetario internacional. Generalmente el empuje era en la dirección de una mayor flexibilidad en los valores de cambio, lo cual, dado que cada vez era más claro que el dólar estaba todavía sobrevaluado, significaría en realidad una mayor declinación del dólar. Todo esto fue acompañado por un nuevo tono de nacionalismo económico, más estridente después de la revaluación del marco.

En Munich, el 28 de mayo, Connally habló de la responsabilidad de los europeos y de Japón en un modo que era inconfundiblemente un desafío:

En este momento nosotros gastamos casi el 9 por ciento de nuestro Producto Bruto Nacional en defensa —casi cinco mil millones en el exterior, gran parte en Europa Occidental y Japón—. Financiar un escudo militar es una parte de las responsabilidades del liderazgo; las responsabilidades no pueden ni deben ser eludidas. Pero 25 años después de la Segunda Guerra Mundial, surgen legítimos interrogantes sobre cómo el costo de estas responsabilidades debe ser distribuido entre los aliados del mundo libre que se benefician de ese escudo...

La economía de los EEUU ya no domina el mundo libre. Ya las consideraciones de amistad, necesidad o capacidad no justifican que los EEUU lleven una parte tan pesada de los problemas comunes.

Y, para ser perfectamente franco, el pueblo norteamericano ya no va a permitir a su gobierno asumir compromisos en acciones internacionales en las que los verdaderos intereses a largo plazo de los EEUU no sean tan claramente reconocidos como aquéllos de las naciones con las que tratamos.

Y el 7 de junio, en una reunión de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos, el secretario Rogers y el sub secretario de estado Nathaniel Samuels continuaron con una actitud comparablemente enérgica, si bien más delicadamente redactada.

Un lenguaje tal no había sido oído desde la formación de nuestras alianzas. Hizo tambalear casi tanto a nuestra burocracia como a la comfortable suposición de nuestros aliados de que la doctrina de las consultas les daba un veto sobre las acciones unilaterales norteamericanas. En primer lugar, la explosión de Connally encendió la disputa de Washington. Paul McCracken quería trasladar la discusión de nuestra reacción a la naciente crisis monetaria al Consejo de Política Económica Internacional de la Casa Blanca, donde todos los departamentos (así como también mi equipo) estaban representados. A Connally no le complacía permitir que su autoridad fuera diluida de este modo. La preeminencia de Connally quedó establecida cuando Nixon decidió ignorar su propio sistema y pidió a Connally que presentara sus recomendaciones basadas sólo en «consultas» con Paul McCracken, Arthur Burns (presidente del Directorio de Reserva Federal), George Shultz y Peter Peterson. Ninguno de ellos tenía la influencia burocrática necesaria para oponerse a Connally. Los Departamentos de Estado y Defensa fueron totalmente excluidos del proceso.

Las agencias económicas estuvieron de acuerdo en que el dólar estaba sobrevaluado y que esto era perjudicial para nuestra balanza de pagos. Pero no coincidían en el remedio. Shultz estaba de acuerdo en continuar con el «benigno abandono» del dólar; en realidad, dejar que el dólar flotara. McCracken exhortaba a una actitud ortodoxa de consultas multilaterales para una mayor flexibilidad de las tasas de cambio. Cada una de las propuestas tenía importantes consecuencias en política exterior. El «benigno abandono» del dólar sería interpretado como una deliberada presión táctica por las otras democracias industriales. Aumentar el precio del oro castigaría a aquellos países como la República Federal de Alemania que habían estado tratando de ayudarnos a pedido nuestro manteniendo sus reservas en dólares en lugar de en oro.

Las consultas multilaterales sería una señal de que todo estaba como antes; y esas consultas daban un veto a cualquier participante de importancia. En esa época Connally favorecía el mantenimiento del presente sistema de tasas fijas de cambio: algo poco ortodoxo entonces, y que ahora no parece tan extraño a la luz de las experiencias con las tasas flotantes.

A principios de agosto los sentimientos proteccionistas y las conversaciones acerca de represalias contra prácticas comerciales discriminatorias iban en aumento. Peterson urgió restricciones en la importación contra Japón, salvo que éste revaluara el yen. Connally sugirió una sobretasa en las importaciones. Al hacerse inminentes las consecuencias en política exterior, reuní al Grupo Superior de Revisión. Éste, por primera vez, hizo participar formalmente al Departamento de Estado en el proceso de elaboración de las políticas a seguir. La discusión no llegó a ninguna conclusión pues todos reconocían que yo no tenía ni el poder ni siquiera el conocimiento como para insistir en una particular línea política. Cada agencia, por lo tanto, prefirió reservar su posición para la reunión de principales bajo la égida de Connally en la que se tomarían las decisiones finales. Sin embargo pedí al Grupo de Revisión que presentara opciones para el 17 de agosto.

En pocos días los acontecimientos se habían adelantado al tranquilo ritmo de las deliberaciones interagencias. La crisis que Connally había previsto, y quizás buscado, estaba sobre nosotros. El lunes 9 de agosto, el dólar cayó hasta su punto más bajo en relación con el marco desde la Segunda Guerra Mundial. El miércoles, la especulación contra el dólar cedió un poco. Sin embargo, el jueves, los bancos centrales europeos se vieron obligados otra vez a comprar más de mil millones. Un memorándum del equipo del CNS señalaba:

Es muy poco probable que la situación se solucione ahora por sí misma sin una revaluación de las monedas europeas (que es el más probable curso de acción para los europeos, dada la crisis presente); o una devaluación del dólar; o medidas de los EEUU para restringir las importaciones de mercadería extranjera al país y alentar las exportaciones de los EEUU (lo que requerirá legislación). También es probable que se realicen grandes esfuerzos por parte de los europeos para limitar las cantidades de dólares retenidos en sus bancos centrales y para tomar otras medidas restrictivas contra el dólar.

Connally ahora urgió a Nixon para que adoptara toda una serie de medidas enérgicas. Resultó que aprobó *todas* las medidas que mi equipo iba proponiendo como alternativas. Ese sábado, 14 de agosto, precisamente antes de mi partida a una reunión secreta en París con Le Duc Tho, mantuve una conversación con Nixon. Con la técnica preferida por él para dar noticias que a su interlocutor podrían no gustarle, Nixon fue elíptico. Mencionó de pasada que pronunciaría un importante discurso sobre política económica la noche siguiente. Con su refinada habilidad para evitar temas desagradables, me anunció su proyectada sobretasa a las importaciones de tal modo que su impacto total no me llegó hasta después. No debió sorprenderme. Lo había visto usar la misma técnica con Rogers dos veces en los últimos meses, cuando su secretario de estado había sido excluido de las más importantes deliberaciones políticas, y la volvería a usar con Rogers nuevamente una semana más tarde sobre el acuerdo de Berlín, esta vez proponiendo el ingenioso argumento de que eso le quitaría algo de fuerza a las reacciones de nuestros aliados a su nueva política económica. El hecho fue que una decisión de gran importancia en política exterior había sido tomada sin que el secretario de estado ni el consejero de seguridad nacional hubieran sido consultados. Hice algunas rápidas preguntas sobre la actitud del congreso, pero no hice otros comentarios. No tenía sentido. Dado que Nixon ya lo había decidido, no valía la pena discutirlo. El momento para expresar mis opiniones llegaría si las consecuencias en política exterior se hacían obviamente abrumadoras.

Al día siguiente, 15 de agosto, el presidente dirigió un mensaje por televisión esbozando su nueva política económica. En el aspecto doméstico anunció varias medidas para reducir el desempleo y la inflación, tales como créditos para inversiones, reducción del impuesto sobre automotores, aceleración de las excepciones al impuesto a las ganancias, una reducción de 4.700 millones de dólares en gastos de gobierno, postergación de los aumentos salariales del gobierno, y una congelación de precios y salarios durante noventa días. La verdadera fuerza del nuevo programa, sin embargo, estaba en las medidas para defender el dólar en el exterior y para rectificar nuestro déficit en la balanza de pagos. Nixon anunció una reducción del 10 por ciento en asistencia económica exterior, un 10 por ciento de sobretasa en todas las importaciones, y la suspensión de la convertibilidad del dólar en oro o cualquier otro bien de reserva.

Con un solo y dramático gesto Nixon había roto el lazo entre el dólar y el oro, abriendo con ello el camino para una efectiva devaluación; acompañó la jugada internacional con un programa para dominar la inflación y de proteccionismo en el frente doméstico; y comenzó el torturado proceso de sistemáticos ajustes internacionales. Era una extensión de sus viejos golpes en política exterior al campo de la economía. El acuerdo de Bretton Woods, que había regulado los arreglos monetarios internacionales desde 1944, se hacía ahora irrelevante. Esto tendría muchas consecuencias, multitud de ellas no previstas, con el correr de los años. El inmediato significado del nuevo programa tuvo efecto en el exterior. Muchos lo vieron como una declaración de guerra económica a las otras democracias industriales, y una retirada de los Estados Unidos de su compromiso anterior para un sistema de economía internacional abierto. Las democracias industriales, especialmente Japón, quedaron en estado traumático, a causa de lo súbito del anuncio, de la naturaleza unilateral de algunas de sus medidas y de la necesidad que se imponían de considerar una reestructuración formal de todo el sistema económico internacional. Claramente nos dirigamos hacia un período de intensas negociaciones, conflictos y enfrentamientos.

Cuando la noche del 16 de agosto regresé de París a un *fait accompli*, encontré a Nixon exultante. Por segunda vez en un mes había tomado al mundo por aplastante sorpresa. Se veía a sí mismo revolucionando la economía internacional, tal como había ya transformado la diplomacia internacional. Se regocijaba con el golpe publicitario que había dado. Como lo hacía a menudo, me pidió innumerables veces que le recitara las reacciones extranjeras, que en el mejor de los casos eran una mezcla; estaba encantado con la aprobación doméstica. En este estado de euforia, Nixon se detuvo el 19 de agosto en Dallas y (demostrando que las ideas presidenciales nunca van solas) pronunció las siguientes memorables palabras: «El gran desafío de la paz es que cada uno de nosotros, individualmente y en conjunto, como 'una nación bajo el amparo de Dios', volvamos a dedicarnos a este magnífico sueño norteamericano. Con esto como nuestro equivalente moral de la guerra, podremos crear una generación de paz.» Era difícil equivocarse con una plataforma que ofrecía la paz como el equivalente moral de la guerra.

Mis propias opiniones acerca de las medidas del 15 de agosto eran agnósticas. Más adelante comencé a preocuparme por el incómodo impacto de un prolongado enfrentamiento en las relaciones aliadas. En ese momento, sin embargo, no confiaba lo suficiente en mi juicio como para tomar una posición sobre los méritos de las nuevas medidas. Después del hecho llegué a ver que tal vez había sido necesario algún tipo de golpe de efecto para producir negociaciones serias. Mi mayor preocupación era terminar el enfrentamiento una vez que hubiera servido a sus propósitos e impedir que los asuntos económicos abrumaran todas las consideraciones de política exterior.

Formalmente las medidas representaban un esfuerzo para obligar a nuevas paridades; es decir, establecer valores para las distintas monedas más a tono con su real poder adquisitivo y de ese modo privar a algunos aliados de la injusta ventaja de colocar sus monedas a niveles más beneficiosos para sus exportaciones. Con el tiempo, en realidad, esto conducía al abandono de los valores de cambio fijos en favor del sistema de «flotación», en el que cada moneda encuentra su propio nivel sobre la base de la oferta y la demanda a corto plazo.

Nos tomó casi dos años obtener un sistema totalmente de tasas flotantes aceptado por nuestros aliados. Quienes abogaban por él pensaban que evitaría las crisis periódicas, en las que las tasas fijas son devaluadas cuando las reservas se terminan o son revaluadas cuando hay exceso. Habría ajustes diarios «no dolorosos»; los especuladores desaparecerían; las tasas de cambio reflejarían más fielmente las fuerzas económicas ocultas; los países no se verían arruinados en sus reservas de moneda y oro al tener que sostener «tasas artificiales». Las cosas no han resultado exactamente así. El nuevo sistema ha estado sujeto a crisis y pánicos aún más dramáticos que los del viejo sistema de tasas fijas. Ha dado a los especuladores nuevas oportunidades. Lejos de estar inmutablemente ligadas a los rendimientos económicos, las tasas han sido vulnerables a la inseguridad, a la especulación y especialmente a las transferencias de capital de balance. Las reservas han sido igualmente gastadas para preservar una cierta apariencia de estabilidad en una variación del viejo sistema de paridades fijas. Nadie, en 1971, por supuesto, podía predecir que la Organización de los Países Exportadores de Petróleo elevaría el precio del petróleo cinco veces y crearía miles de millones de dólares en volátil moneda. Pero esto sería anticipar una secuela del espectáculo Nixon-Connally que aun se está desarrollando y que entonces era completamente impredecible. Los problemas del dólar, los balances de la OPEP y todo el sistema

de pagos internacionales seguirá, sospecho, formando parte de la agenda internacional durante un futuro indefinido. El inmediato enfrentamiento en 1971 era la urgente preocupación por producir un reordenamiento de las monedas dentro de un sistema fijo (que tenía más o menos dos años más de vida). No era sólo la cotización del dólar la que se vería afectada: las tasas relativas entre otras monedas estaban inevitablemente ligadas.

La estrategia de Connally fue no presentar una específica propuesta norteamericana para resolver la crisis. Razonaba que cuanto más tiempo se mantuviera la sobretasa a las importaciones, más fuerte sería nuestra posición de negociación. Temía que *cualquier* propuesta norteamericana hiciera unir a todos los demás países contra ella, aun cuando no pudieran jamás ponerse de acuerdo en un programa positivo propio. Por lo tanto, una serie de reuniones de ministros de finanzas delegados, el 3 de septiembre en París, y de ministros de finanzas en Londres, entre el 15 y 16 de septiembre, terminaron sin conclusiones. El secretario del tesoro delegado, Paul Volcker, anunció que los Estados Unidos no tenían un plan en particular para resolver la crisis. Las conversaciones estaban en la etapa de «consultas, no de negociaciones».

Crecientes tensiones eran por lo tanto inevitables. Las otras naciones industriales se resentían del hecho de verse presionadas a adaptar sus políticas económicas, aun cuando sabían muy bien que sin presiones, casi con seguridad, no habrían tomado ninguna medida. Muchos se sintieron sorprendidos por la nueva energía norteamericana. Tendríamos que caminar por un estrecho sendero entre mantener suficiente presión para proveer un incentivo para los ajustes que estábamos buscando, y la provocación de una guerra comercial, así como la amenaza a relaciones políticas edificadas durante décadas. Traté de hacer mi contribución para lograr ese equilibrio.

En primer momento estuve de acuerdo con la opinión de Connally en el sentido de que sin un cierto grado de enfrentamiento nuestros socios comerciales evitarían las difíciles opciones implícitas en un importante reordenamiento del tejido de tasas de cambio. Pero a medida que pasó el tiempo comencé a sospechar que Connally era lo suficientemente tejano como para disfrutar de una buena pelea por sí misma. Por lo menos él consideraba que se fortalecería la Administración frente a la opinión doméstica si se percibía que aquélla era una dura defensora de los intereses norteamericanos. Pero en mi opinión el momento óptimo para un acuerdo es cuando la otra parte está todavía suspendida entre la conciliación y el enfrentamiento. Una vez que se ha decidido por el enfrentamiento, no puede ceder hasta que la prueba de fuerzas esté avanzada. Mi preferencia era, por lo tanto, continuar con estas duras negociaciones por un tiempo, para detenerse poco antes del enfrentamiento final que amenazaría nuestras relaciones en la Alianza. Mi opinión se vio reforzada cuando Arthur Burns me mostró una lista de medidas de represalia proyectadas por nosotros más importantes socios comerciales que al final producirían resultados sustancialmente desventajosos para nosotros.

Mientras esperábamos el momento de entrar en la lucha, hice jugadas en dos frentes. Usé la maquinaria regular del CNS para lograr actitudes económicas y políticas, especialmente respecto de Japón, para suavizar el efecto del trauma del 15 de agosto y para darnos cierta ventaja en el nuevo período de cooperación, una vez superada la presente crisis. El sub secretario de estado y ex embajador en Japón, Alexis Johnson, nos prestó grandes servicios acá. Al mismo tiempo buscaba yo la articulación de algunos objetivos definibles que permitieran la iniciación de las negociaciones. Propuse a Nixon que formara un pequeño grupo para establecer una posición de negociación. Este grupo estuvo compuesto por Connally, Paul McCracken, George Shultz y yo. Se mantendría informado a Arthur Burns. Nixon excluyó a Peter a causa de las objeciones de Connally, pero yo me mantuve en estrecho contacto con Pete informalmente y él hizo una importante contribución. El grupo se reunió más o menos una vez por semana durante el mes de octubre. Desarrolló un esquema básico sobre el que finalmente se logró el acuerdo. El plan final fue en gran medida trabajo de Connally, Shultz y Burns; mi esfuerzo fue alentar una resolución, explicar las implicaciones políticas y al final hacer que las cosas llegaran a una conclusión.

Durante un tiempo los asuntos empeoraron. En una conferencia de prensa el 16 de septiembre, Nixon relacionó la suspensión de la sobretasa no sólo a la reforma del sistema monetario sino también al reparto de cargas, a las restricciones comerciales y a las barreras comerciales no tarifarias; una agenda tan difícil de cumplir rápidamente que amenazaba con convertir la sobretasa en algo permanente. Repitió lo mismo el 23 de septiembre. Para fines del mes, sin embargo, las reuniones del pequeño grupo comenzaron a dar frutos. En la reunión anual del Fondo Monetario Internacional, Connally ligó la suspensión de la sobretasa exclusivamente

a una acordada reforma monetaria. Las tensiones aumentaron otra vez en octubre, cuando Connally continuaba negándose a presentar un esquema específico de reforma monetaria; en su opinión no había obtenido el máximo de la situación. Dado que los europeos y los japoneses no podían ponerse de acuerdo entre ellos, el resultado práctico sería que la sobretasa a las importaciones seguiría vigente, haciendo crecer de este modo el peligro de que tarde o temprano los otros países tomaran represalias en un ataque de nacionalismo económico. Además, yo temía que si los países europeos y Japón sufrían una recesión que pudiera ser atribuida a nuestras acciones, no tendríamos que esperar mucho para que se nos acusara de ella, produciéndose así un daño permanente no sólo a nuestra política exterior sino también a las estructuras domésticas de nuestros aliados. Ningún arreglo económico nuevo, por beneficioso que fuera, compensaría por un cambio semejante.

Para llevar las cosas a término, recomendé a Nixon que se entrevistara personalmente con los jefes de estado europeos. Mi idea original fue una reunión cumbre con los líderes occidentales. Pero Pompidou dejó en claro que no estaba interesado: sabía que no podría crear un frente europeo común; en caso de llegar a un punto muerto, Brandt se vería muy presionado para ponerse de parte de los Estados Unidos. Por lo tanto decidimos iniciar una serie de conversaciones bilaterales. La clave era Pompidou. Heath evitaría tener que elegir entre Francia y los EEUU. Si nos uníamos a Brandt, provocaríamos el resentimiento francés; siempre podríamos hacerlo si Pompidou nos fallaba. Nuestra estrategia preferida era permitir que Pompidou estableciera una posición de liderazgo en Europa al negociar los términos de un acuerdo con nosotros. Siempre teníamos la reserva de la amenaza de aislarlo si se ponía intransigente. Yo no creía que esto fuera probable. Me parecía que todos estarían ansiosos por llegar a un acuerdo si los EEUU daban la oportunidad. Y tenía confianza en que Nixon no quería dar la impresión al público de un estancamiento en las reuniones en las que estaba comprometido.

El 9 de noviembre nuestro embajador en Francia, Dick Watson, me visitó en la Casa Blanca y le pedí que a su regreso a París organizara una reunión entre Nixon y Pompidou. Éste estuvo de acuerdo en principio. El proyecto casi fracasa por una disputa de precedencias, un asunto esencialmente de prestigio. Los franceses se mostraron sumamente quisquillosos. Era el turno de Nixon de visitar Francia, pero no podía visitar sólo una capital, y una gira por Europa destruiría la idea de negociaciones separadas. Por otra parte, Pompidou no aceptaría nuestra propuesta de una isla francesa en las Antillas, porque eso lo obligaría a viajar una distancia desproporcionada y porque, si bien tierra francesa, no podía considerarse comparable a su propia visita a los EEUU. Finalmente nos pusimos de acuerdo en un lugar neutral en las islas Azores, tierra portuguesa. La reunión fue prevista para el 13 de diciembre. Pompidou, tal como yo sospechaba, insistió en que no debíamos discutir asuntos económicos con ningún otro líder europeo antes de hacerlo con él; esto sugería que estaba dispuesto a un acuerdo. Urgió para que el Grupo de los Diez, los ministros de finanzas de los países económicamente más importantes, cancelaran una reunión prevista para el 15 de diciembre, asegurándose de ese modo que cualquier acuerdo sería en primera instancia bilateral entre Francia y los Estados Unidos. Nixon estuvo de acuerdo. El Grupo de los Diez se reunió en Roma el 1 de diciembre sin mayores resultados, como estaba previsto. El escenario quedaba así preparado para una reunión decisiva en las Azores. (También se habían previsto reuniones con Heath para el 20-21 de diciembre en las Bermudas y con Brandt para el 28-29 de diciembre en Cayo Bizcayne.)

Partimos para las Azores el mismo día en que la crisis indo-pakistani estaba alcanzando su cúspide. Mientras viajábamos Nixon y yo sabíamos que Al Haig estaba en reunión con los chinos, y esperábamos que nos informaran si habían decidido ayudar a Pakistán llevando de ese modo las cosas al borde de la guerra generalizada. Aun después de que la nota china eliminó la necesidad de una decisión militar, estuvimos preocupados durante toda nuestra estadía en las Azores tratando de impedir un asalto final de India a Pakistán Occidental.

La mayor parte del tiempo en las Azores la pasé negociando la cuestión monetaria, no precisamente mi punto fuerte. Había llegado yo a esta extraordinaria situación a causa de los caprichos de la política doméstica tanto francesa como norteamericana. En nuestro lado era yo el funcionario de alto nivel más convencido de que el costo político de la crisis económica se estaba haciendo prohibitivo y de que los europeos estaban dispuestos a llegar a un acuerdo sobre términos razonables. Una vez que el presidente se veía involucrado en algo, quería el éxito. Y siguiendo su pauta habitual, identificaba esto con el hecho de ser visto como el actor principal. En esa época todavía me veía como un delegado, no como una competencia en la atención pú-

blica. Connally, a su vez, no estaba dispuesto a ser visto como aceptando un compromiso. Estaba deseoso de que hubiera una negociación, pero prefería mantenerse en reserva para el caso de un estancamiento (y como una muda amenaza).

En cuanto a los franceses, Pompidou estaba también ansioso por ser considerado como el principal arquitecto de un acuerdo. Sus relaciones con su ministro de finanzas, Valéry Giscard d'Estaing —destinado a ser su sucesor— no parecían ser demasiado estrechas; Pompidou estaba decidido a excluirlo de las negociaciones. (Esto a su vez hacía imposible que Connally participara directamente.) Considerado desde el punto de vista práctico, sin embargo, esto nos daba una pista importante. Pues si Pompidou insistía en manejar él las negociaciones, era porque esperaba que éstas tuvieran éxito.

Y resultó que una solución a la crisis monetaria fue negociada entre Pompidou, experto en finanzas y banquero profesional, y un neófito. Ni siquiera en mis más megalómanos momentos creí que yo podría ser recordado por mis contribuciones a la reforma del sistema monetario internacional. Desde la base militar norteamericana donde nuestro grupo se amontonaba en cuarteles (salvo el presidente, a quien se asignó la modesta casa del comandante de la base), yo partía en helicóptero hasta la elegante villa de Pompidou en el otro extremo de la isla. Yo iba acompañado sólo por el general Walters, quien se desempeñaba como mi intérprete. Pompidou me recibió con su habitual cortesía, acompañado por su intérprete, el príncipe Constantín Andronikof. Desayunábamos mirando los agradables prados y las suaves colinas del puesto de avanzada de Portugal en el Atlántico, una de las reliquias del período en que ese pequeño país enviaba a sus hijos en estupendas exploraciones de mares desconocidos, inspirados por la fe y sostenidos por la ambición.

Pero mis negociaciones con Pompidou resultaron ser menos desequilibradas que nuestra relativa competencia en asuntos económicos. Connally me había dado una serie de posiciones que él estaba dispuesto a aceptar. Decidí que sería suicida comprometerse en una negociación técnica. Una vez que comenzara yo a retirarme de nuestra posición máxima, no tendría un lógico punto final hasta que llegáramos a una situación extrema. Mi mejor táctica sería convertir la ignorancia en un beneficio y la incompetencia técnica en un arma. Si yo proponía una posición solamente y me negaba a regatear, eso podía ser presentado —sin beligerancia— como la incapacidad del aficionado de competir con el profesional. Por lo tanto decidí usar la primera sesión para reconocer el terreno. Luego podría desarrollar una posición con Connally y presentarla al día siguiente.

Para determinar la verdadera posición de Francia, presenté el asunto a Pompidou en términos políticos y filosóficos. El acuerdo era necesario e inevitable. Ciertamente sería alcanzado con *algunos* de los países europeos, dada su incapacidad de lograr una posición común. Mi presencia como negociador garantizaba nuestro deseo de que el resultado fuera compatible con el autorespeto y las necesidades de cada una de las partes; era el único resultado políticamente factible. En el establecimiento de un nuevo sistema monetario internacional, nadie podía permitirse el lujo de una «victoria», ya que los nuevos arreglos podrían ser mantenidos sólo con la activa cooperación de todos sus miembros. Yo había venido a negociar, no a imponer. Sería de gran ayuda para mí si Pompidou expresaba sus requerimientos mínimos. Yo haría todo lo posible para lograr una reacción comprensiva cuando Nixon los discutiera con él por la tarde. Si se ponían de acuerdo, yo podría proponer algo concreto a la mañana siguiente, si él estaba dispuesto a invitarme a desayunar otra vez.

Esa resultó ser la actitud adecuada. Pompidou no pudo evitar hacer algunos mordaces y no totalmente injustificados comentarios acerca de que nuestra política económica le parecía a él más bien relacionada con nuestro proceso electoral que con las preocupaciones mundiales. Y preguntó cómo reaccionaríamos si él nos pidiera una cierta moderación económica porque eso lo ayudaría con algunos de sus votantes. Pero una vez dicho eso, medio un brillante análisis de la situación monetaria, a partir del cual destilé la conclusión de que Pompidou no aceptaría un sistema de tasas libremente flotantes. Al final lo aceptaría con una cierta ascendente revaluación del franco —aunque sólo fuera por orgullo nacional—, pero para mantener la posición competitiva de Francia, debía ser menor que la revaluación del marco. No toleraría la devaluación por parte de los EEUU. El paquete entero de devaluación norteamericana y revaluación francesa sería de alrededor del 9 por ciento, con el franco a cierta distancia del marco en la escala. Además Pompidou insistía en que defendiéramos las nuevas paridades. A cambio de ello estaba dispuesto a aceptar nuestro alejamiento del patrón oro limitado. Se acordó que la sesión de la mañana

con Nixon se referiría a una revisión de la situación internacional. La sesión de la tarde cubriría asuntos monetarios.

Nixon, Connally y yo revisamos la presentación de Pompidou durante la hora del almuerzo. Connally estuvo de acuerdo en darme una propuesta para establecer nuevas paridades a tiempo para mi reunión a la hora del desayuno con Pompidou. Colaboraba de modo extraordinario.

No fue fácil juzgar cómo fue la sesión de la tarde pues Nixon no tenía pensado dejar su marca en la historia en el campo de la economía. Pompidou repitió su presentación de la mañana. Visionariamente, subrayó que un sistema flotante conduciría al caos. Estaba dispuesto a ayudar a establecer las nuevas paridades, siempre que éstas reflejaran las fuerzas económicas relativas. No es posible decir que Nixon estuviera muy impuesto en el tema. Quería una solución, no una discusión sobre cotizaciones. Si se le hubiera administrado el suero de la verdad, sin duda habría revelado que no le importaba en absoluto donde estarían ubicadas las monedas dentro de la nueva escala. Y como siempre que se veía envuelto en negociaciones en lugar de un intercambio general de opiniones, estaba nervioso hasta el punto de la ansiedad. Se envolvió a sí mismo en observaciones generales, no todas ellas del mismo tono. Pero fueron suficientes para que Pompidou percibiera un acuerdo general con lo que se había discutido por la mañana. Los detalles finales serían elaborados durante el desayuno entre Pompidou y yo.

Esa noche Connally y yo le dimos forma final a la propuesta de Pompidou. Dije a Connally que sería insensato regatear pues eso me colocaría en la posición más débil. Prefería yo presentar una posición situada entre nuestras posiciones máxima y mínima y aferrarme a ella. Sería bastante razonable que Pompidou pudiera aceptarla en principio y adecuarse a nuestras necesidades. Por temperamento Connally no se inclinaba por este método de negociaciones, pero finalmente estuvo de acuerdo en que era lo mejor que podía hacer frente a un enclaustrado profesor.

Durante el desayuno, presenté a Pompidou las cifras elaboradas entre Connally y yo. El extraordinario aspecto de este encuentro fue que Francia y los EEUU hubieran asumido la responsabilidad de elaborar ellos mismos las tasas de cambio para todas las monedas importantes del mundo. El acuerdo, en realidad, se logró rápidamente, pues nuestra propuesta había tomado seriamente los razonables requerimientos de Pompidou. Preparamos un documento que fue ratificado esa misma tarde en una reunión en la que por primera vez participaron los ministros de finanzas. El acuerdo condujo a una conferencia del Grupo de los Diez una semana después en Washington. Los otros países aceptaron el arreglo; el Acuerdo Smithsonian ratificó el nuevo ordenamiento monetario.

La crisis económica había sido superada, por lo menos hasta 1974, cuando el aumento de cinco veces del precio del petróleo colocó a las naciones industriales frente a la necesidad de reconsiderar la totalidad del sistema económico mundial. Había sido acompañada por las inevitables aprensiones, confusión y ansiedad que sobrevienen cuando una bien establecida estructura de negociaciones es deshecha. Los Estados Unidos abandonaron la convertibilidad oro para asegurar así relaciones de tasas de cambio más realistas y defendibles. Pero el sistema no podía durar. A pesar del Acuerdo Smithsonian, el dólar flotante era inevitable. Como señaló correctamente Raymond Aron, la no convertibilidad oro presentaba a nuestros asociados la opción de acumular dólares indefinidamente o consentir una devaluación con todas las desventajas que eso acarrearía para ellos (1). Nosotros éramos fuertes en asuntos monetarios; nuestros asociados eran cada vez más fuertes comercialmente. El nuevo sistema generaría inevitablemente crecientes presiones sobre el dólar, lo cual tarde o temprano requeriría una más profunda reforma del sistema económico mundial.

Las decisiones unilaterales de Nixon, el 15 de agosto, habían logrado el efecto deseado. La cohesión aliada había sufrido tensiones pero no se había roto. A esta distancia en el tiempo me resulta difícil evaluar si el brutal unilateralismo tan inmediatamente después de la sorpresa del viaje secreto a Pekín comprometió las relaciones innecesariamente durante muchos años en el futuro, o si nuestros aliados con su inmovilidad no nos dejaron otra posibilidad.

CONSULTAS DE ALTO NIVEL: LA ÚLTIMA RUEDA

El año 1971 terminó con otra serie de reuniones entre Nixon y los líderes de nuestros aliados más cercanos: Francia, Gran Bretaña y la República Federal de Alemania. Aparte del asunto monetario, no surgieron grandes decisiones. La mayoría de los temas fundamentales

permanecieron en suspenso; pero se habían echado los cimientos para nuevas consideraciones cuando termináramos el asunto de Indochina. Justo entonces estaríamos en condiciones de superar las ambivalencias europeas; dudas acerca de la constancia norteamericana acompañada con la poca disposición a asumir una mayor carga en la defensa común; las presiones por la *détente* junto a temores por un condominio norteamericano soviético; insistencia sobre consultas acerca de cualquier jugada global norteamericana al mismo tiempo que buscaban popularidad doméstica con la apariencia de independencia y a veces oposición a las preferencias norteamericanas.

Dada la falta de interés de Nixon por los asuntos económicos, las conversaciones políticas fueron con mucho la parte más significativa de su reunión con Pompidou en las Azores. Tenían opiniones notablemente compatibles sobre asuntos internacionales. Ambos sospechaban profundamente de la Unión Soviética; sin embargo, estaban convencidos de la necesidad de demostrar un deseo de coexistencia como una precondition del apoyo doméstico para una enérgica política exterior. Ambos buscaban la seguridad no en proclamaciones abstractas de buenos deseos sino con fuertes defensas y con un equilibrio internacional en el que China tenía un papel prominente.

Disentían porque Pompidou compartía las premoniciones de de Gaulle sobre el hecho de que, por más capaz que fuera Nixon para conducir su política exterior, la dinámica interna de los EEUU los llevaría tarde o temprano a retirarse de Europa. Por lo tanto favorecía la creación de una unión política europea respaldada en última instancia por una defensa común europea; una idea rechazada por Norteamérica, por lo menos desde los años cincuenta. Pompidou veía una potencial incompatibilidad entre nuestra estrategia de temor nuclear y los requerimientos de la seguridad europea. «Queremos ser protegidos, no vengados», dijo. «La venganza sería un mezuquino consuelo para nosotros en el cementerio.» Pompidou había exhortado a Nixon para una conciliación con los soviéticos cuando se reunieron por primera vez en 1970. Ahora que su consejo había sido seguido y que estaba prevista una reunión cumbre en Moscú, Pompidou compartía también el viejo desagrado de de Gaulle por un condominio norteamericano soviético; y continuaba profundamente suspicaz de que a largo plazo el nacionalismo alemán respondería al canto de sirenas que venía del este. No pudo ofrecer mejor solución a sus dilemas que una Conferencia de Seguridad Europea, que él creía eliminaría el apetito de todos y cada uno para continuar solos. Pero en general, las reflexiones de Pompidou eran ejercicios intelectuales para la combinación (tan extraña para los norteamericanos) de compromiso con la Alianza y la independencia francesa, que en realidad le había permitido a Francia conducir una seria y responsable política exterior durante toda la Quinta República.

En estas conversaciones generales Nixon se sentía en su salsa. Tenía un excelente entendimiento de las relaciones generales y podía articular nuestra posición con precisión y elocuencia. Nixon no disentía de Pompidou y su análisis de las condiciones europeas. Después de algunas vacilaciones iniciales, ahora favorecía el apoyo a la unidad europea; objetaba, sin embargo, que ésta se basara en la perspectiva de una retirada norteamericana, que él temía se convirtiera en una profecía, que se satisficiera a sí misma. Se concentró en las relaciones soviéticas y en la apertura a China. Expresó sus propios temores acerca de las implicaciones a largo plazo de la *Ostpolitik*. Prometió que sus viajes a Moscú y a Pekín no alentarían ilusiones sentimentales. Explicó nuestra política en la crisis indo-pakistaní; Pompidou expresó su acuerdo con nuestros análisis. Pero dejó pocas dudas de que dado que nosotros tomábamos las decisiones difíciles, Francia tenía cierto campo para el oportunismo cínico. Dado que protegeríamos el equilibrio, Francia podía inclinarse por la India por ser el país más fuerte y más poblado.

Las reacciones de Pompidou reflejaban las ambivalencias europeas. En tiempos de tensión los europeos abogaban por la *détente*; en períodos de relajación, temían el condominio. Durante las crisis nos buscaban para mantener el equilibrio fuera de Europa, y bajo el paraguas de los riesgos que nosotros corriamos, ellos no vacilaban en buscar ventajas especiales para sí mismos. Estas actitudes eran a la vez un impulso y un freno para nuestra política europea. Nos llevaban a un punto sin precedentes de coincidencia de opiniones entre aliados, pero al final nos dejaban frente a la necesidad de tomar las decisiones finales en los asuntos más críticos, especialmente fuera de Europa. Y nos daba un incentivo adicional para desarrollar nuestra propia estrategia para la *détente*. A falta de esto, los líderes europeos harían sus propios arreglos con Moscú y se verían tentados a obtener el apoyo de su izquierda simulando actuar como un freno a una supuesta belicosidad norteamericana, que ellos secretamente aprobaban. Si nosotros

manteníamos nuestras opciones hacia el este, esas tendencias serían moderadas por el temor de que si se nos presionaba demasiado podíamos ganar a nuestros aliados la carrera hacia Moscú.

Las reuniones con Heath el 20-21 de diciembre siguieron un esquema similar, salvo que Heath, más familiarizado con los procesos mentales norteamericanos, fue menos explícito acerca de las tendencias a largo plazo que Pompidou. Estaba más dispuesto a aceptar la palabra de Nixon cuando éste explicó nuestras prioridades del Atlántico sobre las relaciones Este-Oeste. Heath tocó su tema favorito de la unidad europea y dio seguridades al presidente de que sería «competitiva» y no de enfrentamiento. Era una formulación interesante y no totalmente tranquilizadora, un paso de alejamiento considerable de la automática cooperación dada por supuesta por nuestros «gemelos» atlanticistas en los años sesenta y por todos los predecesores de Heath. Este explicó sus ideas acerca del mejor procedimiento para la cooperación atlántica. Primero Europa debería desarrollar una política común en una reunión cumbre europea o en una conferencia de ministros del exterior. Después de eso habría que hacer un esfuerzo para coordinar las cosas con nosotros —otra importante modificación de la vieja «relación especial» basada en consultas previas entre Londres y Washington—. Heath habló más apasionadamente que Pompidou acerca de la defensa de Europa. Encontramos en Heath la curiosidad de una más benigna versión británica de de Gaulle.

Salvo en esos asuntos, las opiniones de Heath eran paralelas a las nuestras. Compartía nuestro escepticismo acerca de la Conferencia de Seguridad Europea. Dio algún crédito a la creencia de Pompidou de que podría mejorar la independencia de los países del este de Europa, pero estaba de acuerdo con mi opinión de que era difícil explicar por qué entonces los soviéticos la promovían tan enérgicamente. La mayor preocupación de Heath era no verse atrapado en una disputa entre Francia y los Estados Unidos sobre el tema. Sugirió que abandonaríamos el tema hasta 1973, usando como pretexto la necesidad de ratificar los tratados orientales de Alemania primero.

La revisión de la situación mundial fue cálida y armoniosa. Sobre el subcontinente indio, la histórica relación de Gran Bretaña era demasiado emocional como para equilibrar nuestra fría evaluación geopolítica. Los dos líderes discutieron lo que era tal vez la más profunda cuestión filosófica que enfrentaban todas las naciones de occidente. La enunció Heath: «Nos acercamos más y más a un estado de cosas en el mundo en que la acción efectiva ya no es posible. ¿Cuánto es lo que se puede hacer?» Esto condujo a una de las más efectivas disertaciones de Nixon, parte de la cual ya ha sido citada en el capítulo anterior:

Una parte de las razones para conducir nuestra retirada de Vietnam tan lentamente es transmitir el mensaje de que no estamos dispuestos a pagar *ningún* precio para terminar la guerra; ahora debemos preguntarnos a nosotros mismos cuánto estamos dispuestos a pagar para *evitar* la guerra. Si no lo hacemos, nos esperan días muy duros... El «establishment» tiene un complejo de culpa. No puede tolerar el hecho de que yo, su oponente político, esté rectificando sus errores. Además, el «establishment» tiene sus crecientes obsesiones con los problemas domésticos. El «establishment» intelectual está confundido y frustrado por su propio papel y por el papel de los Estados Unidos. Jamás creyeron que había un peligro real de la izquierda. Se están volviendo hacia adentro. Han convertido en problema suyo el hecho de si vamos a continuar nuestro compromiso en la guerra. El objetivo de este largo discurso es éste: yo conozco el problema; lo veré terminado; tendremos un papel mundial. Usted se despertará día tras día preguntándose qué ocurre con nosotros. Nuestras iniciativas son necesarias para dar esperanzas a nuestro pueblo. Un líder político debe alimentar constantemente las esperanzas, pero debe constantemente saber qué está haciendo, sin ilusiones.

El destino posterior de Nixon no debe ensombrecer la importancia de este pasaje. Tenía razón; había diagnosticado tanto los problemas norteamericanos como los del Atlántico correctamente.

El último visitante fue Willy Brandt. Al igual que con los otros líderes europeos había pocos asuntos pendientes. Pero a diferencia de los otros líderes, Brandt no reclamó para sí un papel global; se enorgullecía en evitarlo. Como resultado hubo relativamente pocas cosas para discutir. Los problemas puramente alemanes ya habían sido negociados. Tanto los tratados orientales como el Acuerdo de Berlín esperaban la ratificación del parlamento alemán. Cuando Brandt visitó a Nixon en Cayo Bizcayne el 28 y 29 de diciembre de 1971, yo no estuve presente

en las reuniones, pues estaba en cama con gripe. Esto no impidió que Nixon siguiera su procedimiento habitual de reunirse con un visitante acompañado sólo por un ayudante de la Casa Blanca (en este caso Haig me reemplazó). Rogers y el ministro del exterior de Alemania, Walter Scheel, mantuvieron conversaciones separadas.

El principal tópico de las conversaciones fueron las relaciones Este-Oeste. En aquellos lejanos días, Brandt era el principal experto en líderes soviéticos; se había entrevistado con ellos más frecuentemente que nadie; ninguno de nuestros altos funcionarios había tratado con Brezhnev ni con Kosygin ni con Podgorny, salvo un breve encuentro entre Nixon y Podgorny en la recepción en palacio Eliseo después de la misa en memoria de de Gaulle. Especialmente Brezhnev era un enigma para nosotros. La opinión que Brandt tenía de él era en general positiva. Según Brandt, Brezhnev inicialmente no estaba familiarizado con la política exterior, pero en el último año había ganado mucha confianza en sí mismo. Ya no leía simplemente notas cuidadosamente preparadas. Brandt pensaba que los soviéticos auténticamente deseaban la *détente* en parte por su temor a China. Expresó su satisfacción por el apoyo de la OTAN a su *Ostpolitik*. Nixon lo corrigió fríamente, diciendo que la Alianza no *objetaba* esa política. Pero la República Federal de Alemania tenía que tomar una decisión y aceptó la responsabilidad. Brandt sugirió que los soviéticos estaban resentidos por la ligazón entre los tratados alemanes y el Acuerdo de Berlín. Haig tuvo la impresión de que Brandt no estaba él mismo muy satisfecho con eso, pues temía una «ligazón inversa»: presión soviética sobre las rutas de acceso a Berlín para acelerar el proceso de ratificación. Sin embargo, dada la política alemana, Brandt no veía el modo de evitarlo. El parlamento de Bonn seguramente se negaría a ratificar los tratados sin una satisfactoria realización del Acuerdo de Berlín. En cuanto a nosotros, el estado de cosas descrito por Brandt no dejaba de tener sus compensaciones. Nos daba un punto de apoyo para obligar a una política soviética de moderación, especialmente si teníamos que reaccionar a una ofensiva en Vietnam. Los soviéticos no querían una crisis global antes de que el parlamento alemán hubiera votado.

Nixon dio un anticipo de su actitud en las reuniones cumbres de Pekín y Moscú, siguiendo también las líneas habituales. Brandt argumentó que el comercio Este-Oeste no debería ser ligado a negociaciones políticas; consideraba que el comercio era un modo de aliviar el sistema soviético. También urgió para la convocatoria a una Conferencia de Seguridad Europea mencionando el habitual argumento europeo de que era deseable precisamente para los países más independientes de Europa Oriental como un medio de aumentar su autonomía. Al igual que Pompidou, él tampoco pudo explicar por qué los soviéticos presionaban por una conferencia que aflojaría su dominio en la órbita satélite.

Nixon, como yo, era más escéptico. Advirtió que una Conferencia de Seguridad Europea podría servir de excusa a los críticos del congreso para pedir reducciones de tropas. Urgió para que todos los aliados se movieran de un modo deliberado. Nixon y Brandt señalaron que, después de la breve agitación de mayo, los soviéticos habían enfriado la idea de reducciones mutuas equilibradas. Brandt subrayó su interés en alentar los lazos entre Europa y los Estados Unidos. Fue una reunión amistosa, con éxitos, si bien no estaba dirigida a obtener resultados.

Estas discusiones generales y principalmente filosóficas entre los líderes de Europa y los Estados Unidos que marcaron el principio y el final del período 1970-1971 reflejaban el hecho de que esos años de la administración Nixon fueron un período lleno de acontecimientos en nuestras relaciones con las otras democracias industriales. La República Federal de Alemania estaba al borde de completar su *Ostpolitik*. Nuestro apoyo había contribuido a canalizarla en una dirección compatible con la unidad atlántica y la cohesión de Occidente. El ajuste económico implicado en el inminente ingreso de Gran Bretaña al Mercado Común había producido un período de tensión. Pero al final, había emergido un nuevo sistema monetario, logrado —por lo menos en sus etapas finales— de un modo cooperativo que dio a los países principales un interés para mantenerlo. La fuerza militar de la Alianza Occidental había sido mantenida frente a un enconado ataque por parte del Congreso.

Quedaba mucho por hacer. Se acercaba claramente un período de *détente*. Quedaba por ver si la Alianza tendría éxito en distinguir entre la forma y la substancia, si un período de relajación de tensiones debilitaría los esfuerzos para mantener el equilibrio o proveería un impulso a la cooperación y a la nueva creatividad. Esperábamos infundir en las relaciones atlánticas un nuevo vínculo de liderazgo después de dejar atrás la guerra de Vietnam, pues eso sería —y debía serlo— la piedra fundamental de nuestra política exterior.

Capítulo XXIII

VIETNAM 1970-1971

LA PRESIÓN SOBRE HANOI

Mes tras mes el esquema de nuestra política exterior iba tomando forma: las relaciones con los países del Atlántico, la apertura hacia China, la consecuente mejoría en la actitud de Moscú hacia negociaciones serias. Teníamos, sin embargo, una pesadilla que podría desbaratar todo lo que procurábamos conseguir: la guerra de Vietnam. No era posible darle fin en términos que fueran aceptables para Hanoi, sin poner en peligro todo lo demás que se estaba haciendo en el exterior; no podíamos forzar un resultado militar decisivo, sin arriesgar la cohesión interna. Por lo tanto, navegábamos entre dos aguas: tratando de mantener la esperanza de nuestros conciudadanos de que pronto habría un fin, pero al mismo tiempo, aparentando ante Hanoi un riesgo suficiente como para inducir un arreglo compatible con nuestras responsabilidades internacionales y el honor de la Nación.

En el verano de 1970, los participantes en nuestro debate sobre Vietnam, se veían por el momento libres del trauma de Camboya. La administración había logrado su objetivo de reducir la capacidad de Hanoi para operaciones ofensivas. Pero lo había logrado a costa del agotamiento psicológico; el temor ante otra ronda de demostraciones se había filtrado, contaminando a todos los que en ese verano se ocupaban de Vietnam en el Poder Ejecutivo, aun al mismo Nixon que pretendía ser impermeable. Por lo tanto, el agotamiento nos brindó un respiro que un consenso general no pudo lograr. Las crisis en el Canal de Suez, en Cienfuegos, Jordania y Chile, absorbían parte de la atención del gobierno y distraían la preocupación del público hacia otras partes del mundo.

Tuvimos un golpe de suerte: yo había sugerido y Nixon aprobó con entusiasmo el nombramiento de David Bruce como embajador ante las negociaciones en París. Bruce aceptó de inmediato. En el verano de 1970, cuando volvió a apoderarse de todos nosotros la obsesión nacional sobre Vietnam, la influencia de Bruce fue estabilizadora. Pidió dos meses de plazo antes de hacer alguna proposición; no quería crear la impresión de que había recibido nuevas órdenes. Hanoi aceptaría únicamente si creía que no podía lograr nuevas concesiones, simplemente insistiendo en lo ya propuesto.

Lo cierto es que el nombramiento de Bruce tuvo un efecto tranquilizador, ya que al comenzar el nerviosismo sobre la situación en Camboya, la actitud de Nixon viró bruscamente. El 4 de julio Nixon habló en términos decididos cuando se reunió en San Clemente con Bruce, Phil Habib y su equipo de negociadores de París. Pensaba mantener un curso independientemente del riesgo político. Él no creía que una reducción o el retiro unilateral de tropas impresionaría a los norvietnamitas. Cada vez que retirábamos tropas, Hanoi se ponía más difícil. Si fallaban las negociaciones, daría por el suelo con las restricciones y recomenzaría los bombardeos masivos. Pero, una semana después, el 11 de julio, se lamentó ante mí en privado de que la guerra le estaba corroyendo el apoyo dentro del país y por lo tanto habría que ponerle fin antes de 1972; si cualquiera de sus posibles oponentes resultaba electo presidente, la posición de los EEUU en el mundo quedaría minada. Su solución era combinar bombardeos masivos con el retiro total de tropas. El 22 de julio, sin embargo, mientras desayunábamos en la Casa Blanca con Bruce y Ellsworth Bunker, tenía una visión más optimista de nuestra capacidad de resistencia.

Estoy totalmente convencido de que la manera en que terminemos esta guerra determinará el futuro de U.S.A. en el mundo. Si salimos de ella bien, podremos mantener la posición de América en Europa y Asia. Los americanos están divididos de manera pareja. El «establishment» está contra mí, pero yo lo lograré aunque sea la única persona en el país que pueda hacerlo. De una manera u otra, veremos el fin de nuestra participación.

Llegué a la presidencia sin el apoyo de la gente que hoy se opone a mí y puedo ser reelegido nuevamente sin su ayuda.

No obstante, en agosto Nixon se sintió conmovido luego de una conversación que mantuvo con los senadores Harry Byrd y Gordon Allott que lo instaban a terminar la guerra rápidamente. «Ahora tenemos a la izquierda donde la queremos» me dijo. «Todo lo que les queda por discutir es una salida y ese es problema de ellos. Pero cuando la derecha comience a querer salir, cualquiera sea el motivo, el problema será *nuestro*.» Por lo tanto quería que las cosas llegaran a una decisión bloqueando el Norte, reanudando los bombardeos y simultáneamente retirando todas nuestras fuerzas. Le advertí que en vista del problema que habíamos tenido en mantener una campaña de ocho semanas a una distancia de veinte millas en Camboya, no podríamos adherirnos a tal curso de acción por el tiempo que fuera necesario a no ser que mediara una extrema provocación. Y el retiro de nuestras tropas daría una imagen totalmente opuesta a nuestras acciones militares. El plan de Nixon podría muy bien producir la caída de Saigón en medio de una carnicería en el norte. Nixon no siguió adelante con el tema.

Durante el verano nuestros estudios confirmaron que el sistema de aprovisionamiento de Vietnam del Norte a través de Camboya había sido interrumpido y que las fuerzas enemigas allí ubicadas estaban considerablemente debilitadas. Más importante aún: las tropas norvietnamitas en la mitad sur de Vietnam —las llamadas Regiones Militares 3 y 4— no deberían utilizarse ahora en operaciones ofensivas en el sur de Vietnam, sino para proteger nuevas áreas de bases y entrenar a las guerrillas camboyanas; su capacidad para operaciones ofensivas había sido seriamente deteriorada por lo menos durante el último año. Las bajas de los aliados disminuyeron en consecuencia. Durante los doce meses antes de Camboya murieron en acto de servicio más de 7.000 americanos. Al año siguiente la cifra fue de menos de 2.500. Un año después, cayó por debajo de los 500.

Pero el problema político se mantenía. Hanoi no estaba debilitada hasta el punto de perder toda esperanza y continuaba exigiendo el retiro unilateral de *todas* las fuerzas norteamericanas y el derrocamiento del gobierno de Saigón. No había el menor indicio de un compromiso. No se nos ofrecieron otros términos más que la rendición incondicional o la traición de los millones que habían confiado en nosotros para escapar a las aterradoras reglas del Comunismo. Nuestros opositores ridiculizaban nuestra definición del honor, pero la alternativa que ofrecían, fijar una fecha incondicional para nuestro retiro, era un acto inútil así como deshonesto. A fin de agosto el Senado debatía la reforma McGovern-Hatfield, que fijaba la fecha máxima para el retiro norteamericano el día 31 de diciembre de 1979, autorizando al presidente a extender el límite por sesenta días únicamente en caso de una emergencia. Este proyecto tuvo amplio apoyo editorial. Para el *Washington Post* (1), «daría fin al juego de las bombas». Para el *St. Louis Post Dispatch* «nos estábamos quitando la máscara» al oponernos a MacGovern y Hatfield y revelaba que nuestro objetivo era la victoria militar (lo que se había transformado en un término oprobioso). Pero una vez que se estableciera por ley una fecha para el retiro de tropas, nuestro ya exiguo margen de negociación desaparecería totalmente. Perderíamos hasta la capacidad de negociar nuestros prisioneros ya que literalmente no tendríamos nada para ofrecer, salvo el derrocamiento de un gobierno amigo y el abandono de millones de almas a una dictadura brutal. Para finalizar la guerra honorablemente, era preciso enfrentar al enemigo con el mismo margen de incertidumbre acerca de nuestras intenciones que la oposición en nuestro país se esforzaba en anular.

Hubiera existido una posición ideal para negociar si contáramos con el apoyo público y si nuestro enemigo estuviera en duda acerca de nuestras tácticas. La discordia doméstica produjo un estado de cosas totalmente opuesto. Nos enfrentábamos con una constante falta de credibilidad en nuestro país, mientras que nuestros oponentes comprendían perfectamente la dirección en que nos impulsaban. Tampoco, una vez que se hubiera fijado una fecha determinada para el retiro de nuestras tropas, sería tan sencillo retornar al Congreso a pedir la extensión de la reforma McGovern-Hatfield que propusieron ofrecer. Las mismas fuerzas que establecieron la fecha

tope, se empeñarían seguramente en mantenerla. Y difícilmente el tema surgiría de manera clara y definida. El solo hecho de votar la reforma bien podría conducir a la caída de la moral de los survietnamitas y con ella, la de sus fuerzas armadas. Tailandia probablemente cerraría sus bases, tan importantes para las operaciones aéreas en Vietnam, y Souvanna Phouma de Laos, casi con seguridad requeriría que suspendiéramos el bombardeo de la Ruta de Ho Chi Minh, ya que estos dos países amenazados trataban de ajustarse a la nueva realidad. Ninguna administración responsable podría aceptar estos riesgos, simplemente con la esperanza de evitarse críticas, la mayoría de las cuales, según los hechos luego lo demostraron, tampoco se aplacaron. Las cosas sucedieron de tal manera que pudimos retirar la gran mayoría de las tropas norteamericanas dentro del plazo de la reforma McGovern-Hatfield y el resto quince meses después. Quedaron suficientes fuerzas como para enfrentar con cierto éxito la ofensiva norvietnamita de 1972. Pero nos retiramos sin desplazar a nuestros aliados. El habernos comprometido en septiembre de 1970 a una fecha dada que no podríamos haber cumplido de ninguna manera, hubiera significado un resultado totalmente diferente.

La Reforma McGovern-Hatfield fue derrotada el primero de septiembre de 1970 por 55-39. Técnicamente fue una victoria de la administración. Pero el hecho de que treinta y nueve senadores buscaran ordenar la conducción de las negociaciones de paz, prescribe ante la prevención de la administración de que estaban legislando una debacle y fue un serio impacto para las bases psicológicas de una estrategia coherente. Este voto tampoco representó el fin de la Reforma. Volvía a tratarse constantemente todos los meses, cada vez con mayor apoyo, demostrando a las claras ante Hanoi el desgaste de nuestra posición interna, reduciendo así el incentivo del Norte para llegar a negociaciones serias. Además, Vietnam del Norte tenía otro pretexto para no negociar. Estábamos retirando nuestras tropas a un ritmo tal que la vietnamización era casi una burla; en el proceso perdimos la fuerza de negociación al ofrecer celeridad en la retirada a cambio de una auténtica libertad de elección para el pueblo.

En el mejor de los casos, sería difícil convencer a los norvietnamitas de que podrían elegir libremente ya que no tenían experiencia anterior ni referencia alguna. Llegaron al poder por medio de las armas y se extendieron luchando. Eran convencidos marxistas-leninistas. Para ellos, la legitimidad política residía en la *élite* militante que reunía los «verdaderos deseos» de la gente. Los disidentes debían ser reeducados o eliminados. La historia de Vietnam tampoco brindaba ejemplos de éxito. Los gobernantes anteriores lo hicieron en nombre de los cielos y resistieron por sus buenos resultados. Nuestros planes para elecciones libres y comisiones electorales imparciales eran rechazadas desdeñosamente por Hanoi. Saigón las aceptaba de no muy buen grado pero sobre todo por provenir de un rico benefactor cuya protección era esencial para sobrevivir. Así y todo, con su candidez, constantemente bordeaban el desastre. Cómo podría ser, a la luz de la ideología comunista y la historia vietnamita, que los comunistas estuvieran luchando solamente para lograr un gobierno de coalición. O de igual manera, cómo podría aceptarlo cualquier vietnamita. Sería tema de estudio de psicología de masas.

Le escribí a Nixon el 20 de julio, advirtiéndole nuevamente que una estrategia confiando en la vietnamización no sería compatible indefinidamente con una estrategia de negociaciones. Cada retiro unilateral de tropas, tendía a disminuir nuestra posición ante una posible negociación. Si el retiro de nuestras tropas se hacía a un ritmo máximo compatible con la supervivencia de Saigón, el margen para acelerarlo era limitado. Por lo tanto, era poco lo que podíamos ofrecerle a Hanoi. En algún momento, probablemente a mediados de 1971, deberíamos elegir entre vietnamización y negociación. Durante julio y agosto de 1970 la administración pergeñó la idea de un cese de fuego (o cese de fuego en sus posiciones) para tratar de explorar posibilidades ocultas para romper el estancamiento. Esta proposición ya había sido lanzada por Cyrus Vance después que se retirara como negociador en París (2), Averell Harriman, el *New York Times* (3) y el senador Mike Mansfield. Su atractivo como una proposición de «compromiso» era que ambas partes renunciaban de allí en más a la victoria militar. En 1969 un cese de fuego en sus posiciones se había transformado en una fórmula favorita de los oponentes moderados a la guerra, que todavía no querían mostrarse a favor de una capitulación norteamericana o de la fijación de una fecha tope para el retiro de tropas. Esta posición era compartida por varios altos funcionarios por diversos motivos. Algunos, en el Departamento de Defensa, propugnaban un cese de fuego para aliviar las presiones presupuestarias y liberar fondos para la obtención de armas. El Departamento de Estado lo hacía en parte para congraciarse con el Congreso y los medios de comunicación y en parte por su propio deseo de seguir buscando negociar con proposiciones siempre nuevas. Por

lo general, Nixon desdeñaba todos estos proyectos. El día después de su discurso del 3 de noviembre de 1969, el presidente les había escrito a sus secretarios de estado y defensa, rechazando, específicamente, cualquier iniciativa conducente a un cese del fuego. No obstante, el 8 de noviembre Rogers insistió en que apoyáramos la resolución de Mansfield en pro de un cese del fuego en Vietnam, como una forma de complacer a las «palomas». El 10 de noviembre llegó a la Casa Blanca un memorándum del Departamento de Estado, proponiendo la iniciativa de un cese del fuego.

Desgraciadamente, nos encontramos con dos obstáculos considerables: los norvietnamitas no habían demostrado ningún interés en ceses del fuego de ninguna índole. Y en 1969, el gobierno de Vietnam del Sur, nuestros comandantes militares, y la embajada de Saigón, estaban convencidos de que tal cese precipitaría la caída de Vietnam del Sur. El Grupo de Estudios Especiales de Vietnam, estudió el impacto que un cese del fuego tendría, provincia por provincia. Sus conclusiones parecían confirmar el juicio de Saigón.

No obstante mantuvimos la idea latente, basándonos en la teoría de que si se nos aceptaba en principio, insistiríamos en los términos que dieran a los survietnamitas una razonable probabilidad de sobrevivir. En febrero y marzo de 1970 le propuse a Le Duc Tho un cese del fuego para Laos y Camboya. Incluí la idea entre los temas que estábamos dispuestos a discutir para Vietnam.

Pero, Le Duc Tho rechazó toda discusión. En cada ocasión que se le presentaba —hasta octubre de 1972— despreciativamente quería convencerme de la imposibilidad de un cese del fuego antes de que mediara un arreglo político; y los términos que utilizaba, eran apenas disimuladas frases comunistas. No sé si Hanoi era tan desdeñoso porque pensaba que sus posibilidades en el terreno eran mejores que las nuestras, o porque temía que aun después de un cese del fuego permaneceríamos con nuestras tropas en Vietnam o simplemente por una desconfianza doctrinaria marxista-leninista hacia cualquier concepto de equilibrio. Por cualquiera de estas razones, Hanoi ignoró la sugerencia en el discurso de Nixon del 14 de mayo de 1969 y tampoco tomó en consideración su reiteración del 3 de noviembre (en ambas oportunidades ofrecía ceses de fuego locales, pero la insinuación era clara).

A fines de mayo de 1979 ordené un estudio especial que produjo una variedad de opciones que se tratarían en reuniones de las diversas agencias en junio y julio, incluida una del Consejo Nacional de Seguridad el 21 de julio. Todos estuvieron de acuerdo en que Hanoi rechazaría un cese del fuego que involucrara reagrupamiento o retiro de tropas. La única de estas sugerencias que podría tener éxito ante la otra parte, era un cese de fuego en sus lugares. El éxito de las operaciones en Camboya, hacía tolerable el riesgo; los norvietnamitas habían reagrupado sus tropas, retirándolas hacia la frontera y utilizándolas para proteger las bases de entrenamiento para los comunistas camboyanos. No obstante nuestros estudios predecían que en un cese del fuego en sus lugares, el control de Saigón sobre la población se vería desgastado en por lo menos un 6 por ciento.

Como prueba de las dificultades con que tropezábamos en nuestro propio país, durante el verano surgió un consenso general para proponer un cese del fuego de ese tipo. Las opiniones dentro del gobierno no habían variado con la excepción de que Nixon estaba reconociendo la necesidad de ofrecer alguna alternativa de paz luego del trauma de Camboya. Fuera del gobierno la idea también fue ganando adeptos. El día en que derrotaron la reforma propuesta por McGovern-Hatfield, un grupo de catorce senadores de ambos partidos, a los que el *Washington Post* denominó «una extraña cruz de palomas y halcones» (4), le envió una carta a Nixon rogándole que intensificara sus esfuerzos en las conversaciones de paz de París hacia «un cese del fuego en sus lugares, supervisado internacionalmente en todo Vietnam». Otros dieciséis senadores se unieron al pedido hasta el 18 de septiembre. Al mismo tiempo, el Comité Nacional de Clark Kerr en pro de un Arreglo Político en Vietnam, encabezaba el movimiento de los que propugnaban la idea. Este concepto, temporariamente unió todos los puntos de vista dentro del gobierno. Algunos pensaban que deberíamos hacer el ofrecimiento con el fin de calmar a nuestros críticos, aunque tenían la certeza casi total de que sería rechazado; otros porque lo veían como una cuña para proponer luego otros términos que aún no se animaban a decir y otros que creían sinceramente que una proposición de cese del fuego rompería con la inercia de las negociaciones.

Hasta Nguyen Van Thieu se adhirió a la idea, según su táctica al enfrentarse con lo inevitable; hasta recomendó que se hiciera así. Perfectamente consciente del desgaste producido en los EEUU por la guerra, Thieu se encontraba en la posición casi imposible de pedir que se reem-

plazaran las tropas norteamericanas en constante disminución; de ofrecer compartir el poder con un adversario que diariamente proclamaba su determinación de destruirlo y de llevar a cabo reformas políticas. Cada una de estas tareas de por sí hubiera puesto a prueba a cualquier sociedad estable; lograr el éxito en todas ellas en el medio de una guerra civil con cientos de miles de tropas extranjeras en su propio territorio, era imposible. Es realmente muy meritorio de su parte haber conseguido todo lo que logró. Thieu sabía que era un blanco conveniente para los críticos de la guerra que lo culpaban injustamente de ser el verdadero obstáculo para la paz y que podría poner fin a sus ataques abandonando su puesto y la posición de su país. Como todos los vietnamitas, no comprendía que el poder pudiera ser compartido. Sabía que necesitaba tiempo y que en el mejor de los casos, sería una carrera contra el reloj. Thieu trató de conseguirlo, haciendo las que él consideraba eran las concesiones menos dañinas hacia este extraño aliado que trataba de inducir flexibilidad a un oponente implacable, debilitando unilateralmente su propia posición. Por lo tanto se unió a nuestra propuesta en parte porque le pareció una jugada tolerable, en parte porque sospechó que Hanoi la rechazaría y en parte porque podría brindarle algo de alivio en las presiones constantes en pro de gobiernos de coalición y cambios internos.

Por lo tanto, durante el mes de agosto, Nixon decidió ofrecer un cese del fuego, luego que Bruce estuvo bien establecido. La fecha clave era para el fin del verano. Esta demostró ser una decisión de profundas consecuencias en el largo plazo. El cese del fuego en sus lugares se propuso como provisional. Si se lo conseguía, sería seguido por una conferencia diplomática para dar fin a la guerra, en la cual, presumiblemente continuaríamos presionando con la demanda del retiro de las fuerzas norvietnamitas. Si se la rechazaba, podríamos mantener una fuerza de reserva en Vietnam del Sur. Pero nadie podía tomar en serio esta proposición. Aún mientras estábamos en medio de una guerra, las presiones del Congreso propiciando un retiro unilateral de tropas iban en aumento. No transcurría un solo mes sin que venciera alguna fecha clave presentada ante una de las Cámaras. Era inconcebible que en un ambiente así, el Congreso nos permitiera mantener tropas en Indochina, cuando ya se había alcanzado un cese del fuego, independientemente de lo que Hanoi hiciera con sus fuerzas. Por lo tanto, la decisión de proponer un cese de fuego en 1970, implicaba la solución para 1972. Resultaba obvio que las fuerzas norvietnamitas permanecerían en el sur. Ninguna negociación lograría desalojarlos de allí puesto que no habíamos conseguido hacerlo por la fuerza de las armas. Pero antes de que pudiéramos hacer nuestra proposición formal, volvimos a oír a los norvietnamitas.

LOS OCHO PUNTOS DE MADAME BINH

Al llegar a su fin la Operación Camboya, envié un mensaje a los norvietnamitas el 5 de julio, por medio del general Walters, sugiriendo una reunión con Le Duc Tho para cualquier fin de semana después del 25 de julio. Según le era característico, Hanoi no respondió hasta el 18 de agosto, seis semanas más tarde, cuando nos propuso una reunión con Xuan Thuy para el 29 de agosto. Esta vez no nos mostramos tan ansiosos como en el mes de febrero anterior. Finalmente la reunión tuvo lugar el 7 de septiembre, una semana después de haber sobrevivido a la reforma McGovern-Hatfield.

Viajé secretamente a París por una ruta que ya me era familiar. Volé desde la Base Militar de Andrews hasta la Base Militar en Avord, cerca de Bourges en el centro de Francia. Mis principales ayudantes eran en ese momento Winston Lord, que a partir de entonces nunca dejó de estar presente en ninguna reunión y se hizo cargo de los preparativos y Dick Smyser, el experto en asuntos de Vietnam de mi equipo. Un *jet* presidencial francés llevó a nuestra comitiva hasta el Aeropuerto de Villacoublay, en las afueras de París, donde el general Walters se hizo cargo de nosotros en un automóvil alquilado por el fin de semana. Después de pasar la noche en su departamento, donde me presentaron a la mucama como el general Kirshman (mis colegas también tenían nombres en clave), fuimos a ver a nuestros interlocutores vietnamitas en la sencilla casa de familia en el número 11 de la Calle Darthé en Choisy-le-Roi, en las afueras de París.

Xuan Thuy nos recibió, con su rostro de Buda cubierto de sonrisas, junto a la ya conocida compañía: Mai Van Bo, el Delegado General Norvietnamita en París; otros dos asistentes y el intérprete que había logrado gran maestría en repetir el mismo discurso, con igual entonación y el énfasis en las mismas frases, desde hacía tres años —que tenía el efecto de ponerme al borde de la insania.

Le había dicho a Nixon que a raíz de lo de Camboya sólo esperaba vituperaciones de este primer encuentro. Las posibilidades de éxito en las conversaciones eran más remotas aún por cuanto Xuan Thuy era totalmente opuesto a mí. Si Hanoi hubiera querido conversaciones realmente serias las conduciría Le Duc Tho, que era miembro del Politburó. Pero no hubo tal vituperación: apenas se mencionó Camboya. Pude informarle luego a Nixon que «la atmósfera de estas sesiones fue realmente la más amistosa de las producidas hasta entonces con los vietnamitas. Parecieron desechar su exigencia para un plazo de seis meses para el retiro de tropas (esto se transformó luego en una ilusión). Repetidamente insistieron en su deseo de encuentros adicionales. Xuan Thuy hasta me permitió que le explicara nuestra propuesta para la formación de comisiones electorales mixtas para supervisar las elecciones. En el plano de nunca jamás de las negociaciones con Vietnam, el hecho de que los negociadores de Hanoi escucharan una propuesta nuestra, se consideró un progreso. Llegué a la ingenua conclusión de que Xuan Thuy podría hasta llegar a considerarla.

Pero, nada había cambiado: ni el discurso, ni las instrucciones de Xuan Thuy. En esta etapa, cuando las negociaciones eran esporádicas, la primera de una serie de sesiones era siempre la más amistosa. (Más adelante, cuando Hanoi se dispuso a negociar seriamente, fue válido lo contrario: la sesión de apertura era invariablemente firme). Los negociadores norvietnamitas lo utilizaban como un cebo para animarnos a poner sobre la mesa el mayor número posible de concesiones. Luego éstas se transformaban en los primeros puntos a tratar en la próxima rueda de conversaciones.

Realicé un mensaje de apertura cuidadosamente preparado, que padecía de la deformación profesional de todos los negociadores que se sienten tentados a creer que los *impasses* dan lugar a la elocuencia. Le expliqué a Xuan Thuy, como previamente lo había hecho con Nixon y en un lenguaje muy parecido, que nos aproximábamos a una bifurcación en el camino:

Le pido nuevamente que tome con nosotros el camino de la negociación. Sería una actitud consecuente con el respeto mutuo y con los objetivos de ambas partes. Reconocemos la profundidad de sus sospechas pero no se disiparán a medida que pase el tiempo y continúe la lucha. Es la naturaleza misma de la guerra.

Nos estamos acercando al momento en que las posibilidades para un arreglo negociado quedará atrás. Después de cierto punto, se habrán ustedes comprometido en un enfrentamiento armado. No quiero predecir cómo terminará un enfrentamiento semejante contra un Vietnam del Sur apoyado por nosotros o cuánto durará. Pero debe reconocer que hará todo arreglo con los Estados Unidos cada vez más difícil.

Por lo tanto, tratemos de lograr un arreglo negociado mientras todavía estamos a tiempo.

Luego introduje dos variantes en nuestra posición: una importante; la otra de forma. La concesión significativa era dejar en claro que el retiro de las tropas americanas después de la guerra, sería total; sin fuerzas de reserva, bases o consejeros que quedaran en el país. En cuanto a la de forma, puse nuestra posición privada a la par de nuestra posición pública. El 1 de abril le había dado a Le Duc Tho un plazo de dieciséis meses para el retiro de las tropas; puesto que ya le habíamos ofrecido públicamente retirarnos dentro del año, le ofrecí a Xuan Thuy doce meses. (Todavía estábamos conversando en el contexto del retiro mutuo.) Le propuse elecciones libres supervisadas por una comisión electoral mixta, compuesta por representantes de Saigón, los comunistas y neutrales. No pretendíamos manipular los resultados de antemano: «No tenemos intención de interferir con la evolución política que se produzca a través del proceso que acordamos aquí». Observadores internacionales proporcionarían garantías adicionales.

Estas proposiciones no dejaban de tener una cierta connotación fantasmagórica. Dadas las presiones internas en favor de un retiro de tropas unilateral, que se aceleraban constantemente, les decíamos a los norvietnamitas que sería mejor que ellos accedieran a un retiro mutuo ahora, puesto que si no lo hacían, los catigaríamos haciéndolo unilateralmente más tarde. Y estábamos tratando de convencer al más doctrinario de los regímenes leninistas que apostara el resultado de una lucha de toda la vida al azar de unas elecciones libres como nunca las habían tenido en el país.

De todos modos, Xuan Thuy no poseía la autoridad para modificar ni siquiera en lo más mínimo la presente posición de Hanoi. Tampoco se mostró impresionado por mi retórica. Se

mostró poco entusiasmado acerca del límite de seis meses para el retiro incondicional de los norteamericanos, pero sólo porque, cómo descubrimos diez días después, Hanoi se proponía hacer una nueva propuesta. No obstante, ésta no distaba mucho en esencia de la otra. Xuan Thuy no perdió mucho tiempo en el tema del retiro de las tropas. Nadie que siguiera nuestros debates en el Congreso o nuestros medios de difusión podría dudar de que las presiones para el retiro unilateral seguían su propio ritmo creciente. Rechazó nuestra designación de David Bruce como negociador principal a pesar del hecho de que en todas las reuniones en febrero y marzo Le Duc Tho nos había criticado por no haber reemplazado a Henry Cabot Lodge por un hombre de reputación similar. Ahora Xuan Thuy pregonaba que el nombramiento de Bruce ponía fin a algo que no deberíamos haber hecho nunca: no implicaba reciprocidad.

Lo que interesaba a Xuan Thuy por sobre todas las cosas, era la estructura política que Hanoi quería ver en Vietnam del Sur. Así como Hanoi deseaba fervientemente que nos retiráramos de Vietnam, nos había asignado un papel final honorífico. No deberíamos retirarnos hasta haber destituido a todos los líderes que habían sido nuestros aliados —el presidente Thieu, el vicepresidente Ky y el premier Khiem— y según se hizo evidente al poco tiempo, casi cualquier otro líder survietnamita de cierta prominencia. Si no derrocábamos este gobierno, dijo Xuan Thuy, «no se logrará ningún acuerdo». Desafiando experiencias pasadas y presentes, Xuan Thuy me informó que «los vietnamitas de por sí se aman entrañablemente; siempre es fácil hallar soluciones entre ellos mismos». Xuan Thuy negó tozudamente que la presencia de cerca de 200.000 soldados norvietnamitas en el sur (y substanciales tropas adicionales en Laos y Camboya) estuviera dedicada a ejercitar presión; estaban allí por la libre elección de la población local. Cuando en son de broma lo invité a Harvard a dictar un seminario sobre marxismo y leninismo después de la guerra, se negó, diciendo que el marxismo-leninismo no era para exportación —lo que seguramente constituirá una gran novedad para todos los habitantes de Indochina en nuestros días. Todas estas declaraciones estaban mezcladas con la perenne aspiración de grandiosidad épica: «Nosotros no le tememos a nada. No tememos a las amenazas. La prolongación de las hostilidades no nos asusta. La prolongación de las negociaciones tampoco. No tenemos miedo a nada». Al final de la reunión acordamos estudiar las mutuas presentaciones y volver a reunirnos el 27 de septiembre.

Antes de que la próxima reunión tuviera lugar, no obstante, los comunistas publicaron un nuevo programa de paz. Diez días después de la reunión secreta, el 17 de septiembre, Madame Nguyen Thi Binh develó en París un nuevo «programa de paz» de ocho puntos. Esto no era ningún indicio de las «firmes intenciones» que los negociadores de Hanoi profesaban; puesto que Xuan Thuy no me había adelantado ni una palabra al respecto; era evidente. A Hanoi le interesaba mucho más la propaganda que las negociaciones. (Formalmente, todas las propuestas eran presentadas por Madame Binh, la así llamada ministro de relaciones exteriores del Gobierno Revolucionario Provisional.) El hecho de que, después que Hanoi dominó el sur, fuera relegada al puesto de ministro de educación y no se supiera más acerca de ella, da una idea de su verdadera estatura e importancia.) Sus ocho puntos exigían un total e incondicional retiro de las fuerzas de los Estados Unidos en el término de nueve meses, más específicamente para el 30 de junio de 1971. Esto aparentaba ser una generosa extensión de las previas demandas de Hanoi, de que se retiraran las tropas en seis meses. En realidad, era un retroceso. La proposición anterior era de seis meses *después* de concluido el acuerdo. En el proyecto de Madame Binh los nueve meses eran a partir de ese momento y las tropas deberían ser retiradas independientemente del resultado de las negociaciones. Una vez que hubiéramos aceptado, tendríamos que cumplir con las condiciones, aun cuando Hanoi paralizara toda otra vía posible. Además, el retiro de las tropas era sólo el primer paso. Debería ir acompañado de la instalación por nuestra parte de un gobierno provisional de coalición en Saigón. Este gobierno debería estar compuesto por tres sectores: Los Comunistas del Gobierno Revolucionario, neutrales que «apoyaran la paz, independencia, neutralidad y la democracia» y otros miembros del gobierno de Saigón aparte de Thieu, Ky y Khiem los que también debían estar en favor de la «paz independencia, neutralidad y democracia». Por supuesto, Hanoi decidiría quiénes representaban «realmente» estos encomiables propósitos. En otras palabras, el gobierno de coalición de Hanoi consistiría en su propia gente, neutrales elegidos uno a uno, además de lo que quedara de los no comunistas, después de quitarles todo poder y alejarlos de la ayuda norteamericana, también cuidadosamente seleccionados. Pero los revolucionarios profesionales de Hanoi no estaban dispuestos a correr ningún riesgo. Esta coalición totalmente digitada, debía ser considerada «provisional» según

Madame Binh. Su misión sería luego negociar un acuerdo final con los comunistas del Gobierno Revolucionario. Después que hubiéramos echado a nuestros propios aliados, un gobierno dominado por los comunistas negociaría con los comunistas para decidir el futuro de Vietnam del Sur.

Esta era la versión que presentaba Hanoi de una salida negociada con ecuanimidad. Cuando nos negamos a aceptarla, nuestros críticos en EEUU nos denunciaron como tozudos intransigentes, explicando que lo único que buscábamos era una victoria militar y que estábamos sedientos de sangre. A cambio de esto, Hanoi no estaba preparado para liberar a nuestros prisioneros sino a «comenzar de inmediato conversaciones al respecto», durante las cuales sin duda presentaría otras demandas. El cese del fuego tendría lugar solamente después de que hubiéramos accedido a todas las otras condiciones, incluyendo la traición a nuestros amigos.

En medio de este clima me reuní con Xuan Thuy el 27 de septiembre de 1970. Puesto que el presidente partía ese día hacia Roma, yo había ido a París abiertamente el día antes para realizar consultas con David Bruce y conversar con el vice presidente De Vietnam del Sur, Nguyen Cao Ky, que estaba casualmente en la ciudad. Ky había provocado gran conmoción en Washington, anunciando que podría visitarnos en octubre. Resultaba sintomático del clima reinante en ese tiempo, que la visita del vicepresidente de un país en el que más de 40.000 norteamericanos habían muerto ya, fuera considerada desastrosa por muchos candidatos a congresales republicanos, incluidos aquéllos que generalmente votaban por la administración. Nos costó bastante disuadir a Ky de su propósito; se le ofreció nuestro encuentro en París como un sustituto. Rogers, hasta se oponía a tal encuentro temiendo la ira de posibles manifestantes.

El hecho de ir abiertamente a París presentaba nuevos problemas logísticos, ya que tenía que hallar la forma de desaparecer temporalmente aun cuando ya se sabía de mi presencia. Nuestro genial embajador, Dick Watson solucionó nuestro pequeño dilema, invitándome a dar un paseo por la campaña; en los límites de la ciudad, cambiamos de auto y el general Walters nos llevó a Lord, Smyser y a mí al lugar de nuestra reunión.

Puesto que anteriormente yo había hecho la presentación de apertura, le tocaba esta vez el turno de hacerlo a Xuan Thuy. Demostró que realmente había estudiado nuestro plan de retiro de tropas en doce meses y a su vez nos planteó el suyo —era el mismo de Madame Binh de nueve meses, con retiros especificados de tal modo que alrededor de 20.000 norteamericanos de los aproximadamente 250.000 que restaban, se retirarían en los primeros seis meses. La fecha final permanecía inflexible: el 30 de junio de 1971, aun cuando las negociaciones acerca de los restantes puntos quedaran totalmente estancadas. Se refirió someramente a los ocho puntos. Habría un «cese del fuego» entre los Estados Unidos y las fuerzas comunistas mientras nos retiráramos. Xuan Thuy se mostró negativo en cuanto a si cesaría la lucha con las fuerzas survietnamitas. Nos pedían que nos retiráramos aun mientras ellos atacaban a nuestros aliados. El gobierno no se refería a Laos o Camboya. En cuanto al cariz político, Xuan Thuy rechazaba toda discusión sobre una comisión electoral mixta. Insistía en la remoción de Thieu, Ky y Khiem. Incluyó también tan arbitrariamente como siempre, a Huong, que previamente había sido primer ministro. Al año siguiente descubrí que ninguna figura política que yo conociera era aceptable para nuestros implacables adversarios.

La única novedad introducida por Xuan Thuy fue la descarada declaración de que la paz, para ser efectiva, necesitaba un marco más amplio que Vietnam del Sur: todos los estados limítrofes deberían ser también «independientes y neutrales». Ante una pregunta mía nombró a Laos, Camboya, Burma, Indonesia, Australia y Tailandia. «Según nuestro entender, esos países deben seguir la senda de la paz y la neutralidad, de manera que esta región sea una zona de paz». (Por algún extraño motivo, no incluía a Nueva Zelanda.) Sin poder dar crédito a lo que oía, le pregunté si la guerra de Vietnam debería continuar hasta que todos esos países se transformaran en neutrales. Dio un paso atrás. Dijo que solamente era el «deseo» de Hanoi. El hecho es que hasta este momento se han realizado sus «deseos» con respecto a Laos y Camboya y amenazan a Tailandia. Las declaraciones de Xuan Thuy pueden todavía tornarse proféticas.

Aparte de las aspiraciones de grandiosidad que Hanoi tuviera para fuera de Indochina, dentro de la misma exigía una rendición incondicional y la deserción política. Manteniendo inmutable la fecha fijada para el retiro de nuestras tropas, excluyendo de toda participación política a todo líder no-comunista reconocido; luego de derrocado el gobierno existente, no había otra posible salida que una toma del poder por los comunistas, en la que se nos pedía que

colaboráramos. No era sólo cuestión de marcharnos y dejar que las cosas se arreglaran como pudieran, ni de retirarnos sin ningún *quid pro quo*. No les satisfacía nuestro retiro unilateral; debíamos digitar antes de irnos una solución política porque si no lo hacíamos así, la guerra no concluiría; no podríamos asegurarnos el regreso sin riesgos del resto de nuestras fuerzas y no recobraríamos nuestros prisioneros. Nuestro dilema fue que Hanoi mantuvo su posición hasta octubre de 1972. Mientras lo hiciera así, no había posibilidad de negociar. Estábamos atrapados entre dos fuegos: por un lado, un enemigo que no quería pactar nada y por el otro un movimiento antibélico en el Congreso que se negaba a reconocer que Hanoi era implacable y empezar la acción militar que hubiera podido hacer alterar los términos de Hanoi. La proposición pública de Madame Binh resumía lo que ya nos dijeran en secreto. El punto de vista «privado» de Hanoi era idéntico al público.

Luego de nuestra entrevista del 27 de septiembre con Xuan Thuy, yo estaba convencido de que nuestra idea primaria de un cese de fuego sin desplazamientos sería rechazada sin más ni más. Pero tantos miembros del gobierno tenían puestas sus esperanzas en ella (y tan pocos conocían las conversaciones secretas) que la administración demostraba una extraña unanimidad de opinión ante los acontecimientos. Todos los funcionarios superiores estaban a favor de cualquier cosa que sacara las conversaciones de su estancamiento y a nuestros críticos de las primeras planas de los diarios, aunque fuera por unos días. Nixon se reunió con Rogers, Bruce, Habib y yo el domingo 4 de octubre en el Castillo de Dromoland, en Irlanda, en viaje de regreso de su viaje a Europa, para tratar su discurso acerca del cese del fuego. La reunión no podía haber sido más optimista. Habib estaba convencido que los norvietnamitas morderían el anzuelo. A raíz de mis conversaciones con Xuan Thuy (sobre las cuales Bruce estaba perfectamente al tanto), tenía mis dudas pero no las expresé. Por lo menos, pensé, la propuesta del presidente nos daría un alivio temporario de las presiones públicas.

Al terminar la reunión David Bruce hizo una declaración que, a mi entender, fue única entre los negociadores norteamericanos. Dijo que estaba consciente de las muchas presiones ejercidas sobre el presidente para que hiciera concesiones; no quería agregar otras puesto que pensaba que el discurso propuesto por el presidente llegaba al límite de lo que podía ofrecer. Había visto muchas oportunidades perdidas por la impaciencia de los negociadores y más aún debido a su vanidad. Él no era impaciente por naturaleza y ya era demasiado viejo para ser vanidoso. Estaba satisfecho de apoyar la moción.

Nos dedicamos inmediatamente a la preparación del discurso que debería darse a conocer el 7 de octubre. El día antes de pronunciarlo Nixon realizó una de sus clásicas actuaciones. Apareció inesperadamente en la Sala de Periodistas de la Casa Blanca y les dijo a los azorados presentes que a la noche siguiente «Haría las declaraciones más perfectamente claras sobre este tema, desde el comienzo de este engorroso conflicto bélico». Su tendencia a la hipérbole aseguró que casi nada de lo que pudiera decir estuviera a la altura de esos anuncios. Nixon previno a los periodistas ahí reunidos para que no hicieran especulaciones. Con eso había garantizado las especulaciones. Volvió a la Oficina Oval y allí simultáneamente disfrutó el desconcierto y confusión que había provocado entre sus enemigos de los medios de comunicación y se preocupó por las filtraciones que su entusiasmo habría provocado.

El discurso de Nixon del 7 de octubre de 1970 realmente ofreció un panorama que bien podría haber servido como base para negociaciones, con la excepción de que se trataba de un enemigo empeñado en una victoria total. Nixon ofreció un cese del fuego en sus posiciones, incluyendo una suspensión de nuestros bombardeos en toda Indochina. Propuso una conferencia de paz para poner fin a todas las guerras en todos los países de Indochina. Se mostró dispuesto al diálogo y aceptó la fijación de un plazo para el retiro total de las fuerzas norteamericanas. Lo hizo en el contexto de un retiro mutuo pero en un lenguaje tan poco claro que sembraba dudas. Invitó a Hanoi a unirse a nosotros para un arreglo político basado en el deseo de las gentes de Vietnam del Sur. Ofreció aceptar la salida de un proceso político pero rechazó la demanda evidentemente «patética e irrazonable» de que desmanteláramos las fuerzas no-comunistas y garantizáramos de antemano la victoria de los comunistas. Finalmente pidió que ambos bandos liberaran a todos los prisioneros de guerra.

Por primera vez, un discurso sobre Vietnam contó con unánimes elogios. El Senado adoptó la resolución, propiciada por el senador Charles Percy y varios otros senadores, de declarar la propuesta del presidente como «justa y equitativa». El senador Fullbright expresó sus deseos de que la iniciativa del presidente pudiera conducir a un principio de acuerdo. El senador Mike

Mansfield calificó al discurso de excelente: prometió hacer «cuanto estuviera a su alcance para apoyarlo». El ex vicepresidente Hubert Humphrey entonces candidato a senador por el Estado de Minnesota, describió la oferta presidencial como «sólida, bienvenida y animosa». Averrel Harriman añadió a uno de sus pocos frecuentes comentarios favorables acerca de la iniciativa de Nixon, una de sus obsesivas advertencias de que el gobierno de Thieu era responsable en gran parte por el *impasse* en las negociaciones y que debería impedirle que bloqueara el cese del fuego. El presidente de la cámara John McCormack describió la iniciativa como «oportuna, y psicológica y políticamente sólida» (5).

Los periódicos se unieron al coro de elogios. El *New York Times* del 9 de octubre denominó la propuesta de Nixon como una «importante iniciativa de paz». El *Wall Street Journal* dijo: «Independientemente de la respuesta final de Hanoi, en realidad el presidente ha mostrado una posición norteamericana tan sensata y atrayente que sólo los críticos más acérrimos podrán objetar». El *Chicago Daily News*, generalmente opuesto a la política del presidente hacia Vietnam dijo que: «Los norteamericanos de casi toda ideología política deberán seguramente respaldar al presidente hasta el máximo en su ferviente deseo de poner fin a la guerra más larga y desesperante que haya conocido el país» (6). El *St. Louis Post Dispatch*, generalmente antibelicista, el día 8 de octubre aclamó «los cambios significativos y apreciados» en el discurso de Nixon, «sus propuestas de gran altura», sus declaraciones «constructivas» y «responsables» y «lo felicitamos por haberlas hecho».

Pero fue una luna de miel de corta duración. Xuan Thuy hizo unas declaraciones en París al día siguiente, rechazando la propuesta de Nixon sin más ni más. Rehusó siquiera hablar de ella en una sesión plenaria. Reapareció nuevamente el típico ejemplo del debate sobre Vietnam. Surgía alguna proposición y se transformaba en el motivo de apasionada adhesión; se la presentaba como la llave para un comienzo de entendimiento. Por fin la administración la aceptaba, algunas veces aun ante juicios encontrados. Hanoi la rechazaba. La propuesta desaparecía entonces inmediatamente del debate público, dando paso a otra iniciativa que se transformaba en una nueva obsesión nacional. A las pocas semanas, nuestros críticos nuevamente exigían concesiones adicionales. La nueva técnica era exigir la fijación de una fecha límite unilateral para el retiro de tropas, pensando —contra toda lógica y evidencia— que Hanoi la aceptaría (7). Otra era pedir un gobierno de coalición. El *St. Louis Post-Dispatch* del 5 de noviembre, menos de un mes después de alabar al presidente por su oferta del cese del fuego, polemizó:

Los comunistas exigen algún tipo de gobierno de coalición y puesto que han luchado durante tantos años no hay porqué pensar que se avendrán a nada menos. ¿Por qué deberían hacerlo? Nos parece que una coalición, que le diera a cada parte cierta responsabilidad y autoridad, sería la forma lógica de evitar las sangrientas venganzas que se sucederían luego del cese de las hostilidades que el señor Nixon menciona tan a menudo.

Desafortunadamente, Hanoi no era partidario de la idea de compartir el poder político; la coalición que pretendía excluía a todos nuestros amigos. Asimismo, el 5 de noviembre, Averrel Harriman afirmaba en una *show* televisivo de la NBC, «Today», que la administración de Nixon «no había hecho el menor intento de llegar a un acuerdo».

Nuestros críticos se inquietaron aún más cuando, mediante incursiones aéreas combinadas, un valiente grupo de comandos norteamericanos atacó unas instalaciones ubicadas a veinte millas de Hanoi, —la prisión de Son Tay— donde se decía que había sesenta prisioneros de guerra norteamericanos. Este incidente ilustró un axioma básico en el arte de la política: Un presidente y más aún su asesor de seguridad, no deben creer nada de buena fe. Deben indagar cualquier presunción y comprobar todo posible hecho. No todo lo plausible es cierto, puesto que los que ponen en juego planes de acción poseen una predisposición psicológica a inventar hechos que sostengan su posición. El ataque sobre Son Tay, realizado el 20 de noviembre, fue planeado meticulosamente y ejecutado heroicamente, pero estaba basado en un imperdonable fallo de Inteligencia. La prisión había sido cerrada por lo menos tres meses antes. Conocíamos el riesgo de bajas, pero en ninguna de las informaciones previas que llevaron a la decisión de actuar, se había mencionado siquiera la posibilidad de que el campamento pudiera estar desocupado. Después del fracaso del operativo, fui informado en un mensaje cifrado enviado por un prisionero de guerra, que el «campamento» había sido «clausurado» el 14 de julio. Los analistas militares interpretaron que quería decir simplemente que habían cerrado los portones; no se consideró la información de importancia relevante como para llamar la atención a la Casa Blanca.

El operativo produjo un extraño comentario desatado por mi retorcido sentido del humor. Un oficial que me estaba informando del ataque, se disculpaba por el fracaso; le dije bromeando que no se disculpara puesto que había traído de regreso una cría de búfalo de agua y los norvietnamitas estarían volviéndose locos pensando porqué habrían montado semejante operativo sólo para ese fin. El oficial, presumiendo patrióticamente que el asesor presidencial de seguridad no podía estar totalmente loco, informó a sus superiores. Estos iniciaron entonces la búsqueda del animal. Las tropas en el terreno, convencidas de que Washington había perdido la razón, informaban que no tenían noticia acerca de ningún animal «secuestrado». El Pentágono se rehusaba a creer que yo había hecho un comentario en broma. Nuevamente mandaron un cable ordenando asegurarse de revisar el helicóptero en busca de restos de estiércol de búfalo. Todo el episodio ha sido historiado en un libro (8).

El *raid* sobre Son Tay fue acompañado por un ataque de dos días de 200 aviones contra las instalaciones logísticas de los norvietnamitas. Existían tres razones para estos ataques: distraer las defensas de Hanoi sobre Son Tay; como represalia por la brusca negativa a nuestra propuesta de paz y para dificultar el esfuerzo de aprovisionamiento que realizaban los norvietnamitas en la estación seca, en el sur, que ahora se producía al doble de la velocidad que el pasado año. La indignación en el Congreso y los medios de comunicación se centró, como siempre, en las acciones de los norteamericanos y no en las provocaciones de Hanoi. Dos temas predominaban las discusiones: que estaba «demostrado» que los bombardeos no resultaban y que nuevamente la administración estaba engañando al público. La evidencia de la ineficacia de la interdicción aérea es mucho menos clara hoy en día de lo que le parecía a muchos, en medio del fragor de los debates sobre Vietnam. Existen muchas evidencias de que en la ofensiva de 1968 contra Tet, Hanoi estuvo al borde del agotamiento y se salvó gracias a nuestro unilateral cese de bombardeos. No me caben dudas de que la reanudación de los bombardeos en mayo de 1972, aceleró el fin de la guerra. El hecho de si valía la pena el esfuerzo representado por dos días de bombardeos en 1970, que nos proporcionó más tiempo para destruir sus aprovisionamientos, y que luego se desvirtuó ante las críticas de nuestros opositores, constituye un interrogante interesante pero en absoluto trivial. Los pasos dados por los militares que estaban haciendo posible nuestro retiro de Vietnam, eran denunciados como si nos implicaran cada vez más en el conflicto.

Ni el Gobierno, ni la oposición encararon bien los operativos. Los miembros del Gobierno, desesperadamente ansiosos de evitar la indignación del Congreso y los medios de información, trataban de empequeñecer nuestros esfuerzos ofensivos o los explicaban por lo que era un claro subterfugio: «reacción de protección». Los medios de información y los legisladores, sospechando que algo se les ocultaba, utilizaban toda señal de pánico o inseguridad para llevar agua para su molino en contra de un gobierno al que describían, demagógicamente, como ansioso amigo de la guerra. A pesar de que mucha de la falta de información era debida a la misma administración, otra parte considerable de ella surgía de los eternos opositores, que partían de la base de que nada de lo que su gobierno hiciera en la guerra podía tener un fondo moral o servir a ningún fin patriótico. Estaban totalmente dedicados a desacreditar a nuestra administración que trataba desesperadamente de hallar una solución para sacar al país de una guerra que habíamos heredado. Era tal la paranoia reinante en aquellos días que un distinguido profesor me dijo, con toda seriedad y convencimiento, que el ataque sobre Son Tay se había realizado para matar a algunos prisioneros de guerra y tener un pretexto para hacer una escalada de nuestras operaciones bélicas.

El 19 de enero de 1971, el Comité Nacional para la Solución Política en Vietnam, presidido por Clark Kerr, estaba nuevamente en la posición exacta en que se encontraba antes del discurso de Nixon del 7 de octubre. El grupo que presionara tan fervientemente en pro del ofrecimiento de un cese del fuego norteamericano como clave para la paz, ahora, después que habíamos hecho uno que fue rechazado de plano, no consideró que debíamos mantener nuestra posición dado que la otra parte se mostraba irrazonable. En cambio, propiciaba un cese del fuego unilateral norteamericano en Vietnam. El rechazo de Hanoi se atribuía, no a su propia intransigencia, sino a nuestras acciones contra Son Tay, los ataques de protección, y a no haber extendido el cese de fuego por la Navidad. Todo esto a pesar del hecho de que Xuan Thuy había rechazado nuestra proposición *antes* de tales acontecimientos. Debíamos vencer la rigidez de Hanoi, con nuevas concesiones norteamericanas. «En los próximos meses será imprescindible un esfuerzo diplomático» le escribía al presidente el Comité de Kerr, «si es que queremos doblar la resistencia de la otra parte para un cese del fuego y eventualmente ejercer presiones

sobre ellos para negociar un acuerdo... Estamos convencidos que tal acuerdo podrá lograrse eventualmente por medio de vigorosos esfuerzos e iniciativas diplomáticas y políticas». El Comité no ofreció ninguna evidencia en qué basar tal convicción. Nosotros poseíamos considerables pruebas que demostraban lo contrario.

DETERMINACIÓN DE UNA ESTRATEGIA

Para fines de 1970, corríamos el riesgo de que nuestra estrategia en Vietnam se transformara en un debate acerca del ritmo de nuestro retiro de tropas unilateral. Aun dentro de la administración, se notaba un tremendo agotamiento. Las presiones constantes que transformaban aún las menores acciones bélicas en tema de duda y discusión, las interminables exposiciones ante comités del Congreso, los inacabables ataques de los medios de información —que pasaban del excepticismo a la hostilidad— todo contribuía a minar cualquier estrategia coherente. Simplemente no existía ningún plan para negociar que pudiera resultar ante los imperturbables cerebros de Hanoi, a no ser que estuviera relacionado con algún cálculo del equilibrio de fuerzas. Los críticos daban por descontado que éramos nosotros quienes debíamos hacer las concesiones, demostraciones de buena voluntad y flexibilidad. Rara vez se le adjudicaba exigencias a la otra parte y nunca de manera persistente. Pero cuanto más se degeneraba el proceso en un cúmulo de concesiones no reciprocadas, mayor era el incentivo de Hanoi para mantenerse en su posición, para ver qué otro movimiento favorable les produciría nuestro cada día mayor agotamiento psicológico.

Una concesión unilateral ocasionada por presiones internas fue la aceleración de la fecha tope en el otoño de 1970. Cuando el 20 de abril de 1970 Nixon anunció el retiro de 150.000 hombres en el término de doce meses, una de sus razones era mantener un máximo de flexibilidad en los plazos de los reales retiros. La intención, confirmada en una directiva presidencial escrita, fechada el 22 de abril, era de no retirar más de 60.000 durante lo que faltaba de 1970; esto nos daría cierta protección durante la estación seca, que iba de octubre a mayo (dependiendo de la zona del país). Era durante esta época que Hanoi enviaba sus aprovisionamientos a través de la Ruta de Ho Chi Minh. Las ofensivas comunistas tenían lugar a partir de febrero. El presidente, siguiendo el consejo del general Abrams, había querido posponer el retiro de la masa de tropas hasta después de 1971 para evitar un nuevo Tet y para poder reservar hasta el final una cantidad de efectivos para cualquier emergencia. Pero las presiones del Congreso sobre el Pentágono y la necesidad política de reducir las convocatorias de ciudadanos, imposibilitaron el cumplimiento de la orden de Nixon. El 20 de agosto Laird me escribió que «continuamos estrechamente constreñidos» por el presupuesto. Por lo tanto, dijo, el general Abrams, nuestro Comando del Pacífico y los jefes del Estado Mayor Conjunto «me han recomendado» la redacción de un plan de retiro de tropas que comprenda 90.000 soldados durante el año 1970 y los restantes 60.000 hasta mayo de 1971».

Le envié este memorándum al presidente el 27 de agosto, señalando sus «serias implicaciones». Las cifras representaban exactamente lo opuesto a lo que el presidente había ordenado y prometido a Thieu. Las «recomendaciones» de los Jefes del Estado Mayor Conjunto eran producto de preocupaciones fiscales, no respondían a una decisión estratégica. «El repliegue acelerado propuesto, malgastaría todos los beneficios obtenidos en la Operación Camboya al realizarlo, en lugar de utilizar estos posibles beneficios como argumento para lograr una paz negociada.

En la primera ronda Nixon se mostró firme. El 4 de septiembre le envié una nota a Laird, informando que el presidente insistía en el plan original. Pero, era una batalla perdida. En octubre era evidente que Laird actuaba de acuerdo a lo que le exigía el Fisco. Siempre audaz, propuso anunciar el retiro acelerado en la reunión normal del Pentágono del lunes 12 de octubre. En este momento, me dí por vencido. Thieu aceptó de buen grado nuestro cambio de actitud, pues había decidido de antemano que no había razón para debatir nuestras inexplicables rencillas domésticas. Indicó que para reemplazar las tropas norteamericanas que se retirarían tendría que empeñar en Vietnam una fuerza de tarea destinada a mantener las rutas expeditas en Camboya y complicar de ese modo el restablecimiento de santuarios comunistas en esa región. Por lo tanto volcábamos sobre Saigón nuestros problemas internos y Saigón a su vez los pasaba a Phnom Penh, que resultó al final la víctima de todas las frustraciones.

En este otoño de aparente calma, se hizo evidente la necesidad de determinar una estrategia

para dar fin a la guerra. En noviembre, ante el impacto de una disminución en los votos a su favor en las elecciones parlamentarias, Nixon insistió en su proyecto de anunciar un retiro casi total de las fuerzas para 1971, además de realizar el bloqueo de Vietnam del Norte y reanudar los intensos bombardeos. Yo todavía no creía que ese intento de forzar una rápida terminación pudiera resultar. El retiro repentino, aun cuando no diera por tierra con el gobierno survietnamita y los proyectos de vietnamización, mostraría a Hanoi una impaciencia tal, que ni el bloqueo ni los bombardeos servirían para nada. Hanoi simplemente se replegaría y soportaría, contando con que nuestro descontento interno ante el nuevo despliegue militar haría ceder la presión. Le dije al presidente que aun desde un punto de vista político, su problema era menos el retiro de las tropas en 1971 que evitar un colapso en Vietnam en 1972.

Nixon y yo pasamos mucho tiempo en noviembre de 1970 ideando una estrategia más práctica. Debíamos poner fin a las continuas especulaciones acerca de porcentajes de retiro de tropas. Yo propiciaba la idea de que cuando se completara el aumento del actual retiro en mayo de 1971, deberíamos anunciar otra sensible reducción tal vez en el orden de 100.000 soldados en seis meses. Con esto, aún podría mantenerse la seguridad en Vietnam del Sur, aun durante las elecciones presidenciales programadas para octubre. Después de este hecho, cuando quedaran sólo 180.000 hombres, podríamos anunciar otras pequeñas y frecuentes reducciones hasta llegar a una fuerza residual de cerca de 50.000 voluntarios en el verano de 1972. Estos permanecerían allí hasta que se lograra un arreglo. En algún momento de 1971 dependiendo de la situación, anunciaríamos el fin de la participación norteamericana en operaciones de combate terrestre. También en algún momento de 1971, podríamos ofrecer a los norvietnamitas un retiro de tropas más rápido, a cambio de un cese del fuego. Si se lo rechazara, ya sabríamos que en 1972 tendríamos que enfrentar una ofensiva. El resultado de la guerra dependería entonces de si Vietnam del Sur, ayudado solamente por el poder aéreo norteamericano, lograría detener el ataque. La paz llegaría entonces, para fin de 1971 o fines de 1972 —ya sea a través de negociaciones o como resultado de la caída de Vietnam del Sur.

Para que esta estrategia resultara, sin embargo, era imprescindible debilitar a los norvietnamitas lo más posible en este intervalo. Las operaciones de Camboya habían demorado el reaprovisionamiento logístico de Hanoi por lo menos en quince meses. Cada mes ganado, según nuestros cálculos, fortalecería a Vietnam del Sur. Buscábamos formas de consumir los abastecimientos de Hanoi, posponer su alistamiento para operaciones ofensivas y de neutralizar el ataque, una vez que se produjera. Si realmente pensábamos con seriedad en la vietnamización, tendríamos que efectuar, a pesar de nuestras disensiones internas, tres esfuerzos concurrentes hasta que Saigón lograra mantenerse por sí solo: el retiro de las tropas norteamericanas, el rápido fortalecimiento de las fuerzas survietnamitas y el progresivo debilitamiento del enemigo (*).

La estrategia elaborada por Nixon y yo en noviembre de 1970 se llevó a cabo en 1971 y 1972. Y resultó. Logramos el retiro de todas nuestras fuerzas casi dentro del límite de un año de la fecha fijada por la Enmienda McGovern-Hatfield. Y lo logramos sin derrocar a un gobierno aliado (**).

Fue la aplicación de esta estrategia la que nos llevó a la operación de Laos en 1971.

LA OPERACIÓN LAOS

Resultaba evidente que tendríamos una nueva demostración de fuerza, a través de las estridentes declaraciones públicas de Vietnam del Norte. Por ejemplo, en la centésima reunión plenaria del 21 de enero de 1971, Xuan Thuy ridiculizó nuestra propuesta de cese del fuego del 7 de octubre. Reptiendo descaradamente las declaraciones de nuestros propios críticos de guerra (práctica que era común), exigió que contestáramos afirmativamente a los ocho puntos de Madame Binh. Al informar sobre una sesión plenaria del Comité Central, el diario del partido

(*) Incidentalmente, la demanda de un retiro total de tropas nunca se le impuso a Corea del Sur bajo circunstancias mucho más favorables, aun 25 años después de concluidas las hostilidades.

(**) Una circunstancia que no pudimos prever, fue el desastre de Watergate. Fue este hecho el que finalmente decidió el destino de Vietnam del Sur, por el debilitamiento de la autoridad del Poder Ejecutivo, el estrangulamiento de Vietnam del Sur por las masivas reducciones de ayuda y las prohibiciones que se legislaron en contra de forzar arreglos pacíficos ante violaciones no provocadas realizadas por los norvietnamitas.

norvietnamita *Nhan Dan*, hizo un llamamiento para intensificar el esfuerzo bélico, sin importarle que la guerra pudiera ser «feroz» y «prolongada».

Durante los últimos meses de 1970 solicité a los expertos del gobierno y a los de mi equipo que me presentaran sus evaluaciones acerca de las perspectivas políticas y militares de los próximos dos años.

A fines de 1970 resultaba evidente que Hanoi necesitaría la mayor parte de 1971 para proteger, aumentar y reconstruir su sistema de abastecimientos. La gran ofensiva de Hanoi se esperaba para 1972, con el fin de que obtuviera el máximo impacto en nuestras elecciones presidenciales. Una reunión del Grupo de Revisión, el 15 de enero de 1971, trató de predecir con más aproximación la situación que Vietnam del Sur enfrentaría en 1972. Nuestros estudios determinaron que si el retiro de tropas norteamericanas y los preparativos para el reabastecimiento del enemigo continuaban al mismo ritmo, aun cuando pudiéramos seguir neutralizando al enemigo en Camboya y Laos, los survietnamitas contarían con ocho batallones menos de los que necesitaban para resistir. (Esto, en la jerga del sistema de análisis, se denominaba «el déficit de batallones».) Si Hanoi obtenía una victoria decisiva en Laos y Camboya, el déficit pasaría a ser de treinta y cinco batallones antes de la ofensiva de 1972.

La estrategia comunista dependía de una combinación de guerrillas y fuerzas regulares (denominada fuerza principal) que dividirían a la defensa. Si concentrábamos nuestros esfuerzos en la guerrilla, la fuerza principal del enemigo ocuparía vastos territorios de Vietnam del Sur. Si atacábamos a la fuerza principal, la guerrilla ganaría terreno en el interior del país. Cada vez que se lograba cortar el nexo de unión entre la guerrilla y la fuerza principal, permitiendo que Saigón se concentrara en una o la otra, Saigón cobraba rápida ventaja. Después de la operación Camboya la guerra virtualmente terminó en la mitad sur de Vietnam del Sur hasta bien entrado 1972 y aun después de esa fecha, nunca volvió a tener la misma intensidad. Las divisiones norvietnamitas en Camboya estaban empeñadas en la reconstrucción y protección de los santuarios camboyanos; se limitaban a realizar breves escaramuzas a través de la frontera. En las regiones del norte, se mantenía el nexo entre la fuerza principal y la guerrilla. Las líneas de aprovisionamiento de Vietnam del Norte eran cortas. El progreso en la pacificación era, por lo tanto, lento.

Fue aquí que se notó el déficit de las tropas en nuestras estadísticas. Pero las cifras no reflejaban realmente la naturaleza del problema. No era sólo cuestión de número sino de ubicación de las unidades. El ejército de Vietnam del Sur estaba organizado sobre la base de dos divisiones para cada cuatro Regiones Militares, con una división aerotransportada, una división de Infantería de Marina y varias unidades de Rangers y Fuerzas Especiales que representaban la reserva estratégica. Gracias al éxito de la operación Camboya, había exceso de tropas (en la jerga, batallones «suplus») para cualquier contingencia que pudiera surgir en las Regiones Militares 3 y 4, en el sur de Vietnam del Sur. En las regiones del norte, esperábamos un déficit substancial a pesar del estancamiento en Camboya y Laos.

Pero no podíamos solucionar el problema moviendo tropas «surplus» del sector sur hacia áreas «deficitarias» en el norte. Con excepción de la Reserva Estratégica, cada división estaba asignada a la Región Militar donde estaba estacionada. Además, las divisiones del sur no se consideraban adecuadas para luchar en la zona montañosa del centro-norte y a lo largo de la zona desmilitarizada. Había para ello varias razones. Las divisiones estaban estacionadas donde se las reclutaba. Los familiares de las tropas vivían en las proximidades de los vivaques; la experiencia nos había demostrado que si movilizábamos una división fuera de su zona natural, rápidamente aumentaban las deserciones y decaía la moral de las tropas. (Durante la ofensiva norvietnamita en 1972, la 21.^a División, que había tenido una notable actuación en el Delta del Mekong, fue trasladada al área de Saigón, a menos de setenta y cinco millas de distancia; su actuación allí fue patética.) Más aún: cada una de estas reubicaciones eran resistidas por los generales de las Regiones Militares afectadas. Estos eran fuertes pilares del gobierno de Saigón. Juzgaban —correctamente— que su influencia política en la capital guardaba relación con las tropas que comandaban. Los comandantes survietnamitas también se veían constreñidos por el número de bajas que podían soportar, especialmente en operaciones ofensivas que los familiares de las tropas que vivían cerca de ellas pudieran considerar innecesarias. Por todos estos motivos, el análisis estadístico no coincidía con el problema estratégico. En la práctica sólo contábamos con la Reserva Estratégica para cubrir el déficit en el norte.

Si este análisis era correcto, surgían dos conclusiones: para que la vietnamización tuviera una oportunidad de triunfar, había que evitar que el enemigo tomara Camboya y Laos. Y de-

beríamos retardar el reaprovisionamiento logístico del enemigo, realizado en la estación seca, o de ser posible, interrumpirlo totalmente. Una solución obvia hubiera sido mantener una División de Combate norteamericana adicional en el país, durante la estación seca de 1972, como reserva estratégica. Detrás de esta defensa, se podría haber acelerado la pacificación en las Regiones Militares 1 y 2, liberando a las unidades survietnamitas para que resistieran un ataque de la fuerza principal en 1973. Pero esto no podía ni siquiera considerarse, debido a nuestra situación interna. Nuestro problema era entonces cómo cubrir el déficit de ocho batallones ya sea reforzando a los vietnamitas del sur, o debilitando a los del norte, especialmente interfiriendo en su reabastecimiento logístico.

Es por esto que pasamos a pensar en una ofensiva *aliada* en la temporada seca, que desbarataría el aprovisionamiento comunista, reduciría el déficit que se esperaba para 1972 y aumentaría el incentivo de Hanoi para negociar. El invierno de 1971, asimismo, sería el último año en que estarían disponibles tropas norteamericanas de combate. A pesar de que el repliegue de nuestras tropas y nuestra situación interna impedían el empleo de tropas norteamericanas en operaciones ofensivas, nuestras fuerzas podían ejercer funciones estáticas de seguridad y de esa manera dejar en libertad a las tropas survietnamitas para enfrentar posibles ataques.

Yo propiciaba entusiastamente el concepto de una ofensiva en la estación seca de 1971, ante la indiferencia general de los distintos departamentos que se debatían en rencillas domésticas. Nunca hubo quejas acerca de prerrogativas burocráticas cuando la Casa Blanca asumió la responsabilidad ante la planificación sobre Vietnam. Los departamentos se mostraban más que satisfechos de poder cargar a la Casa Blanca con toda la responsabilidad, ante las inevitables críticas. Yo consideraba que mi obligación, como asesor de seguridad, no era aguardar pasivamente a que se sucedieran los desastres o simplemente esperar que se produjera la hipótesis más favorable. El esfuerzo logístico de Hanoi se estaba produciendo al doble de la velocidad que el año anterior. Una campaña destinada a debilitar la capacidad de Hanoi para atacar por el mayor tiempo posible, nos daría un margen de seguridad. Enfrentado con la perspectiva de ofensivas deteriorantes anuales, Hanoi podría preferir negociar.

Originalmente pensé que el mejor lugar para una ofensiva en la estación seca era Camboya. Mi idea era empeñar la reserva estratégica de Saigón y una de las divisiones que cuidaban la frontera para anular el aprovisionamiento de los norvietnamitas y las fuerzas en Camboya y para destruir la infraestructura comunista en Camboya que estaba en constante crecimiento. Esto eliminaría todo resto de peligro que pudiera amenazar al sector meridional de Vietnam del Sur; ahogaría al Khmer Rojo que todavía estaba en ciernes y tal vez permitiera al gobierno de Lon Nol controlar la mayor parte del país. Thieu podría movilizar su reserva estratégica hacia el norte para repeler el ataque comunista en 1972 o tal vez para montar otra ofensiva deteriorante antes de que las preparaciones logísticas de Vietnam del Norte hubieran seguido su curso el año siguiente. Hasta hubiera sido posible mover una de las divisiones regulares hacia el norte, con propósitos de pacificación.

La ventaja de la operación Camboya era que tenía total posibilidad de éxito. Las fuerzas norvietnamitas en Camboya estaban todavía ocupadas casi por completo en contener a las fuerzas de Lon Nol. Los comunistas camboyanos todavía no estaban suficientemente fuertes como para actuar por sí solos. Prácticamente no había reservas norvietnamitas disponibles. En Camboya, las unidades norvietnamitas no podían esconderse entre la población, como hacían en Vietnam. Camboya estaba al final de la línea de aprovisionamiento de Vietnam del Norte; no se podía reforzarla de manera significativa. Un éxito palpable aumentaría la confianza de los vietnamitas del sur en sus propias fuerzas y sería un refuerzo psicológico valioso para el enfrentamiento casi inevitable en 1972. El inconveniente de mis planes era que soslayaban indirectamente nuestra mayor preocupación estratégica para 1972: un posible ataque de los norvietnamitas en la zona montañosa central y a través de la zona desmilitarizada.

El presidente estuvo de acuerdo con mis recomendaciones. Con su aprobación envié a Al Haig y un equipo del Consejo Nacional de Seguridad a Vietnam, a estudiar las posibilidades. Haig retornó con el informe de que Bunker, Abrams y Thieu consideraban imprescindible una ofensiva durante la estación seca. No obstante, recomendaron un plan mucho más audaz que el mío. Proponían desbaratar el aprovisionamiento logístico del enemigo de un solo golpe, cortando la ruta de Ho Chi Minh en Laos, cerca de la zona desmilitarizada. De esta manera se beneficiaría la seguridad en todo Vietnam del Sur.

En las densas junglas del Sur de Laos —en el terreno de un estado soberano cuya neutralidad

Hanoi había reconocido formalmente en los acuerdos de Ginebra de 1962— los norvietnamitas habían construido, durante casi una década, un complicado sistema de rutas a través de las cuales enviaban sus tropas y aprovisionamientos a Vietnam del Sur. La Ruta de Ho Chi Minh, en realidad consistía en más de 2.500 Km. de caminos y una complicada red de sendas menores. en su centro estaba el pequeño pueblo de Tchepone, sobre el que convergían todas las rutas y desde donde se infiltraban hombres y provisiones al Vietnam del Sur. La Ruta de Ho Chi Minh era manejada por cerca de 40.000 a 50.000 tropas logísticas norvietnamitas, juntamente con fuerzas de seguridad. Operaba todos los años desde octubre hasta mayo, cuando la aprición de la estación de las lluvias hacía imposible su utilización. En ese momento, las tropas norvietnamitas por lo general se replegaban hasta la próxima estación seca.

Entre 1966 y 1971 los comunistas habían utilizado dicha ruta para infiltrar en Vietnam del Sur por lo menos 630.000 soldados, 100.000 toneladas de alimentos, 400.000 toneladas de armas y por lo menos 50.000 toneladas de munición, o el equivalente de 600 millones de dotaciones de munición. Desde el derrocamiento del príncipe Sihanouk y la clausura del puerto de Sihanoukville, Hanoi había quedado dependiendo casi totalmente de la Ruta para sus esfuerzos logísticos destinados a Vietnam del Sur.

El general Abrams opinaba, según nos informó Haig, que si pudiera obstaculizarse la Ruta a los comunistas o impedirles el paso de manera efectiva aun durante *una sola* de las estaciones secas, disminuirían sensiblemente las posibilidades de Hanoi de realizar operaciones ofensivas de proporciones en el Sur y en Camboya, si no eliminadas por un período indefinido. Por lo tanto Abrams propuso un plan audaz. Las fuerzas norteamericanas harían un bloqueo a lo largo de la zona desmilitarizada en Vietnam del Sur, hacia el oeste y la frontera con Laos. Durante el proceso se volvería a ocupar el importante nudo caminero y el campo de aterrizaje de Khe Sanh—escenario de un duro sitio de los norvietnamitas durante la ofensiva de Tet— y que luego abandonarían. La artillería norteamericana se trasladaría hacia la frontera de Laos. La sobresaliente Primera División survietnamita cruzaría entonces hacia Laos por la Ruta 9 y se dirigiría a Tchepone, construyendo bases de fuego defensivas en su expuesto flanco norte. Cuando estuviera a mitad de su objetivo, la División Aerotransportada tomaría el aeropuerto de Tchepone y se uniría a una columna de tanques que vendría avanzando. (Ver mapa pag. 800 y 801.) Toda la operación llevaría cuatro o cinco días. El resto de la estación seca se utilizaría interrumpiendo la Ruta y destruyendo los complejos logísticos que se presumía la bordeaban, especialmente cerca de Tchepone. Una campaña con éxito nos representaría por lo menos dos años de ventaja, puesto que el enemigo necesitaría un año para reconstruir su estructura logística; tal vez más si luego se producían ofensivas por parte de los survietnamitas.

En cuanto a Camboya, Abrams propuso una operación más modesta en la que yo ya había pensado anteriormente. Utilizaría una de las divisiones vietnamitas de la Región Militar 3 para cruzar la frontera hacia la plantación de caucho de Chup, donde los norvietnamitas estaban instalando una nueva base aérea. Como la Región Militar 3 estaba comandada por el general Do Cao Tri, considerado el mejor de los survietnamitas, el más audaz (y casualmente el más corrupto) Abrams pensó que lograría un máximo de interrupción en la estructura logística de Hanoi en Camboya. Estos planes contaron con el apoyo de los Jefes del Estado Mayor Conjunto.

Era un proyecto espléndido en los papeles. Su mayor inconveniente era, según demostraron los acontecimientos, que de ninguna manera concordaban con la realidad vietnamita. Las divisiones survietnamitas jamás habían llevado a cabo operaciones ofensivas importantes en contra de determinado enemigo fuera de Vietnam y sólo rara vez dentro de él. Esta vez deberían actuar por sí solos, sin consejeros norteamericanos que estaban prohibidos por la enmienda Cooper-Church. La misma enmienda proscribía la actuación de los oficiales norteamericanos que guiaban nuestros bombardeos tácticos, reduciendo de este modo radicalmente la eficiencia de nuestro apoyo aéreo. Washington no comprendía que las unidades vietnamitas prácticamente no tenían controles de tierra entrenados que hablaran inglés; se perdía un tiempo excesivo mientras el pedido de apoyo aéreo iba y venía por toda la cadena de comando de ambas partes. Las divisiones survietnamitas simplemente no eran suficientemente capaces de llevar a cabo una operación tan compleja como la de Laos. El Comando Superior Survietnamita tampoco estaba preparado ni contaba con suficiente experiencia como para empeñarse en dos operaciones importantes al mismo tiempo. Finalmente se ubicó Tchepone en el punto preciso en que Hanoi podía reforzarlo con más facilidad. Su ubicación estratégica hizo posible mover tropas tanto en Vietnam del Norte como en Vietnam del Sur.

En 1962 el presidente Kennedy me solicitó que informara al hoscó canciller de Alemania Occidental, Adenauer, acerca de algunas de las ideas militares de la nueva administración. Adenauer tenía sus dudas acerca de los estadistas de la generación de Kennedy; se mostraba más escéptico aun acerca de las doctrinas estratégicas que desarrollaba McNamara. En un momento me interrumpió en medio de mi exposición para preguntarme cómo sabía que lo que estaba diciendo era verdad. Había sido informado de ello por un general, respondí. ¿El general vestía de uniforme? insistió el canciller. Cuando acepté que no lo recordaba, me sugirió que volviera a solicitarle al general que repitiera su exposición de civil; y que si todavía me impresionaba, que le avisara.

Este sardónico consejo hubiera tenido validez en 1971. En lugar de ello, nos dejamos llevar por concepciones audaces, por la unanimidad de ideas de los encargados de los planes tanto de Saigón como Washington, por el recuerdo del éxito de Camboya y por la perspectiva de un vuelco decisivo. Las energías se diluyeron rápidamente, no en el análisis cuidadoso sino en el manipuleo interdepartamental a través del cual tomaba sus decisiones la administración de Nixon.

Nixon estaba decidido a no presentarse por sí solo frente a sus críticos como lo hiciera el año anterior acerca de Camboya. Esta vez comprometería a los miembros clave de su gabinete en cada faceta de las decisiones, para forzarlos a participar luego de la inevitable crítica pública. Pero esta determinación no llegó al punto de enfrentar a Rogers y Laird al mismo tiempo. Para vencer su renuencia a darle órdenes a sus subordinados y juzgando que Rogers era el más recalcitrante, Nixon decidió convencer primero a Laird para que propusiera lo que él mismo prefería y luego permitir que su secretario de defensa presentara el plan dentro del Consejo Nacional de Seguridad. Por lo tanto consideró tiempo muy bien empleado el que pasó presidiendo una serie de reuniones que trataban exactamente el mismo tema. A cada reunión se agregaba un participante, alguien cuyo punto de vista Nixon desconocía o al que consideraba potencialmente hostil. La teoría era que cualquier recalcitrante se mostraría más dispuesto a seguir una moción que contaba con el consenso del presidente que en un debate libre. Para fines de enero, yo había escuchado la misma exposición por lo menos tres veces y estaba al borde de una «neurosis de combate». Nixon estaba sacando buenos puntos por sus condiciones de actor. Escuchaba muy atento, con los ojos muy abiertos, como si oyera el plan por primera vez. Sus preguntas —siempre las mismas— eran una mezcla adecuada de escepticismo, fascinación y aprobación dedicadas a que el nuevo candidato creyera que su jefe se mostraba interesado y bien dispuesto. Puesto que todos los demás ya habían demostrado estar de acuerdo, se necesitaba un individuo con mucha personalidad para oponerse a todos. Nadie lo intentó.

De esta manera, primeramente Haig le informó al presidente acerca de su viaje a Indochina en mi presencia. Luego Nixon agregó a la reunión a Tom Moorer, Jefe del Estado Mayor Conjunto, para asegurarse de que compartiría la misma idea. El 23 de diciembre Haig volvió a presentar el mismo informe a Nixon, en presencia de Mel Laird; Moorer, sin dar muestras de que ya estaba en antecedentes, apoyó el plan de Laos. Nixon indicó que estaba a favor de la operación en la plantación de Chup en Camboya y que también consideraba adecuado cortar la Ruta de Ho Chi Minh. Le pidió a Laird que estudiara las posibilidades durante un viaje que había proyectado hacer al sudeste asiático a principios de enero.

Laird, como siempre, se mostró complejo. Era consciente de las presiones internas contra la guerra pero también apoyaba las mociones que reducirían los riesgos de un retiro de tropas. Probablemente también se habría enterado, por otros canales, sobre lo que opinaban Moorer y Abrams acerca de la operación Laos-Camboya. Cualquiera fuera la razón que lo asistía, Laird aprobó el concepto de cortar la Ruta de Ho Chi Minh, argumentando que nos representaría por lo menos un año de ventaja. Pensaba que la primera operación ofensiva mayor del Ejército vietnamita del sur, *sin* ningún apoyo terrestre norteamericano, sería clara evidencia del éxito de la vietnamización. Visiblemente aliviado, Nixon aprobó en principio ambos planes, sujetos a revisión luego que Laird regresara de su proyectado viaje.

Ningún otro alto funcionario fue informado del plan, que continuó en Saigón y el Pentágono mientras Laird realizó su viaje, que comenzó el 5 de enero de 1971. A su regreso, Nixon convocó a otra reunión en la Oficina Oval para el día 18 de enero. Los participantes eran los mismos del 23 de diciembre, más Rogers y Helms. Como antes, se presentaría ante Rogers un frente unido de todos sus colegas. La opinión de Helms no tenía mayor importancia puesto que como director de la CIA no se esperaba de él que presentara recomendaciones políticas. Nixon también consideraba, por experiencia previa, que Helms, después de exponer sus puntos de vista, no los

apoyaría públicamente. El pretexto para la reunión fue el informe de Laird luego de su viaje. Laird cumplió con su papel a la perfección. Empleó gran parte del tiempo explicando los aspectos técnicos de la vietnamización, las próximas elecciones presidenciales en Vietnam, la actuación de las fuerzas de Tailandia en Laos, la necesidad de recomendar entrega de equipos a Camboya. En efecto, cubrió todos los tópicos posibles, menos la ofensiva de la estación seca. Luego de que la audiencia estuvo totalmente anestesiada, Laird se refirió al tema de las operaciones en la estación seca, con respecto a su efecto en la intensificación del retiro de nuestras tropas, tema que suponía contaba con la aprobación de Rogers. A lo largo de toda la exposición, Nixon hizo exclamaciones alentadoras, formulando preguntas con fingido asombro mientras llevaba la conversación a su determinada conclusión.

Pero Laird no descubrió todo su plan al mismo tiempo. Introdujo a Rogers en el concepto de una campaña durante la época seca, describiendo una operación menor en Camboya por parte de los survietnamitas, implicando cerca de 4.000 infantes de marina para abrir la Ruta 4 de Phnom Penh hacia el mar. De allí pasó a describir el plan de Vietnam del Sur de destruir las bases en la plantación de Chup, que adecuadamente comparé como similar a la incursión a Camboya del año anterior. Ninguno de los presentes formuló ninguna objeción, una vez que Laird dejó en claro que no habría tropas norteamericanas comprometidas en la operación. Habían transcurrido más de dos horas antes de llegar al meollo de la cuestión. En ese momento, Nixon ordenó un cuarto intermedio de quince minutos, tal vez para saborear la poca común armonía reinante entre sus consejeros.

Al reanudarse la reunión, Laird finalmente presentó el concepto del ataque a Tchepone, con la ayuda de mapas. Indicó que la primera fase, el movimiento de tropas norteamericanas para realizar el bloqueo de la Ruta 9 dentro de Vietnam del Sur y para recuperar Khe Sanh como base adelantada, debería comenzar el 29 de enero. La Fase II —el avance de unidades vietnamitas por la ruta 9 hacia Laos—, se produciría para el 8 de febrero, aproximadamente.

Este era el momento en que el único alto funcionario que no había participado en la planificación previa, debía dar su opinión. La reacción de Rogers fue casi un calco de la de Laird, cuatro semanas antes. Después de asegurarse que no habría un aumento significativo de las bajas, apoyó el plan tal como lo presentara Laird. Insistió en que era crucial que la operación fuera un éxito; Laird y Moorer afirmaron vehementemente su confianza total. Helms, que tampoco participara anteriormente, pero cuya opinión no era decisiva para Nixon, resultó el único de los consejeros que formuló preguntas serias. Señaló que la operación propuesta había sido considerada frecuentemente en el pasado y que siempre se había descartado como demasiado difícil. Más tarde me enteré que cuatro años antes, el entonces Comandante de nuestras tropas en Vietnam, general William Westmoreland, pensaba que tal operación requeriría dos Cuerpos de tropas norteamericanas. A pesar de que ahora era miembro del Estado Mayor Conjunto, no hizo conocer esa opinión a la Casa Blanca en 1971.

Todo estaba listo. Nixon dio su aprobación inicial para que se procediera. Yo programé reuniones del WSAG a partir del 19 de enero, para realizar una cuidadosa planificación por primera vez en base al trabajo entre las diferentes agencias.

La fuerza de todo este elaborado proceso radicaba en que Nixon, enfrentado a un análisis descarnado de su opción estratégica, tuvo el coraje de enfrentar la realidad de que, salvo que se interrumpiera de alguna manera la escalada de los norvietnamitas, la situación de Vietnam del Sur al año siguiente sería decididamente precaria. El concepto de una ofensiva durante la estación seca era correcto; Nixon actuó con audacia al ordenarla. No obstante pronto se hizo evidente el fallo en el método de administración de Nixon. Se empleó tanto tiempo, esfuerzo e ingenio en tratar de obtener el consenso de los principales asesores que quedó poco tiempo para considerar los defectos del plan o para imponer disciplina al resto del gobierno.

En cada reunión, Nixon, para atraerse la complacencia de algún posible recalcitrante, ofrecía tantas modificaciones al plan original, que éste quedaba totalmente desvirtuado. Puesto que todos los miembros del Gabinete se preocupaban de la reacción interna por el empleo de tropas norteamericanas, Nixon trataba en cada reunión de reducir la participación de las mismas y poner nuevas trabas a su acción. Cada uno de estos pasos puede haber sido mínimo; el impacto acumulativo era considerable en la práctica pero, por sobre todo, psicológicamente. Esta sensación se filtraba a todos los niveles de Comando y llevaba la sensación de duda a los comandantes en operaciones; éstos a su vez se veían obligados a concentrarse tanto en las restricciones como en su tarea principal, que era mantenerse en el campo de batalla.

Un presidente no puede alterar el curso de una decisión dilatando su ejecución. La utilización de las fuerzas militares es una decisión difícil que siempre debe hacerse recordando el profundo aforismo de Bismarck: «Cuidado con el estadista cuyas razones para entrar en una guerra no parezcan tan reales al fin de ella como al comienzo». La decisión principal que debe tomar un líder, es si debe aprobar la utilización de la fuerza. Si se decide a hacerlo así, su única salvación estará en el éxito. Sus dudas no son justificativo para el fracaso; las dilaciones, serán una dádiva para el contrario. No hay recompensa para los que pierden con moderación. Una vez tomada la decisión de utilizar la fuerza, el presidente no tiene otra salida que llegar hasta las últimas consecuencias e insuflar el mismo ánimo en todos los que participan en el conflicto. Las naciones no deben emprender acciones militares o iniciativas diplomáticas importantes que no están decididas a llevar hasta el fin.

El método de gobierno de Nixon funcionó bien mientras el problema militar era relativamente directo y podía llevarse a cabo mediante un golpe de audacia, como en Camboya. También era efectivo en la diplomacia independiente y no muy definida, en manos de un colaborador de confianza que trabajara con un pequeño equipo, tal como en la apertura con China, las negociaciones con Vietnam y los varios movimientos diplomáticos hacia la Unión Soviética. Las dificultades surgían cuando era preciso un esfuerzo militar sostenido, como en Laos o cuando la diplomacia era demasiado compleja como para manejarla desde la oficina del asesor de seguridad, como en la crisis entre India y Pakistán o algunas veces en el Medio Oriente. En esos casos se notaba la ausencia de consenso y aun de entendimiento, que impedía la coherencia y el comprometerse. Los departamentos excluidos de las decisiones clave, sentían la tentación de efectuar aseveraciones de orden burocrático. Cuando sólo un grupo muy pequeño sabía las intenciones del presidente y sólo una parte de ese grupo estaba de acuerdo con ellas, se perdía una enorme cantidad de tiempo en reyertas, disociaciones o intentos (casi siempre en vano) de imponer disciplina. A pesar de que la compleja personalidad del presidente era la causa de estos hechos, debo compartir la responsabilidad en los fracasos en mi carácter de organizador de estos procesos y su fuerza ejecutora, de la misma manera que tal vez, sin merecerlo, haya merecido algún elogio ante un éxito.

Lo que sucedió en 1971 fue que el consenso gubernamental de las reuniones del 23 de diciembre y el 18 de enero, comenzó a evaporarse en cuanto Rogers quedó expuesto a la apasionada oposición de sus expertos. Para el 21 de enero resultaba aparente que el Departamento de Estado había disminuido su empuje. En las reuniones del WSAG el subsecretario Alex Johnson comenzó a presentar objeciones que no alteraban la decisión pero retrasarían indefinidamente su puesta en marcha —maniobra burocrática en la que Johnson era muy destacado. El pretexto para diferir el plan, era la insistencia en la aprobación previa por el primer ministro de Laos, Souvanna Phouma.

Era un argumento extraño. Los norvietnamitas habían estado ocupando parte de Laos desde hacía una década, en flagrante violación de dos acuerdos de Ginebra. Habían ocupado físicamente todo el territorio lindante con su frontera y la mayor parte del sur de Laos como base logística para las operaciones en Vietnam. Hacía años que en el sur del territorio no reinaba ninguna ley de Laos. La escasa población que habitaba allí, había sido desplazada por los norvietnamitas. Habíamos estado bombardeando la Ruta de Ho Chi Minh por lo menos durante cinco años con la aceptación de Souvanna aunque no su aprobación formal. Cualquiera que estuviera al tanto de las ideas de Souvanna debía saber que estaba de acuerdo con nuestra acción, pero temía reconocerlo por miedo de que sus despiadados vecinos lo utilizaran como pretexto para incrementar aún más su escalada. Realmente era un concepto extraordinario que nuestra posición legal para interrumpir las bases logísticas que amenazaban a Vietnam del Sur requirieran la concurrencia del líder a cuyos propios colaboradores les estaba vedado permanecer en la parte meridional del país y que apenas lograba mantenerse ante la embestida norvietnamita en el norte. Cualquiera, por poco que conociera a Souvanna, debía saber que él estaría de acuerdo con la operación pero no quería ser consultado de antemano. Hubiera preferido adoptar la posición de Sihanouk con respecto al bombardeo de las áreas de los Santuarios: puesto que no había allí ningún funcionario del gobierno de Laos, él no sabía lo que sucedía y tampoco podía hacerse responsable por las acciones de ninguna de las partes.

El caso es que los días pasaban en intercambios con nuestra embajada en Vientiane, acerca de cómo aproximarnos a Souvanna —que era, claro está, la razón original del extraño pretexto. Ante la gran desilusión de por lo menos algunos de nuestros funcionarios, nuestro embajador

en Laos, McGodley, informó que la tácita concurrencia de Souvanna era probable, siempre que lo mantuviéramos informado. Se le dieron instrucciones a Godley para que lograra un compromiso más definido. Nuevamente Souvanna, que sabía perfectamente que la supervivencia de su país dependía de la derrota de Vietnam del Norte, desilusionó a los que se oponían a la operación. Dio su aprobación restringida, mientras no durara más de tres semanas. Godley fue enviado nuevamente con una propuesta más formal aún, pero Souvanna, que comprendía las necesidades de su país, se negó a entrar en el juego. En toda oportunidad que se le brindó, no se opuso a la operación, lo que significaba que en realidad estaba de acuerdo con ella.

Resultaba evidente que las objeciones del Departamento de Estado iban más allá de lo habitual. Rogers fue bastante explícito en varias conversaciones conmigo. Por lo tanto, le aconsejé al presidente que obviara su renuencia a discutir con su amigo y mantuviera otra reunión con los miembros del Consejo Nacional de Seguridad. Se planeó para el 27 de enero.

Antes de la reunión, el 25 de enero, revisé el planeamiento militar con el almirante Moorer. Le presenté —tal vez demasiado tarde— varias preocupaciones. Si cortar la ruta de Ho Chi Minh era potencialmente tan decisivo como Abrams pensaba, era seguro que los norvietnamitas lucharían por evitarlo. Hasta podrían aprovechar la oportunidad para infligir un revés a los survietnamitas. Tchepone y el nudo de comunicaciones podría ser reforzado con divisiones norvietnamitas retiradas rápidamente tanto de Vietnam del Norte como del Sur. ¿Cuántas bajas podíamos arriesgar que se le infligieran a los survietnamitas? ¿Cuánto tiempo podrían sostener las operaciones? Dada la inmovilidad de las divisiones survietnamitas ¿de dónde provendrían los reemplazos? ¿Cómo reaccionarían estas divisiones privadas por primera vez de asesores norteamericanos y los controles aéreos durante los peores combates en que se enfrentarían? Y ¿estábamos seguros de que nuestro apoyo aéreo sería adecuado y oportuno bajo estas nuevas condiciones de comando? Si el objetivo era tan importante, ¿no deberíamos aumentar nuestro poder aéreo? Le presenté a Nixon un memorándum con interrogantes de este tipo para plantear a Moorer y concerté una entrevista entre ambos para el 26 de enero.

En realidad, Nixon no efectuó las preguntas con la claridad que yo había sugerido sino en su manera indirecta, pero tocó todos los puntos. Moorer se mostró enfático en sus aseveraciones. Si el enemigo presentaba combate —como probablemente lo haría— el poder aéreo norteamericano aislaría el campo de batalla y le infligiría graves pérdidas que serían difíciles de reponer. Si no lo hacía, sus sistemas de aprovisionamiento quedarían destruidos. La operación aseguraría el éxito de la vietnamización, aumentando la capacidad de retirar nuestras fuerzas con mayor velocidad. Ayudaría al gobierno de Camboya en su esfuerzo por sobrevivir al cortar las provisiones del enemigo. Resumiendo, era probable obtener resultados «decisivos».

Armado de este bagaje, Nixon se reunió con todos sus consejeros más importantes —Rogers, Laird, Helms, Moorer, Haig y yo— el 27 de enero. Como era frecuente, más de la mitad de la reunión estuvo dedicada a cosas sin importancia: cómo testificar con respecto a las actividades aéreas norteamericanas en Camboya; el manejo de las relaciones públicas sobre la pequeña operación survietnamita para abrir la Ruta 4 en Camboya; el sentido exacto de las declaraciones presidenciales del mes de junio anterior, anunciando la no intervención de las tropas norteamericanas en Camboya excepto en operaciones de interdicción; la operación planeada en la plantación de Chup, en Camboya.

Después de una hora de prolegómenos, Nixon pidió al almirante Moorer que se refiriera al ataque a Tchepone. La exposición de Moorer siguió substancialmente el esquema del informe al presidente. Cuando Moorer terminó su exposición, Nixon no encontró otros medios de alargar la cuestión. Le tocó el turno de hablar a Rogers, que en una presentación extraordinariamente efectiva objetó que los riesgos eran excesivos. El enemigo estaba al tanto de nuestros planes a través de su servicio de inteligencia. Era seguro que se produciría una batalla. Se les estaba pidiendo a los survietnamitas que condujeran una operación que nos habíamos negado a realizar cuando había 500.000 hombres en Vietnam, porque pensábamos que no éramos suficientemente fuertes. Si Saigón sufría un revés, arriesgaríamos todo lo ganado el año anterior y en el proceso podríamos hacer peligrar la estabilidad de Thieu. De manera menos convincente, tocó el tema de la cooperación de Souvanna: él pensaba que el primer ministro de Laos podría ser destituido como resultado de la operación.

Con excepción del último punto, Rogers dio exactamente en el blanco. Desafortunadamente, Rogers pagó ahora el precio por haberse opuesto a casi todas las propuestas presidenciales durante años. Nixon simplemente no creyó que su secretario de estado supiera lo que estaba

diciendo. Había escuchado objeciones similares el año anterior con respecto a Camboya y ninguna de las horribles predicciones se había materializado. Aceptó la opinión de Abrams y Moorer de que era militarmente posible. Sabía por Godley que Souvanna estaba tácitamente con ellos, aparte de la actitud pública que pudiera adoptar. Por lo tanto ordenó que la operación Chup y la Fase I de la Operación Tchepone comenzaran inmediatamente. (La Fase I era asegurar la Ruta 9 de la frontera de Laos por medio de tropas norteamericanas). Pero también ordenó al almirante Moorer que estudiara si el asalto aéreo a Tchepone podría ser eliminado o conducido sin apoyo aéreo norteamericano. (El tema en discusión era si los helicópteros que aterrizaban para desembarcar tropas survietnamitas, constituían «combate terrestre en Laos», proscrito por la enmienda Cooper-Church). Cualquiera que conociera bien a Nixon, debería haber sabido que una vez llegado hasta allí, nada lo haría desviarse. La orden de proceder con la Fase I, aseguraba que luego ordenaría la Fase II, aun cuando la maniobra que realizara antes de dar la palabra final resultara tortuosa y prolongada. Pero no todos los participantes comprendían a Nixon. Aun quienes lo trataban constantemente como Moorer no podían estar seguros de que realmente se había decidido ese día. La inseguridad y las dudas sugeridas por su pedido de que se volviera a estudiar la operación aerotransportada fueron en aumento a medida que descendían en las jerarquías militares.

El comienzo de otra operación militar, automáticamente despertó las presiones del Congreso y los medios de comunicación. El 21 de enero, después de leer informes sobre ataques aéreos norteamericanos en apoyo de operaciones survietnamitas en Camboya, sesenta y cuatro miembros de la Cámara de Representantes introdujeron una legislación para prohibir el uso de fondos «para proveer apoyo de combate aéreo o marítimo» para toda operación en Camboya, aparentemente basándose en la teoría de que Hanoi tenía derecho a poseer Santuarios inexpugnables desde donde atacar a nuestros aliados e instalar un gobierno comunista en Phom Penh. El 27 de enero, los senadores George McGovern y Mark Hatfield, juntamente con otros diecinueve colegas del Senado, volvieron a presentar el proyecto de ley de Retirada de Vietnam que debido al paso del tiempo, ahora demandaba el retiro de todas las tropas norteamericanas para el 31 de diciembre de 1971 (en lugar del 30 de junio).

Cuando comenzó la Fase I de la Operación Laos, el Departamento de Defensa urgió y el WSAG estuvo de acuerdo, que se informara a la prensa de Saigón acerca de los movimientos militares pero en forma condicionada: se protegería así la seguridad y se prevendrían informes erróneos o tergiversados. Esto probó ser un pecado de ingenuidad. Los informes oficiales aceleraron un creciente conjunto de rumores; los periodistas de Saigón observaban la prohibición pero tenían libertad de informar a sus colegas de Washington acerca de los hechos básicos y para ellos no pesaba ninguna condición. En una actuación extraordinaria, el periodismo de Washington y las cadenas de TV no sólo anunciaron más o menos veladamente la inminente operación aliada en Laos sino que trataron la prohibición como una historia en sí, presentándola como un plan siniestro de engaño y encubrimiento.

No tardaron en aparecer los comentarios editoriales. El 3 de febrero, el *New York Times* y el *Los Angeles Times* expresaron su inquietud acerca de la operación; el 5 de febrero se les unió el *Wall Street Journal*, y el *New York Times*, que no dejaría pasar la oportunidad, agregó otro editorial resaltando que todo intento de impedir el paso de aprovisionamientos a través de Laos estaba destinado al fracaso ya que había tan poco para detener. Obviamente las estadísticas que poseía el *Times* diferían de las de la CIA que consideraba que ya habían pasado a través de Tchepone 18.000 toneladas en la presente estación seca. Muchos otros periódicos se unieron al coro. El 1 de febrero, el Departamento de Estado informó al senador republicano George Aiken acerca del mismo tema que manejara anteriormente con los periodistas de Saigón, con idénticos resultados: a las 24 horas, la historia estaba en la calle.

Para Nixon, todo esto era muy similar a su experiencia del año 1970, acerca de Camboya, y tal como entonces se encerró en sí mismo y buscó el apoyo de los colaboradores que realmente secundaban su política. El 1 de febrero informé a Agnew, Connally y Mitchell acerca de la Operación Laos. Les hice una narración detallada de los pro y los contra —dejando mi propia convicción en favor de la operación— incluyendo detalles del informe de Rogers del 27 de enero. Como era de esperar —después de todo para eso se los había llamado— se mostraron de acuerdo en que la operación continuara. A la mañana siguiente, el 2 de febrero, envié a Rogers, Laird y Helms un memorándum de 5 páginas con todos los pros y contras, además de las opiniones de Rogers del 27 de enero, oponiéndose al proyecto. Les invité a que me hicieran conocer sus co-

mentarios. No llegó ninguno. Nixon se reunió con Rogers, Laird, Helms, Moorer, Haig y yo a las 17.00 horas de ese día. No surgió ningún argumento nuevo.

Esa misma noche después de la actuación de la cantante Beverly Sills en la Casa Blanca, volví a ver a Nixon. En mi diario figura —es un incidente que había olvidado y que sólo recordé al revisar mis anotaciones— que le sugerí que estudiara nuevamente la operación propuesta, a pesar de sus indudables ventajas militares. El factor sorpresa había desaparecido; nuestro gobierno estaba decididamente dividido. Nixon no se mostró preocupado; pareció más interesado en una reunión cumbre con Rusia. No puedo reconstruir desde esta perspectiva cuál era el motivo de mi inquietud: asegurarme de que Nixon considerara todas las alternativas o (conociendo su psicología), confirmarlo en su decisión.

Una vez embarcado en lo que él consideraba el rumbo, Nixon, no obstante, no se dejaba desviar de él. La mañana siguiente, 3 de febrero, me informó que había decidido seguir adelante y afrontar los riesgos, tanto internos como ante Rusia. Entonces llamó a Mitchell y a Connally que lo instaron a actuar. Desde las 1200hs. hasta las 1400hs. el almirante Moorer y yo informamos al senador John Stennis en mi oficina; Nixon apareció por allí y nos llevó a los tres a su propio despacho para continuar la discusión. Cuando Stennis estuvo de acuerdo en que la operación tenía sentido, Nixon dio la orden de «ejecución». Yo la retuve unas pocas horas más, para tener oportunidad de volverla a revisar con el WSAG y el propio presidente. A las 1800hs., les informé a los principales colaboradores del presidente de su decisión.

El 8 de febrero las tropas survietnamitas comenzaron la Fase II, atravesando la frontera de Laos. El 9 de febrero el representante Thomas P. O'Neill y treinta y siete de sus pares introdujeron una legislación no sólo prohibiendo la intervención norteamericana directa en Laos, sino todo tipo de apoyo a la operación militar en ésta. Estábamos en medio de otro acto de la tragedia griega en la que cada participante en nuestro debate nacional, siguiendo su propia lógica, ocasionaba la parálisis de la nación. La Operación Laos buscaba desembarazarnos cuanto antes de Vietnam, preservando al mismo tiempo las posibilidades de subsistencia de Vietnam del Sur y nuestro prestigio internacional. El debate tenía varios motivos: si una administración que retiraba más de 150.000 hombres por año, debía estar empeñada en la victoria (un término que desde hacía tiempo constituía un insulto); si el esfuerzo de concluir un conflicto armado al mismo tiempo que cumplíamos una obligación hacia nuestros aliados, era sólo un encubrimiento para su prolongación indefinida. Continuamente, una marea de resoluciones del Congreso buscaban coartar toda nuestra flexibilidad y libertad de maniobra.

LAM SON 719: LA OPERACIÓN MILITAR

La operación, concebida entre dudas y viciada de escepticismo, se inició en medio de la confusión. Pronto se hizo evidente que lo que nos habían informado con tanta claridad y frecuencia, constituía más un juego de guerra que la realidad militar. Como visitante de Vietnam, me había impresionado que uno de los éxitos menos ambiguos de la vietnamización había sido exportar a Vietnam del Sur nuestras técnicas militares de exposición. La esencia de lo que yo di en llamar «información a idiotas» es dejar a la víctima tan saturada con todos los hechos que se le presentan, con tanta seguridad, que tendrá suerte si logra entender cuanto le dicen. Su oportunidad de hacer preguntas se desvanece ante la presentación de cuadros, cartas, flechas y estadísticas. Se sentirá tan orgulloso de poder filtrar una pregunta entre la abrumadora cantidad de material, que perderá la facultad de insistir en que la respuesta que le dan tenga sentido.

El plan del Comando Vietnamita, aprobado y con seguridad revisado por nuestros propios comandantes militares, preveía la rápida interrupción del sistema de rutas, seguida por la sistemática destrucción de la estructura logística. Pero desde el comienzo se vio claro que las divisiones survietnamitas no estaban preparadas para dar ese golpe de mano propuesto en «Lam Son 719», el nombre vietnamita para la operación (*).

Su experiencia había sido en defensa estática en Vietnam del Sur. Sus operaciones ofensivas fueron por lo general avances sin oposición en la campaña, en pro de la pacificación. Ahora se veían impulsados en un terreno extraño y desconocido, privados por primera vez de sus asesores

(*) Lam Son era el lugar de una batalla en Vietnam del Norte, donde los vietnamitas ganaron una antigua batalla contra los chinos.

norteamericanos y los controles aéreos, esperándose de ellos, que enfrentaran las formidables divisiones norvietnamitas cerca de sus vitales bases de aprovisionamiento. Avanzaron con tanta cautela, como para invitar a sus enemigos a un combate pormenorizado en el que, como le señalé al almirante Moorer el 22 de febrero, los norvietnamitas descollaban. Si los survietnamitas continuaban con sus tácticas defensivas, le previne, probablemente los echarían de Laos.

En cuanto a nosotros, en 1971 nuestro comando en Saigón se había concentrado por casi dos años en prevenir el desastre, mientras se retiraban las tropas. Efectivamente, se le pedía que redujera sus fuerzas a 60.000 soldados mientras se realizaba la Operación Laos. Realmente no podía realizar ambas cosas a la vez: retiro de tropas y operaciones ofensivas. Permaneció en silencio mientras que los comandos vietnamitas para la batalla permanecieron cómodamente instalados en su base permanente a más de cincuenta millas de Tchepone. No instaló una estructura de comando especial para una operación que Washington tituló «decisiva». Jamás probaron si los controles aéreos vietnamitas estaban en condiciones de reemplazar a los norteamericanos; descubrimos demasiado tarde que muchos de los vietnamitas no hablaban inglés. Las divisiones vietnamitas, que aún no habían sido probadas en combate, se vieron así privadas de mucho del apoyo aéreo con que el plan original contara para controlar la batalla. Con las circunstancias en nuestro país siempre en iguales términos, la Operación Laos debía competir para obtener fondos con todos los otros requerimientos para Indochina. Como era de prever, el esfuerzo se paralizó y las esperanzas de un resultado favorable se desvanecieron.

Cada día que pasaba después que comenzara la Fase II el 8 de febrero, resultaba más evidente que lo que sucedía se parecía cada vez más al plan original sólo en los informes que un desdichado coronel del Estado Mayor Conjunto me daba todas las mañanas. El procedimiento normal, cuando las cosas no van bien, es tratar de retacear información a los más altos niveles del gobierno, con la esperanza de que los problemas desaparecerán por sí solos y con la teoría de que los hechos narrados con demasiada crudeza pueden causar pánico en Washington. Pero el problema no se solucionaba. No había manera de disimular el hecho de que las unidades survietnamitas, después de penetrar solamente ocho a doce millas, se habían detenido y se mantenían allí con esfuerzo. Nos resultaba imposible decir qué estaban haciendo, si estaban cortando las vías de comunicación, buscando escondrijos o simplemente esperaban el ataque de los norvietnamitas.

Los comandantes militares, como casi todos los funcionarios, suelen demostrar gran seguridad en sus propios planes. Ante la evidencia de una operación decididamente paralizada, me dieron una nueva fecha para el prometido movimiento hacia Tchepone en seis oportunidades diferentes, entre el 8 de febrero y el 22 del mismo mes. Ninguna se materializó. El 13 de febrero comencé a presionar al almirante Moorer para que el general Abrams hiciera un trabajo comparativo entre «los reales movimientos de las tropas survietnamitas y los plazos fijados originalmente y las razones que justificaban la diferencia». Hasta el 16 de febrero no contestó el general Abrams, dando ciertas razones técnicas que tenían que ver especialmente con el fuego antiaéreo enemigo, consideraciones que para un lego, parecían haber podido preverse desde el momento del planeamiento de la operación. Abrams concluyó, optimista: «Confío en que la tarea originalmente planeada, se llevará a cabo».

Pero las cosas no cambiaron mucho durante los próximos cuatro días. Los informes optimistas desde el campo de batalla no coincidían con la paralizada situación en el terreno. El 18 de marzo —después de finalizada la operación— Washington se enteró que el 12 de febrero el presidente Thieu ordenó a sus comandantes que tuvieran cuidado al moverse hacia el oeste y que detuvieran totalmente la operación en cuanto hubieran llegado a las 3.000 bajas. Dada la probable penetración de Hanoi en el alto comando survietnamita (mucho mejor ubicado para comprender sus entretelones), el enemigo debía conocer este hecho y por lo tanto organizar una maniobra destinada a aumentar al máximo el número de bajas en lugar de luchar por el territorio. Jamás hubiéramos aprobado el Plan Tchepone en la Casa Blanca si se nos hubiera comunicado tal restricción.

El 20 de febrero interrogué nuevamente a Bunker para que me diera una apreciación suya y de Abrams, y agregué: «Según mi modo de ver, es esencial que se comprenda que el objetivo de esta operación no es apoderarse de terreno o provisiones, sino interrumpir y bloquear en todo lo que sea posible la Ruta misma». Esto hizo que Abrams y Bunker llamaran a Thieu y su Jefe de Estado Mayor, general Cao Van Vien. Basándose en esta conversación, el embajador Bunker informó: «Ambos tenemos la impresión de que no hay motivo de dudas acerca de la dedicación de las tropas survietnamitas y su decisión de llevar a cabo la operación». Ese mismo

día, muy preocupado, le pedí a Haig que visitara Vietnam para que me diera un informe sobre el terreno. La idea fue desechada por Laird y Moorer que consideraron que enviar un emisario de la Casa Blanca sería una demostración de falta de confianza hacia el general Abrams, con la que ellos no estaban de acuerdo.

El 23 de febrero Moorer estaba ausente de Washington, por lo que el general Westmoreland estaba a cargo del Estado Mayor Conjunto por su antigüedad. Aproveché la ocasión para pedir un informe; en realidad, quería una apreciación de Westmoreland. De acuerdo al protocolo de los jefes del Estado Mayor Conjunto, la Casa Blanca debía tratar con el jefe, no con los distintos jefes individualmente; por lo tanto, hasta ahora no habíamos podido acercarnos a Westmoreland en forma directa.

«Westy» tenía todo el aspecto de un perfecto oficial norteamericano: buen mozo, derecho como una flecha, serio. Como tantos otros de sus colegas se había lanzado a Vietnam lleno de optimismo y confianza para luego retirarse desconcertado y víctima de la frustración. Coartado por restricciones que no figuraban en ningún reglamento, enfrentado a un enemigo que seguía estrategias que no se enseñaban en nuestras Escuelas de Comando, pronto cayó en una trampa que ha sido el azote de los comandantes norteamericanos desde la Guerra Civil: sustitución de la logística por la estrategia.

Con extrañas y conspicuas excepciones como la de Douglas MacArthur, nuestros generales modernos han preferido desgastar al enemigo por medio del peso del material antes que con golpes de audacia; a través de recursos superiores en lugar de mejores maniobras. En esto demostraban la desviación de una sociedad no militarizada y orientada tecnológicamente. Pero las guerras por desgaste no pueden ganarse contra un enemigo que se niega a pelear en términos que no sean los propios. El terreno de Vietnam, la naturaleza de la guerra de guerrillas, la existencia de santuarios, todos estos factores combinados, imposibilitaron a Westmoreland desgastar al enemigo como él buscaba. En cambio, los norvietnamitas, escondidos entre la población y en condiciones de elegir el momento de sus ataques, nos agotaron. Por otra parte, la ofensiva de Tet, a pesar de constituir una derrota militar masiva para Vietnam del Norte, se transformó en un triunfo psicológico ya que fue el comienzo del retiro de nuestras tropas. (Es justo señalar que Westmoreland actuó bajo presiones políticas que le impedían cualquiera de las maniobras mayores que podrían haber significado un triunfo —por ejemplo, interrumpir la Ruta de Ho Chi Minh en 1967.)

Cualquiera fuera la razón de su fracaso, Westmoreland tuvo que sobrellevar la desazón de aquéllos que luego de sentirse mecidos por la aclamación popular, deben sufrir el castigo de la indiferencia del mismo público que los acusa por no haber cumplido con el papel por ellos imaginado. Independientemente del motivo, están destinados a un olvido tanto más amargo por haber estado a un paso de ser considerados héroes. Westmoreland estaba sentado en el suntuoso despacho del Comando en Jefe del Ejército, deliberando acerca de la manera de obtener armamentos, disfrutando de las prerrogativas de su jerarquía y grado, pero ignorado por los maquinadores políticos. Casi nunca se le consultó acerca de la guerra que había conducido con gallardía, aun cuando no lograra una victoria total. No se le había solicitado su opinión individual acerca del propuesto ataque a Tchepone, a pesar de que se nos había dicho que él lo apoyaba, juntamente con los restantes jefes del Estado Mayor Conjunto.

Cuando vi a Westmoreland el 23 de febrero, su evaluación fue glacial. No pensaba que las fuerzas asignadas para la Operación Laos fueran adecuadas; él mismo había considerado que cuatro divisiones norteamericanas eran necesarias para tomar y mantener Tchepone; los survietnamitas habían asignado menos de dos para la Operación. Tampoco consideraba que un ataque frontal consiguiera la mejor manera de interrumpir una vía de tránsito. Él hubiera recomendado golpes de mano o incursiones aéreas que partieran de Khe Sanh para cortar la ruta en diversos puntos. Esto hubiera complicado al máximo el sistema de aprovisionamiento de los comunistas con lo que lograríamos nuestro objetivo con un riesgo mucho menor. Aun tomando en cuenta una natural tendencia hacia la crítica a sus sucesores, la opinión de Westmoreland me pareció muy atinada.

No les pareció así a Laird y Moorer que argüían que Westmoreland se había abstenido de opinar mientras el plan estaba en consideración. Estaban convencidos de que Abrams se sentiría resentido de haber privado la opinión de su antecesor. Insistían en el consagrado principio de la autonomía del comandante de campo. Las teorías de comando, sin embargo, no resolvían nuestro problema básico: averiguar si realmente estábamos logrando nuestro objetivo de in-

terrumpir el sistema de aprovisionamiento de los comunistas. Indudablemente se estaban logrando *algunos* resultados. Los pertrechos consumidos durante la batalla no llegarían más al sur. No todos los informes recibidos sobre descubrimientos de escondites podían ser falsos —a pesar de que no podíamos menos que notar que las denuncias eran mucho menos exuberantes que en la Operación Camboya el año anterior.

Más allá de esto, era difícil conocer la verdad: nos decían diariamente que estaban cortando las vías; no obstante, el informe de sensores automáticos instalados a lo largo de las mismas, indicaban un tráfico considerable en algunos trechos. El coronel del Estado Mayor Conjunto que me informaba diariamente argüía que ello se debía al desesperado ir y venir del enemigo llevando aprovisionamientos entre distintos puntos, en el fragor del combate. A mí no me parecía así. Probablemente la realidad sería que los abastecimientos habían disminuido y se consumían; no se habían interrumpido.

Un estudio interesante sobre patología de las campañas militares, sería determinar en qué punto un objetivo se transforma en una obsesión. Moscú lo fue para Napoleón. Verdún y Stalingrado para los alemanes. Gallipoli para los británicos. Todos actuaron como imanes que atrajeron cada vez mayor cantidad de medios, aun mucho después que desapareciera la razón original para la campaña. Lo mismo sucedió en Tchepone, en una escala mucho menor. El 24 de febrero le formulé tres preguntas al oficial que me daba el informe diario: 1.º) ¿Por qué nos dirigíamos a Tchepone, donde nos esperaba el enemigo, cuando podríamos haber interrumpido la ruta igualmente más al sur? 2.º) ¿Por qué no dejábamos a Tchepone de lado pasando hacia el oeste y cortando la Ruta 23 (paralela a la frontera con Tailandia) mediante un ataque ne helicópteros? 3.º) Si estábamos decididos a tomar Tchepone, ¿por qué no se comprometían más reservas? Las contestaciones simplemente reiteraron el plan de la operación original. Me dijeron lo que estábamos haciendo pero no me explicaron el porqué.

Para fines de febrero Vietnam del Norte había empeñado más de 40.000 soldados en la batalla, un número mucho mayor del que nos habían dicho que era posible (*). Las fuerzas de Saigón, debido a las bases territoriales de sus divisiones, permanecían invariables. En una reunión del WSAG el 23 de febrero, señalé los riesgos y le pregunté al general del aire John Vogt, que representaba al Estado Mayor Conjunto, acerca de la razón para un ataque frontal a Tchepone. Me contestó: «En el informe falta el fundamento». Se hizo cada vez más embarazoso explicar nuestra política cuando los hechos parecían tan nebulosos y comencé a sospechar que ni siquiera en el Pentágono tenían idea de lo que estaba sucediendo.

El 1 de marzo le cablegrafí directamente a Bunker, extraoficialmente:

Desde que la operación fuera lanzada, el presidente ha recibido informes acerca de una variada gama de modificaciones del plan motivadas por dificultades muy serias con las que se han enfrentado las tropas survietnamitas, sólo para descubrir que los hechos producidos en el terreno y las informaciones operacionales subsecuentes, no coinciden con los pronósticos. Específicamente nos hemos encontrado en la siguiente posición:

- 1.º) El presidente fue informado inicialmente de que las tropas survietnamitas tomarían Tchepone cuatro o cinco días después de la Hora H.
- 2.º) El 15 de febrero, se le dijo que las condiciones climáticas, problemas de aprovisionamiento, condiciones de la Ruta 9 y la resistencia del enemigo, postergarían el logro de nuestro objetivo por un lapso de 8 a 10 días.
- 3.º) Subsecuentemente se le informó al presidente que Tchepone no era tan importante pues todas las rutas que llegaban hasta allí estaban siendo cortadas al sudeste del mismo.
- 4.º) Nuevamente se informó al presidente que se adoptaría una modificación en el esquema de maniobra que colocaría a dos regimientos atacando en un eje noroeste a lo largo de la Ruta 914 y las tierras altas hacia el norte, con el objeto de tomar Tchepone.

(*) En un momento discutí el problema de Laos con Yitzhak Rabin, brillante jefe de Estado Mayor israelí en la Guerra de los Seis Días y en ese momento embajador en Washington. Predijo que la reacción norvietnamita provendría de divisiones retiradas temporalmente de Vietnam del Sur y que atacarían desde el sur, no desde el norte, como las esperábamos. Resultó estar en lo cierto.

Desde que se recibieron todas estas informaciones acerca de diversas aproximaciones conceptuales, los hechos sucedidos en el terreno no han confirmado nuestra capacidad para lograrlas. Naturalmente esto ha provocado aquí preocupaciones acerca del resultado final de la operación. Otro factor que me preocupa intensamente es la cantidad limitada de tropas survietnamitas abocadas a esta operación, en un momento en que el enemigo, obviamente ha empeñado la totalidad de sus medios.

Haremos todo lo posible por mantener nuestra fe. Pero debemos saber con qué nos enfrentamos. No hay mucha probabilidad de evitar que cunda el pánico si siempre se nos retacea la información acerca de los acontecimientos.

Nuestro comando en Saigón había recibido demasiadas exhortaciones enviadas por civiles preocupados durante los seis años que llevaba la guerra. La tentación era ignorar a los afebrados hacedores de política de Washington y perseverar. Demasiadas crisis se habían sobrellevado de esta manera como para cambiar ahora el modus operandi. Bunker me remitió un telegrama tratando de calmarme, describiendo la dedicación de Thieu y Vien para lograr el triunfo (tema que no venía al caso): «En operaciones de este tipo, no se puede estar atado a preconceptos acerca de las que puedan parecer formas ideales de proceder. Debemos mantener una postura suficientemente flexible para adaptarse a las formas fluidas que pueden depender de las condiciones climáticas, del terreno o tácticas del enemigo». Esto no era ninguna disculpa pero no contestaba nuestra duda fundamental, que no era acerca del procedimiento. ¿Hasta qué punto —si es que se estaba logrando algo— interrumpíamos los reaprovisionamientos del enemigo y de acuerdo a qué plan? La conclusión pareció que nos llevaría a la total tranquilidad. «El general Abrams y yo confiamos que si nos mantenemos firmes en este rumbo producirán un impacto en las actividades del enemigo en Vietnam del Sur y en el retiro de nuestras tropas, según lo planeado originalmente».

Y así, durante algunos días las cosas parecieron mejorar. En batallas importantes entre unidades de Vietnam del Sur y del Norte, estos últimos parecían ceder terreno, muy a su pesar (por lo menos así lo indicaban nuestros informes). El 3 de marzo se inició un nuevo asalto en dirección a Tchepone y el 6 de marzo los survietnamitas estaban suficientemente cerca del objetivo como para proclamar que lo habían capturado. Pronto cundió la sospecha de que querían tomar Tchepone sólo para poder retirarse luego totalmente de Laos, sin «perder la cara». Ya el 8 de marzo Abrams nos informó que los comandantes survietnamitas, que habían ocupado el área de Tchepone, consideraban cumplida su misión y estaban ansiosos por replegarse.

Esto estaba totalmente en contra del concepto de la operación según yo lo había entendido; no había razón para arriesgar tanto esfuerzo para ocupar una ciudad laosiana abandonada, durante sólo tres días. El meollo de toda la operación era interrumpir el flujo de los abastecimientos de los norvietnamitas durante el mayor tiempo posible durante la estación seca y destruir la mayor cantidad de escondites que fuera posible. Cuando le llamé a la atención de Bunker acerca de este tema, el 9 de marzo, él y Abrams hicieron una nueva visita a Thieu, de la que salieron con una aclaración mistificadora: Thieu no se retiraba de Laos sino que rotaba sus unidades. Retiraría elementos de su reserva estratégica pero los reemplazaría por unidades de relevo. Después de algunas semanas buscando escondites en la zona de Tchepone, estas nuevas unidades se retirarían hacia el sudeste, a lo largo de la Ruta 914, atravesando el Área de Base Comunista 611, destruyendo a su paso el sistema de aprovisionamiento (ver mapa).

Dos factores despertaron mis sospechas: Thieu no nos confirmó a qué tropas de relevo se refería y no podíamos imaginarnos de cuáles se trataba; ciertamente no conocíamos ninguna. Hacía diez días que lo estábamos urgiendo para que empleara la otra división de la Región Militar I, (la Tercera División). Thieu se había negado, alegando —lo que los acontecimientos del siguiente año confirmaron— que la Tercera División no estaba en condiciones de hacer frente a los curtidos norvietnamitas. ¿De dónde provendrían los refuerzos, entonces? El pobre coronel del Estado Mayor Conjunto que todas las mañanas me pasaba su informe, tuvo que soportar mi sarcasmo al recitar la versión oficial, frente a la evidencia abrumadora de que los survietnamitas en realidad se estaban retirando de Laos. Ni siquiera hubo un asomo de pretender evacuar la zona vía Área de Base 611. Nosotros no lo sabíamos, pero los survietnamitas habían alcanzado la cuota de bajas fijada por Thieu. La operación había finalizado, a pesar de que no nos lo dijeron.

Insistí en enviar a Haig para tener un informe de primera mano. Para ese entonces, Laird

sabía que algo no andaba bien. Se mostraba dispuesto a compartir responsabilidades y estuvo de acuerdo inmediatamente. Mientras tanto, envié otro mensaje extraoficial a Bunker, el 18 de marzo:

Espero que Thieu comprenda que la confianza del presidente es algo que no debe despreciar tan libremente y que ésta puede ser su última oportunidad para recibir ayuda masiva de los Estados Unidos.

El 19 de marzo, con la llegada de Haig a Vietnam, se acabaron todas las ilusiones. Informó que luego de tres semanas de combates ininterrumpidos, los comandantes de las dos divisiones survietnamitas no deseaban continuar las operaciones. «Mi visita al Cuerpo I me ha convencido de que no se trata ahora de reforzar las tropas y permanecer en Laos, sino de hacer comprender a los survietnamitas la necesidad de retirarse bajo fuerte concentración de fuego norteamericano y de manera ordenada y tácticamente correcta».

A los pocos días, la retirada de Laos estaba en todo su apogeo. En general los survietnamitas se retiraron de manera ordenada, con excepción de las nada edificantes tomas televisadas que mostraban a unos pocos soldados colgando desesperados del tren de aterrizaje de los helicópteros. En esas circunstancias resultaba difícil para la Casa Blanca tratar de dar un panorama imparcial: esas fotos destruían todo lo que pudiera decirse y Washington estaba tan mal informado y la Operación se había desviado tanto del plan original, que no pudo prepararse a tiempo ninguna otra explicación de alternativa.

El ataque a la plantación de Chup, en Camboya fue igualmente inconclusivo. Se obtuvieron buenos resultados mientras estuvo comandada por el general Do Cao Tri, uno de los pocos comandantes del ejército de Vietnam del Sur con mente combativa. Pero después de su desaparición a raíz de un accidente de helicóptero el 23 de febrero, decayó totalmente y se transformó en las prudentes operaciones survietnamitas que parecían atraer precisamente lo que trataban de combatir. Gradualmente la operación se agotó, no sin antes sufrir un serio revés local cerca de la ciudad camboyana de Snuol.

La ofensiva de la estación seca de 1971 fue un esfuerzo inútil. Representó la última operación ofensiva en la que participaron tropas norteamericanas en Indochina, aún como apoyo. No cumplió con todas nuestras aspiraciones pero tampoco falló por completo. Como siempre en Vietnam, la verdad yacía en algún lugar entre los reclamos de la administración y las injurias de los críticos. El asalto a Tchepone no interrumpió el aprovisionamiento logístico norvietnamita lo suficiente como para prevenir una ofensiva de Hanoi en 1972. No obstante, la retardó suficientemente como para demorarla por varios meses, hasta la finalización de la estación seca y reducir su máximo impacto a las áreas más próximas a Vietnam del Norte. La mayor embestida enemiga en 1972 se produjo a través de la Zona Desmilitarizada, donde las líneas de aprovisionamiento de Hanoi eran más cortas y resultaron menos afectadas por las operaciones de Camboya y Laos. Cuanto más al sur trataron de atacar en 1972, más débil fue su impacto, puesto que sus santuarios y sistemas de aprovisionamiento habían sido interrumpidos por nuestras operaciones en los dos años anteriores. Así las cosas, la combinación de fuerzas terrestres survietnamitas y el poder aéreo norteamericano nos permitieron apenas debilitar la ofensiva norvietnamita de 1972. Sin las pérdidas ocasionadas por las incursiones a Laos y Camboya, esto hubiera sido imposible. Según mi modo de ver, las campañas de 1970 y 1971 nos salvaron en 1972.

Al mismo tiempo, la incursión a Laos dejó mucho que desear. Había varias razones para ello. Nuestros planificadores demostraron ser mucho menos meticulosos al apreciar las operaciones vietnamitas que al estudiar las nuestras propias. Si las fuerzas hubieran sido norteamericanas, nunca hubieran aceptado el desafío a la capacidad de los norvietnamitas de mantener una guerra en el sur, con un margen de error tan pequeño. Nuestro comando en Saigón se había transformado por las presiones de Washington, en un comando de reubicación de tropas. De pronto se le exigía que supervisara dos operaciones complejas en teatros muy separados entre sí, al mismo tiempo que se esperaba que cumpliera con un plan de retiro de tropas en el que no creía. Por ley le estaba prohibido tener a sus propios hombres en tierra con las tropas que avanzaban, aun para controlar nuestras operaciones aéreas; y se encontraba atado de pies y manos en cuanto a vuelos militares, a raíz de reducciones en el presupuesto. Nuestro comando en Saigón operaba mecánicamente; no cambiaba procedimientos establecidos para asegurar el éxito de una ope-

ración potencialmente decisiva. Washington actuaba por reflejo; estaba más absorta en lidiar con los críticos internos que con los ataques enemigos en el campo de batalla.

En cuanto a los vietnamitas del sur, Laos dejó al descubierto muchas de sus deficiencias latentes. Su planificación demostró ser casi totalmente abstracta. Formalmente imitaba lo que se enseñaba en nuestras escuelas de Comando y Estado Mayor, sin adaptarlo a condiciones locales. Mirando retrospectivamente hasta he llegado a dudar si los survietnamitas llegaron a comprender realmente lo que tratábamos de obtener. Nuestro objetivo no era ciertamente Tchepone o ningún otro trofeo geográfico. Era retardar el reaprovisionamiento y la logística de los norvietnamitas durante toda la estación seca, para desgastar desde un principio la ofensiva de 1972, cuando sólo quedarán unas pocas tropas norteamericanas en el país. Lo que Thieu parecía querer —según supimos después— era una estrategia breve y espectacular, no una a largo plazo. Por sobre todas las cosas, los survietnamitas padecieron por las fallas inherentes a su organización militar. Tenían pocas reservas; su capacidad para absorber las bajas era muy limitada, con excepción de las batallas defensivas. Cada comandante, consciente de que su influencia política dependía en parte de la fuerza y moral de las unidades que comandaba, estaba dispuesto a reconocer sus éxitos pero rehacios a empeñar sus fuerzas en objetivos distantes. Los survietnamitas habían luchado mejor que antes. Pero no podía ocultarse el hecho de que el resultado no había sido definitivo. La ofensiva de la temporada seca de 1971 no impidió el ataque de Hanoi en 1972 como se esperaba, aunque es innegable que disminuyó su impacto. Era probable ahora que deberíamos enfrentar otro desafío militar importante el próximo año.

LAS MARCHAS SOBRE WASHINGTON

Para esta época, esa inquietante bestia dormida, la protesta pública —nuestra pesadilla, nuestro desafío y de algún modo extraño nuestro acicate— comenzó a despertar nuevamente. Cuando se comparten objetivos, los debates internos pueden influir sobre tácticas; aun cuando los objetivos difieran, ocasionalmente hay lugar para algún entendimiento en pro de un fin más importante. Pero cuando no hay acuerdo acerca de premisas fundamentales, cuando el desafío no es sólo contra la percepción sino contra el motivo, las diferencias adquieren el carácter de una guerra civil.

Con Laos, la «incredulidad pública» resultó no tanto un fallo de la administración como un arma de la oposición. Los opositores deliberadamente provocaban a los preocupados funcionarios hasta que hacían alguna predicción que luego no resultaba, (la famosa «luz en el final del túnel») habrá sido un error de percepción o juicio, pero no era una mentira) o trataban de eludir los hechos con frases evasivas. Esto era luego explotado despiadadamente para minar la confianza en el gobierno. El llamamiento en pro de la clarificación total no tenía fin, pero no podía satisfacerse. En parte, como en el caso de la Operación Laos, porque Washington tenía dificultades para enterarse de los hechos y en parte porque algunos elementos de los planes militares o diplomáticos pueden revelarse sólo arriesgando la posible anulación del éxito. Por supuesto, muchos críticos no querían hechos sino material que les fuera útil. Con frecuencia exigían información pública sobre temas que ya se les habían acalorado en informes secretos.

Hacia mucho tiempo que había quedado atrás la plataforma antibélica, que solicitaba el *mutuo* retiro de tropas. Dos años antes, nos habían pedido una demostración de buena voluntad, mediante un retiro unilateral de tropas. Varios cientos de miles de soldados habían sido retirados desde entonces; la finalización de la participación norteamericana en combates terrestres era inminente. Pero los críticos ahora exigían que fijáramos una fecha incondicional para el retiro total y pronto exigirían también el derrocamiento de Thieu —en otras palabras, la adopción de los términos de Hanoi.

El 26 de febrero el *Washington Post* —que se contaba entre nuestros críticos menos severos— objetaba una declaración de Nixon diciendo que «mientras Vietnam del Norte continúe manteniendo aunque sea un solo prisionero de guerra norteamericano, nuestras fuerzas permanecerán en Vietnam del Sur». Esto no se tomó como una forma indirecta de anunciar que no quedarían fuerzas norteamericanas en Vietnam una vez terminado el conflicto (punto este ya concedido en negociaciones secretas muchos meses atrás). Más bien se lo tomó como prueba de un compromiso unilateral. «Es asimismo una admisión de que la administración Nixon no tiene ningún plan unilateral e irreversible que prometa terminar con el conflicto armado que compromete a

nuestro país». Pero la única manera de terminar una guerra unilateralmente y de manera irreversible es aceptar incondicionalmente los términos del enemigo; el retiro de tropas unilateral, como Hanoi había dicho bien claro, no solucionaría el problema. Nuestros prisioneros permanecerían en las manos de Hanoi. El 3 de marzo, el *Wall Street Journal*, que por lo general nos apoyaba, se unió al coro. Explicando que la administración tenía dos objetivos en la guerra —retirar las fuerzas norteamericanas y asegurar un gobierno no comunista en Saigón— señaló que este segundo objetivo, aún cuando era deseable, no debería empañar al otro es decir, el retiro de tropas.

El *Milwaukee Journal* se refirió al mismo punto con más crudeza aún, el 4 de marzo: «Los survietnamitas confiarán en nosotros mientras estemos allí. Tienen uno de los ejércitos más grandes del mundo. Si todavía no están en condiciones de bastarse a sí mismos, es demasiado tarde. Los Estados Unidos no pueden soportar más las frustraciones internas y desgarramientos que esta guerra sangrienta, trágica e inmoral le está costando».

Estas actitudes no tardaron mucho en hacerse sentir en el Congreso. Entre el comienzo y el fin de la Operación Laos se introdujeron no menos de cinco resoluciones destinadas a limitar la decisión presidencial en la conducción de operaciones militares, prohibiendo gastos para combates en Camboya y Laos (que según todos nuestros estudios estaban relacionados estrechamente con la guerra de Vietnam) o para fijar una fecha para el retiro incondicional de las tropas. El 22 de febrero, el Comité de Política Democrática del Senado exigió por unanimidad el retiro de todas las tropas norteamericanas de Indochina, incluyendo las de aire y las de apoyo, antes del 31 de diciembre de 1972. El 25 de febrero, el senador Walter Mondale, junto con el senador William Saxbe y dieciséis colegas, introdujeron una legislación para prohibir que las fuerzas norteamericanas apoyaran una invasión de Vietnam del Norte sin una autorización «previa y explícita» del Congreso. El significado de la enmienda no era que constreñía cualquier plan de la administración, sino que buscaba inmunidad para el país cuyos ejércitos marchaban en este mismo momento a través de sus países vecinos y de ese modo liberarlos de la necesidad de mantener fuerzas defensivas en el propio.

Después del retiro de Laos, tanto las presiones del Congreso como las de los medios de comunicación, aumentaron. Entre el 1 de abril y el 1 de julio se presentaron diecisiete mociones del Senado y la Cámara de Representantes, buscando restringir la autoridad presidencial para conducir la guerra o si no, fijar una fecha para el retiro unilateral de las tropas (lo que totalizaría veintiún pedidos en el mismo sentido en ese año). El 22 de junio el Senado votó, por 57 contra 42, la resolución propiciada por el senador Mike Mansfield, declarando que: «Es política de los Estados Unidos terminar en una fecha lo más próxima posible, todas las operaciones militares en Indochina y lograr el rápido y puntual retiro de todas las fuerzas de los Estados Unidos no más de nueve meses después de que entre en vigor la promulgación de la ley, sujeta a la liberación de prisioneros de guerra norteamericanos». A pesar de que este tipo de legislación, «opinión del Senado», no tiene fuerza legal, la resolución de Mansfield ilustra claramente la tragedia de Vietnam; la oposición no estaba dispuesta a aceptar responsabilidades fundamentales acerca de sus opiniones pero movería cielo y tierra para evitar que la administración pudiera seguir una estrategia coherente.

El penetrante agotamiento reflejaba en declaraciones cada vez más explícitas, que ningún objetivo concebible en Vietnam podía ser más importante que la repulsa interna hacia la guerra. La vietnamización, ideada dos años atrás como medio para concluir nuestra intervención, era atacada ahora como medio de prolongar la guerra. El 16 de abril la revista *Life* criticó la negativa a fijar una fecha para retiro de tropas: «El retiro prolongado y sin fecha determinada para su terminación es demasiado parecido a una guerra prolongada y sin fecha de conclusión». «Un país que siente que la guerra es intolerable, hallará esta proposición inaceptable». El *New York Times* declaró el 25 de abril: «El señor Nixon puede asegurarse un amplio apoyo popular si abandona el burdo engaño de la vietnamización y declara inequívocamente su propósito de retirar todas las tropas norteamericanas de Vietnam para una fecha fijada de antemano, tras un acuerdo con la otra parte para liberar a todos los prisioneros norteamericanos y garantizar la salida segura de las tropas.» En otras proposiciones más discretas, el retiro unilateral se unía al requerimiento al presidente Thieu para que ampliando la base de su gobierno, «negociara» con los comunistas —como si ése fuera el principal obstáculo para el acuerdo y como si en realidad existieran tales posibilidades de negociar. Un editorial del *New York Times* decía: «La decisión de Saigón está entre continuar indefinidamente con la guerra o negociar un acuerdo. Los pasos

útiles para lograr una solución política serían movimientos para ampliar el gobierno de Saigón y permitir que los comunistas participen en las elecciones de este año».

Ex-funcionarios de la administración Johnson, que no habían tenido un plan ni siquiera para una desmovilización limitada cuando estaban en el gobierno, continuaban convencidos de que la promesa de un retiro de tropas total y unilateral garantizaría una rápida paz. Clark Clifford y Averell Harriman nunca perdían oportunidad de hacer hincapié sobre este punto. Otros ex-funcionarios condujeron delegaciones de abogados para lograr que el Congreso fijara una fecha. Los elogios del año anterior habían sido olvidados por completo, entre las constantes críticas a la administración por no hacer otra propuesta, a pesar de que toda la evidencia indicaba que ninguna de ellas resultaba atractiva para Hanoi. Tanto públicamente como en secreto Hanoi nunca cedió en su posición de que la guerra no terminaría hasta que hubiéramos destituido al gobierno de Saigón. Tampoco se explicó nunca qué razón había para continuar la guerra una vez fijada una fecha límite y cómo podríamos justificar bajas adicionales cuando ya habíamos anunciando el abandono de la empresa. En abril y mayo de 1971 hubo en Washington seis semanas de demostraciones; marchas de Veteranos de Vietnam en Contra de la Guerra (incluyendo marchas con antorchas, «teatro de guerrillas», declaraciones ante el Congreso y simbólicas devoluciones de condecoraciones); distribución de panfletos en contra de la guerra dentro de edificios gubernamentales y una campaña masiva de desobediencia civil el 1 de mayo, paros y actos de vandalismo destinados a «paralizar el Gobierno» (9).

El agotamiento no era exclusivo de los críticos. Nixon persistía en su camino y yo en su defensa, no porque quisiéramos que la guerra continuara sino porque no podíamos ponernos de acuerdo en derrocar a un gobierno amigo (puesto en su lugar a través de un golpe orquestado por nuestros antecesores) y burlarnos del sacrificio de millones que habían confiado en nosotros, como precio para finalizar el conflicto. No sabíamos cómo explicarle a las madres americanas por qué sus hijos todavía corrían peligro cuando ya se había establecido una fecha tope para el retiro unilateral. A Nixon le costaba dar una respuesta plausible a este espinoso asunto, pero realizó esfuerzos encomiables en conferencias y discursos: «El tema en resumidas cuentas es éste: ¿Debemos abandonar Vietnam de tal manera que —por culpa de nuestros actos— conscientemente entreguemos el país a los comunistas? ¿O debemos abandonarlo de manera que le demos a los survietnamitas una probabilidad razonable de sobrevivir como un pueblo libre?» (10).

El hecho de que la mayoría de los críticos parecían cansados del mismo interrogante —o lo ridiculizaban como un compromiso a medias— no hacía que fuera menos válido o crucial. Norteamérica, que era el baluarte de las gentes libres en todas partes, no podía simplemente por cansancio, abandonar a un pequeño aliado, al que lo ataban los compromisos de una década, 45.000 bajas y la angustia de sus familias que al mirar hacia atrás, las considerarían sin sentido. El fin bien podía ser un riesgo de guerra aún mayor. En febrero dije en una conferencia de prensa:

En septiembre la situación en el cercano oriente estaba en el filo de la navaja. Si uno de los adversarios principales hubiera actuado precipitadamente, podría haberse producido una explosión. Evitamos una guerra allí manteniéndonos firmes y decididos. Ni nuestra firmeza ni nuestra decisión hubieran tenido sentido en septiembre si no hubiéramos logrado un margen de credibilidad por nuestras acciones en el Sudeste asiático anteriormente.

No podíamos convencer a la oposición en nuestro país que esto era así. Nada de lo que hacía Hanoi era tachado de cínico o belicoso. Cuando la administración hacía una proposición, parecía existir un acuerdo tácito para empuñecerla o presumir que era ya sea insignificante o falsa. Cada treta de los norvietnamitas, aun las más burdas, se trataba como una oportunidad que nuestra administración, empeñada en la guerra, ignoraba de forma torpe. Nixon verdaderamente no facilitaba las cosas por medio de declaraciones altisonantes y comentarios poco generosos. Pero no es posible comprender la tragedia de Vietnam sin la voluntad de admitir que algunas de las mejores personas de nuestro país, pensaron que podían servir a la paz, desacreditando a su propio gobierno. Resumí todo esto, nuestro problema más profundo, en una exposición sobre antecedentes de la guerra que realicé el 8 de mayo:

Recuerdo que hace tres años se consideraba la idea más brillante que las negociaciones eran una forma útil de terminar la guerra. Hoy en día, muchos lo consideran el colmo de la torpeza.

En un tiempo se decía que debíamos substituir vietnamitas por norteamericanos. Ahora esa idea también es atacada.

Creemos que debemos darle a los survietnamitas una posibilidad razonable de bastarse a sí mismos. ¿Qué le sucedería al cuerpo político de los EEUU si un presidente, después de siete años de guerra y 40.000 víctimas, conscientemente entregara el país al comunismo? Sería causa de grandes sufrimientos en muchos años por venir, aun cuando momentáneamente tengamos una sensación de alivio por el pronto resultado de tal arreglo.

No había perdido las esperanzas de poder enmendar de alguna manera el abismo creado entre la administración y sus críticos. Entre el 1 de abril de 1970 y el 1 de abril de 1971, me reuní sin publicidad con grupos de estudiantes y jóvenes manifestantes en diecinueve oportunidades. Con críticos académicos de la guerra, veintinueve y con senadores y otros críticos prominentes, treinta veces —un total de setenta y ocho veces, o sea más de una vez por semana. Muchos de ellos eran excolegas académicos; algunos se transformaron en nuevos amigos.

Durante la Operación Camboya en 1970 conocí a un joven pacifista que había jurado ayunar hasta que la operación se suspendiera o hasta que pudiera presentarse ante el presidente. Brian McDonnell y un amigo se sentaban en el Parque Lafayette, separado de la Casa Blanca por la Avenida Pennsylvania, una hora por día para dramatizar su voluntad de sacrificarse por la finalización de la guerra. A principios de junio de 1970, por sugerencia de un amigo mutuo, visité a McDonnell, sin permiso de la Casa Blanca, en la sencilla casa que habitaba en Georgetown. Me conmovió su sinceridad aun cuando no estuve de acuerdo con sus conclusiones. Le dije que se estaba sacrificando por algo que ya se había logrado. Ya se había tomado la decisión de abandonar Camboya. Le aseguré que así lo haríamos. Más aún, no podría esperar ver al presidente ejerciendo extorsión moral; si concluía con su ayuno, trataría de concertarle una entrevista con el presidente. Terminó su ayuno. Nosotros mantuvimos nuestra fecha tope para el retiro de tropas pero nunca logré persuadir a Nixon para que lo recibiera.

Brian y yo nos reunimos frecuentemente después de este episodio; siempre sin publicidad, por lo general en mi oficina. Con frecuencia venía acompañado por su extraordinaria esposa, una muchacha negra que hacía trabajo social en el *ghetto* de Philadelphia. Algunos meses después fue brutalmente asesinada en un confuso episodio en el mismo *ghetto*. ¡Qué cruel fue el destino al infligir tal horror en dos personas sensibles cuya pasión era la aversión a la violencia! Concurrí en privado a su funeral.

A principios de 1971 Brian concibió una idea romántica que probaba sus ancestros irlandeses. Sugirió que me reuniera con un grupo de sus amigos, quienes, según me dijo, querrían discutir conmigo sobre la guerra y los problemas de la sociedad. Los invité a la Casa Blanca. En realidad, los tres amigos eran una monja y dos seglares católicos que habían sido designados miembros secretos de un complot destinado a secuestrarme. Cuando la prensa se enteró más tarde de la reunión a través de uno de los amigos de McDonnell, fui reprendido por el Servicio Secreto y el Fiscal General que me exigieron una explicación.

Me reuní con Brian y sus amigos un sábado por la mañana en marzo de 1971, en la Sala de Situación de la Casa Blanca y nos empeñamos en tender por lo menos un puente temporario sobre la mutua incomprensión que separaba a nuestra sociedad. Suavemente, me expresaron su profunda y apasionada aversión por la guerra; pero no tenían idea de cómo concluirla. El problema para mí era, por otra parte, cómo transformar ideas incoadas —por más que las sintiera profundamente— en políticas concretas. El nuestro fue el perpetuo diálogo inconcluso entre un estadista y los profetas; entre los que operan dentro del tiempo y pasos posibles, y los que se preocupan de la verdad pura y lo eterno.

Me resultó más sencillo respetar a estos decididos y consecuentes pacifistas, que odiaban toda forma de asesinato que a aquéllos cuya moral era selectiva: condenaban las acciones militares norteamericanas, pero no las de los norvietnamitas, así como tampoco las de los indios ni las de los soviéticos. McDonnell argüía que al continuar la guerra en Vietnam, nos íbamos desintegrando moralmente; destruíamos toda posibilidad de reconciliación dentro de nuestra sociedad. Estábamos contribuyendo a la idea de que la vida humana era sin valor e irrelevante, que sólo el poder era decisivo. Yo pensaba que la verdad era lo opuesto. No podíamos establecer nuestra posición moral sacrificando a nuestros amigos, minando así la confianza de todos los que dependían de nosotros. Según mi parecer, nuestra sociedad padecía una enfermedad que iba mucho más allá de Vietnam. Reinaba un sentimiento de autocompasión y un dolor secreto que había

tomado un cariz casi litúrgico. Al terminar la reunión traté de explicar lo frustrante, angustiante y no convincente del diálogo: «Alguien, no sé bien quién, debe construir un puente entre los que *hacen* y los que se preocupan. Admito que las cuatro quintas partes del puente debe ser construidas por el gobierno, por los que están en el poder y los que pueden hacerlo. Pero el restante quinto debe provenir de ustedes y no sé ni siquiera cómo decirles que traten de hacerlo».

Con un profundo sentido, pero al mismo tiempo con un religioso sentimiento en pro del interés nacional, el gobierno de los Estados Unidos había llegado a la conclusión de que el destino de la gente libre del mundo estaría amenazado por un acto de abdicación esencialmente narcisista. No podíamos entregar millones de personas en el sudeste asiático a un gobierno comunista que sabíamos sería represivo y cruel. Trataríamos de llegar a un acuerdo en términos mínimos. Pero no deshonraríamos a nuestro país uniéndonos a nuestro adversario en contra de nuestros amigos. Si no aceptábamos los términos de Hanoi, sólo existirían dos posibilidades: negociábamos un compromiso compatible con nuestros principios o tendríamos otro enfrentamiento militar en 1972.

SE REANUDAN LAS NEGOCIACIONES

No existía ahora otro problema que me preocupara más hondamente que el de restaurar la unidad y cohesión de mi patria de adopción terminando con la agonía de Vietnam por medio de negociaciones. Nixon accedió de mala gana. Como ya expliqué antes, siempre se mostraba más escéptico que yo de que ninguna negociación pudiera resultar hasta que hubiera una demostración de poderío militar. Efectivamente tenía razón. Después de Laos, primero evaluamos las perspectivas militares para 1972 y segundo, consideramos cómo podíamos alterar los términos de la negociación para lograr la flexibilidad de Hanoi.

Las conclusiones militares de mi equipo de analistas de sistema al mando de Wayne Smith resultaron ser notablemente acertadas. Consideraban que la operación Laos nos había representado un año de ventaja. Predijeron que de resultas de las operaciones en Camboya y Laos los norvietnamitas mantendrían la capacidad de una ofensiva mayor sólo en la región norte de Vietnam del Sur, a través de la zona desmilitarizada en la Región I y en menor proporción, la zona central montañosa de la Región Militar 2. Debido a la incursión de Camboya, las operaciones ofensivas en la Región Militar 3 se verían privadas de la acción de las guerrillas; allí no podrían mantenerse por mucho tiempo ataques convencionales. En la Región Militar 4, no existía peligro de una ofensiva de la fuerza principal. Dado que la Operación Laos había desbaratado el sistema logístico de Hanoi, no se esperaba una ofensiva hasta la segunda mitad de la estación seca, probablemente no antes de los primeros días de marzo de 1972. (La estimación falló sólo por tres semanas; la ofensiva, en realidad, comenzó a fin de marzo.) El interrogante que quedaba en pie era saber si Hanoi había hecho los mismos cálculos y de ser así, si se arriesgaría acerca del resultado de una ofensiva en 1972 o encargaría seriamente las negociaciones en 1971.

Con estas perspectivas, volví a París para otra ronda de conversaciones secretas. Mientras se realizaba la Operación Laos las negociaciones habían languidecido. Para mediados de abril de 1971, en una sesión plenaria, Xuan Thuy desafió a los Estados Unidos a fijar una fecha tope para el retiro de tropas; a cambio de esto Hanoi garantizaría la seguridad de nuestra retirada y «discutiría» el tema de los prisioneros de guerra. No nos hicimos eco de estos proyectos en la reunión plenaria porque ya los habíamos oído el año anterior y porque además, un cese del fuego por separado estaba fuera de la cuestión. El concepto de fecha tope para Hanoi no había variado; una vez que se aceptara una fecha fija, el reloj comenzaría a correr, independientemente de lo que sucediera. También sabíamos que si Hanoi tenía algo nuevo o significativo que decir, lo reservaría para nuestra próxima reunión secreta, que ya había sido propuesta. El 24 de abril el general Walters se puso en contacto con los norvietnamitas en París, proponiendo el 16 de mayo como fecha para «reanudar las discusiones sobre la base de nuevos enfoques». Con su característica generosidad de espíritu, Hanoi esperó hasta el 14 de mayo para contestar. No es raro imaginar lo que nuestros críticos hubieran dicho si los papeles estuvieran invertidos y hubiéramos dejado a Hanoi esperando durante tres semanas antes de contestar, para luego hacerlo sólo cuarenta y ocho horas antes de la fecha propuesta. Hanoi aceptó, pero ofreció en cambio el 30 de mayo. Le contrapropusimos el 31 de mayo, en parte por no aceptar la fecha de Hanoi

pero también por razones logísticas y de seguridad. (Se trataba del último día de un fin de semana largo y mi ausencia pasaría inadvertida.)

Antes de la reunión le presenté a Nixon un nuevo programa de paz de siete puntos. A pesar de ser básicamente escéptico, y temeroso de que Hanoi quisiera engañarnos, Nixon autorizó que nuestra propuesta se presentara como una «oferta definitiva». Era, en realidad el plan más arrollador de los presentados hasta entonces, elaborado por mí, Lord y Smyser de mi equipo, revisado por Bunker y aprobado por Thieu. Estaba destinado a equiparar nuestros propósitos de negociación con nuestras acciones.

El plan de siete puntos reconocía que, puesto que retiraríamos la mayoría de nuestras fuerzas unilateralmente, no podíamos ofrecerlas a cambio de un retiro total de Hanoi. Podríamos utilizar las pocas tropas que quedaran para negociar, reconociendo que la presión creciente del Congreso por la fijación de una fecha tope —reflejada en los votos cada vez más numerosos por la enmienda del tipo de la McGovern-Hatfield— tarde o temprano haría irrelevante esta concesión potencial. Ofrecimos, como primer punto, fijar una fecha tope para el retiro total. Obviamos la demanda de un retiro mutuo, siempre que Hanoi acordara terminar toda infiltración en los otros países de Indochina. La propuesta estaba destinada a salir de la trillada senda de exigir un retiro mutuo, mientras que en realidad, nosotros hacíamos el nuestro unilateralmente. En efecto, negociaríamos el resto de nuestras tropas por el fin de la infiltración. Teóricamente, las fuerzas norvietnamitas se apagarían por sí solas si no recibían refuerzos. Para estar seguros, podrían violar la prohibición en cuanto a refuerzos (nuestro Punto 4.º); pero en ese caso, ignorarían también la cláusula en cuanto al retiro de tropas, como ya lo habían hecho en Laos una década antes y harían en Laos y Camboya unos pocos años después. Cualquiera fuera el acuerdo, dependería de nuestra voluntad hacerlo cumplir. Propusimos como tercer punto un cese del fuego en sus emplazamientos en toda Indochina, a hacerse efectivo cuando comenzaran los retirios de tropas norteamericanas, basado en un plazo final acordado bajo supervisión internacional (Punto 5.º). Nuestro Punto 6.º se refería a garantías de independencia, neutralidad e integridad territorial de Laos y Camboya, con la conformidad de ambas partes de renovar los acuerdos de Ginebra de 1954 y 1962. Repetimos nuestra propuesta para la liberación inmediata de todos los prisioneros de ambos bandos y civiles inocentes por razones humanitarias y como parte integral del plan de retiro de tropas de los Estados Unidos. (Punto 7.º). El futuro político de Vietnam del Sur quedaría en manos de los survietnamitas (Punto 2.º). Nuestro retiro unilateral, como es obvio, guardaba relación con el cumplimiento de todos los otros puntos. La fecha tope comenzaría a correr solamente *después* que se llegara a un acuerdo. El texto de la propuesta se ofrece en las notas (11).

Esta propuesta marcó el punto sin retorno de nuestra diplomacia en Vietnam. En realidad, Hanoi lo aceptó en esencia dieciséis meses después. Aisló los puntos militares para una solución por separado: el retiro de los norteamericanos; el cese del fuego y la liberación de los prisioneros de guerra. Esta era la maniobra que yo había sugerido en mi artículo del *Foreign Affairs* escrito en 1968, antes que se me nombrara asesor de seguridad. La aceptación por parte de Thieu en 1971, cuando se vio prisionado, nos hizo pensar que todavía lo aceptaría en 1972 cuando pensó que estaba ganando.

La reunión en la que presenté el plan, tuvo lugar en la modesta sala de la Rue Darthé. Nuevamente las delegaciones americanas y vietnamitas se enfrentaban a través de una angosta alfombra pero separadas por un abismo de incompreensión. Esta resultaría la primera negociación real con los norvietnamitas. Duró tres meses pero falló porque al final Hanoi continuó insistiendo en que destituyéramos a nuestro aliado, estableciendo un gobierno controlado por los comunistas antes de acordar un cese del fuego y la devolución de nuestros prisioneros.

Xuan Thuy era demasiado astuto como para no reconocer de inmediato que habíamos hecho cambios importantes en los temas militares, a pesar de que simulaba tener dificultad en comprendernos. Todavía insistía en que la solución «correcta y lógica» era que nosotros fijáramos una fecha tope para el retiro unilateral de tropas independientemente de todo otro aspecto de la negociación. Se negó a variar su posición de que Hanoi sólo «discutiría», no garantizaría, la liberación de nuestros prisioneros aun cuando fijáramos la fecha antes mencionada. Evidentemente, los prisioneros serían utilizados como una palanca para que nosotros destituyéramos al gobierno de Saigón. Tampoco pudo evitar entremetarse en nuestros precarios asuntos internos, tratando de aconsejarme, lo que llevó al siguiente diálogo:

Kissinger: Nosotros nos encargaremos de nuestra opinión pública y ustedes de la suya.

Xuan Thuy: Puesto que su opinión pública se ocupa de la situación, debemos por lo tanto darle una interpretación.

Kissinger: No quiero oír hablar de ese tema en esta reunión.

Xuan Thuy mantuvo los términos políticos: el reemplazo de Thieu, Ky, Khiem y otros «líderes afectos a la guerra». Hasta trató de sernos útil ante este esfuerzo. Con una vida entera dedicada a elecciones fraguadas, señaló que la inminente elección presidencial survietnamita nos daba una gran oportunidad de librarnos de nuestros aliados de manera «natural».

A pesar de que yo rechacé de plano sus proposiciones cargadas de intención política, se mostró muy dispuesto a mantener en pie nuestras nuevas ofertas militares, lo que me hizo pensar que Hanoi podría estar en el proceso de reconsiderar sus demandas políticas. En general, Xuan Thuy trató nuestras proposiciones con más cuidado que el habitual. En ningún momento las denunció como «nada nuevo». Dijo, una y otra vez que Hanoi estudiaría nuestra oferta cuidadosamente. De acuerdo con el clima tenso reinante entre las comisiones hasta el presente, consideramos que este mínimo prerequisite de la negociación mostraba una nueva flexibilidad. En un momento llegó a decir que «en caso en que vuestra propuesta sea aceptada en general, la próxima vez debemos estar preparados para discutir cuestiones concretas». Enfatizó el deseo de negociar de Hanoi. No repitió con la insistencia habitual que un cese del fuego era imposible si no existía un arreglo político total. En repetidas ocasiones solicitó otra reunión. Por primera vez se mostró impaciente, sugiriendo una fecha muy anterior al 1 de julio. Acordamos el 26 de junio. Al poco tiempo recibimos noticias de que Le Duc Tho había partido de Hanoi, con escalas en Pekín y Moscú, en viaje a París. Por primera vez parecía estar surgiendo una verdadera negociación; también había otros indicios de ablandamiento. Por otra parte estábamos dando fin a los planes para mi viaje secreto a Pekín (la invitación definitiva llegó a Washington el 2 de junio), y también sondeábamos la posibilidad de una reunión cumbre con la Unión Soviética. Era un momento de grandes esperanzas.

Todo el tiempo, por supuesto, Xuan Thuy hizo insinuaciones públicas en París con respecto a una fecha tope, de manera que la presión en el Congreso comenzó a aumentar nuevamente. En la reunión plenaria del 3 de junio, mientras repetía que las cuestiones políticas y militares eran «dos temas cruciales e inseparables», agregó de manera ambigua que la fecha tope era «el punto crucial inmediato». Clark Clifford, en una cena de abogados, que estaban en contra de la guerra, el 8 de junio, declaró que «tenía razones para creer» que la fecha tope del 31 de diciembre de 1971 nos aseguraría la liberación de nuestros prisioneros. Pero ante las preguntas insistentes de un periodista, Xuan Thuy mismo negó esa versión. Chalmers Roberts sacó estas conclusiones, después de una entrevista publicada por el *Washington Post* el 10 de junio: «El tema central de las conversaciones de paz entre los Estados Unidos y Vietnam del Norte, en París, ha sido siempre el futuro político del sur, a pesar de la reciente insistencia en el Congreso y otros sectores de que se trata del retiro de las tropas y la liberación de los prisioneros.»

Junio fue también el mes en que por primera vez la Cámara de Representantes votó para anular, por medio de leyes, la política de la administración sobre la actitud en Vietnam. El 22 de junio, ante la aclamación de los editoriales de los principales diarios, el Senado votó por 57 contra 42 la enmienda Mansfield que pedía al Presidente que retirara todas las tropas norteamericanas de Vietnam en un plazo de nueve meses, si Hanoi aceptaba liberar a todos nuestros prisioneros. El efecto real era quitarle importancia a cinco de los siete puntos de nuestra negociación secreta. Hanoi sabía ahora que estaba más seguro: si aumentaban estas presiones, no tendría que negociar ningún cese del fuego en ninguna parte de Indochina, prometer cesar las infiltraciones o comprometerse a respetar la neutralidad e independencia de Laos y Camboya. Si aceptaba liberar a nuestros prisioneros, tendría una buena probabilidad de que el Congreso impusiera un retiro de tropas total e incondicional de todas las fuerzas norteamericanas.

Mirando retrospectivamente, me pregunto si no habremos pagado un precio demasiado alto por mantener el secreto. Hanoi quería que fuera así porque trataba de evitar que la administración aprovechara las negociaciones para lograr consenso popular. Nosotros estuvimos de acuerdo porque pensamos que el éxito era más importante que la publicidad, pero también porque sabíamos, por experiencia, que sin importarles qué propusiéramos, nuestros críticos querían algo más o diferente, debilitando nuestra posición. No hay duda que en 1971 el secreto

de las reuniones permitió a Hanoi abrir una brecha entre nosotros. Saber si, de haber sido las reuniones públicas esto no se hubiera producido, o tal vez el estancamiento hubiera sido más rápido aún, debe quedar en el reino de las conjeturas.

Junio, finalmente fue el mes en que los «Papeles del Pentágono», fueron publicados. La intensidad de la reacción de la administración sólo puede comprenderse en el contexto de nuestra iniciativa China o las negociaciones con Vietnam. Por primera vez en la guerra, Hanoi se había dignado decir que estudiaría una proposición norteamericana. Creíamos, equivocados o no, que Hanoi estaba por tomar una decisión fundamental sobre si daría por terminada la guerra antes de las elecciones vietnamitas de octubre. No obstante, en el mismo momento en que se realizaban estas decisiones en Hanoi, aparecieron repentinamente miles de documentos en la prensa, filtrados por aquéllos a quienes movía el deseo de desacreditar todo esfuerzo norteamericano en Vietnam. Nuestro problema no cambiaba porque el «villano» de los papeles pertenecía a una administración anterior. Si Hanoi comprendía que se estaba erosionando nuestro apoyo interno, cualquiera fuera la razón, se haría fuerte en su posición. La guerra continuaría; no habría ninguna posibilidad de paz en 1971, con excepción de una capitulación. Yo no creo ahora que la publicación de los Papeles del Pentágono tuviera una diferencia fundamental en la decisión de Hanoi de no concluir el acuerdo en 1971. Pero, ni los que robaron los papeles, ni el gobierno lo podían saber en ese momento.

Cuando Le Duc Tho y yo nos reunimos el 26 de junio, no fue en condiciones ideales. Para disminuir el riesgo de ser descubierto había elegido una nueva ruta, hacia París. Arreglé una visita de dos días a Londres, para la que mi buen amigo Sir Burke Trend, secretario del gabinete, gentilmente me extendió la invitación. Había ideado el pretexto de querer informarse con respecto del funcionamiento del Consejo Nacional de Seguridad. Era un subterfugio destinado más a engañar a los norteamericanos que a los británicos, que sabían perfectamente que esos procedimientos era casi imposible de injertar dentro del sistema del gabinete británico. Pero fue una galante actitud de un funcionario británico, insinuar que Gran Bretaña tenía algo que aprender de los Estados Unidos, en lo que se refiere a manejo burocrático. El segundo de los dos días destinado a la consulta, Burke sugirió un paseo por la campiña. La tal «campiña» fue un aeropuerto militar británico, desde donde un avión también británico me llevó a París. Hubo un momento de inesperado suspenso en el Aeropuerto de Villacoublay cuando lo encontramos cerrado por una hora, porque el presidente francés estaba por partir desde allí. Finalmente llegamos a la Rue Darthé donde, por primera vez en catorce meses, Le Duc Tho estaba esperándome.

«Ducky» como lo llamaba para mis adentros, no podía haberse mostrado más cordial. En lugar de sentarnos en la sala, como siempre, pasamos al pequeño comedor que había sido equipado con una mesa de conferencias, cubierta de paño verde. Por primera vez en nuestros encuentros privados, la ambientación sería parecida a una conferencia formal. Quería simbolizar que estaba dispuesto a negociar en serio, no para agredirme o someterme a la guerra psicológica. Le Duc Tho estaba tan decidido a crear una atmósfera amistosa que hasta me permitió interrumpirlo en medio de su poema épico acerca de la perfidia norteamericana en Camboya. Cuando volví a reiterarle que no teníamos nada que ver con la caída de Sihanouk, la contestación de Ducky añadió una nueva dimensión a la epistemología (filosofía del conocimiento). Con un máximo esfuerzo de generosidad dijo: «*Temporalmente* no creo que usted tuviera nada que ver con el golpe de Phnom Penh». Para que yo no me sintiera transportado por esta declaración de fe en mí, sin precedentes —aunque limitada— Le Duc agregó inmediatamente que era una declaración basada más en los buenos modales que en la convicción.

Ya que estaba en el tema, Le Duc me explicó acerca de las relaciones con sus aliados comunistas. El 9 de enero le había dicho a Dobrynin que estaba listo para reanudar las conversaciones privadas con los norvietnamitas; Dobrynin contestó que Hanoi prefería tratar a través de los canales ya conocidos en París. Le Duc Tho se quejó ahora amargamente acerca de nuestra utilización de intermediarios. Señaló asimismo, con énfasis, que Hanoi había intentado un acercamiento directo mucho *antes* de la Operación Laos. Esto nos condujo a reflexiones melancólicas. Si Le Duc decía la verdad, Moscú había retardado la transmisión de una respuesta que seguramente hubiéramos tomado en cuenta al planear la Operación Laos. Si Dobrynin decía la verdad, Hanoi estaba tratando de sembrar la desconfianza entre nosotros y el Kremlin, tal vez para desanimar a Moscú de caer en la tentación de imponer un acuerdo. Desde entonces jamás utilizamos a Moscú como intermediario con Hanoi. Cualquier cosa que le decíamos a Moscú, también la informábamos directamente a Hanoi, vía París, y por lo general con bastante antelación.

Cuando finalmente llegamos al tema de nuestra reunión, Xuan Thuy, que técnicamente era el negociador principal, abrió la sesión con algunas agudas preguntas con respecto a nuestra proposición del 31 de mayo. Le Duc Tho, haciendo el papel de consejero especial de Xuan Thuy, prosiguió con una prolongada exposición, llena de generalidades acerca de la historia de las negociaciones, alegando que los movimientos militares aliados habían interferido para el logro de un acuerdo negociado. Ambos tuvieron mucho cuidado de no decir nada que sugiriera un rechazo. Su tono se volvía más conciliatorio cada vez que yo les daba una contestación cortante.

Después de dos horas de «hacer guantes», hicimos un alto para tomar el té. Xuan Thuy fue al piso superior, presumiblemente a preparar su próxima exposición pero Le Duc Tho, por primera vez, compartió una charla social conmigo en el pequeño jardín en la parte posterior de la casa. Lo invité a él también a Harvard, a dar un seminario sobre marxismo-leninismo. Le Duc Tho sugirió delicadamente que sus ideas podrían ser una medicina demasiado fuerte para un país capitalista. Le aseguré que era probable que mis colegas lo recibieran mejor a él que a mí.

Después del intervalo, recomenzó el sondeo, hasta que les dije: «Hemos hecho nuestras propuestas. Si ustedes no tienen otras que hacer, no tengo más que decir». Esto desató en Xuan Thuy el deseo de recitar una larga letanía acerca de la historia de Vietnam, que resultó el preámbulo de una nueva propuesta norvietnamita de nueve puntos. Puesto que Hanoi se sentía obligado a demostrar su superioridad moral en toda ocasión, al presentar el programa de Hanoi. Xuan Thuy dijo, sólo a medias en broma: «Esto prueba que nuestro deseo de terminar la guerra es mayor que el vuestro, puesto que tenemos dos puntos más en nuestro programa».

El programa proponía una fecha tope para nuestro retiro el 31 de diciembre de 1971 —o sea en un plazo de seis meses, un retroceso de los ocho puntos de Madame Binh del mes de septiembre anterior— pero que se aproximaba a las versiones más recientes de la enmienda McGovern-Hatfield. Acordaba explícitamente, por primera vez, que los prisioneros norteamericanos en manos de los vietnamitas serían liberados —no simplemente «discutidos»— simultáneamente con nuestros retiros de tropas, coincidiendo también con la enmienda Mansfield. Se concertaría un cese del fuego al terminar el arreglo, que estaría sujeto a supervisión internacional y garantías. Las propuestas políticas eran algo más ambiguas. Hanoi había comprendido que jamás aceptaríamos su versión de un gobierno de coalición. Por lo tanto, ahora nos exigían que «dejáramos de apoyar» a Thieu, Ky y Khiem, de manera tal que pudiera establecerse una «nueva administración basada en la paz, la independencia, la neutralidad y la democracia». «Dejar de apoyar» a nuestros aliados podría significar cualquier cosa, desde retirar nuestras fuerzas, hasta eliminar toda ayuda económica y militar o aun consentir en su derrocamiento.

La obligación de respetar la neutralidad e independencia de Laos y Camboya (nuestro sexto punto) se tocaba en uno de los párrafos diciendo que los problemas entre países de Indochina debían arreglarse entre ellos, sobre la base del respeto mutuo a sus soberanías, lo que era correcto, pero añadía que Hanoi «estaba preparado para colaborar en resolver dichos problemas». Se citaban los Acuerdos de Ginebra como si sólo atañeran a los Estados Unidos. La implicación era que las restricciones no valían para Vietnam del Norte y que Hanoi poseía un status especial para determinar el futuro de los países de Indochina. Había además una demanda, —que yo rechacé de plano— de que los Estados Unidos pagaran una reparación «por el daño causado por los Estados Unidos en las zonas en conflicto de Vietnam». Las proposiciones se presentaron como «una unidad integrada»; en otras palabras, Hanoi no patrocinaba el intercambio representado por nuestro retiro de tropas a cambio de la devolución de nuestros prisioneros, que era el nudo del problema en nuestro país.

En la atmósfera fantástica de las negociaciones vietnamitas, después de dos años de conversaciones entre sordos y agresiones domésticas, mis colegas y yo nos sentíamos victoriosos de que Hanoi hubiera respondido, por primera vez, a una de nuestras proposiciones, aun cuando la respuesta no pudiera catalogarse de generosa. Sólo constituía un paso adelante, teniendo en cuenta los intercambios previos. Por primera vez Hanoi había presentado sus ideas como un documento de negociación y no un conjunto de exigencias perentorias. Le Duc Tho señaló en repetidas oportunidades que todos los temas estaban sujetos a negociaciones; nos invitaron a que hiciéramos contrapropuestas. Al tratar con Ducky, uno se sentía agradecido por las pequeñas concesiones. El sólo hecho de que los norvietnamitas utilizaran la frase «los Estados Unidos deberían» en lugar del común y perentorio «los Estados Unidos deben» fue considerado por

los especialistas en asuntos vietnamitas de mi equipo como un fabuloso avance. Le Duc Tho ofreció permanecer en París hasta que las negociaciones se completaran.

En realidad, yo juzgaba que para nosotros cada una de las propuestas de Hanoi, no importaba la manera inaceptable en que se formulara, era apta para negociar, con excepción de la demanda por reparaciones y la ambigüedad con respecto a la solución política. Si dicha ambigüedad enmascaraba la antigua demanda de que derrocaráramos al gobierno de Saigón, estábamos nuevamente en un callejón sin salida. Pero si representaba un paso atrás en esa pretensión podríamos lograr un acuerdo. Le informé a Nixon:

El significado real de su contrapropuesta y su discusión, hasta ahora no es claro. Aún existe la gran posibilidad de que no podamos obtener un acuerdo negociado, excepto en términos inaceptables para nosotros. Su posición y acercamiento eran parte de un plan para ganar tiempo. No obstante, también parecían querer aproximarse a nuestro planteo, puesto que si quieren hacerlo, deberán hacer ver primero que luchan por sus demandas políticas y demostrar que nosotros somos inflexibles. Tampoco les es necesario enviar a Le Duc Tho a París para engatusarnos y de todos modos, no es claro lo que esa táctica realmente les representa. En este momento no tenemos nada que perder esperando; su propuesta tenía algunos elementos positivos así como otros arduos, pero era evidente que estaban deseosos de proseguir negociando de manera concreta.

Mis colegas y yo jamás habíamos tenido la experiencia de que Hanoi nos ofreciera conciliar puntos paralelos en documentos comparables. Le propuse a Nixon —y él estuvo de acuerdo— que el 12 de julio, al terminar mi viaje alrededor del mundo (incluido Pekín) presentaría una contrapropuesta, tratando de unir el documento de Hanoi y el nuestro. Pero antes de que pudiera realizarse tal reunión los vietnamitas dieron muestra una vez más de la duplicidad de sus personalidades que logró enfurecernos, sobre todo cuando en nuestro frente interno, se nos acusó a nosotros de mala fe. El factótum de esta maniobra fue Madame Binh. El 1 de julio, justo antes de partir en mi viaje alrededor del mundo, publicó un nuevo plan de siete puntos, que en parte duplicaba los nueve de Le Duc Tho; se playó extensamente en algunos de ellos, omitió totalmente otros y agregó algunos nuevos.

El plan de Madame Binh fue astutamente presentado al debate público norteamericano, entremezclando la perspectiva de un simple intercambio de prisioneros por retiro de tropas, creando la impresión de que ambas cosas estaban ligadas y tal vez pudieran separarse del resto del contexto. Los otros puntos omitían toda referencia a Camboya y Laos, se expresaban vagamente sobre algunos temas y eran más intransigentes con otros. Por ejemplo, las proposiciones de Madame Binh favorecían decididamente la creación de un gobierno de coalición según las líneas ya conocidas; también diferían el cese del fuego hasta que se hubiera logrado tal gobierno, en lugar de que entrara en vigencia cuando se firmaran los acuerdos, como indicaba Le Duc Tho.

Casi simultáneamente, Le Duc Tho replicó vigorosamente a Anthony Lewis, del *New York Times* del 6 de julio que el Punto 1 de Madame Binh —acerca del intercambio de prisioneros por el retiro de tropas— podía realmente separarse del resto de las condiciones. Esto era una vulgar mentira. Se contradecía con los nueve puntos secretos, que explícitamente unían todas las condiciones, denominándolas «un todo integrado». (Le Duc Tho, en nuestra reunión del 2 de marzo de 1972, confirmó que los periodistas que sostenían el punto de vista de Lewis estaban simplemente «especulando».) Otras entrevistas igualmente engañosas fueron ofrecidas a prominentes norteamericanos opuestos a la guerra, incluyendo el senador George McGovern. Ni los periodistas, ni los legisladores dudaron un minuto en aceptar como verdaderas las reclamaciones de Hanoi y calificar de falsas a las nuestras. Ducky, en gran estilo, llegó al colmo del cinismo al sugerirle a los periodistas que él estaría de acuerdo en reunirse si yo se lo pidiera.

El plan de Madame Binh obtuvo el efecto deseado. Tanto el Congreso como los medios de comunicación estuvieron de acuerdo en que la administración estaba dejando escapar otra inapreciable oportunidad de lograr la paz. Un editorial del *Baltimore Sun*, del 3 de julio, hablaba de una «apertura de París». El *Washington Post* del 8 de julio anunciaba «Nuevas posibilidades en Vietnam». El *Chicago Daily News* del 9 de julio, detectaba «un suave aroma a paz». El *Newswweek* del 12 de julio publicó el título: «¿Una forma de poner fin a la guerra?». Averell Harriman hizo su contribución el 15 de julio, con un artículo en el *New York Times*, diciendo que Madame Binh nos había ofrecido una «oportunidad razonable» de terminar el conflicto. *Life*, el 23 de

julio, tenía pocas dudas: «Esperamos que el presidente Nixon aproveche la oportunidad».

Estábamos imposibilitados de demostrar que la «oportunidad» era falsa y en total desacuerdo con nuestras negociaciones secretas —y las públicas también— precisamente por las razones opuestas alegadas por nuestros críticos. Nuestra desesperación por lograr una salida hizo que mantuviéramos un secreto que permitía a nuestros fríos y cínicos adversarios, que nos debatiéramos entre una posición pública que no nos animábamos a refutar e informes secretos que no podíamos difundir.

No resultó extraño que Nixon, siempre escéptico en cuanto a negociaciones, me bombardeara con misivas durante mi viaje alrededor del mundo para que endureciéramos nuestra posición en París para que las cosas se resolvieran de una vez. En todas las negociaciones que conduje, siempre tuve que enfrentarme con esta ambivalencia de su parte. Generalmente había que persuadirlo para que quisiera participar en ellas; cada nueva visita a París era precedida por un debate interno más o menos prolongado. Una vez salvado el obstáculo, Nixon invariablemente aprobaba el plan de negociación que yo le ofrecía. Luego, una vez que estaba empeñado en él, me inundaba con órdenes sonoramente recias, no siempre compatibles con el plan y algunas totalmente imposibles de llevar a cabo. La razón puede haber sido su ansiedad por el proceso de negociar o el temor a ser rechazado, aun en un medio diplomático. Otra causa que contribuía también sin duda, era su muy desarrollado sentido de lo histórico, que siempre lo impulsaba a querer aparecer más decidido que sus colaboradores. De esta manera, se sentía protegido, independientemente de lo que sucediera. No obstante nunca insistía en esas órdenes suyas; invariablemente volvía al plan original y lo apoyaba.

En estas circunstancias la ambivalencia consistía en querer haber salido de Vietnam antes de la elección presidencial de 1972 pero, sin haber pasado por el colapso de Saigón. Luego de que la visita a Pekín fue un éxito, la primera reacción de euforia de Nixon provocó un endurecimiento de su posición ante Vietnam. En un cable que me enviara Haig el 10 de julio, se delineaba la idea, ya propuesta anteriormente, de anunciar un repentino retiro total de tropas, unido a un ataque aéreo total.

Debe saber que está considerando seriamente el plan alternativo que ya mencionara previamente, de retirarnos precipitadamente y al mismo tiempo lanzar una ofensiva aérea total contra el norte. Obviamente este mensaje está dictado por un exceso de euforia y las instrucciones deben interpretarse a la luz de las discusiones que tuviera en su anterior escala (Pekín). Consideré que debía tener un anticipo de la atmósfera aquí reinante».

Nada impidió que Nixon me llamara a París desde un teléfono común, de línea abierta, la mañana del 12 de julio y que me diera gráficas y escalofriantes instrucciones, aun mientras repetía su aprobación con respecto a la contrapropuesta que yo estaba por presentar. Consideraba que la conversación sería interceptada por los franceses —lo que era probable—, los que a su vez advertirían a Hanoi— lo que era menos posible y técnicamente imposible de lograr antes de la reunión de la tarde con Le Duc Tho.

A pesar de que mi arribo a París esta vez fue muy sencillo, —llegué abiertamente desde Pakistán— la invitación pública realizada por Le Duc Tho había alertado a la prensa. Forzosamente debía realizarse en la residencia del embajador, en la Avenida D'Iena donde me alojaba. Solucioné el problema haciendo que David Bruce llegara discretamente para lo que se anunció como un repaso de las negociaciones de París. Lo recibí en la puerta de la residencia y lo conduje al interior. Una vez allí acomodado, salí por la puerta de atrás al parque, donde me aguardaba el general Walters en su coche personal; hasta había ideado proveerme de un sombrero. Deslizándome hacia abajo en mi asiento, en caso de que la prensa estuviera cubriendo también la salida posterior, —que no fue así— seguimos las instrucciones que previamente me enviara Walters por cable; éste se estaba divirtiendo tanto con todo el enredo, que probablemente nos hubiera pagado por el privilegio de participar. Escrito en el más portentoso estilo del Pentágono y titulado: «Plan para el traslado de y hacia la Posición Indicada», su argumento decía así:

- 1.º Mi Chevrolet personal convertible (de Walters), 6CD408, estará estacionado de antemano en el parque posterior de la residencia de la embajada, un día antes de la acción.
- 2.º Llegaré a la embajada a pie a las 1245hs. El general Kirschman (mi nombre en código) y yo bajaremos por la escalinata posterior, entraremos a mi coche y saldremos por

el portón de atrás del edificio. Proseguimos desde allí por la ruta habitual hacia mi residencia, 49 Blvd Charcot, Neuilly.

- 3.º Al llegar allí, hay dos posibles cursos de acción:
 - a) El general Kirschman baja del coche, atraviesa las puertas electrónicas que se cierran automáticamente a su paso, toma el ascensor y baja al sótano. Al mismo tiempo, yo habré bajado al sótano en el auto. Mi oficial de seguridad cerrará con llave el portón del garaje y saldremos por la salida posterior que da a la calle St. James.
 - b) El general Kirschman baja al garaje conmigo en el coche y procedemos de acuerdo a la segunda parte de la alternativa (a).
- 4.º Mi oficial de seguridad permanecerá en casa para asegurarse que nadie conteste el teléfono y que nadie entre al departamento.
- 5.º El general Kirschman y yo procederemos hasta un punto predeterminado a 10 casas de allí. En ese lugar nos encontramos con mi secretario en un coche alquilado, que recién acaba de conocer el lugar del encuentro. Si todo está en orden, procederemos hacia el lugar indicado.
- 6.º Volveremos al sótano de mi residencia, vía calle St. James, nos pasamos a mi Chevrolet personal, salimos por la salida del Blvd. Charcot y retornamos a la residencia.

Optamos por la variante 3.ª b) porque Walters no confió en que yo fuera capaz de llegar al sótano por mis propios medios. El plan resultó perfectamente, sobre todo porque nadie nos siguió.

Finalmente estuve enfrentado nuevamente con Le Duc Tho y Xuan Thuy a través de una mesa rectangular, cubierta por un paño verde. Pero el marco de la negociación nunca volvió a ser el mismo. Había cambiado fundamentalmente a raíz de mi viaje a Pekín, a pesar de que Le Duc Tho todavía no lo sabía. Xuan Thuy nuevamente habló primero en nombre de Hanoi. Su papel era el del picador en una corrida de toros. Debía «sangrarnos» y tal vez permitir a Le Duc Tho que estudiara nuestras reacciones. Cuando comenzaban los intercambios serios, Le Duc Tho recomenzaba con su eterno monólogo acerca de los puntos de vista de Hanoi. En una ocasión noté que Ducky había modificado levemente una de sus frases fijas: («Si ustedes hacen un gran esfuerzo, yo haré un gran esfuerzo»), prometiendo esta vez simplemente «un esfuerzo» de parte de Hanoi. Para aliviar el inaguantable aburrimiento de su presentación, le interrumpí: «¿He notado que el consejero especial dejó de utilizar un adjetivo allí?». Ducky respondió: «Si, porque la última vez yo hice un gran esfuerzo y usted sólo realizó un esfuerzo; esta vez invertimos las posiciones». Y resumió nuevamente las épicas narraciones de las heroicas acciones de Hanoi.

La reunión del 12 de julio comenzó de manera impertinente, como era de esperar: acusé a los norvietnamitas de mala fe al publicar los siete puntos de Madame Binh. Xuan Thuy me replicó con un puñado de acusaciones, la mayoría sobre acciones militares dentro de Vietnam del Sur, que eran tan poco claras como irrelevantes. Él sabía y yo también, que en Vietnam del Sur no se producían operaciones militares importantes por ninguno de los bandos. No obstante, los norvietnamitas estaban ansiosos de no entrar en demasiadas polémicas. Parecían dispuestos a entrar en negociaciones. Como todavía no estaban al tanto de mi viaje a Pekín, pensaban que nos tenían acorralados. Probablemente querían probar si lograban doblegarnos.

El término «negociación» es muy relativo en Hanoi. Le Duc Tho y Xuan Thuy calificaban sus propuestas de «concretas» y «reales»; las nuestras, por contraste, eran «poco realistas» «vagas» y «abstractas», a pesar de que fueran específicas. «El realismo» dependía de la coincidencia con los puntos de vista de Hanoi. Ducky consideraba su presencia allí una concesión especial, su disposición a discutir nuestros puntos —aunque fuera para rechazarlos— como una señal de buena voluntad. Presentaría cada nueva demanda con el preámbulo de que estaba basada en la razón, hecho e historia, que explicaba luego en párrafos interminables y agotadores. Esto provocó que le dijera en un momento que si simplemente expusiera las razones y dejara de lado la historia, sería en bien de todos.

Aún los arreglos formales tendían a poseer un significado especial. Por ejemplo, nuestros siete puntos del 31 de mayo y los nueve suyos del 26 de junio, eran muy parecidos en sus afirmaciones de independencia, neutralidad e integridad territorial de Camboya y Laos en base a los acuerdos de Ginebra de 1954 y 1962. Pero cada vez que intentábamos dejar de lado estos puntos

como ya concertados, Le Duc Tho impertérrito recalca que Hanoi ya estaba «actuando» de acuerdo a Ginebra (en un momento en que varios cientos de miles de soldados norvietnamitas circulaban por esos países). Le Duc Tho explicaba que había vietnamitas en muchos países del mundo; o cuando quería mostrarse más formal, argüía que las tropas norvietnamitas estaban allí para proteger la neutralidad de Laos y Camboya. Los norvietnamitas se mostraban poco claros acerca de una fecha tope para el retiro de tropas, ya fuera que se produjera después de un arreglo o independientemente del resto de la negociación, como propusiera Madame Binh.

Pero con todos estos requisitos la reunión del 12 de julio fue realmente una sesión de negociaciones. Tomemos individualmente los puntos de ambos documentos, poniéndolos uno al lado del otro. Era aparente que el acuerdo *podría* estar al alcance en la mayoría de los puntos (el principio de retiro total de tropas norteamericanas, liberación de prisioneros de guerra, un cese del fuego supervisado internacionalmente). Había dos discusiones básicas: la exigencia de reparaciones y la insistencia de Hanoi en que destituyéramos al gobierno de Saigón. A pesar de mi primer rechazo, la cuestión de la reparación podría llegar a arreglarse. Era esencialmente un asunto de forma, no de fondo. Habíamos dicho repetidamente en conversaciones privadas y Nixon lo anunció públicamente (al igual que el presidente Johnson antes que él), que contribuiríamos generosamente a la reconstrucción económica de toda Indochina, incluyendo a Vietnam del Norte, después de la guerra. Pero lo haríamos por propia decisión; no como una condición impuesta.

Inevitablemente, el tema político se transformaba en la piedra del escándalo. Le Duc Tho repetía: «Le digo seriamente que deben reemplazar a Thieu... Tienen muchos modos de hacerlo». Uno de ellos, las próximas elecciones presidenciales, repetía, nos brindarían una oportunidad perfecta. A pesar de que aparentemente se trataba de un solo individuo, pronto dejó traslucirse que la demanda incluía a todos los funcionarios que no se consideraran «pacíficos» en Hanoi. Y puesto que Hanoi proponía luchar hasta conseguir lo que quería, cualquiera que se opusiera a sus deseos era culpable de la guerra; por lo tanto no era «pacífico» y debía ser reemplazado. Librándose de esta manera de toda figura política no-comunista de cierta importancia. Le Duc Tho y Xuan Thuy se turnaban en adularme para que aceptara su proposición. Si lo hubiéramos hecho, se habría dado un «gran paso adelante» y «se crearían condiciones favorables para un arreglo». (Hanoi llevaba la prudencia al extremo de la paranoia. No creía en hacer promesas incondicionales. Aun cuando aceptáramos su demanda de derrocar a Thieu, esto sólo crearía «condiciones favorables». Siempre dejaban abiertas las posibilidades para hacer demandas adicionales.)

Le Duc Tho se apoderó definitivamente del argumento de nuestros críticos de que podríamos arreglar solamente los asuntos militares y marcharnos. Los hombres de Hanoi no habían pasado sus vidas luchando por la única oportunidad de dejar de luchar. Como me dijo Le Duc Tho el 26 de junio: «No hay guerra sin objetivos políticos» «Las operaciones militares están destinadas a obtener logros políticos. Los medios militares son sólo instrumentos para lograr fines políticos». Clausewitz parecía estar vivo y reinando en Vietnam del Norte.

Durante algunas semanas, mis colegas y yo nos sentíamos exultantes por haber logrado acuerdo efectivo sobre siete de los nueve puntos. Esperábamos que las apasionadas demandas de Le Duc Tho de que desmanteláramos el gobierno de Saigón fueran un último obstáculo para probar a sus colegas de Hanoi que habíamos llegado al límite de nuestras concesiones, ya que sería mejor aceptar el acuerdo sobre lo que se podía. Sin duda él apreciaba nuestra conducta de igual manera. Debía pensar que si se mostraba suficientemente flexible en la prosecución de las negociaciones, para tratar de que todos los otros puntos fueran «solucionados», arrojaríamos a los survietnamitas no-comunistas a la boca del lobo.

Las conversaciones habían durado ya cuatro horas y media. Acordamos una nueva fecha para dos semanas más adelante, el 26 de julio, indicando que en el interín estudiaríamos las respectivas posiciones. Regresé a la residencia del embajador invirtiendo el procedimiento de Walters. Alrededor de las 1900hs David Bruce y yo emergimos por la puerta principal de la residencia, para anunciar al periodismo que habíamos completado la revisión de las negociaciones.

Antes de la reunión del 26 de julio, le presenté un memorándum a Nixon, indicando que habíamos ajustado las diferencias hasta llegar a un punto: el arreglo político con respecto a Saigón.

Es obvio que no podemos hacer el trabajo político por ellos. A pesar de todos sus defectos, Thieu ha sido un aliado leal. Más aún, la reciente publicación de los Papeles del Pentágono, con sus revelaciones de complicidad norteamericana en el golpe contra Diem, hará nuestra intervención en el derrocamiento de Thieu más desagradable aún. Por último pero no menos importante, ni siquiera estoy seguro de poder destituir a Thieu, aun queriéndolo, a no ser que estuviéramos preparados para participar en un enfrentamiento de grandes proporciones cuyo único resultado seguro sería la destrucción del material político de Vietnam del Sur y la pérdida de respeto por ellos mismos.

Yo afirmé, y Nixon estuvo de acuerdo, que no podíamos lograr la paz al precio de derrocar al gobierno de Saigón. No obstante, si Vietnam del Sur quisiera negociar un proceso político abierto y genuino, podríamos hacer las siguientes proposiciones: un retiro total de nuestras tropas; el cierre de nuestras bases y garantizar la neutralidad de Vietnam del Sur. Yo seguía pensando que había buenas probabilidades de que Le Duc Tho abandonara sus demandas políticas.

Estaba equivocado; en la reunión del 26 de julio hicimos nuevos progresos al entremezclar las formulaciones de todos los puntos, menos el político. Pero se hacía cada vez más claro que las concesiones que nos hacían eran para inducirnos a que derrocáramos a Thieu. Aún en los temas en que parecía que estábamos haciendo algunos progresos, los astutos vietnamitas se habían reservado numerosas trampas. Si un marciano observara la negociación no podría haber llegado a la conclusión jamás de que los hombres de Hanoi representaban a un país subdesarrollado. Eran tortuosos, disciplinados, exquisitamente hábiles en los distintos énfasis que utilizaban y de una paciencia infinita. Habían ganado un lugar en la mesa de negociaciones a través de ruda lucha y no perderían sus frutos en aras de conceptos burgueses de compromisos, invocaciones sentimentales a la buena voluntad, o ideas liberales de elecciones libres. Desgraciadamente, sólo en los poemas épicos los héroes son seres humanos atractivos. En la vida real, su dedicación los hace implacables; su coraje, insoportables; están fuera de toda dimensión humana y por lo tanto es imposible mantener con ellos cualquier relación mortal común. Nuestra desgracia era estar en el camino del deseo obsesivo de Hanoi de lograr la hegemonía en Indochina. Nos combatían con todas sus fuerzas y hábilmente empleaban contra nosotros los argumentos pseudosentimentales de nuestros críticos, transformándolos así en sus propios aliados.

Presenté las diversas proposiciones que había revisado con Nixon; a Le Duc Tho y Xuan Thuy no les interesaba la promesa de neutralidad norteamericana o un proceso político libre que ellos desdeñaban. No querían ni oír hablar de fijar límites para la ayuda militar de los Estados Unidos; querían aislar totalmente a Saigón de toda ayuda militar. Por tercera vez consecutiva, en tres reuniones distintas, insistieron en el tema de que «habiéndolo puesto nosotros en el poder, deberíamos tener la capacidad de reemplazar al bélico y fascista Nguyen Van Thieu». Esta vez Xuan Thuy nos ofreció un entendimiento secreto si derrocábamos a Thieu. «No pretendemos que haga una declaración pública. Puede hacerlo secretamente». Cuando le sugerí que resultaría obvio, Thuy persistió: «Este entendimiento quedará entre nosotros solamente; no será divulgado». En otro momento anterior de la reunión, dejó bien en claro que un simple cambio de personalidades no sería suficiente. «Si ustedes cambian a la persona» dijo «pero no cambian la política... no habrá cambio alguno». Hanoi quería dominar a Saigón, no negociar. Le Duc Tho se mostraba ansioso por ayudar. Hasta me ofreció el beneficio de su consejo profesional como revolucionario. Durante uno de los recesos me llevó a un aparte y sugirió que si no sabíamos cómo hacer para reemplazar a Thieu a través de una elección presidencial, el asesinato lo haría magníficamente. Ante la vehemencia de mi rechazo, se produjo una de las pocas oportunidades en que vi a Le Duc temporariamente desconcertado. Obviamente no comprendía por qué me mostraba tan exaltado; pero pronto retomó su aplomo habitual. Cuando retornamos a la mesa, resumí, casi en un ruego, mi problema con la «solución» política de Hanoi.

Hemos hecho una cantidad de cosas que harían más fácil a sus fuerzas sostener y participar en un proceso que afectara el futuro político. Expresamos nuestro consentimiento en aceptar la neutralidad de Vietnam del Sur, anunciar retiros de tropas, aceptar limitaciones en la ayuda militar, declarar públicamente que no apoyamos ninguna fuerza en particular en Vietnam del Sur y cumplir con todo esto estrictamente. Estamos dispuestos a escuchar otras propuestas dentro de este tema.

Lo que no podemos hacer es lo que nos piden: hacer un arreglo secreto para reemplazar al líder de un país que es aún nuestro aliado; lo que nos llevaría a interminables debates, más aún, acerca de qué es exactamente una administración pacífica en la que ustedes serán los únicos que tendrán el veto, puesto que son los únicos que saben qué significa ser pacífico...

Queremos terminar esta guerra. No queremos interferir con la gente de Vietnam del Sur. No somos enemigos permanentes de Vietnam. Pero no pueden esperar que hagamos lo imposible.

De esta manera quedaron las cosas luego de la reunión del 26 de julio. La preciada paz estaba tan lejana como antes.

LAS ELECCIONES PRESIDENCIALES DE VIETNAM DEL SUR

Mientras tanto, la atención se fijaba cada vez más en las elecciones presidenciales de Vietnam del Sur, convocadas para el 3 de octubre. Hanoi había demostrado que seguía pensando que bajo el pretexto de las elecciones, podrían remover de su puesto a Thieu. En los Estados Unidos había muchos individuos sinceros y preocupados que pensaban que un limpio proceso democrático en Vietnam del Sur, abriría las puertas a la negociación. Jamás se explicó cuál sería la razón de que esto ocurriera. La llamada República Democrática de Vietnam no permitía partidos políticos de alternativa, nunca habían realizado una elección y ridiculizaban el concepto de la libre elección. Con la seguridad de expertos que saben de qué hablan, Xuan Thuy y Le Duc Tho jamás cejaban en su empeño, por explicarme que el concepto de una elección libre no tenía sentido. Siempre ganaría el que controlara el gobierno. En términos de la historia de Vietnam, estaban totalmente acertados. La democracia liberal había florecido en sociedades esencialmente homogéneas donde las minorías aceptaban el resultado electoral, con la esperanza de un día verse transformadas en mayoría. Pero este planteo había sido el producto de siglos. Aun en los Estados Unidos las libertades democráticas tardaron más de un siglo en llegar a la etapa del sufragio adulto universal. En Vietnam estábamos tratando de forzar el desarrollo de una tradición democrática hasta su culminación en un plazo de meses, entre gente que se había estado matando entre sí en una encarnizada guerra civil por más de dos décadas; en circunstancias en que la pérdida del poder público significaba no sólo la pérdida de un puesto, sino de la propia vida.

Aun a pesar de todos estos puntos en contra, se habían hecho muchos progresos. Mientras que Gran Bretaña en circunstancias mucho menos complejas pospuso las elecciones mientras duraba la II Guerra Mundial, en Vietnam del Sur se habían realizado varias con varios cientos de miles de tropas norvietnamitas en el país. En agosto de 1970, en elecciones de la cámara alta de la Asamblea Nacional, compitieron 16 listas y la oposición budista obtuvo la mayoría de votos. En agosto de 1971, en elecciones para la cámara baja 1.200 candidatos que representaban a 12 partidos políticos importantes y diferentes grupos, se enfrentaron por 159 bancas y nuevamente, la oposición budista ganó la mayoría de las bancas. En más del 95 por ciento de las ciudades del interior, se habían realizado elecciones de jefes locales y consejos. Los gobernadores de provincia e intendentes serían electos por elecciones en noviembre de 1971 (*).

La constitución de la República de Vietnam, promulgada en abril de 1967, delineada con ayuda y consejo norteamericano, le otorgó a Vietnam del Sur el beneficio de un periodo presidencial de cuatro años. En las primeras elecciones presidenciales, el 3 de septiembre de 1967, Nguyen Van Thieu ganó con el 35 por ciento de los votos. La segunda elección presidencial, estaba convocada para el domingo 3 de octubre de 1971. De esta manera, un punto crucial en la historia de los compromisos de EEUU en Vietnam, un acto impuesto a los vietnamitas esencialmente por la decisión norteamericana, se transformó en una nueva fuente de tumulto e incertidumbre.

El Departamento de Estado había insistido constantemente ante Thieu para que le hiciera nuevas propuestas políticas a los comunistas; muchos de sus expertos se inclinaban por un gobierno de coalición. (Nunca logré comprender el porqué de la insistencia ante este sistema

(*) En «elecciones» nacionales para la Asamblea Nacional norvietnamita, en abril de 1971 votaron, el 99,88 por ciento de los votantes posibles y lo hicieron por los líderes del Politburó que lograron un 99 por ciento de aprobación. No había partido de oposición. Vietnam del Sur era mucho menos eficiente y despiadado.

que nuestra burocracia parece considerar como su remedio magistral para inquietudes de orden civil. En los Estados Unidos, una sociedad homogénea, el nombramiento de cualquier miembro de la oposición en el gabinete se considera una noticia digna de mención y en extremo poco frecuente. La idea de que puede terminarse una guerra civil uniendo a personas que hasta entonces se han estado matando entre sí, es un absurdo. Por lo general, un gobierno de coalición es una triquiñuela o una excusa, no una solución. Por lo menos funciona mejor donde menos se lo necesita.) Ahora el Departamento mostraba todo su entusiasmo en favor de elecciones presidenciales libres. El 19 de mayo el Departamento de Estado repartió elaboradas instrucciones al personal norteamericano en Vietnam para mantenerse neutrales «de hecho, palabra y obra». La ayuda norteamericana continuaría durante las elecciones, pero debería administrarse «cuidadosamente, como para que no se confundiera como apoyo de los Estados Unidos a favor o en contra de cualquiera de los individuos que se presentaran a la elección». Muchos de los burócratas esperaban que Thieu fuera derrotado por un candidato preparado a aceptar un gobierno de coalición. Yo esperaba que una elección democrática, aumentara el apoyo a nuestro aliado.

La premisa sobre la neutralidad sólo era válida si había una verdadera puja electoral, por lo menos con dos candidatos auténticos. De esta manera terminamos en la curiosa posición de buscarle un oponente a un presidente que conducía la guerra como nuestro aliado. Los dos candidatos más probables eran el vicepresidente Nguyen Cao Ky y el general Duong Van Minh. Poco menos de un año antes Ky había sido considerado tan poco aceptable para los críticos norteamericanos, que lo habíamos desanimado para que visitara Washington.

Pero ahora se estaban realizando grandes esfuerzos para presentarlo como candidato. Cuando Minh encabezó la junta que derrocó al presidente Diem una de las acusaciones era que Diem y su hermano Nhu estaban planeando un gobierno de coalición. Ahora Minh se había transformado en la esperanza de muchos de nuestros críticos porque sus ambiguos comentarios los hacían pensar que aceptaría comunistas en su administración. Este era claramente el candidato de Hanoi; Xuan Thuy sugirió en una ocasión que podría resultar aceptable como reemplazante de Thieu. (Como siempre, Xuan Thuy se mostró poco claro. No nos preguntó directamente si estaríamos de acuerdo.) Pero si los balbuceos misteriosos de Xuan Thuy significaban lo que parecía ser, la razón sería que todos los vietnamitas que conocen a Minh estarían de acuerdo en un punto: Minh debía ser el más incompetente y maldito de los personajes principales (*).

Si Hanoi lo aceptaba —lo que no era claro— sería debido a que podría ser derrocado con mayor facilidad que cualquier otro candidato, si llegara a presidente. (Minh finalmente fue presidente dos días antes de la toma de Saigón por los comunistas, en 1975. Fue sacado del palacio presidencial por dos soldados norvietnamitas y nunca se supo más acerca de él. Un «punto a favor» para los gobiernos de coalición.)

Y luego, claro está, teníamos a Nguyen Van Thieu. No había llegado a la presidencia por accidente. Era, incuestionablemente el líder militar más formidable de Vietnam del Sur y probablemente la más capaz de todas las personalidades políticas. Como la mayoría de las personas que llegan a altos cargos, representaba una amalgama de ambición personal y grandeza de espíritu. Aquéllos que no encuentran en el ejercicio del poder un incentivo, rara vez aspiran a ejercerlo y casi nunca lo logran. De la misma manera, aquéllos que no posean fuertes valores personales no podrán soportar las ambigüedades, presiones y la angustia que son inseparables de las grandes responsabilidades. Thieu evidentemente gozaba en su posición; en este aspecto no es el único estadista que yo haya conocido que lo hiciera. Pero también era un hombre de principios; convencido anticomunista, profundamente religioso y patriota, muy inteligente, que defendía a sus compatriotas contra las amenazas que rondaban a Vietnam del Sur desde adentro y desde afuera. No se merecía los insultos que aquéllos que buscaban excusas para nuestra abdicación, insistían en lanzarle. Heredó una administración civil destrozada a raíz del sangriento golpe contra Diem, un ejército de guerrillas que amenazaba ocupar el país y una invasión a lo largo de una indefinida frontera de 900 kilómetros. Estaba unido a un aliado que primero le inundó el país con cientos de miles de soldados y entrenó a su ejército para una guerra no acostumbrada en el sudeste asiático; y luego, mientras iniciaban una retirada a ritmo cre-

(*) John Negroponte, de mi equipo, indicó sensatamente que Minh como presidente tendría grandes dificultades en tomar decisiones y arreglos con el enemigo porque no era de confianza de los católicos del norte ni de los Oficiales Superiores del Ejército. La línea dura de Thieu, por el contrario, probablemente pudiera hacerlo sin perder la confianza de esos elementos conservadores.

ciente, lo urgían a que hiciera concesiones a un enemigo implacable. Sabía positivamente que no podría lograr todo esto simultáneamente, sin la caída de su gobierno. Pero hizo todo lo que le fue posible y mucho más de lo que muchos creían posible, incluyendo una reforma agraria importante. No era culpa suya que nuestros críticos domésticos demostraran ser insaciables y que para muchos de ellos se transformara en un conveniente chivo emisario. No fue un obstáculo para las negociaciones sino en el final —como explicaré luego— y aun entonces, sus problemas seguían siendo muchos. Lo mantuve totalmente informado de mis conversaciones con Le Duc Tho, aprobando todas las proposiciones y recibiendo a través de Bunker un resumen de cada reunión. Se comunicaba con él mediante un código infantil. Periódicamente, Haig visitaba Saigón para inspeccionar y poner al día a Thieu. A pesar de que debe haber tenido sus serios sentimientos encontrados se condujo con nosotros —ese aliado entrañable— sin quejarse, con lejana dignidad no exenta de cierto desprecio. (Rindo este homenaje a Thieu que se lo merece, no obstante el odio reconcentrado que debe guardarme por la manera en que conduje la negociación final.)

Thieu estaba convencido de que Vietnam del Sur no podía darse el lujo de pasar por un período de ambigua autoridad en medio de una acérrima guerra. Su ejército había sufrido grandes bajas en Laos. Su aliado había acelerado el retiro de sus tropas. Sabía que yo estaba negociando con Hanoi. A pesar de estar al tanto de las principales líneas del acuerdo —en realidad las había aprobado—, comprendía que Hanoi insistiría en todas nuestras reuniones en París en su derrocamiento. Su mórbida desconfianza —una típica faceta de la personalidad vietnamita— sin duda lo llevó a temer que la oferta pudiera parecer tentadora. Tampoco estaba listo para rendirse. En repetidas ocasiones le habían recordado después de 1967 que había ganado por un margen mayor. Por lo tanto empleaba las presiones sobre sus funcionarios sin demasiado pudor.

Sus oponentes, mientras tanto, no tenían interés en participar en una elección que estaban seguros de perder, aún cuando estuviera bien llevada. Minh fácilmente recolectó las firmas necesarias para clasificarse para la elección pero no estaba del todo convencido de participar. Ky, que quería hacerlo, tenía dificultades para recolectar firmas ante la táctica de «mano pesada» empleada por Thieu. La Suprema Corte de Vietnam del Sur volvió a colocar a Ky en carrera pero para ese entonces, tanto él como Minh, habían decidido retirarse. El embajador Bunker trató en vano de persuadirlos para que participaran. Pero, en realidad querían lo mismo que Le Duc Tho: la garantía norteamericana del éxito. Puesto que ni Ky ni Minh querían presentarse, la elección se transformó en un referéndum: los votantes tuvieron la opción de votar por Thieu, destruir su voto u oponerse a la elección. Participaron en la elección el 87 por ciento de los votantes y Thieu recibió un total del 94 por ciento de apoyo.

A medida que progresaba la campaña, pensé que Thieu no actuaba inteligentemente utilizando su poder para desanimar a los candidatos rivales. En mi visita a Saigón en julio, ostentamente visité a Ky, Minh y el líder de la oposición budista para demostrar así nuestro interés en una reñida elección. En agosto envié varios mensajes privados a Ellsworth Bunker, reforzando las instrucciones oficiales del Departamento de Estado, para explorar la posibilidad de encontrar otros candidatos para la oposición o fijar una nueva fecha para las elecciones en la que pudieran presentarse. Le cablegrafí a Bunker diciendo que Thieu no debería tener dudas acerca de la profundidad de la reacción norteamericana ante sus métodos de «mano dura». Pero ni Nixon ni yo, estábamos listos para arrojar a Thieu a los leones. En realidad, aparte de cortar toda ayuda militar y económica, ayudando de esa manera a Hanoi, no había otra manera práctica de hacerlo. Consideramos que el apoyo a la estructura política de Saigón no era un favor que le hacíamos a Thieu sino un imperativo en pro de nuestro interés nacional. Capeamos el temporal. Sería inconcebible sostener que Hanoi lamentaba la realización de una elección libre en Saigón. Lo que les molestaba era nuestra negativa a utilizar la elección como pretexto para decapitar el liderazgo de la política no-comunista en Vietnam del Sur.

Volví a reunirme con los norvietnamitas el 16 de agosto. Le Duc Tho estaba en Hanoi, lo que garantizaba que no habría filtraciones. Abrí la sesión dándole a Xuan Thuy algún material técnico no-secreto, acerca del lanzamiento hacia la luna de la Apolo 15 puesto que Le Duc Tho me había preguntado acerca de ello en la sesión anterior. Xuan Thuy no pudo resistir hacerme una broma diciendo que a pesar de haber mandado unos hombres a la luna, había llegado media hora tarde a la reunión. (Esto se debió a una reunión secreta que tuve con el embajador chino en París, Huang Chen.) Pero cuando comenzamos las negociaciones, quedó claro que esta serie de conversaciones quedarían estancadas. Ambas partes sabían que los temas militares podrían

llegar a solucionarse relativamente rápido. Cada uno hizo pequeños ajustes en sus posiciones para acercar aún más las formulaciones sobre esos temas y para tentar al otro a que cediera en el espinoso problema político; modificamos nuestra proposición original de que todos nuestros prisioneros fueran liberados dos meses *antes* de nuestro retiro total. Concedimos que podría ser simultáneo. Le dimos a Xuan Thuy una estimación *grosso modo* de la asistencia a toda Indochina que podríamos prestarle después de la guerra, aunque no como parte de un acuerdo o como reparación. Hanoi concedió que todos los prisioneros que estuvieran en Indochina serían liberados y no sólo aquéllos que estaban en manos de los vietnamitas, como había sido su posición original.

Pero no había forma de disimular nuestra mutua incapacidad para concertar el arreglo político. No llegaríamos a un acuerdo de paz con Hanoi, a costa de derrocar a un gobierno aliado. Y en pro de nuestros principios, estábamos dispuestos a enfrentar la reacción interna de nuestro país —fija de manera poco relevante en la fecha tope para nuestro retiro de tropas unilateral. Al final de un intercambio de palabras particularmente duro, resumí el «impasse», no sin algunas insinuaciones hacia el carácter subordinado de Xuan Thuy, diciéndole como desafío (y contrariamente a mucha de la evidencia) que el tiempo corría de nuestra parte:

Ahora, Señor Ministro, comprendo que usted tiene sus instrucciones. Sé también que no está autorizado a que yo lo convenza. Y dará una respuesta diciendo que todo lo que pasa es culpa nuestra. Es una pena... La tragedia es que si continuamos la guerra, dentro de un año estaremos en el mismo punto y un día llegaremos a un acuerdo más o menos en los mismo términos que ahora discutimos. Le hemos dicho que nosotros no seremos un obstáculo si pueden ganar una encuesta política. Más tarde o más temprano, eso será lo que tendrán que hacer de todos modos. Pero es obvio por lo que ha dicho, que no están dispuestos a hacerlo. Tengo suficiente experiencia como para saber que, nada de lo que yo diga, podrá alterar vuestra convicción y más aún, vuestras instrucciones... Lo único que me queda por decir es expresar mi esperanza de que algún día Hanoi se nos acerque en una actitud que nos permita alcanzar la paz. Si existe tal actitud, yo sé que el Ministro y yo encontraremos fórmulas para la paz. Hasta entonces, hasta que encontremos tal actitud, permaneceremos como hasta ahora.

Y así sucedió. Catorce meses después, nos reunimos y llegamos a un acuerdo basado esencialmente en los puntos que yo presentara en las conversaciones de 1971.

Por alguna razón que desconozco Xuan Thuy insistió en mantener otra sesión un mes después. Su insistencia hizo que brillara una luz de esperanza, creímos que tal vez el Politburó de Hanoi pudiera estar pensando en revisar su posición. A pesar de que Nixon estaba ansioso de cortar los contactos, cada vez más estériles, logré convencerlo de que un nuevo intento mejoraría nuestros antecedentes ante la negociación, que le daba a Hanoi otra oportunidad para modificar su posición y que «no teníamos nada que perder, excepto 36 horas de molestias para mí». No conseguiríamos nada retirándonos ahora y Hanoi no nos impedía hacer nada de lo que queríamos hacer. Por lo tanto, nos volvimos a reunir en París, el 13 de septiembre. La ausencia de Le Duc Tho no dejaba duda alguna de que este tipo de reuniones estaba llegando a su fin. Xuan Thuy no se esforzó en decir nada nuevo; se limitó a leer un discurso de propaganda del mismo tipo que había repetido hasta el cansancio en las sesiones plenarias de la Avenida Kléber. La reunión concluyó después de dos horas y fue la más corta de las reuniones secretas. Nos separamos en el entendimiento de que cualquiera de las dos partes podría reabrir los canales, si surgía alguna novedad para decirnos.

Todo lo que nos quedó de los debates y negociaciones del verano fue para permitir que nuestro críticos domésticos conocieran la realidad. El senador George McGovern tuvo una oportunidad de reunirse con Xuan Thuy durante cuatro horas el 11 de septiembre. Lo dejó bajo la firme impresión de que los comunistas nos ofrecían la paz en base a una fecha tope para el retiro de tropas norteamericanas a cambio de la liberación de nuestros prisioneros. A pesar de que yo sabía que tal trato era totalmente distinto a lo que figuraba en los nueve puntos de Hanoi. El embajador William Porter recibió instrucciones de analizarlo en la 129.ª sesión de las conversaciones de paz de París, con el objeto de poner fin a las especulaciones de una buena vez. Después de la reunión Porter les informó a los periodistas: «Pasamos el día tratando de confirmar o negar las declaraciones oficiales que han hecho en las entrevistas. Se rehusaron». Más aún;

los norvietnamitas pronto eliminaron la previa ambigüedad de su posición pública y anunciaron una vez más que la liberación de nuestros prisioneros estaba condicionada a un arreglo político. En el proceso dejaron a McGovern y varios periodistas con un palmo de narices. El *Washington Post* informó al día siguiente:

Vietnam del Norte endureció hoy los términos de sus condiciones de paz, falseando así los esfuerzos cuidadosos realizados hasta ahora en estos pasados meses para parecer más condescendiente.

El delegado de Hanoi, Xuan Thuy dijo claramente que los Estados Unidos deben anunciar «simultáneamente» el fin de su apoyo al presidente de Vietnam del Sur, señor Thieu y el retiro total de las tropas antes de que puedan liberarse los prisioneros... Opiniones más optimistas, expresadas por el senador pacifista George McGovern y hasta ahora incuestionables declaraciones de Le Duc Tho, miembro del Politburó de Hanoi, quedaron totalmente desvirtuadas.

El desdichado corresponsal del *Post*, Jonathan Randal, que desde hacía varios meses informaba lo opuesto, sobre la base de insinuaciones propiciadas asiduamente por los Vietnamitas del Norte, se enfrentó a un portavoz de la prensa vietnamita, luego de la sesión plenaria del 16 de septiembre.

Hace casi tres años que me conocen. ¿No comprenden que ya no entendemos más nada? ¿No comprenden la confusión que reina en nuestras mentes? O las cosas no son claras o yo soy un tonto... Lo que han dicho hoy contradice no sólo el significado sino tal vez el sentido literal de lo que he comprendido y archivado hasta ahora. Me siento un soberano tonto.

Comprendía perfectamente cómo se sentía Randal. Habíamos pasado por momentos muy similares.

SE REVELAN LAS CONVERSACIONES SECRETAS

La confirmación de Xuan Thuy del rígido programa de negociación de Hanoi tuvo extrañamente muy poca repercusión en nuestros debates internos. Una personalidad tan firme como el senador Henry M. Jackson, urgió el 10 de septiembre una disminución de la ayuda a Vietnam, a no ser que Thieu hiciera los arreglos para una elección libre. El *New York Times* del 15 de septiembre recriminaba a Nixon por declarar que se quedaría hasta que Saigón pudiera defenderse solo contra la toma de poder de los comunistas. Hasta el *Chicago Tribune* editó el 20 de septiembre una columna firmada por Frank Starr, instándonos a que abandonáramos Vietnam inmediatamente. Los bombardeos norteamericanos contra Vietnam del Norte —decididos en parte como reacción contra ataques a nuestros aviones de reconocimiento, como así también para demostrarle a Hanoi que la ruptura de las negociaciones implicaba también algún costo— despertó la indignación periodística. El 30 de septiembre el Senado votó una nueva versión de la enmienda Mansfield, indicando que la política nacional debía ser retirar las fuerzas de Vietnam dentro de los seis meses, dependiendo exclusivamente de la liberación de los prisioneros. Recibió aprobación unánime. Irónicamente, Hanoi demostraba más fe en la vietnamización y la fuerza de los survietnamitas para resistir, que nuestros propios senadores o redactores de editoriales. La insistencia de Hanoi para que derrocáramos al gobierno survietnamita, dejaba traslucir la duda que tenía de poder lograr su objetivo por sí solo, aun después de nuestra retirada.

En medio de este clima, le presenté a Nixon un largo análisis el 18 de septiembre, resumiendo nuestra posición diplomática en Vietnam. Le reiteré que si destruíamos la estructura política de Vietnam del Sur, ya sea acelerando nuestro retiro o por concesiones políticas excesivas, tanto amigos como adversarios llegarían a la conclusión —después de un breve respiro— de que el liderazgo norteamericano posterior a la Segunda Guerra Mundial se estaba transformando en el gran fracaso de la abdicación de Vietnam. Un ignominioso final en Vietnam dejaría también profundas cicatrices en nuestra sociedad, avivando impulsos para la recriminación y profundizando la existente crisis de autoridad. Yo continuaba creyendo que debíamos dejar Vietnam

como un acto de política gubernamental y con dignidad, no como respuesta a presiones o un fallo de voluntad.

La vietnamización, estaba de acuerdo, podría lograr ese objetivo pero sería de por sí precaria. Si se llevara a cabo hasta sus últimas consecuencias, se llegaría a un punto delicado en el que el retiro de nuestras tropas crearía incertidumbre acerca del futuro político de Vietnam del Sur, amenazando así toda la empresa en el momento final. Siempre me pareció preferible un arreglo negociado que le diera a Vietnam del Sur una buena probabilidad de sobrevivir. Daría por terminada la guerra a través de un acto político y dejaría el futuro de Vietnam del Sur en manos de un proceso histórico.

Pero, seguía analizando, nos encontrábamos desperdiciando nuestras conquistas negociadas. La vietnamización, debido a toda la angustia causada por las protestas, nos había dado algo más de tiempo en el frente interno, mediante la continua reducción de nuestras fuerzas, las bajas y los gastos. Había generado dos presiones en Hanoi: primero, la forma medida en que retirábamos nuestras tropas le hacía saber a los norvietnamitas que si querían que nos fuéramos más rápido o del todo, debían pagar un precio. Segundo, parecía indicar que eventualmente, un gobierno survietnamita fortalecido podría bastarse a sí mismo. Desgraciadamente, razonaba yo, nuestra primera conquista se había desvanecido completamente. Las presiones domésticas y la indisciplina de la burocracia se combinaban para asegurar a los norvietnamitas de manera diaria y casi compulsiva, que pronto abandonaríamos totalmente Vietnam. ¿Por qué pagar nada por algo que se caería por sí sólo? Hasta el otoño de 1971, nuestro segundo punto a favor —la fuerza creciente de Saigón— le producía serias dudas a Hanoi. El gobierno survietnamita había mantenido un notable grado de estabilidad. La ironía estaba en que esa estabilidad se veía amenazada ahora debido al arbitrario plazo de cuatro años de duración del periodo presidencial, establecido en la Constitución por consejo de los mismos norteamericanos. En Vietnam del Sur, la combinación de las elecciones presidenciales, los masivos retiros de tropas norteamericanas y la disidencia doméstica, eran factores que contribuían a la aparición de nuevas corrientes de intranquilidad. Algunos miembros de la administración de Thieu estaban comenzando a pasarse al otro bando y refrescando sus credenciales del Viet Cong.

En los Estados Unidos, continuaba mi memorándum, el ritmo en pro de una rápida salida iba en aumento. Nos enfrentábamos ahora con el riesgo de que una legislación del Congreso fijara una fecha obligatoria para nuestros retiros y tal vez limitara nuestra ayuda a Vietnam del Sur. El hecho político y moralmente desesperante, era que muchos de nuestros opositores se habían rendido ante la evidencia de los hechos. Cuanto más convencidos estaban de que nos retiraríamos, más empeñados estaban en imponer condiciones restrictivas acerca de nuestra salida, de modo de poder reclamar para sí algo que sabían que haríamos de todos modos. Era imposible mantenerse indiferente ante esta sensación descorazonadora.

Por todas estas razones, concluía, primero, que necesitábamos dejar de debilitar la estructura política de Vietnam por medio de panaceas bien intencionadas, puesto que era casi la única carta que nos quedaba. Segundo, debíamos hacer un último intento de negociación, antes que se disiparan totalmente nuestros logros. Xuan Thuy ya había rechazado una entrega de prisioneros a cambio de nuestra retirada e insistió nuevamente en la destitución de Thieu y un cambio total en la escena política de Saigón. La vietnamización, llevada hasta el final, no nos devolvería a nuestros prisioneros. De cualquier manera, nos estábamos acercando a legislaciones restrictivas tanto en tropas como en niveles de ayuda. Finalmente, no podíamos justificar una escalada ante nuestro país, en ausencia de una provocación abrumadora.

Por lo tanto le propuse a Nixon que autorizara una nueva propuesta para negociar el tema político, que llegaría hasta el límite de lo compatible con nuestras obligaciones, nuestros sacrificios y nuestro honor. Propuse que modificáramos los ocho puntos que yo presentara el 16 de agosto —que trataban casi exclusivamente temas militares— presentando un agregado para una nueva elección presidencial dentro de los seis meses de la firma del nuevo acuerdo. La elección se efectuaría por medio de una comisión electoral, representada por todas las fuerzas políticas, incluidos los comunistas, bajo supervisión internacional. Un mes antes de esta elección, el presidente Thieu renunciaría y sus funciones serían asumidas por el presidente del Senado. En este momento, la pequeña fuerza residual norteamericana que aún quedara, sería retirada. También acortaríamos la fecha tope de nuestro retiro de nueve meses a siete.

Nixon aprobó esta oferta el 20 de septiembre. Haig salió para Saigón el 21 de septiembre. Thieu aceptó el 23 de septiembre, diciéndole a Haig que estaba preparado a anunciar que ni

quiera se presentaría como candidato en la próxima elección, una vez lograda la paz. Pensamos que esto sería ir demasiado lejos. Le recomendamos que mantuviera su opción abierta. Pero Thieu anunció en un discurso público tres días antes de la elección, que si se lograba la paz, él volvería a la vida civil.

Anteriormente siempre tratábamos las nuevas propuestas de Hanoi en reuniones. Ahora, pensé que ganaríamos tiempo si lo hacíamos por escrito, juntamente con nuestra invitación a la reunión. Además quería dejar constancia de nuestra propuesta, en caso de que Hanoi se rehusara al encuentro y lanzara en cambio la ahora casi segura ofensiva. El 11 de octubre, el general Walters se dirigió al delegado general norvietnamita en París, para solicitar una reunión con Le Duc para el 1 de noviembre. Walters leyó un mensaje que decía que respondíamos a las declaraciones del ministro Xuan Thuy del 13 de septiembre, que la parte norvietnamita estaría de acuerdo si se hacía una propuesta general por parte de los Estados Unidos. Nuestra propuesta era «un último intento» de alcanzar un arreglo justo antes del fin de 1971. (La propuesta de los Estados Unidos del 11 de octubre, figura en las notas) (12).

Pero los implacables e inflexibles líderes de Pekín sólo se prestarían a negociar como un último recurso. La guerra prolongada era su profesión. Si llegaran a negociar, lo harían luego de haberse probado a sí mismos que no tenían otra alternativa y aún no habían llegado a ese punto. Estaban decididos a echar otra vez los dados sobre los asuntos militares. Hanoi respondió el 25 de octubre —con su acostumbrada insolencia— sólo seis días antes de la fecha fijada para la reunión. No hubo ninguna expresión de buena voluntad, ningún comentario acerca de nuestra proposición, ninguna referencia al deseo de llegar a un acuerdo acerca de ningún tema en especial. Friamente propuso el 20 de noviembre, dando como excusa que «El consejero especial Le Duc Tho está en estos momentos cumpliendo ciertas actividades en Hanoi y además el ministro Xuan Thuy está bajo tratamiento médico.» Hanoi ni siquiera se molestó en decir que las actividades que cumplía Le Duc Tho eran «importantes». Walters informó que la nota se entregó en la entrevista más breve hasta el momento. «Nada de conversación social ni de té» se lamentó; simplemente se limitaron a leer el texto preparado por Vietnam».

Aceptamos la fecha en una cortante nota el 3 de noviembre y luego aguardamos el informe habitual de Inteligencia de que Le Duc Tho había salido de Hanoi. El 17 de noviembre, o sea menos de cuarenta y ocho horas antes de que yo debiera viajar a París, Hanoi nos informó que Le Duc Tho no estaría presente porque «había caído repentinamente enfermo». No se nos ofrecía otra fecha de alternativa; ninguna expresión de voluntad de llegar a un acuerdo acompañaba el mensaje. Todavía no había ningún comentario acerca de nuestra nueva propuesta: el ofrecimiento de la renuncia de un líder aliado, más de un mes después de haberla transmitido. El único toque de indulgencia —que al mismo tiempo era signo de desdén— era que Xuan Thuy todavía «consideraba agradable» reunirse conmigo. Pero resultaba claro a través de los antecedentes de las reuniones anteriores, que Xuan Thuy no tenía autoridad para negociar.

El 19 de noviembre enviamos una larga respuesta, resumiendo el estado de las tratativas y sacando en conclusión:

El 17 de noviembre de 1971 el lado norvietnamita informó a los Estados Unidos que el consejero especial Le Duc Tho estaba ahora repentinamente enfermo y no podría asistir a la reunión del 20 de noviembre. Los Estados Unidos lamentan esta enfermedad. Ante esta circunstancia, de nada serviría una reunión.

Los Estados Unidos están listos para reunirse con el consejero especial Le Duc Tho o cualquier otro representante o líder político de los norvietnamitas, juntamente con el ministro Xuan Thuy, con el fin de llegar a un rápido fin de la guerra sobre una base justa para ambas partes. Queda a la espera de información de los norvietnamitas acerca de una fecha adecuada.

Jamás recibimos contestación. Los norvietnamitas, en las últimas etapas del planeamiento de su mayor ofensiva para 1972, dedicaban todas sus energías a una última demostración de fuerza.

Muchos factores contribuyeron a la decisión de Hanoi, incluida la monomanía de toda una vida. Pero a mi entender, el factor individual más importante era la división en el frente interno norteamericano. Los norvietnamitas sólo podían llegar a la conclusión de que con sólo otro golpe militar, nos impulsarían a una capitulación esencialmente incondicional. El Politburó

estaba al tanto de que el Congreso impondría el retiro de tropas si ofrecían liberar a los prisioneros; tenían muy poco que perder tratando de forzarnos a completar su victoria, logrando el desmantelamiento de Saigón. Ninguna reunión con los norvietnamitas estaba completa sin que pasaran cuidadosamente revista a los hechos que constituían nuestra oposición doméstica. En una ocasión, cuando Le Duc Tho insinuó que nos veríamos forzados a ceder ante nuestros opositores, perdí la paciencia y le retruqué: «Señor consejero especial: es usted portavoz de uno de los estados más totalitarios. Han destruido brutalmente todo rastro de oposición en vuestro país. Haga el favor de dejar la interpretación de la oposición en manos de los que la toleran y no opine en asuntos sobre los que no conoce absolutamente nada». Después de esto, Ducky hizo menos referencias a nuestra incómoda situación interna, pero no había manera de eliminarla de sus especulaciones.

Seguramente nuestros críticos no estaban al tanto de todas las propuestas hechas por nosotros. Tal vez éste era el precio que debimos pagar por un secreto que creíamos esencial en negociaciones serias. Pero el concepto de Hanoi de un «arreglo político», estaba registrado; no se necesitaba mucha capacidad de análisis para darse cuenta que significaba la toma de poder por los comunistas. El hecho era que, a esta altura, la mayoría de los oponentes a la guerra ya estaban más allá del interés que pudiera despertarle ningún tópico especial de la negociación; simplemente ansiaban que terminara la contienda. A pesar de muchas insinuaciones públicas de Nixon de que estábamos buscando un arreglo, todos parecían tomar como un hecho cierto que la administración que había concertado reuniones cumbre con Pekín y Moscú, dentro de un período de tres meses, era débil en sus negociaciones con Hanoi. El 17 de noviembre, el *New York Times* publicó un editorial:

El presidente hizo repetidas referencias a su continuo deseo de negociar un arreglo... Pero no hizo ningún nuevo movimiento para reactivar los canales directos que ya tiene con Hanoi en París. Tampoco realizó ningún esfuerzo para responder a la apertura ofrecida en julio por el Vietcong, en su programa de siete puntos, que se mantuvo sin contestación precisa desde hace más de cuatro meses.

Y el 3 de enero de 1972, el senador McGovern presionaba sobre el mismo tema:

Simplemente no es verdad —y el presidente lo sabe— que nuestros negociadores en París hayan discutido jamás con los norvietnamitas la cuestión del retiro total de los efectivos norteamericanos de Indochina, conjuntamente con la liberación de nuestros prisioneros (13).

Constantemente se multiplicaban las resoluciones destinadas a forzar una retirada de tropas a cambio de la liberación de prisioneros. El Senado las presentaba regularmente. La Sala de Representantes las había rechazado en repetidas ocasiones pero cada vez con menor margen. El 1 de abril, se vetó una por 122 votos contra 260; el 17 de junio por 158 contra 254; el 28 de junio, por 176 por 219; el 19 de octubre, por 192 a 215. Se acercaba inexorable el día en que el Congreso legislara en favor de la fijación de una fecha tope. El 13 de octubre el Comité de Relaciones Exteriores del Senado, votó para limitar la ayuda norteamericana a Camboya a 250 millones de dólares y el número de norteamericanos autorizados a servir allí a 200. Finalmente, el 5 de noviembre, a través de conversaciones entre miembros de ambas Cámaras, llegaron a un acuerdo sobre la enmienda Mansfield. La nueva versión se refería a «la política de los Estados Unidos» que requería la terminación de las operaciones militares y «el rápido retiro de Indochina», sujeto a la liberación de todos los prisioneros de guerra y un informe acerca de todos los desaparecidos en acción. Mientras se eliminaba la fecha tope original de la enmienda, que era de seis meses, la resolución urgía y requería del presidente que fijara una fecha para negociar un acuerdo sobre retiros escalonados, paralelamente a liberaciones escalonadas de prisioneros. Hanoi ahora sabía que lo peor que podría suceder sería un trueque de prisioneros por retiro de tropas.

Lo que evitaba un colapso total era que los norvietnamitas también estaban en el límite de sus fuerzas. Podría quedarles suficiente potencia para un último esfuerzo pero sus recursos militares estaban agotados hasta el máximo. Su reequipamiento logístico había sido interrumpido; nuestra diplomacia con Moscú y Pekín había evitado que movilizaran totalmente la furia de

la oposición pública. La campaña de propaganda dedicada a promover los siete puntos de Madame Binh el 1 de julio de 1971, había sido desplazada de las primeras planas de los diarios por nuestros anuncios sobre China dos semanas después. Los rusos no se hicieron muy amables a los ojos de Hanoi mediante el anuncio del 12 de octubre de una reunión cumbre de Nixon en Moscú. El consenso popular de Nixon en la segunda mitad de 1971 se mantuvo bien por encima del 50 por ciento. Habíamos logrado que las dos potencias comunistas colaboraran en mantener unido nuestro frente interno.

Cuando comenzó la estación seca, la gran escalada logística norvietnamita no dejó duda alguna de que se estaba preparando una ofensiva militar comunista. Era esencial tomar la iniciativa. En diciembre bombardeamos complejos de aprovisionamiento al sur del paralelo 20, durante dos días, para despertar la ira del Congreso y los periódicos. Enviamos enérgicas notas a Moscú y Pekín, resumiendo nuestros intercambios con los norvietnamitas y previniéndoles que una ofensiva despertaría las más serias represalias. No pensamos que ninguna de las capitales pudiera sernos útil en las negociaciones, pero consideramos probable que tendrían sus propios objetivos que proteger en las próximas reuniones cumbre y que por lo tanto, harían conocer la amenaza. No recibimos contestación de China —lo que de por sí era un claro signo de disociación de la que hasta entonces se considerara capital de la revolución mundial. Dobrynin presentó una nueva faceta: como parte de una de nuestras revisiones globales periódicas, trató de culpar a China de la intransigencia de Hanoi. Mi invitación a Pekín se conoció en Hanoi sólo treinta y seis horas antes de anunciada, dijo. Esto había enfurecido tanto a Hanoi que habían puesto las negociaciones en la congeladora para demostrar que la paz debería hacerse con ellos y no serles impuesta por las grandes potencias.

A medida que pasaba la euforia del anuncio de China, como se acercaba el año de las elecciones en Estados Unidos y como la ofensiva norvietnamita era cada vez más inminente, era claro que nuestra situación interna caería otra vez bajo las críticas de nuestros opositores. No podríamos capear el temporal a no ser que fuera perfectamente claro que habíamos realizado hasta el último intento por negociar el fin de la contienda y haber ido un poco más allá todavía. Los candidatos presidenciales y otros críticos hacían suyo el falso argumento de Hanoi de que no habíamos respondido a los siete puntos de Madame Binh, cuando en realidad, lo habíamos hecho —y en parte aceptado— a los nueve puntos paralelos de Le Duc Tho en conversaciones secretas. Continuamente nos presionaban para fijar una fecha terminal para el retiro de tropas, cuando en realidad ya habíamos ofrecido una en una reunión secreta y había sido rechazada. Por lo tanto, Nixon decidió exponer los antecedentes de nuestras negociaciones ante los ciudadanos norteamericanos el 25 de enero de 1972.

Esta decisión había sido precedida por algunos espinosos roces en Saigón, puesto que mientras Thieu había aceptado nuestra propuesta, no sabía que en realidad se la habíamos transmitido a Hanoi antes del proyectado encuentro con Le Duc Tho el 20 de noviembre (*). También hubo cierto escozor cuando Thieu comprendió que el retiro de tropas mutuo no figuraba en nuestra posición pública. Él conocía —y la había aprobado— nuestra propuesta del 31 de mayo, que lo había dejado de lado. Argumentaba ahora que cualquier alteración formal pública, debilitaría su posición interna. (Era un presagio de las disputas luego, en 1972.) Finalmente Thieu se adhirió al discurso y su afirmación de la posición negociadora de los Estados Unidos, porque sabía que de todos modos, nos retiraríamos y probablemente porque juzgaba que Hanoi, al no haber contestado siquiera a una proposición privada, era poco probable que aceptara una pública.

El discurso de Nixon fue uno de los más dramáticos e impresionantes. Presentó el informe de mis doce reuniones secretas con los norvietnamitas. Reveló que el 31 de mayo de 1971 habíamos ofrecido fijar una fecha tope para el retiro de tropas pero había sido rechazada. Reafirmó nuestra propuesta del 11 de octubre de 1971, que delineaba nuestro acuerdo político —elecciones libres, supervisadas internacionalmente, con participación comunista y la decisión de Thieu de alejarse del poder un mes antes de la elección. Hasta resaltó nuestra última oferta secreta de reducir la fecha tope de siete a seis meses. Nixon recalcó que «la única cosa que no contempla este plan, es unirse al enemigo para derrocar a nuestro aliado, cosa que los Estados Unidos jamás hará. Si el enemigo quiere la paz, deberá reconocer la diferencia que existe entre un arreglo y una capitulación».

(*) Esto era sólo un pretexto. Un año después, durante una demostración acerca de los términos finales, Thieu nos dijo que se había sentido profundamente ofendido por esa propuesta básica; no nos hizo ninguna indicación en ese sentido en aquel momento.

La reacción fue de atónita sorpresa, tanto por nuestros prolongados antecedentes en nuestros esfuerzos como por el consenso que despertó nuestra nueva propuesta. Los diferentes candidatos presidenciales respondieron con cauteloso apoyo. El candidato principal, senador Edmund Muskie, denominó el plan «una iniciativa bienvenida». El senador Hubert Humphrey, respondió con su entusiasmo habitual: «¿Y con eso qué? Hay muchos otros tópicos sin tratar» —implícando que el discurso había retirado el tema de Vietnam de la arena política (14). El *Washington Post* del 27 de enero, burlescamente denominaba al plan «El mismo viejo juego de las bombas»; pero el *New York Times* del mismo día, abandonó brevemente su incisiva actitud de muchos meses atrás, si no ante todos los temas, por lo menos por la nueva manera de encarar el asunto. La mayoría de los comentarios editoriales siguieron esta línea.

Una semana después, muchos de los opositores habían retomado sus letanías. Nuevamente el estancamiento —el rechazo de Hanoi a nuestras propuestas— se trataba como si fuera enteramente culpa de la administración. Pero esta vez las críticas demostraron que habíamos ganado la batalla psicológica. Las únicas alternativas que les quedaban por ofrecer a los críticos, eran los retiros unilaterales, a cambio de la liberación de prisioneros (que ya había sido rechazada por Hanoi) y el derrocamiento del gobierno survietnamita. El senador Muskie respondió, en un discurso el 2 de febrero, con una nueva vuelta de tuerca: los Estados Unidos deberían cortar toda la ayuda a Thieu, aun después del retiro unilateral, a no ser que se alcanzara un acuerdo con los comunistas. (Era un arreglo tipo «Cara, gano yo; cruz pierdes tú»). Puesto que los únicos términos que presentaba Hanoi exigían el derrocamiento de Thieu, se le ofrecía a éste la alternativa entre la ejecución y el suicidio.) Este programa se transformó en la plataforma de las protestas anti-bélicas y de los editoriales de la misma inclinación. Pero la base de apoyo de la oposición, era cada vez más pequeña. La guerra era eminentemente antipopular. No obstante, era evidente que, a pesar de lo agotado que pudiera sentirse el público, no estaba preparado a unirse al enemigo para derrotar a un aliado. Para la mayoría de los norteamericanos, nuestras largas y vigorosas negociaciones ahora resultaban claras, así como el hecho de que, había sido Hanoi el que bloqueara sistemáticamente toda posibilidad de acuerdo por sus demandas exorbitantes e insolentes.

Después del discurso de Nixon, nunca pude irme de Washington por mucho tiempo, sin que los periodistas me sometieran al escrutinio e indagaciones. Por lo tanto, todas las siguientes reuniones se anunciaron en la Casa Blanca cuando ya estaba en París y luego de comenzadas las mismas. Esto tenía sus ventajas. Continuamente recordaba al público que se estaban realizando negociaciones y a la oposición que en cualquier momento podría producirse un desenlace dramático.

Remitimos el texto del discurso del presidente a Moscú y Pekín, acompañado por otra clara advertencia de que reaccionaríamos enérgicamente ante una nueva ofensiva. Brezhnev respondió, en tono conciliador, que él pensaba que la paz todavía era posible. Pekín, sin duda incentivado por los cargos que le formulaba Hanoi, que me refiriera Dobrynin, envió una cortante respuesta el 30 de enero, acusándonos, —no del todo injustamente— de tratar de involucrar a China. Respondimos con energía. El intercambio no tuvo ningún efecto en la reunión cumbre de Pekín tres semanas después.

En cuanto a los norvietnamitas, los hallamos fuera de paso. Era algo nuevo en nuestra experiencia. Por segunda vez en seis meses, los habíamos sobrepasado en algo (la primera vez fue en mi viaje a Pekín). El 31 de enero respondieron en París, publicando su parte de la correspondencia, incluyendo el plan de nueve puntos que Le Duc Tho me había presentado el 26 de junio de 1971 (*). El portavoz de Hanoi, Nguyen Thanh Le comparó las proposiciones de paz, de ambas partes, cuyas diferencias, dijo, «eran fundamentales; como el día y la noche». Alegó que Hanoi siempre había querido que la substancia de las negociaciones fuera pública pero no lo había hecho así, para estar de acuerdo con «los deseos de los Estados Unidos». No obstante, en un esfuerzo para cargar sobre Vietnam la responsabilidad de un estancamiento de las negociaciones», dijo que «los Estados Unidos había violado sus compromisos y creado serios obstáculos en la negociación». No explicó de qué manera, la publicación de posiciones, que Hanoi siempre quiso publicar, podría haber creado obstáculos para las negociaciones.

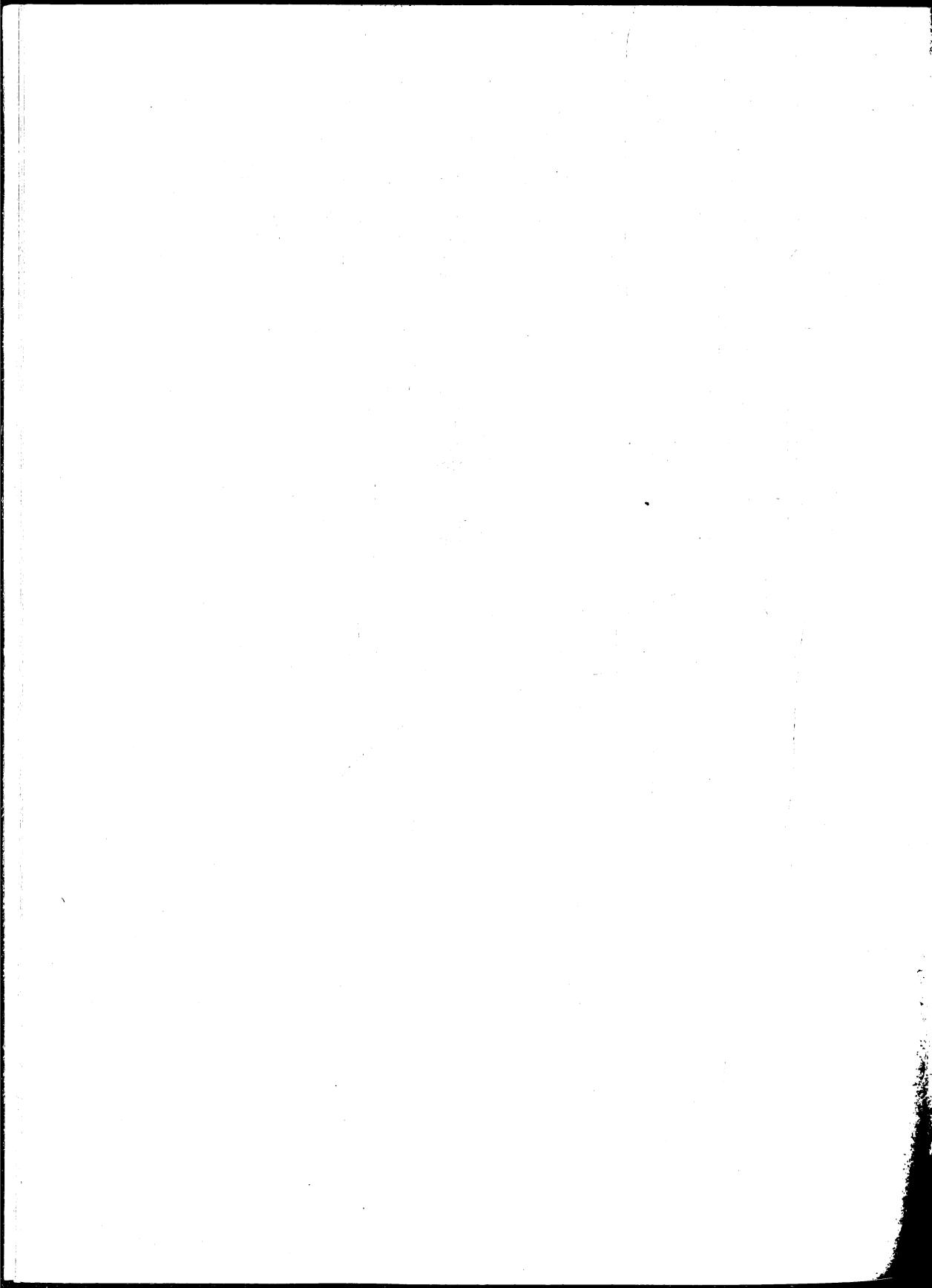
Era obvio que Hanoi presentía que estaba pisando terreno escabroso y estaba a la defensiva,

(*) Yo había indicado en una exposición el 26 de enero, que nosotros no publicaríamos los documentos de Hanoi, pero «no pondríamos ninguna objeción» si Hanoi lo hacía.

puesto que, poco después, el 2 de febrero, publicó una nueva «elaboración» de su plan de nueve puntos contenida en dos puntos. Era una versión levemente modificada del antiguo plan. Hanoi concedía ahora explícitamente que nuestros prisioneros serían liberados en la fecha en que las últimas de nuestras tropas se retiraran. Pero esto iba junto a un plan político que exigía el inmediato reemplazo de Thieu, unido al desmantelamiento de la «maquinaria opresora», es decir, la policía, el ejército y el programa de pacificación. Desmantelado de esta manera, lo que quedara del gobierno de Vietnam del Sur, debería negociar con los comunistas armados hasta los dientes, para la implantación de un gobierno de coalición que contuviera la típica estructura tri-partita. Ni siquiera los más fervorosos grupos pacifistas podían hallar nada que defender en esta proposición. No era un accidente. Después que concluyéramos las negociaciones, un año después, Le Duc Tho, en un cándido acceso de cinismo, explicó que la «elaboración» de dos puntos en realidad no elaboraba nada. Se propuso simplemente para contar con una «nueva» posición norvietnamita para responder a la nuestra.

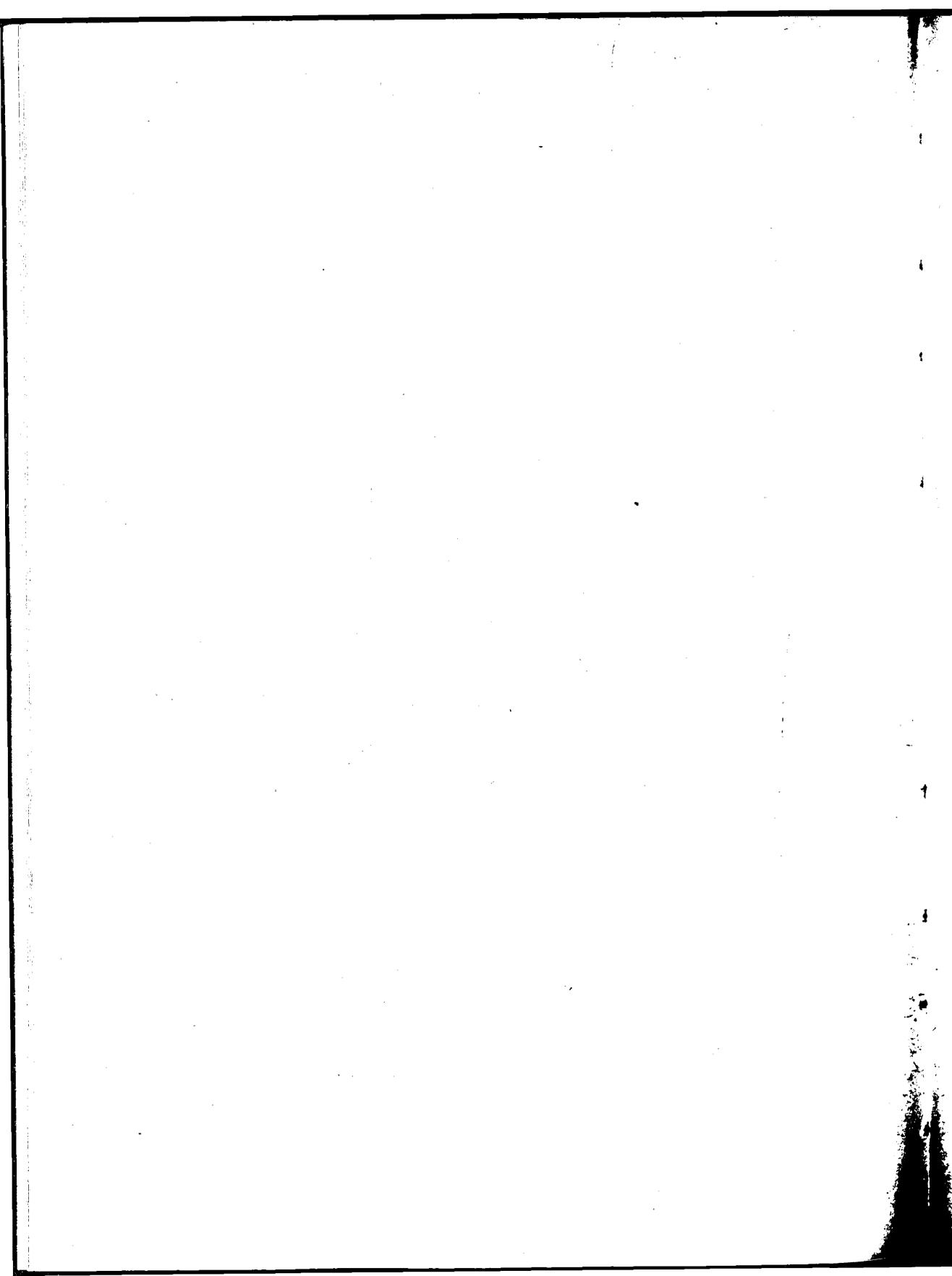
Según las pautas normales, nuestra política en Vietnam a comienzos de 1972, fue un éxito considerable. Habíamos retirado más de 410.000 soldados, al mismo tiempo que mejorábamos la posición militar de nuestro aliado. Habíamos aislado diplomáticamente a Hanoi de su principal fuente de aprovisionamiento. En nuestro país, soportamos el más intenso ataque a una política gubernamental en lo que iba del siglo. Habíamos logrado todo esto al mismo tiempo que cumplíamos nuestras responsabilidades globales, manteniéndonos firmes a nuestro principio de no abandonar a nuestro aliado, y entregar a nuestros amigos a la represión. Yo seguía pensando que las iniciativas con Pekín y Moscú no hubieran sido posibles si simplemente hubiéramos caído en Vietnam. Ambas potencias nos tomaban seriamente, sólo mientras pesáramos en la balanza. Y le habíamos demostrado a nuestra gente que, aun en medio de una guerra que dividía a Norteamérica, podíamos emprender iniciativas creativas y tareas de construcción.

Pero nada de esto tendría importancia si la ya casi inevitable ofensiva militar comunista de 1972, dominara a los survietnamitas. Pero en la frente interno, estábamos en una sólida posición para emprender enérgicas acciones en defensa de Vietnam del Sur. Si lográbamos capear la ofensiva comunista, el presidente podría ir a Pekín y Moscú, con la esperanza de poder comenzar la construcción de un nuevo orden internacional.



Cuarta Parte

1972: DE LA GUERRA A LA PAZ



Capítulo XXIV

EL VIAJE DE NIXON A CHINA

LA MISIÓN HAIG

Al cumplirse el tercer aniversario de la asunción del mando por Nixon, nos encontrábamos inmersos en la planificación de un hecho que nadie hubiera imaginado posible en 1969: la visita de un presidente norteamericano a Pekín. Teníamos otras aspiraciones, a comienzos de 1972 —en relaciones con la Unión Soviética por ejemplo, y en una negociación para lograr el fin de la guerra en Vietnam. En este momento sin embargo, la reunión cumbre en China era nuestro objetivo inmediato.

China no era importante para nosotros sólo porque era físicamente poderosa; Chou En-lai estaba en lo cierto al repetir sus protestas de que su nación no era una superpotencia. En realidad, si China hubiera sido más fuerte, no habría perseguido el mejoramiento de nuestras relaciones con tanta decisión. Pekín nos necesitaba para romper su aislamiento y como contrapeso a la mortal amenaza en su frontera norte. Nosotros necesitábamos de China para acrecentar la flexibilidad de nuestra diplomacia. Los días en que disfrutábamos del lujo de elegir el momento en que queríamos comprometernos en asuntos internacionales, estaban muy lejanos. Ahora nos encontrábamos permanentemente comprometidos, pero no de manera tan predominante como antes. Teníamos que tener en cuenta otros centros de poder y buscar el equilibrio entre ellos. La iniciativa de China también mejoró la perspectiva de nuestra política nacional. Hacía que Indochina se redujera a su dimensión real: una pequeña península en un gran continente. La espectacularidad de nuestra actitud suavizó en los norteamericanos el dolor que inevitablemente acompañaría a nuestro retiro del sudeste asiático. Proporcionó asimismo cierto equilibrio en la percepción de nuestros amigos de todo el mundo.

A principios del año, viajó a Pekín un equipo técnico norteamericano. Estaba presidido por el general de brigada Alexander Haig, mi segundo, cuya tarea era tratar de mantener dentro de ciertos límites, la imaginación de nuestros hombres de avanzada. Haldeman y Nixon habían decidido aplicar al máximo en China sus conocimientos de relaciones públicas. Nunca se cansaban de repetir a los no iniciados que el periodismo escrito, es decir los diarios, sólo tenían un impacto público parcial; pero que la televisión podía cambiar las opiniones en pocos minutos. Más aún, sentían que la prensa escrita había sido más dura con ellos que los otros medios; el viaje a Pekín sería una gran oportunidad de vengarse, ofreciéndole una oportunidad mayor a la gente de la televisión. Esta decisión resultó un gran impacto para los ejecutivos de las emisoras. Puesto que las cadenas sólo podían transmitir un cierto número de horas, la cantidad de corresponsales y técnicos requeridos, aún para la cobertura total, era limitado. Como los expertos en relaciones públicas de la Casa Blanca, habían asignado un número mayor de plazas a las emisoras de las que podían usar, una gran cantidad de funcionarios de alto rango, que hacía casi una década que no aparecían en pantalla, recibieron viajes gratis a China, mientras que algunos periódicos fueron excluidos por completo.

Desde el punto de vista de la televisión, China ofrecía la conveniencia adicional de un país que tenía una diferencia horaria a su favor de trece horas: los sucesos de la mañana podían llegar a horarios tope a la noche y los que se producían a la noche, llegaban en vivo a la mañana siguiente —siempre que nuestros anfitriones colaboraran. Por lo tanto, la tarea del grupo de avan-

zada fue llevar a los círculos oficiales de la China que habían sobrevivido apenas a la Revolución Cultural, las maravillas de las relaciones públicas norteamericanas. Afortunadamente para nosotros, los chinos tenían acendradas costumbres para recibir a sus bárbaros visitantes. Una vez que comprendieron lo que nuestros hombres pretendían, los veteranos de la Larga Mancha captaron de inmediato el beneficio de que se los introdujera en la televisión americana por medio de un presidente, transformándose así de inmediato, en elementos aceptables. Accedieron entusiasmados a la idea de Haldeman. El hecho de que no hubiera medios para televisar directamente desde Pekín a los Estados Unidos, sólo fue un problema temporario, resuelto mediante la instalación de una estación terrena que transmitía las películas por satélite. De acuerdo con los dictados de Mao de bastarse a sí mismos, los chinos compraron la estación terrena, rechazando la oferta de nuestras emisoras de construirla con fondos propios.

El viaje de avanzada de Haig a principios de enero, sirvió para resolver la mayoría de los conflictos entre las obsesiones de nuestros hombres y la inconveniente realidad de que China era un estado soberano. El Servicio Secreto no quería que el presidente viajara en coches de fabricación china, pero los líderes chinos pensaron que si no lo hacía así y comenzaba a moverse en las enormes limousinas americanas, desconcertarían a «las masas». Llegaron al acuerdo de que Nixon podría utilizar su propio coche blindado cuando anduviera por sí solo, pero que viajaría en el coche del premier, cuando lo hiciera con Chou En-lai. Se presentó un problema similar ante el ofrecimiento chino de que el presidente volara dentro de China en un avión de construcción nacional. Luego de ciertas discusiones internas, se llegó a la conclusión de que no sería adecuado decirle a un país anfitrión que sus aviones no eran seguros. El hecho de que se convencieran de que si persistían en su idea tal vez no viajáramos dentro de China, fue de gran utilidad. En general, los chinos atendieron a nuestra avanzada con extraordinaria habilidad. Los requerimientos en los que nuestros anfitriones estaban de acuerdo, se realizaban con mágica eficiencia. Otros pedidos simplemente se perdían en una blanda nube de cortesía, que jamás daba lugar a una confrontación.

Haig tuvo dos entrevistas privadas con Chou En-lai para tratar temas políticos. Le hizo conocer nuestra evaluación acerca de la recientemente concluida crisis India-Pakistán. Chou estuvo de acuerdo con nuestra manera de tratar el asunto. Advirtió en la política soviética en el subcontinente, no un cambio provocado por el acercamiento chino-norteamericano, sino la expresión histórica de las tendencias expansionistas de Rusia. Acerca de Vietnam, Chou reiteró su apoyo moral hacia Hanoi y urgió un rápido compromiso en cuanto a la terminación de la guerra, para reducir la influencia soviética en Indochina. Haig también le presentó a Chou una nueva contrapropuesta para el delicado tema del estrecho de Taiwan, en el comunicado final propuesto —el asunto más importante que quedaba por tratar de mi viaje de octubre de 1971. Chou En-lai prometió considerarlo sólo antes de que llegara al presidente. La negociación de unas pocas frases acerca de Taiwán consumirían mucho tiempo durante la visita presidencial.

No tengo referencia de ningún viaje presidencial planeado tan cuidadosamente, ni de ningún presidente que se prepara con tanta conciencia. Las voluminosas carpetas con informaciones (producidas por Winston Lord y John Holdridge bajo mi supervisión), contenían ensayos sobre los objetivos principales del viaje y sobre todos los temas que figuraban en la agenda establecida previamente por los chinos. Sugerían cuál sería la posición china sobre cada tema y la correlación en los puntos que debería tratar el presidente. Todas mis conversaciones con Chou en julio y octubre fueron extractadas y archivadas de acuerdo a los temas. Como material de fondo, figuraban largos análisis de las personalidades de Mao y Chou, preparados por la CIA y por Richard H. Solomon, experto en cuestiones chinas de mi equipo. También figuraban abundantes resúmenes de artículos y libros de estudiosos occidentales de la China, incluyendo a Edgar Snow, Ross Terrill, Dennis Bloodworth, John Fairbank, C. P. Fitzgerald Stuart Scraun y André Malraux. Nixon leyó todas las informaciones con intenso cuidado, como podíamos deducir por el subrayado de pasajes importantes que hacía en ellos. Según su costumbre, memorizó los temas de conversación y los siguió cuidadosamente en sus reuniones con Chou En-lai, mientras trataba de dar la impresión de que estaba improvisando.

Los resúmenes de las *Anti-Mémoires* de Malraux, hicieron que Nixon a último momento invitara al gran francés a la Casa Blanca. Nixon estaba algo impresionado por la reunión de gala que John y Jacqueline Kennedy ofrecieran a Malraux cuando Francia nos prestara la *Mona Lisa*, pero quería hacer algo mejor que su envidiado predecesor. Mientras que la reunión de los Kennedy fue esencialmente artística y por lo tanto «frívola» a los ojos de Nixon, su encuentro con Malraux

debería ser totalmente una reunión de trabajo. El escritor francés y él colaborarían en preparar una misión histórica, no un acontecimiento social.

Desgraciadamente, Malraux estaba totalmente desactualizado en cuanto a China. Sus predicciones acerca de los propósitos inmediatos de esta nación eran totalmente equivocados. Creía, por ejemplo, que la invitación a Nixon reflejaba la necesidad de ayuda económica de China. Juzgarían al presidente por su habilidad de presentar un nuevo Plan Marshall para China. Dada la filosofía de Mao de bastarse a sí mismos, era imposible que tal cosa sucediera. En el mejor de los casos Malraux estaba adelantado varios años en sus predicciones.

A pesar de todo, la intuición de Malraux probó que la sensibilidad de un artista puede captar a menudo la esencia de los problemas mejor que los analistas de Inteligencia. Muchos de los juicios de Malraux probaron ser marcadamente incisivos. La reconciliación entre China y los Estados Unidos era inevitable, argüía. Era coherente con la separación chino-soviética. La guerra de Vietnam no sería un obstáculo, puesto que las acciones de China eran un reflejo de sus necesidades domésticas. Su papel en Vietnam era una «impostura»: China jamás ayudaría efectivamente a Vietnam. La animosidad histórica en su contra era demasiado profunda. Los chinos no creían en ninguna ideología; creían básicamente en la China.

Resumiendo, el papel de Norteamérica en Vietnam era ahora irrelevante, decía Malraux. Lo que importaba era nuestra política pacifista. Si Japón dejaba de creer en nuestra protección nuclear, se inclinaría hacia la Unión Soviética. Si podíamos mantener a Japón de nuestro lado, esto podría acelerar la necesidad de la Unión Soviética y aún de China, de atender los requerimientos de sus poblaciones. En algún momento de los próximos dos años, predijo Malraux, nuestras políticas hacia China y Japón entrarían en conflicto y requerirían un tratamiento cuidadoso. En el proceso los Estados Unidos jamás deberían dar impresión de duda. Toda Asia esperaba firmeza de nuestra parte. Sobre todas las cosas, decía Malraux, China buscaba la unidad, la gloria y la dignidad. Eventualmente buscaría también la salvación económica.

Fue una actuación formidable, no totalmente apreciada por una audiencia encerrada todavía en los estereotipos de una década. Las palabras desbordaban de Malraux, mientras miraba fijamente a sus oyentes, con su mirada de visionario. Desarrolló ante nosotros, más una serie de cuadros brillantes, que un análisis coherente. Hacía más de una década que Malraux no visitaba China. Evidentemente no se había mantenido al tanto de los acontecimientos del presente. No poseía información interna. Todo lo que poseía era una percepción brillante, sensibilidad y una aguda comprensión. Nuestra tarea era unir su intuición con el conocimiento operacional que gradualmente adquiríamos.

Pasamos febrero aguardando ansiosamente. Tuvimos un interesante intercambio con Pekín a fin de enero, cuando en el contenido del discurso presidencial del 25 de enero, informamos en detalle a los chinos de los repetidos rechazos de Hanoi. Chou nos envió una acerba nota, acusándonos de tratar de comprometer a la República Popular en el problema de Vietnam. En parte era cierto y además resultó instructivo. Hubiéramos preferido la presión de China sobre Hanoi. Pero nos contentaríamos con su posición de no intervención.

El 9 de febrero publicamos el Informe Anual sobre Política Exterior, delineada durante los cuatro primeros años de Nixon, por mi equipo y yo. Infortunadamente, a pesar de todo lo cuidadosos que procuramos ser, siempre fallábamos en nuestro intento de que los medios de comunicación lo trataran como una declaración de la filosofía básica de la política extranjera norteamericana. Casi todo lo que la prensa cubría todos los años, era la sección sobre Indochina. En lugar de un debate acerca de los propósitos norteamericanos en el mundo, invariablemente generábamos una discusión sobre las tácticas en Vietnam. No obstante, el informe de 1972 presentaba un largo ensayo sobre China, que formulaba preguntas que habían surgido desde el dramático anuncio del 15 de julio: ¿Cuál era el estado actual de nuestros compromisos con Taiwán? ¿Estábamos cambiando nuestras prioridades de Tokio a Pekín? ¿Cuáles eran las implicaciones de nuestra política hacia la Unión Soviética? El informe del presidente afirmó todos los compromisos de alianzas existentes. No abandonaríamos una buena relación de veinte años de duración por una nueva apertura hacia China. Menos de dos semanas antes de nuestro arribo a Pekín, el informe hizo hincapié en nuestra «amistad, nuestros lazos diplomáticos y nuestros compromisos de defensa» hacia Taiwan. Recalcaba que «una resolución pacífica de este problema a través de los partidos, sería de gran ayuda para reducir la tensión en el Lejano Oriente».

En cuanto a la Unión Soviética, hicimos un repudio convencional: nuestra política no estaba dirigida contra Moscú. Pero el hecho era que la Unión Soviética mediante su amenaza, hizo que

China y nosotros nos uniéramos. Nuestra cooperación reflejaba una realidad geopolítica producida por la preocupación ante el crecimiento del poder militar soviético. Podíamos evitar acciones provocativas pero no podíamos eliminar el simple impacto de nuestra nueva relación. Manejada hábilmente, podría representar un incentivo para la cooperación soviética. Si se lo hacía con torpeza, podría acelerar la misma crisis que se trataba de evitar.

El 11 de febrero el presidente tuvo otro gesto hacia China. Aprobó una nueva serie de recomendaciones del Consejo Nacional de Seguridad para facilitar las relaciones comerciales. Esto se anunció el 14 de febrero. De ahí en adelante, toda mercadería en venta en la Unión Soviética y el este de Europa, también se conseguiría en la República Popular. Fue el último gesto económico unilateral hacia Pekín.

El 17 de febrero el presidente, de pie junto a su helicóptero en el parque de la Casa Blanca, luego de una breve reunión de despedida con los líderes del Congreso, evitó por una vez las declaraciones trilladas de sus propósitos. Se refirió con sencillez a todos los mensajes de buena voluntad que había recibido y expresó su deseo de que en el futuro se refirieran a su viaje con las mismas palabras inscriptas en la placa de la Apollo 11, que los astronautas dejaron en la luna «Hemos venido en misión de paz para toda la humanidad».

LA LLEGADA: EL APRETÓN DE MANOS

La primera etapa de Nixon fue en Hawai, donde se alojó en una Base del Ejército para evitar críticas por vivir ostentosamente; se arrepintió en cuanto comprobó lo espartano del ambiente. Haber soportado el alojamiento del comandante en las Azores y ahora en Hawai, parecía un sacrificio patriótico demasiado grande. Durante el viaje aproveché los consejos de Haldeman con respecto a conseguir los mejores planos de Nixon para la televisión. Ziegler estaba en un estado de tremenda agitación porque le habían dicho que no podría dar informaciones sobre temas importantes en Pekín y temía la perspectiva de tener que enfrentarse con sus torturadores periodísticos, que estarían movidos por el acicate de conseguir titulares diariamente. Durante todo el viaje, Nixon se mostró preocupado de que su comitiva, competente en otros aspectos, no hubiera prestado suficiente atención a los puntos más delicados de las relaciones públicas, como asimismo los serios y delicados preparativos de su viaje por China. Luego de leer cuanto le habíamos preparado en el libro de informaciones, constantemente me formuló preguntas durante las largas horas que duró el vuelo.

A las 0900 horas del lunes 21 de febrero, llegamos a Shangai para una corta escala y para que subieran a bordo navegantes chinos. La única diferencia con mis anteriores viajes, la constituía una solitaria bandera norteamericana que flameaba en uno de los mástiles de la moderna estación terminal. En mis repetidas visitas a este aeropuerto, nunca vi señales de ningún otro pasajero o de cualquier otra aeronave que aterrizara o despegara. Nixon fue recibido por Ch'iao Kuan-hua, técnicamente viceministro de relaciones exteriores, pero en realidad, la figura clave del Ministerio del Exterior. Se decía que era una de los colaboradores más próximos a Chou, hipótesis posible puesto que este hombre impresionante era una versión menor del encanto de Chou, por su erudición e inteligencia. También estaban presentes dos rostros familiares de mis visitas previas Chang Wen-chin (jefe de la División Norteamericana) y Wang Hai-jung (segundo jefe del Protocolo y según se decía emparentado con Mao), que me había acompañado desde Pakistán en julio de 1971. De acuerdo con la tradición china de que los invitados bárbaros debe suponerse que están pasados de hambre, nos sirvieron un elaborado desayuno en tiempo récord —lo que provocó la incomodidad del equipo de la Casa Blanca porque imaginaban que este hecho haría que Nixon ejerciera su presión para acelerar el servicio de comidas en la Avenida Pennsylvania. Arribamos a Pekín a las 11:30 horas, que muy convenientemente eran las 22:30 horas, hora del Este, un horario por demás adecuado para nuestra televisión.

Este histórico momento de la llegada, no se produjo sin planeamiento previo. Nixon y Haldeman habían decidido que el presidente debería estar a solas con Chou En-lai cuando las cámaras de televisión hicieran las primeras tomas. Nixon había leído en mi informe de la visita de julio, sobre la sensibilidad de Chou porque Dulles lo había desairado al no estrecharle la mano en 1954. El presidente estaba decidido a que ningún otro norteamericano distrajera la atención del espectador mientras rectificaba esta falla. Rogers y yo debíamos permanecer en el avión hasta que el apretón de manos se hubiera producido. Nos habían instruido sobre este

punto por lo menos una docena de veces antes de nuestro arribo a Pekín. De ninguna manera podríamos no haber comprendido la intención. Pero aún así, Haldeman no dejó nada librado al azar. Cuando llegó el momento, un corpulento ayudante bloqueó el pasillo del Air Force One. Nuestros extrañados anfitriones deben haberse preguntado qué habría pasado con el resto de la comitiva oficial, que generalmente desciende por la escalerilla detrás del presidente. Todos aparecieron de pronto, como por arte de magia, después que el histórico apretón de manos entre Nixon y Chou En-lai se había producido en una espléndida perspectiva.

Estuvimos de pie en un palco barrido por el viento, y recibimos el saludo de una guardia de honor. La frágil y elegante figura de Chou En-lai y la de otros notables, vestidos con igual túnica sin nada que denotara su jerarquía, a pesar de que, por supuesto, estaban ubicados en un orden preciso acorde con su importancia política. La ceremonia fue en extremo sencilla. Con excepción de los 350 hombres de la guardia de honor —por su disciplina, la más impresionante que yo hubiera visto en cualquiera de los viajes presidenciales— fue de una austeridad espartana. Esta misma severidad reflejó que sólo la necesidad más imperiosa, podría haber aproximado a países cuyas otras relaciones no garantizaban ninguna de las demostraciones de alegría que generalmente acompañan estas visitas de estado.

No se nos había informado si se había planeado algún tipo de bienvenida pública. Mientras nuestra comitiva marchaba a buena velocidad hacia el centro de la ciudad, todavía había alguna remota esperanza transmitida por radio entre Haldeman y Ziegler, de que tal vez la ceremonia de bienvenida, enmarcada por fotogénicas multitudes chinas, podría estar esperándonos en la plaza de Tien-an-men. Nuestras esperanzas fueron vanas. Las siempre presentes multitudes Chinas eran mantenidas en las calles marginales a medida que nuestra comitiva avanzaba a través de la plaza, inmensa en su soledad. Pasamos los rojos muros de la Ciudad Prohibida hacia un lado, la enorme y baja Gran Sala del Pueblo hacia el otro; junto a enormes retratos de Marx, Engels, Lenin y uno de Stalin (seguramente el último de Stalin que estaría en exhibición en cualquier lugar del mundo) hasta llegar a las residencias de los huéspedes oficiales, ubicadas alrededor del antiguo Lago de Pesca Imperial.

Se nos alojó en dos residencias: el presidente y la mayoría de su comitiva (incluido yo) en la más grande; el secretario de Estado y la suya en otra más pequeña (a unos pocos metros de distancia), que yo utilizara en mis visitas anteriores. Cada una poseía comedor propio y de ese modo, el contacto espontáneo entre ambas burocracias norteamericanas se mantenía en un mínimo. Los chinos habían comprendido muy bien el extraño equilibrio existente dentro de las ramas del Ejecutivo y habían tratado de recrear el abismo físico que separaba a la Casa Blanca del «fondo neblinoso» en el corazón de Pekín.

Al llegar a la residencia presidencial, la totalidad de la comitiva fue ubicada en sillones acomodados en forma de círculo en un salón de estar muy grande, con una amplia zona abierta en el medio. Allí se encontraba la señora de Chou En-lai para saludarnos, así como el mariscal Yeh Chien-ying, el ministro interino del exterior Chi P'eng-fei, el viceministro de relaciones exteriores Ch'iao Kuan-hua y otros funcionarios. Sirvieron té y Chou inició una burlona conversación en la que, según su costumbre, prestó atención a todos y cada uno de los miembros de la comitiva.

De esta manera, Nixon tuvo su primer contacto con el estilo diplomático de los chinos. Los soviéticos tratan de ser directos; los chinos insinuantos. Los soviéticos insisten en las prerrogativas que les corresponden con gran potencia. Los chinos establecen su petición en base a principios universales y una demostración de confianza en sí mismos que trata de hacer aparecer irrelevante el tema del poder. Los soviéticos ofrecen su buena voluntad como premio por el éxito en las negociaciones. Los chinos utilizan la amistad como una ayuda para lograrlas. Al permitirle al interlocutor por lo menos un asomo de intimidación, opone sutiles restricciones a las demandas que puedan hacerle. Los soviéticos que habitan un país invadido con frecuencia y que recientemente ha expandido su influencia por la fuerza de las armas, están demasiado inseguros de sus derechos morales para admitir la posibilidad de un error. Se mueven entre dogmas infalibles y posiciones invariables (independientemente de cuantas veces puedan modificarlos). Los chinos, por haber sido culturalmente preeminentes en su región del mundo desde hace milenios, pueden utilizar la autocritica como una herramienta. Le piden consejo al visitante como un gesto de humildad, que despierte compasión y apoyo. Mediante esta táctica logran también sacar a la luz de los valores del visitante y sus exigencias. Desde entonces está comprometido, pues los chinos podrán luego (y con frecuencia lo hacen) referirse a sus propias recomendaciones. Los

soviéticos, con todo su comportamiento tormentoso y con frecuencia poco sincero, dejan una impresión de extraordinaria inseguridad psicológica. Los chinos hacen hincapié, porque creen en ello, sobre lo exclusivo de los valores de su raza. Por lo tanto irradian un aura de impermeabilidad a las presiones; más aún, descartan las posibles presiones dando a entender que las cuestiones de principios están fuera de toda discusión.

Al crear esta relación, los diplomáticos chinos, por lo menos en sus encuentros con nosotros, demostraron ser totalmente confiables. Nunca se rebajaron a maniobras de poca altura; no regateaban. Llegaban al tema principal rápidamente, lo explicaban razonablemente y lo defendían con tenacidad. Se mantenían tanto en el significado como en el espíritu de lo que trataban. Según le gustaba decir a Chou: «Nuestras palabras tienen valor».

Cada visita a China era como una obra cuidadosamente ensayada en la que nada era accidental; sin embargo, todo parecía espontáneo. Los chinos recordaban todas las conversaciones, desde las mantenidas con los funcionarios de menor jerarquía hasta las que sostenían con los jefes de estado. Cada acotación de un chino era como parte de un rompecabezas, aun cuando nuestra mentalidad más directa no lo notara desde el principio. (Más tarde Winston Lord y yo logramos ser bastante expertos en ese punto.) En mis diez visitas a China, era como estar enzarzados en una interminable conversación, con un organismo que recababa cada detalle, motivado aparentemente por un solo cerebro. Esto hacía que las reuniones tuvieran un carácter vigoroso y algunas veces deprimente. Engendraban una mezcla de respeto e impotencia ante tanta disciplina y dedicación, nada extraños en los enfrentamientos de los extranjeros con la cultura china.

Así sucedió durante la visita de Nixon. Una vez que tomamos el té, todos los presentes estaban convencidos —tal como lo había estado yo hacia siete meses durante mi visita secreta— que se los había admitido a un club muy exclusivo, a pesar de que todavía no se había mantenido ninguna conversación substancial.

MAO TSE-TUNG

La conversación no se hizo esperar demasiado. Acabábamos de terminar un abundante almuerzo, cuando a las 14:30 horas se me informó que Chou En-lai quería verme urgentemente en la sala de recepciones. Sin el tono burlón habitual, me dijo: «El presidente Mao quisiera ver al presidente». Le pregunté si podía llevar conmigo a Winston Lord. Chou estuvo de acuerdo e insistió, poco común en él: «Puesto que el presidente lo invita, quiere verlo inmediatamente». Decidí hacerme el indiferente y le pregunté a Chou si leería su brindis de esa noche en el banquete o improvisaría. Me contestó que lo leería. Volví a requerirle si el nuestro debería ser suave o duro, para estar de acuerdo al suyo. Algo impaciente, Chou sugirió que me enviaría el texto del suyo por adelantado. Finalmente, le dije que buscaría al presidente Nixon.

De esta manera, el presidente y yo partimos en coches de fabricación china hacia la Ciudad Imperial, para el primer encuentro con una de las figuras colosales de la historia contemporánea. Lord vino con nosotros como encargado de las notas. Su presencia no fue revelada para no despertar más problemas con el Departamento de Estado, que no tuvo representación en ninguna de las conversaciones con Mao. Nixon me dijo cinco días antes, que quería que Rogers y el subsecretario de estado Marshall Green estuvieran ocupados en otro lugar, de manera que pudiera tocar temas delicados con Mao y Chou. Rogers tampoco fue invitado por los chinos, tal vez por los comentarios que el Departamento había hecho acerca del status jurídico «inestable» de Taiwán, el año anterior. Yo podría haber insistido en que Rogers concurriera y de haberlo hecho, ni los chinos ni Nixon lo hubieran rehusado. Es una de las prerrogativas, más aún, obligaciones, del asesor de seguridad, apelar las decisiones presidenciales que considera poco convenientes. Yo no lo hice. El olvido era técnicamente irreprochable pero en lo fundamental no era correcta. El secretario de estado no debía haber estado ausente en este histórico encuentro.

Mao Tse-tung, el líder cuya vida estuvo dedicada a invertir los valores, la estructura y la apariencia de la China tradicional, vivía en realidad en la Ciudad Imperial, tan recluso y misterioso como los emperadores a los que despreciaba. Nadie tenía jamás una entrevista fija con él.

Se admitía a los visitantes a una presencia; no se invitaba a una autoridad gubernamental. Yo vi a Mao cinco veces. En cada ocasión, fui citado repentinamente, del mismo modo en que lo hicieran con Nixon. En una de mis visitas, Mao expresó su deseo de conocer a mi esposa, Nancy. El hecho de que estuviera de compras no fue obstáculo para mi anfitrión. La sacó precipitadamente de un negocio a un funcionario del protocolo chino que parecía saber exactamente dónde se encontraba y la llevó a la presencia de Mao. Mientras, su acompañante, un oficial de seguridad del Departamento de Estado, le explicaba lo insólito de un secuestro en el centro de Pekín, a un comerciante que no hablaba inglés.

Nos acercamos a la residencia de Mao a través de un portón rojo, donde dos soldados del Ejército de Liberación del Pueblo observaban impasibles el tráfico que corría por la amplia vía este-oeste que habían abierto por donde antes pasaba la muralla de la ciudad. Después de pasar la pared bermellón, atravesamos una avenida, primero bordeada por edificios de fachadas comunes. No se podría adivinar qué tipo de casas habría en los parques ubicados detrás de los sencillos exteriores. Una milla más adelante, la edificación terminaba y la ruta seguía junto a un lago por un lado y bosques por el otro. La residencia de Mao se erguía sola. Era simple y sencilla. Podría haber pertenecido a un funcionario de menor jerarquía. No se notaban medidas de seguridad aparentes. El coche se dirigió hasta la puerta del frente, que estaba bajo un pórtico. Penetramos por una pequeña sala de estar que se abría en un amplio salón. Por lo menos en dos de mis visitas, el salón contenía una mesa de ping-pong.

El escritorio de Mao, una habitación de regular tamaño, estaba del otro lado del salón. Todas las paredes estaban cubiertas por bibliotecas que contenían manuscritos. Había libros sobre la mesa y en el piso. Parecía más el refugio de un intelectual que la sala de audiencias del todopoderoso líder de una de las naciones más populosas del mundo. En una de mis primeras visitas, en un rincón había una sencilla cama de madera; más tarde desapareció. Nuestra primera impresión fue la de un semicírculo de sillones, todos con fundas color marrón, que daban la impresión de una casa de familia de clase media que trataba de proteger el tapizado, muy difícil de reponer para ella. Entre cada par de sillones, había una mesa ratona en forma de V, cubierta por una carpeta blanca, que calzaba en el ángulo formado por los brazos de los sillones. Las mesas próximas a Mao estaban cubiertas de libros dejando lugar apenas para la siempre presente taza de té de jazmín. Dos lámparas de pie con enormes pantallas circulares, se veían detrás de los sillones. En frente de Mao, hacia su derecha, una salivadera. Al entrar los invitados a la habitación Mao se ponía de pie. En las dos últimas oportunidades requirió la ayuda de dos asistentes, pero jamás dejó de recibir a sus visitantes de pie.

Por lo general no se puede decir al enfrentarse a un líder tan famoso como poderoso, hasta qué punto se siente uno impresionado por su personalidad o por el status y la reputación que lo rodea. En el caso de Mao, no podía haber duda alguna. No había ninguna ceremonia. La decoración interior era tan sencilla como la externa. Mao estaba allí, rodeado simplemente de libros, alto y de contextura vigorosa para un chino. Miraba fijamente al visitante, con una sonrisa penetrante y algo burlona, anticipando por su parte, que no habría posibilidad de tratar de engañar a este especialista en las debilidades y duplicidades del hombre. Jamás conocí a nadie, con la excepción posible de de Gaulle, de quien emanara con tanta potencia una voluntad tan recia y concentrada. Estaba allí de pie, con una asistenta que lo ayudaba a mantenerse (en mis últimas visitas, lo sostenía) y dominaba la habitación. No por la pompa que en la mayoría de los estados confiere un cierto grado de majestad a los líderes, sino porque emanaba de él un deseo casi tangible de dominar.

La sola presencia de Mao demostraba un acto de voluntad. La suya era la extraordinaria historia del hijo de un campesino del sur de China que había concebido el propósito de apoderarse del Reino de los Cielos; atrajo seguidores, los guió en la larga marcha de 9.000 kilómetros, a la que sobrevivieron menos de la tercera parte. Desde un territorio que le era totalmente extraño, luchó primero con los japoneses y luego con el gobierno nacionalista, para ocultarse finalmente en la Ciudad Imperial. Esta resultó mudo testigo de que el misterio y la majestad de la China eterna perdurara aun a través de una Revolución cuyo lema era destruir todas las formas preestablecidas. No había engaños a los que pudiera achacarse la atracción que ejercía Mao. Mis hijos se refieren a las «vibraciones» producidas por sus artistas favoritos, a las que, debo confesar soy totalmente inmune. Pero de Mao se desprendían vibraciones de fuerza, poder y voluntad. En su presencia, hasta Chou parecía una figura secundaria, a pesar de que hasta cierto punto, este efecto era deliberadamente buscado. Chou era demasiado inteligente como

para no comprender que la posición número dos en China era tan precaria como para llegar a ser suicida. Ninguno de sus antecesores había sobrevivido (*).

El impacto de Mao era tanto mayor debido a que era incongruente con su condición física. Antes de nuestra primera entrevista, ya había sufrido una serie de derrames debilitantes. Sólo podía moverse con dificultad y hablaba con considerable esfuerzo. Las palabras parecían emanar de su corpachón con gran dificultad; eran expulsadas de sus cuerdas vocales en rachas, luego de las cuales, necesitaba volver a juntar energía para soltar una nueva andanada de agudas declaraciones. Más tarde, después que la salud de Mao se deterioró aún más, el esfuerzo se hizo tan evidente que era doloroso observarlo. En mi última entrevista privada con él, en octubre de 1975, así como durante la visita del presidente Ford en diciembre de 1975. Mao apenas podía hablar; emitía unos sonidos casi ininteligibles que Nancy T'ang, Wang Hai-jung y otro ayudante escribían luego de consultarse entre sí y luego se los mostraban para asegurarse de que habían entendido antes de traducir. Aún entonces, cercano a la muerte, la mente de Mao se mantenía lúcida y sardónica.

Mao, a la inversa de todos los otros líderes políticos que frecuenté, casi nunca se lanzaba en soliloquios. Para él no contaban los ayuda memoria y los puntos que casi todos los estadistas utilizan, ya sea que parezcan improvisaciones o aprendidos a través de la lectura de notas. Sus conceptos surgían de un diálogo socrático guiado por él sin esfuerzo alguno y con engañosa sencillez. Disfranzaba sus observaciones principales en un aparente tono burlón y casi bromista, conduciendo a sus interlocutores a las oportunidades para insertar comentarios que a veces eran filosóficos y otras sarcásticos. El efecto acumulativo era que sus puntos principales estaban envueltos en tantas frases tangenciales, que comunicaban un sentido al mismo tiempo que evitaban un compromiso. Las frases elípticas de Mao eran como sombras movedizas contra una pared. Reflejaban una realidad pero no la encerraban. Indicaban una dirección sin definir la ruta de marcha. Mao dictaba sentencias que tomaban a sus oyentes por sorpresa, creando una atmósfera al mismo tiempo confusa y algo amenazadora. Era como tratar con una figura de otro mundo, que ocasionalmente levantaba una esquina del velo que oculta el futuro y permitía una mirada furtiva, pero jamás la visión total que a él sólo le estaba permitida.

Al mismo tiempo, Mao podía ser brutal al llegar al meollo de un problema. En otros viajes posteriores le comenté a Teng Hsiao-p'ing que las relaciones de nuestros países estaban apoyadas en bases firmes porque ninguno de los dos pedía o quería nada del otro.

Al día siguiente Mao se refirió a mi comentario y al mismo tiempo demostró su atención a los detalles. Rechazó con firmeza mi banalidad: «Si ninguna de las partes tuviera nada que pedirle a la otra, ¿por qué vendría usted a Pekín? Si ninguno de los dos tuviera nada que pedir, ¿por qué estaríamos dispuestos a recibirlo a usted y a su presidente?»

En otra oportunidad indicó su desagrado por lo que consideraba la ineficacia norteamericana ante el expansionismo soviético. La comparó a golondrinas frente a una tormenta. «Este mundo no está tranquilo» dijo, emitiendo dolorosamente rachas de sonido desde el destruido corpachón. «Una tormenta —el viento y la lluvia— se aproximan. Mientras el viento y la lluvia se aproximan, las golondrinas están ocupadas... Es posible posponer la llegada del viento y la lluvia, pero es difícil impedirlos.»

Este era el coloso ante cuya presencia seríamos introducidos. Saludó a Nixon con su característica mirada de soslayo. «Nuestro común amigo, el generalísimo Chiang Kai-shek, —bromeó— no aprueba esta reunión», tomando la mano de Nixon entre las dos suyas y saludándolo frente de los fotógrafos con gran cordialidad. Este acto en sí constituía un acontecimiento de considerable significado simbólico, por lo menos para los chinos presentes o que verían la fotografía en el Diario Popular. Mao recaló un comentario que Nixon hiciera, a Ch'iao Kuan-hua, en el viaje en avión, de que él consideraba a Mao un hombre con quien se podía discurrir filosóficamente. (Esto era otro ejemplo más de la velocidad de las comunicaciones internas de los chinos, así como de la esmerada preparación de Mao sobre los temas que le tocaba tratar.) Mao bromeó diciendo que la filosofía era un problema difícil, que no tenía nada instructivo que decir al respecto y que tal vez el Dr. Kissinger debía hacerse cargo de la conversación. Pero repitió la de-

(*) Tampoco lo hizo él, en realidad. Estoy convencido —a pesar de que no puedo probarlo— que sólo la enfermedad y luego la muerte lo salvó del asalto de lo que luego dio en llamarse la «Pandilla de los Cuatro», tolerada, o con el apoyo de Mao. Durante los dos últimos años de su vida raramente se lo mencionaba en la prensa china ni otros líderes me lo mencionaron a mí.

claración varias veces para tratar de evitar temas específicos sobre problemas internacionales que Nixon quería abordar. Cuando Nixon presentó una lista de países que requerían la común atención de ambos, la respuesta de Mao fue cortés pero firme: «Estos temas no son temas para ser tratados en mi casa. Deben discutirse con el premier. Yo trato los temas filosóficos».

Nixon en sus memorias brinda una versión gráfica y ajustada de su reunión (1). Se hicieron bromas sobre mis amistades femeninas y cómo yo las utilizaba para ocultar mis viajes secretos. También se hicieron comentarios sarcásticos acerca de los epítetos que se intercambiaban los líderes de Taipei y Pekín. Mao mostraba una clara preferencia acerca del modo más calculador de pensar de los líderes conservadores, en contraposición con las oscilaciones sentimentales de los liberales: «Yo voté por usted —le dijo al azorado Nixon— en su última elección. La gente dice que ustedes son de derecha —que el Partido Republicano está a la derecha, que el primer ministro Heath también lo está... Me siento relativamente feliz cuando gente como ustedes llegan al poder.»

Mao aprovechó el contexto de una conversación tomada a la ligera, sobre los proyectos políticos de Nixon para mencionar su propia oposición política. Existía un «grupo reaccionario que se oponía a nuestro contacto con usted» dijo. «El resultado fue que subieron a un avión y salieron del país.» El avión se estrelló en la Mongolia exterior, explicaron Mao y Chou, por si no hubiéramos captado la referencia de Lin Piao. Nixon pronunció una elocuente declaración (reproducida en sus memorias) de su largo viaje desde el anticomunismo hasta Pekín, basada en la proposición de que los intereses de política exterior de ambos países eran compatibles y ninguno amenazaba al otro. Mao aprovechó la ocasión para asegurarnos con respecto a nuestros aliados, como si la idea se le hubiera ocurrido (sólo a él) mientras Nixon hablaba. «Tampoco amenazamos a Japón o a Corea del Sur.»

Más adelante, a medida que me compenetraba mejor de las diferentes facetas de la conversación de Mao, comprendí que era como los jardines de la Ciudad Prohibida; cada uno conducía a un lugar más oculto y se distinguían entre sí, sólo por pequeñas diferencias en la proporción, con significados finales que sólo una prolongada reflexión podría descubrir. Entre las aménidades recordadas por Nixon, surgían temas que, como una ópera de Wagner, necesitaban cierta elaboración antes de poder llegar a comprender su significado.

Mao era elíptico en sus manifestaciones; por ejemplo, para hacernos saber su decisión de expandir el comercio e intercambio con nosotros, envolvió esta decisión en la explicación de la demora de China para responder a las iniciativas norteamericanas desde hacía dos años. China se había mostrado «burocrática» en su actitud, dijo, insistiendo todo el tiempo en que los temas más importantes debían arreglarse primero, antes de poder tocar temas de menor cuantía, como el comercio y los intercambios entre personas. «Más adelante comprendí que tenía razón y jugamos al tenis de mesa.» Esto era más que una acotación histórica y un pedido de disculpas; quería significar que habría progresos con respecto al comercio y los intercambios en la reunión cumbre, como yo le solicitara a Chou durante mi viaje de octubre. Mao, en resumen, deseaba que la visita fuera un éxito. Después de que nuestra presencia recibiera la aprobación de Mao, los funcionarios chinos parecieron tener poca dificultad en discernir las instrucciones del presidente. Las frases que en un principio me parecieron oscuras, se citaban indicando una dirección. Durante la semana siguiente, todos los chinos —especialmente Chou— volvían siempre sobre los temas de Mao, que había nacido de una conversación de sesenta y cinco minutos, en la que la mitad del tiempo fue absorbido por la traducción.

Entre las bromas, las chanzas y las agudezas, debíamos prestar atención, puesto que Mao proponía veladamente los temas importantes de esa manera deliberadamente intrascendente, para no perder prestigio en caso de que fallara la visita de Nixon. Delicadamente colocó el tema de Taiwán en un nivel subsidiario, tratándolo como una disputa interna china de menor importancia; ni siquiera mencionó nuestra presencia militar allí. La única referencia política específica que realizó, fue cuando comentó con sorna los nombres que ambos grupos se daban entre sí. Aun esto era una manera de hacernos saber, que al final, los chinos encontrarían sus propias soluciones. Refiriéndose a su alianza en la década del 20, Mao le recordó a Nixon que «en realidad, la historia de nuestras amistad con él (Chiang Kai-shek) es mucho más larga que la historia de su amistad con él». Ni en esa circunstancia ni en ninguna otra reunión subsecuente, Mao mostró impaciencia alguna acerca de Taiwán, fijó límites de tiempo, hizo amenazas o lo trató como piedra de toque de nuestra relación. «Podemos arreglarnos sin ellos por ahora y dejar que suceda después de 100 años». «¿Por qué tanto apuro?» «Este tema (Taiwán) no es importante.»

«El tema de la situación internacional es importante. El tema menor es Taiwán; el mayor es el mundo.» Este era el pensamiento de Mao sobre Taiwán, según nos lo expresara en diversas visitas. (También era el punto de vista de Chou En-lai y Teng Hsiao-p'ing.) Pero Mao, así como Chou y Teng, ocuparon muy poco tiempo de nuestras conversaciones para hablar sobre este tema.

Lo que preocupaba a Mao entonces y más aún cuando más adelante lo vi solo y durante más tiempo, era el contexto internacional, es decir, la Unión Soviética. Ante una larga disquisición de Nixon acerca de cuál de las superpotencias nucleares, los Estados Unidos o la Unión Soviética, presentaba una amenaza mayor, Mao replicó: «En este momento, la cuestión de la agresión de los Estados Unidos o de China es relativamente pequeña... Ustedes quieren retirar parte de sus tropas a su tierra. Las nuestras no irán al extranjero». En otras palabras, por un proceso de eliminación, la Unión Soviética constituía claramente la principal preocupación de seguridad de Mao. Igualmente importante era la aseveración elíptica, repetida luego por Chou, que alivió las pesadillas de dos administraciones, de que China podría intervenir militarmente en Indochina. Al descartar la intervención china en el exterior y en sus comentarios sobre Japón y Corea del Sur, Mao nos dejaba entrever que Pekín no desafiaría intereses vitales norteamericanos. Puesto que los occidentales éramos reconocidamente lentos en nuestros razonamientos, Mao recurrió a la repetición de los temas en mis reuniones con Chou. «Yo creo que, hablando en general, la gente como yo atronamos como grandes cañones, diciendo cosas como que "todo el mundo debería unirse y derrotar el imperialismo, el revisionismo, y a todos los reaccionarios y establecer el socialismo"». Mao, secundado por Chou, se rió estrepitosamente ante la proposición de que alguien pudiera tomar en serio toda una década de antiguos *slogans*, garabateados en cada cartel de propaganda de China. Los líderes de China estaban más allá de esa ideología en sus encuentros con nosotros. El peligro había establecido la primacía absoluta en la geopolítica. En realidad estaba liberando un frente mediante un tácito tratado de no agresión.

En el encuentro con Mao, sin embargo, no todo fue estrategia. Aun en nuestros breves encuentros no lograba disimular la pesadilla que lo acosaba y atormentaba sus últimos años de que todo pudiera ser efímero; que los esfuerzos, el sufrimiento, la Larga Marcha, las brutales luchas por el liderazgo, fueran sólo un breve incidente en la persistencia pasiva y triunfante de una cultura milenaria, que había logrado dominar todos los alzamientos anteriores, dejando como recuerdo poco más que las ondas producidas por una piedra al caer en una laguna. «Los escritos de Mao movilizaron a una nación y cambiaron el mundo» decía Nixon. «No he logrado cambiarlo» replicaba Mao, no sin sentimiento. «Sólo he logrado cambiar algunos lugares en las proximidades de Pekín.»

Era una modesta pretensión, después de una vida entera dedicada al esfuerzo titánico de desterrar la verdadera esencia de su sociedad. Mediante esta resignación tan natural, señalaba el dilema revolucionario. Las cualidades necesarias para destruir, por lo general no son las mismas necesarias para mantener. Cuanto más profunda sea la revolución, mayor es la probabilidad de que lleve a un nuevo aparato más penetrante y por lo general más eficiente que el reemplazado. Las revoluciones que se conducen en nombre de la libertad, con frecuencia aguzan aún más las herramientas de la autoridad. Esto no es accidental. Los académicos pueden definir la libertad humana según conceptos de derechos humanos. Los historiadores comprenden que la libertad reside, no sólo en las estructuras legales, sino en la aceptación general de las instituciones y las buenas relaciones humanas. Una sociedad que no esté azotada por cismas irreconciliables, podrá practicar la tolerancia y el respeto a la dignidad humana, aun en ausencia de derechos legalmente definidos. La tolerancia es inherente a la estructura. Gran Bretaña jamás ha tenido una constitución escrita; los derechos civiles son garantizados por tradición. Pero una nación dividida en facciones, en la cual la minoría no tiene ninguna esperanza de transformarse en mayoría, o en la que un grupo sabe que será perpetuamente descartado, parecerá opresiva a sus miembros, cualesquiera sean sus pretensiones legales.

La esencia del totalitarismo moderno es la insistencia en un tipo único de virtud y la correspondiente destrucción de todo freno tradicional. El esfuerzo por uniformar la nueva moral, ha dado lugar a pasiones desconocidas desde el período de los conflictos religiosos y ha hecho que los gobiernos se arrogaran poderes sin precedentes en la historia. (La Revolución Americana no fue una revolución en ese sentido. No buscó desarraigar las instituciones existentes sino devolverlas a su propósito original.) Para poder ser un verdadero revolucionario, un líder necesita una monstruosa dosis de confianza en sí mismo. ¿Quién más podría pretender imponer a

sus seguidores las privaciones inevitables del conflicto revolucionario, con excepción de un monomaniaco dedicado al triunfo de sus convicciones y libre de dudas acerca de si se justifica el inevitable sufrimiento? Es esta búsqueda de la verdad carismática —algunas veces trascendental, otras diabólica— la que ha producido las grandes miserias así como los profundos alzamientos que marcan la historia moderna. La «verdad» no conoce restricciones y la «virtud» no acepta límites. Son su propio justificativo. Los opositores son, ya sea ignorantes o perversos y deben ser reeducados o eliminados. Cuanto más violento sea el alzamiento, mayor será la necesidad de imponer una nueva disciplina. Cuando desaparece la espontaneidad, debe reemplazarla la reglamentación.

Así había sucedido en la China forjada por Mao Tse-tung. Sin duda, muchas de las instituciones que él derrocó serían corruptas. Indiscutiblemente, había algo de grandioso en la decisión de Mao de lograr la igualdad en una población de 800 millones y la erradicación de instituciones surgidas en el período de autogobierno ininterrumpido más prolongado del mundo. Pero el sufrimiento que acompañaba a una empresa hasta ahora más allá de la escala humana, era monstruoso. La resistencia primitiva de una sociedad que había crecido debido a choques sofocantes, hacía que de esa figura colosal se desprendieran espasmos aún más intensos. Había desafiado a los dioses en pro de sus aspiraciones.

Para Mao, el comunismo era la verdad. Pero a medida que logró los sueños de su juventud, él —sólo él entre todos los padres del comunismo del siglo xx— atisbaba una verdad más profunda. Descubrió que la evolución del comunismo podría llegar a burlarse de sus propias pretensiones, y que la esencia de China podría transformar sus alzamientos en meros episodios dentro de su aparente continuidad eterna. Millones de almas habían muerto por una sociedad sin clases. Pero a la hora de su realización, se le ocurrió a Mao que el entusiasmo del fervor revolucionario y los estrictos controles necesarios para transformar una sociedad, con el tiempo correrían en contra de las tradiciones de su gente, a la que a la vez amaba y odiaba. El país que había inventado el servicio civil, transformaría la burocracia comunista en una nueva clase de mandarines, más confirmados en sus prerrogativas que nunca, a causa de las máximas de un dogma verdadero. La nación cuyas instituciones habían sido transformadas por Confucio en instrumentos para inculcar las éticas universales, antes de mucho tiempo absorbería y transformaría la materialista filosofía occidental, impuesta en ella por su última dinastía.

El anciano presidente luchaba contra el destino que tan cruelmente se burlaba del sufrimiento y el significado de una vida de duras privaciones. Incapaz de soportar la idea de que lo nuevo se estaba transformando en una confirmación de lo que había tratado de destruir, se lanzaba en campañas cada vez más frenéticas, para salvar a su gente de sí misma, mientras aún le quedaban fuerzas. Muchas revoluciones se han hecho para apoderarse del poder y destruir las estructuras existentes. Nunca su realizador emprendió una tarea tan tremenda y posesiva como la de continuar la revolución mediante revueltas sistemáticas deliberadas, dirigidas contra el sistema que él mismo creó. Ninguna institución era inmune. Cada década se encaraba un nuevo ataque contra la inmensa, abotargada burocracia —el gobierno, el partido, la economía, los militares. Las universidades fueron cerradas por varios años. En un momento, China tenía un solo embajador en el extranjero. Mao destruyó o trató de destruir a todo hombre Número Dos. (Liu Shao-chi, Lin Piao, Teng-Hsiao-p'ing y posiblemente hasta Chou En-lai.) Por la naturaleza de su ubicación, estos hombres se vieron forzados a enfrentarse con los aspectos prácticos y continuados de la vida china, —los mismos problemas que despertaban en Mao la premonición de lo efímero y su muy chino temor de que se desgastarían las características morales de la vida misma.

De este modo, cada diez años, el decadente presidente destruiría lo que él mismo había creado, rechazando la modernización, removiendo la burocracia, purgando a sus líderes, resistiendo el progreso con el fin de mantener valores puros que podrían imponerse, si ello fuera posible a una simple sociedad campesina, encapsulado a sus miembros en su virtud superior, al mismo tiempo que sacrificaban todos los medios para defenderla. En el proceso actuaba como los emperadores que él había reemplazado, en cuyos ambientes habitaba ahora, copiando sus mismas prácticas en el esfuerzo por prevenir el retorno a sus valores.

Una de las ironías monumentales de la historia es, probablemente, que nadie comprendía mejor la inherente futilidad del comunismo que la titánica figura que había realizado la Revolución China. Él tuvo el coraje de aferrarse a las implicaciones de esa visión. El comunismo pragmático lleva al mandarinismo, nacionalismo y los privilegios institucionalizados. Sus críticas hacia la Unión Soviética eran tan hirientes para los rusos porque eran esencialmente ciertas.

Pero el verdadero comunismo lleva al estancamiento, la inseguridad, irrelevancia internacional y la continua destrucción de discípulos por adeptos que prefieren la pureza a la permanencia. Mao, en sus últimas décadas, osciló entre estas dos elecciones. Habiendo comprendido el intrínseco dilema del comunismo, periódicamente permitía una pequeña dosis de modernización, sólo para destruir a aquellos que habían corrompido su visión al cumplir con sus órdenes. Esta serie de alzamientos planeados no le preocupaban tanto todavía, como para que olvidara el tradicional esquema chino de utilizar un grupo de bárbaros para equilibrarlo con otro.

Hasta su muerte, fue eminentemente chino en su certeza de no poner en duda la superioridad cultural de lo que había forjado. Resistió la modernización porque podría destruir lo exclusivo de la China y luchó contra la institucionalización porque resguardaría el fervor ideológico chino. Se ha dicho que las revoluciones destruyen a sus hombres. Con Mao se daba el caso opuesto. Era el mismo que la hiciera quien luego destruía una ola revolucionaria tras otra. Luchó contra las implicaciones de su propia revolución con tanta ferocidad como lo hiciera con las instituciones que originalmente derrocara. Pero se había fijado un objetivo que iba más allá de la capacidad humana. En sus últimos meses, privado de la palabra, limitado a actuar sólo unas pocas horas por día, tuvo suficiente pasión como para lanzar un nuevo exabrupto contra los pragmatistas, representados nuevamente por Teng Hsiao-p'ing. Luego, esa vidente demoníaca y sobrecohedora personalidad, desapareció como el Gran Emperador Ch'in Shih Huang, con el que solía compararse, mientras temía el olvido que había sido su destino. Sus palabras a Nixon, como tantas otras cosas que dijera o intentara, tenían un dejo profético: «Sólo he logrado alterar algunos lugares cercanos a Pekín».

PASEOS, CONVERSACIONES Y BRINDIS

Después de nuestro encuentro con la historia, nos dedicamos al tema práctico de cómo desentrañar de allí una dirección para la política. Yo había delineado a Chou En-lai, en mis dos visitas anteriores, de manera considerablemente detallada, la posición norteamericana ante los asuntos mundiales. Pero sólo el presidente podía otorgarle autoridad final y la convicción necesaria. Mucho dependería de lo que los líderes chinos consideraran la habilidad de Nixon para ejecutar, al mismo tiempo que ellos, una política global destinada a mantener el equilibrio de poder que era el verdadero motivo de su apertura hacia nosotros.

También era necesaria la formal expresión de la nueva relación entre dos países que no habían tenido comunicación por más de dos décadas, sin relaciones diplomáticas ni marco alguno para tratar entre sí. Por lo tanto, el comunicado final era crucial. Se requería un documento igualmente simbólico para los cuadros comunistas como para los observadores capitalistas; capaz de desbrozar las críticas de la ideología izquierdista en China y la derecha conservadora en Norteamérica. Tendría que comprender a Taiwán, pero no permitir que sirviera como manzana de la discordia. Debía sugerir nuestras reales preocupaciones mutuas, sin presentarlas de manera provocativa. Lo requerido era más fácil de decir que de lograr. Durante mi viaje de octubre habíamos hecho grandes progresos. Faltaba ajustar tres párrafos: uno que trataba de la India y Pakistán. Un segundo con el comercio y los intercambios y el tercero, con Taiwán. Tardamos cuatro largas sesiones nocturnas para completarlos.

Mientras tanto, la reunión cumbre de Pekín se desarrollaba en otros niveles, todo delicadamente entretejido por nuestros sutiles anfitriones y nuestros no tan sutiles hombres de avanzada. Los chinos querían servirse de la majestad de su civilización y la elegancia de sus modales, para dar la impresión de que nada era más natural que una relación cada vez más íntima entre el estado más reconocidamente comunista del mundo y la representación máxima del capitalismo. Nuestros hombres poseían objetivos más sencillos. Buscaban obtener planos adecuados en las horas punta de nuestra televisión. Mediante sus propósitos produjeron un espectacular *show*, una serie de visitas presidenciales a los monumentos arquitectónicos y culturales del pasado de China: la Gran Muralla; la Ciudad Prohibida; las Tumbas Ming; el Palacio de Verano y el Templo del Cielo donde los emperadores habían llevado al máximo su engrimiento y pretensiones, al ubicar el exacto centro geométrico del universo dentro de una serie de círculos concéntricos en lo que ahora es el centro de Pekín.

Yo no participé en ninguna de las visitas. Ya había recorrido los puntos de interés en mis dos visitas previas. En realidad los meticulosos chinos me habían utilizado como conejillo de Indias

para el estudio de los horarios requeridos y las medidas de seguridad necesarias, como así también para estudiar la reacción de estos extraños norteamericanos ante las portentosas maravillas de la historia china. Por lo tanto empleé mi tiempo en negociar el comunicado con Ch'iao Kuan-hua y atender los asuntos de Washington como asesor de seguridad del presidente.

Según mis antecedentes, la recorrida de Nixon seguía un libreto previo. No importa cuántas veces se hubiera planeado detenerse, se podía poner el reloj en hora por el momento inicial de la recorrida así como el de la llegada. No obstante, a pesar de cuanta variación hicieran los norteamericanos, nunca estaban bajo presión de sus anfitriones por cumplir un horario. Tenían libertad para recorrer y explorar, o no hacerlo. La planificación siempre se cumplía al minuto. Cuando yo estuve sujeto a esta maravillosa planificación varios meses antes, le pregunté a un miembro del protocolo chino cómo se arreglaban para combinar tanta precisión y amplitud sin ninguno de los sofocones con los que los departamentos protocolares de otros países, incluido el nuestro, demuestran su virtuosismo. Es muy sencillo, contestó el diplomático chino. Los visitantes recibieron solamente la hora de salida y la de llegada y los lugares que visitarían. No estaban bajo presión psicológica alguna como la que produce la planificación minuto a minuto, con la que los encargados del protocolo por lo general atosigan a sus víctimas (y demuestran así lo intrincado de su preparación). En su propia planificación, los chinos repartían el tiempo permitido en segmentos de ocho minutos (a pesar de que aún no sé por qué eligieron esa cifra). Si los visitantes pasaban más tiempo en un lugar que el que les estaba destinado, segmentos equivalentes de ocho minutos se quitaban de otros momentos de la recorrida. Si tardaban menos, se agregaban otros.

En otras palabras, los chinos habían dado en una idea realmente simple: en lugar de que los invitados cumplieran con la planificación de los anfitriones, éstos se acomodaban a los deseos de aquéllos. Por lo tanto, el protocolo chino brinda una extraña sensación de tranquilidad. Despierta tanto el respeto como la admiración, más efectiva aún por parecer totalmente natural.

Con esta preparación previa, los diferentes recorridos turísticos resultaron magníficos espectáculos. Ante cada uno de los lugares prefijados, convergían hordas de camarógrafos, comentaristas televisivos y reconocidos periodistas, ansiosos de registrar las profundas reflexiones de los actores principales. «Esta es una gran pared», dijo Nixon ante el grupo de hombres de prensa reunido frente a la Gran Muralla, dando su aprobación a una de las creaciones más importantes de la humanidad. El hecho de que las excursiones fueran seguidas por las cámaras de televisión, reflejaban más claramente todavía que el mensaje era visual. En la mente del público norteamericano, la televisión estableció la realidad de la República Popular y la grandiosidad de China de manera tal, que ninguna serie de notas diplomáticas hubiera podido hacerlo. Los hombres de avanzada, después de todo, habían hecho su propia contribución a la historia de una manera que yo no comprendí ni aprecié de antemano.

Los actos simbólicos se continuaban todas las noches: banquetes, una exhibición de gimnasia y tenis de mesa en el Palacio de los Deportes. También una representación del asombroso ballet revolucionario titulado *La Liberación Roja de las Mujeres*. Después de mis diez viajes a China, los banquetes parecían ahora muy estilizados. En febrero de 1972 todavía contenían un maravilloso misterio de novedad y estaban impregnados de los delicados toques con que los chinos agasajan a quien consideran un visitante muy especial. Habían conseguido una lista de las melodías favoritas de Nixon y sus espléndidas bandas militares tocaban una selección de ellas en cada comida. Eran cenas totalmente formales. En cuatro de las siete noches que estuvimos en Pekín, fueron banquetes de gala. Uno de bienvenida ofrecido por Chou En-lai; otro de agradecimiento presidido por Nixon y recepciones en nuestro honor auspiciadas por las municipalidades de Hangchow y Shangai. Además, Chou En-lai ofreció una cena privada para la delegación norteamericana en Pekín.

Los banquetes en la Capital tuvieron lugar en el gigantesco «Gran Salón del Pueblo», que conmemora la toma de poder por los comunistas. Su combinación de neoclasicismo y comunista barroco, tan sobrecargado y sombrío en contraste con los sugestivos y sutiles diseños de la China del pasado, enfrenta las paredes bermellón de la Ciudad Prohibida, frente a la Plaza Tien-An-Men. En esa vasta extensión que es enorme aun con la gran masa del edificio que llena una de sus esquinas, el salón aparece como una ballena encallada en la arena, inspirando un temor reverente ante su dimensión y obliterando reflexiones convencionales acerca de su diseño, por el desafío a la mortalidad que representa.

El protocolo que se seguía durante todas mis visitas, era invariable. Se llegaba al salón de

banquetes por una gran escalinata que se elevaba empinada, por varios niveles, hasta una altura considerable. Ningún visitante con problemas cardíacos podría haber llegado al tope con vida. (Existían ascensores, pero durante las visitas presidenciales la comitiva era tan extensa, que debíamos utilizar las escalinatas.) Los líderes chinos nos esperaban junto a la misma. Se habían colocado varios bancos de madera, en filas ascendentes, para que funcionarios diligentes nos ubicaran exactamente de acuerdo al protocolo, según nuestra jerarquía, para tomar las obligadas fotografías de grupo. No importaba cómo era de grande el grupo, todo el proceso de la fotografía se terminaba en no más de tres a cinco minutos. Los invitados de honor eran luego escoltados hasta el salón de banquetes a los sones de una marcha y estrechaban las manos de una larga fila de dignatarios. El salón puede acomodar hasta tres mil invitados. Durante la visita de Nixon, éramos cerca de novecientos, pero las grandes mesas redondas estaban acomodadas de tal manera que no daban la impresión de espacios vacíos. Las mesas cabeceras estaban ubicadas al pie de un escenario donde se colocaban dos juegos de micrófonos, uno para el líder que propusiera un brindis; el otro para el intérprete. Me senté a la mesa con los Nixon y los Chou En-lai, a pesar que estaba demasiado lejos para participar de su conversación. La atmósfera era cordial. No sólo los diferentes platos servidos parecían no tener fin, sino que cada chino en su mesa, según la tradición, se aseguraba que cada plato que se servía a los norteamericanos estuviera cubierto de montañas de comida.

Luego llegó el momento interminable de los brindis. Tomamos *mao-tai*, ese endemoniado brebaje que según mi parecer no se utiliza como combustible para aviones sólo porque es demasiado explosivo. Recibí una confirmación de mis sospechas cuando, de regreso a Washington, Nixon quiso demostrarle a su hija Tricia, la potencia de la bebida. Volcó una botella de *mao-tai* en un bol y le prendió fuego. Ante su espanto, el fuego no se apagaba: el bol explotó y regó con *mao-tai* encendido la mesa. Los esfuerzos desesperados de la Primera Familia, lograron extinguir el fuego justo antes de que ocurriera una tragedia nacional. De no haber sido así, la administración Nixon hubiera llegado a un fin prematuro provocado por su propia responsabilidad, mucho antes de lo que luego sucedió.

Los chinos, sólo bebían al brindar con un norteamericano. Esto se hacía mediante un alegre «*gam bie*» —que significa «hasta el fondo»— y se hacía literalmente. Cada vez debe vaciarse la copa; el individuo que ofrece el brindis se asegura de que no hay trucos, mostrando su copa vacía para desafiar a su vecino a que lo haga también. Puesto que había dos chinos por cada uno de nosotros y estaban más acostumbrados a su bebida nacional, a medida que avanzaba la velada se notaba una marcada exhuberancia. Afortunadamente, los discursos habían sido preparados de antemano. Sólo en Shangai nos dejamos desbordar por la euforia, cuando Nixon propuso lo que parecía una alianza defensiva militar en el único brindis improvisado del viaje (*). Por fortuna, a esa hora, la gente de la prensa también estaba envuelta en los vahos del *mao-tai*. Los corresponsales tampoco buscaban un titular para la gran historia del Comunicado de Shangai. Mi problema con estos banquetes era que generalmente debía reunirme con Ch'iao Kuanhua *después* de cada uno de ellos, durante varias horas para trabajar en el borrador. Le dije una vez que dado el buen ambiente reinante, podríamos negociar en chino.

No obstante los banquetes, transmitidos en vivo en los *shows* norteamericanos de la mañana, cumplían un propósito muy serio. Comunicaban rápidamente y de manera espectacular a los habitantes de ambos países, que se había forjado una nueva relación. En un discurso de bienvenida excepcionalmente cálido, en el primer banquete de gala, Chou En-lai proclamó que, a pesar de las diferencias ideológicas, podrían establecerse relaciones normales de estado a estado, sobre la base de los cinco principios de coexistencia. No hizo referencia alguna a Taiwán. Específicamente renunció a recurrir a la guerra para resolver las disputas. Esto hizo evidente lo que ya habíamos aprendido en privado. Era otra insinuación, si bien implícita, de que ya no debíamos temer una intervención militar china en Indochina. Este conocimiento previo nos sirvió de ayuda cinco semanas después, cuando se desató sobre nosotros la ofensiva de Vietnam, especialmente acompañada por similares (si bien no tan elocuentes) afirmaciones de Moscú.

(*) «Esta gran ciudad, en el pasado, fue víctima de muchas agresiones extranjeras y ocupaciones. Nosotros los norteamericanos nos unimos al deseo de las gentes de la China de que nunca jamás la dominación foránea, la ocupación extranjera, visite esta ciudad o cualquier otra zona de la China o de cualquier otro país independiente del mundo. Señor primer ministro, las gentes de nuestros dos países tenemos esta noche el futuro del mundo en nuestras manos.»

Nixon respondió de una manera más emocional. Había estudiado el bosquejo que yo le presentara, dándole sus toques personales y agregándole citas de Mao. Enfatizó que compartíamos intereses comunes que trascendían el abismo ideológico (sin especificar no obstante cuáles eran):

¿Qué herencia le dejaremos a nuestros hijos? ¿Estarán destinados a perecer por los odios que plagaron el viejo mundo? ¿O estarán destinados a vivir porque tuvimos la visión de construir uno nuevo?

No hay razones para que seamos enemigos. Ninguno de nosotros busca conquistar el territorio del otro. Ninguno de nosotros busca dominar al otro. Ninguno de nosotros se propone extender la mano y dominar al mundo.

El presidente Mao ha escrito: «Hay tantos hechos que exigen ser realizados y siempre con urgencia. El mundo sigue su marcha. El tiempo pasa. Diez mil años es un plazo muy largo. Aprovechemos cada día, aprovechemos cada hora».

Esta es la hora. Este es el día para que dos personas se eleven a la grandeza que podrá construir un mundo nuevo y mejor.

Después de mis numerosos viajes, los banquetes, los brindis, y la música se habían hecho algo común. Pero debo confesar que en esta primera ocasión en que el premier chino comenzó a caminar entre las mesas, brindando con cada uno de los norteamericanos de la comitiva oficial, individualmente, mientras la banda de un ejército que hacía dos décadas había estado en guerra con nosotros, tocaba «América la Hermosa», me sentí muy conmovido. De cualquier manera, cuando Richard Nixon pudo citar a Mao para apoyar la política exterior norteamericana el día del cumpleaños de Washington, era evidente que se había producido una revolución diplomática.

El simbolismo sólo tenía significado si podía igualarlo con hechos. Esto se intentó en tres niveles: se realizaron reuniones entre el secretario de estado y el ministro de relaciones exteriores y sus equipos, dedicados a las obsesiones del Departamento del Lejano Oriente. La promoción de más comercio e intercambio de personas —en otras palabras, el tema de las conversaciones de Varsovia durante muchos años. Estas reuniones servían también para mantener ocupadas a las delegaciones del Departamento de Estado mientras Nixon entrevistaba a Mao y Chou. (Nixon estaba convencido —y así se lo dijo a Chou— de que «nuestro Departamento de Estado perdía como un colador».) Este grupo se reunía en la casa de huéspedes reservada para el secretario de estado. El mayor problema era prevenir a los chinos, cuyas comunicaciones internas no eran tan constreñidas como las nuestras, de que revelaran a los ministros de relaciones exteriores en sus reuniones, temas que ya habían sido virtualmente arreglados en otros foros, tal como la estructura y el contenido del comunicado. Yo no concurrí a ninguna de estas reuniones.

El segundo nivel de las reuniones, eran las sesiones diarias entre el presidente Nixon y el premier Chou En-lai, por las tardes, después de los paseos de la mañana. Cuatro de éstas tuvieron lugar, con una duración aproximada de doce horas, alternando entre el Gran Salón del Pueblo y la Residencia de huéspedes donde se alojaba Nixon. Nixon y Chou revisaron la situación internacional y explicaron el paralelismo de puntos de vista y la cooperación de facto entre ambos países, que se había desarrollado desde mi viaje secreto a Pekín. Nuestro grupo estaba representado por Nixon y yo, Winston Lord y John Holdrige, pertenecientes a mi equipo.

El tercer nivel lo constituía la redacción de un comunicado que involucraba al vice ministro de relaciones exteriores Ch'iao Kuan-hua y a mí, principalmente, con ocasionales consultas a los jefes de estado. Esta planificación llevó un total de veinte horas aproximadamente, con dos horas adicionales entre Chou En-lai y yo. En dos oportunidades Chou se presentó a nuestra reunión para pedirme que le aclarara un punto personalmente. Nos reunimos en otra casa de huéspedes, reservada normalmente para las deliberaciones de los chinos.

Pero antes de que se produjeran estas reuniones, Chou y yo tuvimos que preparar el libreto para asegurarnos de quién participaría en las mismas y quién estaba informado de cada uno de los temas. Después de veinte minutos de terminada la reunión con Mao, Chou y yo conferenciamos durante una hora en la casa de huéspedes reservada para la redacción del comunicado. Mi principal tarea era indicar a Chou qué temas debían tratarse en cada grupo. «Los norteamericanos pensamos», dije, «que los chinos son complicados y nosotros somos sencillos. Pero cuando me escucho hablar, me parece que nosotros somos los complicados y ustedes mucho más simples». Chou trataba a los exóticos norteamericanos con aplomo. En contraste con los

soviéticos, con los que ninguna negociación secreta estaba completa sin algún intento de enfrentar nuestros diferentes canales entre sí, los chinos no dejaban nada librado al azar. Preparaban las reuniones y mantenían la información dividida en secciones, como si hubieran estado interiorizados de nuestras extrañas tácticas desde toda la vida. Resultó que a Chou no le importaba mantener a su ministro interino del exterior Chi P'eng-fei ocupado en otra cosa. «Tiene sus limitaciones» —le explicó Chou secamente a Nixon.

Antes de que Chou y yo pudiéramos discutir temas substanciales, requirió nuestra atención otro asunto típicamente norteamericano. Debido a las comunicaciones modernas, el presidente, dondequiera que esté, está siempre a cargo del gobierno. Pero cada presidente cree que necesita algún hecho simbólico para reafirmarlo. Para este viaje, se había decidido que el presidente firmaría, ante la prensa reunida, una ley que serviría para arbitrar una solución para una huelga de portuarios en la Costa Oeste. Al mismo tiempo, haría una declaración, pidiendo al Congreso que se ocupara de la legislación laboral. Los genios de Relaciones Públicas sin duda pensaban que estos eran temas ideales para que emanaran de la capital de un país que se llamaba a sí mismo el País de los Trabajadores. Todo hubiera andado bien, si no fuera porque uno de los hombres de avanzada concibió la idea de que Nixon podría regalarle a Chou En-lai la lapicera con la que se firmara la ley. Por vez primera, nuestro imperturbable anfitrión, se mostró desconcertado. Nunca había oído de esa costumbre de obsequiar las lapiceras presidenciales, con las que se firman documentos públicos. No le gustó el papel que le correspondía en esa ocasión, cuando se lo expliqué. Señaló con mucho tacto que aceptar la lapicera podría representar un acto de intromisión en nuestros asuntos internos. Tal vez, sugirió tratando de colaborar, si insistíamos en obsequiarle una lapicera, podríamos enviarle otra después de regresar a nuestro país. Finalmente le dije a Chou que sería mejor para todos que dejáramos las cosas como estaban y no se preocupara más.

Por fin Chou y yo llegamos al momento de revisar el comunicado. Tres puntos necesitaban discusión todavía: las declaraciones de ambas partes sobre India y Pakistán, bosquejadas en mi viaje de octubre, habían sido sobrepasadas por la crisis de noviembre y diciembre. No tuvimos problemas en revisarlas. La escasa sección dedicada a comercio e intercambio, según nuestro punto de vista, necesitaba ser ampliada. Era un índice por el cual el público norteamericano podría medir el progreso realizado. La sección sobre Taiwán, finalmente, estaba incompleta. Acerca de esto, ninguno de los proyectos de ambas partes era aceptable para la otra. Chou y yo estuvimos de acuerdo en que quedaban muchas negociaciones por delante.

La primera reunión oficial a la que concurrieron las delegaciones en pleno de ambos países, fue una sesión plenaria breve el lunes 21 de febrero por la tarde. La cooperación tácita estaba bastante bien lograda, puesto que cada uno de los líderes, aparentemente de manera espontánea, propuso un plan que ya había pensado otra parte. Chou presentó como su propio programa el mismo plan que yo le sugiriera menos de media hora antes. De este modo se evitó la responsabilidad de formar un grupo aparte con los ministros del exterior y mucha de la preocupación interna. Para no ser menos, Nixon propuso su oposición a comunicados redactados en «medias tintas». En reuniones de tanta importancia, declaró, los líderes demostrarían su fuerza al no temer reconocer sus diferencias. Chou accedió muy satisfecho de que el comunicado siguiera un formato que él propusiera originalmente en octubre. Una vez aclaradas las trabas burocráticas, la reunión concluyó con las declaraciones de Nixon, que dio la nota proclamando que según él los países se agrupaban no por sus ideologías, sino por la política exterior que conducían.

La siguiente reunión se realizó con una concurrencia más restringida y se ocupó de temas más serios. El martes por la tarde, Nixon con mucha habilidad y sucintamente, le describió a Chou En-lai los lineamientos de la política norteamericana. Repitió que su diplomacia se basaba en la política exterior de otras naciones y no en sus estructuras domésticas. Las acotaciones que hiciera en Kansas City en julio de 1971, a pesar de ser improvisadas, habían reflejado perfectamente su bien considerada convicción de que estaba surgiendo un nuevo orden en el mundo, basado en los cinco centros de poder: los Estados Unidos, la Unión Soviética, China, Japón y Europa Occidental. Norteamérica no tenía objetivos territoriales en el Asia y estaba convencido de que la China tampoco los tenía en nosotros. De ese modo, existía la base para una relación de cooperación. Nuestra amistad y alianza con el Japón eran del interés de China, indicó Nixon, ya que garantizaba que seríamos un factor importante en el Oeste del Pacífico, para equilibrar las decisiones de otros. Además evitaría que el Japón buscara una senda de nacionalismo militar. Era por eso que nuestra presencia en las Filipinas y aun Corea del Sur, contribuía a la seguridad

de China, al mantener un equilibrio de poder en zonas aledañas a ella. Nixon resumió nuestros esfuerzos para obtener una negociación con Vietnam. No impondríamos allí una solución política, como quería Hanoi. Si lo hacíamos, ningún otro país volvería a confiar en nosotros —implicando que nuestra confiabilidad era también relevante en cuanto concernía a la seguridad China. Le advirtió que reaccionaríamos enérgicamente si Hanoi lanzaba otra ofensiva importante en 1972.

Con respecto a Taiwán, Nixon enunció algunos principios fundamentales que yo ya le sugiriera a Chou: que no propiciaríamos una solución «con dos Chinas» a «una China.un Taiwán». Tampoco animaríamos a otros países a reemplazar nuestra posición militar en la isla. Nixon expresó su deseo de completar el proceso de «normalización» durante su segundo término presidencial. No dejó entever nuestras condiciones para ello pero tampoco dejó dudas de que insistiría en una solución pacífica. También aclaró que el retiro de nuestras fuerzas dependería del estado de tensión del área. Nixon afirmó en repetidas ocasiones que no haría «tratos secretos» sobre Taiwán; no los hizo.

Chou, como siempre, se mostraba impasible durante las presentaciones de Nixon e incisivo en las propias. No dejó duda alguna de que temía al expansionismo soviético sobre todas las cosas. El sudeste asiático era el ejemplo más reciente, a pesar de que la vocación imperialista de la India ya estaba bien desarrollada aun antes de que la Unión Soviética hiciera su contribución al conflicto. El principal problema, según el modo de ver de la China, era mantener el equilibrio de poder en el mundo; consideraba que el desentendimiento entre los Estados Unidos y la nueva China había concluido. La tarea ahora sería lograr la unidad en contra de aspiraciones hegemónicas.

La forma en que Chou trató el tema Vietnam, fue una obra maestra de aproximación indirecta. Le replicó a Nixon más con pena que con enojo. Demostró «compasión» por los norvietnamitas, pero no alegó intereses comunes. Indicó que la obligación de ayudar a Hanoi no provenía de una solidaridad ideológica y mucho menos de intereses nacionales idénticos, sino de una deuda histórica que China tenía con Vietnam desde su pasado imperial. China no se refirió a la posibilidad de continuar las negociaciones. Reiteró que las diferencias entre China y los Estados Unidos se arreglarían pacíficamente. Interpretamos esto como que China no intervendría militarmente en Vietnam; que Vietnam del Norte no era una extensión de la política china y que Chou trataba a Vietnam principalmente en el contexto de aspiraciones soviéticas a largo plazo en el sudeste asiático. Su argumento principal era terminar rápidamente la guerra, era que ésta hacía que Estados Unidos se empantanara en ella cada vez más y restaba de esa manera sus energías para otras zonas más importantes del mundo. Chou criticó nuestra posición negociadora de manera superficial. Urgió nuestro retiro militar de Vietnam. En ningún momento impulsó el programa político de Hanoi —y de nuestros críticos— de que se formara un gobierno de coalición y se destituyera a Thieu.

Con respecto a Taiwán, Chou enfatizó repetidamente la intención china de «liberarla» pacíficamente, a pesar de que continuaba insistiendo en que el proceso era un asunto interno de China. La impresión general que dejó Chou, así como Mao, era que las diferencias continuadas sobre Taiwán eran secundarias a nuestra mutua y primaria preocupación acerca del equilibrio internacional. La divergencia de puntos de vista sobre Taiwán no sería óbice para perturbar la nueva relación que se había creado, basada en intereses geopolíticos. El motivo principal del viaje de Nixon —y del Comunicado de Shangai— era posponer el tema de Taiwán para el futuro, permitir a las dos naciones cerrar una brecha de veinte años y perseguir políticas paralelas en las que coincidían sus intereses.

Tal es la esencia de las muchas conversaciones que se realizaron, especialmente del lado chino, con extraordinario tacto y sutileza. No había compromisos mutuos, ni siquiera un intento de definir una acción coordinada. Se desarrolló una extraña clase de sociedad, tanto más eficaz porque nunca se formalizó. Había comenzado en mi viaje secreto en julio y continuó durante la visita de octubre. Culminó y fue legitimado por las hábiles y lúcidas presentaciones de Nixon en su viaje a China. Luego se lo elaboró en mis seis visitas subsecuentes. Dos grandes naciones buscaban cooperación, no a través de pactos o convenios formales sino armonizando sus respectivas maneras de comprender los temas internacionales y sus intereses, con respecto a ellos. La cooperación fue entonces algo psicológico, no sólo una necesidad legal.

Es por esto que Chou no pasó casi todo su tiempo con Nixon discutiendo el Comunicado 9 (al que se refirieron luego de manera breve y tangencial) ni las decisiones operacionales. El foco

de la discusión —durante la visita de Nixon y en mis encuentros separados con Mao o Chou, Teng Hsiao-p'ing' o embajadores chinos— estaba puesto en los requerimientos para lograr un equilibrio de poder, el orden internacional y las tendencias de largo alcance de las políticas del mundo. Ambas partes comprendían que si estaban de acuerdo en esos elementos, naturalmente se produciría una estrategia de acciones paralelas. De no ser así, las decisiones tácticas tomadas individualmente serían efímeras y estériles.

* EL COMUNICADO DE SHANGAI

En realidad, nuestras interpretaciones se tornaron fríamente armónicas. No obstante, las estrategias paralelas requerían alguna expresión tangible. El comunicado que daría fin a la visita sería un símbolo para el mundo y nuestros dos países. También serviría de guía a ambas burocracias (que no tendrían otro acceso a los intercambios) acerca de la nueva dirección de la política. Sería la piedra de toque de la relación entre dos países cuyos lazos diplomáticos permanecerían invariables, mientras Washington continuara reconociendo oficialmente a Taipei como sede del gobierno de toda China.

En muchos de los temas controvertidos, como ya dije, nos habíamos puesto de acuerdo durante mi visita de octubre, incluyendo el formato sin precedentes de exponer puntos de vista conflictivos. Estas presentaciones opuestas agregaban énfasis y credibilidad a aquellos puntos en los que podríamos garantizar una posición común, especialmente con respecto a la «hegemonía» que se nos enfrentaba (la nueva palabra en código para referirnos al expansionismo soviético). El comunicado, por lo tanto, estaba menos sujeto a interpretaciones erróneas o elaboración inconsistente por ambas partes, que en el caso de un documento normal tiende a falsear tanto acuerdos como desacuerdos. Los primeros para dar la impresión de armonía; los segundos para evitar cargos de enfrentamientos. Era más tranquilizador para nuestros respectivos aliados y amigos.

No obstante, el asunto de Taiwán era espinoso. Durante mi visita de octubre, acordamos que cada parte, como en otros casos, dejaría en claro su propia situación. Pekín reclamaba para sí ser el único gobierno legal de la China e insistía en que Taiwán era una provincia china. Decía que el futuro de Taiwán era un asunto interno. Para nuestra declaración estuvo de acuerdo en no desafiar el punto de vista mantenido por los chinos, sobre ambas márgenes del estrecho de Taiwán. «Los Estados Unidos reconocen lo que todos los chinos, a ambas márgenes del estrecho de Taiwán mantienen: que sólo hay una China y que Taiwán es una provincia de China y no desafía esa posición.» Pekín, por su parte, había acordado no atacar —ni siquiera mencionar— nuestro tratado de defensa con Taiwán en las declaraciones acerca de su propia posición, al solicitar la evacuación de todas las tropas norteamericanas. Pero cuando Nixon llegó a Pekín, todavía diferíamos sobre las consecuencias de la declaración acordada sobre la unidad de China. Los chinos querían que dijéramos que nuestra «esperanza» era una solución pacífica. Nosotros insistimos en afirmar que era de interés norteamericano; más aún «reafirmarlo», lo que implicaba un compromiso continuado. Los chinos querían que nos dedicáramos por entero al total retiro de las fuerzas norteamericanas en Taiwán. Nosotros no queríamos ir más allá de describir nuestro retiro como un objetivo y aún entonces, insistíamos en unirlo a una solución pacífica del problema de Taiwán y suavizar las tensiones en Asia en general.

En las veinte horas que Ch'iao Kuan-hua y yo necesitamos para resolver estas apreciaciones conflictivas, exactamente como durante mi viaje secreto, cada parte apremiaba a la otra contra el límite de tiempo, para probar quién tenía más resistencia. La determinación mutua estaba enmascarada tras una extrema afabilidad. La mejor manera de ejercer presión contra la otra parte era pretender que no existía una fecha tope. La conducta conciliatoria aumentaría la sensación de urgencia, sin producir desgaste personal. Sin embargo, a pesar de que las presiones son infaltables en toda negociación, las conversaciones se realizaban con delicadeza poco común. Cada parte se cuidaba de no hacer demandas irrevocables o de regatear, como si un movimiento de una de ellas, requiriera una concesión de la otra. Por diferentes razones, Taiwán representaba cuestiones de principios para ambos países. Sugerir que los principios tienen un precio, puede ser ofensivo. Es por ello que ambas partes se conducían como si tuvieran que resolver un problema común, no mediante un rígido regateo, sino por entendimiento mutuo. Ambos tratamos de explicarnos mutuamente nuestros problemas internos con gran sinceridad, puesto que sabía-

mos que el Comunicado no sobreviviría si lo negociábamos mediante engaños o se lo encontraba inaceptable en nuestro país. Reconocimos que sobre algunos puntos, lo único que pueden lograr los negociadores es ganar tiempo con dignidad. Acerca de Taiwán, habría que dejar la resolución final a un futuro que a su vez, estaría condicionado por la relación que surgiría del resto del comunicado y la forma en que se lo negociara.

Mientras Nixon atendía asuntos de la Casa Blanca, Ch'iao y yo pasamos el primer día de negociaciones repasando el borrador existente renglón por renglón, para confirmar los puntos negociaciones repasando el borrador existente renglón por renglón, para confirmar los puntos sobre los que ya había acuerdo. Le expliqué nuestros requerimientos sobre Taiwán. Ch'iao señaló que no estaba autorizado para cambiar las proposiciones chinas existentes. Decidí dejar las cosas así por un día y utilicé la «sesión negociadora» del segundo día —el 23 de febrero— para informar a los chinos sobre los acuerdos que planeábamos conseguir en nuestra reunión cumbre en Moscú.

Los chinos no se mostraban nada satisfechos con nuestra política hacia Moscú, pero tendrían que ajustar esta realidad a un triángulo diplomático. Tanto nosotros como ellos teníamos un interés común en prevenir que la Unión Soviética alterara por cualquier motivo el equilibrio de poder del mundo, incluido un ataque a China. Pero tampoco teníamos interés en una permanente hostilidad con Moscú, a no ser que éste amenazara el equilibrio internacional. Como superpotencias nucleares, nos veíamos en la obligación de minimizar el riesgo de una confrontación nuclear. Pekín, sin duda, hubiera preferido un esquema más sencillo de abierta hostilidad entre Washington y Moscú. Esto hubiera facilitado sus cálculos y mejorado su posición negociadora. Nuestras necesidades eran más complicadas. Los imperativos domésticos de Pekín lo empujaban a una confrontación. Los nuestros a demostrar al pueblo norteamericano y a nuestros aliados, que no éramos la causa del conflicto; de lo contrario el Congreso desmantelaría nuestras defensas y los aliados nos abandonarían. Sólo a partir de una plataforma conciliadora podríamos conseguir apoyo para actuar firmemente durante una crisis. Estábamos preparados para enfrentar la expansión soviética, pero no dispuestos a rechazar antes de lo que fuera necesario, la opción para un genuino relajamiento de las tensiones con Moscú, si esto a su tiempo podría lograrse. Por lo tanto debíamos asegurarnos de que China comprendía nuestros propósitos y no se sorprendería de nuestras acciones. Manteníamos a Pekín constantemente al tanto de nuestros movimientos. Tratábamos de evitar toda implicación de condominio. Lo que no podíamos hacer, era darle a Pekín un veto acerca de nuestra relación con Moscú, como tampoco dárselo a éste con respecto a China. Era un juego tridimensional, pero cualquier simplificación, representaría una catástrofe. Si aparecíamos indecisos o inclinados hacia Moscú, Pekín trataría de lograr acuerdo con la Unión soviética. Si adoptábamos una actitud pro-china, no obstante, ni siquiera ayudaríamos a Pekín. Más aún, podríamos tentar a los soviéticos a que tomaran la iniciativa de un ataque sobre China y de esta manera, enfrentarnos con decisiones de enorme riesgo.

La fecha tope que Ch'iao y yo teníamos, era la de la partida de Nixon desde Pekín hacia Hangchow, en la mañana del 26 de febrero. Habría poca oportunidad de negociar mientras viajáramos y sería difícil para los líderes chinos reunir el Politburó para ratificar las conclusiones. El tercer día de nuestras negociaciones, el 24 de febrero, Nixon y su comitiva estaban visitando la Gran Muralla. La verdadera negociación entre Ch'iao y yo comenzó cuando sólo nos quedaban algo así como treinta y seis horas. En una sesión de dos horas y media, esa mañana, Ch'iao propuso nuevamente la fórmula de que los Estados Unidos «esperaban» una solución pacífica para Taiwán. Nos pidió que afirmáramos —aparte de toda otra condición— que los Estados Unidos «progresivamente reducirían y finalmente retirarían todas las tropas e instalaciones militares de Taiwán». Yo rechacé este planteamiento, diciendo que amenazaba por entero nuestra relación, porque la opinión pública norteamericana nunca lo permitiría. Ch'iao y yo nos reunimos brevemente a la tarde, para permitirme ofrecer un compromiso, lo que era, en realidad, una versión levemente modificada de nuestra propuesta original. Continuamos relacionando los retiros con una «premisa» para una resolución pacífica de la cuestión de Taiwán y la reducción de tensiones en el Lejano Oriente, creando de ese modo un vínculo con Vietnam. Ch'iao prometió estudiar la propuesta. Después de la medianoche, luego de otro banquete, Ch'iao la rechazó. Con sólo dieciocho horas por delante para la negociación, estábamos estancados. El viernes 25 de febrero, Ch'iao y yo volvimos a reunirnos durante noventa minutos por la mañana, mientras Nixon recorría la Ciudad Prohibida. Ninguno de los dos demostró estar muy apurado. De-

jamós deslizar ideas, «pensando en alta voz», permitiendo que ambas partes pretendieran no estar comprometidas. Yo insistí en alguna forma de condicionamiento para el retiro de tropas norteamericanas, especialmente en lo que atañía a una solución pacífica. Esa tarde, Ch'iao y yo nos reunimos dos veces más, mientras Nixon descansaba. A las 14:25 horas, Ch'iao se presentó con una formulación que por primera vez satisfizo nuestro principio básico, China no objetaría nuestra insistencia en una solución pacífica para Taiwán, mientras incluyera una referencia al total retiro de tropas de los Estados Unidos. Le prometí una rápida contestación.

Luego de conferenciar con mis colaboradores, y más tarde con el presidente, volvimos a encontrarnos a las 15:30 horas. Se me había ocurrido la idea de separar ambos problemas —el objetivo final de un retiro total y nuestro consentimiento para retirar tropas gradualmente en el intervalo, que hasta entonces figuraban en la misma frase. Mi propuesta era relacionar el retiro final a la premisa de un arreglo pacífico y unir la reducción progresiva de fuerzas a la gradual disminución de «tensión en el área». Ch'iao demostró algún interés. Prefería hablar de una «perspectiva» para un arreglo pacífico, más que de una «premis», explicando que tenía una connotación más activa y bilateral. Una «premis» parecía más una imposición unilateral de Washington. Yo pensé que esto era, desde nuestro punto de vista, aún mejor. Implicaba algún grado de compromiso de parte de los chinos. De cualquier modo, yo no pensaba que el destino de Taiwán pudiera estar determinado por tales sutilezas de lenguaje. Ch'iao aún no estaba preparado para relacionar nuestro retiro con nuestro otro requerimiento: la disminución de «tensión en el área».

Yo estaba convencido de que habíamos conseguido una apertura. En toda negociación llega un punto donde ambas partes han llegado demasiado lejos para retroceder. Las concesiones mutuas acumuladas crean su propio impulso; en cierto momento, el retractarse pone en tela de juicio la probidad de los negociadores. Mao había insinuado este mismo principio en su forma normalmente indirecta, al decirle a Nixon que un arreglo no era esencial. «Si fallamos la primera vez, la gente se preguntará ¿porqué no pudimos ganar la primera vez? La única respuesta será que tomamos el camino equivocado. ¿Qué dirán si tenemos éxito la segunda vez?» Mao estaba en lo cierto. Un fracaso inicial perturbaría un éxito posterior. «¿De qué servirá si permanecemos estancados?»

Chou se nos unió en las negociaciones durante media hora esa tarde, claro indicativo de su confianza en que no fallaríamos la primera vez. No necesitábamos a Chou para confirmar un «impasse». Su presencia demostraba que tomaría a su cargo la responsabilidad para el requerido compromiso. Le expliqué nuevamente que no podíamos hacer compromisos incondicionales de retirar las tropas y que las condiciones para un retiro aunque fuera parcial, debían ser realistas y fáciles de explicar a nuestro público. Naturalmente teníamos un interés en la solución pacífica del asunto Taiwán y la guerra en el sudeste asiático influiría decididamente sobre nuestro retiro de Taiwán. Al dejar en claro estos conceptos con honestidad, podríamos defender el comunicado en nuestro país. De no ser así, nos veríamos forzados a imponer las mismas condiciones unilateralmente, minando así esa confianza mutua que era el propósito crucial de las negociaciones y de la visita. Chou dijo que volvería a estudiar mis argumentos.

En realidad, había una incongruencia entre la intensidad de la discusión y su importancia intrínseca. Chou sabía muy bien que el tema Taiwán no podía resolverse durante la visita presidencial. En realidad, cualquier tentativa de hacerlo así, sería en contra del objetivo de China de establecer una relación de cooperación. Produciría ya sea una tormenta doméstica en nuestro país o un punto muerto en Pekín. Cualquiera de estas contingencias ahogaría la nueva relación desde un comienzo. El objetivo fundamental de ambas partes, no era territorial sino geopolítico. Cada uno había llegado a la conclusión de que necesitaba del otro para mantener el equilibrio de poder. Las necesidades chinas eran algo mayores desde el punto de vista de la seguridad: las nuestras lo eran desde el psicológico. Nosotros requeríamos capacidad de maniobra para nuestra diplomacia y poder dar alguna esperanza a nuestra gente, después de una atormentada década tanto en nuestro país como en el extranjero.

Las cosas hubieran concluido allí sin más ni más, de no habernos vistos obligados a pasar a un cuarto intermedio, para una breve reunión entre Nixon y Chou, luego de la cual tuvimos banquete. El brindis de Chou En-lai fue más bien breve y marcó las «grandes diferencias entre nuestras partes». A pesar de que tanto Nixon como Chou habían repetido este mismo punto durante toda la semana en sus discursos, y aún cuando Chou En-lai al finalizar su brindis se refirió al compromiso chino de amistad con los Estados Unidos, algunos periodistas inquietos

pensaron que habían detectado cierta «tensión» repentina en las negociaciones debido a que las cortesías de los brindis y el ambiente general del banquete parecía algo frío comparado con la euforia de la primera noche. Puesto que ambas partes habían acordado mantener secreta la substancia de las conversaciones, la prensa, con tan pocas indicaciones debe ser disculpada por tratar de explotar al máximo cualquier posibilidad dramática. El hecho es que, en el momento del banquete, ya se había logrado acuerdo en el comunicado —con excepción de algunas pequeñas discrepancias dentro de nuestra delegación. Nixon y Chou, en su reunión de una hora el viernes por la tarde, ni siquiera discutieron el comunicado. Si la conversación en la cabecera de la mesa parecía decaer, era en parte debido al agotamiento general y a las sucesivas y prolongadas sesiones nocturnas, especialmente entre los negociadores. Por otra parte estábamos sentados en estricto orden protocolar, es decir que nos encontrábamos entre las mismas personas en todos los banquetes. Inevitablemente, para ese entonces, habíamos agotado todos los temas sociales menores. La prensa norteamericana asumió por su cuenta y riesgo que su presencia, por cierto una cobertura intensiva de los medios de comunicación, hacía que Nixon resultara vulnerable a la «presión» china, pues necesitaba un resultado exitoso, —como si los chinos no estuvieran ante el mismo problema, si no mayor aún. Cualquiera fuera la causa, publicaron titulares sensacionalistas «Los brindis del banquete parecen indicar que hay problemas» (en el *Washington Star*) o «Las conversaciones Nixon-Chou En-lai parecen estar estancadas» (en el *Washington Post*) y otros igualmente antojadizos acerca de una «impasse», basados en informaciones inexistentes.

Ch'iao y yo nos volvimos a encontrar a las 22:30 horas, después de este banquete del viernes y arreglamos el tema principal en quince minutos. Inmediatamente aceptó todas las proposiciones norteamericanas, como yo se las explicara a Chou. Durante la conversación, logramos que Ch'iao estuviera de acuerdo con nosotros en que reconociéramos a Taiwán como una «parte» más que una «provincia» de China, eliminando así una insinuación de subordinación. El párrafo más importante ahora rezaba así:

La parte norteamericana declara: los Estados Unidos reconocen que todos los chinos a ambas márgenes del estrecho de Taiwán, mantienen que sólo hay una China y que Taiwán es una parte de China. El gobierno de los Estados Unidos no discute esa posición. Reafirma su interés en un arreglo pacífico de la cuestión Taiwán, por los chinos mismos. Con esta perspectiva in mente, afirma su fundamental objetivo de retirar todas las fuerzas e instalaciones militares de Taiwán. En el interín, progresivamente reducirá sus fuerzas e instalaciones militares en Taiwán, a medida que disminuya la tensión en el área.

Hice pasar en limpio el párrafo correspondiente a Taiwan y se lo llevé a Nixon, que estaba en la casa de huéspedes junto a la nuestra. Igual que en todas las negociaciones, una vez que estuvimos de acuerdo en los objetivos generales, Nixon dejó la conducción de las conversaciones en mis manos. No prestó mayor atención a las diferentes variaciones, hasta que hubo una versión que requería su aprobación final. En un momento le solicité que escribiera una acotación al margen sobre uno de los borradores de Taiwán, que luego le mostré a Ch'iao para enfatizar mi insistencia ante los condicionamientos para nuestro retiro. Habíamos llegado al momento de la decisión. Teníamos un borrador que se consideraba aceptable. El viernes a las 23:50 horas lo revisamos en detalle. Al compararlo con bosquejos anteriores comprendimos que habíamos logrado nuestro objetivo básico. *Reafirmaríamos* nuestro interés en una solución pacífica del asunto de Taiwán. Nuestro acuerdo con el principio de retiro total de nuestras tropas de Taiwán, se fijó como un objetivo *esencial* unido a la *perspectiva* de un arreglo pacífico del asunto Taiwán (dando a entender que había cierto fundamento para esperararlo). Los retiros de tropas hasta entonces, dependerían de la reducción de la tensión en el área. Ambas partes comprendían que el papel norteamericano en la defensa de Taiwán no dependía de las pocas fuerzas que allí había, que eran especialmente personal de comunicaciones para nuestras operaciones en el sudeste asiático. El verdadero papel de la seguridad norteamericana en Taiwán, había sido definido por el tratado de defensa mutua de 1955. Ninguna de las partes lo mencionó en este Comunicado de Shangai y su permanente validez fue reafirmada en el Informe Presidencial sobre Política Exterior, publicado una semana antes de su partida a Pekín. Más aún, otro aspecto igualmente anómalo de nuestro viaje a China, fue que nuestro compromiso de defensa de Taiwán volvió a ser reafirmado, esta vez en suelo chino, cuando yo informé a la prensa en Shangai el 27 de febrero.

El párrafo del Comunicado sobre Taiwán, no era una «victoria» de una de las partes sobre la otra; no podríamos constituir una relación duradera sobre esa base. En una empresa conjunta de estados soberanos, sólo perduran aquellos arreglos que ambas partes están ansiosos de mantener. Más bien dejó en suspenso el tema Taiwán al tiempo que ambas partes mantenían sus principios básicos. A pesar de la continua diferencia sobre Taiwán, nuestra aproximación a China se aceleró porque compartíamos una preocupación común, en cuanto a las amenazas contra el equilibrio de poder del mundo.

Luego que Nixon aprobó el párrafo correspondiente a Taiwán, las negociaciones con Ch'iao sobre otros temas, especialmente comercio e intercambio, concluyeron rápidamente. El borrador original chino contenía sólo una breve frase no comprometida, pero nosotros enfatizamos que para muchos norteamericanos los progresos que realizáramos en ese campo darían la medida de nuestra nueva relación. Ch'iao entonces aceptó nuestra proposición de dar mayor importancia a la sección sobre comercio e intercambio. Volvimos a recorrer el comunicado, línea por línea. Para las 14:00 horas habíamos concluido nuestra labor. El texto sólo necesitaba la confirmación de nuestros jefes, que según conversaciones anteriores, sería sólo una formalidad.

El sábado se improvisó una breve conferencia plenaria en la sala de espera del aeropuerto de Pekín, antes de partir para Hangchow en un avión de fabricación china (mientras el Servicio Secreto contenía su furia). El propósito era brindar a los ministros del exterior su oportunidad de aparecer en las pantallas, participando de una reunión con los jefes, cubierta por la prensa, como así también, otorgar la bendición sobre el trabajo de la noche anterior. Desgraciadamente, alguien olvidó informarle a la guardia de honor que la partida no era inminente. Se colocaron en posición de firme en cuanto el coche que transportaba a Chou y Nixon llegó al aeropuerto y permanecieron así, con una temperatura bajísima, durante los cincuenta minutos que duró la sesión plenaria. Fue una sorprendente demostración de resistencia y disciplina.

La sesión resultó bastante agradable. La discusión del comunicado resultó deslucida por el hecho de que la mayoría de los miembros de nuestra comitiva no lo habían visto todavía. Terminaron de pasarla a máquina justo antes de salir de nuestro alojamiento. Se invitó a ambos ministros a que informaran acerca de sus deliberaciones realizadas durante la semana. No tardaron mucho. Chou ocupó el silencio narrando un incidente acaecido a Nixon durante la visita a las Tumbas Ming. Un astuto observador perteneciente a unos de nuestros diarios, creyó notar que algunos de los niños que jugaban vestidos de colores alegres, parecían actuar de manera poco natural, lo que hacía dudar de su espontaneidad. Chou se disculpó gentilmente:

Algunas personas llevaron allí algunos niños, para embellecer las Tumbas, lo que daba una apariencia falsa. Su corresponsal de prensa nos lo ha señalado y admitimos que no era correcto. No queremos ocultar nuestro error en esto, claro está y hemos criticado a los que lo hicieron.

Yo no fui a las Tumbas Ming y reconozco que no estaba al tanto de que esto sucedería. Sólo me enteré a través de sus diarios, anoche, y cuando investigué el caso, descubrí que efectivamente era así. Debo agradecerle a su corresponsal. Espero tener la oportunidad de poder hacerlo cuando llegemos a Hangchow y Shanghai.

El comentario de Chou sobre las simulaciones, evidentemente no le hizo ninguna impresión a Nixon, su invitado principal. Nixon contestó amablemente que había disfrutado de ver allí a las niñas, sin importarle el motivo de su presencia —y luego reprochó a sus corresponsales por su desconfianza. Fue para Chou un gran esfuerzo y una prueba de la confianza en sí mismo reconocer ese error. Aparte de demostrar una admirable sinceridad, sirvió para reforzar la imagen de seriedad de propósitos de los chinos sobre cuestiones de principios, en los que no se admitía ni siquiera la posibilidad de un error. Lamentablemente las palabras de Chou no parecieron penetrar a través de la burocracia china con la acostumbrada eficiencia. En Hangchow nuevamente encontramos a grupos de niños con las ropas tradicionales jugando entre ellos —espectáculo que en otras circunstancias jamás se vería en esa época en las sombrías calles de esas ciudades chinas. Dos años después, cuando Chou se había retirado del gobierno debido a motivos de salud, me encontré con el mismo espectáculo en Soochow. Parecía el procedimiento común para los visitantes distinguidos. Estaba tan arraigado que ni siquiera el gran Chou había tenido autoridad suficiente para borrarlo.

Resulta grato informar que luego de nuestra partida de Pekín, la parte comercial de nuestro viaje había finalizado. Hangchow, en la desembocadura del río Yangtzé, es una de las ciudades más hermosas de China. Edificada entre románticos lagos, llena de exquisitos jardines, templos y palacios, beneficiada por un clima templado, con una primavera temprana, es un antiguo centro de cultura, sabiduría y poesía. Marco Polo al visitarla en el siglo XIII, la describía como «la ciudad más grandiosa que puede hallarse en el mundo» y tan hermosa que «la fantasía lo lleva a uno a pensar que está en el Paraíso» (2). El embajador en París, Huang Chen, le había contado al general Walters un dicho chino que dice que hay dos lugares que vale la pena ver: el Cielo arriba y Hangchow abajo. Tanta belleza quedó reducida cuando Nixon con su no muy expresiva prosa, comentó con Chou En-lai al visitar el Lago Oeste, que la escena «parecía una tarjeta postal».

La única recorrida turística que personalmente hice yo, fue en Hangchow. Uno de sus puntos más bellos es una isla en medio de un lago, que a su vez está en una isla dentro de otro lago mayor. En esa isla interior, los chinos han colocado una serie de estructuras simples que hacen las veces de marcos, a través de los cuales se pueden contemplar los diferentes paisajes como si fueran cuadros. Durante este viaje especial, observaba las suaves serranías que parecían surgir como grandes plantas de adentro del agua. Un solitario abedul se doblaba graciosamente en el borde del marco; todo era reposo y tranquilidad. De pronto apareció por allí Walter Cronkite. Estaba vestido como para una expedición al Polo, con pesadas pieles y de su cuello colgaba una asombrosa variedad de aparatos fotográficos. A pesar de lo mucho que apreció a Walter, la escena perdió parte de su encanto y serenidad.

De cualquier manera, el humor de la comitiva norteamericana no estaba de acuerdo con la serenidad del paisaje. En el avión en viaje a Hangchow, se les entregó a los expertos del Departamento de Estado, el comunicado, en cuya preparación no habían participado. Como era de suponer, no estuvieron de acuerdo con él. Es el precio que debe pagarse por excluir a los profesionales de una negociación. Al desconocer los escollos que debieron superarse para lograr su redacción, los que no participaron en ella pueden pretender fijar objetivos utópicos (que hubieran abandonado rápidamente durante el primer día de la negociación si ellos la hubieran conducido) y compararlos con el documento que se les presenta. O pueden criticar el resultado por su falta de estilo, señalando detalles o matices genialmente concebidos, de los que se privó al mundo por no darles a ellos la participación correspondiente. Yo había recomendado a Nixon que el subsecretario Green estuviera presente en las negociaciones. Pero Nixon se negó por temor a que trascendiera lo tratado y porque prefería tener esta inevitable confrontación con Rogers sobre la redacción toda de una vez, en lugar de día por día. Debí haber insistido acerca de la presencia de Rogers en las deliberaciones, así como en la entrevista con Mao. Ahora debíamos pagar el precio.

En cuanto llegamos a Hangchow —tal como sucedió luego de las negociaciones en Berlín— el secretario Rogers informó al presidente que el Comunicado no era satisfactorio. Presentó una lista de enmiendas, preparadas por su equipo, tan numerosa como trivial. Por ejemplo, sus expertos objetaban la frase que decía que *todos* los chinos en ambos márgenes del estrecho de Taiwán sostenían que sólo había una China. Les parecía que podía haber chinos que no estuvieran de acuerdo. Proponían que reemplazáramos «*todos* los chinos» por «los chinos» —una distinción que iba más allá de mi percepción. Otra recomendación era cambiar la palabra «posición» en la frase «no discute tal posición». Había unas quince alteraciones de igual magnitud, incluyendo la razonable proposición de que el texto en inglés colocara las declaraciones norteamericanas primero, mientras que el texto chino invertiría el procedimiento. (Esta es una práctica diplomática convencional.)

Nixon estaba furioso. Reconocía su dilema político. Ya se sentía fatidiado por la reacción de sus partidarios conservadores ante su viaje. Temía que la derecha lo atacara ahora por el comunicado. Podía ver también que si se sabía que el Departamento de Estado no estaba satisfecho por las concesiones norteamericanas, podría ser el detonante. Reconocía asimismo que reabrir el Comunicado una vez que los chinos habían sido informados que él estaba de acuerdo, podría quitarle brillo a su viaje —especialmente debido a que la importancia mínima de las reformas propuestas eran casi imposibles de explicar. Estaba tan alterado que recorría la hermosa casa de huéspedes de Hangchow en ropa interior. Amenazaba con «hacer algo» con el Departamento de Estado en la primera oportunidad que tuviera, amenaza ésta que profería cada tanto, desde mi entrevista con él tantos años atrás, en el Hotel Pierre y que nunca especificó o ejecutó. En un instante decía que mantendría su palabra; al siguiente, que no podría volver al país

con una delegación dividida. Le prometí hacer un intento ante Ch'iao Kuan-hua, después de la cena, a pesar de lo incómodo de la situación. Si los chinos insistían en el texto existente, no tendríamos otra alternativa que aceptar nuestro compromiso.

No disfruté de este banquete en particular, de cocina sureña, a pesar de su extraordinaria calidad, debido a la preocupación que me embargaba ante la perspectiva que me esperaba luego. Ch'iao Kuan-hua y yo nos reunimos a las 22:20 horas. Decidí que nuestra única esperanza residía en una franqueza total. Le expliqué que normalmente una decisión presidencial produce un comunicado. Pero en este caso, no habíamos logrado nuestro objetivo total, sino que simplemente anunciábamos unas proposiciones formales. Necesitábamos movilizar la opinión pública en respaldo de nuestra conducta. Por lo tanto sería en el interés de ambos si Ch'iao cooperaba, brindando al Departamento de Estado la sensación de haber contribuido. Entonces le propuse los cambios.

Mis argumentos no conmovieron a Ch'iao en lo más mínimo. Replicó secamente que ambas partes habían recorrido un largo trecho y que China había hecho muchas concesiones en respuesta a los deseos de los norteamericanos. El Politburó aprobó el texto la noche anterior, basado en la creencia de que el presidente lo había aceptado. ¿Cómo podríamos reabrirlo menos de veinticuatro horas antes de que fuera publicado? Pero los chinos eran pragmáticos y sus líderes sabios. Para ellos era más importante crear una base psicológica para una nueva relación con los Estados Unidos que estas objeciones de Ch'iao. Luego de una breve interrupción —sin duda para consultar al premier— Ch'iao retornó con un compromiso. Los chinos no considerarían ningún cambio en lo referente a Taiwán. Habían hecho muchas concesiones a nuestros puntos de vista. Sus líderes habían aprobado el texto luego de mucho debate. Todo intento de cambiarlo, excluiría la publicación de un comunicado al día siguiente. Pero Ch'iao estaría dispuesto a discutir otras proposiciones si las consideraba válidas.

Nos vimos así sumergidos en otra larga sesión nocturna. Luego de disparar «varios cañonazos» al aire, los chinos accedieron a muchas de las reformas de las partes del comunicado que no tenían que ver con Taiwán. A las 02:00 horas completamos otro borrador «final», sujeto nuevamente a la aprobación formal de nuestros jefes. La obtuvimos a la mañana temprano. Ch'iao y yo volvimos a reunirnos nuevamente durante dos horas y media al mediodía del domingo en Shangai, para revisar el nuevo texto. Volvimos a leerlo renglón por renglón, controlando hasta la puntuación y aceptando varios cambios en el estilo. (El texto completo del comunicado figura en las notas) (3).

Luego le di una idea a Ch'iao Kuan-hua de la exposición que sobre el comunicado ofrecería a la prensa esa tarde. Era esencial que ninguna de las partes se adjudicara la victoria. Era importante no exhibir lo brillante de nuestra interpretación; una no muy velada insinuación al capaz (y muchas veces útil) viceministro Chang Wen-chin, cuya aptitud para lograr las más sutiles variaciones en el sentido de las cosas, rayaba en lo heroico (*). El propósito principal de mi reunión, era asegurarle a Ch'iao que yo reiteraría el compromiso de defensa de Taiwan en mi exposición. Esperé que no hubiera reacción china. Ch'iao replicó que confiaba en mi tacto.

Mi conferencia de prensa en el Salón Comedor del Centro de Exhibición Industrial en Shangai, fue con certeza uno de los hechos más paradójicos que sucedieran en tierra china desde la revolución. Un funcionario extranjero explicó que su país continuaría reconociendo un gobierno que era rival del que estaba negociando con ellos y lo defendería militarmente en contra de sus anfitriones. Reiteré la validez del tratado de defensa, reafirmando las secciones adecuadas en el Informe presidencial sobre Política Exterior publicado pocas semanas antes. El que no hubiera reacción de parte de los chinos, da una medida de su sabiduría. Nuestros anfitriones comprendieron sus prioridades.

La facilidad con que los chinos comprendían los temas esenciales, quedó demostrada en su forma de manejar la traducción del Comunicado. En todas las reuniones habíamos utilizado traductores de Pekín, especialmente por el hecho de que Nixon temía que los intérpretes del Departamento de Estado dejaran trascender lo tratado. Asimismo, sus intérpretes eran mucho

(*) Anteriormente había insistido, por ejemplo, en que ambas partes acordaran decir que ninguna «debía» buscar la hegemonía, a pesar del hecho de que no tenía sentido gramaticalmente. Nuestra formulación preferida «debería», implicaba que nuestra política en Indochina se guiaba según ese criterio. Los chinos querían dejar abierta la posibilidad de acusarnos de violar la cláusula de Indochina. Chang sugirió amablemente que la cláusula era por supuesto un arma de doble filo y que tendríamos derecho a invocarla en contra de Pekín. Le aseguré a Chang que tal sutileza estaba muy lejos del pensamiento de los occidentales.

mejores que los nuestros. Esto no era un inconveniente para nosotros, como algunas veces se decía, porque los chinos se ajustaban al texto en inglés. (También muchos de los chinos comprendían inglés y Holdridge comprendía chino. En caso de duda, se controlaba el texto en inglés.) Debido a la presión del tiempo, no tuvimos oportunidad de controlar la traducción china —lo que hubiera sido una omisión suicida en caso de tratarse de los rusos, según aprendimos al anunciar nuestra primera fisura en el Tratado SALT. Chou En-lai no perdía el tiempo en minucias; comprendía que la confianza mutua era más importante que sacar puntos extra en un debate. La versión china, por asombroso que parezca, resultó *más* favorable a nuestra posición que la inglesa. Más adelante le envié al presidente un análisis realizado por Richard Solomon, de mi equipo, cuyas conclusiones eran:

Se encontraron significativas variaciones entre los textos chino e inglés, en cuanto a los temas de Taiwán, la guerra de Indochina y los intercambios culturales. En casi todos los casos, la versión china clarifica cierta ambigüedad del texto en inglés o define nuestra posición de manera de presentarla como más favorable a nuestros objetivos.

En cuanto al futuro de Taiwán, la versión china comunica un menor grado de aceptación por parte de los Estados Unidos de que la isla es territorio chino, de lo que sugiere la nota en inglés. Afirma con más fuerza la idea de que nosotros no queremos vernos envueltos en un debate referente a la posición china en Taiwán y refuerza nuestra preocupación por hallar una solución pacífica en la cuestión Taiwán.

El Comunicado de Shangai era tan poco común como la nueva relación que confirmaba. La primera sección expresaba los puntos de vista conflictivos sobre muchos temas, incluyendo Corea, Vietnam y Japón. La posición norteamericana se definía en términos conciliatorios, haciendo hincapié en nuestra inclinación hacia las soluciones pacíficas y los principios de libertad individual y progreso social para toda la gente del mundo. En esta primera declaración de nuestros valores a los habitantes de China, tratamos de recalcar que Norteamérica estaba de parte del humanitarismo y la esperanza. La retórica china era más militante, a pesar de que estaba considerablemente aplacada con respecto a lo que era su estilo convencional. Era difícil acostumbrar a los cuadros forjados durante la Revolución Cultural a la presencia de los norteamericanos reuniéndose con los líderes chinos. No era posible desprenderse totalmente de la retórica revolucionaria. Era evidente que, según admitían frecuentemente Mao y Chou, las ocasionales rondas de «cañonazos al aire» eran para mantener la imagen.

Estas declaraciones contrastantes servían especialmente para destacar, más aún el cambio revolucionario producido en las relaciones chino-norteamericanas, encerrado en los puntos de vista en común expresados por ambos países. China y los Estados Unidos, en efecto, renunciaron al empleo de la fuerza para arreglar las disputas entre sí. Anunciaron su común oposición a las aspiraciones hegemónicas de otros. Acordaron no intervenir en ningún acuerdo que fuera en contra del otro. Se comprometieron a promover el intercambio y el comercio. El tema Taiwán se trataba de un modo que no afectara la dignidad, el respeto por sí mismos y los compromisos de ninguna de las partes.

El Comunicado de Shangai fue probablemente único por su éxito en guiar las relaciones entre dos grandes naciones durante siete años, sin que hubiera jamás una disputa acerca de su significado, hasta que fue superado por las relaciones diplomáticas en 1979. No contenía cláusulas secretas o modificaciones. Su significación estaba no sólo en su texto sino en las suposiciones que le daban fundamento. A pesar del énfasis con que los medios de difusión lo señalaban, el comunicado no trataba esencialmente sobre Taiwán o los intercambios bilaterales, sino sobre el orden internacional. Hacía que dos naciones, previamente hostiles, se acercaran entre sí, no por el deseo de solucionar problemas bilaterales —que podrían haberse pospuesto para mejor oportunidad— sino para cerrar la brecha ideológica por medio de preocupaciones comunes en cuanto a seguridad.

Nuestro viaje por China estaba llegando a su fin. Hubo un banquete final en Shangai, donde, una vez desaparecidas todas las tensiones, el *mao-tai* fluía como agua y Nixon, transportado por los hechos y su vaho, hizo su improvisado brindis (que ya citáramos anteriormente) que bordeó un pedido de garantía militar norteamericana de China. Ch'iao y yo, nos habíamos acostumbrado tanto a nuestras largas sesiones nocturnas, que no podíamos pasarnos sin realizar otra. Nos reunimos en la noche del 27 al 28 de febrero, desde las 23:05 horas hasta las 12:30 horas del día

siguiente, tratando exclusivamente el tema de Vietnam. Yo le expliqué nuestra posición negociadora con más detalles de lo que Nixon lo hiciera con Chou y nuestra determinación de derrotar una ofensiva por todos los medios a nuestro alcance, si Hanoi decidía optar por una resolución militar. Ch'iao repitió el apoyo moral y material hacia Vietnam del Norte, pero, siguiendo el criterio de Chou, disoció a China de la posición negociadora de Hanoi. Estos eran temas exclusivos entre los norvietnamitas y nosotros, sobre los que China se abstendría de opinar. No formuló ninguna advertencia. Tampoco sugirió ningún castigo si llevábamos a cabo nuestra amenaza.

Todavía me quedaba una conversación más antes de dar por terminado el día. A las tres de la mañana, Nixon me mandó llamar a sus habitaciones en un piso alto del elegante hotel que nos servía de alojamiento. Frente a nosotros, se extendía la inmensa ciudad de Shangai, con unas pocas luces titilantes, que apenas sugerían la presencia de casi once millones de personas. Todo lo demás era oscuridad. La masa de la China estaba allí, penetrante pero invisible. Nixon también había despertado a Haldeman, para compartir con él sus tensiones, el regocijo y los temores implícitos que siempre marcaban el fin de las grandes jornadas. Nixon habló de sus logros, buscando en nosotros confirmación y apoyo. Le ofrecimos ambas cosas, conmovidos en parte por una extraña ternura hacia este hombre solitario, inseguro y torturado y en parte también por un deseo casi incontrolable de irme a la cama, después de una semana agotadora. Sin embargo, no fue difícil brindarle a Nixon el apoyo que buscaba. Los adornos que emergían del aspecto soñador de su naturaleza eran triviales, y de alguna manera conmovedores. Realmente había logrado forjar un genuino acontecimiento histórico. Suya era la iniciativa de acercarnos a China (a pesar de que yo había llegado a la misma conclusión por mi lado). La había alentado, corriendo el riesgo político de hacerlo por sí solo y se había conducido admirablemente durante el viaje.

Chou En-lai le hizo una visita de despedida a Nixon antes de acompañarlo al aeropuerto a la primera hora de la mañana del 28 de febrero. Fue una conversación amable y reflexiva entre dos hombres que se habían enfrentado amistosamente y se sentían identificados por objetivos comunes. Puesto que nunca se podía estar seguro de si los occidentales habían comprendido los objetivos con claridad, Chou revistó nuevamente la posición china acerca de los dos puntos con mayores posibilidades de ser inmediatamente conflictivos: Taiwán y Vietnam. Con respecto a Taiwán, nuevamente aconsejó paciencia: «Nosotros, que somos tan grandes, hace veintidós años que dejamos de lado el asunto de Taiwán y podemos seguir haciéndolo por un tiempo». En cuanto a Vietnam, Chou estuvo insuperable. Declaró su apoyo a Hanoi, pero nuevamente lo basó no en el interés nacional o solidaridad ideológica, sino en la deuda histórica en que incurriera el Imperio Chino varios siglos antes. Claramente China realizaría algunos sacrificios materiales. No correría el riesgo de una guerra para satisfacer aquella deuda. China, insistió el sutil premier, se había abstenido de admitir la existencia de cualquier vínculo con Vietnam en el Comunicado, porque no quería dar una mala impresión. Chou le dijo a Nixon:

Sentimos una extrema compasión por los pueblos de esa zona. Creemos que están muy unidos a nosotros. Pensamos utilizar ciertas palabras en el comunicado pero luego consideramos que podría haber otras implicaciones y por eso no lo hicimos... Como señalará el presidente Mao, nosotros, que hemos resultado victoriosos, tenemos sólo una obligación de ayudarlos, pero no el derecho de interferir en su soberanía. La deuda que tenemos con ellos, fue debida a nuestros antepasados. Desde nuestra liberación no tenemos responsabilidad en ella puesto que derrocamos el antiguo sistema... El Dr. Kissinger es testigo de que nos hemos movido con extrema cautela desde julio del año pasado. Sin embargo, la clave para aflojar las tensiones en el mundo no está allí y el presidente, yo y el presidente Mao, lo comprendemos.

Realmente nos entendíamos bien. La guerra de Vietnam no haría nada por mejorar nuestra relación. La declaración de la no intervención y del hecho de que la clave para aflojar las tensiones no estaba en Indochina, no dejaba duda alguna de que la prioridad de Pekín no estaba en la guerra en su frontera sur, sino en su relación con nosotros. Tres meses después, Moscú reveló las mismas prioridades, de manera más cruda. Moscú y Pekín, a pesar del odio mutuo que sentían y tal vez debido a ello, estaban de acuerdo en este punto: no permitirían que Vietnam del Norte anulara sus preocupaciones geopolíticas más importantes. En contra de todas las posibilidades, nuestra diplomacia estaba al borde de lograr el aislamiento de Hanoi.

La visita de Nixon terminó con un tono altamente sentimental. Pero no fue bajo ese signo que prosperaron luego las relaciones chino-norteamericanas. A pesar de todo su encanto y fervor ideológico, los líderes chinos eran los practicantes menos sentimentales de la política del equilibrio de poderes, que he conocido. Desde la antigüedad, los gobernantes chinos debieron enfrentarse a poderosos vecinos no chinos y potenciales conquistadores. Han triunfado, con frecuencia a pesar de su debilidad, al comprender profundamente — y explotándola para sus propios fines — la psicología y preconceptos de los extranjeros. En el siglo XIX, China era la única presa que escapaba a la captura y sojuzgamiento por las naciones europeas. A pesar de ser humillada y maltratada, logró mantener un gobierno propio mediante el uso inteligente de los conceptos legales de occidente sobre soberanía (que no tienen un exacto equivalente chino), y la idea de que los asuntos domésticos están fuera del desafío de los extranjeros. A través de toda su historia, cada vez que fue amenazada, China trató de enfrentar a sus atacantes entre sí hasta el extremo de que (en el siglo XIX, por ejemplo) los enredó en la división de los despojos chinos. Explicando de qué manera China evitó el destino de África y la India en la época colonial, Chou me dijo en una ocasión: «Por una parte, era por nuestro fuerte deseo de unidad. Por la otra, había tantos países tratando de sacar algo de China, que los otros países no podían controlarlo».

Cuando Nixon asumió el mando, existían dos gobiernos chinos que reclamaban su legitimidad al tratar sus problemas externos mediante métodos asombrosamente similares. Chiang Kai-shek trataba con nosotros desde una posición de debilidad. Mao maniobraba con los soviéticos de la misma manera. Ambos lograban sus fines.

Mao y Chou, practicando el sistema de los grandes estadistas chinos, por el que la ideología reforzaba a la historia y la cultura para conferirle una seguridad psicológica, encontraron en Nixon a un aliado natural. Él fue presidente en un período en que la sabiduría convencional estaba contra el ejercicio del poder. Sus detractores afirmaban que Norteamérica perduraría, si es que lograba hacerlo, a través de la pureza de sus motivos. Pero fue precisamente la impredecible naturaleza de esta política fundada en esa ilusión lo que hubo que superar. Los *slogans* emocionales, aplastados por el concepto del interés nacional, nos han hecho oscilar históricamente entre excesos de aislacionismo o lo contrario. La nueva «moral» suponía alejarnos de compromisos excesivos. Pero los reclamos morales se prestaban tan fácilmente para las cruzadas como para la abstinencia. Nos habían envuelto en empresas distantes, para empezar. Esta volubilidad norteamericana rompió el equilibrio internacional y el de los que confiaban en nosotros. Era esencialmente peligroso para el mantenimiento de la paz. Lo que la comunidad intelectual por tanto abominar de Nixon no comprendía, era que nosotros estábamos de acuerdo con sus enunciados deseos de relacionar los fines con los medios y nuestros compromisos con nuestras posibilidades. Nos separamos de muchos de ellos porque no considerábamos sensato substituir un exceso emocional por otro. Ciertamente, una de las razones por las que el debate sobre Vietnam había llegado a un punto tan áspero, era porque tanto los que estaban en contra como a favor de nuestra primitiva intervención en el conflicto, compartían el mismo sentido tradicional de una misión moral universal.

Lo que hacía a la administración de Nixon tan «anti-norteamericana» era su intención de establecer un sentido de proporción partiendo de un conjunto de emociones conflictivas y adaptarse a un mundo fundamentalmente diferente de nuestra percepción histórica. Los impulsos de oscilar entre el aislacionismo o la intervención global, debían curarse mediante juicios de acuerdo a algunas concepciones más permanentes del interés nacional. Los valores y principios inspiraban nuestros esfuerzos y nos fijaban una dirección. Pero era inútil avanzar impetuosamente cuando nos excitábamos o recogernos en nosotros mismos si nos desilusionábamos. Tendríamos que aprender a reconciliarnos con opciones imperfectas, logros parciales, las poco satisfactorias tareas de equilibrar y maniobrar, despertando confianza por nuestros valores morales, pero reconociendo que podrían lograrse sólo en etapas y a través de un largo período.

Era una lección difícil de enseñar a un pueblo que rara vez leía acerca del equilibrio de poder, sin ver antepuesto el calificativo de «pasado de moda». No era la menor de las ironías de este período que fuera un hombre imperfecto, tan poco generoso en alguno de sus impulsos humanos, el que tomó la iniciativa de conducir a los EEUU hacia un concepto de paz, compatible con las nuevas realidades y los tremendos peligros de la era nuclear y que los líderes extranjeros que mejor lo comprendieran, fueran los dos curtidos veteranos de la Larga Marcha, Mao y Chou, que

abiertamente expresaron su preferencia por Richard Nixon sobre los discípulos representantes del liberalismo norteamericano. Su elogio de Nixon era algo más que sutiles cumplidos chinos. «Una política sentimental no conoce reciprocidad» escribió Bismarck hace más de un siglo. Para las naciones soberanas, la continuidad es más importante que el espasmódico brillo o la retórica moralista.

Deben regular sus acciones con las actuaciones de otros durante períodos prolongados. Tanto su supervivencia doméstica como la seguridad internacional, pueden depender de ello. Y éste fue el nivel de intereses geopolíticos compartidos más allá de las filosofías y la historia en que los ex cazadores de comunistas y los cruzados de la revolución mundial se encontraron.

A través de estos contactos, cuidadosamente alimentados en los siguientes años, nació una relación en la que Norteamérica y China se reforzaron mutuamente, a pesar de que casi nunca coordinaban sus tácticas explícitamente. A partir de una primitiva hostilidad hacia los norteamericanos por su alianza con el Japón (que todavía se puede encontrar en el Comunicado de Shangai) los líderes chinos pronto estuvieron convencidos, en parte debido a nuestra persistente persuasión, a verla como una garantía para el continuado interés norteamericano en el Pacífico Oeste y un freno para el unilateralismo japonés. Pronto le dieron su apoyo a una relación estrecha entre Japón y Norteamérica. En una ocasión, Mao llegó al extremo de recomendarme que me asegurara de que al visitar Asia, pasara tanto tiempo en Tokyo como en Pekín; debíamos respetar el orgullo japonés. Yo acepté su recomendación. Los chinos realmente llegaron a hacer hincapié en que las relaciones entre Japón y los Estados Unidos eran más importantes que las chino-norteamericanas. Una de las ventajas de nuestra relación con Pekín ha sido que ni nosotros, ni los japoneses hemos sido presionados por China para elegir prioridades o inducidos a buscar el favor de Pekín.

A través de los años, el interés de China en una Europa Occidental económica y militarmente fuerte, llegó a tal punto que yo, sólo mitad en broma, llamé a la República Popular uno de nuestros aliados fuertes en la OTAN. Con seguridad las conferencias que los líderes de Europa Occidental escucharon en Pekín acerca de la importancia de las defensas del Atlántico, eran más severas que las que oyeran en Washington. Como en el caso de Japón, los chinos propiciaban estrechas relaciones entre los Estados Unidos y Europa. China tácitamente apoyaba nuestra presencia en las Filipinas y Tailandia y a pesar de que seguía básicamente la línea de Pyongyang, nunca nos presionó realmente para que retiráramos nuestras fuerzas de Corea. Juzgaba, correctamente, que la presencia visible del poder de los Estados Unidos, era crucial para mantener un equilibrio de poder entre Asia y Europa. En cada una de mis visitas, los líderes chinos nos instaban a prestar extrema atención al conflictuado borde sur de Eurasia — Turquía, Irán, Pakistán — tres íntimos amigos de los Estados Unidos (y de China), cuya seguridad era una barrera para la penetración soviética al Océano Índico y una garantía contra el radicalismo pro-soviético en el Medio Oriente. En el Medio Oriente mismo, continuamente nos animaban en nuestros esfuerzos negociadores, sabiendo que era el mejor medio de desgastar la influencia soviética. A pesar de que tenían poco interés en América Latina, su desprecio por Cuba como agente soviético era evidente. Los chinos han demostrado una preocupación y comprensión mayor sobre el peligro que representa la expansión del radicalismo apoyado por los soviéticos en el África, que ningún otro país occidental, con excepción de Francia.

En la mayoría de las áreas críticas, China ha representado una fuerza estabilizadora. Sus motivos, con toda seguridad, no son cumplir con los designios norteamericanos, sino contener la expansión soviética. Pero esta actitud es antisoviética, sólo en tanto y en cuanto la compulsión de Moscú de extender su influencia es tan inherente al sistema soviético que no puede sobrevivir sin ella. No hay incompatibilidad entre Moscú y Pekín, mientras Moscú mantenga una política exterior restringida.

Sería en extremo peligroso suponer que los objetivos chinos y los nuestros son idénticos en todo sentido. Pekín preferiría vernos, tan complicados con los soviéticos que no tuviera que pagar ningún precio por una relación de colaboración con Washington. De esa manera, la protección que le brindaría la opción norteamericana sería «gratuita». Los líderes chinos, incuestionablemente aspirarían a un definido alineamiento, más que a una política equidistante entre Moscú y Pekín, que se inclinara hacia Pekín sólo por ser el más débil y más amenazado de los gigantes comunistas. Por nuestra parte, no nos hacemos ilusiones en cuanto a la permanencia de nuestra relación. Pekín y Washington pasaban a formar un matrimonio por conveniencia, transformado en un vínculo emocional, esencialmente por la habilidad psicológica de los chinos

y el recuerdo sentimental que tenían los norteamericanos de una China que ya no existe, si es que alguna vez existió. Una vez que China se vuelva suficientemente fuerte para mantenerse sola, podrá descartarnos. Algo más tarde, tal vez hasta se vuelva contra nosotros, si la percepción de sus intereses así se lo indicara. Antes de eso, la Unión Soviética podría llegar a aflojar genuinamente sus tensiones con nosotros, si es que no buscó primero romper su aislamiento mediante un asalto militar a China. Pero, independientemente de la política de largo alcance de China, nuestro interés de mediano plazo era cooperar y apoyar su seguridad contra presiones foráneas.

Para comprender la contribución de China a la iniciativa en pro de la estabilidad internacional, simplemente debemos preguntarnos qué hubiera sucedido en el mundo si las presiones chinas en Asia se hubieran sumado al aventurerismo soviético en el mundo durante la guerra de Vietnam y después de ella. Al mismo tiempo de devolverle la fe al pueblo de los EEUU, también nos brindó una oportunidad de delinear un nuevo orden internacional, a pesar de estar saliendo recién de una guerra debilitadora y una década dislocada en nuestro país. El significado fundamental de la apertura hacia China, por lo tanto, reside menos en intercambios formales que en los tácticos entendimientos que surgieron luego de la visita de Nixon. Proveyeron las bases para una estrategia informal común, mediante la cual, propósitos diferentes —algunas veces encontrados—, producían un extraordinario paralelismo en las acciones. Fue un triunfo de lo intangible en la conducción de la política exterior.

Los hombres de prensa que acompañaron a Nixon, no se preocuparon con las implicaciones a largo plazo del viaje. Enfurecidos por una semana sin informaciones, agotados por los innumerables banquetes y los mortíferos brindis, tal vez convencidos en su fuero íntimo de que nada bueno podría surgir de una iniciativa de Nixon, hartos pero sin estímulos, cayeron sobre el Comunicado de Shangai como los tigres cuando les arrojan carne cruda dentro de la jaula. El *Washington Post* encabezó su artículo del 23 de febrero:

El presidente Nixon accedió a las exigencias de los comunistas chinos, comprometiéndose públicamente por primera vez a retirar todas las fuerzas norteamericanas e instalaciones militares de Taiwán... Las considerables concesiones del presidente, parecen haberse hecho a cambio de un acuerdo relativamente menor por parte de China, para «facilitar» intercambios bilaterales científicos, tecnológicos, culturales, deportivos, periodísticos y comerciales, entre los Estados Unidos y China. Muchos observadores consideran, al contrapesar las concesiones hechas por el presidente, que los chinos resultaron favorecidos en la negociación. Los funcionarios chinos parecían satisfechos con el resultado de la discusión.

La sección acerca de la hegemonía y la renuncia a la fuerza, escapó totalmente a este cronista, así como los condicionamientos sobre el compromiso de retirarnos de Taiwán.

Un comentarista de televisión, al advertir que no había mención escrita o declaraciones en cuanto al compromiso norteamericano de defender a Taiwán, sacó la conclusión de que en el Comunicado, China había logrado «un paso gigantesco», entregando muy poco a cambio. La omisión china de su habitual condena de nuestro tratado con Taiwán, podría citarse igualmente como una *concesión* china, como en realidad Ch'iao Kuan-hua argumentara conmigo, puesto que parecía dejar de lado una posición mantenida por China desde mucho tiempo atrás. De todos modos, el mismo comentarista ignoró que en suelo chino yo había reiterado nuestro compromiso de defensa de Taiwán.

El 28 de febrero en el *Detroit Free Press*, un observador igualmente profundo, escribió: «Obtuvieron Taiwán: recibimos (bocadillos de huevo)». El *Newsday* encabezó su artículo «Adioses y sorpresas» y «Consensus: los Estados Unidos pagaron un alto peaje por el puente diplomático hacia China». El *Boston Globe*, titulaba: «Nixon hace concesiones sobre Taiwán; se compromete al retiro de tropas». Citaba los informes de un periodista australiano, que ofrecía este experto asesoramiento: «Chou luchó toda la semana» por Taiwán «y consiguió lo que quería». Del mismo modo, el *Philadelphia Bulletin*: «Nixon regresa al país; cedió en el asunto Taiwán». El hecho de que hubiéramos logrado el acuerdo cuando los chinos aceptaron *nuestros* términos, hubiera parecido tan poco plausible en la era de la incredulidad, como era de cierto.

Poco a poco los espeluznantes titulares perdieron fuerza, especialmente luego del discurso de llegada de Nixon, reiterando que nuestros compromisos no habían sido afectados. El *Christian Science Monitor* escribió sensatamente que «los puntos sobre los que el presidente estuvo de

acuerdo, son los mismos que están en vigencia». Mientras el tratado de defensa mantenga su vigencia, «nada habrá cambiado». El *Washington Post*, en un editorial del 29 de febrero, analizó inteligentemente el Comunicado de Shangai y defendió a Nixon contra las acusaciones de haber «entregado» Taiwán, acusaciones propiciadas entre otros, por sus propios corresponsales. Las historias negativas, de todos modos, fueron superadas por el impacto visual que representó la visita de Nixon a Pekín que casi todas las familias norteamericanas habían visto en las pantallas de sus televisores. Por primera vez, una estrategia de relaciones públicas de la Casa Blanca tuvo éxito y al mismo tiempo, cumplió con una misión diplomática. Las imágenes superaron a la palabra escrita. El público simplemente no estaba interesado en el complejo análisis del documento, después de haber visto el espectáculo de un presidente norteamericano recibido en la capital del que había sido hasta entonces su enemigo.

Lo que sucedió después, no permite dudas acerca de las reales prioridades de ambas partes. Durante años, los Estados Unidos fue el único país que mantuvo relaciones diplomáticas con Pekín, sin interrumpirlas con Taipei. En los años que siguieron a la visita de Nixon, los líderes chinos nos recalaban una vez tras otra el precepto de Mao, de que Taiwán eran un problema secundario. El tema más importante era mantener el equilibrio internacional. Disfrutábamos de los lazos diplomáticos en todos sus aspectos menos el convencional: manteníamos constantemente un canal de comunicación íntima al más alto nivel e intercambios más frecuentes que la mayoría de los gobiernos occidentales que habían reconocido a Pekín muchos años antes. Después de la formación de Oficinas de enlace en cada capital en 1973 (luego del arreglo de Vietnam) ambos países hasta tuvieron embajadas de facto para promover intercambios económicos, culturales y de personas más amplios, como los que caracterizan a las relaciones entre dos naciones amigas. El único elemento que nos faltaba era el deseo de los líderes chinos de visitar Washington, mientras estuviera allí una embajada rival.

La mayor expansión en el comercio y el intercambio, que algunos vieron como objetivos que sentíamos no haber logrado, eran de importancia secundaria para ambas partes. Del lado chino, la negativa provenía especialmente de la ideología y fe en sí mismo de Mao y del propio país, no de la ausencia de relaciones diplomáticas; ningún otro país estuvo más acertado en este aspecto que lo que estuvimos nosotros, mientras Mao vivió. En 1977 y especialmente 1978, un nuevo liderazgo chino avanzó agresivamente, para expandir el intercambio económico y educacional con el Occidente. Los Estados Unidos era un participante activo y fue poco lo que sufrió por la ausencia de relaciones diplomáticas formales antes del 1 de enero de 1979.

Como esta evolución era desconocida entonces, se notaba una extraña sensación de ambivalencia en el viaje de vuelta de Pekín. Nixon comprendía demasiado bien los asuntos internacionales como para no saber que había logrado un verdadero triunfo diplomático. También era suficientemente político para reconocer el peligro que podría representar la actitud de sus antiguos seguidores conservadores, si los primeros informes de la prensa primaban en la opinión nacional. Pat Buchanan, uno de los redactores de discursos de Nixon que se consideraba como la conciencia conservadora de éste, estuvo áspero. De acuerdo con las mejores tradiciones referidas al entorno presidencial, culpó a los peligrosos consejeros (se refería a mí) por el hecho de que el presidente se hubiera alejado de la buena senda. (Ray Price, su conciencia liberal, con frecuencia tenía también la misma tendencia y el mismo objetivo.) Nixon, encerrado en su departamento del avión, pensaba qué encontraría a su regreso. No era necesario que se preocupara. Las imágenes de un presidente trabajando en pro de la paz, conmovió a un país exhausto por años de inquietud y revueltas, por una guerra sin fin. Nixon recibió una bienvenida triunfal en la Base Aérea de Andrews por parte de un grupo de senadores y representantes de ambos partidos, encabezados por el vicepresidente. Nixon aprovechó la ocasión para recordarle a los oyentes sus logros, pero también para aclararles que no habíamos cedido «ningún otro compromiso de los Estados Unidos con otros países».

A los cinco minutos de llegar a mi despacho a las diez de esa misma noche, llamé a dos líderes conservadores: el gobernador Ronald Reagan y el senador Barry Goldwater. Ambos prometieron su apoyo si el presidente no se desviaba del compromiso con Taiwán, expresado por mí en Shangai y por el presidente en la Base de la Fuerza Aérea Andrews. Reagan comentó bromeando que la visita a China transmitida por televisión había sido un gran éxito y que debería hacerse una serie con ella.

Al día siguiente Nixon se reunió con los líderes de ambos partidos de las cámaras del Congreso y recibió pleno apoyo. Eufórico, hasta pensó que podría arreglar todos sus problemas de una

vez. Al terminar la reunión, detuvo al senador Fulbright y lo urgió a que finalizara su crítica pública acerca de Vietnam, porque era un tema muy delicado y el «hilo podría romperse», si se continuaba tirando de él. Nixon señaló al asombrado Fulbright con el dedo y le dijo: «O.K. Bill, ¿de acuerdo?». El distinguido senador se quedó perplejo, asintiendo (o tal vez negando) con la cabeza. El cronista de enlace del Congreso, Tom Koroloyos, no pudo precisarlo.

Informé a la prensa con mayor detalle de lo que era posible en Shangai y me reuní también informalmente con el Comité de Relaciones Exteriores del Senado. La maquinaria que acompaña los grandes sucesos, entró en acción. Había que informar a los embajadores. El más doloroso fue mi encuentro con el embajador de Taiwán, James Shen. En realidad no habíamos roto ningún compromiso para reducir la seguridad de Taiwán, pero todo el proceso conduciría indefectiblemente al alterar su status. El visitante que demostró ser más inquisitivo y profundo en sus conversaciones, fue el embajador de Japón, quien por haber ignorado previamente la noticia de mi viaje secreto a Pekín no estaba dispuesto a permitir que se le escapara algún otro secreto importante, y trataba de conseguirlo por medio de la persistencia.

El viaje se consideraba cada vez más un éxito total. A medida que el público norteamericano fue ganando esperanzas por la visita a China, Vietnam comenzó a perder algo su carácter de obsesión y se transformó en un desafío que podría llegar a ser dominado. La administración que había revolucionado las relaciones internacionales, no podía acusarse tan simplemente de no atender de manera apropiada las hondas preocupaciones del pueblo norteamericano.

Nuevamente se dio el raro fenómeno de que el éxito parecía desestabilizar más a Nixon que los fracasos. Parecía obsesionado por el temor de no recibir el crédito que merecía por su comportamiento. Constantemente incitaba a sus colaboradores para que presionaran una campaña de relaciones públicas que atrajeran más atención hacia su visita a China. Seguía cuidadosamente todas las publicaciones, de manera de poder replicar rápidamente a toda crítica. Leyó la opinión de un comentarista de que las declaraciones chinas sobre su posición en el Comunicado de Shangai eran más agresivas que las nuestras. El 9 de marzo, por lo tanto, me envió un memorándum pidiendo que aclarara a la prensa la honda preocupación y el análisis que se escondía detrás de su «decisión» para fijar nuestra posición moderadamente. Su preferencia por esta manobra provenía, según dijo, de un discurso que hizo en la Unión Soviética en 1959, y que me hizo leer en su libro *Seis Crisis*. A pesar de que Chou En-lai originalmente propuso la idea de declaraciones separadas y conflictivas; que Chou y yo redactamos casi toda esa parte del texto en octubre de 1971, sin referencia a Washington, y que Nixon no se enteró del planteo ni del contenido hasta que yo regresé, quería que yo le explicara a la prensa —y creo que se había convencido a sí mismo— que él la había concebido:

Podría usted comenzar señalando que yo tomé la decisión con respecto al tono de la declaración de nuestra posición por dos motivos básicos. Primero, cuanto más agresivos estuviéramos al fijar nuestra posición, más agresivos estarían los chinos al fijar la suya. Si nuestra presentación fuera hecha de modo firme pero no beligerante, la posición de ellos, por principio no comprometida, no sería tan áspera en su retórica como había sido el caso en declaraciones anteriores, hechas a través de los años...

Estaba yo decidido a que en este documento, que sería la primera vez que los líderes chinos, sus cuadros y en cierta proporción las masas chinas, oírían la posición norteamericana expresada por nosotros, debía realizar el mayor esfuerzo posible para lograr un tono que no lo hiciera totalmente increíble a sus oídos. No resultaría apropiado, después de 22 años de propaganda adversa, si hubiéramos expuesto nuestra posición en un tono más agresivo. Esto sería imposible de comprender por los que leyeran el comunicado o los que lo escucharan en la radio, si el tono fuera más duro.

Nixon, claro está, se merece todo el crédito por el Comunicado de Shangai. El presidente es siempre responsable de su política, independientemente de quien realice las labores técnicas. Un presidente menos valiente podría haberse negado a hacer declaraciones por separado, cuando se las presenté, luego de mi regreso en octubre, y decidirse por una declaración más ortodoxa. Este incidente trivial no le quita mérito al audaz gesto de Nixon de su histórica apertura hacia China. Lo que demuestra, sin embargo, es su tendencia a que la ilusión se transforme en realidad. Esta veta intrínseca en el carácter del presidente, juntamente con otros rasgos inflexibles, al principio contribuyeron a desmejorar la imagen presidencial para luego destruirla totalmente. Pero

no puede dejar de reconocerse que la suya fue una presidencia muy rica en logros de política exterior.

Lo que Nixon insinuó, Haldeman lo dijo explícitamente. El 14 de marzo Haldeman me envió un memorándum en que me acusaba de que en mis informes dedicaba demasiado tiempo al contenido del documento. Sería de más ayuda para el presidente, si yo subrayara a la prensa y sobre todo frente a la televisión, las grandes cualidades personales que hicieron posibles los logros. Con su mejor intención Haldeman, citó una lista de algo así como diez de ellas. Puesto que Haldeman no había estado presente en las negociaciones, sólo podría haber obtenido su información de una sola fuente. Para cualquiera familiarizado con los procedimientos acostumbrados en la Oficina Oval, el memorándum representaba una escena familiar: Haldeman, sosteniendo su block amarillo que todo miembro del equipo de la Casa Blanca (incluido yo mismo) lleva consigo como parte de su uniforme, anotando las ocurrencias de su jefe. Algunas de las descripciones de Haldeman eran ajustadas; otras, grotescas. Todo el contenido en general, era irrelevante. Los líderes cumplen mejor con sus funciones al dar énfasis a su actuación. Con seguridad, esto es lo que a la historia más le interesa. La convicción de que la situación de Nixon dependía menos de sus actos que de cómo se los presentaba, fue una de las fallas de su administración. Demostraba falta de seguridad, aún cuando obtenía sus logros más importantes. Daba la impresión de una desesperada búsqueda de apoyo, una improba tarea que demostró ser inalcanzable. Le hacía imposible confiar en el impulso mismo de los acontecimientos. Era la causa de que Nixon pareciera tratar de adornar con detalles sin importancia sus mejores realizaciones o que buscara apoyo ante la perspectiva más segura de un éxito. Fue la esencia psicológica del desastre de Watergate.

En 1972, leí estos memorándum, entre divertido y exasperado, pues aún estaban muy próximos los acontecimientos. Hoy lo hago con cierta simpatía hacia un hombre solitario en la hora del triunfo mayor de su carrera, tratando de justificarse con una serie de adjetivos elogiosos, cuando los hechos hablaban por sí solos. Nixon había triunfado en el propósito más importante de la visita. Los líderes de dos naciones poderosas se habían enfrentado y decidido que podrían conducir políticas exteriores compatibles, revolucionando el mundo de la diplomacia.

Con esto concluyó la bipolarización del final de la guerra. Habría mayores exigencias para los Estados Unidos, de creatividad, resistencia y sofisticación, pero también habría nuevas oportunidades. Al final del proceso, estaba el fruto tan deseado por el que lucháramos durante cuatro tumultuosos años: una paz honorable negociada con Vietnam.

Capítulo XXV

HANOI ARROJA LOS DADOS LA OFENSIVA PRIMAVERAL DE VIETNAM

INVASIÓN

Cuatro semanas después de nuestro regreso de China, la largamente esperada ofensiva en Vietnam finalmente cayó sobre nosotros. El 30 de marzo las unidades de artillería e infantería norvietnamitas lanzaron ataques coordinados contra las bases survietnamitas en la provincia noreste de Quang Tri. Sin tener en cuenta para nada los entendimientos asociados con el cese de bombardeos, 4 años antes, tres divisiones norvietnamitas invadieron a través de la Zona Desmilitarizada (ZDM), apoyados por más de 200 tanques y elevado número de artillería, compuesta de nuevos cañones de 130 mm sin retroceso, todo suministrado por la Unión Soviética. Unidades frescas se mantuvieron listas para invadir la parte norte de Vietnam del Sur desde Laos siguiendo la Ruta 9, en sentido contrario al ataque de los survietnamitas en Laos el año anterior, y para atacar a través del valle Ahau hacia Hué. Había concentraciones de tropas en las tierras altas centrales amenazando a las ciudades de Kontum y Pleiku. Tres divisiones norvietnamitas de Camboya se mudaban a la Región Militar 3, que incluía Saigón. Una ofensiva enemiga se esperaba allí en cualquier momento. El pretexto de que el conflicto de Vietnam era una «guerra del pueblo», un alzamiento guerrillero en el sur, ya había terminado, esto era una invasión del ejército regular norvietnamita en fuerza de división.

En Washington, como es costumbre en los comienzos de grandes acontecimientos, es difícil averiguar qué está ocurriendo exactamente. Ya el 31 de marzo (viernes santo) el secretario Laird informó que la ofensiva enemiga era de gran magnitud. Pero los informes del Pentágono eran tranquilizadores inicialmente. Se nos informó que el general Abrams no había considerado que el ataque había llegado todavía a una etapa crítica: las bases de apoyo de fuego survietnamita parecían sostenerse. No había necesidad de decisiones en el nivel más alto. Durante 2 días los los ataques fueron considerados sólo como un importante intento enemigo. En parte porque la batalla parecía ir bien, quizás también porque los funcionarios civiles temían que Nixon se viera tentado de llevar a cabo su varias veces repetida amenaza de una reacción en gran escala, si ésta resultaba ser la largamente esperada ofensiva comunista.

El 1 de abril Nixon autorizó ataques aéreos norteamericanos contra las concentraciones militares en Vietnam del Norte, limitados a dentro de cuarenta kilómetros al norte de la ZDM. Pero tropezamos con una de las frustraciones perennes de la guerra de Vietnam: el mal tiempo reinante no permitía las operaciones aéreas. En vista de que el plafón era constantemente por debajo de 2.500 pies, muy pocas misiones podían ser transportadas por vía aérea al norte. Llamé al almirante Moorer varias veces al día para preguntar si todavía estábamos en el aire; su contestación durante las primeras 48 horas era negativa. El pobre Moorer, que no era culpable, soportó mi fastidio y sarcasmo. Me parecería a mí que la Fuerza Aérea íntegra consistía en delicadas máquinas capaces de volar solamente durante una guerra en el desierto durante el mes de julio. Sugerí que si no podían volar, quizás podrían carretear hacia el Norte unos 40 kilómetros (*).

(*) El alto número de cancelaciones de vuelos se convirtió en casi una obsesión mía. Un memorándum de Laird presentado el 19 de agosto a pedido mío, contenía las sombrías estadísticas. Entre el 8 de mayo y el 12 de agosto de 1972, el 53 por ciento de todos los ataques proyectados contra objetivos primarios se habían cancelado; el 42 por ciento a causa de mal tiempo.

El 2 de abril los survietnamitas fueron forzados a evacuar 14 bases justo al sur de la ZDM. Ya no había duda que la ofensiva enemiga estaba en marcha. Los próximos dos meses serían una prueba decisiva para la vietnamización. Ahora veríamos si el esfuerzo y la agonía de los años anteriores habían sido productivos o desaparecerían como un hilo de humo en una brisa.

Estaba convencido de que, cualquiera fuera el resultado de la ofensiva, sería el final de la guerra. Ésta era la última jugada de dados de Hanoi. De una manera u otra, ahora habría serias negociaciones, su substancia dependería del bando que se impusiera en el campo de batalla. Si fracasaran los survietnamitas, la guerra terminaría en un desastre. Si Saigón, con nuestra ayuda, podía contener el ejército entero de Vietnam del Norte, Hanoi no tendría más remedio que llegar a un acuerdo.

Había riesgos mayores. De ser derrotados en Vietnam, el paciente diseño de nuestra política extranjera se vería en peligro. La reunión cumbre de Moscú tendría lugar —de tener lugar alguna vez— sobre un fondo de dos asaltos con éxito contra intereses norteamericanos hechos posibles por armas soviéticas (primero India-Pakistán y ahora Indochina). Nuestra posición de negociar a los ojos de los fríos calculadores de poder en el Kremlin sería lastimosamente débil. China podrá reconsiderar el valor de los lazos norteamericanos.

Los aliados, cualquiera fuera su pensamiento sobre los méritos de nuestra política de Vietnam, cuestionarían nuestro juicio y nuestro dominio de los acontecimientos. En otros lugares del mundo, aquéllos que creyeron en la solución por medio de las armas serían envalentonados; esto podría desquiciar el Medio Oriente. Las graves consecuencias que nosotros habíamos pensado que surgirían de una rendición política podrían ser agravadas por un fracaso militar. Estábamos decididos a prevenir este desastre, mitigaríamos la ofensiva y concluiríamos la guerra en términos honorables. La última, pero quizás la más penosa prueba de la guerra de Vietnam estaba sobre nosotros.

LA CONCENTRACIÓN DE FUERZAS

Desde hacía tiempo se esperaba la ofensiva enemiga del año 1972. En 1968 los norvietnamitas habían demostrado que entendían la importancia de un golpe mayor en el año de una elección presidencial. Ahora su embestida coincidió con el momento crítico en el proceso de vietnamización, cuando nuestras propias fuerzas habían quedado reducidas a un nivel residual, tentando a Hanoi a determinar si efectivamente los survietnamitas podrían hacerse cargo de su propia defensa. La principal razón de nuestra incursión en Camboya en 1970, y la ofensiva de Laos durante la temporada de sequía de 1971, era desorganizar los preparativos de Hanoi para la contingencia que ahora estábamos enfrentando. Puesto que técnicamente las ofensivas sólo eran posibles durante las temporadas de sequía, que corrían desde diciembre hasta julio, nuestros golpes habían obligado a Hanoi a gastar un tiempo valioso cada año en restablecer las líneas de aprovisionamiento y de sus abastecimientos. Cada mes ganado, esperábamos, traería un fortalecimiento de la capacidad de Vietnam del Sur de resistir. Cada debilitamiento de la fuerza de Hanoi reduciría la efectividad del ataque cuando viniera. En realidad la ofensiva norvietnamita llegó dos meses después de lo que anticipábamos y nunca cobró un impulso coordinado.

Durante la segunda mitad de 1971 las declaraciones públicas de Hanoi habían adquirido un tono amenazador. El 20 de septiembre, Dick Helms, durante una reunión del CNS, informó acerca de considerables refuerzos enemigos y un gran potencial para acción ofensiva al otro lado de la Zona Desmilitarizada. Más o menos en ese tiempo se hizo obvio que el interés de Hanoi por mantener negociaciones secretas con nosotros había mermado en forma notable; las conversaciones respecto a los siete puntos y los nueve puntos fueron interrumpidas por Le Duc Tho. Nuestra nuevas propuestas presentadas a Hanoi por el general Walters en octubre de 1971 no obtuvieron ninguna contestación. Una reunión con Le Duc Tho, programado para el 20 de noviembre, fue cancelada con tres días de anticipación, supuestamente a causa de enfermedad. Nuestra oferta para otra reunión en fecha mutuamente conveniente fue ignorada.

A partir del 4 de enero de 1972 el general Abrams advirtió acerca de una ofensiva inminente. En un despacho fechado el 20 de enero predijo que el enemigo intentaría: «enfrentarnos con la situación más difícil que fuera capaz de engendrar». Abrams predijo una ofensiva para tan pronto como la primera parte del mes de febrero, justo antes del viaje a Pekín del presidente

Nixon. Pidió autoridad para desbaratar las preparaciones del enemigo con ataques aéreos al norte de la zona desmilitarizada. Concluía haciendo notar que ésta sería la batalla decisiva y que él, como comandante de campaña, necesitaría el máximo de flexibilidad de antemano. «En el análisis final», agregó Abrams perceptivamente, «cuando todo esto finalice, los objetivos específicos atacados en la parte sur de Vietnam del Norte no serán un problema importante. La cuestión será si la vietnamización habrá resultado ser un éxito o un fracaso.»

Convoqué una reunión del Grupo de Revisión para el día 24 de enero a fin de considerar los pedidos del general Abrams. Nadie tenía entusiasmo por reanudar los ataques a Vietnam del Norte. La Casa Blanca pensaba que interferiría con el viaje a Pekín. El Departamento de Estado temía que arruinara las perspectivas para una negociación; Defensa estaba reacio a asumir nuevos pesos presupuestarios. Todo el mundo tenía pavor al clamor público que seguramente tendría lugar cuando reanudásemos nuestros bombardeos sobre el norte, aun en una zona limitada. Algunos se refugiaron en minimizar la amenaza que pendía sobre nosotros, un ardid no infrecuente para evadir la necesidad de una decisión. El consenso del grupo era que el asalto tomaría lugar en las tierras altas centrales. Hubo desacuerdo con relación a las preocupaciones del general Abrams con respecto a las concentraciones enemigas inmediatamente sobre la zona desmilitarizada. El día 26 de enero, Mel Laird encontró una avenencia clásica. Recomendó que el presidente dejara que Abrams tuviera parte de su torta, pero no el bombardeo del norte. En su lugar aprobó un incremento de la actividad aérea en el sur y el emplazamiento de más sensores en la zona desmilitarizada. Por supuesto, los sensores nos indicarían si un ataque se estaba llevando a cabo, pero no lo impediría, ni aumentaría nuestra capacidad para contenerlo. Seguí la negativa de Laird para autorizar nuevos ataques sobre el norte por dos razones: parecía no ser prudente durante las dos semanas antes del viaje de Nixon a la China, y pensaba que los bombardeos solamente tenían sentido si fueran sostenidos, cosa que no podían ser excepto como una reacción a una enorme provocación. Teníamos que hacer todo lo posible para neutralizar a aquéllos que estaban dispuestos a culpar su propio gobierno por toda crisis. Por lo tanto favorecí demorar la autorización para reanudar los bombardeos hasta tanto que pudiéramos juzgar las dimensiones de cualquier ofensiva.

Yo favorecía que se empleara el período de espera, sin embargo, para fortalecernos al máximo grado posible. Presioné a Laird para que cambiara la composición de la retirada de nuestras unidades de manera que retuviéramos la máxima cantidad posible de helicópteros para fines de movilidad. También recomendé incrementar nuestros B-52, nuestros aviones para toda condición de tiempo, y nuestros portaaviones. Para llevar a cabo estos objetivos Nixon convocó una reunión del CNS para el 2 de febrero, a la cual invitó al secretario del Tesoro John Connally, como solía hacer en todos los casos en donde la oposición a un proceder enérgico parecía probable, y se necesitara respaldo. El temario del presidente reflejó los puntos que yo había preparado (no puedo encontrar un registro de la reunión):

No aceptaré ningún fracaso que pueda atribuirse a una falta de respaldo disponible de parte de los EEUU, o a faltas en nuestra propia dirección o en nuestra decisividad. Debemos hacer todo lo que podamos para ayudar a los survietnamitas y asegurar que tienen tanto los medios, como la voluntad para enfrentar el desafío de Hanoi de éste año.

En el análisis final, no podemos pretender que el enemigo negocie seriamente con nosotros, hasta que esté convencido de que no se puede ganar nada con continuar la guerra. Esto haría necesario un esfuerzo máximo de nuestra parte, durante la próxima estación seca. No puedo pensar en ningún período más crítico en este penoso conflicto, y deseo que cada uno de ustedes lleven a mi atención inmediatamente cualquier propuesta que pudieran tener acerca de pasos adicionales que pudieran darse para garantizar el éxito.

El presidente Nixon tomaba decisiones durante las reuniones del CNS solamente en casos excepcionales. Deseaba evitar presión mientras estaba en la sala. No le gustaba la implicación de que el CNS tenía ningún otro papel, que el de aconsejar. Por consiguiente esperó hasta la tarde para ordenar más refuerzos: otro portaaviones, más B-52 y aviones adicionales para todo tiempo.

Entretanto estábamos confrontados con las necesidades contradictorias de nuestra situación doméstica. Estas debilitaron por lo menos parte de nuestras medidas precautorias. El 13 de

enero, aun mientras estaban concentrándose las fuerzas de Vietnam del Norte, creíamos necesario anunciar la retirada de otros 70.000 tropas norteamericanas antes del 1 de mayo. En el término de menos de un año habíamos retirado 480.500, de las 545.000 tropas que teníamos en Vietnam cuando nosotros nos hicimos cargo de la administración. Lo habíamos hecho al tiempo que mejoramos la situación militar y extendimos la zona controlada por el gobierno de Vietnam del Sur. Pero el apetito para la retirada era insaciable. La retirada se había convertido en un objetivo, en sí mismo. Así fue que a principios de marzo, con la clara aproximación de una ofensiva decisiva, nos encontramos en la posición anómala de estar aumentando nuestro poder con fuerzas que no contaban, con respecto al tope de tropas —B-52 y portaaviones— mientras continuábamos la retirada prometida de tropas de tierra, y planeábamos el anuncio de la próxima ronda de retiradas, que podría esperarse alrededor del 1 de mayo. Ni el presidente Nixon ni yo creíamos que podríamos arriesgarnos a la decisión más sensata de todas, que sería interrumpir las retiradas cuando era inminente una importante ofensiva.

Marzo, por lo tanto, se convirtió en un período de espera y de decisiones que reflejaban la esquizofrenia nacional. Las retiradas se combinaban con los refuerzos. Amenazas de represalias alternaron con momentos fugaces de esperanza, de que pudiese ser que Hanoi estaba haciendo *bluff*. No estábamos ni ansiosos ni confiados, más bien estábamos resignados a los eventos. El general Abrams, que esperaba un ataque simultáneo a través de la zona desmilitarizada y las alturas centrales, ahora empezaba a contemplar la otra posibilidad de un tercer golpe simultáneo del enemigo, desde el otro lado de la frontera camboyana frente a la Región Militar 3. El día 10 de marzo le dije a Nixon que debía esperar un ataque en Vietnam del Sur sobre tres frentes. Le recomendé no hacer nada contra el norte hasta que cualquier persona razonable pudiera ver que no fuimos nosotros los que deseábamos una prueba de armas; luego golpearíamos con gran fuerza. Entretanto, los refuerzos recientemente llegados deberían ser empleados para interrumpir la concentración de fuerzas del enemigo en Vietnam del Sur, Laos y Camboya, e inhibir el lanzamiento del ataque durante todo el tiempo posible. Nixon sugirió lo que él consideraba una «estrategia churchilliana», detener todos nuestros aviones en el sudeste asiático durante unos días y luego emplearlos todos juntos en un golpe masivo. No vi ni gran peligro ni gran sentido en esto y Laird acordó hacerlo. Durante dos días todos los aviones permanecieron en tierra y al tercero volaron todos. No sé si hizo gran diferencia, pero seguramente habrá enloquecido a los analistas de los servicios de inteligencia de Hanoi, tratando de adivinar qué estábamos por hacer. Sea cual fuera la razón, ya sea a causa de los ataques aéreos o por las ofensivas de las dos anteriores temporadas de sequía, la fecha para la ofensiva estaba constantemente postergándose. Sin embargo, nuestra inteligencia estaba demostrando diariamente que estaría sobre nosotros en pleno antes que pasaran muchas semanas.

MANIOBRAS DIPLOMÁTICAS

A igual que en Vietnam, los preparativos norvietnamitas amenazaban en tres frentes, nosotros estábamos en tres frentes diplomáticos: Hanoi, Moscú y Pekín. Continuábamos la estrategia demarcada por Nixon en su discurso del 25 de enero, cuando reveló nuestras negociaciones secretas con Hanoi, para recalcar al pueblo norteamericano que su gobierno había explorado todos los caminos hacia la paz, y para indicarle a Hanoi que la opción por medio de las negociaciones aún estaba abierta. Como dije en una conferencia de prensa el día 26 de enero, al día siguiente del discurso del presidente:

Ahora la cuestión es: ¿habrá otra ronda de guerra? Creemos que podemos contener la ofensiva, y puede ser aún probable que la razón que dan para la ofensiva sea un prelude a negociaciones subsiguientes. Esta por lo menos fue su pauta en el año 1954 así como en el año 1968. Por lo tanto esto es un intento de decirles otra vez «No es necesario. Terminemos con la guerra ahora».

Más tarde ese día, dije lo mismo en privado a otro periodista. Dije que los norvietnamitas probablemente se lanzarían al ataque militar más tarde durante el año, y si el intento fallara, negociarían sobre las bases de algo parecido a nuestras propuestas actuales.

Tanto Nixon como yo tratamos de terminar con la guerra lo más pronto posible. Pero habían

diferencias entre nosotros acerca de la estrategia a seguir para conseguir esta finalidad. Mi propósito era crear una red compleja que nos diera la mayor cantidad de opciones. Aunque favoreciendo una reacción militar fuerte, nunca deseaba depender de la fuerza únicamente, ni tampoco de negociaciones solamente. Desde mi punto de vista la diplomacia y la estrategia deberían respaldarse una a la otra. Siempre favorecí preceder un movimiento militar, o a lo menos acompañarlo, con un movimiento diplomático, aun cuando viera reducidas probabilidades de éxito. Si fuera aceptada, lograríamos el objetivo de nuestra diplomacia. Si fuera rechazada, una oferta conciliadora ayudaría para sostener nuestro esfuerzo militar ante el público. Al anticipar los cargos de nuestros críticos, de que habíamos de alguna manera perdido oportunidades, mejoraríamos nuestra tolerancia para resistir en busca de términos honorables, que era lo que se buscaba en Vietnam. En efecto, nuestros intercambios con los norvietnamitas fueron secretos. Pero siempre los conduje pensando en su eventual impacto en el público. Si se nos presionaba demasiado, teníamos la opción de revelarlos, como lo habíamos hecho en los discursos de Nixon del 3 de noviembre de 1969 y del 25 de enero de 1972.

Nixon en general desconfiaba de las negociaciones. Estaba menos interesado en aumentar nuestras opciones que en el impacto que tendría sobre el público un fracaso. Tenía miedo de que Hanoi, al igual que sus electores conservadores, confundieran las negociaciones con debilidad. Estuve de acuerdo con él en que Hanoi estaba tratando de emplear las negociaciones para socavar nuestro respaldo doméstico. No pensaba que podríamos contrarrestar esta estrategia negándonos a negociar. Esto solamente nos pondría en la posición de ser la parte intransigente y originaria contra nosotros las mismas presiones que habían surgido contra Lyndon Johnson y dividido nuestro país. Tenía confianza que si aceptábamos el desafío diplomático de Hanoi, eventualmente lo podríamos volver a nuestro favor, elaborando nuestra definición de una paz honorable; cuando menos podríamos desactivar el argumento de que no estábamos haciendo lo suficiente para dar término a la guerra.

Por lo tanto siempre aconsejé a Nixon mantener alguna oferta abierta a Hanoi, aun si fuera solamente una oferta para una reunión. Esto nos permitiría tratar, con las propuestas periódicas, nuevas propuestas de los comunistas (los ocho puntos, los siete puntos, los dos puntos, y así sucesivamente), desde la posición de tener un programa alternativo. Nos daba la oportunidad de constatar si Hanoi estaba dispuesto para un acuerdo, y un programa en nombre del cual resistir, si los términos honorables permanecían inalcanzables. En las pocas ocasiones en que dejamos de lado esta posición, ya sea cancelando reuniones plenarias o rehusándonos a enviar un embajador a las conversaciones de paz, por ejemplo, pronto nos encontramos azotados por los norvietnamitas, por nuestros propios medios informativos y por los críticos del Congreso en un debate público sobre cuestiones de procedimiento. Por lo tanto recomendé que se uniera el discurso de Nixon del 25 de enero con un mensaje privado a Hanoi sugiriendo la renovación de las reuniones privadas. Nixon acordó con desgano. El mensaje fue enviado el 26 de enero.

Al mismo tiempo nos comunicamos con Moscú y Pekín. Nixon mandó una carta a Brezhnev. Una nota fue entregada por el general Walters a Huang Chen, el embajador chino en París, quien todavía funcionaba como nuestro contacto principal. Ambas comunicaciones recalcaron esencialmente los mismos puntos. Habíamos llegado al límite de lo que razonablemente podríamos ofrecer. Reaccionaríamos fuertemente si Hanoi respondía con una ofensiva militar.

Tanto Pekín como Moscú se estaban impacientando. Ninguno de los dos deseaba ser considerado en falta a sus obligaciones, por su aliado norvietnamita, bajo pena de perder apoyo en la rivalidad existente dentro del mundo comunista. Ni el uno ni el otro estaba ansioso por sacarnos las castañas del fuego. Pero ambos temían que Hanoi en su intransigencia podría anular proyectos de importancia, para con nosotros, que habían madurado durante un período de años. También temían que nuestras reacciones militares agudizaran su dilema. Al amenazar con represalias serias si Hanoi nos desafiaba, hicimos lo más que pudimos para alimentar el nerviosismo de Moscú y de Pekín.

La respuesta de Pekín, por medio del canal privado empleado siempre cuando Moscú o Pekín deseaban evitar un desacuerdo público, negó todo conocimiento de las negociaciones de Vietnam. No afirmaba ningún interés ideológico o nacional; solamente su obligación moral hacia un pueblo cercado respecto del cual tenía una deuda histórica. China nunca había pedido a los EEUU ningún compromiso sobre Vietnam, decía la nota significativamente, lo que era verdad. Rechazó cualquier intento de mezclarla en Indochina. Nos pareció que efectivamente estaba tratando de lavarse las manos de todo el asunto. Puesto que su ayuda material a Hanoi

era marginal, a raíz de sus recursos limitados, una postura de indiferencia no era conflictiva con nuestras finalidades. No presionamos más a China.

Moscú fue más asertivo, aunque su premisa básica era la misma. No estaba lo suficientemente seguro como para negar conocimiento de las negociaciones. Por el contrario, los soviéticos ostentaban su familiaridad con la crónica negociadora. En general Moscú apoyaba la posición de Hanoi, pero sin fervor. El 7 de febrero, Dobrynin, al transmitir la contestación de Brezhnev al mensaje de Nixon se cuidó de apuntar que los argumentos hechos contra nuestra última propuesta no fueron adelantados en nombre de Moscú. Fueron todos atribuidos a los norvietnamitas. Moscú no podía apegarse a esta posición compleja para siempre. Pero los soviéticos demoraron por un período inusualmente largo, mucho más de una semana, antes de finalmente apoyar la posición negociadora de Hanoi. Ese apoyo solamente tuvo lugar después de que el embajador norvietnamita se hubo entrevistado con el premier Kosygin. Esta reunión, según *Pravda*, tuvo lugar a pedido del embajador, lo que indicó un esfuerzo de los soviéticos por disociarse de su cliente. Su entrevista tomó lugar en un clima de «amistad y completa franqueza», que en el habla comunista generalmente indica algún desacuerdo. El comentario de TASS fue notablemente tibio.

Pero no podíamos dejar que Moscú se desentendiera tan fácilmente como los chinos. Casi todas las armas acopiadas para el asalto de Hanoi eran soviéticas. Si Moscú no alentaba el esfuerzo militar de Hanoi, como constantemente alegaba, ciertamente lo hizo posible. Por lo tanto habíamos decidido hace tiempo volvernos sobre Moscú en caso de que se desarrollara una ofensiva. Advertí a Dobrynin repetidamente que la reunión cumbre de Moscú peligraría si Hanoi trataba de forzar una decisión militar. A fin de dar a Moscú un incentivo adicional para presionar a su aliado, acepté a principios del año la repetida invitación del Kremlin para ir a Moscú a ayudar a preparar la reunión cumbre con los líderes soviéticos. Sin embargo, condicioné mi visita a que Moscú hiciera algún intento de finalizar la guerra, preferentemente un negociador norvietnamita en Moscú con poderes para hacer arreglos.

Así quedaron los asuntos con la Unión Soviética mientras Nixon visitaba China. Después de volver, recibimos algunas protestas tibias de Pekín y de Moscú acerca de unos supuestos bombardeos norteamericanos contra los norvietnamitas. Aparentemente Hanoi estaba brindando la misma información falsa a sus aliados que había empleado para influir nuestra opinión pública y como un pretexto para demorar las negociaciones. En realidad no había ninguna base para la alegación, puesto que habíamos interrumpido deliberadamente nuestra acción contra Vietnam del Norte durante la visita del presidente Nixon a Pekín, a pesar de una amenazadora concentración por parte de los norvietnamitas durante los meses de enero y febrero. También restringimos las operaciones aéreas durante el mes de marzo a fin de evitar el debate perenne acerca de si habíamos «provocado» el asalto comunista. Hanoi obviamente había inducido a sus «fraternales» aliados comunistas a cumplir con ellos; no podían rehusarse a hacerlo, pero indicaron su incomodidad meramente con gestos.

Mientras que las potencias principales —los EEUU, China y la URSS— estaban pintando un cuadro más grande que la Indochina, había un grupo de hombres sólo con una intención en mente, y una pasión monomaniaca: el Politburó en Hanoi. Al no estar acostumbrados a la posición defensiva, respondieron al discurso del presidente del 25 de enero anunciando el día 2 de febrero su «elaboración de dos puntos» de los siete que habían propuesto en el anterior mes de julio. Pero estos dos puntos fueron tan oscuros y vacíos que no fueron aceptados ni por los más ardientes partidarios de Hanoi en Occidente. El día 14 de febrero recibimos una contestación a nuestra nota del 26 de enero en la que habíamos propuesto otra reunión con Le Duc Tho. Para sorpresa nuestra, Hanoi aceptó. Quebró con los antecedentes proponiendo una fecha cualquiera conveniente a nosotros después del 15 de marzo.

Deberíamos haber sido alertados por el tono excesivamente conciliador, tan distinto a la norma norvietnamita hasta el momento y tan inconsistente con las frenéticas preparaciones militares que se estaban llevando a cabo sobre la zona desmilitarizada. Nunca antes Hanoi había propuesto una fecha tan anticipada (Thieu, siendo vietnamita, percibió esta particularidad inmediatamente cuando le informamos, como lo hacíamos siempre). Nunca antes había dejado la fecha a nuestra conveniencia. Si hubiéramos reflexionado más podríamos haber llegado a la conclusión de que Hanoi se estaba preparando para una reanudación de las negociaciones en sincronización con el momento de su inminente ofensiva. Deseaba que las conversaciones tuvieran lugar bajo condiciones de máxima presión e incomodidad para nosotros. Pero aun en

el caso de que hubiéramos llegado a esa conclusión, no habríamos cambiado de curso. Al demorar un contragolpe contra Vietnam del Norte hasta después que la ofensiva hubiera empezado, todavía nos pondría en la mejor posición política y psicológica posible para vencer el asalto venidero y sostener públicamente nuestras represalias.

El día 16 de febrero, en vísperas de nuestra salida para la China, contestamos a Hanoi proponiendo el 20 de marzo para la reunión con Le Duc Tho. Advertimos que «el intento de someter una de las partes bajo presión mediante la escalada de la actividad militar no es consistente con la finalidad de las reuniones.» El día 29 de febrero (después de que habíamos salido de la China), Vo van Sung, el delegado de Hanoi en París, llamó al general Walters para informarle que Hanoi estaba «por supuesto de acuerdo con una reunión el día 20 de marzo a las 11.30 hrs.», como habían propuesto los Estados Unidos. Esa formulación gentil, también, era inusual. Era muy fuera de norma que Hanoi aceptara una fecha propuesta por nosotros tan de antemano, era algo más, era francamente sin precedente. Nuevamente no pusimos mayor atención en este pequeño hecho.

Algunos días más tarde Hanoi cambió de idea. El 6 de marzo nos informó que el 20 de marzo ya no era adecuado, deseaba posponer la reunión hasta el 15 de abril. El pretexto era débil, hasta desconfiable: que los EEUU habían incurrido en ataques aéreos extensos inmediatamente antes y después del viaje del presidente a Pekín. No solamente no era verdadera esa acusación, sino que era absurda, puesto que Hanoi había aceptado la fecha del 20 de marzo dos semanas *después* de algunos de los ficticios ataques aéreos. Con respecto a los ataques después de que Hanoi contestara, hubieran sido completamente inconsistentes con nuestra estrategia. Estábamos manteniéndonos bien alejados del norte precisamente para evitar este tipo de acusación.

Ahora se nos estaba haciendo claro que era la cercana ofensiva la que estaba controlando la diplomacia norvietnamita. Lanzarían el ataque que tan frenéticamente estaban preparando y luego emplearían mi reunión con Le Duc Tho para inhibir nuestra reacción militar; pensaban que trataríamos de evitar atacar cuando se estaban haciendo «negociaciones». Pero esta vez la maniobra era demasiado evidente. Hanoi se había pasado de lista. Cuanto mejor fuera nuestro historial en el sentido de haber buscado una alternativa negociada, tanto mejor sería nuestra posición para reaccionar con violencia a una ofensiva, como teníamos el propósito de hacer. Nuestro historial respecto a tratar de negociar sería ahora impecable cuando fuera revelado al público. Ninguna persona razonable podría estar bajo ninguna ilusión respecto al cinismo de Hanoi.

Por lo tanto reaccionamos sólo verbalmente. El 13 de marzo devolvimos una nota muy áspera, repasando la historia de nuestros intercambios. «Rechazamos por completo» los alegatos de Hanoi. «Una verificación cuidadosa de los hechos aclara que los alegatos de ataques aéreos de los EEUU durante el período del 1 al 6 de marzo son totalmente infundados.» En lenguaje diplomático estábamos calificando a los dirigentes de Hanoi de mentirosos. No aceptamos la fecha del 15 de abril para la reunión (tentativamente tenía yo planeada una visita al Japón para esa fecha), y sugerimos el 24 del mismo mes. Empleamos la ocasión para repetir nuestra advertencia contra la escalada de la actividad militar.

Durante todo este tiempo las sesiones plenarias se estaban desarrollando alrededor de una mesa redonda en la Avenida Kléber. El hecho de iniciarlas en el año 1968 había dividido nuestro país profundamente. Pero ya habían conseguido una gran distinción en los anales de la diplomacia. Durante los cuatro años de negociación y más de ciento cuarenta reuniones no se había llegado a un acuerdo ni siquiera con respecto a la cuestión más mínima; era la única conferencia regular de tal duración que no pudo llegar a concordar en nada, por trivial que fuera. (Esta marca nunca fue superada, el acuerdo fue conseguido en un foro distinto; el único papel de la conferencia en el proceso de llegar a la paz fue la ceremonia final al firmar los acuerdos después de 174 reuniones infructuosas.) Cada semana los plenipotenciarios se reunían en el Hotel Majestic. Cada embajador leía un discurso preparado y hacía una refutación, luego se levantaba la sesión. Más tarde cada uno hacía una declaración separada a la prensa respecto a su elocuente presentación. Para Xuan Thuy y Mme. Nguyen Thi Binh, las conferencias de prensa claramente eran más importantes que las reuniones en sí.

Tres embajadores distinguidos representaron la parte norteamericana durante esta charada: Henry Cabot Lodge, David Bruce y ahora William Porter. No se puede decir lo suficiente respecto a la dedicación y la habilidad con que se comportaron. Cada uno estaba respaldado por los más extraordinarios funcionarios del Servicio Diplomático que conozco: Phil Habib, un de-

legado enérgico e indómito quien se mantuvo unido a nuestra delegación y apoyó a sus superiores hasta que fue designado embajador en Corea en el año 1971. Soportar arengas semanales sin ninguna esperanza de una solución, la que sabían tenía que venir por el canal privado, requería una reservas sobresalientes de paciencia, devoción al deber y autodisciplina. Estaban ahora completamente informados acerca de mis reuniones con Le Duc Tho, y a menudo pedí sus consejos (inclusive había invitado a David Bruce a presenciarlos, pero dado que su colega survietnamita no participaría, Bruce creyó que sería mejor ser informado y no participar. William Porter finalmente presencié algunas de las últimas etapas de las negociaciones en 1972.)

A Nixon nunca le gustaron las sesiones plenarias de la Avenida Kléber. Las asociaba con la interrupción en los bombardeos que según él casi le costó la elección de 1968. Consideraba que dieron a los norvietnamitas una forma de foro semanal, en televisión, para socavar nuestro respaldo doméstico. Siempre trataba de disminuir su importancia. En 1969 había rehusado nombrar un reemplazante para Lodge, que se había retirado, durante siete meses. Ahora vio la ocasión nuevamente.

Cuando Hanoi no respondió a nuestra nota del 13 de marzo durante una semana, Nixon suspendió las sesiones en París. En su conferencia de prensa del 4 de marzo dijo que estábamos tratando de «quebrar un obstruccionismo de palabrerío»; el enemigo estaba usando París como un foro para propaganda y sobre esta base «no había ninguna esperanza».

No estuve muy de acuerdo con esta acción. Hubiera sido mejor reservar una suspensión en París como represalia de la ofensiva. Los norvietnamitas estaban obligados a condenar esto como más evidencia de nuestra intransigencia. Empezarían una campaña de propaganda para obligarnos a volver a la mesa de conferencias. Los críticos norteamericanos luego tomarían en su mano el tema. Tarde o temprano tendríamos que ceder; lo que había comenzado como una táctica de presión se vería, al final, como una retirada diplomática. Esto fue exactamente lo que ocurrió. Hanoi no tenía ninguna intención de abandonar su foro propagandístico; consideraba la conferencia de París como la base legal de la interrupción de los bombardeos. En la misma forma que en 1969 habían reaccionado a nuestras negativas de reemplazar a Lodge, haciendo que el progreso se condicionara a que nosotros nombráramos un representante de jerarquía, así también lo hicieron ahora tratando por todos los medios de revivir la conferencia de París. El 27 de marzo, con sus preparativos para la ofensiva casi completos, Hanoi aceptó nuestra fecha del 24 de abril para una reunión privada, con la condición de que las conferencias públicas se reanudaran antes de entonces.

Sugerí a Nixon que aceptara. Estaríamos en desventaja propagandísticamente si las reuniones privadas no tuvieran éxito, sencillamente porque rehusamos atender las sesiones plenarias, el temario de las cuales estaba, al fin y al cabo, en gran parte bajo nuestro control. Puesto que las sesiones plenarias se programaron siempre con una semana de anticipación, sugerí que el embajador Porter propusiera una nueva sesión plenaria para el 13 de abril. Si la reunión del 24 de abril resultara estéril, podríamos entonces nuevamente interrumpir las sesiones plenarias. Por entonces sabríamos más de cómo andaba la ofensiva. Nixon estuvo de acuerdo.

El día 1 de abril, cuando todavía no estábamos seguros si el ataque por la zona desmilitarizada era una ofensiva mayor o meramente un tanteo, dimos nuestra contestación a las propuestas norvietnamitas. Nuestra finalidad, como informé a Bunker, era «la de escribir un historial impecable de racionalidad» y de dar a Hanoi una última advertencia de que estábamos al límite de nuestra tolerancia. Informamos a Hanoi que Porter propondría una sesión plenaria para el 13 de abril, y sobre esta base estábamos planeando una reunión secreta para el día 24. El mensaje concluía con otra grave advertencia:

La parte norteamericana desea recalcar que las operaciones militares lanzadas por los norvietnamitas durante los últimos días cerca de la zona desmilitarizada y en otros lugares, y el disparo de misiles desde territorio norvietnamita hacia el espacio aéreo survietnamita son hechos inconsistentes con la finalidad de estas reuniones. La parte norteamericana ha estado mostrando gran moderación en su respuesta a fin de dar a las negociaciones la máxima posibilidad de tener éxito, pero no puede permanecer indiferente si las operaciones militares siguen aumentando.

El minué diplomático estaba a punto de ser envuelto por la furia de la batalla. El 2 de abril, día en que se entregó nuestro mensaje a los norvietnamitas, la extensión íntegra de la ofensiva

se volvió clara, incluyendo su abierta violación de los acuerdos de 1968 de respetar la zona desmilitarizada. Pero esta vez habíamos preparado nuestro terreno a buen efecto. Habiendo tratado por todos los medios disponibles de evitar una prueba por las armas, estábamos en buena posición psicológica para resistir, y militarmente estábamos determinados a prevalecer.

¿QUÉ ESTRATEGIA?

Una vez que se hizo obvia la escalada de la ofensiva, se desarrollaron varias formas de pensar dentro de nuestro gobierno. Un grupo importante de funcionarios pensó de que deberíamos permitir que las cosas siguieran su propio rumbo, continuando nuestra actual escala de ayuda pero no incrementándola para la crisis. Este punto de vista, mantenido por los funcionarios civiles en el Departamento de Defensa, gran parte del Departamento de Estado y por los analistas de sistemas en mi propio personal, se apoyaba sobre la premisa de que la prueba concluyente de la vietnamización estaba a mano. Por lo tanto deberíamos fortalecer la capacidad de Vietnam del Sur de defenderse; no deberíamos aumentar nuestro propio esfuerzo. «Todos reconocemos», decía un memorándum de resumen presentado a mi por mi equipo, «que la clave no es lo que hacemos nosotros, sino que es lo que hacen los survietnamitas».

Pero ni Nixon ni yo reconocimos tal aserto. Los norvietnamitas habían elegido brutal y cínicamente una prueba de armas. Habían jugado con nosotros durante meses, empleando las negociaciones como cortina de humo para una invasión masiva. Durante tres años habían rechazado todo esfuerzo de negociar seriamente. El 20 de marzo, diez días antes de la ofensiva, el primer ministro norvietnamita Pham Van Dong había hecho un discurso público egregio rechazando el concepto mismo de un acuerdo; «Ahora como en el pasado, los agresores norteamericanos están aseverando lo siguiente: Cada parte debe llegar hasta el punto medio en una negociación, los Siete Puntos deben ser conciliados con los Ocho Puntos, y así sucesivamente. Esto es la lógica de un pistolero». La paz solamente podría venir si los EEUU cesaban «todo su respaldo y obligaciones con el régimen títere de Nguyen Van Thieu». Ahora, como antes, se nos daba solamente una forma de salir de la guerra: dismantelar a nuestro aliado y retirarnos incondicionalmente. Habíamos renunciado a la rendición en la mesa de conferencias; la rechazaríamos en el campo de batalla.

A partir del 2 de abril, Nixon y yo pasamos revista a la situación varias veces por día. El Grupo de Acciones Especiales de Washington se reunía virtualmente todos los días. El día 3 le dije al presidente que el ataque ahora precipitaría el asunto: no cobrariamos ninguna recompensa por perder con moderación. Si vencíamos la ofensiva, podríamos derivar de ello una solución. Los norvietnamitas habían lanzado todos sus recursos al esfuerzo. Si fallaba no tendrían ninguna alternativa que negociar. Si esperaban hasta después de la elección, podrían tener que enfrentarse a un presidente cuyas reacciones impredecibles habían aprendido a temer y quien ya estaba libre de cualquier presión electoral durante su último término.

Nixon no necesitaba recordatorios. Durante años había advertido que reaccionaría fuertemente a una ofensiva norvietnamita. Y cumplió su palabra. Contra una oposición burocrática intensa ordenó repetidos aumentos en nuestras fuerzas de aire y navales en el sudeste asiático. Quitó todas las restricciones presupuestarias a los vuelos aéreos. Ordenó ataques navales que se extendían veinticinco millas a lo largo de las costas de Vietnam del Norte. El 4 de abril autorizó ataques aéreos tácticos hasta el paralelo dieciocho en Vietnam del Norte (ver mapa pag. 800 y 801). Se enviaron al sudeste de Asia veinte aviones B-52 adicionales, cuatro escuadrillas más de cazabombarderos F-4 y ocho destructores más. El 4 de abril informé al Grupo de Acciones Especiales que el presidente estaba resuelto a derrotar la ofensiva. ¿Si fuéramos obligados a salir de Vietnam bajo estas condiciones, nuestra política extranjera íntegra estaría en peligro. Hanoi había vertido tantos recursos en el esfuerzo que una vez que fuera detenido tendría casi ciertamente que estar obligado a llegar a un arreglo. Pedí a toda agencia de gobierno que diera la máxima prioridad a la derrota de la ofensiva.

Pero resultó difícil traducir esta determinación al campo de batalla. Una razón fue el malísimo tiempo que, para nuestra frustración, obligó a la mayoría de nuestros aviones a permanecer en tierra durante la primera semana. Más fundamental era el cuadro mental que se había desarrollado entre nuestros dirigentes miliares durante una década de restricciones y tres años de retirada. «Nuestra impresión», dije al Grupo de Acciones Especiales, el día 5 de abril, «es que

nuestros comandantes tienen grabado en sus cabezas que queremos un mínimo de actividad y que recibirán recompensa por salir pronto. No son lo suficientemente agresivos».

Aún después de que este mensaje fue absorbido, se desarrollaron serias diferencias entre el Comandante de Campaña (respaldado por Laird) y la Casa Blanca. Durante cuatro años el general Abrams había desempeñado, con dignidad, una de las tareas más ingratas jamás asignada a un general norteamericano. En el año 1968 tomó a su cargo una fuerza compuesta de 540.000 hombres, pero inmediatamente fue atado a restricciones que siempre iban en aumento. Continuamente se le dieron tareas que no tenían sentido militar. Empezando en la mitad del año 1969 se le pidió que desmantelara su comando militar a un ritmo siempre mayor, al mismo tiempo que mantenía la seguridad de Vietnam del Sur y ponía las tropas de Vietnam del Sur en situación de que pudieran tomar a su cargo su propia defensa. Tuvo éxito en un grado extraordinario. Cuando Hanoi lanzó su ataque en 1972, más sectores rurales que nunca estaban bajo el dominio de Saigón; la mayoría de las unidades survietnamitas habían mejorado enormemente. Pero aun así, en su interior, el general Abrams se daba cuenta de que estaba sosteniendo una acción de mantenimiento en una batalla en la que tan sólo una pequeña reserva estratégica de fuerzas terrestres norteamericanas hubiera sido, casi seguramente, decisiva. Durante tres años su comando había sido convertido en un cuartel general de retirada. Ahora se le exigía ganar la batalla crucial final.

No es ninguna detracción a un dirigente militar excelente decir que el general Abrams no pudo ajustarse rápidamente a esta nueva situación. Lo conocí en 1961 durante mi corto tiempo como asesor en la Casa Blanca, cuando, como comandante de la división blindada responsable por la planificación de la contingencia de Berlín, me había dado una muy brillante exposición. Entonces había exudado osadía e imaginación. Pero cuatro años de frustraciones en Saigón habían cobrado sus cuentas. Desgarrado entre sus convicciones y su obediencia a la autoridad civil, había buscado refugio en la rutina. Su negativa a cambiar procedimientos operativos normales aun para la operación de Laos contribuyó a que fallara en obtener resultados decisivos. (La falla básica, sin embargo, era la de intentar resultados decisivos con fuerzas insuficientes, y para esto todos los funcionarios principales de gobierno, yo inclusive, deben compartir la responsabilidad.) Pero en 1972 vio la ofensiva norvietnamita en términos estrictamente locales. Durante tres años Washington le estaba haciendo salir de Vietnam; ahora le estaba instando a prevalecer con sus reducidos haberes. Las contestaciones fueron disertaciones secas, ocasionalmente pedantes, acerca de las prerrogativas del comandante en campaña. Esto me llevó finalmente, en una ocasión, a decirle a Moorer exasperadamente que el Comandante en Jefe también tenía algunas prerrogativas.

Uno de los obstáculos que le impidió a Abrams mejorar fue la forma grotesca en que la campaña aérea había sido organizada durante toda la guerra. Hablaba más de la burocracia del Pentágono que de las realidades militares; en realidad mostró que los requisitos organizativos de Washington contaban más que la estrategia. Para los fines de operaciones aéreas, Vietnam del Norte estaba dividido en muchos segmentos, llamados Paquetes de Rutas, con distintos comandantes militares poseyendo jurisdicción sobre zonas específicas de blancos (ver mapa páginas 800 y 801). Solamente el Comando del Pacífico en Hawai (CINCPAC), a cuatro mil millas de distancia, tenía responsabilidad por toda la campaña. Cómo y por qué razonamiento se establecieron estos Paquetes de Rutas en el año 1965 deberá ser dejado a un estudioso de la psicología burocrática.

La Séptima Fuerza Aérea era responsable por blancos en la zona de Hanoi, las líneas ferroviarias del noroeste, y por encima de la zona desmilitarizada (Paquetes de Rutas 1, 5 y 6A). La Séptima Flota controlaba los aviones con blancos cerca de Haiphong y el Noreste de Vietnam del Norte (Paquetes de Rutas 2, 3, 4 y 6B). Todas estas unidades menos una dependían los comandantes de la Fuerza Aérea del Pacífico y de la Flota del Pacífico, respectivamente, quienes a su vez dependían de CINCPAC en Honolulu. El general Abrams tenía autoridad solamente sobre blancos en la parte sur de Vietnam del Norte (Paquete de Rutas 1); en esa zona la Séptima Fuerza Aérea dependía de él. La asignación de los B-52 era separada e igualmente compleja. Estos aviones estaban controlados por nuestro Comando Aéreo Estratégico (SAC) y asignados en coordinación con Abrams para Vietnam del Sur y la parte sur de Vietnam del Norte; para los otros Paquetes de Rutas, SAC coordinaba con el comando correspondiente.

En síntesis, había esquizofrenia institucionalizada. Tan pronto como los aviones abandonaban blancos ubicados en Paquete de Rutas 1, Abrams ya no tenía más control sobre ellos; por lo

tanto no podía juzgar si la campaña aérea en el norte estaba aminorando las presiones inmediatas contra él o estaba desviando recursos. Tomaba este último punto de vista. La guerra en el aire en el norte era conceptual y organizativamente separada de la guerra en el sur. Fue esto, por lo menos tanto como las restricciones políticas de Washington, lo que produjo la cambiante calidad de la campaña aérea y las constantes disputas acerca de prioridades. Nixon, a mi instancia, hizo varias tentativas de cambiar estas disposiciones de comando; en realidad ordenó un cambio inmediatamente antes de la reanudación de los bombardeos irrestrictos contra Vietnam del Norte. Pero Laird y Moorer se resistieron furiosamente. Los mismos intereses creados que habían producido la pauta original se oponían a cualquier cambio. Laird y Moorer consideraron que tenían lo suficiente en sus manos como para agregar una pelea interna a esta altura de los acontecimientos. Como casi todos los otros intentos de Nixon de hacer una reorganización, éste fracasó. Nixon decidió que no podía arriesgar una división interna justamente cuando abordaba la mayor crisis en política extranjera que había enfrentado en su presidencia.

Por lo tanto era inevitable una disputa entre el comando en Saigón y otros responsables de tomar decisiones acerca de si los efectivos aéreos nuestros deberían ser restringidos a la zona de batalla en el sur o si deberíamos empezar a bombardear Vietnam del Norte, como Nixon estaba ansioso por hacer. Ahora que habían más aviones disponibles de los que Abrams, o el Pentágono, habían pedido, el comando en Saigón deseaba que *todos* atacasen blancos en Vietnam del Sur. Laird respaldó a Abrams porque pensó que esto probaría mejor la validez de la vietnamización. Nixon (como yo también) percibió que esto produciría un estancamiento. No generaría suficiente presión sobre Hanoi o sus patrocinadores soviéticos y Chinos; Hanoi sencillamente podría detener su avance y sentarse en sus nuevas conquistas territoriales; Moscú y Pekín no tendrían ninguna decisión que tomar. Vietnam del Norte sacaría provecho, a pesar de su cínico desprecio de los acuerdos de 1968 para interrumpir los bombardeos. Ahora que se había lanzado el reto, Nixon estaba decidido en una resolución. No vio ningún objeto en más diplomacia hasta tanto se llegara a una decisión militar.

Estuve de acuerdo con Nixon en que teníamos que llevar la guerra a Vietnam del Norte, solamente esto podría obligar a una conclusión de la guerra. Al mismo tiempo pensé que los norvietnamitas habían actuado en parte por debilidad. Los retrasos repetidos en las fechas de las reuniones privadas indicaron que Hanoi debió de haber tenido muchas dificultades en reunir las fuerzas necesarias para la ofensiva. Tuvo lugar dos meses después de la fecha que el general Abrams consideró óptima para Hanoi, y aún entonces los norvietnamitas nunca lograron coordinar su ofensiva triple. Los ataques en las Alturas Centrales y sobre An Loc fueron distanciados lo suficiente como para permitirnos arrojar todo el peso íntegro de nuestro poderío aéreo contra cada uno por separado; aun la reserva estratégica de Saigón podía ser lanzada contra los ataques incoordinados de manera limitada. Estas dificultades norvietnamitas reflejaban el impacto combinado de las operaciones de Camboya y Laos y de nuestra actividad aérea. Además, Hanoi sin duda estaba sintiendo la presión psicológica de nuestras proposiciones a Pekín y Moscú. Habíamos visto informes de desacuerdos entre Hanoi y sus dos poderosos aliados durante meses. El disgusto de Hanoi con Pekín, en especial, se infiltró en algunos de los comentarios de Le Duc Tho cuando conversó conmigo.

Mientras que Nixon y yo estábamos de acuerdo acerca de la importancia de una reacción militar de máximo esfuerzo, diferíamos acerca de cómo tratar a Hanoi con respecto a sus patrocinadores en Moscú y Pekín. Estábamos en completo acuerdo que no podría haber una reunión cumbre soviética si la ofensiva norvietnamita tenía éxito. Nixon no iría a Moscú después de una humillación impuesta por armas soviéticas. Pero mientras Nixon deseaba confrontar a Hanoi y sus patrocinadores como un grupo, yo prefería diferenciar nuestras presiones contra Moscú, Pekín y Hanoi de manera de aislar a Vietnam del Norte y desmoralizarlo. Nixon veía en la diplomacia una señal de debilidad potencial, yo la consideraba un arma. Nixon deseaba juntar los propósitos de Pekín y especialmente los de Moscú con los de Hanoi. Yo favorecía agudizar la distinción entre los intereses de los patrocinadores de un lado y los del cliente del otro. Finalmente Nixon dio su aprobación a mi estrategia de tratar de dividir Hanoi de los gigantes comunistas, siempre que esto no se interpusiera con un incremento en las acciones aéreas contra el Norte. Pero en realidad nunca estuvo contento con esto, como demostraría durante varias ocasiones críticas en las próximas semanas.

Empecé a movilizarme en la dirección que favorecía Nixon, al punto de hacer responsable a Moscú por la ofensiva de Hanoi. Al mismo tiempo, a fin de dar a Moscú el incentivo de di-

sociarse de Vietnam del Norte, enfatice los intereses más amplios que estaba poniendo en peligro. El 3 de abril vi a Dobrynin en la Sala de Mapas de la Casa Blanca y acusé a la Unión Soviética de complicidad con el ataque de Hanoi. Si la ofensiva seguía, nos veríamos forzados a tomar ciertas medidas que presentarían a Moscú selecciones difíciles antes de la reunión cumbre. Entretanto tendríamos que cancelar algunos asuntos de especial preocupación para Moscú. Por ejemplo, Moscú nos había pedido enviar un mensaje a los dirigentes de Alemania Occidental urgiéndoles de ratificar los tratados orientales, programados para el voto dentro de aproximadamente un mes. Habíamos estado renuentes de intervenir a tal extremo en la política interna de Alemania. Empleamos la ofensiva norvietnamita como un pretexto para evitar hacer lo que no deseábamos hacer en primer lugar. Bajo las condiciones actuales, dije a Dobrynin, no podíamos estar activos en Bonn. Moscú no podría pedir nuestra ayuda en Europa mientras socavaba nuestra posición en el sudeste de Asia. Al Kremlin se le advirtió que las acciones en Vietnam del Norte podrían hacer peligrar algunos objetivos fundamentales soviéticos.

El mismo día envié a Winston Lord secretamente a Nueva York para ver a Huang Hua, el embajador chino ante la ONU. La razón formal era contestar a una protesta china (entregada, deberá notarse, privadamente) por la intrusión de algunas naves estadounidenses dentro de lo que los chinos consideraban aguas territoriales suyas, alrededor de las islas Paracel, una cadena de islas ubicadas frente a la costa de Vietnam. Era parcialmente una disputa sobre la definición de las aguas territoriales. Pekín reclamaba doce millas desde la costa; nuestra posición histórica había sido tres millas. Lord, quien era conocido por los chinos a raíz de que había estado conmigo en todos los viajes a la China y asistió a toda reunión con los dirigentes chinos, presentó una «nota oral» informando a Huang Hua que, sin perjuicio de nuestra posición legal acerca de aguas territoriales, nuestra Armada tendría instrucciones de permanecer una distancia de doce millas de las islas. Pero la parte principal de nuestra nota fue un recordatorio de nuestros intereses en Vietnam. En el lenguaje más agudo jamás empleado en ninguno de nuestros mensajes a los chinos, protestamos contra el respaldo público de los chinos a la invasión norvietnamita. Indicamos que Pekín no debería tener ningún malentendido acerca de la profunda importancia de la cuestión para los Estados Unidos. En realidad, enfatizamos premonitoriamente, no serviría a los intereses chinos de largo plazo que los EEUU fueran humillados en Indochina. La nota advertía que «los países más grandes tienen la responsabilidad de emplear una influencia moderadora en esta cuestión y no empeorar la situación. Intentos de imponer una solución militar sobre los EEUU solamente pueden conducir a resultados desafortunados». Repetimos que considerábamos que la mejora de nuestras relaciones con China era de «extrema importancia», implícitamente advirtiendo que Vietnam era un obstáculo para esto.

El día siguiente, el 4 de abril, empezamos a hacer a la Unión Soviética públicamente responsable de la ofensiva. Según mis instrucciones Haig pidió a Robert McCloskey, el portavoz de prensa del Departamento de Estado, que señalara durante sus entrevistas regulares con la prensa que la invasión norvietnamita en el sur fue posibilitada por las armas soviéticas. McCloskey, quien era uno de los mejores portavoces de prensa que he conocido, llevó a cabo su cometido tan bien que provocó una serie de comentarios en el mismo sentido de otras agencias, lo que ponía en peligro toda la relación soviético-norteamericana, incluyendo la reunión cumbre. Era un poco más de lo que queríamos, pero actuó en la dirección correcta.

El mismo día, decidimos hacer saber a Hanoi que hablábamos en serio. Habíamos informado que reanudaríamos las sesiones plenarias de la Conferencia de París el 13 de abril. Siguiendo procedimientos complicados que estaban en relación inversa a la importancia de la agenda, esto hubiera normalmente requerido que se presentara una propuesta formal con una semana de anticipación, o sea antes del 6 de abril. Con la ofensiva aumentando en furia a diario, se había vuelto absurdo pedir una sesión plenaria. Por lo tanto enviamos un mensaje a París para entregarse el 6 de abril, informando a Hanoi que habíamos cambiado de parecer.

«El Gobierno de Vietnam del Norte ha intensificado operaciones militares contra el territorio del Gobierno de Vietnam del Sur, incluyendo las violaciones más abiertas de los acuerdos del año 1968. Por razón de esta escalada grave en las actividades militares, y las violaciones abiertas de los Acuerdos de Ginebra, y de los entendimientos de 1968, el embajador Porter no propondrá ahora una sesión plenaria para el 13 de abril de 1972. Una decisión con respecto a la sesión plenaria del 20 de abril dependerá de las circunstancias reinantes en ese momento.»

No dijimos nada acerca de la reunión secreta del 24 de abril, le pasamos la responsabilidad a Hanoi de cancelarla si deseaba.

Nuestra nota del 6 de abril se cruzó con un mensaje norvietnamita (en contestación a nuestra propuesta preliminar del 1 de abril) que ilustró lo que Hanoi se había propuesto para la reunión secreta. En medio de una ofensiva que violaba todo acuerdo anterior, nuestros insolentes interlocutores condicionaban su acuerdo para una reunión privada a que nosotros respetáramos nuestro «compromiso» de interrumpir el bombardeo del norte. En realidad todavía no habíamos realmente reanudado los bombardeos a causa del mal tiempo. Sin embargo, requería extraordinario descaro tratar de sujetar a los EEUU a un compromiso, toda previsión del cual Vietnam del Norte ya había violado.

También el día 6 de abril tuve otra reunión con Dobrynin. Le dije que la actual situación era intolerable. Como le había advertido en enero, una ofensiva norvietnamita nos obligaría a llevar la guerra a un término militar decisivo. Con respecto a los soviéticos, o bien tenían una mano en la planificación de la misma o su negligencia la había hecho posible. Cualquiera de las dos interpretaciones originaba perspectivas desagradables. Brevemente pasé revista a nuestros preparativos para la reunión cumbre, para dar a Moscú un sentido de lo que podría perder en términos de los varios acuerdos que se estaban preparando. Ahora insistiríamos, recalqué, en que la guerra se terminaría por negociación si fuera posible, o por la fuerza si fuera necesario.

Mientras aplicábamos presión diplomática continuamos el refuerzo de nuestro poderío. El 9 de abril veintiocho aviones B-52 adicionales fueron enviados a Guam. El 10 de abril un quinto portaaviones fue ordenado marchar a Vietnam. El crucero *Newport* y otro portaaviones fueron trasladados desde el Atlántico hasta el sudeste de Asia. Hacia el fin de la primera semana de abril el tiempo había despejado lo suficiente como para empezar a bombardear blancos tácticos en Vietnam del Norte. Se dio autoridad para atacar hacia el norte hasta el paralelo diecinueve.

Los críticos en contra de la guerra que pintaban al «establishment» militar como impaciente por empezar a sembrar la muerte y la destrucción, se habrían asombrados al saber que casi todos los refuerzos se hicieron sobre la oposición de por lo menos la dirección civil del Pentágono. Preocupados por los costos presupuestarios, entusiasmados por usar la ofensiva para determinar el destino de la vietnamización, los civiles del Pentágono, en general, mantuvieron que las fuerzas existentes en campaña ya eran lo suficientemente fuertes. Esto podría ser bastante exacto para los cálculos sofisticados de los analistas de sistemas; pero no eran adecuadas para el objetivo político de resolver los asuntos y acobardar la intervención de afuera. Si deseábamos obligar una solución diplomática, teníamos que crear la impresión de una determinación implacable de prevalecer. Solamente esto podría engendrar una ayuda soviética activa para terminar la guerra o bien un consentimiento tácito soviético respecto a nuestra presión militar incrementada, que ya habíamos decidido hacer, de no tener éxito la diplomacia. La dirección energética de Nixon sacó al Pentágono de la apatía, inducida por años de frustraciones, y yo le respaldé en el control diario de la ejecución de sus decisiones y mediante la elaboración de la estrategia diplomática.

A medida que las nuevas fuerzas se juntaban en el sudeste asiático, mi personal preparó planes de contingencia para su empleo. Un informe de planificación redactado por Al Haig, fechado el 6 de abril, y basado en mis instrucciones, delineó nuestro curso de acción si las fuerzas survietnamitas no lograsen detener la ofensiva. Propuso el bombardeo de todo blanco militar en todo Vietnam del Norte (con excepción de la zona de amortiguación a lo largo de la frontera china), y la siembra de minas en todos los puertos norvietnamitas. Era, en efecto, el plan que se aplicaría el 8 de mayo.

Nixon jugó brevemente con la idea de informar al pueblo norteamericano de la ofensiva por televisión. Safire fue designado para escribir el discurso (1). Después de unos días, el proyecto fue abandonado como prematuro, alrededor del 10 de abril. Si los survietnamitas mantenían sus posiciones, no había necesidad de crear una atmósfera de crisis. Si el asalto norvietnamita cobraba impulso, tendríamos que tomar medidas drásticas, y ese sería el momento para un discurso presidencial. Pero, como dije al presidente, si fallábamos, ni siquiera diez discursos nos harían algún bien. Tuvimos una conversación sombría y filosófica. Nixon murmuró que si fallábamos era porque las grandes fuerzas de la historia se habían movido en otra dirección. No solamente se perdería Vietnam del Sur sino todo el mundo libre. «No», dije, «si falla, tendremos que apretarnos el cinturón y hacer que las fuerzas se den vuelta».

Mantuvimos la presión diplomática. El 8 de abril envié una nota a Egon Bahr, el consejero de Willy Brandt, advirtiéndole que estábamos reconsiderando toda nuestra política soviética.

Dos ofensivas militares contra intereses norteamericanos en el plazo de seis meses, hechos posibles por armas soviéticas, eran demasiado. Dudábamos del valor de una política de *détente* en estas circunstancias. Bahr, con la ratificación de los tratados Orientales de Brandt pendientes en la balanza, estaba seguro de pasar estos sentimientos al embajador soviético en Bonn; y se recordaría así a Moscú que no estábamos sin medios de ejercer presión.

El 9 de abril, en lo que seguramente era un ejercicio único en la política triangular, invité a Anatoly Dobrynin a la Casa Blanca para ver películas chinas de mis visitas a Pekín, por las cuáles había expresado interés en ver. A su conclusión Dobrynin se quejó de que nuestro aumento en poderío en el sudeste asiático se estaba volviendo amenazador. «Anatol», le contesté, «de hemos estado advirtiendo durante meses que si había una ofensiva tomaríamos medidas drásticas para terminar la guerra de una vez por todas. Ahora ha surgido esa situación». Dobrynin indicó que Moscú estaba extremadamente interesado en el saldo de éxito de mi proyectada entrevista privada con Le Duc Tho el 24 de abril, y así había informado a Hanoi.

Claramente, Moscú se estaba poniendo nervioso. Advertí a Dobrynin que ya no volveríamos a conversar, mientras siguieran los combates. Insistiríamos que se terminara la ofensiva o tomaríamos medidas aún más serias. No se indignó ante ésta amenaza. Los soviéticos raras veces tratan de intimidar cuando creen que el oponente está fuerte y habla en serio. Dobrynin contestó que transmitiría esta advertencia a Moscú; estaba seguro de que habría una contestación pronto.

Como he dicho en otros capítulos al describir crisis, una vez embarcados en una confrontación, es más peligroso detenerse que proceder. Una pausa en las maniobras hace que la otra parte se pregunte si ha llegado el límite de la reacción y pruebe si el «statu quo» puede mantenerse. Las confrontaciones terminan cuando el oponente decide que los objetivos ya no valen los riesgos. Por consiguiente continuamos elevando las apuestas militares y diplomáticas. El 10 de abril el presidente presenció una ceremonia en el Departamento de Estado donde firmó un convenio multilateral proscribiendo las armas biológicas. Dobrynin estuvo presente. Nixon aprovechó la ocasión para recordar a la Unión Soviética que «las grandes potencias tienen la gran responsabilidad... de no alentar directa o indirectamente a cualquier otra nación a emplear la fuerza o la agresión armada contra uno de sus vecinos». Era otra advertencia no muy sutil de que consideramos a Moscú como responsable por la ofensiva de Hanoi.

Hablé a Dobrynin una hora más tarde para analizar las observaciones del presidente. No nos quedaríamos quietos para presenciar la táctica mediante la cual Hanoi nos había hostigado durante las últimas dos series de conversaciones secretas. Si Hanoi otra vez publicaba nuevas propuestas en medio de negociaciones, el canal secreto se daría por terminado. Dobrynin empleó la ocasión para mencionar que podríamos llevar cien reporteros a la reunión cumbre en Moscú. Claramente no había ocurrido nada como para cambiar las prioridades del Kremlin.

A fin de mantener alta la presión, pregunté a Hal Sonnenfeldt, mi principal consejero en asuntos soviéticos, cuáles eran las negociaciones con la URSS que podríamos frenar y que eran de considerable interés para los dirigentes del Kremlin. Sonnenfeldt propuso las siguientes: asegurar que las conversaciones entre los EEUU y la URSS en Moscú con respecto a ventas de cereales no dieran resultados para ahora; evitar contactos demasiado amigables durante otras negociaciones; mantener nuestras exigentes demandas en las conversaciones respecto a los arreglos de préstamo e intercambio; congelar otras negociaciones bilaterales y usar la visita a Washington del ministro de comercio soviético, Nikolai Patolichev, programada para el principio de mayo, para recalcar nuestra postura dura, cancelando la visita de Patolichev si la situación se deterioraba. Aprobé todos estos pasos. La única recomendación que desaprobé fue la de interferir los buques soviéticos en viaje a Cuba; esto parecía demasiado provocativo.

En donde aumentamos nuestra presión militar fue Vietnam. Aún antes de que el presidente advirtiera a los soviéticos durante la ceremonia en el Departamento de Estado, doce B-52 habían atacado bases de aprovisionamiento cerca del puerto norvietnamita de Vinh, alrededor de 240 kilómetros al norte de la zona desmilitarizada. Era la primera vez que la administración de Nixon empleaba los B-52 contra Vietnam del Norte (*). Era una prevención de que las cosas se podrían poner peores si la ofensiva no era interrumpida.

El 10 de abril fue un día muy ocupado. El ministerio del exterior chino emitió una rara crítica pública de nuestros ataques aéreos sobre Vietnam del Norte y alabó las victorias comunistas en el sur. A pesar de su tono polémico, consideramos que la declaración era mínima para la

(*) Los B-52 se habían usado contra Vietnam del Norte durante la administración Johnson, en 1967.

ocasión. Su condena de nuestros bombardeos demostraba solidaridad ideológica; el catálogo de victorias comunistas previno cualquier reclamo por recursos chinos adicionales. Observamos que la declaración china no prometió el respaldo «resuelto» acostumbrado, ni tampoco requirió, como lo hacían las anteriores declaraciones, que los EEUU aceptaran los términos de Hanoi. Durante toda la primavera y el verano China limitó sus protestas al canal privado, y aún allí en casi todos los casos, protestaron solamente cuando aviones o naves de los EEUU entraron en espacio aéreo o aguas territoriales chinas.

Ahora la ofensiva estaba en pleno desarrollo en tres frentes. Varias divisiones comunistas estaban traspasando la zona desmilitarizada y penetrando profundamente en la provincia de Quang Tri en la Zona Militar 1. Se estaba desarrollando un ataque en las Tierras Altas Centrales y más hacia el sur contra la capital provincial de An Loc. Respondimos el 11 de abril cancelando la sesión plenaria programada para el 20 de abril. Informamos a Hanoi: «En vista de que continúan las flagrantes violaciones de la zona desmilitarizada por parte de los norvietnamitas, y la ampliación de las operaciones militares dentro de las Regiones Militares 3 y 4 de Vietnam del Sur, no aportará ninguna finalidad útil mantener una sesión plenaria de la Conferencia de París el día 20 de abril. Nuestra nota ofrecía proceder con la reunión secreta del 24 de abril y luego continuar con las sesiones plenarias si aquélla tuviera éxito.

Pero la presión se estaba haciendo sentir sobre Hanoi también. Aunque la ofensiva estaba ahora en pleno desarrollo se encontraba frente a un incremento de poderío norteamericano que era tan amenazador como nuestros bombardeos eran inesperados. Los survietnamitas, aunque gradualmente retrocediendo, se estaban manteniendo. Demasiado cautelosos en el ataque, estaban combatiendo adecuadamente en la defensiva. El día 15 de abril Hanoi se rehusó a llevar a cabo la reunión privada propuesta con Le Duc Tho para el día 24, hasta que acordamos continuar con las sesiones plenarias. Pero lo hizo de una manera tan indiferente, nada característica, que demostró una profunda confusión. Sugirió el día 27 de abril para la reanudación de los plenarios y el 6 de mayo para la reunión secreta. El 6 de mayo fue elegido, dijo la nota, para dar a Le Duc Tho tiempo para viajar. Pocas veces antes había Hanoi contestado tan rápidamente ni ofrecido explicaciones por sus decisiones.

Decidimos aferrarnos a nuestra estrategia. El 16 de abril propusimos que la reunión secreta tuviera lugar como estaba previsto, el 24 del mes, *después* de la cual estaríamos presentes en la reunión plenaria del 27 de abril. Los norvietnamitas contestaron el 19 de abril, nuevamente con inusual rapidez. Después de condenar la «atroz» intensificación de la guerra aérea y naval contra Vietnam del Norte, incluyendo los bombardeos con B-52 contra Hanoi y Haiphong (ver abajo), Hanoi agregó un poco de dulce a su propuesta anterior. Se mantuvo firme con las fechas del 27 de abril para el plenario y el 6 de mayo para la reunión secreta, pero indicó que si los EEUU anunciaba su acuerdo para volver a los plenarios, Le Duc Tho partiría inmediatamente para París.

Ambos bandos claramente estaban haciendo un combate de sombras, a medias deseando una reunión secreta, a medias no deseándola, pero especialmente teniendo sobre todo cuidado de evitar cargar con la responsabilidad de cancelar. En efecto, ambos trataban de mantener abierta la posibilidad hasta el momento oportuno. Los norvietnamitas deseaban regular el momento de una reunión para concordar con el momento de nuestra máxima humillación, después de una derrota masiva. Nosotros lo deseamos solamente después de que los soviéticos hubieran entrado plenamente en el juego. Hubiera sido un asunto sencillo para nosotros concordar con alguna fórmula para un acuerdo simultáneo sobre las reuniones secreta y plenarias; esto hubiera arreglado la cuestión. Pero yo quería jugar *esa* carta con Moscú.

Mucho ahora dependía de nuestros intercambios con la Unión Soviética. Los soviéticos habían empezado a tomar parte en el asunto seriamente el 12 de abril. Durante un almuerzo para pasar revista a los preparativos para la reunión cumbre, Dobrynin indicó que mi reunión, proyectada (pero que dentro de poco se cancelaría) con Le Duc Tho, era importantísima. Me aseguró que sus jefes no estaban interesados en una resolución por la fuerza. Repliqué que los soviéticos se habían puesto ellos mismos en la situación en que un pequeño país podría hacer peligrar todo cuanto habían estado negociando durante años. La Unión Soviética debió de haber sabido, cuando firmó dos acuerdos suplementarios de ayuda durante un año, que estaba dando a los norvietnamitas los medios para montar una ofensiva. ¿Qué es lo que esperaban los dirigentes soviéticos? ¿Creían que el presidente correría el riesgo de ser derrotado y tener 69.000 norteamericanos como prisioneros de guerra?

Dobrynin adujo que los norvietnamitas siempre habían ofrecido repatriar todos los norteamericanos inmediatamente. Le dije, «Anatol, eso ni es digno de comentario, y la situación no surgirá. Deberá haber una reunión este mes. Y deberá conducir a resultados concretos. Si así no se hiciera las consecuencias serían incalculables».

Dobrynin replicó que le pareció que una visita mía a Moscú, que había sido discutido desde principios del año, ahora se volvía urgente. La agenda podría incluir a Vietnam, además de preparativos acelerados para la reunión cumbre. Dije a Dobrynin que propondría ésta idea al presidente.

La propuesta evocó las más diversas emociones en Nixon. Deseaba intensamente que tuviera lugar la reunión cumbre. Ser el primer presidente norteamericano en Moscú estimuló su sentido de historia; ir donde Eisenhower no pudo ir llenaría su ambición de sobrepasar a su viejo mentor. En realidad, a menudo hablaba de cancelar la reunión cumbre. Pero cualquiera que conociera su estilo sabía que tales interrogantes, como así también las cogitaciones ocasionales acerca de su dispensabilidad (2), no eran más que una llamada para pedir confianza. Como aprendí penosamente durante la guerra indio-pakistaní, si uno tomaba estas cogitaciones en serio, corría peligro. Pero por otra parte, Nixon no deseaba ir a Moscú en una posición débil, y sospechaba de un plan soviético de demorar o complicar nuestra campaña militar proyectada contra Vietnam del Norte, arrastrándome a mí a negociaciones prolongadas en Moscú. Ni tampoco la menor de las preocupaciones de Nixon era cómo explicar a Rogers otra misión secreta por parte de su consejero de seguridad, esta vez a Moscú, ciudad que había estado impidiendo que su Secretario de Estado visitara durante casi cuatro años. (Rogers había deseado hacer una visita de antemano a Moscú, para compensar por mis viajes anticipados a Pekín. Nixon le negó el deseo.)

La vanidad nunca puede ser disociada en puestos elevados, de la percepción del interés nacional. Mi ansiedad por ir, sin duda, estaba siendo afectada por mi sentido de lo dramático. Pero su base sería era que teníamos poco que perder y mucho que ganar. Por vez primera, Moscú había sido ofrecido tomar parte directamente en conversaciones respecto a Vietnam, a un alto nivel y sin condiciones. Ese mero hecho seguramente inquietaría a Hanoi. El Kremlin no podía jugar con nosotros perdiendo el tiempo, no podía ganar más tiempo que los días que estaría yo en Moscú. Respecto a los preparativos para la cumbre, proporcionaban el vehículo mediante el cual separar los intereses de Moscú de los de Hanoi. La cumbre era el incentivo para que Moscú presionara a Hanoi hacia un acuerdo, o consentir, si forzábamos el asunto, en los medios militares. Si mi viaje adelantara las perspectivas para la cumbre, como era factible, ayudaría a neutralizar una reacción soviética a nuestras acciones en el sudeste asiático. Moscú entonces sabría claramente cuál sería el precio por reaccionar contra nosotros. Era posible, desde luego, que Moscú estuviera jugando el mismo juego. Pero nosotros teníamos más que perder en Vietnam que lo que Moscú podría ganar por nuestra humillación. Por lo tanto, en una forma extraña, nuestra posición negociadora era más fuerte, nuestras amenazas más plausibles.

Al principio Nixon estuvo de acuerdo con mis argumentos. El 12 de abril me autorizó a informar a Dobrynin que llegaría a Moscú el día 20 y hasta resucité la propuesta de entrevistar un alto funcionario norvietnamita en Moscú, una oferta que no tenía muchas probabilidades de ser aceptada pero que sería útil para mantener el Kremlin a la defensiva y nosotros en la posición de estar listos para negociar. Pero el humor de Nixon cambió. El 13 de abril me indicó discutir no solamente Vietnam sino también la reunión cumbre, cuando estuviera en Moscú. Pero ya para el 15 estaba preocupado de que Brezhnev trataría de enredarme con palabras, perdiendo el tiempo, y entonces tendríamos las manos atadas durante una semana, militarmente. La cumbre seguramente se volvería humo si jugábamos nuestra carta fuerte de un bloqueo contra el norte. Tal vez fuera mejor contrariar todo esto cancelando la reunión cumbre nosotros mismos. Le aseguré que aún cuando estuviera en Moscú podríamos bombardear por todo Vietnam del Norte excepto en las zonas sensitivas de Hanoi y Haiphong. Más aún, mi visita misma a Moscú sería una carta fuerte para neutralizar a los críticos domésticos y las reacciones soviéticas. Tampoco creía que la cancelación de la reunión cumbre era una certeza. Nixon entonces acordó que mi viaje «sería una buena cosa para realizar... Creo que está muy bien. Tiene indefectiblemente que ir», dijo. Ahora estaba seguro de que «la estrategia que tanto Vd. como yo acordamos es la correcta», pero claramente necesitaba que le tranquilizara al respecto. En todo caso, las memorias de Nixon no dejan ninguna duda de que al finalizar el día 15 de abril había llegado a la conclusión de que yo debería proseguir a Moscú (3).

Para asegurarnos que tanto Hanoi como Moscú comprendieran nuestra determinación, había recomendado, y Nixon había aprobado, que se efectuara un dramático ataque con B-52 contra los depósitos de combustibles en la zona Hanoi-Haiphong, conjuntamente con un cañoneo naval, durante dos días seguidos. El ataque tuvo lugar durante el fin de semana del 15 al 16 de abril, en contra de la oposición de Abrams pero con el apoyo de Laird. Por casualidad el 15 de abril fue la fecha en que Hanoi rechazó nuestra propuesta para una reunión para el 24 de abril, una decisión que, contando el tiempo necesario para su transmisión, claramente había sido hecha antes del ataque. Esta postergación nos dio la oportunidad de tomar la ofensiva. Cuando uno corre riesgos, es casi siempre ventajoso ser atrevido. El día 15 de abril enviamos un mensaje duro a los soviéticos, cuestionando si se podría hacer algún progreso respecto a Vietnam durante mi visita a Moscú, si la Unión Soviética no podía llegar a concordar ni siquiera una reunión en una fecha determinada.

Esa noche Dobrynin vino a mi casa para discutir el mensaje y exhortarme a proseguir con mis planes para visitar Moscú. Dobrynin, quien debía estar informado de los ataques de los B-52 por los teletipos de noticias, no los mencionó. De una manera muy amigable sugirió que las grandes potencias debieran poder dejar de lado diferencias locales a fin de arreglar las cuestiones fundamentales. Dije: «Anatol, para nosotros no es solamente un problema internacional, se ha vuelto ahora un problema doméstico de mayor envergadura. No podemos permitir que nuestra estructura doméstica sea atormentada constantemente por este país a más de quince mil kilómetros de distancia. La guerra debe ser llevada ya a una conclusión, y debemos hacerlo o bien junto a las otras potencias, o en su defecto: solos».

En la mañana siguiente, el 16 de abril, Dobrynin me leyó un mensaje de los dirigentes soviéticos diciendo que habían llevado al conocimiento de Hanoi mi queja, acerca de la no realización de la reunión secreta. Hanoi «podía acordar» una reunión secreta para el 24 de abril si las reuniones plenarias también fueran reanudadas. Esto era extraño puesto que el día anterior Hanoi había rechazado una reunión para el día 24. También la implicación de que su acuerdo dependía de una interrupción en el bombardeo ampliado de Vietnam del Norte. Hanoi aún no había respondido a mi sugerencia de una reunión con representantes norvietnamitas en Moscú. Hanoi claramente estaba dando vueltas. Su contestación no tenía la confianza insolente que solía tener en los años anteriores.

Finalmente, al finalizar el día, llegó una propuesta soviética formal. Nuestros bombardeos accidentalmente habían hecho impacto sobre cuatro buques mercantes soviéticos en el puerto de Haiphong con pérdidas de vidas. Como los chinos, las protestas soviéticas relativas al Vietnam del Norte, solamente tomaron tono grave cuando peligrosaron vida o propiedad soviéticas. Respecto a los ataques de B-52, Moscú se limitó a una expresión de desagrado porque estaba complicando la situación seriamente. Sin embargo, el Kremlin no se aseguró que nuestros puntos de vista se estaban transmitiendo a Hanoi. Considerando que estábamos bombardeando a Hanoi y a Haiphong cuatro días antes de mi visita a Moscú, esto era moderación de nivel elevado. Lo significativo no era que la crítica se interrumpía, antes de convertirse en protesta, sino que Moscú mantuvo su invitación pese a un ataque sin precedentes sobre su cliente. Moscú obviamente, no pondría en peligro la reunión cumbre venidera, después de que Nixon hubiera visitado Pekín.

Durante los próximos días Nixon, volvió a sus preocupaciones de que el viaje podría ser inconclusivo, un augurio de su incomodidad. Le contesté que mi viaje a Moscú era una etapa en el proceso de ponernos en la mejor posición posible para una resolución con Hanoi. De por sí no podía ser definitivo. Pero aún así un viaje indefinido podría contribuir a un resultado decisivo.

Eso dejaba solamente, una preocupación más: cómo informar al secretario de Estado. Nixon había decidido emplear la treta utilizada tantas veces durante el año anterior. Iría a Camp David, mientras estuviera yo en Moscú, y sería mi escudo, dado que se anunciaría que estábamos pasando revista a la situación juntos. De allí, una vez que yo hubiera partido, daría la noticia a su gran amigo diciendo que habíamos recibido una invitación repentina de Brezhnev para discutir Vietnam y que en vista de la urgencia de la misma, había aceptado en el momento.

Respecto a Pekín, el 12 de abril habíamos recibido una contestación fuerte a nuestra nota del 3 de abril, a través del canal privado. China se expresó solidaria con Vietnam del Norte y nos advirtió que nos estábamos excediendo cada vez más. Pero la nota no contenía ninguna amenaza, y terminó con una reafirmación del interés chino en la normalización de sus relaciones con los EEUU.

Cuando había salido en mi viaje secreto a Moscú, reflexioné que no nos habíamos asustado de la ofensiva, habíamos reunido un potencial masivo para contenerla, si Hanoi rehusara seguir negociando. Estábamos en el proceso de separar a Hanoi de sus aliados. Las próximas semanas indicarían si habría una negociación u otra prueba de armas.

Capítulo XXVI

EL VIAJE SECRETO A MOSCU

Partí hacia Moscú en un avión presidencial poco después de la una de la madrugada del jueves, 20 de abril. Me acompañaban mis colaboradores Hal Sonnenfeldt, Winston Lord, John Negroponte, Peter Rodman, agentes del servicio secreto, dos secretarias y también Anatoly Dobrynin, ya que para él era el modo más rápido de llegar a Moscú. A bordo viajaba un navegante ruso que nos guiaría sobre territorio soviético.

Como era de rigor en casi todos mis viajes, se había elegido la hora de partida que me permitiera arribar a Moscú de noche, demasiado tarde como para realizar reuniones importantes. En dos oportunidades que violé este principio y fui derecho a practicar negociaciones con Le Duc Tho luego de un vuelo nocturno, hube de pagar un alto precio psicológico. En esa época el método de los norvietnamitas consistía en hacernos agotar obligándonos a movernos a un ritmo excesivamente lento, repitiendo el mismo discurso básico en cada sesión y negándose a reconocer el más mínimo mérito de cualquier idea que propusiésemos. Para demostrar que éramos igualmente pacientes, yo solía responderles con chanzas, sacando los mismos temas innumerables veces o haciendo la misma concesión una y otra vez como si fuera nueva. Sin embargo, cuando mantenía reuniones recién llegado de un vuelo transatlántico, me costaba mucho no perder los estribos ante la insolencia de los norvietnamitas. Por poco caía en la trampa de desempeñar el papel que me habían asignado de antemano. Desde ese entonces jamás comencé una deliberación inmediatamente después de un largo vuelo.

Mi viaje a Moscú era secreto; sólo se iba a dar a publicidad a mi regreso. Hacía varios meses que los soviéticos venían insistiendo en que se realizara una visita clandestina, ¡seguramente por la sencilla razón de que había habido un viaje secreto a Pekín y ellos merecían un trato de igualdad! A Nixon también le convenía que fuese ocultado, entre otros motivos porque así postergaba una discusión con su secretario de estado. También yo apoyaba el carácter reservado del viaje ya que así no influirían sobre mí las opiniones de los medios de difusión ni de la crítica. Cuando diéramos informaciones luego del encuentro podríamos hacerlo en el contexto de lo que se había logrado, y no de las expectativas de otras personas.

Llegué a Moscú aproximadamente a las ocho de la noche de ese mismo día, hora local. El avión carreteó hasta un rincón apartado de un aeropuerto militar. Al pie de la escalerilla me recibió el primer ministro delegado del exterior Vasily V. Kuznetsov, un canoso veterano del Ministerio de Relaciones Exteriores de la URSS muy semejante a Gromyko: profesional, disciplinado, más preocupado por las tácticas que por la estrategia. Lo acompañaba el general Sergei Antonov, de la KGB, a cargo de quien quedaría la seguridad de Nixon. Mientras el protocolo chino me había utilizado como conejillo de indias de la agenda presidencial, Antonov me usó para poner a prueba sus métodos de seguridad.

Una aterradora caravana de automóviles nos transportó velozmente, a unos ciento cincuenta kilómetros por hora, hasta un complejo de residencias para huéspedes en las colinas Lenin, sobre el río Moscú, cerca del rascacielos estilo gótico estalinista de la Universidad. La arquitectura de estas casas para invitados era casi idéntica a la de Pekín, un producto soviético de exportación que había soportado la prueba del tiempo en China. Tenían el aspecto de mansiones de industriales de clase media que tratan de poner de manifiesto su reciente solidez económica por medio de la solemnidad de su apariencia y del tamaño de los muebles. La principal diferencia era la ubica-

ción. Las casas de huéspedes chinas estaban situadas alrededor de un lago en un enorme parque desde donde se veían otras residencias, si bien había soldados apostados que impedían el acceso de unas a otras. Los soviéticos no se arriesgaban ante la fragilidad humana. Cada casa estaba encerrada por muros y portones trancados. No se veía ninguna otra vivienda; sólo Moscú al pie de una barranca que se extendía ante nuestros ojos a lo largo del río, por la interminable planicie rusa.

La residencia era sumamente cómoda. La tradicional hospitalidad rusa en este caso se mezclaba con la legendaria sutileza soviética. En una habitación destinada a servir de oficina para el personal había una caja fuerte, que el encargado de la casa amablemente nos invitó a usar para guardar nuestros documentos secretos. Era un artefacto viejo y desvencijado. Daba la sensación de que los compartimientos interiores podían ser partes móviles; era fácil imaginar que los estantes, como montaplatos giratorios, transportarían el contenido a la planta baja, para que nuestro anfitrión lo revisara tranquilamente durante la noche. Amablemente declinamos tan cordial ofrecimiento. Nuestros documentos clasificados se conservaron en una gran caja metálica constantemente custodiada por el agente del servicio secreto Gary McLeod. De noche permanecía en el cuarto que éste compartía con el agente Jack Ready, entre las dos camas.

En este viaje conocí por primera vez el uso del «conversador». Este dispositivo consistía en un cassette que portaba una estrafalaria grabación de varias decenas de voces que parloteaban simultáneamente. Si quería hablar con mis colegas sin temor a que me estuviesen escuchando con aparatos electrónicos, nos reuníamos alrededor del «conversador» y hablábamos en voz baja. Así podíamos entendernos, pero teóricamente a cualquiera que estuviese escuchando le resultaría imposible distinguir la conversación real de la cacofonía de voces grabadas. Nunca podremos estar seguros de si dio resultado o no. Lo único cierto era que cualquiera que intentara comunicarse con alguien por encima de la cháchara de ese aparato infernal furante un período relativamente prolongado, pronto iba a perder su sano juicio. Por tanto, lo usamos muy escasamente. Por lo general hablábamos en forma elíptica o nos escribíamos notas. Solíamos caminar por el jardín con un colega, pero incluso allí intercambiábamos susurros porque el personal de seguridad de Willy Brandt nos había advertido que había micrófonos ocultos entre los árboles. En una ocasión le comenté a Gromyko en tono de broma que en el jardín había un árbol muy raro cuyas ramas seguían todos mis pasos.

Era tanto el respeto que sentíamos hacia la KGB que nuestras secretarías empleaban máquinas de escribir manuales que habíamos traído por temor a que nuestros solícitos anfitriones leyeran la «telemetría» de las máquinas eléctricas.

Gromyko y Dobrynin me visitaron en la residencia de huéspedes a las once de la noche para coordinar el programa del día siguiente. Estuvo presente mi secretaria, Julie Pineau, para tomar notas, lo que evidentemente puso muy incómodo a Gromyko. Como al parecer no quería que quedara constancia escrita, hablaba en inglés en voz baja, como si tratara de que a ella le resultase difícil oír. A Gromyko no le molestaba que tomaran notas los miembros del personal; lo que le fastidiaba era la secretaria. Las taquígrafas ofendían el machismo ruso o su tradicional sentido de lo secreto (hasta que unos años más tarde Brezhnev empleó a dos muchachas soviéticas en una reunión, quizás para impresionarme).

Gromyko me informó que Brezhnev dirigiría todos los debates por parte de los rusos salvo el día domingo, en que asistiría a la boda de su nieta. Le dejé bien en claro que mi misión primordial era eliminar el obstáculo que constituía Vietnam para la cumbre. La capacidad de nuestros respectivos países de destruir a la humanidad nos imponía la obligación de mejorar las relaciones mutuas. En ese momento existía una posibilidad que estaba siendo frustrada por Hanoi. Yo tenía autorización para debatir un amplio espectro de temas, pero me habían dado instrucciones fundamentalmente de buscar una manera de terminar la guerra de Vietnam. Gromyko puso de relieve la buena disposición de Brezhnev para discutir en detalle la cuestión de la guerra, actitud totalmente sin precedentes. No hizo más que acentuar la importancia que la conducción soviética asignaba a la cumbre y las ansias con que se preparaban para recibir al presidente. La vehemencia de Gromyko, cuatro días después de un imponente ataque con bombarderos B-52 en la zona de Haiphong, me daba la pauta de que la reunión cumbre podía servir para poner un freno a la conducta de los soviéticos mientras proseguíamos con nuestra estrategia para acabar con la guerra.

PREPARACIÓN DE LA REUNIÓN CUMBRE

Los preparativos para la conferencia cumbre habían comenzado febrilmente al regresar Dobrynin de Moscú el 21 de enero, lleno de entusiasmo. Afirmaba haber mantenido importantes reuniones con los líderes soviéticos, quienes confiaban plenamente en el éxito de la cumbre. Traía consigo una carta de Brezhnev para Nixon instando a ambas partes a «dar pasos concretos» respecto de la cumbre «comparando periódicamente los respectivos puntos de vista acerca de los temas más importantes», a saber: el tratado SALT; Medio Oriente; la seguridad europea; la remoción de trabas al comercio y la colaboración en el terreno económico; la ampliación del intercambio en ciencia y tecnología incluyendo el espacio exterior, la protección del medio ambiente y la salud pública. Poniendo como plazo la fecha de la cumbre, se esperaba poder firmar acuerdos en Moscú relativos a algunos de esos asuntos. La carta de Brezhnev concluía asegurando a Nixon «la gran importancia que atribuimos a la próxima reunión con usted al igual que a la situación particular en que se desarrollará». Esa frase torpe dejaba en evidencia el nerviosismo soviético por el viaje de Nixon a China, o quizás revelaba su premonición por lo que se avecinaba en Vietnam.

Dobrynin —le informé a Nixon— rebosaba de «efusiva cordialidad». Le echaba la culpa a los chinos por el estancamiento de las tratativas sobre Vietnam. Jamás se olvidaba de recordarnos las posibilidades que nos abría la sensibilidad soviética. Le advertí que responderíamos enérgicamente a cualquier ofensiva, fuese cual fuere su efecto sobre las relaciones entre nuestros respectivos países. Luego de discutirlo con Nixon convinimos en que debía aceptar la invitación para ir a Moscú a condición de que Moscú tomara alguna medida dirigida a terminar la guerra, preferentemente que nombrara un interlocutor de Hanoi con facultades para negociar.

Los preparativos para la cumbre se aceleraron y, como siempre comenzaron con una disputa interna respecto de quién debía supervisarlos, si el secretario de Estado Rogers o yo. A esa altura nuestras relaciones habían alcanzado tal punto de deterioro que ya ni siquiera se pretendía que pudiese hacerse en forma conjunta. El hecho más sintomático fue la pelea anual respecto de la redacción y publicación de los largos informes sobre política exterior destinados al congreso y a la opinión pública. En tres oportunidades el Departamento de Estado emitió un voluminoso informe propio al mismo tiempo que el presidente daba a luz el suyo sobre el mismo tema. Jamás había hecho eso antes de que existiera un informe presidencial; nunca más volvió a hacerlo desde entonces. En teoría, ambos trabajos eran complementarios. El documento de la Casa Blanca, redactado por algunos colaboradores y yo, era analítico, relativamente breve y se limitaba a consignar principios generales. El de Estado reflejaba los imperativos burocráticos del Departamento. Lo escribía una comisión, y por lo tanto era más impreciso. Al mismo tiempo era exhaustivamente extenso: cada director se aseguraba de que se incluyera su propia esfera de actividad. Inevitablemente, esto producía un pasmoso catálogo de países y de temas técnicos. Año a año había agrias discusiones entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado acerca de cuál informe debía aparecer primero. En general siempre lo hacía el del presidente. Esta rivalidad no sólo existía en el plano de la alta política. Yo trataba de que en el informe del presidente siempre se atribuyeran méritos al secretario Rogers, aunque por supuesto acentuando el papel principal del presidente, y en forma implícita, el mío propio. El Departamento de Estado se prestaba de buena gana a ese espíritu de competencia. En 1972 su informe hacía 172 referencias al presidente, 96 a Rogers y una a mí al reproducir el texto del anuncio del viaje presidencial a China, del que sencillamente no podían excluirme. Incluía cuatro fotografías del presidente, ocho de Rogers y ninguna mía. No era mucho, teniendo en cuenta que ese año se había revelado que yo había hecho un viaje clandestino a la China y había participado en siete sesiones secretas con los norvietnamitas, por no mencionar la brecha en los acuerdos SALT y el convenio de Berlín. Un integrante de mi equipo se dedicó a contar las citas. No sé quién estuvo más mezquino, si el Departamento de Estado con su desaire o yo haciéndome eco de él.

Fue en medio de ese clima que Rogers remitió una comunicación al presidente el 14 de marzo avisándole que tenía intenciones de «tomar a su cargo personalmente» los preparativos para la cumbre de Moscú. Cualquiera que conociese a Nixon sabía que eso jamás iba a ocurrir. Siguiendo órdenes del presidente, Haldeman envió una respuesta cautelosa solicitando que todo contacto que el Departamento de Estado tuviera con Dobrynin fuese aprobado *previamente* por la Casa Blanca. Como esto no diera resultado, el 17 de marzo Nixon apareció en una de mis reuniones con Dobrynin y le notificó que era yo quien debía supervisar los preparativos principales para

la cumbre. Las negociaciones técnicas sobre relaciones económicas o sobre intercambio científico y cultural quedaron en manos de los departamentos del gabinete, asignándose el papel primordial al Departamento de Estado. Empero, los temas políticos más relevantes debían canalizarse por intermedio de la Casa Blanca.

No compartíamos el mismo interés por todos los temas que Brezhnev mencionaba en su carta de enero. Estábamos dispuestos a concretar los acuerdos SALT. Pensábamos que una Conferencia sobre Seguridad Europea debía aguardar hasta que se produjera la ratificación de los tratados germano-soviéticos por parte del parlamento alemán, lo que a su turno considerábamos como un aliciente para frenar el proceder de los soviéticos en términos generales y respecto de Vietnam en particular. En cuanto al Medio Oriente, no veíamos ninguna posibilidad de arreglo en los términos que los soviéticos habían propuesto hasta ese momento. Nuestra estrategia en esa zona, como ya lo he consignado, tenía por objeto demostrar las limitaciones de la influencia soviética más que lograr una solución conjunta, al menos en tanto y en cuanto Moscú apoyara las pretensiones extremas de los árabes. Con respecto a los convenios económicos y técnicos, Dobrynin conocía nuestra disposición para la colaboración lo suficiente como para saber que no se llegaría a ningún acuerdo hasta tanto no se zanjaran los temas fundamentales. Y por supuesto, debíamos redactar un comunicado a medida que avanzaran los preparativos.

En lo referente a los tratados SALT, los puntos principales se habían reducido a tres. Luego de haber insistido en que se firmara un acuerdo sobre limitación de misiles antibalísticos *antes* de abocarnos a la limitación de sistemas ofensivos, en su anuncio de mayo de 1971 los soviéticos aceptaron tratar ambos puntos simultáneamente. Sin embargo seguía aún en discusión el carácter de la restricción sobre los misiles. Nosotros hacíamos hincapié en que se nos permitiera contar con dos asentamientos de misiles —los dos que estábamos construyendo en Malmstrom y en Grand Forks, o bien uno de ellos más el de Washington— mientras que el sistema soviético debía restringirse al ya existente cerca de Moscú. Los soviéticos proponían un trato igualitario: cada país tendría la libertad de defender su capital y contaría con una cantidad equivalente de misiles. Dado que los campos soviéticos de misiles eran más pequeños que los nuestros, eso significaba que, según esa propuesta, ellos tendrían tres asentamientos y nosotros dos. Segundo, habíamos acordado congelar el despliegue de misiles balísticos intercontinentales, pero la duración de la tregua quedaba aún por determinar. Como era característico en ellos, los soviéticos empezaron sugiriendo una moratoria de entre un año y medio y dos. Nosotros propiciábamos cinco años. En la época de mi viaje a Moscú ya habían dejado deslizar que estarían dispuestos a transar en tres años. El tercer problema era la renuencia soviética a limitar en lo más mínimo los misiles balísticos submarinos.

Como siempre, nuestra posición para negociar sufría la profunda influencia de nuestras decisiones unilaterales respecto del presupuesto de defensa. Cada vez me preocupaba más la creciente divergencia entre nuestra postura respecto de los acuerdos SALT y las resoluciones relativas a defensa. El 2 de diciembre de 1971 le había escrito a Laird para transmitirle la voluntad del presidente con referencia al próximo presupuesto de defensa para el año fiscal de 1973. Una fuerte postura de defensa era de vital importancia —decía— especialmente el año venidero «cuando asumiremos iniciativas diplomáticas que exigen negociar a partir de la fuerza, no de la debilidad». Para poder presionar en las negociaciones, el nuevo presupuesto debía incluir cuatro asentamientos de MAB aunque terminaríamos sólo con dos si se concluía un tratado SALT. De la misma manera, le requería a Laird que considerara favorablemente «la extensión del programa estratégico submarino» de un modo que fuese claramente visible para los soviéticos. También le decía que el presidente había ordenado un aumento substancial del presupuesto de defensa para alcanzar estos objetivos.

La directiva respecto de los misiles antibalísticos sufrió el mismo proceso que muchas otras instrucciones del presidente al Departamento de Defensa. La oposición sencillamente era demasiado intensa. Como en repetidas oportunidades el congreso había restado importancia militar al programa, los servicios se mostraban renuentes a invertir en él sus magros fondos. El Pentágono no lo apoyó más que a medias. El Comité de Servicios Armados del Senado ya en 1971 se había negado a autorizar más de dos asentamientos. El Departamento de Estado se inclinaba por la restricción total de los MAB y respaldaba la preferencia de Gerard Smith por un solo emplazamiento. El 16 de marzo Smith prestó declaración ante el Comité de Servicios Armados en favor de las conclusiones a que previamente había llegado. Sostenía que bastaba con autorizar dos asentamientos, y que los fondos para asentamientos adicionales podían reservarse hasta

tanto se conociese el resultado de las tratativas. Cuando las negociaciones se acercaban a su punto culminante y faltaban sólo dos meses para la cumbre, de hecho se estaba ignorando la decisión del presidente de extender el programa de MAB.

La cuestión de los misiles submarinos era más compleja. No estábamos fabricando ninguno. Nuestros antecesores habían interrumpido la construcción luego de alcanzar el tope de cuarenta y un submarinos nucleares portadores de Polaris y Poseidón. Los soviéticos comenzaban un promedio de ocho submarinos por año, haciendo ascender el total de 96 a 128 misiles según el tipo de submarino (*). En 1972 los soviéticos ya habían botado o terminado de construir cuarenta y tres submarinos. Hacíamos el cálculo de que podían llegar a superar los ochenta para 1978.

Nos enfrentábamos con un problema crucial que a su turno determinaría nuestra posición respecto de los acuerdos SALT. Teníamos dos opciones: dedicarnos rápidamente a producir una versión mejorada del Poseidón o esperar que saliera un submarino Tridente totalmente nuevo, lo que sería imposible hasta 1978, como mínimo. Si optábamos por fabricar la versión mejorada del Poseidón, hubiéramos preferido eliminar de los proyectos de tratados SALT a los misiles submarinos; tendríamos la oportunidad de ponernos a la par de los soviéticos construyendo rápidamente nuevos submarinos. Por otra parte, si decidíamos invertir en el nuevo programa Tridente, deberíamos insistir en la inclusión de los misiles submarinos en los acuerdos SALT para frenar a los soviéticos, al tiempo que utilizábamos el período de cinco años para desarrollar nuestro propio sistema.

El Pentágono se inclinó por el proyecto Tridente por varias buenas razones. Era preferible gastar los recursos en una nueva generación de submarinos y no en una versión modificada del sistema Poseidón existente. Al paralizar los astilleros, un plan acelerado de producción de nuevos Poseidón entraría en colisión con otros programas de fabricación. El secretario Laird en un memorándum del 4 de enero, el almirante Moorer en una reunión del Panel de Verificación realizada el 8 de marzo, y ambos en una sesión del Consejo Nacional de Seguridad del 17 de marzo afirmaron fervientemente que era mejor contar con un nuevo submarino en 1978, aun a costa de tener menos submarinos estratégicos en el ínterin. El jefe de operaciones navales, almirante Elmo Zumwalt, asumió la misma posición (1). Mel Laird resumió los argumentos en contra de las diversas opciones de fabricar más unidades de los tipos ya existentes: «Cada una de estas opciones... refleja una reacción de emergencia más que un programa premeditado, constructivo, de largo alcance éstas, por lo tanto, pueden resultar contraproducentes, tanto política como diplomáticamente».

Sin embargo, si elegíamos el Tridente debíamos movernos rápidamente para lograr un acuerdo respecto de la paralización de los SLBM. Había que negociarlo antes de que los soviéticos advirtieran que habíamos decidido no construir más submarinos portamisiles durante el período de moratoria. De lo contrario, no tendrían ningún incentivo para avenirse al convenio, y podríamos terminar con la peor de las soluciones: un programa soviético irrestricto, mientras que nosotros careceríamos de nuevos misiles de mar por varios años. A menos que hubiera un congelamiento de armas ofensivas —incluyendo los SLBM— la brecha numérica en contra de nosotros se agrandaría mes a mes. Pero, ¿cómo inducir a los soviéticos a detener un programa si carecíamos de uno y ni siquiera podíamos tenerlo en el término de cinco años? El 18 de enero Laird presentó una ingeniosa solución. En una comunicación al presidente instaba a la rápida negociación de la limitación de armas ofensivas; para lograr algún asidero en la cuestión de los submarinos proponía permitir que los soviéticos siguieran construyendo SLBM —aunque a un ritmo más lento— siempre y cuando, como contrapartida, se avinieran a desmantelar uno a uno los más viejos ICBM y SLBM. Calculábamos que poseían 209 ICBM viejos y unos treinta SLBM en navíos nucleares, totalizando aproximadamente 240. Si hacían uso de la opción plena, habríamos conseguido eliminar varios cientos de sus más antiguos misiles los que, debido a su vulnerabilidad, sólo servían para el caso de que los soviéticos atacaran primero. Al mismo tiempo calculábamos el número total de sus misiles submarinos en unos 200 menos de los que el almirante Moorer estimaba que consistía su programa potencial.

El 8 de marzo el Grupo de Revisión trató la propuesta de Laird, y el 17 lo hizo el Consejo Nacional de Seguridad, obteniéndose la aprobación general (aunque, como era su costumbre, el presidente postergó una decisión final). En la reunión del 8 de marzo del Grupo de Revisión,

(*) La clase Y, con dieciséis misiles cada una, era comparable a nuestros Polaris. La clase D, con doce cada una, a nuestro Poseidón, si bien nuestros submarinos eran mejores y más silenciosos.

tanto Gerard Smith como el subsecretario de Estado John Irwin recomendaron que se dejara el tema de los SLBM para que el presidente lo debatiera en Moscú. Yo vacilaba porque me horrorizaba que el presidente tuviera que negociar a último momento sobre temas que abarcaban tantos detalles técnicos. Temía que la urgencia por llegar a un acuerdo fuese demasiado intensa como para obtener un resultado razonable. (Estos comentarios parecen algo irónicos a la luz de las posteriores críticas en el sentido de que se habían tramitado demasiados temas en la cumbre de Moscú con muy poco tiempo disponible. De hecho, salvo uno de los tópicos principales, todos los demás puntos habían sido acordados con anterioridad a la cumbre, y ese asunto en particular era mucho menos complejo que la cuestión de los misiles submarinos.)

El presidente opinaba igual que yo, pero en lugar de polemizar con su negociador sobre control de armas y con el Departamento de Estado, me pidió que transmitiera a Dobrynin el plan de Laird por el canal especial de comunicación. Si los soviéticos lo aceptaban, entonces podíamos discutir con la burocracia; si lo rechazaban, no se ocasionaba ningún perjuicio y en cambio se evitaba una discusión. Eso hice el 9 de marzo, «pensando en voz alta» como si se tratara de una idea mía para superar el estancamiento. Dobrynin no demostró interés alguno. Amenacé con que iniciaríamos un programa acelerado de construcción de submarinos. (El impacto de mi amenaza sufrió la influencia de la incipiente campaña de la prensa que atacaba a Laird por su programa Tridente, y exhortaba para que cambiáramos el concepto de una nueva generación de submarinos por una moratoria sobre la construcción de submarinos en general.) (2) Dobrynin adoptó la misma postura que nuestros críticos: pensaba que lo mejor era concluir sólo el convenio de los MAB y congelar los intercontinentales; los submarinos quedarían para después. Yo le recalqué que no les permitiríamos gozar de absoluta libertad con sus misiles submarinos a lo cual me respondió que en tal caso probablemente se produciría un estancamiento en las negociaciones. A comienzos de abril insinuó que la conducción soviética se hallaría estudiando el tema de los misiles submarinos, pero no dejó trascender sus conclusiones. Así quedaron las negociaciones cuando partí para Moscú.

El otro punto importante de la cumbre respecto del cual había habido un significativo intercambio de opiniones era el comunicado final. Dobrynin había sacado el tema cautelosamente el 21 de enero al preguntarme si pensábamos emitir un documento conjunto con la lista de los asuntos debatidos o si estábamos dispuestos a que cada parte publicara una «Declaración de Principios» por separado. Los soviéticos son muy partidarios de las declaraciones de principios. Probablemente vean en ellas un reconocimiento de igualdad y las consideren un mecanismo eficiente para crear la impresión de que se producen grandes adelantos en las relaciones bilaterales. Quizás su misma historia los lleve a valorar las manifestaciones rituales, solemnes, los símbolos visibles. Cualquiera fuere el motivo, cuando ya se hallaban encaminados los preparativos para la cumbre, la Unión Soviética había firmado una larga y efusiva Declaración de Principios con el presidente Pompidou y otra con Turquía, además de un protocolo consultivo con Canadá, por no mencionar el tratado germano-soviético de no agresión. Le respondí evasivamente, aunque yo sabía que estábamos planeando incluir una exposición de principios en nuestro comunicado referente a China. Me parecía importante evitar toda impresión de que existiese un condominio soviético-norteamericano, y preferí esperar hasta después del viaje a China por temor a que el bosquejo preliminar indujese a error a Pekín.

Nixon y yo convinimos en que, dados los precedentes, una declaración de principios sería difícil de evitar. Por tanto, tratamos de utilizarla como medio para alcanzar fines positivos. Podíamos elaborar *nuestros* principios de contención internacional —por ejemplo los que Nixon había enunciado en su discurso de octubre de 1970 ante las Naciones Unidas— que, en caso de realizarse, aliviarían las tensiones, y si se los despreciaba podían servir para agrupar a los que se oponían a la agresividad soviética. Por ende, cuando el 7 de febrero Dobrynin volvió a sacar el tema (aun antes de la cumbre de Pekín), le contesté que con todo gusto examináramos la propuesta soviética. Pero Dobrynin era demasiado listo y temía que la propuesta de su propio gobierno fuese probablemente rechazada. Como mínimo, la redacción final demostraría que los soviéticos habían hecho importantes concesiones. El 9 de marzo, luego del viaje de Nixon a China, Dobrynin siguió que usáramos la declaración francesa como modelo. Nuevamente le requerí un anteproyecto soviético y él vaciló, aduciendo que una vez que existiera un borrador soviético, cualquier modificación exigiría la aprobación de su gobierno, y las negociaciones a larga distancia resultarían sumamente complicadas.

A mediados de marzo consideré que había pasado tiempo suficiente desde la cumbre de

Pekín. Con la venia del presidente, el día 17 entregué a Dobrynin el borrador de un comunicado donde, al igual que en el comunicado de Shangai, consignábamos los principios que creíamos debían regir las relaciones soviético-norteamericanas. Hacíamos hincapié en las restricciones mutuas, en la no-interferencia en los asuntos de otros estados y en la renuncia a ejercer presiones para obtener ventajas unilaterales. No hubo respuesta. Nada se nos informó respecto de este proyecto hasta mi llegada a Moscú, un mes más tarde.

Con referencia al tema del Medio Oriente, Dobrynin trató de involucrarme en un diálogo que, en realidad, tenía por fin imponer el extremo programa árabe. Esto no se ajustaba a nuestra estrategia en tanto y en cuanto la presencia de tropas y consejeros soviéticos fuese tan conspicua en Egipto, y la Unión Soviética apoyase a los grupos árabes radicalizados. Al responderle yo con propuestas relativas a problemas de seguridad en Israel, de inmediato dejó de manifestar todo interés.

Por lo demás, la perspectiva de la cumbre de mayo sirvió para incitar a las burocracias de nuestros respectivos países a confeccionar convenios explícitos acerca de varios temas técnicos para la colaboración bilateral. Estos acuerdos carecían de importancia política, pero demostrarían que los Estados Unidos y la Unión Soviética, como grandes potencias industriales, tenían intereses en común en diversos campos. Ambas administraciones desenterraron todos los proyectos que venían durmiendo desde hacía años y se apresuraron a concretarlos antes de la fecha de la cumbre. El principal problema seguía siendo la perpetua rivalidad entre la Casa Blanca y los demás departamentos acerca de quién debía recibir los laureles. Por ejemplo, en febrero se suscribió un convenio para ampliar los servicios aéreos comerciales entre ambos países. Como era de rutina, se firmó en el Departamento de Estado el 17 de marzo. Cuando el día 22 elevé un memorándum al presidente, éste escribió en el margen: «K, que se nos atribuya algo del mérito a nosotros».

Finalmente se llegó a un arreglo entre el deseo de los departamentos de que se les reconociera haber tramitado las negociaciones y la insistencia de Nixon de compartir la gloria. Se postergó la firma de casi todos los convenios bilaterales hasta después de la cumbre. Serían firmados por los miembros del gabinete cuyos colaboradores los habían negociado, en presencia de los felices rostros de Nixon y Brezhnev. Rogers rubricó los acuerdos sobre salud, ciencia y tecnología; John Warner, Secretario de la Marina, el referente a procedimientos para evitar incidentes en el mar. Por alguna razón olvidada en las tinieblas del tiempo, Nixon decidió que él suscribiría el acuerdo sobre protección ambiental. El hecho de postergar la firma de los convenios tendría otro significativo efecto: si la cumbre no se realizaba, esos acuerdos, que los soviéticos tanto deseaban, jamás se iban a formalizar.

En el terreno económico enfrentábamos presiones por parte de los soviéticos y dentro de nuestro propio país. Como lo he expuesto en el Capítulo V, los soviéticos habían manifestado interés en comerciar desde los comienzos de la administración. En el otoño de 1971, cuando la cumbre finalmente ya estaba programada, Gromyko sacó formalmente el tema ante Nixon. A continuación Dobrynin propuso un intercambio de visitas de miembros del gabinete encargados de comercio. El secretario de Comercio Maurice Stans viajó a Moscú a fines de noviembre y volvió encantado con la hospitalidad de sus anfitriones, y con grandes expectativas acerca de un gran «boom» del comercio soviético. Había dos obstáculos, empero: la condición de Nación Más Favorecida (NMF) para la Unión Soviética y la Ley de Préstamos y Ayuda. Los Estados Unidos le habían retirado a la URSS su condición de nación más favorecida durante la guerra de Corea; si bien el hecho de volver a implantarla habría producido sólo un efecto tangencial en nuestro comercio, poseía una notable importancia simbólica. Pero la condición de NMF no podía otorgarse sin el consentimiento del parlamento, para lo cual era menester resolver el viejo tema de la época de la guerra: el pago de la deuda rusa. Los soviéticos consideraban un agravio que se les exigiera pagar por la ayuda recibida en una guerra contra un enemigo mortal común, en la cual ellos habían sufrido las peores consecuencias en cuanto a pérdida de vidas humanas. El congreso opinaba de distinta manera: creía que se nos debían abonar al menos los artículos de consumo, tanto más cuanto que Gran Bretaña no se había negado a hacerlo. El asunto de la condición de NMF y la deuda de Préstamos y Ayuda se concatenaron, y los intentos no se habían concluido aún a principios de 1972. Solicitábamos 800 millones para zanjar la cuestión y ellos ofrecían 300. También manifestaron interés en la compra de cereales, aunque jugaron sus cartas con tanta habilidad, ocultándolas contra el pecho, que no fuimos capaces de percibir el estado crítico de sus necesidades hasta mucho después.

El tercer y último obstáculo que encaró Maury Stans fue la decisión de la Casa Blanca en el sentido de que el comercio se diera en una etapa posterior a los progresos políticos, y no antes. Nixon y yo convinimos en que era mejor actuar sin prisa en el asunto de la venta de cereales (postergando hasta abril el viaje a Moscú del secretario de agricultura Earl Butz). Como condición previa al restablecimiento de la condición de NMF debía suscribirse un convenio de pago. Dilataríamos la explotación conjunta de recursos naturales, tales como el gas natural de Siberia, hasta que concluyera la guerra de Vietnam. En resumidas cuentas, queríamos que las relaciones económicas se supeditaran a algún adelanto evidente en asuntos significativos para la política exterior de los Estados Unidos.

Resultó difícil convencer a Stans sobre la conveniencia de esta postura. Como yo le dije, el tema fundamental era «si los usábamos nosotros o si nos usaban ellos a nosotros». Stans se oponía. Para él el comercio era un bien en sí mismo; por definición involucraba el beneficio mutuo. En su condición de republicano conservador se unió al coro de la crítica liberal que continuaba menospreciando todo obstáculo al comercio soviético-norteamericano por considerarlo un vestigio arcaico de la guerra fría, y acusaba a nuestra política de ser un perverso estorbo para la distensión. De tanto en tanto Maury se quejaba de tener muy poca cuerda para actuar, implorándome que se la alargase. Como nosotros nos manteníamos en nuestra tónica, sus colaboradores protestaban ante la prensa, o bien Stans le comentaba a Dobrynin que el verdadero obstáculo para la expansión del comercio lo constituía la Casa Blanca. Esto involuntariamente daba mayor credibilidad a nuestra estrategia. Dobrynin estaba suficientemente habituado a nuestra manera de ser como para aceptar naturalmente el fenómeno de que un funcionario del gabinete se quejara ante un embajador comunista por las restricciones políticas que coartaban su labor. No obstante, como el mismo Dobrynin me lo explicara, la vehemencia de Stans era considerada en Moscú como parte de una hábil y premeditada maniobra. Lo que Stans quería demostrar como prueba de su buena voluntad era interpretado en Moscú —donde se suponía que todo venía orquestado desde mi oficina— como una forma particularmente sutil de presión política.

Estos distintos aspectos de la política, muchos de ellos entrelazados, se pondrían a prueba en mi viaje a Moscú. Pero, eclipsándolos a todos, cuando llegó el momento de la partida, apareció la ofensiva lanzada el 30 de marzo por el ejército norvietnamita. ¿Podría inducirse a la Unión Soviética a influir sobre sus protegidos en atención a que estaba por realizarse la reunión cumbre? ¿O corríamos el peligro de que la Unión Soviética nos manejara de forma tal que dudásemos antes de responder militarmente al desafío norvietnamita? Como he manifestado, en la semana de intervalo entre el 12 de abril, fecha en que se decidió mi viaje, y la fecha de partida, Nixon se había puesto ostensiblemente ansioso. Temía que los soviéticos fuesen a dilatar el tema Vietnam, neutralizando por lo tanto nuestra reacción. Para mí era más posible que se diera lo contrario: que la inminencia de la reunión cumbre pudiera usarse como freno a las respuestas soviéticas, poniendo más distancia entre Hanoi y Moscú.

Antes de partir, Nixon me dio las instrucciones de rigor de asumir una línea dura. No era nada extraño sino la habitual despedida cada vez que marchaba a cualquier negociación. En este caso tampoco estaban en pugna con mis propias opiniones. Ahora que Hanoi había comprometido la totalidad de su ejército a la ofensiva, yo era un ferviente partidario de llevar las cosas hasta su punto culminante. Estaba convencido de que sería inevitable realizar negociaciones una vez que se repeliera la ofensiva de Hanoi. Por otra parte, no creía que Moscú pudiese parar la guerra por medio de un decreto, ni se podía esperar que se volviera abiertamente contra su aliado. Los perseverantes revolucionarios norvietnamitas habían luchado toda su vida y habían llegado a acumular provisiones suficientes como para llevar a cabo la ofensiva prescindiendo de las presiones de Moscú. Habían apostado a obtener éxito en la contienda; era demasiado tarde ya para que Moscú les ordenara detenerse. Quedaba librado a los survietnamitas —y los Estados Unidos— tomar las medidas necesarias para derrotarlos. Moscú no podía actuar de delegado nuestro, por más que su conformidad con nuestra reacción hubiese aliviado tremendamente nuestra tarea.

Presenté a Nixon mi propuesta de estrategia en un memorándum. Dejaría en claro ante Moscú —decía— que «es intención suya hacer lo que sea necesario militarmente para detener la ofensiva comunista, y les informaré que está usted dispuesto a subordinar las relaciones con la URSS a las exigencias inmediatas de la situación en Vietnam». Afirmaba que insistiría en discutir el tema de Vietnam «antes de abocarnos a los importantes tópicos de las relaciones soviético-norteamericanas, motivo de la cumbre». Pediría a los norvietnamitas que:

Desistieran de invadir la zona desmilitarizada; que retiraran a Vietnam del Norte las tres divisiones de su ejército, juntamente con los equipos de artillería, blindados y antiaéreos involucrados en dicha invasión; que se restablecieran totalmente los acuerdos de 1968 incluyendo el respeto absoluto por la zona desmilitarizada y se suspendieran los bombardeos a las principales ciudades de Vietnam del Sur.

Si aceptan esto, mientras lo estén realizando, retribuiremos reduciendo los bombardeos aéreos y navales contra Vietnam del Norte y los suspenderemos totalmente cuando se haya cumplido lo anteriormente expresado.

El incentivo de la Unión Soviética, según mi memorándum, residía en sus relaciones generales con nosotros:

Hay que atribuir a los soviéticos una gran responsabilidad por la ofensiva comunista en Vietnam; por lo tanto no se los debe «recompensar» por utilizar su influencia para producir la distensión. No obstante, la *táctica* más conveniente para poner en práctica nuestra estrategia general probablemente sea ofrecer a Brezhnev la *perspectiva* de un mejoramiento de las relaciones entre nuestros respectivos países.

Dicho en otras palabras, la zanahoria y el látigo. No debíamos acobardarnos y tomar todas las medidas militares necesarias para contrarrestar la ofensiva de Hanoi por más apuro que le causáramos a la Unión Soviética, cualquiera que fuese el riesgo de deteriorar nuestras relaciones con Moscú, especialmente ante el previsible clamor de la oposición dentro de los Estados Unidos. Al mismo tiempo pondríamos ante las narices de los dirigentes soviéticos la zanahoria de una mejora significativa en las relaciones soviético-norteamericanas. Le expliqué a Nixon la actitud que asumiría acerca de cuestiones tales como los acuerdos SALT, la seguridad europea y el comunicado a emitirse al finalizar su visita. Haría depender las relaciones económicas de los adelantos en el terreno político, incluyendo la ayuda soviética a Vietnam.

Nixon rubricó su aprobación a mi memorándum con sus iniciales, agregando una noticia: «OK, con las modificaciones de mis instrucciones verbales». Para dar a conocer en detalle estas instrucciones orales habrá que esperar que salgan a luz las importantes grabaciones de Nixon. Mi única fuente de consulta son las notas que escribí en el bloc amarillo, el habitual equipo con que contaba en la Oficina Oval. Según consta en esas notas, las instrucciones que recibí de Nixon no carecían de sus acostumbradas hipérbolos. Debía yo recalcar que la Unión Soviética y los Estados Unidos eran las dos naciones con la mayor responsabilidad sobre la paz internacional. La reunión cumbre sería potencialmente el encuentro diplomático más trascendente «de este siglo». Era indispensable que se produjeran «adelantos» en el tema de Vietnam *a la fecha de la cumbre*. Mis apuntes también consignaban la imagen de Nixon que habría de transmitirle a Brezhnev: un hombre «directo, honesto, fuerte, fatalista, para quien las elecciones no eran una cuestión candente. No se sentirá afectado en lo más mínimo por la opinión pública. Ningún otro presidente concluiría el acuerdo SALT mientras aún persistía la guerra». Por el contrario, el congreso se opondría a los convenios económicos a menos que hubiera algún progreso en cuanto a Vietnam. Debía yo manifestar el respeto personal que el presidente sentía por Brezhnev. En un comunicado haría hincapié en la necesidad de la unidad de criterio: no podríamos aceptar la idea de que la Unión Soviética tuviera derecho a apoyar los movimientos de liberación de todo el mundo mientras se insistía en la Doctrina Brezhnev dentro de la órbita de los satélites.

Las instrucciones verbales que me dio Nixon fueron, en su mayor parte, comentarios en los que se explayaba respecto de la estrategia básica del documento que yo portaba. Las diferencias que pudieran existir no figuraban en forma explícita y no habían surgido de las conversaciones que ambos habíamos mantenido. Por el contrario, me despidió repitiendo las mismas palabras que solía pronunciar antes de cualquiera de mis viajes. Pero pronto se iba a hacer evidente una importante divergencia en una cuestión de fondo.

De hecho, la diferencia comenzó a perfilarse a bordo del avión que me transportaba a Moscú. Por primera vez era evidente que no había habido un acuerdo total de voluntades entre ambos respecto de la estrategia a aplicar en una importante negociación. Nixon envió un cable al avión expresando que, luego de reflexionar, se había convencido de que debía yo emprender de inmediato el tema de Vietnam, y no permitir que Brezhnev pusiese obstáculos. Tenía que mantenerme en esa línea hasta que Brezhnev y yo llegáramos a «algún tipo de entendimiento». Nixon decía

que mi viaje sería considerado un fracaso por la crítica si Moscú proseguía con su actitud de abierto apoyo a Hanoi. «Dicho sea de paso, esto se dará con los soviéticos mucho más que con los chinos. Con los chinos no simulamos haber hecho ningún adelanto respecto de Vietnam. Por el contrario, con los soviéticos trataremos de dejar la impresión de que ha habido progresos.» Para evitar el peligro me instaba a incluir una frase en el anuncio de mi viaje indicando o dando a entender que uno de los principales tópicos en la agenda de la cumbre sería Vietnam. Por lo demás, me ordenaba atenerme al programa convenido, exigiendo el retiro de la zona desmilitarizada de las unidades norvietnamitas adicionales que participaban en la ofensiva como condición previa para que suspendiéramos los bombardeos a Vietnam del Norte.

Extrañas instrucciones, demasiado blandas y demasiado duras al mismo tiempo. A medida que iba leyendo el cable, hacía anotaciones en el margen para responderle. Lo que necesitábamos no era simular que había adelantos sino que éstos fuesen una realidad. La orden de Nixon de incluir Vietnam públicamente en la agenda de la cumbre me parecía «demasiado dilatoria». Si hacíamos ese anuncio, nos resultaría muy difícil tomar represalias contra Hanoi hasta tanto no concluyera la reunión cumbre. Le envié un cable de respuesta vía Haig: «Estimo que no es una buena idea emitir una declaración aplazando Vietnam para la agenda de la cumbre. Tenemos ahora mucho más ímpetu, y por primera vez desde el comienzo de la guerra Hanoi ha emprendido en cierta medida la retirada. Por ende, debemos obtener resultados concretos ahora».

Nixon se apresuró a cablegrafiarle su asentimiento, y la dificultad aparentemente quedó atrás. Pero no por mucho tiempo.

LEONID BREZHNEV

Mi primer encuentro con Brezhnev estaba planeado para las once de la mañana del 21 de abril. Primero vino a visitarme Dobrynin para cerciorarse de que todo marchara sobre ruedas. Estoy convencido de que Dobrynin se había dedicado con toda sinceridad al mejoramiento de las relaciones soviético-norteamericanas; se mostraba ansioso para que ningún detalle imprevisto desbaratara el fruto de sus dedicados esfuerzos. Evidentemente no estaba muy seguro respecto de cómo se conduciría su Secretario General, con su poca experiencia en política exterior y su falta de contacto regular con funcionarios extranjeros en los últimos dos años.

La nerviosidad de Dobrynin resultó injustificada. Leonid Brezhnev nos aguardaba en la residencia de huéspedes más grande del complejo donde estábamos alojados. Flanqueado por Gromyko y Dobrynin, mientras su colaborador Andrei Aleksandrov revoloteaba discretamente un paso más atrás, el sucesor de Lenin, Stalin y Khrushchev me dio una efusiva bienvenida. Obviamente tironeado de ambos lados por la recomendación que debían haberle hecho de comportarse discretamente y su propia naturaleza sociable, por momentos me daba amistosos manotazos o adoptaba un semblante serio. Me condujo a un salón comedor donde la mesa había sido cubierta con un tapete verde para dar a entender que allí se realizarían las deliberaciones. Yo le agradecí la calidez del recibimiento. Brezhnev comentó en tono de broma que esperaban hacerme sentir una calidez mayor aún. Le pregunté si debía tomarlo como una amenaza o como una agradable perspectiva, a lo que me respondió que la Unión Soviética no creía en las amenazas... noticia nueva para mí.

En el término de dos meses me había entrevistado cara a cara con los poderosos dirigentes de ambos gigantes comunistas. Brezhnev no podía haber sido más distinto de los chinos. Ambos grupos de líderes conducían enormes países que habían sufrido frecuentes invasiones del exterior. Pero la cultura, la historia y la experiencia personal se aunaban para producir estilos y personalidades nítidamente contrastantes. Mao Tse-tung y Chou En-lai representaban a la sociedad con la más larga experiencia ininterrumpida en el arte de gobernar, una nación que siempre había desempeñado un papel culturalmente preponderante en su área. China había absorbido a sus conquistadores; había demostrado su poderío interno imponiéndoles su estilo social e intelectual. Sus gobernantes eran seres retraídos, seguros de sí mismos, serenos. Brezhnev encarnaba un país que no había sobrevivido civilizando a sus conquistadores sino durando más que ellos, un pueblo enclavado entre Europa y Asia sin pertenecer totalmente a ninguno de los dos, con una cultura que había destruido sus tradiciones sin haberlas reemplazado por completo. Brezhnev trataba de disimular su inseguridad con su carácter impetuoso, su torpeza con una actitud por momentos intimidatoria.

Las apariencias significaban mucho para él. En ocasión de mi viaje secreto planificó con gran orgullo una visita a los espaciosos y elegantes Departamentos del Zar, en el Kremlin, donde hospedarían a Nixon, evidentemente esperando obtener nuestra aprobación. Semejante proceder jamás podría provenir de un gobernante chino. A lo largo del corredor, cada dos ventanas había pedestales de mármol donde se asentaban inmensos jarrones. Todos los jarrones estaban cubiertos con un lienzo salvo uno que me fue mostrado como ejemplo del trato sumamente refinado a que el presidente se había hecho acreedor. Me explicaron que sólo retirarían los lienzos una hora antes de la llegada de Nixon para conservar el lustre. Todo esto era indicativo de una conmovedora actitud defensiva y vulnerable a la vez, algo en desacuerdo con el dogmatismo del estilo personal. En ese punto se intersectaban las personalidades de Nixon y Brezhnev.

Sin lugar a dudas, nadie alcanzaba la cúspide de la jerarquía comunista si no era despiadado. Sin embargo, los chinos utilizaban su encanto para disimular dicha particularidad, mientras que la brusca torpeza de Brezhnev tendía a acentuarla. Aun en medio de la mayor cordialidad, los chinos guardaban las distancias. Brezhnev, que poseía un magnetismo físico, arrinconaba a su interlocutor. Cambiaba rápidamente de estados de ánimo y exhibía abiertamente sus emociones. Estos estilos tan antagónicos también se reflejaban en las comidas. La cocina china es delicada, esmerada, infinitamente variada. Las comidas rusas son fuertes, contundentes, previsibles. La comida china puede comerse elegantemente con palitos; la mayoría de los platos rusos podrían comerse con las manos. Uno sale de una comida china satisfecho pero no hartado, con ganas de repetir la experiencia. Luego de una comida rusa uno se siente atiborrado, incapaz de imaginar siquiera una segunda vuelta.

Los líderes chinos a quienes conocimos primero habían hecho su propia revolución. Mao y Chou habían iniciado un período que ellos consideraban una nueva era de la historia, Brezhnev era ya el cuarto en la línea revolucionaria de sucesión, cifra muy reducida si se la compara con los países occidentales pero suficientemente significativa como para ubicarlo en la prolongada tradición. Los chinos se inspiraban en sus heroicas experiencias personales, especialmente en la legendaria Larga Marcha. Las largas marchas de Brezhnev y sus colegas se habían realizado en medio de salvajes luchas intestinas y maniobras burocráticas dentro del sistema comunista. Se habían pasado la vida entera trepando hasta la cima, haciendo a un lado —o eliminando— a formidables compañeros marxistas. En las diversas sucesiones puede haberse menoscabado su visión estratégica, pero habían aguzado su habilidad táctica.

El hecho de que en sesenta años haya habido sólo cuatro líderes dice mucho acerca del sistema soviético o quizás de cualquier sistema comunista, si bien los soviéticos son los que han vivido más tiempo con el problema. Ningún estado comunista ha resuelto el problema de la sucesión regular. Todos los dirigentes mueren en su cargo, o se los reemplaza con golpes de estado. El retiro honorable es muy raro, e imposible para el conductor supremo. Ningún líder soviético salvo Lenin ha conservado su reputación después de la muerte. En todos los estados comunistas un grupo dirigente se adueña del poder, envejecen juntos y eventualmente son reemplazados por sucesores cuya habilidad para subir al pináculo depende de su capacidad para disfrazar sus ambiciones. Viven en medio de la inseguridad mientras ascienden a la cima y son conscientes de su inestabilidad cuando obtienen el poder supremo porque saben que sus sucesores probablemente les negarán el reconocimiento de la historia, que es el incentivo para la mayoría de los hombres de estado. Como última paradoja, el sistema político que se basa en la verdad histórica niega importancia histórica a sus partidarios. Obtienen un largo mandato en su cargo pagando el precio del olvido final.

En la época en que lo conocí, Leonid Brezhnev era a las claras la máxima figura soviética. Pero era igualmente obvio que no tenía el poder total y que ya estaba declinando su fortaleza física. Durante la cumbre hizo cuanto pudo para dar participación al premier Kosygin y al presidente Podgorny en las deliberaciones. Incluso en la primera reunión que tuvo conmigo daba la impresión de estar comendando la posición tomada por un órgano colegiado al que tenía la obligación de responder. (Por supuesto, el hecho de mostrarse ostensiblemente privado de flexibilidad es un efectivo mecanismo de negociación que en ocasiones yo también he empleado.) Al parecer, Brezhnev poseía facultades para añadir matices a una postura ya convenida, pero no podía hacer modificaciones fundamentales por su cuenta, tal como lo permiten la autoridad y la independencia de que goza un presidente de los Estados Unidos. Al mismo tiempo dejaba trasuntar que, si consideraba que era necesario hacer un cambio, podía conseguir el apoyo del Politburó. A medida que pasó el tiempo Brezhnev fue ganando claramente autoridad. Después

de 1975, sin embargo, su salud resentida lo obligó a delegar en Gromyko un papel cada vez más relevante en asuntos de política exterior.

Durante nuestro primer encuentro parecía nervioso, probablemente porque se sentía inseguro al ser la primera vez que trataba con dirigentes norteamericanos, y en parte también por su copioso consumo de tabaco y alcohol, su dolencia cardíaca y las tensiones de su cargo. Movía constantemente las manos; se acomodaba el reloj; tiraba las cenizas del cigarrillo que eternamente sostenía entre los dedos (hasta que lo obligaron a utilizar una cigarrera que sólo se abría a intervalos fijados de antemano, si bien descubría ingeniosas formas de burlarla); hacía sonar la boquilla contra el cenicero. No podía estar quieto. Mientras traducían sus conceptos se levantaba de su asiento, caminaba por la habitación, se ponía a conversar en voz alta con sus colegas o incluso abandonaba la sala sin dar explicaciones y luego regresaba. Las negociaciones con Brezhnev, por tanto, poseían la estrafalaria característica de que él podía desaparecer en cualquier momento; o bien cuando uno trataba de mostrarse persuasivo él tal vez no se concentraba en los comentarios sino en forzarlo a uno a comer. En una oportunidad trajo un cañoncito de juguete a la sala de conferencias que generalmente se usaba para las reuniones del Politburó. El cañón se negaba a funcionar. Conseguir que disparara lo preocupaba mucho más que el significado de los conceptos que yo pudiera estar expresando en ese momento. Finalmente el artefacto detonó produciendo un estruendo. Brezhnev entonces recorrió orgulloso la habitación con aire de boxeador profesional que ha puesto fuera de combate a su rival. Se reanudaron las deliberaciones al tiempo que descendía una inquieta tranquilidad, que los que ya estábamos habituados a Brezhnev sabíamos ahora que sólo sería pasajera.

Antes de que se resintiera su salud solía interrumpir las conversaciones con anécdotas de diversa calidad, que en ocasiones —aunque no siempre— venían al caso. En nuestro primer encuentro, para recalcar la importancia de que se produjeran progresos significativos, relató este cuento:

Había una vez un viajero que deseaba ir de un pueblo a otro. No sabía la distancia; sólo conocía el camino y la meta final. En la ruta ve a un hombre cortando leña y le pregunta: «¿Cuánto tiempo se demora en llegar a aquella aldea?» El hombre le dice que no sabe. El viajero se siente algo ofendido porque el otro individuo es de la zona y seguramente debe saber. Entonces emprende la marcha. Cuando ha dado unos pasos el leñador lo llama. «Deténgase. Demorará unos quince minutos.» «¿Por qué no me lo dijo cuando se lo pregunté?» «Porque entonces no conocía el largo de sus pasos.»

Brezhnev citó esa trivial parábola para instarme a «dar pasos largos» en la negociación.

Otra de sus anécdotas servirá para describir el clima de la conversación que imperó en nuestra primera reunión:

BREZHNEV: Esta es la historia de un zar que tenía frente a sí a un hombre arrestado para decidir si se lo ejecutaba o si se le conmutaba la pena. El zar escribió tres palabras en un papelito: «Ejecución imposible perdonar», pero faltaba una coma. Debía haber dicho: «Ejecución imposible, perdonar». El funcionario que lo recibió lo leyó así: «Ejecución, imposible perdonar». No, no fue exactamente así. En realidad el zar lo escribió sin coma y luego los abogados tuvieron que determinar el significado.

KISSINGER: ¿Qué pasó con el reo?

BREZHNEV: Se lo diré al final de las deliberaciones, antes de que se vaya. Mi respuesta dependerá de cómo salgan nuestras tratativas.

GROMYKO: Quizás la respuesta sólo debería darse en la cumbre.

BREZHNEV: No, el doctor Kissinger debe partir de Moscú con respuestas claras a todos sus interrogantes. Porque a lo mejor le quiere contar la historia al presidente y querrá saber el final. Y si no lo sabe, el presidente se preguntará de qué estuvimos hablando aquí.

KISSINGER: A juzgar por la experiencia que tengo en las burocracias, probablemente hayan hecho ambas cosas.

Nunca me contaron el final.

En resumidas cuentas, Brezhnev no era sólo el jefe del Comité Central del Partido Comunista soviético sino también típicamente ruso. Era una mezcla de torpeza y amabilidad, simpático y

cruel al mismo tiempo, sagaz e inofensivo. Mientras hacía alarde del poderío soviético uno tenía la sensación de que no estaba muy seguro de ello. Como se había criado en una sociedad retrógrada, casi diezmada por la invasión nazi, podía conocer las estadísticas acerca del poder relativo, pero daba la impresión de sentir en sus huesos la vulnerabilidad de su sistema. Para mí era una pesadilla que sus sucesores, educados en épocas más tranquilas y acostumbrados a la tecnología moderna y al poderío militar, pudieran no tener dudas personales. Al carecer de ese complejo de inferioridad, tal vez creyeran sus propias baladronadas y resultaran mucho más peligrosos ya que contaban con asentamientos militares en el mundo entero.

La igualdad era sumamente importante para Brezhnev. Sería inconcebible que los dirigentes chinos la pidiesen, aunque más no fuese porque en la tradición china era una gran concesión que se hacía *al* extranjero. Para Brezhnev era de capital importancia. Durante los primeros quince minutos que estuvimos reunidos se quejó del improvisado brindis de Nixon en Shangai cuando éste manifestó que los Estados Unidos y China tenían el futuro del mundo en sus manos. Brezhnev opinaba que eso era menospreciar a la Unión Soviética, por no decir algo peor. En cambio, manifestó su agrado cuando, en mi breve alocución de apertura, expresé algo obvio: que encarábamos la cumbre con un espíritu de igualdad y reciprocidad. Las palabras que otro funcionario más seguro de sí mismo podía haber considerado como estereotipadas o condescendientes, él las tomaba como una oportuna muestra de nuestra seriedad. (No creo que lo haya hecho para adularnos. Para que la adulación sea efectiva debe ir acompañada de cierta plausibilidad.)

Brezhnev conducía una nación que, luego de casi sesenta años de un tremendo empeño, seguía a la zaga de Europa occidental en tecnología y «standard» de vida. Admiraba profundamente la tecnología norteamericana; se echaba atrás cada vez que lo hacíamos confrontar inequívocamente con el poderío norteamericano. La Unión Soviética había adquirido un gigantesco potencial militar; era una superpotencia y había que tomarla seriamente. Pero no podía soslayar la realidad —quizás la premonición— de que el sistema comunista es incompatible con el espíritu humano, que una economía moderna no puede funcionar eficientemente con una planificación total, que el hombre no puede prosperar si no goza de libertad. El estado que buscaba abolir las contradicciones del sistema capitalista engendraba otra contradicción que para nosotros era reconfortante y peligrosa a la vez: era incapaz de prosperar con la estructura existente porque la burocracia despiadada ahogaba toda creatividad. Pero el hecho de dedicarse plenamente a lo único que sabían hacer bien —la acumulación de poderío bélico— les daba los medios para alterar cualquier equilibrio y el incentivo para buscar el éxito en el exterior, a medida que su núcleo se hacía cada vez más hueco. Por lo tanto, nos hacía enfrentar con el grave peligro de que en algún momento sus líderes buscaran escapar de sus contradicciones históricas utilizando las armas que tan implacablemente habían acumulado durante décadas.

Brezhnev era la encarnación de esta ambivalencia. Bajo su conducción, la Unión Soviética había encarado un colosal desarrollo militar. El motivo bien puede haber sido la necesidad de tener de su parte el poderío bélico en su lucha por destronar a Krushchev, tanto como una manobra bien orquestada con vistas a la dominación del mundo. Con el tiempo, la motivación original carecería de importancia. La acumulación de pertrechos militares crearía sus propias oportunidades y una amenaza implícita al equilibrio global del poder. Por otra parte, el hecho de dedicar los escasos recursos exclusivamente a la maquinaria militar también frenaría la modernización de la sociedad soviética. Brezhnev intentaba solucionar el dilema por medio de la distensión de manera de poder adquirir tecnología occidental sin modificar su estructura doméstica, sin debilitar el armamentismo ni reducir las presiones soviéticas. Tanto más lo tentaba este curso de acción porque, no obstante su aparente poderío, la Unión Soviética se hallaba en una posición incómoda. Al haber abierto nosotros la brecha con Pekín, no pasaría mucho tiempo antes de que los principales centros de poder —los Estados Unidos, Europa Occidental, China y Japón— se pusieran de un lado, y la Unión Soviética del otro. Brezhnev era un hombre apurado, apesadumado entre dos desafíos. Quería eliminar la amenaza del pasado occidental de Rusia para poder ocuparse de su futuro chino. La *détente* era su manera de lograrlo. Los chinos no se equivocaban al considerarla como un peligro potencial para ellos. El desafío nuestro era comprobar si, aplicando sabiamente nuestra fuerza, conseguiríamos una verdadera distensión, verdadera en el sentido de reducir los riesgos para Europa sin aumentar la amenaza para Asia.

Nunca sabremos si hubiera sido posible lograr una real distensión en el período inmediatamente posterior a 1972. Sin duda Brezhnev justificaba la *détente* ante sus correlegionarios como un modo de distraer a Occidente. Y obviamente ese era uno de los peligros. Sin embargo yo

también creo que una parte de Brezhnev buscaba sinceramente la paz, si bien no en el sentido occidental, al menos la cesación de los conflictos y riesgos de toda una vida. Una vez leí una novela basada en la premisa de que todo ser humano posee una cantidad fija de cualidades tales como el coraje, la tolerancia y la sabiduría, y que la vida consiste en gastar esos recursos que continuamente van mermando. Daba la impresión de que algo semejante le ocurría a Brezhnev. Cuando lo conocí, él había pasado por las purgas stalinistas de la década del treinta (de hecho había ascendido el primer peldaño de la escalera en ese período), la segunda guerra mundial, una nueva ola de purgas, la lucha por el poder que se produjo a la muerte de Stalin y las intrigas que provocaron la caída de Krushchev, lanzando a Brezhnev a la cúspide. Se mostraba a la vez exuberante y agotado, ansioso por triunfar arriesgando lo mínimo. Su vida ya había tenido suficientes emociones. Mencionaba a menudo —y en ocasiones conmovedoramente— los traumas y sufrimientos padecidos durante la segunda guerra.

Nada de esto, desde luego, alteraba la realidad del poder soviético que él se encargaba de aumentar enérgicamente. Y a esto había que contraponerle nuestro poderío, cualesquiera fueren las intenciones de Brezhnev. La distensión jamás podría reemplazar al equilibrio de poderes; debía ser un resultado de dicho equilibrio y no un sustituto. Por lo tanto, yo exhortaba al fortalecimiento de nuestras defensas. Tal vez la actuación de Brezhnev no fuese más que eso, una actuación, si bien opino que la gente de fuera exagera la capacidad de disimulo que poseen los líderes. Creo que era sincero en su deseo de una tregua para su país. Lo que yo no sabía era el precio que estaba dispuesto a pagar por ella. ¿Estaría dispuesto a terminar con la constante búsqueda de brechas y el poner a prueba todos los equilibrios? ¿Estaría preparado para comenzar un período de coexistencia? ¿O eran todas maniobras tácticas para que aflojáramos la vigilancia antes de ejercer una nueva ronda de presiones con un poderío mayor?

Nuestra estrategia de la distensión dependía siempre de la firme aplicación de frenos físicos y psicológicos y de una inquebrantable resistencia ante los desafíos. Esto lo habíamos demostrado en Jordania, Cienfuegos, India-Pakistán y muy pronto lo evidenciaríamos en Vietnam. En años posteriores, el derrumbe de la autoridad del poder ejecutivo a consecuencia del Watergate, el resentimiento de la estructura de liderazgo en el congreso, el aislacionismo producto de las frustraciones de Vietnam y el esquema emergente de abdicación geopolítica conspiraron para impedir el establecimiento de un equilibrio de incentivos y penalidades que podría haber evitado varias crisis, dándonos a la larga un verdadero período de contención. En cambio, terminamos consiguiendo el peor de los resultados: constantes actos de irritación para los soviéticos (por ejemplo, el negarle la condición de nación más favorecida), pero que no iban acompañados por una disposición de nuestra parte de correr los riesgos necesarios como para lograr que obraran con cautela (en Angola, por ejemplo). A falta de un equilibrio, careciendo de incentivos y penalidades, la dinámica inherente del sistema soviético los llevó a intentar una nueva expansión varios años después de la cumbre de 1972. Y la endeble salud de Brezhnev quizás haya permitido a otros individuos más enérgicos maquinan un desafío consciente a Occidente en los últimos años de la década de 1970. Ahora, ni siquiera Brezhnev llegará jamás a saber cuánto estaba dispuesto a pagar en términos de contención para obtener una paz genuina luego de 1972 en caso de que nosotros hubiésemos mantenido el adecuado equilibrio entre firmeza y espíritu de conciliación.

CONVERSACIONES CON BREZHNEV Y GROMYKO

Al inaugurar las deliberaciones el 21 de abril, Brezhnev habló guiándose por notas, abandonando la costumbre puesta de manifiesto en anteriores reuniones de leer discursos ya preparados. Se comprometió efusivamente a lograr el éxito de la próxima cumbre, anunciando que se formalizarían acuerdos. «No es nuestro deseo fomentar una disputa en la reunión (cumbre). Eso sería muy fácil de hacer si ambas partes nos quedáramos respectivamente en Washington y Moscú.» Se refirió sólo tangencialmente a Vietnam. Haciendo una referencia atípicamente delicada al bombardeo de Hanoi y Haiphong con B-52 ocurrido cuatro días antes de mi llegada, manifestó: «Lamentablemente sucede que los acontecimientos de este último período — muy poco antes de esta reunión — han desalentado en cierta medida el clima». No era una declaración muy categórica de apoyo a un aliado en una época en que se lo bombardeaba diariamente. Incluso a continuación agregó un comentario tranquilizador: «No digo que esto disminuya las posibilidades de éxito de nuestra reunión». Al día siguiente afirmó que él no controlaba nuestras

propuestas de paz ni nuestros bombarderos; en cuanto a las primeras, no ofreció ninguna sugerencia, como tampoco profirió amenaza alguna respecto de los últimos. Obviamente le asignaba prioridad a la cumbre y a las relaciones soviético-norteamericanas, no a Vietnam.

Todo el primer día, sin embargo, se dedicaría a la guerra. En lugar de comenzar con ultimátums, manifesté en nombre del presidente nuestra voluntad de concretar el éxito de la reunión cumbre. Queríamos mejorar no sólo el clima sino la realidad de las relaciones entre oriente y occidente. Esto tenía por objeto preparar el terreno para explayarnos acerca de la duplicidad de los norvietnamitas y de nuestra determinación de provocar una situación límite en Vietnam. Dije lisa y llanamente que la ofensiva de Hanoi ponía en peligro los resultados de la cumbre. Me aventuré incluso a proponer la sorprendente teoría de que los soviéticos tenían interés en *impedir* la victoria de Vietnam del Norte. Yo dudaba de que el presidente fuese a viajar a Moscú si sufríamos una derrota. Por más que en ese entonces todavía fuese incierto el resultado, el pueblo norteamericano sabría que la ofensiva de Hanoi había sido posible gracias a la provisión de armamentos soviéticos; por lo tanto, la libertad de acción del presidente se vería severamente coartada. «Con toda honestidad debo informar al secretario general que si no se pone un freno a las acciones bélicas nos veremos obligados a tomar medidas que amenacen la realización de la cumbre, y si la reunión de todas maneras se formalizara, perderíamos la libertad de acción necesaria para alcanzar los objetivos que habíamos enunciado.» Subrayé la necesidad de que hubiera una reunión privada con Le Duc Tho antes del 6 de mayo, y que debía ser concluyente. «No estamos interesados en mantener conversaciones sino en obtener resultados. Me agrada el señor Le Duc Tho. Es un hombre muy impresionante, pero el motivo por el que deseo verlo no es por el placer de su compañía sino para conseguir resultados concretos.»

La respuesta de Brezhnev fue sumamente moderada. No cuestionó la caracterización que yo había hecho de los norvietnamitas. No contestó mis escasamente veladas amenazas. En cambio leyó una nota de Hanoi donde se negaban a enviar un emisario a entrevistarse conmigo en Moscú. Me mostró orgulloso el cable, el que por supuesto no pude leer, para demostrar que venía dirigido solamente a él. (Si era cierto, se encargó de aumentar la circulación del documento en ese mismo instante.) Los norvietnamitas insistían en la reanudación de las sesiones plenarias el 27 de abril, y que luego hubiera un encuentro secreto el 6 de mayo. Añadían, empero, dos concesiones mínimas: Le Duc Tho abandonaría Hanoi no bien aceptáramos la sesión plenaria, y se nos concedía la oportunidad de proponer una fecha más próxima siempre y cuando le diéramos a Le Duc Tho una semana para llegar a París. (Solía viajar vía Pekín y Moscú, deteniéndose para realizar consultas en todas las capitales «hermanas».) Los norvietnamitas, que no confiaban en nadie —ni siquiera en su principal defensor— cuarenta y ocho horas antes nos habían remitido directamente la misma propuesta que Brezhnev me estaba leyendo. Sin embargo, no vieron la necesidad de recalcar su negativa a reunirse conmigo en Moscú.

Como ya estaba claro con anterioridad a mi ida a Moscú, lo que hacía falta para realizar un encuentro privado era hallar una fórmula que permitiese a todos salir bien parados. Para eso no necesitábamos ayuda soviética. Lo que debíamos lograr en Moscú era transmitir nuestra determinación de llevar la situación a su punto límite, calcular la probable respuesta de nuestro anfitrión si procedíamos en forma unilateral y comprometer al Kremlin de modo tal que hiciera comprender a Hanoi su creciente aislación. Ominosamente le comuniqué a Brezhnev: «Tenemos dos requisitos. El primero es que la reunión no puede concretarse el 6 de mayo, en primer lugar porque ese día estará ocupado, y segundo porque, como ya se lo manifesté a su embajador, sería demasiado tarde. El 2 de mayo es la última fecha en que puedo asistir y en que todavía tendría sentido mantener conversaciones privadas». Le advertí que en la próxima reunión Le Duc Tho debería modificar sus hábitos de negociación. Ya no soportaríamos que se nos recitara una serie de ultimátums en los que la única verdad suprema fuesen las exigencias de Hanoi. «Si continúa esta actitud obraremos unilateralmente, cualquiera sea el riesgo para toda otra relación.»

La pauta del interés que Brezhnev tenía en la cumbre la dio el hecho de que escuchó todos mis comentarios provocativos sin poner objeciones. Sólo los chinos —afirmó— se oponen a la cumbre: «Debe usted recordar que poderosas fuerzas del mundo se han propuesto bloquear la reunión cumbre. Por cierto que para los chinos sería un enorme regalo que la sesión no se concretara. Sólo a ellos les convendría». Esta aseveración me convenció de que Brezhnev haría lo imposible para que no se cancelara la reunión. Y la mejor muestra de la fijación que los soviéticos tenían con China fue la aparente suposición de Brezhnev en el sentido de que algo que conviniera a China por definición debía ser anatema para nosotros. La «amenaza china» se había

convertido en una segunda naturaleza; suministraba su propia justificación aun cuando se la citara a un norteamericano que, menos de dos meses antes, había redactado un comunicado en Pekín cuya condena de la hegemonía iba obviamente dirigida al expansionismo soviético. Esta obsesión era también la causa de la forma compulsiva en que los dirigentes soviéticos sacaban el tema de China, oscilando entre una aparente inquietud y la inquebrantable convicción de que, tarde o temprano, —si no perdían la constancia— nos uniríamos a ellos en un condominio para contrarrestar el peligro que para ellos representaba la abrumadora amenaza del Este.

No expuse inmediatamente una fórmula para superar el estancamiento con Hanoi. Tampoco presenté nuestra propuesta más importante para la negociación porque pensé que esa reunión ya había dado todo cuanto podía dar. Y como se estaba haciendo tarde, no quería terminar la sesión exigiendo condiciones que quizás fuesen rechazadas ni concederle a Brezhnev una noche para pensar los argumentos en contra.

Brezhnev concluyó el encuentro de cinco horas de duración sugiriendo que ambos reflexionásemos sobre lo conversado y que «arribásemos a resultados» para que a él no lo criticara el Comité Central ni a mí el presidente. Le respondí que era yo quien corría el mayor riesgo de ser reprendido por el presidente que él por el Comité Central. No sabía él lo cierto de mi afirmación.

Al día siguiente, 22 de abril, hubo otra sesión de cinco horas. Comencé haciendo una propuesta de compromiso para quebrar el estancamiento respecto de la secuencia de reuniones plenarias y privadas con los norvietnamitas: asistiríamos a una sesión plenaria el 27 de abril siempre y cuando Hanoi aceptara previamente realizar una reunión privada el 2 de mayo. Señalé que esa sería la última fecha práctica antes de que hubiésemos de tomar «otras decisiones»; por consiguiente, los resultados debían obtenerse en dicha reunión. Para recalcar aún más la no muy sutil advertencia manifesté que no bombardearíamos la zona de Hanoi y Haiphong antes de la reunión. Brezhnev consideró mi propuesta como «constructiva». A mi juicio, iba a servir fundamentalmente para que los soviéticos compartieran la responsabilidad del resultado de las sesiones y para atribuir a Hanoi la responsabilidad de su fracaso.

Por lo tanto describí también la substancial propuesta que le haría a Le Duc Tho el 2 de mayo. Se trataba de la misma propuesta que había consignado en el memorándum que había elevado al presidente, quien lo aprobara el 19 de abril: retiro de las unidades norvietnamitas que habían penetrado en territorio de Vietnam del Sur desde el 29 de marzo, respeto por la zona desmilitarizada, inmediato intercambio de prisioneros que habían estado cautivos más de cuatro años, y un esfuerzo serio para negociar un acuerdo dentro del lapso convenido. A cambio de eso, los Estados Unidos suspenderían los bombardeos a Vietnam del Norte y retirarían las fuerzas navales y aéreas introducidas con posterioridad al 29 de marzo.

Esta proposición ha sido objeto de ciertos comentarios novelescos. Algunos dicen que fue una «concesión de enorme magnitud», que dejó «azorado» a Brezhnev, que fue «una verdadera bomba diplomática», «el primer punto decisivo en las negociaciones respecto de Vietnam» (3). Aparte de mi impresión de que Brezhnev no estaba muy familiarizado con las tratativas de Vietnam, esos comentarios son puras tonterías. No había nada que leer entre líneas en mi propuesta. Era *más dura* que la típica posición de los Estados Unidos porque añadía la exigencia algo ambiciosa del retiro unilateral de las unidades norvietnamitas que habían invadido en la ofensiva de marzo. Pero era un desperdicio; nadie ha inventado la forma de obtener en la mesa de negociaciones lo que no se ha logrado en el campo de batalla. Nuestra demanda podía dejarse de lado cuando Hanoi estuviese listo para la negociación sería. Iba a ser omitida en silencio en el discurso de Nixon del 8 de mayo. La importancia de mi viaje de abril no residía en la propuesta sino en el hecho de que la URRS se comprometiera en el asunto de una manera que sirviera para nuestros propósitos.

Brezhnev respondió a mi proposición algo insolente de un modo extraordinariamente conciliatorio. Musitó algo acerca de la dificultad de retirar las divisiones norvietnamitas en medio de una ofensiva. Asegurándome que no deseaba «exigir ninguna condición», me preguntó si «quizás» no podríamos excluir dicha cláusula. ¿Qué opinaría yo de un alto el fuego en las líneas existentes si todas las unidades permanecían en sus sitios? Le dije que tres semanas antes habríamos saltado de contentos. Ahora que Hanoi había hecho penetrar todo su ejército en el Sur, ya no servía.

Pero ahora se da la situación de que Vietnam del Norte ha violado el entendimiento a que habíamos arribado con ellos en 1968. Los presentes en esta sala saben muy bien que

habíamos llegado a un acuerdo respecto de la zona desmilitarizada. Por consiguiente, para que suspendamos los bombardeos es indispensable que ellos retiren las divisiones que cruzaron dicha zona, y que ese sector sea respetado.

Mis anfitriones soviéticos no estaban de humor para debatir las propuestas de Vietnam. Yo tenía mis dudas de que Hanoi aceptara un cese de hostilidades. La propuesta había estado sobre la mesa desde el 31 de mayo de 1971. Si Hanoi estaba interesado, seguramente nos enteraríamos el 2 de mayo. Ese sería el momento de tomar la decisión; no era un asunto que debiera resolverse en Moscú. Y Brezhnev estaba evidentemente ansioso por proseguir con el tratamiento de otras cuestiones. Por ende, aceptó someter nuestra oferta a Hanoi. De hecho, el jefe de la repartición del Comité Central Soviético a cargo de los partidos comunistas extranjeros, Konstantin Katushev, partió poco después en un avión especial rumbo a Hanoi. Moscú se hallaba ya comprometido. Las naciones no transmiten ofertas con cuyo rechazo piensan solidarizarse. El escaso tratamiento que Brezhnev hizo del tema Vietnam, el hecho de que no buscara ablandarnos ni rivalizar con nuestras duras exigencias era otro dato indicativo de que podíamos avanzar un trecho más sin que los soviéticos pusieran en peligro la realización de la cumbre. Esto revestiría una importancia crucial en la crisis que se avecinaba, tanto si Vietnam del Norte rechazaba la reunión del 2 de mayo como si esta reunión fracasaba.

A esa altura de los acontecimientos tomé una crítica decisión. Acepté dejar a un lado Vietnam y proseguir con los preparativos de la cumbre. Gracias a un enredo en las comunicaciones —del que hablaré más adelante— no había recibido instrucciones en contrario. A juzgar por el ambiguo intercambio de cables mientras estaba en el avión, no dudaba de que a Nixon lo ponía muy nervioso que yo discutiera otro tema aparte de Vietnam. La noche anterior había recibido instrucciones —que de inmediato apelé— de interrumpir bruscamente las negociaciones y regresar mientras tanto no hubiera una decisión soviética de terminar la guerra de Indochina. Eso me pareció peligroso y poco aconsejable, y por lo tanto utilicé hasta el límite mis poderes discrecionales, y proseguí con el resto de los temas de la agenda. Brezhnev había soportado un día y medio de declaraciones amenazadoras dirigidas contra un aliado suyo obviamente porque deseaba que se hicieran adelantos en torno de la cumbre. Si en ese momento me iba de Moscú sin darle oportunidad de exponer las propuestas que había preparado, lo iba a considerar una afrenta, una humillación frente a sus compañeros, una inversión fundamental de rumbo, y un esfuerzo premeditado para forzar a que se mostraran las cartas, no respecto de Vietnam sino de las relaciones soviético-norteamericanas en general. Yo pensaba que el lógico adversario para una confrontación era Hanoi. A Moscú había que colocarlo en una posición tal que tuvieran que optar por proseguir con la cumbre; nosotros no forzaríamos dicha decisión. Por estas y otras razones sobre las que me explayaré más adelante resolví permitir que Brezhnev sometiera sus propuestas acerca de los temas principales de la reunión cumbre. Siempre quedaba la posibilidad de que el presidente las rechazara. Era preferible eso y no negarnos a escuchar siquiera las ofertas soviéticas en Moscú, desairando a Brezhnev ante los ojos de su Politburó.

Una de las características más salientes de Brezhnev —como de casi todos los negociadores soviéticos— era su ansiedad por zanjar una cuestión una vez que se decidía a abrir una brecha. Podía discutir y dilatar un asunto durante meses, años incluso. Una vez que su engorrosa maquinaria producía un esquema, su reputación en el ámbito de su país dependía de su habilidad para hacerla ejecutar rápidamente.

Brezhnev había venido preparado con significativas propuestas. En su mayor parte se asemejaban a nuestra posición referente a los dos temas principales, el acuerdo SALT y el comunicado. Comenzó con una proposición nueva acerca de los misiles antibalísticos. Con el pretexto de que quería demostrar «cómo la parte soviética resuelve problemas con un espíritu constructivo», descartó las complicadas fórmulas de la anterior posición soviética que equivalía a tres asentamientos de misiles para ellos y dos para nosotros. Su nuevo plan permitía que cada lado protegiera su capital y construyera un asentamiento de misiles intercontinentales. Hacía notar que, dado el esquema soviético de despliegue, eso significaría que estarían protegiendo sólo la mitad de misiles que nosotros. Salvo esa última novedad, su teoría era exactamente la que sustentaba Melvin Laird. Yo tenía mis dudas de que algún día lográramos los fondos para la defensa de Washington. Por lo tanto prefería que cada parte tuviera derecho a elegir la ubicación de sus dos asentamientos. En nuestro caso, el segundo asentamiento sería el emplazado en Malmsstrom, cuya construcción ya había comenzado (el primero era el de Grand Forks). Pero ya que

habíamos llegado tan lejos, las negociaciones seguramente no iban a estancarse por el problema relativamente de poca monta que representaban ambas fórmulas relativas a misiles antibalísticos, sobre todo porque el Pentágono parecía preferir la fórmula de Brezhnev.

No respondí, empero, a la propuesta porque vi que Brezhnev tenía otro documento que estaba ansioso por presentar. Primero hubo un cambio de palabras que reproduzco a continuación para dar una idea del clima imperante:

KISSINGER: Señor secretario general, permítame decirle que éste es un enfoque constructivo. Me reservo mis comentarios hasta que escuche lo que tiene que decir respecto de los submarinos.

BREZHNEV: Nada.

KISSINGER: ¿Nada?

BREZHNEV: Tenga paciencia. ¿Qué puedo decir de los submarinos? Navegan debajo del agua, no los podemos ver. Son silenciosos...

GROMYKO: (en inglés) ¡Intriga, intriga!

KISSINGER: ¿Realmente tiene usted algo preparado relativo a submarinos?

GROMYKO: ¡Usted no puede leerlo antes que Sukhodrev! (*)

Resultó ser que el nuevo documento de Brezhnev en efecto aceptaba la fórmula de Laird del 18 de enero, que yo había presentado en marzo mientras «pensaba en voz alta» con Dobrynin. La Unión Soviética aceptaba un tope de 950 misiles balísticos lanzados por submarinos (como mínimo 200 menos de la capacidad que habíamos calculado que alcanzarían en ese período), y entregarían «como parte de pago» los viejos misiles intercontinentales y los SLBM para no salirse de esa cifra. (Faltaba aún por negociar la cantidad de misiles a entregar). Aceptaba también Brezhnev que el acuerdo de limitación de fuerzas ofensivas durara cinco años —como queríamos nosotros— en lugar de los tres que la delegación soviética mantenía aún en Helsinki. Durante el resto de la reunión me dediqué a sondear el significado exacto de las cláusulas de «entrega a cuenta» y a conversar sobre cómo debían desarrollarse las negociaciones SALT oficiales atinentes a los tratados SALT de manera de concluir antes de la cumbre. Le dije a Brezhnev que había dado un importante paso hacia adelante. Les haríamos llegar nuestra respuesta dentro de los diez días de la fecha de mi regreso.

La oferta de Brezhnev relativa a los misiles SLBM y la moratoria de cinco años eran concesiones muy importantes de los soviéticos. Teniendo en cuenta que nuestro programa Tridente no produciría misiles lanzados por submarinos en el término de cinco años, el hecho de poner al programa soviético un tope por debajo de su potencial era una limitación que sólo a ellos afectaba. Y el desmantelamiento de varios cientos de misiles viejos era otra bendición. Una moratoria de cinco años cubría exactamente el lapso que necesitábamos para obtener nuevas armas que cubrieran el vacío originado por las decisiones tomadas en la década del sesenta, las que en efecto habían detenido nuestro desarrollo de nuevos misiles estratégicos.

Al finalizar la sesión, en medio de más bromas y chistes, Brezhnev sacó a relucir otro documento más, un nuevo bosquejo de la Declaración de Principios. Los soviéticos habían tomado los seis principios enunciados por mí el 17 de marzo, los habían fraccionado en doce y matizado con retórica estilo *Pravda*. Brezhnev debió haber sido advertido por Gromyko o Dobrynin que yo jamás aceptaría esa versión por más que incluyera muchas de nuestras ideas acerca de la limitación en el terreno de la conducta internacional, porque me instó a «fortalecer» su documento, prometiéndome el reconocimiento de la historia si seguía su consejo. A pesar de mi proverbial vanidad, no creía que la historia fuese a recordar una serie de preceptos tan diluidos como para ser aceptables para el máximo exponente del capitalismo y el principal estado comunista. No obstante reconocía que, si habíamos llegado tan lejos, los líderes soviéticos no permitirían el fracaso de su documento por una simple cuestión de retórica. Su invitación a «mejorar» el texto

(*) Viktor Sukhodrev era el brillante intérprete soviético. Con frecuencia me criticaban por confiarme en los intérpretes soviéticos. Era una acusación tan disparatada como en el caso de los chinos. De hecho, tres integrantes de mi plantel sabían ruso (Sonnenfeldt, Hyland y Rodman); por parte de Brezhnev, varios de sus colaboradores sabían inglés (Gromyko, Dobrynin y Aleksandrov). Cuando Sukhodrev tenía dificultad con alguna palabra o frase, un coro de voces se elevaba en su ayuda. Además, nunca entendí muy bien qué podían ganar los soviéticos al traducir deliberadamente en forma incorrecta lo que le decía a Brezhnev o lo que éste me manifestaba a mí. Con respecto a todos los documentos que hubo que firmar, primero se nos permitía revisar el texto en idioma ruso.

implicaba claramente que había espacio para la negociación tendiente a producir una versión que pudiésemos suscribir. Quedó acordado que yo trataría de redactar un nuevo proyecto y que lo revisaría con Gromyko al día siguiente (domingo), mientras Brezhnev asistía a la boda de su nieta.

El único otro acontecimiento digno de mención fue que Brezhnev y Gromyko pidieron nuestra ayuda para la ratificación de los tratados orientales que pronto se presentarían a votación en el parlamento alemán. (Querían que colaborásemos para que Brandt ganara dos cruciales elecciones parciales, como si dispusiéramos de algún modo de lograrlo.) Respondí de manera amable pero evasiva; señalé que la ofensiva de Hanoi hacía difícil que pudiésemos ser de alguna utilidad. De hecho, el anhelo soviético de que se suscribieran esos tratados sería un punto a favor de nosotros si el problema de Vietnam alcanzaba proporciones de crisis en las semanas venideras. Desde nuestro punto de vista, el hecho de que los tratados estuvieran en suspenso era la situación ideal.

El domingo Gromyko y yo completamos los «Principios Básicos de las Relaciones entre los Estados Unidos y la Unión Soviética» guiándonos por una contrapropuesta que Sonnenfeldt y yo redactamos por la noche. Se acentuaba la necesidad de la limitación y de apaciguar los conflictos en los lugares problemáticos del mundo. Ambas partes renunciaban a toda reivindicación de privilegios especiales en cualquier parte del mundo (que nosotros, al menos, interpretábamos como un repudio de la doctrina Brezhnev para Europa oriental).

Quedó sin concluir una discusión relativa al Medio Oriente. Gromyko buscaba comprometerse con ciertos enunciados generales que pudieran suscribir los Estados Unidos y la Unión Soviética conjuntamente. En vez de rechazarlo de plano, lo tranquilicé con comentarios preñados de buena voluntad aunque escasos de respuestas específicas. Sugerí que se postergara un debate pormenorizado hasta la reunión cumbre. En realidad, un condominio en el Medio Oriente era una carta que no teníamos ningún interés en jugar. En este sentido, mis objetivos eran modestos: ganar tiempo y utilizar la perspectiva de futuras consultas soviético-norteamericanas por cualquier efecto que pudiera producir como incentivo para la limitación soviética.

Por último, terminamos con Gromyko el texto de un breve anuncio de mi visita. Los soviéticos querían dar la impresión de que nosotros habíamos solicitado la reunión, y que el temario se había limitado a los preparativos de la cumbre. Las instrucciones de Nixon eran exactamente lo contrario: especificar o dejar implícito que se había debatido el tema de Vietnam para hacer perder la serenidad a los norvietnamitas y para alentar a la opinión pública de mi país. Yo estaba dispuesto a permitir que se omitiera la cuestión de dónde se había originado la invitación siempre y cuando no se diera a entender que éramos los suplicantes. Finalmente acordamos el siguiente texto:

Entre el 20 y el 24 de abril el doctor Henry A. Kissinger, asesor del presidente en asuntos de seguridad nacional, estuvo presente en Moscú para conferenciar con el secretario general del Comité Central del Partido Comunista soviético Brezhnev y el ministro de relaciones exteriores Gromyko. Las deliberaciones se centraron en torno de importantes problemas internacionales y de asuntos bilaterales, preparatorios de las conversaciones que el presidente Nixon y los dirigentes soviéticos mantendrán en mayo. Las discusiones se desarrollaron en un clima franco y constructivo.

En ese momento histórico —tres semanas después de la ofensiva de Hanoi—, «importantes problemas internacionales» era una obvia referencia a Vietnam.

A la mañana siguiente tuve otra sesión con Brezhnev. Comenzó con un largo y emotivo discurso respecto de Vietnam, cuidándose muy bien de respaldar los objetivos de Hanoi. Puntualizó que Moscú no se hallaba detrás de esa ofensiva; Hanoi había venido acumulando armamento soviético durante dos años; los Estados Unidos enfrentaban un desafío que no provenía de Moscú sino de los que se oponían a la reunión cumbre —principalmente los chinos— y también de Hanoi. Insistió Brezhnev en su compromiso para lograr un mejoramiento de las relaciones entre nuestros países. Seguía adelante con la cumbre desafiando un pedido formal de Hanoi para que la cancelaran —afirmó—, y transmitiría nuestras propuestas a Hanoi.

La charla giró luego hacia el tema de las relaciones económicas. Brezhnev exaltó los beneficios potenciales que resultarían de emprender programas conjuntos en Siberia. Sustentaba esos proyectos por motivos de altruismo; serían de gran utilidad para los Estados Unidos debido a

nuestra inminente escasez de gas natural. Su afán por aliviar las dificultades económicas norteamericanas era tan conmovedor como descabellado. Brezhnev mencionó la condición de nación más favorecida y los créditos. Con gran sutileza evitó mencionar la verdadera necesidad soviética: los cereales. Mi idea era postergar los programas económicos hasta tanto no se observaran adelantos en el terreno político. Si en la reunión cumbre se mejoraban las relaciones —le indiqué— «en la misma cumbre podríamos concretar un proyecto completo, y formalizarlo durante el verano». Empero no escapaba a mi juicio que la reacción del congreso se vería afectada por Vietnam. «Es un poco difícil cuando los camiones que transportan armas en Vietnam son de origen ruso.»

Brezhnev empero estaba muy efusivo. Pidió verse a solas conmigo y de pronto introdujo la idea de un «entendimiento» para no emplear armas nucleares un país en contra del otro. Lo denominó un paso de «enorme importancia», una «bomba pacífica». En efecto, lo era. Hubiera producido una explosión en la alianza de la OTAN, en China y en el mundo entero. Hubiera sido considerado como un condominio soviético-norteamericano, o bien una abdicación de parte nuestra. Cortésmente lo rechazé. (Los soviéticos no dejaron de perseguir ese fin. Eventualmente, en junio de 1973 convinimos una serie de principios moderados despojados de toda implicación lesiva a nuestros intereses.)

Luego Brezhnev partió para asistir —eso dijo— a una reunión del Politburó manifestando que el anuncio de mi visita que Gromyko yo yo habíamos redactado el día anterior era aceptable en términos generales, salvo por «algunas modificaciones menores» que había marcado en su copia. Arrojó el papel sobre la mesa y se marchó. El documento resultó ser el proyecto original de los soviéticos que yo había objetado un día antes. Se expresaba que el objeto de mi visita era preparar la reunión cumbre exclusivamente, y se creaba la impresión de que nosotros habíamos buscado que se nos invitara.

Como era de suponer, estallé. Gromyko afirmaba que no me quedaba más remedio que elegir entre el borrador de Brezhnev o ningún otro, ya que no podía interrumpir una sesión del Politburó. Le advertí que el hecho de concluir mi visita sin formular una declaración produciría un efecto devastador. Sólo podía interpretarse como un reconocimiento del fracaso total por parte del público y de la prensa. Pero prefería eso y no aflojar en la exigencia de que se mencionara una discusión de «problemas internacionales» (como palabras en código para querer decir Vietnam). Gromyko seguía aduciendo su imposibilidad de alterar el texto. Yo me mostré inquebrantable. Por último Gromyko decidió que al fin y al cabo podía ponerse en contacto con Brezhnev. Pidió disculpas para retirarse unos minutos, y al regresar aceptó rápidamente una versión levemente modificada del borrador que él y yo habíamos redactado el día anterior. La principal diferencia era que se suprimía la frase que consignaba que las deliberaciones habían sido «francas y constructivas». No obstante, admitió que yo pudiera usar dicha frase en mis informes, y que los soviéticos la confirmarían. Dicho en otras palabras, habría una versión para Estados Unidos y otra para Hanoi.

El episodio es significativo precisamente por ser tan trivial. Cualquier cosa que comprensiblemente se pudiese obtener con una maniobra tan burda era un poderoso incentivo para no olvidar que al negociar con los dirigentes soviéticos hay que estar siempre a la defensiva. Es un ejemplo ilustrativo de la tendencia soviética a derrochar buena voluntad para conseguir ganancias marginales, y de la propensión casi compulsiva a anotarse puntos que sólo tienen sentido —si es que lo tienen— en términos de rivalidades internas del Politburó.

Luego de esa borrascosa sesión, todo volvió a ser sereno y jovial, como es la costumbre de los negociadores soviéticos cuando por fin descubren los límites de las tratativas. Gromyko volvió a sacar el tema de Vietnam. Manifestó estar autorizado para decirme que Moscú no había captado totalmente la seriedad de la situación hasta diez días antes. Los soviéticos necesitaban ahora cierto tiempo para hacer sentir su influencia. Intentarían colaborar para el logro de una solución más rápida al problema de la guerra. No hizo referencia a la suspensión de los bombardeos.

Antes de irme de Moscú tuve que cumplir con una dolorosa obligación: informar de mi visita a nuestro embajador. Jacob Beam era un verdadero profesional que se había granjeado la gratitud de Nixon tratándolo con sumo respeto cuando Nixon abandonó su cargo. Actuó con modesta habilidad durante su período de destino en Moscú. Se merecía algo más que ese aparente voto de desconfianza que nuestro extraño sistema de gobierno le había impuesto. En la reunión que mantuve con él se comportó con dignidad, con una actitud que acentuaba la palabra *servicio* de su título de funcionario del servicio exterior. A partir de entonces, nunca volví de visita a Moscú sin que nuestro embajador participara de las reuniones.

Así concluyó mi viaje secreto a Moscú. En el último cable informativo que envié a Nixon resumí lo que, en mi opinión, habíamos logrado:

- a) La disposición de Moscú para recibirme tres días después de nuestros bombardeos a Hanoi y Haiphong y mientras seguíamos aún bombardeando (Vietnam del Norte).
 - b) Un anuncio que deja en claro que se debatió el tema de Vietnam. La diferencia entre importantes problemas internacionales y asuntos bilaterales relacionados con la reunión cumbre no es más que un eufemismo por Vietnam.
 - c) La voluntad de los soviéticos de transmitir nuestras propuestas de procedimiento a Hanoi y de exhortar a la realización de conversaciones privadas mientras continuábamos con los bombardeos.
 - d) La voluntad de los soviéticos de transmitir a Hanoi una inquebrantable proposición.
 - e) El reconocimiento por parte de la Unión Soviética de la extrema seriedad de nuestra posición respecto de Vietnam, y de que todo lo demás depende de eso.
 - f) Una oferta relativa a la limitación de armas estratégicas que incluye la mayoría de nuestras proposiciones.
 - g) El acuerdo respecto de una declaración de principios para ser dada a publicidad en la reunión cumbre, que abarca casi todas nuestras propuestas y de hecho involucra una renuncia específica a la doctrina Brezhnev.
 - h) El acuerdo para comenzar a explorar MBFR.
 - i) Aceptación de no sobrepasar la RFA (Alemania Occidental) al respaldar el ingreso de la RDA (Alemania Oriental) en las Naciones Unidas.
 - j) Una cantidad considerable de actos de contención en asuntos bilaterales que nos permitirán controlar la realización de los puntos anteriores.
- Por todos estos motivos suspendemos durante una semana el bombardeo a Haiphong.

DESACUERDO CON EL PRESIDENTE

Desgraciadamente para la paz de mi conciencia, Washington no compartía mi intuición del éxito. De hecho, durante mi estadía en Moscú estuve involucrado en dos frentes: con Brezhnev del otro lado de la mesa de conferencias y con Nixon en Camp David, que reflexionaba sobre la escasa atención que yo daba a sus instrucciones.

En el fondo, si bien en esa oportunidad no lo especificó categóricamente, era obvio que Nixon cuestionaba el hecho de que hubiera tratado cualquier otro tema en Moscú excepto Vietnam abusando de mis facultades para incluir el debate de otros tópicos (4). Él quería que impulsara un cambio fundamental en la política soviética respecto de Vietnam amenazando con dar por terminados los preparativos de la cumbre. Eso me parecía peligroso, y ciertamente imposible si acortaba mi visita como él sugería. No había desacuerdo entre él y yo en cuanto a las medidas a tomar contra los norvietnamitas si éstos no frenaban su ofensiva. Cuatro días antes de partir hacia Moscú yo había aprobado el ataque con unidades B-52 a los lugares de almacenamiento de combustible de Haiphong. Recomendé un ataque con B-52 sobre el aeropuerto de Thanh Hoa, al sur del paralelo 20, mientras me encontraba en Moscú para dar más fuerza a mis advertencias. Concordaba con Nixon en la necesidad de incrementar nuestros bombardeos regulares al norte del paralelo 20 y de recurrir a un bloqueo tanto si los norvietnamitas se negaban a mantener otra reunión privada como si dicha reunión fracasaba.

A medida que fue dándose el intercambio de cables entre Moscú y Washington, daba la impresión de que Nixon y yo diferíamos sólo en la relación que debía haber entre estas decisiones con la inminente cumbre de Moscú. Nixon quería valerse de la amenaza de cancelar la cumbre para obtener la colaboración de los soviéticos en Vietnam; yo consideraba más sensato transferir los riesgos y las culpas para que los resolvieran los soviéticos, y utilizar la ansiedad que demostraba Moscú por la realización de la cumbre para separarlo de Hanoi. Era muy frecuente que se diera esa divergencia porque debido al sistema de comunicaciones y a la diferencia de horarios, Washington quedaba siempre a la zaga de los acontecimientos. Por consiguiente, los comentarios de Nixon respecto de mis informes arribaban mucho después de haber concluido las deliberaciones del día, y a menudo cuando me hallaba ya en la siguiente reunión. Esto me habría hecho difícil poner en práctica sus instrucciones aun en las mejores circunstancias. Dado

que el viaje era secreto, no podíamos emplear el sistema de comunicaciones de la embajada; de todas maneras, el presidente no habría podido usarlo cómodamente debido a su determinación de que los preparativos de la cumbre pasaran sólo por el canal de la Casa Blanca para impedir la filtración de noticias. Por lo tanto, para las comunicaciones utilizábamos el avión, que poseía excelentes equipos. Además, habíamos traído a dos integrantes de la Agencia de Comunicaciones de la Casa Blanca. No obstante, cuando teníamos un mensaje, ellos tenían que dirigirse al aeropuerto —que quedaba casi a una hora de distancia— y transmitirlo. Cuando llegaba un cable de Washington se invertía el proceso. Como por lo general no terminábamos nuestros informes hasta muy entrada la noche, éstos arribaban a Washington —calculando un margen para que fueran a recogerlo al aeropuerto y lo transmitieran— después del horario de oficina. Había además otra demora originada en interferencias en las comunicaciones (*). Cualquiera haya sido la causa, mi primer mensaje llegó mutilado a Washington y tuvo que ser retransmitido, aumentando las frustraciones de Nixon. La ansiedad lo llevaba a pensar que tal vez yo estuviera siguiendo un curso de acción que él no deseaba (o al menos no deseaba más) que adoptara.

Aun si las comunicaciones hubiesen funcionado mejor, no sé qué habría podido hacer con los febriles mensajes que recibía. En mi oficina, Al Haig era mi punto de contacto con Nixon, quien estaba escondido en Camp David con su amigo Bebe Rebozo, conjunción de personalidades que no siempre fomentaba la calma reflexión. Y los soviéticos agregaron inútilmente otras complicaciones. Nuestro negociador del acuerdo SALT, Gerard Smith, envió un cable desde Helsinki el 21 de abril diciendo que su colega soviético, Vladimir Semenov, le había expresado que el asunto de los misiles antibalísticos lanzados por submarinos era objeto de profundas reconsideraciones en Moscú. No le adelantó otra cosa a Smith, pero la mera insinuación fue suficiente para que éste se comunicara con la Casa Blanca, que Rogers llamara al presidente y que Nixon sacara en conclusión que los arteros soviéticos estaban tratando de restarle méritos personales en un posible acuerdo SALT. Las intenciones de Semenov al provocar un encontronazo entre nuestros dos canales de comunicación —tal como había hecho el año anterior— sólo pueden juzgarse tomando en cuenta fuentes soviéticas. Daba la sensación de ser un enredo de la burocracia soviética o bien un intento deliberado de ejercer presión. No es imposible que estuviesen tratando de reasegurarme contra las mismas instrucciones que yo estaba recibiendo. Si en Moscú yo suspendía las conversaciones acerca de Vietnam, quedaría constancia de que *con anterioridad* al acontecimiento ellos habían insinuado una nueva posición respecto de los MBLs. No sólo la reunión cumbre sino un acuerdo virtualmente concluido acerca de las armas estratégicas hubiera quedado supeditado a Vietnam. Si abandonábamos ambos quizá no hubiéramos podido contener el clamor de la prensa, del mundo académico y del congreso.

El cable de Smith y el llamado telefónico de Rogers aumentaron la nerviosidad de Nixon respecto de mis conversaciones en Moscú y acentuaron el recelo que sentía en cuanto a la motivación de los soviéticos. Estaba convencido de que todo había sido un contubernio entre Moscú y Hanoi para que nos resultara más difícil tomar medidas extremas en Vietnam y para restarle a él todo mérito en el éxito de la reunión cumbre. Según esta teoría —no del todo descabellada— Moscú utilizaba los preparativos para la cumbre como modo de influir contra nosotros, con el objeto de que suspendiésemos los bombardeos del norte. Los atisbos de flexibilidad en torno de las negociaciones SALT —me escribió Nixon— tenían por fin servir de «edulcorantes para que hagamos concesiones en Vietnam del Sur», si bien ninguna concesión había sido solicitada ni concedida. Nixon temía que yo aceptara detener los bombardeos, tema que jamás figuró en la agenda de Moscú y que, resulta interesante destacar, ni siquiera fue sugerido por Brezhnev.

Las instrucciones que me cablegrafió Nixon durante mi visita a Moscú fueron, de hecho, sumamente ambivalentes. Lo enloquecía pensar que las insinuaciones de Semenov restaran merecimientos al canal presidencial de comunicación en torno de los convenios SALT. Al mismo tiempo, si me atenia a sus indicaciones de bloquear a Brezhnev en todos los temas salvo Vietnam, lo que hubiéramos conseguido habría sido que cualquier oferta de Moscú relativa a los acuerdos SALT saliera a luz por los canales habituales de Helsinki, y que luego se usaran dichas propuestas para demostrar cuántas oportunidades habíamos desperdiciado por nuestra intran-

(*) En ese momento no le presté atención al problema, adjudicándoselo a las condiciones atmosféricas. Cuando me encontraba en Moscú en 1973 para acordar un cese del fuego en la guerra del Medio Oriente y el problema del tiempo era vital, volvió a suceder. Entonces se me ocurrió que quizás no hubiera sido simple coincidencia.

sigencia en la cuestión de Vietnam. En un mismo cable me ordenaban poner obstáculos a los preparativos de la cumbre y también dar todo mi apoyo al equipo técnico de avanzada que en ese momento se hallaba en Moscú para coordinar la agenda del presidente durante la cumbre (*). Durante cuarenta y ocho horas fui castigado por el presidente por debatir temas de la cumbre. Pero luego Nixon leyó en un informe periodístico que el Kremlin había rebajado el rango protocolar de su viaje —de visita de estado a visita oficial de trabajo— y de inmediato se me ordenó informar a Gromyko que eso era inadmisibile. (Así lo hice. La noticia resultó ser falsa.)

Dejando a un lado las contradicciones internas de los mensajes, de estos febriles cambios de opiniones surgía una diferencia fundamental. A mi juicio, uno de los peores errores que pueden cometerse en una mesa de negociaciones es pedir algo que sea claramente imposible de cumplir. Por difícil que parezca, altera tremendamente el equilibrio psicológico. Como la otra parte tal vez no desee admitir las limitaciones de su poder o su influencia, puede inventar razones para negarse a que estropeen toda la relación. Y la parte que presentó la propuesta tendrá que suspender las tratativas o bien, si las continúa, insinuar que no hay que tomar en serio sus propias exigencias. Yo tenía la sensación de que la línea de acción que me imponían desde Washington pronto nos obligaría a enfrentar ese dilema. Era inconcebible pensar que los norvietnamitas se avinieran a abandonar una lucha de toda una vida en menos de las noventa y seis horas que duraría mi visita a Moscú. Por más que Moscú los presionara, Hanoi querría llevar hasta el final su ofensiva, a la cual se había comprometido totalmente, para ganar posiciones en el campo de la negociación. Fuese cual fuere la decisión de Moscú, detener la ofensiva y forzarlos a replegarse era responsabilidad *nuestra*; si reducíamos las acciones bélicas nos colocaríamos en una posición insostenible en las deliberaciones que inevitablemente se producirían. Si respondíamos con más energía, la mejor forma de que los soviéticos presionaran a Hanoi sería la conformidad con nuestros actos.

Si Nixon quería que adoptara la estrategia del bloqueo de la cumbre no debió haberme dejado ir a Moscú. Eso se podía hacer mejor desde Washington. No obstante me envió porque sabía que si no iba, tendría él que enfrentar el mismo dilema en su viaje. Lógicamente, dicho viaje habría tenido que ser cancelado también a menos que se hubiese solucionado lo de Vietnam. Si Nixon acudía de todos modos, él habría dado la impresión de estar echándose atrás, y habría estado en Moscú con la mayoría de los temas relativos a los acuerdos SALT sin resolver, soportando una presión mucho mayor al encararlos que la que en realidad hubo. Por el contrario, si Nixon hubiese cancelado su viaje, habría desaparecido el principal motivo de contención soviética en Indochina. Entonces tendríamos que haber proseguido con nuestra política de Vietnam enfrentándonos con una intensa propaganda soviética y una gran agresión política, acusados en nuestro país y en el extranjero de poner en peligro la paz del mundo al perseguir vanamente una solución militar al conflicto del sudeste asiático. Se habría repetido el precedente de la abortada cumbre de Eisenhower, de 1960, que tanto obsesionaba a Nixon.

Por ende, paradójicamente la condición para poder aplicar una línea dura en Vietnam era que la responsabilidad de una posible cancelación de la cumbre recayera sobre Moscú, y complicar las decisiones soviéticas al máximo frenando las perspectivas de un mejoramiento en las relaciones entre ambos países. Estábamos en una buena situación para lograrlo. Brezhnev había comprometido su prestigio proponiendo realizar las conversaciones conmigo personalmente. Ahora se hallaba comprometido con el éxito de la reunión cumbre; el bloqueo a los soviéticos podía hacerlo igualmente Gromyko, o Dobrynin, en Washington.

Siguiendo las instrucciones del presidente, dediqué mi primer día y medio en Moscú a desafiarse a los rusos respecto de Vietnam. Luego quiso que interrumpiera bruscamente las negociaciones, que no debatiera ningún otro tema y regresara a mi país antes de tiempo. Le respondí cablegrafiándole mi desacuerdo y Nixon se aplacó, pero a esa altura yo ya había iniciado las deliberaciones por mi cuenta. Debido al problema del retraso de las comunicaciones, no me quedaba otra alternativa.

Si Nixon hubiera seguido en sus trece, cumplir al pie de la letra sus instrucciones habría sig-

(*) Dicho equipo de avanzada estaba presidido por el consejero militar del presidente, brigadier general Ben Scowcroft, brillante funcionario que luego se convertiría en mi delegado. Scowcroft estaba al tanto de mi viaje ya que se había encargado de conseguirme el avión. Un integrante de mi plantel, Bill Hyland —que lo acompañó— tuvo que alejar a los ávidos hombres de la KGB que no hacían más que preguntar si no existía un mensaje secreto de Kissinger para Brezhnev. Hyland cortésmente les respondió que no, sabiendo que yo me encontraba en la otra punta de la ciudad y no necesitaba de tan indirectos procedimientos.

nificado arrojarle el guante a la dirección soviética con una serie de exigencias imposibles de aceptar, tanto más sin sentido cuanto que Brezhnev, en su afán por conseguir que Nixon fuese a Moscú, estaba admitiendo nuestras propuestas respecto de los acuerdos SALT y el comunicado que previamente yo había transmitido por intermedio de Dobrynin. Podríamos haber encarado una crisis simultánea en la cuestión de Vietnam y de las relaciones con la Unión Soviética. Tendríamos que habernos despedido de nuestra estrategia de crear una relación triangular para estabilizar el equilibrio del mundo, alentando a la concreción de un acuerdo sobre Vietnam, aislando a Hanoi e infundiendo esperanzas a nuestro pueblo en el sentido de que, en medio del apasionamiento de la guerra, podíamos realizar una política exterior creativa. Vietnam habría consumido todos nuestros recursos luego de la pesadilla que no sólo la oposición, sino también nosotros, temíamos. Abandonar el esquema total de nuestra política exterior inevitablemente habría sido interpretado en Moscú como un cambio fundamental de rumbo por el cual Hanoi era sólo un pretexto. Los soviéticos lo habrían considerado como una preferencia por la opción China, de imprevisible consecuencias tanto para las relaciones entre oriente y occidente como incluso para la seguridad de China.

Una brusca inversión en nuestra estrategia —implícita en el hecho de hacer una demanda perentoria que los líderes soviéticos no podían cumplir— significaba directamente reducir la estrategia a largo plazo que habíamos concebido para tratar con la Unión Soviética. En mi opinión, el problema conceptual que enfrentan los Estados Unidos en la era del poder soviético es que nuestra tradición pragmática puede hacernos renuentes a afrontar los desafíos en su etapa incipiente cuando aún son ambiguos, mientras que nuestra faceta moralista en su encarnación anti-comunista, nos puede hacer abstener de explorar oportunidades más realistas, una relación a largo plazo más constructiva. Era de suma importancia reaccionar con energía —violentamente si hubiese sido necesario— en los primeros tiempos de la expansión soviética. Esto lo propicié en el caso de Cienfuegos, Jordania, el conflicto entre India y Pakistán, y luego lo haría en Angola. En mayo estaba dispuesto a poner en peligro la cumbre de Moscú con tal de quebrar la ofensiva de Hanoi. Era imperioso evitar que la Unión Soviética cobrase tanto ímpetu que nos viésemos enfrentados con un derrumbe de la balanza de poder o con una colosal confrontación.

Pero tampoco debíamos perder de vista la obligación que nos imponía la era nuclear. El horror de la tecnología de ambas superpotencias les impone buscar la paz a despecho de la ideología, la ambición y el poderío adquirido. Siempre hay que preservar la opción para la paz, como lo sugiriera el presidente en el informe de Relaciones Exteriores de 1972:

A la URSS le cabe la alternativa: el período actual de distensión será otra mera ofensiva táctica o bien brindará la oportunidad de alcanzar un sistema internacional que se apoye en la estabilidad de las relaciones entre las superpotencias. Tendrá que demostrar su opción en actos antes y después de nuestras reuniones.

Estas fueron las consideraciones que me llevaron a tratar el temario de la agenda con Brezhnev, no en abierto desafío a las instrucciones presidenciales —demasiado tardías e imprecisas— sino para realizar la política coherente que veníamos manteniendo desde dos años antes y las tácticas que habíamos acordado con pocos días de antelación.

Al término de cada día yo enviaba pormenorizados informes a Washington. La reacción que produjo el informe del primer día fue una queja por parte de Haig respecto de las deficientes comunicaciones, y la advertencia de Nixon para que no concluyera un «acuerdo» precipitado respecto de Vietnam. (Esto lo recibí a última hora del 21 de abril). En mi opinión era irrelevante ya que no se barajaba la suscripción de ningún tratado. Nixon me pedía que regresara a Washington el domingo 23 por la tarde. Yo tenía intenciones de quedarme hasta después del mediodía del lunes 24 (había arribado el jueves por la noche) por la imposibilidad de reunirme con Brezhnev el domingo, día de la boda de su nieta. Había consumido el viernes y parte del sábado en el tema de Vietnam. Los dirigentes soviéticos sabían que yo estaba disponible porque conocían mi propuesta original de entrevistarme con Le Duc Tho en esa fecha. El resultado práctico de mi regreso a Washington habría sido dar por terminada toda discusión sería con Brezhnev el día sábado. A primera hora del 22 de abril envié a Haig mi respuesta algo malhumorada:

La situación actual es la siguiente: Brezhnev desea que se formalice la reunión cumbre casi a cualquier precio. Me ha manifestado que bajo ningún pretexto la cancelaría.

Jura no haber sabido nada de la ofensiva. Asegura que no van a incrementar los envíos de apoyo. Por más que no sea cierto, esto nos da tres oportunidades:

- a) Podemos conseguir ayuda para la desescalada o para la finalización de la guerra.
- b) En caso contrario, casi con seguridad podemos lograr su consentimiento para hacer retirar (a Vietnam del Norte) hasta la frontera.
- c) Podemos valernos de la reunión cumbre para aplacar el clamor en los Estados Unidos.

Hemos llegado hasta este punto con una sensata mezcla de presión y flexibilidad. Pero en esto no hemos demostrado la más mínima flexibilidad. ¿A qué arruinarlo ahora? ¿Y para qué?...

He exigido que se noten adelantos concretos en la reunión del 2 de mayo (con Le Duc Tho) de la manera más firme posible. Hoy entregaré a Brezhnev el programa en el que reclamamos el retiro de la zona desmilitarizada, la libertad de los prisioneros, etcétera. Ellos han hecho todo, salvo prometer que van a colaborar. Me parece mejor acrecentar las acciones bélicas al sur del paralelo veinte esta semana, asistir a la entrevista privada (el 2 de mayo) y luego obrar resultadamente si ésta llega a fracasar. Las mismas personas que ahora piden sangre se aplastarán cuando los acontecimientos cobren un cariz extremo. No obstante, puede usted asegurarle al presidente que en ningún caso aceptaré suspender los bombardeos; tampoco los soviéticos lo han reclamado. Es, sin embargo, de capital importancia que yo afloje la cuerda y no actúe en forma provocativa. Pero fundamentalmente él debe confiar en mí. Creo no haberlo defraudado en anteriores misiones.

Cuento con usted para que ayude a mantener las cosas en su justa perspectiva. Nos estamos acercando a nuestros objetivos. No abandonemos en la recta final. Puede usted mostrar este texto al presidente.

La respuesta de Haig dejaba en evidencia lo que me sospechaba. A Nixon le atraía la idea de cancelar la reunión cumbre principalmente porque temía que eso mismo hicieran los soviéticos si intensificábamos la presión sobre Vietnam del Norte, como él y yo estábamos decididos a hacer si fracasaba mi proyectada reunión del 2 de mayo con Le Duc Tho. Aun antes de mi viaje a Moscú había considerado la posibilidad de suspenderla. He llegado a pensar que se trataba de otro miedo pavoroso, producto de su pasado político, como el dolor de cabeza por el asunto de Cuba que he mencionado en el capítulo XVI. Estaba convencido de haber sido derrotado en dos principales cuestiones de política exterior en 1960: sus restricciones a Cuba en el debate con Kennedy y el hecho de que Krushchev cancelara la proyectada cumbre de Eisenhower en Moscú. Quería ser él quien tomara la decisión de una cancelación, si fuere necesario. Eso sería mucho menos humillante que si se la sacaban de las narices los soviéticos en un año de elecciones. Empero había otro factor que influía en el carácter severo de los mensajes que me llegaban de Haig: «Debe usted tener en cuenta que el presidente ha recibido los resultados de la encuesta Sindlinger, que evidencian que su popularidad ha dado un brusco salto hacia arriba desde la escalada bélica en Vietnam... Como verá, la inflexibilidad del presidente ha ido en aumento desde esta tarde» —me decía Haig.

Cualesquiera fueren sus dudas, Nixon finalmente me autorizó a permanecer hasta el lunes, siempre y cuando se garantizara el logro de «adelantos en la cuestión de Vietnam». Esto nuevamente me hacía dudar si estaba realmente de acuerdo con la estrategia o si simplemente se sentía forzado. En setenta y dos horas era técnicamente imposible obtener de Moscú resultados concretos respecto de Vietnam. Haig describió la nerviosidad cada vez mayor de Nixon:

El presidente está cada vez más inquieto en Camp David y me ha pedido que le informara que debe usted presentarse en Camp David el lunes a las seis de la tarde, hora de Washington, a más tardar. Eso significa que deberá partir de Moscú alrededor de las trece, hora local. Cuando estaba por terminar este mensaje el presidente volvió a llamar, y agregó que considera que la posición de los soviéticos respecto de Vietnam del Sur es frívola y delirante, y que por consiguiente está decidido a continuar con los ataques a Hanoi y Haiphong a menos que se produzca alguna brecha de substancial importancia. Yo le insistí en que debía mantenerse la restricción de los veinte grados hasta la finalización de la entrevista del 2 de mayo, pero él dio por terminada la conversación con estas palabras: «Tal vez se haga, tal vez no».

Decir que mi respuesta a Haig fue caritativa sería faltar a la verdad:

Leo sus mensajes con creciente asombro. No puedo compartir la teoría con que se maneja Washington. No creo que Moscú esté en franco contubernio con Hanoi. En estos momentos, los líderes soviéticos están sumamente perplejos y desconcertados. Los objetivos que sostienen para la reunión cumbre van mucho más allá de Vietnam y serían más fácilmente alcanzables si no fuera por eso. Quizás quieran desintegrar la OTAN, arruinar las otras alianzas nuestras, debilitándonos con una era de fingida buena voluntad. Pero para eso no les hace falta Vietnam. Por el contrario, representa un obstáculo para ellos.

Más aún, ¿qué sacarían en limpio de todo esto, por Dios? Se reúnen conmigo tres días después de que bombardeamos Hanoi. Aceptan suscribir un anuncio público que seguramente enfurecerá y desalentará a Hanoi. Están dispuestos a ver al presidente mientras él bombardea Vietnam del Norte... podemos conseguir los mejores resultados del mundo: 1.º infligiendo el máximo castigo a Hanoi; 2.º apelando a los halcones; 3.º apelando a las palomas; 4.º concretando históricos progresos en las negociaciones de los acuerdos SALT; 5.º logrando la publicación de un comunicado sumamente aceptable. No entiendo por qué haya que arruinarlo todo con el tipo de actitud que usted menciona... Por favor, tranquilice a todos. Nos estamos acercando a la favorable culminación de nuestra política. ¿Es necesario que echemos todo por la borda por el afán de bombardear objetivos inamovibles cuando el retraso sería sólo de una semana?

Quedó en manos de Al Haig transmitir con más tacto mis pensamientos al presidente de los Estados Unidos. Hubo un intercambio más profuso de mensajes del mismo tenor, pero la idea principal queda en claro. El presidente estaba ansioso por realizar un ataque frontal y decisivo contra Vietnam del Norte de inmediato, y prefería cancelar la reunión cumbre antes que tener que renunciar a esta opción. Yo apoyaba las mismas medidas para derrotar la ofensiva norvietnamita pero pretendía utilizar la inminencia de la cumbre y de otra reunión con Le Duc Tho para ganar espacio de maniobra en los Estados Unidos y con los soviéticos, y el aislamiento de Hanoi. En abril de 1972 Nixon pensaba exclusivamente en el efecto de palanca que la crisis inmediata en Vietnam produciría en la opinión pública norteamericana; yo sostenía que había que relacionarla con una estrategia más amplia. Desmoralizaríamos a Hanoi —y en última instancia ganaríamos más apoyo del pueblo— aguzando las diferencias entre ellos y sus protectores que echando a Moscú en brazos de Hanoi. Nadie podía ahorrarnos la necesidad de enfrentar a los norvietnamitas si éstos continuaban con su ofensiva y se negaban a negociar. Pero para mantener una línea dura dentro de nuestro país debíamos demostrar claramente la intransigencia de Hanoi. Paradójicamente, por eso era necesario reunirse de nuevo con Le Duc Tho. Y para aislar a Hanoi debíamos continuar con los preparativos de la cumbre de Moscú.

Unas semanas antes, Nixon se habría regocijado con los resultados de mi viaje a Moscú: la garantía de una provechosa reunión cumbre; los acuerdos SALT incluirían básicamente todas nuestras propuestas; habíamos conseguido la redacción de un comunicado compatible con nuestros principios. Sólo en Camp David, sin embargo, con la única compañía de Rebozo, Nixon padecía de un humor beligerante. Mientras mis colaboradores y yo constatábamos que se producían brechas de importancia, desde Washington nos bombardeaban con cables donde nos decían que nos habíamos dejado «embaucar» por los astutos soviéticos. A Nixon lo obsesionaba el miedo de que nos indujeran a aceptar la misma suspensión de bombardeos que él le había criticado a Johnson en 1968 y que, en su opinión, casi le había costado la elección. El hecho de que no existiera ni la menor evidencia de esto, que ni Brezhnev ni ningún otro líder soviético lo hubiese siquiera pedido, no aplacaba sus sospechas. Tampoco logré yo convencerlo de que Brezhnev no estaba haciendo un manejo para quitarle méritos por el resultado de la cumbre, que las pruebas más bien apuntaban en dirección contraria. Al fin y al cabo, en lo relativo a los acuerdos SALT, Brezhnev arriesgaba tanto como Nixon.

Toda la gama de aprehensiones del presidente quedó finalmente consignada en un largo memorándum que dictó en Camp David. (Debido a la diferencia horaria a mí de hecho no me llegó hasta después de haber terminado las reuniones de Moscú y de haberse convenido la redacción del comunicado que anunciaba mi visita.) Nixon comenzaba con cumplidos respecto de mi «habilidad, ingenio y determinación», de lo que luego se retractaba en los párrafos siguientes,

donde daba a entender que había hecho todo mal: «Tengo la impresión de que el objetivo primordial que ellos tenían para hacerlo ir a Moscú a conversar sobre la cumbre se ha logrado, mientras que nosotros no hemos conseguido nuestra meta de obtener adelantos en la cuestión de Vietnam, salvo, por supuesto, en los muy importantes e intangibles aspectos que usted ha mencionado...» Nixon seguía temiendo que nuestro regreso a las sesiones plenarias de París inmediatamente a continuación de mi viaje a Moscú pareciera una retirada. Nos atacarían tanto desde la derecha como desde la izquierda por haber ido a Moscú y no haber podido solucionar lo de Vietnam. Si Hanoi se mostraba intransigente en la reunión del 2 de mayo «tendremos que desplegar el máximo de nuestras fuerzas en el frente de bombardeo». Él no podía ir a Moscú en una posición débil. Nixon seguía viendo problemas en las tratativas por los acuerdos SALT porque Semenov le había hecho a Smith «exactamente la misma oferta que usted enunciara en su mensaje del 22 de abril». Dado que a él no le interesaban los pormenores de las negociaciones sobre los acuerdos SALT, me fue imposible convencerlo de que eso sencillamente no era cierto. Lo único que había manifestado Semenov era que Moscú se hallaba estudiando el tema; no había especificado detalles de ningún tipo. En opinión de Nixon, los convenios SALT sólo les importaban a «algunos sofisticados»; el principal asunto era Vietnam y en eso habíamos fracasado. Pero para que no me desalentara tanto, terminaba amistosamente renovándome su confianza: «Sea cual fuere el resultado, recuerde que todos sabemos que no podíamos haber mandado a Moscú a nadie mejor que Kissinger. Junto con Rebozo le enviamos nuestros saludos». Teniendo en cuenta la anterior enumeración de errores, sólo se podía arribar a la conclusión de que muy mal debía andar el gobierno de mi país cuando su mejor hombre no lograba el más mínimo éxito.

Desde el avión le remití una respuesta algo ambigua manifestándole a Nixon que su cable había significado mucho para mí. Empero, difería con sus juicios respecto de la sesión plenaria de París:

Yo no comparto su temor. Por empezar, luego del anuncio del viaje a Moscú todo el mundo supondrá que hay más temas en juego que los que se dan a conocer. Segundo, podemos insinuar firmemente que esto se reserva para las entrevistas privadas. Tercero, podemos limitar la sesión plenaria al debate relativo a cómo frenar la invasión norvietnamita y dejar en claro que no trataremos otro tema hasta tanto no se logre lo anterior.

Hice un intento más de explicarle al presidente la estrategia que proponía, en un largo memorándum que redacté en el avión:

El comportamiento de Brezhnev sugiere que ha cifrado muchas esperanzas en la reunión cumbre... Nosotros tenemos las elecciones de noviembre; él actúa como si tuviera una la semana que viene y todas las semanas a partir de entonces... En la presente situación, las alternativas de los soviéticos se ven acosadas por varios dilemas. Si asumen un papel pasivo frente a Hanoi mientras continúa la ofensiva, deben ahora suponer que usted desplegará el máximo de sus recursos contra el norte. Proseguir con los preparativos de la cumbre en esas circunstancias, psicológica y políticamente constituye para ellos una angustiante perspectiva. Quizás piensen que la cancelación de la cumbre de mayo le hará a usted perder las elecciones, pero no sin que entre tanto hayamos pulverizado a la República Democrática de Vietnam y se haya derrumbado la política de Brezhnev relativa a occidente. Lo mismo ocurriría si suspendiera usted la reunión cumbre, o si acudiera de todos modos y sufriera la presión de la derecha. Pero la alternativa de los soviéticos —coaccionar a Hanoi para que desista— representa una traición a un aliado socialista, la pérdida de influencia sobre Hanoi y ninguna seguridad de que éste detendrá la ofensiva ni de que nosotros no nos tomemos la revancha.

En suma, pienso que Brezhnev personalmente y los soviéticos en forma colectiva se hallan en una de las más difíciles coyunturas políticas de los últimos años. Deben estar deseando que se apacigüe la situación de Vietnam y me atrevería a afirmar que, de todos los desagradables caminos que se abren ante ellos, elegirán el de la presión sobre Hanoi, no para nuestro beneficio sino para el suyo. El hecho de haber despachado a Katushev, confidente de Brezhnev, a Hanoi, parecía corroborarlo.

La política del látigo —su firme determinación— y la zanahoria —una reunión cumbre productiva— que llevé a Moscú, que utilicé allí y que ahora debemos mantener, nos

colocan en las mejores condiciones ante el Kremlin y dentro de nuestro propio panorama político.

Cuando Nixon leyó mi informe ya se había tranquilizado lo suficiente como para estampar el comentario «Excelente trabajo» en él. Esto puede haber sido índice de su verdadera opinión o la simple aceptación de un hecho consumado. Los resultados de las reuniones de Moscú iban cobrando cada vez más fuerza. Los acontecimientos demostraron que no habíamos tenido que renunciar a ninguna opción sino que, por el contrario, habíamos incrementado en gran medida nuestra libertad de maniobra. El 23 de abril enviamos desde Moscú nuestra propuesta de procedimiento a los norvietnamitas por intermedio de nuestro canal de comunicación de París (como el general Walters había sido designado vicedirector de la CIA, dicho canal era ahora desempeñado en forma muy eficiente —aunque menos espectacular— por nuestro agregado aéreo, coronel Georges R. Guay). Si recibíamos de inmediato el consentimiento de Hanoi para una reunión secreta a realizarse el 2 de mayo, estábamos listos para anunciar el 25 de abril nuestro regreso a la sesión plenaria del 27 del mismo mes. Dicho en otras palabras, le concedíamos a Hanoi veinticuatro horas para contestarnos. Y Hanoi, que en anteriores oportunidades nos mantuviera esperando semanas, meses incluso, aceptó nuestra propuesta al día siguiente.

El día 25 informamos en la Casa Blanca que yo había ido a Moscú. El impacto que se produjo fue el que habíamos calculado. Ese mismo día más tarde, habiendo dejado pasar un lapso suficiente dentro del ciclo noticioso como para producir un efecto separado, anunciamos la decisión de reanudar las sesiones plenarias de las conversaciones de paz de París. Sin haberlo insinuado nosotros, los medios informativos relacionaron esta noticia con mi viaje a Moscú, como yo había pronosticado. Y cuando cobró estado público la partida de Le Duc Tho rumbo a París, hubo más comentarios favorables referentes las iniciativas que se tomaban en el terreno diplomático.

Quedó más en evidencia la importancia de haber separado la política de los soviéticos y la de los norvietnamitas. En un cáustico editorial publicado el 19 de abril titulado «La Estrategia del Fracaso», el *New York Times* había criticado al gobierno por poner en peligro la concreción de los acuerdos SALT debido a los bombardeos a Vietnam del Norte. Sin embargo, el 26 del mismo mes, cuando ya se había revelado mi viaje a Moscú, un editorial mucho más optimista expresaba la convicción de que no sería raro que mi visita a Moscú «hubiese agregado otro significativo capítulo a la historia de la diplomacia secreta en torno de Vietnam». Otros periódicos, incluyendo el *Washington Post* y el *Wall Street Journal*, reflejaron el consenso.

Mi viaje a Moscú había dejado la impresión de que quizás no debiéramos optar entre las políticas trazadas para los soviéticos y los vietnamitas; por ende nos concedía cierto margen de tiempo. Pero no respondía a nuestro principal interrogante: ¿Hasta dónde podíamos apretar a Moscú sin arriesgar la reunión cumbre y la consiguiente agitación en nuestro país? Mi visita a Moscú había incrementado el interés del Kremlin por la realización de la cumbre, había aumentado el apetito soviético, garantizando prácticamente un resultado feliz. Había servido para despejar la sospecha congénita de que fuésemos a invertir nuestro rumbo. Pero no nos había permitido resolver el enigma de los límites precisos de la tolerancia soviética. La respuesta dependería de dos factores: del éxito de la ofensiva norvietnamita y del desenlace de mi entrevista privada con Le Duc Tho el 2 de mayo.

Capítulo XXVII

LA CONFRONTACION

EL MINADO DE LOS PUERTOS NORVIETNAMITAS

LOS PREPARATIVOS PARA LA TOMA DE DECISIÓN

Al acercarse la confrontación en Vietnam, nos encontrábamos en una sólida posición tanto militar como política. Los survietnamitas habían resistido; nosotros no nos desmoralizamos. Nuestra fuerza aérea y naval había sido reforzada en gran escala; se reanudó el bombardeo del norte. Mi viaje a Moscú y previamente la dramática visita del presidente a China habían reducido las presiones internas al menos momentáneamente. Era evidente que nuestra diplomacia no estaba paralizada por la guerra, y que el gobierno estaba efectuando grandes y efectivos esfuerzos para construir un nuevo orden internacional. Moscú y Pekín mutuamente recelosos y conscientes de sus posiciones en sus relaciones con nosotros, se alejaban cuidadosamente de su aliado norvietnamita.

Pero a Hanoi todavía le quedaba un golpe ofensivo; no renunciaría sin haber efectuado por lo menos otro máximo esfuerzo. El 24 de abril, exactamente el mismo día en que aceptó nuestra propuesta de llevar a cabo una conversación privada el 2 de mayo, Hanoi lanzó una ofensiva militar en las tierras altas centrales. Un poderoso ataque amenazó las capitales provinciales de Kontum y Pleiku, destruyendo además alrededor de la mitad de la División 22 survietnamita. También se multiplicaron los ataques contra An Loc, una capital provincial a 100 kilómetros al norte de Saigón. Evidentemente los norvietnamitas no creían en la utilidad de los gestos de buena voluntad, que tanto nos exigían nuestros críticos. Nos querían en una posición de máxima desventaja militar al retomar las conversaciones; esperaban provocar un derrumbamiento survietnamita antes de que nuestras presiones políticas o militares pudieran surtir efecto. No obstante debimos llevar a cabo esta reunión del 2 de mayo con Le Duc Tho, por más difícil que fuera la espera para tomar represalias contra la nueva ofensiva. Nuestro desafío fue psicológico, político y militar. Necesitábamos mantener en tándem nuestras gestiones internas, diplomáticas y militares. Una vez tomadas las represalias, debía ser evidente que había sido Hanoi el que había preferido una prueba de fuerza en lugar de un acuerdo negociado. El apoyo interno era para nosotros una parte esencial para la efectividad de toda medida militar. Y cuanto más cerca de la reunión cumbre pudiéramos actuar, tanto más comprometido con su éxito estaría el liderazgo soviético y tanto más era posible que respondiera en forma mínima a toda maniobra militar que efectuáramos.

Al comienzo todo parecía encajar. En la mañana del 25 de abril revelamos mi viaje secreto a Moscú; por la tarde anunciamos la reanudación de las sesiones plenarias en París. La mañana siguiente, el 26 de abril, Nixon anunció la próxima retirada de un grupo de tropas. Esto fue nuevamente necesario para el cumplimiento de la retirada de 70.000 hombres anunciada hacia tres meses, y con ello reapareció el dilema que se intensificaba con cada aumento de nuestra retirada. Cuanto menos tropas nos quedaban, tanto más profundo sería el impacto si manteníamos constantes nuestras retiradas. A ese ritmo pronto no nos quedarían fuerzas residuales como para poder negociar. Pero si las aplazábamos, nuestros críticos proclamarían que la vietnamización era un fracaso y así se sumaría otra complicación interna a la creciente inquietud sobre el resultado de la ofensiva norvietnamita.

Atrapados entre el Escila de nuestra imposibilidad de detener las retiradas y el Caribdis de

no querer aumentar la carga ya soportada por Saigón, debimos soportar las maniobras usuales interagencias. Laird, como siempre, pensaba que una máxima retirada era el mejor medio de tranquilizar la opinión pública. Él quería retirar 54.000 tropas entre el 1 de mayo y el 31 de diciembre de 1972. Esto nos reduciría a una fuerza residual de 15.000 hombres la que según su opinión, demostraría nuestra confianza en nuestra habilidad de resistir a la ofensiva, mientras se convencía a nuestro público de que seguirían llevándose a cabo las retiradas. Yo no estaba de acuerdo. La reducción me parecía excesiva frente a la amenaza inmediata y demasiado inflexible desde el punto de vista de la negociación. Esto podría desmoralizar a Saigón y hacernos perder nuestra restante influencia sobre Hanoi. Nixon finalmente fijó la cifra de 20.000 en dos meses, habiéndose puesto de acuerdo con el general Abrams que la mayor parte de las retiradas se efectuarían hacia fines del período; para ese entonces esperábamos que la ofensiva norvietnamita se hubiera terminado. La mayor ventaja en el anuncio de las retiradas, fue que Nixon pudo informar sobre la situación militar por televisión en un contexto que ofrecía esperanzas y no en un ambiente de crisis que podría haber sido provocado por un discurso presidencial referido solamente a la ofensiva norvietnamita. Hablando desde la Oficina Oval, Nixon mezcló resolución con conciliación. Presentó los contrastes entre nuestros antecedentes sobre propuestas de paz, y los constantes preparativos para una nueva ofensiva por parte del enemigo. Esta «invasión» fue «un evidente caso de abierta agresión sin provocación a través de una frontera internacional». Doce de las trece divisiones norvietnamitas regulares de combate se encontraban en Vietnam del Sur, Laos o Camboya. Las fuerzas de Vietnam del Sur combatían en tierra y las fuerzas aéreas y navales (norteamericanas) se encargaban del apoyo. Nixon anunció la retirada de 20.000 hombres. Su instrucción impartida al embajador William Porter para que asistiera a la sesión plenaria del día siguiente (anunciado por Ziegler el día anterior) fue un signo de nuestra predisposición para la negociación. Nixon podía enorgullecerse justificadamente por el acta:

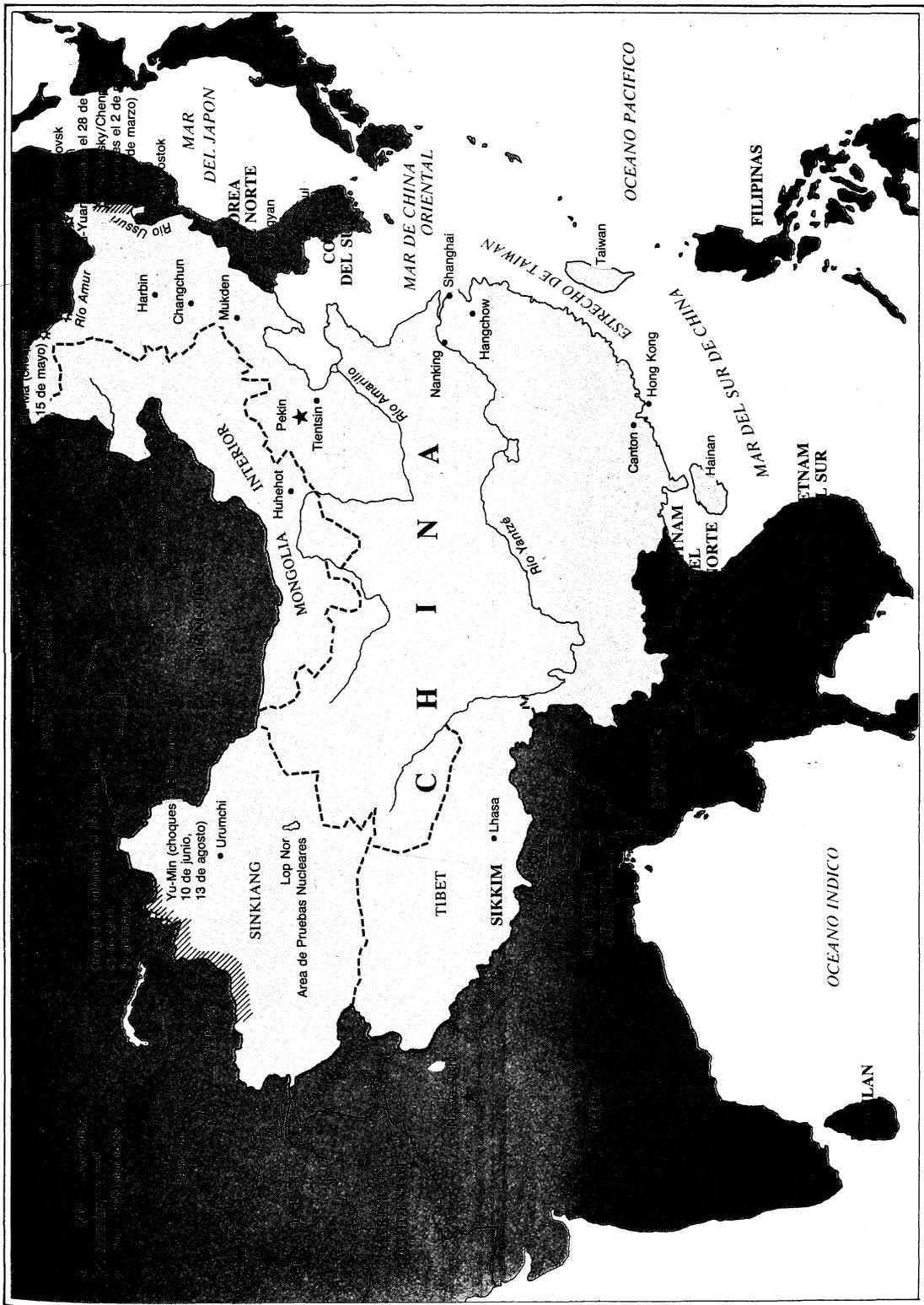
Para el 1 de julio ya habríamos retirado más del 90 por ciento de nuestras fuerzas que estuvieron en Vietnam en 1969. Antes de que comenzara la invasión enemiga habíamos reducido nuestras salidas aéreas a la mitad. Habíamos ofrecido condiciones de paz sumamente generosas. Únicamente nos negamos a aceptar las exigencias enemigas de derrocar al gobierno legalmente constituido de Vietnam del Sur y de imponer en su lugar una dictadura comunista.

Por más sincera indignación que hubiera habido en cuanto a nuestro bombardeo, no se ocultaba el hecho de que la *única* cuestión sin solución era precisamente aquélla. Nixon, visto por sus opositores como un hombre inmoral, aumentó su hostilidad al reiterar lo que él creía que era la cuestión moral fundamental —y yo estaba de acuerdo.

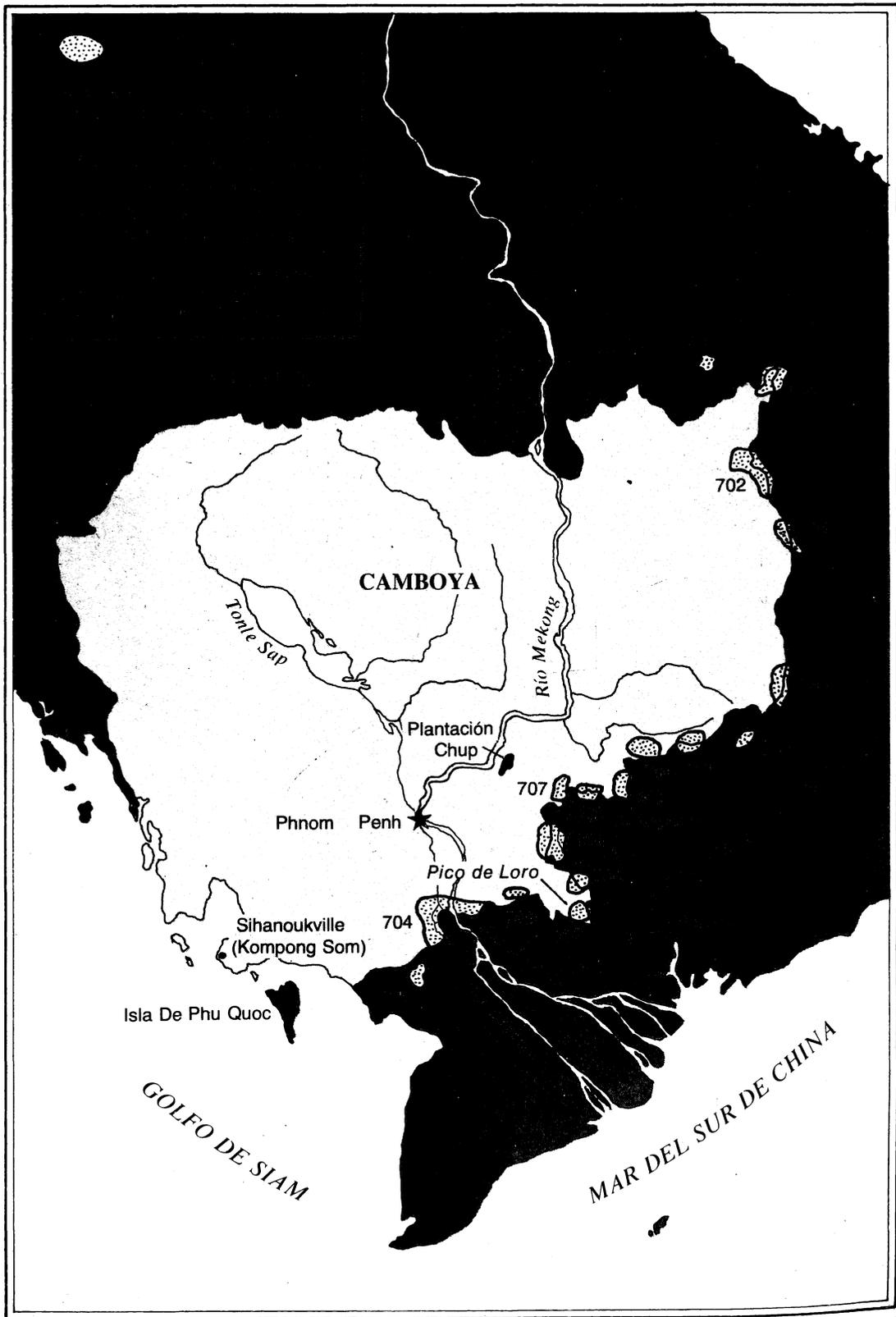
Yo no sé quién ocupará esta oficina en los años venideros. Pero lo que sé es que los futuros presidentes viajarán a naciones en el exterior en misiones de paz, tal como yo lo he hecho. Si los Estados Unidos traicionaran a millones de personas que han confiado en nosotros en Vietnam, el presidente de los EEUU quienquiera que fuera, no merecerá ni recibirá el respeto que es esencial para que los Estados Unidos continúen desempeñando el gran papel al que estamos destinados, es decir a ayudar a construir una nueva estructura de paz en el mundo. Esto significaría una renuncia a nuestra moralidad, una renuncia a nuestro liderazgo entre las naciones y una invitación para los poderosos para atacar a los débiles en todo el mundo. Sería negarle a la paz la posibilidad que la paz merece tener. Esto no lo haremos nunca.

El curso de los acontecimientos a partir de ese momento demostró que Nixon tenía razón; el destino del pueblo de Indochina había sido precisamente lo que él había previsto. Los opositores tenían derecho a afligirse con respecto a la guerra. El presidente y su gabinete compartían este sentimiento. Pero aquéllos debían reconocer que no poseían el monopolio de la angustia o de la virtud, y que su gobierno estaba tratando de solucionar decentemente un complicado problema, que afectaría nuestro futuro y las decenas de millones de vidas humanas.

A nuestro anuncio de retirada Hanoi contestó lanzando otra ofensiva, esta vez en el lejano norte, contra Quang Tri. (Los preparativos ya debían haber estado encaminados mucho tiempo antes del discurso.) El 27 de abril, cinco días antes de mi reunión con Le Duc Tho, los norviet-



CHOQUES FRONTERIZOS CHINO-SOVIETICOS (1969).



CAMBOYA

Tonle Sap

Río Mekong

Plantación Chup

Phnom Penh

Pico de Loro

Sihanoukville (Kompong Som)

Isla De Phu Quoc

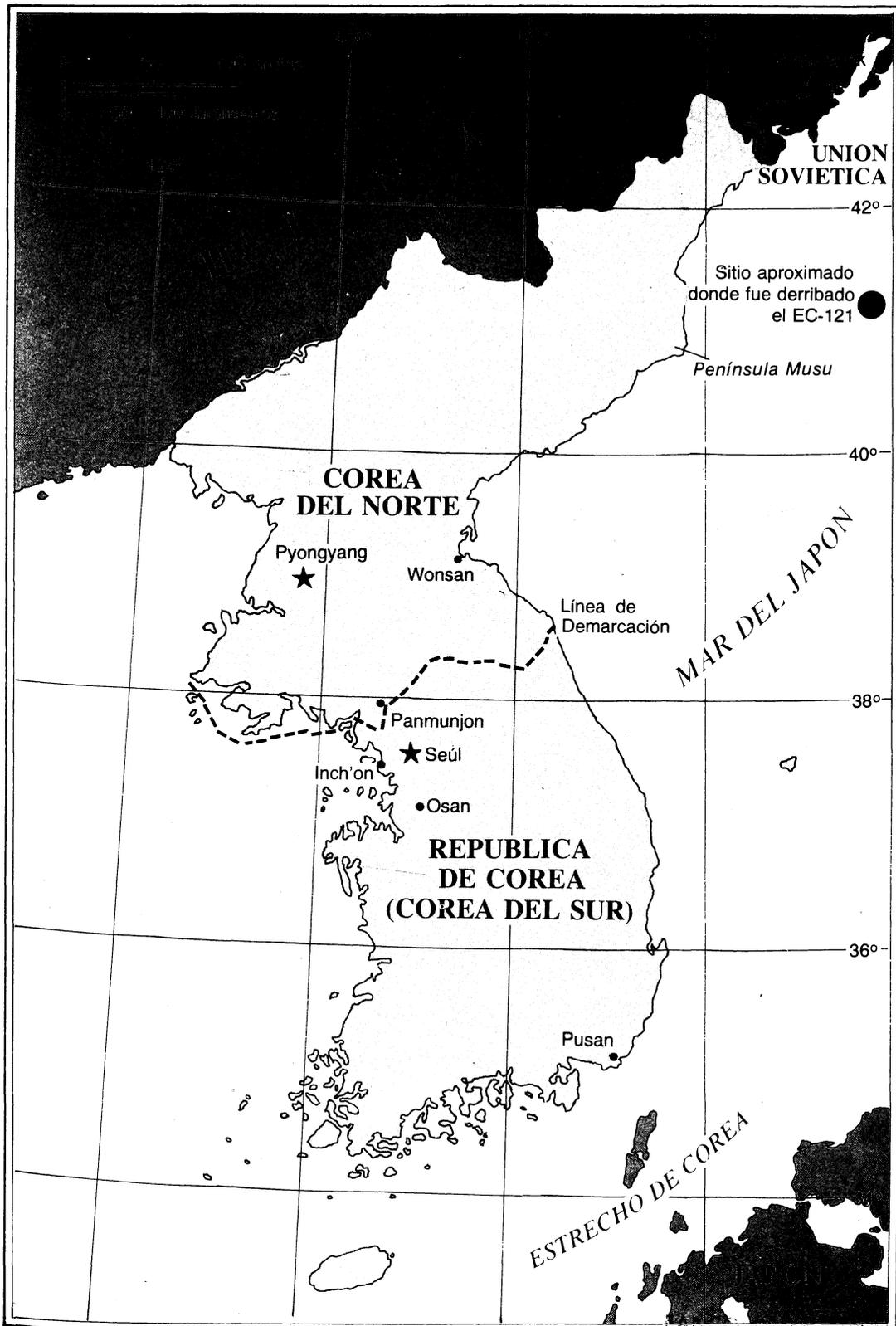
GOLFO DE SIAM

MAR DEL SUR DE CHINA

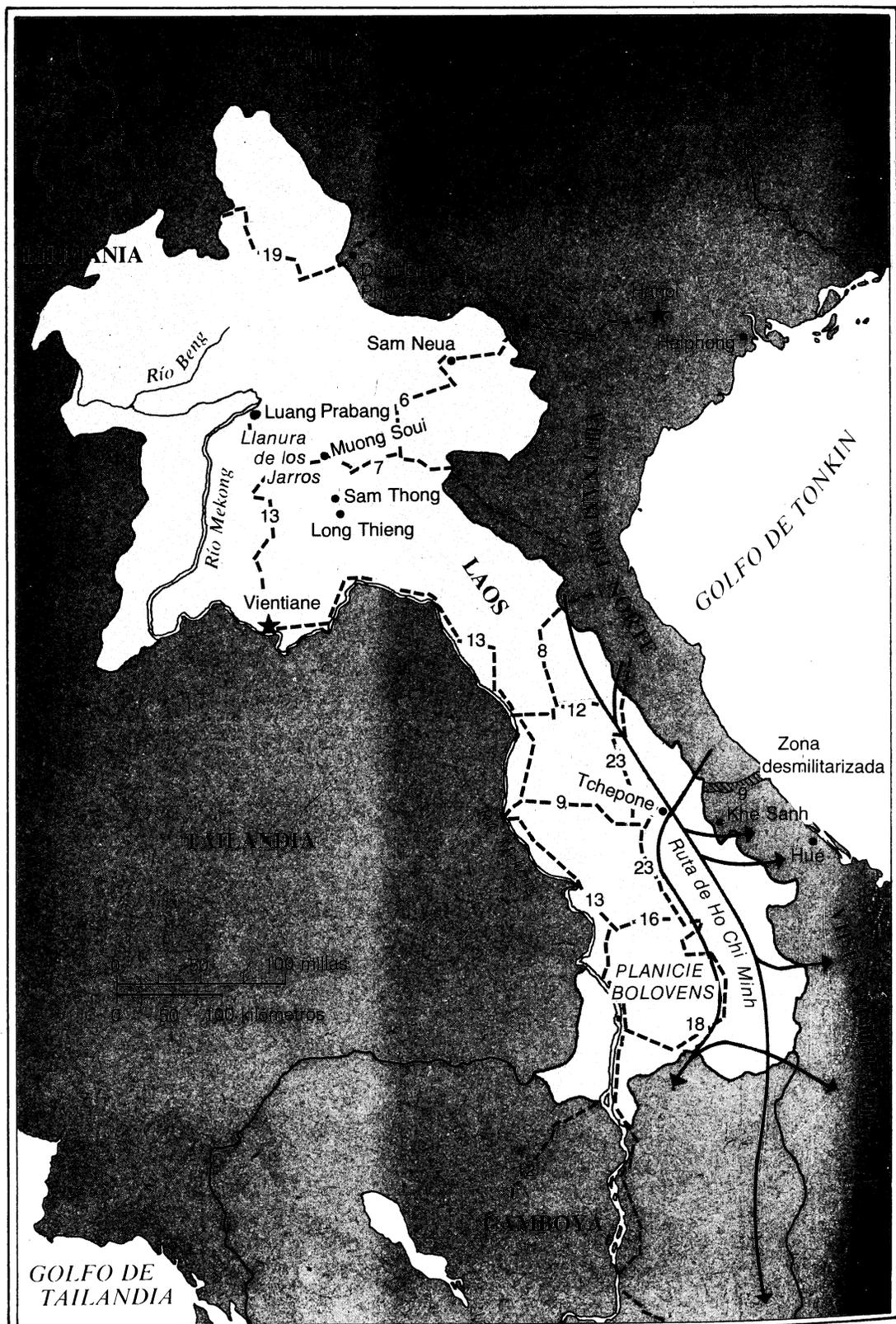
702

707

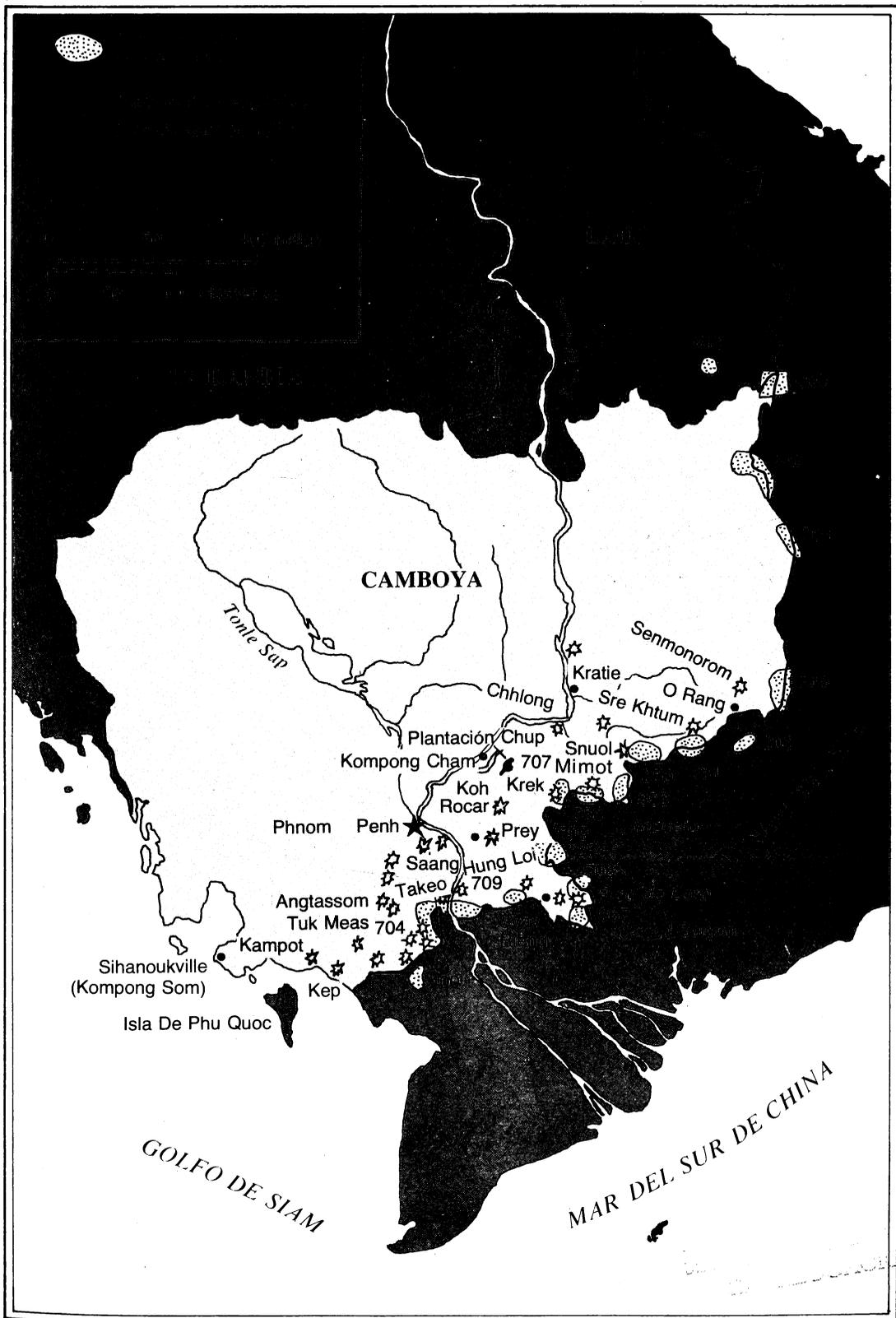
704



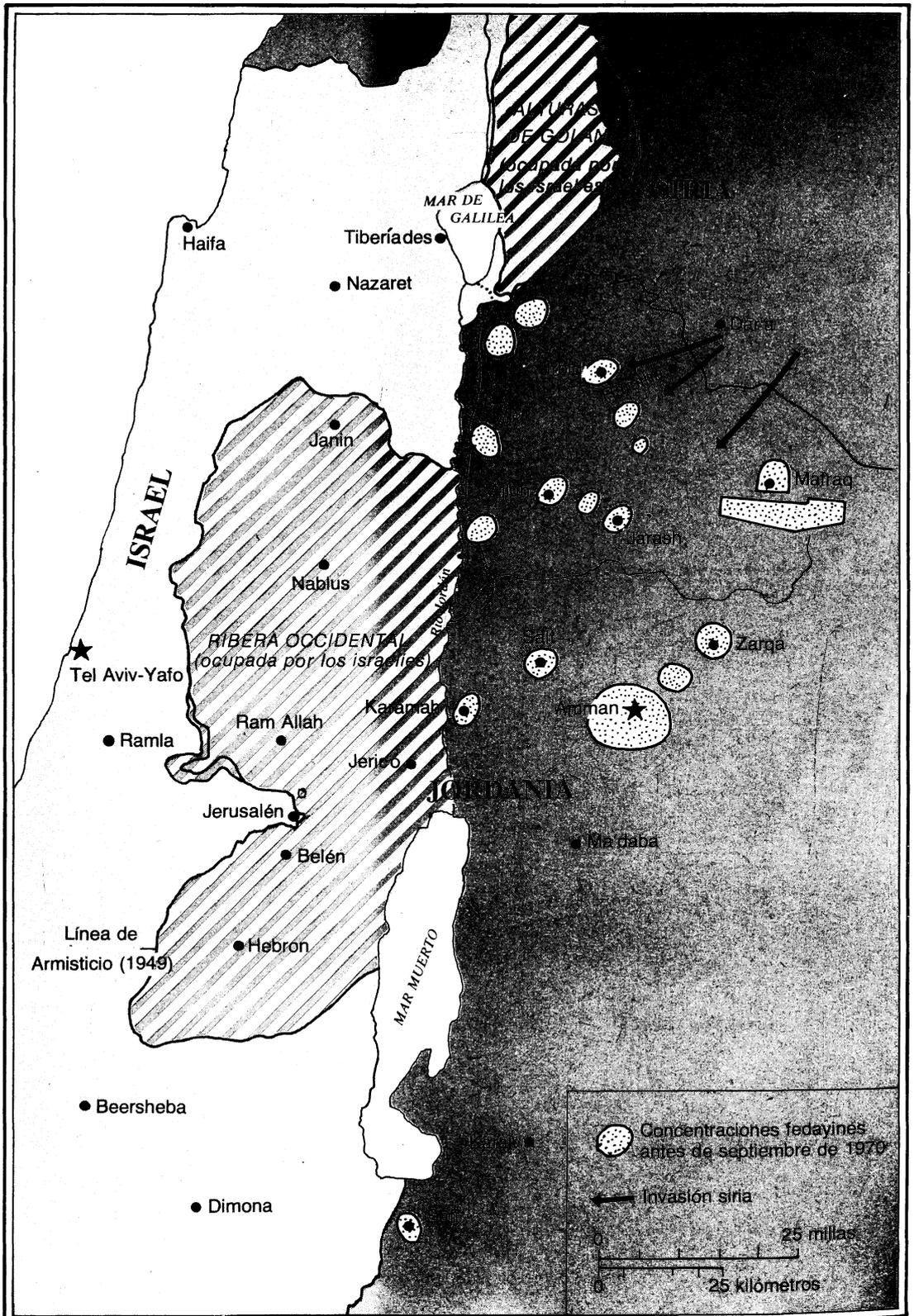
COREA Y AREA DEL DERRIBO DEL AVION EC-121 (1969).



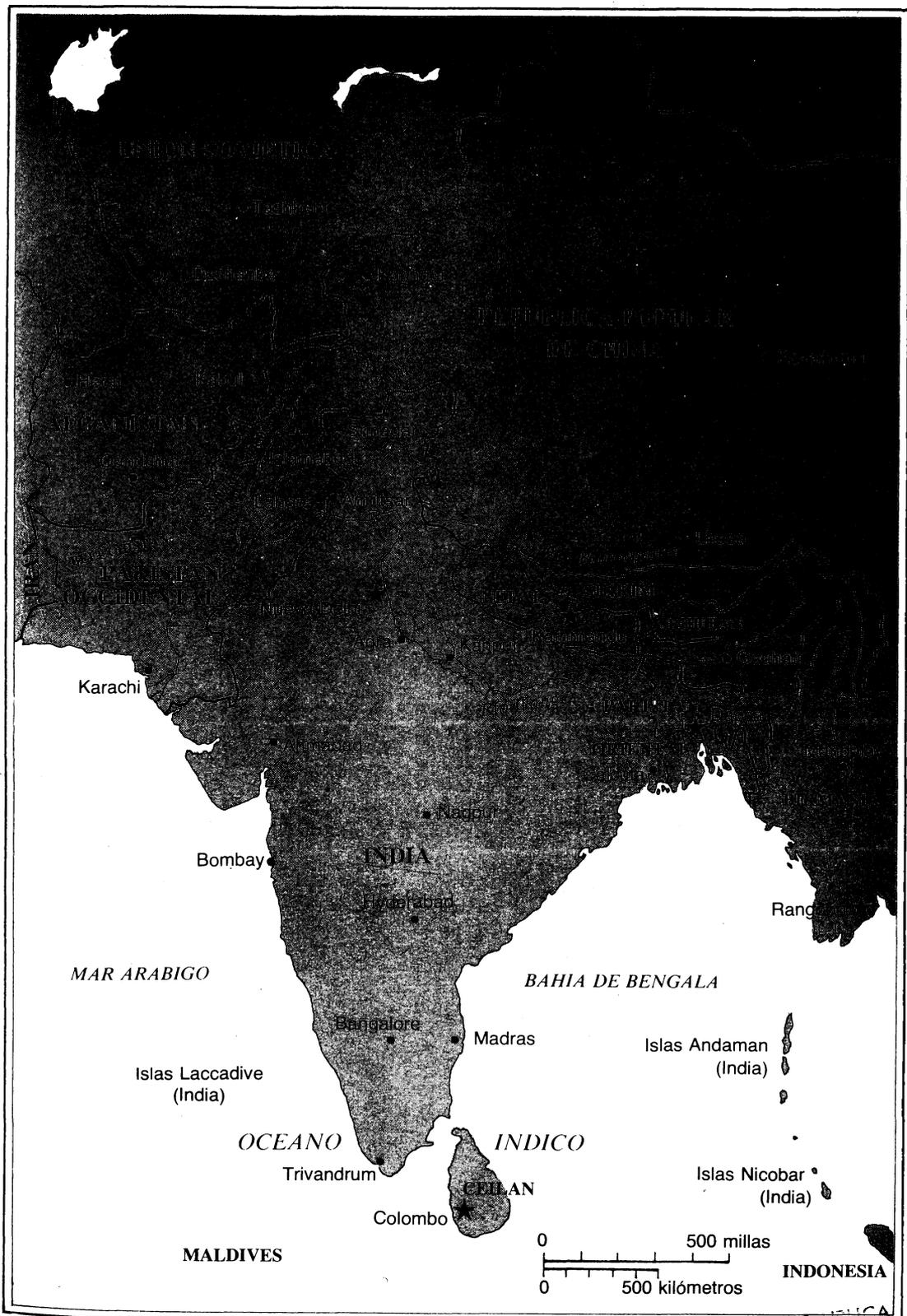
LAOS (1970).



CAMBOYA: ATAQUE NORVIETNAMITAS (3 A 24 DE ABRIL DE 1970).

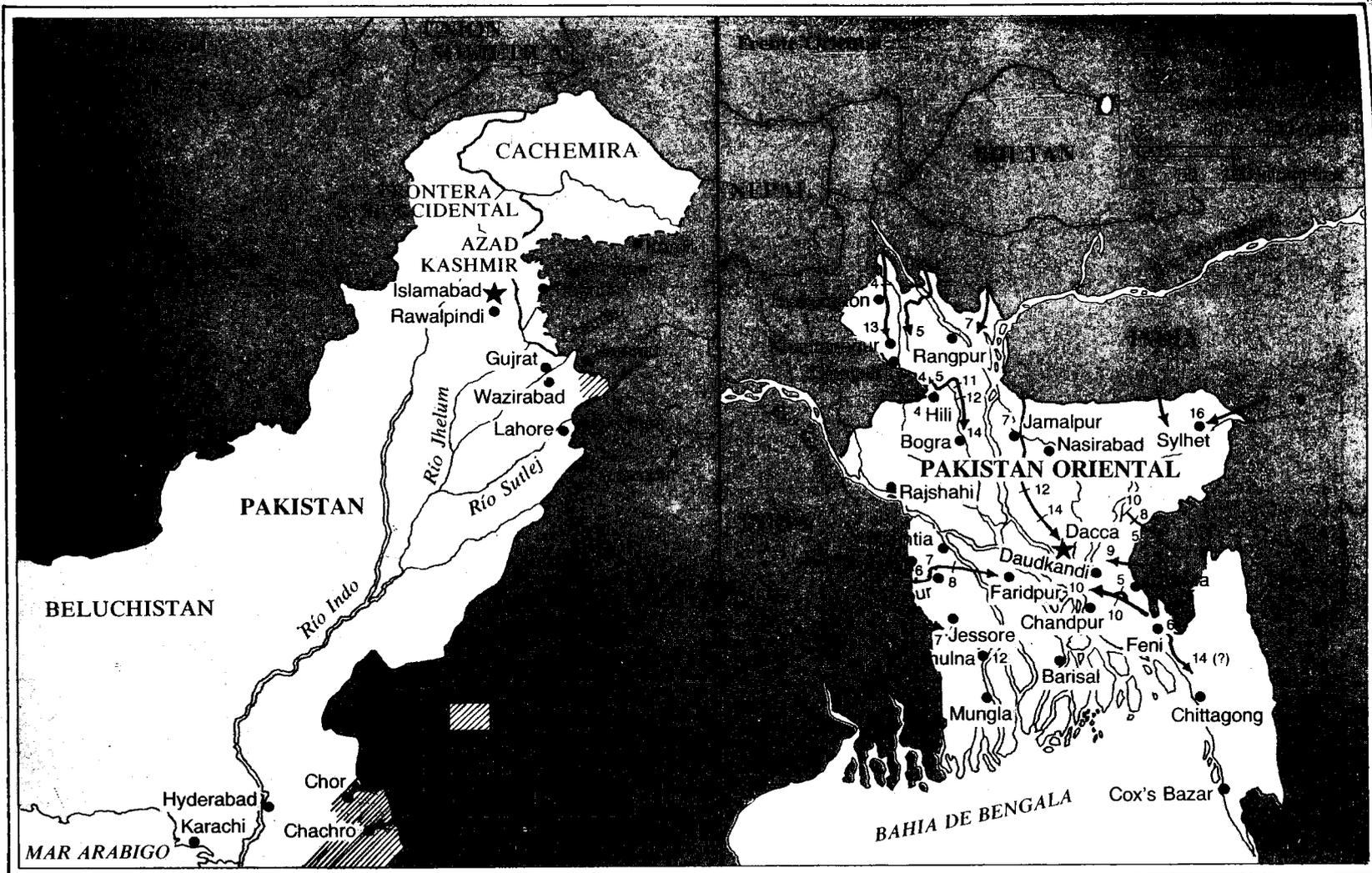


JORDANIA (1970).

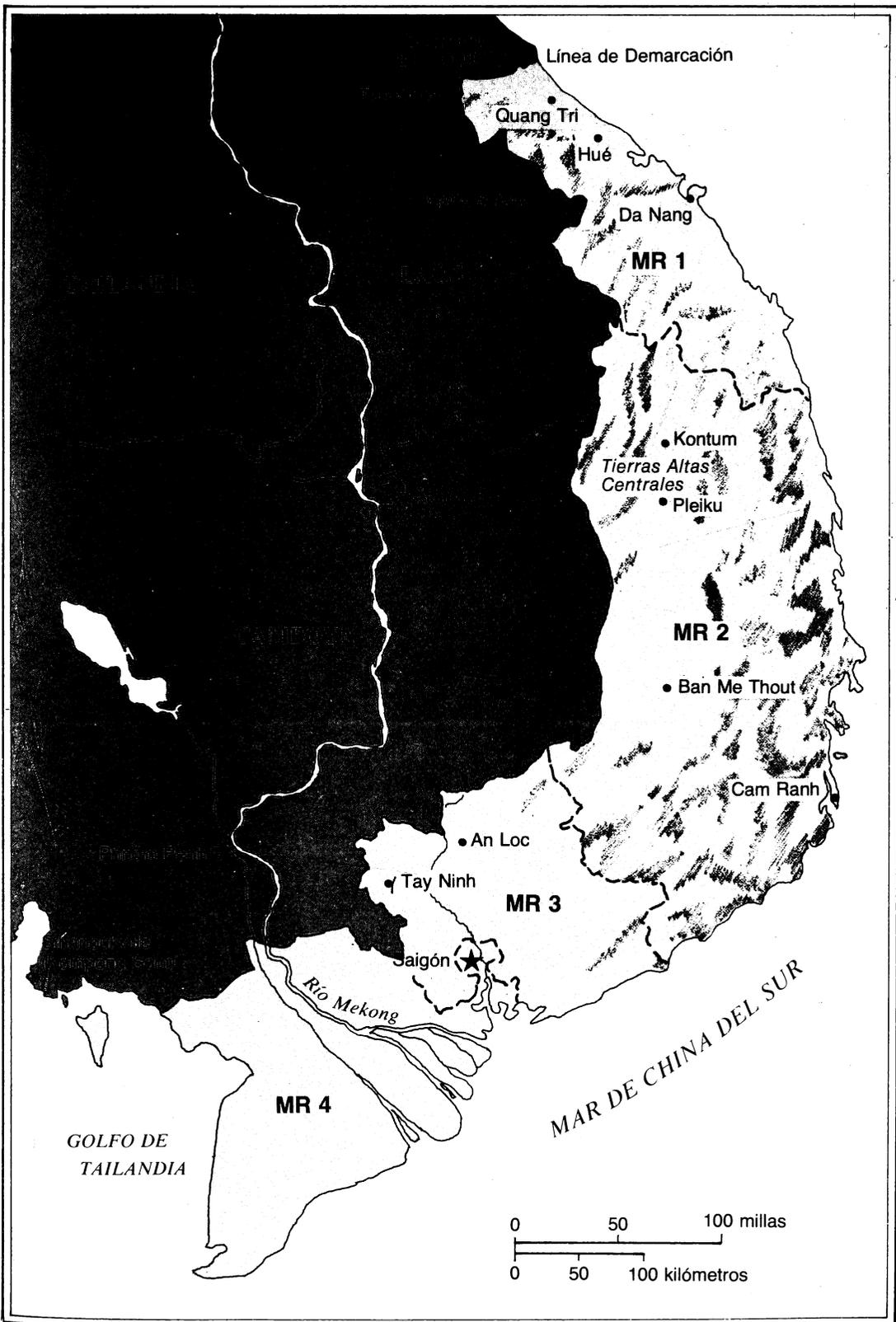


SUDESTE ASIATICO (1971).

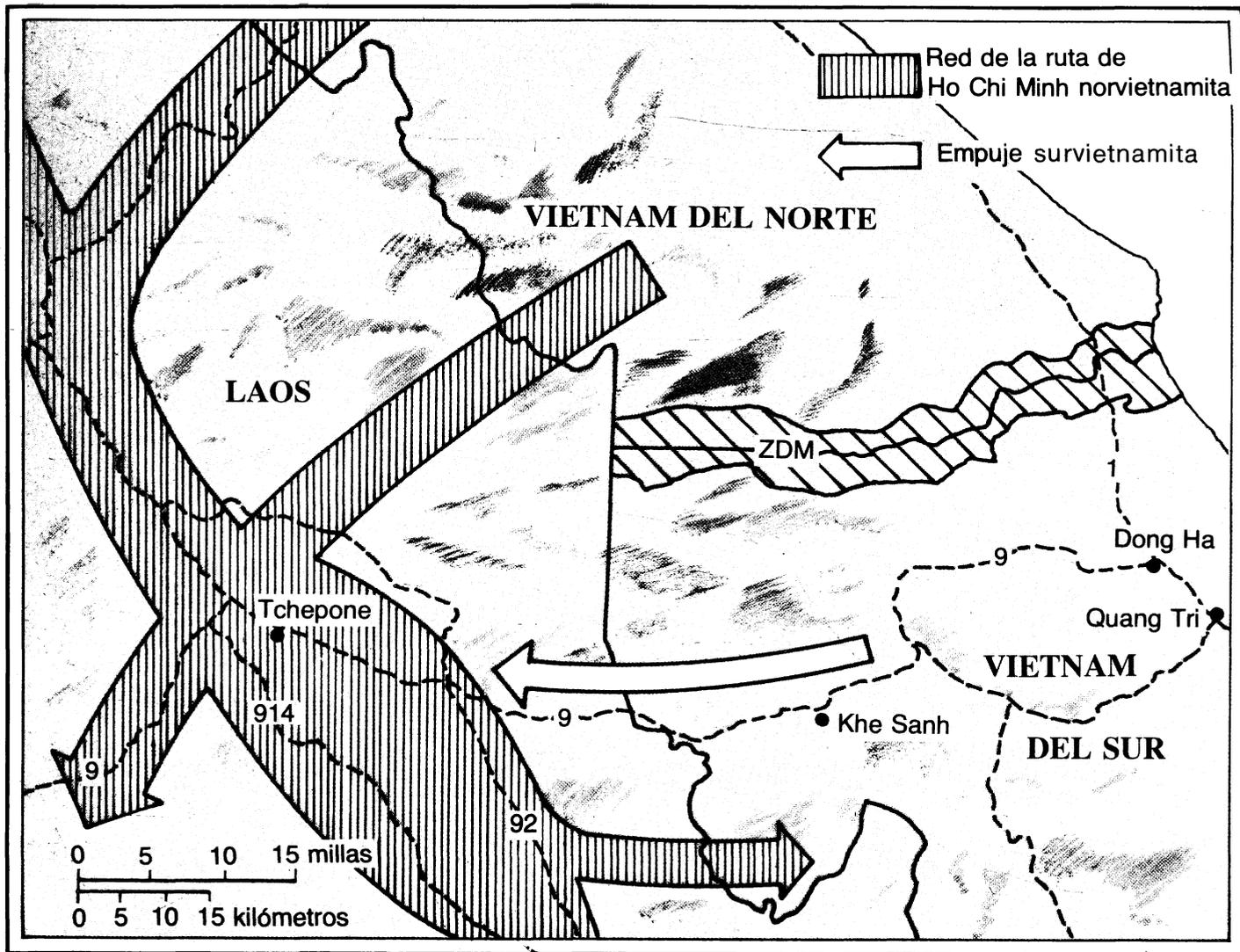
BANCO DE LA RESERVA
 PRINCIPAL LISIANCEL ARANGO
 NACION



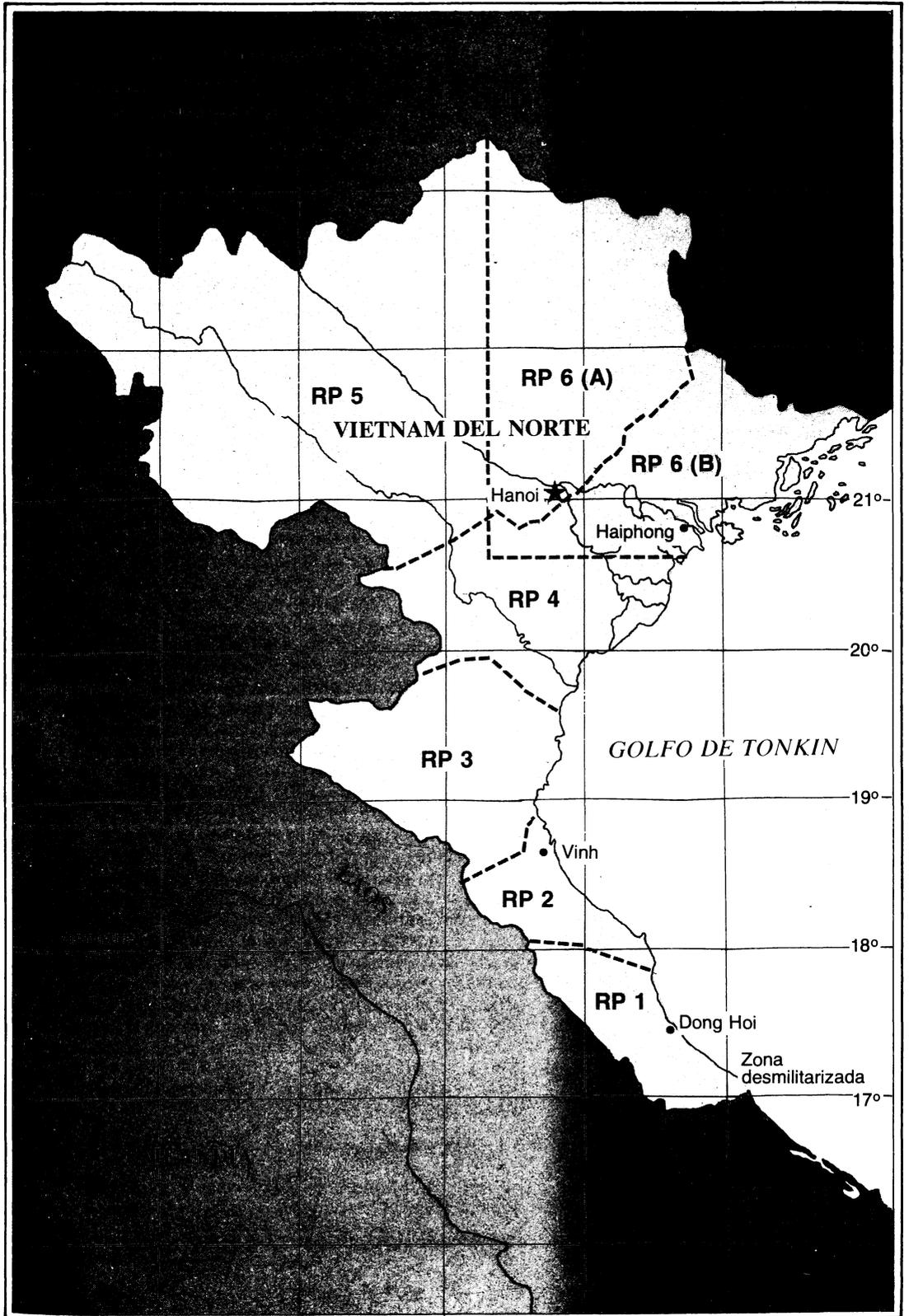
GUERRA DE INDIA Y PAKISTAN (1971).



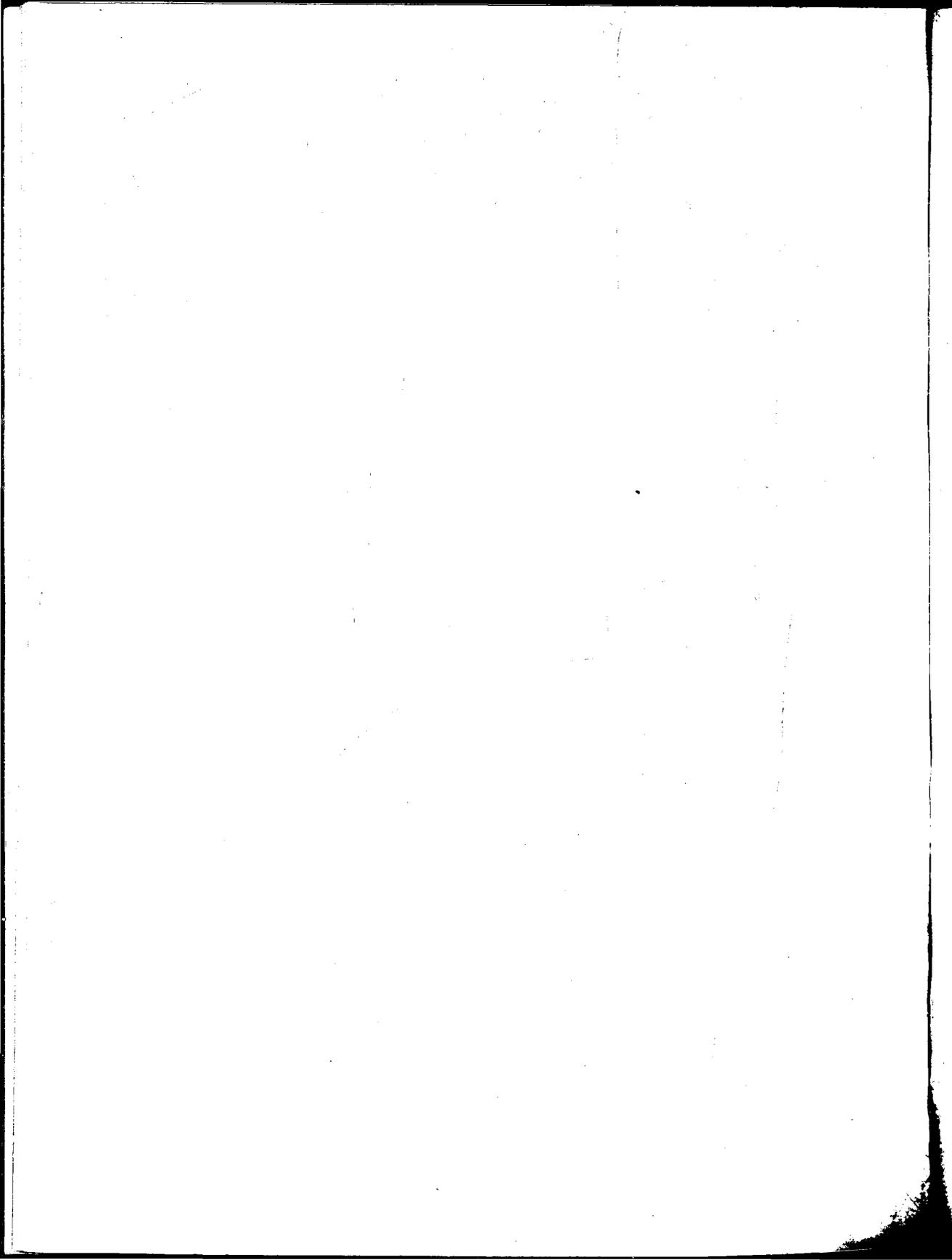
VIETNAM DEL SUR: REGIONES MILITARES.



OPERACION LAOS (1971).



VIETNAM DEL NORTE: ZONAS ESPECIFICAS DE BLANCOS (1972)



namitas atacaron con la cortina de fuego de artillería más pesada de la guerra y un elevado número de tanques. En pocos días fue destruida la Tercera División Survietnamita. Los norvietnamitas capturaron su primera capital provincial al caer la ciudad de Quang Tri el 1 de mayo y la mayor parte de la provincia fue dominada. Muchas unidades survietnamitas se desmoralizaron. Sin planes para una retirada ordenada, abandonados por sus oficiales, los soldados survietnamitas y miles de habitantes civiles se dirigieron a Hué mientras la artillería norvietnamita bombardeaba despiadadamente la columna de refugiados. Calculamos unas 20.000 bajas, de las cuales un elevado porcentaje era población civil. Más de mil civiles perecieron cuando tropas norvietnamitas deliberadamente cañonearon a los refugiados que huían hacia el Sur. En efecto, el número de refugiados que cayeron de esta forma en una emboscada y que fueron muertos en su retirada de Quang Tri fue casi con seguridad más que el total de bajas declaradas por Vietnam del Norte debido al bombardeo de los B-52 sobre Hanoi ocho meses más tarde, es decir en diciembre (*). No se registraron protestas públicas sobre las brutalidades norvietnamitas.

La intranquilidad de Nixon fue aumentando. Estábamos bombardeando hasta el paralelo veinte, pero nos abstuvimos de atacar Hanoi y Haiphong, dado que estaba pendiente mi reunión del 2 de mayo con Le Duc Tho. Frente a la renovada ofensiva de Hanoi, Nixon estaba impaciente por hacer algo. El 30 de abril me dijo que había «decidido» cancelar la conferencia cumbre «si no llegamos a un acuerdo». Como de costumbre, parte de la tarea del asistente —Nixon así lo esperaba— consistía en refutarle esas «decisiones», que en realidad no quería que fueran ejecutadas. Una buena regla empírica consistía en que la seriedad del presidente era inversamente proporcional a la frecuencia de sus órdenes y al énfasis con que éstas eran impartidas. La imprescindibilidad de Haldeman se debía a su extraordinario instinto para desentrañar lo que su voluble jefe realmente pensaba. Más adelante Haldeman fue desacreditado por llevar a cabo órdenes; hay que reconocerle aquéllas que ignoró o mitigó. Yo llevaba esta responsabilidad para la política exterior. Insté a Nixon a que no abandonara nuestro plan de aplazar toda escalada hasta después de la reunión del 2 de mayo. En las subsiguientes cuarenta y ocho horas sabríamos si Hanoi buscaba una confrontación o una negociación.

El 30 de abril Nixon me envió un largo memorándum ordenando un ataque de tres días con los B-52 contra Hanoi y Haiphong para el siguiente fin de semana (5-7 de mayo), aparentemente sin considerar el resultado de mi reunión con Le Duc Tho. El memorándum demostraba que Nixon nuevamente era presa del mismo temor que experimentó durante mi viaje a Moscú, es decir que de alguna forma, y debido a la prevista reunión secreta, los norvietnamitas se estarían aprovechando de nosotros. Él estaba decidido, reiteró, a cancelar la reunión cumbre, a menos que la situación mejorara (2). Al hablar esa tarde con la prensa en la propiedad de John Connally en Tejas, Nixon advirtió que Hanoi estaba «corriendo un riesgo muy grande» si continuaba con su ofensiva en el Sur.

El 1 de mayo Brezhnev escribió a Nixon sugiriendo que mejorarían las perspectivas para la negociación si nos moderábamos. Esto era un cuento repetido; se trataba exactamente del mismo argumento utilizado para obtener el cese del bombardeo en 1968, pero un poco gastado luego de 147 infructuosas sesiones plenarias. Brezhnev sugirió que esa medida también aumentaría las perspectivas para la reunión cumbre.

Esa carta confirmó a Nixon todas sus sospechas, es decir que Hanoi y Moscú estaban con-fabulados (3). Yo en cambio consideré la intervención de Brezhnev como retórica usual. Su carta no encerraba amenaza alguna; versaba sobre el impacto del bombardeo en el «ambiente» de la reunión cumbre; no había insinuación alguna sobre cancelación. Dado que esa noche yo partía hacia París era inútil especular. Nuestro proceder dependería de la actitud de Le Duc Tho, no de lo dicho por los soviéticos. No cabía duda alguna de que si fracasaba la reunión se tomarían ciertas decisiones nuevas y fundamentales.

LA REUNIÓN SECRETA DEL 2 DE MAYO

Mi reunión con Le Duc Tho fue brutal. Contrario a la mitología de esta época, los norvietnamitas no eran pobres reformistas incomprensidos. Eran revolucionarios implacables, el

(*) Radio Hanoi anunció el 4 de enero de 1973 una cifra provisoria de aproximadamente 1.300 víctimas luego de 12 días de bombardeo (1).

terror de sus vecinos, que reclamaban la totalidad de la herencia de la colonia francesa en Indochina por medio de la fuerza que fuera necesaria. Además, según mi experiencia, los norvietnamitas nunca eran más difíciles que cuando consideraban que se encontraban en una sólida posición militar —y nunca eran más conciliadores que cuando se encontraban en apuros en el campo de batalla—. Desafortunadamente para nuestro equilibrio emocional el martes 2 de mayo era un día en el que Le Duc Tho estaba seguro de que se encontraba en superioridad de condiciones. Quang Tri había caído el día anterior. Pleiku estaba en peligro. An Loc se encontraba sitiada. (El sitio de An Loc resultó ser un error norvietnamita; si éstos hubieran dejado abierto el camino de la retirada, los defensores probablemente hubiesen huido como en Quang Tri, y An Loc hubiera caído.) Por todo esto Le Duc Tho sabía que se aproximaba un completo derrumbe survietnamita. Hanoi tendía a insistir que resistiría a una presión militar; evidentemente no lo esperaba de nosotros.

Le Duc Tho inmediatamente se lanzó a la ofensiva. Comenzó acusando a los Estados Unidos de haber interrumpido las reuniones privadas —lo que era un verdadero descaro dado los antecedentes de Hanoi con respecto a la cancelación de la reunión del 20 de noviembre, con sólo 3 días de anticipación, no respondiendo en los siguientes dos meses a nuestra proposición para una reunión en una fecha alternativa, y luego posponiendo varias sesiones programadas, para que concordaran con la ofensiva norvietnamita. Nuestra decisión por forzar una confrontación, sumada a mi tensión al llegar directamente a la reunión luego de un vuelo nocturno transatlántico me hizo perder la paciencia: «Yo no sé en qué mundo vive usted, pero me parece que usted aplazó las reuniones confidenciales. En realidad un señor que dice ser su representante nos ha entregado notas, de manera que lo tenemos por escrito.»

Le Duc Tho no se desanimó. Retomó su ataque con el argumento de que la ofensiva de Hanoi de hecho no era una ofensiva, dado que había sido provocada por los Estados Unidos, el verdadero agresor. Comenzó a citar declaraciones de nuestros críticos norteamericanos para apoyar su argumento, lo que llevó a un duro intercambio de opiniones:

Kissinger: No escucharé declaraciones efectuadas por personalidades americanas. Ya se lo he aclarado al Consejero Especial.

Le Duc Tho: Me gustaría citar una declaración del Senador Fulbright para mostrarle lo que los mismos americanos están diciendo.

K: A usted no le incumben nuestras discusiones internas, y entendí lo que dijo el Senador.

L: Me gustaría presentarle el testimonio. Es una fuente americana, no es nuestra fuente. El Senador Fulbright dijo el 8 de abril que las medidas de las fuerzas de liberación en Vietnam del Sur eran una respuesta directa a vuestro sabotaje de la Conferencia de París.

K: Ya lo he escuchado anteriormente. No hay necesidad de traducirlo. Prosigamos con la discusión.

L: Me gustaría mencionar...

K: Ya lo he escuchado anteriormente. Por favor, prosiga.

Cuando finalmente iniciamos las negociaciones, yo expuse nuestra posición, insinuando que lo habíamos discutido con los soviéticos:

Nos reunimos hoy con usted en la esperanza de que usted tenga algo constructivo para ofrecer. Hay tres requisitos para poder iniciar las verdaderas negociaciones. En primer término debe detener su ofensiva. En segundo término, deben restablecerse los Acuerdos de 1968. En tercer término, deberán efectuarse negociaciones serias, concretas y constructivas, que lleven a un rápido fin del conflicto.

Estamos dispuestos a contribuir con este último punto. Estamos dispuestos a trabajar con usted para obtener una esperanzada apertura hacia un acuerdo pacífico. Pero no quiero subestimar la seriedad del momento en el que nos reunimos, y ustedes, que han preferido lanzar una importante ofensiva mientras aparentan prepararse para reuniones confidenciales con nosotros, llevan ahora la responsabilidad de presentar sugerencias concretas.

Esto es todo lo que yo tengo para decir por el momento. Además entiendo que vuestros aliados ya les han comunicado alguna de nuestras ideas.

Pero Le Duc Tho no tenía sugerencia concretas, ni de ningún otro tipo. Simplemente repasó las mociones. Hanoi nunca había respondido a nuestra propuesta del 11 de octubre de 1971, o a su modificación en el discurso de Nixon del 25 de enero de 1972. Le Duc Tho aprovechó la ocasión para omitirlo sin más discusión. Citando una declaración efectuada por el secretario Rogers, que nuestros ocho puntos «no era un ultimátum», sugirió de que deberíamos comenzar las negociaciones con nuestra posición de repliegue: «Ahora muéstrenos su flexibilidad y estoy dispuesto a discutir su nueva flexibilidad, la nueva posición que usted tomará. Sabemos que el tiempo no los favorece.»

Nunca se nos concedió la cortesía de una explicación sobre lo que Hanoi consideraba inadecuado de la propuesta norteamericana, que ofrecía el cese de fuego, la retirada total y la renuncia a un jefe de gobierno aliado, un mes antes de elecciones libres internacionalmente supervisadas en las que los comunistas podrían participar. Ahora tampoco se nos dio explicación alguna. Todo lo que hiciera Xuan Thuy era leerme el texto publicado de su «elaboración de dos puntos», dado a conocer tres meses antes. Dado que esta reunión provocó importantes decisiones, es importante que se conozca su estilo.

K.: ¿Qué hay de nuevo con respecto a eso? Ya lo he leído. Sé lo que dice. ¿Qué es lo que debemos contestar? Ya repasamos los siete y los nueve puntos. ¿Hay algo allí que no hayamos discutido el verano pasado?

Xuan Thuy: Dice que... (continúa leyendo el Punto Uno de la elaboración de dos puntos).

K.: Ya lo he leído. No es necesario leerlo nuevamente. Ésa no es mi pregunta. Esto es lo que hemos discutido el verano pasado. Hemos dado una respuesta minuciosa el verano pasado. ¿Qué pregunta adicional es preciso contestar?

X.: Ustedes no fijan una fecha exacta para la retirada de sus ejércitos. Ustedes sólo mencionan un periodo de seis meses.

K.: Sé que está pidiendo lo mismo que nos negamos a hacer el verano último (una fecha tope independiente de todo acuerdo). Estoy preguntando si usted mencionó algo nuevo, que requiera una respuesta adicional.

X.: Pero dado que no aceptaron, debemos proseguir con nuestra exigencia. Cuanto más se resistan, tanto más debemos continuar con nuestra exigencia.

El segundo punto de la elaboración de dos puntos trata del problema político en Vietnam del Sur. (Lee el Punto Dos.) «El gobierno de los Estados Unidos debería respetar verdaderamente los derechos del pueblo de Vietnam del Sur para una auto-determinación...»

K.: Ya lo he leído. Sé muy bien lo que dice.

X.: Usted no responde.

K.: No lo rechazamos porque no lo entendiéramos, sino porque lo entendimos demasiado bien.

X.: Dado que usted todavía se niega a contestar, significa que usted no ha entendido. De manera que si desea que se lo exponga nuevamente, así lo haré.

K.: No lo exponga nuevamente.

Mi primera reunión secreta con el norvietnamita en casi ocho meses, el objeto de tantas semanas de esfuerzos consistió únicamente en presentarme una lectura de Hanoi sobre su posición oficial sin explicación, modificación o tentativa de negociación. Sugerí que en realidad no había nada más que discutir. Le Duc Tho no pensaba igual. Desde su punto de vista yo había sido privado por demasiado tiempo de su poema épico sobre la traición norteamericana y el heroísmo vietnamita y ahora compensó su descuido. Sugerí que una forma de iniciar las discusiones quizás fuera la de volver a la situación del 29 de marzo, antes de la ofensiva norvietnamita, en cuyo caso nosotros detendríamos nuestro bombardeo y además retiraríamos nuestros refuerzos. Le Duc Tho lo rechazó desdeñosamente alegando que nos favorecía unilateralmente. Rápidamente resumé donde nos encontrábamos:

Señor consejero especial y señor ministro, a pesar de lo mucho que disfruto de esta conversación sobre la historia de la guerra, no veo que ustedes estén dispuestos a conversar seriamente para obtener una rápida solución de la guerra. Dado que esto no es

el caso, y a pesar de que lo siento por haber venido de muy lejos para una entrevista tan breve, propongo que demos por finalizada la reunión y nos encontremos nuevamente cuando alguna de las partes tenga algo nuevo que decir...

Quiero que quede perfectamente en claro que les notificamos en febrero que estábamos dispuestos a discutir nuestros ocho puntos e incluir discusiones sobre vuestros puntos. Ustedes se negaron totalmente a discutir nuestros ocho puntos. Dado que ustedes están dispuestos a discutir solamente sus puntos, los que ya hemos tratado el verano pasado, no existe base alguna para la discusión. Los hemos invitado a presentar contrapropuestas a nuestras sugerencias. Pero no han sido efectuadas. Les hemos preguntado si había algo nuevo en sus propuestas y ustedes simplemente me leen su propuesta. La semana pasada hemos comunicado a vuestros aliados soviéticos sobre lo que pensábamos discutir y ellos dijeron que lo transmitirían a ustedes. Me es difícil entender por qué se reúnen con nosotros, dado que ustedes sabían lo que nosotros deseábamos discutir.

Quiero que quede absolutamente en claro, de manera que no haya malentendidos, que estamos dispuestos a discutir todo proceso político que verdaderamente deje abierto el futuro político de Vietnam del Sur. No estamos dispuestos a discutir propuestas que tienen la consecuencia práctica de instalar simplemente su versión de gobierno en Saigón. Ya se lo hemos dicho el verano pasado. Se lo decimos nuevamente.

A esta altura de los acontecimientos Xuan Thuy, quien evidentemente consideraba que el acta todavía no estaba completa, respondió reiterando la exigencia por la renuncia inmediata de Thieu —«cuanto antes mejor, si puede ser mañana sería mejor...»—. Posteriormente el «Gobierno de Saigón» que permanecería, debería cambiar su política, abolir el sistema de represión, y renunciar a la vietnamización. Cuando le solicité me explicara por qué un gobierno vietnamita debía renunciar a una política de vietnamización, volvió a reiterar la misma exigencia de Hanoi por un gobierno de coalición tripartita, cuyo gobierno anti-comunista, decapitado y carente de su policía y ejército, debía unirse a la coalición con «neutrales» (aceptados por Hanoi) y a los comunistas totalmente armados, respaldados por el ejército norvietnamita, cuya coalición negociaría entonces con el Viet Cong totalmente armado, respaldado por la totalidad de los ejércitos de campaña de Hanoi. Esto es lo que Xuan Thuy llamaba «la situación real en Vietnam del Sur».

Xuan Thuy estaba tan arrebatado por el espíritu de la ocasión, que se quejó por restricciones a la libertad de prensa en Saigón. Esto llevó a otro intercambio:

K.: ¿Puede alguien publicar un diario en Vietnam del Norte? Le pregunto sólo para mi propia ilustración.

X. T.: La República Democrática de Vietnam tiene un sistema totalmente distinto y no imponemos este sistema sobre Vietnam del Sur. Si ellos ahora nos exigen aplicar un sistema como Vietnam del Sur, nosotros nos negamos.

Le D. T.: En nuestra opinión el sistema social demócrata es de cualquier modo la forma más democrática de gobierno.

Dado que mis interlocutores se encontraban de tan particular humor, decidí aprovechar la ocasión para dejar sentado de una vez por todas un tema que había provocado nuestro debate público por más de un año. Durante todo ese tiempo Hanoi había dado públicamente la impresión de que los asuntos militares y políticos podían ser separados, de que si retirábamos nuestras fuerzas, serían liberados nuestros prisioneros, mientras que en todas las reuniones conmigo rechazaba consecuentemente y totalmente este concepto. Tal como ya lo he mencionado las exigencias en este sentido por parte de los medios de comunicación y por parte del Congreso eran interminables. El siguiente intercambio dejó sentada la cuestión:

Kissinger: Durante todo el verano pasado —usted lo sabe muy bien— lo visitó toda una serie de periodistas y senadores. Ellos salieron con la impresión de que usted estaba dispuesto a discutir solamente una solución militar. Es verdad que usted nunca lo dijo tan explícitamente, pero con gran habilidad usted dejó esa impresión...

Déjeme resumirle a dónde queremos llegar. Estamos dispuestos a reanudar estas conversaciones en cuanto a las cuestiones militares, es decir el complejo de asuntos con

respecto a la retirada y a los prisioneros de guerra. Pero la impresión que yo llevo en este momento es que usted no está dispuesto a discutir este tema. Quiero asegurarme de que he aprendido correctamente mi lección.

Le Duc Tho: Usted ha aprendido correctamente esta lección, dado que nunca he separado estas dos cuestiones. Y cuando hablé con periodistas yo no les dije esto. Los diarios solamente estaban especulando.

K.: Pero usted no hizo mucho por desalentarlos.

Le D. T.: Ellos especulan demasiado.

Se había dicho lo suficiente como para dejar claro que no tenía ningún sentido continuar con la reunión. Contrario a los miedos de Nixon, Le Duc Tho ni siquiera contestaba con evasivas. Nuestros criterios estaban fuera de lugar; estaba imponiendo las condiciones. Él actuaba como si cada día que pasaba haría más insostenible nuestra posición. Hanoi no emplearía las conversaciones para tratar de impedir la represalia americana, dado que no deseaba tener inhibiciones para su propia libertad de acción. Le Duc Tho insistió en que ambos, el hecho y la substancia de la reunión debían permanecer secretas —presumiblemente para privar a nuestro público de toda esperanza de progreso. Él incremento su insolencia entregando «algunos documentos para su información». Resultó ser material de propaganda del tipo que normalmente distribuyen los funcionarios de prensa norvietnamitas en las reuniones que siguen a las sesiones plenarias. Al levantarme para salir luego de una de las reuniones más cortas a que yo hubiese asistido —tres horas— Le Duc Tho me apartó y dijo en tono de colega conspirador, que las perspectivas de su lado eran «buenas».

La suerte estaba echada. Yo había recomendado posponer una respuesta extrema hasta haber explorado toda vía diplomática. Yo había considerado conveniente el asegurar que habíamos reunido suficiente poder para un golpe masivo. Deseaba provocar la mayor aislación diplomática posible de Hanoi. Y era de crucial importancia que nuestro expediente de negociación fuera irreprochable para poder resistir a la furia interna que nos esperaba. Ahora no quedaba duda alguna de que tendríamos que efectuar una confrontación. Debía quebrarse militarmente el respaldo de la ofensiva norvietnamita. Podríamos obtener el consentimiento soviético para lo que fuera necesario, pero Moscú evidentemente no pudo o no quiso influir en las decisiones de Hanoi hasta aclararse el resultado de la ofensiva. No teníamos elección. Quizás Moscú cancelaría la reunión cumbre, pero no valía la pena efectuar la reunión cumbre si Saigón caía bajo el peso de las armas soviéticas. Habíamos llegado al punto decisivo.

EL MINADO DE VIETNAM DEL NORTE

En mi viaje de retorno desde París el 2 de mayo cablegrafié a la Casa Blanca y Saigón para comenzar con los preparativos de las cruciales decisiones. Haig me informó que el presidente había recibido mi informe preliminar con calma y resignación. Haig le transmitió mi recomendación de que se abstuviera de toda decisión hasta que hubiéramos analizado las consecuencias de la reunión. Me parecía que no necesitábamos un espasmo producido por una desilusión, sino un meticuloso plan de acción. El cable de Haig también incluyó inquietantes noticias de que una base survietnamita en el perímetro de Hué había sido evacuada bajo un fuerte ataque enemigo. Si caía la antigua capital imperial, muy posiblemente podría haberse iniciado el camino; Vietnam del Sur podría encontrarse al borde de la desintegración.

Un poco más tarde llegó otro informe de Haig. Nixon ordenó inexorablemente un golpe de dos días con los B-52 sobre Hanoi, comenzando el viernes 5 de mayo. (Anteriormente había sido un golpe de 3 días durante el fin de semana.) Le parecía esencial para la opinión pública, para la moral survietnamita y una señal para los soviéticos y los norvietnamitas. Nuevamente Nixon consideró la cancelación de la reunión cumbre, refiriéndose a ésta como una cuestión «política» —queriendo decir que quedaba fuera de mi campo de acción. Haig conocía mi opinión; me reiteró que le había dicho a Nixon que fuera cuidadoso y no tomara un camino «que nos costará a ambos la reunión cumbre y no obtendremos lo que deseamos con respecto al sudeste asiático». Haig me instó a que reflexionara durante mi viaje de regreso con respecto a nuestras posibilidades. Él y un helicóptero me esperarían en la Base Andrew de la Fuerza Aérea y me llevarían al puerto naval de Washington y al yate presidencial *Sequoia*, donde Nixon discutiría nuestra estrategia.

El *Sequoia* evidentemente había visto mejores épocas. Su nivel inferior presentaba una cubierta techada que se encontraba junto a un salón comedor pesadamente decorado con paneles; en el nivel superior se encontraba una cubierta para tomar sol, donde Nixon gustaba tenderse con una bebida antes de la cena. Su motor hacía un ruido infernal, impidiendo conversaciones en el salón comedor. El mobiliaje era bajo, pesado y mediocre; cuadros vulgares de escenas náuticas cubrían las paredes. El *Sequoia* podía llegar hasta Mount Vernon y volver; uno temblaba cuando pensaba en lo que podría ocurrirle en mar abierto. Pero servía para un propósito útil, es decir permitir a los presidentes escapar de la tensión claustrofóbica de la Casa Blanca; la Casa Blanca encarcela, pero también exalta. La combinación de vivienda y oficina en un mismo edificio puede producir una sensación de aislamiento como si el presidente y sus asistentes estuvieran solos en el medio de un huracán. La Casa Blanca tiene la tendencia de producir simultáneamente demasiada confianza y paranoia a sus habitantes; es una necesidad el liberarse periódicamente de sus presiones. El *Sequoia* proveía un rápido santuario; estaba más a mano que Camp David y era más cómodo para discusiones informales. Es una pena que más tarde haya sido declarado prescindible. Había sido puesto en condiciones para las decisivas discusiones que se llevarían a cabo.

El camino de Nixon hacia una decisión era frecuentemente tortuoso. Por lo general presentaba propuestas disfrazadas como órdenes, que él esperaba fueran desafiadas. Hasta el último momento posible él presentaba varias opciones frecuentemente contradictorias. Pero en momento de enfrentar la decisión final, la agitación nerviosa se transformaba en una serena toma de decisión. En momentos de verdadera crisis Nixon era analíticamente frío. Reducía su círculo de asesores a muy pocos que compartían su misma opinión; seguramente se retiraba a su escondite en el Edificio de Oficinas del Ejecutivo. Se sentaba allí con su anotador amarillo, estudiando sus posibilidades. Llamaba a sus colegas más cercanos para interminables reuniones, volviendo reiteradamente sobre las mismas cuestiones hasta que uno casi comenzaba a rogar que alguna catástrofe diera algún pretexto para poder volver a trabajar a la propia oficina. Pero una vez inmerso en este proceso —en cuestiones de política exterior— invariablemente llegaba a la esencia del problema y tomaba el camino de más coraje, inclusive cuando parecía arriesgar su inmediato interés político.

Así fue en esta oportunidad. Describí al presidente y a Haig mi reunión con Le Duc Tho, mientras nos encontrábamos reunidos alrededor de la mesa del cuarto de oficiales del *Sequoia*. Su importancia no estaba en que los norvietnamitas no habían cedido, ni siquiera que fueran hasta malintencionados. Esto había sido la verdad en muchas reuniones precedentes. Lo que reveló la reunión del 2 de mayo fue la convicción de Hanoi, de que estaba tan cerca de la victoria, que ya no necesitaba ni siquiera el pretexto de la negociación. Hubiera sido fácil para Le Duc Tho parecer conciliador, presentar alguna formulación ambigua que nos hubiera puesto ante el dilema de intensificar el conflicto frente a una posible ruptura diplomática. Una propuesta de cese de fuego en ese lugar, por ejemplo —con las fuerzas comunistas en los alrededores de Hué, sitiando An Loc y amenazando a Kontum y Pleiku— hubiera desmoralizado a Saigón si lo hubiéramos aceptado, y debilitado nuestro apoyo interno si lo rechazábamos. El desdén de Le Duc Tho por cualquier estrategia indicó que según el juicio de Hanoi se había iniciado el proceso imposible de revertir por medio de una represalia. Nuestra medida debía provocar una sorpresa que obligara silenciar al norte y permitiera una recuperación al Sur.

Nixon todavía estaba impaciente por llevar a cabo ataques con los B-52 contra Hanoi y Haiphong comenzando el viernes 5 de mayo. Yo no creía que un operativo relámpago satisficiera nuestras necesidades; insté a Nixon a que esperara hasta el lunes y a que me diera 48 horas para desarrollar algún plan para operativos continuos. Supe, además, que el general Abrams se oponía: como siempre él quería lanzar todos los B-52 a la principal batalla en el Sur. Cómo reaccionar de modo específico, era primordialmente una cuestión de táctica. Pero Nixon, Haig y yo estábamos de acuerdo en que era necesaria una importante medida militar y que decidiríamos sobre su carácter en las próximas cuarenta y ocho horas.

Lo que más preocupaba a Nixon era la inminente reunión cumbre con Moscú. Obsesionado por el recuerdo de la experiencia de Eisenhower en 1960, estaba decidido a que toda cancelación o aplazamiento se debería efectuar por su propia iniciativa. Según mi punto de vista no nos quedaba alternativa; tendríamos que correr el riesgo que fuera necesario. Si Le Duc Tho tenía razón y el derrumbamiento era inmediato, de ningún modo podríamos ir a Moscú. No podríamos fraternizar con líderes soviéticos mientras sus tanques rodaban por las calles de las ciudades

de Vietnam del Sur y cuando las armas soviéticas habían sido utilizadas decisivamente contra nuestros intereses por segunda vez en seis meses. Yo había tratado de dar a Hanoi la mayor oportunidad para un compromiso y a los soviéticos el máximo estímulo para separarse de Hanoi. Esta estrategia ahora debía ser examinada. Debíamos quebrar el apoyo logístico de la ofensiva de Hanoi para restablecer el equilibrio psicológico en Indochina. Tomar la iniciativa para la cancelación o dejar la decisión en manos de los soviéticos me parecía que debía ser decidido según el criterio político de Nixon.

Se mostró inexorable en el sentido de que una cancelación por parte de Moscú representaría una humillación para él y sería políticamente desastroso; si debía suceder, nosotros mismos deberíamos cancelar la reunión cumbre. Ordenó la preparación de una serie de severas medidas militares de represalia contra los norvietnamitas; cuando le expliqué que estas medidas podrían provocar por parte de los soviéticos la cancelación, me indicó que hiciera los planes suponiendo que él se anticiparía a Moscú. Se dirigiría a la nación al comienzo de la semana siguiente para explicar todas las medidas militares que él había tomado y anunciar la cancelación de la reunión cumbre. Sin embargo el acuerdo SALT seguiría adelante; podría ser firmado a menor nivel. De esta forma finalizó la fatídica reunión en el *Sequoia*.

Nuestro primer paso fue advertir a los líderes soviéticos que se estaban por tomar serias decisiones. El 3 de mayo se envió a Brezhnev una carta presidencial, redactada por Sonnenfeldt, Lord y por mí, en la que se le informaba sobre mi infructuosa reunión con Le Duc Tho. Nos parecía, así decía la carta a Brezhnev, que Hanoi estaba tratando de forzarnos a aceptar condiciones equivalentes a una rendición. No permitiríamos esto. Luego de nuestra experiencia en la reunión de París, no les presentaríamos más propuestas: según la conducta de Hanoi no había razón alguna para creer que éstas tendrían algún resultado positivo. La carta mencionaba que se tomarían «serias decisiones». Implícitamente decía que la Unión Soviética era al menos parcialmente responsable. Pedía fríamente por «un juicio de la situación» de Brezhnev a corto plazo.

El resto del 3 de mayo se utilizó en preparar los planes militares. Estos incluían varios niveles de ataques aéreos al norte del paralelo 20. Nixon revisó conmigo las opciones muy tarde por la noche en la Sala Lincoln pero sin tomar decisión alguna. Haldeman estuvo presente en algunas de estas reuniones. No tenía opinión formada en cuanto a los operativos militares, pero se oponía enérgicamente a nuestra cancelación de la reunión cumbre, y así lo dijo. No veía ningún beneficio en tomar la iniciativa; por el contrario, dañaría al presidente por hacerle parecer impulsivo. Nixon sugirió que Haldeman y yo solicitáramos la opinión de Connally.

Fuimos a ver a Connally en el Departamento del Tesoro el jueves 4 de mayo, alrededor del medio día. La oficina del secretario del Tesoro no presenta las vastas dimensiones estilo Mussolini que tienen las oficinas de Gabinete, construidas en los años treinta, tales como las del Interior, Comercio o Justicia. Tampoco tiene la atmósfera de una sala de reuniones de una corporación provincial desproporcionadamente grande, lo que ha sido el destino del secretario de Estado desde el año 1947. Es elegante y sin embargo presenta proporciones humanas, y está ubicada donde Andrew Jackson resolvió la controversia sobre su ubicación señalando el lugar con su bastón, cortando con ello para siempre la vista desde la Casa Blanca al Capitolio, deshaciendo el meticuloso arte de L'Enfant al trazar las calles de Washington.

Haldeman y yo nos sentamos en un sofá, Connally en un sillón enfrentándonos. Achicó los ojos y miró furtivamente, como era habitual en él cuando estaba midiendo su desafío. Le explicamos que el presidente estaba decidido a retomar el bombardeo en la zona de Hanoi-Haiphong, comenzando con un golpe de 3 días con los B-52, y había decidido anticiparse a la probable reacción de Moscú, cancelando la reunión cumbre. Haldeman dijo que no estaba de acuerdo con el último punto. Connally apoyó con decisión a Haldeman. Rechazó totalmente una cancelación; no ganaríamos nada en el frente doméstico. De igual manera seríamos acusados de arriesgar las relaciones Este-Oeste; si tomábamos la iniciativa, las acusaciones de imprudencia se sumarían a la habitual descarga de críticas. Debíamos hacer lo que pensábamos era necesario y dejar el dilema en manos de los soviéticos, cuyas armas habían hecho posible esto. De todas formas Connally no consideró como un resultado inevitable la cancelación por parte de los soviéticos.

Apenas Connally había terminado de hablar yo supe que él tenía razón. Durante un mes yo había estado elaborando una estrategia para obtener el consentimiento soviético para nuestras maniobras militares, aumentando la perspectiva de una reunión cumbre con éxito; luego de ha-

ber llevado los asuntos hasta ese punto, no tenía ningún sentido negarse a examinar siquiera la eficacia de lo tan duramente elaborado. Yo había estado de acuerdo con la decisión previa de Nixon por respeto a su mayor conocimiento en cuanto a las consecuencias políticas internas. Pero cuando el funcionario del gabinete, considerado como el mejor cerebro político del gobierno, estimó la cancelación como un riesgo interno, con un sentimiento de culpabilidad, me di cuenta de que en el *Sequoia* yo había cometido el pecado capital de los asistentes del presidente. Mi deber era hablar claramente sobre aquellos temas para los cuales yo asumía la responsabilidad. Sin duda alguna yo no había presentado el caso de la política exterior contra la cancelación, en el *Sequoia*. En realidad, el principal propósito de mi viaje a Moscú había sido transferir la responsabilidad de la cancelación a los soviéticos, haciendo que fuera lo más difícil posible. La sólida posición de Connally me concedió la oportunidad de rectificar mi error.

La segunda contribución de Connally fue afirmar que mientras nosotros no debíamos cancelar la reunión cumbre, tampoco debíamos dejar de hacer lo que considerábamos necesario, por temor a que los soviéticos lo hicieran. Toda medida que tomáramos debía ser decisiva. En realidad era más seguro desafiar a la Unión Soviética si no mostrábamos indecisión alguna. El principal asunto, opinó, era simplemente saber cuál sería la más efectiva reacción militar. Esto también aclaró el ambiente. Demasiadas discusiones gubernamentales se concentran en asuntos de menor importancia. Pero las respuestas no pueden ser mejores que las preguntas. La contribución más vital que los asesores pueden efectuar, es de definir la cuestión central. Connally lo había hecho.

Le dije a Connally que necesitábamos una acción militar que sorprendiera inmediatamente a Hanoi, tanto como para cambiar el curso de los acontecimientos en Vietnam, y que fuera factible en cuanto a la opinión pública de Norteamérica. Un ataque de tres días con los B-52 sobre Hanoi y Haiphong produciría una sorpresa pero sería demasiado fugaz. Si se efectuara en forma más prolongada podría ser anulado por la ira pública que posiblemente se generaría en nuestro país; sería un regalo de los dioses para nuestros críticos. (También debería luchar contra la renuencia del General Abrams, quien a pesar de que su fuerza aérea había sido reforzada mucho más de lo que él recomendaba, seguía insistiendo en que necesitaba todas sus fuerzas para la batalla crucial en Vietnam del Sur.) La estrategia preferida por mí fue el plan desarrollado en primer término por mi equipo en 1969 y propuesto nuevamente por Haig el 6 de abril; el bloqueo de Vietnam del Norte por medio de minas.

Yo prefería el bloqueo porque forzaría a Hanoi a cuidar su abastecimiento y por lo tanto reducir su ofensiva por lo menos hasta haber tendido nuevas rutas terrestres a través de China. Dado que la mayoría de sus provisiones provenían de los soviéticos, no sería un cometido fácil. Yo prefería el minado dado que luego de la decisión inicial esto era automático; no requería las repetidas confrontaciones de un bloqueo forzado por barcos interceptores. A pesar de que el mayor esfuerzo para detener la ofensiva debería ser efectuado por las fuerzas en Vietnam del Sur, una vez que el abastecimiento en el sur estuviera agotado, el minado crearía fuertes presiones que facilitarían una negociación. Estuve de acuerdo con la necesidad de bombardear al norte del paralelo veinte, incluyendo a Hanoi y Haiphong, y especialmente concentrándose en los enlaces ferroviarios y carreteras hacia China con los cuales Hanoi trataría de salvar el bloqueo. Pero esto debería llevarse a cabo en forma continua por los caza-bombarderos y no en forma dramática con los B-52.

Ni bien terminé con Connally, presenté estos argumentos a Nixon en la Oficina Oval. La inmediata aceptación de Nixon demostró la renuencia, a pesar de todo el envalentonamiento que había existido en su «decisión» de cancelar la reunión cumbre. Programó una reunión para las 3:00 p.m.; los únicos participantes serían él, Haig, Haldeman y yo. Mientras tanto solicité al almirante Moorer la opinión del Estado Mayor Conjunto sobre la opción del minado y en qué fecha podría ser realizado. Moorer se mostró entusiasta, habiéndolo recomendado repetidas veces en los años sesenta; él también había participado en el proyecto Duck Hook en 1969 y había sido consultado por Haig sobre este tema a comienzos de abril. Pensó que el minado ya se podría llevar a cabo el 9 de mayo, hora de Indochina, o sea en la noche del 8 de mayo de Washington.

Cuando nos encontramos en el escondite de Nixon en el Edificio de Oficinas del Ejecutivo a la hora prevista, el presidente se encontraba en buen estado, sereno y analítico. El único síntoma de su excitación fue que en lugar de acomodarse en un sillón con sus pies sobre una banqueta como era usual, se paseaba de un lado al otro, gesticulando con una pipa, pitando oca-

sionalmente, algo que anteriormente nunca le había visto hacer —sin embargo era una más de la inagotable fuente de sorpresas de mi jefe. En cierto nivel hacía el papel de MacArthur. En otro nivel se estaba fortaleciendo para tomar una decisión de la cual dependería su futuro político. Dejando de lado su actuación, tenso y decidido, sus preguntas eran serias y apuntaban directamente a la cuestión central. Quería saber por qué se prefería el minado y no el bloqueo. Respondí que su mayor ventaja consistía en que solamente exigía una decisión: una vez sembradas las minas habría terminado todo, hasta que las mismas se desactivaran, normalmente luego de 4 meses. En cambio un bloqueo produciría confrontaciones diarias con los soviéticos. Cada vez que se detuviera un barco veríamos la repetición del drama de la crisis de misiles en Cuba; nuestro desafío y la reacción soviética con respecto a esto tendría que ser ensayado teatralmente repetidas veces, probablemente por televisión. El peligro de algún desliz o de un pretexto para un incidente serio hubiera sido demasiado grande.

Fue sumamente interesante que Nixon no mencionara nuevamente la cancelación de la reunión cumbre. Si fue persuadido por el argumento de Connally o por su propio deseo (desde hace mucho tiempo) de llevar a cabo el plan trazado por Eisenhower de visitar Moscú, procedió con una respuesta militar mucho más enérgica que toda otra considerada previamente y sin embargo estaba dispuesto a trasladar a los soviéticos la carga de abandonar la reunión cumbre. En ese preciso momento se decidió por el minado de los puertos de Vietnam del Norte. El lunes 8 de mayo por la noche se dirigiría a la nación o inmediatamente luego de haber ejecutado el minado. Convocaría el Consejo Nacional de Seguridad el lunes por la mañana para concederle a sus asesores la oportunidad de expresar sus opiniones. La reunión cumbre entonces dependería de los soviéticos.

Fue uno de los mejores momentos de la presidencia de Nixon. Él podría haber seguido el consejo de su comandante en esa área, apoyado por su secretario de Defensa, y haberse concentrado en la batalla en Vietnam del Sur. Probablemente hubiera superado la votación sin exponerse a una derrota, pero a fin del año tendría que enfrentarse con esencialmente el mismo problema y sin perspectivas de un fin negociado. Podría haber temporizado, lo que hace la mayoría de los líderes y luego echar la culpa de la caída de Vietnam del Sur a los sucesos que quedaron fuera de control. Podría haberse concentrado en la reunión cumbre y haberla utilizado para velar el fracaso de su política de Vietnam. Nixon no hizo nada de eso. En un año electoral arriesgó su futuro político por una causa que era cuestionada por la mayoría de sus colegas del gabinete. Estaba dispuesto a abandonar la reunión cumbre porque no iría a Moscú en medio de una derrota infligida por armas soviéticas. Y había insistido en un retiro honorable de Vietnam porque estaba convencido de que la estabilidad del mundo post-Vietnam dependería de ello. Tenía razón en todos los aspectos.

Ya no tratábamos de ocultar la inminencia de graves decisiones; cuanto menos inesperadas, tanto menor era la posibilidad de que Moscú reaccionara con un espasmo. El 4 de mayo se efectuó una de las sesiones plenarias regulares en París; habían sido retomadas solamente la semana anterior. Al concluir, el embajador Porter, siguiendo instrucciones, se negó a programar otra reunión, debido a «la falta de progreso en todas las vías disponibles». El 5 de mayo Hanoi violó el compromiso de discreción en el que insistió, y reveló que Le Duc Tho y yo nos habíamos reunido el 2 de mayo. No describió el carácter de las conversaciones ni reveló que yo había rechazado otra fecha. En lugar de ello se lanzaron rumores en el sentido de que yo había consentido con un gobierno de coalición. Una ambigüedad tan cruda sólo podía explicarse, en todo caso, como un intento de guerra psicológica, para crear la impresión de que traería aparejada la desmoralización de Saigón. La estrategia fue demasiado transparente y cínica. En realidad nos venía muy bien para poder utilizar la intransigencia de Hanoi durante la reunión del 2 de mayo con el fin de explicar los pasos que ahora serían inevitables. Aconsejamos a Thieu ignorar a Hanoi; habíamos tomado el rumbo y no nos desviarían. Él podría rechazar los rumores de un gobierno de coalición de la forma que mejor le pareciera.

Mi equipo y yo llevamos la carga del proyecto, que normalmente efectuaba el Grupo de Acción Especial de Washington. Informamos a los más importantes jefes de gabinete, pero para evitar filtraciones, el presidente no quería actividad de interagencia antes de la reunión del CNS programada para el 8 de mayo. Por separado obtuve las opiniones de los funcionarios principales. Moorer se mostró entusiasta. Estaba proyectando a toda velocidad. El minado podía comenzar el 8 de mayo, hora de Washington. Laird se opuso. Él consideró que la batalla podría ser decidida en Vietnam del Sur; el impacto del minado llegaría demasiado tarde para afectar

la ofensiva. (Yo estaba de acuerdo, pero me preocupaban las medidas de Hanoi luego de la ofensiva.) Además pensó que los norvietnamitas estarían en condiciones de reemplazar el abastecimiento por vía marítima por medio de las rutas terrestres. Rogers se encontraba en Europa; se le solicitó que regresara para asistir a la reunión del CNS el 8 de mayo. Yo esperaba que sus colegas no aprobaran la decisión del presidente. Helms se opuso totalmente. La parte analítica de la CIA, nunca el grupo de Guerreros Fríos de ojos salvajes que más tarde fuera sugerido por los medios de comunicación e instigadores del Congreso, por lo general reflejaba la tendencia más liberal de pensamiento en el gobierno. Hacía mucho tiempo que había dado por perdido a Vietnam; se inclinaba a pensar que nada surtiría efecto. Por lo menos ellos sabían que podrían sufrir un gran daño al hacer predicciones esperanzadas, que luego resultaban estar mal; ellos corrían pocos riesgos al efectuar pronósticos negativos. Ellos suministraron una razón lógica para lo que Laird había sugerido. Hanoi, así decían ellos, estaría en condiciones de reemplazar sus entradas marítimas por rutas terrestres utilizando un puerto en el sur de China, conectado con el sistema ferroviario de Vietnam del Norte o transportando todo por vía terrestre a través de China.

A pesar de todo mi respeto y afecto por Helms, esto me pareció una tontería. Según nuestras estimaciones, Hanoi recibía 2,1 millones de toneladas de abastecimiento a través del puerto de Haiphong, incluyendo todo el petróleo. En ese momento los ferrocarriles solamente transportaban 300.000 toneladas, o sea un séptimo del total de Haiphong. Trasladar los restantes seis séptimos, si fuera factible, requeriría tiempo, y sobre todo decisiones políticas por parte de la Unión Soviética y China. Después de haber visto la desconfianza por parte de China a los soviéticos, no pensé que los puertos marítimos de China ni el sistema ferroviario fueran automáticamente disponibles para Moscú. Tampoco me pareció tan simple cambiar un sistema logístico complicado de vía marítima basado en Odessa, Murmansk y Vladivostok por el transporte ferroviario a través de un país poco amistoso. Para transportar petróleo a través de miles de kilómetros por tierra y sin tuberías, sería una empresa formidable. En el mejor de los casos llevaría meses, mientras que los abastecimientos de Hanoi disminuirían día a día. Seguimos adelante con nuestros proyectos.

El 5 de mayo afirmé nuevamente a Dobrynin que se estaban tomando graves decisiones. Comunicqué a Dobrynin que el presidente no estaba enojado; estaba preparando nuestros pasos fría y deliberadamente. Ya no le solicitábamos a Moscú que hiciera algo. Nos ocuparíamos de nuestras propias necesidades. Solamente pedimos comprensión a Moscú en cuanto a lo que nos motivó a actuar de esta forma.

El 6 de mayo hice lo mejor que pude para evitar los errores del operativo en Laos, es decir: intentar un gran golpe con fuerzas insuficientes. Para asegurarme que nuestro comando en Saigón no fuera malinterpretado en cuanto a la decisión del presidente, envié un mensaje por un canal secreto al embajador Bunker:

Para expresarlo francamente, no estamos interesados en medias tintas; deseamos demostrarle a Hanoi que realmente estamos hablando en serio y queremos atacar de manera que deban extremar sus dificultades en elegir cuáles deberían ser sus prioridades para responder a estas medidas de represalia.

No debería haber duda alguna a usted ni al general Abrams de que queremos emplear las fuerzas necesarias para este operativo. Si según su juicio las fuerzas necesarias para los operativos en el norte lo llevan a la conclusión de que se necesita más fuerza aérea para cumplir con las exigencias tácticas en el sur, entonces se solicitará inmediatamente ese refuerzo por aire y se lo haremos llegar.

Abrams contestó a través de Bunker que sus fuerzas eran suficientes —transformándolo en un caso único entre los jefes militares norteamericanos, cuya prontitud para solicitar fuerzas adicionales, aunque sólo fuera como excusa en caso de que su rechazo trajera como consecuencia una derrota, es normalmente insaciable. Por supuesto Abrams había sido recientemente el receptor de una generosidad presidencial masiva e inesperada. Había recibido, sin pedido alguno, y contra una considerable oposición de la parte civil del Pentágono, otros 56 B-52, tres portaaviones y 129 aviones *jet* Phantom adicionales. Bunker agregó su apreciación personal para el coraje del presidente.

Mi conversación con Dobrynin provocó una rápida respuesta de Brezhnev a la carta del

presidente el 3 de mayo. Al anochecer del sábado 6 de mayo Dobrynin entregó una carta que se caracterizó por ser casi impertinente con respecto a la situación real. Ignorando toda evidencia, Brezhnev insistió que nuestro «pesimismo» en cuanto a la reunión con Le Duc Tho era «injustificado». Basándose en la visita de Katushev a Hanoi él podía asegurarnos que Vietnam del Norte estaba dispuesto a buscar un acuerdo político; por supuesto agregó inesperadamente, esto requería un gobierno de coalición. Dicho de otra forma, podríamos obtener la paz aceptando las condiciones de Hanoi; no necesitábamos de Brezhnev para llegar a esta conclusión. Brezhnev mencionó indiscretamente los Papeles del Pentágono como una de las razones por la que Hanoi, según se afirma, tuvo que desconfiar de las acciones e intenciones de los Estados Unidos, un deslíz que provocaría muy difícilmente una calma reacción por parte de Nixon. Brezhnev nos advirtió que no intentáramos ejercer presión militar sobre Hanoi, sugiriendo veladamente que esto podría «acarrear serias consecuencias» para la paz y para las relaciones soviético-norteamericanas. Brezhnev nos instó a que mostráramos moderación, y a no perder las «oportunidades» para resolver la guerra por medio de la negociación. Dejó aclarado que Moscú no tomaría parte en la diplomacia. La cuestión debería ser solucionada entre Washington y Hanoi.

La carta de Brezhnev sólo sirvió para reafirmar nuestra determinación. No amenazaba con respuestas específicas; el peligro a la paz que preveía fue mencionado hipotéticamente y como surgiendo «inclusive independientemente de nuestros propios deseos». En todo caso, los Estados Unidos no podrían aplazar el operativo debido a los vagos pronósticos y veladas amenazas por parte de la Unión Soviética. No contestamos la carta hasta que ya hubimos entrado en acción.

Para asegurarnos de que habíamos tomado en cuenta todas las posibilidades, me reuní con los expertos de mi equipo la misma tarde del sábado 6 de mayo; Al Haig, mi suplente; Hal Sonnenfeldt, mi experto en asuntos soviéticos; John Holdridge y John Negroponte, especialista en Asia y Vietnam; Richard T. Kennedy, Winston Lord y el comandante Jonathan Howe. Además invité a George C. Carver el principal experto de la CIA en cuanto a Vietnam. La concurrencia era variada: funcionarios del Servicio Exterior, oficiales militares, un representante de la CIA y varios expertos civiles. Pero ellos sostenían diferentes puntos de vista sobre la guerra de Vietnam y fue un grupo franco. Debatimos sobre las consecuencias de la decisión del presidente. Sonnenfeldt, el experto soviético, pensó que los soviéticos cancelarían la reunión cumbre. Holdridge, el experto en China, esperaba que Pekín congelara todas sus relaciones con nosotros exceptuando los contactos menos importantes de persona a persona. Negroponte sostuvo que el impacto favorable sobre la mora en Vietnam del Sur sería dramático. Carver reiteró el análisis de la CIA: las vías de abastecimiento terrestre podrían substituir las importaciones por mar.

Resumí los argumentos a favor y en contra del operativo. Los argumentos a favor consistían en que los norvietnamitas ya estaban enfrentando serias limitaciones y ahora tendrían que soportar nuevas presiones sobre su limitada fuerza humana y sus recursos. El minado debilitaría la fe de Hanoi de que el factor tiempo estaba de su lado. Reforzaría la moral en Vietnam del Sur. Nos daría un punto de negociación adicional para la liberación de nuestros soldados prisioneros. Esto podría acelerar las negociaciones. Equilibraría el balance psicológico con los soviéticos y por lo tanto haría posible la reunión cumbre. Los argumentos negativos sostenían que seguir invirtiendo el prestigio norteamericano exacerbaría la gravedad de nuestra derrota si Vietnam del Sur caía a pesar de nuestros mayores esfuerzos. Era factible que se cancelara la reunión cumbre y todos los acuerdos en desarrollo, incluyendo SALT. Se enfriarían las relaciones con Pekín. Habría otro trastorno interno, que por otro lado podría alentar la intransigencia de Hanoi.

Luego de mi resumen pedí el consejo de cada participante. Winston Lord se opuso a nuestra medida; consideraba las ganancias potenciales desproporcionadas con respecto a los costos. El resto opinó que había que proceder. También estuvieron de acuerdo en que si debía llevarse a cabo, debía ser efectuado «minuciosamente»; de todas formas teníamos que pagar el precio interno y tal vez también podríamos tener éxito.

Mientras tanto cayó la calma sobre los frentes de batalla en Vietnam. An Loc seguía sitiada; los norvietnamitas seguían transportando pertrechos para el ataque a Hué y Kontum. Esto reforzó nuestra decisión de actuar para levantar la moral de Saigón antes que se iniciara nuevamente la tormenta.

Se utilizó el domingo para los preparativos para la reunión del CNS. A diferencia del opera-

tivo en Camboya de dos años atrás, el ambiente no mostraba una incipiente histeria, sino una resignada determinación. Le confesé a Winston Lord que todo lo que pacientemente habíamos elaborado a lo largo de 3 años podría perderse en un discurso de veinte minutos. Pero no nos quedaba alternativa. Ver al presidente brindar con Brezhnev mientras nosotros éramos abatidos por armas soviéticas en Vietnam no sería comprendido por los norteamericanos, cuyos hijos habían arriesgado o dejado sus vidas allí. Sería mejor permanecer firmes, ganarnos el respeto y recoger más tarde los platos rotos. Lord y yo pasamos el hermoso día primaveral en Camp David, elaborando junto con el presidente el discurso que tenía previsto leer la siguiente noche. La inminencia de una presentación por televisión tuvo su conocido efecto electrificante sobre Nixon. Mientras toda presentación pública lo ponía nervioso, una vez que había superado la valla psicológica hacia la decisión, prevalecía el momento de la preparación. A pesar de que técnicamente la decisión de proceder no podía ser tomada hasta la reunión del CNS a la mañana siguiente, todos los borradores subsiguientes del discurso hacían más cierto su resultado.

El Consejo Nacional de Seguridad se reunió el día siguiente, lunes 8 de mayo en el irreal ambiente que los procedimientos de Nixon generaban. Todos los presentes sabían que muy probablemente había llegado a tomar su decisión final. Debido a esto tenían mucho menos interés en tratar las cuestiones, que en tomar sus propias posiciones con respecto al seguro alboroto del público. Nixon, con su espalda contra la pared, estaba en muy buena forma; iba directamente a la cuestión central y no se evadía, lo que frecuentemente caracterizaba su estilo cuando se enfrentaba a la oposición. Inició la reunión con un prolongado monólogo enfatizando su decisión de no abandonar a Vietnam del Sur. Estaba convencido de que «no habrá reunión cumbre» —cualquiera fuera el rumbo que tomáramos. Si nos decidíamos por la acción fuerte, esto «pondría en peligro» la reunión cumbre; si no hacíamos nada y Vietnam caía, de ningún modo podría asistir.

El almirante Moorer presentó el plan de minado y la campaña para interceptar las vías férreas. Helms presentó una apreciación de inteligencia. Los juicios de la CIA sostenían que Moscú «casi con seguridad cancelaría la reunión cumbre» y quizás ejercería presión sobre Berlín; China «probablemente» suministraría un apoyo directo a Hanoi, análogo a las 90.000 tropas de apoyo que había enviado durante el bombardeo norteamericano previo a 1968; las rutas terrestres reemplazarían eficazmente a la ruta marítima. Helms concluyó con un pronóstico evasivo, diciendo que Hanoi esperaría el resultado del examen militar antes de tomar sus medidas. (No siendo muy significativo, resultó ser el único pronóstico acertado en su apreciación.) Laird sostuvo que el abastecimiento más crítico era efectuado por tren y en todo caso los norvietnamitas contaban con reservas para cuatro o cinco meses. Expresó estar confiado en que los survietnamitas «lo pueden lograr. Podría perderse Hué pero no será tan terrible como en 1968». Su conclusión fue que el minado y las campañas de intercepción eran innecesarias. La solución más económica desde el punto de vista presupuestario era enviar más equipamientos a Vietnam del Sur. Nixon interrumpió: «Supongamos que estamos errados. Supongamos que Vietnam cae. ¿Cómo lo manejaremos? Usted no considera los riesgos para nuestra política.»

Tanto John Connally como el vicepresidente Agnew rechazaron totalmente el análisis de Laird. Agnew estuvo seguro de que simplemente no podíamos permitirnos abandonar a Vietnam del Sur; tendría desastrosas consecuencias internacionales, en especial en el Medio Oriente y alrededor del Océano Índico. Estábamos «maniatándonos a nosotros mismos» por ser «impulsivos oradores»; al presidente en realidad no le queda otra alternativa. Connally asintió: «Si Vietnam es derrotado, señor presidente, a usted no le quedará nada.»

Rogers fue ambiguo, aceptando que un fracaso en Vietnam del Sur sería «desastroso para nuestras políticas» pero aclarando los riesgos en cuanto a que las acciones propuestas podrían no ser efectivas y sólo aumentarían nuestro problema. Debíamos confiar en el juicio militar en cuanto a su efectividad. Por otro lado, ¿no podríamos esperar unas pocas semanas, en lugar de torpedear la reunión cumbre? En otras palabras, estaba a favor del operativo si triunfaba y en contra si fracasaba. Consoló al presidente diciendo que si de todas formas no hacíamos nada y perdíamos, el pueblo norteamericano apoyaría al presidente, sabiendo que éste habría hecho todo lo posible. Connally rechazó enérgicamente esa proposición. La caída de Vietnam desacreditaría toda la política exterior del presidente; no se aceptaría excusa alguna.

Esto llevó a una discusión sobre lo que podría suceder a la reunión cumbre si proseguíamos. En mi opinión existía «una gran posibilidad de que los soviéticos cancelaran la reunión cum-

bre». Esto no le pareció tan seguro a Connally; de todas formas le pareció mejor que los soviéticos la cancelaran que hacerlo nosotros.

Luego contesté a los análisis que menospreciaban el efecto del minado. Los norvietnamitas tendrían que encontrar rutas alternativas para más de 2,1 millones de toneladas de importaciones por vía marítima. Sihanoukville estaba cerrada. Podrían utilizar los ferrocarriles solamente de noche por temor a nuestras incursiones aéreas: «No se pueden barajar estas cifras sin un análisis más detallado. Es fácil decir que tienen una capacidad (de reserva) para cuatro meses y que podrían emplear todas sus fuerzas y terminar la guerra, pero temerían con su capacidad en cero... Una cosa es cierta, ellos no permitirán que su aprovisionamiento llegue a cero.»

Nixon resumió así:

La verdadera cuestión es si a los americanos ya no les importa un comino... Si ustedes prestan atención al *Time*, *Washington Post*, *New York Times* y a las tres redes televisivas, ustedes podrían decir que los Estados Unidos han hecho lo suficiente. «Salgamos de esto; hagamos un pacto con los rusos y retrocedamos.» Los Estados Unidos dejarían de ser un poder militar y diplomático. Si esto llegara a suceder entonces los Estados Unidos mirarían hacia adentro, hacia sí mismos y se alejarían del mundo. Toda nación no comunista del mundo viviría aterrorizada. Si los Estados Unidos son lo suficientemente fuertes y tienen la voluntad de utilizar su fortaleza, entonces el mundo seguirá siendo mitad comunista en lugar de volverse totalmente comunista.

La reunión finalizó a las 12:20 luego de tres horas y veinte minutos. Nixon anunció que tomaría una decisión a las dos —el último plazo según Moorer, para llevar a cabo la orden de «ejecución» si es que el minado debía coincidir con el discurso del presidente. Nixon nos pidió a Connally y a mí que nos reuniéramos con él en la Oficina Oval inmediatamente. Nos preguntó sobre lo sucedido en la reunión del CNS, nos había hecho cambiar de parecer. Ambos le dijimos que la discusión había reforzado nuestra convicción de seguir adelante. Nixon nos dijo tranquilamente que lo haría. Yo debería llevarle los papeles necesarios al Edificio de Oficinas del Ejecutivo, su escondite, a las dos.

Cuando llegué, Haldeman ya se encontraba allí. Antes de poder entregar a Nixon la orden me dijo que Haldeman había presentado algunas preguntas, las que yo debería escuchar. Para mi asombro, Haldeman describió el calamitoso impacto que la proyectada acción tendría sobre la opinión pública y sobre la próxima votación presidencial. Si el presidente fuera derrotado como resultado de ello, nosotros habríamos perdido todo. Yo defendía apasionadamente la decisión; todos los argumentos ensayados interminablemente durante días seguían siendo válidos. Éstos se reforzaron por la consideración de que si el presidente se echaba atrás ahora en el último momento —cuando todos los aliados clave ya habían sido avisados— arriesgaría su liderazgo y produciría el pánico en Saigón. Cuando Nixon se excusó para ir al baño, encaré a Haldeman, que nunca se entrometía, y lo reprendí por interferir en un momento tal de crisis. Su trabajo consistía en dar aliento al presidente cuando no quedaban alternativas, y no de perturbarlo con temas sobre los que no sabía nada. Haldeman sonrió avergonzado, evidenciando por su actitud que Nixon le había indicado que pronunciara su pequeño discurso. Yo estaba acostumbrado a muchos juegos de mi complicado jefe: yo no comprendí este juego, hasta que la revelación de las cintas sugirieron un posible motivo: Nixon quería que yo figurara claramente en las cintas apoyando el operativo para que la odiada «camarilla social de Georgetown» no pretendiera efectuar una distinción entre él y yo, tal como lo hicieron con Camboya. Sea como fuere, Nixon volvió del baño y sin decir palabra firmó la orden de ejecución.

LA REUNIÓN CUMBRE EN LA CUERDA FLOJA

Inmediatamente transmití la orden a un jubiloso Moorer. Esto era lo que él había estado recomendando durante 5 años. Garantizó que no habría repetición de lo sucedido en Laos; el esfuerzo no podría fracasar porque los militares prestaban inadecuados medios o atención a ello. Llamé a todos los demás jefes. Como siempre, frente a grandes acontecimientos, parecían aliviados, dado que ya no existía incertidumbre. (Y por supuesto algunos se habían acomodado como para evitar toda culpa por el fracaso.) Yo sabía por experiencia, que cualquiera fuera la

actitud de Laird durante la reunión, él se mantendría firme e imaginativo para defender y llevar a cabo la medida. Rogers no se destacaría. Helms actuaría como un excelente profesional, dado que lo era. Y así fue.

El domingo estuve trabajando durante casi una hora con Alex Johnson ocupándonos del escenario obligatorio: qué país debía ser notificado por quién y cuándo. Mi despacho se ocuparía de los soviéticos y de los chinos; el Departamento de Estado se ocuparía de todos los demás. Contrariamente a lo efectuado en otras oportunidades, yo no entregaría a la prensa un informe antes del discurso, dado que el mismo llevaba su mensaje propio. Yo mantendría una conferencia de prensa oficial al día siguiente explicando la decisión. Nunca se disputó la preeminencia de la Casa Blanca en cuanto a soportar el candente tema de Vietnam; los demás departamentos estaban demasiado deseosos de exponernos a las inevitables críticas públicas. El presidente convocaría a los líderes del Congreso a las ocho de la noche. Al mismo tiempo yo vería a Dobrynin. Peter Rodman iría a Nueva York para comunicar la medida a los chinos en su misión en las Naciones Unidas.

Con los preparativos ya encaminados todo estaba en calma. Me encontraba sentado en mi oficina, sabiendo que en los próximos días se decidiría el destino de nuestra política exterior y quizás del gobierno de Nixon. Me sentía como un boxeador durante las horas previas a la pelea por el campeonato, incapaz de hacer algo más para aumentar las posibilidades de éxito. Para relajar la tensión efectué durante casi todo el intervalo llamadas telefónicas personales a amigos que deberían haber estado asombrados por mi atención poco característica. Algunos de ellos más tarde me felicitaron por mi «sangre fría». Me atribuían demasiado mérito. Yo fui fatalista; sin saberlo, ellos me hicieron un gran favor ayudándome a distraerme, dándome el calor personal que no tendría cuando se abatiera la tormenta, y que me ayudaría a soportar las pruebas que me esperaban. Y en uno o dos casos me dieron el último reflejo de una amistad que poco después se quebraría para siempre.

A las 8:30 p.m. se terminó la calma. Mientras el presidente convocaba a los líderes del Congreso (4) yo me encontré con Dobrynin, al que hice interrumpir una cena. Dobrynin, era un profesional íntegro, que frente a las crisis no demostraba su camaradería, con la que normalmente facilitaba los procesos diplomáticos. Comenzó diciéndome que cada vez que me encontraba con él antes de un discurso, sabía que no se trataba de buenas noticias. Le dije en broma que por lo general él no se encontraba en la ciudad cuando surgían crisis y dejaba que Vorontsov escuchara lo peor; obviamente lo habíamos agarrado desprevenido. Le entregué una carta de Nixon dirigida a Brezhnev. Repentinamente firme y conciliadora, la carta señalaba que el mensaje de Brezhnev del 6 de mayo no había cambiado la situación; por el contrario, la afirmaba. No hubo ni la más mínima mención de que Hanoi detendría su ofensiva y retomaría las negociaciones sobre una base aceptable. Más adelante la carta mencionaba las medidas que serían anunciadas en su discurso. También expresó las condiciones bajo las cuales se suspendería el bloqueo y el bombardeo: la detención de la ofensiva; un cese de fuego internacionalmente controlado en el lugar (y por lo tanto anulando mi exigencia de abril por el retiro de las unidades norvietnamitas que habían penetrado en Vietnam del Sur luego del 29 de marzo); y el retiro de todas las fuerzas de los Estados Unidos de Vietnam dentro de un plazo de 5 meses. (Esto significó un cambio positivo de nuestra posición anterior, es decir el retiro en seis meses.)

La carta de Nixon respondió a la misma estrategia que mi viaje a Moscú en abril: presentó la perspectiva de una reunión cumbre de éxito como un incentivo para la moderación soviética. Resumió lo que ya había sido resuelto en el acuerdo SALT, la Declaración de principios, mencionó la expansión del comercio y se explayó elocuentemente sobre los posibles logros de «nuestra próxima reunión». Nixon finalizó con un llamado a los sublimes sentimientos, que implícitos lisonjeramente podrían alentar a los líderes soviéticos:

Para terminar permítanos decirle, señor secretario general, que éste es un momento que demuestra quién posee el arte de gobernar. Éste es un momento en el que, por medio de esfuerzos unidos, juntos podemos terminar con los negativos efectos que sufren nuestras relaciones y la paz del mundo, producidos por el conflicto en Vietnam ya desde hace mucho tiempo. Estoy dispuesto a unirme a usted inmediatamente para asegurar la paz sin que humille a ninguna de las partes y que se ajuste a los intereses de todos los pueblos comprometidos. Sé que juntos somos capaces de llevarlo a cabo.

Luego de semanas de ir y venir, la carta de Nixon puso a la vista nuestra buena voluntad para seguir adelante con la reunión cumbre. La responsabilidad descansaba ahora totalmente sobre los hombros de Brezhnev en cuanto a la cancelación.

Dobrynin entró de lleno en el tema. Preguntó qué medidas exactas se tomarían en el bloqueo. Perdió su control sólo una vez cuando yo le pregunté cómo reaccionaría la Unión Soviética si los 15.000 soldados soviéticos en Egipto se encontrarán ante el inminente peligro de ser capturados por los israelíes. La inusual vehemencia de Dobrynin le hizo decir más de lo que él hubiera deseado: «En primer lugar, nunca ubicamos las fuerzas en un lugar donde no se puedan defender ellos mismos. En segundo lugar, si los israelíes nos amenazaran, los liquidaríamos en dos días. Le puedo asegurar que nuestros planes fueron proyectados para esta eventualidad.» Su genio se calmó rápidamente. Es comprensible si se tiene en cuenta la desilusión de un hombre que a mi entender siempre se dedicó de lleno al progreso de las relaciones soviético-norteamericanas (dentro del marco básico de intereses mundiales de los soviéticos) y que ahora veía peligrar el trabajo de años. Dobrynin pidió la copia del discurso del presidente. Media hora antes de ser leído aún se estaba mecanografiando, porque Nixon estaba efectuando correcciones de último momento. Dobrynin no lo creyó ni por un segundo. Dijo que era triste que yo no confiara en que fuera capaz de guardar un secreto ni siquiera por quince minutos. Finalmente nos entregaron una copia. Dobrynin destacó una oración, la que sostenía que mi reunión con Le Duc Tho el 2 de mayo se había apoyado en aseveraciones soviéticas; esto sería tomado muy mal por Moscú. Me disculpé por unos pocos minutos, y fui a la Oficina Oval que ya se encontraba atestada con cámaras y técnicos. Me reuní con Nixon en una pequeña oficina junto a la sala formal. Aceptó el consejo de omitir la ofensiva frase; milagrosamente Ron Ziegler pudo corregir a tiempo la copia para la prensa. Cuando se lo comenté a Dobrynin, dijo resignadamente que por lo menos había logrado algo en sus gestiones con nuestro gobierno.

Al hablar privadamente se mostró pesimista en cuanto a la reacción de Moscú. Afirmó que conociendo a Nixon no estaba sorprendido de nuestra reacción con respecto a la reunión del 2 de mayo, a pesar de que no hubiera pensado que los acontecimientos tomarían ese rumbo. Era de esperar una drástica respuesta soviética; lo lamentable de todo esto era que habíamos estado tan cerca del éxito. Debido a la forma en que se tomaban decisiones en la Unión Soviética, una vez que el Politburó hubiera adoptado una política nueva y más hostil, sería muy difícil dar marcha atrás; era posible que las relaciones soviético-norteamericanas iniciaran un largo período de estancamiento. Contesté que luego de mi viaje a Moscú en abril el Politburó no podría haber malinterpretado que el fracaso de la reunión del 2 de mayo llevaría a una drástica respuesta norteamericana. Dobrynin asintió con cierta melancolía. A pesar de todo era una lástima; habíamos llegado al punto de entendimiento más cercano de todo el período de sus funciones en Washington.

A las 9:00 p.m. Nixon se dirigió a la nación. Los borradores previos contenían el mismo tono estridente y apocalíptico que su discurso al anunciar el ataque a Camboya. Al finalizar el domingo Lord y yo —junto con John Andrews el muy serio redactor de discursos de la Casa Blanca— habíamos reelaborado el discurso. El tono del discurso fue más bien triste que enojado. Le ofrecía una salida a Hanoi y Moscú. En el discurso moderado y enérgico Nixon enfatizó que no aceptaríamos las condiciones impuestas por Hanoi, pero que aún preferíamos un resultado negociado. Explicó la secuencia de nuestro más reciente esfuerzo por una negociación: mi viaje a Moscú en abril y la decepcionante reunión del 2 de mayo con Le Duc Tho. Reiteró su buena disposición para finalizar con la guerra. Pero los norvietnamitas «se niegan en forma arrogante a negociar, ellos sólo desean imponerse». Por lo tanto la única forma de detener la matanza era «evitar que las armas de guerra caigan en manos de los subversivos internacionales de Vietnam del Norte». Enumeró las medidas militares que estaba tomando; presentó nuestra posición negociadora con las condiciones que ya había detallado en la carta a Brezhnev.

En realidad las condiciones eran las más benévolas que hubiéramos presentado: un cese de fuego, liberación de prisioneros y retirada total de las fuerzas norteamericanas en el lapso de cuatro meses. El plazo para la retirada fue el más breve de todos hasta ese momento. La propuesta por un cese de fuego significaba que se detendría el bombardeo norteamericano y que Hanoi podría retener lo conquistado en su ofensiva. Nos comprometíamos a retirarnos completamente a cambio de un cese de fuego y la liberación de prisioneros. El discurso oficial de Nixon se dirigió a Brezhnev en términos similares a los de la carta:

Nuestras dos naciones han hecho importantes avances en las negociaciones en los últimos meses. Estamos por lograr importantes acuerdos en la limitación de armas nucleares, en el comercio y en muchas otras cuestiones.

No retrocedamos hacia las oscuras sombras de un período anterior. No les pedimos que sacrifiquen sus principios o sus amigos, pero ustedes tampoco deberían permitir que la intransigencia de Hanoi eche a perder las perspectivas que juntos hemos preparado tan pacientemente.

Nosotros, los Estados Unidos y la Unión Soviética, nos encontramos en el umbral de nuevos lazos amistosos, que pueden ser útiles no sólo para los intereses de nuestras dos naciones, sino también para la paz mundial. Estamos dispuestos a continuar edificando estos lazos amistosos. Si fracasáramos la responsabilidad será suya.

Esa misma noche Peter Rodman entregó una carta de Nixon para Chou En-lai en la misión china en las Naciones Unidas en Nueva York. El embajador Huang Hua leyó sombríamente la carta pero no efectuó comentario alguno; su contenido no le impidió mantener una amble charla y ofrecerle varias tazas de té de jazmín. La carta de Nixon a Chou En-lai calificó como justas nuestras propuestas para la negociación y le recordó nuestras reiteradas advertencias de que reaccionaríamos enérgicamente a una ofensiva enemiga. Le advirtió a Chou refiriéndose en forma directa y presciente a la Unión Soviética que «no son los Estados Unidos los que buscan una presencia a largo plazo en Indochina». La carta expresaba el deseo de que esta crisis no interfiriera con el progreso de las relaciones entre los Estados Unidos y China:

Durante los últimos tres años la República Popular de China y los Estados Unidos han iniciado pacientemente un nuevo lazo de amistad basado en el mutuo y profundo interés de ambos países. Estamos ante una importante decisión. Debemos considerar si deberíamos permitir que las perspectivas a corto plazo de una nación más pequeña, la totalidad de cuyos objetivos razonables podrían ser evidentemente alcanzados, amenacen el progreso que hemos llevado a cabo. Espero que luego de haberse enfriado las pasiones inmediatas, nos concentraremos en intereses a más largo plazo.

Convoqué a la prensa al día siguiente en el Salón Este de la Casa Blanca. Si bien las explicaciones fueron importantes para nuestro público, ellas también tuvieron una función diplomática vital. Toda declaración formaba parte de un esfuerzo por persuadir a Moscú y Pekín de consentir nuestro proceder y por lo tanto obligar a Hanoi, aislándolo, a iniciar significativas negociaciones. Nuestra principal preocupación fue, por supuesto, la reunión cumbre, a menos de dos semanas. Adopté una actitud «sería como siempre». Expliqué que no habíamos recibido noticia alguna de Moscú —tampoco podríamos haberlas recibido— pero que estábamos «siguiendo adelante con los preparativos para la reunión cumbre, y en este momento no vemos razón desde nuestro punto de vista por la cual posponer la reunión cumbre». Reconocíamos que los líderes soviéticos tendrían que enfrentarse con «algunas dificultades a corto plazo» para poder tomar su decisión, pero por nuestro lado, seguíamos creyendo que era posible iniciar una nueva era en las relaciones orientales-occidentales. Debido a que no quise poner en un aprieto a los soviéticos no respondí a una pregunta: si en mi visita yo había prevenido a Brezhnev sobre las medidas que planeábamos tomar. Yo simplemente declaré que luego de mi visita, los líderes soviéticos no podrían «haber malinterpretado la seriedad con que se consideraría si su ofensiva continuaba». Terminé con un llamamiento a Hanoi:

Dejando de lado el hecho de la posibilidad de efectuar reuniones verdaderamente secretas bajo las presentes circunstancias, creemos que la forma más efectiva de terminar con la guerra, el camino más seguro, es por medio de las negociaciones. Respetamos a Le Duc Tho como un portavoz serio y dedicado para su parte, y nosotros por nuestra parte estamos dispuestos a retomar las negociaciones con él en cuanto esté dispuesto a discutir propuestas que responden a nuestros principios. Y haríamos el mayor esfuerzo por comprender sus puntos de vista.

Por el momento tanto las explicaciones como las señas se vieron abrumadas por la furia del Congreso y de los medios de comunicación. El senador William Proxmire denunció la medida

del presidente como «desconsiderada y errada». El senador Mike Mansfield estaba convencido de que nuestra decisión prolongaría la guerra. El senador George McGovern exigía la intervención del Congreso: «El presidente ya no debe tener más carta blanca sobre Indochina... La nación no lo puede soportar más. El Congreso no lo debe permitir... El régimen político en Saigón no merece la pérdida de una sola vida norteamericana más.» El senador Edmund Muskie opinaba que el presidente estaba «haciendo peligrar los más importantes intereses de seguridad de los Estados Unidos». El senador Frank Church, condenando esta acción, fue uno de los pocos en reconocer que habíamos efectuado una más amplia oferta para la negociación: «Se pasó por alto que en el mismo discurso él (Nixon) hizo una propuesta de paz que debe ser considerada con mayor atención no sólo por su propio equipo, sino también por Hanoi y por Moscú...» (5).

La furia de los medios de comunicación fue prácticamente uniforme. La primera reacción del *New York Times* fue previsible: «Los peligros que encierra el futuro en Vietnam, sólo son excedidos por la amenaza a la paz mundial si una nueva crisis soviético-norteamericana bloqueara la limitación de armas estratégicas, acuerdo que está virtualmente asegurado en Helsinki» (6). Luego de otras reflexiones el *Times* decidió subir el nivel de decibeles, denunciando la «jugada desesperada» del presidente. El *Times* reclamó al Congreso que suspendiera todos los fondos para la guerra para «salvar al presidente de sí mismo y a la nación del desastre». El *Washington Post* declaró que Nixon «ha perdido el contacto con el mundo real... Está en juego la reunión cumbre en Moscú, si es que ya no se ha perdido... El único consuelo de este desalentador panorama es que el señor Nixon está llegando al fin de su mandato y el pueblo norteamericano tendrá en breve la oportunidad de efectuar un juicio directo sobre su política». Inclusive el *Christian Science Monitor* opinó que «la sabiduría de esa decisión y la rectitud de la misma son abiertamente cuestionables». El *Boston Globe* admitió que las condiciones de paz de Nixon equivalían a «la oferta más razonable que el país ha efectuado hasta la fecha». Pero en cuanto al arriesgado desafío a Moscú, el *Globe* escribió: «De alguna forma todo esto parece inclusive más inmoral que nuestra misma intervención en la guerra» (7).

El 10 de mayo nueve ex-colaboradores de mi equipo firmaron una carta de protesta dirigida a mí. A pesar de que en casi todos los casos su asociación conmigo sólo había sido por unos pocos meses 2 ó 3 años atrás, no les importó beneficiarse con nuestra relación para llamar la atención. En una carta muy publicitada, ellos atacaron el minado y bombardeo por distintos motivos —porque los «consejos (sic) de sentido común» no fueron tomados en cuenta; porque la actitud del presidente «hizo peligrar la *détente* y el control de armas; porque era evidentemente «peligroso y probablemente inefectivo». Era «infructuoso», «mal concebido», «doblemente chocante», «arriesgado y falso».

Si los críticos hubieran prestado mayor atención a la realidad y menos a su furia personal, hubieran notado que la reacción comunista fue mucho más moderada que la propia. Ellos por supuesto no podían haber sabido que Dobrynin y yo hablamos el 9 de mayo, cuando le comenté a Dobrynin sobre un acuerdo efectuado entre el primer ministro de Alemania Federal Brandt y el líder de la oposición Rainer Barzel que llevaría a una ratificación de los tratados orientales ante el Bundestag. No lo habíamos proyectado de esa forma —no teníamos influencia alguna sobre los procedimientos del parlamento alemán— pero el lazo tan despreciado por los comentaristas era obvio. Le comenté a Dobrynin tranquilizándole, que por lo menos fuera del sudeste asiático podríamos continuar con nuestros negocios (insinuando por supuesto, que si los soviéticos se volvían duros, nosotros también lo haríamos). Luego Dobrynin dijo que dado que se festejaba un acontecimiento en la Unión Soviética (día de la victoria), posiblemente se aplazaría la reacción oficial con respecto al discurso del presidente —una explicación verdaderamente extraordinaria en medio de una crisis internacional. Si los líderes soviéticos no estaban dispuestos a interrumpir un día festivo, significaba que no tomaban esta crisis con tanta seriedad. Sin embargo él supuso que tarde o temprano llegaría una declaración o un mensaje. Le dije que enviaría una copia de los comentarios de mi conferencia de prensa, los que se referían en términos positivos sobre las relaciones soviético-americanas.

Tal como lo dijera, nuestros críticos no sabían nada de estos intercambios. Pero hubo muchas señales soviéticas públicas de que la respuesta podría ser moderada. Hanoi atacó el «insolente desafío» y solicitó mayores refuerzos de sus partidarios comunistas. Pero no existió una corrida hacia las barricadas por parte de Moscú ni de Pekín. Las negociaciones soviéticas SALT en Ginebra continuaron llevando a cabo su trabajo. (Habíamos instruido a nuestra delegación de

proseguir como si nada hubiera pasado, pero que se negaran a discutir Vietnam.) Una delegación comercial soviética encabezada por el ministro de comercio Nikolai Patolichev se encontraba en Washington cumpliendo una visita de reciprocidad a la del secretario de comercio Maurice Stans en noviembre pasado. Esta delegación no asistió a las sesiones un día, pero permaneció en Washington. El único comentario soviético público fue un artículo de TASS del 9 de mayo, resumiendo el discurso del presidente y, en forma interesante, subrayando la afirmación de Nixon de que nuestras medidas no se dirigían a ningún otro país. Más bien quejumbrosamente TASS afirmó que nuestras medidas no eran compatibles con nuestro supuesto deseo de terminar con la guerra.

La respuesta china fue aún más sutil. Una declaración pública del 9 de mayo protestaba por ataques efectuados a barcos chinos el 6, 7 y 8 de mayo (antes del discurso del presidente), de esta forma, manteniendo el carácter de los últimos meses: Pekín podría quejarse por medidas norteamericanas contra Vietnam del Norte, pero «protestaría» (presuponiendo alguna sanción gubernamental) solamente si se incluían vidas o propiedades chinas. Inmediatamente notificamos a la misión china en las Naciones Unidas en Nueva York que se tomaría especial cuidado en evitar buques chinos; de todas formas la cuestión era discutible, dado que los puertos norvietnamitas ahora estaban cerrados. Esa noche los chinos nos dieron otra lección de indirectas. Su embajador en París —el punto de contacto para los negocios de rutina— inquirió en forma casual sobre los arreglos técnicos para el viaje a China, de los mandatarios de la Casa Blanca, Hale Boggs y Gerald Ford, que se efectuaría a fines de junio, casi dos meses más tarde. A esta altura sabíamos perfectamente que nada de lo que los chinos hacen es casual. Pekín nos estaba diciendo que seguían en pie los viajes; la constante mejoría de nuestras relaciones se nos veía influida por las medidas del presidente.

La tarde del 10 de mayo Dobrynin vino a la Sala de Mapas de la Casa Blanca para entregarme una breve nota de protesta de la Unión Soviética. Significativamente sólo se refería a los daños ocasionados a los buques soviéticos por nuestro bombardeo, incluyendo la pérdida de vidas. La nota exigía garantías contra una reiteración. No mencionaba el minado. El hecho de que llegara a través de nuestro canal privado significaba que los soviéticos no deseaban que su respuesta fuera conocida públicamente. Inclusive Dobrynin nos dio su «punto de vista personal» —una posibilidad poco probable— de que la decisión por parte de Moscú era «alentadora» pero quizás fuera «prematureo» sacar las conclusiones finales. En broma me preguntó mi opinión con respecto a los próximos pasos del Politburó. Respondí que pondría mi respuesta en un sobre sellado para que ambos pudiéramos verla una vez superada la crisis. (Nunca lo hice, pero si lo hubiera hecho, la nota diría que Moscú aplazaría la reunión hasta una próxima fecha fija.) Le reiteré el interés del presidente por una nueva era en nuestras relaciones. Dobrynin efectuó preguntas detalladas sobre nuestra propuesta por el cese de fuego. Ambos conversamos cuidadosamente sobre las discusiones que se podrían originar «si» ambos mandatarios se encontraran.

Dobrynin era un buen jugador de ajedrez. Al finalizar la reunión, en forma totalmente inesperada preguntó si el presidente se había decidido a recibir al ministro de comercio Patolichev. Esta pregunta no me sorprendió en lo más mínimo; podía significar solamente que los líderes soviéticos habían decidido aceptar nuestra propuesta de negocios, como era usual. Tratando de adecuarme al tono de estudiada informalidad de embajador, yo señalé que posiblemente podría organizar una reunión en la Oficina Oval. Jugando yo mismo un poco de ajedrez, le mencioné que para esas ocasiones se acostumbraba invitar a fotografías de la prensa. Dobrynin lo consideró sumamente apropiado.

En toda crisis aumenta constantemente la tensión, algunas veces hasta límites intolerables, hasta que se produce algún cambio decisivo. La conversación con Dobrynin, si bien no constituyó el punto decisivo, disminuyó la presión. Sabíamos que todavía seguía en pie la reunión cumbre. Cada día que pasaba sin efectuarse la cancelación, la hacía más probable. En ese caso Hanoi se habría aislado; habíamos ganado nuestra jugada. Rápidamente programé una reunión entre el presidente y Patolichev para la mañana siguiente.

Despertamos el 11 de mayo con la primera declaración oficial publicada de TASS. Fue tardía y moderada. La Unión Soviética consideraba nuestra medida como «inadmisibles» y «extraerías de estos conclusiones apropiadas». Se aconsejaba a los Estados Unidos volver a la mesa de negociaciones en París. El gobierno soviético «resueltamente» insistió en que se «cancelaran inmediatamente» las medidas militares, y Moscú sabía que era técnicamente imposible; que se

respetara la libertad de navegación, lo que estaba fuera de lugar, dado que no estábamos interceptando buques en el mar. En cuanto a la ayuda para los norvietnamitas, TASS empleó un lenguaje extraño. Señaló que el «pueblo» soviético (es decir, no el gobierno) «se pliega a la lucha». El «pueblo» soviético seguiría dando al pueblo vietnamita «la ayuda necesaria» (no una mayor ayuda como solicitaba Hanoi). La declaración indicaba falta de resolución e indecisión.

Ésta no fue la actitud de Nikolai Patolichev cuando se presentó para su visita de cortesía de media hora en la Oficina Oval. Se invitó a la prensa y a fotógrafos para ser testigos de lo que se denominó «la usual cordialidad artificial» (8). Pero en este caso, artificial o no, las fotografías risueñas llevaban el mensaje soviético y decían claramente «reunión cumbre». Inclusive los chistes dirigidos a la prensa fueron simbólicos y según los modelos soviéticos extremadamente sutiles; la cuestión (no tengo idea por qué) fue la diferencia de pronunciación en polaco o en ruso de la palabra «relación amistosa». Para que a nadie se le pasara por alto, cuando Patolichev se retiró de la Casa Blanca era todo sonrisas. Un periodista de televisión le preguntó si todavía seguía en pie la reunión cumbre. «Nunca abrigamos duda alguna», replicó el ministro soviético, asombrado por la aparentemente inagotable torpeza de los norteamericanos. «Yo no sé por qué ustedes hacen esta pregunta. ¿Tienen ustedes alguna duda?»

La última incertidumbre pendiente fue eliminada cuando Dobrynin y yo nos reunimos para almorzar ese mismo día, para continuar con nuestras conversaciones normales sobre los preparativos de la reunión cumbre. Dobrynin afirmó que los Estados Unidos «están dando demasiada importancia» al papel de la Unión Soviética en Vietnam; insistí que lo importante era solucionar la guerra. Por nuestra parte estábamos dispuestos a resolver independientemente las cuestiones militares o aceptar los principios generales de un acuerdo político. En mitad del almuerzo uno de los asistentes de Dobrynin trajo un mensaje de Brezhnev en idioma ruso contestando a la carta de Nixon del 8 de mayo. Por lo general la embajada soviética entregaba una traducción escrita. En este caso el asistente de Dobrynin hizo los honores de tal forma, que si el contenido de la carta hubiera dependido de su precisión, bien podría haber malogrado su propósito. Pero inclusive una traducción oral aproximada no dejó duda alguna de que Brezhnev estaba evitando toda insinuación a una confrontación, a pesar de la arrogancia convencional con que advertía sobre las consecuencias de nuestras medidas. Inocentemente pregunté si la advertencia de Brezhnev se refería a nuevas medidas o a las que ya habían sido empezadas. Obviamente, respondió Dobrynin, con la paciencia aparentemente colmada por mi «ceguera», el secretario general sólo podría haberse referido a medidas posteriores a las anunciadas el 8 de mayo. Dado que a Dobrynin evidentemente le gustaba actuar de profesor, le pregunté por qué la carta no se refería a la reunión cumbre. Dobrynin contestó que dado que no habíamos cuestionado este punto en nuestro comunicado del 8 de mayo, el Politburó no había considerado necesaria una contestación. (Para cualquiera que estuviera familiarizado con las tácticas diplomáticas soviéticas esta delicadeza hubiera sido una insólita experiencia.) Pregunté si deberíamos haber efectuado una pregunta en cuanto a la reunión cumbre. «No», dijo Dobrynin. «Ustedes han manejado una difícil situación extraordinariamente bien.»

La reunión cumbre quedaba en pie. Esa crisis estaba superada.

El 11 de mayo Pekín también se hizo escuchar. Un comentarista del *Diario del Pueblo* expresó un resuelto apoyo para el pueblo de Vietnam y «extrema indignación y enérgica condena» con respecto al minado de Vietnam del Norte. Pero el autor no denunció a Nixon ni indicó respuesta alguna por parte de China para la campaña de interceptación. China era la «zona de retaguardia de confianza» significando que no entraría en acción. Aún más asombroso, el *Diario del Pueblo* publicó todo el texto del discurso del presidente. Es probable que los líderes chinos quisieran que su pueblo supiera sobre nuestro desafío a la Unión Soviética. Sea cual fuera el motivo, fue la primera vez que las «masas» chinas habían visto un informe sobre la intransigencia de Hanoi y sobre nuestro programa de paz. Los tercios fanáticos del Politburó de Vietnam del Norte sólo podían interpretarlo como un frío distanciamiento de sus dos importantes aliados.

Los aliados de Europa Oriental de la Unión Soviética rápidamente adoptaron la misma actitud. Un vice ministro de relaciones exteriores de Polonia expresó públicamente que seguía en pie la proyectada visita de Nixon a Polonia. Dado que se preveían conversaciones personales, Polonia no sentía la necesidad de comentar más sobre el minado de Vietnam del Norte; en otras palabras se abstuvieron inclusive de una protesta pro forma. Para ese entonces también Nueva Zelandia, Australia, Tailandia, Corea del Sur y Gran Bretaña nos habían apoyado oficialmente; nuestros restantes aliados de la OTAN y el Japón habían expresado en forma privada su asen-

timiento. Nadie se opuso. Una encuesta telefónica de Sindlinger demostró que el 86 por ciento del público norteamericano apoyaba el discurso del presidente; Opinión Research fijó el consentimiento en un 74 por ciento. Y la respuesta soviética neutralizó casi toda la ruidosa oposición.

A partir de ese momento continuaron amistosamente los preparativos para la reunión cumbre con Dobrynin. El 12 de mayo él y yo ya estábamos discutiendo puntos de protocolo, tales como los regalos que se intercambiarían. Luego se puso énfasis en el acuerdo SALT y otros tópicos de la reunión cumbre.

El 11 de mayo juzqué que Hanoi ya estaba suficientemente aislada como para retomar el contacto, y envié a Le Duc Tho, quien aún se encontraba en París, un extracto de mi conferencia de prensa del 9 de mayo, que insistía sobre nuestra buena disposición para retomar las negociaciones. Le Duc Tho astutamente respondió enviándome un extracto de su conferencia de prensa el 12 de mayo; había reiterado la insistencia de un gobierno de coalición, pero en un lenguaje mucho más moderado del que utilizara conmigo el 2 de mayo. Una vez más esto demostraba la falacia del mito popular, que Hanoi sólo sería conciliador si nosotros mostráramos «buena voluntad». En realidad lo opuesto era verdad. El 12 de mayo Ducky afirmó que estaba dispuesto incondicionalmente a retomar las conversaciones:

Si el señor Nixon verdaderamente desea serias negociaciones, en lo que respecta a nosotros, siendo fieles a nuestra actitud seria y de buena voluntad, estamos dispuestos a buscar juntamente con la parte norteamericana, una solución lógica y razonable para el problema de Vietnam. Durante el transcurso de estas dos últimas décadas, en su lucha por la independencia y libertad, el pueblo vietnamita negoció por una solución pacífica al problema vietnamita con el gobierno francés en 1954, y participó de la solución pacífica del problema laosiano con los Estados Unidos en 1962. Consiguientemente en la actualidad no hay razón alguna que nos impida llegar a una solución negociada del problema de Vietnam. Esto depende por supuesto de la actitud del señor Nixon.

Yo ahora estaba seguro de que se retomarían negociaciones serias una vez que la ofensiva de Hanoi hubiera finalizado.

Y la ofensiva se detuvo. El ataque norvietnamita a Hué nunca se efectuó a todo vapor. Kontum no cayó; tampoco cayó la sitiada An Loc. La contraofensiva survietnamita para apoyar a An Loc se llevó a cabo con una lentitud atroz. Pero la utilización táctica de los B-52 en el sur fue evidentemente desbaratando la organización norvietnamita. Además, luego de varios meses, el minado dificultaría en mayor medida a los norvietnamitas la acumulación de provisiones para otro gran golpe.

Increíblemente con respecto a los moldes de nuestro afiebrado debate interno, Vietnam desapareció totalmente como punto de argumentación en nuestro diálogo con la Unión Soviética. El 12 de mayo Dobrynin me entregó una nota —por el canal privado— que de mala gana aceptaba las expresiones de pesar del presidente por el daño infligido a los buques y marinos soviéticos y su afirmación de que se tomarían medidas de seguridad para evitar estos incidentes en el futuro. No se mencionó el bloqueo de Vietnam del Norte. El 14 de mayo contestamos conciliadoramente, reiterando nuestras garantías con respecto a la flota soviética. También informamos a Moscú que mientras el presidente se encontrara fuera del país, Hanoi no sería atacado. Se deducía que continuaría el bombardeo contra el resto de Vietnam del Norte, incluyendo Haiphong. Así fue hecho.

El 14 de mayo Dobrynin entregó una nota que instaba a que retomáramos las negociaciones de París. Si era posible anunciar esto anticipándose a la reunión cumbre «sería favorable en muchos sentidos para la reunión soviético-norteamericana». Los soviéticos propusieron que ninguna de las partes fijara condiciones previas y que las reuniones plenarias y secretas se efectuaran en tándem. Esto fue presentado como sugerencias soviéticas «por nuestra propia iniciativa» y no proveniente de Hanoi. Sin embargo, el Kremlin estaba dispuesto a comunicarle nuestra respuesta a Vietnam del Norte.

Evidentemente alguien había cedido. En menos de una semana de retomar el bombardeo a toda escala y el bloqueo de Vietnam del Norte, se estaban efectuando esfuerzos para retomar las negociaciones «sin condiciones previas» —esto nada tenía que ver con la anterior insistencia presumida de Hanoi con respecto a la «corrección» de sus condiciones. Si Moscú presentaba

estas propuestas por sí mismo —lo que Moscú aseguraba pero yo dudaba— el aislamiento de Hanoi se había efectuado más rápidamente de lo que cualquiera de nosotros se hubiera atrevido a esperar. Si Hanoi estaba utilizando a Moscú como intermediario, había por fin comenzado su retirada hacia una posición más negociable.

Consideramos como prematuro anunciar una vuelta a las sesiones plenarias. Confundiría a nuestro público; generaría exigencias de moderación militar cuando la mejor posibilidad de una rápida solución era demostrar nuestra implacabilidad. El 15 de mayo entregué a Dobrynin una nota sin firma que en principio aceptaba la reapertura de las sesiones plenarias. Sin embargo, para evitar falsas expectativas, debería ser precedida por una reunión secreta con Le Duc Tho. Si progresáramos se podrían retomar las sesiones plenarias. Originariamente nuestra nota incluía un enérgico párrafo advirtiendo sobre «las más serias consecuencias» si se efectuaba otra escalada militar por parte de los norvietnamitas. Cuando Dobrynin se resistió a aceptarla por haberle solicitado que transmitiera una amenaza, ordené que mecanografiaran el párrafo ofensivo en una hoja de papel separada, y la llamé «nota oral». Dobrynin retiró su objeción y la aceptó en esa forma. Estas son algunas de las pequeñas victorias de los diplomáticos entre sí.

El 17 de mayo Dobrynin me comunicó que Moscú había impuesto nuestra propuesta a Vietnam del Norte en el más enérgico de los lenguajes. Hanoi nunca contestó —quizás porque sus líderes carecían de una estrategia para enfrentar el nuevo desafío, quizás porque temían que el fracaso de una nueva reunión llevara a otra ronda de intensificación militar.

Mientras tanto me reunía casi diariamente con Dobrynin para preparar la agenda y el programa de la reunión cumbre. Los negociadores del acuerdo SALT estaban dando los últimos retoques a su texto. Las distintas negociaciones secundarias progresaban rápidamente. El 17 de mayo Dobrynin fue invitado a pernoctar en Camp David. Luego del desayuno con el presidente me comentó que Moscú no renunciaría a ningún esfuerzo para que la reunión cumbre fuera un éxito. Sin embargo, debido al asunto Vietnam, la bienvenida pública en Moscú no podría ser tan cálida como había sido planeada en un principio, sugirió Dobrynin. Esta inteligente puñalada fue aplicada donde más le dolía a Nixon —en el campo de las relaciones públicas. (También permitió conocer la «espontaneidad» de las masas soviéticas.)

Pekín también demostró que sabía perfectamente cuáles eran sus prioridades. En una conversación conmigo en Nueva York el 16 de mayo, el embajador ante las Naciones Unidas, Huang Hua, reiteró la política oficial de que China apoyaba a sus amigos. Pero no objetó cuando le aclaré que habíamos advertido a Pekín por lo menos una media docena de veces nuestra determinación de reaccionar enérgicamente si Hanoi trataba de imponer una solución militar. Nuestras medidas en Vietnam tampoco impidieron a Huang Hua de alentarme para que yo efectuara una visita a Pekín en junio. No solamente habíamos obtenido carta blanca en Vietnam, sino que también estaríamos en condiciones de proseguir, al mismo tiempo, con la elaboración de un diseño más amplio de nuestra política exterior.

CONCLUSIÓN

Los medios de comunicación y el Congreso pronto cambiaron de posición, retomando sus usuales ataques con respecto al bombardeo «indiscriminado» y exigiendo un plazo final legal para finalizar la guerra. Algunos elogiaron a los soviéticos por su moderación: hubo muy pocos elogios al coraje de Nixon.

Estuve destinado a permanecer durante toda la guerra del Vietnam en el medio de un fuego cruzado entre mis colaboradores anteriores y mi nuevo jefe. Mi más aguda y frustrada confrontación de ese periodo quizás fuera con siete presidentes de Universidades de la *Ivy League*, quienes vinieron a la Sala Roosevelt de la Casa Blanca el 17 de mayo, tres días antes de nuestro viaje a Moscú. Estos hombres, jefes de las universidades más prestigiosas de Norteamérica, habían venido a decirme concretamente que el juicio racional ya carecía de importancia para la guerra de Vietnam. Uno de ellos se quejó por la destrucción que se llevaba a cabo «por razones que no son claras y por una causa que aparentemente nadie está dispuesto a defender». Cuando traté de explicarle las cuestiones planteadas por la invasión norvietnamita y sobre todo por la insistencia de Hanoi de que colaboráramos con ellos para imponer un orden comunista, se refugió en los sentimientos de los estudiantes: «Sea como fuere, está extrayendo mucha cantidad de gente joven del país.» Le respondí que yo era consciente de la preocupación de los estudiantes,

pero «nosotros los gobernantes tenemos la obligación no solamente de tomar en cuenta lo que dicen los estudiantes, sino que también debemos ubicarlo en un marco a largo plazo». Estábamos dispuestos a tomar «toda medida razonable», pero entregar Vietnam a un enemigo que se basa en la fuerza bruta no era un paso razonable. Otra persona del grupo preguntó cómo debería explicar los costos de la guerra a los estudiantes. Yo solamente pude responder preguntando cómo explicaría él que luego de ocho años de guerra nosotros hiciéramos por Hanoi lo que no pudo hacer por sí mismo.

Pero fue un diálogo entre sordos. Los distinguidos presidentes de la *Ivy League* no estaban interesados en los méritos de las cuestiones en disputa entre nosotros y Vietnam del Norte. Estaban allí como portavoces de un sentimiento. Uno de ellos aseguró que ningún estudiante realmente se preocuparía si Saigón caía. Otro expresó que nuestros principios podrían ser «persuasivos», incluyendo el principio de «no permitir que un grupo domine al otro», pero dado que no ayudábamos a ningún otro pueblo en situación similar, ¿por qué debíamos hacerlo en Vietnam? En otras palabras, a menos que defendamos todo precepto moral en todas partes, no teníamos el derecho de defender ningún principio en ningún lugar. Pero el verdadero problema se concentraba en otra cuestión más práctica. Uno de ellos admitió: «No veo cómo podemos seguir manteniendo nuestras universidades si la guerra prosigue... ¿Con qué nos encontraremos en septiembre?» Contra este tipo de razonamiento no existía persuasión alguna, tal como lo ilustra la siguiente conversación:

Kissinger: Si debemos hacer algo por sus preocupaciones, debemos encararlas operativamente... La cuestión de acabar con la ayuda a pueblos que deben defenderse —contra pueblos heroicos y también brutales— no es obvio para mí, siquiera como una cuestión moral... Esta ofensiva establecerá un nuevo equilibrio de fuerzas de una forma u otra. Si Saigón cae, el nuevo equilibrio es un hecho. Si no cae, esto también es un hecho nuevo. La reacción de Pekín y de Moscú también es un nuevo hecho. Si falla, no pueden seguir adelante.

Pero si podemos introducir algo de compasión en nuestra discusión, si en lugar de suponer que algunos de nosotros quieren matar y algunos tienen el monopolio de la angustia sobre esta guerra, si pudiéramos elevar el nivel de la discusión para tratar de encontrar cosas que podamos hacer juntos. Nunca aceptaremos Vietnam. Las discusiones se adelantan unas a otras como trenes, sin pensar que del otro lado existe gente seria.

Pensamos —por más raro que a usted le parezca— que es importante para la salud de la sociedad y la estabilidad del sistema internacional, que nos retiremos con cierta dignidad.

Presidente de Universidad: Tratamos de introducir justicia y razón a la discusión, pero sólo arriesgando nuestras propias vidas. Esto es un hecho.

Expresado en otras palabras, los dirigentes de las universidades más importantes de la nación habían perdido el control de sus universidades y esperaban que el presidente de los Estados Unidos aliviara sus dificultades revirtiendo la política nacional que incluía aproximadamente 70.000 tropas norteamericanas y varios de los poderes mundiales más importantes. Esto debía realizarse en nombre de la moralidad a pesar de que su consecuencia admitida era la de exponer a millones de sudvietnamitas quienes habían confiado en nosotros, a una dictadura comunista, la que era rechazada y temida por la gran mayoría de ellos. Se desechó la consideración de estos puntos; la profunda emoción que dominaba las universidades en este momento sobrepasaba todo análisis racional. La idea de que el presidente de los Estados Unidos fuera responsable de mantener el orden en nuestras universidades era totalmente nueva, especialmente viniendo de académicos liberales. Fue la última expresión de renuncia de los líderes institucionales en nuestra sociedad, de la degradación de las personas de edad madura ante los jóvenes, del rechazo del discurso racional por aquellos que más arriesgaban.

Del otro lado de las barricadas yo era el receptor de frecuentes misivas de Nixon, que me increpaban por las poco audaces y enérgicas acciones militares en la guerra. El 9 de mayo recibí un memorándum, instándome a que buscara nuevas formas de golpear al enemigo por medio de la fuerza aérea:

Tenemos el poder para destruir su capacidad guerrera, la única cuestión es si tenemos la *voluntad* de utilizar ese poder. Lo que me diferencia de Johnson es que yo *tengo vo-*

luntad a paladas. Si ahora fallamos será porque los burócratas y la burocracia y en particular aquéllos del Departamento de Defensa, que seguramente serán apoyados vigorosamente por sus aliados en el Departamento de Estado, encontrarán la forma de socavar la acción enérgica y decisiva que yo he afirmado vamos a tomar. Por una vez quiero que las fuerzas armadas y el equipo del CNS expongan algunas ideas propias que signifiquen acción, contundencia, amenaza y efectividad (9).

El 10 de mayo se formuló una declaración presidencial, una de una larga serie, expresando su confianza en la eficiencia de las guerras psicológicas; como era natural, Nixon insensatamente sobreestimó la capacidad de la CIA en esta área. Quería que se supiera que regimientos norvietnamitas enteros habían dejado de existir y que la moral norvietnamita estaba decayendo. Nixon pensó que la CIA presentaba «una total falta de imaginación» en estos asuntos. El 13 de mayo llegó un memorándum reduciendo la brusquedad anterior de alguna forma, diciendo que los tres nuevos escuadrones de la Fuerza Aérea enviados a Vietnam deberían posibilitarnos acelerar el programa de retirada, permitiéndonos retirar fuerzas de apoyo adicionales. El 15 de mayo Nixon propuso que acumuláramos todos los tanques en Vietnam del Sur para efectuar «por lo menos una ofensiva sorpresiva contra el enemigo» en alguna zona donde pudieran ser empleados en forma eficaz. El supuso —no sin razón— que estas ideas no serían muy bien apreciadas por Moorer, Abrams, Haig ni por mí, pero recordó a Haig a y mí el esplendor no convencional de Patton y MacArthur e instó a que leyéramos el inspirador pasaje de Churchill. Nixon, correctamente, lamentó que las fuerzas armadas, utilizadas durante años por el liderazgo civil, demostraron ser incapaces de responder en forma imaginativa cuando se les daba carta blanca más amplia. Nixon aceptó que Al Haig «por cierto es una excepción». El 18 de mayo Haig fue adecuadamente premiado por una nota presidencial, que ordenaba que nuestro bombardeo continuara mientras la delegación presidencial se encontraba en Moscú. (Haig permanecería en Washington.) Nixon escribió que no cometería el mismo error que cuando limitó el bombardeo en conexión con su viaje a China. Luego de la conferencia cumbre en Moscú deseaba más ataques con los B-52 en el área de Hanoi-Haipohong. El sábado 20 de mayo, el mismo día que partíamos hacia Moscú, la tormenta de papel acabó con un largo memorándum para Haig con más indicaciones para la campaña militar contra Vietnam del Norte mientras Nixon estaba ausente. No quería proveer una base para historia de prensa, que estábamos «aflojando» durante este período. Él quería un «inexorable ataque aéreo» y además más hechos en el frente de la propaganda.

Nixon tenía el derecho a cierto escape para su tensión nerviosa. A pesar de toda su vulnerabilidad y valor, hay que reconocer que actuó en forma audaz y que ganó una jugada brillante. Desafió a la Unión Soviética y en menor medida a China y finalmente mejoró las relaciones con ambos. Evitó la caída militar de Vietnam del Sur, que (en 1972) habría socavado estas relaciones amistosas y todo el plan de nuestra política exterior. Luego de semanas de impacientes reflexiones sobre la cancelación de la reunión cumbre de Moscú, él se decidió por la estrategia más inteligente, es decir que utilizó los intereses soviéticos en una reunión cumbre de éxito para moderar la respuesta soviética, obteniendo así carta blanca para Vietnam y eventualmente cristalizando nuestros pacientes esfuerzos por construir una relación más amistosa entre la Unión Soviética y los Estados Unidos.

En retrospectiva todos los hechos parecen inevitables. El hecho es que yo y el experto en asuntos soviéticos de mi equipo, como también la CIA y el Departamento de Estado, esperábamos que los soviéticos cancelaran la reunión cumbre, y apoyándose en esta consideración el presidente tomó su decisión. Sin embargo yo insistí por una acción militar, dado que no valdría la pena mantener una reunión cumbre bajo condiciones de demostrada debilidad. El hecho de que el riesgo no se haya materializado, no le quita mérito al coraje de Nixon.

Al mirar hacia atrás es posible entender la causa de la decisión de los soviéticos en no enfrentarse a nosotros. Con todas las idas y venidas, el Kremlin había aprendido cuál era la importancia central de las relaciones soviético-norteamericanas. Dejando de lado la posición de nuestro Congreso, era factible que lleváramos la delantera en una verdadera carrera armamentista —si no a corto plazo, entonces con seguridad al cambiar el ánimo del público norteamericano bajo el impacto de las crecientes tensiones. El tendido de lazos no era una idiosincrasia retórica en los ojos soviéticos. La cancelación de la reunión cumbre produciría en los soviéticos la peor pesadilla: la relación amistosa norteamericana con Pekín no equilibrada por similares vínculos con Moscú. Y esto habría socavado toda la política europea de la Unión

Soviética. Durante treinta años y por una razón entendible, Moscú había estado preocupado por la cuestión alemana; los tratados orientales de Brandt iban camino a una resolución ante el parlamento alemán, pero su suerte pendía de un hilo. Nuestro actuar sería fundamental. Una nueva guerra fría habría volcado casi con seguridad la carreta de manzanas de la política de Brandt; la tan cuidada estrategia para Europa de la Unión Soviética se habría derrumbado. La cancelación también hubiera hecho correr peligro a las perspectivas económicas de la Unión Soviética: Brezhnev había hecho una decisión estratégica para buscar el comercio y la tecnología occidentales y particularmente norteamericanos; esta esperanza desaparecería sin una reunión cumbre. Y en muchas otras zonas cruciales, tales como el Medio Oriente, una época de confrontación presentaba desagradables perspectivas a los líderes soviéticos.

Consciente de su propia vulnerabilidad, el Kremlin se alejó de su turbulento y pequeño aliado del otro lado del globo. Al seguir adelante con la reunión cumbre, Moscú ayudó a neutralizar nuestra oposición interna, lo que nos dio libertad de acción para quebrar el apoyo logístico de la ofensiva norvietnamita. Nuestra estrategia de *détente* —exponiendo riesgos y mostrando beneficios a la Unión Soviética— hizo posible llevar nuestra intervención en la guerra de Vietnam a un honorable fin. Nixon podía irse a Moscú con dignidad, dado que no habíamos sacrificado a los que habían confiado en nosotros; con confianza, dado que el entrelazado diseño de nuestra política exterior había resistido una carga extraordinaria; y con esperanzas de que estábamos colocando los fundamentos para un equilibrio mundial que podría proveer seguridad y progreso a un preocupado mundo termonuclear.

Capítulo XXVIII ✓

LA REUNION CUMBRE EN MOSCU

RICHARD NIXON EN EL KREMLIN

Cuando, en contra de todas las predicciones, salimos para Moscú en el *Fuerza Aérea Uno* el sábado 20 de mayo por la mañana, nuestra estado de ánimo era de optimismo, hasta diría de júbilo y sin excesiva humildad. A pesar de los ataques de Hanoi y de nuestros críticos nos habíamos mantenido firmes; íbamos a Moscú con dignidad. Detrás de nosotros existía un poco común consenso público producido por los sorprendentes eventos del mes anterior. Los conservadores se alegraban por las minas colocadas en Vietnam e interpretaban la reunión cumbre como una retirada de los soviéticos. Los liberales se sentían aliviados por la sola realización de la reunión cumbre. Es cierto que algunos editorialistas tenían el temor de que estuviéramos caminando hacia una trampa similar a la que se había cerrado sobre la reunión cumbre de Khrushchev-Eisenhower en 1960 en París (1), pero ninguno de los que íbamos en el avión creíamos esto.

Las dos partes que negociaban SALT emitían puntos de conciliación casi a diario en Helsinki y durante mi viaje de abril habíamos logrado coincidir verdaderamente con Brezhnev en una declaración de principios sobre conducta internacional. La reunión cumbre era la culminación de nuestros cuatro años de insistencia sobre ligazón: que el control armamentista no podía sostenerse por sí solo, que la ayuda soviética sobre Vietnam y la restricción en el Medio Oriente eran precondiciones esenciales de adelanto en otros campos. Además de los acuerdos principales en SALT y de los principios de conducta, se habían negociado una cantidad apreciable de acuerdos bajo el impacto de la fecha de la reunión cumbre. Los dos dirigentes máximos se veían raramente involucrados en la negociación real sobre estos temas; unas pocas veces, Dobrynin y yo fuimos informados de un punto muerto por medio del canal y rápidamente lo solucionábamos. Generalmente, el saber que Brezhnev y Nixon necesitaban un documento listo para la firma en la reunión cumbre estimulaba un espíritu de colaboración por ambas partes. Como resultado de ello, había seis acuerdos subsidiarios que esperaban que se resolvieran los principales: sobre cooperación en la protección ambiental, sobre ciencia médica y salud pública, sobre la exploración y uso del espacio exterior con propósitos pacíficos, sobre ciencia y tecnología, sobre la prevención de incidentes en el mar estableciendo «reglamentación para el tránsito» y para establecer una comisión económica conjunta de EEUU-Unión Soviética.

Por supuesto que ninguno de estos acuerdos, ni siquiera cuando recién estuviera seca la tinta, podía anular las causas fundamentales del conflicto sobre las que existía una marcada división en nuestro país. Los liberales de aquellos días (antes de los volúmenes sobre *Gulag* de Solzhenitsyn) se inclinaban a pensar que los soviéticos ya se habían ablandado y que sólo faltaba que los diplomáticos quitaran las telas de araña que habían quedado después de la ya superada Guerra Fría, o, en el peor de los casos, se podía terminar con las pocas causas auténticas de tensión restantes por medio del extenuante ejercicio de la buena voluntad por parte nuestra. Los conservadores, no muy tranquilos por la reunión cumbre, preferían en general hacer sonar las trompetas del anticomunismo, como si la retórica pudiera hacer que se derrumbaran las murallas del imperio soviético. No explicaban cómo podríamos sostener semejante línea de acción domésticamente, entre la histeria provocada por Vietnam. Teníamos una perspectiva algo diferente de los liberales y también de los conservadores. Sobre los motivos soviéticos, me incli-

naba personalmente hacia el análisis conservador; en cuanto a táctica, trataba de incorporar algunos de los puntos de vista liberales. Antes de partir, resumí en un memorándum para el presidente la política soviética en varias partes del mundo y describí rigurosamente el concepto:

La perspectiva de un cambio fundamental en las relaciones norteamericano soviéticas no son brillantes. Por supuesto que un tratado SALT significaría algún adelanto, pudiendo ser el precursor de relaciones más normales, especialmente si hubiera también alguna mejora en los vínculos económicos. En ambos casos, los soviéticos comenzarían a apostar sobre una relación menos errática, más estable. La ratificación de los tratados alemanes y la realización de los acuerdos de Berlín agregaría algo también a los elementos que pudieran crear un interés soviético más permanente en relaciones más estables.

Al mismo tiempo, los soviéticos tienen interés en hacer arreglos en Europa, acuerdos que contribuyan a la seguridad de su propia esfera, pero no en un genuino arreglo europeo. Y el conflicto de intereses en el Medio Oriente y en Asia parece que va a prolongarse.

Por motivos profundamente arraigados en la ideología del régimen y la estructura de la política soviética interna, la política exterior soviética seguirá siendo antagónica con la de occidente, especialmente con la de los Estados Unidos. Las ambiciones de los dirigentes soviéticos por el dominio mundial, además de su confianza en su capacidad para apoyar sus ambiciones con recursos materiales, sugieren que la URSS aumentará su desafío a los intereses occidentales con cada vez mayor vigor, asumiendo en ciertas situaciones riesgos que hasta ahora habían parecido excesivamente peligrosos.

Pero el escepticismo no era una política viable en sí misma. Teníamos que llevar una política compleja, sufriendo ataques de liberales y conservadores, preparada para confrontar el expansionismo soviético y así y todo receptiva de posibilidades más alentadoras. No podíamos permitir que los soviéticos monopolizaran el ansia mundial de paz; no podíamos continuar con el liderazgo moral de los pueblos libres si éramos culpados de producir tensión mundial, ya que el hecho incontrovertible era que las armas nucleares exigían que aprovecháramos todas las oportunidades, por débiles que fueran, de llegar a la restricción mutua. Si les negábamos a los soviéticos toda oportunidad de expansión y manteníamos la puerta abierta para la cooperación auténtica, podríamos tal vez inculcar hábitos de moderación, provocando un futuro más constructivo.

Sobre este punto puse énfasis en mi informe a la prensa el 21 de mayo, cuando nos detuvimos por un día en Salzburgo para hacer ajustes por el cambio de hora: las dos naciones mayores, que tenían, ellos solamente, la panoplia de las armas, tenían que conducirse, dije, «con un grado de previsión en proporción con su poderío».

La residencia de Salzburgo en la que parábamos fue un preludio espectacularmente apropiado para nuestra entrada a Moscú. Era el castillo de Klessheim, a alrededor de 16 kilómetros de la ciudad, con enormes salones barrocos y un jardín formal elegante. Una cerca mantenía a la prensa a la distancia. Se permitió a los fotógrafos solamente una oportunidad para sus fotos, en las que aparecíamos Nixon y yo con apariencia muy reflexiva, caminando por los senderos de grava bordeados por cercos señoriales. No recuerdo de qué hablábamos, pero casi seguro que sería de 'baseball' en lugar de algún profundo tema de alta política, como ocurría con frecuencia en esas ocasiones.

Nixon mantuvo una reunión con el canciller de Austria, Bruno Kreisky, astuto y perceptivo, que había transformado la neutralidad formal de su país en una posición de influencia más allá de su fuerza, a menudo por medio de la interpretación de los motivos de los países en competencia, ante la otra parte. El hecho de que pudiera representar su acto de equilibrista fue un tributo a su tacto, inteligencia e instinto por el alcance —y los límites— de la indiscreción. Era un hombre de muchos viajes y sus comentarios sobre tendencias y personalidades eran invariablemente ilustrativos. Poseía un gran sentido del humor y mucho más visión geopolítica que la de muchos dirigentes de países mucho más poderosos; una de las asimetrías de la historia es la falta de correspondencia entre las habilidades de algunos dirigentes y el poderío de sus países (el primer ministro Lee Kuan Yew de Singapur es otro buen ejemplo contemporáneo). Kreisky y Nixon intercambiaron risueñas reflexiones sobre la situación internacional. Como político en actividad, Kreisky no podía dejar de admirar a un hombre que se había apostado su elección en un audaz movimiento y había ganado. Nixon destacaría más tarde que hubiera desea-

do que Kreisky pudiera cambiarle el lugar a algunos de los dirigentes socialistas en los países más grandes de Europa, cuya visión y tenacidad tenía en menor estima.

Mientras estábamos en Salzburgo recibimos noticias que sugerían que Brezhnev había fortalecido recientemente su posición doméstica. El comité central del partido soviético se había reunido para dar una aprobación formal a su decisión de seguir adelante con la reunión cumbre. Este acto ritual adquiría significado por la remoción simultánea del jefe del partido ucraniano, Pyotr Shelest, del Politburó y su degradación a primer ministro suplente (en los estados comunistas, las funciones partidarias son mucho más importantes que los puestos gubernamentales). Shelest había sido considerado como un influyente de la línea dura y al despedirlo, Brezhnev había demostrado al grupo gobernante soviético que él era el que estaba al mando. La jugada mejoraba nuestra posición de negociación, ya que Brezhnev estaría ahora bajo presión adicional para que lograra resultados significativos en la reunión cumbre.

Al partir hacia Moscú el lunes 22 de mayo por la mañana, Nixon estaba de muy buen humor, aunque estaba aún preocupado por la forma en que sacaría a la luz la declaración de los «principios básicos de las relaciones EEUU-Unión Soviética» de la cual el secretario Rogers aún no sabía nada. Le dije a Nixon que trataría de lograr que Brezhnev la pusiera a consideración como si fuera una cosa que emergía recién en la cumbre. Cándidamente, yo no consideraba la sutileza soviética lo suficientemente buena como para estar seguro de que lo haría. Sin embargo, Nixon estuvo de acuerdo y, temporalmente malhumorado, se resignó a una explosión como la de Hangchow cuando el comunicado de Shanghai se había puesto repentinamente en evidencia. En cuanto al resto, Nixon se preparó cuidadosamente para las reuniones en la cumbre estudiando los voluminosos cuadernos de información elaborados por mi equipo, en colaboración con el Departamento de Estado. Un memorándum informativo analizaba la posición política de Brezhnev y recomendaba que Nixon evitara dar la impresión de que estábamos bajo presión para «arreglar todo en estas reuniones de esta semana». Un segundo memorándum describía en detalle las maniobras dentro del Politburó; un tercero se ocupaba de la personalidad y los objetivos de Brezhnev, comparándolo con los dirigentes chinos.

Brezhnev y compañía conducen una superpotencia, igual en muchos aspectos a nuestra propia nación. Hablan con el peso de la igualdad estratégica corriente, mientras que la fortaleza de los chinos deriva de una combinación de su largo pasado y su inevitable futuro...

Dada la etapa de nuestras relaciones bilaterales y su inclinación personal, Chou podía pasar el tiempo hablando con nosotros sobre historia y filosofía; Brezhnev querrá hablar sobre asuntos concretos: la estructuración de una conferencia de seguridad europea, los elementos principales de un tratado SALT, las minas en el puerto de Hai-phong, el trazado de líneas en el Oriente Medio. Aunque él no conocerá obviamente todos los detalles como Gromyko, estará bien informado y dominando el material, preparado para presionar sobre cuestiones específicas. Querrá resultados y acuerdos y no dudará en ejercer alguna maniobra táctica en el proceso.

Nixon hizo anotaciones en sus documentos informativos y me hizo preguntas profundas. Leyó también extractos de mis conversaciones del mes de abril con Brezhnev, pero no había el mismo sentimiento de tensión, incertidumbre e inseguridad del viaje a Pekín. Él conocía Moscú, por lo que se sentía con mayor confianza. Sabía también —aunque no fuera público aún— que los asuntos esenciales se habían arreglado básicamente durante mi viaje de abril o en las negociaciones de los distintos departamentos. La tarea mayor de Nixon sería conducir un *tour d'horizon* con los líderes soviéticos. Éste era su punto fuerte, por lo que se sentía justamente confiado en que podría tener éxito.

Aterrizamos en Moscú a las 4 de la tarde del lunes 22 de mayo. El sol había estado todo el día indeciso sobre si unirse a la ceremonia de llegada o no; su juicio final sobre la cumbre resultó ser tan ambiguo como las relaciones de EEUU-Unión Soviética. Justo antes de nuestra llegada se escondió detrás de las nubes, de modo que la ceremonia se desarrolló bajo una ligera llovizna. En cuanto terminó la ceremonia cesó la lluvia. Para nuestra llegada al Kremlin, la pálida luz del norte de la primavera de Moscú brilló sobre la bandera norteamericana que hacía pocos minutos había sido izada sobre las torres para demostrar el hecho extraordinario de que un presidente norteamericano se encontraba en residencia.

El presidente Nikolai Podgorny y el primer ministro Alexei Kosygin recibieron a Nixon en el aeropuerto. Leónidas Brezhnev se atuvo al protocolo: como secretario general del partido no tenía necesidad de estar presente. Casi nunca concurría a la llegada de los dignatarios no comunistas, aunque algunos comentarios de la prensa de todos modos encontraron que su ausencia tenía una gran significación. La ceremonia fue una pizca menos austera que en Pekín. Evidentemente, la consigna era ser mejores que en la recepción china, sin llegar a ofender a Hanoi. Una reducida muchedumbre agitaba banderas de papel en un costado del edificio de la terminal y los dignatarios estaban alineados en el otro. Los sicólogos pueden determinar qué es lo que convoca una impresión más fría: una pista de aterrizaje vacía como en Pekín, o una multitud tan conspicuamente pequeña como para simbolizar la mínima formalidad. En toda la ceremonia de llegada hubo la quintaesencia de la mezcla soviética de fuerza bruta con la eficiencia aparente, unidos al sentimiento latente de que cualquier problema menor podía detener toda la espléndida maquinaria. Se pasó revista a una impresionante guardia de honor antes que nos moviéramos confusamente hacia una enorme flota de coches soviéticos ZIL que aguardaba; coches que tenían la línea de un Packard 1958 y que parecían tener el mismo chasis básico de los tanques livianos soviéticos.

Se habían limpiado las anchas avenidas de Moscú de tránsito a medida que nuestra caravana de alrededor de cincuenta vehículos corría hacia el Kremlin. Parecía que estábamos empeñados en romper el récord de velocidad establecido durante mi viaje secreto y probablemente lo logramos. Había ómnibus bloqueando todas las calles laterales, evitando así que algún miembro de las «masas» pagara su tributo al presidente. Aquí y allá se podían ver grupos de curiosos detrás de las barricadas, pero estaban demasiado lejos para que pudiéramos juzgar su estado de ánimo.

El Kremlin trae siniestras connotaciones; uno espera ver edificios donde los parapetos amenazantes reflejen la historia violenta de la que han sido testigos. La realidad estética es diferente. Lo que comenzó siendo la fortaleza de Moscú había sido transformado por los arquitectos italianos del siglo quince en una concepción decorada, cuyos brillantes colores y sus proporciones clásicas daban a los habitantes de la invernal Rusia una breve visión de ambiente menos áspero y solemne. El Kremlin se yergue sobre Moscú como un hermoso espejismo dándole aliento a un agotado viajero. Fachadas amarillas ocre bordeadas de blanco se asoman sobre las paredes de ladrillo rojo. Una vez en el vasto espacio interior, casi se podía hacer uno la ilusión de estar en una ciudad del renacimiento italiano, si no fuera por las distintas iglesias medievales con sus múltiples torres doradas características y el odioso Palacio del Congreso semimoderno, que ha sido impuesto por la arquitectura neo-stalinista en una de las hermosamente proporcionadas plazas. Es un tributo al diseño original que hasta esta estructura incongruente de mármol y vidrio no pueda alterar su armonía fundamental.

La residencia de Nixon estaba en el palacio de los departamentos de los zares, que alberga también el museo de armas, una impresionante colección de joyas, vestidos y carruajes y, entre otros tesoros de los días de los zares, el trono de Iván el Terrible, la armadura de Boris Godunov, vestidos de Catalina la Grande, los huevos de Fabergé y demás. Este museo está subvencionado por el régimen, se supone, para preservar el orgullo nacional, al mismo tiempo que recordar al público, con descripciones adjuntas, de la explotación en la que se basa la riqueza. Las habitaciones presidenciales estaban ubicadas a un costado de un largo corredor, bordeado con las urnas que Brezhnev me había mostrado orgullosamente y que resplandecían ahora con su bien conservado fulgor. El que las había lustrado había sin duda apoyado entusiastamente la decisión de recibirnos a pesar de nuestros actos en Indochina. Las habitaciones eran más bien grandiosas, con hermosos muebles rococó. Varias salas llevaban hasta el dormitorio del presidente. Cruzando un patio de un corredor paralelo se encontraban las habitaciones de los funcionarios mayores de la comitiva de la Casa Blanca. Tenían mejor vista, dando hacia el exterior, pero las habitaciones eran de proporciones más modestas, con muebles del período comunista, lo que significa que eran pesados y no muy cómodos. Rogers estaba alojado en el nuevo hotel Rossiya cerca de la Plaza Roja, a más o menos cinco minutos de auto de las habitaciones del presidente. Para los no iniciados esto parece bastante cerca, pero perpetuaba, aún más que las casas de huéspedes adyacentes de Pekín, el golfo existente entre las dos burocracias, como si estuviera en Siberia.

Lamentablemente, las espléndidas habitaciones presidenciales probaron ser inadecuadas para las conversaciones serias. Nuestros expertos en seguridad estaban seguros que estaban

llenas de sofisticado equipo de espionaje y Nixon se negaba a utilizar «el conversador»; su ruido lo volvía loco. Por eso, nos vimos reducidos a usar su coche norteamericano estacionado afuera para las conversaciones realmente privadas, con la esperanza de que sus cristales a prueba de balas no permitirían la intrusión de equipo electrónico.

Pero éste no era nuestro problema a la llegada. La vena romántica de Nixon se sintió afectada por la historia del Kremlin y por ser el primer presidente norteamericano que lo visitara. Kosygin y Podgorny conversaron de amenidades y luego se excusaron. Finalmente había comenzado la reunión cumbre.

SALUDOS Y ENCUENTROS

El primer encuentro de Nixon con Brezhnev se anunció para una hora más tarde —imitando probablemente el proceder de Mao— justo antes de la cena de bienvenida. Brezhnev insistió en ver a Nixon a solas. Nixon siguió su conducta habitual de no utilizar un intérprete del Departamento de Estado —lo que, ahora que yo también estaba excluido, encontré irritante—. Como era su costumbre, no dictó tampoco un informe oficial, aunque me puso oralmente al tanto. Lo que quedaba por hacer era pedirle al espléndido intérprete soviético, Victor Sukhodrev, que dictara su relato a mi secretaria Julie Pineau. Obviamente no le dio a su jefe la peor parte, recordando el famoso dicho de Dean Acheson de que nadie perdió nunca un debate en un memorándum sobre una conversación dictado por uno mismo. El relato de Sukhodrev demuestra que una gran parte de la reunión fue ocupada por un largo monólogo de Brezhnev. Comenzó diciendo que no había sido «fácil» para la Unión Soviética acceder a una reunión a la luz de lo que estábamos haciendo en Vietnam. Sonaba plausible, aunque se tornó cansador a medida que se repetía, convirtiéndose en un estribillo. No había reunión que pareciera oficial sin que el más alto funcionario soviético presente no hubiera pronunciado esta liturgia e implicado que la moderación soviética necesitaba alguna reciprocidad norteamericana.

Brezhnev reiteró su dedicación a una fundamental mejoría en las relaciones soviético norteamericanas, por lo que, aseveró, consideraba los «principios básicos de las relaciones EEUU-Unión Soviética» aún más importantes que el proyectado tratado SALT. Se lamentó de que la dedicación técnica de los delegados a SALT necesitara «investigarse». Esta queja podía ser en parte genuina y, en parte, permitía que los dos dirigentes representaran la aparente necesidad psicológica de cualquier reunión cumbre de que ellos personalmente habían podido romper un punto muerto provocado por sus menos inspirados subordinados. Brezhnev destacó su interés en una Conferencia de Seguridad Europea y se las arregló para probar en Nixon el proyecto con que me había salido unas semanas atrás: un acuerdo para que ninguna de las partes pudiera usar armas nucleares en contra de la otra.

Nixon no estaba muy ansioso por las negociaciones detalladas en este momento. Tenía más deseos de demostrar lo bien que se había preparado, recitándole a Brezhnev extractos de las conversaciones que el último había mantenido conmigo en abril. Evitó Vietnam. Estuvo de acuerdo con la Conferencia de Seguridad Europea «en principio», diciendo que sólo quedaban obstáculos de procedimiento. Esto podía querer significar cualquier cosa. Derivó hacia mí el acuerdo para la restricción del uso de armas nucleares, exponiéndome en esa forma a otro año de engatusamiento pesado por parte de los soviéticos. Dejó la impresión de que podría estar preparado para discutir los asuntos del Medio Oriente. Como ninguno de los dos dirigentes habían llegado a sus altos cargos a través de su maestría por los detalles, el único acuerdo al que podían llegar en este punto era sobre la poca confianza que se podía tener en sus poco adecuadas burocracias. Nixon sugirió que Brezhnev y él debían retornar a la atmósfera de tiempo de guerra, cuando los asuntos fundamentales eran resueltos por las cabezas de gobierno, dejando a los subordinados la realización técnica únicamente. «Si dejamos todas las decisiones a los burócratas, nunca conseguiremos nada», dijo Nixon. «Lo único que harán es ahogarnos en papel», consintió Brezhnev alegremente.

Una vez establecida esta comunidad de intereses, los dos líderes se dedicaron a intercambiar relatos sobre sus dificultades internas. Brezhnev reconoció que tendría que traer a Kosygin y a Podgorny a la mayoría de las reuniones y Nixon a su vez señaló que Rogers no sabía nada aún sobre los «Principios Básicos». Le pidió ayuda a Brezhnev para introducir el documento de manera compatible con nuestras necesidades burocráticas. Éste era un juego que Brezhnev podía apreciar y estuvo prontamente de acuerdo.

Los dos dirigentes tuvieron a los demás invitados esperando en la mesa del banquete que había sido programado para comenzar a las 8. Este hecho contribuyó a crear la impresión de que se estaban discutiendo asuntos de la mayor importancia. La cena tuvo lugar en el espléndido salón Granovit del gran palacio del Kremlin, un exquisito salón del siglo quince con techos y muros abovedados cubiertos de pinturas religiosas. Como el salón era relativamente pequeño, los invitados eran menos que en las ocasiones similares en China —alrededor de doscientos—. Incluían a los máximos dirigentes de la Unión Soviética y los grupos oficiales de ambas partes. La cena misma carecía de la precisa planificación de los banquetes de Pekín; parecía más bien una reunión de una familia levemente desorganizada. Mientras aguardábamos la llegada de los principales hubo algunas conversaciones sin propósito aparente con cada delegación, aunque cada una se mantuvo generalmente unida. Los dirigentes soviéticos entraban a intervalos irregulares y no había línea de recibimiento. Finalmente aparecieron Brezhnev y Nixon e hicieron algunas observaciones jocosas a unas pocas personas conocidas y allí mismo, sin otra ceremonia, todo el mundo se fue a la cena, alrededor de una hora más tarde.

Tanto Nixon como Podgorny (el equivalente de Nixon en el protocolo) hicieron largos pero nada sensacionales brindis; Podgorny reafirmó el deseo soviético de coexistencia pacífica, que según dijo, había sido un principio del comportamiento soviético desde la época de Lenin; nosotros hubiéramos preferido alguna indicación de algún cambio en la conducta soviética, ya que la continuidad no estaba desprovista de amenaza. Podgorny dejó sin contestación los interrogantes fundamentales: ¿La relajación de las tensiones era solamente una táctica en la interminable lucha por alterar el equilibrio mundial? ¿O es que estábamos en el comienzo de una nueva fase de la política soviética?

La respuesta de Nixon tocó los temas que nosotros buscaríamos presentar en un período de genuina restricción de las grandes potencias. En oposición a su discurso en Pekín, evitó las hiperboles. Deseaba, dijo, que esta reunión cumbre se recordara más por la substancia que por la atmósfera.

Debiéramos reconocer que las grandes potencias nucleares tienen la solemne responsabilidad de ejercer la restricción en cualquier crisis y tomar acciones positivas que eviten la confrontación directa.

Con el gran poder va la gran responsabilidad. Es precisamente cuando el poder no está acompañado por la responsabilidad que la paz se ve amenazada. Que nuestro poderío sea siempre usado para mantener la paz, nunca para romperla.

Debiéramos reconocer aún más que es responsabilidad de las grandes potencias el influir a otras naciones en crisis para que moderen su comportamiento.

Así, bastante auspiciosamente, comenzó la reunión cumbre. Sin embargo, nunca pudo adquirir la textura uniforme de la celebrada en Pekín; fue más errática e inestable. Habíamos tenido poco trabajo práctico con los chinos, de modo que la cumbre se había enfocado en la creación de vínculos filosóficos y psicológicos que provocaran la formulación de políticas coordinadas, como consecuencia de la común apreciación de la situación internacional. Éramos demasiado competitivos geopolíticamente con la Unión Soviética como para que fuera posible tal procedimiento en Moscú y los líderes soviéticos eran demasiado inseguros psicológicamente y muy poco sensibles para los intangibles como para animarse a entrar en discusiones teóricas. Habían llegado a la prominencia por la fría eliminación de los rivales que eran también sus colegas; no podía esperarse que confiaran en un hombre de estado capitalista más de lo que confiaban el uno en el otro. La conducción colectiva agravaba la incomodidad; se podía sobrevivir a un error colectivo, pero el retraso producido por la excesiva confianza de un individuo parecía imperdonable. Los dirigentes soviéticos se aseguraban por lo tanto una y otra vez con documentos e interpretaciones escritas. Las discusiones filosóficas los ponía visiblemente nerviosos, considerándolas como una treta o como una cortina de humo y trataban de maniobrar todo lo rápidamente posible en la dirección de algún resultado concreto que pudiera firmarse. El resultado era que hasta los acuerdos escritos se lograban después de tanto manoseo que quedaban aislados y en sus propios términos; dejaban poco residuo de buena voluntad. Se tenía la sensación de que sólo se cumpliría con el sentido literal de los documentos (si es que algo se cumplía) y que lo que no estaba escrito no tenía significado alguno. El «espíritu» de un documento era una frase sin sentido para la conducción soviética.

En la práctica, esto quería decir que las discusiones entre Nixon y los líderes soviéticos carecían de un tema central. Hubo una reunión dramática sobre Vietnam y por lo demás, los líderes soviéticos se encontraban con Nixon a intervalos irregulares para discutir una bolsa sorpresa de temas, incluyendo a Europa, el Oriente Medio y las relaciones económicas, sin llegar ni a conclusiones precisas ni a la profunda investigación política. Lo que surgía en general eran expresiones formales de posiciones medias muy poco diferentes de los intercambios escritos que habían ido y venido por el canal, ya sea resúmenes de negociaciones concluidas o precursores de algunas por venir. Lo que quedaba por negociar era entregado a Gromyko y a mí para las sesiones, tarde por la noche, durante la semana y reuniones de casi todo el día, mientras él se preparaba para la alocución al pueblo soviético que sería pasada por televisión el sábado 27 de mayo, mientras el presidente visitaba Leningrado el 28 de mayo.

El irregular ritmo de la cumbre estaba dado por el hecho de que en la Unión Soviética, la programación parece tener una calidad de aproximación en el mejor de los casos. Los horarios impresos en nuestros programas eran por la mayor parte teóricos. A veces nos dejaban esperando horas mientras los líderes soviéticos estaban en una junta partidaria, asistían a sesiones del Politburó o simplemente desaparecían. No se podía estar nunca seguro de la hora, lugar o tema de una reunión, sin importar lo que se hubiera convenido por anticipado. (Esto se aplica sólo a los máximos dirigentes. Gromyko, como ministro exterior, era meticulosamente puntual.) No estaba nunca en claro si las numerosas tardanzas y el constante cambio de temas eran una forma de guerra psicológica o reflejaban simplemente el estilo de trabajo de los soviéticos. De cualquier modo, el procedimiento no varió nunca en todos mis contactos con los máximos dirigentes soviéticos. Cuando Brezhnev visitó los Estados Unidos en 1973, se sentaba en la galería en Camp David, a plena vista de la cabaña de Nixon, conversando con sus consejeros a la hora justa de su entrevista con el presidente, a quien tenía esperando dos horas sin explicación o disculpa. Ese mismo año, después de haber estado esperando cuatro horas durante una visita a Moscú, logré resultados diciéndole a un funcionario de protocolo soviético que yo siempre había querido pasar mis vacaciones de invierno en Moscú. Esta observación trajo a Brezhnev en media hora (o tal vez ya estaba listo para venir). Siempre que era posible, Dobrynin aparecía durante estos intervalos no programados con suaves maneras conciliatorias, pero obviamente incapaz o poco dispuesto a explicar lo que estaba ocurriendo.

Lo único fijo de todo el programa diario era la ceremonia de la firma, generalmente a las 5 de la tarde de cada día, de los acuerdos subsidiarios previamente negociados. Las delegaciones completas soviética y norteamericana se reunían en un salón grande del Kremlin detrás del imponente St. Vladimir Hall donde se produciría la firma delante de una multitud de periodistas, fotógrafos, funcionarios y curiosos. La sala de espera parecía la sala de esparcimiento de un magnate industrial hecha por sí mismo, con las plantas en macetas dispuestas sin seguir un orden aparente alternando con muebles macizos que eran más caros que elegantes. Las delegaciones norteamericana y soviética, se agrupaban torpemente en rincones opuestos, tal vez porque los funcionarios soviéticos responsables de los tecnicismos habían tenido poco contacto previo con extranjeros no comunistas y sencillamente no sabían como comportarse a nivel personal o informal. Pero lo que les faltaba de gracia social lo compensaban con su determinación. Cuando se daba la señal de que había llegado la hora de firmar, demostraban la elasticidad y la fortaleza rusas para abrirse paso a través de las puertas dejando atrás a sus sorprendidos huéspedes. Procedían como si se jugara el prestigio soviético por llegar a la ceremonia de la firma antes que la delegación norteamericana. Una tal dedicación merece no pasar inadvertida y la historia debe registrar que en una semana de ceremonias para firmar, las delegaciones soviéticas, por diferente que fuera su composición, nunca defraudó a su bando, ganaron cada carrera en cada ceremonia de firma.

La naturaleza errática del programa surgió en la primera sesión plenaria del martes 23 de mayo. La reunión tuvo lugar en el salón Santa Catalina, una sala grande, orlada de oro y amueblada frugalmente con elegantes candelabros y sillas talladas alrededor de una mesa rectangular cubierta con un fieltro beige. Los norteamericanos entraron por un extremo del largo salón y los soviéticos por el otro, las dos delegaciones se encontraron y dieron algunas vueltas hasta que finalmente se separaron y tomaron sus lugares una enfrente de la otra. En el lado norteamericano, Nixon se situó en el centro, flanqueado por Rogers y yo, estando toda la dotación de los consejeros de la Casa Blanca y el Departamento de Estado, como garantía de que Nixon no diría nada significativo. La máxima conducción soviética se sentó con Brezhnev en el centro,

flanqueado por Podgorny y Kosygin, incluyendo el grupo soviético entre otros, a Gromyko y Dobrynin además del intérprete Sukhodrev. La mesa estaba dividida en el centro —como si fuera una frontera— por una hilera de botellas de agua mineral efervescente georgiana y copas de cristal. Después de unos minutos de las obligadas fotografías de la prensa y la televisión, comenzaron las conversaciones oficiales de la conferencia cumbre.

E inmediatamente fue directo hacia lo impredecible. Nos habían inducido a creer que Europa sería el tópico central y el personal del CNS había preparado los informes al presidente con ello en la mente. Ese tema nunca se trató realmente. Esto hizo que los auxiliares del equipo que habían trabajado en esos documentos se volvieran rabiosamente anti-soviéticos, no habiendo furia que iguale a la de un consejero presidencial que ha sido puesto en evidencia delante de su jefe como menos que presciente.

El discurso de bienvenida de Brezhnev repitió el punto que pronto se haría familiar de que no había sido «fácil» que los soviéticos accedieran a la reunión. La siguiente media hora se dedicó a familiarizar a los otros participantes con decisiones que hacía tiempo que se habían tomado a través del canal. Brezhnev propuso que hubiera una ceremonia de firma cada tarde y Nixon estuvo de acuerdo, observando que los periódicos matinales de Moscú tendrían así algo que informar, mientras que en los Estados Unidos la firma alcanzaría los espectáculos nocturnos en la televisión. Lo que pensó Brezhnev de la proposición de que los periódicos de Moscú necesitaban de la ayuda de Nixon para encontrar noticias, debe dejarse a su autobiografía. Nixon habló entonces bastante largamente sobre la importancia que concedía a las reuniones. Tuvo buen cuidado de incluir advertencias sobre diferencias existentes, haciendo notar que tenía reputación de ser un guerrero frío. Kosygin intervino diciendo secamente que le parecía haber escuchado algunos rumores sobre ello en algún momento anteriormente.

El tono de chanza continuó aún después que las conversaciones se volcaron hacia las relaciones económicas y SALT. Brezhnev dijo medio en serio, que las relaciones norteamericano-soviéticas harían gran adelanto si nosotros pudiéramos conceder créditos por tres o cuatro mil millones de dólares durante veinticinco años al 2 por ciento de interés. Kosygin interpuso que entonces les sería posible proveer a los Estados Unidos con grandes cantidades de vodka soviética auténtica, que era mucho mejor que la vodka «émigré» a la que estábamos acostumbrados; Brezhnev sugirió que él y Kissinger podían instalar una compañía. Nixon respondió diciendo que yo ya había ganado suficiente dinero —de dónde sacó esta errónea idea no sé.

A Nixon no le gustaba mucho la conversación social, por lo que rápidamente pasó a explicar el vínculo del comercio y los créditos con el adelanto en SALT. Dijo que un tratado SALT le ayudaría a conseguir apoyo en el Congreso para expandir las relaciones comerciales. Kosygin y Brezhnev insistieron en que el comercio era importante por sí mismo. Ante nuestro estupor, Podgorny intervino repentinamente para decir que SALT era más importante que los vínculos comerciales porque concernía a la seguridad nacional. Brezhnev lo reconoció, pero agregó que los asuntos comerciales estaban «cerca del corazón de los pueblos». Sin embargo, Podgorny no se dejó acallar, reiterando que SALT era más difícil y más importante. Rogers tomó la palabra para repetir lo que Nixon había dicho en cuanto a la dificultad de conseguir apoyo en el Congreso para un tratamiento de privilegio nacional si no ocurrieran otros acuerdos. Podgorny se aferró a sus ideas; aunque el comercio era importante, SALT era todavía más importante. Finalmente Kosygin cambió de bando acentuando la importancia de llegar a un acuerdo SALT mientras los Estados Unidos y la Unión Soviética disfrutaban aún de prácticamente un duopolio de armas nucleares; realmente no había «otra alternativa». Nixon, buscando la forma de evitar la revelación de Hangchow, sugirió que Gromyko y Rogers se concentraran en los asuntos de seguridad europea, implicando así que yo debería manejar todos los otros tópicos. Brezhnev lo entendió y propuso que Gromyko y yo trabajáramos sobre SALT y mientras estábamos en ello, agregó bastante hábilmente, podríamos también echarle una mirada a los principios generales que debieran gobernar las relaciones entre nuestros dos países. Brezhnev hizo también notar que los negociadores de Helsinki habían fracasado hasta el momento en llegar a un acuerdo en uno o dos puntos, sugiriendo que él y el presidente los tomaran en sus manos a las 4 de la tarde. Habiendo terminado con los libros burocráticos, la primera sesión plenaria había conseguido su principal propósito y se levantó. Gromyko fue la víctima evidente, ya que había sido designado para negociar con cada burocracia norteamericana y asistir a todas las sesiones plenarias también.

Esto estableció el tono para todas las otras sesiones formales. Excepto por la discusión so-

bre SALT y una breve discusión final sobre Vietnam, el equipo soviético operaba como la troika de Kosygin, Podgorny y Brezhnev. Brezhnev era el que hacía generalmente la declaración inicial para el lado soviético, pero haciendo gran ostentación de su pedido de asentimiento a sus colegas y dejándoles amplia oportunidad de hacer comentarios por su cuenta. Podgorny usaba la plataforma erráticamente y, por lo menos para el lado norteamericano, en forma impredecible. Kosygin, siempre disciplinado e incisivo, llevaba el peso de la discusión sobre temas económicos, después de observaciones introductorias de Brezhnev y en una ocasión en que éste estuvo ausente, presidió una sesión plenaria.

En el lado norteamericano, la composición dependía del tema a tratar y ya que los soviéticos cambiaban los tópicos continuamente, había ocasionalmente un forcejeo para constituir la línea de juego apropiada. Yo estaba presente en todas las reuniones de alto nivel y era el único consejero mayor en las que trataban de SALT y Vietnam. Cuando se discutían los temas económicos —como en la primera sesión plenaria del 23 de mayo y en la tarde del 25 de mayo— estaban presentes Rogers, Peter Flanigan (consejero presidencial para asuntos económicos internacionales) y hasta Ron Ziegler. Las discusiones sobre Europa del 24 de mayo incluyeron a Rogers junto a sus consejeros del Departamento de Estado. El intercambio sobre el Medio Oriente del 26 de mayo incluyó a toda la conducción soviética pero solamente a tres norteamericanos —el presidente, yo y Peter Rodman como escribiente—. Ya que la participación del Departamento de Estado en la reunión cumbre era más frecuente y más visible de lo que había sido en China, evitamos las disputas internas que tanto marcaron el final de la cumbre de Pekín.

LA ESTRUCTURA DE PODER SOVIÉTICA: KOSYGIN Y PODGORNÝ

Estas reuniones con los máximos dirigentes soviéticos, aunque sin conclusiones, permitían una interesante incursión dentro de la estructura de poder soviética. Brezhnev no tenía posición gubernamental pero era claramente el hombre clave, aunque parecía necesitar el apoyo de Kosygin y Podgorny para que el Politburó lo respaldara. Por lo menos, hacía gran despliegue para involucrarlos en todas las decisiones, yendo tan lejos como para insistir que la invitación para una devolución de la visita en los Estados Unidos, incluida en el comunicado, mencionara los nombres de sus asociados. Sobre asuntos militares, Brezhnev, que era presidente del consejo de defensa nacional, parecía tener autoridad exclusiva y por eso era que se encontraba con Nixon solo para discutir SALT. Parecía tener también la voz dominante sobre Vietnam, sugiriendo que las relaciones con Hanoi fueron probablemente consideradas en primer lugar como asuntos del partido, excepto por un intento colectivo de amedrentar a Nixon en el cual Kosygin demostró la mayor pasión.

De los colegas de Brezhnev, Kosygin era el más notable, por amplio margen. Aunque estaba subordinado a Brezhnev en poder y autoridad y no estaba a cargo de charlas definitivas sobre temas sensibles, hablaba de ellos con seguridad y siempre con gran precisión. Parecía dominar los detalles más completamente que Brezhnev. Entre nuestros expertos tenía la reputación de ser más liberal que Brezhnev. Sobre la base de mis contactos con él considero que era un juicio superficial. Como primer ministro estaba en el control operativo de las actividades día por día del gobierno soviético, aparte de los campos de la seguridad y política exterior. Se sentía evidentemente fascinado por la tecnología occidental y podía hablar elocuentemente sobre las ventajas del aumento del comercio con los Estados Unidos, aunque nunca dejaba de destacar que lo hacía como un gran favor hacia nosotros al abrirnos el mercado soviético para nuestras exportaciones. Sin embargo, fuera del área económica, la cuestión de la política exterior, por ejemplo, Kosygin me impresionó como ortodoxo, si no rígido; parecía como si compensara el pragmatismo operativo con el más estricto fervor en asuntos ideológicos.

Kosygin era claramente más pulido y mejor educado que sus colegas. Tal vez fuera porque había estado acostumbrado a manejarse en los estratos más altos del poder soviético por más de treinta años. Brezhnev por ejemplo, era todavía un funcionario de mediano nivel en el partido cuando Kosygin se había integrado al alto grupo de los alrededor de veinte líderes soviéticos. Por otra parte, la capacidad de Kosygin para sobrevivir puede muy bien haber derivado del hecho de que nunca hubiera aspirado a la cumbre misma del poder. Sucesivos dirigentes, comenzando con Stalin, habían valorado su competencia y ninguno le había considerado un rival potencial. Habiendo hecho parte importante de su carrera en el medio gubernamental, carecía

de cualquier forma de base de poder dentro de la maquinaria del partido desde la cual lanzarse al pináculo. Al mismo tiempo, Kosygin no podría haber nunca llegado tan cerca de la cima ni haberse mantenido allí por tanto tiempo si estuviera totalmente desentrenado sobre la política del Kremlin. Debe haber desempeñado un papel clave en la revuelta que destituyó a Khrushchev por ejemplo. Sin embargo, su longevidad se debía al hecho de que sus actos no estaban al servicio de la ambición personal. Su adhesión al deber se ilustró vívidamente cuando su esposa estuvo fatalmente enferma; continuó con sus tareas diarias, hasta continuar de pie ante la tumba de Lenin para revistar un desfile en la Plaza Roja cuando llegó el mensaje de su muerte.

Kosygin era astuto para evaluar los caracteres —obviamente un requerimiento para la supervivencia en el sistema soviético. Brezhnev parecía llegar a las aspiraciones, ambiciones y debilidades de sus interlocutores por instinto; Kosygin daba la impresión de hacerlo sobre la base de cálculos cuidadosos. Hasta llegó a inspirar al secretario de comercio Maurice Stans a soñar que los dos pos podían unirse como financistas de cabeza dura y arreglar los males del mundo por medio del intercambio económico. Hubo innumerables hombres de negocio norteamericanos destacados que salieron de reuniones con él haciéndoseles agua la boca ante la perspectiva de enormes contratos y preparados a su vez a librar grandes batallas con una administración obstinada para que concediera créditos y licencias de exportación. Al mismo tiempo, Kosygin fue igualmente habilidoso durante la guerra de Vietnam para presentar perspectivas de control armamentista a visitantes como Averell Harriman, siempre que concluyéramos el conflicto de Indochina bajo los términos de Hanoi.

Kosygin tenía reputación de ser agrio y yo vi pocos indicios del sentido del humor que algunos de nuestros expertos habían detectado bajo el glacial exterior. O mi único intento de dar una nota ligera rebotó, o el humor de Kosygin era demasiado sutil para mí. Los soviéticos como los chinos, habían insistido en que Nixon usara uno de sus aviones para el viaje interno, de Moscú a Kiev. Como siempre, el servicio secreto se resistió, pero, como en China, finalmente se logró desechar sus objeciones. Después de la cumbre, cumplida la ceremonia de partida en el Aeropuerto de Vnukovo, abordamos el avión soviético VIP, que era algo más grande y considerablemente más ostentoso que el *Fuerza Aérea Uno*. A plena vista de la prensa mundial y para gran consternación de nuestros dueños de casa soviéticos, sus motores se negaron a arrancar. Mientras se preparaba un avión de repuesto, Kosygin subió violentamente al avión y dijo: «Digánnos lo que quieren que hagamos con nuestro ministro de aviación. Si quieren que lo fusilemos en la pista de aterrizaje así lo haremos.» Y parecía hablar en serio. Yo traté de disimular su turbación hablando de la maldad de los objetos. Si uno deja caer un trozo de tostada caerá sobre su lado enmantecado en proporción directa al valor de la alfombra, dije; si a uno se le cae una moneda siempre sólo rodando y nunca para nuestro lado. Kosygin no se dejaba atemperar por tan transparentes intentos de pasarle la responsabilidad a otros. «Esa no ha sido mi experiencia», dijo fijando en mí su maléfica mirada. «Yo he dejado caer monedas que rodaron hacia mí.»

En cuanto a Podgorny, él era el más difícil de interpretar, tal vez porque no había profundidad allí que penetrar. Él era claramente el tercero en influencia entre nuestros anfitriones, aunque por el rango protocolar —equivalente al de cabeza de estado— venía antes que Kosygin. Tenía un aire como de abuelo y parecía más relajado que sus colegas, aunque su manera de fumar un cigarrillo detrás del otro reflejaba en realidad que el trepar hasta cerca de la cima de la pirámide soviética genera enormes tensiones internas. No tenía ni la fuerza elemental de Brezhnev ni el agudo intelecto de Kosygin. Expresaba sus opiniones, intervenía a veces de manera excéntrica, pero no daba nunca la impresión de alguien que deseara prevalecer, dominar o ejercitar una influencia decisiva.

Este era el trío que enfrentaría a Nixon en la mayor parte de las sesiones, especialmente en la dramática que tuvo que ver con Vietnam, en la noche del 24 de mayo.

VUELTA NÚMERO UNO SOBRE SALT: BREZHNEV Y NIXON

Para la época de la reunión cumbre, las discusiones sobre la limitación de armas estratégicas habían estado realizándose durante casi tres años. Las detalladas conversaciones habían sido conducidas por nuestra delegación SALT, presidida por Gerry Smith, con gran persistencia y habilidad, tanto en la parte diplomática como en las maniobras burocráticas con Washington. Las reuniones se alternaban entre Helsinki (lugar preferido por los soviéticos) y Viena (que Ni-

xon prefería por alguna razón). Las dos delegaciones se encontrarían en Helsinki para la fase final de las negociaciones.

Siempre que se producía un punto muerto persistente en estas charlas formales, la Casa Blanca tendía a interponerse a través del canal. Generalmente, Dobrynin y yo conseguiríamos un acuerdo en principio sobre el asunto en estancamiento y las delegaciones desarrollarían entonces la realización técnica y el lenguaje textual. La primera vez ocurrió en mayo del año 1971, cuando Dobrynin y yo negociábamos la apertura para incluir las limitaciones ofensivas lo mismo que las defensivas en SALT. La segunda ocurrió durante mis charlas de abril en Moscú, cuando Brezhnev acordó incluir los misiles operados desde submarinos (SLB) en el congelamiento ofensivo.

Había diversas razones para estas intervenciones de alto nivel. Una era el problema perenne de los trascendidos. Las instrucciones para la delegación pasaban por una maquinaria que lanzaba cientos de copias de cada documento y por más discretos que fueran los miembros individuales de la delegación, era imposible mantener el secreto, especialmente sobre asuntos muy sensitivos para ambas partes. La segunda era que la compleja maquinaria instalada por nuestro gobierno para revisar los asuntos de SALT era extremadamente consumidora de tiempo. No eran posibles las decisiones rápidas, ya que cada elemento de la burocracia tenía por lo menos un veto inicial. Tercera, Nixon estaba decidido a que el crédito por SALT fuera directo a él y no a Smith. Se lanzaban innumerables instrucciones a ese efecto directamente a través de la Oficina Oval y a través de Haldeman. Y era comprensible; Nixon había estado perseguido por años por su pretendida belicosidad y los manifestantes antibélicos habían marchado constantemente en su contra desde que había sido designado presidente. No es un descrédito para él el que quisiera ser recordado como un pacifista, ni tampoco era una distorsión de los hechos, por mucho que esto pudiera molestar a sus críticos eternos. Él había llevado el proceso SALT hasta cerca de su casi culminación. La propensión de Nixon hacia la hipérbole —como «una generación de paz»— no podía oscurecer la realidad de que después de años de turbulencia doméstica y de una guerra divisoria, surgía gradualmente un nuevo orden internacional en el que SALT jugaba un importante papel.

No hay necesidad de decir que la delegación SALT no estaba enamorada de esta periódica intromisión de la Casa Blanca. Habían pasado por años de esfuerzos laboriosos que el público en general desconocía. Era sólo humano el que quisieran jugar un papel protagónico en los momentos decisivos que su dedicación y habilidad habían hecho posibles. No era culpa suya que las decisiones clave fueran de índole política, involucrando consideraciones políticas internas tanto como exteriores para ambas partes. Al mismo tiempo, no podíamos demorar nuestros esfuerzos para resolver los asuntos en punto muerto simplemente para mantener la moral de nuestra delegación. Por doloroso que fuera para nuestro equipo negociador, era necesaria la intervención ocasional de alto nivel. (Esta práctica ha sido continuada también por nuestros sucesores.)

En la época de la reunión cumbre restaban sólo tres asuntos en el camino de la conclusión de un tratado SALT. No habían sido dejados así de intento, aunque sin duda Brezhnev y Nixon se hubieran reservado un asunto para ellos para la negociación ceremonial de clausura si las conversaciones de Helsinki hubieran producido algún adelanto cada día. Brezhnev y Nixon (y últimamente Gromyko y yo) se hicieron cargo de los restantes puntos muertos. Mientras tanto, las delegaciones continuaban con su trabajo, provocando, como veremos, considerable tensión.

Los tres asuntos restantes eran 1.º, la distancia de los dos emplazamientos de misiles AB permitidos por el tratado; 2.º, qué aumentos de tamaño, si los hubiera de los misiles ICB y de los silos ICB que debieran permitirse y 3.º, cuáles de los misiles SLB debieran considerarse. Cada uno de estos asuntos era lamentablemente muy técnico. Trataré de reducirlos a lenguaje común, ya que se hace indispensable algún grado de comprensión para una evaluación del debate SALT. (El lector puede saltarse esto hasta la próxima sección si no tiene un desmesurado interés por estos detalles.)

La distancia entre los emplazamientos de los misiles AB era uno de esos problemas triviales que surgen como residuo de las últimas etapas de cualquier negociación, siendo generalmente tan complejos como sin importancia, porque para este punto, ambas partes han agotado su cuota de concesiones. El problema era evitar que los dos emplazamientos de misiles AB estuvieran situados en tal lugar que pudieran apoyarse el uno al otro y por lo tanto formar un núcleo desde el que se hiciera posible expandirse rápidamente para ser una defensa de una gran parte

del país. Por este motivo, nosotros recomendábamos el más amplio espaciamiento posible. Proponíamos 1.500 kilómetros y los soviéticos 1.300 kilómetros. La diferencia no era substancial y pronto se hizo evidente que los políticos no podían hacer contribución alguna para su resolución, casi literalmente se resolvió por sí misma.

Los otros dos asuntos eran potencialmente más serios y estaban aún en discusión precisamente porque eran políticamente intratables.

Primero, cómo definir y limitar los misiles «pesados», o sea, ¿cuál sería el tamaño permitido para los misiles ICB en el tratado? El congelamiento ofensivo había prohibido la construcción de nuevos silos para misiles ICB, pero permitía la «modernización» de los MICB. Se podían terminar únicamente los silos que estaban en construcción en el momento de firmarse el tratado. Estas previsiones no presentaban problemas especiales para nosotros, porque teníamos solamente un tipo importante de misiles ICB, el Minuteman, ni tampoco estábamos construyendo nuevos silos. Sin embargo, los soviéticos tenían dos tipos principales de misiles, un MICB «liviano», el SS-11, que era en realidad más grande que el Minuteman y un monstruo «pesado», el SS-9 de gran peso, que no tenía equivalente en el arsenal norteamericano. Si el congelamiento de los misiles ICB dejaba a los soviéticos en libertad de colocar misiles «pesados» en los silos que albergaban ahora a los SS-11, el tratado perdería significado y los soviéticos estarían en condiciones de lograr un enorme margen de peso a pesar del tratado.

Por este motivo, la conversión de los silos de «livianos» a «pesados» estaba prohibida —aunque los soviéticos trataban de privar a la cláusula de significado operativo oponiéndose a toda definición de «pesado» que pudiera adoptarse. La propuesta norteamericana era que no podía colocarse ningún misil con mayor volumen que los SS-11 en los silos que hasta ese momento habían contenido misiles «livianos». Los soviéticos habían rechazado firmemente esta limitación o alguna variante de ella. Sospechábamos que estaban trabajando en un cohete «liviano» más grande que el SS-11 pero más pequeño que el SS-9. Nuestra delegación presentó por lo tanto otra fórmula que prohibía el cambio de las dimensiones de un silo. Esto sería una restricción más amplia que la limitación en el volumen del cohete mismo, porque permitiría a los soviéticos aumentar el tamaño de los misiles al utilizar en forma más eficiente los silos existentes. También tuvimos problemas porque el Pentágono temía que la prohibición de alterar las dimensiones de los silos podría impedir la conversión de nuestros silos para los misiles MIRV (Minuteman III). (Esto resultó inexacto, pero para ese entonces ya nos habíamos sumergido en una posición que luego veríamos que no necesitábamos.)

Por todas estas razones, nuestra delegación había presentado la proposición de que lo que debía prohibirse eran los aumentos «de significación» en las dimensiones de los silos. Los soviéticos habían aceptado esto, pero rehusándose a definir la expresión «de significación», rechazando de plano la propuesta de los EEUU de definirla con un alcance de no más de un 10 ó 15 por ciento de aumento. Nuestra delegación propuso hacer una declaración unilateral —la que no sería por supuesto obligatoria para los soviéticos— que dijera que *nosotros* entendíamos que «de significación» era el 10 ó el 15 por ciento, precisamente lo que los soviéticos se negaban a aceptar. Nos parecía demasiado arriesgado en la Casa Blanca apoyar un tratado sobre una declaración unilateral rechazada por los soviéticos, por lo que decidimos colocar todo el asunto en la agenda de la reunión cumbre.

El tercer punto, cómo contar los misiles SLB era todavía más complejo. Mi viaje de abril había acordado que se les permitirían a los soviéticos 950 misiles SLB en sesenta y dos submarinos, pero dejando sin definir qué tipo de misiles y submarinos serían incluidos. Los soviéticos adoptaron la posición de que alrededor de treinta misiles en los más viejos submarinos clase H, lo mismo que alrededor de sesenta misiles en los aún más antiguos submarinos *diesel* de clase G no era «moderno» y por lo tanto no podían contarse en el total. En otras palabras, querían que noventa misiles más antiguos quedaran fuera del tratado.

También habíamos convenido con Brezhnev en abril —siguiendo el plan de enero de Laird— que para desarrollarse desde sus cifras corrientes hasta alcanzar los 950 permitidos, los soviéticos tendrían que desmantelar antiguos misiles ICB y SLB, dejando sin embargo a los negociadores de Helsinki dilucidar el punto en que comenzaría este desmantelamiento —«Línea de referencia» en la jerga de SALT. Como era de esperarse, los soviéticos querían la Línea de referencia en un número tan alto como fuera posible, lo que hubiera requerido un mínimo de desmantelamiento y nosotros lo queríamos tan bajo como se pudiera, para poder deshacernos de los más antiguos misiles ICB y SLB. Se complicaron aún más los cálculos porque nuestro primer in-

tento fue establecer la Línea de referencia en el número de submarinos modernos que poseerían los soviéticos cuando se firmara el tratado. Los soviéticos anunciaron que tenían cuarenta y ocho y nosotros estimábamos que cuarenta y tres. Aunque nos hubiéramos puesto de acuerdo en la cifra, discutiríamos todavía sobre la cantidad de misiles que esto implicaba. Porque los soviéticos tenían dos tipos de submarinos modernos: los clase D que llevaban doce misiles cada uno y los clase Y, con dieciséis. Resumiendo, la confusión era grande cuando Brezhnev y Nixon se pusieron a trabajar en la tarde del martes 23 de mayo.

Tuvieron lugar dos reuniones, la primera de 4 a 6 de la tarde en el salón Santa Catalina y la segunda de 7,20 a 9,50 en la oficina del secretario general en el Kremlin. Sólo yo acompañé a Nixon a la primera reunión —oficialmente para tomar notas— encontrándome tremendamente involucrado en la negociación. Tuve dificultades para desempeñar mi función oficial, por lo que para la segunda reunión trajimos a Hal Sonnenfeldt para tomar las notas. En ambas reuniones, Brezhnev estuvo acompañado por su ayudante personal Andrei Aleksandrov, que no habló nunca y por el intérprete Sukhodrev.

Las reuniones demostraron que las cabezas de gobierno no debieran negociar asuntos complejos. Ni Brezhnev ni Nixon estaban totalmente al tanto de los puntos técnicos, estando los dos a horas de distancia detrás de los de Helsinki, que alegremente progresaban por el mismo sendero.

La primera reunión sumergió a los dos dirigentes en la ciénaga de la búsqueda de definición para misiles «pesados». Ante mi consternación, Brezhnev adoptó una posición constantemente rechazada por la delegación soviética, a efectos de que no había necesidad de cambiar las dimensiones de los silos soviéticos y que los soviéticos no tenían ninguna intención de aumentar el diámetro de sus cohetes, implicando así que aceptarían un congelamiento en las dimensiones de los silos tanto como en el volumen de los cohetes. En otras palabras, parecía inclinarse hacia nuestra proposición original de hacía meses, hasta el momento inflexiblemente rechazada por la delegación soviética a SALT. Más aún, Brezhnev parecía estar a favor de una propuesta incompatible con las armas que los soviéticos estaban en realidad construyendo. Su renuncia a las intenciones de aumentar el diámetro de los cohetes soviéticos resultó también contrario a los hechos. Para establecer claramente el punto, le expliqué a Brezhnev que queríamos un límite que no fuera ambiguo en las modificaciones de los silos, porque las nuevas técnicas de lanzamiento podían mejorar las capacidades de los cohetes. No era simplemente un argumento teórico, ya que teníamos buenas razones para creer que esto era exactamente lo que estaban haciendo los soviéticos. Brezhnev negó vigorosamente lo que nosotros sabíamos que era verdad; hasta hizo unos diagramas para probar que yo estaba hablando tonterías y por supuesto, no podíamos contradecirlo sin revelar la extensión y la fuente de nuestro conocimiento. Aún más, se resentía cada vez que yo describía las características de las armas soviéticas; la pasión de los soviéticos por el secreto es tal, que cada vez que nosotros descubríamos *nuestro* conocimiento de *sus* capacidades, los dirigentes soviéticos se turbaban e irritaban visiblemente. Como gesto de buena fe, sin embargo, Brezhnev propuso formalmente que abandonáramos totalmente la expresión «de significación» del artículo que prohibía los aumentos en las dimensiones de los silos; esto hubiera evitado *cualquier* aumento en ellos.

La vuelta completa dada por Brezhnev en la posición soviética al aceptar un congelamiento en las dimensiones de los misiles parecía crearnos un problema, ya que de acuerdo a cálculos recientes del Pentágono —que más tarde se demostró que estaban equivocados— un congelamiento en el tamaño de los silos nos impediría instalar los misiles MIRV Minuteman III en los silos existentes Minuteman. Por eso rechazamos la sorprendente propuesta de Brezhnev, provocando el surrealista resultado de que los líderes parecían haber intercambiado sus papeles: Brezhnev viraba hacia la posición norteamericana de algunos meses atrás, mientras Nixon aparecía como adoptando la opinión de la delegación soviética a SALT en Helsinki. Cuatro días más tarde, el Estado Mayor Conjunto decidió que hubiéramos podido aceptarlo después de todo, pero para ese entonces los soviéticos habían retirado la sugerencia de Brezhnev como era de esperarse, sin importarles lo que Nixon respondiera, a la vista de su incompatibilidad con los programas proyectados por los soviéticos.

La discusión sobre los misiles SLB tuvo menos variante con la posición de Helsinki; ninguna se distinguía por su precisión. En este punto, Brezhnev coincidió con su delegación: eran cuarenta y ocho los submarinos soviéticos que formarían la Línea de referencia para comenzar a intercambiar los más antiguos submarinos y los misiles ICB por misiles lanzados desde sub-

marinos más modernos. Nixon me pidió que manejara esta parte de la discusión. Sugerí que podríamos aceptar cuarenta y ocho submarinos como Línea de referencia si ésta incluía los nueve submarinos más antiguos de clase H. Esta proposición irritó no poco a Brezhnev, ya que hasta de acuerdo a los cálculos soviéticos hubiera reducido su cifra de Línea de referencia a treinta y nueve, forzando a los soviéticos o a abandonar totalmente la clase H o a renunciar a uno de los submarinos modernos (con doce a dieciséis misiles cada uno) por cada submarino clase H (con tres misiles cada uno) que retenían. Decidió por lo tanto trasladar la discusión al número de submarinos norteamericanos permitidos bajo el tratado. Insistimos en un límite tope de cuarenta y cuatro, permitiéndonos un número de cohetes igual a la Línea de referencia soviética. (Para llegar a ese número tendríamos que negociar cuarenta y ocho de nuestros viejos misiles Titán ICB que el Pentágono había estado queriendo abandonar por años y yo había mantenido en servicio para utilizarlos para canje.) Ya que en realidad nosotros teníamos solamente cuarenta y un submarinos portacohetes y nuestro Estado Mayor Conjunto había rechazado la construcción de nuevos submarinos hasta que las series Tridente estuvieran listas, Nixon podía decirle a Brezhnev sin pena que no podíamos ejercitar la opción de agregar tres nuevos submarinos durante el término de cinco años en que el tratado tuviera vigencia.

Con las mentes confusas con todas las cifras en danza, ambas partes estuvieron de acuerdo con descansar por una hora. Yo utilicé el tiempo en telegrafiarle a Gerard Smith un relato del sorprendente giro de los acontecimientos.

Nos volvimos a reunir a las 7 de la tarde, en la oficina de Brezhnev en el Kremlin, ubicada en un edificio de fachada barroca en un rincón lejano, por la calle que sale del palacio grande del Kremlin. Se entraba por un vestíbulo alfombrado bastante angosto y se subían algunos escalones hasta un destartado ascensor. El tercer piso era utilizado por el Politburó y el segundo piso albergaba el Consejo de Ministros. La oficina de Brezhnev era de por lo menos 28 metros de largo, con una mesa que podía acomodar a los miembros del Politburó y sus suplentes, generalmente sumando veintiuno. En el extremo de la mesa y perpendicular a ella estaba el enorme escritorio de Brezhnev, con un lado ocupado totalmente por una consola telefónica que tenía tantos botones que daba la impresión que solamente podía operarla un consumado organista.

Los dos principales se lanzaron inmediatamente al corazón del asunto, abriendo Brezhnev la reunión aceptando nuestra distancia propuesta de 1.500 kilómetros entre las locaciones de misiles AB. Desdichadamente, sin saberlo ninguno de los dos líderes, la delegación norteamericana en Helsinki ya había aceptado la propuesta soviética de 1.300 kilómetros esa mañana. Brezhnev nos ofrecía un trato mucho mejor que el que habían aceptado nuestros negociadores. No hizo mella; finalmente nos quedamos con la versión negociada en Helsinki; la diferencia era marginal de todos modos.

Después de este fallo de tiro, los líderes se internaron nuevamente en la resbaladiza cuesta de la definición de los misiles «pesados». Durante el receso, yo le había advertido a Nixon que no podíamos apartarnos de la posición de nuestra delegación hasta que supiéramos algo de Smith, debido al problema MIRV, pero que tendría que persuadir a los soviéticos para que aceptaran nuestra definición de «de significación». Por lo tanto, Nixon le dijo a Brezhnev que nosotros insistíamos en una previsión para que no hubieran aumentos «de significación» en las dimensiones de los silos (lo que los soviéticos ya habían aceptado) y definir «de significación» como un 15 por ciento (que los soviéticos habían rechazado). Brezhnev, que había ofrecido un congelamiento total en las dimensiones de los silos en la primera reunión, pareció un poco picado porque no continuábamos con lo que había sido nuestra posición de unos meses atrás y nos preocupábamos por un ascenso de los misiles soviéticos. En ese punto pensé que no haría ningún daño que resucitáramos una vieja idea norteamericana terminantemente rechazada por los soviéticos hasta el momento en cuanto a que las limitaciones acordadas no se aplicaran solamente a la dimensión de los silos, sino también al volumen de los misiles. Esto hubiera puesto una mucho mayor restricción en el desarrollo de los misiles soviéticos, ya que no hubieran podido mejorar la utilización de la capacidad de silo existente. Parecía que Brezhnev iba a aceptar esto también. Fue la última vez que lo encontramos en una negociación SALT sin sus consejeros.

Yo no puedo entender todavía lo que Brezhnev pensaba que estaba haciendo. ¿Nos estaba ofreciendo concesiones genuinas? ¿Conocía nuestro programa de conversión de nuestros misiles Minuteman de modo que sabía que rechazaríamos sus sugerencias? ¿O confundía sen-

cillamente los detalles técnicos y no se daba cuenta de la diferencia entre la dimensión de los silos y el volumen de los cohetes?

Cuando los dos dirigentes volvieron sobre el tema de los misiles SLB repitieron simplemente los términos de la primera reunión. Se estableció que Gromyko y yo nos encontraríamos a la mañana siguiente para ver si podíamos formular las instrucciones conjuntas para las delegaciones, pero antes que esta reunión se efectuara realmente, sobrevino el tenso y ligeramente grotesco encuentro entre Nixon y la conducción soviética en la dacha de Brezhnev.

CONFRONTACIÓN EN LA DACHA

Esta dramática confrontación comenzó cuando el secretario general del comité central del partido comunista soviético secuestró al presidente de los Estados Unidos. Brezhnev había invitado a Nixon a cenar el 24 de mayo para considerar «asuntos de importancia», indicando que estarían presentes solamente los dirigentes soviéticos. La exclusión de Gromyko fue una señal para que nuestra parte confinara la asistencia a los miembros del equipo del CNS. Se nos dijo primero que Brezhnev se proponía hablar del Medio Oriente, pero durante la tarde, Dobrynin me dijo que casi con seguridad el tema en la mente del dirigente era Vietnam, tema que hasta ese momento no se había tratado excepto por la letanía de lo «difícil» que había sido para los dirigentes soviéticos recibir a Nixon. Designé por lo tanto a Winston Lord, mi ayudante para todas las negociaciones más sensibles y John Negroponte, que era ahora el experto en Vietnam de mi equipo para que me acompañaran a la dacha. El plan había sido salir alrededor de una hora después de la ceremonia diaria de firma (esta vez por la colaboración en el espacio) en la caravana que estaba siendo preparada en ese momento por el Servicio Secreto.

Brezhnev traicionó a todos. Al salir él y Nixon de la ceremonia de firma, sugirió repentinamente que se fueran juntos inmediatamente a la dacha. Nixon aceptó —no podía hacer otra cosa, ya que Brezhnev lo empujaba literalmente hacia su coche— y allí partieron los dos líderes, en el enorme coche ZIL de Brezhnev. Los asistentes presidenciales aprenden con bastante rapidez a mantenerse cerca de sus jefes, especialmente en los viajes al exterior. Salté al coche soviético siguiendo gritándole a un asistente que Lord y Negroponte debían ir a la dacha por su cuenta.

Fue una orden absurda. Ningún norteamericano sabía dónde estaba la dacha. Ningún funcionario soviético quería decírselo. No había coches norteamericanos disponibles en el momento. Lord y Negroponte se dirigieron frenéticamente a una serie de burócratas soviéticos para que los ayudaran, que estoicamente pretendían ignorancia, o no comprendiendo inglés o no queriendo tomar la responsabilidad de ordenar a un auto que fuera a la dacha fuertemente custodiada. Casi desesperados, ya que no existe consejero presidencial que se pierda voluntariamente una reunión de alto nivel —y ellos tenían todos mis documentos informativos— Lord y Negroponte se las arreglaron (con ayuda de Bill Hyland) para llegar al general Antonov, jefe de la sección de la KGB responsable por la seguridad de los líderes extranjeros. Autorizó su partida hacia la dacha y les proporcionó un coche —que no estuvo listo hasta que Brezhnev y Nixon (y yo) llegamos a la dacha, ya que Brezhnev y Nixon en un coche y yo en otro habíamos salido velozmente de Moscú. Nos seguía el coche personal de Nixon lleno de agentes del Servicio Secreto que estaban fuera de sí mismos porque el presidente de los Estados Unidos había sido secuestrado en sus mismas narices por el comunista número uno de la Unión Soviética.

Después de viajar en aviones extranjeros, lo que los del Servicio Secreto odian más son los conductores y los coches extranjeros. En este caso tenían sus buenas razones. Resultó ser un viaje desolador. Las principales avenidas de Moscú tienen por lo menos seis carriles, de los cuales el interior está reservado para el más alto nivel de los VIP. Todos los autos que van por el carril interior tienen prioridad automática en cada intersección. Si el público soviético fuera menos disciplinado o menos consciente de las reglamentaciones, no habría miembro del Politburó que sobreviviera largo tiempo, porque sus conductores manejan por Moscú a ciento diez kilómetros por hora sin prestarle la mínima atención a las luces de tránsito, confiando en que cada intersección estará libre para su paso. Y lo que es peor, los autos de la caravana siguen uno tras del otro a velocidad de coches de carrera y los coches de custodia van de un lado al otro en un movimiento de tijera. Si el coche de adelante tuviera que detenerse repentinamente, la manzanera sería inevitable. Es una experiencia vigorizante; después de un tiempo se instala el fatalismo. El único lugar donde no pude nunca evitar un sentimiento de náusea fue en la entrada

al Kremlin donde uno pasa volando primero por un ancho boulevard a través de tránsito pesado que viene de ambas direcciones y una vez que se ha sobrevivido al cruce, se sale disparado a cruzar la entrada del siglo quince Borovitsky, que apenas tiene el ancho para dejar pasar tránsito en una sola dirección. Si alguien dejara de atender una señal, las circunstancias a favor de sobrevivir a la velocidad en que viajan los coches VIP soviéticos no merecen mencionarse.

La dacha estaba a más o menos cuarenta y cinco minutos, aun a la velocidad indecente, del Kremlin. Estaba en una pequeña elevación de un área densamente arbolada del río Moscú. No había otra casa a la vista. Estaba fuertemente custodiada por personal uniformado de la KGB. La dacha estaba construida en el estilo clásico soviético, que no era demasiado diferente de las casas de huéspedes de Lenin Hills. Era de dos pisos, cómoda sin llegar a ser espléndida o muy elegante. La planta baja tenía en un lado una pequeña oficina y un salón confortablemente equipado que miraba a un parque que llevaba a un muelle para botes en el río Moscú. Del otro lado del vestíbulo había sala de proyecciones. Al lado, una pequeña sala de conferencias amueblada muy frugalmente con un mesa ovalada y un reloj de pie contra la pared. La sala de conferencias, como el salón, miraba hacia el río.

La tarde iba a estar marcada por cambios repentinos e impredecibles. Habiendo podido «secuestrar» al presidente con éxito una vez, Brezhnev, de muy buen humor cuando llegamos a la dacha, se lo llevó a la disparada al muelle de botes para dar un paseo en un aerodeslizador. Yo fui detrás en otro aerodeslizador con Aleksandrov (*).

Bastante más atrás, meciéndose con bastante incomodidad en nuestra estela venía una embarcación convencional llena de los mismos agentes del Servicio Secreto que habían presenciado ahora por segunda vez como su responsabilidad les era birlada por los ladinos dirigentes soviéticos, esta vez por agua.

Era evidente que el aerodeslizador trataba de romper el récord de velocidad de los coches oficiales y por lo que sé, con todo éxito. Sin embargo, a pesar de la conmoción y el evidente frenesí de aquéllos cuyas maneras de proceder habían sido tan totalmente violadas, la excursión me produjo una sensación de extraordinaria serenidad. A ambas márgenes del río se veían bosquecillos de abedules que puntualizaban un paisaje suavemente ondulado que se extendía en olas verdes hasta el lejano horizonte. La vista era tranquilizadora más que espectacular. Era una mirada a ese océano de tierra que es Rusia. A través de su extensión habían pasado las hordas invasoras tanto del Este como del Oeste a lo largo de los siglos y al final, cada una de ellas fue abatida por la paciencia sufrida de un pueblo que se aferraba con tozudez a su tierra natal y era capaz de conservar su propia identidad entre toda la violencia y la crueldad —hasta la infligida por sus propios líderes.

Cuando volvimos a la dacha alrededor de una hora más tarde, Kosygin y Podgorny habían llegado, lo mismo que los muy vapuleados Lord y Negroponte. Antes que pudiera comenzar nuestra reunión, sin embargo, yo tenía que arreglar primero una disputa entre la KGB y el Servicio Secreto. Decididos a no permitir que su pupilo fuera nuevamente arrancado para otro alocado paseo y sin duda hirviendo de indignación con sus contrapartes soviéticos, el Servicio Secreto había llevado el coche del presidente justo hasta el portal de la dacha, bloqueando la entrada y constituyéndose en un peligro potencial para todos en caso de incendio. Innecesario decir que la KGB estaba ahora tan indignada como había estado el Servicio Secreto media hora antes. En una operación tan cargada diplomáticamente como ninguna de mi carrera, persuadí finalmente al Servicio Secreto para que moviera el coche del presidente del frente de la puerta de Brezhnev, a cambio de una promesa de que Nixon no usaría ningún coche de fabricación extranjera ni ningún conductor pagano para volver a Moscú. Para hacerle justicia al Servicio Secreto, se debe destacar que el suyo es uno de los trabajos más angustiantes del mundo. Solamente un grupo de personas con una rara consagración al deber puede asumir la responsabilidad de proteger al presidente, ya que es un trabajo en el que no tienen margen para el más pequeño error. Deben seguir sus propios procedimientos y no pueden tolerar las excepciones. Todas las anécdotas humorísticas de este libro no deben ocultar mi admiración y real afecto por los agentes que conocí y que también me protegieron. Forman un cuerpo de primera clase, talentoso y profesional.

Al final los dirigentes soviéticos y Nixon se encaminaron a la sala de conferencias para en-

(*) Brezhnev le regaló a Nixon uno de esos aerodeslizadores para devolverle la atención del Cadillac que le habíamos regalado para su colección de autos.

frentarse a través de la mesa ovalada. La discusión comenzó bastante inofensivamente con la revista a cargo de Brezhnev del estado de distintas negociaciones. Sugirió que Gromyko y yo nos hiciéramos cargo de las discusiones SALT para destilar algunas instrucciones comunes para las delegaciones en Helsinki. Nixon entró en el espíritu del intercambio y resumió algunos asuntos sobre los que parecía que podría lograrse algún adelanto, tal como la constitución de una comisión económica norteamericano-soviética. Finalmente, cuando Brezhnev mencionó al pasar que el Medio Oriente y Vietnam merecían ser discutidos en algún momento y parecía que este boxeo con la propia sombra iba a durar toda la noche, Nixon decidió colocar Vietnam abiertamente sobre la mesa. Si él no lo hubiera hecho, los dirigentes soviéticos seguramente sí; estaban con los fusiles cargados.

Nixon comenzó por argumentar que el «asunto colateral» de Vietnam no debería interrumpir el progreso básico que estaba lográndose en nuestras relaciones. (La parte que pretende mano libre protesta siempre que no corresponde asignar ligazones.) Hizo luego un conciso y firme resumen de nuestra posición. Se daba cuenta que la Unión Soviética tenía una afinidad ideológica con Hanoi, pero nosotros no habíamos elegido este momento para la «explosión» en Vietnam. Hanoi, ayudada por el equipamiento soviético lo había hecho. Una vez que tuvo lugar la ofensiva, «nosotros tuvimos que reaccionar como lo hicimos». No podíamos reconsiderar nuestra política, si Hanoi no indicaba una nueva flexibilidad en su posición de negociación. Moscú, aguijoneó Nixon, debería utilizar la influencia que tenía por suministrarle equipo militar, para hacer que Hanoi volviera a pensar las cosas nuevamente. En cuanto a nosotros, estábamos decididos a terminar la guerra, preferentemente por medio de la negociación, pero si fuera necesario, por medios militares.

Ahora que el tema era Vietnam se desvaneció la fácil camaradería; la atmósfera se nubló repentinamente de un segundo a otro. Cada uno de los dirigentes soviéticos desplegó por turno una diatriba contra Nixon, quien, salvo por dos interrupciones de una oración, las soportó en un digno silencio. No era solamente que el tema fuera fuerte, sino que el tono era crudamente intimidatorio. Comenzó Brezhnev lamentándose no sólo por nuestro «cruel» bombardeo, sino por todo el asunto de nuestra ingerencia en Vietnam, que le parecía a él que estaba destinado a avergonzar a la Unión Soviética. Recordó que Vietnam del Norte había sido bombardeado por primera vez en 1965, mientras Kosygin estaba visitando Hanoi. Negó que se necesitaran acciones militares para terminar la guerra. Hanoi estaba ansioso por negociar; todo lo que teníamos que hacer era librarnos de Thieu y aceptar el «razonable» programa político de Hanoi. Hubieron varias alusiones no muy sutiles que llegaron casi hasta comparar la política norteamericana con la de Hitler. Confirmando en la práctica la validez de nuestra estrategia, Brezhnev explicó el razonamiento soviético para llevar a cabo la reunión cumbre:

Realmente se nos hacía difícil acceder a mantener esta reunión bajo las actuales circunstancias y sin embargo accedimos. Quería explicar por qué. Nos pareció que el trabajo preliminar antes de la reunión garantizaba la esperanza que dos potencias con tal poderío económico y tan alto nivel de civilización además de todos los otros requisitos necesarios, se pudieran reunir para promover mejores relaciones entre nuestras dos naciones.

En un *non sequitur* que revelaba una vez más el punto neurálgico de los soviéticos por China, Brezhnev atacó a los chinos por su inmoral política exterior, citando el comunicado de Shanghai como evidencia confirmatoria; para él, el hecho de que cada parte había enunciado su posición sin definir una plataforma común, invalidaba todo el documento.

Antes que pudiéramos penetrar en la lógica de este curioso ataque a un documento que ya habíamos firmado, llegó el turno de Kosygin. Si Brezhnev se había mostrado emocional, él se mostró analítico; mientras que Brezhnev golpeaba la mesa, Kosygin estuvo glacialmente correcto, aunque como ya expresé, fuera el más agresivo de la troika. Recordó su conversación con Lyndon Johnson que había sido el primero en predecir la victoria y había fallado. Implicó que Nixon correría igual suerte. Se quejó amargamente de los daños causados a los barcos soviéticos y la pérdida de vidas soviéticas en el puerto de Haiphong. Sugirió que Hanoi podía reconsiderar su primitivo rechazo a permitir que las fuerzas de otros países lucharan a su lado —provocando la contestación de Nixon en cuanto a que no nos asustábamos de su amenaza—. Kosygin convirtió la observación en un alfilerazo para China al señalar que Pekín había estado listo a enviar tropas en 1965 pero había sido rechazado por los norvietnamitas. Kosygin sugirió

que nos libráramos de Thieu; la cumbre en Moscú era el lugar lógico para que nos pusieramos de acuerdo sobre tal proposición; estaba razonablemente seguro que sería aceptada por Hanoi. (Nosotros también. No pensábamos que necesitaríamos la ayuda soviética para rendirnos.)

Podgorny terminó con las presentaciones. El tercer líder de la fila demostró ahora la inseguridad soviética sobre China. Hay algo sobre su enorme y complejo vecino que desacomoda el razonamiento de los soviéticos. Él estaba en Hanoi, dijo, cuando se enteró de mi viaje secreto a China el verano anterior. Pudo calmar a los norvietnamitas diciéndoles que Nixon estaba planeando una visita a Moscú también —¡como si una doble traición y el aislamiento fueran mejores para Hanoi que una sola cosa!— Secundó luego las observaciones de sus colegas. La guerra de Vietnam era «ilegal» y una «agresión pura». Los epítetos de Podgorny eran iguales a los de sus colegas, aunque la forma de lanzarlos era más suave y su tono realmente más medido. Mientras Podgorny hablaba, Brezhnev caminaba de un lado a otro detrás de él, murmurando para sí. No estaba muy claro si trataba de enfatizar las palabras de Podgorny o estaba aburriéndose.

Se me ocurrió de pronto que a pesar de toda la sonora retórica y la rudeza, éramos actores en charada. Aunque el tono era belicoso y los modales extremadamente groseros, ninguna de las observaciones soviéticas tenía contenido operativo. Se mantenían bien lejos de las amenazas. Lo que los líderes llamaban propuestas eran simplemente los lemas de las sesiones plenarias de París, que ellos sabían que habíamos rechazado repetidamente y que no teníamos motivos para aceptar ahora que la situación militar estaba alterándose casi diariamente en nuestro favor. Los líderes soviéticos no nos presionaban excepto de palabra. Hablaban para dejarlo asentado y cuando hubieran dicho lo necesario para poder tener una transcripción que enviar a Hanoi, se detendrían. Y así fue. Nixon, que se comportó con destacable dignidad todo el tiempo, replicó con calma pero firmemente, diciendo que él confiaba que la guerra se arreglaría pronto. Hizo notar fríamente que la URSS había sido «instrumental» en abril al hacer que se reanudaran las conversaciones secretas y en ese momento nos sentimos algo desilusionados cuando los norvietnamitas se mostraron «más intransigentes que nunca». Se refirió expresamente al ofrecimiento de cese del fuego de Brezhnev, que nosotros habíamos aceptado, pero que Hanoi había rechazado de plano. Propuso que volviéramos sobre Vietnam más adelante en la semana. Continuaríamos negociando con los norvietnamitas, pero no tenía sentido si ellos no estaban deseosos de hacer la paz. No esperábamos que los soviéticos nos resolvieran el problema, pero, dijo, «tal vez nos puedan ayudar». Kosygin observó incisivamente que se necesitaba una nueva propuesta y el presidente le contestó también incisivamente que la discusión se había prolongado demasiado.

En este punto, Brezhnev decidió obviamente que ya se había completado el informe. Reconoció que habíamos tenido «una discusión muy seria sobre un problema de importancia mundial», como si estuviéramos en un debate abstracto entre profesores. Dijo que por las observaciones de Nixon llegaba a la conclusión de que los Estados Unidos estaban preparados para buscar una solución razonable —una observación difícil de rebatir—. Kosygin hizo oír su voz diciendo que no había un solo barco con equipo militar en camino hacia Vietnam, «sólo harina y alimentos, nada de armamentos». Esto podría sugerir que Moscú estaba presionando a Hanoi, o podría no significar nada, ya que todos los puertos de Vietnam del Norte estaban cerrados de todos modos por las minas.

El hecho era que, excepto por su tono intimidatorio, en esta reunión los dirigentes soviéticos consideraron a Vietnam como un tema subsidiario durante la reunión cumbre. Los máximos líderes volvieron sobre Vietnam solamente una vez más, cuando Brezhnev le preguntó a Nixon si podíamos modificar nuestra propuesta del 25 de enero haciendo que Thieu renunciara *dos* meses antes de una nueva elección en lugar de uno, como habíamos sugerido. Nixon insinuó que podría estar dispuesto a sugerirlo si Hanoi aceptara nuestros otros términos.

En cuanto a la noche en la dacha, para el momento en que los dirigentes soviéticos habían terminado con sus líneas sobre Vietnam durante tres horas, eran las 11. Sus modales cambiaron tan repentinamente a la compatibilidad como lo habían hecho anteriormente a la animosidad. Se nos escoltó hacia el comedor que estaba arriba, aparentemente ocupando todo el segundo piso. A pesar de la hora tardía se sirvió una cena completa de cuatro platos, precedida por el acostumbrado cargado desfilgue de *hors d'oeuvres*.

Brezhnev estaba ahora desacostumbradamente reservado, quizá fatigado, aunque se incorporó jovialmente a la comedia en varias ocasiones. Inmediatamente después del comienzo

de la cena, Kosygin comenzó a ofrecer brindis, tratando de que sus invitados dispusieran de todo el *cognac* soviético posible. Durante el curso de la cena bebió por lo menos dos copas de cognac por cada invitado norteamericano. Menospreció jocosamente la capacidad de beber de dos de los miembros más jóvenes de la parte norteamericana, cuando notó que Lord y Negroponte no vaciaban sus copas totalmente en cada brindis. Todos se mantuvieron agradecidamente lejos de conversaciones serias. Todo el tiempo se hicieron bromas y se contaron anécdotas, aunque la jovialidad era a veces algo forzada. Era como si existiera un acuerdo mutuo tácito para restaurar las buenas relaciones personales que se habían logrado antes de la discusión sobre Vietnam y que perdurarían ahora hasta la terminación de la reunión cumbre. Los rusos hablaron romántica y orgullosamente del lago Baikal, su enorme tamaño, su belleza y sobre todo su limpieza. Brezhnev se lamentó que Nixon lo hubiera descrito erróneamente como poluto cuando quiso ilustrar la naturaleza global de un problema ambiental en un discurso. Los Grandes Lagos eran muy sucios, dijo Brezhnev, pero no el Lago Baikal. Era probable, dijo, que las observaciones de Nixon habían sido escritas por el Dr. Kissinger —yo era el culpable y debía ser exiliado—. Nixon sugirió Siberia, Brezhnev ofreció el Lago Baikal para que pudiera aprender sus maravillas de primera mano. Mandar la gente a Siberia era un motivo para estridente alegría, por lo menos del lado soviético de la mesa.

La seriedad se hizo presente sin embargo, cuando Brezhnev propuso que, a pesar de la hora avanzada, Gromyko y otro funcionario de alto nivel me esperaban en Moscú para reanudar las negociaciones SALT. Yo no estaba muy ansioso, después de la caravana en auto, el paseo en aerodeslizador, la brutal discusión sobre Vietnam y la pesada cena, para encontrarme con un equipo soviético fresco presidido por el infatigable Gromyko. Aunque era pasada la medianoche, sin dolor, Nixon dijo que estaba disponible. Esto quería decir que yo me enfrentaba a la perspectiva de conversaciones serias que comenzarían alrededor de la una. Kosygin dijo que si yo fallaba, el Lago Baikal sería demasiado bueno para mi exilio. Yo sugerí que me acercaba para ver si un diplomático intoxicado podía saber de lo que hablaba. Me dije que atollaría la sesión nocturna si los soviéticos no aceptaban inesperadamente nuestros términos.

Habíamos pasado del buen humor a la bellicosidad, nuevamente a la jovialidad en cinco horas. Los líderes soviéticos nos escoltaron bulliciosamente hasta abajo. Para alivio casi audible del Servicio Secreto, salimos a toda velocidad en una caravana *norteamericana* con escolta soviética de motocicletas. Viagé de vuelta al Kremlin con el presidente. Él podía esperar con ansia su cama; yo un equipo de negociación de relevo.

CONCLUYEN LAS NEGOCIACIONES SALT

Brezhnev y Nixon habían concluido con las discusiones SALT el 23 de mayo sugiriendo que Gromyko y yo nos encontraríamos para continuar con el trabajo a la mañana siguiente; reagruparse después de las distintas concesiones ofrecidas por su mercurial secretario general. Gerard Smith pensaba que le habíamos entendido mal a Brezhnev y sus colegas soviéticos deben haber temido que los hubiéramos entendido demasiado bien. Mientras los soviéticos se reunían, las negociaciones SALT quedaron esperando casi treinta horas. Y allí fue donde me echaron a los leones, después de la sesión de la dacha, en la madrugada del 25 de mayo.

El intervalo nos dio la oportunidad de solicitar el consejo de Smith. Esto llevaba la eternidad de tiempo, porque las comunicaciones con Helsinki eran increíblemente engorrosas. El centro de comunicaciones de la Casa Blanca, como en todos los viajes del presidente, se movía con el presidente, estando ahora situada en el Kremlin. El centro de comunicaciones del Departamento de Estado estaba con Rogers en el Hotel Rossiya. La demora en mantener a todo el mundo informado era inherente a los dispositivos físicos y poner los mismos documentos en las manos de todos los principales era casi imposible. Los cables normales informativos de Helsinki pasaban por el canal del Departamento de Estado hasta Washington, con una copia para la embajada en Moscú. Eran entonces encaminados al Hotel Rossiya, donde el secretario de estado los combinaba con varios otros cables «interesantes» y los enviaba a la oficina del CNS en el Kremlin. Se colocaban en archivos para leer, que eran examinados por el personal del CNS entre las reuniones y otros trabajos. Si se consideraba el material lo suficientemente importante, se preparaban resúmenes para el presidente.

Para mensajes más sensibles, Smith podía utilizar el canal secreto conmigo a través de la Sala de Situación de la Casa Blanca en Washington. Esto significaba horas extra de demora, porque la Sala de Situación tenía que retransmitir el mensaje de Smith con restricciones especiales de seguridad a la sala de comunicaciones de la Casa Blanca en el Kremlin. Había una línea telefónica abierta a Helsinki, por la que no se podía encargar una discusión seria. Había un teléfono seguro en la embajada, a varios kilómetros de distancia. Al mirar hacia atrás, hubiera sido mejor traer a las dos delegaciones a Moscú y dejarles continuar con su labor allí en sincronización con la cumbre. Dado lo que Nixon pensaba sobre quién debía recibir el crédito, dudo que hubiera estado de acuerdo si lo hubiera propuesto. No lo sabremos nunca, porque yo no hice la propuesta, debo admitir que no inmune a la vanidad y al deseo de controlar la negociación final. Era comprensiblemente enloquecedor que la delegación fuera excluida de la culminación de sus pacientes y hábiles esfuerzos de tantos años. Pagamos el precio porque los negociadores, excluidos del proceso que consideraban su prerrogativa, se inclinan a tomar una posición más dura después del hecho que cuando conducen las conversaciones ellos mismos. (Hasta que llegamos a Moscú, la delegación había casi invariablemente tomado una posición «más blanda» que la Casa Blanca, lo que es normal para los negociadores en el extranjero.)

Esto se reveló en la reacción de Smith ante los problemas del tamaño de los silos y los misiles SLB. Smith pensó que era una gran idea casarnos con la idea de Brezhnev de incluir el volumen de los misiles en nuestras cuentas para definir un cambio «de significación» en el tamaño de los silos:

Si en Moscú (me telegrafió) puede conseguir un acuerdo sobre que no habrá un aumento de significación (a) en el tamaño del silo de lanzamiento para los misiles ICB, o (b) en el volumen de los misiles ICB que sobrepase el del más grande misil liviano ICB regularmente desplegado por ambas partes y usted consigue definir la expresión «de significación» para que represente no más del diez o un quince por ciento, habremos logrado un gran adelanto.

Smith no fue tan claro con los misiles SLB. Insistió en el reemplazo obligatorio de los misiles más antiguos desde el comienzo del tratado. No precisaba método definido para calcular la Línea de referencia y yo sospechaba que estaba dejando la opción abierta. Si no podíamos conseguir un buen acuerdo sobre submarinos, argüía Smith, debíamos confinar el congelamiento ofensivo a los misiles ICB. La última oración del cable mostraba sus frustraciones por estar lejos de la escena de la decisión y la eterna —aunque mal encaminada— convicción de que los consejeros presidenciales predominan evitando que el presidente se entere de las opiniones de los subordinados clave. «Confío en que someterá estas consideraciones al presidente.» Todas estas consideraciones sí fueron sometidas al presidente tan pronto como llegaron, como todos los otros mensajes de Smith que venían por el canal secreto.

Revisé todo esto con Nixon en el viaje de vuelta al Kremlin desde la dacha. No me parecía que el asunto de las dimensiones de los silos estuviera listo para una decisión presidencial. Tendríamos que ver primero si y cómo los soviéticos se desembarazaban de las sugerencias de Brezhnev; si lo hacían, tendríamos que tratar de conseguir una definición de «de significación» en un 10 o 15 por ciento y no podría forzarse una declaración unilateral, como había sugerido la delegación. Sólo si los soviéticos se mantuvieran irreductibles en mantener la posición de Helsinki, tendría que involucrarse al presidente.

Las cosas eran distintas con los misiles SLB. No había discusión que estaba en nuestro interés lograr el desmantelamiento del mayor número de los misiles soviéticos más antiguos, pero era también importante no olvidar las realidades de nuestra posición de negociación. Si excluíamos los misiles SLB, como proponía Smith, terminaríamos con una capacidad soviética teórica de producir por lo menos 200 misiles SLB modernos más que los permitidos en el tratado (sobre la base de ocho submarinos en construcción cada año, que había sido el programa soviético en los últimos cinco años). Más aún, se guardarían todos los 209 misiles ICB más antiguos y noventa misiles SLB antiguos. Tomar una posición irreductible era fácil; en la práctica nos preguntábamos cómo podíamos estar mejor sin congelamiento SLB y hasta 500 misiles soviéticos agregados cuando, no importa lo que ocurriera en Moscú, nuestro Estado Mayor Conjunto se oponía a todo programa de construir nuevos submarinos norteamericanos durante el período de cinco años de existencia del propuesto acuerdo.

Para poder evitar el imposible juego de números para ponerse de acuerdo sobre cuántos tenían realmente los soviéticos, los altamente esotéricos debates sobre lo que era realmente un submarino «en construcción» y la disputa sobre cuántos estaban en la clase D y cuántos en la clase Y, mi equipo y yo elaboramos un planteamiento diferente. Establecimos prioridades en los misiles que queríamos que se desmantelaran y luego los restamos del total permitido de 950. Formularíamos entonces la «Línea de referencia» en número de misiles antes que de submarinos. Una de las prioridades más urgentes eran los setenta misiles ICB SS-7 antiguos colocados en silos «reforzados». Estos tenían enorme peso y en sus silos gozaban de una considerable invulnerabilidad. Si no se los desmantelaba, podrían ser eventualmente modernizados, agregando bastante a la capacidad soviética. Seguían luego los aproximadamente 135 misiles ICB SS-7 y SS-8 en plataformas de lanzamiento «blandas». Su vulnerabilidad los hacía peligrosos como armas de primer tiro y su peso les daba considerable potencial de destrucción. La tercera prioridad eran los misiles en submarinos de clase H, que sumaban alrededor de treinta. Su alcance (1,400 kilómetros) era relativamente corto, pero el submarino era nuclear y capaz por lo tanto de operaciones prolongadas. La última prioridad en relación al poder destructivo eran los sesenta misiles en los viejos submarinos clase G. Su alcance era corto (de 500 a 1,100 kilómetros) y el submarino de clase G accionado a *diesel* ruidoso y con aguante limitado. Era poco probable que un país que posee 1.500 misiles ICB y casi 1.000 modernos SLB despachara sesenta misiles de corto alcance para cruzar el Atlántico en submarinos de fácil detección que tenían que emerger antes de disparar. En realidad, no había ningún submarino clase G operando fuera de nuestras costas desde 1966.

La propuesta que le presenté a Nixon en el viaje de vuelta al Kremlin era establecer la línea de referencia en 740 «modernos» misiles SLB; más allá de esa cifra, los soviéticos tendrían que comenzar a cambiarlos por misiles antiguos. Esto obligaría a los soviéticos a destruir todos sus misiles más antiguos ICB si querían alcanzar el acordado total de SLB de 950. Insistiríamos entonces en que la línea de referencia de 740 incluyera todos los treinta misiles de los submarinos clase H, dándoles la opción de cambiarlos más tarde o contarlos en contra del techo de 950. Haríamos todo lo que pudiéramos con los de clase G, pero le advertí a Nixon que tal vez tuviéramos que volver a recurrir a él para otras decisiones. Nixon dijo que pensaría sobre este planteamiento y me haría saber su opinión antes que fuera a la reunión con Gromyko, programada para tener lugar en el Ministerio del Exterior.

Cuando volví a la oficina del CNS en el Kremlin, me encontré con que nuestra base doméstica estaba en peligro de desmoronarse. El 24 de mayo, Gwertzman del *New York Times* había sido receptor de un trascendido de la mayor importancia, que le permitió conocer las cifras que se estaban discutiendo en Helsinki y en Moscú. De pronto se desató el pandemónium. Los senadores Goldwater y Jackson reaccionaron con expresiones de gran preocupación. Amenazaba una revuelta conservadora. Apareció por primera vez la patraña de que le habíamos «concedido» superioridad numérica a los soviéticos. El Estado Mayor Conjunto, informaba Haig, se estaba intranquilizando, estando cerca de abandonar la posición que habían endosado antes de nuestra partida y que contenía la mayoría de sus recomendaciones urgentes.

El argumento de «conceder» desigualdad numérica se debía o a falta de comprensión o a demagogia. La desigualdad surgía en primera instancia de la decisión de nuestros predecesores de responder a la acumulación soviética no por el aumento en el número de los lanzacohetes sino aumentando nuestros conos de combate a través de los MIRV. La administración Johnson había tenido la doctrina estratégica de «destrucción asegurada». Abandonando el contraataque, calculaba nuestro programa sobre la base de nuestra habilidad para infligir daños industriales y civiles. Mientras las precisiones soviéticas fueran pobres y no tuvieran vehículos MIRV —de modo que nuestros misiles ICB eran prácticamente invulnerables— nuestra capacidad estratégica no se vería afectada por el tamaño de la fuerza soviética, por lo que, durante la acumulación soviética de la década del sesenta, nosotros no aumentamos el número de nuestros misiles. Hasta los vehículos MIRV fueron construidos no como una respuesta al programa de coherencia de los soviéticos, sino como contrapartida para sus misiles AB. Habíamos tomado entonces una decisión deliberada para concentrarnos en un nuevo programa de submarinos, el Tridente, antes que producir más submarinos de los existentes. Como insume de seis a nueve años el desarrollo de nuevas armas, la administración de Nixon estaba en un serio aprieto a principios de los años sesenta, agravado cuando el Congreso se oponía cada año a nuevos programas estratégicos y achicaba el presupuesto de defensa hasta por debajo de los niveles mínimos propues-

tos por la Administración. El congelamiento de armas ofensivas había sido pedido por primera vez por el secretario suplente de defensa, Packard, en el verano de 1970, *para evitar que la brecha numérica en contra de nosotros siga aumentando*. Había sido pedido nuevamente por el secretario Laird en su memorándum del 18 de enero de 1972, por ser esencial para darnos la oportunidad de reformar el equilibrio estratégico. Se sabía que estaba siendo negociado desde mayo de 1971 sin ninguna clase de protestas. Si interrumpíamos la negociación ahora, la brecha numérica se agrandaría. El acuerdo en ciernes haría que los soviéticos *redujeran* sus cifras. No había programa nuestro que se viera afectado por el congelamiento de cinco años. No teníamos otra elección más que continuar.

Éstas fueron las consideraciones que le presenté a Nixon, a quien encontré extendido en una mesa de masajes, más o menos a la una de la mañana, después de volver de la dacha. El doctor Kenneth Ryland estaba tratando su espalda y por su mágica habilidad para curar espaldas doloridas y aliviar los síntomas de tensión, era uno de los más valiosos miembros de la comitiva del presidente. Mis explicaciones requerían bastantes circunloquios, porque Nixon se rehusaba a utilizar el «conversar» y estábamos seguros de que los soviéticos estaban a la escucha. Dudo que mis evasivas hayan engañado a alguien. De cualquier modo, no les haría daño a los soviéticos darse cuenta de que nuestra oposición interna ponía límites a nuestra flexibilidad. (¡Si esa limitación se hubiera puesto igualmente en evidencia para nuestros opositores en Hanoi!)

Acostado desnudo sobre la mesa, Nixon hizo una de las elecciones más valientes de su presidencia. Con peligro de perder el apoyo de la derecha, que consideraba su base esencial, enfrentado a un negociador en SALT que le recomendaba que dejara los límites en los submarinos fuera de la negociación, y con el Estado Mayor Conjunto vacilando, Nixon tuvo la fortaleza de propósito —después de la agotadora sesión sobre Vietnam en la dacha— de darme la orden de proseguir sobre las líneas trazadas por mí. Por lo que yo sabía, no había quien apoyara la planificación de congelar tanto los misiles ICB como los SLB. De todos modos, me dijo que ignorara las objeciones del Pentágono si sobrepasaban las posiciones anteriormente acordadas y que me pusiera firme con Smith. A él no le iban a desviar los políticos domésticos y no se dejaría empujar por los soviéticos más allá de lo que yo había sugerido. Nixon tomó una postura heroica desde una posición decididamente nada heroica.

Antes de partir hacia el Ministerio, le mandé un cortante cable a Haig comunicándole la posición del presidente. Su tarea era acudir en ayuda, no simplemente transmitir preocupaciones. Ya que estaba en ello, debería preguntarle a los jefes del Estado Mayor y el secretario de Defensa Rush sobre la propuesta de Smith de eliminar los misiles SLB del tratado.

Así preparado, me enfrenté finalmente con Gromyko, a la 1,15, en el rascacielo estilo torta de bodas stalinista que alberga el Ministerio del Exterior soviético. Gromyko estaba acompañado por una personalidad nueva a todos los norteamericanos presentes. Se lo presentó como primer ministro suplente L. V. Smirnov. Aunque Brezhnev había mencionado su nombre en la cena, yo no sabía exactamente quién era. Necesité un intercambio de notas con mis colegas Sonnenfeldt y Hyland para determinar que tenía la posición de presidente de la Comisión Militar Industrial soviética, una organización estatal del partido que estaba a cargo de todas las industrias de defensa. Smirnov resultó ser cabeza dura, corpulento y brillante. Puso bien en claro que solamente por orden superior podía encontrarse en una posición que ponía tan severamente a prueba sus limitados recursos para ejercer control sobre sí mismo. Dada la conciencia de seguridad soviética, era dudoso que hubiera conocido a muchos extranjeros, y con seguridad, nunca había negociado con adversarios potenciales. Mi manera de hablar medio en broma lo desconcertó al principio; era evidentemente inconsistente con la solemnidad de la ocasión. Cuando comencé a describir las características de las armas soviéticas, la irritación de Smirnov se transformó en frenesí. No estaba muy claro si estaba sorprendido porque un capitalista conociera tantos detalles del programa armamentista soviético, o que sus propios colegas —incluyendo probablemente a Gromyko— estaban enterándose por mí de lo que el sistema soviético con tanto éxito les había ocultado. Independiente de los motivos, Smirnov se enojó tanto que Gromyko tuvo que sacarlo de la habitación para calmarlo. Cuando se reanudó la reunión —ya eran las 2,30 a todo esto— yo continué desde donde había dejado, produciendo otro estallido y la necesidad de, aún, otro receso. Sin embargo, después que se disipó el impacto cultural, Smirnov y yo nos llevamos fabulosamente bien. Resultó ser uno de los más capaces y más inteligentes de los líderes soviéticos que yo había conocido. Una vez que se dio cuenta que la pomposidad no es requisito previo para la diplomacia, exhibió un perverso sentido del humor.

En esa sesión realizada en las últimas horas de la noche, sin embargo, nos enfrentamos con el problema de que Smirnov conocía a fondo el tema de los armamentos y muy poco sabía de diplomacia, mientras que con Gromyko —quien aún no integraba el Politburó— pasaba todo lo contrario. Su punto fuerte era la diplomacia; era obvio que las instrucciones que le habían dado respecto de armas habían sido muy rudimentarias. Era capaz de exponer la posición oficial soviética pero no de negociarla; esa tarea quedaba reservada para Smirnov y yo. Gromyko se encontró en la rara situación de tener que aplacarnos cada vez que la discusión con Smirnov amenazaba con irse de nuestras manos.

Para empezar, Gromyko estaba de muy mal talante, incluso comparado con su humor habitual. Sobre él recayó la penosa obligación de retractarse de casi todo lo expuesto por Brezhnev en su reunión del día anterior con Nixon. Dominó hábilmente la situación haciendo circular documentos que resumían el supuesto estado de las negociaciones respecto de varios tópicos, todos ellos en desacuerdo con la posición de Brezhnev. Evitó toda comparación con lo manifestado por Brezhnev; me dejó a mí la tarea de descubrir cualquier discrepancia. Uno de los informes consignaba que la distancia entre los asentamientos de misiles antibalísticos sería de 1.300 kilómetros. Otro hablaba de prohibir los cambios «significativos» en las dimensiones de los silos, pero no hacía referencia alguna al volumen de misiles ni tampoco definía el término «significativo». Respecto de los misiles SLB, Gromyko me expuso la tradicional postura soviética de fijar en cuarenta y ocho modernos submarinos la línea de base de su país. En el acto yo noté las diferencias, y resolví ponerlo a prueba, no tanto porque creyera que se iba a echar atrás —lo que era imposible dada la realidad del programa armamentista soviético— sino con la esperanza de colocarlo a la defensiva y para perder tiempo, de modo de evitar una negociación seria debido a mi acentuado estado de fatiga. Hostigué a los soviéticos por haber cambiado su posición; formulé preguntas para esclarecer ciertos temas y demostré asombro e indignación por el hecho de que una declaración del secretario general no tuviera carácter concluyente. Todo esto insumió la mayor parte de la reunión y dejó sentado el principio de que los soviéticos nos debían algo.

Los conceptos de Gromyko eran un retorno a la ortodoxia. Como lo he puntualizado anteriormente, la diferencia de 200 kilómetros de distancia entre los asentamientos de misiles antibalísticos no era importante; llegado el caso yo iba a ceder sobre ese punto, pero no sin antes exigir cierta reciprocidad. Con referencia a las dimensiones de los silos, estaba decidido a transformar nuestra declaración no obligatoria unilateral en una definición de mutuo compromiso. No obstante, mi gran preocupación era lograr que los soviéticos desmantelaran la mayor cantidad posible de bases de lanzamiento como parte del programa de congelamiento de misiles SLB.

Para alcanzar este fin yo tenía dos ventajas. La primera era la discrepancia entre lo manifestado por Brezhnev y lo que ahora exigía Gromyko. Segundo, Brezhnev había demostrado estar ansioso por firmar el acuerdo SALT el viernes por la tarde (en ese momento sólo faltaban treinta y seis horas), y todos los funcionarios soviéticos lo tomarían como una orden estricta. No era Nixon sino Brezhnev quien se sentía presionado con respecto al tema SALT. Aparte de la fecha límite auto-impuesta, había permitido que prosiguiera la reunión cumbre a pesar del bombardeo a Vietnam del Norte. Había eliminado a Shelest del Politburó. Él, mucho más que Nixon, que había conseguido su triunfo con sólo llegar a Moscú, necesitaba tener éxito. Por consiguiente, hice lo mismo que en Pekín: disminuí el ritmo de las negociaciones para demostrar quién tenía los nervios más resistentes. (Por cualquier eventualidad, yo iba armado con el comentario que me hiciera Nixon —suponiendo que lo hubiera dicho en serio— de que estaba dispuesto a marcharse de Moscú sin haber firmado el tratado SALT.)

Alrededor de las tres de la madrugada, cuando ya no quedaba tiempo para concluir verdaderos tratados, presenté un resumen de nuestra posición que fijaba en 740 el número de bases de lanzamiento de misiles SLB. Antes de que Smirnov pudiese estallar por tercera vez, les dejé ganar una a los soviéticos confirmando que nuestra delegación aceptaba la distancia de 1.300 kilómetros entre asentamientos de misiles antibalísticos. Misericordiosamente Gromyko puso término a la reunión sugiriendo fríamente que se estaba haciendo muy temprano o muy tarde. Convinimos volver a encontrarnos seis horas después para resolver los restantes puntos conflictivos.

Regresé al Kremlin a eso de las cuatro de la mañana. A fines de la primavera en aquella latitud norte, los primeros rayos del sol caían sobre las cúpulas doradas, las paredes color ocre y los muros de rojo ladrillo. A mis pies, en la quietud reposaba Moscú, que gradualmente se con-

vertía en la gran planicie rusa sin que ningún obstáculo natural se interpusiera en mi vista. En el silencio de aquella madrugada caminé por las enormes plazas vacías del Kremlin atrapado por uno de esos raros momentos de esperanza que para los estadistas hacen soportable la constante lucha contra las contingencias. Si bien aún no nos habíamos puesto de acuerdo, el tono imperante en la reunión vaticinaba que podríamos negociar un tratado que se ajustara a las directivas impartidas por Nixon. Quizás estuviésemos participando de un acontecimiento que le daría un respiro a la humanidad, y con suerte comenzaríamos un proceso que podía dar como resultado un futuro más pacífico.

Pero antes de que pudiéramos darnos el lujo del sentimentalismo teníamos por delante arduas deliberaciones. Gromyko no apareció a las 10. En cambio, Dobrynin nos informó que la jerarquía soviética estaba revisando una vez más la posición respecto de los acuerdos SALT. Brezhnev no se presentó esa tarde en el elegante salón de Santa Catalina para la reunión sobre temas económicos, que tampoco eran los preferidos de Nixon. Kosygin presidió la delegación soviética y fue analítico y preciso, lo que es más de lo que se puede decir de los norteamericanos, que se aferraron a las consabidas generalidades. Era obvio que Brezhnev se hallaba trabajando en el tema SALT.

Mis colaboradores y yo analizábamos apresuradamente diversas combinaciones de guarniciones. Las posibilidades parecían infinitas, pero debíamos lograr que los soviéticos desmantelaran la mayor cantidad de misiles. Las cifras de bases de submarinos —cuántos podían entregarse a cambio y cuándo alcanzarían los diferentes niveles por diversas combinaciones de barcos de doce y de dieciséis tubos— nos obligaron a realizar numerosos cálculos en largos blocs amarillos entre una sesión y otra. Jamás pudimos averiguar cómo los soviéticos llegaron a la cifra de 950 misiles SLB en sesenta y dos submarinos (*). Lo hicieron con el simple sistema de suponer que la mayoría de sus submarinos poseían dieciséis tubos, si bien varios tenían doce.

Los tratados sobre los acuerdos SALT se reanudaron a las 5,20 en el salón Santa Catalina, habiéndoselo anunciado, como de costumbre, sólo con media hora de anticipación. Estábamos preparados, como también lo estaban ellos. En representación de los soviéticos asistieron Smirnov, Gromyko, Dobrynin y Georgi Korniyenko (jefe de la División EEUU del Ministerio de Relaciones Exteriores). El grupo norteamericano estaba compuesto por mí, Sonnenfeldt, Hyland y Rodman. Ambas delegaciones debían asistir a la función de ballet organizada en honor a Nixon. Gromyko y Dobrynin no podían eludir esta obligación del ceremonial; por consiguiente, nos quedaba una hora para las negociaciones. La discusión fue ágil; no había tiempo para bromas ni para tomar posiciones muy formalistas. Luego de un día de angustiosas comunicaciones con Washington y Helsinki se había llegado a la conclusión de que al fin y al cabo la prohibición de realizar cualquier cambio en las dimensiones de los silos era compatible con nuestro programa Minuteman III. Pero, como ya lo he dicho, era demasiado tarde. Gromyko nos ofreció como una «concesión» la posición de nuestra delegación en Helsinki que prohibía sólo los cambios «significativos»; estaban también dispuestos a aceptar una interpretación norteamericana unilateral del término «significativos». Yo insistí en que debía aprobarse de mutuo acuerdo que esos cambios «significativos» no debían superar el 15 por ciento. Gromyko y Smirnov dijeron que lo pensarían.

Nos abocamos luego al tema no resuelto de la línea de referencia, a partir de la cual debía calcularse el desmantelamiento de viejos misiles. Smirnov aceptó mi propuesta de la noche anterior en el sentido de que se lo expresara en términos de bases de lanzamiento de misiles y no de submarinos. Pero simplemente convirtió en lanza misiles los cuarenta y ocho submarinos que ellos aducían poseer multiplicándolos por dieciséis (cifra que representaba los tubos de lanzamiento). Por tanto, denunciaban 768 misiles en la línea de base y excluían los misiles de los submarinos más antiguos. Eso era evidentemente ridículo ya que sabíamos que poseían cierta cantidad de submarinos clase D con solamente doce misiles cada uno. Luego de un rápido intercambio de opiniones durante el cual dije: «Comprendo la aritmética; eso no es difícil; lo difícil es la política» —Smirnov accedió a que la línea de referencia se fijara en 740.

Así, sólo quedaba la cuestión de qué unidades SLBM debían incluirse. Mi sugerencia de que debían contarse los misiles de los submarinos clases H y G ocasionó un estallido por parte de Smirnov, quien insistió en que la idea de contabilizar sesenta misiles con un rango de 300 a 700

(*) Por ejemplo, algunos de esos cálculos arrojaban desconcertantes resultados: 34 submarinos clase Y \times 16 misiles = 544; más 28 submarinos clase D \times 12 misiles = 336, para un total de 880; más 30 misiles clase H, totalizan 910.

millas en submarinos accionados a *diesel* que debían emerger a la superficie antes de disparar, debía ser un chiste. Traté de calmar los ánimos proponiendo que incluyeran su monstruo SS-9 en la clase G de submarinos, con lo que nos resolverían dos problemas al mismo tiempo. Smirnov entendió la broma (que así se hundirían los submarinos), pero Gromyko creyó que yo estaba sugiriendo una idea nueva. «Especifíquelo, por favor» —me pidió. Smirnov y yo volvimos a encarrilar la discusión, y así pudimos reanudar la contienda. Finalmente, cuando el reloj daba las seis y media, Smirnov me preguntó qué quería decir yo exactamente con submarinos clase H, ya que se trataba de una expresión norteamericana, no soviética. Le respondí que dábamos ese nombre a todos los viejos submarinos nucleares que portaban tres misiles cada uno. Smirnov inocentemente declaró que a esas unidades siempre las había contado en la línea de referencia dado que hasta ese momento había escapado a la percepción mía y de todos nuestros negociadores de Helsinki. Fue así como los submarinos clase H se incluyeron en el total. Los soviéticos tendrían entonces que dismantelar un total de 240 misiles antiguos para alcanzar el nivel convenido de 950 SLBM modernos, incluyendo el desmantelamiento de *todos* los viejos ICBM pesados. (En caso contrario, podrían conservar los treinta misiles clase H, pero así sólo tendrían 920 unidades SLBM modernas; que de hecho fue lo que hicieron.)

Dos puntos faltaban aún por resolver para completar el acuerdo: cómo considerar los misiles de los submarinos clase G y la modernización de los silos. Convinimos en volver a reunirnos después de la función de ballet.

El Bolshoi interpretó *El Lago de los Cisnes* con su tradicional estilo acrobático, levemente florido. Entre un acto y otro se sirvió la cena a la comitiva presidencial en un salón VIP. Kosygin y Podgorny hicieron los honores. Como secretario del partido, Brezhnev no participó del ceremonial. Probablemente se hubiera quedado a revisar las tratativas sobre el tema SALT con Smirnov. Justo antes de comenzar el tercer acto, cuando se iban apagando las luces, la mujer de un periodista italiano que estaba entre el público le gritó a Nixon una consigna en contra de Vietnam. Semejante acto era inusitado en Moscú. De inmediato Podgorny hizo encender nuevamente las luces, y Nixon y él se pusieron de pie en el palco oficial para recibir el aplauso de los asistentes. Fue un gesto elegante.

Al terminar la función le expliqué a Nixon que estábamos próximos a suscribir un acuerdo si lográbamos conciliar la cuestión de los sesenta viejos misiles de las naves clase G. Mis colegas y yo ideamos una posible solución que queríamos presentar en la reunión de la tarde. Se trataba de un término medio. No insistiríamos en contar los sesenta misiles antiguos de los submarinos clase G en las cifras totales a *menos* que estuvieran modernizados; pero los misiles existentes en las naves clase G no podrían ser «entregados a cambio» de misiles de submarinos nuevos. Esto tenía dos objetos: para no sobrepasar el máximo de 950, los soviéticos deberían dismantelar las unidades ICBM y los misiles de los submarinos nucleares, y no podrían poner misiles modernos en embarcaciones a *diesel* a menos que los incluyeran en los cálculos, por más poco probable que pareciese teniendo en cuenta la relativa facilidad con que se detectan dichas naves y el breve período que pueden permanecer apostadas. Nixon dio su aprobación.

Los dos grupos negociadores se reunieron nuevamente a las 11,30 en el salón Santa Catalina. Comenzamos con la línea de base de SLBM. Expuse mi convicción de que los soviéticos aceptarían la cifra de 740 misiles como línea de base y que incluirían los treinta misiles de los submarinos clase H. Cuando ellos lo confirmaron, volví a sacar el tema de los misiles de los submarinos clase G. Smirnov manifestó que habían aceptado nuestra propuesta básica y que nosotros estábamos demorando la formalización de un acuerdo trayendo constantemente a colación tópicos nuevos y baladíos. Yo les había leído un cable que me enviara Haig manifestando que el Departamento de Defensa y los comandantes insistían en que el total de 950 unidades SLBM soviéticas debían incluir los misiles de los submarinos clases G, H e Y (*). También rechazaba Washington el concepto de un congelamiento reservado exclusivamente a ICBM, como había propuesto Smith. Prefería no llegar a ningún acuerdo antes que suscribir uno que permitiera entera libertad para los SLBM. Smirnov, que se estaba imbuyendo del espíritu de la negociación, replicó que él también tenía ciertos cables espeluznantes y que los traería a la próxima reunión (probablemente fuese cierto). Gromyko adujo que su país había llegado ya al límite de sus concesiones y que ninguna futura solución de compromiso era posible.

(*) En realidad, la posición de los comandantes les hubiera permitido a los soviéticos entregar a cambio sesenta misiles clase G de corto alcance y conservar setenta ICBM pesados en los silos, lo que nos favorecía menos que la solución de compromiso aprobada por el presidente.

De todas maneras, yo expuse la nuestra. Los soviéticos no habían recibido instrucciones, de modo que los tratados volvieron a centrarse en el problema de las dimensiones de los silos. Ellos se aferraban al acuerdo sugerido en Helsinki, referente a la prohibición de aumentar «significativamente» el tamaño de los silos. Los Estados Unidos podían definir unilateralmente el término «significativo», lo que por supuesto no obligaría en modo alguno a los soviéticos. Puntualicé que debían dejar de citar a la delegación contra el presidente cuando les convenía a sus fines ya que él tenía el derecho de revocar las decisiones de sus subordinados. Aceptaríamos prohibir los aumentos «significativos» de dimensión de los silos sólo si se aprobaba una definición, obligatoria para ambas partes, de dicho término. Gromyko insinuó que debía realizarse una reunión de alto nivel para que los soviéticos consideraran nuestra posición respecto del tamaño de los silos y los submarinos clase G. Yo señalé que en tal caso no se podría firmar el convenio al día siguiente por la tarde (viernes), que era lo que parecía tener proyectado Brezhnev. Gromyko estuvo de acuerdo. Tampoco podría hacerse el sábado porque el presidente viajaría a Leningrado. Propusimos postergar la firma hasta la tarde del domingo, 28 de mayo, siempre y cuando se hubieran zanjado todas las cuestiones pendientes antes de esa fecha. Eran las 12,32 del mediodía cuando se levantó la reunión.

Informé a Nixon que nos hallábamos en una «impasse» que sólo los soviéticos podían superar. Nosotros no estábamos en condiciones de hacer ninguna otra concesión. No habría ceremonia de suscripción del convenio el viernes; se postergaba, en caso de que se fuese a realizar, para el domingo. Nixon quedó desilusionado pero no puso objeción alguna. Refunfuñó porque la ceremonia de firma del tratado SALT podía eclipsar su mensaje televisivo al pueblo soviético, que también había sido programado para el domingo por la tarde. Estaba inquieto pero decidido a mantener su posición.

Es importante recordar la secuencia de los acontecimientos porque con posterioridad la oposición nos criticó aduciendo que una fecha tope autoimpuesta había significado una negociación apresurada. La verdad es que no fijamos ninguna fecha tope sino que utilizamos la propuesta por Brezhnev para ejercer presión sobre los soviéticos; sugerimos incluso postergar cuarenta y ocho horas la firma del acuerdo. Al levantarse la reunión del jueves por la noche el resultado de los tratados dependía de una decisión soviética; yo no había dejado dudas de que habíamos llegado al límite de nuestras concesiones. Para todos los fines prácticos, éstas eran las mismas que había sostenido nuestra delegación en Helsinki (*) o, como en el caso del tamaño de los silos, una versión mejorada. Ninguno de los temas que más tarde darían origen a polémicas respecto de la anuencia soviética —injustamente en todos los casos salvo uno— fue negociado en Moscú.

Habíamos llegado a un punto en que lo único que podíamos hacer era esperar el resultado de la reunión de alto nivel de los soviéticos, el día viernes. Yo tenía bastante confianza en que aceptarían nuestra propuesta «final». No se podían dar el lujo de que, una negociación que había durado casi tres años, se arruinara simplemente por la cuestión del tamaño de los silos (sobre el cual su propia vacilación demostró ser un escape milagroso) y el reemplazo de misiles en submarinos a *diesel* clase G (que cualquier análisis demostraba que no tenía sentido modernizarlos de todas maneras).

Por consiguiente envié a Haig un cable solicitándole que obtuviera la postura formal del Estado Mayor Conjunto respecto de la solución de compromiso. Expuse nuestras razones con lenguaje enérgico luego de resumir los términos de la propuesta:

El presidente no está dispuesto a ver que unos 60 SLBM de 300 millas se interpongan para impedir la firma de un acuerdo que a las claras impondrá cifras tope a los soviéticos respecto de ICBM y SLBM, que fácilmente podrían superar en un período de cinco años sin congelamiento, por no mencionar el retiro de 240 lanza misiles que este convenio estipularía.

Debe también comprenderse que la cifra base formulada hace reducir a 710 las naves soviéticas clase Y. Por ende, deberán retirar aproximadamente 240 lanza misiles incluyendo todos los de los submarinos clase H para alcanzar el total permitido.

(*) La delegación también trató de lograr una definición acabada de «ICBM pesado», ya que el acuerdo intermedio prohibía la conversión de silos para ICBM livianos en silos para ICBM pesados. Cuando los soviéticos no estuvieron de acuerdo, nuestra delegación recibió autorización para dar a conocer una declaración unilateral que expusiera nuestra definición preferida y nuestra esperanza de que la parte soviética «otorgara la debida atención a estas consideraciones». Sobreestimamos el efecto moderador de una tal declaración unilateral. (Véase mi informe al Congreso del 15 de junio de 1972.)

MIS MEMORIAS

La respuesta de los Comandantes fue una clásica expresión de la política del Pentágono. Accedían a nuestra propuesta (la que a su vez era sólo una leve modificación de lo que habían aprobado *antes* de nuestra partida). Pero le ponían un precio. El presidente debería «comprometer la acción necesaria para asegurar el aceleramiento de nuestros programas ofensivos en marcha al igual que el mejoramiento de los sistemas existentes». Eso estábamos decididos a hacer de todas maneras. Era una de las razones por las que habíamos promovido el congelamiento en primer lugar. Sin embargo los argumentos de los jefes no carecían de sus lógicos fallos; su insistencia en imprimir celeridad a nuestros programas estratégicos se fundamentaba no en un incremento soviético producido en más de una década sino en sesenta anticuados misiles soviéticos, de mínimo alcance, de submarinos *diesel*. Si los soviéticos hubieran conocido este razonamiento bien podrían haber desechado los sesenta misiles clase G a cambio de la promesa de no acelerar nuestros programas estratégicos. (Nos hubiéramos opuesto, pero habríamos conseguido un profundo respaldo del congreso de nuestro país.)

Nos dispusimos a esperar el resultado de las deliberaciones de los soviéticos. Nuestro frente interno aparentemente estaba tranquilo, salvo algunos rumores provenientes de Helsinki, donde Smith parecía estar convencido de que no lo manteníamos al tanto. (De hecho, comunicábamos de inmediato lo que sabíamos. Eran los soviéticos quienes demoraban en tomar decisiones.) Esto provocó un intercambio de mensajes irritados. Habiendo aceptado primero mi fórmula respecto de la clase G, Smith luego cambió de idea y calificó de «viaje gratis» el hecho de que los soviéticos conservaran dichas naves. Estoy convencido, quizás sin razón, de que él jamás habría adoptado semejante actitud de no haberse sentido muy frustrado por estar tan lejos de la conclusión de algo que en justicia podía considerar su propia negociación. Estábamos, sin embargo, en un momento en que debíamos esperar antes de curar los sentimientos heridos, y le envié una enérgica respuesta:

¿Me puede explicar cómo es que 60 misiles, de un rango entre 300 y 700 millas, imposibles de ser modernizados, de submarinos *diesel* que deben subir a la superficie antes de disparar, que representan menos del tres por ciento de las fuerzas totales soviéticas, pueden significar un «viaje gratis»? ¿A qué estamos renunciando de lo que íbamos a hacer? A los soviéticos, en cambio, se los obliga a limitar su SLBM, se les prohíbe modernizar la clase G y pierden 240 lanza misiles. Si ellos se niegan a aceptar la solución de compromiso quiero que alguien me aclare en qué se beneficia nuestra seguridad cuando luego nos enfrentemos con las unidades G y H, con 240 lanza misiles más y con una mayor cantidad de SLBM.

La decisión soviética llegó con sorprendente rapidez. Alrededor de las diez de la mañana Dobrynin vino a mi habitación del Kremlin a avisarme que el Politburó estaba en sesión desde las ocho, y no se sabía cuánto tiempo duraría. A las once se nos informó que Gromyko y Smirnov querían reunirse urgentemente conmigo en el Salón Santa Catalina. Nos encontramos a las 11,15. Sin más trámites, Gromyko *aceptó* no sólo nuestra posición respecto de la clase G y el problema del tamaño de los silos sino que también aprobó nuestra manera de formularlo. Los soviéticos se avenían a definir en forma conjunta el término «significativo». Luego Gromyko nos sorprendió aún más al insistir en que se realizara la ceremonia de suscripción del acuerdo esa misma tarde como originariamente estaba previsto. Hasta el día de hoy no he comprendido el motivo de este apuro. Puede haberse debido a una característica peculiar de los negociadores soviéticos: cualesquiera hubieran sido los tiras y aflojes de las tratativas, una vez que estaban por firmar un convenio daba la impresión de que les entraba pánico de que no pudieran concretarse los frutos de su ardua labor debido a algún accidente o truco de último momento de los inescrutables capitalistas. Quizás yo haya actuado de un modo demasiado persuasivo al exponer las presiones dentro de nuestro país, y temieran que alguna imprevista objeción barrera con todo. Tal vez hubieran analizado nuestras llamadas telefónicas a Washington. Demasiado duro les resultaba ya haber hecho la mayoría de las concesiones como para sufrir la humillación de que, además, fracasaran a punto ya de formalizarse. Probablemente sólo quisieran complacer a Brezhnev, que unos días antes había comprometido su prestigio al planificar la ceremonia para el día viernes.

Cualquiera hubiere sido la razón, pocos motivos teníamos para negarnos. Al fin y al cabo estaban aceptando *nuestra* propuesta, con *nuestra* redacción. La única objeción válida era que

se haría en forma apresurada la redacción de dos cláusulas (las demás ya se habían terminado). Sin embargo, una de ellas había sido propuesta por nuestra delegación. Además, quedaría un tendal de orgullos heridos en toda la campaña, desde Helsinki hasta Moscú. A las 11,30 pedí un receso para obtener la aprobación del presidente. A las 11,47 regresé para informar a Gromyko nuestra aceptación. Él y yo revisamos cuidadosamente los textos. Convinimos en enviar instrucciones conjuntas a Helsinki; las instrucciones para ambas partes serían idénticas para que no se perdiera tiempo en aclaraciones. Sonnenfeldt y Korniyenko se dispusieron a redactarlas para someterlas a la aprobación de Gromyko y mía. Ya era una certeza que la reunión cumbre sería histórica: jamás se habían remitido a negociadores soviéticos y norteamericanos iguales instrucciones.

Luego sobrevino en nosotros esa sensación de serenidad que acompaña la conclusión de todos los grandes esfuerzos en política exterior. «Creo que es éste un hito muy importante en las relaciones de nuestros dos países», dije. «Y estoy muy orgulloso de haber tenido la oportunidad de haber emprendido esta tarea con ustedes, caballeros.»

Gromyko, que no era dado a las hipérboles, me respondió en ruso: «Estamos satisfechos con el modo en que se realizaron los tratados de parte suya, y tratamos de corresponder. Los asuntos debatidos fueron difíciles y muy delicados; las delegaciones especiales los han estado estudiando durante casi tres años que se cumplen en este mes de agosto. El final verdaderamente nos satisface; ha sido realmente un hito.» Luego bromeó en inglés: «Estamos sumamente satisfechos, mucho más de un quince por ciento.»

Así concluyeron las negociaciones respecto del tratado SALT 1.

Pero aún no había llegado el fin de nuestra labor. Al igual que en China, pagamos el precio de nuestras prácticas administrativas al tener que aplacar nuevamente al grupo que había quedado excluido de la conclusión de sus propias negociaciones. No tuvimos más éxito en Moscú que en Hangchow. Parte de la tensión se originó en malentendidos de orden técnico. Cuando Gromyko y yo convinimos en enviar instrucciones en forma conjunta ese mediodía, le pedí a Sonnenfeldt que llamara a Smith por una línea abierta para informarle que las instrucciones iban en camino. Ya que había sólo dos temas en cuestión, y quizás entre cinco y diez frases, pensamos que las delegaciones podían finalizar su trabajo y regresar luego en el avión norteamericano a Moscú a tiempo para la ceremonia de firma del acuerdo a las 8,30. No nos dimos cuenta de que el avión de nuestra delegación tenía motor a pistón y que por lo tanto tardaría dos horas y media en llegar. Tampoco calculamos la demora en la transmisión debido a que las instrucciones se enviaban vía la Sala de Situación de la Casa Blanca donde, para empeorar las cosas, debido a una confusión no se les asignó prioridad especial. En consecuencia, mientras las instrucciones soviéticas llegaban a Helsinki en cuarenta minutos, las nuestras no lo habían hecho al cabo de dos horas. Indignado, Smith se negó con razón a trabajar en base al texto soviético, por más que Sonnenfeldt le asegurara que las instrucciones eran las mismas. No obstante, luego de repetidas conversaciones telefónicas que echaron a volar por el aire toda medida de seguridad (no había nada de malo en eso ya que se trataba de algo convenido por los soviéticos y por nosotros) y de la rectificación de las comunicaciones, ambas delegaciones se pusieron a trabajar y completaron un documento conjunto en el avión norteamericano rumbo a Moscú. Fue un esfuerzo hercúleo que coronaba años de dedicada labor.

Entre tanto logramos postergar la firma hasta las 11 para que pudiera participar nuestra delegación y para que Smith apareciera conmigo en la conferencia de prensa fijada para las 10 de la noche. La cena que Nixon ofrecía a Brezhnev y demás dirigentes soviéticos, planeada con mucha anticipación para esa noche, se adelantó una hora para cubrir el intervalo.

Lamentablemente, cuando Smith y sus colaboradores arribaron al aeropuerto, otro hecho contribuyó para desgastar aún más sus resentidos nervios. Habíamos enviado automóviles de la embajada a recogerlos, pero por algún motivo se les impidió el acceso al aeropuerto. Haya sido o no una artimaña soviética o una obstinada aplicación de los reglamentos locales por parte de algún funcionario de poca jerarquía —más bien me inclino por esto último— el hecho fue que ningún norteamericano fue a recibir a Smith luego de haber él contribuido significativamente a un gran logro. (Por supuesto que todos los ciudadanos importantes norteamericanos de Moscú estaban en la cena que Nixon ofrecía a Brezhnev, lo que sólo contribuyó a exacerbar aún más el ambiente.) En vez de buscar autos norteamericanos, Smith pidió ayuda a su colega Semenov. Smith quería ir a nuestra embajada para participar conmigo en la información a la prensa, pero el conductor soviético insistió en llevarlo al Kremlin. Más aún, sus notas y apuntes

los tenía un colaborador suyo que había partido en otro vehículo hacia la embajada. En el Kremlin no pasaba nada ya que casi todos los integrantes del grupo norteamericano se habían marchado rumbo a Spaso House, la residencia de nuestro embajador, donde estaba terminando la cena y se realizaría la conferencia. Demoré el comienzo de la rueda de prensa para esperar a Smith preguntándome qué le habría sucedido; no sólo debía Smith participar conmigo en esa sesión sino que —pensaba yo— él traía los textos oficiales para la ceremonia de suscripción del acuerdo.

En el Kremlin, Peter Rodman, miembro de mi plantel, consiguió un coche soviético y llevó a Smith a la embajada. Finalmente llegó Smith, furioso hasta el punto de la incoherencia, no sin motivo. Hasta el día de hoy no he podido convencerlo de que lo ocurrido no fue ex profeso sino sólo una sucesión de errores encadenados. El grupo de la reunión cumbre estaba casi tan molesto como el por su tardanza. Él resultó víctima de torpezas, aunque debe reconocerse que las prácticas administrativas del gobierno de Nixon solían causar ese tipo de hechos indignos a hombres decentes y capaces, por lo general en forma accidental, ocasionalmente adrede. Sin lugar a dudas, Smith merecía mejor trato.

He manifestado ya que Smith tenía motivos para su actitud, pero debo añadir que su descontento era obvio. Disimulaba tan mal el orgullo herido y la indignación que estuvo a punto de arruinar la conferencia. Ésta tuvo lugar en la cafetería, junto al edificio de la embajada. Comencé yo, pero Smith me susurró refunfuñando que no conocía exactamente los términos del convenio. Con toda seguridad eso no le iba a inspirar confianza a la prensa; por consiguiente, interrumpí mi presentación y llevé a Smith a una antecámara para tratar de calmarlo. Habiéndolo escasamente conseguido, reanudé la explicación de los principios generales del tratado. Luego siguió Smith con un breve análisis de sus cláusulas que con su minuciosa precisión compensó la falta de apasionada defensa. Quedaba tiempo sólo para una o dos preguntas antes de que todos debieran marcharse para la ceremonia de la firma. Max Frankel, del *New York Times*, —uno de los periodistas más idóneos que conozco— se sintió obligado a decirnos que el acuerdo resultaría un fiasco de relaciones públicas a menos que la prensa tuviese oportunidad de formular más preguntas y aclarar las ambigüedades sobre las que seguramente centraría su ataque la oposición.

La ceremonia de la firma transcurrió sin inconvenientes. Smith regresó a su hotel; yo me fui a mi habitación del Kremlin. El personal se dispersó para celebrar el acontecimiento. Consideré que no tenía sentido realizar más declaraciones con las que sólo se lograría poner más en evidencia las tensiones existentes dentro de nuestra delegación oficial.

Bastante después de la medianoche me llamó Ziegler para comunicarme que Frankel había estado en lo cierto. La noticia del convenio SALT tenía ribetes de desastre. La redacción del acuerdo era demasiado técnica, las tensiones dentro de nuestro grupo demasiado evidentes. Murrey Marder me llamó unos minutos más tarde para transmitirme las mismas impresiones. Los periodistas quieren aparentar que no se comprometen con las noticias que redactan. Eso es un disparate. La prueba de su capacidad profesional es la objetividad prescindiendo de todo compromiso. Y los mejores periodistas creían en las negociaciones SALT; querían haber estado presentes cuando comenzó a revertirse el curso de la carrera armamentista. Consignarían la verdad tal como la veían, pero en esta ocasión nos darían todas las oportunidades necesarias para aclarar dicha verdad.

Haldeman había recibido los mismos informes por parte de Ziegler, y a través de él se enteró Nixon. Haldeman estaba aterrorizado de que el acuerdo no fuese aceptado en debida forma. Nixon temía un alzamiento de sus electores del ala derechista, y veía en la actitud de Smith un ejemplo de la conspiración del *establishment* de la zona Este y de Georgetown en contra de él, lo cual era sumamente inmerecido. A Smith se le *había* hecho una injusticia (y más tarde defendería el convenio con vehemencia y aptitud). Por consiguiente, Nixon y Haldeman insistieron en que yo sólo diera otra conferencia para ubicar el tratado en un contexto mejor.

Ese fue el origen de la rara rueda de prensa que comenzó a la una de la madrugada del sábado 27 de mayo, día en que yo cumplía cuarenta y nueve años. Me ubiqué en el palco de músicos del club nocturno Starry Sky, del hotel Intourist, centro de operaciones de los cronistas extranjeros. Se ha dicho del club que parecía «el salón de baile Roseland, del año 1935. Kissinger, el Frank Sinatra de la diplomacia, se ubicó en la pista de baile, y de tanto en tanto se aferraba a su único bástón, un micrófono de pie». Durante una hora describí, lo mejor que pude debido al agotamiento luego de tres sesiones que ocuparon la noche entera, las cláusulas del tratado sobre mi-

siles antibalísticos y el congelamiento ofensivo, respondí preguntas y traté de explicar la importancia de un paquete de complejos documentos que constituían un punto crucial u otro impulso a la carrera armamentista de las superpotencias, el augurio de un orden internacional más pacífico o una pausa antes de presentarse nuevas crisis.

Los términos del convenio eran compatibles con ambos cursos de evolución. Congelaban el despliegue de misiles antibalísticos, en el cual llevábamos una ventaja tecnológica aunque el Congreso no nos permitiera explotarla. En esto sufríamos la misma incapacidad que en lo de Vietnam. Contábamos con apoyo suficiente como para organizar nuestro programa básico pero la oposición tenía el poder necesario para anularlo. Por ende, nuestra base para la negociación era más endeble de lo que podría haber sido. Hicimos bien en congelar el despliegue de armas ofensivas soviéticas, en lo cual ellos tenían una ventaja que probablemente habría continuado incrementándose ante la falta de un congelamiento. Los soviéticos renunciaban a 240 armas antiguas de transporte pesado y debían contabilizar cualquier modernización de los submarinos clase G. Como nosotros no teníamos ningún programa que pudiera desplegarse durante el congelamiento ofensivo, fundamentalmente no nos afectaba en absoluto. Cambiábamos las limitaciones defensivas por las ofensivas.

Necesitábamos del acuerdo si queríamos ponernos a la par en armamentos ofensivos. Pero también nos hacía falta el tratado SALT si es que alguna vez íbamos a explorar las posibilidades de la coexistencia pacífica. Deberíamos estar alertas para mantener el equilibrio estratégico. Pero el acuerdo SALT también nos daba la oportunidad de determinar si la *détente* era una táctica o un nuevo estilo de la diplomacia soviética. Estábamos decididos a evitar ponernos otra vez en la situación de tener que negociar cuando sólo los soviéticos contaban con programas estratégicos en marcha (*). Pero igualmente estábamos preparados para buscar la estipulación de reglas de mutua contención. Rechazábamos el argumento de que la era nuclear convertía en irrelevante el equilibrio del poder. Sin embargo tampoco aceptábamos la premisa de que era posible apostar la seguridad de la nación únicamente a una política de confrontación nuclear.

Estas opiniones nos obligaron a realizar un acto de suma moderación. En consecuencia resultamos vulnerables a las acusaciones de los liberales en el sentido de que estábamos esforzándonos muy poco por el control armamentista y demasiado por la defensa, y de los conservadores por mostrarnos demasiado conciliadores en las negociaciones. Nuestro objetivo era lograr una política que preservara tanto nuestro poderío como nuestras opciones para alcanzar un nuevo orden internacional. Estábamos dispuestos a transitar un angosto sendero ostensiblemente dedicado a la paz, pero dejando en claro nuestro deseo de que no se lo utilizara para el chantaje. Éramos conscientes de que no podíamos darnos el lujo de que se produjeran los errores de cálculo que en cada generación de este siglo habían causado conflictos mundiales, pero seguíamos siempre preparados para hacer frente al expansionismo soviético y a los desajustes en la balanza de poder. Mantener la paz y defender la justicia, ser decididos y no beligerantes, estar alerta sin ser provocativos; en adelante sería ésa la gran prueba de nuestra política exterior. Al menos eso fue lo que traté de aclarar a los exhaustos corresponsales esa larga noche en el extravagante escenario de un salón de baile de Moscú.

De cualquier manera, el tratado SALT fue bien recibido por muchos de los antiguos adversarios de Nixon. El *Washington Post* y el *New York Times* fueron los primeros en elogiarlo. También fue atacado por algunos de sus tradicionales partidarios por su supuesta «desigualdad». Una ecuación militar que había parecido aceptable cuando no existía el tratado —por más que cada año que pasaba las cifras eran más ominosas— de pronto era combatida siendo que ponía coto a la carrera armamentista soviética y no frenaba ningún programa nuestro. Muy pocos opositores formularon la pregunta que yo hiciera en la conferencia de prensa de Moscú: lo importante no era «qué situación (el acuerdo) perpetúa sino la situación que impide. La cuestión es dónde estaríamos sin el congelamiento». Los soviéticos renunciaban a una mayor capacidad ofensiva; nosotros no.

Otro motivo de crítica fue más difícil de resolver. Algunos solícitos observadores temían que el público se engañara con una falsa euforia y dejara de apoyar los esfuerzos necesarios

(*) Después de regresar a Washington, tuve una conversación el 2 de junio con Mel Laird. «Debemos utilizar este congelamiento para ponernos a la par», manifesté. «Si no lo hacemos, no merecemos ocupar estos cargos.» Laird estuvo plenamente de acuerdo.

para la defensa. En un principio esto no fue así. El año siguiente a la firma del convenio SALT dimos comienzo a varios nuevos programas estratégicos para ponernos a la par: el bombardero B-1, el misil MX, el misil crucero y el sistema de misiles submarinos Tridente. De hecho, un senador me echó en cara que no podríamos afrontar económicamente la firma de otro acuerdo SALT si el resultado era semejante incremento en el presupuesto estratégico como éste. Con posterioridad, la tragedia de Watergate debida a la debilidad del poder ejecutivo en sus luchas con el Congreso fue la causa de que nuestra política exterior perdiera su impulso.

Empero la preocupación no debería dejarse de lado. ¿Puede una democracia combinar resolución y esperanza, poderío y espíritu conciliatorio? Me resisto a aceptar el consejo de la desesperación en el sentido de que estemos condenados a los extremos de la euforia o la intranquilidad. Me explayaré sobre este interrogante al evaluar el impacto general de la reunión cumbre. En honor a Gerry Smith debo manifestar que, luego de su justificada indignación de Moscú, bregó por la ratificación de los tratados SALT con tenacidad e idoneidad.

GROMYKO Y EL MEDIO ORIENTE

Cuando se hubo suscrito el acuerdo SALT desapareció todo otro motivo de tensión en la reunión cumbre. No se hizo luego esfuerzo serio alguno por resolver ningún otro problema internacional pendiente. Fue significativo el hecho de que la única discusión relativa al Medio Oriente entre Nixon y el triunvirato soviético tuviera lugar al día siguiente de la firma del tratado SALT, garantizando que los soviéticos no pondrían grandes obstáculos y que nosotros nos mantendríamos en nuestra estrategia de no innovar en la cuestión de Medio Oriente hasta tanto ellos estuvieran dispuestos a arribar a una solución de compromiso. Por consiguiente, Nixon consideró este debate fundamentalmente como una medida dilatoria. Propuso que Gromyko y yo volviéramos a reunirnos en el otoño, y que entre tanto tratáramos de convenir algunos principios generales que sirvieran de pautas para futuras negociaciones. (Nixon le causó al flemático Sukhodrev un problema de traducción cuando sugirió que todo eso debía ser preparatorio de la «etapa de cascar las nueces», que Sukhodrev interpretó literalmente como romper los frutos bajados del árbol, para perplejidad de los interlocutores de Nixon.) También se nos encargó a Gromyko y a mí la redacción de un comunicado al respecto.

Gromyko y yo nos abocamos a la tarea como último punto de la agenda del domingo por la tarde (debíamos regresar al día siguiente). Los soviéticos estaban en una difícil posición, más difícil aún de lo que creíamos. Egipto manifestaba su descontento por el fracaso de Moscú en adelantar los tratados conducentes a un arreglo del problema. El pedante estilo de negociación del Kremlin y la rígida adhesión a posiciones extremas impidieron la formulación de propuestas que pudiéramos aceptar. Jamás pudieron los soviéticos resolver el dilema que en tres años nosotros habíamos tratado de agudizar. En la medida en que apoyaran el programa árabe radicalizado no tendríamos razón alguna para actuar mancomunadamente con ellos. Sin nosotros, el programa sólo podía realizarse por medio de una guerra que los aliados soviéticos perderían. Fue así como la rígida política del Kremlin en la cuestión de Medio Oriente se convirtió en una demostración para el mundo árabe de su incapacidad para afectar los acontecimientos y de una progresiva pérdida de su influencia.

En cuanto a nosotros, convenía a nuestros fines que se mantuviera el *statu quo* hasta tanto los soviéticos modificaran su posición o los líderes árabes acudieran en busca de nuestra ayuda para alcanzar una solución basada en adelantos a realizarse en sucesivas etapas. Cuando quedó en claro que Moscú no cambiaría su postura, busqué la redacción más moderada para el comunicado relativo al Oriente Medio. La fecha tope inherente a la reunión cumbre nos favorecía; en las discusiones para la emisión de un comunicado, la parte que está dispuesta a mantenerse firme lleva las de ganar. La parte contraria sólo puede alcanzar sus objetivos amenazando con desbaratar toda la cuestión, alternativa que quedaba prácticamente excluida debido a los acuerdos SALT y a los «Principios Básicos de las Relaciones Soviético-Norteamericanas». El resultado fue un párrafo vacío de sentido que apoyaba la Resolución 242 del Consejo de Seguridad y afirmaba que ambas partes favorecían el logro de la paz en el Medio Oriente. Hacía un llamamiento a un «arreglo pacífico» y a la «reducción de actividades bélicas» en la zona, lo que prácticamente era aceptar en forma implícita el *statu quo*. Indudablemente esto iba a ser tomado a mal no sólo en El Cairo sino en todo el mundo árabe (3). Tendremos que esperar hasta que aparezcan las

memorias de los dirigentes soviéticos para obtener una explicación de por qué prefirieron el camino de un texto compartido en lugar de una redacción paralela, como fue el comunicado de Shanghai. Un texto separado les habría dado más campo de maniobra para expresar sus opiniones y nos hubiera responsabilizado más claramente a nosotros por desbaratarlas. Probablemente la burocracia soviética considerara sacrosanta esa forma tradicional, y el odio que los líderes soviéticos profesaban por los chinos quizás les haya impedido repetir un modelo que se asociaba con el viaje de Nixon a Pekín.

Casi tan inexplicablemente, Gromyko pasó cuatro horas conmigo ese último domingo tratando de que nos pusiésemos de acuerdo respecto de los «principios generales» para resolver la cuestión del Medio Oriente. Todavía no está claro por qué habrá pensado que estábamos dispuestos a suscribir un comunicado muy suave con una cantidad de principios específicos. De todas maneras, la misma estrategia que regía nuestra manera de encarar el comunicado sería la que determinaría nuestra actitud respecto de los principios. Me dediqué a ejecutar una táctica dilatoria. Gromyko tenía la suficiente experiencia como para comprender lo que yo hacía, y realmente no ejerció verdaderas presiones. Era obvio que los soviéticos no querían originar una crisis por la cuestión del Medio Oriente. El resultado fue una serie de «principios» que en realidad no iban más allá de las resoluciones de las Naciones Unidas, o eran tan imprecisos como para dejar amplio margen para la negociación de su realización (4). La consecuencia práctica fue confirmar el estancamiento. Supuestamente Dobrynin y yo los puliríamos a nuestro regreso a los Estados Unidos. Como probablemente hayan puesto dichos principios a prueba con sus aliados árabes y hayan sido rechazados, los soviéticos nunca insistieron en ellos. Tampoco nosotros. Volvieron a surgir en la reunión cumbre de 1973 con la misma falta de resultados.

El obstáculo más serio para mi táctica dilatoria provino de mis propios colaboradores. Para perder el mayor tiempo posible en mi reunión con Gromyko, le hice repetir sus formulaciones una y otra vez «para entenderlas mejor». Peter Rodman, que tomaba notas para nuestra delegación, evidentemente lo consideró un insulto a su idoneidad, y no hizo más que interrumpirme para entregarme el texto completo de la propuesta de Gromyko, que él había apuntado textualmente la primera vez que fuera expuesta. Los repetidos codazos que le di no lo detuvieron cada vez que llegábamos a un nuevo «principio» de la lista de Gromyko. Con posterioridad, le armé tanto escándalo por su exceso de celo que jamás él ni Winston Lord volvieron a entregarme un documento en presencia de otra delegación durante algún tratado... ni aun cuando se lo pidiera en serio. Aducían que nunca podían estar seguros de si realmente yo lo necesitaba o si se trataba de un pretexto para producir una dilación. Un mes más tarde en China me volví hacia Lord para solicitarle un documento; él lo tenía pero fingió lo contrario antes que arriesgarse a cometer otro error. Me las arreglé sin el documento. Peter y Winston en vano me suplicaron que elaboráramos algún sistema de señales con la mano, palabras en código o incluso tarjetas para que pudieran darse cuenta de si verdaderamente deseaba que me entregaran lo que estaba pidiendo. En años posteriores, un ocasional pedido de un documento a Lord o Rodman los hacía desternillar de risa, lo cual debe haber dejado azorado al ministro o jefe de estado con quien estuviera negociando respecto de la aparente falta de disciplina imperante en mi plantel de colaboradores.

La conferencia cumbre resultó el golpe de gracia de Sadat. Seis semanas más tarde, el 18 de julio, dio por terminados largos meses de creciente desencanto con Moscú expulsando a los técnicos y asesores militares soviéticos, uno de los acontecimientos radicales de la historia reciente del Oriente Medio. Este tema lo abordaré en el capítulo XXX.

En lo que a nosotros concernía, Vietnam pertenecía a la misma categoría que el Medio Oriente. Pensábamos que los sucesos se estaban desarrollando de manera favorable. Si la reunión cumbre tenía éxito, eso aumentaría la sensación de aislamiento de Hanoi. Fundamentalmente, lo único que deseábamos de los soviéticos era su conformidad con nuestro proceder unilateral, y estábamos bien encaminados para el logro de este fin. A su vez, los soviéticos querían hacer alguna declaración conjunta en el comunicado, en parte para aplacar a su indignado aliado, y en parte porque Brezhnev había declarado que el hecho de formular opiniones contrarias como en el comunicado de Shanghai era «inescrupuloso». Gromyko y yo sabíamos que el único idioma común posible probablemente ofendería a ambos bandos; pero de hecho dedicamos dos sesiones, el sábado por la tarde y el domingo por la mañana, al inútil intento de lograrlo. Como este documento evidentemente no iba dirigido a Hanoi, no hubo nada de la ampulosidad de la reunión mantenida en la residencia de huéspedes. Como era su costumbre, Gromyko no pronunció

grandilocuentes discursos; tampoco perdió tiempo en recriminaciones. Por supuesto que le habría gustado poder enviar alguna nueva «concesión» a Hanoi como si nos la hubiese arrancado en la reunión cumbre. Pero nos fue imposible complacerlo. Hanoi jamás se aplacaría a menos que tuviese la convicción de que no íbamos a ceder más. Había que quitarle toda expectativa de que con su retardo conseguirían mejorar nuestros ofrecimientos.

Por lo tanto, rechacé de plano los repetidos sondeos de Gromyko instando a un gobierno de coalición. Puntalicé el curioso hecho de que Hanoi buscaba mantenernos en Vietnam para que derrocáramos a Thieu en nombre de ellos. Eso jamás ocurriría. Sólo había dos caminos hacia un acuerdo: los términos militares de nuestra propuesta del 31 de mayo de 1971 (básicamente, el cese del fuego, retiro de los EEUU y devolución de prisioneros) con las revisiones del 8 de mayo de 1972, o el programa total militar y político expuesto por el presidente en su alocución del 25 de enero. Si cualquiera de las dos vías fracasaba, intentaríamos terminar la guerra por medio de acciones militares. Gromyko no discutió estos puntos.

Cuando a la mañana siguiente nos volvimos a reunir, presenté un párrafo de tres oraciones, sumamente moderado, como propuesta de declaración conjunta respecto de Vietnam. (Al redactar el borrador del comunicado completo se incluyó un espacio en blanco para dicho párrafo. Yo sugerí que quizás deberíamos dejarlo así; por cierto que constituiría un nuevo modo de abordar el tema. Gromyko se mostró consternado.) Como era previsible, rechazó nuestro borrador. No quedaba otra alternativa que regresar al formato «inescrupuloso» del comunicado de Shanghai. Cada bando expuso su posición; el apoyo soviético a Hanoi fue manifestado en forma tenue. No había opinión en común. En resumidas cuentas, Hanoi estaba solo.

Mientras Gromyko y yo trabajábamos en el comunicado, Nixon visitaba Leningrado. El hecho de haberme perdido esa excursión fue causa de una broma entre Gromyko y yo. Los soviéticos me prometieron llevarme a hacer esa visita en mi siguiente viaje a Moscú. En mis numerosos viajes posteriores a la Unión Soviética, siempre figuró Leningrado en la agenda. Pero todas las veces hubo que cancelar el programa debido al exceso de trabajo en Moscú. Finalmente le comenté a Gromyko que dudaba que Leningrado realmente existiera, que debía ser un engaño para inducirme a un espíritu de colaboración. Gromyko me refutó con una pregunta: «Pero, ¿dónde tuvo lugar nuestra revolución?» «En San Petersburgo» no pude resistir responderle.

El comunicado contenía una referencia favorable a una Conferencia de Seguridad Europea similar a la mencionada en las declaraciones que Moscú había suscrito con nuestros aliados europeos; no nos comprometía a fecha alguna. Nuestra estrategia consistía en supeditar dicha Conferencia a las conversaciones sobre reducción de tropas, y ambas cuestiones a la finalización de la guerra de Vietnam. El enfoque nuestro respecto del impulso a las relaciones económicas era similar; sería un aliciente para lograr un freno en los avances políticos de los soviéticos. No se intentó negociar acuerdos comerciales específicos. Se creó una comisión del comercio en general. Se organizó un viaje a Moscú para el mes de julio del secretario de comercio Peter Peterson con el objeto de iniciar las negociaciones acerca de los temas conexos: el levantamiento de las deudas de Préstamos y Arrendamientos y la recuperación de la condición de Nación Más Favorecida por parte de la Unión Soviética. La redacción del comunicado se realizó sin inconvenientes, y por primera vez sin tensiones internas dentro de nuestra delegación.

Yo había aprendido la lección del viaje a China; por ende, se invitó a participar al Departamento de Estado. La tarea recayó en el subsecretario de Estado para Asuntos Europeos Martin Hillenbrand, quien la realizó con notable idoneidad. En las horas finales de la reunión cumbre, Gromyko sacó a luz sin ninguna explicación los «Principios Básicos de las Relaciones Soviético-Norteamericanas» convenidos en abril. Hillenbrand, que también era un profesional, sabía que era imposible que esos principios, en su forma existente, hubiesen surgido de la redacción soviética, pero era demasiado astuto como para hacer una cuestión por ello. Fue así como transcurrió una reunión cumbre por primera vez sin enfrentamientos entre la Casa Blanca y el Departamento de Estado.

En nuestra pragmática sociedad se presta poca atención a las declaraciones de principios; obviamente no poseen fuerza de ley. Los principios enunciados en Moscú afirmaban la importancia de evitar una confrontación; la necesidad de la mutua contención; el rechazo de los intentos de explotar las tensiones en otras áreas para ganar ventajas unilaterales; la renuncia a reclamar privilegios especiales por parte de ambos países en cualquier región (lo que nosotros interpretamos como la negación de la Doctrina Brezhnev); la voluntad de coexistir pacíficamente sobre esta base y de bregar por una relación a largo plazo más constructiva.

Desde luego que estos principios no eran un contrato legal. Su objetivo era establecer un patrón de conducta por el cual juzgar si se hacían o no verdaderos progresos, y en nombre de cuál de ellos podíamos oponernos a su violación. Durante cuatro años habíamos expresado nuestra convicción de que los hombres de estado no tenían tarea más importante que reducir los peligros de una guerra atómica; comparados con sus peligros, los beneficios a lograrse por la constante intromisión iban a ser marginales. Pero en nuestra opinión los esfuerzos por disminuir el riesgo de una guerra nuclear por medio del control de armamentos debía ir concatenado con el cese de la constante presión soviética en contra de la balanza mundial de poder. Abogábamos por la coexistencia pacífica y estábamos igualmente resueltos a defender el equilibrio de poderes y los valores de la libertad. Si cumplíamos con *nuestra* responsabilidad de frenar la ingerencia soviética, se podría confiar en la coexistencia, y podía pensarse que los principios de la *détente* habían marcado el camino hacia un futuro más venturoso.

Sólo tres acontecimientos restaban antes de la finalización de la reunión cumbre: un encuentro privado entre Nixon y Brezhnev (al que yo asistí), una breve sesión plenaria de las dos delegaciones y una recepción de gala en el inmenso Salón San Jorge del Kremlin.

Bajo una tenue lluvia Nixon y yo fuimos caminando desde los departamentos del zar hasta el despacho del secretario general, distante unos cientos de metros. Nos marchábamos con el mismo tiempo inestable con que habíamos llegado. Durante todo el día el sol y las nubes lucharon por la supremacía. Estábamos de excelente humor. Habíamos logrado que se realizara la cumbre a pesar de nuestra firme posición en Vietnam. Habíamos conseguido todos nuestros objetivos en Moscú. Sin embargo el futuro se presentaba sombrío; las intenciones de los soviéticos seguían en delicado suspenso y aún debíamos terminar la guerra de Vietnam. Pero estábamos a punto de dominar nuestra crisis en el frente interno. Y estábamos echando los cimientos de un nuevo orden internacional. Por primera vez en mucho tiempo daba la impresión de que podríamos controlar mucho más nuestro porvenir.

La última reunión privada entre Brezhnev y Nixon se desarrolló en un clima tranquilo; fue una recapitulación. Brezhnev nos preguntó si en nuestra opinión sería beneficioso que un dirigente soviético —específicamente Podgorny— viajara a Hanoi. El día anterior Gromyko me había anticipado que Brezhnev sacaría ese tema, dándonos a Nixon y a mí oportunidad de discutirlo previamente. Nos parecía improbable que Moscú supeditara el viaje de uno de sus máximos jerarcas a nuestra preferencia. Por lo tanto no tenía sentido oponerse. Indudablemente enviaban a Podgorny para aplacar la indignación de Hanoi. Por otra parte, dicha visita poco daño podía causar. Si realmente Moscú estaba dispuesto a poner un freno a Hanoi, se aceleraría su aislamiento. Nixon respondió que apoyaba el viaje de Podgorny. Incapaz de resistir la tentación de sacar una ventaja, Brezhnev propuso que suspendiéramos los bombardeos a Vietnam del Norte durante la estancia de Podgorny. Nixon, que había previsto este pedido, aceptó sólo interrumpir los bombardeos en Hanoi y Haiphong, siempre y cuando Podgorny no decidiera quedarse tres meses. Brezhnev preguntó luego si no se podría conseguir que Thieu renunciara dos meses —y no uno— antes de la elección; Podgorny podría presentar esta alternativa como resultado de la reunión cumbre. Nixon expresó que, si se aceptaban todos los demás términos nuestros, estaba dispuesto a recomendar esa modificación en su discurso del 25 de enero. Sin lugar a dudas, Brezhnev así lo comunicó a Hanoi. Jamás volvimos a oír hablar del tema. Más adentrado el verano Hanoi decidió seguir otro rumbo.

Brezhnev y Nixon retomaron la idea de un acuerdo respecto de la no utilización de armas nucleares. Diestramente Nixon lo remitió al canal específico. Tal como estaba bosquejado, el tema causaría estragos en la OTAN y en nuestras relaciones con China. Brezhnev ofreció voluntariamente una reafirmación del «entendimiento» referente a Cuba en general, y a los submarinos en particular. Para rematarlo, aseguró las intenciones pacíficas de Corea del Norte. (En el lapso de tres meses habíamos obtenido seguridades acerca de Corea tanto en Pekín como en Moscú). Luego Brezhnev introdujo con delicadeza un punto que bien puede haber constituido el mayor interés del Kremlin en una *détente*. Insinuó que ambas naciones podrían vigilar las aspiraciones nucleares de Pekín. Nixon no lo alentó en absoluto. Ambos líderes finalmente convinieron limitar la propaganda dirigida al país contrario en la medida de lo posible.

No habría que hacer demasiado hincapié en las relaciones personales de los líderes, especialmente en un ambiente amistoso luego de una serie de acontecimientos que afianzaron la posición de ambos en sus respectivos países. Evidentemente la Unión Soviética había alcanzado algunas de sus metas; sólo los aficionados creen que una negociación entre grandes potencias

puede conducir a una serie de victorias unilaterales. Aun cuando pudiera lograrse, dicho resultado no es aconsejable; ningún país va a respetar eternamente un acuerdo que no conviene a ninguno de sus intereses. Un estadista inteligente buscará el equilibrio de objetivos; no vale la pena obtener ciertas «victorias» porque hipotecan el futuro. Por cierto que convenía a los fines soviéticos ofrecer a su pueblo esperanzas de una mejor relación con occidente. El Kremlin sin duda confiaba en que una *détente* minaría la voluntad de resistencia de las democracias. Sin embargo, algunos «duros» del Kremlin se habían opuesto a ella (Shelest, por ejemplo), por temor a los riesgos implícitos para la Unión Soviética. En mi opinión, a Brezhnev lo animaban varias motivaciones. Quería la paz y estaba dispuesto a pagar cierto precio por ella, si bien no abandonaba la ilusión de una victoria comunista en el mundo. Y, al igual que muchos líderes de naciones, probablemente evitara una opción final mientras fuese posible. Pero esto no es más que afirmar que el futuro parecía abierto. Resumiendo, tanto Nixon como Brezhnev apostaban a su habilidad para moldear los acontecimientos de acuerdo con los objetivos y valores de sus respectivas sociedades. No se había predeterminado ningún resultado.

Estas expectativas confirieron un tono exuberante a la recepción final. Iluminado por grandes arañas, el blanco y resplandeciente Salón San Jorge del Kremlin rebosaba de VIPs soviéticos (estaban presentes Anastas Mikoyan y Dimitri Shostakovich), burócratas de mediano y alto nivel, prominentes periodistas extranjeros y el cuerpo diplomático. Brezhnev y Nixon ingresaron juntos y avanzaron en medio de la multitud que se hallaba detrás de los cordones. Se ejecutaron los himnos de ambas naciones. Las tensiones de los pasados meses se disolvieron en ese emocionante momento, y a muchos de los presentes en el salón nos inundó la confianza de haber quizás participado en el nacimiento de una era mejor. No obstante todas las reservas, esa noche en Moscú se percibían al menos los distantes contornos de un mundo en el cual la humanidad superaría su constante marcha en medio de crisis y peligros para entrar en el reino de la contención y la colaboración.

¿QUÉ SE OBTUVO DE LA REUNIÓN CUMBRE?

El regreso de Nixon de Moscú, producido el 1 de junio, fue dramático. Luego de aterrizar en la base Andrews de la Fuerza Aérea, se dirigió en helicóptero al Capitolio. Allí fue recibido por los altos mandos y trasladado inmediatamente a una reunión conjunta del Congreso. Sus palabras trasuntaron una mezcla de esperanza —ocasionalmente rayana en el alborozo— y cautela. Afirmó que «se habían echado las bases para una nueva relación entre las dos naciones más poderosas del mundo». Empero también destacó que «el criterio a seguirse en las próximas reuniones de alto nivel sería el de los resultados concretos». Enumeró los diversos acuerdos bilaterales, incluyendo los tratados sobre limitación de armas estratégicas, que representaban «el primer paso hacia una nueva era de contención convenida de mutuo acuerdo y de limitación de armamentos entre las dos principales potencias nucleares». No obstante recalcó también la vital importancia de una rotunda defensa nacional, manifestando que los acuerdos SALT no limitaban los programas defensivos de los Estados Unidos. Describió los «Principios Básicos de las Relaciones» como un «mapa vial» que indicaba los caminos que ambas naciones debían seguir en orden al logro de una paz duradera. Sin embargo, recordó a los presentes que «el mantenimiento del poderío, la integridad y la firmeza de nuestros aliados del mundo libre es el cimiento sobre el que deben apoyarse todas las demás iniciativas nuestras encaminadas a la obtención de la paz y la seguridad del mundo. Si bien estamos tratando de mejorar las relaciones con quienes han sido nuestros adversarios, no por eso traicionaremos a nuestros amigos y aliados del mundo entero».

Fue un compendio honesto de nuestros logros, nuestros desafíos y nuestras oportunidades. Empero, parecía estar implícito en la vida de Nixon convirtiéndose en su tragedia, que no podía cerrar un capítulo ni encontrar aceptación a ninguna medida novedosa que tomara. Cada paso que daba provocaba en el acto la desconfianza y las controversias que su persona había acumulado toda la vida. Muy pronto se encontró en la paradójica situación de un antiguo soldado de la guerra fría acusado de poner demasiado empeño en moderar las relaciones con la Unión Soviética. ¿Cuál era la verdad?

Tanto el contexto como el contenido de la reunión cumbre constituían un gran éxito de la política norteamericana. El hecho de haber intimidado a Hanoi concluyendo al mismo tiempo

importantes negociaciones con Moscú (tres meses después del espectacular evento de Pekín) presagiaba un futuro más alentador y por ende colocaba a Vietnam en una nueva perspectiva. La reunión cumbre nos sirvió para completar el aislamiento de Hanoi consiguiendo que Moscú y Pekín tuvieran interés en mantener los lazos que los unían con nosotros. Más insólito aún era que nos libráramos, durante la mayor parte del año, de la agitación dentro de nuestro país con que, hasta ese momento, siempre había podido contar Hanoi. Todo esto, unido a la derrota militar de la ofensiva norvietnamita, llevó a una brecha en las negociaciones por la paz al cabo de unos meses. La reunión cumbre fue igualmente significativa para la evolución del problema de Medio Oriente. Como lo he de demostrar, fue un momento crucial en que los líderes árabes moderados comenzaron a movilizarse hacia Washington; fue un paso en el proceso que dieciocho meses más tarde presenció cómo antiguos enemigos empezaban a transitar el sinuoso camino de la paz bajo la égida norteamericana.

Sin embargo, el mayor logro fue el de haber bosquejado el esquema sobre el que debe basarse la coexistencia entre las democracias y el sistema soviético. El acuerdo SALT resumía nuestra convicción de que una escalada en la carrera armamentista no convenía a los intereses de ningún país ni aumentaba la seguridad de nadie; los «Principios Básicos» daban al menos expresión verbal a la necesidad de una conducción política responsable. Estos dos elementos se reforzaban mutuamente; simbolizaban nuestro convencimiento de que el aflojamiento de las tensiones no podía depender exclusivamente del control de armamentos; la prueba final sería la autocontención de las naciones. Para esto, los acuerdos bilaterales suscritos en Moscú —relativos al medio ambiente, el espacio, la cooperación técnica, los incidentes marítimos, la formación de una comisión económica— con el tiempo podrían suscitar un profundo interés por la paz. Indudablemente sería un largo camino, que no obstante reflejaría la necesidad imperiosa de alcanzar la paz en la era nuclear.

Debíamos realizar un acto de delicado equilibrio: comprometernos a lograr la paz sin que el esfuerzo por conseguirla se transformara en una forma de desarme moral, subordinando todos los demás valores; estar preparados para defender la libertad al tiempo que demostrábamos que una rivalidad sin límites ponía todo en peligro —incluso la libertad— en un holocausto nuclear. Solamente un conductor firme en su autoridad, que gozara del apoyo de su pueblo, podía caminar por esa cuerda tensa, un individuo que no fuera propenso al sentimentalismo de identificar la coexistencia con las relaciones personales amistosas, ni a tomar medidas atolondradas sin motivos reales. Nunca sabremos si se hubiera cumplido con el requisito del apoyo del pueblo en un gobierno encabezado por Richard Nixon. Creo que su manejo no sentimental de los asuntos internacionales fue un punto valioso a su favor. De cualquier modo, Watergate impidió que fructificaran los proyectos que en ese entonces teníamos ante nuestros ojos, no sólo en cuanto al mejoramiento de las relaciones soviético-norteamericanas sino también al desarrollo de una nueva estructura para todas las relaciones internacionales.

En el porvenir que avizoramos, la tarea de los Estados Unidos será recrear y mantener los dos pilares de nuestra política hacia la Unión Soviética que comenzáramos a construir en Moscú: la disposición para enfrentar el expansionismo soviético y la simultánea determinación de lograr un futuro de colaboración. Si nos excedemos demasiado en cualquiera de las dos direcciones impediremos el logro de un mundo más pacífico. Cuando la conciliación se convierte en un fin en sí misma, una despiadada decisión política soviética puede transformarla —como ocasionalmente ha ocurrido— en un instrumento de extorsión y una pantalla para obtener ganancias unilaterales. Cuando se obstaculiza un diálogo más alentador entre los Estados Unidos y la Unión Soviética como consecuencia de un acto nuestro, se paga un precio alto en el terreno del apoyo popular y de la cohesión de los aliados. Para tener éxito, una política debe contar con ambos elementos: incentivos para la contención de los soviéticos (tales como los lazos económicos) y sanciones para el aventurerismo (tales como una firme respuesta de nuestra parte, que incluya la ayuda militar que se brinda a las naciones amigas que se resisten a las presiones revolucionarias de los soviéticos o de Cuba).

Para mantener la doble actitud de firmeza y espíritu de conciliación hacía falta un poder ejecutivo disciplinado y un congreso y un pueblo que confiaran en su gobierno; una cabal comprensión del interés nacional y de cómo los acontecimientos y problemas de un ámbito se relacionan con los de otro. Era una tarea sumamente complicada. También yo abrigaba sentimientos ambivalentes; tenía una profunda desconfianza por las motivaciones de los soviéticos, estaba decidido a impedir su expansión y desdeñaba a los críticos que abyectamente aceptaban los

avances soviéticos o confiaban en que la historia los desvirtuaría. Hasta cierto punto, mi interés en una *détente* era táctico, como medio para incrementar al máximo los dilemas de los soviéticos y reducir su influencia en el Oriente Medio; en parte también era doméstico, para vencer con nuestra estrategia las presiones para alcanzar la «paz» de modo de poder contar con el apoyo público en caso de ser inevitable tener que mostrar nuestras cartas. Y sin embargo había algo que reflejaba el desafío sin precedentes de nuestro período; la convicción de que el imperativo moral de nuestros tiempos era mantener abierta la perspectiva, por endeble que fuere, de un cambio fundamental, de poner el máximo empeño para que no descendiera Armagedón sobre nosotros por negligencia o falta de visión.

Desgraciadamente, el desgaste de Nixon en el frente interno nos impidió ejecutar totalmente nuestra visión y nuestra estrategia. Las relaciones con la Unión Soviética se tornaron cada vez más controvertidas bajo el ataque tanto de liberales como de conservadores. A los liberales, que durante tres años habían acusado a Nixon de belicosidad e intransigencia, ahora les convenía criticar, si no la *détente* en sí misma, el exceso de su promoción en los Estados Unidos. Significativamente, esa crítica no se oyó mucho en 1972 y comienzos de 1973, en la época del apogeo de la *détente*. Se la oyó por primera vez en la segunda mitad de 1973, cuando los soviéticos se ensañaron con los disidentes. Andrei Sakharov hizo su llamamiento en pro de la enmienda Jackson en agosto de 1973, se desató la guerra de octubre de 1973 en el Medio Oriente (que, en opinión de algunos, era instigada por los soviéticos), y surgió el asunto de Watergate que vino a debilitar la imagen del presidente. Nunca se especificó en qué consistía ese «exceso de promoción». De hecho, aun una lectura rápida del torrente de discursos, declaraciones de prensa y entrevistas concedidas en este período demuestra toda una actitud de cautela por parte de la Administración, que constantemente señalaba los límites, las ambigüedades y la competencia inherente a la relación, la necesidad de estar alerta y los adelantos reales que se habían logrado.

Síntoma evidente de nuestras divisiones internas fue el hecho de que esta crítica surgiera contra un gobierno que había intimidado a los soviéticos por el asunto de Cienfuegos, que había resistido las guerras de India y Siria, que había establecido los principios de la ligazón de medidas, que había iniciado las visitas presidenciales a Europa oriental, que había bregado por una defensa poderosa y que había asumido los compromisos de sus antecesores en Indochina para mantener la credibilidad total en nuestro país contra la agresión, todo ello mientras se enfrentaba la más acerba oposición interna de este siglo.

Por cierto que la tendencia de Nixon a la hipérbole no iba a disminuir en un año de elecciones. Comenzó expresando su «confianza» en una generación de paz. Al poco tiempo sostuvo que era un «logro». Y en los últimos días de la campaña electoral de 1972 amplió el objetivo hasta un «siglo de paz». Su personal de relaciones públicas luchaba incansablemente para presentar estas proposiciones, por más asidua e inútilmente que yo manifestara mi desacuerdo. Pero dejando de lado la oratoria electoral, las declaraciones formales de Nixon nunca dejaron de acentuar la competitividad entre los sistemas soviético y norteamericano y la profunda brecha ideológica que intensificaba la rivalidad. Un buen ejemplo lo constituye el Informe de Política Exterior del presidente, del 3 de mayo de 1973. En él se hacía hincapié en la necesidad de una balanza de poder y de la contención internacional. Volvía a recalcar nuestros lazos de alianza. Advertía que una *détente* no significaba el fin del peligro pero afirmaba que los Estados Unidos no estaban dispuestos a compartir sus responsabilidades ni a abdicar de ellas.

No obstante, los acuerdos SALT, Moscú y la *détente* dieron origen a una preocupación más honda y más legítima, no tan frívola ni cínica como la que expresaban los tradicionales adversarios izquierdistas de Nixon que de pronto se convirtieron en anti-comunistas cuando Nixon propugnó la *détente*. Muchos conservadores que anteriormente habían respaldado al presidente comenzaron a inquietarse no por la política del gobierno sino por las consecuencias psicológicas del proceso. Los Estados Unidos añoraban un alivio por los años de agitación y rencores. Los sucesos espectaculares como los viajes de Nixon a Pekín y Moscú, si bien habían significado verdaderos logros y serenas reflexiones, sirvieron también de dramáticos contrastes emocionales para el pueblo norteamericano luego de una década de conmoción y culpa. Por fuerza tenía que haber exuberancia, alivio y alborozo después del desgaste y la calumnia que nos estaban consumiendo. Los conservadores temían que el pueblo norteamericano, que históricamente siempre había oscilado entre el optimismo y el abatimiento respecto de las motivaciones de los soviéticos, estuviera exagerando en una euforia que con el tiempo minaría nuestra voluntad. Vaticinaron el deterioro de toda distinción, la decadencia de las convicciones cuando los líderes

soviéticos y norteamericanos —al igual que los comunistas chinos— aparecieron en las pantallas de televisión haciendo gala de una gran camaradería. Se preguntaron cómo haríamos para mantener la vigilancia —por más cláusulas de reserva que incluyeran las declaraciones presidenciales— cuando proclamamos una nueva era. Dudaban de que los Estados Unidos fuesen capaces de demostrar la voluntad de hacer frente a los soviéticos tanto como de la disposición para colaborar con ellos.

Un argumento tenían a su favor: la experiencia histórica estaba de su parte. Ningún período de coexistencia con el sistema soviético ha sido permanente. Todos han sido utilizados por el Kremlin como trampolín para un nuevo avance. Y sin embargo en nuestro período esto llevaba a la desesperación. La búsqueda de la coexistencia pacífica implicaba evidentes riesgos; no obstante, la conclusión no era que una política de confrontación resultaría más provechosa. Con una, quizás redujéramos nuestra vigilancia; con la otra, podríamos en peligro la cohesión nacional y nuestras alianzas, al tiempo que el gobierno sería acusado con creciente vehemencia de ser la causa de tensiones internacionales. No aceptábamos que el pueblo norteamericano mantuviera su vigilancia sólo por medio de una estridente militancia que concedía a nuestros adversarios el monopolio de los anhelos de paz y que poco a poco confinaria al aislamiento a nuestro gobierno. Los norteamericanos debían aprender a vivir con el desafío geopolítico de sustentar la balanza mundial de poder; era nuestro deber frenar el expansionismo soviético. Estas sensatas convicciones animaban nuestra política. Pero, precisamente porque el conflicto también era ideológico y político, pensábamos que nuestra posición se debilitaría si no apuntábamos más lejos que al simple equilibrio militar. En medio de la histeria nacional respecto de Vietnam, casi con certeza habría sido contraproducente. Cuando se empezó a atacar la distensión, el congreso norteamericano no se mostró más dispuesto a combatir el aventurerismo soviético en Angola (1975), y muchos halcones se unieron a la mayoría que se oponía a nuestra intervención allí. Estábamos decididos a resistir la agresividad soviética, pero considerábamos que tendríamos más posibilidades si nuestra política diera expresión también a la esperanza. Queda aún por ver si, dada nuestra experiencia histórica y los rencores del pasado reciente, es posible transitar por ese angosto sendero; si estamos condenados a oscilar caprichosamente entre un espíritu excesivamente conciliatorio o belicoso. Eso sigue siendo una tarea fundamental de cualquier administración.

Al hablar ante un grupo bipartidario de congresistas respecto de los acuerdos SALT, el 15 de junio, definí nuestro desafío en los siguientes términos:

El interrogante más serio que planteamos no es si podemos confiar en los sino si podemos confiar en nosotros mismos. Algunos han manifestado su preocupación por los tratados, no porque tengan objeciones contra sus cláusulas, sino porque tienen miedo de la euforia que ellos pudieran producir. Pero sin duda no se nos puede pedir que mantengamos una tensión evitable simplemente para empezar los programas que la supervivencia de nuestra nación dicte en cada circunstancia. No debemos fomentar una psicología nacional por la cual sólo seamos capaces de actuar uniéndonos en contra de algo y no a favor de algo.

Nuestros desafíos, por lo tanto, son: ¿Podemos fijar un nuevo rumbo con confianza pero sin ilusión, con grandes objetivos pero sin sentimentalismos? ¿Podemos ser a la vez generosos y fuertes? No muy a menudo un país tiene oportunidad de responder significativamente estas preguntas.

La reunión cumbre de Moscú nos dio la ocasión de comenzar una respuesta. El destino dispuso que no la completáramos sino que nos consumiéramos en polémicas. Quizás sea imposible dar una respuesta concluyente a cualquier período breve. Las relaciones soviético-norteamericanas son ahora un desafío constante para nuestro pueblo, cuya opinión decidirá nuestra seguridad pero también las perspectivas de alcanzar un mundo mejor.

Capítulo XXIX

SECUELAS DE LA REUNION CUMBRE

VISITA AL SHA DE IRÁN

Los estragos del tiempo, la emoción y las insurrecciones han moldeado en un contexto rigurosamente diferente el agradable viaje que hice con Nixon después de terminar la reunión cumbre en Moscú. Viajamos el 30 de mayo, desde Kiev a Teherán, donde nos dio la bienvenida uno de los más estrechos aliados de Norteamérica: el Sha de Irán.

Estaba de pie en el aeropuerto, con su figura delgada y erguida, imperial por títulos, imperial por su porte: Shahanshah Aryamehs Mohammed Reza Pahlavi. Norteamérica tiene poco de que estar orgullosa por su reacción cuando fue derrocado muchos años después. La historia está escrita por los victoriosos y el Sha no está muy de moda en estos días. Y sin embargo, poco intensifica nuestra reputación de constancia el oír los coros que se alzan hoy en contra de un dirigente proclamado por ocho presidentes de ambos partidos — y con justicia — como amigo de nuestro país y como pilar de estabilidad en una turbulenta y vital región.

La institución de emperador no fue una invención personal de los Pahlavis; sus raíces penetran profundamente en el pasado de Irán. Enclavada en lugar central entre todas las grandes culturas del mundo, abarcando desde el subcontinente indio con su conglomerado de color, pasión y paciencia, hasta la exaltación monocromática de Arabia; lindando con Asia Central soviética en el norte y separada de África sólo por una angosta franja de océano, Irán ha estado inevitablemente en el centro del torbellino de la historia mundial. De esta severa tierra de montañas amenazantes y desiertos sedientos, de riberas fértiles y colores puros, han salido conquistadores, y otros conquistadores extranjeros la han incorporado a sus dominios. Indios, mongoles, afganistanos, árabes, cosacos, griegos, europeos, han flotado por las estructuras de su glorioso pasado, a veces para quedarse, ocasionalmente para seguir su camino. Todos se alejaron con el tiempo, dejando un residuo que emergió en una población que no perdió nunca su identidad persa; la grandeza de las aspiraciones persas y su cultura impusieron su propia conciencia, trascendiendo el origen nacional, la raza o el propósito de los invasores. El resultado fue, no un estado nacional en el sentido europeo, sino un «potpurri» de persas, kurdos, baluchos, afganistanos, judíos, turcomanos, árabes y muchos otros.

Por dos mil quinientos años, el Irán ha sido gobernado como un imperio, aun al cambiar las dinastías; el estado necesitaba un principio unificador, más allá de las muchas nacionalidades que lo componían. En una de las ironías de la historia, los pueblos más individualistas y las sociedades centrifugas crean a veces las formas más absolutas de gobierno, como si solamente la más exaltada autoridad pudiera justificar la subordinación. En Irán, cualquiera sea la dinastía, la autoridad del ejercicio del poder residía finalmente en la lejanía del emperador. Era su fortaleza histórica, al mismo tiempo que su debilidad. No hay duda de que el Sha era un gobernante autoritario. Esto estaba de acuerdo con la tradición, tal vez hasta con las necesidades de su sociedad. Por un tiempo fue la fuente de su fuerza, en la misma forma en que más tarde se convirtió en la causa de su caída.

Al pasar el tiempo y llegar a conocer mejor al Sha, me di cuenta de que no tenía una personalidad dominante por naturaleza, siendo en verdad algo tímido y retraído. No pude nunca escapar a la impresión de que era un hombre gentil, hasta sentimental, que se había impuesto a sí mismo

la máxima de que un gobernante debe ser remoto y duro, aunque no había tenido nunca éxito en hacerlo naturalmente. Su lado majestuoso era como un papel ensayado a través de los años. En esto era un prisionero, sospecho, de las necesidades de su rango, como fue finalmente la víctima de sus propias victorias.

El Sha fue, a pesar de la parodia de mito retroactivo, un reformista concienzudo. Era «progresista» en el sentido de que buscó industrializar su sociedad y una de las principales causas del desastre fue, en realidad, que modernizó demasiado rápidamente, pero sin adaptar sus instituciones políticas lo suficiente a los cambios económicos y sociales que había ocasionado. Llevó a cabo una vasta reforma agraria. Fomentó la alfabetización mucho más allá de lo que ni siquiera se intentó en países vecinos. Se enviaron cientos de miles de estudiantes con becas estatales a países extranjeros, donde muchos de ellos se unieron a movimientos radicales. Se ampliaron los derechos de la mujer. El producto bruto nacional iraní creció en un 10 por ciento por año, desde 1967 hasta 1972, después de lo cual este tumultuoso avance se transformó en un más estable 6 por ciento. Habían, por supuesto, lados oscuros, corrupción de alto nivel y métodos de represión indignos de los altos ideales, lo que malograba las nobles aspiraciones.

El Sha estaba aplicando básicamente los axiomas de todo lo más «avanzado» de la literatura de Occidente. Hasta su abandono de las instituciones políticas tenía raíces en el pensamiento occidental sobre la relación entre el desarrollo económico y la estabilidad política. Una gran parte de la teoría norteamericana sobre desarrollo económico reflejaba la experiencia del Plan Marshall. Se suponía que la estabilidad política seguiría al progreso económico; era asumido por muchos economistas occidentales, y el Sha lo creía así, que el gobierno que elevara el nivel de vida ganaría indudablemente la aprobación pública. En otras palabras, el progreso económico era una contribución en sí misma a la estabilidad política. Esta teoría resultó estar desastrosamente equivocada.

En Europa y Japón, donde las instituciones políticas y una burocracia activa se habían estado desarrollando a través de los siglos, la amenaza a la estabilidad era en verdad el resquicio entre la realidad y la expectativa. El progreso económico intensificaba allí la aceptación del gobierno que lo había provocado. Pero en los países subdesarrollados, el crecimiento económico tiende a tener un efecto contrario: compone la intranquilidad política. Se minan las instituciones establecidas, y, si esto ocurre antes de que se instalen otras nuevas en su lugar, la insurrección es inevitable. La migración en masa desde el campo a las ciudades separa a los trabajadores de los modelos tradicionales de vida, antes de que se puedan reemplazar por nuevas relaciones. Precisamente cuando el desarrollo económico arriba a su momento más grande, las estructuras políticas y sociales existentes se tornan más frágiles y los valores aceptados de la tradición son los más amenazados. Afortunado el país que puede pilotar una transición a nuevas formas políticas sin tumulto; sabio el gobernante que comprende que el desarrollo económico, lejos de fortalecer su posición, lleva en él el imperativo de construir nuevas instituciones políticas para acomodar la complejidad en aumento de su sociedad.

No podía decirse que tanto el Sha como sus amigos poseyeran esta sabiduría, aunque debe notarse que tampoco la tenían sus enemigos. La oposición más implacable vino, no de los que querían mayor participación política en el gobierno, sino de los grupos tradicionalistas, que eran obligados a ceder ante el empuje del modernismo: los terratenientes, los mullahs privados de privilegios, los partidarios del viejo orden. O también de los radicales que encontraban que el autoritarismo hereditario era molesto, principalmente porque querían reemplazarlo por una estructura más eficiente de poder basada en la ideología. Apretujados entre ambas fuerzas estaban los genuinos seguidores de la democracia y la tolerancia, pequeño grupo de intelectuales de educación occidental, cuyo destino fue el de verse perseguido por cualquier régimen que gobernara en Irán. De este modo, el Sha se vio gradualmente socavado por sus propios éxitos, ya que, cuanto más progresaba, más enemigos se creaba, no siendo lo suficientemente visionario como para fundar nuevas instituciones políticas, o alistar nuevas lealtades que sostuvieran la estabilidad política.

Ni tampoco podía decirse que las compras de armas del Sha distrajeran los recursos del desarrollo económico, crítica convencional a las ventas de armas a los países en desarrollo. El Sha hizo ambas cosas. El crecimiento económico de Irán no fue retardado, ni se afectó la cohesión política, por sus gastos de defensa. Privado de suministros militares —de todos modos una imposibilidad, a la vista de la disponibilidad de armas británicas y francesas— Irán podría haberse tornado más vulnerable a presiones de afuera, sin ganar estabilidad doméstica. Tal vez sea la

trágica lección de la historia que sólo dos clases de estructuras parecen poder sobrevivir las penas de la modernización: los gobiernos totalitarios que imponen su voluntad y la disciplina nacional, o los gobiernos democráticos, en los que el pluralismo y una constitución tradicional estaban ya *instaladas antes* de comenzar la industrialización. Lamentablemente, el período reciente encuentra pocos nuevos ejemplos de evolución democrática en el mundo en desarrollo. Para los países en vías de desarrollo, una de las atracciones del marxismo (o, ahora, la vuelta a la teocracia) es que provee una razón fundamental para el ejercicio del poder y una estructura rígida de disciplina y autoridad en medio de la desintegración de las formas tradicionales.

Cualquiera que fueran las faltas del Sha, luchando tal vez con fuerzas que estaban más allá del control del hombre, era uno de esos hombres muy difíciles de encontrar, un aliado incondicional, cuya comprensión de la situación mundial intensificaba la nuestra. Mantuve muchas conversaciones con él a lo largo de los años. Por su comprensión de las tendencias y corrientes internacionales, estaba entre los líderes más notables que conozco. Tenía segura captación de la importancia del equilibrio, tanto global como regional, del poder. Comprendió que los peligros para la independencia de Irán venían históricamente desde el norte antes que del otro lado del mar. Por tener una frontera de más de 2.400 kilómetros con la Unión Soviética, por estar cada vez más enfrentado por los gobiernos de Irak y Afganistán, cada vez más radicalizados, sabía que tenía que encontrar el contrapeso a la presión en aumento sobre todas sus fronteras, excepto la de Pakistán. Podía haber buscado aliviar tensiones haciéndose el fiel portavoz de la Unión Soviética en la zona, una política técnicamente no alineada, pero operativamente antioccidental; podía haber tratado de conservar su independencia maniobrando entre los bloques —en la forma que lo hacía la India— teniendo cuidado de no enfrentarse sin embargo a la superpotencia del norte. Podía haberse inclinado hacia nosotros, dando por supuesta nuestra protección, y luchado, como lo habían hecho otros dirigentes, por hacerse con todo lo que quedara suelto, al manipular la rivalidad de las superpotencias con fines de corto alcance. En lugar de eso, el Sha de Irán buscó la amistad de los Estados Unidos. El trono le había sido restituido en 1953 con influencia norteamericana, cuando un gobierno de izquierda había estado muy cerca de hacerlo caer. Nunca lo olvidó y puede haber sido la raíz de su extraordinaria confianza en los propósitos y la buena voluntad norteamericanos y de su desintegración psicológica cuando presintió que su amistad se evaporaba. En algunos niveles, excesivamente, hasta morbosamente, sospechoso de posibles intentos de disminuir su autoridad, retuvo de todas formas una casi ingenua fe en el gobierno de los Estados Unidos. Por esto mismo, no estaba preparado para una Norteamérica que vacilara en su hora de tragedia.

El Sha intentaba modelar el destino de su país y hacer de Irán un socio importante del Oeste. Creía en que debía asumir la carga de su propia defensa, por lo menos hasta el punto donde balanceaba la fuerza de sus vecinos radicales, como Irak, y donde podía forzar a Moscú, si alguna vez se proponía reducir a Irak, a lanzar una invasión directa de tal magnitud que los Estados Unidos no pudieran ignorarla. Trató de ganar nuestro apoyo no sólo tomando en serio la defensa de su país, que era después de todo de importancia estratégica crucial, sino también desplegando su amistad con nosotros en momentos en que bien podía hacerse a un lado.

Bajo la dirección del Sha, el puente de tierra entre Asia y Europa, tan a menudo eje de la historia mundial, era pro norteamericano y pro occidente más allá de toda duda. Solo entre las naciones de la región —con la excepción de Israel— Irán hizo que la amistad con los Estados Unidos fuera el punto de partida de su política exterior. El que estuviera basada en una fría evaluación sobre que la amenaza para Irán vendría casi seguramente de la Unión Soviética, en combinación con los estados árabes radicalizados, es sólo otra forma de decir que la visión del Sha sobre las realidades de la política mundial corría paralela a la nuestra. La influencia de Irán estuvo siempre de nuestra parte y sus recursos reforzaban los nuestros hasta en algunas empresas disidentes, como ayudar a Vietnam del Sur en la época del Pacto de París de 1973, ayudar a Europa Occidental en su crisis económica de los años 70, apoyar a los moderados de África contra la intromisión soviético-cubana, apoyar al presidente Sadat en la diplomacia posterior del Medio Oriente. En la guerra del Medio Oriente en 1973, por ejemplo, Irán fue el *único* país que limitaba con la Unión Soviética que no permitió que los soviéticos utilizaran su espacio aéreo, en oposición a varios de los aliados de la OTAN. El Sha absorbió las energías de sus vecinos árabes radicalizados y evitó que amenazaran a los regímenes moderados de Arabia Saudita, Jordania y del Golfo Pérsico. El reabasteció nuestra flota sin preguntas; nunca utilizó su control sobre el petróleo para ocasionar presiones políticas; nunca se unió a ningún embargo petrolero en contra de

Occidente o de Israel (*). Resumiendo, Irán fue bajo el Sha uno de los mejores, más importantes y más leales amigos de todo el mundo. Lo menos que le debemos es no vilipendiar retrospectivamente los actos que ocho presidentes norteamericanos, incluyendo el actual en ejercicio, recibieron con agrado.

Por eso, al llegar a Teherán en mayo de 1972, todos nosotros sentíamos un sentimiento casi físico de alivio. Por amistosa que hubieran sido la recepción en Moscú y la reunión cumbre, sobre nuestra visita a la Unión Soviética pendía ese miasma de totalitarismo que invariablemente deprime al visitante, esa pesada uniformidad que advierte sobre el espíritu humano del futuro, esperando que las gentes libres pierdan su fe en sus libertades y dejen de defender sus valores e instituciones. En Teherán, la calurosa buena voluntad era tangible.

La visita, aunque encantadora desde el punto de vista humano, no dejó de tener sus momentos embarazosos. Nixon era bastante parecido al Sha en su introvertida timidez. El Sha agasajó al presidente con un espléndido banquete de etiqueta. Al concluir, Nixon tuvo que improvisar un brindis, porque las luces de la televisión lo cegaban y la vanidad le impedía usar gafas delante de las cámaras. El brindis estuvo bastante bien, pero Nixon no sabía muy bien cómo terminarlo. Tres veces llegó a lo que podía muy bien haber servido de punto final, pero decidió dar otra vuelta. En el cuarto intento, le pareció haber dado con una conclusión acertada; citó una observación del presidente Eisenhower que decía que, cualquiera fueran las diferencias, había una cosa que todos los dirigentes políticos de éxito parecían tener en común, «la habilidad de casarse por sobre sus posibilidades». Propuso entonces un brindis al Sha y a «su encantadora emperatriz, que ha estado a su lado...». El rey de Reyes miró a la distancia con melancolía.

Aunque Nixon estaba exhausto por sus esfuerzos en la Unión Soviética y había poco tiempo en Teherán para diálogos profundos, las conversaciones que tuvieron lugar entre el Sha y Nixon fueron las de dos aliados de íntima asociación. El desastre que ha acaecido en occidente como acompañante de la caída del Sha ha provocado una febril búsqueda de formas posibles para culpar a Richard Nixon por los sucesos que ocurrieron siete años más tarde. La visita de Nixon en 1972 ha sido retrospectivamente convertida en el chivo expiatorio, culpándosele por inducir confianza excesiva a un emperador que había estado en el poder durante treinta años, apoyado por varias administraciones norteamericanas de ambos partidos (**).

No es evidente, por supuesto, que la confianza en sí mismo sea una mala condición en un aliado, ni era así como se veía el problema en 1972. El problema real era, en 1972, que el necesario equilibrio dentro de una zona esencial para la seguridad y más aún la prosperidad de todas las democracias industriales parecía en grave peligro. Había más de 15.000 soldados soviéticos aún en Egipto, con el cual no teníamos todavía relaciones diplomáticas y que estaba ligado a la Unión Soviética por un Tratado de Amistad firmado hacía un año. Sólo siete semanas atrás, el 9 de abril, la Unión Soviética había concluido un Tratado de Amistad similar con Irak, seguido de entregas masivas de las más avanzadas armas modernas. Siria era desde hacía tiempo un importante receptáculo de armas soviéticas y había invadido la moderada Jordania hacía veinte meses. Para fines de 1971, Gran Bretaña había recién terminado el histórico retiro de sus fuerzas y la protección militar al Golfo Pérsico, en el preciso momento en que el radicalizado Irak era puesto en posición de afirmar las tradicionales reclamaciones hegemónicas por medio de las armas soviéticas. Nuestros amigos —Arabia Saudita, Jordania, los Emiratos— estaban siendo cercados.

Era imperativo, por nuestros intereses y los del mundo occidental, que se mantuviera el equilibrio regional de poder, de modo que las fuerzas moderadoras no fueran absorbidas, ni la vida económica de Europa y Japón (y, como se vio más adelante, la nuestra) cayera en manos hostiles. Podíamos procurar las fuerzas de equilibrio nosotros mismos, o capacitar a un poder regional para que lo hiciera. No había posibilidad alguna de asignar fuerzas militares al Océano Índico en medio de la guerra de Vietnam y su trauma concomitante. El Congreso no hubiera

(*) Por supuesto que buscó el mejor precio para su petróleo y fue en parte responsable por la aguda escalada del precio OPEC de 1973, pero hay varias cosas que decir. Cuando se dio cuenta del daño causado a Occidente por sus actos, ayudó a mantener el precio estable por los próximos cinco años. En realidad, el precio del petróleo *declinó* en un 15 por ciento desde 1973 hasta 1978. Su motivo para el aumento de precio original no era político sino económico; en oposición a otros países, él quería los máximos ingresos para el desarrollo de su país. Nunca trató de manipular con el precio del petróleo restringiendo su producción, manteniéndolo siempre a su máxima capacidad, permitiendo así que la ley de la oferta y la demanda operara en favor de precios estabilizados.

(**) Las acusaciones se hacen con una cierta actitud defensiva, que me sugiere que la cuestión primordial permanece. ¿Es que estaba mal apoyar a uno de los más valiosos aliados de 1972, o lo que estaba mal era dejar de apoyarlo efectivamente en 1978 y 1979? (1)

tolerado tamaño compromiso y el público no lo hubiera apoyado. Afortunadamente, Irán estaba deseoso de jugar su papel. El vacío dejado por el retiro de Gran Bretaña, amenazado ahora por la intromisión soviética y el impulso radical, podría llenarse con un poder amistoso hacia nosotros. Se desalentarían las aventuras de Irak en contra de los Emiratos en el Golfo inferior y contra Jordania y Arabia Saudita. Un Irán fuerte podría ayudar a contener las tentaciones de la India de concluir su conquista de Pakistán y todo esto podía lograrse sin recursos de Norteamérica, ya que el Sha estaba dispuesto a pagar el equipo con sus rentas petrolíferas. El fracaso en equiparar el flujo de armas soviéticas a países vecinos habría acelerado la desmoralización de las fuerzas moderadoras en el Medio Este y apresurado la radicalización de la zona, incluyendo a Irán. Me animo a decir que podría haber evitado o al menos dificultado en gran forma el vuelco de Sadat hacia occidente.

La decisión específica que aguardaba a Nixon era el deseo del Sha de tener aviones F-14 o F-15, con el equipo correspondiente. Había habido oposición; un poco de renuencia del Departamento de Defensa de separarse de tecnología avanzada y temores del Departamento de Estado de que la venta resultara un acto de provocación. La alternativa que tenía el Sha era comprar los aviones franceses Mirage, un poco menos avanzados. Nixon desechó las objeciones, agregando una cláusula que establecía que, en el futuro, no se debían tratar a la ligera los pedidos iraníes. Llamar a esto un compromiso «abierto» era una hipérbole, considerando la prontitud y la habilidad con las que nuestra burocracia es capaz de desvirtuar las órdenes que no tiene interés en realizar —una cualidad repetidamente demostrada en la administración de Nixon (como en la crisis de India y Pakistán) y rápidamente mezclada con la erosión de la autoridad de Nixon, como resultado de Watergate—. Las decisiones posteriores fueron menos formadas por las órdenes de Nixon que por el juicio de nuestro gobierno a medida que se presentaban. Durante la administración de Ford, por ejemplo, el secretario de defensa James Schlesinger tenía un funcionario de alto nivel asignado al Sha como enlace y para vetar los pedidos de armas. Era obvio que su deducción no estaba afectada por una instrucción de Nixon, que en ese momento tenía más de dos años de antigüedad. Llegó al mismo juicio por las mismas razones que tuvo Nixon en 1972. En lo sucesivo, las armas se continuaron vendiendo en cantidades substanciales siguiendo la manera de pensar de todos los funcionarios de alto nivel —y de nuestros sucesores— en cuanto a que se necesitaban para el equilibrio de poder y que Irán era un aliado vital que llevaba cargas que de otro modo tendríamos que asumir nosotros. Nada ha ocurrido en el intervalo que haga cambiar los puntos de vista.

Nixon estuvo también de acuerdo con alentar al Sha a apoyar la autonomía de los kurdos en Irak. El asunto kurdo, con su trágico resultado en el período 1973-1975, está por supuesto fuera del campo de acción de este libro. Las excitadas polémicas que se han publicado sobre este tema han olvidado mencionar que fueron escritas sin evidencia alguna de las decisiones y el razonamiento de la Casa Blanca. Explicaré todo esto en un segundo volumen (*). De cualquier manera, en 1972, todo esto pertenecía al futuro. Los beneficios de la decisión de Nixon respecto de los kurdos se hicieron aparentes en poco más de un año: sólo una división iraquí estaba disponible para participar en la guerra del Medio Oriente de octubre de 1973.

La visita a Teherán marcó así un paso importante para el mantenimiento del equilibrio de poder en el Medio Oriente. Nuestra amistad con Irán nos vino muy bien en las crisis que pronto caerían sobre nosotros. La importancia geopolítica del país debe impulsar a cualquier administración a buscar las buenas relaciones con cualquiera sea el grupo que gobierne Irán, aunque la búsqueda de este imperativo no debe implicar ignorar a aquéllos que fueron nuestros amigos en sus afanes. No puede estar en el interés de nuestra nación el dedicarse con fruición a mezquinas y retrospectivas denigraciones de sus asociados de toda una generación, o mostrar insensibilidad ante sus necesidades humanas en su hora de dolor. Estuvimos muy dispuestos a que el Sha cooperara con nosotros como amigo y aliado por treinta y siete años y no impresionamos

(*) Es suficiente que manifieste aquí, primero, que la decisión de desalentar a los kurdos a lanzar una ofensiva de distracción durante la guerra de octubre de 1973, se basaba en la opinión unánime de nuestros funcionarios de inteligencia y del Sha, de que los kurdos serían derrotados en tal ofensiva y este juicio era compartido por el gobierno israelí. La decisión del Sha de 1975 de terminar el problema kurdo con Irak estaba basado en el juicio, probablemente correcto, de que los kurdos estaban por ser sobrepasados y no podían ser salvados sin la intervención de dos divisiones iraníes y 300 millones de dólares por parte nuestra. El Sha no quería comprometerse a lo primero, que consideraba de su soberana incumbencia, e imaginar que el Congreso hubiera acordado esa suma en el mes en que Vietnam entraba en colapso, sería fatuo. Si hubiéramos buscado esta escalada de nuestra operación de inteligencia secreta, muchos de los que más tarde lloraron por el trágico destino de los kurdos hubieran probablemente encabezado la carga en su contra.

a nadie condenándolo ahora. No podemos siempre asegurar el futuro de nuestros amigos, pero tendremos una mejor oportunidad de asegurar nuestro futuro, si recordamos quiénes son nuestros amigos.

REGRESO A TRAVÉS DE VARSOVIA

El mundo comunista no podía dejar ir a Nixon tan fácilmente. En el camino a casa desde Irán nos detuvimos en Polonia, el más grande y el más populoso de los estados bajo la dominación soviética de Europa Oriental. Lo que llevó a Nixon hasta allí era una combinación de nostalgia, política doméstica y política exterior. Nixon se sentía nostálgico de Polonia, porque le había dado una tumultuosa bienvenida en 1959, cuando la visitó como vicepresidente; no olvidó nunca las raras ocasiones en su vida en que provocó un entusiasmo espontáneo. Si se pudiera repetir algo como aquello en un año de elecciones presidenciales no sería probablemente ignorado por los millones de votantes polaco-norteamericanos. Finalmente, era nuestra política el tratar de alentar los sentimientos de independencia nacional en Europa Oriental. Esa meta nos había llevado a Bucarest en 1969 y a Belgrado en 1970; y nos llevó a Varsovia en 1972.

No existe otro país en Europa en el cual la aspiración por la independencia nacional sea tan inseparable de su historia. El pasado de Polonia ha sido tan glorioso como trágico, tan fortificante como inmenso su sufrimiento. Rara vez ha combinado un pueblo tan exaltada dedicación a la libertad con tan feroz negación a subordinarse a autoridades extranjeras y tan quijotesca ansiedad de poner constantemente en peligro su libertad por perseguir una visión romántica de esa libertad. Ubicada en la misma planicie sin fronteras naturales que Rusia, pero sin los amortiguadores procurados a Rusia por sus vastos espacios, Polonia ha sido arrastrada al torbellino de todas las fuerzas en oposición de Europa y sometida a presiones periódicas, tanto del este como del oeste. Sus mismas fronteras testifican las fluctuaciones de la fortuna histórica; se ha movido a Polonia alrededor del mapa como si fuera la silla de una habitación, mandándola hacia el oeste o hacia el este con las mareas de la historia. En fecha tan reciente como 1945, Polonia fue realmente trasladada hacia el oeste 240 kilómetros; Rusia tomó las provincias orientales de Polonia y ésta fue recompensada por el regalo de las anteriormente alemanas provincias orientales. Este extraordinario reacondicionamiento, hipotecando el futuro de Polonia en ambas direcciones, se hizo por decisión de los poderes victoriosos, de los cuales no participaba Polonia.

Durante casi 150 años, desde fines del siglo dieciocho hasta la terminación de la Primera Guerra Mundial, el estado de Polonia, alguna vez uno de los más importantes de Europa, desapareció totalmente del mapa de Europa; fue repartida entre Prusia, Austria y Rusia. Pero en uno de las más extraordinarias proezas de fe nacional, Polonia permaneció grabada en los corazones de su pueblo, aun estando dividida entre sus estados vecinos; en realidad, para estar de acuerdo con el carácter individualista y salvajemente romántico de esta nación, la contribución hecha por Polonia a la libertad de Europa aumentó durante los años de su opresión nacional. En los siglos dieciocho y diecinueve, los patriotas polacos se sintieron presa de la heroica y emocionante noción de que podían restaurar la libertad a sus compatriotas sólo aumentando la libertad en todas partes. No hubo una guerra por la independencia nacional —incluyendo la de Norteamérica— que no se viera ennoblecida por la participación de voluntarios polacos, que creían que, al arriesgar sus vidas por el principio de independencia de pueblos lejanos, estaban reivindicando el derecho propio a la libertad.

La fe nacional fue fortificada en ese heroico país por la fe en Dios. Polonia era el puesto de avanzada de la Iglesia Católica en el este y sus sacerdotes se hicieron al mismo tiempo representantes del espíritu de una nación, cuyos opresores se burlaban en general otro religión diferente. La Iglesia de Polonia era el punto de reunión del sentimiento nacional como no lo era ningún otro. No había país que hubiera sufrido más en la Segunda Guerra Mundial que Polonia, cuya vitalidad política e intelectual parecía inspirar tanto terror a sus vecinos, que sus líderes eran sistemáticamente liquidados, primero por los alemanes y luego por los soviéticos. Los nazis ordenaron el asesinato de millones de lo que consideraban la élite de Polonia. Stalin había ejecutado varios cientos de los cuerpos oficiales polacos en los bosques de Katyn durante la época del Pacto Molotov-Ribbentrop. El ejército rojo se había quedado sin hacer nada al otro lado del río Vístula, mientras los alemanes sofocaban la revuelta de Varsovia de 1944, calculando que los patriotas polacos llegarían a ser un obstáculo para los planes de postguerra soviéticos. Y en esta

forma, Polonia emergió de la Segunda Guerra Mundial con fronteras desconocidas tanto en el este como en el oeste, con un régimen extraño que le había sido impuesto y con las tropas soviéticas estacionadas al parecer permanentemente en el país. Sin embargo, hasta sus gobernantes comunistas, puestos en el poder por armas extranjeras, podían sostenerse solamente extendiendo el margen de decisión nacional hasta su máxima extensión. A regañadientes, la superestructura comunista fue forzada a un acomodo con la Iglesia Católica, la que obtuvo una buena parte de autonomía espiritual, desempeñando en cambio su histórico papel de simbolizar algunas virtudes que están más allá del alcance de las decisiones políticas. Los levantamientos de 1956 y 1970 fueron una advertencia de que el espíritu polaco podía ser sofocado solamente por un despliegue masivo de poderío militar, de lo cual se abstuvo la Unión Soviética en ambas ocasiones.

La feroz devoción hacia la identidad polaca se reflejaba en la hermosa y vieja ciudad de Varsovia. Era tan fuerte la tradición nacional, que hasta los gobernantes comunistas que heredaron el montón de escombros que alguna vez había sido Varsovia (90 por ciento destruida) comenzaron su tarea de reconstrucción reedificando la ciudad del pasado de Polonia; la Varsovia del siglo dieciséis se levantó amorosamente recreada con los planos antiguos, antes que los comunistas se animaran a imponer su propio estilo gótico stalinista de pan de jengibre a sus subordinados.

Polonia no necesitaba nuestras conferencias sobre la importancia de la libertad. Todo lo que necesitaba era la certidumbre psicológica de que sus aspiraciones eran comprendidas por viejos amigos y por eso era que nuestra presencia en Varsovia era más importante que la substancia de las conversaciones.

Llegamos al aeropuerto en una horrenda confusión. Como parte de la ceremonia de bienvenida, una llamativa banda militar polaca había comenzado su ejecución en el lejano extremo de la pista de aterrizaje y se acercaba al palco de revista en una intrincada y pulida maniobra. La ceremonia debe haberse ensayado varias veces, pero aparentemente no con un avión en el medio. Al acercarse la banda se hizo desagradablemente evidente que se encaminaba directamente al emplazamiento de los motores bajo las alas del *Fuerza Aérea Uno*; en verdad, que si el piloto hubiera echado a andar los motores, la banda entera hubiera sido lanzada por el aire o incinerada. Pero la banda demostró que sabía comportarse. Sin perder el paso o interrumpir la música, ejecutó un giro de noventa grados, marchó bajo las alas paralelamente al fuselaje, separándose sus filas bajo los emplazamientos de los motores, con la música y su personal incólumes. Como prueba de que la rutina es difícil de romper, la banda no cambió el procedimiento al partir, siguió la misma precisa ruta, marchando dentro del avión y bajo sus motores.

Nuestros hombres de avanzada no podían permitir que tanto ingenio no fuera igualado. El problema era el eterno: cómo provocar oportunidad para una fotografía, que involucrara multitudes «espontáneas». Era complicado en Polonia, porque nuestros anfitriones insistieron en que usáramos sus coches, privando así a nuestro equipo avanzado del control sobre la creación de un embotellamiento de tránsito, que tan bien habían servido en Roma y en Belgrado en 1970. Pero los hombres de avanzada respondieron al desafío. En camino hacia la residencia desde el aeropuerto, Nixon se detuvo a poner una corona en la tumba del Soldado Desconocido. Afortunadamente, para la compostura de nuestros hombres de relaciones públicas, aquella está ubicada en el centro de Varsovia, de modo que se había reunido una multitud considerable. Al terminar Nixon de depositar su ofrenda floral, el automóvil norteamericano del presidente apareció de pronto a la vista, con su conductor acostumbrado del Servicio Secreto. Nixon entró a él antes que nuestros anfitriones pudieran reponerse de su sorpresa. El conductor movió el coche lentamente saliéndose de la calle hacia la vereda, o sea directamente hacia el público. Ni el fotógrafo más hostil puede evitar una foto del coche de Nixon inundado por multitudes polacas. Me habían dado otra lección en la creación de oportunidades para fotografía.

Las conversaciones con los dirigentes polacos no podían competir con tanta ingeniosidad. Me impresionó en buena forma el secretario general del Partido Comunista polaco, Edward Gierek, que había accedido al poder después de los tumultos de 1970. Era un consagrado comunista y un patriota polaco. Daba la impresión de que una ideología que destruyera el carácter nacional de su pueblo no tendría sentido para él y que, en última instancia, él resistiría si se llegara a ello. Sabía que Polonia cometería suicidio si desafiara a su poderoso vecino del este y no había polaco que hubiera dominado totalmente la desconfianza hacia los alemanes después del sufrimiento de la Segunda Guerra Mundial. Gierek maniobraría entre estas dos pesadillas na-

cionales, buscando la mayor autonomía en el proceso, sin abandonar los principios comunistas a los que había dedicado su vida.

No dejaba dudas sobre su satisfacción con el resultado de la reunión cumbre en Moscú. Los dirigentes soviéticos era en verdad ambivalentes sobre la «détente», sin decidirse a usarla como una táctica ofensiva para tranquilizar al oeste, o para dar un serio giro hacia la mutua restricción. Gierek no poseía una tal ambivalencia. Él quería un código de conducta internacional en el que los fuertes fueran restringidos de imponer su voluntad sobre los débiles. La autonomía de Polonia podía florecer mejor bajo condiciones de relajación de tensiones. La confrontación involucraba reglamentación; la paz no era solamente una preferencia abstracta, sino una condición de supervivencia nacional. La etapa en Varsovia nos recordó por lo tanto, algunos de los fundamentos que hacen que la habilidad de estadista valga la pena en última instancia.

EL PACTO SOVIÉTICO SOBRE CEREALES

Debe concederse que en un aspecto, la Unión Soviética jugó bien sus cartas y fueron más listos que nosotros en la cumbre. Esto involucró la compra de cereales norteamericanos por parte de la Unión Soviética unas pocas semanas más tarde.

Todos los presidentes después de Kennedy habían considerado que sería un gran triunfo político demostrar la superioridad de nuestro sistema, vendiéndole a la Unión Soviética el cereal que no podía cultivar por sí misma. Durante un tiempo, nuestros sindicatos de trabajadores habían evitado tales ventas, rehusándose a cargar los barcos soviéticos y pidiendo embarques en buques norteamericanos, que eran demasiado caros para los soviéticos. Estas cuestiones se habían resuelto sin embargo poco antes de la reunión cumbre. No había nada en el camino ahora, y sólo faltaba la voluntad de comprar de los soviéticos. Fundamentalmente, la compra soviética de cereales en nuestros mercados era considerada un asunto doméstico, un elemento de nuestra política agraria y el CNS estaba al tanto sólo en términos generales. Más aún, nadie que estuviera familiarizado con la actitud protectora del secretario de agricultura Earl Butz creería por un momento que aceptaría con elegancia las instrucciones de la política exterior. Butz era el equivalente de Mel Laird en las maniobras burocráticas, siendo aún más implacable, porque representaba a intereses electorales con un solo propósito.

Cuando Butz visitó Moscú en abril de 1972, se le dijo que la Unión Soviética podría considerar un pacto de tres años para comprar granos, siempre que se consiguieran créditos adecuados. Para junio, Butz había dado con una fórmula para un crédito subvencionado. Durante la reunión cumbre, Nixon había comentado varias veces a Brezhnev y Kosygin sobre el impacto beneficioso que tendría una venta de granos sobre la opinión pública, pero los dirigentes soviéticos habían fingido poco interés. Kosygin dijo a Rogers que, como favor especial, los soviéticos podrían comprar por 150 millones de dólares. Advertí a Nixon que esta suma era demasiado insignificante para merecer su inclusión en el comunicado de la reunión cumbre.

Después de volver a casa, el interés soviético se despertó de pronto. Lo sabemos ahora, pero no lo sabíamos entonces, que, en 1972, los soviéticos estaban soportando un catastrófico fracaso en las cosechas, por lo que su necesidad de grano norteamericano era crítica. Ningún informe que reflejara exactamente la dimensión del fracaso soviético llegó a la Casa Blanca en ese momento ni hasta mucho después que las compras de un volumen sin precedentes en ese año de cosechas se hubieran completado. Tendríamos que haber sospechado que algo andaba mal; los soviéticos habían abandonado sus tácticas de regateo y adelantaron las negociaciones sobre el asunto de los cereales después de la reunión cumbre, en un nivel de expertos, sin polémica y sin publicidad. Al considerarlo en retrospectiva, deberíamos haber adivinado que Moscú quería evitar tanto el escrutinio político como los riesgos de elevar los precios del mercado de granos si se conociera la dimensión del fracaso de sus cosechas. Para la última semana de junio, un ministro delegado del Ministerio de Agricultura soviético se había deslizado en silencio hasta Washington. Peterson y Butz elaboraron rápidamente un acuerdo por tres años, que involucraba créditos por 750 millones de dólares. La extensión de nuestra ignorancia se demuestra en una conversación que tuve en ese momento con Peterson, quien estaba agradablemente sorprendido porque los soviéticos parecían estar considerando una compra de hasta 500 millones de dólares en granos durante el primer año.

Los soviéticos, sin embargo, fueron rápidos para aprovecharse de la competencia entre nues-

tras compañías de cereales. Nos dieron una lección sobre los obstáculos que tiene una economía de mercado al negociar con una empresa comercial estatal. Cada una de nuestras compañías de cereales, tratando de ganar la carrera a sus competidoras, vendió la mayor cantidad posible, manteniendo la venta en secreto total, hasta con el gobierno de los Estados Unidos. Hasta después de varias semanas no nos dimos cuenta de que los soviéticos habían comprado cereales por valor de casi mil millones de dólares en un año, por medio de transacciones separadas: casi todo nuestro remanente almacenado. Y habíamos subvencionado los convenios en un momento en que la Unión Soviética no tenía literalmente otra cosa que hacer que comprar nuestro cereal a precios de mercado, o enfrentarse con el hambre del pueblo.

Era doloroso ver cómo habíamos sido ganados de mano y más difícil era admitir que los métodos que habían ganado ese punto eran los de un avezado comerciante que utilizaba hábilmente nuestro sistema de mercado libre. No había nadie a quien culpar sino a nosotros. Nuestra información sobre las necesidades soviéticas era pasmosa y nuestro conocimiento de lo que ocurría en nuestros mercados era deficiente. Sencillamente, el gobierno de los EEUU no estaba organizado en ese momento para supervisar, ni siquiera para verificar, las ventas particulares de cereales como asunto de política exterior. Los soviéticos nos ganaron en nuestro propio juego.

Al principio, la venta fue saludada como un golpe maestro político, llevando a las acostumbradas maniobras para ver quien debía llevarse los laureles. Tuve una reunión informativa en San Clemente para que la Casa Blanca obtuviera algo de crédito para Nixon, pero fui limpiamente sobrepasado por Earl Butz de Agricultura, siguiendo la tradición del gabinete de Nixon de dejar que el presidente compartiera solamente el crédito por las malas noticias. Pronto no hubo quien quisiera ese crédito; la venta de cereales se convirtió rápidamente en un escándalo político, acusándose a Nixon de venderlo a nuestros adversarios a precios de oportunidad, elevando así el precio para los consumidores norteamericanos (*). La acusación era en su mayor parte injusta. Nixon favoreció una venta de cereales y no estaba olvidando las ventajas políticas en un año de elecciones presidenciales, pero no tenía nada que ver con los términos o el volumen de la venta. En verdad, los soviéticos se salieron con la suya porque ningún funcionario de alto nivel — con la posible excepción de Butz — comprendió lo que estaban haciendo. En el mejor de los casos, puede decirse que aprendimos de la experiencia; desde ese momento en adelante, todas las transacciones similares se consideraron como pertenecientes a la política exterior, sujetas a inspección interagencias. Para el año 1975, en la administración del presidente Ford, se firmó un acuerdo por cinco años con la Unión Soviética, regulando las compras y poniendo salvaguardias contra cualquier nueva desorganización de nuestro mercado; aunque para ese entonces, por supuesto, el daño político, económico y psicológico del pacto anterior ya está hecho.

Hicimos rápidos y, en conjunto, satisfactorios progresos con la Unión Soviética en una cantidad de puntos económicos. En julio, el secretario de comercio, Peter Peterson, visitó Moscú para revisar un número de ellos: la liquidación de las deudas de préstamo y arriendo, la extensión del status de Nación Más Favorecida, la posibilidad de créditos y el establecimiento de facilidades comerciales en las capitales respectivas. Estas negociaciones anduvieron tan bien que Peterson y su equipo redactaron un acuerdo básico, dejando solamente el lugar para las cifras finales en la deuda de préstamo y arriendo.

Convine éstas con Brezhnev durante una visita a Moscú, desde el 10 al 13 de septiembre, cuyo propósito fue una revisión general de todos los aspectos de las relaciones EEUU-Unión Soviética. Estando ahora familiarizados con las tácticas soviéticas, comenzamos con una cifra en los pagos por préstamo y arriendo mucho más alta de lo que esperábamos conseguir y nos pasamos varias noches consintiendo reducirla por incrementos de 10 millones de dólares, hasta llegar a 722 millones o sea 22 millones más que nuestra posición formal de retirada. Brezhnev se retiró antes que nosotros. (No fue una victoria famosa, significando menos de 1 millón por año mientras estuvieran vigentes los acuerdos.) Como ocurrió en las Azores con Pompidou,

(*) Parte del escándalo fue que el gobierno pagó un subsidio a los agricultores norteamericanos para solventar la diferencia entre el precio doméstico y el mundial. Cuando ambos precios se elevaron rápidamente (debido a las deficiencias de las cosechas en todo el mundo y al aumento de la demanda como resultado de la devaluación del dólar, tanto como de las compras soviéticas) estos pagos de «penuria» se continuaron haciendo por largo tiempo después de ser asegurados. Esto estaba por supuesto, fuera de la incumbencia de las agencias de política exterior, pero alimentó justificadamente el resentimiento del público contra la venta.

mi ignorancia del tema a tratar se convirtió en una ventaja en la negociación, porque imposibilitó mi flexibilidad. No hay nada que aliente tanto la firmeza como la falta de alternativas. James Lynn, el subsecretario de comercio, que se había unido a nuestra delegación, aportó el necesario ímpetu con sus interminables fórmulas ingeniosas.

A la luz de estos progresos, Nixon y yo quedamos atónitos cuando los soviéticos aplicaron súbitamente una tasa de salida a la emigración judía en agosto. A partir de 1969, habíamos comenzado con aperturas hacia Moscú para facilitar la emigración judía, poniendo énfasis en que tal conducta mejoraría la atmósfera de las relaciones de EEUU con la Unión Soviética. Lo hicimos privadamente, creyendo que la confrontación pública haría fracasar nuestros fines. No teníamos grandes esperanzas de éxito y, un poco para sorpresa nuestra, la emigración judía aumentó de 400 por año en 1968 a 35.000 en 1973, con una mejora paralela de las relaciones de EEUU-Unión Soviética. Al aumentar las cifras totales, consideré también los casos penosos —individuos a los que se había negado la visa, o arrestados, o molestados por varias ofensas que occidente podía considerar políticas—. Le entregaba a Dobrynin particularmente, de tanto en tanto, largas listas de «rechazados» judío-soviéticos, o prisioneros de conciencia, que me entregaban los grupos judío-norteamericanos que coordinaban los esfuerzos del público. Se las daba «extraoficialmente» y nunca le pedí una respuesta formal. En el último año del que tengo las cifras (era 1973) 550 de entre 800 casos penosos eran liberados calladamente por este método. Los Panovs, por ejemplo, fueron liberados algo más tarde, cuando apelé especialmente a Dobrynin.

La tasa de salida de 1972 era inexplicable en su contexto; amenazaba revertir una tendencia prometedora por ningún propósito aparente. Nunca escuché una explicación satisfactoria. La más plausible es que el pánico provocado por la expulsión de sus consejeros de Egipto, hizo que los soviéticos decidieran no arriesgarse más en sus relaciones con los árabes. Dobrynin dijo que la decisión no fue tomada en el Politburó, sino por el ministro relevante por su cuenta. No parece factible, pero no es totalmente imposible; los gobiernos extranjeros, particularmente los totalitarios, aparecen siempre más homogéneos que el de uno, aunque no lo sean.

Cualquiera fuera el motivo, la tasa de salida provocó indignación, enfocada en la decisión de la administración de abrir el comercio entre el este y el oeste. El 4 de octubre, el senador Henry M. Jackson y setenta y un copatrocinantes introdujeron una enmienda que hacía que la concesión del status de Nación Más Favorecida (NMF) dependiera del aumento de la inmigración. Tres cuartos de ambas cámaras la apoyaron.

Pero es difícil matar los viejos hábitos. El 21 de octubre, tres días después que el paquete comercial con la URSS —el acuerdo sobre préstamo y arriendo y la cláusula NMF— fuera firmado, el *Washington Post* estaba todavía refunfuñando sobre nuestra inclinación a utilizar el comercio como una palanca en Vietnam. El *Post* mantenía su oposición a la ligazón: «A pesar de todo, el acuerdo comercial puede manejarse solo. Saludamos al sr. Nixon y al sr. Brezhnev por actuar en mutuo beneficio de sus dos naciones.» El *Wall Street Journal* escribía en un editorial del 20 de octubre, que «el principio de comercio ampliado entre los dos países y del comercio y contacto también expandidos entre los Estados Unidos y otras naciones comunistas es de todas formas un principio válido.»

Sin embargo, las actitudes estaban comenzando a cambiar, casi imperceptiblemente. Ahora que Nixon había abrazado el comercio de este a oeste, algunos de sus anteriores acólitos desarrollaron cambios en sus ideas, aparentemente con la teoría de que si Nixon continuaba con una idea, ésta necesitaba reexaminarse. Durante cuatro años, el *New York Times* había fustigado a la administración por hacer que el comercio con los soviéticos dependiera de cambios en su conducta internacional. En una fecha tan reciente como el 13 de septiembre de 1972, el *Times* opinaba que el comercio ampliado «es lo suficientemente beneficioso para ambas partes, que merece ser tomado en consideración... por sus propios méritos, independientemente de disputas privadas secundarias sobre otras áreas». Menos de un mes después, sin embargo, incitaba a la proposición de que debiéramos tratar de unir el comercio con cambios en la estructura doméstica soviética; una forma mucho más ambiciosa de ligazón. El 6 de octubre, su editorialista estaba aún dudando sobre las perspectivas de utilizar la presión económica para lograr cambios domésticos, pero advertía a los «realistas del Kremlin» que debían escuchar la opinión pública norteamericana, aunque para el 25 de noviembre ya el *Times* había prácticamente revertido su posición: «... Sería un serio error si los negocios norteamericanos, la administración de Nixon y también los funcionarios soviéticos, se ponen tan ansiosos de extender el comercio entre los soviéticos y Norteamérica como para olvidar la constante sensibilidad del pueblo norteamericano —y del

Congreso — ante la conducta política de los soviéticos, tanto dentro como fuera de las fronteras de la URSS.» El *Washington Post*, que había una vez denunciado la discriminación comercial contra los países comunistas como «un costoso anacronismo» y «pensamiento de guerra fría», elogiaba ahora la enmienda Jackson y se lanzaría al poco tiempo a instar a que el status NMF se separara del documento comercial hasta que los soviéticos permitieran la emigración judía (2).

En 1972, éstas eran aún distantes borrascas en un horizonte en otra forma sereno. En general, las relaciones de EEUU con la Unión Soviética eran las mejores en muchos años. El acuerdo sobre Berlín, el acuerdo SALT, la restricción soviética en el Medio Oriente y en Vietnam, más el amplio registro de acuerdos de cooperación tecnológica y negociaciones en trámite auguraban bien. Sin embargo, el tratamiento cuidadosamente calculado de la administración Nixon al comercio de este y oeste tendría que correr entre creciente y estridente oposición desde la derecha en unos pocos años, por venir, en la misma forma que había sido atacado por la izquierda en el período anterior. Para mayor ironía, los tradicionales anticomunistas de la derecha encontraron un aliado en la antipatía de la izquierda por Nixon, más la creciente preocupación por los derechos humanos.

ACTITUDES EUROPEAS

Había aún que oír a otro sector después de la reunión cumbre en Moscú: nuestros aliados europeos. Durante más de tres años, en todos los encuentros con ellos, los dirigentes europeos nos habían presionado para que negociáramos con los soviéticos. Habían estado tibios en cuanto a las ligazones, mucho más adelantados que nosotros en el comercio este-oeste, ansiosos por la Conferencia de Seguridad Europea, cada vez más impacientes de comenzar negociaciones con respecto a la reducción mutua y equilibrada de fuerzas. Con mucho tacto —pero también públicamente— nos habían hecho saber que pensaban que éramos demasiado lentos en mejorar nuestras relaciones con Moscú y que coríamos innecesarios peligros de guerra. De pronto, ahora que habíamos seguido su consejo, los europeos revelaron su esquizofrenia.

Nos enteramos de que algunos europeos se quejaban de los «Principios básicos de las relaciones de EEUU-Unión Soviética» por el uso de la frase «coexistencia pacífica», una crítica sorprendente, considerando que la declaración similar firmada por Francia en los tratados alemanes iba mucho más allá de nuestra formulación. Había inquietud de que algunos de nuestros principios de restricción se apoderaran de la Conferencia de Seguridad europea, o sea, que habíamos estado de acuerdo con lo que nuestros aliados deseaban dar en su propio nombre.

Estas críticas no venían de cabezas de gobierno, pues todos ellos escribieron calurosas cartas de felicitación (que pueden, o no, estar de acuerdo con sus opiniones personales), sino que había una capa de influencia de funcionarios de categoría media y escritores, que dio rienda suelta a una intranquilidad persistente, que reflejaba en parte la falta de habilidad de Europa para articular sus propios objetivos. En un momento en que los Estados Unidos se concentraban en concebir nuevas relaciones con Moscú y Pekín, los europeos eran incapaces de llegar a un consenso sobre cómo organizar una nueva comunidad. En tales circunstancias era comprensible, aunque poco caritativo, que encontrarán un conveniente terreno de unión en quejarse sobre nuestra pretendida colusión con la Unión Soviética. Había aprehensión por nuestra nueva cooperación en varios campos técnicos con los soviéticos, combinada con temores sobre nuestra propensión general a reducir los compromisos al otro lado del mar, una tendencia más evidente que nunca en un año de elecciones en el cual el retador era George McGovern.

Escribí a Nixon el 21 de agosto que la situación era remediable:

Los medios de difusión y el público no se dan cuenta de los continuos intercambios que Ud. tiene con Heath, Brandt, y Pompidou. En sus respuestas a sus mensajes después de la cumbre, todos han demostrado confianza en su política europea y en los beneficios que derivarán hacia sus países por una relación más cooperativa entre nosotros y los soviéticos. No podemos publicar esto, por supuesto, pero nuestro problema es menos con estos dirigentes que con los funcionarios menores y los observadores políticos de Europa...

La necesidad de convencer a estas personas de que no vamos a retirarnos de Europa es continua... Tendremos que poner desastrosamente profunda atención sobre los puntos de vista de nuestros aliados más importantes y desarrollar posiciones para estas negociaciones, para que ellos sientan que no dañarán su seguridad.

Igualmente importante: necesitaremos explicar nuestras decisiones. En algún punto, usted puede desear considerar otra vuelta de discusiones personales para lograrlo.

El dilema principal era que, cualquiera fuera el rumbo que eligiéramos, ya sea confrontación o conciliación, iría en contra de la realidad de que las relaciones atlánticas habían llegado a la estabilización. Los objetivos de la generación de postguerra, seguridad y prosperidad, habían sido substancialmente logrados. Quedaba un residuo de problemas tácticos impuestos por los acontecimientos; faltaba una estrategia acordada, ya sea para la confrontación o para la conciliación, para la seguridad a largo plazo o el logro de otros propósitos de largo alcance. Estos tendrían que surgir ahora de un diálogo con aliados mucho mejor dispuestos para insistir en sus propias percepciones que nunca anteriormente.

En el verano de 1972 no podíamos hacer más que mantener el diálogo en un nivel táctico. Mantuve extensas reuniones con Schmidt (entonces ministro de hacienda alemán), Sir Burke Trend, el secretario de gabinete británico, y Michel Debré y Maurice Schumann, ministro de defensa y ministro exterior franceses respectivamente. Logramos comprensión por nuestras políticas corrientes, pero todos los visitantes aliados con Washington estuvieron acordes en señalar que la relación atlántica necesitaba un impulso renovado. Y Nixon y yo creíamos fervientemente que fuera lo que fuera lo que consiguiéramos en las negociaciones con adversarios, nuestra prioridad era dedicarnos a fortalecer la cohesión y formular los propósitos comunes de los pueblos libres. Era otra razón para dejar a Vietnam finalmente detrás de nosotros. Una nueva generación había llegado a dar la seguridad por sentada, viendo el progreso económico como inevitable. Era hora de contraponer nuestras reuniones cumbre con los dirigentes comunistas con la reafirmación demostrativa de nuestros compromisos de alianza y una redefinición de los propósitos de la alianza. Sólo en esta forma podríamos estar en condiciones de juzgar las negociaciones individuales con el este y restablecer la confianza en los objetivos finales de cada uno. Proveería un sentido de dirección y orgullo para la comunidad de pueblos libres. Este fue el origen del Año de Europa que emprendimos en 1973.

Capítulo XXX

SADAT EXPULSA A LOS SOVIETICOS

La conferencia cumbre de Moscú tuvo otra importante consecuencia: la expulsión de la Unión Soviética de Egipto, decidida por Anwar Sadat en julio de 1972.

Aun antes de la conferencia, tanto Nixon como yo conocíamos la creciente desilusión de Sadat respecto de la Unión Soviética. No obstante la dependencia egipcia del apoyo militar soviético, la URSS no había obtenido progreso alguno tendiente a la obtención de un acuerdo o al retiro de Israel de los territorios árabes ocupados. El propio Sadat había viajado a Moscú en febrero y en abril. Entre ambas visitas El Cairo había establecido una corriente secreta de comunicación con nosotros. Este fue uno de los factores que inspiró nuestra determinación de asegurar que la declaración de Moscú se mantuviese, respecto a Medio Oriente, en la insipidez hasta que supiésemos qué otros resultados podría producir nuestra estrategia. Sólo más adelante habríamos de saber lo bien que ésta había funcionado. Para rastrear el importante cambio de dirección que se produjo en Medio Oriente, es necesario remontarnos a casi dos años atrás.

LA MUERTE DE NASSER

El fin del año 1970 fue, de cierta manera, un momento crítico en el Oriente Medio, aunque entonces no lo supiésemos. La crisis de Jordania y aun las tensiones producidas a lo largo del Canal de Suez fueron etapas en la evolución del pensamiento de los árabes, hasta que se dieron cuenta de que la clave de un acuerdo en el Levante no iba a ser encontrada en Moscú sino en Washington. Pero tal vez el hecho de mayor gravitación fuese la muerte de Gamal Abdel Nasser y el acceso al poder de Anwar el-Sadat.

Anwar el-Sadat nos era por entonces apenas conocido. Había integrado el grupo de oficiales que derrocara al rey Farouk en 1952; pero nunca, en los años que siguieron, fue considerado una figura prominente por parte de nuestros expertos. En un primer momento, ni siquiera teníamos la seguridad de que fuese a resultar un presidente por derecho propio para Egipto. En realidad, cualquiera a quien le tocase suceder a una personalidad de la estatura de Nasser tendría sin duda una ardua tarea por delante con sólo tratar de emularlo; en el caso de Sadat, por añadidura, todo el mundo se equivocó al juzgarlo apresuradamente por su oratoria, de estilo informal y por su origen pueblerino, como así también por el papel político de segundo orden que desempeñó durante el régimen de Nasser. Nasser murió el 28 de septiembre de 1970, mientras yo acompañaba al presidente en su gira por el Mediterráneo. Un día después, un periodista me preguntó sobre Sadat. Le contesté que, en mi opinión, se trataba de una figura meramente interina que no duraría más de un par de semanas. Fue uno de los más aventurados de mis juicios; ¡y de los más errados! Durante el curso de 1971 Sadat habría de ganar por la mano a sus adversarios al ejecutar, en mayo, la inesperada purga de un grupo de rivales pro-soviéticos que conspiraban para eliminarlo. Gradualmente fue consolidando su situación interna y su libertad de acción en el ámbito internacional. Aún entonces, pocos observadores (no yo, por cierto) adivinaron con qué coraje, visión y decisión llevaría más tarde su país y su región hacia una revolución en materia de política internacional y perfilarse así como uno de los grandes conductores de nuestro tiempo. (Otro resultado, aún menos advertido aunque significativo, del otoño de crisis

fue, en Siria, el acceso al poder de Hafez Asad en noviembre de 1970. Menos visionario que Sadat, dio sin embargo a Siria una estabilidad sin precedentes y, frente a la turbulencia tradicional de su pueblo, apareció como un gobernante de coraje y bastante moderado.)

A veces aparece como necesario (y a veces lo es) modificar algunas de las políticas más arraigadas dentro de nuestro gobierno. Fue característico de Egipto que los cambios de gobernantes no parecieron aparejar una paralela alteración del criterio del Departamento de Estado en la política diplomática trazada anteriormente. Los desvelos del Departamento, estancados en 1969, habían revivido en junio de 1970 con la propuesta por parte de los EEUU de un cese del fuego momentáneo en la zona del canal de Suez, sólo para ser nuevamente soterrados ante la violación por parte de Nasser del acuerdo de tregua y la crisis Jordana. Hacia fines de 1970 la iniciativa fue retomada como si nada hubiera sucedido en el intervalo. Que las posturas se habían endurecido probablemente y que ningún elemento nuevo había sido agregado, fueron hechos considerados como razón suficiente para abandonar el ahinco de la diplomacia.

Hacia fines de diciembre de 1970, el Departamento de Estado —apuntado por una tranquilizadora nota dirigida el 3 de diciembre a la Sra. Meir por Nixon urgida por Rogers— finalmente consiguió persuadir a los israelíes que volviesen a las negociaciones de Jarring, de las que se habían apartado en diciembre a causa de las violaciones egipcias del cese de fuego. Pero aún antes de obtener el acuerdo israelí, Joe Sisco ya estaba enviando instrucciones —sin el visto bueno de la casa Blanca —que instaban a Jarring a renovar su misión mediadora sobre la idea general de nuestras propuestas de 1969, respecto a las fronteras definitivas, y las condiciones para la paz (el plan Rogers). Sisco no tenía razones para pensar que las partes pudieran ceder sus ahora irreconciliables posturas, pero tal como me dijo a principios de enero no se perdería mucho si al menos Jarring hiciera un intento. Un diplomático no debe ser culpado por creer que los milagros puedan suceder.

Apaciguados por un nuevo envío de armas por valor de 90 millones de dólares, aprobado por Nixon en octubre, los israelistas tomaron la iniciativa a principios de 1971, al invitar a Jarring a comenzar su misión con un viaje a Israel. Inmediatamente Jarring enfrentó el problema que había estancado las negociaciones el año anterior: Israel insistía en la «paz», Egipto en el retiro de las tropas. El 8 de enero, los israelíes entregaron al mediador sueco un documento con la lista de «requisitos indispensables para la paz» —incluyendo la terminación de la beligerancia, el terrorismo, el bloqueo económico y el boicot, y el establecimiento de «buenas relaciones vecinales y cooperación». En cambio, Israel obtendría «límites seguros, reconocidos y acordados» con convenientes medidas de seguridad; en otras palabras, Israel proponía la adquisición de territorio egipcio como parte del acuerdo de paz. En síntesis, en nada había variado la postura tipo de Israel. Jarring entregó el documento israelí a los egipcios el 13 de enero.

El Cairo respondió pocos días después con una nota que reiteraba la postura egipcia tipo, que exigía el retiro total israelí a los límites de 1967 y que Israel repudiara la política de «expansión territorial». En una maniobra desesperada para reconciliar lo incompatible recurriendo a artificios de forma, Jarring «ablandó» el documento Egipcio antes de pasarlo a los israelíes para ser comentado; omitió lo más ofensivo del lenguaje preambular que desechaba la propuesta israelí, al no aportar «ningún elemento nuevo» a las proposiciones previas de Israel. Jarring pretendió atemperar los ánimos, su táctica produjo el resultado opuesto. Como parte de la propaganda de guerra que Egipto e Israel se habían declarado, ambas partes incidentalmente permitieron que sus posturas se infiltraran en los medios de información. No pudo haber reforzado mucho la confianza de los israelíes el haber leído en la prensa una versión diferente de la nota egipcia que la que oficialmente habían recibido de manos de Jarring.

Tal como yo lo había predicho, el resultado de la primera rueda de conversaciones de Jarring llegó a un punto muerto. Joe Sisco me dijo el 21 de enero que él tampoco había esperado mucho más; el propósito de la tentativa, decía él ahora, era alentar a los egipcios a renovar el cese del fuego cuando éste expirase a principios de febrero. Llegó realmente a lograr su propósito, pero a las dos semanas Jarring, con el aliento del Departamento de Estado, ofrecía ideas substanciales de su propia cosecha en un intento para romper el estancamiento.

El panorama del que éramos testigos era una réplica exacta de 1969: una actividad desarrollada por sí misma en medio de vías muertas autogeneradas que sólo podían recorrerse tapando diferencias irreconciliables que, a su turno, hacían el fracaso aún más inevitable. Recurriendo a los documentos intercambiados en enero, Jarring presentó una nueva propuesta a ambas partes el 8 de febrero, solicitando a Israel su retiro a la frontera de 1967 con Egipto (sujeto a

acuerdos prácticos de seguridad) y a Egipto que firmase un tratado de paz con Israel. Los israelíes estaban furiosos; tomaron la propuesta de Jarring (con buenas razones) como basadas en el plan Rogers de 1969, que ya habían rechazado entonces; también desafiaron la misión de Jarring para que éste pusiese ideas propias en lugar de servir como simple mensajero y se limitase a hacer preguntas. Para Israel la propuesta de Jarring no era sólo objetable; el solo hecho de su presentación obviaba, en las mentes de los israelitas, toda necesidad por parte de el-Sadat de responder a la posición israelita que se había centrado en las medidas de «paz».

Toda esta negociación fue llevada a cabo sin verdadera coordinación con la Casa Blanca. Por ejemplo, Jarring presentó su propio documento a las dos partes en el preciso día en que yo había convocado una reunión con el Grupo de Revisión para discutir la estrategia futura. Además una serie de importantes comunicaciones realizadas en enero entre el secretario Rogers y el ministro egipcio Mahmoud Riad no fueron mostradas a la Casa Blanca hasta después de ocurridos los hechos, procedimientos que mi hábil asesor de personal, Hal Saunders, se esmeró siempre en controlar. Estas comunicaciones incluían una en la cual Rogers aseguraba a Riad que los EEUU pondrían «lo mejor de su parte» para llegar a un acuerdo en 1971 —declaración que no contaba con el apoyo de la Casa Blanca— sobre las bases del Plan Rogers. Si los israelíes estaban irritados por el contenido de las presentaciones de Jarrings, los egipcios se desilusionarían pronto cuando advirtieran que las propuestas, que habíamos alentado a Jarring a que hiciera, no recibieron casi apoyo de los EEUU.

Ambas partes estaban ahora irritadas contra nosotros a medida que la situación de estancamiento de 1969 se repetía. A fines de febrero las negociaciones de Jarring zozobraron en la negativa israelí de aceptar el principio de vuelta a las fronteras de 1967 y la insistencia egipcia en esa base de negociación. Sin embargo, Jarring había progresado algo; Egipto había aceptado un tratado de paz con mejor gana que una declaración de no beligerancia siempre que Israel volviera a las fronteras de 1967. Pero puesto que esto fue firmemente rechazado la misión de Jarring estaba en efecto concluida.

Había una cierta disposición por parte del gobierno de los EEUU hacia la imposición del Plan Rogers a los israelíes. Pero el presidente no se decidía a tomar esa medida en medio de la crisis de Laos. Y no tenía sentido desde el punto de vista estratégico. Mientras Egipto fuese de hecho una base militar soviética, nosotros no podíamos tener ningún incentivo para volvernos contra un aliado a favor de un cliente soviético. Esta es la razón por la cual yo siempre me opuse a soluciones de más alcance que serían rechazadas por ambas partes y que sólo servirían para los fines soviéticos o bien demostrando nuestra impotencia o transformándonos en una vitrina de lo que podía ser obtenido por la fuerza de la presión de Moscú. Mi objetivo era producir un empate hasta que Moscú urgiera un compromiso o hasta que, mejor aún, algún régimen moderado árabe decidiera que la manera de progresar fuera a través de Washington.

De hecho, si nosotros hubiéramos armonizado con más fineza con la diplomacia de Medio Oriente, podríamos haber discernido las primeras insinuaciones de los cambios fundamentales en la posición egipcia. En un discurso al parlamento egipcio el 4 de febrero, en el cual aceptó una extensión del cese de fuego, Sadat había dado la idea superficialmente de un acuerdo intermedio: el retiro parcial de Israel del canal de Suez, permitiendo la reapertura del canal, como el primer paso de un programa que sería preparado luego para realizar los otros reajustes de la resolución 242 del Consejo de Seguridad, y como se hizo notar anteriormente, la respuesta del 15 de febrero de Egipto a Jarring que incluía, por primera vez, la voluntad de firmar un acuerdo de paz con Israel. (Por supuesto esto estaba condicionado al retiro de Israel a las fronteras de 1967, que Israel no aceptaría.)

Sadat consideró estos pasos en febrero de 1971 como el comienzo de su arduo, largo y extraordinario trayecto hacia la paz (1). Su propuesta de discutir un acuerdo intermedio a lo largo del canal de Suez se convirtió en el foco de la diplomacia en 1971, y una versión del concepto que eventualmente se reflejó en el acuerdo de desocupación que comenzó el proceso de paz después de la guerra de 1973. Su voluntad de firmar un tratado de paz con Israel se convertiría en una realidad dramática ocho años después. Nuestra percepción del significado de los movimientos de Sadat entonces estaba lamentablemente todavía oscurecida por la presencia de más de 15.000 tropas soviéticas en Egipto y por su firma de un claro acuerdo de amistad con Moscú.

LA IDEA DE UN ACUERDO TRANSITORIO

El concepto de un retiro intermedio del canal había nacido de la fértil inteligencia del ministro de defensa israelí Moshe Dayan durante el transcurso del verano de 1970. Según la formulación de Dayan, se requería un retiro mutuo o una disminución en número de las fuerzas militares de ambas partes en el canal. El concepto de Dayan no era entonces una propuesta oficial del gobierno israelí, sin embargo, y cuando Dayan visitó Washington en diciembre de 1970 fue obligado a negarla, excepto como una «alternativa teórica» a la posición típica de Israel, que era que Israel no otorgaría a Egipto el regalo de un canal de Suez reabierto hasta que no se hiciera un acuerdo final de paz. De hecho la sra. Meir me había preguntado qué pensaba yo de la idea de Dayan cuando la encontré en el Hotel Shoreham, el 25 de octubre de 1970, durante su visita a Washington en coincidencia con el vigesimoquinto aniversario de las Naciones Unidas. Le dije que no lo había estudiado en detalle pero que me parecía una buena idea. La propuesta fue revivida a principios de 1971 cuando un general egipcio el 11 de enero se acercó al jefe de nuestra misión en El Cairo, y hablando en nombre de Sadat expresó su interés en la propuesta de Dayan. Más tarde Sadat lo repitió públicamente en su discurso del 4 de febrero.

La razón por la cual un acuerdo intermedio nunca se materializó en 1971 fue la misma que impidió el acuerdo total: las dos partes tenían metas radicalmente diferentes a seguir. Egipto quería un acuerdo intermedio como el primer paso hacia un retiro total; Dayan lo propuso como un medio para anticipar esa propuesta. Para Dayan una liberación parcial tenía el doble atractivo de moverse alrededor y cercanamente a la diplomacia de Jarring y reducir la negociación a un esquema limitado que podía ser manejado con más facilidad por la política interna de Israel. Sobre todo pospondría la discusión sobre las fronteras finales. Si se llevaba a cabo, un acuerdo intermedio estabilizaría el frente de Suez y reduciría la posibilidad de hostilidades. Egipto tendría menos probabilidades de comenzar una guerra si veía perder el beneficio económico de la reapertura del canal. Este razonamiento persuadió a la sra. Meir a aceptar la sugerencia de Sadat de un destacamento a lo largo del canal en un discurso el 9 de febrero. Para Sadat, sin embargo, la desocupación significaba un retiro mucho más extenso por parte de Israel que el limitado destacamento que vislumbraba Dayan. Dayan propuso un retiro o disminución de fuerzas en cada lado; Sadat sugirió en el *Newsweek* de febrero que los israelíes deberían retroceder hacia «una línea detrás de El Arish» más allá de la mitad del Sinaí y permitir a la fuerza de la ONU tomar posesión de Sharm el-Sheikh. Sadat también insistió que las fuerzas militares egipcias tenían que cruzar el Canal, con lo cual Dayan advirtió que esto era un mutuo retiro del Canal. Lo más importante fue que Sadat hizo un trato condicionado a un programa acordado para el total retiro siguiendo las líneas del plan Rogers. Esto fue totalmente rechazado por los israelíes.

La desocupación no tenía ninguna posibilidad de éxito mientras tuviera que ser negociada junto con un acuerdo total. Y si no había alguna posibilidad de éxito, yo no veía la razón para comprometernos. Nuestro as en el juego era que si nosotros jugábamos bien nuestras cartas, podíamos producir progresos tangibles en la diplomacia mientras que los soviéticos sólo podían prometer ayuda en una guerra. Pero para que esta estrategia surgiera efecto debíamos ser eficientes; no podíamos perder nuestro prestigio en maniobras inútiles. Para triunfar, por lo tanto, un acuerdo intermedio tenía que ser separado de un arreglo comprensivo; si éstos estaban unidos, nosotros meramente disiparíamos nuestra influencia persiguiendo un espejismo que tenía todas las dificultades de los esquemas comprensivos que debería reemplazarlos y que nosotros no éramos más hábiles de producir que Moscú.

Sin embargo, en la ausencia de cualquier otra alternativa, el Departamento de Estado enérgicamente tomó la resolución de un acuerdo intermedio. Tan pronto como la misión de Jarring a fines de febrero se derrumbó, el Departamento Estado en la primera semana de marzo comenzó a discutir privadamente las ventajas de un posible paso intermedio con los israelíes esbozando algunas ideas con Rabin ya el 6 de marzo. La velocidad con la cual el Departamento de Estado se movió —sólo 8 días después que Israel, el 26 de febrero, había rechazado la propuesta de Jarring y con escaso tiempo para fijar los próximos pasos— podía escasamente aliviar la aprensión congénita de Israel de que sería arrojado nuevamente de cabeza en una diplomacia que uniría un acuerdo intermedio con uno final sobre las líneas que oponía. En la ausencia de objetivos acordados, resultó imposible hacer un puente entre las concesiones de los dos lados

mediante el procedimiento de un juego de manos. En varios momentos cada lado fue movido a pensar que nosotros simpatizábamos con su versión del concepto intermedio; la desilusión, la frustración y el estancamiento eran resultado inevitable.

Mi idea era usar un acuerdo intermedio para abrir el callejón sin salida. Una vez logrado, este paso facilitaría el camino a otros avances. Pero también me aparté de aquéllos en Israel que consideraban un acuerdo intermedio como un medio para evitar otros retiros ulteriores. Por el contrario, la principal ventaja de una desocupación a lo largo del canal, a mi entender, era el lanzar un proceso de negociación que podría, en última instancia, llevar a la paz con algunos o todos los estados árabes. (Este era, por supuesto el concepto de progreso «paso a paso», que dio libre acceso al proceso de paz en 1974.)

Nixon me había encargado que explorara lo que era factible pero no que lo negociara. Yo introduje la idea de un acuerdo intermedio por separado con Dobrynin el 22 de mayo de 1971, para ver si los soviéticos estaban preparados para abandonar el apoyo a un plan comprensivo detallado. Luego proseguí la idea con Abba Eban a mediados de marzo y con el representante de Egipto en Washington, Ashraf Ghorbal el 25 de marzo. Mi actitud era usar un paso inicial para poner el proceso de retiro y mutua aceptación en camino, aun sin compromiso con metas finales. Puesto que Dobrynin estaba dispuesto a discutir mi actitud, las negociaciones volvieron a sus canales normales y allí, no inesperadamente, resultó que las partes no estaban aún preparadas para convenir ni siquiera en un acuerdo limitado.

Los israelíes, a mediados de abril produjeron un documento con los detalles del acercamiento: un retroceso israelí en una distancia no especificada (pero corta) del canal; ninguna tropa egipcia podría cruzar el canal; un cese de fuego de duración indefinida y ningún enlace con retiros ulteriores. Rabin, en realidad, me mostró el documento propuesto de la provisión israelí antes de presentarlo ante el Departamento de Estado. Yo lo persuadí para que convenciera a su gobierno de modificar algunos elementos que podrían haber hecho la negociación totalmente imposible. Tal cual estaba, la versión final israelí iba a ser con toda seguridad inaceptable para Egipto.

Rogers estaba, sin embargo, decidido a acelerar lo que él creía ser un riesgo lleno de esperanzas. El 19 de abril logró la autorización del presidente para visitar algunos países de Medio Oriente para encontrar un fundamento común entre Egipto e Israel en un acuerdo intermedio. Yo expresé mis dudas a Nixon en un memorándum del 22 de abril.

Sería particularmente inquietante si su presencia acelerara el proceso diplomático y más aún si intensificara el estancamiento presente entre Israel, los árabes, los EEUU y la Unión Soviética. Por esta razón, creo que es importante que usted prevenga a su secretario para que no se aleje del estado normal del juego sin tenernos totalmente informados y recibiendo su aprobación específica para cualquier salida del «statu quo».

Pero yo no podía hacer otra cosa que advertir. Puesto que él no estaba dispuesto a enfrentar a su secretario en esta cuestión, Nixon no tenía manera de ejecutar las anteriores observaciones, ni aun cuando estuviera de acuerdo con mi análisis, que estaba lejos de ser una conclusión pre-determinada.

Rogers visitó el Medio Oriente a principios de marzo de 1971. Sus discusiones en Israel y Egipto hicieron explícitas las diferencias fundamentales. Sadat pretendía que las tropas egipcias pudieran tomar posiciones a ambos lados del canal. Israel disintió violentamente (excepto por Dayan que pensó, sabiamente, que algunos miembros de la policía egipcia podrían ser permitidos). Sadat insistió en una retirada israelí como punto de partida a las fronteras de 1967 ligada al acuerdo del canal. Israel no daría tal seguridad (aunque Dayan dijo a Sisco que él era uno de los pocos en el gobierno que sí veía el paso intermedio como parte de un proceso de paz a continuar). El viaje de Rogers no tuvo ningún resultado, excepto por el hecho de poner a Dayan en dificultades internas cuando las diferencias entre la posición de su gobierno y la suya fueron públicamente conocidas. En un astuto análisis, Hal Saunders me escribió el 19 de mayo que él temía que Sadat hubiera contado con Rogers para entregar un acuerdo sobre el canal; Sadat, que justo había llevado a cabo la purga masiva de elementos soviéticos en su gobierno, probablemente necesitaba progreso diplomático «para hacer que su política se abriera camino y sobreviviera políticamente. La puerta está abierta para un abatimiento mayor si ahora

no hay movimiento». Cuando Rogers envió a Nixon un informe sobre su viaje, yo le adjunté mi propio análisis de la misma manera:

La idea grave en todo esto es que, mientras que Sadat se ha movido para limpiar a sus oponentes, principalmente como medio para asegurar su propia posición, los Estados Unidos se han visto, sin intención, muy cercanamente envueltos en el asunto. Por coincidencia de tiempos, la visita del secretario y la expectativa de un arreglo en el canal estarán unidos en muchas mentes con el movimiento de Sadat. Si él no puede mostrar éxito en su política de buscar una negociación, los EEUU —sin tener en cuenta los méritos del caso— pueden llegar a soportar mucho de este peso.

EL MEMORANDUM FANTASMA

En este punto, la búsqueda de un acuerdo intermedio se convirtió en una historia detectivesca. Cada vez se tornaba más difícil saber quién le proponía qué cosa a quién. La Casa Blanca no podía ya decir cuál de las partes estaba manifestando sus propios puntos de vista u otras interpretaciones nuestras para forzarnos a nosotros a apoyar públicamente lo que les habíamos dicho privadamente. En dicho proceso, algunos de nuestros diplomáticos llevaron a cabo una extraordinaria maniobra de la cual la Casa Blanca era completamente ignorante. En continuidad con el viaje de Rogers, nuestro representante diplomático en El Cairo ayudó a los egipcios a delinear su propia contrapropuesta en un acuerdo intermedio. El incidente no sólo reveló las inclinaciones del Departamento de Estado hacia un acuerdo intermedio que era una etapa más hacia un ajuste (inalcanzable) acordado comprensivo, sino también la incapacidad norteamericana para llevar a cabo la propuesta (después de que los egipcios la habían presentado con lo que ellos creían era nuestra aprobación) lo que magnificó la desilusión de El Cairo con la diplomacia norteamericana; nos creyeron o bien incompetentes o tramposos.

Sólo después de 3 semanas la Casa Blanca tuvo un aviso secreto de lo que había pasado en El Cairo. Evidentemente lo que pasó fue que Donald Bergus, jefe de la Sección de Intereses Norteamericanos en el Cairo (*), se reunió con funcionarios del Ministerio del Exterior egipcio el 23 de mayo para discutir un documento de la posición egipcia. Cuando los egipcios pidieron consejo a Bergus, aparentemente éste escribió ideas detalladas y dejó estas notas en manos de los egipcios. Cuando el memorándum de Bergus se conoció, éste tenía un parecido sorprendente con la propuesta formal egipcia que fue finalmente presentada a nosotros por Sadat el 4 de junio. Fue un procedimiento extraordinario, del cual estoy convencido que ningún diplomático con la experiencia profesional de Bergus hubiera realizado sin la autorización de sus superiores. También estaba obligado a fallar y dejarnos destrozados. Cuando el memorándum de Bergus se filtró más tarde en la prensa, el Departamento de Estado lo negó, diciendo que no representaba la posición oficial de los Estados Unidos (2). Los egipcios estaban ahora doblemente furiosos, aguijoneados por la negativa y amargados por que nosotros no podíamos entregar lo que ellos suponían que representaba nuestras ideas. Los israelíes estaban furiosos porque nosotros estábamos alentando a los egipcios a poner términos que ellos dijeron que nunca aceptarían. Yo estaba fastidiado porque ninguno de estos movimientos habían sido revelados al presidente de los EEUU.

Luego sobrevino otra sorpresa devastadora de aún más importancia. El 27 de mayo de 1971, Sadat firmó un tratado de amistad con la Unión Soviética. En su autobiografía Sadat toma este acuerdo como una dádiva a la sensibilidad soviética, luego de que él había limpiado y encerrado todos los elementos más importantes pro-soviéticos en la política egipcia (3). Yo ahora creo que esto fue el principal motivo —aunque ninguno de nosotros entendió a Sadat en ese momento—. Pero con toda seguridad reflejaba también un nuevo atrevimiento ruso y una frustración de Sadat con la irregular diplomacia norteamericana. Estaba obligado a alarmar a los israelíes y a hacer un acuerdo intermedio aún más difícil de lograr. Como era de prever, el Departamento de Estado tenía una declaración más violenta. Rogers informó a Nixon que el Tratado de Amistad «fortalece la mano de Sadat en oposición a su poder militar por el énfasis en un apoyo militar a largo plazo. Podía ayudar a mantener (su) flexibilidad en el acuerdo del

(*) No había embajada, ya que no teníamos oficialmente relaciones diplomáticas.

Canal de Suez». (El Departamento de Estado y la CIA hicieron exactamente el mismo análisis del Tratado de Amistad de la Unión Soviética con la India, firmado 3 meses más tarde). Le escribí al presidente el 31 de mayo y me opuse a la declaración de Rogers:

El ejército egipcio depende del apoyo soviético. A su vez, Sadat está en este momento dependiendo de sus militares como base de poder, puesto que ha eliminado los partidos y la burocracia. En lugar de reforzar la flexibilidad de Sadat con respecto a la negociación del acuerdo sobre el Canal, el tratado podría dar a la Unión Soviética el veto sobre futuras negociaciones. De esta manera —cualquiera fuera el resultado de las negociaciones— y después de todo, los soviéticos son los principales beneficiarios de un acuerdo sobre el Canal. Los hechos ocurridos recientemente pueden haber aumentado la influencia a largo plazo de los soviéticos. Ciertamente los soviéticos están forzados a comprometerse como nunca en caso de que se reinicien las hostilidades.

No puedo afirmar cuál de las interpretaciones aceptó Nixon. El único indicio que tengo es que en el margen de mi memorándum expresé su preocupación de que «nosotros no permitiéramos que esto fuera un pretexto para que Israel escalara sus armas. Nosotros deberíamos ayudar sólo en respuesta a una evidencia incontrovertible de ayuda militar soviética que pudiéramos evaluar como un camino significativo en la balanza del poder». Nixon dijo más o menos lo mismo en una conferencia de prensa el 1 de junio. Nosotros estábamos en peligro de confrontación con Israel, Egipto y la Unión Soviética simultáneamente.

Sin conocer a Sadat yo debía deducir que éste estaba jugando de la misma manera que Nasser. Además la impaciencia de Sadat se hacía cada vez más evidente en repetidas declaraciones de que el año 1971 debía ser el «año de decisión» en el Medio Oriente. Nuestra estrategia debía ser frustrar la política egipcia basada en amenazas militares y asociación con la Unión Soviética. Por lo tanto el Tratado de Amistad de Sadat con los soviéticos, cualesquiera fueran sus motivos, no nos animó a ayudarlo como él lo esperaba. Por el contrario reforzó mi determinación a aminorar el proceso aún más para demostrar que las amenazas y los tratados soviéticos no podían ser decisivos.

Sin embargo, el Departamento de Estado se mantuvo ansioso por presionar hacia adelante. El 1 de julio salí para Asia (y China). Sisco dio aviso al embajador Rabin sobre una visita a Israel para discutir un acuerdo intermedio. (Difícilmente fue una coincidencia que esta nueva iniciativa del Departamento de Estado viniera cuando yo estaba a punto de ausentarme doce días en el extranjero). Mientras estaba en Asia, logré, tal cual dije anteriormente, persuadir al presidente que mantuviera a la expectativa cualquier decisión importante del Medio Oriente hasta mi regreso; éste usó como pretexto llamar a una reunión del CNS relacionada con el tema el día 16 de julio, para la cual cualquier nueva iniciativa debía esperar. La reunión del 16 de julio del CNS, cuando se convino, estuvo caracterizada por las quejas del presidente sobre la aprobación de una medida pro-Israel, las objeciones de Laird para el aprovisionamiento de otros aviones a Israel, y la vehemencia de Rogers para que Sisco visitara Israel. Al final de la reunión Nixon autorizó a Sisco el viaje para explorar si había flexibilidad en la posición israelita. No la había. Este viaje tuvo tan pocas consecuencias que Sisco ni siquiera se molestó en detenerse en El Cairo en el viaje de regreso.

En este punto, después de mi viaje a la China y el fracaso de la acción del Departamento de Estado para lograr un acuerdo intermedio, entré a participar activamente en la diplomacia de Medio Oriente por primera vez.

ACTIVA PARTICIPACIÓN

Lo que definitivamente me hizo participar en la ejecución de la diplomacia de Medio Oriente fue que Nixon no creyó que podía arriesgar crisis periódicas en el Medio Oriente en el año de las elecciones. Por lo tanto me pidió que avanzara sólo para mantener la situación quieta. Mi primer movimiento fue para explorar si los soviéticos estaban en realidad dispuestos a moderar sus propuestas; si no era así, yo intentaría llevarlos hacia negociaciones dilatadas e inconclusas hasta que ellos o algún país árabe cambiara su posición. Los soviéticos estaban aún quejándose sobre diplomacia unilateral norteamericana en el Medio Oriente, lo cual reflejaba no sólo el

resentimiento de Moscú por ser dejado de lado, sino su deseo intenso de dramatizar nuestro fracaso en traer cualquier progreso. Por lo tanto yo contemporicé en mis charlas con Dobrynin en la primera mitad de 1971. Pero después del anuncio del 15 de julio sobre China, nosotros alargamos la propuesta de una cooperación de superpotencias en el Medio Oriente, en una carta tranquilizadora que Nixon envió a Brezhnev el 5 de agosto. Nixon había hecho una sugerencia similar en una conferencia de prensa la noche anterior. Dobrynin me preguntó el 5 de agosto qué teníamos pensado. No teniendo ideas concretas en mente (ni tampoco ningún encargo aún para ofrecer alguna) le dije que simplemente reflejaba nuestra disposición general para negociaciones ampliamente basadas. Brezhnev le respondió a Nixon el 7 de septiembre, reafirmando el interés soviético por un acuerdo intermedio en el Medio Oriente. Brezhnev expresó su espanto de que nosotros hubiéramos roto nuestras relaciones directas anteriores con Moscú en este asunto.

Estas declaraciones soviéticas se contradecían con el adelanto de la actividad militar soviética en Egipto. Por ejemplo, en septiembre, Israel derribó un bombardero de ataque soviético —un jet SU-7— sobre el canal; un misil egipcio (tierra-aire) destruyó un avión de reconocimiento israelí. Egipto había movido algunos de sus puestos SAM más adelante; esto no pudo haberse realizado sin la concurrencia y cooperación soviética.

Al mismo tiempo el Departamento de Estado nos estaba sugiriendo que nosotros podíamos demorar más embarques de aviones a Israel, si Israel no mostraba mayor flexibilidad. La sra. Meir escribió a Nixon el 17 de septiembre, reiterando la idea de un acuerdo intermedio, pero también expresando «gran preocupación» por la suspensión de entrega de jets Phantom a Israel en un momento de incremento de la presencia militar soviética en Egipto.

Si la negociación de un acuerdo intermedio iba a romper, en lugar de fortalecer, este *impasse*, entonces posiblemente se necesitaba un nuevo plan de acción. Le escribí a Nixon el 23 de septiembre:

El problema con el acuerdo intermedio es que ya se han hecho demasiadas tentativas. La idea inicial era simplemente una disminución mutua en ambos lados. De allí yo me dirigí rápidamente a Sadat insistiendo en que moviera sus fuerzas a los pasos claves de Sinaí. Para lograr esto, los Estados Unidos tendrían que presionar a Israel casi tan duramente como para obtener un acuerdo total.

La principal esperanza, me parecería ahora, sería reducir las expectativas egipcias a un punto donde los cambios que podían realísticamente ser esperados en la posición de Israel, pudieran producir un entendimiento. Puesto que las posiciones oficiales están sujetas a más grandes expectativas, podría ser que la única manera de lograr esto —si fuera de alguna manera posible— fuera a través de intercambios menos oficiales para ver qué podría ser posible.

Mi mención de «intercambios menos oficiales» fue impulsada por, entre otras cosas, una propuesta soviética a mí. Dobrynin me previno el 20 de septiembre que Gromyko, cuando se reuniera con el presidente el 29 de septiembre, le propondría poner la salida de Medio Oriente dentro de un canal especial. Yo le avisé a Dobrynin, por mi parte, que, en el mejor de los casos, éste sería un proceso lento, que requeriría alguna exploración para ver si realmente valía la pena. El Medio Oriente era mucho más complicado aún que Berlín (cuyo caso habíamos concluido con éxito en el canal) los factores estaban mucho menos bajo nuestro control y la indiscreción de las partes concernientes era proporcionalmente gigantesca.

La perspectiva de otra negociación no oficial también requeriría contacto con Egipto. Tuve una conversación el 16 de septiembre con un ex-estudiante mío, Ali Hamdi el Gammal, director del prestigioso diario de El Cairo *Al Ahram*, quien trató de organizar una reunión confidencial entre su principal editor Mohamed Heikal, confidente de Sadat, y yo. Gammal me invitó a El Cairo; discutió como alternativa tomar la oferta de la ejecución de un negocio privado organizando una reunión en su casa entre Heikal y yo (*). Luego, a principios de octubre, Yitzhak Rabin también me urgió a comprometerme personalmente en las negociaciones de un acuerdo intermedio; me dijo confidencialmente que Israel podría ser más flexible en sus términos si yo

(*) Heikal luego rechazó la invitación y la reunión jamás se realizó. No fue hasta la primavera de 1972 que encontramos un canal adecuado en El Cairo.

estaba implicado y que tendría garantías presidenciales de que las exigencias no serían interminables. Yo les dije a ambos, Gammal y Rabin, que si decidía comprometerme, sus respectivos gobiernos tendrían que enfrentar las duras decisiones requeridas. Egipto tendría que renunciar su precondition de compromiso a un retiro total; Israel tendría que estar preparado para ofrecer un paquete considerable. El único objeto de poner en juego el prestigio presidencial era hacer progresos.

A todo esto, el mismo presidente estaba empujando la idea de mi participación más activa —tan sólo con el propósito de que limitara el daño, manteniendo la situación tranquila hasta después de la elección de 1972—. Cuando el ministro del exterior Gromyko se encontró con Nixon el 29 de septiembre de 1971, pasamos por los ritos usuales, mediante los cuales se acordaba una reunión más extensa que incluía los miembros del Departamento de Estado para que Nixon y Gromyko pudieran hablar privadamente en su escondite en el Edificio de Oficina del Ejecutivo. Nixon aceptó la sugerencia de Gromyko de que Dobrynin y yo emprendiéramos una seria investigación de las posibilidades de Medio Oriente —aunque no sin ligarlas una vez más a la ayuda soviética en Vietnam—.

Posteriormente, yo visité la embajada soviética durante la tarde del 30 de septiembre para mantener una reunión privada de dos horas con Gromyko. Le reiteré las dificultades de pacificar el Medio Oriente en el canal, en contraste con Berlín. En Berlín, todas las partes afectadas querían un acuerdo; esto era mucho menos claro en el Medio Oriente. Le señalé que yo no quería comprometerme en nombre del presidente a menos que hubiera una cierta esperanza de lograr un acuerdo; ésta es la razón por la cual yo propuse charlas exploratorias en primer lugar. La verdadera salida no estaba en el detalle de si los israelitas se retiraban cuarenta kilómetros o veinte kilómetros del canal, sino en el hecho de que el retiro israelita tendría un significado simbólico tremendo. Egipto tenía que decidir si quería sustancia o teoría; no estaba ahora en condiciones de discutir la forma del acuerdo final. Cuanto más complicaciones incluyéramos en el acuerdo intermedio, tanto menos lo lograríamos. En realidad, si yo hubiera querido perder el tiempo, habría forzado para que el acuerdo intermedio fuera específico sobre el arreglo final, porque nunca hubiera sido aceptado por las partes. Si el presidente y yo nos íbamos a comprometer, tenía que ser sobre la base de que el progreso era posible; esto quería significar para mí que debía haber algo indeterminado con relación al destino final.

Gromyko rechazó este acercamiento. Insistió que un acuerdo intermedio debía estar relacionado específicamente y en detalle con un acuerdo final. Argumentó que no podía haber ninguna etapa inicial hasta que el acuerdo final no estuviera acabado y se hubiera establecido un programa preciso. El acuerdo final, según la opinión soviética, debía ocurrir no más tarde de un año después del acuerdo intermedio, aunque el largo del intervalo se podía negociar. (Gromyko no explicó qué valor tenía un acuerdo intermedio en estas circunstancias.) Él sostenía que un acuerdo final tenía que comprender el retiro total de Israel de los territorios ocupados en todos los estados árabes. En otras palabras, la Unión Soviética estaba apoyando la máxima posición árabe, olvidando el hecho de que en tales circunstancias Israel no tenía motivo para un acuerdo intermedio y nosotros no teníamos ningún incentivo para proceder conjuntamente con Moscú. No había señal de la disposición de la Unión Soviética para presionar sus clientes hacia la flexibilidad. Sin embargo, Gromyko le había adelantado a Nixon, en el escondite de éste, una propuesta que aparentemente era una modificación atormentadora de la posición típica soviética. En el caso de un acuerdo comprensivo, dijo Gromyko, los soviéticos estarían preparados para retirar sus fuerzas del Medio Oriente, unirse en un embargo de armas en el área y participar de las garantías de un arreglo. Pero como siempre ocurre, había menos en estas propuestas de lo que se pensaba. Todavía se nos estaba pidiendo que forzáramos a Israel a aceptar las fronteras que consideraban incompatibles con su seguridad. El retiro prometido de las fuerzas soviéticas vendría al final del proceso; en otras palabras, nosotros tendríamos que ejecutar nuestra entera contribución en este arreglo antes que los soviéticos hicieran algo de su parte. Y aún entonces los soviéticos hacían su retiro condicional al retiro de los consejeros norteamericanos de Irán. Todo esto en el momento en que Sadat estaba amenazando hacer su salida por medio de una guerra en 1971 o 1972. (Esta fue una de las razones por las cuales nosotros habíamos reaccionado tan fuertemente al ataque indio al Pakistán; quisimos asegurarnos de que la Unión Soviética entendiera que un ataque amparado por los soviéticos en el Medio Oriente daría como resultado una respuesta aún más aguda).

Pero Gromyko había por lo menos agregado suficientes nuevos ingredientes para encender

discusiones «exploratorias» entre Dobrynin y yo. Esto, a su vez, daría a los soviéticos un incentivo para mantener la calma en el Medio Oriente durante el próximo año; estrategia que podría sólo magnificar la inquietud egipcia con la política soviética.

Con la reunión anual en Nueva York de los líderes extranjeros para la Asamblea General, el Departamento de Estado entró en acción nuevamente para tratar de unir la brecha entre Egipto e Israel. Rogers, en un discurso pronunciado en las Naciones Unidas a principios de octubre, reveló las ideas norteamericanas para un acuerdo interino sobre el canal de Suez. Esto empalmó con la propuesta de «charlas de proximidad», un procedimiento por el cual un diplomático norteamericano iría y vendría entre dos delegaciones alojadas en Nueva York en habitaciones de hoteles de las inmediaciones. Inútil es decirlo, ni Egipto ni Israel esperaban que de esto saliera nada bueno, ya que las posiciones de las dos partes permanecían irreconciliables; no era probable que ninguno de los dos pudiera ser empujado a ceder terreno por una negociación hiperactiva. A los israelíes especialmente les preocupaba que pudieran ser presionados otra vez a hacer un esfuerzo diplomático inútil sin que los norteamericanos hicieran una declaración adecuada sobre suministro de armas y su destino final; sus temores no se apaciguaron cuando Sadat visitó Moscú en octubre y regresó con un comunicado que prometía nuevos esfuerzos soviéticos para reforzar el poderío militar de Egipto. (Incluso Rogers se vio «obligado» a deplorar públicamente esta promesa).

Para fines de 1971, las divisiones dentro de nuestro gobierno, la busca obstinada del Departamento de Estado de metas inalcanzables y la falta de imaginación de la Unión Soviética, habían producido el estancamiento que yo había buscado intencionalmente.

Entonces, en diciembre de 1971, Nixon dio un paso que comenzó a establecer mi control de las operaciones diplomáticas del Medio Oriente. La sra. Meir visitó a Nixon el 2 de diciembre y los dos líderes llegaron a un crucial entendimiento en lo referente a estrategia y a tácticas. Por el momento se abandonaría el intento de llegar a un convenio amplio. (Incluso el Departamento de Estado había llegado a la conclusión de que el camino había llegado a un punto muerto.) En cambio, continuarían los esfuerzos para lograr un acuerdo provisional con Egipto. Sisco conduciría ostensiblemente las «conversaciones de proximidad» entre Egipto e Israel. Pero las verdaderas negociaciones se realizarían entre Rabin, embajador de Israel, y yo, y también entre Dobrynin y yo. Si se veía progreso en estas conversaciones de trastienda, podríamos entregar los resultados al foro de la «proximidad». En otras palabras, finalmente habíamos establecido en el Medio Oriente el mismo acceso de doble vía que había caracterizado nuestras otras negociaciones. Solamente faltaban todavía los egipcios; yo tenía plena confianza de que tarde o temprano se incorporarían.

EXPLORACIONES DE TRASTIENDA

Aun con los nuevos canales de negociación, yo no veía la necesidad de apresurarse. Antes, a principios de 1972, Sisco y Rabin tenían que solucionar el problema anual de la ayuda militar a Israel para evitar las periódicas disputas que se habían producido como resultado de tratar, inútilmente, de mantener a Israel a rienda corta. Siempre habíamos terminado por ceder a las peticiones de Israel, pero sólo después de altercados políticos domésticos, que, lejos de adelantar las negociaciones, habían hecho aparecer como impotente a nuestro gobierno. Después que esto se solucionó finalmente, Israel, a principios de febrero, accedió a las «conversaciones de proximidad» del Departamento de Estado, pero la idea fue rechazada por Egipto. Mientras tanto, yo intentaba averiguar lo que pensaban realmente los soviéticos. ¿Serían las proposiciones para llegar a un acuerdo provisional un artificio para cambiar las pautas diplomáticas existentes o para demostrar a sus clientes nuestra supuesta parcialidad pro-israelí? Por sobre todas las cosas, yo calculaba que cuanto más largo fuera el proceso, más probabilidades habría de que Sadat buscara un trato directo con nosotros. Los soviéticos como intermediarios eran definitivamente nuestra segunda opción.

La respuesta había de llegar pronto. A mediados de enero de 1972 comencé mis debates con Dobrynin y pronto quedó confirmado que la flexibilidad de Gromyko había sido más aparente que real. Los soviéticos estaban todavía tan duros como lo habían estado durante todo el gobierno de Nixon. Propugnando inflexiblemente el máximo programa árabe, renuentes a correr ningún riesgo, se retiraron a posiciones clásicas incluso al discutir un acuerdo provisional en el

canal de Suez. Dobrynin, como Gromyko, estaba suficientemente dispuesto a explorar las posibilidades de un retiro de fuerzas, siempre que éste estuviera integralmente vinculado a un acuerdo general. En un memorándum que le envié al presidente, le resumía el dilema de Moscú:

Su cliente no puede ganar una guerra con los israelíes. Por lo tanto, la continuación a fuego lento de la presente crisis sólo puede llevar a una de dos situaciones: la convicción por parte de los árabes de que su alianza con la Unión Soviética es inadecuada para producir un acuerdo, o una guerra iniciada por los egipcios que enfrentaría a los soviéticos con una decisión sobre ayuda militar y un riesgo fuera de toda proporción con lo que podría lograrse.

Yo sugerí una estrategia para romper el atascamiento. El elemento más importante —que parecería más tarde en algunas propuestas al comienzo del gobierno de Carter— era un intento de unir la brecha entre la insistencia de Israel sobre cambio de límites y la exigencia de los árabes de que se volviera a las fronteras de 1967. La idea era separar el tema de seguridad del de soberanía: Egipto recobraría su soberanía sobre toda la península del Sinaí, pero a Israel se le permitiría mantener algunos puestos de defensa en una franja definida sobre terreno egipcio. Yo me dediqué a esto en el canal privado con los israelíes. Rabin y Dayan aceptaron el enfoque y ya para principios de 1972 se habían establecido algunos principios: Israel dijo que aceptaría retirarse hasta el lado occidental de los desfiladeros del Sinaí a cambio de un acuerdo de cese del fuego que durara hasta principios de 1974; Egipto podría cruzar el canal de Suez con fuerzas de la policía pero no militares; el encadenamiento con un convenio final se mantendría impreciso; Israel no interferiría con la reapertura del canal de Suez. (Muchas de estas estipulaciones se incluyeron en el primer acuerdo de desocupación que se negoció finalmente en enero de 1974.)

Mientras tanto, la Unión Soviética estaba todavía en un atolladero. En febrero de 1972, Dobrynin señaló que Moscú podría estar dispuesto a discutir la idea de separar la seguridad de la soberanía, pero, como había hecho Gromyko cuatro meses antes, Moscú retrocedió tan pronto como comprendió que nosotros podríamos estar listos para explorar el tema seriamente. Ahora pienso que ellos no tenían ningún arreglo con El Cairo que les diera flexibilidad. Dobrynin nunca volvió a mencionar el asunto.

Durante el mes de marzo, Dobrynin me estaba presionando para que formulara un programa de paz más amplio; sería más fácil para Moscú, dijo, reaccionar ante nuestras propuestas que desviarse de la posición árabe por propia iniciativa. Esto era cierto sin lugar a dudas. Al mismo tiempo, nosotros ya sabíamos cuál sería la reacción árabe ante cualquier propuesta apoyada por Israel; ya las habían rechazado públicamente más de una vez. Si proponíamos una posición diferente a la de Israel por un así llamado canal privado a través de Moscú, Moscú la utilizaría para demostrar lo que podía lograrse con su ayuda y nosotros nos encontraríamos nuevamente entre dos fuegos. Y si proponíamos a través de Moscú una posición idéntica a la de Israel, Moscú la usaría para demostrar la inutilidad de tratar con nosotros.

Mi estrategia no había cambiado. Mientras ningún estado árabe se mostrara dispuesto a separarse de los soviéticos, y los soviéticos no estuvieran preparados para disociarse del máximo programa árabe, nosotros no teníamos motivos para modificar nuestro plan de acción. Los soviéticos nunca se las ingeniaron para lograr la cuadratura de este círculo. Mientras tanto, aumentaron nuestra inquietud cuando firmaron, en abril de 1972, el Tratado de Amistad con Iraq, al que pronto siguió un cuantioso flujo de moderno equipo militar. Al mismo tiempo que negociaban sobre la base de términos máximos, los soviéticos estaban creando las condiciones para una máxima presión militar.

Después que comenzara en Hanoi la ofensiva de Pascua el 30 de marzo, yo interrumpí las conversaciones privadas del Medio Oriente con Dobrynin en señal de disgusto por los envíos soviéticos de armas que habían hecho posible la ofensiva norvietnamita. El tema del Medio Oriente no se reanudó hasta que visité Moscú, del 20 al 24 de abril, para preparar la reunión cumbre. En esa ocasión, Gromyko presentó un documento para un convenio amplio, que implicaba la más rígida interpretación de las concesiones que había hecho durante el otoño anterior. Sostenía que era posible una negociación separada egipcio-israelí, pero sólo si iba acompañada por un convenio sobre problemas «globales». Además, cualquier cosa que los soviéticos prometieran no se cumpliría sin que antes se hubieran completado todas las estipulaciones de un acuerdo general, el cual, por otra parte, no firmaría Israel si Norteamérica no ejercía la máxima presión.

Gromyko continuó restándole importancia al retiro de personal militar soviético que había ofrecido antes. Este no se realizaría mientras no se lograra un convenio amplio (es decir, después de un proceso que según nuestros cálculos iba a ser seguramente tan prolongado que transformaría el acuerdo en algo casi insensato); aun así, las tropas soviéticas permanecerían en los países árabes en la misma proporción de las norteamericanas en Irán. Según como se calculara esto, era posible que no hubiera absolutamente ningún retiro de tropas.

Gromyko entonces, mostrándose servicial, ofreció una solución para nuestros obstáculos domésticos. Sugirió que podríamos negociar públicamente un acuerdo sobre retiro de tropas a lo largo del canal de Suez con la condición de que él y yo llegáramos simultáneamente a un arreglo *secreto* sobre los términos de un acuerdo amplio, el cual se daría a conocer y se pondría a funcionar inmediatamente después de nuestra campaña presidencial de 1972. Aun poseyendo una legendaria confianza en mí mismo y devoción por la reserva, no creí que esto pudiera funcionar. La sugerencia fue rechazada.

Lo que arruina a la diplomacia soviética es su persistencia en buscar la máxima ventaja. A veces la presión constante erosiona la resistencia; pero a menudo es contraproducente porque le quita incentivos al diálogo serio. En medio de una ofensiva en Vietnam abastecida de armas soviéticas, sometido a los embates de divisiones domésticas que habían alcanzado proporciones masivas, y en vísperas de una elección, ningún presidente podía sentirse tentado por una proposición que nos imponía a nosotros todo el peso de forzar a un aliado a firmar un convenio sin obtener a cambio ningún beneficio evidente. Y que se basaba en un cálculo equivocado de nuestra estrategia y de nuestras posibilidades. Los dirigentes soviéticos actuaban como si su presencia en el mundo árabe fuera permanente y pudiera ser manejada a voluntad por el Kremlin. Anteriormente, el 17 de marzo, yo le había señalado a Dobrynin que la posición de ellos no era tan brillante como él acostumbraba a pintarla; la política corriente del Kremlin garantizaba a sus clientes sólo un empate, o de hecho, la derrota en una guerra. Dobrynin me había contestado que Moscú también tenía la opción de aumentar dramáticamente su presencia militar en Egipto. Yo era escéptico: primero, porque estaba convencido de que Moscú se detendría mucho antes de comprometer sus propias fuerzas en lo que fácilmente podía convertirse en una escalada hacia una confrontación directa con los Estados Unidos; segundo, y más importante, yo sospechaba que nuestra estrategia estaba empezando a funcionar, por lo menos con respecto a Egipto.

EGIPTO ABRE UN CANAL SECRETO CON LOS ESTADOS UNIDOS

Sadat había visitado Moscú en febrero de 1972. Las cosas no andaban muy bien entre Egipto y la Unión Soviética. El 8 de abril, me sentí lo suficientemente seguro como para advertirle a Nixon que la relación soviético-egipcia era claramente más circunspecta que en tiempos de Nasser. Entendíamos que Sadat había pedido armas modernas y apoyo soviético diplomático y militar en una escala similar a la que se le había proporcionado a la India durante su conflicto con Pakistán y que incluía la ayuda necesaria para que Egipto fabricara sus propias armas; le habían dado seguridad de que recibiría armamentos pero ningún cheque en blanco de apoyo diplomático o militar. Egipto estaba presionando a Moscú, pero Moscú había calculado con toda claridad —según lo esperábamos— que como nosotros estado a punto de una confrontación en el caso de Pakistán, un desafío a la supervivencia de Israel resultaría en riesgos incontrolables. Y el Kremlin no ganaba nada con cimentar en Egipto una industria de armamentos que reduciría en forma drástica la dependencia de El Cairo de los pertrechos soviéticos. Le dije a Nixon que tenía la impresión de que los soviéticos estaban manteniendo a distancia a Sadat, temerosos de un apoyo abierto y a la expectativa de mis conversaciones con Dobrynin. Como de costumbre, ellos lo querían todo: la subordinación de Egipto, riesgos mínimos y el programa árabe completo. Pero la diplomacia rara vez funciona así: aquéllos que pretenden alcanzarlo todo, que olvidan que la política es el arte de lo posible, al final pueden terminar perdiéndolo todo.

Una razón más tangible para justificar mi confianza fue que en la primera semana de abril de 1972 Egipto había abierto un canal secreto hacia la Casa Blanca.

El 5 de abril, un alto funcionario egipcio le había dicho a un funcionario norteamericano, que estaba en el Cairo, que Egipto estaba descontento con los canales diplomáticos existentes hacia los Estados Unidos. En opinión de su gobierno, era esencial que nos comunicáramos a

nivel presidencial, pasando por alto a ambos ministros de Relaciones Exteriores. Los egipcios sugerían que Helms o yo visitáramos El Cairo; por su parte, Hafiz Ismail, que ocupaba el mismo cargo que yo, como consejero de seguridad nacional del presidente Sadat, podría venir a Washington. No puedo decir que la propuesta de que pasáramos por alto a los cancilleres me chocó o me ofendió. Realmente, yo consideraba esto como una condición indispensable para el éxito. Cuando el 8 de abril me llegó el informe sobre el nuevo enfoque egipcio, inmediatamente escribí sobre él una nota para mi lugarteniente Al Haig: «Al: ¿Qué opina acerca de que Ismail venga a Washington?».

Sin embargo, preocupados por la ofensiva en Vietnam y con mi inminente viaje a Moscú, no respondimos inmediatamente. Queríamos ver lo que Moscú tenía para ofrecer en su canal. También nos enteramos de que Sadat visitaría nuevamente Moscú a fines de abril, y no queríamos darle a la parte egipcia una respuesta que pudiera filtrarse a los soviéticos. Sobre todo, el paso mesurado encajaba con nuestra estrategia de crear en Egipto la máxima inquietud con el statu quo. De modo que esperamos hasta el 29 de abril, cuando Sadat estaba en Moscú, para enviar una respuesta que lo esperara a su regreso. Decíamos que estábamos verdaderamente interesados en una reunión secreta a alto nivel; el representante que enviara el presidente Sadat con ese propósito sería bienvenido en los Estados Unidos. Pero no podría realizarse ningún encuentro hasta después de la reunión cumbre de Moscú. Calculábamos que la perspectiva de una reunión posterior a la de Moscú tendría un mayor incentivo de moderación que una conversación previa, la cual, por su naturaleza de primer contacto, estaba destinada a no ser concluyente. Dos semanas más tarde los egipcios contestaron que nuestra propuesta estaba siendo estudiada y que recibiríamos una respuesta formal en junio después de la reunión cumbre. Esto encajaba muy bien con nuestra estrategia.

Mientras tanto, crecían los indicios de que estaban aumentando las tensiones entre Egipto y la Unión Soviética. La visita de Sadat a Moscú en abril aparentemente había avivado su temor de que la Unión Soviética se decidiera por el statu quo en el Medio Oriente. El transporte aéreo de modernos equipos soviéticos que había realizado Evan en abril y mayo no había contribuido a disminuir la inquietud que sentía en su fuero interno. El 22 de mayo le mandé a Nixon mi evaluación sobre la relación de Sadat con los soviéticos, que era en ese momento la de un cliente preocupado con su patrón, y no la de dos socios en igualdad de condiciones y prodigándose mutua confianza.

Más adelante, yo llegué a conocer a Sadat y a considerarlo como uno de los pocos dirigentes realmente sobresalientes que hubiera conocido. Poseía esa combinación de perspicacia y valor que señala al gran estadista. Tenía la audacia de comprometerse en una guerra que nadie creía que podría aguantar, la moderación para hacer un movimiento hacia la paz inmediatamente después, y la sabiduría para invertir actitudes endurecidas por el tiempo. Pero en 1972 nada de esto era evidente. Sadat había hecho muchas amenazas que no podía cumplir. Durante las negociaciones con Jarring había sido más flexible que su predecesor, pero aparentemente todavía no había renunciado a la ilusión de Nasser de que se podía insistir en imposiciones irrealizables porque se contaba con el respaldo del armamento soviético. No manteníamos con él un diálogo corriente. Ninguno de nuestros emisarios había logrado penetrar nunca sus modales encantadores para descubrir lo que Sadat pensaba realmente. Hasta que se abrió el canal secreto en abril de 1972, la mayoría de nuestros tratos serios se habían realizado a través de Moscú. Por lo tanto, mi reacción ante esta apertura fue básicamente táctica: continuar enfrentando a Sadat con la inutilidad de la actitud que había adoptado y al mismo tiempo abrir un diálogo por medio del cual esperábamos cambiarla.

Esto iba a ser también la base de nuestras discusiones en Moscú sobre el Medio Oriente. Debido a las preocupaciones producidas por Vietnam y SALT, estos temas se tocaron sólo al final de la reunión, cuando como se vio en el capítulo XXVIII, Gromyko y yo determinamos en una sesión que duró toda la noche algunos «principios generales de trabajo» para llegar a un convenio amplio, cuya vaguedad seguramente haría surgir nuevos interrogantes en la mente de Sadat (4). Los principios eran más endebles que la Resolución 242; manifestaban que la rectificación de fronteras era posible (se omitía el modificador «menor» que había llegado a ser sacramental en los documentos oficiales); se hacían formulaciones ambiguas sobre el alcance de los retiros de tropas israelíes. Nunca he comprendido por qué los aceptó Gromyko, a no ser que fuera por extenuación; después de todo, en Moscú había participado en más reuniones que yo y había trabajado más tiempo. En todo caso, los principios encontraron rápidamente

su lugar en el atestado limbo de proyectos abortados para el Medio Oriente, tal como yo lo había planeado.

Gromyko y yo también nos pusimos de acuerdo sobre el texto de un comunicado final que no hacía más que instar a un convenio pacífico y respaldar la misión de Jarring; no ofrecía ninguna pauta concreta para ésta ni ninguna otra negociación. Este blando comunicado iba a tener consecuencias históricas. Según lo registra Sadat en sus memorias, fue una «sacudida violenta» para Egipto (5). Resultó ser un golpe decisivo a sus relaciones con la Unión Soviética.

Durante todo este tiempo, los egipcios estaban sufriendo la experiencia enervante de nuestra diplomacia a tres niveles; recibiendo la versión soviética de nuestras conversaciones en la cumbre y de mis charlas con Dobrynin (*); y estaban siendo expuestos a las aperturas normales del Departamento de Estado para obtener de Egipto su consentimiento de entrar a las conversaciones de aproximación. Debe haber sido un juego de procedimientos desconcertantes, aunque permitió a El Cairo estar en una mejor posición de saber qué mensajes se estaban intercambiando, mejor que la Casa Blanca o el Departamento de Estado. Porque ni aun los cables más importantes del Departamento de Estado necesitaban de la anuencia de la Casa Blanca para ser enviados; que yo sepa, los informes de las charlas del Departamento de Estado con árabes importantes ni siquiera se mandaban a la Casa Blanca después de pasado el hecho. Es así que a menudo nos enterábamos de lo que se había transmitido por los canales del Departamento de Estado sólo después que la noticia se había pasado en un informe telegráfico enviado desde alguna capital árabe que había recibido la información de El Cairo. Por ejemplo, no nos enteramos de una proposición secreta que se había hecho a El Cairo para que aceptara las charlas de aproximación, hasta bastante después del hecho; tampoco supimos de una conversación que había tenido Sisco en junio con el príncipe Sultán de Arabia Saudita para convencerlo de que ayudara a persuadir a Egipto de que aceptara las charlas, hasta que esto se mencionó en un informe enviado desde Riyadh el 18 de julio. Del mismo modo, el Departamento de Estado tampoco sabía de la existencia de nuestro canal secreto con El Cairo. (Dudo que muchos textos de ciencias políticas consideren estos procedimientos como loables.)

Aunque parezca extraño, excepto por la tensión nerviosa de los participantes, nuestros procedimientos no hicieron daño a nadie. Después de todo, Egipto inició el contacto secreto con la Casa Blanca porque había perdido confianza en los procedimientos diplomáticos normales. Y en junio, El Cairo rechazó la propuesta del Departamento de Estado para las charlas de aproximación, sin que, a pesar de todo, se redujera en forma notable la legendaria dedicación del Departamento de Estado por lo inalcanzable.

Ahora Sadat se estaba arriesgando más. El 13 de julio recibimos un ambiguo mensaje a través del canal secreto. Reiteraba el deseo de enviar a Washington un representante caracterizado, siempre que nosotros tuviéramos algo nuevo que proponer. A falta de una iniciativa diferente, El Cairo no veía el motivo para reunirse. El corolario era, por supuesto, que podíamos obtener un representante egipcio de alto nivel siempre que estuviéramos dispuestos a explorar nuevos enfoques.

Antes de que pudiéramos evaluar cabalmente las implicaciones de esta délfica misiva, estalló la bomba del 18 de julio de 1972: el anuncio de Sadat de que había dado por terminada la misión en Egipto de más de 15.000 consultores y expertos militares soviéticos. Les daba una semana de tiempo para retirarse; las instalaciones y equipos militares establecidos en Egipto desde 1967 pasarían a ser propiedad de la nación.

La decisión tomó a Washington completamente por sorpresa. (Ese día yo iba camino a París para reunirme en secreto con los norvietnamitas.) Indudablemente, mi estrategia había buscado inducir a El Cairo a disminuir su dependencia de la Unión Soviética. Yo esperaba que en algún momento Sadat se dispusiera a canjear el retiro soviético por el mejoramiento de sus relaciones con nosotros. Pero, todavía impedido por mi subestimación del presidente egipcio, nunca imaginé que resolvería el problema en un gran gesto y unilateralmente. Mi primera reacción al recibir la noticia fue pensar que Sadat había actuado impetuosamente y perdido un elemento de negociación importante, sin obtener nada a cambio. Dos días más tarde, preparé un análisis más largo y reflexivo:

(*) Los soviéticos no informaron a Sadat acerca de las conversaciones en la cumbre hasta cinco semanas después, lo que completó su desilusión con la política soviética (6).

En los últimos dos meses se ha hecho evidente que los egipcios se han resignado al hecho de que este año habrá poco movimiento diplomático en lo referente al problema árabe-israelí debido a las elecciones en nuestro país. ...A pesar de este cálculo aparentemente racional, Sadat ha enfrentado el dilema de cómo evitar que la inacción produzca un congelamiento permanente de la situación. ...El Cairo ha tenido una gran frustración por la falta de movimiento en el problema árabe-israelí.

La reunión cumbre de los Estados Unidos y la Unión Soviética confirmó la sensación de que este año no iba a pasar nada y provocó en El Cairo críticas al papel de los soviéticos, aun antes de la reunión. Heikal, el influyente editor del diario *Al Ahram*, que el verano pasado estaba a favor de que se discutiera con los Estados Unidos un acuerdo provisional, en abril empezó a publicar una serie de debates sobre la relación soviético-egipcia.

Para entonces yo había llegado a la conclusión de que la decisión de Sadat tal vez no fuera tan precipitada como yo había pensado al principio. Observé que Sadat rechazaba explícitamente cualquier restricción en el uso del armamento proporcionado por los soviéticos. Tenía la teoría de que su declaración «podría muy bien referirse a la posibilidad de que la presencia de los consultores soviéticos en unidades del ejército egipcio sirva de freno a los movimientos ofensivos egipcios». Mi evaluación general resumía cuatro posibles motivos para explicar la conducta de Sadat, uno de los cuales era mejorar sus opciones militares para el año siguiente (es decir, 1973):

(a) la necesidad de responder políticamente a frustraciones internas; (b) la necesidad de evitar, y demostrar que lo está haciendo, que las negociaciones del Medio Oriente se congelen completamente en este año de indecisiones; (c) la conveniencia de buscar un mayor apoyo soviético para una acción ofensiva el año próximo; (d) la oportunidad que se presenta al tomar estas medidas de tentar a los Estados Unidos al haber demostrado que podía reducir sus relaciones con los soviéticos.

Sadat pronunció dos discursos más el 24 y el 27 de julio. Aunque sostenía que los Estados Unidos le habían mentado en 1971, reservó sus descargas más violentas para la Unión Soviética. Sadat señaló que él había advertido a Moscú antes del encuentro norteamericano-soviético, que El Cairo no podía aceptar que continuara el estado de «ni guerra ni paz»; la reunión cumbre había demostrado que el apoyo soviético a Egipto era mucho menor que el apoyo norteamericano a Israel. El segundo discurso de Sadat fue una exhortación indirecta a los soviéticos a que la sacudida les sirviera de experiencia y a permitir que El Cairo desarrollara una opción militar adecuada para uso futuro. Sadat proclamó que Egipto no quería que los soldados soviéticos librarán sus batallas. Egipto no tenía interés en provocar una confrontación entre las superpotencias, pero Moscú tenía que comprender que para Egipto, el problema del Medio Oriente tenía prioridad, cualquiera que fuese su lugar en la agenda soviética:

Nuestro amigo debe saber y apreciar esto. Es posible que para él el problema ocupe el cuarto o el quinto lugar. ...De ahí la pausa con el amigo para que realmente aprecie la batalla. Tal vez cuando la cooperación soviético-israelí sea en este campo lo mismo que es en el campo tecnológico, todo sea maravilloso.

Mucho se ha dicho y escrito sobre el fracaso de la Unión Soviética en el cumplimiento de los principios de moderación a los que se había comprometido en la reunión de Moscú. La mayor parte de las críticas son válidas. Pero la historia no estaría completa ni sería justa si no se señalara que la Unión Soviética pagó un precio muy alto en Egipto y en todo el Medio Oriente por haber relegado estos problemas durante la reunión cumbre. Ciertamente no demostró moderación por motivos altruistas. Sin duda la fuerza de Israel fue la principal causa de disuasión. El Kremlin también calculó que con la guerra se arriesgaba a tener una confrontación directa con los Estados Unidos. Y los dirigentes soviéticos, que necesitaban nuestros cereales y nuestro apoyo para ratificar los tratados alemanes, no podían darse el lujo de generar una crisis en un área tan sensible. Pero es precisamente de esta forma como debe funcionar una estrategia de cese de hostilidades, planteando riesgos e incentivos para fomentar la moderación soviética. En 1972, cuando los Estados Unidos estaban sumamente comprometidos en Vietnam, la Unión Soviética

no quiso respaldar la posición de sus clientes del Medio Oriente y esta decisión le costó caro a Moscú. Nuestra demostración de firmeza en los conflictos entre la India y Pakistán y en Vietnam (para no mencionar los del otoño de 1970) deben haber convencido al Kremlin de que una crisis más produciría un cortocircuito. Junto con esta firmeza, nuestra posición conciliadora en Moscú y la perspectiva de nuevos tratados comerciales contribuyeron a lograr la moderación soviética.

Cualesquiera que fuesen los motivos de la turbación soviética, estábamos decididos a sacarles provecho. Mi necesidad más apremiante era calmar a Dobrynin. El 20 de julio le dije, sinceramente pero en forma un poco esquiva, que nosotros no sabíamos qué estaba pasando en Egipto; no nos habían advertido con anticipación. Estábamos listos para continuar explorando los «principios» discutidos en Moscú; Dobrynin debe haber reconocido que esto era esencialmente un placebo. Esa tarde me trajo una carta de Brezhnev para Nixon. Con un cinismo asombroso, la carta de Brezhnev sostenía que la salida de Egipto de los soviéticos se debía en parte a la puesta en marcha de la propuesta de retiro de tropas presentada por Gromyko a Nixon en septiembre de 1971; ¡un anticipo, por decirlo así, del ofrecimiento de retirar las fuerzas soviéticas! De esta manera, insistía, los Estados Unidos estaban ahora obligados a cumplir su parte del trato; es decir, a presionar a Israel para llegar a un convenio «cuya parte central sería la liberación de todos los territorios árabes ocupados por este país en 1967». Me di cuenta de que no tenía objeto discutir esta exigencia que trastornaba la mente, y reiteré mi ofrecimiento de explorar los principios de Moscú. Era la mejor manera de ganar tiempo para averiguar lo que estaba pensando El Cairo.

No tuvimos que esperar mucho. El mismo día recibí información de que el jefe de la policía secreta egipcia se había comunicado con nosotros el día anterior por el canal secreto; insistía en que debíamos tomar en serio la invitación de El Cairo a que propusiéramos nuevas ideas como paso preliminar de una reunión secreta a alto nivel. Dijo además que los egipcios tenían especial interés en llegar a un acuerdo provisional a lo largo del canal de Suez.

Yo todavía no quería comprometerme ofreciendo ideas «nuevas» que tal vez decepcionaran a Sadat e hicieran abortar el contacto desde el principio. Preferí más bien hacer una exploración general que nos permitiera determinar cuáles eran las posibilidades antes de empeñarnos en un curso de acción. Por lo tanto, el 29 de julio, le contesté al Cairo reiterando nuestros deseos de mantener charlas confidenciales, que describí como «potencialmente de importancia extrema»:

Con respecto a la declaración egipcia de que estas charlas pueden proseguir solamente si los Estados Unidos hacen nuevas propuestas, el punto de vista norteamericano es como sigue: En todas las negociaciones previas que tuvieron éxito y que se realizaron a nivel de la Casa Blanca, las partes han, primero, buscado y logrado en discusiones preliminares, un entendimiento de los principios y de la dirección general de un acuerdo, antes de comenzar las negociaciones directas. Las nuevas propuestas que sólo conduzcan a un nuevo estancamiento no cumplirían los propósitos de ninguna de las partes. Por lo tanto, la parte norteamericana propone que los contactos iniciales se concentren en una discusión detallada de lo que es realmente realizable. Esta es la esencia del problema, y la única justificación para que el presidente se comprometa directamente. Si se puede llegar a un acuerdo detallado sobre esto, entonces se podrán proyectar propuestas detalladas.

Durante el mes de agosto Sadat no dijo nada que tuviera importancia. Dos presuntos intermediarios hicieron su aparición: un egipcio que pretendía ser amigo de Sadat, y un hombre de negocios europeo que aseguraba poseer contactos egipcios a alto nivel. Cuando me encontraba en las fases preliminares de acercamiento a otro gobierno, yo estaba generalmente preparado para explorar muchos caminos distintos y nunca menospreciaba la integridad de un canal válido una vez establecida. Por lo tanto los intermediarios que se habían nombrado a sí mismos fueron rechazados con tacto. El 22 de agosto se hizo evidente que Egipto aún no había fijado su rumbo, cuando nos dijeron por el canal secreto que Sadat todavía estaba pensando su respuesta, pero que la daría en breve; después nos dijeron que se necesitarían unos pocos días más. El 4 de septiembre nos informaron que Sadat aceptaba las charlas en principio, pero que pediría algunas «aclaraciones» a la brevedad.

Finalmente, el 7 de septiembre, recibimos un mensaje largo y extremadamente sutil proveniente de El Cairo. Nos informaba que la expulsión de los consultores soviéticos había sido una decisión de carácter estrictamente nacional, que no se había tomado «para agradar ni desagradar a nadie»; en otras palabras, Egipto no pedía ninguna consideración especial a causa de ella.

El mensaje se quejaba de la influencia desproporcionada que parecía tener Israel en la política norteamericana; citaba la decepción de Egipto con los intercambios diplomáticos de los años anteriores, y la buena voluntad de este país para reabrir el canal de Suez. Nada de esto, se decía, se había propuesto como precondition de las charlas.

Todo esto era, como lo comprobaría después, característico de Sadat. Su táctica en las negociaciones era no regatear nunca por detalles, sino crear una atmósfera que hiciera psicológicamente difícil la discrepancia. Él (como Chou En-lai) le daba importancia al entendimiento filosófico, y reconocía que no se puede forzar el cumplimiento de acuerdos entre estados soberanos; éste requiere buena voluntad de ambas partes. Algunas veces es más importante estar de acuerdo en los conceptos que en los detalles. No puedo decir que en ese entonces comprendiera la perspicacia de Sadat. Los grandes hombres son tan pocos que lleva algún tiempo acostumbrarse a ellos.

Al día siguiente contesté, aceptando el principio de una reunión secreta con Hafiz Ismail y prometiendo una respuesta más amplia a mi regreso de otra visita a Moscú. Mi contestación más larga del 18 de septiembre, nuevamente evitaba mencionar los problemas específicos que había presentado Egipto, porque quería reservarlos para un encuentro frente a frente. Proponía algunos detalles domésticos, tales como una posible sede para las charlas secretas, y concluía con una declaración general de nuestras intenciones:

Los Estados Unidos desean tranquilizar al gobierno de Egipto de que es su firme resolución buscar la terminación del ciclo de violencia en el Medio Oriente y poner de relieve que le dan gran importancia a las próximas discusiones entre representantes de los dos gobiernos para lograr este propósito.

Para ese entonces, los mensajes estaban empezando a tener un contenido más práctico. Por ejemplo, Egipto usó el canal privado para expresar su descontento por el tono de nuestra censura pública al ataque terrorista a los atletas israelíes durante los Juegos Olímpicos; manifestaba su temor de que la represalia israelí contra el Líbano inclinara a otros países árabes a pedir ayuda militar a los soviéticos —un indicio interesante de que Sadat en realidad se oponía a la acción militar soviética en el Medio Oriente—. El 30 de septiembre recibimos otro mensaje egipcio con quejas de que nuestro pedido de realismo era demasiado reminiscente de la posición de Israel. Nos decían que lo único que Egipto quería era alguna seguridad de que nos encontraríamos con «corazones abiertos». En ese entonces yo sabía muy poco de la psicología egipcia para responder con una humanidad comparable; en forma un poco menos poética, yo afirmé que estábamos preparados para comenzar las charlas «con la mente abierta para poder definir qué papel útil podemos tener en la gestión de un convenio justo»:

Las conversaciones secretas están diseñadas para desarrollar un curso de acción que permita cumplir la Resolución 242 del Consejo de Seguridad. El gran problema es definir las medidas prácticas para realizar esto. Hacer vanas promesas no beneficia a nadie. Este es el significado de la palabra realista.

Las dos partes, al encontrarse con un espíritu de buena voluntad, deberían explorar todas las posibilidades con la idea de comenzar un intercambio de puntos de vista amplios y serios.

Mientras tenían lugar estos intercambios, el canciller soviético Gromyko realizó su visita anual a la Asamblea General de las Naciones Unidas. En reuniones que tuvo con el presidente y conmigo repitió las típicas consignas soviéticas como si nada absolutamente hubiera cambiado. Estaba poco dispuesto a abandonar posiciones establecidas, aunque no tuviera idea de cómo ponerlas en ejecución. Desaprobaba la idea de un convenio provisional, alegando que Egipto la rechazaría. (Nosotros sabíamos que no era así.) Y en forma ritualista nos apremió para llegar a un acuerdo general en el cual Israel obtendría sólo una declaración de no beligerancia a cambio de las fronteras de 1967. Yo estaba demasiado ocupado con Vietnam y Nixon con su campaña para dedicarnos a ninguna negociación seria. Nixon le dijo a Gromyko que atendería personalmente los problemas del Medio Oriente cuando se solucionaran los de Vietnam. Yo volví a mi propuesta de adoptar los «principios generales de trabajo» de Moscú, que Gromyko estaba tratando de enterrar, y de aplicarlos a cada uno de los vecinos de Israel (Egipto, Jordania, Siria).

Yo sabía que esto no daría resultados rápidos; nos daría más tiempo para explorar el canal egipcio. El diálogo soviético-norteamericano sobre el Medio Oriente quedó en suspenso, que era lo que nosotros queríamos.

Lo único que faltaba era fijar una fecha para mi charla secreta con el representante de Sadat. El presidente egipcio demostró una gran comprensión cuando yo me vi demasiado comprometido en la caótica fase final de la negociación de Vietnam, para poder aceptar las fechas propuestas por los egipcios, el 16 o el 23 de octubre. Mi encuentro con Hafiz Ismail, consejero de seguridad nacional de Sadat, no se realizó hasta febrero de 1973. La oportunidad embrionaria de obtener una revocación de alianzas en el mundo árabe, tendría que esperar hasta que nosotros hubiéramos dejado finalmente atrás la guerra de Vietnam.

Capítulo XXXI

DEL ESTANCAMIENTO A LA APERTURA

EL DESCONCIERTO DE HANOI

Para la época en que retornamos de Moscú, a la ofensiva de Hanoi se le había terminado el aliento. Varios factores habían contribuido. Los norvietnamitas no habían seguido la captura de Quang Tri con un asalto a la vieja capital imperial de Hué, cuya caída podría haber sido decisiva. Como en 1968, Hanoi optó por el impacto psicológico antes que por el militar al lanzar una ofensiva que abrazaba todo el país, lo que, lo mismo que antes, llevó a su derrota militar. Era muy difícil sincronizar tres frentes y más complicado aún abastecerlos; en consecuencia, Saigón pudo transferir su pequeña reserva estratégica para enfrentar cada amenaza a medida que se presentaba. La dispersión de esfuerzos significaba también que los norvietnamitas necesitaban casi tres semanas para trasladar refuerzos para el ataque a Hué. Para ese entonces, parte de la reserva estratégica del Sur se había trasladado. La división aerotransportada de Saigón luchaba en An loc y también cerca de Hué. La infantería de marina era utilizada tanto en las tierras altas centrales como en la Región Militar 1 y las divisiones survietnamitas lucharon mejor que en cualquier batalla anterior. Nuestro refuerzo de los B-52 hasta llegar a más de 200 para fines de mayo, expuso a las fuerzas atacantes a una formidable concentración de potencia de fuego, haciendo cada vez más difíciles los ataques masivos. Los problemas de Hanoi se multiplicaron más, porque sus comandantes no tenían experiencia en manejar unidades grandes. Los ataques con tanques, artillería y vehículos blindados se atascaban frecuentemente, porque los distintos elementos perdían contacto entre ellos. De modo que para mediados de junio, con nuestros bombardeos y nuestras minas que se hacían sentir, el ejército norvietnamita estaba en un atolladero.

El 9 de junio en una evaluación para el presidente sobre los logros del bloqueo comenzado el 8 de mayo, dije que las perspectivas para Vietnam del Sur se veían «bastante más brillantes». El bloqueo había forzado a todos los suministros a llegar por tren y las líneas férreas estaban siendo cortadas por nuestros ataques aéreos. Más de 1.000 coches de ferrocarril eran obligados a retroceder hasta el lado chino de la frontera y por ello, los suministros tenían que transferirse a camiones, que necesitan mucho tiempo para cargar y descargar, encontrando dificultades extremas durante la estación de las lluvias. Las comunicaciones enemigas hablaban de escasez de municiones y nuestros pilotos informaban sobre una notable disminución del fuego de los misiles tierra-aire, indicando que Hanoi podría estar racionalizando sus provisiones. Radio Hanoi se lamentaba de «una cantidad de dificultades» para conseguir trabajadores para la agricultura, la industria y el transporte. La corrupción y las maniobras en el mercado negro provocaban airadas exhortaciones de los norvietnamitas a su pueblo.

Más aún, continuaba mi memorándum, Hanoi podía ver que las reacciones de Moscú y Pekín a nuestras medidas del 8 de mayo eran sólo exasperantemente circunspectas y limitadas. La negativa soviética a cancelar la reunión cumbre perturbaba profundamente a los norvietnamitas y les provocaba ira. En la víspera de nuestro viaje, Hanoi había advertido a sus compañeros comunistas (sin nombrarlos) que no «pusieran los intereses nacionales en contra de los intereses de la revolución mundial (o sea, en contra de los intereses de Hanoi). Varios días más tarde, el 21 de mayo —mientras estábamos en camino hacia Moscú— un portavoz soviético

puso en claro que Moscú sabía a quién le enviaba el mensaje; advirtió en forma cortante a Hanoi, que estaba adoptando una «interpretación extremadamente arbitraria» del «deber» de la Unión Soviética hacia Vietnam del Norte, señalando que el resto del mundo comunista, incluyendo a China, estaba a favor de la «coexistencia pacífica». Desde la reunión cumbre, Hanoi había atacado constantemente, aunque indirectamente a la cúpula y los acuerdos a los que se había llegado.

Nuestras reuniones cumbre gemelas habían engendrado indudablemente un sentimiento de aislamiento en el norte. Comprobábamos sus efectos sobre la moral de la dirección norvietnamita, del pueblo y de las fuerzas armadas. Habían fortalecido de gran manera la posición doméstica de Nixon, eliminando así el arma clave de Hanoi para ejercer palanca sobre nosotros. Recibimos en junio las primeras insinuaciones imprecisas en cuanto a que Hanoi podría estar considerando el cese del fuego. La evidencia se hizo más clara durante el verano y para mediados de septiembre, como demostraré, era inequívoca.

La moral había llegado al nadir en Vietnam del Sur después de la caída de Quang Tri. Los infundados rumores sobre que los Estados Unidos habían acordado entregar la parte norte del país a Hanoi —casi seguramente diseminados por los cuadros comunistas— habían sido acallados por la decisión de Nixon de minar los puertos de los norvietnamitas. Con esperanzas y propósitos renovados, Thieu reagrupó a su gente; estábamos a mi juicio, en una fuerte posición de reanudar las conversaciones secretas.

Muchos consideran que las negociaciones son un signo de debilidad. Yo siempre las consideré como un arma para alcanzar la moral y un alto nivel psicológico. Algunos consideran que la voluntad de conversar cuando no existen presiones es una innecesaria concesión; para mí es un procedimiento para mejorar nuestra posición estratégica, porque el interlocutor se da perfecta cuenta de que uno no enfrenta ninguna necesidad de hacer concesiones. Sin embargo, fue por razones prácticas y no teóricas que Nixon aprobó un acercamiento a Hanoi el 12 de junio. Propusimos una reunión privada con Le Duc Tho para el 28 de junio, cuando yo tenía un fin de semana libre entre un viaje a China y una estadía en San Clemente. Nuestro mensaje invitaba a una repetición de los juegos de la primavera anterior, sugiriendo que la charla secreta debía preceder a una sesión plenaria. Si Hanoi se atenía al libreto de exigir un plenario antes de una reunión privada, estábamos dispuestos a aceptar el plenario del 13 de julio y la charla privada para el 18 de julio. Nixon prefería este programa, por la convención demócrata que se inauguraba el 10 de julio. Podríamos entonces anunciar que estaba por celebrarse un encuentro, mientras que mi preferencia por el 29 de junio traía consigo el riesgo de anunciar el fracaso de las conversaciones justo antes de que se reunieran los demócratas.

Mientras esperábamos la respuesta de Hanoi, hubo dos sucesos que subrayaron el aislamiento de Vietnam del Norte.

El 8 de junio yo le había preguntado a Dobrynin qué había ocurrido con la misión de Podgorny en Hanoi, de la que nos habían hablado en Moscú. Dijo que los soviéticos estaban esperando todavía la invitación oficial —explicación que, dado mi conocimiento de los clientes espinosos y revoltosos del Kremlin, era totalmente plausible—. Finalmente, el 11 de junio, mientras hacía una breve visita a Japón, Dobrynin le dijo a Haig que Podgorny partiría para Hanoi el 13 de junio, pidiéndonos que detuviéramos el bombardeo a Vietnam del Norte mientras él estuviera allí. Respondimos, como Nixon le había dicho a Brezhnev, que durante la estadía de Podgorny no bombardearíamos dentro de los dieciséis kilómetros de Hanoi y ocho kilómetros de Haiphong, sin ninguna otra clase de restricciones. El 22 de junio, Brezhnev informó a Nixon que los dirigentes de Hanoi habían escuchado con actitud de atención la exposición de Podgorny sobre la posición norteamericana de negociación y que estaban preparados para resumir las negociaciones sobre una base sistemática; no insistían en discutir solamente las proposiciones de Vietnam del Norte. Si esto era exacto, el tono era uno que nunca habíamos escuchado de Vietnam del Norte. Anteriormente, Hanoi había desechado cualquier desviación de sus varios «puntos» por no «razonable ni lógica». La carta de Brezhnev concluía con la sugerencia de que los Estados Unidos propusieran una fecha para la reanudación de las negociaciones.

Ésta era desconcertante, ya que nosotros habíamos hecho precisamente esa proposición a Hanoi el 12 de junio. ¿Era que Hanoi dejaba a Moscú en la ignorancia? ¿O era que Brezhnev nos presionaba para una rápida respuesta a un mensaje de Hanoi que nos llegaba el 20 de junio? Esa respuesta había resultado ser mucho más suave que lo acostumbrado. En oposición a las

presunciones de nuestros críticos, los bombardeos y la colocación de minas habían mejorado los modales de Hanoi en gran forma. Después de un catálogo mecánico de ofensas —los bombardeos, las minas y la suspensión de las sesiones plenarias— se llegó al núcleo del asunto en un lenguaje casi bíblico: «Vietnam del Norte, envuelto en su buena voluntad, accede a reuniones secretas.» Su buena voluntad no se extendió sin embargo, a abandonar su insistencia sobre una sesión plenaria preliminar. El mensaje de Hanoi alegaba que Le Duc Tho y Xuan Thuy, estando ocupados con trabajo previamente programado por Hanoi «no podían concurrir a un plenario antes del 13 de julio. Éste era otro signo interesante; Hanoi no tenía la costumbre de dar explicaciones. Se propuso entonces el 15 de julio como fecha para la reunión secreta, solucionando Hanoi satisfactoriamente el problema político de Nixon al proponer una fecha posterior a la convención demócrata.

El aislamiento de Hanoi se dramatizaba por el hecho de que este mensaje me alcanzó en Pekín, donde, desde el 19 de junio hasta el 23, informé a los dirigentes chinos sobre la reunión cumbre de Moscú, para mantener el ímpetu en nuestra nueva relación en general y para disgustar a Hanoi. Mi visita no trajo hechos nuevos en Vietnam. Como siempre, Chou En-lai mostró más interés en el cese del fuego que en un arreglo político. Comprendía perfectamente que un alto el fuego era lo más sencillo de disponer y se sentía ansioso de quitar el factor irritativo de Vietnam de las relaciones de EEUU con China. En forma diferente de Moscú, Pekín no tenía interés en una demostración de que los Estados Unidos estaban preparados para abandonar a sus amigos; en su perspectiva de largo alcance en la búsqueda de un contrapeso para la Unión Soviética, Pekín apostaba en realidad a nuestra reputación de responsabilidad. Existía además siempre un sentimiento de subterránea intranquilidad en los chinos por las aspiraciones hegemónicas de Hanoi en Indochina. Chou hizo precisas preguntas sobre la propuesta de Nixon del 8 de mayo (que era en realidad una oferta de cese del fuego) repitiendo la línea consabida de la deuda histórica de China hacia Hanoi, evitando relación alguna sobre el interés nacional de China en la guerra e implicando que la mayoría de los suministros chinos a Vietnam eran alimentos. Esto corría paralelo a lo que Kosygin nos había dicho sobre los envíos soviéticos hacia cuatro semanas. Dada la industria armamentista más rudimentaria china, era probable que Chou dijera la verdad. Hanoi no estaba en muy buena posición cuando sus dos patrocinadores le decían en realidad a su adversario que ya no estaban suministrando equipo militar.

El día de mi regreso (23 de junio) respondimos a los norvietnamitas. Aceptábamos el 13 de julio para la reanudación de las sesiones plenarias y sugeríamos el 19 de julio para la reunión privada, principalmente porque se ajustaba mejor al programa de viajes de Nixon. Desechamos secamente las quejas de Hanoi: «Para ayudar a crear la atmósfera apropiada para estas discusiones, los EEUU no contestarán a los argumentos de la nota de Vietnam del Norte del 20 de junio.» El 26 de junio Dobrynin vino a la Casa Blanca con su compulsiva indagación de lo que yo había estado haciendo en Pekín y mientras tanto preguntó sobre Vietnam. El que hubiéramos pospuesto la fecha en cuatro días había provocado profundas sospechas en Hanoi, dijo. (Esto implicaba una urgencia en nuestro adversario, que había dilatado cuatro meses la determinación de una fecha con anterioridad.) Dobrynin me dijo que él pensaba que Hanoi pudiera estar esperando hasta que las perspectivas electorales fueran más claras para tomar una decisión final sobre la terminación de la guerra.

Fue una afirmación visionaria. Hanoi estaba realmente observando nuestra campaña electoral, aunque no estaba seguro si detendría una negociación hasta después de las elecciones de noviembre u optaría por negociar con seriedad antes de eso. Yo no tomaría decisión alguna, le dije a Nixon en un memorándum el 26 de junio, «hasta que ellos crean que tienen un cuadro más claro o si usted es o no electo». Le envié un resumen de un artículo del periódico partidario de Hanoi del 10 de junio que hablaba favorablemente de McGovern, pero se abstenía de predicar terminantemente su victoria. El enojo de Vietnam con sus propios aliados se ocultaba apenas en la denuncia hecha a Nixon por haber permanecido «halcón» hasta cuando él «pedía prestadas alas de paloma para viajes distantes».

El «halcón» estaba enfrentándose mientras tanto con otra decisión sobre retiro de tropas. El número de ellas era tan bajo, que cuando se trazó la línea a fines de junio, no hubo posibilidad de reducciones dramáticas. Nixon decidió de todas formas anunciar el retiro de 10.000 soldados en dos meses y le dijo a Ziegler que no se enviaran más reclutas, si no se presentaban voluntarios. El reclutamiento, que había sido causa de mucha inquietud de las universidades, no amenazaba más a los estudiantes con el servicio en Vietnam. Las protestas de los estudiantes

al reabrirse los colegios en el otoño se habían terminado. Nixon disfrutó al poder anunciar la reanudación de los plenarios en una conferencia de prensa el 29 de junio, un día después del anuncio del retiro de tropas y una semana y media antes de la convención demócrata. Como podía anticiparse, el *New York Times* se lamentó que esto coincidiera con el calendario político. Le señalé a un periodista que Hanoi había escogido la fecha, por lo que cabían dos conclusiones: o Hanoi deseaba promover la reelección de Nixon, cosa poco probable o Hanoi deseaba conservar la opción de un arreglo *antes* de las elecciones. Y eso era lo que ocurría exactamente.

EL ESTANCAMIENTO ES PUESTO A PRUEBA

La reanudación de las negociaciones tuvo considerable importancia simbólica. Demostró que Hanoi ya no daba por sabida ni una victoria militar, ni la derrota electoral de Nixon. Si Hanoi hubiera tenido confianza en ganar, hubiera programado las negociaciones para que coincidieran con una nueva ofensiva espectacular; si hubiera creído que podía provocar la muerte política de Nixon, hubiera empleado tácticas obstruccionistas, publicando ambiguas propuestas de paz que provocaran a nuestra oposición doméstica y pintaran a la Administración como un obstáculo para la paz —como habían hecho antes de la ofensiva de Pascua—. El que Hanoi insistiera en los plenarios aun coincidiendo con la convención demócrata, era una demostración de que las dudas de Hanoi por la victoria total iban en aumento.

Yo había reconocido todo el tiempo que la ofensiva de Hanoi culminaría en una negociación seria, ocurriera lo que ocurriera. Si Hanoi prevalecía en el campo de batalla, Nixon se vería obligado a convenir en los términos de Hanoi; si la ofensiva era detenida y el candidato probable de los demócratas, el senador George McGovern, se vislumbraba como ganador, Hanoi esperaría, apostando a los extremadamente favorables términos que estaba ofreciendo. (Los términos de McGovern eran mucho mejores para Hanoi que lo que la misma Hanoi pedía en nuestras conversaciones privadas.) Si la ofensiva fuera abatida y Nixon apareciera como el probable ganador, Hanoi haría un tremendo esfuerzo para arreglar con nosotros. Mi predicción personal era también que si Nixon tenía más de diez puntos en las encuestas de opinión pública del 15 de septiembre. Hanoi cambiaría substancialmente su estrategia de negociación y buscaría un inmediato acuerdo. Para mantener esa opción, Hanoi debía sin embargo cumplir con dos tareas: tendría que investigar nuestras intenciones para descubrir nuestros objetivos y tendría que tratar de estrechar las diferencias en el intervalo, de modo que pudiera llegarse rápidamente a un acuerdo final, si así lo quería, en las pocas semanas que faltaban para las elecciones.

No estaba de acuerdo con los miembros de mi equipo que pensaban que Hanoi elegiría la lucha prolongada después de la ofensiva. Habiendo comprometido sus fuerzas regulares, le sería muy difícil técnicamente revertir a la lucha de guerrillas, con el agregado que este rumbo se enfrentaría con obstáculos psicológicos. Sería admitir que después de diez años de sangrienta lucha que había diezmado el país, Vietnam del Norte estaba como había comenzado. Hanoi podría adoptar esta estrategia si todo lo demás fallaba, pero no la elegiría si existían otras opciones disponibles.

Si la posición de Hanoi era militarmente precaria sin embargo, la nuestra era difícil psicológica y políticamente. El presidente había ganado algo de terreno para maniobrar con su audaz decisión de bombardear y poner minas, pero si no provocaba resultados con suficiente rapidez, sería cada vez más considerado como un «fracaso». Se sucederían las exigencias por alternativas «políticas». Dada la forma en que había evolucionado nuestro debate doméstico, esto significaría en la práctica la aceptación de la exigencia de Hanoi con respecto a un gobierno de coalición y una fecha fija para nuestros retiros, condicionados exclusivamente a la liberación de los prisioneros de guerra. (Y McGovern estaba dispuesto a no insistir ni siquiera sobre lo último como condición formal, expresando solamente sus «expectativas» de que nuestro retiro traería aparejado su liberación.) Los meses de mayo, junio y julio presenciaron el pináculo de la reacción favorable del público por la combinación de la exitosa reunión cumbre y los bombardeos y las minas. Sin embargo, en ese mismo período hubieron diecinueve votaciones en la Cámara y el Senado sobre enmiendas para terminar la guerra. No todas fueron igualmente cuestionables. Algunas contenían elementos de nuestra posición, pero ninguna la abrazaba totalmente. Eran todas variaciones de ofertas de retiro a cambio de nuestros prisioneros. La diferencia

entre los sostenedores y los opositores se había limitado a un tema: sobre si debíamos insistir en un alto el fuego o arreglar simplemente el retorno de nuestros prisioneros en conjunción con nuestro retiro.

Se formaron escuelas de pensamiento en ese sentido en el Senado. Una minoría en aumento (alrededor de treinta senadores) estaban a favor de establecer una línea incondicional para el retiro norteamericano, «esperando» que esto conduciría a la liberación de nuestros prisioneros por parte de Hanoi. Alrededor de cuarenta senadores estaban a favor de hacer que el retiro estuviera supeditado solamente a la liberación de nuestros prisioneros. Una minoría en disminución estaba a favor de que nuestro retiro dependiera también de un cese del fuego. Para fines de 1971 se había desarrollado una mayoría a favor de la opción retiro por prisioneros y siguió creciendo en 1972. El pedido de alto el fuego antes del retiro se había convertido en una propuesta conservadora y las enmiendas, incluyéndolas en un acuerdo, fueron consistentemente derrotadas en ambas cámaras. En esta forma, la posición dominante de «paz» en el Senado era que nos saliéramos de Vietnam aunque los vietnamitas continuaran la lucha. Terminaríamos diez años de guerra a cambio de la devolución de nuestros prisioneros, mientras dejábamos a nuestros aliados librados a su destino.

Nos las arreglamos para bloquear las diversas demandas de retiro incondicional, pero cada vez por menor margen. El 24 de julio, la enmienda Cooper-Brooke que insistía en retiro a cambio sólo de la liberación de prisioneros fue aprobada en el Senado por cinco votos, y el mismo día, un intento del senador James Allen de Alabama de supeditar además nuestro retiro a un alto el fuego supervisado, fue *derrotado* por cinco votos. Más tarde o más temprano, pasaría una de las enmiendas para cortarnos los fondos. Como mínimo, Hanoi tenía todas las razones para creer que tenía una válvula de seguridad asegurada: si nos ofrecía nuestros prisioneros, el Congreso probablemente detendría la guerra. Cualquiera fuera la aritmética parlamentaria, todas las resoluciones reiteradas, diferenciándose como lo hacían de nuestra posición negociadora, obviamente nos debilitaban para el regateo que se hacía ahora inevitable. Y no podíamos coincidir con la opinión del Senado. Nos comprometíamos a unir nuestro retiro con el cese del fuego. Seguía siendo nuestro punto de vista que sería inhumano, innoble y destructivo de otros grandes intereses, el retirarnos cuando continuaba la lucha contra aquéllos que habían confiado en nosotros. Abandonar nuestros aliados para que fueran destruidos sería una burla para nuestro sacrificio y traería el descrédito para la política exterior de nuestra nación.

Por eso estábamos dispuestos a buscar un compromiso justo. La situación militar estaba mejorando, pero no se vislumbraba nada que se pareciera a la victoria total. Para el mes de junio, aunque Saigón había asumido la ofensiva, el ritmo de las operaciones militares survietnamitas no ofrecía posibilidad de drástica o pronta mejoría. Quang Tri no fue recuperado hasta mediados de septiembre y el camino hacia An Loc no fue nunca completamente reabierto, aunque se había traído una división de relevo desde el Delta hasta la zona de Saigón. Aunque se había desempeñado bien en la Región Militar 4, la 21.ª división se condujo como cualquier otra formación survietnamita cuando se la movía de su área de reclutamiento. Se volvían indolentes y sin iniciativa. Nos aproximábamos a un punto muerto militar. Desde el punto de vista de Hanoi, hacía tan poco, tan segura de su victoria, esto sería un tremendo retroceso, pero estaríamos corriendo graves riesgos si lo interpretáramos como un augurio de la victoria total.

Aun así, entramos a las negociaciones en la mejor posición posible. Si mi análisis era correcto, las encuestas de la opinión pública de septiembre serían las que inclinarían la balanza. No había concesión de parte nuestra que pudiera en julio tener la oportunidad de afectar los cálculos de Hanoi por lo tanto. En realidad, el margen que teníamos para concesiones estaba severamente circunscrito. Si nos ateníamos a nuestros principios, no podíamos, excepto como pantalla, ir más allá de nuestras propuestas militares del 8 de mayo de 1972 (o del 31 de mayo de 1971) y nuestras propuestas políticas del 25 de enero de 1972. Me preparé entonces para las negociaciones con un estado de ánimo optimista y relajado; las decisiones fundamentales tenían que ser tomadas por Hanoi y no por nosotros. Hasta que Hanoi no hubiera analizado el posible resultado electoral, nuestra mejor estrategia sería permanecer fríos, no ofrecer nada especialmente nuevo y tener así la esperanza de intensificar las presiones sobre Hanoi. El momento crítico sobrevendría cuando Hanoi hubiera hecho su juicio final sobre las perspectivas electorales de Nixon.

Más adelante, nació el mito de que Nixon estaba ansioso de terminar la guerra antes de las elecciones, por razones políticas domésticas. Nada podía estar más alejado de la verdad. Como

he demostrado repetidamente, Nixon era extremadamente desconfiado de las negociaciones en general (si no tenía una garantía casi de acero sobre el éxito) y especialmente con los norvietnamitas. Dudaba que alguna vez pudiéramos sacar algo de ellos y, al mejorar sus perspectivas electorales, no veía razón doméstica para frecuentarlos. En julio aún veía algún beneficio en mantener a su oposición en el partido demócrata desequilibrada, anunciando periódicamente mis reuniones secretas con Le Duc Tho. Después del fracaso del nominado para vicepresidente de McGovern, senador Thomas Eagleton, Nixon perdió interés hasta en eso. Al pasar las semanas, se convenció que había limitado el apoyo a McGovern a una franja liberal avanzada, que se opondría a él sin importarles lo que hiciera en Vietnam. Por otra parte, arreglar hasta en los términos que habíamos anunciado antes públicamente, podría muy bien poner en peligro su apoyo de parte de los grupos conservadores que él consideraba su base. Nixon no vio posibilidad alguna de adelanto hasta *después* de las elecciones y probablemente ni siquiera lo deseara. Aun entonces, prefería otra escalada antes de sentarse a negociar.

Yo pensaba que si las cosas iban bien, nuestra elección serviría de línea inamovible para Hanoi, el equivalente a un ultimátum. Su temor por lo que pudiera hacer el «halcón» con un nuevo mandato por cuatro años podría inducirlos a lograr un acuerdo antes de las elecciones. Hanoi podría tener que abandonar su costumbre de tratar de cansarnos con propuestas propagandísticas y movilizando a los medios de difusión y el Congreso y buscar un arreglo real. Y no demasiado pronto, tal vez. Porque yo pensaba —en oposición tanto al probable análisis de Hanoi, como a nuestro propio conocimiento convencional— que podríamos estar *peor* en realidad después de la elección. Todas las encuestas que había visto sugerían que la composición del nuevo Congreso sería substancialmente la misma que la del anterior o algo menos favorable; una perspectiva reforzada por la decisión de Nixon de separar su campaña todo lo posible de la carrera parlamentaria, para poder obtener el mayor margen electoral presidencial en la historia. Por eso era que, seguramente, las presiones para terminar la guerra por el legislativo serían reanudadas en realidad después de noviembre. Así la oposición tendría un blanco conveniente cuando sometiéramos un presupuesto suplementario en enero, para pagar los costos de los refuerzos durante la ofensiva. Laird estimaba que tendríamos que pedir de cuatro a seis mil millones de dólares. Nixon ya tenía delante de sí una propuesta de Laird para retirar nuestras fuerzas de acrecentamiento después del 1 de enero de 1973, para evitar que los costos suplementarios crecieran hasta ser inmanejables. Específicamente, Laird proponía retirar noventa y ocho B-52 y tres escuadrones de F-4 hasta enero. Una vez que Hanoi se diera cuenta de que nuestras fuerzas declinaban, podía volver a esperar nuestros movimientos. Y una vez que la composición del Congreso se hiciera aparente, Hanoi reanudaría su guerra psicológica.

En cualquier forma, yo estaba persuadido de que no estaba enteramente en nuestra esfera el negociar o no. Si a Hanoi le parecía que estábamos utilizando prácticas obstruccionistas, podría «hacerlo público». Si aceptaba la estructura de nuestras propuestas y lo anunciaba (lo que hizo finalmente en octubre) nos pondría en una posición imposible internamente, aparte de lo bien que pudiera irle a Nixon en las encuestas. Estaríamos entonces repitiendo el clásico síndrome de la guerra de Vietnam, apareciendo como empujados paso a paso por cada concesión, un proceso que socavaba la autoridad, independiente del resultado. En mi opinión, la guerra debía ser terminada por medio de una demostración de que nuestro gobierno estaba controlando los acontecimientos y esto exigía que se mantuviera la iniciativa diplomática. Por todas estas razones me dediqué a las negociaciones, con la aprobación de Nixon, si no con su entusiasmo.

Los norvietnamitas proclamaban en junio que el retorno a los plenarios representaba una gran victoria sobre los Estados Unidos. Volvieron a sus viejas tácticas de ejercer presión invitando a Hanoi a los que ellos consideraban norteamericanos sobresalientes, en este caso dirigentes laborales y periodistas. El 30 de junio le advertí a Dobrynin que si Hanoi repetía su comportamiento del año anterior —ejerciendo prácticas obstruccionistas en público mientras conversaba en serio en privado— interrumpiríamos las conversaciones. Dobrynin chasqueó la lengua asintiendo (por lo menos yo pensé que su chasquido era de asentimiento, aunque de todos modos había una buena posibilidad de que el mensaje fuera transmitido a Hanoi).

La estrategia básica de nuestras reuniones privadas, comenzando el 19 de julio, sería no hacer nuevas propuestas hasta que las intenciones de Hanoi se vieran con claridad. Yo trataría de quitar el contenido operativo gradualmente a las propuestas políticas de Hanoi replicando a su gobierno de coalición, por ejemplo, con nuestra anodina propuesta de una comisión

electoral conjunta. Si Hanoi nos seguía el juego, podríamos emerger gradualmente con el tratamiento de doble camino que habíamos ofrecido originalmente: arreglar los asuntos militares y dejar los temas políticos para futuras negociaciones entre las partes. Esta posibilidad preservaría a nuestros aliados, dándoles una oportunidad para decidir su futuro; que era en efecto lo que siempre habíamos buscado.

A principios de julio enviamos a Haig a Saigón a evaluar la guerra y consultar con Thieu sobre las posiciones que nos proponíamos tomar. Haig vio a Thieu el 3 de julio, pero se encontró con un dirigente diferente del que habíamos estado tratando hasta ese momento. El ejército de Thieu había sido probado en batalla y pensaba que Hanoi ya no podría derrotarlo, siempre y cuando nuestra aviación estuviera dispuesta a apoyarlo, por supuesto. Calculaba —casi correctamente— que podía hacer que nuestras elecciones trabajaran para él especulando con la a menudo repetida repugnancia de Nixon para repetir las tácticas de presión de 1968. Más aún, Thieu comprendía a Hanoi mucho mejor que nosotros. Durante todos los años de la administración de Nixon, la verdadera razón, por la que él nunca había desafiado ninguna de nuestras propuestas negociadoras, era que calculaba que todas serían rechazadas por Hanoi. Las consideraba como el precio que tenía que pagar por el continuo apoyo norteamericano, pero, en 1972, olió el compromiso aún antes que muchos norteamericanos. Como yo, pensaba que era inminente una negociación seria. Pero su problema y el que nosotros enfrentábamos eran completamente diferentes. Un compromiso sería el comienzo, no la terminación, de problemas masivos en Vietnam del Sur. Nosotros nos retiraríamos; Vietnam del Sur permanecería. Hanoi no abandonaría jamás su implacable lucha por la victoria y, más tarde o más temprano, Vietnam del Sur tendría que pelear solo. Buscar la victoria total le parecía más sensato a Thieu y probablemente no más costoso que los compromisos que podrían lograrse ahora. Infortunadamente, ésa no era nuestra idea. Ni siquiera si Hanoi no aceptaba de pronto nuestras propuestas; el nuevo Congreso nos forzaría a arreglar sobre términos peores —retiro a cambio de los prisioneros— que los que estábamos buscando para negociar. Era comprensible que Thieu continuara exigiendo la victoria, que hubiera requerido varios años de mayores esfuerzos de los norteamericanos y también de los survietnamitas. Pero no teníamos margen doméstico para este camino. Seríamos afortunados si podíamos obtener los términos enunciados por Nixon el 8 de mayo, antes que el Congreso nos hiciera abandonar de la guerra.

Todo esto surgió vagamente durante la visita de Haig, como si fueran los truenos de una distante tormenta. El 3 de julio, leyendo los puntos de conversación preparados por mí y por Win Lord, Haig le informó a Thieu sobre las discusiones sobre Vietnam en la reunión cumbre de Moscú y en mi viaje de junio a Pekín. Describió nuestra nueva propuesta de cese del fuego, la devolución de los prisioneros de guerra, un retiro en cuatro meses y la renuncia de Thieu dos meses antes de una nueva elección presidencial. La única diferencia con anteriores propuestas era la anticipación de la fecha de la renuncia de Thieu, según la media promesa que Nixon le había hecho a Brezhnev. Haig explicó nuestra estrategia: «Los EEUU han tratado de combinar las firmes medidas tomadas en el frente militar con una demostración de sensatez en el frente de negociación.» Expuso a Thieu la posibilidad que a mí me preocupaba en cuanto a que Hanoi podría estar considerando una postura más suave en un futuro cercano «en la suposición que el presidente Nixon ganaría en noviembre y que sería más fácil tratar con él antes, que después de la reelección».

La respuesta de Thieu demostró que no estaba exactamente en nuestra misma longitud de onda. Él no veía que esto fuera explícito, porque, según él, los dirigentes de Hanoi no experimentaban la presión que Haig predecía para negociar. Ellos no harían ningún arreglo, argumentaba, si no obtenían un gobierno de coalición. Un cese del fuego permanente garantizaría su derrota, porque no podrían nunca volver a comenzar la guerra: un punto que Thieu olvidó cuando Hanoi aceptó precisamente ese mismo cese del fuego tres meses más tarde. Thieu parecía preocupado porque nuestros burócratas podrían ejercer presión para obtener un cese del fuego temporal durante el período de las elecciones y esto, argumentaba, debía rechazarse. Se oponía a un cese del fuego sin supervisión de ninguna especie; no nos dimos cuenta de que Thieu consideraba que cualquier cese del fuego sería imposible de supervisar. Estaba rechazando sutilmente lo que habíamos estado ofreciendo, con su anuencia, desde el 7 de octubre y lo que el presidente había reafirmado en una fecha tan cercana como el 8 de mayo. (Por supuesto que el Senado pronto anunciaría el completo retiro norteamericano a cambio de la devolución de los prisioneros, sin ninguna clase de cese del fuego.) Thieu no ofrecía problemas por tener que

renunciar dos meses antes de una nueva elección en Vietnam del Sur; estaría de acuerdo con renunciar hasta cuatro meses antes, si eso ayudaba en la negociación. Parecía ser del mismo pensamiento que sus hermanos de Hanoi en la convicción que el que controlara la maquinaria electoral sería el que ganaría al final.

Haig prometió transmitir estos pensamientos a Washington. Al terminar, le aseguró a Thieu una vez más que «bajo ninguna circunstancia, los Estados Unidos aceptarían una solución en la mesa de negociaciones, que empujara los triunfos obtenidos en el campo de batalla, o que ofreciera a Hanoi ventajas que no pudiera ganar por la acción militar». Thieu envió sus más calurosos saludos para Nixon y para mí, tal vez sin darse cuenta que la «seguridad» final de Haig presagiaba el cese del fuego en el lugar que Thieu había recién rechazado, ya que su corolario era que *nosotros* no buscaríamos ventajas más allá de la situación militar en el lugar. Haig había participado precisamente en levantar el telón para uno de los dramas más quemantes en la búsqueda del modo de terminar la guerra en Vietnam.

Cuando yo partí para París el 19 de julio, las diferencias que habían entre los principales actores eran de matices, por insinuaciones cuya cabal implicación no habíamos aún comprendido. Por lo menos en julio, Nixon aceptó las negociaciones principalmente por su utilidad para confundir a sus opositores internos. Thieu creía que su rechazo a un gobierno de coalición ofrecía un refugio seguro ante los riesgos de la negociación y la incertidumbre de poder defender Vietnam del Sur sin nosotros. Yo no creía que ocurriría nada para romper el estancamiento —que preveía— hasta la segunda mitad de septiembre. En esta forma, todos podríamos reagruparnos detrás de una estrategia de negociación que se atenia esencialmente a posiciones establecidas y buscaba acumular cualquier concesión que pudiera ofrecer Hanoi para estrechar la brecha antes de tomar su decisión final.

Me encontré con Le Duc Tho el 19 de julio en la sórdida residencia del número 11 de la rue Darthé, que había sido el marco de todas, menos la primera, de las catorce reuniones previas. El pequeño comedor que miraba al jardín había sido nuevamente provisto de una mesa cuadrada de conferencias cubierta por un tapete verde. Algunas personas de mi país pensaban que los norvietnamitas eran gentes amantes de la paz, criaturas esencialmente gentiles, que se ofendían por cualquier demostración del poderío norteamericano y ansiosos por sobre todo, de reciprocitar los gestos norteamericanos de buena voluntad. Nuestra experiencia nos decía lo contrario. Sabíamos que los norvietnamitas habían invadido cruelmente todos los países vecinos y que su tipo de guerra dependía en parte del terror. Los despliegues de fuerza norteamericana nunca dejaron de impresionarlos, aun cuando los resistieran. Los actos de buena voluntad que no reflejaran el equilibrio existente en las fuerzas eran considerados signos de debilidad moral, aun cuando los desestimaran. Habían sido insolentes el 2 de mayo, cuando pensaron que estaban ganando, pero eran afables y amistosos ahora, aun cuando sus puertos habían sido minados y todas las restricciones para nuestros bombardeos habían sido removidas.

Comencé con un análisis sobre los motivos del fracaso de nuestras anteriores conversaciones. La negación de Hanoi para distinguir entre lo que podía lograrse por medio de negociaciones y lo que debía dejarse para la historia garantizaba una guerra hasta el final. Procedí a un ritmo deliberado, hablando principalmente con términos filosóficos, para desechar cualquier idea de que nos sentíamos bajo la presión de una elección cercana. Subrayé (aunque en verdad no lo creía) que nuestra situación mejoraría después de la elección y advertí que cualquier intento de manipular las negociaciones para influir nuestras elecciones llevaría a una ruptura inmediata. Cerré mis observaciones de apertura con una afirmación de principios generales. Estábamos dispuestos a coexistir con Hanoi después de la guerra. No teníamos intenciones de retener bases permanentes en el Sudeste de Asia. No impondríamos nuestras preferencias sobre un gobierno elegido libremente en Saigón. Me abstuve de propuestas concretas.

Le Duc Tho llevó la mayor parte de la conversación por los norvietnamitas, una indicación de que eran serias. Este era un «Ducky» diferente, uno que había visto una sola vez anteriormente, en julio del año anterior, cuando había tratado de inducirnos a tirar a Thieu por la borda en la elección de Vietnam del Sur. Ahora era todo conciliación en substancia y en estilo. Se reía de mis bromas, elogió sutilmente mis credenciales académicas; se nos ahorró el poema épico sobre la heroica lucha de Vietnam por su independencia. En vez de eso, Le Duc Tho insistió en que Hanoi estaba ansiosa por terminar la guerra durante el primer período de Nixon. Preguntó repetidamente si respetaríamos cualquier acuerdo al que llegáramos, firmado o sin firmar. Haríamos un «gran esfuerzo» para que esta reunión se convirtiera en un punto crucial,

dijo, siempre que *ambos* bandos reexaminaran sus posiciones —un abandono de la infabilidad, sin precedentes. Hanoi, aseguraba, recordaría nuestras responsabilidades en otras partes del mundo, aunque no fueran de incumbencia directa de los vietnamitas —otro sorprendente punto de partida—. Se detuvo breve y superficialmente sobre los bombardeos y las minas y asombrosamente, ni siquiera nos pidieron que los detuviéramos, recurriendo en su lugar al estribillo de 1968, que la terminación de estas actividades crearía una atmósfera «propicia» para las negociaciones. En 1968 yo había sido casi persuadido por esa proposición; después de cuatro años de experiencia, sabía ahora que lo cierto era lo opuesto.

Después de algunas fintas, presenté la propuesta del 8 de mayo, omitiendo sin embargo, la parte sobre extender el límite de tiempo para la renuncia de Thieu. Ducky la rechazó, aunque en forma menos polémica que en el pasado. Reiteró la propuesta común de Hanoi sobre un gobierno provisional tripartito de coalición y de Acuerdo Nacional, modificándola en un aspecto: implicó que una vez que Thieu renunciara, el resto del gobierno podía quedar como estaba y hasta recibir ayuda norteamericana, dependiendo de una negociación final con los comunistas. Nuestra reunión había durado seis horas y media —la más larga de todas—. Convinimos en reunirnos nuevamente el 1 de agosto.

Al partir, le dije a Le Duc Tho que mis movimientos eran ahora demasiado observados como para mantener los encuentros en secreto. Habrían muchas preguntas de los periodistas que tendríamos que responder, o con evasivas o mintiendo, por lo que sugería que anunciáramos cada reunión después que se hubiera realizado, pero sin dar detalles. Cuando Nixon había revelado las reuniones secretas en enero, Hanoi había declarado con jactancia que sólo a nuestro pedido y con repugnancia, había accedido a mantenerlas confidenciales. Ahora, cuando lo enfrenté, Le Duc Tho murmuró. Obviamente, odiaba abandonar la ventaja de tantear nuestra posición secretamente, mientras privaba a nuestro pueblo de la esperanza estancando la diplomacia visible. Ahora no le dejé elección. El tema de las conversaciones se haría público. Hasta terminar con las negociaciones, le quitamos el filé a una de las armas psicológicas del arsenal de Hanoi, anunciando cada reunión. En realidad, no hubo intento serio de los medios de difusión para cubrir las negociaciones o seguir ni mis movimientos ni los de Le Duc Tho. Esto era sintomático del extendido cinismo sobre las perspectivas de paz. Dos reuniones secretas anunciadas en once días, unidas a un viaje a Saigón, hicieron poco para sacudir la difundida convicción de que era todo parte de una maniobra electoral. Nadie explicaba por qué iba Hanoi a cooperar en tomar parte en ese juego.

Resumí los resultados de la primera reunión en un memorándum al presidente:

Mientras no han dicho nada que impida que retornen estrictamente a su vieja posición, se mostraron tan positivos como podíamos esperar, si es que quieren en verdad llegar a un acuerdo, especialmente ya que debemos haberles hecho perder el paso al reservarnos todo el paquete discutido en la URSS. Si en verdad se mueven, podría ser en la dirección de un cese del fuego unido a principios políticos que sigan la línea de nuestra propuesta del 25 de enero, pero esto no saldrá a la superficie antes de varias reuniones más, por lo menos. La otra posibilidad sería que utilizaran las conversaciones para elaborar una posición que hace que sólo Thieu sea el obstáculo para un arreglo amplio.

Al volver, informé a Dobrynin y a Huang Hua sobre lo ocurrido. En el intervalo entre las reuniones vino otro de los periódicos asaltos de los medios de difusión, diciendo esta vez que estábamos bombardeando deliberadamente los diques norvietnamitas y poniendo en peligro a millones de vidas. Era una de las máximas perennes del debate antibélico, prefabricado para crear una «brecha de credulidad» y con la implicación de que no había acto inmoral que no cupiera en la administración de Nixon. Si lo negábamos, Hanoi se fabricaría un cráter de bombardeo en algún embarcadero; si «admitíamos» que una bomba perdida apuntada a un emplazamiento de misiles podría haber caído en el dique por accidente, evocaríamos titulares como los del *New York Times* del 16 de julio: «Cómo bombardear un dique sin apuntarle.» En conferencias de prensa del 29 de junio y el 27 de julio, Nixon y Laird negaron firmemente que nuestra política fuera bombardear diques. La seguridad debía haber sido intrínsecamente plausible, o los diques hubieran estado destruidos hace tiempo. Nixon preguntó también el 27 de julio por qué existía tanta preocupación sobre ataques hipotéticos a algunos diques, cuando se había dicho tan poco sobre los 860.000 survietnamitas que habían quedado sin hogares en la más

reciente ofensiva de Vietnam del Norte. Después de unas pocas semanas, la historia de los días pasó, para no reaparecer por el resto de la guerra.

En el intervalo, habíamos tenido otro intercambio con Thieu. Era indicador de los tiempos que vendrían, aunque una vez más tomamos por desentendimiento táctico lo que iba a resultar un desacuerdo fundamental. Le habíamos dicho a Thieu rutinariamente que presentaríamos durante la siguiente reunión plenaria lo que nos habíamos reservado el 19 de julio: la renuncia de Thieu dos meses en lugar de un mes, antes de las nuevas elecciones. Nos proponíamos también insistir en que el cese del fuego entrara en vigencia al firmarse un acuerdo en principio, en oposición a la constante insistencia de Hanoi de que un cese del fuego tendría que ser diferido hasta que se hubiera alcanzado un acuerdo sobre temas políticos. Queríamos evitar una trampa donde un acuerdo en principio se tornara en un intercambio de prisioneros por nuestro retiro, dejando a Hanoi en libertad de proseguir la guerra contra Vietnam del Sur.

Aunque Thieu había accedido a la propuesta sobre su renuncia en la conversación que tuvo con Haig el 3 de julio (sugiriendo que podía aún estar de acuerdo con renunciar antes) y aun cuando la segunda medida sobre el inmediato cese del fuego nos parecía que era a su total beneficio, ahora objetaba ambas. Decía que podíamos señalar el intervalo de dos meses para la renuncia informalmente, pero no por escrito. Él ligaba el cese del fuego a un retiro de todas las fuerzas norvietnamitas en un plazo de tres meses. Se podía desechar la primera objeción fácilmente ofreciendo una formulación neutral y una seguridad específica privada. El punto sobre el retiro era nuevo. Se había propuesto un cese del fuego en el lugar con su consentimiento el 7 de octubre de 1970. También con su anuencia, habíamos abandonado formalmente la exigencia del mutuo retiro en nuestra propuesta secreta del 31 de mayo de 1971 y Nixon había insistido con un cese del fuego sin retiro el 25 de enero y el 8 de mayo de 1972.

Era imposible acceder a la nueva propuesta de Thieu. Hanoi no concedería en una mesa de conferencia lo que no se había logrado que abandonara en el campo de batalla. Después de basar toda nuestra posición pública en un cese del fuego incondicional, no podríamos sostener una continuación de la guerra en esta forma; una mayoría de nuestro Senado se oponía hasta que el retiro unilateral fuera condicionado a un cese del fuego. El 31 de mayo de 1971 habíamos presentado una propuesta prohibiendo más infiltraciones en Vietnam del Sur después del cese del fuego. Esto tendría como consecuencia práctica el causar la atrofia de las fuerzas norvietnamitas debido al desgaste normal. Y aún esta posición casi no tenía el apoyo público en los Estados Unidos, aunque estuviéramos dispuestos a atenernos a ella. Más allá no tenía sentido ir; sólo produciría una resolución parlamentaria que nos obligara a abandonar toda condición. De todos modos no seguimos discutiendo el desacuerdo con Thieu, ya que parecía irrelevante a las negociaciones empantanadas.

El encuentro que tuve en París el 1 de agosto con Le Duc Tho resultó ser el más largo hasta la fecha: duró ocho horas. Lo describí en un memorándum al presidente como «la sesión más interesante que hayamos tenido alguna vez». Le Duc Tho no estaba todavía tan ansioso de lograr un acuerdo como para abandonar su táctica de empezar con un asalto a nuestra buena fe, concentrando su fuego esta vez sobre nuestros anuncios de las reuniones secretas. Luego, después del altercado de una hora, Ducky se rindió ante lo inevitable. Sabía muy bien que no había forma de mantener las reuniones en secreto si estábamos dispuestos a hacerlas públicas —sólo que estuviera dispuesto a amenazar interrumpir las conversaciones, por supuesto.

Y esto, parecía, no tenía ninguna intención de hacer. El 1 de agosto, Le Duc Tho continuaba con la retirada que había comenzado el 19 de julio. Yo presenté nuestro nuevo «plan», pero Le Duc Tho se dio cuenta de que consistía en modificaciones superficiales. Por una vez, su acusación de que no le ofrecía «nada nuevo» era acertada. Después de casi tres horas, primero en la disputa y luego transitando camino conocido, Le Duc Tho solicitó un receso. Éste duró una hora y cuarto, la interrupción más larga hasta el momento. El intervalo trajo a la luz un interesante cambio de atmósfera advertido en primer lugar por Peter Rodman quien, como el que tomaba las notas, era el que más necesitaba sustento. En reuniones anteriores, los norvietnamitas habían servido modestos bocadillos, que consistían en panecillos (*cha gio*) y bebidas sin alcohol. En la reunión del 1 de agosto se sirvieron frutas, galletitas y una mayor variedad de comestibles livianos, lo que hizo que Rodman registrara para la posteridad que «los bocadillos eran más abundantes y el *cha gio* parecía algo más grueso que la vez anterior» —una indicación tanto del legendario apetito de Rodman como de la lectura de las hojas de té a la que nos

habíamos visto reducidos durante cuatro años de negociaciones frustrantes. (El 4 de agosto aparecerían vinos y bizcochitos de arroz.)

Después del receso, Ducky me leyó una pequeña amonestación sobre las minas y los bombardeos. Cuando demostré mi impaciencia, llegó finalmente al punto importante. Tenía un juego completo de nuevas proposiciones norvietnamitas.

Durante dos años y medio Hanoi nos había estado atormentando con el ultimátum del retiro incondicional. Se nos pidió que nos comprometiéramos a un calendario de retiro que tendría que ser luego mantenido a pesar de lo que pudiera ocurrir en las negociaciones. Tendría que haber un cese del fuego con nuestras fuerzas, mientras la lucha continuaría en Vietnam del Sur. Nosotros habíamos contestado accediendo a un calendario de retiro condicionado en otros términos; en la práctica, un cese del fuego general por toda Indochina. Por unilateral y en verdad insolente que fuera la propuesta de Hanoi, había estado ganando impulso dentro de los Estados Unidos. Había varias resoluciones senatoriales que la abarcaban y era la posición de la campaña de McGovern. Ahora Le Duc Tho la retiraba. Deseaba arreglar por menos de lo que le ofrecía el candidato de la oposición —una indicación bastante clara de que Hanoi leía en los resultados de la cercana elección—. Le Duc Tho estuvo de acuerdo en que cualquiera fuera el calendario con el que estuviéramos de acuerdo, no tendría vigencia hasta *después* que todos los asuntos se hubieran arreglado; el ultimátum incondicional, que había dividido nuestro debate interno, estaba muerto.

Le Duc Tho comenzó también a modificar sus exigencias políticas. Insistía todavía en un gobierno de coalición, pero presentó dos concesiones. Hasta ahora, Hanoi había pedido un gobierno de coalición *provisional* en el que los comunistas designaran a un tercio de los miembros y tuvieran veto sobre los restantes dos tercios. Se suponía entonces que ese gobierno desarmado negociara con el gobierno comunista títere completamente armado, en busca de una solución definitiva. Le Duc Tho proponía ahora hacer que el gobierno de coalición tripartito fuera el gobierno *definitivo*; no tendría que comprometerse en negociaciones adicionales con los comunistas. Reflejando el sentido de urgencia de Hanoi, Le Duc Tho abandonaba también el veto sobre la composición de los segmentos no comunistas de su propuesta estructura. En la coalición tripartita, los comunistas y Saigón designaría cada uno su tercio y también una mitad del tercio denominado «neutral». En otras palabras, la coalición tripartita se había convertido en una división de mitad y mitad, teniendo así un veto Saigón antes que un intento de tomar el poder total. Nos oponíamos a toda forma de gobierno de coalición, pero estábamos seguros que ésa no era toda la flexibilidad que veríamos en Hanoi.

Una vez que Le Duc Tho comenzó a hacer concesiones, se mostró tan ingenioso como había sido detestable en sus prácticas obstruccionistas. Presentó en seguida una propuesta de procedimientos para apresurar las negociaciones tan completa, que necesitaba un título superior en metafísica para poder comprender las desconcertantes series de foros que nos ponía ahora por delante. Saigón y los survietnamitas comunistas negociarían sobre asuntos políticos; los tres partidos vietnamitas discutirían los asuntos que afectarían a todo Vietnam; los cuatro partidos (incluyendo a los Estados Unidos) tratarían todas las cuestiones relativas al cese del fuego. Para nosotros, el rasgo de importancia en este cuerno de la abundancia procesal era que en cada uno de los tribunales podía participar el gobierno *existente* de Vietnam del Sur, *incluyendo* a Thieu en un plano de equivalencia. Hanoi estaba evidentemente en plena retirada de su antigua posición de que Thieu debería renunciar *antes* que ocurriera cualquiera otra cosa.

Consideré las propuestas de Le Duc Tho lo suficientemente serias como para mandarle todo el voluminoso texto a Bunker y Thieu para que lo estudiaran. Señalé en un memorándum al presidente —sobre el que Nixon escribió comentarios escépticos marginales sobre lo tedioso del ejercicio— que las nuevas fórmulas de Hanoi podían ser un paso hacia la separación de los asuntos militares y los políticos, tratamiento que yo había recomendado en mi artículo en *Foreign Affairs* de 1968 y que Harriman y Vance nos habían pedido con urgencia en el periodo de transición. Hasta este momento, Le Duc Tho había rechazado obstinadamente este curso de acción; pero si se daba ahora el caso de que Vietnam del Norte comenzaba a moverse, nuestra estrategia tenía que ser sostenida, para rechazar cualquier proposición sobre un gobierno de coalición: Con el tiempo, esto podía terminar en una fórmula para salvar las apariencias en la que los asuntos militares como el cese del fuego, intercambio de prisioneros y los retiros se pudieran solucionar terminantemente, mientras que los asuntos políticos se dejarían a negociaciones prolongadas y posiblemente inconclusas entre los distintos partidos vietnamitas.

Por supuesto, estábamos entrando en aguas peligrosas. Mientras Hanoi nos pidiera que derrocaráramos a un gobierno aliado, nos encontrábamos en buen terreno moral al rechazarlo, pero con Hanoi moviéndose ahora hacia la zona gris de aceptar una genuina lucha política, las líneas divisorias comenzarían a diluirse. Se unirían el simbolismo con la esencia y la última podría ser más peligrosa para nuestros vulnerables aliados de Saigón, que tendrían que quedarse a luchar por su libertad después de habernos retirado, que para nosotros a dieciséis mil kilómetros. A medida que las conversaciones secretas —todavía ignoradas por la prensa— se hacían progresivamente más serias, lo que emergía cada vez más como el asunto clave era algo intangible: la elasticidad psicológica de Saigón.

Por el momento estábamos obligados a decidir. No se había movido Hanoi lo suficiente para poner a prueba nuestra consistente posición en cuanto a que el único obstáculo para un arreglo era nuestra negativa de derrocar a un gobierno aliado. Nixon no vio la necesidad de hacer más concesiones, porque prefería poner todo el proceso de negociación en hielo hasta después de la elección. Estuve de acuerdo en esperar, porque quería conservar los ajustes marginales que pudiéramos aún lograr en nuestra posición para el último momento. Según mi análisis, Hanoi no tomaría la decisión final hasta bien entrado septiembre, cuando las perspectivas para Nixon fueran más claras. Esta evaluación, en forma bastante interesante, era compartida por Dobrynin, que parecía muy bien informado de nuestras negociaciones. Todo lo que debíamos hacer en mi opinión, era dar respuestas menores a las iniciativas norvietnamitas y de tanto en tanto presentar nuestras propias formulaciones escritas, que serían lo suficientemente amigables como para impedir cualquier pretexto por parte de Hanoi para hacerlas públicas y provocar otra amarga controversia doméstica en Norteamérica. Nixon estuvo de acuerdo.

Para mantener la presión sobre Hanoi, para diluir más su posición política y coordinar una conducta con nuestro aliado, Nixon acordó que yo debería visitar Saigón inmediatamente después de la siguiente reunión de París, programada para el 14 de agosto. Esto tenía la ventaja adicional de apoyar nuestra política de hacer tiempo, dándome un pretexto para dilatar una respuesta a las propuestas de Hanoi del 1 de agosto por lo menos dos semanas más. Si mi evaluación de las presiones desatadas por la fecha de nuestra elección era correcta, Hanoi se vería forzada a descubrir sus intenciones rápidamente. Por primera vez durante la guerra eran nuestros oponentes y no nosotros los que estaban apremiados por el tiempo.

Resultó que Le Duc Tho estaba también por viajar; nos dijo que lo habían llamado desde Hanoi. Esto confirmaba que las decisiones fundamentales se acercaban. Como resultado de ello, la reunión del 14 de agosto se convirtió en una detención de la acción por ambas partes. Le di a los norvietnamitas un número de documentos que compensaban la falta de contenido con la complejidad legalista con que estaban redactados: una declaración de los principios generales derivados de las dos reuniones anteriores, un documento de negociación de diez puntos contestando los diez puntos que habían presentado ellos el 1 de agosto y un documento procesal que aceptaba el principio de los diferentes foros que habían sugerido el 1 de agosto, pero cambiando los tópicos asignados a los grupos particulares. Los asuntos militares eran honestos y habíamos estado cerca de solucionarlos el año anterior. Cambiamos la formulación pero no la esencia. No adelantamos propuesta política de *ninguna clase*, poniendo como excusa mi visita a Saigón. Convinimos encontrarnos nuevamente el 15 de septiembre al volver de mi largo tiempo preparado viaje a Moscú.

Después de tres reuniones, había habido considerable movimiento y todo enteramente por parte de Hanoi; se movía en la dirección correcta pero no a un ritmo que le impidiera revertir el curso más adelante. Hanoi había abandonado la exigencia de la inmediata remoción de Thieu; había aceptado tribunales de negociación en los que pudiera participar el gobierno de Saigón, reconociendo así en un sentido su legitimidad. Había abandonado la absurda demanda de un ultimátum incondicional para el retiro de las fuerzas norteamericanas. El propuesto gobierno de coalición se había reducido ahora a una división del poder mitad por mitad.

Más aún, Hanoi parecía haber perdido algo de su anteriormente seguro manejo. Le Duc Tho se movía con demasiada urgencia, se sucedían las propuestas distintas tan rápidamente como para prácticamente tentarme a esperar a ver que más podían tener en reserva. Y este plan procesal casi invitaba la demora, porque creaba una plétora de foros, cada uno de los cuales podría empantanarse en los tecnicismos y que sin embargo, de acuerdo a Hanoi, tenían que terminar *todos*, antes de que pudiera realizarse el cese del fuego. Este procedimiento era más apro-

piado para el bando que estuviera en general dispuesto a esperar más, que al que tenía prisa en arreglar —repentinamente Vietnam del Norte—.

Pero Hanoi se había dejado una cantidad de escapatorias. El concepto de gobierno de coalición permanecería inaceptable, aun en los términos de Hanoi. Le daba al lado que controlaba, tal vez un 10 por ciento del 50 por ciento del poder de la población. Y la partición de cincuenta y cincuenta entre grupos que se habían estado matando los unos a los otros durante dos décadas estaba destinado a ser una farsa. Ciertamente que se convertiría en punto de partida para una nueva confrontación y hubiéramos debilitado psicológicamente a nuestros aliados para esa lucha al retirarnos y darle a sus oponentes una cuota de poder desproporcionada con su real apoyo público. Los foros procesales eran tan compatibles con pedirle a Thieu que negociara su propia muerte como con aceptar su legitimidad. Hanoi no había hecho aún una elección decisiva; tenía todavía mucho camino que andar. Después de la reunión del 14 de agosto le informé al presidente:

Los norvietnamitas estarán observando los comicios de nuestro país y los sucesos en Vietnam del Sur, para decidir si transigir antes de noviembre. Tienen que hacer una terrible elección; pueden hacer un trato con una Administración que les daría una buena oportunidad de manipular para obtener poder en el Sur, pero que rehusa garantizar su victoria, o pueden aguantar, sabiendo que este curso casi seguramente significa que se enfrentarán con la misma Administración con un nuevo mandato por cuatro años, que reflejará el rechazo del pueblo de Norteamérica de rematar diez años de sacrificio con la ignominia... Durante este proceso nos hemos acercado más que nunca a un acuerdo negociado; nuestro registro de negociaciones se está volviendo impecable y todavía tenemos la oportunidad de hacer una paz honorable.

La actitud real de Nixon se reflejaba en las notas que le escribió a Al Haig en el margen de mi informe.

¡Lo que significa que no hemos hecho progreso en 15 reuniones! (*). Al: es obvio que no se ha hecho progreso y que no puede esperarse ninguno. Henry debe estar descorazonado, como lo he estado yo siempre en este frente hasta después de la elección. Hemos llegado a la etapa en que el mero *hecho* de las conversaciones secretas nos ayuda muy poco —si es que ayudan algo—. Podemos esperar pronto que la oposición comience a destacarlo.

La desilusión con las conversaciones de K *podrían* ser políticamente dañinas, particularmente a la luz de que el viaje a Saigón, aparte de la forma en que querramos hacerlo ver, puede despertar expectativas. Lo que más necesitamos ahora es un plan de juego de relaciones públicas para detener las conversaciones o, si las continuamos, darles alguna esperanza de adelante.

Claramente, Nixon no se hubiera dolido si yo hubiera recomendado detener todas las negociaciones hasta después de las elecciones. No lo hice porque mi análisis era diferente.

UNA VISITA A SAIGÓN

Con esta disposición de expectativa, llegué a Saigón el 17 de agosto, después de pasar un día en Suiza para celebrar las bodas de oro de mis padres, con ellos y mis hijos. Fue un apacible respiro después de los fanáticos de Hanoi y los hombres desesperados de Saigón, cada uno manoteando por una maniobra que les abriera el camino a la victoria. Nos encontrábamos atrapados buscando avenencias de partidos que estaban unidos solamente en su convicción de que no había terreno neutral, presionados por un público cansado de sus esfuerzos, acosados por los opositores internos decididos a terminar con nuestros compromisos en casi cualquier término.

Saigón hervía con rumores de que yo había llegado a imponer la paz. La ciudad tenía ese característico e incongruente aire de lasitud histórica, llena del ruido de sus motocicletas y los

(*) En realidad, había sido mi decimosexta reunión con los norvietnamitas.

vehículos militares, haciendo ver su deseo por la buena vida tan ostentosamente, como para provocar la pregunta de si podría alguna vez movilizar la dedicación para vencer a enemigos cuya única profesión, hasta tal vez vocación, era la guerra. El embajador Ellsworth Bunker me saludó en el aeropuerto de Tan Sin Nhut, tan inmovible como siempre. Estaba convencido que Thieu se sentía más fuerte que nunca, pero también que su recién encontrada fortaleza le haría más recalcitrante. Thieu pensaba que Vietnam del Sur tenía la primacía militar y las concesiones a las que había cedido en épocas menos promisorias le parecían ahora sin sentido. Según Bunker, parecía genuinamente temeroso de la paz. En toda su vida no había conocido más que la guerra; toda su carrera se había basado en el apoyo norteamericano. Un mundo en que los survietnamitas tuvieran que manejarse por sí mismos estaba lleno de terrores que su orgullo no le permitía admitir.

Mis reuniones con Thieu no parecían al principio apoyar los presentimientos de Bunker. Nos encontrábamos en el moderno palacio presidencial erigido en el centro de Saigón en la unión de dos anchos bulevares, como para desafiar los legados de tanto el colonialismo francés como el pasado vietnamita (que era en verdad tenue en esta sección del país, tomado hacia muy poco más de un siglo de Camboya). Estaba acompañado por Nguyen Phu Duc, que era más o menos mi equivalente en su personal y Hoang Duc Nha, su sobrino, asistente de prensa y confidente. Duc, un espléndido producto del sistema educativo francés, pasaba de la definición abstracta a irrelevantes conclusiones con ingenuidad enloquecedora que hacía arrancarse los cabellos. Norteamérica tiene que aceptar alguna responsabilidad por el egregio Nha. Tenía poco más de treinta años, había sido educado en los Estados Unidos y en esa época había visto demasiadas películas sobre jóvenes inteligentes que sobresalían por su intelecto; se veía como el Alan Ladd de los primeros tiempos en un papel de *gangster*. Se vestía en el más fantasioso estilo Hollywood, hablaba el inglés norteamericano con fluidez y había retenido de sus antepasados vietnamitas sólo una infinita capacidad para la intriga. El reforzaba la inherente desconfianza de Thieu. Tanto Bunker como yo pensábamos que hizo mucho daño exacerbando cada desavenencia.

Thieu nos recibió con su invariable dignidad y cortesía. Sus relucientes ojos no dejaban traslucir sus pensamientos íntimos, que podían no haber estado libres de desprecio para una superpotencia ansiosa de arreglar por compromiso, cuando le parecía a él que la victoria era admisible. Le aseguré que los Estados Unidos no coronarían su largo esfuerzo en Vietnam con deshonor, que nunca nos uniríamos a esos norteamericanos que veían en Thieu un obstáculo para la paz. Esperaba dejar Saigón con una evaluación y una posición acordadas. Me parecía que los norvietnamitas podrían haber perdido la oportunidad de obtener un cese del fuego antes de las elecciones. Había demasiado aún para negociar y el procedimiento propuesto por Hanoi produciría demora; pero cualesquiera fueran las intenciones de Hanoi, era esencial que Saigón y Washington adoptaran una postura conciliatoria, si había de mantenerse el apoyo popular. Y «si podemos obtener un acuerdo razonable, lo aceptaremos por supuesto como usted lo haría».

Para llegar a estos objetivos sometí a la consideración de Thieu la propuesta que planeaba llevarle a Le Duc Tho el 15 de septiembre. No cambiaríamos nuestras propuestas militares excepto para reducir nuestra fecha de retiro de cuatro a tres meses. Esto no haría mucha diferencia, ya que más de cuatro meses de retiros habían pasado desde que ofrecimos la fecha de cuatro meses el 8 de mayo. En la parte política rechazaríamos un gobierno de coalición, pero diseñaríamos la composición de la comisión electoral que habíamos estado ofreciendo desde hacía tres años, desde el 14 de mayo de 1969.

Cada plan norteamericano desde esa fecha había propuesto una comisión electoral en la que estuvieran representados los comunistas junto a otras fuerzas políticas; en otras palabras, una especie de fórmula tripartita. Mi idea actual era terminar con el designio de un gobierno de coalición dándole nuevo nombre a la comisión electoral como Comité de Reconciliación Nacional, sin cambiar sus funciones. Propuse concebir su composición como tripartito en teoría (la formulación comunista, implícita solamente en nuestras propuestas previas). De todos modos, cada lado designaría la mitad del tercer segmento, o sea la división de cincuenta y cincuenta ofrecida por Le Duc Tho. La comisión electoral bajo su nuevo nombre tomaría decisiones sobre el principio de unanimidad. Saigón tenía así doble veto, en la composición del Comité y en su aspecto operativo. No se me ocurrió nunca que Thieu pudiera objetar una fórmula que representaba sólo la mínima pretensión de un cuerpo conjunto y reducía la comisión electoral

a la impotencia. Para destacar aún más que el Comité no tenía funciones aparte de las de supervisar la elección, otra provisión de nuestro nuevo plan les permitía a los comunistas participar en el gobierno que emergiera de la elección, pero sólo en proporción a los votos que lograran. Estimábamos que esto podría darle a los comunistas dos de entre veinte bancas. Como le expliqué a Thieu: «En nuestro país, los opositores políticos se llevan al gabinete, no para darles influencia, sino para quitárselas.» Ese fue un argumento que Thieu comprendió.

Estaba yo bastante orgulloso de este plan. Me parecía que sacaba del camino de una vez por todas la idea de un gobierno de coalición, procurándonos sin embargo una posición doméstica defendible, si Hanoi rechazaba nuestra propuesta. Eventualmente se supo que Thieu no compartía mis elevadas opiniones sobre mi habilidad.

Surgió ahora una nueva e importante dimensión de Thieu. No se había enfrentado anteriormente a una oferta norteamericana que consideraba que tendría alguna oportunidad de ser aceptada por Hanoi. Nos había seguido anteriormente para establecer un vínculo de apoyo continuado, pero al acercarse las negociaciones serias, sus puntos de vista y los nuestros comenzaron a divergir cada vez más. Trataba los planes que antes sólo habían hecho nuestras propuestas más digeribles, como desviaciones mayores y lo que nosotros considerábamos como maniobras tácticas él las aumentaba hasta llegar a confrontaciones. Estaba buscando una justificación retroactiva para deshacer el registro de las negociaciones de los tres últimos años.

No nos dimos cuenta inmediatamente de lo que estaba pasando. Pensábamos todavía que operábamos conjuntamente con Thieu y por eso le echábamos la culpa de su reserva a las dificultades de ponerlo sobre papel y a los consejeros cortos de vista. Estábamos dispuestos a tener la paciencia de encontrar una solución. Thieu nos confundía aún más aplicando las tácticas elusivas que los vietnamitas reservan para los extranjeros. En realidad nunca hizo un problema real con nada, simplemente buscó torturarnos al mantener su acuerdo enloquecedoramente cercano pero siempre fuera de alcance. Yo debiera haber reconocido los métodos por Le Duc Tho. Thieu no presentó quejas inmediatas a mi presentación; siguiendo un modelo con el que nos estábamos familiarizando, nos escuchaba con aparente simpatía, hacía preguntas profundas, sugería modificaciones, discutía detalles de realización. Decía que estaba de acuerdo conmigo en que las perspectivas de negociación no eran muy brillantes; esto tenía un efecto relajante para él. Thieu dudaba que Hanoi ofreciera un cese del fuego. Un cese del fuego, decía, estaría demasiado unilateralmente a nuestro favor. Sería un «regalo» para el presidente Nixon y una derrota psicológica para la moral de los comunistas, ya que implicaría la deposición de las armas sin logros políticos (argumentos que desecharía amargamente cinco semanas más tarde). Estuve de acuerdo con que Hanoi probablemente no abandonara sus exigencias políticas, pero le recordé que estábamos en realidad comprometidos a lo que habíamos propuesto públicamente: «Si vuelven, y no quisiera confundirlo, y si dicen que debería haber un cese del fuego, debemos aceptarlo.»

Thieu me entregó un memorándum de ocho páginas criticando la propuesta de Le Duc Tho del 1 de agosto, que había sido redactada con meticuloso, quisquilloso detalle por Duc. Después de hojearlo, le dije con ironía que me quedaba con la inevitable impresión de que Saigón no aceptaba todos los detalles de la propuesta de Hanoi, pero que tampoco lo haríamos nosotros. Al final de la conversación remarqué —por tercera vez— que si Hanoi aceptaba nuestra propuesta del 8 de mayo, no tendríamos otra elección que seguirlos.

Al día siguiente, 18 de agosto, nuevamente en el palacio presidencial, Thieu me entregó un nuevo memorándum, éste de cuatro páginas, que contenía alrededor de veinte propuestas de cambios en nuestro plan. Más o menos quince eran fácilmente asimilables; las otras presentaban dificultades mayores. Thieu quería cambiar la frase «cese del fuego estático» por «cese del fuego general» invocando razones que nunca se aclararon, salvo que fuera que las tropas survietnamitas no tuvieran la intención de quedarse quietas después del cese del fuego. Thieu puso objeciones a nuestro Comité de Reconciliación Nacional tripartito aun en su versión de cincuenta y cincuenta. Endiosaría el principio tripartito comunista, decía y estaba destinado a provocar dudas en el pueblo de Vietnam del Norte. Respondí explicando nuevamente nuestra estrategia. Queríamos ganar tiempo; queríamos protegernos de la posibilidad de que Hanoi hiciera públicas sus propuestas. Estábamos solamente explicando lo que habíamos estado ofreciendo por dos años. Siempre habíamos dicho públicamente que todos los elementos, incluyendo a los comunistas, estarían representados en la comisión electoral. Estábamos enterrando realmente al gobierno de coalición y por ello era que queríamos mantener ambiguas algunas

formulaciones; no podíamos tolerar que las conversaciones se interrumpieran por puntos teológicos. Por otra parte, señalé por cuarta vez, que si Hanoi propusiera un cese del fuego incondicional nosotros tendríamos que aceptar. Thieu reiteró (otra vez con ironía) su creencia de que los norvietnamitas tenían un cese del fuego porque «una vez que acepten un cese del fuego no podrán recomenzar nunca y prolongaremos las conversaciones políticas por siempre jamás». Lo que más temía Thieu aparentemente era que pudiéramos hacer concesiones políticas, importándole menos la fecha del cese del fuego. Esto resultó ser una mala interpretación; Thieu se oponía a cualquier cosa que pareciera cercano a una solución. De cualquier modo, finalmente decidimos no alterar el lenguaje preexistente sobre el cese del fuego.

Había una razón más profunda para la ambivalencia de Thieu, sin embargo. No tenía inconvenientes en señalar las ambigüedades al negociar documentos diseñados para poner un puente sobre las diferencias de enemigos mortales. Pero ninguno de estos borradores llegaba al nudo del problema, que era doméstico para Thieu, involucrando en última instancia la supervivencia de la estructura política de Vietnam del Sur no comunista. «Mi deber hacia el pueblo, el ejército, los grupos políticos y la Asamblea Nacional no es en primer lugar escandalizarlos.» Tenía que convencer a su pueblo de que un acuerdo no era una derrota ni una amenaza para la estabilidad interna de Vietnam del Sur. Siempre necesitaría tiempo para esto. «Aun cuando aceptáramos su propuesta, tendremos que estudiar cómo explicarla.» Aquí Thieu tenía razón y nosotros teníamos que dejar de presionarlo con tanta urgencia en aras de su estabilidad interna. También era cierto sin embargo, que el propio exasperante estilo de negociación de Thieu era lo que nos privaba de perspicacia para leer sus pensamientos.

No fue sino gradualmente que nos dimos cuenta de que nos enfrentábamos no con una dificultad de redacción, sino con una división filosófica fundamental. El hecho básico era que Thieu y su gobierno no estaban listos sencillamente para una paz negociada. Tenían algunas vagas ideas de qué significaba una rendición incondicionada de Hanoi. No se satisfacían con sobrevivir; querían la garantía de que prevalecerían. Preferían continuar la contienda armada antes que enfrentarse a la lucha política. Como dijo Bunker el 31 de agosto cuando se encontró con el presidente y conmigo en Honolulu para repasar la oferta: «Temen no estar todavía lo suficientemente organizados para competir políticamente con una organización dura y tan disciplinada.»

Pero nosotros teníamos nuestros imperativos. Habíamos luchado y sufrido cuatro años por una guerra que ahora tratábamos de dismantelar. Habíamos aceptado casi insoportables figuras en nuestra sociedad para mantener nuestro honor y confiabilidad. Habíamos sostenido nuestro esfuerzo solamente al convencer al pueblo de que un punto sobre el que no transigiríamos era imponer un gobierno comunista a un aliado; pero si Hanoi aceptara nuestra oferta de un cese del fuego, no le podríamos responder con un compromiso abierto para continuar la guerra en busca de una victoria incondicional. Si Nixon decidiera otra cosa, el Congreso haría que nuestra pesadilla fuera real y votaría para sacarnos de la guerra sin ninguna condición de importancia, socavando la autoridad del presidente norteamericano en cada rincón del mundo.

Thieu no podía aparecer —ni yo tampoco— con una estrategia militar convincente que cambiara el equilibrio básico de las fuerzas en Indochina si las negociaciones se interrumpieran. Me entretuve con la idea de una operación survietnamita de desembarco en dos días a lo largo de la costa norvietnamita para sacar a las unidades norvietnamitas regulares de Vietnam del Sur. Thieu estuvo tíbilmente interesado pero ambos reconocíamos que esto era una artimaña, no una estrategia. Ni tampoco la bola de cristal de Thieu le mostraba una alternativa inequívoca. Expresó el pensamiento de que para diciembre de 1973, quince meses después «si no firmamos nada, tendrán menos suministros, menos hombres y menos unidades regulares en diciembre de 1973 que las que tenían en diciembre de 1971 o marzo de 1972». En otras palabras, después de otro largo período de lucha, respaldado quizá por el poderío incólume norteamericano, podíamos esperar un equilibrio de fuerzas similar al que había producido solamente puntos muertos. No creíamos que ni el pueblo ni el Congreso se quedarían quietos con esta perspectiva y yo sabía que la estrechez del presupuesto nos forzaría en breve plazo a reducir nuestras fuerzas de relevo.

El diálogo entre Saigón y Washington se desartollaba así como una tragedia griega en la cual cada lado, en la búsqueda de sus propias necesidades provoca lo que más teme. Porque en esencia ambos bandos tenían la razón. Thieu era un patriota y un hombre muy inteligente. Había llevado a su país a través de una guerra ardiente con habilidad y dedicación. No merecía

el oprobio que los opositores norteamericanos a la guerra, lanzaban sobre él como válvula de escape por sus frustraciones y como coartada por la rendición que querían extraer de su gobierno. Los imperativos que trabajaban sobre él eran sin embargo casi diametralmente opuestos a los nuestros.

Era, a sus ojos y a los nuestros, la legítima cabeza del gobierno de Vietnam del Sur. Aceptar la legitimidad potencial de aquéllos que buscaban subvertirlo era socavar la base psicológica de su mandato y sin embargo su aceptación era en algún modo inherente hasta de las más atenuadas proposiciones de compromiso. Los imperativos domésticos de Thieu le imponían la intransigencia. Nosotros podíamos sostener nuestro apoyo solamente por una demostración de conciliación. Nuestra meta era el honor; podíamos correr un riesgo por la paz, pero el problema de Thieu era la supervivencia; él y su pueblo quedarían sin definición luego que nos marcháramos; no tenía margen para el error.

No era tampoco que las premoniciones de Thieu fueran infundadas. En el proceso de conceder las exigencias de nuestros insaciables opositores de los medios de difusión y el Congreso, ya habíamos reducido nuestros términos a un nivel muy inferior al que se había considerado necesario para mantener la seguridad de Corea del Sur bajo condiciones mucho más favorables y más de veinte años después de la finalización de la guerra de Corea. Mientras que habían 50.000 combatientes norteamericanos todavía acantonados en Corea, ahora proponíamos un retiro de todas nuestras tropas de Vietnam, que habían defendido por mucho más tiempo y con mucho menos facilidad las fronteras de un enemigo aun más implacable. Todo lo que Thieu podría conseguir mientras el equilibrio militar estuviera básicamente a su favor era un cese del fuego con un enemigo que no había cumplido ningún compromiso desde 1954. A cambio de ello, los Estados Unidos se retirarían totalmente y con seguridad para no volver. A Thieu le hubiera gustado el apoyo sin desfallecer de los Estados Unidos hasta que su enemigo se hubiera desintegrado.

Nuestra búsqueda constante de alguna fórmula de entendimiento iluminaba la brecha cultural entre nosotros y los vietnamitas, ya que el mismo concepto de compromiso era extraño a ambos partidos vietnamitas.

No teníamos forma de comprender el odio primitivo que animaba a los dos bandos. Habían luchado el uno contra el otro durante una generación. Habían asesinado a los funcionarios de uno y de otro, torturado a los prisioneros de uno y de otro. El abismo de desconfianza y de sufrimiento mutuamente infrigido era insuperable por la buena voluntad o la clase de fórmulas de compromiso hacia las que se inclinaban los norteamericanos. Cada partido vietnamita veía en un acuerdo el punto de partida de una nueva lucha en algún momento de un no muy distante futuro. Cada fórmula deliberadamente vaga adelantada por mí era probada por ambos lados para determinar hasta qué punto representaba una oportunidad para inferir una humillación al despreciado oponente; y ambos lados eran maravillosamente sutiles e ingeniosos para cambiar la fraseología de modo de lograr esas victorias, particularmente en el idioma vietnamita, con sus significados tan minuciosamente ocultos que escapaban totalmente a nuestro entendimiento.

Afortunadamente, nada de esto me resultaba aparente a fines de agosto, o podría no haber tenido el coraje de lanzarme a lo que siguió; hasta Thieu puede haberlo comprendido sólo a medias. De hecho, él y yo nos habíamos enredado en un minué, majestuoso al evitar cuidadosamente todo tema de importancia, cortesano en su pretensión de mantenida sociedad, inherentemente inconcluyente al confinarse a los pasos tradicionales, ahora irrelevantes. Thieu ciertamente complicaba las cosas al no explicitar sus objeciones. En lugar de ello, como hacía Le Duc Tho en París, luchaba con opacidad característicamente vietnamita, junto con una arrogancia cultural formada por un cartesianismo francés que definía cualquier desviación de los principios abstractos unilateralmente proclamados, como errores irreconciliables.

Dejé Saigón con un falso sentido de haber alcanzado una unión de las mentes. Thieu y yo habíamos decidido que arreglaríamos los pocos desacuerdos existentes sobre nuestra propuesta en borrador intercambiando mensajes a través de Bunker. Había mucho tiempo —casi cuatro semanas hasta la próxima reunión del 15 de septiembre.

En lugar de ello, Thieu se envolvió en el silencio; no supimos absolutamente nada de palacio. Y entonces Nha comenzó con sus pequeños juegos con la prensa. Después de todo lo que habíamos soportado de nuestro debate doméstico por causa de Saigón, estábamos quizá demasiado sensibles a los ataques sobre nuestros motivos que empezaron a aparecer cada vez

más frecuentemente en los periódicos de Saigón, provenientes de la oficina del egregio Nha. En verdad que el tratamiento que daban a Ellsworth Bunker quien, entonces alrededor de los setenta años, había apoyado a Saigón durante cinco años, rayaba en el desprecio. Los pedidos de audiencia con Thieu por medio de Bunker quedaban sin respuesta o concedidas después de tanta demora que el tema ya se había acabado. Por ejemplo, habíamos invitado a Bunker a venir a Honolulu el 31 de agosto, donde Nixon se entrevistaría con el nuevo primer ministro japonés Kakuei Tanaka. El propósito era revisar mis negociaciones con Le Duc Tho. Bunker debía consultar con los survietnamitas para que nosotros nos enteráramos de su manera de pensar; yo había esperado poder utilizar la ocasión para completar el borrador de la propuesta a someterse el 15 de septiembre; pero a pesar de repetidos esfuerzos, Bunker no pudo obtener una audiencia de Thieu a tiempo, ni Saigón replicaba a nuestros comentarios en el memorándum que me entregara Thieu, que habíamos caleografiado desde el avión el 19 de agosto.

Una vez más debimos aceptar la mayoría de las evasivas de Duc, incluyendo algunas que a mi juicio eran más favorables a Hanoi que nuestro borrador original. (Por ejemplo, no aceptamos un cambio propuesto por Saigón que hubiera escogido a nuestros aviadores norteamericanos prisioneros de guerra para una liberación temprana, ya que no considerábamos que era justo hacer distinciones entre las ramas de nuestros servicios.) Pero ése no era el nudo de la cuestión. No habíamos terminado de resolver un asunto cuando los infatigables Duc y Nha saltaban con otra pequeñez. El hueso más duro de roer era la objeción de Saigón a la propuesta composición del Comité de Reconciliación Nacional. La diferencia yacía en el urticante tema de si los tres sectores debieran ser específicamente denominados, como nosotros sugeríamos, o recibir una denominación general, como deseaba Saigón (1). (Los graduados que tengan interés pueden leer la fórmula en las notas al final.)

En nuestra reunión de Hawai, Bunker acentuó ante nosotros, Nixon y yo, la idea de que estábamos en el camino correcto. Le dije que contábamos con él para que nos avisara si íbamos demasiado lejos; él era nuestra conciencia. «No hemos sacrificado todos estos años para liquidar todo ahora», le dije. «Si le parece que es irrazonable lo cambiaremos y pagaremos el precio que tengamos que pagar.» Bunker se reafirmó en su opinión de que nuestra política era sana y que era en realidad la única posible. Como resultado de nuestras conversaciones con Bunker, se redactó una carta presidencial a Thieu, que Nixon firmó. Le daba a Thieu la seguridad que «no haremos ahora lo que nos negamos a hacer en los tres años y medio anteriores», o sea, abandonar a Vietnam del Sur. La propuesta analizada, argumentaba Nixon, salvaguardaría los intereses de Saigón si era aceptada por el enemigo y si se la rechazaba, reforzaría el apoyo en los Estados Unidos para nuestro curso conjunto.

Bunker volvió a Saigón el 15 de septiembre. Armado con la carta presidencial, fue finalmente recibido por Thieu el 6 de septiembre, sólo para escuchar que la respuesta a nuestros memorándums se entregaría al día siguiente. Faltaba ahora solamente una semana para mi reunión con Le Duc Tho y sólo dos días para mi partida hacia Moscú. Le telegrafí a Bunker señalando que nuestra «nueva» propuesta era en realidad la propuesta del 25 de enero con la composición de la comisión electoral —en la que siempre habíamos dicho que los comunistas estarían representados— explicada con un poco más de detalle.

El 7 de septiembre, Thieu le aplicó sus ya famosas tácticas a Bunker. Le hizo preguntas perceptivas sobre nuestra nota y qué haríamos si era rechazada, escuchó mientras Bunker señalaba cuidadosamente las revisiones que habíamos hecho a nuestra propuesta en respuesta a las sugerencias de Saigón. Le dejó a Bunker la impresión de que colaboraría, lo que me instó a felicitar a Bunker por los resultados «alentadores». Y entonces el 9 de septiembre Duc y Nha le dieron a Bunker una nueva redacción que reabría asuntos adicionales. El 10 de septiembre —ya en ruta a Moscú— acepté la mayoría de ellas, pidiendo solamente alguna discreta flexibilidad en la composición del Comité de Reconciliación Nacional. El 13 de septiembre, después de un mes de idas y venidas y cuarenta y ocho horas antes de mi encuentro con Le Duc Tho, Thieu volvió a rechazar nuestra propuesta para la composición del Comité. Thieu lo rechazaba no porque el Comité le molestara, sino porque no estaba listo para un cese del fuego.

La insolencia es el arma de los débiles; es una artimaña para inducir coraje a la vista del propio pánico; pero eso está más claro ahora que lo que era en ese momento. Un segundo partido vietnamita —nuestro propio aliado— se las había compuesto para generar en mí, en septiembre de 1972, esa rabia impotente con la que los vietnamitas habían siempre atormentado a sus oponentes físicamente más fuertes. Después de un mes de intercambios, Thieu había cavado en un

punto tan periférico a los resultados finales que no podríamos nunca justificar ante nuestro pueblo que era para romper una negociación por él. Si obstruíamos las negociaciones el 15 de septiembre y Hanoi lo publicaba, tendríamos que partir de una posición mucho más difícil. Si aceptábamos la conducta de Thieu se desvanecería la diplomacia coordinada; habríamos llegado a la condición que nuestros críticos internos nos habían acusado de permitir: el que Thieu tuviera un veto sobre nuestra política.

Nuestra estrategia en esta disyuntiva era sencillamente la que yo había advocatedo en el artículo de *Foreign Affairs* en 1968 y en innumerables memorándums y negociaciones desde entonces: separar los asuntos militares de los políticos; arreglar los problemas militares (cese del fuego, prisioneros, retiro) primero y dejar los asuntos políticos para ser negociados entre los vietnamitas, dándole a nuestros aliados en Saigón, a los que habíamos fortalecido durante muchos años, la oportunidad de sobresalir por sus propios méritos.

Le había explicado mi estrategia a Thieu largamente el 17 y el 18 de agosto y se la había, también, delineado en un memorándum a Nixon el 25 de agosto:

1.º Deseamos concluir con un acuerdo negociado o por lo menos con una apertura en principio, sobre términos honorables. En estos esfuerzos, trazamos la línea para imponer un gobierno comunista o hacer que sea una emergencia inevitable.

2.º Si no se logra una solución razonable, queremos tener el mejor registro posible para la opinión pública. En este caso, tenemos que asegurarnos que las negociaciones se interrumpan ante las exigencias exorbitantes del otro bando, de modo de aislar a aquellos de nuestro país que quisieran que aceptáramos términos ignominiosos.

Tanto Hanoi como Saigón rechazaron mi estrategia precisamente porque involucraba un compromiso y porque ambos partidos vietnamitas ansiaban aún una victoria decisiva. Dobrynin me dijo el 22 de agosto que Le Duc Tho objetaba por razones sorprendentemente similares a las de Thieu. De acuerdo con Dobrynin, Le Duc Tho estaba convencido que todas mis fórmulas tenían un propósito dominante: terminar la fase militar de la guerra y definir el resultado político en términos generales, cuya realización debía Hanoi negociar luego con los survietnamitas, «un proceso que puede no terminar nunca». El resultado sería que la estructura política survietnamita sobreviviría y Hanoi no podía tragar esto. Thieu tenía las mismas objeciones en cuanto a las posibilidades de supervivencia física de los comunistas. Ni un partido ni otro se sentía lo suficientemente seguro como para arriesgar algún desmayo en la exigencia de una victoria total. Ambos parecían temer la lucha política que seguiría a un cese del fuego. Los dos empujaban con fuerza para hacerme salir de la estrecha línea por la que yo estaba tratando de caminar al darle a Hanoi una fórmula política que salvara las apariencias para arreglar lo que era un acuerdo sobre temas militares solamente y la preservación de la estructura política de nuestros aliados.

Le Duc Tho trataba de hacerme ir más allá de la forma hasta una esencia que en realidad socavaría a Saigón. Thieu buscaba bloquear mis concesiones de forma para evitar tener que enfrentarse con el cese del fuego, que era en realidad su problema real y que explicaría el retiro de las fuerzas norteamericanas y el fin de nuestros bombardeos. De modo que al final de la guerra logramos «unir» a los dos partidos vietnamitas después de todo —en su común alarma sobre los objetivos norteamericanos y eventualmente su común disgusto y desconfianza del principal negociador norteamericano.

Si mi análisis fuera correcto, teníamos que hacer nuevamente algunas concesiones superficiales en la reunión del 15 de septiembre, para que Hanoi no llegara a la conclusión que estábamos demorando y hacer públicas las propuestas con actitudes aparentemente conciliadoras que dejarían nuestro apoyo interno en hilachas.

Teníamos ahora tres elecciones estratégicas: primero, tratar de arreglar antes de nuestras elecciones; segundo, lograr una culminación por una drástica escalada después de las elecciones; tercero, continuar con el conflicto al paso actual en la esperanza de que en algún momento Hanoi se derrumbara y ofreciera términos aún mejores. Yo estaba a favor del primer punto; Nixon del segundo. Buscaba esencialmente los mismos términos que yo, pero prefería lograrlos por medio de una dramática demostración de fuerza inmediatamente después de haber ganado el mandato popular. Se amontonaban los obstáculos para que continuáramos con el curso actual, tanto de adentro como de afuera del gobierno. En agosto, buscando aliviar la distensión del

presupuesto de defensa, Mel Laird había enviado un memorándum al presidente recomendando un corte del 20 por ciento en nuestras fuerzas de relevo (las enviadas desde que comenzó la ofensiva enemiga) 40 por ciento de reducción en la proporción de vuelos solitarios y un corte en los suministros de municiones. Cuando Nixon se negó, Laird presentó la propuesta de un corte aún mayor desde el 1 de enero (descrito anteriormente). Presiones como ésta eran las que iban a acelerarse a medida que el proceso presupuestario se pusiera en marcha.

Además, nos encontrábamos otra vez inmersos en el síndrome de retiro. El 29 de agosto, Nixon anunció otro retiro de 12.000 hombres, lo que reducía nuestras fuerzas en Vietnam a 27.000 (bien por debajo de lo que aún teníamos en Corea del Sur). El presidente y yo queríamos dejar abierta la posibilidad pública de que ésta podría ser una fuerza residual permanente, la que Hanoi nos podía obligar a retirar solamente por medio de concesiones. Inmediatamente trascendió que el Pentágono no consideraba que esto fuera el fin de los retiros. Dentro de seis meses nos enfrentaríamos indudablemente a presiones presupuestarias, dirigidas por Laird y demandas del Congreso y los medios de difusión para que completáramos el retiro unilateral total y así privándonos de otra ventaja de negociación.

En cuanto volviera el Congreso en enero nos veríamos confrontados inevitablemente con una nueva lluvia de resoluciones que fijaban una fecha terminal para nuestro compromiso, en el mejor de los casos menos favorables que las que podríamos lograr en París. En resumen, yo pensaba que Hanoi incurría en error de cálculo cuando juzgaba que Nixon sería mucho más fuerte después de las elecciones. Si no golpeábamos mientras el hierro estaba caliente *antes* del 7 de noviembre, Hanoi vería pronto la fragilidad de nuestra posición. Nos enfrentaríamos entonces nuevamente a la enloquecedora mezcla de dilaciones, concesiones ambiguas y ocasionales «puntos altos» con la que Hanoi buscaba triturarnos.

Podía estar a favor de la opción de Nixon de escalar dramáticamente *después* de las elecciones solamente como un último recurso en caso de un estancamiento total de las negociaciones; era preferible antes que la interminable agonía de otro largo período de conflicto abierto. Pero no sería nuestra estrategia preferida. Significaría que Nixon comenzaría su segundo término en medio de un tumulto doméstico; las heridas que la guerra de Vietnam causaba en nuestra sociedad serían aún más difíciles de curar. Se acelerarían las presiones parlamentarias y se nos empujaría hacia la línea del 3 de enero cuando volviera el Congreso. Y por todo esto no obtendríamos términos significativamente mejores que los que al fin aparecían posibles. No podíamos en esta etapa tardía anunciar la apuesta de apertura en París más allá de lo que habíamos estado proponiendo por dos años y más explícitamente el 25 de enero y el 8 de mayo —todo lo que iba más allá del consenso parlamentario—.

Así, si Hanoi decidía arreglar antes de la elección teníamos, en mi opinión, una oportunidad que podría no volver nunca. Después del 7 de noviembre, cualquiera fuera el curso que eligiéramos —resistencia o escalada— tendría que seguirse sin ultimátum a Hanoi; *nosotros* seríamos los empujados contra la piedra de amolar de las presiones parlamentarias. Podríamos tener incluso que no contar con la conformidad china y soviética indefinidamente o podría ser que nos pidieran un precio por ella en nuestras relaciones bilaterales. Pensé que era mejor explotar una única conjunción de circunstancias que nos ponía en la posición interna, militar e internacional más fuerte en muchos años. Era hora de extraer las máximas concesiones de Hanoi.

Estas fueron las razones que me indujeron a recomendar a Nixon que el 15 de septiembre presentáramos una propuesta que era solamente una elaboración menor de la comisión electoral, que había sido el tema central de nuestra posición desde mayo de 1969. Incluía la provisión sobre la composición del Comité de Reconciliación Nacional que Thieu no había aceptado. Envié un cable a Nixon pidiendo su aprobación:

Si el otro lado acepta nuestra propuesta, que creemos muy improbable, entonces el hecho de que el gobierno de Vietnam del Sur no estuviera totalmente de acuerdo con todos los detalles se verá oscurecido por una cantidad de otras complejidades en lo que sería esencialmente un nuevo juego de pelota. En tal eventualidad, es concebible que el gobierno de Vietnam del Sur encontrará de su interés allanar las pocas diferencias que pudiéramos haber tenido...

Si por la otra parte el otro lado rechaza nuestra oferta, que consideramos más probable, el gobierno de Vietnam del Sur tendrá absolutamente todos los incentivos para coincidir con nosotros. No podemos imaginar que querrían anunciar públicamente la

existencia de divergencias pasadas entre nosotros, una vez que nuestra razonable oferta esté al descubierto, Hanoi la haya rechazado y nosotros en una excelente posición de contrarrestar cualquier intento público del otro lado señalando las iniciativas negociadoras de nuestra parte.

Nixon estaba lejos de sentirse entusiasmado. Había sido apoyado por una encuesta de opinión pública de Lou Harris el 11 de septiembre, que había revelado que una importante mayoría de los votantes norteamericanos (55 por ciento contra 32 por ciento) apoyaban los fuertes bombardeos continuados en Vietnam del Norte y una mayoría del 64 contra 22 apoyaba las minas puestas en los puertos norvietnamitas. Una pluralidad de 47 contra 35 se oponía al gobierno de coalición en Vietnam del Sur (la pluralidad más amplia obtenida alguna vez sobre esa cuestión). Por un 51 por ciento contra el 26 por ciento, una mayoría del público no estaba de acuerdo con el cargo de McGovern que «los viajes de Henry Kissinger a París y Saigón no eran más que un ardid publicitario que levantó falsas esperanzas de paz». Por 51 por ciento contra 33 por ciento, más votantes se mostraban de acuerdo con el procedimiento del presidente Nixon de traer a casa las fuerzas norteamericanas de Vietnam y no con el tratamiento utilizado por McGovern. (Doce días antes, el 30 de agosto, la encuesta Gallup había demostrado las siguientes preferencias electorales: Nixon, 64 por ciento; McGovern 30 por ciento; indecisos, 6 por ciento.)

Bajo estas circunstancias, Nixon no vio ventaja política alguna en seguir mis recomendaciones, pero como era su costumbre cuando se involucraba la seguridad nacional, aceptó la exposición razonada de la política exterior, aunque no sin recordarme que estaba en contra en realidad de sus intereses políticos. Haig me envió un cable a Moscú:

Él (el presidente) afirmó que el CNS no parece comprender que el pueblo norteamericano no está más interesado en una solución basada en el compromiso; están a favor de los bombardeos continuados y quieren ver triunfar a los Estados Unidos después de todos estos años. Le señalé que esta misma actitud era frágil y se había logrado sencillamente porque habíamos podido unir cuidadosamente una serie de medidas firmes y decididas de modo de restablecer la confianza en el presidente... El presidente estuvo finalmente de acuerdo, pero insistió en que al comunicarle a usted su aprobación destacara su deseo de que el tono que establezca mañana en sus discusiones sea duro y pueda, en un sentido público, apelar al halcón y no a la paloma. Le dije nuevamente al presidente que el tono utilizado hasta ahora en esas reuniones era irreductible y que tenía confianza en que continuaría así después de la reunión de mañana.

Con la ventaja de la retrospectiva, creo que podríamos habernos arriesgado a proceder con la formulación de Saigón y sin la modificación que propuse. Era casi seguro que Hanoi no interrumpiría las conversaciones por temor a la clara perspectiva de la reelección de Nixon. También pienso ahora que este curso hubiera sido tácticamente acertado; hubiera tal vez reducido la desconfianza de Thieu, aunque, dadas nuestras perspectivas diferentes, nada podría haber evitado el estallido final. No hizo diferencia en la negociación, ya que nuestra propuesta no fue siquiera considerada. El 15 de septiembre, Le Duc Tho convirtió a nuestra propuesta en irrelevante al presentar la tercera nueva propuesta norvietnamita en las cuatro reuniones desde julio.

INTERLUDIO: LAS REUNIONES DEL 15 Y EL 27 DE SEPTIEMBRE

Al volver de Moscú me detuve en Chequers en la noche del 14 de septiembre, para informar al primer ministro Heath sobre mis conversaciones con los líderes soviéticos. Habíamos anunciado que también iría a París para informar a Pompidou. Pero los hábitos de ocultamiento son difíciles de vencer. Para poder ganar las seis horas que necesitaba para entrevistarme con Le Duc Tho volé a París en un pequeño avión desde un aeropuerto militar británico, la mañana temprano del 15 de septiembre. Para enmascarar mis movimientos, se colocó un cartelito de «No molestar» en la puerta de mis habitaciones del Hotel Claridge y el avión presidencial permaneció en Heathrow hasta que yo volé a París más tarde en el día. Era un juego inútil —casi juvenil— que no valía la pena jugar, ya que anunciaríamos la reunión con Le Duc Tho más

adelante en ese mismo día de todos modos. Desde ese momento hasta el fin de las negociaciones no hicimos esfuerzos especiales para enmascarar mis movimientos y en realidad hacia el final comenzamos a anunciarlos por adelantado.

Como ocurría tan a menudo en la historia de las negociaciones de Vietnam, la reunión en sí misma se burló de todos los ciudadanos planes trazados. Le Duc Tho continuó en el tono suave y casi agradable que había desplegado desde la reunión del 19 de julio. No hubo nuevamente ninguna de las bravuconadas de los tres primeros años, sobre cómo Norteamérica y la opinión del mundo nos forzarían a conciliar. Casi quejumbroso, inquirió repetidamente si queríamos arreglar con rapidez. Yo lo confortaba vagamente, magnificando su intranquilidad con toda intención. Finalmente presenté nuestro plan general, incluyendo el párrafo que objetaba Thieu. Le Duc Tho lo rechazó como nada básicamente nuevo, lo que no estaba muy lejos de la verdad, pero en lugar de atenerse a su posición previa, puso en la mesa una nueva propuesta de diez puntos. Su punto principal era privar al Gobierno de Concordia Nacional como había sido descrito por él sólo en nuestra última reunión, de algo de su poder. Mientras que el 14 de agosto Hanoi había acordado que el gobierno de Saigón podía continuar hasta que se formara el gobierno de Concordia Nacional, Tho proponía ahora que continuaran las dos administraciones existentes hasta *después* del acuerdo. El gobierno de Concordia Nacional estaría confinado a supervisar el cumplimiento de las provisiones del acuerdo y la conducta de la política exterior; era nuevamente «provisional» y duraría hasta un acuerdo final para el cual, sin embargo, no se especificaba un procedimiento directo. Se instalarían Comités de Concordia Nacional en cada provincia, que gobernarían todas las zonas en litigio. Saigón estaría a cargo de la política interna en todas las áreas controladas por él, pero Tho agregó —no estando preparado para abandonar un punto de debate aun cuando estuviera apurado— que como la mayoría de las áreas estaban en litigio, los Comités de Concordia Nacional se harían cargo de la mayoría del país. Le Duc Tho presentó también una cantidad de concesiones superficiales, como extender el ultimátum por nuestro retiro desde sus originales treinta días hasta cuarenta y cinco días (para estar en contra de los tres meses de nuestra propuesta).

Como bien podía haber esperado Le Duc Tho, rechacé de plano su propuesta política. No aceptáramos gobierno de coalición de ninguna clase, le dije. En contra de sus prácticas anteriores, respondió solamente con las más suaves quejas rituales sobre nuestra «sinceridad» y hasta pareció redoblar sus esfuerzos. ¿Estaría yo preparado para tratar de llegar a un acuerdo en principio según un determinado calendario? quería saber repentinamente. Después de un acuerdo de esta clase, los distintos foros propuestos en su borrador del 1 de agosto comenzarían a negociar su realización. No vi daño alguno en estar de acuerdo con una fecha fija, siempre que no hiciéramos más concesiones adicionales. Nos pusimos de acuerdo con el 15 de octubre. Los distintos foros dejarían todavía bastante lugar para refinar los aspectos del acuerdo básico.

Para ganar más tiempo y así poder aplicar mayor presión sobre Le Duc Tho, propuse que dedicáramos el siguiente encuentro a fijar firmemente el lenguaje sobre los puntos ya acordados. Éstos versaban en la mayor parte sobre cuestiones militares. Tho era un modelo de conciliación. Se avino, aunque señalando que el adelanto en la cuestión política facilitaría la solución de los asuntos militares; ya no era más una precondition. Acepté su inaudito pedido, pero moviendo la fecha hacia atrás: al 26 de septiembre. Cuanto más empujábamos a Le Duc Tho contra lo que era evidentemente su fecha clave auto-impuesta (nuestra elección presidencial) más amigable se mostraba. En un memorándum de resumen preparado para Nixon inmediatamente después de la reunión escribí:

No está del todo claro lo que tienen que ganar mostrándose tan ansiosos de proseguir el diálogo. Su dilema es que las conversaciones futuras fortalecen nuestra posición doméstica y nuestro registro de negociaciones sin restringir de ningún modo nuestra flexibilidad militar, mientras que si ellos las interrumpen no tendrán esperanzas de poder llegar a un acuerdo antes de noviembre, que es su preferencia primordial por lo que pude advertir en la reunión.

Mi suposición es que ellos están profundamente preocupados con su reelección y las implicaciones que pueda tener para ellos, aunque con su condición colectiva puedan tener graves dificultades, en pugna con las mismas concesiones políticas que tendrán que hacer para trasladar la conversación fuera del punto muerto. Continúan presentando

exigencias inaceptables, tal vez porque les falta imaginación, tal vez porque quieren diferir las necesarias concesiones hasta el último momento posible.

Estábamos en realidad en la posición de regateo más fuerte de la guerra. El 15 de septiembre fue el día en que las fuerzas survietnamitas recapturaron Quang Tri, la capital de la provincia tomada por Hanoi en su ofensiva. Fue la semana de las encuestas que demostraron el apoyo creciente del público norteamericano al manejo de la guerra por Nixon y la ventaja más amplia de Nixon sobre McGovern hasta ese momento. Y fue el momento (nos enteramos unas pocas semanas más tarde) que la Directiva 06 de la Oficina Central para Vietnam del Sur informaba a los cuadros comunistas que debía hacerse un esfuerzo para «obligar» a Nixon a concluir la guerra antes del día de la elección —la forma que tenía Hanoi de preparar a su gente para un acuerdo esencialmente sobre nuestros términos.

La reunión del 15 de septiembre resultó ser la última sesión regular celebrada en el número 11 de la rue Darthé en Choisy-le-Roi. Aunque yo había encubierto mis movimientos, Le Duc Tho no había tenido tanta fortuna —o había sido tan cuidadoso—. Se sabía de su presencia en París; unos días atrás hasta le había sugerido a unos periodistas sobre una reunión conmigo, lo que no nos acarreó dificultades sin embargo. (Mientras estaba en Moscú, Tho había contestado a una pregunta de un periodista sobre encontrarse conmigo: «Tendrá su respuesta en unos días».) Un animoso equipo filmador de la TV CBS siguió a Le Duc Tho de su residencia al lugar de la reunión y terminó con una película de mi entrada y salida de la hasta ese momento secreta casa. Se dejó a los norvietnamitas la tarea de encontrar un nuevo lugar para subsiguientes reuniones.

Salí de la reunión del 15 de setiembre satisfecho por haber rechazado un gobierno de coalición y convencido de que Hanoi estaba bien encaminado para separar los asuntos militares de los políticos, como nosotros queríamos. Habiendo llegado tan lejos, Hanoi dilataría más tarde o más temprano su posición mínima. Esta misma perspectiva llenaba a Thieu de renovada desesperanza. A Bunker le era otra vez imposible conseguir una audiencia con Thieu para entregarle mi informe sobre la reunión con Tho, aunque me dio su propia evaluación de que nuestra «paciencia y persistencia parecen rendir sus frutos». Agregó: «Pienso que hemos sido comprensivos y muy indulgentes al dilatar de acuerdo a sus (las de Thieu) opiniones y creo que ahora debemos mostrarnos firmes y poner en claro que nosotros también tenemos imperativos.»

En lugar de conseguir ver a Thieu, el 16 de setiembre se le entregó a Bunker una carta de Thieu a Nixon, ostensiblemente en respuesta de la carta de Nixon del 31 de agosto. Estaba muy bien escrita (probablemente por Nha, educado en Norteamérica) expresando acuerdo con el presidente en los puntos generales. En forma característica, no expresaba su apreciación por habernos mantenido firmes en los asuntos clave del gobierno de coalición, cese del fuego supervisado y detención de la infiltración, sino que más bien advertía que no debían hacerse más concesiones.

...los comunistas no deben ser alentados para aplicar un método más ingenioso y menos caro para tomar países a través de las así llamadas soluciones políticas de paz negociada... Por lo tanto, el continuar con las concesiones hechas a los comunistas sirve de manera muy lógica sólo para alentarlos a ser más obstinados en su posición y en la prosecución de la agresión.

Sin reconocer que *todas* nuestras propuestas previas habían tenido su aceptación, Thieu decía que los términos que habíamos ya ofrecido eran «en realidad demasiado amigables, muy razonables y lógicos y en los que nos hemos ido demasiado lejos». (Llamar a nuestras propuestas previas «razonables y lógicas» era un helado eco de la fraseología norvietnamita.) Las censuras de Thieu eran tan innecesarias como ofensivas, ya que no teníamos intención de ofrecer nada nuevo en la próxima reunión.

El 17 de septiembre, Thieu se dignó finalmente recibir a Bunker y su informe de mi reunión con Le Duc Tho. Thieu vio dos posibilidades: los norvietnamitas podrían estarse preparando para llegar a un acuerdo en principio, previo a nuestras elecciones, o estaban inciertos sobre nuestra estrategia. Creyendo todavía que la hostilidad de Thieu debía ser reflejo de una mala interpretación, le envié a Bunker un informe más detallado de la sesión del 15 de septiembre, agregando un parte sobre mis discusiones sobre Vietnam en Moscú, que eran en realidad super-

ficiales, porque consideraba que era poco lo que Moscú podía contribuir a los intercambios intensivos que tenían lugar en París. Pero las perspectivas de triunfo parecían sólo acentuar la intransigencia de Thieu. En un discurso pronunciado en Hué el 20 de septiembre, declaró significativamente: «Nadie tiene derecho a negociar ni aceptar ninguna solución» excepto el pueblo de Vietnam del Sur. El 23 de septiembre hice un nuevo esfuerzo para reducir la brecha escribiéndole a Bunker:

Es también importante que Thieu comprenda que en el sensitivo período que nos aguarda, su perceptible actitud en las negociaciones podría tener una influencia importante en la estrategia de Hanoi. Si Thieu está genuinamente preocupado porque podemos llegar a un prematuro acuerdo, él debe comprender que la aparente diferencia de opinión entre Washington y Saigón podría tener como consecuencia práctica el influir a Hanoi hacia un rápido arreglo en las conversaciones secretas, de modo de explotar lo que pudieran percibir como una división en los EEUU y Vietnam del Sur y la consiguiente confusión política en Saigón. Esto alteraría el cuidadosamente calculado ritmo que tratábamos de mantener. Nuestra estrategia en este punto es provocar más movimiento en la posición de Hanoi y mantener la apariencia de una constructiva actividad en París, mientras continuamos aplicando la máxima presión militar. Es esencial por lo tanto que Thieu se mantenga junto a nosotros para demostrar solidaridad a Hanoi.

Para la reunión del 26 y 27 de septiembre, los norvietnamitas, un poco avergonzados por la responsabilidad que les cupo en descubrir el sitio de reunión de la rue Darthé, habían encontrado otro lugar. Para llegar a él teníamos que seguir una ruta aparentemente calculada para recordarnos del pasado, el presente y el futuro de nuestro país anfitrión, Francia. Viajábamos fuera de París por el Sur a través del Bois de Boulogne, frente al hipódromo de Longchamp; rodeando luego el monumento que señala la ruta de la liberación de París en 1944 por el General Leclerc, cruzando la intersección en Le Petit Clamart, donde De Gaulle escapó a un atentado de asesinato en 1962 y pasando el centro de investigación nuclear de Saclay. En el pequeño y tranquilo pueblo de Gif-sur-Yvette, en el número 108 de la avenida General Leclerc, detrás de un alto cerco verde de madera, se levantaba una casa de estuco blanco de un piso de alto con un gran jardín. Éste era nuestro nuevo lugar de reunión. Nos habíamos trasladado a un ambiente más agradable y elegante.

Los norvietnamitas no quisieron explicar cómo encontraron la casa, diciendo solamente que les había sido prestada por «amigos». Resultó que los «amigos» eran el partido comunista francés. Había sido el hogar y el estudio del pintor cubista Fernand Léger, que había sido miembro del partido o simpatizante y había legado su casa a su agradecido partido cuando murió en 1955. Así, incongruentemente entre llamativas reproducciones (y tal vez algunos originales) de las pinturas y tapices abstractos de Léger, comenzamos una ronda crucial de cada vez más concretas negociaciones para terminar la guerra. Nuestra nueva locación iba a quedar pacíficamente en la oscuridad por dos meses más hasta después de mi conferencia de prensa «la paz está cerca» del 26 de octubre cuando todos los periodistas del mundo desplegaron una masiva e inamovible persecución cuando volvimos a Gif-sur-Yvette a fines de noviembre.

Le Duc Tho y Xuan Thuy demostraron el mismo sentimiento de urgencia para terminar rápidamente la guerra que el demostrado el 15 de septiembre. Se pasaron las primeras dos horas estableciendo un programa de trabajo (pronunciado muy graciosamente por el intérprete norvietnamita Nguyen Dinh Phuong) (*) destinado a completar un acuerdo *dentro del mes*. Este «programá» tomó pronto el lugar del poema épico sobre la lucha de Hanoi por la liberación como ritual de comienzo de nuestras reuniones. Tho presentaba sus recomendaciones para acelerar las negociaciones como una oración matinal. Yo respondía. Lo disputaríamos, ya que lo consideraba tema tan bueno como cualquier otro para perder el tiempo, de modo de empujar a Hanoi hacia su propio ultimátum. Al final yo estaría de acuerdo con el «programá». Tho lo escribía entonces personalmente en una pequeña libreta cuyas páginas estaban cuadradas con azul, lo que daba a la operación una solemnidad adicional. La próxima vez que

(*) Lejos de mí la intención de burlarme del acento de nadie —era un excelente intérprete—, pero el programa (schedule) en que insistía Le Duc Tho se convirtió en un punto crucial en la apertura de la negociación en octubre. La palabra, pronunciada a la manera británica, pero con el acento curiosamente en la última sílaba fue repetida tantas veces por Le Duc Tho que permanece indeleble en mi memoria en la pronunciación del Sr. Phuong.

nos veíamos se repetía el proceso, aunque el «programá» se hubiera deteriorado por el tiempo que había pasado. Una vez gritó Tho con exasperación: «Lo estoy anotando pero quiero que sepa que no creo en él.»

Cuando llegábamos finalmente a entrar en materia, Le Duc Tho volvió con la idea de una visita mía a Hanoi para superar las diferencias finales. Esto estaba hipotéticamente incluido en el «programá» si completábamos las negociaciones. Después de una sistemática revisión punto por punto de las diferencias y puntos de contacto entre las posiciones de ambas partes, Le Duc Tho presentó todavía otra nueva propuesta amplia, la cuarta en cinco reuniones. (En el pasado se habían atendido a sus planes durante por lo menos seis meses.) Lo hizo hasta después que yo había dicho que me guardaría cualquier nueva idea hasta reflexionar sobre sus comentarios esa noche. (No tenía importancia; todo lo que yo tenía eran cambios menores en la redacción.)

El nuevo plan de Le Duc Tho —que él llamaba su «oferta final»— quitaba más envolturas a la exigencia comunista por un gobierno de coalición tripartito y se acercaba nuevamente a nuestra propuesta, que lo reducía esencialmente a una comisión electoral mixta. Pedía todavía un Gobierno provisional de Concordia Nacional» sin Thieu, pero habían reducido nuevamente sus funciones; el gobierno de Concordia Nacional debía ser *consejero* de los gobiernos existentes con una vaga responsabilidad de mediar entre ambas partes y sin poderes ejecutivos ni el derecho de conducir la política exterior. Igual que nuestro Comité de Reconciliación Nacional, «operaría de acuerdo con los principios de unanimidad» —o sea que cualquier miembro tenía veto, garantizando su impotencia hasta para sus limitadas funciones. Seguía siendo inaceptable, pero desde «la perspectiva de Hanoi representa un adelanto importante», como informé más adelante al presidente. No era «inconsistente», observé, «con el eventual cambio de su gobierno de coalición en un comité irrelevante que cubriera las apariencias para un cese del fuego estático y control territorial de pacto por ambas partes».

Una concesión aún más sorprendente fue la sugerencia de Le Duc Tho que después del acuerdo, las tropas de Hanoi se retirarían de Laos y de Camboya y que serían liberados nuestros prisioneros de Laos. (Él había dicho que no había prisioneros norteamericanos en Camboya.) Era una destacable apertura. Nosotros habíamos insistido en un cese del fuego por toda Indochina; habíamos presionado para lograr la liberación de todos nuestros prisioneros retenidos en Indochina; habíamos exigido el retiro norvietnamita de los otros países de Indochina. Ninguna de estas exigencias, salvo la devolución de los prisioneros, tenía mucho apoyo interno en Norteamérica y sin embargo todas estaban en vías de realización. Hasta la calidad de los bocadillos que nos servían subió de categoría dramáticamente. Al segundo día, 27 de septiembre, nos sirvieron caviar, bocaditos de langostinos, vino blanco y jerez, además de fruta y panecillos.

Ya que parecía que nuestra estrategia tenía éxito, me dediqué a entregar notas sobre cuestiones tales como las garantías internacionales, los tecnicismos de la supervisión internacional de un cese del fuego y el intercambio de prisioneros. A medida que Le Duc Tho presionaba más y más para conseguir rápidos progresos, se quejaba que yo apenas me movía y me concentraba en asuntos periféricos —lo que era verdad—.

Le dije a Le Duc Tho que muchas de sus nuevas propuestas eran pasos hacia adelante, pero que el requerimiento continuo de que Thieu tendría que abandonar el cargo antes de la firma del tratado final era ridículo. Destaqué nuevamente que nosotros no abandonaríamos a nuestros aliados, directamente o por medio de algún subterfugio. Le Duc Tho subrayó la «irrevocabilidad» de su oferta. Reiteré que el pueblo norteamericano no toleraría jamás que termináramos una guerra que había costado tanto, imponiendo un gobierno comunista. El resultado final tendría que dejarse a la libre decisión del pueblo —un concepto que Tho tenía mucha dificultad en comprender. Parecía preocupado por el aspecto de «ganador-toma-todo» de las elecciones presidenciales de Saigón; se preguntaba si la propuesta elección no podía hacerse para una Asamblea Constituyente en lugar de para un presidente. Finalmente, Le Duc Tho preguntó si a nuestro propuesto Comité de Reconciliación Nacional se le podía dar otra función que no fuera solamente supervisar las elecciones. Estaba preparado para una sesión de *tres días* la próxima vez. Propuso el 7 de octubre —dentro de diez. Dijo que la reunión sería «decisiva»—. Para acentuar levemente la presión yo acepté para el 8 de octubre.

Todo esto hacía evidente que nos acercábamos a un punto crucial. Habíamos arreglado en principio todos los asuntos militares: cese del fuego, infiltración, retiros, liberación de prisioneros, supervisión internacional, Laos. Nos faltaba el acuerdo sobre Camboya. Le Duc Tho estaba todavía buscando fórmulas políticas para socavar a Saigón, pero su ansiedad por una

reunión de tres días en octubre no dejaba dudas de que no habíamos oído todavía la última palabra. Esta podría ser inaceptable y cuando llegáramos a la redacción de lo que se había acordado en principio, todo el proceso podría evaporarse; pero habíamos recorrido un largo camino. La reunión siguiente podría traer una apertura o un compromiso para otra prueba militar.

No tenía dudas en cuanto a lo que Thieu prefería. Se multiplicaban los rumores desafiantes desde Saigón. La apreciación por los servicios prestados no es una condición vietnamita; Thieu tomaba como cosa sabida nuestra perseverante acción de retaguardia en bien de su país, o quería si no trasladar la responsabilidad por cualquier concesión sobre nuestros hombros. Al acercarnos al momento decisivo se hacía claramente necesaria otra nueva consulta con Thieu sin embargo.

Nixon estaba en la Costa Oeste por su campaña. A las pocas horas de mi vuelta de París el 27 de septiembre me encontré con Haldeman en Los Ángeles y propuse enviar a Al Haig a Saigón para revisar con Thieu las distintas contingencias que pudieran surgir en mi próxima reunión con Le Duc Tho. Nixon estuvo de acuerdo.

Recomendé que le presentaran a Thieu varias opciones de propuestas políticas para la reunión siguiente. Podríamos acordar elecciones para una Asamblea Constituyente en lugar de elecciones presidenciales; el retiro de una propuesta para una elección presidencial eliminaría toda necesidad de la renuncia de Thieu. Podríamos pedir que el propuesto Comité de Reconciliación Nacional revisara la constitución un año después del tratado de paz para hacer compatibles sus términos. Éste me parecía el curso de acción más seguro, ya que Saigón tendría un veto absoluto en este cuerpo.

Como vinieron las cosas, se desperdició todo este ingenio. Haig pudo haberse ahorrado el viaje. Gran admirador de Thieu, Haig se encontró esta vez expuesto al tratamiento común de Thieu, que era a su vez bastante parecido a las tácticas de Le Duc Tho en París cuando Hanoi pensaba que estaba en posición fuerte. Cuando se encontraron los dos hombres por primera vez el 2 de octubre durante dos horas y cuarenta minutos en el palacio presidencial, Thieu estaba calmo y conciliador, haciendo preguntas cuidadosas que intentaban sacar toda la información posible. Haig se atenía a los puntos establecidos por mí y mi equipo y desplegó nuestra estrategia de explotar la impaciencia de Hanoi para obtener más concesiones. A la inversa, un continuo estancamiento que podía ser atacado en nuestro país como resultado de nuestro fracaso en atrapar las oportunidades para la paz, amenazaría a la larga nuestra capacidad de ayudar a Vietnam del Sur. Haig explicó por qué habíamos procedido como lo hicimos el 15 de septiembre. Nuestro deseo de presentar algo marginalmente nuevo había sido importante para no detener el proceso. Hanoi había hecho en realidad una «propuesta dramáticamente enmendada». Con el mismo propósito, necesitábamos algo marginalmente nuevo para la próxima sesión de negociaciones. Haig presentó las opciones aprobadas por Nixon.

Por su reacción, Haig asumió que Thieu estaba apaciguado. (Thieu parecía estar esperando que nosotros le recordáramos otra vez su compromiso de renunciar antes de una nueva elección.) Haig informó que el estado de ánimo de Thieu era «tan constructivo como podíamos haber esperado y se inclinara a ser más colaborador de lo que podía haber sido en otro caso».

Pronto se enteraría de lo contrario. Se canceló abruptamente su siguiente audiencia programada con Thieu para el 3 de octubre. Mientras tanto, Nixon se encontró con Gromyko en Camp David el 2 de octubre. Bajo el impacto del informe optimista de Haig, Nixon le dijo a Gromyko que haríamos nuestra oferta final en la reunión del 8 de octubre. Si éramos rechazados no habría otra negociación más durante el período de elecciones. Luego de esto, apeláramos a «otros métodos».

El 4 de octubre, Thieu dejó caer su segunda sorpresa. Confrontó a Haig con su Consejo de Seguridad Nacional en pleno y atacó amargamente casi todos los aspectos de la propuesta norteamericana, incluyendo los puntos que hacía largo tiempo había aceptado. No quería discutir ninguna de las variantes que le habíamos presentado. Thieu lloraba en ese momento. (Se me iba a dar idéntico tratamiento menos de tres semanas después.) Haig informó:

Hemos terminado recién una sesión de 3 horas y 50 minutos con el presidente Thieu y su Consejo de Seguridad Nacional, incluyendo al vicepresidente Huong, al primer ministro Khiem, al ministro del exterior Lam, al ayudante de política exterior Duc y el asistente especial Nha. Era muy evidente para Bunker y para mí al acercarnos al palacio, que se aproximaba una confrontación. Aparentemente, se había interrumpido el tránsito desde hacía algún tiempo y al entrar al palacio hubo claras evidencias de una atmósfera

de crisis. Cuando se nos llamó a Bunker y a mí a la oficina del presidente, fuimos desviados directamente hacia la sala de conferencias donde estaba esperando el Consejo de Seguridad Nacional. Thieu hizo el prólogo de la reunión en idioma vietnamés, con Nha de pie junto a un pizarrón actuando como intérprete... Era evidente por este comienzo que estábamos siendo confrontados por una oposición sólida y unificada del gobierno de Vietnam del Sur a las propuestas de EEUU.

La reacción de Nixon estuvo lejos de la simpatía que dijo sentir por Thieu en sus memorias (2). En la mañana del 4 de octubre, Nixon me dijo que Haig había cometido un error al volver a casa como había sido siempre planeado; debería haberse quedado a trabajar con Thieu. Sería mejor que Bunker mantuviera otra «conversación clara» con Thieu; había que hacerle comprender a Thieu que Nixon se negaba a ser colocado en tan insostenible posición. Nixon me autorizó a proceder con la reunión del 8 de octubre, consolándose con el pensamiento de que Hanoi probablemente rechazara nuestras propuestas de cualquier forma. Como durante la crisis de Cienfuegos, quería hacer tiempo hasta después de las elecciones. «Y vamos a tener que romper con él (Thieu) después de la elección, ya lo veo. Ya saben, si va a ponerse tan irrazonable, donde manda capitán no manda marinero.» Le advertí a Nixon que había una oportunidad del cincuenta por ciento de que Hanoi aceptara finalmente nuestra propuesta del 15 de septiembre (a su vez una combinación de nuestras propuestas desde hacía dieciséis meses). Pensaba que era la mejor oportunidad que tendríamos: «Podemos mejorar eso con otro año de bombardeos», Nixon asintió. Repetí mi punto de vista sobre la estrategia: tenemos «el reloj contra el Norte». Me pregunté en voz alta si Thieu no *deseaba* realmente ser presionado por nosotros de modo que tuviéramos que llevar la carga.

El resultado fue una decisión de que me ajustara a nuestra posición del 15 de septiembre y no presentar ninguna de las variantes rechazadas por Thieu; no había motivos para someter a más tensiones a nuestras relaciones con Thieu. Se le pediría a Hanoi que fuera más específico sobre asuntos militares antes que pudiéramos ofrecerle algún nuevo programa político. Si Hanoi aceptaba nuestra propuesta del 15 de septiembre, pediría un receso para ir a Saigón. Nixon me dijo que entonces debía «hacérselo tragar» a Thieu.

Nixon estaba claramente esperando que esta eventualidad —que habíamos resistido por casi cuatro años— no tuviera lugar antes de la elección. Yo no estaba tan seguro, porque el 30 de septiembre habíamos recibido una nota de Hanoi que demostraba otra vez más que Hanoi estaba ansioso por hacer un arreglo rápidamente y podría ofrecer nuevas concesiones adicionales.

El bando de VN (Hanoi) considera que la próxima reunión que durará tres días es de vital importancia y que es hora de tomar una clara decisión en cuanto a la orientación de las negociaciones. O ambas partes llegan a un acuerdo sobre la esencia de las cuestiones que se han presentado, permitiendo así la realización del programa de las negociaciones previamente acordado entre las partes, o sea el fin de la guerra y firmar el acuerdo global hacia fines de octubre de 1972, o aun antes, lo que sería mejor; o las dos partes no podrán llegar a un acuerdo, las negociaciones quedarán en un *impasse* y la guerra se prolongará, en cuyo caso el lado norteamericano tendrá que aceptar toda la responsabilidad...

Por su parte, el lado de VN estudiará en detalle la propuesta de diez puntos del 27 de septiembre de 1972 por parte del lado norteamericano y concurrirá a la siguiente reunión con una actitud seria y espíritu constructivo, en un último esfuerzo para llegar a un acuerdo con el lado norteamericano sobre los aspectos esenciales.

Mientras tanto, nuestra tarea era preparar el contenido de la reunión del 8 de octubre en la mejor forma posible. Teníamos que evitar que Thieu hiciera pública nuestra disputa, lo que socavaría tanto nuestra posición de negociación con Hanoi como nuestra posición interna con los grupos electorales de Nixon de la derecha, aunque también debíamos advertirle que la marcha de las negociaciones podría obligarnos a volver sobre algunas de las propuestas políticas que Haig había discutido con él. El 5 de octubre redacté un mensaje a Thieu en nombre de Nixon, prometiéndole consultarlo antes de cualquier decisión final. Le cablegrafí a Bunker al día siguiente que Thieu debería estudiar las propuestas políticas —para una elección presidencial,

una elección para la Asamblea Constituyente o hasta una revisión de la Constitución por la comisión electoral— presentadas por Haig «de modo que no pueda lamentarse por no tener suficiente tiempo para considerar los distintos aspectos de las propuestas si fuera necesario».

Como preparación para la reunión del 8 de octubre, involucré al Departamento de Estado. El sub-secretario Alex Johnson y el asistente secretario delegado para el Asia Oriental, William Sullivan, formularon documentos de trabajo sobre la maquinaria de supervisión internacional y la iniciación del cese del fuego que fueron enormemente útiles. Al fin, en la mañana del sábado 7 de octubre partí hacia París para lo que se convirtió en el punto culminante de cuatro años de negociación con Hanoi para terminar la guerra.

LA APERTURA: LA REUNIÓN DEL 8 DE OCTUBRE

Esta vez toda mi delegación se hospedó en la residencia del embajador Watson, la mansión redecorada de la elegante rue du Faubourg St. Honoré. Se esperaba que fuera una sesión de tres o cuatro días. Al Haig me acompañó porque él tenía un sentido reciente y de primera mano de lo que podría producir el intercambio en Saigón y porque podría ayudarme a vender cualquier posible acuerdo a Nixon. Richard T. Kennedy, de mi equipo, quedó como responsable de mi oficina del CNS.

El domingo 8 de octubre fue un día brillante y claro de otoño en París. Con Haig a la rastra llegué a la aún secreta casa de estuco blanco en Gif-sur-Yvette a las 10,30 de la mañana. La reunión se inició con chispeante buen humor. Pedí disculpas a Le Duc Tho y a Xuan Thuy por haberles hecho perder la misa del domingo, o en su defecto una carrera importante que se corría en Longchamp. Los norvietnamitas estuvieron bien dispuestos para compartir el espíritu de la ocasión:

Kissinger: En Francia corren a la inversa que en Norteamérica. Me han dicho que hay un hipódromo en París, en Auteuil, donde cuando llegan al otro lado están detrás de los árboles y no se pueden ver y me han dicho que allí es donde los jockeys deciden cuál va a ganar.

Le Duc Tho: Pero nosotros, ¿estamos haciendo ahora una carrera para la paz o para la guerra?

Kissinger: Para la paz y ¡ahora estamos detrás de los árboles!

Le Duc Tho: ¿Pero pasaremos esos árboles o nos esconderemos tras de ellos?

Kissinger: No, arreglaremos.

Le Duc Tho: Pero si usted sale de esos árboles también lo haremos nosotros.

Kissinger: Saldremos los dos de detrás de los árboles y arreglaremos.

Le Duc Tho: Y entonces los dos caballos irán por la misma senda.

Kissinger: Pero cuando estemos cruzando la línea final usted estará diciendo, «No ha sido usted lo suficientemente concreto».

Después de estas amenidades de introducción, noté que había dos grandes carpetas verdes en frente de Le Duc Tho y le pregunté si quería leérmelas. Xuan Thuy me invitó a hablar primero —obviamente querían ver si había traído una oferta mejor que la que estaban dispuestos a conceder—. Repliqué que habíamos encontrado algunos elementos positivos en la última propuesta política de Le Duc Tho, como el principio de unanimidad, pero que aún tenía serios defectos:

Ustedes derrocarían a un presidente titular a la firma del tratado; abolirían la actual estructura constitucional, crearían nuevos órganos cuasi gubernamentales desde Saigón hasta el nivel de aldea.

...El impacto acumulativo de estos variados elementos está claro. Ni siquiera si ninguno de ellos en particular resultara ser necesariamente decisivo, la combinación de ellos actuando todos simultáneamente tiene que causarnos alguna preocupación.

Concluía sarcásticamente que sabía que el resultado de socavar a Saigón no había sido intencional; mis comentarios se ofrecían puramente en un espíritu de cooperación.

Pasé entonces a los asuntos militares, los que, señalé, habían adquirido «una especial urgencia». Había muchos problemas sin resolver en la última propuesta de Hanoi, especialmente en los aspectos de un cese del fuego, el retiro de las fuerzas norvietnamitas de Laos y Camboya, el fin de la infiltración en Vietnam del Sur a través de Laos y Camboya y la liberación de los prisioneros de EEUU en Laos y Camboya. Habían habido insinuaciones, pero no propuestas concretas. Insistiríamos en ceses del fuego por toda Indochina, aunque teníamos la mente abierta para los arreglos específicos. Aunque tuvieran que convenirse los ceses del fuego en Laos y en Camboya separadamente, tendrían que entrar en funciones simultáneamente. Entregué una serie de papeles con cortas explicaciones sobre todos los tópicos técnicos, esencialmente los que había preparado el Departamento de Estado.

Entregué también una «nueva» propuesta de paz, que ofrecía en realidad sólo un ligero cambio superficial al detallar un poco más específicamente las funciones del Comité de Reconciliación Nacional; debía supervisar las elecciones y cualquiera otra cosa que el Comité dispusiera, lo que no sería mucho debido al veto de Saigón. No se especificaba formalmente la naturaleza de las elecciones que debía supervisar. Si ésta era nuestra «última oferta», como Nixon le había dicho a Gromyko, entonces no pudo menos que señalarle a Le Duc Tho que nos afirmábamos en nuestra posición de mantener la estructura existente en Saigón y no haríamos ninguna otra concesión política de importancia en el futuro.

Aparentemente, Le Duc Tho llegó a la misma conclusión. En lugar de explotar como lo hubiera hecho en cualquier momento de los tres años pasados, dijo: «Propongo ahora un receso y expresaré entonces mis opiniones.» Se interrumpió la reunión a las 12,38 del mediodía. Se encontraba disponible un generoso despliegue de bocadillos, mientras los norvietnamitas desaparecían escaleras arriba. A la una reapareció Le Duc Tho y conversó conmigo cerca de la mesa. «Cuando termine la guerra, me gustaría mostrarle algún día la Ruta de Ho Chi Minh», bromeó. Se fue nuevamente por algunos minutos para reunirse con sus colegas. Volvió luego para decir que le había dado «tantos papeles» que los norvietnamitas preferían un descanso más prolongado. Sugirió que la reunión se reanudara a las 4 de la tarde. Acepté.

Junto con mi equipo caminamos un poco bajo el claro aire de otoño en el jardín, hablando en leves susurros (en caso de que los arbustos tuvieran micrófonos). Luego, para pasar el tiempo, yo pensé en salir a pasear en auto. Alguien (tal vez fuera el coronel Guay) sugirió Rambouillet, el bosque y el castillo a unos veintitrés kilómetros. Me pareció bien y los siete miembros del equipo nos apilamos en dos coches, conducidos por Guay y su ayudante y nos encaminamos hacia el oeste por la ruta nacional 306. Nunca llegamos a Rambouillet. Después de diez minutos de camino, inquieto y queriendo conferenciar más privadamente con Haig, le pedí al coronel Guay que detuviera el coche en un lugar donde Haig y yo pudiéramos caminar. Guay detuvo el coche en un lugar donde los árboles al costado del camino se abrían de pronto dejando ver un pequeño lago, que parecía también una zona para *pic-nics*. Había gente que disponía los alimentos sobre manteles a cuadros y parejas recostadas bajo los árboles. El cielo tenía el suave color azul del comienzo del otoño francés y ninguno de esos parisienses prestó la más mínima atención a ese extraño grupo de norteamericanos absortos en sí mismos que caminaban por los estrechos senderos flanqueados por altos pastos. Haig y yo caminamos con paso vivo rodeando parcialmente el lago, revisando las propuestas; luego nos volvimos encaminándonos hacia atrás. Los otros miembros de nuestra delegación estaban preocupados en la misma forma, tensos por lo que sobrevendría dentro de dos horas.

El contraste entre la tranquilidad cotidiana de esa escena y nuestra propia ansiedad era para nosotros casi insopportable. A las 4 sabríamos si la agonía soportada por tantos durante más de una década había adquirido un honorable final para la guerra de Vietnam.

La reunión se reanudó como se había anunciado. Le Duc Tho no se anduvo por las ramas. Se remitió inmediatamente a sus carpetas verdes. «Creo que no podemos negociar en la forma en que lo estamos haciendo ahora», dijo, si vamos a cumplir con el programa que se ha acordado y terminar rápidamente la guerra. Tho decidía ahora que todos los procedimientos y escenarios de múltiples foros que había introducido originariamente (y yo había tolerado desganaadamente) eran inadecuados. Eran «muy complicados» y tomarían «mucho tiempo para estas discusiones, muchas semanas». Por lo tanto: «De modo de demostrar nuestra buena voluntad y para asegurar un pronto final para la guerra, que todos nosotros deseamos, presentamos hoy una nueva propuesta en cuanto al contenido tanto como a la forma de llevar las negociaciones; una propuesta muy realista y muy simple.»

Le Duc Tho sugería que los Estados Unidos y Vietnam del Norte firmaran un tratado arrendando entre ellos las cuestiones militares —retiros, prisioneros, cese del fuego—. Sobre los problemas políticos de Vietnam del Sur, «acordaremos solamente los principios principales. Después de la firma de este tratado tendrá lugar un inmediato cese del fuego». No se permitiría que el problema político —«que es el más espinoso, el problema más difícil»— prolongara nuestras negociaciones (otra palabra, prolongar, que el intérprete Sr. Phuong pronunciaba mal). Ya no podía Le Duc Tho la formación de un gobierno de coalición de Concordia Nacional antes del cese del fuego. En realidad, se había deshecho de todo el concepto de un gobierno de coalición. Era ahora solamente una «administración de Concordia Nacional», a realizarse dentro de los tres meses siguientes por medio de los dos partidos de Vietnam del Sur para encargarse de la realización de los tratados firmados, lograr la concordia nacional (cualquiera fuese su significado) y «organizar» las elecciones locales sin especificación. Las dos administraciones de Vietnam del Sur —el gobierno de Saigón y el gobierno revolucionario comunista— seguirían existiendo, con sus ejércitos.

Esta «administración o Concordia Nacional» podría ni siquiera ser instalada, ya que requería la aprobación de los dos partidos survietnamitas; sus funciones quedaban aún para ser negociadas por los dos enemigos mortales, operando en el futuro sobre el principio de unanimidad (*). Esta pálida sombra de lo que eran sus exigencias anteriores por un gobierno de coalición no era mucho de que enorgullecerse después de una década de heroicos esfuerzos y horrendo sufrimiento de los norvietnamitas. Estaba seguro de poder reducir aún más la importancia de esta «administración» en las negociaciones por venir. Después de cuatro años de implacable insistencia para dismantelar la estructura política de nuestro aliado y reemplazarla por un gobierno de coalición, Hanoi había ahora abandonado esencialmente sus exigencias políticas.

Y habían también otras provisiones que ayudaban a nuestros objetivos. Durante tres años había insistido Hanoi que el fin de la ayuda militar norteamericana a Vietnam del Sur era una absoluta precondition del acuerdo. Le Duc Tho desechaba ahora esta propuesta. Se permitía el «reemplazo de armamentos» (o sea, ayuda militar); en otras palabras, podíamos seguir ayudando a Vietnam del Sur. Mientras Hanoi no decía nada sobre retirar sus tropas (ni siquiera admitiendo que estaban allí en realidad) aceptaba nuestra propuesta del 31 de mayo de 1971 para el cese de la infiltración dentro de Vietnam del Sur; si fuera observada, esto garantizaría la erosión de su fuerza en el Sur. Habría control y supervisión internacional, aunque Le Duc Tho consideraba esto como «no una cuestión urgente», proponiendo discutirla *después* del cese del fuego. Habían inevitablemente todavía algunos huecos. Le Duc Tho estaba todavía silencioso sobre las tropas vietnamitas en Laos y Camboya (aunque había concedido su retiro previamente); no comprometería a Hanoi para ceses del fuego allí, porque esto era contrario al principio de no interferencia en estos países. «Pero lo mismo pasa con la presencia de sus tropas», estallé. Pero si Le Duc Tho era sincero en cuanto a su protesta de trabajar tan resueltamente por la paz como lo había hecho anteriormente por la guerra, estos asuntos podrían arreglarse en los días siguientes. Él sabía que no habría acuerdo de otro modo. Al final de su presentación, Le Duc Tho me entregó el texto de un tratado en borrador.

Le Duc Tho insistía repetidas veces en que su plan representaba una aceptación de nuestras propias propuestas:

Y esto es lo que ustedes mismos han propuesto, la misma propuesta... De modo que nuestra propuesta ha demostrado nuestra buena voluntad, nuestro genuino deseo de terminar rápidamente la guerra. Y es la propuesta hecha por el presidente Nixon mismo —cese del fuego, liberación de prisioneros y retiro de tropas... En cuanto a los asuntos políticos internos y militares de Vietnam del Sur estamos de acuerdo en principio y los partidos survietnamitas discutirán... Lo hacemos con vistas a reducir las cuestiones espinosas. De modo que nuestro propósito es hacer lo que ustedes habían propuesto anteriormente: cese del fuego y cese de las hostilidades, retiro de tropas, liberación de prisioneros... Y es su propuesta y nos hemos reunido con gran buena voluntad para poder terminar la guerra... Porque esta nueva propuesta es exactamente lo que el mismo pre-

(*) Este elemento de unanimidad no estaba en realidad en el plan escrito de Le Duc Tho del 8 de octubre, pero lo mencionó en su presentación oral y estaba seguro de que lo aceptaría ya que había estado en su propuesta del 27 de septiembre. Lo hizo.

sidente Nixon ha propuesto: cese del fuego, fin de la guerra, liberación de prisioneros y retiro de tropas... y proponemos una cantidad de principios sobre problemas políticos. Ustedes también han propuesto esto. Y dejaremos que los partidos survietnamitas arreglen estas cuestiones.

Y así fue. Hanoi había finalmente separado las cuestiones políticas de las militares, lo que yo había pedido urgentemente casi cuatro años atrás como la mejor forma de arreglo. Habían aceptado la propuesta del 8 de mayo de Nixon y concedido que el gobierno survietnamita no debía ser derrocado como precio de un cese del fuego. Habiendo ignorado nuestra oferta de una elección presidencial, Hanoi hasta había eliminado la necesidad del retiro temporario de Thieu antes de ella. Se abandonó la exigencia de un gobierno de coalición; la estructura política de Vietnam del Sur se dejó a los vietnamitas para que lo arreglaran.

Por casi cuatro años habíamos estado esperando este día y sin embargo, cuando llegó, fue menos dramático de lo que hubiéramos imaginado alguna vez. La paz llegó en la forma de la voz monótona de un revolucionario maduro que envolvía el final de una década de derramamiento de sangre en la ambigüedad legalista.

Inmediatamente, yo y la mayoría de mis colegas comprendimos lo que habíamos oído. En el receso pedido inmediatamente por mí, Lord y yo nos dimos la manos diciéndonos: «Lo logramos.» Haig, que había servido en Vietnam declaró con emoción que habíamos preservado el honor de los militares que habían servido, muerto y sufrido allí. El documento de Le Duc Tho tenía todavía muchos elementos inaceptables, seguramente y algunos otros de mis colegas, especialmente John Negroponte, se concentraron en ellos en la pausa de media hora después que nuestro interlocutor había terminado con su presentación; pero yo sabía que su esencia era un cese del fuego, retiro de las fuerzas de EEUU, liberación de prisioneros, y no más infiltraciones —el programa básico que habíamos ofrecido e insistido en que era esencial desde mayo de 1971.

Me han preguntado más de una vez cuál ha sido el momento más emocionante de mi servicio público. He participado en muchos sucesos espectaculares; he vivido con el poder; he visto la pompa y la ceremonia, pero el momento que me ha emocionado más profundamente tiene que haber sido esa fresca tarde de domingo de otoño mientras caían las sombras sobre el sereno paisaje francés y esa gran habitación tranquila con pinturas abstractas colgando en las paredes, iluminada solamente sobre la mesa forrada con un tapete verde por sobre la que se enfrentaban las dos delegaciones. Al fin, pensamos, se pondrá punto final a la sangría en Indochina. Estábamos en el umbral de lo que habíamos buscado por tanto tiempo, una paz compatible con nuestro honor y nuestras responsabilidades internacionales. Y podríamos comenzar a restañar las heridas que la guerra había infligido a nuestra propia sociedad.

Pero los negociadores no deben dejar traslucir la emoción; se torna en un arma en las manos del otro bando. Cuando reasumimos, todo lo que pude decir, por razones tácticas, en ese momento de casi exultante esperanza fue: «Por supuesto que no he tenido ocasión de estudiar vuestro documento. Por la presentación creo que han abierto un importante nuevo capítulo en nuestra negociación, que puede traernos a una rápida conclusión.» Le advertí a Le Duc Tho que cualquiera fuera lo que se negociara tendría que ser aprobado primero por el presidente Nixon y luego por Saigón. Sólo entonces podríamos hablar de una visita mía a Hanoi como él me pedía. La primera fecha para ello podría ser el 20 de octubre. Solicité la noche y la mañana siguiente para estudiar el documento y reunirnos nuevamente a las 2 de la tarde del lunes 9 de octubre. Le Duc Tho estuvo de acuerdo. Comí esa noche con un amigo. Volví a la residencia de la embajada y le di instrucciones a Winston Lord y a John Negroponte para que volvieran a redactar el documento de Le Duc Tho debilitando las provisiones políticas aún más, fortaleciendo nuestro derecho de ayudar a Vietnam del Sur, ajustando las medidas contra la infiltración con lenguaje extraído de anteriores propuestas norteamericanas e insistiendo en el retiro de Vietnam del Norte de Laos y Camboya.

Caminé luego solo por las calles de París, siguiendo la ribera izquierda del Sena hasta Notre Dame. Crucé el río cerca de Sainte Chapelle, volví rodeando el Louvre y crucé la Place de la Concorde para volver a la residencia del embajador. No hay ciudad en la que el pasado y el presente se encuentren en tan armonioso equilibrio como en París. Hay algunas ciudades más viejas, pero menos relevantes para la realidad diaria; otras son más imponentemente modernas, pero no inspiran un sentimiento de continuidad. En París la historia convive tranquilamente

con el mundo contemporáneo; inspira pero no sobrecoge. La ribera izquierda recuerda la escala humana del origen de París; Notre Dame respira una fe que hizo que una sociedad de campesinos levantara edificios para su visión de Dios y su sentido de lo eterno y el París del siglo diecinueve demuestra cómo puede hacerse que la naturaleza sirva al arte (aunque su propósito con las grandes avenidas sea más utilitario para crear un claro terreno de fuego contra los revoltosos y complicar las tentaciones de los parisienses para levantar barricadas). Todas estas visiones de París pasaron a mi lado mientras caminaba por sus calles perdido en mis reflexiones. Estábamos a la vista de una meta estimulante y mucho dependería de lo que yo hiciera y recomendará y persiguiera en los próximos días.

Yo tenía tres posibilidades. Podía rechazar el plan de Le Duc Tho en principio como inadecuado; podía aceptarlo en principio y negociar su mejora; podía ganar tiempo, tal vez retornando a Washington para consultar.

Decidí proceder. Al pasar los años habíamos definido nuestros términos precisamente: no abandonaríamos un gobierno aliado directa o indirectamente; queríamos que terminara la guerra en Indochina; insistiríamos en la liberación de nuestros prisioneros y una rendición de cuentas por los perdidos en la acción. Queríamos que Vietnam del Norte retirara sus tropas de los países vecinos. Exigíamos un fin a la infiltración dentro de Vietnam del Sur. El acuerdo redactado por Le Duc Tho contenía todo esto; aceptaba en realidad lo que habíamos presentado el 31 de mayo de 1971 y el 8 de mayo de 1972. En verdad, las provisiones políticas de la nueva propuesta eran mucho mejores para nosotros que las ofrecidas por Nixon el 25 de enero de 1972. Las elecciones generales que se preveían en el plano de Tho eran tan vagas como para ser inoperables en la práctica (comparándolas con nuestra propuesta de elecciones presidenciales dentro de los seis meses y el retiro de Thieu dos meses antes). La «administración de Concordia Nacional» tenía menos poder que hasta la comisión electoral conjunta que habíamos estado pidiendo por más de tres años, porque no había elección acordada que supervisar y estaba seguro que en una rápida negociación haríamos que las medidas políticas hicieran más agua aún.

En cuanto a los términos militares, la oferta de un cese del fuego en el lugar en Vietnam estaba desautorizada. Le Duc Tho había sugerido que podía extenderse a Laos y Camboya. El borrador que presenté incluía una provisión que requería el retiro de todas las fuerzas extranjeras de Laos y Camboya; yo tendría que tratar de analizar el calendario y asegurarme de que Le Duc Tho considerara a las fuerzas norvietnamitas «extranjeras». Y Hanoi estaba lista para devolver nuestros prisioneros a medida que se retiraran nuestras fuerzas. Teníamos que admitir que no había medidas que anunciaran el retiro de las tropas norvietnamitas del sur, pero nosotros mismos habíamos abandonado esa pretensión —con asentimiento de Thieu— en nuestra propuesta de cese del fuego del 7 de octubre de 1970, en nuestro plan secreto de siete puntos del 25 de enero de 1972 y el 8 de mayo de 1972. Vale la pena recordar que nadie, halcón o paloma o Thieu, si venía al caso —objetó cuando se presentaron las anteriores propuestas sin esta provisión—. En principio, una demanda del retiro de los norvietnamitas era justa, pero en la práctica había resultado ser insostenible durante diez años de guerra y tres administraciones. Era un objetivo que podíamos lograr sólo por la derrota total de Hanoi, por una guerra extrema que ni el Congreso ni nuestro pueblo apoyarían. Así, aunque continuáramos presionando para conseguirlo en los días por venir, no podíamos convertirlo en una condición para un arreglo final. Hacía tiempo que habíamos cruzado ese umbral. Lo mejor que podíamos hacer era insistir en la provisión de nuestro plan del 31 de mayo de 1971 que prohibía la infiltración de más hombres y material dentro de Vietnam del Sur y que Le Duc Tho aceptaba ahora. Si se atuvieran a él, este compromiso provocaría fricción entre las fuerzas norvietnamitas; si lo violaran, no estaríamos mejor con una provisión igualmente incumplida que pidiera el retiro.

Reflexioné también sobre lo que ocurriría si rechazábamos la propuesta y luego Hanoi la publicaba —casi con certeza—. (Y en verdad, Hanoi la publicó a fines de octubre.) Se podía imaginar la protesta pública si rechazáramos la aceptación de Hanoi de nuestra propia propuesta. Casi seguramente nos hubiera devuelto a la mesa de negociaciones y esta vez tendríamos que trabajar bajo el clamor de las acusaciones parlamentarias y de los medios de difusión de cinismo y de mala fe por no cumplir con nuestras propias propuestas. A mi juicio, nuestra mejor oportunidad era proceder empujando continuamente a Hanoi contra su autoimpuesto ultimátum de nuestras elecciones y utilizando su ahora palpable deseo de velocidad para extraerles más mejoras.

Me daba cuenta, por supuesto, de que Nixon prefería en general demorar las conversaciones

hasta después de nuestra elección y luego atacar con todo tanto a Hanoi como a Saigón. Pero esta opción no estaba en realidad disponible. La dilación obligaría a Hanoi a salir al ruedo público, donde nuestro caso sería débil. No teníamos bases posibles para rehusar o hasta dilatar. La oferta era mucho más favorable que nada que el Congreso, los medios de difusión y el público hubieran imaginado como posible y mejor que lo que habíamos pedido. Si Hanoi publicaba su propuesta, sería un punto de partida para negociaciones *sin* mejoras que estaba prácticamente seguro que podía lograr en tres o cuatro días de negociaciones secretas intensivas bajo la presión de un ultimátum.

Igualmente importante, la opción de una escalada —implicada al atacar con todo después de la elección— era dramática pero no realista. Nuestras posibilidades militares no serían entonces diferentes de ahora y podrían ser peores. Ya estábamos haciendo todo lo que éramos capaces de hacerle a Vietnam del Norte excepto bombardeos masivos con B-52 en el tercio norte del país; pero comenzar con ataques con B-52 después que Hanoi hubiera publicado la aceptación de nuestros términos sería imposible de justificar. Y al poco tiempo de nuestra elección Hanoi redescubriría no solamente nuestra fragilidad doméstica, sino también las presiones presupuestarias que nos obligarían a reducir nuestras fuerzas unilateralmente, de acuerdo a la planificación fiscal de Laird. Tendríamos entonces que conciliar los desacuerdos con Hanoi probando el aguante mutuo a través de una serie de puntos muertos adicionales —un proceso que dividiría aún más a nuestro país— y hacer que el fin de la guerra fuera tan ardiente como su conducta.

Ése me parecía el punto más crucial, mientras caminaba por las calles de París esa fatídica noche. Teníamos la obligación moral hacia nuestros aliados de Saigón de no negociar con el destino de esos millones que habían puesto su confianza en nuestra palabra. Pero no teníamos obligación de asegurarles la victoria total que eran incapaces de definir, cuyo logro requería un compromiso abierto que se extendería por muchos años y que habíamos jurado públicamente rechazar en los tres últimos años. Habíamos enviado a millones de norteamericanos y miles de millones de dólares en equipo a Vietnam del Sur y sangrado a nuestra sociedad durante diez años. Habíamos comprado tiempo mientras fortalecíamos la capacidad de Vietnam del Sur de defenderse a sí misma, pero, finalmente, teníamos la obligación moral también con nuestro pueblo de no prolongar su división más allá del punto exigido por el honor y responsabilidad internacional, para terminar la guerra en una manera que enmendara antes que dividir. Para esto era esencial la rapidez antes que la oportunidad fuera sumergida en la ciénaga de nuestras sospechas domésticas. Si pudiéramos lograr un acuerdo que nadie hubiera pensado posible recibiendo los términos esenciales que habíamos estado sugiriendo por años, habría por fin una oportunidad para la reconciliación en nuestro país. Las palomas podían recogerse al final de la guerra. Los halcones sentirse orgullosos por la preservación de la dignidad norteamericana. Si actuábamos con decisión podríamos terminar la guerra en una forma que diera algún sentido a los sacrificios que se habían hecho; como un ejercicio de nuestra propia voluntad antes que por el agotamiento de la discordia interminable. Y en esta forma yo hubiera devuelto una pequeña deuda que tenía con el país que había amparado a mi familia y a mí de la persecución, el odio y la tiranía.

Por todas estas razones elegí el segundo curso: aceptar el plan de Le Duc Tho en principio y proceder inmediatamente a negociar para mejorarlo más. Yo sabía que cuando las apuestas estuvieran hechas Nixon me respaldaría. No podía desperdiciar un acuerdo por consideraciones electorales. Comprendería que arriesgaría más esperando que procediendo. Haldeman seguramente pediría dilatar para no agitar a los conservadores, pero aparte del hecho de que no teníamos realmente esta posibilidad, Nixon nunca había atendido tales argumentos anteriormente en un asunto tan crucial como Vietnam y no lo haría ahora. Al Haig estuvo de acuerdo conmigo cuando yo discutí con él mis conclusiones al volver a la residencia de la embajada. Como yo, estaba emocionado por la ocasión y por el pensamiento que nuestros efectivos militares podían al fin desentenderse con honor de un lamentable y ambiguo conflicto. Suponiendo que se pudieran negociar las mejoras que aún necesitábamos, lo que yo estaba confiado en lograr, no creía que hubieran mejores términos a la mano si no fuera por otro año o más de bombardeos intensivos y angustiosos tumultos en casa.

Bien pasada la medianoche le envié un críptico mensaje a Haldeman: «Dígale al presidente que ha habido algo de progreso definido en la primera sesión de hoy y que puede abrigar alguna confianza en que el resultado será positivo.» Sin dar detalles, le ofrecía a Nixon todas las oport-

tunidades de ordenar una detención o solicitar información adicional si lo que quería era dilatar. Como yo esperaba, no hubo respuesta. Simultáneamente, se envió un corto mensaje a Ellsworth Bunker para que advirtiera al presidente Thieu que «la otra parte podría anunciar una propuesta de cese del fuego durante estas reuniones» y que por lo tanto era «esencial que Thieu diera a sus comandantes la orden de moverse con rapidez y tomar todo el territorio crítico posible». Bunker, como se estaba haciendo costumbre, no pudo pasar el mensaje porque Thieu no estaba disponible. Thieu se había ido a practicar esquí acuático el 8 de octubre, había pisado un clavo, recibido una vacuna contra el tétanos y estaba en cama con alta fiebre —o por lo menos así decía Nha—. Bunker recordó sin embargo, que Thieu le había dicho el 6 de octubre que sus comandantes de cuerpo ya tenían órdenes de tomar territorio.

Demoré la reunión con Le Duc Tho hasta las 4 de la tarde porque necesitábamos el tiempo para preparar un contra borrador destinado a utilizar su obsesión con un «programá» para lograr el máximo de concesiones. Cuando comenzó la reunión del 9 de octubre, le entregué a Xuan Thuy una corbata de regimiento como recompensa por haber trabajado en domingo. Dijo que la usaría cuando se terminara el tratado. (Lo hizo.) Abrí la sesión subrayando que Le Duc Tho nos había dado un «muy importante documento, que creo que nos llevará a un acuerdo». Entregué nuestra nueva propuesta y repasamos sus provisiones punto por punto. Aceptamos algunas medidas, reformulamos otras, suprimimos algunas y agregamos unas nuevas a las nuestras, ajustando las medidas sobre infiltración, reemplazo de material y Laos y Camboya. Le Duc Tho reservó su posición hasta que pudiera estudiar el documento, pero oralmente proclamó su ansiedad por arreglar con la misma intensidad que anteriormente había marcado sus dilaciones.

De modo que las circunstancias son propicias y ahora nosotros, ustedes y nosotros, debíamos hacer un esfuerzo para alcanzar un acuerdo en forma expedita, rápidamente y con buenos resultados. Por lo tanto si cada uno de nosotros tiene algún asunto que discutir para arreglar, debíamos hacerlo con el corazón abierto, francamente y llegar a un rápido acuerdo. Lo que podamos registrar en el tratado lo haremos. Lo que no podamos consignar en el tratado, lo arreglaremos entre nosotros.

Después de dos horas levantamos la sesión. Esta vez los norvietnamitas necesitaban la mañana para estudiar nuestro borrador. Se fijó el próximo encuentro para las 4 de la tarde siguiente.

Al separarnos, Tho me entregó un extenso documento que propuso que firmaran los Estados Unidos y Hanoi; contenía las líneas de acción para las negociaciones de los dos partidos survietnamitas. Esto era por supuesto totalmente contrario a nuestra estrategia de separar los asuntos políticos de los militares; no podía ser negociado de ninguna manera dentro del «programá» al que Tho daba tanta importancia. Debe haberlo sabido, pero tal vez sus colegas del Viet Cong en Vietnam del Sur habían insistido y él lo hacía por cumplir. Tomé nota del documento, indiqué que lo estudiaría y nunca me ocupé de él. Tampoco Tho.

Le envié otro conciso cable a Haldeman:

En esta coyuntura creo que tenemos la oportunidad de obtener progresos significativos si mantenemos una posición firme y contamos con algún adelanto en la sesión de mañana. El aspecto esencial del asunto es asegurarse ahora que no se hagan declaraciones públicas que sugieran o ansiedad o preocupación por las rondas regulares de conversaciones. Es aún más importante permanecer en silencio en cuanto a contenidos. Estamos en un punto crucial. Tendremos un firme pronóstico al finalizar la sesión de mañana.

Nuevamente no hubo respuesta ni pedido de más informaciones. Había dos razones principales para nuestros lacónicos informes. No había en la Casa Blanca un experto sobre Vietnam que pudiera haber analizado las distintas provisiones para el presidente. Los miembros del personal del CNS que lo hubieran hecho normalmente estaban todos conmigo. El presidente desconfiaba demasiado del Departamento de Estado como para consultarlo y sus expertos en Vietnam de cualquier modo, no estaban informados del estado del juego. Más importante aún, aquéllos a quienes veía el presidente más frecuentemente en estas semanas de cierre de la campaña eran «expertos» en relaciones públicas y ejecutivos políticos

que se sentirían extremadamente tentados de explotar las negociaciones para fines de corto alcance. Tanto Haig como yo sabíamos que Nixon podría mostrar un cable particularmente interesante a cualquiera que entrara a su oficina. Si esa persona fuera Charles Colson —con quien pasaba cada vez más tiempo— no había forma de predecir lo que ocurriría (*). Estaba especialmente preocupado porque estaba indicado que George McGovern anunciaría su programa sobre Vietnam dentro de veinticuatro horas, en la noche del 10 de octubre. Era seguro que le ofrecería a Hanoi mucho más de lo que Hanoi estaba pidiendo. No me parecía aconsejable colocar delante de los consejeros políticos de Nixon la tentación de arriesgar cuatro años de negociaciones por un efímero titular que ridiculizara a McGovern. En cualquier caso, estaba seguro de que en una situación táctica de jugadas rápidas yo operaba bien dentro de las pautas del presidente (especialmente las de nuestra conversación del 4 de octubre). El anteproyecto del 8 de octubre fue mucho más favorable para nosotros que lo que Haig había llevado a Thieu con la aprobación de Nixon, menos de una semana antes. Además, no se necesitaba ninguna decisión por parte de Nixon en esta etapa.

Para evitar cualquier malentendido en Hanoi, le dije a Le Duc Tho que todas nuestras negociaciones eran *ad referendum* hasta que fueran aprobadas por el presidente y para prevenir la intranquilidad de Washington, le envié al presidente un cable personal:

Las negociaciones de esta ronda han sido tan complejas y delicadas que no hemos podido informar de su contenido en detalle por el peligro de comprometerlos. Sabemos exactamente lo que estamos haciendo y en la misma forma en que no lo hemos decepcionado en el pasado haremos ahora. Pendiente de nuestro retorno y el informe directo mío, es imperativo que no se diga nada para replicar a McGovern o cualquier otro texto que se ocupe de las conversaciones en trámite.

Agregué una postdata para Haldeman exclusivamente: «Por favor, trate que todo quede como está. Reconozco la incertidumbre de ustedes, pero los nervios excesivos sólo pueden hacer peligrar el resultado aquí.»

Hay pocos presidentes que hubieran tolerado semejante proceder, pero por enloquecedora que fuera la conducta de Nixon en épocas de calma, rayaba en lo heroico cuando estaban en juego asuntos realmente críticos. Debe haber estado tenso. No podía evitar sentirse intranquilo, pero en este momento crucial estaba preparado para confiar a un consejero, que estaba lejos, el resultado de un conflicto que había dividido la nación y que podía amenazar su propia presidencia. Se necesitaba una rara fortaleza para no tratar de influir en una negociación que podría decidir la elección y que determinaría con seguridad si su segundo término sería tranquilo o dominado por la crisis. Era tal el control de Nixon que se abstuvo hasta de una llamada telefónica para satisfacer su natural curiosidad humana.

Las dos delegaciones se reunieron nuevamente el martes 10 de octubre a las 4 de la tarde en Gif-sur-Yvette. La noche anterior había hecho entregar un mensaje a Le Duc Tho enumerando nuestros requerimientos para la seguridad y en cuanto a Laos y Camboya. Estaba destinado a obligarlo a ser lo más honesto posible en estas áreas cuando presentara su contrapropuesta. Tho se quejó porque «complicaban» las cosas y que yo estaba provocando «presiones» —como si fuera un procedimiento extraño a los tiernos corazones de los hombres de Hanoi. Después de esto nos abocamos a la tarea y en una sesión de seis horas comenzó el tedioso proceso de comparar los dos anteproyectos, ajustarlos poniendo temporariamente a un lado los temas insolubles y empezando la negociación de los entendimientos separados por escrito sobre puntos como Laos, que no tenían lugar en un tratado de paz en Vietnam.

Al día siguiente, 11 de octubre continuamos, embarcándonos (aunque no nos dábamos cuenta) en una maratón que duró dieciséis horas, desde las 9,50 de la mañana hasta después de las 2 de la mañana siguiente. La transcripción de la sesión cubre 122 páginas a un solo espacio. La esperanza y la dedicación que animaba a cada miembro de nuestra delegación se demostró en mi secretaria, Irene Derus, que tomó las notas taquigráficas durante toda la reunión. Decliné los ofrecimientos para relevarla, en parte porque la sesión parecía a cada momento a punto de levantarse, cuando surgía un nuevo asunto, pero con más veracidad porque quería participar en el suceso histórico de la terminación de la guerra de Vietnam.

(*) En diciembre, Nixon realmente mostró algunos de mis cables a Colson, que no hizo daño en el momento, aunque Colson, sin comprenderlos para nada, les dio más tarde prominencia en su propio libro (3).

No serviría a ningún propósito ventajoso detallar las idas y venidas de estas minuciosas negociaciones. El emplazamiento no dejaba de tener sus cualidades surrealistas. Rodeados de pinturas abstractas, revisábamos los dos anteproyectos punto por punto. Cuando surgía un desacuerdo, las dos delegaciones se unían para ver quién podía sugerir una fórmula alternativa. Ésta se escribía a máquina y se traducía. Mientras esperábamos, Tho y yo conversábamos a menudo. Culpé de todos los puntos muertos a Xuan Thuy, a quien propuse echar de la habitación. Tho amenazó con quitarme la cátedra de Harvard si no era más razonable (su amenaza resultó ser más significativa que la mía). Las bromas pesadas no podían oscurecer ni la tensión ni el regocijo, la conciencia de nuestra responsabilidad y la esperanza de que al fin podríamos alcanzar la esquivo meta que habíamos perseguido con esperanza y angustia todos estos años.

Nos pusimos rápidamente de acuerdo para un cese del fuego, un retiro norteamericano en dos meses y una liberación simultánea de prisioneros. Nuestro principal objetivo era eliminar de las provisiones políticas todo vestigio de gobierno de coalición que quedara y redactar las restantes obligaciones políticas de ambas partes de tal modo que la falta de cumplimiento no le diera a Hanoi el pretexto para reanudar las hostilidades. Por ese motivo cambiamos la provisión de Hanoi en cuanto que los dos partidos survietnamitas tenían que ponerse de acuerdo sobre un tratado político dentro de los tres meses, por una formulación más débil —harían «todo lo posible» para llegar a un acuerdo— transformando una obligación objetiva en una promesa subjetiva para realizar un esfuerzo. Incorporamos el principio de unanimidad. La «administración de Concordia Nacional», anteriormente un gobierno de coalición, se diluyó transformándose en un cuerpo nebuloso más cercano a nuestra comisión electoral, llamado (uniendo los títulos de las propuestas de ambos bandos) «Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia». (El párrafo político en el anteproyecto de Le Duc Tho del 8 de octubre y el resultado final del 11 de octubre se dan en las notas) (4). Más adelante yo caractericé las provisiones políticas en una reunión con Thieu y sus consejeros en Saigón el 19 de octubre:

Permitame entonces enumerar las provisiones políticas que consideramos causantes de un derrumbe de consideración de la posición comunista. Se ha abandonado la exigencia de la institución de un gobierno provisional de Concordia Nacional. Se ha abandonado la pretensión de un amalgama entre Saigón y las fuerzas comunistas. El gobierno existente puede continuar con ayuda económica limitada y con reabastecimiento militar para una fuerza de gran tamaño por parte de Norteamérica. El único requerimiento es que se negocie con el otro lado para establecer un Consejo. Si alguna vez funciona el Consejo, no tiene jurisdicción que yo pueda determinar, excepto por medio de elecciones que usted debe consentir, para instituciones que usted debe decidir, dentro de una estructura que depende de que usted la negocie. En otras palabras, hemos conservado la posición fundamental de que dejamos el futuro de Vietnam del Sur a los survietnamitas y que el gobierno que hemos reconocido es el gobierno de la República de Vietnam del Sur y a su presidente.

El reverso de esto fue, por supuesto, que Hanoi regateara aún más insistentemente sobre los asuntos militares. De modo que sólo después de grandes esfuerzos logramos el acuerdo de Le Duc Tho sobre el cese de toda infiltración de personal dentro de Vietnam del Sur y que el equipo podía ser reemplazado sobre la base de uno por uno bajo supervisión internacional. (Tho había pedido «igualdad», queriendo decir que los comunistas tenían el derecho de introducir armas en el Sur iguales a las que nosotros dábamos a Saigón. Por ser el ejército de Saigón mucho más grande, insistimos en nuestra formulación, que significaba que se podía reemplazar el equipo existente pero no aumentarlo. Triunfamos —tal vez porque Hanoi no tenía intención de respetar la provisión.)

En todas las reuniones y con distintas formulaciones insistíamos en pedir un compromiso norvietnamita de retirar sus tropas del sur. Nunca lo obtuvimos. Le Duc Tho resistía por principio porque no consideraba a Vietnam del Sur como país extranjero y porque una cláusula como ésa hubiera significado un rendimiento total. Finalmente convimos en una prohibición de la infiltración y una formulación de que después del cese del fuego, los dos partidos survietnamitas discutirían los «pasos para reducir los cuadros militares en ambos bandos y desmovilizar las tropas que se retiren». Yo no me hacía ilusiones. Cuando cualquiera de los dos, Hanoi o nosotros estábamos buscando una forma elegante de enterrar un asunto, dejábamos la resolución

a los dos partidos survietnamitas, que sabíamos que nunca se pondrían de acuerdo sobre nada. Aceptábamos porque habíamos estado ofreciendo un cese del fuego en el lugar por dos años y porque Hanoi aceptaba nuestra propia fórmula de compromiso de prohibir toda infiltración de personal. Esto eliminaría gradualmente a las fuerzas norvietnamitas en el Sur por desgaste, suponiendo que Hanoi cumpliría con las provisiones o que nosotros las haríamos cumplir. (Esta presunción se aplicaba al tratado todo; si se permitía que las dudas en cuanto al cumplimiento bloquearan un acuerdo satisfactorio, entonces no se podría llegar al fin de la guerra por negociación; debería pelearse hasta el final.)

Se perdió mucho tiempo con Laos y Camboya. Había tres asuntos que no se arreglarían durante varias semanas: en qué forma legal expresar las obligaciones asumidas; la situación de las fuerzas extranjeras, incluyendo a las norvietnamitas y cómo empezar un cese del fuego allí. El primer punto surgió porque Tho aducía que los asuntos internos de Laos y Camboya no podían tratarse en un tratado de paz vietnamita. Dispusimos de ello llevando nuestro entendimiento a documentos escritos separados. Le Duc Tho aceptó que el retiro de las fuerzas extranjeras de Camboya y Laos *debería* ser parte del acuerdo de Vietnam; después de largos debates aceptó que todas las tropas extranjeras se retiraran de Laos y Camboya y que las tropas vietnamitas serían consideradas extranjeras para ese propósito. No nos fue tan bien con los ceses del fuego en Laos y Camboya. Yo insistía en que se fijaran para una fecha precisa que precedería a nuestro retiro completo. Le Duc Tho acordó prometer un cese del fuego en Laos dentro de los treinta días después de la firma del tratado; insistió en que la influencia de Hanoi sobre los comunistas camboyanos no era decisiva. Nos sentimos escépticos. Como demostraron los acontecimientos subsiguientes, resultó ser una ocasión en que Tho estaba diciendo la verdad.

El hueso más duro de roer eran los pretendidos 30.000 prisioneros civiles en las prisiones de Vietnam del Sur, de los cuales unos 10.000 eran de los cuadros Viet Cong y el resto criminales. El anteproyecto del 8 de octubre de Le Duc Tho pretendía que fueran liberados junto con los prisioneros de guerra. Yo no veía posibilidad de que Saigón liberara el núcleo de guerrilleros Viet Cong. Propuse que este asunto se dejara a los dos partidos survietnamitas, que harían «todo lo posible» por solucionarlo. Le Duc Tho se opuso, como era seguro que lo haría, porque de hecho dejaba a todos los prisioneros comunistas survietnamitas en las cárceles de Saigón. Obviamente era un punto sensible para sus aliados Viet Cong pero era totalmente inaceptable que nosotros permitiéramos que la liberación de los prisioneros de guerra norteamericanos fuera condicionada a nuestra habilidad para persuadir a Thieu para que dejara libres a los prisioneros Viet Cong. Una semana después los norvietnamitas abandonaron esta exigencia, ejemplo de una concesión importante extraída por condicionar la rápida conclusión del acuerdo a ello.

Finalmente, Le Duc Tho y yo nos pusimos de acuerdo para incluir en el tratado una declaración general que reflejara lo que había sido ofrecido por el presidente Johnson en 1965 y repetido por Nixon explícitamente el 25 de enero y el 8 de mayo de 1972: que después de la guerra Norteamérica contribuiría a la reconstrucción económica de Indochina, «para curar las heridas de guerra» como expresaba el documento más poéticamente. Puse en claro que lo haríamos en nuestro propio interés, por motivos humanos y para aumentar las perspectivas de mejores relaciones bilaterales entre las dos naciones (dándole a Hanoi un mayor incentivo para favorecer el tratado a su vez). Rechazamos sin embargo, en ese momento y siempre después, cualquier principio de culpa o reparación; aclaré también que el Congreso tendría que aprobarlo.

Hubo interminables discusiones técnicas sobre otros asuntos, incluyendo la maquinaria de control internacional y los participantes a una conferencia sobre la paz internacional. Pero al fin, a las 2 de la madrugada del 12 de octubre —después de haber negociado sin parar durante dieciséis horas y veintidós en las últimas treinta— Le Duc Tho y yo estábamos listos para terminar la sesión. Habíamos arreglado todos los asuntos principales de Vietnam, excepto la formulación del derecho de los Estados Unidos de reemplazar el equipamiento militar de las fuerzas survietnamitas y la cuestión de los civiles detenidos por Saigón. Necesitábamos también formular aún un compromiso más preciso para un cese del fuego en Laos y Camboya, pero habíamos llegado tan lejos que era inevitable la conclusión ahora. Estábamos predestinados para triunfar, aunque tomara tiempo. Yo bromeé —prescientemente— que podría lograr solamente que todos los partidos vietnamitas se unieran en oposición a mí.

Cayó sobre nosotros al fin el alivio de la terminación de esfuerzos extenuantes, acompañado de una extrema tensión. Por más de tres años Le Duc Tho y yo habíamos probado el aguante

del otro, tratado de abatir las mutuas defensas, buscando privar al otro de opciones. La diplomacia entre adversarios puede ser un asunto mortal, más aún por estar disfrazado con actitudes conciliatorias. Las dos partes habían arriesgado no sólo metas de la política extranjera sino también la unión interna; ambos se habían visto obligados a poner a un lado los vastos objetivos con los que habían entrado a la lucha; ambos apostaban sobre el futuro. No éramos tan ingenuos como para creer que los severos dirigentes de Hanoi habían abandonado la aspiración de toda una vida, pero al haber luchado por la libertad y la independencia de aquéllos que habían confiado en nosotros y al unir sus esfuerzos a los nuestros, podíamos ahora esperar que esfuerzos conjuntos similares a éstos podrían preservar la paz.

A esa hora de la madrugada, ganados por la perspectiva que había sido tan ilusoria por tanto tiempo, nos encontrábamos cercanos a la euforia. Por eso fue que Le Duc Tho y yo pronunciamos los dos cortos discursos, tan diferentes de los ocasionales choques amargos que habían caracterizado nuestros encuentros por tres años. Le Duc Tho habló con el lenguaje con el que nos habíamos familiarizado tanto en esos años:

Hemos hecho un gran esfuerzo y ustedes también, han hecho un gran esfuerzo. Y los esfuerzos son mayores en los últimos días. Y en algún momento durante el curso de las negociaciones, nuestras discusiones fueron fuertes; en muchas ocasiones había la impresión de que la negociación podía interrumpirse. Pero nuestros esfuerzos han sido grandes y puede decirse que nuestras negociaciones han ocasionado acuerdos básicos sobre muchas cuestiones, aunque el acuerdo no ha sido completado ya que hay una o dos cuestiones todavía que han quedado. Pero a través de nuestro esfuerzo, llegaremos sin duda a alcanzar nuestro objetivo de paz.

Si se restaura la paz, puedo decir que se ha dado vuelta a otra página en la historia de las relaciones entre nuestros pueblos, una página que cambió de la relación de hostilidad a una relación de amistad; no solamente para el período inmediato, sino a largo plazo. Y el día de la firma del tratado y el día del fin de la guerra será un día de fiesta para nuestros dos pueblos. Ustedes y nosotros debemos ocuparnos firmemente de mantener el acuerdo que hemos hecho aquí. Cuando logremos el tratado, entonces tendremos que honrar lo que hemos firmado. Esto es lo que yo quería expresar antes de irme a Hanoi dentro de dos o tres días.

Y yo repliqué, sin buscar igualar la calidad homérica de las últimas oraciones de Le Duc Tho:

Sr. Consejero Especial, aprecio en gran forma sus comentarios. He negociado personalmente en el problema de Vietnam desde 1967 hasta ahora y con el Consejero Especial desde 1969. Hemos tenido periodos muy difíciles, pero los hemos superado, porque los dos nos dimos cuenta, como se dieron cuenta nuestros pueblos, que la paz es el objetivo más importante que alcanzar. Como le dije ayer, nuestros dos países han hecho en varias ocasiones un armisticio entre ellos, pero esta vez debemos hacer una paz permanente.

Pero al trasladarnos de la hostilidad a la amistad, debemos recordar que ha habido mucho sufrimiento en ambas partes y que le debemos a los que han sufrido no caracterizar la guerra en modo alguno y que ninguno de nosotros proclame la victoria o la derrota. La victoria real será para los dos las relaciones duraderas que podamos establecer entre ambos, por supuesto, de modo que cuando yo y mis colegas llegemos a Hanoi, iremos a presentar nuestros respetos al heroico pueblo de Vietnam del Norte y a comenzar otra etapa de nuestra relación.

Éste fue el estado de ánimo que llevamos a Washington. Lord y David Engel (nuestro intérprete) quedaron atrás para asegurarse que los norvietnamitas y nosotros trabajáramos en los mismos textos y para aclarar algunos puntos técnicos. Después de la recién terminada maratón, habiendo promediado unas tres horas de sueño por noche durante cuatro días, ellos tenían que pasar diez horas de la tarde y noche siguientes sobre minuciosos y detallados asuntos técnicos y lingüísticos. El resto de nosotros, en el viaje de regreso, estábamos suspendidos entre la euforia y el agotamiento.

No había sabido nada de Nixon durante todo este período, aunque mis cables dejaban poca duda sobre mi opinión de que el fin estaba a la vista. Al terminar la sesión del 10 de octubre le

había enviado otro mensaje encubierto indicando que era inminente una apertura: «Pase por favor el siguiente mensaje a Haldeman para el presidente»: Hemos decidido quedarnos un día más con la expectativa de poder lograr una importante apertura. De cualquier modo volveremos mañana por la tarde. A mi juicio estamos lo suficientemente cercanos a una apertura como para poder arriesgar otro día aquí.» Inmediatamente después de mi retorno de la sesión de negociación de dieciséis horas le envié otro mensaje a Haldeman, notable por sus detalles reveladores: «Hemos completado recién una extremadamente larga sesión aquí. Es esencial que disponga de amplitud de tiempo con el presidente mañana para una revisión completa de la situación, ya que se requiere un juego cuidadoso ahora.» Haldeman replicó que el presidente estaba en un viaje de su campaña, por lo que yo debería llegar antes de las 5 de la tarde para que el presidente pudiera luego cenar conmigo y con Haig.

No habíamos sido mucho más explícitos con Saigón, excepto para destacar con creciente urgencia la probabilidad de un cese del fuego. Un poco solapadamente, quería dejarle a Thieu la impresión de que Hanoi había insistido sobre más exigencias políticas que lo que era en realidad, para obtener más crédito por el colapso de la posición de Hanoi cuando le mostrara a Thieu el acuerdo final y para acicatear su incentivo para aceptarlo. Thieu no podía tener ninguna duda en la inminencia de un cese del fuego aunque no conociera aún los mutilados términos políticos que lo acompañarían.

El 11 de octubre cablegrafí a Bunker:

Corriendo el riesgo de sonar repetitivo, él (Thieu) debe hacer los máximos esfuerzos para tomar todo el territorio posible, especialmente en áreas pobladas claves como las del tercer cuerpo en los alrededores de Saigón (MR 3).

En esta coyuntura no veo posibilidades de un cese del fuego en un tiempo no menor a dos semanas. Por eso, aunque no hay razón para dejarse atrapar por el pánico, hay poco tiempo para demoras de parte de los comandantes del ejército de Saigón.

Al día siguiente continué con otro cable más largo que resumía la situación y concluía:

Mi juicio en esta coyuntura sería que aparezcan preparados para aceptar un cese del fuego en el lugar, en un futuro cercano. Esto por supuesto está corroborado por la inteligencia de campaña y es por esta razón que no puede dejar de impresionar a Thieu con:

- 1.º la necesidad de recobrar todo el territorio posible, y
- 2.º la necesidad de una mayor flexibilidad en el lado político.

Por supuesto, nosotros tenemos la intención de mantenernos firmes en el área política, aunque por razones tácticas podamos tener que discutir algunas obligaciones en esta área.

El segundo punto era bastante tortuoso; tenía la intención de desviar la atención de Thieu a las provisiones políticas donde yo sabía que estábamos consiguiendo la mayoría de lo que habíamos pedido. Para magnificar la preocupación de Thieu con las provisiones políticas, le envié a Bunker el documento de pautas presentado por Le Duc Tho el 9 de octubre y enterrado hacía mucho. No era un método muy elevado, ni tampoco hizo su trabajo, pero por diferentes razones.

Yo había decidido no enviar aún el texto completo de nuestro acuerdo a Thieu, en parte por seguridad, por nuestra creciente desconfianza de su entorno, porque pensábamos (correctamente) que no podían lograrse más mejoras y sobre todo porque yo suponía que estaría contento con el resultado y por lo tanto no había necesidad de darle detalles antes que nosotros tuviéramos en claro nuestro propio plan de juego. Haig y yo creíamos en realidad, que Thieu estaría tan encantado por nuestro éxito al acabar con el fantasma de un gobierno de coalición que su aceptación de un cese del fuego estático —que había después de todo endosado por dos años— sería una formalidad. Los obstáculos mayores a la vista serían el atroz Nha y el pedante Duc, que desmenuzaban el tratado hasta la muerte y que no comprenderían que representaba el mejor compromiso disponible. John Negroponte estaba bastante más preocupado por la reacción de Thieu. Demostró ser más presciente que todos nosotros.

El 10 de octubre, McGovern había presentado su propio programa para la paz en Vietnam. Pedía mucho menos de lo que Hanoi ya nos había concedido, pero hasta la gran mayoría de los

críticos norteamericanos moderados habían abandonado toda esperanza de lograr los términos de nuestras distintas ofertas de paz, mucho menos los términos mejores del proyecto. Llevábamos a casa un documento que reivindicaría las plegarias de los que habían soportado el trámite en apoyo a su gobierno y en esa forma detener la erosión de la confianza que había marcado a la última década. Y sin embargo nuestros opositores podían unirse para apoyarlo porque había logrado la meta de paz por la que habían batallado con dedicación. Por eso esperábamos que el resultado no menos significativo de los últimos días, había sido salvaguardar un espíritu de unidad y conciliación a través de nuestra tragedia nacional. Podíamos curar nuestras heridas de guerra.

La reacción nacional, cuando se supo de este adelanto más tarde en octubre y cuando se firmó el tratado en enero de 1973, fue de real alivio y de las primeras señales de la reconciliación nacional. Hubo sin embargo notas agrias, que no pudieron ahogar la satisfacción que podía sentir el país al completar nuestro retiro de Vietnam. Algunos decían que habíamos arreglado en 1972 en los términos existentes en 1969. Ni siquiera el más ligero conocimiento del registro sostiene ese argumento. Nunca antes del 8 de octubre de 1972 Hanoi había consentido en abandonar su inaceptable exigencia de un gobierno de coalición. (Se había apartado lentamente de la insistencia en derrocar al gobierno de Vietnam del Sur sólo unas pocas semanas antes de él.) La existencia de un ejército de Vietnam del Sur, la continuación de la ayuda militar y económica a Saigón, retiro de Laos y Camboya y varias otras concesiones de importancia surgieron solamente de las negociaciones que comenzaron el 8 de octubre.

Tampoco era correcto decir que todo lo que buscábamos era un «intervalo decente» antes de un derrumbe final de Saigón. Todos los que habíamos negociado el acuerdo del 12 de octubre estábamos convencidos de que habíamos reivindicado la angustia de una década no por un «intervalo decente» sino por un tratado decente. Pensamos con razón que Saigón, generosamente armado y apoyado por los Estados Unidos, sería capaz de manejarse con las violaciones moderadas de los tratados; que los Estados Unidos vigilarían para hacer cumplir el tratado y castigar las violaciones de importancia; que Hanoi podría sentirse tentado por la ayuda económica para elegir la reconstrucción del norte, si la conquista del sur se mantenía fuera de alcance; que podíamos utilizar nuestras relaciones con Moscú y con Pekín, además, para incitar a la moderación de Hanoi y que con nuestra ayuda el gobierno survietnamita podía crecer en seguridad y en prosperidad al pasar el tiempo comprado por el tratado, compitiendo eficazmente en una lucha política para la que tenía, sin cuestionamiento, la lealtad de la mayoría de su población. Quizá los partidos vietnamitas hasta podían elaborar un modus vivendi pacífico.

No podíamos saber que pronto Watergate iba a anular la mayoría de estas suposiciones. En una dichosa ignorancia del futuro aterrizamos en Washington, casi felices porque habíamos traído a casa tanto paz como dignidad.

Capítulo XXXII

EL DIFÍCIL CAMINO HACIA LA PAZ

Cuando regresamos a Washington, el 12 de octubre, Haig y yo fuimos inmediatamente al refugio de Nixon en el Edificio de las Oficinas del Ejecutivo. La *suite* constaba de dos habitaciones. En la exterior, había una mesa redonda y varias sillas: las paredes estaban cubiertas con originales de caricaturas que tenían como tema a Nixon. No había mesa de control ni receptionista. Nunca vi que esta habitación se utilizara. Sólo se tenía acceso a este «escondite» por exclusiva invitación del presidente, transmitida directamente por él o por Haldeman. Por lo tanto, no se necesitaba sala de espera. La oficina de Nixon era una habitación rectangular, bastante grande, con un hogar de leña en el extremo más alejado. Las ventanas daban sobre un porche que miraba hacia la Avenida del Ejecutivo del Oeste, una calle angosta y cerrada que separa la Casa Blanca del Edificio de las Oficinas del Ejecutivo. Casi invariablemente, las persianas estaban bajadas; a Nixon le gustaba que su lugar de trabajo tuviera la atmósfera de un capullo de crisálida. Frente a la ventana había un gran escritorio y en el rincón un sillón con un apoyapiés delante. A la derecha, mirando de frente, una mesa más pequeña, redonda también y varias sillas de madera con posabrazos.

Nixon por lo general se sentaba en el sillón, con las piernas elevadas en el apoyapiés, aun mientras trabajaba. Sus colaboradores se sentaban en las sillas de madera. Cuando las reuniones eran muy prolongadas, como sucedía con frecuencia cuando el presidente reflexionaba sobre algún tema en particular, las sillas resultaban incómodas. Pero tal cosa no sucedió el 12 de octubre. Mostrando indiferencia, Nixon nos pidió a Haig y a mí que le informáramos. Con relativo entusiasmo le dije que parecía que habíamos logrado los tres objetivos mayores para 1972; los dos primeros eran la visita a Pekín y la reunión cumbre de Moscú. Luego desbrocé las condiciones de nuestro acuerdo con Vietnam detalladamente, explicando las diferencias con nuestras propuestas de enero y mayo, que resultaban casi a nuestro favor. La principal preocupación de Nixon era la reacción de Thieu. Yo me sentía —ingenuamente— optimista, porque me parecía que había logrado mejores resultados que con las propuestas que juntos formuláramos en los años anteriores. Nixon recuerda que Haig parecía preocupado (1). Yo no lo tengo presente. No tiene ninguna importancia porque Haig estaba totalmente de acuerdo conmigo.

Nixon ordenó que sirvieran carne asada y vino, para celebrar el acontecimiento. Le di los esquemas del plan de actividades que preparamos con Le Duc Tho. Yo volvería a París el 17 de octubre para reunirme con Xuan Thuy y tratar de lograr algún adelanto en los dos temas restantes sobre detenidos civiles en Vietnam del Sur y el reemplazo de equipos militares para las fuerzas survietnamitas. También tendríamos que trabajar sobre los entendimientos para el cese del fuego en Laos y Camboya. Luego volaría de París a Saigón, donde me quedaría desde el 18 de octubre hasta el 22. A la noche de ese día, viajaría a Hanoi, volviendo a Washington el 24 de octubre. El acuerdo se anunciaría el 26 de octubre y se firmaría el 31. Era un plan de actividades muy ajustado y, según nos dimos cuenta después, excesivamente optimista. Hanoi nos presionaba para que los cumpliáramos. En ningún momento busqué apurar el proceso. Nuestro objetivo principal no era, claro está, agradar a Hanoi, sino aprovechar su impaciencia y plazos cortos, para forzarlo a que resolviera rápido acerca de los tópicos en disputa. Desde ese punto de vista, mi táctica funcionó bien.

El presidente estuvo de acuerdo y comenzamos de inmediato a ejercer presión sobre Hanoi.

Winston Lord, que todavía estaba en París cotejando los textos vietnamitas y norteamericanos, recibió instrucciones de decirle a Xuan Thuy que Nixon estaba de acuerdo con el borrador básico, siempre que Hanoi aceptara cuatro cambios «sin los cuales, los Estados Unidos no podrían aceptar el documento». Estos cambios incluían formulaciones más precisas en cuestiones tales como el cese de infiltración, ayuda militar a Vietnam del Sur y los poderes debilitados del Consejo Nacional. Habíamos tenido esos textos listos en París, antes de que yo me marchara y podrían haberse presentado allí. Se enviaron desde Washington para agregar un sentido de urgencia, otorgarles autoridad presidencial y para que el programa de actividades nos fuera favorable.

Aquí se hace necesario mencionar los mensajes que se cursaron entre Washington y Hanoi durante este período. *Todos* ellos fueron redactados por mí y mi equipo. Algunos se enviaron como notas sin firma. Cuando queríamos darles más trascendencia, las despachábamos en nombre del presidente. Como en otras negociaciones, yo las conducía en su nombre. Nixon recibía una copia de todo lo que se enviaba. Con toda seguridad hubiera podido objetar cualquiera de ellas. Jamás lo hizo. Una vez que nos daba los esquemas generales, no deseaba verse envuelto en el proceso de la negociación. Tampoco le interesaba el texto de los documentos. A veces hacía algún comentario sobre mi versión oral de un documento, pero los detalles y las sutilezas del lenguaje no le interesaban. En esta etapa de las negociaciones con Vietnam, Nixon no intervino. Las historias que se hacían correr en ese momento de que con su agudeza y percepción legal detectaba puntos que podrían interpretarse ambiguamente, eran pura ficción. Dio su apoyo al borrador inicial sin proponer ningún cambio. Comprendía que la viabilidad del acuerdo dependía del vigor con que se ejecutara y no de las sutilezas de sus fórmulas legales.

Lo que seguía preocupándole era la posibilidad de una reacción en Saigón. Estaba decidido a impedirlo a toda costa. Si Thieu se rebelaba, yo debería retirarme y concluir el acuerdo después de la elección. Esta orden era más fácil de dar que de cumplir, puesto que Hanoi todavía podría forzarnos a tomar una posición, publicando su texto. Yo tampoco creía que las cosas llegarían a ese extremo. Todavía vivía bajo la ilusión de que Thieu aceptaría un acuerdo que era mejor en casi todos los puntos esenciales, que los términos que le ofreciéramos en los dos últimos años.

Nixon estaba seguro de que no se necesitaba acuerdo para la elección. Sus beneficios serían demasiado marginales como para garantizar cualquier riesgo. Haldeman, a quien entrevisté después de Nixon, fue más allá todavía. Pensaba que un acuerdo era un riesgo potencial. Estaba convencido de que el apoyo de McGovern se había reducido a un puñado de fanáticos, que no votarían por Nixon aun cuando él hubiera logrado la vuelta de Dios a la tierra. Por otra parte, un acuerdo inquietaría a los conservadores y, de esa manera, reduciría el margen posible de victoria de Nixon. Las negociaciones con Vietnam, resumiendo, no se utilizarían para afectar el resultado de las elecciones. Estas se emplearían para acelerar las negociaciones. Tendrían el papel que generalmente corresponde a un ultimátum, con excepción de que no ponían en tela de juicio el prestigio y, al ser fijadas por la Constitución, no estaban sujetas a alteraciones.

Junto con Haig, informamos a Rogers durante el desayuno del 13 de octubre. Se mostró entusiasmado. Consideró el acuerdo como una total reivindicación de la posición de los Estados Unidos. Dadas las tensas relaciones profesionales existentes entre nosotros, era ciertamente un gran elogio y muy magnánimo de su parte. Con el cese del fuego a la vista, comprendí que llegábamos al límite de los recursos de mi reducido equipo. Serían necesarios muchos protocolos técnicos que necesitarían personal altamente especializado. Le pedí ayuda a Rogers; esto era algo que no acostumbraba a hacer, pero tal vez debería haberlo hecho con más frecuencia. Rogers estuvo de acuerdo y me asignó al subsecretario William Sullivan para ese fin. Sullivan había sido embajador en Laos y, en ese momento, encabezaba el Grupo del Departamento de Trabajo sobre Vietnam. Realizó muchas tareas poco reconocidas con capacidad, audacia y una poco común entereza para asumir responsabilidades. Actuó en mi equipo con honores. Me acompañó como mi segundo en mi viaje alrededor del mundo, en octubre. Informó a los líderes de Laos y Tailandia acerca de nuestras negociaciones. Encabezó asimismo las discusiones técnicas con los vietnamitas en su última etapa. La contribución de Sullivan a la ronda final de negociaciones fue indispensable.

Mi plan de actividades para el 13 de octubre demuestra la intensidad de nuestros preparativos. Pasé desde las 10:45 horas hasta las 11:05 horas con Sullivan y Negroponete. De las 11:05 horas a las 11:09 horas sólo con Sullivan. Desde las 12:40 horas hasta las 13:05 horas

con Sullivan y Negroponte. De las 14:40 horas hasta las 15:30 horas con Sullivan y Negroponte. Desde las 15:35 horas hasta las 16:09 horas con el presidente. De las 17:36 horas a las 18:24 horas con Sullivan, Lord (recién llegado de París) y Negroponte y desde las 20:20 horas hasta las 20:55 horas con Lord y Negroponte.

Ese día llegó un cable de Ellsworth Bunker, previniéndonos que, cualquiera fuera el acuerdo, podríamos estar penetrando en aguas peligrosas en Saigón. Según una costumbre que había adquirido, no pudo ser localizado Thieu para informarle de las novedades. Estas demoras suyas ya eran parte de cada intento de comunicación: la última vez había sido debido a una vacuna antitetánica. Esta vez era una indisposición estomacal. Nha amablemente nos sugirió otra posible razón: Thieu estaba sorprendido de que la embajada norteamericana funcionara un viernes 13. Bunker le contestó secamente que había solucionado el problema a través de su astrólogo. No obstante, me advirtió que Thieu se estaba encerrando en una especie de sitio mental, parecido al del año 1968. Seguramente trataría de despreciar toda solución que le propusiéramos. Parecía convencido de que, si la guerra continuaba, estaría «en posición de lograr un mejor acuerdo dentro de uno o dos años». No nos dio ninguna idea respecto a cómo podría estar mejor o cómo podríamos soportar una guerra, sin ningún objetivo que el público americano pudiera comprender, luego de que Hanoi aceptara nuestras propuestas del 8 de octubre.

Le dije a Bunker que le diera un resumen de nuestras intenciones:

«Antes de mi arribo a Saigon, fijado tentativamente para la noche del miércoles, veré al ministro Xuan Thuy. Le adelantaré que la otra parte propondrá la fórmula política que requerirá mucho menos de Thieu que los arreglos alternativos que Haig le expusiera durante su reciente visita. Esto se combinaría con un cese del fuego, que entrará en vigencia hasta dos semanas antes de que se llegue a un principio de acuerdo general. Ante esta perspectiva, es esencial que Thieu comprenda que podríamos haber logrado un acuerdo mucho tiempo atrás, aceptando las condiciones que exigían que lo destituyéramos del poder. Por lo tanto, no puede pensar que nuestra próxima reunión se desarrolle en el contexto de un enfrentamiento. Más bien es necesario que tenga actitud positiva con la que podamos confirmar los acuerdos, que consolidarán y solidificarán su futuro ejercicio del poder. Yo tengo confianza en que tales arreglos políticos surgirán de Hanoi y Thieu debe abandonar su posición contraria a nosotros y, al mismo tiempo, estar preparado a mostrar una razonable flexibilidad sobre las modalidades del cese del fuego a cambio de las concesiones políticas de Hanoi.

Bunker envió a Thieu este bosquejo del acuerdo propuesto el 14 de octubre. Nunca recibió contestación.

Tanto el 14 de octubre como el 15, le señalé a Dobrynin la importancia que le adjudicábamos a los temas más destacados. Le pedí la seguridad de una restricción soviética en la provisión de armamentos, luego del acuerdo. Dobrynin, que había recibido el borrador del acuerdo de Hanoi, evadió el punto. Una carta, que Nixon le enviara a Brezhnev en términos similares fue igualmente ignorada. Aún más: evidentemente Hanoi había hecho modificaciones maliciosas en la traducción del arreglo acordado (*). La versión vietnamita del borrador del acuerdo, según Dobrynin, denominaba al propuesto Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia una «estructura política». Le Duc Tho y yo pasamos horas en París, tratando de darle en inglés un carácter de «estructura administrativa», para destacar su esencia no gubernamental. La traducción vietnamita no era clara. Le hice saber a Dobrynin que la versión de Hanoi era totalmente inaceptable.

También enviamos una nota pidiendo restricciones en el envío de armamentos. No obtuvimos respuesta. No obstante, el aporte chino al arsenal de Hanoi era casi despreciable para afectar una definición en el Sur.

(*) En el acuerdo de octubre, Le Duc Tho y yo habíamos acordado utilizar una frase que comprometía a las partes «a formar una estructura», denominada Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia...

Hanoi prefirió traducirlo como «Estructura Administrativa» en vietnamés, implicando así una autoridad gubernamental. En la reunión técnica de París del 12 de octubre, Lord y Engel habían rechazado de plano esta traducción vietnamita e insistieron en una frase más débil, que no tuviera connotaciones gubernamentales. El tema fue dejado de lado para una resolución posterior. Hanoi seguramente hubiera cedido ante este punto poco después, si no hubiera sido porque la publicación del acuerdo el 26 de octubre, tornó todos los temas sin resolver, aun los de menor importancia, en problemas de prestigio.

El 16 de octubre, desayuné con Haig, que se quedaría a cargo mientras yo estuviera ausente, como así también con el subsecretario de Estado Alex Johnson. Luego me entrevisté con el presidente durante cuarenta y cinco minutos. A las 11:00 horas salí para la Base Aérea de Andrews, en la misión en la que habíamos concentrado todas nuestras esperanzas desde hacía cuatro años: el fin de la guerra en Indochina. A bordo del avión, me esperaba una nota manuscrita de Nixon. Decía:

«Querido Henry: Ahora que parte hacia París, pensé que podrían serle útiles algunas ideas sobre las que trabajamos en los papeles. En primer lugar, haga lo que le parezca apropiado, independientemente de la elección. Segundo, no podemos permitir que se nos escape de las manos una posibilidad honorable de terminar la guerra. En cuanto concierne a las elecciones, un arreglo duradero sería útil entre los votantes jóvenes, pero no los necesitamos para ganar. Un arreglo que no durara no sería aconsejable, pero tampoco fatal. Por todos los medios debemos evitar el hecho o la impresión de que hemos impuesto o estamos de acuerdo con un gobierno de coalición. En suma, volviendo a mi sugerencia original, haga lo posible para asegurar una paz honorable, pero no permita que el momento se vea afectado por las elecciones.

INTERLUDIO EN PARÍS

Mi reunión con Xuan Thuy el 17 de octubre no tuvo la espectacularidad de las sesiones de la semana previa con Le Duc Tho. Xuan Thuy no estaba autorizado a hacer mayores cambios. Mejoramos algo las provisiones políticas al dejar aclarado que el Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia supervisaría las elecciones. No tenía autoridad para ordenar que se realizaran. Toda nueva elección que pudiera convocarse, debería contar primero con la unanimidad de los partidos políticos de Vietnam del Sur, lo que era una especie de fórmula mágica donde ocultar todos los problemas. El Consejo Nacional —último vestigio del gobierno de coalición— no sólo le dio su veto a Saigón; no tenía ninguna misión que cumplir. El programa político de Saigón estaba muerto.

Con respecto al reemplazo de equipos militares, Xuan Thuy insistió en un principio de igualdad y nosotros en el principio de reemplazar un elemento obsoleto por otro nuevo. Xuan Thuy finalmente aceptó nuestra proposición, pero la relacionó con la liberación de civiles detenidos en Vietnam del Sur. Yo me opuse a esa propuesta; Saigón jamás la aceptaría. Este era un tema que deberían arreglar los partidos vietnamitas entre sí. Más aún: hallamos las afirmaciones de Hanoi con respecto a un cese del fuego en Laos y Camboya totalmente no satisfactorias. Le dije a Xuan Thuy que no podría ir a Hanoi, a no ser que hubiéramos coincidido en el texto del acuerdo, así como en los entendimientos anexos. Sus líderes debían saber que no podríamos actuar, si no era con la aprobación de Saigón. Por ese motivo, podría ser necesario que yo debiera retornar de Saigón a París, para otra prueba de conversaciones. Como alternativa, podría considerarse una nueva reunión con Le Duc Tho, por ejemplo en Vientiane, luego de completar mi estadía en Saigón. Xuan Thuy protestó pero, evidentemente, no tenía autoridad para darme una respuesta definitiva.

Mientras tanto, en Washington, Nixon hacía una encuesta entre sus consejeros más importantes. El 16 de octubre consultó con el Secretario Laird y el general Abrams. Ambos, según me informó Haig, estaban totalmente de acuerdo con las condiciones. Abrams indicó que, mantener la lucha durante otro año en la misma escala, no nos representaría ninguna ventaja de orden militar. (Por otra parte, era muy poco probable que pudiéramos mantener la misma escala.) El 18 de octubre, Rogers y Alex Johnson le dijeron a Nixon que consideraban que el borrador del acuerdo constituía una «rendición total» de Hanoi, especialmente en los puntos políticos. Haig comentó que Nixon se mostraba entusiasmado. El presidente sugirió que me manejara en las siguientes reuniones con Thieu como en una partida de póker, en la que debería mantener oculta la «carta de triunfo» hasta el último momento. Por lo tanto, no debería dejarle entrever a Thieu todavía la parte política del acuerdo. Tendría que darle a entender que Hanoi exigía más de lo que realmente estaba haciendo. Más tarde, cuando presentara el texto actual como nuestra «última y firme posición», Thieu tendría un máximo incentivo para proseguir. Yo no seguí su consejo. Según comprobamos después, «jugar limpio» tampoco sirvió de mucho.

En viaje a Saigón, envié una mensaje a Hanoi en mi nombre, reiterando lo que ya le dijera a Xuan Thuy: que una visita a Hanoi sólo podría realizarse «dentro del contexto de un acuerdo». Incluí además nuestra propuesta para los puntos en disputa. Para reafirmar nuestra posición envié otro mensaje a Hanoi aquel mismo día, 18 de octubre —esta vez en nombre del presidente— repitiendo la imposibilidad de visitar Hanoi mientras no se arreglaran ciertos puntos y proponiéndoles una entrevista entre Le Duc Tho y yo, preferiblemente en Vientiane o si fuera necesario en París. El anhelado «programa» de Hanoi debería esperar todavía otros tres o cuatro días.

Ya había acordado con Le Duc Tho disminuir los bombardeos en el norte, durante la fase final de las negociaciones. Desde mi partida de París, se había reducido la intensidad de los bombardeos al norte del paralelo veinte. Al completarse el texto del acuerdo, decía la nota, suspenderíamos totalmente los bombardeos en el norte, veinticuatro horas antes de mi llegada a Hanoi. Al mismo tiempo, Washington estaba haciendo arreglos finales para impulsar la confección de inventarios en Saigón, para tener la mejor base posible para un reemplazo detallado. El puente aéreo masivo de equipo militar hacia Vietnam del Sur, por primera vez, tuvo un nombre en código que tenía algún sentido. Se denominaba: «Acrecentamiento Plus».

El humor de los pasajeros en el largo viaje hacia Saigón era de optimismo. Todos nosotros, con excepción de Negroponte, pensábamos que Thieu se mostraría encantado con los términos del acuerdo. Volvimos a revisarlos. El cese del fuego en sus lugares le daría a Saigón 90 por ciento de la población. La infiltración hacia Vietnam del Sur estaba interrumpida. El fantasma de un gobierno de coalición había sido sepultado. Habría supervisión internacional. Los cuadros del Viet Cong probablemente permanecerían en las cárceles de Vietnam del Sur. La asistencia militar norteamericana a Saigón continuaría. En realidad no habíamos obtenido un acuerdo con Hanoi para que retirara sus fuerzas del sur. Pero, si se observaba la cláusula de no infiltración, el desgaste haría que esa amenaza disminuyera. Todo esto dependía de que el acuerdo se llevara a cabo y, sobre todas las cosas, que los partidos vietnamitas realizaran cálculos racionales de sus perspectivas. Habían sufrido demasiado para ello y se habían herido muy profundamente unos a otros. Enloquecidos por el odio y la sospecha, incapaces de imaginar la paz, los dos sectores de Vietnam sólo encontraban algo en común en su obsesión de humillarse mutuamente y en su esfuerzo de envolvernos a nosotros en el torbellino de sus pasiones. Cada uno parecía dispuesto a destruirse a sí mismo, con la condición de poder arrastrar a su odiado enemigo en su caída.

CONSULTAS CON THIEU

Ellsworth Bunker tenía siempre un efecto sedante en medio de las crisis. Cuando aparecía al pie de la escalerilla, con su figura, alta, delgada y erguida, vestido inmaculadamente aun en el calor tropical de Saigón, como si los trajes que vestía no se animaran a arrugarse, su presencia parecía indicar que no se producirían errores ni fallas ya sea por un exceso de impetuosidad o por falta de dedicación. Ellsworth era uno de nuestros grandes diplomáticos. Comenzó su carrera gubernamental relativamente tarde, luego de una distinguida actuación en el campo de los negocios. No tuvo necesidad de probar nada ante sí mismo o ante los demás. Su ambición era hacer una contribución a la política exterior de su país, cuyo bienestar identificaba con la seguridad y esperanza del mundo libre. Sus valores morales se reflejaban no en una retórica interesada, sino en una actuación sin ostentaciones, con un alto nivel de vocación de servicio. Era la quintaesencia del típico norteamericano por su optimismo, que lo hacía parecer joven, aun cuando ya había pasado largamente los setenta años. Cumplió cinco años de servicio en Saigón, bajo dos presidentes de distintos partidos y ganándose su confianza sin cortapisas y su admiración. Jamás retrocedió en los peores momentos de nuestras crisis internas. Siempre apoyó al gobierno en la televisión o la prensa escrita, cuando otros, con mayores responsabilidades en los hechos, trataban de ocultarse. Fue partícipe de toda mi «diplomacia secreta» en los asuntos de Vietnam. Recibió resúmenes completos de cada una de las reuniones privadas e informes detallados cada vez que visitaba Washington. Durante los años en que yo estuve en servicio, se mantuvo fiel al gobierno al que pertenecía, defendiéndolo, dentro de los círculos oficiales y en público, contra los cargos que se hacían, de que era el principal obstáculo para la paz. Nadie merecía menos que él el grosero tratamiento que Thieu empleaba hacia su persona: las interminables esperas, las entrevistas postergadas y las contestaciones evasivas o directamente falsas

que le daba. Soportaba todo esto quejándose sólo rara vez. Cumplía con sus funciones con suavidad, disciplina y gran capacidad. Había intervenido en la cristalización del acuerdo y, como todos nosotros, ansiaba lograr una paz con honor. Nadie que lo conociera dudaría que pudiera interpretar estrictamente los requerimientos del honor.

Bunker, su segundo, Charles Whitehouse, el general Abrams y yo, nos reunimos poco después de mi llegada, en una pequeña biblioteca de la modesta residencia del embajador, elegida no por su elegancia, sino por estar ubicada en una calle sin salida, lo que facilitaba su custodia. Era mi primera oportunidad de mostrarle a Bunker y sus colaboradores el actual borrador del acuerdo. La reacción de Bunker fue decir que superaba lo que él juzgaba que lograríamos. Al menos todavía hubiera sido justificable desde un punto de vista práctico y moral. El general Abrams compartía su opinión; Abe reiteró lo que le dijera a Nixon; que no habría ninguna ventaja en proseguir la lucha en la misma escala durante otro año. Añadió que si reducíamos nuestro esfuerzo al retirar parte de nuestras tropas, las condiciones podrían empeorar. Nos informó la inquietante novedad de que los norvietnamitas habían lanzado una nueva ofensiva, especialmente cerca de Saigón, obviamente tratando (al igual que yo insinuara que lo hiciera Saigón) de apoderarse de la mayor cantidad posible de territorio antes del cese del fuego.

Abrams pensaba que esta ofensiva traería problemas, pero también que podría detenerse sin gran pérdida de territorio.

Charles Whitehouse fue el único de los presentes que pronunció una palabra de cautela. Compartió con sus colegas el juicio sobre el acuerdo, pero dudaba que Thieu lo aceptara antes de las elecciones. Para Saigón, cortar el cordón umbilical que lo unía a los Estados Unidos sería un desgarrador golpe psicológico. Thieu necesitaría muchas semanas para prepararse él mismo y a su gente. Independientemente de los términos, Thieu mentiría y lo demoraría todo lo posible. Whitehouse mostró estar totalmente en lo cierto.

También consulté con Phil Habib, nuestro embajador en Corea al que le pedí que fuera hasta Saigón con ese fin. La opinión de Habib era muy importante para mí. Nacido en Brooklyn, de origen libanés, educado en la Universidad de Idaho, era la antítesis del estereotipado funcionario del Servicio Exterior, elegante y de finos modales. Era duro, directo, áspero y totalmente alejado de la imagen de un diplomático convencional. Había servido en Vietnam o tratado problemas vietnamitas durante más de diez años. Actuó como segundo de varios embajadores en las conversaciones de paz en París y era un elemento de continuidad dentro de la delegación. Seleccionó a la mayoría de los funcionarios jóvenes y dedicados del Servicio Exterior que habían prestado servicios en las provincias de Vietnam del Sur. Un hombre totalmente íntegro, pasó de la esperanzada ingenuidad hasta la total desesperación. Quería que enterráramos todas nuestras esperanzas, pero con dignidad. Consideraba que se debía al Servicio Exterior y a sus colegas el hecho de lograr el fin de la guerra, de una manera compatible con nuestras obligaciones internacionales. Siempre aconsejó flexibilidad, pero también realismo; negociaciones serias pero no rendición, disfrazada o no. Tendría que convencer de la conveniencia del acuerdo a Corea del Sur, un aliado que enviara 50.000 soldados a Vietnam y cuya seguridad también dependía de su confianza en nuestra capacidad. Se mostró entusiasmado con el borrador del acuerdo. Sobre pasaba sus esperanzas más caras. Sería considerado como un triunfo por nuestros aliados coreanos. Con él, cada funcionario superior norteamericano, que estuviera al tanto de las negociaciones y los asuntos vietnamitas, le daría un espaldarazo a nuestro esfuerzo.

Si Thieu se hubiera animado a decir, aunque fuera en privado, lo que Whitehouse insinuara, se hubieran evitado muchos de los problemas que surgieron en las siguientes semanas. De haber comprendido de inmediato que Thieu no objetaba ningún término en particular sino el *hecho* de que existiera un acuerdo, con seguridad hubiéramos actuado de manera muy diferente. Aunque la posición de Thieu fuera irrazonable, yo sabía perfectamente que Nixon no quería una explosión antes de las elecciones. Pero Thieu nunca se mezcló en una discusión de conceptos. En lugar de ello, luchó a la manera vietnamita: indirectamente, elíptico, por medio de maniobras destinadas a agotarnos en vez de clarificar, agrediéndonos constantemente con rodeos, pero nunca atacando de frente al verdadero motivo. Ese es el método empleado por los vietnamitas a través de los siglos, tratando de destruir el espíritu de sus enemigos extranjeros, antes que atacarlos físicamente mediante una de sus heroicas cargas. No puede decirse que el método no haya resultado. Desgraciadamente inspira poca confianza y es particularmente duro entre aliados. Ningún vietnamita, ni del norte ni del sur, creería que la confianza o el sentido de amistad pueden

ser decisivos. Han sobrevivido a sus enemigos extranjeros durante siglos, no confiando en ellos sino con aquél sistema.

La reunión del 19 de octubre tuvo ese carácter. Al llegar al palacio presidencial, se me hizo esperar durante quince minutos, a la vista de la prensa allí reunida. Luego apareció el ayudante de Thieu, Hoang Duc Nha, para acompañarnos a Bunker y a mí a la presencia del presidente. Thieu no nos saludó. Impasible, aceptó una carta de Nixon, que decía, *inter alia*:

«El Dr. Kissinger le explicará con los mayores detalles los temas del acuerdo propuesto que lleva consigo y por lo tanto yo no me referiré más al mismo en la presente. Quiero que sepa, no obstante, que creo que no tenemos otra alternativa posible más que aceptarlo. Representa una modificación importante en la posición de la otra parte y estoy convencido de que su aplicación permitirá a usted y a su gente la oportunidad de defenderse y decidir el destino político de Vietnam del Sur. Finalmente, debo decirle que... así como hemos corrido riesgos en la guerra, creo que debemos correrlos en pro de la paz. Nuestra intención es cumplir rigurosamente con los términos del acuerdo y los compromisos alcanzados con Hanoi. Sé que ésta será también la actitud de su gobierno. Esperamos reciprocidad y hemos dejado este punto perfectamente en claro tanto para ellos como para sus aliados principales. Puedo asegurarle que observaremos cualquier falla de su parte, en el cumplimiento del acuerdo, como un acto de suma gravedad, que tendrá las más serias consecuencias.»

Al texto escrito a máquina preparado por mi equipo, Nixon agregó la siguiente nota manuscrita:

«El dr. Kissinger, el general Haig y yo hemos tratado largamente esta proposición. Estoy personalmente convencido de que es lo mejor que podríamos conseguir y coincide *absolutamente* con mis condiciones. Que el gobierno de Vietnam del Sur debe sobrevivir como un país libre. Las consideraciones del dr. Kissinger cuentan con mi total apoyo.»

Este hubiera sido el momento más indicado para que Thieu nos hubiera hecho conocer sus verdaderas preocupaciones, en una conversación sincera con el emisario del presidente que, después de todo, había comprometido su futuro político y la credibilidad de su país al apoyar al gobierno de Vietnam del Sur. En lugar de eso, Thieu leyó la carta sin comentario alguno. Me invitó a pasar a la habitación siguiente, al igual que hiciera durante el viaje de Haig tres semanas antes. Allí estaba reunido su Consejo Nacional de Seguridad, además de los embajadores en Washington y en las conversaciones de paz en París. Conmigo estaban Bunker, Whitehouse, Abrams, Sullivan, Lord y el intérprete David Engel. Enseguida notamos el tono en que se desarrollaría la entrevista, cuando Thieu, sin una palabra de introducción, abrió la sesión anunciando que Nha serviría de intérprete. Considerando que cada uno de los vietnamitas presentes por lo menos comprendía inglés, advertimos que Thieu no pensaba facilitarnos nada. Nha procedió falseando su papel de traductor, condensando todas mis declaraciones a la mitad de su texto. Esto hizo que yo señalara que o el vietnamita era un lenguaje mucho más conciso que el inglés, o bien, Nha estaba abreviando (en cuyo caso sería interesante saber qué partes suprimía). «Soy un maestro en el arte de condensar», repuso humildemente Nha.

Comencé a exponer nuestra estrategia. Nuestro esfuerzo hacia Vietnam había sido mantenido por muy pocas personas, en contra de presiones domésticas masivas, que buscaban terminar nuestro compromiso, simplemente, a cambio de la liberación de los prisioneros norteamericanos. Esas presiones se volverían incontenibles, si se percibía que abandonábamos una posición negociadora razonable, especialmente cuando uno de nosotros era quien la había propuesto. Reconoció que, en este aspecto, había diferencia entre los imperativos de Thieu y los nuestros. Él debía demostrarle a su gente que era firme; nosotros, que éramos flexibles. Le recalqué que nuestra preocupación no eran las dos semanas antes de la elección, sino los meses que la seguirían. Los costos adicionales del aumento de ayuda militar —que ya llegaba a 4,1 mil millones de dólares— debían ser puestos a votación en el Congreso en enero. Esto constituiría una ocasión conveniente para cortar la ayuda. Durante más de dos años, habíamos hecho una serie de proposiciones claramente definidas, con la concurrencia de Saigón. Estas habían sido aceptadas ahora por Hanoi. Ni siquiera nuestros correligionarios en el Congreso comprenderían por qué se retrasaba

ahora el resultado. Esta era la verdadera fecha límite contra la que trabajábamos. Dejando de lado la sugerencia de Nixon de una «carta de triunfo», pasé una hora revisando todo el borrador, mostrando cómo en la sección dedicada al cese del fuego se aceptaban todas las propuestas hechas por nosotros. En las previsiones políticas, era mucho mejor que los términos que ofreciéramos en público o en privado. Terminé con lo que consideraba el tema central:

Hemos peleado codo a codo por más de ocho años. Ustedes han hecho grandes sacrificios y nosotros también. Si ahora pudiéramos lograr la paz juntos, podríamos reivindicar todo el sufrimiento y construir unidos el tipo de estructura para Vietnam por el que tanto sufrimos todos. Es en esta actitud que el presidente me pidió que hablara con usted y he venido como amigo, para tratar un problema común, de manera de poder continuar nuestra amistad y nuestra cooperación.

Thieu se mostró tan impermeable a la elocuencia de los extranjeros como lo había hecho Le Duc Tho durante los tres años anteriores en París. Tal vez, simplemente se debió a que yo sobrestimara mi poder de convicción. Adoptó la misma táctica que yo debería haber reconocido de sus encuentros previos con Haig y conmigo. Me formuló una serie de preguntas inteligentes, ninguna de las cuales iba al meollo del acuerdo. Thieu quería saber hasta dónde consideraba yo que los términos eran compatibles con nuestra propuesta del 8 de mayo: las modalidades para la firma del acuerdo; cuándo entraría en funcionamiento la maquinaria de la supervisión internacional; qué plan de actividades sugería yo. Todo parecía insinuar que si las respuestas eran satisfactorias para él, estaría de acuerdo. De pronto, preguntó si el acuerdo sería necesario para la reelección de Nixon. Le respondí leyendo la nota manuscrita por Nixon, que éste me hiciera llegar al avión antes de partir de Washington.

Acordamos volver a reunirnos con su Consejo Nacional de Seguridad en pleno, a la mañana siguiente. Para la tarde figuraba en nuestra agenda otra reunión con Thieu, junto con Abrams y el general Cao Van Vien (jefe del Estado Mayor Conjunto vietnamita) para discutir acerca de la ayuda militar suplementaria prevista en el plan «Acrecentamiento Plus». Mis colegas, Bunker y yo nos sentíamos muy optimistas a esta altura. Las preguntas de Thieu y su ansiedad por el plan de acrecentamiento sugerían que se aproximaba al acuerdo. Le envié un mensaje a Nixon, señalando las perspectivas, más cautelosamente de lo que en realidad lo sentíamos en ese momento. Cualquier emisario con poca experiencia, siempre prometerá menos de lo que espera lograr. Esto servirá para mitigar la desilusión en caso de un inesperado fracaso. Asimismo servirá, no nos engañemos, para hacer lucir más sus logros en caso de que resulte un éxito. El informe decía así:

Es demasiado temprano para definir la reacción de Thieu. Aprendimos de nuestros viajes anteriores que no suele mostrar sus ideas hasta la segunda ronda de conversaciones. Mi instinto me indica que nos enfrentaremos con la difícil tarea que preveíamos. Falta saber si lograremos nuestros propósitos.

...En suma, le expliqué con meridiana claridad que considerábamos el presente como un excelente acuerdo que nos redimiría de los sacrificios pasados y que protegería por completo tanto al gran Vietnam como a Thieu. Es un arreglo mucho mejor de lo que cualquiera hubiera podido esperar y resultó de nuestro firme apoyo militar y diplomático.

En la reunión de la tarde del 19 de octubre, Abrams le describió a Thieu el material que se le dejaría a las fuerzas de Vietnam del Sur y las adiciones que se harían a través del plan «Acrecentamiento Plus»; antes del cese del fuego. Esto incluía más de 150 aviones adicionales, entregados en un período de catorce días. Nuevamente, Thieu formuló preguntas ajustadas. Para nuestras mentes poco sutiles, pareció que nos acercábamos poco a poco al acuerdo. Por ejemplo, no objetó de manera directa mi propuesta escala en Hanoi. Si aceptara el acuerdo, dijo, no consideraría ese viaje inadecuado.

Antes de la próxima reunión, tuvimos noticias del otro Vietnam. Los mensajes que me enviaba Hanoi, ahora, debían llegar a Saigón, a sólo 1.300 kilómetros de distancia, pero recorrerían más de 30.000 kilómetros. Hanoi los entregaba en París, al coronel Guay; él los mandaba al general Haig, en Washington, a través de vías semioficiales de la Casa Blanca; Haig los retransmitía, nuevamente por la misma vía, a Saigón. Y, cuando contactábamos con Hanoi, el proce-

dimiento era a la inversa: nuestros mensajes iban de Saigón a Washington, a París y luego a Hanoi.

El mensaje que llegó en la tarde del 19 de octubre representaba, no obstante, una contestación dentro de las veinticuatro horas. Dejaba perfectamente en claro que Hanoi no deseaba otra reunión, ni en Vientiane ni en París. Más bien sugería que nos ajustáramos al plan original. Para permitirnos que lo hiciéramos así, nos *concedía* los dos puntos restantes acerca de prisioneros civiles y reemplazos. Hanoi aceptaba no sólo lo fundamental de nuestra posición, sino el texto que le enviara desde el avión. El resultado práctico era que un cese del fuego liberaría a todos los prisioneros, *con excepción* de los cuadros del Vietcong, detenidos en cárceles de Vietnam del Sur. En cuanto a la provisión de reemplazos, sumada al masivo aumento de las fuerzas survietnamitas, que ya se llevaba a cabo, permitiría lo que representaba una asistencia norteamericana ilimitada a Saigón.

Cuando Haig me cablegrafió la respuesta norvietnamita, agregó acertadamente: «Reconozco que este mensaje aumentará tremendamente sus cargas para la reunión de hoy». Era el colmo de la ironía que la total aceptación de nuestras demandas, por parte de Hanoi, pudiera representar un aumento de mis preocupaciones. Unido a las operaciones de toma de terreno que Hanoi estaba incrementando, que Haig también me señaló, nos dejaba con un problema mayor. La ofensiva militar de Hanoi haría mucho más difícil lograr persuadir a Thieu de que se uniera a nosotros. El mensaje de Hanoi haría casi imposible para nosotros mantener nuestra posición interna, si no lo hacíamos. La clave estaba en Saigón. Su actitud determinaría si la guerra podría terminar rápidamente o no.

Saigón no demostraba prisas. Pero cuando se camina por la cuerda floja, lo peor es detenerse. Una vez lanzados, mi única opción era seguir adelante. Habíamos utilizado el plan de actividades para imponer concesiones. Durante el proceso sacrificamos la esfera de acción por dilatar el término. Hasta nuestra elección, la demora, empleada juiciosamente, podría mejorar nuestra posición. Después de ella, la demora actuaría en favor de Hanoi. Al notarse que nuestra posición militar o política no mejoraría después del 7 de noviembre, Hanoi invertiría el proceso. Descubriría que tenía la posibilidad de empujarnos contra nuestra propia fecha límite de la reapertura del Congreso y la necesidad de obtener un subsidio suplementario de cuatro a seis mil millones de dólares. Por lo tanto, nuestras alternativas ahora se habían reducido notablemente. Hanoi siempre contaba con la opción de hacer públicas las negociaciones. Según mi punto de vista —que no he cambiado mirando retrospectivamente— no hubiéramos podido lograr nada mejor que las concesiones que ahora recibíamos casi a diario, si las negociaciones hubieran sido conducidas públicamente, debido a la conmoción que se produciría en nuestro país. Nos veríamos forzados a aceptar el acuerdo, sin importarnos el punto de vista de Thieu. Nuestra verdadera opción no estaba entre una demora o el acuerdo. Era entre hacer un acuerdo presionados por Hanoi, el Congreso y la opinión pública, y terminar la guerra como un acto político, demostrando que dominábamos la situación y que justificábamos nuestros sacrificios.

Por lo tanto, envié un cable a Hanoi, «en nombre del presidente» a través de la Sala de Situación de la Casa Blanca. Declaraba que el texto del acuerdo estaba «completo», pero señalaba también los puntos que aún faltaba negociar que quedaban en tres de las áreas. Estos figuraban como «entendimientos»: los prisioneros norteamericanos en Laos y Camboya; el final de la guerra en Laos y el futuro de Camboya. El texto propuesto por nosotros sobre cada uno de estos tres tópicos fue enviado a París, para su posterior transmisión a Hanoi. Acerca de Laos, pedimos un entendimiento de que el cese de fuego se produciría allí, dentro de los treinta días del de Vietnam. Con respecto a Camboya, donde Hanoi insistía —y resultó cierto— que su influencia no era decisiva, pedimos confirmación por escrito de las declaraciones de Le Duc Tho, de que concluirían las operaciones ofensivas. Además se retirarían las tropas norvietnamitas y se terminaría la infiltración. Ya que estábamos en el tema, propusimos un nuevo plan de actividades, que postergaba mi llegada a Hanoi cuarenta y ocho horas.

Saigón no estaba ansioso de que yo cumpliera más plazos. Lo que para nosotros era un éxito, constituía una pesadilla para nuestros aliados: el retiro de las tropas norteamericanas. Aun en caso del cese del fuego, no podían imaginarse cómo podrían hallarse mejor sin nosotros. La reunión planeada con Thieu y su Consejo Nacional de Seguridad para el 20 de octubre, se pasó de las 09:00 horas a las 14:00 horas. La sesión duró tres horas y media. El grupo vietnamita estaba compuesto por las mismas personas que el día anterior. El nuestro también, con la excep-

ción de la ausencia de Bill Sullivan a quien enviara a Bangkok y Vientiane, para informar a los líderes tailandeses y laosianos, acerca de los detalles del acuerdo.

Thieu abrió la sesión sin una sola cortesía hacia la delegación norteamericana. Expresó su profundo escepticismo acerca de los motivos de Hanoi y el peligro de lo que denominaba «emboscadas». Nha pasó luego lista a una serie de preguntas realmente inteligentes, que se centran en las fuerzas de Vietnam del Norte en el sur, ciertas clarificaciones acerca de la provisión de armas de reemplazo, en la composición y funcionamiento del Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia y en la actitud norteamericana si se violara el acuerdo. Le contesté en detalle, repitiendo los argumentos del día anterior, que al prohibir la infiltración se produciría una disminución de fuerzas de Vietnam del Norte. Que los reemplazos de provisiones significarían en realidad ayuda norteamericana ilimitada debido a los grandes inventarios que Saigón ya poseía, aumentados por el Plan «Acrecentamiento Plus», y que las funciones del Consejo Nacional deberían negociarse con Saigón, que también tendría un veto sobre su composición y funcionamiento.

En cuanto a la reacción norteamericana a las violaciones, le reiteré la seguridad que Nixon me diera, de que, en caso de una violación norvietnamita masiva, los Estados Unidos actuarían para hacer cumplir el acuerdo. Más adelante se nos informó que el presidente no tenía poder para brindar tales seguridades sin la explícita autorización del Congreso. Esta idea, no sólo no se nos ocurrió, sino que nos parecía inconcebible que los Estados Unidos lucharán durante cuatro años, perdiendo 45.000 hombres por una causa honorable y luego permanecerían al margen, mientras el tratado de paz, obtenido con sacrificios, era violado de manera flagrante. La diplomacia no podría sobrevivir a tal cargo de conciencia. Las negociaciones se transformarían en ejercicios de cinismo; no se mantendría ningún acuerdo. En Vietnam, quería decir que el acuerdo constituiría un burdo subterfugio para una rendición. Esta podría haberse hecho antes y con mucho menos dolor. El honor, la decencia, la credibilidad y las leyes internacionales se combinarían para demostrar que estaba fuera de toda controversia que deberíamos comprometernos a observar el tratado y hacerlo cumplir. ¿Cuál otro podría ser el significado de un solemne compromiso de concluir una guerra, ratificado en una conferencia internacional? El punto se expuso en privado a Thieu y sus colaboradores. También lo expusimos públicamente Nixon, Elliot Richardson (cuando era secretario de defensa), otros funcionarios y yo (2). Nos parecía el menos controvertido de los asuntos tratados en el acuerdo. Pensamos que estábamos en una mejor posición moral y política para ayudar a Saigón a mantener su libertad, en nombre de un programa de paz del que los norteamericanos pudieran enorgullecerse, que en una guerra sin fin, que estaba destruyendo a nuestro país. Siempre se mantendrá en la incógnita el hecho de si este juicio se hubiera justificado en tiempos normales. Poco después de firmarse el acuerdo, el caso Watergate minó la autoridad de Nixon y se desbordó el dique de contención que mantenía controladas las resoluciones antibélicas del Congreso. Esto desató nuevamente las pasiones que nos dividían y que tratáramos de evitar buscando lograr la paz. Les dio, a los interesados en confirmar por sobre todas las cosas sus argumentos de una década de protestas, una nueva oportunidad (esta vez una que les aseguraba un éxito total) de justificar su actitud sobre las ruinas de la independencia de Vietnam del Sur.

LOS PRIMEROS RUIDOS LEJANOS

Ninguno de los miembros del equipo norteamericano en el Palacio Presidencial en Saigón, aquel día de octubre, soñaba siquiera con tan tremenda secuela. Creíamos con toda sinceridad que estábamos preservando tanto los principios de los Estados Unidos como la libertad de Vietnam del Sur. Nos sentíamos frustrados, no por diferencias de opinión de nuestro país, sino por la aparente incapacidad de Thieu de aprovechar la oportunidad que le ofrecíamos: Aun el general Abrams, normalmente muy taciturno, intervino el 20 de octubre para tratar de convencer a Thieu de que aceptara el acuerdo:

Estoy seguro de que la estructura que aquí ofrecemos es capaz de asegurar a este país y a su gobierno. Comparto los sentimientos del dr. Kissinger de que ningún acuerdo asegurará a este país: sólo lo hará la vigilancia y determinación. Cuando el presidente Nixon, el lunes por la tarde, me llamó a su despacho junto con el secretario Laird y me

preguntó qué pensaba acerca de este tema... le dije que había llegado el momento de dar el siguiente paso. Era un paso difícil de dar, efectuar el primer retiro de tropas y todos los subsiguientes. A medida que crecía la confianza y se desarrollaban las capacidades y destrezas, se haría practicable. Por lo tanto, a medida que pasa el tiempo, la defensa de Vietnam del Sur ha sido realizada cada vez más por los survietnamitas mismos. Siempre he sentido un profundo respeto y admiración por la gente de Vietnam del Sur y sus militares. Pero desde el principio he creído también que debería llegar el día en que, por sus gentes, por su propio orgullo y por ustedes mismos, la seguridad y la fuerza política debería estar en sus manos, con nuestros aviones eventualmente brindándoles apoyo táctico y nuestros equipos y provisiones llegando a sus puertos.

En este momento, Thieu desiluzó que su verdadera ansiedad no estaba motivada por el acuerdo, sino en la falta de tal confianza en sí mismos que Abrams definiera como tan elemental. Abrams señaló a Thieu que no debía sobreestimar a Hanoi, porque los norvietnamitas habían cometido graves errores; en varias oportunidades juzgaron equivocadamente los acontecimientos. Si hubieran movido las dos divisiones que sitiaban Khe Sanh, en 1968, hacia Hué, jamás hubiéramos logrado liberar la ciudad. De manera parecida, Hanoi «estúpidamente» dispersó sus fuerzas durante la ofensiva de 1972: «Nos hacen una propuesta porque han perdido y lo saben. Es la primera vez que actúan inteligentemente con respecto a la guerra.» Desgraciadamente, Thieu llegó a la conclusión opuesta a la de Abrams y volvió contra él su propio argumento. «Este hecho, general Abrams, acerca de cómo podrían haber trasladado dos divisiones desde Khe Sanh hacia Hué, el hecho de que no lo hicieran, se debe al talento de nuestros generales y al que los comunistas perdieran el respeto por las decisiones de los mismos.» Esta aparente declaración de respeto por sí mismos, ocultaba una duda más profunda. Thieu se negaba a reconocer la declaración de Abrams, en cuanto a la ineptitud de los comunistas. El nombrar los fracasos norvietnamitas no le aseguraba que el éxito provendría de otro factor eventual, como sería la buena suerte de Vietnam del Sur.

Este era el corazón del problema que ningún sistema de análisis o proclamaciones acerca de la vietnamización podrían borrar. Los vietnamitas del sur, después de ocho años de participación norteamericana, simplemente no se sentían capaces de enfrentar al Vietnam del Norte sin nuestra ayuda directa. Su pesadilla no la constituía esta cláusula o la otra, sino el temor de que los dejáramos solos. Para los líderes de Saigón, el cese del fuego representaría la partida del resto de nuestras tropas. No podían creer que Hanoi abandonaría su implacable intento de dominar Indochina. De manera muy real, quedaban en manos de su propio destino. En lo más profundo de su ser, se sentían presas del pánico, pero eran demasiado orgullosos como para reconocerlo. No estaban equivocados. Hemos considerado que la presencia de tropas norteamericanas en Corea era esencial para el equilibrio psicológico y militar de la península.

No era culpa de Thieu el que nosotros hubiéramos llegado al final de nuestro camino, esencialmente debido a nuestros problemas internos. Pero aun cuando comprendiera intelectualmente nuestra posición, no podía, como patriota vietnamita, reconocerlo públicamente. Los términos obtenidos eran los mejores a los que podíamos aspirar; eran ciertamente mejores que los que pedíamos. Teóricamente le daban a Vietnam del Sur la posibilidad de sobrevivir. Pero en sí mismos no le daban la fortaleza, confianza y cohesión esencial para que Saigón pudiera mantener un equilibrio, que, en realidad, se había obtenido en el campo de batalla.

Así las cosas, mucho de lo que se dijo en el Palacio Presidencial de Saigón, en realidad, no tenía relevancia. Los survietnamitas propusieron una serie de medidas que nuevamente indujeron a la parte norteamericana —siempre incapaz de comprender la complejidad psicológica de los vietnamitas— a creer que Saigón comenzaba a pensar en llegar a un acuerdo. Esa impresión se vio reforzada cuando Thieu, al finalizar la reunión, afirmó que a la mañana siguiente estaría ocupado, consultando con los miembros del Consejo Nacional y otras figuras políticas clave, para prepararlos para lo que pudiera venir. Acordamos reunirnos nuevamente a las 14:00 horas del 21 de octubre. Mientras tanto, tendrían lugar discusiones técnicas entre un grupo de expertos, encabezado por el ministro de relaciones exteriores, Tran Van Lam, y el equipo norteamericano, para encontrar una posición común a ambos sobre ciertos cambios que pensaban imponerle a Hanoi. Nosotros sabíamos que ésta sería una tarea ímproba, después de haberle hecho saber a Hanoi que el texto del acuerdo estaba «completo» —pero no así los protocolos o entendimientos secundarios.

Al finalizar las tres horas y media de discusión con Thieu, informé a Washington:

Resulta muy claro, por el modo sobrio y algo triste en que se condujo la sesión, que los survietnamitas tienen grandes dificultades psicológicas al cortar el cordón umbilical que los une a los Estados Unidos. Probablemente reconocen que el convenio es bueno desde nuestro punto de vista, pero su atención está fija en las fuerzas norvietnamitas que permanecerán allí y la probabilidad de la violación del acuerdo. Al mismo tiempo que se mostraron orgullosos de la capacidad de sus generales, temen a la astucia de los comunistas y muestran falta de confianza en sí mismos. Indudablemente parecen pensar que necesitan más tiempo, pero, por otro lado, nos parece que siempre se sentirán así. Saben lo que deben hacer, pero les resulta muy doloroso. Probablemente hasta tengan razón. Si pudiéramos mantenernos aquí dos años más, estarían seguros.

Según mi parecer, están comprendiendo lentamente lo que deben hacer y se están autoconvenciendo de que deben aceptar el plan. Pero su autorespeto necesita también un sentido de participación.

Como en la oportunidad de mi visita secreta a Moscú en abril, me encontré encerrado dentro de un círculo vicioso de comunicación con Washington. Esto hacía muy difícil el intercambio efectivo de ideas y, a medida que los acontecimientos se precipitaban, produjo malas interpretaciones cada vez mayores. Todo ello complicado por la presión de las fechas límite, los grandes objetivos en juego y las emociones varias que en nuestro país producía esta prolongada guerra. Saigón estaba trece horas adelantada con respecto a Washington. Por lo tanto, mis informes vespertinos acerca de las reuniones llegaban a Washington a media mañana. Por razones de seguridad, utilizábamos un doble código en cada extremo, que requería también un doble juego de descodificadores. Debido al toque de queda que reinaba en Saigón, nuestros mensajeros debían conseguir escolta especial cada vez que recibíamos o enviábamos un mensaje. Todo esto causaba atrasos adicionales, por lo que Washington siempre estaba varios pasos más atrás en nuestras deliberaciones. Cuando Haig estaba en condiciones de discutir nuestros mensajes con Nixon, hacer un borrador de una contestación del presidente y enviarla, la jornada laborable en Washington había llegado a su fin. La reacción del gobierno me llegaba justo durante la mañana del día siguiente, por lo general cuando ya estaba inmerso en otra reunión y nuevas inquietudes. De esta manera, cada extremo de la red comentaba o informaba continuamente fuera de tiempo, sobre acontecimientos o decisiones que ya se habían tomado.

No era de sorprender que yo comenzara a presentar síntomas del clásico síndrome neurótico que más tarde o más temprano se apodera de los diplomáticos que trabajan en el teatro de operaciones. Algunas veces parecía que Washington estaba más interesado en ubicarse por encima de algo que ya había ocurrido, que en compartir responsabilidades con nuestras decisiones críticas. Por ejemplo, después de mi moderadamente optimista informe del 19 de octubre, Nixon gentilmente me envió un cable para que le dijera a Thieu lo siguiente:

Personalmente estudié con cuidado el proyectado acuerdo concertado con Hanoi y estoy convencido de que será en el mejor interés del gobierno y el pueblo de Vietnam del Sur que se acepte esta proposición. Recuérdale asimismo al presidente Thieu, enfáticamente, que en los cuatro años que estuve en mi cargo y, por cierto, antes también, no hubo otra figura pública norteamericana que defendiera de manera más firme que yo la proposición de que no podría imponerse un gobierno comunista al Vietnam del Sur. Más aún, ninguna figura política de los Estados Unidos ha sido un defensor más ardiente del presidente Thieu mismo. Puede asegurarle al presidente que confíe sin reservas en que ese apoyo se mantendrá a través de los días que vendrán.

No obstante, al día siguiente Nixon, como parte de sus consultas con sus más jerarquizados asesores, se reunió con el general William Westmoreland que estaba por retirarse como jefe del Estado Mayor y que repentinamente presentó objeciones al concepto mismo de un cese de fuego en sus emplazamientos. Esto resultó asombroso puesto que el cese de fuego había sido parte de nuestra posición desde octubre de 1970 y contó con el apoyo del Estado Mayor Conjunto, uno de cuyos miembros era Westmoreland. Sin hacerme partícipe de esa conversación, Nixon me envió otro cable más, por quinta vez en cuatro días, diciendo que no prestara atención a la próxima elección y que le recalcará a Thieu su solidaridad.

Cuando continúe las discusiones con Thieu, deseo recalcar que nada de lo que se haga será influido por la fecha de las elecciones norteamericanas. He llegado a la conclusión de que un acuerdo que se logre antes de la elección (que será en el mejor de los casos un derrumbe) presupone un grave riesgo de dañar el ámbito interno de los Estados Unidos. Un acuerdo, así logrado, podría hacer que se nos acusara de que, de haber esperado hasta después de las elecciones, podríamos haber conseguido mejores condiciones. El requerimiento esencial es que la aceptación de Thieu debe hacerse con total convencimiento de su parte. En esta forma no se nos podrá acusar de haberlo forzado a un acuerdo que no estaría dirigido a prevenir una toma de gran parte del territorio de Vietnam del Sur, por parte de los comunistas.

Como le dijera ayer, debemos tener a Thieu de nuestro lado como un socio deseoso de hacer un arreglo. No podemos forzarlo a punta de pistola. Soy consciente del riesgo de que Hanoi haga públicas las negociaciones; pero confío en que podremos manejar esa eventualidad con mayor facilidad que la que nos representaría un enfrentamiento con Thieu antes de las elecciones, o un acuerdo que sería criticado como un pretexto para el retiro de las tropas de los Estados Unidos.

La primera vez que oí estas instrucciones, me sentí conmovido. Ahora me asaltaba la molesta impresión de que se me estaba preparando para ser el chivo expiatorio en caso de que las cosas no salieran bien. De todos los colaboradores de Nixon, yo era el menos comprometido en la campaña presidencial. Estuve fuera del país, casi constantemente, desde comienzos de septiembre. Jamás participé en reuniones que trataban la estrategia política. Basado en el principio de que la política exterior era bipartidaria, me negué a participar en ninguna función para recaudar fondos. Rechacé repetidas solicitudes de John Ehrlichman, que alegaba transmitir órdenes de Nixon, para hacer públicos documentos comprometedores para la administración anterior, como ayuda a la campaña. Esto sucedió antes de que el Acta de Libertad de Información transformara todos estos actos en cosa de rutina. En una de esas misivas, en agosto de 1972, escribí de mi puño y letra: «Me opongo; es política barata». Nixon nunca trató el tema conmigo, pero no podía tener dudas acerca de mi punto de vista al respecto. Mi estrategia —que figuraba en innumerables memorándums— había sido sacar ventaja del deseo expreso de Hanoi de llegar a un acuerdo antes de nuestras elecciones, utilizándolas como una fecha límite para lograr concesiones de su parte. Jamás, ni oralmente ni por escrito, argumenté lo contrario: que concluir el acuerdo mejoraría las perspectivas de nuestras elecciones. Irónicamente, Nixon me hacía el mismo cargo que luego otros le harían a él: que me apuraba por las elecciones. Para él, en realidad, las consideraciones electorales le aconsejaban una demora. Exhausto, luego de dos semanas de trabajar entre quince y diez y ocho horas por día, agotado por los viajes en *jet* y sensibilizado al verme sitiado por dos grupos monomaniacos de vietnamitas, le contesté sarcásticamente a Haig:

Me siento agradecido por los bien intencionados comentarios que estuve recibiendo. Debemos recordar que cualquier acuerdo será, en el mejor de los casos, precario y conducirá a un período confuso. Ni siquiera en circunstancias óptimas, puede esperarse que los survietnamitas se muestren entusiasmados, puesto que perderán nuestro apoyo militar. Luego tendrán que adaptarse a una situación que no han enfrentado desde 1962. Si se me quiere decir que detenga este proceso, deberán decirlo sin ambigüedades. Por otra parte, todos aquí juzgamos —incluyendo a Bunker, Abrams, Habib y Sullivan— que éste es el mejor acuerdo que podremos lograr jamás. Debemos contrapesar las consideraciones electoralistas contra el hecho de que no puedo imaginar que el tema de los prisioneros pueda arreglarse en menos de varias semanas, bajo condiciones normales.

De todos modos, estoy dispuesto a entorpecer esta negociación si recibo claras indicaciones de hacerlo así.

No recibí ninguna indicación de ese tipo. En realidad, nadie podría habérmela mandado. Los sucesos en Saigón comenzaron a acelerarse más allá de lo que nuestro sistema de comunicaciones podía manejar.

ENFRENTAMIENTO CON THIEU

El 21 de octubre, según ya referí, todavía pensábamos que poco a poco nos íbamos acercando a un entendimiento con Saigón, con no poco dolor y poca simpatía de parte de Thieu. A la mañana, me reuní con el equipo de expertos, encabezado por el ministro del Exterior Lam, para revisar sus propuestos cambios.

Eran veintitrés en total. Algunos de importancia. Saigón quería suprimir la frase que describía al Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia como una «estructura administrativa» con el fin de no tener tropiezos con la traducción. También quería que se reforzara la referencia a la zona desmilitarizada para recalcar su carácter de línea divisoria y que el cruzarla para incursionar en el territorio vecino fuera ilegal. Insistía en que no hubiera referencia alguna en el texto a ningún Gobierno Revolucionario Provisional (el brazo político de Hanoi en el Sur). Otros cambios parecían de menor importancia, a pesar de que la poco sutil mentalidad occidental podría muy bien no captar la naturaleza hiriente de frases ambiguas y aparentemente insignificantes. Mis colaboradores y yo sabíamos bien las dificultades que representaría obtener tantos cambios en un texto que ya había sido declarado «completo»; pero prometimos a Saigón de buena fe que trataríamos de hacer algo. Pasamos la mañana tratando de descubrir los motivos de los cambios propuestos, a fin de determinar prioridades, cuando lleváramos la propuesta de Saigón a Hanoi. La atmósfera en que trabajábamos era profesional, marcada por un serio intento de lograr lo que fuera posible y calcular lo que pudiera ser práctico.

Almorcé con Bunker. Ambos nos sentíamos optimistas cuando retornamos a su despacho, poco después de las 14:00 horas, para aguardar que nos llamaran desde el Palacio Presidencial, para reunirnos nuevamente con el Consejo Nacional de Seguridad de Vietnam del Sur. No se produjo ninguna llamada a la hora prevista. Más o menos una hora después, Nha llamó a Bunker para decirle que deberíamos estar alerta. La reunión había sido postergada para las 17:00 horas. Nos avisarían cuando Thieu estuviera listo para recibirnos. No hubo disculpas por el cambio ni explicación por la demora. Nha se limitó a transmitir su mensaje y colgó el receptor. Debí haber visto a Humphrey Bogart hacer lo mismo en alguna película. A las 16:30 horas, o sea dos horas y media después de la hora de nuestra entrevista, la comitiva de Thieu pasó frente a la embajada haciendo sonar intensamente sus sirenas. A las 17:30 horas, todavía no habíamos recibido ni una palabra de palacio, lo que dio lugar a un acontecimiento histórico: Bunker perdió los estribos. Trató de comunicarse por teléfono con Thieu y le dijeron que el presidente estaba en una reunión de gabinete. Cuando pidió hablar con Nha, le dijeron que el secretario de prensa había salido del edificio también y que no podían comunicarse con él. Una hora más tarde, o sea casi cinco horas después del momento concertado para la entrevista, Thieu llamó a Bunker para decirle que nos vería en cuanto terminara la reunión de gabinete, que seguía todavía. Después de tres cuartos de hora más, Nha llamó por teléfono para decir que Thieu nos recibiría a Bunker y a mí a las 08:00 horas de la mañana siguiente. Cuando Bunker alegó que con la diferencia de horario la demora representaría ahora por lo menos veinticuatro horas para la decisión de Washington, Nha simplemente volvió a cortar la comunicación.

Volvimos a la residencia de Bunker. Sentados en su pequeña biblioteca, tratamos de desentrañar qué pasaría. Evidentemente, los survietnamitas necesitaban tiempo para deliberar acerca de decisiones importantes. Pero su conducta insolente implicaba una confrontación inminente. ¿Cuál sería el motivo? Thieu todavía no había anunciado su posición; se había limitado a efectuar preguntas. La reunión con los expertos, a la mañana, parecía haber sido satisfactoria. Habíamos prometido elevar a Hanoi todos los puntos propuestos por Saigón; por supuesto, no podíamos garantizar el resultado. Ni Thieu ni ninguno de sus colaboradores habían invocado hasta ahora ninguna cuestión de principios, a pesar de que era evidente que las previsiones referentes a las tropas norvietnamitas obviamente les molestaban. Cualesquiera hubieran sido sus preocupaciones, ningún aliado tenía el derecho de tratar a un emisario del presidente de los Estados Unidos con esa descortesía. La injusticia de esa conducta para con Bunker era monumental. Sentíamos esa furia impotente, tan astutamente sembrada entre los extranjeros por los vietnamitas. Thieu debió haber presentado que nuestra estrategia no serviría a sus planes. Cuanto más pudiera demostrar ante nosotros ser indispensable, a pesar de lo desusado de su conducta, más podría humillar a Hanoi. También podría apelar al nacionalismo vietnamita y lograr así una mejor posición para negociar.

Estas reflexiones no eran simple locura de mi parte. La alteración emocional que reinaba

en el Palacio Presidencial pronto se hizo sentir. Cerca de las 21:00 horas, o sea siete horas después de nuestra cita original, Thieu llamó a Bunker por teléfono. Al borde de la histeria, se quejó amargamente de que la misión Haig había organizado tres semanas antes un golpe contra él. Miembros de mi equipo seguían ahora empeñados en ello. Exigía que depusiéramos nuestra actitud. Bunker y yo habíamos sido durante años los principales defensores de Thieu, resistiendo las exigencias de Hanoi y de los críticos antibelicistas para que derrocaráramos al gobierno de Saigón. Haig había luchado en Vietnam y era un firme admirador de Thieu. Era duro sentirse acusado de tratar de derrocar a un líder por cuya supervivencia habíamos tomado no pocos trabajos. Bunker, a pesar de sus buenas maneras, era presa de la indignación al refutar los cargos de Thieu. Pero no teníamos tiempo para desahogos, ni otra opción más que soportar todo —como Thieu calculara correctamente—. Estábamos encerrados dentro de un plan de actividades que me llevaría a Hanoi dentro de setenta y dos horas, mientras nuestro aliado vietnamita se desintegraba emocionalmente. Las llamadas telefónicas desde el Palacio no dejaban lugar a dudas de que el ambiente se tornaba cada vez más hostil. En ausencia de objetivos específicos, no sabíamos cómo resolver los problemas, ni siquiera cuál era la esencia de éstos. Comenzamos a desear que Hanoi transformara la cuestión en un tema académico, rehusando los textos sobre Laos y Camboya que le comunicáramos el 20 de octubre, pero de inmediato dudé que lo hicieran. Informé a Washington:

Está comenzando a surgir un esquema familiar. Esto nos coloca en una posición sumamente precaria. Si Hanoi vuelve a hacer hincapié en nuestro último mensaje y luego me resisto a hacer el viaje, sabrán perfectamente cuál es la dificultad. Entonces tendrían más incentivo para dar publicidad al material secreto y exigir que firmemos un acuerdo con el que ya estuvimos de acuerdo.

Mis predicciones se concretaron. Por la noche, del 21 de octubre, Hanoi nuevamente *aceptó* todas nuestras demandas. Los norvietnamitas estuvieron de acuerdo con todas nuestras consideraciones con respecto a Laos y Camboya. Nos informaron que no había prisioneros norteamericanos en Camboya, pero los que estaban en Laos serían liberados, juntamente con todos los que había en Vietnam del Norte y del Sur. También estuvieron de acuerdo con el nuevo plan de actividades que les transmitiera el 20 de octubre. Nuestra estrategia funcionaba admirablemente en todas partes, con excepción de nuestros aliados en Saigón. El hecho era que, como señaló Haig en un cable, «ahora hemos llegado a un punto crítico y su entrevista de esta mañana con Thieu será crucial».

Afortunadamente (dadas las circunstancias), Hanoi cometió un error, que justificó realmente la demora. El distinguido periodista Arnaud de Borchgrave había recibido repentinamente una visa para visitar Hanoi. Lo que resultaba más extraño es que no la había pedido. Una vez allí, se le concedió una entrevista con el primer ministro Pham Van Dong, que tampoco había solicitado. La entrevista sería publicada el 23 de octubre, mientras yo estuviera todavía en Saigón y cuando Hanoi sabía que estaría por obtener la concurrencia de los survietnamitas (*).

Tal vez Hanoi había arreglado las cosas cuando todavía estaba en vigencia el plan de actividades anterior, según el cual yo debería estar en Hanoi para la fecha de su publicación. La entrevista, de cualquier manera, fue un acto insultante de mala fe y, debido a la demora, resultó casi fatal. Pham Van Dong en su entrevista dio una tendenciosa interpretación norvietnamita de la redacción del acuerdo, que difería no sólo con nuestra interpretación, sino con el texto que habíamos negociado. Describió a Thieu como «superado por los acontecimientos». Se instalaría «una coalición tripartita de transición». Se liberaría a todos los detenidos de ambas partes (incluidos los civiles). Los Estados Unidos deberían pagar reparaciones. De Borchgrave informó que Hanoi ya estaba informando a los diplomáticos extranjeros del acuerdo totalmente logrado y preparaba festividades que a él le parecieron «celebraciones de la victoria». La entrevista de Pham Van Dong sería fatalmente una provocación a los survietnamitas y ocasionaría en ellos las sospechas más graves. También nos puso al tanto de que la reciente flexibilidad de Tho había sido una necesidad impuesta, no un cambio de actitud. Pero de la entrevista se desprendía tanto debilidad como falsedad. Pham Van Dong admitió que Thieu se quedaría después del acuerdo.

(*) Recibimos un texto adelantado el 21 de octubre; de Borchgrave envió su versión sin censuras por la autorización del embajador Godley para utilizar las comunicaciones de la embajada en Vientiane, para transmitir su artículo a New York, ya que no había otros medios fáciles y seguros.

Por debajo de la tendenciosa fraseología, había dejado bien en claro que el arreglo era esencialmente un cese de fuego en sus emplazamientos, hasta entonces negado despectivamente por Hanoi. «Ambas administraciones y ambos ejércitos» seguirían existiendo en el Sur.

Más o menos simultáneamente, recibí un telegrama de Nixon instruyéndome con respecto a lo que considerábamos sería una reunión decisiva con Thieu, en la mañana del 22 de octubre. Debía llevar a Thieu hasta una situación límite, sin provocar una explosión. Debía seguir la misma conducta en Hanoi. La mejor solución sería diferir el arreglo final hasta después de las elecciones y mantener a ambas partes vietnamitas tranquilas hasta entonces. Las instrucciones no me explicaban cómo lograr todo esto. (Me recordaban al hombre que, durante la Segunda Guerra Mundial dijo que la manera de resolver la guerra de submarinos era calentar el agua del océano y hacer que subieran a la superficie al hervir. Cuando le preguntamos cómo hacer esto, contestó: «yo les di la idea; la realización técnica es asunto de ustedes»). Las instrucciones de Nixon no eran acompañadas de un curso de acción claro, pero no quedaba duda alguna de que las consideraciones electorales lo llevaban cada vez más a querer *diferir* un arreglo; no, como más tarde insinuaron sus críticos, a acelerarlo.

Resultó de más ayuda una carta de Nixon a Thieu, escrita por el presidente mismo. En ella Nixon repetía que consideraba el acuerdo, tal como estaba, totalmente aceptable. Agregaba una seria advertencia que debe haber sido en extremo dolorosa, después de todo lo que hicimos para apoyar a Thieu.

Si encontrara usted que el acuerdo es inaceptable en este momento o si la otra parte revelara los extraordinarios límites a los que llegó para satisfacer las demandas que se le hicieron, según mi parecer, su decisión tendrá los más serios efectos sobre mi capacidad de continuar enviando nuestra ayuda para usted y el gobierno de Vietnam del Sur.

En Vietnam nada funciona según se espera. La reunión con Thieu a las 08:00 horas de la mañana siguiente —domingo 22 de octubre— no produjo, después del nerviosismo preliminar, ninguna confrontación. En realidad parecía que Thieu hubiera preparado el melodrama del día anterior para dejar establecida su posición de independencia, que le permitiría hacer posible unirse a nosotros en el último momento. Thieu estaba junto a Nha por un lado y Bunker y yo por el otro. Thieu volvió a insistir en sus ya conocidas objeciones al acuerdo. Señaló la presencia continuada de tropas norvietnamitas y la composición del Consejo Nacional —que no tenía función alguna— en el que él tendría la facultad de veto y que, según resultó luego, jamás llegó a existir. Le contesté punto por punto a sus preocupaciones y le entregué la carta de Nixon. Thieu respondió con dignidad que para nosotros el problema era cómo terminar la guerra, mientras que para él era una cuestión de vida o muerte para su país. Debía considerar no sólo los términos del acuerdo, sino la percepción que de él tendría la gente de Vietnam del Sur. Por lo tanto, estaba consultando con los líderes de la Asamblea Nacional. También quería oír un informe completo de sus asesores sobre nuestras reacciones a los cambios que ellos proponían. Volvería a reunirse con Bunker y conmigo a las 17:00 horas, para darnos una contestación final.

Bunker y yo abandonamos la reunión reconfortados. «Creo que finalmente encontraremos una salida», dije en un optimista cable que envié a Washington. Le pedí a Bunker que mandara un informe más completo, pues yo me iba al aeropuerto para visitar Phnom Penh. Bunker cablegrafió diciendo: «Ambos salimos de la reunión con la impresión de haber logrado finalmente un principio de arreglo; nos sentimos inducidos a pensar que Thieu parece estar tratando de encontrar una salida a sus problemas.» Al mismo tiempo Bunker indicó que la pretensión de Hanoi, de apoderarse de la mayor cantidad posible de territorio antes del cese del fuego, era un fracaso total. Había un abismo entre las intenciones del enemigo y sus capacidades. «Nuestra conclusión es que, a pesar de las instrucciones comunistas y los esfuerzos del enemigo para cumplirlas, no ha logrado hacerlo de manera efectiva y ha sufrido bajas en su esfuerzo.»

Para mantener tranquila a la otra parte vietnamita, envié un ambiguo mensaje a Hanoi, diciendo que habíamos recibido su respuesta mientras yo estaba en Phnom Penh. La contestación tendría que esperar a mi regreso, por la tarde de ese día.

Ahora que la guerra estaba tocando a su término, los arreglos sobre Camboya resultarían ser los más complejos; y con mucho los menos secretos de todos los acuerdos.

Laos y Camboya se trataban con dos juegos de documentos. Hanoi adoptó la posición de que en la redacción del acuerdo con Vietnam, podía obligarse a sí mismo sólo con respecto a

sus propias acciones. De esa manera, podía comprometerse a retirar sus tropas de Laos y Camboya. En cuanto al cese del fuego entre las partes beligerantes o compromisos de seguridad para liberar prisioneros norteamericanos, Le Duc Tho sólo podía ofrecer sus mejores esfuerzos para persuadir a sus aliados. Ofrecería dichos esfuerzos por escrito, pero en un acuerdo privado con nosotros, no en el texto del acuerdo de Vietnam. Por lo tanto, en el artículo 20 del acuerdo con Vietnam, Hanoi se comprometía a retirar sus fuerzas de Camboya y Laos y evitar utilizar sus territorios para operaciones militares en contra de los signatarios del acuerdo, es decir, Vietnam del Sur.

Los entendimientos privados demostraron ser más complicados. Hanoi confiaba en su influencia sobre su aliado en Laos, el Pathet Lao. Le Duc Tho por lo tanto prometió lograr un cese del fuego en Laos dentro de los treinta días del acuerdo de Vietnam y firmar un arreglo con ese fin. Con respecto a Camboya, Le Duc Tho declaró tener menor influencia sobre el Khmer Rojo. Sólo realizó afirmaciones orales generales en el sentido de que, una vez finalizada la guerra en Laos y Vietnam, «no habrá razón para que la guerra continúe en Camboya». Después de repetidos intentos de conseguir una declaración más concreta en favor del cese del fuego en Camboya, sólo pude conseguir una declaración por escrito de lo mismo que Le Duc Tho me dijera verbalmente. Por lo tanto decidí urgir a Lon Nol para que ofreciera un cese del fuego unilateral, en cuanto se firmara el Acuerdo de París (cosa que así hizo) y le advertí a Le Duc Tho que si el Khmer Rojo respondía con una nueva ofensiva, esto sería «contrario a las presunciones en que se basa este Acuerdo». Yo estaba dispuesto a apostar que las fuerzas de Lon Nol, con una modesta contribución nuestra, podrían contener a las fuerzas de los indígenas comunistas camboyanos, si Vietnam del Norte se retiraba y terminaba la infiltración norvietnamita. Por cierto, no teníamos otra opción. Nos habríamos quedado sin apoyo en nuestro país, si rehusáramos un acuerdo con Vietnam que liberara a nuestros prisioneros y condujera al retiro de los norvietnamitas de los países de Indochina, simplemente porque el cese del fuego en Camboya no era total y absoluto.

Envié a Bill Sullivan a Bangkok y Vientiane porque él conocía a los líderes de Tailandia y Laos, pues había trabajado con ellos mientras cumplía funciones de embajador en Laos. Volvió con el entusiasta apoyo de ambos. De acuerdo con Sullivan, Souvanna Phouma exclamó: «Están totalmente derrotados». La reacción de los líderes de Tailandia fue similar. Pero debido a nuestra ayuda limitada y lo ambiguo de las especificaciones referidas a Camboya, consideré que debía informar personalmente a Lon Nol.

Fue un encuentro que me llenó de vergüenza. A pesar de que Lon Nol tenía reales causas para no sentirse a gusto, no hubo nada de las pequeñas indirectas de Saigón o su insolencia. Los camboyanos, que habían recibido una fracción microscópica de la ayuda anual que le diéramos a Saigón, seguían confiando en nosotros. Lon Nol se mostró de acuerdo con lo que hacíamos, a pesar de que comprendía que el suyo era el único país de Indochina que no había recibido una fecha concreta para el cese del fuego, aun cuando los norvietnamitas estaban fuertemente obligados a retirarse. Lon Nol hasta prometió publicar una declaración de total apoyo al acuerdo, cuando fuera anunciado oficialmente.

Mi viaje a Phnom Penh fue por lo tanto doloroso, de una manera exactamente opuesta a las sesiones de Saigón. De todos los líderes que contaron con nosotros, ninguno recibió tan poco como Lon Nol. De todas las víctimas de las ambiciones hegemónicas de Vietnam del Norte, en Indochina, ninguna había resistido con tanto espíritu nacional, ni había quedado tan librada a su propia suerte como Camboya. En un sentido muy real, Camboya soportaba la carga mayor en la irreconciliable lucha interna en nuestro país. Después de que nuestras tropas se retiraran de sus santuarios, aquéllos que habían denunciado la incursión de 1970 hicieron todo lo posible por impedir cualquier ayuda efectiva al desolado país, como para castigar a los camboyanos libres, por no aceptar el papel de víctimas que se les había destinado. El argumento de que no deberíamos quedar empantanados en Camboya llevó al Congreso, en 1971 y 1972, a limitar la ayuda a ese país a la mezquina suma de 300 millones de dólares (aproximadamente un tres por ciento de nuestros gastos en Vietnam). Asimismo, se indicó un número tope de agregados militares destinados en nuestra embajada en Phnom Penh y se prohibió el envío de asesores militares. Más aun, se prohibió por ley a nuestros agregados militares que visitaran las tropas camboyanas. El argumento esgrimido de que podríamos quedar empantanados en Camboya, era relativamente plausible o basado en un falso paralelo con Vietnam. Las fuerzas norvietnamitas en el sur estaban demasiado diseminadas y Hanoi no estaba en condiciones de refor-

zarlás. Cualquier mejora en la capacidad combativa de Camboya se hubiera hecho sentir con firmeza y el Khmer Rojo era insignificante al principio. Todo lo que nuestra propia negativa logró fue dejar a la pobre Camboya librada a sus escasos recursos contra su implacable enemigo de Hanoi y darle tiempo a los asesinos lugareños del Khmer Rojo para que juntaran fuerzas para su conquista final. Esto no tendría por qué haber sucedido. Dejamos pasar la oportunidad de armar a aquéllos que estaban deseosos de defenderse y que, de haberlos armado, podrían haber llegado a detener a los norvietnamitas —no a nosotros— en una guerra por desgaste. Cualquiera que fuera el punto de vista sobre la incursión original, no resulta fácil seguir la lógica de los que basaron su indignación ante la independencia de Camboya y, luego, una vez que Vietnam del Norte y el Khmer Rojo decidieron conquistarla, hicieron imposible una efectiva resistencia para preservar su independencia.

En aquella circunstancia, Lon Nol generosamente dio su apoyo al acuerdo, declaró un cese del fuego unilateral y llamó a negociaciones. Sus acérrimos enemigos, genocidas, ignoraron tal llamada. El Congreso norteamericano, en el término de un año, legisló una prohibición de utilizar nuestro poder aéreo para ayudarlos. El pueblo de Camboya merecía algo mejor.

Era característico de los vietnamitas que una simple derrota jamás satisficiera a los vengativos dioses que determinaban su destino. También debían destrozar el corazón de sus enemigos. Volví a Saigón, ilusionado con la perspectiva del éxito. Pensaba que con Lon Nol de nuestra parte, estábamos tranquilos. Bunker y yo vimos a Thieu y a Nha a las 17:00 horas, según habíamos acordado, durante casi dos horas. Al terminar la conversación, telegrafé a Haig las desastrosas noticias: «Thieu acaba de rechazar el plan completo o cualquier modificación del mismo y se rehusa a discutir cualquier otra negociación sobre esa base.»

Había sido una reunión grotesca. Thieu, que hablaba inglés fluidamente, se negó a utilizar este idioma. Mientras hablaba, con frecuencia, rompía a llorar, más de furia que de dolor, según pensábamos Bunker y yo. Nha traducía y, en los pasajes adecuados, también lloraba.

La reunión comenzó con mi informe a Thieu sobre el éxito de las consultas realizadas en Phnom Penh, Bangkok y Vientiane. Thieu descartó esto con el comentario de que no le sorprendía. Esos países no habían sido «sacrificados». Dijo que, obviamente, los Estados Unidos habían «actuado en connivencia» con los soviéticos y China para entregar Vietnam del Sur. Él no sería parte de esto. Por primera vez, reveló que tenía la sensación de que estaba siendo traicionado; que esa sensación venía desde un año atrás, cuando le propusimos que accediera a dimitir un mes antes de las nuevas elecciones presidenciales. A pesar de haber aceptado sin protestar y reiterarlo hacia tres meses, obviamente le había producido un resentimiento profundo:

Desde que los Estados Unidos me pidieron que renunciara y negociaban conmigo acerca de la fecha, hubiera renunciado de no ser un soldado. Porque veo que aquéllos a los que creía mis amigos, me han fallado. A pesar de la gran humillación personal que esto significa para mí, continuaré luchando. Mi mayor satisfacción será poder firmar un tratado de paz. No le he dicho a nadie que los norteamericanos me pidieron que renunciara, puesto que compartirían conmigo mi humillación, sino que lo he hecho aparecer como un acto voluntario de mi parte.

Yo le respondí, con toda calma:

Admiro el coraje, dedicación y heroísmo que caracterizaron su discurso. No obstante, como norteamericano, sólo puedo rechazar profundamente su sugerencia de que hayamos actuado en connivencia con los soviéticos y los chinos. ¿Cómo puede considerar esto posible, cuando el 8 de mayo el presidente arriesgó todo su futuro político para venir en su ayuda? En nuestras conversaciones con los soviéticos y China, tratamos de presionarlos para que ellos, a su vez, presionaran a Hanoi. Sinceramente creíamos que el acuerdo propuesto preservaría la libertad de Vietnam del Sur; nuestros principios son los mismos que los suyos y los hemos defendido. Usted tiene sólo un problema. El presidente Nixon tiene muchos. Su convicción, de que hemos socavado su posición, no será comprendida por ningún norteamericano, menos que ninguno por el presidente Nixon.

En cuanto a temas específicos, no reconocemos el derecho de Vietnam del Norte a estar en el Sur. Utilizamos el lenguaje de los Acuerdos de Ginebra, puesto que pensamos que sería la mejor manera de lograr una solución práctica. Si hubiéramos querido «entregarlos», habríamos encontrado muchas otras maneras de lograrlo.

Le indiqué que ahora teníamos un problema práctico: «Hace cuatro años que luchamos; hipotecamos totalmente nuestra política exterior en la defensa de su país. Lo que usted ha dicho ha sido algo tremendamente injusto.» Naturalmente las negociaciones no podían continuar sin su acuerdo. Yo volvería a Washington. Era importante para ambos países evitar una confrontación, si no queríamos dar por tierra con todo lo que habíamos sacrificado. Sugerí que le haría una visita de despedida, antes de mi partida. Acordamos que fuera a las 08:00 horas de la mañana siguiente, lunes 23 de octubre.

Si el 18 de octubre, cuando Hanoi finalmente había cedido en todas sus demandas políticas, fue quizá el momento más crucial de mi carrera, éste era tal vez el más triste —por lo menos en ese punto. Independientemente de lo que pasara, la reacción de Thieu garantizaba que la guerra no terminaría pronto o de una manera que contribuyera a cicatrizar las divisiones en nuestro país. Mi aspiración más ferviente había sido haber logrado la paz de manera tal que, aquéllos que se habían sacrificado, encontraran una justificación para su sufrimiento. Los que se habían opuesto a la guerra aceptaron la paz como la culminación de sus esfuerzos. Unidos nuevamente, podríamos entonces encarrilar nuestras energías hacia tareas positivas que nos esperaban en un orden internacional nuevo y pleno de esperanzas. La conducta de Thieu parecía indicar que la negociación de paz se cerniría como una amenaza sobre nuestro futuro, de la misma manera que la conducción de la guerra lo hiciera en nuestro pasado. Si fallábamos en cumplir con el plan de actividades que incluía el acuerdo el 31 de octubre, Hanoi seguramente nos atacaría públicamente por haber renegado de un acuerdo de paz. Si Hanoi publicaba los términos de la paz, cosa que haría con seguridad, nuestros críticos —que nos exigieron que hiciéramos los arreglos con *menos* exigencias— no aceptarían nuestras excusas si no se firmaba el acuerdo, más aun cuando Hanoi había aceptado nuestras propias propuestas. Hanoi podía señalar una a una las concesiones que nos había hecho, comenzando el 8 de octubre y terminando el 21. Cualquiera que supiera algo sobre Vietnam comprendería que sólo hubiéramos podido lograr un acuerdo mejor, extendiendo el conflicto, cosa que el Congreso había aclarado perfectamente que no estaba dispuesto a apoyar. Si no concluíamos el tratado en términos aproximados a los que ahora se nos ofrecían, el Congreso nos forzaría a abandonar la guerra mediante el dictado de una ley que fuera una simple entrega de prisioneros a cambio de nuestra retirada. Al haber dejado de lado su fórmula política, Hanoi seguramente aprovecharía la oportunidad; era mucho mejor para ellos que el plan existente. La guerra terminaría de una manera poco clara, después de todo, con una perspectiva mucho menos favorable para Saigón e infinitamente más fragmentaria para nuestro país.

No obstante, no sentía ningún arrepentimiento. A pesar de que la conducta de Thieu fuera injuriosa, nosotros luchamos por una cuestión de principios: que los Estados Unidos no traicionaran a sus amigos. Estuve de acuerdo con Nixon en que volvernó en contra de Thieu sería incompatible con nuestros sacrificios. Mi obligación era tratar de manejar los asuntos, no dejar que se transformaran en caos. Thieu tenía una gran responsabilidad por habernos hecho penetrar cada vez más en la ciénaga, durante cuatro días. Si hubiera revelado su verdadera actitud el día en que llegué, seguramente hubiéramos enviado mensajes diferentes a Hanoi. No obstante, no podíamos desintegrar, a causa de irritaciones personales, todo lo que millones de norteamericanos habían soportado y sufrido durante casi diez años.

Tampoco podíamos arriesgarnos a que la histeria de Thieu hiciera que, en su desesperación, dejara trascender nuestro rompimiento, tentado a Hanoi a entrar a un nuevo ciclo de intransigencia. Tampoco podíamos dejarle pensar que nos había dominado y que por ello nos desviaríamos de nuestros objetivos principales. No debería quedar lugar a dudas de que cualquier demora ahora sería táctica, para brindarle una oportunidad de revisar nuestras diferencias y exigir mejoras secundarias, pero no una estratégica inversión de nuestra decisión de terminar la guerra.

Con Hanoi debíamos también recorrer un delicado camino. Debíamos convencer al Politburó norvietnamita de que estábamos decididos a concluir el acuerdo sobre los términos que existían en general. Pero también debíamos convencerlos de que no podrían utilizar nuestro desentendimiento con Saigón para apurarnos a último momento a que hiciéramos lo que nos negáramos a hacer desde hacía cuatro años: destruir la estructura política de Vietnam del Sur.

Estas eran las consideraciones principales efectuadas entre Lord y yo, en Saigón, y el presidente y Haig, en Washington, mientras nos comunicábamos continuamente durante la noche, a una distancia de más de quince mil kilómetros. Los acontecimientos dramáticos con frecuencia

se producen en escenarios incongruentes. Nuestro cuartel general era mi pequeño dormitorio, en la residencia de Bunker. No teníamos medios rápidos de comunicación con Washington. El teléfono de seguridad no funcionaba. El teléfono común no era seguro. El sistema de doble cifrado retardaba tanto las comunicaciones que, con frecuencia, Washington solía contestar a un mensaje que ya había sido superado por otro posterior. Era medianoche en Saigón. Lord tomaba nota de mis instrucciones, sentado sobre mi cama, mientras yo recorría la habitación. Luego pasaba a la otra habitación y hacía un borrador a mano. En el patio, un conductor y un experto de Comunicaciones esperaban para llevar el mensaje manuscrito de Lord al centro de comunicaciones de la Embajada, después de asegurarse de que no serían molestados debido al toque de queda. Entre mensaje y mensaje, Lord y yo revisábamos nuestros problemas y posibles elecciones. Nuestra mayor preocupación era volver a Washington antes de que Hanoi explotara. Nuestro ánimo estaba más decaído aún porque los intercambios telegráficos permitían sólo un par de consideraciones por vez. Al vernos privados del juego doble de la conversación personal, las ideas tentativas se transformaban artificialmente en proposiciones formales y eran tratadas como tales. En varias oportunidades ambos extremos de la línea cambiaban de idea, pero para cuando este hecho podía comunicarse entre sí, la Casa Blanca y yo contestábamos a mensajes ya superados por nuevas opciones.

Inmediatamente después del desastroso encuentro con Thieu el domingo a las 20:00 horas de Saigón, le envié un cable a Haig diciéndole que ahora teníamos dos opciones. Podría ir a Hanoi, como planeaba originalmente, presentando los cambios de Saigón y seguir yendo y viniendo (el término «diplomacia de lanzadera» no existía todavía), hasta obtener el acuerdo de ambas partes. La segunda opción era volver inmediatamente a Washington. Mientras tanto Haig le diría a Dobrynin que habíamos tropezado con un obstáculo importante en Saigón, que nos veíamos obligados a presentar a la otra parte, en otra reunión con Le Duc Tho. Queríamos ayuda soviética para mantener a Hanoi bajo control. «Obviamente, yo estoy a favor de la segunda opción», dije, «pero ofrecía la primera (el viaje a Hanoi) sólo como una satisfacción intelectual».

Cuanto más pensaba en él, menos ganas tenía de hacer el viaje a Hanoi. Seguramente quedaría atrapado allí en reuniones interminables; las comunicaciones con Washington serían más complicadas; era difícil predecir a qué tipo de vejaciones seríamos sometidos. Por lo menos, si las cosas empeoraban, estaría de paso. Era importante para mí regresar a Washington cuanto antes. La ironía —que se dejaba traslucir— era que mientras Nixon en Washington comenzaba a preocuparse de que yo pudiera ir a Hanoi, en Saigón yo, a mi vez, temía que, *en contra* de mis recomendaciones, aceptara la primera de las dos opciones y me ordenara que fuera allá. Antes de recibir una contestación a mi primer mensaje, por lo tanto, envié otro cable: «He reconsiderado la situación y no encuentro otra ruta expedita, con excepción de la opción de la Unión Soviética, que deberá tomarse inmediatamente, con el fin de ganarle de mano al próximo mensaje que deberá entregarse en París a las 23:00 horas, de hoy, domingo, hora de París.» (a las 07:00 horas del lunes, hora de Saigón, o sea en un plazo de diez horas).

El mensaje, enviado en nombre del presidente, debía ser entregado en París y era para Hanoi. Estaba destinado a retardar la situación para permitirme regresar a Washington antes de que Hanoi explotara. Decía así:

El presidente aprecia el mensaje del primer ministro de la República Democrática de Vietnam, que satisface todos los puntos con respecto a Laos y Camboya, así como con respecto a los prisioneros de los Estados Unidos.

Como el primer ministro sabrá, la parte norteamericana ha realizado enormes esfuerzos en Saigón, Vientiane, Phnom Penh y Bangkok para asegurar el acuerdo. También sabrá que los Estados Unidos siempre sostuvieron la posición de que no podrían proceder unilateralmente. Desgraciadamente, las dificultades en Saigón han demostrado ser algo mayores que lo que originalmente anticipáramos. Algunas de ellas se refieren a cuestiones que los Estados Unidos se ven compelidos a presentar a la República Democrática de Vietnam.

El presidente desea hacerle saber al primer ministro que, ante estas circunstancias, le ha pedido al dr. Kissinger que vuelva inmediatamente a Washington, para consultar acerca de los pasos a seguir.

El presidente desea recalcar que el abuso de confianza cometido por la República

Democrática de Vietnam, con respecto a la entrevista brindada a Arnaud de Borchgrave, es en gran parte culpable del estado actual de cosas en Saigón.

El presidente solicita que la República Democrática de Vietnam no tome ninguna acción pública hasta que pueda presentar un mensaje más completo conteniendo sus consideraciones, que le será transmitido dentro de las próximas 24 horas.

Los Estados Unidos refirman su compromiso con los puntos básicos y los principios del acuerdo.

A esta altura de los acontecimientos, en cuanto a nosotros se refería, habíamos adoptado el curso de volver a Washington y habíamos informado a Hanoi de tal hecho. La Casa Blanca contestó mi *primer* mensaje: Nixon rechazaba vehementemente la opción de que yo fuera a Hanoi que, aún entonces, sólo se había propuesto para «satisfacción intelectual» y con recomendaciones muy claras en contra (4). Una multitud de cables de Haig, enviados en nombre de Nixon, recalcaban la inconveniencia de ir a Hanoi. Las cosas subieron de tono, peligrosamente, a ambos lados del océano Pacífico. Envié otro cable:

En este momento que vivimos, considero absolutamente imperativo no demostrar nerviosismo. Todos debemos destilar optimismo y dar la impresión de que estamos muy próximos a lograr un acuerdo. Si nos vemos presionados por preguntas, simplemente diremos que se trata de detalles técnicos que siempre surgen en la última etapa de las negociaciones.

Si realmente nos ponen contra la pared, debemos concentrarnos en el tema de las fuerzas norvietnamitas en el Sur. Por todos los medios posibles, debemos evitar que Thieu sea objeto de mofas públicas, no por él mismo, sino por nosotros. Si Thieu aparece como el villano, aun cuando finalmente logremos vencer sus objeciones, todo lo que hicimos durante estos ocho años será cuestionado.

Creo que en cuestión de semanas todavía podremos hacer que este problema alcance una conclusión razonable. Le pedí a Bunker que hable con Thieu. Toda la Inteligencia coincide en afirmar que está realizando activas preparaciones para un cese del fuego. Por lo tanto, es muy probable que ceda, especialmente si nos mantenemos firmes después de la elección. Por otra parte, si no cede, todavía existe una posibilidad de que Hanoi y nosotros firmemos un acuerdo que luego recomendaríamos a las otras partes que aceptarían. Esto le daría la oportunidad a Thieu de decir que había sido burlado, pero, al final, cedería. Sólo como último recurso, deberíamos apelar a un acuerdo bilateral.

Para cuando se aclaró la confusión con respecto de mi viaje a Hanoi (ahora cancelado), surgió otra controversia. Esta vez se trataba de mi proposición de suspender todos los bombardeos sobre Vietnam del Norte. Les habíamos hecho saber a los norvietnamitas que lo haríamos así veinticuatro horas antes de mi arribo a Hanoi. No pensaba que pudiéramos dejar de cumplir este compromiso y continuar el bombardeo en gran escala después que Hanoi aceptara nuestras propuestas. (Los bombardeos al norte del paralelo veinte debían haberse suspendido cuando yo llegué a Saigón.) Por otra parte, yo debía saber que un alto en los bombardeos antes de las elecciones sería algo muy espinoso para Nixon. A pesar de su aprecio por el presidente Johnson, se había autoconvencido de que el cese de los bombardeos en 1968 había sido parte de un plan electoral para quitarle, a último momento, una victoria segura. Nunca se cansó de describirse a sus colaboradores como una entrega sin reciprocidad. Sería demasiado suponer que Nixon repitiera lo que parecía el mismo plan. Rechazó mi propuesta, a pesar de que coincidió en que era imposible pensar en continuar el bombardeo al norte del paralelo veinte, cuando era Saigón quien había bloqueado el acuerdo y nosotros la parte que no cumplía con el plan de actividades.

Con respecto a mi viaje a Hanoi y la actitud hacia Thieu, Washington y yo coincidimos y, sin embargo, discutimos acaloradamente. Acerca del cese de los bombardeos, sobre lo que había un real desacuerdo, la discusión, paradójicamente, transcurrió en calma y logramos una solución sensata. Nixon estaba en lo cierto. Yo había reaccionado demasiado violentamente. Los bombardeos de Vietnam del Norte, debajo del paralelo veinte y la interdicción de aprovisionamientos, destinados a continuar la guerra en el sur, se mantuvieron.

Después de no más de tres horas de sueño, hice mi visita de despedida a Thieu, acompañado por Bunker, a las 08:00 horas del lunes 23 de octubre. Fue un encuentro melancólico. Traté de disi-

mular la amargura. Thieu, a pesar de sus faltas, era un patriota que luchó valientemente por la independencia de su país. Consideré importante no volcarlo a realizar actos impulsivos que lo condujeran a la confrontación pública. Le informé que había solicitado otra entrevista con Le Duc Tho para presentarle las propuestas de Saigón. Esperé que, en el interín, Thieu no entrara en abierta controversia con nosotros. No habría críticas públicas hacia Thieu de nuestra parte. Con el fin de no despertar falsas expectativas, recalqué que considerábamos que el acuerdo era bueno y que nos moveríamos dentro de su esquema. Trataríamos de obtener la mayor cantidad de cambios posibles, pero no abandonaríamos el plan básico. Concluí la entrevista afirmando nuevamente mi respeto por el formidable presidente survietnamita, como patriota y como soldado. Aun así, debía hacerle saber «con angustia» que si la guerra continuaba en la presente escala durante otros seis meses, el Congreso nos cortarí los fondos:

Lo que importa es que todos los sacrificios que hemos hecho, no sean en vano. Si continuamos nuestra confrontación, obtendrá victorias, pero ambos perderemos al final. Es un hecho claro que en los Estados Unidos toda la prensa, los medios de información y los intelectuales tienen un interés absoluto en nuestra derrota. Si parecí impaciente estos últimos días, es porque veía que la oportunidad se nos escapaba de las manos. No pretendo convencerlo pero quiero que comprenda lo que tratamos de hacer. De no haber sido por la importancia que otorgamos a nuestra relación, no hubiéramos tenido que hacer nuevos planes. Es por ello que lo dejo con tal sensación trágica. Haremos las cosas lo mejor que podamos y Bunker estará en comunicación con usted.

Thieu, mucho más calmado ahora, nuevamente pasó revista a sus objeciones al acuerdo. Las había suavizado algo. Ahora se concentraba en reforzar las previsiones con respecto a la zona desmilitarizada (importante por cuanto afectaba la infiltración y los refuerzos) y la composición del impotente Consejo Nacional de Reconciliación y Concordia (esencialmente trivial). Accedió a que la cuestión de las tropas norvietnamitas en el Sur se podría arreglar sobre una base de facto, por medio de retiros de tropas norvietnamitas no anunciados. (A pesar de que no contábamos con el acuerdo de Hanoi sobre este tema, en realidad se produciría un marchitamiento de las fuerzas norvietnamitas si se observaba el acuerdo propuesto y cesaba la infiltración.) Thieu, con dignidad, estuvo de acuerdo con mi análisis de la situación interna de los Estados Unidos. Pero, para Vietnam del Sur era una cuestión de supervivencia. Nunca adoptaría una postura pública, crítica contraria a los Estados Unidos:

Prometí (ayer) evitar todo enfrentamiento y dije que no reconocería públicamente ningún desacuerdo entre el presidente Nixon y yo...

Todavía considero al presidente Nixon un amigo y un camarada de armas. Mientras sea presidente, y cuando deje de serlo, me esforzaré por crear condiciones para que los Estados Unidos puedan ayudar a Vietnam. Si constituyo un obstáculo para la ayuda norteamericana o para la paz, no seguiré en mi puesto de presidente. No tengo intención de criticar al presidente Nixon. Sólo deseo señalar que, comparado con la situación que prevalecerá en Camboya y Laos, encuentro la proposición desventajosa para Vietnam del Sur. No hay razón para el odio y la enemistad entre amigos y propongo que olvidemos lo dicho.

Después de dejar en claro para Saigón que seguiríamos adelante con el acuerdo, teníamos que convencer igualmente a Hanoi, evitando que se intentara explotar la brecha entre Saigón y Washington. Antes de salir de Saigón, envié un mensaje, en nombre del presidente, al coronel Guay en París, para que se lo transmitiera a los representantes de Hanoi. La hora elegida eran las 15:00, hora de París, que eran las 22:00 en Saigón, o sea cuando ya estaba en pleno viaje de regreso a Washington. Concediéndole tiempo para la transmisión, con suerte podría estar en Washington antes de que Hanoi pudiera responder. El mensaje decía en sus pasajes más importantes:

El presidente de los Estados Unidos desea informarle al primer ministro de la República Democrática de Vietnam, lo siguientes temas urgentes:

Los Estados Unidos procedieron de buena fe a aplicar los principios generales y la

substancia discutida con la República Democrática de Vietnam en París. Ustedes deben estar informados de los ingentes esfuerzos realizados por el dr. Kissinger y sus colaboradores en Laos, Camboya, Tailandia y especialmente en Saigón.

Al mismo tiempo la República Democrática de Vietnam será consciente del hecho de que la constante posición de los Estados Unidos ha sido la de no imponer a sus aliados una solución unilateral. Sólo se moverá en base a consultas.

El presidente reitera su seguridad de que en un futuro cercano se logrará un acuerdo. Es esencial que la República Democrática de Vietnam y los Estados Unidos analicen mutuamente las dificultades existentes con el mismo espíritu de buena voluntad que los caracterizó hasta ahora.

Para tal fin, el presidente propone que el Asesor Especial Le Duc Tho y el dr. Kissinger vuelvan a encontrarse en París a breve plazo, con el fin de consolidar los temas restantes. El dr. Kissinger vendrá a París en cualquier fecha que ustedes determinen. En la presente circunstancia, es imposible para el dr. Kissinger ir a Hanoi hasta que estas discusiones adicionales se hayan completado.

Con el fin de demostrar su buena fe, los Estados Unidos mantendrán las presentes restricciones en los bombardeos, hasta que concluyan las negociaciones.

Los Estados Unidos advierten que, cualquier intento de explotar las presentes dificultades temporales, sólo llevará a la prolongación de las negociaciones.

Es inevitable que, en una guerra que ha durado tanto tiempo y generó pasiones tan intensas, se encuentren obstáculos temporales en el camino de una resolución final.

Los Estados Unidos se mantienen decididos a proseguir la búsqueda de la paz por todos los caminos posibles e invita a los líderes de la República Democrática de Vietnam a que se les unan con el mismo espíritu de buena voluntad y esfuerzo de cooperación que han hecho llegar las negociaciones tan cerca de su cristalización. Si se mantiene esta misma actitud, los problemas presentes serán superados con seguridad y deberíamos lograr un acuerdo rápido, sobre la base de los arreglos ya realizados.

EL VIAJE DE REGRESO

Había sido una semana dramática y agotadora. Comenzamos en la mañana del 16 de octubre, con la visión de poder regresar con una paz compatible con nuestros valores y poner así fin a nuestra angustia nacional. No lo habíamos logrado. Hicimos algunos progresos, en realidad. El proyecto original de Hanoi, del 8 de octubre, que en sí abría un camino, fue enormemente mejorado en las siguientes dos semanas. Podíamos estar orgullosos de un tratado de paz que excedía los términos propuestos por nosotros mismos dos años antes. A pesar de que nuestro viaje de regreso estaba empañado por la desilusión, también nos embarga la determinación: ambas partes habían hecho inversiones demasiado grandes en el proceso como para echarse atrás ahora. En los días siguientes, nos esforzaríamos por volver a poner en orden las piezas. Nos sentíamos en deuda con todas las esperanzas invertidas en nuestro esfuerzo, como para abandonar ahora.

Con frecuencia he reflexionado sobre este período tormentoso, pensando si un tratamiento más compasivo hacia Thieu hubiera logrado un resultado diferente. Idealmente, tal vez, tendríamos que haberle dado más tiempo para prepararse para lo que le esperaba.

La celeridad también mejoró en gran parte los términos. Consideraciones personales aparte, no creo que un plan de actividades más reflexionado y consultas más tempranas hubieran alterado su conducta. Esta era la esencia de la tragedia, no un mero error de cálculo humano. En ese momento, ambas partes estaban destinadas a chocar en los derroteros elegidos. La lógica de Thieu exigía una postura de dura intransigencia, para demostrar que ni Washington ni Hanoi podrían decidir su destino. Tal como el procedimiento utilizado por Hanoi con nosotros, tratando de forzar el paso, estaba destinado a demostrar que Thieu era un títere nuestro, independientemente de lo que hiciéramos, Thieu maniobraría para ganar tiempo y hallar una manera de enfrentarnos, como hiciera primero con Haig y luego conmigo en nuestras visitas previas.

Nuestra desilusión surgió por causa de nuestra falta de comprensión. No logramos captar desde un principio que la verdadera objeción de Thieu no era hacia los términos sino al hecho

mismo de cualquier acuerdo. El conflicto entre Thieu y nosotros nació en la terminación de la guerra bajo cualquier condición, menos la rendición total a Hanoi. Por definición, la soberanía no puede negociarse. Por lo tanto, cualquier salida, que dejara a Thieu con menos del control total de todo su territorio, era un retroceso. Podría no ser capaz de alterar el equilibrio de poder sobre el terreno, pero estaba muy lejos de aceptarlo como una obligación legal. Se había avenido a varios ofrecimientos de compromiso que sugerían lo contrario, pero no por convicción, sino como el precio que debía pagar porque continuara la ayuda norteamericana. Mantuvimos nuestros respaldos a Saigón en nuestro país mediante diversas proposiciones —todas las que fueron aceptadas— destinadas a probar nuestra voluntad de «recorrer esa milla adicional». Pero el impacto acumulado de todas esas proposiciones —cese de fuego en sus emplazamientos, nuevas elecciones, retiro norteamericano— hizo que Saigón tuviera un status legal diferente de Hanoi. Esto fue lo que causó el resentimiento profundo. Desde su punto de vista, Thieu tenía razón. Luchó con métodos vietnamitas. Sus armas fueron el desafío, la tenacidad y las aproximaciones indirectas. No era su culpa si en 1961 nos habíamos lanzado a una empresa mediante una estrategia que nuestro pueblo considerara que no podría apoyar. En 1963 era uno de los oficiales a los que animamos para que derrocaria a Ngo Dinh Diem. Probablemente sobreestimó nuestra sutileza y nuestro poder. Dio por sentado que nosotros comprendíamos sus reservas. Nosotros, a nuestra vez, tomamos lo que nos decía al pie de la letra. Al finalizar 1972, no obstante, estas contradicciones estaban más allá de una solución inmediata. Un procedimiento diferente, simplemente, multiplicaría sus posibilidades de dilatar los hechos. No hubieran evitado un *impasse*. En realidad, bien podrían haberlo adelantado y hacerlo más difícil de resolver. Thieu buscaba una victoria total. Nosotros un compromiso honorable. En octubre de 1972, estas dos posiciones eran irreconciliables.

En el viaje de vuelta, sabía que en Washington habría tentaciones de echar por la borda el tratado de paz y dejarlo morir después de la elección. Yo estaba decidido a resguardar el acuerdo contra todas las pasiones que pronto descenderían sobre nosotros, en contra de la presión de Hanoi para firmar el texto existente, en contra de la demanda de Saigón de abandonarlo y en contra de la tendencia de Washington a invertir el curso de acción. El resultado de esto sería perder el control sobre los acontecimientos. Tuve un anticipo de estas inclinaciones en un cable de Haig, el 21 de octubre, cuando comenzaron a aparecer las primeras señales del empecinamiento de Thieu. Haig sugería que, si se producía una explosión, denunciáramos al Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia como un gobierno de coalición y desafiaríamos al acuerdo como un esfuerzo de Hanoi para mejorar su seguridad al tiempo que nos daba solamente mínimas garantías. Este procedimiento me pareció inconcebible. Durante años ofrecimos términos menos favorables. Nixon había aprobado un proyecto peor el 12 de octubre. Hanoi había aceptado nuestras propuestas en todos los temas más importantes. El 22 de octubre le contesté que no deberíamos «rebajar un acuerdo que no lograríamos mejorar significativamente y que deberíamos explotar, por el contrario, como un enorme éxito». Le envié otro cable cortante a Haig el 23 de octubre:

En cuanto a su descripción del contenido del acuerdo, quisiera recordarle que lo consideramos un buen acuerdo cuando lo terminamos. Desde entonces, ha sido mejorado sensiblemente con respecto a Laos, Camboya, la Conferencia Internacional, los prisioneros norteamericanos, los prisioneros survietnamitas y el reemplazo de provisiones. En cuanto a exigirle a Thieu que renuncie a la soberanía sobre su territorio, ¿a qué se ha llegado siempre con un cese del fuego? Hicimos esta propuesta en octubre de 1970 y nuevamente en enero de 1972 y mayo de 1972. ¿A qué otro lugar nos llevarían esos planes con excepción de la exacta situación a que ahora llegamos?

Muchas guerras se han perdido por enojosa timidez. Pero enormes tragedias se han producido también por la incapacidad de los militares para reconocer cuando llegó el momento de un acuerdo.

Según mi parecer, ese momento había llegado. Envié un cable a Washington, diciendo que, si Hanoi hacía públicos los términos del acuerdo, daría una conferencia de prensa; reconocería el acuerdo, indicaría que representaba un progreso importante, pero insistiría en que ciertos detalles deberían ser concluidos una vez superadas las fechas tope artificiales. Le avisaría a Hanoi que no se abandonarían los arreglos básicos, pero que eran necesarios algunos cambios. A Saigón

le haría saber que le daríamos más tiempo y buscaríamos hacer algunas modificaciones, pero que la estructura básica era inamovible.

Esta estrategia, que el presidente aceptó, fue la que me impulsó, después de llegar al país, a hacer mi primera aparición en televisión, en una conferencia de prensa. Éste fue un acontecimiento dramático, resumido en la frase: «La paz está al alcance de la mano.»

Capítulo XXXIII

LA PAZ AL ALCANCE DE LA MANO

HANOI REVELA LOS TÉRMINOS DEL ACUERDO

Resultó pavoroso retornar a Washington desde Saigón el 23 de octubre. Mis colegas y yo estábamos obsesionados por el estancamiento del tratado de paz. Esta dificultad era lo último que Nixon hubiera querido oír. Estaba en los últimos tramos de su campaña electoral, que culminaría una carrera de veinticinco años. Su ambición era lograr el triunfo con la mayor diferencia en la historia de los Estados Unidos. Pensaba que esto sería una realidad, siempre que no se produjera algo inesperado en los dos últimos meses de la campaña. Por lo tanto, no quería tener nuevos problemas en lo referente a Vietnam. Deseaba que ese conflicto se desvaneciera durante dos semanas, para poder ocuparse de él después de la elección. Las instrucciones que me diera, eran que tratara de mantener las cosas como estaban. Esto, pensaba yo, no lo permitirían ni nuestros aliados ni nuestros enemigos en Vietnam.

Aparte de las consideraciones electorales, por supuesto que Nixon estaba ansioso de que terminara la guerra. Pero, con su capacidad para juzgar los acontecimientos, comprendía que la paz lograda antes de la elección, podría fracasar y parecer una maniobra política si Thieu se rebelaba. Los «halcones» perderían un motivo para apoyar el acuerdo y las «palomas» lo tendrían para no hacerlo. A pesar de que el análisis de Nixon era correcto, era Hanoi y no Thieu o nosotros quien controlaba el momento de la confrontación.

Hice todo lo que pude, aunque cada vez más intranquilo. El 23 de octubre, mis colegas y yo hacia dos semanas que estábamos en movimiento: París, Washington, otra vez París, Saigón, Phnom Penh y de vuelta a Washington, con escasas cuatro horas diarias de sueño y envueltos en un conflicto emocional que nos hacía pasar de la esperanza a la frustración; del júbilo a la desesperación. Tampoco podíamos abandonar todo ahora. El peligro era que el acuerdo, tan trabajosamente elaborado, pudiera ser destruido por las monomaniacas partes vietnamitas enfrentadas. Los Estados Unidos podrían desviarse de su curso debido a la obsesión electoral y las pasiones partidarias en Washington. No podíamos saber por cuánto tiempo Moscú y Pekín permanecerían tranquilos si volvíamos al tráfigo de una guerra inconclusa, en la que su aliado sería bombardeado y sitiado, después de aceptar los términos ofrecidos por nosotros mismos.

Traté de mantener una cierta unidad. Le informé a Hanoi el 23 de octubre, que yo regresaba a Washington, pero que estaba dispuesto a reunirme con Le Duc Tho para completar las negociaciones. El 24 de octubre, urgí a Bunker, en Saigón, para que permaneciera en contacto con Thieu y el ministro del exterior Lam. No debería quedar ninguna duda de que estábamos decididos a lograr una definición. Podríamos tolerarle a Thieu un cierto número de «posturas domésticas», pero debía recordar que su apoyo esencial, era nuestra confianza depositada en él. Sin perjuicio de las concesiones que obtuviera en la que ahora es una fórmula muy maleable, éstas no serían de ninguna manera, un sustituto para el retiro total del apoyo norteamericano. El mismo día Moscú envió una nota algo quejumbrosa, sugiriendo que si yo fuera a Hanoi, tal vez lograríamos todavía «completar todo el asunto». Esto era totalmente imposible mientras Saigón persistiera en su actitud; pero, por lo menos indicaba que Vietnam del Norte continuaba deseoso de proseguir las negociaciones. Le informé a Dobrynin que estábamos dispuestos a com-

pletar el acuerdo, un ofrecimiento que se mantendría aún después de la elección. También informé a Huang Hua de China, en New York, recordándole las negociaciones finales del comunicado de Shangai, durante la sesión nocturna en Hangchow. Chou nos había permitido reabrir el comunicado entonces y asegurar así la aceptación total por parte de los Estados Unidos. Si China empleaba su influencia sobre Hanoi para reanudar las negociaciones, con igual sabiduría, se obtendría un resultado satisfactorio. El 25 de octubre, Pekín se hizo presente con un mensaje —obviamente redactado antes de que Huang Hua pudiera informar de mi conversación— instándonos a aprovechar esta «oportunidad excelente para concluir la guerra de Vietnam». Los chinos directamente acusaban a Saigón por las dificultades, reafirmaban su confianza en nuestra buena fe —un gesto extraordinario— pero preguntaban retóricamente: ¿Cómo puede evitarse que el mundo tenga sus dudas?

En el interín Hanoi había rechazado mi mensaje del 23 de octubre, acusándonos de no ser «realmente serios». Agregó en tono de presagio:

Si los Estados Unidos continúan utilizando un pretexto tras otro para prolongar las negociaciones, y retrasar la firma del acuerdo, la guerra de Vietnam continuará con seguridad. La parte norteamericana debe reconocer toda la responsabilidad que le cabe por las consecuencias provocadas por los Estados Unidos.

Si la parte norteamericana actúa realmente en serio y tiene buena voluntad, debe cumplir estrictamente con sus compromisos, independientemente de los arreglos y los plazos fijados entre ambas partes. Esta declaración de la República Democrática de Vietnam del Norte es muy seria. La parte norteamericana debería prestar mucha atención a los puntos de vista de la República Democrática de Vietnam del Norte expuestos en este mensaje.

A pesar de su firmeza, este mensaje no tenía la ardiente arrogancia de comunicaciones previas de Hanoi. Estaba muy lejos de amenazar con revocar el acuerdo. Hanoi solicitó una contestación durante el 24 de octubre, hora de Hanoi, imposible de lograr puesto que para cuando nosotros recibimos el mensaje ya era el 25 de octubre en Vietnam del Norte. No obstante, el 25 de octubre enviamos una nota inmediata y muy reposada. La constante repetición de acusaciones infundadas, decíamos, sólo puede hacer que las cosas empeoren. Propusimos una nueva reunión durante la semana del 30 de octubre. Yo concurriría «con instrucciones para concluir el acuerdo». En cuanto se lograra, aún sin Saigón, cesarían los bombardeos a Vietnam del Norte.

El curso de las acciones adoptadas durante las entrevistas privadas en octubre, representan la política acordada por los Estados Unidos. Ellos están decididos a dar fin a la guerra en el futuro más inmediato posible y trabajarán con la mayor energía para remover los obstáculos que se presenten por cualquier causa, antes de fin de noviembre.

Mandamos una copia de la nota a los chinos, mediante un correo, ese mismo día. Mantuve al tanto a Dobrynin. De cualquier forma, nuestro mensaje no afectaba las decisiones de Hanoi. Durante la noche del 25 de octubre, antes de que nuestro mensaje hubiera podido llegar, Hanoi hizo públicas las tratativas.

Me desperté a las 0530hs del jueves, 26 de octubre, para enterarme de que Radio Hanoi estaba trasmitiendo su versión de los hechos desde hacía horas. Primero en vietnamés, luego en francés y finalmente en inglés. Radio Hanoi reveló las incidencias de las negociaciones del pasado mes. El 8 de octubre, en una reunión secreta, Vietnam del Norte había tomado «una nueva y muy importante iniciativa» al ofrecer un nuevo borrador para el arreglo de paz. El informativo resumía ajustadamente los puntos claves del acuerdo. «La República Democrática de Vietnam propuso que ella juntamente con los Estados Unidos, firmara el acuerdo para mediados de octubre 1972» recalcando que Hanoi, no nosotros, había insistido en que se firmara antes de nuestra elección. Citaba palabras mías, admitiendo que la nueva proposición «era realmente un documento importante y muy fundamental». Describió los mensajes de los Estados Unidos de los días 20 y 22 de octubre, en los que el presidente dijera que el texto del acuerdo estaba «completo», y expresó su satisfacción ante las concesiones de Hanoi. Luego pasó a relatar el «programa» y las concesiones efectuadas por Hanoi, ante las imposiciones norteamericanas. No obstante, los Estados Unidos habían fallado, por diversos «pretextos», en mantener dicho

plan. En consecuencia, Hanoi «denuncia enérgicamente a la administración Nixon por su falta de buena voluntad y seriedad». Exigía también que el acuerdo fuera firmado el 31 de octubre. Concluía con una exhortación más bien defensiva a «sus combatientes en todo el país» instándolos a perseverar a pesar de «todos los rigores y sacrificios».

Con todo, Hanoi apenas le ganó de mano al *New York Times* en la difusión de la noticia. Esa misma mañana, el 26 de octubre, el diario publicó versiones del cese del fuego provenientes de tres fuentes distintas: París, Saigón y Washington y un título a cinco columnas: «Se dice que los Estados Unidos estaría de acuerdo con Hanoi sobre la base del plan de un cese del fuego. Espera que Saigón lo acepte a la brevedad.» La filtración de información más importante provino de París, donde Flora Lewis, citaba como fuente fidedigna a «una alta esfera francesa» de que Le Duc Tho y yo habíamos logrado «un gran entendimiento acerca de un cese del fuego y posterior arreglo político». (Esta fuente francesa, seguramente había sido informada por los norvietnamitas, según pronosticara De Borchgrave.) La información se había filtrado de Saigón desde hacía una semana, cuando Thieu denunció las propuestas de Hanoi como inaceptables. Declaró en un discurso el 24 de octubre que «podría producirse un cese del fuego en el futuro». Esta frase quedó sepultada en medio de una larga serie de agudas denuncias contra cualquier plan que no incluyera el retiro norvietnamita de Vietnam del Sur. Tampoco aceptaba la posibilidad de la existencia de un gobierno de coalición tripartito. Desde Washington, Max Frankel publicó un artículo, citando «Funcionarios americanos» que creían que habría un cese del fuego «en las próximas semanas, tal vez antes del día de las elecciones, 7 de noviembre, salvo algún acto supremo de locura en Saigón o Hanoi». Yo había almorzado con Frankel el 25 de octubre, brindándole sólo un panorama general, sin entrar en detalles, para tranquilizar a Hanoi y mantener la presión sobre Saigón.

El imposible «programa» que desató todo el asunto fue elaborado por Hanoi, no por nosotros. La conferencia de prensa del 26 de octubre, fue denunciada como parte de la campaña electoral de Nixon para despertar esperanzas de paz durante las últimas etapas de la misma. Para mediados de septiembre, no veía la posibilidad de concluir las negociaciones rápidamente. Fueron las proposiciones que me hiciera Hanoi el 8 de octubre en París, abandonando su demanda por un gobierno de coalición, las que facilitaron la negociación. También Hanoi insistió en que firmáramos el 31 de octubre, como condición para un arreglo. Ahora era nuevamente Hanoi quien anunciaba el arreglo de paz, no los Estados Unidos. Nixon a esta altura, seguramente hubiera preferido mantener el acuerdo secreto hasta *después* de la elección y antes de emprender una ronda final de negociaciones. Sólo al ser acusada por Hanoi, dos semanas antes de la elección presidencial, de renegar de un acuerdo de paz, la administración respondió.

Una vez que Hanoi hiciera públicas nuestras negociaciones secretas, no tuvimos otra alternativa que hacer conocer nuestra posición. El propósito de mi conferencia de prensa era rescatar del odio vietnamita un frágil acuerdo que terminaría con una década de agonía norteamericana. Nixon y yo estuvimos de acuerdo en que yo tendría que responder a la transmisión de Hanoi. Dos eran mis objetivos: uno, asegurarle a Hanoi que apoyaríamos el acuerdo básico, al mismo tiempo que dejaríamos abierta una posibilidad de intercalar los cambios sugeridos por Saigón. El segundo, hacerle saber a Saigón que estábamos decididos a proseguir nuestro derrotero. Esto no era fácil de lograr, sin hacer que Vietnam del Sur apareciera como el único obstáculo para la paz, desatando así nuevos ataques de nuestros críticos, que desintegrarían la estructura política de nuestro aliado. Nixon y yo no discutimos las implicaciones domésticas. La instrucción que Nixon me dio en este aspecto, fue de enfatizar que los términos en los que lográramos acuerdo con Hanoi, eran mejores que los que McGovern estaba dispuesto a alcanzar (cosa que por supuesto era verdad). De todos modos, nunca se presentó la oportunidad de señalar este punto.

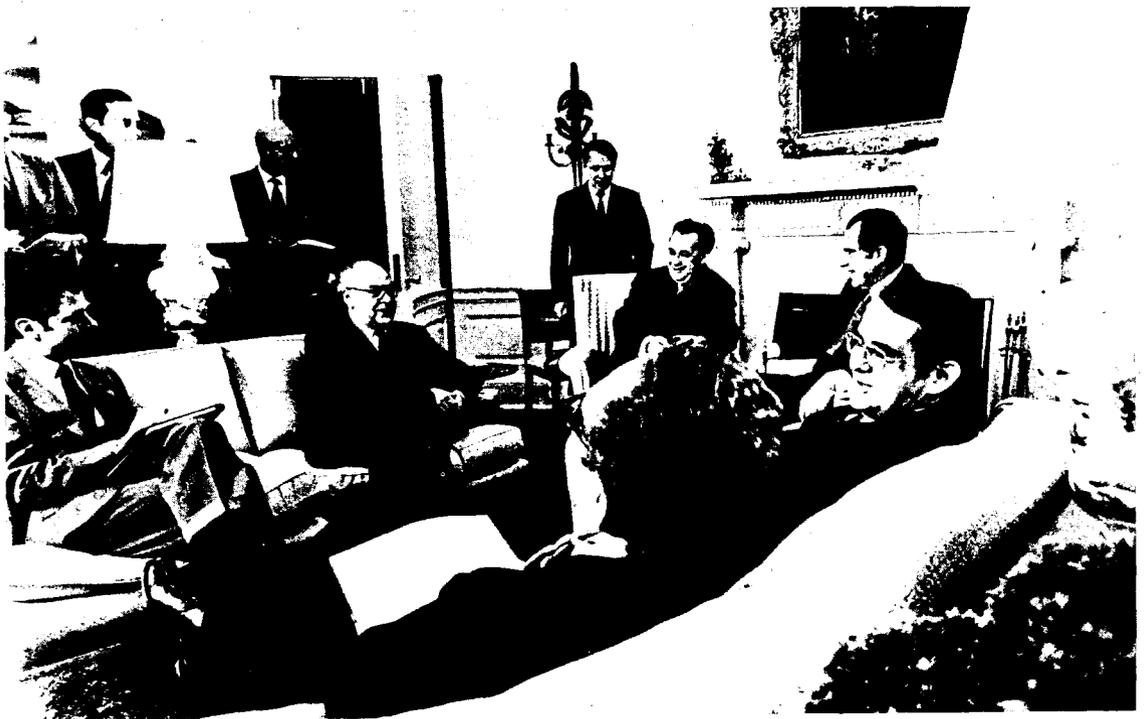
Sucedió entonces que apareció en la televisión nacional por primera vez justo para la terminación del primer periodo presidencial de Nixon. Hasta diciembre de 1971, con la excepción del anuncio de mi segundo viaje a China, todos mis informes a la prensa se habían hecho en base a trascendidos, lo que quería decir que se me identificaba como un portavoz de la Casa Blanca o de la administración, pero nunca figuraba con mi nombre. Después que el *Washington Post* rompió con esa regla durante la crisis entre la India y Pakistán, la mayoría de mis conferencias eran oficiales. Los especialistas en relaciones públicas de la Casa Blanca, no obstante, estaban convencidos de que mi pronunciación podría perturbar a los habitantes del Centro de los Estados Unidos. Debido a esto, se permitían fotos mías pero no el sonido de mis conferencias de prensa oficiales. El 26 de octubre, finalmente se arriesgaron a que se oyera mi pronunciación extranjera.

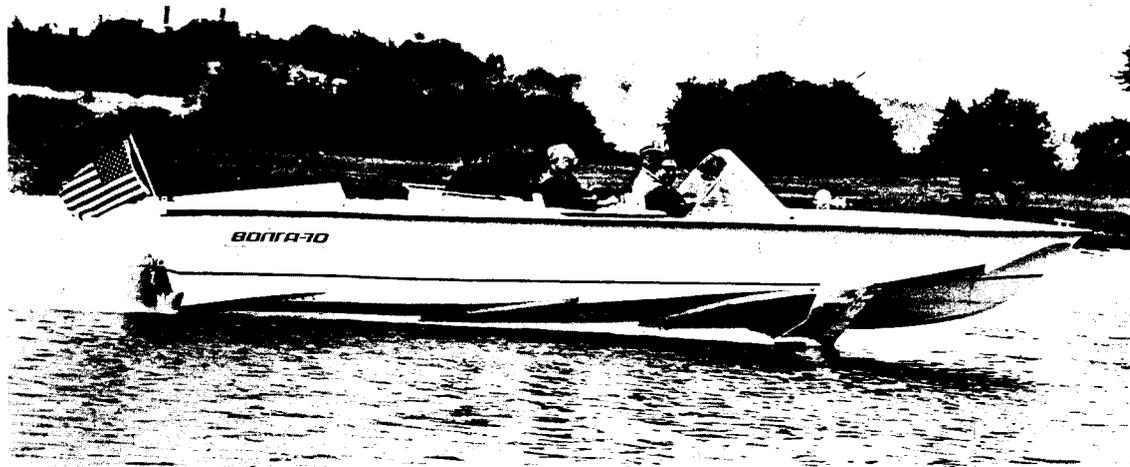


En la cumbre:

Izquierda: Un paseo con Nixon en el Kremlin, mayo de 1972. Foto de la Casa Blanca.

Abajo: El ministro de Comercio soviético Nikolai Patolichev visita a Nixon tres días después de minar a Vietnam del Norte, 11 de mayo de 1972. Sentados, de izquierda a derecha, en el sentido de las agujas del reloj: Peter Flanigan, Dobrynin, Patolichev, Nixon, Peter Peterson, H.A.K. Foto de la Casa Blanca.



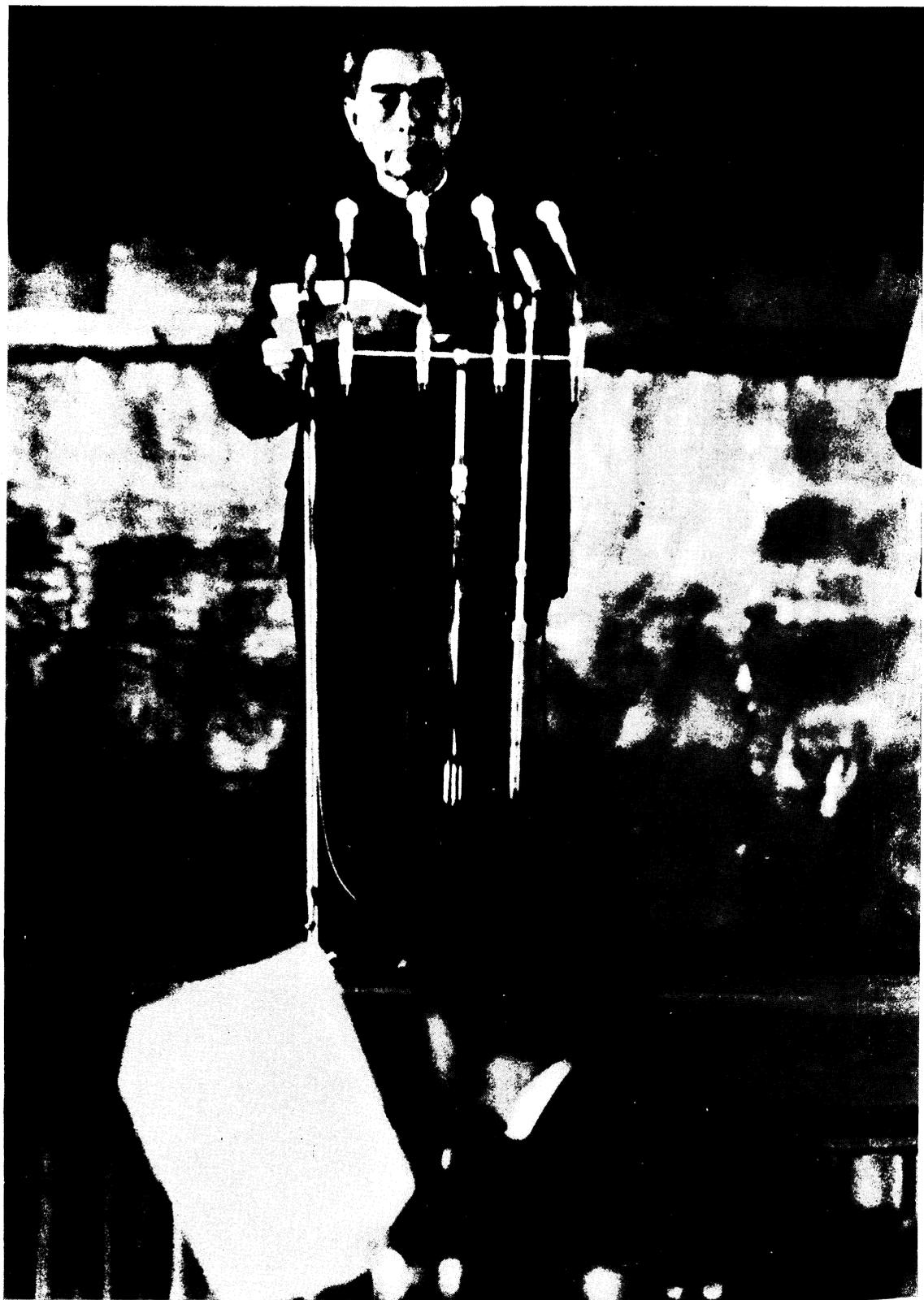


Arriba: Dobrynin y yo damos un paseo en una embarcación soviética en el Potomac, agosto de 1972. *Foto de la Casa Blanca.*

Abajo: Con la señora Nixon en el Kremlin durante el discurso del presidente al pueblo soviético, 29 de mayo de 1972. *Foto de la Casa Blanca.*



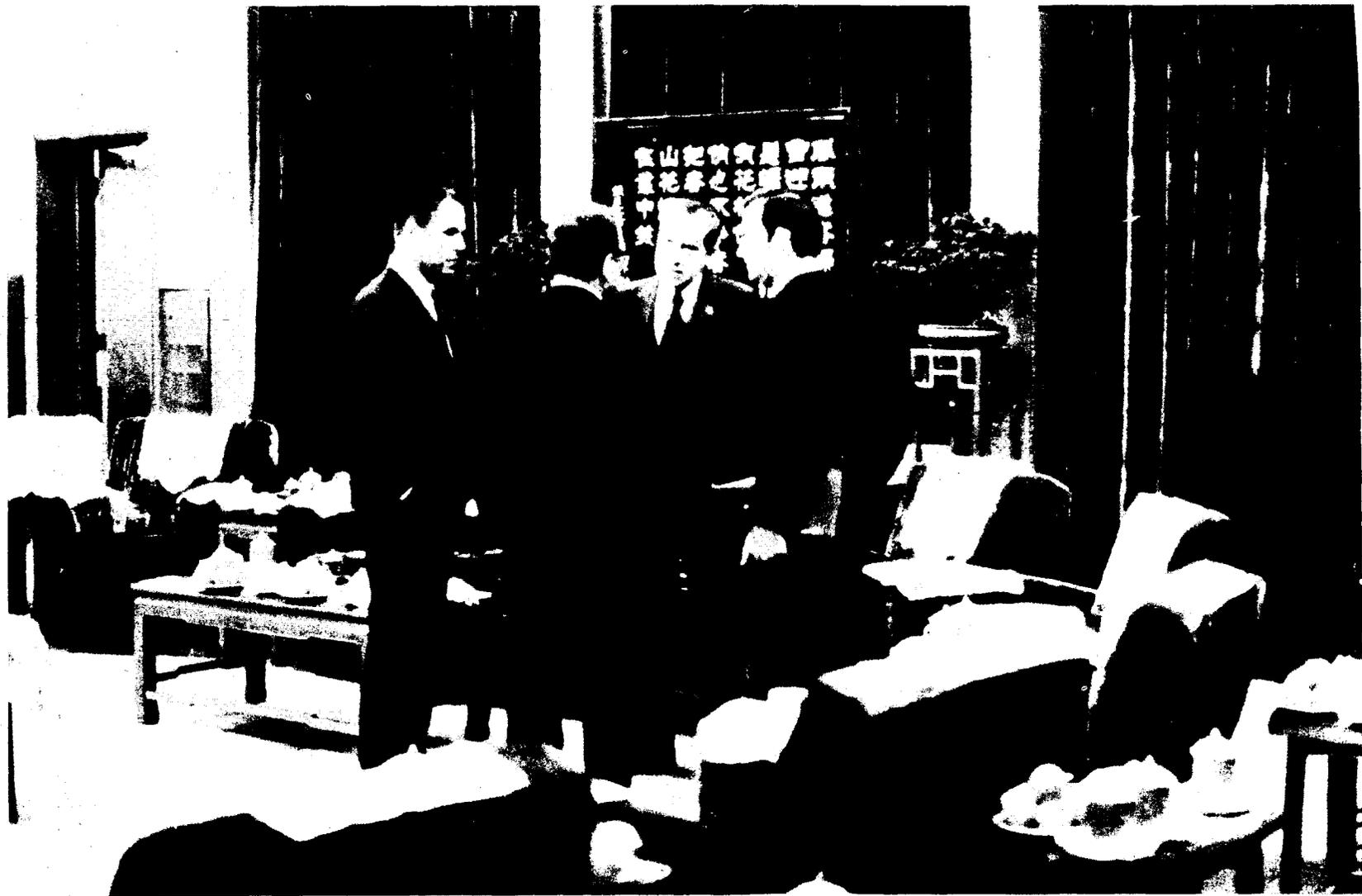
Con Brezhnev en el Kremlin, septiembre de 1972. De izquierda a derecha: Gromyko, Dobrynin, Brezhnev, Sukhodrev, H.A.K. TASS/SOVFOTO.



El premier Chou En-lai lee su brindis en el banquete, febrero de 1972. *Foto de la Casa Blanca.*



La casa presidencial de huéspedes en Hangchow, febrero de 1972. Foto de la Casa Blanca.



Reunión de estrategia en China. De izquierda a derecha: Haldeman, H.A.K., Nixon, Ziegler. Foto de la Casa Blanca.



El presidente Thieu me recibe en Saigón, 17 de agosto de 1972 (a la izquierda, el embajador Ellsworth Bunker). *International Communication Agency.*



Conversación después de mi viaje a Moscú y de mi misión con Le Duc Tho, 16 de septiembre de 1972. *Foto de la Casa Blanca.*



Reunión a la hora del desayuno después de los progresos en Vietnam, 13 de octubre de 1972. De izquierda a derecha: Rogers, Nixon, H.A.K., Haig. *Foto de la Casa Blanca.*



Con Lon Nol en la asediada Camboya, 22 de octubre de 1972. *International Communication Agency.*



En el *Fuerza Aérea Uno*, de San Clemente a Washington, 7 de noviembre de 1972. Foto de la Casa Blanca.



Con mi equipo en París durante las abortadas negociaciones de diciembre. De izquierda a derecha: Peter Rodman, H.A.K., Winston Lord, Al Haig, William Sullivan, David Engel, John Negroponte (sentado). *Harry Benson.*



Le Duc Tho consulta con su ayudante Nguyen Co Thach en los jardines de Giffsur-Yvette, Francia, al reanudarse las conversaciones, 20 de noviembre de 1972. GAMMA/LIAISON.



En la residencia del embajador en París durante las negociaciones de diciembre. *Harry Benson.*



Anuncio del estancamiento de las conversaciones en la sala de conferencias de prensa de la Casa Blanca, 16 de diciembre de 1972.
Foto de la Casa Blanca.



Arriba: Las dos delegaciones se reúnen hacia el final de la negociación, Gif-sur-Yvette, 12 de enero de 1973. *DRV Photo.*

Derecha: En viaje a París para iniciar el acuerdo de Vietnam, 23 de enero de 1973. *Foto de la Casa Blanca.*

Abajo: En viaje a París, 23 de enero de 1973. De izquierda a derecha: H.A.K., Lord, Negroponte (echado hacia atrás), Rodman. *Foto de la Casa Blanca.*





Arriba: Se inicia el acuerdo de Vietnam, 23 de enero de 1973. De izquierda a derecha: Heyward Isham, Sullivan, H.A.K., George Aldrich (de pie), Winston Lord. *Foto de la Casa Blanca.*

Abajo: Le Duc Tho firma el Acuerdo de Vietnam, 23 de enero de 1973. Sentado a su derecha, Xuan Thuy; a su izquierda, Nguyen Co Thach. A mi izquierda, Aldrich; a mi derecha, Sullivan. *Foto de la Casa Blanca.*



Después de firmar, 23 de enero de 1973. De izquierda a derecha: Thach, Thuy, el intérprete Nguyen Dinh Phuong, Le Duc Tho, H.A.K. *Foto de la Casa Blanca.*



Afuera, después del acuerdo, dándose la mano, 23 de enero de 1973, Avenue Kléber, París (a la derecha de Le Duc Tho, Xuan Thuy). *Foto de la Casa Blanca.*

Desde mi regreso de Saigón había temido que Hanoi diera a conocer lo tratado en nuestras reuniones secretas cuando resultara evidente que la firma del acuerdo no se efectuaría el 31 de octubre, según lo estipulaba el «programa». Por lo tanto, estaba preparado. Mi equipo había sugerido respuestas a las preguntas más probables que me haría la prensa. Hicieron una recopilación de las muchas veces que yo le advertiera a Le Duc Tho que debíamos consultar a Saigón. También realizaron un resumen de informes de inteligencia que demostraban la intención comunista de apoderarse de la mayor cantidad posible de terreno, justo antes del cese del fuego. Repasé todo este material con Nixon, antes de la conferencia de prensa. Refirmaría el acuerdo básico; insistiría en algunos cambios, dentro de la estructura. Aseguraría a Hanoi nuestra buena voluntad y lo prevendría de que ejerciera presiones. También defendería el derecho de Saigón a pedir ciertos cambios y advertirle en cuanto a revisiones fundamentales. Por último, me comprometería a lograr una rápida finalización del acuerdo. No tocamos el tema de los términos de mi lenguaje, que sería improvisado, pero tratamos todos los temas en general. Nixon me hizo una última recomendación de que hiciera una referencia a McGovern (que en realidad evité) y aprobó el plan en general.

Esta fue la línea que seguí. Para comenzar, pronuncié la frase «La paz está al alcance de la mano» que desde entonces me perseguiría como una obsesión.

Hemos oído ahora a los dos Vietnam y es obvio que una guerra que se viene arrastrando desde hace diez años, está llegando a su fin. Esta es una experiencia traumática para todos sus participantes...

Creemos que la paz está al alcance de la mano. Creemos que el acuerdo está a la vista, basado en la propuesta del presidente del 8 de mayo y algunas adaptaciones a nuestra propuesta del 25 de enero, que es justa para todas las partes. Es inevitable que en una guerra tan compleja... se produzcan dificultades ocasionales para alcanzar una solución final. Pero creemos que se ha recorrido la mayor parte del camino y los inconvenientes que aún quedan por resolver, son temas de poca importancia, comparados a los que ya fueron resueltos.

Defendí los derechos del pueblo de Vietnam del Sur «que sufrieron tanto... que permanecerán en el país cuando nosotros nos hayamos ido» a participar en la elaboración del plan de paz. Las preocupaciones de su gobierno nos merecen gran respeto. Insistiríamos en los cambios, pero sólo se solucionarían luego de un corto tiempo. En cuanto a los norteamericanos, éramos conscientes de la angustia que les ha causado la guerra.

Somos plenamente conscientes de la división y la angustia que la guerra produjo en este país. Una de las razones por las que el presidente ha estado preocupado por terminar la guerra mediante negociaciones y de una manera consistente con nuestros principios, ha sido la esperanza de que al hacerlo pudiera restaurar la unidad que se perdiera algunas veces durante el desarrollo de la guerra.

De esta manera el acuerdo constituiría un acto de unión más que una fuente de nuevas divisiones. Esta sigue siendo nuestra política.

Y terminé con una advertencia tanto a Hanoi como a Saigón:

No seremos impulsados hacia un acuerdo hasta que sus términos sean correctos. No nos desviaremos de un acuerdo cuando sus previsiones sean justas. Mediante esta actitud y alguna cooperación de la otra parte, creemos que podremos restituir tanto la paz como la unidad de los Estados Unidos en breve plazo.

El 26 de octubre fue un día de grandes emociones y complicadas maniobras. Mi ansiedad principal era sostener el acuerdo sin que se desintegrara. Si la guerra continuaba, las divisiones en nuestro país se ahondarían sin ningún motivo fundamental. Pero no estábamos seguros de que ninguna de las partes vietnamitas volvieran a la mesa de conferencias. No hay duda de que en esta conferencia de prensa me puse en manos del azar. Lo dramático de la frase «la paz está al alcance de la mano» serviría de símbolo de la duplicidad gubernamental, en la amarga atmósfera que seguía envolviendo el debate de Vietnam. Del mismo modo, que la repetición en

público de lo que ya dijera en privado, de que trataría de concluir el acuerdo en una sola sesión más. Para ser justo con Nixon, él no estaba al tanto de que yo utilizaría la frase antes mencionada. Fue un mensaje enérgico (demasiado optimista como veríamos después) a las partes, de nuestra decisión de perseverar. Una advertencia a Hanoi de que no renegaríamos del acuerdo y a Saigón de que no nos desviaríamos de nuestro propósito.

A pesar de todo el oprobio que se acumuló sobre ella más adelante, la declaración fue esencialmente verdadera. En realidad, si tuviera que volver a hacerla, elegiría un *leit motiv* menos dramático. Las negociaciones se reanudaron el 20 de noviembre (Hanoi las retrasó casi cuatro semanas). La apertura que facilitó todos los asuntos de principios, se produjo el 9 de enero de 1973. El acuerdo fue resumido el 23 de enero. Los especialistas en semántica pueden argumentar que un arreglo que demoró seis semanas, no está precisamente «al alcance de la mano». El hecho cierto es que una amarga guerra que durara diez años y costó un número no conocido de víctimas, llegó a su fin a las pocas semanas de aquella declaración.

El problema principal era hacer que Hanoi retornara a la mesa de las negociaciones. Justo antes de mi conferencia de prensa, le envié un cable a Bunker para asegurarme de que Thieu no desbaratará todo el acuerdo. Thieu debía mantener sus comentarios compatibles con los míos. Le informé mis intenciones a Dobrynin. Pareció pensar —sin instrucciones— que luego de un período de enfriamiento, se reanudarían las negociaciones. Nos embarcamos en varios días de frenéticos intercambios, complicados por las frecuentes ausencias de Nixon causadas por los viajes que le exigía su campaña. Resolví este problema enviando algunos mensajes por mi cuenta y controlando con él por teléfono, el contenido más amplio de las cartas que enviaba en su nombre. Así podíamos actuar y él firmaba los textos al regresar, después que ya se le habían comunicado electrónicamente.

El 26 de octubre recibí una nota algo confusa de los norvietnamitas, en la que trataban de explicar la razón por haber hecho públicas las tratativas. Parecían oponerse a otra reunión conmigo pero no con la misma retórica combativa de siempre. Sugerían que «el mejor» (pero, nótese, no «el único») procedimiento, sería firmar el texto del acuerdo como estaba. Pero terminaba con dos párrafos que sugerían claramente que Hanoi, después de todo, podría estar listo a continuar las negociaciones:

Al dar a publicidad las reuniones privadas realizadas entre la República Democrática de Vietnam y los Estados Unidos, el gobierno de dicha república todavía afirma que la mejor manera de finalizar rápidamente la guerra y devolver la paz a Vietnam, es negociar seriamente...

La República Democrática de Vietnam continuará las negociaciones con la misma buena voluntad y seria actitud, con la intención de lograr un rápido final de las hostilidades, restaurando la paz en Vietnam, dé acuerdo a las aspiraciones de sus habitantes, de los norteamericanos y todos los pueblos del mundo. Este hecho creará condiciones favorables para establecer una nueva relación, basada en la igualdad y el interés mutuo entre la República Democrática de Vietnam y los Estados Unidos.

Pero al día siguiente, 27 de octubre, el portavoz de los norvietnamitas en París, Nguyen Thanh Le, pareció dar marcha atrás. Dijo a los periodistas que Le Duc Tho y Xuan Thuy sólo me volverían a recibir si los Estados Unidos estaban preparados para firmar el acuerdo de octubre. «Si la fecha de la firma es el 31, y Kissinger quiere reunirse con Le Duc Tho o Xuan Thuy el 30 a beber champagne mientras esperan que se firme, creo que la respuesta sería afirmativa. En lugar de «paz al alcance de la mano» Nguyen Thanh le ofrecía «paz en el extremo de una lapicera». Respondimos en cambio a la nota del día anterior, que nos enviara Hanoi, reiterando nuestra propuesta para una negociación final. Prometimos asimismo una suspensión total de los bombardeos cuarenta y ocho horas después del acuerdo. Envié una copia a los chinos.

Luego llegó una nota de los soviéticos, acusando indirectamente a los Estados Unidos de desviarse del programa original y dando a entender que las diferencias con Thieu podrían ser fraguadas (Moscú, desde luego, no tenía serias experiencias de desacuerdos con gobiernos de los países en que estaban estacionadas tropas del Ejército Rojo). Redactamos una respuesta en nombre de Nixon (estaba realizando su campaña en Kentucky), reiterando nuestra proposición básica y solicitando de Moscú su ayuda para reanudar las negociaciones. Mi equipo y yo demostramos que, en las veinticuatro horas posteriores a mi conferencia de prensa, habíamos

pensado en otra frase más feliz. La carta de Nixon le decía a Brezhnev que el objetivo de la paz estaba ciertamente «a nuestro alcance».

Después tuvimos noticias de Thieu. El 28 de octubre, en un largo y meduloso memorándum Nha señaló algunas discrepancias entre la emisión de Hanoi y mi conferencia de prensa por un lado. Por otro, lo que se le había informado a Saigón. El memorándum demostraba «sorpresa» ante los diversos planes de actividades descubiertos por Hanoi. (En realidad, Thieu sabía muy bien mi intención de volar de Saigón a Hanoi, plan que cancelé cuando él rechazó el acuerdo.) Nha aprovechó la ocasión para repetir la objeción de Saigón a la frase «estructura administrativa», que, según él probaba que el Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia era un «gobierno de coalición disimulado». Nos enteramos de que Thieu había enviado emisarios a nuestros aliados en el Asia, para señalarles sus objeciones al acuerdo. Esto provocó el envío de otra carta de Nixon a Thieu, en cuya redacción el presidente participó personalmente. Nixon indicó galantemente que mi conferencia de prensa del 26 de octubre, reflejaba sus propios puntos de vista. Señaló vigorosamente que no alteraría su derrotero después de las elecciones.

Así como nuestra unidad ha sido el aspecto esencial del éxito logrado hasta ahora en la conducción de las hostilidades, será también la mejor garantía de nuestro éxito futuro en una situación en que la lucha continúa dentro de un marco más político. Si continúa el evidente distanciamiento entre nosotros, no obstante, se destruirá la base esencial para el apoyo suyo y el de su gobierno. En ese aspecto, los comentarios de su ministro del exterior de que los Estados Unidos está negociando una rendición, son tan dañosos como injustos y poco apropiados.

Puede usted estar seguro de que mis decisiones en cuanto al carácter final de un acuerdo de paz, no están influidas en manera alguna por la elección en los Estados Unidos.

No debe usted albergar ilusión alguna de que mi política con respecto a la conveniencia de obtener una rápida paz, cambiará luego de las elecciones.

Ese mismo día, me aseguré que Sullivan, en el Departamento de Estado, continuara trabajando en la preparación de los protocolos técnicos, para empezar los acuerdos básicos. También hice que Haig enviara una orden al Pentágono para preparar el embarque de materiales bélicos indispensables si se reanudaba la «Operación Incremento Plus» (aumentar los inventarios en Saigón). Yo había hecho reducir el ritmo de esos embarques a Saigón después que Thieu rechazó el acuerdo.

El 30 de octubre, fue nuevamente el turno de Hanoi: nuestra propuesta se estaba estudiando cuidadosamente y recibiría luego una contestación, nos dijeron. Consideré esto, en general, una buena señal. Evidentemente Hanoi no quería acceder a una nueva negociación antes que hubiera pasado la fecha públicamente propuesta por ellos, el 31 de octubre. Si así lo hicieran perderían prestigio. Probablemente dedicarían ese día a un intenso ataque de propaganda contra nosotros. Le dije a Haldeman, que estaba viajando con el presidente, que existían tres posibilidades: Hanoi cancelaría el acuerdo y suspendería las conversaciones; mantendría el acuerdo pero no querría volver a renegociar; o reasumiría las conversaciones. Consideré esta última como la más probable, luego de un lapso adecuado después de la fecha propuesta para la firma.

Al día siguiente, 31 de octubre, Pekín volvió a hacerse presente, a pesar de las sutiles diferencias que siempre mostraban con sus aliados norvietnamitas. Mientras Hanoi culpaba abiertamente a los Estados Unidos, los chinos reservaban sus ataques más directos al comportamiento de Saigón. Más discutible era una referencia que aparentemente relacionaba nuestra conducta con Vietnam y nuestra relación con China. Si nosotros prolongábamos las hostilidades y rechazábamos las negociaciones, decía la nota, ¿cómo verá la gente las declaraciones de los Estados Unidos sobre su intención de realizar esfuerzos para obtener la distensión en el Lejano Oriente?

Cuando se está comprometido, el único curso posible es mostrarse implacable. Las dudas sólo despertarán nuevas presiones. No había otra política —más allá de la paz en Vietnam— en que yo estuviera más comprometido, que la de mejorar las relaciones con Pekín. Pero no podíamos permitir que esto se utilizara en contra de nosotros. En consecuencia, les enviamos una enérgica nota a los chinos (como siempre sin membrete, en papel sin firma ni marca de agua):

La parte China, después de considerar todas las conversaciones mantenidas con la norteamericana acerca de respetar principios básicos, debe comprender perfectamente

que no podemos tratar a un aliado como si fuera un títere. Esto no estaría de acuerdo ni con la realidad, ni con los principios. La constante insinuación y reiteración pública de la República Democrática de Vietnam de que los Estados Unidos tienen completo dominio sobre sus amigos, ha sido una de las causas principales de las presentes dificultades. La parte norteamericana quisiera recordarle a la china, las muchas conversaciones mantenidas entre el Dr. Kissinger y vuestro primer ministro en las que el Dr. Kissinger demostró su comprensión y respeto por el meticuloso tratamiento que los chinos tuvieron con el príncipe Sihanouk, un líder amigo que era huésped en suelo chino. La parte norteamericana señala que sus problemas con sus amigos no son más sencillos y sus principios no son diferentes.

Mientras nos esforzábamos por evitar la desintegración del acuerdo, nuestro debate público sobre Vietnam volvió a cobrar actualidad. Parecíamos condenados a concluir la guerra tan divididos como la realizáramos. Las revelaciones del 26 de octubre, después de un momento de pasmosa sorpresa, produjeron una sensación de júbilo nacional. La gran mayoría de nuestro público sintió un enorme alivio. Al mismo tiempo, la amargura de una década no se calmaría ni siquiera con el fin de las hostilidades. Exigir una paz con honor, parecía un insulto para muchos de nuestros críticos. Se desarrollaron dos líneas principales de ataque: que todo el asunto era un fraude para ayudar a Nixon en las elecciones, cosa que las encuestas demostraron que era un disparate; que los mismos términos se podrían haber obtenido cuatro años antes, lo que era totalmente falso. Algunos opositores, con asombrosa hipocresía, repitían los cargos de Thieu en cuanto a lo inadecuado de los acuerdos, especialmente con respecto a la disposición de las tropas norvietnamitas. Nos habían presionado para fijar una fecha para el retiro total de las tropas y unilateral. Desde entonces, habían cejado en el cese del fuego; en el retiro de los norvietnamitas de Laos y Camboya; en una prohibición de la infiltración en Vietnam del Sur; en que continuáramos con la ayuda a Saigón. Calificaron todos estos términos como ejemplos de belicosidad o peores intenciones aun. Ahora que habíamos logrado mucho más de lo esperado, no querían admitir que posiblemente el gobierno de su país no había sido tan estúpido ni inmoral como se lo quería hacer aparecer. Tal vez, después de todo, se había seguido una estrategia racional.

El *Washington Post*, en su primera reacción el 27 de octubre, insinuó que en 1969 se podrían haber logrado términos similares, a la luz de la «postración» de Hanoi después de Tet. Una semana después, el 3 de noviembre, El *Post* argüía que, de todos modos, los términos del acuerdo no justificaban cuatro años de guerra después de 1969. El editorialista no tenía la intención de llegar a la conclusión de que deberíamos seguir luchando hasta conseguir mejores términos; tampoco mencionó que éstos eran, en lo substancial, los mismos que veníamos proponiendo desde hacía dos años, —para disgusto del editorialista, ya que pedíamos demasiado—. Otros diarios, como el *St. Louis Post-Dispatch* del 27 de octubre, combinaban el tema de que los mismos términos se podrían haber logrado antes —de lo cual no había la más mínima evidencia— con el argumento de que el crédito posible debería ir a dar a manos de McGovern, por haber mantenido en pie el tema de la paz (*).

En la primera semana de noviembre, la frase «la paz está al alcance de la mano» se utilizaba para preguntar por qué debía tardarse tanto en concertar un cese del fuego. No se conocía el hecho de que Hanoi se negaba a negociar, pero debería haber surgido de sus declaraciones públicas. El 6 de noviembre el *New York Times* publicó un editorial demostrando su impaciencia y dio a entender que la prometida paz podría ser una cortina de humo para una nueva escalada (2). El 9 de noviembre, Murrey Marder, del *Washington Post*, insinuó que ciertos funcionarios de la administración, cuyos nombres no mencionaba, decían saber que Nixon jamás había inten-

(*) La redacción del acuerdo en realidad, como argüía Nixon, contenía términos que en muchos aspectos eran mejores para los Estados Unidos que los que sostenía McGovern. McGovern insistía en un cese unilateral de las acciones militares norteamericanas. El acuerdo incluía un cese del fuego mutuo para todas las partes. McGovern insistía en el retiro de los Estados Unidos de Tailandia y sus costas. El acuerdo no incluía límite alguno de fuerzas norteamericanas fuera de Indochina. McGovern expresaba solamente una «expectativa» de una liberación de prisioneros de guerra y una nómina de los desaparecidos en combate, si nos retiráramos. El acuerdo exigía ambas cosas dentro de los sesenta días. McGovern insistía en la destitución de Thieu. El acuerdo dejaba intacto el gobierno de Vietnam del Sur. McGovern insistía en poner fin a la ayuda económica y militar norteamericana a los survietnamitas. El acuerdo la autorizaba a continuar. McGovern no insistía en el retiro de Hanoi de Laos y Camboya. El acuerdo lo requería. McGovern no mencionaba la supervisión internacional del cese del fuego. El acuerdo la incluía (1).

tado lograr el acuerdo antes de las elecciones, pues ello hubiera sido muy «riesgoso»; por lo tanto, Nixon había decidido rechazar las ofertas de Hanoi, a pesar de las firmes promesas y se negó a firmar el 31 de octubre. El 10 de noviembre, el *Post* publicó un editorial, criticando a la administración de Nixon por engañar al pueblo norteamericano.

El estado anímico de la nación era mucho menos cinico. No había una esperanza generalizada de que la guerra terminara. Mi propia actitud, era una firme determinación de salvar los obstáculos que aún quedaban. Nixon estaba presa de la intranquilidad que siempre lo embargaba en las últimas etapas de cualquier esfuerzo, especialmente las campañas electorales. Era como si tuviera la premonición de algún desastre que no podía precisar. Se podía notar el comienzo del retiro que marcaba su reacción ante una arrolladora victoria electoral. El 4 de noviembre, lo acompañé a San Clemente, con una escala en Albuquerque, en la última etapa de su campaña. Ese día finalmente recibimos la aceptación de Hanoi de nuestro ofrecimiento para reanudar las negociaciones el 14 de noviembre o «alguna otra fecha que quisiera proponer la parte norteamericana». Hanoi afirmó gratuitamente que se limitaría al texto del acuerdo, en otras palabras que no introduciría términos propios. Ningún mensaje norvietnamita podía estar completo sin una referencia a su legendaria «buena voluntad y seriedad» a la que el pueblo de Indochina estuvo expuesta irremisiblemente durante más de una década y volvería a estarlo en los años siguientes.

Puesto que habíamos estado esperando durante más de una semana y para evitar más intercambios antes de la elección, contestamos el 7 de noviembre, proponiendo el día 15 del mismo mes. Queríamos darnos algo de tiempo para permitirle a Haig que fuera a Saigón a concertar nuestra aproximación a Thieu. También le advertimos a Thieu que esperábamos que desistiera del «tendencioso comentario público o publicaciones selectivas sobre anteriores documentos de la negociación, que sólo podrían complicar la tarea de llegar a un arreglo final». El 8 de noviembre Hanoi contestó, sugiriendo que pospusiéramos la fecha para el 20 de noviembre, porque Le Duc Tho estaba «enfermo». (No hay duda de que debe haber sido un mal momento para él. Todas las fuerzas comunistas que estaban empeñadas en operaciones para apoderarse de tierras en el período anterior al cese del fuego, estaban siendo diezmadas). Como Le Duc Tho tardaría una semana en llegar a París, Hanoi solicitó una respuesta «lo antes posible». Aceptamos la fecha propuesta el 9 de noviembre. Las negociaciones estaban nuevamente en marcha.

INTERLUDIO POR ELECCIONES

El período más extraño de la presidencia de Nixon siguió a su abrumadora victoria en las elecciones del 7 de noviembre de 1972. Había logrado una serie de éxitos espectaculares en 1971 y 1972: el acuerdo de Berlín; la reunión cumbre con Pekín y con Moscú; el acuerdo SALT, la inminente terminación de la guerra con Vietnam. El resultado de la elección prometía ser el triunfo más avasallador de nuestra historia. No obstante, a medida que se aproximaba su hora triunfal, Nixon se retraía cada vez más; aun de sus propios colaboradores más cercanos. Sus resentimientos, por lo general tan dominados, se asomaban cada vez más a la superficie. Era como si la victoria no fuera la oportunidad de una reconciliación sino la ocasión de hacer un recuento de sus actos de toda la vida.

El ánimo de Nixon afloró a la mañana siguiente de la elección, el 8 de noviembre. El personal de la Casa Blanca permaneció despierto gran parte de la noche, celebrando la victoria. A pesar de todo, me pareció, en los festejos en que participé, que éstos no tenían la alborozada espontaneidad que por lo general acompaña a estos actos. El presidente era una figura demasiado retraída y sombría para la mayoría de sus seguidores. Pocos de los que festejaban lo habían conocido realmente. Sus logros se asociaban más a una solitaria disciplina y a un extraño corate que a la inspiración personal. Lo seguían más por admiración a su dura capacidad que por afecto personal. A pesar de ello, se notaba una gran admiración por la administración que había conducido al país a través de una crisis, hasta llegar a un período de esperanzada tranquilidad y tal vez a la unidad nacional.

Esta sensación de bienestar se destruyó dentro de las doce horas. El personal de la Casa Blanca había sido citado a las 1100hs en el Salón Roosevelt. Exactamente a la hora fijada, Nixon penetró al recinto por la puerta que lo comunicaba con la Oficina Oval. No se lo veía de buen talante. En realidad, aparecía serio y sombrío como si todavía tuviera por delante el período más trágico de su vida. Nada en su actitud hacía ver que estaba tratando con sus asociados

que compartieron con él momentos difíciles y peligrosos. Se comportaba como si pertenecieran a un pasado, irrevocablemente terminado. Sin tomar asiento, les agradeció a los presentes de manera superficial. Cinco minutos después, dejó la reunión en manos de Haldeman y se marchó.

Haldeman no perdió tiempo en llegar al grano. Todos los miembros del personal de la Casa Blanca debían presentar sus renunciaciones inmediatamente. Se nos requirió llenar un formulario, con la lista de documentos en nuestro poder. El presidente anunciaría personalmente su decisión para el nuevo periodo, dentro de un mes. Los presentes quedamos azorados. Era la mañana siguiente del triunfo y en realidad, se nos despedía. La victoria parecía haber hecho desbordar una contenida hostilidad, tan poderosa, que no pudo esperar ni siquiera una semana para salir a la superficie. Incluía a colegas y colaboradores por igual, junto a los opositores. Cuando abandonábamos la reunión, Bill Satire, que ya pensaba retirarse para ese entonces, me dijo: «Sabes, si hubiera ganado McGovern, podrían haberse quedado otros dos meses. No los hubieran despedido hasta el 20 de enero.» La misma extraordinaria ceremonia se realizó con los miembros del gabinete, una hora después.

Jamás se logró explicar satisfactoriamente qué impulsó a Nixon a obrar de esa manera con sus colaboradores más próximos. Yo sabía, claro está que siempre se había sentido desilusionado por el escaso margen de su victoria en 1968; las presiones de Vietnam le habían impedido realizar una rigurosa liquidación de la burocracia, que él atacara, y que sospechaba de estar alineada con los demócratas que permanecían allí. Ciertamente no recibió el apoyo incondicional que el personal civil permanente le suele brindar a otros líderes más carismáticos. Pero aun esto, no explica este deseo urgente, casi incontenible de realizar esta carnicería política. Si Nixon hubiera esperado unas pocas semanas, con seguridad todos los asesores y miembros del gabinete, por iniciativa, siguiendo la costumbre establecida, presentarían sus renunciaciones. Nixon entonces podría haber procedido a su arbitrio, reteniendo a algunos y rechazando a otros, según le conviniera. Pero pedir las renunciaciones en masa a las pocas horas de resultar electo, distribuir formularios mimeografiados obviamente durante la campaña en que muchas de las víctimas habían trabajado hasta el agotamiento, era ofensivo y vejatorio. La renovación del elenco presidencial parecía ser el resultado de un encono incubado desde antes y no parte de una reflexión sobre el futuro. Los problemas posteriores de Nixon tuvieron otras causas inmediatas, claro está. Pero con seguridad se privó de mucha compasión en aquel momento de desventura, al ofrecer en la hora de su triunfo esa imagen de venganza e insensibilidad hacia aquéllos que básicamente estaban bien dispuestos en su favor. (Yo no resulté directamente afectado porque Haldeman me dijo, inmediatamente después de la reunión en el Salón Roosevelt, que mi carta de renuncia sería una mera formalidad.)

Llegar a saber si, mejor aconsejado, Nixon, hubiera obrado de otra manera o si estaba totalmente decidido a dar cumplimiento a las venganzas que deseara durante toda la vida, deberá quedar para las memorias que escriban los que fueron consultados en ese momento. También deberán explicar por qué Nixon comenzó a renovar el elenco no con sus adversarios de siempre —la burocracia permanente— sino con sus propios colaboradores y miembros del equipo.

En la tarde del 8 de noviembre volamos con Nixon, Haldeman y Ehrlichman a Cayo Biscayne. Nuevamente me impresionó el hecho de que el éxito no parecía proporcionar alivio a este torturado hombre. Se quejaba de que su ventaja popular había sido apenas menor que la de Johnson sobre Goldwater. Por encima de todo, se ocupaba en planear la renovación y cambios en su gabinete. La excepción la constituía George Shultz, que recientemente había reemplazado a Connally en el Tesoro. A Rogers planeaba alejarlo en el verano, para reemplazarlo tentativamente por Kenneth Rush. Me asombraba ver tan intranquilo a Nixon, ahora que lograra la ambición de su vida: alcanzar una victoria electoral masiva. Era como si la hubiera buscado para su propia satisfacción. Como si, ahora que estaba en la cúspide, no tuviera otros objetivos en la vida.

En cuanto llegamos a Cayo Biscayne, Nixon se encerró en sus elucubraciones. Desde allí fue a Camp David con Haldeman y Ehrlichman, para planear los detalles de la nueva administración. Yo sólo lo vi en dos oportunidades en los siguientes nueve días, incluyendo una sesión el 17 de noviembre, cuando me reuní brevemente con él antes de partir para París. Era difícil ponerse en contacto con él. Algunas veces hablábamos por teléfono. Para otros, era totalmente inaccesible. El líder que ganara con un 61 por ciento de los votos populares, se había alejado totalmente de su propia gente. En un momento en que, de haberlo querido, con sólo estirar la mano podría haber quedado grabado para siempre en el corazón de los norteamericanos, como

ya lo hiciera en sus mentes, se encerró más profundamente y de manera más impenetrable que durante los años de lucha. El aislamiento se había transformado en una necesidad espiritual de este hombre solitario, retraído y atormentado. Él mismo insistía en su soledad y creaba mucho de su propio tormento. Era difícil resistir la idea de que Nixon, que se agrandaba en las crisis, también parecía atraer los desastres.

Desde mi viaje secreto a China, mi relación con él se había complicado. Hasta entonces yo había sido un funcionario casi anónimo de la Casa Blanca. Se notaba cierto resentimiento hacia la independencia de que gozaban los miembros de mi equipo; se sospechaba que el criterio principal para su elección no había estado del todo de acuerdo a las reglas. Pero esto se equilibraba por el hecho de que su capacidad hacía que la política exterior pudiese manejarse desde la Casa Blanca. La maquinaria interdepartamental le daba a Nixon control sobre las decisiones a tomar, al mismo tiempo que lo ponían a cubierto de la necesidad de impartir órdenes directas. Mis colaboradores habían forjado la imagen de un presidente que ejercía el poder, concepto este que halagaba a la propia concepción que Nixon tenía de sí mismo y que correspondía esencialmente a la realidad. Podría sentirse intranquilo por mi amistad con lo que él llamaba «grupos de Georgetown». Sus colaboradores no se sentían muy felices y no sin razón, ya que algunos periodistas me daban excesivo crédito por los aspectos más favorables de la política exterior. Al mismo tiempo culpaban a Nixon por los menos favorables. Pero esta situación se aceptaba como parte de servicios indispensables.

Después de mi viaje secreto a China, mi presencia se hizo mucho más notoria y esto produjo una desagradable sensación en la Casa Blanca. Evidentemente, cada presidente cultiva con atención su propia imagen. La persecución obstinada de la misma, lo llevó a la posición que ocupa. Ningún jefe del ejecutivo vería con agrado a uno de sus colaboradores que figure en los medios de difusión como el factotum de todas las acciones constructivas. En el caso de Nixon, este sentimiento estaba mezclado por su convicción de que enfrentaba una eterna conspiración del antiguo «establishment», decidido a destruirlo. Toda la atención de los medios de comunicación se dedicaba a las relaciones públicas, en las que, inexplicablemente, su equipo era altamente ineficiente. Por lo tanto, cada vez estaba más convencido de que yo negociaba constantemente con sus enemigos del «grupo de Georgetown» y que al mismo tiempo utilizaba mis habilidades en relaciones públicas, para promocionar mi imagen y no la suya. Tenía algo de razón, a pesar de que las cosas no estaban tanto en mi poder como él creía. De cualquier forma, el problema era insoluble por el momento. Puesto que Nixon no confiaba en el Departamento de Estado como institución, se sentía impulsado a confiarme cada vez más la conducción de las negociaciones. Pero a partir de la crisis entre la India y Pakistán en 1971, la maquinaria de relaciones públicas de la Casa Blanca no dejó pasar oportunidad de tratar de reducir mi influencia. Hasta Nixon mismo se volvió quisquilloso. Los cables que me enviaba algunas veces, parecían más destinados a dejar constancia de su autoridad que para impartirme instrucciones. Al mismo tiempo (o tal vez a causa de ello) cada vez me otorgaba mayor autoridad.

Durante la última fase de las negociaciones de Vietnam, Nixon y yo jamás disintimos en la substancia de la posición negociadora. Las historias que se filtraban a través de la sección relaciones públicas de la Casa Blanca, que indicaban que el entrenamiento en leyes de Nixon le permitía descubrir fallas en los borradores, no tienen fundamento ni documento alguno que las certifique. (Nixon puede haber tenido conciencia o no de las filtraciones de información; pero las versiones no hubieran tomado cuerpo sin contar con la confianza que recibirían una buena acogida por parte del presidente.) Nuestra única diferencia, si es que existía alguna, era su deseo de evitar una demostración de fuerza antes de la fecha de las elecciones. Mi convicción sobre este tema era que, a pesar de nuestros deseos, Hanoi no permitiría que la evitáramos. En privado, sus puntos de vista respecto al presidente de Vietnam del Sur, no eran más caritativos que los míos. Estaba decidido a triunfar, pero no hasta después del día de las elecciones. La publicidad que yo recibía, hizo que buscara maneras de demostrar que él estaba a cargo del gobierno, a pesar de que por lo general apoyaba la estrategia delineada por mí. Se podían deducir estas tensiones latentes, a través de rastros poco definidos. Nunca se explicitaban en los contactos personales que invariablemente eran corteses y en los que no surgía ningún desentendimiento. (Por supuesto yo había visto a Nixon con otras personas en infinidad de oportunidades, para comprender que esto no representaba que el presidente les tuviera algún aprecio especial). Yo comencé a notar el surgimiento de una actitud competitiva, que con certeza destruiría más tarde o más temprano mi capacidad como asistente presidencial. Este sentimiento

se fue acelerando por las emociones inherentes a la terminación de esta fase de la guerra de Vietnam.

Estas tendencias fueron subrayadas en una entrevista que le concedí a la periodista italiana Oriana Fallaci, que sin duda fue la conversación más desastrosa que jamás mantuve con cualquier miembro de la prensa. La vi brevemente el 2 y 4 de noviembre en mi despacho, interrumpido constantemente por los desesperados intentos de volver a unir los desmembrados puntos del acuerdo. Lo hice más que nada por pura vanidad. La Fallaci había entrevistado a personalidades importantes de todo el mundo. La fama era una presencia demasiado reciente para mí y su compañía me halagaba. Sentía que pasaría a formar parte del panteón periodístico de los famosos. Nunca me molesté en leer otros comentarios de esta periodista y por lo tanto no conocía la manera en que destrozaba a sus víctimas. Su artículo apareció en una revista italiana a fines de noviembre.

Pagué el precio a mi ingenuidad. Sin duda, las citas que me atribuía, acotaciones de dudoso gusto reunidas en algo que ella presentaba como una conversación, resultaron los balbuceos más interesados de toda mi carrera pública. Debo recalcar que efectué unos comentarios muy elogiosos acerca de Nixon. De acuerdo a lo publicado, yo lo elogiaba por haber tenido el valor de seleccionar un jefe de asesores al que no conocía y enviarlo a Pekín. Ponderé la capacidad de Nixon en la política exterior y su fuerza: «Lo que yo hice, ha sido posible porque él hizo que así fuera.» Pero aun esto le pareció demasiado a la Fallaci para Nixon. Lo que lo puso contra la pared, fue una cita que me atribuyó, diciendo: «A los norteamericanos les gustan los vaqueros... el que llega galopando sólo al pueblo, la ciudad, sólo con su caballo...» Este personaje romántico y extraño se identifica perfectamente conmigo. Estar solo siempre ha sido mi estilo o, si lo prefiere, mi técnica.» No creo haber dicho tal cosa en esa manera ni que me refiriera a mí mismo. Estoy convencido de que fui víctima de unas despiadadas correcciones editoriales, si no de algo peor. La señora Fallaci se negó constantemente a permitirle escuchar las cintas a otros periodistas. Sin embargo, ella tenía algún motivo oculto. Mientras Nixon se mostraba preocupado por los rumores de la derecha y su congénita premonición hacia los desastres, yo me sentía transportado por la sensación de alivio y alegría que reinaba en todo el país, entre la vasta mayoría que estaba ansiosa por creer que el fin de la guerra se veía realmente muy cercano. A pesar de los comentarios adversos de los editorialistas, la conferencia de prensa en que dije que «la paz está al alcance de la mano» tuvo un efecto electrificante. Este suceso, sumado a un año de negociaciones exitosas en una vasta gama de temas con diferentes países, fue para mí un momento de orgullo poco común, en el que por un tiempo olvidé la humildad. La Fallaci captó esta sensación de euforia que me poseía, a pesar de que se tomó ciertas libertades con mis declaraciones (cosa que no puedo probar). Escribió su artículo a la manera romana: buscaba una verdad psicológica; no los hechos ciertos (3).

La implicación indirectamente afirmada de que el papel central era el mío debía por fuerza ser una afrenta para cualquier presidente. Y era particularmente doloroso para Nixon, quien estaba convencido, y no sin razón, que sus oponentes me atribuían un exagerado mérito para así disminuirlo a él. No hubo consecuencias inmediatas. La entrevista se publicó en los Estados Unidos cuando yo partía para mi reunión del 20 de noviembre con Le Duc Tho. Por lo tanto, Nixon no pudo hacerme llegar directamente su disgusto por el problema. No conseguí verlo el 18 de noviembre, el día antes de embarcarme, aún cuando estaba en la Casa Blanca. Sólo hablamos brevemente por teléfono. Un astuto comentarista político del *New Republic*, John Osborne, captó las señales de peligro, no obstante, gracias a su aguda percepción (4). De esta manera, mientras Nixon y yo nos dirigíamos a las turbulentas aguas de la negociación, el firme derrotero parecía minado por el latente descontento, surgido entre el capitán y su principal navegante.

HAIG VISITA NUEVAMENTE SAIGÓN

Al estar próxima la reanudación de las negociaciones, nuestro principal problema estaba en Saigón. Nos habíamos comprometido con Hanoi, Moscú y Pekín, así como con el público norteamericano, Thieu no se sentía tan apremiado. Cuanto más tiempo pudiera mantener sus fuerzas en la guerra, tanto más podría alejar la pesadilla de verse librado a su propio sino. Más aún; como ya indicáramos, el fracaso del plan de actividades hizo que los comunistas ordenaran

a sus cuadros operaciones prematuras para apoderarse del terreno, antes del 31 de octubre. Estos sufrían bajas y Thieu deseaba que el proceso continuara así. La insolencia de sus declaraciones era cada vez mayor. A pesar de las cartas de Nixon, en un discurso público del 1 de noviembre, denominó al borrador del acuerdo un documento de «rendición». A pesar de ello, poseíamos la información de que estaba preparando un cese del fuego y conversando con sus colaboradores en privado acerca del acuerdo en términos mucho más generosos.

El 10 de octubre Xuan Thuy concedió una entrevista que, para variar, resultó útil. Confirmó que el Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia no era un gobierno de coalición disimulado. El tal Consejo «no será aún un gobierno» le dijo a los representantes de la agencia France Press. Ambos gobiernos existentes continuarían conviviendo hasta las nuevas elecciones. Thieu no se mostró apaciguado. En un esfuerzo para conseguir su apoyo, enviamos a Haig a Saigón, llevando una carta de Nixon, fechada el 8 de noviembre, que nos conminaba a mantener el rumbo. La carta mostraba el descontento de Nixon por las declaraciones públicas de Thieu. Afirmaba que considerábamos que el acuerdo era sólido. Prometimos mejorar algunos puntos. Por ejemplo, que la traducción vietnamita de la frase «estructura administrativa» se cambiara, para quitarle toda implicación de que el Consejo Nacional era un cuerpo gubernamental. También diríamos claramente lo que ahora sólo implicábamos: que se nombrarían igual número de integrantes del Consejo de cada parte. Trataríamos de reforzar las previsiones con respecto a la zona desmilitarizada, con el fin de recalcar el carácter diferente de Vietnam del Sur. Había una cláusula que decía que las fuerzas norvietnamitas serían desmovilizadas. Nosotros trataríamos de que esta fórmula pudiera transformarse en el retiro, por lo menos parcial, de las tropas norvietnamitas. «Emplearemos nuestros máximos esfuerzos» —escribía Nixon— «para efectuar estos cambios en el acuerdo. Al mismo tiempo no quiero ilusionarlos con respecto a que queramos o podamos llegar más allá de estos cambios, en nuestra búsqueda por mejorar un acuerdo, que ya consideramos excelente.» Nixon instaba a Thieu a «tomar la iniciativa política y psicológica de aprobar el acuerdo y cumplir con sus diferentes puntos de manera positiva». Requerió una respuesta directa.

La falta de ambigüedad estaba vedada en la cultura vietnamita y la personalidad de Thieu. Siguió un procedimiento que ya se había hecho estereotipado. Se reunió con Haig el 10 de noviembre; escuchó pensativo las explicaciones de la carta del presidente. Efectuó preguntas inteligentes y prometió pensarlo durante la noche. Luego, el 11 de noviembre se enfrentó a Haig y el embajador Bunker con todo su Consejo de Seguridad y rechazó de plano nuestra sugerencia de fijar prioridades entre las alteraciones en el texto que él pretendía. Insistió en *todas ellas* al mismo tiempo. Exigía el retiro de las fuerzas de Vietnam del Norte que, como ya le explicara en repetidas ocasiones, no formaba parte de nuestras propuestas conjuntas desde 1970. Endureció aún más esta inalcanzable exigencia, aclarando de qué manera debería efectuarse el retiro y qué armas deberían llevarse. Le entregó a Haig una carta para Nixon citando estas demandas, así como solicitando cambios en la propuesta composición de la maquinaria de supervisión internacional.

Entre ambas reuniones, yo le envié un cable a Haig: «Debe señalarle a Thieu la composición de nuestro nuevo Senado. No importa qué suceda, nos cortarán los fondos si no nos movemos en esa dirección». Haig se lo hizo notar, pero Thieu pretendía tener miedo o deliberadamente iba hacia un enfrentamiento.

Haig hizo una escala en Phnom Penh, para visitar al huérfano de nuestro esfuerzo en Indochina, Lon Nol. Éste, que tenía buenos motivos para sentirse abandonado, apoyó nuestra estrategia. Accedió a anunciar un cese del fuego unilateral en cuanto el acuerdo entrara en vigor. (Esto, por lo menos, tomaría la iniciativa diplomática, puesto que el Khmer Rojo se negaba a un cese del fuego.)

El 14 de noviembre Nixon contestó la carta de Thieu (utilizando como siempre un borrador preparado por mi equipo y yo). Explicaba cómo se proponía tratar en el documento de paz el problema de las fuerzas norvietnamitas en el sur. Haríamos todo lo posible para obtener ciertos cambios, pero no sería «realista» esperar obtener lo que Thieu quería. Nixon proseguía:

Mucho más importante que lo que decimos en el acuerdo, es lo que haremos si el enemigo renueva su agresión. Tiene usted mi total seguridad de que si Hanoi falla en cumplir los términos del presente acuerdo, es mi intención efectuar rápidas y severas acciones de represalias.

Esta fue otra de las cartas reveladas más tarde por funcionarios de Vietnam del Sur, en abril de 1975, en su afán desesperado por obtener la ayuda norteamericana, para prevenir la caída de su país. Tenían derecho a considerar que habían confiado en estas declaraciones al firmar el acuerdo. Desafortunadamente, el revelar las cartas en la primavera de 1975, sólo sirvió para aquéllos que encontraron en ellas otra excusa para abandonar Vietnam del Sur; no una razón para salvarlo. En 1972 teníamos otra la intención de cumplir con estas promesas. Considerábamos que un arreglo honorable, logrado después de sacrificar 45.000 vidas norteamericanas, no se había firmado para que fuera burlado por los norvietnamitas. No teníamos intención de firmar una rendición. Considerábamos tener derecho a reafirmar un solemne acuerdo, firmado por Hanoi y confirmado luego en una conferencia internacional por doce naciones en marzo de 1973. Nixon así lo dijo cuando se reunió con Thieu el 3 de abril de 1973. El secretario de defensa Richardson, así le informó a la prensa y testificó ante el Congreso. Yo lo recalqué en varias conferencias de prensa (5). Seis meses después, el Congreso, bajo el impacto de Watergate, decretó una ley que nos prohibía ejercitar lo que la ley internacional reconocía (y lo que los Estados Unidos confirmó formalmente en conjunción con el tratado de paz egipcio-israelí: el derecho a apoyar un arreglo de paz). Esto destruyó el equilibrio de riesgos sobre los que descansaban los observadores del acuerdo y resultó una burla a los sacrificios realizados.

Para evitar malentendidos y demostrar nuestra buena fe, le envié a Bunker el 17 de noviembre otro resumen de las alteraciones que trataríamos de conseguir, tomando en cuenta los comentarios que Thieu le hiciera a Haig. De una manera que ya se estaba transformando en hábito, Bunker no logró una entrevista para presentarla hasta veinticuatro horas después. Finalmente, el 18 de noviembre, el día antes de partir hacia París, Thieu hizo que el detestable Nha presentara otro memorándum. Este demostraba que tres enérgicas cartas del presidente y la visita de dos emisarios presidenciales, no habían causado ninguna impresión. En lugar de establecer prioridades en sus demandas, Saigón proponía ahora sesenta y nueve modificaciones, no dejando casi ningún párrafo del documento sin modificar. Thieu ofreció enviar un representante a Washington a explicarle a Nixon los cambios propuestos —una bofetada para mí y otra burda táctica dilatoria, puesto que no había manera posible de que un emisario pudiera llegar antes de que yo debiera partir. Entregamos en contestación otra gélida carta presidencial volviendo a recalcar que sería imposible lograr estos cambios y negándose a recibir un emisario hasta que se hubiera completado la siguiente ronda de negociaciones con Hanoi. Casi cuatro semanas de intercambios no habían logrado reducir el abismo entre Washington y Saigón. Thieu sabía que tendría que ceder, pero no lo haría hasta el último momento. Nos forzaría a ejercer la máxima presión sobre Hanoi, explotando en el interín nuestra negativa a hacer pública nuestra ruptura.

Hubo otra reunión previa para preparar mi reunión con Le Duc Tho. El 13 de noviembre a la noche, comí con el sub secretario del exterior Ch'iao Kuan Hua en el Century Club de Nueva York. Encabezaba la delegación china a la Asamblea General de las Naciones Unidas. Lo puse al tanto acerca de nuestras intenciones en París. Si Le Duc Tho hacía una escala en Pekín, en viaje a París, esperaba que los líderes chinos utilizaran su influencia para rogarle moderación. Ch'iao no quiso prometer tal cosa. Pero tampoco se mostró de parte de Hanoi. Nos instó a hacer concesiones, puesto que los grandes poderes podían permitirse gestos generosos: «No deben perder todo el mundo sólo por ganar Vietnam del Sur». Por otra parte, nadie debería ser humillado. La actitud de Ch'iao era una versión suavizada de la que era la posición típica de los chinos: compasión por Hanoi pero la no inversión de capitales chinos en favor de sus aliados. (Con excepción de algunas tácticas algo más crudas, era exactamente la misma actitud de Moscú.)

Lo que despertó el interés particular de Ch'iao, fue Camboya. Al interceder nuevamente por un cese del fuego en Camboya, yo enfatiqué que nuestros intereses en ese país coincidían, pues ambos queríamos una Camboya neutral, independiente y libre de la dominación de cualquier otro país. Esto no lo discutí. En vez de hacerlo, me preguntó si estaría preparado a reunirme con Sihanouk en mi próxima visita a China (fijada entonces para enero de 1973). Traté de evadir la pregunta específica pero le contesté en términos generales que no nos oponíamos a Sihanouk, siempre que él pudiera establecer un país independiente:

Puedo decirle ahora confidencialmente que podría ser posible arribar a un acuerdo con el primer ministro que haga justicia a las preocupaciones del príncipe Sihanouk. Si la guerra continúa en Camboya, debemos mantener nuestra posición presente. Pero lo que queremos en Camboya, por decirlo sin ambages, es impedir que se transforme en

un apéndice de Hanoi. Quienquiera que sea capaz de preservarlo como un país neutral, coincidirá con nuestra política y según creemos, con la vuestra también.

Al día siguiente, cuando le informé de esta conversación a Nixon, repetí mi punto de vista de que, luego que se produjera un cese del fuego en Camboya, Sihanouk volvería a ser un factor determinante y podría «volver en el momento oportuno».

Una de su tragedias era evidentemente el fallo del acuerdo de Vietnam que no consideraba un cese del fuego en Camboya. Pero no debían quedar dudas acerca de dónde estaba el fallo. Constantemente presioné a Le Duc Tho por un cese del fuego en Camboya; pretextaba su falta de influencia con el Khmer Rojo. La actitud del Khmer Rojo fue resumida mejor que nadie por Sihanouk mismo: «En 1973 los vietnamitas trataron de hacerlos negociar con Lon Nol, pero era demasiado peligroso para ellos. Hubieran tenido que compartir el poder y lo querían todo para sí. Lo consiguieron en 1975» (6). Yo hubiera estado interesado en un encuentro con Sihanouk, para arreglar un cese del fuego, pero las negociaciones con él no podían prosperar mientras fuera el titular de las fuerzas comunistas, que insistían en una victoria total. Mi próximo viaje a Pekín, que eventualmente se produjo en febrero de 1973, fue la primera ocasión para ese encuentro. (Según resultó después, Sihanouk no estaba allí en ese momento.) Como indicación de nuestra actitud y la percepción que la China tenía de la misma, Chou En-lai nos pidió que veláramos por la seguridad de Sihanouk, en vista de los rumores circulantes acerca de posibles atentados durante los viajes por el exterior del príncipe. Nosotros accedimos inmediatamente. (También arreglamos más tarde para asegurar la partida de la madre de Sihanouk desde Phnom Penh a Pekín.)

Una genuina solución que representara la vuelta de Sihanouk requería un equilibrio de fuerzas y la perspectiva de un cese del fuego, como sucediera en Vietnam y Laos. No habría manera de que Sihanouk pudiera resumir su papel anterior a 1970, a no ser que hubiera dos partidos para equilibrar. Paradójicamente, Sihanouk necesitaba algunas fuerzas no-comunistas para sobrevivir en Phnom Penh. Con la victoria total a la vista, el Khmer Rojo no lo necesitaría para nada. Al comenzar la primavera de 1973, tratamos de conseguir el retorno de Sihanouk, basándonos en el cese del fuego. Nosotros estábamos dispuestos a hacerlo. El Khmer Rojo se opuso. Nuestros testimonios indican (según pienso aclarar en un segundo volumen) que estábamos preparados. Más aún, ansiosos por el regreso de Sihanouk bajo tales condiciones y estaba comenzando una negociación. Lo que dio por el suelo con toda la negociación de Camboya en 1973, fue un mandato del Congreso, para que finalizáramos los bombardeos a la mitad del año. En este momento, el Khmer Rojo, seguro de la victoria, perdió todo interés en la negociación, y el papel de moderador de Sihanouk estuvo condenado a desaparecer.

SE REANUDAN LAS REUNIONES CON LE DUC THO

Mi encuentro con Le Duc Tho en la mañana del lunes 20 de noviembre, fue la primera desde la maratón de dieciséis horas del 12 de octubre y sus conclusiones emocionales. El intervalo no había sido favorable a ninguno de los dos. Para un grupo de hombres tan mórbidamente desconfiados como sus colegas en el Politburó de Hanoi, Le Duc Tho debió aparecer culpable del imperdonable pecado de haber sido burlado por un astuto capitalista. Confiando en nuestra aceptación de la redacción del tratado de paz, los norvietnamitas habían comenzado sus operaciones para apoderarse de terreno. También lo hacían los del sur. El norte había sufrido tremendos castigos y tal vez pérdidas irreparables al exponer a sus cuadros. Nosotros empleamos la fecha tope fijada por Hanoi, el 31 de octubre, para extraerle concesiones. Si Hanoi hubiera seguido su modo habitual de negociación, no lo hubiera hecho en muchos meses, si es que lo hacía. Lo hacíamos sólo para enfrentar a los norvietnamitas al finalizar el proceso con otra serie de demandas de magnitud no especificada. Le creí a Dobrynin, cuando me dijo que los norvietnamitas estaban enojados.

Por otra parte, nuestra posición no era tampoco precisamente brillante. Como yo previera, cuando se conocieron los lineamientos del acuerdo, el apoyo del Congreso que aún quedaba para continuar la guerra, se había evaporado. Siempre pensé que esto era inherente a la propuesta de Hanoi del 8 de octubre. Una vez que se hizo aparente que *mejoraban* los términos que ofreciéramos el 25 de enero y el 8 de mayo de 1972, perderíamos todo el apoyo del público y del

Congreso, si no firmábamos. Seguramente se hubiera aprobado una resolución del Congreso, suspendiendo la asignación de fondos, siempre que Hanoi liberara a los prisioneros, como ya casi había sucedido a comienzos de 1972.

Mi conferencia de prensa de «la paz está al alcance de la mano» había evitado una estampida. Pero la decisión de reconocer públicamente el casi acuerdo, en lugar de quitarle fuerza, nos volvió a someter a presión una vez reanudadas las negociaciones. Nixon creía que nuestras opciones se habían visto drásticamente reducidas después de mi conferencia de prensa. Yo consideraba que la propuesta del 8 de octubre de Le Duc Tho era el punto de partida. Una vez realizada, nuestras únicas posibilidades eran dominar la situación prosiguiendo con nuestro propio programa o ser empujados inexorablemente hacia la suspensión de fondos por el Congreso. Probablemente había algo de cierto tanto en la idea de Nixon como en la mía. En realidad, ambos coincidíamos en que nos estábamos quedando sin opciones —aunque fuera por razones diferentes— y este hecho nos agobiaba por igual.

Los temores con respecto a las actitudes del Congreso no estaban basados en intuición sino en evidencias. El 27 de noviembre Laird me dijo que era imposible «mantener eso funcionando en ese momento». Basaba su opinión en reuniones con senadores y miembros de la Cámara de Representantes durante el fin de semana anterior. Laird repitió sus conclusiones en una reunión que Nixon citó con los jefes del Estado Mayor Conjunto, el 30 de noviembre. Ninguno de los jefes las refutó. Nixon lo confirmó y estimó que el cese del envío de fondos se produciría dentro de las dos primeras semanas de la inauguración del Congreso. John Lehman, responsable de la coordinación con el Congreso en mi equipo, estimó que el nuevo senado, elegido en noviembre, representaba una pérdida neta de tres votos para nosotros, que crecerían en significación debido a la declinante influencia de los jefes del sur de los comités claves. Cualquiera fuera la razón, nos enfrentábamos con la pesadilla que yo temiera desde el verano: negociar en contra de la fecha de la reapertura del Congreso, sin tener ninguna ventaja adicional sobre Hanoi para poder impedir la desintegración del proceso.

En este contexto poco prometedor (para nosotros) Le Duc Tho me saludó el 20 de noviembre, en la puerta de la residencia de Gif-sur-Yvette. Puesto que nuestro encuentro había sido anunciado para el 17 de noviembre, la prensa estaba alertada. Habían sitiado tanto la residencia del embajador norteamericano como los edificios norvietnamitas. Logré zafarme de su persecución con la ayuda de una escolta de motocicletas francesas que desafiaban a la muerte a cada instante. (La razón por la que yo estaba dispuesto a exponer nuestras vidas en las maniobras a alta velocidad que estos desplazamientos requerían, no la conozco. Probablemente el ritual de nuestras reuniones secretas se había transformado en una costumbre. Las reuniones ahora se anunciaban con anticipación.) Todo fue en vano. Le Duc Tho no había hecho ningún esfuerzo para evitar la persecución; de manera que cuando llegué, encontré a periodistas y fotógrafos de varias nacionalidades, acampados en la vereda de enfrente; permanecieron allí durante las seis horas y media que duró la entrevista. Volvieron asimismo para todas las reuniones subsiguientes: cinco días en noviembre, trece en diciembre y cuatro días a principios de enero. La casa de Léger estaba aislada, rodeada de un jardín grande, cercado por una pared alta. Los periodistas armaron un andamio desde el otro lado de la calle para que los fotógrafos pudieran atisbar dentro del jardín —y según esperaban, pero en vano— también dentro de la casa misma. En medio de la lluvia, el frío y la nieve del invierno parisino, testigos de la intensa esperanza de paz que imperaba en todo el mundo, puesta en nosotros para dar fin a una amarga guerra, mantuvieron una silenciosa vigilia. Jamás dieron una información concreta; nunca podían ver mucho más que las llegadas o las partidas. Algunas veces alcanzaban a ver a Le Duc Tho o a mí, caminando por el jardín durante un cuarto intermedio. No se les daba información y pocas fotografías de Le Duc Tho y yo juntos. Por lo general en la puerta nos recibían funcionarios de poca jerarquía y ambos equipos llegaban y partían en forma separada.

Para hacer el ambiente un poco más cordial, yo había traído algunos obsequios para Le Duc Tho y Xuan Thuy. Le Duc Tho recibió un libro ilustrado con fotos de Harvard, para prepararse por si alguna vez aceptaba mi sugerencia de enseñar allí un seminario sobre marxismo-leninismo. También un juego de lápiz y estilográfica para firmar el acuerdo. A Xuan Thuy le entregué un libro ilustrado con fotografías de los Estados Unidos y una cabeza de caballo de cristal de Steuben, en honor a su reconocida fama de fanático de las carreras hipicas. Ni siquiera este gesto sirvió para limar las asperezas de la reunión. Le Duc Tho abrió el encuentro con un largo discurso acerca de la buena voluntad de Hanoi y la falsedad de los Estados Unidos al no

haber mantenido el «programa» como estaba fijado. Leyendo un mensaje preparado, nos advirtió en contra de nuestro propósito de ejercitar coerción sobre Vietnam del Norte. Se quejaba de que Vietnam del Norte había sido engañado muchas veces: por los franceses, los japoneses y los norteamericanos. Pero jamás como esta vez. (¡Esto lo dijo casi con admiración!)

Repliqué que sinceramente, la inflexible actitud de Hanói durante los cuatro años anteriores no nos habían preparado para un repentino deseo de Hanoi de lograr el acuerdo en octubre. Le lei a Le Duc Tho mis dos intimaciones previas de que el acuerdo necesitaba tanto de la presencia de Saigón como la Washington. Cité los inconvenientes causados por la entrevista de De Borchgrave (según le dije, «hablando como alguien que ha sido víctima de una entrevista también recientemente»). Había llegado el momento de mirar hacia adelante y concluir el acuerdo.

Fue un discurso animado pero su impacto se perdió inmediatamente, al presentar los sesenta y nueve cambios que pretendía Saigón. Eso probó ser un fallo táctico mayúsculo. La lista era tan inconcebible, se alejaba tanto de lo que dijéramos en público y en privado, que debe haber reforzado la tentación de Hanoi de empujarnos contra nuestra fecha tope. Esta ya sería suficientemente fuerte como para impulsarnos contra nuestras fechas topes fijadas por el Congreso.

La presenté en orden, por temor a que me acusaran de no ser suficientemente meticuloso en resguardar los intereses de Saigón —y para facilitar la aparobación de Thieu—. Como suele suceder cuando uno actúa para dejar constancia oficial, no logramos ninguno de los dos resultados. Puesto que no había posibilidad alguna de obtener todos estos cambios —según le previniera a Thieu— cada uno que abandonáramos lo utilizaría para demostrar nuestra falta de preocupación y como otro pretexto para su posición recalcitrante. Una vez que comenzáramos a retirarnos, tentábamos a Hanoi a intentar el logro de nuevas concesiones.

La primera reacción de Le Duc Tho fue previsible. Afirmó que si estos cambios se presentaban como un ultimátum, la guerra continuaría durante cuatro años más. Luego solicitó un receso durante la noche para estudiar las propuestas. Había pasado un día de la negociación sin haber logrado ningún acuerdo y con el reloj corriendo en contra de nosotros.

Cuando volvimos a reunirnos a la tarde del 21 de noviembre Le Duc Tho recalco lo que era obvio: los cambios que yo solicitaba no eran simplemente «técnicos» sino básicos. No eran pocos, sino muchos. Rechazó la gran mayoría de ellos; aceptó unas pocas alteraciones técnicas. Lo que nos preocupó más aún, fue que comenzó a hacer demandas a su vez. Retiró la vitalmente importante concesión de que los prisioneros norteamericanos serían liberados independientemente de la liberación por parte de Saigón de los prisioneros civiles del Vietcong. Habían aparecido ciertos informes en la prensa, basados en trascendidos del Pentágono, de que algunos técnicos civiles podrían dar asistencia a los survietnamitas después que se retiraran las tropas. Le Duc Tho, reclamó por lo tanto, que se retirara a todos los civiles junto con los militares. Insistió en la traducción vietnamita de «estructura administrativa». Todo esto era el mismo regateo de siempre. También era el material con que se forman los estancamientos. Obviamente, este no era el mismo Le Duc Tho del verano anterior, avanzando decidido hacia el logro de un acuerdo. Afortunadamente su conducta no tenía la insolente y aguerrida política de los tres años anteriores. En un mínimo posible, Le Duc Tho mantenía abiertas ciertas opciones. Podría llegar a un acuerdo repentino, pero también podría dejarnos colgando indefinidamente.

Esta última perspectiva no preocupaba a los tres diplomáticos que Thieu había asignado para que me vigilaran. Los embajadores de Saigón en Washington, Londres y a la conferencia de París, estaban todos allí. Todas las noches les informaba en mi residencia. Sus instrucciones eran sencillas. Estaban autorizados a aceptar la rendición de Hanoi en todos los sesenta y nueve cambios inventados por la recalentada mente de Nha. No tenían autoridad para considerar nada menos, discutir ningún compromiso o alterar cualquier variación en el lenguaje. Hanoi insistía en mantener abierta la opción del texto de octubre. Sabía que a pesar de sus méritos, Thieu no lograría sobrevivir a la humillación de no conseguir ningún cambio. Saigón insistía en todas sus contrapropuestas, muchas de las cuales estaban destinadas al sólo y exclusivo motivo de humillar al odiado enemigo del Norte. Estábamos atrapados en el vértice de las largas y apasionadas décadas de guerra civil vietnamita y nos enfrentábamos así mismo a un renacimiento de los conflictos internos en nuestro país.

En la sesión de tres horas y media de duración, del día 22 de noviembre, volví sobre los puntos esenciales. Trataba de separarme de la posición de Saigón, —corriendo el riesgo de volver a despertar el dilema que enfrentáramos en octubre. Simulando recorrer el acuerdo párrafo a párrafo, dejé de lado muchos de los detalles que pretendía alterar Saigón y reduje mis demandas

a las que Nixon declarara esenciales en su carta a Thieu del 8 de noviembre. Yo les había dado forma en mi memorándum a Saigón el 14 de noviembre. Estas eran aclarar la traducción de la frase «estructura administrativa» para describir al Consejo Nacional. Reforzar las previsiones con respecto a la zona desmilitarizada; encontrar alguna solución al problema de las fuerzas norvietnamitas en el Sur. Además, queríamos un cese del fuego en Laos, más próximo al momento del cese del fuego en Vietnam (ahora estaba treinta días después), para tener la maquinaria de control internacional en su ubicación en el momento en que entrara en vigencia el mismo. También queríamos clarificar las cláusulas respecto a la introducción de armas en Vietnam del Sur.

Le Duc Tho jugaba al gato y al ratón. En contestación a mi pedido, accedió a una cláusula que lo ponía en desventaja con respecto al reemplazo de armas. Había leído que las armas «gastadas o dañadas» podrían reemplazarse. Ahora permitió que agregáramos las palabras «destruidas» y «obsoletas», como en los acuerdos de Ginebra de 1954. La consecuencia práctica de esto se apreció en las palabras de Le Duc Tho: «Quiere decir que tendrán carta blanca para introducir armamentos». Pero la flexibilidad era más aparente que real, ya que Le Duc Tho mantenía sus exigencias de que los prisioneros del Vietcong fueran liberados al mismo tiempo que los norteamericanos. También pedía que los técnicos civiles norteamericanos se retiraran junto con las fuerzas de los Estados Unidos. Si seguíamos a este ritmo, podríamos quedarnos en París todo el invierno.

En el interín tuvimos noticias de Washington. Las relaciones entre Nixon y yo, eran ahora cautelosas y tensas. Yo sabía de su convicción de que mi conferencia de prensa del 26 de octubre había debilitado nuestra posición negociadora. Esto era cierto, a pesar de que yo creía que había salvado las negociaciones y que logró que la gente se agrupara. De cualquier modo, ahora no tenía importancia. Teníamos que encarar la situación tal como estaba. Aislado en Camp David, rodeado solamente por los expertos en relaciones públicas, Nixon seguía sumido en su profundo resentimiento que había producido quizá la actitud más oscura y malévola de su presidencia. Envió ahora unas instrucciones duras, marcadas explícitamente como «no una instrucción para posible uso en Vietnam». Decía así:

El presidente se siente muy desilusionado por el tono como así con el contenido de la última reunión con Le Duc Tho. Ante esta circunstancia, a no ser que la otra parte demuestre la misma voluntad que mostramos nosotros, le ordeno que suspenda las conversaciones y resumiremos las actividades militares, hasta que la otra parte esté lista para negociar. Debemos desencantarlos de la idea que parecen tener, de que no tenemos otra alternativa que llegar a un acuerdo en sus términos. Debe informarles directamente, sin equivocaciones, que sí la tenemos. Si se mostraron sorprendidos de que el presidente tomara un curso de acción tan fuerte antes de la reunión cumbre con Moscú y las elecciones, descubrirán ahora que, después de dejar atrás las elecciones, tomará cualquier acción que considere necesaria para proteger los intereses de los Estados Unidos.

Otro mensaje de Haldeman recomendaba que yo debería aparentar mayor severidad en las tomas de televisión con Le Duc Tho. En otras palabras, las sonrisas en París, producían ceños adustos en Camp David. Sabía por experiencia que la retórica dura no era siempre índice de la intención presidencial. Las amenazas parecían prematuras después de sólo cuarenta y ocho horas de negociaciones. Por lo tanto, aproveché que el mensaje especificaba que no era un orden y traté de mantener las negociaciones en marcha.

El 23 de noviembre, en otra sesión de seis horas, concentré mis esfuerzos en reforzar las previsiones con respecto a la zona desmilitarizada, para crear una barrera legal a la infiltración del norte. Le Duc Tho me ofreció una semi-concesión, a cambio de alterar otras partes del acuerdo, especialmente en la sección política, la de los prisioneros y los técnicos civiles. Le Duc Tho sugirió que llegáramos a un retiro de *facto* de algunas de sus tropas de la parte septentrional de Vietnam del Sur, a cambio de la liberación de los prisioneros políticos. Se negó a decirme cuántos soldados retirarían, rechazó mi propuesta de 100.000 y no quiso hacer su ofrecimiento por escrito. Este conjunto de medidas me pareció una significativa degradación del documento de octubre. El retroceso en cuanto a la previsión referente a los prisioneros, estaba equilibrado solamente por una aseveración nebulosa —en forma de un «entendimiento»— sobre un número

no especificado de tropas norvietnamitas que se moverían una corta distancia atravesando la zona desmilitarizada (*).

Era el Día de Acción de Gracias. Amablemente los norvietnamitas nos sirvieron un opíparo almuerzo con carne asada y pollo para festejar la ocasión. Después le envié un cable a Nixon diciendo que a pesar de haber conseguido ciertas ventajas secundarias, los norvietnamitas habían dado marcha atrás en algunos puntos. El acuerdo quedó algo *peor* que el que negociáramos en octubre. Le dio dos opciones al presidente: interrumpir las conversaciones y reanudar los bombardeos al norte del paralelo veinte (en realidad, lo que me había dicho que hiciera veinticuatro horas antes) o si no, aceptar las mejoras conseguidas en el acuerdo con respecto a la zona desmilitarizada y provisión de armas, además de unos pocos cambios en la sección política, como una manera de salvar el prestigio de Saigón. El resto del acuerdo permanecería como en octubre. Yo no tenía, claro está, manera de saber si Hanoi lo aceptaría. Estaba seguro de que Saigón lo rechazaría. Un síntoma de la tensa relación existente entre Nixon y yo, fue que no ofrecí ninguna recomendación entre las dos opciones (**). Algo mezquino, agregué que los hechos hasta ahora habían confirmado mi análisis original. «Parece que nuestro juicio primitivo era correcto. Ahora que se superó la fecha del 7 de noviembre, también cesó el incentivo de Hanoi para actuar de la misma manera, presa del pánico, que los motivara en octubre.

Pero Nixon no se dejaba intimidar. Me envió otro cable diciendo que «debido a las expectativas creadas en el país (léase mi referencia a «la paz está al alcance de la mano») el cese de las conversaciones que surgieran veinticuatro horas antes, ya no era posible. Eligió la segunda opción. pidiéndome que actuara con todo el rigor posible.

Según mi punto de vista, el acuerdo del 8 de octubre podría haber sido de nuestro interés. Debería tratar de mejorarlo tomando en cuenta, lo más posible las condiciones de Saigón. Pero lo más importante es que debemos reconocer la realidad fundamental de que no tenemos otra alternativa que llegar a un acuerdo siguiendo los principios del 8 de octubre.

En lugar de presionar a Hanoi, Nixon prefería ahora enfrentarse con Saigón.

Debe informar a los representantes de Saigón, que toda la ayuda militar y económica será cortada por el Congreso, si no se logra un acuerdo. Infórmeles asimismo que, en estas circunstancias, no podré conseguir el apoyo del Congreso que es necesario.

A la mañana siguiente, Nixon pensaba diferente. No sé qué lo hizo cambiar de idea. Envío otro cable sugiriendo que, después de todo, era mejor suspender las conversaciones. Se les daría como pretexto brindarles una oportunidad a los negociadores para consultar con sus superiores. En ese caso, autorizaría un ataque aéreo masivo contra Vietnam del Norte durante el receso. Esto no contaba con mi aprobación. Yo estaba a favor de la reanudación de los bombardeos al norte del paralelo veinte, sólo si las conversaciones quedaban totalmente interrumpidas y aún no habíamos llegado a ese punto. De cualquier forma, Nixon parecía preparado para enfrentar la tormenta doméstica, si nos ajustábamos a una línea dura.

Nuestro objetivo continuará siendo lograr una paz con honor. Si debido a la continuación de nuestra estrategia y al accidente referido al momento de nuestra elección, nos encontramos arrinconados en cuanto a las relaciones públicas, debemos salvar los escollos y salir adelante.

Al dar esta orden, debemos tener conciencia de que no habrá forma alguna de movilizar la opinión pública detrás de nosotros, como sucediera el 3 de noviembre (1969), en Camboya (1970) y el 8 de mayo (1972). Pero por lo menos, habiendo superado las elecciones, estamos en deuda con el sacrificio realizado por tantas personas hasta la fecha, para hacer lo que sea correcto, aun a costa del apoyo masivo del pueblo.

(*) Retrospectivamente, pienso que esta propuesta tal vez hubiera merecido un examen más completo que el que recibió. Todavía no me parece un cambio equitativo para Vietnam del Sur, liberar a miles de cuadros del Vietcong, una medida mucho más irrevocable.

(**) Nixon señala que yo recomendé la primera opción. La evidencia no sostiene esto (7). Más aun, yo dejé traslucir mi preferencia por la segunda.

El resultado neto de estas instrucciones, fue dejar la decisión en mis manos. Para ese entonces, el contingente de embajadores de Saigón había adoptado una firme posición, sin moverse de su demanda sobre los sesenta y nueve cambios. El 23 de noviembre nos enteramos que Nguyen Phu Duc, el ayudante de Thieu, venía a París a reforzar el equipo. Si Saigón estaba dispuesto a mostrar alguna flexibilidad, deberíamos esperar su llegada. Yo también consideraba un error para las delegaciones norteamericana y norvietnamita proseguir las reuniones según el esquema establecido, trabajando formalmente con el acuerdo. En ausencia de nuevas instrucciones para Le Duc Tho o si Saigón «cediera», simplemente confirmaríamos un bloqueo. No tendríamos noticias de Saigón hasta después de otras veinticuatro horas.

Por lo tanto le propuse a Le Duc Tho que él y yo, acompañados solamente por un asesor cada uno, nos reuniéramos en el antiguo lugar de la rue Darthé en Choisy-le Roi. Accedió. Haig y yo nos reunimos durante una hora y media el 24 de noviembre, para una discusión filosófica. Le leí a mis interlocutores los más duros de los telegramas de Nixon, especialmente los que enfatizaban su propósito de emprender acciones militares. Le recalqué que de ninguna manera aceptaríamos cláusulas más débiles que las ya publicadas —rechazando así los pedidos de Le Duc Tho de cambios en favor de Hanoi. Le Duc Tho mantuvo su posición. Luego de esta reunión le cablegrafí a Nixon, diciendo que me inclinaba hacia una prórroga de una semana. Esto le demostraría a Hanoi que no estábamos demasiado ansiosos. Nos daría otra semana para trabajar con Saigón, a no ser que Duc trajera algún cambio fundamental. Como estaban las cosas, cualquier aspecto que fuera negociable en París, no podía «venderse» en Saigón. Aguardaría hasta mi encuentro con Nguyen Phu Duc, antes de tomar una decisión final.

Duc no trajo nada. El cable que le enviara Nixon describiendo las actitudes del Congreso lo impresionó, pero obviamente, no pudo cambiar sus instrucciones. Al día siguiente decidí pedir un receso de una semana. En esas circunstancias, una reunión de ambas delegaciones parecía nuevamente poco prudente. Por lo tanto, Le Duc Tho y Xuan Thuy se volvieron a reunir con Haig y yo, durante dos horas en la mañana del 25 de noviembre en la Rue Darthé. Le Duc Tho accedió al receso de mala gana. Me dio la impresión de que no estaba preparado para conversaciones adicionales serias. Acordamos anunciar que reanudaríamos las reuniones el 4 de diciembre.

La primera ronda de conversaciones finalizó con doce mejoras, —algunas marginales— en el texto, equilibradas por tres o cuatro demandas de Hanoi, de cambios mayores en su favor. No estábamos en claro acerca de las intenciones finales de Hanoi. Las tácticas de Le Duc Tho podrían ser las de una dura negociación o podrían reflejar una creciente confianza de que la marea psicológica corría a favor de Hanoi. Los norvietnamitas podrían calcular que trataríamos de forzar a Saigón para que volviera al texto de octubre, si lograban mantenerse durante suficiente tiempo. Esto destruiría la moral del gobierno de Thieu. La otra alternativa era que el Congreso nos forzara a dar por terminada la guerra. Nixon mientras tanto, había cambiado nuevamente de idea. Ahora pensaba que debería proseguir las conversaciones. Me envió una «sugerencia» en ese sentido, el 24 de noviembre, después que habíamos decidido el receso. Era poco característico de Nixon y mostraba su total aislamiento en Camp David. Ningún líder político que yo haya conocido comprendía la dinámica de las negociaciones mejor que él. Nixon sabía que el proceso de la conversación, rara vez produce soluciones en sí mismo. Sólo un equilibrio entre los incentivos y las penalidades producen algún adelanto. Necesitábamos que Hanoi abandonara sus demandas para la liberación de los prisioneros políticos del Vietcong y las del retiro de los técnicos civiles norteamericanos. Teníamos que esperar a tener noticias de Saigón sobre cuántas de las sesenta y nueve exigencias podría abandonar. Toda la evidencia mostraba que ninguna de las dos partes vietnamitas estaba dispuesta a ceder. Necesitábamos un respiro, aunque fuera para evitar caer en un estancamiento y averiguar qué necesidades podíamos ejercer.

Se había apoderado de mí una premonición de un desastre próximo, independientemente de los hechos en que estábamos inmersos. Un negociador experimentado desarrolla un sexto sentido para notar cuándo su contrincante está listo para cerrar trato. Las señales son por lo general sutiles e impalpables. Algunos temas no se presionan hasta el límite absoluto; otros reclamos se arreglan al margen. Las puertas hacia el compromiso se mantienen tangencialmente abiertas. Ninguno de estos síntomas se notaban en la ronda de conversaciones de noviembre. Muy por el contrario, todo indicaba el otro extremo. Las concesiones de Hanoi eran marginales e inconclusas. Mantenían el objetivo de un arreglo siempre tentadoramente fuera de nuestro alcance. Otro dato sintomático era que Tho se negaba persistentemente a permitir a los expertos

de ambas partes que discutieran los protocolos —documentos que explicarían en detalle los arreglos necesarios para empezar las cláusulas generales del acuerdo principal. Entre ellos figuraban el momento y la supervisión del cese del fuego y la composición y autoridad de la maquinaria de control internacional. En repetidas ocasiones les pedí a los norvietnamitas borradores o ideas sobre estos protocolos y les dije que nuestros expertos, encabezados por el embajador Sullivan, estaban preparados para negociarlos. Tho evadía cada uno de estos pedidos, con la frívola disculpa de que no estaban listos. Esto era sorprendente, considerando la insistencia de Hanoi, tres semanas antes para que firmáramos el acuerdo básico el 31 de octubre. (Esto demuestra también lo absurdo del plan de actividades en la ausencia de documentos que lo instrumentaran). Si mi instinto no me fallaba, todavía no había llegado lo peor. Hanoi se embarcaba en una política dilatoria y no tendríamos ninguna palanca para hacerlo mover de esa actitud. En medio de estas preocupaciones, volé a Washington.

Como era imaginable, Washington se mostró poco caritativo con el fracaso incipiente. Es una ciudad que florece con historias de grandes triunfos o fracasos. La materia prima de su vida social y la conversación diaria, gira alrededor de la elevación o la caída de los poderosos. Yo estuve a salvo durante cuatro años, con excepción de la breve tormenta India-Pakistán, —debido al claro apoyo que me brindaba el presidente. Estuve relacionado a una serie de negociaciones exitosas. Los medios de comunicación me habían tratado quizá con demasiada delicadeza. En parte como un contraste con Nixon, debía sufrir ahora el correspondiente castigo. Había logrado hacerme de un grupo de enemigos dentro de los burócratas que me consideraban excesivamente dominante. También entre los miembros de la Casa Blanca que estaban celosos por el acceso fácil que tenía a Nixon o cansados de la publicidad que recibía. Ni siquiera mis críticos más acérrimos me acusaban de exceso de humildad, la falta de la cual puede despertar desafíos cuando aparece la vulnerabilidad. En Washington, Nixon evidentemente se inquietaba. La proximidad de un desastre siempre activa la red de rumores, trascendidos e insinuaciones. Las murmuraciones determinan el destino que nos espera, a través de la actitud de los espectadores, tal como sucedía en el circo romano. Uno se siente condenado a luchar como un gladiador y así se termina con la carrera política.

El fracaso en Washington exige un sacrificio ritual. Yo era el candidato lógico. Los medios de comunicación le recordaban a la audiencia mis palabras de que «la paz está al alcance de la mano». Debo decir, que en esta etapa, me trataban con compasión. No puede decirse lo mismo de algunos funcionarios de la Casa Blanca que comenzaron a tomar precauciones para disociar al presidente de un posible colapso de las negociaciones. Comenzaron a aparecer artículos —en columnas tan diferentes como las de John Osborne, Evms y Novak, y Jack Anderson— afirmando que yo me habría excedido en mis instrucciones para la ronda de octubre. Que el ojo de águila de Nixon detectó errores en la redacción del acuerdo original y que Nixon se había puesto del lado de Thieu, en mi contra. Mucho de todo esto eran puras tonterías. No tuve instrucciones de las que excederme en octubre. Nixon no había objetado un solo punto de cualquiera de las cláusulas del acuerdo. Su opinión acerca de Thieu, era, si se quiere, menos caritativa que la mía, a pesar de que le preocupaba ofender al ala derecha republicana. Pero en Washington, el hecho en sí de estos trascendidos es más interesante que la verdad que encierran. Indican, si no el disgusto presidencial, por lo menos que algunos de sus colaboradores consideran seguro atacar a uno de los asesores directos del presidente. Los gobiernos extranjeros extraen sus propias conclusiones de la aparente división en las altas esferas. En ese aspecto, la vida en la Casa Blanca no es muy diferente de la que se vive en las cortes reales.

Como siempre, en temas como éste, las consideraciones personales y políticas estaban íntimamente ligadas. Es natural que un presidente quiera alejarse de un posible desastre. En mi caso, se presentaba un factor extra —no sin justificativo— del resentimiento reprimido acerca de lo que Nixon y sus colaboradores consideraban un crédito desproporcionado por los éxitos en política exterior que se me otorgaban. En cuanto a mí, mi orgullo herido se mezclaba con una real preocupación de que sólo podríamos capear la crisis que nos amenazaba, si nos manteníamos unidos, sin flaquear. Traté de explicarles esto a Haldeman y Ziegler. También les señalé que la intención de separar al presidente demasiado de mis esfuerzos, sería contraproducente. Las posibilidades eran, después de todo bastante buenas. En caso de resultar triunfantes, el presidente no querría aparecer demasiado alejado de las negociaciones. Como en el año anterior, durante la crisis entre la India y Pakistán, Haldeman y Ziegler no se quisieron comprometer.

Todo esto constituía un claro y divertido juego burocrático, pero tenía un impacto masivo

y pernicioso sobre las negociaciones. Animaba a Thieu a proseguir en su posición intransigente, tratando de explotar la división que presumía entre Nixon y yo. Además podía tentar a Hanoi a bloquear las negociaciones. Sería desastroso para nosotros si Hanoi retornaba a su estrategia de agotamiento, esperando adormecernos hasta lograr imponer normas sobre Saigón. Con este procedimiento Hanoi conseguiría su anhelado objetivo de destruir la moral de nuestro aliado y minar su supervivencia. Debíamos impedir que esto sucediera. En realidad, en lo fundamental, Nixon y yo permanecíamos unidos. Como siempre durante las crisis, Nixon se mostraba calmo y analítico. Pero no cabía duda alguna que estábamos atrapados en un movimiento envolvente. Thieu por un lado, estaba dispuesto a no ceder. Hanoi por el otro, veía las divisiones que rondaban entre Saigón y Washington (así como dentro de nuestro gobierno también) como una oportunidad para llevar agua para su molino y aprovechar cuanto beneficio gratuito se le ofrecía. Decidimos hacer que se llegara a una definición primero con Saigón.

El 26 de noviembre le pedí a Bunker que le dijera a Thieu una vez más, que nuestras condiciones mínimas no habían cambiado. Para reforzar nuestra posición, aceptamos una sugerencia anterior de Thieu, para que mandara un emisario. Requerimos el envío inmediato de Nguyen Phu Duc a Washington desde París, para que Nixon pudiera revisar la posición final con él. (El motivo era demostrarle a Thieu que debía perder las esperanzas de aprovechar un distanciamiento entre Nixon y yo). Bunker estuvo de acuerdo con la idea. Compartía nuestra opinión de que Thieu no haría nada para facilitarnos la tarea; no asumiría responsabilidad alguna en la negociación pero aceptaría los resultados.

Duc llegó el 29 de noviembre, para entrevistar a un decidido Nixon. El presidente, en realidad, consideró los puntos sugeridos como tema de conversación «demasiado blandos». Quería demostrarme cómo conseguir un efecto inmediato. Al no tener experiencia con el estilo negociador vietnamita, no comprendía que ellos eviten todo lo que sea claro y conciso; su lerdo razonamiento algunas veces imposibilita determinar la naturaleza específica de un tema, o exactamente en qué se han puesto de acuerdo. Duc trajo una muy larga y elocuente carta de Thieu para Nixon. Pasaba revista a todas las concesiones que se obtuvieran de Saigón a través de los años con la promesa —rota, según acusaba— de que no se requerirían nuevos sacrificios. Thieu, en realidad, tenía cierta razón. Lo trágico era que, lo que Thieu consideraba presión intolerable ejercida por nosotros, nuestros críticos la denominaban total intransigencia nuestra. Debíamos navegar entre dos aguas. Si adoptábamos el punto de vista de Thieu en este momento, nos representaría el colapso del poco apoyo interno que nos quedaba. El resto de la carta de Thieu no hacía referencia a las negociaciones en curso ni a nuestros problemas domésticos. Volvía a proponer los mismos argumentos que en octubre, como si al hacerlo nos pudiera obligar a transitar por una senda no recorrida desde octubre de 1970. Thieu insinuaba que haría una apelación a la opinión mundial si sus «justas» demandas no eran satisfechas. Esta era sólo una esperanza sin fundamento. La opinión mundial se mantuvo indiferente ante las trasgresiones de Hanoi, mientras sus tropas pisoteaban la soberanía de todos sus vecinos. Hanoi logró hacer que su declaración de ser la víctima de la «opresión» norteamericana se tomara como cierta, cuando era Hanoi mismo quien comenzó todas las guerras en Indochina desde 1954. La opinión mundial nos presionaba a nosotros, no a Hanoi y parecía dispuesta a aumentar tal presión.

Nixon explicó sucintamente a Duc la imposibilidad de seguir ese curso de acción. No podíamos abandonar ahora proposiciones de paz que juntos formuláramos desde hacía casi tres años. Era absurdo describir como gobierno de coalición a una organización que operaba por unanimidad, elegida al mismo tiempo y con pocas funciones específicas. Nuestra estrategia ya estaba definida. Nixon procedería con la misma, a pesar de la actitud de Saigón. Dicha actitud no determinaría el resultado de las negociaciones sino nuestra habilidad para proveer ayuda luego y de reforzar el cumplimiento del acuerdo. Eran términos duros, pero no lo suficientemente duros, para despertar una reacción clara y definida. Duc negó tener deseos de una confrontación. Por el contrario, su objetivo era una estrecha colaboración. Por otra parte, no tenía autoridad para llegar más allá de las propuestas de su presidente. Nixon sugirió ampulosamente que Duc y yo nos sentáramos a elaborar una solución práctica. Su decisión había sido tomada. En otras palabras, estábamos en el mismo lugar exacto que cuando comenzáramos. Duc no tenía autoridad para concretar un arreglo y Thieu jamás cedería ante mí.

El resultado fue el previsto. Me reuní con Duc dos veces en mi oficina y entre ambas sesiones, tuvimos otro breve encuentro con Nixon. Este le volvió a subrayar a Duc que su habilidad para lograr el acuerdo era más importante que cualquier cambio en las cláusulas. No obstante, estaba

dispuesto a tratar de conseguir algunas mejoras. Le dijo a Duc que confiaba en lograr detener la infiltración. Le informó acerca de planes de contingencias que discutieran esa misma mañana con el Estado Mayor Conjunto. Sin un acuerdo, no habría posibilidad de continuar con la ayuda norteamericana. Se ofreció a reunirse con Thieu para reafirmarle nuestro apoyo, luego de concluido el acuerdo. La mejor solución sería «trabajar codo a codo, lograr el mejor acuerdo y luego seguir adelante con la ayuda militar y económica y por sobre todo, asegurar que el tratado sería respetado». Nixon finalmente le informó a Duc, que si el acuerdo fallaba, probablemente el Congreso les cortarían los fondos para la mitad de enero. Todo esto cayó sobre el impertérrito Duc sin efecto aparente. Cuando todo concluyó, Nixon acotó, resignadamente, que Thieu estaba «asustado» y que probablemente no habría otra posibilidad que entregarlo.

En la mañana del 30 de noviembre, como le dijera a Duc, Nixon se había reunido con Laird y el Estado Mayor Conjunto. Laird estimaba que con seguridad el Congreso votaría para que cortaran los fondos.

Habíamos enviado un mensaje a Hanoi el 27 de noviembre, diciendo que haríamos un máximo esfuerzo el 4 de diciembre y para demostrar nuestra buena voluntad, reduciríamos las operaciones aéreas sobre Vietnam del Norte. El presidente, siguiendo una recomendación mía, ordenó una disminución del 25 por ciento de nuestras incursiones. Probablemente fue un error. No puedo recordar ninguna ocasión en la que Vietnam del Norte retribuyera un gesto unilateral de continencia. Más aun; consideraban cualquiera de estos movimientos como una muestra de debilidad. La respuesta de Hanoi, el 30 de noviembre, anuló el gesto, simplemente ignorándolo. Vietnam del Norte consideraba necesario señalar que «los feroces ataques aéreos de los Estados Unidos contra la República Democrática de Vietnam, especialmente con los aviones B-52, en realidad no han sido reducidos». Por lo demás, Hanoi culpaba del «impasse» enteramente a las acciones norteamericanas y survietnamitas. Enviamos una cortante respuesta ese mismo día:

Según los Estados Unidos señalara en repetidas ocasiones, la presentación unilateral de la República Democrática de Vietnam de las razones por las presentes dificultades, no pueden contribuir a una rápida terminación de la guerra... Resulta evidente que en un momento determinado, ambas partes deberán elegir entre una cercana paz o la prolongación del conflicto, con consecuencias imprevisibles. Los Estados Unidos realizan un máximo esfuerzo pero no lograrán su propósito, sin un esfuerzo similar por parte de la República Democrática de Vietnam.

Me encontraba atrapado en el desencanto que comenzaba a apoderarse del Congreso y entre ambas partes vietnamitas que se especializaban en atormentarse mutuamente. Afectado además por los trascendidos que se oían en nuestro país de que mi posición como negociador no era nada segura, no me hallaba en una situación muy brillante para reanudar las negociaciones el 4 de diciembre.

LAS CONVERSACIONES DE DICIEMBRE: SE INTERRUMPE LA NEGOCIACIÓN

No parecía tener mucho sentido comenzar la ronda del 4 de diciembre, repitiendo nuestros estériles intercambios. Especialmente ahora que las delegaciones se veían aumentadas por técnicos expertos de ambas partes. Por lo tanto, le propuse a Le Duc Tho mediante un cable, que él y yo deberíamos iniciar una nueva conversación privada con absoluta franqueza. Hanoi aceptó y sugirió que el lugar de reunión original fuera en la Rue Darthé núm. 11. Lo que sucedió entre Le Duc Tho y Xuan Thuy por un lado y Haig y yo por el otro, merece diferentes apelativos. Pero «absoluta franqueza» no es uno de ellos. Contrariamente a su habitual insistencia de que yo comenzara, Le Duc Tho se embarcó en un discurso de apertura, que recordaba la fiera retórica de nuestros primeros encuentros. Nos acusó de tratar de fortalecer lo que él llamaba «administración títere» de Saigón. Criticó nuestra negativa a liberar los prisioneros políticos del Vietcong —que había aceptado en octubre. Repitió sus historias épicas sobre la impermeabilidad vietnamita a la presión militar. En mi contestación, traté de poner ante Le Duc Tho nuestro sincero deseo de paz —empresa ésta que hasta ahora había sido inútil y volvería a serlo en esta ocasión.

El asesor especial ha recurrido a sus usuales tácticas, acusándonos de mala fe y motivos malignos. Hay un tiempo para las sospechas pero también lo hay para el entendimiento.

¿Cuál es la realidad que nosotros vemos? He reconocido públicamente —el 26 de octubre— algo que nunca hicieron. Que ustedes efectuaron una importante proposición en octubre. Si el asesor especial reflexiona durante algunos minutos, reconocerá que fue una gran tentación entonces y recibimos muchos consejos en ese aspecto, de que deberíamos interrumpir las negociaciones y acusarlos de mala fe. Nos resistimos a esos consejos y nos colocamos públicamente en una posición desventajosa. Intentamos así mantener el impulso hacia la paz y, en realidad, tratar de obligar a la otra parte vietnamita a que se moviera más rápidamente.

Usted hizo una proposición importante el 8 de octubre. ¿Qué hubiera hecho usted si yo le dijera que debería ir a Saigón para discutirla y no nos hubiéramos reunido hasta dentro de dos o tres semanas? Hemos conseguido pasar tres años juntos. Sabe que podríamos haber perdido muchos meses más. Fue una gran tentación. Deliberadamente accedimos a un plan de actividades acelerado, conociendo perfectamente los riesgos que encerraba. Riesgos para nuestro país, puesto que tendría la oportunidad de hacer lo que hace ahora y riesgos personales para todos los involucrados. Por lo tanto debe comprender, que al acusarnos de mala fe, está siendo en extremo ofensivo con nosotros... Considerando lo que ya hemos logrado, sería una tragedia histórica, un absurdo histórico si no lográramos concluir el acuerdo. Si analizamos el mismo en términos de lo que le corresponde a cada uno, las obligaciones específicas, ya habremos arreglado prácticamente todo. Debido a esto, en realidad no queda mucho por negociar. Lograremos un acuerdo esta semana o no lo lograremos jamás.

Así es como lo vemos nosotros. Yo sé que es distinto para ustedes. Estoy seguro de que podríamos pasar toda la semana discutiendo temas de historia, buena voluntad y serias intenciones. Pero lo que necesitamos ahora es sabiduría para ver si logramos un acuerdo en el breve plazo, puesto que ya comprendemos el largo plazo. Realizaremos un esfuerzo máximo. Ustedes pueden considerar que no es suficiente. En realidad pienso que podríamos terminar rápidamente. Tenemos dos planes: uno para la guerra y otro para la paz. No veo necesidad de darles el plan de guerra. Hemos hablado sobre ese tema con demasiada frecuencia. Permitame que le hable de nuestro plan de paz.

El plan era para finalizar los asuntos pendientes en dos días, es decir, para la noche del 5 de diciembre. La mañana después que Le Duc Tho y yo concluimos el acuerdo, el vicepresidente Agnew, acompañado por el general Haig, partiría hacia Saigón para informarle a Thieu. Dentro de las cuarenta y ocho horas suspenderíamos todos los bombardeos en Vietnam del Norte. Firmaríamos el acuerdo no más tarde que el 22 de diciembre. Presenté una versión resumida de los cambios mínimos con los que estaríamos de acuerdo.

Pero como en todas las ocasiones previas, Le Duc Tho se mostró impávido ante mi elocuencia. Era especialista en equilibrio de poder. No podía mostrarse conmovido por palabras, cuando notaba que la balanza se inclinaba hacia su lado. A su vez, comenzó uno de sus enervantes juegos de palabras. Me pidió que realizara «un gran esfuerzo». Prometió que él haría un «esfuerzo». Después que lo repitiera varias veces, pregunté si no había algún adjetivo que le correspondiera a él. «No» —respondió aquel pilar del Politburó de Hanoi, porque recientemente él había hecho «grandes esfuerzos» y yo sólo había correspondido con «esfuerzos». Temiendo que no captara la diferencia, repitió: «Nosotros ya hemos hecho grandes esfuerzos y agotado las posibilidades. Sólo nos quedan por hacer —para nosotros— pequeños esfuerzos».

En la tarde del 4 de diciembre, nuestras dos delegaciones volvieron a encontrarse. Esta vez en una nueva ubicación elegida por los norvietnamitas en Sainte Gemme, a una hora de viaje al oeste de París. Mi discurso de la mañana, evidentemente no les había impresionado. Le Duc Tho no realizó ni siquiera pequeños esfuerzos. No hizo absolutamente ninguno. Comenzó con una violenta denuncia de nuestras tácticas. Luego rechazó todas las propuestas de nuestra sesión privada de la mañana. Mientras estaba hablando, aproveché para retirar nueve de los doce cambios propuestos que había *aceptado* durante las sesiones previas de noviembre. Al mismo tiempo, mantuvo todas *sus* exigencias de cambios en el acuerdo de octubre. Como yo le informé al presidente:

Rechazó todos los cambios propuestos, pidió un cambio en lo referente a prisioneros civiles y exigió el retiro de civiles norteamericanos de Vietnam del Sur. De esta manera

hace imposible el mantenimiento de la fuerza aérea vietnamita. Retiró también algunas de las concesiones de la semana pasada. Resumiendo, podríamos encontrarnos con un acuerdo mucho peor que el que teníamos al comenzar. Le dije claramente que su actitud no ayudaba a crear las bases para un acuerdo. En el diálogo que siguió, Tho se mantuvo firmemente en su posición intransigente. La única alternativa que ofreció a su presentación de esta tarde, fue volver literalmente al acuerdo de octubre, sin cambios de ninguna de las partes.

No podía creer que Le Duc Tho se arriesgara a hacer esa proposición a no ser que estuviera dispuesto a interrumpir las conversaciones. De vuelta en la residencia de la embajada, mis colaboradores y yo pasamos varias horas hurgando los informes de las reuniones, tratando de distinguir algún rayo de esperanza de la primitiva formulación. No encontramos ninguno. Ocupábamos toda la embajada desde que el embajador Watson renunciara, pues su sucesor (John Irwin) no se había hecho cargo todavía. Los miembros del equipo volvían a escribir frenéticamente los documentos. Los secretarios agregaban material. El comedor se mantenía abierto casi toda la noche, sirviendo abundantes comidas, consumidas en medio de un ambiente sombrío.

Aquella primera noche llegué a la conclusión de que la única esperanza que teníamos de evitar un colapso, sería enviando mensajes a Moscú y Pekín, informando a los sostenedores comunistas de Hanoi antes de que lo hicieran ellos. Le pedí a Dick Kennedy, que manejaba mi oficina en Washington, que le dijera a Dobrynin que nos estábamos aproximando a una situación similar a la de mayo pasado y que necesitábamos algún tipo de reacción. Para darle tiempo a Moscú para que hiciera sentir su influencia, le pedí a Le Duc Tho, el 5 de diciembre, una postergación de veinticuatro horas para la reunión planeada para esa tarde. Dí como pretexto «la grave situación resultante de la reunión del 4 de diciembre».

En mi informe a Nixon le aclaré que no veía cómo podríamos volver a los términos del acuerdo de octubre (por no hablar de otro peor). A pesar de que yo en aquella oportunidad lo consideraba bueno, diferentes factores producidos desde entonces harían que su aceptación resultara un desastre. Si no conseguíamos introducir ni uno solo de los cambios propuestos por Saigón (o peor aun, aceptábamos un acuerdo menos favorable) significaría destruir el gobierno de Vietnam del Sur. Lo peor era que «nos privaría de toda la capacidad de manejar el acuerdo, puesto que si los comunistas supieran que estamos dispuestos a tolerar esto, también comprenderán que no tenemos capacidad para reaccionar ante una violación».

Por lo tanto, nuestra única posibilidad era proseguir con un curso que llevara implícito un gran riesgo de ruptura. Existían dos posibilidades reales. Primero, podíamos abandonar todas las reformas adicionales y firmar el acuerdo con los doce cambios que los norvietnamitas aceptaran en noviembre. Segundo, podíamos perseverar en conseguir algunos de los cambios adicionales requeridos por Thieu, reduciéndolos a dos: dejando de lado la frase «estructura administrativa» e incluyendo alguna cláusula que le privara a Hanoi de cualquier derecho legal a inmiscuirse en los asuntos internos de Vietnam del Sur. «Si, como parece casi imposible, la otra parte accede a nuestro pedido, habríamos logrado un gran adelanto tanto en el área política como en la militar. De esta manera se justificaría esta ronda de conversaciones adicional y estaríamos en una posición mejor frente a Saigón. De todos modos nuestros problemas allí continuarían siendo masivos». Yo me mostré inclinado por la segunda opción. No obstante, le previne al presidente que, probablemente Hanoi rechazaría ambas propuestas.

El tema central es que Hanoi parece haber montado un desafío frontal, tal como el que soportáramos en mayo. De ser así, están apostando a que no estaremos listos para hacer lo que sea necesario. Cuentan con una victoria total, aprovechando nuestras diferencias con Saigón y nuestra situación doméstica, antes de correr el riesgo de un acuerdo negociado. Esta es la cuestión básica. El resto es táctica. Si quisiera llegar a un arreglo ahora, yo podría encontrar una fórmula aceptable, sin tener que molestarlo. Suponiendo que tomarán el otro camino, nos enfrentamos a la misma difícil disyuntiva que en la primavera pasada.

Consideré posible una ruptura y reconocí mi propia responsabilidad al haber forzado la marcha desde octubre. «Si esto sucediera así, le hablaré a mi regreso sobre mi responsabilidad y el papel que me cupo. La tarea inmediata ahora, claro está, es salvar el honor nacional y ubi-

carnos lo mejor que podamos frente a nuestro pueblo y al mundo, para tratar de conseguir para el sudeste asiático una política de principios». Agregué otra página diciendo que, si el presidente aceptaba mi consejo, debía explicar la decisión en un discurso televisado al pueblo norteamericano. Haig, Lord y yo discutimos este apéndice en una sesión estratégica que se realizó en mi dormitorio, desde donde se apreciaba el elegante jardín de la residencia. Haig especialmente consideró esencial que el presidente comprendiera las implicancias de un estancamiento. No sólo en términos de una escalada militar, sino como un medio de desanimar algunas de las más duras recomendaciones de ciertos aficionados, que eran ahora los únicos contactos regulares que tenía Nixon desde que se apoderara de él ese extraño humor, después de ganar las elecciones.

Informar al pueblo norteamericano de esta noticia no era la idea que ellos tenían de lo que debían hacer después de una victoria electoral arrolladora. Pero no había desacuerdo entre nosotros en cuanto a lo más importante. Nixon, por lo tanto, rechazó el proyecto, a pesar de que había coincidido conmigo en el análisis. Volvió a comunicarse conmigo el 5 de diciembre, aprobando mis tácticas negociadoras. No desaprobaba mi idea de que, en caso de un cese de los intentos para el acuerdo, tendríamos que ejercer presión militar. En realidad, se mostró dispuesto a ordenar un ataque con los B-52 sobre el complejo Hanoi-Haiphong, aun antes de retomar las conversaciones el 6 de diciembre. Me preguntó mi opinión acerca de si debía ordenarle al almirante Moorer que activara los preparativos de nuestras fuerzas. También dijo si quería ganar algo de tiempo, viajando a Washington para efectuar consultas. Mi idea de que apareciera por televisión, sin embargo, no encontró eco. «Creo, no obstante que la idea de llevar esto al nivel presidencial, forzará a los rusos y los chinos a reaccionar. En el mejor de los casos despertaría en los Estados Unidos sentimientos encontrados, y haría a Saigón más difícil de tratar de lo que era en el presente.

Cada uno de nosotros, Nixon y sus asesores por un lado y yo por otro, estábamos encerrados en mundos aparte, que sólo se tocaban periféricamente. Yo estaba sensibilizado con respecto a la negociación. Él comprendía lo que representaría en nuestro país. Yo creía conocer el equilibrio de incentivos que afectaban a la diplomacia. Nixon estaba menos empapado de la situación táctica, pero poseía un agudo sentido de la estrategia pública, o por lo menos, creía tenerlo. Estaba convencido de que un discurso por la televisión sería inútil. Si estaba en lo cierto, yo no veía cómo sostener una estrategia negociadora efectiva. Sólo el temor a la reanudación de las operaciones bélicas mantendría a Hanoi en su curso, de lo contrario ellos nos destruirían. De cualquier forma, yo me oponía a las reacciones provocadas por rencillas, que intranquilizarían al público sin ofrecer perspectivas de éxito. Le contesté a Nixon que consideraba prematuro activar la preparación de nuestras fuerzas; que no debía haber bombardeos mientras se realizaban las conversaciones y que volver a Washington después de un solo día de negociaciones, aumentaría la sensación de crisis, que sólo serviría a los fines de Hanoi. De manera suicida, le reiteré a Nixon mi recomendación de que si las conversaciones se interrumpían o suspendían, él debería aparecer en la televisión para explicarlo. Al mejor estilo Nixon, Haldeman fue comisionado para desautorizarme. Un mensaje totalmente fuera de lo común, del jefe del Gabinete de Trabajo de la Casa Blanca, dijo claramente lo que Nixon insinuara: si las conversaciones se estancaban, indicaba Haldeman, debían ser postergadas antes que suspendidas totalmente. En tal caso yo debería dar un informe mesurado acerca del colapso de los esfuerzos en pro de la paz en Vietnam.

Nixon puede haber estado en lo cierto en su apreciación de que ya no quedaba opinión pública que atraer. Si así fuera y si Hanoi compartía ese juicio, las negociaciones estaban condenadas al fracaso y prolongar las conversaciones sería inútil. El 6 de diciembre le contesté a Haldeman:

Gracias por su mensaje del 5 de diciembre. Es mejor que nos enfrentemos a los hechos: si no se produce un acuerdo en las próximas cuarenta y ocho horas, podemos hacer creer que las conversaciones están en un receso, el tiempo suficiente como para permitirnos hacer una exposición después de mi regreso. Pero inmediatamente después, no podremos impedir que ambas partes vietnamitas hagan conocer el estancamiento. Más aún; si reiniciamos los bombardeos, esto será todavía más evidente. Por lo tanto, ante la perspectiva de un estancamiento, sólo tenemos dos opciones: ceder o conseguir el apoyo norteamericano a favor de otro esfuerzo, que no creo que los norvietnamitas pudieran soportar. Si nuestra intención es tratar de conseguir el apoyo interno, el presidente es la figura más adecuada para lograrlo. Pero si ustedes juzgan que yo debería hacerlo primero, con gusto lo intentaré. Después podremos discutir una posible aparición del presidente.

Antes de nuestra siguiente reunión con Le Duc Tho, Moscú contestó nuestro mensaje. El Kremlin aconsejaba paciencia, expresó su confianza en el deseo de paz de Hanoi y nos aseguró, —cuarenta y ocho horas después de Le Duc Tho— que los norvietnamitas todavía estaban listos para firmar el acuerdo, dentro del marco del tratado de octubre. Dobrynin agregó en privado que Moscú estaba en contacto con Hanoi y me recomendaba mantener las conversaciones y darle así más tiempo al Kremlin para hacer sentir su influencia.

Mi reunión con Le Duc Tho el 6 de diciembre, no produjo variantes. Ambas partes revisaron sus posiciones. Hubo algunos intercambios de palabras por cláusulas individuales, pero era como caminar sobre el agua. La mejor prueba de la intención de Hanoi de no querer llegar a un arreglo, era la continua negativa de Le Duc Tho a que se realizara una reunión de expertos para negociar los protocolos detallados, aun sobre puntos que no estaban en disputa.

Le Duc Tho dijo que estaban «estudiando los documentos» y que los suyos no estaban listos. Por lo tanto, sin importar lo que decidiéramos entre él y yo, no podría instrumentarse hasta que los expertos concluyeran una tarea que los norvietnamitas se negaban a comenzar. Acordamos realizar un esfuerzo final al día siguiente 7 de diciembre. Cada parte debería presentar sus exigencias mínimas. Era una maniobra jactanciosa, casi seguramente destinada al fracaso, puesto que tentaba a cada parte a esperar las concesiones de la otra. Le dije al presidente lo que pensaba presentar como nuestra básica posición y le previne de lo que nos esperaba aun cuando se produjera una salida a último momento.

Como le he venido informando continuamente desde mediados de septiembre, ésta es una operación de mucho riesgo. La eventual aparición de cualquier arreglo hará crecer esencialmente la confianza de ambas partes. Conociendo el odio total y la desconfianza patológica existente entre ambas partes vietnamitas y sabiendo también que Hanoi no tiene intención de ceder en sus objetivos estratégicos, debemos enfrentarnos al hecho de que este acuerdo no tendrá la base de un mínimo de confianza que necesita. Por lo tanto, puede muy bien derrumbarse. Con toda seguridad necesitará que nosotros mantengamos una postura de constante vigilancia y la voluntad de intervenir para impedir que Hanoi y sus aliados survietnamitas hostiguen a Vietnam del Sur...

Haig simultáneamente alertó al vicepresidente para que estuviera listo par partir hacia Saigón, si al día siguiente se producía una salida.

La respuesta de Nixon me indicaba que iniciara la próxima reunión con una serie de preguntas como si yo actuara como fiscal. Con esto pretendía señalar en Hanoi una serie de posiciones intransigentes, para el caso de que las conversaciones entraran en receso o se interrumpieran totalmente. Luego debía invitar a Hanoi a hacer una oferta final (8). La idea de Nixon tenía su mérito, a pesar de que yo pensaba que sobreestimaba en demasía mi capacidad de hacer que Le Duc Tho se comprometiera con respuestas concretas. Yo tenía una idea diferente en cuanto a la táctica a emplear y se la comuniqué a Nixon. Mi tono seco, puede haber revelado la falta de espontaneidad en la relación entre el presidente y su asesor:

Gracias por su mensaje del 6 de diciembre. Sus instrucciones fueron comprendidas y serán cumplidas. No obstante, pienso que la secuencia para hacerlo debe ser diferente. En la sesión de esta tarde, trataré de obtener la aceptación por parte de Hanoi de nuestra posición básica que usted aprobará (opción 1). Si Le Duc Tho rechaza esta posición, le efectuaré la serie de preguntas que figuran en la lista del primer párrafo de su mensaje, incluyendo la pregunta acerca del retiro. Luego pediré un receso que me permita volver a Washington a consultar con usted, tras lo cual estaremos en contacto con ellos la semana próxima para decidir cuándo reanudar las sesiones. Considero que sería un error abrir la reunión de la fecha con las preguntas, puesto que podría resultar en un rechazo total y colocarnos frente a un estancamiento al comienzo de la sesión.

Podía imaginarme a Nixon, apartado de la mayoría de sus asesores reconocidos, todos los cuales (incluido Haig) estaban conmigo. Estaría cavilando, haciendo anotaciones en su bloc amarillo, bombardeado constantemente por las sugerencias de los genios de las relaciones públicas. Richard Kennedy, que cumplía en parte mis funciones en mi oficina, a pesar de no ser experto en las cuestiones de Vietnam, era meticuloso y preciso. Yo le había pedido a Haig

el 7 de diciembre, que le enviara un resumen de la situación, para que pudiera ejercer alguna influencia saludable sobre Nixon. La tentación de los representantes de las relaciones públicas de evadir el tema, considerando que hubiera un estancamiento, me haría mucho más difícil manejar luego un receso de las conversaciones que ya era casi inevitable. Paradójicamente, Hanoi parecía dispuesto a hacer concesiones finales, sólo si estaba convencido que nosotros estábamos dispuestos a arriesgarnos a un fracaso y asumir las consecuencias. Nadie tenía más que perder en tal eventualidad que el autor de la frase «la paz está al alcance de la mano». Pero no había modo de ocultar una interrupción de las negociaciones indefinidamente. Tampoco tendríamos posibilidad de superarla si no estábamos dispuestos a desafiar sus implicaciones. El mensaje de Haig a Kennedy decía, en la mejor prosa militar:

Henry reconoció que usted ha estado en una posición difícil esta semana y por lo tanto quisiera hacerle llegar la colaboración de su punto de vista personal sobre la situación, en el punto en que ahora se encuentra. Quisiera destacar que su experiencia con el presidente durante las crisis, confirman el hecho de que la mayoría de las opiniones, en ausencia del dr. Kissinger, provienen de ciertos elementos en la Casa Blanca. La orientación de éstos y sus experiencias hace que se detengan especialmente en consideraciones relativas a las relaciones públicas; esto, a pesar de ser perfectamente comprensible puede dejar una peligrosa brecha sobre temas fundamentales durante deliberaciones trascendentes... Usted, por supuesto, debe ser la única fuente de consejos sólidos. Henry espera que no haga usted ninguna otra clase de declaración o participe en comentarios acerca de actitudes del Congreso o la opinión pública, que se le ofrece al presidente a través de la gente especializada, cuya tarea es ésa precisamente. Su consejo debe basarse esencialmente en lo referente a términos de la seguridad nacional. En este contexto, resulta evidente que necesitaremos algún tiempo para maniobrar con la opinión pública en nuestro país, en el caso de que las conversaciones fallaran. Pero no hay necesidad de permitir que estas consideraciones afecten nuestra estrategia cara a cara con Hanoi. Hanoi sabe desde hace tiempo la situación de las cosas y cuáles son las exigencias mínimas nuestras que deberán enfrentar. La pregunta es simplemente: ¿podrán decidirse a hacerlo? Las tácticas de nuestro lado que indiquen que estamos inclinados a evitar el hecho de su intransigencia, sólo empeorará las cosas y hará más firme su resolución de cortar las negociaciones.

Hanoi sabe exactamente lo que debe hacer. Si cumplen con nuestras demandas mínimas, el manejo del acuerdo requerirá el liderazgo más decidido y determinado del presidente para hacerlo cumplir. Estamos convencidos de que ambas partes participarán en él, con un mínimo de buena voluntad. Si, por otra parte, las conversaciones se interrumpen porque Hanoi no está dispuesto a aceptar ni siquiera nuestras demandas mínimas, hay pocas dudas de que logremos triunfar. Sólo como resultado de un liderazgo valiente y decidido, que no esté dominado por las consideraciones de las relaciones públicas sino por la imposición de objetivos de interés nacional que nos han traído hasta este punto, podremos alcanzar el éxito.

La reunión de cuatro horas realizada el 7 de diciembre, sugirió que el problema básico era, precisamente la continua dilación que ejercía Hanoi. Apparently calculaban que el transcurso del tiempo sólo mejoraría su posición; que estábamos irremediamente arrinconados. A pesar de que esto no era aparente a primera vista y continuábamos aferrados a la esperanza de que una «concesión» pudiera anunciar una salida, el hecho es que el 7 de diciembre marcó el comienzo del verdadero estancamiento. Le Duc Tho cambió su estilo, abandonando sus ataques abiertos de las verdaderas intenciones. Comenzó cediendo algo de terreno pero siempre se aseguraba que las conclusiones del texto quedaran fuera del alcance. Empecinadamente se nego a que los expertos discutieran los protocolos. Esto le dio otro medio para prevenir las conclusiones y añadió cierto efecto surrealista a la negociación principal. Sus presentaciones las hacía en un tono prepotente, indicando que pensaba que Hanoi estaba logrando el dominio psicológico.

Las «concesiones» de Le Duc Tho tenían un carácter muy peculiar. El primer día había rechazado nueve de los doce cambios a los que accediera en noviembre. Ahora devolvió seis. También dejó de lado la exigencia vital de la liberación de los prisioneros civiles en Vietnam del Sur (que Hanoi concediera a fin de octubre y rechazara luego en noviembre). Por otra parte, presento graves preocupaciones con respecto a la zona desmilitarizada. En noviembre aceptó un

cambio importante, reforzando la obligación de respetar la zona desmilitarizada como la línea de demarcación entre Vietnam del Norte y del Sur. Le Duc Tho quería ahora una frase que se refiriera a que ambos Vietnam discutirían el status legal de la zona desmilitarizada. Esto tenía el efecto, según le aclaré a Nixon, «de cuestionar todo el status de la zona desmilitarizada», sin mencionar la prohibición de la infiltración. El número de cláusulas sin acuerdo en el proyecto era algo menor que en los días anteriores, pero todavía no habíamos recuperado todas las concesiones de noviembre que Le Duc Tho retirara cuatro días antes. Estuve en lo cierto al cablegrafiarle a Nixon que podríamos lograr una o dos de nuestras mínimas adiciones en otra sesión, pero también era cierto que esto era precisamente lo que Le Duc Tho quería. Hacernos sentir tan próximos al acuerdo como para entretenernos y evitar que utilizáramos la fuerza militar. Al mismo tiempo, suficientemente alejados como para mantener la presión que podría todavía, a último momento, lograr el objetivo de Hanoi de desintegrar la estructura política de Saigón. Yo estaba cada vez más preocupado acerca de todo el contexto del acuerdo. Según le informé a Nixon:

Resulta obvio, como surge de nuestra exploración adicional de las intenciones de Hanoi, que de ninguna manera han abandonado sus intenciones, sus objetivos o ambiciones con respecto a Vietnam del Sur. Lo que han hecho es modificar su estrategia, al abandonar el empleo de medios de guerra convencionales en su esfuerzo principal por una política de insurgencia, dentro del marco del acuerdo.

Por lo tanto, no podemos anticipar una paz duradera en base a un acuerdo logrado, sino simplemente una alteración en el *modus operandi* de Hanoi. Probablemente tendremos poca probabilidad de mantener el acuerdo, sin activar al máximo la capacidad bélica de los Estados Unidos. Esta puede requerirse, en realidad, en cualquier momento, para hacer cumplir sus previsiones. En consecuencia, nos encontramos ahora frente a mi pregunta original: ¿es mejor continuar luchando ahora, para tratar de echar a pique el acuerdo? ¿O vernos forzados a reaccionar más adelante, para vengar la violación de un acuerdo solemnemente firmado?

Yo recomendé el segundo curso de acción, pero Le Duc Tho estaba agotando rápidamente las perspectivas de una paz.

Según yo pensaba, Nixon aceptó mi recomendación. Su respuesta implicaba que preferiría casi cualquier acuerdo a un receso. Yo debería tratar de conseguir «alguna» ventaja (sin especificar) en el proyecto de octubre. El mensaje llegó después de una reunión en Camp David del presidente con el subsecretario de defensa Kenneth Rush y el almirante Moorer, para revisar los planes para una escalada de las operaciones militares, Rush y Moorer coincidieron completamente en que el acuerdo de octubre era correcto y que, con seguridad, el Congreso cortaría los fondos para el 30 de junio, si no se ejecutaba. Nixon, después de haberme dicho durante meses que su principal preocupación era la derecha, ahora parecía empezar a pensar que la continuación de la guerra no contaría con apoyo popular. Por supuesto yo me daba cuenta de que los cables insinuaban que la erosión del apoyo popular se debía a mi conferencia de paz en la que dijera que la paz estaba al alcance de la mano. Es obvio mencionar siquiera que lo consideraba sólo una excusa. Yo consideraba que la pérdida del apoyo popular se debía a la aceptación inherente a nuestro programa el 8 de octubre por Hanoi, exacerbada además por la intransigencia de Saigón. Ambos teníamos razón pero no hacia diferencia. Ni el 8 de octubre ni el 26 del mismo mes, tuvimos elección posible. A pesar de las últimas consecuencias el camino que tomamos era audaz pero evitó peligros mayores. Fundamentalmente los intentos de Nixon y los míos de cargarnos mutuamente con las responsabilidades, eran tan sin sentido como inútiles. Si las negociaciones resultaban, se produciría la misma puja por lograr el crédito como la que ahora se ejercía para evitar las culpas. Si fallaban, yo sería la víctima lógica, y justificable cualesquiera fueran los méritos de mi análisis. Yo había propulsado el curso que produjera la existente situación. Los colaboradores presidenciales tienen la obligación de proteger a su jefe. Yo había incurrido en una responsabilidad especial en ese aspecto por mi actuación solitaria e independiente.

Las reflexiones de este tipo de poco me servían en París. Mi dilema era que me sentía atrapado entre la turbulencia de Saigón, la insolencia encubierta de Hanoi y una indefinida serie de percepciones en Washington que, al tratar de mantener las conversaciones en marcha a casi cualquier costo, nos privaba de la palanca para hacer que las cosas se definieran.

La sesión de cuatro horas y media del 8 de diciembre, nuevamente mostró a Tho negándose a discutir los protocolos, sumado a ciertas concesiones dadas de poca gana y que no eran muy concluyentes. Tho y yo acordamos finalmente abandonar por completo la frase «estructura administrativa», cuya traducción había causado tanta angustia (*). También confirmó su decisión de volver al texto original en lo referente a los prisioneros civiles. Estos constituían importantes avances. Pero Le Duc Tho se permitió suficiente espacio de maniobra. Mantuvo su negativa de definir la zona desmilitarizada de manera tal que cuestionaba su status y por lo tanto indirectamente brindaba una justificación legal para la permanente intervención de Hanoi en el Sur. Reiteró asimismo sus demandas para un total retiro de los técnicos civiles norteamericanos que trabajaban con las tropas survietnamitas. Esto produciría el efecto práctico de paralizar el sofisticado equipo de las fuerzas militares de Saigón. A pesar de todo, estábamos reducidos a dos temas esenciales: la zona desmilitarizada y el personal civil norteamericano. Comparado con todos los temas sobre los que se había discutido, éstos podrían tratarse en una sola sesión, siempre que existiera la voluntad de hacerlo. Pensando en esa posibilidad, le pedí a Haig que volviera a Washington. Si lográbamos el acuerdo el 9 de diciembre, quería que estuviera listo para partir hacia Saigón a la mañana siguiente, con el vicepresidente, para lograr la concurrencia de Thieu.

Pero Le Duc Tho demostró ser tan astuto para conseguir demoras como había sido implacable para forzar un estancamiento. Algunas veces, por cortos períodos, también flexible como al producirse el acuerdo de octubre. El 9 de diciembre se produjo otra reunión de tres horas y media, en la que se lograron algunos otros progresos. Pero, cada éxito aparente, confirmaba la oprobiosa sensación de que nuestro interlocutor nos llevaba a través de una maraña sin fin. Independientemente del punto sobre el que se pudiera coincidir, Le Duc Tho lograba mantener vivo por lo menos otro sin solucionar en cada sesión.

En esta ocasión, Le Duc Tho «nos otorgó» lo que nos diera en octubre: el derecho a mantener civiles norteamericanos para atender los sofisticados materiales militares de Vietnam del Sur. Pero se mantuvo firme en cuanto a la zona desmilitarizada, puesto que sabía que al permitir movimientos a través de ella, se anulaba la prohibición sobre la infiltración, que era, sin duda un aspecto fundamental del acuerdo. Hizo una reclamación inédita en nuestra experiencia con negociadores comunistas. Dijo que el Politburó en Hanoi lo había desautorizado cuando en noviembre aceptó una cláusula de que la zona desmilitarizada debía respetarse. Todavía estaba a la espera de nuevas instrucciones, dijo. No podía ir más allá. Era un hecho sin precedentes que un miembro de cualquiera de los Politburó comunistas dijera que se había excedido en sus atribuciones. Conociendo el proceder de los norvietnamitas, tampoco era muy posible. (Por lo menos, así lo pienso *ahora*; en ese momento, por razones difíciles de comprender, creí lo que me decía.)

No le ofrecí ningún compromiso. El lenguaje en cuanto a respetar la zona desmilitarizada, debía permanecer como estaba dos semanas antes. Pero debía preverse el agregado de otro párrafo que estableciera que, luego de la reunificación, Vietnam del Norte y Vietnam del Sur debían comenzar de inmediato negociaciones para acordar relaciones normales en diversos campos. La frase era: «Entre las cuestiones en discusión estará la autorización de movimientos civiles a través de la Línea Provisional de Demarcación Militar.» Esto tenía la ventaja de implicar que todos los movimientos en la zona desmilitarizada estaban prohibidos, hasta lograrse un acuerdo entre ambas partes y que el tránsito militar estaría prohibido permanentemente. Le Duc Tho, temeroso de tener dificultad para encontrar otro argumento para rechazar este compromiso, recurrió a otra triquiñuela novedosa. De pronto se quejó de dolor de cabeza, presión alta, debilidad general. Parecía un anciano enfermo. Su representación fue tan real, que ofrecí un cuarto intermedio. Siempre dispuesto a no dejar escapar ninguna oportunidad, Le Duc Tho sugirió que necesitaría todo el día siguiente para reponerse. De esa forma, retrasó las conversaciones durante otras cuarenta y ocho horas, impidiendo además, la visita del vicepresidente a Saigón. Accedió generosamente, sin embargo, a que los expertos se reunieran —todavía no para comenzar a trabajar con los protocolos, (todavía no nos había dado siquiera los borradores de Hanoi) — sino para controlar el lenguaje utilizado en los textos del acuerdo existente. En

(*) En el acuerdo de octubre, las partes accedieron a «formar una estructura administrativa denominada el Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia...». Dejando de lado completamente la frase, las partes ahora acordaron «formar un Consejo Nacional...».

cuanto estuve de acuerdo con este procedimiento (evidentemente con muy pocas opciones al tratar con un semi-invalído) Ducky se repuso como por arte de magia, después de lograr su propósito y pasamos otra hora de bromas insolentes.

Al faltar sólo un punto por conformar, tenía la esperanza de terminarlo en nuestro encuentro del lunes siguiente, 11 de diciembre. Pero todavía subestimé a Le Duc Tho. La reunión de expertos del día anterior transcurrió razonablemente bien, a pesar de que tardaron siete horas para conformar textos sobre los que ya se había acordado media docena de veces. Apareció una nube en el horizonte cuando los norvietnamitas buscaron cambiar la cláusula del acuerdo por la que ambas partes se comprometían «a respetar estrictamente» los acuerdos de 1954 y 1962 sobre Camboya y Laos. Los norvietnamitas propusieron retirar la palabra «comprometían» transformando así la frase no en una obligación sino en una mera declaración. Esta era una declaración nada tranquilizadora cuando uno reflexionaba sobre los 100.000 soldados norvietnamitas que ya entonces recorrían ambos países.

Durante la noche del 9 al 10 de diciembre, le envié una breve nota a Le Duc Tho, en nombre del presidente, diciéndole que Nixon estaba considerando todavía el lenguaje de mi compromiso sobre la zona desmilitarizada y todavía no lo había aprobado. El presidente preferiría remitirse al texto original. Yo pensaba que de esta manera, lo que propusiera podía aparecer como una genuina concesión en Hanoi (*). Le Duc Tho no se dejaba envolver por maniobras tan simples. El 10 de diciembre me contestó con una nota breve que indicaba que *sus* superiores en Hanoi, consideraban que *su* posición —cuestionar todo el asunto de la zona desmilitarizada— era una

El grupo más feliz de París era la delegación de embajadores de Saigón, asignados a vigilarme. Su única obligación consistía en escuchar mis informes todas las noches. Sus instrucciones eran mantenerse firmes en cada uno de los sesenta y nueve cambios y que no prestaran oídos a compromiso alguno —claramente destinado a probar en qué estado había quedado mi equilibrio emocional después de las numerosas intervenciones de Le Duc Tho. No había compromisos que discutir. La depresión cada vez mayor de la delegación norteamericana, producía un placer difícil de ocultar entre la delegación de Vietnam del Sur.

El 10 de diciembre recibí también una narración de Haig sobre una serie de movimientos extraños de Nixon, que demostraron la dificultad de guiar negociaciones complejas desde la distancia. Primero llamó a Dobrynin para decirle que había rechazado el lenguaje de compromiso sobre la zona desmilitarizada y le pidió a Moscú que nos ayudara a atraer nuevamente a Hanoi a la formulación acordada en noviembre (respeto por la zona desmilitarizada, sin permitir ni siquiera el tráfico de civiles por la misma). Luego reconsideró la idea de enviar a Agnew a Saigón; temía que una vez allí, se pusiera del lado de Thieu, en contra de su propia administración. Ahora quería enviar a Connally. Haig lo hizo cambiar de idea en ese aspecto porque ningún emisario privado podía ser el portavoz de un jefe de estado constitucional (Connally ya no era secretario del tesoro) y porque Agnew, con sus conocidas inclinaciones por la derecha, le daría mayor apoyo al acuerdo. Finalmente Haig me envió las instrucciones del presidente para conducir las conversaciones:

Suponiendo que pueda pasar la reunión del lunes por la mañana a las últimas horas de la tarde, debe mantenerse firme en cuanto a la zona desmilitarizada, confirmando que el presidente se muestra inamovible. Si la asistencia de Moscú resulta evidente, puede ser que logremos que Hanoi ceda. De no ser así, el presidente cree, y yo sé que usted también, que no debemos interrumpir las conversaciones el lunes. De ser así, debe volver para una nueva sesión, de ser posible a la mañana del martes, permitiéndome así a mí (Haig) un tiempo de maniobra máximo para partir el martes a la noche con el vicepresidente. Esto nos aseguraría el manejo del plan de actividades personal del vicepresidente, los anuncios moderados y la coordinación con Bunker y Thieu. También el martes deberá comenzar las conversaciones con firmeza. Para ese momento ya debe notarse la fuerza que haya ejercido Moscú, si es que realmente lo hace. Si Le Duc Tho todavía se muestra intransigente, entonces deberá probar nuestro compromiso como una última concesión de los Estados Unidos. Si aun esto fallara, el presidente, según lo previsto, estará de acuerdo en ceder completamente, con la esperanza de poder convencer todavía a Thieu.

(*) Estaba destinado a caer en mi propia trampa. Nixon cita esta instrucción como propia, aunque jamás la vio, hasta después (9).

En otras palabras, Nixon había desautorizado ante Dobrynin mi propuesta de compromiso por ser demasiado débil. Al mismo tiempo me dio instrucciones para que la presentara y aceptara las formulaciones de Hanoi como un último recurso. Quería triunfar engañando a Dobrynin, pero en el último de los casos, estaba preparado a ceder. Un engaño en el que el abismo que separa la posición formal de la que uno está dispuesto a aceptar, no puede funcionar.

De cualquier manera, Le Duc Tho estaba un paso adelante de nosotros cuando nos encontramos el 11 de diciembre. No quería ningún acuerdo, por lo menos en esta ronda. Obviamente la posibilidad de que pudiéramos ceder, se le había ocurrido. Por lo tanto se movió de manera decidida para escapar a la embarazosa situación en la que sólo quedaba un tema sobre el que todavía podíamos ceder. Se movió con rapidez para evitar este peligro. Primero, rechazó firmar los procedimientos que pensábamos que había aceptado. (Este era un mecanismo complicado por el que Saigón podía firmar, sin reconocer al Gobierno Revolucionario Provisional.) Luego, cuarenta y ocho horas después de conceder el punto acerca de los técnicos civiles norteamericanos, insistió en que esto valía sólo para el texto público del acuerdo, para evitarnos situaciones incómodas. Ahora exigió un entendimiento privado por escrito, de que retiráramos a nuestros técnicos. También se mostró pesaroso de no estar listo todavía para discutir ninguno de los protocolos. Sus instrucciones acerca de la zona desmilitarizada no arribarían hasta el día siguiente. Le Duc Tho, resumiendo, dejó bien en claro que ese día no acordaría nada. Tampoco (dados los temas más importantes) sería posible un acuerdo al día siguiente. Este comportamiento era irritante de por sí. Era doblemente insultante dilatar una conclusión cuando los norvietnamitas sabían desde hacía cuarenta y ocho horas, que el vicepresidente estaba listo a dejar Washington para imponer el acuerdo negociado a un aliado recalcitrante. Le informé al presidente a través de Haig:

No es imposible que pudiéramos terminar el acuerdo mañana. No hay indicios en su comportamiento sin embargo, que indiquen que tienen ningún apuro; por el contrario, demuestran una seguridad insolente.

Es obvio que, desde el último jueves, podríamos haber logrado fácilmente el acuerdo. Hanoi puede muy bien pensar que nos han dominado y no nos animamos a continuar la guerra debido a expectativas domésticas e internacionales. Pueden creer que Saigón y nosotros nos hemos separado definitivamente y que la proximidad de la Navidad nos imposibilita reanudar los bombardeos en el norte. Si este es el caso, nos enfrentamos a una decisión de gran magnitud. Considero que un colapso total de parte nuestra, nos impediría forzar cualquier acuerdo. El presidente debe comprender asimismo, que un acuerdo en este momento y bajo las condiciones que condujeron al derrumbe de Vietnam del Sur, tendría graves consecuencias para su posición histórica más adelante.

Todas estas reuniones de diciembre, se alternaban ahora entre los lugares de reunión de los comunistas en Gift-sur-Yvette (la casa de Léger) y la elegante casa de un hombre de negocios norteamericano en Nevilly. Cada día concurríamos al lugar indicado en varios automóviles y a una velocidad que erizaba los cabellos, rodeados por una valiente escolta de motociclistas franceses. A ambos lados de la calle se habían armado palcos de madera desde donde los periodistas podían observar a los negociadores, caminando durante los cuartos intermedios. Irónicamente, cuanto más seria se tornaba la situación adentro, más cordial era la actitud de los norvietnamitas al recibirnos o acompañarnos hasta la salida. Sin duda querían dar la impresión de que se estaban realizando suficientes progresos para desalentar cualquier pensamiento en pro de una escalada militar de nuestra parte. Recordando mis instrucciones de no dar ninguna indicación de una ruptura inminente, ocasionalmente charlaba amistosamente con Le Duc Tho, cerca del objetivo de alguna máquina fotográfica; con esto me ganaba otra reprimenda por parte de Haldeman.

Un cable que recibí de Haig, después de la reunión del 11 de diciembre, me aclaró aún más el pensamiento de Washington. El presidente quería que yo me quedara allí, mientras hubiera alguna esperanza de lograr un acuerdo; que volviera para efectuar consultas si consideraba el bloqueo infranqueable; solicitar un receso pero no suspender las conversaciones y que informara a la prensa si él decidía reasumir los bombardeos. Haig, a pedido mío, le informó a Dobrynin del estado de nuestras negociaciones; le hizo saber asimismo que la prometida intervención soviética había sido totalmente ineficaz. Dobrynin profirió ciertos ambiguos sonidos de disculpa.

Continué informando al embajador de la China en París, Huang Chen. Ni siquiera trató de convencerme de que Pekín estaba haciendo algo con ese fin, a pesar de que no podría haberse mostrado más amistoso. Antes de mi próxima reunión con Le Duc Tho, me enteré de un enérgico discurso pronunciado por Thieu a su Asamblea Nacional, que rechazaba nuevamente el marco de las negociaciones.

Mientras pienso acerca de los acontecimientos de ese período, admiro el coraje de ese intrépido líder que, atacado por cientos de miles de tropas enemigas y presionado por su único aliado prosiguió maniobrando en su complicado juego entre necesidades opuestas. Sin pausa, buscaba demostrarle a su gente simultáneamente que era un genuino nacionalista vietnamita y no un títere de los Estados Unidos. Que era capaz de mantener su liderazgo aun en la paz para resistir a los invasores comunistas (bajo cuyas reglas la mayoría de la población no querían, ni quieren todavía, vivir) y que él no era un obstáculo para la paz. Navegaba en estas aguas poco profundas con capacidad y decisión, todo por el bien de su gente. En ese momento nuestras necesidades diferían. Por eso, para nosotros el impacto de su despiadado egocentrismo parecía burlarse de nuestros sacrificios; destrozó su imagen en los Estados Unidos e imponer sobre nosotros costos humanos y financieros cada vez mayores.

Nixon me proveyó de un mensaje para que le leyera a Le Duc Tho, en la reunión del 12 de diciembre. En él contradecía las instrucciones del día anterior, de ceder como último recurso. Con esto demostró que, cualesquiera fueran sus maniobras, una vez analizado el problema, Nixon haría lo que creía correcto. Escrito en la esperanza de un receso, me indicaba que le dijera a Le Duc Tho que bajo ninguna circunstancia haríamos un arreglo inadecuado y que hasta que no cesara la intransigencia norvietnamita, no habría más concesiones norteamericanas.

El 12 de diciembre por la mañana se reunieron nuevamente los expertos: de nuestro lado encabezados por Sullivan y por el viceministro de Relaciones Exteriores Nguyen Co Thach por el norvietnamita. Estos todavía se negaban a discutir el borrador de los protocolos o darnos una versión de los suyos. En el interin, Le Duc Tho había recibido instrucciones acerca de la zona desmilitarizada. Tenía una propuesta que omitía la palabra «civiles» de mi fórmula para movimientos permitidos en la zona desmilitarizada. En otras palabras, Hanoi quería dejar abierto el derecho para el tránsito militar en la zona desmilitarizada, (una de las triquiñuelas diplomáticas más astutas, que nos hizo dudar aún más acerca de la prohibición de la infiltración). Para calmar nuestra impaciencia Tho finalmente presentó los protocolos para el cese del fuego y la maquinaria de control internacional. Ahora frustró nuestros planes, anunciando que había decidido partir de París rumbo a Hanoi el jueves 14 de diciembre. Tardaría cuatro o cinco días en llegar allí. No podría llegar a un acuerdo con nosotros a no ser que lograra convertir personalmente a los recalcitrantes del Politburó que constantemente lo presionaban, especialmente en lo referido a la zona desmilitarizada. Ofreció regresar si fuera necesario, pero pensó que podríamos arreglar los detalles pendientes mediante el intercambio de mensajes. Esto era un absurdo total, teniendo en cuenta todos los detalles técnicos que requerían todavía nuestra atención. La idea de un pacífico Tho, constreñido por sus belicosos pares de hacer concesiones, era algo difícil de imaginar. Igualmente sirvió para que Tho lograra un nuevo retraso en las conversaciones, sin (según esperaba) tener que dar otra excusa por la demora. Le Duc Tho accedió a reunirse otra vez más al día siguiente, en nuevas negociaciones signadas por la escasa esperanza de lograr una salida, para revisar las conclusiones de los expertos que finalmente elaborarían los protocolos.

Informé a Washington al terminar el 12 de diciembre:

Toda la situación puede parecer levemente optimista. Pero he llegado a la siguiente conclusión: Hanoi decidió hacer tiempo, ya sea por la pública diferencia entre Saigón y nosotros o porque tienen alguna conexión con Vietnam del Sur y están enterados de nuestros intercambios. También podría ser que sus altas esferas estén divididas y todavía no logran conformidad sobre si concluirán el acuerdo o no. Su conducta constante es darnos todos los días algo, como para mantenernos en marcha, pero nada decisivo que pudiera terminar el acuerdo. Por otra parte, quieren asegurarse de que no tengamos un pretexto valedero para tomar una decisión militar. Mantienen las cosas en un nivel moderado, para prevenir la reanudación de los bombardeos. De haberlo querido, podrían haber llegado a un arreglo en tres horas en estos últimos días. Pero lo han evitado deliberadamente...

Redujeron los temas hasta un punto tal, que podríamos conseguir el acuerdo en un solo intercambio de telegramas. Considero, sin embargo, que no enviarán este telegrama, si no ejercemos sobre ellos una fuerte presión.

Durante la noche estudiamos los borradores norvietnamitas de los protocolos. Eran «insultantes» según le informé a Nixon. El que se refería al tamaño, composición y funcionamiento de la Comisión Internacional de Control y Supervisión, hacía que la maquinaria quedara sujeta a tantos vetos múltiples que resultaba inconcebible que pudiera fiscalizar algo. Esta Comisión, que tendría dos miembros propuestos por los comunistas (Hungría y Polonia) y dos de nuestra parte (Canadá e Indonesia), requeriría unanimidad para hacer una investigación o registrar cualquier informe. Ninguno de los miembros tendría el derecho de presentar un informe en minoría. Más aún, la Comisión no tendría transporte propio. Tendría que solicitar de la parte que fuera inspeccionada la aprobación de este acto, así como jeeps, teléfonos y otros equipos; Le Duc Tho bromeó cínicamente, diciendo que en el sector comunista tendrían que moverse en carros arrastrados por búfalos. En caso de que hubiera quedado alguna fisura no intencional, el número de inspectores de la Comisión estaría limitado a 250, incluyendo el personal de apoyo, para inspeccionar infiltraciones a lo largo de mil doscientos kilómetros de selva y una costa más larga aún. El borrador de Hanoi preveía que la Comisión Militar Conjunta de los dos partidos (consistente en el Vietcong y Saigón) que en principio concebimos como de enlace, sería tan fuerte como era débil la Comisión de Control y Supervisión. Aquel cuerpo tendría subgrupos hasta nivel de distritos, introduciendo así la presencia comunista en cada área de Vietnam del Sur, disimulada bajo la apariencia de una maquinaria de enlace. Le expliqué mis objeciones sarcásticamente a Le Duc Tho al día siguiente:

Consideramos que su proyecto exagera la tradicional hospitalidad vietnamita hasta el punto que estos equipos encontrarán casi imposible observar nada. Estarán rodeados constantemente por sus anfitriones vietnamitas (risas). A medida que lo analizamos, hay casi cuatro oficiales de enlace por cada miembro de la Comisión. Los occidentales que no están acostumbrados a vuestra hospitalidad, pueden pensar que los llevan prisioneros. (Más risas). Por lo tanto opino que debe darse a estos miembros de la Comisión una mayor posibilidad de iniciativa. En segundo lugar, según entiendo vuestro borrador (y mucho me temo que lo entiendo perfectamente) indica que todas las comunicaciones y el apoyo de la Comisión serán provistas por la parte en cuya zona opera. El asesor especial ha señalado ya que en algunas zonas deberán trasladarse en carros tirados por búfalos. Nuestra principal preocupación son los propósitos de esta Comisión y su incentivo para detectar violaciones, que puede ser mayor que el de la parte que la comete. Ustedes han determinado que no sólo la parte deberá estar de acuerdo con la investigación, sino que deberá también proveer todos los medios de comunicación y transporte.

Las previsiones para el cese del fuego eran igualmente absurdas. Buscaban mantener en tierra todos los aviones de Vietnam del Sur y la inmovilización de todas sus embarcaciones y buques de guerra aun en las aguas de Vietnam del Sur. Con la pretensión de definir un cese del fuego, Hanoi pretende privar a los survietnamitas de toda su capacidad de defensa propia. No es extraño que el experto en cuestiones de Vietnam de mi equipo, John Negroponce, denominara las tácticas para negociadoras de Hanoi en las rondas de diciembre «burdas, ridículas y esencialmente ofensivas para los Estados Unidos», así como «vulgares, mezquinas y algunas veces totalmente infantiles».

Todas estas cualidades resultaron aparentes en mi última reunión con Le Duc Tho, el 13 de diciembre. Éste fue el día en que finalmente explotó la negociación. Era la primera reunión con Le Duc Tho, a la que asistía el jefe de nuestra delegación a las conversaciones de paz, el embajador William Porter. Le hizo sentir nostalgias por la atmósfera más calma aunque igualmente estéril de las sesiones plenarias. Esa mañana, los expertos en lenguaje se reunieron nuevamente para asegurarse de que ambas partes trabajaban sobre textos similares en los puntos en que se lograra acuerdo. Mientras las anteriores reuniones de expertos habían tenido un carácter más o menos comercial, en esta reunión los norvietnamitas introdujeron gratuitamente frases nuevas que en realidad reintrodujeron primitivas demandas norvietnamitas que habían sido descartadas por Le Duc Tho en sus conversaciones conmigo. Toda mi sesión con él el 13 de diciembre, se desperdició en el ejercicio de renegociar todos los temas fundamentales.

Una de las trampas lingüísticas que utilizara todo el tiempo, puede servir de ejemplo: en octubre Le Duc Tho propuso que el Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia debería «dirigir» ciertas actividades específicas. Yo rechacé esto, pues implicaba una autoridad gubernamental para el Consejo, incompatible con la premisa del acuerdo. Le Duc Tho, entonces trató de incluir «supervisar» o «inspeccionar»; en vietnamés todos estos términos poseían igual traducción. También me opuse a ellos. Finalmente acordamos en la palabra más neutra «promover». Cuando controlamos el texto vietnamita de protocolo, descubrimos que Hanoi mantuvo en todo el texto la palabra cuestionada.

Más serio todavía fue que los norvietnamitas, en la reunión de traductores, volvieron a abrir la discusión sobre el uso del tiempo futuro en la cláusula que decía: «Las partes *deberán* respetar los acuerdos de Ginebra de 1954 y 1962» acerca de Laos y Camboya. Nuevamente querían cambiar «deberán». Esto no significaba sólo renegar de lo que Le Duc Tho concediera el día anterior. Era asimismo decididamente enervante porque Le Duc Tho basaba sus objeciones en que los norvietnamitas *ya* respetaban esos acuerdos y por lo tanto, el tiempo futuro era motivo de confusión. Según esta insolente interpretación, el acuerdo de respetar la neutralidad de Laos y Camboya se transformaba en una confirmación del derecho de Hanoi a mantener fuerzas en dichos países.

Había yo venido a París, con instrucciones de Nixon de llegar a un acuerdo. Le Duc Tho me retuvo allí diez días, nuestra sesión negociadora más prolongada y cada día nuestro arreglo parecía más lejano. Al terminar el sábado 9 de diciembre, Le Duc Tho y yo acordamos que sólo quedaba un punto por tratar: la zona desmilitarizada. Al fin del lunes, 11 de diciembre, había nuevamente otros dos temas (los técnicos civiles y el procedimiento de la firma). Al concluir el martes, 12 de diciembre, había muchos más (los tres del sábado y el lunes, algunos más en el texto y varios más en los protocolos). Cada día, varios puntos que considerábamos finiquitados volvían a surgir en borradores norvietnamitas, ya sea en los entendimientos o en los protocolos. Le Duc Tho, cedía entonces en la mayoría de ellos, luego de un largo y trabajoso día de negociaciones, asegurándose que quedaban suficientes cláusulas pendientes o nuevas reabiertas como para evitar la terminación del acuerdo. Los temas que quedaban pendientes por lo general variaban de día en día. No había ningún tema fundamental insalvable entre ambas partes; más bien era una aparente determinación norvietnamita de *no permitir que se completara el acuerdo*. Este fue el insoluble problema por el cual comenzamos el bombardeo de Navidad cinco días más tarde.

Concluí la reunión del 13 de diciembre, con una advertencia de Washington a Le Duc Tho, acerca de la creciente impaciencia que allí se experimentaba:

Vinimos aquí dos veces; cada una de ellas dispuestos a lograr un rápido acuerdo; cada vez preparados a ofrecerle un plan de actividades que luego hubiéramos cumplido al pie de la letra. Tuvimos a nuestro vicepresidente esperando durante diez días con el fin de comenzar el plan que les habíamos propuesto. Creemos que en toda la semana pasada se hizo un cierto progreso cada día como para evitar una ruptura, pero nunca suficiente para lograr el acuerdo. Admiro la habilidad del asesor especial para mantener viva la negociación.

Estuvimos de acuerdo en comunicarle a la prensa que nos mantendríamos en contacto para informarles la fecha de la próxima reunión. Los expertos de ambas partes proseguirían reuniéndose con respecto a los protocolos.

Para decirlo sin exageración, nuestro viaje de vuelta a Washington fue sombrío. No pudimos conseguir un avión especial, por lo que tuvimos que volar en un avión de comandos aerotransportados. Era un avión ruidoso e incómodo, sin ventanillas, repleto de equipos de comunicación (ninguno de los cuales, según descubrimos, podía comunicarnos con la Casa Blanca). Encapsulados en ese capullo metálico, aislados del mundo, práctica y simbólicamente, pudimos reflexionar sobre los vaivenes de los últimos dos meses. Ninguna de las misiones de mi vida pública me había resultado un compromiso emocional semejante. Negociamos durante diez días, asuntos que, con buena voluntad, podrían haberse arreglado en dos. Hanoi simplemente había decidido que la división entre Washington y Saigón, la evidente división dentro de nuestro gobierno y el inminente retorno de un Congreso más hostil aún a la administración que el anterior, representaban una oportunidad demasiado buena como para dejarla escapar. Hanoi, tan ansioso por

buscar un acuerdo, volvió a sus tradicionales tácticas de la guerra psicológica. Ya sea en la guerra como en la paz, Vietnam parecía destinado a destrozar el corazón de los norteamericanos.

Pero la auto-compasión, cualquiera fuera su causa, no podía tomarse sino como una indulgencia transitoria. De alguna manera deberíamos dominar los hechos, no simplemente deplorarlos. Yo todavía pensaba que la guerra podría llegar a su fin rápidamente. Pero ahora sería necesario otro período de prueba que haría más profundas las heridas de nuestros conciudadanos. El proceso de la paz no sería, según yo esperaba, un momento de unión. Nos sentíamos frustrados esencialmente, porque nuestro deseo de llegar a un acuerdo permitió a cada una de las partes vietnamitas, extorsionarnos al mismo tiempo que nos privaban de tomar sanciones efectivas en su contra. Nuestra primera obligación era restablecer un mejor equilibrio de riesgos. Hacerles comprender a ambos que estábamos decididos a determinar nuestro propio destino. Resumí nuestras opciones en mi cablegrama final desde París:

¿Dónde nos deja todo esto? Expliqué nuestro básico dilema ayer. Hanoi nos desprecia porque no nos queda ninguna palanca efectiva, mientras Saigón, en sus egoístas maniobras para sabotear el acuerdo, nos quita los pocos apoyos que nos quedaban... Pronto no tendremos medios para lograr un equilibrio, al mismo tiempo que en nuestro país la presión irá en aumento si no conseguimos un acuerdo para la liberación de nuestros prisioneros. No conseguiremos un acuerdo ni lograremos preservar a Saigón.

Ahora tenemos dos posibilidades estratégicas esenciales: la primera es ponernos duros con Hanoi y aumentar enormemente la presión por medio de bombardeos y otras acciones. Estas podrían ser la reinstalación de minas; bombardeos masivos de dos días contra las plantas generadoras de energía este fin de semana y un par de empeños con los B-52. Esto podría dejar en claro que algo pagarán por los pasados diez días. Al mismo tiempo... serían necesarias presiones sobre Saigón, de manera que Thieu no considere que nos tiene contra la pared. Podemos demostrar que no toleraremos la intransigencia de nuestro aliado de la misma forma que no toleramos la de nuestro enemigo.

La segunda opción es mantener las presentes apariencias, programando otra reunión con Le Duc Tho para comienzos de enero. Esto podría probar la poco probable hipótesis de que Tho recibiera nuevas instrucciones. Si nuevamente fuéramos bloqueados, nos volveríamos contra Hanoi. Abandonaríamos el presente esfuerzo, culpando a los dos Vietnam pero señalando mayor responsabilidad en Hanoi. Ofreceríamos un trato bilateral para el retiro de tropas y una suspensión de los bombardeos a cambio de los prisioneros. Según este plan, deberíamos ir hacia Saigón, para lograr la intervención de Thieu en un acuerdo en enero. En el supuesto de un fracaso, colocar las bases para un arreglo bilateral con Hanoi.

EL BOMBARDEO DE NAVIDAD

Lo que ha dado en llamarse el bombardeo de navidad ha sido descrito, con demasiada frecuencia como una orgía de destrucción masiva, sin sentido en su ejecución y maligna en su concepción. Esto constituye un mito en muchos aspectos. Mi descripción de las negociaciones de diciembre no dejan lugar a dudas de que Hanoi, en efecto, estaba decidido a prolongar la guerra estratégica o hacer abortar todas las negociaciones. A último momento trató nuevamente de obtener una victoria incondicional. Nixon y yo volvimos a reconsiderar, con gran renuencia, la adopción de acciones militares.

Para mí, diciembre de 1972 fue un período melancólico. Cualquier cosa que sucediera ahora, haría que el fin de la guerra siguiera manteniéndonos divididos como lo habíamos estado en su transcurso. Si no tomábamos un paso decidido, ambos partidos vietnamitas se separarían todavía más. El casi-acuerdo que lográramos en octubre se había deshecho; no volveríamos a obtener términos semejantes, con excepción de la aplicación de una escalada militar que el Congreso y el público nunca apoyarían; si lo hacían, destrozaría a nuestro país. Sólo podríamos, según mi modo de ver, superar el dilema, mediante una inmediata demostración de fuerza, simultánea en Hanoi y Saigón.

Durante las rondas de negociaciones de diciembre, traté de hacerle comprender a Nixon que la ruptura (o un receso), significaría que tendríamos que ejercer presiones militares sobre

Hanoi. De no hacerlo así, tendríamos una guerra sin fin y una paz que no se podría imponer y que seguramente destrozaría a Saigón. Quise que Nixon le explicara el *impasse* al público y que comenzara la escalada de operaciones militares. Preocupado por las negociaciones no tuve tiempo de pensar qué clase de medidas militares podría recomendar cuando llegara el momento. Haig había solicitado la planificación del Consejo Nacional de Seguridad, que se concentraba especialmente en levantar nuestras propias restricciones a los bombardeos en el mes de octubre anterior. En otras palabras, confinar los B-52 al sur del paralelo veinte y atacar las áreas pobladas con aviones cazabombarderos. Yo no efectué ninguna recomendación específica desde París.

La actitud de Nixon fue más compleja. Básicamente, ahora estaba decidido a que la guerra terminara casi de cualquier forma. A pesar de que con frecuencia recibía instrucciones belicosas dedicadas a ser leídas a los norvietnamitas, las recomendaciones operacionales eran mucho más suaves. Se me dijo que continuara negociando, lo que, dadas las circunstancias, sólo podría confirmar el estancamiento. Retroceder aún más sobre las posiciones en las que ya habíamos cedido y aceptar la formulación de los comunistas en cuanto a la zona desmilitarizada. Estoy seguro de que, si Hanoi en diciembre nos hubiera dado una o dos proposiciones mínimas, siquiera como un aparente signo de buena voluntad, sobre la zona desmilitarizada o los técnicos civiles, Nixon las hubiera aceptado con presteza; con mucho más entusiasmo que yo. No tenía deseos de reanudar los bombardeos. Sentía terror de aparecer en la televisión para anunciar que comenzaba su segundo periodo, expandiendo nuevamente la guerra.

Pero Hanoi se había vuelto insaciable. Animado por la aparente disidencia entre Washington y Saigón, percibiendo con claridad lo que el Congreso haría en enero, los norvietnamitas pensaron que podrían tomarlo todo. Hacernos ceder y desmoralizar a Saigón. Los norvietnamitas cometieron un error fundamental al tratar con Nixon: lo arrinconaron. Nixon nunca era más peligroso que cuando sentía que quedaba sin alternativas. Estaba decidido a no pasar su segundo periodo presidencial atormentado como el primero por nuestro trauma nacional; especialmente cuando estuvimos tan cerca de un acuerdo.

Había otra persona que no pertenecía al círculo íntimo pero que se acercaba a él y jugaba un papel importante en la decisión. Mi segundo, Al Haig, que pronto sería designado segundo jefe de Estado Mayor del Ejército. Originalmente apoyó las negociaciones, pero a medida que Thieu se transformaba en un obstáculo y Hanoi trababa las negociaciones, se volvió más escéptico. La ronda de negociaciones de diciembre lo había convencido de que sólo la presión militar masiva podría superar la desdeñosa actitud entorpecedora que ejercía Hanoi. Había estado a favor de intensos ataques con los B-52 en el norte y me lo dijo claramente en la Base Militar de Andrews la noche del miércoles, 13 de diciembre, a mi regreso de París.

Nixon, Haig y yo nos reunimos la mañana del 14 de diciembre para considerar el curso de acción a seguir. Estábamos de acuerdo en que, si no hacíamos algo, terminaríamos paralizados. Quedaríamos prisioneros de las maniobras en que Hanoi decidiera hacernos sus víctimas. No había razón para suponer que Hanoi cambiaría sus tácticas si reanudábamos las conversaciones en enero. Las presiones para que nos ajustáramos a los términos de octubre serían cada vez mayores. Después de todo lo sucedido, hacerlo así representaría una derrota masiva. Podría ser un impacto psicológico devastador sobre Saigón. Al haber sufrido una pérdida tan estrepitosa, con seriedad perderíamos toda capacidad para hacer cumplir el acuerdo. Ésta era, claro está, la razón del comportamiento despectivo de Hanoi. Saigón, por su parte, no vería ningún objeto en la flexibilidad. Sabiendo que el Congreso seguramente le cortaría los fondos, no agregaría riesgos adicionales, persistiendo en su curso de acción. Sabíamos que no contábamos con apoyo para acciones militares en ninguna otra sección de la administración y que provocaría una gran alharaca en el Congreso y en los medios de difusión. Dada la renuencia del presidente a explicar el caso personalmente al público, estaba destinado a producir la erosión del poco apoyo popular que pudiera quedarnos. Mientras yo regresaba de París, Laird le envió un memorándum a Nixon, oponiéndose a una respuesta militar. Aseguraba tener el apoyo de Rush y Moorer. Haig, al conversar con Moorer, descubrió que el jefe consideraba que sus puntos de vista habían sido «mal interpretados».

Todos nosotros, en la reunión en la Oficina Oval el 14 de diciembre, estuvimos de acuerdo en que debía tomarse *alguna* medida militar. Al principio no coincidimos sobre cuál podría ser. Resulta difícil reconstruir ahora la conversación puesto que no hay un registro escrito. Nixon recuerda que yo urgí la intensificación de los bombardeos al sur del paralelo veinte y en el sur

de Laos (10), pero no bombardear las áreas pobladas. Yo no lo recuerdo. Mi memoria parece decirme que yo favorecía que se reasumieran los bombardeos en la misma escala que antes de la suspensión autoimpuesta en octubre, sobre todo Vietnam del Norte, pero utilizando bombarderos de caza sobre las áreas pobladas. Haig por su parte, se inclinaba por los ataques con los B-52, especialmente al norte del paralelo veinte, basándose en que sólo de un intenso choque, lograríamos atraer a Hanoi nuevamente a la mesa de conferencias. Nixon aceptó el punto de vista de Haig. Yo los seguí también, al principio con ciertas reservas; con mayor convicción después. Considero que Nixon y Haig estaban esencialmente en lo cierto. Sólo teníamos dos opciones: tomar una iniciativa masiva importante para imponer nuestra voluntad y terminar la guerra de una vez o dejar que las cosas siguieran navegando a la deriva hasta otra ronda de negociaciones inconclusas que prolongarían la guerra, produciría divisiones internas más amargas y aumentaría las bajas. No teníamos otras opciones.

Nixon eligió la senda de forzar una decisión, reasumiendo los intensos bombardeos. Para ello se utilizarían los B-52 de manera sostenida, por primera vez sobre la zona septentrional de Vietnam del Norte. La elección de los B-52 se hizo en parte por el efecto psicológico que producían, pero también porque las otras máquinas no tenían capacidad de maniobra bajo cualquier condición climática. Ya mencioné anteriormente que la mitad de nuestras misiones planeadas sobre Vietnam del Norte en el verano, no pudieron realizarse debido a las condiciones meteorológicas. Moorer estimaba que éstas serían peores aún en diciembre. (Según resultó después, durante el periodo de dos semanas en que se utilizaron los B-52 sobre Norvietnam, sólo durante 12 horas podrían haber operado los bombarderos de caza.) Nixon razonó, correctamente, que pagaría un alto precio en el país por levantar la restricción de los bombardeos, autoimpuesta. Pero se escaparía de las manos sólo si fallaba. Prefería un esfuerzo breve masivo a uno prolongado y sin fin.

Más tarde se hicieron correr rumores acerca de una separación entre Nixon y yo debido a la utilización de los B-52. Eran totalmente falsos. La verdad es que estuve de acuerdo; más aún recomendé el aumento de la presión militar ante la conducta de Hanoi en las conversaciones de París. Comprendí el significado de los argumentos de Nixon y Haig en la utilización de los B-52 y me uní a su criterio. Una vez que Nixon tomó su decisión, yo la ejecuté, con pena y sentimiento ante el alejamiento de las posibilidades de lograr la paz, pero sin dudar, como la mejor de las difíciles alternativas.

Si bien es cierto que admiraba la decisión de Nixon, no me mostraba tan entusiasmado ante su negativa de explicarla al público. Había ordenado la reinstalación de las minas el 17 de diciembre y la reanudación de los bombardeos el 18. Estos hechos estaban destinados a despertar un tremendo furor. Pero Nixon estaba decidido a retirarse de la línea de fuego. Se me pidió que diera un informe moderado sobre las razones del receso de las conversaciones en París. Cómo hacer que un acontecimiento tan dramático pudiese describirse con palabras moderadas no me parecía menos difícil en Washington de lo que me pareciera en París. No tuve objeciones que hacer a este pedido. En realidad, me ofrecí voluntariamente. Pero si se producía una reacción masiva, sólo el presidente podría apaciguar los ánimos y ofrecer al público la sensación del rumbo que seguiríamos. Correspondía que yo fuera la cabeza visible del ataque, como había sido y sería nuevamente la cabeza visible del éxito. Había decidido renunciar y asumir la responsabilidad por el fracaso de las negociaciones si el colapso era total.

La primera y más imperiosa necesidad, sería calmar los temores públicos y rescatar la confianza nacional del desajuste general que produciría la decisión de Nixon. Nixon explica que él estaba preocupado por no hacer fracasar las negociaciones. El silencio le permitiría no darle a nuestra acción el carácter de un ultimátum, permitiéndole así a Hanoi, volver a la mesa de conferencias sin perder prestigio (11). Esta era parte de su preocupación; pero yo creo que también había otras razones más complejas. Nixon todavía estaba dominado por una muda hostilidad y un retraimiento que dominaban su ánimo desde el triunfo electoral. No le gustaba la idea de tener que enfrentar otra vez la tensión emocional de la prolongación de la guerra, justamente al principio de su nuevo periodo como presidente. Tenía mucho menos confianza en el éxito que yo. En repetidas ocasiones me hizo saber sus dudas. En lo profundo de su ser, estaba convencido que sería mejor ceder y volver al tratado de octubre. No quería que lo identificaran con la negociación de un programa que pudiera entrar en conflicto con aquél. Los bombardeos con los B-52 eran, según su modo de ver, la última oportunidad que le quedaba de echar los dados, así como la ofensiva de marzo había sido la de Hanoi. Sería útil si resultaba efectiva; si fallaba,

sería una demostración para la derecha de que se había hecho todo lo posible. La paradoja de la relación de Nixon conmigo durante aquel período, era que él estaba a favor de las medidas más estrictas pero las negociaciones más flexibles. Mi posición era la opuesta. Yo estaba en pro de términos más duros en la negociación, y para comenzar, tácticas militares más flexibles. A pesar de ello, debo repetir que, una vez que lo discutimos, estuve de acuerdo con la decisión adoptada de emplear los bombarderos B-52.

La necesidad de adoptar medidas militares, era reforzada día a día en nuestras mentes debido a la conducta de los expertos norvietnamitas reunidos en París. Sullivan había quedado allí para negociar el protocolo correspondiente a la liberación de prisioneros de guerra, uno de los más importantes para nosotros. Los norvietnamitas paralizaron las conversaciones durante todo el día 14. Finalmente presentaron un texto en vietnamés, pero ya demasiado tarde como para poder tratarlo ese día. El borrador seguía las pautas de las sesiones previas, volviendo a introducir en los protocolos cláusulas objetables que Le Duc Tho había aceptado retirar del acuerdo básico. De esta manera, la liberación de civiles survietnamitas detenidos aparecía nuevamente como una obligación específica, después que Le Duc Tho la retirara por lo menos en tres oportunidades previas; la última vez, cinco días antes. Sullivan informó sarcásticamente: «Esperamos recibir un texto en inglés de esta monstruosidad cuando nos reunamos en Gif mañana y lo transmitiremos inmediatamente a través de ese canal. En Gif haremos un gran esfuerzo» (citando una de las frases clave de Tho).

Sullivan entonces volvió a Washington. El embajador William Porter, jefe de nuestra delegación de paz a París, quedó para negociar con Xuan Thuy tanto sobre los protocolos como sobre los entendimientos. Se reunieron el 16 de diciembre. Xuan Thuy se mostró mucho más arrogante aún que Le Duc Tho. En lugar de poner trabas a los distintos temas, se negaba a discutir en general cualquier tema, basándose en la cláusula 22, que era una trampa que le brindaba el pretexto de no poder discutir ningún problema importante, hasta haberlos tratado todos. (Por supuesto no podía tratarlos a *todos* sin hablar de las partes.) El informe de Porter describía la atmósfera reinante en las reuniones:

Nos reunimos con la República Democrática de Vietnam desde las 15.30hs. hasta las 18.15hs. Xuan Thuy nos puso inconvenientes desde el comienzo al fin.

A pesar de que ayer había accedido a una agenda (que consistía en: a) entendimiento sobre Laos y Camboya; b) protocolo de la Comisión de control y Supervisión), Xuan Thuy no hizo saber que no estaba dispuesto a discutir ninguno de los dos puntos.

Le entregamos nuestra parte del entendimiento sobre Laos y Camboya y le pedimos sus comentarios acerca de él, así como sobre un entendimiento mutuo sobre el cese de hostilidades en Camboya, que previamente le hiciéramos llegar. Xuan Thuy acusó recibo de ambos documentos, pero dijo que no haría ningún comentario hasta que se hubieran tratado todos los entendimientos.

Xuan Thuy se embarcó entonces en una larga explicación del concepto que tenía la República Democrática de Vietnam acerca de las previsiones sobre control y supervisión de nuestro acuerdo. Esto demostraba que la comisión de las dos partes sería multitudinaria y omnipresente, mientras que la Comisión de Control y Supervisión sería minúscula y cerrada.

Al terminar la reunión, Xuan Thuy dijo mansamente que la República Democrática de Vietnam quería proceder lo más rápido posible. Este comentario sólo sirvió para dar mayor realce al hecho de que la sesión total había sido el fruto de las trabas impuestas por la República Democrática de Vietnam del Norte. En esto había logrado un récord sobre la intransigencia Kleberizada (una referencia a los cuatro años de sesiones plenarias inútiles que tenían lugar en el Centro de Conferencias Internacionales de la Avenida Kléber).

En este contexto penetré a la sala de prensa de la Casa Blanca el 16 de diciembre, para explicar el estancamiento de las negociaciones. Nixon me había proporcionado una guía detallada en forma de dos memorándum personales los días 15 y 16 de diciembre. El primero constaba de cinco páginas; el segundo dos páginas a un solo espacio. En esencia decían que no debía tratar de defender mi postura de «la paz está al alcance de la mano» del informe del 26 de octubre. Hacía varias insinuaciones culpando a ese informe mío por las dificultades presentes. El consejo

de Nixon era que recalcará la firmeza, paciencia, visión, estabilidad y decisión para conducirnos en este difícil período. Más adelante, me comentaron que en mi conferencia de prensa de diciembre había nombrado catorce veces al presidente, mientras que el 26 de octubre, lo hice sólo en tres oportunidades (12). Sabiendo que uno de los esbirros de Haldeman me llevaría la cuenta, no tuve otra alternativa en vista de las instrucciones de Nixon.

El fin de mi informe, según yo lo concibiera, estaba destinado a poner las culpas donde correspondía: sobre Hanoi. Asimismo no quería que quedaran dudas en Saigón de nuestra decisión de terminar el acuerdo. Explicué las razones de la ruptura con algunos detalles, señalando que Hanoi había intercalado continuamente exigencias frívolas e innecesarias. «No nos dejaremos chantajear para llegar a un acuerdo» dije. «Tampoco seremos presionados para hacerlo y, si se me permite decirlo, tampoco nos «engatusarán para conseguirlo hasta que las condiciones sean las correctas». Nuevamente tenía dos audiencias principales: Hanoi y Saigón. Pero también sabía que las nuevas esperanzas de los norteamericanos estaban puestas en la resolución del presente «impasse»:

Por lo tanto, estamos en una posición en que la paz puede estar cerca (*) pero la paz requiere una decisión. Es por ello que queremos dejar establecido una vez más, cuál es nuestra actitud básica.

Con respecto a Saigón, sentimos angustia, respeto y compasión por sus gentes y por las preocupaciones de su gobierno. Pero si logramos un acuerdo que el presidente considere justo, seguiremos adelante con el mismo.

Con respecto a Hanoi, nuestro objetivo básico se fijó en la conferencia de prensa del 26 de octubre. Queremos un fin de la guerra que sea algo más que un armisticio. Queremos cesar las hostilidades y pasar a la normalización; de la normalización a la cooperación. Pero no haremos un acuerdo que sea una forma disfrazada de la continuación de las hostilidades y que luego, indirectamente, conduzca a lo que siempre dijimos que no toleraríamos.

Establecimos que no se podrá lograr una solución justa que de a cada parte todo lo que pretende. No proseguimos la guerra para darle la victoria total a nuestros aliados. Queremos darle una oportunidad razonable de participar en una estructura política. Pero no nos comprometemos con un arreglo que sea una forma de victoria disfrazada para la otra parte.

Nada de lo que hice estando en estas funciones me ha hecho sentir depositario de tantas esperanzas, como estas negociaciones en las que acabo de participar. Por momentos fue muy doloroso pensar en las esperanzas de millones de almas. Ciertamente, damas y caballeros, en las vuestras también que velaban frente a los diferentes lugares de reunión, esperando que se produjeran resoluciones importantes. Mientras ustedes esperaban, adentro surgían a la discusión, uno tras otro, temas absurdamente superficiales.

En consecuencia, lo que le decimos a Hanoi es lo siguiente: estamos preparados para continuar las negociaciones con el mismo espíritu que nos animara en octubre. Estamos preparados a mantener un acuerdo que permita la liberación incondicional de todos los prisioneros norteamericanos y aliados; que no imponga una solución política para ninguna de las partes; que contenga un cese del fuego supervisado internacionalmente y el retiro de todas las tropas norteamericanas dentro de los sesenta días. Es un acuerdo justo para ambas partes y que sólo requiere la decisión de mantener las previsiones que ya han sido aceptadas y terminar con un procedimiento que sólo es una burla a la humanidad.

Sobre esta base, podremos lograr una paz que justifique las esperanzas de la humanidad y el sentimiento de justicia de todos los participantes.

La primera reacción de los medios de comunicación fue mesurada y equilibrada, aunque no demasiado generosa. Pocos obviaron compararla con mis declaraciones de «la paz al alcance de la mano». Ahora habían encontrado otra palabrita para entretenerse. Yo dije que hablaba para evitar una «adivinanza». El *Baltimore Sun* del 18 de diciembre tituló un editorial: «Fin de la Adivinanza de Vietnam». El *Washington Post* (La gran Adivinanza de la Paz, el 19 de di-

(*) Estaba mejorando en cuanto a efectuar declaraciones más cuidadosas.

ciembre), llegaba a la conclusión de que por lo menos, la administración había sido burlada por largo tiempo por los norvietnamitas. El *New York Times* de la misma fecha, era más explícito. Su editorial estaba titulado así: «¿Decepción o Ingenuidad?». En general se inclinaba a esta última interpretación de las motivaciones de la administración.

A lo que ninguno de estos sabihondos comentaristas contribuyó fue a proporcionar alguna solución sobre lo que los Estados Unidos debería hacer antes este «impasse». Tampoco hacían referencia alguna acerca de cómo debíamos haber respondido a la oferta norvietnamita del 8 de octubre. Se notaba una marcada ambivalencia. El 14 de diciembre, cuando las cosas parecían estar progresando, aunque dolorosamente, el *New York Times* publicó una crítica a la Casa Blanca. Bajo el Título de «¿Quién está ganando Qué?» objetaba la negativa de la Casa Blanca, para admitir que el acuerdo propuesto «debilitaría peligrosamente la situación de Saigón». (Los términos eran, por supuesto, mucho más favorables que los que se inclinaban hacia un gobierno de coalición y el retiro unilateral de tropas, que el *New York Times* venía sugiriendo desde hacía años.) Una vez que se hizo aparente el estancamiento, todos los críticos volvieron a su posición favorita. El único objetivo bélico legítimo de los Estados Unidos era lograr la liberación de sus prisioneros. Pocos desafiaban la proposición o preguntaban qué quedaría de la confianza que otros depositaran en nosotros, si simplemente abandonábamos a un aliado para liberar a nuestros prisioneros. Si estábamos preparados para insistir en ciertas condiciones mínimas, más allá de escabullirnos con nuestros prisioneros, mientras dejábamos a la gente de Indochina a merced de las crueles tropas norvietnamitas. ¿Qué más podíamos hacer con excepción de cumplir con la estrategia ordenada por Nixon? Estábamos nuevamente frente al eterno dilema: independientemente de las reclamaciones anteriores, ¿había algunos términos mínimos que definirían nuestro sentido del honor?

Preguntas como éstas quedaban rápidamente sumergidas en la indignación que día a día aumentaba, luego de la reanudación de los bombardeos el 18 de diciembre, que durara 12 días. Esta operación quedó inmortalizada como «Los Bombardeos de Navidad». El *Christian Science Monitor* del 20 de diciembre, expresaba la opinión bastante divulgada, de que si las bombas no habían funcionado anteriormente, posiblemente tampoco obtendrían resultados ahora (una premisa dudosa y, de cualquier modo, a la que Hanoi no se adhería). El *St. Louis Post Dispatch* del 19 de diciembre nos urgía a abandonar al «despreciable» presidente Thieu de Vietnam del Sur e instaba al Congreso a que legislara la salida de la guerra.

La indignación crecía día a día. La proposición de que el gobierno de los Estados Unidos estaba asesinando deliberadamente a los civiles en una campaña de terror inútil, cobraba cuerpo cada vez más. Algunos titulares de editoriales nos dan la idea: «Nueva locura en Vietnam», el *St. Louis Dispatch* del 19 de diciembre. «Continúa la lluvia de la muerte», el *Boston Globt* del 20 de diciembre. «¿Se terminará la guerra con esto?», el *Chicago Daily News* del 22 de diciembre. «Terror desde los cielos», el *New York Times* del 22 de diciembre. «Vergüenza sobre la tierra», Tom Wicker, del *New York Times* del 26 de diciembre. «Terrorífico bombardeo en nombre de la paz», el *Washington Post* del 28 de diciembre. «El horror que no se cuenta», del *New York Post* del 28 de diciembre. «Más allá de toda razón», del *Los Angeles Times* del 28 de diciembre. Éstas son sólo pequeñas muestras. Recibí cartas increíblemente amargas de personas que hasta entonces habían sido mis amigos; de ciudadanos enfurecidos. (Ninguno de ellos me escribió en enero, cuando se logró el acuerdo.) Se hacían cargos de inmoralidad y engaño con la mayor desaprensión. «Barbáricos» era otro de los adjetivos favoritos. Todos parecían dar por sentado que los norvietnamitas no tenían culpa alguna y que éramos nosotros los que estábamos embarcados en una campaña de exterminio de civiles.

Las críticas del Congreso, aunque algo más sordas, también comenzaban a incrementarse. El senador Muskie denominó a los bombardeos «desastrosos» y dijo que «demandaría una explicación». El senador Javits amenazó con cortar los fondos, advirtiendo que la libertad de acción de la Casa Blanca estaba medida en semanas. El senador Saxbe sugirió que Nixon parecía «haber perdido el juicio». El senador Mansfield, líder de la mayoría, la denominó una «táctica de la edad de piedra», y prometió introducir una legislación para poner una fecha tope a las hostilidades. El representante Lester Wolff, se hizo eco de este sentimiento. «Monstruoso despropósito», dijo el representante Don Riegle. El senador Kennedy dijo: «Esto debería ultrajar la conciencia de todos los norteamericanos». Jerry Gordon, coordinador de la Coalición de la Acción por la Paz Nacional, dijo en una conferencia de prensa: «Los norteamericanos han sido engañados otra vez. En lugar de paz al alcance de la mano, tenemos una

guerra intensificada. En vez de terminarse la matanza en Vietnam, ha aumentado» (13). Ya no cabían dudas de que el Congreso avanzaría rápidamente hacia la suspensión de la ayuda.

Las críticas extranjeras, basadas en las mismas suposiciones eran igualmente altisonantes. El gobierno sueco nos comparó con los nazis. (Por supuesto, ellos se habían mantenido neutrales durante la Segunda Guerra Mundial.) Los gobiernos dinamarqués, finlandés, holandés y belga también criticaban los pretendidos bombardeos de ciudades. El ministro del exterior de Francia también hizo críticas alusivas. Ni uno solo de nuestros aliados de la OTAN nos dio su apoyo o insinuó siquiera su comprensión hacia nuestro punto de vista. Esto resultaba especialmente doloroso viniendo de países que insistían en sus propias defensas de acuerdo a una estrategia que incluía ataques masivos a objetivos civiles. Resultaba interesante que Pekín y Moscú, a pesar de criticarnos también, parecían más equilibrados en sus opiniones. Posiblemente debido a que comprendían mejor el problema que enfrentábamos con Hanoi. En Pekín, una declaración del ministro del exterior y un comentario de la Agencia de Informaciones Nueva China, castigaba el «nuevo y bárbaro crimen», puesto que los bombardeos se producían justo cuando «las conversaciones estaban por entrar en su etapa final». Esto era totalmente contrario a lo que se opinaba en Occidente de que la negociación había sido un fraude. Moscú también, en una declaración formal, enfatizó la necesidad de concluir el acuerdo. Si la «lectura de las hojitas del té en el fondo de la taza» era correcta, tanto Moscú como Pekín le indicaban a Hanoi que no lograría utilizar los bombardeos para obtener otro acuerdo abierto para continuar las hostilidades. Sus patrones le decían a Hanoi, sutilmente pero con firmeza, que cerrara el acuerdo. Los países que habían contribuido con tropas a nuestro esfuerzo, como Tailandia y Corea del Sur, aplaudían esa insinuación. Aquellos otros que estaban en la línea directa del avance comunista, como Indonesia y Malasia, no expresaban su oposición a nuestra acción públicamente, pero la apoyaban en privado. Saigón, naturalmente, estaba encantado. Su portavoz oficial no podía dejar pasar la oportunidad de insinuar, que todo el desarrollo de los actuales acontecimientos me habían dejado en una posición embarazosa.

La acusación más corriente era la de: «Bombardeos intensos indiscriminados sobre áreas densamente pobladas». Una vez que la frase «prendió» entre los comentaristas, cobró vida propia. Los hechos eran diferentes. Un estudioso que analizó las pruebas, escribió:

Estas acusaciones están desautorizadas por las pruebas obtenibles entonces y por informaciones que llegaron más adelante de el escenario de los acontecimientos. Los norvietnamitas mismos acusaban en ese momento entre 1.300 y 1.600 bajas; a pesar de que tanto Hanoi como Haiphong fueron evacuadas parcialmente, tal número de bajas (doloroso como siempre lo son las víctimas civiles) no indican, ciertamente, un bombardeo terrorizador. Los ataques destinados especialmente a minar la moral de la población que se produjeron contra Alemania y Japón durante la Segunda Guerra Mundial, mataron a cientos de miles. De acuerdo con un informe de Alemania Oriental, hubo 35.000 bajas en el triple ataque sobre Dresden en febrero de 1945. La cifra oficial de bajas debidas a los bombardeos con bombas incendiarias sobre Tokio entre el 9 y el 10 de marzo de 1945, era de 83.793 muertos y 40.918 heridos. La cifra de bajas de Hanoi, escribía el *London Economist*, «es menor que el número de civiles muertos por los vietnamitas con sus bombardeos de artillería de An Loc en el mes de abril; o la cifra de refugiados emboscados cuando trataban de escapar de Quang Tri a principios de mayo. Por esto, comparar al señor Nixon con otro Hitler, no parece real». Parte de las bajas fue causada por los norvietnamitas mismos, puesto que lanzaron cerca de 1.000 cohetes SAM, muchos de los cuales hicieron impacto en las ciudades de Hanoi y Haiphong, causando víctimas entre sus propias gentes...

Malcom W. Browne del *New York Times* se mostró muy sorprendido del estado en que halló a Hanoi y escribió que «el daño causado por los bombardeos norteamericanos había sido burdamente aumentado por la propaganda norvietnamita»... «Hanoi resultó ciertamente dañada» decía Peter Ward del *Baltimore Sun* del 25 de marzo de 1973, después de una visita. «Pero la prueba in situ da por tierra con los cargos de un bombardeo indiscriminado. Varias cargas de bombas, obviamente se desviaron hacia áreas residenciales civiles, pero el daño allí es menor, comparado con la destrucción total de los blancos militares seleccionados» (14).

Cualesquiera fueran los hechos militares, en Washington yo estaba en el ojo del huracán; su fuerza elemental provenía no sólo del odio de los dos vietnam y la histeria de los críticos domésticos, sino por el doloroso rompimiento existente entre Nixon y yo. Aún antes de los bombardeos de navidad, la Casa Blanca había hecho todo lo posible por distanciarse de mí. Utilizo el término «Casa Blanca» porque dudo de que Nixon diera nunca una orden explícita. Al mismo tiempo, era lógico que comenzara a intranquilizarse con un asesor que comenzaba a competir con él en la atención pública. A principios de diciembre, la revista *Time*, con la mejor buena voluntad del mundo, puso su grano de arena a favor de la irritación, al elegirnos a Nixon y a mí como «Hombres del Año». Me enteré del plan justo antes de partir para las rondas de negociaciones de diciembre. Comprendí de inmediato el efecto que esta publicidad tendría en mi jefe. Su limitada capacidad de perdón, no incluía precisamente la de ser disminuido en su importancia. (Verse en igual nivel que su asesor como «Hombres del Año» implicaría precisamente eso.) Después de consultar con Ron Ziegler, que compartía mi sospecha de una probable reacción, apelé a toda la jerarquía de la revista hasta llegar al editor en jefe, Hedley Donovan. Le hice la muy poco común proposición de que me sacara de la tapa. Donovan cortó en seco mis protestas diciéndome que si no dejaba de importunarlos, me haría el «Hombre del Año» por derecho propio.

La sorda inquietud de Nixon provocada por mi recién alcanzada celebridad, inevitablemente se transmitió a su equipo. Estos estaban siempre ansiosos de animarlo en mi contra y vieron con fruición una oportunidad de hacerme «aterrizar» luego de varios años de volar alto (15). Un asesor presidencial comprende de inmediato que su mayor fuerza está en la confianza del presidente mismo. Sin ella, su posición se desgasta rápidamente. Cuando partía hacia las negociaciones de diciembre, y durante toda mi estadía en París, aparecieron artículos que insinuaban que sería desplazado y perdería influencia. Laurence Stern publicó un artículo en ese sentido en el *Washington Post* del 4 de diciembre. Citaba a un antiguo ayudante de la Casa Blanca que decía: «Si se logra zafar del estancamiento en París, la responsabilidad de este acuerdo particular, según están las cosas, quedará totalmente en manos de Henry. Hay mucha agua que separa al presidente de Kissinger en este acuerdo.» (Mantener esta distancia, era sin duda, un factor decisivo en la negativa de Nixon a explicar el estancamiento de las conversaciones en la televisión nacional.) El *Detroit Free Press* publicó un artículo similar, que salió en todos los periódicos de Newhouse, el 7 de diciembre. Stewart Alsop también publicó algo por el estilo en la revista *Newsweek* del 18 de diciembre. Victor Xorza y Bernard Gwertzman, dos expertos en asuntos del Kremlin, hacían consideraciones acerca de mi próxima eliminación el 20 de diciembre. En Washington, este tipo de especulaciones tienden a cumplirse por sí solas. El tema común de todos estos artículos era que yo me había excedido en la interpretación de mis instrucciones en las negociaciones de octubre; también consideraban que habría sobrepasado los límites de la prudencia en mi conferencia de la «paz al alcance de la mano». Nixon me había llamado la atención. Había hecho que nuestra posición se endureciera.

Todas estas elucubraciones eran tonterías mientras los genios de las relaciones públicas que las crearon no tuvieran razones para pensar que las negociaciones tendrían éxito. De ser así, podrían reclamar luego que cualquier mejora en las mismas se debía a la intercesión presidencial. Pero, cuando la negociación se desbaratará, caerían víctimas de su propia trampa. Inevitablemente, se culpaba a Nixon de intransigencia. A mí se me identificaba con una línea más conciliatoria. (Esto no era cierto. Mientras Nixon se refirió a los términos del acuerdo, lo que sólo se produjo en las rondas de diciembre, constantemente urgía la concesión de facilidades mayores que las que yo creía prudentes, especialmente en lo que se refería a la zona desmilitarizada. En general, no tuvimos desencuentros tácticos reales entre octubre y diciembre.) Después que comenzaron los bombardeos muchos periodistas nos aplicaron las distintas categorías constantemente usadas por la gente de relaciones públicas en las semanas anteriores. Nixon era catalogado con la posición «dura»; yo con la «más suave».

Yo no le indiqué a ningún periodista que me había opuesto a la decisión del uso de los B-52. Pero tampoco hice nada para alterar la imagen, en parte por la persecución de las semanas previas y en parte por un deseo, no demasiado heroico, de desviar los ataques a mi persona. Algunos de los periodistas pueden haber confundido mi genuina depresión acerca del aparente colapso de los esfuerzos de paz, por un desacuerdo moral. A pesar de la mucha provocación, debido a que actué especialmente por omisión, y en parte a causa de un agotamiento moral que me embargaba, es uno de los episodios de mi vida pública de los que menos me enorgullezco.

Nixon estaba justificadamente enfurecido por las aseveraciones de los periodistas de que yo me opuse a los bombardeos. A pesar de que nuestra relación se mantenía dentro de lo profesional, en los inevitables contactos diarios entre el asesor de seguridad y el presidente, se notaban muchos detalles que demostraban el disgusto presidencial hacia mi persona. Años después leí que Nixon le había solicitado a Colson que le brindara un informe diario de las llamadas telefónicas que yo recibía. El presidente fue informado. No puedo juzgar durante cuánto tiempo (16). Tampoco puedo aseverar si se limitaba a una lista de las personas que me llamaban o al contenido de las conversaciones. Mi instinto me indicaba que mi actuación estaba llegando a su fin. Como ya mencioné anteriormente, si las negociaciones fallaban, presentaría mi renuncia inmediatamente, asumiendo la responsabilidad total. Si tenían éxito, proseguiría observando el acuerdo hasta que estuviera firmemente establecido y renunciaría entonces hacia fines de 1973. No me cabía duda de que, de no haber mediado el Caso Watergate, podría haber cumplido con este plan. Durante los primeros meses de 1973, me movía en esa dirección.

No obstante, en medio de una crisis, mi obligación era tratar de mantener unidas las piezas. Esto representaba volver a la mesa de conferencias.

SE REANUDAN LAS NEGOCIACIONES

La afirmación de que los bombardeos estaban destruyendo toda perspectiva de negociación, era tan simple y falsa como la de que causaban una masacre de civiles. Sucedió exactamente lo opuesto. En la mañana del 18 de diciembre, coincidiendo con la reanudación de los bombardeos, enviamos un mensaje a Hanoi, vía nuestro canal en París, acusando a Vietnam del Norte de retrasar «frívola y deliberadamente» las conversaciones. Proponíamos tanto una solución al «impasse» de las negociaciones como una fecha para reasumirlas. Sugerimos volver al texto como quedara al fin de la ronda del 23 de noviembre (antes de que Le Duc Tho retirara sus concesiones); también proponíamos mantener la supresión de la frase «estructura administrativa» y los procedimientos propuestos para la firma. Estaría dispuesto a reunirme con Le Duc Tho en cualquier momento después del 26 de diciembre.

La primera reacción norvietnamita, ante los renovados bombardeos, se hizo notar el 20 de diciembre, en las reuniones técnicas. Heywar Isham (que reemplazaba a Porter que estaba con gripe), trataba inútilmente de lograr algún avance en los protocolos, con el viceministro Nguyen Co Thach. Éste leyó una protesta que, según los cánones de Hanoi, era extremadamente suave. «Firmemente» rechazaba todas las alusiones a frivolidad y suspendía la reunión técnica hasta el 23 de diciembre, un gesto de mínima trascendencia bajo las circunstancias que se vivían.

El 22 de diciembre tomamos la protesta de Thach como pretexto para enviar otro mensaje a Hanoi. No retrocedimos. Agregamos un cargo de mala interpretación al anterior de frivolidad.

Las cosas había llegado a otro «impasse» y por lo tanto proponíamos otra reunión, esta vez con fecha fija:

La elección está entre seguir con el conflicto o realizar serios esfuerzos finales para lograr un acuerdo, en un momento en que parece estar tan próximo. La parte de los Estados Unidos, al preferir el segundo curso de acción, propone una reunión entre el asesor especial Le Duc Tho y el dr. Kissinger el 3 de enero de 1973. El dr. Kissinger podría reservar tres días con el fin de concluir las negociaciones.

Si Hanoi accedía a una reunión en estos términos, decíamos que los bombardeos al norte del paralelo veinte terminarían a partir de la medianoche del 31 de diciembre, mientras duraran las negociaciones.

Thach se presentó, según lo prometido, el 23 de diciembre, a la reunión de expertos; leyó una nueva protesta y nuevamente pidió que se levantara la sesión. Esta vez no fijó una nueva fecha, pero nos invitó a que lo hiciéramos nosotros. Esto representaba una «escalada» mínima de protesta, que demostraba de manera evidente que Hanoi no deseaba ser acusada de negarse a continuar las conversaciones.

El 26 de diciembre (día que correspondió a una de las mayores incursiones de los B-52) tuvimos noticias directas de Hanoi. Rechazaba «el lenguaje de ultimátum» de nuestro mensaje

anterior pero aceptaba sus términos. Proseguía con varias páginas, resumiendo su versión de los hechos desde octubre de una manera, para Hanoi, muy poco polémica. Luego accedió a que recomenzaran las conversaciones entre expertos en cuanto se suspendieran los bombardeos. Informaba que Le Duc Tho no podría asistir a ninguna reunión antes del 8 de enero —debido a motivos de salud—. Hanoi refirmó «su continuada y seria actitud negociadora» y su deseo de «lograr acuerdos en todas las cuestiones pendientes con el lado de los Estados Unidos». No habíamos oído un tono tan moderado de parte de los norvietnamitas desde mediados de octubre.

Le informé a Nixon, que estaba en Cayo Biscayne. Quería asegurarse de que estaríamos un paso adelante para cuando regresara el Congreso. Por lo tanto hizo hincapié en un anuncio de la reanudación de las reuniones al mismo tiempo que se finalizarían los bombardeos. Yo sugerí que compactáramos firmemente los entendimientos. Señalé que primero debíamos exigir que los expertos reanudaran las reuniones el 2 de enero; segundo, reafirmar nuestros propósitos del 18 de diciembre y tercero, insistir en limitar a tres o cuatro días la reunión con Le Duc Tho. Mientras tanto, continuaríamos los bombardeos. Nixon accedió de poca gana. Meditando acerca de una posible perspectiva de éxito, comenzó a entusiasmarse con la idea de aparecer en televisión si las negociaciones llegaban a buen fin. Si Hanoi volvía a obstaculizar las conversaciones, el honor de la información pública quedaría para mí. Le aseguré a Nixon, que dada la suave reacción de Hanoi, pensaba que tal cosa no sucedería.

Al día siguiente quedó demostrada la ansiedad de Hanoi porque termináramos los bombardeos. Recibimos otro mensaje expresando que estarían listos para reanudar las conversaciones técnicas, en cuanto finalizaran los bombardeos. Refirmaban también la voluntad de Le Duc Tho de reunirse conmigo el 8 de enero.

Replicamos el 27 de diciembre, presentando las condiciones que delineáramos con Nixon: las reuniones técnicas deberían reanudarse el 2 de enero; se pondría un tiempo máximo a la duración de nuestras conversaciones. Les prevenimos en cuanto a introducir en los protocolos «asuntos cubiertos adecuadamente por el acuerdo básico». Las reanudadas reuniones se anunciarían coincidiendo con el cese de los bombardeos. Con el fin de brindar a Hanoi un incentivo máximo para que contestara rápidamente (y para lograr la acariciada aspiración de Nixon de anunciar la reanudación de las conversaciones antes de la reapertura del Congreso el 3 de enero), ofrecimos suspender los bombardeos dentro de las treinta y seis horas de recibir la confirmación final de tales procedimientos. Terminamos nuestro mensaje con otra advertencia:

Los Estados Unidos desean reafirmar su voluntad de lograr un rápido acuerdo. Pero esto requiere de la República Democrática de Vietnam la finalización de los métodos que impidieron que tal acuerdo se lograra en diciembre. Si ambas partes retoman ahora la actitud de buena voluntad que demostraron en octubre, los problemas pendientes podrán ser resueltos rápidamente. Éste será el ánimo con que los Estados Unidos enfrentarán este esfuerzo final para concluir las negociaciones de octubre.

La respuesta de Hanoi llegó antes de las veinticuatro horas: hecho sorprendente si se considera el tiempo requerido para la transmisión de y hasta París y la diferencia horaria. El 28 de diciembre confirmó nuestras proposiciones así como su «actitud constantemente seria y negociadora».

Al día siguiente informamos a Hanoi que suspenderíamos los bombardeos a partir de las 19,00hs, hora de Washington. Concluimos nuevamente en tono firme:

Los Estados Unidos desean afirmar nuevamente que realizarán un nuevo esfuerzo importante final para lograr un acuerdo dentro del marco del tratado de octubre. La parte norteamericana desea afirmar nuevamente que el dr. Kissinger no podrá pasar más de cuatro días en París en esta ocasión. Si se repitieran los procedimientos ocurridos en diciembre, podría producirse un colapso total de las conversaciones.

Los Estados Unidos entran a estas renovadas negociaciones con buena voluntad, pero urgen a la República Democrática de Vietnam a que estudie cuidadosamente el mensaje norteamericano del 18 de diciembre de 1972. Deberá tomarse la decisión de si será posible pasar de un período de hostilidades a uno de normalización. Éste sigue siendo

el objetivo de los Estados Unidos, que será perseguido con toda seriedad.

En el interín, es necesario que ambas partes demuestren un máximo de discreción en sus declaraciones públicas.

El anuncio se realizó el 30 de diciembre. Parecía seguro que hubiéramos ganado esta mano y que la próxima ronda de negociaciones sería un éxito. Podíamos entrar ahora a la fase final de la terminación de la guerra.

Seguía en pie el problema de nuestro recalcitrante aliado en Saigón. No queríamos que Thieu creyera que los ataques en el norte anunciaban un nuevo período de hostilidades sin fin. Tampoco queríamos que lo confundieran las abiertas críticas a nuestro procedimiento. El 17 de diciembre, Nixon, que estaba tan desilusionado con Thieu como yo, me pidió que preparara un borrador para una carta que el General Haig entregaría en otra misión a Saigón. «No quiero que se haga ilusiones por el hecho de que estamos bombardeando Hanoi...»

Le presenté a Nixon un borrador muy firme. Contrariamente a su costumbre de firmar mis propuestas sin alteraciones, Nixon la endureció casi hasta el punto de la brutalidad. La carta era su juicio considerado «final». Era su «irrevocable» decisión de actuar. No quería que Thieu, «bajo ninguna circunstancia», se formara la impresión equivocada de que las acciones militares contra Hanoi señalaban «la voluntad o el intento de continuar la participación militar de los Estados Unidos, si Hanoi cumple con los requisitos para un acuerdo que yo he impuesto». Nixon terminó la nota de su puño y letra.

He pedido al general Haig que obtenga su contestación a esta oferta absolutamente final de mi parte para que podamos trabajar juntos en la búsqueda de un acuerdo, según las líneas que ya aprobáramos o de lo contrario marchar cada uno por su lado. Permítame recalcarle que el general Haig no irá a Saigón con el propósito de negociar con usted. Ha llegado el momento de presentar un frente común al negociar con nuestros enemigos; debe usted decidir ahora si desea continuar nuestra alianza o si prefiere que nosotros busquemos un acuerdo con el enemigo que sirva únicamente a los intereses de los Estados Unidos.

Ni siquiera este borrador era suficientemente enérgico para Nixon. Me pidió que lo hiciera escribir a doble espacio, para poder ajustarlo aún más.

Haig voló a Saigón y se entrevistó con Thieu el 19 de diciembre. Haig había mandado un mensaje de antemano a Palacio, insistiendo en una reunión privada con Thieu, negándose a hacerlo con todo el Consejo Nacional de Seguridad. Cualesquiera fueran las opiniones que se tuvieran sobre Thieu, debía admirarse su constancia. Nha recibió a Haig. Éste estaba acompañado por Bunker. Thieu orquestó la misma representación de las ocasiones anteriores. Escuchó a Haig; comentó con interés. Adujo (correctamente) que la misión Haig representaba una negociación para el apoyo continuado de los Estados Unidos. Predijo que, luego de que las fuerzas norteamericanas se retiraran, Hanoi reanudaría su guerra de guerrillas, manteniendo su provocación en un nivel bajo, que no justificara la reacción norteamericana (cosa que también resultó absolutamente correcta). Dijo que la carta de Nixon tenía el carácter de un ultimátum y prometió una respuesta para el día siguiente.

Mientras tanto, Haig visitó a Lon Nol, para nuestro encuentro vergonzoso de siempre. Lon Nol expresó su confianza, mientras los norvietnamitas mantuvieran el acuerdo y retiraran sus tropas del territorio. Reafirmó su voluntad de ofrecer un cese unilateral del fuego. Con eso deseaba lograr la continuación de la guerra contra el Khmer Rojo. De todos modos, fue una decisión valiente, adoptada por un hombre que con todas sus fallas representaba las aspiraciones de su pueblo por la paz.

Al día siguiente, 20 de diciembre, Haig me cablegrafió: «Estoy encantado de pertenecer al mismo Club en el que lo iniciaran en octubre.» Tenía una cita tentativa con Thieu para las 11,00 hs. Fue cancelada y se le pidió a Haig que se mantuviera a la expectativa. A las 15,30hs fue finalmente recibido y se le entregó una carta que nos pareció un rechazo a la proposición de Nixon. Thieu retiró sus objeciones a las previsiones políticas, pero no podía aceptar la presencia continuada de las fuerzas norvietnamitas en el sur. Tanto Haig como yo le recomendamos a Nixon que prosiguiéramos las negociaciones con Hanoi de todos modos. Si Thieu seguía rehusándose a participar, realizaríamos un acuerdo bilateral con Vietnam del Norte, para retirar nuestras tropas,

a cambio de nuestros prisioneros. Ahora considero que el mensaje de Thieu fue más sutil de lo que quisimos pensar en ese momento. En ningún momento dijo que no firmaría un acuerdo. Rechazaba lo que él consideraba —correctamente— un atropello a su soberanía. Estaba dispuesto a ceder ante razones de fuerza mayor, pero no a formar parte de ellas. Desde su punto de vista, tenía razón. Nos estaba dando en efecto —a pesar de que nosotros no lo comprendimos— la vía libre para el acto final.

Ningún otro hecho de la política extranjera exterior de la presidencia de Nixon produjo tanta indignación como los bombardeos de Navidad. Sobre ningún otro tema fue tratado con tanta injusticia. No era un bárbaro acto de venganza. No produjo exorbitantes bajas, según las propias cifras de Hanoi. Con seguridad su costo fue mucho menor que el de la continuación de las hostilidades, que era la alternativa. Es difícil superar la impresión de que una década de frustraciones en Vietnam, una generación de hostilidad hacia Nixon y —para ser franco— la frustración por su triunfo electoral se unieran para producir el unánime furor editorial, que sumergió todo juicio ecuánime en una orgía emocional. Cualquier otro procedimiento, con seguridad, hubiera producido otra interminable repetición de las tácticas de diciembre. Enfrentados con la perspectiva de una guerra sin fin y la continuada amarga división; considerando que las condiciones meteorológicas no permitían el empleo de los bombardeos convencionales, Nixon eligió la única arma a su alcance. Su decisión aceleró el fin de la guerra. Aun mirando retrospectivamente, no pienso que ninguna otra medida pudiera haberlo logrado.

LAS RONDAS DE ENERO

Las nuevas conversaciones comenzaron de manera poco prometedora. El 2 de enero de 1973, el grupo demócrata de la Cámara de Representantes votó, por 154 contra 75 votos, la supresión de todos los fondos para operaciones militares en Indochina, sujeto únicamente a la liberación de los prisioneros militares y al retiro asegurado de las tropas norteamericanas. No había ninguna previsión para el cese del fuego para ninguno de los países de Indochina, incluyendo Vietnam; ni para la zona desmilitarizada o para el cese de la infiltración. El Congreso amenazaba con abandonar a *todos* nuestros aliados en Indochina. El 4 de enero, el grupo demócrata del Senado presentó una resolución similar por 36 votos contra 12. Era una demostración extrema que a Hanoi le hacía pensar que no podía esperar a un seguro cese de la ayuda y reanudar las negociaciones.

Las conversaciones técnicas sobre los protocolos recomenzaron el 2 de enero, lideradas por Bill Sullivan del lado norteamericano y el vice ministro del exterior Nguyen Co Thach por Hanoi. El ambiente al comienzo de la reunión era «profundamente sombrío», informó Sullivan; pero paulatinamente ambas partes comenzaron las negociaciones. Siguiendo mis instrucciones, Sullivan aclaró desde un principio, que las tácticas dilatorias de diciembre ya no serían aceptadas. Después de esta aclaración, la sesión prosiguió como una reunión de negocios. Después de una declaración de apertura en la que condenaban los bombardeos, la delegación norvietnamita no volvió a referirse a ellos. Sullivan informó: «La República Democrática de Vietnam no repitió su comportamiento victorioso como si acabara de 'derrotar a la Fuerza Aérea Estratégica de los Estados Unidos'. En general estaba alicaída, a pesar que Thach se animó algo a medida que transcurría la tarde.»

Durante los siguientes días, Thach y Sullivan llegaron a acuerdos sobre cuatro temas litigiosos en disputa, dejando otros cuatro para Le Duc Tho y yo. Todas estas circunstancias eran algo alentadoras. Obviamente Hanoi no mostraría todas sus cartas hasta que Le Duc Tho estuviera en la escena.

El 4 de enero Nixon se reunió con Rogers, Moorer, Laird y yo. La mayor parte del tiempo la pasamos oyendo un informe de Laird y Moorer sobre los recientes bombardeos, utilizando fotos que mostraban el éxito de «bombas afortunadas» en contra de objetivos militares. El resto de la reunión se limitó a las relaciones públicas. Cada participante presentó su caballito de batalla: Nixon enfatizó la hipocresía y falsedad de los medios de información, especialmente las redes de televisión. Laird quería referirse al resultado de los bombardeos. Rogers buscaba material para su Informe al Congreso. Yo insistía en que todos debíamos evitar declaraciones que demostraran nuestra ansiedad, que podría minar una negociación sobre la cual me sentía ahora optimista.

El 5 de enero se produjo otro intercambio de cartas entre Nixon y Thieu. Nuestra carta, redactada por mi equipo, reiteraba las condiciones ante las que nosotros estaríamos dispuestos a lograr el acuerdo y concluía:

Sólo puedo repetir lo que he dicho tantas veces: la mejor garantía para la supervivencia de Vietnam del Sur es la unidad de nuestros dos países, que se vería gravemente amenazada si persiste en su presente curso de acción. Las acciones que nuestro Congreso realizara desde su reapertura, han cumplido ampliamente con los vaticinios que le hicieramos.

Si usted decidiera, según yo lo espero, seguir con nosotros, tiene mi seguridad de una ayuda continuada en el período posterior al acuerdo. Asimismo responderíamos con toda nuestra fuerza si se violara el acuerdo por parte de los norvietnamitas. Por lo tanto, nuevamente hago un llamamiento para que se una a nosotros.

El 7 de enero, Thieu respondió con evasivas, pidiéndome que le diera instrucciones a Nixon con respecto a presentar sus preocupaciones y deteniéndose a poca distancia de dar su apoyo a nuestro programa. Por otra parte, tampoco dijo que se negaría a firmar.

El 6 de enero Nixon y yo nos reunimos en Camp David para revisar la estrategia final. Me instó a llegar a un arreglo con cualesquiera fueran los términos que tuviéramos a mano. Desmintiendo a los constructores de su imagen, hasta llegó a decir que podría aceptar los términos de octubre; yo le presenté mis objeciones, señalando que a pesar de sus méritos —que yo creía adecuados— ahora conducirían inevitablemente al colapso de Saigón. Los survietnamitas debían tener algo para mostrar en su confrontación con Hanoi y nosotros. De cualquier manera, estaba seguro de que no llegaríamos a eso. Ese día Le Duc Tho arribó a París. Realizó una escalofriante declaración, cuya aparente intransigencia en realidad aumentó nuestro optimismo. Tho anunció ampulosamente que había venido a París para hacer un trato «final» para un «rápido» acuerdo. Puesto que era la precisa condición bajo la cual accediéramos a resumir las negociaciones, simplemente nos imponía como un ultimátum lo que nosotros habíamos insistido en que fuera una condición sine qua non. Rechazó de plano firmemente cualquier alteración «irrazonable» del proyecto de octubre, dejando abierta una enorme puerta para los «posibles» cambios.

Consecuentemente, el 8 de enero, Le Duc Tho y yo volvimos a encontrarnos en Gif-sur-Yvette, para lo que ambos nos habíamos prometido que sería la última rueda de negociaciones. Los siempre presentes periodistas estaban encaramados sobre sus improvisados palcos y reinaba tanta confusión en apariencia como en la realidad. En diciembre, mientras obstaculizaba las conversaciones, Le Duc Tho se mostraba ostentosamente cordial conmigo afuera; al mismo tiempo, resultaba intratable en la mesa de conferencias. Ahora, en cambio y por hacer el juego a nuestros medios de información indignados por los bombardeos, evité todo contacto físico conmigo en público. Más aún: ningún vietnamita aparecía a recibirme a la puerta. Simplemente se abría desde adentro, como por una mano invisible. Todo esto provocó muchos artículos satisfactorios para los periodistas, sobre la helada atmósfera reinante en las reuniones después de los bombardeos. En realidad, nuestras relaciones en el interior de la residencia, fuera de la vista de la prensa, eran relativamente cordiales. Todos los norvietnamitas formaban una fila para saludarnos. Le Duc Tho se mostró ágil y diligente el primer día, aumentando su cordialidad a medida que nos aproximábamos al acuerdo.

La reunión del primer día, que duró cuatro horas y media, resultó incompleta. Tho condenó nuestros bombardeos según las líneas conocidas y de manera superficial. El tono fue mucho más moderado que el que adoptara en el aeropuerto. Después de mi breve réplica, comenzamos una discusión acerca de los procedimientos a emplear con los puntos que faltaban terminar. Finalmente coincidimos que serían la zona desmilitarizada y el método de firma. Esto se complicaba con la necesidad de evitar poner a Saigón en la necesidad de tener que reconocer a los comunistas survietnamitas. Una vez que ambas partes dejáramos establecidas nuestras propuestas, levantamos la sesión. A pesar de que todavía no estaba preparado para revelar la totalidad de sus intenciones, Le Duc Tho se molestó en indicar una posible flexibilidad. Al levantarse la sesión, destacó que tomaría en cuenta nuestros requerimientos, al hablar al día siguiente (algo que nunca había hecho). Durante el receso para almorzar me llevó a un aparte para indicarme nuevamente que tenía problemas con sus colegas del Politburó, que pensaban que era demasiado flexible. De ser cierta esta aseveración, no quisiera saber lo que serían sus camaradas de la línea dura. Le informé cautelosamente al presidente:

Es imposible extraer cualquier conclusión decisiva de esta reunión. En realidad sería imposible que ellos cedieran en los diferentes temas el primer día en la mesa de conferencias, después de los bombardeos con los B-52. De esta manera podrían seguir el procedimiento esencial de las conversaciones técnicas a las que no prestaron atención el primer día. Por otra parte, es igualmente posible que nos estén obstaculizando nuevamente, como hicieron en diciembre. Bajo esta hipótesis, el progreso de la semana pasada sobre las conversaciones técnicas sería una forma de quitarle vulnerabilidad para la propaganda a su posición concerniente a la maquinaria de control internacional. Nos volveremos a reunir mañana a las 10,00hs y en esa sesión, deberíamos tener más claras sus intenciones.

La apertura se produjo en la siguiente reunión, el 9 de enero. Como en diciembre, las reuniones ahora se alternaban entre una residencia norteamericana y una vietnamita. El coronel Guay había descubierto la residencia de un hombre de negocios norteamericano ubicada en un campo de golf en Saint-Nom-la-Nreteche, no muy lejos de Versailles. Allí en medio del verdor que nos rodeaba y donde podíamos pasear tranquilamente en los intermedios, rápidamente comprendimos que Le Duc Tho había venido dispuesto a terminar el acuerdo. Propuso que Thach y Sullivan se dedicaran a trabajar de pleno con los protocolos, sin participar en nuestras conversaciones principales. Estuve de acuerdo. Luego dijo:

Con el fin de probar la seriedad y buena voluntad para encontrar una rápida solución, debemos tomar en cuenta adecuadamente nuestras mutuas actitudes. Naturalmente, deberán existir mutuas concesiones y reciprocidad. Si cada uno se mantiene inamovible en su posición, no habrá acuerdo posible. ¿No está de acuerdo conmigo?

Por supuesto que sí, lo estaba; a pesar de que en realidad no tuve que probar mi buena voluntad, puesto que Le Duc Tho aceptó en efecto nuestras propuestas de 18 de diciembre. Aceptó el proyecto como estaba el 23 de noviembre al finalizar la primera sesión luego de las elecciones. Incluyó en él todos los doce cambios que hiciera durante esa sesión. Estuvo de acuerdo con mi formulación para el compromiso para la zona desmilitarizada, que rechazara enérgicamente en diciembre. Nixon cumplía sesenta años. Le informé a Washington:

Celebramos el cumpleaños del presidente logrando una apertura importante en las negociaciones. En suma, logramos acuerdo en todos los puntos sobresalientes del texto del acuerdo, realizamos grandes avances acerca del método de firma y conseguimos un prometedor comienzo para nuestro entendimiento mutuo...

Los vietnamitas nos han desilusionado muchas veces antes y no podemos estar seguros del éxito hasta que todo esté en regla. Pero el ánimo en general y el trato que recibimos, fue tan similar al que reinaba en octubre como no lo habíamos percibido desde entonces.

A pesar de las tensiones de las semanas recientes, creía deberle a Nixon un sincero reconocimiento.

Lo que nos hizo llegar a este punto fue la firmeza del presidente y la creencia de los norvietnamitas de que éste no se verá afectado por presiones del público ni del Congreso. Le Duc Tho me ha repetido esto en numerosas ocasiones. Por lo tanto, será indispensable que mantengamos nuestra fiera postura durante los próximos días. La más mínima indicación de ansiedad, podría ser suicida.

Nixon contestó inmediatamente: «Aprecio mucho sus saluciones por mi cumpleaños, junto con su informe... Si la otra parte se mantiene en este curso y no se desbarranca mañana, lo que usted ha logrado será mi mejor regalo de cumpleaños en sesenta años.»

Los grandes sucesos raramente tienen un final dramático. Con más frecuencia se disuelven en una maraña de detalles técnicos. Así sucedió en París en enero. Luego de acordado lo referente a la zona desmilitarizada, quedaba pendiente la cuestión formal de la firma de los documentos. Debía hacerse de manera que Saigón no tuviera que reconocer al Gobierno Provisional del Frente Comunista. Luego de varios días de forcejeos, encontramos una fórmula según

la cual dicho gobierno no se mencionaba en el documento. El acuerdo mediante el cual se pondría fin a la guerra en Vietnam tiene la distinción de ser el único documento que conozco en la historia de la diplomacia que no menciona a todas las partes en conflicto. Los comunistas de Vietnam del Sur firmaron en una página, juntamente con Hanoi, Saigón y los Estados Unidos, en otra. Las negociaciones comenzaron en 1968, con una discusión acerca de la forma de la mesa. Terminaban en 1973 con otra discusión por un problema similar.

Una vez roto el estancamiento, la tensión pareció desaparecer. A no ser que se produjera un nuevo y súbito cambio de idea de Hanoi, el acuerdo parecía inevitable. Le Duc Tho se mantuvo en su curso. Estuvo de acuerdo en que Hanoi realizaría un cese del fuego en Laos, dentro de los quince días tras el Vietnam. Sólo la pobre Camboya debió conformarse con afirmaciones verbales. Le Duc Tho repitió las dificultades de Hanoi con el Khmer Rojo:

Les he manifestado en repetidas ocasiones que deseamos la paz; queremos la paz en Vietnam y Laos. Luego que la paz sea reinstaurada en Vietnam y Laos, también queremos que lo sea en Camboya. Por lo tanto le he dicho que cuando se logre la paz en Vietnam, las condiciones objetivas tanto como el deseo subjetivo de parte nuestra, contribuirán a la paz en Camboya. Pero hablando con claridad, discutir con nuestros aliados en Camboya no es tan sencillo como hacerlo con nuestros aliados en Laos. Estoy firmemente convencido de que, al restaurar la paz en Vietnam y Laos, se crearán condiciones favorables para lograrla también en Camboya. En lo que a nosotros se refiere, cuando tengamos paz en Vietnam y nuestros aliados en Laos la tengan en su país, es ilógico que todavía querramos continuar la guerra en otras partes.

Hanoi puede haber tenido problemas con el Khmer Rojo. Pero probablemente tampoco habría apoyo del Congreso o del público para un cese del fuego debido a su ambigüedad con respecto a Camboya. Durante meses presioné cuanto pude para lograr el cese del fuego en Camboya, sin resultado. Era una lástima. De todos los países de Indochina, los camboyanos se comportaron con mayor nobleza y sufrieron por su patriotismo de la manera más cruel. También por parte de los que en nuestro país se mostraban enfurecidos por nuestra presunta violación de su neutralidad. Éstos luego removieron cielo y tierra para impedir que se les diera el apoyo adecuado, cuando las divisiones de Vietnam del Norte y el Khmer Rojo devastaban ese país inocente mucho después de que nuestras tropas se retiraran.

A medida que nos aproximábamos al fin, ya no quedaba en nuestro grupo esa sensación de triunfo que acompañara la apertura en octubre. Las negociaciones de diciembre habían revelado ante nuestros ojos el permanente odio mutuo entre los dos Vietnam. Sabíamos que todavía nos quedaba por delante una dura lucha con Thieu. Comprendimos que la capa de afabilidad que cubría al liderazgo de Hanoi era mínima. Su obsesión de obtener la hegemonía, según creíamos, continuaría después del arreglo. Pero, a pesar de que sabíamos que preservar el acuerdo implicaría una lucha, teníamos confianza en poder enfrentarla con éxito. Ya habíamos superado todas las ilusiones. Pero aún sentíamos un alivio agradecido por el peligro que acabábamos de sortear con tan escaso margen y teníamos la esperanza de que, luego de un período de cicatrización, la concordia volviera a reinar en nuestro país.

Mis colegas Bill Sullivan, Winston Lord, John Negroponte, David Engel y Peter Rodman, a los que al final se unió también George Aldrich, segundo asesor legal del Departamento de Estado, trabajaron quince horas por día negociando el acuerdo, renovando los borradores, informando a los survietnamitas, intercambiando cables con Washington. (Fuimos asistidos eficientemente por el dr. Kenneth Riland, a quien él siempre amable y servicial Nelson Rockefeller nos envió para que se ocupara de atender nuestras esforzadas espaldas, tensas por las largas horas de trabajo y el nerviosismo vivido.) Acordamos que Haig partiría para Saigón dentro de las veinticuatro horas de completar los textos en París. Dentro de las cuarenta y ocho, cesarían todos los bombardeos en el Norte. El 18 de enero se anunciaría mi regreso a París, aproximadamente el 23, para completar los acuerdos. La Casa Blanca, liberada del fantasma del fracaso, se volvió con decisión hacia el libreto dedicado a las relaciones públicas. El presidente buscaba un papel para sí antes de firmar los documentos el 23 de enero. Frenéticos cables iban y venían. Las festividades de la inauguración del nuevo período complicaban el problema de encontrar el momento de hacer el anuncio. Queríamos que tuviera un contenido emocional suficiente, pero que se mantuviera dentro de un nivel moderado como para no tentar a los nor-

vietnamitas a un nuevo estancamiento. Saigón solucionó perversamente el problema, no anunciando su concurrencia hasta el 30 de enero. Nixon juzgó, inteligentemente, que no debería arriesgar el prestigio de la presidencia hasta que todas las partes hubieran firmado irrevocablemente.

Finalmente, el sábado 13 de enero, en nuestro lugar de reunión en Saint-Nom-la-Breche, se completó una vez más la redacción del acuerdo, juntamente con todos los entendimientos y protocolos. Las dos delegaciones no habían tenido nunca contacto social, con excepción de algunas bromas durante los ratos intermedios. En las primeras reuniones se servía poca comida. Luego, cada delegación servía comida, pero en comedores separados. El 13 de enero, por primera vez comimos todos juntos. Hice traer una comida de afuera. Los vietnamitas y los norteamericanos nos sentamos alternados alrededor de la mesa. Tho y yo hicimos brindis por una paz duradera y la amistad entre nuestras gentes.

En las negociaciones desde el 20 de noviembre, se había logrado una serie de cambios; la previsión de que continuaría nuestra ayuda militar a Saigón, de manera que permitiría un apoyo irrestricto. La frase «estructura administrativa» que describía al Consejo de Reconciliación Nacional y Concordia se había dejado de lado, señalando así su esencial inoperancia. Las funciones del Consejo habían sido más reducidas aún, quitándole cualquier papel que le pudiera caber en «mantener el cese del fuego y la preservación de la paz» que figuraba en los proyectos anteriores. La zona desmilitarizada se reafirmaba explícitamente en los términos precisos de las previsiones que la establecieron en los Acuerdos de Ginebra. Se había agregado una norma de que las partes debían evitar utilizar Camboya y Laos «para inmiscuirse en la soberanía y seguridad de cada una de ellas y la de los otros países». Esta previsión, destinada a la creación de santuarios, se incluyó para reforzar una anterior que requería el retiro de las fuerzas extranjeras. La maquinaria de control internacional llegaba ahora a 1.160 personas y estaba lista para comenzar a funcionar el día que se firmara el acuerdo. Se eliminaron una serie de alusiones difamantes hacia los Estados Unidos. Se realizaron algunas pocas mejoras técnicas. Todos los protocolos y entendimientos esenciales para realizar el acuerdo, fueron completados.

¿Valió la pena? ¿Eran los cambios suficientemente significativos como para justificar la angustia y amargura de aquellos últimos meses de la guerra? Probablemente no para nosotros. Casi con seguridad para Saigón, por cuya supervivencia se hiciera la guerra, después de todo. Obviamente pensamos que el acuerdo de octubre era apropiado o no hubiéramos seguido adelante con él. Pero la factibilidad de todo acuerdo depende de la voluntad de cooperación de las partes. Una vez que Thieu se opuso, estábamos condenados a lo que en realidad sucedió. No podíamos, conscientemente terminar una guerra en pro de la independencia de Vietnam del Sur, imponiendo un tratado de paz inaceptable para nuestro aliado. Si hubiéramos tratado de hacerlo así, en las dos semanas antes de la elección, hubiéramos sido acusados, con justicia, de jugar a la política con el destino de millones de almas. El intento habría fracasado. Como estaban las cosas, se necesitaron casi tres meses, aproximadamente veinte cambios en el texto del acuerdo y la amenaza de un corte en el apoyo norteamericano, para obtener la conformidad de Thieu.

La paz que implicaba el retiro de las tropas norteamericanas, era una experiencia traumática para los survietnamitas. No podía imponérsele a unas gentes que durante más de una década habían padecido el terrorismo comunista y la devastación de la guerra. Thieu debía prepararla cuidadosamente y de tal manera dejar bien claro que él era un vietnamita nacionalista. Thieu tenía que acostumbrar a su pueblo a nuestra ausencia física y hacer que aceptaran su independencia psicológica, demostrando su desafío y entereza. El que estos métodos fueran odiosamente vietnamitas y que en el proceso destruyeran casi por completo nuestra cohesión interna, no altera la realidad de que luchó valientemente y que estaba en lo cierto, según su razón y entender, en cuanto a lo que pensaba que eran los propósitos de Hanoi. Nada de esto perdona sus tácticas extraordinarias, casi maniáticas, ni su total insensibilidad a nuestras necesidades.

Yo me he preguntado infinidad de veces si, de haber tratado con Thieu de una manera más apropiada en octubre, se hubieran evitado los problemas. Tal vez si lo hubiera acercado al proceso con más antelación, habría sentido algo menos de rencor hacia mí. Pero aunque le hubiéramos presentado la propuesta original del 8 de octubre, la reacción de Thieu no habría resultado diferente. Además, como aún no había sido mejorada, se habría opuesto con mayor fiereza todavía. La guerra de guerrillas de Saigón en contra del acuerdo habría comenzado de inmediato. Las mejoras que exigimos despiadadamente antes de aceptar un «programa» se hu-

bieran evaporado. Hanoi habría publicado el texto con mayor antelación aún. Estaríamos bajo gran presión y nuestra posición en la negociación se hubiera desgastado rápidamente. La demostración de Hanoi de diciembre se hubiera producido antes y no hubiéramos tenido una base para negociar. Paradójicamente, por lo tanto, un ritmo más acelerado seguramente habría producido un acuerdo mucho peor; no cambiaría la actitud de Saigón, aumentaría nuestras divisiones domésticas y los riesgos de un colapso. Concretar los términos en octubre podría haber sido indispensable para mantener juntas las piezas más tarde, a pesar de que esto hubiera representado la caótica continuación de una amarga contienda.

En cuanto a la angustia de diciembre, fue responsabilidad de Hanoi. Los sesenta y nueve cambios buscados por Saigón, descartados como parecían, se habían solucionado casi todos. Estábamos a punto de completar las negociaciones, hasta que Hanoi, por razones que aún no entiendo del todo, adoptó una evidente decisión estratégica de detener la negociación. La «mejora», que en ese momento estaba en discusión, no era una cláusula particular en disputa sino la diferencia entre lograr el acuerdo y no lograrlo del todo. *Esto*, según mi entender, valió toda la agonía de diciembre.

THIEU CEDE

Volví a los Estados Unidos el 13 de enero, haciendo una escala en Washington sólo para reunirme con Haig y proseguir viaje a Cayo Biscayne. Las intenciones de los encargados de las relaciones públicas de la Casa Blanca de empequeñecer mi imagen todavía se hacían sentir. Me esperaba un gran contingente de periodistas, pero el piloto recibió orden desde la torre de detener el avión en un rincón alejado de la Base Homestead de la Fuerza Aérea; fuera del alcance hasta de los teleobjetivos.

Lo más extraño de mi situación con Nixon en este período era, según ya lo mencionara, que a pesar de las tensiones latentes —que yo notaba por la actitud de sus colaboradores y que luego figuran en las memorias que éstos escribieron— nos tratábamos de una manera muy cordial. Este hombre extraño, que podía ser tan fiero, implacable y tortuoso al defender su propio terreno, era capaz de una considerable gentileza en su trato personal. Le presenté mi informe a Nixon cerca de la medianoche. Nos reunimos durante más de dos horas, hasta las 02,30 hs (eran las 08,30 hs en mi horario biológico), repasando las negociaciones y la interminable odisea que nos trajera hasta este punto. A pesar de que no estaba contento con algunas de las actitudes de Nixon con respecto a mi persona; a pesar de que tampoco estaba de acuerdo con algunas de sus tácticas, esa noche sentí hacia él una extraña ternura. Había conducido nuestro país durante un período peligroso. Llegó a sus decisiones a través de procesos misteriosos. Pero me había honrado con su confianza y al fin de la jornada trató de mantener la fuerza y dignidad de nuestro país según su modo de ver, revolucionando la diplomacia internacional. (Detrás de este logro, se ocultaba mucha inteligencia y muchos conocimientos.) Se merecía, en la hora del triunfo, brillar bajo las luces que tan crudamente lo enfocaran a través de todas las adversidades. En este sentimiento dulcificado, revisamos nuestra posición y cómo continuar el camino hacia la paz que ahora estaba tan cercana. Nos hablamos en términos casi afectuosos, como veteranos de amargas batallas en una reunión final, a pesar de que ambos sentíamos que habían sucedido demasiadas cosas entre nosotros para lograr proseguir el viaje juntos.

Haig partiría a la noche siguiente (14 de enero) rumbo a Saigón, con el ultimátum de que firmaríamos el documento, si fuera necesario, sin Thieu. El 15 de enero la Casa Blanca anunciaría el fin de los bombardeos y el 18 que yo volvería a París el 23 de enero para «completar el acuerdo». Nixon se dirigiría al país esa noche. La firma solemne por los ministros de relaciones exteriores tendría lugar en París, el 27 de enero. En señal de paz hacia Rogers, accedí a no estar presente en la culminación de estos esfuerzos. La razón por la que lucháramos, rezáramos, esperaríamos, deseáramos y tal vez hasta odiáramos, el fin de nuestro compromiso en Indochina y la ansiada paz, estaba a punto de celebrarse.

Pero todavía no teníamos el consentimiento de ese valeroso hombrecillo de Saigón, el presidente Thieu. Nixon estaba decidido a imponerse. «La brutalidad no es nada», me dijo. «Realmente verá lo que es, si este bastardo no se aviene a nuestros términos, créame.» Haig le entregó a Thieu una ardiente carta de Nixon el 16 de enero. Resumía todas las ventajas del acuerdo y hacía una lista de las mejoras que se lograrán desde las negociaciones de noviembre y diciembre. Su párrafo más importante decía:

Por lo tanto, he decidido irrevocablemente proceder a aprobar el acuerdo el 23 de enero de 1973 y firmarlo el 27 del mismo mes en París. Lo haré así, si es necesario, aunque sea solo. En ese caso me veré en la obligación de explicar públicamente que su gobierno obstruye la paz. El resultado será una inmediata e inevitable suspensión de la ayuda económica y militar de los Estados Unidos, que no podrá evitarse mediante un cambio de dirigentes en su gobierno. Deseo, sin embargo, que después de todo lo que nuestros países sobrellevaron y sufrieron juntos durante el conflicto, nos mantengamos unidos para preservar la paz y disfrutar de sus beneficios.

Haig, según lo convenido, exigió una respuesta para la noche del 17 de enero.

Pero Thieu no cedía todavía. Se quejaba de que al acuerdo le faltaba «equilibrio» todavía. Admitía ahora que sus fuerzas serían capaces de manejar a los norvietnamitas que quedaran en el sur. Pero su presencia continuada era un desafío psicológico que él se sentía en la obligación de resistir. Haig pensaba, como tantas veces lo hiciéramos juntos, que al fin del día Thieu accedería a unirse a nosotros.

Thieu volvió a sorprendernos. El 17 de enero le entregó una carta a Haig para Nixon, pidiéndole un nuevo esfuerzo para lograr algunos cambios, esta vez en los protocolos. Pero era inútil, como Thieu debe haber sabido muy bien. Los textos ya estaban congelados. No podían realizarse nuevas negociaciones. Nixon le contestó ese mismo día. Su carta resumía nuevamente todos sus argumentos y amenazas de la anterior. Exigía una respuesta para la mañana del 20 de enero (el Día de la Inauguración), cuando Haig regresaría a Saigón, después de haber informado a los otros países del área. La ausencia de una contestación se tomaría como un rechazo. «La responsabilidad por las consecuencias, quedará en manos del gobierno de Vietnam.»

El 18 de enero, ante una sugerencia nuestra, los senadores John Stennis y Barry Goldwater, ambos firmes defensores de Saigón, anunciaron públicamente que, si Saigón bloqueaba el acuerdo, pondría en peligro sus relaciones con los Estados Unidos. Tuvimos noticias de Thieu, justo en el límite del plazo que Nixon le fijara. Enviaría a su ministro del exterior, Lam, a París, para hacerse cargo en forma personal de la ronda final de negociaciones. Esto era una fórmula casi segura de salvar el prestigio, e indicaba que finalmente firmaría. Todavía insistía en obtener algunos cambios en el texto, gesto éste que sabría destinado meramente a dejar sentado su desacuerdo en la larga historia de las negociaciones. Nixon le contestó que necesitaría la aprobación de Thieu para el mediodía del día siguiente; en caso contrario, informaría a los líderes legislativos que Thieu se negaba a colaborar, con todas las consecuencias imaginables. (Estas cartas, como casi todas las comunicaciones con excepción de la del 17 de diciembre, fueron escritas por mi equipo y yo y aprobadas por Nixon.) El 21 de enero, Thieu cedió con dignidad. Sólo requería algunas declaraciones unilaterales de parte de los Estados Unidos, de que reconocíamos a Saigón como el gobierno legal de Vietnam del Sur y que Hanoi no tenía derecho a mantener tropas allí. Esto estaba de acuerdo con nuestra interpretación del acuerdo; el tratado no sancionaba la presencia de tropas extranjeras y se refería en varios párrafos a la «soberanía de Vietnam del Sur». Le dimos nuestras seguridades.

Yo creía entonces, y aún lo creo, que el acuerdo podría haber funcionado. Reflejaba un verdadero equilibrio de fuerzas en el terreno. Si este equilibrio se mantenía, también se hubiera mantenido el acuerdo. Creíamos que Saigón era suficientemente fuerte para enfrentar una guerra de guerrillas y violaciones menores. La amenaza implícita de nuestra intervención, probablemente, desalentara violaciones masivas. Esperábamos que con el programa de asistencia a toda Indochina, incluyendo Vietnam del Norte, prometida por los presidentes de ambas partes, hasta lograríamos desviar la atención de Hanoi (y la de sus fuerzas) hacia tareas constructivas, si las nuevas realidades tomaban cuerpo por un período suficientemente prolongado. Hanoi en realidad instruía a sus *cuadros* en el Sur para prepararse para un largo período de competición *política*. Nosotros emplearíamos nuestra influencia en Moscú y Pekín para lograr una restricción.

No nos hacíamos ilusiones en cuanto a los objetivos a largo plazo de Hanoi. Tampoco habíamos pasado por la agonía de cuatro años de guerra e infernales negociaciones simplemente para lograr un «intervalo decente» para nuestro retiro. Estábamos decididos a hacer todo lo posible para permitirle a Saigón crecer seguro y próspero, de manera de poder vencer en cualquier contienda política. No buscábamos un intervalo antes de la caída, si no una paz duradera con honor. De no haber mediado el colapso del Poder Ejecutivo como resultado del Watergate, creo que lo hubiéramos logrado.

Capítulo XXXIV

AL FIN LA PAZ

El día de la segunda toma de posesión de Richard Nixon fue muy parecido al de la primera: frío, claro y ventoso. Yo estaba sentado en la plataforma detrás de los miembros del gabinete con mi padre de 86 años. Ya no me sorprendía estar allí, pero me sentía algo aturdido por los acontecimientos emocionales de los meses anteriores. Pronto terminaría la guerra y todo el mundo estaba esperanzado. Los senadores y diputados se acercaron a felicitar a los nuevos dignatarios y a charlar con ellos; mi padre, que había visto destruidos sus esfuerzos de toda la vida cuando los nazis se apoderaron de su tierra natal, estaba radiante. Realmente no podía creer lo que había pasado; de una manera extraña toda la angustia de su vida parecía quedar vindicada.

Se oyó un toque de trompetas y apareció Nixon mientras sonaba el «Saludo al Jefe». Él también parecía no poder creer realmente que todo se había realizado; el periodo que había cumplido en el cargo no había disminuido la sensación de asombro al encontrarse allí. Y tenía el aspecto de estar no totalmente feliz, sino apartado de lo que lo rodeaba.

El triunfo parecía llenar a Nixon con una premonición de algo efímero. Él se lucía, como no se cansaba de repetirlo, en momentos de tensión. Verdaderamente, a veces era difícil evitar la impresión de que necesitaba las crisis como una fuerza capaz de motivarlo, y de que el éxito se convertía no en un fin sino en una obsesión, de modo que una vez alcanzado no sabía qué hacer con él. Los festejos que rodearon la toma de posesión fueron importantes pero no muy animados. Los participantes actuaban como si se hubieran ganado su presencia allí y no como si compartieran un nuevo propósito común. A lo largo de todas las ceremonias Richard Nixon se movió como si fuera un espectador más y no el actor principal. Había logrado éxitos espectaculares. Había alcanzado las metas internacionales propuestas para el primer periodo. Tenía por delante un lienzo en blanco: era una de las raras oportunidades en la historia en que un presidente podía dedicarse esencialmente a nuevas y creativas tareas diplomáticas. Los legados del pasado se estaban superando, el ambiente internacional estaba fluido, lo que sucede como mucho una vez en cada generación, y sólo esperaba la mano que lo plasmará. Y sin embargo, ese día se lo veía distante, como si no pudiera resolverse a dejar su mundo interior inhospitalario y hostil y que tal vez había odiado, pero con el cual por lo menos había llegado a un acuerdo. Quizás fuera simple timidez o fatalismo; quizás fuera la conciencia de que lo amenazaba una catástrofe.

Dos días más tarde, el 22 de enero, partí para París con el objeto de asistir a la reunión final con Le Duc Tho. Ésta debía realizarse por primera vez en terreno neutral y ceremonial, un pequeño salón de conferencias en la Avenida Kléber que había sido la escena, desde 1968, de 174 inútiles sesiones plenarias. Aun ahora se utilizaría sólo para un evento simbólico. Sullivan y Thach habían pasado varios días revisando todos los textos. En un gesto paranoico final los norvietnamitas insistían en que, al completarse, cada texto se atara con un hilo y éste se sellara; supongo que para evitar que nosotros deslizáramos clandestinamente nuevas páginas durante la noche.

Cuando llegué a París me enteré de que Lyndon Johnson había muerto ese día. Él mismo había sido víctima de la guerra de Vietnam, que había heredado y luego extendido tratando de cumplir con su concepción del deber de nuestra nación y de su obligación con su predecesor

caído. Nada hubiera querido menos que ser presidente en tiempo de guerra, y esto sin duda contribuyó a su conducta indecisa durante el conflicto. En su retiro se había comportado dignamente con un dejo de melancolía, agobiado por la terrible verdad de que la única ocupación que realmente le importaba, el servicio público, ahora estaba terminada para él —como un cirujano a quien, en la cúspide de su carrera, le impedirían para siempre entrar a un hospital. Haldeman lo había llamado por teléfono el 15 de enero para informarles que se suspenderían los bombardeos. (Anteriormente yo le había pasado información muchas veces en nombre de Nixon, pero ahora que estaba reducido a un «papel secundario», Haldeman me había pedido no hacerlo.) Pero yo le había enviado con una cálida nota, una copia del acuerdo de paz. Era simbólico que este hombre hosco, imperioso, vulnerable, expansivo, con aspiraciones y tan lleno de vida, muriera con la guerra que la había destrozado el corazón.

La reunión comenzó a las 9,35 de la mañana del martes 23 de enero. Le Duc Tho se las arregló, aun en esta solemne ocasión, para hacerse odioso al insistir en obtener para Vietnam del Norte promesas leoninas de ayuda económica norteamericana. Le dije que esto no podía discutirse más hasta que el acuerdo estuviera firmado; también dependía de la aprobación del Congreso y del cumplimiento del acuerdo. Finalmente, a la una menos cuarto, firmábamos los distintos textos e improvisamos breves declaraciones de clausura. Le Duc Tho dijo:

Sr. asesor: hemos estado negociando durante casi cinco años. Puedo decir que éste es el comienzo de una nueva atmósfera entre nosotros. Es también la primera piedra (sic) que marca la nueva relación entre nuestros dos países, aunque la ceremonia oficial de la firma tendrá lugar dentro de unos pocos días. La restauración de la paz es la aspiración del pueblo vietnamita, del pueblo norteamericano y también de todo el mundo.

Hoy hemos completado nuestro trabajo. He hablado con su gobierno a través de usted y usted ha hablado con mi gobierno a través de mí. Nosotros, usted y yo, no debemos olvidar este día histórico. Porque para llegar a esto hemos recorrido una larga distancia y un camino difícil, pero ahora hemos superado todas estas dificultades. Es un motivo de satisfacción entre nosotros, para usted y para mí. Y el Acuerdo se firmará oficialmente en pocos días. Yo solemnemente respeto (sic) aquí a usted que vamos a cumplir estrictamente el Acuerdo. Creo que ambos deberíamos hacer lo mismo para mantener una paz duradera en Vietnam y en el Sudeste de Asia.

Y yo respondí:

Sr. consejero especial: nuestros dos pueblos han sufrido mucho. Ha habido muchos momentos dolorosos y mucha destrucción. Usted y yo hemos tenido el gran honor de ponerle fin a esto. Es algo que no podemos olvidar nunca.

Pero nuestro trabajo no estará completo mientras no proporcionemos una paz duradera al pueblo de Indochina, y una atmósfera de reconciliación entre los pueblos de Vietnam del Norte y de los Estados Unidos. También quisiera prometerle solemnemente que cumpliremos estrictamente el acuerdo. Además, nos dedicaremos a mejorar las relaciones entre nuestros dos países. Creo que usted y yo tenemos una relación y una obligación especiales al respecto. Nuestro trabajo de hoy completa las negociaciones. Espero que podamos recordar este día como el punto que marcó el principio de una amistad entre el pueblo de Vietnam del Norte y el de los Estados Unidos.

Después de esto, Le Duc Tho y yo salimos a la calle bajo una fría llovizna y nos estrechamos la mano para los fotógrafos. Almorcé con el canciller Lam de Vietnam del Sur, quien se comportó con dignidad y valor, y no hizo alusión alguna a la amarga disputa de los meses anteriores. La guerra norteamericana de Vietnam se había terminado.

CONCLUSIÓN

El 23 de enero Washington estaba, como ocurría siempre antes de los grandes acontecimientos, consumida por los tecnicismos. Llegué de regreso a mi oficina a las 18,35 del mismo día, pocas horas antes de que Nixon anunciara el Acuerdo y el cese del fuego. Excepcionalmente

no me pidieron que informara a la prensa hasta el día siguiente. Se pensaba, correctamente, que el discurso del presidente no necesitaría de más detalles. El presidente informó a los líderes del Congreso en el Salón de reuniones del Gabinete, dando él mismo la mayoría de las explicaciones.

Yo estaba sentado en mi oficina, solo, esperando el discurso de Nixon a la nación. Era la culminación de todo lo que habíamos sufrido y de todos los esfuerzos realizados durante cuatro años. Más de dos millones de norteamericanos habían dado parte de sus vidas a esa tierra lejana. Más de cuarenta y cinco mil habían entregado las suyas por ella; varios cientos de miles habían sido heridos. Ahora ellos y sus familias podrían sentir cierto orgullo de que no todo había sido en vano. Y podíamos esperar que aquéllos que se habían opuesto al esfuerzo realizado en Indochina cerrarian filas ahora que su objetivo de paz se había por fin logrado. Y los pueblos de Vietnam del Sur, Laos y Camboya tal vez pudieran obtener por fin un futuro de tranquilidad, de seguridad y progreso, un futuro digno de sus sacrificios.

Estábamos, y ésta era mi esperanza ferviente, al comienzo de un período de reconciliación nacional que sería impulsado por la oportunidad única de crear que yo veía por delante. Tal vez Norteamérica había encontrado la forma de fusionar el idealismo de comienzo de la década de los años sesenta con el pragmatismo más severo del pasado reciente. China era ahora un amigo importante; habíamos cimentado una nueva base para mantener relaciones estables con la Unión Soviética por medio de un acuerdo firmado en Berlín y de un código reconocido de conducta internacional. La revolución diplomática internacional que se había realizado ofrecía una oportunidad extraordinaria a la diplomacia norteamericana. Esto, además de la desaparición de nuestro trauma de Vietnam, era un motivo de enorme esperanza. Habíamos mejorado las relaciones con los adversarios; era hora de dedicarse a revitalizar las relaciones con los amigos y de resolver los problemas pendientes. Habíamos decidido que 1973 fuera el Año de Europa, para reafirmar nuestra alianza con la Comunidad del Atlántico, y también con Japón. Demostraríamos que estos lazos eran más fuertes y más profundos que las nuevas relaciones tentativas con los países oportunistas. Con base en la cohesión y la vitalidad de la alianza probaríamos las verdaderas oportunidades que ofrecía la detención de hostilidades. En ese momento se nos presentaba una ocasión extraordinaria en el Medio Oriente; yo estaba resuelto a encontrarme en febrero con Hafiz Ismail, consejero de seguridad nacional del presidente Sadat, lo cual representaba mi primer paso como negociador en el Medio Oriente. Nixon comenzaba su segundo período con un mandato público abrumador; era un ejecutivo fuerte, que estaba en el apogeo de la fama.

Sólo rara vez en la historia los estadistas encuentran un medio ambiente en el cual todos los factores sean tan maleables; ante nosotros, pensé, teníamos la oportunidad de regular los acontecimientos, de construir un nuevo mundo encauzando la energía y los sueños del pueblo norteamericano y las esperanzas de la humanidad. Casi seguramente yo no podría tomar parte en esta empresa durante los cuatro años; después que la paz estuviera bien establecida renunciaría, tal vez al terminar el año. Estaba agradecido por la oportunidad que había tenido de ayudar a preparar el terreno.

Nixon habló a las 22 horas breve y conciliadoramente. Le rindió tributo a Lyndon Johnson, que tanto había anhelado ese día, y les pidió a los norteamericanos que se consagraran a «hacer de la paz que hemos logrado una paz duradera».

Inmediatamente después lo llamé a Nixon para felicitarlo como lo había hecho siempre después de un discurso importante. Parecía incapaz de descansar después de un logro. Ya se estaba inquietando por la información que debía presentar al Congreso a partir del día siguiente.

La señora de Nixon tomó el teléfono para felicitarlo. Dijo que se habían necesitado corazones intrépidos para llevar a cabo la empresa. Qué señora tan gallarda. Con dolor y estoicismo, había sufrido la calumnia y el odio que parecían perseguir a su marido. A diferencia del presidente, ella no era capaz de llevar una vida de ensueño en la cual las fantasías románticas embellecían las decepciones diarias que a menudo se infligía a sí mismo. Ella estaba totalmente desilusionada e insistía en enfrentar sola sus tribulaciones. Su dignidad no vaciló en ningún momento. Y si parecía estar ajena, quién sabe qué ardores tenía que controlar en su severa existencia. Ella no reclamaba nada a nadie; su fortaleza había sido pavorosa y no poco estimulante porque uno presentía que había sido arrancada de una mansedumbre esencial.

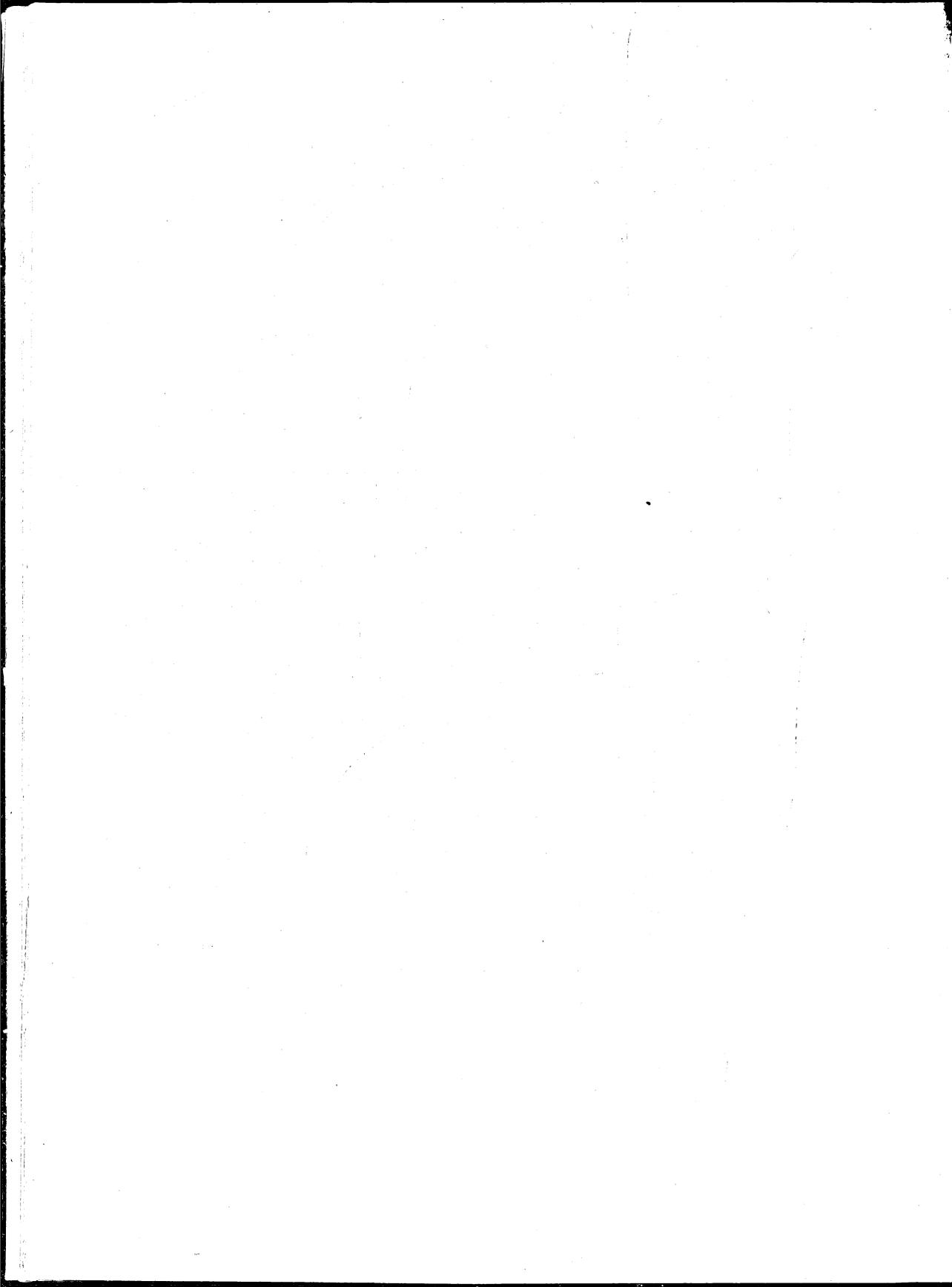
Pocos minutos más tarde me llamó Nelson Rockefeller. Él me había introducido a la vida pública y me había apoyado en todo momento. De una manera extraña era a la vez indefinido

y un poco tímido y sin embargo poseía una calidez envolvente. Había que conocerlo bien para comprender la forma táctil que tenía de comunicarse: el significado de los pequeños guiños, codazos y barboteos por medio de los cuales comunicaba su afecto y proporcionaba consuelo y seguridad interior. Y era la quintaesencia del norteamericano por su optimismo inextinguible. No podía imaginar que un entuerto no pudiera enderezarse o que el esfuerzo no consiguiera vencer los obstáculos que surgen en el camino hacia metas honorables. Siempre estaba listo para alentar y defender. Había estado en todas las crisis que se habían presentado en esos años, en forma natural, sin que se lo pidieran. Y con este espíritu, me habló con orgullo de lo que su país había logrado. Veía en la fuerza de Norteamérica una bendición que imponía la obligación de defender a los libres, de dar esperanza a los que estaban en desventaja y de recorrer con la verdad los caminos de justicia y de la misericordia.

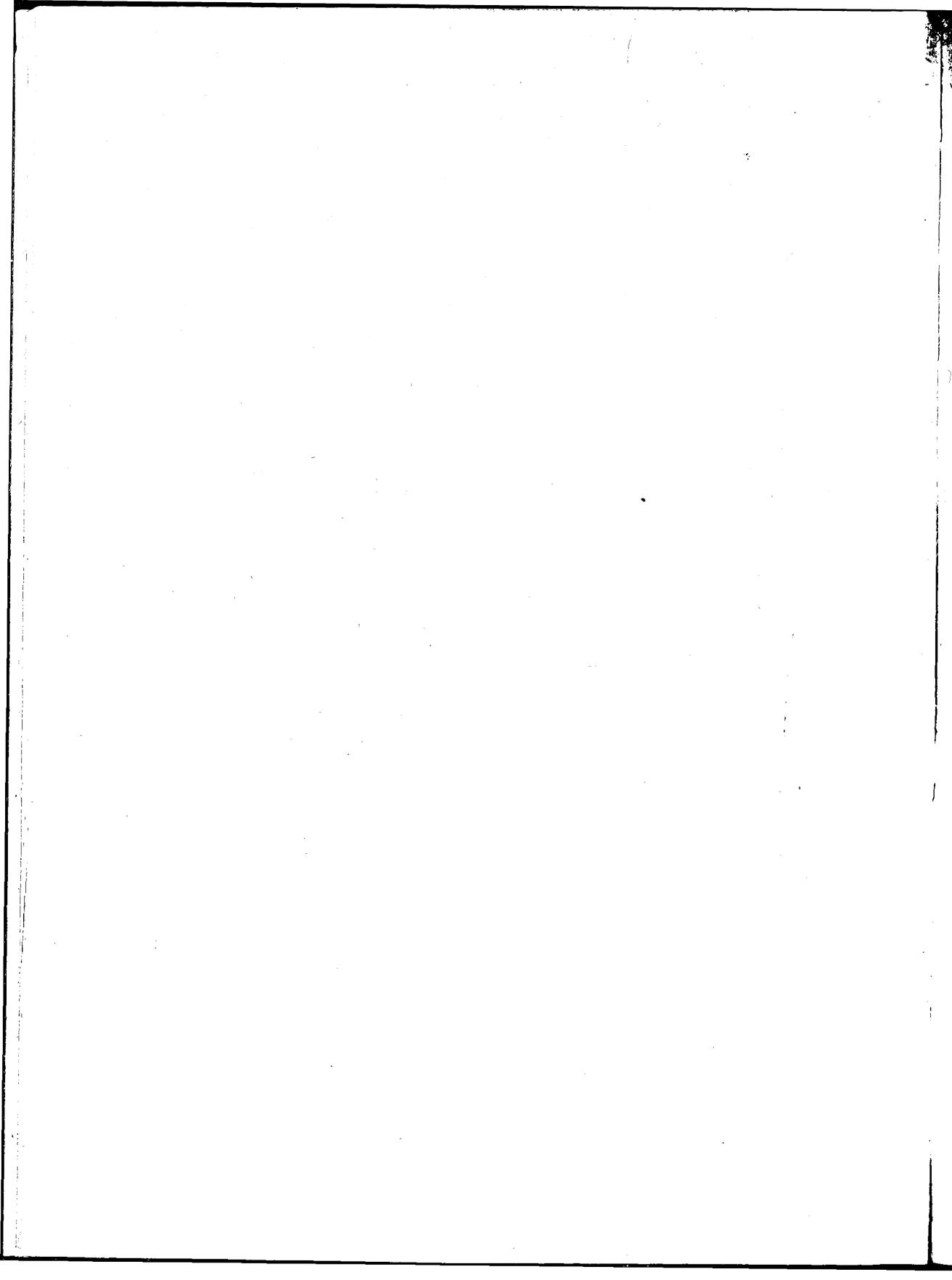
Cerca de medianoche, cuando estaba en casa, me llamó Nixon desde la Sala Lincoln, donde estaba cavilando solo. Se preguntaba si la prensa apreciaría lo que se había hecho; posiblemente no. Pero eso no era realmente lo que tenía en mente. Dijo que sabía que todo éxito trae aparejada una terrible humillación. Yo no debía permitir que me alcanzara. Yo no debía desalentarme. Todavía había que librar muchas batallas; yo no debía debilitarme. En realidad, yo no me sentía ni desalentado ni humillado. Escuchándolo, podía imaginarme la escena: Nixon sentado, solitario y abstraído, hundido en su sillón marrón con las piernas sobre una banqueta, una pequeña luz de lectura rompiendo la oscuridad, y un fuego de leños proyectando sombras sobre la pared del cuarto. Los altavoces estarían transmitiendo música clásica romántica, probablemente Tchaikowsky. Me hablaba a mí, pero en realidad se dirigía a sí mismo.

Qué medios extraordinarios selecciona el destino para cumplir sus designios. Este hombre, tan solitario en su hora de triunfo, tan poco generoso en algunas de sus motivaciones, había conducido a nuestra nación durante uno de los períodos más angustiosos de su historia. Sin ser naturalmente valeroso, se había acerado hasta el punto de cometer conspicuos actos de raro valor. Sin ser normalmente extrovertido, se había obligado a reunir y a reanimar a su pueblo para que respondiera a su desafío. Había luchado por una revolución en la política exterior norteamericana para poder superar las oscilaciones desastrosas entre las promesas desmedidas y el aislamiento. Despreciado por el «establishment», ambiguo en sus percepciones humanas, sin embargo se había aferrado a un sentido de honor nacional y de responsabilidad, decidido a probar que la nación libre más poderosa no tenía derecho a abdicar. ¿Qué hubiera sucedido si el «establishment» hacia el cual él era tan ambivalente le hubiera demostrado un poco de amor? ¿Se hubiera retraído más profundamente en el desierto de sus resentimientos, o lo hubiera liberado un acto de gracia? Ahora ya no importaba. Envuelto en una soledad intratable, al final de un período de amargas divisiones, él sin embargo tenía ante sí una perspectiva prometedora a la cual pocos estadistas habían tenido la suerte de aspirar. Podía representarse mentalmente un nuevo orden internacional que reduciría las enemistades subsistentes, consolidaría las amistades y daría una nueva esperanza a las naciones emergentes. Era una meta digna para Norteamérica y para la humanidad. Estaba solo en su momento de triunfo, sobre un pináculo que pronto se convertiría en precipicio. Y sin embargo, con todos sus defectos e inseguridades, nos había traído, gracias a un tremendo acto de voluntad, a un momento extraordinario en que se unieron los sueños con las posibilidades.

Estas cosas pasaron por mi mente esa noche después de poner, finalmente, mis iniciales en el Acuerdo de París sobre la Terminación de la Guerra y la Restauración de la Paz en Vietnam. Y yo estaba en paz conmigo mismo. Ni alborozado ni triste.



NOTAS



NOTAS

CAPÍTULO II

- (1) Michel Crozier, *The Bureaucratic Phenomenon* (Chicago: University of Chicago Press, 1964).
- (2) Melvin R. Laird, introducción *The Conservative Papers* (Garden City, N. Y.: Anchor Books, Doubleday & Co., 1964).
- (3) Ver, por ej., Roger Morris, *Uncertain Greatness* (Nueva York: Harper and Row, 1977), capítulo II, «*Coup d'Etat* en el Hotel Pierre».
- (4) El pasaje relevante del primer discurso inaugural de Nixon dice:

Después de un período de confrontación, entramos en una era de negociaciones.

Que todas las naciones sepan que durante esta Administración estarán abiertas nuestras líneas de comunicación. Buscamos un mundo abierto: abierto a las ideas, abierto al intercambio de mercancías y de personas; un mundo en el que nadie, grande o pequeño, viva en airada soledad.

No podemos esperar que todos sean amigos nuestros, pero podemos tratar de que nadie sea nuestro enemigo. A los que serían nuestros adversarios les invitamos a una competencia pacífica; no para conquistar territorios ni para extender los dominios, sino para enriquecer la vida del hombre.

A medida que exploramos los alcances del espacio, vayamos juntos a los nuevos mundos; no como a nuevos mundos para conquistar, sino como a una nueva aventura para compartir.

Junto con los que desean unirse a nosotros, cooperemos para reducir la carga de las armas, para fortalecer la estructura de la paz, para ayudar a los pobres y a los hambrientos.

Pero a todos aquéllos que se sientan tentados por la debilidad, que no les quede duda de que seremos tan fuertes como sea necesario y por todo el tiempo que sea necesario.

CAPÍTULO III

- (1) He discutido el concepto de «contención» en *Nuclear Weapons and Foreign Policy* (New York: Harper and Bros., 1957), capítulo 2. Se puede encontrar un análisis excelente en Coral Bell, *Negotiation from Strength* (Nueva York: Alfred A. Knopf, Inc., 1963).
- (2) Congreso de EEUU, Senado, Comité de Servicios armados y Comité de Relaciones Exteriores, *Hearings on the Military Situation in the Far East*, 82.º congreso, 1.ª sesión, 1951, pág. 2.083.
- (3) Discurso en Llandudno, Gales, 9 de oct. de 1948, citado en el *New York Times*, 10 oct. de 1948.
- (4) «Central Issues of American Foreign Policy» en ed. Kermit Gordon, *Agenda for the Nation* (Washington: The Brookings Institution, 1968), pág. 614.

CAPÍTULO IV

- (1) «Central Issues of American Foreign Policy» en ed. Kermit Gordon, *Agenda for the Nation* (Washington: The Brookings Institution, 1968), pág. 595.
- (2) *The Troubled Partnership: A Re-appraisal of the Atlantic Alliance* (Nueva York: McGraw-Hill, 1965), pág. 40.
- (3) Ver Walt W. Rostow, «Limits and Responsibilities of American Power», discurso en la Universidad de Tejas A & M, 4 de dic. de 1968 (en *Department of State Bulletin*, vol. LX, núm. 1.541, 6 de enero de 1969).
- (4) Ver Francis Bator, «The Politics of Alliance: The United States and Western Europe», en ed. Gordon, *Agenda for the Nation*, pág. 339.
- (5) *Europe's Futures, Europe's Choices* de Alastair Buchan (Nueva York: Columbia University Press, 1969), pág. vii.
- (6) *Ver Felled Oaks: Conversation with De Gaulle* de André Malraux (Nueva York: Holt, Rinehart y Winston, 1971), pág. 30.
- (7) «Central Issues of American Foreign Policy» en ed. Gordon, *Agenda for the Nation*, pág. 599.
- (8) Discurso del presidente De Gaulle del 31 de mayo de 1960, en *Major Addresses, Statements and Press Conferences of General Charles de Gaulle, may 19, 1958; January 31, 1964* (Nueva York: Embajada francesa, división de prensa e información 1964), pág. 75.
- (9) *Ibidem*, pág. 78.
- (10) Conferencia de prensa del 15 de mayo de 1962, *Major Addresses*, pág. 176.
- (11) Conferencia de prensa del 5 de set. de 1960, *Major Addresses*, págs. 92-93.

CAPÍTULO V

- (1) *Selected Works*, V. I. Lenin (Nueva York: International Publishers, 1943), vol. 9, págs. 242 y 267, citado por Natahan Leites, *A Study of Bolshevism* (Glencoe, III: The Free Press, 1953), pág. 347.
- (2) Nikita Khrushchev, Informe al vigésimo congreso partidario del PCUS, febrero de 1956, *Current Digest of the Soviet Press*, vol. 8 (7 de marzo de 1956), págs. 11-12.
- (3) Nikolai Podgorny en *Pravda*, 20 de nov. de 1973.
- (4) *Selected Works*, V. I. Lenin, vol. 10, pág. 119, citado por Leites, pág. 495.
- (5) Michael T. Florinsky, *World Revolution and the URSS* (Nueva York, The Macmillan Co., 1933), pág. 216.
- (6) *New York Times*, 23 de mayo de 1943.
- (7) Summer Welles, *The Time for Decision* (Cleveland y Nueva York: The World Publishing Co., 1944), pág. 406.
- (8) Averell Hariman, *Peace with Russia* (Nueva York, 1959), pág. 168.
- (9) «Why we treat Different Communist Countries Differently», discurso del Secretario Rusk, Washington, D. C., 25 de febrero de 1964 (en *Department of State Bulletin*, vol. L, núm. 1.290, 16 de marzo de 1964, pág. 393).
- (10) Robert E. Sherwood, *Roosevelt and Hopkins: An Intimate History* (Nueva York: Harper and Bros., 1948), pág. 870.
- (11) Ver Max Frankel, «Where Do We Go From Victory?», *The Reporter*, 22 de nov. de 1962, pág. 24.
- (12) Declaración de clausura en la Conferencia de ministros de asuntos exteriores de Ginebra, 16 de nov. de 1955, citada en *Documents on International Affairs 1955* (Oxford, Royal Institute of International Affairs, 1958), págs. 73-77.
- (13) «Central Issues of American Foreign Policy», en ed. Kermit Gordon, *Agenda for the Nation* (Washington: The Brookings Institution, 1968), pág. 609.
- (14) *The Necessity for Choice* (Nueva York: Harper and Bros., 1961), págs. 195-196.
- (15) Zbigniew Brzezinski, «Peace and Power», *Encounter*, vol. XXXI, núm. 5 (nov. de 1968), pág. 13.
- (16) Marshall D. Shulman, «The Future of the Soviet-American Competition», en *Soviet-American Relations and World Order: The Two and the Many*, Adelphi Paper núm. 66 (Londres: Instituto de Estudios Estratégicos, marzo de 1970), pág. 10.
- (17) Discurso de Clifford citado por el senador Albert Gore en el Congreso de EE.UU., Senado, Comité de relaciones exteriores, *Strategic and Foreign Policy Implications of ABM Systems, Hearings before the Subcommittee on International Organization and Disarmament Affairs*, 91.º congreso, 1.ª sesión, 21 de marzo de 1969, pág. 165.
- (18) Ver, por ej.: Stephen S. Rosenfeld, «Nixon's Plans May Affect Talks», *Washington Post*, 6 de julio de 1969; James Reston, «President Nixon's Avoidable Blunders», *New York Times*, 29 de junio de 1969, y el editorial del *New York Times*, 30 de junio de 1969.

CAPÍTULO VI

- (1) *U.S. News & World Report*, 16 de sept. de 1968; pág. 48.
- (2) *The Necessity for Choice* (Nueva York: Harper & Bros., 1961), pág. 202. En mi libro sobre Europa, publicado en 1965, vi algún mérito en la concepción del presidente de Gaulle sobre China como necesario contrapeso a la Unión Soviética, aunque también me inclino a considerar a China como un problema objetivo para las «responsabilidades globales» de los Estados Unidos. *The Troubled Partnership* (Nueva York: McGraw-Hill, 1965), págs. 59-60.
- (3) La mayor parte de lo que sabemos sobre lo ocurrido en el río Ussuri está basado en los relatos publicados por ambas partes. Estos relatos son analizados en *The Sino-Soviet Dispute: Background, Development and the March 1969 Clashes*, de Thomas W. Robinson, The Rand Corp., agosto 1970 (RM-6171-PR). Ver también «The Chinese Account of the 1969 Fighting at Chenpaou», de Neville Maxwell, *The China Quarterly*, núm. 56 (octubre-diciembre de 1973), pág. 730.
- (4) Maxwell, «The Chinese Account», pág. 731.
- (5) Ver el *Washington Star* del 28 y 29 de agosto de 1969. El *Star* se sintió libre de romper las reglas de las informaciones no oficiales porque no había sido invitado al almuerzo.

CAPÍTULO VII

- (1) Kuznetsov, citado en *Witness to History 1929-1969* de Charles E. Bohlen (Nueva York: W. W. Norton and Co., 1973), págs. 495-496.
- (2) «Is There a Strategic Arms Race?» de Albert Wohlstetter, *Foreign Policy* núm. 15 (verano de 1974), págs. 3-20; «Rivals But No 'Race'», *Foreign Policy* núm. 16 (otoño de 1974), págs. 48-81.
- (3) Éste era el título de un libro del senador J. William Fulbright: *The Pentagon Propaganda Machine* (Nueva York, Random House, 1970, y Vintage Books, 1971).
- (4) Ed. Erwin Knoll y Judith Nies McFadden, *American Militarism 1970* (Nueva York: The Viking Press, 1969), pág. 11. Ver también «45 in Congress Seek Rein on Military» de John W. Finney, *New York Times*, 3 de junio de 1969.
- (5) «Congress Group Hopes to Use ABM Fight to Curb Other Arms» de Neil Sheehan, *New York Times*, 10 de julio de 1969.
- (6) Ver *Congressional Quarterly*, 30 de mayo de 1969, pág. 847. Ver también editorial del 8 de marzo de 1969, *Saturday Review* («The Anti-Ballistic Missile Decision: President Nixon's View?»), republicado en el *New York Times*, 11 de marzo de 1969, pág. 19.
- (7) «Military Strategy, Military Forces and Arms Control» de Carl Kaysen, en ed. Kermit Gordon *Agenda for the Nation* (Washington: The Brookings Institution, 1968), págs. 549-584 (la cita está en 549-550); «Budget Alternatives after Vietnam», *ibid.*, págs. 13-48.
- (8) «Limits to Intervention» de Graham Allison, Ernest May y Adam Yarmolinsky, *Foreign Affairs*, vol. 48, núm. 2 (enero de 1970), pág. 246.
- (9) *New York Times*, 21 de abril de 1969.
- (10) *New York Times*, 18 de mayo de 1969.
- (11) Editoriales del *New York Times* del 7 y el 9 de febrero de 1969.
- (12) *ABM: An Evaluation of the Decision to Deploy and Antiballistic Missile System* de Abraham Chayes y Jerome B. Weisner, ed., con una introducción por el senador Edward M. Kennedy (Nueva York, Harper and Row, 1969).

(13) Declaración del senador Edward M. Kennedy al Comité de Prioridades Nacionales, Consejo de política democrática, 24 de feb. de 1970. Ver también el *New York Times*, 25 de feb. de 1970.

(14) Las observaciones de Nixon, aunque hechas originalmente sobre la base de conversaciones informales, se liberaron más tarde para la publicación en el volumen de 1969 de *Public Papers of the Presidents of the United States: Richard Nixon: 1969* (Washington: US Government Printing Office, 1971), págs. 544-556.

CAPÍTULO VIII

(1) Que todas las decisiones clave, hasta principios de 1960, eran de público conocimiento está demostrado convincentemente por Henry Fairlie en «We Knew What We Were Doing When We Went Into Vietnam», *Washington Monthly* (mayo de 1973).

(2) «The Viet Nam Negotiations», *Foreign Affairs*, vol. 47, núm. 2 (enero de 1969), págs. 211-234.

(3) Los aficionados a los documentos secretos pueden leer este resumen de la plana mayor del CNS, sobre las respuestas de las agencias a NSSM 1, en el *Washington Post* del 25 de abril de 1972.

(4) Ver capítulo XII, nota 11.

(5) Bajo la Convención de La Haya de 1907, un país neutral tiene la obligación de no permitir que su territorio sea utilizado por un beligerante. Si el país neutral no desea o no puede evitarlo, el otro beligerante tiene el derecho de tomar adecuada represalia. Ver el discurso del 28 de mayo de 1970 del consejero legal del Departamento de Estado John Stevenson a la Asociación de Abogados de la ciudad de Nueva York, explicando nuestra posición legal con respecto a las operaciones de las fuerzas de la Unión Soviética y Vietnam del Norte en Camboya, desde el 30 de abril hasta el 30 de junio de 1970, en *Department State Bulletin*, vol. LXII, 22 de junio de 1970, págs. 765-770.

(6) Todo el Comité Judicial de la Cámara Baja votó, por 26-12, no introducir este artículo de impugnación propuesto. Las pintorescas frases citadas y otras más pueden encontrarse en el *Report of the Committee on the Judiciary on the Impeachment of Richard M. Nixon, President of the United States* del Congreso de EEUU, 93.º congreso, 2.ª sesión, 20 de agosto de 1974, pág. 298 (representante Waldie, «bombardeo masivo de Camboya neutral»), pág. 308 (repre. Drinan, «Conducta presidencial más chocante...»), etc.); ver también págs. 307, 312 (repre. Drinan, «un bombardeo masivo»), «bombardeo masivo en un país neutral»), y pág. 328 (repre. Holtzman junto con otros nueve, «el sistemático bombardeo de un país neutral»).

(7) *To Seek a Newer World* de Robert M. Kennedy (Bantam Books, abril de 1968), especialmente págs. 207-218. Kennedy escribió: «El retiro es ahora imposible» (pág. 186) y «Un arreglo negociado debe ser menos que una victoria para las partes... Que cada parte ceda en sus condiciones mínimas sería en realidad una rendición» (págs. 196-197).

(8) Ver «Rockefeller Coup Gave Platform a Dovish Tone» de John W. Finney, *New York Times*, 6 de agosto de 1968.

(9) *Foreign Affairs*, Clark M. Clifford, vol. 47, núm. 4 (julio de 1969). «A Viet Nam Reappraisal.»

(10) El texto de la carta del 15 de julio de Nixon a Ho Chi Minh y la respuesta de Ho fueron publicadas por la Casa Blanca en el momento del discurso de Nixon sobre Vietnam el 3 de nov. de 1969.

(11) Memorándum para el presidente:

10 de septiembre de 1969.

DE: Henry A. Kissinger.

TEMA: Nuestro curso actual en Vietnam.

He comenzado a preocuparme mucho sobre nuestra trayectoria actual en Vietnam. Este memorándum es para informarle de las razones de mi preocupación. No es para discutir cursos alternativos de acción, sino para la consideración de su entorno. Usted conoce mis recomendaciones.

Mientras el tiempo corre en contra de nosotros y de nuestros enemigos, corre más rápido contra nuestra estrategia que contra la de ellos. Esta opinión pesimista se basa en la opinión de la estrategia de Hanoi y el probable éxito de los variados elementos de la nuestra.

I. Estrategia de EEUU

En la realidad, estamos tratando de resolver el problema de Vietnam en tres frentes altamente intercomunicados: 1.º, dentro de los EEUU; 2.º, en Vietnam, y 3.º, a través de la diplomacia. Para lograr nuestras metas básicas a través de la diplomacia debemos obtener un razonable éxito en los otros dos frentes.

a) EEUU

La presión que ejerce la opinión pública sobre usted para que resuelva rápidamente la guerra aumentará —y creo que aumentará en gran forma— durante los meses venideros. Mientras las encuestas pueden demostrar ahora que un gran número de norteamericanos están satisfechos con la forma en que la Administración maneja la guerra, están claramente presentes los elementos de una evaporación de este apoyo. Los planes para las demostraciones estudiantiles de octubre son bien conocidos y, aunque habrá muchos norteamericanos que se opongan a los estudiantes, también se acordarán de su propia oposición a la continuación de la guerra. Como se menciona más abajo, no creo que la «vietnamización» pueda reducir significativamente las presiones sobre la terminación de la guerra y puede, en realidad, aumentarlas hasta cierto punto. Particularmente significativa es la evidente oposición de muchos de los dirigentes «moderados» de la opinión, especialmente en la prensa y en el este (por ej., la revista *Life*). El resultado del recrudescimiento del intenso malestar público debe ser la polarización de la opinión pública. Entonces estará usted más o menos en la posición del presidente Johnson, aunque la esencia de su posición será diferente. Estará atrapado entre los Halcones y las Palomas.

El resultado de estas presiones públicas sobre el gobierno de los EEUU será acentuar las divisiones internas que ya se han hecho aparentes al público y a Hanoi. Las declaraciones de los funcionarios del gobierno que traten de aplacar a los Halcones o a las Palomas servirían para confundir a Hanoi, pero también para confirmarlo en su línea de conducta de esperar.

b) Vietnam

Deben considerarse tres elementos en el frente de Vietnam: 1.º, nuestros esfuerzos para «ganar la guerra» a través de operaciones militares y la pacificación; 2.º, «vietnamización», y 3.º, la posición política de Vietnam del Sur.

1.º No creo que con nuestros planes corrientes podamos ganar la guerra dentro de dos años, aunque nuestro triunfo o nuestro fracaso en dañar al enemigo sigue siendo muy importante.

2.º La «vietnamización» debe considerarse tanto de acuerdo a sus posibilidades de poder devolver la guerra a los vietnamitas, como con respecto a su efecto sobre Hanoi y la opinión pública de los EEUU. No soy optimista en cuanto a la habilidad de las fuerzas armadas survietnamitas en asumir gran parte de la carga que permiten los planes corrientes MACV. Estos planes, sin embargo, necesitan un periodo de treinta meses para trasladar la carga de la guerra a los survietnamitas. No creo que tengamos tanto tiempo.

Además, la «vietnamización» traerá cada vez más serios problemas a medida que nos internemos en ese camino.

— El retiro de las tropas de EEUU será como caramelos para el público norteamericano; cuanto más tropas de los EEUU vengan a casa, más pedirán. Y esto traería como resultado eventual, en realidad, que se exigiera el retiro unilateral, tal vez dentro de un año.

— Cuantas más tropas sean retiradas, más se sentirá Hanoi alentado; son los últimos a quienes podremos convencer de la habilidad de los survietnamitas para reemplazarnos. Tienen la opción de atacar las fuerzas de Vietnam del Sur para avergonzarnos durante todo el proceso, o de esperar hasta que nos hayamos retirado en gran escala antes de hacerlo (probablemente después de un periodo de mayores infiltraciones).

— Cada soldado de los EEUU retirado será relativamente más importante para el esfuerzo del Sur, porque representará un porcentaje mayor de fuerzas de los EEUU con respecto a lo que hacía su predecesor. (No necesitamos por supuesto seguir retirando tropas de combate, sino que podemos poner énfasis en las tropas de apoyo en los próximos incrementos de retiradas. Más tarde o más temprano, sin embargo, tendremos que llegar al fondo de nuestras operaciones allí.)

— Se hará cada vez más difícil mantener la moral de los que quedan, ni que hablar de la de sus madres.

— La «vietnamización» puede no llevar a la reducción de las bajas de EEUU hasta las etapas finales, del mismo modo que la cantidad de nuestras bajas puede no estar relacionada con el número total de las tropas norteamericanas en Vietnam del Sur. Para matar alrededor de 150 soldados norteamericanos por semana, el enemigo necesita atacar solamente a una porción reducida de nuestras fuerzas.

— La «vietnamización» depende de la expansión de Vietnam del Sur y el nuevo gobierno de Thieu no es significativamente más amplio que el anterior (ver más abajo). La mejor forma de «expandir» Vietnam del Sur sería crear la impresión de que el gobierno de Saigón está ganando o es por lo menos permanente. Cuanta más incertidumbre exista sobre el resultado de la guerra, menor será la perspectiva de una «vietnamización».

3.º Nos enfrentamos a un dilema con Vietnam del Sur. El Vietnam del Sur actual no puede ir mucho más allá hacia un arreglo político, sin poner en grave peligro su propia existencia, pero, al mismo tiempo, no ha ido lo suficientemente lejos como para hacer posible tal arreglo.

El fracaso de Thieu para «expandir» su gobierno es inquietante, pero no porque ha fracasado en incluir una mayor variedad de políticos de Casa de Tê de Saigón. Es inquietante porque estos políticos no creen evidentemente que Thieu y su gobierno representen mucha esperanza de futuro poder y porque el nuevo gobierno no ofrece un buen puente para las figuras neutrales que pudieran desempeñar un papel en un arreglo futuro. Esto para no nombrar su fracaso general en lograr fuerza política en las aldeas no católicas. Si además se retiran las fuerzas de los EEUU, Thieu se hace más dependiente del apoyo político de los militares survietnamitas.

c) Frente diplomático

Por lo tanto no existe perspectiva de mayor progreso en Vietnam para persuadir a Hanoi a hacer concesiones reales en París. Su intransigencia se basa también en su estimación de la creciente oposición interna en los EEUU hacia nuestra política en Vietnam. Parece que están preparados para esperar.

II. La estrategia de Hanoi

No hay duda de que el enemigo ha sido afectado por la acción militar aliada en el Sur y de que no es capaz de mantener la iniciativa allí sobre base sostenida. Las estadísticas sobre las actividades iniciadas por el enemigo, lo mismo que algunas de las declaraciones recientes de Giap, indican una decisión consciente de Hanoi de establecer una estrategia de «guerra prolongada». Esto consiste aparentemente en pequeñas acciones de unidades con «agudos» remolinos de actividad, poniendo énfasis en causar bajas a EEUU (particularmente con ataques con cohetes y morteros). Este curso de acción parece indicar claramente una estrategia de bajo costo, destinada a producir una psicológica, antes que militar, derrota de los EEUU.

Esta opinión de su estrategia se ve apoyada por nuestra estimación de la infiltración enemiga. Ellos *podrían* infiltrar más hombres, de acuerdo a las estimaciones de la inteligencia, a pesar de las crecientes dificultades domésticas. La única razón lógica para no haberlo hecho ya es que se necesitan menos hombres en el terreno —por lo menos, por algunos meses— para apoyar una estrategia de menor costo para la guerra prolongada. Parece muy poco probable que estén tratando de «hacernos señales» con el deseo mutuo de un retiro *de facto*, aunque no pueda descartarse. No existen señales diplomáticas de esto —excepto en la unión hecha por Xuang de los puntos dos y tres del programa PRG— y no creo que confíen lo bastante en nosotros como para «retirar» un porcentaje de sus hombres mayor de los que hemos retirado nosotros, como debieran estar haciendo.

La adopción por parte de Hanoi de la estrategia designada para esperarnos coincide tanto con su doctrina sobre cómo hacer una guerra revolucionaria, como con sus expectativas de un aumento de problemas significativos para los EEUU.

III. Conclusión

En breve, yo no creo que podamos hacer progreso evidente suficiente en Vietnam para mantener la línea en los EEUU (y en el gobierno de los EEUU) y Hanoi ha adoptado una estrategia que debiera poder mantener por

algún tiempo, obstruyendo alguna interrupción como las hostilidades chino-soviéticas. De ahí, mi creciente preocupación.

- (12) Mi memorándum para el presidente del 11 de septiembre de 1969, argumentaba, *inter alia*:

Dada la historia de los informes demasiado optimistas sobre Vietnam en los últimos años, sería prácticamente imposible convencer al pueblo norteamericano de que el otro lado está herido y que, por lo tanto, con paciencia, el tiempo *podría estar de nuestro lado*. Primero que nada, no estamos seguros sobre nuestra posición relativa — hemos interpretado mal las indicaciones muchas veces antes—. Segundo, aun si llegamos a la conclusión de que la posición militar aliada es fuerte, no sabemos cómo traducirlo en términos políticos —y las perspectivas políticas de Vietnam del Sur son mucho más temblorosas—. En tercer lugar, la Administración se enfrenta a un público norteamericano sumamente escéptico y cínico, con lo que el presidente tiene la justa renuencia a aparecer optimista y asumir su propia brecha de credulidad. Finalmente, para una gran y activa porción de los disidentes en este país, la fuerza de la posición aliada es irrelevante: ellos quieren terminar la guerra a cualquier precio.

- (13) *The New York Times Magazine*, 21 de septiembre de 1969.

(14) Por ejemplo, el 1 de marzo de 1969, el *Times* citó la moderación de la ofensiva comunista como una ocasión para entablar negociaciones. Se citaba, el 18 de mayo, la respuesta conciliatoria de los comunistas al discurso de Nixon del 14 de mayo como una razón para que los EEUU comenzaran el retiro. El 10 de junio, un editorial citó la proximidad de los Diez Puntos del FLN al programa de Nixon como un motivo para que los EEUU discutieran un gobierno de coalición. Editoriales del 28 de julio y del 25 y 31 de agosto señalaban la calma pasajera en la lucha como un argumento para la desescalada norteamericana y para una propuesta de cese del fuego.

(15) Un editorial del 9 de marzo de 1969 argumentaba que la ofensiva de primavera del enemigo probaba solamente que era imposible una victoria de los EEUU y que las conversaciones de paz debían continuar. El 28 de julio, la forma de perder el tiempo de Hanoi en las conversaciones de París era una razón para acelerar los retiros de los EEUU. La ola de ataques enemigos del 11 y 12 de agosto urgieron al *Times* a instar el 16 de agosto a una desescalada de los EEUU y una propuesta de cese del fuego.

(16) Ver editoriales de 26 de dic. de 1968 y 19 de enero de 1969 (retiro mutuo); 30 de enero y 31 de marzo (que EEUU iniciaran retiros mutuos); 18 de mayo (unilateral retiro de EEUU), y 31 de mayo (calendario para el retiro de los EEUU).

(17) 30 de enero de 1969 («iniciar»); 21 de marzo («comenzar»); 31 de mayo (50-100.000 como «esencial»); 10 de junio («paso adelante para la desvinculación»); 27 de set. («no adecuado»); 2 de oct. («símbolo»).

(18) Ver los editoriales de 14 de mayo de 1969 (comisión electoral de coalición) y 10 de junio (coalición interina).

(19) 3 de abril de 1969 (reducción de las misiones de búsqueda y destrucción); 5 de agosto (llamada para el cese del fuego).

(20) 19 de enero de 1969 (retiro mutuo de tropas); 30 de enero (retiro de tropas de EEUU); 3 de abril (reducción de las misiones de búsqueda y destrucción, retiro de tropas de EEUU); 14 y 15 de mayo, 10 de junio (comisión electoral de coalición); 18 de mayo (retiro de tropas de EEUU); 5, 16 y 31 de agosto (reducción de las operaciones defensivas; cese del fuego estático); 7 de set. (cese del fuego por el funeral de Ho).

(21) Por ej., 28 de julio de 1969 (retiro de tropas de EEUU).

(22) 19 y 30 de enero de 1969 (retiro de tropas después del cese de los bombardeos); 3 de abril de 1969 (reducción de las misiones de búsqueda y destrucción, después de la disminución de los B-52); 15 de mayo (comisión electoral de coalición, después del discurso del 14 de mayo); 18 de mayo (retiro unilateral de tropas, después del discurso del 14 de mayo); 10 de junio (coalición interina, después de los anuncios de los retiros de junio); 5, 16 y 30 de agosto (cese del fuego, tácticas de defensa terrestre, después del anuncio de los retiros de junio); 2 de oct. (después de los anuncios de los retiros de septiembre).

(23) Por ej., 5 de mayo de 1969 (búsqueda continua de la victoria militar); 17 de mayo (fracaso en disminuir las operaciones ofensivas; demora en retirar las tropas); 16 de agosto (fracaso en la propuesta de cese del fuego o desescalada); 25 de agosto (demora en retirar tropas); 31 de agosto (presión militar continua; ignorar la calma temporal; demora en retirar las tropas); 2 de oct. (tácticas terrestres agresivas, morosidad en los retiros, ignorar la tregua del funeral de Ho).

(24) Por ej., 5 de mayo de 1969 (encarcelamiento de los opositores; demora para la reforma agraria); 17 de mayo (encarcelamiento de opositores); 25 de agosto (elección de nuevo primer ministro); 12 de set. (eludir la tregua del funeral de Ho).

(25) Por ej., 1 de marzo de 1969 (total detención de los bombardeos); 15 y 17 de mayo de 1969 (discurso del 14 de mayo); 16 de agosto y 2 de oct. de 1969 (retiro de tropas, etc.).

(26) Por ej., 1 de marzo de 1969 (disminución de los ataques comunistas); 9 de mayo de 1969 (Diez puntos del Frente); 18 de mayo de 1969 (respuesta inicial al discurso del 14 de mayo); 28 de julio y 25 y 31 de agosto de 1969 (calmas temporales); 16 de agosto de 1969 («cese virtual» de la infiltración).

(27) 9 de marzo y 5 de mayo de 1969 (paso adelante en ataques aliados); 25 y 31 de agosto de 1969 (calma temporal en el fuego).

(28) Por ej., 3 de abril de 1969 (disminución de las misiones de búsqueda y destrucción); 5 y 17 de mayo (posición defensiva, retiro de EEUU); 18 de mayo (retiro de EEUU); 10 de junio (coalición interina); 5 de set. (tregua del funeral de Ho Chi Minh).

(29) *New York Times*, 15 de mayo de 1969; *Washington Post*, 23 de junio de 1969.

(30) *New York Times*, 15 y 30 de mayo de 1969.

CAPÍTULO IX

(1) La información en este párrafo procede del testimonio sin clasificar del general Earle Wheeler ante un subcomité del Comité de Servicios Armados de la cámara, el 25 de abril de 1969.

(2) Esta posición del texto del comunicado dice como sigue:

El primer ministro describió en detalle el particular sentimiento del pueblo japonés contra las armas nucleares y la política del gobierno japonés que refleja este sentimiento. El presidente expresó su profunda comprensión y aseguró al primer ministro que se llevaría a cabo la reversión de Okinawa, *sin prejuicios para la posición del go-*

bierno de los Estados Unidos con respecto al sistema de consultas previas bajo el Tratado de Cooperación Mutua y Seguridad; la reversión de Okinawa se llevaría a cabo en una forma consecuente con la política del gobierno japonés, descrita por el primer ministro. (El subrayado es agregado.)

- (3) Ver, por ej., *Managing an Alliance; The Politics of US Japanese Relations*, de I. M. Destler et al. (Washington: The Brookings Institution, 1976), pág. 156. Un libro que por otra parte encontré útil como resumen del acontecer público.
 (4) Ver, por ej., *Uncertain Greatness* de Roger Morris (Nueva York: Harper and Row, 1977), págs. 104-105.

CAPÍTULO X

- (1) Declaración de la política de Fatah del 19 de octubre de 1968, registrada en el *New York Times*, del 20 de oct. de 1968.
 (2) Ver el informe de Andrei Zhdanov a la Conferencia de los partidos comunistas estableciendo el Cominform, set. de 1947, republicado en el Congreso de EEUU, Cámara, Comité de Asuntos Extranjeros, *The Strategy and Tactics of World Communism, Report to Subcommittee, núm. 5 on National and International Movements*, documento de la cámara núm. 619, suplemento 1, 80.º congreso, 2.ª sesión, 1948, pág. 211. Zhdanov trataba esencialmente al Oriente Medio como en tránsito desde la esfera de influencia británica a la norteamericana.
 (3) Ver la entrevista de Arnaud de Borchgrave con Nasser en *Newsweek* del 10 de feb. de 1969 y su entrevista con Eshkol en *Newsweek* del 17 de feb. de 1969.

CAPÍTULO XI

- (1) Ver, por ej., una columna por C. L. Sulzberg en el *New York Times*, dic. de 1969.
 (2) Ver, por ej., *Congressional Record*, ed. diaria, 18 de mayo de 1971, pág. S7217, citada en John Newhouse et al., *US Troops in Europe: Issues, Costs and Choices* (Washington: The Brookings Institution, 1971), pág. 5.
 (3) Ver el Congreso de los EEUU, Senado, Comité de Relaciones exteriores: *United States Security, Agreements and Commitments Abroad; United States Forces in Europe; Hearings before the Subcommittee on United States Security Agreements and Commitments Abroad*, 19.º congreso, 2.ª sesión, parte 10, testimonio del 24 de junio de 1970, pág. 2.243.
 (4) *People and Politics; The Years 1960-1975* de Willy Brandt (Boston: Little, Brown & Co., 1978), pág. 24.
 (5) *Ibidem*, pág. 289.

CAPÍTULO XII

- (1) El relato abundantemente detallado de Walter está en *Silent Missions* de Vernon A. Walters (Garden City, N. Y.; Doubleday & Co., 1978), capítulos 24 y 28.
 (2) *Ibidem*, págs. 580-582.
 (3) Sobre la dominación previa de Laos y Camboya por los vietnamitas, ver *The Two Vietnams* de Bernard Fall, edición revisada (Londres: Pall Mall Press, 1965), págs. 12-19-33.
 (4) *Ibidem*, pág. 386.
 (5) Ver, por ej., *New York Times* del 25 de feb. de 1970.
 (6) Entrevista de Sihanouk en el *New York Times* del 2 de marzo de 1970.
 (7) Ver sus memorias, *My War with the CIA; The Memoirs of Prince Norodom Sihanouk as Related to Wilfred Burchett* (Nueva York, Random Houses, Pantheon Books, 1973), pág. 24. Ver también págs. 21-22, 24-26, 42-43, 50-54, 201-202.
 (8) *Sideshow: Kissinger, Nixon and the Destruction of Cambodia* de William Shawcross (Nueva York: Simon and Schuster, 1979), pág. 165.
 (9) A continuación, el texto del mensaje completo:

MEMORÁNDUM
 PARA Henry Kissinger
 DEL presidente:

Me parece que necesitamos un movimiento audaz en Camboya, presumiendo que sienta en la reunión de hoy (son las cinco de la mañana del 22 de abril) lo que siento yo ahora, para demostrar que estamos con Lon Nol. No creo que pueda sobrevivir. Hay sin embargo una oportunidad de que pueda hacerlo y, en cualquier forma, debemos hacer algo simbólico que le ayude a sobrevivir. Hemos perdido la pelota realmente en este caso, debido a que nos convencieron de que ayudándole destruiríamos su «neutralidad» y daríamos a los vietnamitas una excusa para invadir. Una y otra vez, dejamos de aprender que los comunistas no necesitan nunca una excusa para invadir. No la necesitaron en Hungría en 1956, cuando los profesionales del Departamento de Estado surgieron con el mismo argumento y cuando Dulles lo compró porque estaba cansado y era durante la campaña. No la necesitaron en Checoslovaquia, cuando el mismo argumento fue presentado por los de Estado; y no necesitaron una en Laos, cuando perdimos un precioso día por no haber asestado el golpe que podía haber hecho fracasar toda la ofensiva antes de comenzar, ni en Camboya, donde hemos tomado una actitud completamente de «manos afuera» al protestar ante el Senado por tener solamente una «delegación de siete tontos del Departamento de Estado» en la embajada y de que no proporcionaríamos ayuda de ninguna clase porque temíamos que, si lo hacíamos, les daríamos una «provocación» para invadir. Ahí están retozando, y el único gobierno de Camboya en los últimos 25 años que tiene la valentía de tomar una postura pro-occidental y pro-norteamericana está por caer. Estoy pensando en alguien como Bob Murphy que pudiera ser enviado en un viaje allí para volver a informarme y que luego volviera a tranquilizar a Lon Nol. Esto, por supuesto, sería paralelo a sus actividades, que debe asumir inmediatamente después de la reunión del CNS, en caso de que yo quiera seguir con este curso de acción con algunos de los cobardes embajadores de los, así llamados, amigos en el mundo. Vamos a saber ahora quiénes son nuestros amigos, porque si decidimos ponernos de pie, aquí y ahora, algunos de entre ellos es mejor que se acerquen rápidamente.

Le hablaré de esto después de la reunión del CNS.

- (10) John Mitchell tomó notas de la reunión y escribió un conciso memorándum de dos hojas:

MEMORANDUM DE LA REUNION; 28 de abril de 1970.

PRESENTES: El presidente, secretario de Estado, secretario de Defensa, el procurador general.

TEMA: Camboya; Vietnam del Sur.

La reunión se celebra en la Oficina Oval del presidente, el martes 28 de abril de 1970, comenzando a las 10,20 y durando aproximadamente veinte minutos.

El presidente manifestó que el propósito de la reunión era el de informar a los presentes sobre las decisiones a las que había llegado con respecto al desarrollo de la situación en Vietnam del Sur y Camboya. El presidente declaró además que él había tenido el tema bajo constante consideración durante los diez últimos días y había tenido en cuenta toda la información suministrada por el director de la CIA, los jefes del Estado Mayor Conjunto y el almirante McCain y su equipo en la sesión informativa de Hawai. Dijo además el presidente que, al llegar a esta decisión, había tomado en consideración las posiciones tomadas por el secretario de Estado y el secretario de Defensa, oponiéndose al uso de las fuerzas norteamericanas en Camboya, y el hecho de que el dr. Kissinger se inclinaba contra la recomendación de ese uso.

El presidente dijo también que, el día anterior, había hecho algunas averiguaciones ante el embajador Bunker y el general Abrams. El presidente leyó su comunicación al embajador Bunker y la respuesta del embajador, recibida el lunes pasado por la noche.

Siguió diciendo el presidente que, basado en su revisión de la situación general de Camboya, había decidido no cambiar la posición actual de los EEUU con respecto a asistencia militar a Camboya o su autorización para la operación ARVN en «Pico del Loro». El presidente dijo que había decidido confirmar la autorización para la operación combinada EEUU-Vietnam del Sur contra los cuarteles de los comunistas en Vietnam del Sur en «An-zuelo», como modo de proteger a las fuerzas de los EEUU en Vietnam del Sur. El presidente expresó la opinión de que la operación Vietnam del Sur comunista era necesaria para sostener la continuación del programa de vietnamización y que probablemente ayudaría, y nunca retardaría, los esfuerzos de los EEUU para negociar la paz.

El presidente continuó diciendo que él había tomado en consideración, para llegar a esta decisión, la probable reacción adversa de los círculos parlamentarios y de algunos segmentos del público. El presidente dijo que, para poder establecer el registro de los acontecimientos que llevaron a sus decisiones y los consejos que había recibido sobre el tema aquí considerado, había dictado la noche anterior una cinta que incluía las recomendaciones en contra del secretario de Estado y el secretario de Defensa.

Al terminar la exposición, el presidente dejó la Oficina Oval para concurrir a otra reunión en la Sala de Gabinete. No hubo discusión del tema de la reunión por los restantes asistentes durante la presencia del presidente.

Firmado: J. N. Mitchell.

- (11) Ver «Cambodia: A Look at Border War with Vietnam» de Elizabeth Becker, *Washington Post*, 27 de dic. de 1978; «Pol Plot Confirmed Assertion by Nixon» de Henry Kamm, *New York Times*, 18 de marzo de 1979, pág. 7.

(12) *New York Times*, 18 de mayo de 1970.

(13) Ver, por ej., «Cambodia: Nixon's the One» por Stanley Karnow, *Washington Post*, 12 de enero de 1979.

- (14) Ver, por ej., «Cambodia: The Blame» por William Shawcross, *The Sunday Times* (Londres), 12 de dic. de 1976; «Who Lost Cambodia?», *New York Times*, 6 de feb. de 1979; *Sideshow*, passim.

(15) Por ej., *Sideshow* por Shawcross, págs. 372-373, 389. Shawcross, que así excusaba las atrocidades del Khmer Rojo, fue sorprendentemente reconvenido por otro escritor que alegaba que no había suficiente evidencia de que las atrocidades hubieran ocurrido alguna vez: Richard Dudman, *New York Times*, *The Book Review*, 22 de abril de 1979. Algunos de nuestros críticos parecían estar listos para dar a Pol Pot el beneficio de la duda antes que a su propio gobierno.

(16) Ver también la entrevista de Sihanouk en *Far Eastern Economic Review*, 11 de mayo de 1979, pág. 14, en la que describía a Pol Pot como un «carnicero», responsable de la muerte de millones de camboyanos.

(17) Un excelente análisis de la aplicación metódica de la doctrina ideológica del Khmer Rojo se encuentra en *Cambodia: Year Zero* de François Ponchaud (Nueva York: Holt, Rinehart and Winston, 1979). La cita de la disertación de Khieu Samphan está en la pág. 87.

(18) *Congressional Record* (ed. diaria), 16 de dic. de 1970, pág. S20283 y pág. S20289.

CAPÍTULO XIII

(1) Charles L. Schultze con Edward K. Hamilton y Allen Shick, *Setting National Priorities: The 1971 Budget* (Washington: The Brookings Institution, 1970).

(2) Citado en el *New York Times* del 24 de feb. de 1970.

(3) Ver, por ej., un artículo en *Commentary* de marzo 1970, que denunciaba a Nixon por su programa ABM, las pruebas de MIRV y la lasitud para continuar con las limitaciones en SALT: Maurice J. Goldbloom, «Nixon so far», *Commentary* (marzo de 1970), págs. 30-31.

(4) Mi equipo me resumió las recomendaciones de Dave Packard en cuanto a que era urgente que negociáramos límites en los sistemas defensivos lo antes posible:

El secretario Packard le ha enviado un memorándum sobre los objetivos y las tácticas de SALT. En él, argumenta que debieran darse nuevas instrucciones a la delegación, con las que pueda tratar de lograr un acuerdo en Viena a mediados de octubre o, como última fecha, «noviembre». Dice que un acuerdo temprano, aunque limitado, es importante porque la reducción al presupuesto nacional que se aproxima, y que «puede» resultar en grandes reducciones en los programas de defensa, incluyendo las fuerzas estratégicas, tiene un efecto significativo sobre la programación de nuestras tácticas SALT. Esto ocurre, dice, porque las reducciones dictadas por el presupuesto serán mejor aceptadas en los EEUU y «una señal de buenas intenciones» para la URSS si hay progreso en SALT, pero «disminuirían nuestra palanca de negociación» si no lo hubiera.

(Sería interesante saber qué cortes en los programas estratégicos planea DOD que «disminuirían nuestra palanca de negociación» este otoño.)

CAPÍTULO XV

- (1) Ver *The Retreat of American Power* por Henry Brandon (Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., 1973).

CAPÍTULO XVI

- (1) *The Memoirs of Richard Nixon* por R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), págs. 220-221.
 (2) Publicado, por ej., en el *Baltimore Sun*, 3 de sept. de 1970.
 (3) *New York Times*, 6 de enero de 1971.

CAPÍTULO XVII

(1) *The Overthrows of Allende and the Politics in Chile, 1964-1976*, por Paul E. Sigmund (University of Pittsburgh Press, 1977), pág. 89. El texto del programa de la Unión Popular puede encontrarse en ed. *The Chilean Road to Socialism* por J. Ann Zammit (Austin: University of Texas Press, 1973), págs. 255-284.

(2) Ver *The Chilean Revolution: Conversations with Allende* de Régis Debray (Nueva York: Random Houses, Pantheon Books, 1971), pág. 159.

(3) *Ibidem*, pág. 119.

(4) *Ibidem*, pág. 120.

(5) *Ibidem*, pág. 118.

(6) *Ibidem*, pág. 117.

(7) *Ibidem*, pág. 118.

(8) *Ibidem*, págs. 122-123.

(9) *Ibidem*, pág. 82.

(10) Con la reorganización de la inteligencia efectuada bajo el presidente Ford, en 1976, se le denominó Grupo Operacional Consejero; con el presidente Carter, las mismas funciones se cumplen por un comité similar, llamado Comité de Coordinación Especial del CNS, creado por la orden ejecutiva 12.036, del 24 de enero de 1978.

(11) Congreso de los EEUU, Senado, Comité seleccionado para estudiar las operaciones gubernamentales con respecto a las actividades de inteligencia, *Alleged Assassination Plots Involving Foreign Leaders: an Interim Report*, 94.º congreso, 1.ª sesión, nov. de 1975, pág. 229.

(12) Debray, *The Chilean Revolution*, pág. 123.

(13) Entrevista con el periódico de la ciudad de México, *Excelsior*, publicada el 4 de nov. de 1970.

(14) Ver el *New York Times* del 9 de nov. de 1970.

(15) Chile recibió durante el periodo de Allende un total de 947,9 millones de dólares en nuevos créditos, extendidos por fuentes comunistas y occidentales, que incluían 620 millones de dólares de los soviéticos y de otros países del bloque comunista. Estas cifras no incluyen desembolsos realizados bajo previos compromisos. Por ejemplo, el Inter-American Development Bank (IDB) desembolsó 46,2 millones de dólares a Chile durante el periodo de Allende, con un promedio anual durante ese periodo en realidad mayor que los desembolsos del IDB a Chile durante un solo año desde 1964 hasta 1970. Ver: *United States and Chile During the Allende Years, 1970-1973, Hearings before the Subcommittee on Foreign Affairs of the Congress of the EEUU*, la Cámara, el Comité de Asuntos Extranjeros, 1975, págs. 324, 447; *Covert Action in Chile, 1963-1973*, informe de personal del Congreso de los EEUU, del Senado y el Comité, seleccionado para estudiar las operaciones gubernamentales con respecto a las actividades de inteligencia, 94.º congreso, 1.ª sesión, 1975, pág. 32. Informe del Comité interamericano de la Alianza para el Progreso, 28 de enero de 1974, sobre la situación interna y las necesidades financieras externas (Organization of American States, Series H/XIV, CIAP/650), págs. V14-V15.

CAPÍTULO XVIII

(1) *Uncertain Greatness* por Roger Morris (Nueva York: Harper and Row, 1977), pág. 97.

(2) Ver *New York Times*, 18 de junio de 1970.

(3) «China Will Talk from a Position of Strength» de Edgar Snow, *Life*, 30 de julio de 1971, pág. 24.

(4) *Time*, 5 de oct. de 1970.

(5) *The Memoirs of Richard Nixon* por R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), pág. 546.

(6) Nixon registra que nos enteramos de la declaración de Mao «dentro de los pocos días de haberla hecho», R. N., *op. cit.*, pág. 547. Después de mirar mis registros, creo que ni yo, ni Nixon, conocíamos los comentarios de Mao hasta que fueron publicados por *Life* el 30 de abril de 1971, después del episodio del juego de ping-pong. La primera referencia que aparece en mis registros, en cuanto a una entrevista a Snow, está en un informe de nivel bajo del Departamento de Estado, el 1 de abril de 1971, diciendo que, en una entrevista a Snow, Mao había demostrado alguna flexibilidad con respecto a Taiwán. Snow volvió a escribir sobre el mismo tema en *Life*, el 30 de julio de 1971. Nixon debe haber querido decir que estaba enterado de la entrevista de Snow antes de mi viaje secreto, lo que es verdad.

(7) Este relato es de una historia de UPI por Arnold Dibble, publicada el 16 de julio de 1971.

(8) Armin Meyer, nuestro embajador en Tokio, hace este relato y elogia con justicia a Cunningham por su papel. Armin H. Meyer, *Assignment Tokio: an Ambassador's Journal* (Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1974), págs. 130 y 131.

(9) Snow, «China Will Talk from a Position of Strength», pág. 24.

(10) R. N., *op. cit.*, pág. 552.

CAPÍTULO XIX

- (1) *New York Times*, 26 de julio de 1971, pág. 6.
- (2) Brandon cuenta la historia con gracia y humor en *The Retreat of American Power*, por Henry Brandon (Garden City: N. Y.: Doubleday & Co., 1973), capítulo 11.
- (3) Armin H. Meyer, *Assignment Tokio* (Indianápolis: Bobbs-Merrill, 1974), págs. 133-137.
- (4) *New York Times*, 31 de oct. de 1971.

CAPÍTULO XX

- (1) Por ej., *The Memoirs of Richard Nixon* por R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), pág. 523. Ver también Marquis Childs, *Washington Post*, 1 de junio de 1971.
- (2) «U.S. Split on Defense Costs, Muskie Told Soviet Premier», *Washington Star*, 26 de enero de 1971.
- (3) «Senate Panel to Be Informed on Progress in Arms Talks», *Washington Star*, 2 de feb. de 1971.
- (4) «U.S. Negotiator Testifies on Limiting ABMs», *Washington Post*, 4 de feb. de 1971; «Foster Asks Total Ban on A-Tests», *Washington Post*, 28 de feb. de 1971.
- (5) *United Press International*, 4 de mayo de 1971.
- (6) «Senate Reopens Debate Over ABM», *New York Times*, 20 de abril de 1971.
- (7) «Harvard M.I.T. Arms Experts Pleased by Nixon's Move on Talks», *New York Times*, 27 de mayo de 1971.

CAPÍTULO XXI

- (1) Los miembros de la SEATO eran Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia, Australia, Nueva Zelanda, Pakistán, Filipinas, Tailandia (y Vietnam del Sur como país de protocolo). CENTO agrupaba a los países de la, así llamada, Línea del Norte: Turquía, Irán y Pakistán, con Gran Bretaña; los Estados Unidos eran miembros en todo menos de nombre.
- (2) *Washington Star*, 19 de mayo de 1971.
- (3) El Departamento de Estado reconoció el 22 de junio que su anuncio original del embargo del 15 de abril no mencionaba el hecho de que las primeras transacciones no serían necesariamente afectadas por él. Ver el *New York Times* del 23 de junio de 1971.
- (4) Dobrynin dio también un año al período de gestación. Jha dijo a Rogers que eran dos años y el ministro exterior Singh anunció esta cifra públicamente. Después del anuncio del 15 de julio de Nixon sobre China, Singh había dicho enigmáticamente al Parlamento hindú que la India había estado considerando contramedidas para un posible acercamiento chino-norteamericano «por algún tiempo» (Ver capítulo XIX).
- (5) «India Sets Range for Relations in East Pakistan» por Sidney H. Schanberg, *New York Times*, 29 de nov. de 1971.
- (6) El artículo decía: «El gobierno de Pakistán está decidido a resistir la agresión. En caso de agresión contra Pakistán, el gobierno de los Estados Unidos, de acuerdo con la Constitución de los Estados Unidos de Norteamérica, tomarán las medidas apropiadas, incluido el uso de fuerzas armadas, como puede ser acordado mutuamente y como está contemplado en la Resolución Conjunta para promover la paz y la estabilidad en el Medio Oriente, como modo de asistir al gobierno de Pakistán a su pedido.»
- (7) Las administraciones de Kennedy y Johnson dieron repetidas seguridades. Por ejemplo: una carta del presidente John F. Kennedy al presidente paquistaní Mohammed Ayub Khan, el 26 de enero de 1962; un recordatorio, presentado por el embajador de los EEUU el 5 de nov. de 1962; una declaración pública del Departamento de Estado, el 17 de nov. de 1962; y una promesa oral del presidente Lyndon Johnson a Ayub Khan el 15 de dic. de 1965.
- (8) Ver la columna de Anderson en el *Washington Post* del 21 de dic. de 1971 y las minutas de la reunión del 8 de dic. del grupo de Acción Especial publicadas en el *New York Times* del 19 de enero de 1972.
- (9) El *Washington Post* del 8 de dic. de 1971 dio noticia de mis informes internos, en una columna titulada «La Casa Blanca suaviza su posición pro-pakistaní». El senador Barry Goldwater se sintió tan inspirado por mis informes que lo insertó *in toto* en el *Congressional Record* sin comunicárnoslo. *Congressional Record*, 9 de dic. de 1971, pág. S21012.
- (10) «War Odious, but Not Always Evil», de Milton Viorst, *Washington Star*, 11 de dic. de 1971.
- (11) Ver el *New York Times* del 6 de enero de 1972 y el *Washington Post* del 6 de enero de 1971.

CAPÍTULO XXII

- (1) *The Imperial Republic: The United States and the World 1945-1973*, Raymond Aaron (Cambridge, Mass.: Winthrop Publishers, 1974), págs. 293-295.

CAPÍTULO XXIII

- (1) Editoriales del *Washington Post* de 26 de agosto y 1 de sept. de 1970.
- (2) Ver el *New York Times* del 16 de junio de 1969 y *The New York Times Magazine* del 21 de sept. de 1969.
- (3) Ver, por ej., editoriales del *New York Times*, de los 5, 21 y 24 de agosto y 15 de oct. de 1969.
- (4) Incluían a Henry Jackson (que redactó la carta), Hugh Scott, Mike Mansfield, Barry Goldwater, Jacob Javits, Warren Magnuson, Bob Dole, Alan Bible, Thomas J. McIntyre, Winston Prouty, Buch Bayh, Charles Percy, Milton Young y Tee Stevens.
- (5) «Peace Plan Gets Wide Praise from Hill Leaders and Media», *Washington Post*, 9 de oct. de 1970.
- (6) «Peace Initiative Backed By The Press», *Philadelphia Inquirer*, 11 de oct. de 1970.
- (7) Propuesto, por ejemplo, por Morton Halperin y Leslie Gelb, en el *Washington Post* del 11 de oct. de 1970, y por Halperin nuevamente, en el *New York Times* del 7 de nov. de 1970.
- (8) *The Raid* por Benjamin F. Schemmer (Nueva York: Harper and Row, 1976), págs. 243-244.

(9) Se publicó un práctico plan de una docena de distintas reuniones antibélicas y campañas en el *Washington Daily News*; ver «*Demonstration Timetable Here*» por Judy Luce, 31 de marzo de 1971, pág. 3.

(10) Allocución a la Nación, 7 de abril de 1971; ver también las conferencias informativas del 17 de feb. y del 4 de marzo de 1971.

(11) La propuesta del 31 de mayo, tal como se la leí a Xuan Thuy, decía lo siguiente:

Primero. Estamos decididos a poner una fecha límite para el retiro de nuestras fuerzas de Vietnam del Sur. Como ya he indicado anteriormente, dispondríamos que, para más o menos la misma fecha, se retiren las otras fuerzas aliadas.

Segundo. Los vietnamitas y los otros pueblos de Indochina debieran discutir entre ellos la manera en que las otras fuerzas del exterior deban retirarse de los países de Indochina.

Tercero. Debe haber un cese del fuego en toda Indochina, para hacerse efectivo cuando comiencen los retiros de los EEUU, de acuerdo al calendario acordado en último lugar.

Cuarto. Como parte del cese del fuego, no debe haber más infiltraciones de fuerzas exteriores en los países de Indochina.

Quinto. Debe haber una supervisión internacional del cese del fuego y sus provisiones.

Sexto. Ambas partes renovararán su adhesión a los Tratados de Ginebra de 1954 y 1962, para respetar la neutralidad, la integridad territorial y la independencia de Laos y Camboya. Esto puede ser formalizado en una conferencia internacional.

Séptimo. Deseo reiterar nuestra propuesta para la inmediata liberación de todos los prisioneros de guerra y los civiles inocentes retenidos por ambas partes en toda Indochina. Creemos que este asunto debe arreglarse inmediatamente sobre una base humanitaria. Si no se hace así, los hombres deben ser liberados como parte integrante del acuerdo que proponemos en nuestro ofrecimiento final. Esperamos que:

— Su parte presente una lista completa de todos los prisioneros retenidos en toda Indochina el día que se alcance un acuerdo.

— La liberación de los prisioneros debe comenzar el mismo día que comiencen nuestros retiros, de acuerdo al calendario acordado.

— La liberación de los prisioneros debe completarse por lo menos dos meses antes de la terminación de nuestro último retiro.

Estamos preparados para conversar concretamente y hacer rápidos progresos. Hemos diseñado esta oferta para responder a sus propuestas. Esperamos que se ocuparán ustedes de nuestras propuestas finales con espíritu constructivo.

(12) Walters entregó el texto de nuestros nuevos ocho puntos:

1. Los Estados Unidos acuerdan el total retiro de todas las fuerzas de los EEUU de Vietnam del Sur, lo mismo que todas las otras fuerzas extranjeras aliadas con el gobierno de Vietnam del Sur. Este retiro se llevará a cabo en la siguiente forma:

Todas las fuerzas norteamericanas y aliadas, excepto un corto número de personal, necesario para consultas técnicas, logística y la observación del cese del fuego mencionado en el punto 6, serán retiradas para el 1 de julio de 1972, siempre que se firme esta declaración de principios el 1 de diciembre de 1971. La fecha final para estos retiros no será de ningún modo posterior a los siete meses después de la firma de esta declaración de principios. El personal que permanezca será retirado progresivamente, comenzando un mes antes de las elecciones presidenciales mencionadas en el punto 3 y simultáneamente con las renunciaciones del presidente y el vicepresidente titular de Vietnam del Sur, previstas también en el punto 3. Estos retiros serán completados para la fecha de la elección presidencial.

2. La liberación de todos los militares y de los civiles inocentes capturados en toda Indochina tendrá lugar paralelamente con los retiros de tropas mencionados en el punto 1. Ambas partes presentarán una lista completa de militares y civiles inocentes, retenidos en toda Indochina en el día en que se firme esta declaración de principios. La liberación comenzará el mismo día de los retiros de las tropas y se complementará para el 1 de julio de 1972, siempre que esta declaración se firme para el 1 de diciembre de 1971. La finalización de esta liberación no será de ningún modo posterior a los siete meses después de la firma de esta declaración.

3. Los siguientes principios serán los que rijan el futuro político de Vietnam del Sur:

— Se dejará el futuro político de Vietnam del Sur a los survietnamitas, para que lo decidan por sí solos, libres de interferencia exterior.

— Habrá una elección presidencial libre y democrática en Vietnam del Sur dentro de los seis meses de la firma del acuerdo final basado en los principios de este acuerdo. Esta elección será organizada y conducida por un cuerpo dependiente que represente todas las fuerzas políticas de Vietnam del Sur, el cual asumirá toda la responsabilidad a la fecha del acuerdo final. Este cuerpo determinará, entre otras responsabilidades, la calificación de los candidatos. Habrá supervisión internacional de esta elección.

— Un mes antes de que tenga lugar la elección presidencial, el presidente y el vice presidente titulares de Vietnam del Sur renunciarán. Una administración interina, presidida por el presidente del Senado, asumirá las responsabilidades administrativas, excepto las que correspondan a la elección, que quedará a cargo del cuerpo independiente electoral.

Los Estados Unidos, por su parte, declaran que:

— No apoyarán a candidato alguno y permanecerán completamente neutrales respecto a las elecciones en Vietnam del Sur.

— Respetarán el resultado de esta elección y cualquier otro proceso político formado por los survietnamitas mismos.

— Están preparados para definir su asistencia militar y económica a cualquier gobierno que exista en Vietnam del Sur.

Ambas partes acuerdan que:

— Vietnam del Sur, junto con los otros países de Indochina, deben adoptar una política exterior de neutralidad.

— La reunificación de Vietnam debe decidirse sobre la base de discusiones y acuerdos entre Vietnam del Norte y del Sur sin reparos ni adiciones de uno u otro partido y sin interferencia extranjera.

4. Ambas partes respetarán los Tratados de Ginebra en Indochina y los de 1962 en Laos. No habrá intervención extranjera en los países de Indochina y los pueblos de Indochina quedarán libres para arreglar sus propios asuntos por sí mismos.

5. Los problemas existentes entre los países indochinos se resolverán por medio de los partidos indochinos, sobre la base del respeto mutuo por la independencia, soberanía, integridad territorial y no interferencia en los asuntos de los demás. Entre los problemas a resolver está la ejecución del principio de que todas las fuerzas armadas de los países de Indochina deben permanecer dentro de sus fronteras nacionales.

6. Habrá un cese general del fuego en toda Indochina, que comenzará cuando se firme el acuerdo final. Como parte del cese del fuego, no habrá más infiltraciones de fuerzas exteriores dentro de ninguno de los países de Indochina.

7. Habrá supervisión internacional de los aspectos militares de este acuerdo, incluyendo el cese del fuego y sus provisiones, la liberación de los prisioneros de guerra y los civiles inocentes y el retiro de las fuerzas exteriores de Indochina.

8. Habrá garantía internacional para los derechos nacionales fundamentales de los pueblos de Indochina, la neutralidad de todos los países de Indochina y la paz duradera en esta región.

Ambas partes expresan su deseo de participar en una conferencia internacional para este y otros propósitos adecuados.

(13) McGovern, citado en el *Washington Post* del 4 de enero de 1972.

(14) Muskie y Humphrey, citados en *Newsweek* del 7 de feb. de 1972.

CAPÍTULO XXIV

(1) *The Memoirs of Richard Nixon*, por R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), págs. 560-564.

(2) *Flowers on an Iron Tree: Five Cities of China* por Ross Terrill (Boston: Little, Brown & Co., 1975), pág. 171.

(3) El texto completo del Comunicado de Shanghai es el que sigue:

COMUNICADO CONJUNTO.

28 de febrero de 1972.

Shanghai, República Popular de China

El presidente Richard Nixon, de los Estados Unidos de Norteamérica, visitó la República Popular China a invitación del primer ministro Chou En-lai, de la República Popular China, desde el 21 de febrero hasta el 28 de febrero de 1972. Acompañando al presidente fueron la Sra. de Nixon, el secretario de Estado de los EEUU, William Rogers, el consejero del presidente, dr. Henry Kissinger, y otros funcionarios norteamericanos.

El presidente Nixon se encontró con el presidente Mao Tse Tung, del partido comunista chino, el 21 de febrero. Los dos dirigentes tuvieron un serio y franco intercambio de opiniones sobre las relaciones chino-norteamericanas y los asuntos mundiales.

Durante la visita, se llevaron a cabo extensas, serias y francas discusiones, entre el presidente Nixon y el primer ministro Chou En-lai, sobre la normalización de las relaciones entre los Estados Unidos y la República Popular China, así como sobre otros asuntos de interés para ambas partes. Además, el secretario de Estado William Rogers y el ministro del exterior Chi P'eng-fei mantuvieron conversaciones con idéntico espíritu.

El presidente Nixon y su comitiva visitaron Pekín y vieron lugares culturales, industriales y agrícolas, recorriendo también Hangchow y Shanghai, donde, continuando con las discusiones con los dirigentes chinos, visitaron sitios similares de interés.

Los dirigentes de la República Popular China y de los Estados Unidos de Norteamérica encontraron beneficioso tener esta oportunidad, después de tantos años sin contacto, de presentar honestamente las opiniones mutuas sobre una cantidad de asuntos. Revisaron la situación internacional, en la que tienen lugar importantes cambios y grandes levantamientos, exponiendo sus posiciones respectivas y sus actitudes.

La parte de los EEUU declaró: la paz en el Asia y la paz en el mundo requieren los esfuerzos que reduzcan inmediatamente las tensiones y que también eliminen las causas básicas del conflicto. Los Estados Unidos trabajarán para lograr una paz segura y justa; justa, porque cumple con las aspiraciones de los pueblos y las naciones por la libertad y el progreso; segura, porque elimina el peligro de la agresión extranjera. Los Estados Unidos apoyan la libertad individual y el progreso social para todos los pueblos del mundo, libres de presiones o intervención exteriores. Los Estados Unidos creen que el esfuerzo para reducir las tensiones se sirve fomentando la comunicación entre países que tienen diferentes ideologías, como modo de disminuir los riesgos de la confrontación por accidente, error de cálculo o mala interpretación. Los países debieran tratarse mutuamente con respeto y estar deseosos de competir pacíficamente, dejando que la actuación sea el juez final. Ningún país debe sentirse infalible y cada uno debe estar preparado para reexaminar sus propias actitudes para el bien común. Los Estados Unidos destacaron que debe permitirse a los pueblos de Indochina determinar sus destinos sin intervención exterior; su objetivo primario constante ha sido una solución negociada; la propuesta de ocho puntos presentada por la República de Vietnam y los Estados Unidos, el 27 de enero de 1972, representa una base para el logro de tal objetivo; en ausencia de un tratado negociado, los Estados Unidos consideran que el último retiro de las fuerzas de los Estados Unidos de la región es consecuente con el propósito de la propia determinación de cada país de Indochina. Los Estados Unidos mantendrán sus estrechos vínculos y la ayuda a la República de Corea; los Estados Unidos apoyarán los esfuerzos de la República de Corea para buscar un relajamiento de la tensión y un aumento en la comunicación en la península coreana. Los Estados Unidos colocan en lugar destacado las relaciones amistosas con Japón y continuarán elaborando los vínculos estrechos que los unen. Consecuente con la resolución del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas del 21 de diciembre de 1971, los Estados Unidos están a favor de la continuación del cese del fuego entre India y Pakistán y el retiro de todas las fuerzas militares hasta dentro de sus propios territorios y al correspondiente lado de la línea de cese del fuego en Jammu y Cachemira; los Estados Unidos respaldan el derecho de los pueblos de Asia a formar su futuro en paz, libres de amenazas militares y sin que el área se transforme en objeto de rivalidad entre los grandes poderes.

El lado chino declaró: donde hay opresión, hay resistencia. Los países desean la independencia, las naciones quieren la liberación y los pueblos quieren la revolución; ésta ha sido la irresistible tendencia de la historia. Todas las naciones, pequeñas o grandes, deben ser iguales; las naciones grandes no deben acosar a las pequeñas y las naciones fuertes no deben acosar a las débiles. China no será nunca una superpotencia y se opone a la hegemonía y políticas de fuerza de cualquier clase. El lado chino declaró que apoya firmemente las luchas de todos los pueblos y de las naciones oprimidos en busca de la libertad y la liberación, y que los pueblos de todos los países tienen el derecho de elegir sus sistemas sociales de acuerdo a sus propios deseos y el derecho de salvaguardar la independencia, soberanía e integridad territorial de sus propios países y oponerse a la agresión, a la interferencia, el control y la subversión extranjeros. Todas las tropas extranjeras deberían retirarse a sus propios países.

El lado chino expresó su firme apoyo a los pueblos de Vietnam, Laos y Camboya en sus esfuerzos para conseguir su meta y su firme respaldo a la propuesta de siete puntos del Gobierno revolucionario provisional de la República de Vietnam del Sur y la elaboración de febrero de este año en los dos problemas clave de la propuesta y a la Declaración conjunta de la Conferencia en la cumbre de los pueblos de Indochina. Apoya firmemente el programa de ocho puntos para la unificación pacífica de Corea, presentado por el Gobierno de la República Democrática Popular de Corea el 12 de abril de 1971, y la postura para la abolición de la «Comisión de la ONU para la unificación y rehabilitación de Corea». Se opone firmemente a la restauración y expansión exterior del militarismo japonés y apoya firmemente el deseo del pueblo japonés de construir un Japón independiente, democrático, pacífico y neutral. Mantiene firmemente que India y Pakistán debieran, de acuerdo con las resoluciones de las Naciones Unidas sobre la cuestión indo-pakistani, retirar inmediatamente sus fuerzas a sus respectivos territorios, a los lados respectivos de la línea de cese del fuego en Jammu y Cachemira, y apoya firmemente al Gobierno de Pakistán y a su pueblo en la lucha para preservar su independencia y soberanía y a los pueblos de Jammu y Cachemira en su lucha por el derecho a la propia determinación.

Existen diferencias esenciales entre China y Estados Unidos en sus sistemas sociales y sus políticas exteriores. Sin embargo, los dos lados están de acuerdo en que los países, aparte de sus sistemas sociales, deben conducir sus relaciones sobre los principios del respeto por la soberanía y la integridad territorial de todos los estados, no agresión contra otros estados, no interferencia en los asuntos internos de otros estados, igualdad y beneficio mutuo y coexistencia pacífica. Las disputas internacionales deben resolverse sobre esta base, sin recurrir al uso o a la amenaza de la fuerza. Los Estados Unidos y la República Popular de China están preparados para aplicar estos principios a sus relaciones mutuas.

Con estos principios de relaciones internacionales en la mente, los dos lados declaran que:

- El adelanto en la normalización de las relaciones entre China y Estados Unidos está en el interés de los dos países.
- Ambos desean reducir el peligro de los conflictos armados internacionales.
- Ninguno de los dos buscará la hegemonía en la región de Asia-Pacífico y cada uno se opone a los esfuerzos de cualquier otro país o grupo de países para establecer tal hegemonía.
- Ninguno está preparado para negociar a favor de cualquier tercera parte o entrar en acuerdos o compromisos con el otro a favor de otros estados.

Ambas partes son de la opinión que estaría en contra de los intereses de los pueblos del mundo que cualquier país poderoso se una a otro contra otros países, o que los países poderosos dividan el mundo en esferas de interés.

Las dos partes revisaron las disputas serias de larga data entre China y Estados Unidos. La parte china reafirmó su posición: la cuestión de Taiwán es el problema vital que obstruye la normalización de las relaciones entre China y Estados Unidos; el gobierno de la República Popular de China es el único gobierno legal de China; Taiwán es una provincia de China que hace mucho debió ser devuelta a la madre patria; la liberación de Taiwán es un asunto interno de China en el cual ningún otro país tiene derecho a intervenir; todas las fuerzas e instalaciones militares norteamericanas deberán ser retiradas de Taiwán. El gobierno chino se opone firmemente a cualquier actividad que busque la creación de «una China, una Taiwán», «una China, dos gobiernos», «dos China» y «Taiwán independiente» o aboguen porque la «situación de Taiwán deba ser determinada».

Los EEUU declararon: Los Estados Unidos reconocen que todos los chinos, a ambos lados del estrecho de Taiwán, sostienen que hay una sola China y que Taiwán es una parte de China. El gobierno de los Estados Unidos no discute esta posición. Reafirma su interés en un arreglo pacífico de la cuestión de Taiwán por los mismos chinos. Teniendo esto en consideración, afirma su principal objetivo del retiro de todas las fuerzas e instalaciones militares de los EEUU de Taiwán. Mientras tanto, reducirá progresivamente sus fuerzas e instalaciones militares en Taiwán, a medida que disminuyan las tensiones en el área.

Las dos partes acordaron que es conveniente ampliar el entendimiento entre los dos pueblos. A este fin, se discutieron áreas específicas en los campos científicos, tecnológicos, de cultura, deportes y periodismo, en los cuales sería mutuamente beneficioso un contacto e intercambios de persona a persona. Cada parte toma sobre sí el facilitar el futuro desarrollo de tales contactos e intercambios.

El comercio bilateral de ambas partes es otra área de la que pueden derivarse beneficios mutuos y acordaron que las relaciones económicas basadas en la igualdad y el beneficio mutuo son de interés para los pueblos de los dos países. Conducen a facilitar el desarrollo progresivo del comercio entre los dos países.

Las dos partes acuerdan que se mantendrán en contacto a través de varios canales, incluyendo el enviar un representante de alto nivel de los EEUU a Pekín, de tanto en tanto, para las consultas concretas para la mayor normalización de las relaciones entre los dos países y para que continúe el intercambio de ideas sobre asuntos de interés común.

Las dos partes expresan la esperanza de que los logros obtenidos durante esta visita abran nuevas perspectivas para las relaciones entre los dos países. Creen que la normalización de las relaciones entre los dos países no es solamente de interés para los pueblos chino y norteamericano, sino que también contribuye a la relajación de la tensión en Asia y en el mundo.

El presidente Nixon, la Sra. Nixon y la comitiva norteamericana expresan su complacencia por la graciosa hospitalidad demostrada por el gobierno y el pueblo de la República Popular China.

CAPÍTULO XXV

- (1) El relato de Safire, desde la perspectiva de la redacción de discursos, está en *Before the Fall* (Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., 1975), págs. 417-420.
- (2) Ver, por ej., *The Memoirs of Richard Nixon* por R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), pág. 591.
- (3) R. N., *op. cit.*, págs. 590-591.

CAPÍTULO XXVI

- (1) Ver *On Watch: A Memoir* de Elmo R. Zumwalt (Nueva York: Quadrangle Books/The New York Time Book Co., 1976), págs. 152-163.
- (2) *New York Times*, 9 de feb. de 1972; *The Los Angeles Time*, del 4 de feb., incluso volvió sobre el concepto de un acuerdo de sólo ABM.
- (3) Ver, por ej., Tad Szulc en «How Kissinger Did It: Behind The Vietnam Cease-Fire Agreement», *Foreign Policy*, núm. 15 (verano de 1974) y en *The Illusion of Peace* (Nueva York: The Viking Press, 1978), págs. 544-545. Szulc sostiene que ésta fue la primera propuesta de EEUU de un cese del fuego que abandonó la exigencia de un retiro mutuo. En realidad, se había propuesto un cese del fuego en el discurso del presidente del 7 de octubre de 1970. Se abandonó toda expectativa de negociar un retiro mutuo en la propuesta secreta del 31 de mayo de 1971, y, explícitamente, por cierto, en la aceleración de nuestros propios retirios unilaterales. Se ofreció nuevamente un cese del fuego en nuestra propuesta secreta del 11 de octubre de 1971 y, públicamente, en el discurso del presidente del 25 de enero de 1972. Todo lo que quedó de los retirios mutuos, en las propuestas de los años 1971 y 1972, fue la previsión de «los problemas que existen entre los países de Indochina serán resueltos por las partes de Indochina, sobre la base de respeto mutuo por la independencia, la soberanía, la integridad nacional y la no interferencia en los asuntos de los otros. Entre los problemas que tendrán que resolverse está la aplicación del principio de que todas las fuerzas armadas de los países de Indochina tienen que permanecer dentro de sus fronteras nacionales».
- (4) Ver R. N., *op. cit.*, pág. 592.

CAPÍTULO XXVII

- (1) *New York Times*, 5 de enero de 1973.
- (2) Extractos del memorándum del 30 de abril de Nixon a mí, publicado en *The Memoirs of Richard Nixon* por R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), págs. 593-594.
- (3) Ver R. N., *op. cit.*, pág. 594.
- (4) Yo no estuve presente en la reunión de dirigentes del 8 de mayo. Se puede encontrar un relato por William Safire en *Before the Fall* (Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., 1975), págs. 422-427.
- (5) Las citas de los senadores se encuentran en *Congressional Quarterly*, 13 de mayo de 1972.
- (6) Editorial del *New York Times* del 9 de mayo de 1972.
- (7) *New York Times*, *Washington Post*, *Christian Science Monitor* y *Boston Globe*: editoriales del 10 de mayo de 1972.
- (8) *Kissinger* por Marvin Kalb y Bernard Kalb (Boston: Little, Brown & Co., 1974), pág. 310.
- (9) Este memorándum se cita en R. N., *op. cit.*, págs. 606-607.

CAPÍTULO XXVIII

- (1) Ver, por ej., *Washington Post*, 18 de mayo de 1972.
- (2) *Kissinger*, Marvin Kalb y Bernard Kalb (Boston: Little, Brown & Co., 1974), pág. 328.
- (3) El texto de la sección del Medio Oriente, del comunicado de 1972 de los soviéticos, dice lo siguiente:

Las dos partes expusieron su posición sobre esta cuestión. Reafirman su apoyo para un acuerdo pacífico en el Medio Oriente, de acuerdo con la resolución 242 del Consejo de Seguridad.

Al señalar el significado de la cooperación constructiva de las partes en cuestión, con el representante especial del secretario general de la ONU, embajador Jarring, los EEUU y la URSS confirman su deseo de contribuir al éxito de esta misión y declaran también su disposición a jugar el papel que les corresponda para lograr un acuerdo pacífico en el Medio Oriente. En opinión de los EEUU y la URSS, el logro de tal acuerdo abriría las perspectivas para la normalización de la situación en el Medio Oriente, permitiendo especialmente la consideración de los próximos pasos que traigan la relajación militar en esa zona.

- (4) Los «principios generales de trabajo» analizados con Gromyko, como resultado de la reunión cumbre de mayo de 1972, dicen lo siguiente:

1. El acuerdo final debe ser comprensivo, abarcando todas las partes y asuntos. Esto no impide que se haga su aplicación por etapas, o que algunos asuntos y disputas se resuelvan sobre bases de prioridad.
2. El acuerdo debe contener previsiones para el retiro de las tropas israelitas de los territorios árabes ocupados en 1967.
3. Cualquier rectificación de fronteras que pueda tener lugar debe ser resultado de un acuerdo voluntario de las partes involucradas.
4. Los arreglos mutuos de seguridad pueden incluir zonas desmilitarizadas, el destino temporal del personal de la ONU en Sharm-el Sheik y las más efectivas garantías internacionales, con la participación correspondiente de la Unión Soviética y los Estados Unidos.
5. El acuerdo debe conducir al fin de un estado de beligerancia y a la instauración de la paz.
6. La libertad de navegación por el Estrecho de Tirán y el Canal de Suez debe estar asegurada, lo que es totalmente consecuente con la soberanía egipcia en el Canal.

7. El reconocimiento de la independencia y la soberanía de todos los estados del Medio Oriente, incluyendo a Israel, es uno de los principios básicos sobre los que debe asentarse el tratado.

Puntos unilaterales

La posición de los EEUU es la de que la culminación de los acuerdos debe involucrar en alguna etapa las negociaciones entre los signatarios.

La posición soviética es que el problema de los refugiados palestinos debe resolverse sobre bases justas, de acuerdo con las apropiadas decisiones de la ONU.

CAPÍTULO XXIX

- (1) La opinión convencional revisionista está bien ejemplificada en una serie de artículos escritos por George W. Ball en el *Washington Star*, en marzo de 1979, y en la carta de Ball al editor del *The Economist*, 17 de feb. de 1979.
- (2) Comparar los editoriales del *Washington Post* del 7 al 27 de julio de 1971 con sus editoriales del 7 de oct. de 1972 y del 21 de feb. de 1973.

CAPÍTULO XXX

- (1) Ver Anwar el-Sadat, *In Search of Identity* (Nueva York: Harper and Row, 1978), págs. 219-221-222. Sadat quiso decir lo mismo en su alocución al Knesset israelita el 20 de nov. de 1977.
- (2) Ver «Envoy 'Paper' Compromises U.S. en Mideast» de Marilyn Berger, *Washington Post*, 29 de junio de 1971.
- (3) Sadat, *In Search of Identity*, pág. 225.
- (4) Ver nota 4, capítulo XVIII.
- (5) *In Search of Identity*, Sadat, pág. 229.
- (6) *Ibidem*.

CAPÍTULO XXXI

- (1) La redacción de los EEUU del artículo relevante era la que sigue:

La composición del Comité será la siguiente:

- Representantes de la República de Vietnam, a ser designados por el gobierno de la República de Vietnam.
- Representantes del FLN, a ser designados por el FLN.
- Representantes de diversas tendencias políticas y religiosas de Vietnam del Sur, sin asociar ni al gobierno y el FLN.

Los representantes de Vietnam del Sur, sin asociar ni al gobierno y el FLN, designados por acuerdo mutuo entre el gobierno de la República de Vietnam y el FLN.

El presidente Thieu y su equipo nos dieron una posible redacción enmendada:

El Comité estará compuesto por representantes de todas las fuerzas y tendencias políticas y religiosas en VNS (Vietnam del Sur). El FLN está considerado uno de los arriba mencionados. Los representantes serán designados por acuerdo mutuo.

Preferíamos ser específicos, porque se recordaba a Hanoi la forma tripartita, quitándole al mismo tiempo la esencia. Nuestro plan transformó el gobierno de coalición en una comisión electoral, con una división de cincuenta y cincuenta y un veto de Saigón. A nuestro juicio, la fórmula de Saigón era menos favorable a su propia causa, porque hubiera dado al FLN un veto sobre los representantes de Saigón en el Comité.

- (2) Ver *The Memoirs of Richard Nixon* por R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), pág. 690.
- (3) Ver Charles W. Colson en *Born Again* (Old Tappan, N. J.: Chosen Books Inc., 1976), pág. 76.
- (4) Se puede juzgar mejor el resultado, comparando la redacción original de Hanoi con la versión que resultó el 11 de octubre. El borrador de Le Duc Tho del 8 de octubre dice:

Inmediatamente después del cese del fuego, los dos partidos survietnamitas se harán consultas, con un espíritu de concordia nacional, igualdad, respeto mutuo y sin pretender la eliminación mutua, para establecer la administración de acuerdo con las aspiraciones de paz, independencia, democracia y neutralidad del pueblo de Vietnam del Sur. Los dos partidos survietnamitas firmarán en cuanto sea posible un acuerdo sobre los asuntos internos de Vietnam del Sur, no más allá de los tres meses siguientes al cumplimiento del cese del fuego.

La versión del 11 de octubre decía:

Inmediatamente después del cese del fuego, los dos partidos survietnamitas celebrarán consultas, en un espíritu de reconciliación nacional y de concordia, mutuo respeto y sin pretender la eliminación mutua, para establecer una estructura administrativa, llamada el Consejo Nacional de la Reconciliación Nacional y Concordia, con tres segmentos iguales. El Consejo operará sobre el principio de la unanimidad. Después que haya asumido sus funciones el Consejo Nacional de Reconciliación Nacional y Concordia, los dos partidos survietnamitas celebrarán consultas sobre la formación de los consejos a niveles inferiores. Las dos partes survietnamitas firmarán un tratado sobre los asuntos internos de Vietnam del Sur lo antes posible y harán todo lo que puedan para llevarlo a cabo dentro de los tres meses después de que el cese del fuego se haga efectivo, de acuerdo con las aspiraciones del pueblo de Vietnam del Sur a la paz, la independencia y la democracia.

Esto se debilitó aún más en futuras negociaciones al suprimir la frase «estructura administrativa», cuya traducción vietnamita era fuente de controversias. Ver capítulo XXXIII.

CAPÍTULO XXXII

(1) *The Memoirs of Richard Nixon*, por R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), pág. 693.

(2) Ver, por ej., la conferencia informativa de Nixon, el 15 de marzo de 1973; su alocución del 29 de marzo; la declaración conjunta de los presidentes Nixon y Thieu del 3 de abril de 1973; el secretario de Defensa Richardson en «Meet the Press», el 1 de abril de 1973; el testimonio de Richardson al Comité de los Servicios Armados del Senado, el 2 de abril de 1973; las observaciones de Richardson a un periodista antes de comparecer ante el Comité de apropiaciones de la Cámara, el 3 de abril de 1973; mi entrevista con Marvin Kalb, en la TV-CBS el 1 de febrero de 1973; las observaciones del embajador William Sullivan en «Meet the Press», el 28 de enero de 1973; y otras fuentes recopiladas en el Congreso de los EEUU, Senado, Comité de Presupuestos, *Emergency Military Assistance and Economic and Humanitarian Aid to South Vietnam, 1975, Hearings before the Committé on Appropriations*, 94.º congreso, 1.ª sesión, 1975, págs. 19-24.

(3) Las seguridades relevantes que había repetido a Hanoi, en un mensaje del 20 de octubre, decían:

Con respecto a Camboya, la parte norteamericana opera sobre la base de las siguientes declaraciones, hechas por el consejero especial Le Duc Tho en una reunión privada con el dr. Kissinger, los días 26 y 27 de setiembre y 8 y 11 de octubre de 1972:

— Las cuestiones de la guerra en Vietnam y en Camboya están estrechamente ligadas; cuando la guerra esté solucionada en Vietnam, no habrá razón para que la guerra continúe en Camboya (27 de setiembre).

— Una vez que se haya solucionado el problema de Vietnam, la cuestión de Camboya se arreglará seguramente y el fin de la guerra de Vietnam creará un impacto muy grande y terminará la guerra en Camboya, tal vez inmediatamente (8 de octubre).

— Tenemos un compromiso entre nosotros de que la RDV se avendrá al principio de que todas las fuerzas extranjeras, incluyendo la propia, deben poner un fin a las actividades en Camboya, ser retiradas de Camboya y no ser reintroducidas (26 de setiembre).

— La RDV seguirá los mismos principios en Camboya que seguirá en Vietnam del Sur y en Laos; o sea, abstenerse de introducir tropas, armamento y material de guerra en Camboya (11 de octubre).

— Como dice el artículo 18 (más tarde 23), las obligaciones de este acuerdo entran en vigor el día de su firma (11 de octubre).

Los Estados Unidos reiteran su opinión, como fue expresada por el dr. Kissinger, el 11 de octubre de 1972, de que, si estando pendiente un arreglo en Camboya, se llevan allí a cabo actividades ofensivas que pongan en peligro la situación existente, estas operaciones serían contrarias al espíritu del artículo 15 (b) (más tarde 20 (b)) y a las presunciones sobre las que se basa este acuerdo.

Hanoi confirmó estas declaraciones en un mensaje escrito el 21 de octubre, agregando una seguridad escrita en cuanto a que «contribuiría activamente para restaurar la paz en Camboya».

(4) Lo que complicó las cosas aún más fue que Nixon parecía estar reaccionando también a los mensajes enviados el día antes de tratar un problema enteramente diferente. Parecía creer que yo estaba decidido a ir a Hanoi, lo que no está avalado en el registro. Cita en sus memorias como una prueba (R. N., *op. cit.*, pág. 699) un cable del 21 de octubre que trata de una situación completamente distinta.

En la mañana del 21 de octubre, cuando el equipo survietnamita había presentado sus veintitrés propuestos cambios en el acuerdo, nos enfrentamos con la cuestión de dónde y cómo discutirlos con los norvietnamitas. Para evitar que Hanoi lo publicara, yo sugerí que podría mantener el «programa», ir a Hanoi, presentar los cambios requeridos y tratar así de usar mi visita como un medio de demorar una conclusión del acuerdo hasta después de las elecciones. Ese mensaje llegó a Washington durante la noche, por lo que no entré en acción hasta después de alrededor de doce horas. (La cita del cable, en la pág. 699 de la *op. cit.* de R. N., es de un cable todavía anterior que envié cuando estaba bajo la impresión de que Saigón aceptaría el documento siempre que pudiera obtener más cambios.) Para esa hora, Thieu había cancelado la reunión programada para más tarde de ese mismo día, sometiendo a Bunker a las indignidades ya descritas. Bajo estas circunstancias, yo retiré mi recomendación original. Antes de tener ninguna respuesta a mi primer mensaje, cablegrafié a Haig: «Haré todo lo posible para prevenir un estallido aquí. De cualquier modo, no veo lo que Thieu tiene que ganar con ello. Encontraré cualquier pretexto para cancelar el viaje a Hanoi.» Por alguna razón, ese segundo cable no tuvo acuse de recibo, ni respuesta. De todos modos, el sugerir que debía mantenerse el viaje a Hanoi provocó apasionados intercambios, aún más exasperantes porque para ese momento se habían hecho irrelevantes.

CAPÍTULO XXXIII

(1) La posición de McGovern se reveló en su discurso del 10 de octubre de 1972; ver también su aparición en el programa «Today» del 4 de abril de 1972 y sus observaciones en New Hampshire, transcritas por UPI el 9 de feb. de 1972 (acerca de Laos y Camboya).

(2) *New York Times*, 6 de nov. de 1972. Las observaciones de McGovern en «Meet the Press» se publicaron en el *Washington Post* del 30 de oct. de 1972.

(3) *Interview with History* de Oriana Fallaci (Boston: Houghton Mifflin Co., 1977), capítulo 1.

(4) Ver John Osborne, *The New Republic*, 16 de dic. de 1972, republicado en *The Fourth Year of the Nixon Watch* de Osborne (Nueva York: Liveright, 1973), págs. 200-201.

(5) Ver capítulo XXXII, nota 2.

(6) Citado en «Sihanouk's Case» de William Shawcross, *The New York Review of Books*, 22 de feb. de 1979.

(7) *The Memoirs of Richard Nixon*, R. N. (Nueva York: Grosset & Dunlap, 1978), pág. 721.

(8) El texto completo del mensaje del presidente a mí del 6 de dic. está en R. N., *op. cit.*, págs. 729-730.

(9) R. N., *op. cit.*, pág. 731.

- (10) *Ibidem*, pág. 733.
- (11) *Ibidem*, pág. 736.
- (12) Por ej., *Kissinger* de Marvin Kalb y Bernard Kalb (Boston: Little, Brown & Co., 1974), pág. 413.
- (13) *Christian Science Monitor*, 21 de dic. de 1972; *Washington Post*, 21 de dic. de 1972.
- (14) *America in Vietnam* de Guenter Lewy (Nueva York: Oxford University Press, 1978), págs. 413-414 (omitiendo las notas a pie de página).
- (15) Un buen relato sobre el estado de ánimo del personal de la Casa Blanca puede encontrarse en *Before the Fall* de William Safire (Garden City, N. Y.: Doubleday & Co., 1975), págs. 666-670.
- (16) *Born Again* de Colson (Old Tappan, N. J.: Chosen Books, Inc., 1976), págs. 79-80.

BIBLIOTECA LUIS ANGEL ARANGO - B DE LA R



2 9004 00177492 5